

James Boswell
Vida de Samuel Johnson

PRESENTACIÓN DE FRANK BRADY

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

Lectulandia

La *Vida de Samuel Johnson* es una biografía del doctor Samuel Johnson (1709-1784), intelectual y hombre de letras inglés del siglo XVIII, escrita por su amigo James Boswell, y publicada por primera vez en 1791 en Londres. Está considerada como una de las mejores biografías jamás escritas. Aunque abarca toda la vida del Dr. Johnson, se centra sobre todo en su últimos años (1763-1784), a partir de que Boswell lo conociera en 1763, creando un retrato humano de gran profundidad, al tiempo que ofrece un incomparable panorama del mundo intelectual británico de la época.

Lectulandia

James Boswell

Vida de Samuel Johnson

ePub r1.0

Titivillus 08.02.16

Título original: *The Life of Samuel Johnson, LL. D.*
James Boswell, 1791
Traducción: Miguel Martínez-Lage
Retoque de cubierta: loto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DELL

LC145

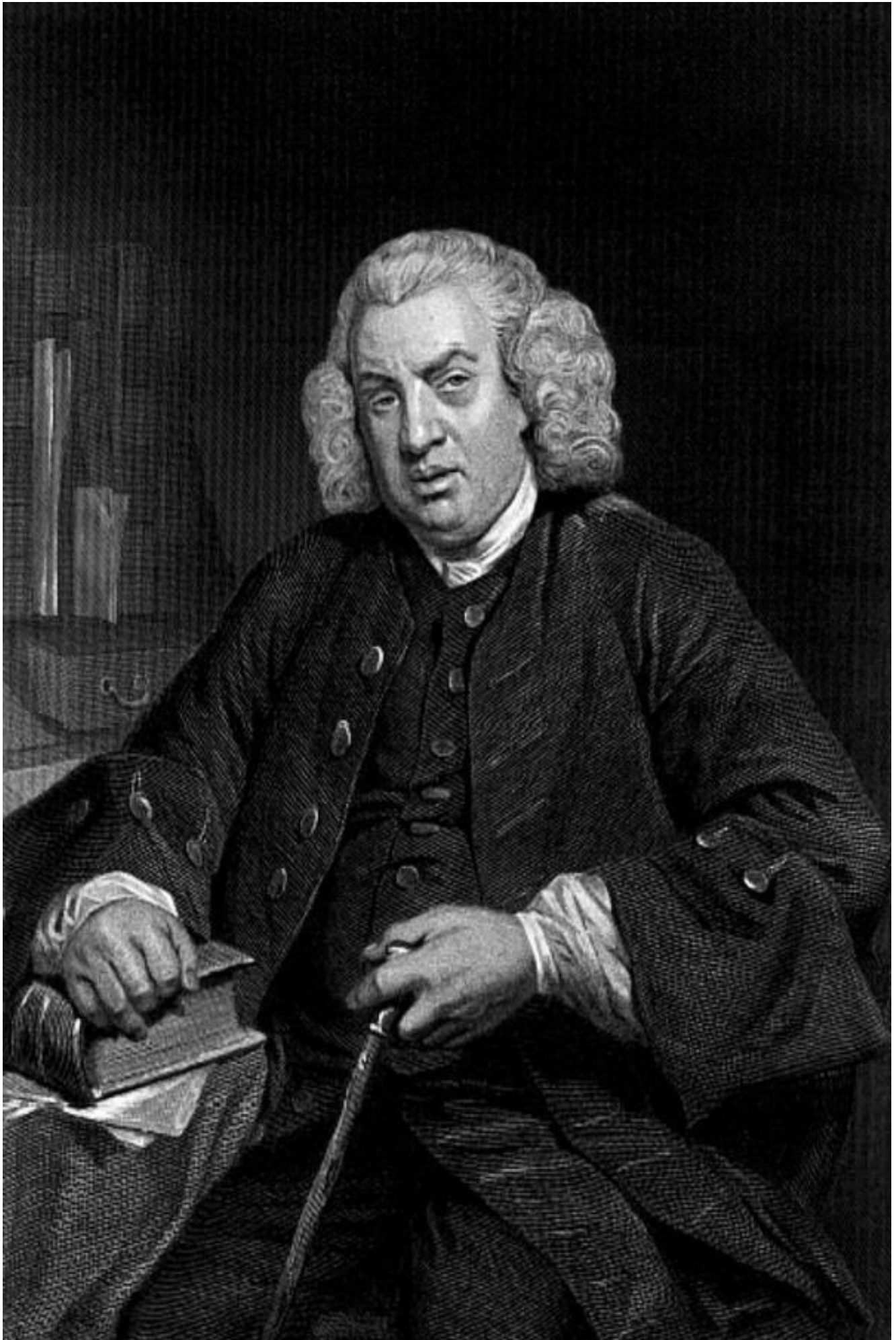
A LAUREL  CLASSIC

50¢

Boswell's Life of Samuel Johnson

*Selected
and
Abridged
by
Edmund
Fuller*





THE
L I F E
OF
SAMUEL JOHNSON, LL. D.

COMPREHENDING
AN ACCOUNT OF HIS STUDIES
AND NUMEROUS WORKS,
IN CHRONOLOGICAL ORDER ;
A SERIES OF HIS EPISTOLARY CORRESPONDENCE
AND CONVERSATIONS WITH MANY EMINENT PERSONS ;
AND
VARIOUS ORIGINAL PIECES OF HIS COMPOSITION,
NEVER BEFORE PUBLISHED :
THE WHOLE EXHIBITING A VIEW OF LITERATURE AND
LITERARY MEN IN GREAT-BRITAIN, FOR NEAR
HALF A CENTURY, DURING WHICH HE
FLOURISHED.

By JAMES BOSWELL, Esq.

————— *Quò fit ut OMNIS*
Votiva pateat veluti descripta tabella
VITA SENIS. ———

HORAT.

THE THIRD EDITION, REVISED AND AUGMENTED,
IN FOUR VOLUMES.

LONDON:
PRINTED BY H. BALDWIN AND SON,
FOR CHARLES DILLY, IN THE POULTRY.

—————
MDCCXCIX.

A MODO DE PRÓLOGO

por FRANK BRADY

La *Vida de Samuel Johnson*, de James Boswell, «delicia y alarde del mundo de habla inglesa» según G. B. Hill, es por consenso la más grande de las biografías que se hayan escrito nunca. Más allá de este juicio, los desacuerdos en torno a su naturaleza y sus características son tan variados y profundos que aquí habremos de restringirnos a tratar cinco cuestiones: (1) la teoría y práctica de la biografía en relación con la *Vida*; (2) la confección de la *Vida*; (3) la presentación que hace de la figura de Johnson; (4) el papel de Boswell como autor y personaje; (5) las opiniones del siglo XVIII y las opiniones de la crítica moderna acerca de la *Vida*^[1].

I

Una teoría satisfactoria de la biografía depende por completo de la suposición de que la biografía es una obra real y no ficticia. Realidad y ficción evocan planteamientos mentales fundamentalmente disímiles. Al hallarse ante una obra escrita, el lector siente una profunda intranquilidad hasta que no sabe cuál de los dos planteamientos es el apropiado. Si contamos a un niño de seis años un cuento, lo primero que pregunta es si es verdad o si es inventado. Para los adultos, que la Biblia sea una obra real o ficticia, incluso si se trata de una ficción de grandísimo significado, es una cuestión que ha despertado discusiones tan apasionadas que hasta hace pocos siglos podían costarle la vida a quien las entablase, y que aún hoy pueden costarle su trabajo. La autenticidad, cualidad de la que Boswell estaba especialmente orgulloso en lo tocante a la *Vida*, así como en sus otras obras, biográficas, para él significaba por encima de todo la fidelidad a lo real.

Las diferentes respuestas que suscitan realidad y ficción son en el fondo más fáciles de indicar que de definir. La ficción se ensancha en lo potencial, mientras que lo real propone la plácida resistencia de los hechos mismos. Los personajes de ficción pueden desarrollarse hasta un grado máximo de complejidad; en cambio, ¿quién puede afirmar dónde termina la resonancia de las personas de carne y hueso, como Garrick o Burke? La narrativa de ficción puede ser motivo de placer por su maravillosa inventiva, mientras la narración de lo real incita e incrementa una conciencia alerta: si esto le ha ocurrido a alguien, podría ocurrirme a mí.

El planteamiento mental de la ficción procede de la imaginación; el de lo real, de la memoria. Ciertamente es que ambos por fuerza se solapan: la imaginación se torna ininteligible si pierde el contacto con lo que ya conocemos, mientras que la memoria entraña una reconstrucción imaginativa. No obstante, hay diferencias esenciales entre

los modos «de la imaginación», como el teatro o la novela, y los modos «de la memoria», como la biografía y la historia.

Las obras de imaginación son formas cerradas; las obras de la memoria son abiertas. *Don Quijote* es una novela que se contiene en sí misma: nada más podríamos saber de su héroe, porque no es una persona real. En cambio, la *Vida de Johnson* es por así decir permeable; la versión del Johnson que presenta puede verificarse por la información que de él tenemos gracias a otras fuentes, tal como adjudicamos a la descripción de Boswell ciertos rasgos tomados de otras obras que versan sobre él. Un personaje novelesco sólo tiene que ser verosímil; el sujeto biografiado ha de ser creíble. A lo sumo, las novelas se pueden comparar; las biografías se pueden corregir. Por norma, una biografía se halla tan llena de disonancias irresueltas, tan propias además de la vida misma, que difícilmente alcanzará la conclusión satisfactoria de una novela.

El siglo XVIII tenía en mucha mayor estima la literatura real que la de ficción. Hoy sucede a la inversa. Este desplazamiento en el prestigio que ha experimentado lo imaginario, o lo reconstruido imaginariamente, es en parte el responsable de que se hayan oscurecido para nosotros las tradiciones biográficas de las que se nutrió Boswell. Virtualmente, toda biografía sería antes de Boswell era ética; su modelo propuesto eran las *Vidas* de Plutarco, y su propósito no era otro que instruir y juzgar. Esta noble tradición hoy nos parece pomposa por nuestro desagrado ante lo explícitamente didáctico, pero Johnson la justifica plenamente cuando dice que «somos perpetuamente moralistas, pero geómetras sólo al azar». Johnson no da a entender que adoptemos un elevado tono moral, ni que espiemos de continuo a nuestros vecinos. Tan sólo hace hincapié en que las decisiones más importantes que tomamos a diario son de carácter ético. En lo esencial, somos seres de dimensión ética; nuestro conocimiento intelectual del mundo es, en comparación, poco importante. Y la biografía tiene una ventaja sobre la historia, que es su rival en los géneros de la memoria: ofrece modelos de pensamiento y conducta más individuales que generales. «Estimo la biografía —dijo Johnson a lord Monboddó— porque nos da lo que más cerca nos queda, lo que puede sernos de utilidad».

No obstante, el meollo y el origen de la biografía están en la anécdota, en la historia que una persona relata a una segunda a propósito de una tercera. Y la tradición de la biografía anecdótica es muy antigua, remontándose al menos a las *Memorabilia* de Jenofonte sobre Sócrates. Una diferencia crucial entre los dos tipos estriba en que en la biografía ética el incidente se presta a servir la humilde función de ilustrar las cuestiones morales, mientras que en la biografía anecdótica el incidente ocupa el primer plano y lo ético muy a menudo ha de valerse por sí mismo. En el siglo XVIII, aun cuando la biografía anecdótica tuviera partidarios de peso, incluido el propio Johnson, estaba abierta a la acusación de servir solamente a la curiosidad del desocupado, crítica habitual que se vertió sobre el *Viaje a las Hébridas* de Boswell, y de carecer de un valor moral que la redimiese.

Los dos biógrafos preboswellianos que tuvo Johnson ilustran con precisión los extremos de la biografía ética y anecdótica. La *Vida de Johnson*, de Hawkins, extrae los *exempla* morales que conviene tener presentes de toda la trayectoria de Johnson, aun cuando el propio Johnson se asome a sus páginas sólo de vez en cuando. Por el contrario, su carácter —a menudo en sus manifestaciones menos gratas de ver— emerge vívidamente en los breves y fragmentarios relatos de que constan las *Anécdotas* de la señora Piozzi, que es un clásico de la confusión moral.

Boswell supo crear la conexión que faltaba: su *Vida de Johnson* encarna un momento crucial en la historia de la biografía por cuanto que unifica las tradiciones ética y anecdótica. (En este mismo periodo, Gibbon, de manera análoga, unifica las tradiciones de la historia filosófica y la historia antigua). Y Boswell aún desarrolla un tercer elemento biográfico, el papel del análisis psicológico. Para avanzar por esta línea contaba con el ejemplo del propio Johnson en sus *Vidas de los poetas*. Pero además disponía de su formación de diarista impenitente, de la práctica casi compulsiva del diario, así como disponía de los modelos de la introspección que constituyen las confesiones y autobiografías de espléndidos santos y pecadores, como san Agustín y Rousseau, y las obras de los diaristas espirituales y temporales a los que uno de sus contemporáneos, un anónimo del que se hace eco en la *Vida*, tacha de «un sinfín de mujeres entradas en años y de fanáticos escritores de memorias y meditaciones».

La tradición general y el ejemplo concreto operan en cualquier biografía por medio de sus mayores determinantes: materiales, métodos de presentación y, sobre todo, intención. Y el propósito de la biografía de un escritor también ha cambiado con el paso de los años. En un pasado reciente, se entendía que la utilidad de una «biografía crítica», la que aspirase a poner en relación la vida y la obra de un autor, consistía sobre todo en proporcionar a la obra en cuestión un contexto que la limitara. Aunque la biografía, según este enfoque, no pueda fijar la intención en el sentido anticuado del término, es decir, «Milton quiso poner de relieve en su *Lycidas* que...», sí puede establecer una posible gama de interpretaciones, a la vez que les da mayor precisión. Un conocimiento elemental de la vida y carácter de Boswell, por ejemplo, basta para excluir la idea, que de hecho se ha propuesto, de que la *Vida de Johnson* sea esencialmente un ataque encubierto del biografiado.

No obstante, ésta es una versión mínima de las funciones que desempeña la biografía crítica, y refleja los tópicos de la crítica formal, la más antibiográfica de todas las teorías, en vez de hacerse eco de la práctica al uso. Decidido a preservar la pureza aislada de la obra literaria, y empeñado en que sólo sirviese como sede de ciertos valores estéticos y morales, el crítico formal restringía de manera ostensible su análisis al objeto en sí, al tiempo que se apoyaba de continuo —aun sin señalarlo— en lo que era prueba inadmisibles en una teoría rigurosa, empezando por sus conocimientos de la trayectoria del autor y de la época que le tocó vivir.

Hoy en día, como el espectro de los enfoques críticos se ha ampliado mucho más

allá de las angostas perogrulladas de la crítica formal, se nos permite utilizar una visión más amplia de la biografía crítica. Comprender cualquier obra literaria exige para empezar, un conocimiento notable de su género y de su contexto histórico. No menos esencial es el contexto personal —del cual Boswell es modélico en grado máximo— que proporciona la biografía a la hora de poner la obra del biografado en su justa perspectiva. La obra en sí nunca proporciona información suficiente para una interpretación adecuada. Por ejemplo, para comprender del todo las *Vidas de los poetas* de Johnson es de gran ayuda saber algo sobre las circunstancias en que las escribió, sus sentimientos sobre los autores de que trata, su personalidad y prejuicios.

Un moderno biógrafo podría centrarse en los escritos de su biografado, aunque en el enfoque de Boswell los escritos de Johnson hallan su lugar dentro de una visión más panorámica del mismo, que es el denodado héroe moral de la vida cotidiana: un héroe y una vida que se presentan a la escala de la épica. En el «Aviso a la segunda edición», Boswell apunta este modelo épico cuando compara la *Vida* con la *Odisea*:

En medio de sus centenares de episodios entretenidos e instructivos, el héroe nunca deja de estar en primer plano del cuadro, pues todos los episodios se hallan en mayor o menor medida relacionados con él, y él, en todo el transcurso de la historia, queda expuesto por el autor a mayor beneficio de sus lectores.

Boswell cita entonces dos versos de Horacio:

Nos propone a Ulises como útil ejemplo
de cuánto pueden virtud y sabiduría.

Tampoco es de extrañar que Boswell pensara en una pugna moral en términos realmente épicos: ¿qué otra cosa es el *Paraíso perdido*, que ha repercutido sobre todas las épicas escritas en inglés posteriormente? La *Vida de Johnson* ocupa su lugar entre las muchas versiones dieciochescas de la épica: la traducción que hiciera Pope de la *Ilíada*, *El expolio del rizo* y su *Zopenquíada*; el *Tom Jones* de Fielding; *Decadencia y caída del Imperio Romano*, y las más extrañas de cuantas mutaciones se han dado, las grandes profecías de Blake. Cuando regresa la épica de un modo trastocado, aunque aún reconocible, su héroe, como es el narrador del *Preludio* de Wordsworth, es como Johnson: un hombre corriente que ha adquirido al menos en parte el aura de lo sublime.

Dentro del marco de la épica, Boswell quiso presentar a su héroe tanto por extenso como con exactitud. La extensión, la presentación plena, fue en su caso un logro relativamente fácil si se tienen en cuenta los materiales de que disponía. «Me aventuro a decir —señala en el arranque de la *Vida*— que se le verá plasmado en esta obra de un modo más completo que a cualquier otro hombre que haya hollado la faz de la Tierra». La presentación plena de un héroe sitúa a Boswell en la línea de la tradición ética.

La exactitud, por otra parte, podría parecer un ideal imposible. Como ha dicho Geoffrey Scott, «Boswell ha acuñado una imagen que bien describe su meta: una

“vida” debería ser como un grabado impecable, hecho a partir de la plancha que ha repujado nuestra memoria... La biografía debiera ser nada más y nada menos que esta reduplicación de una imagen mental». Por citar directamente al propio Boswell, «he de ser preciso al máximo en cada una de las arrugas de su semblante, en cada pelo, en cada lunar». Si este afán se hallase más allá del alcance de cualquiera, cuando menos podría plasmar, según su célebre frase, «un cuadro de estilo flamenco», un retrato de Johnson que ampliase la biografía anecdótica mucho más allá de cualquier concepción previa.

La mera cantidad de materiales de que Boswell hizo acopio, empezando por su voluminosísimo diario, puso a su alcance tanto la plenitud como la exactitud. Pero la cantidad también le ayudó a forzar un nuevo enfoque biográfico. En sus *Memorias de Pascal Paoli*, donde partió de notas relativamente escasas y aspiraba a diluir el hecho de que su visita a Paoli había durado tan sólo una semana, Boswell suprimió las fechas e hinchó su crónica de lo que dijo e hizo Paoli entreverándola con comentarios generales sobre los corsos. Un problema inverso se le planteó en el *Diario de un viaje a las Hébridas*, en el cual le preocupaba que la narración quedara ahogada por los detalles. En este libro experimentó con la abreviación bajo epígrafes topográficos, hasta revertir con gran acierto a las entradas día por día de su diario original.

Pero el método que bien le sirvió para una crónica de tres meses de duración, caso del *Viaje a las Hébridas*, no le iba a servir para un retrato mucho más amplio y exhaustivo. Ya en 1780 Boswell había tomado la determinación de escribir la *Vida de Johnson* «en escenas», es decir, centrar su presentación en conversaciones que se aproximaran a las escenas sucesivas de una obra teatral. Fue una decisión clave, a tenor de la cual el propio Johnson, a quien Boswell elogia en la primera frase de la *Vida* diciendo que «ha sobresalido con mayor excelencia que nadie en la tarea de escribir vidas ajenas», no podía servirle de modelo adecuado. Aunque Johnson incluyera diálogos y anécdotas, el interés primordial de sus *Vidas de los poetas* radica en su implacable comentario, en su enjuiciamiento constante. Y esto no se adecuaba ni al propósito de Boswell ni a sus materiales.

Al principio de la *Vida*, Boswell anuncia en cambio que «he resuelto adoptar el excelente plan del señor Mason en sus *Recuerdos de Thomas Gray*». Muy conocido en su momento, el *Gray* de William Mason era una obra insólita por estar compuesta de largas series de cartas del propio Gray, que Mason, según sabemos hoy, condensó, abrevió, truncó, empalmó, expurgó y desfiguró, además de fecharlas erróneamente, ligándolas mediante un reguero de comedidas explicaciones y muchos miramientos. Pero es que estas versiones deturpadas de las cartas de Gray, como comentó Boswell a su amigo Temple, «nos muestran al hombre tal cual era». Presentan a Gray de una manera tan directa, y es tanto lo que de él revelan, que Mason, el memorialista, ha caído en el olvido, y es Gray quien se halla ante nosotros. Hacer que su biografiado se presentara por sí mismo, que se revelara por sí solo en la mayor de las medidas posibles: también este objetivo formó parte del plan de Boswell. Obvio es señalar que

tenía un conocimiento innato del modo idóneo de emplazar a las figuras ante el público, como ya había dejado bien claro en sus anteriores estudios de Paoli y de Johnson. Sin embargo, el ejemplo de Mason tal vez sirviera de cristalización de su decisión acerca de cómo presentar a Johnson en la *Vida*, proporcionándole al menos un precedente oportuno.

A la amalgama de lo ético y lo anecdótico a escala épica, Boswell añade, así pues, una innovación más, de grandísima trascendencia en el género biográfico: la mimesis, el emplazamiento del sujeto ante los ojos y oídos del lector. La «presencia» era el efecto decisivo que Boswell aspiraba a lograr: conseguir que Johnson se presentara, que se revelara primero en la conversación, pero también en todos aquellos documentos que Boswell cita o resume: cartas, plegarias y meditaciones, ensayos y biografías, notas de trabajo, lecturas descartadas, panfletos políticos, definiciones, parodias, fábulas y alegorías, decisiones sobre disputas literarias, una apelación para recabar votos, poemas, opiniones sobre materias legales, una novela y las formas menores del elogio, como la dedicatoria, el obituario y el epitafio. Johnson aún ha de comparecer en lo que de él se dijo de diversas maneras, desde los diplomas hasta las opiniones memorables: así, «[con ellos, uno se puede divertir;] Johnson en cambio es como si diera un abrazo con toda su fuerza y a uno lo dejara sin resuello y sin ganas de reír, tanto si quiere como si no» (Garrick); «del oso no tiene más que la piel» (Goldsmith); «un genio robustísimo, nacido para vérselas a pecho descubierto con bibliotecas enteras» (John Boswell, tío del autor). La presencia es el más luminoso de los talentos de Boswell. Supo ser el primer biógrafo mimético, logro en el que sigue sin tener igual.

II

Si la gloria mayor del arte consiste en disimular que es arte, la *Vida de Johnson* es arte de primera magnitud. Por fin hemos superado la ingenua idea de que Boswell puso en práctica una forma primitiva de la taquigrafía, de modo que le bastó con copiar sus registros, aunque los siglos de pervivencia que ha tenido esta suposición testimonian el éxito de Boswell: ése fue el efecto del que dependían todos los demás. La confección de la *Vida* tuvo que ser una tarea infinitamente más compleja.

La materia prima de Boswell fueron las notas condensadas que tomaba en cuanto le era posible, muchas veces en el mismo día en que había vivido un episodio. Cuando las hubo expandido, seguramente su destino era desaparecer, aunque son muchas las que se han conservado junto a las que ni siquiera llegó a ampliar. A veces en fecha tardía, incluso durante la redacción misma de la *Vida*, ampliaba una breve anotación hasta darle la forma de un parlamento o de una escena. Así, una nota que decía escuetamente «John[son] sobre Prop[iedad] Int[electual]. Creación para el aut[or]. Consenso de las naciones en contr[a]», llegó a ser un parlamento johnsoniano de 170 palabras de extensión.

No obstante, el diario fue la fuente primordial de la mayoría de las escenas que se despliegan en la *Vida*. Algunas hojas arrancadas directamente del mismo sirvieron de texto entregado a la imprenta. Al igual que al revisar el texto del *Viaje a las Hébridas*, Boswell dramatizó la presentación tanto como le fue posible. El estilo indirecto fue rehecho en forma de diálogo, y al recordar determinadas escenas, algunos detalles muy vívidos, a veces a modo de acotaciones escénicas, se materializaron incluso durante la corrección de pruebas. Estas indicaciones podían ser breves, un simple «sonriendo», o bien ampliarse de este modo: «poniéndose en pie ante la chimenea y moviéndose de un lado a otro, con aire solemne, serio, un tanto lúgubre». Tanto en un caso como en otro fijan una expresión, un gesto, un tono de voz.

Sabemos que las notas que Boswell tomara de las conversaciones no podían ser *verbatim*. Sin embargo, ya en 1762 y acerca de una sesión de hora y media de duración que había mantenido con David Hume, de la cual había conservado un resumen de 900 palabras, dijo que «he recordado los encabezamientos y las palabras mismas de buena parte de lo dicho por el señor Hume». Y bien podía alardear de ello. Lo que contiene la *Vida* es una selección o epítome de las conversaciones de Johnson. Una vez familiarizado con su fraseo, con su sintaxis —«cuando el entendimiento, por así decir, se me imbuyó intensamente del éter johnsoniano»—, Boswell pudo rodear las palabras clave con la dicción inconfundible de su autor. (En un concurso de imitaciones de Johnson, Hannah Moore, que hizo las veces de árbitro, tuvo que adjudicar la primera plaza a Garrick en el recitado de poemas, y a Boswell en la conversación llana, convincente testimonio de su habilidad para captar la voz de Johnson, su fraseo, su sesgo). Si Johnson no dijo con toda exactitud lo que Boswell dice que dijo, dijo sin duda algo muy semejante.

¿Y hasta qué punto es preciso en su presentación? En el «Aviso a la primera edición», que es un prodigioso elogio de sí mismo, Boswell llamó la atención sobre el trabajo que le había exigido la confección de la *Vida*:

El esmero y la ansiosa atención con que he recopilado y dispuesto los materiales de que constan estos volúmenes serán difíciles de concebir para quien los lea con facilidad y descuido. La amplitud del ánimo y la prontitud y diligencia con que se han preservado tantas conversaciones yo mismo las contemplo, a cierta distancia, no sin asombro; ha de permitírseme precisar que la naturaleza de la obra, por constar de infinidad de particulares aislados, de todos los cuales, incluidos los más ínfimos, no me he ahorrado ninguna molestia a la hora de calibrar escrupulosamente su autenticidad, me ha ocasionado una cantidad de complicaciones muy superiores a las que encierra una composición de cualquier otra índole.

La última aseveración de Boswell es excesiva, pero su sentimiento es fácil de comprender. Primero tuvo que lidiar con «el inmenso arenal de “particulares” que había acumulado desde 1763», el año en que conoce a Johnson, al tiempo que recopilaba y cribaba las aportaciones de otros. Como la autenticidad forma el andamiaje de la *Vida*, puso gran cuidado a la hora de citar a sus autoridades siempre que le pareció importante, asegurando de continuo a su lector que la narración tiene un sólido fundamento, aunque al mismo tiempo, en parte, deja sobre sus hombros la

responsabilidad de valorar las pruebas.

La atención escrupulosa a la verdad era el rasgo distintivo de la escuela johnsoniana, aunque antes incluso de que Boswell conociera a Johnson su padre le había inculcado idéntico principio. Está constantemente en guardia. «El descuido en la exactitud de las circunstancias es muy peligroso —dijo—, pues así puede uno alejarse gradualmente de la realidad, hasta que todo sea ficción». Al escribir «uno ha de quitarse de la cabeza la imaginación (como quien achica el agua de un bote) con el fin de dar una narración auténtica». Cuando Boswell topaba con una cuestión en disputa, como es el caso de la persona o personas que fuera(n) responsable(s) de la pensión otorgada a Johnson por parte del gobierno, interrogaba a fondo a todos los testigos, procedimiento que el propio Johnson le había enseñado a llevar del estrado del tribunal a la vida cotidiana:

Lord Bute me dijo que el señor Wedderburne, ahora lord Loughborough, fue la persona que primero le mencionó este asunto. Lord Loughborough me dijo que la pensión fue concedida a Johnson sólo como recompensa por sus méritos literarios... El señor Thomas Sheridan y el señor Thomas Murphy, que entonces frecuentaban su trato, y el del señor Wedderburne, me dijeron que con anterioridad hablaron del asunto con Johnson... Sir Joshua Reynolds me dijo que Johnson fue a verle^[2]...

Al preparar la *Vida* de cara a la publicación, la única ayuda constante con que contó Boswell fue la de Malone, y el extremo hasta el cual llegó esta ayuda no quedará claro hasta que no se descifre y se edite en su totalidad el manuscrito. Sin embargo, ya es manifiesto que la participación de Malone, por sustancial que fuera, fue menor que en el caso del *Viaje a las Hébridas*. Cuando Boswell hubo terminado la mayor parte de la primera versión, se la leyó a Malone en voz alta y éste le hizo sugerencias diversas. Luego trabajaron juntos hasta llegar a la mitad de las galeradas —este libro, como el *Viaje a las Hébridas*, se iba imprimiendo antes de que concluyese la revisión—, momento en que Malone viajó a Irlanda. Éste había enseñado a Boswell a repasar un manuscrito con la debida diligencia, y aún siguió dándole consejos por carta desde Irlanda:

Le ruego que ponga cuidado con los coloquialismos y vulgarismos de toda laya. Condense tanto como pueda, preserve siempre la perspicacia, no imagine que el único defecto del estilo es la repetición de las palabras^[3].

Boswell, entristecido, respondió que la diferencia entre lo que habían revisado juntos y lo que había hecho él por sus propios medios era demasiado visible, si bien ningún lector ha reparado nunca en que se perciba.

La búsqueda de la exactitud entrañaba una reverencia muy detenida por los documentos, y el proceso de refacción de sus propios documentos johnsonianos lo aplicó Boswell con más rigor si cabe a las crónicas que le proporcionaron otros, sometiéndolas a «todas las formas de revisión concebibles: resumen, paráfrasis, ampliación, refundición, interpolación, etcétera». Un moderno editor de la escuela que defiende «su propia voz y su propio yo» las habría dejado como estaban, pero tales compilaciones son el material para una biografía, a la cual no suplen. La

biografía no puede constar de trozos inconexos, ni ser un clamor sin mediación de voces en conflicto. Los documentos han de fundirse por medio de una narración coherente e igualada. La autenticidad depende de la exactitud, por ser ésta la base de la imagen que el biógrafo tiene de su biografiado. Con todo, «la perfecta autenticidad —como ha comentado Marshall Waingrow— se halla no en los hechos históricos discretos, sino en su representación, en el control de sus implicaciones^[4]».

El método de presentación, sin embargo, sí depende en la *Vida de Johnson* del hecho discreto, y Boswell se encontraba mucho más seguro que al escribir el *Viaje a las Hébridas*, pues sabía con certeza que los particulares eran algo vital, con la selección y la disposición de estos particulares reguladas por

una concepción masivamente detallada del carácter de Johnson, que opera para dar forma y unidad a todos los elementos dispares y potencialmente discordantes de un libro sumamente largo^[5].

Boswell forzosamente construye su mundo a partir de los hechos, aunque toma los hechos una vez interpretados por un poderoso y exhaustivo sentido de la realidad, comparable a lo que consideramos la imaginación de un novelista.

¿Quiere esto decir, como ha afirmado G. B. Shaw, que Boswell fuera el dramaturgo que inventó a Johnson? A Shaw no le falta razón en la medida en que todos los biógrafos inventan a sus biografiados: tal como hablamos del Scott de Lockhart y de la reina Victoria de Strachey, éste es el Johnson de Boswell. El objetivo de Boswell era la autenticidad, no la «objetividad». Nunca hubo, nunca podrá haber un Johnson «objetivo». La visión que Johnson tenía de sí mismo, aun siendo privilegiada, no es más que una entre tantas.

III

En su presentación de Johnson, Boswell pudo casar a la perfección sus materiales con su propósito. La primera parte de la *Vida*, que describe la trayectoria de Johnson hasta el encuentro de ambos en 1763, sirve para introducir el retrato detallado del hombre maduro. La estructura de la sección principal, que potencialmente constituía un problema delicado, se trató de manera muy sencilla. La vida de Johnson en sus años de madurez y senectud careció de grandes acontecimientos, y apenas tuvo mayores incidentes: con la excepción de los viajes a Escocia, Gales y Francia, en años sucesivos sigue un patrón de sobra conocido. Así, Boswell remacha la continuidad al dividir su material cronológicamente, año por año, sin cortes ni capítulos. Esta organización mecánica proporciona las líneas divisorias suficientes para dar al material la forma requerida sin impedir que fluya el movimiento entre las escenas, resúmenes, comentarios y citas que constituye la alternancia de la *Vida* entre drama y documental. Al mismo tiempo, la organización cronológica satisfizo el deseo de Boswell, en el sentido de que el lector «reviva cada escena» con el propio Johnson, «a medida que efectivamente avanzaba por las sucesivas etapas de su vida».

Al carecer de urgencia narrativa, la *Vida* en su plano básico de atractivo se aborda con anticipación, se deja con ecuanimidad, y se reanuda con placer. «El libro de Boswell sigue siendo, a medida que pasan los años, mi entretenimiento para las tardes de invierno», escribió Richard Cumberland. Sir Walter Scott lo consideraba «el mejor libro de ventana de salón que se haya escrito nunca». Robert Louis Stevenson dijo que «tomo un poquito de Boswell cada día, como si fuera la Biblia, y me propongo seguir leyéndolo hasta el día en que me muera». George Mallory capta parte del encanto que posee la *Vida* en un comentario tan simple como impresionista:

Lo cierto, lisa y llanamente, es que es imposible leer a Boswell sin sentirse mejor... Con Boswell no tiene uno ganas de salir de su mundo en busca de algo mejor; lo que deseamos es vivir en ese mundo y disfrutar al máximo de esa vida, y deseamos de manera especial amar a los demás^[6].

La *Vida* no deja de llamar una y otra vez a sus lectores. Boswell compensa la carencia de desarrollo sostenido o de intriga por medio de los efectos locales: el paso constante de la conversación a la reflexión y la carta; el empleo de las múltiples perspectivas: Johnson tal como se ve en el pasado y en el presente, en la reminiscencia y en la entrada de un diario; Johnson tal como lo ve Boswell, y, con insólita diversidad, Johnson tal como lo ven otros coetáneos suyos. Las escenas individuales, la más famosa de las cuales es el encuentro de Johnson y Wilkes en casa de Dilly, en 1776, combinan la sorpresa, el reconocimiento, la reversión de lo previsto, técnicas todas ellas que emplean los dramaturgos, aunque estos efectos siempre nos devuelven al verdadero centro de interés, a la vida y opiniones, a las progresiones y digresiones del propio Johnson. Su «exuberante variedad de ingenio», que opera dentro de un marco de actitudes previsibles, aunque siempre con fuerza, siempre con expresión inesperada, centra y absorbe la atención del lector.

Al mismo tiempo, Boswell subraya la estabilidad de la repetición. La unidad de la *Vida* es sobre todo temática: los mismos temas, aunque planteados desde puntos de vista cambiantes, aparecen una y otra vez. Asimismo, las *dramatis personae* apenas cambian; hasta las mismas acciones son recurrentes:

BOSWELL: «Siendo así, señor, almorcemos los dos a solas en la Taberna de la Mitra, para no perder la vieja costumbre, “la costumbre de la casa”, la costumbre de la Mitra». JOHNSON: «Así sea».

También el tiempo se repite. Después de abril de 1763, con la excepción de dos interludios de otoño, siempre es primavera en la *Vida*. Los propios años discurren con la marcha constante de los días. Qué familiares y reconfortantes para el lector asiduo de la *Vida* son sus cadencias temporales: «el lunes, 6 de abril», «el martes, 9 de abril», «el viernes, 10 de abril», «el domingo, 12 de abril», y así sucesivamente. Estas marcas carecen de distinción individual, de relieve: es la secuencia lo que importa, ya que insiste en lo cotidiano, en el modo en que todos experimentamos la vida, día tras día.

La decoración es asimismo general, sin subrayados. Unas veces hay algún detalle; por lo común, Boswell se limita a indicar el lugar y prosigue:

Se congregó un nutrido círculo esa noche. El doctor Johnson estaba de muy buen humor, animado, dispuesto a conversar sobre toda clase de asuntos.

Los detalles son precisos, son suficientes para saber dónde estamos; proporcionan solidez sin especificación.

El carácter de Johnson en el centro de la *Vida* también es estático. El biógrafo moderno tiende a concebir a su biografiado según su desarrollo. Boswell, como sus contemporáneos, creía que el niño es el hombre en miniatura, y concebía la persona según rasgos persistentes, vitalicios. Johnson, por supuesto, tenía una carrera: había estudiado en Oxford, había pasado de ser maestro de escuela fracasado a escritor profesional en Londres, había llegado a ser la figura dominante en la literatura de su época, poeta, biógrafo, lexicógrafo, ensayista, novelista, editor y crítico. Pero desde el principio mismo se despliega su superioridad intelectual innata, su extraordinaria «potencia, vivacidad y perspicacia», sus «poderes eminentísimos». Y otras características no son menos prominentes: la «celosa independencia de espíritu, ese temple impetuoso que jamás le abandonó», «la funesta inercia de la disposición», «la mórbida melancolía». Acicateado por su férrea convicción del libre albedrío y sus hondas creencias cristianas, Johnson se esforzó por reformarse, y se vio atrapado, según una formulación boswelliana, en la «vibración que existe entre las pías resoluciones y la indolencia». Boswell insiste con empatía en sus denodados esfuerzos, en los logros y los fracasos. Pero las bases del carácter no cambian.

Aunque el carácter fuera estático, el siglo XVIII le dio amplitud al insistir en que estaba compuesto de contradicciones, y las de Johnson eran muy marcadas: resultaba tanto más difícil de plasmar su relato, como dijera Steevens, porque «sus particularidades y fragilidades» eran mucho más acusadas que sus virtudes. Boswell estaba decidido a pintarlo como «Sam, el cegatón», pero sus defectos tenían que quedar en perspectiva, y esto supuso que Boswell tuviera que contrarrestar una idea corriente y errónea, a saber, que Johnson era un pedante arisco y brutal, al tiempo que debía evitar el extremo opuesto, el del héroe como gran personaje de antaño.

Un biógrafo contemporáneo podría haberse refugiado en alguna «pasión rectora», tal como un biógrafo moderno podría haber reducido a Johnson de modo que encajase en ese patrón de lo que con bastante laxitud podríamos llamar «la personalidad autoritaria»: culpable, dominante, perfeccionista, riguroso en materia de religión y política, condenatorio consigo mismo y áspero con los demás, esto es, un gigante encadenado. Las inseguridades de su interior emergen en forma de declaraciones contundentes: «Mi querido señor, no acostumbre a mezclar en su ánimo el vicio y la virtud. La mujer es una puta, y punto redondo». Al mismo tiempo, Johnson era honesto, cálido de corazón, servicial y sumamente afectuoso. Un biógrafo podría terminar por empalarse con estas contradicciones, como le sucedió a la señora Piozzi. Su Johnson no sólo es repelente: lo llegó a ser de una manera increíble para quienes le habían conocido bien.

Boswell resolvió el problema de la presentación de manera brillante. En el *Viaje a*

las Hébridas comenzó por un esbozo aún preliminar de Johnson. Ahora, mucho más seguro de su método y sus materiales, pudo fiarse de la acumulación de minuciosos particulares para construir «una imagen plena, justa e inequívoca» del carácter de Johnson: se trata de una imagen emergente que da al lector familiaridad con Johnson del mismo modo que, poco a poco, llega uno a conocer a un amigo.

Al amasar particulares, Boswell obtiene partido de su exigencia de «precisión auténtica». Como predispone al lector a creer en su veracidad, Boswell no tiene por qué preocuparse de la verosimilitud. Un personaje de ficción se enjuicia sobre la base de la congruencia: fiándose de su propia experiencia, ¿encuentra un lector que sus rasgos son coherentes? En cambio, una persona real coloca el peso de la explicación en quien la observa: ¿qué patrones son los que dan sentido a sus actos? Y Boswell había acumulado, a partir de sus propias notas y de las ajenas, una colección de ejemplos que ponían de manifiesto un abanico inusualmente complejo de actos y de características. Exhibió no sólo al Johnson de sobra conocido, de opiniones taxativas y respuestas bruscas, sino también a un Johnson tierno y cálido en sus sentimientos, dotado de sentido del humor —grave, robusto o taimado—, «que da una pátina especial a cualquier otra cualidad», que incluso hace gala de una «cortesía y una urbanidad» que a menudo no se le reconocieron. Al mismo tiempo, Boswell es capaz de poner en perspectiva incidentes desagradables con una explicación oportuna —«la aprensión que le provocaba su enfermedad se mostró de un modo inesperado»— o bien aducir ejemplos de la profunda simpatía de Johnson y de su presteza para prestar ayuda práctica a otros. Como señala Waingrow, Boswell presenta los puntos flacos de Johnson bajo aspectos diversos de sus virtudes.

Llegamos a saber mucho de este Johnson porque es mucho lo que hay que saber. A veces, Boswell apunta cualidades contrapuestas: el corpachón desaliñado en contraste con la agudeza mental; las contracciones, los tics y los murmullos, frente a la fuerza, la precisión y la oportunidad de sus expresiones. Tomado en conjunto, Johnson crece gradualmente por lo impresionante que resulta: hace gala de su «ingenio» (que James Thomson define como «vivaz energía de la cordura») y de su «sabiduría» (el mismo sentido común, concentrado en generalizaciones más elevadas). Ingenio y sabiduría se combinan en su perspicacia, en su capacidad de penetrar hasta el fondo de la experiencia ordinaria. Según dice Percy, «de inmediato sondeaba el corazón de los hombres, allí donde estuviera la herida».

De este modo, paulatinamente, Boswell no sólo afirma sino que establece una imagen dominante de este «hombre grande y bueno», de la generosa humanidad de Johnson, que entonces le permite reconocer casi cualquier número de limitaciones y defectos sin que en esencia se deprecie el carácter de Johnson. Aunque escribió la *Vida* «con admiración y reverencia» (son las palabras con que termina), en el caso de Boswell la calidez de su partidismo era compatible con la astucia de la observación y, por momentos, con un distanciamiento divertido. Boswell ve a Johnson en todas sus dimensiones. No sólo es un héroe, sino un espécimen extraordinario del carácter

humano. El gran filósofo puede reprender al camarero que le sirve un cordero asado, y decirle: «Está todo lo malo que puede estar: mal alimentado, mal despachado por el matarife, mal conservado y mal adobado para asar». Puede parecer un individuo dominante, estrecho de miras, sujeto a la adulación, codicioso de la victoria, supersticioso, pagado de sí mismo, iluso. Más peligroso es que Boswell sepa darle un aire de comicidad:

Si nos es dado creer a Garrick, el gusto de su maestro de antaño en cuanto al mérito teatral no destacaba por su refinamiento. Tampoco era una *elegans formarum spectator*. A Garrick le gustaba contar que Johnson se había pronunciado sobre un actor que interpretó a sir Harry Wildair en Lichfield diciendo que «tiene una vivacidad de cortesano», cuando según la versión de Garrick «era el rufián más vulgar que nunca haya pisado las tablas».

Pero los defectos de Johnson le confieren humanidad, e incluso sus actos menores resultan atractivos. Escribe Boswell:

Mandó recado de que acudiera junto a su lecho y me manifestó su satisfacción ante este encuentro que nos deparó el azar, con tanta vivacidad y alegría como en sus años de juventud. «Frank —llamó con vigor a su criado—, ve a buscar café, desayunemos con esplendor».

La insistencia de Boswell en la absoluta credibilidad le permite pasar del detalle a la generalización y volver al detalle con toda facilidad. Creemos que Johnson hacía gala de «una ansiosa e incesante curiosidad por la vida del ser humano en toda su variedad», en parte por las escenas ya expuestas, en parte porque lo dice Boswell sin más. El carácter de Johnson adquiere una densidad que hace de cualquier otro retrato biográfico, entre los más espléndidos —así, los agudos y elegantes perfiles de Strachey—, una imagen tan empobrecida como la de la figura corriente en la ficción. Nadie recorrió más extensamente la totalidad del espíritu del hombre. En el modo en que lo plasma Boswell, Johnson adquiere «masa crítica», como Don Quijote o Hamlet: llega a ser capaz, dentro de los anchos límites de sus creencias y prejuicios, de hacer y decir cualquier cosa, y ese punto imprevisible, tan suyo, llega a ser un atributo apasionante. Los lectores estarán de acuerdo con John Nichols en que «es digno de preservarse cualquier fragmento de tan gran hombre». Incluso los detalles más triviales —por ejemplo, que tratase de empujar con un palo un gato muerto en un arroyo— le dan mayor visibilidad. Y cuando estos detalles se amasan, el significado de Johnson desborda toda interpretación única, por lo cual cada época ha de darle una construcción diferente. Sus contemporáneos, por simplificar, vieron al gran lexicógrafo, al moralista y al crítico; para el siglo XIX fue epítome de un acusado y vehemente sentido común, siendo éste el menos común de los sentidos; por su parte, algunos comentaristas modernos apuntan a una figura angustiada, sostenida en cada instante por la fuerza de su voluntad sobre el vacío.

El retrato de Boswell, sin embargo, no se centra en un Johnson aislado; al igual que casi todos los escritores dieciochescos, piensa en el individuo antes que nada como un ser en sociedad. Johnson tenía que tener un contexto humano. De ahí la importancia que posee el abundante tesoro de las conversaciones johnsonianas amasado por Boswell. Ése era el «valor peculiar» de la *Vida*, cuyo principal

cometido, según Boswell, era dejar constancia de ellas. Pero también era la actividad central de la *Vida* en todos sus escenarios: charlas tête-à-tête, reuniones casuales y no muy concurridas, cenas formales, sesiones del Club Literario. Ahí están las grandes escenas que hacen de Johnson un retrato dramático, el aspecto individual más distintivo y más comentado de la *Vida*.

Aunque de vez en cuando Boswell recopila lo que llama «polvo de oro» (comentarios aislados), los dichos de Johnson tienen más peso cuando surgen en estos contextos sociales, a menudo bajo la presión de un argumento informal. Johnson consideraba que la conversación es un arte de primera magnitud, en el que se demostraba la verdadera capacidad intelectual del individuo, mientras que hablar en público era un mero truco aprendido. Para él, la conversación fluía de modo natural en la competición, y Johnson era formidable: era capaz de perorar sobre cualquier tema con gran fluidez, con verdadero impacto; la derecha de sus respuestas era famosa; en su conversación «bullían imágenes y lindezas»; cuando se quedaba sin munición sabía derribar a su adversario con sofismas o sarcasmos. Una y otra vez Boswell ilustra su «riqueza y brillantez sin parangón», con la que sólo Burke, entre sus coetáneos, era capaz de rivalizar. Al conversar, Johnson aparece en primer plano: nos encontramos en la misma estancia que él, lo encontramos sentado frente a nosotros, vemos la expresión de su rostro; nos habla, le oímos reír y gruñir, casi podríamos alargar la mano y tocarlo.

La gran telaraña de conversaciones que sirve para aglutinar la *Vida* es la que establece la figura pública de Johnson, el «coloso de la literatura». Detrás queda la sombra del Johnson privado, la figura que vive en la soledad, en la inquietud, cuyo cometido en la vida no era otro que huir de sus propios pensamientos, de ese intelecto que, como muchos reconocen, hacía presa en sí mismo. Johnson tenía un don insólito para el disfrute espontáneo —«¡Si sois vosotros, so perros! ¡Me iré a correrla con vosotros!», dice a Beauclerk y Langton cuando se los encuentra de parranda—, pero la melancolía recurrente, que oscilaba de la depresión a la desesperación, entenebrece a menudo su retrato. A Boswell se le ha criticado, tal vez con razón, por no haber hecho hincapié suficiente en el miedo a la locura que padecía Johnson, aunque la señora Thrale ha reconocido —y ella vio a Johnson verdaderamente convulso por la ansiedad— que nunca pudo persuadir a nadie de que creyese en sus temores. Pero en la *Vida* abundan las expresiones tenebrosas: «*Je ne cherche rien, je n'espere rien*»; «me veo muy a menudo desgajado del resto de la humanidad, convertido en una suerte de solitario errante en medio del desierto de la vida, sin rumbo fijo... un lúgubre espectador en un mundo con el que poca relación mantengo»; «de buena gana me avendría a que se me amputase una extremidad con tal de recobrar mi presencia de ánimo»; «el terror y la angustia me cercan». Lo más aterrador de todo era la proximidad de la muerte. Ahora bien, así como Johnson luchó sin descanso para demostrar su superioridad sobre sus acompañantes, bregó con denuedo para seguir siendo dueño de sí mismo. Tras citar un pasaje particularmente inquietante de

sus «papeles privados», Boswell comenta así:

¡Qué heroísmo filosófico el suyo al presentarse ante el mundo investido de una gran fortaleza de espíritu, siendo tan grande su zozobra interior!

La valentía, dijo Johnson, suele considerarse la mayor de las virtudes naturales.

Si bien afirmar que Boswell consideraba a Johnson como a un padre es la más banal de las perogrulladas, en la *Vida* recurre a la fórmula que ya empleó en el *Viaje a las Hébridas* y presenta a Johnson principalmente como «maestro majestuoso de sabiduría moral y religiosa». Johnson se consideraba un hombre «investido por una cierta porción de la verdad», y estaba deseoso de impartirla. De entrada, enseñó a su congénere «la importancia ilimitada de la vida en el más allá», con todo lo que implica esta creencia fundamental. Acto seguido, la más ortodoxa de las máximas laicas del siglo XVIII: nuestro primer deber es para con la sociedad, que se basa en la jerarquía y la propiedad. La subordinación, uno de los temas predilectos de Johnson, es esencial «para el orden justo de la sociedad y para la mejora de la vida misma».

Cuando Johnson pasa de estas generalizaciones a cuestiones específicas, por ejemplo de política, sus posturas, tan atentas al tiempo en que vivió, hoy resultan un tanto inertes. Está claro que la reputación de Johnson como pensador no depende de opiniones particulares. Se podría compilar una antología con sus ideas «erradas» sobre muchas cuestiones: la expulsión de Wilkes de la Cámara de los Comunes, la revolución de las colonias americanas, la tolerancia religiosa, la prosa de Swift y la poesía de Gray, sin ir más lejos. Pero tal como se ha señalado a menudo, cuando sus posturas son vergonzosas, Johnson se basta para que valga la pena refutarlas.

Es más bien Johnson el moralista, con su visión estoica de la vida, el que sigue exigiendo atención. Sus propios logros son muestra de las posibilidades que la vida encierra, mientras que al mismo tiempo insistió sin cesar en sus limitaciones. La vida «se soporta con impaciencia y se abandona con reluctancia»: es «un progreso de carencia en carencia, no de un deleite a otro»; incluso en el mejor de los supuestos, «todos los hombres han de tomarse la existencia en los términos en que les viene dada», términos que pueden ser sumamente restrictivos. Tal como advirtió a Boswell, «no espere usted de la vida más de lo que la vida le dé».

La conversación, queda dicho, a menudo comienza por un lugar común, y suscita muchas de esas observaciones «hondas y certeras sobre la naturaleza humana» que demuestran, como dijo Boswell, que los preceptos morales de Johnson eran de orden práctico, adecuados a las preocupaciones recurrentes de la existencia diaria. Sus *dicta philosophi* están cargados de convicción porque se fundan en «un atentísimo y minucioso estudio de la vida misma». Llevan el peso de la razón o al menos de lo irrevocable, lo cual llevó a Boswell a su vez a proclamar que «tal vez la conversación de Johnson era más admirable incluso que sus escritos, por excelentes que fueran».

Resulta casi tonificante que Johnson concluya, cerca del final de la *Vida*, que la existencia es más desdichada que feliz: este juicio aporta la solidez necesaria para

afrontar lo peor. En cualquier caso, la benevolencia, que Johnson definió como el principal deber de los seres sociales, es una constante en este mundo, tal como lo es nuestra esperanza de la inmortalidad en el más allá. Boswell aligera esta austeridad recalcando el fiero compromiso anglicano de Johnson —es un militante, un defensor triunfante de la fe— y sus constantes ejercicios y desvelos en la práctica, hechos en nombre de los merecedores y los indignos por igual. Y Boswell repetidas veces nos muestra al lúgubre moralista disfrutando al vuelo, con avidez, los placeres que le depara cada día.

Otros héroes afrontan lo insólito. Johnson se ve ante lo ordinario. Sus mejores consejos surgen ya avanzado su trato íntimo con Boswell; al margen de lo que la buena crianza nos obligue a decir, le aconseja de este modo: «querido amigo, limpie usted su espíritu de hipocresía». Johnson es un héroe de la conciencia, del examen de la vida propia. Y junto a su conciencia se halla intacta su integridad: Johnson nunca es el mismo, pero siempre es de una sola pieza, y siempre es el que es.

La lección más significativa que ofrece Johnson es el ejemplo que da con su propia vida, sobre todo cuando ya se acerca su fin. A un ataque de perlesía siguieron los dolores y molestias del insomnio, el asma, la hidropesía; se vio privado no sólo de la compañía de los Thrale, sino también de los acompañantes que tuvo tanto tiempo en su domicilio, Levett y la señora Williams. Otros tal vez lo tuvieran por «el sabio venerable» que se abstrae serenamente del mundo, pero él se encontró ante las realidades de la enfermedad y la soledad. Su irritabilidad era más evidente que nunca, su miedo a la muerte más inmediato cuando, como dijo, la mortalidad presentaba su ceño formidable, si bien siguió asido con todas sus fuerzas a la vida. El último retrato que le hizo Reynolds, «con el labio caído y los ojos sufrientes e indomables», capta la esencia de esa lucha final.

La muerte es la culminación de la historia del anciano, tal como el matrimonio culmina la historia del joven, y Boswell deja que sea Johnson quien relate su último verano, su último otoño, por medio de una serie de cartas en las que desbroza una y otra vez el mismo terreno de la salud en declive, de la esperanza menguada. Intellectualmente siguió alerta, emocionalmente atento: «Señor, considero que se echa a perder cualquier día en que no aprendo algo nuevo». Hasta el final mantuvo su «espíritu altivo y de buen ánimo». Concluida toda esperanza no quiso ingerir más medicamentos, ni siquiera opiáceos, para así poder rendir su alma ante su Creador sin que nada nublase su entendimiento.

Johnson es en definitiva un héroe en todas sus virtudes y flaquezas, en la luz y las sombras de la biografía de Boswell, porque combatió a brazo partido con los monstruos que a todos nos amenazan: la pobreza, la enfermedad, la soledad, la melancolía, la frustración sexual, las dudas religiosas, el miedo a la locura, el temor de la muerte inevitable. Pero su determinación de sobrevivir y su voluntad de asumir sus propias responsabilidades, de ser dueño de su ánimo y mantener el control de su vida, persistieron en él hasta el final. Éste es un retrato de Johnson al que podemos

dar un uso inmejorable.

IV

Dice Boswell que «me complace sobremanera exhibir esbozos de mi ilustre amigo, pergeñados por diversas manos de gran eminencia», y estas reminiscencias, en especial las de William Maxwell y Bennet Langton, que no eran por cierto tan eminentes, constituyen valiosas adiciones a su crónica. Sin embargo, Johnson queda definido de manera más directa en el contexto de la conversación: en los agudos y variados intercambios con Garrick y Goldsmith, en la reconciliación con Wilkes, en sus diversos estados de ánimo —colérico, crítico, afectuoso— con Langton. Se le ve con menos claridad frente a frente con Burke, cuya desvaída presentación es una de las grandes decepciones de la *Vida*.

El principal interlocutor de Johnson, por descontado, es el propio Boswell. Aunque en la dedicatoria hace hincapié en que no incurra el lector en el error de identificar a Boswell el autor con Boswell el personaje, esta confusión siempre ha sido la vía más simple para proceder a una lectura errónea de la *Vida*. No cabe duda de que Boswell, el autor, manifiesta una notable inteligencia. Como ha dicho F. A. Pottle,

la llana y deleitosa comprensión que la crónica dramatizada de Boswell muestra en cada punto sólo se puede explicar si se asume que tenía una mentalidad que se extendía en paralelo a la de Johnson, a lo largo y ancho de los temas tratados en la conversación^[7].

Esa inteligencia tiene correlato en una capacidad no menos notable para plasmar sobre el papel lo percibido. «Con qué mínima manchita logra un pintor dar vida a un ojo», había observado en su diario mucho antes de comenzar a escribir la *Vida*, ya en 1769. Ésa es la pincelada que imita en la precisión de sus detalles. No obstante, pone gran cuidado en no dejar que su fraseo llame la atención. Si, como ha dicho Ruskin, la simetría del estilo de Johnson es «como la del trueno que responde desde dos horizontes», el estilo de Boswell es tan ilimitadamente transparente como el cielo azul. El efecto, como se ha señalado a menudo, no es otro que convencer al lector de que ningún intermediario interviene entre él y la escena descrita, aunque Johnson le haya dado forma con gran esmero.

He aquí el arranque de una escena:

Garrick dio una vuelta a su alrededor con vivacidad y afecto, lo sujetó por las solapas de la levita y, mirándolo a la cara con jovialidad, pero con el ánimo travieso, lo felicitó por la buena salud de que parecía disfrutar. Mientras, el sabio, moviendo la cabeza, lo miraba con benévola complacencia.

El movimiento físico se percibe con toda claridad, el rodeo alrededor de Johnson, el modo en que Garrick lo toma por las solapas; vemos a Garrick, que era bastante bajo (no medía al parecer ni siquiera un metro sesenta), ante Johnson, un gigante de más de metro ochenta. Estos detalles recuerdan la dilatada e íntima amistad de ambos:

¿quién, si no Garrick, hubiera osado sujetar a Johnson por las solapas? La «vivacidad y afecto», así como el «ánimo travieso», nos hacen pensar en la mezcla de actitudes que se dan en Garrick: la cortesía en la felicitación, el cariño, el punto de histrionismo —es notorio que Garrick, el gran actor, actuaba en todo momento— y otros matices, como el desapego, la cohibición, un cierto deje de ironía. Por el contrario, Johnson queda abstraído —es «el sabio»— y permanece inmóvil: aunque menea la cabeza, ¿es ésa una muestra de su salud achacosa, o es indicio de que ve a las claras qué pretende Garrick a pesar de su pose? La «benévola complacencia» (en francés, *complaisance* son los modales de los bien educados) da a entender cuando menos una actitud afable, aunque recelosa. En este mínimo esbozo, que sólo abarca una frase, vibra la hondura de una amistad celebrada, compleja, al tiempo que añade un nuevo elemento.

Examinar incluso un pasaje tan conciso y breve como éste es como concentrarse en las pinceladas de un Cézanne, como congelar una película para examinar un fotograma aislado. Sin embargo, la facilidad y la naturalidad del estilo boswelliano nos transportan a gran velocidad; no se pretende que nos detengamos a analizar el ir y venir de las sugerencias que fluyen bajo la clara superficie verbal, ni que tengamos conciencia explícita de todas las posibilidades que contiene una sola frase. El tono casual, el movimiento fluido, ocultan las sutiles complicaciones que prestan su plenitud a la escena, tal como la derecha y la elegancia de los dísticos de Pope ocultan algunos pasajes que se cuentan entre los más difíciles que existen en la poesía en lengua inglesa.

La recreación de un intercambio tan breve exige una mentalidad atenta a los matices del comportamiento social, afinada de modo que capte el intrincado juego de las interrelaciones. Ahora bien, si Boswell despliega esta clase de perspicacia, ¿qué decir del Boswell que era capaz de aparecer como un asno en sus propias páginas? Al igual que en las *Hébridas*, el éxito de Boswell ha sido al menos en parte su perdición: como Boswell el personaje aparece tan clara y plenamente desarrollado, resulta difícil tener presente que Boswell, el autor, lo observa con parte del mismo distanciamiento con que observa a los demás personajes. Y algunas de las cualidades personales de Boswell, observables en el personaje retratado, fueron de gran ayuda al autor: así, la viveza con que capta las sensaciones, la apertura de su percepción, la inmediatez y la concreción de su respuesta. Como es insólitamente sincero consigo mismo, puede ver a los otros mucho mejor: los ve tal cual son. Su plasticidad, su habilidad para pulsar el tono de la compañía en que se encuentra, e incluso el ramalazo infantil con que hace caso omiso de algunas de las ideas recibidas sobre el decoro, son elementos que resaltan la escritura.

Boswell, el interrogador y el manipulador, el director de escena, también tiene vínculos evidentes con Boswell el autor, aunque al revelar estos papeles ante su público refuerza la máscara del «yo sin malicia», que estaba más que deseoso de adoptar, porque aquí, al igual que en las *Hébridas*, le sirve para desentrañar a Johnson a la perfección. Al comentar esta máscara que imposta por última vez, conviene

recalcar que ésta era una técnica aceptada en su día, una posibilidad inherente al estilo «llano» o «sencillo» que Hugh Blair, a cuyas charlas sobre retórica asistió Boswell en la Universidad de Edimburgo, llamaba «ingenuidad»:

Esa clase de ingenuidad amistosa, de apertura sin disimulos, que parece darnos cierto grado de superioridad sobre la persona que la muestra; cierta simplicidad infantil que nos agrada en el fondo del corazón, pero que pone en evidencia ciertos rasgos de carácter que, a nuestro juicio, deberíamos tener el arte suficiente de disimular; la cual, por tanto, siempre nos conduce a sonreír ante la persona que la revela en su talante^[8].

Sólo una vez, al final de la *Vida*, hace Boswell mención del «peculiar plan a que obedece esta empresa biográfica», y lo hace en el momento en que se disculpa por haber «reclamado en exceso y para sí la atención de sus lectores». Sin embargo, desde el principio queda claro cuál es su especial lugar en su relato: tiene conciencia de ello y está dispuesto a asumir los riesgos del malentendido que esa prominencia entraña. Al igual que en Johnson, sus defectos resultan más acusados y visibles que sus virtudes. Revela que a veces ha sido vanidoso, presuntuoso, inseguro, insaciablemente curioso (rasgo mucho más admirable en un biógrafo que en un amigo), y que ha pecado de intrusismo en demasía; él mismo nos refiere que ha bebido sin freno y se ha comportado con negligencia. La *Vida* también contiene abundantes pruebas de que la mayoría de las personas lo consideraban inteligente, atractivo, con buen humor, perspicaz, un acompañante excelente: como dijo Johnson, Boswell era bien recibido donde quiera que fuese.

Lo que realmente ha perjudicado la reputación de Boswell es la dirección en la cual extiende estas revelaciones sobre sí mismo. Al igual que la mayoría de nosotros, Boswell en ocasiones actuó con una rematada mentecatez, pero si bien otros escritores ocultarían tales momentos, enterrándolos tan a fondo como les fuera posible, él parece deseoso de sacarles partido siempre y cuando los pueda utilizar, y a veces es de justicia reconocer que también lo hace cuando ni puede ni debe. La ansiedad con que Boswell pone en primer plano sus fallas puede ser inquietante. Cita a Johnson, quien dijo, por lo visto, que «hay algo verdaderamente noble en publicar la verdad, aun cuando uno mismo así se condene». También puede haber algo sin duda exhibicionista. Si bien es un error de apreciación inferir que Boswell no tenía sentido de la vergüenza, es cierto que tenía menos que la mayoría.

Con todo, también es fácil exagerar hasta qué extremo Boswell se desprecia, tal como sus detractores, que tal vez como él son inseguros y cohibidos, probablemente hagan. Cuando Gray comenta que el título *Memorias de Pascal Paoli* debiera haber sido más bien «Diálogo entre un petimetre y un héroe», no hace sino tirar del hilo de la paradoja que Macaulay había explicitado, a saber, que Boswell había escrito un gran libro porque era un zoquete, paradoja que considerada un solo instante pone de manifiesto la contradicción inherente. Los grandes libros los escriben los grandes autores. Es así como reconocemos a un gran escritor: ha escrito un gran libro.

«Sin duda poseo el arte de escribir de manera agradable», dijo Boswell a Temple sin quedarse corto. Boswell tenía un don mucho más notable, un poder casi

misterioso, del cual dice G. O. Trevelyan que es «esa extraña facultad (cuyos elementos constituyentes los críticos más distinguidos se han confesado incapaces de analizar) por la que todas las composiciones de Boswell son legibles, desde aquello a lo que quiso dar el aire de un ponderado argumento sobre una cuestión legal hasta sus versos más ramplones y sus cartas más insensatas».

Boswell posee en efecto una extraña facultad, tanto en su planteamiento general como en su capacidad de desarrollarlo. El comentario de Trevelyan apunta hacia la idea de Proust: el estilo no es cuestión de técnica, sino de visión. La interrelación de visión y técnica es en definitiva impenetrable; es imposible precisar dónde o cómo dio Boswell con esta capacidad de contemplar el mundo tal como lo hacía, aunque en su caso la técnica es a tal punto una exteriorización de la visión que uno se siente tentado de concordar con Croce y afirmar que ambas son idénticas.

Lo que cabe apreciar es el mundo que Boswell plasma en la *Vida*, que se abre en el tiempo y en el espacio de acuerdo con lo que promete en el subtítulo:

cuyo conjunto expone una panorámica de la literatura y de los literatos en Gran Bretaña durante casi el medio siglo en que estuvo Johnson en pleno apogeo.

Al contrario que las *Hébridas*, donde los movimientos y el cambio de escenario son indispensables tratándose de un viaje, aquí el escenario apenas varía: el comedor, el salón, la taberna; rara vez estamos al aire libre, rara vez entrevemos una alcoba. Sin embargo, la *Vida* no parece limitada: emana en ella una variedad de caracteres y de incidentes cotidianos que ninguna novela de la época es capaz de igualar.

Si el interés por ciertas cuestiones de la época (el lujo, la subordinación, la emigración, la esclavitud) hoy se ha extinguido, las figuras de la *Vida* aún tienen cosas memorables que decir acerca de cuestiones eternas: la política, la religión, el matrimonio, la amistad, la melancolía, la muerte y la relación entre ambos sexos. Si la *Vida* da amplia credibilidad a la desdicha, Boswell también la sabe llenar de alegría y disfrute, como sucede en la reunión en casa de la señora Garrick, cuando Boswell susurró a la señora Boscawen: «Creo que esto es todo cuanto puede extraerse de la vida misma». Y en el plano de la felicidad social sin duda lo es. En la *Vida* bulle la ronda habitual de comidas, charlas y visitas; es un estudio sobre la vitalidad de una sociedad, un lienzo en el que se apiñan las figuras animadas, sobre el trasfondo de Londres, que representa la marea llena de la existencia humana.

El mundo de la *Vida* está aglutinado por la sensibilidad de Boswell; cuando se considera la transformación de la vida en arte, resulta tanto más impresionante, pues a partir de una existencia caracterizada por la intranquilidad, los aplazamientos y retrasos, las actuaciones no del todo intencionadas, la mala fe y las promesas incumplidas, los placeres apresuradamente robados, el desatino de las ilusiones, los impedimentos diarios de la vanidad, la intemperancia, la lujuria y la desesperación, construye con firmeza y confianza un mundo sereno y generoso, en el que personalidad e incidente comparecen de acuerdo con una perspectiva que no se

distorsiona. El poeta, como quiere Sydney, convierte el mundo bronceo de Natura en un mundo de oro. No obstante, más que inventado, el mundo de Boswell es un mundo plenamente realizado, que resiste toda posible reducción a las construcciones más selectivas de la ficción. Y la *Vida*, como las *Hébridas*, es literatura del mundo que conocemos: Boswell disfrutaba una enormidad con la vida diaria, dejando tal cuales son los perfiles más ásperos. Era un *connoisseur* de lo cotidiano.

Carlyle, el más agudo y más absurdo de cuantos críticos ha tenido Boswell, atribuía su grandeza literaria a su «corazón abierto y amoroso». La expresión resulta románticamente indefinida, aunque también es muy sugerente, en especial si se expande y se traduce a términos con los que nos sentimos más cómodos. El deleite de Montaigne al explorar su propio intelecto es el que siente Boswell al explorar el mundo de la sociedad. Ambos tenían mucho en común, como dice con insistencia el propio Boswell: una curiosidad apremiante —por lo familiar y por lo extraño— combinada con el distanciamiento oportuno; astucia, tolerancia, genialidad. Pocas cosas que fueran humanas les eran ajenas a ambos. Boswell también supo asimilar a los otros, dejarles que penetrasen en él, representarlos con pleno sentido de su humanidad e individualidad. Cuando presenta a sus personajes nunca interpone su personalidad entre ellos y nosotros: los muestra a tamaño natural. Las más de las veces reserva sus comentarios moralizantes para las notas al pie.

Un amigo mío suele decir que si Dios escribiera una novela, sería sin duda *Ana Karenina*. Ciertos escritores —Chaucer, Shakespeare, George Eliot, Tolstoi— tienen la capacidad de sugerir que representan, con una conciencia agudizada, el mundo de la visión normal, el mundo que compartimos, porque está creado por la superposición de nuestras diversas maneras de percibir la existencia. También Boswell proyecta una visión normal, y aunque la fuerza de su invención o la hondura de su imaginación no sean comparables a las de estos magníficos escritores, se les aproxima en cuanto al poder de plasmarlas. Como dice W. K. Wimsatt, «es un visionario de lo real».

La visión que presenta Boswell de su mundo es tan convincente que se ha desbordado de sus libros para dar color a una época. Tal como tendemos a ver el mundo escocés a través de Burns o Scott, y el mundo Victoriano por medio de Dickens, el ambiente de la *Vida* impregna por completo el concepto que tenemos de la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra. Boswell mismo dice que ha «johnsonizado» la tierra: gracias a él identificamos este periodo como la Edad de Johnson. Al mismo tiempo, Boswell es único. En pasajes sueltos, escritores de épocas posteriores son capaces de reformular de forma muy graciosa sus frases, como cuando Lamb dice que «el autor del *Rambler* emitía ruidos animales y desarticulados cuando se le servía su comida preferida». Sin embargo, cualquier intento por reproducir el tono y el punto de vista de Boswell en una obra extensa ha sido un fracaso. El propio Thackeray, en *Los virginianos* y en *Henry Esmond*, logró a lo sumo un pastiche, en el que lo pintoresco distancia y lo caprichoso merma el mundo dieciochesco.

Quien tenga un espíritu mezquino y pedante escribirá una biografía mezquina y pedante, al margen de quién sea el biografiado. Y el lector sabrá inferir el carácter del autor a partir de la obra. Por este mismo razonamiento, si un escritor plasma un mundo notable por su anchura espaciosa, por la plenitud de su presentación, por el acierto de sus proporciones, estas cualidades definen su más profunda manera de ver la vida. Carlyle sostuvo que la *Vida de Johnson* era «la mejor semejanza que se puede dar de una realidad, como la imagen misma que se ve en un espejo nítido». Varios de los amigos de Johnson eran escritores de talento; varios percibieron e incluso supieron que la suya era una figura heroica. Pero sólo Boswell, con su aguda inteligencia, su brillante técnica, su corazón abierto y amoroso, pudo plasmar totalmente esa grandeza.

V

En sus *Memorias*, publicadas inmediatamente después de la *Vida de Johnson*, Boswell afirmó con muy comprensible complacencia que la *Vida* «se ha recibido con extraordinaria aprobación». Fue un éxito de ventas: de los 1750 ejemplares impresos, 888 se habían vendido en sólo un mes. Y pronto dio lugar a una hilera de parodias, buen augurio del éxito por venir.

No a todos les gustó, por supuesto. En la *Critical Review* se puso en solfa el tedio de sus anécdotas y lo impropio que resulta dar a la imprenta conversaciones privadas. Tanto el biógrafo como el biografiado desagradaron al anónimo reseñador: Johnson por su «brutal severidad», Boswell por «su afectación de importancia» y su «insensibilidad pasiva y lisonjera». Algunos amigos de Johnson pusieron pegasa una vez más a la revelación de sus flaquezas y excentricidades. En el siglo XVIII gustaba la fidelidad a los héroes; al margen de sus defectos, se les investía de togas de mármol, como sucede literalmente en el caso de la escultura de Johnson que hizo Bacon y está en la catedral de St. Paul. No obstante, y desde el principio, Boswell se mostró resuelto a escribir una vida, no un panegírico. Cuando Hannah Moore «le suplicó que mitigara algunas de sus asperezas», Boswell le dijo «bruscamente» que «no iba a recortarle las garras, ni a convertir a un tigre en gato por complacer a nadie». Como comentó después el doctor Burney, con sus modales afables de costumbre, Boswell tenía abundantes cualidades positivas, pero la delicadeza no era una de ellas: «Era descuidado por igual con lo que se decía de él y con lo que decía él de otros».

Percy habría insistido en lo mismo. No sólo aparece retratado como un feble sicofante en la crónica divertidísima y humillante de la controversia con Pennant, sino que además parece objeto de burla en otros momentos. En particular, cuando Boswell dijo a Johnson que Percy estaba escribiendo la historia del lobo en Gran Bretaña, Johnson le preguntó por qué no escribía en cambio una historia de la rata gris, o rata hanoveriana, así llamada por haber aparecido en el país a la vez que se

implantó en el trono la dinastía de los Hanover. «Me encantaría ver impresa *La historia de la rata gris, por Thomas Percy, doctor en Teología, capellán ordinario de Su Majestad*». Y «rió con absoluta inmodestia». Tampoco se dejó apaciguar Percy por el comentario de Boswell: «De esta forma sabía darse a una imaginación exuberante, con espíritu de chanza, al hablar de un amigo al que estimaba y quería». Después de publicarse la *Vida*, Percy no dio su brazo a torcer y apenas volvió a hablar con Boswell. No asistió a las reuniones del Club Literario cuando Boswell estaba presente.

Y no parece de ley culpar a nadie que se diese por ofendido. Richard Hurd, Obispo de Worcester, escribe con ferocidad en su diario confesional a propósito de

un extraordinario parecido en un pedante confianzudo y pagado de sí mismo y dictatorial, bien que dotado de cultura y facultades, y un débil, superficial, sumiso admirador de tal personaje, que saca vanidad de tal admiración.

Sin embargo, Hurd supo por la obra de Boswell que a él se le tenía por el chupamedias de Warburton, y que «bien avanzada su vida» se había «lanzado a insultar con injusta acrimonia a dos hombres de mérito eminente».

El propio Wilkes, quien *a priori* debería haber disfrutado de la *Vida* con fruición, tuvo sentimientos encontrados. Dijo a Boswell que era «un libro magnífico», pero a su hija le escribió con más sinceridad (durante una temporada de sequía):

La tierra está tan sedienta como Boswell, y tan resquebrajada como él. Su libro es la obra de un demente entretenido.

Es posible que a Wilkes no le importase el comentario de que su reconciliación con Johnson recordó al Obispo de Killaloe la escena del león que yace con el cordero. Por hacerle justicia, también había puesto reparos al *Viaje a las Hébridas*. Es posible que sus gustos literarios, al contrario que algunos de sus escritos, fuesen más bien convencionales.

Hubo otros que culparon al propio Johnson, tirano de la literatura y hotentote, «engreído pensionado» de «fanatismo insolente», a la vez que a Boswell. Horace Walpole es portavoz de algunos cuando escribe que

con una erudición ingente y facultades muy sólidas, Johnson era un personaje odioso y mezquino... Sus modales eran sórdidos, desdeñosos, brutales; su estilo era de una rimbombancia ridícula; en resumen, con toda su pedantería tenía la gigantesca pequeñez de un maestro de escuela rural.

Y otros montaron en cólera por sus amigos. Norton Nicholls, que había sido íntimo de Gray, escribió así a Temple el 21 de julio de 1791:

He repasado la *Vida de Johnson* y nunca podré perdonar a Boswell el poco respeto que muestra a Gray... La verdad es que nunca me había encontrado, por emplear un término suave, una publicación tan descuidada.

Los propios amigos de Boswell se sumaron a las críticas de uno de los aspectos de la *Vida*, a saber, su descripción de Goldsmith como escritor de gran talento que con frecuencia era el hazmerreír de todos. Pero Boswell no hizo de Goldsmith una diana

de su comicidad; fue Goldsmith quien quedó a menudo a la altura del betún. Reynolds, su mejor amigo, reconoció que Goldsmith era capaz de «cantar, hacer el pino o bailar» con tal de llamar la atención. Nadie puso en tela de juicio que Goldsmith actuase y hablase precisamente como dice Boswell. Por otra parte, Boswell podría haber incurrido en faltas más graves por sus incansables vilipendios de Hawkins y la señora Piozzi, y por aprovechar las pocas oportunidades que tuvo para lanzar ataques personales contra Gibbon, cuyo desprecio por la religión le ponía sin duda nervioso.

No obstante, al lector de a pie la *Vida* le resultó irresistible, al igual que a la mayoría de los reseñadores del momento. Tras dar cuenta de que el público «la había recibido con extraordinaria avidez», John Nichols, en la *Gentleman's Magazine*, recoge el sentir mayoritario cuando dice que «aquí se expone un retrato literario en el que todos los que conocieron al original reconocerán al hombre en persona». Ralph Griffiths, en la *Monthly Review*, se mostró «pasmado ante la industria y perseverancia del señor B., por no hablar de la multiplicidad y variedad de sus específicas y muy pertinentes observaciones». Johnson aparecía en el libro «mentalmente en déshabillé... Todo es natural, espontáneo, sin reservas». Y aún añade que cualquier lector diría al «reportero»: «Dénoslo todo, no suprima nada, no sea que, al descartar lo que en su estima parezca de menor valor, por descuido se desprenda del oro con la ganga».

La *Vida* resultó tan entretenida, tan deleitosa, tan pronta en captar y retener la atención de los lectores, que nadie cayó en la cuenta, al menos de momento, de que constituía una aportación de primer orden a la literatura inglesa. La *English Review* la calificó de gran regalo para los amantes del entretenimiento ligero: «La airosa palabrería de la narración basta para recomendar estos volúmenes efectivamente a los lectores volátiles y desganados». Los más serios, presumiblemente, recurrían a otras obras publicadas en el mismo año, como la traducción que hizo Beloe de Herodoto y la de Homero que publicó Cowper. Ambas tuvieron reseñas más extensas que la *Vida* en la *Gentlemans Magazine*. Al igual que las *Hébridas*, la *Vida* no fue recibida según su verdadero valor, ya que carecía de dignidad literaria.

Sin embargo, en fecha muy temprana, en 1795, el año en que muere Boswell, Robert Anderson, con la ayuda de una carta de Malone publicada en la *Gentleman's Magazine*, llegó a una estimación razonablemente exacta:

Con algunas excepciones veniales a tenor del egotismo y de la admiración indiscriminada que rezuma, su obra expone el retrato más copioso, interesante y acabado de la vida y opiniones de un hombre que jamás se haya ejecutado, y goza de justa estima por ser uno de los libros más instructivos y entretenidos que se hayan escrito en lengua inglesa.

No tiene sentido detallar las excentricidades del señor Boswell. Ya han sido objeto de ridiculización en formas y publicaciones diferentes, por parte de hombres de entendimiento superficial e imaginación absurda. [Sigue Malone]. Muchos han supuesto que es mero relator de los dichos ajenos, pero lo cierto es que poseía un considerable poder intelectual, por el cual no se le ha rendido el debido homenaje. Para cualquier lector que sepa discernir, es manifiesto que nunca podría haber recopilado semejante cúmulo de atinadas informaciones y de justas observaciones sobre la vida humana, como contiene su valiosísima obra, sin haber tenido tan gran fortaleza

de entendimiento y conocimientos muy diversos. Y nunca podría haber desplegado su colección de manera tan vivaz si no poseyera una imaginación muy pintoresca o, por mejor decir, si no hubiera tenido un feliz don para la poesía, además de humor e ingenio.

Pocos años después, James Northcote reconoció que «muy pocos libros en lengua inglesa aspiran con más justicia a la inmortalidad que la *Vida de Johnson*, de Boswell». El pronunciamiento de Macaulay en 1831, emitido con su tajante autosuficiencia de costumbre, fijó su reputación: «Es el primero en su género, y nadie le va a la zaga». En el momento de su publicación, Boswell sin duda tuvo que agradecer mucho los versos en latín que le enviaron sus hijos, Sandy desde Eton, Jamie desde Westminster, dando la bienvenida a la esperadísima aparición de la *Vida*. Los de Jamie no se conservan; los de Sandy tienen un comienzo valiente, aunque pobre de sintaxis:

*Adveniit tempus jamjam, ¿quae musa tacebit,
Quae non cantabit gloria magna modis*^[9]?

Ahora bien, ninguna muestra de pública aprobación pudo equipararse al comentario de Jorge III: «Me ha dicho el señor Burke que es el libro más entretenido que jamás haya leído».

Las objeciones de la época a la *Vida* se han desdibujado con los años, pero los críticos modernos han encontrado nuevas acusaciones que verter. Una es que Boswell suprimió materiales y expurgó otros. Se trata de la queja contraria a las que se dieron en su día, y demuestra una profunda ignorancia de los criterios del decoro que primaban en el siglo XVIII. En términos generales, la pregunta sobre cuánto debe contar un biógrafo no tiene relevancia: cualquier biógrafo como Boswell, que aspire a presentar a su biografiado en su totalidad, cuenta cuanto logra hallar, cuanto cree pertinente, cuanto espera que le sirva en su afán. Una segunda acusación, que Boswell peca de inexactitud, es casi ridícula cuando se compara su logro con el de sus rivales. Teniendo en cuenta la época en que vivió, Boswell hizo un esfuerzo sobrehumano por recoger hechos fidedignos. Cuantos más recogiese, más posibilidades de error existían. Ningún biógrafo plasma los hechos con toda exactitud; ninguno de los contados errores de Boswell, fácilmente corregidos, afecta ni afea el retrato que plasma de Johnson. Una tercera acusación, que Boswell ninguna el significado de la señora Thrale, tiene algo más de fundamento. Pero las circunstancias —la proximidad a los hechos que relata, la rivalidad entre ambos, la convicción general entre los amigos de Boswell de que ella había abandonado a Johnson de una manera indecente— dan su justo valor a la cuestión. Boswell asume el papel central que tuvo ella en los últimos veinte años de la vida de Johnson, en vez de precisarlo de la manera apropiada.

Un problema serio para algunos johnsonianos modernos consiste en que Johnson el conversador eclipsa a Johnson el escritor. Tal vez sea cierto que Burke afirmó que la *Vida* escrita por Boswell era un monumento mayor en honor de Johnson que todos

sus escritos; es seguro que Macaulay y Carlyle, en esa vena decimonónica que gustaba de pensar que el poeta era más significativo que el poema, estuvieron enfáticamente de acuerdo. Pero aun cuando el propio Boswell considerase la conversación de Johnson más impresionante que sus escritos, los elogió con creces — deja dicho en su diario que eran el alimento del que se nutría su alma—, por lo cual no es responsable de que otros estuvieran o no de acuerdo con él.

En contraste con la antigua y errónea concepción de que Boswell no pasó de ser un reportero, algún lector moderno dirá que si bien el material de Boswell vale la pena, incurrió en la temeridad de añadirle un comentario. Interpreta cuanto registra. He aquí un conocido ejemplo que corresponde a 1784:

Soportó el viaje con gran entereza, y pareció sentirse elevado a medida que nos acercábamos a Oxford, espléndida y venerable cuna del saber, la ortodoxia y el *toryismo*.

¿No es Boswell en estado puro? ¿Cómo se aventura a manifestar qué le pasaba a Johnson por la cabeza? Sin embargo, la afirmación de Boswell es modesta: tan sólo dice que «pareció sentirse elevado». Miles de biógrafos han sondeado con mucho más aplomo el sentir de sus biografiados sin suscitar el menor reproche. Y Boswell estaba allí, mientras que sus censores no se encontraban presentes. Vio a las claras la expresión de Johnson, percibió su estado de ánimo. Tenía el derecho y tal vez también el deber de interpretar la reacción de Johnson al término del viaje.

Podrá parecer curioso que Boswell, doscientos años después de su muerte, sea a veces atacado como si sus críticos le tuvieran una inquina personal. Johnson aún ejerce una muy magnética atracción, tanto que sigue ardiendo una rivalidad fraternal en la que Boswell es el hermano mayor, envidiado y odiado. En más de un caso Boswell ha sido objeto de insultos a la vez que su material era objeto de copiosa apropiación.

La adecuación de cualquier descripción de Johnson será siempre asunto de juicio puramente individual. Sin embargo, en la valoración del retrato de Boswell entra en juego algo más que las meras reacciones subjetivas. Es preciso tener en consideración factores como el testimonio contemporáneo del poderío y la felicidad de la imagen que pinta de Johnson, testimonio que no sólo proviene de los reseñadores, sino de muchos de los que conocieron muy bien a Johnson, como Adams, Malone o Reynolds, quien dijo que «cada una de las palabras que contiene es tan fidedigna como si se hubiera prestado bajo juramento». Además, aun cuando Boswell da forma a los detalles particulares, jamás los inventa, mientras que sus máximos rivales entre los biógrafos ingleses, Lockhart y Strachey, eran de una indiferencia notoria a la realidad de los hechos. En cuanto se daña la credibilidad, nuestra confianza queda reducida de manera indefinible, a la vez que mengua el placer que pueda provocarnos la obra.

Por último, se ha objetado que Boswell no pasó más que cuatrocientos veinticinco días con Johnson, de modo que no pudo conocerle tan bien como Hawkins o la

señora Thrale. Ciertamente es que Hawkins lo trató durante más tiempo y que la señora Thrale tuvo con él mayor intimidad, sólo que, como la mayoría de nosotros, ambos estaban demasiado absortos en sus propios, queridísimos y menudos asuntos para prestar al otro la atención prístina, meridiana y obsesiva que prestó Boswell a Johnson. La *Vida* refuta por sí misma tales críticas, pero esta línea de argumentación puede resultar beneficiosa. Boswell registró su trato con Johnson directa y extensamente a lo largo de veintiún años. Durante buena parte de ese tiempo supo que iba a escribir la biografía de Johnson. Durante más de tres meses, a lo largo del viaje que ambos hicieron por las Hébridas, convivieron con gran intimidad. Y aunque Boswell no llegara a tomar nota de muchos de los días que pasaron juntos, esos días sirvieron para dotar de riqueza y familiaridad a los que sí registró en todos sus pormenores. Imagínese qué valioso sería para un biógrafo moderno pasar un solo día con Johnson. Imagínese cómo sería el haberlo visto y escuchado, haber sido objeto de sus gruñidos y bendiciones, haberse abrazado a él como uno se abraza a un saco.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

En mayo de 1776, sumamente agitado, Samuel Johnson reaccionó así ante el natural inquisitivo y entusiasta con que lo abordó James Boswell, casi exactamente trece años después de haberse conocido ambos: «Señor mío, no tiene usted más que dos temas de conversación: usted mismo y yo. Y yo estoy harto de ambos». Con este exabrupto no mermó el afecto del todavía joven abogado escocés por los dos temas de conversación, y esta famosa réplica tampoco refleja la actitud de los cientos de miles de lectores que a lo largo de los últimos doscientos dieciséis años han leído con placer manifiesto, a saltos o de corrido, la *Vida de Samuel Johnson, doctor en Leyes*. Y el propio Johnson quizá no se ajustara a la verdad, ya que el gusto que tenía en conversar con Boswell, y el visto bueno que dio siempre a que Boswell tomara nota de sus conversaciones, es patente en toda la obra. Tres años después, Johnson le dice a Boswell: «Con usted, igual me daría pasar toda la noche en vela». Para tener sesenta y nueve años —apostilla el biógrafo—, fue un vigoroso pronunciamiento.

Entre los méritos de Boswell, uno resume todos los demás. Johnson, el coloso de la literatura de su tiempo, era un individuo inabarcable en toda su magnitud. Uno de los testimonios que Boswell recoge lo aclara sin ningún margen de duda: Johnson es «el individuo más raro y más peculiar que yo haya visto en la vida. Mide un metro ochenta, tiene violentas convulsiones de la cabeza y el cuello, y distorsiona los ojos al mirar. Habla con aspereza, en voz muy alta, y no presta atención a la opinión de nadie, siendo absolutamente pertinaz en las suyas. Mana de su boca el sentido común en todo cuanto dice, y parece poseído de una provisión prodigiosa de conocimientos, que no tiene el menor empacho en comunicar al primero que se le ponga delante, aunque con tal obstinación que da a sus parlamentos un aire falto de gentileza, algo zopenco, desagradable e insatisfactorio. En dos palabras, no hay palabras para describirlo. A menudo parece desatento a lo que suceda en la compañía que le rodea, y de pronto parece una persona provista de un espíritu superior. He reflexionado acerca de él desde que lo vi. Es un hombre de genio universal y sorprendente en todos los sentidos, pero en sí mismo es tan peculiar que no hallo la manera de expresarlo».

Aunque haya necesitado un número de páginas ciertamente elevado, Boswell sale bien librado del reto: pinta como nadie a tan insólito hombre, que como todo hombre insólito es ante todo un hombre de carne y hueso, y sabe hallar con finura las similitudes que tiene con cualquiera de nosotros, que siempre son más que las diferencias. Baste señalar, a propósito de su carácter único, que lo que en el continente europeo conocemos como el Siglo de las Luces o la Edad de la Razón, en Inglaterra es la Edad de Johnson.

Es sabido que el *djinn* del cuento árabe, una vez liberado del recipiente en que está preso, se expande con su forma asombrosa hasta ocupar toda la estancia. Desde 1791, cuando el público abrió el libro de Boswell, la figura de Johnson ha ido

ensanchándose, se ha filtrado en el aire que respiramos —es, tras Shakespeare, el autor más citado en lengua inglesa— y sigue siendo palpable casi en cualquier recodo. Gracias a Boswell ha adquirido no ya la inmortalidad, sino un carácter demónico: el tiempo que le ha dotado de la fuerza de un símbolo no ha mermado su realidad de ser humano. La culpa de que así sea no hay que buscarla en las obras del propio Johnson, sino en el libro en que Boswell plasma su vida y manera de ser, seguramente porque la vida contada se diluye en la vida vivida: la narración se resuelve en drama, el reportaje en documental. Boswell ni juzga ni sintetiza. Más bien presenta e incluso representa, y da a su libro y a su trato con el gran Johnson el *status* de personaje adicional de la obra.

Pero la forma de la vasija misma que contiene el éter del genio ha cambiado con el tiempo. La tercera edición, publicada en 1799, es la última en la que Boswell pudo trabajar con la ayuda de Edmund Malone antes de su muerte, acaecida en 1795. En ella, el orden vino a sustituir el caos de la segunda, donde se habían añadido fragmentos diversos al azar de la impresión. La *Vida*, y no sólo en vida de su autor, tiene mucho de *work in progress*, de trabajo inacabado, siempre mejorable, pendiente de una versión mejor. Junto con otros volúmenes en torno a Johnson y su círculo, la *Vida* siguió leyéndose en el primer tercio del siglo XIX ya en su formato definitivo — la edición de 1799, en la que se basa ésta—, hasta que un político y ensayista conservador, John Wilson Croker, tomó la decisión de anotar el texto profusamente, identificar las referencias y expandirlo: a partir de su edición en 1831, en cinco grandes volúmenes, la suya pasó a ser la biografía oficial del sabio. Pero Croker incorporó incidentes recogidos por Hawkins y la señora Piozzi, trató en sus notas con un desprecio manifiesto a Boswell, relegó a los apéndices buena parte de lo que había escrito éste y desfiguró con negligencia inconcebible toda la obra. Más grave aún, su edición —apropiación más bien de Johnson, como si fuera menester arrebatársela a Boswell la figura que había escrito como nadie— dio lugar a una de las reseñas más abrasivas que nunca se hayan escrito.

Ensayista y parlamentario *whig*, como Croker, Thomas Macaulay en ese mismo año destruyó por completo la reputación del que, sin embargo, siguió llamando «primer biógrafo entre todos». A partir de su reseña, pasó a ser lugar común que Boswell era un simple botarate que tuvo la suerte de pasar por el lugar oportuno y a la hora apropiada para tomar nota de lo que oyese. «De no haber sido un zoquete —dice Macaulay—, nunca habría podido escribir una obra maestra».

Esta percepción de Boswell sólo empezó a cambiar años más tarde, con el descubrimiento de 97 cartas de Boswell a su amigo Temple, que un comerciante de Boulogne utilizaba como papel para envolver los alimentos que vendía. En estas cartas comparece Boswell tal cual era, pero abundan también las referencias a su trabajo de confección de la *Vida de Johnson*: se empieza entonces a saber que el libro obedece a una planificación detallada con el mayor de los esmeros.

Y es en 1887 cuando Boswell se encuentra por fin con el erudito y editor que su

obra requiere y merece: George Birbeck Hill publicó una *Vida de Johnson*, obra de James Boswell, en seis volúmenes, de los cuales el quinto comprende el *Diario de un viaje a las Hébridas* y el sexto los copiosos índices de la obra, además de incluir un generoso adelanto de otra compilación, *Ingenio y sabiduría del doctor Johnson*, en la que Hill mezcla citas y apotegmas de Johnson con otros de Boswell. Esta restitución de la obra de Boswell a su estado de precisión máxima se ha convertido para los estudiosos en la edición canónica de una obra mayor, que hasta ahora nunca había visto la luz íntegramente en castellano.

La edición de Hill cierra el ciclo de los avatares que ha corrido la *Vida de Johnson*. Protegiéndola con una fortaleza de escolios, con un aparato filológico descomunal, la preserva de todo pillaje posterior. Las decenas de miles de notas que puso Hill a su edición —en muchas páginas hay más Hill que Boswell, dicho sea de paso— garantizan infinidad de similitudes entre lo que Johnson escribió, lo que otros a los que Boswell no tuvo acceso dijeron de él (en especial, los diarios de Hannah Moore y de Fanny Burney) y lo que el biógrafo dejó escrito sobre él.

Ésta, naturalmente, es la que hemos empleado en esta primera traducción íntegra de la *Vida de Johnson*. Nos hemos servido tanto de los seis volúmenes de Hill (Oxford, Clarendon Press, 1887) como de la versión revisada por L. F. Powell (Oxford, Clarendon Press, 1934-1950; también en seis volúmenes, la edición definitiva es de 1964, aunque no se haya reeditado posteriormente; tan canónica es la de Hill que esta revisión de Powell respeta incluso la paginación). Afortunadamente, la revisión de Powell existe en el muy socorrido soporte digital junto con la obra completa de Johnson y otras de Boswell: *Major Authors on CD-ROM*, Primary Source Media © 1997.

Con posterioridad, gracias a una serie de rocambolescos descubrimientos que aquí sería prolijo detallar, se ha recuperado en su práctica totalidad la inmensa producción de Boswell, sus diarios y cartas, que han ido viendo la luz en cuidadísimas ediciones a cargo de un experimentado y muy riguroso equipo de la Universidad de Yale. De estos volúmenes, han sido de especial utilidad en esta edición en castellano el último de la serie de diecisiete (titulado *The Great Biographer*, abarca los años de 1789-1795; la edición, a cargo de Marlies K. Danziger y Frank Brady, es de 1989), y el volumen de cartas recopilado por Marshall Waingrow y ya citado por Frank Brady en su presentación, además de la excelente síntesis de Bruce Redford, *Designing the «Life of Johnson»*. (Oxford University Press, 2002), y *The Samuel Johnson Encyclopaedia*, obra de Pat Rogers (Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1996). Son sólo algunos de los volúmenes de los que nos hemos servido en la confección de las notas. Las obras de referencia constituyen un listado demasiado tedioso de enumerar.

Ya dijo Nabokov, ante la edición anotada de *Lolita*, que «la cultura popular de una época es el arcano de la siguiente». El doctor Johnson naturalmente se le había adelantado: «Observó —apunta Boswell— que todas las obras que describen las

costumbres de una sociedad requieren notas en un plazo de sesenta o setenta años, e incluso menos, y nos dijo que había comunicado todo cuanto sabía acerca del *Spectator*, todo cuanto pudiera arrojar alguna luz sobre sus páginas».

En el aparato de esta edición hemos espigado y descartado infinidad de notas posibles, pensando que al lector en lengua española, doscientos veintidós años después de fallecido el doctor Johnson, no todas le son indispensables. Hemos dejado a pie de página las del propio Boswell y las de Malone, así como algunas más que corresponden a la tercera edición. Al final del volumen quedan todas las que sirven de aclaración a pasajes de comprensión difícil. De las notas que aparecen sin firma en las páginas finales de este volumen, que no son las más, es responsable el traductor del mismo. Téngase en cuenta que el libro de Boswell no es precisamente un dechado de precisión académica, además de no ser una biografía al uso: es a veces tan asistemático para los usos de hoy en día que algunos títulos aparecen citados de dos o tres modos distintos. En este sentido, conviene tener en cuenta todo lo que detalla Boswell en la portadilla a la tercera edición, que hemos reproducido en facsímil: su *Vida* es, por añadidura, una relación de los estudios y numerosas obras de Samuel Johnson, así como diversas series de su epistolario y de sus conversaciones, junto con piezas hasta la fecha inéditas, conjunto que «expone una panorámica de la literatura y de los literatos en Gran Bretaña durante casi el medio siglo en que estuvo Johnson en pleno apogeo». Hemos mantenido también la división de la obra en cuatro volúmenes, aunque, como señala Brady, la *Vida* tiene el carácter de un bloque marmóreo en el que cada lector habrá de realizar sus propias muescas e incisiones.

Las notas, al decir de Johnson, son a menudo necesarias, pero no dejan de ser un mal. Necesario, sin duda. Al lector que vaya a pasar ahora por vez primera las deliciosas páginas de Boswell yo le daría el mismo consejo que da Johnson sobre Shakespeare, de cuyas obras completas preparó una valiosa edición anotada:

Quien aún no esté familiarizado con el poderío de Shakespeare y desee experimentar los mayores placeres que pueda proporcionarle el teatro, que lea cada obra de la primera a la última escena haciendo caso omiso de todo comentarista. Cuando su imaginación haya emprendido el vuelo, no se deje descender a tierra por un apunte o una explicación. (...) Que lea a pesar de la brillantez deslumbrante y de la oscuridad impenetrable, que lea la integridad y la corrupción del texto; que mantenga su comprensión del diálogo, su interés por la fábula. Y cuando los placeres de la novedad hayan cesado, pruebe entonces la exactitud y lea los comentarios.

Por último... «Pocas cosas hay —dice el doctor Johnson— que no sean puramente perversas, y de las que uno pueda decir sin emoción, sin inquietud, que esto ha terminado». El libro de Boswell y la vida y obra de Johnson me han acompañado en muchas horas de felicidad y en algunas de tristeza. Con un punto de pesar lo dejo en manos del lector a cuyo alcance no esté la lectura del original, con la confianza de que encuentre el lugar que le corresponde en su biblioteca personal entre las grandes obras de la literatura en cualquier lengua.

M. MARTÍNEZ-LAGE

VIDA DE SAMUEL JOHNSON,
DOCTOR EN LEYES

DEDICATORIA A SIR JOSHUA REYNOLDS

Mi estimado señor,

de cuantos motivos de genuina liberalidad puedan impulsar a un autor en la endereza de sus desvelos, todos concurren en que aquí me dirija a usted, por ser la persona a quien la siguiente obra ha de ofrendarse.

Si algún placer existe en celebrar el mérito y la distinción de un coetáneo nuestro, entreverado hasta cierto punto con una vanidad no del todo inexcusable, siendo pleno conocedor de todo ello y sin el menor ánimo de ocultarlo, ¿dónde podría yo hallarlo a plena satisfacción, si no es en elogiar a quien con mayor aprobación general puedo agradecer tales sentimientos? Su contrastada excelencia no sólo en el Arte, esfera que durante tanto tiempo ha presidido^[10] con fama sin parangón, sino también en la Filosofía y en la Literatura elegante, es de sobra conocida en el presente, y seguirá siendo motivo de admiración en épocas futuras.

Su temperamento plácido y constante, la variedad de su conversación, su proverbial y genuina cortesía, gracias a las cuales es tan cordial en privado, así como esa extensiva hospitalidad que desde hace mucho ha hecho de su casa un centro común de unión para los grandes, los cultivados, los eruditos y los ingeniosos, son cualidades que con plena confianza de no ser tachado de adulador aquí públicamente le atribuyo.

Si puede un hombre complacerse en su honesto orgullo haciendo saber al mundo entero que se le ha tenido por merecedor de una especial atención por parte de una persona de la máxima eminencia en la época en que le ha tocado vivir, cuya compañía ha sido objeto de universales cortejos, tengo plena justificación en arrogarme el acostumbrado privilegio de una dedicatoria cuando proclamo que ha sido larga e ininterrumpida la amistad que nos ha unido.

Si fuera menester dejar constancia de mi gratitud por los favores recibidos, gozo de esta oportunidad, mi muy estimado señor, para agradecerle sinceramente las muchas y muy felices horas que le debo por su amabilidad, por la cordialidad con que en todo momento ha tenido el placer de recibirme, por el número de valiosos conocidos que usted me ha presentado, por las *noctes coenaeque Deum*^[11] que he disfrutado bajo su techo.

Si preciso fuera ofrendar una obra en nombre de quien es magistral conocedor del asunto de que trata, y cuya aprobación por tanto ha de ser garantía de su credibilidad

y éxito, la *Vida del doctor Johnson* queda con la mayor propiedad a sir Joshua Reynolds dedicada, no en vano fue íntimo y muy amado amigo del gran hombre; de él afirmó éste que era «el hombre más invulnerable que conocía, y al cual, caso de tener que enzarzarse en una disputa con él, más le costaría insultar». Usted, mi muy estimado señor, supo estudiarlo y llegó a conocerlo muy bien; usted lo veneró y lo admiró. Luminoso como era en conjunto, supo usted percibir todas las sombras que entraban en tan grandiosa composición, todas las mínimas peculiaridades y las pequeñas máculas que señalaban al coloso de la literatura. Sus muy cálidas alabanzas a propósito del muestrario que de él di en mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, por mi capacidad de preservar su conversación de una manera vivaz y auténtica, que la opinión del público ha confirmado, fueron para mí el mejor de los acicates a la hora de perseverar en mi intención de dar a la luz la totalidad de mis reservas.

Al menos en un sentido la presente obra será distinta de la anterior. En mi *Diario de un viaje* me mostré casi ilimitadamente franco y abierto en mis comunicaciones; debido a mi solicitud en mostrar la maravillosa fertilidad y la presteza del ingenio de Johnson, libremente expuse ante el mundo su destreza aun cuando fuera yo el objeto de la misma. Confié en que se entendiera con generosidad, como si de sobra se supiera qué me traía entre manos, y de ningún modo fui simplemente inconsciente de los afilados efectos de la sátira. Reconozco, ahora bien, que pequé de arrogancia en la medida suficiente de suponer que el tenor del resto del libro me salvaguardaría de tan extraña imputación. Pero ahora me parece que hice un juicio demasiado bondadoso del mundo, pues aunque a duras penas pude dar crédito en su día, se me ha informado sin el menor rescoldo de duda de que muchas personas, en especial las más alejadas, al no haber penetrado de manera suficiente en el carácter de Johnson no han comprendido a fondo su manera de tratar a sus amistades, y han puesto en solfa mi juicio en vez de entender que fui sensible a todo lo que pudieran observar.

Se cuenta del gran doctor Clarke que cuando en una de sus horas de ocio estaba holgando con algunos de sus amigos, de la manera más lúdica y chistosa que se pueda suponer, vio que Beau Nash se acercaba, a lo cual calló y dijo: «Amigos, mostrémonos serios, pues ahí viene un bufón». He descubierto, mi querido amigo, que el mundo es un gran bufón en cuanto a estos particulares, sobre los cuales se me hace necesario hablar con toda llaneza. Por consiguiente, en esta obra he sido más cauto y reservado y, si bien no digo nada más que la verdad, he tenido muy en cuenta que toda la verdad no siempre ha de exponerse. Sin embargo, esto es algo que he administrado de modo que no ocasione merma alguna al placer que mi libro debería procurar a sus lectores, por más que la malicia algunas veces vea decepcionadas sus gratificaciones.

Soy, mi estimado señor, su muy entregado amigo y su fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Londres, 20 de abril de 1791

AVISO A LA PRIMERA EDICIÓN

Por fin llega la hora en que entrego al mundo una obra que desde hace mucho tiempo tenía prometida, y de la cual, me temo, se han creado expectativas demasiado ambiciosas^[12]. Habrá que imputar el retraso en su publicación, en un grado elevado, al extraordinario celo que han mostrado personas de gran distinción, en toda clase de lugares, a la hora de facilitarme las informaciones adicionales que conciernen al ilustre personaje del que aquí me ocupo, en lo cual se han asemejado a las agradecidas tribus de las antiguas naciones, en las que todos sus integrantes se mostraban prestos a dejar una piedra sobre la tumba del héroe fenecido, y de ese modo compartir el piadoso cometido de erigir un honroso monumento en su memoria.

El esmero y la ansiosa atención con que he recopilado y dispuesto los materiales de que constan estos volúmenes serán difíciles de concebir para quien los lea con facilidad y descuido^[13]. La amplitud del ánimo y la prontitud y diligencia con que se han preservado tantas conversaciones yo mismo las contemplo, a cierta distancia, no sin asombro; ha de permitírseme precisar que la naturaleza de la obra, por constar de infinidad de particulares aislados, de todos los cuales, incluidos los más ínfimos, no me he ahorrado ninguna molestia a la hora de calibrar escrupulosamente su autenticidad, me ha ocasionado una cantidad de complicaciones muy superiores a las que encierra una composición de cualquier otra índole. Si tuviera que detallar los libros que he consultado y las indagaciones que me ha parecido necesario emprender por muy variados cauces, probablemente se me tendría por ridículo y ostentoso. Permítaseme observar tan sólo, como botón de muestra de mis desvelos, que a veces he tenido que correr de una punta a otra de Londres sólo por fijar con la debida precisión una fecha, a sabiendas de que una vez lograda la máxima exactitud no me valdría ningún elogio, si bien un mínimo fallo en este sentido me habría desacreditado del todo. A fin de cuentas, tal vez por arduo que me resulte no me sorprenderá que se me hayan de señalar omisiones o errores con envidiosa severidad. También he sido sumamente cuidadoso en la precisión de mis citas, pues tengo la fuerte convicción de que al público se le debe un respeto que cualquier autor debe cumplir escrupulosamente, sin introducirlas jamás con un «me parece haber leído» o «si mal no recuerdo», siempre y cuando esté en su mano examinar los originales.

Pido permiso para manifestar mi más sentido agradecimiento a quienes han tenido

la bondad de facilitarme sus comunicaciones y consejos durante la confección de mi obra. No podré reconocer en la medida suficiente mi deuda con mi amigo el señor Malone, quien tuvo la bondad de permitirme que le leyese de viva voz la práctica totalidad del manuscrito, al cual hizo numerosos comentarios que fueron sumamente provechosos para el buen fin de la obra^[14], si bien es justo que deje constancia de que en infinidad de ocasiones me vi en desacuerdo con él y seguí mi propio criterio. Lamento sobremanera haberme visto privado del beneficio de sus revisiones cuando ni siquiera la mitad del libro estaba en prensa, pues tras haber completado su muy laboriosa y admirable edición de *Shakespeare*, por la cual tuvo la suma generosidad de no aceptar más recompensa que la fama que merecidamente obtuvo, cumplió su promesa de hacer una visita aplazada de largo a sus familiares en Irlanda, de donde su regreso, sano y salvo y *finibus Atticis*, es deseo de sus amistades de estos pagos con todo el ardor clásico de *Sic te Diva potens Cypri*^[15], puesto que no hay hombre en el cual se reúnan más cualidades de elegancia y distinción, y cuya compañía, por tanto, se valore tanto más entre quienes lo conocen.

Me resulta harto doloroso pensar que mientras llevaba a cabo esta obra fallecieron varias de las personas que la habrían considerado sumamente interesante. Tan tristes decepciones son, como sabemos, incidentales de la condición humana, pero no por ello las sentimos menos. Permítaseme en particular llorar las defunciones del reverendo Thomas Warton y del reverendo doctor Adams. El señor Warton, entre su variado genio y erudición, fue un biógrafo excelente. Sus aportaciones a mi colección son estimables en muy alto grado, y como disfrutó en especial de mi *Viaje a las Hébridas* confío en que me hubiera otorgado una muestra mayor de su aprobación. El doctor Adams, eminente en su condición de director de un colegio universitario, amén de escritor y hombre de excelsa cordialidad, conoció a Johnson desde sus años mozos, y fue su amigo durante toda la vida. La razón que me asistía en esperar el beneplácito de este venerable caballero a propósito de esta obra se verá por lo que me escribió en una ocasión anterior desde Oxford, el 17 de noviembre de 1785: «Querido señor, me aventuro a enviarle esta carta sin saber dónde encontrarle, por agradecerle su *Viaje*, muy grato de leer, en el cual ha representado a nuestro amigo para mi gusto a carta cabal en todas sus actitudes, escenas y situaciones, a tal punto que he creído hallarme en su compañía y formar parte del viaje de ustedes dos casi en todo momento. Me ha causado una gran satisfacción, y quienes han encontrado fallos en tal o cual pasaje están de acuerdo en que no pudieron prescindir de la lectura del libro, entreteniéndose sobremanera con el conjunto. Hubiera sido mi deseo, en efecto, que algunas expresiones groseras se hubieran suavizado, y que algunas de las flaquezas de nuestro héroe hubieran quedado más en la sombra, si bien es de gran utilidad presenciar las debilidades inherentes a los grandes intelectos, y usted nos ha dado la autoridad del doctor Johnson, en el sentido de que en la historia es preciso contarle todo»^[16].

Tal sanción de mis facultades en dar una justa representación del doctor Johnson

no podía yo mantenerla oculta. Tampoco suprimiré mi satisfacción por la conciencia clara que tengo de que al registrar una porción tan considerable de la sabiduría y el ingenio del «más luminoso ornato del siglo XVIII^[17]», he proveído en gran medida instrucción y disfrute a la humanidad toda.

Londres, 20 de abril de 1791^[18]

AVISO A LA SEGUNDA EDICIÓN

No es mi deseo ocultar mi ansiedad por el éxito de una obra en la que había empleado muchísimo tiempo y trabajo, pero cualesquiera dudas que en algún momento haya podido albergar han quedado por entero disipadas gracias a la muy favorable recepción con que se le ha honrado^[19]. Esa recepción ha suscitado mis mejores empeños por dar aún mayor perfección a mi libro, y en esta empresa he contado no sólo con la ayuda de algunos amigos particulares, sino también de muchos otros hombres de erudición e ingenio, gracias a los cuales me ha sido dado rectificar algunos errores y enriquecer la obra con muchas añadiduras de gran valor. He ordenado una impresión por separado de las mismas, en cuarto, para acomodarlas a los intereses de los compradores de la primera edición^[20]. Permítaseme decir que la tipografía de ambas ediciones honra la imprenta del señor Henry Baldwin, hoy presidente de la distinguida Compañía de Libreros, al cual conozco desde antaño y tengo por valioso amigo.

En las escenas extrañamente mixtas de la existencia humana, nuestros sentimientos a menudo resultan simultáneamente placenteros y dolorosos. De esta verdad, la mejora de la presente obra proporciona un ejemplo pasmoso. Me fue sumamente gratificante que mi querido amigo, sir Joshua Reynolds, al cual queda dedicada, viviera el tiempo suficiente para examinarla, y que prestase el más recio testimonio de su fidelidad, aunque antes de que diera por terminada esta segunda edición, en cuya mejora contribuyó, el mundo se haya visto privado del concurso de este hombre valiosísimo, pérdida causante de un pesar que será hondo, y duradero, y extenso, en proporción a la felicidad que supo difundir entre un amplio círculo de amigos y admiradores.

Al reflexionar sobre el hecho de que el ilustre hombre al que se dedica esta obra, al ser hoy más amplia e íntimamente conocido, por más que con anterioridad se le enalteciera, ha ascendido más si cabe en la veneración de la humanidad, me invade una satisfacción muy superior a la que proporciona la fama. No podemos evidentemente admirar ni demasiado ni con excesiva frecuencia el maravilloso poderío de su intelecto cuando nos paramos a considerar que la principal reserva de ingenio y sabiduría que contiene esta obra no es fruto de una selección particular de sus conversaciones en general, sino que proviene de sus charlas de ocasión en los momentos en que tuve la fortuna de hallarme en compañía de él, y no cabe duda de

que si sus discursos en otras ocasiones se hubieran preservado con la misma atención, todo el tenor de lo que dijo habría resultado de idéntica excelencia.

Su claro y vigoroso cumplimiento de los preceptos religiosos, de la moralidad, la lealtad y la subordinación, al tiempo que deleita y sirve de acicate en el pulimiento y mejora de los sabios y bondadosos también será, espero, un poderoso antídoto contra esa sofistería detestable que de un tiempo a esta parte se ha importado de Francia bajo el falso nombre de filosofía, y que con industria maliciosa se ha empleado en contra de la paz, el buen orden y la felicidad del conjunto de la sociedad en nuestra próspera y libre nación. Gracias sean dadas a Dios, no ha sembrado los efectos perniciosos que contaban lograr quienes la propagaron. En algunos momentos de complacencia en mis obras se me antoja que esta voluminosa obra biográfica, por inferior que sea por su propia naturaleza, podría al menos en un sentido asemejarse a la *Odisea*. En medio de sus centenares de episodios entretenidos e instructivos, el héroe nunca deja de estar en primer plano del cuadro, pues todos los episodios se hallan en mayor o menor medida relacionados con él, y él, en todo el transcurso de la historia, queda expuesto por el autor a mayor beneficio de sus lectores.

... quid virtus et quid sapientia possit,
Utile proposuit nobis exemplar Ulyxen^[21].

Caso de que hubiera algún mortal de sangre fría, cicatero por demás, que realmente tuviera desagrado ante este libro, le podría proporcionar un cuento para que se lo aplicara. Cuando el gran Duque de Marlborough, acompañado de lord Cadogan, fue un día a reconocer las tropas acantonadas en Flandes, comenzó a llover a mares, y ambos requirieron sus capotes. El criado de lord Cadogan, un mozo despierto y de buen natural, llevó el suyo a Su Señoría en menos de un minuto. El criado del Duque, un perro perezoso y malhumorado, remoloneó tanto que Su Excelencia comenzó a calarse hasta los huesos, de modo que se lo echó en cara y recibió por toda respuesta: «He venido en cuanto pude», a lo cual dijo el Duque con aplomo: «Cadogan, le aseguro que ni por un millar de libras querría yo tener el temperamento de este individuo».

Hay algunos hombres, creo yo, que tienen o más bien creen tener una mínima vanidad. Podrán a buen seguro hablar de su fama en la literatura con un estilo decoroso y con plena seguridad de sí mismos. Yo confieso que es tal mi conformación, por mi propia naturaleza y por el hábito, que contener la efusiva expresión de mi deleite, al haberme granjeado tal fama, me resultaría verdaderamente lesivo. Así pues, ¿por qué iba a callar a este respecto? ¿Por qué no habría de explayarme «con la abundancia que el corazón desborda^[22]»? Así las cosas, permítaseme comentar con el ánimo caldeado, aunque sin incurrir en exultación insolente, que me han obsequiado espontáneos elogios de mi obra muchas y muy variadas personalidades de rango, talento y excelencia eminentes, muchos de los cuales conservo de puño y letra de todos ellos con el fin de que se depositen en mis

archivos de Auchinleck. Un honorable y reverenciado amigo, refiriéndose a la favorable acogida de mis volúmenes incluso en los círculos de la moda y la elegancia me llegó a decir así: «Ha logrado usted que todos hablen de Johnson». En efecto, y aún podría añadir que he *johnsonizado* la Tierra, y que espero y deseo que no sólo hablen de él, sino que piensen en Johnson.

Enumerar a todos los que de este modo me hacen deudor de su generosidad sería tediosa ostentación. No puedo sin embargo dejar de señalar a uno cuyo elogio es realmente valioso, y no sólo por su vasto saber y demostrada capacidad, sino también por la magnífica y arriesgada misión diplomática en que ahora está inmerso^[23], dado lo cual cuanto con él se relaciona es de un especial interés. Lord Macartney tuvo a bien proporcionarme su propio ejemplar de mi libro con buen número de anotaciones suyas, de las cuales me he servido. En la primera hoja encuentro de puño y letra de Su Señoría una dedicatoria en la que tanto me ensalza que ni siquiera yo, siendo vanidoso como soy, puedo animarme a publicar.

1 de julio de 1793

AVISO A LA TERCERA EDICIÓN

Como quiera que al autor de esta obra se le hicieran llegar varias cartas valiosas y otros asuntos curiosos con demasiado retraso para su inclusión de acuerdo con el orden cronológico que tanto se esforzó por observar de una manera uniforme en su obra, se vio obligado a insertarlas en su segunda edición por medio de unas «addenda», con la máxima comodidad que le fue posible. En la presente edición estos materiales se han redistribuido en los lugares que les corresponde. Al revisar estos volúmenes de cara a una nueva edición, quiso señalar dónde se debían insertar algunos de estos materiales; por desgracia, en plena tarea fue presa de unas fiebres, a raíz de las cuales, con gran pesar de todas sus amistades, falleció el 19 de mayo de 1795. Todas las notas que había escrito en los márgenes del ejemplar que revisó parcialmente se preservan fielmente en esta nueva edición, en la que se han añadido unas cuantas notas, principalmente las de algunos de los amigos a los que el autor en anteriores ediciones dejó constancia de su deuda de gratitud. Las suscritas con la letra B son comunicaciones del doctor Burney; las que llevan las iniciales J. B. son anexos del reverendo J. Blakeway, de Shrewsbury, al cual el propio señor Boswell agradeció sus juiciosos comentarios a la primera edición; las que llevan las iniciales J. B. O. son anexos del hijo segundo del autor, estudiante en Brazen Nose College, Oxford. Algunas valiosas observaciones comunicó también James Bindley, primer comisario del Despacho de Sellos, como queda reconocido en su debido lugar. De todas las que carecen de firma es responsable el señor Malone^[24]. Cualquier comentario nuevo que no haya escrito el autor se ha distinguido entre corchetes; hay un caso, sin embargo, en que el impresor por error adscribe esta marca a una nota relativa al reverendo Thomas Fysche Palmer, que escribió el señor Boswell, y no tendría por qué aparecer así distinguida.

Sólo me resta añadir que las galeradas de la presente edición no han pasado por mis manos, de modo que no soy responsable de cualquier errata tipográfica que pueda hallarse en el libro. Sin embargo, al estar impreso en la imprenta del señor Baldwin, sumamente precisa, no me cabe duda de que no será esta edición menos perfecta que la anterior, toda vez que se ha puesto el máximo esmero en la corrección y elegancia, haciendo justicia a una de las obras más instructivas y entretenidas que jamás se hayan escrito en lengua inglesa.

EDMUND MALONE^[25]

8 de abril de 1799

VOLUMEN I
1709-1765

Escribir la vida de quien con excelencia sin par ha destacado en la tarea de escribir vidas ajenas, y a quien, en consideración tanto de sus extraordinarias dotes como de sus muy variadas obras, pocos pueden comparársele en época ninguna, es empeño arduo y, por lo que a mí se refiere, quizá pueda tildarse incluso de presuntuoso afán.

De haber escrito el doctor Johnson su propia vida, de conformidad con la opinión que él mismo ha expresado, en el sentido de que quien mejor puede poner una vida por escrito es quien la ha vivido^[1]; de haber empleado en la preservación de su propia historia la claridad narrativa y la elegancia de lenguaje con las que ha entregado a la posteridad a tantas personas insignes, el mundo probablemente habría dispuesto del más perfecto ejemplo del género biográfico que hubiera existido jamás. Sin embargo, aunque de modo inconstante e incluso con desgana, en diferentes ocasiones consignó por escrito muchos particulares sobre el progreso de su intelecto y los hechos de su vida, nunca se dedicó con ahínco y diligencia suficientes a darles forma de composición homogénea. Algunos de estos memoriales se conservan, si bien la mayor parte él mismo la entregó a las llamas pocos días antes de su muerte.

Como tuve el honor y la dicha de gozar de su amistad durante más de veinte años, como tuve constantemente a la vista el proyecto de escribir su vida, y como él estaba bien apercebido de esta circunstancia y de vez en cuando tuvo la amabilidad de satisfacer mis inquisitorias, comunicándome los incidentes propios de sus años de juventud; como además adquirí cierta facilidad para recordar sus conversaciones y fui muy perseverante en anotarlas, tratándose de conversaciones cuyo extraordinario vigor y vivacidad constituían uno de los rasgos más destacados de su carácter; como tampoco he escatimado esfuerzos ni desvelos en la obtención de materiales referentes a él allí donde di en descubrir que existían, y como me han favorecido sus amigos con las más generosas informaciones a este respecto, me precio de que pocos biógrafos habrán acometido un trabajo semejante con más ventajas que yo, con independencia del talento literario que me adorne, aspecto en el que no tengo vanidad suficiente para compararme con algunos de los grandes nombres que me han precedido en el cultivo del género.

Desde que se anunció mi libro^[c1], se han publicado varias vidas del doctor Johnson y rememoraciones de su persona, entre las cuales la más voluminosa es la

que ha compilado para los libreros de Londres sir John Hawkins^[2], un hombre al que durante mis largos años de estrecha intimidad con el doctor Johnson jamás vi en su compañía, creo recordar, salvo una sola vez, y poseo total certeza de que no fueron más de dos. Johnson quizá le tuviera cierta estima por su conducta intachable, religiosa, decente en suma, y a su conocimiento de los libros y de la historia de la literatura; ahora bien, por la envarada formalidad de sus modales, es evidente que nunca podrían haber convivido con fácil cordialidad, ni con un mínimo trato familiar. Tampoco disponía sir John Hawkins de esa atinada percepción que era necesaria para detectar las facetas más exquisitas y menos evidentes del carácter de Johnson. El hecho de que fuera designado como uno de sus albaceas testamentarios le brindó una oportunidad inigualable para apoderarse de fragmentos de los diarios y de otros papeles tal como quedaron a su muerte. De todos ellos, antes de ponerlos en manos del legatario residual, de cuya propiedad eran sin duda ninguna, se desvivió por exprimir cuanta sustancia pudo. En este empeño no tuvo mucho éxito, como he podido comprobar tras un examen minucioso de esos papeles, que me han sido posteriormente encomendados. Los ímprobos trabajos de sir John Hawkins, justo es reconocerlo, resultan farragosos, aunque una parte considerable no está del todo exenta de entretenimiento para los amantes de los chascarrillos literarios, si bien además de estar hinchados de manera innecesaria, mediante pródigos extractos de obras diversas (incluidas unas cuantas páginas del *Catálogo de la Biblioteca Harleiana*, de Osborne, y ni siquiera las compiladas por Johnson, sino por Oldys), muy pequeña parte de los mismos guardan la debida relación con la persona de la que se quiere ocupar su libro, en cuyas afirmaciones y versión de los hechos hay, por otra parte, tal cantidad de inexactitudes, que en un autor de tal seriedad son difícilmente excusables, y que en cualquier caso estorban la narración y hacen que resulte muy insatisfactoria. Pero lo que resulta todavía peor es que prevalece en todo el volumen una concepción de la vida más bien siniestra y en modo alguno caritativa, en virtud de la cual se impone a casi todas las circunstancias del carácter y la conducta de mi ilustre amigo una interpretación ahormada y sumamente perniciosa. Por eso tengo la esperanza de vindicar su persona por medio de un retrato verdadero y justo, desmintiendo tanto las injuriosas y erróneas versiones que de él presenta este autor como los desprecios con que lo pone en entredicho una dama que en otro tiempo disfrutó de una gran intimidad con él.

En el Museo Británico se conserva una carta del obispo Warburton al doctor Birch que versa sobre la cuestión de la biografía. Si bien soy consciente de que me puede exponer a denuncia por elevar arteramente el valor de mi propia obra, contrastándola con aquélla de la que he hablado, es un documento tan bien concebido y enunciado que no puedo abstenerme de insertarlo en este punto:

24 de noviembre de 1737^[3]

Me esforzaré —dice el doctor Warburton— por darle toda la satisfacción que esté en mi mano en todo lo que desee saber en lo tocante a Milton, y me alegra sobremanera que se haya propuesto usted escribir su vida. Casi

todos los biógrafos que hemos tenido antes de Toland y Desmaiseaux son desde luego seres extraños e insípidos; con todo y eso, de largo prefiero leer a los peores entre ellos antes que verme obligado a leer la vida de Milton escrita por tal, o la de Boileau escrita por cual, si constan de una pesada sucesión de largas citas, de pasajes carentes de interés, a tal punto que su método resulte nauseabundo. Sin embargo, el verboso francés, que no tiene gusto ninguno, parece haber sentado por principio que toda vida es digna de un libro y, peor aún, que ha de resultar un libro carente de vida, pues ¿qué sabemos de Boileau después de tan tedioso volumen? Es usted el único, y no lo digo por hacerle un cumplido, que gracias al vigor de su estilo y de sus sentimientos tiene el arte (un arte que cabría imaginar que a nadie le faltara) de añadir adornos consonantes y gratos al tema de por sí más grato del mundo, que es la historia de la literatura.

En vez de refundir mis materiales en una sola masa indistinta, en vez de hablar constantemente en mi nombre, con lo cual podría haber parecido que era mayor mi mérito en la ejecución de la obra, he resuelto adoptar el excelente plan del señor Mason en sus *Recuerdos de Thomas Gray*, ampliándolo a mi manera. Siempre que es necesario aportar una narración que explique, relacione y enmarque, la incluyo de acuerdo con mis posibilidades; ahora bien, en la serie cronológica que forma la vida de Johnson, que trazo, con toda la nitidez de que soy capaz, año por año, aporto cuando está a mi alcance sus propios apuntes, diarios, cartas o conversaciones, convencido como estoy de que este modo es más vivaz y permitirá a mis lectores una mayor familiaridad con él, mayor en todo caso que la que tuvieron quienes de hecho le llegaron a conocer pero sólo lo hicieron de manera parcial, mientras que aquí se da una acumulación de informaciones procedentes de diversas fuentes, gracias a la cual su carácter se comprenderá y quedará ilustrado de un modo más pleno^[c2].

En efecto, no concibo un modo más perfecto de escribir la vida de cualquier hombre si no es relatando los acontecimientos más importantes según su propio orden, aunque entretejiéndolos con aquello que escribió y dijo y pensó en privado, método mediante el cual todos los hombres tendrán ocasión, por así decir, de verlo en vida, y de «revivir cada escena»^[c3] con él, a medida que efectivamente avanzaba por las sucesivas etapas de su existencia. De haber sido sus demás amigos tan diligentes y tan fervorosos como he sido yo, podría habersele conservado prácticamente en su totalidad. Siendo como son las cosas, me aventuro a decir que se le verá plasmado en esta obra de un modo más completo que a cualquier otro hombre que haya hollado la faz de la Tierra.

Y se le verá, por añadidura, tal como en realidad era, pues declaro mi intención de escribir, no su panegírico, que habría de ser un cúmulo de elogios, sino su vida, pues por grande y bueno que haya sido no debe suponerse que fuera un dechado de perfección. Siendo como era, es sin duda objeto de panegírico más que suficiente para cualquier hombre; ahora bien, en toda imagen ha de haber sombras, amén de luz, y cuando trace su retrato sin reservas haré lo que él mismo recomendó tanto en sus preceptos como con su ejemplo:

Si el biógrafo escribe desde su conocimiento personal, y si se apresura a gratificar la curiosidad del público, corre el peligro de que su interés, su temor, su gratitud o su ternura puedan más que su fidelidad, y le tienten a ocultar, cuando no a inventar arbitraria y abiertamente. Son muchos los que piensan que es un acto de piedad ocultar los defectos o las lacras de sus amigos, aun cuando éstos ya no puedan sufrir por culpa de su detección; por consiguiente, vemos regimientos enteros de personajes adornados por encomios uniformes, y que no se distinguen

unos de los otros si no es por circunstancias extrínsecas y puramente casuales. «Ojalá recuerde —dice Hale—, cuando me encuentre inclinado a compadecerme de un criminal, que hay del mismo modo una compasión que se debe al país entero». Si debemos respeto a la memoria de los muertos, aún es mayor el respeto que se debe rendir al conocimiento, a la virtud y a la verdad^[4].

Entiendo que el valor peculiar de la presente obra estriba en el sinfín de conversaciones de Johnson que contiene, conversaciones que han sido reconocidas universalmente por resultar eminentemente instructivas y entretenidas; las muestras que he aportado en una ocasión anterior^[c4] se han recibido con tanta aprobación que tengo sobrados motivos para suponer que el mundo no será indiferente a las más amplias y abundantes informaciones que de la misma naturaleza aquí se incluyen.

Dar por sentado que la conversación de un hombre célebre, si es que ha ejercido su talento en ese terreno, ha de ser la mejor manifestación de su carácter, entiendo que es algo cumplidamente establecido en el recto juicio de la humanidad toda, de modo que difícilmente puede socavarlo la burlona observación del señor Mason en sus *Recuerdos de William Whitehead*, en los que literalmente no hay «vida» de ninguna especie, sino tan sólo una escueta narración de los hechos. No considero que fuera siquiera necesario intentar una depreciación de algo que goza de estima universal sólo porque no se hallará en el objeto inmediato de la ingeniosa pluma de su autor; en verdad, viniendo como viene de un hombre tan apacible y, tan manso que se contentó con pasar muchos años haciendo compañía doméstica a unos anticuados lord y lady, poca conversación cabía esperar, tanta como la de un mandarín chino que decora la repisa de una chimenea o las fantásticas figuras de un biombo de cuero repujado en pan de oro.

Si fuera menester apelar a la autoridad, recurramos a Plutarco, príncipe de los antiguos biógrafos: Οὐτε ταῖς ἐπιφανεστάταις πράξεσι, πάντως ἔνεστι δῆλωσις ἀρετῆς ἢ χαχίας ἀλλὰ πράγμα βραχὺ πολλάνις, καὶ ὄῆμα, καὶ παιδιὰ τις ἔμφασις ἧθους ἐποίησεν μᾶλλον ἢ μάχαι μυριόνεχροι, παρατάξεις αἱ μεγισται, καὶ πολιορχία πλεον. «Tampoco es siempre en los logros de más mérito y distinción donde mejor se disciernen las virtudes o los vicios de los hombres; con gran frecuencia, una acción en clave menor, una sucinta declaración, una broma, distinguen mejor el carácter verdadero de una persona que los grandes cercos o las batallas más importantes»^[5].

A esto cabe añadir los propios sentimientos del hombre cuya vida me dispongo a exponer:

La tarea del biógrafo consiste a menudo en pasar de puntillas por encima de los actos e incidentes que dan lugar a una grandeza vulgar, conducir por el contrario sus pensamientos a la privacidad del ámbito doméstico y desplegar los detalles minuciosos de la vida cotidiana, cuyas añadiduras externas han de quedar al margen, pues los hombres sobresalen unos por encima de los otros sólo por prudencia y por virtud. De la relación de Thuanus dice su autor con gran propiedad que está escrita de manera que queden abiertos a la posteridad el carácter privado y familiar de ese hombre *cujus ingenium et candorem ex ipsius scriptis sunt olim semper miraturi*, esto es, cuyo candor e ingenio hasta el fin de los tiempos queden por sus escritos preservados para la admiración de sus lectores.

Hay muchas circunstancias invisibles que, tanto si leemos en calidad de inquisidores interesados por el saber natural o moral, como si leemos con intención de ampliar nuestra ciencia o incrementar nuestra virtud, tienen más

importancia que los sucesos públicos. Así, Salustio, el gran maestro de la Naturaleza, no ha dejado de comentar en su relación de la vida de Catilina éste que caminaba ora presuroso, ora lento, como muestra de un intelecto que de continuo oscilaba en violenta conmoción. Así, la historia de Melanchton nos proporciona una asombrosa lectura sobre el valor del tiempo al informarnos de que cuando fijaba una cita contaba no sólo con estipular la hora, sino también el minuto, de modo que el día no se le fuese en desocupaciones o en esperas baldías; todos los planes y empresas que acometió De Witt son ahora de menor importancia para el mundo que una parte de su carácter personal, que lo representa como un hombre cuidadoso con su salud y negligente con su vida.

Ahora bien, la biografía a menudo se ha asignado a escritores que parecen tener muy poca familiaridad con la naturaleza de su tarea, o que muestran muy poco esmero en su desempeño. Raramente aportan más relatos que los que pueden encontrarse en los papeles públicos, si bien imaginan estar escribiendo una vida cuando exhiben una mera cronología de los actos realizados o los cargos ostentados, y tienen en tan poca consideración la conducta y el talante de sus héroes que pasan por alto que más se podría saber acerca del verdadero carácter de un hombre por medio de una breve conversación con uno de sus criados que mediante una narración formal y estudiada que comience por sus ancestros y termine por su funeral.

Existen en efecto algunas razones naturales por las que estas narraciones son a menudo escritas por quienes no poseen las cualidades necesarias para instruir ni deleitar, y por las que la mayoría de las relaciones sobre una persona en particular son estériles e inservibles. Si una biografía se ha pospuesto hasta que los intereses creados y la envidia terminen, cabrá esperar cierta imparcialidad, pero es de suponer que hallaremos poca información, ya que los incidentes que dan excelencia a una biografía son por su propia naturaleza volátiles y evanescentes, de manera que pronto escapan a la memoria, y rara vez son transmitidos por la propia tradición. Sabemos qué pocos son los que pueden retratar a un conocido si no se trata de referir sólo las particularidades más prominentes y observables, así como los rasgos más burdos y más obvios de su espíritu. Fácilmente cabe imaginar qué cantidad de ese mínimo conocimiento puede perderse a la hora de impartirlo, y qué pronto perderán las copias sucesivas toda similitud con el original^[6].

Soy plenamente consciente de los reparos que podrán ponerse a la minuciosidad con que en algunas ocasiones detalló la conversación de Johnson, así como de la idoneidad con que ésta se presta al mezquino ejercicio de la ridiculización en manos de hombres de carácter más bien superficial y dados a las fantasías absurdas. Ahora bien, me mantengo firme en mi opinión y por completo confiado en que los pormenores minuciosamente detallados son con frecuencia característicos, y siempre entretenidos cuando se refieren a un hombre distinguido. Soy por lo tanto desmedidamente reacio a que cualquier cosa, por ligera que pueda parecer, que mi ilustre amigo considerase digna de enunciar, con cualquier grado de convicción, pueda perecer sin dejar constancia. En esta reverencia rayana en la superstición he hallado una muy antigua y venerable autoridad, que cita Secker, nuestro gran prelado moderno, cuyo décimo sermón contiene el siguiente pasaje:

El rabino David Kimchi, notorio comentarista judío que vivió hace unos cinco siglos, explica de este modo el pasaje del Salmo primero, «Su hoja no se ha de marchitar», a partir de rabinos anteriores a él: a saber, que incluso las charlas desocupadas, según dice, de un hombre bueno, es menester tenerlas en la debida consideración; hasta lo más superfluo que dijera siempre será de algún valor. Y otros autores más antiguos abundan en la misma frase casi con idéntico sentido.

De una cosa sí estoy seguro: que considerando la altísima estima en que tenemos la escasa porción de las charlas de sobremesa y otras anécdotas de nuestros escritores célebres, y lo muy de corazón que se lamenta el no disponer de más, tengo plena justificación en preservar tal vez demasiados de los dichos de Johnson, en vez de conformarme con unos pocos, en especial porque a tenor de la diversidad de las

disposiciones no se puede saber con certeza de antemano si parecerán banales a unos, y quizá a quien los recopile, y en cambio resultarán sumamente gratos a muchos más. Cuantos más sean quienes hallen placer en un autor, en la medida que fuere, mayor será el placer que surta en un espíritu benévolo.

A quienes tengan la debilidad de pensar que es ésta una tarea despreciable, y que el tiempo y el trabajo a ella consagrados son pura insensatez, me contentaré con oponerles la autoridad del hombre más grande de todos los tiempos, Julio César, de quien Bacon observa que «en su libro de apotegmas, que él mismo compiló, vemos que estimaba mayor honor en hacer un par de tablas y tomar en ellas nota de las sabias y compasivas palabras de los demás, que en convertir cada una de sus palabras en apotegmas u oráculos»^[7].

Dicho todo esto a modo de introducción, someto las páginas que siguen a la buena fe del público lector.

SAMUEL JOHNSON nació en Lichfield, condado de Stafford, el 18 de septiembre de 1709, y apenas se postergó su iniciación en la Iglesia cristiana, ya que su bautismo consta en el registro de la parroquia de St. Mary de dicha localidad, el día siguiente de que naciera. En dicho documento figura el padre con el calificativo de «gentilhombre», circunstancia por la que un apologeta ignorante (e incauto) ha alabado el gusto de Johnson al no hacer ostentación de ese título, cuando lo cierto es que el apelativo de gentilhombre, aunque ahora perdido en aras del indiscriminado uso de «señor», era comúnmente adoptado por quienes no tenían motivos para alardear de nobleza. Llamábase su padre Michael Johnson; era natural del condado de Derby, de oscura extracción, y sentó en Lichfield sus reales en condición de librero y papelerero. Su madre era Sarah Ford, descendiente de un antiguo linaje de labriegos acomodados del condado de Warwick. Eran ambos de edad avanzada cuando contrajeron matrimonio y sólo tuvieron dos hijos, varones los dos: Samuel, el primogénito, que vivió hasta convertirse en el personaje ilustre cuyas variadas excelencias me dispongo a poner por escrito, y Nathanael, que falleció a los veinticinco años.

Michael Johnson era un hombre robusto y de gran estatura, de ánimo vehemente y espíritu activo, si bien, tal como en las rocas más sólidas se hallan a menudo vetas de sustancia de muy exigua densidad, notábase en él una mezcla de esa enfermedad cuya naturaleza esquiva incluso las más minuciosas indagaciones, aun cuando sus efectos son de sobra conocidos; a saber, el hastío de la vida, el desinterés por aquellas cosas que agitan a la mayor parte de los mortales, así como una sensación de lúgubre desdicha sin motivo. Del padre, así pues, heredó su hijo, amén de otras cualidades, «una aciaga melancolía» que, conforme a la expresión demasiado tajante con que él mismo designaba cualquier perturbación del espíritu, «durante toda la vida lo tuvo loco, o al menos no del todo sobrio, o no muy en sus cabales»^[8]. No obstante, debido a las estrecheces de sus circunstancias, Michael se vio obligado a ser muy diligente en los negocios, no sólo en su establecimiento, sino recurriendo también con frecuencia a visitar diversas localidades de los alrededores^[9], algunas de las cuales se encontraban a considerable distancia de Lichfield. En aquel entonces era muy raro que existieran librerías en las ciudades provincianas de Inglaterra, a tal punto que ni siquiera en Birmingham había una. Allí ponía el viejo señor Johnson un tenderete

todos los días de feria. Era bastante buen conocedor del latín y un ciudadano tan digno de crédito que fue nombrado magistrado de Lichfield; siendo como era hombre de sentido común y diestro en su comercio, amasó una fortuna muy razonable, de la que sin embargo perdió con posterioridad la mayor parte al invertir sin buenos resultados en una industria dedicada a la manufactura de pergamino. Era un celoso partidario de la Alta Iglesia anglicana^[c5] y monárquico; mantuvo inalterable su lealtad a la desafortunada casa de los Estuardo, aunque supo avenirse, mediante argumentos casuísticos sobre la conveniencia y la necesidad, a tomar los votos impuestos por el poder prevaleciente.

Hay en su vida un detalle circunstancial en cierto modo romántico, aunque tan bien documentado que no lo omitiré. Una joven de Leek, pueblo del vecino condado de Stafford, donde fue aprendiz, contrajo una virulenta pasión amorosa por él, y si bien no halló favorable acogida a sus anhelos, lo siguió a Lichfield a su regreso, donde incluso se alojó en la casa fronteriza a la que habitaba él, entregada a un amor sin esperanzas. Cuando Michael tuvo conocimiento de que dicha pasión avasallaba a tal extremo el espíritu de la joven que la propia vida de ésta corría peligro, tuvo el generoso y muy humano gesto de visitarla y proponerle matrimonio; pero ya era demasiado tarde: se habían agotado sus ganas de vivir y su caso constituyó de hecho uno de esos raros, contadísimos ejemplos en que una persona muere de amor. Se le enterró en la catedral de Lichfield y él, con ternura y respeto, hizo colocar sobre su tumba una lápida con esta inscripción:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE
ELIZABETH BLANEY, UNA DESCONOCIDA:
ABANDONÓ ESTE MUNDO
EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1694.

La madre de Johnson era una mujer dotada de una notable inteligencia.^[a nota 213, Vol. IV] Pregunté al señor Héctor, cirujano de la ciudad de Birmingham, si la madre no se envanecía de su hijo. Su respuesta fue concluyente: «Demasiada sensatez tenía ella para perderse en vanidades, aunque bien conocía el valor de su hijo». No era su piedad inferior a su entendimiento; a ella es preciso atribuir las primeras impresiones, tempranas sin duda, que de la religión hicieron mella en el espíritu del hijo, a raíz de las cuales tanto provecho iba a obtener más adelante el mundo entero. Él me dijo que recordaba con toda nitidez haber recibido su primera noticia de la existencia del Cielo, «lugar al que iban los buenos», y del Infierno, «donde acababan los malos», gracias a que se lo comunicó su madre cuando era un niño y aún dormía con ella; con el fin de que se le grabara mejor en la memoria, le mandó a repetírselo a Thomas Jackson, el criado que tenían entonces, pero éste no estaba, así que no pudo hacerlo; en cualquier caso no hubo necesidad de ayuda artificial para que preservara esa enseñanza de por vida.

En el seguimiento de un hombre de tanta eminencia desde la cuna a la sepultura, cada una de las aparentes minucias que puedan arrojar alguna luz sobre los progresos

de su espíritu tendrán innegable interés. Fácil es suponer que era notable ya desde sus años más tiernos; por recurrir a las palabras que él mismo emplea en su *Vida de Sydenham*: «no existe razón alguna para poner en tela de juicio que la fuerza de su comprensión, la precisión de su discernimiento y el ardor de su curiosidad fueran ya dignas de notar en su más tierna infancia, siempre y cuando se le observase con la debida diligencia. Y es que no hay un solo ejemplo de ningún hombre cuya historia haya sido minuciosamente relatada que no descubriese en todas las fases de su vida la misma proporción de vigor intelectual».

En toda indagación de esta índole es ciertamente insensato dedicar atención excesiva a incidentes que los crédulos relatan con satisfacción entusiasta mientras un inquisidor más escrupuloso o ingenioso los considera sólo motivos de ridículo; no obstante, corre un cuento tradicional acerca del niño Hércules del conservadurismo tan curiosamente característico de él que no lo he de callar. Me fue dado a conocer en forma de carta por la señorita Mary Adye, de Lichfield.

Cuando el doctor Sacheverel visitó Lichfield, Johnson aún no tenía tres años cumplidos. Mi abuelo Hammond lo vio en la catedral encaramado a hombros de su padre, escuchando con gran atención, boquiabierto, al celeberrimo predicador. El señor Hammond preguntó al señor Johnson cómo se le había ocurrido llevar a la catedral a un niño tan pequeño en un día de tantísima concurrencia. Respondió que lo había llevado porque era imposible retenerlo en casa, pues por pequeño que fuera se había contagiado del espíritu y del afanoso celo con que atendía el público al doctor Sacheverel, y de buen grado se habría quedado por siempre en la iglesia, contento de escucharlo.

Tampoco puedo pasar por alto una pequeña muestra de esa celosa independencia de espíritu, de ese temple impetuoso que jamás le abandonó. El caso me lo confirmó él en persona, remitiéndose a la autoridad de su madre. Un día en que el criado que acostumbraba ir a la escuela para conducirlo a su casa al terminar la jornada lectiva no se presentó a su hora, emprendió el camino por su cuenta, aun cuando era ya entonces tan corto de vista que se veía obligado a agacharse y a ponerse a cuatro patas para echar un vistazo a la acequia antes de aventurarse a saltar por encima. Temeroso de que pudiera perderse o caerse a la acequia, o de que lo arrollase una carreta, su maestra decidió seguirlo a cierta distancia. Por pura casualidad, él se volvió y la vio. Encajó las cuidadosas atenciones de la maestra como una afrenta a su hombría y, enrabiado, corrió hacia ella y le pegó tan fuerte como pudo, habida cuenta de sus exiguas fuerzas.

De su poderosa memoria, cualidad en la que destacó durante toda su vida hasta extremos de una eminencia punto menos que increíble, el temprano testimonio que ahora consigno me fue referido en Lichfield y en su presencia por boca de su hija adoptiva, Lucy Porter, tal como a ella se lo relatara su madre. Cuando era tan niño que aún estaba pegado a las faldas de su madre, y ya había aprendido a leer, una mañana la señora Johnson puso en sus manos el devocionario de la Iglesia anglicana, le indicó la lectura del día y le dijo: «Sam, esto has de aprendértelo de corrido». Subió la madre al piso de arriba dejándolo solo para que lo estudiara, pero en cuanto llegó al segundo oyó que la seguía. «¿Qué sucede?», le dijo. «Ya me lo sé», repuso el pequeño, y lo repitió con toda claridad, aunque no pudo haber tenido tiempo de leerlo

siquiera un par de veces.

Ahora bien, ha circulado otra anécdota sobre su precocidad infantil, a la que se ha dado amplia credibilidad, y cuya veracidad he de refutar basándome en la autoridad del protagonista. Se dice^[10] que cuando contaba sólo tres años tuvo la mala suerte de pisar a una cría de pato, la undécima de una nidada, y la mató; a tenor de este suceso, se comenta, dictó a su madre el siguiente epitafio:

AQUÍ YACE EL BUEN MAESE PATO
A QUIEN SAMUEL PISÓ DE CHIQUILLO;
DE HABER VIVIDO, HABRÍA SIDO UN RATO RARO
PUES HABRÍA TENIDO LA SUERTE DE UN RATONCILLO.

Hay sin duda pruebas textuales de que esta pequeña composición combina elementos y recursos que no pueden estar al alcance de ningún niño de tres años sin una súbita e inexplicable ampliación de sus capacidades, a pesar de lo cual Lucy Porter, hija adoptiva del doctor Johnson, sostuvo ante mí, y en su presencia, que no cabía ningún género de duda sobre la veracidad de esta anécdota, ya que ella la había oído contar a la madre de Johnson. Tan difícil es hacerse con un relato veraz de los hechos que su autoridad misma da cuenta de la falsedad tejida, no en vano él me ha asegurado que fue su padre quien compuso los versos y quiso hacerlos pasar por obra del chiquillo. Y añadió: «Mi padre era un viejo bobo, quiero decir, un hombre dado a soltar bobadas cuando hablaba de sus hijos^[11]».

El joven Johnson tuvo el infortunio de que mucho lo afligiera la escrófula, o mal del rey, que le desfiguró un semblante de natural bien parecido y que le perjudicó de tal modo los nervios ópticos que con uno de los ojos no veía nada en absoluto, aun cuando por su apariencia externa en poco se distinguía del otro. Entre sus plegarias hay una titulada «Cuando recobre la vista del ojo malo^[12]», en la cual reconoce un defecto del que muchas de sus amistades estaban al corriente, aunque yo jamás lo percibí^[13]. Supuse que tan sólo era corto de vista, y en efecto debo consignar que en ningún otro aspecto discerní en él ningún defecto de visión; muy al contrario, su fuerza de concentración y su presteza perceptiva lo hacían ver y distinguir objetos de toda clase, fueran naturales, fueran artísticos, con tal finura y perspicacia como rara vez se encuentra en nadie. Cuando recorriamos los dos las Tierras Altas de Escocia y le señalé un monte cuya forma parecía la de un cono, corrigió mi imprecisión mostrándome que, en efecto, su cima era puntiaguda, pero que una de las faldas era mayor y más abombada que la contraria. Y las damas con las que tuvo trato concuerdan en que no hubo hombre tan fina y minuciosamente crítico en lo tocante a la elegancia de los atuendos femeninos. Cuando supe que vio a las románticas beldades de Isam en el condado de Stafford mucho mejor que yo, le dije que me recordaba a un concertista muy capaz, pero provisto de un pésimo instrumento. Qué falsos, por tanto, qué despreciables resultan todos los comentarios que se han vertido en perjuicio bien de su sinceridad, bien de su filosofía, so pretexto de que era poco menos que un cegato. Se ha dicho que contrajo su gravosa enfermedad por contagio

de su aya^[14]. Su madre, plegándose a la supersticiosa creencia que tantísimos años tuvo vigencia y circuló ampliamente por este país —lo que no deja de ser extraordinario— relacionada con las virtudes curativas del roce de la realeza, idea que nuestros propios reyes también alentaron, lo llevó a Londres, donde en efecto lo tocó la reina Ana^[15]. La señora Johnson, qué duda cabe, y así me informó el señor Héctor, obró de este modo por consejo expreso del célebre sir John Floyer, médico entonces asentado en Lichfield. Johnson acostumbraba hablar de esto con toda franqueza, y la señora Piozzi ha conservado su muy pintoresca descripción de la escena tal como quedó impresa en su imaginación. Al inquirírsele si era capaz de recordar a la reina Ana, dijo que «guardaba un confuso y sin embargo solemne recuerdo de una dama con adornos de diamantes y cubierta por un negro capuchón^[16]». Aquel roce de los regios dedos, no obstante, careció de todo efecto. Me aventuré a comentarle, en alusión a los principios políticos en que fue educado, y a los que estuvo siempre vinculado de algún modo, que su madre «no lo había llevado suficientemente lejos; debiera haberlo llevado a Roma».

La persona que le enseñó a leer fue la señora Oliver, una viuda que dirigía una escuela para niños en Lichfield. Él mismo me contó que la señora sabía leer la letra bastardilla, y que le dijo que pidiera prestada a su padre una Biblia impresa con tales caracteres que tenía gran deseo de leer. Cuando se disponía a marchar a Oxford para continuar sus estudios, la maestra fue a despedirse de su alumno y, con la simplicidad de su carácter bondadoso, le llevó por obsequio un pan de jengibre y le dijo que había sido el mejor de sus alumnos. A él le complacía comentar este temprano elogio, al cual añadía, sonriente, que «era la mayor prueba de su mérito que podía concebir». Su siguiente maestro de lengua inglesa fue un profesor al cual, cuando me hablaba de él, llamaba familiarmente Tom Brown, quien, según dijo, «publicó un manual de ortografía y se lo dedicó al Universo, aunque mucho me temo que ya no se pueda encontrar ningún ejemplar».

Comenzó el aprendizaje del latín con el señor Hawkins, maestro de la escuela de Lichfield, «un hombre —dijo— muy habilidoso en su modesta manera». Con él estudió dos años, tras los cuales ascendió al cuidado del señor Hunter, el director de la escuela, el cual, según su descripción, «era muy severo, tercamente severo, incluso cuando se equivocaba. Tenía por costumbre —dijo— azotarnos sin misericordia, y no hacía distinciones entre ignorancia y negligencia, pues de igual manera azotaba a un muchacho por no saber una cosa que por no preocuparse de saberla. Hacía una pregunta a uno, y si no se la respondía lo azotaba sin pararse a considerar si había tenido la oportunidad de aprender a responderla. Por ejemplo, llamaba a uno de los alumnos y le pedía una vela en latín, cosa que el muchacho no podía esperar que le pidiera. Y es que, señor, si un alumno tuviera respuesta a cuantas preguntas se le hicieran, no habría necesidad de que ningún maestro le enseñara».

Sin embargo, es de justicia con la memoria del señor Hunter reseñar que si bien erraba en su excesiva severidad, la escuela de Lichfield era muy respetable en sus

tiempos. El difunto doctor Taylor, prebendado de Westminster, que se educó bajo su férula, me dijo que «era un maestro excelente, y sus adjuntos eran en su mayoría hombres insignes; Holbrook, uno de los hombres de más ingenio, uno de los mejores eruditos y predicadores de su época, fue maestro adjunto durante la mayor parte del tiempo que estuvo Johnson en la escuela. Luego estuvo Hague, de quien cabría decir otro tanto, con el añadido de que era un poeta elegante. A Hague lo sucedió Green, más adelante Obispo de Lincoln, cuyo carácter es de sobra conocido en el mundo del saber. En el mismo curso de Johnson se encontraba Congreve, que más adelante fue capellán del Arzobispo de Boulter, y que gracias a su intercesión obtuvo una buena canonjía en Irlanda. Era el benjamín de la venerable familia de Congreve, del condado de Stafford, de la cual también era vástago el poeta. Su hermano vendió la finca familiar. Luego estuvo Lowe, que llegó a ser canónigo de Windsor».

Johnson era, en efecto, muy consciente de lo mucho que debía al señor Hunter. Un día le preguntó el señor Langton de qué modo había adquirido tan precisos conocimientos de latín, terreno en el cual, entiendo yo, no le superaba ningún hombre de su tiempo, y respondió así: «Mi maestro me azotó de lo lindo. Sin eso, señor mío, yo no hubiera hecho nada». Contó al señor Langton que mientras Hunter flagelaba a sus alumnos sin piedad les decía: «Y esto lo hago para salvaros de las galeras». En todas las ocasiones en que salió a relucir la cuestión, Johnson dio siempre su visto bueno al uso de la vara para aplicar la instrucción. «De largo preferiría —dijo— que la vara fuera motivo de temor general, con el fin de hacerles aprender, antes que decir a un niño: si obras de tal modo, o de tal otro, gozarás de más estima que tus hermanos o hermanas. La vara surte un efecto que termina en sí mismo. El niño teme los azotes, por lo que cumple sus deberes y punto; en cambio, al suscitar en él ese deseo de emulación, de comparación, y ciertas ínfulas de superioridad, se sientan las bases de mil diabluras, aún peores, pues se consigue que hermanos y hermanas se guarden rencor».

Cuando vio Johnson a unas jóvenes del condado de Lincoln que se comportaban con unos modales llamativamente comedidos, debido a la estricta disciplina que les impusiera su madre y a la severa corrección de ésta, citó un verso de Shakespeare con una mínima variante: «*Vara*, yo te he de honrar por esta tu tarea^[17]».

Esa superioridad sobre sus semejantes, que mantuvo con tanta dignidad en su caminar por la vida, no era algo que asumiera por vanidad u ostentación, sino efecto natural y constante de aquella extraordinaria capacidad espiritual, de la que no podía menos que tener constancia plena mediante la comparación; la diferencia intelectual, que en otros casos en que se cotejan las personalidades es con frecuencia motivo de disputa que no llega a resolverse, se hallaba en este caso tan clara como la diferencia de estatura que se da entre unos y otros hombres. Johnson no se pavoneaba, ni se ponía de puntillas, tal como tampoco se rebajaba encorvándose. Desde sus años mozos fue manifiesta y así reconocida esta superioridad. Fue desde el principio Ἄναξ ἀνδρῶν, «un rey de hombres». El señor Héctor, su compañero de estudios, ha tenido

la bondad de surtirme de abundantes anécdotas de sus años de juventud, y me ha asegurado que nunca tuvo conocimiento de que en la escuela se le aplicase ningún correctivo, salvo por charlar con los demás alumnos y distraerlos de sus asuntos. Parecía aprender por intuición, ya que si bien la indolencia y la procrastinación eran cualidades inherentes a su constitución anímica, siempre que se esforzaba lo hacía en mayor medida que el resto. En resumen, es un ejemplo memorable de eso que tan a menudo se ha observado: que el chiquillo es el hombre en miniatura, y que los rasgos distintivos de cada individuo son los mismos a lo largo de toda su vida. Sus favoritos recibían de él muy generosa ayuda, y eran tales la sumisión y la deferencia con que se le trataba, tal el afán de obtener su consideración, que tres de los muchachos, uno de los cuales era a veces el propio señor Héctor, solían ir por la mañana en calidad de humildes siervos suyos para llevarlo a la escuela. El de en medio se agachaba y él se sentaba a sus espaldas, mientras los dos de los lados lo sostenían en equilibrio, y de ese modo era portado en triunfo. Semejante muestra de tan temprana preponderancia de su vigor intelectual es de notarse, y honra sin duda a la naturaleza humana. Hablando una vez conmigo de sus muchas distinciones en la escuela, me dijo: «Nunca se les ocurrió ensalzarme en comparación con ningún otro; nunca dijeron: “Johnson es tan buen estudiante como éste o aquél”, sino que daban en señalar que tal o cual era tan buen estudiante como Johnson, cosa que sólo oí decir de uno, de Lowe, y no creo, la verdad, que fuese para tanto».

Descubrió una gran ambición por destacar, lo que le animó a contrarrestar su natural indolencia. Era de una curiosidad que se salía de lo corriente, y tan tenaz era su memoria que nunca olvidó nada de cuanto oyera o leyera. El señor Hector recuerda haberle recitado dieciocho versos de corrido, tras lo cual, luego de una breve pausa, los repitió *verbatim*, alterando solamente un epíteto, variación con la cual mejoró el verso.

Nunca se sumaba a los demás muchachos en sus entretenimientos ordinarios; su única diversión se la concedía en invierno, cuando disfrutaba dejándose arrastrar sobre el hielo por un muchacho descalzo que tiraba de él mediante una liga que se había amarrado a la cintura, operación nada sencilla si se tiene en cuenta su más que notable corpulencia. Desde luego, su vista defectuosa le impedía divertirse con los deportes habituales, y una vez me señaló con evidente contento «qué maravillosamente se las ingeniaba para holgar sin los demás». Ahora bien, en una de sus cartas, en la que de todo corazón advertía a un amigo de los efectos perniciosos que tiene la ociosidad, lord Chesterfield ha señalado con justicia que los deportes que entrañan actividad física no han de tomarse por ociosidad entre los jóvenes, y que sólo el letargo producido por no hacer nada merece ese nombre. De esta funesta tara de la disposición, Johnson tuvo durante toda su vida una ración más que cumplida. Hector relata que «no podía obligarle más que a dar algún paseo por los campos en sus horas de asueto, durante el cual se preocupaba más de conversar consigo mismo que con su compañero».

El doctor Percy, Obispo de Dromore, que mantuvo una dilatada e íntima amistad con él, y que ha conservado unas cuantas anécdotas que le atañen, lamentándose de no haber sido más diligente en coleccionarlas, me informa que «cuando era chico tenía una afición desmesurada por la lectura de novelas de caballería, afición que conservó durante toda su vida, a tal punto que —añade Su Ilustrísima— cuando pasó parte de un verano en mi casa parroquial, en el campo, eligió como lectura de diario la antigua novela española de *Felixmarte de Hircania*, en un volumen en folio, del que dio cuenta casi por entero. Y sin embargo le he oído atribuir a esas extravagantes lecturas esa desasosegante inclinación del ánimo que le impidió dedicarse a una profesión fija».

1725: ÆTAT. 16] Luego de residir una temporada en casa de su tío, Cornelius Ford, a los quince años Johnson fue llevado interno a la escuela de Stourbridge, en el condado de Worcester, de la que el señor Wentworth era entonces rector. Dio este paso por consejo de su primo, el reverendo señor Ford, hombre en el cual tanto el talento como la buena disposición por desgracia se echaron a perder debido a su vida licenciosa^[18], pero que siempre fue un juez muy acertado de lo que más conviniera. En esta escuela no prosperó en su educación tanto como se esperaba. Se ha dicho que fue admitido en calidad de ayudante del señor Wentworth, impartiendo clases a los muchachos de menos edad. «El señor Wentworth —me dijo— era un hombre muy diestro, pero perezoso, y conmigo muy severo, si bien no puedo culparle de nada. Yo era entonces un muchacho fornido, él vio que no le profesaba la debida reverencia y comprendió que de mí no iba a obtener honor alguno. Había llevado conmigo más que suficiente para apañármelas, y todo cuanto pudiera sacar en claro de su escuela quedaría adscrito a mi propio trabajo o a mi anterior maestro. A pesar de todo, me enseñó mucho».

Así discriminaba, hablando con el doctor Percy, Obispo de Dromore, sus progresos en las dos escuelas primarias a las que asistió: «En una, mucho aprendí de la escuela, aunque poco del maestro; en la otra, mucho aprendí del maestro, pero apenas nada de la escuela».

También me da cuenta el Obispo de que «el padre del doctor Johnson, antes que éste fuese admitido en Stourbridge, solicitó que se le admitiera como alumno y ayudante del reverendo Samuel Lea, rector principal de la escuela de Newport, en el condado de Shropshire», buen maestro, muy diligente, en aquel entonces de contrastada reputación, a cuyas órdenes dice el señor Hollis, en las *Memorias de su vida*, que también se educó con provecho^[19]. No prosperó la solicitud cursada al señor Lea, pero Johnson tuvo más adelante la gratificación de saber que el ya anciano caballero, que vivió hasta muy avanzada edad, comentó que uno de los eventos más memorables de su vida fue «el haber estado a punto de contar con tan gran hombre como alumno».

Estuvo en Stourbridge poco más de un año y volvió a su hogar, donde cabe señalar que haraganeó por espacio de dos años, en un estado de desatención indigno de sus insólitas aptitudes. Había dado ya sobradas pruebas de su genio poético, tanto

en sus ejercicios escolares como en otras composiciones ocasionales. De ellas he podido hacerme con una colección considerable gracias a la intercesión del señor Wentworth, hijo del que fuera su maestro, y del señor Héctor, su compañero de estudios y amigo. Selecciono las siguientes muestras:

TRADUCCIÓN DE VIRGILIO. ÉGLOGA I

MELIBEO

Tendido al pie de tu haya de ancha sombra,
tú, Tíiro, en el leve caramillo
ensayas tus tonadas campesinas.
Nosotros, de la patria en los linderos,
adiós decimos a sus dulces campos,
nosotros, de la patria fugitivos...
Tú, tendido a la sombra, al eco enseñas,
oh Tíiro, a que el bosque te repita:
¡Amarilis hermosa...!

TÍTIRO

Melibeo,
esta paz que disfruto un dios me ha dado,
dios que ha de serlo para mí por siempre;
y sangre de corderos de mi aprisco
su ara a menudo embeberá. Lo miras:
paciendo están por él libres mis vacas,
por él entona mi zanfoña agreste
cantos a su placer.

MELIBEO

Oh, no, no envidia;
pasma es más bien lo que al mirarte siento:
si todo es llanto en la campiña en torno,
desconcierto y terror. Ya ves, yo mismo
enfermo aguijo mis cabrillas, y ésta
apenas logro que a la rastra salga:
y es que en el denso avellanedo deja
sobre la roca dura dos gemelos
recién paridos, la ilusión del hato.
Ah, cuántas veces, de no ser tan torpe,
debí yo recordar que me anunciaba
esta desdicha el rayo en las robledas...
Mas ese dios, ¿quién fue? Cuéntame, Tíiro... [c6]

TRADUCCIÓN DE HORACIO. LIBRO I, ODA XXII

Integer vitae...

El hombre recto y de conciencia pura
no quiere el arco, mauritanas armas,
ni de saetas venenosas, Fusco,
llena la aljaba,

Igual si cruza las ardientes Sirtes
que si a lo hostil del Cáucaso se lanza,
o a los países que el famoso Hidaspes,
plácido baña.

Mientras inerme, en la Sabina selva,
descuidado a mi Lálage cantaba,
lejos ya de las lindes, me huyó un lobo
de hórrida traza.

No le vio tal la belicosa Apulia
en sus espesos bosques, ni la cálida
tierra de Juba le crió, de fieras
nodriza áspera.

Ponme en la fría zona donde el árbol
no se da nunca, ni estivales auras,
confín del mundo en que el nublado cielo
torvo amenaza,

o ponme allí donde habitar impide
el sol que ardiendo en su carroza pasa:
siempre amaré a mi Lálage, que, dulce,
sonríe y canta.

TRADUCCIÓN DE HORACIO. LIBRO II, ODA IX

Non semper imbres...
No siempre torrencial desde las nubes
la lluvia cae sobre rastrojos ásperos,
ni, sin cesar, las locas tempestades
irritan al mar Caspio,
ni en la región de Armenia

Dura el hielo inerte todo el año.
Ni eternamente el Aquilón combate
las encinas del Gárgano,
ni los desnudos olmos lloran siempre
las hojas de que fueron despojados.

Débil tú, con acentos doloridos,
por aquel Misté gimes
que las crueles Parcas te robaron;
y al levantarse el día ve tus lágrimas,
y al retirarse el sol te ve llorando.

Pero Néstor, de noble y larga vida,
no la pasó gimiendo por su Antíloco
amado, y el prematuro fin del joven Troilo
así padres y hermanas no lloraron.

Cesen ya, Valgio amigo,
esos lamentos blandos.
Celebremos más bien los nuevos triunfos
el César: el Nífates ahora helado;
el Eufrates famoso, que, sintiéndose
sólo un vencido más, uno de tantos,
de su caudal reduce la fiereza...;
y los Gelonos, que, también domados,
en límites prescritos,
cabalgarán por sus estrechos campos. ^[c7]

Calló ella; Héctor, como un dios, contestó afable
(su penacho variopinto al viento tremolaba).
Ese puesto, y lo demás, será de mi incumbencia,
pero ¿habré por ello de renunciar a esta guerra inacabada?
¿Cómo habrían de esgrimir los troyanos mi renombre?
¡Una acción vergonzosa empañaría mi fama,
forjada con heridas en bravas batallas libradas!
Mi alma aborrece tan mezquino pensamiento.
Tiempo ha que aprendí a desdeñar este fugaz aliento;
ya desde entonces alegre miro a la muerte a la cara
según decreto inapelable de las inexorables hermanas,
que Príamo y la hueste de Príamo han de sangrar:
llegará el día en que perezca la Troya sagrada
y se esparzan por el campo sus ruinas humeantes.
Mas ni el de Hécuba, ni la edad vetusta de Príamo,
cuya sangre saciará la sedienta ira de un griego,
ni el de mis valerosos hermanos, que han mordido el polvo,
perdidas las almas por muchas heridas de espanto,
pueden en mi seno crear ni la mitad del dolor
que el triste pensamiento de tu destino inminente:
cuando una orgullosa griega sus tareas imponga,
tus lágrimas mime, en solfa ponga tus penas,
bajo el peso de las aguas de Hiperias has de sudar
y, al límite de tus fuerzas, no lo podrás soportar,
ni el insulto a voz en cuello de Argos escuchar:
¡Ved a la mujer de Héctor, de Troya guardián!
¡Con sólo oír mi nombre, a tus ojos lágrimas acudirán
y tu hermoso pecho un suspiro habrá de desgarrar!
Ojalá que antes de ese día, por mano de un héroe valerosa,
yazga yo muerto y tiña mi sangre la orilla arenosa.

A UNA JOVEN, POR SU CUMPLEAÑOS^[20]

Hermosa mía, estos versos de homenaje caluroso
recibe del ardor del amante en ruego cariñoso.
Que este día que ha de regresar siempre
tu planta más adorable, tu espíritu ornado encuentre;
toda pena, toda cuita, pluga suprimir al cielo,
¡todo, salvo dulces solicitudes de amor gemelo!
Naturaleza poderosa se conjugue con la gracia del arte
para afilar cada mirada y en el corazón clavarte.
Cuando la muchedumbre prosternada confiese tu dominio,
cuando riqueza orgullosa e ingenio altivo obedezcan tus designios,
hermosa mía, pon cuidado en tu empuje irresistible,
ay, que mucho cuesta ser justa a la belleza indecible.
Despliega tus encantos soberanos con sumo esmero;
no otorgues castigo al generoso, ni alborozo al pinturero;
con su propio rebozo recibe al bobo impetuoso
mostrándole en el espejo fiel su sonrojo;
al remedo sus faltas a censurar enseñarás,
si las coquetas se deslumbran no lo permitirás,
y los encantos de Belinda así a la humanidad servirán.

Cuando el campesino, de siempre inclinado a vagar,
prescinde de su entretenimiento rural y su apacible hogar,
contento con la escena que le tiende el océano sonriente
mofase de campos florecidos, de los campos verdecientes;
baila jocundo sobre los caminos del agua rutilante;
susurra la brisa y los banderines tremolantes;
ilimitadas perspectivas en su seno se devanan
y los fututos millones su alma naciente ensalzan;
en bienaventurados sueños la mina de oro encuentra
y, embelesado, el resplandor del rubí contempla.
¡Falsos alborozos! Invaden los cielos nubes negras,
ruge con fuerza el viento, braman las olas en tinieblas;
enfermo de miedo, anhela avistar la costa abrigada
y jura no confiarse más a la hondura ensañada.
Así el joven autor que jadea en pos de la fama,
y de duraderos honores a un nombre que restalla,
confía su dicha al género humano entero,
más falso, más cruel, que los mares o el viento.
Afánate sin descanso, en éxtasis vocífera
por lograr riquezas o títulos, perecederos emblemas;
yo de tales bendiciones transitorias me burlo,
seguro de las alabanzas por venir en el futuro.
Formada esta idea, todo consejo será baldío,
pues corre a la imprenta, y apremia su destino;
enseguida ve el imaginado laurel extenderse
y ya siente la corona eterna ceñir sus sienas.
Advertido por el sino ajeno, vano joven, sé cuerdo,
pues ese afán fue de Settle, de Ogilby fueron sueños:
se difunden los panfletos, se oyen siseos aviesos;
a su retiro el escritor contrariado huyera, empero,
donde no gruñan críticos agriados, ni las puyas le zahieran,
a salvo de la sátira deslenguada, de la chanza intensa;
allí ruega al Cielo un sino no tan distinguido,
contento de ser esquivo escondido, orgulloso de caer en el olvido.

EPÍLOGO, PARA QUE LO PRONUNCIARA UNA DAMA QUE IBA A INTERPRETAR AL FANTASMA DE
HERMIONE^[22]

Vosotras, séquito florido, que dais desesperación o júbilo,
si con una sonrisa bendecís, destruís con el ceño fruncido;
si en vuestras mejillas aguarda destructor Cupido,
con infalibles dardos distribuís distintos destinos;
si vuestros blancos pechos y ojos vivaces
cada joven admira, aunque cada admirador se deshace,
si bien os mofáis de su agonía en juego bárbaro,
sin piedad los veis llorar, los oís rogaros
e implacables retozáis así mil seres sean destrozados,
por vosotras, bellas, abandono las lúgubres llanuras
donde reina en todo su espanto azabache negrura;
no hay ramilletes fragantes, ni deleitosas arboledas
que reciban al fantasma en pena de la desdeñada doncella.
Por amables, tiernas ninfas, florece el mirtilo
y entreteje sus ramas frondosas en plácido umbrío;

las rosas perennes alegran cada cárdeno valle
y aromas de ambrosía alientan en el aire;
proscritos los mefíticos vapores de las penas, y las lágrimas,
el té, el sándalo, los dientes marfileños, las caras lánguidas;
no hay perrillo, no hay Cupido favorito que se precie
del bálsamo del beso por el que Tirsis desfallece;
hechas al deleite, no requieren de ajenos brazos,
y la tortura de las ballenas no comprime sus encantos;
ningún arbol cohibido sus mejillas de rojo colora,
pues quien no conoce la culpa la vergüenza ignora;
intactos los encantos que antaño mostraron,
a su alrededor aguardan placeres y júbilo renovado.
Pero las vírgenes crueles hallan destino más severo;
expulsadas y exiladas de los lugares de embeleso,
a reinos desolados, a regiones de paz carentes,
donde siempre ululan las furias y sisean las serpientes.
Tempestades perpetuas las tristes llanuras ensombrecen
y venenosos vapores todo el cielo ennegrecen,
de lívidos matices tiñen los bellos rostros
y toda belleza se marchita ante su empuje torvo;
doquiera que huyan, el fantasma del amor persiguen
y todos los males que conocieron a su paso infligen:
desconcierto, furia, desesperación, celos
vejan todos los ojos, desgarran todos los pechos;
por todos es descrita su nauseabunda deformidad,
sin dolor que esconder, sin doncellas que adular.
Fundíos pues, bellas, mientras el gentío aún suspire;
no permitáis que el desdén vuestra mirada empañe;
ablandad con compasión todo temible adorno
y así sonría la belleza auspiciosa en cada rostro.
Dedicad vuestro poder afable a paliar todo daño
para reinar inocentes, amantes del género humano.

1728: ÆTAT. 19] Los dos años que vivió en la casa paterna a su regreso de Stourbridge se le pasaron en lo que para él fue holganza, y su padre lo regañó a menudo por su falta de firme aplicación en el estudio. No tenía trazado un plan de vida, ni estaba deseoso de nada; se limitaba a vivir de un día para otro. Y sin embargo leyó mucho, bien que sin entusiasmo, sin ningún plan ordenado, según el azar le pusiera los libros a su alcance. Tenía la costumbre de reseñar un curioso ejemplo de las lecturas azarasas de su juventud. Creyendo que su hermano había escondido unas manzanas tras un voluminoso infolio, en uno de los anaqueles más altos del establecimiento de su padre, trepó en busca de la fruta, pero allí no había manzanas. En cambio, el gran infolio resultó ser de Petrarca, a quien había visto mencionado en algún prefacio, en su condición de preclaro restaurador de la cultura en su época. Así picada su curiosidad, se acomodó con avidez y de una sentada leyó la mayor parte del libro. Lo que leyó durante estos dos años, según me dijo, no fueron obras de mero entretenimiento, «no fueron viajes por mar o por tierra, sino literatura, señor, de todos los escritores de la Antigüedad, todos los grandes, aunque pocos griegos, sólo algo de Anacreonte y algo de Hesíodo, si bien de este modo tan irregular —añadió— eché cuando menos un vistazo somero a muchos libros que no eran de conocimiento común en las universidades, donde rara vez se leía nada más que los libros que los tutores ponían por obligación en manos de los estudiantes, así que cuando llegué a Oxford el doctor Adams, entonces profesor en Pembroke College, me dijo que era el mejor cualificado para ingresar en la universidad de cuantos aspirantes se habían presentado hasta la fecha».

Al estimar sus progresos intelectuales durante estos dos años, así como en las posteriores épocas de su vida, no debemos tener en consideración sus apresuradas confesiones de haber pecado de pereza, pues bien se ve, tan pronto se explicaba mejor, que se había dedicado a pertrecharse de distintos modos, y él mismo, en efecto, concluía el relato diciendo: «No quisiera, señor, hacerle pensar que por entonces me pasara las horas mano sobre mano». Desde luego habría podido estudiar con mayor asiduidad y aplicación, pero es lícito suponer que un espíritu como el suyo se haya enriquecido mucho más vagando a sus anchas por los campos de la literatura que confinado a pacer en un solo prado. La analogía entre cuerpo y alma está muy extendida, y el paralelismo bien alcanza hasta el alimento de uno y otro, así como

alcanza cualquier otro particular. La carne de los animales que se alimentan de un modo itinerante resulta, según común acuerdo, mucho más sabrosa que la de los animales encerrados en un corral. ¿No es posible que exista idéntica diferencia entre los hombres que leen según el variado acicate de su gusto y, de otra parte, los hombres confinados en sus celdas y colegios para cumplir la tarea que se les asigne?

Parece sumamente improbable que un hombre que se hallase en las circunstancias en que vivía Michael Johnson pudiera haber pensado siquiera en enviar a su hijo a la muy onerosa Universidad de Oxford a sus propias expensas. Ahora bien, es el doctor Taylor quien me ha garantizado que ese plan jamás se hubiera llevado a efecto de no ser porque un caballero de Shropshire, uno de sus compañeros de estudios, decidió espontáneamente correr con sus gastos de manutención y matriculación en Oxford, con el fin de que le sirviera de compañero, cuando en realidad nunca recibió ayuda de ninguna clase por parte de dicho caballero.

Sea como fuere, marchó a Oxford e ingresó como estudiante plebeyo en Pembroke College el 31 de octubre de 1728, cuando contaba diecinueve años.

El reverendo doctor Adams, que más adelante llegó a ser director de Pembroke College y gozó de estima universal, me comunicó que se hallaba presente y me hizo en parte el relato de lo que sucedió la noche en que llegó Johnson a Oxford. Aquella tarde, su padre, que lo había acompañado presa de una gran angustia, halló el medio de que fuera presentado al señor Jorden, quien iba a ser su preceptor. El que Johnson fuera puesto bajo la dirección de un preceptor nos recuerda lo que dice Wood de Robert Burton, autor de la *Anatomía de la melancolía*, cuando fue admitido en calidad de alumno de Christ Church: «Por respeto a las formas, aun cuando ninguna necesidad tenía de preceptor, fue puesto a cargo del doctor John Bancroft, quien más adelante sería obispo de la diócesis oxoniense»^[23].

Parecía su padre tener conciencia de los méritos que adornaban al hijo, por lo cual comunicó a los allí reunidos que tenía buenas dotes de erudito, hechuras de poeta, y que sabía componer versos en latín. Su figura y su talante se les antojaron extraños, por no decir chocantes; él sin embargo hizo gala de su modestia y guardó silencio hasta que algo surgió en el transcurso de la conversación, y sin previo aviso metió baza citando a Macrobio; de este modo dio la primera impresión clara de las copiosas lecturas a que se había dedicado en sus años de solaz.

Según parece, no era el señor Jorden, su preceptor, miembro del claustro de Pembroke, el hombre dotado de la aptitud y el talento que se nos antojarían requisito para ejercer de instructor de Samuel Johnson, quien me hizo de él la siguiente descripción: «Era un hombre muy digno y valioso, pero pesado, de modo que no saqué gran provecho de sus enseñanzas. En realidad, tampoco le presté mayor atención. Al día siguiente de llegar al colegio esperé a que hiciera acto de presencia, y luego me ausenté durante cuatro días. Al sexto, el señor Jorden me preguntó por qué no le había esperado. Repuse que había estado patinando por el prado de Christ Church, y esto se lo dije con la misma despreocupación con que ahora^[24] se lo

comunico a usted. No me hice a la idea de que obrase mal o de que pecase de falta de respeto con mi preceptor». BOSWELL: «Es muestra, señor, de una gran fortaleza de espíritu». JOHNSON: «No, señor: es rematada insensatez^[25]».

El 5 de noviembre era festivo en aquel entonces.^[c8] La fiesta se guardaba con gran solemnidad en Pembroke College; donde se exigía la presentación de ejercicios sobre el motivo del festejo. Johnson descuidó el cumplimiento de su deber, lo cual es muy de lamentar, ya que su vivacidad de imaginación y la fuerza expresiva de su lengua probablemente habrían dado cuerpo a una obra sublime sobre la conjura del polvorín. Con el fin de pedir disculpas por tal descuido, entregó una breve muestra de sus versos, con el título de *Somnium*, que contenía un pensamiento muy común, a saber, «que la musa se le había aparecido en sueños y le había susurrado al oído que no convenía a su estro escribir sobre asuntos de política, y que más le valía circunscribirse a temas más humildes», bien que dicho con una versificación verdaderamente virgiliana.

Tuvo afecto y respeto por Jorden, no por su literatura, sino por su valía y dignidad: «Siempre que un joven —dijo— pasa a ser pupilo de Jorden, se convierte en hijo suyo».

Luego de dar tal muestra de su capacidad poética, el señor Jorden le requirió que tradujera el *Mesías* de Pope en versos latinos como ejercicio para la Navidad. Lo llevó a cabo con insólita rapidez, y de manera tan magistral que le valió grandes aplausos, hazaña que por siempre lo mantuvo en altísima estima dentro de su colegio, así como, naturalmente, en toda la universidad.^[c9]

Se comenta que el mismísimo Pope se manifestó al respecto en términos de encomiosa aprobación. Me señaló el doctor Taylor que aquella traducción fue impresa para el ya anciano señor Johnson sin conocimiento de su hijo, que mucho se enojó cuando lo supo. Se publicó en Oxford en 1731 una miscelánea poética recopilada por un tal Husbands, en la cual recogió la traducción del *Mesías* que compuso Johnson, con este modesto emblema tomado de la *Poética* de Escalígero: «*Ex alieno ingenio poeta, ex suo tantum versificator*».^[c10]

No ignoro que tanto a este como a otras muestras de la poesía latina de Johnson se han puesto objeciones y críticas. Reconozco que no poseo la debida competencia para decidir en cuestiones de tan exquisita finura, pero me doy por satisfecho con el justo, atinado y discriminado elogio que al respecto pronunció su amigo, el señor Courtenay:

Y sus versos adquieren con idéntica facilidad
de la Roma antigua atuendo y dignidad.
Esbocen los rimadores trilladas presunciones,
vístanlas de la túnica virgiliana con espléndidos jirones;
espiguen del lúdico Ovidio la frase rutilante
y engarcen en estrofas hurtadas ideas agraces;
combinen cual tachonado mosaico la pieza acabada
y jáctense del dulce relumbre de la estrofa rematada.

Johnson se aventuró a trasfundir con osadía
sus vigorosos conceptos en la musa latina
aspirando a brillar no por luz refleja,
sino por escribir con ardor de romano esteta.
A las nueve melodiosas sintió su estro inspirar
y, con maestría, quiso el sosiego de la lira despertar:
acordes horacianos en su corazón resuenan
mientras celestes compases en nombre de Talía atruenan.
La planta de Hesperia en no tan hábiles manos
falso calor reclama para florecer tan sólo un rato;
aunque Marón propague calor tenue y reluciente,
enfermiza y agostada la flor en el invernadero muere.
Con la genial cultura de Johnson, con su arte y su empeño,
honda llega su raíz, y el árbol se adueña y se satura
del suelo que la prohíja; de nuestro sol con venas empapadas,
crece cual nativa de Britania en las llanuras^[26].

1729: ÆTAT. 20] La «mórbida melancolía»^[a nota c140, Vol. I] que sin descanso acechaba en su constitución física, a la que podemos atribuir sus particularidades, así como su aversión a una vida ordenada, adquirió tal virulencia cuando cumplió veinte años que llegó a afectarle de un modo espantoso. Hallándose en Lichfield durante las vacaciones universitarias de 1729, se sintió abrumado por una espeluznante hipocondría, una constante irritación, inquietud e impaciencia, y un terrible abatimiento, tristeza y desesperanza hicieron miserable su existencia. De esta funesta enfermedad nunca llegó a recuperarse del todo, y todos sus empeños, como todos sus disfrutes, no fueron sino provisionales interrupciones que pasajeralemente le aliviaron de esta torva influencia.^[c11] ¡Qué maravillosos, qué inescrutables los caminos de Dios Nuestro Señor! Johnson, bendecido con el poder del genio y del saber en un grado infinitamente superior al de la normal naturaleza humana, recibía al mismo tiempo la continua visita de un trastorno que tanto llega a afligir a quien lo sufre que quienes lo conozcan por atroz experiencia propia no le envidiarán sus exaltadas dotes. Parece altamente probable que en gran medida se lo ocasionara un defecto del sistema nervioso, esa inexplicable parte de nuestro armazón. Dijo al señor Paradise que a veces llegaba a ser tal su languidez, su desmadejamiento, que no sabía distinguir la hora que marcaba el reloj de la ciudad.

Ante el primer ataque virulento de este trastorno, Johnson se desvivió por superarlo mediante ejercicios forzosos. A menudo iba a pie a Birmingham y regresaba también caminando,^[c12] y probó suerte con otros muchos recursos semejantes, pero todo fue en vano. Su manera de confiármelo fue la siguiente: «No sabía entonces cómo paliarlo». Tan intolerable llegó a ser su aflicción que se remitió al doctor Swinfen, médico de Lichfield, que era su padrino, en cuyas manos puso el caso describiéndoselo en latín. Tanto asombró al doctor Swinfen la extraordinaria exactitud, el poder de indagación y la elocuencia de su carta, que, en su entusiasmo y su celo por cuidar de su ahijado, la mostró a varias personas. Su hija, la señora Desmoulins, que más adelante fue mantenida con humanitaria compasión en casa del doctor Johnson en Londres, me explicó que al descubrir que el doctor Swinfen había dado publicidad a su caso llegó a ofenderse tanto que ya nunca se reconcilió del todo con él. Razones no le faltaron para darse por ofendido, pues aun cuando el doctor obrase con su mejor voluntad y con buenos motivos, cayó en la desconsideración de

traicionarlo en un asunto que le afectaba en lo más hondo, y que era muy delicado, en virtud de lo cual había sido encomendado a su confianza, y expuso una dolencia de su joven amigo, ahijado y paciente que, en la superficial opinión de la humanidad en general, suele traer desprecio y deshonra.

Pero no permitamos que los hombrecillos de escasa o nula valía se alcen con el triunfo por saber que Johnson era hipocondríaco, es decir, que estaba sujeto a lo que el erudito, filósofo y muy piadoso doctor Cheyne tan bien ha tratado con el título de «la enfermedad inglesa». Aunque padeciera la dolencia en grado de gravedad extrema, nunca se vio rebajado por culpa de ésta. Es posible que nublase su inmenso poder intelectual, y que el pleno ejercicio del mismo le resultara imposible en ocasiones, si bien su propio espíritu nunca se anuló del todo. Como prueba de ello es necesario tener presente que cuando peor se encontraba supo componer ese juicioso informe sobre su propia situación, en el que mostró un vigor poco corriente no sólo de imaginación y de buen gusto, sino también de finísimo criterio. Soy consciente de que él mismo era propenso a llamar con excesiva presteza a su dolencia por el nombre de *locura*, noción de la cual ha precisado sus sucesivas gradaciones, con exquisita finura, en uno de los capítulos de su *Rasselas*. Sin embargo, a buen seguro existe una clara distinción entre un trastorno que sólo afecta a la imaginación y al ánimo, mientras sigue siendo sólido el juicio, y un trastorno en el que el propio juicio resulta perjudicado. Esta distinción me la explicó el difunto profesor Gaubius, de Leyden, médico del Príncipe de Orange, en una conversación que sostuve con él hace algunos años, y en la que se explayó como sigue: «Si un hombre —dijo— me cuenta que está pesarosamente trastornado, pues *imagina* que ve a un rufián que se abalanza contra él con la espada desenvainada, aunque al mismo tiempo es consciente de que padece una alucinación, diagnostico que sufre un trastorno de la imaginación; ahora bien, si un hombre me dice que eso es lo que *ve*, y es tal su consternación que me suplica que lo mire y lo atestigüe con mis propios ojos, diagnostico que está loco».

Es común efecto del desánimo o la melancolía que quienes padecen tales aflicciones imaginen que en verdad sufren aquellos males perniciosos que con más intensidad se presentan a su intelecto. Algunos se han imaginado privados del empleo de sus propias extremidades, otros bregan bajo la tremenda carga de enfermedades agudas, y aun hay quienes viven en la indigencia más extrema, cuando de hecho no existe ni el menor ápice de realidad en ninguna de tales suposiciones, de modo que al disiparse los vapores que los envuelven quedan convencidos de lo ilusorio de sus alucinaciones. A Johnson, cuyo supremo motivo de gozo era el ejercicio de su avezadísima capacidad de raciocinio, toda perturbación que viniera a enturbiarle e incluso eclipsarle esa capacidad era el peor de los males que pudiera temer. La demencia, como es natural, era por consiguiente el objeto de su más funestas aprensiones,^[c13] y se imaginaba obsesionado por la locura, o próximo a estarlo, precisamente en una época en la que daba muestras inequívocas de una solidez, de un vigor de criterio muy por encima de lo normal. Es desde luego extraño que su propia

imaginación enfermiza lo hubiera llevado a engaño hasta tales extremos, pero más extraño aún es que algunos de sus amigos dieran crédito a su infundada opinión cuando disponían de pruebas tan irrefutables de que era una absoluta falacia, aunque de ninguna manera es de extrañar que quienes deseaban menoscabarlo se hayan apoderado, luego de su muerte, de esa circunstancia, sobre la que han insistido en injustísimos agravios.

Cercado por la opresión y el desconsuelo causados por una enfermedad que muy pocos han sentido con toda su intensidad y recrudescimiento, aunque son muchos los que la han experimentado en un grado más llevadero, Johnson, en sus escritos y en sus conversaciones, nunca dejó de hacer gala de todas las variedades de la excelencia intelectual. En su paso por este mundo camino de otro mejor, su intelecto brillaba pese a todo con gran luminosidad, e impresionaba a todos los que lo rodeaban con la verdad del noble sentimiento de Virgilio: «*Igneus est ollis vigor et coelestis origo*».
[c14]

En la historia de su intelecto la religión es un aspecto importante. He reseñado ya las tempranas impresiones que en su tierna imaginación dejó su madre, quien continuó sus pías atenciones con asiduidad, aunque, a su juicio, no con criterio. «El domingo —me dijo— era para mí un día gravoso cuando era pequeño. Mi madre me encerraba ese día de la semana y me obligaba a leer el tratado *Todos los deberes del hombre*, gran parte del cual no me aportó ninguna enseñanza. Por ejemplo, cuando leía el capítulo sobre el robo, cuya maldad ya de niño me habían inculcado, no me quedaba más convencido de lo que ya estaba en cuanto a la maldad del robo, con lo cual no ganaba mayor acceso al saber. Convendría introducir a un chico en tales libros dirigiendo su atención a la disposición, al estilo, a otras excelencias de la composición, de manera que el intelecto así entretenido con una atractiva variedad de objetos no se llegara a fatigar».

En cuanto a sus progresos en materia de religión me comunicó los siguientes particulares: «Caí en un completo desinterés por la religión, en una total indiferencia si se quiere, a los nueve años. La iglesia de Lichfield, en la que teníamos un banco propio, estaba necesitada de obras de reparación, de modo que tuve que ir en busca de un banco a otras iglesias, y debido a mi mala vista, como esto me resultaba embarazoso, solía irme a leer por el campo los domingos. Cultivé esta costumbre hasta los catorce años, y todavía hoy me siento muy reacio cuando se trata de ir a la iglesia. De este modo me convertí en una especie de laxo charlatán contrario a la religión, ya que no me dedicaba mucho a pensar en su contra, y esta situación se prolongó hasta que marché a Oxford, donde no podía consentirse. Ya en Oxford, decidí leer *Serio llamamiento a una vida de santidad*, de Law, dando por supuesto que había de resultarme tedioso y tal vez incluso irrisorio. Pero la verdad es que lo encontré muy superior a mi capacidad, y ésa fue la primera ocasión de que me parase a pensar seriamente en la religión, luego de estar en condiciones de emplear con provecho el raciocinio en la indagación»^[27]. Desde entonces, y en lo sucesivo, la

religión fue objeto predominante de sus pensamientos, si bien, con los sentimientos que son de justicia en un cristiano que lo es a conciencia, lamentaba que el cumplimiento de sus deberes quedase muy por debajo de lo que tendría que ser.

Este ejemplo de un espíritu como el de Johnson, de entrada dispuesto siempre, aun a partir de un incidente inesperado, a pensar con angustiosa preocupación en los trascendentales asuntos de la eternidad y en «lo que debiera hacer para salvar su alma», podría aducirse de manera inagotable por oposición al desdén superficial y a veces profano que a menudo se adscribe a las impresiones ocasionales que con toda certeza han experimentado multitud de cristianos, aunque preciso es reconocer que los débiles de espíritu, a partir de la errónea suposición de que no vive el hombre en estado de gracia si no ha sentido una muy especial conversión, en algunos casos han querido ponerlos en solfa o dejarlos en ridículo, ridículo del cual el desconsiderado o injusto quiere hacer aplicación general.

La seriedad con que experimentó Johnson el sentimiento religioso, aun con el vigor de su juventud, se desprende del siguiente pasaje de los apuntes que llevaba a modo de diario: «7 de septiembre de 1736. Hoy he cumplido veintiocho años. Ojalá me permitas, Dios mío, por amor a Jesucristo tu hijo, pasar este año de manera tal que pueda hallar en Él consuelo a la hora de la muerte y en el día del juicio. Amén».

No es posible rastrear con exactitud el contenido de sus lecturas durante su estancia en Oxford ni durante las vacaciones que pasó en su casa. Bastante se ha dicho ya sobre su irregularidad en el estudio. Me comentó que desde sus años más tempranos le entusiasmaba la lectura de la poesía, pero que apenas leía un solo poema hasta el final; que leyó a Shakespeare a tan tierna edad que el parlamento del fantasma, en *Hamlet*, le aterrizzaba cuando estaba solo; que las *Odas* de Horacio eran las composiciones que mayor deleite le procuraban, y que hubo de pasar mucho tiempo hasta que les tomó gusto a sus *Sátiras* y *Epístolas*. Me dijo que en Oxford puso mayor ahínco en el griego que en ninguna otra materia; no tanto en los historiadores griegos cuanto en Homero y Eurípides, y de vez en cuando en algún epigrama; que la asignatura a la que más cariño tenía era la Metafísica, aunque no había leído gran cosa. Siempre tuve la clara impresión de que él mismo se hacía manifiesta injusticia cuando relataba lo que había leído, de que hablaba en relación a la vasta porción del estudio que es posible llevar a cabo, que pocos eruditos en toda la historia de la literatura han llegado a culminar, pues cuando una vez le pregunté si una persona, cuyo nombre ahora he olvidado, estudiaba con verdadero empeño, me respondió así: «No, señor. No creo que estudiara a fondo. Nunca he conocido a un solo hombre que estudiara a fondo. Desde luego, a juzgar por los resultados, concluyo que hay hombres que sí se han esforzado en el estudio, como Bentley y Clarke». Si lo juzgásemos por la vara de medir con la que se formaba su juicio sobre los demás, podríamos estar absolutamente seguros, tanto por sus escritos como por su conversación, de que sus lecturas habían sido amplísimas y muy profundas. El doctor Adam Smith, en comparación con el cual pocos pueden ser mejores jueces en esta

materia, una vez me señaló que «Johnson conocía más libros que ningún hombre vivo». Tenía una peculiar facilidad para asimilar en el acto lo que de valioso pudiera tener cualquier libro sin someterse a la labor de examinarlo de cabo a rabo. Debido a la irritabilidad de su constitución, tenía en todo momento una impaciencia y una premura dominantes cuando leía o escribía. Cierta aprensión, surgida de la novedad, le llevó a redactar su primer ejercicio en la universidad dos veces, pero nunca se tomó esa molestia con ninguna otra composición: hemos de ver que sus obras de mayor excelencia las escribió presa de una calentura, con rapidez e intensidad^[28].

Sin embargo, a tenor de las notas, apuntes y agendas más antiguos que obran en mi poder, da la impresión de que en diversos momentos se propuso, o al menos planificó, llevar a cabo un estudio metódico, acorde con un sistema de cálculo, el cual tuvo en gran estima durante toda su vida, ya que le valía para concentrar de manera firme su atención en algo de cuyo conocimiento carecía, y así impedía que su propio intelecto se volviera en su contra. Así, encuentro de su mano el número de versos de cada una de las dos tragedias de Eurípides, de las *Geórgicas* de Virgilio, de los primeros seis libros de la *Eneida*, del *Arte poética* de Horacio, de tres de los libros de las *Metamorfosis* de Ovidio, de algunos pasajes de Teócrito y de la décima sátira de Juvenal, así como una tabla en la que figuran diversas cantidades por día (supongo que se trata de los versos que se había fijado para leer), y, en cada caso, la cantidad total por semana, mes y año.

No hay hombre que haya tenido amor tan ardiente ni mayor respeto por la literatura que Johnson. Sus habitaciones en Pembroke College se hallaban en la segunda planta, sobre la puerta de entrada. Los entusiastas de la cultura han de contemplarlas siempre con veneración. Un día, cuando estaba allí sentado, solo, el doctor Panting, entonces director del College, al que calificó de «espléndido individuo jacobita», le oyó sin que él se diese cuenta desgranar este soliloquio con voz fuerte, enfática: «En fin, tengo la intención de ver qué se hace en otros centros del saber, de modo que iré a visitar las universidades del extranjero. Iré a Francia e Italia, iré a Padua, y me andaré con mucho ojo, atento a mis propios asuntos, porque un mentecato ateniense es el peor de los mentecatos»^[29].

El doctor Adams me contó que Johnson, durante su estancia en Pembroke College, «gozó del afecto de cuantos le rodeaban, fue un alumno alegre y juguetón, y allí pasó la etapa más feliz de su vida». Ésta es, sin embargo, una prueba asombrosa de lo falaces que resultan las apariencias, y de lo poco que cualquiera de nosotros sabe del verdadero estado interior en que se hallan incluso las personas a las que vemos con gran frecuencia, pues lo cierto es que por entonces se hallaba deprimido debido a la pobreza e irritado por culpa de la enfermedad. Cuando le comenté la versión de los hechos que me diera el doctor Adams, repuso: «Señor mío, entonces era yo un loco violento. Era mi amargura lo que tomaban por ánimo juguetón. Vivía sumido en una pobreza miserable y sólo pensaba en luchar para abrirme camino con mi literatura y mi ingenio; por eso despreciaba todo poder y toda autoridad».

El Obispo de Dromore me comenta por carta lo siguiente:

El placer que le producía sacar de quicio a los tutores y a los condiscípulos se ha comentado a menudo. Pero yo he oído decir al reverendo William Adams, doctor en Teología, que entonces era muy joven, uno de los alumnos recién ingresados, y que es en la actualidad venerable director de ese College, lo cual ha de constar como es debido en su honor, que las comedidas y sin embargo juiciosas objeciones de hombre tan valioso, cuya virtud le inspiraba un gran respeto, y cuya erudición reverenciaba, de hecho le avergonzaban, «aunque mucho me temo — dijo— que era entonces demasiado orgulloso para reconocerlo».

He oído a algunos de sus coetáneos decir que se le veía por lo común sin hacer nada, a las puertas del College, rodeado por un círculo de jóvenes alumnos, a los que entretenía con su ingenio, y apartaba de sus estudios, si es que no les azuzaba a rebelarse contra la disciplina colegial, que en sus años de madurez en cambio encomió tanto.

1730: ÆTAT. 21] A muy temprana edad comenzó a tomar notas a modo de diario de su vida. En un atado de hojas sueltas encuentro la siguiente resolución, tan vehemente, de contender contra su natural indolencia: «Octubre de 1729. *Desidiaie valedixi; syrenis istius cantibus surdam posthac aurem obversurus*. De la pereza me despido, resuelto en lo sucesivo a no escuchar sus cantos de sirena». Me hallo asimismo en posesión de algunas hojas de otro *libellus*, o libreta, titulado *Annales*, en el que algunos pormenores de su historia personal, en sus primeras fases, quedan recogidos en latín.

No hay noticia de que haya forjado ninguna amistad íntima con sus compañeros, aunque el doctor Adams me contó que tomó gran estima a Pembroke College, sentimiento que conservó hasta el final de su vida. Poco antes de morir envió a dicho College, a modo de obsequio, todas sus obras, con el fin de que quedaran depositadas en la biblioteca; tuvo también la idea de legar al College su casa de Lichfield, pero los amigos que entonces le frecuentaban acertadamente lo disuadieron de hacerlo, y finalmente la legó a unos parientes pobres. Le complacía alardear de los muchos hombres de notable eminencia que se habían educado en Pembroke, lista en la cual constan los nombres del señor Hawkins, profesor de poesía; el señor Shenstone, sir William Blackstone, y muchos otros^[30], sin olvidar a un predicador de tanta celebridad popular como el señor George Whitefield, al cual, si bien Johnson no lo tenía en gran consideración, hay que reconocerle una elocuencia muy poderosa, unos conceptos sumamente piadosos y una diligencia rayana en lo increíble; después de su muerte, la integridad de su carácter ha sido plena y concluyentemente reivindicada. Siendo, como de hecho era, poeta, el propio Johnson se sentía particularmente feliz al señalar cuántos de los hijos de Pembroke lo habían sido, y añadía, con una sonrisa triunfal: «somos, señor, una nidada de pájaros cantores».

No era, sin embargo, ciego a lo que consideraba defectos de su colegio; gracias a la información del doctor Taylor, tengo un ejemplo francamente bueno de la rigurosa honestidad que conservó siempre. Taylor había obtenido el consentimiento de su padre para ingresar en Pembroke, con la finalidad de estar con su condiscípulo, Johnson, con el cual, si bien era unos años mayor que él, tenía una gran intimidad. A Johnson le habría supuesto un gran consuelo. Ahora bien, con toda franqueza dijo a Taylor que, en conciencia, no podía consentir que ingresara allí donde, bien lo sabía,

no iba a encontrar a un preceptor capaz. Hizo entonces indagaciones por toda la universidad, y al descubrir que el señor Bateman, de Christ Church, era el preceptor de mayor reputación, recomendó a Taylor que ingresara en ese colegio, como en efecto hizo. Las lecciones del señor Bateman eran de tal excelencia que Johnson las tomaba siempre que podía, así fuera de segunda mano, por medio de Taylor, hasta que al ser su pobreza tan extrema que llevaba los zapatos desgastados, a tal punto que le asomaban los pies, entendió que esta circunstancia humillante era notada por los de Christ Church, con lo cual dejó de acudir. Era demasiado orgulloso para aceptar dinero de mano ajena; como alguien depositara un par de zapatos ante su puerta, los arrojó presa de la indignación.^[c15] ¡Cómo hemos de sentirnos al leer semejante anécdota de Samuel Johnson!

Su fogoso rechazo de ese par de zapatos que alguien quiso darle a modo de anónima limosna fue debido, sin lugar a dudas, a su particular orgullo. Si se considera sin embargo su ascética disposición en aquella época, como él mismo reconoce en sus *Meditaciones*, y la exageración con que algunos han querido ver determinadas peculiaridades de su carácter, no me extrañaría que haya quien la adscriba a un principio de mortificación supersticiosa, tal como nos relata Tursellinus en su *Vida de san Ignacio de Loyola*, que cuando llegó a Goa, tras una trabajosa peregrinación por los desiertos de Oriente, insistió en calzarse los mismos zapatos destrozados, y que cuando se le ofrecieron unos nuevos los rechazó, por considerarlos un lujo inapropiado.

Su *res angusta domi*^[c16] le impidió gozar de las ventajas de una educación académica completa. El amigo en cuyo respaldo había confiado lo engañó. Sus deudas en el colegio, aun sin llegar a ser cuantiosas, iban en aumento; los escasos envíos que recibía de Lichfield, que siempre se habían cursado con grandes dificultades, cesaron con el tiempo, pues su padre se hallaba en un estado de insolvencia. Obligado, de este modo, por una necesidad ineluctable, abandonó el colegio en el otoño de 1731, sin haberse licenciado, tras haber sido alumno durante poco más de tres años.

El doctor Adams, digno y respetable director de Pembroke College, tiene la fama de haber sido el preceptor de Johnson. Sin embargo, lo cierto es que en 1731 el señor Jorden abandonó su puesto en el colegio, y sus discípulos fueron transferidos al doctor Adams, de modo que, de haber regresado Johnson al colegio tras las vacaciones, éste habría sido en efecto su preceptor. Habría sido muy deseable que se llegara a producir esta conexión entre ambos. Su temperamento equitativo, su disposición templada, su cortesía de trato podrían haber limado la aspereza de Johnson y haberle infundido un ánimo más delicado y caritativo, esas *petites morales* de las que, preciso es confesarlo, nuestro gran moralista andaba más escaso de lo que sus mejores amigos podrían justificar. El doctor Adams rindió a Johnson sus mayores cumplidos. Me dijo en Oxford, en 1776: «fui nominalmente su preceptor, pero él estaba por encima de mi alcance». Cuando se lo repetí a Johnson, le centelleó en los

ojos una satisfacción preñada de gratitud, y exclamó: «Es muy generoso y muy noble de su parte».

Así las cosas —poco me ha faltado para decir «el pobre»— Samuel Johnson regresó a la localidad que le vio nacer, desamparado y sin saber cómo podría ganarse la vida de un modo decoroso. Los infortunios de su padre en el comercio le impidieron mantener a su hijo; durante un tiempo no surgió un medio para garantizarse el sustento. En diciembre de ese año murió su padre.

El estado de pobreza en que murió lo atestigua una nota de los diarios de Johnson que corresponde al año siguiente. Es buena muestra de su vehemencia y de su dignidad y virtud.

1732, Julii 15. *Undecim aureos deposui, quo die quicquid ante matris funus (quod serum sit precor) de paternis bonis sperari licet, viginti scilicet libras accepi. Usque adeo mihi fortuna fingenda est. Interea, ne paupertate vires animi languescant, nec in flagitia egestas abigat, cavendum.* Hoy aparté once guineas, una vez recibidas veinte libras, siendo todo cuanto tengo motivo para esperar de los efectos de mi padre con anterioridad a la muerte de mi madre, acontecimiento para el que ruego a Dios que falte mucho. Ahora, como es natural, entiendo que he de labrarme mi fortuna. Mientras, pondré todo mi empeño en que mi capacidad intelectual no merme debido a la pobreza, y en que la indigencia no me obligue a cometer un acto criminal.

Johnson tuvo la fortuna de que el carácter respetable de sus padres, sumado a sus propios méritos, le hiciera acreedor desde sus más tiernos años de una acogida amable entre las mejores familias de Lichfield. Entre ellas cabe mencionar las del señor Howard, el doctor Swinfen, el señor Simpson, el señor Levett, el capitán Garrick, padre del gran lujo de la escena británica; por encima de todos se halla el señor Gilbert Walmsley^[31], registrador del Tribunal Eclesiástico de Lichfield, cuyo carácter, mucho después de su defunción, Johnson ha retratado en su *Vida de Edmund Smith* con el resplandeciente color de la gratitud:

De Gilbert Walmsley, tal como se me presenta a la memoria, permítaseme detenerme en el recuerdo. Lo conocí a muy temprana edad; fue una de las primeras amistades que me procuró la literatura. Confío en que al menos mi gratitud me hiciera merecedor de su atención.

Era un hombre de edad avanzada, y yo apenas un muchacho, si bien nunca recibió mis ideas con desprecio. Era *whig*, con toda la virulencia y la malevolencia que son propias de este partido, si bien nuestras diferencias de opinión en cuestiones cruciales nunca nos separaron. Yo honré su trato y él soportó el mío.

Se había mezclado en su tiempo con el mundo alegre y casquivano, sin eximirse de sus vicios y sus chaladuras, pero nunca descuidó el cultivo de su intelecto. Su fe en la Revelación era inamovible; su cultura mantuvo intactos sus principios; adquirió primero regularidad, y por ese camino llegó a la piedad.

Sus estudios fueron tan diversos que no soy capaz de pensar en un solo hombre de saber equiparable al suyo. Tenía una estrecha relación con los libros; lo que no conocía de inmediato, sabía al menos dónde encontrarlo. Era tal la amplitud de su cultura, tan copiosas sus comunicaciones, que cabría poner en duda que ahora pase un solo día en el que no siga beneficiándome de las ventajas que me procuró su amistad.

En la mesa de este hombre pasé muchas horas de goce y de aprendizaje, con compañeros como no se suelen

encontrar: uno que ha dado mayor profundidad a la vida, otro que la ha hecho más alegre; con el doctor James, cuya destreza como médico será por mucho tiempo recordada; con David Garrick, a quien espero haber contentado con este retrato de nuestro común amigo. ¡Pero, qué son las esperanzas del hombre! Me desazona ese ramalazo de la muerte que ha eclipsado la alegría de las naciones, que ha empobrecido la reserva pública de placeres inocentes.

Con todas estas familias pasó mucho tiempo en sus años de juventud. En casa de todas ellas gozó de la compañía de las damas, en especial en casa del señor Walmsley, cuya esposa y cuñadas, de la familia Aston, hijas de un baronet, eran notabilísimas por su buena crianza; así pues, esa idea que se ha hecho circular insistentemente y se ha llegado a creer a pie juntillas, a saber, que nunca gozó de buenas compañías hasta más avanzada su vida, lo cual, en consecuencia, tuvo confirmación en su aspereza de trato, en sus modales toscos cuando no feroces, carece de todo fundamento. Algunas de estas damas me han asegurado que lo recordaban muy bien de joven, un muchacho distinguido por su mucha deferencia.

Y el que esta cortesía no fuera meramente ocasional, pasajera, ni que se circunscribiera a los círculos de Lichfield, lo pone de relieve el testimonio de una dama, que, en un papel que ha tenido a bien proporcionarme la hija de su amigo íntimo y médico, el doctor Lawrence, describe así al doctor Johnson, aunque pocos años después:

Por lo que atañe a los particulares de la vida que con anterioridad llevase el doctor Johnson, como parece que no son muy conocidos, y menos aún con la debida exactitud, hay una dama que espera que la información que sigue no resulte inaceptable.

Recuerda al doctor Johnson de una visita a la casa del doctor Taylor, en Ashbourne, en algún momento comprendido entre el final del año 37 y mediados del año 40; más bien cree que tuvo lugar después de que se mudara a Londres con su esposa. Durante su estancia en Ashbourne hizo visitas frecuentes al señor Meynell, en Bradley, donde su presencia era muy apreciada entre las damas de la familia, aunque en lo que atañe a la elegancia y a sus demás habilidades tal vez fuesen algo inferiores a las que trató después. La hija mayor del señor Meynell casó después con el señor Fitzherbert, padre de Alleyne Fitzherbert, que llegó a ser ministro de la corte de Rusia. De ella dijo el doctor Johnson, en el estudio del doctor Lawrence, que tenía la mayor inteligencia que nunca había visto en un ser humano. En casa del señor Meynell también dio comienzo su amistad con la señora Hill Boothby, hermana del actual sir Brook Boothby, que duró hasta su muerte. «La joven señora a la que él tenía por costumbre llamar Molly Aston»^[c17] era hermana de sir Thomas Aston e hija de un barón; era asimismo hermana de la esposa de Gilbert Walmsley. Además del trato íntimo con las personas mencionadas, personas sin lugar a dudas de alto rango y de refinada educación, mientras estuvo en Lichfield frecuentó asimismo la casa del doctor Swinfen, caballero de una familia de rancio abolengo, proveniente del condado de Stafford, que a la muerte de su hermano mayor heredó una finca de gran extensión. Asimismo, fue un médico a cuya consulta acudía gran número de personas, aunque por no prestar la debida atención a la administración de sus asuntos domésticos dejó a una familia numerosa en la indigencia. Una de sus hijas, la señora Desmoulins, más adelante encontró acogida en la casa de su viejo amigo, cuyas puertas estuvieron siempre abiertas a los infortunados, puesto que observaba el principio del Evangelio: «fue amable con los desagradecidos y con los malvados»^[c18].

Habida cuenta del desamparo de sus circunstancias, aceptó la oferta de un empleo de maestro en la escuela de Market-Bosworth, condado de Leicester, a la que al parecer, o a juzgar por uno de los fragmentos de su diario, se encaminó a pie el 16 de julio. «Julii 16. *Bosvortiam pedes petii*». Sin embargo, no es verdad, tal como erróneamente se ha contado, que fuera adjunto del famoso Anthony Blackwall, cuyo

mérito ha sido honrado en el testimonio del obispo Hurd, que fue alumno suyo, pues el señor Blackwall falleció el 8 de abril de 1730, más de un año antes de que Johnson dejara la universidad.

Fue un empleo muy fastidioso para él en todos los sentidos, y se quejó de ello con lastimosa gravedad en las cartas a su amigo Héctor, que se había establecido como cirujano en Birmingham. No se conservan estas cartas, pero Héctor rememora en un escrito suyo «que el poeta describía la tediosa insipidez de su existencia con estas palabras: “*Vitam continet una dies*”;^[c19] que era tan monótona como la nota con que trina el cuco; que no sabía si era más desagradable para él enseñar o para los alumnos aprender las reglas de la Gramática». Su aversión total a este fatigoso hastío estuvo sobremanera agudizada por una desavenencia que tuvo con sir Wolstan Dixie, el protector de la escuela, en cuya casa, según he podido saber, oficiaba él como una especie de capellán doméstico, al menos en lo que se refiere al acto de bendecir la mesa, si bien se le trataba con lo que se le antojaba una aspereza insufrible; después de soportar durante unos cuantos meses tan calamitosa situación, renunció a un puesto de trabajo que durante toda su vida recordó con la mayor de las aversiones e incluso con un punto de horror. Sin embargo, es probable que en esta época, fuera cual fuese la incomodidad que hubo de aguantar, sentara en gran parte los cimientos de su futura eminencia al aplicarse a fondo en sus estudios.

Hallándose de nuevo completamente ocioso, lo invitó Héctor a pasar con él una temporada en Birmingham, en calidad de huésped suyo, en casa del señor Warren, donde el señor Héctor vivía en régimen de pensión completa. El señor Warren era el primer librero que se había establecido en Birmingham, y se mostró muy atento con Johnson, pues no tardó en descubrir que había de ser de gran utilidad en su negocio gracias a sus amplios conocimientos de literatura, e incluso obtuvo la colaboración de su pluma al proporcionarle Johnson algunas entregas de un ensayo fijo en el periódico del que Warren era propietario. Luego de muy diligentes indagaciones no he sido capaz de hacerme con ninguna de aquellas tempranas muestras de ese particular género literario en el que más adelante Johnson tanto se distinguió.

Continuó viviendo como huésped de Héctor durante unos seis meses, y luego alquiló un alojamiento en otra parte de la ciudad, pues se encontraba tan bien asentado en Birmingham como creía que podría estarlo en cualquier otra ciudad, al menos mientras no tuviera decidido un plan de vida y sólo dispusiera de muy exiguos medios de subsistencia. Hizo allí algunas amistades valiosas, entre las cuales estaba el señor Porter, un mercero a cuya viuda desposó más adelante, y el señor Taylor, quien por su ingenio en los inventos mecánicos y su éxito en el comercio amasó una fortuna inmensa. Ahora bien, el consuelo de estar cerca de Héctor, su antiguo compañero de estudios y amigo íntimo, fue lo que sobre todo indujo a Johnson a permanecer allí.

No he sido capaz de precisar de qué modo empleó su pluma en este periodo, ni tampoco si extrajo de ella alguna ventaja pecuniaria. Es probable que recibiera algún

dinero del señor Warren; tenemos la certeza de que entonces escribió una pieza literaria, de la que Héctor ha tenido la amabilidad de facilitarme una detallada relación. Como comentara en su día que en Pembroke College había leído el *Viaje a Abisinia* de Lobo, un jesuita portugués, y que estimaba que una traducción abreviada del francés al inglés podría ser una publicación útil y provechosa, Warren y Héctor sumaron fuerzas para apremiarle a que la llevara a cabo. Él accedió; como el libro no se encontraba en Birmingham, lo tomó prestado de Pembroke College. Terminada muy pronto una parte sustancial del trabajo, un tal Osborn, que era el impresor del señor Warren, comenzó a componer el texto que ya estaba listo, y Johnson se comprometió a facilitar a la prensa el texto a medida que se le requiriese. No obstante, pronto prevaleció su indolencia constitutiva, y el trabajo quedó en punto muerto. Héctor, sabedor de que un motivo de elemental humanidad sería el argumento de más convicción para su amigo, fue a ver a Johnson y le hizo ver que el impresor no podía emprender ningún otro trabajo mientras no tuviera ése terminado, a lo que añadió que el pobre hombre y su familia pasaban por aprietos. Nada más tener conocimiento de ello, Johnson puso en ejercicio su poder intelectual, por más que corporalmente estuviera distendido. Se tumbó en cama con el libro, que era un volumen en cuarto, abierto ante él, y comenzó a dictar la traducción a medida que Héctor tomaba nota. Éste llevó los pliegos terminados a la imprenta y corrigió casi la totalidad de las pruebas, de las cuales pocas llegó a ver Johnson. De este modo, con ayuda de la muy activa amistad de Héctor, el libro quedó terminado y se publicó en 1735, con Londres como pie de imprenta en portadilla, si bien fue impreso en Birmingham, artimaña muy común entre los impresores de provincias. Por este trabajo le entregó el señor Warren la exigua suma de cinco guineas.

Tratándose de la primera obra en prosa de Johnson, no deja de ser curioso preguntarse en qué medida puede rastrearse en ella ese estilo que caracteriza sus escritos posteriores, dotándolos de tan peculiar excelencia, con tan feliz suma de potencia, vivacidad y perspicacia. He examinado el libro con esta idea en mente, y he detectado que en él, como en cualquier otra traducción, no hay ningún vestigio del estilo propio del traductor, ya que la lengua de la traducción se adapta a los pensamientos de otro, por lo que sin darse cuenta sigue su curso y, por así decir, se adapta a un molde que viene dado de antemano.

Tómese, por ejemplo, el primer párrafo que aparece en el arranque del libro, en la página 4:

Viví allí durante más de un año, y terminé mis estudios de Teología, tiempo durante el cual se recibieron algunas cartas de los padres misioneros en Etiopía, junto con un relato del sultán Segned, Emperador de Abisinia, convertido por lo visto a la fe de la Iglesia de Roma; se indicaba asimismo que muchos de sus súbditos habían seguido su ejemplo, y que había una gran escasez de misioneros para lograr la mejora de tan auspicioso comienzo. Todos estaban deseosos de secundar el celo de nuestros padres misioneros, y de enviarles la ayuda que solicitaban; a ello nos animaron tanto más porque la carta del Emperador informaba a nuestro provincial de que fácilmente podríamos llegar a sus dominios haciendo escala en Dancala; por desgracia, el secretario anotó Geila donde decía Dancala, lo cual costó la vida a nuestros padres.

Todo el que tenga familiaridad con el estilo de Johnson se dará cuenta de que aquí no hay ni rastro de él; antes bien, este párrafo podría haberlo compuesto cualquier otro hombre.

No obstante, en el prefacio comienza a vislumbrarse el estilo johnsoniano; aun cuando el uso todavía no había dado a sus alas la capacidad de emprender un vuelo permanente y estable, hay algunos pasajes que exhiben su mejor estilo con todo su vigor. Una vez tuve el placer de examinar este prefacio en compañía de Edmund Burke, quien confirmó mi impresión acudiendo a su sagacidad crítica, muy superior a la mía; si mal no recuerdo, quedó encantado con la siguiente muestra:

El viajero portugués, en contra de la inclinación habitual de sus compatriotas, ha entretenido a su lector sin acudir al absurdo romántico o a las ficciones increíbles; todo aquello que relata, sea verdadero o no, resulta cuando menos probable; quien no describe nada que exceda los límites de la probabilidad tiene pleno derecho a exigir que se le crea, al menos mientras no se le pueda contradecir.

Mediante su narración modesta, sin afectación de ninguna clase, parece haber retratado las cosas tal como las vio con sus propios ojos, haber copiado del natural, de la vida misma, y haber consultado el dictado de sus sentidos, que no su imaginación. No se encuentra con basiliscos que fulminen con la mirada; sus cocodrilos devoran sus presas sin derramar lágrimas; sus cataratas se precipitan entre las rocas sin ensordecer a los habitantes de los alrededores.

No hallará el lector en esta obra regiones maldecidas con una esterilidad irremediable, ni bendecidas con una fecundidad espontánea; no hay tinieblas perpetuas, ni tierras en las que nunca se pone el sol; no aparecen naciones descritas cual si carecieran de todo sentido de la humanidad, ni consumadas por su pujanza en todas las virtudes privadas o sociales. No hay hotentotes desprovistos de sistema de gobierno, de religión, de lenguaje articulado; no hay chinos de una cortesía exquisita, absolutamente avezados en el conocimiento de todas las ciencias; descubrirá, antes bien, lo que siempre se ha de descubrir por mediación de un investigador curioso, diligente e imparcial, esto es, que allí donde se encuentre la naturaleza humana habrá una mezcla de vicios y virtudes, una pugna entre pasión y razón, y que el Creador no ha sido parcial en sus repartos, sino que ha equilibrado, en casi todos los países, sus inconvenientes particulares mediante favores no menos particulares.

Éste es un temprano ejemplo de esa expresión brillante y enérgica que en innumerables ocasiones a lo largo de su vida impresionó al mundo, y que motivó tanta admiración.

Tampoco podrá nadie que esté versado en los escritos de Johnson dejar de reconocer su mano en este pasaje de la dedicatoria al señor John Warren, del condado de Pembroke, por más que se haya atribuido a Warren, el librero:

El intelecto generoso y noble se distingue con total certeza más que nada por su eminente grado de curiosidad^[32]; esa curiosidad nunca se empleará de manera más grata ni más útil que cuando examina las leyes y costumbres de las naciones extranjeras. Espero, por consiguiente, que el obsequio que aquí presumo hacer no se considere impropio; ahora bien, no es mi cometido, en calidad de autor de la dedicatoria, elogiarlo, ni en calidad de librero es mi obligación restarle méritos.

Es razonable suponer que el haber sido llevado de este modo accidental a un particular estudio de la historia y las costumbres de Abisinia sea la causa remota que originó, muchos años más tarde, su admirable cuento filosófico *Rasselas*, cuyas principales escenas se ambientan en dicho país.

1734: ÆTAT. 25] Johnson regresó a Lichfield a comienzos de 1734, y en agosto de ese mismo año se esforzó por procurarse un medio de subsistencia a través de su pluma, pues publicó una serie de propuestas para imprimir mediante suscripción los poemas latinos de Poliziano^[33]: «*Angeli Politiani Poemata Latina, quibus, Notas cum historia Latinæ, poeseos a Petrarchæ ævo ad Politiani tempora deducta, et vita Politiani fusius quam antehac enarrata, addidit SAM JOHNSON*». ^[c20]

Parece ser que su hermano Nathanael había tomado a su cargo el negocio del padre, pues se menciona que «se pueden cursar las suscripciones al editor, o bien a N. Johnson, librero de Lichfield». No obstante los méritos de Johnson, y el precio muy asequible al que se ofrecía el libro, no hubo suscriptores suficientes para garantizar unas ventas que lo hicieran viable, de modo que la obra nunca se publicó, y lo más probable es que nunca llegara a estar preparada.

En ese mismo año lo encontramos de nuevo en Birmingham, y se conserva la siguiente carta que envió al señor Edward Cave^[34], compilador y director original de la *Gentleman's Magazine*:

Al señor Cave

25 de noviembre de 1734

Señor,

como no parece usted menos sensible que sus lectores a los defectos del artículo sobre poesía que publica su revista, no le desagradará si, con el mero fin de mejorarlo, le comunico los sentimientos de una persona que en términos razonables estaría dispuesta a asumir ocasionalmente la redacción de una columna.

Su opinión es que el público no daría una adversa recepción a su publicación si, además del ingenio del mes en curso, que un examen crítico por lo general reduciría a un espectro bastante escaso, admitiera no sólo poemas, dedicatorias, etc., siempre y cuando fueran inéditos, sino también algunas disertaciones literarias, necesariamente breves, en latín o en inglés, comentarios críticos sobre autores antiguos o modernos, poemas olvidados que merezcan un renacido interés, o piezas sueltas como las de Floyer^[35], que valga la pena conservar. Gracias a este método, su artículo literario, pues así se le puede llamar, será, según entiende, mucho más recomendable para el público que las chanzas de baja estofa, las toscas bufonadas o las tediosas difamaciones de cualquiera de las partes implicadas en polémica.

Si semejante correspondencia fuera de su agrado, tenga la bondad de informarme a vuelta de correo de cuáles son las condiciones en las que estaría dispuesto a contar con ella. Su última oferta^[36] no me da pie a desconfiar de su generosidad. Si emprendiera algún otro proyecto literario, además de su publicación, dispongo de otros planes que comunicarle, siempre y cuando tenga la certeza de que no serán otros quienes cosechen los beneficios de aquello que yo pueda sugerir.

Su carta, remitida a nombre de S. Smith, con domicilio en la posada del Castillo, Birmingham, condado de Warwick, llegará a este su humilde servidor.

SAM. JOHNSON

Cave ha puesto una nota en el original de esta carta, que dice «contestada a 2 de diciembre». Ahora bien, no tenemos constancia de que se hiciera nada a raíz de ella.

Desde su más temprana juventud, Johnson había sido muy sensible a los encantos femeninos. Ya en la escuela de Stourbridge estuvo muy enamorado de Olivia Lloyd, una joven cuáquera, a la que dedicó un manojito de versos que no he podido recuperar; ahora bien, la facilidad y la elegancia con la que componía poemas en vena amorosa quedará patente gracias a estos versos que escribió para su amigo Edmund Héctor.

VERSOS A UNA DAMA, AL RECIBIR DE ELLA UNA RAMA DE MIRTO

Qué esperanzas, qué pavores crea vuestro obsequio,
ambiguo emblema de un destino incierto:
el mirto, suprema enseña del mando
a Venus por obra de Melissa consignado;
con no menor capricho que el de una bella reinante,
ora otorga, ora rechaza la plegaria del amante.
A la sombra del mirto canta el cisne gozoso,
a la sombra del mirto desespera el espectro quejoso;
corona el mirto de los felices amantes las sienes,
la tumba de los desdichados el mirto envuelve:
¡oh, pues, aclarad de vuestro obsequio el sentido
y aplacad el palpitar de un corazón henchido!
Pronto habrá esta rama, así aclaréis su vida futura,
de engalanar la testa de Filandro, o bien su sepultura^[37].

Su juvenil apego al bello sexo fue sin embargo muy pasajero, y existe total certeza de que no forjó relaciones ilícitas de ninguna clase. El señor Héctor, que convivió con él en su juventud y disfrutó de su máxima intimidad en completa libertad social, me ha asegurado que incluso en aquella temporada de ardores fue su conducta rigurosamente virtuosa en este terreno, y que si bien le gustaba mucho alborozarse con el vino, sólo lo vio ebrio una vez.

En un hombre al que la educación religiosa otorga protección segura de las complacencias licenciosas, la pasión del amor, cuando se apodere de él, será desmedida, pues no tiene que luchar contra las cortapisas de la disipación y se concentra por entero en su único objeto. Así fue como la experimentó Johnson cuando se tornó fervoroso admirador de la señora Porter, tras el fallecimiento del primer marido de ésta^[38]. La señorita Porter me contó que, cuando le fue presentado a su madre, su apariencia era imponente por su adustez; era entonces flaco y desgarrado, de tal modo que todos los huesos de su inmensa estructura ósea saltaban a la vista de manera repulsiva y tenía muy marcadas las cicatrices de la escrófula. Además llevaba el cabello largo, lacio y tieso, separado por detrás en dos crenchas;

parece también que a menudo hacía gestos convulsivos y gesticulaciones sobresaltadas, lo cual tendía a suscitar a la vez la sorpresa y la risa. Tan prendada quedó la señora Porter de su conversación que pasó por alto todas estas desventajas de su apariencia exterior, y dijo a su hija: «Éste es el hombre más sensato que jamás haya visto».

Aunque la señora Porter doblara en edad a Johnson, aunque su persona y sus modales, tal como me los describiera el difunto señor Garrick, de ningún modo resultaran agradables a los demás^[39], por fuerza tenía que haber poseído un entendimiento y un talento superiores^[40], pues no cabe la menor duda de que en él inspiró una pasión muy superior a la habitual; así las cosas, una vez se mostró ella dispuesta a casarse, él marchó a Lichfield para pedir a su madre el consentimiento a su matrimonio, ya que no podía menos que considerarla una intención imprudente, por no decir disparatada, habida cuenta de su diferencia de edad y de la falta de fortuna propia que tenía la dama. No obstante, demasiado bien conocía la señora Johnson el ardor del temperamento de su hijo, y era una madre demasiado tierna para oponerse a sus inclinaciones.

Desconozco por qué razón no se celebró en Birmingham la ceremonia del matrimonio, pero se tomó la resolución de que fuese en Derby, lugar hacia el cual partieron a caballo la novia y el novio contrayentes, supongo que ambos de muy buen humor. Ahora bien, aun cuando el señor Topham Beauclerk gustaba de comentar con malicia, bien que jocosamente, que Johnson le había dicho con toda seriedad: «fue un matrimonio por amor por ambas partes, señor mío», he recibido de mi ilustre amigo la curiosa relación de su trayecto hasta la iglesia en la mañana misma de las nupcias: «Señor, ella había leído las novelas antiguas, y se le había metido en la cabeza la fantástica idea de que una mujer de mucho temple debía tratar a su enamorado como a un perro. Así pues, señor, al principio me dijo que cabalgaba yo demasiado deprisa, y que no podía seguir mi paso; como refrené el ímpetu de mi montura, ella se me adelantó y se quejó de que me quedaba atrás. No estaba yo hecho para ser esclavo del capricho, así que resolví comenzar tal como me proponía terminar. Por consiguiente, espoleé al caballo y avivé el paso hasta perderla de vista por completo. El camino corría entre dos setos, de modo que tenía la certeza de que no podía perderme, si bien me las compuse para que ella me alcanzase bastante pronto. Cuando lo hizo, me fijé en que lloraba».

Hay que reconocer que fue éste un comienzo singular de la felicidad conyugal, aunque cabe ninguna duda de que Johnson, si bien de este modo dio muestra de firmeza viril, demostró ser el marido más cariñoso e indulgente hasta el último momento que duró la vida de la señora Johnson, y en sus *Plegarias y meditaciones* hallamos prueba muy señalada de que jamás cesó de sentir un gran respeto y el mayor afecto por ella, aun después de su muerte.

1736: ÆTAT. 27] Estableció entonces una academia privada, propósito para el cual alquiló una casa amplia y bien situada, cerca de su localidad natal. En la *Gentleman's Magazine*, durante el año de 1736, aparece el siguiente anuncio: «En Edial, cerca de Lichfield, condado de Stafford, se ofrece pensión completa a los jóvenes y se les enseña latín y griego a cargo de Samuel Johnson». No obstante, los únicos pupilos puestos a su cuidado fueron el célebre David Garrick y su hermano George, así como un tal señor Offely, joven caballero de buena fortuna que murió prematuramente. Con todo, su nombre aún no estaba unido a la celebridad que más adelante iba a suscitar las más altas atenciones y todo el respeto de la humanidad. De haber aparecido ese anuncio después de la publicación de su *Londres*, o de los ensayos de su *Rambler*, o de su *Diccionario*, ¡qué gran estallido hubiera causado en el mundo de la sociedad! ¡Con qué afán hubieran aprovechado al punto los grandes y los ricos la ocasión de poner a sus hijos bajo la erudita tutela de Samuel Johnson! La verdad, sin embargo, es que no estaba tan bien cualificado como puedan estarlo hombres de una capacidad intelectual muy inferior a la suya para ser profesor de materias elementales, ni para encauzar en el aprendizaje a sus alumnos de manera gradual. Sus propias adquisiciones en el terreno del saber las había realizado a saltos y sobresaltos, por medio de violentas y breves escaramuzas con las que irrumpía en las diversas regiones de la sabiduría, y no cabía esperar, así pues, que su impaciencia se sometiera, que su ímpetu se contuviera en la medida necesaria para adiestrar de manera apacible a los novicios. El arte de comunicar la instrucción, sea del tipo que fuere, ha de tenerse en gran estima; siempre he pensado que quienes se dedican de lleno a este cometido, y cumplen su deber de enseñar con diligencia, y con éxito lo coronan, tienen todo el derecho a gozar del mayor de los respetos en la comunidad, tal como el propio Johnson a menudo sostenía. Y sin embargo soy de la opinión de que no sólo no se requieren grandes capacidades para dedicarse a este oficio, sino que, incluso, el hecho de poseerlas, hace que uno sea menos adecuado para desempeñarlo.

Si bien reconocemos la justicia que se contiene en el bello comentario de Thomson:

¡Deleitosa tarea! ¡Criar al pensamiento más tierno
y enseñar a la joven idea cómo crecer hasta lo eterno!,

hemos de considerar que ese deleite sólo resulta perceptible para «un espíritu en paz», un espíritu a la par sereno y claro, mientras que un espíritu lúgubre e impetuoso, como el de Johnson, no puede permanecer fijo durante un tiempo dilatado y en total atención, y ha de irritarse muy a menudo por la inevitable lentitud y el error que son connaturales a los progresos de los alumnos, tanto que muy difícil ha de resultarle el cumplimiento del deber, con mínimo disfrute para el maestro y poco provecho para el discípulo. En un preceptor, el buen temple es la más esencial de las cualidades. Horacio pinta la *blandura* de ese carácter:

... *Ut pueris olim dant crustula blandi*
Doctores, elementa velint ut discere prima.^[c21]

Johnson no estaba ni mucho menos satisfecho con su situación de maestro de academia, tal como tampoco lo estuvo con la de simple maestro de una escuela de provincias; no será por tanto preciso extrañarnos de que no llegara a mantener su academia durante más de un año y medio. Según el relato del señor Garrick, ni siquiera parece que sus alumnos le tuvieran un profundo respeto. Sus rarezas de carácter y su zafia gesticulación a la fuerza tenían que ser motivo de chanza entre ellos; los jóvenes bribones en concreto pegaban la oreja a la puerta de su dormitorio, y miraban por el ojo de la cerradura, con objeto de ridiculizar las tumultuosas y poco elegantes muestras de cariño que tuviera con la señora Johnson, a la cual llamaba con el apelativo familiar de Tetty o Tetsey, que, como Betty o Betsey, se emplea provincialmente como apócope de Elizabeth, su nombre de pila, aun cuando a nosotros pueda parecernos ridículo al aplicarse a una mujer de su edad y apariencia. Garrick me la pintó como una mujer sumamente obesa, con unos senos de protuberancia mucho mayor que la habitual, con las mejillas hinchadas y enrojecidas a causa de la gruesa capa de pintura que se aplicaba y a su generosidad en el consumo de cordiales; llamativa, fantástica incluso en su manera de vestir, afectada tanto en su manera de hablar como en su conducta en general. He visto a Garrick ponerla en solfa, por medio de su exquisito talento para la imitación, de tal manera que excitó las mayores carcajadas entre los presentes; sin embargo, tal como suele ser el caso en esa clase de representaciones, es harto probable que exagerase de manera muy considerable el retrato.

Johnson estaba perfectamente al tanto de lo que sería más aconsejable en la instrucción de los jóvenes, como prueba con total autenticidad el siguiente papel, de su puño y letra, que dio en esta época a un pariente,^[c22] y que hoy se halla en poder de John Nichols:

PLAN DE CLASES EN UNA ESCUELA PRIMARIA

Cuando la introducción, o formación de nombres y verbos, quede perfectamente dominada, enséñeseles el *Corderius* del señor Clarke, comenzando al mismo tiempo a traducir la introducción, de modo que así puedan aprender la sintaxis. Pásese después a Erasmo, con traducción inglesa del mismo autor.

Clase II. Que aprendan a Eutropio y a Cornelio Nepote, o a Justino, con su traducción.

N. B. La primera clase dará cuenta todas las mañanas de las reglas que hayan aprendido con anterioridad, y por la tarde aprenderán las reglas latinas de la declinación de los nombres y la conjugación de los verbos.

Se les examina de las reglas que hayan aprendido los jueves y los sábados.

La segunda clase hará lo mismo mientras estén con Eutropio; después, han de ocuparse de los nombres y los verbos irregulares, y de las reglas para componer y escandir versos. Se les examina como a la primera.

Clase III. Las *Metamorfosis* de Ovidio por la mañana, los *Comentarios* de César por la tarde.

Practíquense las reglas latinas hasta que las sepan a la perfección; después, comienzo de la gramática griega del señor Leeds. Examen como el anterior.

Acto seguido se pasa a Virgilio, comenzando al mismo tiempo a escribir redacciones y versos y a aprender griego elemental; de ahí pasamos a Horacio, etc., como se vea más conveniente.

No sé bien qué libros son los más aconsejables, ya que no me informa usted de cuál es el estudio al que tiene previsto dedicarse. Creo que le será más ventajoso aplicarse por completo a las lenguas hasta que vaya a la universidad. Los autores griegos que estimo más aconsejables para su lectura son los siguientes: Cebes, Aeliano y Luciano, en traducción de Leeds; Jenofonte (ático), Homero (jónico), Teócrito (dórico), Eurípides (ático y dórico).

De este modo logrará una razonable destreza en todos los dialectos, comenzando por el ático, al cual han de hacer obligada referencia todos los demás.

En el estudio del latín es harto aconsejable no leer a los autores de épocas posteriores mientras no esté uno bien versado en los de la época más pura, como son Terencio, Cicerón, Salustio, Nepote, Velleius Paterculus, Virgilio, Horacio y Fedro.

La tarea más exigente, y la más necesaria, sigue siendo alcanzar el hábito de la expresión, sin el cual todo saber es de escasa utilidad. Esto es algo necesario en latín y más si cabe en inglés; su adquisición sólo es viable mediante la imitación diaria de los mejores autores, de los más correctos y excelsos en el empleo de la lengua.

SAM. JOHNSON

Mientras Johnson estuvo al frente de su academia, poca duda puede haber de que sin darse cuenta fue pertrechando su intelecto de variados conocimientos; ahora bien, no he sabido precisar si escribió algo más al margen de la mayor parte de su tragedia titulada *Irene*. Peter Garrick, hermano mayor de David, me dijo que, según recordaba, Johnson le había pedido prestada la *Historia de Turquía*, de la cual iba a tomar material para su tragedia. Cuando tuvo una parte sustancial terminada, leyó lo hecho al señor Walmsley, quien objetó que ya había puesto a su heroína en grandes aprietos, y le preguntó cómo tenía previsto ingeniárselas para precipitarla en calamidades aún mayores. Johnson, en una taimada alusión al proceder presuntamente opresivo del tribunal en el que Walmsley era registrador, replicó de este modo: «Señor, siempre podré llevarla ante un tribunal espiritual».

El señor Walsmley, complacido sin embargo ante esta prueba de la capacidad que tenía Johnson como dramaturgo, le aconsejó que terminase la tragedia y que la hiciera representar.

Johnson pensó entonces en la posibilidad de probar suerte en Londres, gran campo abonado para el genio y el empeño, donde los talentos de toda suerte tienen más variadas posibilidades de brillar y cuentan con más apoyo. Es circunstancia memorable que su alumno, David Garrick, decidiera establecerse en Londres en esta misma época^[41], con la intención de completar sus estudios y dedicarse a la profesión de la abogacía, de la que pronto se apartó por su decidida preferencia por la escena.

Esta expedición conjunta de los dos hombres insignes a la metrópolis fue muchos

años después conmemorada en un poema alegórico sobre *La morera de Shakespeare*, del señor Lovibond, ingenioso autor de *Las lágrimas de aquel primero de mayo*.

Ambos habían sido recomendados al señor Colson^[42], eminente matemático y profesor de una academia, por medio de la siguiente misiva del señor Walmsley:

Al reverendo señor Colson

Lichfield, 2 de marzo de 1737

Estimado señor,

recibí el favor que me hizo, y le estoy sumamente agradecido, aunque no puedo decir que tenga por usted un afecto mayor del que ya le tenía antes, pues hace ya mucho tiempo que le tengo una grandísima estima cimentada en nuestra amistad de juventud, así como en sus muchas, excelentes y valiosas cualificaciones; de haber tenido yo un hijo, habría sido mi ambición, en vez de enviarlo a la universidad, disponer de él como de este joven caballero.

En compañía de otro vecino mío, el señor Samuel Johnson, emprendió viaje a Londres esta misma mañana. Davy Garrick estará con usted la semana próxima, mientras el señor Johnson probará suerte con una tragedia, amén de ver si encuentra empleo para realizar alguna traducción, ya sea del latín o del francés. Johnson es un consumado erudito y poeta, a pesar de su corta edad, y tengo fundadas esperanzas de que se convierta en un buen autor de tragedias. Si estuviera en su mano, no tenga el menor reparo en recomendarlo a quien estime y en ayudar a su paisano

G. WALMSLEY

1737: ÆTAT. 28] No se sabe bien a qué empleos se dedicó tras llegar a Londres^[43]. Nunca he tenido noticia de que hallase la menor protección o estímulo, por medio del señor Colson, a cuya academia fue David Garrick. Lucy Porter me comunicó que el señor Walmsley le dio una carta de presentación para Lintot, su librero, y que Johnson escribió algunas composiciones para éste, pero supongo que se trata de un error, porque no he descubierto ni rastro de tales piezas, y tengo la certeza de que me dijo que el señor Cave fue el primer editor para quien puso a trabajar su pluma estando ya en Londres.

Poco dinero tenía cuando llegó a la ciudad, y sabía de qué manera vivir sin gastar apenas nada. Tuvo su primer alojamiento en casa del señor Norris, un corsetero, en Exeter Street, donde ésta confluye con Catharine Street, cerca del Strand. «Comía muy bien —dijo— por ocho peniques, en muy buena compañía, en la Taberna de la Piña, en New Street, que estaba allí cerca. Varios de los comensales eran hombres viajados. Daban por hecho que allí se encontrarían a diario, aunque no se conocían por sus nombres de pila. Los demás gastaban un chelín, pues comían con vino; yo me tomaba una buena tajada de carne por seis peniques, y un trozo de pan por uno, aunque daba otro penique al camarero que me atendía, de modo que estaba bien servido; qué digo: mejor que los demás, ya que nada daban al camarero». En esta época, tengo entendido, se abstuvo por completo de consumir licores fermentados, práctica a la que continuó conformándose escrupulosamente muchos años después, en distintos periodos de su vida.

Fue su Ofellus en el *Arte de vivir en Londres*^[c23] según le he oído relatar, un pintor irlandés^[c24] al que había conocido en Birmingham, y que había puesto en práctica sus propios preceptos de economía durante varios años de estancia en la capital británica. Aseguró a Johnson, quien supongo que por entonces sopesaba la idea de probar suerte en Londres, aunque con la aprensión que le causaba el gasto, «que treinta libras al año eran suficientes para que un hombre allí llevase una vida no del todo despreciable. Destinaba diez libras a ropa de vestir y ropa doméstica. Dijo que un hombre podría vivir en una guardilla por dieciocho peniques a la semana, pues pocas personas habían de preguntarle dónde se alojaba, y si lo hicieran siempre era fácil responder: “Señor, se me encuentra en tal lugar”. Gastando no más de tres peniques en un buen café, puede pasar a diario varias horas en muy buena compañía;

puede comer por seis peniques, desayunar con pan y leche por uno y apañárselas sin cenar. El día en que viste camisa recién lavada, sale y hace visitas de cortesía». En más de una ocasión le oí hablar de ese frugal amigo suyo, al cual recordaba con gran afecto y estima, y no le agradaba que nadie se sonriera con su perorata. «Este hombre —decía con toda seriedad— era muy sensato, un hombre que entendía a la perfección los asuntos corrientes; un hombre con un gran conocimiento del mundo, adquirido de primera mano, y no escurrido de los libros. En Birmingham pidió prestadas diez libras y un caballo. Viéndose dueño de tanto dinero emprendió viaje a West Chester, con el fin de continuar hasta Irlanda. Devolvió el caballo, y es muy probable que también devolviera las diez libras, después de llegar a su casa».

Considerando las estrecheces en que vivió Johnson durante la época más temprana de su vida, y en particular la interesante etapa inicial en que se hizo a la mar por el proceloso océano de Londres, no es de extrañar que le llamara profundamente la atención un ejemplo real, demostrado por la experiencia, de la posibilidad de disfrutar de los lujos intelectuales de la vida social contando con un presupuesto muy reducido, como tampoco lo es que siempre lo recordase como una circunstancia muy importante en su vida. Recuerdo que se divertía en echar las cuentas de los gastos infinitamente mayores con los que era necesario correr para vivir a la misma escala que refería su amigo, una vez que el valor del dinero menguó tanto debido a los progresos del comercio. Bien puede calcularse que hoy en día el doble de esa cantidad con dificultad sería suficiente.

En medio de tanta y tan fría oscuridad, hubo una luminosa circunstancia que le caldeó el ánimo: gozaba de muy buena relación con el señor Henry Hervey^[44], de una de las ramas de tan noble familia, que estuvo acuartelado en Lichfield cuando era oficial del ejército, y disponía por entonces de casa en Londres, en la que Johnson fue con frecuencia motivo de grandes agasajos y halló ocasión de relacionarse con muy gentil compañía. Me lo comentó no mucho antes de fallecer, junto con otros particulares de su vida de los que tuvo la amabilidad de ponerme al corriente, y de este modo describió a su amigo «Harry Hervey»: «Era un hombre depravado, aunque conmigo muy amable. Si llamara usted Hervey a un perro, yo le tendría gran cariño».

Me dijo que por entonces llevaba escritos sólo tres actos de *Irene*, y que por un tiempo se retiró a un alojamiento que encontró en Greenwich, donde pudo avanzar algo más en la composición de su tragedia; añadió que la componía paseando por los prados y bosques cercanos, pero que no se quedó allí el tiempo suficiente para rematarla.

En esta época de su vida hallamos la siguiente carta, que remitió al señor Edward Cave y que aquí es pertinente insertar como un eslabón más en la cadena de su personal historia literaria.

Al señor Cave

Señor,

habiendo hallado en sus escritos muy poco corrientes muestras de ánimo dedicadas a los hombres de letras, y siendo un completo desconocido en Londres, he optado por comunicarle el siguiente proyecto que, tengo esperanzas, si tomara usted parte en él sería de gran provecho para ambos.

Teniendo en cuenta que recientemente se ha traducido al francés *La historia del Concilio de Trento*, publicada con un gran aparato de notas del doctor Le Courayer, tanto se ha incrementado en Inglaterra la fama de ese libro que, es de suponer, una nueva traducción directa del italiano, acompañada por las notas de Le Courayer, tomadas de la edición francesa, encontraría a buen seguro una recepción muy favorable.^[c25]

Si a esta propuesta se me respondiera que la *Historia* ya existe en lengua inglesa, habrá que recordar que ese mismo reparo se le puso a la empresa de Le Courayer, con la desventaja añadida de que los franceses disponían de una versión firmada por uno de sus mejores traductores, mientras que no se pueden leer tres páginas de la *Historia* en inglés sin descubrir que el estilo es susceptible de mejoras sustanciales; ahora bien, si cabe esperar esas mejoras del empeño, eso tendrá que juzgarlo usted a tenor de la muestra que, a modo de prueba, si da por aceptable mi propuesta someteré de buen grado a su examen.

Suponiendo que el mérito de ambas versiones fuera parejo, podemos albergar la esperanza de que la adición de las notas incline la balanza a nuestro favor, máxime si se piensa en la reputación del anotador.

Complázcase en hacerme el favor de darme pronta respuesta si no está deseoso de participar en el proyecto, o bien convóqueme para que un día le visite si es que lo está. Soy, señor, su humilde servidor

SAM. JOHNSON

A juzgar por lo dicho en esta carta, si bien suscrita con su propio nombre, parece ser que todavía no había sido presentado al señor Cave. Más adelante veremos qué fue de la propuesta que contenía.

En el transcurso del verano regresó a Lichfield, donde había dejado a la señora Johnson, y allí por fin puso punto final a su tragedia, que no escribió con la rapidez de composición propia de otras ocasiones, sino que le resultó lenta y dolorosa de elaborar. Pocos días antes de morir, mientras daba al fuego una gran masa de papeles, encontró entre ellos el esbozo original de la pieza, todavía sin desarrollar, de su puño y letra, y lo entregó al señor Langton, gracias a cuyo favor obra ahora en mi poder una copia del mismo. Contiene fragmentos de la trama y parlamentos de algunos de los personajes, parte en una versión en prosa, todavía en crudo, parte ya remodelados en verso; contiene asimismo una amplia gama de notas e ilustraciones tomadas de los griegos, los latinos y los autores modernos. La caligrafía es sumamente difícil de descifrar, incluso para quienes están versados en desentrañar la letra de Johnson, que en toda ocasión era sumamente particular. Como el Rey tuvo la gracia de aceptar ese manuscrito a modo de curiosidad literaria, el señor Langton hizo una copia en limpio, que ordenó se encuadernase junto con el original y la tragedia impresa; el volumen se ha depositado en la Biblioteca Real. Su Majestad tuvo la deferencia de permitir al señor Langton que obtuviera una copia para sus propios fines.

La totalidad del texto es de gran riqueza en imágenes y conceptos, así como en atinadas y felices expresiones; de los *disjecta membra* esparcidos por todo él, un buen poeta dramático aún podría sacar un gran provecho. Daré a mis lectores algunas muestras de distintos tipos, distinguiéndolas en cursiva.

*Ni pienses en decir que aquí me detendré,
que aquí he de fijar los límites de la transgresión,
ni tentar aún más la ira vengadora del cielo.
Si una culpa como ésta anida en el pecho,
los sagrados seres cuyo rumbo invisible
guía por el laberinto de la vida los pasos del hombre
huyen de las detestadas mansiones de la impiedad
y abandonan a quien tiene a su cuidado
a merced del horror y de la ruina.*

De esta interesante admonición, en la versión definitiva sólo se conserva una pequeña parte, aunque con variaciones, entiendo yo, que no sirven para mejorarla:

En el alma mancillada por tan espantoso crimen
ya no ha de brillar el resplandor de la amistad;
los sagrados seres cuyo superior desvelo
guían a los mortales errantes por la senda de la virtud,
ante la afronta de una impiedad como la tuya
renuncian a atender a quien tenían a su cuidado
y lo abandonan a la vileza y a la ruina.

*Noto la blanda infección
enrojecer mis mejillas y penetrar mis venas.
Enséñame el arte griego de la blanda persuasión.*

Sin duda que esto es amor; con el que hasta la fecha he concebido el sueño de las doncellas desocupadas y los poetas disipados.

Aunque ni cometas ni prodigios predijeran la ruina de Grecia, signos que el cielo por otro milagro debe hacernos capaces de entender, bien podrían preverse mediante señales no menos ciertas, mediante los vicios que siempre las propician.

Este último pasaje aparece en la propia tragedia de la manera que sigue:

LEONCIO

... Ese poder que amable extiende
las nubes, señal de lluvia inminente,
para avisar al pardillo errante que busque cobijo,
contempla, sin desvelo, cómo expira Grecia,
sin que un prodigio nos presagiara nuestro sino.

DEMETRIO

Mil prodigios de espanto lo presagiaron:
un gobierno enclenque, leyes vulneradas,
el populacho dividido, de los nobles el lujo
y todas las enfermedades de los estados en declive.
Cuando la pública villanía, demasiado fuerte para el justo,
muestra su cara de osadía, heraldo de la ruina,
¿puede el buen Leoncio pedir maravillas
que interpreten los tramposos y los bobos respeten?
Cuando la tela descuidada cede
bajo el peso de los años, batida por la tormenta,
¿debe el cielo despachar mensajeros de luz
o despertar a los muertos, para avisarnos de su desplome?

MAHOMA (a IRENE). Te he puesto a prueba, y me alborozo comprobar que mereces el amor de Mahoma, por

tener un espíritu grande como el suyo. No cabe duda, eres un error de la Naturaleza, una excepción entre todas las de tu sexo, y eres inmortal; los sentimientos como los que profesas nunca se hunden al final en la nada. Pensé que todos los pensamientos de la exposición habían sido elegir las gracias del día, disponer los colores de las túnicas y la caída de las telas, afinar la voz, enfocar la vista, colocar la joya, elegir el atuendo, añadir nuevas rosas a la mejilla palidecida, pero... centellean.

En la tragedia:

Ilustre doncella, tus nuevas maravillas me traspasan;
tu alma completa de tu rostro los triunfos.
Pensé, disculpa mi exposición, que el fin más noble,
el mayor esfuerzo del alma femenina
era tan sólo escoger las gracias del día,
afinar la lengua, enseñar cómo mirar,
disponer los colores y la caída de la túnica,
añadir nuevas rosas a la mejilla que palidece.

Escogeré aún otro pasaje, en razón de la doctrina que ilustra. Es Irene quien observa

que el Ser Supremo aceptará la virtud, sean cuales fueren las circunstancias externas de que se acompañe, y se ha de deleitar con todas las variedades de la adoración, pero se responde: Esa variedad no puede afectar al Ser Supremo, que, infinitamente feliz como es en su propia perfección, no requiere gratificación externa de ninguna clase; tampoco puede la verdad infinita deleitarse con la falsedad; aun cuando pueda guiar a quienes deja en las tinieblas, y compadecerse de ellos, abandona a quienes cierran los ojos para guarecerse de los ratos luminosos del día.

1738: ÆTAT. 29] A su regreso a Lichfield en esta ocasión, Johnson sólo residió allí por espacio de tres meses; toda vez que sólo había visto una pequeña porción de las maravillas que encierra la metrópolis, poco pudo contar a sus conciudadanos. Me relató como sigue una minuciosa anécdota correspondiente a este periodo: «En época anterior, cuando mi madre vivía en Londres, había dos tipos de personas: los que cedían el paso más pegado al muro y los que no, esto es, los pacíficos y los pendencieros. A mi regreso a Lichfield, luego de haber estado en Londres, mi madre me preguntó si era yo de los que cedían el paso pegado al muro o de los que lo aprovechaban a toda costa. Ahora está establecido que cada peatón guarde su derecha, o que si uno toma el lado del muro el que viene de frente lo ceda, de modo que no haya disputas»^[45].

Marchó a Londres con la señora Johnson; la hija de ésta, que había vivido con ellos en Edial, se quedó con sus parientes en el campo. Se alojó por un tiempo en Woodstock Street, cerca de Hanover Square, y después en Castle Street, cerca de Cavendish Square. Como seguir los pasos de tan gran hombre por sus sucesivos domicilios es algo que para muchos resulta placentero, a la par que interesante, antes de concluir esta obra presentaré a mis lectores una lista exacta de sus alojamientos y sus casas, por orden cronológico, tal como con plácida condescendencia a mi respetuosa curiosidad me dictó él mismo una noche, aunque sin especificar el tiempo que residió en cada una de ellas^[46]. A medida que progrese su vida tendré ocasión de mencionar algunas, relacionadas como están con incidentes concretos o con la escritura de alguna de sus obras en particular. A unos, esta atención minuciosa se les antojará banal; si consideramos en cambio la puntillosa exactitud con la que han rastreado las diferentes casas en que habitó Milton los autores de su biografía, un entusiasmo semejante sin duda se podrá perdonar al biógrafo de Johnson.

Como estuviera por entonces su tragedia, según pensaba, completamente terminada y lista para la escena, se encontraba muy deseoso de que pudiera estrenarse con la mayor celeridad. Peter Garrick me dijo que Johnson y él fueron juntos a la Taberna de la Fuente, que la leyeron y que él después solicitó al señor Fleetwood, titular entonces del Teatro de Drury Lane, que se representara en su teatro, aunque Fleetwood no quiso aceptarla, seguramente por no contar con el patrocinio de un notable, y así no se representó hasta 1749, cuando su amigo David Garrick era

director de ese mismo teatro.

La *Gentleman's Magazine*, publicación periódica que puso en marcha el señor Edward Cave, quien aparecía con el seudónimo de Sylvanus Urban, había suscitado la atención y merecido la estima de Johnson en altísima medida, antes incluso de viajar a Londres como aventurero de la literatura. Me dijo que la primera vez que vio St. John's Gate, lugar donde originalmente se imprimía esa miscelánea que gozaba de una gran popularidad por méritos propios, «la contempló con reverencia». Supongo, qué duda cabe, que todo escritor joven ha tenido ese mismo sentimiento por la publicación periódica que por vez primera le entretuvo y en la que por primera vez encuentra una oportunidad de verse publicado sin el riesgo de exponer su nombre. Yo por ejemplo guardo esas mismas impresiones de *The Scots Magazine*, que comenzó su andadura en Edimburgo en el año 1739, y que desde entonces ha circulado con buen criterio, exactitud y propiedad. De ningún modo puedo dejar de pensar en ella con afecto y respeto. Johnson ha dotado de dignidad a la *Gentleman's Magazine* por medio de la importancia de que inviste la vida de Cave, pero aún le ha dado más lustre por medio de los admirables y variados ensayos que publicó en ella.

Aunque a Johnson le solicitaron a menudo sus amistades que confeccionase un listado completo de sus escritos, y aunque más de una vez habló de hacerlo, creo que con la seria intención de que todos ellos fueran recopilados y publicados con su nombre, lo postergó de un año para otro y al final falleció sin haberlo hecho a plena satisfacción. Dispongo de un listado de su puño y letra, que contiene cierto número de obras; dudo desde luego que pudiera recordarlas todas, pues eran numerosísimas, muy variadas, y estaban diseminadas en infinidad de publicaciones que no tenían relación entre sí, por no añadir las muy diversas que publicó con el nombre de otras personas, a las que generosamente regaló aportaciones de su prolífico intelecto. Debemos por lo tanto contentarnos con descubrirlas en parte por la ocasional información que pudo transmitir a sus amistades, y en parte por el examen de las propias pruebas internas^[47].

Su primera intervención en la *Gentleman's Magazine*, que durante muchos años fue su principal fuente de trabajo y de ingresos, son unos versos latinos, que vieron la luz en marzo de 1738, dirigidos al director de la publicación con el feliz estilo de un cumplido, tal que Cave habría pecado de paupérrimo gusto y sensibilidad nula de no haberse dado por agradecido receptor de la ofrenda.

AD URBANUM*

*URBANE, nullis fesse laboribus,
URBANE, nullis viete calumniis
Cui fronte sertum in erudita
Perpetuo viret et virebit;
Quid moliatur gens imitantium
Quid et minetur; sollicitus parum,
Vacare solis perge Musis,
Juxta animo studiisque felix.*

*Linguae procacis plumbea spicula,
Fidens, superbo frange silentio;
Victrix per obstantes catervas
Sedulitas animosa tendet.
Intende nervos, fortis inanibus
Risurus olim nisibus aemuli;
Intende jam nervos, habebis
Participes operae Camænas.
Non ulla Musis pagina gratior
Quam quae severis ludicra jungere
Novit, fatigatamque nugis
Utilibus recreare mentem.
Texente Nymphis sarta Lycoride
Rosae ruborem sic viola adjuvat
Immista, sic Iris refulgent
Æthereis variata fucis^[48].*

S. J.

Parece ser que Cave apalabró sus colaboraciones regulares en la revista, medio por el cual seguramente encontró Johnson una manera tolerable de ganarse el sustento. Desconozco en qué momento y de qué manera adquirió conocimiento competente del francés y del italiano, pero su dominio de ambas lenguas era tal que gozaba de cualificación suficiente para ser traductor. La parte de su trabajo consistente en enmendar y mejorar los escritos de otros colaboradores, al igual que la dedicada a allanar irregularidades, sólo podrán apreciarla quienes hayan tenido ocasión de cotejar los originales con la versión retocada. Con toda seguridad sabemos que trabajó de este modo en la información sobre los debates de ambas cámaras del Parlamento bajo el epígrafe de «El senado de Liliput Magna», unas veces atribuyendo nombres ficticios a los oradores implicados, otras dándoles apelativos formados sobre una combinación distinta de las letras de sus verdaderos nombres, al modo de lo que se llama anagrama, para que pudieran descifrarse con toda facilidad. El Parlamento en aquel entonces mantenía a la prensa en una suerte de misteriosa intimidación, por lo cual se hacía necesario recurrir a tales artificios. En nuestra época se ha logrado una libertad sin cortapisas, tal que los habitantes de todas las regiones del reino gozan de una información justa, abierta y exacta sobre la realidad de las reuniones de sus representantes y legisladores, como en nuestra constitución se tiene en altísima estima, aunque sin lugar a dudas últimamente han menudeado las razones para quejarse de la alambicada petulancia con que opacos pendolistas se atreven a tratar a hombres de carácter y posición sumamente respetables.

Este artículo sobre cuestiones parlamentarias, que tenía mucho peso en la *Gentleman's Magazine*, lo había cubierto durante muchos años el señor William Guthrie, hombre que merece un lugar de respeto en los anales literarios de su país. Descendía de una familia escocesa de rancio abolengo, pero por ser reducido su patrimonio, amén de partidaria de la infortunada dinastía de los Estuardo, no pudo

aceptar ninguna comisión a cargo del Estado; por consiguiente, viajó a Londres y dedicó su talento y su erudición a la profesión de escritor. Sus escritos de Historia y Política tenían considerable mérito.^[49] Fue el primer historiador inglés que recurrió a una fuente de información tan genuina como son las actas parlamentarias, y tal llegó a ser el poderío de su pluma en materia de Política que en época muy temprana el gobierno pensó incluso que valdría la pena hacerle callar por medio de una pensión, de la cual disfrutó hasta su muerte. Johnson lo tenía en tanta estima que expresó su deseo de que alguien escribiera su biografía. Los debates parlamentarios que Guthrie se llevaba a su casa y compendia para la *Gentleman's Magazine*, dotado como estaba de una memoria seguramente superada por otros que han seguido sus pasos en idéntico cometido, si bien presta y tenaz, se los enviaba después Cave a Johnson para que los revisara a fondo y diera forma a sus crónicas; al cabo de algún tiempo, cuando Guthrie dispuso de una mayor variedad de encargos, y los discursos parlamentarios resultaban cada vez más enriquecidos por el genio de Johnson, se resolvió que éste se hiciera responsable de todo el trabajo a partir de las exiguas notas que le proporcionaban varias personas contratadas para asistir a las sesiones de ambas cámaras del Parlamento. Sin embargo, según me dijo, a veces sólo se le comunicaban los nombres de los oradores que hubieran intervenido, así como el papel que hubieran asumido en el debate.

Éste fue el empleo de Johnson durante algunos de los mejores años de su vida: mero asalariado de la literatura «por la ganancia, que no por la gloria»,^[c26] exclusivamente por tener un modo honrado de subsistir. Se permitió no obstante alguna que otra agudeza, eso que tan feliz y atinadamente se llama en francés *jeux d'esprit*, que comentaré en su momento, a medida que avance esta obra.

Sin embargo, donde por vez primera desplegó todo su poder de trascendencia y «dio al mundo certificado de su valía como hombre»,^[c27] fue en su *Londres, un poema a imitación de la tercera sátira de Juvenal*, que apareció en mayo del mismo año y estalló en todo su esplendor, y cuyos rayos luminosos por siempre han de rodear su nombre. Boileau había imitado la misma sátira con muy notable éxito, aplicándola a París, aunque una atenta comparación satisfará a cualquier lector en el sentido de que sobresale de largo el Juvenal inglés sobre su par. También lo había imitado Oldham, aplicándolo a Londres, y todas estas versiones concurren en la demostración de que las grandes ciudades, en cualquier época de la historia, han de suministrar similar asunto para la sátira^[50]. Desconozco si Johnson había leído con anterioridad la imitación de Oldham, pero no es baladí que sean poquísimas las coincidencias entre ambas interpretaciones, por más que versen sobre el mismo asunto. Los únicos ejemplos aparecen en la descripción de Londres como *vertedero* de la indignidad extranjera:

... la común ribera
donde Francia vierte todos sus desechos y basura.

OLDHAM

La común ribera en que desaguan París y Roma.

JOHNSON

No falta vocación ni profesión de fuste:
cualquier *menestero* *monsieur* puede ser lo que guste.

OLDHAM

Todas las ciencias conoce *un monsieur que ayuna*.

JOHNSON

Los particulares que Oldham recopila para exponer tanto los horrores de Londres como los de su época, por contraste con otros tiempos mejores, son distintos de los que aduce Johnson, por lo común bien escogidos y mejor enunciados^[51].

Hay en la imitación de Oldham muchos versos prosaicos, muchas rimas defectuosas, y su poema arranca incluso con una pifia tan extraña como inadvertida:

Si bien muy preocupado por *abandonar*
a mi querido y viejo amigo,
es mi deber, sin embargo, su decisión alabar
de establecerse en la campiña...

Es evidente que no iba a abandonar a su amigo, sino que su amigo iba a abandonarlo a él cuando marchara. Una joven señora lo corrigió una vez con gran sagacidad crítica:

Demasiado preocupado por perder
a mi querido y viejo amigo...

Hay un pasaje en el original que trasfunde Oldham mejor que Johnson:

*Nil habet infelix paupertas durius in se,
Quam quod ridiculos homines facit,*

que es un exquisito comentario sobre la mortificante mezquindad y el desprecio que acompañan a la pobreza. La imitación de Johnson dice:

De todos los pesares que al necesitado acosan
sin duda el más amargo es la mofa desdeñosa.

Oldham, aunque con menor elegancia, es más exacto:

Nada en la pobreza es tan duro de soportar con pena
como que nos exponga al escarnio de la risa ajena.

Lamento haber descuidado mi deber de averiguar con precisión, de la propia autoridad de Johnson, dónde y de qué modo compuso el poema. En su ejemplar corregido de la primera edición ha señalado tan sólo «escrito en 1738», y como se publicó en mayo de ese año es evidente que no dedicó mucho tiempo a prepararlo para la imprenta. La historia de su publicación sí puedo relatarla de un modo satisfactorio, y fiándome de mi criterio, así como del juicio de muchos amigos míos, confío en que no carezca de interés para mis lectores.

Podemos tener total certeza, aunque no se nombre expresamente en las cartas que siguen, escritas al señor Cave en 1738, que todas ellas guardan relación con el poema:

Al señor Cave

Castle Street, miércoles por la mañana
[s. f., 1738]

Señor,

cuando me tomé la libertad de escribirle hace sólo unos cuantos días, no esperaba una tan pronta repetición del mismo placer, pues siempre habré de tener por gran placer el conversar en persona o por escrito con un hombre tan ingenioso y tan sincero; ahora bien, como obrase en mi poder el poema adjunto, del que en mi mano estaba el disponer si fuese a beneficio del autor (de cuya destreza nada diré, ya que le envió muestra de su trabajo), creí que de ninguna otra persona podría procurarme términos más ventajosos que de usted, no en vano tanto se ha distinguido por su generoso fomento de la poesía, amén de que su criterio en el juicio de este arte, de acuerdo con los halagos que ha hecho de mi bagatela^[52], no me dan la menor ocasión de ponerlo en duda. Cuento con que de cierto haya de observar este poema con otros ojos, y darle recompensa de muy distinta forma, por diferencia con el librero mercenario, quien hace recuento de los versos que va a comprar y sólo tiene en cuenta el bulto a la hora de pagarlos. Tampoco puedo pasar por alto que, dejando a un lado las esperanzas que pueda albergar en virtud de su talento, el autor tiene otra instancia que someter a su consideración, pues en este momento subsiste como puede a despecho de las muy desventajosas circunstancias que la fortuna ha puesto en su camino. Le ruego, por tanto, que me haga el favor de contestarme por carta mañana mismo, de manera que pueda yo saber si puede usted permitirse que bien se despida del poema, dejándolo en sus manos, o bien halle (cosa con que no cuento) otra forma de darle salida, que sea más de su satisfacción.

Sólo me resta añadir que como soy muy consciente de haberlo puesto en limpio de manera muy tosca, tal como luego de haberlo retocado me vi en la obligación de hacer, de buena gana me ocuparé de corregirlo si tiene a bien mandarme las galeradas de imprenta, amén de tomarme el trabajo de alterar cualquier pincelada satírica que pudiera desagradarle.

Al hacer gala esta vez de su habitual generosidad, no sólo estimula usted el saber y da alivio a la penuria, sino que también, aunque en comparación con los otros éste sea un motivo menos importante, me obliga con suma sensibilidad, señor, a ser su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Cave

Lunes, Castle Street, n.º 6

Señor,

debo darle las gracias por el obsequio que tuvo la bondad de enviarme, y encarecerle que se permita informarme a vuelta de correo y con carácter urgente si ha resuelto dar a la imprenta el poema. Si tuviera la amabilidad de enviármelo por correo, junto con una nota para Dodsley, iría al punto a leerle los versos, con el fin de que pueda en rigor dar conformidad a que su nombre aparezca en la página de créditos. En cuanto a la impresión, si pudieran componerse los tipos de inmediato seré tan amigo del autor que no me contentaré con hacer meras solicitudes en

su favor. Si mis cálculos se aproximan a la verdad, me propongo comprometerme por el reembolso de todo cuanto pueda perder con una tirada de quinientos ejemplares, siempre y cuando, tal como con gran generosidad propone, generase algún beneficio que quedara apartado para el autor, descontado el regalo que le hace, y que, si saliera beneficiado, estima justo devolver. Le ruego indique a uno de sus criados que tome nota con toda exactitud de los gastos ocasionados por tal tirada, y que la envíe junto con el poema, con la finalidad de que yo sepa bien a cuánto me comprometo. Tengo plena conciencia, por su generosidad en esta ocasión, de la importancia que concede a la cultura y el saber, incluso en su estado de máxima desdicha; no puedo menos que pensar que tal actitud merece el agradecimiento de quienes tan a menudo padecen una disposición adversa. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Cave

[s. f.]

Señor,
aguardé a que llevase el original a Dodsley: según recuerdo, el número total de versos que contiene excede, aunque no en mucho, el de *Eugenio*^[53], contando las citas que han de figurar a pie de página; parte de la belleza de su factura, si es que alguna belleza posee, consiste en la adaptación de los sentimientos que expresa Juvenal a personas y hechos de hoy en día. Con todas esas adiciones, el poema oportunamente abarcará cinco pliegos. Y como no ha de aumentar el gasto, lo asumo con gran contento, como ya señalaba en mi carta anterior. Si aún no se hubiera remitido a Dodsley, ruego me sea enviado con carácter urgente para que obre en mi poder a última hora de la tarde. He compuesto un epigrama a la griega para Eliza^[54], a quien creo que se debe rendir homenaje en tantas lenguas distintas como a Luis el Grande. Le ruego me mande aviso de cuándo tiene previsto comenzar con el poema, pues el camino es largo de recorrer a pie. Le daría a leer de buena gana mi epigrama, pero no me queda luz diurna con que transcribirlo. Soy, señor, su humilde, etc.

SAM. JOHNSON

Al señor Cave

[s. f.]

Señor,
quedo sumamente agradecido por su amable carta, y no dejaré de cumplir su petición, enviándole mañana sin falta *Irene*, que ya le mira como a uno de sus mejores amigos.

Hoy estuve con el señor Dodsley, quien se declara absolutamente a favor del papel que le hizo usted llegar, y en el cual desea tomar parte, pues se trata, según dice, de algo en lo que vale la pena implicarse. No supe qué respuesta darle mientras no consultara con usted, ni qué demandar por parte del autor, pero estoy muy deseoso, si le place, de que tome parte en la empresa, ya que así sin duda alguna será más diligente en difundirla y promocionarla. Si mañana mismo pudiera indicarme qué debo decirle, zanjaré la cuestión y llevaré en persona el poema a la imprenta, con la que, ahora que la ciudad quedará desierta, nunca será demasiada la prisa que nos demos. Soy, señor, su humilde etc.

SAM. JOHNSON

Para quienes conocemos desde antaño la fuerza viril, el espíritu arrojado, la magistral versificación de este poema, es motivo de curiosidad observar la falta de seguridad e incluso el retraimiento con que el autor lo puso al alcance del público, al tiempo que obra con tal cautela que ni siquiera garantiza que sea obra suya; es de ver con qué humildad se ofrece a tomarse «el trabajo de alterar cualquier pincelada satírica que pudiera desagradarle». Desconocemos si se introdujeron o no tales alteraciones. De

ser así, nos embargaría un indignado pesar. Ahora bien, qué doloroso resulta ver que un escritor de tan enorme poder intelectual llegara a verse en tal penuria que el magro beneficio que un poema tan breve, por excelso que fuera, pudiera depararle, lo anhelase como «alivio».

Por lo general se ha dicho, desconozco con qué grado de arreglo a la verdad, que Johnson ofreció su *Londres* a varios librereros, ninguno de los cuales se lo quiso comprar. A esta circunstancia alude Derrick en los siguientes versos de su *Fortuna, una rapsodia*:

¿No hay patrón amable
que a Johnson quiera pagar?
¿Debe Johnson sin amigos
por toda la ciudad vagar?
¿Y así todo editor rehúsa
la progeñe de su feliz musa?

Y sin embargo hemos visto que el valioso, modesto e ingenioso Robert Dodsley tuvo el gusto suficiente para percibir su poco corriente mérito, y entendió que era digno de toda credibilidad implicarse en la empresa. Lo cierto es que en una conversación posterior hizo una oferta para quedarse con toda la propiedad de la obra, por la cual pagó a Johnson diez guineas;^[c28] éste me dijo: «Quizá me habría conformado con menos, de no ser porque Paul Whitehead poco antes había obtenido diez guineas por un poema, y no iba yo a ser menos que Paul Whitehead».

En este punto debo comentar que me pareció que Johnson subestimaba a Paul Whitehead en todas las ocasiones en que se hablaba de él, y que, en mi opinión, no le hacía justicia; ahora bien, si se tiene en cuenta que Paul Whitehead era miembro de un club levantisco y profano, tal vez se expliquen los prejuicios que pudiera esgrimir Johnson en su contra. De hecho, Paul Whitehead tuvo la desgracia de ganarse no sólo el desdén de Johnson, sino los violentos ataques de Churchill, quien lanzó la siguiente imprecación:

¿Puede mayor desgracia caer sobre el género humano
que nacer siendo un Whitehead y Paul ser bautizado?

A pesar de todo lo cual nunca me he dejado persuadir para pensar mal del autor de una sátira tan brillante y aguda como *Costumbres*.

Londres, de Johnson, se publicó en mayo de 1738^[55], y es digno de nota que saliera de la imprenta la misma mañana en que se publicó *1738*, la sátira dialogada de Pope, de modo que Inglaterra tuvo a la par a su Juvenal y a su Horacio como mentores en materia de poesía. El reverendo doctor Douglas, en la actualidad Obispo de Salisbury, con el cual estoy en deuda por algunos amables comunicados, era por entonces estudiante en Oxford, y recuerda muy bien el efecto que tuvo *Londres*. Todo el mundo estaba embelesado; como no llevaba nombre de autor ninguno, el primer rumor que corrió por los cenáculos literarios fue: «He aquí un poeta desconocido más

grande aún que Pope». Y queda registrado en la *Gentleman's Magazine* de aquel año que «llegó a su segunda edición en el transcurso de una semana».

Uno de los más calurosos benefactores del poema, nada más publicarse, fue el general Oglethorpe, cuya «profusa benevolencia de alma» fue siempre muy notable en el transcurso de una muy larga vida, si bien duele pensar que le sobraron razones para tornarse frío y encallecido, descontento del mundo, debido al ninguneo que sufrió su pública y privada valía, precisamente por parte de aquellos que en su poder tuvieron la debida gratificación de tan gallardo veterano por medio de las distinciones que merecía con creces. Esta persona extraordinaria destacaba por su cultura y buen gusto, al igual que por otras eminentes cualidades, y no hubo nadie más presto, activo y generoso en el fomento del mérito ajeno. He oído a Johnson reconocer con gratitud estando el general presente el amable y eficaz respaldo que éste prestó a su *Londres*, pese a no conocer al autor.

Cabe razonablemente suponer que Pope, quien entonces ocupaba el trono de la poesía sin rival que le hiciera sombra, debió quedar particularmente perplejo ante la súbita irrupción de un poeta semejante; es de ley recordar en su honor que sus sentimientos y comportamiento en la ocasión fueron sinceros y generosos. Solicitó al señor Richardson, hijo del pintor, que se esforzara por averiguar quién era ese autor nuevo. Richardson, luego de las pertinentes indagaciones, sólo pudo informarle de que se llamaba Johnson; al saber que era un completo desconocido, Pope dictaminó: «pronto será *déterre*^[56]». Oportunamente veremos, de acuerdo con una nota escrita por Pope, que él mismo tuvo después mayor éxito que su amigo en sus pesquisas.

Es innegable que en este poema, justamente célebre, se encuentran algunas rimas que la precisión crítica de la prosodia inglesa de la época por fuerza tenía que desestimar;^[c29] salvando esas mínimas imperfecciones, que en medio del resplandor general de su excelencia apenas se perciben, a menos que se lea con fría atención, se trata sin lugar a dudas de una de las más nobles obras literarias que se han escrito en nuestra lengua, tanto en lo que se refiere al sentimiento como por lo que atañe a la expresión. La nación se encontraba entonces en pleno fermento contra la corte y el Primer Ministro, ebullición que pocos años después dio por resultado la caída de sir Robert Walpole; como se ha dicho ya, los *tories* son *whigs* cuando están fuera de sitio, y los *whigs* son *tories*^[c30] cuando están en su sitio, de modo que cuando una administración *whig* gobernaba con toda la fuerza posible, la oposición *tory* disponía de toda la pujanza y la elocuencia que son propias de la resistencia al poder, ¡pero coadyuvada entonces con los comunes tópicos del patriotismo, la libertad y la independencia! En consonancia con esta situación, hallamos en el *Londres* de Johnson las más vehementes invectivas contra la tiranía y la opresión, la más fogosa predilección por la patria, el amor purísimo a la virtud, entreverado todo ello con rasgos tomados de su propio carácter y situación, sin omitir los prejuicios del «inglés de pura cepa^[57]», no sólo contra las naciones extranjeras, sino también contra Irlanda y Escocia. Citaré algunos pasajes referentes a estos asuntos:

Ven los felices favoritos de la nación engañada,
atentos a quienes los grandes miman,
mientras a mí me tuercen el gesto.

¿No ha reservado a los pobres el cielo piadoso
un erial ilocalizable, una orilla ignota?
¿Siquiera una isla secreta en el océano anchuroso?
¿Un desierto apacible que España aún no reclame?
Rápido, alcémonos; exploremos tierras felices,
no soportemos más la insolencia de la opresión.

Cuando litigantes como éstos contienden,
¿cómo esperar que Virtud cuente con amigos?
Esta doliente verdad es confesada por doquier,
Y APENAS MEDRA LA VALÍA SI LA POBREZA LA OPRIME.

Fácil es imaginar con qué sentimiento de desgarró debió de pronunciar este último verso del poema, que enfatiza con versalitas, un intelecto tan grande como el suyo, agarrotado y amargado por la estrechez de sus circunstancias. La totalidad del poema es de una notable excelencia, y contiene tales muestras de conocimiento del mundo, y tal madurez en su familiaridad con la vida misma, que no es posible contemplarlas sin maravillarse, si se tiene en cuenta que contaba sólo veintinueve años y apenas había frecuentado «las bulliciosas guaridas de los hombres».^[c31]

Con todo, si bien admiramos la excelencia poética de la obra, la sinceridad nos obliga a reconocer que la llama del patriotismo y el celo de la resistencia popular con que está forjado no tenían una causa justa. En realidad, no existía «opresión»; la «nación» no era víctima de «trampas» ni «engaños». Sir Robert Walpole fue un ministro sabio y benévolo, que pensaba que la felicidad y la prosperidad de un país de vocación comercial como el nuestro hallan su mejor vehículo de promoción en la paz, que mantuvo en consonancia y con credibilidad durante un largo periodo. El propio Johnson reconoció más adelante con toda honradez los méritos de Walpole, a quien llamó «una estrella fija en el firmamento», mientras caracterizaba a Pitt, su adversario político, como «un meteoro». Ahora bien, el poema juvenil de Johnson se hallaba impregnado como es natural por el fuego de la oposición, y a juzgar por las diversas opiniones suscitadas fue motivo de admiración universal.

Si bien ensalzado de este modo, y aun elevado a la fama, siendo consciente de su capacidad poco común, no era dueño de una confianza efervescente, aunque quizá más bien deba decir que carecía de esa animada y apremiante ambición que cabría suponer le hubiera dado alas para esforzarse por prosperar en la vida. No obstante, era tan inflexible la dignidad de su carácter que no podría nunca rebajarse a cortejar a los potentados, yugo sin pasar por el cual nadie se ha abierto camino hacia una posición elevada. No podía contar con que escribiera muchas obras como su *Londres*, y ya le acuciaban las penurias de escribir para ganarse el pan; estaba por tanto dispuesto a retomar su antiguo oficio de maestro de escuela, a fin de contar con una fuente de ingresos segura de por vida, bien que fuese modesta; y en efecto se le ofreció la rectoría de una escuela^[58], con la condición de que antes obtuviera el título

de licenciado, motivo por el cual un común amigo apeló al doctor Adams con el fin de averiguar si cabía la posibilidad de que el título se lo concediera como una gracia la Universidad de Oxford. Ahora bien, aun cuando fuese una figura de primera magnitud en el mundo de las letras, aquél se consideraba entonces un favor excesivo para solicitarlo siquiera.

Sin tener más conocimiento de él que por su *Londres*, Pope lo recomendó al Conde de Gower, quien hizo cuanto pudo por procurarle un título expedido en Dublín mediante la siguiente carta, que envió a un amigo del deán Swift:

1739: ÆTAT. 30]

Trentham,
1 de agosto de 1739

Señor,

el señor Samuel Johnson (autor de *Londres*, una sátira, y de otras piezas de poesía) es nativo de este país y goza de gran respeto entre algunos dignos caballeros de los alrededores, que son miembros del consejo de administración de una escuela de caridad cuya rectoría se encuentra a día de hoy vacante; el salario en cuestión es de sesenta libras al año, del cual están deseosos de hacerle titular, aunque por desgracia no sea él capaz de beneficiarse de la bolsa por dichos caballeros dotada, cosa que a él lo haría feliz de por vida, por la sencilla razón de no estar en posesión del título de licenciado, condición que según los estatutos de la escuela ha de poseer su rector.

Me hacen estos caballeros el honor de pensar que tengo predicamento suficiente en usted, a fin de pedirle que escriba al deán Swift para persuadir a la Universidad de Dublín de que me haga llegar un diploma por el cual se titule a este pobre hombre licenciado por su universidad. Ensalzan a riesgo de caer en descomedimiento la sabiduría y la probidad del candidato, y no se dejan convencer de que encuentre la menor dificultad para conferir semejante favor a un desconocido, si es el Deán quien lo recomienda. Aseguran que no le amedrenta someterse al examen más riguroso aun cuando sea tan largo el viaje, y que se aventurará a emprenderlo si el Deán lo estima oportuno, prefiriendo morir en el camino antes que morir de hambre traduciendo para los libreros, que tal ha sido su medio de subsistencia desde hace ya algún tiempo.

Mucho me temo que mayores contratiempos surjan en todo este asunto, más de los que adivinan estos amables caballeros, máxime si se tiene en cuenta que no pueden posponer su decisión más allá del día 11 del mes entrante. Si ve usted el asunto a la misma luz en que a mí se me presenta, espero que dé ésta a las llamas y me disculpe por causarle tanto quebradero de cabeza en torno a una cuestión inviable; ahora bien, si le pareciera que existe alguna posibilidad de obtener el favor solicitado, no tengo duda de que su humanidad y propensión a aliviar de sus agobios a quien lo merece le incline a prestar servicio al pobre hombre, sin que nada añadida yo a las complicaciones que ya le he ocasionado, más que asegurarle que soy, con gran verdad, señor, su fiel y humilde servidor,

GOWER

Tal vez no fuese pequeña la decepción de Johnson al ver que esta respetable solicitud no surtiera el efecto apetecido; ahora bien, cuánta razón ha habido, tanto para él como para la nación toda, de regocijarse por el hecho de que no prosperase, ya que de ese modo es probable que hubiera agostado en una situación anodina todas las horas en que más adelante escribió sus obras incomparables.

Más o menos en aquel entonces hizo un último esfuerzo por emanciparse de la precariedad con que vive el escritor de profesión. Solicitó al doctor Adams que consultara con el doctor Smalbroke, de la Cámara de los Comunes, si obtendría

permiso una persona para ejercer allí como abogado sin poseer el título de doctor en Leyes Civiles. «Soy —dijo— completamente ajeno a estos estudios, pero todo lo que constituya una profesión, y se mantenga bien nutrido de miembros, ha de estar al alcance de las aptitudes comunes y de cierta industria». Mucho complació al doctor Adams el propósito manifestado por Johnson de emplear su talento de este modo, confiado en que habría alcanzado una gran eminencia. Yo, desde luego, no puedo concebir a ningún otro hombre mejor cualificado para destacar con creces en el ejercicio de la abogacía, pues hubiera aportado a su profesión su copioso y variado caudal de saberes, una agudeza fuera de lo común y un dominio de la lengua en los que pocos podrían igualarle y ninguno superarle. Capaz como fue de hacer alarde de elocuencia e ingenio en defensa de la decisión de los Comunes en lo referente a la elección del señor Wilkes como parlamentario por Middlesex, y de la inconstitucionalidad de los gravámenes impuestos a nuestros súbditos de América, tuvo que haber sido poderoso abogado de cualquier causa. Pero también aquí fue obstáculo insalvable la carencia de un título universitario.

Así pues, se vio en la necesidad de perseverar por el camino que se había visto forzado a emprender, y en este punto hallamos la propuesta que hizo desde Greenwich al señor Cave para traducir la *Historia* del padre Paolo Sarpi, que fue aceptada^[59].

Llegaron a imprimirse algunos pliegos de esta traducción, pero se abortó el proyecto, pues se dio el caso, por extraordinario que pueda resultar, de que otra persona que atendía por el nombre de Samuel Johnson, bibliotecario de St. Martin in the Fields y cura de la misma parroquia, había emprendido idéntico trabajo con el patrocinio del clero, en especial del doctor Pearce, que después fue Obispo de Rochester. En los periódicos del día se libraron varias escaramuzas, bien es verdad que de poca monta, entre los traductores rivales, a resultas de lo cual se hicieron trizas el uno al otro, ya que ninguno de los dos siguió adelante con el trabajo iniciado. Es muy de lamentar que la notable obra de fray Paolo, autor de célebre genio, perdiera la ventajosa ocasión de incorporarse al acervo de la literatura británica de la mano magistral de Johnson.

Obra en mi poder, gracias al favor de John Nichols, un papel escrito de puño y letra por Johnson y titulado «Cuentas pendientes entre el señor E. Cave y Sam. Johnson, en relación con una versión de la obra del padre Paolo, etc., comenzada a 2 de agosto de 1738», por el cual parece ser que desde ese día, y hasta el 21 de abril de 1739, Johnson percibió por su trabajo un total de cuarenta y nueve libras y siete chelines, pagadas en entregas de una, dos, tres y a veces cuatro guineas, aunque lo más habitual es que fueran dos. Y no deja de ser curioso observar la minuciosa, escrupulosa exactitud con que Johnson ha empastado una hoja de papel que titula «Cuenta menor», que contiene una sola entrada: «9 de septiembre, el señor Cave pagó dos chelines y cinco peniques». A esta cuenta se agrega una lista de algunos de los suscriptores de la obra, en parte de puño y letra de Johnson, en parte de otra

persona, a la que siguen una o dos hojas plagadas de caracteres diversos, que tienen todas las trazas de ser signos taquigráficos, un modo de escritura abreviada que Johnson quizá trataba por entonces de aprender.

Al señor Cave

Miércoles

Señor,

no me tomé la molestia de retener a su recadero mientras escribía respuesta a su carta, en la que parece dar a entender que yo prometí más de lo que estoy dispuesto a dar. Si he dado pie a que elevara sus expectativas al decir o hacer algo que a mi memoria escapa, mucho lo lamento y le pido disculpas; si tuviera a bien recordármelo, le agradecería el favor. Si introduje menos alteraciones de lo habitual en los debates parlamentarios, fue sólo porque me parecieron y aún me parecen menos necesitados de retoques. Los versos en loor de lady Firebrace^[60] los tendrá cuando le plazca, pues bien sabe usted que semejante asunto no merece muchas cavilaciones, ni menos aún las requiere.

Los cuentos chinos^[61] pueden estar listos para la imprenta en cuanto desee enviar a recogerlos, pues no guardo memoria de que hubiera indicado introducir ninguna alteración.

Muy deseoso estoy de escribirle respuesta a otra pregunta, que de grado le hubiera consultado anoche de haber tenido tiempo, pues ésa me parece la manera más apropiada de acicatear una correspondencia tal que pueda representar una ventaja sobre el papel, no una pesada carga.

Por lo que atañe a los versos del premio, no oculto mi reticencia en cuanto a precisar el mérito que posean. Aún puede, si le parece oportuno, conocer cuál es mi opinión; ahora bien, con escaso ímpetu entraré en un asunto que muy difícilmente pueda concluir a plena satisfacción de las partes implicadas^[62].

En cuanto al padre Paolo, aún no he hecho justicia a mi propuesta, pues me han salido al paso impedimentos que espero ya hayan tocado a su fin; si en lo sucesivo hallara que mis progresos no son tales como tiene usted todo el derecho a esperar, fácilmente estaría en su mano el acicatear a un traductor remolón.

Si alguna de estas cuestiones, o todas ellas, algo tuvieran que ver con su descontento, le encarezco que las deseche a la vez que le expreso mi deseo de que exponga cuál es la cuestión de la que desea respuesta. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Cave

[s. f.]

Señor,

soy de su misma opinión en el sentido de que el *Comentario* no puede seguir adelante si nada indica que pueda tener algún éxito, pues como los nombres de los autores concernidos pesan más en su desempeño que el mérito que intrínsecamente puedan tener, el público pronto se dará por satisfecho. Y creo que el *Examen* habría que sacarlo adelante de la manera más expeditiva. Así pues: «A día de hoy, etc., *Examen del ensayo del señor Pope*, etc., que contiene una sucinta indagación en torno a la filosofía de Leibnitz sobre el sistema de los fatalistas, con una refutación de sus opiniones y una ilustración acerca de la doctrina del libre albedrío» (con lo que por añadidura le parezca oportuno).

Sobre todo, será de primerísima necesidad dar cuenta de que se trata de algo diferente del comentario.

Tan lejos estaba de suponer que se hallaban mano sobre mano^[63] que antes bien di por hecho que tenían trabajo de sobra, y por eso no me había agobiado por aprovisionarlos de más. Ahora bien, si alguna vez se quedan mano sobre mano por mi culpa, sin duda debe cargarse en mi parte, y siempre que sea razonable no me opondré a pagar lo que me corresponda, no obstante lo cual le ruego que suspenda ese dictamen hasta mañana por la mañana, para cuando le encarezco que me haga llegar una docena de propuestas, y entonces tendrá texto para dar, tomar, vender y regalar. Soy, señor, suyo, e *impransus*,

SAM. JOHNSON

Sin embargo, si bien cruzó correspondencia con el señor Cave en lo tocante a una traducción del *Examen* de Crousaz del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope, y si bien se prodigó en consejos como si estuviera muy deseoso de contribuir a su éxito, hace ya tiempo quedé convencido, mediante una lectura a fondo del prefacio de la misma, de que esa traducción se le atribuía de manera errónea, y por fin he visto aclarado este punto sin la menor sombra de duda gracias al siguiente artículo, hallado entre los manuscritos del doctor Birch, que se conservan en el Museo Británico:

ELISAE CARTERAE. S.P.D. THOMAS BIRCH.

Versionem tuam Examinis Crousazianijam perlegi. Summum styli et elegantiam, et in re difficillima proprietatem, admiratus.

Dabam Novemb. 27º 1738^[64].

En efecto, recientemente la señora Carter ha reconocido a la señora Seward que fue ella quien tradujo el *Examen*.

Es llamativo que la última de las cartas de Johnson al señor Cave, de las citadas hasta ahora, concluya con la franca confesión de que ese día no ha cenado. Y no es menos notable que, hallándose en tal estado de necesidad, su corazón benévolo no fuera insensible a las necesidades de un humilde trabajador de la literatura, como se desprende de la siguiente carta:

Al señor Cave

[s. f.]

Estimado señor,

tal vez recuerde que anteriormente he hablado con usted de un diccionario militar. El mayor de los Mcbean, que estuvo con el señor Chambers, dispone de muy buenos materiales para acometer la redacción de tal obra, que de hecho he podido hojear, y lo haría a muy bajo precio. Creo que abarcaría una terminología amplia en materia bélica y naval, provista de muy buenas explicaciones, en un volumen en octavo, en pica, tarea que está dispuesto a realizar por doce chelines el pliego, que se podrían redondear en una guinea en caso de una segunda impresión. Si quiere pensarlo, aguardaré con él su decisión. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Le ruego me preste la obra de Topsel sobre los animales

No debo pasar por alto que este Mcbean era natural de Escocia.

En la *Gentleman's Magazine* de este año Johnson publicó una «Vida del padre Paolo»* y escribió el prefacio del volumen,† que, si bien antepuesto cuando se publicó encuadernada, siempre figura con el apéndice, y es por tanto la última composición del libro. La destreza, la facilidad de adaptación que tenía para redactar

un proemio, era uno de los puntos en que más y mejor sobresalía.

También parece ser que prestó muy amistosas atenciones a Elizabeth Carter, ya que en una carta de Cave a Birch, del 28 de noviembre de este año, encuentro que «el señor Johnson aconseja a la señorita C. que emprenda una traducción de *Las consolaciones* de Boecio, porque es obra que contiene verso y prosa, y que la firme con su nombre cuando se publique». No se tuvo en cuenta este consejo, probablemente por temor a que la obra no gozara de popularidad suficiente y no alcanzase unas ventas sustanciales. Podemos juzgar con qué acierto había pergeñado Johnson una traducción de este poeta filosófico a tenor de la siguiente muestra, que apareció publicada en el *Rambler* (lema del n.º 7):

*O qui perpetua mundum ratione gubernas,
Terrarum caelique sator! (...)
Disjice terrenae nébulas et pondera molis,
Atque tuo splendore mica! Tu namque serenum,
Tu requies tranquilla piis. Te cernere finis,
Principium, vector; dux, semita, terminus, ídem*

Oh, tú, cuyo poder preside el mundo en movimiento,
cuya voz lo ha creado, cuya sabiduría lo guía,
brilla con la más pura refulgencia sobre el hombre oscurecido
y revive su ánimo nublado con tu luz divina.
Sólo en ti está el calmar a la bestia piadosa
con callada confianza y reposo sagrado;
de ti, grandísimo Dios, brotamos, a ti tendemos,
senda, motivo, guía, origen y destino.

En 1739, amén de la ayuda que prestó en los debates parlamentarios, sus escritos publicados en la *Gentleman's Magazine* fueron los siguientes: «La vida de Boerhaave»,* en la que cabe observar que descubre el gusto por la Química, materia a la que seguiría siendo de por vida aficionado; «Una apelación al público en nombre del director de la publicación»;† «Una interpelación al lector»;† «Un epigrama a Eliza, tanto en latín como en griego»,* y versos en inglés también a ella dedicados;* por último, «Un epigrama en griego al doctor Birch».* Se ha supuesto erróneamente que un ensayo publicado en la revista en ese mismo año, con el título de «La apoteosis de Milton», era obra de Johnson; debido a tal suposición, se ha insertado de manera impropia en la edición que de sus obras hicieron los libreros después de su muerte. De no haber testimonio irrefutable en cuanto a esto, el estilo de la composición, así como el hecho de que no aparezca el nombre de Shakespeare en un ensayo que presuntamente pasa revista a los principales poetas en lengua inglesa, bastarían para precisar que no es obra de Johnson. Ahora bien, no es menester recurrir a las pruebas internas, ya que milord el Obispo de Salisbury (el doctor Douglas) me ha certificado que se trata de una obra de Guthrie. Sus publicaciones aparecidas aparte fueron: «Una completa vindicación de los licenciarios de la escena, en defensa de las maliciosas y escandalosas difamaciones vertidas por el señor Brooke, autor de *Gustavus Vasa*»* que es una irónica diatriba contra ellos por

haber suprimido dicha tragedia, y *Marmor Norfolciense, o ensayo sobre una antigua inscripción profética, en rima monacal, descubierta recientemente en Lynne, condado de Norfolk, por Probus Britannicus*.^{*} En este escrito finge que se ha producido el hallazgo de una inscripción en Norfolk, condado natal de sir Robert Walpole, por entonces detestable Primer Ministro del país, y lo aprovecha para lanzar una invectiva contra la sucesión de los Brunswicks y las medidas tomadas por el gobierno en consecuencia^[65]. A la presunta profecía añadió un comentario en el que cada una de sus expresiones se aplican al momento presente, con furibundo celo antihanoveriano.

Este panfleto anónimo, por lo que he podido averiguar, no hizo tanto ruido como hubiera sido de esperarse, y no tuvo por tanto una circulación muy extendida. Refiere sir John Hawkins que «se promulgaron órdenes de arresto y se despacharon alguaciles para prender al autor, el cual, si bien había evitado el suscribir con su nombre el opúsculo, fue a la sazón descubierto gracias a la atenta vigilancia de quienes emprendieron su caza», y se nos informa también de que se ocultó en las marismas de Lambeth hasta que se enfrió su rastro. Ahora bien, todas estas informaciones carecen de fundamento, ya que el señor Steele, uno de los secretarios del Tesoro, quien entre la gran variedad de asuntos de importancia que le ocupaban tuvo la cortesía de atender a mis preguntas, me da cuenta de que ordenó «que se llevara a cabo el registro más exhaustivo que fuera posible en los archivos del Tesoro y de la Secretaría de Estado, sin hallar el menor rastro de que alguna vez se promulgara una orden de arresto para prender al autor del panfleto».

Marmor Norfolciense fue enseguida un opúsculo del que se encontraban poquísimos ejemplares, a tal punto que durante muchos años me esforcé en vano por hacerme con uno. Por fin quedé en deuda con la perfidia de uno de los numerosos y mezquinos adversarios de Johnson, quien en 1775 publicó una nueva edición del mismo, «con notas y una dedicatoria a Samuel Johnson, doctor en Leyes, por Tribunos», en la que algún gracioso escritorzuelo trató con envidia de fundamentar sobre el texto una acusación de incoherencia contra su autor por haber aceptado una pensión dotada por el actual monarca y haber escrito en defensa de las medidas aprobadas por el gobierno. Para mortificar semejante perfidia, por lo demás tan impotente, de la cual tantos ejemplos abundan contra los grandes hombres, me alegra referir que esta *telum imbelle*^[c32] no alcanzó su diana hasta un año después de publicarse, ocasión en que se lo comenté, por suponerle al tanto de la reedición. Vi con sorpresa que no tenía la menor noticia del asunto. Me pidió que fuese de inmediato a hacerme con un ejemplar para él, como en efecto hice. Le echó un vistazo y se echó a reír al mismo tiempo, al parecer muy divertido con los débiles esfuerzos de su desconocido adversario, quien espero que aún siga vivo para leer este relato de lo ocurrido. «A lo que se ve —me dijo—, alguien anda por ahí convencido de haberme causado una enojosa vejación, pero de no haber sido por usted, granuja, es probable que nunca me hubiese enterado».

Como el billete del señor Pope referente a Johnson, al que hice alusión en una

página anterior, incide tanto en su *Londres* como en su *Marmor Norfolciense*, he preferido postergar su inserción hasta ahora. Estoy en deuda con el doctor Percy, Obispo de Dromore, quien me permitió copiarlo del original que obra en su poder. A Su Señoría se lo obsequió sir Joshua Reynolds, al cual le fue entregado por el señor Richardson, el pintor, precisamente destinatario del mismo. Lo he transcrito minuciosamente, de modo que el peculiarísimo estilo y la desmañada ortografía del célebre poeta queden expuestos a ojos de los curiosos de la literatura. Justifica con creces el epíteto de Swift, que llamó a Pope «ahorrador avaro de papel», pues está escrita en un cuadrado no mayor que la habitual tarjeta de visita, y le fue enviada a Richardson junto con la imitación de Juvenal.

Ésta es imitación de un tal Johnson, que aspiró a una escuela pública en Shropshire pero se llevó un batacazo. Padece una enfermedad de tipo convulsivo que a veces lo ataca y lo convierte en triste espectáculo. Por los méritos de su obra y sin saber nada más de él el señor P. quiso hacerle el servicio sin medio de su solicitud y así escribió a mi querido pariente pero sin éxito: luego publicó Johnson otro poema en latín con sus notas muy humorístico titulado *Profecía de Norfolk*.

P.

Alguien habló a Johnson de esta nota, y sir Joshua Reynolds le dio cuenta de la alabanza que contenía, si bien tuvo la elemental delicadeza de abstenerse de mostrarle el billete. Cuando sir Joshua comentó a Johnson que parecía sumamente deseoso de ver el billete de Pope, él respondió: «¿Y quién no estaría orgulloso de que un hombre de la talla de Pope se muestre tan solícito al interesarse por él?».

La enfermedad a que alude Pope también a mí me pareció, ya lo he señalado en otra parte^[66], de tipo convulsivo y de la misma naturaleza que ese destemple que llaman baile de San Vito, opinión que me confirma plenamente la descripción que de la enfermedad aporta Sydenham: «Este trastorno es un tipo de convulsión. Se manifiesta en la detención o la falta de firmeza de las piernas, que el paciente arrastra tras de sí como un cretino. Si la mano del mismo costado se sujeta contra el pecho, o cualquier otra parte del cuerpo, no podrá mantenerla ni un instante en la misma postura, pues la convulsión se la llevará con violencia a cualquier otra, a pesar de que se esfuerce a fondo por conseguir lo contrario». Sir Joshua Reynolds, en cambio, era de otra opinión, y me hizo el favor de facilitarme el siguiente escrito:

Los movimientos o tics del doctor Johnson se llaman convulsiones,^[c33] sí, pero de un modo impropio. Cuando se le pedía, era capaz de permanecer sentado, inmóvil, igual que cualquier otro hombre. Soy de la opinión de que esto era debido a un hábito en que se había complacido, o que no se había esforzado por domeñar, y que consistía en acompañar sus pensamientos de ciertos gestos indecorosos, y estos gestos siempre me pareció que tenían por finalidad reprobar en parte su comportamiento en el pasado. Cuando no estaba ocupado en conversar, ese tipo de pensamientos se precipitaba en su ánimo; por este motivo, prefería estar acompañado, prefería cualquier ocupación antes que estar solo. El gran cometido de su vida, decía él, no era otro que escapar de sí mismo; ésta era la disposición que consideraba la enfermedad de su espíritu, de la que no le curaba sino la compañía.

Tal vez valga la pena referir un ejemplo de esa ausencia y particularidad, por ser tan característica del hombre. Cuando hicimos juntos un viaje por el oeste, visitamos al difunto señor Banks en el condado de Dorset; como la conversación tratara sobre unos cuadros que Johnson no alcanzaba a ver demasiado bien, se retiró a un ángulo del salón, donde tomó asiento y estiró la pierna derecha cuan larga la tenía, sobre la cual montó luego la izquierda y aún estiró más la derecha. Al percatarse el anciano caballero de su postura, se le acercó y con mucho tacto le

aseguró que, si bien la casa no era nueva, la solera era del todo segura. El doctor despertó de su ensueño con un sobresalto, como alguien a quien se saca de pronto de un sueño profundo, pero no dijo ni una palabra.

Ya que en este asunto estamos, es posible que a mis lectores no les desagrade conocer otra anécdota que me comunicó la misma fuente acerca de su relación con el señor Hogarth.

Johnson era asiduo visitante de la casa de Richardson, el autor de *Clarissa* y de otras novelas de gran renombre. El señor Hogarth acudió un día a visitar a Richardson, poco después de llevarse a cabo la ejecución del doctor Cameron, condenado por haberse alzado en armas en defensa de la dinastía de los Estuardo en 1745-1746; como se trataba de un acalorado partidario de Jorge II, le comentó a Richardson que a buen seguro tenían que haber concurrido algunas circunstancias muy desfavorables en este caso en particular, que habían inducido al Rey a decretar la ejecución por actos de rebeldía mucho después de la comisión de los mismos, pues aquello tenía todas las trazas de una condena a muerte dictada a sangre fría^[67], sumamente impropia de la habitual clemencia de Su Majestad. Mientras hablaba, reparó en la presencia de una persona de pie ante una ventana, que sacudía la cabeza y se contorsionaba de un modo tan extraño como ridículo. Concluyó que debía de tratarse de un cretino, a quien sus familiares habían puesto al cuidado de Richardson, un hombre de muy buen natural. Sin embargo, comprobó con estupor que dicha persona echaba a caminar hacia donde se hallaba sentado Richardson, y que de inmediato se sumaba a la conversación para estallar en invectivas contra Jorge II, al cual motejó de bárbaro y recalcitrante cada vez que tuvo ocasión, reseñando numerosos ejemplos de su talante, en especial uno en que un oficial de alto rango fue absuelto en un consejo de guerra y el propio Jorge II tachó con su pluma el nombre de la lista. En resumidas cuentas, hizo tal despliegue de elocuencia que Hogarth lo miró asombrado, llegando a imaginar que el cretino había tenido un fugaz arranque de inspiración. Ni Hogarth ni Johnson fueron debidamente presentados en este encuentro.

1740: ÆTAT. 31.] Escribió para la *Gentleman's Magazine* el «Prefacio», † la «Vida de sir Francis Drake»* y la primera parte de las vidas del Almirante Blake* y de Philip Baretier,* las cuales dio por concluidas al año siguiente. También escribió un «Ensayo sobre los epitafios» † y un «Epitafio de Philips, músico»,* que se publicó más adelante con otras piezas suyas en la *Miscelánea* de la señora Williams. Este epitafio es de tan exquisita belleza que no he olvidado que incluso lord Kames, quien tan extraño como arraigado prejuicio tenía contra el doctor Johnson, se vio en el brete de ensalzarlo sin reservas. Se ha atribuido a Garrick, pues se publicó por vez primera con una «G» a modo de firma, pero he oído afirmar al mismo Garrick que lo escribió el doctor Johnson, amén de darme la siguiente relación del modo en que lo compuso. Estaban Johnson y él sentados cuando, entre otras cosas, Garrick repitió un epitafio del tal Philips debido a cierto doctor Wilkes en estos términos:

Pudiera la discordia enconada impulsar, como Anfitrión,
al orden y la belleza y al armónico amor.
Descansa aquí en paz, hasta que los ángeles te llamen
y encuentres a tu bendito Salvador en el cielo.

Johnson negó con un gesto vigoroso ante versos fúnebres tan manidos y llenos de lugares comunes, y dijo así a Garrick: «Me parece, Davy, que lo puedo hacer algo mejor». Revolviendo el té un rato, sumido en honda meditación, poco menos que *ex tempore* produjo estos versos:

Philips, cuyo armónico sabía anular las amarguras,
los aguijonazos de la culpa, del amor las desventuras,
aquí descansa, sin que más lo inquiete la pobreza.
Encuentra aquí el sosiego que con tanta entereza
procuraste; duerme en paz, en esta hornacina apacible,
y así te llamen los ángeles con notas cual las tuyas bonancibles.

Al mismo tiempo que me proporcionó Garrick esta anécdota, repitió un agudísimo epigrama de Johnson, a propósito de Jorge II y Colley Cibber, que aún no se ha publicado, y del cual desconozco la fecha exacta de composición. El doctor Johnson me lo dio más adelante en persona:

Pervive Augusto en el estro de Marón,
prolonga Spenser en verso el reinado de Eliza;

las hazañas del gran Jorge resuenan en el canto de Cibber,
pues formó Natura al poeta a imagen de su soberano.

1741: ÆTAT. 32.] Escribió para la *Gentleman's Magazine* el «Prefacio»,* la «Conclusión de las vidas de Drake y de Baretier»,* «Una traducción libre de las chanzas de Hierocles,†^[c34] con una introducción»† y, según creo, las siguientes piezas: «Debate sobre la propuesta del Parlamento para que Cromwell asuma el título de rey, abreviada y compendiada»† «Traducción de la Disertación sobre las amazonas, del Abbé Guyon»,† «Traducción del panegírico al doctor Morin, de Fontenelle».† Dos notas de todo ello me parecen indudablemente suyas. A lo largo de este año y los dos siguientes escribió la sección de los debates parlamentarios. Me dijo él mismo que había sido el único autor de esa sección sólo por espacio de esos tres años. Sin embargo, no fue muy preciso en esta afirmación, que hizo de pasada y con premura, sin afinar el recuerdo. Ahora bien, es evidente que sus composiciones comenzaron el 19 de noviembre de 1740 y que concluyeron el 23 de febrero, 1742-1743.

Parece ser, por algunas de las cartas del señor Cave al señor Birch, que el primero contaba con mejores ayudantes, en esa sección de su revista, de lo que se ha supuesto; por otra parte, era infatigable en su empeño de hacerla tan a la perfección como le fuera posible.

Así, el 21 de julio de 1735:

Le importuno con lo adjunto, pues dijo que con facilidad podría corregir lo que aquí se da por discurso de lord C———ld. Le ruego me lo haga tan pronto como pueda, pues ya va el mes muy adelantado.

Y el 15 de julio de 1737

Ya que recuerda los debates con tal exactitud que percibe falta de fidelidad en los discursos ya impresos, le pido el favor de que lea con detenimiento los que adjunto y, del mejor modo que su memoria sea capaz, corrija los pasajes que no se ajusten a la realidad, o añada lo que pudiera haberse omitido. Mucho me alegraría contar con algo del discurso que pronunció el Duque de N———, pues me sería de gran provecho.

Un caballero desea añadir algo al discurso de lord Bathurst.

Y el 3 de julio de 1744:

Verá qué estúpidas, viles, abominables manifestaciones se ponen^[68] en boca de su muy noble y muy culto amigo^[69], tales que no dudaría yo en rechazar de plano, al tiempo de esforzarme por hacer algo mejor, algo que hiciera justicia a su carácter. Pero como no puedo contar con que se cumplan mis deseos en tal sentido, me sería de gran satisfacción, así como sería un gran honor en nuestro trabajo, contar con el discurso genuino. Éste es un método que a varios ha parecido oportuno recurrir, tal como podría mostrarle, pero me temo que estoy sujeto a

normas. Me limitaré a señalar que he tenido acceso a algunos gracias a los buenos oficios de un tercero, que si no entendí mal procedían del primero; otros me llegaron por correo urgente, y aún hubo otros que me facilitaron los propios oradores, que han tenido la bondad de visitar St. John's Gate, y que han dado particulares muestras de hallarse complacidos^[70].

Creo que no hay motivos para poner en duda la veracidad de Cave. Es sin embargo digno de notar que ninguna de estas cartas sea de los años en que solamente Johnson corrigió los debates, y que una sea precisamente del año en que dio por terminado tal cometido. Johnson me dijo que tan pronto descubrió que se tomaban por auténticos los discursos, decidió no escribir ni uno más, ya que no quiso «contribuir a la propagación de una falsedad». Y tan sensible era su conciencia que poco antes de morir manifestó su pesar por haber sido el autor de ficciones que habían pasado por fiel reflejo de la realidad.

No obstante, se mostró de acuerdo conmigo en que los debates que había elaborado serían valorados como alocuciones sobre asuntos de pública importancia. En consonancia con ello se han recogido en varios volúmenes, se han dispuesto como es debido y se han recomendado expresamente a los oradores parlamentarios mediante un prefacio debido a una mano en modo alguno inferior^[71]. Debo sin embargo señalar que, si bien todos esos debates contienen un maravilloso caudal de información política, así como muestras de una muy poderosa elocuencia, no puedo estar de acuerdo en que exhiban todos ellos el particular estilo de cada uno de los oradores, como en cambio parece pensar sir John Hawkins. Claro que no sé bien qué opinión se puede formar uno sobre el criterio y el gusto en cuanto al modo de hablar en público de alguien que presume de resumir los rasgos más característicos de dos célebres oradores hablando del «profundo rencor de Pulteney y de la desgañitada pertinacia de Pitt^[72]».

Descubro a lo largo de este año que su tragedia *Irene* llevaba ya largo tiempo lista para su estreno, y que debido a sus estrecheces estaba deseoso de sacarle tanto rendimiento como pudiera, a ser posible sin tardanza, pues existe la siguiente carta del señor Cave al señor Birch, en el mismo volumen de manuscritos que se conserva en el Museo Británico del que copié las citadas antes. Me llamó la atención sobre su existencia, con gran amabilidad, sir William Musgrave, uno de los conservadores de tan noble archivo.

9 de septiembre de 1741

He puesto la obra del señor Johnson en manos del señor Gray, el librero, con el fin de vendérsela en caso de que esté dispuesto a comprarla, aunque dudo que lo haga. Dispondría así del original publicado, ¿y qué ventaja habría entonces en estrenarla? ¿Estaría su sociedad^[73], o algún caballero, o alguna corporación de que tenga usted conocimiento, dispuesta a quedarse con semejante ganga? Tanto a él como a mí se nos da francamente mal el trato con la gente de teatro. Fleetwood iba a estrenarla durante la temporada anterior, pero el retraimiento de Johnson o su ———^[74] lo impidieron.

Ya he señalado antes que *Irene* no gozó de conocimiento público hasta que Garrick

accedió al puesto de director del Teatro de Drury Lane.

1742: ÆTAT. 33.] Escribió para la *Gentleman's Magazine* el «Prefacio»,† los «Debates parlamentarios»,* y un «Ensayo sobre el comportamiento de la Duquesa de Marlborough»,* que era entonces un tema de conversación que estaba en boca de todos. Este ensayo es un escrito breve, pero magistral. Lo encontramos en el n.º 13 de su *Rambler*, donde censura un sentimiento licencioso, tema sobre el que insistió con vehemencia en su conversación^[75]. Asimismo, hay «Una relación de la vida de Peter Burman»,* creo que tomada principalmente de una publicación extranjera, ya que él no podía saber gran cosa de Burman; «Adiciones a la vida de Baretier»;* «La vida de Sydenham»,* posteriormente añadida como prefacio a la edición de sus obras compilada por el doctor Swan; «Propuestas para imprimir *Bibliotheca Harleiana*, o Catálogo de la Biblioteca del Conde de Oxford».* La relación que hizo de esa célebre colección de libros, en la que hace gala de la importancia que tiene para la literatura lo que los franceses llaman *catalogue raisonné* cuando los artículos son numerosos y variados, y cuando se lleva a cabo con habilidad, no puede dejar de impresionar y admirar a sus lectores por sus aciertos filológicos. Con posterioridad se añadió al comienzo del primer volumen de dicho *Catálogo*, en el que la relación de los libros latinos está confeccionada por él. Para este cometido lo contrató Thomas Osborne,^[a nota c143, Vol. III] el librero, quien adquirió la biblioteca por trece mil libras, suma que, al decir del señor Oldys en uno de sus manuscritos, no era mayor que el coste total de la encuadernación de los volúmenes; sin embargo, tal como me aseguró Johnson, fue tal la lentitud con que se procedió a la venta que no se ganó gran cosa con ella. En círculos restringidos y en tono confidencial, se ha contado que un buen día Johnson dio por tierra con Osborne en su establecimiento, atizándole con un grueso volumen en folio y poniéndole después la planta del pie en el cuello. La verdad lisa y llana la supe del propio Johnson. «Señor, estuvo impertinente conmigo y le sacudí con un tomo, pero no fue en su librería; fue en mis propios aposentos».

Un observador muy diligente podría quizá hallar rastros de él allí donde no supondríamos que pudiera encontrarse con facilidad. No me cabe duda de que escribió el sucinto compendio titulado «Historia extranjera» que se publicó en la *Gentleman's Magazine* de diciembre. Para demostrarlo, cito la introducción: «Hallándonos en esa estación del año en que se dice que decreta la Naturaleza un cese de las hostilidades, y que parece ideada, al poner coto a toda muestra de

violencia, a toda matanza, para ganar tiempo y que mengüe e incluso remita del todo la perfidia, para que se aplaque toda animadversión, apenas cabe esperar otra relación que la de los planes, negociaciones y tratados, la de las propuestas para la paz y los preparativos para la guerra». O este otro pasaje: «Quienes desdeñan la capacidad de los suizos deberían decirnos por medio de qué maravilloso arte de la política, por medio de qué feliz conciliación de intereses, se ha llegado a tal concordia que, en un cuerpo compuesto por distintas comunidades y religiones diversas, no surja ninguna conmoción civil, aunque el pueblo es tan belicoso que nombrar al ejército y reclutar y aprovisionar a sus efectivos es una y la misma cosa».

Quedo en deuda con el señor Astle por su pronto permiso para copiar las dos cartas que siguen, cuyos originales obran en su poder. Muestra el contenido de ambas que son más o menos de esta época, y que Johnson estaba atareado en preparar una relación histórica del Parlamento británico.

Al señor Cave

[s. f.]

Señor,

creo que voy a escribirle una larga carta, y por este motivo he tomado una hoja de papel entera. Lo primero que debo comentarle es nuestro proyecto histórico.

Habló usted de la propuesta de imprimir por números como si se tratase de una modificación del plan inicial, pero tengo la impresión de que no captó del todo bien lo que yo quise decirle, pues no tenía yo pensada otra cosa que el que usted imprimiera quizá demasiados pliegos de cinco, en vez de los ajustados de treinta y cinco.

Con respecto a lo que haya yo de decir sobre la mejor manera de proceder, habría supuesto que era cuestión de todo punto indiferente para mis intereses, y que sólo vierto mi opinión, que no es resolutive. *Emptoris sit eligere*.
[c35]

Entiendo que la inserción al margen de las fechas exactas de los acontecimientos más importantes, o al menos de tantos acontecimientos como permitan al lector desentrañar el orden de los hechos con exactitud suficiente, es el medio idóneo a caballo entre el diario, que sólo guarda fidelidad a la cronología, y una historia, que distribuye los hechos que abarca según la dependencia que mantengan unos con otros, y que pospone o anticipa elementos según convenga a la narración. Creo que la obra debiera comulgar con el espíritu de la Historia, que es contrario a la exactitud minuciosa, y con la regularidad del diario, que es inherentemente incongruente con el espíritu mismo. Por esta razón, no admito numeración o datación, así como tampoco las rechazo.

Con respecto a la colocación de la mayor parte de las resoluciones, etc., en los márgenes, soy de su misma opinión, y creo que daremos la relación más completa de las reuniones parlamentarias que se pueda humanamente precisar. Los documentos escuetos, sin un tratado histórico que los entreteja, requerirán de otro libro de referencia para que se entiendan. Dataré los hechos que se sucedan con cierta exactitud, pero creo que al margen. El sábado me indicó usted que había percibido algún dinero por este trabajo, y he visto que queda consignado: trece libras, dos chelines y seis peniques, contando la media guinea del pasado sábado. Como me insinuó que tenía muchos pagos pendientes que afrontar, no le presionaré demasiado, y por tanto me limito a desear que me envíe, a vuelta de correo, dos guineas por un pliego de texto; el resto me lo podrá pagar cuando le resulte más conveniente, pero incluso mediante este pago por pliego creo que le saldrá durante un tiempo bastante caro.

Respecto a la *Vida de Savage*, estoy dispuesto a acometerla; para componer en cuerpo gran primer y notas en pica, calculo enviarle medio pliego al día, aunque el dinero en pago de ello quedará en sus manos hasta que esté concluida. Con los debates parlamentarios tengo trabajo remunerado más que suficiente. Ay, si al menos dispusiera de buenas plumas...

Respecto a la *Vida de Savage*, ¿qué otros materiales tiene? De buena gana querría ver su juicio, etc., y saber si los documentos de su defensa se hallan en Bristol, así como quisiera tener su colección de poemas, pensando en el prefacio. El *Plain Dealer*^[c36] y todas las demás revistas que tengan algo suyo me vendrían muy bien.

Creí que iba a ser ésta una carta larga, pero la doy por terminada. Soy, señor, suyo, etc.

El recadero que envió me encontró escribiendo ésta casi a oscuras, cuando ya no me resultaba nada fácil leer la suya.

He leído el italiano. No hay una a derechas.

No tenía ninguna idea de cara a la dedicatoria. Confío en que no vaya a pensar que la he retenido para forzar un precio más alto. Hasta hoy mismo no se me había ocurrido nada. Si pudiera añadir una guinea más por la historia, me pondría con ello de mil amores esta misma noche; si no, no lo tendré por una afrenta. Ya casi estoy bien de nuevo.

Al señor Cave

Señor,

no me puso en conocimiento de lo que hayan decidido sobre la «Carta del soldado^[76]», y tengo la confianza de que no se llegará a imprimir. No creo que se sostenga por sí sola, ni tampoco en otra publicación, si no es en la *Mag. Extraordinary*. Si desea contar con ella, espero que no crea que la tengo en gran estima; me alegrará que lo que pague, sea lo que sea, lo pague enseguida.

No tiene por qué preocuparle que falte texto para imprimir, pues tengo ya los juicios de estado y extractaré lo correspondiente a Layer, Atterbury y Macclesfield, para llevárselos de aquí en dos semanas, tras lo cual trataré de hacerme con el informe de los Mares del Sur.

[sin fecha y sin firma]^[c37]

También le atribuiría un «Ensayo sobre la descripción de China, del francés Du Halde».†

1743: ÆTAT. 34.] Sus escritos para la *Gentleman's Magazine* son el «Prefacio», † los «Debates parlamentarios», † unas «Consideraciones sobre la disputa entre Crousaz y Warburton^[c38] a propósito del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope», † en las que si bien defiende la postura de Crousaz muestra asimismo una admirable agudeza y temple metafísicos y una exquisita destreza en la polémica; «Ad Lauram parituram Epigramma»;*^[77] una «Traducción al latín de los versos de Pope en su gruta»;* por último, como era capaz de emplear su pluma con idéntico y espléndido resultado en cuestiones de poca monta y en asuntos de mayor envergadura, considero que es asimismo autor de un anuncio a favor de Osborne, sobre el Gran Catálogo de la Biblioteca Harleiana.

Sin embargo, muy cicatero sería con mi ilustre amigo y también con mis lectores si no introdujera aquí, con más respeto que de costumbre, una oda de exquisita belleza, que no se ha insertado en ninguna de las colecciones de poemas de Johnson, escrita por él a muy temprana edad, como me informa el señor Héctor, e inserta en la *Gentleman's Magazine* de este año.

AMISTAD, UNA ODA*

Amistad, del cielo extraordinario regalo,
del espíritu noble deleite y orgullo,
a los hombres y los ángeles sólo dado,
denegado empero al inferior mundo.

Así como amor, padre de mil deseos desatinados
es entre los benditos desconocido,
el alma del salvaje y el corazón humano
atormenta por igual con fuego enardecido;

con fulgor brillante, pero destructivo,
por igual sus rayos sobrevuela,
su tenue hálito sólo alienta esclarecido
entre los favoritos que el cielo prefiera.

Tan dulce fluir de alegrías inocentes
sobre bobos y villanos jamás rezuma;
en vano por ti suspira el tirano inclemente
y abraza como amigo a quien le adula.

Faro de valerosos y de justos,
¡guíanos por el camino oscuro de la vida!

Que los tormentos de la desconfianza adustos
hagan sólo presa en el pecho del egoísta.

No dejarás de resplandecer ardiente
cuando las almas emigren al clima de la felicidad;
cuanto aquí elevó nuestra virtud ferviente
en lo más alto reforzará nuestra prosperidad.

Johnson dispuso así de una muy buena oportunidad para mostrar su bondad a su compañero de estudios, el señor James, del cual en cierta ocasión ya dijo que «no hay otro que invierta más ahínco ni más inteligencia en su profesión». James publicó este año su *Diccionario médico* en tres volúmenes en folio. Tal como entendí de él, Johnson había escrito o le había ayudado a escribir las propuestas de esta obra; siempre aficionado a los estudios de medicina, en los que James fue su maestro, aportó algunas de las entradas. No cabe duda de que es suya la dedicatoria al doctor Mead,† concebida con gran deferencia y veracidad, con el fin de garantizarse el patrocinio de ese hombre tan eminente^[78].

Circula la especie, desconozco con qué grado de autenticidad, de que Johnson consideraba al doctor Birch un escritor plúmbeo, tedioso, y de que de él dijo que «Tom Birch es vivaz cual abeja en la conversación, pero tan pronto empuña la pluma es como si hubiera recibido la descarga de un pez torpedo, pues se le embotan todas las facultades que posee». De justicia es reconocer que la literatura de este país ha contraído una deuda importante con las actividades y la diligencia de Birch. Hemos visto antes que Johnson le honró con un epigrama en griego, y su correspondencia con él, sostenida durante muchos años, demuestra que no le tenía en mala opinión.

Al doctor Birch

Jueves, 29 de septiembre de 1743

Señor,
espero me sepa excusar por importunarle en una ocasión en que no sé a quién más recurrir. Me encuentro sin saber por dónde ir en las vidas y los retratos del Conde de Stanhope, los dos Cragg y el ministro Sunderland; por eso le ruego me informe dónde puedo procurarme información, y que haga llegar cualquier panfleto, etc., relacionado con ellos al señor Cave, a fin de que por espacio de unos cuantos días los pueda examinar despacio, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Las circunstancias en que se encontraba por entonces eran muy embarazosas, aunque tan cálido, tan generoso era el afecto que profesaba a su madre, que se subrogó a una deuda contraída por ella, no muy cuantiosa, aunque para él fuese considerable. Ello se deduce de la siguiente carta que escribió al señor Levett, de Lichfield, cuyo original tengo ahora delante^[79].

Al señor Levett, de Lichfield

1 de diciembre de 1743

En el establecimiento del señor Osborn, librero, Gray's Inn

Señor,

lamento profundamente que hayamos abusado tanto de su paciencia en lo tocante a esta cuestión, en la que un gran embrollo en mis asuntos me impidió pensar con la atención que debía, y más aún por no ser inmediatamente capaz de remitirle las doce libras que están pendientes de pago, pero que le podré pagar en el plazo de dos meses. Contemplo esta situación, y contemplo el futuro interés de esa hipoteca, como si fuera una deuda personalmente contraída por mí, y le ruego que tenga la bondad de indicarme el modo de saldarla, sin decir nada a mi querida madre. Si fuera menester proceder al pago en menos tiempo, creo que estaría en condiciones de hacerlo, pero para mayor seguridad me tomo dos meses, y le suplico una respuesta que me confirme si puede concederme esta prórroga. Me considero muy agradecido por su paciencia, y consideraré una gran felicidad el poder serle de alguna utilidad. Dispongo de grandes oportunidades para dar publicidad a cualquier cosa que usted estime oportuno publicar. Le daré una nota por la cantidad pendiente, pagadera en la fecha estipulada, a quien quiera usted designar aquí. Soy, señor, su más obediente y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1744: ÆTAT. 35.] No parece que a lo largo de 1744 escribiese nada para la *Gentleman's Magazine*, con la salvedad del «Prefacio».† Se reeditó su *Vida de Baretier* en un panfleto exento. En cambio, escribió este año una obra capaz de mantener por sí misma la reputación de Johnson: se trata de la *Vida de Richard Savage*,* un hombre del que resulta difícil hablar con imparcialidad y sin asombrarse de que fuese durante una larga temporada íntimo compañero de Johnson, pues su carácter destaca por la disipación, la insolencia y la ingratitud^[80], si bien, dotado como estaba de un intelecto indudablemente cálido en el trato, a la par que vigoroso, pero carente de la más elemental disciplina, había conocido la vida en todas sus variantes y había frecuentado el trato de los estadistas e ingenios de su tiempo, gracias a lo cual pudo proporcionar a Johnson una abundante provisión de aquellos materiales que su curiosidad filosófica ansiaba con más intensidad. Como las adversidades, los reveses y la mala conducta de Savage lo habían reducido al rango más ínfimo de la desdicha y la miseria, obligándolo a trabajar como escritor para ganarse el sustento, sus visitas a St. John's Gate lo pusieron como es natural en estrecha relación con Johnson^[81].

Causa pesar que Johnson y Savage vivieran a veces en la más extrema indigencia^[82], a tal punto que no pudieran pagar siquiera un alojamiento de mala muerte, de modo que vagabundeaban juntos por las calles durante noches enteras.^[c39] No obstante, en estas escenas de penuria casi inverosímiles cabe suponer que Savage repasara muchas de las anécdotas con que Johnson más adelante enriqueció la vida de su desgraciado compañero de bregas, así como la de otros poetas.

A sir Joshua Reynolds le contó que una noche en concreto, cuando Savage y él caminaban por St. James Square sin alojamiento en que guarecerse, no se vieron ni mucho menos acuciados ni entristecidos por su situación, sino que muy animosos, rebosantes de patriótico sentir, lanzaron toda suerte de invectivas contra el Primer Ministro y «resolvieron ayudar como fuera a su país».

Sin embargo, mucho me temo que con el trato frecuente de Savage, acostumbrado como estaba a la disipación y a la vida licenciosa, a codearse con la peor ralea de la ciudad, Johnson, aunque siguiera firme en sus buenos principios, no mantuvo del todo intacta aquella conducta por la cual, en tiempos de mayor sencillez, fue alabado por su amigo Héctor, y de ese modo se vio inadvertidamente conducido a ciertas

indulgencias que ocasionaron una gran desazón a su espíritu.

La determinación de Johnson para que llegase a suscitar la atención del público un relato fiel a la verdad y favorable a su extraordinario amigo resulta patente en una carta que publicó la *Gentleman's Magazine* de agosto del año anterior a su publicación:

Señor Urban,

como quiera que sus colecciones ponen de relieve con qué asiduidad ha tomado en préstamo los ornamentos de sus páginas de poesía de la correspondencia del infortunado e ingenioso señor Savage, no tengo duda alguna de que tan gran respeto guarda por su memoria como para dar ánimo y fomentar de hecho cualquier proyecto que tenga por objetivo preservarlo de los insultos y las calumnias, a la luz de lo cual, con cierto grado de convicción, le ruego encarecidamente que informe al público lector de que prontamente dará a la imprenta su biografía una persona que gozó de su entera confianza y que de sus propios labios recibió el relato de la mayoría de las negociaciones y peripecias que se propone consignar, hasta la época en que se retiró a Swansea, País de Gales.

Desde entonces y hasta su muerte en la prisión de Bristol, continuará el relato a partir de fuentes aún menos sujetas a ninguna clase de reparo, a saber, sus propias cartas y las de sus amigos, algunas de las cuales serán insertas en la obra, y resúmenes de otras añadidos al margen.

Cabe pues razonablemente imaginar que otros tengan el mismo propósito, aunque como no es creíble que puedan obtener los mismos materiales, es de suponer que se abastezcan de invenciones para remediar la falta de información, y que con el título de la *Vida de Savage* publiquen poco más que mera novelería, repleta de románticas aventuras y amoríos imaginarios. Por todo ello, quizá acceda a gratificar a los amantes de la verdad y del ingenio dándome permiso para hacerles saber por medio de su publicación que mi relato lo publicará en octavo el señor Roberts, de Warwick Lane.

[sin firma]

En febrero de 1744 se publicó el volumen en la librería de Roberts, entre el cual y Johnson no he conseguido rastrear más relación que la muy incidental que se debe a esta publicación. En la *Vida de Savage*, de Johnson, aunque es preciso convenir que su moraleja es la inversa de *Respicere exemplar vitae morumque jubebo*,^[c40] se inculca una lección de gran provecho, a saber, guardar a los hombres proclives a las acaloradas pasiones de que se entreguen a ellas con demasiada libertad e indulgencia; los variados incidentes que contiene están referidos de manera tan clara y vivaz, e ilustrados a lo largo de todo el libro con tanta filosofía, que constituye una de las narraciones más interesantes que se hayan escrito en lengua inglesa. Sir Joshua Reynolds me comentó que a su regreso de Italia, en el otoño de 1752, se lo encontró en el condado de Devon sin saber nada de su autor, y comenzó a leer el libro estando con el brazo apoyado contra la repisa de la chimenea. A tal punto se apoderó de su atención que, como no pudo dejar el libro hasta no haber terminado su lectura, cuando trató de moverse descubrió que tenía el brazo completamente dormido. Es asimismo extraordinaria la rapidez con que se compuso la obra. A Johnson se le ha oído decir: «Escribí cuarenta y ocho de las páginas impresas en octavo de la *Vida de Savage* de una sentada, pero me pasé toda la noche ante la mesa^[83]».

Sitúa el genio de Savage bajo la luz más ventajosa con sólo repasar las muestras de su poesía que ha seleccionado con ese propósito, algunas de las cuales son de un

mérito nada común. Cierto es que ocasionalmente hallamos tal vigor y tal agudeza y fuerza de convicción que cabe suponer que Johnson tuvo la generosidad de impartir su valiosa ayuda a su amigo. Thomas Warton fue quien me hizo este comentario, en respaldo del cual citó del poema titulado «El bastardo» un verso en el cual se pone en contraste la presunta superioridad de alguien «marcado por el éxtasis en la acuñación que Natura le hizo» con un descendiente normal y corriente, de acuerdo con la ley, de gran familia de abolengo: «No es décimo transmisor de una cara idiotizada».

Pero lo cierto es que este poema se publicó muchos años antes de que Johnson y Savage tuvieran relación alguna.

Es notable que en esta disquisición biográfica aparezca un síntoma muy acusado del prejuicio que tenía Johnson contra los actores, prejuicio que cabe atribuir a las siguientes causas: en primer lugar, la imperfección de sus órganos, tan defectuosos eran que no podía él ser susceptible de gozar con las finas impresiones que produce la excelencia teatral en la humanidad toda; en segundo lugar, el frío rechazo de que fue objeto su tragedia; por último, el éxito resonante de Garrick, que había sido su discípulo, que llegó a Londres a la vez que él, en situación no mucho más próspera que la suya, y cuyo talento él sin duda consideraba bastante escaso en comparación con el suyo propio. Que su discípulo tanto lo aventajase en la carrera por la fama inmediata, y en la de la fortuna, seguramente le hizo albergar cierta indignación por pensar que fueran cuales fuesen los méritos de Garrick en su arte escénico, su recompensa era excesiva comparada con la que pudieran a él granjearle los mayores esfuerzos y el mayor de los éxitos en su dedicación a la literatura. En todas las etapas de su vida habló Johnson con desprecio de los actores, aunque en esta obra los trata con una especial acrimonia, de la cual tal vez con anterioridad hubiera sobradas razones por lo disoluto y licencioso de las costumbres de quienes a tal profesión se dedican. No obstante, es de justicia añadir que en nuestra época se ha obrado tal transformación que ya no ha lugar para tan desfavorables distinciones.

El doctor Taylor, su compañero de estudios y amigo, me relató una grata anécdota de un triunfo de Johnson sobre David Garrick, su discípulo. Cuando llevaba el grandísimo actor algún tiempo representando una obra en Goodman's Field, Johnson y Taylor fueron a verlo actuar. Luego pasaron la velada en una taberna, con él y con el viejo Gifford. Johnson, dado como siempre a menoscabar a los actores de teatro, censuró algunos errores de énfasis en los que había incurrido Garrick durante su actuación, y le dijo: «A los actores, señor, ha debido de entrarles un arrebató, por el que se dejaron llevar, sin prestar ninguna atención al acento ni al énfasis». Tanto a Gifford como a Garrick les ofendió su sarcasmo, y se esmeraron por refutarlo, a lo que Johnson replicó: «Muy bien, pues: les daré un breve texto que recitar, del que sin duda tienen conocimiento, y veremos si era y es justa mi observación. Nos regiremos por ese criterio. Veamos: repítanme el noveno mandamiento, “No levantaréis falso testimonio contra vuestro vecino”». Ambos lo intentaron, y al decir de Taylor captaron y expresaron mal el énfasis acentual de la frase, que debe recaer en *No* y en

falso testimonio^[84]. Johnson les corrigió y disfrutó de su victoria con gran alborozo.

Tan pronto se publicó su *Vida de Savage*, fue objeto de este generoso elogio en *The Champion*, una publicación periódica: «Sin caer en el vicio de adular a su autor, preciso es reseñar que este panfleto es tan justo y está tan bien escrito como ninguna otra pieza de su género que yo haya visto jamás, de modo que a la vez que con creces merece una calurosa recomendación, en modo alguno la necesita. En cuanto a la historia de la infortunada persona cuya memoria da pie a la composición de la obra, está ciertamente escrita con tanta precisión como vehemencia, de lo cual me tengo por mejor juez que muchos otros, no en vano sé que los hechos que se relatan son estrictamente fieles a la verdad, amén de estar referidos con gran belleza. Asimismo, no sólo se trata de la historia del señor Savage, sino también de innumerables incidentes relativos a otras personas, y de variados asuntos, con todo lo cual constituye un escrito muy entretenido y, en conjunto, muy instructivo y valioso. Las observaciones del autor son concisas, relevantes y justas, tal como es su narración de notabilísima lisura, muy bien dispuesta. Sus reflexiones están abiertas a todos los recovecos del corazón de los hombres, y, dicho en dos palabras, rara, rarísima vez se encuentra en nuestra lengua, ni seguramente en otras, un tratado más gustoso de leer, más subyugante ni más instructivo sobre las excelencias y los defectos de la naturaleza humana^[85]».

La debilidad de Johnson por Savage, a cuyos predicamentos no era ni podía ser imparcial, lo llevó a no poner en duda su historia, por extraordinaria e incluso inverosímil que pudiera resultar. Nunca se le ocurrió poner en tela de juicio que fuese hijo natural de la Condesa de Macclesfield, de cuya barbarie implacable tan estrepitosamente se quejó y cuyos detalles quedan recogidos con tal fuerza que de verdad afectan al lector de la biografía. Johnson estuvo ciertamente bien asesorado y gozó de todas las garantías en la publicación de su relato biográfico, por ofensivo que pudiera resultar para la dama en cuestión y sus allegados, porque su presunta crueldad contra natura en el trato de su hijo, así como su vergonzante confesión de culpabilidad, quedaron ya plasmadas en una *Vida de Savage* que ahora tengo ante mí, y que se publicó en la temprana fecha de 1727 sin que se haya hecho intento alguno por rebatirla, ni por castigar a su autor o al impresor por haber incurrido en delito de difamación; ahora bien, en honor a la naturaleza humana deberíamos regocijarnos al saber que esa pasmosa historia no es verdad, y de un respetable caballero^[86] relacionado con la familia de la dama he recibido informaciones y apostillas que, sumadas a mis propias indagaciones, creo que al menos la pondrán a la sombra de la duda, en especial si consideramos que tuvo su origen en la propia persona que pasó por la vida con el nombre de Richard Savage.

Si hubiera de admitirse sin reservas la máxima de que *falsum in uno, falsum in omnibus*,^[c41] la credibilidad del relato de Savage, tal como nos ha llegado, quedaría aniquilada, no en vano contiene algunas afirmaciones que sin ningún género de dudas son falsas.

1. Con el fin de conculcar la creencia de que en virtud de una relación ilícita con el Conde de Rivers, según se dice, lady Macclesfield se divorció de su esposo por decreto parlamentario, y que Rivers sentía una muy especial preocupación por el niño que ella le dio, se ha alegado que Su Señoría le puso nombre y que lo inscribió debidamente en el registro de la parroquia de St. Andrew, en Holborn. He inspeccionado con todo esmero este registro, pero no se halla tal entrada^[87].

2. Se afirma que «lady Macclesfield, tras vivir durante algún tiempo con su esposo en términos sumamente incómodos, consideró que una pública confesión de adulterio había de ser el método más obvio y expeditivo de obtener su libertad»; Johnson, dando por hecho la veracidad de esta afirmación, la estigmatiza con indignación y la tacha de «la infeliz que, sin escrúpulos, se proclamó adúltera». Sin embargo, he revisado a fondo las actas de ambas cámaras del Parlamento que corresponden al periodo de su divorcio, y allí he hallado auténtico e indudable testimonio de que, lejos de prestarse voluntariamente a reconocer la ignominiosa acusación de adulterio, hizo una denodada defensa por medio de su abogado; se presentó la moción el 15 de enero de 1697 ante la Cámara de los Lores, y se siguió el procedimiento habitual (con diversas solicitudes y aplazamientos para que llegaran testigos residentes a cierta distancia, etc.) a intervalos, hasta que el 3 de marzo se aprobó el decreto. Fue presentado ante la Cámara de los Comunes mediante mensaje de los lores el 5 de marzo; se procedió a examen como era costumbre los días 7, 10, 11, 14 y 15, a resultas del cual, tras un interrogatorio exhaustivo de los testigos presentados por ambas partes, y oído el dictamen del asesor en materia legal, se aprobó sin enmiendas y fue devuelto a los lores.

Es imposible negar que lady Macclesfield fue condenada por el delito del que se le acusaba; ahora, la cuestión pendiente consiste en precisar si el individuo que se hacía llamar Richard Savage era hijo suyo.

Se ha dicho que, hallándose el Conde de Rivers en lecho de muerte, preocupado por dejar provisión a todos sus hijos naturales, lady Macclesfield le comunicó que el hijo que tuvo de él había muerto. Así pues, ¿optaremos por creer que ésta fue una mentira emponzoñada, urdida por una madre para impedir que su propio hijo recibiera la herencia de su padre, tal como tendría como consecuencia en caso de que la persona cuya biografía escribió Johnson fuera su hijo, o más bien preferiremos creer que la persona que adoptó el nombre de Richard Savage era un impostor, siendo en realidad hijo de un zapatero remendón al cuidado de cuya esposa fue encomendado el hijo de lady Macclesfield, que tras la muerte del verdadero Richard Savage decidió usurpar su nombre y persona, y que al tener lady Macclesfield noticia del fraude lo repudió con justo resentimiento?

Existe una circunstancia de mucho peso que avala esta última suposición, aunque se haya reseñado en calidad de agravante e incluso ultraje del comportamiento contra natura en que incurriese lady Macclesfield, y es que impidió que él obtuviera el beneficio del legado que le dejó en herencia la señora Lloyd, su madrina. Si se le dejó

en efecto tal legado y no fue capaz de lograr que se efectuase el pago del mismo, hay que imputarlo a su conocimiento de que él no era el verdadero legatario. La inferencia justa de todo ello debiera ser que a la muerte del hijo de lady Macclesfield ante su madrina, el legado se perdió, por lo cual el Richard Savage de Johnson era un impostor. Si tenía derecho legal a la herencia, no tendría que haber encontrado el menor obstáculo para cobrarla, pues si los ejecutores se hubieran negado a sus exigencias, tanto los costes del proceso judicial como el monto de la herencia tendrían que haber corrido de su cuenta, siempre y cuando él fuese el niño a quien fue legada.

El talento de Savage, sumado a la mezcla de apasionamiento, descortesía, orgullo, mezquindad y fiereza de su carácter^[88], se amalgama en dar credibilidad a que fuera plenamente capaz de planear y llevar a cabo tan osada y descabellada impostura, ejemplos análogos de lo cual no se echan en falta, ni siquiera en las más altas esferas, en la historia de las distintas naciones, rematadas además con un éxito muy considerable.

Sin embargo, y por otra parte, al compañero de andanzas que tuvo Johnson (el cual, ya llegara a este mundo traído por quien fuese o por el medio que fuese, ya fuera siempre un más que dudoso «relacionado con quién o engendrado por quién sabe»),^[c42] era sin ningún género de dudas un hombre de cualidades muy poco corrientes, y hemos de concederle el beneficio de la duda y la presunción de inocencia al menos en lo tocante a su estatus social o a su procedencia, por ilícita que fuera; y aun suponiendo que fuera un impostor, parece cuando menos extraño que lord Tyrconnel, sobrino de lady Macclesfield, lo protegiera e incluso lo admitiera en su familia en condición de invitado^[89]. Por último, siempre habrá de resultar hartos sospechoso que las tres relaciones distintas de la *Vida de Savage*, una publicada en el *Plain Dealer* en 1724, otra exenta en 1727, y debida la tercera a la poderosa pluma de Johnson, en 1744, todas ellas en vida de lady Macclesfield, pasaran sin sufrir contradicción o refutación pública y eficaz a pesar de los gravísimos ataques que contra ella se vertían.

Hasta aquí me he esforzado por resumir las pruebas disponibles sobre el caso con toda la justicia de que soy capaz y sin extenderme en demasía; el resultado de todo ello parece ser que el mundo por fuerza vibre sumido en la incertidumbre, al menos por lo que hace referencia a cuál fuese la verdad.

Tengo la confianza de que no se me censure por haber introducido esta digresión, ya que guarda relación con un asunto sumamente curioso y muy íntimamente emparentado con Johnson, en su doble condición de hombre y escritor^[90].

En este año escribió el prefacio a la *Miscelánea Harleiana*.^[c43] La selección de los panfletos de que estaba compuesto este catálogo la realizó Oldys, un hombre de curiosidad insaciable e infatigable diligencia, que primero dedicó ese espíritu de inquisición a la literatura de los escritores ingleses antiguos, y gracias al cual las obras de nuestro gran poeta dramático quedaron extraordinariamente ilustradas.

1746: ÆTAT. 36.] En 1745 publicó un panfleto titulado *Observaciones misceláneas sobre la tragedia de Macbeth, con comentarios a las ediciones de Shakespeare de sir Thomas Hanmer*.* En él se contiene la propuesta detallada para una nueva edición de la obra completa de este autor.

Como no hemos hallado con certeza ninguna otra publicación suya en el transcurso de este año, cabría hacer la conjetura de que estuvo íntegramente ocupado con esa obra. Sin embargo, el escaso ánimo con que acogió el público sus anónimas propuestas para ejecutar una tarea que, como era de sobra sabido, Warburton había emprendido por su parte, probablemente le desmoralizó. En cambio, el panfleto en sí fue recibido con gran aprecio, y tuvo incluso la fortuna de contar con los parabienes nada menos que del altanero Warburton en persona, quien, en el prefacio a su *Shakespeare*, publicado dos años más tarde, así lo reseña:

En cuanto a todas las cosas que se han publicado con el título de ensayos, comentarios, observaciones, etc., a Shakespeare, si se exceptúan algunas notas críticas sobre *Macbeth*, aparecidas como muestra de una edición todavía en fase de mero proyecto, y escritas a todas luces por un hombre de grandes facultades y de genio, lo demás no merece de ninguna manera la menor noticia seria.

De esta aduladora distinción que le mostró Warburton, Johnson siempre tuvo un muy grato recuerdo. «Me elogió —dijo— en una época en la que los elogios tenían para mí un gran valor».

1746: ÆTAT. 37.] En 1746 es probable que siguiera ocupado con su *Shakespeare*, que quizá dejó a un lado por un tiempo debido a las grandes expectativas que se formaron sobre la edición que preparaba Warburton de la obra del gran poeta. No deja de ser cuando menos curioso que su carrera literaria parezca haber quedado por completo en suspenso durante 1745 y 1746, años marcados en Gran Bretaña por una guerra civil debida al impetuoso intento por restaurar en el trono a la dinastía de los Estuardo. Es de sobra conocido que tuvo debilidad por la infortunada dinastía, y algunos quizá caprichosamente imaginen que las cuitas debidas a sus simpatías le impidieron el ejercicio de sus dotes intelectuales; yo en cambio me inclino a pensar que dedicó este tiempo a esbozar a grandes rasgos las líneas maestras de su gran obra filológica.

Por lo que he podido descubrir, no se conserva ninguna de sus cartas escritas en estos años. Es una pérdida que verdaderamente hay que lamentar. Quizá nos sirva de entretenimiento ver cómo se expresaba por entonces en privado, con sus amistades más íntimas, en lo tocante si acaso a los asuntos de Estado. Me informa el doctor Adams de que «en esta época, uno de los proyectos que más disfrutaba en acariciar era la *Vida de Alfred*, y a juzgar por el cariño con que hablaba de él sin duda se habría dedicado a escribirla, si hubiera sido dueño y señor de su propia voluntad, con más afán que ningún otro proyecto».

1747: ÆTAT. 38.] En 1747 se supone que el número de mayo de la *Gentleman's Magazine* fue enriquecido con cinco breves composiciones poéticas suyas, firmadas las cinco con tres asteriscos. La primera es una traducción, o más bien perífrasis, de un epitafio latino en loor de sir Thomas Hanmer. Nunca he sabido si los versos latinos eran suyos o no, aunque yo diría que probablemente lo sean, si es cierto que escribió los ingleses; en cuanto a la causa de que lo ponga en duda, estriba en que su desdeñosa descripción de Hanmer en su condición de editor, en sus *Observaciones sobre Macbeth*, no casa bien con la del epitafio. Cabe reseñar que se da esa misma contradicción entre la descripción de las *Observaciones* y la que aporta en su propio *Prefacio a Shakespeare*; sin embargo, entre una publicación y otra ha transcurrido tiempo muy considerable, mientras que las *Observaciones* y el epitafio son de fechas muy seguidas. Las otras composiciones son «A la señorita ———, con ocasión de que diera al autor un monedero de redecilla de oro y plata que ella misma tejiera», «Stella enlutada», «Paseo de invierno», «Oda», «A Lyce, una dama de cierta edad». No estoy plenamente seguro de que todas ellas fueran suyas^[91], aunque como todas ellas llevan el mismo marchamo de los tres asteriscos, y nunca se ha puesto en duda que «Paseo de invierno» fuera suya, es razonable concluir que están escritas por la misma mano. En cuanto a la «Oda», en la que hallamos un pasaje muy característico de él, una erudita descripción de la gota que dice:

Quien al lecho del dolor postrado
artrítica tiranía condena
no puede ser más desdichado,

va acompañada de esta nota: «Estaba el autor aquejado de gota», si bien Johnson no sufrió las consecuencias de esta afección hasta un periodo muy posterior. Sin embargo, ¿no podría tratarse de una ficción poética? ¿Por qué no había de suponer un poeta aquejado de gota, tal como se finge enamorado, de lo cual tenemos innumerables ejemplos? Es ficción que por cierto ridiculizó Johnson de modo admirable en su *Vida de Cowley*. También tengo ciertas dificultades para creer que pudiera escribir tal cúmulo de presunciones como el que aparece en los versos a Lyce, en los que reclama para este provector personaje el mismo derecho de asimilarse a los cielos en que residen las ninfas a las que otros poetas han adulado, y así con

inocultable ironía le adscribe los atributos del firmamento en estrofas como ésta:

Sus dientes la noche de tinieblas cubre,
el rostro tiene estrellado de lunares,
su lengua cual raudo rayo se abate
e igual de fuerte que el trueno ruge.

Ahora bien, como quiera que en edad muy avanzada era dado a condescender no poco en rimas ñoñas para complacer a la señora Thrale y a su hija, es posible que en sus años todavía jóvenes compusiera una pieza como ésta.

Es notable que en su primera edición fuera el verso que cierra «Paseo de invierno» mucho más johnsoniano que tal como se imprimió con posterioridad, pues tras rogar a Stella que «lo hurte en sus brazos» dice «y escúdame de los males de la vida», mientras que en la primera edición decía: «y ahórrame la visión de la vida».

Ese horror ante la vida en general resulta más acorde con el habitualmente lúgubre pensamiento de Johnson.

Le he oído repetir con mucho brío los versos siguientes, que aparecieron en la *Gentleman's Magazine* correspondiente a abril de este año, aunque carezco de autoridad para afirmar que sean suyos. Uno de los más grandes críticos de nuestro tiempo^[c44] me sugiere que «el empleo de “indiferencia” en el sentido de “sin preocupación” es de corte muy poco poético», lo cual hace improbable que fuera suya la composición.

CON MOTIVO DE LA EJECUCIÓN DE LORD LOVAT

Murió Kilmarnock con la piedad de los amables;
estaban a su lado Balmerino, los valientes;
Radcliffe, desdichado por sus crímenes de juventud,^[c45]
firme en lo que aún, sin serlo, tomaba por verdad,
encaró su muerte impertérrito, decente;
doliéronse los blandos, lo aprobaron los valerosos.
En cambio, el destino de Lovat con indiferencia
contemplamos: fiel a ningún rey, a toda religión ajeno,
nadie que sea justo olvida la ruina que ha causado,
ningún niño llora por el tirano de su hijo;
ningún *tory* se apiada, pensando en lo quien fuese;
ningún *whig* se compadece, pues desertó de la causa;
los bravos no se duelen, pues bravo no era,
los sinceros no lo velan, ¡por saberlo un calavera^[92]!

En este año, su viejo discípulo y buen amigo, David Garrick, se hizo empresario y director del Teatro de Drury Lane, con lo que Johnson honró la inauguración con un prólogo* que no tiene parangón por su acertada y viril crítica de todo el ámbito del teatro inglés, tal como no encuentra rival por su excelente alocución poética. Al igual que el celebrado epílogo a *La madre afligida*^[c46] fue a lo largo de toda la temporada reclamado con frecuencia por el público. Tan a menudo se han repetido los pasajes más asombrosos y brillantes, tan bien los recuerdan todos los amantes del teatro y la

poesía, que sería superfluo reseñarlos. En la *Gentleman's Magazine* de diciembre publicó una «Oda sobre el invierno» que es, creo yo, muestra admirable de su genio para la poesía lírica.^[c47]

Sin embargo, el año de 1747 destaca por ser el momento en que la obra más ardua e importante de Johnson, el *Diccionario de la lengua inglesa*, fue anunciada al mundo mediante la publicación de su *Plan* o *Prospectus*.

Desconozco cuánto tiempo había dedicado a contemplar la idea de acometer esta empresa gigantesca. Una vez le pregunté por qué medios había alcanzado a amasar tan pasmoso conocimiento de nuestra lengua, imprescindible para hacer realidad un proyecto de tamaña envergadura y dificultad. Me respondió que no había sido consecuencia de un estudio particular, sino que «había crecido en su intelecto sin darse cuenta». Me ha informado el señor James Dodsley de que varios años antes, hallándose un día Johnson sentado en el establecimiento de su hermano, Robert Dodsley, le oyó comentar a este último que un diccionario de la lengua inglesa sería una obra que el público a buen seguro recibiría con agrado; que Johnson al principio pareció acoger con interés la propuesta, pero que tras una pausa dijo en tono brusco y concluyente: «Creo que no seré yo quien la emprenda». No obstante, es evidente que había dedicado muchos pensamientos y cavilaciones a esta cuestión antes incluso de que publicara el *Plan*, como se deduce de la amplia, nítida y exacta panorámica que en él exhibe. En ese opúsculo lo vemos mencionar que muchos de los escritores cuyos testimonios habrían de aducirse en calidad de autoridades fueron seleccionados por Pope,^[c48] lo cual demuestra que estaba provisto, seguramente por indicación de Robert Dodsley, de todas aquellas sugerencias que el insigne poeta había aportado de cara a tan magno proyecto literario, que había sido asunto de importantes y sopesadas consideraciones durante un reinado anterior.

Los libreros que contrataron a Johnson, solo y sin ayuda de nadie, para la ejecución de una obra que en otros países sólo se ha llevado a cabo mediante la cooperación y el esfuerzo conjunto de muchos, fueron Robert Dodsley, Charles Hitch, Andrew Millar, los dos Longman y los dos Knapton. El pago estipulado por sus trabajos fue de doscientas veinticinco libras.^[c49]

Adquiere el *Plan* la forma de carta dirigida a Philip Dormer, Conde de Chesterfield, uno de los principales secretarios de Estado nombrados por Su Majestad, hombre de noble cuna, que tenía grandes ambiciones y afán de despuntar por sus distinciones en lo literario, y que tan pronto tuvo conocimiento del proyecto se había manifestado en términos muy halagüeños sobre su futuro éxito. Es posible que en todas las cosas de importancia haya una historia secreta que sería gustoso relatar si pudiéramos contarla con la debida autenticidad. «Señor —me dijo Johnson^[93]—, el modo en que se terminó por dedicar el *Plan* de mi *Diccionario* a lord Chesterfield es como sigue: yo no había conseguido terminarlo en la fecha convenida. Dodsley comentó su deseo de que le fuera dedicado a lord Chesterfield. Tomé su deseo como pretexto para posponerlo de nuevo, alegando la intención de

hacerlo mejor, y dejé que Dodsley viera cumplido su deseo. Y dije a mi amigo el doctor Bathurst: “Ahora, si algo bueno deparase mi dedicatoria a lord Chesterfield, se atribuirá a una profunda cuestión política, cuando lo cierto es que sólo fue una pasajera excusa por mi pereza”».

Vale la pena señalar que el *Plan* posee no sólo los muy sustanciales méritos de su comprensión, precisión y perspicacia, sino que también está escrito en un lenguaje de una excelencia excepcional, pues se halla libre por completo de todo recargamiento del estilo y de esos vocablos nada corrientes, aunque idóneos y llenos de energía,^[c50] que en algunos de sus escritos han sido objeto de censura, bien que con más petulancia que justicia; asimismo, nunca hubo un tono de alabanza más digno que el escogido para cortejar a quien, a partir de esa persuasión, habría de ser un respetable patrocinador de la empresa:

Con arreglo a cuestiones como la pureza o la propiedad —dice—, tuve en su día ciertas dudas sobre si no sería excederme en mis atribuciones el tratar de precisarlas, sobre si la provincia de mis cavilaciones había de ampliarse más allá de la cuestión propuesta y sobre el despliegue de sufragios a uno y otro lado; ahora bien, desde entonces he determinado, de acuerdo con la opinión de Vuestra Señoría, interponer mi propio criterio, y me desviviré por tanto en respaldar cuanto me parezca más acorde con la Gramática y la razón. Ausonio creía que la modestia le impedía alegar su incapacidad para una tarea a la altura de la cual lo había considerado César: «*¿Cur me posse negem posse quod ille putat?*»^[c51].

Y tengo la firme esperanza, milord, de que toda vez que vos, siendo vuestra autoridad en materia lingüística generalmente reconocida por todos, me habéis encomendado que proclame mi propia opinión, seré considerado alguien que ejerce una suerte de jurisdicción vicaria, y que el poder que bien pudiera haberseme negado me será otorgado con presteza en calidad de mero delegado de Vuestra Señoría.

Este pasaje demuestra que la dedicatoria que hizo Johnson de su *Plan del Diccionario* a lord Chesterfield no fue mera consecuencia del informe, recibido gracias a Dodsley, de que el Conde viera con buenos ojos el proyecto, sino que hubo asimismo una comunicación privada con Su Señoría en lo tocante al mismo. El doctor Taylor me dijo que Johnson le envió su *Plan* en manuscrito para que lo revisara, y que cuando lo tenía sobre la mesa le hizo una visita William Whitehead, el cual, al mostrárselo, se dio por complacido en grado sumo con los trozos que pudo leer, y le pidió permiso para llevárselo a su casa, permiso que le fue concedido; de él pasó a manos de un noble lord, quien se lo llevó a lord Chesterfield. Como Taylor comentara que eso podía constituir una ventaja, Johnson respondió: «No, señor; si no lo hubiera ojeado nadie habría brotado con más pujanza».

La opinión que le mereció a otro noble escritor se halla en el siguiente extracto de una carta del Conde de Orrery al doctor Birch:

Caledonia,
30 de diciembre de 1747

Acabo de ver la muestra del *Diccionario* de Johnson dedicado a lord Chesterfield. Mucho me complace el *Plan*; creo que la muestra es una de las mejores que haya visto nunca. La mayoría de las muestras de un libro en curso de redacción producen rechazo, en vez de predisponernos favorablemente a la obra que vendrá; en cambio, el lenguaje de Johnson es bueno, y los argumentos los enuncia con decoro y modestia. No obstante, algunas de las expresiones pueden dar pie a cavilaciones y reparos. Pondré un ejemplo. El laurel *yermo*. El laurel no es yermo en

ninguno de los sentidos; da fruto y flores. *Sed hae sunt nugae*,^[c52] y albergo grandes esperanzas de su trabajo^[94].

Él mismo reconoce que tenía conciencia plena de la ardua naturaleza que entrañaba la tarea acometida; se muestra perfectamente sabedor de ello en la conclusión del *Plan*,^[c53] si bien tenía una noble y justa apreciación de su capacidad y de sus limitaciones, lo cual le permitió seguir adelante con ánimo imperturbable y sin flaquear.

El doctor Adams lo encontró un día atareado en su *Diccionario*, y entablaron entre ambos el diálogo siguiente: ADAMS: «¿Cómo va a resolver todas las etimologías de tan gran obra?». JOHNSON: «Pues vea, señor; aquí hay un anaquel donde están Junius, Skinner y otros; hay un caballero galés que ha publicado una colección de proverbios de su tierra, y que me servirá de *ayuda* en el galés». ADAMS: «Pero... ¿cómo es capaz de hacer esto en sólo tres años?». JOHNSON: «No tengo la menor duda de que puedo hacerlo en tres años». ADAMS: «Hay que tener en cuenta que la Academia Francesa, compuesta por cuarenta miembros, necesitó cuarenta años para compilar su *Diccionario*». JOHNSON: «Así es, en efecto. Ésa es la proporción. Veamos: cuarenta veces cuarenta son mil seiscientos. Como tres es a seiscientos; ésa es la proporción que guarda un inglés con un francés». Con tanto desenfado y tanta gracia era capaz de comentar la prodigiosa tarea que se había propuesto llevar a cabo.

El público lector conoce, gracias a otra pluma^[95], un largo y detallado recuento de lo que habían hecho en este país lexicógrafos anteriores, y sin duda Johnson tuvo el rasgo de sabiduría de abastecerse de ellos, si bien la investigación erudita y sin embargo juiciosa de nuestras etimologías, el variadísimo y no obstante preciso despliegue en las definiciones, así como la caudalosa colección de autoridades, estaban reservados al superior intelecto de nuestro gran filólogo. Para la parte puramente mecánica del trabajo, según me dijo, empleó a seis amanuenses, y conviene recordarles a los nativos del norte de Gran Bretaña, a los que se presupone que era tan hostil, que cinco eran originarios de las regiones septentrionales de la isla. Estaban entre ellos los señores Macbean; el señor Shiels, de quien más adelante veremos que escribió en parte la sección de las *Vidas de los poetas* que corresponde a Cibber^[96]; el señor Stewart, hijo de George Stewart, librero de Edimburgo y, por último, el señor Maitland. El sexto de los humildes ayudantes fue el señor Peyton, de quien tengo entendido que enseñaba francés y publicó algunos tratados elementales.

Con todos estos denodados trabajadores mostró Johnson una gran amabilidad cada vez que la requirieron. Macbean el viejo tuvo más adelante el honor de ser bibliotecario de Archibald, Duque de Argyle, durante muchos años, aunque se quedó sin un chelín. Johnson le escribió un prefacio para *Un sistema de geografía antigua*, y mediante el favor de lord Thurlow logró que se le admitiera como hermano indigente en la cartuja. Por Shiels, que murió de consunción, sintió un gran afecto, y se ha pensado que aportó algunas de las frases escogidas de las *Vidas de los poetas*. Peyton,

cuando se vio reducido a la penuria, recibió a menudo ayuda de los fondos que tuviera Johnson, quien llegó a cubrir los gastos de su entierro y del de su esposa.

1748: ÆTAT. 39.] Mientras seguía su curso el trabajo en el *Diccionario*, Johnson vivió parte de su tiempo en Holborn y parte en Gough Square, junto a Fleet Street; hizo construir en una de las estancias de la primera planta una especie de contaduría, desde la que daba instrucciones a los copistas para que se aplicaran en sus tareas. Las voces, tomadas en parte de otros diccionarios, en parte cosechadas por él mismo, quedaron escritas por vez primera con espacios intermedios en los que él recogía sus etimologías, definiciones y acepciones diversas. Las autoridades se copiaban de los propios libros, pasajes que él había subrayado con lápiz a la mina de plomo, cuyo rastro era fácil de borrar. He examinado varios, en los que nadie se había tomado esa molestia, de suerte que se encuentran tal como estaban cuando los emplearon los copistas. Es digno de nota que pusiera tanta atención en la elección de los pasajes que dieron autoridad a las voces, que pueden leerse en su *Diccionario*, página tras página, con provecho y con placer; y no conviene pasar por alto que no haya citado a un solo autor cuyos escritos tuvieran propensión a lastimar las sólidas creencias religiosas y la moralidad que profesaba.

El desembolso necesario para la preparación de una obra de tal magnitud para la imprenta tuvo que haber supuesto una más que considerable deducción del precio estipulado como pago de las regalías por derechos de autor. Entiendo que nada cedieron los libreros en ese concepto, y recuerdo que me dijo que como gran parte del texto fue escrito, debido a un descuido, en ambas caras del papel, lo cual había sido un gran inconveniente para los cajistas, le costó veinte libras transcribirlo sólo por una de las caras.

Preciso es imaginarlo en esta época «encadenado al remo y remando contracorriente», dedicado de lleno, con firmeza, a una ocupación continua que habría sido más que suficiente para consumirle todo el tiempo durante unos cuantos años, y que fue la mejor de las prevenciones contra esa melancolía constitutiva que siempre le rondaba, presta en todo momento a trastornar su paz y robarle la tranquilidad. Ahora bien, su descomunal y vivaz intelecto no estaba satisfecho sin tener diversas cuestiones en las que ocuparse, y sin los placeres de la relajación y la animación. Por consiguiente, no sólo ejercitó su talento en alguna composición ocasional de tono muy distinto al propio de la lexicografía, sino que además formó un club en Ivy Lane: Paternoster Row, con vistas a disfrutar de discusiones literarias y

entretener así sus veladas. Los miembros con él inscritos en su pequeña sociedad fueron su querido amigo, el doctor Richard Bathurst, el señor Hawkesworth, más adelante conocido por sus escritos, John Hawkins, abogado^[97], y algunos más de variadas profesiones.

La *Gentleman's Magazine* de mayo de este año publicó una *Vida de Roscommon** provista de notas, que después mejoró él mismo de manera sustancial, incorporando las notas al texto e insertándola en las *Vidas de los poetas ingleses*.

Dodsley publicó en este año su *Preceptor*, uno de los libros para la educación de los intelectos jóvenes más valiosos que se hayan publicado en cualquier lengua, y a esta meritoria labor puso Johnson el prefacio,* que contiene un esbozo general del libro, con una breve y perspicaz recomendación de cada uno de sus artículos, amén de aportar la «Visión de Teodoro el eremita hallada en su celda»,* una bellísima alegoría de la vida humana encarnada en la figura del ascenso a la montaña de la existencia. El Obispo de Dromore oyó decir al doctor Johnson que le parecía lo mejor que jamás hubiera escrito.

1749: ÆTAT. 40.] En enero de 1749 publicó *La vanidad de los deseos del hombre*, imitación de la décima sátira de Juvenal. Creo que la compuso durante el año anterior^[98]. Para gozar del aire puro del campo, la señora Johnson disponía entonces de un alojamiento alquilado en Hampstead, al que él recurría ocasionalmente, y es allí donde escribió la mayor parte, si no la totalidad, de esta imitación. A duras penas se puede dar crédito a la férvida rapidez con que brotó de su pluma. Le he oído decir que compuso setenta versos en un solo día, sin consignar uno solo de ellos al papel hasta tenerlos terminados, redondos. Recuerdo que cuando una vez me lamenté de que no nos hubiera dado más sátiras de Juvenal, repuso que probablemente haría algunas más, pues las tenía todas en la cabeza, con lo cual entendí que tendría los originales y sus alusiones correspondientes flotando en el intelecto, y que podría, en cuanto le viniera en gana, ponerlos por escrito para darles forma permanente sin demasiado esfuerzo. Algunas, sin embargo, comentó que eran demasiado groseras para imitarlas.

Los beneficios obtenidos por un solo poema, al margen de su excelencia, parecen haber sido muy exiguos durante el pasado reinado, en comparación con lo que se sabe que hoy devenga muchas veces una publicación de similar extensión. He comentado antes, basándome en la autoridad del propio Johnson, que por su *Londres* sólo se embolsó diez guineas; ahora, una vez establecida su fama, ingresó por *La vanidad de los deseos del hombre* sólo cinco guineas más, según demuestra un documento auténtico que obra en mi poder^[99].

Vale la pena observar que se reservó el derecho de imprimir por su cuenta una edición más de su sátira, práctica habitual en la cesión de todos sus escritos, pues era su intención declarada publicar más adelante, en su propio beneficio, una edición completa de sus obras.

Su *Vanidad de los deseos del hombre* contiene menos de la vida común, pero tiene más dignidad filosófica que su *Londres*. Son más los lectores, por tanto, que se deleitarán con el ánimo sentencioso y mordaz de su *Londres*, en comparación con los que aprecien las reflexiones profundas de *La vanidad de los deseos del hombre*. Garrick, por ejemplo, observó con su talante alegre y brioso, con más viveza que respeto al criterio justo, como es habitual en las personas de ingenio, que «cuando Johnson pasó mucho tiempo con los Hervey, y tuvo ocasión de ver las cosas que

pasaban en la vida, escribió su *Londres*, que es animado y llevadero. Cuando se volvió más reservado nos dio su *Vanidad de los deseos del hombre*, que es dura de pelar como un poema en griego. De haber decidido imitar otra sátira, le habría salido tan áspera y correosa como el hebreo».

Sin embargo, en opinión de los jueces mejor cualificados, *La vanidad de los deseos del hombre* es uno de los máximos logros en la poesía moral escrita en cualquier lengua. Los variados ejemplos del desengaño están escogidos con tan buen criterio y descritos con tanta fuerza que en el momento mismo de leerlos colman de convicción a cualquier hombre que sepa pensar. El del erudito tuvo que rebajar y abatir las expectativas demasiado confiadas de más de un estudiante ambicioso^[100]. El del guerrero, Carlos de Suecia, es un cuadro, creo yo, tan acabado como se pueda concebir.

Aun cuando fueran suprimidas de un plumazo todas las demás excelencias del poema, aún merecería nuestra gratitud y reverencia su muy noble conclusión, que nos consuela y asegura que es posible alcanzar la felicidad si «aplicamos a la piedad nuestros corazones»:

¿Dónde han de hallar la esperanza y el miedo su objeto?
¿Ha de corromper la tediosa intriga el estancado intelecto?
¿Es que el hombre en desamparo, en la ignorancia sedado,
ha de rodar anodino, llevado por el torrente de su hado?
¿No ha de dar la alarma, no ha de suscitar deseos,
no ha de clamar desconsolado por la misericordia de los cielos?
Cesad, preguntas tormentosas; aún resta petición
que quizá atienda el Cielo, que no tome por vana la religión.
Alzad aún con bien la voz de súplica comedida,
pero dejad al Cielo que tome cartas y decida.
Poneos a salvo en sus manos, que su ojo no se engaña
y discierne secreta emboscada en la oración que es patraña;
implorad su auxilio, en sus decisiones descansad
ciertos de que dará lo mejor que pueda otorgar.
Y cuando prenda el fuego de la sagrada presencia,
y una intensa devoción a los cielos ascienda,
manifestad vuestros fervores por un ánima sana,
por pasiones obedientes y una voluntad resignada;
por la caridad, que colmar no podrá la tribu aunada;
por la paciencia, soberana de la enfermedad domeñada;
por la fe, que asiento ansia de mayor dulzura,
tomad la muerte por señal de retirada que bondadosa da Natura.
Estos bienes para el hombre la ley del Cielo ordena llana,
estos bienes garantiza quien garantice del poder la palma;
con esta celestial sabiduría el ánimo sosiega
y urde la felicidad plena que no encuentra.

Investido Garrick de poder en el mundo del teatro, al ser director del Teatro de Drury Lane, lo empleó bondadosa y generosamente para poner en escena la tragedia de Johnson, que largos años llevaba en la oscuridad por falta de alguien decidido a infundirle aliento.^[a nota c23, Vol. IV] Ahora bien, en tan benévolo propósito topó con no pocas dificultades por el temperamento de Johnson, quien no podía tolerar que una

obra que había forjado con tan denodado estudio, que se vio obligado a guardar en el cajón más de los nueve años prescritos por Horacio, hubiera de ser revisada y corregida a satisfacción de un actor. Con todo y con eso, bien sabía Garrick que sin algunas alteraciones no era apta para la escena. Desatada una virulenta disputa entre ambos, Garrick recurrió a la mediación del reverendo doctor Taylor. Johnson se mostró al principio muy obstinado. «Señor —dijo—, ese individuo pretende que Mahoma enloquezca, para que él tenga ocasión de mover las manos cual aspas de molino y soltar patadas al aire».^[c54] Sin embargo, a trancas y barrancas dio al final su brazo a torcer y se plegó a los deseos de Garrick a la hora de introducir ciertas modificaciones, que sin embargo no fueron suficientes.

El doctor Adams estuvo presente en la noche del estreno de *Irene*, y me facilitó el siguiente relato: «Antes de que se levantara el telón hubo silbidos y abucheos que alarmaron a los amigos de Johnson. El prólogo de la obra, que había escrito con fogosidad viril, aplacó los ánimos del público^[101] y la representación siguió tolerablemente su curso hasta el final, cuando la señora Pritchard, que interpretaba a la heroína de la obra, debía ser estrangulada en escena y recitar dos versos con el lazo homicida al cuello. El público prorrumpió en un griterío: “¡Que la matan, que la matan! ¡Asesino!”. Varias veces intentó hablar, pero fue en vano. Al final, tuvo que salir viva y por su propio pie del escenario». Este pasaje fue posteriormente suprimido; a la heroína se la llevaban a rastras para que muriese entre bambalinas, tal como figura ahora en la obra. El epílogo, según me informó Johnson, es de sir William Yonge. Desconozco de qué modo llegó esta obra a contar con la participación de un hombre entonces tan eminente en el mundo de la política.

A pesar de todo el respaldo que le prestaron actores y actrices de la talla de Garrick, la señora Cibber y la señora Pritchard, a pesar de disponer de todas las ventajas del vestuario y los decorados, la tragedia de *Irene* no gustó al público. Gracias al celo que puso Garrick se representó durante nueve noches, con lo que el autor dispuso de sus ingresos por tres representaciones; a juzgar por el recibo firmado por él, hoy en manos de James Dodsley, parece ser que su amigo Robert Dodsley le pagó cien libras por los derechos, con su habitual previsión de reservarse una posible edición futura.

Considerado como poema, *Irene* tiene derecho a los elogios propios de su excelencia superior. Si se analiza por partes, contiene un caudal abundante de nobles sentimientos, espléndidas imágenes, bello lenguaje; ahora bien, presenta un grave déficit en lo que se refiere al patetismo, ese delicado poder de conmover los sentimientos que es la finalidad primordial del teatro^[102]. En efecto, según queja que me ha transmitido Garrick, Johnson no sólo no poseía la facultad de producir las impresiones propias de la tragedia, sino que también carecía de la sensibilidad necesaria para percibir las. La predicción que hiciera su gran amigo, el señor Walmsley, según la cual «llegaría a ser un gran autor de tragedias», resultó desacertada. Johnson poseía la inteligencia suficiente para convencerse de que carecía

del talento necesario para escribir con éxito para la escena, de modo que nunca volvió a hacer otro intento en ese género.^[c55]

Cuando se le preguntaba cómo se sentía ante la mala acogida de su tragedia, respondía: «Como el monumento», dando así a entender que seguía firme e inamovible como una columna. Y conviene recordar, a modo de admonición sobre el *genus irritabile*^[c56] de los dramaturgos, que este gran hombre, lejos de quejarse con fastidio del mal gusto imperante en la ciudad, se sometió a su veredicto sin siquiera mascullar un improperio. En toda suerte de ocasiones demostró tener, desde luego, gran deferencia por la opinión de la mayoría: «Un hombre que escribe un libro —dijo— se considera más sabio e ingenioso que el resto de la humanidad; supone que puede instruir o deleitar a los demás, y es el público al que apela el que a fin de cuentas ha de juzgar sus pretensiones».

Con ocasión de que se representara su obra, Johnson tuvo el capricho de que, en su recién estrenada condición de autor dramático, fuera su vestimenta más alegre que de costumbre. Así pues, se asomó entre bambalinas e incluso estuvo en uno de los palcos, ataviado con un chaleco escarlata, recamado en hilo de oro, y con sombrero también bordado en oro. Humorísticamente comentó a Langton que «ataviado de tal guisa, no podía tratar a los presentes con la misma llaneza que cuando vestía de diario». Habremos de convenir, desde luego, que el atuendo tiene sobre los ánimos de intenso carácter un efecto mayor del que cabe suponer, sobre todo cuando no se tiene experiencia. Su obligada asistencia a los ensayos de la obra, así como a las representaciones, lo puso en relación con muchos de los actores de uno y otro sexo, lo cual le valió una opinión mucho más favorable sobre la profesión que la ásperamente vertida en su *Vida de Savage*. Con algunos mantuvo trato a lo largo de toda su vida y no dudó en darles muestras de su bondad. Durante una más que considerable temporada acostumbró frecuentar la Green Room, y parecía deleitarle disipar su tristeza mezclándose en las chácharas vivaces del bullicioso círculo que allí se daba cita. David Hume me comentó que Garrick le había dicho que Johnson al final se prohibió estas diversiones por consideración de su muy rigurosa virtud, diciéndole: «No volveré a visitar vuestras reuniones entre bambalinas, David, pues las medias de seda y los blancos escotes de vuestras actrices excitan mis propensiones amorosas».^[c57]

1750: ÆTAT. 41.] En 1750 se manifestó con todo el carácter para el que estaba mejor cualificado, el de majestuoso maestro de sabiduría moral y religiosa. El medio que escogió para tal fin fue una publicación periódica, medio que, según sabía, había sido empleado en ocasiones anteriores con gran éxito. El *Tatler*, el *Spectator* y el *Guardian* fueron los últimos de este tipo que se publicaron en Inglaterra, y soportaron la prueba de una larga duración en el tiempo; desde su publicación había pasado tal intervalo que dio en pensar acertadamente que, para muchos de los lectores que sus obras ya tenían, esta forma de instrucción en cierto modo había de revestir la ventaja de lo novedoso. Pocos días después de que viera la luz el primero de sus ensayos, apareció un competidor por la fama en idéntico formato, con la cabecera de *The Tatler Revived*, que tengo entendido que «nació para morir». Creo que Johnson no quedó muy contento con la elección de su cabecera, el *Rambler*, que desde luego no era muy acorde con la serie de discursos graves, sentenciosos, moralizantes, que había de contener, y que los italianos han traducido literalmente, pero de modo ridículo, por *Il Vagabondo*,^[c58] y que de un tiempo a esta parte ha sido asumida como denominación de un vehículo de cuentos de carácter licencioso, *The Rambler's Magazine*. Dio a sir Joshua Reynolds la siguiente relación de cómo adquirió su nombre: «Señor, lo que ha de hacerse se hará. Cuando me disponía a publicar aquel periódico, no tenía ni idea de qué nombre ponerle. Me senté de noche junto a la mesilla y resolví que no dormiría hasta que no le hubiese encontrado uno. *The Rambler* me pareció lo mejor de todo cuanto me vino a la cabeza, de modo que lo tomé como título^[103]».

De la devoción y conciencia de sentimientos con que acometió la publicación del periódico da cuenta la siguiente plegaria, que compuso y alzó en esta ocasión: «Dios Todopoderoso, dador de todo lo bueno, sin cuyo auxilio es ineficaz todo empeño, sin cuya gracia toda sabiduría es mero dislate, concédeme, te lo ruego, que en esta empresa no se aparte de mí tu Espíritu Santo, y que con ella pueda promover tu gloria y la salvación de mi alma y las de los demás; concédemelo, oh Señor, en nombre de tu hijo Jesucristo, amén^[104]».

El primer número del *Rambler* se publicó el martes 20 de marzo de 1750; su autor pudo darle continuidad sin interrupción, todos los martes y los jueves, hasta el sábado 17 de marzo de 1752, en que cerró^[105]. Se trata de una patente confirmación de la

verdad contenida en un comentario suyo, que he tenido ya ocasión de citar en otra parte^[106], según el cual «puede un hombre escribir en cualquier momento, siempre y cuando se empeñe en ello», pues a pesar de su connatural indolencia, su depresión anímica, su descomunal trabajo en la preparación del *Diccionario*, no dejó de contestar durante todo ese tiempo al llamamiento implacable de la imprenta, dos veces por semana, desde la trastienda de su intelecto, sin recibir más ayuda que cuatro billetes, debido el n.º 10 a la señorita Mulso, hoy señora de Chapone; el n.º 30 a la señorita Catherine Talbot; el n.º 97 a Samuel Richardson, a quien describe en una nota introductoria como «un autor que ha ampliado el conocimiento de la naturaleza humana y que ha enseñado a las pasiones a moverse al mando de la virtud»; y los números 44 y 100 a Elizabeth Carter.

La posteridad quedará asombrada cuando tenga conocimiento, apelando a la autoridad del propio Johnson, de que muchos de estos discursos que deberíamos suponer trabajados a fondo, con lentitud, con toda la atención que permite el ocio cuando uno se dedica a la literatura, en realidad fueron escritos deprisa y corriendo, como se suele decir, cuando ya apremiaba la hora de la entrega, sin que él los relejera antes de darlos a la imprenta. Es algo que sólo se puede explicar de este modo: mediante la lectura y la meditación, y mediante un muy sopesado examen de la vida, había acumulado un grandísimo fondo de misceláneos saberes que, gracias a una muy peculiar presteza del intelecto, tenía siempre listos y a su disposición, y que constantemente se había habituado a revestir con las expresiones más idóneas y enérgicas. Sir Joshua Reynolds le preguntó alguna vez de qué manera había adquirido su extraordinaria precisión y fluido verbo. Le respondió que desde muy pronto se propuso tener por regla fija el descollar de la mejor manera en todas las ocasiones y en compañía de quien con él estuviera, e impartir cuantos conocimientos tuviera con el lenguaje más convincente con que supiera decirlo, y que gracias a su práctica constante y a su no tolerar que de él surgiera ninguna expresión desaliñada, a esforzarse por no transmitir sus pensamientos sin haberlos dispuesto de la manera más clara que le fuera posible, se tornó algo habitual en él.

Ahora bien, no carecía de cierta preparación como escritor para los periódicos, pues obra en mi poder un pequeño volumen en duodécimo en el que ha escrito, a modo del *Libro de los lugares comunes*, de Locke, gran variedad de esbozos para ensayos sobre los más diversos asuntos. En la primera hoja en blanco ha anotado lo que sigue: «Hasta la página 128ª, material para el *Rambler*»; en otro lugar, «en la 52ª hay ya 17; en la 97ª, 21; en la 190ª, 25». En época posterior, probablemente terminados ya estos escritos, añadió: «En total, cuenta de materiales previstos, 30».

Sir John Hawkins, desafortunado en todas las ocasiones, nos dice que «este método de acumular informaciones ya lo había puesto en práctica Addison, y queda humorísticamente descrito en uno de los números de su *Spectator*, en el que finge que se le ha caído su papel de *notanda*, consistente en una mezcolanza de frases sin concluir y apuntes sueltos que, según firma, había acopiado con intención de

aprovecharlos. Muy de la misma índole son los *Adversaria* de Johnson^[107]». La verdad es que no hay semejanza entre ambas. La nota de Addison era para ficción, en la que fragmentos de sus lucubraciones sin conexión alguna se amalgamaban adrede, del modo más descoyuntado posible, con el fin de producir un efecto cómico. En cambio, las abreviaturas de Johnson gozan de claridad y son aplicables a cada uno de los asuntos que se mencionan en el encabezamiento.

Por ejemplo, la siguiente muestra:

ENTRADA SOBRE LA JUVENTUD, ETC.

La relación que hace Baxter de las cosas sobre las que cambió de opinión a medida que fue creciendo. Voluminosa. No es de extrañar. Si todos los hombres tuvieran que decir, o señalar, en cuántos asuntos han cambiado de opinión, harían falta muchos volúmenes, aunque esos cambios no siempre los observa el propio hombre. Del placer al trabajo y de ahí a la quietud; del momento pensativo a la reflexión; de la disipación a lo doméstico, mediante gradación imperceptible. El cambio es innegable. Reloj de sol.^[c59] *Non progredi, progress, esse conspicimus*. Miremos atrás, consideremos qué pensábamos en época distante.

Predominio de la esperanza en la juventud. El intelecto no de buen grado se permite los pensamientos que no sean placenteros. El mundo yace ante uno como recubierto de un fino esmalte, y es tan remoto como el dorado porvenir^[108]; las desigualdades sólo se encuentran cuando uno llega a ellas. *El amor ha de ser todo alborozo; los niños son excelentes.* Constancia de la fama. Los roces con los grandes. Los aplausos de los sabios. Las sonrisas de la Belleza.

Miedo a la deshonra. Timidez. Se da menor importancia a las cosas. Se olvidan los pasos en falso como si fuesen aciertos. Si se recuerdan, no tienen importancia. Peligro de hundirse en la negligencia de la propia reputación. No sea que el miedo a la deshonra destruya la actividad.

Confianza en uno mismo. Es larga la vida que se tiene por delante. No se piensa en la enfermedad. Azoramiento. Distracciones familiares. Calamidades públicas. No se tiene constancia del peso de las malas costumbres. Se hace caso omiso del tiempo. Presteza para emprender. Descuido en el tesón. Todo cambia con el tiempo.

Confianza en los demás. No se recela cuando no hay experiencia. Uno se imagina protegido de la desatención, nunca imagina que nadie vaya a tratarlo mal. Propenso a confiar, con la esperanza de que los otros confíen en uno. Se reconoce con el tiempo el egoísmo, la mezquindad, la cobardía, las traiciones de los hombres.

La juventud es ambiciosa, pues piensa que los honores son fáciles de lograr.

Distintas clases de elogios perseguidos en momentos distintos. De la alegría en la juventud; desprecio del peligro y del dolor.

De la imaginación y los caprichos en la edad madura. Ámbito. Provisiones. Tratos. De los sabios y los sobrios en la vejez. Seriedad, formalidad. Máximas, pero en general. Sólo para los ricos, por lo demás, edad es despreocupación. Aunque al cabo todo hace referencia a la riqueza. No tener fama, honor, influencia, sin sujeción al capricho.

Horacio.^[c60]

Duro sería que los hombres se iniciaran en la vida con la misma visión con que salen de ella, o que de ella se fueran pensando igual que al entrar. No hay esperanza, no hay emprendimiento, no hay respeto a la benevolencia, no hay miedo a la deshonra, etc.

La juventud ha de aprender la piedad que da la vejez. La vejez ha de retener el honor de la juventud.

Observará el lector que éste es el borrador del n.º 196 del *Rambler*. Aún le obsequiaré con otra muestra:

DIFICULTAD DE LAS CONFEDERACIONES Y POR QUE

Rara vez hay en la guerra un combate uno contra uno; así también en la paz. De ahí que los reyes se hagan absolutos. Las confederaciones, en el aprendizaje: toda gran obra es obra de uno solo. *Bruy*. La amistad de los estudiosos, como la de las damas. *Scribamus*, etc. *Mart*. La manzana de la discordia, el laurel de la discordia, la

pobreza de la crítica. Opinión de Swift sobre el poder de los genios unidos.^[c61] Unión difícilmente viable. Sus comentarios, justos; el hombre es de naturaleza social, no constante. Atracción del hombre por las palabras, repulsa por las pasiones. Atracción centrífuga, repulsión centrípeta.

El peligro común une aplastando otras pasiones... que retornan. La igualdad estorba el cumplimiento. La superioridad produce insolencia y envidias. Demasiado respeto en cada cual y en el propio interés... demasiado poco.

Las maldades de las sociedades privativas y exclusivas. Adecuación de la atracción social desdibujada en el todo. Las maldades de un excesivo amor parcial al propio país. Contracción de deberes morales. Ὅτι φιλοί, ον φιλος.^[c62]

Todo hombre gravita alrededor de su propio centro, y por tanto repele a los demás de un contacto demasiado estrecho, aun cuando se plieguen a ciertas leyes generales.

De la confederación con superiores, todos conocen las inconveniencias. Con iguales, no hay autoridad; cada cual propugna su propia opinión, su propio interés.

Hombre y mujer unidos a duras penas; unión siempre escasa sin hijos. Cómputo: si dos a uno contra dos, ¿cuántos contra cinco? Si las confederaciones son inestables, inservible; muchos oprimen a muchos. De ser posible sólo algunos, peligroso. *Principum amicitias*.^[c63]

Aquí vemos el embrión del n.º 45 del *Adventurer*, y viene a confirmar lo que más adelante tendré ocasión de señalar, esto es, que todos los ensayos de dicha colección que se marcaron con una «T» fueron escritos por Johnson. [\[a nota 175, Vol. III\]](#)

Tan limitada preparación de materiales, sin embargo, disminuye poco nuestra maravilla ante la extraordinaria fertilidad de su intelecto, pues la proporción que guardan con el número de ensayos que escribió es muy escasa; es asimismo digno de nota que aquellos para los que no hizo preparativo alguno sean tan abundantes y estén igual de acabados que aquellos en los que contó con la ayuda de un borrador previo. También habremos de observar que los ensayos amalgamados a partir de apuntes previos los ha trabajado con idéntica fuerza expresiva y la misma elegancia, tanto que perdemos de vista los apuntes, que pasan a ser «gotas en un cubo». En efecto, en varios ejemplos ha hecho un empleo apenas visible de todos ellos, de modo que abundan los apuntes todavía por aplicar^[109].

Como el *Rambler* era enteramente obra de un solo hombre, se nota, como es natural, una gran uniformidad en su textura, tanta que en gran medida excluye el encanto de la variedad; el molde grave y a menudo solemne de su pensamiento, que lo distinguió de otras publicaciones periódicas, también le valió no ser, durante algún tiempo, del gusto general. Tan despacio conquistó el favor del público más amplio esta obra excelente, de la que hoy ya han salido de imprenta doce ediciones, que incluso en el último número dice su autor: «Nunca he sido uno de los preferidos del público^[110]».

Sin embargo, al poco de empezar a publicarse, ya hubo quienes sintieron y reconocieron su singular excelencia. En los periódicos aparecieron versos de elogio; el director de la *Gentleman's Magazine* comenta, en octubre, que ha recibido de sus más cultos lectores varias cartas del mismo tenor. En *The Student, or the Oxford and Cambridge Miscellany*, cuyos principales colaboradores eran Bonnell Thornton y Colman, se describe como «una obra que sobrepasa todo lo que en su género se haya publicado en este país, incluidos bastantes números del *Spectator*, caso de que en

efecto pueda hacerse esa excepción». Y se añade más abajo: «Ojalá el público corone con su favor sus méritos; ojalá los ingleses, bajo los auspicios del reinado de Jorge II, no descuiden a un hombre que, de haber vivido en el siglo I, habría sido uno de los grandes favoritos de Augusto». No surtió ningún efecto esta adulación al monarca. Demasiado bien sabido es que el segundo de los Jorges nunca fue un Augusto para la cultura o el genio.

Con afable amistad me relató Johnson una pequeña y grata circunstancia relativa a esta obra. La señora Johnson, en cuyo criterio y juicio tenía una gran confianza, le dijo cuando hubieron salido varios números del *Rambler*. «Antes tenía muy buena opinión de usted, pero nunca imaginé que pudiera escribir nada semejante a esto». El elogio remoto, venga de donde viniere, nunca será tan deleitoso como el de una mujer a quien uno ama y considera. Cabe decir que su aprobación llega «a lo más hondo del corazón»; viniendo de tan cerca, su efecto es más sensible y duradero.

El señor James Elphinston, que desde entonces ha publicado varias obras, y a quien Johnson siempre tuvo en muy alta estima, se encontraba por casualidad en Escocia mientras el *Rambler* se publicaba en Londres en hojas sueltas. Con celo muy loable tanto por la prosperidad y el progreso de sus compatriotas como por la reputación de su amigo, sugirió que se hiciera en Edimburgo una edición de estos ensayos, que de hecho tomó a su cargo y que fue publicándose tras la edición londinense^[111].

La carta que sigue, escrita en esta época aunque no conste la fecha, muestra lo contento que quedó Johnson con esta publicación, así como el afecto y respeto que tenía por el señor James Elphinston.

Al señor James Elphinston

[s. f.]^[c64]

Estimado señor,

no puedo por menos de confesar la escasez de mi correspondencia, si bien espero que ese mismo respeto que usted manifiesta por mí de vez en cuando le incline a perdonarme. A menudo, muy a menudo, me encuentro enfermo; cuando me encuentro bien, tengo la obligación de trabajar, y cierto es que nunca he sido muy dado a la puntualidad. Sin embargo, no debe usted hacer inferencias adversas cuando me abstengo de responder a sus amabilidades; puede estar seguro de que nunca he recibido carta suya sin sentir un gran placer y sin que me invada una cálida sensación ante su generosa amistad, que de todo corazón me culpo por no cultivar con más esmero y asiduidad. En esto, como en tantos otros casos, voy por mal camino por más que me oponga con ello a mi más honda convicción, pues entiendo que escasea cualquier ventaja temporal que sea tan deseable como el respeto y el trato familiar de los hombres más dignos. Espero que podamos estar alguna vez más próximos el uno del otro, y disponer de un modo más inmediato de verter nuestros corazones el de uno en el del otro.

Me alegra que aún halle usted el coraje necesario para seguir adelante con su edición, y le rogaré me haga el favor de añadir otros seis volúmenes a los seis que encargué, y que cuando buenamente pueda, siempre que le sea conveniente, no deje de enviármelos. Le ruego obsequie en mi nombre un juego completo al señor Ruddiman^[112], de quien tengo entendido que no es su vastísima cultura la mayor de sus excelencias.^[a nota c21, Vol. II] He transcrito los lemas, y se los devuelvo, espero que no demasiado tarde, al tiempo que los encuentre muy felizmente resueltos. El señor Cave ha incluido el último en la revista, y creo que hizo bien. Le ruego me escriba pronto, a menudo y que me envíe largas cartas, que espero a su debido tiempo devolverle, aunque en esto le pido que sea paciente acreedor. Siento por usted, sin embargo, una enorme gratitud y le tengo en grandísima estima aun cuando

tal vez no le dé las pruebas que debiera, señor, de ser su más agradecido y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

En este año escribió otra carta al mismo caballero con motivo de una luctuosa ocasión.

Al señor James Elphinston

25 de septiembre de 1750

Estimado señor,

hallo a todas luces que ha perdido usted a una madre excelente, y espero no me tenga por incapaz de compartir con usted su dolor. Tengo yo madre, ya de ochenta y dos años de edad, a la que por tanto perderé pronto, a menos que Dios quiera que sea ella quien lllore mi pérdida. Leo las cartas en que relata a la señora Stratham la muerte de su madre, y creo que me honro si le digo que las leo con lágrimas en los ojos, si bien las lágrimas ni a usted ni a mí nos sirven ya de nada, una vez pagado tributo a la Naturaleza. El cometido de la vida exige nuestro concurso y nos aleja de todo inútil lamento, a la par que nos llama al ejercicio de aquellas virtudes de cuya privación nos lamentamos. El mayor de los beneficios que puede conferir un amigo a otro estriba en preservar, suscitar y enaltecer sus virtudes. Esto es algo que su madre aún ha de hacer por usted si con diligencia guarda recuerdo de su vida, así como lo tiene de su muerte: una vida, por lo que alcanzo a saber, provechosa, sabia e inocente, una muerte resignada, apacible, santa. No puedo abstenerme de mencionar que ni la razón ni la Revelación le niegan la esperanza de que aún incrementa la felicidad de ella mediante la obediencia de sus preceptos, y de que ella pueda, en su estado actual, mirar complacida todos aquellos actos de virtud a los que sus instrucciones o su propio ejemplo le hayan llevado a usted. Sea esto un placentero ensueño, sea justa opinión de los espíritus separados de nosotros, eso en el fondo carece de importancia para nosotros cuando tenemos en cuenta que actuamos ante los ojos de Dios; sin embargo, qué duda cabe, hay algo placentero en la creencia de que nuestra separación de aquellos a quienes amamos es meramente corpórea, y puede ser gran incitación a la amistad virtuosa, si es que puede dársele la probabilidad de ser, que esa unión que ha recibido aprobación divina prosiga hasta la eternidad.

Existe un expediente mediante el cual podrá en cierta medida prolongar su presencia. Si pone minuciosamente por escrito lo que de ella recuerde desde su más tierna infancia, lo leerá con gran placer, y de ello recibirá abundantes sugerencias de recuerdos que le apacigüen cuando el tiempo aún la aleje más de su lado y su pena madure hasta tornarse veneración. Aun cuando sea ahora doloroso, éste es el consejo que por fuerza he de darle, pues será fuente de consuelo y satisfacción en tiempo venidero, ya que todo el consuelo y satisfacción es lo que sinceramente le desea, estimado señor, su más agradecido, más obediente y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El *Rambler* ha visto crecer su fama con el paso del tiempo. Poco después de concluida su primera edición en folio, se publicó en seis volúmenes en duodécimo, y en vida de su autor todavía se imprimieron diez ediciones en Londres, además de las impresas en Escocia e Irlanda.

Reconozco haber tenido siempre una profunda veneración por la pasmosa fuerza y la viveza de intelecto que se despliega en los ensayos contenidos en el *Rambler*. Que Johnson tuviera gran perspicacia, y que todo lo que así veía no velase a sus ojos la general desdicha del hombre en el presente estado de su ser, tal vez haya dado pie a la superficial idea de que era un filósofo severo en exceso. Ahora bien, los hombres de talante reflexivo sabrán percibir que ha dado una representación verdadera de la

existencia humana, y que al mismo tiempo, con generosa benevolencia, ha hecho despliegue de todos los consuelos que nuestro estado nos permite, no sólo aquellos que brotan de las esperanzas que alberga el futuro, sino también los que se pueden alcanzar en el progreso inmediato por medio de la propia vida. Nunca ha rebajado el alma al abatimiento, el desaliento y la indiferencia ante su suerte. Por doquiera siembra las semillas del estudio, del trabajo, del esfuerzo. Ha mostrado bajo una luz aborrecible a un hombre cuya práctica consiste en oscurecer las visiones de los demás mediante las perpetuas quejas de sus perfidias, y en despertar aquellas consideraciones de peligro y aflicción que en su inmensa mayoría se acallan en la quietud del olvido. Esto es algo que ha hecho con gran fuerza expresiva en su personaje llamado Suspirius,^[c65] del que Goldsmith tomó el de Croaker en su comedia titulada *El hombre de buen contentar*, tal como me dijo Johnson que se lo había reconocido a él, y como en efecto es evidente.^[c66]

Señalar los numerosísimos temas que se tratan en el *Rambler* con una dignidad y una perspicacia que se aúnan de un modo que en vano buscaremos en otros libros nos llevaría una porción excesiva del mío, amén de que resultaría, creo yo, superfluo, habida cuenta de la universal difusión que estos volúmenes han tenido. Incluso las frases más condensadas y brillantes que contienen, y que han sido muy apropiadamente escogidas y coleccionadas con el título de *Bellezas*^[113], forman un volumen considerable. Sin embargo, sucintamente puedo reseñar que el *Rambler* encierra tal provisión de discursos sobre religión, práctica y deber moral, sobre indagaciones críticas, sobre alegorías y cuentos orientales, que no habrá intelecto, por deficiente que se tenga, que mediante el estudio constante y la meditación frecuente no sea capaz de asimilar cuanto allí puede leerse. El n.º 7, escrito durante la semana de Pascua, versa sobre la abstracción y el examen de uno mismo; el n.º 110, sobre la naturaleza Divina; ninguno de los dos podrá leerse demasiado a menudo. El n.º 54, sobre los efectos que sobre nosotros debiera tener la muerte de un amigo, aunque pueda resultar desalentador, puede en ocasiones resultar medicinal para el ánimo. Cualquiera dará en suponer que el escritor quedó impresionado por una honda vivencia real, si bien me dijo que no había sido el caso, lo cual muestra qué bien podía conducirle su imaginación a la «casa del luto».^[c67] Algunos de los ensayos de corte más solemne, desde luego, concitaron la atención del doctor Young, autor de los *Pensamientos nocturnos*, al cual tengo en tanta estima que considero su elogio un gran honor incluso si es Johnson quien lo recibe. He visto algunos volúmenes del *Rambler* leídos y releídos por el doctor Young, en los que ha marcado las páginas que le parecieron particularmente excelentes doblando una esquina de las mismas, mientras que las que calificaba de una eminencia excelsa están marcadas con un pliegue doble. Lamento que algunos de estos volúmenes se hayan perdido. Johnson se mostró contento cuando tuvo noticia de la minuciosidad con que había marcado Young la aprobación que le merecían sus ensayos.

De buen grado me aventuro a decir que en ningún otro conjunto de escritos se

encuentra mejor *piedra de afilar* para el entendimiento, si se me permite emplear esa expresión, es decir, más páginas capaces de reafirmar y revigorar todo sentimiento noble y viril. El n.º 32, sobre la paciencia incluso en circunstancias sumamente desdichadas, es de una altura extraordinaria, y tan por encima de las parrafadas del estoicismo como lo está el sol de la revelación de la media luz de la filosofía pagana. Nunca he leído la siguiente frase sin estremecerme: «Creo que hay razones para cuestionar la idea de que no existe proporción entre cuerpo y alma, que no puede el uno soportar todo lo que a la otra se le inflija; que no pueda la virtud defender su territorio mientras dure la vida, y que un alma de sólidos principios no tienda a quedar antes desgajada que sometida».

Aunque sea el propósito didáctico el que predomina en el *Rambler*, viene siempre animado por una porción considerable de entretenimiento. Nada hay tan fuera de lugar como esa idea que algunas personas han sostenido, esto es, que Johnson era entonces un autor retirado, que todo lo ignoraba del mundo, y que por tanto escribía sólo a partir de su imaginación cuando describía personajes y costumbres. Él mismo me dijo que antes de escribir esa obra había «corrido mundo», tal como lo expresó, tanto o más que cualquier otro, y le he oído relatar con gran satisfacción que varios de los personajes que aparecen en el *Rambler* estaban pintados tan al natural que cuando empezaron a circular los números sueltos hubo un club, en una de las poblaciones del condado de Essex, cuyos miembros creyeron haberse visto retratados de diversos modos, y mucho se encolerizaron con una persona que, según sospechaban, los había convertido en objeto de pública censura, y no se serenaron hasta que no recibieron garantías de que el *Rambler* lo había escrito una persona que jamás había oído hablar de ellos. Se cree que algunos de los personajes están tomados realmente de la vida misma, sobre todo Próspero, a partir de Garrick,^[c68] quien nunca le perdonó del todo esa sátira mordaz. Si se trata de hallar ejemplos de la fertilidad de la imaginación, apelo al n.º 19, que pinta a un hombre que vaga de una profesión a otra con razones muy verosímiles para cada uno de sus cambios de ocupación. El n.º 34 trata de las fastidiosas manías femeninas y del refinamiento timorato; el n.º 82, de un virtuoso que se dedica a coleccionar curiosidades. El n.º 98, de la mezquindad en obsequiar a las visitas y de la bondad y el ánimo de conciliación. El n.º 182, de los cazafortunas; los números 194 y 195 son el retrato que hace un preceptor de los desmanes de su discípulo; los números 197 y 198 tratan de los cazadores de herencias. Aporta una espléndida muestra de su observación de las meras apariencias externas de la vida en el siguiente pasaje del n.º 179, contra esa cualidad tan frecuente y repugnante que es la afectación:

Quien se detenga a contemplar a la muchedumbre que atesta las calles de una populosa ciudad verá a muchos transeúntes cuyos aires, gestos y movimientos le será difícil observar sin desdén y sin risa; ahora bien, si examina cuáles son las apariencias que tan poderosamente le resultan irrisorias, entre ellas no hallará la pobreza ni la enfermedad, ni tampoco defectos involuntarios o dolorosos. La propensión a la mofa y el insulto las despierta la superficialidad del lechuguino, la hinchazón del insolente, la vivacidad de quien peca de ligereza o la solemnidad de la falsa grandeza; el paso vivaz, el pavoneo suntuoso, la actitud arrogante, el semblante altanero, los gestos

hechos para llamar la atención, las miradas elaboradamente amañadas para darse aires de importancia.

Todas las páginas del *Rambler* muestran un intelecto en el que bullen las alusiones clásicas y la imaginería poética. En toda ocasión, los ejemplos tomados de otros escritores aparecen prestos, y tan fácilmente se funden en su prosa que el conjunto resulta de uniforme y vivida textura.

Algunos críticos superficiales de esta obra han repudiado su estilo, tachándolo de enrevesado e hinchado, pródigo en vocablos anticuados y ásperos. Tan desencaminada está la primera parte de esta objeción que estoy dispuesto a desafiar a todo el que se anime a honrar este libro con un examen pormenorizado a que señale a cualquier escritor cuyo lenguaje transmita su sentido con idéntica fuerza y perspicacia. Es preciso recordar, en efecto, que la estructura de sus frases se expande, y que a menudo adolece del orden inverso del latín, y que le deleitaba enunciar pensamientos familiares en un lenguaje filosófico, siendo en este aspecto lo contrario de Sócrates, quien, se ha dicho, reducía la Filosofía a la sencillez de la vida cotidiana. Sin embargo, atendamos lo que él mismo dice en la última de sus entregas: «Cuando las palabras corrientes eran menos placenteras al oído, o menos nítidas por su significado, he familiarizado los términos de la Filosofía aplicándolos a ideas populares^[114]». En cuanto a la segunda parte de la objeción, luego de una cuidadosa relectura de la obra puedo decir con toda confianza que es asombroso por qué pocos vocablos de esa índole se le ha caracterizado injustamente así. Estoy seguro de que la proporción no excede la de uno para cada número. De esta acusación gratuita se han hecho eco sucesivos charlatanes, llegando a confundir los ensayos de Johnson con el *Diccionario* de Johnson, y como estimó oportuno recopilar en un lexicón de nuestra lengua muchas palabras que habían caído en desuso, pero que contaban con el respaldo de grandes autoridades, se ha dado en imaginar que todas ellas aparecen entrelazadas en sus propios escritos. Quizá debamos reconocer que algunas sí las adoptó de un modo innecesario; ahora bien, son en general una ventaja evidente, ya que sin recurrir a ellas sus majestuosas ideas quedarían constreñidas y sofocadas. «Quien piensa con más amplitud que otro, requiere palabras de significado más grande^[115]». Una vez me comentó que había forjado su estilo a partir de sir William Temple,^[c69] y que pensaba en la *Propuesta* de Chambers, el llamado «padre de las enciclopedias», cuando componía su *Diccionario*. Desde luego, estaba en un error, o si en un principio supuso que remedaba el estilo de Temple lo hizo con franco desacierto, pues no hay nada tan disímil como la simplicidad de Temple y la riqueza y abundancia de Johnson. Sus estilos son tan distintos como la tela de Holanda lo es de un brocado. Temple, de hecho, parece igualmente equivocado cuando asume que él mismo forjó su estilo a partir de *Panorámica del estado de la religión en las regiones occidentales del mundo*, obra de Sandy.

El estilo de Johnson se formó sin lugar a dudas sobre el de los grandes escritores del siglo pasado: Hooker, Bacon, Sanderson, Hakewell y otros, los «gigantes», como

los quiso caracterizar un grandísimo personaje,^[c70] cuya autoridad, si aquí reprodujera su nombre, sería causa de reverencia ante tal opinión.

Podemos, con absoluta propiedad, aplicar a su estilo cultivado el pasaje de Horacio, parte del cual, los primeros nueve versos para ser exactos, ha tomado como lema de su *Diccionario*:

*Cum tabulis animum censoris sumet honesti;
Audebit quaecumque parum splendoris habebunt
Et sine pondere erunt, et honore indigna ferentur,
Verba movere loco, quamvis invita recedant,
Et versentur adhuc intra penetralia Vestae.
Obscurata diu populo bonus eruet, atque
Proferet in lucem speciosa vocabula rerum,
Quae priscis memorata Catonibus atque Cethegis,
Nunc situs informis premit et deserta vetustas:
Adsciscet nova, quae genitor produxerit usus:
Vehemens, et liquidus, puroque simillimus amni,
Fundet opes Latiumque beabit divite lingua^[116]*

A tan gran maestro del pensamiento, a alguien de una cultura tan vasta y tan variada como Johnson, bien se le podría permitir una indulgencia generosa de esa licencia que Horacio reclama en otro pasaje:

*... Si forte necesse est
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter:
Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Graeco fonte cadant, parce detorta. Quid autem
Caecilio Flautoque dabit Romanus, ademptum
Virgilio Varioque? Ego cur, acquirere pauca
Si possum, invideor; cum lingua Catonis et Enni
Sermonem patrium ditaverit, et nova rerum
Nomina protulerit? Licuit semperque licebit
Signatum praesente nota producere nomen^[117].*

Con todo, Johnson me aseguró que no se había hecho cargo de añadir más que cuatro o cinco palabras de su propia creación a la lengua inglesa, y que le ofendía sobremanera la licencia general, de ningún modo «modestamente tomada», no ya de acuñar palabras nuevas, sino incluso de emplearlas en un sentido muy distinto del que estaba establecido, siendo aquéllas con frecuencia muy fantásticas.

Sir Thomas Browne,^[c71] cuya vida escribió Johnson, tenía un gusto muy acusado por la dicción anglo-latinizante, y a su ejemplo hemos de atribuir que Johnson a veces se complaciera en esta suerte de fraseología^[118]. La comprensión que tenía Johnson del intelecto era el molde de su lenguaje. De haber sido más estrechas sus concepciones, su enunciado habría sido más fácil. Sus frases tienen la dignidad de una marcha militar, y es innegable que su ejemplo ha propiciado una general elevación al lenguaje de su país, pues muchos de nuestros mejores escritores se le han

aproximado mucho; a tenor de la influencia que ha tenido en la prosa en lengua inglesa, apenas ya se escribe nada que no se exprese mucho mejor de lo que era habitual antes de que irrumpiera él para encabezar el gusto nacional.

Esta circunstancia, la verdad de la cual ha de impresionar a todo lector dotado de facultades críticas, ha tenido tan feliz expresión por parte de Courtenay, en su *Carácter moral y literario del doctor Johnson*, que no puedo resistirme a reproducirlo, a pesar de la parcialidad tal vez demasiado grande que manifiesta por uno de sus amigos:

Natura dióle sus dones, y orden de enseñar a los hombres;
él, como un Titán, formó brillante escuela
y enseñó en la cordialidad la excelencia
así que de sus labios manaba gran sabiduría.
Nuestro celebrado Goldsmith notó el amparo soberano,
y de él aprendió el trato dulce, aunque nervioso.
Al risco de la fama ordenó ascender a nuestro Rafael,
de ahí que el lápiz de Reynolds con su pluma contienda.
Con la llama de Johnson resplandece Burney melodioso,
según fluyen acordes admirables en cadencia mansa.
Y tú, Malone, afecto al crítico saber,
correcto y elegante, refinado y claro,
al estudiarlo adquiriste el gusto clásico
que en lo alto del pedestal de Shakespeare te coloca.
Cerca de Johnson se encuentra Steevens, en medio del paisaje,
agudo, laborioso, fértil y profundo.
El ingenioso Hawkesworth a esta escuela debemos,
donde discípulo apenas de maestro se distingue.
Aquí pronto logró Jones momentos sublimes,
y fúndese la ciencia con asiáticas y encumbradas rimas:
armónico Jones, que en espléndidas sonoridades
canta de Camdeo hazañas, en las floridas llanuras de Agrá,
en ficciones de India, mientras con afecto seguimos
a Amor y las Musas, de ática gracia engalanadas.
En medio de estos nombres ¿cabe a Boswell olvidar,
ahora que apenas escocés lo estiman
en el norte de Gran Bretaña^[119]?
Al sabio se consagró desde su mocedad,
de él absorbió el sagrado amor de la verdad;
la indagación denodada, el ejercicio del intelecto,
y esa arte suprema, la de conocer a la humanidad...
No quedó su energía en sí sola confinada,
ni sólo entre sus amigos en torno al trono filosófico derramada;
*Pues mucho mejoró su influencia nuestra isla de las letras,
y su lúcido vigor sentó el estilo en general:*
tal como las olas orgullosas del Nilo,
hinchidas en su lecho rezumante,
primero en los prados convecinos majestuosas se expanden,
hasta aumentar fuerza, y mucho más se amplían,
y con renovada virtud fertilizan la tierra baldía.

El lenguaje de Johnson, no obstante, es en efecto demasiado viril para la delicada gentileza de la escritura femenina. Sus damas, por tanto, resultan extrañamente formales, hasta rozar el ridículo, por lo que les cuadran bien los nombres que les ha

puesto: Misella, Zósima, Properantia, Rhodoclia.

De un tiempo a esta parte se ha puesto de moda comparar los estilos de Addison y Johnson, y de menospreciar, creo que de manera muy injusta, el estilo de Addison, que suele tacharse de débil y carente de nervio, por no poseer la musculatura y la energía de la prosa de Johnson. Es posible que entre la prosa de ambos haya un punto de equilibrio, como lo hay entre la poesía de Dryden y la de Pope. Ambos son excelentes, aunque cada cual a su manera. Addison escribe con la donosa facilidad de un caballero. Sus lectores imaginan que les habla un compañero culto y de mucho talento, que esboza sus sentimientos y su gusto y los instala en el ánimo del lector mediante una influencia imperceptible. Johnson escribe como un maestro. Dicta a sus lectores como si sentara cátedra. Ellos le atienden con respeto y admiración. Sus preceptos quedan impresos en ellos mediante su abrumadora elocuencia. El estilo de Addison, cual vino ligero, complace a todos desde el primer momento. El de Johnson, cual licor de más cuerpo, parece demasiado fuerte al principio, aunque paulatinamente se revela exquisito, y es tal la melodía de sus periodos, a tal punto cautivan el oído y concitan la atención, que apenas hay un solo escritor, por indigno de consideración que sea, que no aspire de un modo u otro a excelencia de esa misma especie. Ahora bien, no seamos ingratos y no restemos valor a ese hermoso estilo que con tanto placer nos ha transmitido mucha instrucción y no menor entretenimiento. Aunque resulte relativamente débil si se compara con el hercúleo vigor de Johnson, no lo llamemos endeble sin más. Recordemos los rasgos de su estilo tal como los señala el propio Johnson: «Lo que intentó, lo llevó a cabo; nunca es débil, si bien nunca se propuso ser enérgico; nunca es rápido, pero nunca se estanca. Sus frases no tienen ni estudiada amplitud ni afectada brevedad; sus periodos, aunque no los redondee con diligencia, son volubles y fluidos. Todo el que aspire a lograr un estilo inglés, familiar sin caer en asperezas, elegante sin pecar de ostentación, debe destinar sus días y sus noches a los volúmenes de Addison^[120]».

Aunque el *Rambler* no concluyó su andadura hasta 1752, diré enseguida todo lo que tengo que añadir al respecto. Algunas de las traducciones de los lemas que hizo él mismo son admirables. Reconoce haber recibido «elegantes traducciones» de muchos gracias al señor James Elphinston, mientras que otros aún fueron traducidos por un tal *F. Lewis*, del cual nunca llegué a saber nada más, salvo que Johnson así lo describió a Malone: «Vivía en Londres y se había entregado a la disipación y a las malas compañías». El último número del *Rambler* es a la vez digno y de exacerbado patetismo. No puedo menos que manifestar mi deseo de que no hubiera concluido con un innecesario verso en griego, traducido también al inglés en forma de dístico. ^[c72] Exagera al imitar la presunción de aquellos poetas dramáticos que daban remate a cada acto con dos versos; además, la expresión que figura en el primero de los mismos, «poderes celestiales», aunque sea decorosa en la poesía pagana, no casa con el cristianismo, con «una conformidad» con la que uno se consuela. Cuánto mejor hubiera sido concluir con una sencilla frase en prosa: «Nunca envidiaré los honores

que el ingenio y la erudición se granjeen en otras causas, siempre que me pueda contar entre los escritores que hayan dado entusiasmo a la virtud y confianza a la verdad».

Como estuviera su amigo el doctor Birch atareado en preparar una edición de las piezas cortas de Raleigh, el doctor Johnson le escribió la siguiente carta:

Al doctor Birch

Gough Square,
12 de mayo de 1750

Señor,

a sabiendas de que está preparando un volumen para dar a la estampa una edición miscelánea de Raleigh, me tomo la libertad de enviarle un manuscrito que cayó por casualidad en mis manos. En mi examen del mismo no he encontrado prueba alguna de falsificación, y el dueño del legajo me asegura que, según tiene entendido, la caligrafía es de sir Walter. Si hallara usted razón para concluir que es genuino, sería de gran amabilidad para con su dueño, una persona invidente^[121], recomendárselo a los librereros. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El justo aborrecimiento en que tenía las ideas políticas de Milton permaneció siempre invariable. Ello no le impide profesar su calurosa admiración por el gran mérito poético de éste, al cual ha hecho ilustre justicia, por encima de todos cuantos algo han escrito al respecto. Y en este año no sólo escribió un prólogo, que fue recitado por el señor Garrick antes de la representación de *Comus* en el Teatro de Drury Lane en beneficio de la nieta del propio Milton, sino que se tomó también un muy celoso interés por el éxito de la obra de caridad. La víspera de la representación publicó esta carta en el *General Advertiser*, dirigida al director del periódico:

Señor, es verdad demasiado evidente para que nadie la niegue que se adquiere cierto grado de reputación al dar por buenas las obras de genio y testimoniar el merecido respeto en recuerdo de los autores; por lo tanto, a fin de garantizarse una participación en la fama de un célebre poeta, muchos de los que quizá hubieran contribuido a que casi muriese de hambre cuando estaba vivo han acudido a amontonar costosos homenajes sobre su sepultura.

Es menester confesar que este método de ser conocido con honor en la posteridad es privativo de los grandes, o al menos de los acaudalados, si bien ahora se ofrece una oportunidad, casi a cualquier individuo, de asegurarse una alabanza al rendir justo respeto a los muertos ilustres, unida al placer de hacer el bien a los vivos. Asistir a quien vive industrioso en la indigencia, penando con el desasosiego y debilitado por la edad, es hacer gala de virtud, así como motivo de aumentar la felicidad y el honor.

Así pues, todo el que se tenga por capaz de hallar placer en la lectura de las obras de nuestro inigualable Milton, y no esté desprovisto de gratitud como para negarse a gastar una minucia en un entretenimiento elegante y racional, en beneficio de los herederos del gran poeta, para mejor ejercicio de su propia virtud, incremento de su reputación y placentera conciencia de haber hecho el bien, deberá personarse en el Teatro de Drury Lane mañana 5 de abril, cuando se represente *Comus* en beneficio de la señora Elizabeth Foster, nieta del autor y única descendiente con vida de la familia.

N. B. Habrá un nuevo prólogo para la ocasión, escrito por el autor de *Irene* y recitado por el señor Garrick; por petición expresa, se añadirá a la mascarada una sátira dramática titulada *Lethe*, en la que actuará el señor Garrick.

1751: ÆTAT. 42.] En 1751 hemos de suponerle atareado con su *Diccionario* y en las entregas del *Rambler*, aunque también escribió la «Vida de Cheynel»,* que publicó en la miscelánea titulada *The Student*. Como con insólita agudeza había detectado el reverendo doctor Douglas un craso fraude e impostura en que incurrió William Lauder, escocés, maestro de escuela, que con idéntica impudicia e ingenio había tachado a Milton de plagiarlo de ciertos poetas latinos modernos, Johnson, que había sido embaucado para que aportase un prefacio y un epílogo a su obra, dictó una carta a Lauder, dirigida al doctor Douglas, en la que reconocía aquel fraude en apropiados términos de contrición^[122].

La extraordinaria maniobra de Lauder no fue fruto de una súbita improvisación. La había meditado durante muchos años, y aún a día de hoy es incierto cuál fue su principal motivo, a menos que se debiera a una vana maquinación de su afán de superioridad, por creerse capaz, por el medio que fuera, de engañar a la humanidad toda. Para llevarla a efecto, plagió ciertos pasajes de Grotius, Masenius y otros, que ofrecían un tenue parecido con algunos pasajes del *Paraíso perdido*. En ellos interpoló fragmentos de la traducción latina que confeccionó Hog del poema de Milton, y alegó que la masa de ese modo amañada era el arquetipo del cual copió Milton. Estas baladronadas las publicó esporádicamente en la *Gentleman's Magazine*, y exultante por lo que se suponía todo un éxito, en 1750 se aventuró a recopilarlas en un panfleto titulado *Ensayo sobre el uso e imitación de los modernos en el «Paraíso perdido» de Milton*. A este panfleto antepuso Johnson un prefacio, plenamente convencido de la honradez de Lauder, y aún agregó un epílogo en el que recomienda con gran persuasión una colecta de beneficencia para aliviar la pobreza de la nieta de Milton, en el que se pronuncia de este modo: «Aún está al alcance de un gran pueblo el recompensar al poeta de cuyo nombre alardea, toda vez que a partir de la alianza con su nombre afirma cierta superioridad respecto a las demás naciones de la Tierra, máxime tratándose de un poeta cuyas obras posiblemente aún se lean cuando haya desaparecido cualquier otro monumento de la grandeza británica, y hablo de recompensarle no con retratos, efigies o medallas que, si las viera, vería con desprecio, sino con palpables muestras de gratitud que tal vez incluso ahora no considere indignas de un espíritu inmortal». Sin ningún género de dudas, este pronunciamiento choca de frente con la «enemistad hacia Milton» que sir John

Hawkins imputa a Johnson en esta ocasión, pues añade: «En todo momento me percaté de que Johnson parecía ver con buenos ojos no sólo el plan de la obra, sino también sus argumentos, y parecía exultante en la persuasión de que el buen nombre de Milton probablemente se iba a resentir con este descubrimiento. Estoy convencido de que no estaba al corriente de la impostura, aunque del prefacio, sin duda escrito por Johnson, se infiere que deseaba todo el éxito a sus argumentos». ¿Es posible que un hombre con claridad de criterio suponga que Johnson, quien con tanta nobleza elogió la excelencia poética de Milton en un epílogo a este mismo «descubrimiento», como entonces lo creía, pudiera estar al mismo tiempo «exultante en la persuasión de que el buen nombre de Milton probablemente se iba a resentir con este descubrimiento»? Ésta es una falta de coherencia de la que Johnson no era capaz; tampoco cabe deducir de su prefacio, al menos con justicia, que Johnson, que se distinguía por su curiosidad entusiasta y por su amor a la verdad, no pudiera menos que alegrarse de una investigación en la que una y otro iban a recibir cumplida gratificación. Sus propias palabras hacen evidente que actuó guiado por estos motivos, y no, ciertamente, por un deseo indigno de despreciar a nuestro gran poeta épico, ya que, tras mencionar el celo con que se empeñan los hombres de genio y los literatos «por resaltar el honor y distinguir las bellezas que adornan al *Paraíso perdido*», dice: «Entre las indagaciones a las que de modo natural ha dado lugar este entusiasmo de la crítica, ninguna es más oscura en sí misma, ni más digna de curiosidad racional, que un examen retrospectivo del modo en que avanzaba este poderosísimo genio en la construcción de su obra, una visión del tapiz que gradualmente va tejiendo y crece, a partir tal vez de un comienzo poco prometedor, hasta asentar sus cimientos en el centro y resplandecer sus torretas en el cielo; remontarse a la evolución de la estructura a lo largo de todas las variantes, hasta la sencillez de su plan original; hallar qué es lo que se proyectó en un principio, en qué punto tuvo el plan su inflexión, cómo fue mejorado, con qué ayuda se llevó a cabo, en qué depósitos fueron recogidos los materiales; si su fundador los extrajo de la cantera de la naturaleza o si procedió a la demolición de otros edificios para embellecer el suyo propio». ¿Es ése el lenguaje de alguien deseoso de pisotear los laureles de Milton?

Aunque distaban mucho en esta época las circunstancias de Johnson de ser acomodadas, no dejó de ejercer de continuo su disposición humanitaria y caritativa. La señora Anna Williams, hija de un muy inteligente médico galés y mujer de notable talento, había viajado a Londres con la esperanza de curarse de unas cataratas en ambos ojos, que al final desembocaron en una ceguera total, y fue amablemente recibida como visitante asidua en su casa mientras vivió la señora Johnson; tras la muerte de ésta, al haberse acogido bajo su techo a fin de que le operasen los ojos con mayores comodidades que en su alojamiento, dispuso gracias a Johnson de un aposento durante el resto de su vida, al menos en todas las temporadas en que él dispuso de casa propia.^[c73]

1752: ÆTAT. 43.] En 1752 estuvo casi íntegramente ocupado con el *Diccionario*. El último ensayo del *Rambler* se publicó el 2 de marzo,^[c74] tras lo cual suspendió por un tiempo todo ejercicio de su talento de ensayista. No obstante, en este mismo año el doctor Hawkesworth, que era su declarado admirador y un estudioso imitador de su estilo, inició la publicación de un periódico llamado *The Adventurer* de consuno con otros caballeros, uno de los cuales era un muy querido amigo de Johnson, el doctor Bathurst, y no cabe duda de que ambos recibieron muy valiosas sugerencias de su conversación, ya que la mayoría de sus amigos se beneficiaron de su ayuda en el curso de la redacción de sus obras.

Que se produjera una suspensión de sus trabajos literarios durante buena parte del año 1752 no parecerá raro si se tiene en cuenta que poco después del cierre del *Rambler* sufrió una pérdida que sin lugar a dudas lo sumió en profundísima desdicha. El 17 de marzo falleció su esposa. No alcanzo a concebir la razón por la cual sir John Hawkins sin garantías de ninguna clase haya querido suponer que el cariño que Johnson tenía por ella era simulado o fingido, y afirmar que, si no fuera el caso, «era una lección que se había aprendido de carrerilla», a no ser que procediera de una similar carencia de sentimientos en su propio pecho. Sostener que por ser ella mucho mayor que Johnson, o por cualquier otra circunstancia, era él en realidad incapaz de amarla, es rematadamente absurdo, pues el amor no se sujeta a razones, sino que es cuestión de sentimiento, y no hay por tanto principios comunes a tenor de los cuales pueda uno convencer a otro en lo tocante al amor. Todos los hombres tienen sus propios sentimientos, cada uno sabe cómo le afectan determinadas cualidades de la persona que admira, cuyas impresiones son además demasiado minuciosas y delicadas para verterse en el lenguaje.

La siguiente plegaria, muy solemne y emotiva, apareció después de la muerte del doctor Johnson gracias a su criado, el señor Francis Barber, quien la entregó a mi valioso amigo, el reverendo señor Strahan, vicario de Islington, que a mi ruego me ha hecho el favor de facilitarme una copia que él y yo hemos confrontado con el original. La presento ante el mundo como prueba irrefutable de una circunstancia del carácter de mi insigne amigo, que, si bien algunos a los que nunca envidiaré su cerrazón, pueden atacar y tildar de supersticiosa, tengo la certeza de que hará que sea más apreciado por muchos hombres buenos. Me mueve a ello un motivo adicional,

muy personal, porque sanciona lo que siempre he sostenido y me siento dispuesto a aceptar.

26 de abril de 1752,
pues pasan de las doce de la noche del día 25

¡Oh, Señor! Juez del Cielo y de la Tierra, en cuyas manos están los espíritus encarnados y los que ya no están entre nosotros, si tú has ordenado a las almas de los muertos que cuiden de los vivos, y has designado a mi esposa para que cuide de mí, concédele que pueda yo gozar de los buenos efectos de su atención y de sus cuidados, ya sean ejercidos mediante aparición, impulsos, sueños o cualquier otro medio grato a tu gobierno. Perdona mi presunción, ilumíname en mi ignorancia y mi maldad, concédeme las benditas influencias de tu Espíritu Santo por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Desconozco qué resultó de esta interesante muestra de devoción de Johnson, aunque debo decir que yo mismo, a quien Dios ha querido someter a una pena semejante, tengo cierta experiencia de la benéfica comunicación por medio de los sueños.

Que el amor por su esposa fue de índole sumamente ardiente, y que durante cincuenta años no fue perjudicado por el tiempo, resulta evidente en diversos pasajes de sus *Plegarias y meditaciones*, obra publicada por el reverendo señor Strahan, tanto como en otros recuerdos, de los cuales escojo los siguientes como muestra de la ternura y la sensibilidad de su espíritu:

28 de marzo de 1733.^[c75] Guardo este día como aniversario de la muerte de mi Tetty con oraciones y lágrimas por la mañana. Por la tarde rogué por ella condicionalmente, si es lícito.

23 de abril de 1753. No sé si no me entretengo demasiado en los vanos anhelos del afecto, pero espero que ablanden mi corazón y que cuando muera, como mi Tetty, este cariño sea reconocido en una feliz entrevista; mientras tanto, espero que a ello me incite la piedad. No me desviaré mucho, sin embargo, de los métodos comunes y admitidos de la devoción.

Johnson conservó toda su vida el anillo de bodas que había entregado a su esposa el día de su matrimonio. Después de la muerte de ésta, lo guardó en una cajita redonda, de madera, en cuyo interior colocó una tira de papel donde, de su puño y letra, se leían estas palabras:

Eheu!
Eliz. Johnson
Nupta Jul. 9.º 1736
Mortua, eheu!
Mart. 17.º 1752.

Luego de la muerte de Johnson, su fiel criado y heredero, el señor Francis Barber, ofreció este recuerdo de ternura a Lucy Porter, hija de la señora Johnson, pero como declinase el presente, lo hizo grabar en un anillo esmaltado que llevó como muestra de luto por su difunto señor, y que obsequió a su propia esposa, la señora Barber, que es quien ahora lo conserva.

El estado de ánimo en que debe quedar un hombre a la muerte de la mujer a la que sinceramente ama había sido objeto de su contemplación muchos años antes. En

su *Irene* hallamos esta fervorosa y tierna apelación que dirige Demetrio a su *Aspasia*:

Desde las ígneas regiones del día eterno
donde brillas ahora entre el resto de los santos
envuelta de pura luz, ¡mírame!
En plácidas visiones y sueños engañosos
¡apacigua mi alma y enséñame a perderte!

Efectivamente, me ha relatado la señora Desmoulins, quien antes de contraer matrimonio vivió algún tiempo con la señora Johnson en Hampstead, que ella gozaba del aire del campo y de la buena vida, a un coste inapropiado, mientras su marido trabajaba sin descanso entre el humo malsano de Londres, y que de ninguna manera lo trataba con esa complacencia que es la cualidad más subyugante de una esposa. Ahora bien, todo esto es perfectamente compatible con el cariño que él sentía por ella, sobre todo si se recuerda que tenía en muy alta opinión su inteligencia, y que la impresión que la belleza de ella, real o imaginaria, le había causado, no disminuyó con el hábito, aun cuando sea indudable que ella cambió mucho y a peor. El terrible sobresalto de la separación tuvo lugar de noche, y él de inmediato despachó una carta a su amigo, el doctor Taylor, que como este mismo me dijo daba expresión a su pena con más fuerza de la que él nunca había visto por escrito, de modo que es muy de lamentar que no se haya conservado^[123]. La carta llegó al doctor Taylor, que se hallaba en su domicilio de los Claustros de Westminster, a las tres de la madrugada; como denotase gran urgencia, se levantó y tan pronto se vistió fue a verlo, para encontrárselo lloroso y sumamente agitado. Tras pasar un rato juntos, Johnson le pidió que se uniera a él en oración. Él hizo sus plegarias *ex tempore*, al igual que el doctor Taylor, y de ese modo, mediante una piedad que fue siempre su objeto primordial, su ánimo turbulento halló en cierto grado apaciguamiento y compostura.

Al reverendo doctor Taylor

18 de marzo de 1752

Estimado señor,

permítame gozar de su compañía e instrucción. No se aleje de mí. Mi desdicha es grande.

Le ruego pida a la señora Taylor que me informe de qué prendas de luto debo comprar para mi madre y la señorita Porter Tráigamelo en una nota escrita cuando venga a verme.

Téngame presente en sus oraciones, pues vano es el auxilio del hombre. Soy, señor, su etc.

SAM. JOHNSON

No me cabe ninguna duda de que fueron muy severos los sufrimientos que padeció por la muerte de su esposa, mucho más allá de lo que parece posible soportar, a juzgar por la información que me han proporcionado muchos de los que entonces estaban cerca de él, a ninguno de los cuales otorgo más credibilidad que al señor Francis Barber, su fiel criado negro^[124], que llegó al seno de la familia unos quince

días después del triste suceso. Se agravaron sus sufrimientos más aún por la melancolía inherente a su constitución; aunque es probable que no se hubiera equivocado más a menudo que ella cada vez que surgieron las pequeñas desavenencias que algunas veces trastornaron la paz de su matrimonio, a lo largo de éste, según me reconoció, la lúgubre irritabilidad de su existencia le resultó más penosa que nunca, a tal punto que de manera muy natural, luego del fallecimiento de su esposa, tuvo una marcada propensión a acusarse de leves ofensas y omisiones, el efecto de las cuales le causaba una gran inquietud. En consonancia, más o menos al año de su pérdida hallamos que así implora al ser supremo: «Oh, Señor, tú que diste la gracia del arrepentimiento y que escuchaste las oraciones del penitente, otórgame que por mi contrición verdadera pueda obtener el perdón de todos los pecados cometidos y de todos los deberes desatendidos en mi unión con la esposa que te has llevado de mi lado, así como por descuidar la devoción conjunta, la exhortación paciente y la amorosa instrucción^[125]». La bondad de su corazón, no obstante su temperamento impetuoso, es de sobra conocida de sus amigos; no he podido hallar ni el menor indicio que sirva de fundamento a la nada caritativa e incluso ominosa afirmación que vierte sir John Hawkins: «La aparición de su difunta esposa fue completamente terrorífica, y a duras penas pudo permitirle albergar ni la más mínima esperanza de que se hallara en un estado de felicidad^[126]». Que de conformidad con la opinión de muchos de los cristianos más capaces, cultos y piadosos de todas las épocas, supusiera que hay tras la muerte un estado intermedio, previo en todo caso al momento en que las almas de los difuntos son por fin recibidas en el reino de la eterna felicidad, bien se ve de modo incuestionable en su devocionario: «Oh, Señor, en la medida en que me corresponda por justicia, encomiendo a tu paternal bondad el alma de mi difunta esposa, suplicándote que le concedas lo que sea mejor para ella en su actual estado, y que al final la recibas en la felicidad eterna^[127]». Queda claro que el estado al que Johnson se refiere no se contempla con espanto, sino sólo como algo menos colmado de gracia.

Depositó los restos de la señora Johnson en la iglesia de Bromley,^[a nota 197, Vol. IV] en Kent, a lo cual es probable que le condujera la residencia de su buen amigo Hawkesworth en ese lugar. El sermón fúnebre que compuso para ella, que nunca se predicó en público pero que fue entregado al doctor Taylor, es un escrito de insólita excelencia, lleno de consuelos racionales y piadosos para quienes se hallen oprimidos por un abatimiento comparable al que afligía a Johnson cuando lo escribió. Cuando se repara en que fue compuesto con tal agitación de espíritu, y durante el breve lapso transcurrido entre la muerte y el entierro, no es posible leerlo sin asombrarse ante tal maravilla.

Del señor Francis Barber he recibido el siguiente relato, auténtico y sin artificio, de la situación en que lo encontró inmediatamente después de la muerte de su esposa:

Era muy grande su aflicción. La señora Williams vivía por entonces en su casa, ubicada en Gough Square. Él estaba ajetreado con el *Diccionario*. El señor Shiels y algunos otros caballeros que con anterioridad le habían

escrito pasaban a visitarlo a menudo. Era poco lo que tenía entonces para sí, pero con frecuencia enviaba dinero al señor Shiels cuando éste estaba en apuros. Los amigos que por entonces lo visitaban eran sobre todo el doctor Bathurst y el señor Diamond, un boticario de Cork Street, en Burlington Gardens, con el cual la señora Williams y él tenían por costumbre almorzar los domingos. Hablaron de un viaje que haría a Islandia con él, cosa que seguramente se habría hecho realidad si éste hubiera vivido lo suficiente. Estaban también el señor Cave, el doctor Hawkesworth, el señor Ryland, comerciante en Tower Hill, la señora Masters, poetisa que vivía con el señor Cave, la señora Carter, y a veces la señora Macaulay; asimismo, la señora Gardiner, esposa de un cerero de Snow Hill, que no era particularmente culta, aunque sí una buena mujer, y muy valiosa a su manera; el señor (hoy sir) Joshua Reynolds; el señor Millar, el señor Dodsley, el señor Bouquet, el señor Payne, de Paternoster Row, librerías; el señor Strahan, impresor; el Conde de Orrery, lord Southwell y el señor Garrick.

Son sin duda muchos los que se omiten en este catálogo de sus amistades; falta en particular su amigo Robert Levett,^[c76] un discreto practicante de medicina entre la gente de baja extracción, cuyos honorarios eran a veces sumas insignificantes, a veces sólo aquellas provisiones que sus pacientes pudieran suministrarle, aunque tan amplia era su clientela que, según me ha contado la señora Williams, sus ocupaciones lo llevaban a pie desde Houndsditch hasta Marylebone. A juzgar por el diario de Johnson, la amistad entre ambos comenzó en torno a 1746, y era tal su predilección por él, era tal su extravagante estima por su más bien moderada capacidad, que le oí comentar alguna vez que no se daría por contento, así le atendiera el Colegio de Médicos, mientras el señor Levett no estuviera a su lado. Desde que trabé relación con el doctor Johnson, y ya muchos años antes, tal como me aseguran quienes lo conocieron estrechamente con anterioridad, el señor Levett disponía de aposentos en la propia casa de Johnson, y todas las mañanas lo acompañaba en su tardío y tedioso desayuno. Era un hombre de apariencia extraña y grotesca, envarado y de presencia muy formal, que rara vez decía una palabra si estaba delante de alguien.

El círculo de amistades de Johnson era desde luego amplio y variado en esta época, mucho más extenso de lo que por lo general se ha supuesto. Rastrear su relación con cada persona en particular, si tal cosa pudiera hacerse, resultaría una tarea cuyo esfuerzo no saldría a cuenta. Sin embargo, es preciso hacer algunas excepciones, una de las cuales ha de ser un amigo tan destacado como sir Joshua Reynolds, que fue realmente su *dulce decus*,^[c77] y con el cual mantuvo una amistad íntima e ininterrumpida hasta la última hora de su vida. Cuando Johnson vivía en Castle Street, Cavendish Square, visitaba con frecuencia a dos damas que vivían enfrente, las señoritas Cotterell, hijas del almirante. Reynolds también era visitante asiduo de las mismas, en cuyo salón se conocieron. Como ya comenté antes, desde la primera lectura de la *Vida de Savage*, Reynolds concibió una notable admiración por la poderosa escritura de Johnson. No menos le deleitó su conversación, de manera que cultivó su trato con el laudable celo de quien gran ambición tenía por el progreso general de las cosas. En efecto, sir Joshua Reynolds tuvo la fortuna de hacer en su primer encuentro un comentario situado tan por encima de lo que se estilaba en una conversación corriente, que Johnson de inmediato reparó en que tenía por costumbre pensar con independencia de criterio. Las damas lamentaban la muerte de un amigo a quien debían grandes obligaciones, ante lo cual Reynolds comentó: «Tienen ustedes,

sin embargo, el consuelo de verse aliviadas de la carga que representa la gratitud». A las dos les desconcertó esta insinuación de un alivio que les pareció un tanto egoísta, pero que Johnson defendió con su claridad y su brío de costumbre, muy satisfecho con el *espíritu* de aquella frase, la justa visión de la naturaleza humana, semejante a las reflexiones de La Rochefoucauld. A resultas de ello se fue con Reynolds a su casa y cenó con él.

Sir Joshua me contó una anécdota agradable y típica de Johnson, de la época en que entablaron amistad. Habían ido juntos una tarde a casa de las señoritas Cotterell, adonde llegaron la entonces Duquesa de Argyle y otra dama de alcurnia. Johnson creyó que las dueñas de la casa se dejaban acaparar en demasía por estas visitas, y que él y su amigo eran desdeñados como si fueran personas de menor categoría, de las que ellas de alguna manera se avergonzaban, y montó en cólera. Resuelto a herir su presunto orgullo, haciendo que las visitas imaginaran que su amigo y él eran realmente de baja estofa, se dirigió al señor Reynolds en voz bien alta y le dijo: «¿Cuánto le parece que podríamos ganar en una semana si trabajáramos lo más que pudiéramos, echando el bofe?», diciéndolo como si fueran menestrales u obreros.

Su amistad con Bennet Langton, señor de Langton, en el condado de Lincoln, comenzó poco después de que terminara su *Rambler*. Aquel caballero, por entonces joven, lo había leído con tanta admiración que fue a Londres primordialmente con el propósito de que alguien lo presentara al autor del libro. Por pura y afortunada casualidad se alojó en una casa que el señor Levett visitaba con cierta frecuencia; le habló a la dueña de la casa de su deseo, y ésta lo presentó al señor Levett, quien obtuvo en un dos por tres permiso de Johnson para llevar consigo al señor Langton, pues Johnson, durante toda su vida, nunca dio ninguna muestra de timidez, ni real ni afectada, siendo de fácil acceso para todo el que le fuera debidamente presentado, e incluso se mostraba deseoso de ver una nutrida concurrencia en su *levée*, como bien podría calificarse, hablando con estricta propiedad, el círculo matutino de sus amistades. Langton se quedó muy sorprendido cuando el sabio se presentó por vez primera. Nadie le había hecho la menor insinuación sobre la apariencia física de Johnson, sobre su atuendo o sus modales. De la lectura de sus escritos había deducido que se encontraría con un decente, bien trajeado, en una palabra, con un notablemente decoroso filósofo. En vez de ello, al pie de su alcoba, hacia el mediodía, se presentó sin previo aviso, obviamente recién levantado de la cama, una figura inmensa, zafia, con una pequeña peluca negra que apenas le cubría la cabeza y las prendas de vestir colgadas al desgaire de su corpachón. Sin embargo, su conversación fue tan abundante, tan amena y vigorosa, y sus ideas en materia de religión y política tan acordes con aquéllas en las que Langton se había educado, que sintió por él un afecto y una veneración que conservó siempre. No menos dispuesto estuvo Johnson a profesar un gran afecto por Langton, a causa de su rancio abolengo; yo le he oído comentar con placer: «Langton, señor, tiene la concesión gratuita de un vivar desde tiempos de Enrique II, y el cardenal Stephen Langton, del reinado del rey Juan, era de

su familia».

Más adelante, el señor Langton prosiguió sus estudios en Trinity College, Oxford, donde trabó estrecha relación con su compañero, Topham Beauclerk;^[c78] éste, aunque fueran sus opiniones y modos de vida tan distintos que incluso parecía completamente improbable que se pusieran de acuerdo en nada, tenía tan ferviente amor por la literatura, tan agudo entendimiento y tal elegancia en sus modales, amén de tan fino discernimiento para las excelentes cualidades del señor Langton, un caballero eminente no sólo por su valía y su cultura, sino por tener también un fondo inagotable de entretenidas conversaciones, que se hicieron íntimos amigos.

Poco después de iniciarse esta relación, Johnson empezó a pasar bastante tiempo en Oxford. Al principio le pareció raro que Langton tratase tan asiduamente a alguien con un carácter más bien laxo, tanto en sus principios como en sus prácticas cotidianas, pero poco a poco quedó él mismo fascinado. El señor Beauclerk provenía de una familia de St. Albans, y como en algunos particulares tenía un acusado parecido físico con Carlos II, en la imaginación de Johnson ese detalle sirvió para dar mayor lustre a sus restantes cualidades; en muy poco tiempo, el pío y ético Johnson y el alegre y disipado Beauclerk eran compañeros inseparables. «¡Vaya coalición! — dijo Garrick al enterarse—. Tarde o temprano tendré que ir a chirona, a pagar una fianza por mi viejo amigo». Ahora bien, puedo dar testimonio de que fue la de ambos una relación en todo consonante. Beauclerk era demasiado cortés, y valoraba sobremanera la cultura y el ingenio, para ofender a Johnson con escapadas, infidelidades o parrandas licenciosas. A Johnson le deleitaban las buenas cualidades de Beauclerk, al tiempo que no perdía la esperanza de corregir sus defectos. Fueron innumerables las ocasiones en que se divirtió Johnson con estos jóvenes. Beauclerk se tomaba con él mayores libertades que nadie a quien yo haya visto, aunque, por otra parte, a Beauclerk no le pasaban una sus respetables compañeros cuando era de rigor reprobar su conducta. Tal era la propensión de Beauclerk a la sátira que una vez le dijo Johnson: «Nunca abre usted la boca si no es con intención de hacer daño, y no por la fuerza de lo que dice, sino porque me basta con verle la intención». Y otra vez le aplicó con una leve alteración el verso de Pope:

«Amáis las bobadas y de los bobos os mofáis;^[c79]

en cuanto hacéis lo uno asoma, en cuanto decís lo otro reluce». Y aún hubo otra ocasión en que le dijo: «Tu cuerpo es todo vicio, y tu espíritu todo virtud». Beauclerk no pareció disfrutar con el cumplido, de modo que añadió Johnson: «Ni Alejandro Magno en su marcha triunfal por Babilonia hubiera deseado que se le dijera nada más».

Johnson pasó algún tiempo con Beauclerk en su casa de Windsor, donde se entretuvo haciendo experimentos de Filosofía natural. Un domingo de tiempo muy soleado, Beauclerk lo engatusó sin que él se diera cuenta para que se pasara toda la mañana dando vueltas por los alrededores. Visitaron un cementerio a la hora del

servicio de difuntos, y Johnson se sentó cómodamente en una de las lápidas. «Ahora, señor —dijo Beauclerk—, parece usted el aprendiz ocioso de Hogarth». Cuando Johnson obtuvo su pensión, Beauclerk le endilgó la humorística frase de Falstaff: «Espero que ahora os purguéis y viváis limpiamente como un caballero».^[c80]

Una noche en que Beauclerk y Langton habían cenado en una taberna de Londres, donde se quedaron hasta las tres de la madrugada, se les metió entre ceja y ceja visitar a Johnson en su casa, por ver de convencerlo para que se fuera con ellos de parranda. Llamaron estrepitosamente a la puerta de sus aposentos en el Temple, hasta que por fin apareció en camisa, con su pequeña peluca negra en la coronilla en vez de gorro de dormir, y un atizador en la mano, imaginándose tal vez que algunos rufianes venían a atacarle. Cuando descubrió quiénes eran y le dijeron que querían, sonrió y, de muy buen humor, asintió a sus peticiones. «¡Si sois vosotros, so perros! ¡Me iré a correrla con vosotros!». Se vistió en un santiamén y salieron juntos por Covent Garden, donde los verduleros y fruteros empezaban a ordenar sus cestos recién llegados del campo. Johnson hizo algún intento por echar una mano, pero los hortelanos se quedaron tan pasmados ante su pinta y sus modales y ante tan extraño entrometimiento, que enseguida se percató de que sus servicios no iban a ser aceptados, de modo que se marchó con los otros a una de las tabernas vecinas, donde les prepararon una ponchera de ese brebaje que los hipócritas llaman «obispo», hecho a base de vino, naranjas y azúcar, y que a Johnson siempre le había gustado; con risueño desprecio del sueño del que lo habían arrancado, repetía la festiva estrofa:

¡Breve, oh, breve sea, pues, tu reinado!

¡Danos el mundo de nuevo para estar a tu lado^[128]!

No se quedaron allí mucho tiempo, pues siguieron camino al Támesis y tomaron un bote para remar hasta Billingsgate. Beauclerk y Johnson estaban tan encantados con la juerga que decidieron seguirla durante el resto del día; Langton los abandonó, porque tenía una cita para almorzar con algunas jóvenes. Johnson le reprendió por «dejar a sus buenos amigos para ir corriendo tras un grupo de muchachas sin una sola idea en la cabeza de todas ellas». Enterado Garrick de esta parranda, le dijo con agudeza: «He sabido de tu juerga de la otra noche. Saldrás en el *Chronicle*», ante lo que Johnson observó enseguida: «No se atrevería él a hacer una cosa semejante. ¡No se lo permitiría su mujer!».

1753: ÆTAT. 44.] Entró en este año de 1753 con su piedad de costumbre, como se ve en esta plegaria, que transcribo de esa parte de su diario que dio al fuego pocos días antes de morir.^[c81]

1 de enero de 1753, N. S.,^[c82]
que adoptaré de cara al futuro

Dios Todopoderoso, que has prorrogado mi vida hasta el día de hoy, concédeme, mediante el auxilio de tu Espíritu Santo, que pueda yo mejorar en el tiempo que me otorgues para merecer mi eterna salvación. Ayúdame a recordar, a tu mayor gloria, tus juicios y tus clemencias. Hazme así considerar la pérdida de mi esposa, a quien te has llevado de mi lado, para que me disponga, por medio de tu gracia, a llevar lo que me reste de vida con temor de ti. Concédeme este ruego, oh Señor, por Jesucristo. Amén.

Halló alivio a la monotonía rutinaria de su *Diccionario* y a la melancolía de sus penas tomando parte activa en la composición de *The Adventurer*, en el que comenzó a publicar el 10 de abril, señalando sus ensayos con la signatura «T», mediante la cual se distingue la mayoría de sus aportaciones a esa colección; en cambio, los que ostentan la «T» y también la firma «Mysargyrus» no son de su pluma, sino supongo que del doctor Bathurst. En efecto, la energía de pensamiento y la riqueza de lenguaje propias de Johnson son huellas mucho más inequívocas que cualquier signatura. Como prueba de ello, supongo que ninguno de mis lectores pondrá en duda que el n.º 39, que versa sobre el sueño, es suyo, pues no sólo presenta la textura y coloración generales de su estilo, sino que los autores en los que estaba especialmente versado son pronto introducidos por medio de someras alusiones. La traducción de un pasaje de Estacio,^[c83] citado en ese ensayo con las iniciales C. B., se ha atribuido erróneamente al doctor Bathurst, cuyo nombre de pila era Richard. Es imposible precisar con certeza cuánto aportó al *Adventurer* este hombre de talante amistoso. Permítaseme añadir de todos modos que las imitaciones que de Johnson hizo Hawkesworth son a veces tan felices que resultan sumamente difíciles de distinguir a ciencia cierta de las propias composiciones de su gran arquetipo. Hawkesworth fue su más consumado imitador, circunstancia de la cual este escritor en su día habría estado orgulloso si alguien se la señalara, mientras que al correr de los años, regocijado por su ascenso a cierto grado de trascendencia, en conversación conmigo tuvo la afrentosa desvergüenza de afirmar que no tenía constancia de ello.^[c84]

Johnson trabajó con verdadero celo por el éxito del *Adventurer*, y muy poco

después de comprometerse con esta publicación escribió la siguiente carta:

Al reverendo doctor Joseph Warton

8 de marzo de 1753

Estimado señor,

debiera haberle escrito con anterioridad, pero son muchas las cosas que debiera hacer y no hago; tampoco puedo arrogarme ningún mérito en virtud de esta carta, desde luego que no, pues como los demás autores y el propietario del *Adventurer* desearan contar con el concurso de otra firma, mis pensamientos por fuerza repararon en usted, ya que su caudal de conocimientos literarios le permitirá ayudarles sin que sus estudios sufran interrupción.

Desean que se comprometa a proporcionarles un ensayo de carácter mensual, a dos guineas la colaboración, que sin duda podrá usted escribir sin demasiado esfuerzo. Hemos considerado que cada número debe constar de piezas de pura imaginación, retratos del natural y disquisiciones literarias. La parte que de la imaginación depende estará bastante bien provista, como comprobará usted cuando lea el número; en cuanto a los retratos del natural y las descripciones de la vida misma, está ya casi cerrado el trato con un escritor y una escritora;^[c85] las provincias de la crítica y la literatura están deseosos de asignárselas al comentarista de Virgilio.

Confío en que no rechace usted esta propuesta, y que el siguiente correo nos traiga su conformidad. Hablo como miembro de la hermandad aun cuando no participo en el periódico, más allá de algún que otro lema de ocasión; no obstante, dos de los escritores son buenos amigos míos, y espero que el placer de que un tercero se sume a ellos no se le niegue, estimado señor, a su más obediente y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A raíz de esta carta, el doctor Warton enriqueció la colección con varios ensayos admirables.

Que Johnson diga «no participo en el periódico, más allá de algún que otro lema de ocasión» puede parecer incongruente con la autoría de los ensayos firmados con «T». Ahora bien, en esta fecha sólo había colaborado en un número^[129]; además, en cualquier periodo posterior podía haber empleado idéntica expresión, considerando cuestión de honor no hacer ostentación de la autoría de aquellas colaboraciones, no en vano me dijo la señora Williams que «como había dado esos ensayos al doctor Bathurst, quien los vendió a dos guineas la pieza, nunca pudo ser dueño de los mismos; al contrario, acostumbraba decir que no los había escrito, y la verdad del caso es que los había dictado mientras Bathurst tomaba buena nota». Le leí la versión de la señora Williams, sonrió y no dijo nada.^[c86]

No estoy del todo satisfecho con la casuística en aras de la cual las producciones de una persona pasan para el mundo por ser obra de otra. Reconozco que no sólo se comunican conocimientos, sino también el poder y las cualidades de un espíritu, si bien el verdadero efecto del esfuerzo individual nunca podrá transferirse, con arreglo estricto a la verdad, más que a su propia causa original. El hijo de una persona puede pasar por ser hijo de otra gracias a la adopción, como sucedía a menudo entre los romanos, o por la ancestral costumbre judía de que en el regazo de una mujer depositara un niño su criada. Sin embargo, estos hijos eran tales en un sentido distinto del que dicta la Naturaleza. Se daba claramente por supuesto que no eran sangre de la

sangre de sus padres nominales. Así en el caso de la progenie literaria, pues un autor puede dar los beneficios y la fama de su composición a otro hombre, pero no puede hacer de éste su verdadero autor. Un caballero de las Tierras Altas, joven descendiente de una familia de solera, me consultó una vez si no podría comprar la jefatura del clan a que pertenecía, que el jefe por derecho estaba dispuesto a vender. Le dije que era imposible que adquiriese mediante pago el derecho a ser una persona diferente de la que en realidad era, pues el derecho de la jefatura de un clan está consanguíneamente unido a la primogenitura, y era por consiguiente algo imposible de transferir. Añadí que si bien Esaú vendió su primogenitura, o las ventajas que entrañaba, siguió siendo el primer hijo habido de sus padres, y que al margen del acuerdo que un jefe de un clan pudiera cerrar con cualquiera de sus miembros, los responsables del escudo de armas nunca podrían dar por bueno el cambio pactado, ni con la debida decencia atestiguar que el joven era el mayor; pero no pude convencer al digno caballero.

Las piezas de Johnson que se publicaron en el *Adventurer* son muy similares a las del *Rambler*, pero al tratar de asuntos más variados^[130] y mezclarse con ensayos de otros autores, que versan sobre temas más atractivos para el público en general, más incluso que los discursos éticos más elegantes, las ventas de esta publicación fueron al principio mayores. Sin ánimo de menospreciar el *Adventurer*, debo consignar sin embargo que a medida que el valor del *Rambler* fue mejor conocido, creció a la par en la estima del público, y sus ventas han sido superiores a las de cualquier otra publicación periódica desde el reinado de la reina Ana.

En uno de los tomos de su diario hallo la siguiente entrada:

3 de abril de 1753

Comencé el segundo vol. de mi *Diccionario*, dejando espacio en el primero para el prefacio, la Gramática y la Historia, apartados que ni siquiera he acometido todavía.

Oh, Dios, Tú que hasta la fecha me has apoyado, permíteme seguir adelante con este trabajo y con todas las tareas que desempeño actualmente, para que cuando haya de rendir cuentas el último día del talento que me fue dado, reciba el perdón en nombre de Jesucristo. Amén.

En este año obsequió a la señora Lennox con una dedicatoria* al Conde de Orrery para su *Shakespeare ilustrado*.

1754: ÆTAT. 45.] En 1754 no tengo registrado que publicase nada, con la excepción de sus colaboraciones en el *Adventurer* y la «Vida de Edward Cave»* en la *Gentleman's Magazine* de febrero. No es posible albergar ni la más mínima duda de su excelencia en el cultivo de la biografía, género en el que descuella muy por encima de todos los que se han probado en esta clase de composición, que de hecho consideraba de altísimo valor. A la minuciosa selección de las circunstancias características, en la que tanto destacaron los antiguos, añadió sus dotes de investigación filosófica y su empleo del lenguaje, sumamente perspicaz y enérgico. Cave era, desde luego, un hombre de muy estimables cualidades, de sobresaliente diligencia y éxito más que contrastado en su negocio, lo cual sin duda le hizo acreedor de un merecido respeto. Sin embargo, tuvo la peculiar fortuna de que Johnson diera cuenta de su quehacer por escrito, pues de la estrecha vida de un editor e impresor, sin acudir a digresiones ni circunstancias adventicias, ha compuesto una narración tan interesante como grata de leer.

Es de suponer que el *Diccionario* tuvo plenamente ocupado a Johnson durante todo este año. A medida que se acercaba a su conclusión, es probable que trabajase con redoblado vigor, como incrementan los marinos sus esfuerzos y presteza cuando ven ya cercana la perspectiva de llegar a puerto.

Lord Chesterfield, a quien Johnson ha rendido un cumplido homenaje al dedicarle el *Plan* de su *Diccionario*, se había comportado con él de un modo que suscitó todo su desprecio e indignación. El mundo se ha entretenido durante muchos años con una historia confidencialmente contada y repetida una y mil veces con detalles añadidos, relativa a que Johnson se llevó un gran disgusto en una ocasión en que estuvo mucho tiempo esperando en la antecámara de Su Señoría, debido a que se hallaba éste reunido, y cuando por fin se abrió la puerta, salió Colley Cibber más contento que unas pascuas; fue tal su irritación cuando comprobó por culpa de quién se le había excluido durante tan largo rato, que se marchó encolerizado y no volvió nunca más. Recuerdo haber referido esta anécdota a George, lord Lyttelton, quien me dijo que tenía una gran intimidad con lord Chesterfield; admitiendo la verdad de tal sucedido, defendió a lord Chesterfield aduciendo que «Cibber, que había sido introducido familiarmente por las escaleras de atrás, no había estado con él probablemente más de diez minutos». Puede parecer extraño que se ponga en duda siquiera una historia que

ha circulado durante tanto tiempo, y que ha sido implícitamente reconocida, si no sancionada, por la autoridad que acabo de mencionar, si bien Johnson me ha asegurado que carecía por completo de fundamento veraz. Me comunicó que jamás había tenido lugar un incidente de calibre tal que diera lugar a una diferencia grave entre lord Chesterfield y él, y que era el sostenido desdén de Su Señoría la razón verdadera de que hubiera decidido no mantener ningún trato con él. Cuando estaba el *Diccionario* en vísperas de ver la luz, lord Chesterfield, quien, según se decía, albergaba la esperanza de que Johnson se lo dedicase,^[c87] procuró de un modo cortés limar asperezas e insinuar un trato amistoso con el sabio, consciente, según parece, de la frialdad y la indiferencia con que lo había tratado; aún puso más empeño en reconciliarse con él escribiendo dos artículos que publicó en *The World* para darle consejo sobre la obra, y es preciso reconocer que contienen algunos halagos estudiados, ordenados con tal finura, que de no haber mediado ofensa previa es probable que Johnson se hubiera dado por complacido.^[c88] El elogio en general le agradaba, pero el elogio de un hombre de alcurnia y de modales elegantes le satisfacía de manera especial.

Dice Su Señoría:

Pienso que el público en general, y la República de las Letras en particular, han contraído una gran deuda con el señor Johnson por haber emprendido y ejecutado éste una obra tan magna y tan deseable. No ha de esperarse del hombre la perfección, aunque si tuviéramos que juzgar por las diversas obras que Johnson ya ha publicado disponemos de sobradas razones para creer que ésta sabrá él acercarla a la perfección tanto como es humanamente posible. El *Plan* de la obra, que publicó hace unos años, me parece prueba irrefutable de ello. No podría concebirse nada más racional, ni expresarlo con más exactitud y elegancia. Por consiguiente, recomiendo una detenida lectura previa a todo el que se proponga la adquisición del *Diccionario*, que serán, presupongo, todos los que se lo puedan permitir. (...)

Es de rigor reconocer que nuestra lengua, aún se encuentra en un estado de anarquía, lo cual hasta ahora tal vez no haya sido demasiado grave. Con el comienzo de la era del comercio libre, muchas palabras y expresiones se han importado, adoptado y naturalizado a partir de otras lenguas, que han enriquecido sobremanera la nuestra. Auspiciemos que conserve la fuerza y la belleza que de veras pueda haber tomado en préstamo de otras, pero no consintamos que, como la Virgen de Tarpeya, sea abrumada y aplastada por innecesarios ornatos extranjerizantes. Parece haber llegado la hora de discriminar. La tolerancia, la adopción y la naturalización han agotado sus posibilidades. Ahora son necesarios el buen orden y la autoridad. ¿Y dónde los encontraremos, me pregunto, a la par que encontremos la obediencia debida? Habremos de recurrir al antiguo expediente romano en tiempos de confusión y elegir un dictador. Basándome en este principio, yo doy mi voto para que sea el señor Johnson quien ocupe ese oficio de magna importancia y sin duda arduo de ejercer. Y aquí declaro que rindo por completo todos mis derechos y privilegios en lo referente a la lengua inglesa, en calidad de súbdito británico nacido en libertad, al antedicho señor Johnson mientras dure su dictadura. Más aún: no sólo he de obedecerle como obedecían los romanos de la Antigüedad a sus dictadores, sino que, cual moderno romano, implícitamente he de creer en su dictado como si fuera mi Papa y he de propagar su infalibilidad mientras ocupe la cátedra, aunque no más allá del punto en que venza su mandato. No creo que pueda exigir más que esto, pues presupongo que nunca cabe esperar obediencia allí donde no hay terror que la imponga ni interés propio que la incite. (...)

Una gramática, un diccionario y una historia de nuestra lengua en sus etapas sucesivas son lo que todavía echamos en falta aquí, lo que inoportunamente pedimos al extranjero. Los trabajos del señor Johnson, me atrevo a decir, cumplirán con creces esa demanda y serán una gran aportación a la ulterior expansión de nuestra lengua por otros países. Los aprendices de la misma se han visto desanimados al no hallar una medida estándar a la que recurrir y, en consecuencia, nos han considerado incapaces de tenerla. Ahora se verán desengañosos y animados en sus empeños.

No surtió efecto esta argucia cortesana. Johnson, convencido de que «todo era falso y

huero»,^[c89] despreció estas palabras melosas e incluso le indignó que lord Chesterfield hubiera llegado a imaginar, siquiera por un momento, que pudiera dejarse engañar con semejante artificio. Las palabras que respecto a lord Chesterfield me dijo en esta ocasión fueron éstas: «Señor, después de hacer gran profesión de fe, durante muchos años no se ha tomado por mí ninguna molestia; ahora, anunciada la aparición de mi *Diccionario*, ha escrito a propósito del mismo una nota publicada en *The World*. En vista de ello, le escribí una carta en términos corteses, pero de tal modo que sirviera para indicarle sin ningún género de dudas que no hago yo caso de lo que diga o escriba, y que he terminado con él».^[c90]

Esta que sigue es la famosa carta de la que tanto se ha hablado, y que tanta curiosidad ha despertado durante mucho tiempo sin ser satisfecha. A lo largo de muchos años solicité a Johnson que me hiciera el favor de facilitarme una copia, con el fin de que una composición de tal excelencia no se perdiera para la posteridad. Fue posponiendo el momento de dármele^[131] hasta que, por fin, en 1781, cuando nos hallábamos de visita en la casa del señor Dilly, en Southill, condado de Bedford, se dignó dictármela de memoria. Más adelante encontró él mismo entre sus papeles una copia que había dictado en su día al señor Baretti, con su título y correcciones de su puño y letra. Ésta se la entregó a Langton, añadiendo que, si fuera a imprimirse, deseaba que se hiciera a partir de esa copia. Por amabilidad del señor Langton puedo enriquecer mi obra con una transcripción perfecta de lo que el mundo ha tenido tantas ansias de ver.

Al honorable Conde de Chesterfield

7 de febrero de 1755

Milord,

de un tiempo a esta parte he tenido conocimiento, mediante el propietario de *The World*, de que dos artículos sucesivos en los que mi *Diccionario* se recomienda vivamente al público fueron escritos por Su Señoría. Semejante distinción constituye un gran honor que, por estar poco acostumbrado a favores por parte de los grandes, no sé bien de qué modo recibir ni en qué términos reconocer.

Cuando, gracias a unas palabras de ligero aliento, visité por vez primera a Su Señoría, quedé subyugado, como el resto de la humanidad, por el encanto de vuestro trato. No pude abstenerme de desear jactarme manifiestamente de ser *le vainqueur du vainqueur de la terre*^[c91], de que estuviera en mi mano la obtención de la consideración por la que tanto veo pugnar al mundo, pero hallé a mi público tan poco animado y dispuesto que ni el orgullo ni la modestia me permitían continuar. Cuando una vez me dirigí a Su Señoría en público, agoté todo el arte de agradar que un erudito retraído y no versado en los modales de la corte puede poseer. Había hecho cuanto estaba a mi alcance, y a nadie le complace que todo lo suyo sea desdeñado, por poco que pueda ser.

Siete años han pasado ya, milord, desde que estuve esperando en vuestra antecámara o fui rechazado ante vuestra puerta. Durante este tiempo he proseguido mi obra a despecho de las dificultades, de las que inútil es quejarse, y he podido por fin traerla a las puertas de su publicación sin un solo acto de asistencia^[132], una palabra de aliento, una sonrisa de favor. No esperaba yo semejante trato, pues nunca he tenido un protector.

El pastor de Virgilio conoció por fin al Amor, y resultó un nativo de los roquedos.^[c92]

No es un protector, milord, quien contempla con indiferencia a un hombre que lucha por su vida sumido con el agua hasta el cuello, y cuando llega a tierra firme lo estorba con su ayuda. El interés que os habéis dignado tomar por mis desvelos, si hubiera sido temprano, habría sido amable; sin embargo, lo habéis demorado hasta el momento en que soy indiferente y no puedo regocijarme de él, hasta el momento en que soy un solitario y no

puedo comunicarme^[133], hasta el momento en que soy conocido y no lo necesito. Confío en que no sea aspereza muy cínica el no confesar obligaciones cuando no se ha recibido ningún beneficio, ni el estar dispuesto a que el público me considere deudor de un protector cuando es la Providencia la que me ha permitido llevar adelante mi trabajo por mis propios medios.

Habiendo proseguido mi obra hasta aquí con tan poca o ninguna obligación a cualquier favorecedor de la cultura, no me desilusionará, aunque haya de concluirla con menos obligaciones, que menos aún fueran posibles, pues hace ya tiempo que desperté de ese sueño de la esperanza, en el que una vez me jacté con alborozo, milord, de ser el más humilde, el más obediente servidor de Su Señoría,

SAM. JOHNSON^[134]

Mientras no se hablaba de otra cosa en la ciudad —me dice por carta el doctor Adams—, tuve ocasión de visitar al señor Warburton, quien al saber que tenía yo relación con Johnson me pidió encarecidamente que le transmitiera su más sincero elogio y que le dijera que lo tenía en altísima consideración por haber rechazado la condescendencia de lord Chesterfield, así como por haber deplorado el trato que recibió de él con el temple más indicado para el caso. Johnson quedó visiblemente complacido con estos elogios, pues siempre había tenido una muy favorable opinión de Warburton^[135]. Desde luego, la fuerza del sentimiento que plasma esta carta es acorde con la que ampliamente poseía el propio Warburton.

Existe una curiosa circunstancia menor que me llamó la atención al comparar las diversas ediciones de las imitaciones de Juvenal que hizo Johnson. En la décima sátira, uno de los dísticos sobre la vanidad de los deseos del hombre en lo tocante a la distinción literaria dice así:

Mirad bien qué agobios acechan la vida de erudición:
fatigas, envidias, carencias; la *guardilla* y la prisión.

Ahora bien, luego de conocer las tribulaciones por las que le llevó a pasar el falaz patrocinio de lord Chesterfield, suprimió el vocablo «guardilla» de la apenada enumeración y en todas las ediciones posteriores el verso quedó así:

fatigas, envidias, carencias; *el mecenas* y la prisión.

Es imposible poner en duda que lord Chesterfield se sintiera mortificado por el altivo desprecio y la cortés aunque agudísima sátira con que se exhibió Johnson en esta carta. No obstante, con esa deslumbrante duplicidad habitual en él, afectó no darse por aludido. El doctor Adams comentó a Robert Dodsley que mucho lamentaba que Johnson hubiera escrito esta carta a lord Chesterfield. Con verdadero y natural sentimiento de comerciante, Dodsley dijo que «también lo lamentaba, y mucho, pues tenía intereses propios en el *Diccionario*, al que el patrocinio de Su Señoría hubiera sido de gran consecuencia». Dijo entonces al doctor Adams que lord Chesterfield le había mostrado la carta. «Siempre había supuesto —repuso el doctor Adams— que lord Chesterfield habría optado por ocultarla a toda costa». «¡Bah! —repuso Dodsley

—. ¿Cree usted de veras que una carta de Johnson podría lastimar a lord Chesterfield? En absoluto, señor mío. Estaba desplegada sobre su mesa, a la vista de cualquiera. Él mismo me la leyó; comentó que “este hombre tiene grandes poderes”, señaló los pasajes de mayor severidad y observó cuán atinadamente expresados estaban». Este aire de total indolencia, mostrado ante el valioso Dodsley, fue con certeza sólo una muestra del disimulo que lord Chesterfield inculcaba cual si fuera una de las lecciones más esenciales para conducirse en esta vida. Su Señoría se desvivió ante Dodsley por justificarse frente a las acusaciones que contra él vertiese Johnson, aunque bien se puede juzgar lo endeble de su defensa por haber excusado su negligencia diciendo que «tenía entendido que había mudado de alojamiento y desconocía dónde residía», como si pudiera existir la más mínima dificultad para informarse de tal circunstancia mediante una simple indagación en el círculo literario del que sobrado conocimiento tenía, siendo como era él mismo, de hecho, uno de sus miembros.

El doctor Adams reconvino a Johnson y comentó que el hecho de que no le recibiera cuando fue a visitarlo no era seguramente imputable a lord Chesterfield, pues Su Señoría había declarado a Dodsley que «habría despedido al mejor criado que jamás tuviera si no le hubiera franqueado la entrada de inmediato a un hombre al que siempre he acogido con los brazos abiertos», para confirmar todo lo cual insistió en el talante por lo general afable de lord Chesterfield y en su particular asequibilidad para los literatos. «Señor —dijo Johnson—, ese que con esos trazos me pinta no es lord Chesterfield, quien es el hombre más ensoberbecido que a día de hoy existe». «No —dijo el doctor Adams—, al menos hay una persona tal orgullosa como él; entiendo que por su propia versión de los hechos es usted quien más soberbia muestra de los dos». «Puede —repuso Johnson al instante—, pero la mía era soberbia defensiva». Éste, a juicio del doctor Adams, fue uno de esos felices giros de conversación para los que tenía siempre una presteza notabilísima.

Una vez manifestada de un modo tan explícito su opinión sobre lord Chesterfield, Johnson no se abstuvo de expresarse con total libertad: «Creía que este hombre —dijo— había sido un gran señor entre ingenios, pero me temo que no pasa de ser un ingenioso entre señores». Y cuando Su Señoría publicó sus cartas a su hijo natural, Johnson observó que «enseñan la moral de una furcia y los modales de un maestro de danza^[136]».

El personaje del «respetable hotentote» que aparece en las cartas de lord Chesterfield por lo común se ha identificado con Johnson, y no me cabe duda de que ésa era la intención del autor. En cambio, recuerdo que cuando se litigó por la propiedad literaria de esas cartas en el Tribunal Supremo de Escocia, y el señor Henry Dundas^[137], uno de los abogados defensores de los derechohabientes, interpretó ese personaje como exposición manifiesta de Johnson, sir David Dalrymple, lord Hailes, uno de los jueces del tribunal, sostuvo con cierto acaloramiento que nunca fue esgrimido el personaje como retrato de Johnson, sino de

un noble lord ya difunto,^[c93] que se distinguió por sus abstrusos conocimientos científicos. He oído al propio Johnson hablar del personaje y decir que representaba a George lord Lyttelton, en lo que de ningún modo pude estar de acuerdo, pues Su Señoría carecía por completo de esa virulencia que es rasgo conspicuo en el retrato. Al descubrir que mi ilustre amigo soportaba sin desdoro que se diera en tenerlo por su retrato, le dije entre carcajadas que al menos poseía una característica que de ninguna manera se correspondía con él, y es que «tira la carne del plato por todas partes, con tal de no metérsela en la boca». «Señor —repuso—, lord Chesterfield no me ha visto comer en toda su vida».^[c94]

El 6 de marzo vieron la luz las obras de lord Bolingbroke publicadas por David Mallet. El desatino de las perniciosas parrafadas que bajo el encabezamiento de «Filosofía» fueron puestas en circulación por el mundo causó grandes ofensas a los hombres bien nacidos. Al tener conocimiento de su sesgo tendencioso, que nadie puso en duda, Johnson fue presa de muy justa indignación y pronunció esta sentencia memorable sobre el noble autor y su editor: «Señor, fue una sabandija y un cobarde: una sabandija por acusar de ruidoso trabuco a la religión y la moralidad; un cobarde por no haber tenido arrestos para disparar él mismo, dejando media corona a un mendigo escocés para que apretase el gatillo después de muerto él». Garrick, de quien por mi propio conocimiento puedo atestiguar que tenía el espíritu bien sazonado de piadosa reverencia, y que con toda sinceridad reprobó los escritos infieles de varios hombres, a los que en el transcurso de su relación casi universalmente alegre con hombres insignes trató con exquisita cortesía, se distinguió en esta ocasión. Fallecido el señor Pelham el mismo día en que vieron la luz las palabras desaforadas de lord Bolingbroke, escribió una elegante «Oda con motivo de su muerte» que empezaba diciendo así:

Saluden otros al sol naciente y colorado,
que yo me inclino ante quienes ven su periplo agotado,

y que contiene esta estrofa:

La misma mañana aciaga, a la Iglesia y al Estado
(así nuestros pecados, quísolo el destino)
doble golpe fue asestado;
negro vendaval del norte, manó de san Juan el genio caído
y puso Pelham rumbo al celeste orbe.

En este año encontró Johnson un intervalo de asueto para hacer una excursión a Oxford con la intención de consultar las bibliotecas allí existentes. De esta temporada, así como de muchas circunstancias de interés que le conciernen, en una etapa de su vida en la que muy poco trato tuvo con el mundo, puedo dar particular relación gracias a la generosa información que me ha proporcionado el reverendo señor Thomas Warton, quien tuvo la amabilidad de facilitarme varias cartas de nuestro común amigo, que él mismo ilustra con sus notas. Las inserto donde

corresponde.

Al reverendo señor Thomas Warton

[Londres,]
16 de julio de 1754

Señor,

gran pesar me causa devolverle el libro que tuvo la gentileza de prestarme^[138], y mal he hecho posponiendo hasta ahora el agradecimiento que le debo. Demasiado propendo a la negligencia, pero nunca podría mostrar a propósito mi falta de respeto a un hombre de su notoriedad, de modo que ahora le rindo mi más sentido y sincero reconocimiento por su aportación a la literatura de nuestro país natal. Nos ha mostrado usted a todos, al menos a quienes en lo sucesivo emprendan el estudio de nuestros autores antiguos, cuál es el camino preciso para salir con bien del intento, encaminándonos en efecto hacia el examen de los libros que aquellos autores leyeron. Es un método que Hughes^[139], y hombres de talla mucho mayor que la de Hughes, nunca tuvieron en cuenta. La razón por la cual son tan mal comprendidos los autores a quienes aún se lee, autores del siglo XVI me refiero, es que se les lee sin relacionarlos con ningún otro; no se pide ayuda a quienes vivieron con ellos o antes que ellos. A buena parte de esta ignorancia espero poner remedio con mi libro^[140], que ya se aproxima a su fin, pero que a mi juicio no puedo dar por concluido sin visitar las bibliotecas de Oxford, como espero hacer en el plazo de dos semanas^[141]. Desconozco cuánto tiempo me quedaré, y no sé dónde voy a alojarme, pero sin lugar a dudas le buscaré a usted en cuanto llegue, y a nuestras anchas zanjaremos todo lo demás. Soy, estimado señor, su más obediente, etc.,

SAM. JOHNSON

De sus conversaciones durante su estancia en Oxford preservó Warton el siguiente recuerdo, que me comunicó bondadosamente; si bien no se halla escrito con todo el esmero y la atención que este erudito y elegante escritor dedicaba a las composiciones destinadas al ojo del público, le da tan feliz expresión con su sencillo estilo que lo insertaré sin alteración de ninguna clase:

Cuando Johnson vino a Oxford en 1754, comenzaba el largo periodo de las vacaciones estivales y la mayoría de los residentes salían de la ciudad. Fue la primera vez que volvió a Oxford tras abandonar sus estudios universitarios. A la mañana siguiente de llegar quiso visitar su colegio de antaño, Pembroke. Lo acompañé. Se mostró sumamente complacido de encontrarse con todos los criados de la época en excelente estado de salud, en especial un mayordomo de edad ya muy avanzada, y manifestó gran satisfacción al ver que lo reconocían y conversaban con él en términos de gran familiaridad. Visitó al rector, el doctor Radcliffe, que lo recibió en cambio muy fríamente. Johnson contaba con que el rector al menos le encargase un ejemplar de su *Diccionario*, cuya publicación estaba próxima, pero éste optó por no hablar del asunto; no invitó a Johnson a almorzar y ni siquiera le invitó a que hiciera una nueva visita mientras se prolongase su estancia en Oxford. Tras salir de sus dependencias, Johnson me dijo: «He ahí un hombre que vive gracias a los réditos que da la literatura, y que no moverá un dedo para respaldarla. Si alguna vez vengo a vivir a Oxford, fijaré mi residencia en Trinity». Visitamos después al reverendo señor Meeke, uno de los miembros de número, de reputación similar a la de Johnson. Hubo saludos muy cordiales por ambas partes. Al despedirse, Johnson dijo: «En mis tiempos, cuando los dos éramos estudiantes, pensé que Meeke tenía excelentes cualidades, pero, por desgracia, lo veo

»;extraviado en la lúgubre soledad de un convento!^[c95]

»Recuerdo que en la lección magistral, en el Aula Magna, no soportaba los aires de superioridad que se daba Meeke, y procuraba sentarme tan lejos de él como me era posible con el fin de no oírle analizar sintácticamente las lecciones».

Cuando ya nos íbamos, me dijo: «Aquí es donde traduje el *Mesías* de Pope. ¿Cuál le parece que es el mejor

verso que contiene? Mi preferido es

»*Vallis aromáticas fundit Saronica nubes*». ^[c96]

Le dije que me parecía un hexámetro muy sonoro. No le comenté que no era de estilo propiamente virgiliano. ^[c97] Mucho lamentó que su primer autor hubiera muerto, pues parecía conservar intacto un gran respeto por él. «Una vez —dijo—, me había pasado la mañana entera patinando en los prados de Christ Church, y falté a su lección de Lógica. Después de comer me mandó llamar a sus aposentos. Contaba yo con recibir una áspera reprimenda por mi pereza, y fui a verlo con el corazón en un puño. Cuando estábamos sentados, me dijo que me había hecho llamar para tomar conmigo una copa de vino, y para decirme que no estaba enojado por mi falta de asistencia a su lección. Ésa fue, de hecho, una reprimenda severísima. Mandó llamar entonces a algunos de los demás alumnos y pasamos con él una tarde muy grata». Además de Meeke, sólo se encontraba en la residencia otro de los profesores del claustro de Pembroke, y de ambos recibió Johnson las mayores cortesías durante su visita, amén de apremiarle mucho para que tomase alojamiento en el colegio.

En el transcurso de esta visita, en 1754, Johnson y yo fuimos tres o cuatro veces a pie hasta Ellsfield, una bella aldea que se encuentra a unas tres millas de Oxford, a ver al señor Wise, bibliotecario de Radcliffe Hall, con quien tenía Johnson un trato muy afectuoso. En este lugar había acondicionado Wise una casa con jardín, de un modo singular y con mucho gusto. Disponía de una biblioteca excelente, en especial una valiosa colección de libros de literatura del norte, con la que Johnson trajinó mucho y a menudo. Un día nos leyó Wise una disertación que estaba preparando para dar a la imprenta, titulada «Historia y cronología de épocas fabulosas». Algunas divinidades de Tracia, emparentadas con los Titanes y llamadas Cabirias, formaban parte importante de la teoría que defendía en ese escrito, y en nuestra posterior conversación se extendió Wise hablando de ellas. Al regresar a Oxford con la caída de la tarde, me adelanté a Johnson y éste exclamó «*Sufflamina*», voz latina que profirió con especial gracejo, y que fue tanto como si me dijera: «Sujete los caballos». Antes de llegar a nuestro alojamiento, mi paso volvió a ser demasiado vivo para él, de modo que volvió a llamarme de este modo: «Hay que ver, camina usted como si le persiguiesen todas las Cabirias en un solo cuerpo». Por las tardes, era habitual que diésemos largas caminatas por los alrededores de Oxford, adonde volvíamos para cenar. Una vez, ya en el camino de vuelta, avistamos las ruinas de las abadías de Oseney y Rewley, que no están demasiado lejos. Luego de media hora de completo silencio, dijo Johnson: «Las he contemplado con indignación a duras penas reprimida». Tuvimos luego una larga charla sobre los edificios góticos y el modo en que tomó forma el salón de antaño. «En estos salones —dijo—, la chimenea antiguamente ocupaba el centro, hasta que los *whigs* la desplazaron a uno de los laterales». Más o menos en esta misma época, un lunes se procedió a la ejecución en Oxford de dos o tres criminales. Poco después, en el transcurso de una cena, dije que el señor Swinton, el capellán de la cárcel, que también predicaba a menudo en la universidad y era un hombre culto, aunque tremendamente distraído, dio el sermón de la condena acerca del arrepentimiento en presencia de los convictos, el domingo de la víspera de su ejecución, al término del cual dijo a sus oyentes que les comunicaría el resto de lo que tenía que decirles cuando llegara el siguiente día del Señor. Al oírlo, uno de los nuestros, doctor en Teología y hombre sencillo, de los que no se andan por las ramas, para dar una disculpa por el desliz de Swinton comentó con gravedad que probablemente había predicado ese mismo sermón ante los feligreses de la universidad. «Sí, señor —dice Johnson en este punto—, pero es que nadie en la universidad iba a ser ahorcado al día siguiente».

Olvidé comentar antes que cuando se despidió de Meeke, como ya he relatado, añadió: «Más o menos en la misma etapa de la vida, Meeke se quedó en Oxford para beneficiarse de una beca y yo me fui a Londres para ganarme la vida: ya ve usted, señor, cómo difieren nuestros caracteres en lo literario».

La carta que sigue la escribió Johnson al señor Chambers, de Lincoln College, que luego fue sir Robert Chambers, uno de los jueces de la India. ^[142]

Al señor Chambers, de Lincoln College

21 de noviembre de 1754

Estimado señor,

la encomienda que aplacé para no molestarle antes de su partida ahora me veo obligado a remitírsela; le ruego que tenga la bondad de llevarla al señor Warton, a quien debería escribir de inmediato, aunque no lo hago por desconocer si habrá regresado ya a Oxford.

En el Catálogo de MSS. de Gr. Bret. vea vol. I, pág. 18. MSS. Bodl. MARTYRIUM XV. *martyrum sub Juliano, auctore Theophylacto*.

Es deseable que el señor Warton se interese por el coste de la transcripción de ese manuscrito, y que mande aviso.

Vol. II, pág. 32, núms. 1022 y 58. COLL. NOV. Commentaria in Acta Apóstol. Comment. in Septem Epistolas Catholicas.

Es deseable que me indique qué antigüedad tienen cada uno de estos manuscritos y cuál sería el coste de transcribir las dos primeras páginas de cada uno.

Si el señor Warton no estuviera en Oxford, podría ver de conseguirlo por medio de otra persona o bien aguardar a su regreso, según le convenga. Se trata de documentos para un *literato* italiano.

Remita la respuesta a Su Excelencia el señor Zon, Embajador de Venecia, en Soho Square.

Espero, estimado señor, que no lamente haber cambiado Oxford por Londres. El señor Baretti se encuentra bien, al igual que la señora Williams^[143], y todos nos alegraremos de tener noticias tuyas cuando tenga la amabilidad de escribir, señor, a su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El título de licenciado en Filosofía que, como se ha observado, no pudo obtener en una etapa anterior de su vida, fue considerado un honor de considerable importancia para mejor engalanar la portadilla de su *Diccionario*; como su fama en el mundo literario era ya a estas alturas tan grande como merecida, sus amigos entendieron que, si se llevaran a cabo las gestiones pertinentes, la Universidad de Oxford podría otorgarle el título honorífico.

Al reverendo Señor Warton

[Londres,]
28 de noviembre de 1754

Estimado señor,

me siento sumamente agradecido tanto a usted como al señor Wise por el insólito esmero que han puesto en defender mis intereses^[144]; si fueran capaces de llevar a buen término el plan que se han propuesto, sin duda tomaría una habitación para alojarme con ustedes.

Los libros que prometí al señor Wise^[145] no he conseguido procurármelos, pero le enviaré un *Diccionario finés*, posiblemente el único ejemplar que exista en Inglaterra, que me obsequió un erudito sueco; sin embargo, lo retengo por el momento, con objeto de preparar un lote con mis libros en cuanto aparezca la nueva edición, con el cual acompañaré el envío. Asegúrele que me siento muy agradecido.

¡Pobre Collins^[146]! ¿Le sentaría bien que le escribiese? Ésa es mi intención.

Me alegra que tenga ese estorbo en sus planes sobre Spenser, aunque no vería con buenos ojos que se retrasaran^[147]. Con robar tres horas al día al sueño o a la diversión tendría que serle suficiente. Que un *servitor*^[148] transcriba las citas y las entreteja con las referencias para ahorrarse tiempo. Así abreviará el trabajo y disminuirá la fatiga.

¿Puedo hacer algo que esté en mi mano por facilitar la concesión del diploma? No estoy ni mucho menos remiso a colaborar con su amabilidad, de la cual, sea cual fuere el efecto, seré, estimado señor, su más agradecido y humilde, etc.

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]
21 de diciembre de 1754

Estimado señor,

soy sumamente sensible al gran favor que me han hecho tanto el señor Wise como usted. El *Diccionario* no creo que pueda estar impreso en menos de mes y medio, y seguramente ni siquiera para entonces; por otra parte, retendré la portadilla hasta el último momento, por si fuera posible la inserción que usted parece augurarme. Le ruego me haga saber qué suma he de enviarle para sufragar los costes de todo este asunto; me cercioraré de que la tenga lista y a su disposición.

Últimamente he recibido amable carta de su hermano, con noticias del pobre Collins, por el cual tengo gran preocupación. Tengo la impresión de que con una muy grande templanza, o abstinencia, hablando con más propiedad, podría restablecerse.

Existe un viejo libro de poemas en inglés y en latín, de Barclay, llamado *La nave de los locos*, al final del cual hay unas cuantas églogas —él las denomina *eglogues*—, que probablemente sean las primeras en nuestra lengua. Si no puede hacerse con un ejemplar, indicaré a Dodsley que se lo envíe.

Me alegrará mucho tener noticias tuyas y saber cómo está la situación del título de Oxford. No se lo he comentado a ninguna de mis amistades por miedo a que se rían de mí si todo acaba en decepción.

Sabrás que el pobre Dodsley ha perdido a su esposa; creo que se encuentra muy afectado. Y espero que no sufra tanto como sufro yo aún por la pérdida de la mía.

Οἷμοι τι δ' οἷμοι; θνητὰ γὰρ πεπόνθαμεν.^[c98]

Desde entonces me veo muy a menudo desgajado del resto de la humanidad, convertido en una suerte de solitario errante en medio del desierto de la vida, sin rumbo fijo, sin punto de vista claro; un lúgubre espectador en un mundo con el que poca relación mantengo. Sin embargo, me esforzaré, con su ayuda y la de su hermano, por suplir la falta de unión estrecha mediante la amistad, y espero tener durante mucho tiempo el placer de ser, estimado señor, con afecto, su buen amigo

SAM. JOHNSON

1755: ÆTAT. 46.] En 1755 lo encontramos en una situación muy ventajosa: se le confiere el título de licenciado en Filosofía, se publica su *Diccionario*, se anima de nuevo su correspondencia, hace gala de su benevolencia natural.

Al reverendo señor Thomas Warton

[Londres,]
1 de febrero de 1755

Estimado señor,

le escribí hace ya unas semanas, pero sospecho que no puse con exactitud su dirección, de modo que desconozco si recibió mi carta. Me gustaría, asimismo, escribirle a su hermano, pero no sé dónde encontrarlo. Ahora empiezo a avistar tierra tras haber vivido errante, según la expresión del señor Warburton, en este vasto mar de palabras. Desconozco qué recepción me aguardará cuando toque la orilla, si será el repicar de las campanas y la aclamación del pueblo, de la que habla Ariosto en su último «Canto»,^[c99] o bien un generalizado murmullo de desagrado; desconozco si tocaré tierra en un punto donde una Calipso me corteje o donde un Polifemo me devore. Si viene Polifemo, me tiraré a sus ojos [sic]. Espero de todos modos que los críticos me dejen en paz, pues aunque no temo demasiado su destreza y su fuerza, algo de miedo sí me doy yo, y no estoy deseoso de sentir en mi pecho el encono que las trifulcas literarias tienden a excitar.

El señor Baretta está metido en una obra para la que tiene gran necesidad de Crescimbeni, que le será devuelto a usted cuando le plazca.

No hay nada digno de mención que haya sucedido entre nosotros. Seguramente no es que vivamos con la inocencia de los aldeanos, pero la mayoría parece un tanto desocupada. Espero, sin embargo, que esté usted afanoso, y me alegraría saber a qué se dedica. Soy, estimado señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]
4 de febrero de 1755

Estimado señor,

recibí hoy mismo su carta y tuve constancia del favor que se me ha hecho^[149], por el cual le extiendo mi agradecimiento más sincero, y le ruego que lo transmita igualmente al señor Wise, es mi deber ante tanta amabilidad, inmerecida por mi parte.

Envié al señor Wise el *Lexicón* y le escribí después, pero desconozco si recibió tanto el libro como la carta. Tenga la bondad de interesarse por ello.

Ahora bien, ¿por qué mi querido señor Warton no me cuenta nada de sí mismo? ¿Qué ha sido del nuevo libro^[150]? ¿Puedo servirle yo de ayuda? No deje que se pierdan todos los trabajos ya realizados sólo por falta de un poco más; robe todo el tiempo que pueda de sus deberes lectivos, de los alumnos, de los cafés, de los paseos, y

complete su plan. Soy, estimado señor, etc.

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]
febrero de 1755

Estimado señor,
el doctor King^[151] estuvo conmigo hasta minutos antes de que llegara su carta; ésta es, sin embargo, la primera ocasión en que sus buenas intenciones para conmigo se han frustrado^[152]. Ahora disfruto del pleno efecto de sus atenciones y su benevolencia; lejos estoy de pensar que sea un honor de segunda categoría, o una pequeña ventaja, ya que pondrá más a menudo el disfrute de su conversación al alcance, estimado señor, de su más agradecido y afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

P. S. Adjunto una carta al Vicecanciller^[153] para que la lea y, si lo desea, la selle y se la entregue.

Como a buen seguro el público agradecerá asistir a todo el proceso de este bien merecido honor académico, insertaré la carta del Canciller de Oxford a la universidad^[154], el diploma y la carta de agradecimiento enviada por Johnson al Vicecanciller.

Al reverendo doctor Huddesford, Vicecanciller de la Universidad
de Oxford; para ser comunicado a los representantes de los
colegios y propuesto en convocatoria oficial.

Grosvenor Street,
4 de febrero de 1755

Señor Vicecanciller, Señorías,
como el señor Samuel Johnson, que fue antiguamente alumno de Pembroke College, habiéndose distinguido con gran eminencia mediante la publicación de una serie de ensayos, excelentemente compuestos para conformar los modales de sus lectores, en los cuales la causa de la religión y la moralidad se mantiene siempre mediante un gran poder de argumentación y un excelso lenguaje, tiene además la intención de publicar en breve un *Diccionario de la lengua inglesa*, compuesto a partir de un nuevo plan y ampliado con la mayor dedicación y un gran criterio, estoy persuadido de que actuaré en consonancia con los sentimientos de toda la universidad si manifiesto mi deseo de que se proponga en convocatoria oficial el conferirle el título de licenciado en Filosofía mediante el correspondiente diploma a lo cual por la presente doy mi consentimiento, siendo, señor Vicecanciller, Señorías, su afectuoso amigo y servidor,

ARRAN

Term. S^{cti}. Hilarii, 1755

DIPLOMA MAGISTRI JOHNSON^[155]

CANCELLARIUS, Magistri et Scholares Universitatis Oxoniensis omnibus ad quos hoc presens scriptum pervenerit, salutem in Domino sempiternam.

Cum eum in finem gradus academici a majoribus nostris instituti fuerint, ut viri ingenio et doctrina proestantes titulis quoque præter cæteros insignirentur; cumque vir doctissimus Samuel Johnson e Collegio Pembrochiensi, scriptis suis popularium mores informantibus dudum literato orbi innotuerit; quin et linguæ patriæ tum ornandæ tum stabiliendæ (Lexicón scilicet Anglicanum summo studio, summo a se iudicio congestum propediem editurus) etiam nunc utilissimam impendat operam; Nos igitur Cancellarius, Magistri, et Scholares antedicti, ne virum de literis humanioribus optime meritum diutius inhonoratum prætereamus, in solenni Convocatione Doctorum, Magistrorum, Regentium, et non Regentium, decimo die Mensis Februarii Anno Domini Millesimo Septingentesimo Quinquagesimo quinto habita, præfatum virum Samuelem Johnson (conspirantibus omnium suffragiis) Magistrum in Artibus renunciavimus et constituimus; eumque, virtute præsentis diplomatis, singulis juribus privilegiis et honoribus ad istum gradum quaqua pertinentibus frui et gaudere iussimus.

In cujus rei testimonium sigillum Universitatis Oxoniensis præsentibus apponi fecimus.

Datum in Domo nostræ Convocationis die 20^o Mensis Feb. Anno Dom. prædicto.

Diploma supra scriptum per Registrarium lectum erat, et ex decreto venerabilis Domus communi Universitatis sigillo munitum.

DOM. DOCTORI HUDDSFORD, OXONIENSIS ACADEMIAE VICE-CANCELLARIO.

INGRATUS plane et tibi et mihi videar, nisi quanto me gaudio affecerint, quos nuper mihi honores (te credo auctore) decrevit Senatus Academicus, literarum, quo tamen nihil levius, officio, significem: ingratus etiam, nisi comitatem, qua vir eximius^[156] mihi vestri testimonium amoris in manus tradidit, agnoscam et laudem. Si quid est unde rei tam gratæ accedat gratia, hoc ipso magis mihi placet, quod eo tempore in ordines Academicos denuo cooptatus sim, quo tuam imminuere auctoritatem, famamque Oxonii laedere, omnibus modis conantur homines vafri, nec tamen acuti: quibus ego, prout viro umbratico licuit, semper restiti, semper restiturus. Qui enim, inter has rerum procellas, vel Tibi vel Academiae defuerit, illum virtuti et literis, sibi que et posteris, defuturum existimo^[157]

S. JOHNSON

Al reverendo señor Thomas Warton

[Londres,]

20 de marzo de 1755

Estimado señor,

tras recibir mi diploma le escribí una nota de agradecimiento junto con una carta al Vicecanciller, y envié otra a Wise, pero desde entonces no he tenido noticias de ustedes, y empiezo a considerarme olvidado. Es cierto que le envié a usted una carta duplicada, y tal vez tema usted a un corresponsal tan oneroso, pero con alegría la habría recibido así me la contestara usted por triplicado, amén de que ¿qué supone una carta duplicada en comparación con un rey mezquino, que teniendo cátedra y multas puede dormir sin un *Modus en la cabeza*^[158]?

Estimado señor Warton, hágame saber de usted, dígame algo, poco importa qué sea mientras de usted venga. Una cosa le diré: cuento con ver mi *Diccionario* encuadernado y estampado la semana que viene, *vasta mole superbus*. Y tengo tomada la resolución de visitar Oxford por la Pascua aunque no me invite usted. ¿Me presento allí sin que medie invitación o me quedo aquí, donde tal vez nadie me eche en falta si me fuese? Difícil elección. Pero es que así es el mundo, mi estimado señor, para su etc.

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]

25 de marzo de 1775

Estimado señor,

aunque no escribir, cuando tan bien sabe escribir un hombre, es una ofensa sobradamente abyecta, la pasaré por

alto. Mucho me alegra que al Vicecanciller le complaciera mi nota. Esperaré con impaciencia su llegada a Londres, con el fin de que consideremos qué hacer a continuación. En invierno me propongo abrir una *Bibliothèque*, y recuerde que debe usted suscribirse a un pliego anual: probemos suerte, asimismo, por ver de persuadir a su hermano de que se suscriba a otro. Mi libro está al salir *ex luminis oras*.^[c100] Desconozco cuál pueda ser su destino, aunque tampoco pienso mucho en ello, pues pensar de nada sirve. Habré de soportar críticas y censuras de grandes y pequeños y vulgares por igual, así como de quienes lo entiendan y de quienes no. Pero en todo ese penar no he de estar solo; todo escritor afronta las mismas dificultades, y seguramente todo escritor habla de ellas más de lo que en ellas piensa.

Tenga la bondad de dar recuerdos a todos mis amigos; tenga la amabilidad de recordar, en todas sus horas de ocio, estimado señor, a su humilde y afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Me dijo el doctor Adams que su plan para poner en marcha una *Bibliothèque* era serio, pues un día en que fue a visitarlo se encontró con que todo el suelo del salón estaba tapizado de paquetes que contenían revistas literarias, inglesas y extranjeras, y en ese momento comunicó al doctor Adams su propósito de emprender una publicación periódica. «Señor —dijo Adams—, ¿cómo puede usted pensar en hacerlo solo, sin ninguna ayuda? Será menester tener en cuenta todas las ramas de la cultura. ¿Sabe usted Matemáticas? ¿Tiene usted conocimientos de Historia natural?». A lo cual Johnson contestó: «Pues la verdad, señor, es que deberé hacerlo todo lo bien que sepa. Mi principal objetivo consiste en dar a mis compatriotas una amplia visión de lo que se hace hoy en el terreno de la literatura en el continente, y en gran medida seré yo quien escoja las materias, pues sólo he de seleccionar los libros que mejor pueda entender». El doctor Adams le sugirió que le sería de gran utilidad contar con los servicios del doctor Maty en calidad de ayudante, pues entonces acababa de concluir su *Bibliothèque Britannique*, una obra de sabia ejecución, en la que daba a los extranjeros una amplia relación de las publicaciones británicas más destacadas. «¿Ese perrillo negro? —repuso Johnson—. Antes lo arrojaba de cabeza al Támesis». El plan, sin embargo, fue desestimado.

En una de sus agendas de bolsillo encuentro las siguientes pinceladas para su proyecto de una revista o periódico literario: «*Anales de la literatura, extranjera y doméstica por igual*. Imitación de Le Clerk-Báyle-Barbeyrac. Desdicha de las revistas en Inglaterra. “Obras de los cultos”. Imposibilidad de asimilarlo todo. A veces, escritos de periodistas extranjeros. Decirlo siempre».

Al doctor Birch

29 de marzo de 1755

Señor,

he enviado algunas partes de mi *Diccionario*, tal como las tenía a mano, para que las inspeccione con entera libertad. El favor que le ruego es que si le desagradan no diga nada. Soy, señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Samuel Johnson

Norfolk Street,
3 de abril de 1755

Señor,

la parte de su *Diccionario* que ha tenido la bondad de remitirme para que la vea con detenimiento me ha producido tal idea del conjunto que, con total sinceridad, felicito al público por la adquisición de una obra que tan necesaria era desde hacía mucho tiempo, y que además ahora tenemos entre nosotros ejecutada con industria, precisión y criterio a la altura de la importancia de la materia de que trata. Podría usted con certeza haber optado por una distinta, en la que su genio hubiese brillado con mayor ventaja, pero no habría topado con otra en la que su esfuerzo hubiera prestado tan esencial servicio a la época presente y a la posteridad. Me congratula que su salud haya dado respaldo a la imprescindible aplicación en la feliz terminación de tan descomunal tarea; puedo asumir con placer prometerle una, aunque quizá sea cínica, recompensa que recibirá de seguro: la aprobación y la gratitud de todo el que bien desee honrar la lengua inglesa. Soy, con el mayor de los respetos, su más fiel y más afectuoso y humilde servidor,

THOMAS BIRCH

Charles Burney, que desde entonces tantas distinciones ha cosechado en la ciencia de la música, obteniendo el título de doctor por la Universidad de Oxford, había tenido que ausentarse de la capital debido a su delicada salud, y residía entonces en Lynne Regis, en Norfolk. Tan de su agrado había sido el *Rambler* de Johnson y el *Plan* de su *Diccionario* que, cuando se anunció en los periódicos que la magna obra estaba casi concluida, escribió al doctor Johnson y le suplicó que le informase del modo y el momento en que iba a publicarse, encareciéndole que por suscripción, o si tenía ejemplares a su disposición, fuera tan amable de enviarle seis para él y sus amistades.

En respuesta a esta solicitud, el doctor Johnson escribió la carta siguiente, de la cual (por decirlo con las mismas palabras del doctor Burney), «si se tiene en cuenta que fue escrita a un joven anodino, que por entonces no había logrado distinción ninguna siquiera en su profesión, y cuyo nombre jamás pudo haber llegado a conocimiento del autor del *Rambler*, cabe decir que destila tal grado de cortesía y amabilidad que desmiente por completo esos rumores que últimamente han circulado acerca de la rudeza y ferocidad naturales del doctor Johnson».

Al señor Burney, de Lynne Regis, Norfolk

Gough Street, Fleet Square,
8 de abril de 1755

Señor,

si deduce usted que al posponer mi respuesta quise manifestar algún desdén por la nota con que me ha distinguido, no pensará con justicia ni de usted ni de mí. Sus cortesías me fueron ofrecidas con tal elegancia que no pudieron menos que llamar muy favorablemente mi atención, y es muchísimo el gusto que me produce el complacer a los hombres como usted, por no hablar de la sensibilidad con que acuso la distinción que usted me otorga.

Pocas consecuencias de las que puedan tener mis esfuerzos por complacer o beneficiar a la humanidad me deleitan más que su amistad, que usted voluntariamente me tiende, y que ahora tengo la esperanza de cultivar y conservar, pues aspiro a seguir siendo merecedor de ella.

No tengo ejemplares del *Diccionario* de los cuales disponer a mi antojo, pero me alegra recomendar a sus amistades que los pidan a Dodsley, pues fue gracias a su encomienda como emprendí yo la obra.

Cuando disponga usted de tiempo para pensar de nuevo en mí, no deje de obsequiarme con otra de sus cartas, e incluso con otra cuando haya tenido ocasión de ver mi *Diccionario*. Si encuentra alguna falla o errata, me esforzaré por corregirlas; si no las hallase, lo supondré cegado por su amable parcialidad para conmigo; ahora bien, que sea usted parcial en su favor gratificará muchísimo la ambición, señor, de su más atento y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Andrew Millar, librero del Strand, fue quien principalmente tomó a su cargo la tarea de dirigir la publicación del *Diccionario* de Johnson; como la paciencia de los propietarios de la edición fue reiteradamente puesta a prueba hasta casi quedar agotada de tanto esperar a que la obra fuera completada en el plazo que confiadamente anunció Johnson, el muy erudito autor fue a menudo acicateado para que se apresurase a despacharla, tanto más por haber recibido todo el dinero correspondiente a su cesión, en sucesivos adelantos, muchísimo tiempo antes de haber concluido su tarea.^[c101] Cuando el recadero llevó a Millar el último pliego y regresó, Johnson le interpeló así: «¿Y bien? ¿Qué ha dicho?». «Señor —respondió el recadero—, ha dicho: “¡Gracias a Dios que he terminado con él!”». «Pues me alegro —apostilló Johnson con una sonrisa— de que dé gracias a Dios por cualquier cosa^[159]». Es digno de mención que todas las personas con las que contrató Johnson la publicación de sus obras literarias fueran escoceses, caso de Millar y de Strahan. Aunque no tuviera un criterio literario muy formado, Millar tuvo la sensatez de rodearse de amigos muy bien preparados en este sentido, que le dieron opinión y consejo en la adquisición de los derechos de autor, consecuencia de lo cual fue que amasara una vasta fortuna, de la que dispuso con gran generosidad.^[c102] De él dijo Johnson: «Respecto a Millar, señor, ha subido él solo el precio de la literatura». El mismo elogio podría hacerse extensivo a Panckoucke, el insigne librero parisino. La generosidad, el buen tino y el éxito de Strahan son de sobra conocidos.

Al señor Bennet Langton, de Langton, cerca de Spilsby, condado
de Lincoln

6 de mayo de 1755

Señor,

hace ya mucho se ha observado que no sospechan los hombres de las faltas en que no incurren; su propia elegancia de modales y su puntualidad de complacencia no le han permitido imputarme el descuido del que fui yo culpable, y que todavía no he expiado. Recibí sus dos cartas, y las recibí con placer proporcional a la estima que nuestra breve relación de amistad ha dejado en mí impresa con fuerza, y que espero confirmarle con un más estrecho conocimiento, aunque mucho me temo que esa gratificación habré de posponerla por un tiempo.

En efecto, está publicado mi *Diccionario*, acerca del cual le ruego me transmita la opinión de su señor padre a la par que la suya; ahora ya he esperado lo suficiente para ver sus progresos en el mundo. Carece, como usted sabe, de patrones que lo avalen, y por el momento creo que no ha encontrado adversarios, con la salvedad de los criticuchos de café, cuyos vociferios pronto se dispersan en el aire que se los lleva y no dan más que pensar; por consiguiente, gozo de libertad, y estoy pensando en aprovechar la oportunidad que me brinda este lapso para hacer una excursión, así que ¿por qué no al condado de Lincoln? O, por hablar de algo que mucho más me atrae, ¿por

qué no visitar al señor Langton? Le diré cuál es la verdadera razón, pues sé que la verá con buenos ojos: tengo una madre de más de ochenta años que ha contado los días que faltaban para la publicación de mi libro con la esperanza de verme, y si consigo cancelar mis compromisos es a ella a quien he resuelto visitar.

Como bien sé que aplazar mi visita por una razón como ésta no me privará de su estima, ruego que no mengüe su amabilidad. En muy contadas ocasiones he recibido una ofrenda de amistad que tan sinceramente desee cultivar y ver madurar. Me regocijará tener noticia de usted mientras no me sea posible verle, y le veré tan pronto me sea posible, pues una vez cumpla el deber que me requiere en Lichfield mi natural inclinación me llevará a Langton. Me deleitará oír el rugido del océano y ver titilar las estrellas en compañía de hombres para quienes no despliega la Naturaleza sus volúmenes ni levanta su voz en vano.

No tome usted, señor, la demora de esta carta por precedente para nuevos aplazamientos; no imagine que veo yo con buenos ojos la descortesía en que he incurrido, pues le conozco a usted lo suficiente para tenerle un gran cariño y desear sinceramente que ampliemos nuestro mutuo conocimiento; le aseguro una vez más que residir en una casa que albergue a tal padre y a tal hijo como el suyo y usted será tenido por un placer muy poco corriente, señor, de su más solícito y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo señor Thomas Warton

[Londres,]
13 de mayo de 1755

Estimado señor,
me entristece que me considere capaz de desatender sus cartas, por lo cual le ruego nunca más vuelva a cobijar tal sospecha. Me propongo acercarme a visitarlo la semana próxima si va usted a estar allí. Si no, cualquier otra semana que le resulte más conveniente. Por lo tanto, hágamelo saber. No podré prolongar mi visita durante más de una semana, aunque la próxima vez haré preparativos para una estancia más prolongada, ya que he resuelto no perder de vista la universidad. ¿Cómo va Apolonio^[160]? Que no caiga en el olvido. Es preciso hacer cosas de este tipo para mantenernos en activo. Dé recuerdos de mi parte al señor Wise y al resto de mis amigos. Mi intención es alojarme en Kettel-Hall. Soy, señor, su más afecto etc.,

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]
10 de junio de 1755

Estimado señor,
es extraño cuántas cosas suceden y sucederán con el fin de impedirnos disfrutar de los placeres, aunque sólo se trate del que dos amigos se procuran al reunirse. A diario me he prometido informarle de la fecha para la cual podía esperar mi llegada a Oxford, y todavía no he sido capaz de precisarla. Creo que por fin ha llegado la hora, y me prometo dormir en Kettel-Hall una de las primeras noches de la semana entrante. Mucho me temo que mi estancia con usted no podrá prolongarse, ¿y qué inferencia cabe hacer de ello? Que habremos de esforzarnos por encararla con buen ánimo. Ojalá pudiera su hermano sumarse a nosotros para ir todos a tomar el té con el señor Wise. Espero que se encuentre en Oxford o en la cercana Ellsfield, en su nido de antigüedades británicas y sajonas. Cuento con ver acabado el Spenser, así como tantas otras cosas ya empezadas. Dodsley ha ido a visitar Holanda. El *Diccionario* se vende bien. El resto del mundo sigue el mismo curso que llevaba. Estimado señor, su más afecto etc.,

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]

24 de junio de 1755

Estimado señor,

tanto hablar de ir a visitarle, y no haberlo hecho aún, despide un aire de falta de seriedad que no quisiera de buena gana tener entre ustedes, y que, creo yo, sabrá no imputarme cuando le diga que, desde que le hice mi promesa, dos de nuestros socios han fallecido^[161], y que por ese motivo se me pidió que suspendiera mi viaje hasta que pudiéramos recobrarlos de nuestra confusión.

No he dejado caer en saco roto mi propósito, pues cada día que pasa siento mayor impaciencia por estar con ustedes. Pero la muerte, usted lo sabe, no atiende a súplicas, ni presta respeto a la conveniencia de los mortales. Espero poder verle la semana próxima, aunque la semana próxima no es sino otro nombre para decir mañana, y el mañana, ya se sabe, tiene a bien ser tan prometedor como decepcionante. Soy, etc.

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]

7 de agosto de 1755

Estimado señor

le dije que entre los manuscritos hay algunos papeles de sir Thomas Moore. Le ruego dedique una hora a estudiarlos y se procure una transcripción de las primeras diez o veinte líneas de cada uno, a fin de cotejarlos con los que tengo yo y precisar de ese modo si están ya publicados. Son los manuscritos que siguen:

Catálogo de la Bodleiana. Ms., pág. 122. F. 3. sir Thomas Moore.

1. Caída de los ángeles. 2. Creación y caída del género humano. 3. Determinación de la Trinidad para la salvación del género humano. 4. Cinco lecciones de la pasión de Nuestro Salvador. 5. De la institución del sacramento, tres lecciones. 6. Cómo recibir sacramentalmente el bendito cuerpo de Nuestro Señor. 7. Neomenia, la luna nueva. *De tristitia, taedio, pavore, et oratione Christi, ante captionem ejus.*

Catálogo, pág. 154. Vida de sir Thomas More. No estoy seguro de que sea la de Roper. Pág. 363. *De resignatione Magni Sigilli in manus Regis per D. Thomam Morum.* Pág. 364. *Mori Defensio Moriae.*

Si encarga al joven caballero de la biblioteca que ponga por escrito lo que usted estime oportuno, enviaré al señor Prince, el librero, a que le pague lo que usted considere adecuado.

Tenga la bondad de transmitir mis recuerdos a Wise, y a todas mis amistades. Soy, señor, su afecto etc.,

SAM. JOHNSON

Publicado por fin el *Diccionario* en su totalidad, con una gramática y una historia de la lengua inglesa, en dos volúmenes en folio, el mundo contempló maravillado una obra tan grandiosa, llevada a cabo por un solo hombre, mientras que en otros países una empresa análoga sólo se consideró apta para que la acometiera la plantilla de una academia entera. A pesar de la vastedad de sus facultades, no puedo menos que pensar que su imaginación lo había llamado a engaño cuando supuso que con una dedicación constante pudo haber culminado la tarea en tres años tan sólo. Léase con atención el prefacio, en el que detalla con estilo claro, contundente y luminoso, una amplia, bien que particular visión de lo que había llevado a cabo, y resultará a todas luces evidente que el tiempo empleado en ello fue relativamente corto. No estoy deseoso de hinchar mi libro con largas citas de aquello que está en manos de todos, y creo que hay pocas composiciones en prosa, en lengua inglesa, que se puedan leer con más deleite y que mejor se impriman en la memoria que su discurso preliminar. Una de sus excelencias ha llamado particularmente mi atención siempre: la

perspicacia con la que ha expresado las nociones científicas abstractas. A manera de ejemplo, citaré la siguiente frase: «Cuando la idea radical se subdivide en dos ramificaciones paralelas, ¿cómo puede formarse una serie consecutiva de sentidos por su propia naturaleza colaterales?». He aquí un ejemplo de eso que tan a menudo se ha dicho, y que yo creo firmemente, de que para cada pensamiento existe una adaptación idónea de palabras que ninguna otra puede igualar, y que cuando un hombre tiene la fortuna de dar con ella es que alcanza en ese caso en particular la perfección de la lengua.

Las extensísimas lecturas que fue absolutamente preciso llevar a cabo para el acopio de autoridades, y que ya por sí solas podrían dar cuenta de cómo se enriqueció el intelecto y la retentiva de Johnson gracias a sus muy amplias y variadas reservas del saber e imaginación, tuvieron que llevarle muchos años de trabajo. El prefacio mismo aporta un ejemplo espléndido de un doble talento del que Johnson era muy consciente. Sir Joshua Reynolds le oyó decir esto: «Tengo plena confianza en dos cosas que sé hacer muy bien: una es una introducción a cualquier obra literaria, estipulando qué ha de contener y cómo ha de ejecutarse de la manera más perfecta; la otra es la conclusión, mostrando a partir de varias causas por qué la ejecución no está a la altura de lo que el autor se prometió y anunció al público que haría».

Es de ver cómo se avergonzarán y se decepcionarán los enclenques escritores cuando lo vean desplegar una teoría perfecta de la excelencia lexicográfica, si bien al mismo tiempo reconoce con sinceridad y modestia que no había «ejecutado siempre su propio plan, ni satisfecho sus expectativas». Fue ésta una muy buena ocasión para que Johnson hiciera gala de su modestia, cuando se vio llamado a comparar su arduo desempeño no con el de otros individuos (en cuyo caso su mirada escrutadora y su inflexible respeto a la verdad habrían sufrido violación grave si hubiera afectado falta de seguridad en sí mismo), sino con la perfección especulativa,^[c103] por más que él mismo, capaz de aventajar a todos sus competidores en esa carrera, pudiera tener conciencia plena de esa deficiencia cuando ha de correr contra el tiempo. Bien puede afirmarse que «el *Diccionario* fue escrito con poca ayuda de los eruditos», pues no en vano él me dijo que la única ayuda que recibió fue una hoja que contenía veinte etimologías, enviada por una persona entonces desconocida, de la que después se supo que era el doctor Pearce, Obispo de Rochester. Si bien son amplia muestra de cultura y de criterio, las etimologías no me parece que tengan derecho a suscitar el primer lugar entre las alabanzas que merecen las diversas partes de esta obra inmensa. Las definiciones siempre me han parecido pruebas asombrosas de agudeza del intelecto y de precisión del lenguaje, indicio de un genio de primerísima fila. Ésta es la característica que señala la superior excelencia del *Diccionario* de Johnson sobre otros igual de voluminosos, o más, y es lo que tuvo que hacer de la obra una tarea mental mucho más esforzada que los meros lexicones, glosarios, thesauros, silvas, alvearios o «libros de palabras», como los llaman los holandeses. Quienes quieran hacer el experimento de ver cómo se pueden definir unas cuantas palabras de

cualquier naturaleza, pronto se darán por satisfechos con la incuestionable justicia de esta observación, que bien puedo garantizar a mis lectores se basa en un profundo estudio y en el intercambio con más intelectos que el mío.

Preciso es reconocer que algunas de sus definiciones contienen errores. Es el caso de *barlovento* y *sotavento*,^[c104] que si bien son de significado opuesto se definen de la misma manera. Sobre estas máculas prácticamente nimias bastará señalar que ya en su prefacio anuncia que era consciente de que podrían darse no pocas en una obra tan ingente;^[c105] tampoco se mostró nunca desconcertado cuando se le señalaba un ejemplo de estas características. Una dama una vez le preguntó cómo había podido definir *cuartilla*, referido a la anatomía equina, como ‘la rodilla de un caballo’, y respondió al punto: «Por ignorancia, señora; por pura ignorancia». Su definición de *red*^[c106] a menudo se ha citado con intención maligna, aunque disimulada de chanza, por oscurecer algo que es sumamente sencillo de verse. No obstante, la frivolidad de tales censuras no requiere más respuesta que la que nos facilita en su propio prefacio.

La definición requiere el empleo de términos menos abstrusos que los que se pretende definir, y esos términos no siempre se encuentran. Toda vez que nada puede demostrarse salvo por medio de la suposición de algo que se sabe de manera intuitiva, y que es evidente por sí mismo, sin necesidad de demostración, nada puede definirse sino mediante el uso de vocablos tan sencillos que no admiten definición. A veces, palabras bien simples se tornan en otras más duras de comprender, como es *entierro*, que pasa a ser ‘sepultura, sepelio, inhumación’; *seco*, que pasa a ser ‘deshidratado’; *sequedad*, que da ‘aridez’ o ‘dsecamiento’; *ataque*, que da ‘paroxismo’, pues resulta que la palabra más fácil y sencilla, sea cual fuere, nunca podrá traducirse en otra más fácil y sencilla.

El hecho de que introduzca sus propias opiniones e incluso sus prejuicios englobándolos en la definición general de las voces, mientras que deja sin explicar el significado original de las palabras, como sucede con *tory*, *whig*, *pensión*, *avena*, *excise* y unas cuantas más^[162], no puede defenderse en todas sus consecuencias, y es preciso atribuirlo a una complacencia en el capricho o a una inclinación humorística.^[c107] Hablando conmigo de este asunto cuando estábamos en Ashbourne en 1777, reseñó un ejemplo aún más claro de la preponderancia de sus sentimientos personales en la composición de ciertas entradas, mucho más que cualquier otro. «Sabe usted, señor, que lord Gower renunció a su vieja inclinación jacobita. Cuando llegué a la voz *renegado*, tras decir que significaba ‘quien deserta y se pasa al enemigo; un revoltoso’, añadí: ‘A veces lo llamamos *gower*’. Así fue a imprenta, aunque el impresor era más sensato que yo y lo suprimió».^[c108]

Conviene no obstante dejar constancia de que estas indulgencias que se permitía no sólo se despliegan en sarcasmos hacia los demás, pues a veces revisten lúdicas alusiones a conceptos comúnmente relacionados con su laboriosa profesión. Así, define *Grub-street*, nombre de una calle de Londres cercana al manicomio de Bedlam, en Moorfields, como ‘calle habitada por escritoruelos de historietas, diccionarios y poemas de ocasión; de ahí que cualquier composición en prosa o en verso de pésima calidad, hecha por encargo, se llame *Grub-street*’^[c109] Y así define *lexicógrafo*: ‘Autor de diccionarios; bestia inofensiva de carga’.

En la época en que se disponía a dar por concluido su muy elocuente prefacio, el ánimo de Johnson parece haberse sumido en tal estado de depresión^[c110] que no se pueden contemplar si no es con asombro los vigorosos y espléndidos pensamientos que tan alta distinción dan a su obra. «Seguramente —dice— podré darme por contento sin la alabanza de la perfección, que si pudiera de hecho granjearme en esta lúgubre soledad, ¿de qué iba a servirme? He aplazado la conclusión de mi obra hasta el punto en que la mayoría de las personas a quienes deseaba complacer está ya en la tumba, y el éxito y la frustración son sonidos vacuos. Por lo tanto, la descarto con fría tranquilidad, pues poco tengo que temer, poco que esperar, de la censura o del halago». Esta indiferencia fue más bien sentimiento pasajero, y no un hábito, como bien se ve en sus cartas a Warton; al margen de cómo se viera afectado en el momento, es irrefutable que los honores que le procuró su gran obra, tanto en su país como en el extranjero, le resultaron muy gratificantes. Durante una estancia en Florencia, su amigo el Conde de Corke y Orrery lo presentó ante la Accademia della Crusca, que envió a Johnson su *Vocabolario*, tal como la Academia de Francia le hizo llegar su *Dictionnaire*, que Langton tuvo el placer de llevarle en mano.

Sin duda parecerá extraño que la conclusión de su prefacio esté enunciada con tanto desaliento, sobre todo si se piensa que su autor tenía entonces cuarenta y cinco años de edad. Ahora bien, hemos de atribuir su lúgubre humor a la penosa depresión a que estaba sujeto por naturaleza, y que se había agravado dos años antes con la muerte de su esposa. He oído a una dama de alcurnia y elegancia hacer una ingeniosa observación, en el sentido de que «su melancolía atravesaba por entonces su meridiano». Pido a Dios concederle casi treinta años más de vida después de esta época, y cuando se encontraba de un humor plácido se vio obligado a reconocer conmigo que había disfrutado de días más felices y que había tenido muchas más amistades después que antes de aquellos momentos pesados.

Triste expresión es la que emplea, «la mayoría de las personas a quienes deseaba complacer están ya en la tumba», y su caso, a los cuarenta y cinco años, era singularmente desdichado, y eso sin contar que el círculo de sus amistades era en verdad muy reducido. A menudo he dado en pensar que como la longevidad es deseo de todos los hombres, y creo que en general todos la esperamos, sería juicioso aumentar continuamente el número de nuestras amistades, para que la pérdida de una se supla con las otras. La amistad, «el vino de la vida»,^[c111] debiera cual bodega bien surtida renovarse de continuo, y es un consuelo pensar que si bien rara vez podemos añadir algo que iguale aquellos generosos, primeros brotes de nuestra juventud, la amistad madura sin que apenas lo percibamos en mucho menos tiempo de lo que por lo común se imagina, y no son necesarios muchos años para que cobre su sabor grato y madurado en sazón. La calidez de un temperamento sin duda origina una diferencia muy considerable. Los hombres de carácter afectuoso y de vigorosa imaginación se coligan mucho antes que los fríos y apagados.

La proposición que he tratado de ilustrar fue, en un periodo posterior de su vida,

la opinión del propio Johnson. Dijo a sir Joshua Reynolds: «Si un hombre no hace nuevas amistades a medida que avanza en la vida, pronto se verá solo. El hombre, señor, debe mantener la amistad continuamente puesta a punto».

El célebre señor Wilkes, cuyas ideas y hábitos eran muy opuestos a los de Johnson, si bien destacó siempre por su eminencia en la literatura y por su vivacidad, salió al paso con un pequeño *jeu d'esprit* a propósito del siguiente pasaje de la *Gramática de la lengua inglesa*, que precede al Corpus del *Diccionario*: «Rara vez la hache, tal vez nunca, da comienzo a más sílaba que a la primera de la palabra».^[c112] En un artículo que dio a la imprenta en el *Public Advertiser*, este vivaracho y revoltoso escritor enumeró muchos ejemplos que desmienten este comentario; por ejemplo, «el autor de esta observación tiene que ser un hombre dotado de presta capacidad de *aprehender* lo que ve, dotado de un genio sumamente *comprehensivo*». La postura que mantiene está expresada sin duda con demasiada laxitud.

Es de suponer que este leve puyazo no causó gran impresión en nuestro lexicógrafo, pues según descubrimos éste no alteró el pasaje hasta muchos años después^[163].

Tuvo en cambio el placer de que su discípulo de antaño, Garrick, lo tratase de manera bien distinta en el siguiente epígrafe laudatorio^[164]:

SOBRE EL «DICCIONARIO» DE JOHNSON:

Háblese de la guerra con un británico,
y asegura con descaro y arrogancia
que un solo soldado de Inglaterra
vence en un santiamén a diez de Francia;
si se tornara la jactancia de la espada en la pluma,
mayores serían nuestras opciones,
mayor la fuerza que abrumba;
recios los franceses se afanan en las minas profundas,
mas ¿tiene parangón su fuerza con Locke,
Newton, Boyle, su ciencia fecunda?
Que reúnan a sus héroes, que acopien sus poderes;
versificadores y prosistas, que a los nuestros se enfrenten.
Primero Shakespeare, Milton después,
como dioses en combate
todo su teatro y toda su épica pusieron a escape;
en sátiras, epístolas y odas, si aguantasen,
ante Dryden y Pope en masa se retirasen,
y Johnson, bien armado como un héroe de antaño
a cuarenta franceses^[c113] ha vencido y ha batido el estaño.

En este año Johnson dio muestra de su benevolencia, de su rapidez en la aprehensión y admirable carácter, en la ayuda que tendió al señor Zachariah Williams, padre de la dama ciega a la que con gran talante humanitario dio cobijo bajo su techo. Williams se había dedicado a la profesión de médico, que ejercía en Gales, pero al tener una fuerte propensión al estudio de la Filosofía natural había logrado muchos e ingeniosos progresos hacia el descubrimiento de la longitud, de modo que recaló en

Londres con la esperanza de obtener la pingüe recompensa prometida por el Parlamento. No se alzó con el triunfo, aunque Johnson, una vez se informó de sus principios y experimentos hasta el punto de dominar tan abstrusos conceptos, escribió en su beneficio un panfleto que publicó en cuarto con el título siguiente: *Relación de un intento por calcular la longitud en alta mar: con una teoría exacta de la variación de la aguja magnética y una tabla de variaciones longitudinarias en las más destacadas ciudades de Europa, desde el año 1660 hasta el año 1680.*† Para darle más amplia difusión, lo acompañó de una traducción al italiano en páginas encaradas, obra al parecer del signor Baretti, un italiano de gran prosopopeya y conocimientos literarios que había llegado a Inglaterra unos años antes, había encontrado empleo como profesor de lenguas y escritor por cuenta propia, y había trabado íntima amistad con el doctor Johnson. Este panfleto lo depositó Johnson en la Biblioteca Bodleiana. En una hoja en blanco está pegado un párrafo recortado de un periódico, en el que se refiere el fallecimiento y el carácter de Williams. Está escrito por Johnson en un estilo muy sencillo^[165].

En julio de este año había ideado un plan de progreso espiritual, el propósito particular del cual no se aclara. Sin embargo, en sus *Plegarias y meditaciones*, pág. 25, hallamos una plegaria titulada «Del estudio de la Filosofía como instrumento de vida», a la que sigue una nota: «No se llevó a cabo este estudio».

El 13 del mismo mes escribió en su diario el siguiente plan de vida para los domingos:

Habiendo vivido [así lo expresa con gran sinceridad de conciencia] no sin habitual reverencia por el sábat, aunque sin la observancia de los deberes que el cristianismo exige:

1. Levantarme temprano y, con el objeto de que sea fácil, acostarme temprano el sábado.
2. Dedicar parte de la mañana a alguna devoción extraordinaria.
3. Examinar el tenor de mi vida y, en particular, la semana anterior, y anotar mis progresos en la religión, o bien mis retrasos.
4. Leer metódicamente las Escrituras con las ayudas que tenga a mano.
5. Ir el doble a la iglesia.
6. Leer libros de Teología, sea especulativa o sea práctica.
7. Instruir a mi familia.
8. Fatigar mediante la meditación cualquier mancha mundana contraída a lo largo de la semana.

1756: ÆTAT. 47.] En 1756 descubrió Johnson que la gran fama de su *Diccionario* no le valía para vivir por encima de la necesidad «de hacer provisión para el día mismo que amanecía sobre su cabeza».^[c114] Ningún miembro de la realeza, ningún noble patrón extendió una mano munificente para dar independencia al hombre que había conferido tal estabilidad a la lengua de su país. Podemos sentir natural indignación ante la tan impropia negligencia de trato que se le deparó, aunque al mismo tiempo hemos de congratularnos si reparamos en que a esa negligencia, que obró en contra de la natural indolencia de su carácter y le sirvió de acicate, debemos muchos escritos valiosos, que de otro modo tal vez nunca hubiesen aparecido.

Durante el trabajo de preparación de su obra magna había gastado el dinero que había ganado con la contratación del *Diccionario*. Hemos visto que la compensación por este trabajo fue sólo de 1575 libras, deducidas de las cuales el pago de los amanuenses, plumas, tintas y papel, así como otros artículos de primera necesidad, sus ganancias fueron muy magras. Una vez le dije: «Lamento, señor, que no tuviera más ganancias por el *Diccionario*». «Yo también lo lamento —respondió—, pero nada tengo que objetar. Los libreros son hombres generosos, de talante liberal». En este sentido, siempre hizo amplia justicia al carácter de los libreros que publicaron sus obras.^[c115] Los consideraba los verdaderos patronos de la literatura. Desde luego, aunque han amasado ganancias muy considerables gracias a su *Diccionario*, es a ellos a quienes debemos que se llevara a buen término una empresa tan formidable, aun a riesgo de muy considerables gastos, pues nunca tuvieron la absoluta certeza de que fueran a recibir cumplida indemnización.

El primero de enero de ese año descubrimos, gracias a su devocionario particular, que se había recuperado de la enfermedad que lo tuvo postrado^[166] y, en febrero, que se había repuesto plenamente de sus problemas oculares^[167]. La piadosa gratitud con que reconoce las misericordias concedidas por cada plegaria es muy edificante, así como lo es la humilde sumisión con que reacciona cuando es voluntad de su Padre celestial el ponerlo a prueba mediante tantas aflicciones. Como quiera que tal disposición se torna a la larga estado natural del hombre en esta vida, como quiera que es efecto verdadero de la disciplina religiosa, no podemos menos que venerar en Johnson a uno de los espíritus más curtidos en el ejercicio que nuestra santa religión jamás haya formado. Si hubiera alguien tan torpe para suponer que tal ejercitación es

debilidad de un gran entendimiento, que observe a Johnson y se convenza de que lo que con tanto afán practicaba de seguro ha de tener un fundamento racional.

Sus obras de aquel año fueron una edición condensada, o epítome, de su *Diccionario* en folio, que se publicó en cuarto, y unos cuantos ensayos aparecidos en una publicación mensual, el *Universal Visiter*. Christopher Smart, con cuyas desdichadas vacilaciones y titubeos de ánimo mostró sincera simpatía, fue uno de los compiladores de esta miscelánea, y Johnson empleó a su pluma para ayudarlo en algunas ocasiones. Todos los ensayos marcados con dos asteriscos le han sido atribuidos, aunque por las pruebas internas tengo plena seguridad de que, de todos ellos, ni «Vida de Chaucer», ni «Reflexiones sobre el estado de Portugal», ni un «Ensayo sobre la arquitectura», fueron escritos por él. Tengo idéntica confianza, basándome en las mismas pruebas, en que escribió «Otros pensamientos sobre la agricultura»,† que es una continuación de un ensayo muy inferior sobre ese mismo asunto y que, si bien parece obra del mismo autor que el primero, se halla, en cuanto a pensamiento como en cuanto a expresión, tan por encima, y es tan sumamente peculiar, que no deja lugar a dudas acerca de la identidad de su verdadero padre. También escribió «Una disertación sobre el estado de la literatura y los autores»,† y «Una disertación sobre los epitafios que escribió Pope».† El último de ellos, de hecho, lo añadió a su *Idler*. No sabría explicar de ninguna manera por qué los ensayos realmente escritos por él aparecen marcados de la misma manera que algunos que no escribió, aunque en deferencia a quienes le han atribuido los tres ensayos que rechazo debo decir que todos ellos carecen de los rasgos característicos de la composición al estilo johnsoniano.

También se comprometió a supervisar y colaborar con generosidad en otra publicación de carácter mensual, llamada *Literary Magazine*, o *Universal Review*;* cuyo primer número se publicó en mayo de este año. No me ha sido posible descubrir cuáles fueron sus emolumentos por este trabajo, ni tampoco qué otros escritores colaboraron en la publicación. Johnson siguió escribiendo para ella, con algún descanso, hasta el decimoquinto número; creo que nunca dio mejores pruebas del poderío, la agudeza y la vivacidad de su intelecto que en esta miscelánea, tanto si consideramos sus ensayos originales como si tenemos en cuenta sus reseñas de obras ajenas. La «Alocución preliminar al público»† es buena prueba del modo en que este gran hombre sabía embellecer, con la gracia superior de una composición excelsa, incluso una materia tan trillada como el plan y la declaración de intenciones de una revista.

Sus ensayos originales son los siguientes: «Introducción al estado político de Gran Bretaña»,† «Comentarios sobre la ley de la milicia»,† «Observaciones sobre los tratados de Su Majestad Británica con la Emperatriz de Rusia y el *landgrave* de Hesse y Kassel»,† «Observaciones sobre el actual estado de la nación»† y «Memorias de Federico III, Rey de Prusia».† En todos ellos hace un gran despliegue de extensos conocimientos políticos y de notabilísima sagacidad, que enuncia con una energía y

una perspicacia fuera de lo común, sin recurrir a ninguna de las palabras que a veces se complacía en adoptar, en imitación de sir Thomas Browne, de cuya *Moral cristiana* preparó en este año una edición, junto con la «Vida»* que puso a modo de prefacio, y que es uno de los mejores desempeños de Johnson en el terreno de la biografía. En un solo caso de todos estos ensayos se ha permitido Johnson incurrir en su *brownismo*. El doctor Robertson, el historiador, fue quien me lo señaló, no en vano estuvo en su día convencido de que Johnson era el autor de las «Memorias del Rey de Prusia». Al referirse al orgullo del rey, el padre de su héroe, que se envanecía de ser señor del regimiento de mayor estatura que había en toda Europa, dice así: «Pasar revista a ese regimiento que tanto descollaba era el mayor de sus placeres, y puso tanto esmero en perpetuarlo que cuando conocía a una mujer de estatura considerable de inmediato daba orden de que uno de sus titánicos oficiales se aviniera a casar con ella, de modo que pudieran *propagar su proceridad*». Para emplear esta anómala voz anglo-latina, *procerity*, Johnson contaba con la autoridad de Addison.

En sus reseñas se ocupó de los siguientes libros: *Historia de la Royal Society*, de Birch;† el *Gray's Inn Journal*, de Murphy;† el *Ensayo sobre los escritos y el genio de Pope*, vol. I, de Warton;† la traducción de Polibio que hizo Hampton;† las *Memorias de la corte de César Augusto*, de Blackwell;† la *Historia natural de Aleppo*, de Russel;† los *Argumentos en prueba de la deidad*, de sir Isaac Newton;† la *Historia de las islas Scilly*, de Borlasse;† *Experimentos sobre el blanqueado de metales*, de Holme;† la *Moral cristiana*, de Browne;† *Sobre la destilación del agua de mar, los ventiladores en los barcos y la cura del mal sabor de la leche*, de Hales;† *Ensayo sobre las aguas*, de Lucas;† *Catálogo de obispos escoceses*, de Keith;† *Historia de Jamaica*, de Browne;† *Transacciones filosóficas*, vol. XLIX;† la traducción de las *Memorias de Sully* que hizo la señora Lennox;* *Misceláneas*, de Elizabeth Harrison;† *Mapa y relación de las colonias centrales de América*, de Evans;† *Carta sobre el caso del almirante Byng*;* *Llamamiento al pueblo acerca del almirante Byng*;* *Ocho días de viaje*, de Hanway, y su *Ensayo sobre el té*;* *El cadete, un tratado militar*;† *Nuevos particulares en relación con el caso del almirante Byng, obra de un caballero oxoniense*;* *Comportamiento del ministerio en lo relacionado con la actual guerra, examinado con imparcialidad*;† *Libre indagación sobre la naturaleza y los orígenes del mal*.* Todas ellas, a juzgar por las pruebas internas, son obra de Johnson; de algunas sé que reconoció su autoría, y son las que en consonancia he marcado con un asterisco. El señor Thomas Davies, en efecto, le atribuyó la reseña de la *Investigación sobre el origen de nuestra idea de lo sublime y lo bello*, del señor Burke, y sir John Hawkins, con idéntico discernimiento, la ha insertado en su colección de obras de Johnson, cuando lo cierto es que no guarda semejanza con las composiciones johnsonianas, y de sobra se sabe que es obra del señor Murphy, quien así lo ha reconocido ante mí y ante muchos otros.

Vale la pena subrayar, por hacer justicia al verdadero sesgo político de Johnson, que a menudo y de un modo absolutamente erróneo se ha interpretado como una

abyecta sumisión al poder establecido, que en sus «Observaciones sobre el actual estado de la nación» brilla un espíritu de libertad constitucional tan beligerante como pueda darse en cualquier otra parte. Así comienza:

Está por llegar el tiempo en el que todo ciudadano inglés dé por sentado que dispondrá de cumplida información sobre el estado de la nación, tiempo en el que tendrá derecho a ver satisfecha esa expectativa. Y es que, dejando a un lado lo que urjan los ministros, o aquellos que por vanidad o interés pasan a ser acérrimos partidarios de los ministros, en lo tocante a la necesidad de que tenga la ciudadanía confianza en quienes nos gobiernan, y la presunción de sondear con ojos profanos los más recónditos rincones de la política, es evidente que dicha reverencia sólo pueden exigirla consejos cuyas deliberaciones todavía no se han puesto en práctica y proyectos aún suspensos y pendientes de deliberación. Sin embargo, cuando un designio da en éxito o en fracaso, cuando los ojos y oídos de todos son testigos del general descontento, o de la satisfacción general, sobreviene el momento apropiado para desenmarañar la confusión y para esclarecer lo oscuro, para mostrar debido a qué causas se ha producido cada acontecimiento y con qué efectos es probable que termine, para exponer con todos los pormenores lo que el rumor siempre acuna en exclamaciones del común, o bien confunde y sume en el desconcierto debido a relatos mal digeridos e incluso indigestos, para poner de manifiesto, en suma, de dónde proviene la felicidad o la calamidad, y dónde por tanto es preciso esperar una o la otra, y para tender, en fin, con honradez y sin tapujos ante el pueblo las indagaciones que del pasado puedan espigarse y las conjeturas que del futuro puedan estimarse.

Aquí vemos, asumido como principio incontrovertible, que en este país el pueblo es el superintendente de la conducta y de las medidas que tomen aquellos que tienen en sus manos el gobierno de la nación. De los benéficos efectos de tal realidad el actual reinado aportó un ejemplo ilustre, cuando diversas acciones de todas las partes del reino sirvieron para poner coto a un audaz intento de introducir un poder nuevo y subversivo frente a la corona.

Prueba aún más contundente de su espíritu patriótico se encuentra en su reseña de un *Ensayo sobre las aguas*, del doctor Lucas, al cual, luego de pintarlo como hombre bien conocido del mundo por su osado desafío al poder cuando lo consideraba ejercido injustamente, se refiere de este modo:

Los ministros de Irlanda lo expulsaron de su país natal por una proclama en la que lo acusan de delitos de los que nunca pretendieron aducir prueba alguna, y lo sometieron a opresión mediante métodos ante los que no podría haber opuesto resistencia ni un culpable ni un inocente.

Así sea pues recibido un hombre condenado al exilio por haber sido amigo de su país, y así se le acoja en cualquier parte como partidario confeso de la libertad; así aprendan a tiempo las herramientas del poder que bien pueden robar, pero no empobrecer.^[c116]

Algunas de las reseñas aparecidas en esta revista son muy breves relaciones de las piezas comentadas, y si las menciono es sólo para que se conozcan las opiniones del doctor Johnson sobre ellas; sin embargo, muchas son muestra de una crítica elaborada de acuerdo con un estilo magistral. En su reseña de las *Memorias de la corte de Augusto* salta a la vista su resolución de pensar y hablar con total independencia, sin tener en cuenta el sesgo hipócrita transmitido a lo largo de los siglos en loor de los antiguos romanos. Así, «no entiendo por qué cualquiera, salvo un chiquillo que declama su lección en la escuela, debiera lloriquear a propósito de la riqueza mancomunada de Roma, que si llegó a ser grande lo fue sólo a expensas de la miseria del resto de la humanidad. Los romanos, al igual que otros pueblos, en cuanto se enriquecieron se tornaron corruptos, y en su corrupción pusieron en venta sus vidas y

sus libertades, y las de los demás». Asimismo, «fueron un pueblo que en la pobreza robó a la humanidad, y que en cuanto se enriqueció vio cómo en su seno se robaban los unos a los otros».

En su crítica a las *Misceláneas* en prosa y verso publicadas por Elizabeth Harrison, pero escritas por muchos autores, da prueba sobresaliente tanto de su ortodoxia como de su sinceridad:

Los autores de los ensayos en prosa parecen haber imitado o intentado imitar el estilo copioso y la abundancia de la señora Rowe. No es éste el único elogio que cabe hacerseles, pues se han desvivido por añadir a la brillantez de sus imágenes la pureza de sus sentimientos. Los poetas se han mirado en el ejemplo señero del doctor Watts, un escritor que si bien no tiene sitio en el primer peldaño del escalafón del genio, compensa ese defecto mediante la constante aplicación de sus facultades a la defensa y promoción de la piedad. El intento de emplear los ornatos del romance con el adorno de la religión creo que lo llevó a cabo por primera vez Boyle en su *Martirio de Teodora*, pero los estudios filosóficos de Boyle no le dejaron tiempo para el cultivo de ese estilo, y la compleción de su grandioso plan quedó reservada a la señora Rowe. El doctor Watts fue uno de los primeros que enseñaron a los fieles que se rebelaron contra la autoridad papal a escribir e incluso hablar como los demás hombres, mostrándoles que la elegancia bien puede casar con la piedad. Ambos hubiesen honrado con creces a una sociedad mejor, puesto que poseían esa caridad al lado de la cual bien pueden olvidarse sus defectos, y con la cual todo el orbe cristiano aspira a comulgar. Se mantuvieron ambos a salvo de todas las herejías de una época que toda opinión ha convertido en favorita ;de lo que la iglesia universal desde siempre ha detestado!

Por el interés general de la humanidad, estas alabanzas debieran ser conferidas a los escritores que complacen y no corrompen, aunque para ellos todo elogio es vano si es humano, ya que los tengo por aplaudidos por los ángeles y contados entre los justos.

Su defensa del té frente a la virulenta diatriba de Jonas Hanway contra esa elegante y popular bebida demuestra lo bien que puede escribir un hombre de genio sobre los asuntos más banales cuando lo hace, como dicen los italianos, *con amore*. Creo que nadie disfrutó más que Johnson de la infusión de esa hoja fragante. Las cantidades en que la bebía a todas horas eran tan descomunales que debía de tener un sistema nervioso insólitamente fuerte para no quedar sumamente relajado por un uso tan inmoderado de la infusión.^[c117] Me aseguró que nunca le había causado la menor inconveniencia, lo cual es buena prueba de que las fallas de su constitución eran más bien debidas a una gran tensión de las fibras que a lo contrario. Hanway escribió una colérica réplica a la reseña que hizo Johnson de su *Ensayo sobre el té*; tras una pausa larga y deliberada, Johnson le dio contrarréplica; el único ejemplo, que yo sepa, a lo largo de toda su vida, en que condescendió a refutar algo que se hubiera escrito contra él.^[a nota c71, Vol. II] Supongo que cuando pensaba en sus mezquinos antagonistas era consciente del elevado sentir de Áyax en Ovidio:

*Iste tulit pretium jam nunc certaminis hujus,
Qui, cum victus erit, mecum certasse feretur.*^[c118]

Lo cierto es que el bueno de Hanway se había expuesto al ridículo de tal modo que la respuesta de Johnson a su ataque fue un asunto meramente deportivo.

La generosidad con que defiende la causa del almirante Byng dice mucho de su honorable corazón y espíritu. Aunque Voltaire pretende ser ingenioso al comentar el

destino del desgraciado oficial señalando que fue fusilado «*pour encourager des autres*», la nación hace ya mucho tiempo que posee plena convicción de que su vida fue sacrificada al fervor político de los tiempos. En la capilla perteneciente a la familia Torrington, en la iglesia de Southill, condado de Bedford, hay un monumento en su honor, sobre el que puede leerse el siguiente epitafio:

PARA PERPETUA DESGRACIA
DE LA JUSTICIA PUBLICA,
EL HONORABLE SEÑOR JOHN BYNG,
ALMIRANTE DE LA ARMADA,
CAYÓ MÁRTIR DE UNA PERSECUCIÓN POLÍTICA
EL 14 DE MARZO DEL AÑO 1757,
CUANDO LA BRAVURA Y LA LEALTAD
ERAN GARANTÍAS INSUFICIENTES
DE LA VIDA Y EL HONOR
DE UN OFICIAL DE LA ARMADA.

El ensayo crítico más exquisito de cuantos publicó Johnson en la *Literary Magazine*, o en cualquier otra parte, es su reseña sobre la *Indagación de los orígenes del mal*, de Soame Jenyns. Jenyns estaba dotado de un vivaz talento y un estilo notablemente puro y fácil; era muy capaz de jugar felizmente con un tema ligero, tanto en prosa como en verso, pero cuando quiso especular sobre la difícilísima y dolorosa cuestión de los orígenes del mal, «se aventuró más allá de donde podía llegar y perdió pie», por lo cual fue naturalmente expuesto por Johnson, con argumentos agudos e ingenio brillante. Recuerdo que cuando se estrenó la pieza humorística del difunto señor Bicknell, titulada *Los viajes musicales de Joel Collyer*, en la que se hace un vano intento por ridiculizar a Johnson, éste fue atribuido a Soame Jenyns, y Johnson dijo: «¡Ja! Creí que ya le había dado más que suficiente».

Su triunfo sobre Jenyns lo describe de este modo mi amigo Courtenay en su *Reseña poética del carácter literario y moral del doctor Johnson*, una composición de tanto mérito que, si no tuviera el honor de haber sido objeto de una muy amable y muy parcial referencia en ella, más a menudo me habría hecho eco de los sentimientos de tantos hombres de gusto exquisito que la han alabado como corresponde:

Cuando un sofista especioso rastrea con presunción
la fuente del mal que aún se esconde al hombre,
revive cuentos árabes y espera en vano
rivalizar con san Juan, y con su escoliasta, Pope,
aunque extienda la metafísica la negrura de la noche,
pues la estrella de la razón guía nuestra visión dolorida,
señala los límites del saber e indica cuál es la vía
hacia extensiones no recorridas, donde se pierden los sabios,
donde, cual recadero de medio pelo, Jenyns espera
y la tenue antorcha se le cae de las manos sin fuerza^[168].

William Payne, hermano del respetable librero, publicó en este año *Una introducción al juego de damas* a la que Johnson aportó una dedicatoria al Conde de Rochester* y

un prefacio,* piezas que se adaptan de manera admirable al tratado que abren. Tengo entendido que Johnson no volvió a jugar a las damas tras abandonar la universidad, de lo cual se resintió, pues el juego le había proporcionado alivio y sosiego inocente de la melancolía que tan a menudo le atormentaba. Le he oído lamentarse de no haber aprendido a jugar a las cartas, y el juego de damas que conocemos está particular y finamente calculado para fijar la atención sin forzarla. En las damas hay una compostura y una gravedad que sin sentirse aplaca el ánimo inquieto; probablemente es por eso que los holandeses son muy afectos a este juego, como lo son al tabaco, de cuyo influjo sedante, aunque él nunca fumó, Johnson tenía muy alta opinión^[169]. Además, jugar a las damas requiere cierto ejercicio de las facultades, a tenor de lo cual, con intención de dar dignidad al juego en su dedicatoria, resaltando lo más estimable del mismo, Johnson observa:

Los insignificantes hallarán en cualquier cosa una insignificancia, pero como es gran característica del hombre sabio ver los acontecimientos en sus causas, obviar las consecuencias y calibrar las contingencias, Su Señoría difícilmente tendrá por bagatela insignificante aquello en que el intelecto se habitúa a la cautela, la previsión y la circunspección.

Como una de las pequeñas ventajas ocasionales que no desdeñó ganar con su pluma, en su condición de hombre profesionalmente dedicado a la literatura, este año aceptó una guinea de Robert Dodsley por escribir una introducción a *The London Chronicle*, un periódico vespertino, e incluso en tan anodina tarea hizo gala de su muy peculiar talento. El *Chronicle* aún subsiste, y por lo que he podido observar en el extranjero, tiene en el continente una circulación más amplia que el resto de los periódicos ingleses. El propio Johnson lo leía con frecuencia, y es de justicia observar que siempre se ha distinguido por su sensatez, exactitud, moderación y delicadeza.

Otro ejemplo de la misma naturaleza es el que me ha comunicado el reverendo Thomas Campbell, quien ha ganado crédito considerable gracias a sus propios escritos.

Estando una mañana con el doctor Johnson, me preguntó si había conocido al doctor Madden, autor del plan de incentivos aplicado en Irlanda. Puesto que le respondí afirmativamente, comentándole que durante unos años había vivido en el mismo barrio que él, me suplicó que cuando regresara yo a Irlanda le procurase, si tal cosa me resultara posible, un poema del doctor Madden titulado *El monumento de Boulter*. La razón por la que deseo tenerlo, me dijo, es sencilla: cuando el doctor Boulter vino a Londres sometió esa obra a mi censura; y recuerdo que suprimí muchos versos, y aún pude haber suprimido más sin que empeorase el poema. No obstante, el doctor se mostró muy agradecido y fue muy generoso, pues me dio diez guineas por el trabajo, suma que entonces era para mí muy cuantiosa.

En este año reanudó su proyecto de preparar una edición completa y anotada de las obras de Shakespeare. Publicó unas propuestas de extensión considerable^[170], en las que demostró que conocía a la perfección la amplia gama de investigaciones que semejante empresa iba a requerir; no obstante, su natural indolencia le impidió proseguir la tarea con el ahínco y la diligencia necesarios para recopilar los datos diseminados que el genio, por agudo, penetrante y luminoso que sea, no puede

descubrir por sus propios medios. Es de notar que en esta época su actividad intelectual era tan vigorosa que prometió ultimar su trabajo y tenerlo listo para publicar antes de la Navidad de 1757. Ahora bien, hubieron de pasar nueve años hasta que viera la luz.^[c119] Sus dificultades para sacarlo adelante fueron severas y recurrentes; por último, casi podemos concluir que la operación de cesárea la llevó a efecto el bisturí de Churchill, cuya sátira sangrante, diría yo, conminó a los amigos de Johnson a apremiarle para que diera por concluida la obra y la entregase.^[c120] Dice así:

Echa a los suscriptores cebo y anzuelo con esmero,
pero... y del libro, ¿qué se hizo? Se embolsa su dinero.
No importa su paradero; sabio es el temor,
lo sabemos, que impide robar al enemigo sin rubor,
si bien, para mejor servir a nuestros propios fines,
¿qué nos impide abusar de amigos y gachupines?

Por esta época se le ofreció un *modus vivendi* de valor no desdeñable, en el condado de Lincoln, con la condición de que aceptara tomar los votos. Era una rectoría cuya dotación donaba el señor Langton, padre de su muy querido amigo. Pero no lo aceptó, en parte, creo yo, por escrúpulo de conciencia, pues tenía la convicción de que sus hábitos y su propio temperamento no casaban bien con la instrucción que de forma asidua y familiar habría de impartir a los lugareños ignorantes, cosa que tenía por deber esencial del clérigo, y en parte porque su amor por la vida londinense era tan fuerte que se habría considerado un desterrado en cualquier otro lugar, especialmente en el campo. Quien quiera ver desplegados sus argumentos sobre esta cuestión en toda su extensión expresiva, puede consultar el n.º 126 del *Adventurer*.

1757: ÆTAT. 48.] En 1757 no parece que publicase nada, con la excepción de los artículos de la *Literary Magazine* que ya he mencionado. Cuando dejó de colaborar en ella, esta revista entró en declive, aunque se le añadió el popular epíteto de «Antigallican». En junio de 1758 dejó de publicarse. Es probable que en este año Johnson preparase buena parte de su *Shakespeare*, y dictó un discurso con motivo de una alocución ante el trono, tras la expedición a Rochefort, que fue leído por uno de sus amigos no sé bien en qué pública ocasión. Está impreso en la *Gentleman's Magazine* de octubre de 1785; se le atribuye a él y ostenta huellas suficientes de su autenticidad.

Gracias al favor de John Cooper Walker, del Tesoro, en Dublín, [\[la nota 56, Vol III\]](#) he obtenido una copia de la siguiente carta de Johnson al venerable autor de *Disertaciones sobre la historia de Irlanda*.

A Charles O'Connor

Londres,
9 de abril de 1757

Señor,

últimamente, gracias a los buenos oficios del señor Faulkner, he tenido ocasión de leer su disertación sobre Irlanda, y no puedo abstenerme de solicitarle que prosiga con sus intenciones. Sir William Temple se suele quejar de que Irlanda es un país menos conocido que cualquier otro, sobre todo por lo que se refiere a sus épocas antiguas. Los nativos han dispuesto de poco ocio y de escaso fomento de la investigación; los forasteros, por su desconocimiento de la lengua, no disponen de las facultades idóneas.

Hace mucho tiempo que he manifestado mi deseo de que se cultive la literatura irlandesa^[171]. Irlanda es tradicionalmente conocida por haber sido en tiempos sede de la piedad y del saber; con total certeza sería muy deseable para quienes tienen curiosidad bien por el origen de las naciones, bien por las afinidades de las distintas lenguas, disponer de mayor información sobre las evoluciones de un pueblo tan antiguo, que fue en otro tiempo tan ilustre.

La relación que exista entre la lengua galesa y la irlandesa, o entre la irlandesa y la vasconce, merece sin duda detenida indagación. En el caso de esas lenguas circunscritas a su provincia, que no se han extendido, rara vez sucede que haya un hombre capaz de entender más de una; por lo tanto, rara vez se puede hacer una comparación en toda regla. Espero que siga usted cultivando esa clase de saberes, que durante mucho tiempo se han hecho a un lado y que, si se tolera que sigan sumidos durante otro siglo en el olvido, tal vez ya nunca sean susceptibles de rescatar. Como extendiendo mis mejores deseos a toda empresa de utilidad, no quiero dejar pasar por alto la ocasión de hacerle saber cuánto merece, a mi juicio, de todos los que amamos el estudio, y cuánto placer ha procurado su obra, señor, a su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo Thomas Warton

[Londres,]
21 de junio de 1757

Estimado señor,

el doctor Marsili, de Padua, un culto caballero y buen poeta en latín, tiene el deseo de conocer Oxford. Le he entregado una carta de presentación para el doctor Huddersford, y me alegraría que fuera usted quien se lo presentase y le enseñase algo de Oxford.

Tengo en curso de impresión mi edición de Shakespeare.

Ansío verlos a todos ustedes, pero aún no me es posible viajar. Podría escribirme usted de vez en cuando si tuviera la bondad. Sin embargo, *honores mutant mores*,^[c121] Los profesores olvidan a sus amigos^[172]. Tenga por seguro que me quejaré a la señorita Jones.^[c122] Soy su etc.,

SAM. JOHNSON

Por favor, transmita mis mejores deseos al señor Wise.

Como Burney le adjuntara un extracto de una reseña de su *Diccionario* publicada en la *Bibliothèque des Savants*, y una lista de suscriptores de su *Shakespeare*, que el propio Burney le había procurado en Norfolk, le escribió la siguiente respuesta:

Al señor Burney, en Lynne, Norfolk

Gough Square,
24 de diciembre de 1757

Señor,

con el fin de mostrarme sensible a sus favores y no incurrir en la misma falta por segunda vez, me apresuro a contestar la carta que he recibido esta misma mañana. La verdad sea dicha: obré del mismo modo cuando recibí la otra y le escribí mi respuesta, pero como estaba deseoso de transmitirle algunas propuestas y recibos, aguardé hasta hallar una forma conveniente de hacérselos llegar, y de esta guisa pasó un día tras otro, hasta que otras cuitas la alejaron de mis pensamientos, no obstante lo cual recuerdo con gran placer sus alabanzas a mi *Diccionario*. Sus halagos fueron bienvenidos no sólo porque los creo sinceros, sino también porque éstos han sido muy escasos. Un hombre de tanta sinceridad como usted se sorprenderá si le digo que entre mis conocidos sólo hubo dos que no se empeñaron en deprimirme con amenazas de las críticas e incluso censuras que recibiría del público, o con objeciones aprendidas de quienes las aprendieron de mi propio prefacio. La suya es la única carta de buena voluntad que he recibido, aunque es cierto que se me ha prometido algo del mismo jaez desde Suecia.

Desconozco qué recibimiento pueda hallar mi nueva edición de Shakespeare. La suscripción no ha tenido mucho éxito. La publicaré hacia el mes de marzo.

Si puede usted indicarme cómo enviar nuevas propuestas de suscripción, me siento agradecido de poder ponerme en sus manos.

Recuerdo, señor, que en algunas de las primeras cartas que tuvo a bien enviarme hablaba usted de su señora. ¿Me permite preguntarle por ella? En devolución de los favores que usted me prodiga, no es mucho decirle que le deseo a usted y a ella todo cuanto pueda conducirles a su felicidad. Soy su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1758: ÆTAT. 49.] En 1758 lo encontramos a todas luces disfrutando de una vida tan plácida y distendida como su infelicidad constitutiva podía permitirle.^[c123]

A Bennet Langton, en Langton, condado de Lincoln^[c124]

9 de enero de 1758

Queridísimo señor,

debo haber dormido muy profundamente, ya que no me despertó la llegada de su carta. Ninguna de sus sospechas es cierta: no soy más rico que cuando me despidió usted, y lo que es mucho peor, mi omisión de una pronta respuesta a su primera carta demuestra que tampoco soy más sabio. Sin embargo, continúo como antaño, planeando para un momento u otro ser más rico y más sabio, a pesar de lo cual no cultivo ni el intelecto ni la fortuna. Le ruego tome buena nota de mi ejemplo y aprenda cuáles son los peligros de tanto aplazamiento. Cuando tenía yo la edad que usted tiene y descollaba en mí la confianza rebosante de los veintiún años, poco podía sospechar que a los cuarenta y nueve iba a ser éste en que ahora me veo convertido.

Pero no parece que necesite usted mi admonición. Está usted ajetreado en la adquisición y comunicación del saber; mientras estudie con ahínco, mi recomendación es que disfrute con la finalidad del estudio y haga a los otros más sabios y más felices. Mucho me agradó el relato que me hizo sobre cómo ejerce la misión de preceptor con sus hermanas. Como no tengo yo hermanas ni hermanos, contemplo con un punto indisimulable de inocente envidia a quienes bien pueden decir que son amigos de nacimiento; nunca dejaré de maravillarme con qué poca frecuencia se conserva más adelante esa unión natal. Desde luego, algunas veces sucede que sobreviene alguna causa de discordia que ahoga la amistad original, pero me parece que más frecuentemente es despilfarrada con ligereza, o perdida por negligencia, que aniquilada por culpa de la violencia o la injuria. Decimos a las señoras que una buena esposa hace un buen marido, pero creo que es mucho más cierto que los buenos hermanos hacen buenas a sus hermanas.

Me satisface que permanezca usted en su domicilio, como hiciera Juvenal en el retiro de sus amigos, en Cumas. Sé que su ausencia es lo mejor, aunque no sea lo mejor para mí.

*Quamvis digressu veteris confusus amici,
Laudo tamen vacuis quod sedem figere Cumis
Destinet, atque unum civem donare Sibyllae*^[173].

Langton bien vale por Cumas, en cuyo caso, ¿quién será la Sibila? La señora Langton es sabia cual sibila, e igual de buena. Si mis deseos sirvieran para prolongar su vida, vivirá hasta que el tiempo mismo envejezca. Pero en una cosa difiere, en que no ha esparcido sus preceptos al viento, o no al menos los que le ha conferido a usted.

Los dos Warton pasaron unos días en la ciudad y alguien los llevó a ver *Cleone*, donde me dice David Garrick que languidecieron por falta de compañía que les diera calor. David y Doddy^[174] han vuelto a tener una trifulca a causa de sus diferencias, y creo que no es oportuno que riñan más. *Cleone* estuvo bien interpretada en todos sus personajes, aunque Bellamy no dejó nada que desear. Fui la noche del estreno y le presté todo el respaldo que pude, pues Doddy, como bien sabe usted, es mi patrono, y no seré yo quien lo deje en la estacada. La obra tuvo una muy buena acogida. Una vez pasado el peligro, Doddy acudió todas las noches a ver la representación entre bambalinas y a llorar con el desasosiego de la pobre Cleone.

He prescindido del servicio doméstico, de modo que hice regalos con las piezas de caza que tuvo usted la bondad de hacerme llegar. El faisán fue para Richardson, la becada para el doctor Lawrence y la liebre se la encomendé a la señorita Williams, para paladearla a mi gusto cuando la guise. Transmite ella su aspiración de que sus cumplidos y sus mejores deseos sean aceptados en su familia, petición que en mi nombre le hago extensiva.

Reynolds ha subido sus tarifas a veinte guineas por retrato, y la señorita tiene mucho trabajo con las miniaturas.^[c125] No sé de nadie más cuya prosperidad haya ido en aumento desde que usted se marchó.

Murphy verá en escena su *Huérfano de China* el mes que viene, por lo cual supongo que se alegra. Ojalá pudiera yo darle cuenta de algún buen fin al que me aproxime. Lo cierto es que en estos momentos mis perspectivas no son halagüeñas. Sin embargo, siempre me complace, señor, que recuerde usted a su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Burney, en Lynne, Norfolk

Londres,
8 de marzo de 1758

Señor,

tan grande es su bondad, y mi derecho a gozar de cualquier parabién que usted me otorgue es tan pequeño, que no tengo palabras para expresar cuánto le agradezco sus favores^[175], aunque desde luego mucho me complace que usted me distinga de este modo.

Me apena decirle que mi *Shakespeare* no saldrá tan pronto como prometí a mis suscriptores, aunque tampoco les prometí más de lo que a mí me he prometido. Con todo, saldrá antes del verano.

Le he enviado un fajo de propuestas que, según entiendo, tampoco auguran más de lo que hasta la fecha he logrado. He impreso muchas de las obras teatrales, y hasta ahora he dejado muy pocos pasajes sin la explicación correspondiente: allí donde carezco de recursos para la pertinente aclaración confieso mi ignorancia, cosa que rara vez he hecho con los comentarios.

Asimismo, incluyo doce recibos; no es mi intención imponerle a usted la molestia de distribuirlos de manera que le importune a usted o a otros de un modo inapropiado, sino, antes bien, que disponga usted de más abundancia que escasez a la hora de hacerlos circular. Las propuestas las difundirá según se presente la ocasión. Una vez las imprimí por extenso en el *Chronicle*, y algunos amigos (creo que en particular fue Murphy, que antes redactaba el *Gray's Inn Journal*) las presentaron con espléndidos encomios.

Desde la *Vida de Browne* he estado de vez en cuando ocupado en la *Literary Magazine*, aunque últimamente no ha sido para tanto. No dispongo ahora de toda la colección, de modo que no puedo detallarle una lista de mis artículos, pero la confeccionaré y se la haré llegar, descuide. No compre los números sueltos, pues le prepararé una gavilla con los que contengan alguna cosa mía y se la enviaré a la señora Burney en pequeña prenda de gratitud por la consideración que tiene a bien dedicarme. Soy, señor, su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El doctor Burney ha tenido la amabilidad de facilitarme el siguiente escrito, que me tomo la libertad de reproducir íntegramente, en su genuino y llano estilo. Me complace sobremanera exhibir retratos de mi ilustre amigo, pergeñados por diversas manos de gran eminencia.

Poco después de esto, durante una visita a la capital, Burney mantuvo con él una entrevista en Gough Square, donde almorzó y tomó té en su compañía y le fue presentada la señora Williams. Tras el almuerzo, Johnson propuso a Burney que subiera con él a su guardilla; aceptada la invitación, allí encontró unos cinco o seis volúmenes en griego, en folio, un escritorio de madera humilde y un sillón y la mitad de otro. Johnson cedió a su invitado el sillón entero y se acomodó como pudo sobre el otro, que tenía tres patas y un solo brazo. Allí relató a Burney la historia de la señora Williams y le mostró algunos volúmenes de su *Shakespeare* ya impresos, para demostrarle la seriedad de su dedicación. Al abrir Burney el primer volumen por *El mercader de Venecia*, le pareció mayor su severidad con Warburton que con Theobald. «¡Pobre Tib! —dijo Johnson—. Enseguida se me

cayó de las manos; Warburton se interpuso entre él y yo». «Pero... señor —dijo Burney—, tendrá a Warburton dispuesto a despellejarlo y triturarle los huesos, ¿no le parece?». «No, señor: no osará salir a campo abierto, se limitará a gruñir en su guarida». «¿Y de veras tiene a Warburton, señor, por un crítico tan superior a Theobald?». «Señor mío, haría él solo pedacitos a cincuenta y dos Theobalds juntos. Lo malo de Warburton es esa comezón que tiene por decir algo, lo que sea, cuando nada queda por decir». Burney le preguntó entonces si había tenido oportunidad de leer la carta escrita por Warburton en respuesta a un panfleto que se titulaba *Al hombre más impúdico de cuantos hollan la faz de la tierra*.^[c126] Contestó que no. Burney le comentó que al parecer era obra de Mallet. Se había desatado una controversia entre los partidarios de Pope y los de Bolingbroke; Warburton y Mallet eran los que encabezaban cada facción. Burney le preguntó si había visto el libro de Warburton contra la filosofía de Bolingbroke. «No, señor. No he leído las impías baladronadas de Bolingbroke, y no me interesa por tanto su refutación».

El 15 de abril comenzó a escribir una nueva publicación periódica titulada *The Idler** que salía todos los sábados junto con un semanario llamado *The Universal Chronicle*, o *Weekly Gazette*, publicado por Newbery.^[c127] Continuó la publicación de estos ensayos hasta el 5 de abril de 1760. Del total de ciento tres, doce fueron aportados por sus amigos; los números 33, 93 y 96 son obra de Thomas Warton; el n.º 67, de Langton; los números 76, 79 y 82, de sir Joshua Reynolds; las palabras finales del n.º 82, así como «mancilla su lienzo con deformidades», son añadidos de Johnson, según me informó sir Joshua.

El *Idler* es obviamente fruto del mismo ánimo y del mismo intelecto que dio lugar al *Rambler*, si bien tiene menos cuerpo y más espíritu. Cuenta una mayor variedad de experiencias de la vida real con un lenguaje más fácil de seguir. Describe las desdichas que entraña la pereza con la vivacidad de quien las ha sentido en carne propia; entre los apuntes privados que datan de la misma época en que lo escribía hallamos esta nota: «Este año espero aprender a practicar la diligencia^[176]». Muchos de estos excelentes ensayos los escribió con la premura de una carta normal y corriente. Langton recuerda que durante una visita a Oxford Johnson le preguntó de cuánto tiempo disponía hasta que saliera el correo, y cuando supo que era sólo media hora exclamó: «Pues lo haremos de corrido», instante en el cual tomó asiento y terminó una entrega para el *Idler* que a la fuerza tenía que estar en Londres al día siguiente. Como manifestara Langton su deseo de leerla, Johnson repuso: «Señor, tardará usted más de lo que he tardado yo». La dobló y la dio al correo.

Hay sin embargo en el *Idler* varios ensayos en los que hace gala de una hondura de pensamiento y un trabajo del lenguaje comparables a los de cualquier otro escrito de este gran hombre. El n.º 14, «Latrocinios del tiempo»; el 24, «Pensamiento»; el 41, «Muerte de un amigo»; el 43, «Fugacidad del tiempo»; el 51, «Lo inalcanzable de la grandeza en el ámbito doméstico»; el 52, «Abnegación»; el 58, «La verdad, lejos de lo imaginado, excelencia»;^[c128] el 89, «Mal físico, bien moral», y el último ensayo de la serie, «El horror de lo último»,^[c129] son buena prueba de lo que digo. Desconozco por qué razón sólo se puso un lema a modo de encabezamiento, habitual adorno de los periódicos, en muy pocos números del *Idler*; según sé era a Johnson a quien se había encomendado esa tarea, y es imposible que él no tuviera uno al que recurrir, por algo tenía la memoria magníficamente surtida de innumerables pasajes

de los clásicos. En esta serie de ensayos muestra ejemplos admirables de un humor grave, del cual tenía una provisión poco común. Y en algunas ocasiones no ha reprimido ese poder de sofisma que poseía en sumo grado. El n.º II trata con absoluto desprecio la opinión de que nuestras facultades espirituales dependen de la climatología reinante, si bien quien nunca haya experimentado la verdad de dicha opinión no es digno de envidia, él mismo tuvo que conocerla, ya que los efectos del clima en su talante eran muy visibles. Y a pesar de ello afirma:

Efectivamente, a un ser dotado de la facultad del raciocinio, nada se puede reprochar más, ni con mayor justicia, que el renunciar al poder de la razón y someterse al influjo del aire, y vivir así en dependencia del clima y del viento para gozar de las únicas bendiciones que la Naturaleza otorga, la tranquilidad y la benevolencia. Esta distinción de las sucesivas estaciones se produce sólo si la imaginación se ejerce en terreno abonado por el lujo. Para la templanza, cualquier día es luminoso; cualquier hora es propicia para la diligencia. Quien con resolución haga buen uso de sus facultades o ejercite sus virtudes pronto se hará muy superior a las estaciones, y con ventaja podrá desafiar la bruma matinal y la humedad del anochecer, las rachas del viento del este, las nubes que traiga el sur.

Por desgracia, demasiado cierto es que donde hay hechura de fibras delicadas, y fina sensibilidad, es imposible resistirse al influjo del aire. Igual pudiera él haber desafiado las fiebres palúdicas, la parálisis y otros desórdenes corporales: en este terreno su enaltecimiento del espíritu es jactancia.

Creo que los romanos lo llaman estoicismo.^[c130]

Ahora bien, en ese número del *Idler* diríase que su ánimo pujante se alborota hasta la desmesura, pues llevado por la gratuidad de la disquisición olvida por un momento incluso el respeto debido a lo que más reverenciaba, y llega a describir al «cortesano» como alguien «cuyo cometido no es otro que observar la apariencia de otro ser tan débil y tan hazmerreír como él».^[c131]

Su manera de ridiculizar sin paliativos la gesticulación retórica no es, desde luego, prueba de que esto sea cierto; sin embargo, es imposible no admirar qué bien se adapta al efecto deseado. «Ni los jueces de nuestras leyes, ni los representantes de nuestro pueblo se dejarían afectar en demasía por exageradas gesticulaciones, ni tampoco darían más crédito a un hombre, por más que éste pusiera los ojos en blanco, hinchase los carrillos o se asestara puñaladas contra el pecho, así mirase ora al techo, ora al suelo».

No es del todo insólito que haya en sus prosas una coincidencia casual con otros escritores, o incluso la adopción de un sentimiento o una imagen encontrada en un escrito ajeno que al cabo de un tiempo aparece en el recuerdo como si fuera propia. La riqueza de imaginación que tenía Johnson, capaz de surtir sus páginas en abundancia y en cualquier ocasión que fuera, añadida a la fuerza de su memoria, que al punto identificaba al dueño verdadero de cualquier pensamiento, lo tornaba menos susceptible de ser acusado de plagio de lo que, seguramente, lo es cualquier otro de nuestros autores. Sin embargo, en el *Idler* hay un ensayo en que se compara la

conversación con una copa de buen vino, en el que la analogía discurre por el mismo camino que un poema de Blacklock, recogido en su colección de 1756, y en el que se traza un ingenioso paralelismo entre la vida del ser humano y el vino, que termina diciendo así:

Decid, pues, médicos de toda laya,
que sanáis el cuerpo, y también el alma:
¿qué perjuicio ocasiona la bebida
si tan acordes van el vino y la vida?

Cuando se recogieron en varios volúmenes, a los ensayos del *Idler* añadió el ensayo sobre los epitafios y la disertación sobre los de Pope, así como un ensayo sobre la bravura del soldado raso en el ejército británico. Sin embargo, omitió uno de los originales, que en la edición en folio es el n.º 22^[177].

Al reverendo señor Thomas Warton

[Londres,]
14 de mayo de 1758

Estimado señor,
sus apuntes sobre mi poeta me parecieron muy aceptables. Le ruego tenga la amabilidad de seguir con sus indagaciones. Redundará en beneficio de mi trabajo y será provechoso para su cátedra el que se incluya algo suyo en las notas. Como no me ha dado indicación alguna acerca de su nombre, lo incorporo tal cual. Y ojalá su hermano se tomara la misma molestia. Un comentario ha de surgir de los descubrimientos fortuitos de muchos hombres por los sinuosos caminos de la literatura. Algunos de sus comentarios se refieren a obras que ya están impresas, si bien mi propósito es añadirlos en apéndice a las notas, por lo cual nunca es tarde si la dicha es buena.

Es demasiada la inquietud que se inflige usted, mi querido señor, por la pérdida de los papeles^[178]. Es una pérdida sin trascendencia si nadie los ha encontrado, y ni siquiera la tendría aunque se conociesen las cifras. No es usted el único de mis amigos que ha padecido semejante infortunio. Puede subsanar la necesidad que tenga acudiendo a la reserva depositada en manos del señor Allen, de Magdalen Hall, o bien a un paquete que he remitido al señor Chambers^[179] para uso de todo el que tenga la amabilidad de solicitarlo. Los dos Langton se encuentran bien; también la señorita Roberts, a quien por fin he conseguido hablar en torno a la información que usted me dio, y que algo tenía que decir. Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Al mismo

[Londres,]
1 de junio de 1758

Querido señor,

ésta se la entregará en mano el señor Baretto, un caballero particularmente merecedor de la atención y la amabilidad del profesor de poesía. Tan sólo dispone de tiempo para una breve estancia, y se alegrará mucho de dedicarlo a ver y oír todo cuanto pueda.

Al tiempo de pedirle otro favor le agradezco la amabilidad que usted me ha mostrado. ¿Dispone de más apuntes sobre Shakespeare? Mucho me alegraría recibirlos.

Veo a Langton, su discípulo, algunas veces. Tiene el ánimo tan elevado como la estatura. Algo de miedo me da, aunque sea tan amigable de trato como formidable en tamaño. Si la rectitud y el desparpajo de su carácter no se le echan a perder, será un gran honor para usted y para la universidad. Lleva consigo algunas de mis obras teatrales^[180], y cuenta con mi permiso para mostrárselas, con la condición de que no las vea nadie más. Soy,

querido señor, etc.

SAM. JOHNSON

A Bennet Langton, de Trinity College, Oxford

27 de junio de 1758

Querido señor,

aun cuando no me faltaban razones para suponer que recibiría noticias tuyas a raíz de su ingreso en un nuevo estado de la vida, en un nuevo lugar, recordé al punto (no sin una acometida de vergüenza) que soy yo quien le debe carta por un asunto ya viejo, así que entiendo que es a mí a quien corresponde escribir. Sepa usted que no lo hago sólo por complacencia, sino por interés, pues al vivir aún de acuerdo con las pautas de antaño mucho me alegra tener por correspondiente a alguien tan capaz como usted de dar variedad a las horas. Tiene usted en la actualidad demasiadas novedades que atender, de modo que no seré yo quien le apremie a contestar, pues lo imagino suficientemente ocupado.

No conozco nada más placentero, ni nada más instructivo, que comparar la experiencia con las expectativas, o registrar de vez en cuando la diferencia que se abre entre la idea y la realidad. Usted, que es muy capaz si se trata de anticiparse a lo futuro, o de concitar fantasmas ante sus propios ojos, sin duda se habrá imaginado con frecuencia inmerso en una vida académica, y se habrá hecho a la idea de cómo son el trato, las posturas y las conversaciones de los hombres dedicados a las letras: cómo eligen a sus compañeros, cómo encaminan sus estudios, cómo reglamentan sus vidas. Hágame saber qué esperaba usted y qué ha encontrado. Y, si no, regístrelo al menos para usted mismo, anótelos antes de que la costumbre lo haya reconciliado con las escenas que se le presentan ante sus ojos, antes que la disparidad de sus descubrimientos respecto de sus esperanzas se haya esfumado de su conciencia. Ésta es una regla que jamás debe olvidarse: que todo lo que con fuerza le impresione sea descrito mientras esa primera impresión siga fresca e impresa en su conciencia.

Me agrada, querido señor, pensar en usted, y por tanto he de escribirle con gusto en lo sucesivo, aunque ahora el correo no me deja tiempo más que para presentar mis respetos al señor Warton y para decirle, señor, que soy muy afectuosamente su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

21 de septiembre de 1758

Querido señor,

mucho lamentaría pensar que cuanto absorbe la atención de mi buen amigo nada tenga que ver conmigo. Estará usted ahora absorto en el destino de Dury^[181], aunque éste ya es cosa del pasado, y sólo resta buscar qué reflexión se preste a mitigar los terrores de una muerte violenta, que es a primera vista más formidable de lo que resulta si se estudia más a fondo y con verdadera firmeza de temple. Una muerte violenta nunca es muy dolorosa; el único peligro estriba en que llegue de improviso. Pero si un hombre supuestamente está precavido ante su muerte en la guerra, ¿cuál podría ser el estado que lo despertara a las cuitas del porvenir? ¿Cuándo se hubiera preparado ese hombre a bien morir, si fue en busca de la muerte sin prepararse? En tal caso, ¿cuál puede ser la razón de que lloremos más a quien muere a resultas de una herida que a quien muere de unas fiebres? El hombre que languidece por causa de la enfermedad termina su vida con mayores dolores, pero con menos virtud; no deja buen ejemplo a sus amigos, no lega ningún honor a sus descendientes. La única razón de que lloremos la muerte de un soldado es que pensamos que podría haber seguido con vida, si bien esta causa de pesar es común a muertes de muchas otras clases, que no se lloran con tanto apasionamiento. La verdad es que toda muerte es violenta cuando es resultado de un accidente, siempre que no llega de manera gradual, con las desdichas de la edad, o cuando la vida se extingue por cualquier razón distinta de su natural acabamiento. Quien muere sin cumplir sesenta, de un catarro, o de consunción, tiene en realidad una muerte violenta, a pesar de lo cual se soporta su muerte con paciencia sólo porque la causa de ese final inoportuno es callada e invisible. Esforcémonos por ver las cosas como son, e inquiramos sólo después si debemos quejarnos. Desconozco si ver la vida como es nos será de gran

consuelo, si bien el consuelo que de la verdad se deriva, si existe, es sólido y duradero, mientras que el consuelo que se extrae del error ha de ser, como su fuente, falaz y fugaz. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1759: ÆTAT. 50.] En 1759, en el mes de enero, murió su madre a la avanzada edad de noventa años, acontecimiento que le afectó profundamente; no es que «su espíritu no hubiera adquirido ninguna firmeza en la contemplación de la mortalidad^[182]», sino que el reverencial afecto que le tenía no se vio disminuido con el paso de los años, y en efecto conservó toda la ternura de sus sentimientos hasta la última época de su vida.^[c132] He tenido conocimiento de que lamentó mucho no haber ido a visitar a su madre durante varios años.^[c133] Lo cierto es que se hallaba de continuo enfrascado en trabajos literarios que le tenían sujeto y confinado en Londres, y si bien no gozó del consuelo de ver a su anciana madre, contribuyó con generosidad a su manutención.^[c134]

A la señora Johnson, en Lichfield

13 de enero de 1758^[183]

Querida señora,
el relato que me hace la señorita Porter acerca de su salud me traspasa el corazón. Dios le dé consuelo y la preserve, y Dios la salve a usted por el amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Podría haber indicado yo a la señorita que le leyese a usted de vez en cuando la Pasión de Nuestro Salvador, y a veces las frases del Servicio de la Comunión, las que comienzan «Venid hacia mí, vosotros que viajáis y vais cargados, que yo os daré descanso».

Acabo de leer ahora un libro de medicina por el cual me inclino a pensar que una infusión fuerte de aquella corteza le sentaría bien, madre. Le ruego que lo pruebe.

Le ruego asimismo me envíe su bendición y olvide todo el mal que yo le haya podido hacer. Y todo lo que usted quiera que se haga, y las deudas que haya podido pagar antes, o cualquier otra cosa que desee dejar indicada, diga a la señorita que lo ponga por escrito, que yo haré todo lo posible por obedecerla y cumplir sus deseos.

Tengo doce guineas que enviarle, pero por desgracia no encuentro manera de hacerlo esta misma noche. Si no puede ser hoy, llegarán con el siguiente correo.

Le ruego no omita nada de lo que se contiene en esta carta. Que Dios la bendiga a usted por siempre.

Soy su afectuoso y obediente hijo,

SAM. JOHNSON

A la señorita Porter, en casa de la señora Johnson, Lichfield

16 de enero de 1759

Mi querida señorita,

me considero obligado con usted más allá de toda expresión de gratitud, pues cuida de mi querida madre. Quiera Dios que sus cuidados no se queden sin recompensa. Diga a Kitty que nunca olvidaré la ternura que ha prodigado a su señora. Cuanto aún pueda hacer usted, le ruego lo siga haciendo. Se lo agradezco de corazón.

Espero que recibiera usted doce guineas el lunes. Encontré manera de enviarlas por medio de un correo, ya después de escrita mi carta, y confío que llegaran salvas a su destino. Le enviaré algo más en cuestión de pocos días. Dios las bendiga a todas ustedes.

Soy, mi querida señorita, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al dorso hallará una carta para mi madre.

16 de enero de 1759

Querida y distinguida madre,

la debilidad de usted me afecta más allá de lo que he querido dejarle ver. No creo que no esté preparada para afrontar la muerte, pero reconozco que no sé cómo soportar el mero pensamiento de perderla. Esfuércese cuanto pueda. Coma todo lo que pueda.

Ruego por usted a menudo; le pido que ruegue usted por mí. No tengo más que añadir a mi última carta.

Soy, querida madre, su hijo afectuoso y obediente,

SAM. JOHNSON

A la señora Johnson, en Lichfield

18 de enero de 1759

Querida y distinguida madre,

temo que esté usted demasiado enferma para cartas largas; por tanto, sólo le diré que tiene de mí todo el respeto que quepa en un corazón humano. Ruego a Dios la bendiga para siempre, por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Diga a la señorita que me escriba con cada correo, aunque sean notas breves.

Soy, querida madre, su hijo afectuoso y obediente,

SAM. JOHNSON

A la señorita Porter, en casa de la señora Johnson, Lichfield

Querida señorita,

si me es posible, iré a verla. Quiera Dios que aún encuentre yo a mi querida madre respirando y consciente. No se lo diga, no vaya a llevarse una desilusión. Si no le escribo con el siguiente correo, es que estoy en camino.

Soy, mi querida señorita, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al dorso:

20 de enero de 1759

Querida y distinguida madre,

ni la condición en que se halla ni el carácter de usted me aconsejan que diga mucho. Ha sido usted la mejor de las madres, y creo que la mejor de las mujeres de este mundo. Le doy las gracias por su indulgencia conmigo, y le ruego me perdone por todo lo que yo haya hecho mal, y por todo lo que haya dejado de hacer bien. Dios le conceda su Espíritu Santo y le reciba en su eternal felicidad, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén. Reciba Jesús Nuestro Señor su espíritu. Amén.

Soy, querida madre, su hijo afectuoso y obediente,

SAM. JOHNSON

A la señorita Porter, en Lichfield

23 de enero de 1759

Se hará usted cargo de mi pesar por la pérdida de mi madre, de la mejor de las madres. Si volviese ella a vivir, me conduciría mejor con ella. Pero ahora es feliz, y todo lo pasado para ella ya no es nada; para mí, como ya no puedo reparar mis faltas con ella, espero que el arrepentimiento las termine por borrar. Le doy a usted y a todos los que tan buenos han sido con ella mi más sincero agradecimiento, y ruego a Dios que le compense con infinitas ventajas. Escríbame y deme consuelo, mi querida señorita. También me ha de alegrar si Kitty quiere escribirme. Enviaré un billete de veinte libras dentro de unos días, cantidad que pensaba hacer llegar a mi madre, aunque Dios no lo quiso. No tengo fuerzas para mantener la compostura y decir mucho más. Dios la bendiga, Dios los bendiga a todos. Soy, querida señorita, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Poco después de este acontecimiento escribió su *Rasselas*,^[c135] *Príncipe de Abisinia*,* respecto a cuya publicación hace sir John Hawkins vagas y ociosas conjeturas, en vez de tomarse la molestia de informarse con auténtica precisión. Por no molestar a mis lectores con una repetición de las ensoñaciones a que se entrega este noble caballero, he de mencionar que el difunto señor Strahan, el impresor, me dijo que Johnson lo escribió con la idea de sufragar con las ganancias que pudiera obtener los gastos del entierro de su madre, amén de saldar algunas pequeñas deudas que dejó ella a su muerte. Él mismo dijo a sir Joshua Reynolds que lo había compuesto a lo largo de las veladas de una sola semana, enviándolo a imprenta por partes, según lo iba escribiendo, y que desde entonces no lo había vuelto a leer. Strahan, Johnston y Dodsley lo adquirieron por cien libras, aunque le pagaron veinticinco libras más cuando se publicó una segunda edición.

Considerando las grandes sumas que había recibido por las compilaciones, y por obras que no le exigieron un talento mucho mayor que las compilaciones, no podemos menos que asombrarnos ante el bajísimo precio que se contentó con recibir por esta obra admirable,^[c136] pues aunque no hubiera escrito nada más, ella le habría valido para que su nombre fuera inmortal en el mundo de la literatura. Ninguno de sus escritos ha tenido tan amplia difusión en Europa, puesto que se ha traducido a la mayoría de las lenguas modernas, si no a todas. Este cuento, provisto de todos los encantos de la imagería oriental, y de toda la fuerza y la belleza de que es capaz la lengua inglesa, nos lleva de la mano por las escenas más importantes de la vida humana y nos muestra que esta etapa de nuestro ser está llena de «vanidad y vejación del espíritu».^[c137] A los que ni ven ni miran más allá de la vida presente, o a quienes sostienen que la naturaleza humana no ha experimentado una caída que la rebajó del

estado en que fue creada, la lección que contiene este sublime relato no les aprovechará en lo más mínimo. En cambio, quienes piensen con justeza y tengan intensa sensibilidad, escucharán con interés y admiración su verdad y su sabiduría. El *Cándido* de Voltaire, escrito para refutar el sistema del optimismo, objetivo que ha culminado con gran éxito, es maravillosamente similar en cuanto a su plan y desarrollo al *Rasselas* de Johnson; es más, he oído decir a éste que si no se hubieran publicado tan seguidos uno del otro, lo que probaba que no hubo tiempo para la imitación, habría sido inútil negar que el plan del que salió después era emulación del anterior.^[c138] Si bien la tesis que ilustran ambos libros es la misma, esto es, que en nuestro estado actual abunda el mal y no el bien, la intención de ambos escritores era muy diferente. Sospecho que Voltaire sólo se propuso, con su desenfado profano e incluso impío, desacreditar la fe en una Providencia que todo lo regula; Johnson, por su parte, poniendo de manifiesto la naturaleza insatisfactoria de las cosas temporales, quiso más bien dirigir las esperanzas del hombre hacia lo eterno. *Rasselas*, como bien me hizo notar una dama muy lúcida,^[c139] puede considerarse como un discurso más amplio y de mayor profundidad filosófica, en prosa, sobre la interesante verdad que en su *Vanidad de los deseos del hombre* había logrado expresar tan plenamente en verso.

La riqueza de pensamiento que esta obra encierra es tal que casi cada frase puede dar pie a una larga disertación. No me siento satisfecho si pasa un año sin que haya vuelto a leerla, y después de cada lectura atenta tanto se eleva mi admiración por el intelecto que la produjo que a duras penas consigo creer que haya tenido el honor de disfrutar del trato íntimo de tal hombre.

Me abstengo de citar amplios pasajes de esta obra magnífica, e incluso de remitirme a ellos, porque no sabría cuáles escoger, la verdad, o mejor dicho, cuáles omitir. Sin embargo, sí transcribiré uno, pues muestra a las mil maravillas qué bien supo poner coto a los argumentos de quienes creen en las apariciones de los espíritus de los difuntos, doctrina que es craso error suponer que él defendiera:

—Si todos tus temores son por las apariciones —dijo el Príncipe—, te aseguro que estarás a salvo. No hay peligro que temer de los muertos; el que ha sido enterrado no se dejará ver nunca más.

—No seré yo quien se empeñe en mantener —dijo Imlac— que los muertos ya no se dejan ver nunca más, por ser contrario al testimonio concurrente y diverso de todas las épocas y todas las naciones. No hay un solo pueblo, culto o inculto, entre el cual no se relaten las apariciones de los muertos, ni uno solo que no crea en ellas. Esta opinión, que es la que prevalece dondequiera que se haya difundido la naturaleza humana, puede haber llegado a ser universal sólo por el hecho de ser verdadera; de otro modo, quienes nunca tuvieron noticia los unos de los otros, no pondrían estar de acuerdo en algo a lo que sólo la experiencia propia puede otorgar credibilidad. Aquello que pone en duda quien por su cuenta cavila, en poco o nada puede minar la evidencia general, y quienes con la lengua lo niegan, por sus temores lo confiesan.

A pesar de mi enorme admiración por *Rasselas*, no defenderé que la «mórbida melancolía»^[c140] que de continuo aquejaba a Johnson no le llevara tal vez a ver la vida como algo más insípido y más desdichado de lo que en general suele ser, pues tengo la absoluta certeza de que halló en la vida misma menos disfrute que yo. Sin

embargo, dejando al margen la sombra que pudieran haber proyectado sus sensaciones particulares sobre su representación de la vida, tras muy atentas observaciones y pesquisas a fondo he terminado por quedar convencido de que hay mucho de realidad en tan lúgubre panorama. La verdad, qué duda cabe, es que juzgamos las felicidades y las desdichas de la vida de manera muy distinta en distintos momentos, según sea el estado de nuestra mudable disposición. Siempre me viene a la memoria un comentario que me hizo una dama turca que se había educado en Francia:^[c141] «*Ma foi, Monsieur, notre bonheur dépend de la façon que notre sang circule*». Esto es algo que he aprendido en el arduo camino de la experiencia, y que con sincera benevolencia desearía inculcar en todo el que honre las páginas de este libro con una lectura detenida, y es que mientras no se conquiste una firme convicción de que la vida del momento presente es un estado imperfecto, un mero tránsito hacia otro mejor, siempre y cuando cumplamos con el divino designio de la mejora individual y progresiva, y también que ésta no es más que una parte del misterioso plan de la Providencia, que consiste en que los seres dotados de intelecto han de «alcanzar la perfección por medio del sufrimiento»,^[c142] se caerá continuamente en la decepción y la desazón. En cambio, si caminamos con esperanza en «el sol meridiano» de la Revelación, nuestro temperamento y disposición serán tales que los consuelos y disfrutes que nos salgan al paso serán motivo de verdadero deleite mientras con paciencia soportemos los inconvenientes, los reveses, los dolores. Tras mucha especulación y abundantes razonamientos, me confieso convencido de la verdad que encierra la conclusión a que llega Voltaire: «*Après tout c'est un monde passable*». Pero no es conveniente pensar demasiado:

... donde la ignorancia es dichosa,
es de estúpidos ser sabio,^[c143]

lo cual contiene en múltiples sentidos bastante más que mera justicia poética. Cultivemos, pues, bajo el manto de los buenos principios, «*la théorie des sensations agréables*», y, como aconsejara Burke con admirable tino a un serio y angustiado caballero, «vivamos con agrado».

El efecto de *Rasselas*, así como de otros cuentos morales de Johnson, lo ilustra bellamente Courtenay en su *Carácter moral y literario del doctor Johnson*, de 1786:

Impresionante verdad, de espléndida ficción ataviada,
pone cerco al deseo vano y apacigua la conciencia trastornada.
Sobre el ánimo oscurecido luz celestial arroja
y sosiega las pasiones encrespadas, las reposa;
cual aceite derramado esclarece y alisa las honduras
cuando el barco cerca la espuma formando espesuras.

Se recordará que durante todo este año siguió escribiendo los ensayos de su *Idler*^[184] y que sin duda progresaba, bien que despacio, en su edición de Shakespeare. Sin embargo, con su generosidad infalible y manifiesta, cuando otros profesionales de la

literatura solicitaron su ayuda, tuvo tiempo de traducir para la versión inglesa que de Brumoy hizo la señora Lennox, tanto la «Disertación sobre la comedia griega»† como la «Conclusión general del libro».†

Un asunto que prácticamente en todo momento interesó a Johnson fue el estado de los países extranjeros. Por ello, el señor Newbery no halló grandes dificultades cuando quiso convencerle de que escribiera una introducción* a una recopilación de viajes por tierra y mar que publicó con el título de *Despliegue del mundo*, cuyo primer volumen apareció este año, y los restantes en años sucesivos.

Diría que es de este año la siguiente carta que escribió al hijo de uno de sus amigos de antaño, de Lichfield, el señor Joseph Simpson, abogado y autor del tratado titulado *Reflexiones sobre el estudio de las leyes*.

A Joseph Simpson

Estimado señor,

la inflexibilidad de su señor padre no sólo me entristece, sino que también me asombra: en primer lugar, se trata de su padre; además, siempre se le tuvo por un hombre sabio; nada recuerdo que desmereciera nunca su bonhomía, y, en cambio, en su tajante negativa a prestarle ayuda a usted no hay, no puede haber, bonhomía, paternidad bien entendida ni sabiduría. Es propio de un buen padre pasar por alto las fallas que, en virtud de sus consecuencias, ya son castigo suficiente para quien incurre en ellas. Es natural que un padre tenga de sus hijos una opinión más favorable que la de los demás; siempre es de sabios prestarles ayuda, máxime si una pequeña ayuda prevendrá la necesidad de otra mayor.

Si contrajo usted matrimonio de manera imprudente, se ha malogrado a su propio riesgo y a una edad en la que tenía derecho a elegir. Mala cosa fuera que no pudiese el hombre elegir a su mujer, derecho que puede alegar ante los jueces de este país.

Si su imprudencia ha dado por fruto estrecheces, inconveniencias y complicaciones de todo tipo, es usted quien ha de hacerles frente; con ayuda de una buena salud, de seguro sabrá plantarles cara y vencerlas. Es innegable que la necesidad que el accidente o la enfermedad producen es algo a lo que hay que hacer frente en cualquier región en la que habite el hombre, así carezca incluso de amigos o de padre. Sin duda, hace usted bien en reclamar la caridad de su padre, aunque no tenga ese derecho por ley; por ello, le aconsejo que no prescinda de cualquier ocasión que tenga de importunarle con decencia y con hombría. Sus deudas no alcanzan en conjunto una suma desorbitada; sólo una pequeña parte del total le puede acarrear desvelos y flaquezas. Las deudas de poca monta son como la munición de escaso calibre, que por todas partes resuena, y rara vez escapa uno de ese fuego graneado sin recibir alguna herida; en cambio, las deudas de gran magnitud son como balas de cañón, que hacen mucho ruido y levantan grandes polvaredas, pero apenas entrañan mayor peligro. Debe usted, por tanto, saldar cuanto antes las deudas mezquinas para hallarse a sus anchas y bien seguro para enfrentar las demás. Ni las grandes ni las pequeñas lo deshonran, ni son una desgracia. Tenga la certeza de que cuenta usted con mi estima por el calor con que las contrajo y por el buen ánimo con que las resiste. Ojalá mi estima le fuese de mayor utilidad. Se me ha invitado, o bien me he hecho invitar, a distintas localidades del reino, pero no incomodaré a mi querida Lucy llegándome a Lichfield, al menos mientras su actual domicilio le sea de utilidad. Espero estar desocupado dentro de unos días y hacer algunas visitas. Adónde vaya es lo de menos. El hombre que no tiene lazos que lo aten, en cualquier parte está como en su casa. Mucho lamento, señor, que donde tiene usted padres no tenga hogar un hombre de su mérito. Ojalá pudiera dárselo yo. Soy, estimado señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

Por entonces se tomó un descanso e hizo una excursión a Oxford, de la cual se conserva una nota breve y característica, en sus propias palabras: «——[c144] ahora me está preparando el té. Desde que llegué no me he quitado la toga.[c145] Nada más

llegar, todo me pareció bastante nuevo y muy hermoso. He ido tres veces a nadar, ejercicio que hacía años había abandonado. He propuesto a Vansittart^[185] escapar por el escarpado muro, pero se ha negado en redondo. Y he aplaudido el discurso del doctor King hasta que me dolieron las manos^[186]».

Francis Barber, su criado negro, había dejado de estar a su servicio y llevaba algún tiempo hecho a la mar, no por obligación, como se ha dado en suponer, sino por su propio consentimiento, según se deduce de una carta que escribió a John Wilkes el doctor Smollett, en la cual queda claro que su amo tuvo la amabilidad de interesarse por procurarle la liberación de un estado de vida por el que Johnson expresó siempre el mayor aborrecimiento. «No será marino —decía— ningún hombre que tenga ingenio suficiente para dar con sus huesos en la cárcel, pues hallarse a bordo de un barco es hallarse en una cárcel, pero con la posibilidad de perecer ahogado^[187]». Y en otra ocasión dijo: «En una cárcel, un hombre goza de más espacio, mejores alimentos y, por lo común, mejores compañías que en un barco^[188]». La carta en cuestión decía como sigue:

Chelsea, 16 de marzo de 1759

Querido señor,

vuelvo a solicitar sus favores, esta vez por deseo expreso del gran Cham de la literatura, Samuel Johnson^[189]. Su criado negro, que responde al nombre de Francis Barber, ha sido reclutado a la fuerza para prestar servicio en la fragata *Captain Angel*, y nuestro lexicógrafo es presa de gran intranquilidad. Dice que el muchacho es un joven enfermizo, de constitución delicada y propenso en especial a las afecciones de garganta, por lo que resulta muy inapropiado que se haya puesto al servicio de Su Majestad a bordo de un barco. Bien sabe usted la animosidad que a usted le tiene el susodicho Johnson, por lo que me atrevería a decir que se le presenta una oportunidad óptima para responderle haciéndole contraer una deuda de gratitud con usted. Se mostró suficientemente humilde para recurrir a mi auxilio en esta ocasión, aunque nunca hemos sido amigos del alma; le hice comprender que se lo solicitaría a mi amigo el señor Wilkes, quien tal vez gracias a su trato con el doctor Hay y con el señor Elliot podría procurar licencia para su lacayo. Sería superfluo añadir nada más sobre este asunto, que pongo enteramente a su consideración, aunque no puedo dejar pasar la ocasión de declarar que soy, con la estima y el apego más inviolables, su afectuoso, agradecido y humilde servidor,

T. SMOLLETT

Wilkes, quien siempre ha actuado como un caballero discreto y generoso, remitió la súplica a su amigo, sir George Hay, por entonces uno de los lores comisionados del Almirantazgo, y Francis Barber recibió su licencia, como me ha señalado él mismo, sin que la deseara. Encontró a su antiguo señor en sus aposentos del Inner Temple y de nuevo se puso a su servicio.

No he sabido descubrir qué nuevo plan de vida tenía Johnson en perspectiva para este año, aunque está claro que había meditado algo en esta línea, según se ve en su devocionario particular, donde hallamos «el cambio en todo lo externo que estoy próximo a propiciar», o «Concédeme, Señor, la gracia de tu Espíritu Santo para que el rumbo que ahora emprendo pueda seguir su curso de acuerdo con tus leyes y concluir con el disfrute de tu gracia^[190]». Lo cierto es que no introdujo en su vida

ningún cambio externo o visible.

En esta época se convocó un concurso entre los arquitectos de Londres para la construcción del puente de Blackfriars, y se aireó de manera muy acalorada la disputa sobre si eran preferibles los arcos semicirculares o elípticos. En el plan propuesto por Mylne se adoptaba la forma elíptica, que pasó a ser objeto de los ataques lanzados por sus rivales. El respeto de Johnson por su amigo el señor Gwyn lo indujo a enzarzarse en la polémica y a tomar partido contra Mylne^[191], de modo que tras tomarse muy considerables molestias para estudiar a fondo el asunto escribió varias cartas que se publicaron en el *Gazeteer*, oponiéndose a este plan.

Si se adujera que esta polémica se hallaba muy alejada de los asuntos de interés habitual para Johnson, convendría recordar que, a fin de cuentas, el que empleara su poder de raciocinio y su elocuencia en un asunto que había estudiado sobre la marcha no es más extraño que la costumbre que a menudo observamos en los abogados, quienes, siendo *quicquid agunt homines*^[c146] la materia de los pleitos, a veces se ven provisionalmente obligados a empaparse de cierto conocimiento de un arte o una ciencia de los que nada sabían hasta instruir su expediente, si bien parecen dominarlo a la perfección. De la misma manera, los miembros de la asamblea legislativa con frecuencia introducen asuntos sobre los cuales se explayan, si bien sólo se han informado ex profeso para la ocasión, adquiriendo a lo sumo un mero rebozo de conocimientos de la materia.

1760: ÆTAT. 51.] En 1760 escribió una «Alocución de los pintores a Jorge III, con motivo de su coronación y acceso al trono de estos reinos»†, monarca entronizado como ningún otro en medio de las más sinceras felicitaciones de sus súbditos. Dos generaciones de monarcas extranjeros habían preparado los ánimos para el gran regocijo de contar con un nuevo rey que se vanagloriaba de «haber nacido en suelo británico». También escribió para Baretti la dedicatoria al Marqués de Abreu† de su *Diccionario italiano e inglés*, que era entonces el enviado extraordinario de España a la corte de Gran Bretaña.

Johnson se hallaba por entonces o muy desocupado o muy ajetreado con su *Shakespeare*, pues no encuentro más publicaciones suyas, con la excepción de una «Introducción a las deliberaciones de la Comisión para procurar vestimenta a los prisioneros franceses»,* una de tantas pruebas de que siempre fue sensible a los llamamientos humanitarios, y una reseña que publicó en la *Gentleman's Magazine* sobre la aguda y competente vindicación de *María, Reina de Escocia*, que escribió Tytler.* La generosidad del sentir de Johnson sobresaie con brillo propio en la siguiente frase: «Desde hace cerca de medio siglo ha estado muy de moda menospreciar y vilipendiar a la dinastía de los Estuardo, y exaltar y magnificar al tiempo el reinado de Isabel. Pocos apologetas han encontrado a su favor los Estuardo, toda vez que los muertos no pagan por halagos. Sin mediar recompensa, ¿quién se opondrá a la crecida de su popularidad? Subsiste pese a todo entre nosotros, sin haberse extinguido por completo, el celo por conocer la verdad, el deseo de establecer lo cierto por oposición a los dictados de la moda».^[c147]

De este año no he descubierto una sola carta privada que escribiera a ninguna de sus amistades. Sin embargo, diríase que durante este periodo albergó la fluctuante intención de escribir una historia de los recientes éxitos del ejército británico en todos los rincones del planeta, pues entre sus resoluciones o apuntes hay uno del 18 de septiembre que dice: «Encargar libros sobre historia de la guerra^[192]». Y cuánto es de lamentar que no se cumpliera su intención. Su majestuosa expresión hubiera transportado hasta la ultimísima posteridad las gloriosas hazañas de su patria con idéntico y ferviente resplandor al que imprimieron por entonces en la conciencia de todos. No hubiera sentido la menor tentación de desviarse siquiera en lo más mínimo de la verdad de los hechos, que tenía por sagrada, ni de tomarse licencias que, según

me comentó una vez en amigable conversación el doctor Macleane de La Haya, un muy erudito teólogo, parecía tolerar alegremente a los historiadores.

«Hay —me dijo— mentiras inexcusables y mentiras consagradas. Por ejemplo, cuando llegó la noticia de la desgraciada batalla de Fontenoy, se nos dice que a todos los presentes se les encogió el corazón y los ojos se les anegaron de lágrimas. Hoy sabemos que ninguno de aquellos hombres almorzó menos que cualquier otro día, aunque debieran haber estado consternados; decir que en efecto lo estuvieron, incluso hasta el desconsuelo —sonrió—, se puede tener por mentira consagrada».

Éste fue el año en que Murphy, considerándose maltratado por el reverendo doctor Franklin, que era uno de los autores de la *Critical Review*, publicó una indignada reivindicación en su «Epístola poética a Samuel Johnson, *Ars Magister*», en la que elogia a Johnson de manera justa y elegante:

¡Genio trascendente!, cuya prolífica vena
nunca conoció del poeta estéril desvelo y pena,
al que Apolo abre de su tesoro las reservas
y las musas obsequian sus sagradas prendas.
Di, prodigioso Johnson, cómo es que se forja tu verso
con tal elegancia, con tal energía del estro,
si es tu Juvenal quien instruye al siglo
con ira renovada, y en metro comedido,
o ve la bella Irene, ay, ahora que ya es tarde,
su inocencia trastocada en culpa sin alarde;
en cada verso dorado, escribas lo que escribas,
lo sublime y lo donoso se combinan;
tu fraseo nervioso impresiona a los ojos
y la armonía del alma presta embeleso al todo.

Y, ya más cerca del final:

Tú, mi buen amigo, que ves la pugna peligrosa
a la que un demonio irresistible mi vida arroja,
dime, si a la fontana jonia mis pasos encamina,
¿dónde se juntan las nueve musas, do musitan?
¿Allí donde tremola en tus oídos el sagrado espanto,
tu rectitud moral, la suma dignidad de tu canto?
Di, tú que bien lo sabes, con qué arte infalible
despiertas en los corazones un sentir inmarcesible;
en cada página brillante dejas verdad enaltecida;
quiera el futuro que muchos años tu *Rambler* viva.

Aprovecharé esta ocasión para referir de qué modo comenzaron a tratarse Johnson y Murphy. Mientras duró la publicación del *Gray's Inn Journal*, periódico que con éxito sacó adelante sin ayuda de nadie el propio Murphy cuando aún era muy joven, casualmente se encontró en el campo con el señor Foote, y al comentarle que tenía la apremiante obligación de volver a Londres con el fin de preparar y dejar listo para la imprenta uno de los números del *Journal*, éste le dijo: «Si de eso se trata, no es preciso que se marche usted. Aquí tiene una revista francesa en la que encontrará un muy bello cuento orientalizable; tradúzcalo y mándeselo a su impresor». Murphy

leyó el cuento, se mostró muy satisfecho con él y siguió el consejo de Foote. Cuando regresó a la ciudad, alguien le señaló que ese cuento se había publicado en el *Rambler*, de donde fue traducido y publicado por la revista francesa. Murphy entonces fue a visitar a Johnson para relatarle el curioso incidente. Johnson al punto percibió su talento, conocimientos y afición a la literatura, su talante de caballero, y enseguida se estableció entre ambos una amistad que no se rompió nunca^[193].

A Bennet Langton, de Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

18 de octubre de 1760

Querido señor,

usted que viaja por el mundo tiene sin duda mucho más que contar por carta que yo, que no me muevo de mi casa; debería por tanto escribirme con tanta frecuencia como le sea posible. Mucho me agradecería que recorriese toda Inglaterra de punta a punta con tal de que me impartiera sus observaciones en narraciones tan gratas de leer como la suya última. Siempre es deseable el conocimiento para quienes saben comunicarlo bien. Mientras andaba usted cabalgando y corriendo, viendo las tumbas de hombres cultos y los campos de batalla en que se batieron los valientes, yo no me he movido de mi casa, atareado en proponerme grandes cosas que no he llevado a cabo. Beauclerk marchó a Cheshire y aún no ha encontrado ocasión de regresar. Chambers pasó sus vacaciones en Oxford.

Me siento sinceramente preocupado por la preservación o la cura de la vista del señor Langton, y me alegro de que el cirujano de Coventry le haya dado tantas esperanzas. Sharpe es de la opinión de que la tediosa maduración de las cataratas es un vulgar error, y que pueden en cambio subsanarse en cuanto aparecen. Es una idea digna de consideración; dudo que pueda tener validez universal, pero en caso de ser cierta en algunos casos, y si es posible distinguirlos, podría ahorrar un dilatado e incómodo retraso de la intervención.

De mi querida señora Langton nada me cuenta usted, lo cual me resulta tanto más impropio de un amigo, pues bien sabe usted en cuánta estima la tengo y cuánto me importa su salud.

Quiero suponer que le refirió usted cuál es mi opinión, y del mismo modo supongo que no fue tenida en cuenta, a pesar de lo cual sigo convencido de que es la correcta.

No deje de enviarme noticias tuyas, dondequiera que esté y tenga lo que tenga entre manos, tanto si planta árboles como si sigue escribiendo sus *Ensayos rústicos*, tanto si se entretiene en jugar con sus hermanas como si medita en soledad; a cambio, le relataré yo el éxito de Sheridan,^[c148] que en la actualidad interpreta a Catón y ya en dos ocasiones ha representado a Ricardo. Tuvo más público la segunda noche que en la del estreno, y creo que en conjunto saldrá bien librado de la prueba, aunque me parecen muchos sus defectos, unos de natural deficiencia, otros de artificiosa afectación. Creo que carece de capacidad para investirse de esa dignidad, o elegancia, que algunos hombres que carecen de la una y de la otra en la vida cotidiana sí saben exhibir en escena. Cuando ha de forzar la voz no es agradable, y cuando la baja no siempre se le oye con claridad. Parece pensar demasiado en el público, y vuelve la cara a la galería con demasiada frecuencia.

No obstante, le deseo lo mejor, entre otras razones porque aprecio a su esposa^[194].

Apresúrese, querido señor, a escribirme. Su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

1761: ÆTAT. 52.] Poco parece que hiciera Johnson en 1761. Sin duda seguía preparando su edición de Shakespeare, aunque no es posible precisar qué progresos había hecho. Desde luego, en esta época no estuvo activo, pues en el escrupuloso examen de conciencia que hacía por Pascua se duele, con su demasiado riguroso afán de censurar su propia conducta, de que desde que comulgara en Pascua del año anterior su vida ha sido «disipada y desaprovechada^[195]». Sin embargo, en este año puso un prefacio* al *Diccionario del comercio al por mayor y al por menor* de Rolt^[196], en el que hace gala de un conocimiento tan claro y exhaustivo de la materia que cualquier lector daría en suponer que su autor haya dedicado toda su vida a tales menesteres. Le pregunté si sabía mucho de Rolt y de su obra. «Señor —me contestó—, nunca he visto al hombre y nunca he leído la obra. Sabía perfectamente cómo podía ser tal diccionario, así que escribí el prefacio en consonancia». Rolt, que escribió mucho para los libreros, era, según me dijo Johnson, un personaje singular. Aunque no tenía con él ningún trato, acostumbraba decir a cualquiera que se encontrase: «Vengo ahora mismo de ver a Samuel Johnson». Como ejemplo de su vanidad y su impudicia será suficiente, aunque aún dio prueba más notoria en nuestro reino hermano, como me explicó el propio doctor Johnson. Cuando se publicaron los *Placeres de la imaginación*, de Akenside, éste no puso su nombre en el poema. Ni corto ni perezoso, Rolt viajó a Dublín y publicó una edición con su propio nombre. De la fama del poema vivió durante varios meses, durante los cuales se le agasajó en las mejores mesas, a las que invitaban al «ingenioso señor Rolt^[197]». En su manera de conversar no hacía gala, desde luego, del fuego de un poeta, si bien se ha dicho que tanto Addison como Thomson eran igualmente apagados hasta que el vino los excitaba. Informado Akenside de la impostura, vindicó sus derechos al publicar el poema con el verdadero nombre de su autor. Se han detectado bastantes más casos de fraudes literarios semejantes. El reverendo doctor Campbell, de la rectoría de St. Andrew, escribió *Una indagación sobre el original de la «Virtud moral»*, cuyo manuscrito envió al señor Innes, clérigo en Inglaterra, que era su paisano y conocido. Innes lo dio a la imprenta con su nombre y antes de que se descubriese la impostura obtuvo un ascenso considerable como recompensa por sus supuestos méritos^[198]. El célebre doctor Hugh Blair y su primo, George Bannatine, cuando eran estudiantes de Teología, escribieron un poema titulado «La Resurrección», del cual distribuyeron

copias manuscritas. A la larga, los dos quedaron patidifusos al ver una pomposa edición en folio, dedicada a la princesa viuda de Gales, por un tal «señor Douglas», que lo firmaba como si fuera suyo. Hace dos años apareció una novelita titulada *El hombre sentimental* que hizo pasar por propia el señor Eccles, joven clérigo irlandés que después pereció ahogado en Bath. Se había desvivido lo indecible por transcribir el libro entero, incluidas tachaduras, frases interlineadas y enmiendas, a fin de mostrarlo a varias personas haciéndolo pasar por original suyo. Era en realidad obra de Henry Mackenzie, abogado a cargo del erario público de Edimburgo, que es autor de otras variadas piezas de ingenio; ahora bien, tan generalizada llegó a ser la certeza de que Eccles había escrito *El hombre sentimental*, que los señores Strahan y Cadell hubieron de publicar un aviso en los periódicos para desmentir ese supuesto y confirmar que habían comprado los derechos de edición a Mackenzie. No me resulta ni mucho menos inconcebible que este tipo de fraude se llevara a la práctica con notable éxito y desfachatez. La filiación de cualquier trabajo literario es difícil de probar; rara vez hay testigos presenciales en el instante en que nace. Sea por mutua confianza, sea por un medio ilegítimo, un hombre se apodera de una copia manuscrita y tiene el arrojo de darla a la estampa cual si fuera propia. En muchos casos, el verdadero autor no podrá poner en claro su título de tal. Debido a los rasgos peculiares de su progenie literaria, Johnson desafía sin proponérselo cualquier intento de apropiarse de sus obras:

¡Pero la magia de Shakespeare no cabe copiar:
nadie salvo él en ese círculo osa entrar!^[c149]

Durante este año prestó su amistosa ayuda en la corrección y mejoramiento de un panfleto escrito por Gwyn, el arquitecto, titulado *Pensamientos con motivo de la coronación de Jorge III*.*

Desde hacía algunos años había tenido Johnson trato íntimo con Baretti, y no cesó su amistad al verse distanciados a raíz de que Baretti regresara a su país, como bien se ve en las cartas que Johnson le escribiera^[199].

Al señor Giuseppe Baretti, en Milán

[Londres,] 10 de junio de 1761

Muy a menudo me reprocha usted la parsimonia con que escribo, aunque por la longitud del papel que dedico a ésta descubrirá que me propongo compensar la escasez a fuerza de extensión. Una carta breve a un amigo que se halla tan lejos es a mi juicio insulto comparable al de una reverencia apenas insinuada o un saludo perfunctorio; es prueba de reticencia, de no querer hacer mucho cuando es necesario hacer algo. No obstante, conviene tener presente que quien prosigue con la misma vida que llevaba, y en el mismo sitio, poca cosa tendrá que contar. Cada semana y cada año mucho se asemejan entre sí. Los callados cambios que acarrea el paso del tiempo no siempre se perciben, y si pasan inadvertidos no se pueden relatar. Me he levantado y me he acostado, he charlado y he meditado, mientras usted ha recorrido parte considerable del continente europeo; sin embargo, no he envidiado a mi buen Baretti los placeres disfrutados, aunque sí he envidiado a otros por disfrutar de su compañía. Me alegra, desde luego, que otras naciones hayan tenido conocimiento del carácter de los ingleses gracias a un viajero que con tanto tino ha observado nuestras costumbres y con tanta sagacidad ha estudiado nuestra literatura. Recibí su

amable carta desde Falmouth, en la que me daba noticia de que zarpaba con rumbo a Lisboa; recibí desde Lisboa otra en la que me avisaba de que salía de Portugal en cuestión de días. A cualquiera de estas dos, ¿cómo iba a hacerle llegar ninguna respuesta? Tengo una tercera, desde Turín, en la que se queja de que no he contestado a la anterior. Su estilo en lengua inglesa conserva intactos su pureza y vigor. Con vigor lo surtirá su genio, aunque su pureza ha de vigilarla con estrecha atención. Usar dos lenguas con toda familiaridad, sin que una contamine a la otra, es sin duda muy difícil; emplear así más de dos es más bien inimaginable. Los elogios que algunos han recibido por conocer infinidad de lenguas pueden ser suficientes para excitar el afán industrioso, pero difícilmente pueden generar confianza.

No sé si puedo regocijarme de corazón por la amable acogida que se le ha dispensado, o por la popularidad que ha ganado a su regreso. Estoy deseoso de que sus méritos recaben la debida distinción, pero no puedo desear que sus afectos de ese modo se conquisten. Es mi deseo que sea feliz dondequiera que se encuentre, y sin embargo desearía que fuera su deseo regresar a Inglaterra. Si alguna vez vuelve a visitarnos, comprobará que el afecto de sus amistades no ha menguado. Sería tedioso referirle cuántas preguntas he recibido de personas que por usted se interesan, y, si no tedioso, sería vano, pues en muy pocas palabras le puedo asegurar que todos cuantos le trataron le desean lo mejor, y que todos a cuantos abrazó usted a la hora de partir lo abrazarán cuando regrese; por tanto, le ruego que los académicos italianos y las damas de Italia no nos alejen demasiado de sus pensamientos. Quizá encontrase entre nosotros lo que dejara atrás: dulces sonrisas y fáciles sonetos. Con todo, no me extrañaría que rechazase todas nuestras invitaciones, pues grande es el placer que se siente cuando uno está en su casa, tanto que no es fácil de resistir.

Al conducir al señor Southwell^[c150] a Venecia cumplió usted, bien lo sé, lo estipulado en el contrato original; ahora bien, desearía que no le perdiera de vista del todo, sino que lo recomendara entre sus conocidos, los que mejor sepan impedir que sucumba a sus propias fantasías, y que cuiden tanto de su seguridad como de sus intereses, al menos en la medida en que pueda usted hacerlo. Sus parientes le agradecerán esta desinteresada atención; al menos, no le culparán a usted de cualquier desastre que pueda sobrevenir, tanto si le agradecen a usted lo bueno como si no.

Sabrán usted que tenemos un nuevo rey y un nuevo Parlamento, miembro del cual es Fitzherbert. Tan cansados estábamos del rey de antaño que mucho nos complace su sucesor, del cual nos inclinamos a esperar grandes cosas, tanto que la mayoría de nosotros ya empezamos a creerlas. El joven está hasta la fecha libre de toda culpa, aunque sería irracional esperar demasiado de la inmadurez propia de la juventud y de la ignorancia propia de la educación principesca. Mucho tiempo ha pasado en manos de los escoceses, a quienes ya ha favorecido más de lo que los ingleses están dispuestos a tolerar sin recelo. Sin embargo, tal vez apenas sepa todavía a quién ha distinguido y a quién ha disgustado.

Los artistas han instituido una exposición anual de cuadros y estatuas, en imitación, tengo entendido, de las academias extranjeras. Este año tuvo lugar la segunda exposición. Mucho les complace la multitud de espectadores que acude, e imaginan que la reputación de la escuela inglesa irá en aumento. Reynolds no tiene rival, y sigue amasando millares y millares, que bien merece por mantener intacto su afecto por Baretti. Esta exposición se les ha subido a la cabeza tanto a los artistas como a los amantes del arte. No cabe duda de que, si no es larga, la vida es tediosa, ya que nos vemos obligados a recurrir a tantas bagatelas^[c151] que nos liberen de nuestro tiempo, de ese tiempo que nunca volverá.

Sé que mi buen Baretti no se dará por contento con una carta en la que no le dé cuenta de mí. Sin embargo, ¿qué relato le haré? Desde el día en que nos despedimos, no he sufrido y no he hecho nada de consideración. El único cambio digno de mención en mi forma de vida es que he frecuentado el teatro más que en temporadas anteriores. Ahora bien, si he ido ha sido sólo por escapar de mí mismo. Hemos visto muchas farsas nuevas y la comedia titulada *La esposa celosa*, de Colman, que, si bien no está escrita con mucho genio, estuvo tan bien adaptada a la escena y tan bien interpretada por los actores que el teatro se llenó durante veinte noches seguidas. Veo que esta digresión me aparta de mí y me lleva al teatro, pero es que a un programa más bien baldío hay que irlo llenando de episodios. De mí, la verdad, nada tengo que decir, salvo que hasta la fecha he vivido sin el concurso de mi propio juicio, a pesar de lo cual sigo adulándome al convencerme de que a su regreso me hallará usted repuesto del todo. No me sorprende que allí donde está permitida la vida monacal, todas las órdenes monásticas encuentren a quienes profesen votos, ni que todo monasterio tenga habitantes. El hombre se someterá de buen grado a cualquier regla en virtud de la cual se vea exento de la tiranía del capricho y del azar. Se contenta con suplir mediante una autoridad externa su propia carencia de constancia y su falta de resolución, y corteja el gobierno de los otros cuando por larga experiencia los ha convencido de su propia incapacidad para gobernarse a sí mismo. Si yo visitara Italia, mi curiosidad más me llevaría a los conventos que a los palacios, aunque mucho me temo que viera mis expectativas en ambos truncadas por la decepción, y la vida en uno y otro recinto soportada con impaciencia y abandonada con relucencia. El que tan pronto sea menester abandonarla es buen remedio contra la impaciencia, pero ¿qué nos podrá librar de la relucencia? Quienes se han esforzado por enseñarnos a

bien morir, a pocos han enseñado a morir voluntariamente; sin embargo, no puedo menos que esperar que una buena vida concluya con una muerte satisfecha.

Ya ve usted a qué pensamientos enhebrados me conduce la sola mención de mí mismo. Permítame volver de nuevo a usted y a sus cosas. Espero que ponga un cuidado exquisito en llevar un diario al que consigne con exactitud cuanto le ocurra y cuanto observe, pues sus amistades aquí esperamos un libro de viajes como rara vez se ha visto. Buenas muestras nos ha dado en sus cartas desde Lisboa. Ojalá hubiera permanecido por más tiempo en España, ya que ningún otro país es menos conocido para el resto de Europa; sin embargo, su presteza en discernir por fuerza compensa la celeridad de sus desplazamientos. Quien sabe dónde mirar acierta a ver mucho en poco tiempo.

Escríbame con frecuencia, que yo no dejaré de hacerlo. Y es posible que con el tiempo tenga algo que escribir; cuando menos, por mis cartas sabrá que, sin que importe qué contengan ni qué les pueda faltar, sigo siendo su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

1762: ÆTAT. 53.] En 1762, y en vena de muy cortesana elegancia, escribió para el doctor Kennedy, rector de Bradley, en el condado de Derby, una dedicatoria al Rey* en la obra que este caballero intituló *Sistema completo de cronología astronómica en el que se confirman las Escrituras*. No cabe duda de que había leído la obra antes de que se imprimiera, pues el párrafo con que concluye es sin lugar a dudas composición suya, punto sobre el cual dejen mis lectores:

Así, me he esforzado por librar a la religión y a la historia de las tinieblas en que las envuelve una cronología discutida e incierta, de varias dificultades que hasta la fecha parecían insuperables y de una neblina que ninguna luminaria del saber había acertado a disipar hasta la fecha. He establecido la veracidad del cómputo mosaico mediante pruebas que ninguna transcripción podría corromper, que no podrían perderse por pura negligencia y ningún interés podría pervertir. He mostrado que el Universo es testigo de la inspiración de su historiador mediante el giro mismo de sus orbes y la sucesión de sus estaciones; he mostrado que *las estrellas en sus respectivos cursos combaten contra el descreimiento*, que las obras de Dios a cada momento confirman la *ley*, los dichos de los *profetas* y el *Evangelio*, de los cuales *un día habló a otro día y una noche certificó a la siguiente*, y que la validez de las Sagradas Escrituras nunca podrá negarse, al menos mientras la luna crezca y mengüe, y *mientras el sol sepa que ha de ponerse*.^[c152]

En este año también escribió la dedicatoria al Conde de Middlesex† que encabeza el *Quijote femenino* de la señora Lennox, así como el prefacio† al *Catálogo de la exposición de los artistas*.

La siguiente carta, que en razón de sus méritos intrínsecos habría sido injusto tanto con Johnson como con el público lector mantener inédita, llegó a mis manos gracias a los buenos oficios de mi amigo el señor Seward.

Al doctor Staunton (hoy, sir George Staunton, baronet)

1 de junio de 1762

Estimado señor,

me apresuro a responder a su amable carta con la esperanza de volver a tener noticias de usted antes de que emprenda viaje. No me queda más remedio que lamentar que un hombre con sus cualificaciones estime imprescindible buscar residencia en Guadalupe, isla ante cuya pérdida, si un tratado de paz la devolviera a los franceses, nos consolaría que ese hecho obligara al doctor Staunton a volver a Inglaterra.

Es melancólica consideración que tan gran parte de nuestro tiempo por fuerza se invierta en el cuidado de los vivos, y que rara vez obtengamos dispensa en un frente si no es cuando renunciamos a otro; con todo, supongo que gracias a esa dispensa no somos en conjunto menos felices que si la espontánea prodigalidad de la Naturaleza vertiese en nuestras manos cuanto quisiéramos. Si de ese modo quedasen enteramente a su albur, me temo que muy pocos dedicarían su tiempo a empresas laudatorias, y que la mayor parte explotaría la quietud de los demás o,

a falta de otros objetos, la propia.

Tal es sin embargo nuestra condición, a la que hemos de aportar mejoras y dar solaz lo mejor que podamos, y aunque no siempre nos sea posible elegir nuestro lugar de residencia, en cualquier sitio podemos hallar entretenimiento racional y poseer en todas partes los consuelos que nos proporcionan la piedad y la conciencia pura.

En América hay poca cosa que observar, salvo las curiosidades naturales. En el nuevo mundo ha de haber muchas especies vegetales y animales de las que poco o ningún conocimiento tengan los filósofos. Espero que se provea usted de algunos libros de Historia natural, y de lentes y otros instrumentos de observación. Fíese tan poco como pueda de lo que le cuenten, examínelo en la medida de lo posible por sí mismo. No me cabe duda de que podrá usted incrementar sobremanera sus conocimientos, sobre todo en medicina. Las naciones salvajes se fían de lo más simple; tal vez la corteza peruana no sea el único específico que esas vastas regiones puedan suministrarnos.

Dondequiera que esté, sea cual fuere su fortuna, tenga la certeza, estimado señor, de que lleva consigo mis mejores deseos, y que tanto si le es dado regresar con nosotros, como si permanece en el otro hemisferio, tener noticias de usted, señor, dará un gran placer a su más solícito y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Como en esta época cierta señora le solicitara que recabase el patrocinio del Arzobispo de Canterbury para enviar a su hijo a estudiar en la universidad, una de esas frecuentes solicitudes en las que el ansia de la gente por lograr un objetivo particular hace que no se paren a considerar la impropiedad o la inoportunidad que supone su petición a las personas a quienes solicitan ayuda, le escribió la siguiente respuesta, copia de la cual ha tenido la bondad de hacerme llegar el reverendo doctor Farmer, rector de Emmanuel College, en Cambridge:

8 de junio de 1762

Señora,

créame que mi retraso en contestar su carta sólo se ha debido a mi reticencia a destruir las esperanzas que pueda usted haberse formado. La esperanza es, en sí misma, una suerte de felicidad, es posible que la mayor de las felicidades que este mundo pueda depararnos; ahora bien, al igual que en cualquier otro placer que se disfrute sin moderación, el exceso de esperanza entraña su propia expiación por medio del dolor, y las esperanzas en que uno se complace de un modo impropio han de dar a la postre en desengaño. Si se preguntase cuál es la esperanza impropia en la que es peligroso complacerse, la experiencia acudiría rauda en su respuesta, y dictaminaría que se trata de aquella esperanza que no dicta la razón, sino el deseo; es la esperanza que suscitan no los sucesos habituales de la vida, sino las carencias mismas del que está expectante: es una expectativa que requiere un cambio drástico del discurrir habitual de las cosas, que se quebranten las reglas generales de la acción.

Cuando me extendió usted su petición, debería haber considerado, señora, lo que me estaba pidiendo. Me pide que importune a un gran hombre, con quien jamás he cruzado palabra, con una solicitud en beneficio de un joven al que jamás he visto, y todo a partir de una suposición cuya veracidad no tengo medios para confirmar. No existe una razón por la cual entre todos los grandes debiera yo suplicar al Arzobispo, ni tampoco la hay de que entre todos los objetos de su munificencia debiera el Arzobispo escoger a su hijo. Sé bien, señora mía, cuán a regañadientes se acepta la convicción cuando el propio interés se opone, pero no me cabe duda, señora, de que sabrá usted reconocer que no existe razón por la cual debiera yo hacer lo que usted me pide, como haría cualquier otro con idéntica razón, pues se trata de algo que nadie haría como es debido si no tuviera una muy peculiar relación tanto con el Arzobispo como con usted. Si estuviera en mi mano ayudarla por algún medio apropiado, lo haría con gran placer, si bien su requisitoria se aleja tantísimo de los métodos de rigor que no puedo plegarme a ella si no es a riesgo de pasar por respuestas y suspicacias tales como creo que no me desea usted que sufra.

He visto esta mañana a su hijo; me parece un joven espléndido que tal vez pueda hallar mejor amigo del que yo podría procurarle; ahora bien, aun cuando en última instancia no ingresara en la universidad, todavía podrá ser sabio, provechoso y feliz. Soy, señora, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Giuseppe Baretti, en Milán

Londres, 20 de julio de 1762

Señor,

por mucha que sea la justicia con que pueda acusarme de mi falta de puntualidad en nuestra correspondencia, no he caído tan bajo en el pozo de la negligencia como para pasar por alto la oportunidad de escribirle que el paso de Beauclerk por Milán me ofrece.

Supongo que recibió usted los ensayos del *Idler*, y es mi intención que pronto reciba *Shakespeare*, para que pueda explicar sus obras a las damas de Italia, y contarles la historia del editor de las mismas entre el resto de curiosas narraciones que su larga estadía en esta ignota región le habrá procurado.

Como ya lleva largo tiempo lejos de nosotros, supongo que le reconcome la curiosidad y el deseo de tener noticias de sus amistades. La señorita Williams y yo seguimos viviendo como siempre. La señorita Cotterel sigue pegada a la señora Porter, y Charlotte se encuentra embarazada de su cuarta criatura. Reynolds gana seis mil al año. Levett se ha casado recientemente, aunque no sin que haya abundantes sospechas de que haya sido víctima de un engaño miserable en su matrimonio.^[c153] Chambers ha emprendido hoy mismo, por vez primera, el circuito de los jueces itinerantes por provincias. Richardson ha muerto de una apoplejía y su segunda hija se ha casado con un comerciante.

Mi vanidad, o mi bondad, me lleva a pecar de adulación al pensar que prefiere usted saber de mí más incluso que de quienes le acabo de hablar, pero es que de mí hay muy poca cosa que me importe relatar. El pasado invierno visité el pueblo que me vio nacer, donde encontré las calles más angostas y más cortas de lo que suponía haberlas dejado, y habitadas por una nueva raza, para la cual vi que era yo muy poco conocido. Mis compañeros de juegos habían envejecido, lo cual me hizo sospechar que ya no soy tan joven. El único amigo que me quedaba ha cambiado de principios, y lo encontré convertido en peón de la facción dominante. Mi hija adoptiva, en la que tantas esperanzas puse, y a la que vi con sincera benevolencia, ha perdido la belleza y la galanura de la juventud sin haber ganado a cambio mucha sabiduría con la edad.^[c154] Estuve por allí tan sólo cinco días, y aproveché la primera ocasión que se me presentó para volver a un lugar en el que, si no abunda la felicidad, al menos hay tal variedad de cosas buenas y malas que los vejámenes leves apenas quedan clavados en el corazón^[200].

Pienso emprender otra excursión dentro de unas cuantas semanas, aunque ¿con qué fin? Hágame saber, mi buen Baretti, cuál ha sido el resultado de su regreso a su país, si el tiempo ha traído consigo cambios para mejor, si una vez apagados los primeros embelesos de las saluciones no comprobó usted que sus propios pensamientos le confesaban sus decepciones.

Suelen parecer pretenciosas e impostadas las sentencias morales cuando no tienen más ocasión que la visita de un ingenio al lugar que lo vio nacer; ahora bien, son justo esos placeres y esos agravios los que conforman la materia general de la vida; como nada se le antoja poco, pues lo acusa con gran sensibilidad, el intelecto que es capaz de ver los incidentes más corrientes como son en realidad suele inclinarse, a partir de incidentes muy corrientes, a muy serias contemplaciones. Confiemos en que llegue un día en que el momento presente deje de resultar fastidioso, en que no tengamos que pedir prestada toda la felicidad a la esperanza, que al final ha de acabar en desengaño.

Le ruego que dispense a Beauclerk el mejor trato que pueda, pues él siempre me ha tratado con gran amabilidad.

Últimamente he visto al señor Stratico, profesor de Padua, que me ha dado cuenta de su monumental disputa con un abad de la orden de los Celestinos, aunque no conservaba los particulares muy frescos en su memoria. Cuando escriba al señor Marsili, hágale saber que lo recuerdo cordialmente.

Ojalá, mi buen Baretti, sea usted muy feliz en Milán o en algún otro lugar más cercano, señor, a su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El ascenso de Jorge III al trono de estos reinos abrió una nueva y más luminosa perspectiva a los hombres de mérito literario, que no habían recibido los honores ni los favores de la Corona en el reinado de su predecesor. Gracias a que Su Majestad se había educado en este país, gracias a su buen gusto y munificencia, quiso como es natural ser mecenas de las Ciencias y las Artes; a comienzos de este año le fue

presentado Johnson como hombre bueno y de gran erudición, pero carente de una provisión cierta, por lo que Su Majestad se complació en concederle una pensión de trescientas libras anuales.^[c155] El Conde de Bute, a la sazón Primer Ministro, tuvo el honor de anunciar este ejemplo de la generosidad de su soberano, alrededor del cual se han propagado muchas y muy variadas historias, todas erróneas por igual, que representan maliciosamente el gesto como un soborno político ofrecido a Johnson para que abjurase de sus principios declarados y se convirtiese en mero peón al servicio de un gobierno que él consideraba fundado en la usurpación. He puesto gran cuidado en refutar estas historias basándome en la información más auténtica de que se pueda disponer. Me dijo lord Bute que el señor Wedderburne, hoy lord Loughborough, fue la persona que por vez primera puso en su conocimiento esta cuestión. Lord Loughborough me comunicó que la pensión se le concedió a Johnson única y exclusivamente como recompensa por sus méritos literarios, sin estar sujeta a ninguna clase de estipulación, ni tampoco en el tácito sobreentendido de que debiera escribir para la administración. Su Señoría añadió que tenía plena confianza en que los tratados políticos que con posterioridad escribió Johnson, que eran íntegramente consecuentes con sus propias opiniones, los hubiera redactado de igual modo si no se le hubiese concedido pensión ninguna.^[c156]

Thomas Sheridan y el señor Murphy, que por entonces convivían mucho tanto con él como con Wedderburne, me comentaron que previamente habían charlado con Johnson sobre este particular, y que todas las partes implicadas entendían perfectamente que la pensión era meramente honorífica. Sir Joshua Reynolds me relató que Johnson fue a visitarlo luego de que fuera puesta en su conocimiento la intención del Rey, y que le dijo que deseaba consultar con sus amistades si era o no apropiado que aceptara tal muestra de favor por parte de la Corona, habida cuenta de las definiciones que en su *Diccionario* dio de *pensión* y *pensionado*. Dijo que no quería que sir Joshua le diera una respuesta hasta el día siguiente, en que de nuevo pasaría a visitarlo, pues le parecía preferible que lo pensara con tiempo. Sir Joshua repuso que estaba resuelto a darle su respuesta sin más dilación, ya que no veía que pudiera existir objeción ninguna a que recibiese del Rey una recompensa por sus méritos literarios; añadió que, desde luego, las definiciones recogidas en su *Diccionario* no eran extensibles a él. Diríase que Johnson se dio por satisfecho, pues no volvió a visitarlo hasta que aceptó la pensión y fue a ver a lord Bute para agradecersele. Dijo entonces a sir Joshua que lord Bute le había dicho expresamente: «No se le concede por nada que tenga usted que hacer, sino por todo cuanto ya ha hecho». Su Señoría, añadió, se condujo del modo más noble y espléndido. Repitió sus palabras para cerciorarse de que Johnson las había oído bien, y de ese modo puso su ánimo perfectamente en paz. Este noble caballero, a quien de modo tan virulento se ha vilipendiado, actuó con grandísimo honor en este asunto, haciendo gala de un espíritu verdaderamente liberal. Un ministro de disposición más egoísta y miras más estrechas se habría aprovechado de semejante ocasión para gravar con una obligación

implícita a un hombre dotado del poderoso talento de Johnson, asegurándose de que le prestara su apoyo.

Tanto Murphy como el difunto Sheridan han contendido cada cual por su cuenta por la distinción de ser el primero que comentó a Wedderburne la necesidad de que Johnson gozara de una pensión. Cuando hablé de todo esto con lord Loughborough, pues deseaba saber si recordaba quién había sido el primero en promover todo este asunto, me dijo que «todos sus amigos echaron su cuarto a espadas», y cuando le dije que Sheridan insistía con vehemencia en que se le considerase el primero, Su Señoría reconoció que «fue quien tocó la campana». Y es de justicia añadir que, según me comunicó Sheridan, cuando notificó al doctor Johnson que se le iba a conceder una pensión, éste le respondió de este modo, con evidente gratitud: «No me surte la lengua inglesa de voces adecuadas a mis sentimientos en esta ocasión. Habré de recurrir, pues, al francés. Me hallo *pénétre* por la bondad de Su Majestad». Cuando se le repetí al doctor Johnson, no me contradijo.

Sus definiciones de *pensión* y *pensionado*, en parte basadas en los versos satíricos de Pope, cuya autoridad aduce en ambas entradas del *Diccionario*, pueden ser en general tenidas por válidas, a pesar de que cualquiera habrá de reconocer que pueden darse y sin duda se han dado ejemplos en los que una pensión tanto se concede como se recibe en términos de absoluta liberalidad y honor por ambas partes. Así pues, ha de quedar bien claro que no hubo nada incoherente ni humillante en el hecho de que Johnson aceptase una pensión que de manera tan incondicional como honrosa le fue ofrecida.

Ahora bien, no detendré por más tiempo a mis lectores añadiendo más palabras de mi cosecha, y menos a propósito de un asunto sobre el cual felizmente puedo, gracias al favor del Conde de Bute, presentarles lo que escribió el propio Johnson, ya que Su Señoría ha tenido la amabilidad de proporcionarme copia de la siguiente carta, dirigida a su difunto padre, que constituye un gran honor tanto para el autor de la misma como para la noble persona a la que está dirigida:

A Su Excelencia el Conde de Bute

20 de julio de 1762

Milord,

cuando ayer me llegaron las notificaciones por orden del señor Wedderburne, tuve por él conocimiento de los futuros favores que Su Majestad, por recomendación de Su Señoría, ha decidido procurarme.

La munificencia siempre recibe buena parte de su valor del modo en que se otorga; la amabilidad de Su Señoría abarca todas las circunstancias que pueda gratificar la delicadeza o hacer cumplir la obligada gratitud. Su Señoría ha conferido sus favores a un hombre que no los merece por los servicios prestados, que no los ha cortejado importunando a nadie; Su Señoría, así pues, le ha ahorrado el desdoro de solicitarlos y la angustia de la incertidumbre.

Lo que con tanta elegancia se concede no será, espero, disfrutado con reproche; me esforzaré todo lo posible por dar a Su Señoría la única recompensa que la generosidad desea, a saber, la gratificación de hallar que vuestras mercedes no han sido impropriamente otorgadas. Soy, Señoría, vuestro más agradecido, obediente y humilde servidor,

En este año, su amigo sir Joshua Reynolds hizo una visita de varias semanas a su tierra natal, el condado de Devon, en la que le acompañó Johnson, quien se sintió a sus anchas durante la escapada, a tal extremo que afirmó que en su transcurso había tenido una gran afluencia de ideas nuevas. Recibió agasajos en las casas solariegas de varios nobles y caballeros del oeste de Inglaterra^[201], pero pasó la mayor parte del tiempo en Plymouth, donde el esplendor de la flota, los astilleros y todas sus circunstancias le ofrecieron un gran panorama que contemplar. El comisario de la dársena le hizo el gran honor de ordenar que su propio velero lo llevara, con sus amigos, hasta Eddystone, saliente de tierra hasta el cual navegaron. Sin embargo, tan encrespado estaba el mar que no fue posible desembarcar donde deseaban.

Reynolds y él fueron entonces invitados del doctor Mudge, célebre cirujano y hoy médico en plaza, no menos distinguido por su vivacidad y amplia gama de conocimientos que amado y estimado por su talante afable y amistoso. Johnson trabó allí una estrecha relación con el padre del doctor Mudge, el reverendo Zachariah Mudge, eminente teólogo y prebendado de Exeter, al que se idolatraba en toda la región del oeste por su excelencia en las prédicas y la notable congruencia y decoro de su conducta en privado. Predicó un sermón a propósito para que Johnson lo oyera, y como más adelante veremos, éste honró su memoria escribiendo un retrato suyo. Mientras se encontraba en Plymouth, Johnson trató a muchos de sus habitantes y no escatimó sus muy entretenidas conversaciones. Fue allí donde hizo aquella confesión franca y verdaderamente original de que «la ignorancia, la pura ignorancia» había sido la causa del error en una definición que da en su *Diccionario* de la palabra *cuartilla*, provocando no pequeña sorpresa en la dama que le había formulado la pregunta, puesto que, teniendo el respeto más profundo por su carácter, hasta el extremo de suponerlo prácticamente dotado del don de la infalibilidad, esperaba oír de sus labios una explicación (de algo que con certeza pareció extraño a una lectora común) tomada de alguna fuente de hondos conocimientos de la que ella no tuviera noticia.

Sir Joshua Reynolds, con quien estoy en deuda por la información relativa a este viaje, comenta una muy característica anécdota de Johnson acaecida mientras se hallaba en Plymouth. Como observara que a raíz de la construcción de la dársena había brotado una nueva ciudad a unas dos millas de la antigua, con la que había de rivalizar, y como fuera sabedor gracias a su sagacidad y a su atenta observación de la naturaleza humana de que si un hombre algo llega a odiar por encima de todo es a su vecino más próximo, llegó a la conclusión de que esa ciudad nueva y pujante a la fuerza había de excitar la envidia y los celos de la antigua, conjetura que bien pronto hubo de verse confirmada, a tenor de todo lo cual se puso resueltamente a favor de la ciudad antigua, de la ciudad *establecida*, por considerar que era una especie de deber

ponerse de su parte. En consonancia con su decisión, quiso conocer los intereses de la ciudad y defenderlos apasionadamente, y en cada ocasión que se le prestaba hablaba de los «portuarios», como se empezó a llamar a los habitantes de la ciudad nueva, surgida en torno a la dársena, motejándolos de advenedizos y forasteros. Plymouth es una ciudad copiosamente abastecida de agua gracias a un río que discurre por ella y trae gran caudal desde una distancia considerable, tan abundante que incluso se malgasta. Al estar la ciudad nueva desprovista de agua por completo, extendió a Plymouth la solicitud de que una porción de las aguas canalizadas se desviara hacia ella, asunto que se hallaba entonces sujeto a consideración. Afectando sentir en lo más hondo de sí las pasiones del lugar, Johnson se manifestó enardecidamente en contra, y riéndose a medias para sus adentros por el celo que fingía en una cuestión que no era de su incumbencia, exclamó: «¡No, no! Estoy en contra de los portuarios. ¡Yo soy de Plymouth! ¡Bribones! Que se mueran de sed. ¡No han de recibir ni una gota!».

Lord Macartney tuvo la bondad de facilitarme una copia de la siguiente carta, escrita de su puño y letra con el original a la vista, que encontró el actual Conde de Bute entre los papeles de su señor padre.

A Su Excelencia el Conde de Bute

Temple Lane, 3 de noviembre de 1762

Milord,

la generosidad con que tuvo a bien encomendarme al favor de Su Majestad no tomará por agravio una solicitud que estimo imprescindible hacerle para que dicho favor tenga carácter permanente y efectivo.

La pensión que debía pagárseme el día de la festividad de San Miguel no la he recibido aún, y desconozco dónde o a quién he de reclamarla. Suplico por tanto a Su Señoría tenga la bondad de proporcionar al señor Wedderburne las instrucciones que considere pertinentes, ya que por su amistad no hallará molestia alguna en hacérmelas llegar.

Importunar a Su Señoría en un momento como éste con estas nimias dificultades es impropio y extemporáneo, aunque gracias a su extenso conocimiento del mundo sabrá Su Señoría que los asuntos de cada cual, por pequeños que sean, tienen la máxima importancia para quien los vive. Cada cual tiene la esperanza de que no le afecte el descuido ajeno; con razón puede cada cual, siempre que sus vicios no le impidan el ejercicio de su derecho, esperar el favor de esa beneficencia que se ha hecho extensa, Señoría, a su más agradecido y más humilde siervo,

SAM. JOHNSON

A Giuseppe Baretti, en Milán

Londres,
21 de diciembre de 1762

Señor,

no debe usted suponer, con la convicción que de mi pereza le asiste, que he dejado pasar todo este tiempo sin escribir a mi buen Baretti. Entregué una carta a Beauclerk, quien tanto en mi opinión como en la suya se dio cuanta prisa pudo en viajar a Nápoles para reponer su salud, aunque ha hecho un alto en París y desconozco cuándo seguirá su camino. Langton lo acompaña.

No le incordiaré con especulaciones sobre la guerra y la paz. El éxito o el fracaso con que acaben batallas y embajadas se extiende a una muy mínima parte de la vida doméstica: todos tenemos parte de bien y mal, que

sentimos de manera más acusada con nuestra mezquina participación en el desastre o en la prosperidad de la vida pública. Lamento su decepción, con la que parece más conmovido de lo que yo habría supuesto en un hombre de su resolución y su experiencia, al no saber que las verdades generales rara vez tienen aplicación en las ocasiones particulares, y que la falacia del amor propio se extiende tanto como nuestros intereses o nuestros afectos. Todos los hombres creen que las amantes son infieles y los mecenas caprichosos, aunque de su convicción excluyen a su amante y a su mecenas. Todos sabemos que la grandeza peca de negligencia y desprecio, y que en los tribunales la vida a menudo languidece lastrada por las expectativas que no hallan gratificación, aunque quien se aproxima a la grandeza o brilla en un tribunal imagina que el destino por fin le ha exceptuado de la suerte del común de los mortales.

No permita que tales males le abrumen, pues son millares los que los han sufrido y millares los que se han sobrepuesto a ellos, y vuelva en cambio sus pensamientos, con vigor, a otros planes de vida; no deje de tener presente que, con la debida sumisión a la Providencia, rara vez se ha arruinado un hombre de genio, a no ser por sus propios errores. La debilidad o la falta de sensibilidad de su mecenas a la postre le causará a usted poco daño o ninguno si no se ve asistida por las propias pasiones de usted. No sé quién es la dueña de su amor, y no puedo estimar su poder, aunque en el amor, como en cualquier otra pasión de la cual es esencia la esperanza, siempre debemos recordar que los sucesos serán inciertos. En efecto, nada seduce tanto a la razón, nada la aparta tanto de la vigilancia, como el mero pensamiento de pasar la vida con una mujer afectuosa; si sucediera todo cuanto un amante fantasea que suceda, no sé yo qué otra felicidad terrenal sería digna de perseguirse con ahínco. Pero el amor y el matrimonio son estados distintos. Quienes han de sufrir los males juntos, y han de sufrir a menudo el uno por culpa del otro, pronto pierden esa ternura en la mirada y esa benevolencia en el ánimo que brotaron de la participación en un placer sin injerencias ajenas y en su consecuente disfrute. Una mujer, de esto estamos seguros, no siempre será justa; no estamos seguros en cambio de que siempre sea virtuosa; un hombre no puede retener a lo largo de la vida ese respeto y esa asiduidad en el afecto por los que se complace durante un día o un mes. Sin embargo, no pretenderé haber descubierto que la vida contenga nada tan deseable como un matrimonio prudente y virtuoso; por consiguiente, desconozco qué consejo darle.

Si pudiera despojar su imaginación de amor y de grandeza, y abandonar sus esperanzas de ascenso y sus embelesos nupciales para probar una vez más suerte en el desempeño de la literatura y la industria, el camino que atraviesa Francia está abierto.^[c157] Nos complace pensar que cultivaremos con gran diligencia las artes de la paz, y que todo hombre será bienvenido entre nosotros si es capaz de enseñarnos algo que desconozcamos. Por su parte, encontrará a todos sus amigos de antaño deseosos de recibirle con los brazos abiertos.

Reynolds sigue viendo cómo aumenta su reputación y su riqueza. La señorita Williams, que le tiene un gran afecto, sigue como siempre. La señorita Cotterel continúa con la señora Porter. Charlotte se ha casado con el deán Lewis y le ha dado tres hijos. El señor Levett se ha casado con una fulana de la calle. Pero la gacetilla de mi narración ahora ha de llegar al punto en que le relate que Bathurst se fue como médico del ejército y que murió en La Habana.

Desconozco si ya le había comentado que tanto Huggins como Richardson han muerto. Cuando vemos cómo desaparecen ante nuestros propios ojos nuestros amigos y nuestros enemigos, conviene no olvidar que estamos todos sujetos a la ley de la mortalidad, y que pronto estaremos allí donde nuestra suerte quede fija para siempre. Ruego a Dios que le bendiga, y soy, señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

No tarde en escribirme.

1763: ÆTAT. 54.] En 1763 aportó al *Calendario poético* publicado por Fawkes y Woty un retrato de Collins* que después engastó en su biografía de ese poeta admirable, en la colección de *vidas* que escribió sobre los mayores poetas de la lengua inglesa, recogidas y publicadas por los libreros de Londres. Su relato de la melancólica depresión que afectó gravemente a Collins, y que terminó por llevarlo a la tumba, es, a mi parecer, uno de los pasajes de mayor ternura e interés de toda la serie de sus escritos. También hizo al señor Hoole el favor de escribirle una dedicatoria a la Reina* para su traducción de Tasso, tan felizmente concebida y escrita con tal elegancia que no puedo menos que someterla a la atención peculiar de mis lectores^[202].

Éste es para mí un año memorable, pues en él tuve la dicha de conocer a este hombre extraordinario cuyos recuerdos ahora escribo, hecho que siempre he de considerar una de las circunstancias más afortunadas de mi vida. Si bien tenía yo entonces sólo veintidós años de edad, desde hacía ya varios años había leído sus obras con deleite y provecho, y tenía un grandísimo respeto por su autor, que en mi fantasía había crecido hasta tornarse una suerte de veneración misteriosa, imaginándomelo en un estado de solemne, elevada abstracción, inmerso en el cual lo suponía viviendo en la inmensa metrópolis de Londres. Francis Gentleman, un nativo de Irlanda que había pasado algunos años en Escocia como actor y maestro de la lengua inglesa, un hombre cuyo talento y valía fueron aplastados por el infortunio, me había hecho una descripción de la figura y el porte de Johnson el del *Diccionario*, como se le conocía en general por entonces^[203], y durante mi primera visita a Londres, que duró tres meses en 1760, el señor Derrick, el poeta, que era amigo y paisano de Gentleman, me halagó con la esperanza de presentarme a Johnson, honor que yo ambicionaba en extremo. Sin embargo, nunca tuve esa oportunidad, lo cual me llevó a dudar de que lo que me había prometido estuviera realmente a su alcance, hasta que Johnson me dijo años más tarde: «Derrick, señor, bien podría habernos presentado. Yo tenía gran cariño por él, y lamento que haya muerto».

En el verano de 1761, Thomas Sheridan se encontraba en Edimburgo, donde dio varias charlas sobre la lengua inglesa y el arte de hablar en público ante asistentes tan numerosos como respetables. A menudo gocé de su compañía, de modo que le oí perorar con frecuencia sobre el extraordinario saber, el talento y las virtudes de

Johnson, amén de repetir sus agudezas, describir sus peculiaridades y jactarse de haber sido su invitado no pocas veces hasta las dos y las tres de la madrugada. En su casa contaba yo con hallar numerosas oportunidades de ver al sabio, pues Sheridan tuvo la bondad de asegurarme que no me llevaría una decepción.

Cuando a finales de 1762 regresé a Londres, supe con gran sorpresa y no menor pesar que entre Johnson y Sheridan había surgido una diferencia irreconciliable. A Sheridan se le había concedido una pensión de doscientas libras anuales, y Johnson, quien como ya se ha señalado tenía cierto desprecio por el arte de Sheridan, prorrumpió en esta exclamación nada más llegar a sus oídos la noticia de la concesión: «¡Cómo! ¿Qué le han dado *a él* una pensión? En tal caso, es hora de que renuncie yo a la mía». Tanto si su exabrupto se debiera a una súbita indignación, o supusiera una afrenta para su exaltado mérito que un dramaturgo recibiera la misma recompensa que él, como si fuera de hecho un repentino arranque de irritación, no pudo ser más desafortunado y, desde luego, no puede tener justificación de ninguna clase. A Sheridan se le otorgó la pensión no por su condición de dramaturgo, sino por sus padecimientos en defensa de la causa del gobierno, cuando siendo director del Real Teatro de Irlanda se desataron los enconos de los partidos en 1753.^[c158] Y también es preciso reconocer que era un hombre de letras, y que había mejorado de manera extraordinaria el arte de la lectura y la oratoria con distinción y propiedad.

Asimismo, Johnson debiera haber tenido presente que Sheridan enseñó pronunciación a Alexander Wedderburne, cuya hermana estaba casada con sir Harry Erskine,^[c159] amigo íntimo de lord Bute, que era el favorito del Rey; con certeza, ni siquiera el *whig* más recalcitrante podría sostener que, fueran cuales fuesen los principios que rigieran la dispensa de oficios, una pensión jamás debiera concederse por ninguna clase de parcialidad de la corte. Macklin, qué duda cabe, compartía con Sheridan el honor de haber instruido a Wedderburne, y aunque ya era demasiado tarde, y demasiado avanzada la vida de aquel caledonio para que adquiriese una cadencia genuinamente inglesa en el hablar, tan bien cumplieron su cometido los instructores, amén de encauzar él mismo sus esfuerzos con rigor, que terminó por desprenderse de la parte más áspera de su acento escocés, del que retuvo sólo el «asilvestramiento aflautado de los nativos»^[c160] que permitía intuir su procedencia; y debo señalar que si algún escocés pretendiera olvidar su origen yo lo despreciaría de todo corazón. A pesar de todas las desventajas con que topa en la vida quien no ha tenido la suerte de recibir una sólida educación inglesa, él paulatinamente dio forma a un modo de hablar al que los ingleses no escatimarían alabanzas por su elegancia innegable. De ahí que su distinguida oratoria, que ejerció en su país natal como abogado del Tribunal Supremo, y como miembro del consejo rector de la Iglesia de Escocia, gozara de fama y de amplia recompensa en las más altas esferas. Cuando rememoro a esta persona de noble carácter en sus años de Edimburgo, en situaciones tan indignas de su brillantísima capacidad, y contemplo a lord Loughborough en Londres, la transformación se me antoja propia de las metamorfosis que describe

Ovidio. Y a sus dos preceptores, responsables de su refinamiento en el hablar, no en vano fueron quienes dieron carta de naturaleza a su talento, bien podríamos decirles las palabras del poeta: «*Nam vos mutastis*»^[c161].

Si me he detenido en considerar este ejemplo notorio de facultades sobresalientes y de tesón es porque me permite celebrar que se fomenten análogos desvelos en otros caballeros del norte de Gran Bretaña, con el fin de que prueben fortuna en el sur de la isla, donde bien pueden albergar esperanzas de ver gratificadas sus más altas ambiciones; y ahora que formamos un solo pueblo gracias a la Unión, sin duda sería pecar contra la virtud de la liberalidad sostener que no tienen los mismos derechos que los nativos de cualquier otro rincón de los dominios de Su Majestad.

Johnson se quejó de que fue un hombre que le tenía inquina^[c162] quien fue corriendo a repetir su sarcasmo a Sheridan, pero sin relatarle lo que dijo a continuación, esto es: «No obstante lo cual, me alegra que Sheridan disponga de una pensión, pues es un hombre muy valioso». Sheridan nunca le perdonó su precipitada manifestación de desdén. Se le quedó grabada en el ánimo, y aunque yo le di cuenta de todo lo que Johnson había dicho, amén de subrayar que mucho se alegraría de recibirlo de un modo franco y amistoso, él declinó los reiterados ofrecimientos que yo le transmití, e incluso en una ocasión se despidió con brusquedad de una casa en la que estábamos invitados a almorzar, pues se le dijo que el doctor Johnson también iba a estar presente. No guardo la menor simpatía por tan perseverante resentimiento. Es doloroso que se produzca una ruptura entre quienes han tenido trato social e incluso cordial; me pregunto si en tales casos no queda siempre vivo el mutuo deseo de que la herida sane. Me di perfecta cuenta de que Sheridan de ningún modo se dio por satisfecho al saber que Johnson había reconocido su valía^[204]. No bastaba con eso para curar su vanidad herida. No pude yo menos que sonreír, a la vez que me sentí ofendido, al observar que Sheridan, en la *Vida de Swift*^[205] que publicó con posterioridad, intentó, presa de los retortijones de su resentimiento, menospreciar a Johnson al tildarlo de «escritor de fama gigantesca en estos tiempos de enanos», tratándose del mismo Johnson al que otrora admirase e incluso venerase.

La ruptura con Sheridan privó a Johnson de uno de sus más placenteros recursos de entretenimiento para sus solitarias veladas, pues el espíritu de Sheridan, bullicioso, animado, siempre bien informado, nunca supo tolerar que las conversaciones se estancaran, amén de que su esposa era una agradabilísima compañera para un intelectual. Era sensible, ingeniosa, sin pretensiones, y sin embargo muy comunicativa. Recuerdo con satisfacción muchas horas que con enorme agrado pasé con ella bajo el hospitalario techo de su esposo, que fue conmigo un amigo muy atento. La novela que ella escribió, *Memorias de la señorita Sydney Biddulph*, contiene una excelente lección moral, al tiempo que conculca un futuro estado de castigo divino^[206]; sus enseñanzas quedan impresas en la memoria del lector mediante una serie de disgustos tan hondos como puedan afectar al género humano, en la persona de la entrañable y piadosa heroína que da con sus huesos en la tumba

sin haber hallado alivio a tanta desgracia, aunque resignada y colmada de esperanza en «la misericordia del Cielo». Johnson le hizo este cumplido: «Desconocía, señora, que tuviera usted pleno derecho, amparándose en principios morales, de hacer sufrir tantísimo a sus lectores».^[c163]

Thomas Davies, el actor, que entonces regentaba una librería en Russell Street, Covent Garden^[207], me comentó que Johnson era muy amigo suyo y que visitaba su casa con frecuencia, en donde más de una vez me invitó a conocerlo, aunque por algún infortunado accidente o por cualquier otro contratiempo no le fue posible venir a reunirse con nosotros.

Thomas Davies era un hombre inteligente y talentoso, amén de contar con la ventaja de una educación liberal. Aunque tuviera un deje algo pomposo, su compañía resultaba siempre entretenida, y sus obras literarias tienen una porción nada desdeñable de mérito propio. Era un hombre amistoso y muy hospitalario. Tanto él como su esposa, célebre por su belleza, aunque dedicaron muchos años a actuar en escena, mantuvieron siempre un comportamiento intachable; Johnson los tenía a ambos en gran estima, y con ellos convivió en términos tan íntimos, y sin embargo tan llevaderos, como con cualquier otra de las familias que acostumbraba visitar. Davies recopiló varios de los dichos más notorios de Johnson, y era uno de los mejores entre los muchos imitadores de su voz y de su porte. Mantuvo en constante aumento mi impaciencia por conocer al hombre extraordinario cuyas obras en tan alta estima tenía yo, y cuya conversación era a todas luces de una peculiarísima excelencia.

Por fin, el lunes 16 de mayo, cuando me encontraba en el salón de la parte posterior de la casa de Davies, tomando el té con él y con su esposa, Johnson entró sin previo aviso en la librería^[208], y al verlo Davies avanzar hacia nosotros por la puerta acristalada del salón en que estábamos me anunció su sobrecogedora, impresionante aparición, muy a la manera de un actor que representara el papel de Horacio cuando interpela a Hamlet ante la irrupción del fantasma de su padre: «Mirad, mi señor; ya viene». Descubrí que me había hecho una idea muy ajustada de la figura de Johnson gracias al retrato que le hizo sir Joshua Reynolds poco después de publicar su *Diccionario*, en el que se le ve sentado en su sillón en una actitud de profunda meditación, el primer retrato que le hizo su amigo y que sir Joshua tuvo la amabilidad de enseñarme, a partir del cual se ha hecho un grabado para ilustrar esta obra. Davies le dijo mi nombre y me presentó a Johnson muy respetuosamente. Yo estaba muy nervioso, y al recordar sus prejuicios contra los escoceses, de los que mucho había oído hablar, dije a Davies: «No le diga de dónde vengo». «De Escocia», exclamó Davies con picardía y como si le hubiera faltado tiempo. «Señor Johnson — le dije—, es cierto que provengo de Escocia, pero eso no lo puedo evitar». No tengo reparos en jactarme de haberlo dicho a modo de gracia ligera, para aplacarlo y congraciarme con él, y no como si fuera un rebajamiento humillante a expensas de mi país. Fuera como fuese, mi intervención resultó desafortunada, pues con la presteza

de ingenio por la que tanto destacaba aprovechó la expresión «provengo de Escocia», que yo empleé para señalar que soy de aquella tierra, y tomándola como si yo hubiera dicho que acababa de llegar de Escocia, o que había salido del país, comentó: «Eso, señor mío, me parece algo que muchos de sus compatriotas no pueden evitar».^[a nota 123, Vol. II] Esta salida me dejó bastante aturdido, y cuando tomamos asiento me encontré no poco azorado, e incluso temeroso de lo que pudiera soltar a continuación. Acto seguido, se dirigió a Davies: «¿Qué opinión le merece Garrick? Me ha negado una entrada para la señorita Williams porque sabe que se llenará el teatro, y una entrada cuesta tres chelines». Ansioso por pescar al vuelo cualquier ocasión de intervenir en la charla, me aventuré a decir: «Señor, disculpe si le digo que mucho me extraña que el señor Garrick le regatee a usted una fruslería semejante». «Señor mío —repuso con semblante severo—, conozco a David Garrick desde mucho antes que usted, y no creo que tenga usted ningún derecho a decirme nada sobre este particular». Es posible que me tuviera merecido este rapapolvo, pues fue pura presunción por mi parte, siendo yo un perfecto desconocido, manifestar mis dudas sobre lo justa que pudiera ser su animadversión por su amigo y antiguo discípulo^[209]. Me sentí entonces mortificado, e incluso llegué a pensar que había arrojado por la borda toda esperanza de trabar con él la relación amistosa que tanto había deseado. Y la verdad es que de no haber sido mi ardor tan extraordinariamente fuerte, de no haber sido tan insólitamente perseverante mi resolución, una acogida tan áspera como ésta me habría disuadido de llevar a cabo nuevos intentos. Sin embargo, por fortuna aguanté en el campo de batalla no del todo desarbolado, y no tardé en gozar por recompensa de su conversación, de la que conservé la siguiente y breve acta, sin consignar las preguntas y observaciones que dieron lugar a sus palabras.

«Hay personas, y no son pocas —comentó—, que se dejan engañar y que imaginan que un escritor es en la vida privada mucho más grande que los demás. Los atributos extraordinarios necesitan ocasiones extraordinarias para ponerse a prueba».

«En las sociedades bárbaras, la superioridad en los atributos tiene verdadera importancia. Una gran fortaleza física o una gran sabiduría son de gran importancia para un individuo. En cambio, en épocas más civilizadas hay personas que todo lo hacen por dinero; además, hay otras superioridades, sean las de cuna, fortuna y rango, por ejemplo, que disipan la atención de los hombres y no dejan que el respeto por la superioridad de la persona y del intelecto gane para éstos un lugar extraordinario. Esto obedece a un sabio designio de la Providencia, con el fin de preservar cierta igualdad entre los hombres».

«Señor, este libro —*Los elementos de la crítica*^[c164], que acababa de tomar entre las manos— es un bonito ensayo, que merece ser tenido en alta estima, aunque sea en gran medida una quimera».

Hablando de alguien^[c165] que con mayor audacia de lo habitual criticaba las medidas públicas y a la familia real, dijo así: «Creo que está a salvo del largo brazo de la ley, pero es un bribón; en vez de recurrir a milord el juez del tribunal

competente para que lo castigara, yo mandaré a media docena de lacayos a que le dieran un buen escarmiento».

«El concepto de libertad entretiene al pueblo de Inglaterra y le ayuda a mantener a raya el *tædium vitae*. Cuando un carnicero dice que su corazón sangra por su patria, en realidad no tiene la menor preocupación».

«Sheridan no tendrá éxito en Bath con su oratoria. El ridículo se adelanta a sus pasos, y me temo que tiene a Derrick por enemigo^[210]».

«Derrick puede hacerlo muy bien mientras deje atrás su carácter, porque en el instante en que su carácter se le ponga a la par, sin necesidad de que lo rebase, todo habrá terminado».

Es sin embargo de justicia dejar constancia de que algunos años después, cuando le recordé este sarcasmo, dijo: «Bueno, es que ahora Derrick posee un carácter del cual no tiene razones para huir».

Me complació sobremanera el vigor extraordinario de su conversación, y lamenté que de ella me apartase un compromiso que había contraído para asistir a otro lugar. Durante una parte de la tarde me había quedado a solas con él, y me aventuré a hacerle algunas observaciones casuales que él recibió muy cortésmente, de suerte que me convencí de que si bien tenía cierta rudeza de trato no había ni rastro de mala intención en su disposición natural. Davies me siguió hasta la puerta, y cuando me quejé un poco de los duros golpes que el gran hombre me había propinado, tuvo la bondad de darme consuelo diciendo: «No se preocupe. Me he dado cuenta de que le ha tomado simpatía».

Pocos días después visité a Davies y le pregunté si le parecía oportuno que me tomara yo la libertad de presentar mis respetos al señor Johnson en sus aposentos del Temple. Dijo que podía hacerlo, sin duda, y que Johnson se lo tomaría como una deferencia. Así pues, el martes 24 de mayo, tras haberme animado con los ingeniosos comentarios de los señores Thornton, Wilkes, Churchill y Lloyd, con quienes había pasado la mañana, me armé de valor y fui a visitar a Johnson. Se alojaba en la primera planta de Inner Temple Lane, n.º 1, y entré en sus aposentos con la impresión que me había transmitido el reverendo doctor Blair, de Edimburgo, quien había sido presentado a Johnson no mucho tiempo antes, y señaló que había «encontrado al gigante en su guarida», expresión esta que, cuando tuve un trato más cordial con Johnson, le repetí, con gran regocijo por su parte ante esa pintoresca descripción de su persona. Blair fue presentado a Johnson por mediación del doctor James Fordyce. En aquel entonces estaba en pleno apogeo la polémica relativa a las piezas que publicó James Macpherson cual si fueran traducciones de Ossian. Johnson en todo momento había negado su autenticidad y, de un modo aún más ofensivo para los admiradores de dichas piezas, defendía que no tenían ningún valor. Sacó el asunto a colación el doctor Fordyce, y el doctor Blair, remitiéndose a las pruebas internas, preguntó al doctor Johnson si creía que algún hombre de la época moderna podía ser el autor de los poemas, a lo que Johnson respondió: «Pues sí, señor; podrían ser de

muchos hombres, de muchas mujeres o de muchos niños».^[c166] Johnson desconocía entonces que Blair acababa de publicar una disertación en la que no sólo propugnaba su autenticidad, sino que también las ponía a la altura de Homero y Virgilio; cuando con posterioridad se le hizo saber esta circunstancia, manifestó su disgusto con Fordyce por haber puesto ese asunto sobre el tapete, y dijo: «No lamento que se llevaran esa recompensa por sus desvelos. Señor, fue como si a uno lo llevaran a hablar de un libro cuyo autor está escondido detrás de la puerta».

Me recibió con grandes muestras de cortesía, aunque preciso es confesar que su alojamiento, su mobiliario y su atuendo matinal eran muy toscos. Su traje marrón, de estameña, parecía herrumbroso y raído; llevaba puesta una peluca vieja y deslucida, sin empolvar, que le quedaba demasiado pequeña. Tenía desabrochados el cuello de la camisa y el cierre de los bombachos en las rodillas, y las medias negras, de lana zafia, se le sujetaban mal. A modo de pantuflas llevaba unos zapatos cuyas hebillas estaban sueltas. Ahora bien, todos estos detalles de desaliño los olvidaba uno en el instante en que se ponía a hablar. Se hallaban sentados con él algunos señores a los que no recuerdo; cuando se dispusieron a marchar, también yo me levanté, pero me dijo: «No, no se vaya». «Señor —dije—, temo molestarle con esta visita inoportuna. Es usted muy benévolo al permitirme tomar asiento y escucharle». Pareció satisfecho con el cumplido, que le hice con toda sinceridad, y repuso: «Señor, estoy agradecido a todo el que me visita». He conservado el siguiente resumen de lo que dijo aquel día:

«Es frecuente que la demencia se revele por sí sola meramente por los desvíos innecesarios en que incurre con respecto a los modos habituales del comportamiento. Mi pobre amigo Smart mostraba su trastorno anímico hincándose de rodillas y recitando plegarias en plena calle, o en cualquier otro lugar insólito. Aunque en términos estrictamente racionales es mayor locura no rezar en absoluto que rezar a la manera de Smart, mucho me temo que son muchos los que no rezan, sin que su entendimiento sea puesto en duda».

En lo tocante a este infortunado poeta, Christopher Smart, quien se vio confinado en un manicomio, tuvo en otra ocasión el siguiente intercambio de pareceres con el doctor Burney: «¿Cómo se encuentra el pobre Smart, señor?». JOHNSON: «Parece que su ánimo haya dejado de debatirse con su trastorno, pues ha engordado mucho». BURNEY: «Tal vez sea por falta de ejercicio». JOHNSON: «No, señor; sigue haciendo tanto ejercicio o más que antes, pues acostumbra trabajar con la azada por los jardines. Antes de su confinamiento, todo su ejercicio consistía en caminar hasta la cervecería, ya que a su regreso lo llevaban en volandas. Yo no creo que deba estar encerrado. Su enfermedad no es nociva para la sociedad. Insistía sólo en que la gente rezara con él, y yo por lo menos prefiero rezar antes con mi muy caro Kit Smart que con cualquier otro. Otra acusación que pesaba contra él era que no le gustaba la ropa limpia, y a mí tampoco me apasiona».

«La humanidad —siguió diciendo Johnson— tiene una gran aversión al trabajo intelectual, pero aun suponiendo que el saber fuera algo fácilmente alcanzable,

muchos quedarían más contentos en su ignorancia que tomándose siquiera una mínima molestia para adquirirlo».

«La moralidad de un acto depende del motivo por el cual actuemos. Si arrojé media corona a un mendigo con la intención de partírsela y él la pilló al vuelo y compró con ella unas vituallas, el efecto de mi acción es bueno, aunque la acción en sí misma fuera mala. Así pues, si no se realizan con la intención de complacer a Dios, los ejercicios religiosos no nos sirven de nada. Como dice Nuestro Salvador de quienes los realizan con otros motivos, “de cierto os digo que ya tienen su salario”».

[c167]

«La religión cristiana se apoya en pruebas muy sólidas. Es verdad que en cierta medida parece extraña a la razón, pero en la historia disponemos de hechos indudables en contra de los cuales, si se razona *a priori*, tenemos más argumentos que a favor, aunque entonces el testimonio aporta todo su peso y desequilibra la balanza. A todo el que tenga una fe aún sin asentar, le recomendaría a Grotius, al doctor Pearce y al doctor Clarke».

Hablando de Garrick, dijo: «Es el primer hombre del mundo si se trata de disfrutar de una buena charla».

Cuando por segunda vez me levanté para marcharme, me conminó a que me quedara. Y así lo hice.

Me dijo que por norma general salía de su casa a las cuatro de la tarde, y que rara vez se retiraba antes de las dos de la madrugada. Me tomé la libertad de preguntarle si no le parecía un error vivir de esa manera y no sacar mayor provecho de su gran talento. Reconoció que era una mala costumbre. Cuando revisé muchos años después mi diario de esta época, me pregunté cómo fui capaz de aventurarme a hablarle con tanta desenvoltura y cómo lo aguantó él con tanta complacencia.

Antes de despedirnos tuvo la bondad de prometerme que me honraría con su compañía una tarde en la casa en que me alojaba yo; cuando me despedí, me estrechó muy cordialmente la mano. No será necesario añadir que sentí no poco alborozo al haber entablado felizmente una relación que desde tiempo atrás ambicionaba.

Mis lectores, confío, sabrán excusarme por ser tan minucioso en las circunstancias si se tiene en cuenta que mi trato con el doctor Johnson fue para mí una valiosísima adquisición, que sentó los cimientos de toda la instrucción y todo el deleite que puedan recibir de mis recopilaciones en torno al gran sujeto de que trata la obra que ahora examinan.

No volví a visitarlo hasta el lunes 13 de junio, ocasión en la que no registré adecuadamente lo que dijo, con la salvedad de que cuando le mencioné que había ido a ver a Johnson montar tres caballos [c168] me comentó: «A semejante hombre habría que darle vítores, pues sus actuaciones muestran hasta dónde puede llegar la capacidad humana en una instancia concreta, de modo que tienden a acrecentar la opinión que nos merecen las facultades del hombre. Muestra cuánto se puede alcanzar al perseverar en una aplicación, de modo que cualquiera puede albergar la

esperanza de que, aplicándose tanto como él, aunque tal vez nunca llegue a cabalgar tres caballos al tiempo, ni a bailar en una cuerda floja, sí puede llegar a ser igual de experto en cualquier profesión a que decida dedicarse con ahínco».

Volvió a estrecharme la mano cuando nos despedimos, y me preguntó por qué no iba a visitarlo con mayor frecuencia. Fiándome de estar congraciado con él, respondí que no me había dado pie a ello, y le recordé el rapapolvo que me había destinado en nuestro primer encuentro. «¡Bah, bah! —dijo con una sonrisa de complacencia—. No haga caso de esas cosas. Venga a verme tanto como pueda. Me alegraré mucho de que venga a visitarme».

Había tenido conocimiento de que su lugar de esparcimiento más frecuente era la Taberna de la Mitra, en Fleet Street, donde le agradaba quedarse hasta altas horas de la noche, de modo que le rogué que me permitiera pasar allí una velada en su compañía y que fuera pronto, lo cual me prometió que haría. Pocos días más tarde me lo encontré cerca de Temple Bar a eso de la una de la madrugada, y aproveché para preguntarle si tenía previsto ir a la Taberna de la Mitra. «Señor —dijo—, ya es tarde; no nos dejarían entrar. Pero de muy buen grado iré con usted cualquier otra noche».

En mi plan de vida acababa de sobrevenir una revolución de cierta trascendencia, pues en vez de procurarme un lugar en la milicia, tal como era mi inclinación, accedí plegándome a los deseos de mi padre a iniciar mis estudios de Leyes, de modo que pronto había de viajar a Utrecht para asistir a las lecciones de un excelente profesor de Derecho Civil de aquella universidad, antes de proseguir mis viajes. Aunque sumamente deseoso de obtener consejo e instrucción de Johnson acerca del modo más indicado para emprender mis estudios, me hallaba por entonces tan ajetreado o, por decirlo claro, tan disipado con las diversiones de Londres, que nuestro siguiente encuentro no tuvo lugar hasta el sábado 25 de junio, cuando estaba yo almorzando en la casa de comidas de Clifton, en Butcher Row, y me sorprendió ver a Johnson entrar y tomar asiento en otra mesa. El modo en que uno come, o más bien se alimenta, en esas casas de comidas londinenses, es de sobra conocido por resultar particularmente antisocial, pues de ordinario no se hace en compañía, sino cada comensal en su mesa aparte, sin obligación ninguna de sostener conversación con nadie. No obstante, un hombre de talante liberal y en plenitud de facultades, a quien le guste conversar, puede y sabe cómo incumplir esta restricción grosera y antisocial. Johnson y un caballero irlandés se enzarzaron en una discusión relativa a la causa por la cual parte de la humanidad es negra. «Esto, señor —dijo Johnson—, se ha explicado de tres maneras distintas: bien por suposición de que los negros son descendencia no de Sem, sino de Cam, quien fue maldecido; bien porque Dios creó al principio a hombres de dos clases, unos blancos y otros negros, o bien porque debido al calor del sol la piel se abrasa y adquiere una tonalidad hollinosa. Éste es un asunto que mucho han sondeado los naturalistas, aunque nunca se ha llegado a conclusiones ciertas». Lo que dijo el irlandés se me ha borrado por completo de la memoria, aunque sí recuerdo que se acaloró mucho y profirió expresiones destempladas, ante lo que Johnson se

levantó y se marchó tan tranquilamente. Cuando se hubo retirado, su antagonista se cobró venganza, o eso creyó, diciendo: «Tiene la figura más desgarbada que se pueda imaginar, y una afectación de pomposidad indigna de un hombre de genio».

Johnson no se llegó a percatar de que yo estaba presente en el comedor. Le seguí sin embargo, y acordó que nos encontrásemos de noche en la Mitra. Nos despedimos y allí nos vimos a las nueve. Disfrutamos de una buena cena y de un vino de Oporto, del que Johnson por entonces bebía a veces una botella entera. La sonoridad de solemne iglesia escocesa que tiene la Taberna de la Mitra, el porte y el talante del célebre Samuel Johnson, el extraordinario poder y la precisión de sus palabras, así como el natural orgullo de verme admitido en su compañía, me produjeron una variedad de sensaciones y una placidez y elevación del espíritu tales como jamás había experimentado. En mi diario encuentro el siguiente resumen de nuestra conversación, que, si bien dará muy tenue idea de lo que se dijo, es en cierto modo un valioso testimonio; asimismo, a buen seguro resultará curioso, pues muestra qué habituales eran en él algunas opiniones que figuran en sus obras.

«Colley Cibber, señor, no era ni por asomo un mentecato, aunque al arrogarse demasiado corrió grave peligro de perder ese grado de estima al que tenía pleno derecho. Sus amigos hicieron correr la especie de que se había propuesto que sus *Odas* de aniversario fueran malas de necesidad, pero no es el caso, pues durante muchos meses las guardó sin dejarlas ver a nadie, y pocos años antes de morir me mostró una de ellas, encareciéndome que le diera la mayor perfección que estuviera en mi mano, y de hecho introduje unas cuantas correcciones a las que no se sometió de buen grado. Recuerdo el siguiente pareado, con el que aludía al Rey y a sí mismo:

Encaramado al ala del águila rampante
gusta de piar el pardal insignificante.^[a nota 29, Vol. III]

»Salta a la vista que algo había oído de la fábula del carrizo que se posa en el ala del águila, y la había aplicado al pardal. Sin embargo, el estilo familiar de Cibber era bastante mejor de lo que suponía Whitehead. Las monsergas de estilo grandilocuente son insufribles. Whitehead no es más que un hombrecillo que dedica sus versos a los actores».

No quise asumir la tarea de ser yo quien contradijera su censura, que estaba teñida de sus prejuicios contra los actores y los dramaturgos, pero no pude dejar de pensar que un poeta dramático puede con toda propiedad rendir un cumplido a un actor eminente, como ha hecho Whitehead de modo muy feliz en sus versos dedicados a Garrick.

«Señor, sepa usted que Gray no me parece un poeta de primerísima fila. No es audaz su imaginación, ni grande su dominio de las palabras. La oscuridad en que se envuelve no nos persuadirá de que es sublime.^[c169] Su *Elegía en un cementerio* exhibe una feliz selección de imágenes, pero no me gustan los que se consideran sus detalles de grandeza. Su oda, que comienza diciendo:

La ruina, rey despiadado, os apresa;
la confusión a vuestros estandartes acecha,

ha sido celebrada por su brusquedad, por iniciar el tratamiento de sus temas sin dilación. Sin embargo, tales artes no tienen mérito alguno a no ser que sean originales. Las admiramos una sola vez, y esa brusquedad en el fondo no es novedosa. La hemos visto a menudo con anterioridad. Está en la vieja canción de *Johnny Armstrong*:

¿Hay un hombre en toda Escocia,
desde las altas cunas hasta las humildes granjas...?, etc.,

y luego:

Sí, hay un hombre en Westmoreland,
y Johnny Armstrong lo llaman,

con lo cual entra de lleno en el tema. No hay narración previa que nos guíe. Los dos versos que siguen en la *Oda* me parecen muy buenos:

Aunque el ala carmesí de la conquista los zarandee,
búrlanse del aire bravío al pender inertes^[211]».

Aquí es de recibo observar que, si bien su opinión de Gray difiere abiertamente de la mía, y creo que difiere de la que tiene la mayoría de los hombres de buen gusto, que con justicia sienten gran admiración por él, hay desde luego un gran absurdo en el clamor que se ha suscitado, cual si fuera culpable de haber objetado los méritos de ese bardo movido por la envidia. ¡Ay de los criticuchos cortos de entendederas! ¿Cómo iba a tener Johnson envidia del talento de ninguno de sus coetáneos? Tal vez nos llame la atención y sea de lamentar que su opinión sobre esta cuestión fuera la que en privado y en público manifestaba por igual, sin atenerse a lo que pensarán los demás, pero es pecar de superficialidad y es ante todo injusto acusarlo de haber manifestado algo que no pensaba.

Al encontrármelo de plácido humor, y deseoso de sacar provecho de la oportunidad que por fortuna se me brindaba, no en vano tenía ocasión de consultar a un sabio, y llevado también por el ardor de mi juvenil imaginación, pues di en suponer que, para asistir a su sabiduría, cualquier hombre que tuviera un noble entusiasmo por la mejora intelectual de mil amos habría viajado desde tierras muy lejanas, le abrí mi corazón ingenuamente y le pinté un sucinto bosquejo de mi vida, que se dignó escuchar con gran atención.

Reconocí que, si bien educado muy estrictamente en los principios de la religión, durante algún tiempo me había descarriado hasta caer en cierta medida en el descreimiento, aunque ahora había dado en pensar de manera mejor encarrilada, y estaba plenamente satisfecho con la verdad de la Revelación cristiana, aun cuando no viera con total claridad todos los puntos que se tienen por ortodoxos. Al haber sido en

todo momento muy curioso, amigo de indagar en la conciencia humana, y contento con mi despliegue sin reservas de lo que en la mía tenía lugar, Johnson se dirigió a mí con calidez: «Deme su mano; le he tomado afecto». Comenzó entonces a discurrir sobre la fuerza del testimonio, sobre lo poco que podemos llegar a saber de las causas últimas, a lo cual añadió que pensamientos en la línea del ¿por qué fue así?, o ¿por qué no fue de otro modo?, nunca deberían preocuparnos, y aún redundó en comentar que él mismo fue en otra época culpable de un pasajero desprecio de la religión, si bien no a resultas de un razonamiento, sino más bien llevado por la ausencia de un pensamiento bien encauzado.

Como había dado yo credibilidad a los rumores sobre su fanatismo, me llevé una muy grata sorpresa cuando expresó el siguiente sentimiento, tan sincero como verdaderamente liberal, que cuenta con el valor añadido de obviar una objeción a nuestra sagrada religión, fundado en los dogmas discordantes de los propios cristianos: «Por mi parte, señor, pienso que todos los cristianos, ya sean papistas o protestantes, están plenamente de acuerdo en los principios esenciales, y entiendo que sus divergencias son baladíes, de índole más política que religiosa».

Hablamos de la creencia en los fantasmas. «Señor —expuso—, yo distingo entre lo que puede un hombre experimentar sólo mediante la fuerza de su imaginación y lo que la imaginación de ninguna manera puede producir. Así, suponga que me da por pensar que he visto un espectro y que he oído una voz gritar: “Johnson, es usted un individuo malvado; a no ser que se arrepienta, sin duda recibirá su castigo”. Mi propia indignidad se halla tan hondamente impresa en mi ánimo que bien pudiera yo haber imaginado lo visto y lo oído, de modo que no tengo motivo para creer que se me haya hecho una comunicación externa a mí. En cambio, si un espectro se me apareciera y me dijera por ejemplo que una persona determinada ha muerto en un determinado lugar y a una hora determinada, hecho del que yo no tenía ni la menor idea, ni tampoco medio alguno de saberlo, y este hecho, con todas sus circunstancias, se demostrase posteriormente cierto sin ningún género de dudas, en tal caso tendría que darme por convencido de que un conocimiento sobrenatural me había sido impartido por un medio inexplicable».

Aquí me parece de rigor dar de una vez por todas declaración cierta y justa sobre el modo de pensar de Johnson a propósito de este asunto, esto es, si los espíritus de los difuntos disponen de alguna manera de aparecerse en este mundo u operar sobre la vida de los hombres. Con redomada ignorancia y erróneamente se le ha pintado como un hombre tibio y crédulo en esta cuestión; por lo tanto, aunque me siento inclinado a menospreciar y tratar con desdeñoso silencio una idea tan ridícula en lo que concierne a mi ilustre amigo, como descubro que ha ganado terreno se me antoja necesario refutarla. Así las cosas, la verdad del caso es que Johnson tenía una mente profundamente filosófica, y tan racional respeto por los testimonios que no dudó en someter su entendimiento a todo lo que se demostrara de manera fehaciente, aun cuando no acertase a comprender el porqué de las cosas. Al tener semejante

disposición, siempre se mostró dispuesto a indagar en la verdad de cualquier relato que aludiera a la intervención de un elemento sobrenatural, la creencia en los cuales ha prevalecido en todas las épocas y en todas las naciones. Sin embargo, tan lejos estaba de ser títere de la credulidad implícita que examinó toda esta cuestión con minuciosidad, y no hubo hombre más presto que él a la hora de refutarla y de mostrar su falsedad cada vez que así se descubriese. En su poema titulado «El espectro», Churchill se aprovechó de la irrisoria credulidad que se le imputaba a Johnson, y trazó una caricatura en la que aparece con el nombre de Pomposo^[c170] y se lo presenta como uno de los que se convencieron de la aparición de un espectro en Cock Lane que, en el año de 1762, había circulado ampliamente por los corrillos londinenses. Estoy persuadido de que muchos de mis lectores se encuentran incluso a día de hoy bajo la impresión de que Johnson se dejó engañar tontamente. Por todo ello, a buen seguro les sorprenderá, y mucho, saber de buena tinta que Johnson fue uno de los que pusieron al descubierto la impostura. La hablilla había adquirido tanta popularidad que le pareció preciso investigar su veracidad,^[c171] y en sus indagaciones contó con la asistencia del reverendo doctor Douglas, hoy Obispo de Salisbury, gran detector de supercherías y azote de charlatanes, que es quien me da cuenta de que luego de que los caballeros que acudieron a examinar las pruebas se dieron por satisfechos de su falsedad, Johnson escribió en presencia de todos ellos una crónica de lo acaecido, que publicaron los periódicos y la *Gentleman's Magazine*, para desengaño del mundo entero^[212].

Prosiguió su curso nuestra conversación. «Señor —me dijo—, soy amigo de la subordinación, por parecerme conducente al bienestar de la sociedad. Hay un placer recíproco en gobernar y ser gobernado».

«El doctor Goldsmith es uno de los mejores escritores que hoy tenemos, y es un hombre de gran valía. Ha sido bastante laxo de principios, pero ya ha entrado en cintura».

Mencioné *Elvira*, la tragedia de Mallet, que se había representado durante el invierno anterior en Drury Lane, y comenté que el honorable Andrew Erskine, el señor Dempster y yo habíamos unido fuerzas en un panfleto titulado *Critical Strictures* en contra de la obra^[213]. Sin embargo, el talante contemporizador de Dempster aún se había templado más si cabe, y había dicho con sinceridad: «No tenemos ningún derecho de criticar esa tragedia, pues por mala que sea ninguno de nosotros tres sería capaz de escribir una siquiera así de buena». JOHNSON: «En modo alguno, señor; ése no es un razonamiento justo. Bien se puede criticar una tragedia aunque no sea uno capaz de escribir otra. ¿O no se puede regañar a un carpintero que fabrica una mala mesa, aun cuando no sepa uno hacerla? El oficio de usted no consiste en fabricar mesas».

Cuando le hablé de la finca paterna de la que yo era heredero, dijo así: «Permítame decirle que ser terrateniente en Escocia, donde hay cierto número de familias que de usted dependen, y que a usted se hallan ligadas, es quizá la situación

más digna a la que pueda llegar el ser humano. Un comerciante en la Bolsa de Londres, con sus cien mil libras, no es nada; un duque inglés, con su fortuna inmensa, no es nada; carece de arrendatarios y subalternos que se consideren amparados por sus cuidados patriarcales, y que lo sigan al campo de batalla si surge la necesidad y apremia».

Se había formado su concepto de la dignidad de un terrateniente escocés a partir de lo que había oído decir de los jefes de los clanes de las Tierras Altas, pues lo cierto es que mucho tiempo ha pasado desde que los terratenientes de las Tierras Bajas vieron tan recortada su autoridad feudal que hoy tienen sobre sus arrendatarios poca influencia más de la que tiene un terrateniente inglés. Últimamente, la mayoría de los jefes de los clanes de las Tierras Altas ha visto destruido, por medios conocidos de todos, el poder principesco de que gozó en otros tiempos.

«Que marche usted al extranjero —siguió diciendo— y se desembarace de hábitos acomodados, señor, puede ser de gran trascendencia para usted. Yo en su caso viajaría a donde encuentre cortes y hombres cultos. Hay grandes trechos de tierra en España que hasta ahora no se han recorrido a fondo. Yo que usted iría allí. Un hombre de talento inferior al suyo podría aportarnos útiles observaciones sobre aquel país». Me alegró no poco que en aquella etapa aún temprana de mi vida me considerase capaz de escribir un relato de mis viajes digno de leerse.

Apelo a cualquier lector imparcial a que diga si este fiel detalle de su franqueza, complacencia y bondad con un joven como yo, desconocido y para colmo escocés, no refuta categóricamente la injusta opinión de aspereza en que se ha tenido su talante en general. Sus ocasionales reprobaciones de toda estupidez, impudicia o impiedad, e incluso las súbitas erupciones de su temple constitutivamente irritable, que si se recuerdan es por el ingenio penetrante que destilaban, han dado pie a esa opinión entre quienes no se han detenido a sopesar que tales muestras de mal genio, aunque recogidas por la señora Piozzi en un breve volumen, brotaron diseminadas a lo largo de muchos años, durante los cuales dedicó su tiempo principalmente a instruir y deleitar a la humanidad por medio de sus escritos y su conversación, en actos piadosos con Dios y de buena voluntad con los hombres.

Me quejé y le dije que aún no había acumulado muchos saberes, y le pedí consejo en lo concerniente a mis estudios. «No hable de estudios ahora —repuso—. Le facilitaré un plan, pero necesitaré algún tiempo para sopesarlo». «Es muy amable por su parte —respondí— permitirme gozar así de su compañía. Si hace sólo unos años alguien me hubiera anunciado que iba a pasar una tarde con el autor del *Rambler*, ¡me habría sentido exultante!». Lo que de esta manera le expresé lo dije sinceramente y de todo corazón. Quedó satisfecho de que así fuese, y cordialmente apostilló: «Señor, me alegro de que nos hayamos conocido. Y espero que muchas mañanas con sus tardes podamos pasarlas juntos». Nos bebimos dos botellas de oporto y seguimos de charla hasta la una o las dos de la madrugada.

Ese año publicó en la *Critical Review* una reseña de «Telémaco, una máscara»,

del reverendo George Graham, de Eton College. El asunto de este bello poema revestía un especial interés para Johnson, quien tenía gran experiencia en «el conflicto de los principios en oposición», que describe como «el contencioso que se da entre placer y virtud, pugna que continuará por siempre dirimiéndose mientras subsista el actual sistema de la Naturaleza: no está en manos de la Historia ni de la poesía exhibir el triunfo del placer sobre la virtud, tal como tampoco pueden una u otra pintar cómo sojuzga la virtud al placer».

Toda vez que el doctor Oliver Goldsmith ha de aparecer a menudo en esta narración, me esforzaré para que mis lectores traben al menos en cierta medida un buen conocimiento de este personaje singular. Era nativo de Irlanda y coincidió con Burke cuando cursaba estudios en Trinity College, en Dublín, si bien por entonces no parecía prometer la celebridad que en el futuro conquistaría. Ahora bien, comentó a Malone que «aunque nunca destacó en Matemáticas, que era una materia de muy elevada reputación, era capaz de poner en inglés una oda de Horacio mucho mejor que cualquiera». Después estudió Medicina en Edimburgo y en el continente, y según tengo entendido prosiguió sus viajes a pie, en parte solicitando en sucesivas universidades que figurase su nombre en las listas en calidad de polemista, con lo cual, según era costumbre en muchas de ellas, tenía derecho a recibir por premio una corona cuando por suerte para él no aceptaba su desafío el contrincante, de modo que, según comenté en cierta ocasión al doctor Johnson, *disputó* todo su tránsito por Europa. Viajó después a Inglaterra y encontró empleo sucesivo como maestro adjunto de una academia, corrector de galeras, reseñista y escritor a sueldo de un periódico. Tuvo la sagacidad de cultivar asiduamente el trato amistoso de Johnson, y amplió sobremanera sus propias facultades en la observación de tal modelo. Tanto a mí como a muchos otros nos pareció que copiaba con todo esmero el talante de Johnson, aunque obviamente a menor escala.^[c172]

Creo que en esta época no había publicado aún nada en su nombre, aunque en general era de sobra conocido que un tal doctor Goldsmith era el autor de *Una indagación en torno al estado actual de la cultura de cortesía en Europa* y de *El ciudadano del mundo*, una serie de cartas que presuntamente escribe desde Londres un chino. Ningún hombre tuvo tanto arte como él, en calidad de escritor, cuando se trataba de aprovecharse de cualquier adquisición literaria que hiciera. «*Nihil quod tetigit non ornavit*»^[214]. Su intelecto recordaba un terreno fértil, aunque poco profundo. Crecía en él deprisa la vegetación, aunque no con solidez, a partir de lo que al azar se sembrase. Imposible topar con raíces profundas. No medraba allí el roble de la floresta, aunque los matorrales elegantes y los fragantes parterres brotaban en alegre sucesión. Ha corrido en general el rumor, y se le ha dado crédito, de que era torpe en la conversación^[215], aunque en realidad tal opinión es muy exagerada. Tenía sin lugar a dudas una capacidad de generar ideas superior a la que solemos hallar en sus compatriotas, y que no pocas veces da pábulo a una irrisoria confusión cuando se expresan. Era en gran medida eso que llaman los franceses «*un étourdi*», y por pura

vanidad y desmedido afán de ser conspicuo dondequiera que se hallase con frecuencia hablaba por los codos y sin poner ningún cuidado, sin tener mayor conocimiento del asunto que se tratase, e incluso sin pararse a pensar. Era de corta estatura, de semblante tosco y vulgar, con el porte de un erudito que torpemente afectara pasar por caballero sin cuitas de ninguna especie. Todo el que gozara de una cierta distinción suscitaba en él una envidia tan desmesurada que resultaba ridícula, tanto que cualquier ejemplo es a duras penas creíble. Cuando acompañó a dos bellas señoritas^[216] con su madre en un viaje por Francia, llegó a enojarse de veras al comprobar que a ellas se les prestaban mayores atenciones que a él; una vez, en una representación en Londres de los Fantoccini, cuando los que estaban sentados a su lado comentaron con qué destreza arrojaba un títere una lanza, no pudiendo soportar que mereciese tales alabanzas exclamó acalorado: «¡Bah! ¡Eso lo hago yo mucho mejor^[217]!».

Mucho me temo que carecía de un sistema establecido de ninguna clase, de modo que no conviene hacer escrutinio demasiado riguroso de su conducta; sin embargo, en sus afectos era sociable y generoso, y cuando disponía de dinero lo prodigaba con gran liberalidad. Su deseo de consecuencias imaginarias primaba sobre su atención a la verdad de los hechos. Cuando comenzó a gozar de cierta notoriedad, dio en contar a diestra y siniestra que tenía un hermano que era Deán de Durham^[218], falacia tan fácil de detectar que no deja de ser maravilloso que llegara a tener la desconsideración de arriesgarla siquiera. En esta época se jactó ante mí del poder que esgrimía con su pluma si de ganar dinero se trataba, cosa que, según creo, era verdad en cierto modo, aunque el ejemplo que me puso mucho distaba de ser verdad. Me dijo que había vendido una novela por cuatrocientas libras. Era su *Vicario de Wakefield*. Ahora bien, Johnson me informó de que fue él quien cerró el trato a favor de Goldsmith, y que el precio pagado fue de sesenta libras. «Y esto, señor —me dijo—, fue monto más que suficiente, pues por entonces la fama de Goldsmith no había alcanzado las cotas a que llegó después con su *Viajero*, y el librero que se la compró albergaba tan exiguas esperanzas de sacar tajada del trato que conservó el manuscrito durante largo tiempo, sin publicarlo hasta después que *El viajero* viera la luz. Y entonces, qué duda cabe, accidentalmente tuvo un valor más alto».

La señora Piozzi y sir John Hawkins han desvirtuado de un modo muy extraño la historia de la situación en que se hallaba Goldsmith y de la amistosa intercesión de Johnson cuando se vendió esta novela, de modo que la relataré con toda autenticidad, a partir de la narración exacta del propio Johnson: «Una mañana me llegó recado del pobre Goldsmith, diciéndome que pasaba por graves aprietos y que, como no le era posible acudir a verme, me suplicaba que fuera yo a visitarlo tan pronto estuviera en mi mano. Le mandé una guinea con el mismo recadero y le prometí que iría a verlo de inmediato. Así pues, fui en cuanto me hube vestido, y descubrí que su casera lo tenía retenido por impago de su alquiler, a raíz de lo cual había montado en cólera. Me percaté de que ya había cambiado mi guinea, y de que tenía ante sí una botella de

madeira y un vaso. Puse el corcho en la botella, le impiqué para que guardase la calma y comenzamos a hablar del modo en que podría salir de semejante embrollo. Me dijo entonces que tenía una novela lista para dar a la imprenta, que en el acto me mostró. La hojeé y comprobé que tenía mérito; dije a la casera que regresaría pronto y fui a visitar a un librero, al cual se la vendí por sesenta libras. Llevé el dinero a Goldsmith, que saldó el pago de su alquiler no sin reprender acremente a su casera por haberlo tratado tan mal^[219]».

Mi siguiente encuentro con Johnson tuvo lugar el viernes primero de julio, cuando cenamos con el doctor Goldsmith en la Mitra. Tenía yo desde mucho antes buen conocimiento de Goldsmith, que era uno de los más brillantes adornos de la escuela johnsoniana. El respetuoso apego de Goldsmith por Johnson estaba entonces en su máximo apogeo, toda vez que su propia reputación literaria aún no le había otorgado distinción suficiente para suscitar un vano deseo de competición con su gran maestro. Había en cambio contribuido a aumentar mi admiración por el buen natural de Johnson a partir de algunos comentarios de pasada, como el que me hizo cuando le hablé del señor Levett, a quien Johnson acogió bajo su techo: «Es pobre y es honrado, lo cual es recomendación suficiente para Johnson», o el que hizo cuando manifesté mi extrañeza por su extremada bondad con un hombre de quien había recibido yo muy adversas referencias: «Ahora vive en la miseria, y eso le asegura la protección de Johnson».

Goldsmith trató en aquella velada de sostener, supongo que por mera afectación de la paradoja, que «el saber no es algo en sí mismo deseable, pues a menudo constituye una fuente de infelicidad». JOHNSON: «Caramba, señor; reconozco que el saber es en algunos casos causa de infelicidad, pero en conjunto, y *per se*, el saber es sin lugar a dudas un objetivo que todo hombre deseará alcanzar, aunque tal vez no se quiera tomar el trabajo necesario para alcanzarlo».

Salió en la conversación el doctor John Campbell, célebre escritor político y de biografías. «Campbell —dijo Johnson— es un hombre de gran saber. Y no le falta imaginación. Su *Hermippus redivivus* es muy entretenido en cuanto historia amena de la Filosofía hermética, y también por apuntar un curioso relato sobre las extravagancias del intelecto. Si fueran meras imaginaciones no tendría ningún valor. Campbell no siempre pone un esmero riguroso en lo que a la verdad se refiere, al menos en su conversación, pero no creo que ese descuido se refleje en sus libros^[220]. Es un buen hombre, un hombre piadoso. Me temo que no ha pisado el interior de una iglesia desde hace muchos años^[221], aunque nunca pasa por delante de una sin quitarse el sombrero. Ello muestra que tiene buenos principios. Antes iba yo a menudo a ver a Campbell los domingos por la tarde, hasta que di en sospechar que los cardúmenes de escoceses que formaban un auténtico banco en torno a su figura bien podrían decir, cuando alguna de mis cosas resultara bien hecha: “¡Ya, ya, pero eso lo tiene aprendido de *Cawmell!*”».

Habló con enorme desprecio de la poesía de Churchill, de la que comentó que

«tenía valor sólo provisional, debido a su audacia en el insulto y a que está repleta de nombres de personas vivas, con lo cual se precipitará en el olvido». Me aventuré a insinuar que su veredicto no era imparcial, ya que Churchill lo había atacado con violencia. JOHNSON: «Se equivoca, señor. Es justísima mi apreciación. No me atacó con violencia mientras no descubrió que no me gustaba su poesía, y su diatriba contra mí no me impedirá seguir diciendo lo que pienso de él, y menos por temor de que tal cosa se atribuya al resentimiento. No, señor; lo llamé majadero en su día y seguiré llamándole majadero. Sin embargo, estoy dispuesto a reconocer que ahora tengo una mejor opinión de él, pues ha dado muestras de una fertilidad mayor de lo que yo esperaba. A buen seguro, es un árbol que no puede dar buena fruta: sólo le crecen cangrejos de las ramas. Ahora bien, señor, un árbol que da muchos cangrejos es mucho mejor que el que sólo da unos pocos».

En esta depreciación de la poesía de Churchill no pude estar de acuerdo con él. Es cierto que la mayor parte de su poesía versa sobre asuntos del momento, a tenor de lo cual, así como le dio gran fama y grandes beneficios en su día, habrá de resbalar proporcionalmente y alejarse de la atención del público según surjan otros asuntos de ocasión. Sin embargo, Churchill tenía un vigor extraordinario tanto de pensamiento como de expresión. Sus retratos de los actores siempre serán valiosos para los verdaderos amantes del teatro, y sus resaltadas caricaturas de varios hombres eminentes de su tiempo no caerán en el olvido con facilidad, al menos para los curiosos. Permítaseme añadir que hay en sus obras muchos pasajes de naturaleza general, y que su «Profecía de la hambruna» es un poema de un mérito extraordinario. Es, desde luego, una injuria infundada contra Escocia, pero por esa misma razón hay que reconocerle un mayor grado de mérito en la invención.

Bonnell Thornton acababa de publicar en tono burlesco una «Oda a Santa Cecilia adaptada a los instrumentos de la música británica tradicional, léase, sonajeros, arpas de boca, birimbaos, caracús, cuchillos de carnicero, organillos y zambombas, etc.». Johnson elogió su humor y pareció divertirse mucho. Repitió el siguiente pasaje:

Con compás más brioso se suma el sonajero
combinado con palmas, matracas y golpeteo;
con carracas y tamborileo resuena el lado hueco,
suba y baje la lengüeta, rebote el repiqueteo.

Comenté el periódico llamado *The Connoisseur*. Dijo que le faltaba sustancia. Desde luego, carece de los hondos pensamientos que son propios de los escritos de Johnson, pero no cabe duda de que contiene atinadas impresiones sobre cuestiones de la vida, y un talante muy vivaz. La opinión que le merecía *The World* no era mucho más elevada que la que correspondía al *Connoisseur*.

Permítaseme en este punto disculparme por la imperfección con la que me veo obligado a plasmar las conversaciones de Johnson durante esta época. En la primera etapa de mi trato con él estaba yo tan obnubilado por la admiración de su

extraordinario talento coloquial, y tan poco acostumbrado a su peculiarísima forma de expresarse, que me resultaba extremadamente difícil recordar y recoger por escrito su conversación con todo su genuino vigor y vivacidad. Con el paso del tiempo, cuando el entendimiento, por así decir, se me imbuyó intensamente del éter johnsoniano, pude con mucha más facilidad y exactitud conservar en la memoria y plasmar sobre el papel la exuberante variedad de su sabiduría y su ingenio.

En esta época, tanto gozaba de su atención la señorita Williams, como entonces era conocida, aunque no residía con él en el Temple, bajo su mismo techo, pues tenía alojamiento en Bolt Court, Fleet Street, que todas las noches la visitaba para tomar el té antes de retirarse, sin importar lo tarde que se hubiera hecho, y ella siempre lo esperaba levantada. Cabe conjeturar con licitud que esto era prueba del respeto que por ella tenía, pero más aún de su propia reticencia a ingresar en la soledad y desazón de esa hora intempestiva en la que se había habituado a esperar el olvido del reposo. El doctor Goldsmith, siendo hombre privilegiado, esa noche se fue con él pavoneándose y gritándome de lejos, con el aire de superioridad propio de un esotérico ante el discípulo esotérico de un sabio de la Antigüedad: «Me voy a ver a la señorita Williams». Confieso que entonces envidié su soberano privilegio, del que tan orgulloso parecía, aunque no pasó mucho tiempo hasta que obtuve yo la misma muestra de distinción.

El martes 5 de julio visité de nuevo a Johnson. Me dijo que había ojeado los poemas publicados recientemente por un escritor bastante prolífico, el señor (hoy doctor) John Ogilvie, uno de los sacerdotes presbiterianos de Escocia, pero que no encontró en ellos ningún pensamiento sólido. BOSWELL: «¿No contienen nada de imaginación?». JOHNSON: «Sí, hay en ellos lo que fue imaginación, pero que es tanta imaginación suya como lo que hay del sonido en el eco. Y su dicción tampoco es propia. Hace mucho hemos visto ya la “cándida inocencia”, las “hidromieles floridas”».

Hablando de Londres, dijo así: «Si desea usted hacerse una idea ajustada de la magnitud de esta ciudad, no debe contentarse con ver sus grandes calles y plazas, sino que debe recorrer a pie sus innumerables callejuelas y recónditos rincones. No es en las vistosas evoluciones de los edificios, sino en la aglomeración de las viviendas ocupadas por el ser humano, donde reside la maravillosa inmensidad de Londres. A menudo me he entretenido pensando qué lugar tan distinto es Londres para las diferentes personas que lo visitan o habitan allí. Aquellos cuya estrechez de miras se limita a la consideración de un fin particular lo ven sólo a través de esa lente. Un político lo considera meramente como sede del gobierno y sus distintos departamentos; un ganadero, como un inmenso mercado de ganado; un comerciante, como el lugar donde se lleva a efecto una prodigiosa cantidad de operaciones mercantiles; un aficionado a la escena, como el grandioso escenario de mil espectáculos teatrales; un hombre dado a los placeres, como conjunto de tabernas y gran emporio de las damas de fácil virtud. En cambio, el que tiene inclinaciones

intelectuales queda anonadado ante un conjunto que resume la totalidad de la vida del ser humano en toda su inmensa variedad, cuya contemplación es inagotable».

El miércoles 6 de julio se había comprometido a cenar conmigo en mi alojamiento de Downing Street, Westminster. Sin embargo, la noche anterior mi casero se había comportado muy groseramente conmigo y con algunas visitas que me acompañaban, por lo que decidí no pasar ni una sola noche más en su casa. Era enorme mi preocupación ante la incomodidad que le causaría a Johnson y a los demás señores a los que había invitado al no poder recibirlos en mi alojamiento y tener que encargar la cena en la Mitra. Fui a casa de Johnson por la mañana y se lo comenté como si fuera un contratiempo terrible. Se rió y dijo: «Piense en lo insignificante que le parecerá todo esto así que pase un año». De aplicarse tal consideración a la mayoría de los minúsculos y molestos incidentes de la vida, por los que nuestra tranquilidad se estropea tan a menudo, se impedirían muchas sensaciones penosas. Lo he probado con frecuencia, y con buenos resultados. «Nada entraña este enorme infortunio del que me habla; es más —añadió—, estaremos mejor en la Mitra». Le dije que había estado en el despacho de sir John Fielding para quejarme del trato recibido por mi casero, y que me informó que, si bien tenía contratados mis aposentos por un año, podía, demostrada su mala fe y su conducta enemiga, dejarlo cuando quisiera, sin pagar el alquiler desde el día mismo en que me marchase. La fertilidad intelectual de Johnson podía manifestarse incluso en una nimiedad como ésta: «Bien, señor; supongo que ése es el dictado de la ley, no en vano se lo han comunicado en Bow Street. Ahora bien, si su casero pudiera obligarle a cumplir el contrato y las habitaciones fueran suyas durante un año, sin duda podrá darles el uso que mejor le parezca. Por tanto, puede mandar a dos guardias o puede mandar al mayor truhán que encuentre; puede usted decir que tiene que hacer algunos experimentos de Filosofía natural y quemar una gran cantidad de asafétida en su casa».

Esa noche tuve por invitados en la Taberna de la Mitra al doctor Johnson, al doctor Goldsmith, a Thomas Davies, al señor Eccles, caballero irlandés por cuya agradable compañía estoy en deuda con el señor Davies, y al reverendo señor John Ogilvie^[222], que tenía deseos de hallarse en compañía de mi ilustre amigo, mientras yo, por mi parte, me sentí orgulloso de tener el honor de hacer gala ante un paisano mío del grado de amistad y la facilidad de trato que el señor Johnson me permitía tener con él.

Como de costumbre, Goldsmith se desvivió, ansioso en exceso por brillar entre los demás, y discutió acaloradamente con Johnson sobre la conocida máxima de la constitución británica según la cual «nada malo puede hacer el Rey», afirmando que «lo que era moralmente falso no podía ser políticamente verdadero, y como quiera que el Rey, en el ejercicio de su poder regio, podía ordenar e incluso causar que se hiciera algo malo, ciertamente cabe decir, con plena sensatez y de acuerdo con la razón, que algo malo puede hacer», a lo que Johnson repuso: «Señor mío, debe tener en cuenta que en nuestra constitución, de acuerdo con sus auténticos principios, el

Rey es la cabeza del Estado, la suprema instancia: se halla por encima de todo lo demás, y no hay poder por el cual se le pueda juzgar. Es por eso que sostenemos que nada malo puede hacer el Rey, que todo lo que se pueda torcer y salir mal en el gobierno no debe ser colocado más allá de nuestro alcance imputándosele a la Majestad. Siempre habrá que resarcir la opresión, castigando a los agentes inmediatos de la misma. Aun cuando ordene, el Rey no puede forzar a un juez a condenar injustamente a nadie, por lo cual es al juez al que habremos de acusar y castigar. Las instituciones políticas se forman sobre la consideración de aquello que con mayor frecuencia tiende a redundar en beneficio de la totalidad, aunque de vez en cuando se produzcan excepciones. Así pues, es mejor en términos generales que la nación tenga un supremo poder legislativo aun cuando en ocasiones pueda estar sujeto a abusos. Asimismo, señor mío, es preciso tener en cuenta esta otra consideración: que *si el abuso fuera inmenso, la misma naturaleza se alzaría en su contra para reclamar sus derechos originales y desbaratar un sistema político corrupto*». Subrayo con especial complacencia esta frase enardecida, por ser noble ejemplo de ese espíritu de libertad verdaderamente digno que siempre alumbró su corazón, aun cuando se le acusara de profesar el credo esclavista, sobre todo por parte de observadores muy superficiales, pues siempre y en toda ocasión se mostró indignado ante el falso patriotismo, ante ese falso amor por la libertad, ante esa inquietud levantisca que es incoherente con la autoridad estable de todo buen gobierno.

Este generoso sentimiento, que manifestó con gran fervor, me asombró sobremanera y agitó en mi imaginación el ardor de la resistencia, la posibilidad de la cual me alegro de tener presente siempre, aun cuando confío en que nunca haya de verme forzado a recurrir a ella.

«Un historiador —dijo— no precisa grandes habilidades, pues en la composición histórica se hallan aquietados los mayores poderes del alma humana. Dispone de los hechos, los tiene a su alcance, de modo que no ha de ejercitar su capacidad de invención. No necesita la imaginación, al menos no en gran medida, sino sólo en la medida en que se emplea en los órdenes inferiores de la poesía. Un poco de perspicacia, exactitud y capacidad de dar color bastarán para que cualquiera se aplique a la tarea, siempre y cuando sepa dedicarse a ella como se debe».

«El *Diccionario* de Bayle es una obra muy útil de consultar para quien guste de la parte biográfica de la literatura, que es la que a mí más me gusta».

Hablando de los escritores más eminentes de los tiempos de la reina Ana, comentó: «Creo que el primero de todos ellos es el doctor Arbuthnot. Fue el genio más universal, por ser un médico excelente y un hombre de profundo saber, así como un hombre dotado de gran sentido del humor. Addison, sin duda, fue un gran hombre; su saber no era profundo, pero su moral, su sentido del humor y su elegancia de estilo lo sitúan en muy elevado lugar».

Ogilvie tuvo el infortunio de escoger como tema de conversación los elogios de su país natal. Comenzó diciendo que había una tierra muy fértil alrededor de

Edimburgo. Goldsmith, que allí había cursado estudios de medicina, le contradijo con una sonrisa burlona. Un tanto desconcertado, Ogilvie pasó a otro terreno donde, supongo, se sentía perfectamente seguro, pues observó que Escocia gozaba de muchas y muy nobles panorámicas salvajes. JOHNSON: «Creo, señor, que tienen muchísimas. Noruega también tiene nobles panorámicas salvajes, y Laponia es notable por sus prodigiosas panorámicas salvajes. Pero, señor mío, permítame decir que la panorámica más noble que un escocés tiene siempre delante de las narices es la calzada real que le conduce a Inglaterra». Esta apostilla tan aguda como inesperada suscitó un vocinglero estallido de aprobación; una parte de los presentes prorrumpió en aplausos. Sin embargo, y a fin de cuentas, los que admiran la ruda grandeza de la Naturaleza no podrán negársela a Caledonia.

El sábado, 9 de julio, encontré a Johnson rodeado de una concurrida compañía, pero no he conservado ni un retazo de aquella conversación. El día 14 disfrutamos de otra velada a solas en la Mitra. Como fue una noche muy lluviosa, hice alguna observación corriente sobre la relajación de los nervios y la depresión anímica que comporta el clima húmedo^[223], aunque añadí que era benéfico para el reino vegetal. Johnson, quien ya se ha visto que negaba que la temperatura del aire ejerciera la más mínima influencia en el estado anímico del ser humano, respondió con una sonrisa despectiva: «Desde luego, señor, es benéfico para los vegetales, y para los animales que de esos vegetales se alimentan, así como para los animales que se alimentan de dichos animales». Esta observación suya me pareció idónea introducción a una buena cena. Pronto olvidé, en compañía de Johnson, la influencia de un ambiente húmedo.

Sintiéndome ya para entonces muy cómodo en calidad de compañero suyo, aunque tenía por él un respeto reverencial, manifesté mi pesar por no sentirme tan a mis anchas, en cambio, con mi propio padre, quien no era mucho mayor que Johnson; ciertamente, por respetable que fuera, no disponía de mayores saberes, y aun así era muy capaz de causarme gran tristeza. Le pregunté por la razón de que así fuera. JOHNSON: «Señor, yo soy un hombre de mundo, que en el mundo vive. Y adopto en cierto modo el color del mundo a medida que transcurre. Su señor padre es juez en un remoto rincón de la isla y asienta todas sus convicciones en el pasado. Además, siempre ha de producirse una pugna entre padre e hijo, ya que uno apunta al poder y el otro a la independencia». Dije que mucho me temía que mi padre me obligara a ser abogado. JOHNSON: «No tiene usted por qué temer que le fuerce a ser un abogado laborioso en la práctica de su profesión. No está eso en su poder. Como dice el proverbio, “uno puede guiar el caballo al agua, pero no puede obligarle a beber”. Quizá le desagrada que no sea usted lo que él desearía que fuese, pero ese desagrado no llegará lejos. Si insiste en que aprenda usted de las leyes cuanto necesite un hombre que posee tierras, y luego se esfuerza y le encarece que entre usted en el Parlamento, toda la razón le asiste».

Abundó de forma sumamente convincente en torno a las excelencias de la rima, que puso muy por encima del verso blanco en la poesía inglesa. Le comenté que el

doctor Adam Smith, en sus lecciones de composición, cuando era yo su alumno en la Universidad de Glasgow, había sostenido con denuedo idéntica opinión, y le repetí algunos de sus argumentos. JOHNSON: «Una vez me encontré en compañía de Smith y no nos entendimos nada bien, de haber sabido yo que defendía la rima hasta el punto que usted dice, habría sido capaz de darle un abrazo».

Hablando de quienes niegan la verdad del cristianismo, dijo: «Siempre es fácil ponerse del lado negativo. Si un hombre ahora mismo se empeñara en que hay sal en la mesa, no podría usted reducirlo al absurdo. Vamos, hagamos la prueba, llevémoslo un poco más allá. Yo niego que se haya tomado Canadá, y mi negativa la puedo apoyar en muy sólidos argumentos. Los franceses son un pueblo mucho más numeroso que nosotros. Y no es probable que nos hayan permitido tomarlo. “Pero es que el Primer Ministro nos ha asegurado, con toda la formalidad del boletín oficial, que se ha tomado Canadá”. Muy cierto, sí, señor. Pero no lo es menos que el Primer Ministro nos ha sometido a un gasto enorme con la guerra de América, y su interés no es otro que persuadirnos de que algo hemos obtenido a cambio de nuestro dinero. “Pero la verdad tiene confirmación en los miles de hombres que participaron en la campaña”. Sí, pero esos hombres aún tienen mayor interés en engañarnos. No quieren que podamos creer que los franceses los han derrotado, sino que son ellos quienes han derrotado a los franceses. Bien, suponga ahora que viaja usted allí y comprueba con sus propios ojos que en efecto se ha tomado Canadá, cosa que sólo a usted satisfaría, pues cuando regresara tampoco le daríamos crédito. Diríamos que lo han sobornado. Con todo, a pesar de tantas objeciones verosímiles, no nos cabe duda de que Canadá es realmente nuestro. Tal es el peso del testimonio común. ¿Y cuánto más contundentes no son las pruebas de la religión cristiana?».

«La pereza es una enfermedad que hay que combatir, aunque no le aconsejaría yo que se plegase usted con todo rigor a un determinado plan de estudios. Yo por lo menos nunca he perseverado en un plan durante dos días seguidos. El hombre debe leer aquello a lo que lo guíen sus inclinaciones, pues lo que lee por imposición poco o ningún bien le hará. Un joven debe leer cinco horas al día, pues así adquirirá un gran caudal de conocimientos».

Para un hombre de intelecto vigoroso y ávida curiosidad, como era él, leer sin plegarse a un plan establecido puede dar buenos frutos, aunque lo cierto es que incluso un hombre de tales características debe someterse a un plan si aspira a obtener pleno conocimiento de cualquiera de las ciencias.

A tal grado de franqueza y desenfado me había acostumbrado con él que en el transcurso de este encuentro le hablé de las numerosas acusaciones que se habían lanzado contra él por haber aceptado una pensión del actual monarca. «Vamos, señor —dijo con una sonrisa cordial—, es mucho el ruido que se ha hecho con eso^[224]. Yo he aceptado una pensión como recompensa a mis méritos literarios; ahora que tengo esa pensión, soy en todos los aspectos el mismo hombre que siempre he sido; conservo los mismos principios. Es verdad que no puedo despotricar ahora —añadió

sonriendo— contra la dinastía de los Hanover, ni tampoco sería decente que brindara a la salud del rey Jacobo con el vino que me paga el rey Jorge. Con todo y eso, creo que privarse del placer de maldecir a la dinastía de los Hanover y el de beber a la salud del rey Jacobo queda más que de sobra compensado con trescientas libras al año».

En estas palabras casi con toda certeza hubo más afectación de jacobismo del que en realidad profesaba,^[a nota c187, Vol. IV] así como hubo sin duda intención de admitir por el momento, en medida mucho mayor que la existente en realidad, la acusación de desafecto a la Corona que le imputaba el mundo,^[c173] por mero afán de demostrar con qué destreza era capaz de repelerla y de contraatacar aun cuando se hallase en franca desventaja, pues no en vano le he oído declarar que si con sólo alzar la mano derecha hubiese podido garantizar la victoria en Culloden del ejército del Príncipe Carlos, no estaba muy seguro de que la hubiese alzado; así de exigua era la confianza que tenía en el derecho al trono que reclamaba la dinastía de los Estuardo, y así de receloso y temeroso se mostraba de las consecuencias de otra revolución sobre el trono de Gran Bretaña; por su parte, Topham Beauclerk me aseguró que eso mismo se lo oyó decir él antes de que se le otorgara la pensión. En otra ocasión dijo a Langton: «Nada se me ha ofrecido, nunca, que merezca la pena considerar con detenimiento y a fondo». Sin embargo, hablando del rey Jacobo II dijo al mismo caballero: «Se le ha hecho imposible continuar reinando en este país». Sin duda tuvo un apego de juventud hacia la dinastía de los Estuardo, pero se enfrió su celo a medida que se fortaleció su raciocinio. Desde luego, una vez le oí decir que «tras la muerte de un *whig* virulento, con el cual solía contender con gran encono, sintió su genio de *tory* muy apagado^[225]». Imagino que se refería a Walmsley.

No obstante, no cabe duda de que en periodos anteriores sí tuvo gran afición a ejercitar su ingenio e incluso su sarcasmo hablando del jacobismo. Mi muy respetado amigo el doctor Douglas, en la actualidad Obispo de Salisbury, me ha obsequiado el siguiente ejemplo admirable, obtenido de la memoria de Su Señoría. Un día que estaba almorzando en casa del anciano señor Langton, donde la señorita Roberts, su sobrina, era una de las invitadas, Johnson, con su habitual y complaciente afición hacia el bello sexo, le tomó de la mano y le dijo: «Querida mía, espero que sea usted jacobita». El anciano señor Langton, que aun siendo un destacado y firme *tory* estaba vinculado a la familia real, pareció ofenderse y preguntó a Johnson, con toda su vehemencia, qué pretendía al formular tal pregunta a su sobrina. «No quise yo ofenderla bajo ningún concepto, sino hacerle un gran cumplido. Un jacobita, señor, cree en el derecho divino que asiste a los reyes. El que cree en el derecho divino de los reyes, cree en la divinidad. Un jacobita cree incluso en el derecho divino que asiste a los obispos. El que cree en el derecho divino de los obispos, cree en la autoridad divina de la religión cristiana. Por consiguiente, señor, un jacobita no es ateo y no es deísta. No puede decirse lo mismo de un *whig*, pues la filosofía del *whig*, si así puede llamarse, es una negación de todo principio^[226]».

Me aconsejó que mientras estuviera en el extranjero me relacionase cuanto me fuera posible con los profesores de las universidades y con el clero, pues de su conversación me cabía esperar los mejores relatos de todo cuanto aconteciera en el país en que me encontrase, con la ventaja adicional de mantener vivos mis saberes.

Es menester observar que cuando me daba consejo sobre mis viajes, el doctor Johnson no se detenía a hablar de ciudades, palacios, imágenes y espectáculos, escenas arcádicas. Era más bien de la opinión de lord Essex, quien aconseja a su pariente Roger, Conde de Ruthland, «que recorra cien millas si es preciso para hablar con un sabio, antes que recorrer cinco para visitar una bella ciudad^[227]».

Le describí a un insolente individuo^[c174] de Escocia, quien afectaba ser un salvaje y despotricaba contra todo sistema establecido. JOHNSON: «No es de extrañar. Lo que quiere es destacar como sea. Estaría dispuesto a refocilarse en una pocilga si al menos uno lo estuviera mirando y lo llamase para que saliera del pestilente lodazal. Pero en cuanto se le deje solo y no se le preste atención, saldrá sin que nadie se lo pida».

Añadí que esa misma persona sostenía que no había diferencia entre vicio y virtud. «Caramba —dijo Johnson—. Si ese individuo no piensa lo que dice, es que miente, en cuyo caso no veo yo qué honor puede defender como propio si gasta el talante de un mentiroso. Pero si de veras piensa que no hay diferencia entre vicio y virtud, señor mío, cuando salga de nuestra casa más nos vale contar las cucharas».

Sir David Dalrymple, que hoy es uno de los jueces de Escocia y ostenta el título de lord Hailes, había contribuido de modo importante a incrementar la elevada opinión que tenía yo de Johnson sólo a tenor de sus escritos, mucho antes de que trabase yo trato personal con él; por mi parte, había informado a Johnson del insigne carácter de sir David y de su interés por el saber y la religión; tanto complació a Johnson este hecho que en una de nuestras reuniones vespertinas brindó a su salud. Yo por entonces mantenía muy frecuente correspondencia con sir David, y esa noche leí a Johnson el siguiente pasaje de la última carta suya que me había llegado:

Me causa un gran placer saber que goza usted de la amistad de Samuel Johnson. Es uno de los mejores escritores de intención moralizante que se han dado en Inglaterra. Al mismo tiempo, le envidio por sus conversaciones libres y sin disimulos con ese hombre. Le ruego que no se abstenga de presentarle mis respetos, y que le haga saber la veneración que profeso por el autor del Rambler y de Rasselas. Permítame recomendarle a usted esta última obra, pues sé que está de sobra familiarizado con el Rambler. En Rasselas hallará a un hombre hábil y de tierno corazón que sondea la herida y hurga en ella sólo para sanarla. Swift, muy al contrario, despedaza la naturaleza humana. Abre, corta y desgarras como si le causara placer esa operación, como el tirano que dijo «*Ita feri ut sentiat emori*».
^[c175]

Johnson pareció sumamente satisfecho con esta justa y bien enunciada alabanza.

Me recomendó que llevase un diario en el que recogiera los pormenores de mi vida, que escribiera abundantemente y sin reservas. Afirmó que sería un muy buen ejercicio, que me daría una gran satisfacción cuando los particulares se hubieran borrado de mi memoria. Fue singularmente afortunado haber tenido con él previa coincidencia de opinión sobre esta materia, pues ya llevaba yo esa clase de diario desde algún tiempo atrás, y me causó no poca alegría poder comunicárselo y recibir

su aprobación. Me aconsejó que lo mantuviera en privado; dijo que sin duda hallaría a un amigo dispuesto a darlo al fuego en caso de que yo falleciera súbitamente. Gracias a este hábito me he visto en condiciones de dar al mundo tantísimas anécdotas que de lo contrario se habrían perdido para la posteridad. Comenté que me daba miedo poner por escrito en mi diario demasiados incidentes de poca relevancia. «Nada es insignificante, señor, para un ser tan insignificante como el hombre. Mediante el estudio de las nimiedades se domina el gran arte de sufrir de tan pocas desdichas y gozar de tanta felicidad como nos sea posible».

A la mañana siguiente, casualmente vino a visitarme Dempster, y quedó tan pasmado con el relato que le hice, por imperfecto que fuera, de mi conversación con el doctor Johnson, que en su honor quiero dejar constancia: cuando me quejé de que beber oporto y trasnochar con él hasta hora muy avanzada me afectaba los nervios incluso a la mañana siguiente, me dijo muy solemne: «Más valdría que a uno le diera una parálisis a los dieciocho años que haberse privado de la compañía de hombre semejante».

El martes 18 de julio me encontré al altísimo sir Thomas Robinson sentado con Johnson. Sir Thomas dijo que el Rey de Prusia se valoraba a sí mismo en tres facetas: por ser un héroe, por ser un músico, por ser un escritor. JOHNSON: «No está nada mal, señor, para tratarse tan sólo de un hombre. En cuanto a que sea escritor, no he tenido ocasión de ver su poesía, pero su prosa es paupérrima. Escribe como cabría suponer que escribiese el lacayo de Voltaire, que ha sido su amanuense. Maneja conceptos tales como los de un ayuda de cámara, y tiene un colorido de estilo como el que se podría dar transcribiendo las obras de éste». Cuando estuve en Ferney, se lo repetí a Voltaire a fin de que se reconciliase al menos en parte con Johnson, al cual, imitando la forma de hablar de un inglés, había tachado previamente de «perro supersticioso»; ahora bien, cuando tuvo noticias de que vertió una crítica tan acerba sobre Federico el Grande, con quien estaba entonces en malas relaciones, comentó: «¡Un hombre honesto, sí señor!».

Sin embargo, esa crítica me parece hartamente severa, pues sus *Memorias de la dinastía de los Brandemburgo* están tan bien escritas como tantas otras obras de esa misma especie. Su poesía, por cuyo estilo él mismo pide disculpas con franqueza, «*Jargonnant un François barbare*», aunque esté trenzada con los mimbres perniciosos que son los desatinos del descreimiento, tiene en no pocos pasajes una gran viveza, y en algunos una patética ternura.

Al hilo de esta despectiva animadversión contra el Rey de Prusia le comenté a Johnson: «Diríase que hacen falta menos atributos para ser rey que para ser escritor, no en vano el Rey de Prusia es a buen seguro el monarca más grande de Europa, y sin embargo piensa usted que como escritor es muy poca cosa».

Ese día me mostró Levett la biblioteca del doctor Johnson, albergada en dos guardillas sobre sus aposentos, donde Lintot, hijo del célebre librero del mismo nombre, tuvo antiguamente su almacén. Encontré muchos libros buenos, aunque muy

polvorientos y en gran desorden. El suelo estaba literalmente cubierto de hojas manuscritas, de puño y letra del propio Johnson, que contemplé con exaltada veneración, suponiendo que tal vez contuvieran porciones del *Rambler* o de *Rasselas*. Observé un aparato para hacer experimentos químicos, a los que Johnson tuvo gran afición durante toda su vida. El lugar parecía muy propicio para el recogimiento y la meditación. Johnson me dijo que allá arriba se iba sin avisar a su criado cuando deseaba estudiar a salvo de toda interrupción, pues no consentía que su criado dijera a nadie que no estaba en casa si de hecho estaba. «El estricto respeto por la verdad que ha de tener el criado —dijo— sin duda se debilita con esa práctica. Un filósofo quizá sepa que ésta es meramente una forma de negarse a recibir visita, pero son pocos los criados que saben distinguir tales sutilezas. Si acostumbro a un criado a que mienta por mí, no tengo motivo para no suponer que mienta a menudo por sí mismo». No obstante, a mí me satisface que cualquier criado, sea cual fuere su grado de inteligencia, entienda que decir que su señor no se encuentra en casa no es una afirmación de un hecho, sino una fórmula de costumbre con la que da a entender que su señor no desea recibir una visita, de modo que no le puede causar un mal efecto.

El señor Temple, hoy vicario de St. Gluvias, en Cornualles, que durante muchos años había sido mi amigo íntimo, se alojaba por entonces en los edificios de Farrar, al fondo de Inner Temple Lane, en unas habitaciones que tuvo la bondad de prestarme, pues se disponía a regresar a Trinity Hall, en Cambridge, cuando abandoné yo mi alojamiento. Me parecieron particularmente convenientes por su proximidad a la casa del doctor Johnson.

El miércoles 20 de julio, el doctor Johnson, Dempster y mi tío, el doctor Boswell, que se encontraba en Londres, cenaron conmigo en estas habitaciones. JOHNSON: «La compasión no es connatural al hombre. Los niños siempre son crueles. La compasión es algo que se adquiere y que mejora con el cultivo de la razón. Tal vez tengamos una sensación de intranquilidad al ver a un ser en apuros sin sentir compasión, pues no tenemos compasión a menos que tengamos el deseo de aliviar su situación apurada. Cuando voy de camino a almorzar con un amigo y veo que llego tarde e indico al cochero que se dé prisa, si por casualidad oigo cómo fustiga a sus caballos, tal vez me apene el dolor y el sufrimiento de los animales, pero no por eso deseo que se abstenga el cochero de emplear la fusta. No, señor; mi deseo es que se apresure».

El señor Alexander Donaldson, librero de Edimburgo, abrió durante un tiempo una sucursal de su negocio en Londres, donde vendía ediciones baratas de los libros ingleses más populares, en franco desafío del supuesto derecho a la propiedad intelectual que reconoce la ley común.^[c176] Aunque coincidiera con la opinión que después se sancionó en un juicio celebrado en la Cámara de los Lores,^[c177] en el sentido de que no existía tal derecho, Johnson estuvo por entonces muy molesto y enojado con que los libreros de Londres, gremio por el cual profesaba un gran respeto, tolerasen una invasión de algo que siempre habían tenido por seguro e inviolable, y se mostró violenta y sonoramente hostil a Donaldson. «Es un individuo

que saca partido de la ley en detrimento de sus hermanos de profesión, pues a pesar de que el estatuto sólo garantiza catorce años de derechos exclusivos, siempre se ha dado por supuesto en el gremio^[a nota 138, Vol. III] que quien adquiere los derechos de un libro previo pago a su autor obtiene una propiedad perpetua, y sobre este entendimiento se fundan innumerables transacciones por las que se transfiere la propiedad cuando expira el plazo estatutario. Donaldson, que es a lo que voy, se aprovecha de personas que tienen derecho legal para el uso, y si se tiene en cuenta qué pocos libros cuya propiedad se adquiere llegan a tener el éxito preciso para rendir beneficios, debiéramos concluir que ese plazo de catorce años resulta demasiado corto para su explotación; más bien debieran ser sesenta». DEMPSTER: «Señor, Donaldson se preocupa por el fomento de la literatura. Reduce el precio de los libros para que los estudiantes pobres puedan comprarlos». JOHNSON (riendo): «Bien, señor, pues en el supuesto de que sea ése su motivo, no es mejor que Robin Hood, que robaba a los ricos para dar a los pobres».

Es digno de nota que cuando la gran cuestión en lo tocante a la propiedad intelectual fue en definitiva juzgada ante el Tribunal Supremo de este país, a raíz de las muy inspiradas intervenciones de Donaldson, el doctor Johnson se mostró celosamente contrario a la perpetuidad, si bien entendía que el plazo del derecho exclusivo de explotación de un autor debía ampliarse de manera considerable. Abogó por una concesión de cien años.

La conversación giró entonces sobre el estilo de David Hume. JOHNSON: «Mucho lo siento, pero su estilo no es inglés. La estructura de sus frases obedece al francés. Según la naturaleza de las cosas, la estructura francesa y la inglesa pueden ser igualmente buenas, no digo yo que no. Pero si reconocemos que el inglés es la lengua establecida, hace mal en escribir así. Mi apellido podría ser originariamente Nicholson, tal como es Johnson, pero si usted ahora me llamase Nicholson, lo haría de un modo sumamente absurdo».

El tratado de Rousseau sobre la desigualdad del género humano^[c178] era por entonces un socorrido tema de conversación. Dio lugar a una observación de Dempster en el sentido de que las ventajas del rango y la fortuna nada significaban para un hombre sabio, quien sólo debiera valorar los méritos. JOHNSON: «Si el hombre fuera un salvaje y viviera por su cuenta en la selva, solo, quizá eso fuera verdad; ahora bien, en las sociedades civilizadas todos dependemos unos de los otros, y nuestra felicidad se debe en gran medida a la buena opinión de la humanidad. En una sociedad civilizada, las ventajas externas nos hacen merecedores de un mayor respeto. El hombre que viste sobre los hombros una buena levita se encuentra con mejor acogida que el que gasta una andrajosa. Señor, puede usted analizar a fondo este asunto. Dígame, ¿qué ve en él? Eso nunca le aportará nada, ya que forma parte del sistema general de las cosas. Triture usted la catedral de St. Paul, redúzcala a sus átomos y considere cualquier átomo aislado; sin duda no vale nada, pero si pone juntos todos esos átomos ahí tiene usted la catedral de St. Paul. Igual sucede con la

felicidad de los hombres, que consta de múltiples ingredientes, cada uno de los cuales puede resultar sumamente insignificante. En la sociedad civilizada, el mérito personal no le servirá de tanto como sirve el dinero. Haga usted un experimento. Salga a la calle y dé a un hombre una lección de moralidad; dé a otro un chelín, verá cuál de los dos le respeta más. Si su deseo es tan sólo respaldar la naturaleza, sir William Petty fija la renta necesaria en tres libras al año; como los tiempos han cambiado mucho, digamos que son precisas seis. Con esa suma se puede usted llenar la andorga, cobijarse del mal tiempo e incluso pertrecharse con una pelliza recia y duradera, en el supuesto de que esté hecha de buena piel de becerro. Todo lo que vaya más allá de esto, señor, es mero artificio, y si es deseable lo es por gozar de un respeto más elevado por parte de nuestros congéneres. Y créame que si seiscientas libras al año procuran a un hombre mayor importancia y, claro está, mayor felicidad que seis libras al año, la misma proporción rige si se trata de seis mil, etcétera, hasta el extremo al que pueda llevarse la opulencia. Es posible que quien posea una gran fortuna no sea tan feliz como quien goza de una fortuna moderada, pero ello ha de desprenderse de causas en todo distintas al hecho de poseer una gran fortuna, pues, *caeteris paribus*, quien es rico en una sociedad civilizada ha de ser más feliz que quien es pobre, ya que las riquezas, si se emplean como es debido —y es culpa sólo del hombre que no lo sean—, han de proveer de las mayores ventajas. El dinero, qué duda cabe, carece en sí mismo de utilidad, ya que su único uso consiste en desprenderse de él. Rousseau, como todos los que gustan de tratar con paradojas, se deja llevar por un infantil deseo de novedad.^[c179] Cuando yo era chico, siempre escogía el bando erróneo en un debate, porque desde esa perspectiva era posible decir las cosas más ingeniosas, esto es, las más novedosas. Señor mío, no hay nada sobre lo que se pueda hacer acopio de argumentos más plausibles que los que se esgrimen con apremio contra la riqueza y otras ventajas externas al hombre. Ahí tiene usted el latrocinio: ¿por qué habría de ser tenido por delito? Cuando consideramos los medios a veces tan injustos por los cuales a menudo se adquiere la propiedad privada, y habida cuenta de que lo que con injusticia se obtuvo con no menor injusticia ha de conservarse, ¿qué tiene de perjudicial que un hombre le quite a otro su propiedad? Además, cuando consideramos el mal empleo que dan muchas personas a sus propiedades, y cuánto mejor es el que podría darles el ladrón, tal vez se puede sostener que se trata de una práctica muy permisible. Con todo, señor, la propia experiencia de la humanidad demuestra que el latrocinio es muy mala cosa, tanto que no se tiene escrúpulo en ahorcar a un hombre condenado por robo. Cuando rondaba yo por esta ciudad hecho un hombre paupérrimo era un gran defensor de las ventajas que comporta la pobreza, aunque al mismo tiempo mucho lamentaba el ser tan pobre. Todos los argumentos que se aduzcan para representar la pobreza como algo que no es malo demuestran que evidentemente es mucho peor. Nunca se encuentra a nadie que se desvele por convencernos de que se puede vivir muy felizmente si uno es dueño de una copiosa fortuna. Y así oímos a quienes nos hablan de lo desdichado que

ha de ser un rey, a pesar de lo cual todos desearían verse en su lugar».

Se insinuó que los reyes han de ser muy infelices, ya que se ven privados de la mayor de todas las satisfacciones, que es un trato social llevadero, sencillo y sin reservas. JOHNSON: «Esa es una noción infundada. Por el hecho de ser rey no queda un hombre excluido de tal trato social. Los grandes reyes siempre han sido muy sociables. Carlos II, el último Rey de Inglaterra que fue un hombre de grandes cualidades, era sociable, igual que nuestros Enriques y Eduardos».

Tras haber sostenido Dempster por todos los medios que el mérito intrínseco debiera ser la única causa de distinción entre los hombres, Johnson apostilló: «La humanidad, señor mío, ha descubierto que eso no puede ser así. ¿Cómo habríamos de precisar la proporción del mérito intrínseco? Caso de que fuera ésa la única distinción legítima entre los hombres, pronto estaríamos a la greña por los grados del mérito. Caso de que toda distinción se aboliera, los más fuertes no lo aceptarían por mucho tiempo, sino que pronto harían lo que fuera preciso con tal de obtener superioridad por medio de la fuerza física. Sin embargo, toda vez que la subordinación es algo muy necesario para la sociedad, y cualquier contencioso por la superioridad entraña un gran peligro, la humanidad, vale decir las naciones civilizadas, la ha zanjado de acuerdo con un principio invariable. Un hombre nace con el rango hereditario que le corresponde, o bien su nombramiento para ciertos cargos le da un rango determinado. La subordinación conduce a la felicidad de los hombres. Si estuviéramos todos en pie de igualdad no tendríamos más disfrute que el mero placer animal».

Dije que consideraba la distinción por rango de tantísima importancia en la sociedad que si el mismo día se me invitara a almorzar con el primer duque de Inglaterra y con el primer hombre de Gran Bretaña por su genialidad, titubearía, y mucho, a la hora de escoger. JOHNSON: «Tenga la certeza de que si fuese a almorzar una única vez, y si nunca llegara a saberse dónde almorzó usted, almorzaría con el hombre de genio; ahora bien, si se tratara de gozar de mayor respeto almorzaría usted con el primer duque de Inglaterra. Y es que nueve de cada diez personas con las que se encontrase tendrían más alta opinión de usted por haber compartido mesa y mantel con el duque, y el propio gran genio lo recibiría a usted tanto mejor por su trato con el gran duque».

Puso gran esmero en guardarse de toda posible suspicacia de que sus principios de reverencia por el rango y de respeto por la riqueza fueran en modo alguno debidos a motivos mezquinos o interesados. «Ningún hombre que haya vivido de la literatura —dijo— ha vivido con mayor independencia que yo». Añadió que se había tomado más tiempo del necesario en la composición del *Diccionario*. Recibió nuestros elogios por esa obra con gran complacencia, y nos dijo que en la Academia della Crusca a duras penas daban crédito a que fuese obra de un solo hombre.

A la mañana siguiente lo encontré solo, y he conservado estos fragmentos de su conversación. De un caballero cuyo nombre salió a relucir,^[c180] dijo: «Hace muchísimo tiempo que no me había topado con nadie que me causara tan gran

desagrado. Tiene unos principios totalmente volátiles, sólo aspira a desconcertar a los demás». Dije que sus principios los había emponzoñado un escritor notorio por descreído,^[c181] pero que era a pesar de todo un hombre bueno y benévolo. JOHNSON: «No es de fiar esa bondad instintiva y connatural que no se funda sobre sólidos principios. Le concedo que semejante hombre pueda ser miembro amable de la sociedad. Puedo imaginarlo en una situación tal que no represente para él una auténtica tentación de desviarse del camino recto; y como todo hombre opta por la virtud, siempre que no sea intenso lo que lo incite a transgredir sus preceptos, supongo que no obrará de mala manera. Ahora bien, si tal hombre estuviera necesitado de dinero no quisiera yo tener que confiar en él, y desde luego que no le confiaría a ninguna joven, pues ahí siempre ronda la tentación. Hume, así como otros innovadores de su muy especial ralea, son hombres vanidosos y dispuestos siempre a satisfacer sus gustos a toda costa. No constituye la verdad alimento suficiente para su vanidad, de modo que se han abonado al error. La verdad, señor mío, es una vaca que a tales personas no dará más leche, de modo que corren a ordeñar al toro. Si yo me hubiera permitido la gratificación de mi vanidad a expensas de la verdad, no quiero ni pensar la fama que habría alcanzado. Todo lo que Hume ha presupuesto en contra del cristianismo se me había pasado ya por la cabeza mucho antes de que él lo escribiera. Nunca olvide esto: que luego de que un sistema se asienta sobre pruebas irrefutables, unas cuantas objeciones parciales no deberían siquiera causarle un mínimo temblor. El intelecto del hombre es tan limitado que no puede abarcar todas las partes e implicaciones de un solo objeto de estudio, de modo que siempre se pueden poner objeciones. Hay objeciones contra un *plenum* y las hay contra un *vacuum*, a pesar de lo cual uno de los dos tiene que ser cierto».

Comenté el argumento de Hume contra la creencia en los milagros, es decir, que es más probable que quien da testimonio de su verdad esté equivocado, o que hable con falsedad, y no que los milagros sean ciertos. JOHNSON: «La gran dificultad que tiene demostrar la verdad de los milagros debería bastar para reforzar nuestra cautela a la hora de creerlos. Pero considerémoslo: aunque Dios ha creado la Naturaleza de modo que funcione de acuerdo con ciertas leyes indemostrables, no es del todo irracional pensar que también puede dejar en suspenso esas leyes a fin de establecer otro sistema sumamente ventajoso para la humanidad. La religión cristiana es un sistema muy beneficioso, ya que nos da luz y certeza allí donde antes vivíamos en las tinieblas y la duda. Los milagros que lo demuestran cuentan con el testimonio de hombres que ningún interés tenían en engañarnos, y que, por el contrario, sabían que habían de sufrir persecución, y que de hecho entregaron la vida para confirmar la verdad de los hechos de los que dieron testimonio. En efecto, durante unos cuantos siglos los paganos no aspiraron a desmentir los milagros, sino que se limitaron a decir que se habían efectuado con la ayuda de espíritus malignos. Ésta es una circunstancia de muchísimo peso. Así pues, cuando tomamos las pruebas que se desprenden de las profecías que con tanta exactitud se han cumplido, nos encontramos con que son

pruebas concluyentes. Suponiendo que un milagro sea posible, de lo cual a mi juicio no puede haber ninguna duda, tenemos pruebas de mucho peso que demuestran los milagros del cristianismo, como admite la naturaleza misma de las cosas».

De noche, Johnson y yo cenamos en un comedor reservado del café que llaman la Cabeza del Turco, en el Strand. «Si soy amigo de esta casa y pregonó sus bondades —dijo— es porque su dueña es una mujer buena y educada y el lugar no tiene mucho trajín».

«Señor, mucho disfruto con el trato de los jóvenes, en primer lugar porque no me agrada considerarme envejecido. Acto seguido, la amistad de los jóvenes ha de ser más duradera si es que está llamada a durar; además, los jóvenes tienen mayor virtud que los hombres ya maduros, pues poseen en todos los sentidos sentimientos más generosos. Amo a los cachorros de esta época, tienen más ingenio, más humor y mayor conocimiento de la vida de lo que teníamos nosotros, si bien no son los perros buenos y aplicados. En mis años mozos, señor, leí con ahínco. Es triste reflexión, pero es cierta, que a los dieciocho sabía casi tanto como ahora. Mi criterio, qué duda cabe, no podía ser tan sólido, pues mi juicio no estaba formado, aunque ya conocía lo que hay que conocer. Recuerdo muy bien que cuando estaba en Oxford un anciano caballero me dijo: “Señor, sumérjase ahora en su libro con diligencia y adquiera buen caudal de conocimientos, pues cuando los años le caigan encima comprobará que examinar los libros a fondo es una tarea irritante”».

Este recuento de sus lecturas, que hace él mismo con palabras bien sencillas, confirma de manera suficiente lo que ya había adelantado yo en torno a la polémica sobre su dedicación. Reconcilia cualquier aparente incoherencia en su manera de hablar del asunto en épocas distintas, y pone de relieve que tanto la pereza como la dedicación a la lectura con verdadero tesón eran en él términos relativos, cuya trascendencia, tal como él los empleaba, ha de recogerse a tenor de una comparación con lo que de cierto se sabe sobre análogas costumbres en eruditos dotados en grado diverso de tesón y de ardor en el estudio. Y recuérdese que esto lo dijo hablando de un modo espontáneo, expresando sus sentimientos más genuinos, mientras que en otras ocasiones tal vez se dejara llevar por su espíritu de contradicción, o, mejor dicho, por su amor a la disputa, refiriéndose un tanto a la ligera a su propia aplicación al estudio. Es grato considerar que la lúgubre profecía del provector caballero sobre lo irritantes que son los libros para los hombres de edad avanzada, que tan a menudo se cumple, distaba mucho de verificarse en el propio Johnson, pues nunca menguó un ápice su ardor por la literatura, y sus últimos escritos tuvieron más facilidad y vivacidad que cualquiera de los cosechados antes.

Me comentó entonces por vez primera que lo había trastornado la melancolía, razón por la cual se vio obligado a desistir del estudio y la meditación y acudir a la distractora variedad de la vida. En contra de la melancolía aconsejaba por remedio una constante ocupación del intelecto, mucho ejercicio físico, moderación en el comer y en el beber, así como evitar en particular la bebida por las noches. Dijo que

los melancólicos son propensos a buscar alivio en la intemperancia, vana solución que los hunde mucho más en la desdicha. Observó que los hombres que trabajan en recios oficios y que viven de manera escueta rara vez, o nunca, se ven turbados por el abatimiento del ánimo.

Insistió una vez más en el deber de mantener la subordinación del rango: «No escatimaría a un noble el respeto que se le debe, tal como tampoco lo despojaría de su dinero. Yo considero que desempeñó un papel dentro del gran sistema de la sociedad, y hago, respecto a los demás, lo que quisiera que ellos hicieran respecto a mí. Quisiera comportarme con un noble como espero que él se comportase conmigo si yo fuera noble y él fuera Samuel Johnson. Hay en esta ciudad una tal señora Macaulay^[228], gran republicana. Un día, hallándome en su casa, me puse muy serio y le dije: “Señora, me he convertido a su manera de pensar. Estoy convencido de que toda la humanidad se halla en idénticas condiciones y en pie de igualdad, y para darle prueba incuestionable de que hablo en serio, he aquí un ciudadano razonable, correcto, de conducta excelente: su lacayo. Deseo que se le permita sentarse a comer con nosotros”. De ese modo le hice ver el absurdo de la doctrina niveladora. Desde entonces, nunca me ha tenido el menor aprecio. Es evidente, señor, que los niveladores aspiran a nivelar cuanto quede por encima de sí mismos, pero no toleran que esa igualdad que propugnan los alcance a ellos por debajo. Si por ellos fuera, el mundo entero estaría igualado por debajo de sí mismos. ¿Por qué no iba a tener a alguien por encima?». Mencioné a cierto autor que me disgustaba por su audacia y por no mostrar la menor deferencia por la nobleza, a pesar de que los nobles lo admitían en su seno. JOHNSON: «Suponga usted que un zapatero pretende estar en pie de igualdad con él, tal como él hace con un lord. ¿Cómo lo miraría? “¿De qué se asombra usted? —le dice el zapatero—. Yo presto un servicio a la sociedad. Cierto que me pagan por ello, pero lo mismo le sucede a usted, y lamento decirle que le pagan mejor que a mí por hacer algo que no es tan necesario, pues la humanidad mejor podría pasarse sin sus libros que sin mis zapatos”. Así pues, señor, habría una pugna constante por la precedencia si no existieran reglas fijas de manera invariable en la distinción de los rangos y su jerarquía, que no suscita ninguna envidia, pues se reconoce que es puramente accidental».

Comentó que el doctor Joseph Warton era un hombre de trato muy afable, y que su *Ensayo sobre el genio y los escritos de Alexander Pope* era un libro de placentera lectura. Me pregunté por qué tardaría tanto en darnos la continuación del mismo. JOHNSON: «Supongo, señor, que se halla un tanto desconsolado por no haber logrado convencer al mundo de que suscribiera su opinión de Pope».

Ahora sí disponemos del volumen que lo concluye,^[c182] en el cual, por emplear una expresión parlamentaria, ha comparecido para explicarse con objeto de no parecer demasiado contrario a la opinión del mundo en general por lo que a Pope se refiere, tal como se supuso en un principio.^[c183] Hemos de estar de acuerdo en que es una valiosísima aportación a la literatura inglesa.

Como se hablara de un escritor de bien merecida eminencia,^[c184] dijo JOHNSON: «Pues creo, señor, que es un hombre de probadas facultades, pero por ser de origen muy humilde ha desarrollado un gran afecto por las malas compañías y la jocosidad más soez, lo cual es muy mala cosa. Reír no está mal, y hablar es bueno. Pero por fuerza hay que pensar antes de reír, tal como ha de pensarse antes de hablar. Se puede reír de tantas maneras como se habla, pero no cabe duda de que no todas las formas de hablar que se practican son dignas de gran estima».

Le hablé de sir James Macdonald, joven de muy distinguidos méritos, que aunaba en su persona la más alta reputación de Eton y de Oxford con el espíritu patriarcal del jefe de un clan de las Tierras Altas. Comenté que me había dicho sir James que nunca había visto a Johnson, aunque tenía por él un gran respeto, si bien por entonces entreverado de cierto terror. JOHNSON: «Si tuviera ocasión de conocerme, a buen seguro menguaría tanto lo uno como lo otro».

La mención de este caballero nos llevó a conversar sobre las islas de la costa occidental de Escocia, y Johnson manifestó un intenso deseo de visitarlas, que entonces se me antojó una fantasía romántica; poco podía yo imaginar que con el tiempo se haría realidad.^[c185] Me dijo que su padre había puesto en sus manos, cuando él era muy joven, el relato que hiciera Martin de su recorrido por las islas, y que le complació mucho; que le asombró en especial la idea que se formase aquel hombre nativo de St. Kilda en cuanto a que la gran catedral de Glasgow hubiera sido excavada en la roca, circunstancia sobre la que su padre le había llamado la atención.^[c186] Dijo que viajaría conmigo a las Hébridas cuando regresara yo de mis viajes, a no ser que algún espléndido compañero de viaje se le ofreciera en mi ausencia, cosa que no le pareció probable, y añadió: «Pocas personas hay a quienes tenga tanto aprecio como a usted». Cuando le hablé de mi próxima partida lejos de Inglaterra, dijo con aire muy afectuoso: «Mi querido Boswell, me sentiré muy desdichado cuando nos despedamos, y más aún si supiera que no hemos de volver a vernos». Nunca será demasiada la frecuencia con que recuerde a mis lectores que, si bien tales muestras de amabilidad me resultan muy halagüeñas, tengo la esperanza de haberlas recogido para atribuirles a mejor motivo que la mera vanidad, pues en efecto constituyen prueba irrefutable de su ternura y simpatía, que más de uno, obligado a reconocer sus grandes dotes, se ha empeñado con denuedo en desmentir.

Sostenía que un chiquillo en la escuela es el ser humano más feliz de cuantos existen. Yo defendí una opinión bien distinta, de la que nunca he abdicado, a saber, que el hombre adulto es más feliz, y abundé en las angustias y padecimientos que se sufren en la escuela. JOHNSON: «¡Ah, señor! No son tan severos los azotes que se lleva el chiquillo como los murmullos y repulsas que del mundo ha de soportar el hombre. Los hombres tienen incontenible solicitud en torno a la fama, y cuando mayor sea la porción de que disfrutan, mayor es su temor de perderla». En silencio, me pregunté: ¿será posible que el gran Samuel Johnson albergue tales aprensiones y no tenga plena confianza en que su fama exaltada descansa sobre cimientos incommovibles?

Esa noche brindó a la salud de sir David Dalrymple, «hombre de gran valía, erudito e ingenioso». «Nunca —dijo— he oído hablar de él más que lo que usted mismo me ha dicho, pero hágale saber la opinión en que lo tengo, pues como no se deja ver en sociedad ha de recibir el elogio de los pocos que de él hemos oído hablar».

El martes 26 de julio me encontré solo a Johnson. Era un día muy húmedo y lluvioso, y volví a quejarme de los desagradables efectos de la climatología. JOHNSON: «Señor mío, todo eso no son más que imaginaciones que los médicos auspician, pues el hombre vive en el aire como el pez en el agua, de modo que si la presión atmosférica se hace pesada al acrecentarse arriba, hay idéntica resistencia desde abajo. No cabe duda de que el clima es duro para quienes se ven obligados a residir en el extranjero, y tampoco es posible trabajar a la intemperie con mal tiempo, pero un herrero o un sastre, cuyo trabajo se realiza de puertas adentro, sin duda trajinan igual cuando llueve que cuando hace sol. A algunas personas de constitución muy delicada puede afectarles el mal tiempo y la humedad, pero no así a los de constitución corriente».

Hablamos de la educación de los niños y le pregunté qué era, en su opinión, lo que convenía enseñarles antes que nada. JOHNSON: «Es lo de menos qué se les enseñe primero, tal como es lo de menos qué pierna calce usted primero en su pantalón. Podría permanecer usted de pie todo el tiempo que quisiera tratando de decidir qué pierna le conviene calzar primero, que entretanto seguirá sin ponérselo. Y mientras sopesa usted entre dos cosas cuál es preferible enseñar primero a los niños, otro chico tendrá tiempo de aprender las dos».

El jueves 28 de julio volvimos a cenar en privado en la Cabeza del Turco. «Swift goza de una fama que está muy por encima de lo que merece. Su auténtica virtud es la solidez de sus conceptos, porque su sentido del humor, aunque está bien, no es para tanto. Dudo que el *Cuento de una barrica* sea de verdad suyo, pues nunca lo reconoció como tal, y está muy por encima del estilo que acostumbraba^[229]».

«Thomson a mi entender, tenía tanto de poeta como cualquier escritor. Todo se le presentaba a la luz de esa dedicación. No podría haber visto arder esas dos velas si no las mirase con ojos de poeta».

«¿Y no posee —————^[c187] un ingenio notable?». JOHNSON: «Yo no lo creo, señor. Desde luego, de continuo se esfuerza por ser ingenioso, pero fracasa. Y no me causa más placer oír a un hombre que intenta ser ingenioso sin lograrlo, que ver a otro empeñado en saltar una zanja y precipitándose en ella».

Rió a carcajadas cuando le recordé uno de sus dichos referido a Thomas Sheridan, que Foote tuvo el perverso gusto de hacer circular: «Caramba, señor: Sherry es aburrido, es tedioso por naturaleza, aunque gran trabajo ha debido costarle llegar a ser como ahora lo vemos. Semejante excedente de estupidez es impropio de la Naturaleza». «Así pues —apostilló—, no negué todo el mérito que tiene».

«Sheridan —añadió al cabo— no me soporta. Pongo coto a sus hinchidas

declamaciones. Le hago una pregunta bien simple: “¿Qué se propone enseñar?”. Además, me pregunto qué influencia podría tener Sheridan sobre la lengua de este gran país con la estrechez de sus esfuerzos. Señor mío, lo suyo es como prender en Dover una vela que no alumbrará con la intención de iluminar Calais».

Hablando de un joven^[c188] que se sentía incómodo por pensar que eran muy deficientes su aprendizaje y sus conocimientos, dijo lo siguiente: «No tiene motivos de queja un hombre que ocupe un lugar mediano y tenga a muchos por debajo; tal vez no tenga ni seis de su edad por encima, tal vez ni uno. Aunque quizá no sepa nada a la perfección, la masa general de conocimientos que ha adquirido no deja de ser considerable. El tiempo hará por él todo lo que le falta».

La conversación dio entonces un giro filosófico. JOHNSON: «La experiencia humana, que de continuo contradice toda teoría, constituye la mayor prueba de la verdad. Un sistema que se erija sobre los descubrimientos de muchos intelectos tendrá siempre más resistencia que el construido gracias a los devaneos de un solo intelecto, que poco puede hacer por sí mismo. No hay en el mundo entero un solo libro mediocre que deba considerarse un esfuerzo prodigioso en caso de haber sido forjado por entero por un solo intelecto, sin apoyarse en anteriores investigadores. Los escritores franceses son superficiales porque no son eruditos y todo lo fían al mero poder de sus intelectos, y ya se ve qué escaso es su poder».

«En cuanto a la religión cristiana, señor, además de las poderosas pruebas que la respaldan, tiene a su favor el sinfín de grandes hombres convencidos de su verdad no sin haberla sometido a muy serias consideraciones. Grotius era un hombre de particular agudeza, hombre de leyes, habituado al examen detenido de las pruebas, y quedó convencido. Grotius no era un ermitaño, sino un hombre de mundo, que no tenía desde luego propensión natural a ponerse de parte de la religión. Sir Isaac Newton empezó no siendo creyente y terminó por ser muy firme en su fe».

Esa noche de nuevo me aconsejó encarecidamente que recorriese España^[230]. Dijo que mucho le contentaría recibir una carta fechada en Salamanca. JOHNSON: «Amo profundamente la Universidad de Salamanca, pues cuando aún dudaban los españoles sobre la legitimidad de la conquista de América, la Universidad de Salamanca manifestó la opinión de que no era legítima». Esto lo dijo con gran emoción, y con ese ánimo generoso y acalorado que le dictó en su *Londres* aquellos versos memorables contra la abusiva expansión de España.^[c189]

Expresé mi opinión sobre mi amigo Derrick, de quien dije que era un pésimo escritor. JOHNSON: «A buen seguro, señor, que lo es. Pero debe usted tener presente que su esforzada dedicación a la literatura le ha valido todo cuanto tiene. Le ha hecho rey de Bath. Nada tiene que decir en su defensa, salvo que es escritor. De no haberlo sido, hoy estaría barriendo los cruces de las calles y pidiendo medio penique a todo el que pasara».

Sin embargo, por hacer justicia a la memoria de Derrick, que fue mi primer tutor en los asuntos y costumbres londinenses, y me mostró la ciudad entera y la amplísima

variedad de sus ambientes, tanto literarios como recreativos, cuyos particulares luego me aconsejó el doctor Johnson que pusiera por escrito, debo en puridad dejar constancia de lo que en fecha posterior dijo Johnson de él en su doble condición de escritor y editor: «Señor, más de una vez he dicho que si las cartas de Derrick las hubiera escrito alguien de renombre más asentado, cualquiera las habría considerado cartas muy bellas^[231]». Y también dijo así: «Envié a Derrick a ver a los descendientes de Dryden para recoger material sobre su vida, y creo que sacó en claro todo lo que habría conseguido sacar yo mismo^[232]».

¡Pobre Derrick! Lo recuerdo con afecto. Sin embargo, no puedo impedir que mis lectores conozcan una salida humorística que no le habría molestado si siguiera con vida, y que ahora es de todo punto inofensiva. En su colección de poemas hay uno que trata sobre su entrada en la bahía de Dublín, su ciudad natal, tras una larga ausencia. Comienza así:

¡Eblana, amadísima ciudad! ¡Salud!
En ti vi la primera luz azul.

Y, tras una solemne reflexión sobre el hecho de estar «contado entre los muertos, ya olvidado», aparece la siguiente estrofa:

A menos que mis versos dilaten mi fama,
y quienes por azar los lean exclamen
¡lo conocí!, Derrick se llama,
en lejana tumba sus cenizas yacen,

que fue de este modo felizmente parodiada por el señor John Home, al cual debemos la bella y patética tragedia titulada *Douglas*:

A menos que mis hazañas dilaten mi fama
y quien de largo pase canturree
¡lo conocí!, Derrick se llama,
en lejano árbol su esqueleto se mece.

Dudo mucho que el autor amable e ingenioso de estos versos burlescos los recuerde, pues le salieron *ex tempore* una noche en que paseábamos los dos por los salones del castillo de Eglintoune en 1760, y desde entonces nunca se los he comentado.

«Señor —me dijo Johnson una vez—, honro a Derrick por su presencia de ánimo. Una vez, cuando Floyd^[233], otro autor que era pobre de solemnidad, vagaba en plena noche por las calles, se encontró con Derrick durmiendo como un tronco sobre un fardo; al despertar con el sobresalto, Derrick le dijo: “Mi querido Floyd, cuánto lamento verle en tan mísera situación. ¿Quiere usted recogerse conmigo en mis aposentos?”».

Volví a pedirle consejo sobre el método de estudio que me convenía seguir en la universidad. «Venga —dijo—, dediquémosle un día entero. Vayamos a Greenwich a almorzar, hablemoslo allí». Fijamos el sábado siguiente para la excursión.

Cuando caminábamos de noche por el Strand cogidos del brazo, nos abordó una mujer de la calle con sus acostumbradas artes de seducción. «No, no, mi niña —repuso Johnson—. Ni lo intentes». No la trató con aspereza, y hablamos luego de la vida desdichada que llevan esas pobres mujeres; acordamos que, en conjunto, mucho mayor que la felicidad es la miseria y la tristeza que se deben al ilícito comercio del sexo.

El sábado 30 de julio el doctor Johnson y yo tomamos un balandro con remero en las escaleras del Temple y emprendimos por el Támesis la travesía hasta Greenwich. Le pregunté si realmente creía que el conocimiento del latín y el griego era requisito esencial de una buena educación. JOHNSON: «Sin duda alguna, pues quienes conocen estas lenguas tienen una gran ventaja sobre quienes no las conocen. Asimismo, es asombrosa la diferencia que la preparación establece entre las personas, incluso en las relaciones corrientes de la vida, que no parecen guardar mayor relación con ella». «Y, sin embargo —dije—, la gente va por el mundo como si tal cosa y lleva adelante sus negocios y su propia vida sin preparación alguna». JOHNSON: «Bien, señor, eso puede ser cierto en casos en los que lo aprendido no tiene ninguna utilidad; por ejemplo, este muchacho que rema nos conduce tan bien, desde luego, como si supiera cantar la canción de Orfeo a los argonautas, que fueron los primeros marinos». Y preguntó al muchacho: «¿Qué darías tú por saber quiénes son los argonautas?». «Señor —respondió—, daría lo que tengo». Johnson quedó encantado con su respuesta, y le dimos el doble de lo que quiso cobrarnos por la travesía del río. Luego, se volvió hacia mí. «El deseo de saber es sentimiento natural de la especie humana, y todo ser humano cuyo entendimiento no esté pervertido y corrupto estará presto a dar lo que tenga con tal de adquirir conocimientos».^[c190]

Desembarcamos en la Posada del Cisne Viejo y paseamos hasta Billingsgate, donde tomamos otro bote y discurrimos suavemente por las aguas plateadas del Támesis. Hacía un día espléndido. Nos distrajimos con las numerosas y variadas embarcaciones ancladas, y con el hermoso paisaje de ambas orillas.

Hablé de las prédicas y del grandísimo éxito que tienen los que se hacen llamar metodistas^[234]. JOHNSON: «Se debe lisa y llanamente a que se expresan de manera sencilla y familiar, que es la única manera de obrar con bien entre la gente corriente, destreza que los clérigos de genio y contrastados conocimientos deberían adquirir en elemental cumplimiento de su deber cuando en efecto se adapte a sus congregaciones, y por esta práctica a su vez les elogiarán los hombres de sentido común. Insistir en predicar contra la embriaguez porque es delito, porque es indigna y rebaja la razón, que es la más noble facultad del alma humana, de nada servirá al común de los feligreses; en cambio, decirles que quizá fallezcan de un ataque de apoplejía estando borrachos, y mostrarles con claridad cuán terrible sería tal cosa, no dejará de causar una honda impresión. Cuando sus clérigos escoceses, señor, renuncien a su talante hogareño, en ese país el culto de la religión entrará en declive». Que esta observación, como quiso Johnson, se recuerde por siempre.

Mucho me agradó hallarme con Johnson en Greenwich, lugar que celebra en su *Londres* por ser uno de sus paisajes predilectos. Como había hecho los deberes y llevaba el poema en el bolsillo, le recité los versos con entusiasmo:

A la orilla del Támesis quedamos en callado pensamiento
allí donde sonríe Greenwich sobre el argentino henchimiento;
complacidos en el lugar que vio a Eliza nacer
nos arrodillamos a besar la tierra sagrada del ayer.

Reseñó que la estructura del hospital de Greenwich le daba un aire demasiado espléndido para ser una institución de caridad, amén de que sus dependencias estaban demasiado diseminadas para que el conjunto fuera arquitectónicamente notable.

Buchanan, según dijo, fue muy buen poeta. Y observó que fue el primero en hacer cumplidos a una dama atribuyéndole la perfección distintiva de las diosas paganas^[235], aunque Johnson introdujo mejoras en la técnica, al liberar a la dama simultáneamente de sus defectos.

Abundó en los elegantes versos que dedicó Buchanan a María Estuardo, Reina de Escocia, «*Nympha Caledonise*», etc., y habló con entusiasmo de la belleza del verso latino. «En ninguna de las lenguas modernas —dijo— es posible armar un verso tan melodioso como “*Formosam resonare doces Amarillida silvas*”». ^[c191]

Después abordó el asunto del día, a saber, aconsejarme sobre el modo de emprender mis estudios. Y en este punto he de señalar con gran pesar que mi registro de cuanto dijo es miserablemente exiguo. Recuerdo con admiración un animadísimo y resplandeciente estallido de elocuencia que excitó mi capacidad intelectual al máximo, pero que debió de dejarme tan obnubilado que mi memoria no supo conservar la sustancia de su discurso, pues la nota que encuentro sólo contiene esto: «Repasó la grandiosa escala del saber humano, me aconsejó seleccionar una rama en concreto con el fin de sobresalir en ella, pero también me dijo que aprovechase para adquirir un poco de todo». Este defecto de mis apuntes tendrá amplio remedio gracias a una larga carta que a este respecto tuvo la bondad de enviarme cuando ya llevaba yo algún tiempo en Utrecht, y que mis lectores tendrán el placer de leer en el lugar que le corresponde.

Al atardecer caminamos por Greenwich Park. Para sondear mi disposición de ánimo me preguntó: «¿No le parece espléndido?». Como no soy yo de quienes gozan en particular con la belleza de la Naturaleza, y como más me deleita «el afanoso ajeteo de los hombres», ^[c192] le respondí con toda sinceridad: «Sí, señor, aunque no tanto como Fleet Street». JOHNSON: «Tiene usted toda la razón».

Soy consciente de que muchos de mis lectores quizá me censuren por mi falta de gusto. Permítaseme sin embargo buscar cobijo bajo la autoridad de un baronet muy de moda en el mundo rutilante^[236], el cual, cuando se le llamó la atención sobre la fragancia de un atardecer del mes de mayo en la campiña, repuso: «Todo esto está muy bien, pero yo por mi parte prefiero el olor de las velas gruesas en el teatro».

Tanto tiempo estuvimos en Greenwich que nuestro regreso en balandro, contracorriente, en modo alguno fue tan plácido como la travesía matutina, pues tanto había refrescado el aire de la noche que comencé a temblar. Debo haber estado más sensible al frío por haberme pasado la noche anterior rememorando lo vivido y anotando en mi diario cuanto me pareció digno de preservar, ejercicio que muy a menudo llevé a cabo durante la primera etapa de mi trato con Johnson. Recuerdo haberme pasado cuatro noches en vela durante una sola semana sin padecer mayores incomodidades durante el día.

Johnson, cuya robusta constitución en modo alguno acusó el frío reinante, me reprendió como si mi temblorina fuese simple afeminamiento: «¿Cómo es que tiembla usted?». Sir William Scott, de la Cámara de los Comunes, me contó que cuando se quejó de una jaqueca que tuvo en la posta del correo, viajando juntos a Escocia, Johnson le trató del mismo modo: «A su edad, señor mío, no tenía yo jaquecas ni bobadas por el estilo». No es fácil la tolerancia por aquellas sensaciones ajenas que no tenemos nosotros en el mismo instante. Todos hemos sin duda experimentado de qué modo tan diverso nos afectan los motivos de queja de nuestros vecinos cuando estamos bien y cuando estamos enfermos. En plenitud de facultades, a duras penas podemos creer que sufran tanto los demás, de puro tenue que se torna la imagen del dolor en nuestra imaginación; si nos ablanda la enfermedad, enseguida simpatizamos con las dolencias ajenas.

Concluimos el día muy cordialmente en la Cabeza del Turco. Le agradó escuchar la particular relación que de viva voz le hice de mi familia, de su finca y heredad, en torno a cuya extensión y habitantes me formuló varias preguntas, tras las cuales echó sus cálculos, recomendándome a la vez que tratase con generosidad al campesinado, por ser los aparceros personas cuyo dueño y señor les había sido asignado por la Providencia. Le deleitó escuchar mi descripción del romántico solar de mis ancestros. «He de ir a visitar la propiedad —me aseguró—, y nos alojaremos en el viejo castillo, y si no quedase una sola habitación, improvisaremos una». Me sentí muy halagado, aunque a duras penas llegué a concebir la esperanza de que Auchinleck en efecto se viera honrado con su presencia y celebrado en una descripción suya, como sucedió después en el *Viaje a las islas occidentales*.

Después de charlar otra vez sobre mi inminente viaje a Holanda, dijo: «Es preciso que le despida en persona cuando parta usted de Inglaterra. Lo acompañaré hasta Harwich». No supe encontrar palabras para expresar tan inesperada como grande muestra de su afectuosa consideración.

Al día siguiente, domingo 31 de julio, le dije que por la mañana estuve en una reunión de los llamados cuáqueros, donde oí predicar a una mujer. JOHNSON: «Una mujer que se pone a predicar es como un perro que sabe caminar sólo con las patas de atrás. No lo hace nada bien, pero sorprende que lo haga».

El martes, 2 de agosto (fijada mi marcha de Londres para el próximo día 5), el doctor Johnson me honró al pasar conmigo parte de la mañana en mi alojamiento. Me

dijo que siempre había sido propenso a no hacer nada. Observé que era sorprendente pensar que el hombre más indolente de Inglaterra hubiera escrito la obra más laboriosa que existe, el *Diccionario de la lengua inglesa*.

Comenté una publicación imprudente que cierto amigo suyo^[c193] hizo en una etapa temprana de su vida, y le pregunté si no consideraba que podría lastimar su reputación. JOHNSON: «No, señor. No mucho. Es posible, eso sí, que llegado el caso salga a relucir en unas elecciones».

Vi cumplida entonces mi aspiración de ser un hombre privilegiado, y por la tarde me llevó a tomar el té con la señorita Williams, la cual, a pesar del infortunio de haberse quedado ciega, se me antojó una mujer de grata conversación, pues tenía un variado conocimiento de la literatura y sabía expresarse bien, aunque su peculiar valor radicaba en la intimidad en que había vivido con Johnson durante largo tiempo, gracias a la cual conocía al dedillo sus costumbres y sabía cómo incitarle a hablar.

Después del té me llevó a lo que él llamaba su paseo, que era un patio alargado y estrecho, adoquinado, cubierto por varios árboles, que había en la vecindad. Allí caminamos bastante tiempo, y me dolí con él de que era tal mi amor por Londres y por sus gentes que me repugnaba casi la idea de marchar aunque fuera de viaje, cosa que por lo general suelen anhelar los jóvenes. Me confortó con su viril y animada conversación. Me aconsejó que, cuando me instalara en cualquier lugar del extranjero, estudiara con ahínco y dedicara al griego una hora al día; me aconsejó que, mientras viajase, estudiara con diligencia el libro abierto de la humanidad.

El miércoles 3 de agosto disfrutamos de nuestra última velada de carácter social en la Cabeza del Turco antes de que emprendiera yo viaje al extranjero. Antes de despedirnos, tuve el infortunio de irritarle sin haberlo deseado. Le referí qué corriente era en el mundo relatar anécdotas absurdas sobre su persona y atribuirle dichos muy extravagantes. JOHNSON: «¿Y qué es lo que se pone en mi boca, señor?». BOSWELL: «Pues verá: como ejemplo sumamente extraño —dije riendo de corazón—, le diré que David Hume me comentó que, al parecer, usted dijo una vez que estaba dispuesto a plantarle frente a toda una batería de cañones para restablecer plenos poderes al sínodo episcopal». Mal podía yo adivinar que, en efecto, lo había dicho, pero pronto me convencí de mi craso error, pues con mirada de severidad tronó de pronto: «¿Y le parece que no lo estoy? ¿Tiene la presbiteriana *Kirk* de Escocia su sínodo, o asamblea general, y se le niega lo mismo a la Iglesia anglicana?». Mientras le contaba la anécdota estuvo caminando por la estancia de un extremo a otro, pero cuando prorrumpió en este estallido de celo eclesiástico se plantó ante mi silla, muy cerca de mí, y vi que la indignación le brillaba en los ojos. Capeé aquel temporal y desvié toda su fuerza llevando a Johnson a explayarse en torno a la influencia que obtenía la religión gracias al mantenimiento de una Iglesia investida de toda su respetabilidad externa.

No debo dejar de reseñar que en este año escribió *La vida de Ascham*,† y la dedicatoria al Conde de Shaftesbury,† antepuesta a la edición de las obras inglesas de

ese autor que publicó el señor Bennet.

El viernes 5 de agosto salimos muy temprano en la diligencia de Harwich. Una señora gruesa y entrada en años, así como un joven holandés, parecían los más partidarios entre el pasaje a entablar conversación. En la posada en que almorzamos la señora dijo que había hecho cuanto estuvo en su mano para educar a sus hijos y que en particular nunca les permitió permanecer ociosos. JOHNSON: «Ojalá, señora, me hubiera educado a mí también, pues he sido toda mi vida un haragán». «Estoy segura de que conmigo no lo hubiera sido». JOHNSON: «Desde luego, señora; eso es muy cierto; este caballero —añadió, refiriéndose a mí— también ha sido un haragán. Lo era en Edimburgo. Su padre lo mandó a Glasgow, donde siguió siéndolo. Vino entonces a Londres, donde ha haraganeado sin parar. Y ahora resulta que se marcha a Utrecht, donde seguirá siendo tan haragán como ha sido siempre». En privado, le pregunté cómo había sido capaz de desacreditarme de semejante modo. JOHNSON: «¡Bah, bah! Nada saben de usted, y no volverán a pensar en ello». Por la tarde, la señora despotricó violentamente contra los católicos y los horrores de la Inquisición. Para absoluto pasmo de todos los pasajeros, salvo yo, que bien conocía su capacidad para defender con igual contundencia las dos caras de una misma cuestión, se lanzó a defender a la Inquisición, y sostuvo que «hay que atajar la falsa doctrina en cuanto aparece; el poder civil debe unirse a la Iglesia en el castigo de quienes osen atacar la religión establecida, y ese desvío es algo que sólo castiga debidamente la Inquisición». Llevaba en su bolsillo el *De situ orbis* de Pomponius Mela, que leía ocasionalmente, y parecía muy interesado por la Geografía antigua. Aunque no era ni de lejos un rícano, era tan minuciosa su observancia de lo que era lícito en general que, al percatarse de que en uno de los altos en el camino yo le di ostentosamente al cochero un chelín, cuando dictaba la costumbre que cada pasajero le diera sólo seis peniques, me llevó aparte y me recriminó, diciéndome que lo que acababa de hacer sólo serviría para que el cochero estuviera descontento durante el resto del viaje con los demás pasajeros, que sólo le habían dado lo debido. Fue una reprimenda justa, pues sea como fuere el modo en que decida un hombre satisfacer su generosidad, o su vanidad, al gastar su dinero, en justa consideración con los demás jamás debería elevar el precio de ningún artículo que esté sujeto a una demanda constante.

Habló de la poesía de Blacklock en la medida en que describe objetos visibles, y comentó que «como tenía su autor la desgracia de ser ciego, podemos tener absoluta certeza de que tales pasajes descriptivos son combinaciones de lo que recordaba de las obras de otros escritores dotados del sentido de la vista. Spence, ese botarate, se ha devanado los sesos para dar filosófica explicación al cómo pudo hacer Blacklock, mediante sus solas facultades, lo que es de todo punto imposible que hiciera.^[c194] La solución, tal como la he dado, es bien sencilla. Supongamos que conozco a un hombre tan tullido que es incapaz de moverse, y que me lo encuentro en un cuarto distinto del cuarto en que lo dejé: ¿voy a desquiciarme con vagas conjeturas e imaginar que tal vez sus nervios, debido a un cambio desconocido, se han tornado de

golpe eficaces? No, señor, pues bien claro es cómo se desplazó a un cuarto distinto: llevado por otro».

Como nos detuvimos en Colchester para hacer noche, Johnson habló con veneración de esta localidad, que soportó un sitio por Carlos I. Sólo el holandés seguía con nosotros. Hablaba un inglés aceptable, e intentó congraciarse con nosotros explayándose sobre la superioridad de la jurisprudencia inglesa sobre la holandesa en lo que respecta a lo criminal; lanzó duras invectivas contra la barbarie de someter a un acusado a cualquier tortura con el fin de forzarle a confesar. Pero Johnson estaba tan preparado para esto como lo estuvo para la Inquisición. «Señor mío, veo que no ha entendido usted las leyes de su propio país. En Holanda, la tortura se considera un gran favor que se hace al acusado, puesto que allí no se somete a tortura a nadie, a menos que haya tantas pruebas en su contra como las que en Inglaterra equivaldrían a una condena sin paliativos. Así las cosas, un acusado entre ustedes los holandeses tiene una posibilidad más de librarse de la pena, al lado de quienes son juzgados entre nosotros».

Durante la cena de esa noche habló del buen comer con insólita satisfacción: «Hay personas que tienen la necia costumbre de no preocuparse, o de fingir que no les preocupa lo que comen. Yo en cambio me ocupo de mi panza atentamente y a conciencia, pues tengo para mí que quien no cuida de su barriga difícilmente se cuidará de nada más». Me pareció por un momento la viva imagen de *Jean Bull, philosophe*, de serio y vehemente que se puso. En cambio, en otras ocasiones le he oído hablar con olímpico desprecio de todo el que se preocupa de satisfacer su paladar, y el n.º 206 de su *Rambler* es un ensayo magistral contra la glotonería.^[c195] Debo reconocer, de hecho, que en la práctica equilibraba sus opiniones sobre la cuestión, pues nunca he conocido a otro hombre que disfrutara tanto como él con la buena mesa. Cuando se sentaba a comer quedaba totalmente absorto en lo que tenía entre manos; circunscribía la mirada al plato y, a menos que se hallara en compañía de comensales de mucho fuste, no prestaba la menor atención a lo que dijeran mientras no diese buena cuenta de su plato; tan voraz era su apetito, y tal la intensidad con que a él se entregaba, que durante el acto de comer se le hinchaban las venas de la frente y era frecuente que sudara de forma copiosa.^[c196] A quien fuese de sensaciones delicadas, esta actitud tenía que chocar por desagradable, y sin duda era inapropiada en el talante de un filósofo, quien debiera distinguirse por el dominio de sí mismo. Pero preciso es reconocer que Johnson, si bien podía ser rigurosamente abstemio, no era un hombre atemperado en el comer ni en el beber. Podía abstenerse, pero no sabía comer ni beber con moderación. Me dijo que había ayunado una vez dos días sin mayor inconveniente, y que no había pasado hambre más que una sola vez. Quienes contemplaran con asombro cuánto era capaz de embucharse en cualquier ocasión difícilmente podrían concebir a qué se refería cuando hablaba de hambre, y no sólo era muy notable por las extraordinarias cantidades que despachaba, pues también era, o afectaba ser, un hombre de finura y discernimiento en lo tocante a

las ciencias culinarias. Solía perorar críticamente sobre los platos que se le servían en la mesa al comer o al cenar, y rememoraba con detalle minucioso lo que le había gustado.^[c197] Recuerdo que cuando estuvo en Escocia elogió las «delicias de Gordon» (una fuente de delicias que le sirvieron en casa del honorable Alexander Gordon) con un entusiasmo que bien pudiera haber honrado asuntos de mayor trascendencia. «Por lo que hace a la imitación que hizo Maclaurin de un plato, fue un intento desastroso». Más o menos en la misma época se mostró descontento con el trabajo del cocinero francés de cierto noble señor,^[c198] tanto que exclamó con vehemencia: «A ese truhán yo lo tiraba de cabeza al río». Y procedió a alarmar a la dama en cuya casa iba a cenar^[c199] con el siguiente manifiesto de su pericia culinaria: «Yo, señora, que me alimento en gran variedad de muy buenas mesas, soy mucho mejor juez de las artes culinarias que cualquier persona que tenga a su servicio a un cocinero más que pasable, pero que rara vez coma fuera de casa, ya que su paladar se adapta gradualmente al gusto de su cocinero, mientras que yo, señora, al tener experiencia más amplia, soy un juez más exquisito». Cuando se le invitaba a comer, así fuera un amigo íntimo, no quedaba contento si no se le agasajaba con algo que se saliera de lo corriente. En una de tales ocasiones le he oído decir: «Ha sido un buen almuerzo, desde luego, aunque no tanto como para convidar a alguien». Por otra parte, tendía a expresar con gran algazara su satisfacción cuando era agasajado plenamente a su gusto. Un día en que almorzó con su vecino y casero de Bolt Court, el señor Allen, el impresor cuya anciana ama de llaves había estudiado a fondo sus gustos en todo, pronunció este elogio: «Señor, no habríamos disfrutado de una comida mejor así se hubiera reunido un *sínodo de cocineros*».^[c200]

Cuando nos quedamos a solas, al retirarse el holandés a descansar, el doctor Johnson me habló de ese comportamiento estudiado que muchos recomiendan y practican. Mostró su desaprobación: «Nunca me he parado a sopesar si debo ser un hombre serio o un hombre alegre. Dejo que mi inclinación siga su curso a cada momento».

Me aduló al transmitirme su esperanza de que, en el transcurso del verano siguiente, tal vez viajara a Holanda y me acompañara en un viaje por los Países Bajos.

Le tomé el pelo exponiéndole mis imaginarias aprensiones sobre las desdichas que me aguardaban en el extranjero. Una polilla que había estado revoloteando en torno a la vela se quemó de pronto. Él aprovechó ese incidente para hacerme una admonición; con una mirada taimada y un tono solemne, aunque en voz baja, me dijo: «Esa criatura era quien a sí misma se atormentaba. Yo creo que se llamaba Boswell».

Al día siguiente llegamos a Harwich a la hora de comer; asegurado mi pasaje en el paquebote con destino a Helvoetsluys, ya mi equipaje a bordo, almorzamos juntos en una posada. Se me ocurrió que sería terrible si no encontrase una manera rápida de regresar a Londres y se viera confinado en tan insulso lugar. JOHNSON: «No se

acostumbre a emplear grandes palabras para las cosas pequeñas. No sería terrible aun cuando me viera retenido aquí por un tiempo». La costumbre de emplear palabras de magnitud desproporcionada con lo que designan es, sin duda, muy corriente en todas partes, pero creo que es más llamativa, si cabe, entre los franceses, como todo el que haya viajado por Francia habrá tenido innumerables ocasiones de comprobar.

Fuimos a visitar la iglesia y, una vez en el interior, al llegar al altar, Johnson, cuya piedad era constante y ferviente, me hizo ponerme de rodillas y dijo: «Ahora que marcha usted de su tierra natal, encomiéndose a la protección del Creador y Redentor».

Tras salir de la iglesia, charlamos un rato sobre los ingeniosos sofismas del obispo Berkeley para mostrar la inexistencia de la materia y que todo cuanto hay en el Universo es meramente ideal. Comenté que si bien nos damos por satisfechos de que su doctrina no es verdadera, es en cambio imposible de refutar. Nunca olvidaré la presteza con que me respondió Johnson, golpeando con la planta del pie y con tremenda fuerza una piedra de gran tamaño. «¡Así la refuto yo!». Fue un recio ejemplo de las verdades primeras de que habla Pere Bouffier,^[c201] o de los principios originales de Reid y de Beattie, sin admitir los cuales tan imposible y tan fútil es hablar de Metafísica como lo es hablar de Matemáticas sin admitir los axiomas. Para mí, no es concebible que a Berkeley se le pueda contestar por medio del puro raciocinio; sin embargo, sé que esa finísima y ardua tarea iba a emprenderla uno de los intelectos más esclarecidos de la época actual, que sin duda lo habría hecho de no ser porque la Política «lo alejó de la calma necesaria para la Filosofía». ¡Qué admirable despliegue de sutileza, amalgamada con brillantez, nos hubiera brindado una polémica en la que contendiese con Berkeley!^[c202] Y cómo hemos de lamentar por tanto, al reflexionar sobre la privación de tal festín intelectual, que fuera caricaturizado como el hombre

que nacido para el Universo vio su espíritu estrechar
y cedió al partido lo que se destinaba a la humanidad.^[c203]

Mi reverenciado amigo caminó conmigo hasta la playa, donde nos abrazamos y nos despedimos con ternura, comprometiéndonos a comunicarnos por carta. «Espero, señor —le dije—, que no me olvide durante mi ausencia». JOHNSON: «Descuide; es mucho más probable que me olvide usted, y no a la inversa». Al hacerse el barco a la mar, mantuve la vista clavada en él durante largo rato, mientras él permanecía impasible, con su apariencia majestuosa de siempre, hasta que por fin lo vi emprender el camino de regreso a la población y desapareció.

Utrecht se me antojó al principio tedioso y apagado, luego de las animadas escenas londinenses, y la pesadumbre afectó mucho mi espíritu. Escribí a Johnson una carta quejumbrosa y descorazonada a la que no prestó atención. Después, cuando hube adquirido un tono de voz y una presencia de ánimo más firmes, le escribí una segunda carta en la que expresé una gran ansiedad por saber de él. A la larga recibí la

siguiente epístola, que me prestó un servicio de gran importancia y que por tanto espero surta el mismo efecto en muchos otros.

Al señor Boswell, à la Cour de l'Empereur, Utrecht

Londres,
8 de diciembre de 1763

Querido señor,

no dé usted en pensar que lo tengo olvidado, ni que he caído en el delito de descuidarle, por no haber recibido carta mía. Disfruto cuando veo a mis amigos, disfruto cuando tengo noticias de ellos o con ellos converso, pero no sin gran empeño, ni sin costosa resolución, logro imponerme la obligación de empuñar la pluma para escribirles. No quisiera, sin embargo, satisfacer mi propia indolencia mediante la omisión de ningún deber de importancia, ni de ejercer la verdadera amabilidad.

Rara vez pensaré que valga la pena comunicarse para decirle que estoy bien o no, que he estado en el campo o no, que bebí a la salud de usted en la misma sala en que por última vez estuvimos juntos, y que sus conocidos siguen hablando de usted con la misma bondad de siempre, tópicos de los que por lo común se llenan las cartas que se escriben sólo porque sí; ahora bien, si en mi mano se halla el aplacar la inquietud que le ronda, suscitar cualquier ansia de virtud, rectificar una opinión de importancia o fortificar una generosa resolución, no tiene por qué dudar de que al menos será mi deseo primar el placer de satisfacer a un amigo, incluso si lo tengo en mucha menor estima que a usted, antes que abandonarme al desganado sosiego del ocio perezoso. No sabría asegurar si llegaré con facilidad a una puntualidad exacta de correspondencia. Por el momento, me contento con que reciba la presente a cambio de las dos suyas que me han llegado. La primera, desde luego, me proporcionó tan desesperanzado relato sobre su estado de ánimo que a duras penas admitía ni merecía respuesta; mucho más me satisfizo la segunda, placer que a buen seguro vendrá a incrementar la narración de los progresos que haga en sus estudios, siempre y cuando ponga de manifiesto la continuación de una aplicación equitativa y racional de su capacidad intelectual a una empresa o investigación de utilidad.

Quizá le acucie el deseo de preguntar qué estudio le recomendaría yo. De la Teología no hablaré, pues no cabe duda de la importancia de esforzarse en el conocimiento de la voluntad divina.

Por consiguiente, sólo someteré a consideración estudios que tenemos la libertad de emprender o desechar, de entre los cuales desconozco cómo acertaría más de lleno en su elección que con el estudio de las leyes civiles, tal como aconseja su señor padre, y con el de las lenguas antiguas, tal como usted había determinado; en cualquier caso, mientras se halle en una residencia fija, debe resolver sin falta dedicar cierto número de horas diarias al estudio de sus libros. La disipación de pensamiento de la cual se queja no es sino propia de la vacilación del ánimo que se halla suspenso entre motivos distintos, y que cambia de rumbo a medida que cualquiera de dichos motivos gana o pierde fuerza. Si tan sólo pudiera dar pábulo en su ánimo a cualquier deseo que sienta con fuerza, si tan sólo diera preeminencia a un determinado deseo, el que fuere, dejarán de soplar las rachas de su imaginación sin surtir el menor efecto en el velamen de su conducta y sin dejar el menor rastro en el recuerdo.

Tal vez ronda en el corazón de todo ser humano el deseo de alcanzar la distinción, que a todo hombre inclina primero a la esperanza y luego a la convicción de que la Naturaleza le ha otorgado algo peculiar, que únicamente él posee. Esta vanidad conduce a unos a alimentar la antipatía, a otros a perseguir deseos, de modo que va ganando insólitos poderes sobre las personas y, del mismo modo que con el tiempo la afectación deviene en hábito, por fin tiranizan a quien en un principio la cultivó sólo con afán de lucimiento. Todo deseo es víbora que anida en el seno, señor; víbora inofensiva mientras esté quieta, si bien cuando adquiere fuerza gracias al calor destila todo su veneno. Conoce usted a un caballero que, nada más poner pie en los ambientes mundanos, preparándose para girar y girar en el torbellino del placer, dio en suponer que una total indiferencia y una negligencia universal habían de ser las mejores compañías para la juventud, y la muestra fehaciente del temple y la inteligencia. Vacío de todo objetivo, susceptible a todo impulso, creyó que un mero revestimiento de aparente diligencia bastaría para granjearle en todo o en parte una reputación de genio; tuvo asimismo la esperanza de causar la impresión de haber adquirido, en medio de toda comodidad y despreocupación, en medio del tumulto de las diversiones, el saber y los logros que los mortales de común hechura sólo obtienen mediante la abstracción muda y el solitario penar en rutinarias tareas. Puso a prueba este plan de vida durante un tiempo; se hastió de él gracias a su buen juicio y su virtud; quiso entonces retomar sus estudios; como los hábitos de la pereza y los placeres largo tiempo cultivados se le hicieron más difíciles de curar de lo que había supuesto, y deseoso sin embargo de retener su certeza de estar en posesión de extraordinarias prerrogativas, confundió las consecuencias

corrientes de la irregularidad con un inalterable decreto del destino y concluyó que la misma Naturaleza lo hizo desde el principio incapaz de dedicarse a desempeñar un empleo que le exigiera raciocinio.

Descarte desde ahora mismo y para siempre de sus pensamientos esas fantasías ilusorias y destructivas. Tome la resolución debida y sosténgala contra viento y marea; elija, y no ceje en su elección. Si el día de hoy lo invierte en el estudio, tanto más fácil ha de resultarle dedicarse mañana al estudio; de ningún modo debe contar con obtener de inmediato una victoria completa. La depravación no es un enemigo fácil de vencer. Su resolución aflojará a veces, su diligencia conocerá interrupciones. Pero no permita que sorpresas o desvíos accidentales, sean pasajeros o duraderos, le predispongan al abatimiento. Considere estas fallas como meros incidentes que toda la humanidad padece. Comience de nuevo allí donde lo dejó, ponga todo su empeño en rehuir las seducciones que anteriormente le ganaron.

Éste, mi querido Boswell, es mi consejo, que quizá le hayan dado a menudo, e incluso le hayan dado sin provecho. Ahora bien, si este consejo no está dispuesto a aceptarlo de otros, debe aceptarlo de sus propias reflexiones si de veras se ha propuesto cumplir con los deberes de la condición a que le ha llamado la obsequiosa Providencia.

Permítame recibir una larga carta de su puño y letra tan pronto como le sea posible. Espero que continúe con su diario, que enriquezca sus páginas con abundantes observaciones sobre el país en que reside. Me hará un gran favor si puede procurarme cualquier libro en la lengua de Frisia y si indaga de qué modo se mantiene a los pobres en las Siete Provincias. Soy, querido señor, su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Lamento observar que ni en mis propios apuntes ni en mis cartas a Johnson, que él quiso preservar, encuentro la menor información relativa a cómo se mantiene a los pobres en las Siete Provincias. Sin embargo, extraeré de una de mis cartas lo que pude averiguar en lo tocante al otro objeto que suscitó su curiosidad.

He conducido todas las indagaciones posibles respecto a la lengua de Frisia, y he descubierto que su cultivo ha sido mucho más reducido que el de cualquier otro de los dialectos del norte, buena prueba de lo cual es la escasez de libros en esta lengua. Del antiguo frisio no quedan más restos que algunas leyes antiguas que preservara Schotanus en su *Beschryvinge van die Heerlykheid van Friesland*, así como su *Historia Frisica*. Aún no he sido capaz de localizar ninguno de estos libros. El profesor Trotz, anteriormente adscrito a la Universidad de Vranjken, en Frisia, y que en la actualidad se dedica a preparar una edición que contenga todas las leyes frisias, es quien me proporcionó esta información. Del frisio moderno, o del que hablan nuestros lerdos contemporáneos, me he procurado una muestra. Se trata de las *Rymelerie* de Gisbert Japix, que es el único libro que poseen. Es pasmoso que no dispongan de una traducción de la Biblia, ni devocionarios, ni siquiera ninguna de las baladas o libros de cuentos que tanto suelen agradar a las gentes del campo. Tendrá usted el Japix a la primera oportunidad que se me presente. Mynheer Trotz me ha prometido su ayuda.

1764: ÆTAT. 55.] A comienzos de 1764 Johnson hizo una visita a la familia Langton y a su casa solariega de Langton, condado de Lincoln, donde, para satisfacción suya, pasó una temporada. No cabe poner en tela de juicio que su amigo Bennet Langton hizo cuanto estuvo a su alcance para que el lugar resultara agradable a un huésped tan ilustre; el viejo señor Langton y su esposa, plenamente capaces de comprender su valor, no le escatimaron sus atenciones. El sin embargo me dijo que el anciano señor Langton, pese a ser un hombre de muy considerable erudición, estaba poco preparado para la ocasional «laxitud de conversación^[237]» de Johnson, quien en el curso de una conversación comentó lo que podía decirse a favor de los peculiares dogmas de la Iglesia católica, de modo que aquel anciano señor se fue a la tumba convencido de que Johnson era católico.

Durante su estadía en Langton, Johnson tuvo la ventaja de consultar una bien provista biblioteca y vio a varios caballeros de los alrededores. Del propio Langton he obtenido los siguientes pormenores sobre esta temporada.

Estaba ya plenamente convencido de que no se hubiera dado por satisfecho con la vida en el campo, pues hablando en cierta ocasión de un respetable clérigo de Lincoln observó: «Este hombre, señor, bien cumple con los deberes de su vida. Cuenta con toda mi aprobación, pero no podría yo imitarlo».

A una dama que reivindicaba su postura y se declaraba libre de toda culpa por no profesar ninguna atención social a sus vecinos, diciendo que «iría a visitarlos si con eso les hiciera algún bien», Johnson le contestó lo siguiente: «Señora, ¿qué bien cree que podrían recibir de usted? Se trata de mostrarles respeto, eso sería hacerles un bien».

Era tan acomedido en el trato social que una vez en que viajaba con el señor Langton en un carruaje, y éste se quejara por estar mareado, insistió en que salieran y tomaran asiento en el pescante descubierto, a la fresca, como en efecto hicieron. Y sensible a lo chocante que debía de ser su apariencia para los lugareños, observó que un labriego al que vieran en un campo cercano seguramente estaría pensando: «Si esos dos locos de atar vinieran hacia acá, ¿qué sería de mí?».

Poco después de regresar a Londres, cosa que hizo en febrero, se fundó aquel club que existió largo tiempo sin nombre, pero que en el funeral del señor Garrick fue bautizado con el nombre de «El Club Literario». Sir Joshua Reynolds tuvo el mérito

de ser el primero que propuso su fundación, a lo cual accedió Johnson de muy buena gana. Miembros fundadores fueron sir Joshua Reynolds, el doctor Johnson, Edmund Burke, el doctor Nugent, Beauclerk, Langton, el doctor Goldsmith, el señor Chamier y sir John Hawkins.^[c204] Las reuniones eran en la Cabeza del Turco, en Gerrard Street, en el Soho, una tarde por semana, a las siete, y por lo general la conversación se prolongaba hasta hora muy avanzada. Los miembros del club han ido paulatinamente en aumento hasta alcanzar la cifra actual: treinta y cinco. Al cabo de diez años, en vez de una cena semanal se tomó la decisión de cenar una vez por quincena, coincidiendo con los plenos del Parlamento. La taberna en que originalmente se reunían se había reconvertido en un domicilio particular, de modo que primero se trasladaron las reuniones a Prince, en Sackville Street, luego a Le Telier, en Dover Street, y actualmente se celebran en Parsloe, en St. James Street. Entre el año de su fundación y la fecha en que esta obra es dada a la imprenta (junio de 1792^[238]) han sido miembros del Club Literario las siguientes personas, ya fallecidas: el señor Dunning (después, lord Ashburton), Samuel Dyer, Garrick, el doctor Shipley (Obispo de St. Asaph), el señor Vesey, Thomas Warton y el doctor Adam Smith. En la actualidad, los miembros en activo son: Burke, Langton, lord Charlemont, sir Robert Chambers, el doctor Percy (Obispo de Dromore), el doctor Barnard (Obispo de Killaloe), el doctor Marlay (Obispo de Clonfert), el señor Fox, el doctor George Fordyce, sir William Scott, sir Joseph Banks, sir Charles Bunbury, el señor Windham (de Norfolk), Sheridan, Gibbon, sir William Jones, Colman, Steevens, el doctor Burney, el doctor Joseph Warton, Malone, lord Ossory, lord Spencer, lord Lucan, lord Palmerston, lord Eliot, lord Macartney, Richard Burke (junior), sir William Hamilton, el doctor Warren, Courtenay, el doctor Hinchcliffe (Obispo de Peterborough), el Duque de Leeds, el doctor Douglas (Obispo de Salisbury) y el autor de esta relación.

Sir John Hawkins^[239] se ha presentado como un «secesor» de esta sociedad, y aduce como razón de su «retirada» el que las altas horas a las que tenían lugar las reuniones estaban en desacuerdo con sus costumbres domésticas. En esto no hace entera justicia a la realidad de lo ocurrido, pues lo cierto es que durante una de aquellas veladas atacó a Burke de un modo tan grosero que todos los presentes se vieron obligados a mostrar su desagrado, y en la siguiente reunión fue tal la acogida que le dieron que ya nunca volvió a presentarse^[240].

Es también inexacto en lo que atañe a Garrick, del cual dice que «confiaba en que la más mínima insinuación de su deseo de hallarse entre nosotros bastaría para procurarle de inmediato la admisión, aunque en esto se equivocó. Johnson me consultó acerca del asunto, y como no encontrase yo objeción alguna a que lo recibiéramos en nuestro seno, prorrumpió en una exclamación: “Nos alteraría y nos trastornaría con sus bufonadas”. Y en lo sucesivo manejó las cosas de tal modo que nunca se le hizo una proposición formal de ser miembro, y consecuentemente jamás fue admitido en cuanto tal^[241]».

En aras de la justicia debida tanto a Garrick como al doctor Johnson, creo que es necesario rectificar esta errónea afirmación. La verdad es que no mucho después de instituirse nuestro club, sir Joshua Reynolds le habló de su existencia a Garrick. «Me gusta mucho la idea —dijo éste—, y creo que seré uno de los suyos». Cuando sir Joshua se lo comentó al doctor Johnson, éste se disgustó mucho ante la presunción del actor. «Será uno de los nuestros —dijo Johnson—, sí, ¿y cómo sabe que le permitiremos serlo? Ni siquiera el primer duque de Inglaterra tiene derecho a emplear semejante lenguaje». No obstante, cuando algún tiempo después se hizo la propuesta de ingreso de Garrick como mandaban las normas, si bien Johnson se había dado pasajeramente por ofendido con su arrogancia, le prestó su apoyo con calidez y amabilidad, y fue aceptado en consonancia, fue uno de los miembros más cordiales, y no dejó de asistir a nuestras reuniones hasta su muerte.

La señora Piozzi ha plasmado una versión del mismo modo tergiversada acerca del trato que dio Johnson a Garrick en este particular, exactamente igual que si hubiese hecho uso de esta expresión de desprecio: «Si Garrick de veras solicita su ingreso, lo vetaré. Salta a la vista que en una sociedad como la nuestra uno ha de hallar acomodo sin sufrir los codazos de un chulo o jugador de ventaja».^[c205]

Me llena de contento que una autoridad tan incuestionable como la de sir Joshua Reynolds, así como mi propio conocimiento de los pormenores del caso, me permitan reivindicar de una vez por todas el gran corazón de Johnson y el mérito social de Garrick.^[c206]

Durante este año, con la excepción de lo que hiciera en la revisión de su *Shakespeare*, no hay pruebas de que se dedicara a ningún trabajo literario. Escribió una reseña de *Caña de azúcar; un poema*, de Grainger, en el *Chronicle* londinense. Me dijo que fue el doctor Percy quien escribió la mayor parte de la reseña, aunque deduzco que su recuerdo no era nítido, ya que parece ser mayormente suya, si no lo es en su totalidad. También publicó en la *Critical Review* una reseña† de *El viajero*, el excelente poema de Goldsmith.

La tranquilidad y la independencia que por fin obtuvo gracias a la munificencia del Rey tuvieron por efecto un incremento de su natural indolencia. En sus *Meditaciones* se hace este reproche: «*Viernes Santo, 20 de abril de 1764*. No he hecho reforma alguna de mi carácter; he vivido de un modo totalmente desperdigado, sin aprovechamiento, con pensamientos más sensuales, más aficionado que nunca al vino y a las viandas^[242]». Y a la mañana siguiente se queja con idéntico y pesaroso sentimiento: «Desde mi última recepción del sacramento, mi indolencia se ha hundido en una ciénaga aún más profunda de inactividad; mis disipaciones se han extendido en negligencia aún más desatinada. Mis pensamientos se han empañado con el vaho de la sensualidad, y con la salvedad de que a comienzos de año he sabido sujetar en corto, al menos en cierta medida, el consumo excesivo de licores fuertes, mis apetitos se han impuesto sobre mi capacidad de raciocinio. Me ha envuelto una especie de extraña inconsciencia, a tal extremo que muy a duras penas alcanzo a

saber qué ha sido de todo este pasado año, y noto que tanto los incidentes como la información pasan por encima de mi ser sin causarme la más mínima impresión». Añade con solemnidad: «Ésta no es la vida a cambio de la cual nos es prometido el Cielo^[243]», y hace de todo corazón propósito de enmienda.

Tenía por costumbre observar con piadosa meditación ciertas fechas señaladas; así, Año Nuevo, el aniversario del fallecimiento de su esposa, Viernes Santo, el Domingo de Resurrección y su propio natalicio. Este año dice: «A estas alturas he pasado cincuenta y cinco años en resoluciones vanas, pues desde la fecha más temprana a que mi memoria alcanza a remontarse me he hecho propósitos y planes para llevar una vida mejor. No he hecho nada. La necesidad de hacer algo, así pues, es acuciante, ya que se acorta el tiempo en que algo pueda hacer. Dios mío, concédeme una recta resolución y la fuerza precisa para mantener mis resoluciones, por Jesucristo. Amén^[244]». Rara vez ha de encontrarse tan tierna sensibilidad de conciencia ni tan fervoroso deseo de ser mejor. Sin lugar a dudas, es indecente por parte de quienes se han endurecido en la indiferencia ante toda mejora espiritual recelar de esta piadosa preocupación que con angustia manifiesta Johnson.

Más o menos en esta época le afligió un muy grave rebrote de su trastorno hipocondríaco, que nunca lo había dejado del todo en paz, ni a sol ni a sombra. Estuvo tan enfermo que, a despecho de su muy notorio gusto por rodearse de buenas compañías, se mostró absolutamente adverso a todo trato social, lo cual constituye el síntoma más fatal de cuantos presenta este desorden. Me dijo el doctor Adams, quien en calidad de antiguo amigo suyo tuvo licencia para visitarle, que lo encontró en un estado deplorable, entre suspiros y gemidos, hablando quejumbroso consigo mismo, paseando su inquietud de una estancia a la siguiente. Por lo visto, expresó entonces de modo sumamente enfático el abatimiento en que se hallaba: «Me avendría de buena gana a que se me amputase una extremidad con tal de recobrar mi presencia de ánimo».

La costumbre de hablar consigo mismo, en efecto, fue desde que lo conocí uno de sus rasgos más singulares. Tuve la certeza de que con frecuencia murmuraba pías jaculatorias, pues se le oía mascullar con toda claridad fragmentos del Padrenuestro^[245]. Su amigo Thomas Davies, de quien dice Churchill en su *Rosciada*: «Davies tenía una muy bella esposa», escuchó alguna vez cómo Johnson farfullaba: «No nos dejes caer en la tentación», y exhibiendo un galante sentido del humor le dijo a su esposa al oído: «Eres tú, querida mía, la causa de tal plegaria».

Tenía otra particularidad, sobre la cual ninguna de sus amistades se aventuró jamás a pedir explicación. Se me antojaba una suerte de hábito supersticioso, que habría contraído a muy temprana edad, y para desembarazarse del cual nunca invocó a su capacidad de raciocinio. Se trataba de su ansiedad a la hora de entrar o salir por una puerta o corredor, empleando un número determinado de pasos a partir de un punto determinado, o intentando hacerlo al menos de manera que fuera siempre su pie derecho o su pie izquierdo, no estoy seguro de cuál, el que diera el primer paso al

acercarse a la puerta o corredor de que se tratara. Tal es mi conjetura, no en vano en innumerables ocasiones lo he visto detenerse de pronto y en apariencia contar sus pasos con muy honda concentración; cuando desatendía esta especie de movimiento mágico, o cuando erraba en su ejecución, lo he visto volver sobre sus pasos, adoptar la postura apropiada para dar inicio a la ceremonia y, una vez realizada, poner fin a la abstracción en que se hallaba, seguir caminando como si tal cosa, e incluso avivar el paso y sumarse así a su acompañante. Un curioso ejemplo de esta costumbre suya tuvo lugar incluso a caballo, cuando se encontraba en la isla de Skye^[246]. Sir Joshua Reynolds lo ha visto dar un largo rodeo antes de atravesar cierta callejuela por los campos de Leicester, aunque sir Joshua atribuyó el gesto a la posibilidad de que tuviera un desagradable recuerdo relacionado con la callejuela.

Con el fin de que no se omitan las más mínimas singularidades que adornaban su persona, que constituían aspectos muy llamativos de su porte y su talante, es preciso hacer mención de que mientras hablaba e incluso cuando musitaba, sentado en su sillón, por lo común ladeaba la cabeza sobre el hombro derecho y la agitaba con una especie de temblor, moviendo todo el cuerpo de atrás para delante y frotándose la rodilla izquierda en la misma dirección con la palma de la mano. En los intervalos de la articulación emitía distintos sonidos bucales, a veces como si masticara, y otras veces, como se suele decir, cual si rumiara el asunto, y aun otras con un silbido a medias estrangulado, o chasqueando la lengua contra el cielo de la boca, como si imitara el cacareo de una gallina, e incluso apretándola contra las encías superiores por delante de los dientes, de modo que sobresaliese el labio, como si mascullara deprisa y entre dientes, *ta, ta, ta*, todo lo cual se daba acompañado a veces de una mirada pensativa, pero más a menudo de una sonrisa beatífica. En el transcurso de una acalorada disputa, cuando concluía un argumento y se encontraba por lo general harto fatigado debido a la virulencia con que vociferaba, solía resoplar igual que una ballena. Supongo que ello le aliviaba los pulmones, si bien en su persona tal resoplido parecía una expresión de desprecio, como si así esparciera al aire los argumentos de su adversario igual que se aventa la paja con la brisa.

Tengo plena conciencia de la más que obvia ocasión que aquí proporciono a las burlas de quienes no aprecian de veras la exactitud del retrato, pues si uno aspira a plasmar en su totalidad al retratado no debe desdeñar las pinceladas más ligeras. Ahora bien, si alguien se inclina a atacar este relato, cuando menos tenga el detalle de citar lo que alego en mi defensa.

Pasó algún tiempo ya en verano en Easton Maudit, condado de Northampton, de visita en la residencia del reverendo doctor Percy, nombrado ya Obispo de Dromore. Al margen de la insatisfacción que sintiera ante lo que tenía por lentísima mejoría en su progreso intelectual, descubrimos que dio muestras de su ternura, cordialidad y calidez de afecto, como bien se ve en esta amabilísima carta:

A Joshua Reynolds, con domicilio en Leicester-fields, Londres

Querido señor,

no tuve noticia de la enfermedad que le afligía hasta que supe de su restablecimiento, de modo que se me ha pasado por alto un dolor que todo hombre ha de sentir, y el cual usted conoce tanto como me conoce a mí.

Al no haber tenido especial información de vuestro trastorno, desconozco asimismo en qué estado le deja. Si el entretenimiento que mi compañía pudiera procurarle sirviera para dar el color de la alegría a la natural languidez de un lento restablecimiento, no postergaré en un solo día la hora de ir a visitarle, pues no se me ocurre de qué otro modo podría velar con mayor eficacia por mi propio placer que complaciéndole a usted, ni cómo podría mirar mejor por mi propio interés que mirando por usted, pues si le perdiera perdería casi al único hombre al que considero mi amigo.

Le ruego no deje de darme noticia de su puño y letra, o bien a través de mi querida señorita Reynolds^[247]. Presente mis respetos al señor Mudge. Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1765: ÆTAT. 56.] A comienzos de 1765 hizo una breve visita a la Universidad de Cambridge con su amigo el señor Beauclerk. De esta visita se publicó una animada y pintoresca relación, con especial hincapié en su conducta, en la *Gentleman's Magazine* de marzo de 1785, que consiste en un extracto de una carta del difunto doctor John Sharp. Las dos frases que siguen son muy emblemáticas: «Dio cuenta de ingentes cantidades de té estando conmigo, aun cuando le interrumpiesen muchas e indignadas contrariedades y muchas y muy nobles efusiones de hondo sentimiento»; «Varias personas gozaron de su compañía durante su última noche en Trinity, donde hacia las doce empezó a ponerse grandilocuente; puso a modo a la pobre señora Macaulay, hasta dejarla monda y lironda, e hizo un brindis en su honor, bebiéndosela en dos lingotazos».

El rigor con que realizaba sus exámenes de conciencia, así como su escrupulosa humildad cristiana, sobresale en su pía meditación del Domingo de Resurrección correspondiente a este año: «Hago de nuevo propósito de participar en el bendito sacramento, aun cuando si me paro a considerar con cuánta vanidad he resuelto hasta la fecha, en esta conmemoración anual de la muerte de mi Salvador, mi vida de acuerdo con sus leyes, casi me amedrenta renovar mis resoluciones».

Las palabras con que concluye son muy notables, y demuestran que se hallaba sujeto a una grave depresión de ánimo. «Desde la última Pascua no he reformado ningún hábito pernicioso; he malgastado mi tiempo sin provecho, es como si todo fuera un sueño que nada me ha dejado. *Mi memoria se torna cada vez más confusa, no sé cómo pasan los días por encima de mí.* Dios mío, ¡líbrame de esto^[248]!».

No hubo hombre que con más gratitud se mostrase sensible como Johnson ante los detalles de amabilidad que se le prodigaban. En su diario de este año aparece citada una pequeña circunstancia que lo sitúa bajo una luz muy afable.

2 de julio. Pagué al señor Simpson diez guineas que me había prestado en un momento de necesidad, por lo cual Tetty me manifestó su gratitud.

8 de julio. Presté al señor Simpson otras diez guineas.

Aquí se encontró con la placentera oportunidad de tener con un viejo amigo la misma amabilidad que anteriormente había recibido de él. Ciertamente, su generosidad en cuestiones de dinero era muy digna de nota. La siguiente entrada de su diario dice así:

«16 de julio. Recibí 75 libras. Presté 25 al señor Davies».

El Trinity College de Dublín sorprendió en aquel entonces a Johnson con un elogio espontáneo, a saber, el otorgamiento de los más altos honores académicos, nombrándolo doctor en Leyes. El diploma, que obra en mi poder, reza como sigue:

ÓMNIBUS ad quos praesentes literae pervenerint, salutem. Nos Praepositus et Socii Séniores Collegii sacrosanctae et individuae Trinitatis Regine, Elizabethae justa Dublin, testamur; Samueli Johnson, Armígero, ob egregiam scriptorum elegantium et utilitatem, gratiam concessam fuisse pro gradu Doctoratus in utroque jure, octavo die Julii, Anno Domini millesimo septingentésimo sexagesimo-quinto. In cujus rei testimonium singulorum manus et sigillum quo in hisce utimur apposuimus; vicésimo tertio die Julii, Anno Domini millesimo septingentésimo sexagesimo-quinto.

GUL. CLEMENT FRAN. ANDREW
THO. WILSON PRAEPS
THO. LELAND

Esta distinción no solicitada, conferida a un personaje de las letras tan grandioso, prestó sin duda un gran servicio al juicio y al espíritu generoso de esa erudita corporación. Johnson hizo debido reconocimiento de la distinción en una carta al doctor Leland, una de tantas, aunque no he sido capaz de hacerme con una copia de la misma.

Parece ser que en este año fue presa, así fuese de un modo pasajero, de un ataque de ambición, pues dedicó no pocos pensamientos tanto a la posibilidad de estudiar Leyes como de dedicarse a la política. Su «Oración ante el estudio de las Leyes» es verdaderamente admirable:

26 de septiembre de 1765

Señor Dios Todopoderoso, dador de sabiduría, sin cuya ayuda son vanas todas las resoluciones, sin cuya bendición es ineficaz todo estudio, capacítame, si tal es tu voluntad, para obtener los conocimientos que puedan cualificarme para dirigir por buen camino a quienes dudan, para instruir a los ignorantes, para impedir la comisión de fechorías y para poner punto final a los contenciosos; otórgame el don de emplear los conocimientos que obtenga a mayor gloria tuya y por mi propia salvación. Por Jesucristo Nuestro Señor, amén^[249].

Su oración con vistas a convertirse en político se titula «Para entrar en política con H —n», sin duda su buen amigo, el honorable William Gerard Hamilton, al cual, gracias a su prolongado trato, tenía en muy alta estima, y a cuya conversación una vez rindió el mayor de sus cumplidos: «Muy contrario me siento, señor, a quedarme solo, de modo que acompaño a mis visitantes, cuando marchan, por el primer tramo de las escaleras, con la esperanza de que quizá quieran volver sobre sus pasos; con vos, señor, dispuesto estoy a bajar hasta la puerta de la calle». A qué departamento en particular tenía interés en dedicarse es algo que no se aclara, y que tampoco acierta a explicar el señor Hamilton^[250]. Su oración se mantiene en términos más bien generales: «Esclareced mi entendimiento mediante el conocimiento del bien, y gobernad mi voluntad de acuerdo con vuestras leyes, de modo que ningún embuste ni falsedad me lleven a engaño, de modo que ninguna tentación me corrompa, de modo

que pueda siempre trabajar encarecidamente por el bien y para estorbo del mal^[251]». En su diario ni una sola entrada hace referencia a esta cuestión.

Se vio señalado este año con el comienzo de su amistad con la familia del señor Thrale, uno de los más eminentes fabricantes de cerveza de toda Inglaterra, miembro del Parlamento por el burgo de Southwark. No poco se pasman los extranjeros cuando tienen conocimiento de que hubo y hay cerveceros, destiladores de licores y hombres de parecidas ocupaciones comerciales que han sido elevados a la categoría de personas de muy alta consideración. En este país de vocación comercial es en el fondo natural que una profesión que produce tan gran riqueza sea tenida por muy respetable, y no cabe duda que cualquier industria cultivada con honradez tiene derecho a la más alta de las estimas. Ahora bien, tal vez los progresos ascendentes y demasiado rápidos de algunos hombres de baja extracción tiendan a menoscabar el valor de la distinción que es propia del nacimiento y la nobleza, y que siempre se ha considerado muy provechosa para el amplio y generalizado sistema de la subordinación. Johnson a menudo hacía esta descripción del modo en que ascendió el padre del señor Thrale: «Trabajó por un sueldo de seis chelines semanales en la gran fábrica de cerveza que con el tiempo pasó a ser suya. El propietario de la misma tenía una sola hija que se había casado con un noble. No era adecuado que un par del reino continuara al frente del negocio. Por consiguiente, a la muerte del anciano se procedió a la venta del negocio. Fue asunto difícil encontrar un comprador para una propiedad tan importante; al cabo de algún tiempo se sugirió que sería aconsejable tratar el asunto con Thrale, hombre sensato, activo, honrado, que había estado empleado en la casa, y se decidió transferirle la totalidad del negocio por treinta mil libras, tras tomar medidas con respecto a la hipoteca de la propiedad. Se acordó en consonancia la transacción. En el plazo de once años, Thrale saldó el montante de la compra. Amasó una gran fortuna y llegó a ser miembro del Parlamento por Southwark. Ahora bien, lo más notorio fue la generosidad con que empleó su riqueza. Dio a su hijo y sus hijas la mejor educación posible. La estima que su buena conducta le procuró por parte del noble que se había desposado con la hija del antiguo dueño le valió ser tratado con gran deferencia; su hijo, tanto en la escuela como en la Universidad de Oxford, se relacionó con jóvenes del más alto rango. La asignación que le concedió su padre tras terminar sus estudios universitarios fue espléndida: no menos de mil libras al año. En un hombre que había tenido un ascenso como el de Thrale, esto fue muestra extraordinaria de una gran generosidad. Como él solía decir: “Si este cachorro no encuentra tanto como supone cuando yo ya le falte, que no se olvide de que mucho ha tenido a lo largo de mi vida”».

Aun cuando disfrutaba de una situación opulenta, el hijo tuvo el suficiente sentido común de proseguir al frente del negocio de su padre, que llegó a ser de tal envergadura que una vez, recuerdo, me comentó que no lo dejaría ni siquiera a cambio de una asignación anual de diez mil libras. «No es que —me dijo— le saque tanto, pero es todo un patrimonio para una familia». Como sólo tuvo hijas, la

propiedad se vendió por la inmensa cantidad de ciento treinta y cinco mil libras, espléndida prueba de lo que es posible llegar a hacer mediante un comercio bien asentado a lo largo de un periodo más o menos largo.

Habrán quienes prefieran pensar que podría establecerse todo un nuevo sistema nobiliario^[252] sobre la base de principios completamente distintos de los imperantes hasta la fecha. Cabría señalar que nuestra heráldica se adecúa en la actualidad a los tiempos de barbarie en que tuvo sus orígenes. Se funda principalmente sobre méritos feroces, sobre la excelencia en el campo de lo militar. Y por ello cabe preguntarse por qué, en tiempos civilizados como son los nuestros, no debieran existir rangos y honores que se basaran en determinados principios, los cuales, de manera independiente de las costumbres de antaño, son sin duda alguna no menos dignos que aquéllas, amén de que toda vez que se les vinculara con la elevación y la precedencia, alcanzarían el mismo grado de dignidad en nuestra imaginación. ¿Por qué razón no iban a tener pleno derecho tanto el saber como la destreza, tanto la experiencia como la persistencia, así como los riesgos que con vehemencia se corren en la aventura del comercio, cuando se ven coronados por el éxito, a obtener esas honrosas distinciones por las cuales la humanidad entera se halla universalmente cautivada?

Tales son los argumentos especiosos, pero a la sazón falsos, que se esgrimen en defensa de una proposición que siempre habrá de hallar numerosos abogados, máxime en una nación en la que los hombres a diario dan el salto de la oscuridad a la riqueza. No es menester detenerse a refutarlos. El sentido común de la humanidad entera clama con fuerza irresistible que «*Un gentilhomme est toujours un gentilhomme*».

El señor Thrale se había casado con la señorita Hester Lynch Salusbury, de una familia galesa de buena extracción, dama de vivaz talento mejorado si cabe por la educación. Que la introducción de Johnson en el seno de la familia del señor Thrale, que tanto iba a aportar a la felicidad de que gozó en su vida, se debiera al deseo que tuviera ella de gozar de la conversación del sabio es suposición muy verosímil y extendida, pero no se ajusta a la verdad. El señor Murphy, que era íntimo amigo del señor Thrale, le había hablado muy bien de Johnson y, debido a ello, se le pidió que los presentara. Mencionado este deseo a Johnson, éste aceptó una invitación formal para almorzar en casa de Thrale, y tanto le complació la recepción que le dio el matrimonio, y tan contentos quedaron tanto el señor como la señora Thrale, que las invitaciones a su casa fueron cada vez más frecuentes, hasta que por fin llegó a ser un miembro más de la familia y se le preparó el debido alojamiento tanto en la casa de Southwark como en la villa que poseían en Streatham.^[c207]

Johnson sentía muy sincera estima por el señor Thrale, hombre de principios excelentes, con gran destreza en el comercio, de sólido entendimiento y modales, como corresponde al carácter de un caballero inglés sencillo e independiente, hecho y derecho. Como quiera que esta familia ha de aparecer mencionada con gran frecuencia en el transcurso de las páginas que siguen, y como ha prevalecido la falsa

idea de que el señor Thrale era un hombre inferior e incluso en cierto modo insignificante en comparación con la señora Thrale, acaso convenga aportar una impresión más veraz del caso, tomada de la autoridad misma de Johnson y expresada con sus propias palabras.

«No conozco un hombre —dijo— que sea más dueño de su esposa y más señor de su familia que Thrale. Basta con que alce un dedo para que se le obedezca. Craso error es el de suponer que ella le supera con creces en lo que se refiere a los conocimientos librescos. Ella es más frívola y locuaz, pero él posee conocimientos de humanidades diez veces superiores a los de ella; él es un humanista corriente y moliente, mientras ella posee el acervo de un estudiante en uno de los cursos inferiores». Mis lectores tal vez deseen, es natural, disponer de una representación física de la pareja. El señor Thrale era un hombre de gran estatura, bien proporcionado, señorial. En cuanto a *madam*, o *mi señora*, que ambos epítetos empleaba Johnson para referirse a la señora Thrale, era de corta estatura, regordeta y vivaracha. Ella misma nos ha dejado una animada descripción de la idea que Johnson se había formado acerca de su persona, al presentarse ante él con un vestido de color oscuro: «Ustedes, las personas menudas, jamás deberían ponerse esa clase de prendas, pues son de todo punto inapropiadas. ¿Es que no gastan todos los insectos alegres colores?». [c208] El señor Thrale concedía a su esposa amplísima libertad, por no decir generosa indulgencia, tanto en la elección de sus amistades como en su manera de agasajarlas. Comprendió y valoró a Johnson cabalmente, desde el día en que se conocieron hasta el día de su muerte. La señora Thrale quedó encantada con la conversación de Johnson por sí misma, amén de haber cedido a la muy disculpable vanidad de aparecer ante los demás honrada por las atenciones de un hombre tan célebre.

Nada pudo resultar más venturoso para Johnson que esta amistad. Gozó en las residencias del señor Thrale de todas las comodidades e incluso de los lujos y regalos de la vida; se distrajo de su melancolía, que terminó por disiparse, y sus hábitos irregulares se morigeraron bastante gracias a su relación con esta familia de trato agradable y ordenado. Se le trató siempre con el mayor de los respetos, e incluso con afecto. La vivacidad de la conversación de la señora Thrale en materia de literatura le dio ánimos renovados, incluso cuando estaban los dos a solas. Sin embargo, no sucedió así muy a menudo, pues allí encontró una sucesión constante de lo que mayor placer le producía, esto es, la sociedad de los cultivados, los ingeniosos, los eminentes y destacados en todos los sentidos; bajo su techo se reunían en gran número, todo lo cual sacó a relucir sus maravillosas dotes de conversador, amén de compensarle con una admiración a la que ningún hombre puede ser ni mostrarse inmune.

En octubre de este año [253] por fin dio a la stampa y al mundo de los lectores su edición de Shakespeare, la cual, si no tuviera más mérito que el de contener su *Prefacio*, en el cual se despliegan las excelencias y los defectos del inmortal bardo

con mano magistral, no daría motivo de queja ninguna a la nación. Una admiración ciega e indiscriminada por Shakespeare había dejado expuesta a la nación británica a la lógica ridiculización de que quisieran hacerla objeto los extranjeros. Sus alabanzas eran como las de un consejo que puja fuerte por su propio bando en un litigio; la de Johnson fue en cambio parecida a la opinión grave, medida e imparcial de un juez, que emana de sus labios cargada de todo su peso y se recibe con respeto reverencial. Lo que supo hacer en calidad de comentarista no posee poco mérito, aunque sus indagaciones no fueron tan amplias ni sus investigaciones tan agudas como podrían haber sido, tal como hoy bien sabemos por los trabajos de otros críticos muy capaces e ingeniosos que lo han seguido por esta senda. Ha enriquecido su edición con una concisa relación de cada una de las obras teatrales, todas ellas con su característica excelencia. Muchas de sus notas han servido para esclarecer ciertas oscuridades del texto, y han situado pasajes eminentes por su belleza bajo una luz más conspicua; asimismo, en líneas generales, ha exhibido tal destreza en las anotaciones que sin duda serán beneficiosas para todos los editores subsiguientes.

Su *Shakespeare* fue objeto de un virulento ataque por parte del señor William Kenrick, ^[a nota 120, Vol. III] que se había licenciado en Leyes por una universidad de Escocia, y que escribió a comisión de los libreros en muy variadas ramas del saber. Aunque no careciera de mérito considerable, escribió con tan poco respeto por la decencia y los principios, y por el decoro elemental, además de hacerlo de manera tan presurosa, que su reputación nunca fue ni muy extendida ni muy duradera. Recuerdo una velada en que se mencionaron algunas de sus obras, y el doctor Goldsmith dijo que jamás las había oído nombrar, a lo cual el doctor Johnson observó: «Señor, es uno de los muchos que se han hecho *públicos*, aunque sin darse a *conocer*». ^[c209]

Un joven estudiante de Oxford, llamado Barclay, escribió una respuesta a la reseña que hizo Kenrick del *Shakespeare* de Johnson. Éste en un principio se molestó porque el ataque de Kenrick hubiera merecido siquiera una respuesta. Después, considerando las buenas intenciones del joven, tuvo la amabilidad de reconocer su empeño, y es probable que hubiera hecho más por él, si el joven no hubiera muerto.

En su *Prefacio a Shakespeare*, Johnson trató a Voltaire con un gran desprecio, observando, a partir de alguno de sus comentarios, que no eran sino «mezquinos reparos de mentes mezquinas». Voltaire, a modo de venganza, lanzó un ataque en toda regla contra Johnson, dentro de una de las muy numerosas incursiones literarias tuyas que recuerdo haber leído, aunque como no existe un índice general de sus muy voluminosas obras lo he buscado y ha sido en vano, por lo cual no puedo citarlo ahora.

Voltaire era un antagonista contra el cual pensé que Johnson no habría desdeñado entrar en liza. Le apremié para que contestara. Dijo que tal vez lo hiciera, pero nunca fue así.

Como tuvo ocasión el señor Burney de escribir a Johnson para pedirle algunos recibos de suscripciones para su *Shakespeare*, que éste había olvidado remitir cuando

se le pagó ese dinero, aprovechó la oportunidad para agradecer a Johnson por el inmenso placer que le había procurado el atento examen de su *Prefacio a Shakespeare*, que si bien en un principio dio lugar a un recio clamor en su contra hoy se cuenta con justicia entre sus escritos más excelsos. A esta carta respondió Johnson de este modo:

A Charles Burney, en Poland Street

16 de octubre de 1765

Señor,

lamento que su bondad conmigo le haya acarreado tantos contratiempos, aunque haya puesto buen cuidado en aplacar esa pena gracias al placer que me produce contar con su visto bueno. Defiendo mi crítica del mismo modo con usted. Hemos de confesar los defectos de nuestro favorito para que gane credibilidad nuestro halago de sus excelencias. Quien se jacte, ya sea en sí o para otro, de gozar de los honores de la perfección, sin duda redundará en perjuicio de la reputación que pretende asistir.

Tenga la bondad de extender mis cumplidos a su familia. Soy, señor, su más atento y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

De uno de sus diarios he transcrito lo que sigue:

En la iglesia, oct. —65.

Evitar toda singularidad. *Bonaventura*^[254].

Llegar antes de que comience el servicio; componer el ánimo con la meditación, o leyendo pasajes de las escrituras. *Tetty*.

Si atino a oír bien el sermón, prestarle atención a no ser que la atención devenga más molesta que provechosa. ^[c210]

Considerar el acto de la oración como reposo de mí mismo en Dios y resignación de todo en sus sagradas manos.

VOLUMEN II
1766-1776

1766: ÆTAT. 57.] En 1764 y 1765 diríase que el doctor Johnson estuvo tan ajetreado y afanoso en preparar su edición de Shakespeare que poco tiempo le quedó para ningún otro empeño literario, ni tampoco para atender su correspondencia particular.^[c1] No tuvo a bien escribirme una sola carta durante más de dos años, de lo cual se verá que a su debido tiempo pidió disculpas.

En cambio, estuvo en todo momento listo a prestar ayuda a sus amigos, y a meros conocidos, en la revisión de sus obras, amén de escribir para ellos o mejorar sustancialmente sus dedicatorias. En ese género de composición esencialmente cortés nadie sobresalió tanto como el doctor Johnson. Aunque su altanería intelectual le impidió firmar una sola dedicatoria con su propio nombre, fueron muchas las que compuso en beneficio ajeno. Algunos, me refiero a las personas a las que así favoreció sin dejar constancia, no están deseosos de que esto se haga público, entiendo que por un recelo excesivo y por temor a que se pueda sospechar que recibieron una ayuda incluso mayor;^[c2] hay otros que, luego de toda la diligencia que he dedicado al asunto, han dado largas a mis consultas. Hace ya muchísimos años me dijo que «creía haber escrito dedicatorias dirigidas a todos los miembros de la familia real», y que le era indiferente sobre qué versara la obra dedicada, siempre y cuando fuera inocente. Una vez dedicó cierta música para flauta travesera a Edward, Duque de York. Cuando escribía dedicatorias en nombre ajeno de ningún modo consideraba que diera voz a sus propios sentimientos.

A pesar de su prolongado silencio, nunca dejé yo de escribirle cuando tuve algo digno de comunicarle. Por lo común guardaba copia de las cartas que le escribía para disponer de una visión completa de nuestra correspondencia y no estar en desventaja a la hora de entender cualquier referencia que hubiera en sus cartas. Él conservó la mayor parte de las mías con esmero, y poco antes de su muerte las ordenó y lacró en varios fajos con el fin de que me fueran devueltas, como en efecto se hizo. Entre ellas encontré una de la que no hice copia, y que reconozco haber leído con fruición a una distancia de casi veinte años. Está fechada en noviembre de 1765, en el palacio de Pascal Paoli en Corte, capital de Córcega, y rebosa generoso entusiasmo. Tras hacer un esbozo de lo que había visto y oído en la isla, le decía así: «Me atrevo a decir que éste está siendo un viaje lleno de entusiasmo. Me atrevo a emplazarle a que me dé su opinión».

Esta carta suscitó la respuesta siguiente, que encontré a mi llegada a París.

Al señor Boswell, *chez Sr. Waters, Banquier, à Paris*

Johnson's Court, Fleet Street,
14 de enero de 1766

Querido señor,

rara vez sirve de nada pedir disculpas. Aplazaremos hasta su regreso las razones, buenas o malas, por las que he sido tan ingrato corresponsal y le he escatimado mis cartas. Quede por la presente seguro de que ni un ápice ha menguado la estima ni el afecto con que le despedí en Harwich. Tanto una como otro han aumentado con todo lo que me ha referido acerca de usted y de otros;^[c3] a su retorno ha de encontrar a un amigo inalterado y, espero, inalterable.

Todo cuanto de mí puede temer es el enojo que me causaría si me decepcionase. A nadie le agrada frustrar las expectativas que se formen en su favor, y el disfrute que me prometo a partir de sus notas y comentarios es tan grande que tal vez no sea posible poner atención ni discernimiento en grado suficiente para permitírmelo.

Pero no deje de venir, tiene la suerte. Ansío verle y oírle; espero que no volvamos a pasar tanto tiempo separados. No deje de venir a verme, y cuente con recibir tal acogida como la bienvenida que se da a quien sabia y noble curiosidad ha llevado quizá a donde nunca estuvo ningún nativo de este país.

No tengo noticias que contarle, nada que merezca ser puesto en su conocimiento. Y tampoco quisiera menguar a propósito el placer que cualquier novedad pudiera producirle a su regreso. Mucho me temo que se nos haga difícil conservar entre nosotros un intelecto que, como el suyo, durante tanto tiempo se ha regalado con el gran festín de la variedad. Pero probemos pese a todo, a ver de qué nos sirven la estima y el afecto.

Como la liberalidad de su señor padre le ha permitido a usted la indulgencia de hacer tan largo viaje y de tanto divagar, no me cabe duda de que verá en su salud achacosa o incluso en el deseo que tiene de verle razón más que suficiente para adelantar su regreso. Cuanto más vivimos y cuanto más pensamos, mayor es el valor que aprendemos a dar a la amistad y a la ternura de nuestros padres y amigos. Padre y madre no tenemos más que uno y demasiado se promete quien ingresa en la vida contando con hallar muchos amigos. Sea cual fuere el motivo, tengo la esperanza de verle pronto por aquí, y quiero pensar incluso que le induzca a regresar pronto el que tanto lo desee, mi querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Regresé a Londres en febrero y me encontré al doctor Johnson acomodado en una buena casa de Johnson's Court, Fleet Street, en cuya planta baja tenía sus aposentos la señorita Williams, mientras que el señor Levett ocupaba su puesto en la buhardilla. El fiel Francis seguía estando a su servicio. Me recibió con gran amabilidad. Los fragmentos que he conservado de nuestra primera conversación son los que siguen: le dije que Voltaire, conversando conmigo, había distinguido a Pope y Dryden de este modo: «Pope conduce un buen calesín, con un par de buenos rocines enjaezados; Dryden en cambio lleva un carruaje con tiro de seis caballos, con postillones y todo». JOHNSON: «Pues no, señor. Lo cierto es que van ambos en el pescante de sendos carruajes, cada uno con tiro de seis caballos, sólo que los de Dryden ora van a galope tendido, ora trastabillan, mientras que los de Pope llevan un trote constante».^[1] Dijo de *El viajero*, de Goldsmith, puesto en circulación durante mi ausencia, que «no se ha publicado un poema tan espléndido desde los tiempos de Pope».

Y aquí es de justicia zanjar con auténtica precisión una cuestión que largo tiempo ha corrido en boca del público, relativa a que fuera Johnson autor de una parte

considerable de dicho poema. Es indudable que gran parte de los sentimientos y expresiones que contiene fueron extraídos de largas conversaciones con él, y está probado que fue sometido íntegramente a su amistosa revisión; ahora bien, en 1783, a petición mía, marcó a lápiz los versos que había aportado, que son solamente el 420: «de parar en exceso temeroso, cansado en exceso de seguir», y los diez últimos versos con la excepción del penúltimo pareado, que diferencio en bastardilla:

Qué pequeña parte, de cuantas soporta el alma humana,
es la que los reyes o las leyes causan o sanan.
Aún para nosotros en cualquier parte consignada,
nuestra propia felicidad forjamos, o damos por hallada;
con secreto rumbo, que ninguna sonora tormenta altera,
se desliza suave la corriente de alegría plácida y casera.
*El hacha alzada, la rueda agonizante,
de Lucas la corona de hierro, de Damián
el lecho de acero punzante,*
a los hombres alejados del poder, rara vez conocidos,
dejan razón, fe y conciencia en nuestras manos esclarecidos.

Y añadió: «De éstos puedo dar garantías».^[c4] Representan una pequeña porción del total, que consta de 438 versos. Goldsmith, en el dístico insertado, habla de Lucas como si fuera una persona de sobra conocida, y cualquier lector superficial o apresurado ha pasado por ello sin detenerse; los que hayan prestado más atención han sentido idéntica perplejidad al ver a Lucas que al ver a Lydiat en *La vanidad de los deseos del hombre*. La verdad es que el propio Goldsmith incurrió en un error inadvertido. En la *respublica hungarica*^[c5] aparece una crónica de una rebelión a la desesperada que en el año de 1514 encabezaron dos hermanos apellidados Zeck, llamado uno Jorge y el otro Lucas. Aplastada la rebelión, fue a Jorge, y no a Lucas, al que se le castigó obligándole a llevar una corona de hierro candente: «*corona candescente ferrea coronatur*». La misma y severísima tortura fue impuesta al Conde de Athol, uno de los asesinos del rey Jacobo I de Escocia.

El doctor Johnson en la misma ocasión me hizo el favor de señalarme los versos que proporcionó a *La aldea desierta*, poema de Goldsmith, que son los cuatro últimos:

El orgulloso imperio del comercio veloz se apresura en su pudrición
a la par que la trabajada mole barre el océano en su destrucción,
y el poder que sólo de sí depende puede al tiempo desafiar
mientras resisten las rocas los embates del cielo y del mar.

Hablamos de la educación. «Hoy en día —dijo— se tiene en general la extraña idea de que todo debiera impartirse por medio de lecciones y conferencias. Yo la verdad es que no entiendo que eso pueda ser ni la mitad de aconsejable que la lectura de aquellos libros de los que están tomadas las lecciones y las conferencias. No sé de nada que se enseñe mejor con este método, salvo si se muestran experimentos. Con lecciones bien se puede enseñar Química. ¡Con conferencias bien se podría enseñar a

hacer zapatos!».

De noche cené con él en la Taberna de la Mitra, con el fin de reanudar nuestro trato íntimo en sociedad en el mismo lugar en que tuvo origen. No obstante, se había producido un cambio considerable en su manera de vivir. Tras haber padecido una enfermedad en el transcurso de la cual se le aconsejó que dejara el vino, se abstenía del licor y sólo bebía agua o limonada.

Le conté que un amigo suyo extranjero,^[c6] a quien había conocido en el transcurso de mis viajes, estaba tan desdichadamente pervertido y convertido al descreimiento de los infieles que trataba toda esperanza de inmortalidad con brutal liviandad, y llegaba a decir: «Como ha de morir el hombre igual que un perro, yazga igual que un perro». JOHNSON: «Si es que muere como un perro, que yazga como un perro». Añadí algo que este hombre me había dicho: «Detesto a la humanidad, pues me considero uno de sus mejores especímenes, y bien sé lo malo que soy». JOHNSON: «Muy singular ha de ser en su opinión si se tiene por uno de los mejores, ya que ninguno de sus amigos piensa eso mismo de él». «No —dijo más tarde—, ningún hombre sincero puede ser deísta, pues nadie podría serlo tras un examen justo de las pruebas que obran a favor del cristianismo». Cité a Hume.^[a nota 139, Vol. III] JOHNSON: «Se equivoca, señor: Hume reconoció ante un clérigo del obispado de Durham que nunca había leído el Nuevo Testamento con la debida atención». Comenté la idea de Hume, a saber, que todos los que son felices son felices por igual, sea una muchachita que estrena un vestido nuevo para el baile de su escuela, un general al frente de un ejército victorioso, o un orador tras pronunciar un discurso elocuente ante el pleno de una asamblea. JOHNSON: «No es cierto que todos los que son felices lo sean por igual. Un campesino y un filósofo quizá estén *satisfechos* por igual, pero no son *felices* en la misma medida. La felicidad consiste en la multiplicidad de la conciencia de lo placentero. No tiene un campesino capacidad para gozar de la misma felicidad que un filósofo». Recuerdo que esta misma cuestión la ilustró de modo muy acertado, en relación con Hume, el reverendo señor Robert Brown, estando yo en Utrecht: «Un vaso pequeño y otro grande —señaló— pueden estar colmados por igual, hasta el borde, pero el grande contiene más agua que el pequeño».

El doctor Johnson estuvo muy amable esa noche. «Ha vivido usted —me dijo— veinticinco años, y les ha sacado un buen rendimiento». «Por desgracia —repose—, mucho me temo que no. ¿Sé acaso algo de Historia? ¿Tengo conocimientos de Matemáticas? ¿He aprendido lo elemental de las leyes?». JOHNSON: «Señor mío, por más que sus conocimientos de ciencia no le permitan dedicarse a su enseñanza, y así como tampoco domina ninguna profesión tan a fondo como para ejercerla con bien, la masa general de conocimientos que ha adquirido sobre los libros y los hombres sí le otorga la capacidad de hacerse dueño de cualquier ciencia, y le adecua para el ejercicio de cualquier profesión». Le dije que un amigo un poco tarambana^[c7] me aconsejó que no me dedicara a la abogacía, porque en ese terreno me sobrepasaría

cualquier majadero que tuviera tesón. JOHNSON: «En la parte formularia y estatutaria de las leyes, un majadero con tesón quizá le sobrepase, pero en la parte ingeniosa y racional, un majadero nunca podrá sobresalir, por mucho tesón que ponga».

Hablé del modo de conducta que no pocos han adoptado con el fin de medrar en el mundo, vale decir, cortejar a los hombres de grandeza, y le pregunté si alguna vez se había sujeto a tal sistema. JOHNSON: «Señor, difícilmente, pues nunca estuve tan cerca de los hombres de grandeza para dar en cortejarlos. Quizá sea prudente arrimarse a uno de los hombres de grandeza contrastada, pero siendo sin embargo independiente. Ahora bien, no debe uno hacer lo que considere erróneo; además, señor, uno debe calcular bien, y no pagar demasiado caro lo que se tiene. Dicho de otro modo, no debe uno pagar un chelín en cortejos a cambio de un beneficio que a lo sumo valga seis peniques. No obstante, si puede obtener un beneficio que valga un chelín pagando sólo seis peniques en cortejos, será un bobo si no se pliega a rendir pleitesía».

«Si debe permitirse la existencia de conventos —dijo—, tendrían que servir de retiro solamente a personas incapaces de servir al público, o bien que ya hayan cumplido ese servicio. Nuestro primer deber consiste en estar al servicio de la sociedad; una vez cumplido ese deber, podemos dedicarnos de lleno a la salvación de nuestras almas. No conviene fomentar la pasión juvenil por la devoción abstracta».

Introduje el asunto de la clarividencia y otras manifestaciones misteriosas, el cumplimiento de las cuales, sugerí, podría deberse al azar. JOHNSON: «Sí, así es, pero se han producido tan a menudo que la humanidad ha llegado al acuerdo de que no son fortuitas».^[c8]

Conversé largo y tendido con él sobre lo que había visto en Córcega, así como acerca de mi intención de publicar una relación de todo ello. Me animó a que lo hiciera: «No podrá llegar al fondo de la cuestión —me dijo—, pero todo lo que nos cuente será nuevo para nosotros. Aporte tantas anécdotas como esté en su mano».

Nuestro siguiente encuentro en la Mitra tuvo lugar el sábado 15 de febrero, cuando le presenté a mi viejo e íntimo amigo, el reverendo señor Temple, entonces agregado en Cambridge. Al decirle que había pasado algún tiempo con Rousseau en su retiro campestre, y al citar alguna observación vertida por el señor Wilkes, con quien había pasado yo muchas horas gratas en Italia, Johnson dijo con sarcasmo: «Parece que ha gozado usted de muy buena compañía en el extranjero: ¡Rousseau y Wilkes, nada menos!». Convencido de que era suficiente con defenderlos de uno en uno, nada dije de mi amigo el tarambana, y respondí sonriente: «Querido amigo, no dirá de Rousseau que es mala compañía. ¿Realmente le considera un hombre malo?». JOHNSON: «Señor, si todo esto se lo toma a broma, no diré nada más. Si en cambio quiere que hablemos en serio, le digo que lo creo uno de los peores hombres que hay en el mundo, un bribón que debería estar excluido de todo trato social, como de hecho ha sucedido. Son tres o cuatro las naciones que lo han expulsado de su

territorio, y es una vergüenza que goce de protección en este país»^[c9]. BOSWELL: «No negaré, señor, que su novela pueda quizá haber causado daño, pero no puedo creer que tuviera mala intención». JOHNSON: «Eso no sirve. No se puede probar que la intención de nadie haya sido mala. Puede usted descerrajarle una bala en la cabeza a quien sea y decir que no era su intención hacerle daño: el juez lo condenará a la horca. Alegar que no medió intención, cuando el daño ya está hecho, no es admisible ante un tribunal. Rousseau, señor mío, es un hombre perverso. Yo antes firmaría una sentencia para proceder a su expulsión que a la de cualquier felón a quien se haya condenado recientemente en el tribunal del Old Bailey. Sí, no me desagradaría mandarlo a realizar trabajos forzados en las plantaciones».^[c10] BOSWELL: «¿Lo cree tan perjudicial como Voltaire?». JOHNSON: «Es difícil establecer en cuál de los dos hay mayor iniquidad».

Me pareció muy chocante tanta y tan virulenta animadversión, no en vano había leído muchos de los briosos y convincentes escritos de Rousseau con gran placer e incluso con provecho, por parecerme edificantes, amén de haber disfrutado de su trato personal. Y acababa de regresar del continente, donde en general se le tenía admiración. Tampoco puedo conceder que merezca la severísima censura que decretó Johnson sobre su persona y su obra. Su absurda preferencia por la vida asilvestrada y al natural antes que la vida civilizada, así como otras singularidades, son prueba más de un grave defecto en su entendimiento que de manifiesta depravación en su sentir. Y a pesar de la desfavorable opinión que muchos hombres indignos han manifestado sobre su *Profesión de fe del vicario saboyardo*, yo no puedo menos que admirarla, pues se trata de la ejecutoria de un hombre pleno de sincera y reverencial sumisión al Misterio Divino, aunque asediado por dudas y perplejidades invencibles, estado de ánimo que conviene contemplar más con piedad que con ira.

Sobre uno de sus temas preferidos, el de la subordinación, dijo Johnson: «Hasta la fecha, mucho dista de ser cierto que los hombres sean iguales por naturaleza, tanto que dos personas no pueden pasar juntas media hora sin que una adquiera una evidente superioridad sobre la otra».

Le comenté el consejo que nos dan los filósofos, a saber, que busquemos consuelo, cuando estemos abatidos o avergonzados, pensando en aquellos que se encuentren en una situación aún peor que la nuestra. Señalé que no podía aplicarse a todos los hombres, pues habrá quienes a nadie tengan en peor situación que ellos. JOHNSON: «Desde luego que los hay, sólo que no lo saben. No hay nadie tan pobre y despreciable que no piense que aún hay alguien más pobre y más despreciable que él».

Como mi estancia en Londres esta vez fue muy breve, no tuve muchas ocasiones de estar con el doctor Johnson, si bien la veneración que por él tenía no mermó ni un ápice por el hecho de haber visto yo *multorum hominum mores et urbes*.^[c11] Por el contrario, al estar yo provisto de la capacidad de compararlo con muchas de las

personas más célebres de otros países,^[c12] mi admiración por su intelecto extraordinario sólo vino a aumentar y a confirmarse.

La aspereza de que a veces hacía gala en sus modales, en efecto, se me antojó tanto más llamativa por haberme habituado a las costumbres estudiadas, suaves y cumplidas del continente. Con toda claridad reconocí en él, no sin gran respeto por su sincero celo de conciencia, el mismo tono indignado y sarcástico ante cualquier intento de socavar o debilitar los buenos principios.

Una tarde, un joven caballero^[c13] le importunó contándole el descreimiento de su criado, del cual dijo que no daba crédito a las Escrituras porque no podía leerlas en sus lenguas originales, razón por la cual no podía estar seguro de que no fueran inventadas. «Vamos —dijo Johnson—, pues muy botarate ha de ser el sujeto, ¿o acaso cuenta con mejor autoridad para todo aquello en lo que cree?». BOSWELL: «Entonces, señor, el vulgo nunca sabrá si está en lo cierto, y tendrá por tanto que someterse al dictamen de los cultos». JOHNSON: «Sin duda. El vulgo lo forman los hijos del Estado, y como a un niño ha de tratársele». BOSWELL: «Entonces, señor, ¿un pobre turco ignorante ha de ser mahometano tal como un pobre ignorante inglés ha de ser cristiano?». JOHNSON: «Naturalmente. ¿Y qué? Todo eso son bobadas como las que le decía yo a mi madre cuando empecé a creer que era un tipo listo. Y debería haberme dado una buena tunda».

Otra tarde fuimos a visitarlo el doctor Goldsmith y yo con la esperanza de persuadirlo para que cenara con nosotros en la Taberna de la Mitra. Lo hallamos indispuerto y resuelto a no salir de casa. «Vámonos —dijo Goldsmith—. Esta noche no iremos a la Mitra, pues no podemos contar con el concurso del gran hombre».^[c14] Johnson mandó en cambio que nos trajeran una botella de oporto, que Goldsmith y yo compartimos, mientras nuestro amigo, bebedor de agua por la fuerza, estuvo sentado con nosotros. GOLDSMITH: «Tengo entendido, señor Johnson, que ahora ya ni se acerca a los teatros. Parece que un estreno le importa ya tan poco como si nunca hubiera tenido nada que ver con la escena». JOHNSON: «Pues ya se ve, señor, que nuestros gustos sufren grandes alteraciones. Al joven nada le dice el sonajero del chiquillo, y al viejo poco o nada le importa la furcia del joven». GOLDSMITH: «Señor, su musa no era una furcia». JOHNSON: «No creo yo que lo fuera, pero a medida que avanzamos en el viaje de la vida nos desprendemos de ciertas cosas que nos complacieron, ya sea por estar fatigados y preferir así aligerar nuestro equipaje, ya sea por haber hallado otras cosas que nos agradan y compensan más». BOSWELL: «En tal caso, ¿por qué no nos da alguna nueva creación, así sea de otro género?». GOLDSMITH: «En efecto, señor, tenemos derecho a reclamársela». JOHNSON: «No, señor; no tengo yo obligación de hacer nada más. No hay hombre obligado a hacer más de lo que puede. Y es que un hombre ha de disponer al menos de una parte de su vida para sí. Cuando un soldado haya librado unas cuantas campañas y haya combatido en el frente, de nada se le ha de culpar si se retira a llevar una vida muelle

y sosegada. El médico que durante mucho tiempo haya tenido consulta abierta en una gran ciudad, buena excusa tiene si se retira a una localidad pequeña y atiende a menos pacientes. Ahora mismo, el bien que pueda yo hacer mediante mi conversación guarda la misma proporción con el bien que pueda hacer con mis escritos, idéntica a la que guarda la práctica del médico retirado en la pequeña localidad con la de su consulta en la gran ciudad». BOSWELL: «Pero yo me pregunto, señor, si no le produce más placer escribir que no escribir». JOHNSON: «Pues no deje de preguntárselo».

Habló de la composición de versos. «La mayor dificultad —observó— estriba en saber cuándo se han compuesto algunos que sean buenos de verdad. Cuando compongo, por lo común los tengo en la cabeza, tal vez hasta una cincuentena, puede que más, mientras recorro de punta a punta mi habitación; sólo entonces me siento y los pongo por escrito, y a menudo, por pereza, escribo sólo medios versos. He llegado a escribir cien versos en un día. Recuerdo un día en que escribí un centenar de *La vanidad de los deseos del hombre*. Doctor —añadió volviéndose a Goldsmith—, ya ve que no me quedo mano sobre mano. El otro día compuse un verso, pero no lo acompañó ninguno más». GOLDSMITH: «Oigámoslo, sumémosle uno malo». JOHNSON: «No puede ser, pues no lo recuerdo».^[c15]

Tales muestras de la fluida y lúdica conversación del gran Samuel Johnson creo yo que son dignas de atesorar, pues ponen de relieve las minúsculas variedades de un intelecto, magnificadas y poderosas cuando ciertas cuestiones de importancia exigían el ejercicio de sus plenas facultades, y nos aportan un conocimiento minucioso de su carácter y sus modos de pensamiento.

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

Johnson's Court, Fleet Street,
9 de marzo de 1766

Querido señor,

de lo que le hayamos hecho sus amigos, que desde que partiera usted hasta ahora nada hemos sabido de usted, ninguno de nosotros es capaz de dar cuenta a los otros; ahora bien, como estamos todos por igual desatendidos, ninguno se siente autorizado a ejercer el privilegio de la queja.

Nada hubiera sabido de usted o de Langton, desde que nuestra querida señora Langton nos dejó, de no ser porque un día me encontré en plena calle con el señor Simpson, de Lincoln, por medio del cual tuve conocimiento de que el señor Langton, su madre y usted habían estado postrados por la enfermedad, aunque tengo entendido que ya se han restablecido todos.

No me extraña que la postración le obligara a dejar en suspenso su correspondencia, pero esperaba que la reanudase con su recuperación.

Como no indica usted cuál es su paradero, ni cómo se encuentra, no sé si desea saber algo de nosotros. Sin embargo, le diré que el club subsiste, aunque hemos sufrido la baja de Burke, que se ha dedicado por entero a asuntos de pública relevancia^[c16] que le han reportado tal vez mayor fama que la jamás alcanzada por nadie en una primera comparecencia. Pronunció dos discursos en la Cámara para rebatir la promulgación de la ley sobre el papel impreso,^[c17] ambos públicamente elogiados por Pitt, que han llenado de asombro a la ciudad entera.^[c18]

Burke es un gran hombre por su propia naturaleza, y se da por hecho que pronto alcance grandeza en lo civil.

Yo también me he engrandecido, pues no he dejado de salir en los periódicos durante estas largas semanas.^[c19] Más grande aún es que desde primero de año me he levantado todos los días a las ocho; estando levantado bien poca cosa he hecho, desde luego, pero no es parco progreso el haber obtenido durante tantas horas más la conciencia del ser.

Ojalá estuviera usted en mi nuevo estudio. Ésta es la primera carta que escribo en él. Lo encuentro francamente acogedor.

Dyer nunca falla en el club; Hawkins está remiso; yo no soy demasiado diligente en asistir. Nugent, Goldsmith y Reynolds son asiduos. Lye ha dado a la imprenta su *Diccionario gótico y sajón*; todo el club lo suscribe.^[c20]

Presente mis respetos a todas mis amistades del condado de Lincoln. Soy, querido señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

Johnson's Court, Fleet Street,
10 de mayo de 1766

Querido señor,

suponiendo que me hallo más afectado de lo que es habitual por la muerte de su tío, Peregrine Langton, no se equivoca usted en modo alguno; era una de esas personas a las que he querido al mismo tiempo por instinto y con razón. Rara vez he tenido esperanzas de ninguna otra cosa tal como las he tenido de que incrementase nuestro trato hasta devenir franca amistad. Muchas veces he vuelto a situarme en Langton y he imaginado el gusto con que iría a pie hasta su residencia de Partney una mañana de verano; pero todo esto, ay, ya no es posible. Ahora hemos de esforzarnos con tesón para preservar lo que de él nos queda: su ejemplar piedad y su modélica administración de su patrimonio. Espero que efectúe usted cuantas indagaciones esté en su mano, y que ponga por escrito cuanto se le refiera. Las pequeñeces que distinguen los caracteres domésticos pronto se olvidan: si aplaza usted sus indagaciones, se quedará sin información; si desestima ponerlas por escrito, toda información será vana.^[2]

Su arte de la vida a buen seguro merece reconocimiento y estudio. Vivió con plenitud y elegancia gracias a unos ingresos que a muchos parecerían rayanos en la indigencia y a la mayoría se antojarían escasos. Por consiguiente, cualquiera tendrá gran interés en saber cómo vivió. Espero que tuviera una muerte pacífica; sin duda le sorprendió en la felicidad.

Ojalá le hubiera escrito antes, pues temo al escribirle ahora renovar su pena, pero no me abstengo de decir lo que ahora digo.

Espero que esta pérdida sea el único infortunio que sobrevenga a una familia en la que ningún infortunio debiera acaecer, siempre y cuando bastaran mis deseos para evitarlo. Hágame saber cómo se encuentran todos. ¿Ha comprado el señor Langton el caballito que le aconsejé? Le sentaría bien cabalgar por su finca cuando empiece el buen tiempo.

Tenga la bondad de presentar mis respetos a la señora Langton y a nuestra querida señorita Langton, y a la señorita Di, y a la señorita Juliet, y a todos los demás.

El club sigue gozando de buena salud. El lunes es mi noche.^[3] Sigo levantándome tolerablemente bien y leo más que antes. Espero que aún salga algo en claro de todo ello. Soy, señor, su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Tras haber pasado yo algún tiempo en Escocia, le comenté por carta que «a mi regreso a mi tierra natal, luego de algunos años de ausencia, me informaron que un gran número de conocidos había marchado a la tierra del olvido, y así me hallé como un hombre que ronda por un campo de batalla y que a cada paso descubre un nuevo muerto». Me quejé del estado de irresolución en que me encontraba, y señalé que había hecho un voto como garantía de mi buena conducta. Volví a escribirle sin

acertar tampoco a conmovérle en su indolencia; no tuve noticias tuyas hasta que no recibí un ejemplar de mi ejercicio inaugural, o tesis de Leyes civiles, que publiqué cuando fui recibido de abogado, tal es la costumbre en Escocia. Me escribió entonces como sigue:

A James Boswell

Londres, 21 de agosto de 1766

Querido señor,

la recepción de su tesis me ha devuelto a la memoria la deuda que tengo contraída con usted. ¿Por qué razón *****?^[4] Le castigaré por ello, y para ello nada mejor que decirle cuán necesitado está su latín de una corrección a fondo.^[5] Muy al comienzo, «*Spei alteræ*», por no señalar siquiera que debiera decir *primæ*, no es correcto gramaticalmente: *alteræ* debiera ser *alteri*. En la siguiente línea parece usted utilizar «*genus*» en términos absolutos para designar lo que nosotros llamamos *familia*, es decir, tomándolo por ‘de extracción ilustre’, sospecho con su permiso que sin la debida autoridad. «*Homines nullius originis*», por *Nullis orti majoribus*, o *Nullo loco nati*, es, mucho me temo, barbarismo.

Ruddiman ha muerto.^[c21]

Ahora que bastante le he incordiado, trataré de complacerle. Su resolución de obedecer a su señor padre es algo que apruebo con toda sinceridad, aunque no debe usted acostumbrarse a encadenarse con votos volátiles: alguna vez le dejarán una espina clavada en el espíritu, que tal vez nunca sea capaz de extraer o expulsar. Tómese este aviso como debe, pues es de la mayor importancia.^[c22]

El estudio de las leyes es tal como usted con gran tino lo califica, copioso y generoso;^[6] al sumar su nombre a quienes las profesan, ha hecho usted exactamente aquello que siempre deseé cuando a usted quise desearle lo mejor. Espero que proseguirá usted ese estudio con vigor y constancia.^[c23] Al menos gana usted, y no me parece ventaja baladí, una clara seguridad que lo aleja de esos folloneros, contrariados y tediosos descontentos que siempre hallan por dónde colarse en un intelecto desocupado, carente de dedicación clara y de resolución.

No debiera considerar que sea pequeño acicate para la diligencia y la perseverancia el que de ese modo dé usted gusto a su señor padre. Todos vivimos con la esperanza de complacer a alguien, y el placer de complacer debiera ser el mayor de todos, y a la postre siempre lo será, cuando nuestros empeños se ejerzan de consuno con nuestro deber.

La vida no es larga, y es demasiado en ella lo que no se debe pasar en ociosas deliberaciones acerca del modo en que hayamos de pasarla: la deliberación, quienes la comienzan con prudencia y la prosiguen con sutileza, deben, tras prolongada experiencia del pensamiento, concluirla mediante el azar.^[c24] Preferir un futuro modo de vida por encima de otro, basándose en justas razones, es algo para lo cual se requieren facultades que no ha querido nuestro Creador otorgarnos.

Por consiguiente, si la profesión que ha elegido usted presentara algunas inconveniencias imprevistas, consuéllese reflexionando que ninguna profesión carece de ellas, y que todas las contrariedades de un trabajo son lujo y blandura si se comparan con los incesantes anhelos de la desocupación y los expedientes insatisfechos de la pereza.

Haec sunt quae nostra potui te voce monere;

Vade, age.^[c25]

En cuanto a su *Historia de Córcega*, no posee usted materiales que no estén o no puedan estar en poder de otros. De la manera que sea, ha sido usted presa de una imaginación calenturienta. Ojalá existiera cura, como existe cura para el amante desesperado, para todas las cabezas obcecadas en una única idea, lo que da lugar a una posesión indebida e irracional. Ocúpese de sus propios asuntos, y deje a los corsos los suyos.

Soy, mi querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Auchinleck, 6 de noviembre de 1766

Mi muy estimado y apreciado señor,
no me declaro culpable de *****.^[7]

Habiéndome de este modo, espero, eximido de la acusación que contra mí se esgrimía, presumo que no le desagradará si rehuyo el castigo que para mí había decretado haciéndole caso omiso. Cuando dispara usted las flechas de la crítica contra un inocente sin duda ha de alegrarse de no haber dado en el blanco, o al menos de no haber apuntado de manera que lo hiera de gravedad.

Por dejar a un lado las alegorías, y con la debida deferencia, voy a ofrecerle algunas observaciones en defensa de mi latín, que ha encontrado usted tan defectuoso.

Opina usted que debiera haber recurrido a «*spei primæ*» en vez de poner *spei alteræ*. *Spes*, en efecto, se utiliza a menudo para designar algo de lo que tenemos dependencia en el futuro, como es el caso de Virgilio, *Églogas*, I, v. 14:

... modo namque gemellos
Spem gregis ah silice in nuda connixa reliquit,^[c26]

y en las *Geórgicas*, III, v. 473,

Spemque gregemque simul,^[c27]

refiriéndose a los corderos y a las ovejas. Sin embargo, también se emplea para expresar cualquier cosa de la que tengamos dependencia en el presente, y bien aplicada está la voz a un hombre de influencia y distinción, que es nuestro sostén, nuestro refugio, nuestro *praesidium*, como llama Horacio a Mecenas. Así, en la *Eneida*, XII, v. 57, la reina Amata interpela a su yerno, Turnus: «*Spes tu nunc una*», y no era él entonces esperanza de futuro, pues añade ella:

... decus imperiumque Latini
Te penes,^[c28]

cosa que bien podría haberse dicho de milord de Bute hace algunos años. Ahora bien, considero al actual Conde de Bute *excelsae familiae de Bute spes prima*, y a milord Mountstuart, su hijo primogénito, *spes altera*. Igual sucede en la *Eneida*, XII, v. 168, donde tras hacerse mención del Pater *Æneas*, que era quien encarnaba la *spes* en ese momento, se habla de la *spes* reinante o, como dirían mis amigos alemanes, *spes prima*, a lo que el poeta añade: «*Et juxta Ascanius, magnæ spes altera Romæ*».^[c29]

Considera usted que «*alteræ*» no es gramaticalmente correcto, y me indica que debiera decir *alteri*. Debe usted tener presente que antaño *alter* se declinaba de manera regular, y que en la época en que fueron escritos los antiguos fragmentos que se conservan de las *Juris Civilis Fontes* sin duda se declinaba tal como lo hago yo. Esto, a mi parecer, debiera ser protección suficiente para un abogado que escribe «*alteræ*» en una disertación sobre una parte de su propia ciencia, pero como difícilmente me aventuraría yo a citar fragmentos de la antigua ley ante un hombre de tal sólida formación clásica como es el señor Johnson, no he hecho una pormenorizada investigación en torno a estos residuos con objeto de hallar ejemplos de lo que soy capaz de producir en una composición poética. Hallamos en Plauto, *Rudens*, acto 3, escena 4: «*Nam huic alterae patria quae sit profecto nescio*».^[c30]

Plauto no cabe duda que es un comediógrafo antiguo, pero en tiempos de Escipión y de Lelio hallamos a Terencio, *Heautontimoroumenos*, acto 2, escena 3:

... hoc ipsa in itinere alteræ
Dum narrat, forte audivi.^[c31]

Duda usted de que me avale alguna autoridad en el uso de «*genus*» en términos absolutos, para designar lo que llamamos *familia*, esto es, 'de ilustre extracción'. Tomo *genus* en latín, que tiene un significado muy semejante a *birth* en inglés ['nacimiento, cuna']; ambos, en una primera acepción, expresan tan sólo linaje, pero ambos tienen también el sentido de κατ' ἐξοχήν,^[c32] 'de noble extracción'. *Genus* se emplea de ese modo en Horacio, *Sátiras*, libro II, v. 8: «*Et genus et virtus, nisi cum re, vilior alga est*»,^[c33] y en *Epístolas*, libro I, VI, 37: «*Et genus et formam Regina pecunia donat*».^[c34]

Y en el célebre torneo entre Áyax y Ulises, en las *Metamorfosis* de Ovidio, libro XIII, v, 140:

*Nam genus et proavos, et quae non fecimus ipsi,
Vix ea nostra voco*^[c35]

«*Homines nullius originis*», por *nullis orti majoribus, o nullo loco nati*, es, a su juicio, barbarismo.

Origo se emplea para denotar el abolengo, como en Virgilio, *Eneida*, I, v. 286: «*Nascetur pulchra Trojanus origine Caesar*».^[c36]

Y en la *Eneida*, x, v. 618: «*Ille tamen nostra deducit origine nomen*».^[c37]

Y así como *nullus* se emplea en designación de ‘oscuro’, ¿no es el genio de la lengua latina el que permite escribir *nullius originis* para designar ‘de oscura extracción’?

Me he defendido todo lo bien que he sabido.

¿Me permite aventurarme a discrepar de usted en lo referente a la utilidad de los votos que uno haga? Soy consciente de que sería muy peligroso hacer votos a tontas y a locas, sin la debida y sopesada consideración que se requiere, pero no puedo menos que pensar que posiblemente sean a menudo una gran ventaja para una persona de juicios variables e inclinaciones irregulares. Siempre me acuerdo de un pasaje que contenía una de sus cartas a nuestro amigo italiano, el buen Baretti, en el que hablando de la vida monacal decía usted que no le extraña que los hombres serios de veras se encomienden a la protección de una orden religiosa, una vez descubren qué incapaces son de cuidar de sí mismos. Por mi parte, y sin afectar ser ni de lejos un Sócrates, estoy seguro de que sostengo una lucha más encarnizada que de costumbre con el principio del mal, en la que todos los métodos de que pueda valerme serán siempre insuficientes para ayudarme a mantener con tolerable firmeza mis pasos por el camino de la rectitud.

Soy siempre, con la más alta veneración, su afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A juzgar por la agenda que llevaba Johnson, parece que este año estuvo en casa del señor Thrale desde antes de San Juan hasta pasado San Miguel, y que después pasó un mes en Oxford. Había adquirido por entonces gran intimidad de trato con el señor Chambers, de dicha universidad, más tarde sir Robert Chambers, uno de los jueces designados para ocupar ese cargo en la India.

En este año nada publicó con su nombre, aunque escribió una noble dedicatoria al Rey que encabeza el opúsculo de Gwyn titulado *Mejoras en Londres y Westminster*;^{*} también aportó el prefacio[†] y varias de las piezas que figuran en un volumen de *Misceláneas*, de Anna Williams, la dama invidente que tuvo caritativamente asilada en su casa. De éstas, son suyas el epitafio de Philips;^{*} la traducción de un epitafio latino de sir Thomas Hanmer;[†] «Amistad, una oda»;^{*} «La hormiga»,^{*} una perífrasis de los proverbios, de la cual conservo un ejemplar de su puño y letra; a juzgar por las pruebas internas, le atribuyo también «A la señorita ———, con motivo de que regalase a quien escribe un monedero de oro y plata que ella misma había tejido»,[†] y «La vida feliz».[†]

La mayoría de las piezas de que consta este volumen se han beneficiado de manera evidente de las aportaciones de su pluma superior, en especial «Versos al señor Richardson, a propósito de sir Charles Grandison», «La excursión» y «Reflexiones sobre una tumba en la abadía de Westminster».^[c38] Figura en este volumen un poema titulado «Con ocasión de la muerte de Stephen Grey, experto en electricidad», que nada más leerlo me pareció indudablemente de Johnson. Pregunté a

la señora Williams si no era de él: «Señor mío —contestó un tanto acalorada—, escribí ese poema antes de tener el honor de conocer al doctor Johnson». Sin embargo, tanto me había impresionado la primera noción que se la comenté a Johnson, repitiendo a la vez lo que me dijo la señora Williams, y así me respondió: «Es muy cierto, señor mío, que había escrito ese poema antes de conocerme; ahora bien, no le ha dicho que yo lo reescribí por entero, con la sola excepción de dos versos».^[c39] *Las fontanas*, † bello cuento de hadas, en prosa, es segura producción de Johnson; al mismo tiempo, no seré yo quien escatime a la señora Thrale la debida alabanza por ser autora de «Los tres avisos», un poema admirable.

En este año escribió una carta, sin intención de que se publicase, que posee quizá rasgos de estilo y de sentimiento tan intensos y tan marcados como cualquiera de sus composiciones. Obra en mi poder el original. Está dirigida al difunto William Drummond, librero de Edimburgo y caballero de buena familia, aunque de corta heredad, que en 1745 empuñó las armas en defensa de la casa de Estuardo. Durante el tiempo que pasó oculto en Londres, hasta que se promulgó el decreto de amnistía general por esta causa, trabó conocimiento y tuvo trato con el doctor Johnson, quien en justicia lo tuvo en la alta estima que corresponde a un hombre de su dignidad. Parece ser que algunos de los miembros de la sociedad escocesa para la propagación del saber del cristianismo se manifestaron contrarios al plan de traducir las Sagradas Escrituras al erse, o lengua gaélica, a raíz de la consideración política relativa a la desventaja inherente al hecho de mantener la distinción existente entre los habitantes de las Tierras Altas y otros habitantes del norte de Gran Bretaña. Informado de ello el doctor Johnson, supongo que por oficio del señor Drummond, le escribió como sigue, con gran indignación:

Al señor William Drummond

Johnson's Court, Fleet Street,
13 de agosto de 1766

Señor,

no estaba yo preparado para tener conocimiento, ni nunca imaginé que fuera posible, que en una asamblea que se congrega con el fin de propagar el saber cristiano se someta a debate la cuestión de si cualquier nación no instruida en la religión debe o no recibir dicha instrucción, o si tal instrucción debe impartírsele mediante la traducción de los libros sagrados a su propia lengua. Si la obediencia a la voluntad de Dios es requisito indispensable de la felicidad, y el conocimiento de su voluntad es condición necesaria de la obediencia, no alcanzo a entender cómo podrá asegurarse, quien se reserva ese saber, que ama a su prójimo tanto como a sí mismo. Quien voluntariamente prolonga la ignorancia es culpable de todos los crímenes que la ignorancia genera; en cuanto a quien extinga las luces de un faro, bien se le pueden imputar las calamidades de los naufragos. El cristianismo es la perfección suma de la humanidad; como ningún hombre es bueno sino en la medida en que desea el bien de los demás, nadie puede ser bueno en grado máximo si no desea para los demás la mayor medida del mayor de los bienes. Omitir así sea durante un año, o durante un solo día, el método más eficaz de propagar el cristianismo, en connivencia con cualquier propósito que tenga su fin a este lado de la tumba, es un crimen del que no conozco que exista aún ejemplo en todo el mundo, con la sola excepción de las prácticas de los dueños y explotadores de las plantaciones de América, raza de mortales a la que, supongo, ningún hombre desea parecerse.

Los papistas, qué duda cabe, han denegado a los seglares el uso de la Biblia; ahora bien, esta prohibición, que en no pocos lugares no se impone con rigor excesivo, se defiende mediante argumentos que tienen por

fundamento el cuidado de las almas. Ocluir y oscurecer por motivos meramente políticos la luz de la Revelación es una práctica reservada a quienes han sido reformados; no cabe duda de que la más negra medianoche del papismo es el sol meridiano de tal reforma. No soy partidario de que ninguna lengua se extinga por completo. La similitud y la derivación de las lenguas constituyen la prueba más indudable de la transmisibilidad de las naciones y de la genealogía de la humanidad.^[c40] Añaden a menudo certeza física a las pruebas históricas, y a menudo aportan la única prueba cierta de las migraciones antiguas y de las revoluciones de épocas que no dejaron monumentos escritos.

Las opiniones de cualquier hombre, o al menos sus deseos, tienen el tinte que les presta la influencia de sus estudios predilectos. Mi celo entusiasta por las lenguas tal vez pueda parecer calenturiento en demasía, incluso para quienes más deseo que bien me consideren y me estimen. Ante quienes nada tienen en sus pensamientos, por añadidura del comercio o la política, el mero poder del presente, o el dinero del presente, no me parece necesario defender mis opiniones; en cambio, con los hombres de letras nunca seré reacio a transigir si deseo la continuidad de toda lengua, por angosto que sea su terreno, por incómoda que sea su mera existencia para otros propósitos comunes, hasta que encuentre repositorio en alguna versión de un libro bien conocido, que pueda en lo sucesivo ser examinada y comparada con otras lenguas, y permitir sólo entonces que caiga en desuso. Con este propósito, la traducción de la Biblia ha de aconsejarse por encima de todo lo demás. No es seguro que ese mismo método no sirva para preservar la lengua de las Tierras Altas en el terreno del saber y en cambio la proscriba del uso cotidiano. Cuando los lugareños de las Tierras Altas lean la Biblia, querrán como es natural que se les aclaren los pasajes oscuros que contiene, y querrán conocer la historia concomitante o añadida. El saber siempre aspira a su incremento; es como el fuego, que primero ha de ser atizado por un agente externo, pero que luego se propaga por sí solo con voracidad. Cuando tengan el natural deseo de aprender, recurrirán como es natural a la lengua más próxima mediante la cual puedan satisfacer ese deseo, y uno dirá a otro que si aspira a poseer tal saber, tendrá que aprender la lengua inglesa.

Es posible que esta especulación parezca más sutil de lo que las groserías de la vida real admitirán con facilidad. Recuérdese, sin embargo, que desde antaño se ha puesto a prueba la eficacia de la ignorancia, y que no ha dado las consecuencias esperadas ni los frutos apetecidos. Por tanto, que pruebe suerte el saber, y que los patronos de las privaciones se hagan por un tiempo a un lado y admiren la introducción de los principios positivos.

Tenga la amabilidad, señor, de asegurar al muy digno caballero que haya emprendido la nueva traducción^[8] que cuenta con mis mejores deseos de cara al éxito que corone su empresa, y si tanto aquí como en Oxford puedo servirle de alguna ayuda dígame que para mí será más que un honor contribuir a su empresa.

Lamento haber tardado tanto en escribir. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Los adversarios de este piadoso plan se avergonzaron de la conducta que habían tenido, y la benévola empresa pudo seguir su curso sin obstáculos.^[c41]

Inserto aquí las cartas siguientes, aunque no fueron escritas hasta un año más tarde, por versar acerca de esta misma cuestión.

Al señor William Drummond

Johnson's Court, Fleet Street,
21 de abril de 1767

Apreciado señor,

me produce un gran contento que mi carta tuviera los efectos que usted señala. Confío en que no me adule atribuyéndome un bien mayor del que haya causado en realidad. Quienes han cambiado de opinión persuadidos por mis argumentos hacen gala de una modestia y una sinceridad que merecen grandes alabanzas.

Espero que el valeroso y digno traductor siga adelante con diligencia. Tiene a la vista honores más altos que los que este mundo pueda otorgarle. Ojalá pudiera serle yo de alguna ayuda.

No está en mi mano prohibir la publicación de mi carta si puede ser de utilidad en una causa al lado de la cual cualquier otra resulta baladí. No obstante, primero quisiera que considerase usted si la publicación realmente servirá de algo; después, si no conseguirá cuanto se propone con la impresión y distribución de la misma en un

número más bien reducido; asimismo, quizá debiera sopesar antes que nada lo que hubiera debido señalarle de entrada, es decir, si la carta, que ahora mismo no recuerdo demasiado bien, es apta para su impresión.

Si tuviera ocasión de consultar con el doctor Robertson, quien algo me conoce, quedaré por entero satisfecho acerca del decoro de lo que dictamine. Si él opina que debe publicarse, yo le encarecería a él que la revisara, pues tal vez haya algunas líneas escritas con negligencia, y todo lo que resultara inoportuno él sabrá con creces rectificarlo.^[9]

Tenga la bondad de mantenerme al tanto, de vez en cuando, sobre los progresos de este magnífico plan.

Transmita mis mejores deseos al joven señor Drummond, al cual espero que llegue usted a ver convertido en el hombre que usted desea.

Últimamente no he visto a Elphinstone, aunque tengo entendido que vive asentado en la prosperidad. Mucho me alegrará saber lo mismo de usted, pues soy, señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

Johnson's Court, Fleet Street,
24 de octubre de 1767

Señor,

regresé esta semana del campo, tras una ausencia de casi seis meses, y me encontré su carta junto con muchas otras que habría contestado antes si antes las hubiera visto.

La opinión que manifestó el doctor Robertson sin duda era la más acertada. A nadie conviene recordar los defectos que ya ha corregido. Me alegra que se enseñe la vieja lengua, y honro al traductor por ser un hombre a quien Dios mismo ha distinguido con la altísima encomienda de propagar su palabra.

He de tomarme la libertad de captarlo a usted para una obra de caridad. La señora Heely, cuyo marido tuvo no hace mucho un empleo en el teatro que usted regenta, es mi pariente próxima y pasa ahora por grandes penurias. Hace algún tiempo me escribieron para ponerme al corriente de su aciaga situación, a lo cual di una respuesta que los llevó a concebir esperanzas mayores de las que por mi parte habría sido apropiado darles.^[a nota 210, Vol. IV] La representación que han dado a sus asuntos, según he descubierto, es tal que no merece toda la confianza que uno quisiera darle; a tanta distancia, aunque su predicamento exige que se obre con presteza, desconozco de qué modo actuar. Es posible que de ella o de su hija se oiga hablar en Cannongate Head. Es mi deber rogarle, señor, que se interese por ellas y que me haga saber qué es lo que conviene hacer. Estoy dispuesto a hacerles llegar hasta diez libras, y de buena gana le giraré a usted dicha suma, si tras el debido examen descubre que es probable que sirva de alguna ayuda. Si se hallan en situación de inmediata necesidad, adelánteles lo que considere usted oportuno. Lo que haya de hacerse lo haré gustoso por ella, pues no tengo mayores motivos para profesar un gran respeto al propio Heely.^[10]

Creo que podría usted recibir más información de la señora Baker, la del teatro, cuya carta recibí al mismo tiempo que la de usted; por cierto, si la ve, pídale disculpas por mi aparente desatención al no haberle contestado.

Todo cuanto adelante usted sin que exceda de diez libras le será repuesto de inmediato, o pagado tal como usted desee. Confío plenamente en su buen criterio. Soy, señor, etc.

SAM. JOHNSON

El señor Cuthbert Shaw,^[11] distinguido por igual en virtud de su genio, sus infortunios y su falta de ética más elemental, publicó este año un poema titulado «La carrera, por el hidalgo Mercurio Espuela», en el que a su entero capricho puso a los poetas vivos de Inglaterra a contender por la preeminencia y mayor fama en una carrera: «a demostrar con sus talones las proezas de su cabeza».

En ese poema se incluía el siguiente retrato de Johnson:^[c42]

Por ahí llega Johnson, desgraciado de apariencia,
su rígida moral estampada en el rostro atarantado.

Si fuertes conceptos pugnan en su cerebro,
el dolor da en cama con el ingenio del becerro.
Con tal de verlo, el mozo de cuerda deja su carga
y el retoño aterrado al pecho del aya se agarra.
Con aire convulsivo, ruge en pomposa vena,
y cual colérico león sacude la melena.
Las Nueve, aterradas, que jamás han visto ni un instante
a ningún ser humano de tan pavoroso semblante,
debaten sin saber si quedarse o salir huyendo;
aparece Virtud, que lo reclama cual su hijo más tierno.
Con afable palabra aconseja que ceda
y no mancille su gloria en dudosa vega;
envuelto en dignidad señera toma asiento,
pues Fama, resuelta a dar a sus aspiraciones contento,
aun forzada a desestimar sus ínfulas presentes
de antaño tenía reservada una corona para ceñir su frente.
Se inclina, obedece, pues antes será el día
en que el Tiempo expire
que el empecinamiento de Johnson indique
a Virtud que se retire.

El honorable Thomas Hervey^[c43] y su esposa habían tenido una fuerte y desdichada desavenencia; estaban a punto de separarse cuando intervino Johnson, por ser amigo de ambos, y escribió a Hervey una carta llena de reconvenciones que he sido incapaz de encontrar, aunque la sustancia de la misma se puede inferir a tenor de la carta de respuesta a Johnson que Hervey dio a la imprenta. La razón de este cruce de cartas entre el doctor Johnson y Hervey me la relató de este modo Beauclerk: «Tom Hervey tenía por Johnson un gran aprecio, y en su testamento le dejó un legado de cincuenta libras. Un día me dijo que “Johnson tal vez necesite ese dinero más ahora que dentro de algún tiempo. Es mi intención hacerle la donación directamente. ¿Tendrá usted la bondad de llevarle un billete de cincuenta libras de mi parte?”. Me negué en redondo a hacerle tal favor, pues quizá habría sido Johnson muy capaz de tumbarme de un puñetazo por haberle insultado, tan capaz como lo sería de embolsarse después el billete. Sin embargo, dije a Hervey que si le escribiera una carta y adjuntara el billete, me ocuparía de llevársela en propia mano. Por consiguiente, le escribió unas letras en las que le anunció que sólo se limitaba a adelantarle la entrega de su magro legado. A esta carta añadió una postdata que decía: “Me voy a separar de mi mujer”. Johnson le escribió entonces sin decir nada del billete, pero reprochándole que se fuera a separar de su esposa».

Cuando le referí a Johnson esta historia en términos tan delicados como me fue posible, me dijo que el billete de cincuenta libras se lo había entregado Hervey en consideración por el hecho de que le escribiera un panfleto en contra de sir Charles Hanbury Williams, del cual imaginó Hervey que era el autor de un ataque lanzado contra su persona, aunque luego se descubrió que era obra de un autor de poca monta que también había escrito «El bufón»: por ello, el panfleto contra sir Charles no se llegó a imprimir.^[c44]

1767: ÆTAT. 58.] En febrero de 1767 tuvo lugar uno de los incidentes más señalados en la vida de Johnson, que gratificó su entusiasmo monárquico y que le gustaba relatar con todo detalle cuando se lo pedían sus amigos. Tuvo el honor de ser recibido en conversación privada por Su Majestad en la biblioteca de la casa de la Reina.^[c45] Él había visitado con frecuencia esas espléndidas estancias y la noble colección de libros,^[12] de la que dijo a menudo que era más nutrida y más curiosa de lo que a su suponer cualquier persona pudiera haber reunido en el tiempo que el Rey había dedicado a la tarea. El señor Barnard, el bibliotecario, se preocupó de que gozara de todas las comodidades que pudieran reforzar su bienestar y satisfacción cuando se solazaba en el cultivo de su gusto literario en tal lugar, de suerte que tenía en ese sitio un recurso muy grato para sus horas de asueto.

Informado Su Majestad el Rey de las visitas ocasionales del doctor Johnson, se dignó expresar el deseo de que le avisaran la primera vez que estuviera en la biblioteca. De acuerdo con esta orden, la vez siguiente que fue Johnson, tan pronto estuvo enfrascado en la lectura de un libro, Barnard se dirigió a hurtadillas al aposento en que se encontraba el Rey y, en cumplimiento de sus deseos, le informó de que el doctor Johnson se hallaba en la biblioteca. Dijo Su Majestad que estaba desocupado y que iría a verlo al punto; acto seguido, Barnard tomó una de las lámparas que había sobre la mesa de Su Majestad y alumbró su paso por una serie de estancias, hasta llegar a la puerta reservada que daba acceso a la biblioteca, de la cual Su Majestad tenía llave. Nada más entrar, Barnard se apresuró a acercarse a Johnson, que se hallaba profundamente sumido en su estudio, y le dijo al oído: «Señor, está el Rey». Johnson se levantó de un respingo y se quedó inmóvil. Su Majestad se le acercó y enseguida se mostró cortésmente accesible.^[13]

Su Majestad empezó observando que, según tenía entendido, Johnson a veces visitaba la biblioteca; dijo luego que había oído decir que el doctor Johnson había estado últimamente en Oxford, y le preguntó si no le agradaba estar allí. Johnson repuso que, en efecto, le gustaba ir a Oxford a veces, pero que igualmente le agradaba regresar a Londres. El Rey le preguntó qué se estaba haciendo en Oxford. Johnson repuso que no podía elogiar demasiado la diligencia de la universidad, aunque en algunos aspectos se había enmendado, pues había sujeto la imprenta universitaria a una mejor regulación y estaba en curso de impresión la obra de Polibio. Le preguntó

dónde había mejores bibliotecas, si en Oxford o en Cambridge, a lo que repuso que, según su entender, la Bodleiana era mejor que cualquiera de las bibliotecas de Cambridge, aunque al mismo tiempo añadió: «Espero que, tanto si disponemos de más libros que Cambridge como si no, hagamos de los libros al menos tan buen uso como el que ellos les dan». Preguntado si la biblioteca de All Souls o la de Christ Church era la mayor, respondió así: «La biblioteca de All Souls es la mayor que tenemos, con la sola excepción de la Bodleiana». «En efecto —dijo el Rey—, ésta es la biblioteca pública».

Su Majestad se interesó por saber si estaba escribiendo algo. Contestó que no, pues había contado al mundo prácticamente todo cuanto sabía, y se veía necesitado de leer más para adquirir nuevos conocimientos. Como si quisiera instarle a que confiara en sus propios recursos de escritor original y a continuar sus obras sin demora, el Rey le dijo: «No creo que tome usted demasiados préstamos de nadie». Johnson le informó de que creía ya cumplida su tarea de escritor. «Yo habría dicho lo mismo —repuso el Rey— si no hubiera escrito usted tan bien». Johnson me comentó después, a propósito de este encuentro, que «nadie pudo hacer un cumplido tan elegante, absolutamente propio de un rey. Fue algo completamente contundente». Cuando otro amigo le preguntó, estando en casa de sir Joshua Reynolds, si había respondido a semejante halago, contestó: «No, señor. Cuando el Rey lo dijo, es que así debía ser. No me correspondía a mí cambiar cortesías con mi soberano». Es posible que ningún hombre que hubiera pasado toda su vida en la corte llegara a mostrar un concepto más ajustado y más digno de la verdadera cortesía que el mostrado por Johnson en este caso.

Habiéndole señalado Su Majestad que sin duda tenía que haber leído muchísimo, Johnson repuso que en realidad más que leer pensaba, y que sí había leído mucho durante su juventud y primeros años de madurez, pero que cuando empezó a tener achaques de salud ya no fue capaz de leer gran cosa, al menos en comparación con otros; por ejemplo, dijo que no eran muchas sus lecturas en comparación con las del doctor Warburton.^[a nota 149, Vol. III] A esto apostilló el Rey que, según tenía entendido, Warburton era un hombre de tan amplios conocimientos que era poco menos que imposible conversar con él sobre cualquier tema del que no estuviera plenamente cualificado para opinar, y que su erudición recordaba el arte interpretativo de Garrick, por ser igualmente universal.^[14] Su Majestad se refirió entonces a la polémica desatada entre Warburton y Lowth, que parecía haber leído, y preguntó a Johnson cuál era su opinión. Johnson respondió que «Warburton posee una erudición más general, más escolástica. Lowth es un erudito más correcto. No sé yo a cuál de los dos se le da mejor desairar e insultar al otro». Al Rey le complació reseñar que era de idéntico parecer, y añadió: «Así pues, doctor Johnson, no parece que piense usted que hubiera muchos argumentos en la discusión». Johnson respondió que no lo creía. «Cierto es —dijo el Rey— que cuando se pasa a los insultos es que se han agotado los argumentos».

Su Majestad le preguntó entonces qué pensaba de la *Historia* de lord Lyttelton, que se acababa de publicar. Johnson señaló que el estilo le parecía francamente bueno, pero que cargaba las tintas demasiado en culpar a Enrique II. «Rara vez —dijo el Rey— se hacen estas cosas por mitades». «Desde luego —replicó Johnson—, y menos aún a los reyes». Pero se ve que temió dar lugar a un malentendido, de modo que procedió a explicarse y añadió: «No ha querido el autor hallar excusa para quienes hablaron de los reyes peor incluso de lo que merecían, y en cambio se le antoja fácil y comprensible que algunos hablasen de ellos mejor de lo que merecían, pero sin aviesa intención, ya que como era mucho el poder que estaba en manos de los reyes otorgar, quienes recibían su favor a menudo y por elemental gratitud exageraban sus alabanzas, que por ser debidas a buenos motivos eran sin duda excusables, al menos en la medida en que sea excusable un craso error».

El Rey le preguntó entonces qué pensaba del doctor Hill.^[c46] Johnson respondió que era un hombre ingenioso, pero que no era veraz, y comentó al punto, para poner un ejemplo, una afirmación de este autor, a saber, que había visto objetos ampliados en muy gran medida al emplear tres o cuatro microscopios a la vez, en vez de limitarse a emplear uno solo. «Todo el que tenga algún conocimiento acerca de los microscopios —añadió Johnson—, sabe que cuantos más se empleen para mirar algo, menos y peor se verá». «En tal caso —ratificó el Rey—, eso ya no sólo es afirmar una falsedad, más aún decirlo con torpeza, ya que, si tal fuera el caso, todo el que pueda observar algo al microscopio detectará su mentira».

«En ese momento —decía Johnson a sus amigos al relatar la conversación— comencé a sopesar que estaba yo menospreciando a este hombre y, peor aún, rebajándolo en la estima de su soberano, y comprendí que era hora de que dijese algo más favorable». Por consiguiente, apostilló que el doctor Hill era pese a todo un hombre muy observador y curioso, y que si se hubiera dado por satisfecho con decir al mundo sólo lo que sabía de cierto, podría haber sido un hombre muy considerable, y no habría tenido que recurrir a tan mezquino expediente para reforzar su reputación.^[c47]

El Rey habló entonces de las revistas literarias, mencionó en concreto el *Journal des Savants* y preguntó a Johnson si le parecía buena. Johnson contestó que antiguamente era muy buena y habló un poco de las personas que la pusieron en marcha y que la mantuvieron en activo durante unos cuantos años, a la vez que abundó sobre la naturaleza y la utilidad de tales esfuerzos. Quiso el Rey saber si seguía haciéndose igual de bien. Johnson respondió que no tenía motivo para pensar que así fuera. El Rey le preguntó si existía alguna otra revista literaria que se publicase en el reino, con la excepción de la *Monthly Review* y la *Critical Review*; al recibir por respuesta que no había ninguna otra, el Rey quiso saber cuál era la mejor, a lo que Johnson respondió que la *Monthly* se editaba con un cuidado exquisito, y la *Critical* sobre los más sólidos principios, aunque no dejó de señalar que los autores de la *Monthly Review* estaban enemistados con la Iglesia. Esto dijo el Rey que

lamentaba saberlo.

La conversación versó entonces sobre las transacciones filosóficas, y Johnson observó que ahora existía un método mejor que el de antes para disponer los materiales. «Desde luego —señaló Su Majestad—, en ese aspecto están en deuda con el doctor Johnson», pues el Rey había conocido y recordaba la circunstancia, que el propio Johnson había olvidado.^[c48]

Expresó Su Majestad su deseo de que las biografías de los literatos de la nación se ejecutasen con la debida competencia, y propuso al doctor Johnson que emprendiera esa tarea. Johnson manifestó su disponibilidad para cumplir los deseos de Su Majestad.

Durante toda la entrevista, Johnson se dirigió a Su Majestad con profundo respeto, aunque no obstante empleó un tono firme y viril, una voz resonante, y nunca ese tono sumiso que por lo común se emplea en la corte y en los salones de palacio. Luego de que el Rey se retirase, Johnson se mostró sumamente complacido de la conversación con Su Majestad y de su conducta bondadosa, diciendo al señor Barnard: «Dirán del Rey lo que quieran, pero es el caballero más gentil que he tratado jamás». Y posteriormente dijo a Langton: «Señor, sus maneras son las de un caballero tan pulido como podemos suponer que lo sean Luis XIV o Carlos II».

En casa de sir Joshua Reynolds, donde se congregó a su alrededor un círculo de amigos suyos para oírle relatar esta conversación memorable, el doctor Joseph Warton, con su bulliciosa franqueza de costumbre^[c49] fue muy insistente en su apremio para que entrase en los detalles de la misma: «Vamos, señor; éste es un asunto muy interesante, háganos el favor de compartirlo con nosotros». Con humor, Johnson accedió a sus peticiones.

Les dijo: «Descubrí que Su Majestad deseaba que yo hablase, así que decidí hablar en serio. Descubrí que a uno le sienta bien que le hable su soberano. En primer lugar, nadie puede apasionarse...». En ese punto le interrumpió alguna pregunta, lo cual es muy de lamentar, ya que sin duda hubiera señalado e ilustrado numerosas circunstancias de provecho, por haberse encontrado en una situación en la que la capacidad del intelecto se excita en un despliegue vigoroso a la vez que se temple por el respeto reverencial debido al monarca.

Durante todo el tiempo que dedicó Johnson a relatar ante el círculo reunido en casa de sir Joshua Reynolds los particulares del encuentro que mantuvo con el Rey, el doctor Goldsmith permaneció impertérrito en un sofá y a cierta distancia, afectando visiblemente no sumarse en lo más mínimo a la ansiosa curiosidad de la concurrencia. Adujo como motivo de su malhumor y aparente desinterés el haber sabido que Johnson renunció a su propósito de proporcionarle un prólogo a su obra de teatro *El hombre de buen natural*, esperanza que a Goldsmith le había encandilado. Muy por el contrario, se sospechó que le reconcomía la pesadumbre y la envidia por el singular honor de que había disfrutado Johnson. A la larga, la franqueza y la sencillez de su natural carácter pudieron más que su encono. Se

levantó del sofá, avanzó hacia Johnson y, con una especie de titubeo muy marcado, imaginándose en la situación que acababa de oír descrita, exclamó de este modo: «En fin, pues ha salido usted bien parado de tal conversación, mucho mejor de lo que habría salido yo, puesto que yo me habría deshecho en reverencias y balbuceos de principio a fin».

No recibí ninguna carta de Johnson en todo este año, ni he descubierto nada de la correspondencia que sostuvo,^[15] con excepción de las dos cartas a Drummond que ya se han insertado en relación con la escrita al mismo caballero en 1766. Su diario no aporta ninguna luz sobre lo que hizo en este tiempo. Pasó tres meses en Lichfield,^[16] por lo que no puedo omitir una escena solemne y conmovedora que él mismo relata.

Domingo, 18 de octubre, 1767. Ayer, 17 de octubre, alrededor de las diez de la mañana, me despedí para siempre de mi querida y vieja amiga Catharine Chambers, que vino a vivir con mi madre más o menos en 1724, y que apenas se ha separado de nosotros desde entonces. Enterró a mi padre, a mi hermano y a mi madre. Tiene ahora cincuenta y ocho años.

Quise que todos se retirasen y luego le dije que íbamos a despedirnos para siempre; añadí que, como cristianos que éramos, nos despediríamos con una plegaria, y que yo deseaba, si ella accedía, decir una breve oración a su lado. Expresó su gran deseo de oírme y elevó sus pobres manos, pues estaba postrada en cama, con gran fervor, mientras yo rezaba, arrodillado a su lado, más o menos con estas palabras:

Padre Todopoderoso y Misericordiosísimo, cuya benevolencia supera todas tus obras, contempla, visita y alivia a esta tu servidora, postrada en cama por la enfermedad. Concede que el sentimiento de su debilidad añada vigor a su fe y seriedad a su arrepentimiento. Y concede que con la ayuda de tu Espíritu Santo, luego de los pesares y trabajos de esta corta vida, podamos todos obtener la felicidad perdurable por medio de Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor te rogamos que oigas estas plegarias. Padre nuestro, etc.

Luego la besé. Ella me dijo que despedirnos era la pena más grande que había sentido jamás, y que esperaba que nos volviéramos a reunir en un lugar mejor que éste. Le expresé, con los ojos hinchados y con gran y enternecida emoción, las mismas esperanzas. Nos besamos y nos separamos. Humildemente espero encontrarnos de nuevo para no separarnos más.^[17]

Lean sin prejuicios esta escena rebotante de ternura y llena de afecto quienes han dado en considerar a Johnson un hombre de carácter encallecido, áspero y severo, y juzguen después si es frecuente hallar en la naturaleza humana más calor de afecto, más cordialidad de sentimiento y más agradecida amabilidad.

Encontramos el siguiente apunte en el registro de sus devociones:

2 de agosto de 1767. Largo tiempo llevo intranquilo y desazonado, sin resolverme a dedicarme al estudio o a otras ocupaciones, estorbado por repentinos achaques y obnubilado de súbito.^[18]

Sin embargo, proporcionó al señor Adams una dedicatoria al Rey* para el *Tratado de los orbes* escrito por este ingenioso caballero; la dedicatoria está concebida y expresada de manera que no podía dejar de resultar muy grata a un monarca distinguido por su amor a las ciencias.

En este año se publicó una sátira que ridiculizaba su estilo, titulada *Lexifanes*. Sir John Hawkins la atribuye al doctor Kenrick, aunque el autor es un tal Campbell, un escocés que era contador de la Armada. La ridiculización consistía en aplicar las «palabras de grandes significados» de que hablara Johnson a cuestiones

insignificantes, como si uno le pusiera a un enano la armadura de Goliat. El contraste puede ser risible, pero la dignidad de la armadura sigue siendo la misma, y lo será sin duda en el ánimo de cualquier persona considerada. Es pues fácil de suponer que esta chusca y maliciosa moziganga de ningún modo podía perjudicar al ilustre objeto de sus burlas.^[c50]

A Bennet Langton, en la perfumería del señor Rothwell, en New
Bond Street, Londres

Lichfield,
10 de octubre de 1767

Querido señor,
que haya pasado usted todo el verano en Londres es una razón más para que lamente mi prolongada estancia en el campo. Espero que no se marche de la ciudad antes de mi regreso. Aquí sólo disponemos del azar de que haya una plaza libre en las diligencias de paso, y se me ha informado de que tal vez haya una, si en efecto fuera el caso, que me llevaría a la ciudad el 14 de este mes, pero esto no es seguro.

Me hará usted un gran favor si se lo comunica a la señora Williams. Ansío ver a todas mis amistades. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1768: ÆTAT. 59.] A juzgar por los apuntes en que consignó su estado anímico,^[19] da la impresión de que en 1768 sufrió grandes trastornos y distracciones. En este año no dio a la imprenta ni uno solo de sus escritos, con la excepción del prólogo* a *El hombre de buen natural*, comedia de su amigo Goldsmith. Los primeros versos de ese prólogo son sumamente característicos del lúgubre abatimiento de su espíritu, que en este caso, al igual que en el caso de todas las personas trastornadas por el mismo mal de la imaginación, contagia a los demás sus propios sentimientos. Quién podría suponer que el señor Bensley preludia una comedia cuando con toda solemnidad dice al comienzo:

Lastrado por la carga de la vida,
el ánimo se para con fatiga;
pondera tanto afán de la humanidad...

Sólo que ese deprimente trasfondo tal vez diera más relumbre al humor de Goldsmith.

En la primavera de este año, una vez publicada mi *Crónica de Córcega* junto con el *Diario de un viaje a dicha isla*, regresé a Londres muy deseoso de ver al doctor Johnson y de oír sus comentarios al respecto. Descubrí que se encontraba en Oxford con su amigo el señor Chambers, que era titular de la cátedra vineriana y vivía en New Inn Hall. Como no había recibido carta suya desde que criticó a fondo los latines de mi tesis, y como alguien me dijera que se había ofendido por el hecho de que yo incluyera en mi libro un extracto de la carta que me escribió estando yo en París, era grande mi impaciencia por verle, por lo cual lo seguí a Oxford, donde me agasajó el señor Chambers con una amabilidad por la que siempre le estaré muy agradecido. Descubrí que el doctor Johnson me había remitido una carta a Escocia, y que no tenía yo más motivo de queja que su indiferencia ante mi preocupación, mayor de lo que a mí me hubiera gustado. En vez de reproducir con las correspondientes circunstancias de tiempo y de lugar los fragmentos de su conversación que he preservado, los pondré todos juntos sin solución de continuidad.

Le pregunté si, en calidad de moralista, no creía que el ejercicio de la abogacía dañaba en cierta medida el recto entender de la honestidad. JOHNSON: «De ningún modo, siempre que uno actúe como es debido. No debe engañar a su cliente con

falsas representaciones de su propia opinión, ni debe mentir en presencia de un juez». BOSWELL: «Pero ¿qué piensa usted de quien respalda una causa de cuya maldad es sabedor?». JOHNSON: «Señor, no sabrá usted si es buena o si es mala mientras el juez no dictamine. He dicho que debe exponer los hechos con limpieza, de modo que si cree o, como afirma, si sabe que es una mala causa, tiene que ser por su razonamiento, es decir, tiene que ser porque supone usted que sus propios argumentos son débiles y en modo alguno concluyentes. Pero no basta con eso. Un razonamiento que a usted no le convenza puede ser muy convincente para el juez ante quien lo exponga; si resultara que lo convence, es que entonces está usted en el error y él en lo cierto. Su misión es juzgar; no debe usted poner toda su confianza en su opinión de que una causa sea mala, sino que debe decir cuanto pueda a favor de su cliente, y luego escuchar lo que dictamine el juez». BOSWELL: «Pero, señor, afectar sinceridad cuando no se está siendo sincero, y mostrarse claramente de una opinión cuando es otra bien distinta la que se tiene, ¿no menoscaba la propia honestidad? ¿No hay peligro de que un abogado pueda ponerse esa misma máscara en la vida corriente, en las relaciones con sus amigos?». JOHNSON: «No, señor. Todo el mundo sabe que se le paga por afectar interés por su cliente, y, propiamente hablando, eso no es disimulo: en el momento en que sale usted del tribunal reanuda su conducta de costumbre. Llevar el artificio del foro a las relaciones comunes es tan posible como que un titiritero que cobra por andar sobre las manos continúe caminando de ese modo cuando puede andar con los pies».

Hablando de algunas obras teatrales nuevas, dijo que *Falsa delicadeza* era una pieza completamente vacía de contenido.^[c51] Elogió *El hombre de buen natural*, de Goldsmith, diciendo que era la mejor comedia que se había estrenado desde *El marido provocado*,^[c52] y que últimamente no se había puesto en escena ningún personaje como el de Croaker. Observé que era igual que el Suspirius de su *Rambler*. Comentó que Goldsmith había reconocido que, en efecto, lo había tomado en préstamo de sus páginas. «Señor —siguió diciendo—, entre los personajes del natural y los personajes de costumbres existe una diferencia abismal, tal como hay una grandísima diferencia entre los personajes de Fielding y de Richardson. Los personajes de costumbres son muy entretenidos, pero ha de entenderlos un observador más superficial que los personajes del natural, en los cuales es menester bucear hasta lo más recóndito del alma humana».

Siempre me pareció que tenía una estima desmedida por las composiciones de Richardson, a la vez que cultivaba un prejuicio irracional contra Fielding. Al comparar a estos dos escritores empleaba este símil: «Había entre ambos una gran diferencia, como la que hay entre un hombre que sabe cómo está hecho el mecanismo de un reloj y el que sólo es capaz de decir qué hora es mirando la esfera y las manecillas». He aquí una declaración sucinta y figurada de la distinción que trazaba entre personajes del natural y personajes de costumbres. A pesar de todo, no puedo evitar ser de la opinión de que los pequeños y bonitos relojes de bolsillo que pone en

marcha Fielding obedecen a una construcción igual de rigurosa y ejemplar que los grandes relojes de pared a los que da cuerda Richardson, amén de que sus esferas son más luminosas. Los personajes de Fielding, aunque no se explayan con tanta amplitud en sus disertaciones, constituyen atinadas representaciones de la naturaleza humana, osaría incluso afirmar que poseen rasgos más llamativos, resaltados con diestros trazos al carbón, y si bien Johnson citaba con aprobación un dicho de Richardson, en el sentido de que «las virtudes de los héroes que describe Fielding serían los vicios de un hombre bueno de verdad», yo me atrevería a apuntar que la tendencia moral de los escritos de Fielding, aunque no fomente una virtud denodada y raramente asequible, es siempre favorable al honor y a la honradez, y ensalza los afectos benévolos y generosos. Quien sea tan bondadoso como lo pinta Fielding es un estimable miembro de la sociedad, y puede guiarse por el ejemplo de instructores más avezados en su progreso hacia un plano más elevado de la perfección ética.

Johnson siguió diciendo: «Hasta el mismísimo sir Francis Wronghead es un personaje de costumbres, aunque dibujado con gran humor en *El marido provocado*». Repitió entonces con gran regocijo todo el crédulo parlamento que hace sir Francis a Manly acerca de que ha estado «con el gran hombre en persona» y se ha asegurado un lugar prominente. Le pregunté si en *El marido suspicaz*^[c53] no encontraba un personaje bien trazado en el caso de Ranger. JOHNSON: «No, señor; Ranger es un vividor y un calavera, nada más que un vividor y un calavera, y un joven vivaracho, eso sí, pero no tiene talla de verdadero personaje».

Era por entonces objeto de muchas conversaciones el gran caso de Douglas.^[c54] Descubrí que Johnson no lo había estudiado muy a fondo, pues tan sólo había oído retazos sueltos muy de cuando en cuando. Sin embargo, se detuvo a perorar sobre todo lo acaecido, y dijo entre otras cosas que «soy de la opinión de que no debiera exigirse al demandante una prueba concluyente del fraude que denuncia, sino que los jueces deberían dictar sentencia a tenor de la probabilidad que parezca preponderante, otorgando al imputado que la presunción de filiación sea decisiva en su favor. Y también creo que debiera otorgarse gran credibilidad a las declaraciones de un moribundo, puesto que son espontáneas. Es grande la diferencia que hay entre lo que se dice sin tener apremio y lo que se dice obedeciendo a una compulsión irrefrenable, sea del tipo que fuere. Si elogio el libro de alguien sin que nadie me haya solicitado mi opinión, mi elogio es sincero y digno de toda confianza. Si en cambio me pregunta el autor si me ha gustado su libro y le hago una alabanza, ésa no debe tomarse por mi opinión verdadera».

«Hace ya mucho tiempo —siguió diciendo— que no me importunan los autores deseosos de que emita una opinión sobre sus obras. En otro tiempo me incordiaba un hombre que escribía versos, que me daba la lata sin dejarme a sol ni a sombra, y que no tenía literalmente otra idea del verso más que la certeza de que debía constar de diez sílabas. “Deje los cubiertos sobre el plato” era, a su juicio, un verso impecable. Como escribía muchos, a veces y por pura chiripa daba con alguno que era pasable e

incluso bueno, aunque él no lo supiera».

Renovó su promesa de viajar a Escocia y de visitar conmigo las Hébridas, aunque comentó que se daría por contento con ver una o dos de las islas más curiosas. «Macaulay —dijo—, que escribe una relación de St. Kilda, empezó armado de un prejuicio contra el prejuicio, y quiso dárse las de pensador moderno y sagaz, a pesar de lo cual da por verdad incuestionable que cuando llega un barco todos los habitantes se pescan un tremendo resfriado». [\[a nota 48, Vol. II\]](#)

El doctor John Campbell, célebre escritor, hizo lo indecible por verificar este hecho, e intentó explicarlo recurriendo a los principios de la medicina, en concreto al efecto de los efluvios que emanan del cuerpo humano. En otra ocasión, Johnson elogió a Macaulay por su «magnanimidad» al difundir esta maravillosa historia, porque estaba bien documentada. Una señora del condado de Norfolk, en una carta dirigida a mi amigo el doctor Burney, me ha proporcionado la siguiente solución: «En lo que se refiere a la explicación de este misterio aparente, tan obvia que por esa misma razón ha escapado a la perspicacia del doctor Johnson y de su amigo, así como a la del autor, permítame que le aclare lo siguiente. Leyendo el libro con mi ingenioso amigo, el reverendo señor Christian de Docking, tras meditar un poco dijo así: “La causa es de orden natural. Por la situación de St. Kilda, es imprescindible que sople viento del nordeste para que un buque pueda atracar en la isla. Es el viento, y no el recién llegado, el que ocasiona un catarro contagioso a los lugareños. Si no me equivoco, Macaulay ya ha muerto; si aún vive, esta solución tal vez le complazca, tal como espero que sea del agrado del señor Boswell, a cambio de las muchas horas placenteras que sus obras nos han proporcionado”».

Johnson ponderó largamente las ventajas de Oxford para el aprendizaje y la cultura. «Allí se respira un ambiente de emulación progresiva. Los alumnos están deseosos de presentar la mejor apariencia ante sus tutores y preceptores; éstos están a su vez deseosos de que sus discípulos presenten la mejor apariencia en el colegio; los colegios están deseosos de que sus estudiantes presenten la mejor apariencia en la universidad, y en todos los colegios se rigen por excelentes normas de disciplina. Tal vez sea cierto que las normas a veces no se cumplen como debieran, pero esto en nada empece el sistema. Los integrantes de la universidad pueden pasar una temporada sin atender sus deberes si tienen motivos fundados para ellos. Yo defendiendo la excelencia de la institución». [\[c55\]](#)

De Guthrie dijo que «es un hombre hecho de retales. No posee un fondo de saberes muy amplios, aunque al haber leído tanto y haber escrito tanto, sin duda es mucho lo que se le ha pegado».

Dijo que últimamente había pasado una larga temporada en Lichfield, pero que se había hastiado del lugar mucho antes de marcharse. BOSWELL: «Me sorprende, señor; es su lugar natal». JOHNSON: «En efecto, señor, tal como Escocia es su tierra natal».

Su prejuicio antiescocés parecía especialmente acendrado en esta época. Le hablé de nuestros progresos en el campo de la literatura. «Señor —me dijo—, es poco lo

que han aprendido ustedes de nosotros, y ya se tienen por muy ilustres hombres. Hume jamás habría escrito la *Historia* si Voltaire no hubiera escrito antes que él. Es puro eco de Voltaire». BOSWELL: «Señor, nosotros tenemos a lord Kames». JOHNSON: «Tienen ustedes a lord Kames. Desde luego. Y no lo pierdan. ¡Ja, ja, ja! No seremos nosotros quienes se lo envidien. ¿Ve usted alguna vez al doctor Robertson?». BOSWELL: «Sí, señor». JOHNSON: «¿Y habla de mí el muy perro?». BOSWELL: «Desde luego, señor. Habla de usted con gran afecto». Convencido de que lo tenía arrinconado, y solícito como estaba por la buena fama literaria de mi nación, le apremié a que me diera su opinión sobre los méritos de la *Historia de Escocia* del doctor Robertson. Para mi sorpresa, se salió por la tangente. «Mucho aprecio a Robertson, y de su libro no hablaré».

Se comentó un ensayo escrito por Deane, teólogo de la Iglesia anglicana, en el que defendía la vida de los animales en el más allá, basándose en un escolio de ciertos pasajes de las Escrituras, doctrina en la que insistía cierto caballero al parecer aficionado a las especulaciones curiosas. Johnson, a quien disgustaba oír todo lo que se refiriese a un estado futuro, no autorizado por los cánones de la ortodoxia, desaconsejó esta conversación; ofendido al comprobar que pese a todo seguía su curso, esperó una buena oportunidad para asestar al caballero una reprensión fulminante. Cuando el desafortunado especulador, con rostro serio, pensativo y metafísico, lo interpeló y le dijo «la verdad, señor, cuando vemos a un perro muy sensato no sabemos qué pensar de él», Johnson, regodeándose ante la idea que se le acababa de ocurrir, y que destelló en sus ojos, se volvió rápidamente en redondo y replicó: «Muy cierto, señor mío, y cuando vemos a un *individuo* muy estúpido tampoco sabemos qué pensar de él». Se puso en pie, se plantó ante la chimenea y pasó un rato riéndose, exultante.

Le referí que durante mi estancia en Italia había presenciado en varias ocasiones el experimento resultante de poner a un escorpión dentro de un círculo de carbones al rojo vivo; que el animal corría dando vueltas presa de un intensísimo dolor, y que al no hallar vía de escape se retiraba al centro del círculo y, cual filósofo verdaderamente estoico, se asestaba un agujonazo en la cabeza, liberándose en el acto de sus males. «Así les pone fin».^[c56] Dije que era curioso hecho, prueba de un suicidio voluntario en un reptil. Johnson no admitió que así fuera. Dijo que Maupertuis^[20] era de la opinión de que el escorpión no se quita la vida, sino que muere a causa del calor, que se retira al centro del círculo por ser el lugar menos caliente al que puede llegar, y que el volver el agujón sobre su cabeza es meramente una convulsión, pues no llega a clavárselo. Dijo que se daría por satisfecho si Morgagni, el gran anatomista, tras diseccionar un escorpión sometido a dicho experimento pudiera certificar que el agujón había penetrado en la cabeza.

Parecía a sus anchas hablando de Ciencias naturales. «Está demostrado que las becadas vuelan con rumbo norte, pues se les ha visto en alta mar. Las golondrinas duermen durante todo el invierno. En ciertas cantidades se conglobulan juntas,^[c57]

volando en círculos constantes, y amontonándose se arrojan al agua, y yacen en el lecho de un río». Nos dijo que uno de sus primeros ensayos en el arte de escribir fue un poema en latín sobre la luciérnaga. Lamento no haberle preguntado dónde se puede encontrar esa muestra temprana.

Hablando de los rusos y los chinos, me aconsejó que leyera los viajes de Bell.^[c58] Le pregunté si me convenía leer la crónica de China de Du Halde.^[c59] «Pues sí — repuso—, pero tal como se lee esos libros, es decir, sólo por consultarlos».

Habló de la abyección del delito de adulterio, destructor de la paz reinante en las familias. Dijo: «La confusión de las progenes constituye la esencia del delito; por consiguiente, la mujer que viola los votos conyugales delinque mucho más que el hombre que hace lo mismo. El hombre, qué duda cabe, es delincuente a los ojos de Dios, pero no causa a su esposa una lesión material muy tangible, siempre y cuando no la insulte, si, por mera veleidad y desenfreno del apetito, se escabulle en secreto con la criada. Señor mío, la esposa no tendría por qué guardar resentimiento de una cosa así. No daría yo cobijo bajo mi techo a una hija mía que hubiera abandonado a su marido con ese pretexto. La esposa debería estudiar los medios a su alcance para amansar y enmendar a su marido, poniendo mayor atención en complacerle. Ni siquiera en uno de cada cien casos dejará un hombre a su esposa para irse con una fulana si su esposa no descuida el deber de complacerle».

Aquí puso al descubierto sus agudas facultades de discriminación, su sólido criterio y su profundo conocimiento de la naturaleza humana, por las que en cualquier ocasión sobresalía tanto. Con sumo cuidado para mantener a la vista los deberes morales y religiosos, tal como se entienden en nuestro país, mostró con claridad meridiana, basándose en la razón y el sentido común, el mayor grado de culpabilidad que contrae uno de los géneros, en comparación con el otro, en su desvío al incumplir dichos deberes; al mismo tiempo, pronunció una sabia y útil lección sobre *el modo de conservar la mujer a su marido*.^[c60]

Le pregunté si no era acaso trágico, y duro en exceso, que un solo desvío de la castidad arruinase por completo a una mujer joven. JOHNSON: «Pues no, señor: ése es el gran principio inamovible que a la mujer se le enseña. Cuando renuncia a cumplirlo a rajatabla, abandona del todo el concepto mismo de la honra y la virtud femenina, que está incluido en la castidad».^[c61]

Un caballero^[c62] le habló de una dama a la que mucho admiraba y a la que deseaba desposar, aunque estaba temeroso de que ella tuviera un talento superior al suyo. «Señor —le dijo—, nada tiene que temer: cásese con ella. Antes que pase un año, esa razón le parecerá mucho más débil, y ese ingenio de la bella mucho menos brillante». Con todo, dicho caballero bien podría tener cumplida justificación en una de las admirables frases que escribiera el doctor Johnson en su *Vida de Waller*. «Sin duda, elogió a muchas mujeres con las que miedo le habría dado casarse, y tal vez casó con una a la que vergüenza le habría dado elogiar. Son muchas y muy diversas las cualidades que consolidan la felicidad doméstica, sobre las cuales no tiene la

poesía prendas ni colores que adornar; muchos son los donaires y agudezas que deleitan la imaginación, y que quien adula nunca podría ver con buenos ojos».

Alabó al signor Baretto: «Su crónica de Italia es un libro muy ameno; [c63] además, no conozco yo a hombre tan digno como Baretto en el plano de la conversación. [c64] Grande es el poderío de su intelecto. No son muchos los garfios de que dispone para apañárselas, pero con esos garfios se maneja a las mil maravillas».

En esta época observé que ostentaba en la tapa de su reloj de bolsillo una breve inscripción en griego, tomada del Nuevo Testamento, *Νοξ γαρ ερχεται*, que son las primeras palabras de la solemne admonición de Nuestro Salvador sobre ese momento que se nos concede para prepararnos de cara a la eternidad: «La noche viene, cuando nadie puede obrar». [c65] Más adelante retiró la inscripción de la tapa de su reloj; cuando le pregunté por qué, me dijo que «mucho bien podría hacer en el reloj que un hombre guarde en el cajón de su escritorio, pero en un reloj que uno lleva encima, y que a menudo ven otras personas, podría censurarse por ser ostentoso». Es el señor Steevens quien hoy tiene en su poder el reloj de bolsillo con la inscripción en la tapa.

Permaneció en Oxford bastante tiempo; yo me vi obligado a regresar a Londres, donde recibí esta carta, que me fue reexpedida desde Escocia:

A James Boswell

Oxford,
23 de marzo de 1768

Mi querido Boswell,

mucho tiempo he dejado correr sin escribirle, sin que acierte a saber muy bien por qué. No podría decirle por qué no escribo, aunque ¿quién va a escribir a hombres que publican las cartas de sus amigos sin que éstos les hayan dado permiso? No obstante lo cual, ya ve que le escribo, mal que pueda pesar a mi cautela, para decirle que me alegraré de verle y que deseo que se le haya quitado Córcega de la cabeza, que creo le ha tenido ocupado durante demasiado tiempo. Sea como fuere, estaré contento, muy contento, de verle. Soy señor, afectuosamente suyo.

SAM. JOHNSON

Le contesté así:

Al señor Samuel Johnson

Londres, 26 de abril de 1768

Mi querido señor,

he recibido su última carta, que, si bien muy breve y nada lisonjera, me ha causado un verdadero placer, porque contiene estas palabras: «Estaré contento, muy contento, de verle». Con toda seguridad le garantizo que no tiene usted razón ninguna para quejarse de que yo haya publicado ni un solo párrafo de sus cartas. La tentación de hacerlo ha sido demasiado fuerte. Una concesión irrevocable de su amistad, así como el haber dignificado mi deseo de visitar Córcega con el calificativo de «noble y juiciosa curiosidad», son para mí más valiosas que muchas de las concesiones que puedan hacer los reyes.

Ahora bien: ¿cómo puede exigirme que «me quite Córcega de la cabeza»? Mi noble amigo, ¿no se conmueve usted ante una nación oprimida, que lucha con todo su arrojo para verse libre? Considere el caso con la debida serenidad. Los corsos no han recibido nunca la menor consideración de los genoveses. [c66] Nunca han querido someterse a ellos. Nada les deben, y cuando se ven reducidos a una sumisa esclavitud por la fuerza, ¿no es su

deber alzarse en armas por la gran causa de la libertad y romper el yugo que los amarga y mortifica? ¿No debe el alma de todo buen liberal llenarse de simpatía hacia ellos? ¡Vaciar mi ánimo de Córcega, me dice! ¡Vaciarlo de honor, de humanidad, de amistad, de compasión! ¡No! Mientras viva, Córcega y la causa de los valientes isleños ocuparán siempre gran parte de mi atención, y siempre me han de interesar del modo más sincero... Soy, etc.,

JAMES BOSWELL

A la señorita Lucy Porter, en Lichfield

Oxford, 18 de abril de 1768

Queridísima mía,

es muy grande la pérdida que ha sufrido usted. Perder a un viejo amigo es verse desgajado de gran parte de los pequeños placeres que la vida nos otorga. Pero así es y así ha de ser nuestra naturaleza, que según vivimos hemos de ver a quienes amamos caer sucesivamente, y así vemos nuestro círculo familiar cada vez más mermado, hasta vernos casi del todo aislados del mundo. Y entonces pronto nos tocará el turno de caer en la tumba. Siempre nos queda un consuelo, y es que tenemos a un Protector al que nunca podremos perder si no es por culpa nuestra, y cada nueva experiencia de la incertidumbre de cualquier otro consuelo debiera darnos más resolución para concentrarnos de corazón allí donde se encuentran las verdaderas alegrías. Toda unión con los habitantes de la tierra ha de romperse a su debido tiempo; todas las esperanzas que aquí se acaban deben en una u otra parte terminar en decepciones.

Me alegra que las señoras Adey y Cobb no permitan que esté usted sola. Presénteles mis respetos, así como a los Seward y a todas mis amistades. Cuando llegue el señor Porter, él sabrá dirigir sus pasos. Hágame saber de su llegada, que le escribiré.

Cuando regrese a Londres me ocuparé de su lupa. Siempre que pueda yo hacer algo por usted, recuerde, querida mía, que uno de mis mayores placeres es complacerle.

La puntualidad de su correspondencia la considero prueba de la muy alta estima en que me tiene. Desconozco cuándo nos veremos, pero pensemos a menudo el uno en el otro, y recordémonos mutuamente con ternura. Téngame presente en sus oraciones. Desde hace ya tiempo me encuentro francamente mal, pero ¿de qué sirve quejarse?

Escríbame a menudo, sus cartas siempre me procuran un gran placer.

Querida mía, soy su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A su llegada a Londres, en el mes de mayo, me sorprendió al visitarme una mañana en mis aposentos de Half Moon Street,^[c67] se dio por satisfecho con mis explicaciones y estuvo de ánimo amabilísimo y de trato muy cordial. Como había puesto reparos a que yo publicase parte de una carta suya, me pareció aconsejable aprovechar la ocasión para preguntarle explícitamente si le parecería impropio que publicara sus cartas después de su muerte. Así respondió: «No, señor. Cuando haya muerto, podrá hacer usted lo que le plazca».

Habló con su estilo habitual, desabrido y despectivo, de la libertad popular.^[c68] «Gran alboroto han armado a cuento de la libertad universal, sin pararse a considerar que lo único que importa y tiene auténtico valor, lo único que pueden disfrutar de veras los individuos es la libertad privada. La libertad política es buena cosa sólo en la medida en que genera libertad privada. Ahí tiene, por ejemplo, la libertad de prensa, que es como bien sabe un tema de conversación constante.^[c69] Suponga que usted y yo y otros doscientos nos viésemos impedidos de dar a la imprenta nuestros

pensamientos: ¿y qué? ¿Qué parte de ese impedimento nuestro incidiría sobre la felicidad particular de toda la nación?». [c70]

Este modo de representar las inconveniencias de un impedimento como mera menudencia insignificante era una suerte de sofisma que le deleitaba concederse por oposición a la extrema laxitud en pro de la cual ha sido moda entre muchos pronunciarse, cuando es evidente, tras una somera reflexión, que la esencia misma del gobierno estriba en los impedimentos, restricciones y prohibiciones; cierto es que así como el buen gobierno proporciona felicidad racional, es preferible un exceso que un defecto de restricciones. Ahora bien, cuando la restricción es innecesaria, y tan estrecha como para amargar a todos los que a ella están sujetos, el pueblo puede y debe manifestarse en contra, y si no se le concede el alivio exigido, resistirse. De este viril y animoso principio nadie hubo nunca más convencido que el propio Johnson.

Más o menos en esta época lanzó el doctor Kenrick un ataque contra él sirviéndose de mí, en un panfleto titulado *Epístola al señor James Boswell, con ocasión de que transmitiera los escritos morales del doctor Samuel Johnson a Pascal Paoli, general de los corsos*. Tuve en un principio la franca inclinación de responder a este alegato, aunque Johnson, sabedor de que si lo hacía sólo satisfaría los deseos de Kenrick por mantener con vida lo que pronto habría de extinguirse por sí solo, no quiso ni oír hablar de que yo me tomara tal molestia. [c71]

Su sincero afecto por Francis Barber, su fiel criado negro, lo imbuía de tan gran deseo de que prosperase que decidió matricularlo en la escuela de Bishop Stortford, condado de Hertford. Esta humanitaria atención honra el buen corazón de Johnson. De las muchas cartas que recibió el señor Barber cuando cursaba sus estudios, son tres las que ha conservado y me ha donado con amabilidad, las cuales insertaré a su debido tiempo de acuerdo con las fechas.

Al señor Francis Barber

28 de mayo de 1768

Querido Francis,

he estado francamente mal de salud. Me alegra saber que se encuentra usted bien, y planeo ir a visitarle pronto. Preferiría que por el momento siguiera alojado en casa de la señora Clapp, hasta que pueda yo ver qué conviene hacer. Sea bueno, pórtese bien.

Presente mis respetos a la señora Clapp y al señor Fowler. Soy afectuosamente su

SAM. JOHNSON

Poco después cenó en la Taberna de la Corona y el Ancla, en el Strand, con una concurrencia que reuní yo para hacerle un recibimiento. Estuvieron presentes el doctor Percy, ahora Obispo de Dromore; el doctor Douglas, ahora Obispo de Salisbury; el señor Langton; el doctor Robertson, el historiador; el doctor Hugh Blair y el señor Thomas Davies, quien tenía gran deseo de conocer a estos eminentes

literatos escoceses, aunque en esta ocasión apenas gozó de la oportunidad de oírles conversar, ya que con un exceso de prudencia que Johnson más adelante les echó en cara, apenas abrieron la boca, y sólo para decir algo que tuvieran certeza de que no les expondría a la espada de Goliat, así de grandes eran sus esfuerzos por reafirmar su buena fama en presencia de Johnson. Estuvo durante esta velada de un notable vigor intelectual, ansioso por ejercitarse en la conversación, cosa que hizo con gran presteza y fluidez, por todo lo cual lamento descubrir que he preservado muy pequeña parte de lo que se ventiló.

Concedió grandes halagos a Thomson por sus proezas poéticas; en cambio, cuando alguno de los presentes dijo que también era un buen hombre, nuestro moralista contestó con gran acaloramiento, acusándolo de grosera sensualidad y de carácter licencioso. Mucho me temí que al escribir la vida de Thomson, el doctor Johnson hubiera tratado su carácter en la vida privada con excesiva severidad, pero me vi gratamente contrariado en este punto, e incluso puedo pregonar que parte del mérito de que así fuera me corresponde, no en vano me desviví por hacerle llegar testimonios auténticos del afecto y la generosidad que siempre tuvo el poeta para con sus hermanas, a una de las cuales, esposa del señor Thomson, maestro de escuela en el condado de Lanark, llegué a conocer; de hecho, me obsequió tres de sus cartas, una de las cuales insertó el doctor Johnson en la biografía que escribió.

Fue grande su vehemencia contra el anciano doctor Mounsey, de Chelsea College, a quien tildó de «individuo malhablado y rijoso». «Yo a menudo he estado en su presencia —apuntó el doctor Percy— y jamás le oí soltar juramentos ni decir nada rijoso». El señor Davies, que estaba sentado junto a Percy y que después de dicho esto hizo un aparte con él, descubrió algo que, en su celoso afán por rendir pleitesía al doctor Johnson, proclamó en voz alta desde la cabecera opuesta de la mesa: «Señor, óigame bien, pues he hallado una muy buena razón por la cual el doctor Percy nunca pudo oír a Mounsey soltar juramentos ni decir nada impúdico, ya que me acaba de confesar que no lo vio salvo compartiendo mesa y mantel en casa del Duque de Northumberland». «Así pues, señor —dijo Johnson con voz tonante, dirigiéndose a Percy—, ¿pretende usted escudar a este hombre de la acusación de perjurio y malhablado sólo porque no hizo tal a la mesa del Duque de Northumberland? Señor mío, lo mismo daría que nos dijese que lo vio con la mano en alto en el tribunal de Old Bailey y que nunca soltó juramento ni dijo nada impúdico, o bien que lo vio subido al carro en Tyburn y que nunca soltó juramento ni dijo nada impúdico. ¿Es así, señor, como pretende usted controvertir lo que he relatado?». Fue de tal modo manifiesta la animadversión que le profesó el doctor Johnson que el doctor Percy pareció visiblemente molesto, y al poco abandonó al resto de los comensales sin que aquél se percatase de ello.

Mencionado el nombre de Swift, Johnson, como de costumbre, lo trató con poquísimo respeto en calidad de escritor. Algunos intentamos prestar apoyo al Deán de San Patricio con variados argumentos. Uno en concreto alabó su *Conducta de los*

aliados. JOHNSON: «Señor, su *Conducta de los aliados* es empeño donde poca o ninguna valía demuestra». «No obstante —objetó el doctor Douglas—, tendrá usted que reconocer que contiene hechos contundentes».^[21] JOHNSON: «Desde luego, señor, pero ¿qué representa eso en cuanto al mérito de la composición? En las actas de los tribunales del Old Bailey abundan los hechos contundentes. El robo por la fuerza es un hecho contundente; el atraco con intimidación es un hecho contundente, y el asesinato es un hecho sumamente contundente: ahora bien, ¿se debe elogiar al historiador que escribe sobre esos hechos contundentes? No, señor: Swift ha relatado lo que con toda precisión tenía que relatar, pero eso es todo. Tenía que contar hasta diez y ha contado bien».^[c72] Recordó entonces que el señor Davies, actuando en calidad de *informante*, había prestado la ocasión de hablar con excesiva aspereza a su amigo^[c73] el doctor Percy, por lo cual es probable que pasada la primera ebullición sintiera cierto arrepentimiento, de modo que aprovechó la oportunidad de asestarle un golpe, y así añadió, con una carcajada preparatoria: «Caramba, señor, si hasta el propio Tom Davies podría haber escrito *La conducta de los aliados*». El pobre Tom, al verse de ese modo arrastrado a presencia de los doctores de Escocia, ante los cuales tenía la ambición de cobrar cierta ventaja, y quedar así en ridículo, sintió una agraviada mortificación. No quedó en eso su castigo, pues en ocasiones subsiguientes, siempre que se daba aires de grandeza y se hacía pasar por «estadista de los pies a la cabeza»,^[22] no dejé de saludarle llamándole «el autor de *La conducta de los aliados*».

Cuando visité al doctor Johnson a la mañana siguiente, lo encontré sumamente satisfecho con sus proezas argumentativas de la velada anterior. «Bueno —dijo él—, disfrutamos de una buena charla». BOSWELL: «Sí, señor; volteó y despanzurró usted a varias personas».^[a nota c138, Vol. III]

El difunto conde Alexander de Eglinton, que amaba el ingenio más que el vino, y a los hombres de ingenio más que a los sicofantes, tenía por Johnson una grande e indisimulada admiración. Por esta época, una tarde en que Su Señoría me hizo el honor de acudir a cenar a mi casa con el doctor Robertson y otros varios hombres de notable distinción literaria, se lamentó de que Johnson no hubiera recibido una educación más refinada y de que no se hubiera codeado más con la sociedad elegante. «No, no, milord —dijo el signor Baretto—, se hiciera con él lo que se hiciera, siempre habría sido un oso». «Es cierto —repuso el Conde sonriendo—, pero habría sido un oso bailarín».

Para compensar todo lo que ha circulado por ahí en perjuicio de Johnson debido a ese epíteto de «oso», permítaseme insertar en este punto una frase tan atinada como feliz de mi amigo Goldsmith, que bien lo conoció: «Johnson, qué duda cabe, tiene rudeza en sus modales, pero no hay hombre que tenga un corazón más bondadoso que el suyo. Del oso no tiene más que la piel».

1769: ÆTAT. 60.] En 1769, hasta donde alcanzo a discernir, no disfrutó el público lector de ninguna nueva publicación de Johnson, ya fuera en su nombre, ya en el de alguna de sus amistades. Sus *Meditaciones* son prueba concluyente de que tuvo muchos padecimientos tanto en cuerpo como en alma, y sin embargo se desempeñó con denuedo en contra del mal y se esforzó con nobleza por prosperar en intelecto y devoción. El corazón generoso y agradecido de cualquier persona sensible ha de compadecerse de las aflicciones que sufrió tan ilustre benefactor de la humanidad; ahora que sus desdichas son de seguro conocidas del mundo entero, debe respetarse esa dignidad de carácter que le impidió quejarse nunca de sus cuitas.

Como Su Majestad el Rey instituyó durante el año anterior la Real Academia de las Artes en Londres, Johnson disfrutó del honor de ser nombrado profesor de Literatura antigua en la misma.^[23] En el transcurso del año escribió algunas cartas a la señora Thrale, pasó parte del verano en Oxford y en Lichfield y estando en Oxford escribió la siguiente carta:

Al reverendo señor Thomas Warton

31 de mayo de 1769

Estimado señor,

hace ya muchos años, cuando tenía yo por costumbre retirarme a leer en la biblioteca de su colegio, prometí recompensar a éste por el permiso otorgado sumando a sus fondos un Virgilio de Baskerville. Ahora se lo envío, y es mi deseo que lo deposite en sus anaqueles dejando constancia de mi donación.^[24]

Si tuviera asimismo la amabilidad de saber cuándo dispone de una hora de asueto, estaré encantado de tomar el té con usted. Tengo compromisos pendientes mañana por la tarde y el viernes por la tarde, pero dispongo de las mañanas.^[25]

Soy, etc.

SAM. JOHNSON

Llegué a Londres en otoño, y habiéndole informado de que iba yo a contraer matrimonio en cuestión de unos meses, deseaba disfrutar de su conversación tanto como me fuera posible antes de comprometerme con un estado que sin duda me sujetaría mucho más tiempo en Escocia, y que me impediría verlo con la misma

frecuencia con que lo había visto mientras estaba soltero, si bien descubrí que se encontraba por entonces en Brighthelmstone con el señor y la señora Thrale. Mucho lamenté no gozar de su compañía durante el jubileo en honor de Shakespeare, celebrado en Stratford-upon-Avon, localidad natal del gran poeta.^[c74] La estrecha relación de Johnson tanto con Shakespeare como con Garrick exigía doblemente su presencia, que habría sido sumamente gratificante para éste. En esta ocasión lamenté de un modo especial que no mostrase el calor de la amistad por su aventajado discípulo, del que bien cabe suponer que hubiera tenido un muy benigno efecto sobre ambos. Cuando prácticamente todo hombre de contrastada eminencia tuvo el placer de compartir este festival del genio, la ausencia de Johnson por fuerza fue motivo de conjeturas y lamentos. El único rastro suyo que se pudo ver fue en el antojadizo anuncio de un mercero, que vendía cintas shakespearianas de distintos tintes; a manera de ilustración de su apropiación del bardo, introdujo en el anuncio uno de los versos que le dedica en su célebre *Prólogo a la inauguración del Teatro de Drury Lane*: «Supo dibujar cada tornadura versicolor de la vida».

Desde Brighthelmstone, el doctor Johnson me escribió la siguiente carta. Quienes piensen que debiera haberla obviado son sin duda dueños de sentimientos menos ardientes que los que yo siempre he reconocido tener.^[26]

A James Boswell

Brighthelmstone,
9 de septiembre de 1769

Querido señor,

¿por qué me lastra usted con tanta inquina? Nada he dejado de decir de cuanto pudiera hacerle bien o producirle placer, a menos que se trate de que me he abstenido, en efecto, de darle mi opinión sobre su *Crónica de Córcega*. Creo que mi opinión, si tiene usted en estima mi criterio, le habría resultado grata, pero cuando se considera cuánta vanidad se excita con las alabanzas no estoy tan seguro de que le haya sentado todo lo bien que debiera. Su «historia» es como tantas otras historias, mientras que su «diario» es sumamente curioso y deleitoso. Existe entre historia y diario esa misma diferencia que siempre se hallará entre las ideas que se toman en préstamo y las ideas que genera uno en su interior. Su historia está copiada de los libros; su diario brota de su propia experiencia y aguda observación. Expresa usted imágenes que ejercieron sobre usted una fuerte impresión, y las imprime con idéntica fuerza en la conciencia de sus lectores. No sé si podría nombrar alguna otra narración que mejor excite la curiosidad del lector, ni que mejor la satisfaga.

Me alegra que vaya usted a casarse. Así como le deseo lo mejor en asuntos de menor importancia, lo mejor le deseo con ardor proporcional en ese crítico instante de su vida. Todo cuanto pueda yo aportar a su felicidad será muy reacio a retenerlo, pues siempre lo he estimado y lo he valorado aún más a medida que se ha tornado usted un hombre útil y de costumbres regulares y morigeradas, efectos que un matrimonio feliz no dejará de surtir.

No me parece probable que regrese pronto de este lugar de retiro. Tal vez aún me quede otra quincena, y una quincena es demasiado tiempo si el amante está ausente de la amada. ¿Tendrá final de hecho una quincena? Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Luego de su regreso a la ciudad nos reunimos con frecuencia; reanudé la práctica de tomar nota de sus conversaciones, aunque no con toda la asiduidad ni con todo el

tesón que desearía haberlo hecho. En esta época, en efecto, tuve sobrada excusa para no adjudicar mucho tiempo a mi diario: luego de ser Córcega tomada por las tropas de la monarquía francesa, el general Paoli dejó de estar al frente de sus bravos compatriotas, y tras escapar con grandes apuros de su isla natal buscó asilo político en Inglaterra, con lo cual fue mi deber, así como un gran placer, ocuparme de sus necesidades. Todos los particulares de las conversaciones de Johnson que consigné al papel en esta época los iré introduciendo aquí sin atender estrictamente a ninguna disposición metódica. A veces amalgamaré breves notas correspondientes a distintos días, a veces un día determinado tendrá importancia suficiente para distinguirse por separado.

Dijo que no era de su agrado guardar la festividad dominical con severidad rigurosa y ánimo ensombrecido, pues prefería hacerlo con gravedad y sencillez de conducta.

Le dije que David Hume había compilado una breve colección de escocesismos. «Me extraña —dijo Johnson— que los haya sabido encontrar».^[27]

Se negó a admitir la importancia de la cuestión relativa a la legalidad de las órdenes judiciales.^[c75] «Semejante poder —observó— ha de estar conferido a cualquier gobierno, con el fin de dar respuesta a casos de necesidad. Y no puede haber una queja justa por ello salvo cuando se incurre en abuso de ese poder, caso en el cual quienes administran el gobierno han de ser tenidos por responsables. Es una cuestión que suscita tal indiferencia, que tan poco interesa al pueblo, que si un hombre recorriese Gran Bretaña ofreciendo una exención de toda orden judicial por medio penique, pocos serían quienes quisieran adquirirla». Ésta es buena muestra de esa laxitud en el hablar que a menudo le he oído reconocer con toda llaneza, pues no cabe duda de que si bien el poder de emitir una orden judicial se suponía plenamente legal, y la aprensión que causaba pendía sobre nuestras cabezas, no poseíamos esa seguridad de la libertad que es concurrente con nuestra feliz constitución, y que gracias al intrépido hacer del señor Wilkes quedó por fortuna establecida.

Dijo que «la duración del Parlamento, ya sea de siete años, ya sea de carácter vitalicio, de acuerdo con lo que dure la vida del rey, se me antoja tan inane que no daría yo ni media corona con tal de inclinar la balanza de un lado u otro».^[c76] El *habeas corpus* es la única ventaja singular con que cuenta nuestro gobierno respecto al de otras naciones».

El 30 de septiembre almorzamos juntos en la Mitra. Traté de defender la superior felicidad de la vida campestre, aduciendo caprichosos razonamientos muy usuales entonces. JOHNSON: «Señor, nada más falso ni más alejado de la realidad. Los salvajes no disfrutan de ventajas corporales por encima de las que tienen los hombres civilizados. No gozan de mejor salud; en cuanto a las cuitas o desasosiegos del espíritu, no están por encima de ellos, sino por debajo, como los osos. No, señor mío; no discursée con tales paradojas,^[c77] no vale la pena hablar más de ello. Esas bagatelas a nadie pueden entretener, y menos aún instruir. Lord Monboddó,^[c78] uno

de los jueces de Escocia, hablaba largo y tendido de esas monsergas. A él se lo tuve que aguantar, pero a usted no pienso aguantárselo». BOSWELL: «¿Y no habla Rousseau de esas mismas monsergas, como dice usted?». JOHNSON: «Desde luego, pero Rousseau sabe que está diciendo monsergas, por lo cual se ríe de que el mundo mire asombrado tanto desatino». BOSWELL: «¿Cómo es posible?». JOHNSON: «Un hombre que tan bien desmenuza sus dislates tiene que ser conocedor de que son dislates lo que dice, pero mucho me temo —añadió con una risa socarrona— que Monboddo no tiene ni idea de que son monsergas».^[28] BOSWELL: «En tal caso, ¿está de más aparentar determinada singularidad para que a uno lo miren con asombro?». JOHNSON: «Desde luego que está de más, máxime cuando se propaga un error. Mal está de todos modos. Hay en la naturaleza de los hombres una propensión generalizada a provocar el asombro ajeno, aunque todo hombre juicioso ha de curarse en salud, y en efecto lo evita. Si uno aspira a provocar el asombro ajeno por ser mejor que los demás, perfecto, aunque no sea preciso causar tal asombro que a los demás se les pongan los ojos como platos. No obstante, considere cuán fácil es provocar el asombro ajeno por la vía del absurdo. Bastaría con que uno se presentara descalzo en un salón concurrido. Recuerde a aquel caballero al que en el *Spectator* se tuvo por sospechoso de haber incurrido en lisa y llana demencia por su extrema singularidad, como hacía al no usar jamás peluca, sino sólo un gorro de dormir. En abstracto, el gorro de dormir era preferible, pero en términos relativos toda su ventaja se iba al garete al suscitar que los chiquillos lo persiguieran con sus burlas y puyazos».^[c79]

Hablando de la vida londinense dijo así: «La felicidad que Londres nos depara no la pueden concebir quienes no hayan pisado la ciudad. Me atrevería a afirmar que hay más cultura y más ciencia en diez millas a la redonda del lugar en que estamos ahora sentados que en todo el resto del reino». BOSWELL: «La única desventaja es la gran distancia a que vivimos unos de otros». JOHNSON: «Así es, aunque la ocasiona la gran extensión, que es a fin de cuentas causa de todas sus demás ventajas». BOSWELL: «A veces he tenido el deseo de retirarme a vivir a un desierto». JOHNSON: «Bastante desierto tiene usted en Escocia».

Aunque me había prometido disfrutar de abundantes e instructivas conversaciones con él sobre la conducta decorosa que ha de tener un hombre casado, de la cual tenía yo una perspectiva ya inmediata, no dijo demasiado a este respecto. El señor Seward le oyó señalar en cierta ocasión que «un hombre tiene pésimas posibilidades de ser feliz en el matrimonio, a menos que case con una mujer de principios religiosos muy firmes». Conmigo sostuvo lo contrario de la idea más corriente, a saber, que una mujer no tiene por qué ser peor esposa si es culta, opinión en la cual difiero humildemente de su parecer, debido a cuanto he observado sobre las *Artemisas*.^[c80] Reconozco que es muy provechoso que una mujer sea sensata y esté bien informada, y entiendo que sir Thomas Overbury,^[29] con su tosca versificación, ha reseñado de forma muy juiciosa el grado de inteligencia que es deseable en una compañera

femenina:

Dadme, además de buena, una esposa comprensiva,
de natural sensata, pero no culta en exceso;
cierto saber de su parte a mi vida entera
más amplia conversación aporte;
asimismo, su virtud innata la fortifique,
que son más firmes en su bondad quienes
el porqué bien conocen.

Cuando censuré en su presencia a un caballero conocido mío^[c81] por haberse casado en segundas nupcias, ya que así mostraba una gran falta de respeto por su difunta primera esposa, así me respondió: «No, señor, ni mucho menos. Muy por el contrario, en caso de que no volviera a casarse podría colegirse que su primera esposa le había inculcado una fuerte aversión al matrimonio; en cambio, al tomar una segunda esposa rinde el mejor de los cumplidos a la primera, ya que demuestra que ella le hizo tan feliz en su vida marital que desea casarse de nuevo». Qué ingenioso giro supo dar a esta cuestión, delicada por demás. Sin embargo, en otra ocasión reconoció que a punto estuvo de solicitar a la señora Johnson la promesa de que no volvería a contraer matrimonio si él falleciera, aunque finalmente se abstuvo. No puedo menos que pensar, claro está, que en su caso tal petición habría sido irracional, pues si la señora Johnson olvidó o al menos no le pareció lesivo para la memoria de su primer amor — su esposo de juventud, y padre de sus hijos— contraer matrimonio por segunda vez, ¿por qué había de impedírsele un tercer matrimonio si tal fuera su deseo? En su perseverante y cariñosa apropiación de su amada Tetty, luego incluso de su defunción, parece haber pasado completamente por alto el derecho que anteriormente tuvo el honesto comerciante de Birmingham. Presupongo que el hecho de que ella hubiera estado casada con anterioridad fue para él, a veces, fuente de cierta intranquilidad, pues recuerdo que a propósito del matrimonio de uno de nuestros comunes amigos^[c82] comentó lo siguiente: «Ha cometido una soberana estupidez; se ha casado con una viuda cuando pudo casarse con una doncella».

Tomamos el té con la señora Williams. El año anterior tuve el placer de conocer a la señora Thrale en casa del doctor Johnson una mañana, y hablamos lo suficiente para que me fuera dado admirar sin reservas su talento y para demostrarle que era yo tan johnsoniano como ella. El doctor Johnson había tenido seguramente la amabilidad de hablarle bien de mí, ya que esa misma tarde me entregó una tarjeta muy cortés de parte del señor Thrale y de su esposa, invitándome a su casa de Streatham.

El 6 de octubre cumplí con esta amable invitación y encontré, en una elegante villa, sita en un hermoso paraje, a unas seis millas de la ciudad, todas las circunstancias que hacen del trato en sociedad una actividad realmente placentera. Aunque se comportaba como si estuviera en su propia casa, Johnson era mirado con cierto temor, templado sin embargo por el afecto, y parecía constituir por igual la mayor de las preocupaciones que tuvieran el anfitrión y la anfitriona. Me alegré de

verlo tan feliz.

Ejercitó su ingenio contra Escocia con sana jovialidad y buena intención, lo cual me dio, no siendo yo un fanático de los prejuicios nacionales, la oportunidad de entablar una pequeña polémica con él. Yo había dicho que Inglaterra estaba en deuda con nosotros por los horticultores, ya que son escoceses los mejores jardineros y paisajistas. JOHNSON: «Es natural, señor; la horticultura es mucho más necesaria en su país que en estos pagos, de ahí que sean tantos los escoceses que la aprenden. Las especies que aquí se crían silvestres, en Escocia tienen que ser cultivadas con grandes cuidados. Dígame —añadió arrellanándose en el sillón y riéndose—, ¿son ustedes capaces de que el endrino se críe a la perfección?».

Me jacté de que nosotros habíamos tenido el honor de ser los primeros en abolir la humillante, molesta y desagradable costumbre de dar propinas a la servidumbre. JOHNSON: «Vamos, señor mío: ustedes abolieron las propinas porque no les alcanzaba para darlas».

La señora Thrale discutió con él sobre los méritos de Prior. Él lo atacó con especial virulencia; dijo que escribía del amor como un hombre que jamás lo hubiera sentido; sus poemas de amor eran de mero principiante; recitó la canción titulada «Alexis rehuyó a sus compañeros de festejo», de *El pastor que desespera*, en un tono tan ridículo que todos nos extrañamos de que algo tan descabellado hubiese gustado alguna vez a alguien. La señora Thrale siguió en sus trece con gran valentía, en defensa de las cancioncillas de amor, hasta que por fin él la hizo callar diciéndole: «Mi querida señora, no le demos más vueltas. Las bobadas sólo pueden defenderse con bobadas».

La señora Thrale alabó luego el talento de Garrick para la poesía ligera y festiva, y como muestra adujo su canción de *Florizel y Perdita*, demorándose con especial agrado en este verso: «Sonreiría con los simples, con los pobres comería». ^[c83]

JOHNSON: «No, mi querida señora; ni por asomo. ¡Pobre David! Sonreír con los simples..., ¿qué tontería es ésa? ¿Y quién querría sentarse a comer con los pobres si puede ahorrárselo? No, no y no: a mí que me dejen sonreír con los sabios y comer a la mesa de los ricos». Le repetí a Garrick esta salida ingeniosa y me sorprendió que su sensibilidad de escritor no se irritase con ella. Para apaciguarlo, reseñé que Johnson, refunfuñando, no había escatimado invectivas con ninguno de nosotros, y cité el pasaje de Horacio en que compara a quien ataca a sus amigos por mero afán de comicidad con un buey que empuja una carreta, que va señalado con un manojito de heno sobre los cuernos: «*fænum habet in cornu*». ^[c84] «En efecto —dijo Garrick con vehemencia—, él lleva todo un penacho».

«Tal vez —dijo Johnson hablando de historia— sepamos de ciertos hechos históricos que son verdad, tal como lo sabemos con certeza en la vida cotidiana. Los motivos por lo común nos son desconocidos. No podemos fiarnos de los personajes que hallamos en la historia, a no ser que los retraten quienes bien los conocieron. Por ejemplo, los de Salustio, o los de lord Clarendon».

No reconoció que la oratoria de Whitefield fuera de gran mérito. «Su popularidad —dijo— es debida sobre todo a la peculiaridad de sus maneras. Lo seguirían las muchedumbres así subiera al púlpito con el gorro de dormir, o si predicara encaramado en un árbol».

No sé muy bien debido a qué espíritu de contradicción estalló en una violenta declamación contra los corsos, de cuyo heroísmo hablé yo en los términos más elogiosos y encendidos. «Señor —dijo—, ¿a cuento de qué todas estas pejugueras en torno a los corsos? Han estado en pie de guerra durante más de veinte años con los genoveses sin haber tomado nunca sus ciudadelas y fortalezas. En veinte años podrían haber derruido las murallas y reducirlas a una montonera de polvo. En veinte años podrían haber hecho pedazos las murallas y haber resquebrajado las piedras a dentelladas si fuera preciso». Fue en vano discutir con él sobre su carencia de artillería; en ese momento no había quien se le resistiera.

En la velada del 10 de octubre presenté al doctor Johnson y al general Paoli. Grande había sido mi deseo de que se conocieran estos dos hombres, por los cuales tenía yo la más alta estima. Se saludaron con viril aplomo, con mutua conciencia de su propia capacidad y de la capacidad y proezas del otro. El general hablaba italiano y el doctor Johnson inglés, y se entendieron francamente bien con un poco de ayuda que les presté, pues les hice las veces de intérprete, por lo cual me comparé con un istmo que comunicase dos grandes continentes. Tras el saludo de Johnson, el general dijo así: «Por lo que he leído de sus obras, señor, y por lo que de usted me ha contado el señor Boswell, hace mucho tiempo que le profeso una gran veneración». El general habló de que las lenguas se forman a partir de las ideas y costumbres particulares de cada pueblo, sin conocer las cuales no nos es posible conocer la lengua. Podemos conocer el significado directo de las palabras aisladas, mediante las que no se transmite la belleza expresiva, el brío de la genialidad, el propio ingenio. Todo ello ha de remitir a otras ideas. «Señor —dijo Johnson—, habla usted la lengua como si no hubiera hecho otra cosa que dedicarse a su estudio, en vez de haber regido los destinos de toda una nación». «*Questo è un troppo gran complimento*». «Eso mismo habría dicho yo —repuso Johnson— si no le hubiera oído hablar». El general le preguntó qué opinión le merecía el espíritu de descreimiento que tanto empezaba a prevalecer por el mundo. JOHNSON: «Esta penuria del descreimiento, señor, confío en que sólo sea una nube pasajera que recorre el hemisferio, y que pronto haya de disiparse, cuando el sol la atraviere con su esplendor de costumbre». «Así que piensa usted —dijo el general— que el pueblo cambiará de principios como cambia de camisa». JOHNSON: «Desde luego, señor; si no concede mayor atención a sus principios que a su indumentaria, así ha de ser». El general señaló que «buena parte de ese descreimiento que se ha puesto tan en boga obedece al deseo de dar muestras de valentía. Los hombres que no tienen oportunidades de mostrar su valentía en las cosas de esta vida, toman la muerte y el más allá como pretexto con el cual hacer vistoso despliegue de su valor». JOHNSON: «Eso podría ser mera, estúpida afectación.

El miedo es una de las pasiones del alma humana, del cual es imposible despojarla del todo. Recuerde que el emperador Carlos V, cuando leyó en el epitafio de un español que “aquí yace quien nunca tuvo miedo”, comentó con ingenio: “En tal caso, nunca apagó una vela con los dedos”».

Dijo unas palabras en francés al general, pero al descubrir que no le salían con facilidad pidió pluma, tintero y papel, y redactó esta nota:

J'ai lu dans la géographie de Lucas de Linda un Pater-noster écrit dans une langue tout à-fait différente de l'Italienne, et de toutes au tres lesquelles se derivent du Latin. L'auteur l'appelle *linguam Corsicae rusticam*; elle a peut-etre passé, peu à peu; mais elle a certainement prevalue autrefois dans les montagnes et dans la campagne. Le même auteur dit la même chose en parlant de Sardaigne; qu'il y a deux langues dans l'Isle, une des villes, l'autre de la campagne.

El general Paoli le informó al punto de que la *lingua rustica* sólo se hablaba en Cerdeña.

El doctor Johnson se vino luego a mi casa, donde tomamos té hasta altas horas. «El general Paoli —dijo— tiene el porte más altivo que jamás haya visto yo en un hombre». Negó que los militares fueran siempre los hombres de mejor crianza: «La buena crianza, en su estado de máxima perfección, consiste en no tener marca particular de profesión ninguna, sino una elegancia general en el porte; en cambio, en un militar por lo común se distingue el marchamo del soldado, *l'homme d'épée*».

Johnson esquivó esa noche toda discusión sobre la intrincada cuestión de la predestinación y el libre albedrío, que yo traté de suscitar. «Señor —dijo por todo decir—, sabemos que nuestra voluntad es libre, y punto redondo».

Me honró con su asistencia a una comida que ofrecí el 16 de octubre en mi casa de Old Bond Street, con sir Joshua Reynolds, Garrick, el doctor Goldsmith, Murphy, Bickerstaff^[c85] y Thomas Davies. Garrick dio una vuelta a su alrededor con vivacidad y afecto, lo sujetó por las solapas de la levita y, mirándolo a la cara con jovialidad, pero con el ánimo travieso, lo felicitó por la buena salud de que parecía disfrutar. Mientras, el sabio, moviendo la cabeza, lo miraba con benévola complacencia. Como no llegó uno de los invitados a la hora señalada,^[c86] propuse, como es habitual en tales situaciones, que se sirviera la comida. Y añadí: «¿Debe hacerse esperar a seis personas por una?». «Claro que sí —repuso Johnson—, si esa persona sufre más porque nos sentemos a la mesa que las seis por esperar». Goldsmith, para entretener la aburrida espera, dio en pavonearse y presumir de su traje, y creo que estaba gravemente envanecido de él, pues su espíritu tenía extraña propensión a causar en el fondo tales impresiones. «Vamos, vamos —dijo Garrick—, no se hable más. Es usted seguramente el peor... ¡Ja, ja!». Goldsmith intentaba por todos los medios interrumpirle, pero Garrick siguió a lo suyo y rió irónicamente: «Sí, sí; usted parecerá siempre un caballero, pero yo le hablo de ir bien o mal vestido». «Pues permítame decirle —replicó Goldsmith— que cuando mi sastre trajo a casa una levita de color vivo, dijo así: “Señor, he de pedirle un favor. Cuando alguien le pregunte quién le hace sus trajes, tenga la bondad de reseñar que es John Filby, en

Harrow, Water Lane”». JOHNSON: «Eso, señor, fue porque sabía que el color vivo, por no decir raro, atraería las miradas de la gente, y de ese modo podrían tener conocimiento de su nombre y ver lo bien que sabía hacer una levita, así fuera de un color tan absurdo».

Después de la cena, la conversación giró primero en torno a Pope. Johnson comentó que sus personajes masculinos tenían un trazo admirable, mientras que cuando retrataba a las mujeres no le salían tan bien.^[c87] Nos repitió, con voz vehemente y melodiosa, los últimos versos de la *Zopenquíada*,^[30] Mientras peroraba en voz muy alta y elogiaba esos versos sin freno, uno de los presentes^[c88] se aventuró a decir: «Demasiado espléndidos para tal poema, que, por cierto, ¿de qué trata?». Johnson (con desdén): «Pues evidentemente trata sobre los zopencos, cómo no. Valía la pena ser un zopenco por entonces. ¡Ah, señor mío...! ¡Si hubiera vivido usted en aquel entonces...! Ahora que ya no hay ingenios, no vale la pena ser un zopenco».^[c89] Bickerstaff observó una peculiar circunstancia: la fama de Pope fue mucho mayor en vida suya que después. Johnson dijo que sus *Églogas* eran poemas endebles, aun cuando no contuvieran defectos de versificación. Nos contó con gran satisfacción, sin disimulo, la anécdota de que Pope quiso enterarse de quién era el autor de su *Londres*, del que dijo que no tardaría en ser *déterré*. Comentó que en los poemas de Dryden había pasajes extraídos de profundidades tales como Pope nunca pudo alcanzar. Recitó algunos bellos versos del primero, sobre el amor, que he olvidado, y dio gran aplauso al personaje de Zimri.^[c90] Goldsmith señaló que el retrato de Addison que traza Pope demuestra un hondo conocimiento del alma humana. Johnson dijo que la descripción del templo en *La novia enlutada* era el pasaje poético más espléndido que hubiera leído jamás: no recordaba nada de Shakespeare que se le pudiera comparar. «No obstante —dijo Garrick, de pronto muy alarmado por el dios de su idolatría—,^[c91] no sabemos hasta dónde llega su capacidad, ni en amplitud ni en variedad. Hemos de dar por supuesto que hay pasajes semejantes en sus obras. No debe Shakespeare resentirse por culpa de nuestra mala memoria». Divertido por esta muestra patente de entusiasmo espoleado por los celos, Johnson siguió adelante con renovado ardor. «No, señor. Congreve es espléndido en la naturaleza —y sonrió ante la trágica angustia de Garrick, pero no perdió la compostura al añadir—: no quiero con esto comparar a Congreve en conjunto con la totalidad de la obra shakespeariana, sólo sostengo que Congreve tiene un pasaje mejor que cualquiera de los que puedan encontrarse en Shakespeare. Es posible, señor, que un hombre tenga diez guineas por todo tener en el mundo, pero puede tenerlas en una sola pieza, y de ese modo su moneda es más vistosa que las del hombre que tiene diez mil libras, si bien tiene sólo una moneda de diez guineas. Lo que intento decir es que no podrá usted mostrarme en todo Shakespeare un solo pasaje que contenga una simple descripción de objetos materiales, sin que se entretengan con ella los conceptos morales, o sin que al menos se produzca tal efecto».

[c92] Murphy trajo a colación la descripción que hace Shakespeare de la noche anterior a la batalla de Agincourt, aunque se objetó que era una descripción con figuras humanas; Davies sugirió el discurso en que Julieta imagina despertar en el túmulo sepulcral de sus ancestros. Alguien se remitió a la descripción de los blancos acantilados de Dover.^[c93] JOHNSON: «No, señor. Habría de ser todo precipicio, todo vacío. Los cuervos impiden la caída en el abismo. La remota lejanía que empequeñece los navíos, junto a otras circunstancias, componen una muy buena descripción, pero no impresionan el ánimo del lector, no le transmiten de golpe la idea horrible de una inmensa altitud. La impresión se divide: uno pasa de un escenario de espacio inmenso al contiguo. Si la muchacha de *La novia enlutada* hubiera dicho que no alcanzaría a lanzar el zapato hasta lo alto de una de las columnas del templo, no habría reforzado la idea que se pretende transmitir, sino que la habría debilitado».

Hablando de un abogado que tenía un grave defecto de dicción, uno de los presentes, para contrariar a Johnson, dijo que era una desgracia que no le hubiera enseñado Sheridan el arte de la elocución. «Si hubiera estudiado oratoria con Sheridan —dijo Johnson—, se le habría quedado la sala desierta». GARRICK: «A Sheridan le puede su demasiada vanidad para ser bueno». Pasemos a ver el modo en que Johnson defendía a un hombre, tomándolo como si dijéramos en sus propias manos y separando el grano de la paja. «No, señor. A buen seguro que hay en Sheridan cualidades merecedoras de nuestra reprensión, y no pocas que son irrisorias. Pero no es malo. No, señor: si hubiera que dividir al género humano en buenos y malos, su sitio quedaría sin lugar a dudas entre las filas de los buenos. Además, señor, preciso es reconocer que Sheridan sobresale cuando se trata de declamar, aun cuando no dé muestras de carácter».

Tal vez debiera haber suprimido esta disquisición, relativa a una persona de cuyo mérito y valía tengo una respetuosa opinión, y más que la tendría si no hubiera cruzado una diatriba tan aborrecible contra Johnson en su *Vida de Swift*, a la vez que nos trató a sus admiradores cual si fuéramos una banda de pigmeos. Quien provoca el látigo del ingenio luego no puede quejarse de que le escuece.

Salió a relucir la señora Montagu, dama distinguida por haber escrito un *Ensayo sobre Shakespeare*. REYNOLDS: «Creo que es un ensayo que la honra». JOHNSON: «A fe mía, señor, que la honra, aunque a nadie más hace honor ninguno. Yo, desde luego, no lo he leído entero. Pero es que cuando encuentro el cabo de una malla y lo veo enmarañado no suelo esperar que, si tiro del hilo, tarde o temprano encuentre una labor de encaje. Me atrevería incluso a decir, señor mío, que no contiene el libro una sola frase de verdadera crítica». GARRICK: «Al menos, señor, pone de manifiesto cuánto se ha equivocado Voltaire con Shakespeare, cosa que a nadie más se le había ocurrido». JOHNSON: «Señor, a nadie más le ha parecido que valiera la pena. ¿Qué mérito puede tener una cosa así? Igual daría elogiar a un maestro de escuela por

azotar al chiquillo que hace alguna travesura. No, señor: eso no es crítica de verdad: no muestra belleza de pensamiento tal como se forma en el funcionamiento del alma humana».

Los admiradores de este *Ensayo*^[31] tal vez se ofendan ante el desdén manifiesto con que Johnson habló de él; no obstante, conviene recordar que manifestó su más sincera opinión, sin dejarse llevar por ningún prejuicio ni por el celo orgulloso de una mujer que había irrumpido cual intrusa en la cátedra de la crítica, pues sir Joshua Reynolds me ha referido que cuando se publicó el *Ensayo* y aún no se sabía de quién era la obra Johnson se extrañó de que a Reynolds le agradase. En esta época, ni siquiera sir Joshua había recibido información concluyente en lo tocante a su autoría, con la salvedad de que uno de nuestros literatos más ilustres^[c94] le aseguró que el autor del opúsculo no conocía las tragedias griegas en el original. Un día, cuando en torno a la mesa de sir Joshua se dijo que la señora Montagu, en un elogio desmedido al autor de una tragedia moderna, exclamó «Tiemblo por Shakespeare», Johnson replicó: «Si Shakespeare tiene a ——— por rival y a la señora Montagu por defensora, está desde luego en muy delicada situación».

«El escocés —siguió diciendo Johnson, refiriéndose a lord Kames— ha optado por el método más acertado en sus *Elementos de crítica*.^[a nota c164, Vol. I] No quisiera dar a entender que nos haya enseñado nada, pero sí nos ha sabido contar cosas antiguas de un modo nuevo». MURPHY: «Diríase que ha leído muchísima crítica escrita en francés, y que aspira a apropiarse de ella; es como si hubiera pasado años haciendo disecciones anatómicas del corazón humano y hubiera examinado a fondo todos y cada uno de sus rincones». GOLDSMITH: «Ese libro es mucho más fácil de escribir que de leer».^[c95] JOHNSON: «Tenemos un buen ejemplo de crítica de verdad merecedora de tal nombre en el *Ensayo sobre lo sublime y lo bello*, de Burke. Y, si mal no recuerdo, también están Du Bos y Bouhours,^[c96] quienes demuestran que toda la belleza depende de la verdad. No tiene un gran mérito reseñar en cuántas obras teatrales aparecen los fantasmas, o en qué es mejor tal o cual fantasma. Se trata antes bien de mostrar cómo impresiona el terror al alma humana. En la descripción de la noche que se hace en Macbeth,^[32] el escarabajo y el murciélago rebajan la idea general de las tinieblas reinantes, la espesura de lo tenebroso».

Se habló de los políticos. «Esto de las recogidas de firmas es una nueva forma de incomodar al gobierno, y sumamente fácil de llevar a cabo. Me ocuparé de proponer recogidas de firmas por tres cuartos o medias guineas con la ayuda de un poco de vino caliente. No conviene cejar en el empeño y fomentar las recogidas. Claro que no vamos a volar por los aires media docena de palacios porque se esté quemando una granja».^[c97]

La conversación dio entonces otro giro. JOHNSON: «Es pasmosa la ignorancia de ciertas cuestiones que a veces se encuentra en los hombres de contrastada eminencia. Un ingenio que andaba de visita por la ciudad,^[c98] que escribía poemas obscenos en

latín, me preguntó cómo era posible que Inglaterra y Escocia, que en tiempos eran dos reinos, fuesen ahora uno solo. Y sir Fletcher Norton no parecía estar al corriente de que existen publicaciones tales como las revistas».

«La “Balada de Hardyknute”^[c99] no tiene gran mérito, en el supuesto de que sea de veras antigua. La gente habla de la naturaleza, pero la mera, obvia naturaleza, puede exhibirse con muy reducida capacidad intelectual».

El jueves 19 de octubre pasé la tarde en su casa. Me aconsejó que completase un diccionario de voces peculiares de Escocia, de las cuales le enseñé una muestra. «Señor —me dijo—, Ray ha compilado una colección de vocablos del norte del país.^[c100] Si hiciera lo propio en su lugar de origen, haría algo de gran utilidad para la historia de la lengua». También me alentó para que siguiera adelante con una recopilación que tenía yo en marcha de las cosas antiguas de Escocia. «Hágalo grande, que sea un volumen en folio». BOSWELL: «¿Y qué utilidad tendrá?». JOHNSON: «Usted despreocúpese de su utilidad, límitese a hacerlo».

Me quejé de que no hubiera hecho mención de Garrick en su *Prefacio a Shakespeare*, y le pregunté si acaso no lo admiraba. JOHNSON: «Sí, señor, pero igual que se admira a “un pobre actor, que titubea y flaquea cuando le llega la hora en escena”, igual que “a una sombra”».^[c101] BOSWELL: «¿Acaso no ha dado a Shakespeare una notable relevancia pública desde la misma escena?». JOHNSON: «Señor, reconocer tal cosa sería vilipendiar el siglo. Muchas de las obras de Shakespeare son peores sobre la escena. Sin ir más lejos, *Macbeth*».^[c102] BOSWELL: «¿De veras piensa que nada se gana con el decorado y la acción? Por mi parte, de veras desearía que hubiera hecho mención de Garrick». JOHNSON: «Mi querido señor, de haberlo mencionado a él habría tenido obligación de mencionar a muchos más. La señora Pritchard, la señora Cibber, y al propio señor Cibber, que también alteró a Shakespeare». BOSWELL: «¿Ha leído usted su apología?». JOHNSON: «Sí, señor, y me parece sumamente entretenida. En cuanto al propio Cibber, si de su conversación se suprimiera todo cuanto jamás debió decir, se queda en muy poca cosa.^[c103] Recuerdo que me trajo una de sus odas para que le diese mi opinión, con tan mala suerte que no pude tolerar tamaña bazofia, y no se la permití recitar hasta el final. ¡Tan mínimo fue el respeto que tuve por el gran hombre! —añadió riéndose—. En cambio, recuerdo que a Richardson le extrañaba que pudiera yo tratarlo con tanta familiaridad».

Le dije que dos días antes había presenciado la ejecución de varios condenados en Tyburn,^[c104] y que ninguno de ellos parecía tener la menor preocupación. JOHNSON: «La mayoría de ellos, señor, nunca ha pensado en nada». BOSWELL: «Pero ¿no es el miedo a la muerte connatural al hombre?». JOHNSON: «Lo es a tal punto que toda la vida no es más que puro empeño por apartarla de nuestros pensamientos». Luego, en un tono de voz más bajo, muy serio, habló de sus reflexiones sobre la terrible hora de su propia disolución y del modo en que se conduciría en tal ocasión: «No sé —dijo— si desearía tener a un amigo a mi lado, o que todo pase entre Dios y yo».

Hablando de nuestros sentimientos ante las desgracias ajenas, JOHNSON: «Bueno, mucho ruido se ha hecho alrededor de eso, pero son sobre todo exageraciones. No, señor; tenemos cierto grado de sentimiento que nos impulsa a hacer el bien; más que eso, la Providencia no lo quiere. Sería infelicidad que a nada nos condujera».^[c105] BOSWELL: «Pero suponga ahora, señor, que uno de sus amigos íntimos fuera detenido por una ofensa por la que pudiera ser condenado a la horca». JOHNSON: «Haría cuanto pudiera por sacarle del aprieto, pagando la fianza y prestándole cualquier otra ayuda. Pero si fuera ahorcado con justicia, no sufriría yo». BOSWELL: «¿Almorzaría usted ese día?». JOHNSON: «Pues sí, señor, y almorzaría como si él estuviera a mi lado. Vamos: ahí tiene a Baretti, que va a ser juzgado mañana mismo, con peligro de ser condenado a muerte; los amigos han acudido a ayudarle procedentes de todas partes; sin embargo, si lo colgaran, ninguno de ellos comería una rebanada menos de bizcocho de ciruelas. Ese sentimiento de simpatía, señor, poco puede hacer para deprimir el ánimo».

Le conté que había almorzado recientemente en casa de Foote, quien me mostró una carta que había recibido de Tom Davies diciéndole que no era capaz de conciliar el sueño debido a la preocupación que le embargaba a raíz de «ese triste asunto de Baretti», y le rogaba que le indicara algo que pudiera serle de utilidad, al tiempo que le recomendaba a un joven muy industrioso que tenía una tienda de encurtidos. JOHNSON: «Pues sí, señor: ahí tiene usted un ejemplo excelente de cómo es la simpatía humana: un amigo ahorcado y un pepinillo encurtido. A saber si es Baretti o el muchacho de los encurtidos el que le quita el sueño a Davies. Ni siquiera él lo sabe. En cuanto a que no pueda dormir, Tom Davies es un gran hombre. Tom ha pisado las tablas del escenario, sabe cómo se hacen estas cosas. Yo no he pisado el escenario, no sabría decirle cómo se hacen». BOSWELL: «Yo me he censurado con frecuencia, señor, por no sentir el debido respeto por los demás, o no de forma tan sensata como me dicen muchos que debiera». JOHNSON: «No se deje engañar más por ellos. Se dará cuenta de que esas personas tan sensibles, que tanto sentimiento muestran, no suelen estar muy dispuestas a hacerle favores. Le pagan con el sentimiento».

BOSWELL: «Foote tiene un gran sentido del humor». JOHNSON: «Así es». BOSWELL: «Tiene un talento singular en la exhibición del carácter ajeno». JOHNSON: «Señor mío, eso no es talento: es vicio. Es justamente algo de lo que otros se abstienen. No es lo suyo una comedia, que exhibe el carácter de una especie, como es el del avaro compuesto por muchos avaros; lo suyo es pura farsa que pone al descubierto a los individuos». BOSWELL: «¿Y no se le ha ocurrido ponerle a usted en solfa?». JOHNSON: «El miedo se lo ha impedido, pues era sabedor de que yo le habría molido todos los huesos del cuerpo. Le habría ahorrado la molestia de tener que amputarse una pierna, pues no le habría dejado pierna sana que amputar».^[c106] BOSWELL: «Y dígame, señor, ¿es Foote un descreído?». JOHNSON: «Eso no lo sé. No sé si es un descreído, aunque si lo fuera es un descreído como pueda serlo un perro; esto es, nunca se ha parado a

cavilar a fondo sobre esa cuestión».^[33] BOSWELL: «Supongo, señor, que lo habré pensado de un modo superficial, y que se habrá quedado con la primera idea que se le ocurriese». JOHNSON: «En tal caso, señor, sigue siendo un perro, que a fin de cuentas se zampa el primer bocado que ve delante. ¿Nunca se ha parado a observar que los perros carecen de la facultad de la comparación? El perro devora por igual los trozos de carne grandes y los chicos. Le basta con tener ambos delante».

«Buchanan —observó— tiene menos *centones* que cualquier otro poeta moderno que escriba en latín. No sólo tenía un gran dominio de la lengua latina, sino que también era un gran genio poético. Los dos Escalígeros lo elogian».

Habló de nuevo del pasaje de Congreve deshaciéndose en elogios, y dijo: «Shakespeare nunca ha puesto seis versos juntos sin cometer un error, pero esto no refuta mi afirmación general. Si visito un huerto y afirmo que no hay fruta en los árboles, y viene luego un hombre meticulado que encuentra dos manzanas y tres peras y me dice: “Señor, está usted equivocado, pues yo he encontrado manzanas y peras”, me reiría de él a la cara, pues ¿qué tiene eso que ver con lo que importa?».

BOSWELL: «¿Qué opinión le merecen los *Pensamientos nocturnos* del doctor Young?». JOHNSON: «Contienen algunos pasajes muy buenos, por supuesto». BOSWELL: «¿No encuentra usted que hay ahora menos religión que antaño?». JOHNSON: «No sé yo, señor, siquiera si la hay». BOSWELL: «Por ejemplo, antes había un capellán en cada una de las grandes familias, cosa que ahora no se ve». JOHNSON: «Tampoco se ven ya todos aquellos criados y arrendatarios que las grandes familias solían tener. Hay un gran cambio de costumbres en todos los aspectos de la vida».

Al día siguiente, 20 de octubre, se presentó, creo que por primera y única vez en toda su vida, como testigo ante un tribunal de justicia, pues fue llamado a declarar para dar testimonio sobre el carácter del señor Baretti, que había apuñalado a un hombre en la calle y estaba acusado de asesinato ante el Old Bailey.^[c107] Nunca iluminó tal constelación de genios la siniestra sala de vistas que enfáticamente se llama Sala de Justicia. Estuvieron presentes Burke, Garrick, Beauclerk y el doctor Johnson, y no cabe ningún género de duda de que el testimonio favorable de todos ellos tuvo un gran peso ante los jueces. Johnson dio su testimonio con parsimonia, despacio, con distinción, de un modo insólitamente impresionante. Es de sobra sabido que el señor Baretti fue declarado inocente.

El 26 de octubre cenamos juntos en la Taberna de la Mitra. Me había enojado yo con Foote por cultivar con excesiva indulgencia su talento para la diatriba y la ridiculización a expensas de sus visitas, que coloquialmente llamaba yo hacer mangas y capirotos de sus asiduos. JOHNSON: «Cuando uno va a visitar a Foote, no va a visitar a un santo, sino a un hombre que será agasajado en casa de uno, y que luego a uno lo pondrá públicamente en la picota; si le agasaja a uno en su casa, lo hará con el único y exclusivo propósito de ponerlo públicamente en la picota. No es que haga mangas y capirotos de sus asiduos, ni que les tome el pelo: aquellos a quienes pone a caer de un

burro son ya bobos de remate, así que él tan sólo los pone en danza».

Hablando del comercio observó lo siguiente: «Es idea errónea suponer que el comercio reporta a una nación vastas sumas de dinero. No es así. Las mercaderías provienen de otras mercaderías, pero el comercio no produce un acceso capital a la riqueza. Ahora bien, aun cuando el margen de beneficio dinerario sea estrecho, hay un provecho considerable en cuanto al placer se refiere, pues el comercio da a una nación lo que otra ha producido, y así disponemos de vinos y frutas y muchos artículos de procedencia extranjera gracias al comercio». BOSWELL: «Así es, señor, y hay un provecho en el placer que proporciona un medio de vida a gran parte del género humano». JOHNSON: «Señor, no es posible llamar placer a algo a lo que todos son adversos, y que nadie inicia si no es con la esperanza de darlo un día por terminado para siempre; se trata de algo que a los hombres desagrade antes incluso de haberlo probado, y más aún cuando lo prueban». BOSWELL: «Pero es evidente que hay que dar empleo al intelecto, y que todos nos hastiamos cuando estamos ociosos». JOHNSON: «Esto se debe a que, como los demás están ajetreados, queremos compañía; ahora bien, si todos estuviéramos ociosos no habría hastío, ya que todos nos entretendríamos los unos a los otros. En el comercio, esto es algo incuestionable: ofrece a los hombres la oportunidad de mejorar su situación. Si no existiera el comercio, muchos de los que son ahora pobres serían pobres para siempre. Pero no hay un solo hombre que ame el trabajo por el trabajo mismo». BOSWELL: «Pues yo, señor, conozco a una persona que sí. Es un juez muy laborioso, que ama su ocupación como nada en esta vida». ^[c108] JOHNSON: «Eso es porque ama el respeto y la distinción que su cargo comporta. Si pudiera gozar de ambos sin trabajar, el trabajo le gustaría menos». BOSWELL: «Me dice que le gusta por sí mismo». JOHNSON: «Vaya, pues si así lo cree, es que ese hombre no tiene por costumbre pensar en abstracto».

Fuimos a su casa a tomar el té. La señora Williams lo preparó con suficiente destreza no obstante su ceguera, aunque su método para darse por satisfecha de que las tazas quedaban bien llenas al servir las se me antojó cuando menos un tanto embarazoso, pues me dio la sensación de que metía el dedo un trecho en cada taza, hasta notar que el té se lo mojaba. ^[34] Embebido del natural regocijo que me produjo gozar del privilegio de acompañar por vez primera al doctor Johnson en las visitas que casi a diario hacía a esta señora ya a altas horas, lo cual me pareció equivalente a hallarme *e secretioribus consiliis*, de mil amores tomé una taza de té tras otra, cual si fuera la fuente del Helicón. A medida que mermó el encanto de la novedad, me invadió un mayor fastidio; además, descubrí que ella era mujer de temperamento quisquilloso.

Esa noche se congregó un círculo muy concurrido. El doctor Johnson estaba de un humor excelente, vivaz, dispuesto a perorar sobre cuestiones de todo tipo. El señor Fergusson, el filósofo autodidacta, le habló de una nueva máquina que se desplazaba sin que de ella tirase un caballo: un hombre iba encaramado encima y daba vueltas a

un manubrio que a su vez accionaba el resorte que la hacía avanzar. «Así pues —dijo Johnson—, lo que se gana es mera cuestión de elegir si el hombre se desplazará solo o si prefiere desplazarse y desplazar también el peso de la máquina». Alguien mencionó el nombre de Dominicetti, a quien no quiso conceder ningún mérito. «No es más que humo de pajas el sistema de que tanto alardea. Los baños medicados no pueden ser más que agua tibia. Su único efecto puede ser que tenga una humedad templada». Uno de los presentes tomó partido por la postura contraria y sostuvo que son muy diversas las medicinas, algunas de muy poderosos efectos, que pueden introducirse en el cuerpo humano a través de los poros; por consiguiente, cuando el agua tibia se impregna de sustancias salutíferas, puede surtir efectos muy benéficos si se administra en forma de baño. A mí me pareció muy convincente. Johnson no le contestó, aunque dispuesto a salir victorioso en la contienda verbal, decidido a no perder en la disputa, recurrió al artificio que Goldsmith le había atribuido en las ingeniosas palabras que aparecen en una de las comedias de Cibber: «De nada sirve discutir con Johnson, pues cuando se le engatilla la pistola lo derriba a uno de un culatazo».^[c109] Se volvió hacia el ufano caballero:^[c110] «Muy bien, señor; en tal caso, no deje usted de visitar a Dominicetti y que lo fumigue a fondo, pero cerciórese de que el chorro de vapor se lo dirija a la cabeza, que no es otra la parte de veras pecaminosa». Suscitó con esto una triunfal oleada de risas en la variopinta concurrencia de filósofos, impresores y subalternos, hombres y mujeres por igual.

Desconozco cómo fue que se me ocurrió un pensamiento tan antojadizo y fantasioso, pero le pregunté: «Señor, si se viera usted encerrado en un castillo con un niño recién nacido, ¿qué haría?». JOHNSON: «Pues vaya, señor, no creo que disfrutara mucho de la compañía». BOSWELL: «¿Y se tomaría la molestia de criarlo?». Me pareció, como bien cabe suponer, reacio a comentar la cuestión, pero como quiera que yo perseverase, repuso: «Pues sí, señor, lo haría aunque necesitara disponer de todas las comodidades. Si no tuviera jardín, improvisaría un cobertizo en el tejado y allí lo llevaría a que tomase el aire fresco. Lo alimentaría, lo asearía a menudo y siempre con agua caliente, para que le gustara, no con agua fría que le causara dolor». BOSWELL: «Pero, señor, ¿no relaja el calor?». JOHNSON: «Señor mío, no imagine usted que el agua hubiera de estar muy caliente. No iba yo a escaldar a la criatura. No, señor; tratar a los niños con dureza no sirve de nada. Podría presentarle a cinco chiquillos londinenses que tumbarían a sopapos a cinco chiquillos de las Tierras Altas. Un hombre criado en Londres, señor, sabe llevar un fardo, o correr, o luchar, tan bien o mejor que un hombre criado en el campo con la mayor dureza». BOSWELL: «Será que la buena vida, digo yo, hace fuertes a los londinenses». JOHNSON: «A fe mía, señor, que no sé qué les hace. Nuestros porteadores de sillas de manos, en Irlanda, que son más fuertes que cualquiera, se han criado comiendo sólo patatas. La cantidad compensa cuando falta la calidad». BOSWELL: «¿Enseñaría usted algo a ese niño de que le he provisto?». JOHNSON: «No, no sería yo indicado para enseñarle

nada». BOSWELL: «¿No le causaría placer enseñarle?». JOHNSON: «No, señor; no me daría ningún placer enseñarle nada». BOSWELL: «¿Es que no le causa placer enseñar a los hombres? Eso no me lo puede negar. Le causa el mismo placer enseñar a los hombres que a mí me causaría enseñar a los niños». JOHNSON: «Algo de eso sí que hay».

BOSWELL: «¿Cree usted que eso que se llama afecto natural es innato en nosotros? A mí más bien me parece que sea efecto del hábito, o de la gratitud por el cariño recibido. Ningún niño lo tiene por un padre al que no haya visto». JOHNSON: «Creo que existe un afecto natural e instintivo de los padres hacia sus hijos».

Se habló de la probabilidad de que Rusia se convirtiera en un gran imperio debido al rápido incremento de su población. JOHNSON: «Señor, yo en cambio veo poco probable que se propague más aún. Es imposible que tengan más hijos de los que pueden engendrar. Que yo sepa, no existe manera de que se multipliquen más aún. No se casa nadie por prudencia y sopesando las razones, sino por pura inclinación. Un hombre es pobre, así que piensa: “Como la cosa no se puede poner peor de lo que está, que se me ajunte esa misma”». BOSWELL: «¿Y no ha sido cualquier nación más populosa en unas épocas que en otras?». JOHNSON: «En efecto, señor, pero ello se debe a que la población mengua menos en unos periodos que en otros, sea por las migraciones, sea por las guerras o las epidemias, pero no porque sean más o menos prolíficas. La tasa de natalidad guarda en todo momento la misma proporción con el número total de los habitantes». BOSWELL: «Y, por considerar el estado en que se halla nuestro propio país, ¿no perjudica a la población que buen número de granjas pertenezcan al mismo dueño?». JOHNSON: «Pues no, señor; produciéndose la misma cantidad de alimentos, los consumirá el mismo número de bocas, aun cuando se empleen las personas de distintas maneras. Si el maíz fuese un producto caro y la carne de res estuviera barata, los propios granjeros se dedicarían al cultivo del maíz hasta que éste fuera abundante y se abaratare, y entonces se encarecería la carne, de manera que siempre se preserva cierta paridad. No, señor: que hagan lo que quieran los hombres de capricho, que le aseguro que es muy difícil perturbar el sistema mismo de la vida». BOSWELL: «De todos modos, ¿no encuentra que es lesivo para los propios terratenientes la opresión de los arrendatarios, que llevan a efecto subiéndoles los arriendos?». JOHNSON: «Muy lesivo. Sin embargo, no es algo que pueda tener una amplia influencia: a lo sumo será motivo de agobio para unos cuantos individuos. Considérelo así: los terratenientes no pueden sobrevivir sin sus arrendatarios. Éstos no estarán dispuestos a dar más por la explotación de la tierra, o no más de lo que la tierra valga. Si pueden sacar más rendimiento a su dinero poniendo una tienda o un taller, lo harán sin dudar, y de ese modo obligarán a los terratenientes a cobrar de nuevo un arriendo razonable por el aprovechamiento de las tierras, a fin de tener de nuevo arrendatarios. En Inglaterra, la tierra es un artículo sujeto a las leyes que rigen el comercio. El arrendatario que paga su arriendo al terrateniente no se siente más

obligado para con él de lo que usted se considera con el hombre en cuya tienda adquiere un artículo. Sabe que el terrateniente no le permite aprovechar sus tierras por menos de lo que podría cobrarle a otro, del mismo modo en que vende el tendero sus bienes. Ningún tendero le venderá una yarda de cinta por seis peniques si el precio es de siete». BOSWELL: «¿Y no le parecería mejor que los arrendatarios dependieran de los terratenientes?». JOHNSON: «Toda vez que son mucho más numerosos los arrendatarios que los terratenientes, hablando quizá con todo rigor no deberíamos desear tal cosa. Pero si les place abaratar sus tierras, pueden cobrarse su valor una parte en dinero, otra cual si se les rindiera homenaje. No estaría yo en desacuerdo con eso». BOSWELL: «Así pues, señor, se ríe usted de todo proyecto de mejoría política». JOHNSON: «La verdad, señor, es que la mayor parte de los proyectos de mejoría política suelen ser risibles».

«La Providencia —observó— ha emitido el sabio decreto de que cuanto más numerosos sean los hombres, más difícil les resulte ponerse de acuerdo en cualquier cosa, y de ese modo se gobiernan. Si los pobres razonasen y se dijeran: “Ya no seremos pobres, ahora les toca el turno a los ricos”, no cabe duda de que podrían conseguirlo con facilidad, de no ser porque no pueden ponerse de acuerdo. Así los soldados de a pie: aunque mucho más numerosos que sus oficiales, son gobernados por ellos por idéntica razón».

«El género humano —dijo— tiene un fortísimo apego a los lugares en que se ha acostumbrado a habitar. Los habitantes de Noruega no deciden de consuno marchar a algún lugar de América, donde el clima es más benigno y la tierra da los mismos productos con una décima parte del trabajo requerido. No, señor: el afecto que tienen por su hábitat de antaño, sumado al pavor que produce la posibilidad de un gran cambio, los tiene sujetos a su tierra natal. Así las cosas, vemos muchos de los más espléndidos lugares del mundo escasamente habitados, y muchos lugares escarpados que se hallan poblados copiosamente».

Como trajeran el *London Chronicle*, que era el único periódico que con asiduidad consultaba, se me asignó el cometido de leérselo en voz alta. Me contrarió con su impaciencia; en realidad, me ordenó saltarme tantos trechos que mi cometido no pudo ser más fácil de cumplir. No toleró que leyese ni una sola palabra sobre las solicitudes hechas al Rey acerca de las elecciones en el condado de Middlesex.

Había contratado yo a un criado procedente de Bohemia durante el tiempo que pasé en Londres, y como estaba muy satisfecho con él pregunté al doctor Johnson si por el hecho de ser católico debería abstenerme de llevarlo conmigo a Escocia. JOHNSON: «Pues no. Si él no pone objeciones, ningún reparo puede poner usted». BOSWELL: «Así pues, no es usted enemigo declarado de la religión católica romana». JOHNSON: «Pues no, o no más, al menos, que de la religión presbiteriana». BOSWELL: «Lo dice en broma, claro». JOHNSON: «No, señor: así es como pienso de veras. ¿Qué digo? De las dos, prefiero la religión papista». ^[c111] BOSWELL: «¿Y a qué se debe?».

JOHNSON: «Los presbiterianos no tienen iglesia propiamente dicha, ni ordenación del apostolado». BOSWELL: «¿Y eso le parece algo absolutamente esencial?». JOHNSON: «Siendo como era y es una institución apostólica, me parece peligroso prescindir de ella. Además, los presbiterianos no celebran la adoración en público: no practican una forma de oración a la que sepan que han de adherirse. Van a escuchar las prédicas de un hombre, y han de juzgar si se adhieren o no». BOSWELL: «No obstante, señor, profesan la misma doctrina que la Iglesia anglicana. Su confesión de fe y los treinta y nueve artículos contienen los mismos puntos de credo, incluida la doctrina de la predestinación». JOHNSON: «En efecto, señor: la predestinación era parte del clamor de la época, de modo que se menciona en nuestros artículos, aunque del modo menos positivo que se pueda suponer». BOSWELL: «Así pues, ¿es necesario creer en los treinta y nueve artículos?». JOHNSON: «Desde luego, señor, ése es un asunto que ha sido sujeto a muy agitados debates. Hay quienes consideran que es menester creer en todos ellos; otros han interpretado que se trata de artículos de paz, esto es, que no se debe predicar en contra de ellos». BOSWELL: «A mí me parece, señor, que la predestinación, o lo que a tal equivalga, no se puede evitar siempre y cuando defendamos la presciencia universal de la divinidad». JOHNSON: «¿Por qué, señor? ¿No ve Dios a diario que suceden cosas y no impide que acontezcan?». BOSWELL: «Cierto, señor, pero si es posible prever con certeza una cosa determinada, es que es algo inamovible, que no puede acaecer de otro modo; si aplicamos esta consideración al espíritu de los hombres, no hay libre albedrío, ni veo yo de qué modo pueda la oración servir de algo». Se refirió entonces al doctor Clarke y al obispo Bramhall en sus escritos sobre la libertad y la necesidad, y me rogó que leyese los *Sermones sobre la oración* de South, pero rehuyó el asunto que ha traído de cabeza a filósofos y teólogos más que ningún otro. No insistí al darme cuenta de su desagrado, y me abstengo de compendiar un atributo que por lo común se adscribe a la divinidad, por irreconciliable que resulte en su totalidad con el sistema del gobierno moral de los hombres. Su presunta ortodoxia atenazó en este punto su vigoroso poder de comprensión. Se hallaba sujeto en corto por una cadena que la imaginación a temprana edad y el hábito durante toda la vida habían hecho recia e irrompible, aunque podría haberla hecho saltar en un visto y no visto con sólo haberse aventurado a intentarlo.

«¿Qué opina —seguí diciendo— del Purgatorio, tal como lo predicán los católicos?». JOHNSON: «Pues se me antoja una doctrina muy inofensiva. Son ellos de la opinión de que la mayoría del género humano no es ni tan obstinadamente mala para merecer el castigo eterno, ni tan buena que merezca su admisión en la sociedad de los espíritus benditos; por consiguiente, entienden que Dios tiene la misericordia de complacerse en permitir un estado intermedio, en el que puedan aspirar a la purificación mediante el sufrimiento gradual. Ya ve usted, señor, que no hay en ello nada que repugne a la razón». BOSWELL: «En tal caso, señor, ¿y las misas que

celebran por los difuntos?». JOHNSON: «Si alguna vez se estableciera con certeza que hay almas en el Purgatorio, tan adecuado es rezar por ellas como lo es rezar por nuestros hermanos que aún siguen con vida en este mundo». BOSWELL: «¿Y la idolatría de la misa?». JOHNSON: «Señor, no hay idolatría en la misa. Ellos creen que Dios está presente, y por ello lo adoran». BOSWELL: «¿Y la idolatría de los santos?». JOHNSON: «Señor, ellos no veneran a los santos; tan sólo los invocan; les piden intercesión con sus rezos. Llevo todo este tiempo hablando de las doctrinas de la Iglesia de Roma. Le aseguro que, en la práctica, el Purgatorio es una imposición de lo más lucrativa, y que los creyentes sí incurren en idolatría cuando se encomiendan a la protección tutelar de determinados santos. Entiendo que su administración del sacramento sólo en una de las dos especies es delictiva, porque atenta contra la institución expresa de Cristo. Me extraña que el Concilio de Trento la admitiera». BOSWELL: «¿Y la confesión?». JOHNSON: «La verdad es que no lo sé, pero me parece buena cosa. Las Escrituras dicen: “Confesaos vuestras faltas los unos a los otros”, y los sacerdotes se confiesan igual que los seglares. Hay que tener en consideración que la absolución sólo se otorga con el arrepentimiento, y a menudo con la penitencia. Usted piensa que sus pecados obtendrán perdón sin penitencia, que basta con el arrepentimiento».

De ese modo me aventuré a comentar las objeciones más extendidas contra la Iglesia católica, con el fin de oír las opiniones de tan gran hombre a ese respecto. Lo que dijo queda recogido aquí con toda veracidad, aunque no es improbable que si uno hubiera optado por tomar el partido opuesto, él quizá hubiera razonado de manera diferente.

Debo sin embargo hacer mención de que profesaba respeto por «la religión antigua», que así llamó el afable Melancthon a la Iglesia católica romana, aun cuando se esforzaba por reformarla en determinados particulares. Sir William Scott me informa de que oyó a Johnson decir lo siguiente: «Un hombre que se convierte del protestantismo al catolicismo tal vez lo haga con toda sinceridad: de nada se desprende, y tan sólo viene a añadir más a lo que ya tenía. En cambio, quien se convierte del papismo a la religión protestante renuncia a tanto de lo que tenía por sagrado como lo que conserva. En esa conversión hay una enorme laceración del espíritu, tanto que difícilmente puede ser sincera y duradera». La verdad de esta reflexión puede confirmarse en muchos ejemplos eminentes, algunos de los cuales sin duda acudirán a la memoria de casi todos mis lectores.

Cuando quedamos a solas introduje el tema de la muerte y me desviví por sostener que el miedo a la muerte se puede vencer. Le comenté algo que David Hume me había dicho: que no le causaba más inquietud pensar que no iba a ser después de la vida, de lo que pudiera inquietarle no haber sido antes de existir. JOHNSON: «Señor, si de veras piensa así es que tiene perturbadas las facultades de la percepción y ha enloquecido; si no lo piensa, miente. Podría decirle también que pone tranquilamente

el dedo sobre la llama de una vela y que no siente dolor: ¿le creería usted? Cuando muera, al menos renunciará a todo cuanto tiene». BOSWELL: «Foote, señor, me dijo que cuando estuvo muy enfermo no tuvo miedo de morir». JOHNSON: «Eso no es cierto. Póngale usted una pistola a Foote en el pecho, póngasela a Hume en la sien, y amenácelos de muerte: ya verá cómo se comportan». BOSWELL: «¿Y no es de algún modo posible fortificar los ánimos para cuando nos ronde la proximidad de la muerte?». En este punto soy consciente de haber incurrido en un craso error al poner ante sus ojos algo que siempre había contemplado él con espanto; aun cuando se hallara en un celestial estado de ánimo, en su *Vanidad de los deseos del hombre* ha supuesto que la muerte es «toque de retirada que nos da la Naturaleza amable», para pasar de este estado del ser a «una sede más feliz», y sus pensamientos en torno a este cambio horroroso estuvieron siempre y en general llenos de lúgubres aprensiones. Su ánimo recordaba un vasto anfiteatro, el Coliseo de Roma. En el centro se erguía su criterio, que cual poderoso gladiador combatía con aquellas aprensiones que, como fieras salvajes en la arena, lo rodeaban desde sus celdas, listas para ser liberadas, prestas a abalanzarse contra él. Tras un conflicto, a veces mera escaramuza, las hace retroceder y vuelven a sus guaridas; como no acaba con ellas, siguen al acecho. A mi pregunta sobre si no es posible fortificar los ánimos para cuando nos ronde la proximidad de la muerte, respondió en un arrebató de pasión: «No, señor. Eso más vale no tocarlo. No importa cómo muere un hombre, sino cómo haya vivido. El hecho de la muerte en sí no tiene importancia, apenas dura nada». Y al cabo, con gesto de gran seriedad, añadió: «Sabe el hombre que así ha de ser, y se somete. De nada le valdría quejarse y gimotear».

Procuré reanudar la conversación. Tanto le provocó mi afán que dijo: «Ya basta de todo esto». Y entró en tal estado de agitación que llegó a expresarse de un modo que me alarmó y me intranquilizó mucho; se mostró impaciente en extremo de que yo me despidiese, y cuando ya me iba me llamó con voz severa: «Mejor será que no nos veamos mañana».

Volví a casa presa de una gran desazón. Todas las crudas observaciones que había oído verter sobre su carácter se apiñaron en mi memoria. Me sentí como el hombre que ha introducido una y mil veces la cabeza en la boca del león, sacándola siempre indemne, aunque éste al fin se la arranca de un mordisco.

A la mañana siguiente le envié una nota en la que reconocí la comisión de mi error, aunque subrayé que no se trató de algo intencionado; por tanto, no podía menos que pensar que había sido demasiado severo conmigo. A pesar de haber convenido que ese día no íbamos a vernos, le avisé de que pasaría a visitarlo de camino a la ciudad, aunque no le robaría más de cinco minutos de reloj. «En mi ánimo —le escribí— lo tengo a usted presente desde anoche, envuelto en nubes de tormenta. Permítame disfrutar de un solo rayo de sol y me dedicaré a mis asuntos fortalecido por la serenidad y el vigor de ese mínimo atisbo».

Nada más entrar en su estudio me alegró ver que no estaba solo, ya que eso habría

hecho más embarazoso nuestro encuentro. Estaban con él los señores Steevens y Tyers, a los cuales no tenía yo el gusto de conocer en persona. Mi nota, por cómo lo encontré, lo había ablandado, ya que me recibió con gran complacencia, de manera que inesperadamente me sentí a mis anchas y me sumé como si tal cosa a la conversación.

Dijo que los críticos habían honrado en demasía a sir Richard Blackmore al escribir tanto en su contra; dijo que en su *Creación* había contado con la ayuda de varios ingenios, aquí un verso de Phillips, allá otro de Tickell, de modo que con estas ayudas, y la de otros, pudo dar por bueno el poema^[35].

Defendí los presuntos versos de Blackmore, que más de uno ha ridiculizado por ser una completa estupidez:

Un jubón pintado el príncipe Vortiger se ha enfundado,
prenda que a un picto desnudo arrebató su antepasado^[36].

Insistí en que se trataba de un concepto poético. Si se trataba de representar a un picto muerto en combate, y de hacer un jubón de su pellejo, el jubón pintado le ha sido arrebatado sin duda, por desnudo que estuviera.

Johnson habló en términos poco favorables de cierto autor muy voluminoso: «Antes escribía libros anónimos, y luego aún publicó otros en los que elogiaba los primeros, lo cual es cuando menos de granujas».

«Bien, señor —le dije en un susurro—, ahora sí que está de buen humor». «Así es», repuso. Iba ya a marcharme, y había llegado a la escalera. Me detuvo y, sonriente, me dijo: «Márchese, sí, pero para este lado». Curiosa manera de invitarme a seguir con ellos, como en efecto hice durante un rato^[c112].

Este pequeño roce, la riña incidental y la reconciliación resultante, aunque tal vez haya quien piense que lo he relatado de un modo excesivamente minucioso, debe más bien tenerse por una de las muchas pruebas que ofrecía a sus amistades de que, aun cuando en no pocas ocasiones pudiera acusársele de tener muy mal humor, siempre fue un hombre de buen natural y disposición amena. He oído a sir Joshua Reynolds, fino y atinado observador de las costumbres, referir en concreto que cuando en alguna ocasión había tratado Johnson con aspereza a una persona determinada, estando en compañía de otras, aprovechaba la primera ocasión que surgiera para reconciliarse con ella, ya fuera brindando por ella, ya fuera dirigiéndole expresamente su discurso;^[c113] en cambio, si hallaba que sus aproximaciones mediante indirectas, dignas donde las hubiere, eran recibidas con hosca desatención, se quedaba indiferente, en paz, convencido de haber hecho cuanto en su mano estaba por hacer, y daba por sentado que era el otro quien persistía en el error.

Como quiera que debía emprender viaje a Escocia el 10 de noviembre, le escribí a Streatham rogándole que me recibiera en la ciudad a lo largo del día 9, aunque si ello le resultara incómodo siempre podría yo pasarme sin un último encuentro. Su respuesta fue la siguiente:

A James Boswell

9 de noviembre de 1769

Querido señor,

tras sopesar con sumo cuidado los inconvenientes de ambas partes, estimo que le incomodará menos pasar a usted aquí la noche que a mí desplazarme a la ciudad. Es mi deseo que nos veamos, y la señora de esta casa me ordena que le invite a venir. Tanto si le es posible como si no, me temo que no tendré ocasión de escribirle de nuevo antes de que se case, en razón de lo cual ahora le digo, con toda mi sinceridad, que le deseo toda la felicidad posible. Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El día 9 me fue imposible salir de la ciudad hasta que ya era demasiado tarde, de modo que acudí a verle a la mañana siguiente, muy temprano. «Bien —dijo—, ahora que va a casarse, no espere de la vida más de lo que la vida le dé. A menudo se verá usted malhumorado, a menudo pensará que su esposa no se aplica a complacerle tanto como usted quisiera, a pesar de lo cual tendrá motivos para considerarse, en conjunto, un hombre feliz en su matrimonio».

Hablando del matrimonio en general, comentó lo siguiente: «Nuestras ceremonias nupciales son demasiado refinadas. Están hechas sólo para celebrar los matrimonios de mayor alcurnia. Deberíamos disponer de una ceremonia distinta para los matrimonios de conveniencia, pues son muchos los que así se contraen». Se mostró de acuerdo conmigo en que no era en modo alguno necesario que un clérigo realizase la ceremonia nupcial, ya que no estaba previsto en las Escrituras.

Fui tan insensato como para recitarle una cancioncilla epigramática que había escrito yo a cuento del matrimonio, y que el señor Garrick pocos días antes se encargó de que le pusiera música el muy ingenioso señor Dibden:

UN PENSAMIENTO MATRIMONIAL

En los días risueños de la luna de miel,
encandilado con los encantos de Kate,
de noche la amaba, la amaba todo el día
y la llamaba mi más linda gatita.
Ahora la gatita se ha hecho gata,
y enojosa como tantas esposas.
¡Ay, amigo Mat, por mi alma,
mucho temo que tenga siete vidas!

Mi ilustre amigo comentó: «Bien está la cantinela, señor, pero no está bien que profiera juramentos». Tras lo cual suprimí «por mi alma» y puse «ay, ay, ay».

Tuvo la amabilidad de acompañarme hasta Londres y despedirme al pie de la silla de postas que había de llevarme a Escocia. Y no me cabe la menor duda de que por desconsiderados que parezcan muchos de los detalles recogidos seguramente a más de uno, la mayor parte de mis lectores los tendrá por rasgos genuinos de su carácter, que en conjunto contribuyen a dar plena, justa, inequívoca visión del mismo.

1770: ÆTAT. 61.] En 1770 publicó un panfleto político titulado *La falsa alarma*,^[c114] destinado a juzgar la conducta del Primer Ministro y su mayoría en la Cámara de los Comunes, por haber dado punto menos que por axioma irrefutable que la expulsión de un parlamentario era equivalente a su definitiva exclusión de la Cámara, en virtud de lo cual se proclamó que fuera el coronel Luttrell el parlamentario electo por la circunscripción de Middlesex, a pesar de que Wilkes había recabado una amplia mayoría de los votos.^[c115] Como este incidente en justicia se considerase una crasa violación del derecho electoral, cundió por todo el reino gran alarma por la constitución. Demostrar la falsedad de esta alarma fue el propósito que animó el panfleto de Johnson, no obstante lo cual incluso sus poderes inconmensurables resultaron inapropiados para arrostrar la verdad y la razón constitucionales, y su argumento no surtió el efecto apetecido. La Cámara de los Comunes desde entonces ha suprimido las resoluciones más ultrajantes de sus actas. No se desmintió que la Cámara de los Comunes pudiera haber procedido a la expulsión de Wilkes en reiteradas ocasiones, y que con idéntica periodicidad fuera reelegido; sin embargo, la incapacitación no puede ser sino decreto de toda una legislatura. Fue pasmoso ver que todo prejuicio favorable al gobierno y adverso al clamor popular pudiera cegar y contraer un entendimiento como el de Johnson en este caso en particular; sin embargo, el ingenio, el sarcasmo, la elocuente vivacidad de que hace gala en este panfleto bastaron para que se leyera en su día con gran avidez, y por siempre se leerá con placer debido a su contrastada composición. Es demasiado evidente que infundió una indiferencia narcotizante en el ánimo popular por lo que atañe a las cuestiones de interés público, y que a veces suscitó una extrema aspereza e incluso insultos desdeñosos.

Sin embargo, de ningún modo se debe omitir que cuando remite la tormenta de su violencia aprovecha una justa oportunidad para rendir cumplidos y agradecimiento al Rey que había otorgado justa recompensa a sus méritos: «Estos aficionados al vilipendio, gentes de baja estofa, se han desvelado, sin duda que sin efecto, por enajenar los afectos del pueblo del único rey que a lo largo de prácticamente un siglo ha querido como propio». Y añade: «Todo hombre sincero ha de lamentar que la discusión haya sido contemplada con frígida neutralidad por parte de los *tories*, quienes por estar de antaño acostumbrados a señalar sus principios por oposición a la

corte, todavía no han sabido considerar que por fin tienen un rey que nada sabe del nombre del partido, y que aspira a ser el padre común de todo su pueblo».

A este panfleto, cuya autoría muy pronto se atribuyó a Johnson fuera de toda duda, le salieron varias respuestas en las que se puso mucho esmero para recordar al público sus anteriores diatribas contra el gobierno, así como el hecho de que ahora gozaba de una pensión con cargo a las arcas del Estado, sin dejar traslucir los honorables términos en los que se le concedió y aceptó dicha pensión, ni el cambio de sistema que la corte británica había experimentado tras el acceso al trono del actual monarca.^[c116] No obstante, halló un gran sosiego en forma de encumbrado panegírico, en un poema titulado «La reconvención», debido al reverendo Stockdale, para quien fue en numerosas ocasiones un atento protector.^[c117]

El siguiente y admirable memorándum, de su puño y letra, describe tan bien su propio estado, y el de tantísimas otras personas habituadas al examen a fondo de sí mismas, que no puedo dejar de consignarlo.

1 de junio de 1770. Cualquiera tiende, como es natural, a persuadirse de que podrá cumplir sus resoluciones, y de su propia imbecilidad no se convence sino muy a la larga y tras frecuentes experimentos que hace con el fin de comprobarla.^[c118] Tan extendida está la elevada opinión en que tenemos nuestra propia constancia que siempre despreciamos a quien consiente que su propósito más acendrado ceda frente al empuje de un deseo ocasional y pasajero. Por todo ello, quienes han dado en desesperarse por la frecuencia de sus fracasos dejan de tomar resoluciones, mientras quienes ya lo están se vuelven arteros y no se lo dicen. Son muy pocos quienes no las toman, aunque bien poco se deja sentir su efecto, pues no hay apenas un solo hombre que persista en un rumbo de su vida planeado tras debida y sopesada elección, sino sólo en la medida en que algún poder externo a él le impide todo desvío. Quien haya de vivir como le venga en gana, rara vez vive mucho en la observancia de sus propias normas.^[37]

De este año me he procurado las siguientes cartas:

Al reverendo doctor Farmer, Cambridge

Johnson's Court, Fleet Street,
21 de marzo de 1770

Señor,

habida cuenta de que nadie debiera reservarse íntegramente para sí ninguna pertenencia que pueda ser de utilidad para el público en general, confío en que no me tenga por un intruso destalentado si recurro a usted en busca de una determinada información que, entiendo, es usted más capaz que nadie de facilitarme.

En respaldo de una opinión que ya ha situado usted muy por encima de la necesidad de algún apoyo añadido,^[c119] el señor Steevens, caballero muy ingenioso que fuera de King's College, ha compilado una relación de todas aquellas traducciones que Shakespeare pudo haber conocido y manejado. Desea que su catálogo sea exhaustivo, y por tanto le encarece a usted que le haga el favor inmenso de insertar en él todo aquello que la exactitud de sus indagaciones le permita precisar sin sombra de duda. A esta petición me tomo la libertad de añadir mis propias solicitudes.

No es que tengamos en perspectiva ningún uso inmediato de este catálogo, y no es por tanto nuestro deseo que le interrumpa ni le estorbe en sus muy importantes ocupaciones. Pero sería muy amable por su parte que nos diera acuse de recibo. Soy, señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Al reverendo señor Thomas Warton

Londres, 23 de junio de 1770

Mi estimado señor,

la prontitud con que se complació en prometerme algunas notas sobre Shakespeare fue nueva muestra de su amistad. No seré yo quien le apremie; sin embargo, me encarece el señor Steevens, que me ayuda a preparar esta edición, que le haga saber que lo primero que se imprima serán las tragedias, y que por tanto queremos cuanto antes las notas a ellas relativas. No es nuestro deseo incomodar a los lectores con un suplemento; por consiguiente, todo lo que no podamos colocar en su lugar debido no nos servirá de nada. No comenzaremos el proceso de impresión antes que pasen seis semanas, y quizá ni siquiera entonces. Soy, señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Joseph Warton

27 de septiembre de 1770

Mi estimado señor,

me hallo en trance de revisar mi edición de Shakespeare, y me ha venido a la memoria que antaño representé de manera errónea su interpretación del *Rey Lear*. Tenga la bondad de escribirme un párrafo sobre la misma y no deje de enviármelo. Si desea hacer cualquier comentario más sobre esta obra, o sobre otras, los recibiré con gran agrado.

Transmita mis más efusivos saludos a la señora Warton. A veces pienso en escaparme unos cuantos días a Winchester, pero tengo la casi total certeza de que lo aplazaré más de la cuenta. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Francis Barber, en casa de la señora Clapp, Bishop-Stortford, condado de Hertford

Londres,
25 de septiembre de 1770

Querido Francis,

por fin me siento a escribirle, y mucho me culparía por haberle desatendido durante tanto tiempo si no pudiera y debiera de hecho imputar este y tantos otros defectos a mi achacosa salud.^[c120] Espero no volver a permanecer callado durante tanto tiempo. Mucho me satisfacen sus progresos, y que de veras sepa usted llevar a cabo los ejercicios que le imponen; espero que el señor Ellis no tolere que abuse usted de él, ni usted tolere que él de usted abuse.

Deles recuerdos al señor Ellis, a la señora Clapp y al señor Smith.

No deje de hacerme saber qué lee en inglés para entretenerse. Nunca será usted sabio si no ama la lectura.

No imagine que le olvidaré ni que le abandonaré, ya que si, cuando yo le examine, descubro que no ha malgastado usted el tiempo, no le faltarán estímulos por parte de su afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Al mismo

7 de diciembre de 1770

Querido Francis,

espero que con la debida seriedad se ocupe usted de sus asuntos. Es mi deseo que permanezca estas vacaciones con la señora Clapp. Si se le invita a salir, puede hacerlo siempre y cuando el señor Ellis le dé su permiso. Le he encargado algunas prendas de vestir, que recibirá, creo, la semana que viene a más tardar. Mis recuerdos a la

Durante todo este año se produjo un total cese de toda correspondencia entre el doctor Johnson y yo, sin que mediara un enfriamiento del trato por ninguna de las partes, sino por mera procrastinación arrastrada de día en día; como no me encontraba en Londres, no tuve ocasión de disfrutar de su compañía ni de registrar por escrito su conversación. Con el fin de colmar esta laguna, ofreceré a mis lectores unas cuantas *collectanea* que amablemente me proporciona el reverendo doctor Maxwell, de Falkland, en Irlanda, quien fue por un tiempo coadjutor en el Temple, y que durante muchos años tuvo trato de amistad con Johnson en lo social; el doctor Johnson hablaba de él con bondadoso respeto.

Mi trato y frecuentación de este grande y venerable personaje se remonta al año de 1754. Me lo presentó el señor Grierson,^[38] impresor al servicio de Su Majestad en Dublín, caballero dotado de una erudición poco común y de no menor ingenio y viveza. Grierson murió en Alemania a la edad de veintisiete años. El doctor Johnson tenía en altísima estima su capacidad y versatilidad, y a menudo comentó que poseía saberes más amplios que ningún otro joven de su edad, entre los no pocos que le había sido dado conocer. Era tan industrioso como dotado de talento; en particular, destacaba en toda suerte de saberes filológicos, y fue quizá el mejor crítico de la época en que le tocó vivir.

Siempre recordaré con toda gratitud mi deuda con Grierson por haberme otorgado el honor y obsequiado la felicidad del trato y la amistad del doctor Johnson, que se prolongó sin interrupciones y sin merma hasta su muerte, siendo ésta una relación que en tiempos me supuso el mayor orgullo y felicidad de mi vida.

Qué lástima, así pues, que tanto ingenio y sensatez como de continuo derrochaba en sus conversaciones hayan perecido sin dejar constancia. Pocas personas ponían fin a un simple rato en su compañía sin sentirse más sabias y mejores de lo que eran antes. Sobre los asuntos más serios argüía con el destello del máximo interés y con el brillo de la convicción absoluta sobre sus oyentes; cuando tocaba asuntos más livianos, cualquiera habría supuesto que «*Albano musas de monte locutas*»^[c121].

Si bien poca cosa espero añadir, si es que algo añado, a la celebridad de tan exaltado personaje mediante cualquier comunicación que pueda yo aportarle, por puro respeto a su memoria me aventuraré a transmitir unas cuantas anécdotas que le atañen, todas ellas según mi propia capacidad de observación. Las *minutiae* mismas de semejante personaje han de tener su interés, y bien pueden compararse a las limaduras de los diamantes.

En política se le tenía por *tory*, aunque desde luego no lo era en el sentido más repelente ni partidista del término, pues si bien propugnaba las prerrogativas legales y beneficiosas de la Corona, no era menor el respeto que profesaba por las libertades

constitucionales del pueblo. Según aseguraba, en la época de la revolución el *whiggismo* estuvo acompañado por determinados principios, pero con posterioridad, en calidad de mera singularidad del partido que encabezaron Walpole y los Pelham, no era mejor que la política de los chanchulleros ocasionales de la Bolsa o que la religión de los descreídos o infieles.

Detestaba la idea del gobierno por medio de la corrupción parlamentaria y afirmaba con denuedo que un príncipe que con firmeza y conspicuidad se dedicara a defender los intereses de su pueblo nunca dejaría de contar con la concurrencia del Parlamento. Un príncipe de solvencia política, proclamaba, bien podría ser y a buen seguro sería el alma directriz y espíritu rector de su propia administración; en dos palabras, sería su propio ministro, y no ya el máximo dirigente de un partido. Entonces, y sólo entonces, sería la dignidad del monarca merecedora de pleno y sincero respeto.

Johnson parecía pensar que la influencia de la Corona en las dos cámaras del Parlamento (sin aludir con ello a una corrupta y vergonzosa dependencia) era al menos en cierto grado muy salutífera, e incluso necesaria en nuestro gobierno bicameral. «Y es que —decía—, si los miembros del Parlamento no estuvieran bajo el influjo de la Corona, si se vieran descalificados y no recibieran gratificación ninguna de la corte, si semejaran, como bien pudiera ser el caso, a Pym y a Haslerig, y a otros tercios y tenaces miembros de la cámara baja, los engranajes que mueven la maquinaria del gobierno quedarían obstruidos por completo. Tales individuos, por mero afán de hacer gala del poder, por pura envidia, por celos, por la perversidad de su disposición, se opondrían encarnizadamente los unos a los otros; no siendo capaces de imponerse, odiarían y se opondrían a todo el que lo hiciera; no teniendo amor ninguno por la persona del príncipe, convencidos de no deberle la menor gratitud, por mero espíritu de insolencia y contradicción, se le opondrían y desbaratarían sus iniciativas en todas las ocasiones».

La imperfección consustancial a todo gobierno humano consiste, a su decir, en que no es capaz de crear un cuerpo de virtud y de sólidos principios suficiente que dé a las leyes su debida y eficaz ejecución. ¿Y dónde podría encontrarse la virtud en medida suficiente? Es menester confiar en cierta variedad de poderes delegados y a menudo discrecionales que, si no se rigen de acuerdo con la integridad y la conciencia, estarán por fuerza sujetos a toda clase de abusos, hasta que al fin el alguacil venda su poder por un chelín.

A este excelente personaje se le acusó en ocasiones de secundar principios esclavistas y arbitrarios por parte del gobierno. En mi opinión, nada podría constituir una calumnia más grosera ni más crasa y errónea representación, ya que ¿cómo puede suponerse racionalmente que adoptara él opiniones tan perniciosas como absurdas, si fundamentó su carácter filosófico con tanta dignidad, fue sumamente celoso de su libertad e independencia personal y nunca pudo tolerar ni la más mínima apariencia de insulto o desatención, siquiera de los más encumbrados personajes?

Pero contemplémosle en algunas facetas más familiares de la vida.

Su modo de vida en general, al menos durante el tiempo en que yo lo traté, parecía bastante uniforme. A eso de las doce del día tenía yo por costumbre visitarlo, y con frecuencia lo encontraba en cama, o bien perorando con una taza de té, bebida que ingería en grandes cantidades. Por lo común, recibía una ronda de visitas matinales, sobre todo hombres de letras: Hawkesworth, Goldsmith, Murphy, Langton, Steevens, Beauclerk, etcétera, etcétera, y a veces damas de gran cultura. Recuerdo en concreto a una dama francesa de agudo ingenio y muy a la moda, que le hizo el honor de visitarlo. Me pareció que se le tenía por una especie de oráculo público, al cual todo el mundo creía tener derecho de visitar y consultar,^[c122] y es que todo el que acudía a verlo encontraba en él recompensa. Nunca supe de dónde sacaba el tiempo para sus composiciones.^[c123] Peroraba durante toda la mañana, e iba a almorzar a una taberna, donde por lo común permanecía hasta bastante tarde, para ir luego a tomar el té a casa de alguna de sus amistades, donde de nuevo se demoraba largo rato, aunque rara vez hasta la hora de la cena. Deduzco que debía de leer y escribir sobre todo de noche, pues apenas consigo recordar que se negara una sola vez a ir conmigo a una taberna, y a menudo acudía a Ranelagh, que se le antojaba un lugar propio para disfrutar de inocentes actividades de recreo.

Con frecuencia donaba toda la plata que llevara en la faltriquera a los pobres de necesidad, que estaban pendientes de su paso entre su casa y la taberna en que almorzaba. Recorría las calles a pie a cualquier hora del día y de la noche, y decía que nunca le habían robado, pues los ladrones sabían que andaba escaso de dinero, y tampoco tenía la apariencia de que le sobrara.

Aunque era el hombre más accesible y comunicativo de cuantos han vivido, en cuanto le rondaba la sospecha de que alguien lo invitaba sólo por exhibirlo desdeñaba la invitación.

Dos jóvenes mujeres provenientes del condado de Stafford fueron a visitarlo estando yo presente, para consultarle sobre la religión metodista, a la que ambas propendían. «Venid pues —les dijo—, bellas bobas; cenad con Maxwell y conmigo en la Mitra, y hablaremos despacio del asunto». Y así lo hicieron, y después de la cena se sentó a una de ellas sobre las rodillas y la estuvo acariciando por espacio de media hora.

En una visita que hicimos a una posada campestre cerca de Twickenham me preguntó con qué clase de sociedad me relacionaba allí. Le dije que me era indiferente, pues constaba más que nada de opulentos comerciantes retirados ya de sus ocupaciones. Dijo que nunca le habían caído en gracia esa clase de sujetos, «pues han perdido la urbanidad de los comerciantes sin adquirir siquiera el rebozo de los buenos modales que adorna a los caballeros».

Johnson tenía un grandísimo apego por Londres: comentaba que en esta ciudad puede el hombre aprovisionar su intelecto y surtir su ánimo mejor que en cualquier otra parte, y añadía a esto que en cualquier lugar remoto puede el hombre dar grandes

festejos a su cuerpo, mientras su espíritu muere de inanición, a la par que tienden sus facultades a degenerar por falta de ejercicio y del estímulo de la competición. No hay lugar, afirmaba, que cure a un hombre tan a fondo de su vanidad o su arrogancia como lo cura Londres, ya que como no hay hombre que sea grande ni bueno *per se*, sino que sólo puede serlo en comparación con otros que no sean ni tan grandes ni tan buenos, con toda certeza hallará en la metrópolis a muchos que sean iguales a él, y a no pocos que sean superiores. Comentaba que en Londres corre el hombre menos peligro de enamorarse indiscretamente que en cualquier otro lugar, ya que en la gran ciudad lo mantiene a salvo la dificultad propia del decidirse entre las pretensiones en conflicto de una vastísima gama de objetos. Me comentó que con frecuencia se le había ofrecido una prebenda en el campo sólo a condición de que tomase las órdenes, si bien no se hallaba dispuesto a renunciar a la pulida sociedad de la capital, ni a consentir el trueque del júbilo y el alborozo, de los espléndidos adornos con que se engalanaba la vida pública, por la insipidez anodina y la mediocre uniformidad de los lugares remotos.

Hablando de Harte, canónigo de Windsor y autor de *La historia de Gustavus Adolphus*, lo elogió sin cortapisas por su erudición, y también por ser dueño del talento más amigable y cordial que jamás hubiera conocido. Dijo que los defectos de su historia no eran achacables a la imbecilidad, sino a la afectación y la impertinencia.

La Anatomía de la melancolía, de Burton, era el único libro que le había hecho levantarse de la cama dos horas antes de lo que hubiera deseado.

Con frecuencia me exhortaba a que escribiese una historia de Irlanda, y apuntaba con malicia que han sido bastantes los escritores irlandeses realmente buenos, y que cualquier irlandés debería aspirar como poco a igualar a los demás. Grande era su compasión por las desdichas y penurias de la nación irlandesa, en particular los papistas, y reprobaba al tiempo con severidad la bárbara y anquilosante política puesta en práctica por el gobierno británico, que, a su entender, era el modo de persecución más odioso que se pueda concebir. A un caballero que insinuó que quizá tal política fuera necesaria para reforzar la autoridad del gobierno británico le respondió así: «Perezca la autoridad del gobierno británico antes que sea menester mantenerla mediante tamaña iniquidad. Mejor sería refrenar las turbulencias de los nativos recurriendo a la autoridad de la espada y hacerlos avenirse a la justicia y la ley mediante una política vigorosa y eficaz, antes que hacerlos trizas por medio de toda suerte de discapacitaciones y desautorizaciones. Mejor —insistió— ahorcarlos o ahogarlos antes que empobrecerlos, reducirlos a la mendicidad y matarlos de hambre mediante implacables persecuciones»^[c124]. La humanitaria moderación que se da en la actualidad ha justificado en gran medida la sagacidad de sus observaciones.

Al doctor Johnson a menudo se le acusó de diversos prejuicios o de franca antipatía hacia los nativos de Escocia. Es seguro que un prejuicio tan antiliberal jamás se le pasó por la cabeza: de sobra es sabido que muchos nativos de tierra tan

respetable poseían amplia participación en la esfera de su estima, y jamás uno solo de ellos se vio excluido de gozar de sus buenos oficios, al menos en la medida en que las circunstancias lo permitieran. Ciertamente es que tenía a los escoceses, considerados como nación, por un pueblo pícaro, intrigante, afanosamente pendiente de sus propios intereses, y demasiado predispuesto a hacer caso omiso de los derechos y pretensiones de los demás. «Así como en cierto modo circunscriben su benevolencia exclusivamente a los nativos de su país, cuentan con tomar parte en los buenos oficios de los demás. Este principio de actuación —decía Johnson— o es acertado o es erróneo; si es acertado, bien haríamos en imitar su conducta; si fuera erróneo, nunca podríamos aborrecerlo en demasía».

Cuando se le pidió que compusiera un sermón fúnebre con ocasión del fallecimiento de la hija de un comerciante, como es natural se interesó por el carácter de la difunta, y al tener conocimiento de que había sido notable por su humildad y su anuencia para con sus subordinados, observó que éstas eran cualidades muy laudatorias, aunque quizá no resultara nada fácil descubrir quiénes eran los subordinados de la dama.

De cierto actor comentó que gastaba una conversación que por lo común amenazaba y anunciaba más de lo que llegaba a dar; que alimentaba en su oyente una constante renovación de su esperanza, para terminar en una constante sucesión de desengaños.

Cuando le exasperaba la contradicción recalcitrante de un contertulio, era proclive a tratarlo con gran acritud. «Señor —le decía—, no sabe usted ni qué camino pisa en esta cuestión», o «Señor, habla usted en la lengua de la ignorancia». Cuando le comenté que determinado caballero se había pasado toda la velada en silencio, aunque rodeado de una brillantísima y muy culta compañía, me dijo: «Señor, es que la conversación le desbordó y terminó por ahogarle».

Su filosofía, bien que austera y solemne, bajo ningún concepto era de corte taciturno ni cínica, y nunca embotó la encomiable sensibilidad de su carácter, ni tampoco le eximió del influjo de las más tiernas pasiones. Siempre alegó que la falta de ternura era mera falta de facultades, y no era menor prueba de estupidez que la misma depravación.

Refiriéndose al señor Hanway, que había publicado su *Viaje en ocho días de Londres a Portsmouth*, comentó que «Jonas Hanway, se forjó cierta reputación viajando por el extranjero, pero toda la perdió viajando por su patria»^[c125].

De la pasión amorosa comentó que su virulencia y sus efectos perniciosos habían sido objeto de mucha exageración, porque ¿quién ha conocido verdaderos sufrimientos a tal causa debidos que sean mayores que los que acarrea la desorbitación de otra pasión cualquiera?

Mucho elogiaba el *Serio llamamiento*, de Law, del que afirmaba que era la pieza más fina de Teología exhortatoria jamás escrita en cualquier lengua. «Law —decía— cayó con posterioridad en las mismas ensoñaciones que Jacob Böhme, de quien el

propio Law alegaba que se había encontrado en el mismo estado que San Pablo, y que había visto cosas inexpresables.^[c126] De ser así, Böhme aún se habría semejado más a San Pablo si ni siquiera se hubiese propuesto expresarlas».

Comentó que el clero establecido no predicaba en general con sencillez suficiente; que los periodos pulidos y las frases brillantes y sentenciosas volaban por encima del común de los mortales sin dejar la menor huella en sus corazones. Algo se echaba en falta, comentó, para excitar los afectos de la gente llana, que estaba postrada en la languidez y el letargo, y por tanto suponía que los nuevos evangelistas y celebrantes del metodismo probablemente pudieran propiciar ese efecto tan deseable. Igual que el cuerpo, señaló, el espíritu halla deleite en el cambio, en lo novedoso, e incluso en el seno de la propia religión corteja las novedades y las modificaciones. Al margen de lo que se quisiera pensar de algunos predicadores metodistas, él no se veía en condiciones de dudar de la sinceridad de un hombre que recorría novecientas millas en un mes y que predicaba doce sermones por semana: ninguna recompensa podría ser adecuada, dentro de lo meramente temporal, por una labor tan infatigable.

De las obras teológicas del doctor Priestley comentó que mostraban tendencia a trastocar todo y que nada zanjaban.

Mucho le afectó la muerte de su madre, y me escribió pidiéndome que acudiera a su lado y le ayudara a serenar su espíritu, que en efecto encontré sumamente agitado. Lamentaba que toda conversación seria y religiosa estuviera proscrita en la sociedad de los hombres a pesar de los grandes beneficios que de ella podrían seguirse. Todos daban cumplido reconocimiento a lo que apenas nadie practicaba, esto es, las obligaciones a que todos estamos sujetos para que la preocupación por la vida eterna sea el principio rector que guíe nuestras vidas. Todos los hombres, observó, aspiran en suma a retirarse del mundanal ruido; todos vemos nuestras expectativas frustradas en el mundo, todos renunciamos tarde o temprano a nuestros hábitos y deseos y nos preparamos para la separación eterna.

Observó que la influencia de Londres se hallaba extendida por doquier, y que a raíz de que estuviera la ciudad abierta a toda clase de comunicaciones, dentro de muy poco no quedaría nada que recordara la sencillez de antaño, ni tampoco se hallarían lugares retirados a precios asequibles.

No era admirador del verso blanco; decía que siempre era un acto defectuoso, a menos que lo sostuviera la dignidad del asunto tratado. En el verso blanco, afirmaba, para diferenciarse de la prosa el lenguaje sufría una mayor distorsión que las meras inconveniencias y limitaciones contraídas en razón de las ataduras y la circunspección de la rima.^[c127]

Una vez me reconvino por bendecir la mesa sin pronunciar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, manifestando su esperanza de que en un futuro no lejano tuviera yo más en cuenta mi juramento apostólico.

Se negó a salir antes que yo de una habitación en casa del señor Langton,

diciendo que esperaba tener conocimiento exacto de su propio rango, y que por eso jamás se le ocurriría preceder en ningún orden a un doctor en Teología. Si comento estas mínimas anécdotas es sólo con ánimo de mostrar los peculiares giros y hábitos de su intelecto.

Comentaba a menudo que en la condición humana es mucho más lo que es preciso resistir que lo que se puede disfrutar, y con frecuencia citaba este dístico de Dryden:

¡Extraña parentela, a fe mía! Nadie reviviría el pasado,
pero todos esperan placer de lo que aún les quede asignado.

Por su parte, afirmaba que nunca en la vida había pasado una semana que deseara repetir, siquiera en el supuesto de que un ángel viniera a proponérselo.

Era de la opinión de que la nación inglesa cultivaba tanto su territorio como su raciocinio más y mejor que otros pueblos, si bien admitía que los franceses, aun no siendo tal vez los más encumbrados en cualquier campo de la literatura, eran muy encumbrados en todos los campos. La preeminencia de orden intelectual, señaló, era seguramente la superioridad de mayor enjundia, y todas las naciones debían lo más excelso de su reputación al esplendor y la dignidad de sus escritores. Voltaire, a su decir, era un buen narrador, y el mayor de sus méritos radicaba en una feliz selección y disposición de las circunstancias.

Hablando de las novelas francesas en comparación con las de Richardson dijo que podían ser muy bonitas chucherías, pero que un jilguero no es un águila.

En una conversación que sostuvo en latín con el père Boscovitch en casa de la señora Cholmondeley, le oí sostener la superioridad de sir Isaac Newton frente a todos los filósofos extranjeros,^[39] y hacerlo con una dignidad y una elocuencia que sorprendieron al erudito extranjero. Como se le comentó que en Francia menudeaba un rabioso entusiasmo por todo lo inglés tras la victoriosa campaña bélica de lord Chatham, dijo que no le extrañaba nada, no en vano les habíamos dado una paliza a esos fulanos para que nos mostrasen el debido respeto, y añadió que la petulancia de su carácter nacional requería un escarmiento periódico.

Los *Diálogos* de lord Lyttelton los consideraba un desempeño nimio: «Ese hombre —dijo— se sentó a escribir con intención de rematar un libro y decir al mundo lo que el mundo había dicho de él durante toda su vida».

Alguien observó que los escoceses de las Tierras Altas habían llevado a cabo en 1745 esfuerzos asombrosos, a tenor de sus muchas carencias y desventajas. «Sí, señor —repuso—, eran numerosas sus carencias, pero no ha reseñado usted la más capital de todas ellas: la carencia de ley».

Hablando de la luz interior, que algunos metodistas defendían, dijo que era un principio incompatible con la seguridad civil y el bienestar social. «Si un hombre pretende adherirse a un principio de acción del que nada puedo yo saber, por no saber siquiera si lo tiene y lo profesa, pues sólo sé que a él dice adherirse, ¿cómo sabré qué

podría sentirse inclinado a hacer? Cuando una persona profesa regirse por una ley escrita y establecida, entonces sí sabré dónde encontrarla».

El poema de Fingal,^[c128] a su juicio, no pasaba de ser sino mera rapsodia deshilvanada, una cansina repetición de las mismas imágenes. «En vano buscaremos el *lucidus ordo* allí donde no hay objeto ni finalidad, ni plan ni moral *nec certa recurrit imago*».

Al preguntarle un joven noble qué había de ser de la galantería y el espíritu militar de la nobleza inglesa de alcurnia, respondió de este modo: «Pues verá usted, señor mío; le diré qué ha sido de ella: se ha marchado a la ciudad en busca de fortuna».

Hablando de un individuo tedioso y cansino, al que por un casual se había encontrado, dijo: «Ese individuo parece que tiene una sola idea, y que, además, es errada».

Tras hacerse no pocas indagaciones en torno a un caballero que había abandonado a un grupo en el que se encontraba Johnson, como no se obtuviera ninguna información en claro éste al final comentó que no le agradaba hablar mal de nadie a sus espaldas, pero que tenía entendido que se trataba de un abogado.

Habló con olímpico desprecio de la atención que había suscitado Woodhouse, el zapatero poeta. Dijo que era todo pura vanidad, puras niñerías, y que tales objetos no pasaban de ser, para quienes los fomentaban incluso con su patrocinio, meros espejos de su propia superioridad. «Más les valdría —señaló— proveer al buen hombre de buenos útiles para su oficio, en vez de recabar suscripciones para sus poemas. Podría llegar a ser un excelente zapatero remendón, pero nunca llegará a ser un buen poeta. Un ejercicio escolar tal vez sea muy bello para el chiquillo que estudia, pero no puede ser de gran deleite para un hombre».

Hablando de Boecio, que era su autor preferido del Medievo, señaló que era muy sorprendente que escribiendo sobre tal asunto y, en tal situación, llegara a ser *magis philisophus quam Christianus*.

En referencia a Arthur Murphy, a quien mucho aprecio tenía, dijo así: «No sé si a Arthur se le puede poner entre los dramaturgos de primerísima fila, pero en la actualidad dudo que tengamos a ninguno mejor que él».

Por lo tocante a la deuda nacional, apuntó que era quimera de desocupados suponer que el país pudiera hundirse bajo su peso. Por más que clamen los públicos acreedores, el interés de varios millones siempre estará por encima del afán de unos cuantos millares.

De los *Cotejos* del doctor Kennicott^[c129] dijo que si bien no era menester enmendar demasiado el texto, no era desdeñable saber que disponíamos de un texto tan bueno como se podía conseguir por medio de la industria y la diligencia más consumadas.

Tantas son las objeciones que se pueden poner a cualquier cosa, observó Johnson, que nada bastaría para superarlas, si no es la necesidad misma de hacer algo. Ningún

hombre se dedicaría a profesión ninguna por oposición a no ser de tal profesión, pero es que todos hemos de dedicarnos a alguna cosa.

Comentó que una parroquia en Londres es cosa muy desagradecida, pues el clérigo rara vez conoce de verdad a uno de cada diez feligreses.

Del difunto señor Mallet no habló con gran respeto; dijo que siempre estuvo presto para cualquier trabajo sucio, que había escrito una invectiva contra Byng por instigación del gobierno, y que igualmente estuvo dispuesto a poner su pluma a su servicio, siempre y cuando accediera a pagárselo.

Un caballero que había sido muy desdichado en su vida de casado contrajo matrimonio en cuanto murió su esposa. Para Johnson, es buen ejemplo de cómo triunfa la esperanza sobre la experiencia.

Observó que un hombre de sentido común y buena educación debería encontrar compañera adecuada en una esposa. Era empobrecedor que la conversación marital sólo pudiera girar en torno a si convenía asar o hervir el cordero, y probablemente dar lugar a una disputa al respecto.

No veía con buenos ojos el matrimonio en la edad tardía, reseñando que más se perdía en lo que al tiempo atañe que lo que pueda compensar con cualquiera de sus posibles ventajas. Hasta un matrimonio mal avenido es preferible antes que el celibato insulso y desabrido.

Del viejo Sheridan comentó que no carecía de facultades ni de conocimientos de literatura, si bien su vanidad y su quijotismo empañaban sus méritos.

Dijo que la presunción es defecto incurable, que era un mal aguante del espíritu, que, como los del cuerpo, nunca se rectifican; quien sea un petimetre, lo será de por vida.

Al tener noticia de que Gilbert Cowper lo tildaba de «Calibán de la literatura», tuvo una reacción fulminante: «En tal caso, tendré yo que motejarlo de Punchinello».

Refiriéndose al viejo Conde de Cork y Orrery, dijo que «ese hombre invirtió la vida entera en atrapar un objeto [la eminencia literaria] que no estaba en su mano apresar».

Hallar algo que supla la moralidad vulnerada, decía, es el rasgo más destacado de todas las perversiones de la religión.

A menudo gustaba de citar con acento patético estos versos de Virgilio:

*Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi
Prima fugit; subeunt morbi, tristisque senectus,
Et labor, et durae rapit inclementia mortis.*^[c130]

Hablando de Homero, por el cual tenía veneración en tanto príncipe de todos los poetas, Johnson comentó que el consejo que a Diómedes le dio su padre cuando lo mandó a la guerra de Troya era la más noble exhortación que se puede aducir como ejemplo en cualquier escritor pagano, y que abarca un solo verso: «Αἰὲν ἀριστεύειν, καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων» que, si mal no recuerdo, traduce el doctor Clarke

como sigue: «*semper appetere praestantissima, et omnibus aliis antecellere*». [40]

Observó que era reflexión sumamente mortificante para cualquiera reparar en lo que había hecho y cotejarlo con lo que podría haber hecho.

Decía que pocas personas poseen recursos intelectuales suficientes para prescindir de los placeres del vino. De otro modo, no sabrían cómo pasar el intervalo entre el almuerzo y la cena.

Un domingo me acompañó a oír a mi maestro de antaño, Gregory Sharpe, que predicaba en el Temple. En su sermón preliminar, Sharpe argumentó acerca de la libertad en calidad de bendición que es preciso implorar fervientemente, tal como hay que rezar por su prolongación. Johnson observó que nuestra libertad no corría peligro: más le hubiera valido sermonear contra nuestro libertinaje.

Una tarde, en casa de la señora Montagu, donde se había congregado un grupo espléndido de contertulios, compuesto por los personajes literarios más eminentes del momento, me pareció hallarlo sumamente complacido por el respeto y la atención que le prestaban, y de vuelta a casa le pregunté si no se sentía sumamente gratificado por esta visita. «No, señor —contestó—. No sumamente gratificado, aunque tampoco recuerdo haber pasado muchas tardes con tan pocas objeciones como ésta».

Aunque no era persona de extracción elevada, tenía un gran respeto por la cuna y la alcurnia, en especial entre las damas. Dijo que «en todo rango y condición se hallan logros y adornos adventicios, aunque con toda facilidad se distingue a la gentil dama que lo es de nacimiento».

Dijo que «en Inglaterra los pobres están mejor atendidos que en ningún otro país de la misma envergadura», esto es, sin referirse a los pequeños cantones o a las minúsculas repúblicas. Allí donde se permite que una gran porción de la población sufra y languidezca sumida en la miseria y el desamparo, es que el país en cuestión tiene un muy mal gobierno y está sujeto a una pésima política, pues la verdadera prueba de la civilización estriba en una decente provisión para los pobres. Los caballeros educados, observó, eran más o menos iguales en todos los países; es la condición de los órdenes inferiores de la sociedad, y en especial de los más pobres y desfavorecidos, la que constituye la verdadera marca de la distinción nacional.

Cuando las leyes sobre el cultivo y venta del maíz fueron objeto de protesta y agitación en Irlanda, en aras de lo cual dicho país obtuvo permiso no sólo para el consumo interno, sino también para exportar maíz en grandes cantidades, sir Thomas Robinson observó que dichas leyes podían resultar perjudiciales para el cultivo del maíz en Inglaterra, sobre lo cual Johnson se pronunció de este modo: «Sir Thomas, habla usted la lengua de los savajes. ¿Acaso estaría dispuesto a impedir que un pueblo se alimentara por sus propios medios, siempre y cuando fuesen honrados?».

Como se comentase que Garrick había prestado ayuda al doctor Brown, autor de la *Estimación*, [c131] en alguna composición dramática, Johnson dijo: «No, señor. No toleraría que Garrick escribiera ni un solo verso de su obra, tal como no soportaría que subiese a su púlpito».

Hablando de Burke, dijo que «era común observar que con demasiada frecuencia tomaba la palabra en el Parlamento, pero nadie podría asegurar que no hablara bien, por más que lo hiciera con frecuencia y familiaridad excesivas».

Hablando de economía, comentó que no valía la pena desvivirse por ahorrar veinte libras al año. Si alguien logra ahorrar tanto que llegue a ocupar un rango distinto en sociedad, entonces sí se justificaría el fin de tanto empeño.

Comentó que la fuente principal de los juicios erróneos era contemplar las cosas parcialmente, y sólo por uno de sus lados; por ejemplo, los cazadores de fortunas, que cuando consideran la fortuna pretendida de un modo aislado la encuentran deslumbrante y tentadora; en cambio, cuando se encuentran en posesión conjuntamente de la fortuna y de la esposa, dan en sospechar que no hicieron en su día tan provechosa adquisición como pensaban.

Refiriéndose al difunto Duque de Northumberland y a la vida regalada, por no decir espléndida, que llevó mientras fue virrey de Irlanda, alguien comentó que sería muy difícil encontrarle sucesor apropiado, a lo cual Johnson exclamó: «Con tanta ostentación y magnificencia, sólo él sería apto para sucederse».

Me aconsejó que en la medida de lo posible me hiciera con un buen huerto. Conocía, según dijo, a un clérigo que disponía de ingresos más bien escasos, que sin embargo había mantenido a su familia de manera muy respetable, alimentándola sobre todo de buñuelos rellenos de manzanas.

Dijo que había conocido a varios eruditos de nota entre los caballeros de Irlanda, aunque apenas los había siquiera pasables en gran cuantía, y extendió esa misma observación al caso de Escocia.

Con relación a cierto prelado que se desempeñaba de un modo muy laudatorio en la construcción de iglesias y casas de los párrocos, dijo que «sin embargo, no considero que se le estime por ser un hombre de erudición profesional, ni tampoco que patrocine la cultura, a pesar de lo cual bien está que un hombre posea un aspecto fuerte y de positiva excelencia. Son pocos los que reúnen en su carácter toda suerte de méritos. No hemos de examinar muy a fondo las cuestiones de este jaez. No, señor: un ser por naturaleza falible ha de fallar en algún aspecto».

Refiriéndose al clero de Irlanda, reseñó que Swift fue un hombre de grandes facultades, e instrumento de grandes provechos para su país. Berkeley fue un erudito de profundos conocimientos, aunque fue más bien Usher la gran luminaria de la Iglesia en Irlanda, a tal extremo que ninguna Iglesia podía jactarse de contar con ninguna mayor, al menos en los tiempos modernos.

Cenamos a solas los dos en la Mitra, cuando yo me disponía a regresar a Irlanda tras muchos años de ausencia.

Me causaba un gran pesar despedirme de Londres, donde había forjado muchas y muy gratas amistades. «Señor —me dijo—, no me extraña. No hay hombre que ame las letras y que abandone Londres sin que le embargue un gran pesar. Pero tenga usted presente que es mucho lo que ha visto y disfrutado; ha visto la vida con sus más

grandes adornos, y el mundo nada nuevo tiene por mostrarle. No hay hombre tan bien cualificado para abandonar la vida pública como el que durante largo tiempo la ha paladeado y la conoce bien. Siempre andamos anhelando situaciones que no hemos probado, e imaginamos de ellas mayor felicidad que la que pueden procurarnos. No, señor: el saber y la virtud pueden adquirirse en cualquier lugar, y la importancia local que usted adquiera le servirá de compensación por las gratificaciones intelectuales a que renuncia». Y acto seguido citó los siguientes versos con gran patetismo:

Quien temprano ha conocido las pompas del estado
(pues de ignorantes es condenar lo que se desconoce),
tras haber contemplado el vistoso ornato,
puede con arrojo decir: la bagatela desdeño;
con mucho menos contento he de vivir,
y he de morir contento.^[41]

Se despidió luego de mí muy afectuosamente; dijo que era sabedor de que un deber inaplazable me llamaba. «Todos lamentaremos perderle a usted de vista: *laudo tamen*»^[c132].

1771: ÆTAT. 62.] En 1771 publico otro panfleto político titulado Pensamientos en torno a las recientes transacciones tocantes a las islas Malvinas, en el cual, a partir de documentos que le fueron proporcionados por el gobierno, y sobre asuntos de carácter general que abordó y amplió con su profuso estilo, se esforzó con éxito en persuadir a la nación de que era sabio y laudatorio dejar aún sin decidir la cuestión de derecho, en vez de precipitar al país a una nueva guerra. Algunos han dado en entender, y me abstengo de determinar con qué grado de veracidad, que tenía en muy baja consideración la importancia de dichas islas para Gran Bretaña. Sea como fuere, todo el que posea una sensibilidad humanitaria convendrá de seguro en aplaudir la fervorosa gravedad que puso en evitar la calamidad de la guerra, una calamidad tan espantosa que no puede uno menos que asombrarse de cuántas naciones civilizadas, naciones incluso cristianas, son capaces de desencadenarla adrede una y otra vez. También en esta ocasión hallamos a Johnson oponiéndose a su mera posibilidad con severidad sin límite, y sacando el máximo partido del instrumento argumentativo más eficaz a su juicio, el desprecio. Su retrato del paladín muy capaz y misterioso de la causa ecuménica, Junius, está ejecutado con toda la fuerza de su genio inimitable, y resuelto con el máximo esmero. Diríase que llega a sentirse exultante al enzarzarse en un combate cuerpo a cuerpo contra el héroe formidable, quien lanza su desafío «a todos los principados y potencias, a los que rigen los destinos de este mundo».^[c133]

Es de ver que este panfleto quedó un tanto morigerado en un particular tras la primera edición, ya que la valoración de la figura de George Grenville quedaba de este modo: «Sin embargo, que no sea ya en su tumba objeto de desprecio. Tuvo cierta capacidad que no se posee de manera universal; pudo haber forzado el pago del rescate de Manila, pudo haberlo contado».^[c134] Lo cual, en vez de conservar su astucia y su agudeza, queda reducido a una expresión llana y carente de sentido o, si se me permite utilizar el vocablo, a una perogrullada: «Tuvo cierta capacidad que no se posee de manera universal; si se equivocó en algunas ocasiones, del mismo modo a veces acertó».

A Bennet Langton

20 de marzo de 1771

Estimado señor,

tras muchos titubeos por mi parte y no pocas vacilaciones por parte del gobierno, por fin he puesto en circulación mi panfleto en torno al asunto de las islas Malvinas. Sin embargo, aún no han terminado los retrasos. Apenas se habían distribuido algunos ejemplares cuando lord North ordenó que se suspendiera la venta. Sus razones no me son conocidas con demasiada precisión. Tal vez quiera tratar de hallarlas en un detenido examen.^[42] Antes de recibir su orden, se distribuyó una cantidad suficiente para causar toda clase de daños, aunque quizá no tantos como para dar lugar a todo el jaleo que cabría esperar.

Poco después de su partida, tuve el placer de comprobar que había pasado el peligro que amenazaba su navegación. Confío que nada haya encontrado a su regreso que pueda aminorar su satisfacción; espero que lady Rothes y la señora Langton y las señoritas se encuentren todas bien.

Anoche estuve en el club. El doctor Percy ha escrito una muy larga balada, aunque con muchos arranques e interrupciones. Está bastante bien. La ha dado a la imprenta, así que pronto se distribuirá. Goldsmith se encuentra en Bath con lord Clare. Aquí en casa del señor Thrale, desde donde le escribo, todo está en orden. Soy, mi querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El señor Strahan, el impresor, que había mantenido una larga e íntima amistad con Johnson en el transcurso de sus muchos trabajos literarios, y que fue al mismo tiempo su amistoso agente en la recepción de la pensión concedida en su nombre, así como su banquero, pues le proporcionó el dinero que necesitaba, amén de ser ahora parlamentario y tener mucho gusto en dedicarse a las negociaciones políticas, entendió que estaba en su mano el prestar un servicio eminente tanto al gobierno como a Johnson con sólo convertirse en el medio para que éste tuviera acceso a un escaño en la Cámara de los Comunes. Con tal finalidad, escribió una carta a uno de los secretarios del Tesoro, de la cual me dio una copia de su puño y letra, que reza como sigue:

New Street,
30 de marzo de 1771

Señor,

no le será difícil recordar que, cuando hace ya algún tiempo tuve el gratísimo honor de visitarle, me tomé la libertad de comentarle que el doctor Johnson constituiría una presencia excelente en la Cámara de los Comunes, así como de comunicarle que de todo corazón deseo que tenga un escaño. Mis razones, sucintamente, son las que siguen:

Sé que su gran afecto por Su Majestad, y por su gobierno, raya en la perfección, y estoy seguro de que es su deseo prestar apoyo al gobierno por todos los medios que tenga a su alcance.

Posee una elocuencia enorme, viril, siempre dispuesta, con nervio; es muy veloz en discernir los puntos fuertes y débiles de cualquier argumento, sabe expresarse con claridad y precisión, no teme verse cara a cara con ningún hombre vivo.

Su reconocido carácter y su reputación de hombre de extraordinaria sensatez y de virtud intachable serían sobradas garantías para que gozase de la atención de la Cámara, donde no dejaría de tener un gran peso específico.

Es capaz de aplicarse en extremo, y puede someterse a los trabajos más arduos cuando los considera necesarios, sobre todo si entiende que su ánimo y su intelecto han de comprometerse al máximo. Los ministros de Su Majestad, por consiguiente, podrían contar con su dedicación en la ocasión que lo estimaran oportuno, y dar por hecho que se comprometería en grado sumo. Lo hallarían listo para vindicar todas aquellas medidas que tendieran a promover la estabilidad del gobierno, así como firme y resuelto para llevarlas a su ejecución. Nada hay que temer de su presunto ímpetu, de su carácter temperamental, pues con los amigos del Rey será un cordero, y con sus enemigos un león.

Por todas estas razones, humildemente deduzco que sería un parlamentario muy útil y muy capaz. Y me

aventuraría a decir que ese empleo no le resultaría ingrato; conocedor como soy de su inmenso afecto por el Rey, de su capacidad para servirle en su función natural y del extremo ardor que sin lugar a dudas pondría en prestar tales servicios, debo repetir que deseo de todo corazón que su presencia en la Cámara sea una realidad.

Si estima que todo esto fuera digno de su atención, tenga la bondad de hallar una ocasión oportuna para comentárselo a lord North. Si Su Señoría diera felizmente su visto bueno, tendré la gran satisfacción de haber sido al menos en cierto grado el humilde instrumento que preste a mi país, a mi juicio, un servicio primordial. Sé de su buen natural y del celo con que mira usted por el bienestar público, de modo que admita mis disculpas por haberle importunado de este modo. Soy, señor, con el mayor de los respetos, su más obediente y humilde servidor,

WILLIAM STRAHAN

Como bien sabemos, esta carta de recomendación no surtió el efecto apetecido, aunque sólo cabe hacer conjeturas sobre el cómo y el porqué de que así fuera. No es de suponer que Strahan llevara a cabo la solicitud sin contar con la aprobación de Johnson. A él nunca le oí comentar la cuestión, aunque en una época más avanzada de su vida, cuando sir Joshua Reynolds le dijo que Edmund Burke le había recalcado que si Johnson hubiera sido miembro del Parlamento a una edad más temprana sin lugar a dudas habría llegado a ser el orador más grande que jamás tomara la palabra en la cámara, Johnson contestó diciendo que «me gustaría probar suerte aunque fuera ahora».

Mucho se ha debatido entre sus amistades y otras personas no tan allegadas si hubiera llegado a ser, en efecto, un poderoso orador en el Parlamento en caso de haber ingresado en la cámara a una edad ya bastante avanzada. Me inclino a pensar que por sus amplísimos conocimientos, su prontitud de respuesta y su fuerza intelectual, por su viveza y riqueza de expresión, su ingenio y su sentido del humor, y, sobre todo, por su sarcasmo, tan punzante como conmovedor, habría tenido un gran predicamento en una asamblea popular; la magnitud de su figura, las pasmosas peculiaridades de su talante habrían resaltado en extremo tal efecto. Pero también recuerdo que, según observación del señor Flood, al estar Johnson desde antaño acostumbrado a la brevedad sentenciosa y al corto alcance y las pausas de la conversación, tal vez se hubiera apocado y no hubiera dado la talla en una argumentación dilatada, lo cual es requisito indispensable en la afirmación de cuestiones complejas al tomar la palabra en público, y como prueba de ello adujo los presuntos discursos parlamentarios que escribió para una publicación periódica, ninguno de los cuales, a su juicio, se parecían en nada a los verdaderos debates de la cámara. Preciso es reconocer un gran peso a la opinión de quien fuera orador tan eminente, no en vano halló confirmación en sir William Scott, quien aseveró que Johnson le había comentado que en varias ocasiones intentó hablar en un pleno de la Sociedad de Artesanías y Manufacturas, si bien «descubrió que no era capaz de continuar tras el arranque».^[43] Por medio de William Gerard Hamilton he tenido conocimiento de que Johnson, cuando se le comentó que era prudente y aconsejable que un hombre no habituado a tomar la palabra en público diera inicio a su discurso de la manera más llana que le fuera posible, reconoció que en dicha sociedad había

subido al estrado para pronunciar un discurso que llevaba preparado, pero que «todas mis flores de la oratoria me abandonaron en el acto». A pesar de los pesares, no puedo menos que desear que hubiera «probado suerte» en el Parlamento, y me extraña aún que el gobierno se abstuviera de promover el experimento.

A la larga renové con él una correspondencia que llevaba demasiado tiempo interrumpida.

Al doctor Johnson

Edimburgo,
18 de abril de 1771

Mi querido señor,
ahora entiendo plenamente los lapsos de silencio que hubo en su correspondencia conmigo, pues si bien soy consciente de mi veneración y afecto por el doctor Johnson, y sé a ciencia cierta que jamás han menguado siquiera un ápice, he pospuesto durante casi un año y medio el momento de empuñar la pluma para escribirle...

En el resto de esta carta le hice una cumplida relación de mi cómoda vida de casado^[c135] y de mi ejercicio de la abogacía en Escocia; le invité a viajar a Escocia y le prometí acompañarle a las Tierras Altas y a las Hébridas.

A James Boswell

Londres,
20 de junio de 1771

Querido señor,
si ahora ha sido usted capaz de comprender que bien puedo yo dejar de escribirle sin que disminuya mi afecto, igualmente me ha dado usted una lección sobre lo difícil que es encajar esa posible desatención sin resentimiento. Durante mucho tiempo he deseado recibir carta suya, y cuando por fin llegó compensó con creces el largo retraso. Nunca me ha complacido tanto como ahora la relación que me hace de sus asuntos, y con toda sinceridad deseo que entre los asuntos públicos, el cultivo de sus estudios y los placeres domésticos, ni la melancolía ni el capricho hallen hueco para colarse de rondón. Al margen de lo que la Filosofía pueda determinar sobre la naturaleza material, es inequívocamente cierto que la naturaleza intelectual aborrece el vacío. No puede nuestro intelecto estar desocupado, pues el mal entrará en él si previamente no se ocupa con el bien. Mi querido señor, cuide sus estudios, atienda sus asuntos, haga feliz a su señora esposa y sea buen cristiano. Tras esto,

*... tristitiam et metus
Trades protervis in mare Creticum
Tortare ventis.*^[c136]

Si cumplimos nuestros deberes, estaremos sanos y salvos. «Sive per» etc.,^[c137] tanto si subimos a las Tierras Altas como si nos zarandea el mar entre las Hébridas, y de veras espero que llegue la hora en que podamos poner a prueba nuestra capacidad tanto en los montes como en el mar. Apenas veo a lord Elibank, y no sé por qué; tal vez sea culpa mía. Hoy marchó al condado de Stafford y luego al condado de Derby, a pasar seis semanas. Soy, querido señor, su más afectuoso y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A sir Joshua Reynolds, en Leicester Fields

Ashbourne, condado de Derby,
17 de julio de 1771

Estimado señor,

a mi llegada a Lichfield descubrí que mi retrato lo habían visitado y admirado muchas personas. Todos los hombres tienen el deseo latente de ganar notoriedad en el lugar que les vio nacer; a mí me ha complacido la dignidad que me confiere tal testimonio de su atenta consideración.

Tenga, así pues, la amabilidad, señor, de aceptar la gratitud de su más deudo y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Johnson

Edimburgo,
27 de julio de 1771

Mi querido señor,

el portador de la presente, el señor Beattie, profesor de Filosofía moral en Aberdeen, se halla deseoso de serle presentado a usted. Su genio y su erudición, y sus trabajos al servicio de la religión y la virtud, lo hacen muy digno de tener conocimiento de usted; tiene asimismo en altísima estima su carácter. Confío en que le preste una favorable acogida.

Soy como siempre, etc.,

JAMES BOSWELL

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

29 de agosto de 1771

Querido señor,

acabo de regresar de mi viaje por Stafford y Derby. En su última carta hace mención de otras dos que me envié desde que recibiera mi panfleto, de las cuales sólo me llegó una, en la que comentaba su plan de viaje por Escocia, a raíz de lo cual apartó de mis pensamientos toda idea de visitar Langton. Mis vagabundeos de verano por este año han concluido; planeo dedicarme de lleno a una obra de gran magnitud, a saber, la revisión de mi *Diccionario*, de la cual por el momento no sé cómo desembarazarme.

Si hubiera usted observado o hubiera puesto alguien en su conocimiento algún error u omisión, me haría un gran favor haciéndomelo saber.

Entiendo que lady Rothes le ha decepcionado, llevándose ella también un desengaño. Son cosas de mujeres; las damas siempre tendrán cosas así. Tanto la Reina como la señora Thrale, ambas damas de contrastada experiencia, este verano dejaron sin saldar sus deudas con sus respectivos anfitriones.

Le ruego no deje de comunicar a lady Rothes en cuán alta estima tengo el honor que con su invitación me hace, a la cual tengo el firme propósito de obedecer tan pronto me libre de mis compromisos. Entretanto, no pierdo la esperanza de recibir noticias de Su Señoría tan a menudo como sea posible, así como es pero que cada día que pase mejores vengan, hasta tener conocimiento de que ustedes dos gozan de toda la felicidad que a ambos muy sinceramente les desea, señor, su más afectuoso y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

En octubre volví a escribirle para agradecerle su última carta y la atenta recepción que dio al señor Beattie, informándole también de que recientemente había estado en Alnwick y tenía buenas noticias de él gracias al doctor Percy.

En su memoria del año en materia de religión se observa que se encontró mejor que de costumbre, tanto corporal como espiritualmente, y bastante más satisfecho con la regularidad de sus costumbres. Sin embargo, todavía juzga su conducta de un modo excesivamente riguroso. Se acusa de no levantarse suficientemente pronto, y sin embargo señala lo que sin duda era excusa más que suficiente para ello, suponiendo que ése fuera un deber de cumplimiento ineludible, tal como durante toda su vida parece haberlo considerado. «Uno de los grandes estorbos es la falta de descanso; mis achaques nocturnos se tornan menos onerosos a medida que se acerca el alba, y por eso me tienta poner remedio a las carencias de la noche durmiendo hasta más tarde»^[44]. Qué duro sería, pues, imputar esta indulgencia a un hombre enfermo cual si de un delito se tratara. En su examen retrospectivo por Pascua señala que «cuando repaso el año anterior, soy capaz de recordar haber hecho tan poca cosa que me sobrevienen la vergüenza y la pena, bien que tal vez con demasiada flaqueza». Si hubiera tenido que juzgar a cualquier otra persona en idénticas circunstancias, cuán claramente habría optado por ponerse de su parte. Qué difícil, por no decir que en mi opinión le era constitutivamente imposible, le resultaba levantarse temprano incluso recurriendo a las más firmes resoluciones, como se demuestra en un apunte que encuentro en uno de los pequeños cuadernos de notas (que contiene vocablos ordenados para su inclusión en el Diccionario), escrito calculo yo que en 1753: «No recuerdo que, desde que abandoné mis estudios en Oxford, llegara a madrugar nunca por decisión propia, con una o dos excepciones estando en Edial y dos o tres veces para terminar un número del Rambler». Entiendo que tenía elementos de juicio más que sobrados para haber aquietado sus aprensiones en lo que a estas cuestiones atañe, llegando a la conclusión de que era físicamente incapaz de lograr lo que en el mejor de los casos no era más que una norma de cumplimiento muy laxo.

1772: ÆTAT. 63.] En 1772 estuvo completamente inactivo como escritor, aunque a partir de las variadas pruebas que he de ensamblar cabe concluir que su intelecto siguió siendo activo, agudo, vivaz y vigoroso.

A sir Joshua Reynolds

27 de febrero de 1772

Estimado señor,
tenga la bondad de remitir esta nota al señor Banks, cuyo domicilio desconozco. Se la envió abierta para que, si lo tiene a bien, la lea.

Cuando la envíe, no emplee su sello.
Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Joseph Banks

Johnson's Court, Fleet Street,
27 de febrero de 1772

*Perpetua ambita bis terra praemia lactis
Haec habet altrici Capra secunda Jovis.*^[45]

Señor,
le reitero mi agradecimiento a usted y al doctor Solander por el placer de que gocé en la conversación que mantuvimos ayer. No fui capaz de recordar un lema para su cabra, pero por la presente le doy uno. Tal vez halle, señor, un poema épico de pluma más feliz que la de su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Johnson

Edimburgo,
3 de marzo de 1772

Mi querido señor,
muy duro se me hace el no poder convencerle de que me escriba más a menudo. Pero estoy persuadido de que vano sería esperar de usted una correspondencia privada sujeta a ninguna regularidad. Debo, por consiguiente, considerarlo una fuente de sabiduría, de la que pocos arroyuelos fluyen hasta llegar muy lejos, de modo que a ella

he de acercarme en su mismo manantial, para ser plenamente partícipe de sus virtudes...

Pronto visitaré Londres, pues he de presentarme en una apelación del Tribunal Ordinario en la Cámara de los Lores. Un maestro de escuela, en Escocia, se ha visto privado de su oficio por sentencia de un tribunal de jurisdicción inferior por haberse excedido en su severidad al aplicar castigos a sus alumnos. Al considerar el Tribunal Ordinario que es peligroso para el interés de la educación y el saber el rebajar la dignidad de los profesores y maestros, y atemorizarlos de la posible reacción de unos padres en exceso indulgentes, instigados por las quejas de los niños, sentenció que fuera repuesto en su cargo. Sus enemigos han apelado a la Cámara de los Lores, aunque su salario es de sólo veinte libras al año. Aquí le he asesorado. Espero que haya poco que temer ante una posible revocación, si bien debo rogarle que me ayude en mi plan de respaldar la sentencia. Se trata de una cuestión de interés general, no de un punto particular de la ley...

Soy, etc.,

JAMES BOSWELL

Al señor James Boswell

15 de marzo de 1772

Querido señor,

mucho me alegra que pronto venga a la ciudad, y aún me alegra más que se abra camino como abogado. No creo que haya nada más conducente a lograr que su vida transcurra con felicidad, en comparación a la conciencia que tenga de su propia valía, como con certeza le ha de conferir su eminencia en su ejercicio profesional. Si puedo prestarle cualquier ayuda adicional, espero que no suponga que habrá de faltarle. La amabilidad que por usted siento no tiene ni el mérito de ser una virtud singular ni el reproche de ser un singular prejuicio. Sea el afecto que le profeso un acierto o un error, son muchos los que están de mi parte: la señora Thrale le tiene un gran cariño, al igual que la señora Williams, y caso de haber sido yo neutral en este sentido hasta la fecha, me habría inclinado a tenerle un gran afecto el hecho de que sea usted un gran favorito del doctor Beattie.

Sobre el doctor Beattie debiera yo haber pensado mucho y con detenimiento, sólo que su señora me lo quita de la cabeza, pues se trata de una mujer adorable.

La expulsión a la que viene usted a oponerse se me antoja muy cruel, irracional y opresiva. No creo que pueda haber ninguna duda de que su empeño saldrá con bien.

Mi salud mejora, si bien no estoy del todo repuesto. Creo que es opinión general que los hombres no se reponen del todo cumplidos los sesenta. Tengo aún esperanza de visitar el colegio de Beattie, y todavía no renuncio al viaje por las islas del oeste. Sea como fuere, tanto si se lleva a cabo como si no, tratemos de hacernos felices el uno al otro cuando nos encontremos, sin referir nuestros placeres a épocas o lugares distantes del aquí y el ahora.

¿Cómo es que nada me dice de su señora? Espero verla en alguna ocasión; hasta entonces, mucho me alegraría saber de ella.

Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

14 de marzo de 1772

Querido señor,

mi enhorabuena a usted y a Lady Rothes^[46] por el hombrecito, y mis deseos de que sean todos muy felices, juntos, durante muchos años.

La pobre señorita Langton poco puede participar en la alegría de su familia. A día de hoy llamó a su tía Langton para recibir con ella el sacramento, y ayer me pidió que le hablase de asuntos adecuados a su condición. Es probable que haya sido su viático. Sin duda, no hará falta que señale que tiene el deseo de ver a su madre. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El 21 de marzo disfruté de la gran alegría de hallarme de nuevo en el estudio de mi amigo, y mucho me alegré de ver a un conocido de antaño, el señor Francis Barber, que había vuelto a casa. El doctor Johnson me dio de todo corazón una calurosa bienvenida, diciéndome así: «Me alegro de que haya venido, y me alegra que venga con tal encomienda» (refiriéndose a la defensa del maestro de escuela). BOSWELL: «Espero, señor, que no corra ningún peligro. Es asunto muy delicado el malmeterse entre un maestro y sus alumnos; tampoco entiendo yo cómo se puede precisar el grado de severidad que debe aplicar un maestro en sus castigos». JOHNSON: «Señor, mientras no se pueda precisar el grado de obstinación y negligencia de los alumnos, no será posible precisar el grado de severidad que corresponda al maestro. Es menester aplicarse con toda severidad hasta que se someta la obstinación y se extirpe la negligencia». Habló de la gran severidad de Hunter, su maestro de antaño. «Señor —le dije—, Hunter es apellido escocés. Diríase que aquel maestro de escuela que tan severamente se aplicó en sus castigos era escocés, de modo que ahora me explico el prejuicio de que siempre ha hecho gala contra los escoceses». JOHNSON: «De escocés no tenía un pelo, y si se exceptúa su brutalidad fue un muy buen maestro».

Hablamos de sus dos panfletos de corte político, *La falsa alarma* y *Pensamientos tocantes a las islas Malvinas*. JOHNSON: «Y bien, señor, ¿cuál de los dos le ha gustado más?» BOSWELL: «Me gustó más el segundo». JOHNSON: «Curioso, señor, porque a mí el primero me gusta más, y Beattie es de la misma opinión. Hay en el primero una sutileza disquisitiva que vale por todo el fuego que arde en el segundo». BOSWELL: «Le ruego, señor, que me diga si es verdad que lord North le hizo una visita y que le nombró acreedor de otras doscientas libras anuales, además de su pensión». JOHNSON: «Me temo que no, señor. Exceptuando lo que recibí del librero, de ellos no me llegó ni un chavo. Y entre nosotros le diré que mucho dudo, por no decir que no creo, que lord North sea amigo mío». BOSWELL: «¿Y eso, señor?» JOHNSON: «Es imposible dar cuenta de los caprichos que tienen los hombres. En fin, ¿cómo se encuentra lord Elibank?» BOSWELL: «Pues muy bien, señor. Lord Monboddó sigue convencido de la superioridad que es propia de la vida del salvaje». JOHNSON: «Qué extraña estrechez de miras es ésta, pensar que aquellas cosas que desconocemos sean mejores que todo cuanto hemos conocido». BOSWELL: «Señor, ése es un prejuicio hartó corriente». JOHNSON: «Sí, pero un prejuicio, por corriente que sea, no debiera hallarse en quien tiene por objeto rectificar el error ajeno».

Como se presentó un caballero que iba a zarpar en condición de oficial de cubierta en el mismo barco en que emprenderían periplo Banks y el doctor Solander, Johnson le preguntó cómo se llamaban los barcos destinados a tal expedición. El caballero contestó que se habían bautizado con los nombres de *Drake* y *Raleigh*, pero que iban a ser rebautizados con los nombres de *Resolution* y *Adventure*. JOHNSON:

«Mucho más apropiados se me antojan, pues de haber regresado el *Drake* sin circunnavegar el planeta habría sido ridículo. Ponerles por nombre *Drake* y *Raleigh* fue como tender una trampa a la sátira». BOSWELL: «¿No tenía usted el deseo de embarcarse en esta expedición?» JOHNSON: «Pues así es, pero pronto lo dejé a un lado. Poco tiene de intelectual la empresa. Además, soy corto de vista, por eso no me valía la pena emprender un viaje con el propósito de avistar aves en pleno vuelo si no las iba a ver volar, ni para avistar peces que no hubiera visto».

Tras marcharse el caballero, como el doctor Johnson abandonó la estancia durante un rato, se produjo un debate entre el reverendo Stockdale y la señora Desmoulins acerca de si Banks y Solander tendrían algún derecho a participar de la gloria de la expedición. Cuando volvió con nosotros el doctor Johnson, le expuse el motivo de la disputa. JOHNSON: «Caramba, señor; sólo por razones botánicas se emprende la expedición: tengo entendido que sólo se ha pensado en una recogida de muestras».

Le agradecí las muestras de cortesía que había tenido con Beattie. «Señor —me dijo—, soy yo quien debe darle las gracias. Todos tenemos un gran aprecio por Beattie. La señora Thrale dice que si alguna vez vuelve a casarse, será con Beattie. Él no nos dio a entender que estuviera casado; de lo contrario, habríamos sido mucho más atentos con su esposa. Es una mujer estupenda, pero ¿cómo va uno a ser atento con algo inexistente? No creía yo que estuviera casado, quíá. ¿Qué digo, si no creí yo ni lo uno ni lo otro? Lo cierto es que no nos habló de su esposa hasta mucho más adelante»^[47].

Habló entonces de St. Kilda, la isla más remota de las Hébridas. Le dije que había pensado en comprarla. JOHNSON: «Señor, le encarezco que lo haga. Iremos a pasar allí un invierno, cuando arrecien los embates del viento. Gozaremos de un pescado espléndido, nos llevaremos algunas lenguas de ternera a la escarlata, así como unos cuantos libros. Haremos que construyan un navío resistente, contrataremos para la marinería a algunos lugareños de las Orcadas. Tendremos que construir una casa que aguante; podríamos transportar por barco una cabaña de madera ensamblada que tan sólo requiera un buen afianzamiento en tierra. Piénselo bien, señor: con la compra de St. Kilda evitaría que sus habitantes cayeran en peores manos. Hemos de dar a los isleños un buen clérigo, que será quien Beattie decida. Alguien que se haya educado en Marischal College. Yo seré su lord canciller, o lo que le plazca». BOSWELL: «¿De veras me aconseja, señor, la adquisición de St. Kilda? Lo pregunto porque, si me aconsejara usted viajar a Japón, creo que lo haría sin pensarlo dos veces». JOHNSON: «Cáspita, señor, por supuesto que lo digo en serio». BOSWELL: «En tal caso, veré qué se puede hacer».

Le hice una relación de las dos facciones enfrentadas en la Iglesia de Escocia, una favorable a los derechos de los que auspician las parroquias, independientemente del pueblo llano, y otros en contra. JOHNSON: «En un sentido u otro hay que zanjar la disputa. No puedo ver con buenos ojos una elección popular del clero si considero

que ocasiona tales animosidades, tales cortejares indignos de las personas, tales calumnias entre las partes en liza, por no hablar de sus muchas otras desventajas. Ha de ser suficiente con que se permitan las quejas y protestas contra la nominación de un presbítero cuando existan razones de peso para ello». (Supongo que se refería a una herejía o una manifiesta inmoralidad).

Tenía un compromiso para cenar fuera, y me pidió que volviese después, a eso de las nueve, como en efecto hice.

Tomamos el té con la señora Williams, quien nos contó una historia acaecida en Gales, de donde era oriunda, relacionada con la facultad de la clarividencia; él la escuchó con gran atención, y reseñó que le daría una gran alegría ver autenticadas algunas muestras de tal facultad. Su enaltecido deseo de hallar más y más pruebas del espíritu, por oposición a la humillante creencia en el burdo materialismo, lo llevaba a amar tales disquisiciones sobre asuntos misteriosos. Volvió a observar con toda justicia que nunca podremos tener pruebas concluyentes sobre la verdad de esas apariciones sobrenaturales, a menos que de algún modo se nos comunique algo que no podamos conocer salvo por medios sobrenaturales; comentó que el faraón, con toda razón y completa justicia, exigió tales pruebas a Moisés; el mismísimo Salvador dijo que «si no hubiera hecho yo entre ellos obras que ningún otro hombre pudo hacer jamás, no habrían conocido el pecado»^[c138]. Por la mañana había señalado que la *Historia de St. Kilda*, obra de Macaulay, estaba muy bien escrita, con la excepción de algunas presunciones sin fundamento sobre la libertad y la esclavitud. Le hice ver que, según me dijera el propio Macaulay, se le había aconsejado que no incluyera en su libro la fantástica historia de que ante la llegada de un forastero todos los habitantes de la isla pescaban un resfriado,^[48] si bien la pudo documentar de manera tan fidedigna que prefirió no suprimirla. JOHNSON: «Suprimir algo de un libro sólo porque alguien insista en que no es creíble es un acto de mezquindad. Macaulay actuó con bastante más magnanimidad al conservarla».

Hablamos de la religión católica, de la pequeñísima diferencia que, yendo a los asuntos más esenciales, existía entre ellos y nosotros. JOHNSON: «Cierto. Los cristianos de todos los credos tienen en realidad pocas diferencias en cuanto a doctrina, aunque mucho puedan distinguirse por las formas externas del culto. Hay una diferencia prodigiosa entre cualquiera de las iglesias presbiterianas de Escocia y una iglesia de Italia, pero la doctrina que se imparte es en el fondo la misma».

Comenté la petición que se había elevado al Parlamento para que se suprimiera la obligatoriedad de suscribir los treinta y nueve artículos.^[c139] JOHNSON: «No tardó en ser desestimada. También se habla de no obligar a los muchachos, en la universidad, a suscribir lo que no entienden; ahora bien, preciso es considerar que las universidades se fundaron para educar a los miembros de la Iglesia anglicana, y no deberíamos proveer a nuestros enemigos de armas tomadas de nuestro arsenal. No, señor: el sentido último de suscribirlos no es que entiendan plenamente todos los artículos, sino que se adhieran a la Iglesia anglicana. Tómeselo de esta manera, y

suponga que sólo debieran suscribir su adhesión a la Iglesia anglicana: existiría la misma complicación, ya que los jóvenes seguirían suscribiendo algo que no entienden. Si se les preguntase qué entienden por Iglesia anglicana, si bien saben en qué se distingue de la Iglesia presbiteriana, de la Iglesia católica, de la Iglesia de Grecia, de la Iglesia copta, no sabrían qué responder. Así pues, señor, en el fondo es lo mismo». BOSWELL: «Pero ¿no sería suficiente con suscribir la Biblia?» JOHNSON: «Desde luego que no, ya que todas las sectas suscribirían la Biblia. ¿Qué digo? Los mahometanos también suscribirían la Biblia, pues reconocen a Jesucristo, así como a Moisés, aunque sostienen que Dios hizo de Mahoma un profeta aún más grande que ellos dos».

Comenté la moción que se había presentado en el Parlamento para abolir el ayuno del 30 de enero.^[c140] JOHNSON: «Quizá habría sido deseable que fuese una ley de efecto provisional, que dejara de tener vigencia con el siglo. Estoy en contra de esa abolición, pues sería como declarar que fue un error el establecerlo, si bien no tendría nada que objetar a un decreto que le diese continuidad durante otro siglo, al término del cual expirase».

Manifestó su reprobación de la Ley de Reales Matrimonios, «porque no quisiera —dijo— que el pueblo pensara que la validez del matrimonio depende de la voluntad del hombre, o que el derecho de un rey depende de la voluntad de un hombre. No me hubiera puesto en contra de que el matrimonio de cualquier miembro de la familia real, sin el visto bueno del Rey y del Parlamento, fuera declarado un delito grave». ^[c141]

Por la mañana habíamos hablado de las familias de abolengo y del respeto que les es debido. JOHNSON: «Usted, señor, tiene derecho a ese respeto, y si lo defiende es por propio interés. Yo estoy a favor de ese mismo principio, y lo defiendo de manera desinteresada, ya que no tengo tal derecho». BOSWELL: «En tal caso, señor, es un acicate más para que el hombre obre con bien». JOHNSON: «Sí, señor, y es una cuestión de opinión muy necesaria para mantener unida a la sociedad. ¿Y qué es si no la opinión por la cual tenemos respeto a la autoridad, lo que nos impide a nosotros, a la chusma, alzarnos para deponerlos a ustedes, los caballeros nobles, retirarles sus privilegios, y decir que nosotros seremos caballeros en su lugar? Ese respeto por la autoridad está mucho más y mejor garantizado en un hombre cuyo padre lo haya profesado que en un advenedizo, y por eso tiene la sociedad mayores apoyos». BOSWELL: «Quizá, señor, fuese más fácil de implantar mediante el respeto debido al cargo, como entre los romanos, en quienes la vestimenta, la toga, ya inspiraba reverencia». JOHNSON: «Muy poco es lo que sabemos de los romanos. Pero sin duda es más fácil respetar a un hombre que siempre ha gozado de respeto, que no a un hombre de quien se sabe que el año anterior era igual que nosotros, y que al año siguiente no será mejor. En las repúblicas no existe el respeto a la autoridad, sino el miedo al poder». BOSWELL: «En la actualidad, señor, yo diría que es la riqueza la que

goza de mayor respeto». JOHNSON: «No, señor; la riqueza no suscita respeto de corazón; sólo provoca admiración externa. Un hombre que goce de gran riqueza, pero sea de humilde extracción, puede comprar su candidatura en un distrito electoral; ahora bien, *caeteris paribus*, es preferible la elección de un hombre que pertenezca a una familia de abolengo. El pueblo preferirá a un hombre a cuyo padre votaron sus padres, aun cuando ello no sólo no les dé más dinero, sino incluso menos. Así se demuestra que el respeto por la familia no es mera cuestión de capricho, sino que tiene una validez real. Si los caballeros de buena familia permitiesen a los ricos advenedizos que gastaran su dinero a espuestas, como sin duda están prestos a hacer, y no rivalizaran con ellos en gastos, los advenedizos pronto quedarían en evidencia, acabados, y los caballeros seguirían en los puestos que detentan; en cambio, si rivalizan en gastos con los advenedizos, lo cual es rematada insensatez, se han de arruinar».

Le relaté las excelentes imitaciones que hacía un amigo mío en Escocia,^[c142] observando de pasada que a ciertas personas les parecía algo sumamente mezquino. JOHNSON: «Desde luego, es dar un uso muy mezquino a las facultades que posee el hombre. Ahora bien, para ser un buen imitador hacen falta grandes condiciones. Se requiere una gran agudeza de observación, una gran retentiva de lo observado y una gran flexibilidad de los órganos para representar lo que se haya observado. Recuerdo a una dama de grandes cualidades que vivía en esta ciudad, lady ———, ^[c143] que era una magnífica imitadora y que me hacía reír sin que pudiera contenerme. Tengo entendido que se ha vuelto loca». BOSWELL: «Es asombroso que un buen imitador reproduzca no sólo la voz y los gestos de la persona a la que imita, sino también lo que diría esa persona sobre determinada cuestión». JOHNSON: «Señor, ha de tener en cuenta que el talante de una persona, y determinadas frases suyas, imprimen en usted una idea muy clara de dicha persona, y no se puede estar seguro de que dijera lo que dice el imitador cuando la representa». BOSWELL: «No creo yo que sea Foote un gran imitador». JOHNSON: «No, señor, sus imitaciones no guardan semejanza. Expresa algo distinto de él, pero no expresa al personaje que se propone imitar. Se sale de sí mismo, pero sin llegar a entrar en el otro. No logra revestirse de otra persona, a no ser que se trate de alguien muy marcado, como George Faulkner^[c144]. Es como un pintor que sabe dibujar el retrato de un hombre que tiene un lobanillo en la cara, y que por tanto resulta fácil de reconocer. Si un hombre cojea de una pierna, Foote sabe dar saltitos con una sola pierna. Pero carece de esa fina facultad de discriminación que su amigo parece poseer. Foote, no obstante, es muy entretenido, con esa conversación que oscila entre el ingenio y la bufonada»^[c145].

El lunes 23 de marzo me lo encontré muy ajetreado, pues había comenzado a preparar una cuarta edición de su *Diccionario* en folio. Peyton, uno de los amanuenses de la edición original, trabajaba a sus órdenes. Le llamé la atención sobre una acepción de la palabra *parte* que no estaba recogida, en el sentido de parentesco:

por parte de madre, por parte de padre. La incorporó. Le pregunté si *humillante* era una palabra de uso aconsejable. Dijo que la había visto emplear a menudo, pero que no tenía constancia de que estuviera legitimada en inglés. Se negaba a admitir *civilización*, dando sólo por buena *civilidad*. Con gran deferencia hacia su parecer, pensé que *civilización* es mejor que *civilidad* en el sentido en que se opone a «barbarie», y creí que era preferible disponer de una palabra distinta para cada uno de los sentidos, en vez de emplear una sola en los dos sentidos, en este caso *civilidad*, que es como él lo prefería.

Parecía también hallarse inmerso en algún experimento de química. Me entretuve en observar cómo se las ingenió para mandar a Peyton a que le hiciera un recado sin herir su sensibilidad: «Señor Peyton..., señor Peyton, ¿tendría usted la bondad de darse un paseo hasta Temple Bar? Allí verá que hay una droguería que quizá conozca, en la cual tal vez tenga a bien comprarme una onza de aceite de vitriolo. No alcohol de vitriolo, sino aceite de vitriolo. Le costará un penique y medio». Peyton marchó de inmediato y regresó con la sustancia. Dijo que sólo le había costado un penique.

Le recordé entonces el caso del maestro de escuela, y propuse leerle los papeles impresos correspondientes. «No, señor —repuso—; leo más deprisa de lo que oigo». Con lo cual los leyó él mismo.

Al cabo de un rato de lectura nos interrumpió la llegada del señor Kristrom, un sueco que actuaba como preceptor de algún joven en la ciudad. Me dijo que existía una muy buena *Historia de Suecia*, la de Daline,^[c146] Como tenía yo entonces cierta idea de escribir una historia de ese país, pregunté al doctor Johnson si se podría escribir una historia de Suecia sin visitar el país. «Pues sí —dijo—, aunque sólo para uso del común».

Hablamos de lenguas. Johnson observó que Leibniz había hecho ciertos progresos en una de sus obras, en la que había rastreado que el origen de todas las lenguas estaba en el hebreo. «En efecto, señor —dijo—, no es fácil imaginar que el francés *jour*, ‘día’, derive del latín *dies*, pero nada es tan cierto. Y los pasos intermedios de la evolución están muy claros. De *dies* proviene *diurnus*. *Diu*, para un oído poco fino, o por una pronunciación inexacta, se confunde fácilmente con *giu*; por otra parte, los italianos forman un sustantivo a partir del ablativo de un adjetivo, y de ahí *giurno* o, como ellos dice, *giorno*, que se contrae de inmediato en *giour* o *jour*». Observó que la lengua de Bohemia era ciertamente eslava. El sueco reseñó que tenía ciertas similitudes con el alemán. JOHNSON: «No cabe duda, señor mío, de que aquellas regiones colindantes con Alemania tomarán en préstamo voces germanas, y las colindantes con Tartaria tomarán en préstamo voces tártaras».

Dijo que nunca había visto que se demostrase con propiedad que los escoceses de las Tierras Altas y los irlandeses se entendieran mutuamente. Le dije que mi primo, el coronel Graham, del Real Regimiento de las Tierras Altas, a quien conocí en Drogheda, me había dicho que sí. JOHNSON: «Veamos: si los escoceses de las Tierras Altas entienden el irlandés, ¿por qué traducir el Nuevo Testamento al erse, como se

ha hecho recientemente en Edimburgo, si ya existe una traducción irlandesa?» BOSWELL: «Aunque el erse y el irlandés son dialectos de una misma lengua, podría darse entre ambos una acusada diferencia, como sucede entre los distintos dialectos que se hablan en Italia». Se marchó el sueco y Johnson reanudó la lectura de los papeles que le había llevado. «Me temo, señor —le dije—, que le causo una molestia». «No, señor —respondió—: no es que me produzca un gran deleite, pero lo puedo leer hasta el final».

Fuimos a la Taberna de la Mitra y almorzamos en el mismo reservado en que habíamos cenado juntos la primera vez. Auguró grandes esperanzas a mi defensa del caso. «El gobierno que ha de ejercer un maestro de escuela —dijo— es de naturaleza pareja al gobierno militar; dicho de otro modo, por fuerza ha de ser arbitrario, ha de ejercerse por voluntad de un solo hombre, según circunstancias particulares. Ha de mostrar usted su saber en esta ocasión. Ha de mostrar que el maestro de escuela tiene el derecho prescriptivo de imponer un castigo físico; bajo ningún concepto puede admitirse una agresión contra su persona si no media un grave exceso, una barbaridad. Ese hombre no ha mutilado a ninguno de sus alumnos. Todos ellos gozan del pleno ejercicio de sus facultades corpóreas. En nuestras escuelas, en Inglaterra, son muchos los chicos lisiados, si bien nunca he sabido que sobre esa base se haya emprendido acción legal ninguna contra un maestro de escuela. Puffendorf, tengo entendido, defiende el derecho del maestro de escuela a golpear a sus alumnos».^[c147]

El sábado 27 de marzo le presenté a sir Alexander Macdonald, al cual había expresado su deseo de conocer. Lo recibió con una cortesía extremada.

Sir Alexander comentó que los cancilleres de Inglaterra son elegidos a partir de posturas que se hallan muy por debajo de los cargos que van a ocupar, puesto que se les elige a partir de posturas políticas puramente temporales. JOHNSON: «En efecto, señor, en un gobierno como el nuestro a nadie se le designa para ocupar un cargo porque sea el más idóneo para desempeñarlo, cosa que apenas sucede en ninguna otra forma de gobierno, sino porque existen muchas otras conexiones y dependencias que es menester tener en cuenta».^[c148] Un príncipe despótico puede escoger a un hombre para desempeñar un cargo porque lo considere sencillamente el más indicado. El Rey de Prusia puede obrar de ese modo». SIR A.: «Tengo para mí, señor, que casi todos los grandes abogados, al menos los que han escrito sobre leyes, sólo han conocido las leyes, y nada más». JOHNSON: «Pues no es así: el juez Hale fue un gran abogado y escribió de leyes, si bien sabía mucho de otras cosas, y ha escrito de ellas. Igual que Selden». SIR A.: «Muy cierto. Y lord Bacon también. ¿Y lord Coke? ¿No era un mero abogado?» JOHNSON: «Pues me temo que sí, aunque se lo habría tomado muy mal si alguien se lo dijera. Lo habría llevado ante los tribunales acusándolo de escándalo». BOSWELL: «Lord Mansfield no es un simple abogado». JOHNSON: «No, señor. Nunca llegué a conocerle en persona, aunque sé que se distinguió en la universidad. Cuando llegó a la ciudad por vez primera, lord Mansfield “bebió champagne con los

ingenios”, como dice Prior. Fue amigo de Pope». SIR A.: «Los abogados habilitados para alegar ante un tribunal superior no son, creo, tan abusivos como eran hace unos años. Imagino que antes tenían un conocimiento mas exiguo de las leyes, de modo que estaban obligados a abusar, aunque sólo fuera para ocupar el tiempo. Ahora que cuentan con cierto número de precedentes, ya no tienen tanta ocasión de abusar». JOHNSON: «No es así. Antes tenían más conocimientos de leyes que ahora. En cuanto a los precedentes, no cabe duda de que se incrementan con el tiempo, pero cuantos más precedentes haya es mejor la ocasión para la práctica de la ley; dicho de otro modo, hay menos ocasiones para investigar los principios». SIR A.: «He tratado de corregir, señor, el marcado acento escocés de mi amigo Boswell. Dudo que ningún escocés llegue a tener alguna vez una pronunciación perfecta de la lengua inglesa». JOHNSON: «Son muy pocos los que lo logran, desde luego, pero es porque no perseveran después de llegar a cierto grado de corrección. No obstante, no cabe duda de que pueden conseguir una perfecta pronunciación inglesa, siempre y cuando se esfuercen. Bien se ve lo cerca que están; es evidente que quien llegue a dominar nueve décimas partes de su acento escocés podrá dominar la décima. Lo cierto es que cuando domina esas nueve partes se cansa, afloja su diligencia, halla que tanto ha corregido su acento que ya no resulta desagradable, ya no desea que sus amistades le señalen en qué se equivoca, prefiere que no se lo indiquen. Cuando alguien me observa atentamente y no pongo yo especial cuidado, descubre que soy de un condado en particular. Del mismo modo, a Dunning se le nota su procedencia de Devon. Así, a la mayor parte de los escoceses se les nota. Sin embargo, las aberraciones de poca monta no son perjudiciales. Nunca descubrí en Mallet ni rastro de acento escocés, y Mallet, creo yo, pasaba de los veinticinco años cuando vino a Londres».

En otra ocasión conversamos sobre este mismo asunto, pues me había esforzado por mejorar mi pronunciación con ayuda del difunto señor Love, del Teatro de Drury Lane, cuando estuvo actuando en Edimburgo, así como con el viejo señor Sheridan. «Señor —me dijo Johnson—, su pronunciación no es motivo de ofensa». Con esta concesión me di por satisfecho, y permítaseme aconsejar a mis paisanos del norte de Gran Bretaña que no aspiren a la perfección absoluta en esta faceta: no se trata de hablar alto inglés, como propendemos nosotros a llamar eso que tan lejos se encuentra del escocés, pero que de ninguna de las maneras pasa por ser buen inglés, y que convierte en memos a quienes lo emplean,^[c149] poniéndolos en ridículo. El buen inglés es llano, es fácil, es suave en boca de un caballero inglés que no caiga en la afectación. Una pronunciación estudiada y artificiosa, que exija una atención constante e imponga una constricción perpetua, es sumamente repugnante. Cierta presencia, bien mezclada, de las peculiaridades provinciales, quizá pueda tener un efecto agradable, como las notas con que trinan las distintas aves que concurren en una arboleda en armonía, y que así placen mucho más que si fueran todas idénticas. Podría nombrar a no pocos caballeros de Irlanda para los que una mínima proporción

del acento de su país constituye una ventaja. La misma observación se puede aplicar a los caballeros de Escocia. No quiero con esto decir que debamos hablar con tan marcado acento como cierto miembro del Parlamento de la nación, que mucho ha prosperado;^[c150] se ha señalado con acierto que su marcado acento ha sido «de no poco provecho, pues llama poderosamente la atención de la cámara por lo desacostumbrado que resulta, siendo en esto igual que los tropos y figuras del discurso que emplea un buen orador inglés». Como ejemplo de lo que trato de aconsejar a mis paisanos puedo aducir la pronunciación del difunto sir Gilbert Elliot, a la que puedo sin desdoro añadir la del actual Conde de Marchmont, quien me dijo, con muy buen humor, que el dueño de una tienda londinense en la que no era conocido le había dicho: «Supongo, señor, que es usted americano». «¿Y por qué?», dijo Su Señoría. «Pues —respondió el tendero— porque no habla usted ni inglés ni escocés, sino algo distinto, que concluyo ha de ser la lengua que se habla en América».

BOSWELL: «Podría ser de utilidad un diccionario que fijara la pronunciación». JOHNSON: «Mi *Diccionario* muestra con claridad la acentuación de las palabras, siempre que uno la sepa retener en la memoria». BOSWELL: «De todos modos, faltan marcas que fijen la pronunciación de las vocales. Sheridan, tengo entendido, ha terminado una obra de esas características». JOHNSON: «¿Por qué? Considere cuánto más fácil es aprender una lengua de oído que por medio de cualquier marca gráfica. Es posible que el diccionario de Sheridan esté muy bien, eso no lo niego, pero no siempre podrá llevarlo encima y, cuando busque una palabra, no tendrá a mano el diccionario. Es como quien tiene una espada que no sale de su vaina. La espada es a buen seguro admirable, pero resulta que mientras su enemigo lo degüella, usted no puede desenvainarla. Por otra parte, ¿qué autoriza a Sheridan a fijar la pronunciación de la lengua inglesa? En primer lugar, cuenta con la desventaja de ser irlandés; si dice que ha de fijarla siguiendo el ejemplo de las mejores compañías, es seguro que difieren unas de otras. Recuerdo un ejemplo: cuando publiqué el *Plan* de mi *Diccionario*, lord Chesterfield me dijo que la palabra *great* debía pronunciarse de modo que rimara con *state*; sir William Yonge me mandó recado para indicarme que debía rimar con *seat*, y que nadie, salvo un irlandés, la pronunciaría abierta, *grait*. Vea que se trata de dos hombres de altísimo rango: uno, el mejor orador de la Cámara de los Lores, y otro, el mejor orador de la Cámara de los Comunes. Y vea que difieren por completo».^[c151]

Volví a visitarlo de noche. Al encontrarlo de especial buen humor, me aventuré a llevar la conversación por otros derroteros, a saber, cómo sería nuestra situación en un estado futuro, pues tenía gran curiosidad por conocer sus nociones al respecto. JOHNSON: «Señor, la felicidad de un espíritu incorpóreo consiste en tener conciencia de que goza del favor de Dios, en la contemplación de la verdad y en la posesión de ideas que le hacen feliz». BOSWELL: «De todos modos, señor, ¿puede ser perjudicial

que nos hagamos conjeturas en lo referente a los particulares de nuestra felicidad, si bien es muy poco lo que dicen las Escrituras al respecto? “No sabemos cómo hemos de ser”». JOHNSON: «No hay en ello ningún perjuicio. Lo que sobre esta cuestión nos sugiere la Filosofía no pasa de ser probable; lo que nos dicen las Escrituras es seguro. El doctor Henry Moore^[c152] ha llevado este asunto tan lejos como filosóficamente puede llevarse. Puede usted adquirir sus obras tanto teológicas como filosóficas en dos volúmenes en folio por unos ocho chelines». BOSWELL: «Uno de los pensamientos más placenteros es que volveremos a ver a nuestros amigos». JOHNSON: «Sí, señor, pero debe usted tener presente que cuando seamos seres puramente racionales, muchas de nuestras amistades habrán terminado. Son muchas las amistades que se forman por una comunidad de placeres sensuales: no todas ellas tendrán razón de ser. Trabamos muchas amistades con hombres malos, pues poseen cualidades agradables y pueden sernos de utilidad; ahora bien, después de la muerte esa utilidad carece de sentido. Trabamos también muchas amistades por error, imaginando que las personas son distintas de lo que son en realidad. Después de la muerte veremos a todos bajo la luz de la verdad. Se habla, señor, de que entonces nos reuniremos con amigos y parientes, pero entonces toda relación se habrá disuelto; no tendremos mayor respeto, ni mayor estima, por unos que por otros; sólo habrá de importarnos el valor real de las personas. No obstante, tendremos la satisfacción de encontrarnos con nuestros amigos, o bien nos daremos por satisfechos sin encontrárnoslos». BOSWELL: «Sin embargo, se ve en las Escrituras que el rico Epulón siempre tuvo una ansiosa preocupación por sus hermanos». JOHNSON: «Yo creo, señor, que debemos tener por metafórico ese pasaje, o bien sostener, con muchos teólogos, y con todas las almas del Purgatorio, que las almas de los difuntos no alcanzan todas de inmediato la perfección absoluta de que son capaces». BOSWELL: «Me parece, señor, que ésa es una suposición muy racional». JOHNSON: «Desde luego que lo es, señor, si bien no sabemos si es verdadera. No hay nada malo en creerla, pero no se debe obligar a nadie a aceptarla como si fuera artículo de fe, pues no nos ha sido revelada». BOSWELL: «¿Cree usted que es erróneo, en un hombre que defiende la doctrina del Purgatorio, rezar por las almas de sus amigos difuntos?». JOHNSON: «No, señor». BOSWELL: «Tengo entendido que en la liturgia de la Iglesia episcopaliana de Escocia existía un rezo específico para los difuntos». JOHNSON: «Eso, señor, no figura en la liturgia que Laud fraguó para la Iglesia episcopaliana de Escocia; si hay una liturgia más antigua que ésa, me alegraría de conocerla». BOSWELL: «En cuanto a nuestras ocupaciones en un estado futuro, poca cosa dicen las Sagradas Escrituras. En cambio, la Revelación según San Juan sí nos da numerosas ideas, y menciona la música en particular». JOHNSON: «Es natural, señor, que se nos den ciertas ideas por medio de algo que nos sea conocido; en cuanto a la música, hay teólogos y filósofos que han sostenido que no llegará a tal grado nuestra espiritualización, y que persistirá en cierto modo la materia, aunque sumamente refinada. En tal caso, la música podría

formar parte de nuestra futura felicidad».

BOSWELL: «Desconozco si hay alguna historia bien documentada sobre fantasmas y apariciones. Sabrá que hay una muy famosa sobre la aparición de la señora Veal, antepuesta a lo que dice Drelincourt en *Sobre la muerte*». JOHNSON: «Tengo entendido que hay renuncia al respecto. Creo que la buena mujer declaró en su lecho de muerte que era una mentira»^[49]. BOSWELL: «Ésta es la objeción que más comúnmente se pone a la aparición de fantasmas y su presunta verdad: que si se hallan en un estado de felicidad, sería un castigo hacerles volver a este mundo, y si su estado es de desdicha, sería darles un respiro». JOHNSON: «Señor, como la felicidad o la miseria de un espíritu encarnado no depende del lugar, pues es algo intelectual, no podemos asegurar que sean menos felices o menos desdichados si se aparecen en la tierra».

Bajamos entre las doce y la una a los aposentos de la señora Williams y tomamos el té con ella. Comenté que pronto dispondríamos de los restos de Gray, en prosa y en verso, que iba a publicar el señor Mason. JOHNSON: «Yo creo que de Gray ya hemos tenido más que suficiente. Veo que se ha publicado una espléndida edición de obras de Akenside. Una oda endeble se puede soportar, pero si se juntan unas cuantas uno se enferma». BOSWELL: «El poema distinguido de Akenside, entre todos los suyos, es “Placeres de la imaginación”. Yo por mi parte nunca le he tenido una gran admiración, o no tanta como le tiene mucha gente». JOHNSON: «Yo, señor, no lo pude acabar». BOSWELL: «Yo sí lo leí hasta el final, pero no me pareció que tuviera una gran fuerza».

Mencioné a Elwal, el hereje, las actas de cuyo juicio me dio a leer sir John Pringle. JOHNSON: «Creo que el señor Elwal, señor, era un ferretero de Wolverhampton que estaba decidido a ser famoso a toda costa, para lo cual quiso fundar una nueva secta, con el deseo expreso de que se llamaran “elwalianos”. Sostenía que todo lo que no fuera típico y estuviera contenido en el Antiguo Testamento había de ser de perpetua observancia; así pues, llevaba una cinta en los pliegues de la levita y también gastaba barba. Recuerdo que tuve el honor de cenar en compañía del señor Elwal. Un tal Barter, molinero, escribió en contra de él, de modo que brotó la natural controversia entre los señores Elwal y Barter. Con el único objeto de intentar distinguirse, el primero escribió una carta al rey Jorge II, desafiándole a disputar con él, carta en la cual decía: “Jorge, si miedo tenéis de venir a disputar a solas con un pobre viejo, podéis venir con mil de vuestros esbirros, que son unos villanos, pero si aún os corroyera el miedo, venid con otros mil de vuestros guardias rojos, que no lo son menos”. La carta tuvo cierta impudicia para nuestro actual monarca, pero los hombres de Wolverhampton no eran tan inflamables como los del Ayuntamiento de Londres. Y así fracasó el plan del señor Elwal para llegar a ser un hombre notorio».^[c153]

El martes 31 de marzo almorzamos los dos en la residencia del general Paoli. Surgió el debate en torno a si el matrimonio es el estado natural del hombre. JOHNSON:

«Señor mío, tan lejos está de lo natural para el hombre y la mujer vivir en un estado conyugal, que todos los motivos que se puedan encontrar para mantener vigente la unión, así como las restricciones que impone la sociedad para impedir que se consume la separación, a duras penas bastan para que sigan juntos». El general opinó que en un estado natural un hombre y una mujer unidos crearían un afecto mutuo, fuerte y constante, en aras del recíproco placer que ambos hallarían, y que esas mismas causas de discordia no se darían entre ellos, al contrario de lo que ocurre en un estado civilizado. JOHNSON: «Tendrían sobrados motivos de discordia, aunque de otra índole. Uno querría ir a cazar a tal bosque, otra a uno distinto; uno preferiría pescar en tal lago, otra en tal otro; quizá, uno querría ir de caza, y la otra de pesca, de manera que se separarían. Además, señor mío, un hombre y una mujer salvajes se conocerían por azar, y cuando por azar el hombre viese a una mujer que le gustara más, abandonaría a la primera».

Entramos después en una disquisición sobre si existe la belleza independientemente de la utilidad. El general sostuvo que no. El doctor Johnson afirmó que sí, y puso por ejemplo la taza de café que tenía en la mano, cuya decoración carecía de toda utilidad, ya que la taza contendría el café del mismo modo aunque no estuviera decorada, a pesar de lo cual la decoración era hermosa.

Hablamos de la extraña costumbre de emplear palabras malsonantes y juramentos en la conversación. El general dijo que todos los pueblos bárbaros juran debido a cierta violencia temperamental y a que no se dejan circunscribir a la tierra, por lo que siempre han de echar mano de los poderes ultraterrenos. Dijo también que existía una enorme variedad de juramentos, en la misma proporción en que tienen los bárbaros una variedad mucho mayor de ceremonias religiosas.

El doctor Johnson vino conmigo a mi alojamiento de Conduit Street, donde tomamos té antes de ir al Panteón, que ninguno de los dos había visto antes.

Dijo que «la *Vida de Parnell* que ha escrito Goldsmith es floja; no es que esté pobremente escrita, sino que dispuso de pobres materiales, pues no puede escribir la vida de un hombre quien no haya comido y bebido y sostenido trato social con él».

[c154]

Dije que, si no fuera muy molesto, y si no fuera mucho presumir, le pediría que me hablase un poco de las circunstancias de su vida, de las escuelas a las que asistió, de cuando llegó a Oxford, de cuando se instaló en Londres, etcétera, etcétera. No vio con malos ojos mi curiosidad en cuanto a tales particulares, aunque dijo que «todo eso irá saliendo poco a poco, a medida que conversemos».

Censuró la *Vida de Pope*, de Ruffhead. «Nada sabía de Pope, y menos aún de poesía». Elogió en cambio el *Ensayo sobre Pope* del doctor Joseph Warton, aunque apostilló que «supuso que no merecíamos una continuación, ya que no fue capaz de persuadir al mundo de que considerase a Pope como lo consideraba él», BOSWELL: «¿Y por qué, señor, iba a impedirle tal cosa continuar su obra? Es un ingenioso abogado que ha sacado el mejor partido de su litigio, pero no está en la obligación de

ganarlo». JOHNSON: «Señor, hay una gran diferencia cuando el litigio tiene por motivo lo que uno mismo ha inventado».

Hablamos del uso debido de la riqueza. JOHNSON: «Si fuera yo un hombre que poseyera grandes terrenos, echaría del condado a todos los bribones que no me cayeran en gracia con motivo de unas elecciones».

Le pregunté hasta qué extremo, en su opinión, hay que emplear la riqueza en ser hospitalario. JOHNSON: «Preciso es considerar la hospitalidad de antaño, de la cual tanto hemos oído hablar, pues era costumbre en un país nada comercial, cuando estando los hombres desocupados se alegraban de que se les agasajara en las mesas de los ricos. En un país mercantilista y afanoso, el tiempo es oro, por lo que no deja de valorarse la hospitalidad. No cabe duda, aún queda margen para cierta hospitalidad de cortesía; un hombre halla satisfacción cuando ve a sus amistades comer y beber a su alrededor. Ahora bien, la hospitalidad promiscua no es la mejor manera de tener verdadera influencia. De los comensales congregados a esa mesa, a unos hay que ayudarlos antes que a otros; a unos es preciso preguntarles más a menudo que a otros si les ha gustado el vino. Por consiguiente, uno ofende a más personas que a las que complace. Uno es como el estadista francés, quien decía al conceder un favor: “*J’ai fait dix mécontents et un ingrat*”.^[c155] Además, señor, que uno sea agasajado por todo lo alto en casa de un hombre no deja en él una impresión de estima o respeto muy duradera. No, señor: la manera idónea de asegurarse poder e influencia consiste en prestar confidencialmente dinero a los vecinos a un bajo interés, o quizá sin interés ninguno, y tener sus lealtades comprometidas a su favor». BOSWELL: «¿No es posible que un hombre emplee su riqueza con ventaja, dando una buena educación a los jóvenes más meritorios?». JOHNSON: «Sí, señor, siempre y cuando se los encuentre en el camino; ahora bien, si se corre la voz de que uno patrocina a jóvenes de mérito, le acosarán con solicitudes sin fin. Le caerán encima muchísimos jóvenes carentes de todo mérito; algunos se le impondrán mediante una parcialidad mal entendida, y otros por puro interés inconfesable y sin escrúpulos. Y uno caerá en deshonra».

«Si yo fuera rico, alentaría la propagación de árboles y plantas que crezcan al aire libre. Un invernadero es algo pueril. Introduciría en el país animales de otras latitudes; por ejemplo, el reno»^[50].

La conversación se centró entonces en cuestiones de crítica. JOHNSON: «Bayes, en *El ensayo de la función*,^[a nota c160, Vol. III] es un personaje rematadamente estúpido. Si su cometido es retratar a un hombre en particular, sólo podría tener gracia mientras recordase a ese hombre. Pongo en duda que su intención fuera la de retratar a Dryden, como se ha dicho, pues sabemos que algunos de los pasajes que se pretende ridiculizar fueron escritos después de *El ensayo de la función*; al menos un pasaje mencionado en el prefacio es de fecha posterior»^[51]. Sostuve que tenía mérito por tratarse de una sátira del mucho pisto que se dan los autores dramáticos, pero incluso visto a esa luz se le antojaba a él muy chabacana.

Caminamos entonces hasta el Panteón. La primera imagen que nos acogió no nos asombró tanto como Ranelagh, del cual dijo que «el *coup d'œil* era lo más bello que jamás había visto». Lo cierto es que Ranelagh es de formas más bellas; es mayor la parte que se ofrece a la vista de inmediato, por no decir que se ve toda la rotunda, y tiene mejor iluminación. Sin embargo, como observó Johnson, vimos el Panteón en un momento de luto, cuando había una sombría uniformidad, y habíamos visto Ranelagh cuando la vista se hallaba iluminada por una alegre profusión de colorido. [c156] La señora Bosville, de Gunthwait, condado de York, se sumó a nosotros y entabló conversación con ambos. «Señor —me dijo Johnson después—, es una dama de formidable inteligencia» [c157].

Comenté que viendo aquel lugar no se experimentaba ni media guinea de placer. JOHNSON: «Al menos, se tiene media guinea de superioridad con respecto a quienes no lo han visto». [a nota c191, Vol. II] BOSWELL: «Dudo mucho, señor, que aquí haya mucha gente contenta». JOHNSON: «Pues sí que la hay. Hay muchas personas que están viendo a cientos, y que piensan que son cientos los que las ven».

Como por casualidad nos encontramos con sir Adam Ferguson, se lo presenté al doctor Johnson. Sir Adam expresó cierta aprensión de que el Panteón pudiera fomentar el lujo. «Señor —dijo Johnson—, yo soy gran amigo del entretenimiento público, pues aleja del vicio a los ciudadanos. Usted mismo —dijo dirigiéndose a mí— estaría ahora mismo con una fulana si no hubiera venido aquí. ¡Oh! Olvidé que está usted casado».

Sir Adam dio a entender que el lujo corrompe a las personas y destruye el espíritu de la libertad. JOHNSON: «Señor, eso me parece propio de un visionario. No daría yo ni media guinea por vivir bajo una forma de gobierno en vez de vivir bajo otra. Es algo que no repercute en la felicidad del individuo. El peligro que comporta el abuso de poder nada supone para el individuo en particular. ¿Qué francés se ve impedido de pasar su vida como le plazca?». SIR ADAM: «Señor, en la constitución británica sin duda es de gran importancia el mantener vivo el espíritu del pueblo, para mantener el equilibrio por oposición al influjo de la Corona». JOHNSON: «Señor, me parece percibir en usted a un vil *whig*. ¿A qué vienen esos celos pueriles del poder que tenga la Corona? La Corona no tiene poder suficiente. Cuando digo que todos los gobiernos son iguales, tengo en cuenta que en ninguno es posible abusar mucho tiempo del poder. La humanidad no lo tolera. Si un soberano oprime a su pueblo en grado sumo, el pueblo se levantará y le cortará la cabeza. Hay en la propia naturaleza humana un remedio contra la tiranía que nos mantendrá a salvo bajo cualquier forma de gobierno. De no haberse considerado el pueblo de Francia honrado en compartir las brillantes acciones de Luis XIV, no lo habría tolerado; lo mismo cabría decir de los súbditos del Rey de Prusia». Sir Adam mencionó a los griegos y romanos de la Antigüedad. JOHNSON: «Señor, ambos pueblos eran bárbaros en masa. La masa de cualquier pueblo es forzosamente bárbara allí donde no existe la imprenta y, en

consecuencia, no se difunde el saber. Entre nuestros conciudadanos, el saber se difunde por medio de los periódicos». Sir Adam recordó a los oradores, poetas y artistas de Grecia. JOHNSON: «Señor mío, yo hablo de la masa del pueblo. Bien se ve qué eran en verdad los afamados atenienses. El poco efecto que surtieron entre ellos los discursos de Demóstenes demuestra que eran unos bárbaros».

No tuvo suerte sir Adam con los temas de conversación que propuso, pues acto seguido insinuó que tenía dudas sobre el decoro de que los obispos ocuparan escaños en la Cámara de los Lores. JOHNSON: «¿Y cómo puede ser indecoroso? ¿Quién tiene más decoro que un obispo, si de tener la dignidad de un par del reino se trata, habida cuenta de que sea el obispo como tiene que ser? Y si se nombran obispos indecorosos, no tienen de ello la culpa los obispos, sino quienes los nombran».

El domingo 5 de abril, tras asistir al servicio en la iglesia de St. Paul, lo encontré solo. De un maestro de escuela que era conocido suyo,^[c158] y natural de Escocia, dijo que «tiene muchas y buenas cualidades, pero también es muy deficiente en algunos aspectos. Su interior es bueno, pero su presencia externa es de una torpeza notoria. En Escocia no adquieren ustedes esa habilidad crítica en el dominio de las lenguas, que nosotros sí aprendemos en las escuelas de Inglaterra. Yo no pondría a un chiquillo en sus manos, al menos si mi intención fuese hacer de él un hombre culto. Ahora bien, los hijos de los ciudadanos que poco han de aprender, aprenderán una sólida moral y se dedicarán al comercio, y con ellos puede ser un buen maestro».

Le comenté un caso en el que había sido yo asesor de la defensa ante la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, en la que un probatorio, que es como se llama a quien tiene licencia para predicar aunque aún no se haya ordenado sacerdote, no obtuvo la aprobación a su solicitud de ser investido, pues se alegó que había sido declarado culpable de cometer fornicación cinco años antes. JOHNSON: «Entiendo yo que, si se ha arrepentido debidamente, no parece suficiente motivo de objeción. Un hombre que sea bueno en la medida suficiente para ir al Cielo es suficientemente bueno para ser sacerdote». Me pareció un sentir humanitario y liberal. Sin embargo, el carácter de un sacerdote es más sagrado que el de un cristiano de a pie. Como ha de instruir a los fieles con la debida autoridad, ha de tenersele el debido respeto, por ser alguien en quien la verdad divina ha tenido por efecto situarlo por encima de tales transgresiones, tal como los hombres menos exaltados por los hábitos del espíritu, y que en cambio no han de verse excluidos del Cielo, se han visto traicionados por el predominio de las pasiones. No puede negarse que a los sacerdotes se les considere pecadores en general, como lo son todos los hombres; ahora bien, esta reflexión no podrá contrarrestar sus buenos preceptos, como tampoco los contrarresta en demasía la total certeza de que hayan sido culpables de algunos actos inmorales en concreto. Le dije que en virtud de las normas de la Iglesia de Escocia, recogidas en su *Libro disciplinario*, si un escándalo como tal no se denuncia en cinco años, no puede después dar lugar a un litigio «a menos que sea de abyecta naturaleza, o que se repita su flagrante comisión», y que de ahí surgía la duda de que la fornicación sea «de

abyecta naturaleza»; yo había sostenido que no era delito merecedor de tal epíteto, en la medida en que no era uno de esos pecados que delatan una gran depravación de corazón; dicho en dos palabras, no era, en la interpretación general de la humanidad, un pecado abyecto. JOHNSON: «No, señor; no es un pecado abyecto. Pecado abyecto es aquel por el cual el hombre es condenado a muerte o al destierro».^[c159] BOSWELL: «Sin embargo, luego de argüir yo que no era un pecado abyecto, se puso en pie un clérigo viejo, y repitiendo un texto de las Escrituras en que se denuncia el juicio contra quienes tienen trato con ramerás,^[c160] preguntó si, teniéndolo en consideración, podía haber la menor duda de que la fornicación es pecado abyecto». JOHNSON: «Observe, señor, la palabra *putaño*. Cualquier pecado, basta con que se insista en ello, terminará por ser abyecto. Putaño es el que trata con ramerás,^[c161] tal como ferretero es el tratante en hierro. Pero a na die se llama ferretero por comprar y vender un cortaplumas, de modo que no se llama putaño a quien deja preñada a una fulana»^[52].

Señalé la desigualdad que existía entre la vida regalada del clero en Inglaterra y la exigüidad de las provisiones con que subsistían muchos coadjutores. JOHNSON: «Pues así es, qué duda cabe, pero es algo que no se puede evitar. Preciso es considerar que los ingresos del clero no están a disposición del Estado, al igual que las pagas del ejército. Hombres distintos han fundado distintas Iglesias, y unas están mejor dotadas, y otras peor. No puede intervenir el Estado e imponer una distribución equitativa de lo que son propiedades particulares. Cuando un clérigo se gana la vida casi con lo puesto, o con dos medios de subsistencia también exigüos, poco o nada puede permitirse ceder al coadjutor».

Dijo que iba a la iglesia más a menudo cuando sólo había rezos que cuando tocaba además sermón, pues la gente necesita mayor ejemplo de lo uno que de lo otro, y a cualquiera le resulta más llevadero escuchar un sermón que concentrarse en las plegarias.

El lunes 6 de abril almorcé con él en el domicilio de sir Alexander Macdonald, donde se encontraba un joven oficial de alguno de los Reales Regimientos de Escocia, que hablaba con una viveza, fluidez y precisión tan poco corrientes que llamó mucho la atención. Resultó que se trataba del honorable Thomas Erskine, hermano menor del Conde de Buchan, que con posterioridad ha llegado a tener una gran reputación entre los abogados de Westminster Hall.

Como se hablara de Fielding, Johnson exclamó que «era un mentecato»,^[c162] y como quiera que manifestara yo mi pasmo ante tan extravagante afirmación, añadió: «Lo que quiero decir al llamarlo mentecato es que era un estéril malandrín». BOSWELL: «¿No está dispuesto a reconocer, señor, que pinta muy bien y del natural las escenas de la vida de los hombres?». JOHNSON: «En todo caso, señor, será de una vida de muy baja estofa. Decía Richardson que de no haber tenido conocimiento de quién era Fielding, hubiera supuesto que se trataba de un palafrenero. Señor mío, en una

sola carta de Richardson hay más conocimiento del corazón de los hombres que en todo *Tom Jones*^[c163]. Yo personalmente nunca he leído *Joseph Andrews*». ERSKINE: «Pero no cabe duda, señor, de que Richardson se hace muy tedioso de leer». JOHNSON: «Si uno quisiera leer a Richardson por lo que cuenta el relato, pondría tan duramente a prueba su paciencia que terminaría por ahorcarse. Hay que leerlo además por el sentimiento que transmite, y considerar que el relato está al servicio del sentimiento y le da pie». Ya he manifestado antes cuál es mi opinión sobre Fielding, pero no puedo dejar de insistir en el pasmo que me produjo el excesivo e inexplicable desprecio que a Johnson le merecía uno de los mejores escritores que ha dado Inglaterra. *Tom Jones* ha superado la prueba de la opinión pública con tal éxito que se ha granjeado sin lugar a dudas un gran mérito por lo que cuenta, los sentimientos, los modos de enunciado y las variedades de dicción, a tal punto que no cabe duda de que lo anima una viva veracidad de ejecución de principio a fin.

Se habló de un libro de viajes recientemente publicado con el título de *Coriat Junior*, obra del señor Paterson.^[53] Johnson dijo que el libro era una imitación de Sterne,^[54] y no de Coriat, cuyo nombre Paterson había escogido por puro capricho. «Tom Coriat —dijo— fue un humorista de la corte de Jacobo I. Tenía una curiosa mezcla de erudición, ingenio y bufonada. Viajó por Europa y publicó un libro sobre sus viajes. Luego recorrió Asia a pie y tomó muchos apuntes, pero murió en Mandoa, y sus notas se perdieron».

Hablamos del juego, sobre el cual hubo muestras de mucha y muy severa animadversión. JOHNSON: «Caballeros, no saquemos las cosas de quicio. No es de granujas jugar con un hombre que desconoce el juego cuando uno lo domina a la perfección, de modo que se le saquen los cuartos, pues ese otro hombre piensa que sabe jugar mejor que uno, tal como uno piensa que juega mejor que él, y es quien tiene más destreza quien se lleva el gato al agua». ERSKINE: «Él será bobo, pero no es un granuja». JOHNSON: «Ésa es la verdad del caso. Preciso es considerar que un hombre que se limita a hacer tan sólo lo que haría cualquiera de los integrantes de la sociedad a la que pertenece no puede ser tenido por deshonesto. En la república de Esparta se acordó que robar no era deshonesto mientras no fuera descubierto el robo. No alabaré yo una sociedad en la que exista el acuerdo de que es justo lo que de otro modo no lo sería; ahora bien, mantengo que un individuo de cualquier sociedad que practique lo que la sociedad permite no es un hombre deshonesto». BOSWELL: «Así pues, ¿no le parece mal que un hombre gane tal vez cuarenta mil libras a lo largo de un invierno?». JOHNSON: «Yo a un jugador no lo llamo deshonesto, pero lo considero un hombre antisocial e improductivo. El juego es una forma de transferir la propiedad de unas manos a otras sin producir ningún bien en el proceso. El comercio da empleo a un sinnúmero de personas, y así produce un bien intermedio».

Nos dijo Erskine que mientras estuvo acuartelado en la isla de Menorca no sólo leyó los rezos, sino que también pronunció dos sermones ante su regimiento. Parecía

repudiar ese pasaje de las Escrituras en el que se nos dice que el ángel del Señor acabó en una sola noche con cuarenta mil asirios.^[55] «Señor —dijo Johnson—, debería usted recordar que hubo una intromisión sobrenatural; los asirios fueron destruidos por pestilencia. No irá a suponer que el ángel del Señor fue apuñalándolos de uno en uno con una daga, o que descargó un golpe en la cabeza a un hombre tras otro».

Después de marcharse Erskine hubo una discusión sobre si el Conde de Buchan, siendo aún lord Cardross, hizo bien al negarse a ir a España como secretario de Embajada, siendo embajador sir James Gray, un hombre de rango inferior al suyo. El doctor Johnson señaló que quizá en punto a interés erró, pero que en punto a dignidad obró como es debido. Sir Alexander insistió en que había sido un error, y añadió que Pitt lo propuso con la convicción de que el cargo habría sido ventajoso para él. «De todos modos —dijo Johnson—, el señor Pitt pudo considerar que sería ventajoso que se metiera a vinatero y adjudicarle todo el comercio con Portugal; lo cierto es que él se hubiera rebajado de una manera inconcebible si hubiera aceptado tal situación. Señor, de haber aceptado el cargo de secretario siendo embajador un hombre de rango inferior, habría traicionado su rango y su linaje».

Hablé del muy escaso apego que subsistía en Londres entre quienes eran parientes cercanos. «En un país tan mercantilista como el nuestro —dijo Johnson—, en el que todos los hombres pueden valerse por sí solos, no abundan las ocasiones para cultivar ese apego. Aquí, a nadie se le considera peor aunque su hermano sea condenado a la horca. En los países que no se han dado al comercio de la misma manera, muchas ramas de una misma familia tienen que depender del mismo linaje, de modo que con objeto de que el cabeza de familia vele por todos ellos se les representa ante todo en estrecha relación con la fama que tenga, de modo que, mediante el interés del amor propio, pueda desempeñarse en bien de sus intereses. Primero, existen los círculos amplios de la familia o clanes; a medida que se expande el comercio, esa estrecha relación se reduce al círculo familiar; paulatinamente, también en ese ámbito desaparece, pues ha terminado por ser innecesaria, y disminuyen así las ocasiones de mantener contacto. Un hermano es comerciante en la ciudad, otro es oficial de la guardia. ¡Qué mínima relación podrán mantener esos dos!».

Defendí acaloradamente el viejo sistema feudal. Sir Alexander se mostró en contra, y comentó el placer que le producía ver que todos los hombres son libres e independientes. JOHNSON: «Estoy de acuerdo con el señor Boswell en que debe de ser grande la satisfacción que sienta un señor feudal, pero debemos tener presente que no ha de ser nuestro deseo que haya un número de hombres desdichados para satisfacción de uno solo». Defendí que los números, esto es, los vasallos o subordinados, no eran infelices, pues existía una recíproca satisfacción entre ellos y su señor, por ser éste amable en la autoridad que sobre ellos ejercía, y por ser ellos respetuosos y fieles a su beneficosa autoridad.

El jueves 9 de abril fui a visitarlo y le rogué que saliera conmigo a almorzar a la

Taberna de la Mitra. Había resuelto no almorzar ese día, desconozco por qué motivo. Tan reacio me sentí a verme privado de su compañía que me sometí de mil amores a padecer esa otra privación, que al principio me resultó un tanto dolorosa, aunque pronto me la hizo olvidar. Siempre se da por contento el hombre cuando ve que prevalecen sus inclinaciones intelectuales.

Observó que razonar filosóficamente sobre la naturaleza de la oración era muy poco provechoso.

Hablando de fantasmas, dijo que conocía a un hombre honrado y sensato que le dijo que había visto un fantasma: nada menos que el viejo Edward Cave, el editor de St. John's Gate. Dijo que Cave no quiso hablar de aquello, y que parecía incluso espeluznado cada vez que salía a colación. BOSWELL: «Dígame, señor: ¿qué apariencia dijo que tenía?». JOHNSON: «Pues algo así como la de un ser siniestro».

Mencioné a las brujas, y le pregunté qué eran en realidad. JOHNSON: «Es obvio, señor, que propiamente son quienes se sirven del concurso de espíritus malignos». BOSWELL: «No cabe duda, señor, que hay informes y creencias en general de que han existido». JOHNSON: «No sólo disponemos de informes y creencias en general, sino que también existen abundantes confesiones voluntarias y solemnes». No quiso afirmar nada terminantemente sobre un asunto del cual es moda hoy en día reírse y tachar de absurda credulidad. Parecía únicamente dispuesto, como persona sinceramente interesada en la verdad, por extraña e inexplicable que fuese, a manifestar que entendía lo que el asunto implicaba.^[56]

El viernes 10 de abril almorcé con él en casa del general Oglethorpe, donde nos encontramos con el doctor Goldsmith.

Como se mencionasen los escudos de armas, Johnson dijo que su antigüedad se remontaba al asedio de Tebas, tal como demostró mediante un pasaje de una de las tragedias de Eurípides.^[57]

Puse sobre la mesa otra cuestión: si el duelo casa con el deber moral. El valeroso y viejo general se inflamó nada más oírme. Con altivez, dijo que «sin ningún género de dudas, un hombre tiene todo el derecho a defender su honor en duelo», GOLDSMITH (volviéndose hacia mí): «Se lo preguntaré a usted primero, señor: ¿qué haría si fuera objeto de una afrenta?». Respondí que me parecía imprescindible plantar cara y entablar combate.^[c164] «En tal caso —repuso Goldsmith—, cuestión resuelta». JOHNSON: «No, señor; ni mucho menos. No se desprende de ello que lo que un hombre haga sea lo correcto». Dije que mi deseo era precisar si el duelo es contrario a las leyes cristianas. De inmediato, Johnson entró en materia, y la trató de un modo magistral. En la medida en que soy capaz de recordarlos, éstos fueron sus pensamientos: «A medida que adquieren los hombres un grado elevado de refinamiento, surgen diversas causas para la ofensa, que llegan a considerarse de tal trascendencia que preciso es poner la vida en juego para expiarla y repararla, aunque en realidad no haya sido para tanto. Antes que alcancen los hombres ese refinamiento

artificial, si uno dice a su vecino que miente, su vecino le dirá que miente; si uno da un sopapo a su vecino, éste le contestará con un sopapo; en cambio, en una sociedad de requintado refinamiento, una afrenta se tiene por una injuria grave. Quien la padece ha de resarcirse; más bien, ha de batirse en duelo, ya que los hombres han acordado expulsar de su sociedad a quien tolera una afrenta sin batirse en duelo. Ciertamente es, señor, que nunca será contrario a la ley el batirse en defensa propia, y quien se bate en duelo no lucha llevado por la pasión contra su antagonista, sino precisamente en defensa propia, con el fin de evitar que el mundo en que vive lo estigmatice e impedir que la sociedad lo expulse de su seno. Es mi deseo que no existiera ese refinamiento tan exacerbado, que es de todo punto superfluo, pero mientras esas ideas sigan en vigor, no cabe duda de que un hombre actúa sin vulnerar la ley cuando decide batirse en duelo».

Conviene recordar que esta justificación se aplica únicamente a quien sufre la afrenta. La humanidad toda debe condenar al agresor.

Nos relató el general que cuando era muy joven, quizá con quince años, el príncipe Eugenio de Saboya, a cuyo servicio estaba, se encontraba sentado a una mesa en compañía del príncipe de Württemberg. El Príncipe tomó una copa de vino y, con un brusco giro de muñeca, salpicó a Oglethorpe en la cara. Bonito dilema: desafiarle en el acto habría dado fama de pendenciero al joven soldado; hacer caso omiso de la ofensa se habría considerado cobardía. Sin quitarle el ojo de encima al Príncipe en ningún momento, y sonriendo abiertamente, cual si se tomara a chanza el gesto de Su Alteza, Oglethorpe le dijo: «*Mon Prince* —he olvidado las palabras en francés que usó, cuyo tenor sin embargo fue éste—, ha sido una buena broma, pero en Inglaterra nos las gastamos aún mejor», dicho lo cual le arrojó una copa entera a la cara. Un general ya mayor, que estaba sentado con ellos, comentó: «*Il a bien fait, mon Prince, vous l'avez comencé*», y así terminó el incidente con una nota de buen humor.

«General —intervino el doctor Johnson—, le ruego que nos relate el cerco de Belgrado». A lo que el general vertió un poco de vino sobre la mesa y dibujó un mapa detallado con el dedo humedecido. «Aquí estábamos nosotros, aquí los turcos», etcétera. Johnson le escuchó con suma atención.

Surgió una nueva cuestión de debate: hasta qué punto pueden mantener su amistad las personas que discrepan sobre un asunto de importancia capital. Johnson señaló que es algo sin duda posible. Goldsmith dijo que no, pues no tienen *idem velle atque idem nolle*,^[c165] los mismos gustos y las mismas aversiones. JOHNSON: «Señor, debe usted arrinconar el asunto en torno al cual se discrepa. Por ejemplo, yo bien puedo convivir con Burke: disfruto de su cultura, de su genio, de su capacidad de difundirlos, de la riqueza de su conversación; ahora bien, no hablaría con él del partido de Rockingham». GOLDSMITH: «Señor, cuando conviven dos personas que tienen algún motivo de discrepancia, se hallarán en la situación que se comenta en el cuento de Barbazul: “Puedes entrar en todas las estancias, salvo en una”. Lo cierto es

que sentiremos la mayor inclinación a penetrar en esa estancia, a abordar ese tema de conversación». JOHNSON (con voz tonante): «Señor mío, no digo yo que usted pudiera vivir en amistad con un hombre del que discrepe en algún punto. Digo tan sólo que yo sí podría. Me recuerda usted a la Safo que aparece en Ovidio».^[c166]

Goldsmith nos explicó que estaba muy ocupado en escribir una historia natural, y que con el fin de disfrutar del tiempo y del sosiego necesarios había alquilado unas habitaciones en casa de un granjero, cerca del mojón de las seis millas, por el camino de Edgware; allí había llevado sus libros en dos postas de correo. Dijo que tenía la sensación de que la familia del granjero lo había tomado por un bicho raro, similar al que en el *Spectator* se había aparecido a su casera y a sus hijos: era «el Caballero». El señor Mickle, traductor de *Los lusíadas*, vino conmigo a visitarlo allí pocos días más tarde. No se encontraba en la casa, pero como nos picó la curiosidad por conocer su alojamiento, entramos y encontramos curiosas hojas llenas de descripciones y dibujos de animales al lápiz de mina de plomo clavadas a la pared.

Como alguno de los presentes introdujese el tema de los fantasmas, Johnson repitió lo que me había dicho acerca de un amigo suyo, un hombre honesto y sensato, que afirmaba haber visto una aparición. Goldsmith nos comentó que su hermano, el reverendo señor Goldsmith, le había asegurado que también había visto una aparición. El general Oglethorpe nos contó que Prendergast, oficial en el ejército del Duque de Marlborough, había anunciado a muchos de sus amigos que iba a morir en un día determinado; que aquel día tuvo lugar una batalla contra los franceses; que al término de la misma, viendo que Prendergast aún seguía con vida, sus compañeros, todavía en el campo de batalla, le preguntaron en son de chanza qué había sido de su profecía. Prendergast respondió en tono muy grave: «He de morir, a pesar de lo que veáis». Poco después llegó un disparo de una batería francesa a la que aún no había llegado la orden de alto el fuego, y cayó muerto allí mismo. El coronel Cecil, que se hizo cargo de sus efectos personales, encontró en su agenda de bolsillo la siguiente, solemne entrada:

«[Aquí la fecha]. Soñé —————^[58] que sir John Friend se encuentra conmigo». (Aquí aparecía indicado el día mismo en que murió). Prendergast había tenido relación con sir John Friend, que fue ejecutado por alta traición. El general Oglethorpe dijo que se encontraba con el coronel Cecil cuando acudió Pope a interesarse por la veracidad de esa historia, que había hecho mucho ruido en su época. La confirmó punto por punto el coronel.

El sábado, 11 de abril, me citó para que fuese a visitarle a última hora de la tarde, cuando dispondría de tiempo para prestarme alguna ayuda en la defensa de Hastie, el maestro de escuela de Campbelltown, pues tenía yo prevista ya mi comparecencia ante la Cámara de los Loes. Cuando llegué, lo encontré reacio a hacer grandes esfuerzos. Le apremié para que me anotara sus pensamientos al respecto. «No es ocasión para que escriba —afirmó—. Se lo diré de viva voz». Al final, se dejó convencer y me dictó sus reflexiones, que redacté como sigue:

La acusación consiste en que se ha aplicado un correctivo desmedido y cruel. En sí mismo, un correctivo no es cruel; siendo los niños ajenos al raciocinio, sólo se les puede meter en cintura por medio del miedo. Imprimir en ellos ese miedo, por consiguiente, es uno de los primeros deberes que tiene quien está al cargo de los niños. Es deber de un padre y de una madre; nunca se ha tenido por algo contrario a la ternura de los progenitores. Es deber del maestro, quien llega al máximo de su exaltación cuando está *in loco parentis*. Ahora bien, así como lo bueno se torna malo con el exceso, el correctivo, si immoderado, puede tornarse crueldad. Claro que ¿cuándo es immoderado un correctivo? Cuando se aplica con mayor frecuencia o con mayor severidad de lo requerido *admonendum et docendum*, es decir, para la reforma y la instrucción. Ninguna severidad es cruel si la obstinación la hace necesaria, pues mayor crueldad sería desistir y descuidar al alumno, dejándolo sin la debida instrucción, endurecido en exceso para toda reprobación. En su tratado sobre la educación, Locke habla encomiosamente de una madre que azotó «a una niña de corta edad hasta someterla», pues si se hubiera parado en el séptimo correctivo, su hija, dice Locke, se habría echado a perder. En el ánimo de los más jóvenes son muy distintos los grados de obstinación: no menos distintos han de ser los grados en que persevera la severidad. A un alumno tozudo hay que corregirlo hasta que se someta. La disciplina de la escuela ha de ser marcial. O prima la licencia sin límites o domina la autoridad absoluta. El maestro que castiga no sólo asegura la futura felicidad de quien es sujeto inmediato de su correctivo, sino que propaga la debida obediencia por toda la escuela, y establece el regular cumplimiento de las normas mediante una justicia ejemplar. La obstinación victoriosa de un solo chiquillo daría al traste con todos sus futuros esfuerzos por reformarse o instruirse: serían ineficaces. Por tanto, es preciso que nunca triunfe la obstinación. Sin embargo, es bien sabido que a veces se produce una resolución terca y malencarada que se mofa de todo castigo corriente y desafía el dolor infligido en el grado de costumbre. El correctivo ha de ser proporcional a la ocasión. A los más flexibles se les reforma mediante una disciplina amable; a los refractarios, mediante métodos más duros. En los grados de la punición escolar, como en la militar, no pueden estatuirse reglas fijas. Ha de aplicarse hasta que venza a la tentación, hasta que se flexibilice la terquedad y se regularice la perseverancia. El hábito y la razón, como es natural, han impuesto ciertas limitaciones a los castigos escolares. El maestro de escuela no impone penas capitales; no hace cumplir sus decretos mediante la muerte ni la mutilación. La ley civil ha determinado con sabiduría que el maestro que golpee a un alumno en el ojo sea tenido por delincuente. Ahora bien: por severos que sean, los castigos que no causen daño duradero pueden ser justos y razonables, pues pueden ser necesarios. Tales han sido los castigos impuestos por el encausado. Ningún alumno ha salido de ellos ciego ni tullido, ni con ninguna de sus extremidades ni capacidades perjudicadas o reducidas. Los alumnos no cumplieron, por lo cual se les castigó; fueron obstinados, y él impuso su castigo. Pero por más que lo provocasen nunca rebasó los límites de la moderación, pues no infligió sino dolor momentáneo, y si de precisar se trata en qué medida fue necesario, nadie tan incapaz como quienes contra él se han pronunciado, los padres de los alumnos díscolos y ofensores. Se ha dicho que empleó instrumentos impropios para ejercer el correctivo, de los que no existía precedente. No es nada fácil hallar el sentido exacto de esta acusación. No hay instrumentos de corrección más apropiados que otros, salvo los que mejor se presten a producir un dolor momentáneo sin que duren sus efectos perjudiciales. Sean cuales fueren sus instrumentos, no han surtido efectos perjudiciales que hayan sido duraderos, por lo cual, si bien insólitos, en manos cautas fueron los apropiados. Se ha objetado, que el encausado reconoce la acusación de crueldad al no haber aportado pruebas que la refuten. Conviene reparar en que sus alumnos o se han dispersado por el mundo o siguen habitando en el lugar en que se criaron. A los que se hayan dispersado no se les podrá encontrar; los que siguen en su sitio son los hijos de quienes le acusan, y no es probable que den la cara por un hombre con el que sus progenitores se han enemistado. Si se supusiera que la enemistad e incluso la inquina de los padres demuestran la justicia de sus acusaciones, hay que considerar con cuánta frecuencia nos muestra la experiencia que quienes se enojan en un terreno se acusan mutuamente; con qué poca amabilidad se trata a un hombre de cultura en un pueblo de comercio escaso; de qué manera tácita allí donde los lugareños no nadan en la abundancia se escucha con unción y se sigue al pie de la letra el dictado de un rico. En un lugar como Campbelltown es fácil que uno de sus habitantes más destacados encabece un partido. Es fácil que ese partido se acalore ante injurias imaginarias. Es fácil que den en oprimir a quien es más pobre que ellos; es natural plegarse a la dignidad de la riqueza persistiendo en la opresión. El argumento que insiste en demostrar que sea impropio devolverle el puesto que ocupaba en la escuela alegando que ha perdido la confianza de los lugareños no ha de ser objeto de consideración judicial, ya que padecerá, si ha de padecer, no por el juicio ajeno, sino por sus propios actos. Quizá para los lugareños sea conveniente contratar a otro maestro, pero ésa es conveniencia que ellos mismos han amañado. Del mismo modo, a él quizá le fuera conveniente encontrar otra escuela, pero ésa es conveniencia cuya satisfacción no está a su alcance. La cuestión no suele ser qué sea o no conveniente, sino qué es lo justo. Si alarma a los lugareños de Campbelltown que se devuelva su puesto al encausado, les alarma en realidad su propia culpa: sus pasiones turbulentas, sus deseos irracionales; la tiranía, ante la ley derrotada; la malicia, que la virtud ha vencido.

«Todo esto, señor —apostilló—, es lo que debe sopesar para sacarle el mayor partido en su alocución».

De nuestro amigo Goldsmith dijo: «Tanto miedo le da pasar inadvertido que a menudo habla no por no callar, sino para que nadie olvide que se encuentra presente». BOSWELL: «Desde luego, destaca». JOHNSON: «Cierto, pero si un hombre aspira a destacar, cuando menos debería evitar dar la nota por su torpeza, por su impropiedad, por exponerse al ridículo». BOSWELL: «Yo por mi parte disfruto cuando oigo hablar con total descuido y sinceridad a Goldsmith». JOHNSON: «Sí, señor, sin duda, pero dudo mucho que a él le gustara oírse hablar así».

El martes 14 de abril fue revocada en la Cámara de los Lores la sentencia del tribunal ordinario en la causa del maestro de escuela, tras un elocuentísimo discurso de lord Mansfield, quien demostró ser partidario de la disciplina en la escuela, aunque me pareció demasiado riguroso con mi cliente. El día siguiente cené con Johnson en la Taberna de la Corona y el Ancla, en el Strand, en compañía del señor Langton y su cuñado, lord Bining. Repetí una frase de las que pronunció lord Mansfield, de la cual, gracias a la ayuda del señor Longland, el abogado de la parte contraria, quien tuvo la bondad de permitirme comparar sus notas con las mías, guardo copia por extenso: «Señorías, la severidad no es la forma indicada para gobernar ni a los chicos ni a los hombres». «Quía —dijo Johnson—. Ésa es precisamente la forma indicada de gobernarlos. Lo que no sé yo es si es la forma indicada de arreglar sus defectos».

Hablé de la reciente expulsión de seis estudiantes de la Universidad de Oxford, metodistas los seis, que no quisieron desistir de hacer en público sus oraciones y exhortaciones. JOHNSON: «Señor, esa expulsión ha sido extremadamente justa y muy oportuna. ¿Qué pintan en una universidad quienes no están dispuestos a aprender, y tienen sin embargo la presunción de enseñar? ¿Dónde ha de aprenderse la religión, si no es en una universidad? Se les sometió a examen y se puso de manifiesto que eran unos individuos de lo más ignorante». BOSWELL: «Y ¿no es duro en exceso el expulsarlos? Tengo entendido que eran buenas personas». JOHNSON: «Entiendo que pueden ser buenas personas, pero no eran personas adecuadas para estar cursando estudios en Oxford. Una vaca es buen animal en un prado, pero nadie la aguanta en un jardín». Lord Elibank dio en repetir esa frase por haberle parecido una ilustración extraordinariamente feliz.

Deseoso de hacer hablar a Johnson y de verle desplegar su ingenio, aunque fuera yo su víctima, me aventuré a emprender la defensa del solazarse en el vino cuando hay un convite, aunque no estaba él esa noche con el humor más apropiado. Tras exponer las razones al uso, recurrí por último a la máxima que dice *in vino veritas*: el hombre que bien se ha caldeado con el vino dice la verdad. JOHNSON: «Vamos, señor; ése puede ser un argumento para darse a beber si supone usted que los hombres son en general unos mentirosos. Señor mío, yo por lo menos no me reuniría con un individuo que miente cuando no bebe, y al que es preciso darle de beber para sacarle

una palabra de verdad».

El señor Langton nos indicó que pensaba establecer una escuela en su finca, pero que le habían señalado que ello podía entrañar que la gente fuera menos industriosa. JOHNSON: «No, señor. Mientras saber leer y escribir sea una distinción, los pocos que la posean podrán sentirse menos inclinados a trabajar, pero cuando todo el mundo sepa leer y escribir ya no será una distinción. Un hombre que tenga un chaleco ribeteado es un hombre tal vez demasiado refinado para el trabajo manual, pero si todos tienen sus chalecos ribeteados veríamos trabajar a todos con sus chalecos, por muy ribeteados que fueran. No hay personas más industriosas, no hay nadie que trabaje más que nuestros manufactureros; sin embargo, todos ellos han aprendido a leer y a escribir. De ningún modo debe dejar de hacerse una cosa que sea buena de inmediato por temor a un mal remoto, por temor a que se le dé un mal uso. Un hombre que tiene velas puede quedarse en vela hasta muy tarde, cosa que no haría si no tuviera velas, pero nadie negará que el arte de fabricar velas, por medio del cual seguimos disponiendo de luz después que el sol se pone, es un arte valioso, que debe conservarse». BOSWELL: «¿Y no sería mejor seguir el dictado de la Naturaleza y acostarse y levantarse cuando la Naturaleza nos quita la luz y cuando nos la da?». JOHNSON: «No, señor, porque entonces no habría igualdad ninguna en el reparto de nuestro tiempo entre el sueño y la vigilia. Muy diferente habría de ser según las distintas estaciones y los diferentes lugares del mundo. En algunas de las regiones más septentrionales de Escocia, ¡qué escasa es la luz en lo más profundo del invierno!».

Hablamos de Tácito y aventuré una opinión, y es que con toda su meritoria perspicacia, su astucia en el juicio y su tersura de expresión, era demasiado compacto, demasiado sutil en las insinuaciones, y por tanto difícil de entender. Para gran satisfacción mía, el doctor Johnson sancionó esta opinión. «Tácito se me antoja que ha puesto las notas a una obra de historia, en vez de haber escrito esa historia»^[59].

En esta época, a tenor de lo que se lee en sus *Plegarias y meditaciones*, parece haber estado más diligente que de costumbre en sus deberes de religión, en particular en la lectura de las Sagradas Escrituras. Estábamos en la Semana Santa, solemne época del año que el mundo cristiano se ha apropiado para conmemorar los misterios de nuestra redención, y durante la cual los rescoldos del sentir religioso que puedan quedar encendidos en nuestro pecho se reavivan y despiden el calor de la piedad.

Le hice sendas visitas, bien que breves, el viernes y el sábado, y como vi que tenía abierto ante sí su Nuevo Testamento en griego, un grueso volumen en folio, lo contemplé con respeto reverencial sin osar entrometerme ni aprovecharme de su tiempo. Si bien estaba así dedicado a tan buena causa, y si bien sus amistades en sus tratos con él encontraban de continuo un intelecto vigoroso y una imaginación animada, es triste constatar en sus papeles privados que «está desasosegado mi ánimo y confundida mi memoria. Últimamente he vuelto mis pensamientos, con inútil tesón,

sobre incidentes del pasado. Aún no tengo el menor dominio sobre mis pensamientos; cualquier incidente desagradable basta para que se altere mi reposo»^[60]. ¡Qué heroísmo filosófico el suyo al presentarse ante el mundo investido de una gran fortaleza de espíritu, siendo tan grande su zozobra interior! Bien podemos pensar que el misterioso principio de quien «se perfecciona mediante el sufrimiento»^[c167] encontró en él un ejemplo intachable.

El domingo 19 de abril, domingo de Resurrección, el general Paoli y yo le hicimos una visita antes de almorzar. Hablamos de esa idea según la cual los ciegos distinguen los colores al tacto. Dijo Johnson que el profesor Sanderson comenta que ha intentado verificarlo, pero que reconoció que le era imposible; que sin duda existe una diferencia en la superficie que se corresponde con los distintos colores, pero que es una diferencia tan sutil que el tacto no es sensible a ella. El general Paoli habló de los prestidigitadores y los jugadores de ventaja, que distinguen los naipes al tacto. El doctor Johnson señaló que «las cartas de que se sirven esos individuos han de ser mucho menos finas que las nuestras».

Hablamos de los sonidos. El general dijo que no había belleza en los sonidos simples, sino sólo en la armónica composición de los sonidos. Presumí de discrepar a este respecto, y señalé el sonido suave y melodioso de una dulce voz femenina. JOHNSON: «No es así, señor. Si tal sonido lo emitiera una culebra o un sapo, le parecería feo». BOSWELL: «Y también lo sería, a su juicio, una hermosa melodía si la emitiera uno de esos animales». JOHNSON: «No, señor: sería admirable. Hemos visto a espléndidos violinistas —añadió riendo— que nos gustan menos que los sapos».

Hablando de la cuestión del gusto en las Bellas Artes, dijo que la diferencia de gustos era en realidad una mera diferencia de pericia. BOSWELL: «Pero... ¿no existe una cualidad llamada gusto, que meramente consiste en la percepción o el agrado, como, por ejemplo, cuando hallamos que hay grandes diferencias sobre cuál sea el mejor estilo de composición en inglés? Unos dicen que Swift es el mejor, otros prefieren una manera de escribir más plena y grandiosa». JOHNSON: «Primero tendrá que definir a qué se refiere cuando habla de estilo, antes de juzgar quién tiene buen gusto en materia de estilo y quién lo tiene malo. Las dos clases de personas que ha mencionado no difieren en cuanto a lo bueno y lo malo. Ambas están de acuerdo en que el estilo de Swift es bueno, es nítido,^[c168] sólo que unos prefieren esa nitidez y a otros les agrada un estilo de más esplendor. Del mismo modo, a uno le gusta una levita sencilla y otro la prefiere con adornos, aunque ninguno negará que ambas son buenas, cada cual en su estilo».

Mientras permanecí en Londres, durante la primavera, estuve con él en algunas ocasiones más, tanto a solas como en compañía de terceros. Un día almorcé con él en la Taberna de la Corona y el Ancla, en el Strand, junto con lord Elibank, el señor Langton y el doctor Vansittart, de Oxford. Sin especificar el día en concreto, he conservado las siguientes cosas dignas de ser recordadas.

Lamenté la reflexión que en su *Prefacio a Shakespeare* se vierte contra Garrick, a quien es inexcusable aplicar el siguiente pasaje: «Cotejé cuantos ejemplares pude procurarme, y ojalá hubieran sido más, pero los coleccionistas de estas rarezas no resultan muy comunicativos que se diga». Le relaté que Garrick se me había quejado de ello, y que se había defendido asegurándome que dio permiso a Johnson para que hiciera pleno uso de toda su colección, dejando incluso la llave a un criado, al cual indicó que encendiera la chimenea y se ocupara de que a Johnson no le faltara ninguna comodidad. La idea de Johnson, según descubrí, era que Garrick deseaba que se le cortejase por su colección, y que, por el contrario, debiera haberle cortejado a él, enviándole sus ejemplares de Shakespeare sin que él siquiera se los solicitase. Ciertamente, si se considera el descuido y la dejadez con que Johnson trataba los libros, no era de esperar que nadie le prestara, y menos por iniciativa propia, ediciones escasas y muy valiosas.

Uno de los caballeros presentes recurrió a algunos de los argumentos de costumbre a favor de la bebida, y añadió: «Sabrá usted, señor, que beber nos quita las cuitas y nos hace olvidar cuanto nos resulta desagradable. ¿No permitiría beber a un hombre sólo por esa razón?». JOHNSON: «Sí, señor, con tal de que se sentara al lado de usted».

Manifesté mi aprecio por las obras de Francis Osborne, y quise saber su opinión. «Un tipo presuntuoso —dijo—. Si hoy escribiera alguien lo que él escribió, los chiquillos le lanzarían piedras». Aun así, no alteró mi opinión sobre uno de mis autores preferidos, en el cual me fijé por vez primera al verlo citado en el *Spectator*, [c169] y en el cual he encontrado conceptos de gran astucia y vivacidad, cierto es que expresados con un estilo un tanto caprichoso y pintoresco, que sin embargo no me desagrada. Su libro tiene aire de originalidad. Nos imaginamos que un gentilhomme de antaño nos hable a la cara.

Cuando uno de sus amigos se empeñó en defender que un caballero de campo bien puede ingeniárselas para pasar la vida de manera muy grata, le dijo así: «Señor, no me podrá dar un solo ejemplo de un hombre que pueda disponer de su tiempo a su antojo, y que se las ingenie para no pasar horas de tedio». Su observación, sin embargo, es aplicable por igual a los caballeros que viven en las ciudades y no ejercen una profesión.

«No hay un carácter nacional que sea permanente —dijo—. Varía según las circunstancias. Alejandro Magno barrió la India; hoy los turcos barren Grecia».

Un docto caballero que en el transcurso de la conversación deseaba informarnos sencillamente de que los miembros del Ayuntamiento de Shrewsbury eran víctimas de constantes picaduras de las pulgas, empleó siete u ocho minutos en relatarlo con todo detalle. Con gran abundancia y ampulosidad de frases nos contó que había grandes balas de lana depositadas en el ayuntamiento; que, debido a ello, allí anidaban las pulgas en cantidades prodigiosas; que la sala de juntas estaba cerca del lugar donde se almacenaba la lana; que los insectos se movían de un lado a otro con

una agilidad maravillosa. Johnson aguantó armado de gran impaciencia hasta que el caballero dio por concluido su tedioso relato, y sólo entonces exclamó, en tono de chanza: «¡Lastima, señor, que no haya visto usted a un león! Pues si una pulga le ha llevado tantísimo tiempo, un león tendría que haberle servido para un año entero»^[61].

No permitió que Escocia se envaneciera por lord Mansfield, puesto que se había educado en Inglaterra. «Mucho partido —dijo— se puede sacar de un escocés si se le agarra bien cuando es joven».

Hablando de un moderno historiador y de un moralista moderno dijo lo siguiente: «Hay más pensamiento en el moralista que en el historiador. En la historia corre un arroyuelo de pensamiento con caudal muy exiguo». BOSWELL: «Pero no cabe duda de que el historiador reflexiona». JOHNSON: «Desde luego, como también reflexiona la gata que atrapa un ratón para su gatito, y no por eso va a escribir como *****, ni tampoco puede ***** escribir así»^[c170].

«Soy muy reacio —dijo— a leer manuscritos ajenos y dar a sus autores mi opinión. Si los autores que me la solicitan tienen dinero, les sugiero que den su libro a la imprenta y lo publiquen sin su nombre; si los han escrito para ganar dinero, les recomiendo que vayan a visitar a los libreros y cierren con uno el contrato más ventajoso que puedan». BOSWELL: «Pero ¿y si un librero le trajera un manuscrito para que lo examinase?». JOHNSON: «Pues me diría, señor, que ojalá el librero se lo llevase por donde lo trajó».

Hablé de un amigo mío que había residido mucho tiempo en España, y que estaba remiso a regresar a Gran Bretaña. JOHNSON: «Eso, señor, es que tiene apego a una mujer». BOSWELL: «Yo más bien creo que es el buen clima lo que allí le retiene». JOHNSON: «¡Quiá! ¿Cómo puede usted decir una cosa así? ¿Qué tiene que ver el clima con la felicidad?»^[c171] Póngame en el corazón de Asia: ¿no estaría exilado? ¿Qué proporción guarda el clima con el complejo sistema de la vida humana? Igual podría aconsejarme que me vaya a vivir a Bolonia para comer embutidos. Los embutidos de Bolonia son los mejores del mundo, pero pierden mucho cuando se transportan a otros lugares».

El sábado 9 de mayo el señor Dempster y yo acordamos almorzar solos en el Café Británico. Johnson, a quien casualmente visité por la mañana, dijo que se sumaría a nosotros, como en efecto hizo. Pasamos un día sumamente agradable, aunque no recuerdo gran cosa de lo que se dijo.

Comentó: «Walpole fue un primer ministro que el Rey dio al pueblo. Pitt fue un primer ministro que el pueblo dio al Rey... como complemento».

«El infortunio de Goldsmith en la conversación es el siguiente: tira y tira del hilo sin saber por dónde va a salir. Tiene un gran genio, pero su saber es pequeño. Como se suele decir de los generosos, lástima que no sea rico. De Goldsmith valdría decir: lástima que no sea sabio, pues no se guardaría su sabiduría para sí».

Ese año, antes de marcharme de Londres, le consulté sobre un asunto legal,

aunque de leyes puramente escocesas. En la ley de Escocia se sostenía de antiguo, y siguió siendo principio establecido durante muchos años, que todo el que hiciera las veces de intermediario con los efectos de un difunto, sin interposición de la autoridad legal competente, para garantizar que no hubiera desfalco ni malversación, era susceptible de que se le obligase a correr con las deudas que contrajera en vida el difunto y tuviera pendientes de saldar, por considerársele culpable de lo que técnicamente se denomina *intromisión viciada*. Los tribunales ordinarios poco a poco habían tendido a aflojar el rigor con que se aplicaba este principio, sobre todo si dicha interferencia estaba fuera de toda consideración. En un caso presentado ante uno de dichos tribunales durante el invierno anterior,^[62] me había esforzado yo por persuadir al juez de que aplicara de nuevo la ley de antaño. Yo era de la muy sincera opinión de que sería necesario recurrir a ella, si bien había agotado en vano todas mis reservas de persuasión. Johnson opinaba igual que yo; con objeto de ayudarme en mi solicitud de que el tribunal revisara y enmendara su sentencia, me dictó la siguiente argumentación:

Se nos indica que ésta es una ley que debe su fuerza a la dilatada práctica de los tribunales, y que puede por tanto quedar en suspenso, o sujeta a modificación, a tenor de lo que el tribunal estime oportuno.

No tenemos ninguna intención de indagar en lo que se refiere al poder que tenga el tribunal para aprobar o suspender una ley. De cara a nuestro propósito, será suficiente constatar que todas las leyes justas las dicta la razón, y que la práctica de todo tribunal sujeto a la legalidad se regula por el principio de equidad. Es cualidad de la razón que sea invariable y constante; es propio de la equidad dar a un hombre lo que en idénticas circunstancias se daría a otro. La ventaja que el género humano obtiene de la ley es la siguiente: que la ley dé a cada hombre una regla para actuar y prescriba un modo de conducta que lo haga merecedor del respaldo y la protección de la sociedad. Es necesario que se sepa que la ley puede ser esa regla que rija la acción; es necesario, asimismo, que sea permanente y estable. La ley es la medida del derecho civil. Si la medida está sujeta a modificación, aquello que se pretende medir nunca podrá ser preciso.

Permitir que una ley se modifique a discreción equivale a dejar a la comunidad huérfana de ley. Es como privar de dirección a esa sabiduría pública en aras de la cual se corrigen las deficiencias del entendimiento privado. Es como tolerar que los impulsivos e ignorantes actúen a su entera discreción, y fiar luego la legalidad de ese acto a la sentencia de un juez. Quien de este modo es gobernado no vive de acuerdo con la ley, sino con la opinión: vive no según su intención antes de actuar, sino según el dictado de una opinión incierta y variable, que nunca podrá conocer si no es después de cometido el acto sobre el que ha de pesar esa opinión. Vive de acuerdo con una ley, si ley puede llamarse, que no podrá conocer antes de haberla vulnerado. A este caso puede con justicia aplicarse ese principio tan importante que dice *misera est servitus ubi jus est aut incognitum aut vagum*. Si la intromisión no constituye delito mientras no exceda cierto punto, y ese punto es indeterminado, y es en consecuencia distinto para las distintas opiniones de cada cual, el derecho de intromisión, y el derecho del acreedor que de él se sigue, son *jura vaga*, y por consiguiente *jura incognita*, resultado de lo cual no puede ser más que una *misera servitus*, una incertidumbre que envuelve el supuesto de la acción, una servil dependencia de la opinión privada.

Cabe argüir, y es sin duda muy posible, que haya existido intromisión sin fraude, lo cual, por muy cierto que sea, de ninguna manera justificará una relajación ocasional y arbitraria de la ley. La finalidad de la ley no es otra que la protección, así como la represalia. Ciertamente, de la represalia nunca se hace uso si no es para el mayor fortalecimiento de la protección. La sociedad sólo está bien regida y gobernada allí donde la vida está libre de peligros y horra de sospechas, allí donde la posesión está resguardada mediante prohibiciones salutíferas, a tal punto que la violación se puede impedir más a menudo y mejor de lo que se castiga. Una de tales prohibiciones era ésta, al menos mientras estuvo vigente con su fuerza original. El acreedor del difunto no sólo no se veía ante la pérdida de lo adeudado, sino también sin temor a perderlo. No tenía que buscar remedio al perjuicio sufrido, pues estaba prevenido contra el perjuicio.

Tal como la ley se administró en ocasiones, se halla expuesta a lesiones, pues se imagina que posee un poder curativo. Castigar el fraude allí donde se detecta es el acto apropiado de la justicia vindicativa, pero impedir la

comisión de los fraudes, de modo que el castigo de los mismo sea innecesario, es el gran desempeño de la sabiduría legislativa. Permitir una intromisión y castigar el fraude equivale a hacer de la ley escollo o incluso trampa. Pisar el borde de la misma no comporta riesgos, pero dar un paso más es la destrucción. Ahora bien, sin duda lo mejor es vallar esa trampa abierta en el terreno, e impedir todo acceso a la misma, en vez de animarnos a avanzar un poco, engatusarnos para avanzar un poco más, hacernos a la postre percibir nuestra imprudencia sólo mediante nuestra destrucción.

Así como la ley proporciona a los débiles una fuerza adventicia, del mismo modo esclarece al ignorante mediante una comprensión extrínseca. La ley nos enseña a saber cuándo cometemos una injuria y cuándo la hemos sufrido. Fija determinadas señales de las acciones, por las cuales se nos advierte a ejecutarlas o a abstenernos de ellas. *Qui sibi bene temperat in licitis*, dice uno de los padres, *nunquam cadet in illicita*.^[c172] Quien nunca incurre en intromisión, nunca cometerá intromisión con intenciones fraudulentas.

La relajación de la ley en contra de la intromisión viciada ha sido caracterizada de manera muy favorable en palabras de un gran maestro de la jurisprudencia.^[63] Palabras que se han exhibido con pompa innecesaria, y que parecen considerarse como algo decisivo, de manera inapelable. El gran ímpetu de su autoridad requiere examinar despacio su postura. «Hace unos cuantos siglos —dice—, antes de que la ferocidad connatural de los habitantes de esta parte de la isla quedara sujeta a la autoridad, era necesario emplear con absoluta severidad la ley civil con objeto de evitar que los individuos se dieran al pillaje entre ellos. Así, el hombre que hacía de intermediario irregular con los bienes muebles del difunto estaba sujeto a asumir todas las deudas del difunto, sin limitación de ninguna clase. Esta constituye una de las figuras de la ley de Escocia, conocida con el nombre de *intromisión viciada*. Con tanto rigor se aplicaba esta regulación en nuestros tribunales que el bien mueble más insignificante que se abstraiera *mala fide* sometía al intermediario a arrostrar las consecuencias, que en muchos casos resultaban un castigo sumamente riguroso. Es sumamente digno de nota que en proporción a nuestra mejora en las buenas costumbres, esta regulación se haya suavizado paulatinamente, aplicada ahora por nuestra corte soberana con mano moderada».

Me encuentro en la necesidad de observar que este erudito y juicioso autor no ha distinguido con la debida precisión las deficiencias y las exigencias de las distintas condiciones de la vida de los hombres, que de un acusado grado de salvajismo e independencia, en el que toda ley es vana, pasan o pueden pasar, mediante gradaciones innumerables, a un estado de trato recíprocamente benigno, en el que las leyes ya no han de ser necesarias. Los hombres son primero seres silvestres y antisociales, viven cada cual para sí, aprovechándose de los débiles y cediendo ante los fuertes. En las primeras coaliciones sociales se conserva un alto grado de ese asilvestramiento original. Todavía no se piensa en la felicidad y el bienestar colectivos, que son fruto de una confianza generalizada. Los hombres siguen sacando partido cada cual a sus ventajas por la vía más expeditiva; es necesaria entonces la mayor severidad de la ley civil, con objeto de evitar que los individuos se den al pillaje entre ellos. Las prohibiciones que son entonces necesarias son las relativas al saqueo, a los actos de violencia pública, a la opresión descarada. La ferocidad de nuestros antepasados, como la de cualquier otra nación moderna, daba lugar no al fraude, sino a la rapiña. Aún no habían aprendido a hacerse trampas, y se contentaban con robarse unos a otros. A medida que se pulen las formas en el trato, gracias al conocimiento del bien, los hombres adquieren una destreza equiparable en el mal. Las rapiñas descaradas son menos frecuentes, la violencia deja paso a la astucia. Quienes antes invadían pastos y tomaban casas al asalto, comienzan ahora a enriquecerse mediante contratos desiguales e intromisiones fraudulentas. Esta ley fue acuñada no contra la violencia ni la ferocidad, sino contra los rodeos y los engaños; por otra parte, mucho me temo que el incremento de la actividad comercial, y la lucha incesante por las riquezas que excita el comercio, no nos ofrezcan la perspectiva de poner rápidamente fin a los artificios y los fraudes. Por consiguiente, no parece que sea un razonamiento muy concluyente el que pone en estrecha relación esas dos proposiciones: «la nación se ha vuelto mucho menos feroz y despiadada, por lo cual las leyes contra el fraude y el cohecho pueden relajarse».

Sean cuales fueren las razones que hayan influido en los jueces para propugnar ese relajamiento de la ley, no pudo estar entre ellas que haya disminuido la ferocidad en la nación. Mucho me temo que tampoco se pueda afirmar que se haya vuelto menos fraudulenta.

Como quiera que esta ley se ha presentado como un instrumento rigurosa e irracionalmente penal, no parece que esté fuera de lugar el considerar cuáles son las condiciones y cualidades que constituyen la justicia o la propiedad de una ley penal.

Para que una ley penal sea razonable y justa son necesarias dos condiciones y dos propiedades. Es necesario que la ley se adecue a su fin; que, si ha de cumplirse, impida el mal contra el cual se dirige. En segundo lugar, es necesario que el fin de la ley sea de tal importancia que merezca la seguridad de una sanción penal. La otra condición de una ley penal, que si bien no absolutamente necesaria sí es en gran medida apropiada, estriba en que existan muchas tentaciones para cometer la violación moral de la ley, así como que la observancia de la misma sea de gran facilidad.

Todas estas condiciones aparentemente concurren a la hora de justificar la ley que aquí consideramos. Su finalidad es la seguridad de la propiedad privada, tratándose a menudo de propiedades de gran valor. El método por el cual garantiza esa seguridad es eficaz, porque en su rigor original no admite grados en la vulneración de la misma; mantiene completamente aparte a culpables e inocentes, mediante una limitación bien definida. Quien incurre en intromisión delinque; quien no lo hace es inocente. De las dos consideraciones secundarias, no cabe negar que ambas obran a nuestro favor. La tentación de cometer intromisión es frecuente y es fuerte; tan fuerte y tan frecuente que requiere la más decidida actuación por parte de la justicia, vigilancia y cautela, para hacer frente a su preponderancia; el método mediante el cual un hombre puede hacerse titular de intromisión legal es tan accesible, tan fácil, que dejarlo pasar por alto es prueba de intención fraudulenta, pues ¿por qué iba a dejar de hacer un hombre (salvo por razones que no ha de confesar) aquello que tan fácilmente puede hacer, y que sabe que es algo que la ley exige? Si las tentaciones escasearan, la ley penal podría tenerse por innecesaria. Si el deber que impone la ley fuese de difícil cumplimiento, la omisión, aun cuando no se justificase, podría ser objeto de compasión. En el caso que nos ocupa, ni la equidad ni la compasión operan contra ella. Se incumple una ley útil y necesaria, no sólo sin motivo razonable, sino también con todo lo que induce a la obediencia, todo cuanto se podría extraer de la seguridad y la facilidad de su cumplimiento.

Por consiguiente, regreso a mi posición original, a saber, que una ley, para que tenga efecto, ha de ser permanente y estable. Conviene decir, con el lenguaje de las escuelas, que *Lex non recipi majus et minus*:^[c173] o tenemos ley o no la tenemos, pero no podemos tener media ley. O tenemos una regla que rijan la acción, o se nos permite actuar a discreción y según el azar. Las desviaciones de la ley han de ser perseguidas de manera uniforme; de lo contrario, nadie podrá estar seguro de si está o no a salvo.

No cabe negar que este tribunal a veces se ha apartado del rigor de la institución original. Sin embargo, como es evidente que tales desviaciones, por dar incertidumbre a la ley, reducen la seguridad de la vida, espero que ahora se ponga fin a la desviación misma, y que la sabiduría de nuestros antepasados se trate con el debido respeto, así como que las decisiones consistentes y firmes proporcionen al pueblo una regla según la cual actuar, sin dejar al fraude y la intromisión fraudulenta ninguna futura esperanza de pasar con impunidad.

Con semejante capacidad de comprensión, con tal claridad y perspicacia, trató un asunto que le era completamente nuevo, sin más preparación que los argumentos empleados por una y otra parte que yo le proporcioné. Su poderío intelectual se presentó en esta ocasión con particular lustre al probarse a fondo frente a los argumentos de un escritor de tan gran fama como lord Kames, y además en el terreno propio de Su Señoría.

Esta magistral argumentación, con un prefacio y una conclusión de mi propia cosecha, aderezada con los formulismos al uso, llegó a imprimirse y a presentarse ante los lores del Supremo,^[c174] pero sin éxito. No obstante, mi respetado amigo lord Hailes, uno de los miembros de esa honorable corporación, tuvo la suficiente sagacidad crítica para descubrir una autoría que se salía de lo normal en dicha solicitud. Le dije que el doctor Johnson me había ayudado en ella. Con maravilloso *acumen*, Su Señoría supo señalar con exactitud dónde comenzaba su intervención y dónde terminaba. Pero para ser justo e imparcial del todo, aplicándome la gran regla de los tribunales, *Suum cuique tribuito*,^[c175] debo añadir que Sus Señorías, en general, si bien tuvieron el gesto de calificarlo de «escrito muy bien trazado», prefirieron la solicitud anterior que yo había redactado, que era muy inferior, confirmando de este modo la observación que ya me hiciera uno de ellos con un humor más socarrón: «Mi querido señor, no se tome la molestia de componer y aderezar los escritos que nos presente, pues eso es como arrojar perlas a los cerdos».

Reiteré mis solicitudes para que el doctor Johnson este año pudiera llevar a cabo su anhelado viaje por Escocia.

A James Boswell

31 de agosto de 1772

Querido señor,

no ha sido poco el pesar con el que he echado en falta un viaje tan preñado de plácidas expectativas, como era aquél en el que me pude prometer no sólo la gratificación de la curiosidad, tanto racional como caprichosa, sino también el deleite que me produciría ver a quienes amo y estimo... Ahora bien, así han salido las cosas, de modo que no me ha sido posible ir; así ha sido, mucho me temo, el estado de mi salud, ya que mi cuerpo no habría secundado de buena gana mis inclinaciones. Creo que he ido mejorando en este sentido, de modo que aplazo mis esperanzas para otro año, pues sigo deseando con toda sinceridad hacer esa visita tanto tiempo aplazada y emprender la caminata. Entretanto, no deje pasar la menor oportunidad para seguir dando buena impresión de mí en el ánimo de cualquiera de mis amistades. El libro de Beattie,^[c176] según tengo entendido, es cada día más apreciado; al menos, a mí me agrada más cuanto más lo miro.

Me alegra si obtuvo la debida credibilidad para su causa, y sigo estando convencido de que nuestra causa era buena, y de que la determinación final tendría que haber sido a su favor. El pobre Hastie, me temo, no se llevó su merecido.

Me prometió conseguirme algo de Píndaro, al que podría añadir algo de Anacreonte.

Con el ocio del que no puedo disfrutar, sería un placer saber que usted lo emplea en las antigüedades del establecimiento feudal. Todo el antiguo sistema de tenencia de tierras está próximo a desaparecer, y apreciaría mucho que el conocimiento que aún se tiene fuera preservado de manera apropiada y completa, pues tal institución constituye una parte importante de la historia de la humanidad. No deje en barbecho una iniciativa tan digna de un erudito que estudia las leyes de su país, así como de un caballero que bien puede, como es natural, tener curiosidad, y satisfacerla, sobre la condición de sus propios antepasados. Soy, señor, con gran afecto su

SAM. JOHNSON

Al doctor Johnson

Edimburgo, 25 de diciembre de 1772

Mi querido señor,

... Mucho me decepcionó que no viniera a Escocia el pasado otoño. De todos modos, debo reconocer que su carta me lleva a abstenerme de toda queja, no sólo porque soy conocedor y lamento que el estado de su salud fuese una excusa demasiado buena, sino también porque me escribe en un tono tal que muestra a las claras que aún tiene una idea afectuosa sobre el plan que durante tanto tiempo hemos pospuesto...

Comuniqué a Beattie lo que me dijo de su libro en su última carta. Me escribe así: «Juzga usted con mucho acierto si supone que la favorable opinión del doctor Johnson acerca de mi libro ha de procurarme un gran deleite. Me resulta desde luego imposible decir hasta qué extremo me gratifica, pues no hay sobre la faz de la tierra un hombre cuya estima tendría yo tanta ambición de cultivar. Su talento y sus virtudes los tengo en mayor reverencia de lo que podría expresar con ninguna palabra. Las extraordinarias muestras de cortesía (las atenciones paternas, debiera más bien decir) y las muchas recomendaciones que he tenido el honor de recibir de él serán para mí una perpetua fuente de placer cuando las recuerde, *Dum memor ipse mei, dum spiritus hos reget artus.*^[c177]»

»Tenía todavía intención, mientras durase el verano, de verme obligado a ir a Londres a resolver un asunto; de lo contrario, le habría importunado sin duda con una carta que le debo hace ya varios meses, en la cual habría dado rienda suelta a mi gratitud y mi admiración. Me lo propongo hacer tan pronto disponga de tiempo a mi antojo. Mientras, si tiene ocasión de escribirle, le ruego le transmita mis respetos más sinceros, y le asegure la sinceridad de mi afecto y el calor de mi gratitud». Soy, etc.

JAMES BOSWELL

1773: ÆTAT. 64.] En 1773 su única publicación fue una edición en folio de su Diccionario, corregida y ampliada; en la medida en que sabemos, tampoco proporcionó ningún producto de su fértil pluma a ninguno de sus numerosos amigos y personas afines, con la excepción del prefacio^[64] que antepuso al Diccionario de geografía antigua de Macbean, su amanuense de antaño. Su Shakespeare, recibido con unánime aprobación del público y ya varias veces reeditado, volvió a gozar de una edición que estuvo a cargo de George Steevens, caballero provisto no sólo de una profunda destreza y versado en la cultura antigua, y dotado de amplias lecturas de literatura inglesa, sobre todo de los autores antiguos, sino también de un agudo discernimiento y un gusto elegante. Casi resulta innecesario decir que por sus grandes y valiosas adiciones a la obra de Johnson adquirió con justicia una reputación muy considerable:

Divisum imperium cum Jove Caesar habet,^[c178]

A James Boswell

Londres, 22 de febrero de 1773

Querido señor,

más he leído su amable carta, mucho más, que el elegante volumen de Píndaro que la acompañaba. Siempre me alegrará ver que no se me olvida; si usted me olvidara, me invadiría una gran zozobra. Mis amigos del norte nunca han dejado de tratarme con amabilidad: dispongo gracias a usted, querido señor, de testimonios de un afecto que no muchas veces he tenido la fortuna de disfrutar, y el doctor Beattie valora el testimonio que yo estaba deseoso de rendirle por su mérito muy por encima de lo que se me habría antojado razonable suponer.

He oído hablar de su mascarada.^[65] ¿Qué opina su sínodo de tales innovaciones? No es que sea yo estudiosamente escrupuloso, ni pienso tampoco que una mascarada sea un mal en sí misma, ni que con toda probabilidad sea una ocasión propicia al mal; ahora bien, como el mundo considera que es una muy licenciosa relajación de las costumbres, no habría sido yo uno de los primeros enmascarados en un país en el que nunca hasta ahora se celebraron mascaradas.

Se ha impreso una nueva tirada de mi *Diccionario* a partir de un ejemplar cuya revisión me persuadieron de llevar a cabo, aunque como apenas realicé trabajos previos es muy poco lo que he corregido. He suprimido algunas superficialidades; he enmendado algunas faltas; aquí y allá he añadido algún comentario, pero el tejido esencial de la obra sigue siendo el que era. Apenas lo he examinado desde que lo escribí, y la verdad es que me ha parecido mejor y algunas veces peor de lo que me esperaba encontrar.

Baretti y Davies han sostenido una furiosa trifulca, una desavenencia creo yo que irreconciliable.^[c179] El doctor Goldsmith tiene lista una nueva comedia cuyo estreno se espera para la primavera. Aún no le ha puesto título.^[c180] El principal motivo de comicidad estriba en que un hombre próximo a contraer matrimonio se ve

llevado a confundir, por una estratagema, la casa de su futuro suegro con una posada. Ya se ve que la cosa frisa el terreno de la farsa. El diálogo es vivaz, jocosos, y los incidentes se preparan de modo que no resulten improbables.

Lamento que perdiera el litigio por intromisión, pues sigo pensando que los argumentos que le asistían eran incontestables. Ahora bien, de sus palabras parece desprenderse que a pesar de su derrota ha aumentado su buena reputación; habrá de ir a más, a diario, si tiene siempre a la vista el precepto de lord Auchinleck y se esfuerza por consolidar en su fuero interno las leyes en un sistema firme y regular, en vez de contentarse con examinar fragmentos ocasionales.

Mi salud parece haber mejorado en general, aunque he pasado varias semanas con un molesto catarro, lo cual es a veces bastante inquietante. No he hallado grandes mejoras a raíz de las sangrías y demás atenciones médicas; me temo que no me queda más remedio que esperar ayuda cuando mejore el tiempo y los días se templen.

Escríbame de vez en cuando; siempre que le suceda algo de provecho, hágamelo saber cuanto antes, pues nadie se regocijará tanto, querido señor, como su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Sigue gozando usted de una altísima estima por parte de la señora Thrale.

Mientras estaba en prensa una edición anterior de la obra que tiene el lector en sus manos, recibí un inesperado favor en forma de paquete que me envió desde Filadelfia el señor James Abercrombie, caballero afincado en aquellas tierras, que se complació en honrarme con un desmedido elogio de mi *Vida del doctor Johnson*. Que de la fama de mi ilustre amigo, así como de su fiel biógrafo, me llegue eco desde el Nuevo Mundo, es sumamente halagador; mi agradecido reconocimiento ha de cruzar también el Atlántico. El señor Abercrombie ha tenido la deferencia de conferirme una obligación adicional de bastante consideración, al enviarme copias de sendas cartas del doctor Johnson a dos caballeros americanos. «De buena gana, señor —me dice—, le habría enviado los originales, pero al tratarse de las únicas reliquias de su especie que se conservan en América, sus propietarios las tienen en un valor incalculable, tanto que ninguna posible consideración sirvió para inducirles a prescindir de ellas. En alguna futura publicación suya relativa a tan gran y tan buen hombre tal vez hallen lugar digno de inserción».

Al señor B———d^[66]

Londres, Johnson's Court, Fleet Street,
4 de marzo de 1773

Señor,

que con la premura del súbito viaje que emprende aún encuentre tiempo para consultar lo que más conveniente me resulte demuestra un grado de bondad y una señal de respeto no sólo muy por encima de mis apetencias, sino también muy superior a mis expectativas. No se equivoca al suponer que tengo en gran estima a mis amigos de América, y que me habrá de hacer un favor muy valioso al darme la oportunidad de permanecer en su recuerdo.

Me he tomado la libertad de importunarle con un pequeño paquete, al cual deseo una entrega rápida y sin contratiempos, porque deseo un viaje rápido y sin contratiempos a quien lo entrega. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo señor White^[67]

Londres, Johnson's Court, Fleet Street,
4 de marzo de 1773

Estimado señor,

su atenta amabilidad con sus amigos lo acompaña al otro lado del Atlántico. Mucho ha pasado desde que observara Horacio que no puede zarpar un barco dejando cuitas en puerto.^[c181] Le han asistido en su viaje otras cualidades, la benevolencia y la constancia, en cuya compañía espero que las cuitas no asomaran a menudo.

Recibí el ejemplar de *Rasselas*. No es que me haya causado una magnífica impresión, aunque adula a su autor la convicción del impresor, quien parece seguro de que se distribuirá bien entre los lectores. El librito ha sido bien recibido, traducido también al italiano, francés,^[c182] alemán y holandés. Ahora disfruta de un honor añadido con su edición americana.

No tengo noticia de que hayan sucedido grandes cosas desde que partió, al menos si de llamar su curiosidad se trata. De todas las posibles transacciones, ahora tiene el mundo información cumplida gracias a los periódicos. La oposición parece desalentada; los disidentes de la autoridad eclesiástica, aunque se han aprovechado de estos tiempos revueltos y de un gobierno muy debilitado, no parece que vayan a obtener ninguna inmunidad.^[c183]

El doctor Goldsmith tiene una nueva comedia, que ya ensaya en Covent Garden, a la que el director del teatro no augura un gran éxito. Espero que esté en un error. Entiendo que se merece una buena acogida.

Pronto publicaré una nueva edición de mi *Diccionario*. Me he dejado convencer para llevar a cabo una revisión y he enmendado algunos defectos, aunque poco de utilidad he añadido a la que pueda tener.

Desde que marchó, no se ha publicado ningún libro que haya dado mucho que hablar. Los facciosos sólo inundan la ciudad de panfletos; las cuestiones de mayor envergadura parecen olvidadas bajo el ruido de la discordia.

Así pues, le escribo para contarle lo poco que tengo que contar. Acerca de mí, sólo debo añadir que llevo varias semanas aquejado por un catarro muy molesto, aunque ya me he recuperado.

Me tomo la libertad de importunarle con una carta, a la que le ruego ponga la dirección que corresponde. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El sábado 3 de abril, al día siguiente de mi llegada a Londres en este año, fui a su casa a última hora de la tarde y esperé con la señora Williams su regreso. Vi en el *London*

Chronicle la pública disculpa^[c184] del doctor Goldsmith por haber dado una buena tunda a Evans, un librero, debido a un párrafo aparecido en un periódico que publicaba él y que a Goldsmith se le antojó impertinencia intolerable para con su persona y la de una dama conocida suya.^[c185] La disculpa estaba escrita tan al modo del doctor Johnson que tanto la señora Williams como yo dimos por descontado que era de su puño y letra, aunque cuando volvió a casa no tardó en sacarnos del error. Cuando dijo la señora Williams que «en fin, parece que el manifiesto del doctor Goldsmith se ha colado en su periódico», le pregunté si realmente era obra de Goldsmith, y lo hice dando a entender mi sospecha sobre su autoría. JOHNSON: «Señor, Goldsmith nunca me habría pedido que escribiera una cosa así en su nombre, tal como no me pediría que le diese de comer a la boca o que hiciera ninguna otra cosa que pusiera de relieve su imbecilidad. Tan seguro estoy de que ha escrito él la nota como si le hubiera visto hacerlo con mis propios ojos. Si hubiese tenido la decencia de mostrársela a algún amigo, éste no le habría permitido publicarla. Lo ha hecho muy bien, no cabe duda, pero es de todo punto una estupidez, por bien hecha

que esté. Supongo que se le ha subido tanto a la cabeza el éxito de su nueva comedia que ha llegado a pensar que cuanto le incumba es de importancia crucial para el público». BOSWELL: «Imagino que debe de ser la primera vez que se ve envuelto en una aventura». JOHNSON: «Yo diría que bien puede ser la primera vez que haya golpeado, porque bien puede haber sido golpeado con anterioridad. Se trata de una nueva pluma de la cual vanagloriarse».

Comenté las *Memorias de Gran Bretaña e Irlanda* de sir John Dalrymple y hablé de sus descubrimientos en detrimento de lord Russell y Algernon Sydney. JOHNSON: «Todo el que defienda un justo concepto del gobierno ya los tenía por un par de sinvergüenzas de cuidado. Bien está que toda la humanidad los vea como realmente son». BOSWELL: «¿Y no podía darse el caso de que esos descubrimientos sean ciertos sin que sean ellos dos sinvergüenzas?». JOHNSON: «Sopese, señor, si alguno de los dos pudo estar deseoso de que se conocieran las intrigas y tejemanejes que urdieron contra Francia. Puede tener absoluta certeza de que quien algo teme que se sepa, algo podrido tiene dentro. Ese tal Dalrymple parece ser un hombre honrado, pues refiere por igual lo que es contrario a los intereses de ambas partes. Eso sí, nada tan pobre como su estilo, que parece mero brincar de un chiquillo en la escuela. ¡Grandioso fue él, pero más grandiosa fuera ella!, y monsergas por el estilo». ^[c186]

No pude estar de acuerdo con él en esta crítica, pues si bien el estilo de sir John Dalrymple carece de regularidad en todos los sentidos, y no puede uno evitar el sonreírse a veces con su afectada grandilocuencia, hay en su escrito una vivacidad punzante y un acusado espíritu de caballero brioso.

Durante la velada, en casa del señor Thrale, repitió su paradójica declamación de costumbre contra la acción que se pregona en público: «La acción no puede surtir efecto en un ánimo razonable. Podrá hacer más ruido, pero no dará más fuerza a ningún argumento. Si uno habla a un perro, recurre a la acción, alza la mano, porque se trata de un animal, y en la medida en que esté el hombre alejado del animal, menos habrá de influirle la acción». SEÑORA THRALE: «Entonces, señor, ¿qué es lo que dijo Demóstenes? “¡Acción, acción, acción!”». JOHNSON: «Demóstenes, señora mía, hablaba ante una asamblea de animales, ante un pueblo de bárbaros».

Me pareció extraordinario que negase el poder que tiene la acción retórica sobre la naturaleza de los hombres, cuando es algo que demuestran innumerables hechos en todas las etapas que atraviesa la sociedad. Los seres racionales no son exclusivamente racionales, ya que tienen caprichos que se pueden complacer, pasiones que se pueden excitar.

Como alguien se refiriese a lord Chesterfield, Johnson señaló que casi la totalidad de los dichos ingeniosos del célebre aristócrata eran meros juegos de palabras. Sin embargo, no negó el mérito de aquello que Su Señoría dijo con tan afilado ingenio acerca de lord Tyrawley y de sí mismo cuando ambos ya eran muy viejos e inválidos: «Tyrawley y yo llevamos ya dos años muertos, aunque preferimos no darnos por

enterados».^[c187]

Habló con encomio de la edición anotada que se preparaba del *Spectator*, dos de cuyos volúmenes ya tenía listos un ilustre caballero del mundo literario. Los materiales que había reunido sobre el resto de la publicación habían sido puestos en manos de otro responsable. Observó que todas las obras que describen las costumbres de una sociedad requieren notas en un plazo de sesenta o setenta años, e incluso menos, y nos dijo que había comunicado todo cuanto sabía del *Spectator*, todo cuanto pudiera arrojar alguna luz sobre sus páginas. «Addison —dijo— hizo de su sir Andrew Freeport un *whig* de los pies a la cabeza; arguye en contra de dar limosna a los mendigos y lo despoja de otros sentimientos cortesés, sólo que al final se lo piensa mejor y arregla el desaguizado al hacerle fundador de un asilo para granjeros decrepitos». Pidió que le trajeran el volumen del *Spectator* que contiene ese relato y nos lo leyó en voz alta. Tan bien lo leyó que la cosa adquirió peso adicional y elegancia mayor en su dicción.

Al centrarse la conversación en las modernas imitaciones de las baladas antiguas, como alguien ensalzara su sencillez, las trató con el grado de ridiculización que desplegaba siempre que ese asunto salía a relucir.

Desaconsejó la introducción de frases tomadas de las Escrituras en los discursos de carácter laico. A mí, ésta me pareció una cuestión peliaguda. Siempre se puede recurrir a una expresión de las Escrituras, como si fuese una acuñación clásica y requintada, para producir en el acto una fuerte impresión, y puede hacerse sin que resulte impropio o indecoroso. Reconozco sin embargo que se corre peligro de que al aplicar el lenguaje de los libros sagrados a los asuntos ordinarios tal vez mengüe el respeto que se les debe. Por consiguiente, si han de introducirse tales frases, que sea con la mayor de las cautelas.

El jueves 8 de abril pasé con él gran parte de la velada, aunque estuvo muy callado. «*La historia de su época*, de Burnet —dijo—, es muy entretenida. Su estilo, qué duda cabe, es mera cháchara. No creo que Burnet mintiera a propósito, aunque arrastraba tantos prejuicios que se las vio y se las deseó para averiguar la verdad de lo que cuenta. Es como el hombre que decide regular su tiempo según indique un determinado reloj, pero sin preguntar nunca si ese reloj adelanta o atrasa».

Aunque no estaba con ánimo de hablar, tampoco estaba deseoso de que yo me despidiera; cuando miré el reloj y vi que eran las doce, exclamó: «¿Y qué nos importa a usted y a mí?». Acto seguido, ordenó a Frank que dijera a la señora Williams que bajaríamos a tomar el té con ella, como hicimos. Se dispuso que al día siguiente fuéramos juntos a la iglesia.

El 9 de abril, Viernes Santo, desayuné con él té y bollos de cruz.^[c188] El doctor Levett, como lo llamaba Frank, fue quien preparó y sirvió el té. Me llevó consigo a la iglesia de St. Clement Danes, donde tenía asiento y reclinatorio propios, y su conducta en el templo, como yo había imaginado, fue de solemne devoción. Nunca olvidaré la trémula gravedad con que pronunció la terrible petición de la letanía: «En

el día de nuestra muerte y en el día del Juicio, sálvanos, Señor».

Fuimos a la iglesia por la mañana y también al oficio vespertino. En el intervalo entre los dos oficios no comimos nada. Él leyó el Nuevo Testamento en griego, y yo estuve ojeando varios de sus libros.

En el *Diario* del arzobispo Laud encontré el siguiente pasaje, que leí al doctor Johnson:

1623. 1 de febrero, domingo. Durante el almuerzo estuve junto al ilustrísimo príncipe Carlos.^[68] Estaba sumamente alegre, habló ocasionalmente con su séquito de muchas cosas. Entre otras, dijo que si se viera en la necesidad de tomar alguna profesión en la vida, no podría ser abogado, para lo cual adujo estas razones: «No puedo —dijo— defender una mala causa, tal como no puedo transigir en una buena».

JOHNSON: «Señor, ése es un falso razonamiento, porque todo tiene una faceta mala, y un abogado no da su brazo a torcer ni se abruma aun cuando la causa que se haya esforzado por defender quede sentenciada en su contra».

Le dije que Goldsmith me había dicho pocos días antes que «así como le encargo los zapatos al zapatero, y la levita al sastre, la religión la tomo yo del sacerdote». Lamenté esta manera tan laxa de hablar. JOHNSON: «Señor, Goldsmith nada sabe. Nunca ha tomado una resolución sobre nada».

Con gran sorpresa por mi parte me invitó a almorzar el Domingo de Resurrección. Nunca supuse que almorzara en su casa, ya que ninguno de sus amigos había sido nunca invitado a su mesa. «Por lo común —me dijo—, como pastel de carne los domingos; se cuece en un horno público, lo cual es muy apropiado, ya que hay un propio que se encarga de vigilarlo, y así se tiene la ventaja de no robar siervos a los oficios de la iglesia para que nos atiendan en la comida».

El 11 de abril, Domingo de Pascua, luego de asistir al oficio en St. Paul fui a visitar al doctor Johnson. Había satisfecho yo una gran curiosidad cuando almorcé con Jean Jacques Rousseau, cuando vivía en Neuchatel; idéntica era mi curiosidad por almorzar con el doctor Samuel Johnson en la penumbra de su retiro, en un patio retranqueado de Fleet Street. Supuse que apenas dispondríamos de cubiertos, y que se nos serviría sólo un plato extraño, tosco, mal aliñado, pero lo hallé todo en perfecto orden. No tuvimos más compañía que la señora Williams y una joven a la que yo no conocía.^[c189] Como un almuerzo allí estaba considerado un hecho singular, y como con frecuencia fui interrogado al respecto, acaso tengan mis lectores el deseo de conocer el menú. Recuerdo que Foote, a propósito de Francis, el negro, quiso dar en suponer que nuestro condumio fue un jigote negro. Lo cierto es que se nos sirvió una buena sopa, una pierna de cordero cocida con espinacas, pastel de ternera y un pudín de arroz.

Del doctor John Campbell, el escritor, dijo Johnson: «Es un hombre muy inquisitivo y muy capaz, un hombre de sólidos principios religiosos, aunque mucho me temo que deficiente en la práctica. Campbell está radicalmente en lo cierto; es de esperar que con el tiempo mejore en la práctica».

Reconoció que, a su juicio, Hawkesworth era uno de sus imitadores. No creía que

Goldsmith lo fuera. Goldsmith, según dijo, tenía mucho mérito. BOSWELL: «Sin embargo, señor, está muy en deuda con usted por haber llegado a tan alto en la estima del público». JOHNSON: «¿Por qué lo dice? Tal vez gracias a la intimidad que conmigo tiene sólo ha llegado antes a donde iba a llegar de todos modos».

Aunque su vanidad a veces excitaba en él un afán competitivo, Goldsmith tenía un grandísimo respeto por Johnson, que recientemente había expresado con gran vehemencia en la dedicatoria^[a nota 252, Vol. IV] de su comedia titulada *Ella se rebaja para la conquista*.^[69]

Johnson observó que habían sido muy pocos los libros impresos en Escocia antes de la unión. Había visto una colección completa en poder del honorable Archibald Campbell, uno de los obispos que no juraron su lealtad.^[70] Ojalá se hubiera mantenido intacta esa colección. Muchos de esos volúmenes hoy se encuentran depositados en la Facultad de Derecho de Edimburgo. Dije al doctor Johnson que tenía intención de escribir la vida del muy culto y muy digno Thomas Ruddiman. Repuso que «de buena gana le prestaría ayuda para honrarle como merece. Ahora bien, su carta de despedida a la Facultad de Derecho, cuando renunció a su cargo de bibliotecario, debiera haberla escrito en latín».

Le expuse una pregunta sobre un hecho de la vida cotidiana que no me supo responder. Tampoco he encontrado a nadie capaz de contestarla. ¿Por qué motivo las mujeres que sirven, aunque estén obligadas a correr con los gastos de su vestuario, reciben un salario muy inferior al de los criados, a quienes por lo común se les proporciona en gran medida ese artículo, cuando además se da el caso de que nuestras criadas domésticas trabajan mucho más que los criados?

Me contó que en doce o tal vez catorce ocasiones había intentado llevar un diario, pero que nunca pudo perseverar lo suficiente. Me aconsejó que lo hiciera: «Lo que más importa recoger por escrito —aseguró— es su estado de ánimo; le conviene anotar también todo cuanto recuerde, ya que a primera vista no podrá juzgar qué es bueno y qué es malo; escriba de inmediato, cuando aún tenga fresca la impresión, pues ya no será igual al cabo de una semana».^[c190]

De nuevo le pedí que me diera detalles de su juventud. «Los tendrá todos por dos peniques —dijo—. Espero que llegue a saber mucho más de mí antes de escribir mi vida». Ese día me contó muchas cosas que puse por escrito cuando llegué a casa, y que he entretejido en partes anteriores de esta narración.

El martes 13 de abril, el doctor Goldsmith, él y yo almorzamos en casa del general Oglethorpe. Goldsmith se explayó sobre el socorrido tema de que nuestro pueblo había degenerado de manera considerable, lo cual era achacable al lujo y la molicie. JOHNSON: «En primer lugar, lo pongo en duda. Creo que hay hoy en Inglaterra tantos hombres altos como hubo siempre. Pero es que, en segundo lugar, aun suponiendo que haya menguado la estatura de nuestros compatriotas, eso nada tiene que ver con el lujo y la molicie, pues hay que tener en cuenta la muy exigua

proporción de habitantes que se dan al disfrute, porque pueden, de una vida regalada. Nuestra soldadesca con certeza no puede vivir con lujos si se cuentan los seis peniques al día que percibe el soldado, y la misma observación cabe aplicarse a casi todas las demás clases. El lujo, en la medida en que llegue a los pobres, les ha de beneficiar. Les fortalecerá, les multiplicará. Ninguna nación ha sido jamás dañada por el lujo, pues, como acabo de señalar, sólo pueden disfrutarlo unos cuantos. Admito que el gran incremento del comercio y de las manufacturas perjudica al espíritu militar de un pueblo, porque suscita la competencia por la riqueza. También perjudica a la constitución física de las gentes, pues se observará que no hay nadie que se dedique a un oficio cualquiera y que por su aspecto no pueda decirse qué trabajo desempeña. Como una parte u otra del cuerpo se emplea más que las restantes, el individuo se deforma en alguna medida. Ahora bien, señor mío, eso no es lujo ni molicie. Un sastre se sienta con las piernas cruzadas, lo cual no es un lujo». GOLDSMITH: «Vamos, vamos: va usted al mismo sitio por otro camino». JOHNSON: «No, señor: afirmo que eso no es un lujo. Demos un paseo desde Charing Cross hasta Whitechapel, atravesando seguramente la mayor acumulación de comercios del mundo entero. ¿Qué tienen de malo cualquiera de esos comercios, si exceptuamos las tabernas en las que se vende ginebra? ¿En qué pueden perjudicar a un ser humano?». GOLDSMITH: «Sea, señor: acepto el reto. La tienda más próxima a Northumberland Road es una de encurtidos». JOHNSON: «Bien, señor: ¿no sabemos con certeza que una criada puede preparar en una sola tarde pepinillos encurtidos en cantidad suficiente para que los consuma toda una familia a lo largo de todo un año? Qué digo: sabemos que cinco tiendas de encurtidos pueden surtir a todo el reino. Además, a nadie se perjudica por preparar encurtidos, ni por comerlos».

Tomamos el té con las señoras y Goldsmith entonó la canción de Tony Lumpkin en su comedia *Ella se rebaja para conquistar*, así como otra muy bonita, una melodía irlandesa, que había pensado para la señorita Hardcastle, pero como la señorita Bulkeley, que interpretaba el papel, no sabía cantar bien, fue suprimida. Después me la escribió, amabilidad por la cual la conservo, y figura ahora en sus poemas. El doctor Johnson, de camino a su casa, se detuvo en los aposentos que tenía yo en Piccadilly, donde tomó el té por segunda vez, hasta que se hizo tarde.

Le dije que al decir de Macaulay no se sabía cómo era capaz de reconciliar sus principios políticos con su moral, esto es, sus conceptos sobre la desigualdad y la subordinación con su deseo de felicidad y bienestar para todos los hombres, que podrían vivir tan ricamente si tuviera cada cual su porción de tierra y ninguno dominara a los demás. JOHNSON: «Pues reconcilio yo muy bien mis principios, porque los hombres son más felices en un estado de subordinación y desigualdad. Si llegaran a verse en ese estado de igualdad que se pregona a los cuatro vientos, pronto degenerarían en bestias. Se convertirían en la nación de Monboddo; les crecería un rabo. Señor mío, todos serían perdedores si tuvieran que trabajar todos para todos, y no habría ningún progreso intelectual. Todo progreso intelectual brota del ocio; todo

el ocio brota del que unos trabajen para otros».

Hablando de la familia Estuardo, comentó: «Puede parecer que la familia que actualmente ocupa el trono haya establecido un derecho al mismo tan sólido como la anterior, debido al consenso general del pueblo; puede parecer que trastocar ese derecho sea motivo de culpa. Al mismo tiempo, reconozco que es una cuestión muy delicada cuando se considera respecto a la casa de los Estuardo. Obligar al pueblo a prestar juramento en cuanto a un derecho en liza es un error. Yo no sé si podría prestarlo. Pero no culpo a quien lo haga». Así de consciente y delicado se mostraba sobre esta espinosa cuestión, que tanto clamor ha ocasionado en su contra.

Hablamos de casos legales. «Las actas procesales que recogen los ingleses — señaló— son muy parcas, pues sólo se toma nota de la mitad de lo que se ha dicho, y de esa mitad gran parte es confusa o errónea. En cambio, en Escocia se recogen puntillosamente por escrito los argumentos de ambas partes en litigio, con la finalidad de que los sopesen el tribunal. Creo que una recopilación de los casos que usted ha defendido, junto con la opinión de los jueces, tendría un gran valor».

El jueves 15 de abril almorcé con él y el doctor Goldsmith en la residencia del general Paoli. Allí encontramos al signor Martinelli, de Florencia, autor de una *Historia de Inglaterra* en italiano, impresa en Londres.

Hablé de Allan Ramsay y su obra *El pastorcillo gentil*, escrita en dialecto escocés, de la que dije que era la mejor composición bucólica que nunca se hubiera escrito, pues no sólo abundaba la bella imaginería rural, los sentimientos justos y placenteros, sino que también era un auténtico cuadro de costumbres, y me ofrecí a enseñar al doctor Johnson lo imprescindible para entenderla. «No —dijo—, no aprenderé. Conservará usted su superioridad gracias a mi desconocimiento».^[c191]

Esto trajo consigo una cuestión, a saber, si un hombre se deprecia cuando otro adquiere idéntico grado de saber. Johnson respondió afirmativamente. Yo sostuve que así podría ser cuando se trata de saberes que engendran sabiduría verdadera, poder y fuerza, hasta el punto de permitir que un hombre detente el gobierno de los demás, si bien un hombre en modo alguno se deprecia cuando los demás llegan a conocer tan bien como él lo que terminan por ser meros placeres: «Comer buenos frutos, beber vinos deliciosos, leer poesía exquisita».

El general comentó que Martinelli era un *whig*. JOHNSON: «Lo lamento. Ello muestra cuál es el espíritu de los tiempos que corren. Se ve obligado a contemporizar». BOSWELL: «Yo más bien diría, señor, que es el *toryismo* lo que tiene preponderancia en este reinado». JOHNSON: «No veo por qué no iba a pensarlo y a decirlo, señor. Ya ve que su amigo, lord Lyttelton, un noble de pura cepa, se ve obligado en su *Historia* a escribir con el espíritu *whig* más vulgar que existe».

Esto suscitó un animado debate sobre si Martinelli debería proseguir su *Historia de Inglaterra* hasta la época actual. GOLDSMITH: «Desde luego que debería». JOHNSON: «No, señor. Causaría graves ofensas. Tendría que contar acerca de todos los notables todavía vivos lo que ni siquiera ellos desean saber». GOLDSMITH: «Tal vez un nativo

tendría que obrar con más cautela e incluso con reserva en su relato, mientras que un extranjero que habita entre nosotros sin prejuicios puede ser considerado como si ocupara el sillón del juez, y puede por tanto decir cuanto piensa con entera libertad». JOHNSON: «Señor, cuando un extranjero da una obra a la estampa, ha de ponerse en guardia y no revelar el yerro ni suscitar el entusiasmo erróneo del pueblo en medio del cual reside». GOLDSMITH: «Él sólo aspira a vender bien su historia y a decir la verdad: el uno es un motivo honesto, el otro es laudatorio». JOHNSON: «Ambos son laudatorios. Es laudatorio que un hombre aspire a vivir de su trabajo, pero ha de escribir para poder vivir de ello, no para que le den en todo el cogote. Yo le aconsejaría llegarse al menos hasta Calais antes de publicar una historia de la época actual. El extranjero que se adhiere a un partido político en este país se encuentra en la peor situación que se puede imaginar: se le tendrá por un mero entrometido. Un nativo al menos puede hacer lo mismo, pero por su propio interés». BOSWELL: «O por principio». GOLDSMITH: «Hay personas que a diario dicen un centenar de mentiras políticas sin que ello les perjudique. Así las cosas, no cabe duda de que uno puede decir la verdad y seguir sano y salvo». JOHNSON: «Veamos. En primer lugar, quien dice un ciento de mentiras ha desarmado la fuerza que las mentiras puedan tener. Por otra parte, un hombre siempre preferirá que se digan cien mentiras de él, antes que consentir que se conozca una sola verdad que prefiera guardar en secreto». GOLDSMITH: «Yo por mi parte diría la verdad, y que se avergüence el diablo si quiere». JOHNSON: «Sí, señor, pero es que el diablo se irritará. Yo quisiera cubrir de vergüenza al diablo igual que usted, pero de lejos preferiría que no me acercara sus zarpas». GOLDSMITH: «Sus zarpas no podrán hacerle daño si cuenta usted con la verdad por escudo».

Se observó que en Londres escaseaba la hospitalidad. JOHNSON: «Ni mucho menos. Cualquiera que tenga nombre, o cierta capacidad de complacer, recibirá abundantes invitaciones en Londres. Tengo entendido que Sterne tenía la agenda llena de compromisos hasta con tres meses de antelación». GOLDSMITH: «Y eso que es un individuo muy aburrido de trato». JOHNSON: «Yo no lo creo».^[c192]

Martinelli nos contó que había convivido muchos años con Charles Townshend, y que un día se aventuró a decirle que era un pésimo contador de chistes. JOHNSON: «Desde luego, señor, eso mismo también puedo asegurarlo yo. Un día, él y unos cuantos convinieron almorzar en el campo; cada uno debía llevar a un amigo en su coche. Charles Townshend pidió a Fitzherbert que lo acompañase, aunque le avisó: “Tendrá que buscarse a alguien que lo traiga de vuelta, pues yo sólo podré llevarlo a la ida”. A Fitzherbert no le hizo mucha gracia el plan, a pesar de lo cual se avino, no sin comentar con sarcasmo: “En el fondo es buena idea, ya que así podrá contar los mismos chistes a la ida que a la vuelta”».

Se habló de un insigne personaje público.^[c193] JOHNSON: «Recuerdo haber estado presente cuando demostró que era tan corrupto, o al menos tan distinto de lo que yo

tengo por un hombre recto, que defendió que un parlamentario se plegara a la disciplina de partido tanto si buena como si mala. Esto, señor, es algo tan lejano de la virtud innata, de la virtud de los escolásticos, que un hombre bueno habrá experimentado un cambio radical antes de poder reconciliar su parecer con semejante doctrina. Equivale a defender la mentira en público, ya que uno miente cuando afirma que es bueno lo que considera malo, y a la inversa. Un amigo nuestro que demasiado eco se hace de ese caballero observó que quien no se somete siempre a su partido es que espera que alguien compre sus servicios. En ese caso, le dije, es que sólo espera ser lo que ya es un caballero».

Hablamos de la posibilidad de que el Rey fuese a ver la nueva comedia de Goldsmith. «Ojalá fuera —dijo éste—. Y no porque a mí —añadió con afectada indiferencia— fuese a hacerme el menor bien». JOHNSON: «En tal caso, digamos que a él sí le podría sentar bien —rió—. No, señor. No consiento esa afectación. Es una solemne tontería. En una tesitura como la nuestra, ¿quién no querría complacer al Supremo Magistrado?». GOLDSMITH: «Ojalá pudiera yo complacerle. Me viene a la memoria un verso de Dryden que dice: “y todo poeta es del monarca amigo”. Habría que darle la vuelta». JOHNSON: «Quite, quite. Hay mejores versos de Dryden sobre este particular:

Pues dependen las universidades de un rey generoso
y nunca fue un rebelde con las artes amistoso».^[c194]

El general Paoli observó que «los rebeldes que triunfan pueden serlo». MARTINELLI: «Felices rebeliones». GOLDSMITH: «No tenemos nosotros esa expresión». GENERAL PAOLI: «Pero ¿y no tienen lo que significa?». GOLDSMITH: «Sí, claro, todas nuestras felices revoluciones. Han dañado nuestra constitución, y seguirán dañándola, hasta que la reparemos con otra feliz revolución». Hasta entonces, no había descubierto yo que mi amigo Goldsmith tuviera a tal extremo los prejuicios de antaño.

El general Paoli, hablando de la nueva comedia de Goldsmith, dijo: «*Il a fait un compliment très gracieux à une certaine grande dame*», refiriéndose a una duquesa de primerísima fila.^[c195]

Expresé mis dudas sobre si Goldsmith realmente tuvo esa intención, con el objeto de saber la verdad de sus propios labios. Tal vez no fuera justo por mi parte el intentar arrancarle esa confesión, pues tal vez no deseara reconocer con toda claridad que hubiera tomado parte en una estratagema contra la corte. Sonrió y vaciló. El general alivió su predicamento enseguida con esta bella imagen: «*Monsieur Goldsmith est comme la mer, qui jette des perles et beaucoup d'autres belles choses, sans s'en appercevoir*». GOLDSMITH: «*Très bien dit, et tres élégamment*».

Se habló de alguien que por lo visto era capaz de anotar taquigráficamente con toda exactitud los discursos pronunciados en el Parlamento. JOHNSON: «Eso es imposible. Recuerdo a un tal Angel que vino a pedirme que le escribiera un prefacio

o una dedicatoria a un libro suyo sobre taquigrafía, y alardeó de que podía escribir a la misma velocidad a la que hablaba un hombre. Con intención de ponerle a prueba, tomé un libro y comencé a leer mientras él ponía mis palabras por escrito, e incluso le hice el favor de leer más despacio que de costumbre. Había avanzado un poco cuando me rogó que desistiera, pues no podía seguirme». Como era la primera vez que oí hablar de ese prefacio o dedicatoria, le dije: «Es de ver, señor, el gasto a que nos obliga al tener que comprar todos los libros a los que ha escrito usted prefacios o dedicatorias». JOHNSON: «Desde luego, he escrito dedicatorias para toda la familia real, quiero decir para toda la última generación de la familia real». GOLDSMITH: «Y es posible que no haya una sola frase de verdadero ingenio en toda una dedicatoria». JOHNSON: «Es posible que no». BOSWELL: «Entonces, ¿por qué razón se pide a una persona determinada lo que cualquier otra podría hacer igual de bien?». JOHNSON: «Es sencillo: unos tienen mayor facilidad y presteza que otros».

Me referí al señor Harris, de Salisbury, un hombre de gran cultura y, en concreto, ilustre conocedor del griego. JOHNSON: «De eso no estoy yo tan seguro. Así nos lo presentan sus amigos, pero no sé yo si sus amigos son quiénes para juzgarlo». GOLDSMITH: «Es aún mucho más; es un dignísimo humanista». JOHNSON: «Bah. Eso no hace al asunto que nos ocupa: eso como mucho demuestra que sabe tocar el violín igual de bien que Giardini, lo cual ni quita ni pone nada a que sea un ilustre conocedor del griego». GOLDSMITH: «Los más grandes instrumentistas perciben muy reducidos emolumentos. Giardini, según tengo entendido, no gana más de setecientas al año». JOHNSON: «Eso desde luego es muy poca cosa para un hombre que hace mejor que nadie aquello en lo que tantos se empeñan. No hay nada, creo yo, en lo que tan a las claras se vea el arte, nada, como tocar el violín. En cualquier otra actividad, siempre se consigue algo, por poco que sea, desde el principio. Cualquiera sabrá forjar una barra de hierro con sólo tener un martillo. Quizá no lo haga tan bien como un herrero, pero lo hará de manera pasable. Un hombre cualquiera puede serrar un tablón y construir una caja, por desmañada que sea. En cambio, démosle un violín y un arco, que no podrá hacer nada con ellos».

El lunes, 19 de abril, vino a verme acompañado por la señora Williams en el coche de punto del señor Strahan y me llevó a cenar con el señor Elphinstone a su academia de Kensington. Que un impresor hubiera amasado una fortuna suficiente para disponer de coche propio era buena muestra de la credibilidad de que gozaba la literatura. La señora Williams dijo que el señor Hamilton, otro impresor, no había tenido que esperar tanto como Strahan, pues disponía de coche propio desde hacía años. JOHNSON: «Hizo bien. La vida es breve. Cuanto antes empiece un hombre a disfrutar de su riqueza, mejor que mejor».

Elphinstone habló de un libro reciente que había causado gran revuelo y admiración, y preguntó al doctor Johnson si lo había leído. JOHNSON: «Lo he mirado». ELPHINSTONE: «¿Cómo? ¿No lo ha leído de cabo a rabo?».

Johnson, ofendido ante semejante insistencia, y obligado a reconocer su manera más bien somera de leer, respondió de un modo cortante: «No, señor. ¿O es que usted lee los libros de cabo a rabo?».

Ese día de nuevo defendió el duelo, con un argumento que siempre me ha parecido el más sólido, y es que si la guerra de carácter público se tiene por coherente con la moralidad, igual ha de suceder con lo que no es sino guerra privada. En efecto, es posible detenerse en los tirantes argumentos que se emplean para reconciliar la guerra con la religión cristiana. En mi opinión está sumamente claro que, como el duelo tiene mejores razones para fundamentar su bárbara violencia, es más justificable que la guerra misma, en la que son millares los que participan sin tener causa personal para un enfrentamiento en el que se masacran unos a otros.

El viernes 21 cené con él en casa del señor Thrale. Un caballero arremetió contra Garrick por su envanecimiento. JOHNSON: «No es de extrañar, señor, que se envanezca; es un hombre que recibe perpetuas adulaciones de todas las maneras que se pueda concebir la adulación. Son tantos los fuelles que han azuzado el fuego que a uno más bien le extraña que a estas alturas no esté ya carbonizado». BOSWELL: «Y es de ver qué fuelles. Lord Mansfield con los carrillos a reventar, lord Chatham más hinchado que Eolo. He leído tales billetes de estos nobles señores dirigidos al actor que bien podría no caber en sí de orgullo». JOHNSON: «Cierto. Cuando aquel a quien todos adulan me adula a mí, soy feliz de veras». SEÑORA THRALE: «Ese sentimiento está en Congreve, me parece». JOHNSON: «Sí, señora. En *Así es el mundo*:

Si hay deleite en el amor, es cuando
veo que quien otros desean hasta sangrar
por mí se desangra de deseo.

»No, señor: no me extrañaría a mí que Garrick encadenase el océano y amarrase los vientos». BOSWELL: «¿No debiera ser al revés, que amarrase el océano y encadenase los vientos?». JOHNSON: «No, señor: recuerde el original, que dice:

*In Corum atque Eurum solitus saevire flagellis
Barbarus, Aeolio nunquam hoc in carcere passos,
Ipsum compedibus qui vinxerat Ennosigaeum.* ^[c196]

»Esto funciona muy bien, cuando los vientos y el mar se personifican y se les llama por sus nombres mitológicos, como en Juvenal; ahora bien, cuando se les llama en lenguaje llano, la aplicación de los epítetos que propongo es tanto más evidente; de ahí que mi amigo, en su imitación del pasaje en que se describe a Jerjes, dice: “Las olas que amarra, y encadena el viento”».

Como se habló de los distintos modos de vida propios de los distintos países, y de las perspectivas diversas con que viajan los hombres en busca de escenarios nuevos, un caballero culto ^[c197] que tiene un cargo de importancia en la justicia se explayó sobre la felicidad de la vida salvaje, y comentó un caso de un oficial del ejército que

había vivido algún tiempo en las regiones deshabitadas de América, del cual, cuando se hallaba en tal situación, citó esta reflexión con admiración manifiesta, como si fuera algo profundamente filosófico: «Aquí estoy yo, libre y sin cortapisas, en medio de la ruda magnificencia de la Naturaleza, con esta india a mi lado y esta escopeta, con la que puedo procurarme alimentos cuando lo necesite. ¿Qué más podría desearse para la felicidad humana?». No se precisa una gran sagacidad para prever que tal sentimiento no se dejaría pasar por alto sin la debida ojeriza. JOHNSON: «No se deje usted, señor, dominar por tan grosero absurdo. Es una triste estupidez; es una brutalidad. Si un buey pudiera hablar, podría exclamar del mismo modo: aquí estoy yo, con esta vaca y este pasto. ¿Qué ser vivo podría disfrutar de mayor felicidad?».

Hablamos del triste final de un caballero^[c198] que se había quitado la vida. JOHNSON: «Fue debido a ciertos problemas imaginarios en sus quehaceres. Si lo hubiera hablado con algún amigo, se habrían disipado de inmediato». BOSWELL: «¿Usted cree, señor, que todo suicida está loco?». JOHNSON: «No es que todos sin excepción padezcan trastornos graves del entendimiento, pero es cierto que una pasión única les acucia de tal modo que terminan por ceder, y se suicidan, tal como un hombre cegado por la pasión da en acuchillar a otro». Y añadió: «A menudo he pensado que cuando un hombre toma la resolución de quitarse la vida, no es la valentía lo que le impulsa a hacer algo, por desesperado que sea, pues ya no tiene nada que temer». GOLDSMITH: «No lo veo yo así». JOHNSON: «No, claro, pero..., mi querido señor, ¿por qué iba usted a ver las cosas como las ven todos los demás?». GOLDSMITH: «Si ha decidido quitarse la vida es por miedo a algo, luego ¿no bastará esa tímida disposición para que se retraiga?». JOHNSON: «Eso no significa que el miedo le haga tomar la resolución; yo me refiero a su estado de ánimo después de tomada la resolución. Suponga que un hombre decide suicidarse, ya sea por miedo, por orgullo, por conciencia o por lo que sea; una vez tomada la resolución ya no tiene nada que temer. Puede ir entonces y matar al Rey de Prusia en presencia de su ejército. Quien está resuelto a matarse no puede temer ni siquiera el potro de tortura. Cuando Eustace Budgel^[c199] se encaminaba hacia la orilla del Támesis decidido a perecer ahogado, bien pudo, sin ninguna aprensión ni respeto por el peligro, dar un rodeo y antes pegarle fuego al palacio de St. James».

El martes 27 de abril, Beauclerk y yo fuimos a visitarle por la mañana. Al adentrarnos por Johnson's Court le dije: «Tengo verdadera veneración por esta plazoleta». Y me alegró comprobar que Beauclerk sentía lo mismo. Lo encontramos solo. Hablamos de las elegantes y muy convincentes^[a nota c376, Vol. II] *Cartas a lord Mansfield* de sir Andrew Stuart,^[c200] un ejemplar de las cuales había hecho llegar su autor al doctor Johnson. «No han respondido a su finalidad —dijo—. No se ha hablado de ellas; yo no he oído comentar nada a nadie. Ello se debe a que no se han vendido. La gente rara vez lee un libro que se le regala, y son pocos los que se regalan. La única manera de dar difusión a una obra consiste en venderla a bajo

precio. Nadie saldrá a comprar algo que cueste siquiera seis peniques si no es con la intención firme de leerlo». BOSWELL: «¿Y no cabe dudar, señor, de que sea sensato e incluso apropiado publicar cartas, poniendo en entredicho la decisión definitiva sobre un caso importante por parte de la suprema judicatura de la nación?». JOHNSON: «Pues no, señor; no veo yo que fuera un disparate la publicación de dichas cartas. Si se considera que son perjudiciales, ¿por qué no contestarlas? Pero no perjudican a nada ni a nadie. Si el señor Douglas es en efecto hijo de lady Jane, no se le puede perjudicar de esta forma; si no lo es, y tiene sin embargo en propiedad la gran hacienda de los Douglas, bien puede prestarse a que Andrew Stuart publique contra él un panfleto. Yo más bien entiendo, señor, que esa publicación es provechosa, ya que nos muestra las posibilidades que encierra la vida del ser humano. Asimismo, señor, no iré a decir que el caso de Douglas fue fácil de resolver con una decisión sencilla, si dividió al tribunal tanto como fue posible dividirlo cuando debía pronunciarse. Cuando los jueces están siete a siete, el voto del presidente del tribunal, decisorio, ha de caer de uno u otro lado; de cara a lo que argumento, poco importa de cuál caiga; es preciso que uno u otro salga vencedor en el litigio, igual que, cuando he de moverme, no importa cuál de las dos piernas adelante. Y en este caso, señor, fue el caso decidido a la inversa. Desde luego que no, señor: no cabe imaginar una decisión más dudosa de una cuestión pendiente».^[71]

«Goldsmith —afirmó— tendría que dejar de desvivirse por brillar siempre en las conversaciones. Carece del temperamento indicado, se mortifica demasiado cuando fracasa. Una justa de chanzas se compone, señor, de una parte de destreza y otra de azar; en ocasiones, a un hombre lo vence otro que no posee ni la décima parte de ingenio que él. Goldsmith se empeña en oponerse a quien sea, y lo hace como quien apuesta cien contra uno sin tener siquiera los cien. Es un empeño tal que a nadie puede valerle la pena. No debe uno apostar cien contra uno si no puede permitirse el lujo de perder los cien, por más que tenga cien posibilidades a su favor: a lo sumo ganará una guinea, pero corre el riesgo de perder cien. Ése es el estado en que se encuentra Goldsmith. Cuando contiende, si se sale con la suya, es bien poco lo que gana un hombre con una reputación como la suya en el mundo literario; si no se sale con la suya, se siente miserable, afrentado, hundido».

El poder superlativo que desplegaba Johnson con su ingenio lo situaba muy por encima del riesgo de caer en tal desasosiego. Hablando de él, Goldsmith me había comentado pocos días antes que «Rabelais y todos los demás ingenios no son nadie a su lado. Con ellos, uno se puede divertir; Johnson en cambio es como si diera un abrazo con toda su fuerza a uno y lo dejara sin resuello y sin ganas de reír, tanto si quiere como si no».

Sin embargo, Goldsmith tenía muy a menudo una gran fortuna en sus pulsos de ingenio, incluso si se los echaba con el propio Johnson. Sir Joshua Reynolds se encontraba con ambos el día en que Goldsmith aseguró que bien podría escribir una buena fábula; señaló la sencillez que requiere esa clase de composición y añadió que

en la mayoría de las fábulas rara vez hablan los animales de acuerdo con el carácter que poseen. «Por ejemplo —dijo—, la fábula de los pececillos que vieron a los pájaros volar por encima de ellos y, muertos de envidia, pidieron a Júpiter que los convirtiera en pájaros. El quid de la cuestión —añadió— estriba, claro está, en hacerles hablar como pececillos». Mientras se consentía esta caprichosa ensoñación y parecía darse de lleno a ella, observó que Johnson se sujetaba los costados hasta no poder contener la risa. Ante lo cual anduvo listo y remachó diciendo: «Caramba, doctor Johnson, pues no es tan fácil como puede parecer, pues si tuviera usted que hacer hablar a los pececillos, hablarían con un vozarrón de ballena».

Aunque notable por la gran variedad de géneros que cultivó, Johnson nunca ejerció su talento en el terreno de la fábula, a no ser que admitamos que sea de esa especie el bello cuento^[c201] suyo recogido en la Miscelánea de la señora Williams. Sin embargo, en su colección de manuscritos he encontrado este otro esbozo:

Una luciérnaga en el jardín vio una vela prendida en un palacio vecino... y se quejó de la pequeñez de su luz; vino otra a contestarle... aguarda un poco, que pronto se apaga... He durado más que muchas de esas luces deslumbrantes que sólo brillan de veras si se consumen hasta quedar en nada.

El jueves 29 de abril almorcé con él en casa del general Oglethorpe, donde estaban sir Joshua Reynolds, el señor Langton, el doctor Goldsmith y el señor Thrale. Estaba yo muy deseoso de conseguir que el doctor Johnson manifestara absoluta firmeza en su resolución de ir conmigo a las Hébridas en el transcurso de este año, y le dije que sobre este particular había recibido una carta del doctor Robertson, el historiador, con la cual se mostró muy complacido, y habló de tal manera del viaje, desde hacía tanto tiempo previsto, que me di por satisfecho de que realmente se propusiera cumplir el compromiso.

Como alguien comentara la costumbre que tienen en Otaheité de comer carne de perro, Goldsmith apuntó que la misma costumbre existe en China; que allí los carniceros de perros son tan corrientes como los de otros animales, y que cuando van al extranjero, todos los perros se les echan encima. JOHNSON: «Eso no se debe a que sea un mataperros. Recuerdo yo a un carnicero de Lichfield al que siempre atacaba un perro de la casa en que vivía yo. Es el olor de la carnicería lo que lo provoca, igual da de qué animales se haya ocupado el matarife». GOLDSMITH: «Sí, es grande el aborrecimiento que tienen los animales ante las señales de una masacre. Si se introduce un barreño lleno de sangre en un establo los caballos enloquecen». JOHNSON: «Lo dudo». GOLDSMITH: «Le aseguro, señor, que es un hecho comprobado». THRALE: «Más valdrá que lo verifique por sí mismo antes de incluirlo en su libro de Historia natural. Si lo desea, puede hacerlo en mi propio establo». JOHNSON: «No, señor; no consentiré que lo demuestre. Si se da por satisfecho cuando toma de otros su información, podrá dar por terminado su libro sin demasiadas complicaciones y sin poner demasiado en peligro su propia reputación. Ahora bien, si se pone a realizar experimentos para un libro tan exhaustivo como el suyo, no terminará nunca; sus

afirmaciones erróneas le caerán encima como la peste, y le echarán en cara que no haya demostrado mediante experimentos todos y cada uno de los particulares que contenga».

Alguien habló del carácter de Mallet, a quien Goldsmith se refirió en un tono despectivo. JOHNSON: «Señor, tengo la certeza de que Mallet poseía talento más que suficiente para mantener viva su reputación literaria durante todo el tiempo que le fuera dado vivir, y tenga por seguro que vivió mucho tiempo». GOLDSMITH: «En eso no puedo yo estar de acuerdo. Su reputación literaria estaba muerta y bien muerta mucho antes de que muriese él de muerte natural. Considero que la reputación literaria de un escritor está viva sólo mientras su nombre sea garantía de que los libreros le paguen buenos dineros por sus derechos. A usted —dijo a Johnson— le consigo yo cien guineas por cualquier cosa que escriba, siempre y cuando me la firme con su nombre».

Salió a relucir la última obra teatral de Goldsmith, *Ella se rebaja para la conquista*. JOHNSON: «Hacía ya muchos años que ninguna comedia regocijaba tanto al público. La suya ha cumplido con creces la gran finalidad del género: que el público se divierta y se regocije».

Goldsmith afirmó que el cumplido que rindió Garrick a la Reina, y que introdujo en el diálogo de *Las casualidades*, que había revisado y modificado durante este año, pecó de ser adulación mezquina y grosera.^[c202] JOHNSON: «Señor, no escribiría yo, no daría solemnemente de mi mano un personaje que fuera más allá de lo que yo considerase verdaderamente real; ahora bien, un discurso en escena, por extravagante que pueda ser la adulación que contenga, es puramente formulario. Siempre ha sido formulario adular a reyes y reinas; tan es así que incluso en nuestros servicios religiosos se emplea el remoquete de “nuestro religiosísimo Rey”, que se usa de manera indiscriminada, al margen de quién sea el rey. Si hasta ellos mismos se adulan sin rebozo: “hemos tenido la graciosa complacencia de otorgar...”. Ahora bien, no hay adulación moderna tan grosera como la de la época de Augusto, en la que al emperador se le deificaba: “*Praesens Divus habebitur Augustus*”.^[c203] En cuanto a la mezquindad a que se refiere —añadió acalorándose—, ¿cómo es posible que sea mezquino en un actor, en un hombre del espectáculo, un individuo que se exhibe por un chelín, adular a su Reina? El empeño sin duda entrañaba riesgos, pues de no haber dado en la diana, ¿qué habría sido de Garrick, qué habría sido de la Reina? Como dice sir William Temple de un gran general, es necesario no sólo que sus planes estén forjados de manera magistral, sino también que sean coronados por el éxito. Señor, es perfectamente idóneo que en una época en la que la familia real no goza de un amplio cariño popular se deje ver que al menos se estima a uno de sus miembros». SIR JOSHUA REYNOLDS: «No veo yo por qué motivo se ha de despreciar la profesión de actor, ya que la gran y definitiva finalidad de todos los empeños del ser humano es propiciar entretenimiento. Garrick propicia más entretenimiento que nadie». BOSWELL: «Dice

usted, doctor Johnson, que Garrick se exhibe por un chelín. A este respecto, está en pie de igualdad con un abogado, que se exhibe por el coste de su minuta, e incluso se atreverá a defender cualquier estupidez, cualquier absurdo, si la defensa del caso lo requiere. Garrick en cambio rehúsa una comedia o un papel que no le agrade, mientras que un abogado nunca rechaza un caso». JOHNSON: «¿Y eso qué demuestra? Sólo que el abogado es mucho peor. Boswell ahora mismo es como Jack en el *Cuento de una cuba*: cuando le desconcierta una discusión, se ahorca.^[c204] Cree que lo voy a hacer pedazos, pero lo dejaré en suspenso». Y rió a carcajadas. SIR JOSHUA REYNOLDS: «El señor Boswell opina que, como la profesión de abogado es incuestionablemente honrada, si de hecho es capaz de mostrar que la profesión de actor aún lo es más demuestra sin duda su argumento».^[c205]

El viernes 30 de abril almorcé con él en casa de Beauclerk, donde se encontraban lord Charlemont, sir Joshua Reynolds y otros miembros del Club Literario, a quienes había tenido la amabilidad de invitar a reunirse conmigo, ya que esa tarde se iba a votar mi candidatura de ingreso en tan distinguida sociedad. Johnson me había hecho el honor de avalarla, y Beauclerk me apoyaba con todo su entusiasmo.

Se habló de Goldsmith. JOHNSON: «Es asombroso lo poco que sabe Goldsmith. Pocas veces aparece en un sitio donde no sea más ignorante que todos los presentes». REYNOLDS: «Y, sin embargo, no hay otro cuya compañía sea más apreciada». JOHNSON: «Sin duda. Cuando se ve a un hombre que tiene las dotes más sobresalientes en su condición de escritor, y que es inferior en carne y hueso, tiene que resultar muy gratificante. Eso que Goldsmith dice cómicamente de sí mismo es muy cierto: siempre se sale con la suya cuando razona consigo a solas, dando a entender que es dueño de un tema en su gabinete, tema sobre el cual puede escribir muy bien; cuando se reúne con alguien, se confunde, se traba, no da una a derechas. Como poeta, su *Viajero* es de una gran belleza, desde luego, y también lo es su *Aldea desierta*, de no ser porque muy a menudo es demasiado eco de su *Viajero*. En efecto, ya lo tomemos como poeta, como autor de comedias o como historiador, descuella entre los demás y está en primera fila». BOSWELL: «¡Historiador! Mi querido señor, ¿no pondrá usted su compilación de la historia de Roma a la altura de otros historiadores de su tiempo?». JOHNSON: «¿Por qué no? ¿Quién está por delante de él?». ^[c206] BOSWELL: «Hume... Robertson... Lord Lyttelton». JOHNSON (comenzaba a aflorar su antipatía hacia el escocés): «No he leído a Hume, pero no me cabe duda de que la *Historia* de Goldsmith es mucho mejor que la verborrea de Robertson o el aire de petimetre que se da Dalrymple». BOSWELL: «¿No está dispuesto a reconocer la superioridad de Robertson, en cuya *Historia* hallamos tal penetración en los hechos, tal... pintura de los mismos?». JOHNSON: «Preciso es considerar cómo se emplean esa penetración y esa pintura. No es historia lo que escribe, sino producto de la imaginación. Quien describe lo que nunca vio, se inspira en la fantasía. Robertson pinta el intelecto como pinta sir Joshua las caras en una pieza histórica: imagina un

semblante heroico. Hay que considerar la obra de Robertson simple romance, y hay que juzgarla por ese rasero. Historia no es. Además, señor, es gran excelencia de un escritor que ponga en su libro todo lo que en su libro quepa. Eso lo ha hecho Goldsmith en su *Historia*. Robertson quizá haya metido el doble en el suyo. Robertson es como el hombre que envuelve el oro con lana: la lana ocupa mucho más espacio que el oro. No, señor; siempre he creído que Robertson terminaría aplastado con su propio peso, que terminaría enterrado bajo sus propios ornamentos. Goldsmith dice sucintamente cuanto uno aspira a saber; Robertson nos detiene más de la cuenta. Nadie leerá los estorbos y detalles de Robertson por segunda vez; en cambio, la narración sencilla de Goldsmith complacerá siempre, una y mil veces. Yo a Robertson le diría lo que un antiguo preceptor de la universidad dijo a sus discípulos: “Leed vuestras composiciones, y siempre que topéis con un pasaje que os parezca especialmente bueno, suprimidlo”. La concisión de Goldsmith es mejor incluso que la de Lucius Florus o la de Eutropius; yo incluso diría que, si se le compara con Vertot, [c207] el suyo es un arte de la compilación, de decir cuanto desea decir de manera placentera y llana. Ahora está escribiendo una *Historia natural*. Seguro que le sale tan entretenida como un cuento persa».

No puedo dar por zanjado el tema que me ocupa sin observar que es probable que el doctor Johnson, quien reconocía que a menudo «hablaba para ganar», más bien puso objeciones convincentes a las excelentes obras históricas del doctor Robertson, en el fragor de la discusión, y no expresó una opinión verdadera y decidida, pues no es fácil suponer que difiriese de manera tan abierta con el resto del mundo literario.

JOHNSON: «Recuerdo haber estado una vez con Goldsmith en la abadía de Westminster. Mientras contemplábamos el Rincón de los Poetas», le dije: «*Forsitan et nostrum nomen miscebitur istis*» [72].

Cuando llegamos a Temple Bar, me detuvo y me señaló las cabezas que había encima, [c208] y me susurró ladinamente: «*Forsitan et nostrum nomen miscebitur istis*» [73].

Johnson hizo un gran elogio de John Bunyan. «Su Progreso del peregrino tiene gran valor por la invención, la imaginación, la manera de conducir el relato; ha tenido la mejor prueba de su mérito, que es la aprobación general y constante por parte de la humanidad. Creo que muy pocos libros han tenido tan grandes ventas. Es notable que tenga un comienzo tan semejante al poema de Dante. Sin embargo, no existía traducción ninguna de Dante cuando escribió Bunyan. Hay motivo para pensar que había leído a Spenser». [c209]

Se comentó una propuesta que se había ventilado recientemente, a saber, que en lo sucesivo se erigieran monumentos a las personas de más eminencia tanto en la catedral de St. Paul como en la abadía de Westminster, y alguien preguntó quién debiera tener el honor de que su monumento fuera el primero en erigirse allí. Alguien sugirió que fuese Pope. JOHNSON: «Señor, Pope era católico, no lo pondría yo el

primero. Creo que es Milton quien debiera tener prioridad.^[74] Ahora aún le tengo en mayor estima que a los veinte años. Contienen sus obras y las de Butler mayor pensamiento que las de nuestros demás poetas».

Alguno de los presentes expresó su pasmo e inquirió por qué el autor de un libro tan excelente como *Todo el deber del hombre* insistía en ocultarse.^[75] JOHNSON: «Pueden existir varias razones, cualquiera de las cuales pudiera ser suficiente por sí sola. Puede tratarse de un clérigo, que ha entendido que sus consejos en materia de religión tal vez tuvieran menos peso si se supiera que proceden de un hombre cuya profesión es la de teólogo. Puede tratarse de un hombre cuya práctica no se adecue a los principios que predica, de modo que su reputación tal vez perjudicase el efecto de su libro, que habría escrito durante una temporada de penitencia. Puede tratarse asimismo de un hombre sumamente acendrado en la abnegación, seguro de no obtener compensación por sus píos desvelos en este mundo, prefiriendo referirlo todo a un estado futuro».

Los caballeros presentes se marcharon a su club, y me dejaron en casa de Beauclerk hasta que me fuera anunciado el resultado de la votación. Estuve sentado, sumido en un estado de gran ansiedad, que ni siquiera la encantadora conversación de lady Di Beauclerk pudo disipar del todo. En breve recibí la agradable comunicación de que había sido elegido miembro. Me apresuré a comparecer en el lugar de la reunión, y fui presentado ante una sociedad como rara vez se encuentra: Edmund Burke, a quien vi entonces por vez primera, y cuyo espléndido talento me había hecho ardientemente deseoso de conocerlo desde tiempo atrás; el doctor Nugent, el señor Garrick, el señor Goldsmith, el señor (después sir) William Jones, además de las personas con las que había compartido la cena. Cuando entré, Johnson se situó tras una silla, sobre cuyo respaldo se apoyó como si fuera un atril o un púlpito, y con humorística formalidad me hizo una encomienda, indicando la conducta que de mí se esperaba en condición de buen miembro del club.

Goldsmith expuso unos versos sumamente absurdos, que se habían recitado públicamente a cambio de dinero. JOHNSON: «Puedo yo igualar esos desatinos. Había un poema titulado *Eugenio*, que salió hace unos años, y que concluye así:

Y ahora, elfos inanes, ruines e ínfimos,
rebotantes de nada, de orgullo, de vosotros mismos,
ved a Eugenio, contemplad despacio su faz
y hundidos en vosotros mismos, y no seáis más.^[76]

»No, qué digo; Dryden, en su poema a la Royal Society, tiene estos versos:

Hemos de llegar al último confín del globo,
y ver el océano en el cielo tendido;
conocer a nuestros vecinos más remotos,
y el mundo lunar espiar tranquilos».

Hablando de retruécanos y juegos de palabras, Johnson, quien tenía un gran desprecio

por esa manifestación del ingenio, ^[a nota c108, Vol. I] se dignó reconocer que había un buen retruécano en la *Menagiana*, creo que sobre el vocablo *corps*.^[77]

Hubo muchas y muy placenteras conversaciones, que Johnson disfrutó con grandísimo buen humor. Ahora bien, por sí sola, su conversación, o bien lo que a ella conducía, o se entretejía con ella, es la materia de la que este libro se ocupa.^[c210]

El sábado, primero de mayo, almorzamos solos en nuestro antro de costumbre, la Taberna de la Mitra. Estaba plácido, aunque poco predispuesto a hablar. Comentó que «los irlandeses se llevan con los ingleses mejor que los escoceses; su lengua está más próxima al inglés; prueba de ello es que muchos triunfan en la profesión de actor, cosa que no sucede entre los escoceses. Por otra parte, carecen de ese acendrado sentir nacional que se encuentra en los escoceses. Le haré justicia a usted, Boswell, si afirmo que es el más *desescotizado* de sus compatriotas. Es usted casi el único ejemplo de escocés, que yo conozca, que en cada una de sus frases no saca a relucir a algún otro escocés».

Tomamos el té con la señora Williams. Introduje un asunto que había causado gran agitación en el seno de la Iglesia de Escocia: si tiene o no fundamento la aspiración de los patronos laicos, que afirman estar investidos del derecho de nombrar a los presbíteros de las parroquias que son de su patrocinio, y, en el supuesto de que tenga fundamento, si ha de ejercerse tal designación sin el concurso de los feligreses. La Iglesia se compone de una serie de judicaturas: el Presbiterio, el Sínodo y, por último, la Asamblea General; ante todas ellas es posible defender esta cuestión; en algunos casos, como el Presbiterio rehúsa promover o acomodar, como lo llaman, a la persona recomendada por el patrono, se ha estimado necesario apelar a la Asamblea General. Johnson dijo que podría encontrar un buen tratamiento de la cuestión en la *Defensa de las pluralidades*,^[c211] y si bien consideraba que un patrono debiera ejercer su derecho con la debida sensatez y sensibilidad por las inclinaciones de los feligreses de la parroquia, entendió con toda claridad el fundamento de su derecho. Suponiendo que la cuestión hubiera de ser argüida ante la Asamblea General, me dictó cuanto sigue:

En las judicaturas inferiores suele oponerse por lo común al derecho de los patronos la alegación de conciencia. Es la conciencia la que dicta a los feligreses que ellos mismos deben escoger a su pastor; la conciencia señala que no se debe imponer a una congregación un pastor ingrato e inaceptable para sus fieles. La conciencia no es más que esa convicción que sentimos en nuestro fuero interno de que algo ha de hacerse o evitarse; en cuestiones de moralidad simple y que no causen perplejidad, la conciencia es muy a menudo una guía en la que se puede confiar plenamente. Ahora bien, antes de que la conciencia lo determine, el estado de la cuestión es completamente conocido. En los temas que atañen a la ley, o a los hechos, la conciencia muy a menudo se confunde con la opinión. A nadie puede dictarle su conciencia cuáles son los derechos de otra persona; es preciso conocerlos mediante indagación racional o investigación histórica. La opinión, sin perder de vista que quien la tiene puede llamarla conciencia, tal vez enseñe a algunos que la religión puede experimentar mejoras, amén de ser preservada en paz, otorgando universalmente a todos la libre elección de sus pastores y vicarios. Sin embargo, muy mal formada está la conciencia que viola los derechos de un solo hombre por pura conveniencia de otro. No ha de mejorar la religión mediante la injusticia; nunca se ha demostrado tampoco que una elección popular se llevase a cabo muy en paz.

Que habrá violación de la justicia mediante la transferencia al pueblo del derecho de patrocinio es algo

evidente para todo el que sepa dónde tiene su origen ese derecho. El derecho de patrocinio no fue en principio un privilegio que el poder arrancase a unos pobres indefensos que no ofrecieron resistencia. No se trata de una autoridad en principio usurpada en tiempos de ignorancia, y establecida sólo por sucesión y por precedentes. No es una concesión que caprichosamente haga un tirano a otro que es su subalterno. Es un derecho adquirido a muy alto precio por quienes primero lo tuvieron, y en justicia heredado por quienes les han sucedido. Cuando se implantó el cristianismo en esta isla, se prescribió una forma regular de adoración en público; los propietarios de las tierras, a medida que se fueron convirtiendo, construyeron iglesias para el uso y disfrute de sus familias y sus vasallos. Para la manutención de los pastores y vicarios de la iglesia asignaron una determinada porción de sus tierras; delimitaron un distrito en el que a cada pastor y vicario se le exigía administrar sus cuidados, y esa circunscripción fue lo que constituyó una parroquia. Ésta es una situación tan admitida en Inglaterra que la extensión de las fincas que corresponden a una casa solariega y la de una parroquia suelen estar en reciprocidad equivalente. Las iglesias que los propietarios de esas tierras así construyeron y dotaron son las que con justicia se consideraron autorizados a proveer de pastores y vicarios; allí donde prevalece el gobierno episcopal, el Obispo no tiene el derecho de rechazar a un hombre designado por el patrono, salvo si hubiera cometido un delito que pudiera excluirlo del sacerdocio. Como la dotación de la iglesia era dádiva del terrateniente, éste gozaba en consecuencia de libertad para dársela según su elección a un hombre capaz de desempeñar los sagrados oficios y que fuera de su entera confianza. No era el pueblo quien lo elegía, ya que el pueblo no pagaba.

A veces hemos oído decir premiosamente que de ese derecho original ya no queda ni memoria, que ha sido obliterado del todo por las muchas transmisiones de la propiedad y por los cambios de gobierno; que apenas queda una sola iglesia en manos de los legítimos herederos de quienes la construyeron; que quienes hoy afirman tener ese derecho se han apropiado subsiguientemente del mismo por mil causas tan accidentales como desconocidas. Es posible que gran parte de ello sea verdad. Ahora bien, ¿de qué manera se extingue el derecho de patrocinio? Si el derecho está unido indisolublemente a las tierras, su propiedad se rige por la misma equidad patrimonial que rige la propiedad de las tierras. Es, en efecto, parte de la casa solariega, y goza de la misma protección, por las mismas leyes, de que goza cualquier otro privilegio. Supongamos que una finca se confisca por delito de traición, y que la Corona la otorga a una nueva familia. Con las tierras se han confiscado todos los derechos concurrentes a las mismas; en aras de ese mismo poder que otorga las tierras, también se otorgan los derechos. El derecho que el patrono ha perdido no recae en el pueblo, sino que o bien lo conserva la Corona o bien, cosa que para el pueblo es lo mismo, la Corona lo otorga a quien fuera. Aun cuando cambie de manos con gran frecuencia, es poseído por quien lo recibe concurrentemente con el mismo derecho con que fue transmitido. Al igual que todas nuestras demás posesiones, bien puede ser expropiado por la fuerza u obtenido de manera fraudulenta. Pero sigue sin causarse perjuicio alguno al pueblo, pues lo que nunca tuvo no lo puede perder jamás. Cayo puede usurpar el derecho de Ticio, pero ni Cayo ni Ticio perjudican con ello al pueblo, y a nadie le incita la conciencia, por sensible o activa que pueda tenerla, a la recuperación de algo que, según se puede demostrar, jamás le fue arrebatado. Suponiendo algo que entiendo que no se puede demostrar, a saber, que una elección popular de pastores o vicarios fuera deseable, ese poder sólo debería estar en manos de los misericordiosos, y las riquezas en posesión de los generosos, si bien las leyes están obligadas a dejar tanto la riqueza como el poder allí donde lo encuentran, por lo que a menudo quedan las riquezas en manos de los codiciosos y el poder en manos de los crueles. La conveniencia puede ser la regla en las cosas de menor envergadura, allí donde no se ha establecido otra regla. Pero como la finalidad última del gobierno es dar a cada cual lo suyo, no habrá mayor inconveniencia que la de dar incertidumbre al propio derecho. Tampoco hay nadie que tanto se enemiste con la paz y el orden público como quien inculca en el sentir de los débiles imaginarias reclamaciones, y tronza la serie natural de la subordinación civil incitando a las clases bajas de la raza humana a usurpar las pertenencias de la clase alta.

Habiendo así mostrado que el derecho de patrocinio originalmente adquirido puede ser objeto de una transferencia legal, y que ahora se encuentra en poder de sus legítimos propietarios, al menos con la misma certeza que cualquier otro derecho, no hemos dejado a los abogados del pueblo otro recurso que el de la conveniencia. Por consiguiente, sopesemos ahora qué ganaría en realidad el pueblo con una abolición general del derecho de patrocinio. Lo más deseable de semejante transformación sería sin duda que el país contara con mejores pastores, vicarios y presbíteros. Ahora bien, ¿por qué íbamos a suponer que la parroquia haya de tomar una decisión más sabia que su patrono? Si suponemos que la humanidad actúa según su interés, es más probable que el patrono escoja con cautela, pues será quien más se resienta de una mala elección. Las deficiencias de su pastor e incluso los vicios de éste le ofenden por igual que al resto de la congregación, pero siempre tendrá una razón más para lamentarlos, y es que serán imputados a su absurdidad o a sus corruptelas. Es bien sabido que las cualidades de un pastor y de un vicario han de ser ante todo la erudición y la piedad. De su grado de erudición, probablemente el patrono sea el único juez apto en toda la parroquia; su piedad no la juzgará peor que los demás; es asimismo más lógico que haga una investigación minuciosa y diligente de su carácter antes de presentarlo a la congregación y designarlo titular de la parroquia, más en todo caso que cualquiera de los pertenecientes a la

chusma parroquiana, que no podrá sino dar su voto. Tal vez se afirme que si bien la parroquia tal vez no elija al mejor de los vicarios, al menos elegirá al vicario que más le agrada, y que por tanto oficiará con la mayor eficacia. Nunca se ha tenido por finalidad del buen gobierno que la ignorancia y la maldad obtengan siempre lo que quieran; el gran beneficio del buen gobierno, el que perdura y sobresale, consiste en que los sabios decidan por los simples y que los constantes actúen por los veleidosos. Ahora bien, que este argumento suponga al pueblo capaz de juzgar y de resolver actuar según el criterio más apropiado, aun siendo suficientemente absurdo, no es todo el absurdo que contiene. Supone no sólo sabiduría, sino también unanimidad en quienes en cualquier otra ocasión no han sido unánimes ni sabios. Si debido a una anómala concurrencia todas las voces de una parroquia se unieran en la elección de un solo hombre, aunque no podría yo acusar al patrono de injusticia en caso de que presentara a su pastor o vicario sí lo censuraría por falta de amabilidad y por imprudencia. Ahora bien, es evidente que, como en cualquier otra elección popular, existirá contrariedad en el juicio y acrimonia en las pasiones, de modo que ante una vacante en el puesto de vicario la parroquia se fragmente en facciones encontradas, y la competencia por la elección del nuevo pastor siembre la discordia entre los vecinos y las desavenencias en el seno de las familias. Al vicario se le enseñarán todas las artes del candidato: a unos los adulará, sobornará a otros; los electores, como en cualquier otro caso, pedirán días feriados y cerveza, y se romperán unos a otros la crisma durante el jolgorio propio de la campaña. No obstante, al final tendrá que llegar la hora en que una de las facciones se imponga a las demás, y en que uno de los vicarios tome posesión de la iglesia. ¿En qué términos ingresa en su condición de vicario, si no es enemistado con la mitad de sus feligreses? ¿Por medio de qué prudencia o diligencia puede aspirar a conciliar los afectos del partido gracias a cuya derrota ha obtenido una forma de ganarse la vida? Todo el que haya votado en su contra entrará en la iglesia cabizbajo, con el ceño fruncido, temeroso de toparse con el vecino cuyo voto e influencia han podido más que los suyos. Odiará a su vecino porque se le ha opuesto, y a su vicario por haber prosperado gracias a la oposición; nunca lo verá si no es con rencor; nunca lo mirará si no es con odio. Del vicario que el patrono presente a la parroquia, rara vez tendrá nada malo que decir, al margen de que no lo conoce bien. Del vicario elegido por suscripción popular, los que no estuvieron a su favor habrán incubado en su seno el encono y el rechazo. La ira la excita sobre todo el orgullo. El orgullo de un hombre corriente se exaspera poco ante la presunta usurpación de un superior al que se reconoce como tal. Soporta solamente una pequeña participación en el mal de todos, y lo aguanta de consuno con el resto de la parroquia; ahora bien, cuando la contienda se dirime entre iguales, la derrota entraña muchos agravantes, y quien sale derrotado por el vecino de al lado rara vez se da por satisfecho sin tomarse cumplida venganza. Es difícil decir qué grado de amargura, de malignidad, no prevalecerá en la parroquia cuando tales elecciones se celebren con frecuencia y la enemistad y la inquina de la oposición se reaviven antes de haberse enfriado.

Aunque expongo ante mis lectores los magistrales pensamientos del doctor Johnson sobre la materia, me parece de rigor declarar que no obstante mi condición de patrono laico no suscribo por entero su opinión.

El viernes 7 de mayo desayuné con él en casa del señor Thrale, en el Borough. Mientras estábamos solos, me desviví por disculpar a una dama^[c212] que se había divorciado de su marido mediante decreto parlamentario. Dije que él la había maltratado, que había tenido con ella un comportamiento brutal, y que ya no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que su marido sin que su delicadeza se contaminara; que todo el afecto que por él tuviera se había destruido; que desaparecida la esencia de la unión conyugal sólo quedaba la frialdad formal del trato, una mera obligación civil; que ella estaba aún en la flor de la vida, dotada de abundantes cualidades para dar y experimentar la felicidad; que todo eso no debía echarse a perder, y que el caballero a cuenta del cual había solicitado y obtenido el divorcio había conquistado su corazón pese a la desdichada situación en que se hallaba. Seducido quizá por los encantos de la dama en cuestión, traté así de paliar lo que en mi fuero interno sabía que carecía de justificación posible, pues cuando terminé mi enardecido discurso mi venerable amigo me cortó por lo sano: «Mi querido señor, no acostumbre a mezclar en su ánimo el vicio y la virtud. La mujer es

una puta, y punto redondo».

Describió de esta forma al padre de uno de sus amigos:^[c213] «Era un orador tan exuberante en las reuniones públicas que los caballeros de su tierra le tenían miedo. Debido a sus declamaciones, era imposible cerrar ningún trato con él».

No me creyó del todo cuando le comenté que había mantenido una conversación por señas con unos esquimales que por entonces se hallaban en Londres, en particular con uno de ellos, que era sacerdote. Pensó que me habría sido imposible hacerme entender. No había hombre más incrédulo en cuanto a un hecho particular, que por otra parte nada tenía de extraordinario; por consiguiente, no había hombre más escrupulosamente inquisitivo, animado siempre por el fin de averiguar la verdad.

Ese día almorcé con él en casa de mis amigos Edward y Charles Dilly, libreros del Poultry; estuvieron presentes también el señor Dilly del condado de Bedford, hermano de ambos; el doctor Goldsmith; el señor Langton; el señor Claxton; el reverendo doctor Mayo, presbítero disconforme; el reverendo señor Toplady, y mi buen amigo el reverendo señor Temple.

Se mencionó la compilación de los viajes por los Mares del Sur que había compuesto Hawkesworth.^[a nota c130, Vol. I] JOHNSON: «Señor, si de ello se habla por ser asunto de comercio, será provechoso; ahora bien, si se considera un libro llamado a incrementar la cultura de los hombres, me temo que es bien poca cosa. Hawkesworth sólo puede contar lo que los viajeros le hayan contado, y es bien poco lo que han descubierto; tengo entendido que sólo han hallado un animal nuevo». BOSWELL: «Pero muchos insectos». JOHNSON: «Señor, en lo referente a los insectos calcula Ray que en Gran Bretaña hay veinte mil especies. Siendo así, podrían haberse quedado aquí y haber descubierto más que suficientes».

Hablando de aves, comenté el ingenioso ensayo de Daines Barrington en contra de la idea más admitida sobre las migraciones. JOHNSON: «Creo que tenemos de la migración de las becasidas todas las pruebas que cabría desear. Vemos que desaparecen en determinada estación del año; algunas, cuando se fatigan de tanto volar, se posan como es sabido en la arboladura de los navíos que avistan en alta mar». Uno de los presentes señaló que tenía pruebas de que algunas se encontraban en verano en tierras de Essex. JOHNSON: «Eso, señor, refuerza nuestro argumento. *Exceptio probat regulam*. Que algunas se hayan encontrado demuestra que, si se quedasen todas, se encontrarían mucha». GOLDSMITH: «Las golondrinas emprenden una migración parcial: las más fuertes emigran, pero las otras no».

BOSWELL: «Tengo garantías de que los habitantes de Otaheité, que tienen a su alcance el árbol del pan, cuyo fruto les sirve como el pan a nosotros, se echaron a reír a carcajadas cuando se les informó del tedioso procedimiento que necesitamos nosotros para hacer el pan: arar el campo, sembrar, escarificar, segar la mies, trillarla, moler el grano, cocerlo...». JOHNSON: «Todos los salvajes ignorantes se reirán a carcajadas cuando se les comuniquen las ventajas de la vida civilizada. Si uno

tuviera que contar a los hombres que viven sin casas cómo apilamos un ladrillo tras otro, cómo tendemos viga tras viga, y que cuando se levanta una casa hasta cierta altura un hombre cae de un andamio y se parte la crisma, se reirían a mandíbula batiente de nuestra malsana forma de construir casas, pero no se sigue de ello que los hombres vivan mejor sin casas. No, señor —añadió levantando en alto una barra de buen pan blanco—: esto es infinitamente mejor que el árbol del pan».

Repitió un argumento que se encuentra en su *Rambler*^[c214] contra la idea de que la creación, por parte de los animales, esté provista de la facultad del razonamiento: «Las aves construyen sus nidos por instinto; nunca progresan; construyen su primer nido igual de bien que todos los que construirán en su vida». GOLDSMITH: «Sin embargo, si uno se lleva un nido lleno de huevos, el ave construye otro más ligero y vuelve a poner». JOHNSON: «Señor, eso es porque la primera vez tiene todo el tiempo que necesita, y hace el nido a conciencia. En el caso que señala, el ave está apremiada para poner, y por eso arma el nido de prisa, por lo cual es más ligero». GOLDSMITH: «La nidificación de las aves es una de las cosas que peor conocemos en la Historia natural, a pesar de ser una de las más curiosas».

Introduce la cuestión de la tolerancia. JOHNSON: «Todas las sociedades tienen derecho a preservar la paz y el orden público; por consiguiente, tienen derecho a prohibir la propagación de opiniones que muestren una tendencia negativa. Afirmar que el magistrado tenga ese derecho equivale a emplear mal el vocablo: lo tiene la sociedad, de la que el magistrado es un agente. Moral o teológicamente puede equivocarse al restringir la propagación de aquellas opiniones que considere peligrosas, pero políticamente hace bien». MAYO: «Yo, señor, soy de la opinión de que todos los hombres tienen derecho a la libertad de conciencia en lo religioso, y entiendo que el magistrado no es quien para restringir ese derecho». JOHNSON: «Estoy de acuerdo con usted. Todos los hombres tienen derecho a la libertad de conciencia, en lo cual no puede interferir el magistrado. Se suele confundir la libertad de pensamiento con la libertad de expresión; qué digo, con la libertad de prédica. Todos los hombres tienen el derecho físico a pensar como les plazca, ya que no es posible descubrir cómo piensa cada cual. No se trata de un derecho moral, pues su deber es informarse y pensar con justicia. Sin embargo, señor, ningún miembro de una sociedad tiene derecho a enseñar ninguna doctrina que sea contraria a la que esa sociedad tiene por verdadera. El magistrado, digo yo, puede equivocarse en lo que piense, pero mientras piense que tiene razón puede y debe aplicar lo que piensa y hacer que se cumpla». MAYO: «De ser así, señor, persistiremos siempre en el error, y nunca se impondrá la verdad, y el magistrado acertó al decretar la persecución de los primeros cristianos». JOHNSON: «El único método por el cual puede establecerse sin margen de error la verdad en materia de religión es el martirio. El magistrado tiene pleno derecho de aplicar lo que piense y la obligación de hacer que se cumpla, y quien posea plena conciencia de la verdad tiene todo el derecho a sufrir persecución y

martirio. Mucho me temo que no exista otra forma de precisar la verdad, si no es mediante la persecución de una parte y el sufrimiento de la otra». GOLDSMITH: «¿Y cómo ha de actuar el hombre, digo yo? Si bien convencido firmemente de la verdad de su doctrina, ¿no es posible que considere un error exponerse a la persecución? ¿Tiene derecho a ello? ¿No equivaldría eso, por así decir, a un suicidio voluntario?». JOHNSON: «Señor, en cuanto al suicidio voluntario, como lo llama usted, hay en un ejército veinte mil hombres que no tendrán reparo en dejarse pegar un tiro, y que están en la brecha por cinco peniques al día». GOLDSMITH: «¿Y tienen derecho moral de hacer tal cosa?». JOHNSON: «No, señor; si no admite usted la opinión universal de la humanidad, no tengo más que añadir. Si la humanidad no sabe defender su propia forma de pensar, no puedo defenderla yo. Señor mío, si un hombre está en duda y no sabe si lo mejor es exponerse al martirio o no, es preferible que no lo haga. Ha de estar convencido de que es un delegado que sólo cumple órdenes del Cielo». GOLDSMITH: «Yo sopesaría si en conjunto existe una mayor posibilidad de obrar bien o de obrar mal. Si veo a un hombre que ha caído en un pozo, mi deseo será ayudarlo a salir, pero si la posibilidad de que él me arrastre al pozo es mayor que la posibilidad de que yo pueda sacarle, me abstendré de intentarlo. Si tuviera yo que ir a Turquía, tal vez tuviera el deseo de convertir al Gran Signor a la fe cristiana, pero cuando considerase que muy probablemente me dieran muerte sin haber logrado mi propósito en la menor medida, entendería que sería preferible quedarme mano sobre mano». JOHNSON: «Señor, debe usted reparar en que tenemos obligaciones perfectas e imperfectas. Las obligaciones perfectas, que por lo común consisten en el imperativo de no hacer algo, son claras e indudables; por ejemplo, “no matarás”. En cambio, la caridad, por ejemplo, no tiene límites definibles. Es un deber dar a los pobres, pero no hay quien pueda afirmar cuánto debe dar otro a los pobres, ni cuándo ha dado un hombre con tanta racanería que no salvará su alma. Del mismo modo, es un deber enseñar al que no sabe, y es en consecuencia natural convertir a los infieles al cristianismo, pero no hay nadie, en el decurso natural de las cosas, que esté obligado a llevarlo a cabo hasta el extremo de incurrir en el riesgo del martirio, tal como nadie está obligado a despojarse incluso de la camisa para dársela a los pobres en una obra de caridad. He dicho antes que el hombre debe estar persuadido de que tiene una delegación particular decretada por el Cielo». GOLDSMITH: «¿Y eso cómo se sabe? Nuestros primeros reformadores, que fueron quemados en la hoguera por no creer que el pan y el vino eran Cristo Nuestro Señor...». JOHNSON (interrumpiéndole): «Señor, no fueron quemados en la hoguera por no creer que el pan y el vino sean Cristo, sino por insultar a quienes creían que lo son. Y, por cierto, señor mío, cuando los primeros reformadores emprendieron su tarea, no tenían la intención de ser martirizados: fueron muchos los que se dieron a la fuga como mejor pudieron». BOSWELL: «Pero, señor, está asimismo su paisano Elwal, quien según me dijo usted mismo desafió al rey Jorge y a sus mil esbirros y a sus mil guardias rojos». JOHNSON:

«A mi paisano Elwal tendrían que haberle puesto en el cepo: un púlpito apropiado para él, desde el que habría gozado de una bien nutrida concurrencia. Un hombre que predique desde el cepo siempre tendrá oyentes en abundancia». BOSWELL: «Pero Elwal consideraba que estaba en lo cierto». JOHNSON: «Aquí no proveemos a los dementes; ya tienen sitios adecuados en los alrededores» (refiriéndose a Moorfields). MAYO: «De todos modos, señor, ¿no es excesivamente duro que no se me permita enseñar a mis hijos lo que yo de veras creo que es la verdad?». JOHNSON: «Señor, usted se las ingenia para enseñar a sus hijos *extra scandalum*; sin embargo, el magistrado, si se entera, tiene el derecho de imponerle restricciones. ¿Y si enseñara usted a sus hijos a ser ladrones?». MAYO: «Eso es burlarse del asunto». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor; tómesele de este modo: usted les enseña la comunidad de los bienes, noción a favor de la cual hay tantos argumentos convincentes como los hay de las doctrinas más desencaminadas. Usted les enseña que, al principio, todas las cosas eran propiedad del común, y que ningún hombre tenía derecho a poseer nada más que aquello que tuviera entre las manos, y que ésta sigue siendo, o debiera ser, una regla de oro para la humanidad. Así, señor, socava uno de los grandes principios de la sociedad: la propiedad privada. ¿No le parece que en tal caso el magistrado tendría derecho a impedirselo? Suponga, si no, que usted enseñase a sus hijos la idea de los adamitas: que deban ir desnudos por las calles. ¿No tendría el magistrado derecho a azotarlos para que vistieran sus jubones?». MAYO: «A mi juicio, el magistrado no tiene ningún derecho a interferir mientras no se produzca un acto flagrante». BOSWELL: «Así pues, aun cuando vea a un enemigo del Estado armado con un trabuco, no ha de interferir mientras no lo dispare». MAYO: «Ha de estar seguro de que lo dirige contra el Estado». JOHNSON: «Es el magistrado quien ha de juzgar eso. No tiene derecho a restringir su pensamiento, porque el mal que de él pueda desprenderse se centra en usted mismo. Si un hombre estuviera sentado ante esta mesa y estuviera tronzándose los dedos, el magistrado, en calidad de custodio de la comunidad, no tendría autoridad para impedirselo, pero podría hacerlo por amabilidad, como un padre. Aunque ciertamente, si lo sopesara más despacio, creo que sí tendría autoridad para impedirselo, pues se diría que quien se corta los dedos de un tajo es probable que pronto se ponga a cortar los de los demás. Si a mí me parece correcto robarle el plato al señor Dilly, soy un mal hombre, pero él no me podrá decir nada. Si hago una declaración abierta y anuncio que me propongo hacerlo, me impedirá la entrada en su casa. Bastará con que alargue la mano para que me envíe a la cárcel de Newgate. Así se da la gradación entre pensar, predicar y actuar: si un hombre piensa de un modo erróneo, puede guardar sus pensamientos para sí, y nadie le molestará; si predica una doctrina errónea, la sociedad puede expulsarlo de su seno; si actúa en consecuencia de lo que piensa y predica, la ley ha de intervenir y ha de ajusticiarlo».^[c215] MAYO: «Sin embargo, señor, ¿no tendrían que disponer los cristianos de libertad de conciencia?». JOHNSON: «Ya se lo he dicho, señor. Vuelve usted al punto de partida».

BOSWELL: «El doctor Mayo siempre toma una posta de regreso, y siempre vuelve a la escena de origen. Dispone de ella por la mitad del precio». JOHNSON: «El doctor Mayo, como otros adalides de la tolerancia ilimitada, dispone de un conjunto finito de palabras.^[78] Señor, políticamente es lo de menos que el magistrado tenga razón o no, que obre bien o no. Supongamos que se formase un club donde se brindase por la confusión del rey Jorge III, y por una feliz restauración al trono de Carlos III;^[c216] esto sería pésimo para el Estado, pero todos los miembros de ese club han de conformarse a sus reglas, o bien serán expulsados de su seno. El viejo Baxter, ahora que recuerdo, sostiene que el magistrado debe “tolerar todo lo que sea tolerable”. No es una buena definición de la tolerancia bajo ningún principio, pero demuestra que bien entendía que ciertas cosas no eran tolerables». TOPLADY: «Señor, ha desenmarañado usted este difícil asunto con grandísima destreza».

Durante toda esta conversación, Goldsmith estuvo intranquilo y agitado por su deseo de meter baza y brillar. Al sentirse excluido, había tomado su sombrero y se disponía a marcharse, pero permaneció allí de pie con el sombrero en la mano, como el tahúr que, al término de una larga noche, aún aguarda un poco más junto a la mesa, por ver de hallar una apertura favorable con la que redondear el éxito de la noche. Una vez, cuando a punto estaba de decir algo, se vio abrumado por la voz tonante de Johnson, que ocupaba la cabecera opuesta de la mesa, y ni siquiera reparó en el intento de Goldsmith. Desilusionado, truncado su deseo de recabar la atención de los presentes, se dejó llevar por un arranque de ira y arrojó el sombrero mirando a Johnson con enojo, y exclamó con amargura: «Tómelo». Iba Toplady a decir algo, y Johnson emitió un sonido, lo cual llevó a Goldsmith a pensar que iba a comenzar de nuevo, quitándole la palabra a Toplady, con lo cual aprovechó la ocasión y dio rienda suelta a su envidia y malestar, so pretexto de acudir en auxilio de un tercero: «Señor —dijo a Johnson—, el caballero lleva una hora escuchándole pacientemente; le ruego nos permita oír lo que desea decir». JOHNSON: «Señor —dijo con severidad—, no iba yo a interrumpirle. Tan sólo le he dado señal de que cuenta con toda mi atención. Es usted un impertinente». Goldsmith no dijo nada. Siguió allí durante un rato.

Uno de los presentes^[c217] se aventuró a preguntar al doctor Johnson si no existía una diferencia material entre la tolerancia de las opiniones que llevan a la acción y la tolerancia de las opiniones meramente especulativas; por ejemplo, ¿sería un error que el magistrado tolerase a quienes predicaban en contra de la doctrina de la Trinidad? Johnson se sintió sumamente ofendido. «Me pregunto, señor, cómo es posible que un caballero tan piadoso como usted pueda introducir esta cuestión ante una concurrencia mixta en sus creencias sobre la materia». Después me comentó que lo impropio del asunto era debido a que tal vez parte de los presentes hablase de ello en términos que podrían haberle herido, o que se hubiera visto conminado a presentarse ante la concurrencia como un hombre estrecho de miras. Con deferencia y sumisión, el caballero dijo que sólo había insinuado la cuestión por mero deseo de conocer la

opinión del doctor Johnson. «Es sencillo —repuso—. Creo que permitir a los hombres que prediquen cualquier opinión contraria a la doctrina de la Iglesia establecida tiende en cierto grado a reducir la autoridad de la Iglesia y, en consecuencia, a disminuir la influencia de la religión». «Podría considerarse —dijo el caballero— si no sería políticamente aconsejable tolerarlo en tal caso». JOHNSON: «Señor mío, hemos hablado de derechos, de lo que es justo. Ésa es otra cuestión. Creo que no es políticamente aconsejable tolerarlo en tal caso».

Aunque no le pareciera adecuado que se tratara un tema tan peliagudo ante una concurrencia mixta en cuanto a tal materia, y aunque por consiguiente descartó en esta ocasión la cuestión teológica, su propia creencia en el sagrado misterio de la Trinidad está fuera de toda duda, como bien se ve en este pasaje de su devocionario particular: «Oh, Señor, escucha mis oraciones por Jesucristo tu Hijo, a quien contigo y con el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea rendido todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos, amén».^[79]

BOSWELL: «Díganos por favor, señor Dilly, qué tal se vende la *Historia de Irlanda* del doctor Leland». JOHNSON (en un generoso estallido de indignación): «Los irlandeses viven en un estado sumamente antinatural, pues bien se ve que allí una minoría se impone a la mayoría.^[c218] No hay un solo ejemplo, ni siquiera en las diez persecuciones,^[c219] de una severidad tal como la que han ejercido los protestantes contra los católicos. De haberles dicho que los hemos conquistado y sometido, habría sido puro desatino: castigarlos mediante la confiscación de sus bienes y otras penalidades, como a los rebeldes, fue una injusticia monstruosa. El rey Guillermo nunca fue su legítimo soberano; no lo habría reconocido como tal el Parlamento de Irlanda cuando se alzaron en armas contra él».

Hice una sugerencia favorable a los católicos, TOPLADY: «Su invocación a los santos, ¿no presupone la omnisciencia por parte de éstos?». JOHNSON: «De ninguna manera; sólo presupone pluripresencia, y cuando los espíritus están desgajados de la materia parece probable que vean con mayor alcance que en estado corpóreo. Por tanto, en la invocación a los santos no hay riesgo siquiera lejano de usurpación de los atributos divinos. Pero sí creo que es adoración voluntaria, y presunción. No veo que la prescriba ningún mandamiento, y creo que por tanto es más seguro no practicarla».

Langton, él y yo fuimos juntos al club, donde nos encontramos a Burke, Garrick y otros miembros, entre ellos nuestro amigo Goldsmith, que permaneció en silencio, meditabundo y malhumorado, dándole vueltas a la reprimenda que le endilgó Johnson después del almuerzo. Johnson se percató de ello, e hizo un aparte con nosotros: «Lograré que Goldsmith me perdone». Lo llamó en voz alta: «Doctor Goldsmith, algo ha pasado hoy donde almorzamos usted y yo, por lo cual le pido perdón». Goldsmith respondió plácidamente: «Mucho ha de significar para usted, señor, que yo me lo tome a mal». Y de ese modo se zanjó la diferencia y volvieron a tratarse en términos tan amistosos como siempre, y Goldsmith habló por los codos,

como de costumbre.

Esa noche, yendo de camino al club, cuando lamenté que Goldsmith se esforzase tanto por brillar a la primera de cambio, con lo que a menudo quedaba en evidencia, Langton observó que en nada se parecía a Addison, quien siempre se dio por contento con la fama de sus escritos, sin querer acaparar también la excelencia de la conversación, para la cual se consideraba él mismo mal pertrechado; a una dama que se le quejó de que «apenas hubiese hablado en compañía de los demás» dijo así: «Señora, ahora mismo sólo llevo nueve peniques encima, pero me pueden fiar por miles de libras».^[c220] Apunté que Goldsmith tenía oro en abundancia en su gabinete, pero que, no contento con ello, siempre andaba sacando el monedero. JOHNSON: «Así, es, señor, ¡y cuántas veces no resulta que lo tiene vacío!».

El deseo insaciable de Goldsmith por sobresalir en público fue con frecuencia ocasión de que pareciera tan en desventaja que uno a duras penas lograba suponer siquiera por asomo que fueran posibles tales patinazos en un hombre de genio.^[c221] Cuando su reputación de literato había subido mercedamente como la espuma, y por todas partes se le cortejaba y se requería su compañía, dio en ponerse muy celoso de la atención que por doquiera se prestaba a Johnson. Una noche, estando en un círculo de ingenios, se molestó conmigo por haber dicho yo que Johnson tenía derecho a gozar de una superioridad incuestionable. «Señor —me dijo—, está usted a favor de crear una monarquía en lo que debiera ser república».

Aún se vio más mortificado una vez en que, hablando ante varias personas con gran fluidez y vivacidad, y felicitándose incluso al reseñar la admiración que le rendían todos los presentes, un alemán que estaba sentado a su lado reparó en que Johnson cambiaba ostensiblemente de postura, cual si fuese a decir algo, de modo que le hizo callar en seco, diciéndole: «Chitón, chitón, que el Toctorr Shonson fa a decirr algo». Fue sin duda una gran provocación, en especial para una persona tan irritable como Goldsmith, quien a menudo recordó el incidente con grandes aspavientos de indignación.

También es de observar que Goldsmith a veces disfrutaba cuando se le trataba con llaneza y familiaridad, aunque en ocasiones se daba unos aires de importancia completamente improcedentes. Buena muestra de ello la tenemos en un caso de poca relevancia. Johnson tenía la afición de contraer los nombres de sus amigos, y así Beauclerk era Beau; Boswell, Bozzy; Langton, Lanky; Murphy, Mur; Sheridan, Sherry. Recuerdo un día en que Tom Davies refería que el doctor Johnson dijo que «estamos todos devanándonos los sesos para poner título a la obra teatral de *Goldy*»; Goldsmith pareció enojado de que alguien se tomara tales libertades con su nombre, y dijo: «A menudo he deseado que no me llame *Goldy*». Tom era notablemente atento a las circunstancias más nimias que rodeaban a Johnson. Recuerdo que una vez me dijo, nada más llegar yo a Londres, «señor, nuestro gran amigo ha mejorado más si cabe el apelativo que da al viejo señor Sheridan. Ahora lo llama *Sherry derry*».

8 de mayo de 1773

Señor,

le transmito mi más sincero agradecimiento por las adiciones que aporta a mi *Diccionario*, pero la nueva edición ya se ha publicado hace algún tiempo, de manera que no podré incluirlas. Desconozco si alguna vez volveré a revisarlo. Si muchos lectores hubieran sido tan juiciosos, diligentes y comunicativos como usted, mi obra habría sido mucho mejor. El mundo ha de contentarse con ella tal como es. Soy, señor, su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El domingo 8 de mayo^[c222] almorcé con Johnson en casa de Langton con el doctor Beattie y otros invitados. Peroró sobre el tema de la propiedad intelectual: «Parece haber en los escritores —señaló— un derecho de propiedad más fuerte incluso que el de quien se acoge al derecho de ocupación; se trata de un derecho metafísico,^[c223] un derecho, por así decir, inherente a la creación, que por su propia naturaleza debiera ser perpetuo; sin embargo, el consenso de las naciones es contrario a ello y, en efecto, la razón, y los propios intereses de la cultura, están en contra de que así sea, ya que si fuera perpetuo ningún libro, por grande que pudiera ser su utilidad, gozaría nunca de difusión universal entre la humanidad entera, siempre que a su propietario se le metiera entre ceja y ceja el restringir su circulación. Ningún libro gozaría de la ventaja de una edición anotada, por más necesarias que fueran las notas para su elucidación, si su dueño se opusiera perversamente a ello. Por lo tanto, por el bien general del mundo, toda obra de verdadero valor que haya creado un autor, puesta en circulación por él, ha de tenerse como algo que ya no obra en su poder, sino como algo que es propiedad del público; al mismo tiempo, su autor ha de tener pleno derecho a gozar de una recompensa adecuada. Y es preciso que se le garantice mediante el derecho exclusivo sobre su obra durante un considerable número de años».

Vituperó la extraña especulación de lord Monboddó sobre el estado primitivo de la naturaleza humana, observando que «es mera conjetura, señor, sobre algo baladí, aun cuando se demostrase que es verdad. El saber siempre es bueno, sea de la especie que sea; las conjeturas, sobre aquello que tenga utilidad, son buenas. Ahora bien, una conjetura acerca de algo cuyo conocimiento es baladí, como es que los hombres anduvieran alguna vez a cuatro patas, es de todo punto inservible».

El lunes 9 de mayo, como mi previsión era emprender viaje de regreso a Escocia a la mañana siguiente, tuve deseos de estar con el doctor Johnson todo el tiempo que pudiera, pero antes fui a ver a Goldsmith para despedirme de él. Los celos y la envidia que, si bien poseía muchas cualidades sumamente admirables, francamente reconoció en más de una ocasión, estallaron violentamente durante esta entrevista. Otra vez en que Goldsmith confesó su naturaleza envidiosa discutí con Johnson y sostuve que no debíamos enojarnos con él, puesto que era sincero al reconocerlo. «De

ninguna manera —dijo Johnson—. Tiene que enfurecernos que un hombre tenga en tal superabundancia una cualidad detestable, hasta el punto de no guardársela para sí, ya que rebosa por doquiera». A mi entender, Goldsmith no tenía esa cualidad en cantidad mayor que otras personas, sino que hablaba de ello con mayor desenfado.

Pareció muy molesto de que Johnson fuera a viajar; dijo que «para mí sería un peso muerto el tener que llevarlo conmigo, y reconozco que no sería capaz de llevarlo a rastras por las Tierras Altas y las Hébridas». Tampoco tuvo paciencia para dejar que me extendiera sobre las magníficas facultades de Johnson; exclamó: «¿No le parece igual que Burke, que da vueltas en torno a un tema como si fuera una serpiente?». «Ni mucho menos —dije—. Johnson es el Hércules que estrangulaba serpientes estando en la cuna».

Almorcé con Johnson en casa del general Paoli. Debido a una indisposición tuvo que ausentarse pronto; sin embargo, me dio cita para la tarde en casa del señor Chambers, ahora sir Robert, en el Temple, adonde fui por lo tanto a la hora pactada, aunque lo encontré todavía muy molesto. Chambers, como es natural en tales casos, le recetó diversos remedios. JOHNSON (roído por el dolor): «Le ruego no me irrite. Espere a que esté mejor, ya me dirá después cómo curarme». Se repuso y habló con noble entusiasmo de la conservación de la respetabilidad de las familias de mayor alcurnia. El celo y el ardor que puso en esta cuestión es circunstancia extraordinariamente digna de nota en su carácter, si se piensa que él carecía de toda pretensión de nobleza. Una vez le oí decir que «es un gran mérito en mí el entusiasmo que pongo en la subordinación y en los honores de nacimiento, pues a duras penas sé quién fue mi abuelo». Defendía la dignidad y la conveniencia de la sucesión por línea masculina, oponiéndose al criterio de uno de nuestros amigos,^[c224] que aquel día había recabado los servicios del señor Chambers para la redacción de su testamento, legando su finca a sus tres hijas de preferencia a un heredero varón que era pariente lejano. Johnson las llamaba «las tres *maritornes*», y dijo con altivez equiparable a la del barón más audaz de los mejores tiempos del feudalismo que «una antigua heredad debería ir siempre a manos de los varones. Es necedad inmensa permitir que un desconocido se adueñe de ella por casarse con la propia hija y adoptar el propio apellido. En cuanto a las propiedades que se adquieren por compra, dense si se quiere al perro, llamado Towser, y que éste conserve el nombre que le es propio».

Le he visto a veces divertirse de una manera extraordinaria ante lo que para otros era mera minucia. Se echó a reír a carcajadas sin razón aparente, al menos sin una que nosotros pudiéramos percibir, de que nuestro amigo hiciera testamento; lo llamó *testator* y añadió: «Yo diría que está convencido de haber hecho una gran cosa. No parará hasta que llegue a su casa de campo y muestre a todos ese maravilloso documento; visitará al dueño de la primera posada del camino y, luego de un oportuno preámbulo sobre la muerte y la incertidumbre de la vida, le dirá que no posponga ni un instante el momento de testar; aquí, señor, le dirá con la boca llena: aquí está mi testamento, que acabo de redactar con ayuda de uno de los mejores

juristas del reino, y se lo leerá de cabo a rabo —dijo sin dejar de reírse—. Cree que ha hecho testamento, pero no lo ha hecho: es usted, Chambers, quien se lo ha dado hecho. Confío que haya tenido más sensatez que para hacerle decir “en pleno uso de sus facultades”, ¡ja, ja, ja! Confío que me haya dejado algo en herencia. Le habría puesto yo el testamento en verso, cual si fuera una balada».

De esta manera tan jocosa continuó un buen rato, riéndose de sus joviales lindezas, que desde luego no fueron las que cabría esperar del autor del *Rambler*, pero que aquí se preservan con el fin de que mis lectores puedan tener conocimiento de las características menos corrientes y más livianas de un hombre tan ilustre.

El señor Chambers bajo ningún concepto disfrutó con esta jocosidad en un asunto del que *pars magna fuit*,^[c225] y pareció impaciente por librarse de nosotros. Johnson no podía dejar de reír, y así continuó hasta llegar a la puerta del Temple. Allí tuvo tal ataque de risa que pareció a punto de sufrir una convulsión y, con afán de encontrar apoyo, se sujetó a uno de los postes que hay a la orilla de la acera, prorrumpiendo en risotadas tan sonoras que en el silencio de la noche parecían propagarse como campanadas estentóreas desde Temple Bar hasta Fleet Ditch.

Esta exhibición sumamente absurda de jocosidad por parte del temible, melancólico y venerable Johnson^[c226] vino muy oportunamente a contrarrestar la sensación de tristeza que solía embargarme cuando de él me despedía durante un tiempo considerable. Le acompañé hasta la puerta de su casa, donde me dio su bendición.

De sí mismo anota este año: «Entre Pascua y Pentecostés, habiendo siempre considerado esa época del año propicia para el estudio, intenté aprender el bajo holandés».^[81] Es de observar en este punto que reconoce la más que probable influencia de las estaciones en el ánimo del ser humano, que en cambio ha ridiculizado en sus escritos. Sus progresos, añade, se vieron truncados por unas fiebres, «que debido a un empleo imprudente de la letra pequeña le dejaron una inflamación en su ojo bueno». No podemos menos que admirar su brioso espíritu cuando tenemos presente que, en medio de una complicación de trastornos corporales y anímicos, estaba pese a todo deseoso de mejorar en lo intelectual. En distintos días aparecen en su agenda notas sobre los estudios que emprendió a lo largo del año, como, por ejemplo:

Inchoavi lectionem Pentateuchi. Finivi lectionem Conf. Fab. Burdonum. Legi primum actum Troadum. Legi Dissertationem Clerici postremam de Pent. 2 de los sermones de Clark. L. Appolonii pugnam Betriciam L. centum versus Homeri.

Sirva como muestra de las adquisiciones que en el campo de la literatura acumulaba perpetuamente, con las que acrecentaba su intelecto, al tiempo que se acusaba de acidia.

En este año falleció la señora Salusbury, madre de la señora Thrale. Por esta señora parece que tuvo un gran aprecio, y honró su memoria con un epitafio.^[82]

En una carta fechada en Edimburgo el 29 de mayo le apremié a que perseverase en su resolución de realizar este año su proyectada visita a las Hébridas, de la cual habíamos hablado a lo largo de muchos años, pues seguía teniendo absoluta confianza en que nos proporcionaría grandes entretenimientos.

A James Boswell

Johnson's Court, Fleet Street,
5 de julio de 1773

Querido señor,
cuando me llegó su carta, tan abrumado me encontraba, tan sumido en la negrura por la inflamación de un ojo, que por un tiempo ni siquiera pude leerla. Ahora ya puedo escribir sin mayores molestias, y puedo leer lo impreso en un cuerpo grande. La letra pequeña se me resiste. Poco a poco se me fortalece el ojo, y espero darle deleite en la contemplación de un *loch* de Caledonia.

Chambers se marcha a Bengala a ocupar el puesto de juez, con un salario de seis mil al año. Viajaremos juntos hasta Newcastle, desde donde me será fácil llegar a Escocia. Hágame saber exactamente en qué fecha se toma vacación de los tribunales. He de conformarme un poco a la disponibilidad de Chambers, igual que él a la mía. La fecha que usted señale habrá de ser el punto fijo al que de común acuerdo trataremos de acercarnos todo lo posible. Con la salvedad del ojo, me encuentro muy bien.

A Beattie lo miman, lo invitan, lo agasajan, lo cubren de obsequios y lo adulan tanto los grandes que apenas lo he visto. Tengo fundadas esperanzas de que esté de sobra bien atendido, de modo que viviremos de él en Marischal College sin compasión ni modestia.^[c227]

_____ ^[c228] marchó de la ciudad sin despedirse de mí, yéndose sumamente indignada_____,^[c229] ¿No le parece sumamente pueril? ¿Qué se habrá hecho de mi herencia?

Confío en que su querida esposa y su querida hijita estén bien. También las habré de ver cuando llegue. Y sostengo esa opinión tan de usted, a saber, que sospecho que cuando haya visto a la señora Boswell estaré más reacio a marcharme. Soy, señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Escribame en cuanto le sea posible. Chambers está en Oxford.

Volví a escribirle para informarle de que el Tribunal Supremo de Escocia levantaba sus sesiones el 12 de agosto, con la esperanza de que llegase algunos días antes, y expresando quizá de manera harto extravagante la admiración que por él tenía, y las esperanzas de que gozase de grandes placeres con nuestro viaje previsto.

A James Boswell

3 de agosto de 1773

Querido señor,
partiré de Londres el viernes día 6. No tengo intención de haraganear por el camino. No puedo decirle con exactitud qué día he de estar en Edimburgo. Supongo que buscaré una posada y enviaré a un mozo en su busca.

Me temo que Beattie no estará en su colegio a tiempo de que lo veamos, y lamentaré no tener ocasión de hacerlo, pero no hay forma de acomodarse a todas las conveniencias. Haremos las cosas lo mejor que podamos. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

3 de agosto de 1773

Querido señor,
al no hallarme en casa del señor Thrale cuando se recibió su carta, había escrito la nota adjunta y la tenía sellada; aquí me la traje a franquear y me encontré con la suya. Si hay algo capaz de reprimir mi entusiasmo y mi ardor, es una carta como la suya. Decepcionar a un amigo es una gran ingratitud, pero quien se forma expectativas como las de usted ha de verse a la fuerza decepcionado. Piense sólo que, cuando me vea, verá a un hombre que lo quiere y que se enorgullece y se alegra de que usted lo quiera. Soy, señor, su afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Al mismo

Newcastle,
11 de agosto de 1773

Querido señor,
aquí llegué anoche y espero, pero no puedo prometer, que estaré en Edimburgo el sábado. Beattie no llegará tan pronto. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Su estancia en Escocia se prolongó desde el 18 de agosto, día de su llegada, hasta el 22 de noviembre, cuando emprendió su regreso a Londres. Estoy persuadido de que nadie ha pasado jamás noventa y cuatro días seguidos dedicado a tan vigoroso ejercicio.

Vino a Edimburgo por Berwick upon Tweed; en Edimburgo estuvo unos cuantos días, y luego emprendió camino por St. Andrew, Aberdeen, Inverness y Fort Augustus hasta las Hébridas, la visita a las cuales era el objetivo principal de su viaje. Visitó las islas de Sky, Rasay, Col, Mull, Inchkenneth e Icolmkill. Viajó al condado de Argyle por Inverary, y de allí, por Loch Lomond y Dunbarton, a Glasgow, y luego por Loudon a Auchinleck, en Ayrshire, solar de mi familia; después, por Hamilton, regresó a Edimburgo, donde volvió a pasar algún tiempo. De este modo vio las cuatro universidades de Escocia, sus tres ciudades principales, las Tierras Altas y la vida de las islas en la medida en que le pareció suficiente para su contemplación filosófica. Tuve el placer de acompañarle durante todo su viaje. Fue respetuosamente agasajado por los grandes, los cultos, los elegantes, donde quiera que fuese; no por ello le deleitó menos la hospitalidad que experimentó en sitios de mayor humildad.^[c230]

Sus variadas aventuras, así como la fuerza y la vivacidad de su intelecto, tal como lo ejerció a lo largo de esta peregrinación a cuenta de innumerables asuntos, las he recogido y desplegado con toda fidelidad y al máximo de mi capacidad en mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, al cual, como el público lector ha tenido la deferencia de honrarlo por medio de una muy extensa circulación,^[c231] ruego me sea permitido remitirme, por tratarse de una porción aparte de su vida, independiente y en sí misma muy notable,^[83] que puede examinar con todo detalle en dicho volumen, pues en él se

exhibe una visión pasmosa de su poderío en la conversación, tanto como lo hacen sus propias obras de su excelencia en la escritura. Tampoco puedo negarme la muy halagadora gratificación de insertar en este punto el retrato que mi amigo, el señor Courtenay, ha tenido a bien pintar de esa obra:

Igual que en la pincelada de Reynolds, vivida, fiel, osada,
ferviente lo expone Boswell a nuestra mirada.
En cada trazo vemos expandirse el intelecto,
brota de la mano del discípulo el maestro;
el escritor entusiasmo, alabamos su feliz vena,
agraciada con el ingenio del sabio Montaigne, y la flema.
No sólo se despliegan las facetas alabadas,
pues hasta las máculas del carácter se plasman.
Vemos divagar al andarín con exigente sonrisa,
otear el árbol solitario, la isla de brezales vestida;
cuando el relato heroico de Flora^[c232] embelese,
vestido con un *kilt* esgrime el escudo de un jefe:
el gaitero melodioso se arranca por compás marcial
y Samuel entona: «El rey tendrá lo que le toca en su pedestal».

Durante su estancia en Edimburgo, a su regreso de las Hébridas, se desvivió por obtener información atingente a Escocia; en cartas posteriores bien se ve que no disminuyeron sus solicitudes de nuevos datos tras su regreso a Londres.

A James Boswell

27 de noviembre de 1773

Querido señor,

llegué a casa ayer noche sin mayor incomodidad, peligro ni fatiga, y estoy listo para principiar un nuevo viaje. Iré a Oxford el lunes. Sé que la señora Boswell deseaba que me fuese;^[84] sus deseos se han cumplido. La señora Williams ha recibido la carta de sir A.^[85]

Transmita mis cumplidos a todos los que mis cumplidos de buena gana acojan.

Haga que la caja^[86] me sea remitida con toda la celeridad que sea posible, e indíqueme para cuándo puedo esperarla.

Entérese de cuál es el orden de los clanes: Macdonald el primero, Maclean el segundo, pero no sé ir más allá. Diga al doctor Webster^[87] que se dé prisa. Soy, señor, afectuosamente, su amigo

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 2 de diciembre de 1773

... Dispondrá de cuanta información pueda procurarle en cuanto al orden de los clanes. Un caballero que se apellida Grant me dice que no existe un orden pactado entre ellos, y señala que los Macdonald no ocuparon el ala derecha del ejército en la batalla de Culloden,^[c233] sino que ésta fue encomendada a los Estuardo. Ahora bien, interrogaré a testigos de diversos apellidos, a todos los que pueda encontrar aquí. Apremiaré al doctor Webster. Me agradan sus indicaciones; son síntoma de que se ha tomado muy a pecho su libro de viajes por el norte de la isla.

La caja le será enviada la semana próxima por barco. Encontrará en ella algunos trozos de la retama que vio usted crecida en el castillo viejo de Auchinleck. La madera presenta un curioso aspecto cuando se sierra de través.

Podrá encargarse con ellos una pequeña escribanía, o bien que se los sierren en tablas para ponerlas de cubiertas a un tratado sobre brujería, que seguro que son encuademación idónea...

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 18 de diciembre de 1773

... Me prometió usted una inscripción para un grabado tomado de un cuadro histórico de María Estuardo, Reina de Escocia, obligada a abdicar de su corona, que el señor Hamilton, de Roma, me ha pintado por encargo. Me han llegado estas dos:

«*Maria Scotorum Regina meliori seculo digna, jus regium civibus seditiosis invita resignat*».

«*Cives seditiosi Mariam Scotorum Reginam sese muneri abdicare invitam cogunt*».

Tenga la amabilidad de leer el pasaje en Robertson y ver si no puede darme una inscripción mejor. He de tenerla tanto en latín como en inglés, de modo que si no me diera otra en latín elija al menos la mejor de estas dos y envíeme una traducción...

Su disposición humanitaria y comprensiva fue sometida a una muy dura prueba cuando regresó a Londres, debido a la libertad que se había tomado Thomas Davies durante su ausencia, consistente en publicar dos volúmenes titulados *Piezas misceláneas y fugaces*, que anunció en los periódicos consignando que eran «del autor del *Rambler*». En esta recopilación se incluyeron varios escritos reconocidos del doctor Johnson, varias de sus publicaciones anónimas y algunas que había escrito para otros, aunque también figuraban algunas composiciones con cuya autoría nunca tuvo ninguna relación. Al principio montó en cólera, pues razones no le faltaban. Sin embargo, considerando la penuria de su pobre amigo, y el hecho de que sólo tuviera previsto un estrecho margen de beneficio, así como que no lo hizo con mala intención, pronto se sosegó y siguió tratándolo con la misma amabilidad que antes.

1774: ÆTAT. 65.] En el transcurso de su examen de conciencia retrospectivo sobre este año parece haberse encontrado abatido, pues el 1 de enero de 1774 dice así: «Ha pasado este año trayendo tan pocas mejoras y progresos que dudo si no habrá menguado bastante mi saber en vez de aumentar algo».^[88] Sin embargo, sabemos cómo leyó y cómo conversó durante este periodo.

Se hallaba seriamente entregado a escribir una relación de nuestros viajes por las Hébridas, a raíz de lo cual tuve el placer de que menudease nuestra correspondencia.

A James Boswell

19 de enero de 1774

Querido señor,

un catarro ha estorbado mis operaciones, o yo al menos me halago y me consuelo diciéndome que de no ser por el catarro habría hecho grandes progresos. Pero no he recibido ninguna información del doctor W——, ni del Servicio de Aduanas, ni

de usted. No me ha llegado la descripción del pequeño burgo.^[89] Nada sobre la lengua erse. Nada he sabido de mi caja.

Debe usted apresurarse y conseguirme todo cuanto pueda, cuanto antes, o bien me las habré de arreglar sin su ayuda, y lo haré.

Dé mis recuerdos a la señora Boswell y dígame que no la estimo menos porque deseara que me marchase. Bastantes quebraderos de cabeza le causé; me agradaría, en recompensa por tantos sinsabores, procurarle cualquier placer que la contentase.

Mandaría de buena gana un recadero a las Hébridas si supiera de qué modo puede hacérseles llegar a mis buenos amigos de allá. Entérese y hágame saber.

Transmita mis cumplidos a todos los doctores de Edimburgo y a todos mis amigos, del uno al otro confín de Escocia.

Escríbame, envíeme cuanta información pueda reunir. Si cualquier paquete fuera demasiado voluminoso para el correo, hágame llegar por transporte terrestre. No sé qué me da de pensar en fiarme de los vientos y las olas. Soy, querido señor, su más afectuoso etc.,

SAM. JOHNSON

Al mismo

Londres,
7 de febrero de 1774

Querido señor,

uno o dos días después de escribirle mi última carta, con todo mi descontento, me llevé la grata alegría de recibir

mi caja. Pero aún debo encarecerle que apremie al doctor Webster, y que siga usted recopilando cuanto le parezca de utilidad.

Oglethorpe estuvo conmigo esta mañana, ya sabe usted lo que le traía por aquí. Lo recibí con los brazos abiertos.

Diga a la señora Boswell que sigo teniendo buenos deseos para ella. Me reconfortaría hacer cualquier cosa que la beneficiara o la complaciera.

Chambers aún no se ha marchado, aunque anda tan presuroso, o tan descuidado, o tan ensoberbecido, que rara vez lo veo. En estas últimas semanas cierto es que he estado aquejado de resfriados y catarros, y he estado en casa del señor Thrale para ser bien atendido. Me encuentro mucho mejor; *novae redeunt in praelia vires*;^[c234] aunque aún estoy asaz delicado y me trastorno con facilidad. Fue una feliz circunstancia que ninguno de los dos enfermásemos en las Hébridas.

El asunto de la propiedad intelectual se halla a día de hoy en la Cámara de los Lores.^[c235] Murphy redactó el acta de apelación, es decir, la solicitud contra la perpetuidad del derecho. No la he visto, ni tampoco ha oído el veredicto. No sería yo partidario de que sea perpetuo el derecho.^[a nota c177, Vol. I]

Le escribiré en cuanto suceda algo. No deje de enviarme lo que sea respecto a mis amigos de Escocia. Les tengo un gran aprecio. Hágame saber asimismo cómo van sus ganancias, y cuándo hemos de verle. Soy, señor, afectuosamente su amigo,

SAM. JOHNSON

En esta época escribió las siguientes cartas al señor Steevens, su muy capaz ayudante en la edición de *Shakespeare*:

A George Steevens, en Hampstead

7 de febrero de 1774

Señor,

si me preguntan cuándo he visto al señor Steevens, bien sabe usted la respuesta que debo dar; si me preguntan cuándo volveré a verlo, ojalá pudiera usted indicarme qué debo responder.

Si dispone usted de la *Historia de Escocia* de Lesley, o de cualquier otro libro sobre Escocia que no sean Boecio y Buchanan, sería una verdadera bondad enviárselos, señor, a su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

21 de febrero de 1774

Señor,

estamos pensando en incrementar el número de miembros de nuestro club, y estoy deseoso de presentar su candidatura, siempre y cuando esté usted dispuesto a prestarse a votación y pueda asistir los viernes por la noche, al menos dos veces en cinco semanas: menos es muy poco, y se espera bastante más. Hágamelo saber antes del viernes.

Soy, señor, su más etc.

SAM. JOHNSON

Al mismo

5 de marzo de 1774

Señor,

desde ayer noche es usted miembro del club; si me viene a ver el viernes, le presentaré a los demás. Un caballero al que se propuso después de usted^[c236] vio rechazada su candidatura.

Le agradezco el volumen de Neandro, aunque ojalá no fuera tan bello. Tendré mucho cuidado con él.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

5 de marzo de 1774

Querido señor,

las informaciones del doctor Webster son mucho menos precisas y mucho más indeterminadas de lo que yo esperaba; desde luego, son mucho menos fidedignas de lo que es capaz de dar, al menos si es de fiar el libro^[90] que puso ante mí. Ahora bien, sigo convencido de que quien mucha información acumula despacio avanzará en su obra.

Le estoy en cambio muy agradecido a usted, mi querido señor, por sus desvelos para ayudarme, y espero que entre ambos algo hagamos, si no esta vez, en otra ocasión.

Chambers se ha casado, o casi se ha casado, con la señorita Wilton, una muchacha de dieciséis años, de belleza exquisita, a la que engatusó con su labia de jurista para que pruebe suerte con él en Oriente.

Hemos sumado al club a Charles Fox, sir Charles Bunbury, el doctor Fordyce y el señor Steevens.

Transmita mi agradecimiento al doctor Webster. Diga al doctor Robertson que no es mucho lo que he de contestar a su censura de mi negligencia; comuníqueme al doctor Blair que como ha escrito por aquí lo que le dije, hemos de considerarnos a la par, perdonarnos el uno al otro y comenzar de nuevo. Poco me importa cuándo sea con tal que sea pronto, pues se trata de un hombre muy agradable. Transmita mis cumplidos a todos los amigos y recuerde a lord Elibank su promesa de darme un ejemplar de todas sus obras.

Espero que la señora Boswell y la pequeña señorita se encuentren bien. ¿Cuándo habré de verlas de nuevo? Es una mujer dulce, por mucho que se alegrase de verme marchar, y casi estoy resuelto a hacerles otra visita, para que pueda ella gozar otra vez del mismo placer.

Le ruego averigüe si sería posible enviar un barrilete de buena cerveza negra a Dunvegan, Rasay y Col. No me gustaría que me olvidadizo de mis deberes de cortesía. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El 5 de marzo le escribí para pedirle consejo sobre si debía ir o no esa primavera a Londres. Le expuse por un lado ciertas dificultades pecuniarias, que sumadas al estado de mi esposa en aquella época me hacían titubear; de otro, le hablé del placer y el provecho que mi visita anual a la capital me procuraba siempre; mencioné en particular la satisfacción especial que experimentaba al celebrar la festividad de la Pascua en la catedral de St. Paul, que en mis fantasías se me presentaba como si fuese a Jerusalén para conmemorar la Pascua hebrea, y que la intensa devoción que sentía en tal ocasión prolongaba su influencia en mi espíritu durante el resto del año.

A James Boswell

[sin fecha, pero escrita en torno al 15 de marzo]

Querido señor,

me avergüenza pensar que han pasado tantos días desde que recibí su carta sin contestarla.

Creo que no existe mayor dificultad a la hora de resolver sus dudas. Las razones por las que se inclina a visitar Londres no son, a mi juicio, de peso suficiente para contrarrestar las objeciones. Que tanto le deleite acudir una vez al año a la fuente de la inteligencia y del placer es sumamente natural, pero tanto la instrucción como el placer han de tener su regulación en la adecuación y la conveniencia. El placer que no pueda lograrse si no es a costa de gastos inconvenientes o inadecuados tiene que terminar siempre por ser más bien pesar, y el placer que tiene que disfrutarse a expensas del dolor de otra persona nunca puede ser de tal naturaleza que un espíritu digno encuentre en él pleno deleite.

El provecho y las mejoras que pueda usted obtener de su venida a Londres podrá fácilmente suplirlos o compensarlos dedicándose de lleno a algún estudio determinado en su propia casa, o abriendo algún nuevo cauce a su instrucción. Edimburgo aún no está agotado, y tengo la certeza de que no hallará aquí ningún placer tal que merezca que hipoteque usted una parte de su futura fortuna o que condene su vida, y la de su esposa, a la penuria de la frugalidad durante el resto del año.

Ni que decir tiene la consideración que debe usted a los ruegos y encarecimientos de la señora Boswell; no será preciso añadir cuánto debe usted pensar en la felicidad de quien tanto se preocupa por la suya, y de cuya amabilidad disfruta usted con tan provechoso efecto. La vida en compañía no puede subsistir sino mediante concesiones recíprocas. El año pasado ella le permitió vagabundear a su antojo; este año tendrá usted que permitirle que le retenga en casa.

La última de las razones que aduce es tan seria que no siento yo ningún deseo de contradecirla. Con eso y con todo, debe usted recordar que su imagen de la adoración en un determinado lugar, una vez al año, en imitación de los judíos, no es más que una comparación, y *simile non est idem*. Si la peregrinación anual a Jerusalén era un deber para los judíos, era un deber porque obedecía a una orden, pero no pesa sobre usted tal manda to, de modo que no ha de cumplir ese deber. Puede ser un peligro recibir demasiado a la ligera determinadas ideas, y aficionarse mucho a ellas, de las que tal vez ningún espíritu piadoso se halla totalmente desligado, ideas de santidades locales y devociones locales. Bien sabe usted los extraños efectos que han producido sobre buena parte de la cristiandad. Ahora le estoy escribiendo, igual que usted cuando me esté leyendo, bajo el Ojo de la Omnipresencia.

En qué medida ha de admitirse la fantasía en los oficios religiosos es asunto que requiere mucho y sopesado juicio para determinar a plena satisfacción. Lejos me encuentro de aspirar a excluirla por completo. La fantasía es una facultad que nos ha concedido nuestro Creador, y es razonable que todos Sus dones sean utilizados a Su mayor gloria, tal como es razonable que todas nuestras facultades cooperen en Su adoración; ahora bien, han de cooperar conforme a la voluntad de quien las otorgó, conforme al orden que Su sabiduría ha establecido. Así como las ceremonias prudenciales o convenientes son menos obligatorias que las ordenanzas ciertas, la adoración corporal es solamente prenda ante otros, o ante nosotros, de la adoración espiritual; del mismo modo, la fantasía ha de actuar siempre en subordinación a la razón. Podemos tomar la fantasía por compañera, pero debemos seguir los dictados de la razón, que es nuestra guía. Podemos permitir que la fantasía sugiera ciertas ideas en ciertos lugares, pero la razón siempre ha de hacerse oír y respetar cuando nos dice que esas ideas y esos lugares no guardan ninguna relación natural o necesaria. Cuando entramos en una iglesia, por lo común recordamos al espíritu el deber de la adoración, pero no hemos de omitir la adoración por hallarnos a falta de un templo, pues bien sabemos, y debemos tener presente, que el Señor Universal está presente en todas partes y que, por consiguiente, ir a Iona o a Jerusalén, aunque pueda ser provechoso, puede no ser necesario.

He contestado así pues a su carta, y no la he contestado con negligencia. Demasiado bien le quiero a usted para ser descuidado cuando está usted serio.

Creo que seré muy diligente la semana que viene acerca de nuestros viajes, que sí he descuidado durante demasiado tiempo. Soy, querido señor, su más afecto etc.

SAM. JOHNSON

Mis recuerdos a la señora y la señorita Boswell.

Al mismo

10 de mayo de 1774

Querido señor,

la dama que le haga entrega de esta carta tiene un pleito pendiente, en el que quisiera servirse de su destreza y elocuencia; parece haber dado en pensar que mejor podrá disponer de ambas cualidades con una recomendación de mi parte, cosa que, si bien sé de sobra cuán poca incitación externa necesita usted para cumplir con su deber, no

podía yo negarle, porque sé que al menos no ha de hacerle daño si le digo, señor, que a ella le deseo lo mejor.
Soy su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 12 de mayo de 1774

Querido señor,
me ha rogado lord Hailes que le ofrezca sus más rendidos respetos y que le remita muestras de sus Anales de Escocia, desde el ascenso al trono de Malcolm Kenmore hasta la muerte de Jacobo V, en compilar los cuales ha invertido Su Señoría no poco tiempo. Su Señoría me escribe en estos términos: «Si pudiera procurarme las críticas que tenga a bien hacer el doctor Johnson, me serían de gran utilidad en la prosecución de mi obra, pues sin duda serán tan juiciosas como veraces. No tengo yo derecho a pedirle ese favor. Si estuviera en su mano, le quedaría sumamente agradecido».

El doctor Blair me pide que quede usted tranquilo, que no escribió a Londres lo que usted le dijo, y que ni de palabra ni por carta ha expresado ninguna queja de usted; muy por el contrario, le tiene en altísimo respeto y le profesa un afecto mucho mayor desde que tuvo oportunidad de verle en Edimburgo. Le divertiría y le complacería a usted ver con qué seriedad se toma esta cuestión.

A James Boswell

Streatham, 21 de junio de 1774

Querido señor,
ayer di a la imprenta los primeros pliegos del Viaje a las Hébridas. En el primer párrafo me he esforzado encarecidamente por hacerle a usted justicia.^[c237] Será un volumen en octavo, no demasiado grueso.

Lo apropiado será obsequiar algunos ejemplares en Escocia. Usted me dirá a quiénes debo hacérselo llegar; he estipulado que a usted le sean dados 25 ejemplares. Unos agradecerán más el regalo si lo hago yo, otros si lo hace usted. En todo esto, usted, que es quien ha de residir allí, es quien decide. Considérelo. No deje de enviarme cuanto pueda recabar para mi propósito, y dé recuerdos a su señora y a las dos pequeñas. Soy, señor, su etc.

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 24 de junio de 1774

Veo que no me hace acuse de recibo de los distintos paquetes que le he enviado. Tampoco logro convencerle de que responda a mis cartas, si bien me honra con las suyas.^[c238] Nada me dice del pobre Goldsmith,^[91] nada de Langton.

He recibido para usted, de la Sociedad para la propagación del saber cristiano en Escocia, los siguientes libros en la lengua erse:^[a nota c41, Vol. II] el Nuevo Testamento, el *Llamamiento de Baxter*, la *Confesión de fe de la Asamblea de Teólogos en Westminster*, el *Catecismo de la Buena Madre*, un *Vocabulario gaélico e inglés*.^[92]

A James Boswell

4 de julio de 1774

Querido señor,
ojalá hubiese podido revisar mi libro antes de darlo a la imprenta. No fue posible. Sospecho que contiene ciertos errores, aunque como tal vez me ocupo más de conceptos que de hechos concretos, no son de gran importancia, y

podrán enmendarse en una segunda edición, si es que llega. La impresión irá despacio durante un tiempo, pues mañana me marchó a Gales.

Lamentaría mucho haber dado la impresión de tratar a lord Hailes de un modo que no sea concordante con el grandísimo respeto que le tengo. Devuelvo los pliegos,^[93] con los que he enredado todo cuanto he podido, aunque viendo tan poca cosa pensé que ni valía la pena enviarlos. La narración es clara, vivaz y sucinta.

He maltratado a lord Hailes de manera más grave que con mi negligencia en estos pliegos. Lo he puesto en deuda. El doctor Horne, rector de Magdalen College, Oxford, me escribió hará cosa de tres meses para comunicarme su intención de reimprimir las *Vidas* de Walton, trabajo para el cual deseaba mi colaboración. Mi respuesta fue que lord Hailes tenía intención de acometer esa misma publicación, y el doctor Horne ha renunciado, pues, en su favor. Ahora, Su Señoría tendrá que pensar seriamente en lo que se trae entre manos.

De nuestro pobre y querido Goldsmith bien poco hay que contar, más allá de lo que se ha hecho público por los periódicos. Murió de unas fiebres que se tornaron me temo más violentas por la inquietud de ánimo. Sus deudas empezaban a ser onerosas, sus recursos estaban agotados del todo. Sir Joshua es de la opinión de que había contraído deudas por no menos de dos mil libras. ¿Hubo alguna vez poeta tan digno de fiar?

Si lo desea, puede dejar así la inscripción: «*Maria Scotorum Regina nata 15—, a suis in exilium acta 15—, ab hospita neci data 15—*». Debe usted averiguar los años.

Del nacimiento de su segunda hija ya me dio la buena nueva, aunque parece haberlo olvidado. Mientras la señora Boswell se encuentre bien de salud, no dude que llegará un nuevo hijo. La señora Thrale tuvo, me parece recordar, cinco hijas seguidas, pero mientras me encontraba yo con usted dio a luz a un hijo.

Le quedo muy agradecido por todos sus panfletos, del último de los cuales tengo la esperanza de sacar provecho. Del primero ya lo hice.

Soy, querido señor, su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Mis afectuosos recuerdos a las tres señoras.

A Bennet Langton, en Langton, cerca de Spilsby, condado de Lincoln

5 de julio de 1774

Querido señor,

razones le asisten para reprocharme que haya dejado su última carta tanto tiempo sin contestar, pero nada en particular tenía que decirle. Chambers, según sabrá, ya ha marchado a lejanas tierras, y el pobre Goldsmith se nos ha ido mucho más allá. Murió de unas fiebres, tengo entendido, exasperadas por el temor al desasosiego. Había amasado una fortuna cuantiosa y la había despilfarrado mediante la adquisición de toda suerte de artificios y mediante gastos insensatos. Pero no hagamos memoria de sus fragilidades; fue un muy gran hombre.^[c239]

Acabo de comenzar la impresión de mi *Viaje a las Hébridas*, y dejo que siga su curso para hacer otro viaje, esta vez a Gales, adonde me lleva el señor Thrale, que ha de tomar posesión de al menos quinientas al año, que ha heredado su señora. Todos los de Streatham, al menos los que siguen con vida, se encuentran bien.

No he terminado de recuperarme del todo de la última, terrible enfermedad, pero me consuelo pensando que poco a poco voy mejor, aunque es mucho lo que aún queda por reparar. *Κὺριε ἐλέησον.*^[c240]

Si dispone usted de la versión latina de *Ajetreada, curiosa, sedienta mosca*,^[c241] le ruego tenga la bondad de transcribirla y enviármela, aunque no es preciso que se apresure al menos en cinco semanas. Escribí el tetrástico que sigue sobre el pobre Goldsmith:

Τὸν τὰφον εἰσοράας τὸν Ὀλιβάροιο, κονίην
Ἄφροσι μὴ σεμνήν, Ξεινε, πόδεςσι πάτει.
Οἴσι μέμηλε φύσις, μέτρων χάρις, ἔργα παλαιῶν
Κλαίετε ποιητῆν, ἱστορικὸν, φνσικόι.^[c242]

Tenga la bondad de presentar mis respetos a todas las damas, y dé mis recuerdos al joven George y a sus hermanas. Supongo que George ya estará bien crecido.

No se entristezca ahora, permítame disponer de carta suya a mi regreso.

Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al señor Robert Levett

Llewenny, Denbighshire,
16 de agosto de 1774

Querido señor,

los asuntos pendientes del señor Thrale lo han tenido aquí muy ocupado, y ni siquiera sé exactamente cuándo regresaremos. Le he enviado una nota por medio del señor Strahan.

Nada me ha supuesto la ipecacuana, aunque he tomado píldoras en abundancia. Espero que me hayan sentado bien.

Gales, por lo que he podido ver hasta la fecha, es de una gran hermosura, y es región de gran riqueza, todos los terrenos cercados y cultivados. Denbigh no es una localidad pequeña. Dé recuerdos a todos mis amigos y dígame a Frank que espero recuerde mi consejo. Cuando se le acabe el dinero, dele algo más. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 30 de agosto de 1774

Me ha facilitado usted una inscripción para un retrato de María, Reina de Escocia, en el que de forma concisa y pasmosa señala su cruel destino. Espero tenga la amabilidad de recordar que mi cuadro es la representación de una escena particular de su historia: el momento en que fue obligada a abdicar del trono mientras estaba encarcelada en el castillo de Lochlevin. Debo por tanto rogarle tenga a bien proporcionarme una inscripción que se adecue a esa escena en particular; si no, precíseme por favor cuál de las dos que le transmití con anterioridad es la más indicada, en cuyo caso le pido que me haga el favor de proporcionarme una traducción inglesa. Su amabilidad será doblemente agradecida si cumple prontamente con mi encargo.

Sus notas críticas sobre las muestras de los *Anales de Escocia*, de lord Hailes, son excelentes. Estuve de acuerdo con usted en todas y cada una de ellas. Él mismo sólo puso una objeción al cambio de *libre* por *bravo* en el pasaje en que dice que Eduardo «falleció con la gloria debida al conquistador de un pueblo libre». Dice que llamar *bravos* a los escoceses equivaldría a glorificar más si cabe a quien los venció. Tendrá que mostrarse indiligente con el celo nacional de nuestro compilador. Le adjunto ahora unas cuantas hojas más de los *Anales*, con la esperanza de que las examine y las devuelva con sus observaciones, como hizo en la ocasión anterior. Así me escribe lord Hailes: «Tenga el señor Boswell la bondad de expresar la gratitud de sir David Dalrymple^[c243] por la atención que el doctor Johnson ha dedicado a su pequeña muestra. La siguiente mostrará que hasta en un Eduardo ve un desierto».^[c244]

Me produce gran satisfacción saber que existe la intención firme de editar las *Vidas* de Isaac Walton. Ha incurrido usted en un error al pensar que lord Hailes lo tenía previsto. Recuerdo una mañana, sentado él con usted en mi casa, en que dijo que tendría que hacerse una nueva edición de las *Vidas* de Walton, a lo que usted apostilló que «habría que darles mayor importancia». Eso fue cuanto se dijo al respecto. Debe usted por tanto informar al doctor Horne de que puede reanudar su plan con entera libertad. Adjunto una nota en este sentido; si el doctor Horne desea escribirme, le concederé de mil amores toda la atención que me requiera, pues se trata de lo que estimo una obra piadosa, como sin duda es la preservación y elucidación de Walton, cuyos escritos me han sido tan gratos como edificantes...

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 16 de septiembre de 1774

Es probable que Gales lo haya retenido más de lo que yo suponía. Estará usted hecho todo un montañero, visitando Escocia un año y Gales al siguiente. El año próximo tendría que ir a Suiza. Cambria se le quejará si no la

honra también a ella con algunos de sus comentarios. Y veo *concessere columnae*,^[c245] los libreros ya aguardan otro libro. Estoy impaciente por ver su *Viaje a Escocia y a las Hébridas*. ¿No podría enviarme un ejemplar por correo tan pronto haya salido de imprenta?...

A James Boswell

Londres, 1 de octubre de 1774

Querido señor,

ayer regresé de mi viaje por Gales. Mucho lamenté dejar mi libro en suspenso durante tanto tiempo, pero al tener oportunidad de ver con tantas comodidades una nueva parte de la isla, no pude animarme a descartarla. He visitado cinco de los seis condados del norte de Gales; he visto St. Asaph y Bangor, las dos sedes episcopales; he ascendido al Penmanmaur y al Snowden,^[c246] y he pasado a Anglesea. Gales no es muy distinto de Inglaterra, a tal punto que no ofrece motivo de especulación al viajero.

A mi regreso me encontré varios de sus papeles, con algunas páginas de los *Anales* de lord Hailes, que habré de considerar. Me apresuro a darle cuenta de mis andanzas, no vaya usted a acusarme de negligencia en los acuciantes asuntos que encuentro encomendados a mis cuidados, y de los que nada he sabido hasta ahora, cuando todo cuidado será en vano.

En la distribución de mis libros me propongo seguir su consejo, añadiendo lo que se me ocurra. No me complacen sus notas de recordatorio añadidas a sus nombres, pues tengo la esperanza de no olvidar ninguno con facilidad.

He recibido cuatro libros en lengua erse, sin ninguna indicación, y sospecho que su destino ha de ser la biblioteca de Oxford. Si ésta es la intención, me parece adecuado añadir los salmos en metro y rima, y todo lo que se haya impreso en erse, para que el obsequio sea completo. Habría que dar el nombre del donante.

Ojalá hubiera tenido usted ocasión de leer el libro antes de ser impreso. Nuestra distancia no lo ha permitido.

Lamento que lord Hailes no se proponga publicar las *Vidas* de Walton; me temo que no se haya de hacer tan bien, caso de que en efecto se haga.

Ahora quisiera sacar adelante el libro. Presente mis respetos a la señora Boswell y hágame llegar pronto noticias de usted.

Soy, querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Este viaje por Gales, que hizo en compañía del señor y la señora Thrale, aunque sin duda fuera beneficioso para su salud y para su distracción, no dio ocasión a un empeño discursivo de su intelecto comparable al de nuestro viaje por las Hébridas. No he descubierto que llevase un diario, ni que tomase notas de lo que allí vio. Todo cuanto le oí decir fue que «en vez de montes desolados y yermos, eran los montes verdes y fértiles; un solo castillo de Gales valdría por todos los castillos que había visto en Escocia».

Disuelto el Parlamento, su amigo el señor Thrale, que era acérrimo partidario del gobierno, tuvo que capear de nuevo la tormenta de unas reñidas elecciones, con lo cual Johnson escribió un breve panfleto de corte político, titulado *El patriota** en el que apelaba al electorado de toda Gran Bretaña. Es un título que a los facciosos que consideran patriota sólo a quien se opone a las medidas del gobierno resultará extrañamente aplicado al caso. Sin embargo, lo escribió con energía y viveza, y con la salvedad de los pasajes en que se empeña en reivindicar el flagrante ultraje de la Cámara de los Comunes en el caso de las elecciones celebradas en Middlesex, y en

justificar el intento por reducir a nuestros compatriotas de América a una sumisión incondicional, contiene un despliegue admirable de las cualidades del verdadero patriota, en el sentido original y genuino del término: un amigo sincero, firme, racional e imparcial de los intereses y la prosperidad de su rey y su patria. Preciso es reconocer, sin embargo, que tanto en éste como en sus dos panfletos previos, entre muchas y muy poderosas argumentaciones, hay no sólo una porción considerable de sofismas, sino también una ridiculización despectiva de sus adversarios, que resultó sumamente provocadora.

Al señor Perkins^[94]

25 de octubre de 1774

Señor,

tal vez pueda usted hacerme un gran favor. La señora Williams, una gentil dama a la que tal vez haya visto en casa del señor Thrale, es postulante de las obras de caridad del señor Hetherington; hoy se hace una cuestación en Christ Hospital.

Mal administrador soy yo de cualquier asunto cuando se reúne una muchedumbre; si pudiera usted enviar a un propio un tanto descuidado, bien podría marchar sin hacer el recado apetecido, por lo cual debo encarecerle que vaya usted en persona y que pregunte por la cuestación de Anna Williams, cuyo pliego de indagaciones fue entregado y cumplimentado en la contaduría del hospital el martes 20. Allí le atenderá mi criado, para traer la petición a casa cuando usted la tenga lista.

La petición, que nos han de entregar, es un formulario que se reparte a todos los postulantes, y que éstos después han de cumplimentar y entregar. Es preciso que la tengamos; de lo contrario, no podremos proceder de acuerdo con sus instrucciones. Le bastará, creo yo, con solicitar la petición; si le preguntasen quién la solicita, puede usted decirlo.

Le ruego me disculpe por causarle este quebradero de cabeza, pero es una cuestión de la máxima importancia. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

Londres, 27 de octubre de 1774

Querido señor,

ha aparecido en prensa hace poco una noticia sobre un barco que capotó entre Mull y Ulva, naufragio en el que perecieron muchos pasajeros, entre ellos Maclean, de Col. Como bien sabe, también nosotros nos ahogamos una vez;^[95] espero por tanto que la noticia sea un desatino, o que esté contada erróneamente. Le ruego me lo aclare a vuelta de correo.

Se han impreso 240 páginas. Apenas logro hacer nada que sea valioso con el libro de mi estimado lord Hailes. Le devolveré no obstante los pliegos; espero responder poco a poco a sus razonables expectativas.

El señor Thrale ha superado felizmente una oposición cerrada y una gran acrimonia,^[c247] pero todo contento tiene su contrapartida. La señora Thrale se ha caído del caballo y se ha hecho mucho daño. El resto de nuestros amigos se encuentran bien, según creo. Mis respetos a la señora Boswell. Soy, señor, su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Esta carta, que manifiesta su ternura y su preocupación por el joven caballero y amigo a quien tanto agradeció su trato durante su estancia en las Hébridas, la inserto

de acuerdo con la fecha que consta, aunque antes de recibirla le informé del triste suceso en que pereció el joven Laird de Col.

A James Boswell

26 de noviembre de 1774

Querido señor,

ayer noche corregí la última página de nuestro *Viaje a las Hébridas*. El impresor lo ha detenido durante todo este tiempo, pues antes de viajar a Gales lo tenía escrito en su totalidad, salvedad hecha de dos páginas. *El patriota* me lo pidieron mis amigos los políticos un viernes, lo escribí un sábado y apenas he oído hablar de su suerte. Así de vagas son las conjeturas en la distancia.^[96] En cuanto me sea posible, me ocuparé de que le envíen ejemplares, pues mi deseo es que se obsequien antes de que se puedan adquirir, aunque me temo que Strahan hará el envío de usted a la vez que los de los librereros. El comercio es tan diligente como la cortesía. He comentado cuanto me recomendó. Le ruego presente mis respetos a la señora Boswell y a las pequeñas. El club creo que aún no ha celebrado reunión.

Dígame, y dígamelo con toda sinceridad, qué piensa usted y qué dicen los demás de nuestros viajes. ¿Habremos aún de avistar el continente?^[97]

Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

En su diario manuscrito de este año encuentro la siguiente entrada:

27 de noviembre. Domingo de Adviento. He considerado que este día, por ser el comienzo del año eclesiástico, es momento adecuado para emprender un nuevo rumbo en la vida. Comencé a leer el Nuevo Testamento en griego, cosa que haré con regularidad, a razón de 160 versículos cada domingo. Hoy empiezo por los Hechos.

Esta semana leí las *Églogas* de Virgilio. Aprendí a repetir el diálogo de Pollio y Gallus. Leí sin mucho empeño la primera *Geórgica*.

Tales muestras de su ardor incesante por acopiar «textos divinos y humanos por igual», ya entrado en su sexagésimo quinto año de vida, y no obstante sus muchas molestias y penurias debidas a la enfermedad, han de llevarnos de inmediato a honrar su espíritu y a lamentar que se viera tan pesarosamente estorbado y atenazado incluso por su tegumento material. Es digno de nota que le agradase tanto la precisión que se desprende del cálculo. Así, vemos en su manuscrito que «12 págs. del Nuevo Testamento en gr. y 30 págs. de la ed. de Beza en folio, para abarcar el total en cuarenta días».

Del doctor Johnson a John Hoole^[c248]

19 de diciembre de 1774

Apreciado señor,

le devuelvo su obra,^[98] que hallará con subrayados en rojo allí donde he encontrado vocablos que no eran de mi agrado. La tinta roja se deslíe y se va frotándola con un poco de agua.

La trama está bien orquestada, es tan intrincada y tan llano en cambio el desenlace en que se desmadeja, tan cautivador el suspense mientras las partes apasionadas se hallan interpuestas de un modo tan apropiado, que no

tengo duda de su éxito. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1775: ÆTAT. 66.] El primer empeño al que dedicó la pluma en 1775 fueron las Propuestas para la publicación de las obras de la señora Charlotte Lennox,† en tres volúmenes en cuarto. En su diario hallo esta entrada del 2 de enero: «Quedan escritas las propuestas para Charlotte». Las evidencias internas del texto habrían sido suficiente prueba de su autoría, claro está. De este modo refuerza el merecimiento que tenía la escritora del favor del público:

La mayor parte de las piezas, cuando aparecieron por separado, se leyeron con aprobación y quizá se las puso por encima incluso de sus méritos, aunque no supusiera esto una gran ventaja para su autora. Es por tanto fundada la esperanza de que no se tenga por excesiva su indulgencia en la vanidad, ni demasiado calculado su interés, si de esas obras trabajadas, que hasta la fecha han sido sobre todo provechosas para otros, se esfuerza por obtener al menos cierto provecho para sí y para sus hijos. Con decencia, no será ella quien avale su merecimiento ensalzando su propio desempeño; tampoco dará en suponer que, con la más artificiosa y elaborada derechura pueda procurarse noticia adicional para una publicación en que Su Majestad la Reina ha accedido a ejercer de madrina.

También durante este año escribió el preámbulo de las *Lecciones fáciles de italiano e inglés*,† obra de Baretto.^[c249]

A James Boswell

14 de enero de 1775

Querido señor,

hasta ahora nunca me había pedido un libro por correo, y a mí no se me ocurrió. Ya ve, queda hecho. Envié un ejemplar al Rey, y tengo entendido que le ha gustado.

Enviaré a Escocia un paquete de regalo, pues tengo intención de obsequiarlo a muchos de mis amigos. En su relación no ha incluido a lord Auchinleck.

Hágame saber, tan pronto lo lea, si le ha gustado; hágame saber si cometo algún error de bulto o si algo importante se me ha quedado en el tintero. Ojalá hubiera podido ver usted los pliegos. Mis recuerdos a la señora Boswell, a Verónica y a todos mis amigos. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 19 de enero de 1775

Tenga la bondad de aceptar mi más rendido y sincero agradecimiento por su *Viaje a las Hébridas*, que me llegó con el correo de ayer noche. Ciertamente es que le pedí el mismo favor dos veces, pero queda usted en paz conmigo al hacérmelo con tanta celeridad. *Bis dat qui cito dat.*^[c250] Si bien enfermo, con un mal resfriado, me tuvo usted en

vela durante la mayor parte de la noche, pues no paré mientras no hube leído hasta la última palabra de su libro. Rememoré nuestras primeras conversaciones sobre una posible visita a las Hébridas, que tuvieron lugar hace ya muchos años, sentados a solas los dos en la Taberna de la Mitra, en Londres, y pensé en *esa hora en que la noche se embruja*^[c251] y me alegré de un modo exultante al contemplar cómo se llevó a buen término nuestro plan, y el *monumentum perenne*^[c252] que le ha erigido usted gracias a su capacidad, de una superioridad proverbial. Sólo le diré que su libro me ha procurado una alta gratificación. Más adelante le diré cuáles son mis pensamientos sobre determinados pasajes. Entretanto, me apresuro a indicarle que ha confundido usted dos nombres, que corregirá usted en Londres como corrijo yo aquí, para que los dos caballeros que bien merecen los elogios que usted les tributa disfruten de sus honores. En la página 106, donde dice Gordon, léase Murchison; en la página 357, donde dice Maclean, léase Macleod...

Ahora, sin embargo, debo solicitar su ayuda inmediata, como siempre inestimable, en mi profesión, pues nunca me la ha negado cuando se la he pedido. Le adjunto una solicitud a favor del doctor Memis, médico de Aberdeen, en la que sir John Dalrymple ha ejercido todo su talento, y que he de contestar en calidad de asesor de la administración del Royal Infirmary de dicha ciudad. El señor Jopp, el rector, que es quien a usted hizo entrega de las llaves de la ciudad, es uno de mis clientes, y siendo además ciudadano de Aberdeen no dudo que le prestará usted su apoyo.

La cuestión, sucintamente, es como sigue.^[a nota 133, Vol. II] En una traducción de los estatutos del hospital, hecha del latín al inglés bajo los auspicios de la administración, la misma expresión del original se vierte en un sitio como «médico», y cuando se aplica en cambio al doctor Memis se vierte como «doctor en Medicina». El doctor Memis se quejó de este desliz antes que la traducción estuviera impresa, pero no se atendió a su reclamación y no se corrigió nada; en consecuencia, ha presentado una demanda por daños y perjuicios, habida cuenta de que presuntamente existen, ya que la designación que se le otorga es inferior, y tiende a dar por supuesto que no es médico, de lo cual se deriva el perjuicio en su ejercicio de la medicina. Mi padre ha desestimado la demanda por entender que carece de fundamento, y él ahora ha apelado al tribunal en su totalidad.^[99]

A James Boswell

21 de enero de 1775

Querido señor,

ansío conocer su parecer sobre el libro. Creo que aquí ha gustado mucho. Pero Macpherson está furioso.^[c253] ¿Puede suministrarme más información sobre él o sobre su *Fingal*? Haga lo que pueda, y hágalo de prisa. ¿Está lord Hailes de nuestra parte?

Le ruego me comunique qué le dejé a deber cuando me fui, de modo que pueda restitúrselo.

Voy a escribir algo sobre los americanos.^[c254] Si ha encontrado alguna sugerencia útil entre sus amigos los abogados, que son grandes maestros en el derecho de las naciones, o si se le ocurre algo de su propio caletre, hágamelo saber. Eso sí, chitón: es secreto.

Le enviaré su paquete de libros en cuanto pueda, pero no me es posible hacerlo como sería mi deseo. No obstante, vea que en el libro figura todo cuanto me recomendó comentar.

Ha venido Langton, estamos como siempre. Es un valioso compañero, sin malicia, aunque no sin resentimiento.

El pobre Beauclerk se halla tan enfermo que al parecer su vida corre peligro. Lady Di lo cuida con gran asiduidad y esmero.

Reynolds se ha aficionado en demasía a los licores fuertes,^[100] y parece encantado en esa nueva faceta suya.

Éstas son todas las noticias que tengo; como sé que le gustan los versos, le envío algunos que compuse con ocasión de nuestro paso por Inchkenneth,^[101] pero con la condición, recuerde, de que no debe mostrárselos a nadie, salvo a lord Hailes, por quien tengo mayor aprecio que por cualquier otro hombre al que conozca tan poco. Si pide que se los transcriba, puede hacerlo, pero es preciso que le dé su firme promesa de que no volverá a copiarlos, ni tampoco a enseñarlos diciendo que son míos.

Por fin he devuelto los pliegos a lord Hailes. Nunca pensé que valiera la pena, pues no he hecho ni una sola enmienda. Verá que no habría tenido importancia que me los quedara. En cualquier caso, me avergüenzo de mi retraso; si tengo el honor de que me envíe más, prometo puntualidad en la devolución, a vuelta de correo incluso. Dé mis recuerdos a mi querida señora Boswell y a la señorita Verónica.

SAM. JOHNSON^[102]

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 27 de enero de 1775

... Muy alta es la calificación que otorga a nuestros abogados cuando los llama grandes maestros en el derecho de las naciones...

Por lo que a mí respecta, me avergüenza reconocer que es poco lo que he leído, y he pensado poco sobre la cuestión de América. Le quedaré muy agradecido si me indica dónde puedo encontrar la mejor información de que se pueda disponer sobre ambos bandos en liza. Es un asunto de magnas proporciones en su extensión actual y en sus futuras consecuencias. Las sugerencias sin duda incompletas e imperfectas que ahora me vienen a la cabeza tienden más bien a la formación de la opinión de que nuestro gobierno ha pecado de precipitación y severidad excesivas en las resoluciones que se han tomado contra los bostonianos.^[c255] Bien sabe usted que no tengo yo simpatía por esa calaña. Ahora bien, las naciones, o los cuerpos formados por los hombres, deberían igual que los individuos tener pleno derecho a un juicio justo, sin que se les condene sólo por las apariencias. ¿No tenemos contratos expresos con nuestras colonias, los cuales proporcionan un fundamento de juicio legal más sólido que las especulaciones políticas en general, sobre los derechos mutuos de los estados y sus provincias o colonias? Le ruego me haga saber de inmediato qué debo leer, y pondré toda mi diligencia a su servicio para recopilarle todo cuanto pueda encontrar. ¿Ha publicado Burke su propio discurso sobre los impuestos en América? ¿Es auténtico? Recuerdo haberle oído decir a usted que nunca se había detenido a pensar en los asuntos de las Indias Orientales, si bien no cabe duda de que todas esas colonias son de inmensa importancia para Gran Bretaña. Al rememorar esta circunstancia, me curo en salud del reproche que me pueda hacer por mi ignorancia sobre América. Si escribe sobre este asunto, dé por sentado que lo leeré. Pero como parece usted suponer que algo debiera saber yo al respecto, sin contar con su instrucción, y que algo debiera ocurrírseme, confío en que me indique el camino...

¿A qué se refiere Becket^[c256] cuando habla de los *Originales* de Fingal y de otros poemas de Osián, que proclama haber tenido en su establecimiento?...

A James Boswell

28 de enero de 1775

Querido señor,

somete usted a mi consideración un caso sobre el cual no dispongo de más conocimiento que cuanto obra en contra de nosotros, y tampoco dispongo de principios sobre los cuales razonar. Da la impresión de que los hechos están en contra de usted; al menos, no se me ocurre nada que decir en su favor. Me alegra que le haya gustado el libro. Nada he vuelto a saber de Macpherson. Me gustaría mucho conocer la opinión de lord Hailes al respecto. Dígaselo en privado. Le enviaré el paquete tan pronto me sea posible. Dé mis recuerdos a la señora Boswell. Soy, señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 2 de febrero de 1775

... En cuanto a Macpherson, estoy deseoso de que me haga llegar usted un relato completo y detallado de cuanto haya sucedido entre ustedes dos. Aquí se comenta confidencialmente que antes de que se publicara su libro él le mandó recado para hacerle saber que, según había llegado a su conocimiento, se proponía usted negar la autenticidad de los poemas de Osián; que los originales obraban en poder de Macpherson; que usted tal vez tuvo ocasión de inspeccionarlos, y que tal vez podría tomar testimonio, a modo de prueba pericial, a personas versadas en el conocimiento de la lengua erse; en fin, que él albergaba la esperanza de que, tras ese justo ofrecimiento, no fuera usted tan pérfido como para afirmar que él había rehusado someterse a un examen pericial razonable. Asimismo, se dice que sin el menor respeto por su mensaje ha publicado usted su tremebundo ataque contra él, y que él entonces le escribió una carta en los términos que estimó apropiados a alguien que no había actuado con la debida veracidad. Bien puede entender que me duele ver cómo se representa en público su conducta bajo una luz tan desfavorable, al tiempo que sólo puedo desmentir lo que se cuenta sobre la única base de que su carácter mismo lo refuta de plano, sin disponer de ninguna información que oponer contra todo ello. Le ruego me

proporcione respuesta suficiente a toda calumnia que pueda llegarme con este pretexto.

Me escribe lord Hailes, pues nos carteamos más de lo que conversamos, para decirme lo siguiente: «En cuanto a Fingal, veo que se avecina una buena polémica, al margen de la cual tengo la intención de permanecer hasta el final. No cabe ninguna duda de que podría señalar determinadas circunstancias, si bien prefiero de largo no ponerlas por escrito».^[c257] Desconozco, con toda sinceridad, cuál pueda ser su opinión. Dice también: «Estoy singularmente agradecido al doctor Johnson por sus exactas y provechosas críticas. De haberme proporcionado alguna indicación más estricta sobre el plan general de la obra, me habría hecho un grandísimo favor». Está encantado con sus versos sobre Inchkenneth; dice que le parecen de gran elegancia, aunque me pide que le transmita sus dudas de que «*Legitimas faciunt pectora pura preces*»^[c258] sea acorde al rubro, si bien es a usted a quien debiera preocupar, pues él, como bien sabe, es presbiteriano...

Al doctor Lawrence^[103]

7 de febrero de 1775

Señor,

uno de los médicos de Escocia ha denunciado a una corporación porque en algún instrumento público se le tilda de «doctor en Medicina» en vez de calificársele de «médico». Boswell, que es abogado de dicha corporación, desea saber si el título de doctor en Medicina no es legítimo, y si podría considerarse distinción desventajosa. He de contestar esta misma noche; le ruego me indique su opinión. Soy, señor, su más etc.

SAM. JOHNSON

A James Boswell

7 de febrero de 1775

Mi querido Boswell,

mucho me sorprende que, conociendo tan bien como conoce la propensión de sus paisanos a mentir los unos para favorecer a los otros,^[104] pueda hallarse tan afectado como da a entender por las hablillas que puedan correr entre ellos. Nunca jamás me ofreció en su vida Macpherson el estudio siquiera somero de ningún original, de ninguna prueba de ninguna clase; solamente pensó en intimidarme con ruido y amenazas, hasta que mi última respuesta, esto es, que nada iba a amedrentarme ni menos aún a arredrarme de detectar con todas sus consecuencias lo que a todas luces me parecía un fraude, puso fin a nuestra correspondencia.

El estado de la cuestión es como sigue. Él y el doctor Blair, a quien considero víctima del engaño, afirman haber copiado el poema de manuscritos antiguos. Sus copias, si las tuviera, y creo que no tiene ninguna, son puro humo. ¿Dónde se encuentran los manuscritos? Si existen, se pueden mostrar, pero nunca se han mostrado a nadie. *De non existentibus et non apparentibus*, dice nuestra ley, *eadem est ratio*.^[c259] Nadie tiene derecho a gozar de credibilidad si es contra su propia palabra, cuando fácil sería aportar pruebas mejores, caso de que las tenga. Por lo que hemos podido averiguar con toda certeza la lengua erse careció de documentos escritos hasta fecha muy tardía, y no sólo por motivos de religión. Una nación que no escribe, o una lengua que nunca se escribió, no puede disponer de manuscritos.

Tenga lo que tenga en su poder, nunca se ha prestado a mostrarlo. Si ahora se hablase de manuscritos antiguos, salvo que existieran más pruebas que las que están disponibles con toda facilidad, diría sin dudar y debe usted suponer que son otra prueba más de la conspiración escocesa de falsarios en toda la nación.

No censure la expresión, pues sabe usted que es verdad.

El asunto del doctor Memis no permite el menor margen de maniobra para la especulación. No dispongo de más datos que los que su abogado ha esgrimido contra usted.

Esta mañana consulté con el presidente del Colegio de Médicos de Londres, quien dice que entre nosotros lo propio es decir «doctor en Física» (no decimos «doctor de Medicina»), y que ése es el título más elevado que un practicante de la medicina puede ostentar; añada que *doctor* implica no sólo 'físico', o 'médico' si lo prefiere, sino maestro de física o medicina; que todo doctor es legalmente físico, o médico, y que nadie, ni siquiera un doctor, puede practicar la medicina si no es mediante una licencia particular y otorgada a tal fin. El doctorado es una licencia en sí misma. Nos parece que no hay fundamento para llevar a cabo la denuncia. (...)

Estoy ahora ocupado, pero en poco tiempo espero hacer cuanto me encomienda. Mis respetos a su señora y a

Nunca he llegado a saber qué palabras empleó el señor Macpherson en su carta al sabio venerable, aunque se ha dicho por doquiera que fueron de naturaleza muy distinta a la del lenguaje de una discusión literaria. La respuesta del doctor Johnson apareció en los periódicos del día, y ha sido desde entonces reimpressa con frecuencia, aunque no con perfecta exactitud. La reproduzco tal como me fue dictada por él mismo, escrita en su presencia y autenticada por una nota de su puño y letra: «Ésta, creo, es una copia fidedigna».^[105]

Señor James Macpherson, recibí su carta necia e insolente. Repeleré toda violencia que se ejerza sobre mí en la medida de mis posibilidades, y lo que no pueda hacer por mí mano se encargará la ley de hacerlo en mi lugar. Confío en que las amenazas de un rufián no me disuadan de desvelar lo que tengo por embuste.

¿De qué desea que me retracte? Su libro me ha parecido una impostura, y me sigue pareciendo una impostura. He explicado en público las razones de esta opinión, que aquí le desafío a refutar de manera convincente. Desprecio su cólera. Su capacidad, desde su Homero,^[c260] no es tan formidable como pueda creer; lo que he oído sobre su moralidad me inclina a no tomar en consideración lo que diga, sino lo que sea capaz de probar. Si le place, no deje de publicar esta carta.

SAM. JOHNSON

El señor Macpherson conocía poco o mal el carácter del doctor Johnson si de veras supuso que iba a dejarse intimidar fácilmente, pues nunca hubo un hombre más notable por su valentía en lo personal. Tenía, qué duda cabe, un espantoso miedo a la muerte o, más bien, «a algo después de la muerte»,^[c261] si bien, ¿qué hombre que se precie de sensatez, que piense de veras renunciar a cuanto haya conocido e ingresar en un estado nuevo y desconocido, puede no sentir ese temor? Ahora bien, su miedo procedía de la reflexión, su valentía era natural. Su miedo, en ese caso único, era resultado de una consideración filosófica y religiosa. Temía a la muerte, pero a nada más, ni siquiera a lo que pudiera ocasionarle la muerte.^[c262] Cabe citar muchos ejemplos de su resolución. Un día, en la casa de campo de Beauclerk, dos grandes perros habían entablado una pelea, y él se fue hacia ellos y los apaleó hasta que se separaron; otra vez, cuando se le habló del peligro de que una escopeta reventase si se cargaba con demasiadas balas, introdujo en ella seis o siete y disparó contra un muro. Langton me contó que, nadando juntos cerca de Oxford, advirtió al doctor Johnson de una poza remansada que era particularmente peligrosa, en vista de lo cual Johnson nadó derecho hacia el remanso traicionero. Él mismo me contó que una noche se vio asaltado por cuatro hombres en la calle, a los cuales no se rindió, sino que los mantuvo a raya hasta que llegó la guardia, que se los llevó a los cinco a la comisaría. En el teatro de Lichfield, según me relató Garrick, Johnson había abandonado por unos momentos la silla que habían dispuesto para él en un lateral del escenario; un caballero se apropió de ella; a su regreso, Johnson le pidió cortésmente que se la

devolviera, a lo cual el caballero se negó en redondo y con toda su grosería; ni corto ni perezoso, Johnson agarró a la vez la silla y al caballero y los lanzó de cabeza al foso de la orquesta. Foote, que con tanta fortuna revivió la comedia antigua mediante la exhibición de personajes de carne y hueso, había resuelto imitar a Johnson en el escenario, y esperaba grandes beneficios de la ridiculización de tan célebre personaje. Cuando a Johnson se le informó de esta intención, estando en una cena en casa de Thomas Davies, el librero, que es quien le relató la anécdota, preguntó a Davies cuál era el precio corriente de un bastón de madera de roble. Le dijeron que seis peniques. «En tal caso —dijo—, permítame mandar a su criado a que me compre uno de chelín. Quiero tener uno que valga el doble, pues me han dicho que Foote me quiere sacar los colores en escena, y estoy decidido a que ese pájaro no se salga impunemente con la suya». Davies puso cuidado en avisarle a Foote de todo esto, lo cual puso efectivamente coto a la audacia del cómico. Las amenazas de Macpherson llevaron a Johnson a proveerse del mismo instrumento de defensa; de haber sido objeto de un ataque, no me cabe duda alguna de que, por viejo que fuera, habría dejado sentir su vigor corporal tanto como dejaba sentir el intelectual.

Su *Viaje a las islas occidentales de Escocia** es una valiosísima hazaña. Abunda en muy extensas impresiones filosóficas de la sociedad, en sentimientos que plasma con ingenio, en animadas descripciones. Buena parte del libro, qué duda cabe, consta de especulaciones que, ya muchos años antes de que viera con sus propios ojos las regiones asilvestradas que visitamos juntos, seguramente habían sido objeto de su atención, si bien el hecho de ver con sus propios ojos aquellos panoramas sin lugar a dudas las avivaron y aumentaron. El señor Orme, el muy solvente historiador, estuvo de acuerdo conmigo en este parecer, que así manifestó con vehemencia: «Contiene este libro pensamientos que, tras dilatada revolución en el intelecto capacísimo de Johnson, se han conformado y pulido como los guijarros que ruedan y se amasan en el océano».

Preciso es reconocer que era hasta frisar el exceso «un inglés de pura cepa»,^[c263] hasta el extremo de haberse permitido albergar y alimentar un indebido prejuicio en contra tanto del país como del pueblo de Escocia.^[c264] Ahora bien, era prejuicio del intelecto, no del corazón. No tenía inquina ni malquerencia a los escoceses, ya que de haber sido consciente de tales sentimientos jamás se hubiera acogido al regazo de su país, ni tampoco se hubiera entregado a la protección de los habitantes de sus más recónditos rincones con temeraria confianza. Su comentario sobre la desnudez de los paisajes de Escocia, por hallarse desprovistos de arbolado,^[c265] lo hizo no sin antes haber recorrido 200 millas por las costas del este de la región, donde desde luego no se encuentran árboles cerca de los caminos, y no en vano dijo él que su libro era «un mapa de caminos». Su descreimiento de la autenticidad de los poemas atribuidos a Osián, el bardo de las Tierras Altas, tuvo confirmación en el transcurso de su viaje mediante un muy riguroso examen de las pruebas que se le ofrecieron; por más que la autenticidad de las mismas hubiera llegado a ser incluso en demasía punto de honor

nacional entre los escoceses, eran muchas las personas dignas del mayor de los respetos que por todo el país no se mostraban de acuerdo con dicha autenticidad, de manera que el juicio que sobre toda esta cuestión emitiera Johnson no lo debieran poner en solfa siquiera los que de él discrepan. Por mi parte, sólo puedo añadir, respecto a un asunto que ahora ha perdido casi todo el interés que pudo tener, que cuando por primera vez salieron a la luz los fragmentos de la poesía de las Tierras Altas, mucho me complacieron sus asilvestradas peculiaridades, a tal punto que fui uno de los que se suscribieron para permitir al editor de los mismos, el señor Macpherson, joven por entonces, que emprendiera por las Tierras Altas y por las Hébridas la búsqueda de un largo poema escrito en la lengua erse, que al parecer se conservaba en algún remoto lugar de dichas regiones. Ahora bien, al publicarse un poema épico en seis libros, dotado de todas las circunstancias y rasgos comunes a las anteriores composiciones poéticas de la misma naturaleza, y cuando luego de un examen a fondo del mismo se hallase un perpetuo recurrir a las mismas imágenes que aparecían en los fragmentos de antaño, pero también habida cuenta de que en ninguna biblioteca pública se había depositado ningún manuscrito antiguo que autentificase la obra, por más que en este aspecto se insistiera, ya que se trataba de la prueba más razonable de cuantas pudieran pedirse, ¿quién podría abstenerse de dudar?

La gratitud con que reconoció Johnson las muchas muestras de amabilidad que recibió a lo largo de este viaje refutan de un modo taxativo las brutales reflexiones que se han esgrimido contra él, como si hubiera regresado de su viaje con el ánimo ingrato; su delicadeza al no tratar en su libro nada sobre aquellos que, según se ve a las claras en sus cartas a la señora Thrale, fueron objeto de injustificada censura, no puede ser menos encomiable. Destaca de manera especial en su modo de comportarse su sinceridad y su disposición amistosa; así, cuando le informa el señor Macleod de Rasay que había incurrido en un error que produjo a tal caballero motivos de incomodidad, le escribió una carta cortés y afable, e incluyó en los periódicos una nota para enmendar su error.^[106]

Las observaciones que me comunicó por carta mi amigo el señor Dempster a poco de haber leído el libro del doctor Johnson son tan justipreciadas y generosas que no cabe fatigar a nadie por muy a menudo que se repitan:

... No hay entre las tapas del libro, de principio a fin, nada que un escocés tenga por qué tomarse a mal. Lo que dice del paisaje es verdad, y sus observaciones sobre el paisanaje son las que de cajón han de ocurrírsele a un habitante de una cómoda metrópolis, si es de natural sensible, sensato, observador y amigo de cavilar, máxime si dicha metrópolis es de tal guisa que con treinta libras de estipendio anual puede un hombre acomodarse mejor a todas las pequeñas necesidades de la vida que Col o sir Allan.

Me han encandilado sus indagaciones sobre la lengua erse y la antigüedad de sus manuscritos. Me han convencido con creces; pondré a Osían, con sus Fingal y sus Oscar, entre los cuentos infantiles y las patrañas con más o menos gracia, que no con la verdadera historia de nuestra nación, a lo largo de todos los años venideros.

A grandes rasgos, es un libro que no puede contrariar ni desagradar, pues carece de pretensiones. El autor no afirma que sea geógrafo, ni experto en antigüedades, ni gran conocedor de la historia de Escocia, ni naturalista, ni versado en fósiles. Todo cuanto se ha propuesto describir es el talante del pueblo y el rostro del país, o al menos son ésos los aspectos en los que parece haber detenido el pensamiento. Muy deseable sería que quienes han viajado por regiones mucho más remotas, y claro está que mucho más curiosas, hubieran hecho gala del mismo

sentido común que él. Sobre el estado actual del saber, sus atinadas observaciones acerca de la Universidad de Glasgow demuestran que se ha formado muy sólida opinión. También comprende nuestro clima, y ha observado con exactitud los cambios, por lentos e imperceptibles que para nosotros sean, que se han experimentado en Escocia a raíz de las bendiciones que la libertad y la paz interna han traído consigo...

El señor Knox, también natural de Escocia, que con posterioridad a Johnson ha hecho su mismo periplo y ha publicado su relación del mismo, ^[c266] es igualmente generoso.

He leído su libro —nos dice— una y otra vez, con él he viajado de Berwick a Glenelg, por paisajes que muy bien conozco; he navegado con él de Glenelg a Rasay, Sky, Rum, Col, Mull e Icolmkill, pero no he encontrado ocasión de enmendarle la plana en ningún asunto de peso. A menudo he admirado la exactitud, la precisión y la justeza de cuanto manifiesta, tanto respecto del país como del pueblo.

El doctor ha expresado en cada pasaje sus sentimientos con entera libertad, y en numerosos ejemplos con visible consideración por el bienestar de los habitantes y el ornato del paisaje. Sus apuntes sobre la falta de árboles y setos que den sombra en los caminos, así como cobijo al ganado, tienen sobrado fundamento y merecen la gratitud, no la cicatera censura de los nativos. También supo percibir el desasosiego de los habitantes de las Tierras Altas, y desacredita con gran propiedad la mala, administración de las tierras y el descuido de la madera en las Hébridas.

Tras citar los justos cumplidos que hace Johnson de la familia de Rasay, señala: «Por otra parte, me resulta esta familia igual de pródiga en sus encomios a propósito de la conversación del doctor Johnson, así como de las subsiguientes gentilezas que tuvo para con un joven caballero de la región, quien luego de haberle agasajado en Londres fue muy bien acogido y experimentó cuantas atenciones y consideraciones puede obsequiar un querido amigo. Como quiera que también en Londres se encontró con Macleod, éste agasajó asimismo al doctor, quien por su parte obsequió con una magnífica y no menos costosa velada en su honor a su conocido de las Hébridas». Y refiriéndose a la carretera militar que circunda Fort Augustus, dice: «Por este camino, uno de los más escarpados de toda Gran Bretaña, pasó el célebre doctor Johnson de Inverness a las Hébridas. Sus observaciones sobre el paisaje y el paisanaje son extremadamente correctas, juiciosas e instructivas».

El señor Tytler, sagaz y sobrio vindicador de María, Reina de Escocia, en una de sus cartas al señor James Elphinstone, publicadas en *Cuarenta años de correspondencia*, volumen de dicho caballero, dice lo siguiente:

Leí el *Viaje* del doctor Johnson con gran placer. Son muy pocos los errores en que ha caído, y son de muy poca monta, y se pierden además entre las innumerables bellezas de esta obra.

Si dispusiera yo de tiempo, tal vez podría reseñar los pasajes más dignos de mención, pero en la actualidad me encuentro en el campo, y no tengo su libro a mano. Salta a la vista que su intención fue hablar bien de Escocia, y a mi recto saber y entender nos ha hecho un gran honor en el artículo más capital, que es el carácter de sus habitantes.

Sus cartas privadas a la señora Thrale, escritas en el transcurso de su viaje, y que por

tanto es de suponer transmiten sus sentimientos más genuinos durante el mismo, abundan en observaciones benévolas para con las personas que lo trataron con civilidad, tan es así que nadie, salvo que tenga un temperamento áspero y agriado, podrá albergar ni la menor duda sobre su bondad de corazón.

Por eso es tan doloroso recordar con qué rencor lo acecharon no pocos ciudadanos del norte de Gran Bretaña, superficiales e irritables, debido a las presuntas injurias que había vertido en el tratamiento de su tierra y de sus compatriotas a lo largo de su *Viaje*. De haber existido el más exiguo fundamento para tal acusación, me pregunto, ¿habría expresado alguien tan virtuoso y sincero como Dempster su opinión sobre el libro en los términos que he citado? ¿Habría hablado un patriota como Knox^[107] tal como lo hizo? ¿Y Tytler, de seguro «... un escocés de pelo en pecho, como nunca hubo dos», se habría expresado así? Permítaseme añadir que, ciudadano del mundo como soy y me considero, siento esa natural predilección por mi *natale solum*, mejor dicho, tengo ese justo concepto del mérito que posee una nación antañona, que siempre ha gozado de renombre por su valor, que antiguamente mantuvo su independencia frente a una vecina poderosa y que en tiempos modernos de igual modo se ha distinguido por su ingenio y por su industria en la vida civilizada, a tal punto que me habría embargado una descomedida indignación ante cualquier injusticia que se le hiciese. Johnson no trató a Escocia peor de lo que trató incluso a sus mejores amigos, cuyos caracteres trazaba tal como se presentaban a sus ojos, con luces y sombras. Hay personas que no han ejercitado a fondo su intelecto, y que le condenan por censurar a sus amigos. En cambio, sir Joshua Reynolds, cuya perspicacia filosófica y justeza de pensamiento no eran menos conocidas, para quienes tuvieron un trato estrecho con él, que el genio pictórico que admira el mundo entero, explicó de este modo su conducta: «Le agradaba discernir al máximo, y esto no podía hacerlo sin señalar tanto lo malo como lo bueno de cada persona, y siendo sus amigos esas personas cuyo carácter mejor conocía, ellos le proporcionaron las mejores ocasiones de mostrar la agudeza de sus juicios».

A su amigo Windham, de Norfolk, le expresó su pasmo ante el celo extremado de los escoceses, y su resentimiento ante el hecho de que él hubiera descrito su país tal como era en realidad, cuando decir que era un país tan bueno como Inglaterra habría sido una grosera falsedad. «Ninguno de nosotros —dijo— se ofendería si un extranjero que viniera a visitarnos afirmara que en Inglaterra no crecen viñas ni olivos». Y por lo que atañe a su prejuicio contra los escoceses, que siempre he atribuido al pujo de nacionalidad que observaba en ellos, dijo al mismo caballero: «Cuando me encuentre a un escocés para el que un inglés sea como un escocés, ese escocés será como un inglés para mí». La intimidad de trato que tuvo con muchos caballeros de Escocia, y el hecho de que contratase a tantos nativos de Escocia como amanuenses, demuestra que su prejuicio no era virulento; yo he depositado en el Museo Británico, entre otros escritos suyos, la siguiente nota, en la que responde a una mía, en la que le preguntaba si se reuniría conmigo a almorzar en la Taberna de la

Mitra, aun cuando iba a estar presente un amigo mío, escocés para más señas: «No entiende el señor Johnson por qué da el señor Boswell en suponer que un escocés sea menos aceptable que cualquier otro comensal. Me reuniré con ustedes en la Mitra».

Mi muy apreciado amigo el doctor Barnard, hoy Obispo de Killaloe, le manifestó una vez su aprensión de que si alguna vez visitara Irlanda posiblemente diera a los habitantes de dicho país un trato aún más desfavorable del que dio a los escoceses, a lo que Johnson respondió con ingenio y cortante doble filo: «Señor, de mí no tiene nada que temer. Los irlandeses no han tramado una conspiración para engañar al mundo mediante falsas representaciones del mérito que puedan tener sus compatriotas. No, señor: los irlandeses son un dechado de justicia. Nunca hablan bien los unos de los otros».

Johnson me habló de una muestra de los pujos nacionales de Escocia que le había causado una impresión muy desfavorable. Un escocés que gozaba en Londres de cierta consideración le pidió que recomendara, con el peso de su cultura y su autoridad, para un puesto de maestro en una escuela, a una persona de la que quien tales avales pedía reconocía saber solamente que era su paisano. Johnson se quedó asombrado ante la inconsciencia de tal conducta.

Todos los cicateros reparos que contra su *Viaje* se pusieron en periódicos,^[c267] revistas y otras publicaciones fugaces, lo digo con cierto conocimiento de causa, le procuraron solamente solaz. Por fin se publicó un volumen insidioso, más grueso que el del propio Johnson, repleto de insultos y difamaciones, con el nombre, real o ficticio, de un hombre de baja extracción, de un recóndito rincón de Escocia, aunque presuntamente fuese obra de otro escocés que ha encontrado los medios para hacerse de sobra conocido tanto en Escocia como en Inglaterra. El efecto que le produjo a Johnson no fue otro que esta plácida observación, que hizo por carta al señor Seward, quien le había prestado el libro: «Este individuo es un mentecato. Ya no saben ni cómo endilgarme sus insultos.

¿Quién va a leer un libro escrito contra mí, si cuesta cinco chelines? No, señor; si tuvieran dos dedos de frente, me habrían zaherido con mil y un panfletos».^[c268]

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 18 de febrero de 1775

Grande habría sido su complacencia si hubiera almorzado hoy conmigo. Tuve por invitados a Macquharrie, al joven Maclean de Col, sucesor de nuestro difunto amigo, hombre de talante muy afable, aunque no tan dotado de cualidades activas como su hermano; al señor Maclean de Torloisk, en Mull, caballero de la familia de sir Allan, y a dos miembros del clan Grant, de modo que presidió nuestra reunión el genio de las Tierras Altas y de las Hébridas. Conversamos largo y tendido acerca de usted, y bebimos a su salud en grandes cantidades. No fui yo quien propuso el brindis, circunstancia que me apresuro a señalar, pues a estas alturas es tanta y tan conocida la relación que tengo con usted que todo cuanto pueda decir o hacer en su honor ya no tiene el valor adicional de un cumplido. No es más que darle a usted una simple guinea del tesoro de admiración que ya le pertenece, y que no es un tesoro escondido, pues creo que mi admiración por usted coexiste con el conocimiento que tengo de mi carácter.

Encuentro que los lugareños de las Tierras Altas y de las Hébridas en general tienen mayor aprecio por su

Viaje que los escoceses de las regiones bajas. Hoy, uno de los Grant dijo que estaba seguro de que es usted un hombre de buen corazón, sincero y bienintencionado, y parecía esperanzado de poder convencerle de la antigüedad de buena parte de los poemas de Osián. Tras todo lo que ha pasado, creo que la cuestión es susceptible de probarse en cierto grado. Tengo entendido que Macpherson se hizo con un antiguo manuscrito en erse en Clanranald, por la restitución del cual contrajo una obligación formal ante testigos, y se afirma que el gaélico (llámese erse, llámese irlandés) se ha escrito en las Tierras Altas y en las Hébridas durante muchos siglos. Es razonable suponer que aquellos habitantes que hubiesen adquirido una cierta cultura poseyeran asimismo el arte de la escritura, al igual que sus vecinos irlandeses y sus primos los celtas. La cuestión estriba en si es posible aducir pruebas suficientes de ello.

Quienes están versados en el conocimiento de las escrituras de antaño pueden precisar la edad de un manuscrito, o establecer al menos el siglo del que datan; si hombres de probada veracidad y así versados nos indican que los manuscritos en poder de las familias de las Tierras Altas y las Hébridas son obra de edades remotas, creo que debiéramos quedar convencidos por su testimonio.

Ha llegado ahora a esta ciudad Ranald Macdonald, de la Isla de Egg, que posee varios manuscritos de poesía en erse y que desea publicar mediante suscripción. Me he comprometido a adquirir tres ejemplares del libro, cuyo precio será de seis chelines, pues tengo el deseo de suscribirme a cuanto se imprima en erse, sea nuevo o sea antiguo, con el fin de que se preserve la lengua. Dice este hombre que algunos de sus manuscritos son antiguos; no tengo duda de que uno en concreto, que me ha mostrado, parece tener la pátina de oscurecimiento propia de la antigüedad...

La investigación al respecto aún alberga esperanzas; yo diría que se podrá descubrir la verdad exacta si se emplean los medios adecuados. Soy, etc.,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

25 de febrero de 1775

Querido señor,

lamento no haber conseguido ejemplares para mis amigos de Escocia. Strahan ha prometido enviarle a usted dos docenas. Si le llegan, ponga sus nombres en ellos; puede recortarlos^[108] y empastarlos con un poco de almidón.

Así pues, veo que también usted va a enloquecer con el asunto de Osián. ¿Qué le hace pensar que ninguna de sus partes pueda probarse? El oscurecido, patinado manuscrito de Egg seguramente no tendrá ni cincuenta años; si tuviera cien, nada demostraría. Lo que cuenta de Clanranald nada demuestra. ¿Es Clanranald quien lo cuenta? ¿Lo puede demostrar? Sigo creyendo que no hay manuscritos en erse. Ninguna de las familias de mayor antigüedad conservaba una sola carta, al menos según nos dijeron durante nuestro viaje. Dice usted que es probable que supieran escribir. Los cultos, si cultos había entre ellos, sabían, aunque gracias a esa cultura sabían usar una lengua escrita en la cual escribieron, si bien no escribieron cartas a los suyos. Si existen manuscritos, que se muestren junto con alguna prueba de que no se han falseado para la ocasión. Dice usted que son muchos los que recuerdan con facilidad fragmentos de Osián. Creo que se trata de versiones del texto inglés. Al menos, no hay pruebas de esa antigüedad.

Se dice que Macpherson ha hecho algunas traducciones, y que luego de enseñar a escribir a un chiquillo le ordenó ponerlas por escrito y decir que todo aquello lo había aprendido de su abuela. Cuando se hizo mayor, el niño contó lo sucedido. La señora Williams lo oyó contar en casa de Strahan. No sea crédulo; de sobra sabe usted qué poco de fiar es un nativo de las Tierras Altas.^[c269] Por lo que se me alcanza, Macpherson guarda silencio absoluto. ¿No le parece que es prueba suficiente? Todo lo tiene en su contra. No hay manuscrito visible, no hay una sola inscripción en esa lengua, no hay correspondencia entre amigos o familiares, no hay registro de transacciones comerciales, no se conserva absolutamente nada en el seno de las familias de mayor antigüedad. La pretensión de Macpherson es que el manuscrito estaba en caracteres sajones. Lástima; si no hubiera cometido ese error de principiante al hablar de manuscritos, podría haber jugado la baza de la tradición oral durante mucho más tiempo. En cuanto a la información de Grant, me temo que sabe de todo este asunto bastante menos que nosotros.

Mientras, el librero me dice que la venta^[109] es suficientemente rápida. Imprimieron cuatro mil. Corrija en su ejemplar cuanto vea erróneo y tráigaselo. Todos sus amigos se alegrarán de verlo de nuevo. Yo estoy pensando en retirarme al campo en mayo.

Lamento no haber sido capaz de enviar el libro antes. Me he reservado cuatro ejemplares para usted, de modo que no se limite a cumplir estrictamente mis instrucciones respecto a la distribución. Obre enteramente a su

discreción.

Presente mis respetos a la señora Boswell. Imagino que a estas alturas empezará a perdonarme. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El martes 21 de marzo llegué a Londres, y al visitar al doctor Johnson antes del almuerzo lo hallé en su estudio, en compañía de Peter Garrick, el hermano mayor de David, con quien le encontré un enorme parecido de semblante y de voz, aunque me pareció de talante más plácido y reposado. Johnson me informó de que si bien Beauclerk sufría de grandes dolores, se tenía la esperanza de que su vida no corriese peligro, y su deseo era consultar con el doctor Heberden para recabar una segunda opinión. Tanto en este primer encuentro como durante la velada que pasamos en casa del señor Thrale, donde estuvo también Peter Garrick, se mostró vehemente sobre la controversia de Osián. «No se sabe que existan antiguos manuscritos en erse — aseveró—; tampoco tenemos motivos para descreer de que antiguamente no hubiera hombres con tres cabezas, salvo que no tenemos constancia de que existieran tales hombres». También se escandalizó cuando dio en suponer que mis paisanos «tienen mayor amor por Escocia que por la verdad»,^[c270] diciendo que «todos ellos, no, no todos, pero sí montones de ellos vendrían a atestiguar lo que fuera por el honor de Escocia». Perseveró otra vez en su desaforado alegato, según el cual ponía en duda que hubiera entre Edimburgo y la frontera con Inglaterra un solo árbol de mayor edad que él.^[c271] Le aseguré que se equivocaba en eso, y sugerí que el castigo adecuado a su presunción sería que recibiese un azote ante cada árbol mayor de cien años que se encontrase en esa franja de terreno. Rió y dijo: «Me parece que podría sucribirlo por medio penique».

Había hecho caso omiso de las dudas y prevenciones que, en mi correspondencia con él, me aventuré a manifestarle en cuanto a la justicia y la sensatez de la conducta que había tenido Inglaterra con sus colonias de América, al tiempo que le solicité que me permitiera informarme debidamente sobre tan trascendente cuestión, y poco antes había publicado un panfleto^[a nota c254, Vol. III] titulado *Gravámenes, no tiranos: respuesta a las resoluciones y alocución del Congreso Americano*.^{*[c272]}

Desde mucho tiempo atrás había albergado y alimentado sentimientos asaz desfavorables hacia nuestros congéneres, los súbditos americanos. En fecha tan temprana como es 1769 me dijo el doctor Campbell que así se había pronunciado sobre ellos: «Son un hatajo de convictos; tendrían que estarnos agradecidos por todo lo que les concedemos, en vez de condenarnos a la horca sin contemplaciones».

Sobre este escrito suyo evité toda conversación con él, pues había tenido tiempo de formarme una opinión clara y asentada,^[c273] a saber, que el pueblo de América tenía plena justificación para resistirse por todos los medios a las exigencias de sus congéneres, los ciudadanos de la madre patria, empeñados en tener pleno dominio de

sus fortunas, gravándolas impositivamente sin su consentimiento; la extrema virulencia que destilaba el panfleto se me antojó tan inapropiada a la bondad natural de un filósofo cristiano, y tan crasamente contraria a los principios de paz que con tanta belleza había propugnado en su panfleto sobre las islas Malvinas, que mucho me dolió verlo aparecer bajo una luz tan desfavorable. Además, en este escrito no fui capaz de percibir esa habilidad argumentativa o esa felicidad de expresión por las que en tantas otras ocasiones se le había reconocido tan gran eminencia. La aseveración taxativa, la severidad teñida de sarcasmo, la ridiculización en términos extravagantes, que él mismo reprobaba en tanto pruebas de veracidad, se amalgamaban sin cortapisas en esta rapsodia.

No me cabe duda ninguna de que escribió este panfleto por deseo expreso de quienes entonces ocupaban el poder. Desde luego, él mismo me reconoció que algunos de ellos lo revisaron y lo abreviaron. Me dijo que suprimieron un pasaje que venía a rezar más o menos así: «Con ninguna solidez podían los colonos argumentar que, al no haber estado sujetas a gravámenes las colonias cuando aún se hallaban en su infancia, tampoco ahora debía sometéseles a ningún régimen impositivo. No uncimos nosotros un becerro al arado, sino que esperamos hasta que es un buey». «Lo tacharon —comentó— bien por demasiado ridículo para ser crítico, bien por ser políticamente exasperante. Me da igual. Era asunto suyo. Si un arquitecto dice que hará una casa de cinco plantas, y el cliente que lo contrata sólo quiere tres, la decisión está tomada». «Desde luego, señor —le dije—, así es de ordinario, pero ¿por qué habría de ser así cuando el arquitecto aporta sus conocimientos y su trabajo gratuitamente?».

Por desfavorable que forzosamente haya de ser mi opinión sobre este panfleto, si bien era concurrente con el sentir de un buen número de personas en la época, como se da el caso de que, al igual que todo lo relacionado con los escritos del doctor Johnson, tiene importancia en la historia de la literatura, insertaré algunos pasajes que fueron suprimidos sin que se sepa el porqué, bien por su mano, bien por decisión de quienes lo revisaron. Están impresos en unas galeradas que obran en mi poder, marcadas por correcciones de su puño y letra. Los distingo en cursiva.

En el párrafo en que dice que los americanos se vieron incitados por los intelectuales europeos a plantar resistencia frente a «hombres a quienes todavía consideraban sus amigos, si bien eran amigos sólo de sus intereses», seguía diciendo «... y se tornaron por su propio egoísmo enemigos de su país».

Y el siguiente párrafo decía así: «Que vierta la nación insultada su ánimo de venganza sobre quienes originalmente urdieron las maldades, y *no sobre aquellos a los que engañaron con sus tretas*».

El párrafo que venía a continuación era éste:

Desdichada es la nación en que los hombres pueden soñar con su medro por favorecer a sus enemigos. La tranquilidad de un gobierno estable no siempre se preserva con facilidad frente a las maquinaciones de los innovadores aislados, si bien ¿qué esperanza de quietud nos asiste cuando se pueden formar abiertamente facciones hostiles a la legalidad electa, que además despiertan lealtades manifiestas?

Tras el párrafo que ahora sirve de conclusión al panfleto, seguía esto otro, en lo cual sin duda se refiere al Conde de Chatham y mira de reojo a cierto lord Canciller que gozó de gran popularidad:^[c274]

Si, debido a los avatares de la guerra, pusieran definitivo fin a nuestra presencia allí, sólo cabe hacer conjeturas sobre lo que puedan hacer a continuación. Si se exigiera una nueva monarquía, estarían necesitados de encontrar un rey. Quien haya de ser el primero en empuñar el cetro de América ha de tener un nombre de buenos augurios. William lleva fama tanto de conquistador como de libertador; es posible que Inglaterra, aunque sea derrotada, les pueda proporcionar otro William. Los whigs, obvio es decirlo, no desean someterse a gobierno, y es posible que el rey William sienta fuerte inclinación a encabezar las medidas que tomen, aunque los whigs han sido tan víctimas de engaño como cualquier otro mortal, y han tenido que soportar que su jefe de filas se convierta en su tirano, aunque haciéndose llamar protector. Con su rudimentario imperio tal vez deseen un canciller.

Y luego venía este otro párrafo:

En la actualidad, sus números no son del todo suficientes para alcanzar la grandeza que, con tal o cual forma de gobierno, se requiere para rivalizar con las antiguas monarquías, pero en aras de la regla de la progresión del doctor Franklin,^[c275] llegarán a ser en siglo y cuarto más incluso que los habitantes de toda Europa. Cuando los whigs de América se multipliquen de ese modo, tiemblen los príncipes de la tierra en sus palacios. Si continúan duplicándose y triplicándose, su propio hemisferio no bastará para contenerlos. No permitamos que los más encarnizados adversarios de la autoridad ansíen con deleite ese whiggismo futurible.

Desconozco cómo terminaba en realidad, pues queda bruscamente cortado al pie de la última de estas galeradas.

Los panfletos que escribió para dar respaldo a las medidas de la administración los publicó a sus expensas, y más adelante los recogió en un volumen titulado *Tratados políticos, por el autor del Rambler*, al que antepuso este lema:

*Fallitur egregio quisquis sub Principe credit
Servitium; nunquam libertas gratior extat
Quam sub Rege pio.*

CLAUDIANUS^[c276]

Estos panfletos le acarrearón numerosos vituperios. Frente a las armas corrientes en las guerras de la literatura estaba bien protegido; hubo en cambio dos muestras de animadversión que fui yo quien le comunicó y que, por lo que pude colegir, tanto por su silencio como por su semblante, parecieron causarle una gran impresión.

Una fue la *Carta al doctor Johnson ocasionada por sus recientes publicaciones de sesgo político*. Se publicó antes que *Gravámenes, no tiranos*, y la escribió el doctor Joseph Towers. En ella trataba a Johnson con el respeto debido a un hombre de tal eminencia, y al mismo tiempo denunciaba con acritud y sin pelos en la lengua su conducta como escritor de asuntos políticos, por no casar con el carácter de alguien que, si empuñaba la pluma para tratar cuestiones de política, «cabría razonablemente esperar que se distinguiera no por la virulencia y el rencor partidista, sino por su moderación y su sabiduría».

Terminaba así:

Ojalá recordara usted, me digo pese a todo, si volviera a dirigirse al público en calidad de escritor político, que el

lujo de la imaginación desbordante o la energía del lenguaje parca compensación representan a la falta de sinceridad, de justicia y de verdad. Y sólo añadiré que si en lo sucesivo me dispusiera a leer, como he hecho con mucho gusto, el más brillante de sus desempeños, el *Rambler*, el placer que me he acostumbrado a hallar en sus páginas disminuirá en gran medida al teñirse por la reflexión de que un escritor de tal envergadura moral, de tamaña elegancia, autor de una obra tan valiosa, no haya tenido escrúpulos en prostituir su talento con entregas como *La falsa alarma*, *Pensamientos sobre las transacciones referentes a las Malvinas* y *El patriota*.

Estoy deseoso de hacer justicia al mérito del doctor Towers, del cual diré que, si bien aborrezco sus ideas e inclinaciones *whig* y demócratas (pues me niego a creer que sean principios sólidos), lo estimo por su ingenio, su saber y su cordialidad.

La otra muestra fue un párrafo en una carta que me escribió mi viejo y más íntimo amigo, el reverendo señor Temple, quien escribió el retrato de Gray que ha tenido el honor de ver incluido en los escritos que tanto Mason como Johnson han dedicado a este poeta. Decía así: «¿Cómo puede su gran, no diré piadoso, pero sí su muy moral amigo prestar su apoyo a las bárbaras medidas de la administración, apoyo que no han tenido el descaro de solicitar al descreído de Hume, también beneficiario de una pensión?».

Por seguro que estuviera de la rectitud de su conciencia, es posible que Johnson haya sentido un sincero desasosiego al entender que su conducta era erróneamente imputada a motivos indignos, sobre todo a juicio de hombres de intachable proceder, y al comprobar que la influencia de sus valiosos escritos pudiera por tales razones verse en cierto modo recortada e incluso anulada.^[c277]

Fue a quejarse ante un honorable señor,^[c278] amigo de considerable talento y gran distinción, de notable elegancia en el trato, con quien mantuvo una dilatada intimidad, y cuya generosidad para con él aparecerá más adelante en estas páginas, de que si bien le fue otorgada la pensión por sus méritos literarios, la administración había recurrido a él para que escribiese panfletos de sesgo político, y le comunicó que era tal su irritación que tenía la intención de renunciar a la pensión que le concediera la Corona. Su amigo le hizo ver lo impropio de tal medida; él después le expresó su gratitud y afirmó haber recibido un buen consejo. A ese amigo comunicó una vez su deseo de que su pensión fuera vitalicia, pero ni pidió ni recibió del gobierno recompensa alguna por sus trabajos políticos.^[c279]

El viernes 24 de marzo estuve con él en el Club Literario, donde también se habían reunido los señores Beauclerk, Langton y Colman, el doctor Percy, el señor Vesey, sir Charles Bunbury, el doctor George Fordyce, el señor Steevens y Charles Fox. Antes de que llegara, hablamos de su Viaje a las islas occidentales y de su extemporáneo pronunciamiento^[110] al mostrar su «voluntad recalcitrante de creer en la clarividencia», cosa que suscitó cierto afán de ridiculización entre los presentes. Estaba yo tan impresionado por la veracidad de muchas de las historias que me habían contado a este respecto que confesé mi convicción, y dije: «Él sólo tiene voluntad de creer. Yo creo. Para mí, las pruebas son suficientes, aunque no lo lleguen a ser para su poderoso intelecto. Lo que no llena una botella de un cuarto llena con creces una de pinta. Yo estoy colmado de creencia». «¿De veras? —me espetó

Colman—. En tal caso, encórchese».

Descubrí que su Viaje era tema corriente de conversación en el Londres del momento, sin importar dónde ni con quién me encontrase. En una de las tertulias que con gran formalidad convocaba lord Mansfield en su casa, en las veladas de los domingos, extrañamente llamadas *Levéés*, a la francesa, su señoría me dijo: «Todos hemos leído recientemente sus viajes, señor Boswell». «Pero si yo no era sino el humilde acompañante del doctor Johnson...», repuse. El presidente del Tribunal Supremo replicó con ese aire y ese tono que nadie que lo haya visto y oído podrá jamás olvidar: «No habla mal de nadie, salvo de Osián».

Johnson estaba muy animado en aquella reunión vespertina del club, y habló con gran vehemencia y cosechó gran éxito. Atacó a Swift, como gustaba de hacer en todas las ocasiones que surgieran. «El Cuento de una barrica es tan superior al resto de sus escritos que a uno le cuesta trabajo creer que lo haya escrito él: rebosa tal vigor intelectual, contiene tal enjambre de pensamientos, tantos apuntes sobre la naturaleza, el arte, la vida...».^[c280] Me maravilló oírle decir esto sobre *Los viajes de Gulliver*. «Una vez a uno se le ocurre que haya hombres gigantes y hombres enanos, todo lo demás es muy sencillo de poner sobre el papel». Me esforcé por hacer una defensa de Swift, en la que intenté que participasen quienes eran mucho más capaces de defenderle, pero fue en vano. Por fin, de *motu proprio*, Johnson reconoció un gran mérito al inventario de los objetos hallados en los bolsillos del Hombre Montaña, sobre todo la descripción de su reloj, del que se hace la conjetura que era su dios, ya que lo consulta en todas las ocasiones. Comentó que «Swift sólo firmó con su nombre, después de tener un nombre con que firmar, en un par de escritos: *El plan para la mejora de la lengua inglesa y la última de las Cartas de Drapier*».^[c281]

De Swift pasamos sin solución de continuidad a Thomas Sheridan. JOHNSON: «Sheridan es un magnífico admirador de la tragedia de Douglas, a cuyo autor obsequió una medalla de oro. Hace algunos años, en un café de Oxford, lo llamé así: “Señor Sheridan, señor Sheridan, ¿cómo es que le dio la ventolera de regalar una medalla de oro a Home por haber escrito esa ridícula obra?”^[c282] Fue un gesto, ya se ve, gratuito e insolente, pero es que quise ser gratuito e insolente. Una medalla no tiene más valor que como sello de mérito. ¿Iba a asumir Sheridan el derecho de otorgar tal sello? Si tan magnánimo era Sheridan para otorgar una medalla de oro a modo de recompensa honoraria de la excelencia dramática, tendría que haber solicitado a una de las universidades que eligiera a la persona a la que había de concederse el galardón. Sheridan no tenía ningún derecho a conceder un sello de mérito: su gesto fue falsificar la moneda de Apolo».^[c283]

El lunes 27 de marzo desayuné con él en casa de Strahan. Nos dijo que esa noche se había comprometido a asistir a una función benéfica que organizaba la señora Abington. «Estaba esta dama de visita en casa de unas damas a las que había visitado yo, y me suplicó que asistiera a su función. Le dije que soy duro de oído, pero insistió tanto en que fuera que habría sido brutalidad por mi parte negarme a sus peticiones».

Éste me pareció un discurso característico de él. Le encantaba hacer gala de que había estado en los círculos de la vida alegre, y es posible que fuera incluso un poco vanidoso de las solicitudes de esta actriz elegante y muy de moda. Nos dijo que la obra que se representara iba a ser *El hipócrita*, una adaptación de *El desleal*, de Cibber, con el fin de poner en la picota a los metodistas.^[c284] «Yo no creo —dijo— que el personaje del Hipócrita sea en puridad aplicable a los metodistas, aunque sí lo es, y mucho, a los desleales. Una vez dije al doctor Madan, un clérigo irlandés, que era whig de los pies a la cabeza, que tal vez un desleal habría sido menos delincuente al aceptar el juramento que le impusiera el poder gobernante que al rehusarlo, porque rehusándolo a la fuerza se ofrecía a una tentación casi irresistible de ser más delincuente, ya que el hombre ha de vivir, y si se abstiene del sostén que le proporciona la administración del Estado probablemente se vea rebajado a recurrir a muy perversas mañas si ha de mantenerse».^[111] BOSWELL: «Yo diría, señor, que quien acepte el juramento de lealtad siendo éste contrario a sus principios es un hombre decididamente perverso, pues tiene la certeza de haber cometido perjurio, mientras que un desleal puede verse llevado a obrar de mala manera, pero sin tener plena conciencia de ello». JOHNSON: «Señor, un hombre que se acueste con la esposa de su patrón tiene la total certeza de obrar muy malamente». BOSWELL: «¿Y eso fue lo que hizo el clérigo desleal, señor?». JOHNSON: «Mucho me temo que muchos lo hicieron, sí».

Me sobresaltó este argumento, y bajo ningún concepto me pareció convincente. De no haber cumplido su propio padre el requisito impuesto por el gobierno (acerca de lo cual una vez en que le apremié a que me lo dijera se limitó a responder que «Eso, señor, es asunto que él tuvo que zanjar a solas consigo mismo»), es probable que hubiera tenido una opinión más desfavorable a propósito de un jacobita que aceptase el juramento de lealtad:

... de no haberse parecido
a mi padre cuando juró...^[c285]

El señor Strahan habló de lanzarse al gran océano de Londres para encontrar ocasión de alcanzar un lugar destacado, y observando que eran muchos los que no se habían atrevido a probar allí fortuna, por haber nacido para una determinada competencia, dijo: «Las pequeñas certidumbres son la ruina de los hombres de talento», cosa que Johnson confirmó de pleno. Strahan recordó a Johnson una observación que le había hecho a él en su día: «Pocas cosas hay en las que un hombre pueda emplearse con más inocencia que en amasar dinero». «Cuando más se piensa —apostilló Strahan—, más ajustado a la realidad parece».

Strahan había tomado por aprendiz a un pobre muchacho de provincias por recomendación de Johnson, quien se había interesado por él. «Señor Strahan —le dijo—, deme cinco guineas a cuenta y le daré una a este muchacho. Si uno recomienda a

un muchacho y luego nada hace por él, fea recomendación la suya. Hágalo venir».

Lo seguí al patio que había detrás de la casa, y allí tuve cumplida prueba de algo que le había oído asegurar: que hablaba por igual a todo el mundo. «Hay quien dice que se rebaja según la capacidad de su oyente. Yo nunca hago tal cosa. Hablo de manera uniforme, y de modo tan inteligible como puedo».

«Bien, muchacho —le dijo—, ¿qué tal te va?». «Bastante bien, señor, aunque temen que no sea yo suficientemente fuerte para algunas tareas del oficio». JOHNSON: «Lo sentiría, pues cuando uno considera con qué escasa capacidad intelectual y con qué poco trabajo corporal puede un impresor ganar una guinea a la semana, resulta un empleo muy apropiado para ti. Óyeme bien: esfuézzate todo lo que puedas, pues si con eso no es bastante tendremos que buscarte otra manera de subsistir. Toma una guinea».

Éste fue uno de los muchos, muchísimos ejemplos de su benevolencia activa. Al mismo tiempo, la espaciosa y sonora solemnidad con que, mientras se inclinaba, interpeló al muchacho regordete y piernicorto, contrastaba con la timidez y la desmaña de éste, con lo que por fuerza movía a cierta risible emoción.

Lo encontré por la noche en el Teatro de Drury Lane. A petición de la señora Abington, sir Joshua Reynolds había prometido asistir acompañado por una guardia de ingenios a su función benéfica. Tras reservar cuarenta localidades en los primeros palcos, me hizo el honor de incluirme en el grupo. Johnson tomó asiento exactamente a mis espaldas; como a tal distancia del escenario ni veía ni oía bien, se sumió en un aire de seria abstracción, tanto que parecía haberse formado una nube en medio de los oropeles y del buen humor reinante.^[c286] Me sorprendió su paciencia, al aguantar sentado una obra de cinco actos y una farsa de dos. Dijo muy poca cosa; tras declamarse el prólogo de *Bon Ton*, la obra de Garrick, que oyó bastante bien gracias a una dicción nítida y algo más reposada, habló del género de los prólogos teatrales y observó que «Dryden ha escrito prólogos superiores a cualquiera de los de David Garrick, pero David Garrick ha escrito muchos más prólogos de calidad que Dryden. Es asombroso que los haya escrito con tan gran variedad».

En casa de Beauclerk, donde cené, se encontraba Garrick, a quien alegré la noche con el elogio que hizo Johnson de sus prólogos; supongo que por gratitud hacia él abordó uno de sus temas predilectos, el de la exacerbada nacionalidad de los escoceses, que defendió de manera plácida, aunque con ayuda de cierta ficción poética. «Vamos, vamos, no me lo niegue: son realmente furibundos en su nacionalidad. Los Adams,^[c287] bien se ve, son hombres sumamente liberales, pero no sé cómo será que todos los obreros que trabajan para ellos son escoceses. Usted, qué duda cabe, es un hombre maravillosamente libre de esa nacionalidad tan acendrada, pero resulta que contrata al único limpiabotas escocés que hay en todo Londres». Imitó los modales de su maestro de antaño con sarcástica exageración, repitiendo, con pausas y silbidos e interjecciones:

*Os homini sublime dedit,
caelumque tueri Jussit,
et erectos ad sidera
tollere vultus,* [c288]

con la mirada baja en todo momento y, a la vez que pronunciaba las últimas cuatro palabras, llegando a tocar el suelo en una suerte de gesticulación contorsionada.

Ahora bien, cuando le venía en gana, Garrick era capaz de imitar a Johnson con gran exactitud, pues este grandísimo actor, con su notable poder de expresión, objeto de admiración universal, poseía asimismo un talento extraordinario para la mímica. Siempre tuvo celos de que Johnson hablase de él a la ligera. Recuerdo cómo me lo representó un día, diciendo que «Davy es un hombre grato y cordial, aunque tiende a ser un individuo un tanto fútil», frase que pronunció exactamente con la entonación y el aire del propio Johnson.

No podré solicitar a mis lectores con excesiva frecuencia, ni con suficiente encarecimiento, que mientras examinen mis transcripciones de la conversación de Johnson se esfuercen por tener muy en cuenta su dicción potente, cuidada y reflexiva. Su manera de hablar era desde luego impresionante, [112] y ojalá pudiera haberse preservado tal como se anota por escrito la música, según el muy ingenioso método del señor Steele, [113] que no en vano ha mostrado cómo el recitado de Garrick y de otros oradores eminentes puede transmitirse a la posteridad por medio de una partitura. [114]

Al día siguiente almorcé con Johnson en casa del señor Thrale. Vilipendió a Gray, a quien tildó de «individuo tedioso». BOSWELL: «Tengo entendido que era un hombre reservado, y que por eso podría parecer tedioso en compañía de otros, pero no puede decirse que su poesía lo fuera». JOHNSON: «Señor mío, era tedioso en compañía de otros, tedioso en su vestidor, tedioso donde estuviera. Era tedioso de una manera muy novedosa, y por esa razón son muchos los que lo tienen por una gran persona. Era un poeta puramente mecánico». Repitió entonces algunos versos ridículos que han escapado a mi memoria, y añadió: «¿No le parece tan grande como sus odas?». La señora Thrale sostuvo que sus odas eran melodiosas, a lo que Johnson exclamó: «Tejed la urdimbre, tejed la trama...».

Y dije yo solemnemente: «“La ondulada lámina por la que Edward corre...”. Ese verso sí que es bueno». «Pues sí —repuso—, y el siguiente también lo es —aunque lo declamó con sorna—: “Dad amplio margen, dejad suficiente espacio”. No, señor; no hay sino dos buenas estrofas en toda la poesía de Gray, que se encuentran en su “Elegía en un cementerio campestre”». Repitió entonces la estrofa que comienza diciendo «Por quién, con olvido de mentecato, la presa, etc», aunque en ello confundió una palabra, pues en vez de «recintos» dijo «confines». Y remató diciendo: «De la otra estrofa me he olvidado».

Como alguien sacara a relucir a una joven que se había casado con un hombre de rango muy inferior, surgió la cuestión de cómo han de conducirse los parientes de la

dama precisamente con ella en tal situación; según recapitulo el debate que se entabló, y rememoro lo que desde entonces ha sucedido, no puedo sino quedarme pasmado de un modo tal que la elemental delicadeza me impide expresar. Si bien defendí que habría que tratarla con firmeza inflexible y manifiesto desagrado, la señora Thrale se mostró a favor de la mansedumbre y el perdón y, de acuerdo con el dicho vulgar, «poner al mal tiempo buena cara, o hacer de tripas corazón». JOHNSON: «Señora, es preciso distinguir. Si fuera yo un hombre de alcurnia, no permitiría que de hambre se me muriese una hija, por mal que se hubiera casado; ahora bien, habiéndose ella rebajado del estatus al que originariamente habría tenido pleno derecho, le prestaría ayuda sólo en aquello que ella hubiera escogido, y no la pondría a la altura de mis hijas restantes. Debe usted considerar, mi señora, que su deber consiste en mantener la subordinación en la sociedad civilizada, y cuando tiene lugar una grosera y desvergonzada desviación de esa jerarquía, hay que castigarla con el fin de disuadir a otros de caer en la misma perversión».

Tras sopesar con frecuencia este asunto, estoy cada vez más persuadido de lo que entonces quise manifestar, y que debidamente sancionó Johnson con su autoridad e ilustró con su sabiduría, y estimo que es algo de capital importancia para la felicidad de la sociedad en su conjunto, que tiene absoluta necesidad de la subordinación. Que en un caso así opte un padre por el relajamiento es gesto débil, despreciable e indigno. Equivale a sacrificar el bien común a los sentimientos particulares. Y conviene reparar en que la exigencia de una hija que así haya actuado, si solicita que se le devuelva a su antigua situación, o es fantasiosa o es injusta o es ambas cosas a un tiempo. Si no tuviera valor la distinción de rango, ¿qué le importa si ha de seguir en la situación a que ella sola se ha rebajado? Si tal distinción tiene valor efectivo, ha de mantenerse con firmeza. Si se muestra indulgencia ante tal conducta, y quien causa la ofensa sabe que a la larga o incluso de inmediato será recibido como si nunca hubiera contaminado su sangre mediante vil alianza, quedará disuelto el gran impedimento frente a ese desordenado capricho que por lo general ocasiona un matrimonio a la baja, y el orden justo y confortable del progreso habrá sufrido un trastorno miserable.

Como alguien dijo algo de las cartas de lord Chesterfield, Johnson comentó que «no fue de extrañar que tuvieran tan grandes ventas, teniendo en cuenta que eran las cartas de un estadista, de un ingenio, de un personaje que mucho anduvo en boca de todos, desde siempre habituado a *virum volitare per ora*». [c289]

El viernes 31 de marzo cené con él y con algunos amigos en una taberna. Uno de los presentes trató, de manera demasiado directa, de darle la lata a cuenta de su reciente aparición en el teatro. «¿Por qué, señor, fue usted a la función de caridad de la señora Abington? ¿La vio?». JOHNSON: «No, señor». «¿La oyó?». JOHNSON: «No, señor». «En tal caso, señor, ¿por qué fue?». JOHNSON: «Porque ella es una de las favoritas del público, y porque cuando usted le importe al público la milésima parte de lo que ella le importa, también iré, señor mío, a sus funciones benéficas».

A la mañana siguiente le gané una pequeña apuesta a lady Diana Beauclerk preguntándole por una de sus manías, pues ella afirmó que no me atrevería yo a tanto. Al parecer, en el club se había observado que con frecuencia se guardaba en el bolsillo las naranjas de Sevilla, luego de haber exprimido todo el jugo en la bebida que se preparaba él mismo. Beauclerk y Garrick me habían hablado de esa curiosa costumbre, y parecían pensar que era él muy reacio a que se descubriese. No lográbamos adivinar qué hacía con ellas, lo cual constituía una pregunta muy atrevida de formular. Vi sobre su mesa los restos de la noche anterior, unas mondaduras cortadas en pedazos. «Señor —le dije—, ahora veo en parte qué hace con las naranjas exprimidas que se guarda en el bolsillo cuando las pide en el club». JOHNSON: «Les tengo un gran aprecio». BOSWELL: «Y dígame una cosa, señor. ¿Qué hace con ellas? Veo que las monda al parecer muy meticulosamente, ¿y luego?». JOHNSON: «Las dejo secar». BOSWELL: «¿Y luego?». JOHNSON: «Lo lamento, señor, pero más allá de eso no ha de saber usted qué destino les aguarda». BOSWELL: «En tal caso, el mundo quedará sumido en la ignorancia. Habrá que decir —adopté un tono de falsa solemnidad— que las mondaba y las dejaba a secar, pero que no dio su brazo a torcer y jamás refirió qué hacía con ellas a continuación». JOHNSON: «No, señor: tendrá que decirlo cargando más las tintas. No dio su brazo a torcer siquiera ante el más querido de sus amigos, y jamás contó qué hacía después con las naranjas de Sevilla que había exprimido, pelado y puesto a secar».

Esa misma mañana recibió su diploma de doctor en Leyes por la Universidad de Oxford. No alardeó de esa nueva dignidad, aunque bien comprendí que estaba sumamente complacido. Insertaré en este punto el proceder y la culminación de tan alto honor académico, del mismo modo que referí su obtención del título de licenciado en Filosofía.

Al reverendo doctor Fothergill, Vicecanciller de la Universidad de Oxford, con objeto de que se comunique a los rectores de los colegios y se proponga en la pertinente convocatoria.

Downing Street,
23 de marzo de 1775

Señor Vicecanciller, caballeros,

el honor del título de licenciado en Filosofía por diploma, anteriormente conferido al señor Samuel Johnson a raíz de su eminente distinción por medio de la publicación de una serie de ensayos diversos, calculados con suma excelencia para conformar los modales y costumbres de la gente, y en los que la causa de la religión y la moralidad se ha mantenido, defendido y recomendado por medio de los más potentes recursos de argumentación y elegancia de lenguaje, reflejó un idéntico grado de lustre sobre la propia universidad.

Las muchas labores de erudición que desde entonces han recabado la atención y servido para el despliegue de la capacidad de tan gran hombre, en pro de la literatura y en beneficio de la comunidad, lo convierten a nuestros ojos digno con creces de los más distinguidos honores en la República de las Letras, y estoy persuadido de que actuaré de común acuerdo con los sentimientos de la universidad toda si manifiesto mi deseo de que sea propuesto en convocatoria ordinaria el conferirle el título de doctor en Leyes Civiles por diploma, a lo cual de inmediato doy mi consentimiento, refrendándome, señor Vicecanciller, caballeros, como su afectuoso amigo y servidor,

NORTH^[115]

DIPLOMA

CANCELLARIUS, Magistri, et Scholares Universitatis Oxoniensis omnibus ad quos praesentes Literae pervenerint, salutem in Domino Sempiternam.

SCIATIS, virum illustrem, SAMUELEM JOHNSON, in omni humaniorum literarum genere eruditum, omniumque scientiarum comprehensione felicissimum, scriptis suis, ad popularium mores formandos summa verborum elegantia ac sententiarum gravitate compositis, ita olim inclaruisse, ut dignus videretur cui ab Academia sua eximia quaedam laudis praemia deferentur, quique [in] venerabilem Magistrorum Ordinem summa cum dignitate cooptaretur:

Cum vero eundem clarissimum virum tot postea tantique labores, in patria praesertim lingua ornanda et stabilienda feliciter impensi, ita insigniverint, ut in Literarum Republica PRINCEPS jam et PRIMARIUS jure habeatur; Nos CANCELLARIUS, Magistri, et Scholares Universitatis Oxoniensis, quo talis viri merita pari honoris remuneratione exaequantur; et perpetuum suae simul laudis, nostraeque erga literas propensissimae voluntatis extet monumentum, in solemnem Convocationem Doctorum et Magistrorum, Regentium, et non Regentium, Praedictum SAMUELEM JOHNSON Doctorem in Jure Civili renunciavimus et constituimus, eumque virtute praesentis Diplomatis singulis juribus, privilegiis et honoribus, ad istum gradum quaque pertinentibus, frui et gaudere jussimus. In cujus rei testimonium commune Universitatis Oxoniensis sigillum praesentibus apponi fecimus.

Datum in Domo nostrae Convocationis die tricesimo Mensis Martii, Anno Domini Millesimo septingentesimo, septuagesimo quinto.^[116]

*Viro Reverendo TOMAE FOTHERGILL, S.T.P.
Universitatis Oxoniensis Vice-Cancellario.
S. P. D.*

SAM. JOHNSON.

MULTIS non est opus, ut testimonium quo, te praeside, Oxonienses nomen meum posteris commendarunt, quali animo acceperim compertum faciam. Nemo sibi placens non laetatur; nemo sibi non placet, qui vobis, literarum arbitris, placere potuit. Hoc tamen habet incommodi tantum beneficium, quod mihi nunquam posthac sine vestrae famae detrimento vel labi liceat vel cessare; semperque sit timendum, ne quod mihi tam eximiae laudi est, vobis aliquando fiat opprobrio. Vale.

7 Id. Apr. 1775

Reviso algunos pliegos de los *Anales de Escocia*, de lord Halles, y escribió algunas notas al margen en tinta roja; me encomendó que dijera a Su Señoría que la tinta no penetraba en el papel y que era posible borrarla con una esponja húmeda, de este modo no se estropeaba el manuscrito.

Le señalé que muy pocas de sus amistades hablaban con tal grado de precisión que me aventurase yo a poner por escrito lo que me habían dicho sin miedo al error. JOHNSON: «¿Y por qué iba usted a escribir lo que digo yo?». BOSWELL: «Escribo lo que dice cuando es tan bueno que vale la pena conservarlo». JOHNSON: «Por esa misma regla de tres, podría poner por escrito lo que diga cualquiera... siempre que valga la pena». ¿Y dónde, podría haber apostillado con absoluta propiedad, dónde se encuentran tales dichos?

Lo visité previa cita por la noche y tomamos el té con la señora Williams. Me dijo que había estado con un caballero^[c290] cuyos viajes extraordinarios habían sido el principal tema de conversación, aunque vi que no le había escuchado con plena confianza, sin la cual poca satisfacción puede haber en compañía de los viajeros. Tuve curiosidad por conocer qué opinión se había formado un juez tan ducho como

Johnson acerca de su capacidad; le pregunté si no era un hombre cabal. JOHNSON: «Para empezar, no es que tenga un don especial para el relato; en cuanto que sea cabal, ni le sobra ni le falta sensatez. No percibí en él ninguna muestra de comprensión superior». BOSWELL: «¿Y no le concede nobleza en su resolución de penetrar hasta regiones tan remotas?». JOHNSON: «No me parece, señor, que sea eso lo que importa: hablamos de sensatez. Un gallo de pelea también posee nobleza en su resolución».

Al día siguiente, 2 de abril, almorcé con él en casa del señor Hoole. Hablamos de Pope. JOHNSON: «Escribió la *Zopenquíada* sólo por alcanzar la fama.^[c291] Ese fue su motivo primordial. De no haber sido por eso, los zopencos bien podrían haber despotricado contra él hasta hartarse, sin que él se tomara ni la menor molestia por su existencia. Disfrutó una enormidad poniéndolos a caldo, no cabe duda, pero aún disfrutó más viendo lo bien que se le daba el ponerlos rigurosamente a caldo».

Salieron a relucir las *Odas a la oscuridad y el olvido* y su ridiculización del «frío Mason y el cálido Gray», a lo que Johnson sentenció que «son lo mejor de Colman». Como se observara que se creía que las *Odas* eran obra conjunta de Colman y Lloyd, Johnson sentenció: «No, señor. ¿Cómo van a componer dos personas una oda? Es posible que uno compusiera una y otro la otra». Observé que dos personas sí habían compuesto conjuntamente una obra teatral, y cité la anécdota de Beaumont y Fletcher, que fueron acusados de alta traición, pues mientras concertaban el plan de una tragedia, sentados en una taberna, a uno se le oyó decir: «Yo me encargo de matar al Rey». JOHNSON: «La primera de las odas es mejor que la otra, aunque ambas son buenas. Denuncian las dos un estilo pésimo». BOSWELL: «No cabe duda de que *Elfrida*, de Mason, es un buen poema; al menos, reconocerá usted que contiene buenos pasajes». JOHNSON: «De cuando en cuando salen buenas imitaciones del peor Milton».

A menudo me he preguntado por la escasa estima en que tenía los escritos de Gray y Mason. De la poesía de Gray, en un pasaje anterior de esta obra, ya he manifestado mi muy favorable opinión; en cuanto a la de Mason, siempre me ha merecido una admiración calurosa: su *Elfrida* es exquisita a punto a descripción poética y al sentimiento moral que expresa; su *Caractacus* es un noble drama. Tampoco puedo omitir mi homenaje a algunos de sus poemas menores, que he leído con placer, y que ninguna crítica me ha convencido de repudiar. Si me extrañó que a Johnson no le gustaran las obras de Mason y Gray, tanto más me asombra que a éstos no les gustasen, que se sepa, las obras de Johnson, esto es, que fueran insensibles a su enérgica dicción, al esplendor de sus imágenes, a lo exhaustivo de su pensamiento. Los gustos pueden diferir en cuanto al violín, la flauta, el oboe, esto es, en cuanto a los instrumentos menores; sin embargo, ¿quién puede ser insensible a las poderosas impresiones que causa el órgano majestuoso?

Se habló de su *Gravámenes, no tiranos*. «Creo —dijo— que no me han atacado lo

suficiente debido a ese escrito. El ataque es la reacción. Nunca me quedo convencido de haber dado en el clavo, y bien fuerte, a menos que rebote». BOSWELL: «Si así fuera, señor, no sé yo dónde estaría. Cinco o seis descargas de munición de pequeño calibre en todos los periódicos, y cañonazos repetidos en unos cuantos panfletos. Tal vez así se diera usted por satisfecho. En cambio, nunca saldría con bien de un duelo, como ya hemos comentado, contra cierta dama, contra cuyos principios muestra usted tanta severidad».^[c292] JOHNSON: «Se equivoca. Llevo todas las de ganar. Es como las Amazonas de antaño; hay que cortejarlas con la espada. Pero no he sido yo severo con ella». BOSWELL: «Sí, señor: la ha puesto en ridículo». JOHNSON: «Eso ya estaba hecho. Quien se empeñe en ponerla en ridículo, como si quiere ennegrecer una chimenea».

Le hice ver que el terrateniente de Ellon, en Escocia, dijo que, según había oído, él era el hombre más grande de Inglaterra, después de lord Mansfield, claro está. «En efecto —dijo—, la excepción misma define la idea. Un escocés nunca podría ir más allá: “La fuerza de la Naturaleza no podría ir más allá”».^[c293]

Se habló de la colección de versos de personajes de moda que lady Miller hizo grabar en su vasija en la Villa de Batheaston,^[c294] cerca de Bath, en competencia todos ellos por un premio honorario, aunque a Johnson le parecieron todos de lo más chabacano: «Eso de las ocurrencias rimadas —dijo— es mera presunción, además de ser presunción ya vetusta. Me pregunto cómo nadie se dejó convencer para escribir esas tonterías para dicha dama».^[c295] Nombré a un caballero, conocido suyo, que había hecho una aportación a la vasija, JOHNSON: «Fue un botarate por tomarse tal molestia». BOSWELL: «La Duquesa de Northumberland también aportó unos versos». JOHNSON: «Señor mío, la Duquesa de Northumberland puede hacer lo que le plazca, que nadie dirá ni pío a una dama de tal rango».^[c296] En cambio, los versos de ***** se los tiraba yo a la cara».

Hablé de la alegría que se respiraba en Fleet Street debido al constante y rápido tránsito de los coches y los viandantes. JOHNSON: «Sí, señor; Fleet Street tiene un aire de gran animación, pero yo creo que la pleamar de la existencia humana hay que buscarla en Charing Cross».

Hizo su observación de costumbre sobre la infelicidad de los hombres que han llevado una vida activa y se retiran con la esperanza de disfrutar de la tranquilidad y el recogimiento, y que por lo general se aburren faltos de su ocupación habitual y están deseosos de volver a ella. Puso como ejemplo destacado un caso punto menos que increíble: «Un eminente fabricante de velas londinense, que había amasado una fortuna de consideración, dejó el negocio en manos de su capataz y marchó a vivir a una casa de campo no lejos de la ciudad. Pronto se cansó, y dio en hacer frecuentes visitas a su tienda, donde quiso que le dijeran en qué días se procedía al derretido de la cera para ir a ver ese trabajo, como hizo. He aquí, señor, a un hombre para el que la más desagradable de las labores del negocio que tuvo en su vida activa representaba un agradecido descanso de tanta ociosidad».

El miércoles 5 de abril almorcé con él en la residencia de los señores Dilly, en compañía de John Scott, el cuáquero de Amwell, el señor Langton, el señor Miller (ahora sir John) y el doctor Thomas Campbell, un clérigo irlandés al que me había tomado yo la libertad de invitar, habiéndolo conocido en casa del señor Thrale, y sabedor de que había venido a Inglaterra sobre todo con el ánimo de conocer al doctor Johnson, por el cual tenía la mayor veneración. Con posterioridad ha publicado un *Examen filosófico del sur de Irlanda*, un libro muy ameno, que tiene, sin embargo, una falla, y es que asume el personaje ficticio de un inglés de visita en aquellas tierras.

Se habló del arte de la oratoria. JOHNSON: «No debemos estimar la capacidad de un hombre según sepa o no transmitir sus sentimientos en público. Isaac Hawkins Browne, uno de los ingenieros señeros de su país, ocupó un escaño en el Parlamento y nunca dijo esta boca es mía. Por mi parte, entiendo que es mayor deshonra no intentar siquiera tomar la palabra que al menos intentarlo, tal como es mayor deshonra no luchar que plantar cara y salir derrotado». Este argumento me pareció falaz, puesto que si un hombre no ha hablado en público, siempre se podrá decir que pudiera haberlo hecho muy bien si lo hubiera intentado, mientras que si lo intenta y fracasa ya no cabe nada que decir. «En tal caso —pregunté—, ¿por qué se considera una deshonra que un hombre no luche, y en cambio no se tiene por deshonra que no hable en público?». JOHNSON: «Porque pueden ser otras las razones por las cuales un hombre no hable en público, dejando a un lado su falta de resolución: tal vez no tenga nada que decir —rió—. En cambio, sabemos que la valentía se considera la mayor de las virtudes, porque a no ser que un hombre posea esa virtud, no tendrá la seguridad de preservar ninguna otra».

Señaló después que «las ordenanzas contra el soborno tenían por objeto impedir que los advenedizos con dinero entrasen en el Parlamento», y añadió que «si se tratara de un caballero que poseyera tierras, echaría a todos los arrendatarios que no votasen a su candidato». LANGTON: «¿No sería ésa, señor, una grave cortapisa a la libertad de voto?». JOHNSON: «Señor, la ley no pretende que el privilegio de voto sea independiente del interés que tenga una familia de abolengo, esto es, de la propiedad permanente de sus tierras».

El martes 6 de abril almorcé con él en casa del señor Thomas Davies con Hicky, el pintor, y un viejo conocido mío, Moody, el músico.

El doctor Johnson, como de costumbre, habló despectivamente de Colley Cibber. «Es extraordinario que un hombre que durante cuarenta años se codeó con los grandes, con los ingeniosos, tan mal adquiriese el talento preciso para conversar, y más si se tiene en cuenta que sólo necesitaba la mitad, pues la otra mitad de lo que decía eran juramentos». No obstante, reconoció un mérito considerable a algunas de sus comedias; no había motivo para suponer, apuntó, que *El marido indelicado* no fuera obra suya. Davies señaló que había sido el primer dramaturgo que introdujo temas gentiles en escena. Johnson refutó esta observación y dio por ejemplo a varios

personajes de tales características aparecidos antes de su época. Davies intentó defenderse de la acusación implícita de ignorancia: «Quiero decir personajes moralmente gentiles». «Yo creo —dijo Hicky— que gentileza y moralidad no sólo no están reñidas, sino que van de la mano». BOSWELL: «De ninguna manera. Los personajes más gentiles son a menudo los más inmorales. ¿No propugna lord Chesterfield preceptos para amalgamar perversidad y donosura? Un hombre, qué duda cabe, no es gentil cuando se emborracha, si bien casi todos los vicios se pueden cometer con gentileza: puede hacer trampas jugando a las cartas cual si fuera un dechado de gentileza». JOHNSON: «Hace usted referencia a dos cosas distintas. Una es la elegancia visible, la otra el honor. No cabe duda de que un hombre puede ser muy inmoral, pero con elegancia externa. Lovelace, en *Clarissa*, es un personaje sumamente gentil y sumamente perverso. Tom Hervey, que murió el otro día, aun siendo un hombre maligno, fue uno de los más gentiles que hayamos visto sobre la Tierra». Tom Davies puso por ejemplo a Carlos II. Johnson, sulfurado como siempre ante cualquier ataque a ese príncipe, por el que siempre tuvo extraordinaria parcialidad, dijo así: «Carlos II era licencioso en la práctica, pero siempre tuvo una probada reverencia por lo que fuera bueno. Nunca estuvo la Iglesia mejor provista que durante su reinado. Fue el mejor rey que hayamos tenido desde sus tiempos hasta el actual monarca, con la posible excepción de Jacobo II, quien fue un muy buen rey, aunque por desgracia creyera que para la salvación de sus súbditos era indispensable que fueran católicos romanos. Tuvo el mérito de esforzarse por que se hiciera lo que a su entender era lo mejor para la salvación de las almas de sus súbditos, hasta que perdió un gran imperio. Nosotros, que entendemos en cambio que no nos salvaríamos si fuésemos católicos, tuvimos el mérito de mantener contra todo pronóstico nuestra religión a expensas de someternos al gobierno del rey Guillermo,^[c297] pues de otro modo no fue posible..., aun siendo el gobierno de una de las más indignas sabandijas y sinvergüenzas que jamás hayan sido.

No, Carlos II no fue un hombre como — (y nombró a otro rey); no destruyó el testamento de su padre.

»Recibió dinero de Francia, es cierto, pero no traicionó a sus súbditos. No permitió que la flota francesa se impusiera a la nuestra. Jorge I no sabía nada, pero tampoco tuvo nunca el deseo de saber nada. Lo único bueno que de él se cuenta es que deseó siempre restaurar la Corona en la persona de su heredero y sucesor». Se prodigó con extraordinaria virulencia contra Jorge II. Cuando terminó, Moody exclamó con acento irlandés y aire de guasa: «¡Ay, pobre Jorge II!».

Comenté que el doctor Thomas Campbell había viajado de Irlanda a Londres principalmente para conocer al doctor Johnson. Pareció enojarse ante esta observación. DAVIES: «Caramba, señor, pues un hombre viajó desde España sólo para conocer a Livio,^[117] y Corelli vino a Inglaterra sólo para conocer a Purcell,^[118] y cuando se enteró de que había muerto se volvió con la misma a Italia». JOHNSON: «No querría yo estar muerto por no decepcionar a Campbell, de haber sido éste tan incauto

como usted lo pinta, pero habría preferido tenerlo a cien millas de distancia». Esto fue una maldad aparente por su parte; de veras creo que no era su forma de pensar, pues por fuerza tenía que apreciar a un hombre que había viajado desde tan lejos para conocerle. Rió con cierta complacencia cuando le comuniqué la extraña expresión que había empleado Campbell para referirse a él, esto es, «que haber visto a tal hombre era algo de lo que se podría hablar durante un siglo», si es que llegara a vivir tanto.

Nos enzarzamos en un debate sobre si los jueces que iban a la India podrían propiamente dedicarse al comercio. Johnson sostuvo acaloradamente que sí. «¿Por qué no van los jueces a amasar riquezas —dijo—, tal como las amasan quienes menos las merecen?». Dije yo que sus salarios debieran serles suficientes, de modo que nada desviase su atención de los asuntos públicos. JOHNSON: «No hay un solo juez que pueda concentrar toda su atención en los asuntos propios del cargo, y nada más apropiado que dedicar el tiempo que le reste para sí en cuestiones de su propio provecho, del modo que le resulte más beneficioso». «En tal caso, señor —intervino Davies, que animó la disputa al darle un punto de dramatismo—, podría dedicarse a corredor de seguros, aunque a riesgo de que cuando estuviese a punto de ir a un juicio alguien lo detuviese: “Señoría, aún no se puede marchar, aquí tiene un buen fajo de pólizas pendientes de visar, son varios los barcos a punto de levar anclas”». JOHNSON: «Señor, por esa regla igual podría decir que un juez no debe ser dueño de una casa, ya que alguien podría avisarle de que su casa se quema, de modo que en vez de atender a los asuntos del tribunal tuviera que ocuparse de llamar a los bomberos con la mayor celeridad. Esto no tendría fin. Todo juez que posea tierras, comercia en cierto modo, ya sea en ganado o en maíz, por no hablar de que también es tratante de tierras: no cabe duda de que su administrador actúa en su nombre, tal como hacen los empleados de un gran comerciante. Un juez puede ser granjero, aunque no haya de castrar con su mano a sus propios cochinos. Un juez bien puede jugar un poco a las cartas para pasar el rato y entretenerse, pero no ha de jugar a las canicas, ni andar despilfarrando la calderilla en la plaza pública. No, señor; no hay una sola profesión a la que dedique el hombre una proporción excesiva de tiempo. Es pasmoso, cuando se hace un cálculo, qué pequeña porción del intelecto se emplea en verdad en el desempeño de cualquier profesión. Nadie sería juez con la condición de ser juez totalmente y a todas horas. El abogado que mejor desempeña su profesión le dedica su intelecto sólo durante una pequeña porción de su tiempo, gran parte de sus ocupaciones es puramente mecánica. Una vez escribí para una revista: hice un cálculo, y si escribiera sólo una página al día, en diez años habría escrito nueve volúmenes en folio, de extensión y cuerpo de letra normales». BOSWELL: «¿Como la *Historia* de Carte?». JOHNSON: «Sí, señor. Cuando un hombre escribe de su propio caletre, escribe muy deprisa.^[119] Un escritor dedica la mayor parte de su vida a la lectura con objeto de escribir; un hombre bien puede volver del revés media biblioteca para escribir un solo libro».

Discutí acaloradamente en contra de que los jueces se dedicaran al comercio, y mencioné a Hale como ejemplo del perfecto juez, capaz de dedicarse por entero a su cargo. JOHNSON: «Hale, señor, cuidaba de otras cosas, no sólo de las leyes. No en vano dejó una gran hacienda». BOSWELL: «Fue debido a lo que recibió, a lo que acumuló sin mayor empeño ni ansiedad por su parte».

Mientras proseguía la discusión, Moody trató una vez de decir algo al margen de nosotros. Tom Davies, para darle ánimos, le dio una palmada en la espalda. Beauclerk, a quien comenté esta circunstancia, dijo que «no podía imaginar una situación más humillante que el llevarse una palmada en la espalda por parte de Tom Davies».

Hablamos de Rolt, a cuyo *Diccionario del comercio* puso Johnson el prefacio. JOHNSON: «El viejo Gardner, el librero, había contratado a Rolt y a Smart para que escribiesen una miscelánea mensual llamada *The Universal Visitor*. Medió un contrato formal, escrito, que Allen, el impresor, llegó a ver. Gardner opinaba como opina usted del juez: entendía que ambos estaban obligados a no escribir nada más. Tenían derecho, según creo, a un tercio de los beneficios que generase el panfleto, que se vendía a seis peniques; el contrato tenía una vigencia de noventa y nueve años. Ojalá se me hubiera ocurrido decírselo a Thurlow en el litigio sobre la propiedad intelectual. Habría sido un ejemplo excelente de la opresión que ejercen los libreros sobre los pobres autores».^[120] Sonrió. Davies, celoso del honor del gremio, afirmó que Gardner no era propiamente un librero. JOHNSON: «Por supuesto que era un librero. Atendía a su negocio con regularidad, fue miembro de la sociedad de papeleros, tuvo su establecimiento abierto a toda la humanidad, compró religiosamente sus derechos de autor y fue un *bibliópolo*,^[c298] señor, en todos los sentidos. Durante unos cuantos meses yo escribí en el *Universal Visitor* para el pobre Smart, cuando estaba medio loco, sin saber entonces en qué términos se había comprometido a escribir, y convencido de que yo le hacía así un favor. Puse toda mi esperanza en que recobrase la cordura. Recobré yo la mía y no volví a escribir en el *Visitor*».

El viernes 7 de abril almorcé con él en una taberna con una nutrida concurrencia.^[c299] JOHNSON: «He estado leyendo los *Viajes por España*, de Twiss, que se acaban de publicar. Son tan buenos como el primer libro de viajes con que se quieran comparar; tan buenos como los de Keysler^[c300] o Blainville;^[c301] qué digo, tanto como los de Addison,^[121] si se exceptúa la erudición. No tanto como Brydone,^[c302] pero mejores que los de Poccoke.^[c303] Obvio es que todavía no he desvirgado las hojas, pero he leído las páginas que quedan abiertas, y dudo mucho que lo que haya en las páginas cerradas sea peor que lo que hay en las que ya tengo abiertas. Da la impresión de que Addison no llegó a adquirir un gran conocimiento del italiano, ya que no se ve que lo introdujera en sus escritos. El único ejemplo, que yo recuerde, es aquella cita que dice “*Stavo bene; per star meglio, sto qui*”».^[122]

Comenté que Addison había tomado prestados muchos de sus comentarios clásicos de Leonardo Alberti. «Según se decía —observó Beauclerk—, también había tomado numerosos préstamos de otro autor italiano». JOHNSON: «Pues claro, señor; todos los que van en busca de lo que los clásicos han dicho de Italia han de encontrar los mismos pasajes, y yo diría que ésa sería una de las primera cosas que hicieran los italianos en el renacer de la cultura: recopilar todo lo que los autores latinos dijeron acerca de su país».

Alguien habló de Osián. JOHNSON: «En el supuesto de que la lengua erse y el irlandés sean la misma, cosa que yo no creo, como no hay sin embargo razón para suponer que los habitantes de las Tierras Altas y las Hébridas escribieran nunca en su lengua nativa, no me parece creíble que se haya preservado un poema largo. Si no tuviéramos pruebas de que el arte de la escritura se hubiera practicado en uno de los condados de Inglaterra, no pensaríamos que se hubiera preservado un poema largo, aun cuando en los condados convecinos, donde se hablase la misma lengua, sí supieran escribir». BEAUCLERK: «La balada de *Lilliburlero* anduvo en otros tiempos en boca de todos los habitantes de este país, y de hecho se dice que fue de capital importancia en la Revolución.^[c304] Ahora bien, yo me cuestiono si alguien podría recitarla ahora, lo cual demuestra qué improbable resulta que una cantidad numerosa de poemas se conserven por tradición oral».

Uno de los presentes manifestó una objeción interna a la presunta antigüedad de la poesía de Osián, y es que no aparece el lobo ni una sola vez, como hubiera sido de esperar si de veras fuese antigua.

La mención del lobo llevó a Johnson a pensar en otros animales salvajes; mientras sir Joshua Reynolds y Langton sostenían un diálogo acerca de algún asunto que los había cautivado, Johnson, en medio de éste, prorrumpió con este grito: «Pennant dice de los osos...» (lo que añadió, se me ha olvidado). Ellos siguieron a lo suyo; él, duro de oído, no se enteró; si llegó a enterarse, no se mostró dispuesto a renunciar a su charla, de modo que siguió vociferando sus comentarios, en los que la palabra *oso* («como un latiguillo», dijo Beauclerk) se oyó en reiteradas ocasiones, lo cual, al provenir de alguien que, entre quienes no lo conocían, tantas veces había sido comparado con ese feroz plantígrado, si bien quienes a su alrededor nos hallábamos a duras penas lográbamos sofocar la hilaridad, produjo un efecto desopilante. Se hizo el silencio, que aprovechó para seguir a lo suyo como si tal cosa: «Nos han dicho que el oso negro es inofensivo, pero no quisiera yo confiarme a su inocencia». En voz baja, murmuró Gibbon: «Tampoco yo quisiera confiarme a usted». Esta gracia, con su punto sarcástico, fue una prudente resolución aplicada a un concurso de habilidad.

Como el patriotismo se había convertido en uno de nuestros temas de conversación, Johnson de pronto pronunció en tono decidido, vehemente, un apotegma ante el cual muchos se llevarán las manos a la cabeza, o un buen arrechucho: «El patriotismo es el último refugio de un sinvergüenza». Ahora bien, conviene reparar en que no quiso referirse a un amor generoso y real por nuestro país,

sino al fingido patriotismo del que tantos, en todas las épocas y países, han hecho capote que encubre el propio interés. Yo sostuve, desde luego, que no todos los patriotas son unos sinvergüenzas. Como me viera apremiado, y no por Johnson, a dar una sola excepción, nombré a una personalidad insigne,^[c305] a quien todos admirábamos. JOHNSON: «Señor, no diré yo que no sea honrado, pero no tenemos razones para concluir, de acuerdo con su comportamiento político, que de hecho lo sea. Si tuviera él que aceptar un cargo de su ministerio, perdería en el acto esa firmeza que parece poseer, y lo echarían del puesto en menos de un año. Ese gobierno no es ni estable^[c306] ni agradecido con sus amistades, como lo fuera sir Robert Walpole, de modo que tal vez le parezca más favorable a su interés aprovechar la ocasión si entra su partido a formar gobierno».

Se habló de la señora Pritchard. «Su actuación fue un tanto mecánica. Es pasmoso qué poca cabeza tiene. Señor, ni siquiera había leído nunca la tragedia de *Macbeth* de principio a fin. Consideraba la obra de la que estaba sacado el papel tal como considera un zapatero el pellejo de becerro del cual se ha cortado el pedazo de cuero con que hará un par de zapatos».

El sábado 8 de abril almorcé con él en casa del señor Thrale, donde conocimos al irlandés doctor Campbell. Johnson había cenado la noche anterior en casa de la señora Abington con algunos personajes de moda, a los que enumeró; parecía muy complacido de haber formado parte de un círculo tan elegante. Tampoco se abstuvo de azuzar un poco a su anfitriona, poniéndola celosa de las habilidades culinarias de la señora Abington, de la que dijo, sonriendo, que «su mermelada, mi querida señora, es bastante mejor que la de usted».

La señora Thrale, que a menudo practicaba un tipo de adulación más bien tosca, repitiendo las *bon-mots* de Johnson de modo que éste la oyera, nos contó que había dicho de un célebre actor que a lo sumo era apto para montar guardia en la puerta de una sala de subastas provisto de una pértiga y decir a voz en cuello: «Adelante, caballeros, no dejen de entrar a echar un vistazo», y que cierto autor, al oírlo, había dicho de otro autor más célebre aún que a lo sumo era apto para eso mismo, con el agravante de que le rebañaría la faltriquera a todo el que saliese. JOHNSON: «Quiá, señora; no hay ingenio alguno en lo que añadió nuestro amigo; hay sólo inquina. Lo mismo daría decir de cualquiera que es un vulgar ladronzuelo. Además, el que monta guardia en la puerta no es el que roba. De eso se encarga el subastador».

La señora Thrale nos contó que Tom Davies había repetido de mala manera la anécdota del primer diálogo que el doctor Johnson tuvo conmigo, y que he referido con toda exactitud.^[123] Me hizo decir «Provengo de Escocia» en vez de decir llanamente «Vengo de Escocia», de modo que la réplica de Johnson, «Eso, señor mío, me parece algo que muchos de sus compatriotas no pueden evitar», estuvo completamente fuera de lugar, por no decir que no tuvo ningún sentido. Y cuando esto llegó a oídos del señor Fitzherbert, nos contó, parece ser que observó: «No todo el mundo puede llevar adelante una agudeza, o *bon-mot*».

El lunes 10 de abril almorzamos en casa del general Oglethorpe con Langton y el irlandés doctor Campbell, a quien el general me dio permiso para llevar con nosotros. Este culto caballero fue de este modo agasajado en un festín sumamente intelectual, estando no sólo en compañía del doctor Johnson, sino también del general Oglethorpe, nombre desde antaño celebrado tanto en suelo patrio como en el extranjero.^[124]

Debo encarecer una y mil veces a mis lectores que no den en suponer que mi muy imperfecto registro de la conversación contiene la totalidad de lo que dijeran Johnson u otras personas insignes que con él convivieran. Lo que he preservado, sin embargo, tiene el valor de la autenticidad más genuina.

Ese día se explayó sobre el conocido y melancólico comentario de Pope: «El hombre nunca es, sino que siempre está por ser dichoso».^[c307]

Afirmó que el presente nunca constituye un estado de felicidad para ningún ser humano; ahora bien, al ser parte de la vida como cualquier otra, de la que tenemos conciencia, en algún momento del decurso temporal habrá un momento aún venidero en el que la esperanza sí genere cierta felicidad. Como se le apremiase a abundar sobre esta cuestión, y se le preguntase si de veras era de la opinión de que, aun cuando en términos generales fuese la felicidad algo sumamente raro en la vida de los hombres, no era el ser humano a veces feliz en el momento presente, contestó: «No, nunca lo es, salvo si está borracho».

Apremió al general Oglethorpe a que escribiera su vida para solaz del mundo en general. «No conozco a nadie —dijo— cuya vida fuera de mayor interés. Si se me proporcionaran los materiales, la escribiría de muy buena gana».^[125]

Estaban por allí a la vista las *Elegías* del señor Scott, de Amwell. El doctor Johnson comentó que «están muy bien, pero son tal como las escribirían otras dos docenas de personas». Con esto, aproveché la ocasión de rebatir la máxima horaciana,

... *mediocribus esse poetis*

Non Di, non homines, non concessere columnæ,^[c308]

pues allí teníamos, observé, a un poeta muy mediano que había gustado a muchos lectores; por consiguiente, la poesía de la medianía tenía derecho a gozar de cierta estima; tampoco podía yo entender por qué la poesía, como todo lo demás, no pueda tener sus gradaciones de excelencia y, en consonancia, de valor. Johnson repitió un comentario corriente, en el sentido de que «como no tenemos ninguna necesidad de que exista la poesía, siendo meramente un lujo, un instrumento de placer, no puede tener ningún valor a no ser que sea exquisita en su especie». Afirmé que no me daba por satisfecho. «En tal caso —repuso—, arréglense entre Horacio y usted». No estaba de humor para conversar.

Por espacio de unos cuantos días no figuran más conversaciones tuyas en mi diario,^[c309] salvo una vez en que un caballero le dijo que había comprado un vestido

adornado con encaje para su esposa, a lo que él repuso: «Señor, ha hecho usted una buena cosa y una cosa sabia». «He hecho una buena cosa —añadió el caballero—, pero no estoy yo muy seguro de haber obrado con sabiduría». JOHNSON: «Pues sí, señor, se lo aseguro: no hay dinero mejor gastado que el dedicado a la satisfacción doméstica. Al hombre le complace que su esposa vista tan bien como la que más, y a la esposa le complace ir así vestida».

El viernes 14 de abril era Viernes Santo, de modo que acudí a visitarle por la mañana, de acuerdo con mi costumbre, en fecha tan señalada. Observé que respetaba un ayuno tan estricto que no probó el pan y no se añadió ni una gota de leche al té, supongo que por ser un alimento de origen animal.

Abordó el estado de la nación e hizo este discurso: «Señor, ahora el gran infortunio es que el gobierno goza de muy poco poder. Todo lo que haya de otorgar ha de gozar de su propio respaldo; por eso no puede compensar mérito ninguno. Por ejemplo, a ningún hombre se le puede nombrar obispo por su erudición y su piedad; [126] su única posibilidad de ascenso estriba en que tenga una conexión con alguien que a su vez sea de interés parlamentario. Los distintos ministros que hemos tenido en este reinado han ido superándose en hacer concesiones al pueblo. Lord Bute, aun siendo un hombre sumamente honrado, un hombre de rectas intenciones, un hombre que lleva sus prerrogativas en la sangre, fue un estadista teórico, un primer ministro puramente de libro, convencido de que era posible gobernar el país sólo mediante el influjo de la Corona. Así pues, fue mucho lo que cedió. Aconsejó al Rey que accediese a que el puesto de los jueces fuera vitalicio, en vez de perderlo con el acceso al trono del siguiente monarca en la línea sucesoria. Lord Bute, supongo, creyó que el Rey tendría una mayor popularidad con esta concesión, pero al pueblo nunca le importó. Fue una medida políticamente contraproducente. No hay razón para que un juez ocupe su cargo de por vida, tal como no la hay para que lo haga cualquier persona que goce de la confianza pública. Un juez puede ser parcial, pero no sólo a favor de la Corona; hemos visto a jueces con debilidad por el populacho. Un juez puede ser corrupto, si bien no tienen por qué existir pruebas en contra de él. Un juez puede tornarse perverso con la edad. Un juez puede con el tiempo ser inadecuado para su cargo, y puede serlo de muchas formas. Era deseable que un nuevo rey pudiera relegarlo del cargo. Ahora, esta posibilidad ha desaparecido gracias a un decreto parlamentario *ex gratia* de la Corona. Lord Bute aconsejó al Rey que renunciase a una cuantiosa suma de dinero, [127] por la cual nadie iba a darle las gracias. Fue un asunto trascendente para el Rey, pero una menudencia para el público, entre el cual fue repartido. Cuando digo que lord Bute se lo aconsejó, quiero decir que tales medidas se tomaron siendo él el primer ministro, por lo cual hemos de suponer que las vio con buenos ojos. Lord Bute manifestó una indebida parcialidad a favor de los escoceses. Suspendió al doctor Nichols, una eminencia, de su puesto de real médico para dejárselo a uno de sus compatriotas, un hombre que gozaba de muy baja estima en su profesión. Hizo que ***** y ****[c310] le sirvieran de

recaderos. Tuvo sobradas ocasiones de que muchas personas le sirvieran como tales, pero nunca consintió que fueran escoceses. Ciertamente, jamás habría tolerado que ningún escocés tuviera acceso preferencial a él, por delante de los primeros ciudadanos de Inglaterra».

Le dije que la admisión de uno de ellos en presencia de los primeros ciudadanos de Inglaterra, que había sido fuente de una gran ofensa, no era ni más ni menos que lo que acontece en las audiencias que concede cualquier primer ministro, a las que los asistentes son admitidos en el orden en que llegan, que siempre es mejor que la admisión según el rango de cada cual, pues si ésa fuera la norma, un hombre que hubiera esperado toda la mañana podría pasar por la mortificación de ver a un par del reino, recién llegado, entrar antes que él y dejarlo a él a la espera. JOHNSON: «Cierto, señor, pero **** no debiera haberse presentado a la audiencia, para no entrometerse en la espera de las personas de nota. Vio a lord Bute cuando le vino en gana, y pudo decirle lo que deseara decirle en cualquier momento, así como durante la audiencia. Ahora no tenemos primer ministro; sólo tenemos a un agente del gobierno en la Cámara de los Comunes. Nos gobierna un gabinete, pero no tiene cabeza visible desde los tiempos de sir Robert Walpole». BOSWELL: «En tal caso, señor, ¿de qué sirve el Parlamento?». JOHNSON: «Señor mío, el Parlamento es un nutrido consejo que asesora al Rey, y la ventaja de semejante consejo es contar con un gran número de terratenientes preocupados por la legalidad electa, que, en aras de sus propios intereses, no consentirán que se aprueben leyes perniciosas. Y sin duda habrá observado, señor, que la administración del Estado es débil y peca de timorata, y no actúa con la autoridad y la resolución que son tan necesarias. Si estuviera yo en el poder, echaría con cajas destempladas a todo el que osara oponérseme. El gobierno dispone de la distribución de los cargos, con el fin de mantener plenamente su autoridad».

«Lord Bute —añadió— desmanteló demasiado deprisa, sin construir nada nuevo». BOSWELL: «Fue, señor, porque encontró una edificación con las vigas podridas. El carruaje de la política tenía por tiro muy malos caballos; era necesario cambiarlos». JOHNSON: «Pero tendría que haberlos cambiado uno por uno».

Le dije que, según me había informado el señor Orme, muchas regiones de las Indias Orientales estaban mejor cartografiadas que las Tierras Altas de Escocia. JOHNSON: «Para cartografiar una región, preciso es recorrerla a fondo». «No será para tanto —le dije con la intención de reírme, con él, de uno de sus prejuicios—. ¿No querrá decir que no vale la pena cartografiarla?».

Mientras caminábamos hacia la iglesia de St. Clement, y vimos varios establecimientos abiertos en ese solemnísimos día de ayuno en toda la cristiandad, señalé que una de las desventajas que se derivan de la inmensidad de Londres consistía en que nadie prestaba atención a su vecino, en que no había miedo a la censura por no observar la festividad del Viernes Santo, como tendría que santificarse y como de hecho se guarda en las localidades de provincias. Dijo que, en conjunto,

también se guardaba la festividad en Londres. No obstante, reconoció que Londres era demasiado grande, aunque añadió: «Es una majadería decir que la cabeza resulta demasiado grande para el cuerpo. Siempre será demasiado grande, aunque el cuerpo también lo sea; dicho de otro modo, aunque el país creciera más. No tiene similitud con la relación de una cabeza unida a un cuerpo».

El doctor Wetherell, rector de University College, en Oxford, nos acompañó a casa a la vuelta de la iglesia; cuando se hubo marchado, se presentaron dos caballeros, uno de los cuales manifestó las quejas de costumbre acerca de que debido al incremento de los gravámenes se encarecería la mano de obra, otras naciones nos venderían a bajo coste y nuestro comercio terminaría por arruinarse. Johnson (sonriendo): «No tema, señor. Nuestro comercio goza de muy buena salud, y en la suposición de que careciéramos de actividad comercial todos podríamos subsistir muy bien con los productos de nuestro propio país». No puedo pasar por alto que jamás he conocido a nadie menos predispuesto a la querrela y a la queja que el doctor Johnson. Así fuera el asunto su propia situación o el estado de la cosa pública, e incluso el estado de la naturaleza humana en general, si bien veía con acierto los males, su espíritu se inclinaba a la resolución, y nunca dio en lamentarse.^[c311]

Volvíamos a St. Clement por la tarde. Por la mañana, le pareció un grave defecto del predicador que no escogiera una lectura adecuada al día. El predicador de la tarde dio con una sumamente apropiada: «Todo está consumado».^[c312]

Tras el servicio vespertino dijo: «Vamos, venga conmigo a casa y pasemos una hora en recogimiento». Sin embargo, aunque cumplió con creces su palabra, luego de tomar el té con la señora Williams me propuso que subiera con él a su estudio, donde pasamos largo rato sentados en un estado anímico de gran serenidad, sin perturbaciones, unas veces en silencio y otras conversando, según nos apeteciera, o, hablando con mayor propiedad, según le apeteciera, pues durante el largo periodo que duró mi trato íntimo con él nunca menguó ni un ápice mi respetuosa atención, y mi deseo de escucharle hablar era tal que constantemente aguardaba en vilo todo asomo de comunicación por parte de tan gran y esclarecido intelecto.

«Todo conocimiento —observó— tiene en sí mismo algún valor. Nada es tan diminuto, ni tan insignificante, que preferiría yo desconocerlo pudiéndolo saber. Del mismo modo, todo poder, sea de la índole que sea, es en sí deseable. No se prestará un hombre, sumiso, a aprender de su esposa, o de la criada de su esposa, a coser un dobladillo; pero si con sólo desearlo pudiera conseguirlo, a toda costa preferiría ser capaz de coserlo».

Volvió a aconsejarme que llevase un diario extenso y minucioso, pero que no me limitara a consignar nimiedades, como que la carne estuviera muy o poco hecha, o que llovía o hacía sol. Hasta prácticamente el día en que murió tuvo en gran desprecio el lugar común de que la meteorología afecta al espíritu del hombre.

Le dije que nuestro amigo Goldsmith me había asegurado que había venido demasiado tarde al mundo, puesto que Pope y otros poetas habían ocupado los

lugares primeros en el Templo de la Fama; como son muy pocos los que en cualquier época pueden poseer verdadera reputación poética, ahora un hombre de genio difícilmente podrá adquirirla. JOHNSON: «Ésa es una de las cosas más sensatas que jamás he oído de Goldsmith.^[c313] Si difícil es alcanzar la fama literaria, cada día es más difícil. Eso, señor, tendría que bastar para que el hombre más bien pensara en asegurarse la felicidad en el más allá, que todo el que de veras se esfuerce por ello bien puede lograr. En comparación con eso, ¡qué poco importa todo lo demás! La creencia en la inmortalidad está impresa en todos los hombres, y todos los hombres actúan bajo esa impresión por más que hablen de otras cosas, por más que tal vez apenas sean conscientes de ello». Dije que me parecía que algunas personas no tenían ni la más remota noción de la inmortalidad, y señalé a un distinguido caballero y conocido nuestro. JOHNSON: «Señor, si no fuese por la noción de la inmortalidad, ése le rebanaría el pescuezo al primero que pasara para llenarse la faltriquera». Cuando se lo cité a Beauclerk, que conocía a dicho caballero mucho mejor que nosotros, dijo con su acidez de costumbre: «Le rebanaría el pescuezo al primero que pasara por llenarse la faltriquera si no fuera por miedo a la horca».

El doctor Johnson siguió diciendo: «Señor, ahora mucho se habla de la infidelidad y el descreimiento, pero hay en realidad muy pocos infieles y descreídos. He oído decir a un individuo, originalmente cuáquero, aunque ahora me temo que deísta, que no creía que en Inglaterra pasaran de doscientos los infieles y descreídos».

Le complació decir que «si viene usted a instalarse aquí, dispondremos de un día a la semana para vernos a solas. Ésa es la mas feliz de las conversaciones, cuando no media la competencia ni la vanidad, sino un tranquilo y sosegado intercambio de sentimientos». En su registro particular así consignó esta velada: «Boswell estuvo conmigo hasta que se hizo de noche; tuvimos una seria conversación».^[128] Por ese mismo registro parece ser que, cuando me despedí de él, estuvo ocupado en sus deberes religiosos, «en dar a Francis, su criado, algunas indicaciones para que se preparase a comulgar; en hacer recuento de su vida y en resolver y mejorar su conducta». La humildad y la piedad que pone al descubierto en tales ocasiones es realmente edificante. Ahora bien, no hubo un solo santo que en el curso de su guerra de religión fuera tan consciente como Johnson del triste fracaso de las más pías resoluciones. Un día, hablando de esto con un conocido, dijo: «Señor, el Infierno está empedrado de buenas intenciones».

El 16 de abril, Domingo de Resurrección, tras asistir al servicio solemne de St. Paul, almorcé con el doctor Johnson y la señora Williams. Sostuve que Horacio se había equivocado al poner la felicidad en *Nil admirari*, pues me parecía la admiración uno de nuestros más agradables sentimientos, al tiempo que lamenté haber perdido en buena parte mi disposición a admirar, como suele suceder a medida que avanza la vida. JOHNSON: «Señor, a medida que el hombre avanza en la vida consigue algo mejor que la mera admiración: el criterio para estimar las cosas en su justo valor». Insistí en que la admiración era más placentera que el criterio, tal como place más el

amor que la amistad. El sentimiento de la amistad es como estar cómodamente ahíto tras paladear un asado de ternera; el amor, como la animación que produce el champagne. JOHNSON: «No, señor; la admiración y el amor son como la embriaguez que produce el champagne; el criterio y la amistad más se parecen a esa estimulante animación. Waller ha dado con el mismo pensamiento que usted,^[129] aunque no quiero decir que lo haya tomado en préstamo de Waller. Ojalá fuera usted capaz de tomar más préstamos».

Aprovechó entonces la ocasión para perorar sobre las ventajas de la lectura, y combatió la idea superficial, y frívola, de que suficiente saber se adquiere por medio de la conversación. «Los cimientos del saber —afirmó— han de plantarse con la lectura. Los principios generales hay que extraerlos de los libros, si bien preciso es ponerlos a prueba en la vida real. En las conversaciones nunca se adquiere un sistema. Lo que se diga sobre un asunto habrá que espigarlo de lo que digan cien personas. Las partes de la verdad que un hombre así obtenga se hallan a tal distancia unas de otras que nunca se conquistará una visión plena».

A Bennet Langton

17 de abril de 1775

Querido señor,

he indagado de modo más minucioso acerca del medicamento para el reuma, que lamento saber que sigue usted necesitando. La receta es la siguiente:

Tome idénticas cantidades de harina de sulfuro y de grano de mostaza triturado; confeccione con ellas un electuario añadiendo miel o melaza, e ingiera un bolo del tamaño de una nuez moscada varias veces al día, según lo soporte; beba después media pinta de infusión de raíz de alheña.

La alheña, en la «Nomenclatura» de Ray, es *Levisticum*; es posible que los botánicos conozcan el nombre latino.

De este medicamento no me erijo yo en juez. Todo lo que sé indica que es eficaz, aunque sólo sea un ejemplo: el paciente era de edad muy avanzada, el dolor era muy intenso, y el alivio, tengo entendido, rápido y duradero.

No tengo yo en alta estima a la medicina alterativa [*sic*], si bien *¿quid tentasse nocebit?* Si es perniciosa, o no es buena, basta con omitirla; si le hace bien, espero que tenga razón para pensar que el mismo bien le desea, señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El martes 18 de abril teníamos el compromiso de ir con sir Joshua Reynolds a almorzar con el señor Cambridge en su espléndida villa a la orilla del Támesis, cerca de Twickenham. Tanta fue la tardanza del doctor Johnson que sir Joshua, que tenía una cita previa en Richmond, se vio obligado a ir por su cuenta, a caballo, dejando su coche para Johnson y para mí. Tanto era el buen humor de Johnson que todo parecía complacerle por el camino.

Nuestra conversación versó sobre asuntos variados. Consideró que la pintura de retratos era una ocupación impropia para una mujer. «La práctica en público de cualquier arte —observó—, y mirar fijamente el rostro de los hombres, es sumamente

indelicado en las mujeres». Por azar di inicio a una discusión en torno a la posibilidad de que cuando un hombre sabe que algunos de sus amigos íntimos están invitados a casa de otro amigo, con el cual tienen todos ellos íntima relación, puede o no sumarse sin invitación previa. JOHNSON: «No, señor; no debe ir con ellos si no está invitado. Tal vez estén los demás invitados para hablar mal de él en su ausencia».

A modo de curioso ejemplo de lo poco que sabe el hombre, o de lo poco que desea saber acerca de cómo se le representa en el mundo, o más bien a modo de prueba convincente de que la aspereza de Johnson era meramente externa, y no procedía de su corazón, inserto el siguiente diálogo. JOHNSON: «Es asombroso qué cualidad tan infrecuente es el buen humor en esta vida. Son muy pocos los hombres de buen humor que nos es dado conocer». Cité a cuatro amigos nuestros,^[c314] a ninguno de los cuales reconoció que fuera persona de buen humor. El uno era ácido, el otro era embarullado,^[c315] y sobre los otros dos puso reparos que he olvidado. Meneó entonces la cabeza y se estiró a sus anchas en el carruaje; sonriendo con gran complacencia, se volvió hacia mí y me dijo: «Yo me considero un tipo bienhumorado». Que él mismo se motejara de «tipo», siendo el gran lexicógrafo, el moralista suntuoso, el crítico magistral, como si en el fondo sólo fuera Samuel Johnson, un simple compañero de viaje, de trato ameno, me pareció sumamente desconcertante, y la ligereza con que se tomaba a sí mismo me llenó de asombro. Respondí con una sonrisa: «No, no, señor; ni muchísimo menos. Usted es de buen natural, pero no de buen humor. Es una persona irascible. No tiene paciencia con las tonterías o el absurdo. Entiendo que los podría tolerar si tuviera tiempo de despreciar su ánimo vengativo, pero sigue con tal rapidez el castigo a la sentencia que no hay quien se libre».

Había llevado conmigo un grueso fajo de revistas y periódicos escoceses en los que su *Viaje a las islas occidentales* era objeto de toda suerte de ataques. Le leí buena parte de ellos, a sabiendas de que iban a entretenerle. Ojalá hubieran estado presentes los autores de las diatribas; habrían quedado sobradamente escarmentados. De la tosca masa de críticas distinguí una ridícula imitación de su estilo debida al señor Maclaurin, hoy uno de los jueces del Supremo de Escocia, que ostenta el título de lord Dreghorn. «Ésta —dijo— es la mejor. Claro que yo mismo podría caricaturizar mi estilo con mejores resultados». Defendió su comentario sobre la general insuficiencia de la educación en Escocia, y me confirmó la autoría de su ingenioso dicho sobre la cultura de los escoceses: «Su saber es como el pan en una ciudad sitiada: todos sus habitantes reciben un mendrugo, pero ninguno come como es debido». «Hay en Escocia —añadió— una difusión tal de la cultura que buena porción está amplia y finamente extendida. Un comerciante tiene tanta cultura como un miembro del clero».

Hablamos de las *Vidas* de Isaac Walton, que era uno de sus libros predilectos. La vida del doctor Donne, dijo, era la más perfecta de todas ellas. Observó que era «una maravilla que Walton, que gozaba de una muy baja situación social, hubiera sido

recibido en familia por tantos grandes hombres, en una época en que la división entre los distintos rangos de la sociedad era mucho más tajante que ahora». Supuso que Walton había dejado su actividad como costurero en una pañería y en una mercería para dedicarse a escribir,^[130] y añadió que «fue un gran autor de panegíricos». BOSWELL: «No hay cualidad que a un hombre le granjee tanto la amistad como su disposición a admirar las cualidades de los demás. No me refiero a la adulación, sino a una admiración sincera». JOHNSON: «No, señor. La adulación en general complace. En primer lugar, quien adula puede creer que es verdad lo que dice, pero es que, en segundo lugar, tanto si lo cree como si no, desde luego cree que quien es objeto de su adulación tiene importancia suficiente para adularlo».

Tan pronto saludamos con el debido respeto al señor Cambridge, en su biblioteca, Johnson se precipitó ansioso a uno de los laterales de la sala, decidido a ojear los lomos de los libros.^[131] En un aparte, sir Joshua comentó: «Corre hacia los libros como yo hacia los cuadros, aunque yo tengo una ventaja, y es que veo mucho más de los cuadros que él de los libros». A esto, con mucha cortesía, dijo el señor Cambridge: «Doctor Johnson, voy a acusarme, con su venia, pues tengo yo la misma costumbre que percibo en usted, aunque me parece llamativo que tenga uno tan gran deseo por repasar los lomos de los libros». Johnson, siempre a punto para la polémica, se dio la vuelta sobre sus talones y respondió así: «La razón es muy sencilla. El saber es de dos clases. O conocemos una materia, o conocemos dónde encontrar información sobre ella. Cuando indagamos sobre una materia, lo primero que hemos de hacer es saber quiénes y en qué libros se han ocupado de ella. Esto nos lleva a los catálogos y a los lomos de los libros que a la vista están en una biblioteca». Sir Joshua me comentó la extraordinaria presteza con que Johnson entablaba una discusión. «Sí —repuse—, carece de preparación formal, no adorna su esgrima con filigranas, traspasa en un visto y no visto a quien se le ponga delante».

Johnson se solazó con un agasajo muy elegante, con una familia muy cumplida, con buena compañía; entre los presentes se encontraba el señor Harris de Salisbury, que se prodigó en halagos sobre su *Viaje a las islas occidentales*.

Se hizo el habitual comentario sobre la utilidad de leer libros de historia. JOHNSON: «Hemos de considerar qué poca historia hay, quiero decir historia auténtica. Que reinaron ciertos reyes, que se libraron tales batallas, eso podemos dar por hecho que es verdad; ahora bien, la coloración de la época, la filosofía de la historia, son puras conjeturas». BOSWELL: «En tal caso, reduciríamos toda la historia a poco más que un almanaque, a una mera serie cronológica de acontecimientos notables». Estaba entre los presentes el señor Gibbon, que por entonces debía de estar dedicado a escribir su *Historia*,^[c316] cuyo primer volumen publicó al año siguiente, pero no dio un paso al frente para defender ese género de escritura. Lo más probable es que no le agradase la idea de confiarse a Johnson.

Johnson observó que era tan grande la fuerza de nuestras costumbres que, si bien

la razón aconsejara y la sensatez nos llevara a desear un rumbo distinto, casi todos los hombres volvían a caer en ellas. No creo que exista una observación sobre la naturaleza humana con más fundamento que ésta; en muchos casos reviste además una verdad dolorosa, pues cuando las costumbres que se adquieren temprano han sido mezquinas y desdichadas, la alegría y la exaltación resultantes de una mejor forma de vida han de verse aguadas por la tenebrosa conciencia de hallarse uno sujeto a una condena punto menos que inevitable, que nos lleva a hundirnos de nuevo en una situación que recordamos con repugnancia. Sin duda se puede impedir mediante una atención constante y un empeño y un tesón en crear costumbres opuestas, de una eficacia superior.

Salió a colación la *Ópera del mendigo*, y el asunto ya corriente de si tenía o no efectos perniciosos. JOHNSON: «Sobre esta cuestión, que ya ha dado tanto que hablar, soy de la opinión de que se ha atribuido a la *Ópera del mendigo* una influencia mucho mayor de la que tuvo en realidad, pues de ninguna manera creo que nadie se haya convertido en un rufián por estar presente en su representación. Al mismo tiempo, no negaré que haya podido tener cierta influencia al familiarizar al público con el carácter del rufián y presentarlo como un personaje amable».^[132] Acto seguido, se recogió, por así decir, aprestándose a dar un recio mandoble: «Hay en todo ello tal labefacción de todo principio que podría ser injuriosa para la moral».^[c317]

Mientras pronunciaba esta respuesta, permanecimos los presentes suspendidos en una suerte de cómica contención, reprimiendo una risa, temerosos de que se nos pudiera escapar. En su *Vida de Gay* se ha mostrado aún más contundente sobre la ineficacia de la *Ópera del mendigo* en su presunta corrupción de la sociedad.^[c318] Yo sin embargo siempre he tenido otra opinión, ya que, desde luego, no sólo son la galanura y el heroísmo de un bandolero muy cautivadoras para la imaginación juvenil, sino que los argumentos con que respalda la depredación aventurera son también tan verosímiles, las alusiones tan vivaces, los contrastes con las modalidades ordinarias y más costosas de adquirir propiedades se despliegan con tanto arte, que hace falta tener un criterio bien formado y bien robusto para resistirse a un compuesto tan imponente; sin embargo, reconozco que mucho lamentaría que se censurase o se prohibiera del todo la *Ópera del mendigo*, ya que es mucho lo que contiene de la verdadera vida londinense, es grande la brillantez de su ingenio, y son tan variados sus aires que, debido a una muy temprana asociación de ideas, apasiona, sosiega y reaviva el intelecto, a tal punto que no hay representación teatral que más pueda deleitar.

El difunto y «muy digno» Duque de Queensbury, como con toda justicia y merecimiento lo ha pintado Thomson en sus *Estaciones*, me comentó que cuando Gay le dio a leer su *Ópera del mendigo*, la observación que hizo fue la siguiente: «Cosa muy extraña es ésta, Gay; me satisface afirmar que o es muy buena o es malísima». Resultó lo primero en grado superlativo, sobrepasando con creces las más cálidas

expectativas tanto del autor como de sus amistades. El señor Cambridge, sin embargo, ese día nos mostró que había buenas razones para dudar de su éxito. Le había dicho Quin que en la noche del estreno hubo grandes dudas durante mucho rato; que era manifiesta la propensión del público a condenarla, y que si se salvó fue por la canción que empieza diciendo:

¡Oh, sopesadlo bien! No seáis severos,

pues al público mucho le afectó el aire de inocencia que tenía Polly cuando llegó a esos dos versos en los que se plasma una imagen a la par dolorosa y ridícula,

Pues de la soga de la que mi amor pende
la vida de la pobre Polly depende.

El propio Quin se había formado una impresión tan adversa de la obra que rechazó el papel del capitán Macheath y se lo cedió a Walker, quien adquirió gran celebridad con su interpretación seria a la par que vigorosa.^[c319]

Hablamos de un joven caballero y de su matrimonio con una cantante insigne, y de su determinación de que ella dejara de cantar en público, aunque el padre del caballero era firme partidario de que siguiera haciéndolo, ya que su talento le valdría pródigas recompensas con las que podría amasar una fortuna considerable. Se puso en tela de juicio si el joven caballero, que no tenía ni un chelín, estaba bendecido por un talento fuera de lo corriente o era de una indelicadeza rayana en la imbecilidad, o bien tenía el orgullo de un imbécil, y si su padre era de veras racional sin caer en la mezquindad. Con el encumbrado espíritu de un senador romano, Johnson exclamó: «Fue sin duda noble y sabia su resolución. Es un hombre al que honra su valentía. ¿No deshonraría a un caballero que su esposa cantara en público a cambio de dinero? No, señor; no puede haber duda en esto. No sé yo si no preferiría prepararme para ser cantante en público, antes que permitir que lo fuera mi esposa».

Johnson arremetió contra la política moderna de este país por ser algo a su juicio carente por completo de toda clase de principios. «La política —expuso— ahora no es más que una manera de medrar en el mundo. Con esta sola intención se dedican los hombres a la política, y es la que dicta toda su conducta. Qué distinto era en este sentido el estado de la nación en tiempos de Carlos I, durante la Usurpación, y después de la Restauración, en tiempos de Carlos II. *Hudibras* aporta buena prueba de la presencia que en el ánimo de los hombres tenían entonces los principios políticos. Hay en *Hudibras* gran cantidad de metal precioso, en lingotes que han de perdurar por siempre. Ahora bien, no cabe duda de que los golpes de ingenio más brillantes debían su fuerza a la impresión de los personajes, presente en el ánimo de los hombres de su época; se debía a que los conocían de haberlos tratado en la mesa, en la calle; en resumen, a la familiaridad que tenían con ellos, y sobre todo a que la sátira tomó por objeto justamente a quienes muy poco antes odiaban y temían.^[c320] La nación en general siempre ha sido leal, en todo momento ha mantenido su apego

por el monarca, aun cuando algunos rebeldes osados hayan tenido un extraordinario poder durante un tiempo. El asesinato de Carlos I con toda certeza no se cometió con aprobación o consentimiento del pueblo. De haber sido así, el Parlamento no se habría aventurado a condenar a los magnicidas a su merecido castigo. Y bien conocemos qué explosión de júbilo tuvo lugar cuando se produjo la restauración en la persona de Carlos II. Si éste lo hubiera tenido por único objeto, si se hubiera empeinado, habría gozado de un poder tan absoluto como el de Luis XIV». Un caballero comentó que no habría causado perjuicio alguno. JOHNSON: «Rara vez, señor, causa perjuicio alguno un monarca absoluto. Ahora bien, a sus súbditos los gobierna el azar. No hay seguridad de un buen gobierno». CAMBRIDGE: «Han sido muchas las penosas víctimas de un gobierno absoluto». JOHNSON: «También lo han sido las de las facciones populares». BOSWELL: «La cuestión es ésta: ¿qué es peor, una bestia salvaje o muchas?».

Johnson elogió el *Spectator*, y en particular el retrato de sir Roger de Coverley. «Sir Roger —dijo— no murió de muerte violenta, al contrario de lo que se ha imaginado tantas veces. No fue asesinado, sino que murió sólo porque otros habían de morir, y porque su muerte dio a Addison oportunidad excelente para escribir realmente bien. Tenemos el ejemplo de Cervantes, que hizo morir a don Quijote.^[c321] Nunca terminé de entender por qué el personaje de sir Roger se nos presenta como si estuviera un poco mal de la cabeza. Me da la sensación de que el relato de la viuda obedecía a la intención de sobreinducirse, pero que esa superestructura no salió como debiera».

Alguien vio con malos ojos que se escribieran versos en una lengua muerta, aduciendo que eran meras ordenaciones de un determinado número de palabras, y se mofó de las universidades de Oxford y Cambridge por distribuir colecciones no ya en latín y en griego, sino también en siríaco y en árabe y en otras lenguas aún menos conocidas. JOHNSON: «Yo en cambio querría que fuesen tantas como sea posible. Por mí, que se escriban versos en todas las lenguas cuyo conocimiento esté a nuestro alcance adquirir. Nadie supone que una universidad deba contar con doscientos poetas a un tiempo, pero sí debiera ser capaz de exhibir el trabajo de doscientos eruditos. La muerte de Pieresc tengo entendido que se lloró en cuarenta lenguas. Si por mí fuera, habríamos celebrado cada coronación, cada fallecimiento de un rey, cada *Gaudium* y cada *Luctus*, composiciones universitarias en verso, en todas las lenguas que sea posible dominar. De ese modo diría yo al mundo: “He aquí un centro del saber en el que todo se puede aprender y todo se irradia”».

Como al día siguiente emprendí viaje para visitar al Conde de Pembroke en Wilton, y a mi amigo el señor Temple en Mamhead, condado de Devon, y no regresé a la ciudad hasta el segundo día de mayo, no vi al doctor Johnson durante una temporada considerable; asimismo, mientras se prolongó mi estancia en Londres tomé nota muy imperfecta de sus conversaciones, aunque de haberlas escrito por extenso poco después de producirse habría preservado grandes porciones ahora

perdidas sin remedio para siempre. Sólo puedo ahora registrar algunas escenas concretas y algunos fragmentos de sus *memorabilia*, aunque en compensación por este relajamiento de mi diligencia puedo obsequiar a mis lectores sus argumentaciones sobre dos casos legales que tuvo a bien proporcionarme.

El sábado 6 de mayo almorzamos juntos en la Taberna de la Mitra, y me dictó lo que sigue, para obviar la querrela que ya he comentado antes,^[133] que había tomado la forma de una denuncia ante el Tribunal Supremo presentada por el doctor Memis, de Aberdeen, en el sentido de que en la misma traducción de unos estatutos en la que se mencionaban a los médicos, a él se le llamaba «doctor en Medicina».

Existen únicamente dos razones acogiéndose a las cuales un médico podría declinar el título de doctor en Medicina: que el doctorado lo deshonra, o que crea que es él quien deshonra el doctorado. Que le deshonre un título que tiene en común con los nombres más granados de esta profesión, como son Boerhaave, Arbuthnot y Cullen, de ninguna manera puede menoscabar la reputación de nadie. Supongo, antes bien, que es por el doctorado, que parece repudiar, por lo que reconoce el derecho de ejercer la medicina. Un doctor en Medicina es un médico que se acoge a la protección de las leyes, mediante el sello de la autoridad que lo sanciona. El médico que no es doctor en realidad usurpa una profesión, y sólo dispone de su personal autoridad para decidir sobre la salud y la enfermedad, sobre la vida y la muerte. Que este caballero sea doctor es algo que su propio diploma evidencia, y es un diploma que no se le ha impuesto, sino que ha obtenido mediante solicitud previa, por el cual ha pagado las tasas correspondientes. No parece fácil descubrir con qué semblante podría un hombre rehusar el título que o ha solicitado o ha comprado.

Toda injuria estrictamente verbal ha de comprender en sí misma o bien una falsa posición, o bien una declaración innecesaria de verdad que difama al injuriado. Ni siquiera él mismo podría pretender que al llamarlo doctor se le haya dado una falsa apelación, no en vano al mismo tiempo se queja de que se daría por ofendido si no se le supusiera doctor. Si el título de doctor es verdad difamatoria, es hora de proceder a la disolución de nuestras facultades universitarias, ya que ¿por qué iba el público a pagar un salario a hombres cuya aprobación es un reproche? Del mismo modo, podría valer que el público tuviera en cuenta y considerase despacio qué ayuda se puede dar a la profesión médica, todos cuyos titulares comparten con este desdichado caballero la ignominiosa apelación, y de los cuales ni siquiera los chiquillos de la calle temen decir: «Ahí va el doctor».

Es de sobra sabido qué entraña el término *doctor*. Distingue a quien se le otorga en calidad de hombre que ha alcanzado tal grado del saber en su profesión que goza de sobrada cualificación para instruir a los demás. Un doctor en Leyes es un hombre que puede formar a los abogados al impartir sus preceptos. Un doctor en Medicina es un hombre que puede enseñar el arte de la curación de las enfermedades. Éste es un antiguo axioma, que aún no hay quien sea digno de negar: *Nil dat quod non habet*. Sobre este principio, ser doctor entraña un conocimiento y una destreza, pues *nemo docet quod non didicit*. En Inglaterra, quien practique la medicina no siendo doctor ha de hacerlo con permiso expreso, pero el doctorado comporta por sí mismo ese permiso.

Tal vez ni siquiera quienes redactasen los estatutos recuerden ahora por qué accidente se dio el caso de que él y el resto de los médicos fueran nombrados con distintas designaciones, siendo los términos equivalentes, ni debido a qué efecto el que a él se le aplicase pudiera ser más honorífico. De haber contado con un pleito legal a modo de consecuencia de tan nimia variación, espero que la hubiesen evitado a toda costa.^[134] Pero es muy probable que, como no les animaba aviesa intención, no sospecharan ningún peligro, y por tanto consultaran sólo aquello que les pareció de rigor o conveniencia.

Pocos días más tarde le consulté sobre otra causa judicial, *Paterson y otros vs. Alexander y otros*, cuya resolución se había dirimido mediante votación en el Tribunal Supremo, por la cual sé dictaminó que la Corporación de Stirling estaba corrompida en su composición, y se revocó la elección de algunos de sus miembros, porque se había demostrado que los tres hombres principales que hicieron prevalecer su influencia sobre la mayoría habían formado un pacto a todas luces injustificable, del cual, a pesar de todo, la mayoría no tenía conocimiento. Tras una breve

consideración, me dictó las frases que siguen:

Existe una clara diferencia entre mayoría y superioridad; mayoría se aplica al número, mientras que superioridad se aplica al poder, y el poder, como tantas otras cosas, ha de estimarse *non numero sed pondere*. Aun cuando el número mayor no se haya corrompido, el peso mayor sí lo está, de modo que la corrupción predomina en la circunscripción electoral tomada de modo colectivo, aunque es posible que si se toma numéricamente la mayor parte no esté corrompida. Esa circunscripción, que está constituida de modo que actúe de manera corrupta, está corrupta a ojos de la razón, ya sea por el poder incontrolable de unos pocos, ya sea por una depravación accidental o perversión viciada de la multitud. La objeción, a tenor de la cual se aduce la injusticia de que los inocentes hayan de soportar los desmanes de los culpables, es una objeción no sólo contra la sociedad, sino también contra la posibilidad de la sociedad misma. Todas las sociedades, grandes y pequeñas por igual, subsisten gracias a esta condición: que como todos los individuos obtienen ventajas de la unión, del mismo modo pueden sufrir ciertas inconveniencias, y que quienes no hacen nada, y a veces quienes hacen mal, disfrutarán de los honores y los emolumentos debidos a la virtud general y a la general prosperidad del común, de modo que al igual que quienes nada hacen, o quizá hacen bien, han de implicarse en las consecuencias de la corrupción predominante.

A mi juicio, fue una causa muy bien esgrimida, aunque la sentencia se corroboró en la Cámara de los Comunes.

El lunes 8 de mayo fuimos juntos a visitar las mansiones de Bedlam.^[c322] Tenía conocimiento de que él había estado allí con anterioridad, con el señor Wedderburne (ahora, lord Loughborough), el señor Murphy y el señor Foote; había oído a éste hacer un muy interesante relato de la visita, durante la cual a Johnson le llamó sobremanera la atención un hombre sumamente enfurecido, que atizaba como un poseso su jergón convencido de que se trataba de William, Duque de Cumberland, al cual así castigaba por las crueldades que infligió a los habitantes de Escocia en 1746.^[135] En este día no sucedió nada digno de mención, aunque la sola contemplación de la demencia en general nos afectó mucho. Lo acompañé a su casa y almorcé y tomé el té con él.

Hablando de un conocido nuestro, distinguido por conocer una insólita variedad de artículos misceláneos, tanto de antigüedades como de literatura galante, observó que «en realidad, va por ahí a todo correr, con poco peso en la mollera». Y hablando de otro caballero muy ingenioso, que por su temperamento acalorado solía reñir con muchos de sus conocidos, a los que luego deseaba rehuir a toda costa, dijo que «en el fondo, lleva la vida de un fuera de la ley, a salto de mata».

El viernes 12 de mayo, como había tenido la bondad de asignarme en su casa un cuarto en el que podía quedarme a pernoctar cuando me quedaba de charla con él hasta altas horas, tomé posesión del mismo; encontré todo en excelente orden y me atendió el buen Francis con la más civil diligencia. Pregunté a Johnson si no era preferible que acudiese yo a consultar con otro abogado el domingo, pues me parecía hacerle trabajar para mí en exceso, tanto como si a un artesano se le exigiera trabajar en el día reservado al descanso por la religión. JOHNSON: «Cuando goza uno de la preeminencia suficiente para negarse a ejercer su profesión y hacer consultas el domingo, su deber es hacerlo. Pero no deje de ir. No se trata de un delito, aunque tampoco es lo que uno debiera hacer, sobre todo si le importa la conservación y el incremento de la piedad, para los cuales es de gran ayuda la peculiar observancia del

descanso dominical. Está clara cuál es la distinción entre lo moral y lo ritualmente obligatorio».

El sábado 13 de mayo desayuné con él previa invitación, en compañía de Andrew Crosbie, abogado escocés al que había conocido en Edimburgo, y del honorable coronel Edward Stopford, ahora general, hermano de lord Courtown, que estaba deseoso de serle presentado. El té, los panecillos, la mantequilla; todo el aparato del desayuno se sirvió con tal decoro, y la conducta de Johnson fue tan cortés, que el coronel Stopford quedó muy sorprendido, pasmado incluso de haber hablado tanto de la desidia y la zafiedad de éste. No he retenido nada de lo que se dijo, con la salvedad de que Courtown le complació mucho al hablar con erudito conocimiento de la alquimia, respecto de la cual Johnson no esgrimió una absoluta incredulidad, deleitándose por el contrario en considerar qué progresos en verdad se habían hecho en la transmutación de los metales, y qué aproximaciones se habían logrado en la fabricación del oro; nos dijo que, según se aseguraba, una persona residente en los vastos territorios de Rusia había descubierto el secreto, pero murió sin haberlo revelado, suponiendo que sería perjudicial para la sociedad. Añadió que no era imposible, pero que con el tiempo podría llegar a ser de dominio común.

Se formuló una pregunta sobre si es razonable que un hombre monte en cólera con otro al que una mujer ha preferido. JOHNSON: «No veo yo que sea en modo alguno razonable que un hombre monte en cólera con otro al que una mujer ha preferido antes que a él, pero no cabe duda de que monta en cólera, y aborrece el haber montado en cólera también consigo mismo».

Antes de regresar a Escocia el 23 estuve con él a menudo en diversos lugares, aunque de estos días sólo tomé nota de dos comentarios; uno hace referencia a Garrick, «no sabe suficiente latín; descubre el latín por el sentido, no el sentido por el latín», y a otros quienes escriben libros de viajes, «que tienen más defectos que otros escritores».

Pasé muchas horas con él durante el 17,^[c323] del que todo lo que hallo en mi cuaderno de notas es esto: «muchas risas». Da la impresión de que ese día estuvo de un ánimo especialmente jocundo y risueño, y debo reseñar que en tales ocasiones nunca he visto a un hombre que riese tan de corazón como él. Es de suponer que el elevado disfrute de un estado tan distinto de su tristeza habitual produjera en él un ejercicio extraordinario de esa facultad distintiva del hombre, cuya explicación tanto ha desconcertado a los filósofos.^[c324] La risa de Johnson era algo tan sobresaliente como cualquier otra circunstancia de su talante. Era una especie de gruñido sonoro y bienhumorado. Tom Davies la ha descrito con sobrado gracejo: «Ríe cual rinoceronte».

A Bennet Langton

21 de mayo de 1775

Querido señor,

tengo a un viejo amanuense en situación de gran penuria.^[c325] Le he dado lo que pienso que puedo darle, y me suplicó hasta no sé cuándo, antes de suplicarme de nuevo. Esta mañana puse en su mano cuatro guineas. Si pudiera recabar otras tres, creo que lo sacaríamos del presente atolladero en que se encuentra. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

27 de mayo de 1775

Querido señor,

no me cabe duda de que ya se ha de hallar sano y salvo, alojado en su propio domicilio, y que habrá relatado todas sus aventuras a la señora Boswell y a la señorita Verónica. Por favor, enseñe a Verónica a tenerme afecto. Ruéguele que no haga mucho caso de su madre.

La señora Thrale se ha cogido un constipado y está muy destemplada, aunque espero que se vaya reponiendo. El señor Langton marchó ayer al condado de Lincoln, y ha invitado a Nicolaida^[136] a viajar con él. Beauclerk habla de ir a Bath. Empezaré viaje el lunes, de modo que todo es dispersión.

He devuelto a lord Hailes sus entretenidos pliegos, pero habrá de esperar a que pueda aceptar una nueva remesa, ya que sería inoportuno enviármela en mi situación de nomadeo.

He prometido a la señora Macaulay^[137] que trataré de prestar algún servicio a su hijo en Oxford. No se me ha olvidado, ni estoy tampoco remiso a cumplir. Si es su deseo darle una educación inglesa, habría que considerar si no pueden enviarlo uno o dos años a una escuela inglesa. Si llega directamente desde Escocia, no podrá ser una figura destacada en nuestras universidades. Las escuelas del norte, tengo entendido, no son demasiado onerosas; cuando yo era joven, eran eminentemente buenas.

Hay dos libritos que han publicado los Foulis en Edimburgo, el *Telémaco* y los *Poemas* de Collins, a un chelín cada uno. Me gustaría tenerlos.

Presente mis respetos a la señora Boswell por más que no me tenga ninguna estima. Ya ve usted qué cosa tan perversa son las damas, qué impropio es el confiarles una propiedad feudal. Cuando se enmiende y me quiera un poco, habrá más esperanza en lo tocante a sus hijas.

No enviaré recuerdos a mis amigos de uno en uno, porque detestaría olvidar a alguno y dejarlo fuera de la enumeración. Dígales, a medida que los vea, qué bien hablo de la cortesía escocesa, de la hospitalidad escocesa, de la belleza escocesa y de todo lo escocés, salvo de los pastelillos de avena típicos de Escocia y los prejuicios escoceses.

Hágame saber la respuesta de Rasay, y la decisión referente a sir Allan.^[138] Soy, mi queridísimo señor, con gran afecto, su más sincero y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Tras mi regreso a Escocia le escribí tres cartas, de las que entresaco los siguientes pasajes:

«He visto a lord Hailes luego de regresar. Considera maravilloso que a usted le complazca tomarse tantas molestias en revisar sus *Anales*. Le dije que me dijo usted que se daba por bien recompensado con el entretenimiento que tuvo al leerlos».

«Este verano se ha producido una migración en masa de lugareños de las Hébridas a Edimburgo, a muchos de los cuales he tenido el placer de acoger en mi casa. Donald Macqueen^[139] y lord Monboddó cenaron una noche conmigo. Se sumaron a rebatir su proposición de que el gaélico de las Tierras Altas y las islas de Escocia no quedó registrado por escrito hasta fecha más bien tardía».

«He tenido el ánimo algo nublado y lúgubre este verano. Tengo necesidad de sus rayos cálidos y vivificantes, y espero que los pueda disfrutar con frecuencia. Voy a pasar una corta temporada con mi padre en Auchinleck».

A James Boswell

Londres, 27 de agosto de 1775

Querido señor,

he regresado del recorrido anual por la región central de Inglaterra. Nada he visto que no hubiera visto antes, nada tengo que relatar. Pocas antigüedades ha dejado el tiempo en esa parte de la isla; el comercio no ha dejado singularidades a sus habitantes. Me alegró emprender viaje y tal vez me alegró regresar a casa; dicho de otro modo, me temo que estaba harto de estar en casa, como luego me harté de viajar. ¿No es ése el pulso habitual de la vida? Ahora bien, si confesamos la fatiga y el hartazgo, no los lamentemos, que todos los sabios y todos los hombres buenos aseguran que tienen cura.

Para las negras humaredas que espesan su ánimo nada puedo recetar, salvo que insista en disiparlas con trabajos honrados y placeres inocentes, así como con la lectura, unas veces llevadera y otras seria. Cambiar de sitio suele venir bien; espero que su residencia en Auchinleck surta muchos y buenos efectos...

Lamento con toda sinceridad haber causado molestias a Rasay, por lo cual me complace sinceramente que ya no esté intranquilo. Sigue pensando que lo he pintado como si hubiese renunciado por razones personales a la jefatura del clan. Sólo quise dar a entender que ya no era motivo de disputa entre ambas casas, y que supuestamente quedó zanjada la cuestión con la cesión de alguna generación remota a la casa de Dunvegan. Lamento que el aviso no se publicara tres o cuatro veces en el periódico.

Es fácil de imaginar que lord Monboddo y el señor Macqueen polemiquen contra una postura contraria a los imaginarios intereses del prejuicio literario o nacional, si bien de un hecho inamovible no cabe hacer controversias: si hay hombres con rabo, atrátese a un *homo caudatus*; si antaño hubo escritura en las Tierras Altas o en las Hébridas, en lengua erse, muéstrense los manuscritos. Allí donde escriben los hombres, se escriben unos a otros, y algunas de sus cartas se han de conservar en las familias estudiosas de su abuelo. En Gales hay muchos manuscritos.

Tengo ahora pendientes tres envíos de la *Historia* de lord Hailes, que me propongo devolver la semana que viene. Uno de los mayores males de mi viaje es que su respeto por mis pequeñas observaciones haya de tener su obra en suspenso. Existe en nuestra lengua, me parece, un nuevo modo de escribir la historia que dice cuanto se necesita saber, y cuanto se conoce, sin el trabajoso esplendor del lenguaje y sin la afectada sutileza de las conjeturas. La exactitud de las fechas que maneja me maravilla. Parece tener la cercanía de un Henault, pero sin sus constricciones.

La señora Thrale disfrutó con su diario, aunque por poco se queda ciega leyéndolo.^[140] Tiene una muy alta estima por usted.

De la señora Boswell, aunque en el fondo de su corazón sepa que no me tiene estima, siempre me agrada recibir buenas noticias; espero que tanto ella como las pequeñas señoritas no padezcan enfermedades ni ninguna otra afcción. Pero bien sabe ella que nada le importa qué sea de mí, por lo cual tal vez esté segura de que yo la culpo.

Nunca, nunca, mi querido señor, dé en pensar que yo no le aprecio; no permita que se le meta eso en la cabeza; puede estar tranquilo y tener plena confianza tanto de mi afecto como de mi estima; lo aprecio como hombre amable que es, lo valoro por su dignidad, espero con el tiempo reverenciarlo como a un hombre de piedad ejemplar. Se lo digo, como dice Hamlet, «desde lo más profundo de mi corazón», por lo que es poco decir, señor, que soy su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

Londres, 30 de agosto de 1775

Señor,

si en estos papeles^[141] hay propuestas pocas y mínimas alteraciones, no me tenga por negligente. Los he leído tal vez más despacio que el resto, pero no encuentro nada que valga la pena objetar.

Escríbame pronto y escíbame a menudo, y cuénteme con honestidad cómo está de ánimo.

Soy, señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

Al mismo

14 de septiembre de 1775

Mi querido señor,

le escribo en esta ocasión, no sea que con alguno de sus arrebatos y humores atrabiliarios le dé por suponer que le desatiendo. Debo encarecer que jamás admita semejantes desatinos, o que al menos no se los consienta, pues mi estima por usted es tan firme y arraigada que se ha convertido en parte de mi conciencia, de la que no podrá borrarse si no es por alguna causa de insólita violencia; por consiguiente, tanto si le escribo como si no, dé reposo a sus pensamientos. Ahora le escribo para decirle que no volveré a escribir muy pronto. Mañana emprendo otro viaje...

Sus amistades de Streatham y Leicester Fields^[142] se encuentran todas bien. Dé mis recuerdos a la señora Boswell si está de buen humor conmigo. Soy, señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Lo que menciona tan a la ligera, «Mañana emprendo otro viaje», pronto descubrí que era nada menos que el anuncio de una gira por Francia con el señor y la señora Thrale. Fue la única vez en que viajó al continente.

Al señor Robert Levett

Calais,

18 de septiembre de 1775

Querido señor,

estamos aquí en Francia tras una muy plácida travesía de no más de seis horas. Desconozco cuándo volveré a escribirle, de modo que le escribo ahora, aunque no puede usted suponer que tenga gran cosa que relatar. Usted ya conoce Francia. Desde aquí tomamos camino a Ruán, de donde iremos a París, donde el señor Thrale tiene previsto estar unas cinco o seis semanas. Lleva una recomendación para el cónsul inglés, de modo que no se nos tomará por vagabundos. Tenemos previsto ir por una ruta y volver por otra, y en la medida de mis posibilidades procuraré hablar algo de francés; de momento lo he intentado un poco, pero ya lo he hablado algunas veces. Si tuviera mejor oído supongo que aprendería más deprisa. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

París, 22 de octubre de 1775

Querido señor,

todavía seguimos aquí, muy ocupados en ver cuanto nos rodea. Hoy hemos estado en Versalles. Usted ya lo conoce, le ahorraré la descripción. Llegamos ayer desde Fontainebleau, donde ahora se encuentra la corte. Fuimos a ver al Rey y a la Reina durante el almuerzo, y la Reina quedó tan impresionada con la señorita^[143] que envió a uno de los caballeros de su séquito a preguntar quién era. El señor Thrale se muestra espléndido, y nos agasaja con

dos carruajes y una muy buena mesa, aunque nuestro cocinero me parece francamente muy malo. La señora Thrale entró en un convento de monjas inglesas, con las que hablé a través de la reja; he recibido trato muy amable de los monjes benedictinos ingleses. En conjunto, no logro trabar mucho contacto personal aquí, y aunque las iglesias, los palacios y algunas casas particulares son esplendorosas, no provocan gran placer luego de haber visto muchas cuando hay que seguir viendo más; el placer, sea cual fuere, ha de tener final en algún momento, y ya empezamos a pensar cuándo volveremos a casa. El señor Thrale calcula que como partimos de Streatham el 15 de septiembre, estaremos allí de nuevo el 15 de noviembre.

Creo que ni siquiera habían pasado cinco días desde que estoy a este lado del Canal antes de que experimentase una notoria mejoría de mi salud. Hoy eché una carrera bajo la lluvia y le gané a Baretto. Baretto es buena persona, y creo que habla el francés tan bien como el inglés.

Mis respetos a la señora Williams, mi afecto a Francis. Diga a todos mis amigos que no me he perdido. Su afectuoso y humilde amigo,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo,
24 de octubre de 1775

Mi querido señor,

si no me hubiera informado de que estaba en París, habría recibido carta mía a la primera oportunidad, para anunciarle el nacimiento de mi hijo el día 9 del corriente. Le he bautizado con el nombre de Alexander, como mi padre. Le escribo ahora, pues deduzco que su compañero de viaje, el señor Thrale, regresará esta semana a Londres para cumplir sus deberes en el Parlamento, y supongo que no se quedará usted atrás.

Adjunto otro paquete con los *Anales* de lord Hailes. Le solicito un favor de su parte, que él de este modo me requiere en su carta: «Me propongo hacerle llegar bien pronto la *Vida de Robert Bruce*, que tendrá usted la bondad de remitir al doctor Johnson. Es mi deseo que me asista usted en una fantasía que se me ha ocurrido, consistente en que el doctor Johnson trace un retrato de Robert Bruce a partir del relato que hago yo sobre este noble príncipe. Si encuentra material suficiente en mi obra, será prueba más que suficiente de que he estado acertado en seleccionar los sucesos más dignos de nota».

Supongo que cuando se refiere a la *Vida de Robert Bruce*, Su Señoría habla de la parte de sus *Anales* en que relata la historia de este príncipe, y no de una obra distinta.

¿Recibiremos en invierno un *Viaje a París* de su pluma? Espero que en todo caso tenga la bondad de hacerme pronto un relato de sus viajes por Francia, pues tengo una gran impaciencia. ¡Qué paisaje tan distinto habrá visto este otoño, comparado con el que vio durante el otoño de 1773!

Soy siempre, mi querido señor, su muy agradecido y afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

16 de noviembre de 1775

Querido señor,

me congratula la noticia del nacimiento de su pequeño Laird, y de que sea el fin, espero, de la única diferencia que pueda tener con la señora Boswell.^[144] Sé que no me tiene ninguna estima, pero es mi intención persistir en desearle lo mejor, hasta lograr que me mire con mejores ojos.

París, qué duda cabe, es muy distinto de las Hébridas, aunque para el viajero presuroso no es tan fértil en novedades, ni permite gozar de grandes oportunidades sobre las que valga la pena explayarse en un comentario detenido. No se me pasa por la cabeza decir al público nada sobre un lugar que muchos de mis lectores conocen mejor que yo. Ya hablaremos de ello cuando nos veamos.

Iré a Streatham la semana próxima, desde donde tengo intención de devolver un paquete de la *Historia* con cada correo. En lo tocante al retrato de Bruce, sólo puedo decir que no veo yo grandes razones para escribirlo, aunque no me negaré con facilidad a lo que lord Hailes y usted concurren en desear.

He gozado de una salud estupenda durante todo el viaje. Espero que su familia y usted sólo hayan sabido que

las complicaciones y el peligro felizmente han terminado. Entre todas las congratulaciones que pueda recibir, querido señor, espero que ninguna sea tan calurosa y sincera como la de su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

A la señora Lucy Porter, en Lichfield^[145]

16 de noviembre de 1775

Querida señora,

esta semana he regresado de París. Le he traído una cajita que me pareció bonita, aunque no sé si es propiamente para el rapé o si tiene algún otro uso. Se la haré llegar en cuanto encuentre ocasión. Durante todo el viaje me he encontrado estupendamente. Mis compañeros de viaje fueron los mismos que conoció usted en Lichfield,^[c326] aunque también llevamos a Baretti con nosotros. París no es tan espléndido como cabría suponer. Los palacios y las iglesias tienen gran esplendor y magnificencia; a usted le complacería, porque posee muchos cuadros excelentes, pero no creo yo que su forma de vida sea cómoda o placentera.

Hágame saber qué tal su salud en todo este tiempo. Espero que el favorable verano que hemos tenido le haya dado fuerza suficiente para encarar el invierno.

Dé mis recuerdos a todos mis amigos y, si sus dedos no se lo impiden, escíbame, o dicte una carta a su criada si le resulta molesto. Soy, señora, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A la misma

Diciembre de 1775

Querida señora,

hace unas semanas le escribí para decirle que estaba de vuelta tras un viaje, y tenía la esperanza de haber recibido noticias de usted. Temo que el invierno se haya hospedado en sus dedos y le impida escribir. En cualquier caso, diga a alguien que escriba si a usted le resulta imposible, y cuénteme cómo está, y un poco de lo que pasa en Lichfield entre nuestras amistades. Espero que se encuentren todos bien.

Cuando estuve en Francia creí rejuvenecer, aunque me temo que este tiempo frío me arrebate parte de este nuevo vigor. Cuidemos sin embargo de nosotros mismos, no perdamos parte de nuestra salud por pura negligencia.

Nunca llegué a saber si recibió usted el *Comentario al Nuevo Testamento*, los *Viajes* y las lentes.

Escíbame, querida mía. No nos olvidemos el uno del otro. Ésta es la estación de los buenos deseos, y yo le deseo a usted todo el bien. Últimamente no he visto al señor Porter,^[146] ni he sabido nada de él. ¿Se encuentra con usted?

Tenga la bondad de presentar mis respetos a las señoras Adey y Cobb, y a todas mis amistades; cuando pueda hacerle algún servicio, no deje de indicármelo. Soy, querida señora, su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Es de lamentar que no escribiera una relación de sus viajes por Francia, pues así como se dice que una vez afirmó que «era capaz de escribir la vida de una escoba»,^[147] a pesar de que sean muy numerosos los viajeros que con anterioridad han agotado prácticamente los comentarios sobre cualquiera de los aspectos de tan gran reino, sus agudísimas y muy exactas observaciones y su peculiar vigor de pensamiento e ilustración hubieran dado lugar a una obra valiosa. A lo largo de su visita, que duró cerca de dos meses, tomó notas y escribió a vuelapluma apuntes

sobre cuanto vio. Prometió mostrarme todo ese material, pero descuidé yo el recordárselo a su debido tiempo, a resultas de lo cual se ha perdido la mayor parte, o quizá se destruyera todo en una precipitada quema de sus papeles, días antes de su muerte, que siempre será de lamentar. Sin embargo, se ha conservado un pequeño cuaderno de notas titulado «Francia II», que obra en mi poder. Es un registro diario de su vida, desde el 10 de octubre hasta el 4 de noviembre, que demuestra una atención extraordinaria a diversos y minuciosos particulares. Al tratarse del único memorial de este viaje que se conserva, confío en que mis lectores lo examinen con placer, aun cuando se trate de notas muy breves, escritas evidentemente para servirle de ayuda en la rememoración de lo vivido.

10 de oct. Martes. Vimos la *École Militaire*, en la que se educan para el ejército 150 chiquillos. Disponen de armas de distintos tamaños, según sus edades; meras astillas y palitroques. El edificio es muy amplio, aunque nada agraciado, salvo la sala de juntas. Los franceses tienen ventanas con grandes cuadrados emplomados; forman buenas empalizadas de hierro. Sus comidas son más bien bastas.

Visitamos el Observatorio, un gran edificio de mucha altura. Las piedras que rematan el parapeto eran de gran tamaño, pero no estaban sujetas por vigas de hierro. La azotea es amplísima, aunque en la parte aislada no hay parapeto. Pese a tener amplitud de sobra, no quise subir. En una de las salas se procedía a la impresión de mapas.

Fuimos a pie hasta un convento pequeño de los padres del Oratorio. En el atril de lectura del refectorio estaban abiertas las consabidas vidas de los santos.

11 de oct. Miércoles. Fuimos a ver el Hotel de Chatlois, una casona no demasiado grande, pero muy elegante. Una de las salas estaba sobredorada hasta extremos como nunca había visto. La planta superior, para los criados y sus señores, era muy hermosa.

De allí fuimos a la de Monville, una casa dividida en pequeñas viviendas, decoradas con una afeminada y minuciosa elegancia. Porfirio.

De allí fuimos a la iglesia de San Roque, que es muy grande; la parte inferior de los pilares tiene incrustaciones de mármol. Tres capillas a espaldas del altar mayor, la última un amasijo de arcos de baja altura. Los altares, me pareció, son todos redondeados.

Pasamos por la Place de Vendôme, una plaza espléndida, tan grande como Hanover Square. Residen en ella las mejores familias. Estatua ecuestre de Luis XIV en el centro.

Monville es hijo de un recaudador de impuestos. En la casa de Chatlois hay una estancia decorada a la japonesa, aunque al gusto de Europa.

Almorzamos con Bocage, el marqués Blanchetti y su señora. Las golosinas se las zampó la marquesa Blanchetti, no sin antes observar que estaban deliciosas. El señor Le Roy, el conde Manucci, el Abad, el Prior, y el padre Wilson, que permaneció conmigo hasta que lo llevé en el carruaje.

Bathiani se ha marchado.

Los franceses carecen de leyes que garanticen la manutención de los pobres de solemnidad. El monje no es necesariamente sacerdote. Los benedictinos se levantan a las cuatro; están en la iglesia una hora y media, y vuelven a la iglesia media hora antes y media hora después del almuerzo, y de nuevo media hora entre las siete y las ocho. Pueden dormir ocho horas. En los monasterios se exige el trabajo físico.

A los pobres se les lleva a los hospicios, donde se les mantiene de manera miserable. Los monjes del convento, quince, viven en la pobreza.

12 de oct. Jueves. Fuimos a los Gobelinos. El tapiz da una muy buena imagen; imita la carne a la perfección. Una pieza con un fondo de oro; los pájaros no eran de colores exactos. De allí fuimos al gabinete real; muy ordenado, quizá no del todo perfecto. Veta de oro. Velas del árbol de las velas. Semillas. Maderas. De allí, a casa de Gagnier, donde vi nueve salones, amueblados con una profusión de riqueza y de elegancia con la que nunca había topado antes. Vasos. Cuadros. Dragón de porcelana. Se dice que el lustre es de cristal, y que ha costado 3500 libras. Todo el mobiliario se dice que ha costado 125 000 libras. Colgaduras de damasco cubiertas por grandes cuadros. Porfirio. Un edificio realmente asombroso. Visitamos a las damas, que estaban en casa de Monville. Vino con nosotros el capitán Irwin.^[148] España. En las ciudades de provincias, todo son mendigos. En Dijon no fue capaz de encontrar el camino de Orleáns. Los caminos de Francia son pésimos. Cinco soldados. Mujer. Los soldados escaparon. El coronel no estuvo dispuesto a perder a cinco hombres a cambio de la muerte de una mujer. El magistrado no puede apresar a un soldado si no es con el permiso de su coronel. Una buena posada

en Nismes. A los moros de Berbería les caen bien los ingleses. Gibraltar tiene un clima muy saludable; se recibe carne de ternera de Berbería. Un parque muy amplio. Los soldados a veces caen desde lo alto de la roca.

13 de oct. Viernes. Permanecí todo el día en casa, sólo fui a visitar al padre prior, al que no encontré. Leí algo en Canus.^[149] *Nec admiror, nec multum laudo.*

14 de oct. Sábado. Fuimos a la casa del señor Argenson, que está prácticamente forrada de espejos y recubierta de pan de oro. El vestidor de las damas estaba forrado con grandes rectángulos de cristal sobre papel pintado. Colocan los espejos de manera que se refleje todo el interior de las salas.

Fuimos a visitar a Julien, tesorero de la clerecía: 30 000 libras al año. La casa no cuenta con una sala muy grande, pero está forrada de espejos y de pan de oro. Anaqueles de madera buena, muchos libros.

En casa de D***** miré los libros del armario de la señora y, con desprecio, se los mostré al señor T. *El príncipe Titi; Bibl. des Féés* y otros. Se ofendió y se encerró, supimos luego, en sus aposentos.

Luego fuimos a Julien Le Roy, relojero del Rey, hombre de carácter en su profesión, que nos mostró un relojito que servía para determinar la longitud. Un hombre decente.

Después vimos el Palais Marchand y los tribunales de justicia civil y penal. Indagaciones sobre la Sellette. Es un edificio que cuenta con antiquísimos pasadizos góticos, y una gran apariencia de antigüedad. A veces, hasta trescientos prisioneros en las celdas.^[c327]

Muy trastornado; confío que no sea grave, ni se trate de un mal de ojo.^[150]

Por la tarde visité al señor Freron, el periodista. Hablaba muy poco latín, pero pareció entenderme. Su casa no es espléndida, pero sí de cómodo tamaño. Su familia, esposa, hijo e hija, no son elevados, pero sí decentes. Me complació la recepción que me ofreció. Va a traducir mi libro, he de enviárselo con notas.

15 de oct. Domingo. En Choisi, un palacio real a orilla del Sena, a unas siete millas de París. Noble terraza a lo largo del río. Salones numerosos y espaciosos, aunque no se distinguen de los de otros palacios. Bonita capilla, aunque pequeña. Globos de porcelana. Mesa de incrustaciones. Laberinto. Una mesa que se hunde.^[c328] Mesas de tocador.

16 de oct. Lunes. El Palais Royal, grandioso, amplio, señorial. Grandiosa colección de cuadros. Tres de Rafael. Dos Sagradas Familias. Una pequeña obra de M. Ángel. Una sala de Rubens. Los cuadros de Rafael, espléndidos.

Las Tullerías. Estatuas. Venus. Eneas y Anquises en sus brazos. Nilus. Muchas más. Caminos cerrados a personas mezquinas. De noche se alquilan sillas por dos sous cada una. *Pont tournant.*^[c329] Monjas agustinas. La reja. La señora Fermor, abadesa. Conoció a Pope, y lo tenía por un individuo desagradable. La señora — posee infinidad de libros; ha visto la vida misma. Feas diademas. Una capucha. Una vida llevadera. Despiertan a las cinco; hora y media en la capilla. Almuerzo a las diez. Otra hora y media en la capilla, media hora a eso de las tres y otra media a las siete; cuatro horas en la capilla. Amplio jardín. Trece internas. El profesor se quejó.

En los boulevares no vi nada, aunque me alegré de ir. Equilibristas en la cuerda, farsas. Danza del huevo.

N. [Nota.] Cerca de París, sea en laborable o en domingo, las carreteras están desiertas.

17 de oct. Martes. En el Palais Marchand. Compré

Una cajita para rapé	24 L.
	6
libro de mesa	15
Tijeras 3p [el par]	18
	63—2 12 6 ^[c330]

Oímos las alegaciones de los abogados. Mueren en París por mano de la justicia tantos como días tiene el año. *Chambre de question. Tournelle* en el Palais Marchand. Un edificio antiguo y venerable.

El Palais Bourbon, perteneciente al Príncipe de Condé. Sólo se muestra una pequeña ala; encumbrado, espléndido, cristal y oro. Las batallas del gran Condé están pintadas en uno de los salones. El actual príncipe es abuelo a los treinta y nueve.

La visión de los palacios y de otros edificios no deja imágenes precisas, a menos que se trate de quienes hablan de ellos y las imprimen en otros. Al entrar, tuve en mente a mi esposa: le hubiera complacido. Como no tengo a quién complacer, apenas me complace nada.

[Nota] En Francia no existe una clase intermedia.

Hay tantas tiendas abiertas que apenas se percibe que sea domingo en París. Los palacios del Louvre y las Tullerías sirven de alojamiento a los nobles de paso por la ciudad.

En el Palais de Bourbon, globos de metal sobredorado en la chimenea.

Elogio de las camas francesas. Buena parte del mármol es de pasta.

El Coliseo, un mero edificio de madera, al menos en gran parte.

18 de oct. *Miércoles*. Fuimos a Fontainebleau, una población grande y sin gracia, repleta de personas. Los bosques son espesos y muy extensos. Manucci nos dio alojamiento. Es placentero el aspecto de los campesinos. No hay montañas, son pocos los arroyos, sólo un seto. No recuerdo capillas ni cruces en los caminos. Están pavimentados en trechos, y flanqueados por árboles.

[Nota] Nadie, salvo la gente de mala catadura, va a pie por París.

19 de oct. *Jueves*. En la corte vimos tres aposentos: la cámara del Rey y la cámara del consejo, de un esplendor supremo. Personas de toda clase y condición en las salas más alejadas por las que pasa la familia; criados y señores. Brunet, con nosotros por segunda vez.

Se nos acercó el maestro de ceremonias, muy cortés conmigo. Presentación. Tenía yo escrúpulos. Innecesarios. Fuimos a ver al Rey y a la Reina durante la cena. Vimos también a las otras damas. Madame Elizabeth,^[c331] con la Princesa de Guimené. De noche fuimos a una comedia. Ni vi ni oí nada. Mujeres embriagadas. La señora Th. prefirió una a la otra.

20 de oct. *Viernes*. Vimos a la Reina a caballo por el bosque. Hábito castaño; cabalgaba con otra dama a su lado. La montura de la Reina, de un gris claro; martingala. Galopó. Fuimos a los aposentos y los admiramos. Recorrimos el palacio. En los corredores, puestos y tenderetes. Pinturas al fresco de un gran maestro, muy desgastadas. Vimos los caballos y perros del Rey. Los perros, casi todos ingleses. Degenerados.

Poco que decir de los caballos. Los establos, frescos; la perrera, cochambrosa.

De noche, las damas fueron a la ópera. Me negué, aunque habría sido bien recibido.

El Rey comía con la mano izquierda, como nosotros.

Sábado, 21. De noche, agotado. Volvimos a París. Creo que no vimos la capilla. Árbol partido por el viento. Las sillas, hechas todas de tablones pintados.

[Nota] Soldados en la corte de justicia. Soldados no dóciles con los magistrados. La mujer de Dijon.

Música de fagots en palacio. Todo muy descuidado, salvo en los salones principales. Árboles a los lados del camino, algunos altos, ninguno viejo, muchos jóvenes y aún pequeños.

Las sillas de montar para mujeres parecen muy mal hechas. Las bridas de la Reina, recamadas de plata. Lleva fusta para azuzar al caballo.

Domingo, 22 de oct. A Versalles, un feo poblacho. Pasan las carretas de los comerciantes. Tenduchos apoyados contra las paredes. Pasamos por Sêve, donde se fabrica la porcelana. Puente de madera de Sêve, en el camino de Versalles. Grandísimo palacio. Amplia fachada, no la vi con toda perfección. La casa de fieras. Las crías oscuras de los cisnes, las aletas negras; en tierra, mansos. Martines pescadores, o gaviotas. Ciervos y ciervas jóvenes. Un aviario enorme: la red, el alambre. Ciervos negros de China, muy pequeños. Rinoceronte, el cuerno roto y cortado, que supongo le volverá a crecer; la base, de diez centímetros de diámetro; los pliegues de la piel, como una tela holgada sobre el cuerpo; un animal descomunal, aunque el ejemplar es joven; mayor, quizá, que cuatro bueyes. Un elefante joven al que acaban de nacerle los colmillos. El oso pardo en pie; todos muy mansos. El león. Los tigres no llegué a verlos bien del todo. El camello, o dromedario de dos jorobas, llamado Huguin,^[151] mucho más alto que cualquier caballo. Dos camellos con una sola joroba. Entre las aves había un pelícano que, nada más soltarse, marchó a la fuente y comenzó a nadar tratando de pescar algún pez. Patas bien palmeadas: metía la cabeza en el agua y volvía de lado todo el cuello. Pescó dos o tres peces, pero no se los comió.

Trianon es una suerte de palacio de retiro adjunto a Versalles. Tiene un pórtico abierto; el pavimento y creo que las columnas son de mármol. Hay muchas estancias que no recuerdo con toda nitidez. Una mesa de porfirio, de un metro y medio de largo y más de medio de ancho, obsequio a Luis XIV del estado de Venecia. En la sala del consejo, todo lo que no fuera puerta o ventana, creo, era de espejo. Trianon es un palacio pequeño, como la casa de un caballero particular. La planta superior tiene pavimento de ladrillo. La pequeña Vienne. El patio está mal pavimentado. Los salones de la primera planta son pequeños, aptos para apaciguar la imaginación pensando que se goza de intimidad. Delante de Versalles hay pequeños platos de agua en la terraza, y otras fuentes, creo, más abajo. Hay muchos patios pequeños. La gran galería está recubierta de espejos, no muy grandes, unidos por los marcos. Supongo que aún no se han fabricado otros de mayor tamaño. El teatro era de gran capacidad. La capilla no recuerdo si la vimos. Vimos una capilla, pero no estoy seguro de que fuera aquí o en Trianon. El despacho de asuntos exteriores, pavimentado con ladrillo. La cena, medio luis por cabeza, y creo que otro luis adicional. Dinero pagado en la casa de fieras, tres libras francesas; en el palacio, seis libras.

23 de oct. *Lunes*. Ayer noche escribí a Levett. Fuimos a ver cómo se fabrican los espejos. Vienen de Normandía en grandes armazones, de un grosor considerable. En París se lijan sobre una mesa de mármol, frotando una placa contra otra, dejando abundante arena entre ambas. En realidad son arenas de distinto tipo, creo recordar que cinco en total, cuya composición no llegué a conocer. El asa con que se mueve el espejo superior tiene la forma de una rueda, por lo que puede moverse en todas direcciones. Las placas se envían con las superficies lijadas, pero no pulidas, de modo que así quedan hasta que llega el momento de la venta, no sea que el tiempo estropee la superficie, al menos según se nos dijo. Los que están para pulir se tienden sobre una mesa

cubierta por varias telas gruesas, muy tensadas, para que la resistencia sea idéntica; entonces se frotan con una goma de mano, sujeta mediante un aparato cuyo funcionamiento no llegué a entender del todo bien. El polvo que se emplea me pareció que fueran limaduras de hierro disueltas en *aqua fortis*: lo llaman, según dijo Baretti, *marc de l'eau forte*, que a él le pareció escoria. Se habló de vitriolo y de salpetra. La bala del cañón nadaba en el mercurio. Para platearlos, se bate una lámina de latón y se frota con mercurio, al cual se funde. Se vierte entonces más mercurio, con el cual la atracción mutua aumenta visiblemente. Se extiende entonces un papel por el extremo más cercano de la placa, y sobre éste se desliza el espejo hasta quedar dentro del marco, en el cual se ha engastado gran parte del mercurio con anterioridad. Es entonces, creo, cuando se presiona sobre las telas gruesas, y acto seguido se inclina para que rezume el mercurio sobrante; la inclinación se va variando a diario, acercándose a la perpendicular.

Por el camino vi la Grêve, residencia del alcalde, y la Bastilla.

Fuimos a visitar a Sans-terre, un cervecero.^[c332] Pone a la venta casi tanta cerveza como el señor Thrale, y la vende al mismo precio, aunque no paga impuestos por el lúpulo, y por la cerveza ni siquiera la mitad. La cerveza se vende al por mayor a seis peniques la botella. Produce 4000 barriles al año. Hay diecisiete cerveceros en París, ninguno de los cuales por lo visto produce tanto como él. Calculando que produzcan 3000 barriles cada uno, hacen un total de 51 000 al año. Fabrican la malta ellos mismos, ya que no se comercia con ella.

El foso de la Bastilla está seco.

24 de oct. Martes. Visitamos la Real Biblioteca. Vi el *Speculum humanae Salvationis*, impreso con tosquedad, mal entintado, unas veces pálido, otras demasiado negro, en parte, por lo que se ve, con tipos de madera, y en parte con páginas grabadas en tabla. La Biblia, ejemplar al parecer más antiguo que el de Mentz, en el 62: no tiene pie de imprenta; parece impresa con tipos de madera. Tengo mis dudas; el cuerpo es grande y claro, impreso en dos vols. en folio. Se me mostró otro libro, presuntamente impreso con tipos de madera; creo que era *Durandi Sanctuarium*, del 58. Lo infiero de la diferencia de forma que a veces se ve en la misma letra, que parece impresa con distintos tórculos. La regularidad misma de las letras demuestra que los tipos eran de metal. No vi nada salvo el *Speculum* que no conociera, creo, de antes.

De allí, a la Sorbona. La biblioteca es muy grande, no con vitrinas como la del Rey. *Marbone* y *Durandi*, colección de 14 vols. *Scriptores de rebus Gallicis*, muchos volúmenes en folio. *Histoire Généalogique de France*, 9 vols. *Gallia Christiana*, la primera edición en cuarto, la última en 12 vols. El prior y el bibliotecario almorzaron con nosotros: estuve esperándolos. Tienen un bonito jardín con paseos cubiertos, aunque es pequeño; son muchos los estudiantes. Los doctores de la Sorbona son todos iguales; eligen a quienes ocuparán los puestos que quedan libres. Escasos beneficios.

25 de oct. Miércoles. Fui con el prior a St. Cloud, a ver al doctor Hooke. Recorrimos el palacio, conversamos. Cené con toda la concurrencia en el monasterio. En la biblioteca, *Beroald*, *Cymon*, *Titus* de Boccacio. *Oratio Proverbialis* a la Virgen, de Petrarca; Falkland a Sandys; el prefacio de Dryden al tercer volumen de las *Misceláneas*.^{[152]a}

26 de oct. Jueves. Vimos la porcelana de Sêve: cortada, vidriada y pintada. Bellevue, una plácida casa, no demasiado grande, con magníficos paisajes. Meudon, palacio antiguo. Alejandro, en porfirio: hueco entre la nariz y los ojos, mejillas hundidas. Platón y Aristóteles. Noble terraza con vistas al pueblo. St. Cloud. Galería no muy alta, no muy grandiosa, placentera pese a todo. En las salas, Miguel Ángel, un autorretrato; Tomás Moro, Descartes, Bochart, Naudaeus, Mazarino. Cobertura dorada en todas partes, tan corriente que no llama la atención. Gough y Keene. Hooke vino a vernos a la posada. Mensaje de Drumgold.

27 de oct. Viernes. Me quedé en casa. Gough y Keene, y la amiga de la señora S., vinieron a cenar con nosotros. Hoy se encendió la chimenea. Empieza a hacer mucho frío, cosa que me temo que ha tenido un efecto perjudicial en mi respiración, que en este país había sido menos constreñida.

Sábado. 28 de oct. Visité la Grand Chartreux, construida por San Luis. Está construida para albergar a cuarenta, pero sólo tiene veinticuatro, y no da para más. El monje que nos recibió tenía una bonita celda. El señor Baretti dice que cuatro estancias; yo recuerdo sólo tres. Sus libros parecían franceses. El huerto muy aseado, me dio uvas. Vimos la Place de la Victoire, con la estatuas del Rey y de las naciones cautivas.

Vimos los palacios y jardines de Luxemburgo, pero la galería estaba cerrada. Subimos las escaleras. Cené con Colbrooke, que estaba rodeado de muy nutrida compañía: Foote, sir George Rodney, Motteux, Udson, Taaf. Visité al prior, pero lo encontré en cama.

Hotel, una guinea al día. Coche, tres guineas por semana. *Valet de place*, tres libras al día. *Avantcoureur*, una guinea por semana. Almuerzo ordinario, seis libras por cabeza. Nuestros gastos ordinarios deben de rondar unas cinco guineas al día. Los extraordinarios, como diversiones, pequeños regalos, ropa, no sabría calcularlos. Los gastos de viaje ascienden a diez guineas al día.

Medias blancas, 18 libras. Peluca. Sombrero.

Domingo, 29 de oct. Vimos el internado. Los *Enfants trouvés*.^[c333] Una sala con unos ochenta y seis niños en

sus cunas, dulce como una salita. Pierden a la tercera parte; admiten tal vez hasta los de siete años; les enseñan oficios; les cuelgan los papeles con que los han enviado. Necesidad de cuidadoras. Vimos la capilla.

Fuimos a Santa Eustasia; vimos una muy nutrida cantidad de niñas en la catequesis, tal vez hasta un centenar por catequista. A los niños se les enseña a unas horas, a las niñas a otras. El sermón; el sacerdote lleva un bonete que se quita cada vez que pronuncia el nombre de Cristo; actos uniformes, no muy violentos.

30 de oct. Lunes. Vimos la biblioteca de St. Germain. Una muy noble colección. *Codex Divinorum Officiorum*, 1459: una carta, en letra cuadrada como la de los *Oficios*, tal vez la misma. El *Codex* de Fust y Gernsheym. *Meursius*, 12 vols. en folio. *Amadís*, en francés, 3 vols. en folio. *CATHOLICON sine colophone*, pero de 1460. Otras dos ediciones, una^[153] de Agustín, *De Civitate Dei*, sin nombre, fecha ni lugar, aunque con la misma letra cuadrada de Fust al parecer.

Almorcé con el coronel Drumgold; una tarde agradable.

Algunos de los libros de St. Germain se hallan en prensas colgadas de las paredes, como los de Oxford.

31 de oct. Martes. Pasé el día con los benedictinos; día escuálido. Una sopa insípida, arenques y anguila en salsa; pescado frito; lentejas insípidas. En la biblioteca; encontré *Maffeus, de Historia Indica: Promontorium flectere, para doblar el Cabo*. Me despedí con ternura del prior y de fray Wilkes.^[c334]

Maitre des Arts, 2 años. *Bacc. Theol.*, 3 años. *Licentiate*, 2 años. *Doctor Th.*, 2 años; en total, 9 años. Para el doctorado, tres disputaciones: *Major, Minor, Sorbonica*. Varios colegios suprimidos y transferidos al que era de los jesuitas.

1 de nov. Miércoles. Marchamos de París. St. Denis, una población grande; la iglesia, no demasiado, aunque la nave central es sobrecogedora. A la izquierda quedan las capillas construidas más allá de la línea del muro, lo cual destruye la simetría de los laterales. El órgano es posiblemente el más alto de cuantos yo haya visto. Los portones son de bronce. En la puerta central se halla inscrita en relieve la historia de Nuestro Señor. Las vidrieras son de tema histórico, se dice que son de una belleza sin igual. Estuvimos en otra iglesia perteneciente a un convento, cuyo pórtico es una cúpula; no pudimos ir más allá, además de que ya estaba muy oscuro.

2 de nov. Jueves. Llegamos a Chantilly, sede perteneciente al Príncipe de Condé. Es un lugar de gran belleza, gracias a la variedad de chorros de agua que brotan de las fontanas, forman cascadas, corren en arroyos y se extienden en lagunas. El agua parece demasiado cercana al palacio. Toda esta agua mana del manantial de un río a tres leguas de distancia, y se trae gracias a un canal artificial, una legua del cual corre por el subsuelo. El palacio es magnífico. Las vitrinas parecen muy bien provistas: que yo recuerde, el maxilar de un hipopótamo, y una cría de hipopótamo en un frasco, aunque es tan pequeña que dudo de que sea real. Parece demasiado peluda para haber sido fruto de un aborto, y demasiado pequeña para haber nacido con suficiente madurez. Nada se conservaba en alcohol, todo en seco. El perro; el ciervo; el oso hormiguero de largo hocico. El tucán, de pico largo y ancho y curvado. Los establos eran de gran longitud. En la perrera no olía mal. Burlas de una aldea. En la casa de fieras, pocos animales^[154]. Dos *faussans*,^[155] o ginetas de Brasil, con pintas, muy asilvestradas. Hay un bosquecillo y un terreno de arboledas y prados más amplio. Caminé hasta quedar muy fatigado; a la mañana siguiente tenía los pies molidos, con intensos dolores en los dedos.

3 de nov. Viernes. Fuimos a Compiègne, un pueblo muy grande, con un palacio real en torno a un patio de planta pentagonal. El patio se halla elevado sobre arcos y bóvedas, y supongo que tiene entrada elevada por un lateral. Se habló de pintura.^[c335] La iglesia no es muy grande, pero sí elegante, espléndida. Al principio tuve grandes dificultades para caminar, pero el movimiento me fue cada vez más llevadero. De noche llegamos a Noyon, ciudad episcopal. La catedral es muy bella, en las columnas alternan el gótico y el corintio. Entramos en una muy noble iglesia parroquial. Noyon está fortificada, y tiene tres millas de perímetro.

4 de nov. Sábado. Nos levantamos muy temprano y fuimos por St. Quintin a Cambray, no muy pasadas las tres. Fuimos a un convento de monjas inglesas, a entregar una carta al padre Welch, el confesor, que vino a visitarnos por la tarde.

5 de nov. Domingo. Vimos la catedral. Es muy hermosa, con capillas en ambos lados. El coro, espléndido. La balaustrada, por una parte de bronce. La *Neff*,^[c336] altísima y grandiosa. El altar, de plata en lo que se alcanza a ver. Las vestimentas, muy suntuosas. En la iglesia de los benedictinos.

Aquí termina bruscamente su diario.^[156] Desconozco si lo continuó después de este día; es probable que no hubiera mucho más, ya que llegó a Inglaterra en torno al 12 de noviembre. Estas breves notas sobre su viaje, aunque parezcan una minucia tomadas de una en una, conforman en conjunto una masa de información considerable, y exhiben un ardor en la curiosidad y una agudeza en el examen tales

como, entiendo yo, se ven en muy pocos viajeros, sobre todo si son de avanzada edad; si se hubiera tomado la molestia de revisarlas, completarlas y ampliarlas, sin duda le habrían servido para hilvanar una muy entretenida narración.

Cuando lo encontré en Londres al año siguiente, la descripción que me hizo de su viaje a Francia fue como sigue: «He visto todo lo que se puede ver en París y alrededores, aunque para conocer a los lugareños habría sido menester más tiempo del que dispuse. Justamente empezaba a rondar ese conocimiento por medio del coronel Drumgold, un hombre muy destacado, director de L'École Militaire, un personaje muy completo, pues había sido profesor de Retórica antes de ser soldado. Y me trataron con mucha amabilidad los benedictinos ingleses, que me cedieron una celda apropiada para mí en su convento».

«Los grandes de Francia —observó— viven con mucha magnificencia, aunque el resto de la población vive postrado en la miseria. No hay una clase media feliz, como en Inglaterra. Las tiendas de París son sórdidas, la carne de los mercados en Inglaterra difícilmente se enviaría para su consumo a una prisión; la señora Thrale ha observado con justeza que la cocina francesa ha sido algo impuesto por la necesidad, pues no era posible comer la carne a menos que la sazonaran de algún modo y le dieran sabor. Los franceses son indelicados; escupen en cualquier sitio. En casa de madame du ——, ^[c337] una dama literata de talento, el lacayo tomó el azucarillo con sus propios dedos antes de ponérmelo en el café. Iba a dejar a un lado la taza, pero al tener conocimiento de que lo habían preparado ex profeso para mí, tuve que probar el sabor de los dedos del criado. La misma dama quiso preparar un té *à l'anglaise*. El caño de la tetera estaba obstruido, e indicó al criado que lo desatascase a soplidos.^{[a}
[nota c210, Vol. IV](#)] Francia es peor que Escocia en todo, salvo en el clima. La naturaleza ha hecho por los franceses algo más que por los escoceses, pero ellos han hecho bastante menos».

Resultó que Foote se encontraba en París al mismo tiempo que Johnson, y su descripción de la estancia de mi amigo fue muy jocosa. Me dijo que los franceses se asombraban ante su porte y su talante, así como ante su indumentaria, que con obstinación mantuvo igual que en Londres;^[157] sus ropas de color marrón, sus medias negras, su camisa sencilla. Dijo que un caballero irlandés había dicho a Johnson: «Señor, no ha visto usted a los mejores comediantes de Francia». JOHNSON: «¡Comediantes, señor! No los considero mejores que meros seres que se suben a unas tablas y juntan unas banquetas para hacer muecas y despertar la risa, como los perros del circo». «Pero, señor, concederá que algunos son mejores que otros». JOHNSON: «Sí, señor, igual que unos perros de circo son mejores que otros».

Estando en Francia, Johnson por lo general se mostró muy resuelto a hablar en latín. Era para él una máxima que un hombre no debe desazonarse ni desanimarse al hablar una lengua que domina de manera imperfecta. Desde luego, a menudo habremos observado qué inferior, qué pueril parece un hombre cuando sólo chapurrea una lengua.

Cuando sir Joshua Reynolds, en uno de los almuerzos de gala de la Real Academia, le presentó a un caballero francés de gran distinción, no se dignó hablar en francés, sino que optó por el latín, aun cuando Su Excelencia no le entendió ni una palabra, tal vez debido a la pronunciación inglesa que imprimió Johnson a sus palabras; ahora bien, en otra ocasión se le vio hablar en francés con un caballero francés de alto rango que sabía hablar inglés, y como se le preguntara por la razón, con cierta expresión de perplejidad repuso: «Porque creo que mi francés es tan bueno como su inglés». Aunque Johnson entendía el francés perfectamente, no lo hablaba con soltura, como ya he observado con motivo de su primer encuentro con el general Paoli, en 1769; no obstante, lo escribía muy bien, como se ve en alguna de sus cartas de la colección de la señora Piozzi, de las que transcribiré una:

A madame la Comtesse de ———^[c338]

16 de julio de 1775

Oui, madame, le moment est arrivé, et il faut que je parte. Mais pourquoi faut il partir? Est ce que je m'ennuye? Je m'ennuierai ailleurs. Est ce que je cherche ou quelque plaisir, ou quelque soulagement? Je ne cherche rien, je n'espere rien. Aller voir ce que j'ai vû, etre un peu rejoué, un peu degouté, me resouvenir que la vie se passe, et qu'elle se passe en vain, me plaindre de moi, m'endurcir aux dehors; voici le tout de ce qu'on compte pour les delices de l'année. Que Dieu vous donne, madame, tous les agrémens de la vie, avec un esprit qui peut en jouir sans s'y livrer trop.

Que no se me olvide en este punto una curiosa anécdota que me refirió el señor Beauclerk, y que haré lo posible por escribir lo mejor que sepa, a la animada manera de este caballero, en justicia al cual es de rigor añadir que el doctor Johnson me indicó que me fiase tanto de la corrección de su recuerdo como de la fidelidad de su relato. «Cuando madame de Boufflers visitó Inglaterra por primera vez^[c339] —dijo Beauclerk—, estaba deseosa de conocer a Johnson. En consecuencia, fui con ella a su alojamiento en el Temple, donde él la obsequió con su conversación durante un rato. Terminada nuestra visita, nos marchamos ella y yo, y apenas habíamos pisado Inner Temple Lane cuando de golpe y porrazo oí un ruido como un trueno. Lo había ocasionado Johnson, quien, al parecer, tras hacer memoria y cavilar había llegado a la precipitada conclusión de que debería rendir los honores propios de su condición de literato a una dama extranjera de alcurnia, y, ansioso por dar cumplida muestra de su galantería, bajaba trepidante las escaleras con gran celeridad. Nos alcanzó antes de que llegáramos a Temple Gate; interponiéndose a empellones entre madame de Boufflers y yo, la tomó de la mano y la condujo a su coche. Llevaba un traje matutino de un castaño herrumbroso, un par de zapatos viejos a modo de pantuflas, una peluca pequeña y encogida, encasquetada de cualquier manera en la coronilla, y los puños de la camisa y el cierre de los bombachos sin abrochar. Un gentío numeroso se congregó a nuestro alrededor, no poco asombrado ante su singular apariencia».

Hablaba latín con maravillosa fluidez y elegancia. Cuando el père Boscovich^[c340] estuvo en Inglaterra, Johnson almorzó con él en compañía de sir Joshua Reynolds y en casa del doctor Douglas, hoy Obispo de Salisbury. En ambas ocasiones, el célebre extranjero manifestó su asombro ante la conversación en latín de Johnson. Cuando estaba en París, así describió Johnson a Voltaire ante Ferron, el periodista: «*Vir est acerrimi ingenii et paucarum literarum*».

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo, 5 de diciembre de 1775

Mi querido señor,

al señor Alexander Maclean, el joven laird de Col que mañana emprende viaje a Londres, doy esta carta para que se presente con usted. La hospitalaria bondad que usted y yo disfrutamos de su hermano, cuyo infortunado fallecimiento sinceramente lamentamos, nos hará estar siempre deseosos de ser atentos con cualquier familiar suyo. Desde luego, posee usted en tan alto grado la cordialidad verdadera de las Tierras Altas que estoy seguro de que habría pensado en recriminarme si no le hubiera recomendado yo a este noble príncipe de las Hébridas, en cuya isla disfrutamos del agasajo de su hospitalidad. Soy siempre con respetuoso afecto, mi querido señor, su más solícito y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Maclean volvió con los más agradables relatos sobre la cortesía y la atención con que lo recibió el doctor Johnson.

En el transcurso de este año me informa Burney que «con mucha frecuencia estuvo con el doctor Johnson en casa del señor Thrale, en Streatham, donde sostuvieron muchas y largas conversaciones, a menudo hasta que duraba el fuego de la chimenea y aguantaban las velas, y mucho más de lo que soportaba la paciencia de los criados».

Insertaré en este punto algunos de los dichos de Johnson según los recuerda este caballero.

«Nunca echo la siesta después del almuerzo, salvo cuando he pasado una mala noche, en cuyo caso es la siesta la que me echa a mí».

«Al autor de un epitafio ha de considerarse como si sólo dijera lo que estrictamente es verdad. Hay que admitir que hasta cierto punto incurra en elogio exagerado. En una inscripción lapidaria un hombre no está sujeto a juramento». ^[a nota c166, Vol. III]

«Hoy se azota menos que antes en nuestras grandes escuelas, claro que también se aprende menos. Lo que ganan los chicos por un lado lo pierden por otro».

«Más se aprende en las escuelas públicas que en los colegios privados, por pura emulación. Se produce una colusión de un intelecto con otro, o la radiación de muchos intelectos que apuntan a un mismo centro. Aunque son pocos los chicos que hacen sus ejercicios si se les propone uno bueno, entre unos cuantos chicos siempre hay uno que lo haga».

«Odio los atajos en la educación. La educación es algo de sobra conocido desde antaño, todo lo bien que se puede conocer. Esforzarse por lograr que los niños adquieran una sabiduría prematura es tarea infructuosa. Supongamos que a los cinco o seis años tienen mayores conocimientos que los otros chicos: ¿de qué les van a servir? Los habrán perdido antes de que les sean requeridos, y la pérdida de tanto tiempo y tanto esfuerzo por parte de un maestro nunca tendrá compensación posible. Es demasiado lo que se espera de la precocidad, y muy poco lo que rinde. La señorita _____^[c341] era ejemplo de ese cultivo temprano, ¿y cómo terminó? Casándose con un párroco presbiteriano que lleva un internado para niños chicos, de modo que toda su dedicación es ahora

dar de mamar a los bobos y contar bobadas.^[c342]

»Dice a los chiquillos: “Ved, esto es un gato y esto es un perro, con sus cuatro patas y su rabo, ¡vedlos! Vosotros sois mucho mejores que un gato o un perro, pues sabéis hablar”. Si hubiera dado yo semejante educación a una hija y hubiera descubierto que pensaba en casarse con tal individuo, antes la habría enviado a una congregación».

«Luego de hablar con desdén de la música, se le vio atender con suma atención mientras la señorita Thrale tocaba el clavicordio, y con suma seriedad le dijo: “¿Por qué no va usted tan deprisa como Burney?”. A lo cual, el doctor Burney le dijo: “Creo, señor, que al final haremos un músico de usted”. Con sincera y candorosa complacencia, Johnson replicó: “Señor, mucho me alegraría poseer un sentido nuevo”».

«Había bajado al comedor a desayunar, y pasó un tiempo considerable él solo, antes de que se presentara nadie. Cuando, una mañana más adelante, la señora Thrale lo regañó por llegar muy tarde, como generalmente sucedía, se defendió aludiendo a la mañana extraordinaria en que se encontró solo: “Señora, me desazona bajar para encontrarme con la *vacuidad*”».

«Comentó el doctor Burney que Garrick empezaba a parecer viejo, y le replicó: “Señor, no es de extrañar, si piensa que ningún otro hombre ha sometido su rostro a tanto desgarró y tanto llanto”».

Como no había sabido nada de él durante mucho más tiempo del que supuse que permanecería callado, le escribí el 18 de diciembre, no con gran ánimo por cierto. «A veces me da miedo que el frío que este año ha azotado Europa como una especie de plaga le haya afectado gravemente; a veces, mi imaginación, que de cuando en cuando es propensa a suponer toda clase de males, da en figurarse que de algún modo que se me escapa se haya ofendido usted por algo en mi conducta».

A James Boswell

23 de diciembre de 1775

Querido señor,

ni siquiera se le ocurra soñar con alguna ofensa. ¿Cómo iba usted a ofenderme? Tengo su amistad como una posesión que me propongo conservar hasta que usted me la arrebate, y lamentar si alguna vez por culpa mía la perdiese. Ahora bien, cuando tales sospechas se abran paso en su conciencia, deles salida siempre, que yo me daré buena prisa en dispersarlas, pero antes impídale el ingreso. Considere mórbidos tales pensamientos.

Con honestidad, no podría yo alegar ninguna enfermedad que sirviera de excusa a mi falta de omisión con lord Hailles. Me ha impedido cumplir con él, no sé bien cómo, una sucesión de nimias complicaciones. Cuento con resolverlas de inmediato y hacer a Su Señoría el siguiente envío cuanto antes. El señor Thrale le habría escrito a usted si no lo hiciera yo; le manda sus recuerdos y sus deseos de verle.

Su señora y usted ya no tendrán más trifulcas debido a la herencia feudal. ¿Cómo se encuentra el pequeño Laird de Auchinleck? Supongo que la señorita Verónica estará hecha una lectora y una discursadora de tomo y lomo.

He contraído una tos que de momento no me ha estorbado para dormir; he pasado noches más apacibles de lo que para mí es habitual.

No puedo sino regocijarme de que Joseph^[158] haya encontrado la sensatez de volver con usted. Es un espléndido individuo, y uno de los mejores viajeros del mundo.

El joven Col me trajo su carta. Es un joven de trato muy agradable. Lo llevé hace dos días a la Taberna de la Mitra, donde almorzamos juntos. Fui tan atento como en mi mano estaba ser.

He recibido carta de Rasay, en la que da cuenta, al parecer con gran satisfacción, de la inserción en el periódico de Edimburgo. Me alegro mucho de que se hiciera.

Mis recuerdos a la señora Boswell, que no me tiene aprecio; en cuanto a todos los demás, sólo he de enviárselos a quienes sí me lo tienen, y me temo que le costará poco esfuerzo repartirlos. Soy, mi querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON^[c343]

1776: ÆTAT. 67.] En 1776, por lo que alcanzo a descubrir, Johnson no escribió nada que se publicase, aunque su ardor intelectual y su ánimo inquebrantable, fraguado de generosos deseos por alcanzar grados aún más eximios de excelencia literaria, tienen prueba sobrada en sus anotaciones privadas de este año, que insertaré en el lugar adecuado.

A James Boswell

10 de enero de 1776

Querido señor,

por fin he remitido todos los papeles de lord Hailes. Mientras estuve en Francia, repasé muy a menudo a Henault. Lord Halles, a mi entender, lo deja muy atrás. Ahora mismo soy absolutamente incapaz de entender por qué no despaché mucho antes un examen tan breve, pero ya sabe usted que los impulsos momentáneos del ser humano se los roban mil y un impedimentos nimios que luego no dejan rastro. Durante toda la Navidad he estado aquejado por un trastorno general cuyo peor efecto era una tos persistente, ahora muy mitigada, aunque la campiña que contemplo desde una de las ventanas de Streatham está ahora cubierta por un espeso manto de nieve. La señora Williams está muy enferma; los demás, como de costumbre.

Entre los papeles encontré una carta para usted que me pareció que no había abierto, así como un artículo del *Chronicle* que no creo necesario insertar. Le devuelvo ambos.

En estos últimos días he tenido el honor de recibir el primer volumen de lord Hailes, que agradezco con el debido respeto.

Le deseo, mi queridísimo amigo, así como a su altiva señora, pues bien sé que no me quiere, y a las señoritas, y al pequeño Laird, toda la felicidad posible. Enseñe al joven caballerito, a despecho de su madre, a pensar y hablar bien de mí, señor. Su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Durante esta época estaba en liza un asunto de importancia para mi familia y para mí, que no se me ocurriría imponer sobre el mundo en general de no ser por la parte que desempeñó en él la amistad que me unía al doctor Johnson, que dio ocasión a un notable despliegue de su capacidad, cuya ocultación sería injusta. Para que bien se entienda lo que escribió sobre este asunto es necesario exponer el estado de la cuestión, cosa que haré tan sucintamente como pueda.

En el año de 1504, la baronía o casa solariega de Auchinleck (pronúnciese *Affléck*), sita en el condado de Ayrshire, perteneciente a una familia cuyo apellido era el mismo que el nombre de las tierras, pasó a manos de la Corona a raíz de la

comisión de un delito de traición; Jacobo IV, Rey de Escocia, la cedió a Thomas Boswell, descendiente de una familia de abolengo, originaria del condado de Fife, nombrándole en la carta de cesión «*dilecto familiari nostro*», y consignando como causa del poder otorgado «*pro bono et fideli servitio nobis praestito*». Thomas Boswell murió en el campo de batalla en que luchó al lado de su soberano, en la malhadada batalla de Flodden, en 1513.

A partir del muy distinguido fundador de nuestra familia, la hacienda fue transmitida en sucesión directa a sus herederos varones, hasta quedar en manos de David Boswell, tío abuelo de mi padre, que no tuvo hijos, aunque sí cuatro hijas, todas ellas casadas con hombres respetables, la primogénita con lord Cathcart.

Resuelto a cumplir el principio feudal y militar de la continuación de la sucesión por línea masculina, David Boswell legó la heredad no a sus hijas, sino a su sobrino, hijo de su hermano, el cual dio su visto bueno a su testamento y renunció a toda pretensión que pudiera tener, dejando la preferencia a su hijo. Ahora bien, lastrada la hacienda por las grandes porciones debidas a las hijas, y por otras deudas, el sobrino se vio en la obligación de vender una parte muy considerable, y la parte restante quedó sujeta a grandes cargas.

La frugalidad del sobrino sirvió para preservar y en gran medida aliviar la hacienda. Su hijo, mi abuelo, abogado eminente, no sólo readquirió una parte de lo que se había vendido, sino que también compró otras tierras colindantes, y mi padre, uno de los jueces del Tribunal Supremo de Escocia, que había ampliado de manera considerable las tierras, manifestó su inclinación a arrogarse el privilegio que le otorgaba nuestra ley,^[159] es decir, a garantizar la propiedad de la familia a perpetuidad por medio de una cláusula vinculante añadida a su testamento que, debido a las estipulaciones de su contrato matrimonial, no podía elevar sin mi consentimiento.

En el plan de vincular la hacienda estuve completamente de acuerdo con él, por más que fuera yo el que sufriese las restricciones que entrañaba; por desdicha, no concordamos en cambio en cuanto a la línea de herederos que sería preciso establecer o, en el lenguaje de la ley, en la serie sucesoria. Mi padre había proclamado su preferencia por los herederos en general, esto es, sin discriminar entre varones y hembras. Estaba sin embargo a favor de que tuvieran preeminencia sobre las hembras todos los varones que descendieran de su abuelo, pero se negaba rotundamente a ampliar ese privilegio a los varones cuya ascendencia se remontase a una rama superior. Yo por mi parte mostré una celosa parcialidad por los herederos varones, aunque fuera remoto el parentesco, postura que defendí mediante argumentos que me parecieron de peso muy considerable.^[160] Y en el caso particular de nuestra familia, colegí que nos hallábamos sujetos a una obligación implícita, por honor y en buena fe, de transmitir la heredad por la misma tenencia que nos autorizaba a su posesión, esto es, por línea masculina, con exclusión expresa de las hembras de parentesco más cercano. Por consiguiente, al pensar en conciencia, expuse mi objeción tajante al plan

de mi padre.

Mi oposición disgustó mucho a éste, quien tenía pleno derecho al mayor de los respetos y a toda mi deferencia filial; yo tenía sobradas razones para columbrar desagradables consecuencias de mi negativa a plegarme a sus deseos.^[c344] Tras no poco desconcierto e intranquilidad, en medio de mis tribulaciones escribí al doctor Johnson para explicarle por lo menudo el caso con todas sus implicaciones, y le pedí humilde y seriamente que lo sopesara a su recto entender y se tomara el tiempo que considerase oportuno antes de hacerme el gran favor de manifestarme su opinión y consejo de amigo.

A James Boswell

Londres, 15 de enero de 1776

Querido señor,

mucho me impresionó su carta, y si logro formarme sobre su caso una resolución que me parezca del todo satisfactoria, con gran contento la compartiré con usted; ahora bien, no sé yo si estaré a la altura. Se trata de un caso compuesto de ley y de justicia, para el cual se requiere un intelecto versado en disquisiciones jurídicas. ¿No podría usted comentar todo el asunto y su postura misma con lord Hailes? Como bien sabe usted, él es cristiano y es experto legislador. Lo supongo por encima de toda parcialidad y de toda locuacidad superflua; creo que no dará por perdido el tiempo que dedique a aquietar un ánimo perturbado o a asentar una conciencia que flaquea. Escríbame con todo lo que se le ocurra; si me viera impedido de adelantar algo por falta de detalles que me resulte imprescindible conocer, le interrogaré a medida que me surjan las dudas.

Si sus anteriores resoluciones resultaron de manera fehaciente mero capricho o fantasía, decide usted con toda justicia al entender que las fantasías o los caprichos de su padre tienen derecho a gozar de preferencia; ahora bien, que sean puramente fantasía o que sean racionales es la cuestión en la que de veras creo que podría ayudarnos lord Hailes.

Presente mis respetos a la señora Boswell y dígame que espero que no me falte nada en lo que pueda colaborar a poner fin a sus tribulaciones de usted. Soy, querido señor, afectuosamente,

SAM. JOHNSON

Al mismo

3 de febrero de 1776

Querido señor,

me dispongo a escribir largo y tendido sobre un asunto que requiere un conocimiento de la ley local y una familiaridad con las reglas generales de la herencia mucho mayores que los que yo pueda poseer; sin embargo, escribo porque me lo pide.

La tierra, como cualquier otra posesión, se halla por derecho natural completamente en poder de su actual propietario; es susceptible de venderse, donarse o legarse, absoluta o condicionalmente, según dicte el juicio o incite la pasión.

Ahora bien, de poco valdría el derecho natural sin la protección de la ley, y el concepto primordial de la ley es la restricción en el ejercicio del derecho natural. En sociedad, por lo tanto, un hombre no es plenamente dueño y señor de lo que llama su propiedad, si bien conserva todo el poder que no le resta la ley.

En el ejercicio del derecho que la ley ni quita ni otorga, preciso es rendir respeto a las obligaciones morales.

De la hacienda que ahora consideramos, su señor padre aún conserva tal posesión, tiene tal poder sobre ella, que puede venderla y hacer con el dinero lo que le plazca sin ningún impedimento legal. Ahora bien, si amplía ese poder más allá de su propia vida, al dictar el orden sucesorio de la propiedad, la ley exige que sea necesariamente con el consentimiento de usted.

Supongamos que vende la propiedad para arriesgar el dinero ganado en una aventura especiosa, en el curso de

la cual lo pierde todo; su posteridad se verá gravemente decepcionada, aunque ninguno de sus descendientes pueda considerarse injuriado o robado. Si lo gasta en vicios y placeres, sus sucesores sólo podrían motejarlo de voluptuoso y depravado; ninguno podría acusarlo de haber sido injurioso o injusto.

Quien puede hacer más puede hacer menos. Quien mediante venta o despilfarro puede desheredar a una familia entera, puede sin duda desheredar a una parte de la misma mediante convenio parcial.

Las leyes se conforman de acuerdo con las costumbres y exigencias de una época determinada, y no es sino mero accidente que tengan vigencia mayor que la duración de sus causas. La limitación de la sucesión feudal a la línea masculina surgió de la obligación del vasallo a asistir a su señor en la guerra.

Como los tiempos y las opiniones son en todo momento cambiantes, no sé yo si no sería usurpación prescribir reglas sobre la posteridad, presuponiendo el derecho de juzgar lo que no nos es dado conocer, y no sé si plenamente apruebo la intención de su señor padre, ni la suya, que tienden a poner límites a esa sucesión que les ha llegado a ustedes de sus ancestros sin limitación ninguna. Si hemos de legar *sartum tectum*^[c345] a la posteridad, habiéndolo recibido sin mérito alguno de nuestros ancestros, ¿no deberían mantenerse incólumes la elección y el libre albedrío? ¿Ha de tratarse la tierra con más reverencia que la libertad? Si esta consideración llevara a su padre a abstenerse de desheredar a algunos de los varones, ¿deja en manos de usted el poder de desheredar a todas las hembras?

¿Puede hacer testamento quien es dueño de una propiedad feudal? ¿Puede dictar que, fuera de la herencia, determinada porción sea para su hija? Parece existir una diferencia muy ensombrecida entre el poder de legar la tierra y el poder de legar el dinero que pueda amasarse a partir de la tierra; entre legar una hacienda a las hembras y dejar al varón heredero, en efecto, en condición de mero ecónomo para ellas.

Supongamos al mismo tiempo la existencia de una ley que sólo permitiera heredar a los varones y, durante la vigencia de esta ley, que muchas haciendas hubieran sido legadas, saltando por encima de las hembras, a herederos de remoto parentesco. Supongamos que, después, se derogase esa ley en consonancia con un cambio de costumbres, y las hembras pudieran de pleno derecho heredar. ¿No habría de cambiar entonces la tenencia de las haciendas? ¿Podrían las mujeres no beneficiarse de una ley aprobada a su favor? ¿Es preciso que se pase por encima de ellas para siempre, por determinados principios morales, sólo porque en una época ya lejana estuvieron excluidas por una prohibición legal? ¿O tal vez aquello que se transmite a los varones por una ley pasa a manos de las hembras por otra?

Menciona usted su resolución de mantener intacto el derecho de sus hermanos;^[161] no veo yo que ninguno de sus derechos haya sido recortado.

Como toda su contrariedad emana del acto de su antecesor, que desvió la sucesión de las hembras, inquiera usted de manera muy apropiada y perspicaz cuáles fueron sus motivos y cuál su intención, pues ciertamente no le ata su acto más de lo que él prefirió atarse al comprometerse a su cumplimiento, ni tiene por tanto que conservar su tierra según términos más duros o más estrictos que aquellos por los cuales le fue otorgada.

Las intenciones deben deducirse de los actos. Cuando legó la hacienda a su sobrino, con la exclusión de sus hijas, ¿tuvo o no tuvo en su mano el haber perpetrado la sucesión por línea de los varones? Si estuvo en su mano el hacerlo, parece mostrar, por omisión, su deseo de que no se hiciera, y de acuerdo con los principios que usted defiende no probará usted con facilidad su derecho a destruir la línea sucesoria que establecieron sus antepasados.

Si su antepasado en cambio no tuvo en su mano el establecer un convenio perpetuo, y si no podemos por consiguiente juzgar con toda claridad cuáles fueron sus intenciones, su acto sólo puede considerarse como un ejemplo que no entraña en puridad obligaciones de ninguna clase. Y, como bien puede observar, no dio un ejemplo de rigurosa adhesión a la línea sucesoria. Quien pasó por alto a un hermano, no extrañará que se muestre poco respeto a los parientes más lejanos.

Como las reglas sucesorias son en gran medida puramente atingentes a la ley, ningún hombre podrá legar nada si no es de acuerdo con la ley; no puede, desde luego, otorgar un poder que la ley niegue; si no marca unas limitaciones específicas y definidas, confiere todo el poder que la ley autoriza.

Por la razón que fuera, su antepasado desheredó a sus hijas, pero de ello no se sigue necesariamente que su intención fuera el establecimiento de esta regla y su vigencia para la posteridad, o no más, en todo caso, que desheredar a su hermano.

Si, por consiguiente, se pregunta usted con qué derecho su padre admite a las hijas en la herencia, pregúntese primero con qué derecho exige usted que sean excluidas.

Si se reflexiona a fondo, se tiene la sensación de que su padre no excluye a nadie; sólo admite que las hembras de mayor proximidad en el parentesco hereden antes que los varones de parentesco más remoto, por lo que la exclusión es puramente consecuente.

Éstos, mi querido señor, son mis pensamientos, carentes de todo método y a lo sumo provisorios, aunque tal vez encuentre en ellos algún parpadeo de evidencia.

No puedo por menos, sin embargo, que recomendarle de nuevo una consulta con lord Hailes, de quien bien

sabe que es a la vez buen cristiano y experto legislador.

Presente mis respetos a la señora Boswell, aunque no me tenga ninguna estima. Soy, señor, su afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Había seguido yo su recomendación y había celebrado consulta con lord Hailes, quien sobre este asunto tenía una firme opinión contraria a la mía. Su Señoría de buena gana se tomó la molestia de escribirme una carta en la que discutió, haciendo gala de sus amplios conocimientos históricos y legales, los puntos en los que veía yo una gran dificultad, manteniendo que «la sucesión de los herederos en general era la sucesión, de acuerdo con la ley de Escocia, del trono a la simple casa de campo, según consta en todos los registros». Observó asimismo que la heredad de nuestra familia no se había limitado a los herederos varones, y que si bien un heredero varón fue preferido en un caso determinado antes que las hembras de parentesco más cercano, ése había sido un acto meramente arbitrario, que había parecido el más aconsejable en un estadio de hechos y en una época harto complicada; señaló que, a tenor de una justa estimación del valor de las tierras y del dinero en aquel entonces, aplicada a la hacienda y a las cargas que soportaba, nada se dio al varón heredero, salvo el esqueleto de una hacienda. «La alegación de conciencia —dijo Su Señoría— que usted interpone es absolutamente respetable, en especial cuando conciencia e individuo se hallan en bandos distintos. Ahora bien, entiendo que la conciencia no está del todo bien informada, y que en esta ocasión individuo y mujer debieran estar en el mismo bando».

Esta carta, que tuvo una influencia considerable en mi espíritu, se la envié al doctor Johnson al tiempo que le rogaba que volviera a escribirme en torno a esta interesante cuestión.

A James Boswell

9 de febrero de 1776

Querido señor,

al no tener ninguna familiaridad con las leyes y costumbres de Escocia, me esforcé por considerar la cuestión sobre la base de los principios generales y no hallé gran cosa de probada validez que pudiera contraponer a esta postura: «Quien hereda un feudo al que sus ancestros no han puesto restricciones, hereda el poder de restringirlo según su propio criterio u opinión». De ser cierto, puede usted concurrir con su señor padre.

Una consideración ulterior arroja otra conclusión: «Quien hereda un feudo al que sus ancestros no han puesto restricciones, dará a sus herederos motivos de queja si no lo transmite sin restricciones a la posteridad, pues ¿por qué iba a hacer del estado de otros algo peor que el suyo sin razón que lo justifique?». De ser cierto, aun cuando ni su padre ni usted estén por hacer algo del todo correcto, como su padre (entiendo yo) vulnera en menor medida la sucesión acorde con la ley, parece acercarse más que usted a lo correcto.

No puede sino darse el caso de que «las mujeres tienen derechos naturales equiparables a los del hombre, derechos y exigencias que no pueden reemplazarse o infringirse caprichosamente ni a la ligera». Cuando los feudos entrañaban la prestación de un servicio militar, bien se entiende por qué las hembras no podían heredarlos, pero esa razón ha dejado de tener vigencia. Así como las costumbres hacen las leyes, también las costumbres las revocan.

Éstas son las conclusiones generales a las que he llegado. Ninguna es muy favorable a su plan de añadir una cláusula vinculante, ni posiblemente lo sea para ningún plan. Mi observación de que sólo quien adquiere tierras puede darlas en herencia de manera caprichosa,^[162] si alguna convicción contiene ha de incluir la postura inversa, esto es, que sólo quien adquiere una heredad puede legarla con una cláusula vinculante y restrictiva de manera asaz caprichosa. Pero entiendo que bien puede presuponerse sin riesgo que «quien hereda una finca, hereda todo el poder legalmente concomitante a la misma», y que «quien otorga, cede o lega sin restricciones una hacienda sujeta a tales, ha de suponerse que da ese poder de restricción cuya negativa ha omitido, y que consigna toda futura contingencia a la prudencia que del futuro cabe esperar». En estas dos posturas entiendo que le aconsejará lord Hailes que persista; cualquier otra postura se me antoja un cúmulo de complicaciones y despropósitos con demasiado escúpulo.

Si se concede la validez de estos axiomas, habrá alcanzado usted la plena libertad sin recurrir a las circunstancias particulares, que de todos modos tienen un gran peso en su caso. Observa usted con gran acierto que quien dejando al margen a su hermano legó su herencia a su sobrino no pudo limitar más de lo que donó; según la estimación de lord Hailes sobre los catorce años de arrendamiento, lo que donó no pudo ser más de lo que usted podría fácilmente restringir mediante cláusula vinculante de acuerdo con su propia opinión, si es que esa opinión es la que al final prevalece.

La sospecha de lord Hailes en el sentido de que las cláusulas restrictivas y vinculantes son invasión e incluso cercenamiento sobre el dominio de la Providencia podría extenderse a todos los privilegios hereditarios y a todas las instituciones con vocación de permanencia; no veo yo por qué no podría extenderse a cualquier provisión sobre la hora presente, ya que toda cuita sobre el futuro depende de una mera suposición, a saber, que al menos en cierta medida sabemos que será futuro. Del futuro ciertamente nada sabemos, aunque podemos aventurar conjeturas a partir del pasado, y el poder de formar conjeturas abarca, en mi opinión, el deber de actuar de conformidad con esa probabilidad que descubrimos. La Providencia otorga el poder cuyo empleo la razón enseña. Soy, querido señor, su más fiel servidor,

SAM. JOHNSON

Espero ahora me sea dado avanzar un trecho en el afecto de la señora Boswell; ríndale mis respetos a ella y dé mis recuerdos a los pequeños.

No queme papeles; a salvo estarán en su caja. Tal vez más adelante tenga la apetencia de verlos.

Al mismo

15 de febrero de 1776

Querido señor,

a las cartas que le he escrito sobre el portentoso asunto que se trae entre manos no tengo más que añadir. Si en conciencia se da usted por satisfecho, ahora ya sólo debe consultar con su prudencia. Ansío recibir una carta en la que me dé a conocer cómo se ha resuelto por fin esta cuestión tan enojosa y tan compleja.^[163]

Y espero y deseo que tenga el mejor final de los posibles. La carta de lord Hailes era sumamente amistosa, y muy oportuna, aunque me parece que algo hay en esa aversión a las cláusulas vinculantes que frisa en la superstición. La Providencia no se contrarresta con ningún medio que la Providencia ponga en nuestras manos. La continuación y propagación de las familias conforma una gran parte de la ley judaica, y de ningún modo está proscrita en la institución cristiana, si bien su necesidad ha dejado de ser acuciante. Las tenencias hereditarias están bien establecidas en todos los países civilizados, y se acompañan en los más de la autoridad hereditaria. Sir William Temple considera que nuestra constitución es defectuosa porque no hay en todo el país una sola hacienda libre de una posible incautación que no esté vinculada a un título nobiliario; lord Bacon aduce como prueba de que los turcos son unos bárbaros el que carezcan de *stirpes*, como él las llama, o de rangos de jerarquía hereditaria. No permita que su entendimiento, una vez quede libre de la presunta necesidad de una rigurosa cláusula vinculante, se enmarañe y se nuble en objeciones y contrariedades, y dé por ilegales todas las cláusulas vinculantes mientras no disponga de argumentos bien cogitados, y contundentes, que a mi juicio nunca encontrará. Miedo me dan los escúpulos.

He enviado ya a lord Hailes la totalidad de los papeles, parte de los cuales encontré oculta en un cajón donde los había puesto para mayor seguridad, y cuyo paradero había olvidado. Hay una parte escrita dos veces; le devuelvo ambas copias. Una parte ya la había leído.

Tenga la amabilidad de hacer constar a lord Hailes mi agradecimiento y mis respetos por su primer volumen; su exactitud me llena de asombro; su relato es muy superior al de Henault, como ya comenté en su día.

Mucho me temo que los contratiempos que mi falta de puntualidad le haya ocasionado son mucho, mucho mayores que todo el bien que pueda yo hacer para compensarle, aunque si recibo más texto escrito intentaré revisarlo mejor.

Le ruego me haga saber si la señora Boswell está a buenas conmigo. Presente mis respetos a Verónica, Euphemia y Alexander. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 20 de febrero de 1776

... Ha esclarecido usted mi entendimiento y me ha liberado de los imaginarios grilletes con que me aherrojaban mi conciencia y mi obligación. Si fuera preciso, me sumaría de inmediato a una cláusula vinculante que hiciera referencia a la serie de herederos que mi padre ha dado por buena, aunque considero que es preferible no actuar con precipitación.

El doctor Johnson a James Boswell

24 de febrero de 1776

Querido señor,

me llena de alegría que cuanto haya podido cavilar o decirle yo haya servido para apaciguar sus pensamientos. Su decisión de no actuar hasta no tener confirmación por otras deliberaciones es muy de justicia. Si ha sido usted escrupuloso, no sea ahora precipitado. Espero y deseo que, en cuanto lo piense más, y aproveche sus oportunidades para cambiar pareceres con hombres versados en cuestiones de propiedad, sea capaz de librarse de toda complicación.

Cuando le escribí la última, envié, creo, diez paquetes. ¿Los ha recibido todos?

Debe comunicar a la señora Boswell que sospeché que me había escrito sin el conocimiento de usted,^[164] y que por tanto no quise contestar nada, no fuera que perniciosamente se descubriese una correspondencia clandestina. Le escribiré pronto. Soy, querido señor, afectuosamente su amigo,

SAM. JOHNSON

Tras comunicar a lord Hailes lo que me había escrito el doctor Johnson en relación a la cuestión que tanto me desconcertaba, Su Señoría me escribió en estos términos: «Sus escrúpulos han dado mucho más fruto del que yo esperaba: una excelente disertación sobre los principios generales de la moral y la ley».

Escribí el 20 de febrero al doctor Johnson quejándome de melancolía y expresándole un intenso deseo de estar con él. Le informé de que habían llegado sin novedad los diez paquetes, de que lord Hailes estaba muy agradecido y de que, a su decir, prácticamente quedaron extirpados del todo sus escrúpulos contra las cláusulas vinculantes y restrictivas.

A James Boswell

5 de marzo de 1776

Querido señor,

he recibido su carta no hace ni media hora; siendo tanto el peso que otorga a mis conceptos, no me parecería justo aplazar mi respuesta ni media hora más.

Lamento que haya vuelto a acometerle la melancolía, y tanto más lo lamentaría si no hallase más alivio que en mi compañía. Con mi consejo puede contar siempre que le plazca requerirlo; de mi compañía, el mes que viene apenas podrá gozar, pues el señor Thrale me llevará a Italia, según asegura, el primero de abril.

Permítame hacerle con toda seriedad una clara advertencia en contra de los escrúpulos. Me alegra que se haya reconciliado con su convenio testamentario, y creo que mucho le honra haber zarandeado la opinión que de las cláusulas vinculantes pudiera tener lord Hailes. Sin embargo, no ponga sus esperanzas en que podrá allanar del todo sus cuitas por medio del raciocinio; no las alimente por medio de la atención, que habrán de marchitarse de manera imperceptible. Concentre en cambio sus pensamientos en los asuntos que le ocupan, llene sus ratos libres de buenas compañías, que el sol volverá a lucir sobre su ánimo. Si va a venir a verme, tendrá que ser muy pronto; ni siquiera sé bien qué hacer, aunque podríamos dar una buena batida por la campiña, pues tengo la intención de visitar Oxford y Lichfield rápidamente antes de emprender este largo viaje. A todo esto sólo puedo añadir que soy, señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

12 de marzo de 1776

Querido señor,

muy a primeros de abril abandonamos Inglaterra, y la semana próxima, a comienzos, saldré de Londres una corta temporada; me parece imprescindible tenerle al corriente de esto, con el fin de que no se vea decepcionado en ninguna de sus empresas. No había tomado la rotunda decisión de ir al campo hasta hoy mismo.

Por favor, presente mis respetos a lord Hailes, y comente de manera muy particular a la señora Boswell mi esperanza de que se haya reconciliado, señor, con su fiel servidor,

SAM. JOHNSON

Hace más de treinta años, los herederos del lord canciller Clarendon legaron a la Universidad de Oxford la continuación de su *Historia*, así como el resto de los manuscritos de Su Señoría que no se habían publicado aún, con la condición de que los beneficios obtenidos de la publicación de los mismos se adjudicasen al establecimiento de una escuela de equitación en la universidad. La donación fue aceptada en reunión plenaria. Se encargó al doctor Johnson que encontrase a la persona idónea para dirigir y administrar la propuesta escuela de doma y equitación, en lo cual se desempeñó Johnson con ese celo por el que tan notable era en ocasiones similares. Sin embargo, al indagar el asunto tuvo conocimiento de que era harto improbable que se procediera pronto a la ejecución del plan; los beneficios que devengaba la imprenta de Clarendon, debido a una administración deficiente, eran muy escasos. Cuando esto se lo explicó un muy respetable dignatario de la Iglesia, que tenía sobrados medios para saberlo, escribió una carta sobre la cuestión, que demuestra a la par su extraordinaria precisión y agudeza y su caluroso afecto por su Alma Mater.

Al reverendo señor Wetherell, rector de University College, Oxford

12 de marzo de 1776

Apreciado señor,

pocas cosas hay más ingratas que la transacción de negocios con hombres que están por encima de saber qué es preciso hacer, o que les tiene sin cuidado, como parece ser el caso de los legatarios de la institución de lord Clarendon, tal como se verá cuando lea la carta del doctor *****.

La última parte de la carta del doctor es de suma importancia. La queja^[165] que eleva la he oído yo hace tiempo, y no sabía que estuviese siquiera resarcida. Es una desdicha que una práctica tan maligna no se haya corregido, pues es de todo punto necesario corregirla; de lo contrario, nuestra imprenta y todos sus privilegios serán inservibles. Los libreros, que como todos los demás hombres adolecen de fuertes prejuicios en su propio favor, tienen una propensión suficiente a entender la práctica de la impresión y la venta de libros por parte de quienes no sean libreros por crasa usurpación sobre los derechos de su gremio; tienen asimismo una gran necesidad de incentivos para dar circulación a las publicaciones académicas, necesidad mayor que en el caso de otras publicaciones, ya que en esa cooperación recíproca mediante la cual se lleva a efecto el comercio en general no puede tomar parte la universidad. A quienes no ama ni teme, de quienes tampoco espera reciprocidad en sus buenos oficios, ¿por qué va a promocionar un hombre, y hacer valer sus intereses, si no es en beneficio propio? Supongo que en toda nuestra erudita ignorancia de las cosas humanas seguimos siendo demasiado sabios para esperar que los propios libreros se constituyan en patronos, y que compren y vendan bajo la influencia de un celo desinteresado por la promoción del saber.

A los libreros hay que concederles no sólo su común beneficio, sino algo más si buscamos el honor o el provecho de nuestra imprenta; si se espera que los libros impresos en Oxford tengan un precio elevado, ese precio ha de ser impuesto sobre el público, y ha de ser sufragado en definitiva por el comprador, no por los agentes intermediarios. El precio que se imponga al libro es, para el librero, completamente indiferente, siempre y cuando tenga un margen de beneficios proporcional al precio por el hecho de negociar la venta.

Me declaro de todos modos incapaz de averiguar por qué los libros impresos en Oxford hayan de ser tan caros. No pagamos alquiler; heredamos muchos de nuestros instrumentos y materiales; el alojamiento y las vituallas son más baratos que en Londres por lo cual la mano de obra no tendría por qué ser más costosa. Nuestros gastos, como es natural, son inferiores a los que tienen los libreros; en la mayoría de los casos, las comunidades se contentan con beneficios inferiores a los de los individuos.

Es posible que no se sopesen lo suficiente las muchas manos por las que a menudo pasa un libro antes de llegar a las del lector, ni qué parte de las ganancias ha de conservar cada una de esas manos, como motivo para transmitir las a las siguientes.

Llamaremos a nuestro primer agente en Londres, al señor Cadell,^[c346] que es quien recibe de nosotros nuestros libros, les da sitio en su almacén y los expide según demanda; es él quien los vende al señor Dilly, un librero al por mayor, que es quien a su vez los envía al resto del país, a los libreros que en última instancia serán quienes los han de vender a los lectores. Así pues, ya son tres los beneficios que es preciso pagar entre impresor y lector o, diciéndolo en términos comerciales, entre manufacturero y consumidor, y si alguno de esos beneficios se distribuye con demasiada penuria, el proceso del comercio queda interrumpido.

Así llegamos a la cuestión práctica: ¿qué se ha de hacer? Me dirá usted, con razón, que no he dicho nada hasta que declare, según mi opinión, qué parte del precio final debe repartirse entre las sucesivas etapas de toda la venta.

Mucho me temo que la deducción parecerá cuantiosa, pero creo que es aconsejable considerarla antes de rechazarla de plano. Hemos de reservar para ese beneficio entre un treinta y un treinta y cinco por ciento, entre seis y siete chelines por libra; dicho de otro modo, por cada libro que al comprador final le cueste veinte chelines, hemos de cargar al señor Cadell algo menos de catorce.

Los beneficios, por tanto, quedarán como sigue:

El señor Cadell, que no corre riesgos y no carga con el crédito, recibirá por el almacenamiento un beneficio de un chelín por cada ejemplar, tal vez susceptible de incrementarse por trimestres.

El señor Dilly, que adquiere el ejemplar por quince chelines, y que ha de contar con el incremento trimestral si lo vende por veinticinco, venderá a su cliente de provincias por dieciséis y seis peniques, cifra ante la cual, ante la posibilidad de sufrir pérdidas y el pago a largo plazo, obtiene el beneficio regular de un diez por ciento, como ha de esperarse en la venta al por mayor.

El librero de provincias, que compra a dieciséis y seis peniques, y que por lo común ha de confiar en resarcirse a muy largo plazo, gana solamente tres y seis peniques; si cuenta con un año de margen, las ganancias no serán mayores que dos y seis peniques; por lo demás, puede aceptar el pago tan a largo plazo como le convenga.

Con un margen inferior a éste, y bien se ve que superior no puede ser, el librero de provincias no puede vivir, pues sus facturas son modestas, y sus deudas a veces altas.

Así pues, apreciado señor, me incita la carta del doctor ***** a detallarle los pormenores de la circulación del libro, que tal vez no todos los ciudadanos tengan ocasión de conocer, y que quienes en efecto conocen tal vez no siempre consideren con la claridad debida.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON^[166]

Habiendo llegado a Londres el viernes 15 de marzo a una hora ya muy tardía, me apresuré a ir a la mañana siguiente a visitar al doctor Johnson, pero me encontré con que se había mudado del n.º 7 de Johnson's Court al n.º 8 de Bolt Court, siempre próximo a su predilecta Fleet Street. Mi reflexión de entonces sobre este cambio, tal como se refleja en mi diario, es la que sigue: «Sentí un necio pesar por haberle visto abandonar una plazoleta que llevaba su nombre,^[167] pero no era insensato sentir un tierno apego por un lugar donde le había visto muchas veces y de donde había salido siempre siendo un hombre mejor y más feliz del que era cuando entré, un lugar que con frecuencia se me había presentado en la imaginación, mientras recorría el pavimento de la entrada, en la solemne oscuridad de la noche, como un lugar consagrado a la sabiduría y a la piedad». Como me dijeran que estaba en casa del señor Thrale, en el Borough, me apresuré a ir allá y lo encontré desayunando en compañía de la señora Thrale. Se me acogió con gran amabilidad. Al poco rato, ya conversaba animadamente y yo me sentía elevado, como transportado a otra existencia distinta. La señora Thrale y yo nos miramos mientras peroraba, y en nuestras miradas traslucía la admiración y el afecto que sentíamos por él. Nunca olvidaré esta escena, que siempre he de recordar con gran placer. Le dije a la señora Thrale: «Intelectualmente, soy ahora *Hermippus redivivus*;^[168] me siento totalmente restaurado por él, por su transfusión intelectual». «Muchos son —replicó ella— los que admiran al señor Johnson, pero es evidente que usted y yo además le queremos».

Parecía muy alborozado ante la perspectiva de su inminente viaje a Italia con el señor y la señora Thrale. «Sin embargo —dijo—, antes de marchar de Inglaterra quiero hacer una rápida visita a Oxford, a Birmingham y a mi ciudad natal de Lichfield, así como a mi viejo amigo el doctor Taylor, en Ashbourne, condado de Derby. Iré dentro de unos días, y usted, Boswell, vendrá conmigo». Yo estaba dispuesto a acompañarle; estaba resuelto incluso a renunciar a Londres para gozar de los placeres de su conversación.

Le comenté con gran pesar la extravagancia en que incurría el representante de una gran familia de Escocia, por la cual corría el riesgo de arruinarse, y como Johnson respetaba a esta familia por su abolengo se me sumó en pensar que sería un feliz desenlace que falleciera esta persona. La señora Thrale pareció llevarse un gran sobresalto con esto, pues le pareció una barbaridad medieval. «No entiendo —dijo— esta preferencia de la heredad sobre su dueño, de la tierra sobre el hombre que la

recorre a pie». JOHNSON: «No es eso, señora; no se trata de preferir la tierra al hombre, sino de preferir la familia al individuo. He aquí un establecimiento nacional que es de gran trascendencia durante siglos, no sólo para el cabeza o jefe del clan, sino para su pueblo: una institución que se extiende a lo alto y a lo bajo; que lo destruya un individuo desocupado es una verdadera lástima».

«Las cláusulas vinculantes y restrictivas son buena cosa —dijo—, porque es bueno preservar en un país linajes a cuyos representantes se acostumbra el pueblo a respetar en su condición de líderes naturales. Yo sin embargo estoy a favor de que se deje una parte de las tierras a la venta, para promocionar la industria y que el dinero revierta en el país; si no hubiera en el país tierras que comprar, no habría un fomento para la adquisición de la riqueza, pues no podría fundarse una familia o, si se adquiriese riqueza, habría que llevársela a otro país en el que sí fuera posible la adquisición de tierras. Y aunque la tierra de cualquier país seguirá siendo la misma, y será tan fértil cuando no haya dinero como cuando lo haya, toda esa porción de la felicidad de la vida civil que se produce mediante la circulación del dinero dentro de un país se habrá perdido». BOSWELL: «En tal caso, ¿no sería provecho so para un país que todas las tierras se pusieran en venta cuanto antes?». JOHNSON: «En la medida en que el dinero produzca el bien, sería una ventaja, ya que dicho país vería así circular tanto dinero como tiene. Pero no cabe duda de que eso tendría por contrapartida las desventajas concurrentes a un cambio total de los propietarios».

Manifesté mi opinión de que el poder de restricción del derecho mediante cláusula vinculante debería tener esta limitación: «Tendría que reservarse un tercio, o quizá la mitad de las tierras de un país, libres para el comercio; asimismo, la proporción de tierra que se permitiera restringir por cláusula vinculante tendría que estar sujeta a parcelación, de modo que ninguna familia pudiera vincularse por encima de una extensión determinada. Sean las familias, de acuerdo con la capacidad de sus representantes, más ricas o más pobres a lo largo de sucesivas generaciones; sean siempre ricas si sus representantes son sabios, pero sea moderada su permanencia absoluta en el tiempo. De este modo, tendríamos siempre la certeza de que habrá un número de raíces establecidas; al igual que en el curso de la naturaleza, se producirá en todas las épocas la extinción de ciertas familias, por lo que habrá de continuo ocasiones para que los hombres ambiciosos de tener perpetuidad planten simiente en terreno abonado por una cláusula vinculante»^[169]. JOHNSON: «Señor, mejor podrá la humanidad regular el sistema de las cláusulas testamentarias vinculantes cuando se sientan de veras los males que padecen demasiadas tierras al estar restringidas por ellas, mejor que ahora, en que no se sienten esos males».

Mencioné el libro de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, que se acababa de publicar. Señalé que sir John Pringle me había comentado que el doctor Smith, que nunca se había dedicado al comercio, difícilmente podría escribir con tino sobre tales asuntos, tal como es difícil que un abogado escriba nada bueno sobre asuntos de medicina. JOHNSON: «En eso se equivoca. Un hombre que nunca se haya dedicado

personalmente al comercio puede sin lugar a dudas escribir con tino sobre el comercio, y ninguna otra materia requiere la ilustración de la filosofía tanto como el comercio. En cuanto a la mera riqueza, esto es, al dinero, es claro que ni una nación ni un individuo puede incrementar su acervo si no es empobreciendo a los demás; en cambio, el comercio procura algo más valioso, a saber, la reciprocidad de las ventajas peculiares de los distintos países. Rara vez piensa un comerciante en algo que no sea su propio comercio. Para escribir un buen libro sobre el comercio, es menester una amplia visión. Y para escribir sobre un asunto, no es preciso haberlo practicado». Señalé el derecho, un asunto sobre el cual no se puede escribir bien si no se tiene práctica. JOHNSON: «En Inglaterra, donde tanto dinero se puede ganar con la práctica de la abogacía, la mayoría de los autores sobre la materia la han ejercido, aunque Blackstone no había tenido mucha práctica que se diga cuando publicó sus comentarios. En cambio, los grandes tratadistas del derecho en el continente no se han dedicado a ejercer la profesión de abogados. Grotius desde luego que sí, pero no es ése el caso de Puffendorf, ni de Burlamaqui».

Cuando habíamos conversado sobre la gran importancia que adquiere un hombre cuando se dedica por cuenta ajena a su profesión, hice ver las dudas que me inspiraba la justicia de la opinión general, ya que resulta impropio que un abogado solicite empleo. ¿Por qué, le urgí, no iba a ser igualmente permisible solicitarlo, como medio de adquirir notoriedad, tal como lo es el solicitar votos para ser elegido miembro del Parlamento? Strahan me había dicho que un paisano suyo y mío, que había ascendido hasta ser abogado eminente, cuando empezaba a abrirse camino en su ejercicio profesional, le había solicitado que le diera un empleo en casos comunes. JOHNSON: «Señor, mala cosa es azuzar un litigio, aunque cuando uno tiene la certeza de que se va a litigar, no tiene nada malo que un abogado se esfuerce por obtener el beneficio, en vez de dejar que sea otro». BOSWELL: «De modo que usted no solicitaría empleo si fuese abogado». JOHNSON: «No, señor, pero no porque me parezca algo malo en sí, sino porque lo desdeñaría». Fue una sabia distinción, como sin duda notarán los hombres que con justicia se enorgullecen. Siguió diciendo: «De todos modos, no quisiera ver a un abogado carente de provecho por ser demasiado justo en sus medios. Preferiría que inyectase aquí y allá de vez en cuando una sabia sugerencia para evitar que se le desatienda».

La propuesta de ley de lord Mountstuart para la creación de una milicia escocesa, en respaldo de la cual Su Señoría había pronunciado un contundente discurso en la Cámara de los Comunes, era entonces tema de conversación corriente. JOHNSON: «Como Escocia aporta tan pocas tierras gravadas por impuestos a los fondos de la nación en general,^[c347] no tendría por qué disponer de una milicia con cargo a los fondos generales, a no ser que se considere de interés general que Escocia esté bien protegida de una invasión, que nadie en su sano juicio podría considerar probable, pues ¿qué enemigo invadiría Escocia, donde no hay nada que llevarse a la boca? No, señor; ahora que no se gasta entre los escoceses la paga de los soldados ingleses, ya

que son numerosas las tropas que se envían al extranjero, lo que quieren es conseguir dinero por otros medios, esto es, creando una milicia a la que se pague la soldada. Si tienen miedo, y desean seriamente contar con una fuerza armada que los defienda, deberían pagar por ello. El plan que han trazado ustedes consiste en conservar parte de los impuestos sobre las tierras haciéndonos a nosotros pagar y equipar a su milicia». BOSWELL: «No debería hablar de nosotros y ustedes, señor. Ahora somos una Unión». JOHNSON: «Ha de existir una distinción en el interés mientras sea tan desigual la proporción de tierras sujetas a gravamen. Si el condado de York afirmase que “en vez de pagar el impuesto sobre las tierras que nos corresponde, mantendremos una milicia numerosa”, sería irracional e inadmisibles». En este argumento, mi amigo ciertamente se equivocaba. El impuesto sobre la tierra guarda una proporción tan desigual entre las diversas partes de Inglaterra como entre Inglaterra y Escocia. Es considerablemente desigual en la propia Escocia. Ahora bien, el impuesto sobre las tierras no es sino una pequeña parte de los pequeños afluentes de los caudales públicos, que Escocia paga exactamente igual que Inglaterra. Una invasión francesa por Escocia pronto penetraría en Inglaterra.

De este modo peroró sobre la presunta obligación de convenir las heredades: «Allí donde obtiene un hombre la propiedad sin restricciones de una finca, no pesa sobre él, en justicia, la obligación de dejarla a una persona antes que a otra. Existe un motivo de preferencia basado en la bondad, y esta bondad es la amabilidad que por lo común se tiene de cara al pariente más próximo. Si yo debo a un hombre en particular una determinada cantidad de dinero, estoy en la obligación de hacer que ese hombre reciba el dinero que de inmediato pueda recibir yo, y no puedo en puridad permitir que otro se lo apropie; ahora bien, si no debo yo dinero a nadie, puedo disponer del que reciba tal como me venga en gana. No existe un *debitum justitiae* con el heredero que uno tenga; existe sólo un *debitum caritatis*. Es así pues bien sencillo que tengo una elección moral, de acuerdo con mis preferencias. Si tengo un hermano necesitado, él tiene derecho por afecto a contar con mi ayuda, pero si también tengo un hermano necesitado por el cual mi afecto es mayor, será éste quien tenga derecho preferencial a mi ayuda. El derecho de un heredero por ley es solamente éste, a saber, que ha de recibir la finca en calidad de sucesor, y en el supuesto de que ninguna otra persona sea designada por el propietario para sucederle en la propiedad de dicha finca. Su derecho es meramente preferible al del Rey».

Abordamos un bote para ir hasta Blackfriars, y cuando atravesábamos el Támesis le hablé de un pequeño volumen que, sin su conocimiento, tenía anunciada su publicación para pocos días después; se titulaba *Johnsoniana*, o *Bon-mots del doctor Johnson*,^[c348] «Es un descaro enorme». BOSWELL: «¿No se podría conseguir una indemnización si se persiguiera a un editor por publicar bajo su nombre cosas que nunca ha dicho, y por atribuirle desatinos incompetentes, o por hacerlo renegar con irreverencia, como hacen muchos ignorantes al relatar sus bon-mots?». JOHNSON: «No, señor; siempre quedará algo de verdad que se mezcle con la falsedad, y ¿cómo

puede precisarse cuánto hay de verdadero y cuánto de falso? Además, ¿qué indemnización podría adjudicarme un jurado por haber sido representado cual individuo que perjura?». BOSWELL: «Entiendo que, al menos, podría desautorizar esa publicación, porque el mundo y la posteridad podrían con fundamento decir: “He aquí un volumen que se anunció públicamente y que salió a la luz en vida del doctor Johnson, y al que, con su silencio, otorgó autenticidad”». JOHNSON: «No me tomaré ninguna molestia por este asunto».

Quizá estaba lejos de sufrir debido a tales publicaciones espurias, pero yo no podía dejar de pensar que muchos hombres sufren graves daños en su reputación debido a que se les han atribuido frases absurdas y falsas, y que debería concedérseles esa indemnización en tales casos.

«El valor de todo relato —dijo— depende de su verdad. Un relato es bien un retrato de un individuo, bien de la naturaleza humana en general: si es falso, es un retrato de la pura nada. Por ejemplo: suponga que un hombre dice que Johnson, antes de marchar a Italia, como tenía que atravesar los Alpes se detuvo para hacerse construir unas alas. Mucha gente lo creería a pie juntillas, pero sería un retrato de la pura nada. *****; un valioso amigo^[c349] daba en pensar que un relato es un relato, hasta que le demostré que la verdad era consustancial a que lo fuera». Observé que Foote nos entretenía a veces con relatos que no eran verdaderos, aunque en realidad no propiamente por su condición de relatos nos divertían los cuentos de Foote, sino por ser colecciones de imágenes jocosas. JOHNSON: «Foote es harto imparcial, pues cuenta mentiras de todo el mundo».

La importancia de la veracidad estricta y escrupulosa nunca se exaltará en demasía. Johnson se mostraba tan rigurosamente atento a este punto que incluso en su conversación corriente la circunstancia de menor trascendencia era mencionada con toda exactitud.^[c350] El conocimiento que tenían sus amistades de este principio y hábito suyos les valía el tener una confianza absoluta en la verdad de todo cuanto contaba, por dudoso que hubiera sido caso de haberlo contado cualquier otro. Como ejemplo puedo aducir un extraño incidente que relataba él tal como sucedió una noche en Fleet Street. «Una dama —dijo— me rogó que le prestara el brazo para cruzar la calle, cosa que hice con mucho gusto; tras ello, me ofreció un chelín, al suponer que yo era el sereno. Me percaté de que iba algo metida en licores». Si lo contara casi cualquier otro, se habría tenido por invención; cuando lo contaba Johnson, lo creían sus amigos tanto como si todos ellos lo hubieran presenciado.

Desembarcamos en las escaleras del Temple, donde nos despedimos.

Por la tarde lo encontré en la sala de la señora Williams. Charlamos sobre las órdenes religiosas. «Es irracional —dijo— que un hombre ingrese en un convento de los cartujos por temor a ser inmoral, tal como lo sería que alguien se amputara las manos por miedo a robar. Hay ciertamente una gran resolución en el acto inmediato de la amputación de las manos, pero una vez hecho ya no tiene ningún mérito, pues aun cuando esa persona ya no tenga en su poder la capacidad de robar, puede ser

durante toda su vida un ladrón impenitente en lo más profundo de su corazón. Del mismo modo, cuando un hombre se hace cartujo, está obligado a seguir siéndolo, tanto si quiere como si no. También el voto de silencio es absurdo. Leemos en el Evangelio que a los apóstoles se les indicó que predicaran, no que se mordieran la lengua antes de hablar. Toda severidad que no tienda al incremento del bien, o a la prevención del mal, es baladí. Le dije a la señora abadesa de un convento: “Señora, usted se encuentra entre estas paredes no por amor a la virtud, sino por miedo al vicio”. Ella dijo que lo recordaría durante todo el tiempo que viviese». Me pareció sin duda muy duro darle esa opinión sobre su situación, cuando era manifiesto que no podía remediarla; de hecho, me extrañó cuanto acababa de decir, pues tanto en su *Rambler* como en su *Idler* trata la austeridad de las órdenes religiosas con gran solemnidad y respeto.

Viendo que perseveraba aún en su abstinencia de vino, me aventuré a comentárselo. JOHNSON: «No tengo nada que objetar a que un hombre ingiera vino si es capaz de hacerlo con moderación. Yo tengo una fuerte inclinación al exceso; por lo tanto, luego de haber estado algún tiempo sin ingerirlo por enfermedad, he creído mejor no volver a tomarlo. Cada cual ha de juzgar según los efectos que experimenta. Uno de los Padres de la Iglesia nos relata que al ver que el ayuno le perjudicaba, pues lo ponía de muy mal humor, dejó de practicarlo».

Aunque a menudo discursaba sobre los males de la embriaguez,^[c351] de ningún modo era contundente ni condenatorio de quienes ocasionalmente se permitían un exceso en la bebida. Uno de sus amigos, bien lo recuerdo, vino una vez a cenar con él y con otros caballeros a una taberna, y con toda claridad quedó de manifiesto que había bebido en demasía durante el almuerzo y después. Cuando uno de los caballeros presentes, al que gustaba malmeter a los demás, convencido de suscitar una censura implacable días después preguntó a Johnson: «Y bien, señor, ¿qué le dijo su amigo para disculparse del penoso estado en que se hallaba?», Johnson respondió: «Dijo lo que ha de decir un hombre: que lo lamentaba».

Una vez le oí dar un consejo práctico muy juicioso sobre esta materia: «Un hombre que haya estado bebiendo vino sin tasa, jamás debe trabar relación con nuevos conocidos. Quienes hayan compartido el vino con él pueden estar bastante al unísono; en cambio, parecerá ridículo, u ofensivo, o ambas cosas, a otras personas».

Otorgó una gran importancia a la educación. «No seré yo quien niegue, señor, que hay cierta diferencia original entre dos entendimientos, aunque nada es si se compara con la diferencia que conforma la educación. Pongamos por ejemplo la ciencia de los números, que todo entendimiento es capaz de adquirir: observamos una diferencia prodigiosa entre la capacidad de los distintos hombres a este respecto, cuando se han hecho adultos, porque han ejercitado el intelecto más o menos en ese terreno, y creo que esa misma causa explicará el distinto grado de excelencia que adquieren en otros campos, pues siempre admiten las gradaciones una diferencia en cuanto a los primeros principios».^[c352]

Ésta es una cuestión peliaguda, aunque es preferible tener la esperanza de que la diligencia entrañe la mayor parte de lo que está en juego. Estamos bien seguros de lo que puede hacer en el incremento de nuestra fuerza y pericia puramente mecánica.

Volví a visitarlo el lunes. Encontró ocasión para extenderse, como hacía con frecuencia, sobre las penurias de la vida en el mar. «Un barco es peor que una prisión. En una cárcel el aire es mejor, la compañía es mejor, hay más comodidades de toda clase que en un barco. Y un barco tiene la desventaja adicional de estar en constante peligro. Cuando los hombres llegan a amar la vida en el mar, es que no son aptos para vivir en tierra». «En tal caso —le dije—, sería cruel que un padre educara a su hijo para vivir en el mar». JOHNSON: «Sería cruel en un padre que pensara como yo. Los hombres se hacen a la mar antes de conocer la infelicidad que comporta ese género de vida, y cuando llegan a conocerla ya no pueden librarse de ella, porque entonces es demasiado tarde para elegir otra profesión. Así ocurre por lo general a todos los hombres una vez se han comprometido en un género de vida cualquiera».

El martes 19 de marzo, fecha prevista para emprender nuestra excursión, nos encontramos por la mañana en el Café Somerset, del Strand, donde nos recogió el coche de Oxford. Lo acompañaba Gwyn, el arquitecto;^[c353] el cuarto asiento lo ocupó un caballero de Merton College a quien Johnson no conocía. Pronto trabamos conversación, pues era rasgo muy notable de Johnson que la presencia de un desconocido no le cohibiera a la hora de charlar. Comenté que Garrick, que estaba a punto de despedirse de las tablas, pronto gozaría de una vida más llevadera. JOHNSON: «Lo dudo». BOSWELL: «Pues yo creo que ha de sentirse igual que Atlas, como si se quitara el peso del mundo que carga sobre los hombros». JOHNSON: «Yo en cambio dudo que se tenga tan tieso sin soportar esa carga. De todos modos, no debería actuar más, y dedicarse por entero a ser un caballero y ejercer de tal, sin actuar siquiera a veces; no debería someterse más a los abucheos de los espectadores, ni prestarse al trato insolente de otros actores a los que gobernó con mano dura, y que de buena gana se tomarán revancha». BOSWELL: «Yo creo que debería interpretar una vez al año en beneficio de los actores decrepitos, tal como se dice que es su intención». JOHNSON: «¡Ah, señor! No tardará él en ser un actor igualmente decrepito».

Johnson manifestó su condena de la arquitectura ornamental, como las magníficas columnas del pórtico o las muy caras pilastras que meramente soportan sus propios capiteles, «pues consume un esfuerzo desproporcionado a la utilidad que pueda poseer». Por la misma razón, satirizó la escultura. «La pintura —dijo— consume un esfuerzo que no es desproporcionado a su efecto; en cambio, hay un individuo que talla un bloque de mármol durante seis meses, que luego poco se parece a un hombre. El valor de la escultura se debe solamente a su dificultad. Nadie daría el menor valor a una espléndida cabeza tallada en una zanahoria». Me pareció en esto que incurría en una particular e incluso extraña deficiencia del gusto, ya que no cabe duda de que la escultura es un noble arte de imitación, que preserva una expresión maravillosa de la

gran variedad del rostro humano, y aunque justo es reconocer que la circunstancia de la dificultad resalta el valor de una cabeza de mármol, deberíamos considerar que, si desde luego requiere mucho tiempo y esfuerzo, posee un valor proporcional por su perdurabilidad.

Gwyn era un tipo de gran vivacidad, muy buen conversador. El doctor Johnson lo tuvo sujeto en corto, aunque con amable autoridad. El espíritu del artista, sin embargo, se mostró levantisco ante lo que se le antojó un bárbaro ataque, contra el cual armó una briosa defensa. «¿De modo, señor, que no otorga valor a la belleza de la arquitectura o la escultura? En tal caso, ¿por qué íbamos a reconocerla en la escritura? ¿Por qué se toma usted la molestia de darnos tantas y tan espléndidas alusiones, imágenes de tanta brillantez, frases de tanta elegancia? Bien podría transmitir todo su saber sin tanto ornamento». Johnson sonrió complacido, pero replicó: «Señor, todos los ornamentos son útiles porque contribuyen a una más fácil recepción de la verdad; en cambio, un edificio no tiene mayor comodidad por estar decorado con tallas superfluas».

Gwyn al final acertó a dar con una respuesta al doctor Johnson, cuya excelencia no tuvo éste ningún reparo en reconocer. Johnson le recriminó el derribo de una iglesia que podía haber seguido muchos años en pie, así como la construcción de otra en otro emplazamiento, por la única razón de que así se podría abrir un camino directo a un puente nuevo, y se expresó de este modo: «Quita usted una iglesia de en medio para que se acceda al puente en línea recta», a lo que Gwyn replicó: «No, señor; pongo la iglesia en medio, para que la gente no tenga que desviarse de su camino». «No se diga más —dijo Johnson con una carcajada, a modo de aprobación—. Descanse su fama de buen conversador sobre tan sólido cimiento».

Al llegar a Oxford, el doctor Johnson y yo fuimos derecho a University College, pero nos causó gran desilusión ver que uno de los miembros del claustro, su amigo el señor Scott, que le acompañó de Newcastle a Edimburgo, se había ido al campo. Nos hospedamos en la Posada del Ángel y pasamos la tarde en grata y familiar conversación.

Hablando de la melancolía constitucional del hombre, observó que «un hombre que padezca esa manera de ser debe apartar de sí los pensamientos que le angustien, y no tratar siquiera de combatirlos». BOSWELL: «¿No le conviene tratar de pensar en ellos para combatirlos?». JOHNSON: «De ninguna manera. Intentar rebatirlos es locura. Debería tener una lámpara que luciera constantemente en su alcoba durante toda la noche, y, si se siente desasosegado e insomne, debe coger un libro y leer, y solazarse para descansar. Dominar del entendimiento es un gran arte, que puede alcanzarse por medio de la experiencia y del ejercicio habitual». BOSWELL: «¿No debería procurarse alguna distracción? ¿No le iría bien, por ejemplo, seguir un curso de Química?». JOHNSON: «Que siga un curso de Química, que aprenda a bailar en la cuerda floja, que emprenda un curso de lo que se le antoje, todo a la vez. Que se las ingenie para disponer de tantos refugios para el espíritu como le sea posible, tantas ocupaciones a

las que pueda volar por sí mismo. La *Anatomía de la melancolía*, de Burton, es obra valiosa. Acaso esté lastrada por una sobrecarga de citas, pero hay un gran espíritu y una fuerza estimable en cuanto dice Burton cuando escribe por su cuenta».

A la mañana siguiente visitamos al doctor Wetherell, rector de University College, con el cual departió el doctor Johnson acerca de las formas más ventajosas de disponer los libros de la Clarendon Press. Con frecuencia tuve ocasión de observar que Johnson disfrutaba con las cuestiones prácticas, pues le gustaba que su ingente saber tuviera repercusión sobre la vida real. El doctor Wetherell y yo hablamos de él sin reservas estando él delante. WETHERELL: «Encantado le habría dado cien guineas si hubiera escrito un prefacio a los *Tratados políticos* a modo de discurso sobre la constitución británica». BOSWELL: «El doctor Johnson, aunque se muestra en sus escritos y en todas las ocasiones muy amigo de la constitución, tanto en la Iglesia como en el propio Estado, no ha escrito nunca nada que sea expreso respaldo de ninguna. Ambas tienen derecho de exigirselo. Estoy seguro de que podría dar un volumen, cierto que no muy copioso, sobre cada uno de estos temas, que comprendería en toda la sustancia y con su espíritu proverbial defendería con eficacia». Me di perfecta cuenta de que le molestaba nuestro diálogo. Al cabo, exclamó: «¿Y por qué he de estar siempre escribiendo, si puede saberse?». Confiaba en que se diera cuenta de que la deuda mencionada era justa, y que tratara de saldarla, aunque le molestase que alguien lo apremiara.

Después fuimos a Pembroke College y visitamos a su viejo amigo, el doctor Adams, que era rector del mismo. Me pareció un hombre muy cortés, amable y comunicativo. Antes de pasar a desempeñar el puesto de rector del colegio había tenido yo la intención de visitarlo en Shrewsbury, donde fue rector de St. Chad, con objeto de recoger los detalles que recordara de la vida académica de Johnson. Esta vez me dio cordialmente parte de esa información genuina, que, con la debida gratitud que luego le expresé gentilmente, se halla incorporada en esta obra en el lugar que le corresponde.

El doctor Adams se había distinguido por una diestra réplica al *Ensayo sobre los milagros* de David Hume. Me comentó que una vez almorzó en Londres en compañía de Hume, quien le estrechó la mano y le dijo: «Me ha tratado usted mejor de lo que merezco», a raíz de lo cual intercambiaron visitas. Me tomé la libertad de expresar mi negativa a tratar al escritor descreído con demasiada cortesía. Allí donde surge la discrepancia en lo tocante a un pasaje de un clásico, o en una cuestión de antigüedades, o en cualquier otro asunto en el que no incida en demasía la felicidad del ser humano, bien puede uno tratar a su adversario con toda cortesía e incluso con respeto. Ahora bien, allí donde la controversia atañe a la verdad de la religión, alzarse con la victoria en la disputa es de tan intensa trascendencia para quien se defiende que bajo ningún concepto se debe perdonar al adversario. Si un hombre cree con toda firmeza que la religión es un tesoro de valor incalculable, al escritor empeñado en privar a la humanidad de tal tesoro lo tendrá por un vulgar ladrón; lo tendrá por un

individuo odioso, aun cuando el descreído crea que le asiste la razón y está en lo cierto. Un ladrón que razona como el hatajo de personajes de la *Ópera del mendigo*, que se hacen llamar filósofos pragmáticos, y que pueden tener tanta sinceridad como los muy perniciosos filósofos especulativos, no es menos objeto de justa indignación. Un despilfarrador disoluto puede dar en pensar que no es mala cosa pervertir a mi esposa, si bien ¿es ése motivo suficiente para que yo no lo deteste? Y, si lo sorprendo en el intento, ¿he de tratarlo con cortesía? No: lo echaré a patadas o le moleré todo el cuerpo a palos, claro está, si de veras amo a mi esposa y si tengo un concepto verdaderamente racional del honor. Al descreído no tiene por qué tratarlo con exquisitez un cristiano, pues sólo pretende robar con impunidad y a punta de ingenio. Declaro sin embargo que soy extremadamente reacio a que se me encolerice, y si se me persuadiera de que la verdad no ha de sufrir si sus defensores optan por una apacible moderación, desearía ser el primero en mantener el buen humor en toda controversia; ciertamente, tampoco entiendo por qué ha de perder los estribos un hombre mientras hace cuanto puede para refutar los argumentos de un adversario. Entiendo que la ridiculización puede con toda justicia emplearse contra un descreído; por ejemplo, si se trata de un feo individuo, aunque vanidoso,^[c354] podemos contrastar su apariencia con el bello retrato que de la Virtud pinta Cicerón, si es que de hecho se le pudiera ver.^[c355] Johnson coincidió conmigo, y me dijo: «Cuando un hombre voluntariamente se enzarza en una controversia, ha de hacer cuanto pueda por rebajar a su adversario, porque la autoridad que emana del respeto de que uno goce tiene un gran predicamento sobre la mayoría de las personas, a menudo mayor que todo razonamiento. Si mi antagonista emplea mal la lengua cuando escribe, aun cuando eso no sea esencial a la cuestión, lo zarandearé y lo vilipendiaré por su mal uso de la lengua». ADAMS: «No zarandeará usted a un deshollinador». JOHNSON: «Sí, señor; si es necesario, lo zarandearé metiéndolo dentro de la chimenea».

El doctor Adams nos dijo que en algunos de los colegios universitarios de Oxford el profesorado había excluido al alumnado de todo trato social en la sala común. JOHNSON: «La razón les asiste: no puede haber entre los profesores una verdadera conversación, un empleo a fondo del intelecto, en presencia de los jóvenes, pues un hombre de carácter no querrá ponerse en entredicho estando ellos delante». BOSWELL: «¿Y no podrían darse entre ellos muy buenas conversaciones sin que se compita por la superioridad?». JOHNSON: «No sería una conversación animada, pues, de serlo, resulta indispensable que uno u otro salga vencedor. No quiero decir que éste sea quien se lleve la mejor parte en una discusión, ya que tal vez haya optado por la postura más débil, aunque por fuerza ha de quedar patente su superioridad de facultades y conocimientos; quien de ese modo se muestre superior queda rebajado a ojos de los jóvenes.^[c356] Ya conoce el dicho: “*Mallem cum Scaligero errare quam cum Clavio recte sapere*”^[c357]. Del mismo modo puede tomar los *Comentarios sobre Horacio* tanto de Bentley como de Jason de Nores; más admirará a Bentley cuando se

equivoca que a Jason cuando acierta».

Salimos a pasear con el doctor Adams por los jardines de la rectoría y llegamos a la sala común. Dijo Johnson tras unos minutos de meditación o ensueño: «Sí, sí; aquí es donde jugaba yo a los dardos con Philip Jones y con Fludyer. A Jones le encantaba la cerveza, y no era muy amigo de acudir a la iglesia. Fludyer se convirtió en un bribón, un *whig*; llegó a decir que se avergonzaba de haberse educado en Oxford. Tenía una sinecura en Putney, y le echaron el ojo por entonces unos criados encargados de las igualas, de modo que se tornó un *whig* virulento, aunque había sido desde antaño un malandrín, no cabe duda». BOSWELL: «¿Y era un bribón, señor, en algún otro sentido, o sólo por serlo en política? ¿Hacía trampa jugando a los dardos?». JOHNSON: «Señor, jamás apostamos dinero».

Me llevó entonces a visitar al doctor Bentham, canónigo de Christchurch y profesor de Teología, con cuya erudita y animada conversación disfrutamos mucho. Nos cursó una invitación para almorzar, lo cual el doctor Johnson me dijo que era un gran honor. «Señor, es una gran cosa almorzar con los canónigos de Christchurch». No pudimos aceptarla, ya que teníamos el almuerzo comprometido en University College. Allí disfrutamos de una colación espléndida con el rector y todos los profesores, ya que era el día de San Cuthberto, que tienen por festivo y que es el santo patrón de Durham, ciudad con la que este colegio tiene mucha relación.

Tomamos el té con el doctor Horne, que fuera rector de Magdalen College y Obispo de Norwich, hombre de cuya capacidad en distintos terrenos tiene el público cumplidas y sobresalientes pruebas; la estima aneja a su carácter mucho incrementó al conocerle personalmente. Había hablado de publicar una edición nueva de las *Vidas* de Walton, pero había arrumbado el proyecto a raíz de que el doctor Johnson le indicara, por error o inadvertencia, que lord Halles tenía la intención de llevarla a cabo. Quise yo que se negociara entre lord Hailes y él cuál de los dos debiera llevar a efecto tan loable labor. JOHNSON: «A fin de hacerlo bien de veras, sería preciso recopilar todas las ediciones de las *Vidas* de Walton. A modo de adaptación del libro al gusto de la época actual, en una edición posterior han eliminado una visión que según relata Walton tuvo el doctor Donne, pero que sería preciso reintegrar al libro; asimismo, tendría que incluir un catálogo crítico de las obras de las distintas personas cuyas vidas escribió Walton, y por tanto las obras de todas ellas debieran ser objeto de una atenta lectura».

Fuimos luego a Trinity College, donde me presentó a Thomas Warton, con el cual pasamos parte de la tarde. Hablamos de las biografías. JOHNSON: «Es un género que rara vez encuentra buena ejecución.^[c358] Sólo quien ha convivido con un hombre puede escribir su vida con genuina exactitud y buen criterio, y son pocas las personas que han convivido con un hombre y saben qué comentar sobre él. El capellán de un obispo ya difunto, al cual iba yo a prestar ayuda en la escritura de unos recuerdos sobre Su Señoría, apenas pudo decirme una sola cosa».^[170]

Dije que habría que escribir la vida de Robert Dodsley, pues había tenido estrecha

relación con los grandes ingenios de su tiempo, y gracias a sus méritos literarios había medrado en la vida, pese a que empezó siendo un simple lacayo. Warton reseñó que había publicado un delgado volumen titulado *La musa con librea*. JOHNSON: «Mucho dudo que el hermano de Dodsley diera las gracias a quien escribiera su vida, aun cuando el propio Dodsley no veía con malos ojos que se recordase su humilde condición. Cuando se publicaron los *Diálogos de difuntos*, de lord Lyttelton, uno de los cuales tiene lugar entre Apicius, epicúreo de antaño, y Dartineuf, epicúreo de nuevo cuño, Dodsley me comentó que conocía bien al tal Dartineuf, “pues he sido su lacayo”».

El asunto de la biografía nos llevó a hablar del doctor John Campbell, que había escrito una parte considerable de la *Biographia Britannica*. Aunque lo tenía en muy alta estima, Johnson no consideraba que su gran obra, *Examen político de Gran Bretaña*, contuviera tanto como al mundo entero se le había llevado a suponer^[171] y me había dicho que, a su recto entender, la decepción que se había llevado Campbell a raíz de la mala acogida que tuvo ese libro había acabado con él. Durante esta conversación señaló que «ese libro fue su muerte». Warton, que no había captado lo que quiso decir, repuso que «eso tengo entendido, por la inmensa atención que prestó a su obra». JOHNSON: «En modo alguno: murió por falta de atención, si es que de veras murió por culpa de ese libro».

Hablamos de una obra que estaba entonces muy en boga, escrita con un estilo muy melifluo, pero que, so pretexto de tratar otras cuestiones, contenía muchos y muy arteros argumentos a favor del descreimiento.^[c359] Dije que no era justo atacarnos sin previo aviso; debería habernos prevenido del peligro que corríamos antes de entrar en su jardín de florida elocuencia, anunciando que «Aquí esperan al lector pistolas amartilladas y trampas de toda clase».^[c360] El autor había sido oxoniense, y se le recordaba por haberse convertido al papismo. Observé que como había cambiado varias veces su fe, de la Iglesia anglicana a la Iglesia de Roma y de la Iglesia de Roma al descreimiento, aún no desesperaba de verlo convertido en metodista. Riéndose, apostilló Johnson: «Se dice que ese espectro es aún más amplio, y que también ha sido mahometano.^[c361] De todos modos, ahora que ha hecho público su descreimiento, lo más probable es que persista en él». BOSWELL: «De eso no estoy yo tan seguro».

Señalé que sir Richard Steele había publicado su *Héroe cristiano* con el propósito declarado de obligarse a llevar una vida religiosa, aun cuando su conducta en modo alguno era la adecuada. JOHNSON: «Steele, creo yo, se dio a vicios de poca monta».

Como Warton tenía un compromiso, no pudo venir a cenar con nosotros en nuestra posada, así que disfrutamos de otra velada a solas. Pregunté a Johnson si el que un hombre fuese franco en darse a conocer a personalidades insignes, y que viera cuanto pudiese de la vida, y que recabara cuanta información estuviera a su alcance, no equivalía a rebajarle en su franqueza. JOHNSON: «No, señor; un hombre siempre se

engrandece mientras incrementa su saber».

Censuré dos fantásticos diálogos jocosos entre dos caballos, y otro algo parecido que Baretti había publicado recientemente. Se unió a mí. «Ninguna extravagancia dura mucho —sentenció—. *Tristram Shandy* no ha perdurado». Expresé mi deseo de conocer a una dama de la que me habían hablado mucho, que era universalmente celebrada por su extraordinaria destreza y sutileza en la insinuación. JOHNSON: «No crea nunca en los caracteres extraordinarios que oiga referir. Tenga la seguridad de que se han exagerado. No verá un solo hombre que sobrepase con mucho a otro». Mencioné al señor Burke. JOHNSON: «Sí, desde luego, Burke es un hombre extraordinario. Su fuerza intelectual jamás flaquea». Me es grato recordar que esta alta estimación que tenía Johnson por el talento de Burke fue constante desde que lo conoció. Me informa sir Joshua Reynolds de que cuando Burke fue elegido por primera vez miembro del Parlamento, y sir John Hawkins expresó su asombro ante tal cosa, Johnson replicó: «Ahora bien, quienes conocemos a Burke sabemos que será uno de los hombres más destacados de este país». Y en otra ocasión, hallándose enfermo Johnson, incapaz de ejercitar sus facultades sin fatigarse, al nombrar alguien a Burke en su presencia dijo: «Ese hombre despierta toda mi capacidad. Si fuese a verlo ahora, me mataría». De tal modo se hallaba habituado a considerar la conversación como una pelea, y tal era la idea que se había formado de Burke en su condición de adversario.

A la mañana siguiente, martes 21 de marzo, proseguimos nuestra excursión en una silla de posta. Hacía un día delicioso, y atravesamos el bosque y los pastizales de Blenheim. Cuando vi el magnífico puente construido por deseo de John, Duque de Marlborough, sobre un riachuelo, y recordé el epigrama que lo conmemoraba,

el arco altivo su ambición manifiesta;
fluye el arroyo, emblema de su munificencia,

y vi que ahora, gracias al genio de Capability Brown, se había remansado una magnífica extensión de agua, dije: «Han ahogado el epigrama». Rodeados por la nobleza del panorama, le comenté: «Usted y yo, señor, hemos visto juntos, me parece, los extremos que se pueden ver en Gran Bretaña: la isla asilvestrada y áspera de Mull, la naturaleza domesticada de Blenheim».

Comimos en una posada excelente de Chapel House, donde se explayó sobre la felicidad que procuraba Inglaterra en sus tabernas y posadas, que superaba a Francia por no tener ésta, con semejante grado de perfección, la vida tabernaria. «No existe ninguna casa particular donde se pueda disfrutar tanto como en una buena taberna. Aunque sean muy abundantes las cosas buenas, aunque haya tanta grandeza, tanta elegancia, tanto deseo de que todo el mundo esté a su gusto, la naturaleza de las cosas no lo permite: siempre tiene que haber en cierto modo algo de preocupación y de ansiedad. El dueño de la casa se amostaza en su preocupación por entretener y agasajar a sus huéspedes; éstos a su vez se preocupan por agradarle a él, y nadie,

salvo que sea un sinvergüenza o un perro descarado, puede disponer de lo que hay en la casa de otro con tanta libertad como en la propia.^[c362] Por el contrario, en la taberna reina una liberación general de toda preocupación. Tenemos la certeza de que seremos bien acogidos, y cuanto más ruido hagamos, cuantas más molestias ocasionemos, cuantas más cosas buenas pidamos, mejor acogidos seremos. Ningún criado nos servirá con la presteza con que lo hacen los camareros, incitados por la perspectiva de una recompensa inmediata en proporción al agrado que nos produzcan. No, señor; no hay nada, en todo lo ideado hasta ahora entre los hombres, que propicie tanta felicidad como una buena taberna o una buena posada».^[172] A continuación recitó, muy emocionado, los versos de Shenstone:

Quien haya viajado por la tediosa ronda de la vida,
doquiera que sus pasos hayan seguido una senda,
tal vez suspire de nostalgia al pensar que ha encontrado
la más grata acogida en una taberna.^[173]

Mi ilustre amigo, me pareció, no admiraba a Shenstone en medida suficiente. La opinión que de Johnson tenía este ingenioso y elegante caballero aparece en una de sus cartas al doctor Graves, fechada el 9 de febrero de 1760: «Últimamente he leído uno o dos volúmenes del *Rambler*, cuyo autor, si se le disculpan ciertas durezas de estilo,^[174] y la falta de más ejemplos que le presten viveza, es uno de los escritores en prosa con más nervio, perspicacia, concisión y armonía que conozco. Una dicción culta mejora con el tiempo».

Por la tarde, llevándonos a buena velocidad la silla de posta, comentó: «No tiene la vida muchas cosas mejores que ésta».^[c363]

Hicimos un alto en Stratford-upon-Avon, donde tomamos té y café. Me agradó estar con él en tan clásico terreno como es el pueblo natal de Shakespeare.

Habló despectivamente del *Vellocino* de Dyer. «A ese tema, señor, no se le puede dar un sesgo político. ¿Cómo va a escribir nadie en términos políticos acerca de sargas y estameñas de distintas calidades? Y sin embargo se oye a mucha gente elogiar con gran seriedad ese poema excelente, *El vellocino*, como si fuera la gran cosa». Tras hablar de «La caña de azúcar», de Grainger, le comenté que Langton me había dicho que ese poema, cuando se leyó en casa de sir Joshua Reynolds estando aún en manuscrito, hizo reír a carcajadas a los ingenios allí reunidos cuando, tras mucha pompa y circunstancia de verso blanco, el autor comenzó un nuevo pasaje con este verso: «Ahora, musa, cantemos en loa de las ratas».

Y el ridículo aumentó si cabe cuando uno de los presentes, pasando por alto con astucia al lector del poema, señaló que originalmente el verso decía ratones, siendo sustituido por ratas por parecer más digno.^[175]

Este pasaje no aparece en la obra impresa, ya que el doctor Grainger, o al parecer algún amigo, tuvo la sensatez de señalar que la introducción de las ratas en un poema grave podría prestarse a chacota. Sin embargo, no logró renunciar a la idea, pues de

manera aún más irrisoria aparecen parafraseadas en el poema, tal como se ha publicado:

No menos voraz, la bigotuda y venenosa plaga
asoló en masa, innumerable, de la marisma la caña.

Johnson dijo que el doctor Grainger era un hombre agradable, que siempre haría todo el bien que tuviera a su alcance. Su traducción de Tíbulo, creía, estaba muy bien resuelta, pero «La caña de azúcar» no le gustó.^[176] «¿Qué podía sacar en claro de “La caña de azúcar”? Con la misma, podía haber escrito “La ramita de perejil”, o “El huerto de las berzas”». BOSWELL: «En tal caso, hay que aliñar la berza con *sal atticum*». JOHNSON: «Ya existe un poema titulado “El lúpulo” y entiendo que mucho se podría decir de la berza. El poema podría comenzar por describir las ventajas de una sociedad civilizada frente a una más tosca, como ejemplifican los escoceses, que no conocieron la berza hasta que no la introdujeron los soldados de Oliver Cromwell, y de ese modo se podría demostrar cómo las buenas artes se propagan por medio de la conquista, como hicieron los ejércitos romanos». Parecía muy divertido con la fertilidad de su propia fantasía.

Le dije que, según tenía entendido, el doctor Percy estaba escribiendo la historia del lobo en Gran Bretaña. JOHNSON: «¡El lobo, señor! ¿Por qué el lobo? ¿Por qué no escribe sobre el oso, que tuvimos desde antes? No, se dice que lo más antiguo eran los castores. ¿Y por qué no escribe sobre la rata gris, la rata de Hanover, como se la suele llamar, ya que se dice que llegó al país a la vez que llegó la dinastía de los Hanover? Me encantaría ver impresa *La historia de la rata gris, por Thomas Percy, doctor en Teología, capellán ordinario de Su Majestad*». Rió con absoluta inmodestia. BOSWELL: «Me temo que un capellán de la corte no podría escribir con decencia sobre la rata gris». JOHNSON: «No tiene por qué decir que se trata de la rata de Hanover». De esta forma sabía darse a una imaginación exuberante, con espíritu de chanza, al hablar de un amigo al que estimaba y quería.

Me comentó la singular historia de un conocido suyo muy ingenioso.^[c364] «Había ejercido la medicina en situaciones diversas, pero sin percibir grandes emolumentos. Un caballero de las Antillas, al cual deleitó con su conversación, le hizo entrega de una obligación por un valor de una considerable anualidad para el resto de su vida, con la condición de que lo acompañara a las Antillas y allí residiera con él por espacio de dos años. En consecuencia, se embarcó con el caballero, pero durante el viaje se enamoró de una joven que también era pasajera y se casó con ella. Debido a su disposición imprudente tuvo una agria trifulca con el caballero y declaró que no deseaba sostener ningún trato con él. De ese modo tiró por la borda su asignación anual. Estableció su consulta en una de las islas de sotavento. Un hombre se dirigió a él meramente para preparar la composición de sus medicamentos. Este individuo se erigió en su rival en el ejercicio de la medicina, y tanto le aventajó en lo que de él

había aprendido, en opinión de los isleños, que se hizo con todo el negocio, tras lo cual él regresó a Inglaterra y falleció poco después».

El viernes 22 de marzo, tras salir temprano de Henley, donde habíamos pernoctado, llegamos a Birmingham alrededor de las nueve, y luego del desayuno fuimos a visitar a su antiguo condiscípulo, el señor Hector. Una criada muy majadera, que nos abrió la puerta, nos dijo que «el señor había salido, que se había ido al campo, que no sabía decirnos cuándo estaría de regreso». En una palabra, nos dio un recibimiento atroz. Johnson observó: «No se habría comportado mejor con gente que la pudiera necesitar como criada». Le dijo: «Me llamo Johnson. Dígale que he venido a visitarle. ¿Se acordará del nombre?». Ella le respondió con rústica simplicidad, con marcado acento del condado de Warwick: «No le entiendo, señor...». «Mentecata —dijo él—. Se lo escribiré». Nunca oí el término *mentecato* aplicado antes a una mujer, aunque no veo por qué no ha de aplicarse, cuando la ocasión es así de evidente.^[177] Él, en cambio, aún hizo otro intento por hacerse entender, y le gritó al oído: «Johnson», y entonces sí que captó lo que se le decía.

Fuimos luego a ver a Lloyd, uno de los llamados cuáqueros. Tampoco lo encontramos en casa, aunque sí a su señora, que nos recibió cortésmente y nos invitó a almorzar. «Tras la incertidumbre de todo lo humano que hemos vivido en casa de Hector —me dijo Johnson—, esta invitación no puede haber sido más oportuna». Caminamos por la ciudad, estuvo contento de ver cómo había crecido.

Hablé de la legitimación que se obtiene por matrimonio ulterior, aprobada por el Derecho romano y todavía vigente en las leyes de Escocia. JOHNSON: «Me parece mala cosa, porque siendo la castidad de las mujeres de la máxima importancia, ya que de ello depende toda propiedad, quienes la mancillan no debieran tener ninguna posibilidad de que se les restaure en su probidad, y tampoco los hijos habidos de una unión ilegal debieran alcanzar el pleno derecho de los hijos legítimos mediante el posterior consentimiento de las partes ofendidas». Su opinión sobre esta materia merece consideración aparte.^[c365] A partir del principio que propugnaba puede en ocasiones ejercerse excesiva dureza, en apariencia extraña, sobre los individuos, pero de ese modo mejor se garantiza el bien de la sociedad en general. Y a fin de cuentas es irracional que un individuo se aflija por no gozar de las ventajas de un estado que es distinto del suyo, por la institución social en cuyo seno ha nacido. Una mujer no se queja de que su hermano, menor que ella, reciba la heredad común de su padre. ¿Por qué iba a quejarse un hijo natural de que un hermano menor, habido de los mismos padres, casados legalmente, obtenga esa heredad? La ley opera de manera análoga en ambos casos. Además, un hijo ilegítimo, que tiene un hermano menor y legítimo, del mismo padre y la misma madre, no tiene mayor derecho a reclamar la heredad del padre que si el hermano legítimo tuviera sólo ese mismo padre, del cual y sólo del cual descende.

Nos encontramos en la calle al señor Lloyd, y al poco tropezamos también con el amigo Hector, como lo llamó Lloyd. Me agradó presenciar la alegría que Johnson y él

se manifestaron al verse de nuevo. Lloyd y yo los dejamos a solas, mientras tuvo él la amabilidad de mostrarme algunas de las manufacturas de esta muy curiosa asamblea de artesanos. Todos nos reunimos a almorzar en casa de Lloyd, donde nos acogieron con gran hospitalidad. El señor y la señora Lloyd se habían casado en el mismo año que los Reyes; al igual que Sus Majestades, habían tenido la bendición de procrear una familia numerosa, exactamente el mismo número de hijos. Dijo Johnson: «El matrimonio es el mejor estado para el hombre en general; todo hombre es tanto peor en la misma medida en que sea inadecuado para contraer matrimonio».

Siempre me ha gustado la sencillez en el trato y la orientación espiritual de los cuáqueros. Conversando con Lloyd observé que lo esencial de su religión era la piedad, un trato de intensa devoción con la divinidad, y di en pensar que muchos hombres son cuáqueros sin saberlo.

Como el doctor Johnson me había dicho por la mañana, cuando caminábamos juntos, que le gustaban los cuáqueros como individuos, pero no en cuanto secta, cuando estuvimos en casa de Lloyd me abstuve de introducir ninguna pregunta relativa a las peculiaridades de su fe. Pero como pedí permiso para hojear la edición de Baskerville de la *Apología* de Barclay, Johnson se apoderó del volumen, que abrió al azar por el capítulo dedicado al bautismo, y señaló: «Dice que no hay en las Escrituras ni precepto ni práctica del bautismo, y yo afirmo que es falso». Ahí actuó como agresor, y por cierto no de manera amable. El buen cuáquero le llevaba ventaja, pues Johnson había hecho una lectura descuidada del texto, y no había observado que Barclay habla del bautismo *de los niños*, tal como le hicieron ver con mucha calma. El señor Lloyd, sin embargo, estaba en un grave error, pues cuando insistió en que el rito del bautismo por agua debía dejar de practicarse cuando comenzara la administración *espiritual* de Cristo, sostuvo que Juan el Bautista había dicho a ese respecto: «Mi bautismo disminuirá, pero aumentará el suyo», cuando las palabras exactas son éstas: «A él le corresponde crecer; a mí ser disminuido».^{[178]a}

Como uno de ellos objetara «la observancia de los días, y los meses, y los años», Johnson respondió que «la Iglesia no observa supersticiosamente los días por ser días, sino por ser recordatorios de hechos de importancia. La Navidad podría celebrarse cualquier día del año, pero ha de haber un día estatuido para celebrar el nacimiento de Nuestro Salvador, pues se corre el peligro de que, si se hace un día cualquiera, se olvide».

Me dijo en otra ocasión: «Los festivos que observa nuestra Iglesia son de gran utilidad en la religión». De esto no puede haber duda, al menos en un sentido limitado, esto es, si el número de esas porciones de tiempo consagradas no es excesivo. El excelente volumen sobre *Festividades y ayunos* del señor Nelson, que alcanza según tengo entendido la venta más elevada de cuantos libros se imprimen en Inglaterra, salvedad hecha de la Biblia, es una valiosa ayuda en la devoción; además de éste, yo recomendaría dos sermones sobre la misma cuestión, los dos del señor Pott, archidiácono de St. Albans, igualmente distinguido por su piedad y su elegancia.

Lamento tener que decirlo, pero Escocia es el único país cristiano, católico o protestante, en el que los grandes acontecimientos de nuestra religión no tienen conmemoración solemne por parte del establecimiento eclesiástico en días señalados a tal fin.

El señor Hector tuvo la bondad de acompañarme a ver las grandes fábricas del señor Bolton, sitas en un lugar que se ha llamado Soho, a unas tres millas de Birmingham, que su muy ingenioso propietario me mostró en persona para mi mayor provecho. Ojalá, me dije, hubiera estado Johnson con nosotros; fue un panorama que muy gustoso habría contemplado a la luz de su inteligencia. La vastedad y lo aparatoso de algunas de las máquinas habría «estado a la par de su poderoso intelecto». Nunca olvidaré la expresión con que me dijo el señor Bolton: «Yo aquí vendo, señor, lo que el mundo entero desea poseer: el poder». Tenía unos setecientos empleados. Lo contemplé cual si fuera un gran potentado del hierro, y parecía de hecho el padre de todo un clan. Uno de ellos se le acercó a quejarsele pesarosamente de que su casero se había apropiado de sus enseres. «Su casero obra bien, Smith — dijo Bolton—. Pero le diré una cosa. Búsquese a un amigo que ponga la mitad del alquiler debido, y yo me ocupo de poner la otra mitad, de modo que recupere usted sus enseres».

Por el señor Hector tuve conocimiento de muchos particulares de la vida que llevaba el doctor Johnson en su mocedad, que junto con otros que me facilitó en ocasiones posteriores han contribuido a la confección de esta obra.

El doctor Johnson me dijo por la mañana: «Verá en casa de Hector a la señora Carless, viuda de un clérigo. Fue la primera mujer de la que estuve yo enamorado. Se me fue yendo de la cabeza de un modo imperceptible, pero siempre nos tendremos un afecto mutuo». Se rió de la idea de que un hombre no pueda enamorarse sino una sola vez, y calificó la creencia de mera fantasía romántica.

A nuestro regreso de la fábrica del señor Bolton, Hector me llevó a su casa, donde encontramos a Johnson tomando plácidamente el té con su primer amor, quien, aunque entrada en años, era una mujer airosa, muy agradable, de buena crianza.

Johnson se lamentó ante Hector del estado de uno de sus compañeros de antaño, Charles Congreve, clérigo, al que describió de este modo: «Obtuvo, creo, una prebenda de consideración en Irlanda, pero ahora vive en Londres como un inválido, con temor de visitar cualquier casa que no sea la suya. A diario se airea dando un paseo en su silla de posta. Tiene una mujer ya anciana, de la que afirma que es su prima, que vive con él, que le toca el codo cuando su vaso lleva mucho tiempo vacío y que le anima a beber, cosa a la que está deseoso de que se le anime; no es que se pimple, ya que es hombre piadoso, pero está siempre embarullado. ^[la nota c100, Vol. II] Reconoce trasegar una botella de oporto al día, de modo que es probable que beba algo más. Está insociable; su conversación consta de monosílabos, y cuando en mi última visita le pregunté qué hora era, esa señal de mi partida tuvo tan placentero efecto en él que se abalanzó a mirar el reloj como un galgo que brinca en pos de la

liebre». Cuando Johnson se despidió del señor Hector, le dijo: «No se ponga usted como Congreve, ni permita que yo me ponga como él cuando esté conmigo».

Esa noche, cuando volvió a hablarme de la señora Carless,^[a nota 88, Vol. IV] me pareció que revivía su afecto por ella, pues afirmó: «De haberme casado con ella, podría haber sido feliz». BOSWELL: «Dígame, señor: ¿no cree que hay cincuenta mujeres en el mundo, con cualquiera de las cuales puede un hombre ser tan feliz como con una en concreto?». JOHNSON: «Ya lo creo, señor. Cincuenta mil, más bien». BOSWELL: «En tal caso, no es usted de la opinión de quienes creen que ciertos hombres y ciertas mujeres están hechos los unos para los otros, y que no pueden ser felices si no dan con su otra mitad». JOHNSON: «Desde luego que no. Considero que, en general, los matrimonios serían tan felices, y a menudo lo serían más, si fueran concertados por el Canciller de Justicia, con la debida consideración de los caracteres y circunstancias de cada cual, sin que las partes implicadas tuvieran la menor intervención en el asunto».

Mucho me habría gustado permanecer en Birmingham esa noche, para haber charlado más a mis anchas con el señor Hector, pero mi amigo estaba impaciente por llegar a su pueblo natal, de modo que recorrimos ese trecho ya de noche, pensativos y callados. Llegamos a donde alcanzaba la luz de los faroles de Lichfield. «Ahora — dijo — salimos de un lapso mortuorio». Nos alojamos en Las Tres Coronas, que no era una de las grandes posadas, sino una chapada a la antigua, que regentaba el señor Wilkins y era paredaña a la misma casa en que había nacido y se había criado Johnson, y que seguía siendo de su propiedad.^[179] Disfrutamos de una cómoda cena que nos puso de muy buen ánimo. Sentí que todas mis convicciones de *tory* resplandecían en esa antigua capital del condado de Stafford. Podría haber hecho una ofrenda de incienso al *genius loci*; me permití hacer libaciones de esa cerveza tostada que Bonifacio, en *La estratagema del guapo*, recomienda con tan elocuente facundia.

A la mañana siguiente me presentó a Lucy Porter, su hija adoptiva. Era una soltera ya entrada en años, de gran sencillez de trato. Nunca había estado en Londres. Su hermano, capitán de la Marina, le había legado una fortuna de diez mil libras, un tercio de la cual había invertido en construir una suntuosa mansión y en rodearla de un bello jardín, en un altozano de Lichfield. Cuando visitaba solo la ciudad, Johnson se alojaba en su casa. Ella lo reverenciaba; él la trataba con ternura paternal.

Visitamos entonces a Peter Garrick, que esa misma mañana había recibido carta de su hermano David, en la que le anunciaba nuestra llegada. Tenía un compromiso para almorzar, pero nos invitó a tomar el té y a pernoctar en su casa. Sin embargo, Johnson no quiso dejar a su conocido Wilkins, dueño de Las Tres Coronas. El parecido de familia que tenían los hermanos Garrick era asombroso; Johnson pensaba que la viveza de David no era tan peculiarmente suya como pudiera parecer. «No estoy muy seguro, pero creo que si Peter hubiera cultivado el arte de la desenvoltura con tanto ahínco como David, podría haber sido igual de brioso y vital que él. Le aseguro que la viveza es todo un arte, y como tal depende en gran medida del

hábito». Creo que hay mucha verdad en este concepto, a pesar de la ridícula historia que una vez me contó una dama en el extranjero, a propósito de un robusto barón alemán que había convivido mucho con los jóvenes ingleses afincados en Ginebra, y que tenía la ambición de ser tan vivaracho como ellos; con esta idea, se dedicó asiduamente a saltar sobre las mesas y las sillas de sus aposentos, y cuando entró con gran alarma la gente de la casa, y preguntó sorprendida qué estaba pasando, respondió muy campechano: «*Sh'apprens t'etre fif*».

Comimos en nuestra posada y tuvimos con nosotros a un tal Jackson, uno de los discípulos de Johnson, al que trató con gran amabilidad, si bien parecía un hombre de baja extracción e incluso vulgar, inculto y aburrido. Llevaba una basta levita gris, chaleco negro, calzones de cuero mugriento y una peluca amarilla, sin rizar; gastaba en el semblante una rubicundez como la que delata a quien no tiene prisa por «dejar la frasca». Bebió solamente cerveza. Había querido ser cuchillero en Birmingham, pero no lo consiguió, y ahora vivía pobremente en su casa, acunando algún proyecto para curtir el cuero de mejor manera que la usual, a cuya aburrida descripción prestó el doctor Johnson gran atención, no sin antes armarse de paciencia, por si pudiera ayudarle en algo con sus consejos. He aquí un nuevo ejemplo de la auténtica humanidad y de la amabilidad verdadera de este gran hombre, a quien de manera sumamente injusta se ha pintado como si fuera de coriácea dureza y cicatero en la ternura. Un millar de ejemplos semejantes podían haberse anotado en el transcurso de su larga vida, aunque no puede negarse que era de temperamento impaciente y ardoroso, y de modales con frecuencia toscos.

Vi aquí por vez primera cerveza de avena y pastelillos de avena no tan duros como los de Escocia, blandos incluso como un bizcocho de Yorkshire, que se servían a la hora del desayuno. Me complació descubrir que la avena, «comida para caballo», [c366] se empleaban comúnmente como alimento de las personas en la propia ciudad natal del doctor Johnson. Se explayó en ensalzar Lichfield y a sus habitantes, quienes, según dijo, eran «los más sobrios y más decentes» [c367] de Inglaterra, los más gentiles en punto a su riqueza, los que hablaban el inglés más puro». [c368] Dudé acerca del último artículo de su elogio, pues hay en su pronunciación dejes provincianos, como es el caso de *there*, que pronuncian como *fear*, en vez de asemejarlo a *fair*; *once* lo pronuncian como *woonse*, y no como *wunse* o *wonse*. El propio Johnson nunca se libró por completo de ese acento provinciano. Garrick a veces le tomaba el pelo: exprimía un limón en una fuente para el ponche con gesticulación ampulosa y tosca, y luego miraba en rededor a los presentes y decía: «¿Quién quiere tomarse un *punche*?». [c369]

Pocos negocios parecían tramitarse en Lichfield. Encontré sin embargo dos manufacturas extrañas para tratarse de un lugar tan en el interior, lonas para velas y grímpolas y banderolas para navíos, y observé que fabricaban también mantas para los caballos y pellizas de piel de oveja; no obstante, y en conjunto, las ajetreadas manos de la industria parecían hallarse asaz desocupadas. «No cabe duda, señor —le

dije—, de que son sus paisanos un hatajo de vagos». «Somos una ciudad de filósofos —replicó—: aquí nos estrujamos la sesera, y dejamos que sean los majaderos y tontains de Birmingham los que trabajen para nosotros con el sudor de su frente».

Había por entonces una compañía de cómicos que actuaba en Lichfield. El director, Stanton, mandó una nota para presentar sus respetos y pedir permiso para visitar al doctor Johnson. Éste le recibió con gran cortesía y Stanton se tomó una copa de vino con nosotros. Era un hombre sencillo, decente, de buen conformar, que expresó su gratitud al doctor Johnson por haberle facilitado una vez permiso del doctor Taylor, en Ashbourne, para actuar allí siempre que la representación fuese moderada. Pronto se habló de Garrick. JOHNSON: «La conversación que tiene Garrick es un *totum revolutum*, aunque todo lo que contiene es de buena calidad. Le falta carne, carece de sentimiento. No es que no lo transmita a veces, y a veces de manera muy poderosa y agradable, pero no tiene proporción plena con su conversación».

Cuando nos quedamos a solas me dijo lo siguiente: «Hace cuarenta años, señor, estuve yo enamorado de una actriz de aquí, la señora Emmet, que hacía el papel de Flora en *Hob in the Well*». ^[c370] No se me ha informado del mérito que como actriz tuviera esta señora, ni de cómo era su figura o talante, aunque si nos es dado creer a Garrick, el gusto de su maestro de antaño en cuanto al mérito teatral no destacaba por su refinamiento. Tampoco era un *elegans formarum spectator*. A Garrick le gustaba contar que Johnson se había pronunciado sobre un actor que interpretó a sir Harry Wildair ^[c371] en Lichfield diciendo que «tiene una vivacidad de cortesano», cuando según la versión de Garrick «era el rufián más vulgar que nunca haya pisado las tablas».

Prometimos a Stanton que estaríamos presentes el lunes en su función. El doctor Johnson tuvo la humorada de proponerme que escribiera un prólogo para la ocasión: «Prólogo de Boswell, señor de las Hébridias». Reconozco que me sentí inclinado a aceptar el reto. Me dije: «“prólogo recitado ante el doctor Johnson en Lichfield, 1776”, habría sonado igual de bien que prólogo recitado ante el Duque de York en Oxford, durante el reinado de Carlos II». Mucho podría haberse dicho de lo que hizo Lichfield por Shakespeare, sólo por ser la patria chica de Johnson y Garrick. Pero me di cuenta de que él era contrario a la idea.

Fuimos a visitar el museo de Richard Green, boticario de la localidad, quien me dijo que se enorgullecía de ser pariente del doctor Johnson. ^[a nota 229, Vol. IV] Era la suya, desde luego, una maravillosa colección tanto de antigüedades como de curiosidades de la naturaleza e ingeniosas obras de arte. Había dispuesto todos sus artículos con una gran exactitud, los nombres en etiquetas que él mismo imprimía con una pequeña imprenta. En la escalera que conducía a la sala de la exposición había un tablón que recogía en letras de pan de oro los nombres de cuantos habían hecho una donación. En el establecimiento de un librero se podía adquirir un catálogo impreso. Johnson expresó su admiración por la actividad y diligencia y por la buena suerte de Green al haber reunido, en su situación, una colección tan diversa; Green me dijo que

Johnson una vez le había dicho que «yo tan pronto hubiera pensado en construir un buque de guerra como en formar una colección de museo». Fue muy placentera la presteza del señor Green al mostrárnosla. Su retrato grabado, que ha tenido la amabilidad de obsequiarme, ostenta un lema ciertamente característico de su disposición: «*Nemo sibi vivat*».

Se habló de un médico que había perdido su consulta porque un caprichoso cambio de religión sembró la desconfianza entre su clientela. Yo defendí que era algo irracional, ya que la religión nada tiene que ver con la pericia de un médico. JOHNSON: «No es irracional, pues cuando la gente ve a un hombre absurdo en algo que entiende, bien puede concluir que no lo es menos en lo que no entiende. Si a un médico le diera por ponerse a comer carne de caballo, nadie acudiría a su consulta, aun cuando uno puede comer carne de caballo y ser un médico muy diestro. Si un hombre se educa en una religión absurda, que siga profesándola no puede perjudicarle, aunque el hecho de que cambie de religión sí puede ser perjudicial».

Tomamos té y café en casa de Peter Garrick, donde se encontraba la señora Aston, una de las hermanas solteras de la señora Walmsley, esposa del primer amigo que tuvo Johnson y hermana también de una dama de la que Johnson hablaba con calidísima admiración, Molly Aston, que después casó con el capitán Brodie, de la Marina.

El domingo 24 de marzo desayunamos con la señora Cobb, una viuda que vivía en un lugar agradablemente recoleto y cercano a la ciudad, llamado El Monasterio, pues había sido en su origen una casa de religión. Ella y su sobrina, la señorita Adey, eran grandes admiradoras de

Johnson; él las trató con una amabilidad, una llaneza y una cortesía como sólo se ve entre quienes se conocen íntimamente de antaño. Acompañó a la señora Cobb a la iglesia de St. Mary y yo fui a la catedral, donde mucho me deleitó la música, que me resultó especialmente solemne y acorde con las palabras de la liturgia.^[c372]

Almorzamos en casa de Peter Garrick, que estaba de un humor sumamente animado, y verifiqué el dictamen de Johnson, esto es, que si hubiera cultivado la desenvoltura tanto como su hermano David, quizá le hubiese aventajado en su terreno. Estuvo ese día hecho todo un narrador londinense, contándonos gran variedad de anécdotas con esa enjundia y ese talento para la imitación que por lo común hallamos en los ingenios de la metrópolis. El doctor Johnson visitó la catedral conmigo por la tarde. Fue grandioso y conmovedor contemplar al ilustre escritor, en la plenitud de su fama, practicar el culto en «el templo solemne»^[c373] de su ciudad natal.

Volví a tomar el té y café con Peter Garrick y me reuní después con Johnson y el reverendo señor Seward, canónico residente, que habitaba en el palacio episcopal, donde había vivido el señor Walmsley, y que había sido escenario de muchas horas felices en la juventud de Johnson. Por la mañana, haciendo gala de su cortesía y hospitalidad eclesiástica, Seward me había invitado a almorzar con él siendo yo

todavía un perfecto desconocido; por la tarde, cuando le fui presentado, nos pidió al doctor Johnson y mí que pasáramos con él la tarde y cenásemos en su casa. Era un clérigo gentil, muy digno en el porte, de buena crianza, que había viajado en compañía de lord Charles Fitzroy, tío carnal del actual Duque de Grafton, que murió en el extranjero, y había conocido a fondo el gran mundo. Era un hombre ingenioso, de inclinaciones literarias, que había publicado una edición de Beaumont y Fletcher y algunos versos en la antología de Dodsley. Su esposa era hija del señor Hunter, primer maestro que tuvo Johnson en la escuela cuando era niño. Y entonces, por primera vez, tuve el placer de saludar y conocer a su célebre hija, Anna Seward, con la que desde entonces estoy en deuda por sus favores y atenciones, así como por algunas informaciones sobre Johnson que fue muy solícita en procurarme.^[c374]

El señor Seward nos comentó las observaciones que había hecho sobre los estratos que se forman en los volcanes, en los que al parecer era tan distinta la profundidad según los periodos, que ningún cálculo podía hacerse en cuanto al tiempo requerido para su formación. Con esto refutaba por completo un comentario contrario a los mosaicos que introdujo el capitán Brydone en su muy entretenido *Viaje*, espero que a la ligera, debido a cierta vanidad que es muy corriente entre quienes no han estudiado suficientemente a fondo la materia más importante de cuantas son. Ciertamente, antes había dicho el doctor Johnson, con independencia de esta afirmación: «Todas las pruebas acumuladas a lo largo de la historia universal, toda la autoridad de la que es de manera más incuestionable la escritura más antigua que existe, ¿se irán al traste por un apunte pendiente de corroboración, tan incierto como éste?». ^[c375]

El lunes 25 de marzo desayunamos en casa de Lucy Porter. Johnson había enviado recado al doctor Taylor avisándole de que estábamos en Lichfield, y Taylor había contestado para decir que su silla de posta vendría a recogernos en el mismo día. Mientras desayunábamos, Johnson recibió una carta que pareció causarle una considerable agitación. Cuando terminó de leerla, dijo: «Una de las cosas más espantosas que han ocurrido en mi tiempo». La expresión «mi tiempo», como «mi época», parecen hacer referencia a un acontecimiento de carácter público. Di en imaginar algo así como el asesinato del Rey, una conspiración de la pólvora llevada a su fin, o un nuevo incendio de Londres. Cuando le preguntamos: «¿De qué se trata, señor?», contestó: «¡El señor Thrale ha perdido a su único hijo!». Fue, sin lugar a dudas, un durísimo revés para el matrimonio Thrale, que sus amigos acusarían en consonancia, aunque debido al modo en que nos comunicó Johnson la noticia se nos antojó por el momento poca cosa. No obstante, enseguida me acució un sincero pesar, e iba a ser curioso observar, me dije, cómo le afectaría al doctor Johnson. «Esto —dijo— representa una extinción total de la familia, como si los hubieran vendido como esclavos en cautiverio». Al reseñarle que el señor Thrale tenía hijas que sin duda heredarían su fortuna, respondió con vehemencia: «¡Hijas! Él no da a sus hijas más valor que...». Fui a decir algo. «Señor —me interrumpió—, ¿es que ni siquiera

sabe cómo piensa usted mismo al respecto? Señor mío, Thrale desea propagar su apellido». En resumidas cuentas, vi fuertemente impresa en su ánimo la sucesión por línea masculina, incluso donde no había un apellido que transmitir, ni una familia de rancio abolengo. Dije que había sido una suerte que no estuviera presente en el momento de suceder la desgracia. JOHNSON: «Es una suerte para mí. Quien sufre una pena nunca cree que sea bastante lo que uno siente». BOSWELL: «Y ellos tendrán la esperanza de verle a usted, lo cual será mientras tanto un alivio, y cuando usted llegue el dolor se habrá morigerado lo suficiente para que pueda usted darles cumplido consuelo, cosa que en el primer momento de la desgracia, cuando más virulenta era, no hubiera sido posible». JOHNSON: «Ni mucho menos. La violenta pena del espíritu, como el dolor corporal violento, tiene que sentirse en toda su intensidad». BOSWELL: «Reconozco, señor, que no siento yo mucho las desgracias ajenas, al contrario de lo que les sucede a muchas personas, o al menos a las que aparentan que les sucede, pero una cosa sé con certeza, y es que haría cuanto en mi mano estuviera para remediarlas». JOHNSON: «Señor mío, es afectación pretender que se acusan las desgracias ajenas tanto como las acusan los interesados. Es lo mismo que si uno pretendiera sentir el dolor que experimenta su amigo cuando le amputan una pierna. No, de ninguna manera; usted ha expresado la justa y razonable naturaleza de la compasión. Yo habría ido hasta el último confín de la tierra para salvar a ese chiquillo».

Pronto se serenó del todo. La carta era de un empleado del señor Thrale, y concluía así: «No será preciso decirle cuánto desean ellos verle pronto en Londres». Johnson apostilló: «Habremos de abreviar nuestra estancia en casa de Taylor».

Lucy Porter y algunas otras damas del lugar hablaron mucho de él cuando salió de la estancia, no sólo con veneración, sino con cariño. Me agradó ver lo mucho que se le quería en su ciudad natal.

La señora Aston, a la que había visto la noche anterior, y su hermana, la viuda del señor Gastrel, tenían cada cual una casa con jardín y un terreno de esparcimiento, con sendas arboledas, que gozaban de una bella situación en Stowhill, suave promontorio adyacente a Lichfield. Johnson fue a pie a almorzar con ellas, dejándome solo sin pedir disculpas. Me llamó poderosamente la atención esa falta de modales, la falta de esa naturalidad con que un hombre no encuentra dificultad alguna en llevar a un amigo a una casa en la que goza de trato íntimo; me pareció muy ingrato, así pues, el hallarme sin compañía en una ciudad de provincias en la que era un perfecto desconocido, y empecé a darme por abandonado de la manera más incivil, aunque pronto hallé alivio y me convencí de que mi amigo, lejos de haber incurrido en una grosera indelicadeza, había conducido la cuestión con infinita propiedad, pues recibí la siguiente nota de su puño y letra: «La señora Gastrel, en la casa más baja de las dos que hay en Stowhill, desea que el señor Boswell la acompañe para almorzar a las dos». Acepté la invitación, y con ella tuve una prueba más de lo afable que era su carácter en opinión de quienes le conocían mejor. No tuve conocimiento hasta más

tarde de que el esposo de la señora Gastrel fue el clérigo que, mientras residió en Stratford-upon-Avon, mientras fue propietario del huerto de Shakespeare, con gótica barbarie ordenó talar la morera,^[180] y, al decir del doctor Johnson, sin la menor muestra de indignación por parte de sus vecinos. Tengo razones para creer, basándome en idéntica autoridad, que Su Señoría tuvo participación en la culpa de lo que los más entusiastas de nuestro bardo inmortal consideran poco menos que una suerte de sacrilegio.

Tras el almuerzo, el doctor Johnson escribió una carta a la señora Thrale a propósito de la muerte de su hijo. Le dije que a Thrale le resultaría muy doloroso, pero que ella pronto lo olvidaría, pues tenía muchas otras cosas en que pensar. JOHNSON: «No, señor. Thrale olvidará antes. Ella tiene muchas cosas en las que puede pensar. Él tiene otras muchas en las que debe pensar». Me pareció un muy atinado comentario sobre los distintos efectos de esas ocupaciones livianas que distraen el intelecto vacante y contentadizo, y aquellos serios compromisos que exigen toda nuestra atención y nos impiden cavilar en abundancia y sopesar nuestra tristeza.

De lord Bute observó que «se decía de Augusto que mejor habría sido para Roma si nunca naciera o si nunca hubiese muerto. Para esta nación habría sido mejor que lord Bute nunca hubiera sido primer ministro, o que nunca hubiese dimitido del puesto».

Por la tarde fuimos al ayuntamiento, provisionalmente convertido en teatro, y vimos un *Teodosius* a cargo de la Compañía del Jubileo de Stratford. Me hizo feliz ver a Johnson sentado en lugar prominente, donde recibió el afectuoso homenaje de todos sus conocidos. Estuvimos contentos y lo pasamos muy bien. Le comenté después que me reprobaba por haber disfrutado cuando los pobres señor y señora Thrale pasaban por tan gran pena. JOHNSON: «En eso se equivoca, señor. Así que pasen veinte años, el señor y la señora Thrale no sufrirán una gran pena por la muerte del hijo. Debe usted reparar en que la distancia, ya sea en el espacio, ya en el tiempo, tiene un gran peso en los sentimientos del hombre. No vería yo con buenos ojos su alegría en presencia de los apenados, pues les sobrecogería; en cambio, bien cabe disfrutar y alegrarse cuando uno está lejos. El dolor por la pérdida de un amigo, o de un pariente a quien amamos, lo ocasiona la carencia que sentimos. Con el tiempo, ese vacío lo colma otra cosa; otras veces, el vacío se cierra por sí solo».

Los señores Seward y Pearson, otro clérigo, vinieron a cenar con nosotros a nuestra posada, y después de que se despidieran nos quedamos charlando hasta altas horas, como acostumbrábamos hacer en Londres.

Aquí recogeré algunos fragmentos de la conversación de mi amigo durante esta excursión.

«El matrimonio, señor, es mucho más necesario para el hombre que para la mujer, ya que él es menos capaz de proveerse de comodidades domésticas. Recordará lo que el otro día dije a ciertas damas, a saber, que a menudo me ha extrañado que las jóvenes se casen, ya que gozan de mayor libertad y se les prestan mayores atenciones

cuando están solteras que cuando están casadas. Ciertamente que no comenté la razón de más peso para que se casen, me refiero a la razón mecánica». BOSWELL: «Ésa, caramba, es una razón de muchísimo peso, pero ¿no es la imaginación la que le da una importancia mucho mayor de la que tiene en realidad? ¿No se trata, hasta cierto punto, de un engaño ilusorio en el que caemos tanto nosotros como las mujeres?». JOHNSON: «Desde luego que sí, pero ésta es una ilusión que siempre vuelve a empezar». BOSWELL: «No lo sé, pero en conjunto diría que esa pasión trae consigo más desdichas que felicidad». JOHNSON: «Yo no soy de esa opinión».

«Nunca hable de un hombre en su presencia. Es falta de delicadeza, y puede ser ofensivo».

«El interrogatorio no es el modo idóneo de llevar una conversación entre caballeros. Es asumir una clara superioridad, y es particularmente erróneo interrogar a un hombre en lo que se refiere a él mismo. Puede haber aspectos de su vida anterior que no desee dar a conocer a otras personas, o que ni siquiera se deban traer a su memoria».

«Uno ha de poner mucho cuidado en no contar historias propias en su desdoro. Es posible que quien las oiga se divierta y se ría, pero se recordarán y serán empleadas en su perjuicio en ocasiones posteriores».

«Es mucho lo que se puede hacer si un hombre empeña todo su intelecto en un objeto en particular. De ese modo llegó a ser Norton^[181] el gran abogado que en efecto es».

Hablé de un amigo mío, un sectario, que era un hombre muy religioso y no sólo asistía con regularidad a las ceremonias de adoración pública propias de su comunión, sino que también había llevado a cabo un particular estudio de las Escrituras e incluso escribió un comentario sobre determinados pasajes, si bien era de sobra conocido el trato licencioso que se permitía con las mujeres, pues sostenía que el hombre ha de salvarse sólo por la fe, y que la religión cristiana no ha prescrito ninguna regla fija para el trato carnal entre los sexos. JOHNSON: «No es de fiar esa desatinada piedad».

Observé que era extraño lo bien que se conocían los escoceses unos a otros en su propio país, aun cuando hayan nacido en condados muy distantes, pues no es corriente que los caballeros de condados convecinos en Inglaterra se conozcan mutuamente. Johnson, con su agudeza habitual, entendió y explicó de inmediato la razón de que así fuera: «Es natural, tienen ustedes Edimburgo, donde se congregan los caballeros de todos los condados, una ciudad no demasiado grande, en la que todos se conocen. No existe en Inglaterra un lugar común de encuentro con la salvedad de Londres, donde por su gran tamaño y geografía dispersa muchos de quienes residen en condados contiguos pueden pasar muchísimo tiempo sin conocerse».

El martes 26 de marzo vino a recogernos un carruaje perfectamente adecuado para un clérigo rico y con una buena prebenda: la gran silla de posta del doctor

Taylor, de la que tiraban cuatro caballos recios, rollizos, conducida por dos postillones serios a la par que joviales, que nos llevaron a Ashbourne. Allí encontramos al condiscípulo de mi amigo, que vivía en una casa perfectamente acorde a la condición del carruaje: la propia casa, el jardín, los terrenos de esparcimiento, la mesa, todo, en una palabra, era bueno, sin apariencia de que se escatimase en nada. Todo hombre debería trazarse el plan de vida que fuera capaz de llevar a cabo enteramente: que no trace un contorno más amplio del que pueda llegar a colmar. He visto muchos trazados de un fasto y una magnificencia tales que conmueven a piedad a la vez que inspiran risa. El doctor Taylor tenía una buena finca en propiedad y una buena situación en la Iglesia, pues era prebendado de Westminster y párroco rector de Bosworth. Era un diligente juez de paz y presidía la localidad de Ashbourne, con cuyos lugareños, según supe, era muy generoso; como prueba de este aserto me indicaron que el invierno anterior había repartido doscientas libras entre los más necesitados de ayuda. Por consiguiente, tenía considerables intereses políticos en el condado de Derby, que empleaba en respaldo de la familia Devonshire, pues aun siendo discípulo y amigo de Johnson era un *whig*. No pude percibir en su carácter muchas semejanzas con Johnson, de ninguna clase, quien no obstante me indicó: «Tiene un entendimiento muy vigoroso». Su volumen, semblante, porte y modales eran los de un caballero inglés, cordial, con el sobreañadido de su eclesiástica condición. Me fijé de manera particular en su criado de más categoría, el señor Peters, un hombre grave y de buena planta, con traje de color púrpura y gran peluca blanca, como el dispensero o el mayordomo de un obispo.

Johnson y Taylor se saludaron con una gran cordialidad. Johnson le contó enseguida la misma historia lamentable del que fuera compañero de ambos, Congreve, que ya relatara al señor Hector, aunque añadiendo una observación de tal calado sobre la conducta razonable de un hombre en el declinar de su vida que merece quedar estampada en la memoria de todos: «No hay nada contra lo cual más en guardia deba estar un anciano que en lo referente a la elección de su ama de llaves». Han sido innumerables los tristes ejemplos de caballeros que se habían distinguido por su firmeza, resolución y espíritu tesonero, y que en sus últimos días han terminado gobernados como niños por la interesada argucia femenina.

El doctor Taylor elogió a un médico al que ambos conocían. «Libro muchas batallas por él —dijo—, pues a muchos lugareños no les cae en gracia». JOHNSON: «Pero debe usted reparar, señor, en que en cada una de las victorias de él sale usted perdedor, pues todas y cada una de las personas a las que apabulla usted en la polémica se pondrán furiosas y decidirán no llamarlo más, mientras que aquellos que salen bien librados de la discusión con usted, a cuenta del médico, dicen para sí: “A pesar de todo, mandaremos a buscar al doctor *****”». Ésta fue una observación profunda y cierta sobre la naturaleza humana.

Al día siguiente hablamos de un libro^[c376] en el que un juez eminente es públicamente puesto en el banquillo de los acusados por haber dictado sentencia

injusta en una causa de gran envergadura. El doctor Johnson sostuvo que la publicación no causaría la menor intranquilidad al juez. «Y es que —dijo—, o bien actuó con honestidad, o bien se propuso obrar de manera injusta. De haber actuado con honestidad, su propia conciencia le protege; si quiso obrar de manera injusta, se alegrará de ver fuera de quicio al hombre que lo ataque».

Al día siguiente, como el doctor Johnson había avisado al doctor Taylor de la razón que le apremiaba para regresar a Londres cuanto antes, se resolvió que emprendiésemos viaje después de la comida. El doctor Johnson había invitado ese día a algunos de sus vecinos.

Taylor habló con manifiesta aprobación de un hombre que había alcanzado el rango de sabio en filosofía, esto es, que no tenía carencia de nada. «En tal caso —dije—, el salvaje es sabio». «Señor —repuso—, no quiero decir simplemente que viva sin ciertas cosas, sino que no tiene necesidad». Sostuve, contra su proposición, que era preferible tener buenas prendas de vestir que no sentir la necesidad de tenerlas.

JOHNSON: «No, señor. Las buenas prendas de vestir son buenas sólo en la medida en que cubren la necesidad de otros medios de procurarse el respeto ajeno. ¿Se respetaba menos, piénselo, a Carlos XII por su burda chaqueta azul y su paño negro? Ya ve que el Rey de Prusia viste con toda sencillez, porque la dignidad que le inviste es suficiente». Aquí me metí en un lío, o me busqué un buen rapapolvo, pues sin cuidado y de manera irresponsable dije: «¿No sería usted mejor si gastara terciopelo recamado?». JOHNSON: «Señor, pone fin usted a toda discusión si en ella introduce a su adversario en persona. ¿Es que no le han enseñado buenos modales? Ahí tiene cuál es su carencia». Me disculpé diciendo que había querido ponerlo por ejemplo de persona con menos carencias que nadie, si bien quizá podría adquirir un lustre adicional cuidando más su atuendo.

VOLUMEN III
1776-1780

Tras partir de Ashbourne por la tarde, hicimos un alto para cambiar de posta en Derby, donde aprovechamos un momento para disfrutar de la conversación de mi paisano, el doctor Butter, que entonces era médico allí. Estaba muy indignado porque la propuesta de lord Mountstuart a favor de la creación de una milicia escocesa había sido rechazada en el Parlamento. El doctor Johnson mostró idéntica virulencia, pero en contra. «Me alegro —dijo— de que el Parlamento haya tenido los arrestos de rechazarla. Querían ustedes aprovecharse de los timoratos que son nuestros bribones», dijo, refiriéndose, supongo, al gobierno. Conviene observar que utilizaba el epíteto bribón, o sinvergüenza, como algo corriente, y no en el sentido en que suele entenderse, sino como un término con el que expresaba vehemente desaprobación, como cuando respondió así a la señora Thrale, quien le había preguntado qué tal se encontraba: «Listo para convertirme en un bribón, mi señora; con sólo un poco más de mimo y consentimiento, me convertirá usted en un granuja redomado»,^[1] con lo cual quiso dar a entender, creo, que tenía fácil propensión a tornarse un hipocondríaco caprichoso y demasiado indulgente consigo mismo, tipo de personalidad por la cual le he oído manifestar una fuerte aversión.

Johnson llevó consigo en esta excursión *El Palmerín de Inglaterra*, novela que ensalza Cervantes, pero no le gustó mucho. Dijo que la leyó por mejor conocer la lengua, en preparación para su viaje a Italia. Esa noche la pasamos en Loughborough.

El jueves 28 de marzo continuamos el viaje. Le comenté que el viejo Sheridan se había quejado de la ingratitud con que lo trataron Wedderburne y el general Fraser, quienes quedaron en deuda con él cuando eran unos jóvenes escoceses que iniciaban sus respectivas andaduras en la sociedad inglesa. JOHNSON: «Es natural, señor, que uno se queje de la ingratitud de quienes han llegado mucho más alto que él. Cuando ingresa en una esfera más elevada que la de origen y adquiere otros hábitos, otra vida, no puede un hombre mantener todas sus relaciones amistosas de antaño. Entonces, quienes le conocieron y lo trataron antes en pie de igualdad pueden dar en pensar que debiera tratarles con la misma igualdad, cosa que no puede ser, y un conocido de antaño puede ventilar asuntos cuya sola mención sea asaz desagradable ante compañía de más altura, aun cuando sea posible que estén todos al tanto de estos asuntos». Me hizo ver esta cuestión bajo una nueva luz, y me mostró que quien ha

llegado a lo más alto no debe ser condenado con demasiada inclemencia, y menos aún a la ligera, por mantenerse distante de un antiguo conocido. No cabe duda de que es muy deseable que los más grandes muestren un debido grado de atención a sus antiguos amigos. Pero tanto si por obtusa insensibilidad a la diferencia de situación que media entre ambos, como por atrevimiento presuntuoso, o bien por demasiada derechura, que ni siquiera querrá someter a la opinión de quien la observe desde fuera, no saben preservar la dignidad de su elevada posición cuando se les admite en presencia de quienes han ascendido hasta verse muy por encima del estado en que estuvieron, preciso es repudiar el abuso con que se cercenan tales derechos y sacrificar los sentimientos más amables. A una de las personas muy afortunadas que he mencionado, esto es, Wedderburne, en la actualidad lord Loughborough, debo hacerle justicia y referir que otro conocido suyo desde antaño, el anciano señor Macklin, quien le ayudó a mejorar su pronunciación corrigiendo y puliendo a fondo su acento, me ha relatado que siempre lo encontró muy agradecido. Supongo que Macklin nunca lo apremió para prevalerse de su alta posición, al contrario que el caballero del que él se quejaba. El comentario del doctor Johnson acerca de los celos que nos inspiran los amigos que llegan mucho más alto que nosotros es, qué duda cabe, muy justo. No de otro modo se malogró la amistad que unía a Charles Townshend y Akenside, y podrían aducirse muchos ejemplos similares.

«Es por lo común débil —dijo— el hombre que casa por amor». Hablamos entonces de quienes casan con mujeres de gran fortuna, y recordé un comentario común: que un hombre puede en conjunto ser más rico si casa con una mujer que aporte dote exigua, ya que una mujer de fortuna será proporcionalmente cara de mantener, mientras que una mujer que nada aporte suele ser muy moderada en sus gastos. JOHNSON: «Le aseguro que eso no es verdad. Una mujer de fortuna, acostumbrada al manejo del dinero, es juiciosa en sus gastos, mientras que una mujer que por vez primera, cuando se casa, administra los dineros, tiene tal ansia de gastarlos que despilfarra con profusión».

Alabó a las damas de la época actual e insistió en que eran más fieles a sus esposos, y más virtuosas en todos los sentidos que en el pasado, por haber cultivado mejor su entendimiento. Prueba indudable de su sensatez y su buena disposición es que nunca fuese quejoso, nunca propenso a lanzar invectivas contra la actualidad, como suele ser común en los temperamentos superficiales cuando se hallan preocupados e inquietos. Muy al contrario, era dado a hablar de la época que le tocó vivir de un modo favorable; en efecto, defendía su superioridad en todos los sentidos, salvo en lo referente al respeto por el gobierno, la relajación del cual imputaba al sobresalto que se llevó nuestra monarquía con la Revolución, aun cuando fuese necesario, y como causa segunda señalaba las tibias concesiones hechas a la polémica y el antagonismo por las sucesivas administraciones en el reinado del actual monarca. Me congratula pensar que vivió lo suficiente para ver que la Corona por fin recuperó su justa influencia.

En Leicester leímos en el periódico la noticia de que había fallecido el doctor James. Pensé que la muerte de un antiguo compañero de estudios, con el cual mucho había convivido en Londres, habría afectado mucho a mi compañero de viaje, pero se limitó a decir: «Ah, pobre Jamy». Después, ya en el coche, habló con más ternura. «Desde que emprendí esta excursión, he perdido a un viejo amigo y a uno joven: el doctor James y el pobre Harry», en referencia al hijo de la señora Thrale.

Tras parada y fonda en St. Albans el jueves 28 de marzo, desayunamos a la mañana siguiente en Barnet. Le manifesté una flaqueza de ánimo que no pude evitar, la inquietante aprensión de que mi esposa e hijos, que a tan gran distancia de mí se hallaban, pudieran estar enfermos. «Señor —dijo—, repare en lo estúpido que le parecería si ellos tuvieran la aprensión de que estuviera enfermo usted». Este súbito giro me procuró un alivio momentáneo, aunque luego me pareció que era a todas luces ingeniosa falacia.^[2] Podría haberme dado por satisfecho, desde luego, con que no tuvieran ellos razón alguna para sentir aprensión por mí, ya que sabían que me encontraba bien, pero también podíamos tener una mutua preocupación sin que se nos pudiera acusar de caer en ninguna estupidez, pues cada cual en cierto grado tenía una natural falta de certeza en lo tocante a la salud del otro.

Tuve mucho placer de llegar a Londres, la metrópolis que tanto amábamos los dos, por los altos y variados disfrutes intelectuales que proporciona. Experimenté un contento inmediato con el bamboleo del carruaje al rodar veloz con semejante compañero. «Señor —le dije—, un día comentó en casa del general Oglethorpe que un hombre nunca es feliz en el presente, salvo cuando está borracho. ¿No añadiría que también lo es cuando viaja a gran velocidad en un buen coche?». JOHNSON: «No. Uno viaja siempre desde algo, o hacia algo».

Hablando de la melancolía, dijo: «Algunos hombres dados además al cultivo del intelecto no tienen esos irritantes pensamientos.^[3] Sir Joshua Reynolds está igual durante todo el año. Beauclerk, salvo cuando se halla enfermo y padece dolores agudos, es igual. Creo sin embargo que la mayoría de los hombres los tienen en la medida en que son capaces de tenerlos. Si estuviera yo en el campo y me acuciara esa enfermedad, me obligaría a tomar un libro, y cada vez que lo hiciera habría de resultarme más fácil. La melancolía, qué duda cabe, hay que distraerla por todos los medios de que se disponga, salvo mediante la bebida».

Nos detuvimos en casa de los señores Dilly, libreros en el Poultry; de allí salió él presuroso, en un coche de punto, a casa del señor Thrale, en el Borough. Pasé por su casa por la tarde, pues había prometido comunicar a la señora Williams que había regresado sano y salvo; con gran sorpresa, me lo encontré tomando el té con ella, y por cierto me pareció que no de muy buen humor, pues resultó que cuando llegó a casa del señor Thrale el coche esperaba ya en la puerta para llevarse al señor y la señora Thrale, y al signor Baretti, su profesor de italiano, a Bath. No fue, desde luego, la muestra de atención y respeto que cabría esperar que dieran al «guía, filósofo y amigo»,^[c1] al *Imlac* que había vuelto presuroso de su gira por provincias para dar

consuelo a una madre apenada, de la cual tenía entendido que aguardaba con angustia e impaciencia su regreso. Descubrí que, sin ceremonia, habían emprendido viaje. Me alegró saber de sus propios labios que seguía en pie la decisión firme de viajar a Italia con el señor y la señora Thrale, acerca de lo cual había albergado ciertas dudas debido a la pérdida que acababan de sufrir, y sus dudas posteriormente resultaron fundadas. Observó, sin duda con gran justicia, que «su pérdida fue razón adicional de que emprendieran un viaje al extranjero, y de no haber estado resuelto que él formase parte de la expedición, los habría obligado a marchar, si bien no quiso darles consejo a no ser que se lo pidieran, no fuera que sospecharan que su recomendación obedecía a su deseo de viajar». No me agradaba que el trato de intimidad que mantenía con la familia del señor Thrale, si bien es innegable que mucho contribuyó a su comodidad y disfrute, comportara ciertas restricciones; no es, como se ha insinuado de un modo grosero, que se le exigiera la tarea de conversar para darles entretenimiento a ellos y a sus acompañantes, sino que no se encontraba del todo a sus anchas, lo cual, sin embargo, podría en parte deberse a su propio y honrado orgullo, a esa dignidad del espíritu que siempre recela de parecer demasiado plegadiza y dócil.

El domingo 31 de marzo le visité y le mostré una curiosidad que había descubierto: su traducción de la descripción de Abisinia, de Lobo, que sir John Pringle me había prestado, y que entonces apenas era conocida y menos aún reconocida como obra suya. Me dijo: «No repare en eso», o «No hable de eso». Parecía considerarla indigna de él, aunque la hizo a los veintiséis años. Le dije: «Su estilo, señor, mucho ha mejorado desde que tradujo esto». Con una suerte de sonrisa triunfal, respondió: «Eso espero».

Por la mañana del miércoles 3 de abril me lo encontré muy atareado, poniendo sus libros en orden, y como eran por lo general volúmenes muy antiguos flotaban a su alrededor nubes de polvo.^[a nota 26, Vol. III] Se había puesto unos guantes grandes, como los que emplean los que podan y recortan los setos. Su aspecto en aquella situación me trajo a las mientes la descripción que de él hizo mi tío, el doctor Boswell: «Un genio robustísimo, nacido para vérselas a pecho descubierto con bibliotecas enteras».

Le di cuenta de una conversación que el día anterior tuvo lugar entre el capitán Cook y yo a la hora del almuerzo, en casa de sir John Pringle, y mucho le complació la concienzuda exactitud que gastaba el célebre circunnavegante, quien me aclaró y me puso en su justa perspectiva muchos de los exagerados relatos que ha hecho el doctor Hawkesworth acerca de sus viajes. Le referí que mientras estuve en compañía del capitán me contagié por completo el entusiasmo de la curiosidad y la aventura, y que sentí incluso una muy fuerte inclinación a emprender con él su próxima expedición marinera. JOHNSON: «Bueno, señor, es natural sentir tal cosa, sin duda, hasta que uno repara en lo poquísimo que se puede aprender de tales viajes». BOSWELL: «Pero es que uno se ve arrastrado, llevado en volandas como si dijéramos, por la idea general e indistinta de un viaje alrededor del mundo». JOHNSON: «Sí, pero uno ha de guardarse de la tentación de tomarse una cosa así en términos generales».

Dije que estaba seguro de que una gran parte de todo lo que nos cuentan quienes han viajado a los Mares del Sur debe de ser mera conjetura, pues no poseen en la medida suficiente la lengua de tales países, de modo que no parece posible que entiendan tanto como refieren. Los objetos que se hallan bajo la observación de nuestros sentidos pueden sin duda conocerse con toda claridad, pero todo lo que es de orden intelectual, abstracto —la política, la moral, la religión— ha de ser adivinado sólo de un modo más bien oscuro. El doctor Johnson se mostró de idéntico parecer. En otra ocasión en que un amigo le comentó varios sucesos extraordinarios que habían puesto en su conocimiento los circunnavegantes, observó con taimada ironía: «Señor, hasta la fecha no había tenido constancia de lo mucho que me respetan tales caballeros; a mí no me han contado ninguna de tales cosas».

Había estado él en compañía de Omai, nativo de una de las islas de los Mares del Sur, luego de que llevara algún tiempo en este país. Le asombró la elegancia de su porte, que explicó de este modo: «Estando en Inglaterra, ha pasado todo el tiempo en la mejor compañía, de modo que ha adquirido de nuestros modales la mayor gentileza. Como prueba de ello, lord Mulgrave y él almorzaron un día en Streatham; se sentaron frente a mí, de espaldas a la luz, de manera que no pude verlos con claridad, y había en Omai tan poco del salvaje que me dio miedo dirigirles la palabra, no fuera a confundir al uno con el otro».

Acordamos comer ese día en la Taberna de la Mitra, tras levantarse la sesión de la Cámara de los Lores, donde estaba previsto que se presentase una delegación del litigio tocante a la herencia de Douglas, en la que yo formaba parte de la defensa. Llevé conmigo al señor Murray, fiscal general de Escocia, que ahora era uno de los jueces del Supremo, con el título de lord Henderland. Mencioné a un pariente suyo, lord Charles Hay, del cual sabía que tuvo trato con Johnson. «Algo escribí para lord Charles^[c2] —dijo—, y creo que nada tuvo que temer de un consejo de guerra. Su muerte me supuso una pérdida tremenda; era un hombre de conversación poderosa y placentera, y un gran lector. El carácter de un soldado ha de ser aguerrido. Son ellos los que más destacan ante el peligro, defienden el bien de la comunidad y cuentan con el respaldo de la humanidad toda. Un oficial goza de mucho mayor respeto que cualquier otro hombre que tenga tan poco dinero como él. En un país tan entregado al comercio como el nuestro, el dinero siempre valdrá para comprar respeto. Pero ya se ve que un oficial, que hablando con propiedad no tiene dinero, es recibido en todas partes con los brazos abiertos, y se le trata con la mayor atención. El carácter de un soldado siempre le resulta de la mayor utilidad». BOSWELL: «Sin embargo, señor, creo que a los soldados rasos se les mira peor que a cualquier otro hombre de idéntico rango en la vida, como pueden ser los menestrales». JOHNSON: «Desde luego, el soldado raso suele ser un hombre muy grosero, y cualquier cualidad que procure el respeto ajeno queda en nada si la abruma la grosería. Un hombre de gran cultura puede ser tan vicioso o tan ridículo que no se le pueda respetar. Un soldado raso también suele comer más de lo que puede pagar. Pero cuando un soldado raso

muestra civismo en su cuartel, su casaca roja le procura un gran respeto». Se habló del peculiar respeto que se tiene en Francia por el carácter militar. BOSWELL: «Yo diría que allí donde tan numerosos son los militares, se les tiene en menor valor por no ser infrecuentes». JOHNSON: «No, señor; allí donde un carácter o profesión particular gozan de alta estima a juicio del pueblo, quienes lo poseen, o a ella pertenecen, tendrán una estima superior a la media. Mucho valoramos a un inglés en este país, donde los ingleses no son infrecuentes».

Murray elogió a los filósofos de la Antigüedad por la sinceridad y el buen humor con que disputaban entre sí los de distintas escuelas. JOHNSON: «Señor, disputaban con buen humor porque no tenían seriedad en sus creencias de religión. De haber sido los antiguos más severos en sus creencias, no habríamos visto a sus dioses expuestos del modo en que los representan los poetas. El pueblo llano nunca lo hubiese tolerado. Disputaban con muy buen humor sobre sus fantásticas teorías porque no les interesaba la verdad de las mismas: cuando un hombre no tiene nada que perder, puede estar de un humor excelente con su adversario. En consonancia con ello, bien se ve en Luciano, el epicúreo que sólo argumenta negativamente, que nunca pierde los estribos; el estoico, que tiene algo positivo que mantener, monta en cólera. Encolerizarse con quien contiende contra una opinión que uno valora es consecuencia inevitable de la intranquilidad que a uno le acomete. Todo el que ataque mis creencias merma en cierto grado la confianza que yo tengo en ellas, por lo cual me inquieta. Quienes creen en la Revelación se han enojado siempre que su fe se pone en tela de juicio, pues sólo tenían eso para apoyarse». MURRAY: «Me parece a mí que ya no nos encolerizamos con quien contiende contra una opinión en la que creemos y que valoramos; a lo sumo, le tenemos compasión». JOHNSON: «Señor, no cabe duda de que cuando usted desea que un hombre profese esa creencia que usted considera infinitamente ventajosa, es el bien lo que le desea, aun cuando su consideración primordial sea su propia tranquilidad. Si un loco entrase en esta sala con una cachiporra en la mano, sin duda nos compadeceríamos de su trastorno, pero nuestra consideración primordial sería velar por nuestra seguridad. Primero habría que dar con él por tierra, y compadecemos si acaso después. No, señor mío: cualquier hombre disputará con humor excelente sobre una cuestión en la que no tenga mayor interés. Le aseguro que yo podría discutir con una calma infinita sobre la probabilidad de que al hijo de otro se le ajusticiara en la horca; ahora bien, si un hombre pone todo su celo y todo su empeño en defender que ahorque a mi hijo, de ninguna manera estaré de buen humor con él». Añadí yo esta ilustración: «Si un hombre se desvive por convencerme de que mi esposa, a la que amo muchísimo y en la que tengo inmensa confianza, es una mujer desagradable, y que incluso me ha sido infiel, montaré en cólera contra él, pues me inspira el temor de ser infeliz». MURRAY: «Pero la verdad, señor, siempre soportará un examen». JOHNSON: «Desde luego, señor mío, pero es doloroso verse obligado a defenderla. Considere si le agradaría, siendo sabedor de su

inocencia, verse juzgado ante un tribunal y acusado de haber cometido un delito capital una vez por semana».

Hablamos de la educación en las grandes escuelas, sobre cuyas ventajas y desventajas se explayó Johnson de manera esclarecedora, aunque sus argumentos abundaron a tal extremo en favor del beneficio que un muchacho de buenas facultades pueda obtener en una de ellas que tengo motivo para creer que a Murray le influyó muchísimo todo cuanto oyó ese día para afianzar su determinación de enviar a su hijo a cursar estudios en la escuela de Westminster. Yo he actuado del mismo modo con respecto a mis dos hijos, habiendo colocado al mayor en Eton y al segundo en Westminster. No sabría decir cuál es mejor de las dos. En justicia a ambos nobles seminarios, con gran satisfacción declaro que mis hijos han obtenido en ellos muchísimo bien y mal ninguno; tengo plena confianza en que, como Horacio, estén agradecidos a su padre por haberles dado tan valiosa educación.

Introduje un asunto que a menudo se aborda con apremio y con notoria ignorancia, a saber, que las universidades de Inglaterra son demasiado ricas,^[4] de modo que el saber no florece en ellas como florecería si quienes imparten la enseñanza percibieran salarios más reducidos y dependieran de su tesón para asegurarse una gran parte de sus ingresos. JOHNSON: «La verdad del caso es exactamente la inversa, señor: las universidades inglesas no tienen riqueza suficiente. Nuestras becas sólo alcanzan para prestar respaldo a un joven mientras curse los estudios que lo hagan apto para desenvolverse en el mundo; en consecuencia, se sostienen por lo general sólo hasta que les surge una oportunidad de marchar. De vez en cuando es posible que haya uno que envejezca en su colegio, pero será en contra de su voluntad, a menos que se trate de un hombre de suma indolencia. En cien al año se calcula la dotación de una buena beca, y eso es cuanto hace falta para mantener a un hombre dedicado con decencia al estudio. No permitimos que los estudiantes internos en los colegios contraigan matrimonio, pues consideramos las instituciones académicas como mera preparación para asentarse en el mundo. Sólo cuando tiene empleo de preceptor puede un interno obtener algo más de lo esencial para ganarse la vida. Con toda certeza, el hombre que disponga de lo suficiente sin enseñar no enseñará, pues todos preferiríamos no hacer nada si pudiéramos. De igual manera, quien nada haya de ganar con la enseñanza tampoco se esforzará en enseñar. Gresham College fue creado como un lugar destinado a la enseñanza en Londres; allí, profesores muy capaces habían de dar lecciones y conferencias gratuitas, y se las ingeniaron para no tener estudiosos dispuestos a darlas; en cambio, si se les hubiera permitido recibir seis peniques por lección o conferencia impartida, habrían sido sumamente partidarios de contar con abundantes estudiosos de excelente preparación. Cualquiera estará de acuerdo en que a quienes enseñan debería interesar que haya quienes estudien, y tal es el caso de nuestras universidades. Ciertamente, no es verdad que sean demasiado ricos, pues no tienen lo suficiente para mantener a un hombre de eminente erudición durante toda la vida. En las universidades del extranjero, el

profesorado es algo que se tiene en altísima estima. Es prácticamente lo máximo que puede alcanzar un hombre por medio de su constante dedicación al estudio, y por tanto bien se ve que los hombres más eruditos, en el extranjero, se hallan en las universidades.^[c3] No es el caso entre nosotros. Nuestras universidades están empobrecidas de erudición debido a la penuria de las provisiones de que disponen. Ojalá hubiera en Oxford muchos más puestos de profesor dotados con mil al año, para que así los hombres de primerísima fila se abstuviesen de abandonar la universidad». De ser ése el caso, la literatura gozaría de una dignidad y un esplendor aún mayores en Oxford, y existirían fuentes de instrucción más vivas y mejores.

Comenté la intranquilidad de Maclaurin, debida a la ridiculización que con total negligencia había arrojado sobre su padre, ya difunto, Goldsmith; en su *Historia de la naturaleza animada*, representó al célebre matemático como si padeciera ataques en los que bostezaba de manera incontrolable, y tan violenta, que lo incapacitaban para proseguir una lección que estuviera impartiendo. Era una anécdota carente de fundamento, pero por cuya publicación no otorgó reparación de ninguna especie la ley.^[5] Esto nos llevó a debatir si era posible obtener resarcimiento legal cuando un familiar fallecido es objeto de calumnia en una publicación. Murray sostuvo que ha de haber indemnización o rectificación a menos que el autor pueda justificarse mediante una demostración del acto. JOHNSON: «Señor, es infinitamente más crucial que se cuente la verdad, y no lo es tanto que un individuo pueda estar tranquilo, de manera que es preferible que la ley no restrinja la posibilidad de escribir con entera libertad acerca del carácter que tuvieron en vida los muertos. Se hará un daño a veces grave a un hombre al que se haya calumniado mientras vive, porque tal vez de ese modo se le perjudique en los intereses que pueda tener en este mundo, o al menos se dañe su ánimo: ahora bien, no contempla la ley la intranquilidad que pueda acuciar a un hombre por ver calumniado a un ancestro suyo.^[c4] Eso es hilar demasiado fino. Que sea él mismo quien desmienta lo que se haya dicho, y que la cuestión pueda así zanjarse con la debida discusión. En cambio, si un hombre no puede decir nada en contra de un personaje, salvo aquello que pueda demostrar, no sería posible escribir la historia, ya que es mucho lo que se sabe de los hombres, si bien no se puede demostrar de manera fehaciente. Puede un ministro tener fama y notoriedad por haber aceptado sobornos, si bien puede no ser uno capaz de probarlo». El señor Murray sugirió que al autor podría obligársele a dar alguna clase de prueba, aun cuando no fuera concluyente y aunque tampoco se le exigiera que fuese una prueba legalmente admisible, pero Johnson se opuso con firmeza y resolución a toda restricción que se le quisiera imponer, por ser adversa a la libertad de investigación sobre el carácter de los seres humanos.^[6]

El jueves, 4 de abril, en una visita al doctor Johnson, dije que era una lástima que la verdad no tuviera la fortaleza suficiente para desafiar todos los ataques que contra ella se lanzasen, de modo que fuera posible disparar contra ella tanto como el pueblo quisiera, a despecho de lo cual siguiera siendo la verdad indemne. JOHNSON: «De ser

así, nadie dispararía contra ella. Nadie disputa que dos y dos son cuatro; ahora bien, en toda contienda relativa a la verdad moral suelen mezclarse las pasiones, por lo cual ha de estar sujeta al ataque, la diatriba y la representación falsa».

El viernes 5 de abril era Viernes Santo, y luego de asistir al servicio litúrgico matinal en la iglesia de St. Clemens volví con Johnson caminando a su casa. Hablamos de la religión católica JOHNSON: «En épocas de barbarie, los sacerdotes y el pueblo estaban engañados por igual; posteriormente menudearon las corrupciones aberrantes que introdujo el clero, como las bulas y las indulgencias para que los curas tuvieran barraganas; la adoración de las imágenes no es que se inculcase, desde luego, pero se permitía con pleno conocimiento». Censuró con vehemencia las casas de lenocinio que en Roma contaban con permiso de los magistrados y la permisividad en muchas otras componendas. BOSWELL: «Siendo así, señor, ¿no permitiría usted ningún trato irregular de ninguna especie entre los sexos?». JOHNSON: «Categoricamente, no. Lo castigaría mucho más de lo que se castiga, y de ese modo le pondría coto. En todos los países ha sido abundante el fornicio, igual que en todos los países lo ha sido el latrocinio; ahora bien, uno y otro pueden ser más o menos corrientes, en proporción a la fuerza de la ley. Todos los hombres cometerán por su propia naturaleza el delito de fornicio, tal como todos los hombres por naturaleza se darán al robo. Y es sumamente absurdo sostener, como se ha hecho a menudo, que las prostitutas sean necesarias para impedir que los violentos efectos del apetito vulneren la decencia y el orden; se ha llegado a decir que son necesarias para preservar la castidad de nuestras esposas e hijas. Le aseguro, señor, que la severidad de las leyes, aplicadas con firmeza inquebrantable, habría de ser suficiente para poner freno a tales males, amén de promover el matrimonio».

Le expuse el siguiente caso. «Suponga que un hombre tiene una hija de la que sabe que ha sido víctima de una seducción, aunque este infortunio se ha mantenido oculto al mundo. ¿Es su deber cobijarla en su propia casa? Al hacerlo, ¿no sería connivencia con una imposición? Asimismo, es posible que un hombre digno, que nada sospeche, aparezca y despose a esa mujer, a menos que el padre le ponga al corriente de la verdad». JOHNSON: «No es, señor, connivencia con ninguna imposición. Su hija reside en su casa, y si un hombre la corteja, sabe a qué se expone. Si un amigo o, desde luego, si cualquier hombre le pregunta su opinión sobre si debe casarse con ella, tiene que aconsejarle que no lo haga sin explicarle el porqué, ya que es su opinión verdadera la que se le pide. O, si tiene otras hijas que están al corriente de su fragilidad, no debe mantenerla bajo su mismo techo. Es preciso considerar que así es la vida; hemos de juzgar el carácter de los demás tan bien como podamos, pero a un hombre no le atan la honradez ni el honor para contarnos las faltas de su hija, ni las suyas propias. Un hombre que haya pervertido a la hija de un amigo no está obligado a decírselo a todo el mundo. Mucho cuidado conmigo: no me franquee la entrada de su casa sin recelar de mí. Una vez pervertida la hija de un amigo, podría hacer lo mismo con la suya».

El señor Thrale fue a visitarlo. Parecía soportar la pérdida de su hijo con la compostura de un hombre hecho y derecho. No dio muestra alguna de afectación; él habló, como de costumbre, de asuntos diversos y más o menos anodinos. Me pareció que titubeaba en lo referente al previsto viaje por Italia que, me creía yo, el señor Thrale y su esposa y el doctor Johnson habían de emprender muy pronto. Por consiguiente, insistí cuanto pude en la idea del viaje. Comenté que Beauclerk había dicho que Baretti, a quien iban a llevar con ellos, los entretendría tanto en las ciudades pequeñas de su región que no les quedaría tiempo para visitar Roma. Si lo señalé fue solamente para ponerlos en guardia. JOHNSON: «Señor, nada tenemos que agradecer a Beauclerk si supone que es Baretti quien va a dirigir la expedición. No, el señor Thrale, siguiendo mi consejo, irá a ver al señor Jackson, “el sabelotodo”.^[7] Este ha de facilitarle un plan de acuerdo con el cual se pueda ver todo lo posible en el tiempo de que disponemos para viajar. No hay género de dudas; hemos de visitar Roma, Nápoles, Florencia y Venecia, así como todo lo que podamos», concluyó con gran animación.

Le manifesté un gran deseo de conocer sus comentarios sobre Italia, a lo cual me dijo: «No creo que esté en mi mano componer un libro sobre Italia, aunque me alegraría embolsarme doscientas o quinientas libras por una obra de tal índole». Así se muestra que, primero, no había descartado de antemano un diario de su viaje por el continente, y, segundo, que suscribía de manera recurrente aquella extraña opinión que le había llevado a formular con su connatural indolencia: «Nadie, salvo un mentecato, ha escrito jamás si no es por dinero».^[c5] Son numerosos los ejemplos que refutan esta idea, y que se le ocurrirán a cualquiera que esté versado en la historia de la literatura.^[c6]

Nos dio uno de los muchos esbozos de personas que atesoraba en su memoria y que propendía a dibujar de manera completamente inesperada y con gran entretenimiento de quienes los escuchaban. «Últimamente —dijo— he recibido una carta de las Indias Orientales, de un caballero a quien en el pasado conocí muy bien; había regresado de un lejano país con una bonita fortuna, según se le calculaba, antes de que se encontrasen los medios para amasar las inmensas cantidades de las que recientemente hemos oído hablar. Era un estudioso, un hombre de trato agradable, que vivió tan ricamente en Londres hasta que falleció su esposa. Luego de su muerte se dio a la disipación en el juego y perdió cuanto tenía. Durante una sola noche perdió un millar de libras que le ganó un caballero cuyo nombre lamento haber olvidado. A la mañana siguiente envió a este caballero quinientas libras con una nota de disculpa: era cuanto tenía en este mundo. El caballero le devolvió el dinero, afirmando que se negaba a aceptarlo, y añadiendo que si el señor — tuviese necesidad de otras quinientas, estaba dispuesto a prestárselas. Resolvió viajar de nuevo a las Indias Orientales y amasar una fortuna. Logró un nombramiento de consideración y tuve yo la vaga intención de acompañarlo. De haber pensado entonces como pienso ahora, habría ido sin dudarlo, sólo que en aquel entonces tenía yo ciertas objeciones para

abandonar Inglaterra».

Fue una circunstancia muy notable en Johnson, a quien los observadores más superficiales han considerado ignorante del mundo: muy pocos hombres han conocido tan gran variedad de caracteres, y ninguno ha sabido observarlos mejor, como es evidente en los contrastados y sin embargo amenos retratos que a menudo pintaba. Con frecuencia he dado en pensar que si hubiera confeccionado lo que los franceses llaman *une catalogue raisonnée* de todas las personas a las que se había detenido a observar, habría procurado un muy abundante fondo de instrucción y entretenimiento. El modo tan repentino con que estos relatos y retratos de tales personajes arrancaban en medio de su conversación no era menos placentero que sorprendente. Recuerdo que una vez me comentó: «Es una maravilla, señor, lo que puede encontrarse en Londres. La conversación más literaria de cuantas he disfrutado tuvo lugar ante la mesa de Jack Ellis, un escribiente que tenía su covacha tras el edificio de la Real Bolsa de Cambio, con el cual hubo una temporada en que almorzaba una vez por semana».^[8]

Harían falta volúmenes enteros para incluir la lista de sus numerosos y diversos amigos, conocidos y saludados, a ninguno de los cuales olvidó jamás, pudiendo describirlos y distinguirlos con precisión y viveza. Se relacionó con personas de la más amplia diversidad de modales, capacidades, rango y prendas. Fue a la vez compañero del brillante Forrester, coronel de la guardia, que escribió *The Polite Philosopher*, y del tosco y desabrido Robert Levett; de lord Thurlow y del señor Sastres, profesor de italiano, y un día almuerza con la bella, alegre y fascinante lady Craven^[9] y, al siguiente, con la buena señora Gardiner, la vendedora de velas de Snowhill.

Cuando le expresé mi asombro ante la naturalidad con que descubría su amplio y detallado conocimiento de tantas profesiones, me dijo: «Lo que sé de leyes lo aprendí sobre todo del señor Ballow.^[10] También de Chambers aprendí algo, aunque no era yo entonces tan dado a aprender. No ve uno con buenos ojos que le enseñe un hombre más joven». La manifesté mi deseo de saber algo más del señor Ballow; Johnson dijo: «Señor, lo he visto una sola vez en estos veinte años. La marea de la vida nos ha arrastrado a orillas distintas». Lamenté en su momento saberlo, si bien todo el que abandona los cauces de las conexiones privadas y se adentra más o menos por el gran océano de Londres experimentará tarde o temprano, de manera paulatina e imperceptible, pero inevitable, ese cese en el trato con ciertas personas.

«Mi conocimiento de la medicina —añadió— lo debo al doctor James, al que ayudé a escribir las propuestas de su *Diccionario*, además de echarle una mano en la propia confección del *Diccionario*.^[11] También aprendí algo del doctor Lawrence, aunque entonces me había vuelto más tozudo».

Ese día sucedió un curioso incidente, estando la señora Thrale y yo sentados con él. Francis anunció que acababan de traerle un paquete de grandes dimensiones de la oficina de correos. Era un envío procedente de Lisboa, y tenía que abonar siete libras

y diez chelines. Se negó a recibirlo, aseguró que era alguna estafa, ni siquiera se dignó verlo. Posteriormente, tras indagar de qué se trataba, resultó que el paquete era realmente para él, enviado por el amigo de las Indias Orientales del que nos acababa de hablar. El barco que lo trajo había hecho escala en Portugal, por lo que ese envío, junto con otros, fue dado al correo en Lisboa.

Hablé de un nuevo club de juego de cuya existencia me había informado Beauclerk. Sus miembros jugaban hasta la desesperación JOHNSON: «Le garantizo que son meras hablaturías. ¿Quién se arruina en el juego? No hallará usted ni seis ejemplos en un siglo. Es extraño el escándalo que se arma a propósito del juego cuando va en serio: son muchas más las personas que se arruinan en las aventuras del comercio y nadie dice nada en contra de tal actividad». THRALE: «Tal vez sean muy pocas las personas que se arruinan por completo jugando en serio, pero son muchas las que resultan perjudicadas por el juego en sus circunstancias vitales». JOHNSON: «Sí, señor; igual que tantas otras con experiencias de toda laya». Le había oído otra vez hablar en esos mismos términos; en Oxford había asegurado que «le apetecía jugar a las cartas». Lo cierto, sin embargo, es que le gustaba desplegar su ingenio en cualquier discusión; por consiguiente, a veces en una conversación defendía opiniones acerca de cuya improcedencia y yerro era consciente, si bien en su defensa ponía en juego todo su raciocinio y su ingenio. Podía comenzar así: «En cuanto a la bondad o maldad de los juegos de naipes...». «Ahora —diría Garrick— está sopesando de qué parte se pondrá». Parecía procurarle placer la contradicción, en especial cuando manifestaba una opinión cualquiera con un aire de absoluta confianza, de manera que apenas había un solo asunto de conversación, dejando a un lado las grandes verdades de la religión y la moralidad, que no se hubiera visto incitado a discutir, fuera para defenderlo, fuera para rebatirlo. Lord Elibank^[12] tenía desmedida admiración por esta capacidad. Una vez me dijo que «cualquiera que sea la opinión que defienda Johnson, no diré que me convenza, pero sí que nunca deja de mostrarme que tiene excelentes razones para manifestarla». A Johnson le he oído este cumplido sobre Su Señoría: «Nunca estuve en presencia de lord Elibank sin aprender algo nuevo».

Estuvimos sentados hasta que se nos hizo tarde para asistir al servicio litúrgico vespertino. Thrale dijo que había venido con la intención de ir a la iglesia con nosotros. Fuimos a las siete a las oraciones de la iglesia de St. Clemens, después de tomar café, indulgencia a la que entendí que cedió Johnson en esta ocasión por deferencia a Thrale.

El domingo de Pascua, 7 de abril, luego de estar en la catedral de St. Paul acudí a ver al doctor Johnson según mi costumbre. Me parece que mostraba siempre una peculiar mansedumbre y placidez con motivo de esta sagrada festividad, conmemoración del acontecimiento más gozoso en la historia de nuestro mundo, la resurrección de Nuestro Señor y Salvador, quien con su triunfo sobre la muerte y el sepulcro proclamó la inmortalidad del género humano.

Le repetí el argumento de una dama, conocida mía, quien sostenía que siendo su esposo culpable de innumerables infidelidades, la había exonerado de toda obligación conyugal porque eran recíprocas JOHNSON: «Eso es de miserables. En todo contrato matrimonial, además de los esposos hay una tercera parte, la sociedad, y si se considera un voto también interviene Dios; por consiguiente, no puede disolverse sólo por mutuo consentimiento. No se hacen las leyes para los casos particulares, sino para los hombres en general. Una mujer puede ser infeliz con su marido, pero no puede librarse de él sin el consentimiento expreso del poder civil y eclesiástico. Un hombre puede ser infeliz por no ser tan rico como otro, pero no por eso irá a apoderarse de sus pertenencias». BOSWELL: «Pero, señor, esta dama no desea la disolución del contrato; sólo defiende su derecho a deleitarse con galanterías con idéntica libertad que su marido, siempre y cuando ponga cuidado de no introducir descendencia espúrea en su matrimonio. Bien conoce usted lo que ha dicho Macrobio de Julia».^[13] JOHNSON: «Esta dama de la que me habla es sumamente apta para un burdel».

Llegó Macbean, autor del *Diccionario de Geografía antigua*. Comentó que llevaba cuarenta años ausente de Escocia. «¡Ah, Boswell! —dijo Johnson sonriente—. ¿Qué no daría usted por llevar cuarenta años lejos de Escocia?». «No me gustaría —repuse— ausentarme tanto tiempo de la sede de mis ancestros». Este caballero, así como la señora Williams y Levett, almorzaron con nosotros.

El doctor Johnson hizo un comentario que tanto a Macbean como a mí nos pareció novedoso. Fue que «la ley contra la usura tiene por objeto la protección de los acreedores y de los deudores, pues si no existiera tal cortapisa cualquiera tendría en su mano, debido a la tentación del alto interés, extender préstamos a quienes estuvieran en situación desesperada, por medio de los cuales perderían su dinero. Así se da el caso de señoras que se han arruinado al haber dilapidado con desatino sus fortunas a cambio de elevadas anualidades que al cabo de pocos años dejaron de pagárseles a raíz de la ruina en que se hallaba el prestatario».

La señora Williams estaba muy quisquillosa; me sorprendió la paciencia que tuvo Johnson con ella, como me había sorprendido ya en ocasiones similares. La verdad es que su humanitaria consideración por el desamparo y la indigencia en que dejó a esta señora la muerte de su padre lo inducía a tratarla con inmensa ternura, y es de ver cuán solícito era en procurarle entretenimiento, hasta el extremo de incomodar a veces a muchos de sus amigos al llevarla consigo cuando los visitaba en sus casas, donde, por su manera de comer, debida a su ceguera, a la fuerza ofendía la delicadeza de personas hechas a las sensaciones agradables.

Después del café fuimos al servicio vespertino de St. Clemens. Al observar a unos mendigos en la calle, cuando íbamos de camino, le dije que seguramente no existía una sola nación civilizada en la que se hubiera erradicado la pobreza de solemnidad en las clases más bajas JOHNSON: «No lo creo, pero que algunos sean infelices siempre será mejor que el que no sea feliz ninguno, como podría ser el caso en un

estado de igualdad generalizada».

Al terminar la liturgia volví a su casa con él, y estuvimos un buen rato sentados con toda tranquilidad. Me recomendó los libros del doctor Cheynel. Dije que, según me parecía recordar, a Cheynel se le tenía por veleidoso. «Así era —dijo— en algunos aspectos, pero ya se sabe que las objeciones cuando empiezan no acaban. Son muy contados los libros a los que no se pueda poner una u otra objeción. No quisiera yo que leyese usted nada de Cheynel, salvo su libro sobre la salud y *La enfermedad inglesa*».^[c7]

Sobre si un hombre que haya sido culpable de una conducta perniciosa debe imponerse el aislamiento y condenarse a la tristeza, dijo así: «No, señor, a menos que eso le impida volver a ser pernicioso. Para algunas personas, una lúgubre penitencia no es sino mera locura vuelta del revés. Un hombre puede caer en esa lúgubre pena hasta que, para darle alivio, recurra de nuevo a complacerse en actos delictivos».

El viernes 10 de abril almorcé con él en casa del señor Thrale, donde estaban Murphy y otros contertulios. Antes de servirse el almuerzo, el doctor Johnson y yo pasamos un rato a solas. Lamenté recibir la noticia de que el viaje a Italia no se iba a realizar en este año.^[c8] «Estoy desilusionado, desde luego —me dijo—, aunque no es gran desilusión». Me asombró verle sobrellevar con aplomo y entereza de filósofo lo que la mayoría se habría tomado con malhumor y contrariedad. Me percaté sin embargo de que había acariciado con tan cálido anhelo la esperanza de gozar de las escenas del clasicismo, que no le era fácil despedirse de los planes ya hechos, pues dijo: «Es probable que me agencie otra forma de viajar a Italia. Pero nada les diré al señor y la señora Thrale, ya que podría irritarles». Insinué que el viaje a Italia podría haberles sentado muy bien a los Thrale. JOHNSON: «Yo no lo creo. Mientras la pena sea tan reciente, todo esfuerzo por distraerla suele irritar. Hay que esperar hasta que uno digiere la pena y la asimila; es entonces cuando sí puede la diversión disipar los últimos residuos».

Durante el almuerzo, Murphy nos entretuvo con la historia de Joseph Simpson, compañero de estudios del doctor Johnson y entonces abogado en ejercicio, hombre de buenas facultades, que había caído en una vida de disipación, incompatible con los éxitos profesionales que había cosechado y que de otra forma bien habría mantenido, a pesar de todo lo cual conservaba intacta la dignidad en el porte. Había escrito una tragedia sobre la historia de Leónidas, titulada *El patriota*. La leyó en un círculo de abogados que le señalaron tal cantidad de defectos que la reescribió por entero, de modo que tenía dos tragedias sobre el mismo asunto y con idéntico título. El doctor Johnson nos dijo que una de las dos aún obraba en su poder. Después de su muerte, la publicó alguien que le había sido muy cercano, y sólo por obtener un magro y apresurado beneficio la anunció de manera groseramente falaz, haciendo creer al público que era obra del propio Johnson.

Dije que me desagradaba la costumbre por la que algunas personas traen a sus hijos a las reuniones de quienes las visitan, pues de ese modo nos fuerzan a hacerles

estúpidos cumplidos sólo por complacer a sus padres. JOHNSON: «Tiene razón. Siempre se nos tendría que disculpar si no nos importan demasiado los hijos de los demás, no en vano son muchos quienes apenas nada se preocupan de sus propios hijos. Vale la pena observar que los hombres, que por estar ajetreados en sus propias ocupaciones, o por la forma de vida que llevan, rara vez están con sus hijos, no suelen preocuparse mucho por ellos. Yo mismo dudo que hubiera tenido un gran cariño por un hijo mío». SEÑORA THRALE: «No es posible, señor. ¿Cómo puede decir tal cosa?». JOHNSON: «Al menos, nunca quise tener hijos».

Murphy señaló que el doctor Johnson tenía la intención de publicar una edición de Cowley. Johnson dijo que no estaba seguro, pero que debería hacerlo, y manifestó su desaprobación sobre el doctor Hurd, que había publicado una edición mutilada con el título de *Obras selectas de Abraham Cowley*. A Murphy le pareció que sentaba un mal precedente; observó que cualquier autor podría ser utilizado de la misma manera, y que era en cambio grato ver la variedad de composiciones de un autor en sus diversos periodos.

Hablamos de los poemas de Flatman, y la señora Thrale comentó que Pope le había tomado abundantes préstamos de «El cristiano moribundo a su alma». Johnson repitió los versos de Rochester a propósito de Flatman, que a mí me parecen severos en exceso:

Esa bestia lenta de carga, de Píndaro sus tonos y cepas,
Flatman, a quien imita Cowley a trancas y barrancas,
y monta un jamelgo por musa, sin fuerza en las riendas.

Me reconforta recordar todos los pasajes que oí recitar a Johnson: les imprime un valor añadido.

Nos dijo que el libro titulado *Las vidas de los poetas*, de Cibber, había sido en su totalidad compilación de Shiels, escocés que fue uno de sus amanuenses. «Los libreros —dijo— dieron a Theophilus Cibber, por entonces en prisión, diez guineas para que permitiese que el título de “libro de Cibber” figurase en la portadilla, pasando por autor del mismo; de ese modo, se pretendía llevar a cabo una doble imposición: en primer lugar, que era obra de Cibber sin serlo; en segundo lugar, que era además obra de Cibber padre».^[14]

El señor Murphy dijo que las *Memorias de la vida de Gray* le merecían en su estima un lugar más elevado que sus poemas, «pues en ellas se veía a un hombre en constante trabajo con la literatura». ^[a nota 108, Vol. III] Johnson estuvo muy de acuerdo en esto, aunque despreciase el libro, lo cual me pareció muy poco razonable en una persona como él. Y es que dijo así: «Me forcé a leerlas sólo porque era un libro del que se hablaba en todas partes. Me pareció soberanamente aburrido; en cuanto al estilo, es idóneo para la segunda de las tablas de la ley». No se me alcanzó en ese momento a comprender por qué pensaba de ese modo. Y dio entonces su opinión de que «Akenside era un poeta superior tanto a Gray como a Mason».

Hablando de reseñas dijo Johnson lo siguiente: «Me resultan sumamente imparciales; no conozco yo un solo caso de parcialidad evidente». Comentó lo que había hablado respecto de la *Monthly Review* y de la *Critical Review* en la conversación con que le honró Su Majestad el Rey. Esa noche abundó un poco más sobre ambas. «Los colaboradores de la *Monthly Review* —dijo— no llegan a ser deístas, aunque si son cristianos lo son en la medida más mínima en que se puede ser cristiano, y tratan de dismantelar todos los establecimientos. Los de la *Critical Review* son partidarios de la constitución existente, tanto en la Iglesia como en el Estado. En la *Critical Review*, creo yo, a menudo se reseñan los libros sin haberlos leído a fondo, y suelen apropiarse de un tema y escribir sobre todo según lo que su opinión les dicte al respecto. En la *Monthly Review* los colaboradores son más tediosos, y suelen dar por buena la lectura del libro que reseñan en su totalidad».

Habló de Lord Lyttelton y de la extrema ansiedad que tenía en tanto escritor, sobre lo cual señaló que «ha dedicado treinta años sólo a la preparación de su *Historia*, teniendo en cuenta que contrató a un ayudante que le apuntase el camino a seguir, como si —y rió— otro pudiera saber mejor que él qué era lo que deseaba decir». El señor Murphy apuntó que, según tenía entendido, había mantenido inédita su *Historia* durante varios años por miedo a Smollet. JOHNSON: «Esto nos resulta extraño tanto a Murphy como a mí, pues nunca hemos padecido esa ansiedad, ya que hemos enviado a imprenta lo que teníamos escrito, dejando que cada escrito se valiera por sus propios medios». SEÑORA THRALE: «Hubo una época, señor, en que también usted tuvo esa angustia». JOHNSON: «Pues le debo asegurar, señora, que no recuerdo una sola ocasión en que me haya ocurrido eso».

Hablando del *Spectator*, dijo que «es una maravilla que hubiera tan gran proporción de malos periódicos, en los que la mitad de lo publicado no estaba escrito por Addison, pues de ese modo quedaba un mundo entero para escribir esa otra mitad, aunque la mitad de esa mitad no valga gran cosa. Una de las piezas más finas en lengua inglesa es la sección sobre “Novedades”, aunque apenas se dice nada de ella. Era Grove quien la escribía, un maestro de escuela de la disensión religiosa». No quiso, y bien me di cuenta, llamarlo clérigo, aunque no escatimó elogios y tuvo la sinceridad suficiente de otorgar un gran mérito a sus composiciones. Murphy dijo que se acordaba de cuando había en Londres varias personas todavía vivas que disfrutaban de una nombradía considerable tan sólo por haber publicado algún suelto en el *Spectator*. Mencionó en concreto al señor Ince, quien tenía por costumbre frecuentar el Café de Tom. «Ahora bien —dijo Johnson—, hay que tener en cuenta con qué estima habla Steele del señor Ince». No quiso reconocer que tuviera mayor mérito el periódico por haber contado con un recadero que, en sus viajes, firmaba con el nombre de «Philip Homebred», al parecer de puño y letra del lord canciller Hardwicke en persona. Le parecía «una vulgaridad, y nada luminosa por cierto».

Johnson habló del *Sistema de medicina* del doctor Barry. «Era un hombre —comentó— que había adquirido una grandísima reputación en Dublín, vino a

Inglaterra y trajo consigo su reputación, pero no cosechó gran éxito. Su idea fundamental era que el pulso ocasiona la muerte por desgaste, y que, por consiguiente, la manera óptima de preservar la vida consiste en retardar el pulso. No obstante, sabemos que la pulsación tiene un ritmo más alto en los niños de muy corta edad, y que el crecimiento natural sigue su curso mientras el pulso late con su ritmo habitual, de modo que no puede ser la causa de la destrucción». Poco después dijo algo muy lisonjero a la señora Thrale, que no he retenido en la memoria, aunque concluyó deseándole larga vida. «Señor —dije yo—, de estar en lo cierto lo que dice Barry en su *Sistema*, quizá haya acertado en unos cuantos minutos la vida de la señora Thrale, pues seguramente le ha acelerado el pulso».

El jueves 11 de abril almorcé con él en casa del general Paoli, en cuyo domicilio residía yo entonces, y donde tuve con posterioridad el honor de ser recibido con la más afectuosa atención, como huésped constante mientras estuve en Londres, mientras no dispuse de casa propia en la ciudad. Dije que aquella mañana había presentado a Garrick al conde Neni, noble flamenco de gran alcurnia y no menor fortuna, al que Garrick habló de Abel Drugger,^[15]¹⁵ que tachó de papel secundario y menor, y le relató con vanidosa complacencia que un francés que lo había visto representar uno de sus personajes de baja extracción había exclamado: «*Comment! Je ne le crois pas. Ce n'est pas Monsieur Garrick, ce Grand Homme!*». Garrick añadió con un semblante de gravedad y recogimiento: «Si tuviera que empezar de nuevo en la vida, creo que no representaría estos personajes de ínfima extracción». A lo cual observé: «Señor, mal haría, pues su gran excelencia se halla en la variedad de sus tipos, y en lo bien que encarna caracteres tan sumamente disímiles». JOHNSON: «Garrick no hablaba en serio al decirlo, pues no cabe duda de que su peculiar excelencia está en la variedad, y tal vez no haya un solo personaje que no se haya representado tan bien como podía él hacerlo». BOSWELL: «En tal caso, ¿por qué habló así?». JOHNSON: «Para que usted respondiera como lo hizo». BOSWELL: «No lo creo. Parecía muy sumido en la reflexión». JOHNSON: «No tan sumido, señor; probablemente había dicho eso mismo una veintena de veces».

De un noble elevado muy pronto a un alto cargo en la administración se pronunció así: «No están mal sus facultades para ser un lord, aunque apenas se habrían notado en un hombre que tan sólo tuviera sus facultades».

Seguía pensando en hacer un viaje por Italia: «Un hombre que no haya estado en Italia —dijo— siempre tiene conciencia de cierta inferioridad, pues no ha visto lo que se da por sentado que un hombre debe ver. El gran objeto del viaje es avistar las costas del Mediterráneo, en las cuales estuvieron los cuatro grandes imperios que en el mundo han sido: el asirio, el persa, el griego y el romano. Toda nuestra religión, casi todo nuestro derecho, casi todas nuestras artes, prácticamente todo lo que nos sitúa por encima de los salvajes nos ha llegado desde las costas del Mediterráneo». El general observó que «el Mediterráneo sería un noble asunto para un poema».

Hablamos de la traducción. Yo dije que no podía definirla, y que tampoco se me

ocurría una semejanza que sirviera de ilustración, a pesar de lo cual me parecía que la traducción de poesía sólo puede ser imitación. JOHNSON: «Se pueden traducir libros de ciencia con toda exactitud. También se puede traducir la historia, en la medida en que no sea embellecida por la oratoria,^[c9] que es de índole poética. La poesía, efectivamente, no puede traducirse, y, por tanto, son los poetas los que preservan los idiomas, pues no nos tomaríamos la molestia de aprender un idioma si pudiéramos disponer de todo lo que está escrito en él de manera tan perfecta como en una traducción. Ahora bien, como las bellezas de la poesía no pueden preservarse en ningún idioma, salvo en aquel en que ha sido escrita originariamente, aprendemos el idioma».

Uno de los presentes sostuvo que el arte de la imprenta había causado un gran daño al verdadero saber, al diseminar infinidad de escritos baladíes. JOHNSON: «Señor, de no haber sido por el arte de la imprenta, no tendríamos hoy saber de ninguna clase, pues los libros habrían perecido más deprisa de lo que se podían haber transcrito». Esta observación no parece del todo justa si se repara en el muchísimo tiempo en que fueron los libros preservados sólo por medio de la escritura.

El mismo caballero defendió que una difusión general del saber entre el pueblo llano era una desventaja, ya que daba a lo vulgar claro ascendente por encima de su humilde esfera natural. JOHNSON: «Señor, si bien el saber es una distinción, quienes lo poseen se elevarán naturalmente por encima de quienes carecen de él. En un principio, el mero hecho de leer y escribir ya era una distinción; sin embargo, cuando la lectura y la escritura se han hecho algo general vemos que el pueblo llano conserva su situación en la vida. Y así las cosas, si más elevadas prendas hubieran de ser generales, el efecto sería el mismo».

«Goldsmith —dijo— todo lo remitía a la vanidad; sus virtudes, al igual que sus vicios, de tal motivo emanaban. No era un hombre sociable. Jamás intercambié pareceres con nadie».

Pasamos la velada en casa del señor Hoole. Estuvo presente el señor Mickle, excelente traductor de *Los lusíadas*. No es gran cosa lo que he retenido de aquella conversación. «Thomson —dijo el doctor Johnson— poseía verdadero genio poético, la capacidad de ver todas las cosas a la luz de la poesía. Su única falla está en esas nubes de palabras que a veces se le amontonan, tan densas que a duras penas se entrevé el sentido. Shiels, el compilador de las *Vidas de los poetas* escritas por Cibber, estaba un buen día sentado conmigo. Tomé un volumen de Thomson y le leí un largo fragmento, tras lo cual le pregunté: “¿No es espléndido?”. Una vez hubo expresado Shiels su más ferviente admiración, le dije: “En fin, caballero, debe saber usted que he omitido unos cuantos versos aquí y allá”».

Relaté una disputa dirimida entre Goldsmith y Robert Dodsley un día en que almorcé con ambos en casa de Tom Davies, en 1762. Goldsmith aseveró que no se había escrito poesía en esta época. Davies apeló a su propia colección, y sostuvo que si bien no era posible encontrar palacios como la «Oda en el día de Santa Cecilia», de

Dryden, había abundantes aldeas compuestas de chozas muy hermosas; mencionó en particular «El spleen».^[c10] JOHNSON: «Yo creo que Dodsley dio por perdida la batalla. En el fondo, Goldsmith y él decían lo mismo, sólo que él lo decía de manera más comedida que Goldsmith, no en vano reconocía que no había poesía, nada que descollase por encima de la media. Es posible encontrar ingenio y humor en verso sin que haya poesía. En *Hudibras* abundan estas cualidades, pero no se puede tener por un buen poema. “El spleen”, que figura en la antología de Dodsley, en la cual dice usted que éste se apoyó, no es verdadera poesía». BOSWELL: «¿Y no descuella la poesía de Gray por encima de la media?». JOHNSON: «Sí, señor, pero es preciso tener muy presente la diferencia que media entre lo que los hombres en general no pueden hacer, por más que lo intenten con denuedo, y lo que cualquiera puede hacer con sólo proponérselo. Jack, el de los dieciséis cordones, descollaba muy por encima de la media».^[16] BOSWELL: «En tal caso, señor, ¿qué es poesía?». JOHNSON: «Caramba, señor; mucho más fácil es decir qué no lo es. Todos sabemos qué es la luz, pero no es fácil decir en qué consiste».

El viernes 12 de abril almorcé con él en casa de nuestro amigo Tom Davies, donde conocimos al señor Craddock, del condado de Leicester, autor de la tragedia titulada *Zobeida*, un caballero muy grato de tratar, al que mi amigo el doctor Farmer ha dedicado su excelente *Ensayo sobre la cultura de Shakespeare*. También estaba el doctor Harwood, que ha escrito y publicado varias obras, en especial una traducción fantástica del Nuevo Testamento, en estilo moderno, y con un deje sociniano.

Comenté la doctrina de Aristóteles, en su *Arte poética*, de la κάθαρσις τῶν παθημάτων la purga de las pasiones, propósito verdadero de la tragedia.^[17] «¿Y cómo van a purgarse las pasiones por medio del temor y la compasión?», dije con fingido aire de ignorancia, para incitarle a perorar, para lo cual a veces era menester recurrir a tal o cual expediente. JOHNSON: «Antes que nada, es preciso sopesar cuál es el significado de la purga en su sentido original. Se trata de expulsar las impurezas del cuerpo humano. El espíritu está sujeto a las mismas imperfecciones. Las pasiones son los grandes motores de las acciones humanas, pero se presentan siempre mezcladas con tales impurezas, de modo que es necesario purgarlas y refinarlas por medio del temor y la compasión. Por ejemplo, la ambición es una pasión noble, pero al verla representada en escena, al ver que un hombre excesivamente ambicioso llega al extremo de medrar a costa de la injusticia y recibe su merecido castigo, nos aterran las consecuencias fatales de semejante pasión. Del mismo modo, es necesaria una cierta medida de resentimiento, pero si vemos que un hombre lo lleva a su extremo, nos apiadamos de su afán y aprendemos a moderar esa pasión». Las notas que tomé para dejar constancia de esta ocasión hacen una gran injusticia al modo en que se expresó Johnson, que fue de tal potencia y brillantez que Craddock me dijo en voz baja: «¡Ay, si estuvieran sus palabras recogidas en un libro...!».^[c11]

Señalé que el gran defecto de la tragedia de *Otelo* era que carecía de moraleja, ya

que no hay hombre capaz de resistirse a las circunstancias de suspicacia que arteramente se insinúan al entendimiento de *Otelo*. JOHNSON: «Señor, en primer lugar, de *Otelo* aprendemos una útilísima enseñanza moral, a saber, lo pernicioso que es el matrimonio en el que prima la desigualdad. En segundo lugar, aprendemos a no ceder con demasiada presteza a la suspicacia, pues el pañuelo no es sino mera añagaza, bien que añagaza muy bella. No hay otras circunstancias que razonablemente auspicien dicha suspicacia, salvo lo que relata Iago de las cálidas palabras que dedica Casio a Desdémona mientras ella duerme, lo cual depende por entero de la afirmación de un solo hombre. No, señor: creo que *Otelo* contiene más enseñanzas morales que casi cualquier otra obra teatral».

Hablando de un mísero caballero, conocido nuestro, dijo Johnson: «Señor, es un agarrado, aunque no tanto por avaricia cuanto por su impotencia a la hora de gastar su dinero. No halla en su corazón motivo para escanciar el vino, aunque tampoco le importaría mucho que se le avinagrara».

Dijo que le gustaría ver recopiladas las *Obras críticas* de John Dennis. Davies comentó que no se vendería un volumen así. El doctor Johnson parecía pensar lo contrario.

Davies comentó que un conocido autor dramático «vivía de contar historias abreviadas de cualquier manera, y que se había abierto paso igual que Aníbal, con vinagre, pues ya en sus comienzos atacaba a diestro y siniestro, sobre todo a los propios actores».^[c12]

Recordó el doctor Johnson que Murphy le había hecho el mayor de los cumplidos que jamás hizo nadie a un seglar, al pedirle perdón por haber empleado algunos juramentos y blasfemias mientras relataba una historia.

Johnson y yo cenamos esa noche en la Taberna de la Corona y el Ancla junto con sir Joshua Reynolds, Langton, el señor Nairne, que es hoy uno de los jueces de Escocia y ostenta el título de lord Dunsinan, y mi valioso amigo sir William Forbes, de Pitsligo.

Discutimos si la bebida sirve para mejorar la conversación y la benevolencia de quien la ingiere. Sir Joshua sostuvo que sí. JOHNSON: «De ninguna manera. Antes de la comida, los hombres se reúnen con una gran desigualdad de entendimiento, y quienes son conscientes de su inferioridad tienen la elemental cautela, o la modestia, de no abrir la boca. Cuando ha bebido vino, cualquiera se siente feliz y pierde esa modestia y esa cautela, y se torna impúdico, y vocifera, pero no por todo ello es mejor, pues no tiene constancia de sus defectos». Dijo sir Joshua que el doctor se refería a los efectos de un consumo excesivo de vino, pero que beber un vaso con moderación^[a nota c100, Vol. II] animaba el espíritu, pues facilita la adecuada circulación de la sangre. «Cuando me levanto por la mañana —dijo—, me encuentro de muy buen ánimo. A la hora de almorzar estoy exhausto, y el vino que tomo en la comida me devuelve el mismo estado de ánimo que tenía por la mañana. Y no me cabe duda de que beber con moderación sirve para que conversemos mejor». JOHNSON: «No,

señor; no produce el vino una alegría ligera, fresca, ideal; produce una hilaridad tumultuosa, chocarrera, clamorosa. Nada he oído yo que valga la pena en esas parrafadas de beodo. Disculpe, beodo es una palabra demasiado áspera y ofensiva: nada he oído yo que valga la pena en esas parrafadas *vinosas*». SIR JOSHUA: «Eso lo dirá usted porque lleva un buen rato ahí sentado, más sobrio que ninguno, y le corroe la envidia por la felicidad de quienes estamos bebiendo». JOHNSON: «¿Envidia? Desprecio, quizá. Por otra parte, señor, no es necesario estar bebido para disfrutar del ingenio que la bebida desata. ¿No consideramos el ingenio de borrachos que derrochan Iago y Casio en su diálogo el más ilustre de su especie, estando bien sobrios nosotros? El ingenio es el ingenio, igual da por qué medio se consiga; si es de veras agudo, de un modo u otro se hace notar. Reconozco que a uno le mejora el ánimo cuando bebe, como se lo mejora la participación en cualquier placer que se comparta: una pelea de gallos, o el echarle una jauría a un oso, exaltan el ánimo de la concurrencia, igual que lo exalta la bebida, aunque a buen seguro no sirva para mejorar la conversación. También reconozco que hay algunos hombres lentos y torpones que mejoran bebiendo un poco, tal como hay frutos que no están buenos si no están podridos. Hay hombres así, pero son como los nísperos. Admito, desde luego, que han sido unos pocos los hombres de verdadero talento que han mejorado con la bebida, pero sostengo que la razón me asiste en cuanto a los efectos de la bebida en general. Y conviene reparar en que no hay postura que, por falsa que sea en lo universal, no sea verdadera de algún hombre en particular». Sir William Forbes dijo así: «¿No puede semejarse un hombre caldeado por el vino a una botella de cerveza, que gana fuerza si se la coloca ante el fuego?». «Quiá —replicó Johnson con una risotada—. A eso no le puedo contestar: es demasiado para mí».

Observé que el vino es perjudicial para algunas personas, ya que inflama, confunde e irrita su entendimiento, aunque la experiencia de la humanidad en general se había pronunciado a favor de la bebida con moderación. JOHNSON: «No afirmo yo que sea malo ganar la complacencia en uno mismo por medio de la bebida; tan sólo niego que beber sirva para mejorar las facultades intelectuales. Cuando yo bebía vino, desdeñaba el beberlo en compañía. He trasegado muchas botellas estando solo, en primer lugar porque tenía necesidad del vino para mejorar el ánimo, y en segundo lugar porque no tenía a nadie que fuera testigo de los efectos que tuviera en mí».

Nos dijo que casi todos sus *Ramblers* los escribió tal como se hallan impresos; enviaba una porción de un ensayo y escribía el resto mientras se imprimía la primera parte. Cuando se le exigía, y se ponía en serio manos a la obra, nunca tuvo dudas de que podría sacarlo adelante de un tirón.

Dijo que para la general mejora de todos los hombres, uno debe leer todo lo que le sugiera su inmediata inclinación, aunque, sin duda, si uno tiene que aprender una ciencia, ha de avanzar regular y resueltamente en su conocimiento. «Lo que leemos con interés —añadió— nos causa una impresión mucho más honda. Si leemos sin interés, la mitad del intelecto se emplea en fijar la atención, de modo que sólo queda

la otra mitad para atender a lo que se lee». Nos contó que había leído la *Amelia*, de Fielding, de un tirón.^[18] «Si un hombre empieza a leer un libro por la mitad —dijo—, y siente la inclinación de seguir, es mejor no obligarle a que vaya al principio, pues tal vez así no le vuelva el deseo de leer».

Sir Joshua hizo referencia a las *Odas* de Cumberland, que acababan de publicarse. JOHNSON: «Soy de la opinión, señor, de que hubieran sido bien recibidas y tenidas en la alta consideración en que suelen tenerse las odas, siempre y cuando Cumberland no las hubiera publicado con su nombre; sin embargo, un nombre suscita de inmediato la condena y la censura, a menos que sea un nombre que arrolle cuanto se le ponga por delante. De ninguna manera: Cumberland ha hecho en sus *Odas* una obra subsidiaria de la fama ajena.^[19] Podrían haber seguido con bien su camino, pero él no sólo las ha lastrado con un nombre, sino que además las obliga a cargar con dos».

Hablamos de las reseñas, sobre las cuales Johnson se pronunció tal como ya hiciera en casa de los Thrals. Dijo sir Joshua algo que he pensado yo a menudo, esto es, que le maravillaba encontrar tanta escritura de calidad malgastada en tales bagatelas, cuando los autores de las mismas habían de permanecer en el anonimato, si con ello podrían tener motivo de fama. JOHNSON: «Quiá, señor: quienes las escriban, las escriben bien con objeto de que se les pague como procede».

No mucho después de ese día viajó a Bath con el señor y la señora Thrals. Nunca había tenido yo ocasión de visitar esa hermosa ciudad, y deseaba aprovechar la oportunidad de conocerla mientras Johnson se encontrase en ella. Habiéndole escrito en ese sentido, recibí esta respuesta:

A James Boswell

Querido señor,

¿por qué me habla de desatención? ¿Cuándo le he desatendido yo? Si viene a Bath, todos nos alegraremos de verle. Venga, así pues, tan pronto le sea posible.

Antes tengo un encargo que hacerle en Londres. Ruego a Francis que busque en el cajón de los papeles de la cómoda que hay en mi dormitorio y encuentre dos documentos. Uno es para el fiscal general y otro para el adjunto del procurador general de la nación.^[c13] Se encuentran, me parece, encima de todos mis papeles. Si no aparecieran donde digo, estarán en otra parte, y me daría más quebraderos de cabeza precisar dónde puedan encontrarse.

Le encarezco que me escriba de inmediato si es posible encontrarlos. Dé saludos de mi parte a todos nuestros amigos de la ciudad y a la señora Williams en la casa.

Soy, señor, suyo, etc.

SAM. JOHNSON

Busque los papeles tan pronto le sea posible, para que si fuera menester pueda yo escribirle de nuevo antes de que emprenda viaje.

El 26 de abril partí hacia Bath; nada más llegar a la Posada del Pelicano me encontré

con que me esperaba una atenta invitación del señor y la señora Thrale, quienes me agasajaron de manera muy grata y punto menos que incesante durante toda mi estancia en la ciudad. Habíanse retirado a sus aposentos cuando llegué, pero me encontré una amable nota del doctor Johnson, comunicándome que estaría en el salón de su casa durante toda la velada. Fui directamente a verlo, y antes de que regresaran los Thrale dispusimos para nosotros solos de unas cuantas horas para solazarnos charlando y tomando té.

Agruparé todos los pronunciamientos que hizo durante los contados días que pasé en Bath tal como los he conservado.

De una persona^[c14] que sostenía en materia de política opiniones muy distintas de las suyas dijo: «En su vida privada es un caballero de exquisita honradez, pero no le concedo esa misma virtud en la vida pública. Es posible que haya personas honradas aun cuando obren con maldad; eso queda entre ellos y su Hacedor. Ahora bien, quienes sufrimos por su perniciosa conducta tenemos el deber de desbaratarla. No nos cabe la menor duda de que — actúa por puro interés personal. Sabemos cuáles son sus principios auténticos. Quienes consienten que sus pasiones confundan las distinciones entre el bien y el mal en realidad delinquen. Tal vez estén convencidos de sus razones, pero sus convicciones no les dotan de verdadera honradez».

Como quiera que se comentase, desconozco con qué grado de veracidad, que cierta escritora^[c15] de asuntos políticos cuyas doctrinas a él repugnaban había mostrado últimamente un gran afecto por los vestidos, pasaba horas ante su tocador e incluso se acicalaba con abundante colorete, Johnson se pronunció de este modo: «Mejor provecho rinde en el tocador que cuando empuña la pluma. Mucho mejor es que se dé color en las mejillas, en vez de ennegrecer el buen hombre de otras personas».

Nos dijo que «Addison escribía los artículos que Budgell publicaba en el *Spectator*, o al menos tanto los enmendaba que los hacía casi propios, y que Draper, el socio de Tonson, garantizó a la señora Johnson, quien mucho admiraba el epílogo de “A una madre disgustada”, y que se publicó con el nombre de Budgell, que en realidad era obra de Addison».

«El modo de gobierno que recae en un solo individuo tal vez mal se adapte a una pequeña sociedad, pero es el mejor para una gran nación. En la actualidad, la característica que más destaca de nuestro gobierno es la imbecilidad. Los magistrados no osan llamar a la guardia por miedo a que los ahorquen. Los guardias no acudirán por miedo a terminar a merced de la furia ciega de los jurados populares».

Del padre de uno de nuestros amigos comentó que «nunca aclaró sus conceptos filtrándolos por el tamiz de la inteligencia ajena. Tenía un canal en su finca, en uno de cuyos tramos la orilla era demasiado baja. “Pues lo remediaré, y para ello ahondaré el cauce del canal”, dijo».

Me comunicó que había leído el poema titulado «La sepultura» «en fecha tan temprana como es 1748»^[20] pero que no le había gustado mucho. Discrepé de su

juicio: aunque es bastante desigual, aunque rara vez tiene elegancia y corrección, abunda en pensamientos solemnes y contiene imágenes poéticas más allá del alcance del común. También el mundo difiere de su opinión, pues el poema ha tenido muchas reediciones y sigue siendo muy leído por personas de serias miras.

Se habló de una literata poseedora de una gran fortuna, y se dijo que era bienhechora de muchas personas, aunque jamás «con discreción», y en vez de «sonrojarse ante la fama» obraba manifiestamente por vanidad.^[c16] JOHNSON: «No he visto a nadie que haga tanto bien por pura benevolencia como el que hace ella por el motivo que sea. Si tales personas existen bajo tierra, o en las nubes, ojalá brotaran de debajo de la tierra o cayeran llovidas del cielo. Lo que diga Soame Jenyns a este respecto no ha de tenerse en cuenta, pues sólo lo dice por gastar su ingenio en salvas. No, señor mío; actuar por pura benevolencia no es algo que esté en manos de seres finitos como nosotros. La benevolencia humana se entremezcla con la vanidad, el propio interés u otros motivos».

No quiso permitirme que halagase yo a una dama que entonces se hallaba en Bath. «A mí no me convence, señor; es una cabeza hueca». Era, en efecto, un crítico severo de personajes y costumbres. Ni siquiera la señora Thrale escapaba en ocasiones a su amistosa animadversión. Cuando estábamos él y yo un día esforzándonos por calibrar punto por punto cómo era posible que uno de nuestros amigos gastara en su familia tanto dinero como dijo gastar,^[c17] vino ella a interrumpirnos con una animada y extravagante disquisición sobre lo mucho que le costaba vestir a sus hijos, describiéndolo con todo lujo de detalles y muy ridículos adornos. Johnson pareció un tanto enojado, y le espetó: «Señora mía, cuando declame usted, exclame; cuando calcule, límitese a calcular». En otra ocasión, cuando ella dijo de un modo quizá afectado «no me agrada volar», Johnson repuso: «Con sus alas, señora, debe volar, pero ponga cuidado, que hay en el extranjero quienes las cortan sin miramientos». ¡Con qué rotundidad se lo dijo, y qué plenamente ha demostrado la experiencia la verdad de su sabia advertencia! Ahora bien, ¿no se las han cortado de modo hartamente desabrido, y mucho más de lo que era en verdad necesario?^[c18]

Un caballero expresó el deseo de irse a vivir tres años a Otaheité o a Nueva Zelanda para conocer, de un modo tan completo como fuera posible, a gentes tan totalmente disímiles como en efecto lo fueran de todo cuanto hasta ahora hemos conocido, y saber así qué puede hacer por el hombre la Naturaleza en estado puro. JOHNSON: «¿Qué podría usted aprender, señor? ¿Qué pueden contar los salvajes, salvo lo que hayan visto? Del pasado, de lo invisible, nada pueden contarnos. Los habitantes de Otaheité o de Nueva Zelanda no se hallan en un estado de pura naturaleza, pues claro es que proceden de otras personas. Si hubieran brotado de la tierra, podría usted verlos entonces en un estado de pura naturaleza. Quien sea amigo de las imaginaciones puede hablar de que hay en ellos una mitología, pero eso ha de ser pura invención. Han tenido una religión que gradualmente se ha ido envileciendo. ¿Y qué razón supone usted que pueden aprender los salvajes de su religión?

Considere solamente, señor, el estado en que nos hallamos nosotros; nuestra religión está contenida en un libro; tenemos toda una clase de hombres cuyo deber es inculcarla; tenemos un día a la semana destinado a ello, y es, por lo general, bien observado y respetado. No obstante, pregunte a los diez primeros hombres que le salgan al paso, a ver qué pueden decirle de su religión».

El lunes 29 de abril hicimos juntos una excursión a Bristol, donde me entretuve viéndole indagar *in situ* en torno a la autenticidad de la poesía de Rowley,^[c19] tal como en su día le vi indagar *in situ* sobre la autenticidad de la poesía de Osián. George Catcot, el calderero, que era tan celoso defensor de Rowley como el doctor Hugh Blair lo era de Osián (y confío en que mi reverendo amigo sepa disculpar la comparación), nos visitó en nuestra posada, y con gran aire de sencillez triunfal exclamó: «Haré del doctor Johnson un converso a la causa». A instancias suyas, el doctor Johnson recitó algunos de los versos inventados de Chatterton mientras Catcot se retrepaba en su sillón, balanceándose como un péndulo y marcando el compás con el pie, mirando de cuando en cuando al doctor Johnson a la cara, preguntándose si no iba convenciéndose ya por sí solo. Visitamos luego al señor Barrett, el cirujano, y vimos algunos de los originales que obraban en su poder, que así se les llama, y que nos parecieron ejecutados de un modo hartamente artificioso; sin embargo, luego de una detenida inspección, y habida cuenta de las circunstancias en que se urdieron, nos dimos sobradamente por satisfechos con la impostura, que en efecto ha sido claramente demostrada a partir de indicios internos gracias a críticos muy capaces en sus exámenes a fondo.^[21]

El muy honesto Catcot no pareció prestar la menor atención a ninguna de las objeciones interpuestas, si bien insistió en que, para poner punto final a toda controversia, debíamos acompañarlo a la torre de la iglesia de St. Mary Redcliff, para ver con nuestros propios ojos el antiguo arcón en que se hallaron los manuscritos. A su propuesta accedió el doctor Johnson de todo corazón, y si bien alterado y sin resuello, logró superar un largo tramo de escaleras, al término de las cuales llegamos al lugar en que se custodiaba el arcón maravilloso. «Ahí —dijo Catcot con aplomo y credulidad henchida—, ahí está el mismísimo arcón». Tras semejante demostración ocular no hubo más que hablar del caso. Trajo a mi memoria a un escocés de las Tierras Altas, un hombre también de gran saber, y que había corrido mucho mundo, que dio testimonio y al mismo tiempo adujo sus razones sobre la autenticidad de Fingal. «Tengo oído ese poema entero de cuando era joven». «¿De veras, señor? Cuénteme, se lo ruego: ¿qué es lo que tiene oído?». «Tengo oído a Osián, tengo oído a Oscar, los tengo oídos a todos ellos».

Johnson dijo de Chatterton que «éste es el joven más extraordinario que haya llegado a mi conocimiento. Es una maravilla que este cachorro haya escrito tales cosas. Tan es así que realmente me pregunto cómo».^[c20]

Ni muchísimo menos nos complació la posada que hallamos en Bristol. «Veamos —dije—, a ver si atino a describirla». Johnson estuvo presto con sus puyas.

«¿Describirla, señor? “¡Verá si era lamentable que Boswell llegó a decir que ojalá estuviera en Escocia!”».

Tras el regreso a Londres del doctor Johnson estuve varias veces con él en su domicilio, donde pernocté ocasionalmente, haciendo uso de la habitación que me había sido asignada. Cené con él en casa del doctor Taylor, así como en los domicilios del general Oglethorpe y del general Paoli. Con el fin de ahorrarme una minuciosidad que resultaría tediosa, agruparé lo que he retenido de sus conversaciones en esta época sin especificar cada uno de los escenarios en los que transcurrieron, con una única salvedad, que sin duda resultará tan notable como para merecer de seguro un relato muy particular. En las ocasiones en que ni el lugar ni los presentes aportaron nada relevante al brío de la conversación, se me antoja innecesario sobrecargar mis páginas con la mención de los mismos. Conocer de qué cosecha es nuestro vino sin duda nos permite juzgar mejor su valor y beberlo con más disfrute; en cambio, mantener bien separado el producto de cada vid, dentro de cada viñedo, en una misma añada, no serviría de nada. Saber que nuestro vino, por emplear una frase a la que se ha recurrido para darle publicidad, proviene «de la bodega particular que atesoraba un embajador hace poco fallecido», sin duda enaltece su sabor, pero ningún sentido tiene saber en qué estante estuvo cada botella depositada.

«Garrick —observó— no interpreta bien el papel de Archer en *La estratagema del guapo*. Preciso sería que el caballero asomara tras la máscara del lacayo, pero según su actuación no es el caso».

«Allí donde la educación no existe, como sucede en los países de los salvajes, los hombres llevan todas las de ganar ante las mujeres. A ello contribuye la fuerza física, desde luego, aunque también habría de ser igual sin tenerla en cuenta, ya que es el entendimiento el que gobierna siempre. Cuando es cuestión de entendimiento a palo seco, el hombre juega con ventaja».

«Esos pequeños volúmenes titulados *Respublicae*,^[a nota c5, Vol. II] que estaban muy bien hechos, fueron obra de un librero».^[c21]

«Mucho se habla de las desdichas que causamos a las criaturas brutas de la Naturaleza, pero tienen su recompensa en la existencia. Si no fueran de utilidad para el hombre, y no estuvieran por tanto protegidas por él, de ningún modo habrían llegado a ser tan numerosas». Este argumento se halla en la *Filosofía moral* del muy capaz y benigno Hutchinson. La cuestión sin embargo estriba más bien en saber si los animales que soportan tan diversos padecimientos por estar al servicio del hombre, en sus ocios y negocios, aceptarían la existencia en los términos en que la viven. Madame de Sevigné, quien pese a gozar de numerosos disfrutes acusaba con delicada sensibilidad la prevalencia de las miserias y tristezas, se queja de «la dura tarea de existir que le fue impuesta sin su consentimiento».

«Tan cierto es que el hombre nunca es feliz en el presente que todo lo que de la infelicidad le procura alivio consiste en olvidarse de sí mismo al menos durante un

rato. La vida es un progreso de carencia en carencia, no de un deleite en otro».

«Por más que sean muchos los hombres a quienes se confía la administración de los hospitales y otras instituciones públicas, casi todo el bien que proporcionan es obra de un solo hombre, en virtud del cual los demás son impelidos a trabajar, lo que se debe a la confianza que en él han depositado, confianza de la que él mismo hace gala, y a la indolencia propia de los demás».

«Las *Cartas de lord Chesterfield* a su hijo, creo yo, podrían formar un hermoso libro. Despojadas de la inmoralidad que destilan, debieran ponerse en manos de todo caballero joven. La elegancia en los modales y la sencillez en la conducta se adquieren de modo gradual e imperceptible. Nadie puede en puridad decirse: “Voy a ser un gentilhomme”. Por cada gentilhomme que haya, son diez al menos las mujeres de probada gentileza, pues ellas tienen más refreno en todo. Cualquier hombre que no posea cierto grado de refreno se hace insufrible, pero todos lo somos en mucha mayor medida que las mujeres. Si a una mujer sentada en compañía de otras personas se le ocurriese estirar las piernas, como hace la mayoría de los hombres, tendríamos la tentación de darle un puntapié para que las recogiera».

No hubo hombre tan atento, tan amable observador como Johnson de la conducta de aquellas personas en cuya compañía se encontrase; por extraño que pueda parecer, nadie tuvo en tan alta estima como él los refinamientos de sus contertulios. Me informa lord Eliot de que un día en que Johnson y él almorzaron en casa de un caballero, en Londres, como se hiciera mención de las *Cartas de lord Chesterfield*, Johnson sorprendió a la concurrencia con esta frase: «Todo hombre de cierta educación preferirá que lo tachen de zascandil antes que verse acusado de cualquier deficiencia en su gracejo». El señor Gibbon, que se encontraba entre los presentes, se volvió hacia una dama que conocía muy bien a Johnson, que mucho había convivido con él, y con sus peculiares modales, dando unos golpecitos con la yema del índice en su caja, la interpeló de este modo: «¿No le parece, señora, que entre todos sus conocidos —miró aquí a Johnson— podría encontrar una excepción?». La dama sonrió y pareció dar su aquiescencia.

«He vuelto a leer —dijo él— las *Cartas sobre Italia* de Sharpe durante mi estancia en Bath. Las he encontrado de muchísima enjundia».

«La señora Williams estaba enojada con la familia Thrale por no haberle enviado regularmente noticias de mí, cada vez que las tuvieron, mientras estuve de viaje por las Hébridas. Las personas menudas tienden a ponerse celosas, aunque no deberían estarlo, ya que deberían tener en consideración a las personas de fortuna o rango superior. Dos personas pueden tener igual mérito, base sobre la cual pueden reclamar idéntica atención, aunque una de las dos tal vez también tenga fortuna y rango, en cuyo caso la reclamación tendrá el doble de fuerza».

Hablando de sus anotaciones a Shakespeare, dijo: «Desprecio a quienes no ven que tengo toda la razón en el pasaje en que se repite “as”, y se introduce “asses of great charge”. Que en “ser o no ser” resulta cuando menos dudoso».^[22]

Un caballero al que una mañana encontré sentado con él señaló que, a su juicio, el carácter de un descreído era mucho más aborrecible que el de un hombre que notoriamente fuera declarado culpable de un crimen atroz. Manifesté mi discrepancia, ya que mucho mayor es la certeza que tenemos de lo odioso que es uno que del error en que incurre otro. JOHNSON: «Señor mío, yo estoy de acuerdo con él, ya que el descreído sería culpable de cualquier crimen si tuviera la intención de cometerlo».

«Muchas sondas falsedades que se transmiten de libro en libro y así ganan credibilidad en el mundo. Una de ellas es el grito que se pone en el cielo contra lo pernicioso del lujo. La verdad es que el lujo engendra muchas cosas buenas. Tómese por ejemplo el lujo de los edificios londinenses. ¿No entraña palpables ventajas por la oportunidad, comodidad y elegancia del alojamiento, y todo ello redundando además en beneficio de la industria? Cualquiera le podrá asegurar, cariacontecido de pena, cuántos constructores han dado con sus huesos en la cárcel. Es evidente que si están presos no será por construir, pues no han bajado los alquileres. A día de hoy paga una media guinea por un plato de guisantes. ¿Y cuánto trabajo le ocasiona al horticultor? ¿Cuántos empleados ha de tener la competencia contratados para que tales productos lleguen al mercado a primera hora? Oirá decir usted con suma gravedad: “Y esa media guinea así gastada en lujos, ¿por qué no se la dio a los pobres? ¡A cuántas personas les hubiera reportado una comida bien decente!”. ¡Ay! ¿No ha ido acaso a parar a manos del pobre industrial, a quien más aconsejable resulta dar sostén que al pobre perezoso? Mucho más seguros estaremos de haber obrado con bien cuando paguemos con dinero a quienes faenan, en recompensa por su trabajo, que si meramente damos dinero por caridad. Suponga que reviviera aquel antiguo lujo culinario consistente en sesos de pavo real: cuántos esqueletos de pavo quedarían para los pobres a precio bien barato. En cuanto al jaleo que suele armarse a cuenta de las personas que se han arruinado debido a su extravagancia, no incumbe a la nación que puedan sufrir algunos individuos. Cuando es tanto el trabajo provechoso en general que se lleva a cabo a cuenta del lujo, poco o nada importará a la nación que haya deudores en la cárcel; tampoco a ellos les importaría que estuvieran presos sus acreedores».^[c22]

Como la insólita rapidez de entendimiento que gastaba el general Oglethorpe, así como la variedad de sus conocimientos, diera a veces a su conversación un sabor en exceso diseminado, Johnson observó que «Oglethorpe, señor mío, jamás termina lo que tiene que decir, y lo suele dejar todo inconcluso».

En esa misma vena hizo un comentario similar sobre lord Patrick Elbank: «No hay nada concluyente en sus charlas».

Cuando me quejé una vez de haber cenado en una mesa espléndida sin que a mis oídos llegara una sola frase digna de recordación, repuso: «Señor, rara vez se dan conversaciones así». BOSWELL: «En tal caso, ¿por qué nos reunimos a la mesa?». JOHNSON: «Pues para comer y beber juntos, como es natural, y para fomentar la amabilidad en el trato. Y esto, señor mío, es mucho más asequible cuando no media

una conversación de mucho peso, ya que cuando la hay se presentan disparidades de opinión, y los comensales se malhumoran, o bien hay parte de los presentes que no es capaz de seguir tal conversación, con lo cual se quedan al margen y se sienten a disgusto. Por esta razón decía sir Robert Walpole que siempre contaba historias subidas de tono en la mesa, porque así todos los presentes podían sumarse a la conversación».

Irritado al oír que un caballero^[c23] formulaba al señor Levett muchas y variadas preguntas que a él concernían, estando además sentado allí mismo, explotó: «Señor mío, no tiene usted más que dos temas de conversación: usted mismo y yo. Y yo estoy harto de ambos». «Un hombre —dijo al cabo— no debería hablar de sí mismo, ni tampoco extenderse mucho en hablar de una persona en particular. Le conviene poner cuidado en no verse convertido en carne de refrán, y por consiguiente ha de evitar el tener cualquier tema de conversación del cual puedan decir los demás: “Oigamos qué se le ocurre decir al respecto”. Hubo un tal doctor Oldfield que no hacía más que hablar del Duque de Marlborough. Se presentó un día en un café y anunció que Su Excelencia había perorado en la Cámara de los Lores por espacio de media hora. “¿De veras estuvo media hora hablando ante Sus Señorías?”, inquirió Belchier, el cirujano. “Así es”. “¿Y qué dijo del doctor Oldfield?”. “Nada”. “Pues vaya, señor mío, qué desagradecido lo encuentro. El doctor Oldfield no podría hablar ni cinco minutos sin decir algo de él”».

«Todos los hombres han de tomarse la existencia en los términos en que les viene dada. A unos se les da con la condición de que no se tomen libertades que otros se toman sin detrimento propio ni ajeno. Se puede beber vino sin ser por ello uno peor de lo que es; otros habrá en los cuales tenga el vino efectos tan incendiarios que les causen lesiones en el cuerpo y en el alma, y que incluso les lleven a cometer excesos por los que bien podrían merecer la horca».

«Los *Anales de Escocia*, de lord Hailes, no poseen esa forma pintada de colores que va con el gusto de esta época; sin embargo, es un libro que se venderá bien gracias a su precisión en las fechas, su certeza en los datos, la puntualidad de las citas que aduce. Nunca hasta ahora había leído la historia de Escocia con tanta certidumbre».

Me interesé por saber si me aconsejaría leer la Biblia con un comentario, y qué comentario recomendaría en tal caso. JOHNSON: «Sin ningún género de dudas, le aconsejo leer la Biblia con un comentario; le recomendaría a Lowth y Patrick para el Antiguo Testamento, y Hammond para el Nuevo».

Durante mi estancia en Londres durante esta primavera, le solicité su atención sobre otro caso de leyes en el que estaba profesionalmente implicado. En el transcurso de unas disputadas elecciones por el burgo de Dumfermline, en las que estuve presente en calidad de asesor de mi amigo el coronel (después, sir Archibald). Campbell, uno de sus agentes políticos, a quien se acusó de deslealtad hacia su jefe de filas, desertó y se pasó al partido contrario a cambio de una pingüe recompensa, no

contento con lo cual atacó de modo sumamente grosero, en un periódico, al reverendo señor James Thompson, uno de los presbíteros del lugar, alegando una presunta alusión contra su persona que había vertido en uno de sus sermones. Con esto, al domingo siguiente el presbítero lo puso en solfa por su propio nombre, desde el púlpito y en presencia de los feligreses, con bastante severidad; el agente, una vez concluido el sermón, se puso en pie e interpeló al presbítero en voz bien alta, preguntándole «qué soborno se había embolsado a cambio de largar tal sarta de mentiras desde la cátedra de la veracidad».^[c24] Me tocó presenciar esa escena extraordinaria. La persona inculpada por el presbítero, así como su padre y su hermano, que también llevaron parte en la reprobación vertida desde el púlpito, y en la posterior represalia, interpusieron una demanda contra el señor Thompson ante el Tribunal Supremo de Escocia acusándolo de difamación y exigiendo una compensación por daños y perjuicios; fui uno de los asesores legales del reverendo imputado. El gran fundamento de nuestra defensa no iba a ser otro que la libertad del púlpito, aunque también adujimos la provocación del ataque anterior y la represalia tomada en el acto. El Tribunal Supremo, no obstante —los 15 jueces que son a la vez el jurado— dictó sentencia desfavorable al presbítero, en contra de mi humilde opinión, y algunos jueces incluso se pronunciaron con indignación en su fallo contra él. Era un caballero ya de cierta edad, que había sido antiguamente capellán militar y que aún era hombre de elevado espíritu y alto concepto del honor. A Johnson le satisfizo mi explicación y concluyó que el juicio era un error, tras lo cual me dictó el siguiente argumento para refutarlo: «De la censura emitida desde el púlpito es preciso formar nuestra determinación, como en tantos otros casos, mediante una consideración detenida del acto en sí y de las particulares circunstancias que lo revisten.

»El derecho a la censura y la reprensión parece forzosamente concurrente con la profesión de predicador. El presbítero a cuyo cuidado se confía a una congregación es considerado el pastor de un rebaño, el maestro de una escuela, el padre de una familia. En su condición de pastor que vela no por sus ovejas, sino por las de su señor, es responsable de las que se descarrían y de las que así se pierden. Ahora bien, a nadie se puede tener por responsable de aquellas pérdidas que no está en su mano impedir que se produzcan, ni de aquellos actos de vagancia que no tiene autoridad para refrenar.

»En calidad de maestro que imparte una lección a cambio de un salario, y que está sujeto a reproche si aquellos a los que ha de enseñar no dan muestras de mejora, ha de tener a su disposición el poder de obligarles a asistir a sus lecciones, de despertar a los que pecan de negligencia, de reprender a quienes le contradicen sin miramientos.

»En su condición de padre, posee la autoridad paterna de la admonición, la reprimenda y el castigo. Sin rebajar su oficio al estado de mero nombre carente de función, no puede impedírsele ejercer todas las prácticas necesarias para estimular a

los haraganes, reformar a los viciosos, enmendar a los petulantes y encarrilar a los tozudos.

»Si sondeamos cuáles eran las prácticas de la Iglesia primitiva, creo que encontraremos a ministros de la palabra que ejercieron con total autoridad las diversas facetas de este complejo carácter. Los encontraremos no sólo fomentando el bien con sus exhortos, sino también aterrorizando a los malvados con sus reprobaciones y denuncias. En las más antiguas épocas de la Iglesia, cuando la religión era aún algo puro, libre de las ventajas concomitantes del poder laico, el castigo de los pecadores consistía en la pública censura de su conducta y en la imposición de una penitencia abierta al conocimiento de todos; las penalidades eran impuestas solamente por orden de la autoridad eclesiástica en una época en que la Iglesia no recibía ayuda de los poderes civiles; en cambio, la mano de los magistrados sólo blandía la vara de la persecución, y los gobernadores acudían prestos a dar refugio a todos los que huiesen de la autoridad clerical.

»Así pues, resulta evidente que la Iglesia tuvo en otros tiempos el poder de la pública censura, ya que tal poder fue no en vano ejercido muy a menudo. No es menos cierto que no obtuvo la delegación de ejercerlo por dádiva de la autoridad civil, pues la autoridad civil era por aquel entonces su enemiga.

»Llegó por fin la hora en que luego de tres largos siglos de disensiones y luchas a veces encarnizadas, la verdad se poseyó del poder imperial y las leyes civiles prestaron su ayuda a las constituciones eclesiásticas. El magistrado de aquella época cooperaba con el sacerdote, y las sentencias impuestas por el clero tuvieron eficacia absoluta gracias a las fuerzas laicas. No obstante, al tratar de asistir a la Iglesia no dio muestras el Estado de tener ninguna intención de disminuir su propia autoridad. Aquellas censuras, aquellas represiones que eran legales hasta entonces, siguieron siéndolo por igual. Sin embargo, hasta entonces se habían aplicado únicamente por voluntaria sumisión. Los refractarios y los desdeñosos no corrieron en principio el peligro de sufrir penalidades temporales, salvo que padeciesen los reproches de conciencia o el aborrecimiento de sus semejantes los cristianos. Cuando la religión contó con el respaldo de la ley, si las admoniciones y censuras no surtían efecto, las secundaban los magistrados mediante la coerción y el castigo.

»Por consiguiente, a tenor de la historia eclesiástica parece claro que el derecho de infligir la vergüenza mediante la pública censura siempre fue considerado privilegio y cometido inherente a la Iglesia, así como lo es que ese derecho no era conferido por el poder civil, toda vez que el magistrado cristiano hacía uso de su prerrogativa no para rescatar a los pecadores de la censura, sino con el fin de proporcionar medios más conducentes a la reforma, de añadir dolor en los casos en que no bastaba con la vergüenza y, en los casos en que los hombres eran tachados de indignos de la sociedad de los fieles, de impedir por medio de su encarcelamiento que propagasen por el extranjero el contagio de su perversidad.

»No es ni mucho menos improbable que a partir de este reconocido poder de

ejercer en público la censura brotase y creciera con el tiempo la práctica de la confesión al oído. Quienes más temían el azote de la reprensión en público estaban más que deseosos de someterse al presbítero mediante una acusación de sus propios pecados, que hacían en privado, y no menos deseosos se mostraban de obtener una reconciliación con la Iglesia, mediante una suerte de absolución clandestina y de una penitencia invisible a los demás, condiciones con las que en tiempos de ignorancia y corrupción el presbítero fácilmente obraba en connivencia, sobre todo a medida que fue en aumento su influencia, sumando el conocimiento de los pecados secretos al de las ofensas notorias, y se extendió su autoridad hasta erigirse en único árbitro capaz de pronunciarse sobre los términos en que debía sellarse la reconciliación.

»De estas cadenas nos libró la Reforma. El presbítero ya no tiene el poder de hurgar en los recovecos de la conciencia ajena, de torturarnos con sus interrogatorios, de estar en posesión de nuestros secretos, de nuestras vidas. Ahora bien, aun cuando de este modo hemos puesto coto a sus usurpaciones e invasiones, su justo y original poder sigue sin tener parangón. Todavía puede ver y asomarse, aunque no tiene derecho a espiar; todavía puede oír cuanto quiera, aunque ya no puede interrogar. Y ese conocimiento que le llega por medio de los ojos y los oídos aún tiene la obligación de utilizarlo en beneficio de su rebaño. Un padre que vive cerca de un vecino perverso bien puede prohibir a su hijo que frecuente su compañía. Un presbítero que tiene entre sus feligreses a un hombre dado abierta y escandalosamente a la maldad bien puede aconsejar a sus fieles que rehuyan todo trato con él. No sólo es legítimo advertírsele, sino que abstenerse de avisarles sería incluso delito. Puede proceder a advertirlos uno por uno, en amistosas charlas, o bien convocándolos a sucesivas visitas parroquiales, pero así como podría advertirlos de uno en uno y por separado, ¿por qué razón iba a prescindir de hacerles una advertencia colectiva? Lo que a todos ha de hacerse saber, ¿qué importa que se comunique individualmente a todos los interesados o que se les convoque en su conjunto? Lo que de todos es sabido, necesariamente ha de hacerse público. Lo único que será preciso elucidar es si se hace público de una sola vez o bien paulatinamente. Por otra parte, mediante una súbita y solemne publicación se causa una impresión más profunda, y de ese modo tiene más eficacia la advertencia.

»Muy fácil es, pues, deducir que si de este modo un presbítero goza de completa libertad para delatar a los pecadores desde el púlpito, para hacer públicos a su voluntad los delitos y las faltas en que haya incurrido un feligrés, con frecuencia avasallará a los inocentes y desconsolará a los timoratos. Puede pecar de suspicacia, y condenar sin pruebas; puede precipitarse, y juzgar sin examen; puede ser severo, y tratar ofensas de poca monta con demasiada aspereza; puede ser malicioso y parcial, y gratificar sus intereses particulares o vengar su resentimiento so capa de ejercer su carácter pastoral.

»De todo esto siempre existe una posibilidad; de que todo esto suceda siempre habrá peligro. Sin embargo, si la posibilidad del mal ha de excluir el bien, nunca será

posible hacer el bien. Si nada ha de intentarse allí donde existe el peligro, todos habríamos de precipitarnos en una inactividad sin esperanza. Los males que de esta práctica cabe temer surgen no de ningún defecto propio de la institución, sino de las deficiencias de la naturaleza humana. El poder, póngase en manos de quien se ponga, será a veces ejercido de modo impropio; sin embargo, son los tribunales los que han de juzgar, aun cuando a veces juzguen de un modo erróneo. Un padre debe instruir a sus hijos, aun cuando a menudo también a él le falte la debida instrucción. Un presbítero debe censurar a los pecadores, aunque su censura sea a veces errónea por falta de raciocinio y a veces injusta por falta de honradez.

»Si examinamos las circunstancias concurrentes del caso que nos ocupa, hallaremos que la sentencia no es errónea ni injusta; hallaremos que no medió traición de la confianza en privado, ni inmiscusión en transacciones secretas. Lo sucedido fue notorio e indudable, y tan fácil de probar que no fue preciso aducir pruebas. El acto fue vil y traicionero, perpetrado además con insolencia y abiertamente, por todo lo cual sienta un precedente naturalmente malévolos. Ahora bien, como el presbítero hallábase jubilado y vivía como un recluso, no había tenido aún conocimiento de lo que ya era de dominio público en la parroquia; con ocasión de una elección pública, advirtió a los suyos en estricto cumplimiento de su deber contra los delitos a que las elecciones públicas suelen dar pie no pocas veces. Su aviso lo interpretó uno de sus feligreses como un dardo lanzado en particular contra él. No obstante, en vez de dar pie, como hubiera sido de desear, a un gesto de compunción en privado, en vez de dar pie a que hiciera inmediato propósito de enmienda, sólo avivó la cólera y el resentimiento. Acusó a su presbítero, en un documento público, de escándalo, difamación y falsedad. Ante tal reconvención, el presbítero dio muestra de su carácter vindicador, del cual por fuerza depende la autoridad pastoral. Verse acusado con mentiras e infamias es injuria que ningún hombre soporta con paciencia en la vida común. Verse acusado de corromper el oficio parroquial mediante el escándalo y la falsedad fue vulneración de su carácter todavía más atroz, ya que afectaba no sólo su veracidad personal, sino también su honradez clerical. Su indignación, como es natural, aumentó en proporción a su honradez, y con toda la fortaleza de su honradez injuriada desafió a quien lo había calumniado en la iglesia, y al punto se exoneró de toda posible censura, y así rescató a su rebaño del engaño y del peligro. El hombre a quien acusa no insiste en su inocencia; si acaso, su pretensión de inocencia es sólo eso, mera pretensión, pues descarta la posibilidad de un juicio. El delito del que se le acusa encuentra frecuentes ocasiones de manifestarse, está sujeto a fuertes tentaciones. Mucho se ha extendido, con gran depravación de la moral particular y grandes prejuicios para el bienestar público. Advertir a la sociedad y predisponerla en su contra no fue un acto gratuito y licencioso, sino necesario y propio del quehacer pastoral.

»En resumidas cuentas, ¿cuál es la falta de que se acusa a este valioso presbítero? No ha usurpado dominio alguno sobre la conciencia. No ha ejercido su autoridad en

respaldo de opiniones dudosas y controvertidas. No ha arrastrado a la luz pública a un vergonzoso pecador necesitado de corrección. Su censura tuvo por objeto un delito contra la moralidad y una traición de la confianza, un acto que ningún hombre puede justificar. El hombre que se apropió de tal censura es evidente y notoriamente culpable. Su conciencia de su propia perversidad lo llevó a atacar a quien fielmente lo había reprobado con un acto de insolencia manifiesta, mediante acusaciones impresas en papel. Semejante ataque hizo necesaria la defensa, y tenemos por consiguiente la esperanza de que al final se estipule que los medios elegidos para ejercer esa defensa fueron justos y acordes con la ley».

Cuando se lo leí al señor Burke, se mostró sumamente complacido, y profirió una exclamación: «La verdad es que cumple su cometido con grandísima destreza».^[23]

Thompson quiso apelar a la Cámara de los Lores, si bien lo disuadió de tal el consejo del noble señor que últimamente ha presidido con gran capacidad la honorabilísima Cámara, y que era entonces fiscal general. Como mis lectores sin duda se alegrarán de conocer la opinión de esta eminencia sobre todo el asunto, la insertaré en este punto.

CONTENCIOSO

Por la presente, pongo en su conocimiento:

1. La petición de defensa del reverendo señor James Thompson, presbítero de Dumfermline.
2. Réplicas hasta la fecha.
3. Copia de la sentencia del Tribunal Supremo sobre ambas.
4. Notas de las opiniones de los jueces, conformando de hecho las razones en que se fundamenta la sentencia.

Tenga la bondad de examinar a su antojo estos papeles y de expresar su opinión.

¿Existe a su juicio alguna posibilidad de que prospere la apelación y sea revocada la sentencia del Tribunal Supremo antes mencionada, caso de que el señor Thompson volviera a apelar?

No creo que dicha apelación sea aconsejable, no sólo porque el valor del juicio en modo alguno se ajusta a las costas que comporta, sino también porque hay muchas posibilidades de que habida cuenta del cariz general del caso se produzca una impresión desventajosa para quien apele y recurra la sentencia.

Es imposible dar visto bueno al estilo de aquel sermón. Ahora bien, la queja no fue menos descortés tal como la manifestó ese hombre, que tan penoso comportamiento tuvo en su difamación original, y ya entonces, cuando fue objeto del reproche del que se queja. En el último punto reseñado hay opiniones que atañen por igual a todos los querulantes. Asimismo, no dejó de causarme cierto asombro que los jueces considerasen un tanto excesivo el encendido fervor concurrente en la ocasión de reprobar al imputado.

Sobre el asunto en sí, no obstante, coincidí con ellos en condenar la conducta del presbítero, en considerarla adecuada a una reprobación eclesiástica e incluso apta para que se emprendan acciones legales, siempre que algún individuo pudiera cualificar el daño y los perjuicios que de ella se sigan.^[24] Pero lo dudo. La circunstancia de hacer público el reproche desde el púlpito, aunque sea indecente en grado sumo y culpable desde otra óptica, no constituye un daño distinto, ni otra aplicación de la ley, del efecto que se hubiera obtenido caso de pronunciar esas mismas palabras en otra parte. Desconozco si según la ley de Escocia existe alguna diferencia en la definición de la calumnia, sea ante los comisarios, sea ante el Tribunal Supremo. La ley común de Inglaterra no contempla que se emprendan acciones legales por cada palabra de reproche que se pronuncie. No cabe emprender acción legal por cualquier palabra que tenga menor trascendencia que una ofensa tipificada por ley; en consecuencia, ninguna acción legal pudo llevarse a cabo contra las palabras aquí en cuestión. Una y otra ley admiten que la verdad sea justificación de una acción por las palabras, y la ley de Inglaterra contempla otro tanto en las acciones legales por difamación. El juicio, por consiguiente, me parece que ha sido contrario a ley por desestimar el tribunal dicha defensa.

He de reseñar ahora un incidente muy curioso de la vida del doctor Johnson, acaecido en el ámbito de mi propia observación, del que asimismo *pars magna fui*, y que estoy profundamente persuadido de que, entre los lectores de espíritu liberal, mucho dirá en su favor.

Debido a mi deseo de entablar conocimiento y trabar incluso trato cordial con los hombres más célebres de todo rango y condición, había tenido ocasión de presentarme casi al mismo tiempo al doctor Samuel Johnson y al caballero John Wilkes. Es posible que no pueda escogerse a dos hombres más dispares que estos dos en toda la humanidad. Se habían incluso zaherido el uno al otro sin escatimar asperezas en sus respectivos escritos, a pesar de todo lo cual compartí con ambos los hábitos de la amistad. Pude saborear plenamente de la excelencia del uno y del otro, pues siempre me ha deleitado esa química intelectual que sabe discernir las buenas cualidades de las malas en una misma persona.

Sir John Pringle, «amigo mío y amigo de mi padre», cuando intenté en vano fomentar su trato con el doctor Johnson, pues los dos me merecían gran respeto y con ambos vivía en términos sumamente amistosos, me comentó una vez con gran ingenio que «no sucede en la amistad como en las Matemáticas, donde dos cosas, cada una de ellas iguales a una tercera, resultan iguales entre sí. Concuerta usted con Johnson como calidad intermedia, concuerda igual conmigo como calidad intermedia, pero Johnson y yo no creo que concordásemos». Sir John no era hombre suficientemente flexible, de modo que desistí de mi intento, a sabiendas, en efecto, de que la repulsión era no menos fuerte por parte de Johnson, el cual, no atino a saber por qué razón, a no ser que se deba a que el primero era escocés, se había forjado una opinión sumamente errónea de sir John. No obstante, concebí un deseo irreprimible, si tal fuese posible, de propiciar un encuentro cordial entre Johnson y el señor Wilkes. Cómo lograr tal cosa iba a ser asunto difícil y delicado.

Mis valiosos librereros y amigos, los señores Dilly, del Poultry, sentados a cuya hospitalaria y siempre bien abastecida mesa he visto acudir a un sinfín de hombres de letras, muchos más que a cualquier otra mesa, con la sola salvedad de la de sir Joshua Reynolds, me habían invitado a coincidir con el señor Wilkes y algunos otros caballeros el miércoles 15 de mayo. «Les ruego —dije yo— que inviten asimismo al doctor Johnson». «¿Cómo? ¿A la vez que Wilkes? Por nada del mundo —dijo Edward Dilly—; el doctor Johnson jamás me lo perdonaría». «Vamos —insistí—; si me permiten negociarlo en su nombre, yo seré responsable de que todo salga a pedir de boca». DILLY: «Como diga, señor; si asume usted la carga, no tenga ninguna duda de que estaré encantado de verlos aquí a los dos».

No obstante la grandísima veneración que de todo corazón profesaba yo al doctor Johnson, tenía plena conciencia de que en ciertas ocasiones se comportaba movido en

gran medida por el espíritu de la contradicción, y recurriendo a tal medio confié en ganar mi baza. Estaba persuadido de que si lo abordaba con una proposición directa, diciéndole por ejemplo: «Señor, ¿está dispuesto a compartir mesa y mantel con Jack Wilkes?», se dejaría llevar por la furia repentina y probablemente contestara: «¡Compartir mesa y mantel con Jack Wilkes, señor mío...! ¡Antes preferiría cenar en compañía de Jack Ketch!». ^[25] Por consiguiente, mientras estábamos tranquilamente sentados los dos a solas en su casa, una tarde aproveché la ocasión para dar inicio a mi ofensiva del modo que sigue. «El señor Dilly, señor, le envía sus respetuosos saludos, y añado que se sentiría encantado si le hiciera el honor de cenar el miércoles que viene con él, junto a mí, ya que pronto he de marchar a Escocia». JOHNSON: «Señor, mucho le agradezco la invitación a Dilly. Acudiré de muy buen grado...». BOSWELL: «Siempre y cuando, es de suponer, sea de su agrado la concurrencia que piensa reunir a su mesa». JOHNSON: «¿Qué ha querido decir con eso? ¿Por quién me toma? ¿Me considera acaso tan ignorante del trato social como para imaginar que voy a prescribirle a un caballero qué concurrencia debe o no reunir a su mesa?». BOSWELL: «Le pido disculpas, señor, por haber aspirado a impedir que se reúna con personas cuya compañía quizá no sea de su gusto. Es posible que cuente en esta ocasión con algunos de los que él llama sus amigos los patriotas». JOHNSON: «¿Y bien, señor? ¿Qué me importan a mí sus amigos los patriotas? ¡Un comino!». BOSWELL: «No me extrañaría que allí se encontrase Jack Wilkes». JOHNSON: «Bien, y si allí se encontrase Jack Wilkes, ¿qué más me dará a mí? Mi querido amigo, tengamos este asunto en paz. Lamento haberme enojado con usted, pero la verdad es que es extraña forma de tratarme el suponer que no pudiera yo rozarme con cualquiera de manera ocasional». BOSWELL: «Le ruego pues me disculpe, señor. Lo dije con la mejor intención». De este modo lo comprometí, e indiqué a Dilly que mi amigo estaría sumamente encantado de contarse entre sus invitados el día previsto.

En vista de todo lo cual, el muy esperado miércoles fui a su casa una media hora antes del almuerzo, como hacía a menudo cuando íbamos a almorzar juntos, por cerciorarme de que estuviera preparado con tiempo, y también para acompañarlo. Lo encontré, como en una ocasión anterior, ^[26] despolvando libros y cubierto de polvo, sin hacer ningún preparativo para salir. «¿Cómo, señor? —le dije—. ¿Acaso ha olvidado que tiene que ir a comer a casa del señor Dilly?». JOHNSON: «Pues no pensaba yo acudir a casa de Dilly; se me había ido de la cabeza. He encargado el almuerzo en casa con la señora Williams». BOSWELL: «Pero..., mi querido señor, tenía y tiene usted un compromiso con el señor Dilly, al cual se lo recordé. El cuenta con su presencia, de modo que será una gran decepción si no acude». JOHNSON: «En tal caso, tiene usted que hablarlo con la señora Williams».

Triste dilema, ya lo creo. Temí que lo que tanta confianza tenía en haber asegurado fuera a frustrarse. Él se había acostumbrado a mostrar a la señora Williams tal grado de atención y deferencia que a menudo se sujetaba a no pocas restricciones,

y yo era sabedor de que, si ella se obstinaba, él no insistiría. Me apresuré en bajar a la sala en que ella se encontraba y le hice ver que me hallaba en un gran apuro, pues el doctor Johnson se había comprometido conmigo para ir a almorzar a casa del señor Dilly, y en ese momento me acababa de comunicar que había olvidado el compromiso y había dado orden de comer en casa. «Así es, señor —repuso un tanto malhumorada—. El doctor va a comer en casa». «Señora —dije—, el respeto que por usted tiene es tal que bien sé que no la dejaré sola, a menos que usted claramente se lo indique. Pero como usted disfruta tanto con su compañía, espero que tenga la bondad de renunciar a ella siquiera por un día, ya que siendo el señor Dilly hombre muy valioso, con frecuencia organiza en su domicilio gratas reuniones en honor del doctor Johnson, a tal extremo que le molestaría si precisamente hoy el doctor lo desdeñara. Además, señora, tenga la bondad de reparar en mi situación: yo llevé recado y aseguré al señor Dilly que el doctor estaría presente en su casa, con lo cual sin duda ha preparado un almuerzo en su honor y ha invitado a algunas personas, alardeando con toda seguridad del honor que iba a tener por su parte. Me tendría por hombre terriblemente desventurado si el doctor no acudiera». La señora Williams fue paulatinamente cediendo a mis súplicas y embelecados, ciertamente tan humildes como en estos casos han de ser, y por fin se dignó confiarme el encargo de comunicar al doctor «que teniendo en cuenta todas las circunstancias, ella era de la opinión de que su deber era acudir a la cita». Fui raudo donde estaba él, aún cubierto de polvo y despreocupado de lo que pasara, «indiferente a quedarse o a ir», pero tan pronto le anuncié el consentimiento de la señora Williams rugió: «Frank, una camisa limpia», y en un visto y no visto estuvo vestido. Cuando lo tuve sentado conmigo en un coche de punto, me sentí tan exultante como un cazador de dotes cuando ha sentado a su lado en el coche del correo a una heredera con la que emprende camino a Gretna-Green.

Cuando entramos en el salón del señor Dilly se vio en medio de una concurrencia de la que no conocía a nadie. Yo mantuve la calma y guardé silencio, observando cómo se conducía. Observé que hablaba en un susurro con el señor Dilly: «¿Quién es ese señor?». «El señor Arthur Lee». JOHNSON (en voz baja): «Buf, buf» (que era una de sus maneras habituales de refunfuñar). Arthur Lee por fuerza había de resultarle muy antipático a Johnson, ya que no sólo era un patriota, sino también americano. Con posterioridad fue ministro delegado de Estados Unidos ante la corte de Madrid. «¿Y ese caballero?». «Es el señor Wilkes, señor». Esta información lo dejó aún más confuso; vi que le costaba Dios y ayuda dominarse; tomando un libro, se sentó junto a una ventana y se puso a leer, o al menos mantuvo los ojos en el libro durante un buen rato, hasta que logró sobreponerse al sobresalto. Sus sentimientos, me atrevería a decir, eran bastante embarazosos. Ahora bien, sin duda recordó que en una ocasión me había reconvenido por dar yo en suponer que podía sentirse desconcertado ante la presencia de ciertas personas, en vista de lo cual resolvió decididamente conducirse como un hombre de mundo, desenvuelto, que sabe adaptarse a la disposición y los

modales de aquellos con los que por azar se encuentra.

El alegre anuncio de que «el almuerzo está servido» disolvió su ensoñación, y todos nos sentamos sin el menor síntoma de mal humor. Estaban presentes, amén de Wilkes y Lee, antiguo compañero de estudios con el que coincidí cuando él estudiaba medicina en Edimburgo, el señor (ahora sir) John Miller, el doctor Lettsom y el señor Slater, boticario. Wilkes se colocó al lado del doctor Johnson, y se comportó con él con tanta deferencia y con tan exquisita cortesía que se lo ganó sin que se diera cuenta. Nadie comía con más entusiasmo que Johnson, nadie amaba tanto como él lo grato y delicioso. Wilkes se mostró muy atento en servirle una ternera espléndida. «Permítame que le sirva, señor; esta parte es la mejor; déjeme ponerle un poco de magro; un poco de grasa; un poco de relleno; un poco de salsa. ¿Me permite pasarle un poco de mantequilla? Es un placer. Permítame recomendarle un chorrito de naranja, o quizá de limón, tal vez tenga más sabor». «Señor, señor —exclamó Johnson al cabo—, le quedo sumamente agradecido». E hizo una inclinación y volvió la cabeza hacia él con una larga mirada de «hosca virtud», que al poco fue de complacencia.

Se habló de Foote. Dijo Johnson: «No es un buen mimo». Uno de los presentes añadió: «Un truhán y un perillán, un bufón». JOHNSON: «Pero no deja de tener ingenio, y no anda escaso de ideas, de recursos, y es fértil en la variedad de sus gestos, y tampoco le falta la cultura necesaria para desempeñar su papel. Una de las variedades de ingenio que tiene en grado excelso es el que consiste en salirse por peteneras. Uno lo arrincona y lo tiene sujeto por ambas manos, y cuando ya cree que lo tiene bien sujeto se le escurre como un animal que saltara por encima de su cabeza. Por otra parte, posee una gran amplitud de ingenio; nunca permite que la verdad se interponga entre él y una buena broma, llegando a ser grosero en demasía. Garrick tiene muchas trabas de las que Foote está libre por completo». WILKES: «El ingenio de Garrick más concuerda con el de lord Chesterfield». JOHNSON: «La primera vez que estuve con Foote fue en casa de Fitzherbert. Como no tenía una buena opinión de él, resolví no mostrar complacencia, y es difícil agradar a nadie en contra de su voluntad. Me puse a comer bastante mohíno, afectando no prestarle la menor atención. El muy perro era tan cómico que me vi obligado a soltar los cubiertos, echarme hacia atrás en la silla y reírme a carcajadas. Sí, señor; era irresistible.^[27] En cierta ocasión experimentó en grado extraordinario la eficacia de sus dotes para divertir a la concurrencia. Entre los múltiples y muy diversos modos con que intentó ganar algún dinero estuvo el asociarse con un cervecero que fabricaba cerveza de baja graduación, e iba a llevarse parte de los beneficios obtenidos por procurarle clientes entre sus muy numerosas amistades. Fitzherbert era uno de los que tomaba cerveza floja, pero ésta era tan nefasta que ni siquiera los criados quisieron beberla. Pasaron por la contrariedad de tener que notificarle su resolución, temerosos de ofender a su señor, de quien sabían que estimaba sobremanera la compañía de Foote. A la postre, decidieron que un muchacho negro, que era el preferido del señor de la casa,

informara al señor Fitzherbert. Sucedió que ese día Foote fue a comer con Fitzherbert, y el muchacho negro tuvo que servir la mesa, pero quedó tan admirado con las historias que contó Foote, tan deleitado con sus chistes y sus muecas, que cuando bajó dijo a sus compañeros los criados: “Es el hombre más estupendo que he visto nunca. No transmitiré vuestro recado. Pienso beber de la cerveza que anuncia”».

Alguien comentó que Garrick nunca habría sido capaz de una hazaña semejante. WILKES: «Garrick habría aflojado todavía más una cerveza floja de por sí. Ahora va a dejar las tablas, pero seguirá representando la mezquindad durante toda su vida». Bien sabía yo que Johnson no permitiría a nadie menospreciar a Garrick, aun siendo él quien en público lo menospreciara, como ya me dijera el propio Garrick; asimismo, le había oído elogiar su liberalidad, por lo cual, para dar a conocer su opinión acerca de su famoso discípulo, dije en voz bien alta: «Tengo constancia de que Garrick es hombre generoso». JOHNSON: «En efecto, señor; me consta que Garrick ha dado más dinero que cualquier hombre que yo conozca en toda Inglaterra, y no precisamente por pura ostentación. Garrick era muy pobre cuando comenzó su andadura profesional; por eso, tan pronto empezó a tener dinero es probable que careciera de experiencia en dar a los demás, y ahorraba todo cuanto podía, hasta el punto de excederse en su celo previsor. Ahora bien, Garrick comenzó a dar muestras de liberalidad tan pronto como pudo, y soy de la opinión de que la fama de avaro que le han atribuido ha sido una gran suerte para él, y le ha salvado de tener muchos enemigos. Se desprecia a un hombre por su avaricia, pero no se le llega a odiar. Garrick podría haber sido objeto de mejores ataques por vivir con esplendor, muy por encima del que a un actor conviene; de haber tenido la punta de ingenio necesaria para atacarle por ese flanco, le habrían causado mucha mayor irritación. Pero se han limitado a despotricar contra su avaricia, lo cual le ha librado de no pocas difamaciones y envidias».

Hablando de la gran dificultad que existe en la obtención de información auténtica para una biografía, Johnson nos dijo que «cuando yo era aún un muchacho, quise escribir la *Vida de Dryden*, y con el fin de acopiar materiales recurrí a las únicas dos personas todavía con vida que lo habían visto; eran el anciano Swiney^[28] y el viejo Cibber. La información de Swiney no pasó de esto: “Que en el Café de Will tenía Dryden un asiento reservado, un sillón que colocaba junto a la chimenea en invierno, por lo cual se llamaba su sillón de invierno, y que en verano lo sacaba a la galería, por lo cual se le llamaba su sillón de verano”. Cibber poco más pudo decirme: “Le recuerdo como a un anciano honesto, árbitro de cualquier polémica que se desatase en el Café de Will”. Deben ustedes tener en cuenta que Cibber se hallaba a una gran distancia de Dryden; quizá había metido sólo un pie en la sala, y aún no se atrevía a meter el otro». BOSWELL: «Pero... ¿era Cibber un hombre observador?». JOHNSON: «Yo creo que no». BOSWELL: «Reconocerá usted que su *Apología* está bien ejecutada». JOHNSON: «Muy bien, ya lo creo. Ese libro es prueba notable de la observación de Pope, quien dijo que

Cada cual su dominio bien mandara,
si a lo que entiende su afán limitara».

BOSWELL: «Y sus comedias son buenas». JOHNSON: «Sí, pero ése era su oficio; *l'esprit du corps*; toda su vida estuvo entre comediantes y actores. Me extrañaba que tuviera tan poca cosa que decir en conversación, pues había estado con las mejores compañías, y había aprendido de oídas cuanto se puede aprender. Vilipendió a Píndaro estando conmigo, y luego me mostró una oda de las suyas, con un dístico absurdo, en el que un pardal se encarama al ala del águila rampante.^[29] Le expliqué que cuando los antiguos hacían un símil, siempre lo hacían como si fuera al menos verosímil».

El señor Wilkes señaló que «entre todos los audaces vuelos de la imaginación de Shakespeare, el más osado fue hacer que el bosque de Birnam se encaminara hacia Dunsinane, creando así un bosque donde nunca hubo ni un arbusto: ¡un bosque en Escocia! ¡Ja, ja, ja!». Y observó también que «la servidumbre gregaria a los clanes, propia de los montañeses de las Tierras Altas de Escocia, era la única excepción conocida a la observación de Milton, según el cual “la ninfa de la montaña, dulce libertad”, era adorada en todas las regiones montañosas». «Estuve en Inverary —dijo— haciendo una visita a mi viejo amigo Archibald, Duque de Argyle, y sus siervos me felicitaron por ser persona tan estimada por Su Excelencia el Duque, a lo cual repuse: “Es, caballeros, una verdadera suerte para mí, pues de haber incurrido yo en disgustar al Duque, si él lo hubiera deseado, no hay entre ustedes ni un solo Campbell que no hubiera estado dispuesto a llevarle la cabeza de John Wilkes a lomos de un corcel. Hubiera sido solamente:

¡Que le corten la cabeza! Hasta ahí ha llegado Aylesbury”.

Era yo por entonces parlamentario por la circunscripción de Aylesbury».

El doctor Johnson y el señor Wilkes conversaron sobre el polémico pasaje del *Arte poética* de Horacio que dice: «*Difficile est proprie communia dicere*». El señor Wilkes, de acuerdo con lo que tengo anotado, dio esta interpretación: «Es difícil hablar con propiedad de las cosas comunes, pues si un poeta tuviera que hablar de la reina Carolina en el momento de tomar el té, debería esforzarse por rehuir la vulgaridad de las tazas y los platillos». Sin embargo, al leer mi anotación me dice que lo que quiso decir es que «el término *communia*, siendo un término propio del Derecho romano, significa aquí cosas *communis juris*, esto es, lo que aún nunca ha tratado nadie, cosa que parece meridianamente clara por lo que sigue:

... Tuque
Rectius Iliacum carmen deducis in actus
Quam si proferres ignota indictaque primus.

»Más fácil es hacer una tragedia a partir de la *Ilíada* que de cualquier tema que

previamente no se haya abordado». JOHNSON: «Él quiere decir que es difícil atribuir con la debida propiedad a las personas determinadas cualidades que son comunes a toda la humanidad, como ha hecho Homero».^[30]

WILKES: «No tenemos ahora ningún poeta de la ciudad: es un oficio que ha caído en desuso. El último fue Elkanah Settle. Hay en los hombres algo que no puede uno dejar de percibir. Por ejemplo, Elkanah Settle suena tan raro que ¿quién va a esperar gran cosa de ese nombre? Nadie tendría ni la menor vacilación en preferir a John Dryden antes que a Elkanah Settle con sólo conocer sus nombres, sin conocer sus diferentes méritos». JOHNSON: «Supongo, señor, que Settle hizo tanto por los regidores del municipio en su época como John Home podría hacer ahora. ¿Dónde aprendieron inglés dos americanos como Beckford y Trecothick?».

Arthur Lee habló de algunos escoceses que habían tomado posesión en América de una región estéril, y se preguntó por qué la habrían escogido. JOHNSON: «Verá, señor: toda esterilidad es relativa. Los escoceses seguramente no sabrían que era estéril». BOSWELL: «Vamos, vamos; sólo pretende halagar a los ingleses. Usted ha visitado Escocia, señor, y diga si no vio allí que había carne y bebida suficientes». JOHNSON: «Desde luego; la carne y bebida necesarias para dar a los habitantes de aquellas tierras fuerza suficiente para marcharse de allí». Todas estas intervenciones rápidas y vivísimas fueron dichas de manera asaz deportiva, en son de chanza, con una sonrisa, lo cual denotaba que sólo quería hacer gala de su ingenio. En esta cuestión, el señor Wilkes y él podían asemejarse perfectamente; era un lazo de unión entre ambos; yo era sabedor de que, como los dos habían visitado Caledonia, estaban plenamente persuadidos de ser cierta la extraña y estrecha ignorancia de los que imaginan que es tierra donde se pasa hambre.^[a nota 96, Vol. III] Sin embargo, se divertían perseverando en esas bromas ya avejentadas. Cuando reclamé la superioridad de Escocia sobre Inglaterra al menos en un aspecto, y es que allí no hay hombre al que se pueda detener por una deuda simplemente con que otro preste juramento contra él, pues tiene que darse primero la sentencia de un tribunal que determine la justicia de tal acción, ya que la detención de un ciudadano, antes de obtenerse el pronunciamiento legal de rigor, puede tener lugar únicamente si el acreedor declara bajo juramento que está a punto de abandonar el país, o, según se dice técnicamente, *in meditatione fugæ*, dijo Wilkes: «Eso me parece que podría en puridad decirse de toda la nación escocesa». JOHNSON: (a Wilkes): «Debe usted saber, señor, que últimamente he llevado a mi amigo Boswell a que viera cómo es la auténtica vida civilizada en una ciudad provinciana de Inglaterra. Lo llevé a Lichfield, mi lugar natal, para que viera por una vez al menos cómo es la vida en civilización, pues ya sabe usted que vive en Escocia entre salvajes, y en Londres habita entre bribones y libertinos».^[a nota c367, Vol. II] WILKES: «Salvo cuando se encuentra con personas serias, sobrias y decentes, como usted y yo». JOHNSON, sonriendo: «Y nos avergonzábamos de él».

Se mostraron los dos francos y complacidos. Johnson contó la historia de la ocasión en que pidió a la señora Macaulay que permitiera a su criado sentarse a la mesa con ella y con los demás comensales, para demostrar la insensatez de su argumento acerca de la igualdad de los hombres, y me dijo luego, con un gesto de satisfacción, «habrá visto que Wilkes asintió». Wilkes habló con toda la libertad imaginable del jocoso título dado al fiscal general de la Corona, *Diabolus Regis*, y añadió: «Tengo motivos para saber algo de ese cargo, no en vano fue perseguido por libelo». Johnson, al que muchos habrían supuesto enfurecido por tanta ligereza al hablar de estas cosas, no dijo ni una palabra. Fue a todos los efectos «un hombre bien humorado».

Después del almuerzo se recibió la visita de la señora Knowles, la cuáquera, bien conocida por sus variados talentos, y el regidor Lee. En medio de algunos gemidos y quejas patrióticas, alguien (creo que el regidor) dijo: «Ay, nuestra pobre Inglaterra está perdida». JOHNSON: «Señor, no es tanto de lamentar que Inglaterra esté perdida, cuanto que los escoceses la hayan encontrado».^[31] WILKES: «De haber gobernado lord Bute solamente Escocia, no me habría tomado la molestia de escribir su elogio, ni le habría dedicado *Mortimer*».^[c25]

Wilkes tomó una vela para mostrar un bello grabado de una hermosa figura femenina que estaba colgado en la sala, y señaló el elegante contorno del seno con el dedo de un exquisito conocedor de la materia. Más tarde, en una conversación conmigo, aparte, insistió en broma que en todo momento había dado Johnson señales bien visibles de una fervorosa admiración por los encantos de la bella cuáquera.

Esta crónica, aun sin ser tan perfecta como hubiera yo querido, servirá para dar buena idea de un encuentro muy curioso, que no sólo fue grato en el momento, sino que tuvo el benéfico efecto de reconciliar cualquier animosidad y dulcificar cualquier acritud que, en el bullicio de las disputas políticas, se hubiera producido entre dos hombres que, aun siendo muy diferentes, tenían tantas cosas en común —el saber clásico, la literatura moderna, el ingenio y el humor y la prontitud de la réplica— que habría sido lamentable que se mantuvieran siempre distanciados.^[c26]

El señor Burke me elogió por esta afortunada «negociación», y dijo en broma que «nunca hubo nada igual en toda la historia del *Corps Diplomatique*».

Acompañé a Johnson a su casa y tuve la satisfacción de oírle decir a la señora Williams lo mucho que le había complacido la compañía del señor Wilkes y lo bien que había pasado el día.

Mucho departí con él sobre la célebre Margaret Caroline Rudd, a la cual había visitado yo, inducido por la fama de su talento, destreza e irresistible poder de fascinación. A una dama que no vio con buenos ojos que yo la visitara Johnson había contestado así en una ocasión anterior: «No se apure, señora; Boswell hace bien; yo mismo habría ido a visitarla de no ser porque ahora se les ha ocurrido esa manía de ponerlo todo en los periódicos». Y en esta velada exclamó: «Lo envidio por el trato que tiene con la señora Rudd».

Le comenté mi propósito de hacer un viaje por la Isla de Man, que le detallé en todos sus pormenores, y añadí el lema que a modo de chanza había propuesto Burke para el viaje:

El objeto de estudio de la humanidad es el Hombre.^[c27]

JOHNSON: «Señor, con los libros obtendrá más de lo que el viajecito le cueste, de modo que tendrá la diversión que busca por nada, y agregada así a su reputación».

Al día siguiente, por la tarde, me despedí de él para regresar a Escocia. Le di calurosamente las gracias por su amabilidad. «Señor —dijo—, es usted muy bienvenido. Nadie se lo recompensa mejor».

¡Qué rematadamente falsa es la especie que se ha propagado acerca de los modales groseros, apasionados y ásperos de este hombre grande y bueno! Preciso es reconocer que tenía a veces alguna salida de tono, que se acaloraba con facilidad, que a veces se dejaba «provocar en demasía» por los absurdos y las necedades, y que otras veces era excesivo su afán por salir deseoso de triunfar en cualquier discusión coloquial. La presteza tanto de su percepción como de su sensibilidad le predisponía a súbitos estallidos de sátira que podían pasar por malhumor, a lo cual le incitaba de un modo casi irresistible su extraordinaria agudeza de ingenio. Por valerme de una de las más bellas imágenes del *Douglas* del señor Home,

A cada destello del pensamiento
seguía la decisión, como el trueno
pisa los talones del rayo.

Admito que, en su interior, el alguacil estaba a menudo tan ansioso por dar unos azotes que el juez no tenía tiempo ni de examinar el caso con la suficiente ponderación.

Preciso es asimismo reconocer que a veces se caracterizaba por la violencia de su temple, pero no menos preciso es determinar el grado, y no dar en suponer a la ligera que estaba de continuo enfurecido, y que siempre tenía a mano una estaca para atizarle en toda la cabeza al primero que se le acercara. Muy al contrario, la verdad es que las más de las veces era cortés, amable, deferente; es más, era cortés en el verdadero sentido del término, tan es así que muchas de las personas que lo trataron durante mucho tiempo jamás recibieron de él, ni le oyeron decir, una palabra encolerizada.

Las cartas que siguen, tocantes a un epitafio que escribió para el monumento al doctor Goldsmith en la abadía de Westminster, son buena prueba, a la par, de su modestia sin afectación, de su despreocupación por sus propios escritos y del enorme respeto que profesaba por el gusto y el criterio de la excelente, eminente personalidad a quien están dirigidas:

A sir Joshua Reynolds

16 de mayo de 1776

Querido señor,
he estado alejado de usted sin saber bien cómo, y estos enojosos impedimentos no sé siquiera cuándo tendrán fin. Por tanto, le envió el epitafio de nuestro pobre y querido doctor. Léalo usted primero y, si lo estima oportuno, muéstrelo en el club. Estoy dispuesto, bien sabe usted, a que se me rectifique y enmiende. Si cree que algo estuviera fuera de lugar, guárdese para usted hasta que nos veamos. Le adjunto dos copias, aunque prefiero la del tarjetón. Las fechas ha de fijarlas el doctor Percy. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

22 de junio de 1776

Señor,
la señorita Reynolds tiene el propósito de enviar el epitafio al doctor Beattie. Me agrada mucho la idea. Pero no dispongo de copia alguna, y tampoco me viene a la memoria en su integridad. Me dice que usted lo ha perdido. Trate de recordarlo y escriba cuanto le venga a la memoria; quizá haya retenido lo que he olvidado yo. Las líneas que más en duda me tienen son aquellas que decían algo así como *rerum civilium sive naturalium*,^[32] Mala suerte ha sido el perderlo; ayúdeme si puede. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Mejoro de la gota, pero muy lentamente.

Fue después de que yo me fuese de Londres ese año, según creo, cuando dio ocasión este epitafio a una *Amonestación al monarca de la literatura*, en cuyo relato me reconozco deudor de sir William Forbes, de Pitsligo.

Para que mis lectores se hagan cargo clara y plenamente de lo ocurrido, insertaré primero el epitafio:

OLIVARII GOLDSMITH,

*Poetæ, Physici, Historici,
Qui nullum fere scribendi genus
Non tetigit,
Nullum quod tetigit non ornavit:
Sive risus essent movendi,
Sive lacrymæ,
Affectuum potens at lenis dominator:
Ingenio sublimis, vividus, versatilis,
Oratione grandis, nitidus, venustus:
Hoc monumento memoriam coluit
Sodalium amor,
Amicorum fides,
Pectorum veneratio.
Natus in Hibernia Forniæ Longfordiensis,
In loco cui nomen Pallas,
Nov. XXIX. MDCCXXXI;^[33]
Eblanae literis institutus;
Obiit Londini,*

Así me escribe sir William Forbes:

Le adjunto el *Memorial en rueda*. Este *jeu d'esprit* tuvo su origen un día en que almorzamos en casa de nuestro amigo sir Joshua Reynolds. Todos los presentes, salvo yo, eran amigos y conocidos del doctor Goldsmith. El epitafio que en su honor escribió el doctor Johnson se erigió en tema de conversación, a propósito del cual se sugirieron varias enmiendas, que se convino convendría someter a la consideración del doctor. El problema, claro está, consistía en precisar quién tendría arrestos para proponérselas. A la postre, se sugirió que no habría mejor modo de hacerlo que un *Memorial en rueda*, como lo llaman los marinos, que lo utilizan cuando participan en una conspiración, para que no se sepa quién fue el primero en firmar el documento. La proposición se aprobó de inmediato. El doctor Barnard, Deán de Derry, hoy Obispo de Killaloe, [34] redactó una alocución dirigida al doctor Johnson, repleta de ingenio y humor, tanto que se pensó que el doctor podría entender que el asunto se había tomado demasiado a la ligera. Burke propuso entonces el mensaje que consta en el documento, del que tuve el honor de servir como escribano.

Sir Joshua aceptó el encargo de llevar en mano el mensaje a Johnson, que lo recibió con muy buen humor [35] y expresó a sir Joshua el deseo de que dijera a los caballeros firmantes que estaba dispuesto a enmendar el epitafio de acuerdo con lo que les agradase, pero que jamás consentiría en deshonar los venerables muros de Westminster con una inscripción en inglés.

Considero que este *Memorial en rueda* es una suerte de curiosidad literaria digna de que se conserve, pues muestra, en cierta medida, el carácter del doctor Johnson.

A.D. 1776



[Véase ⇒]

Presento a mis lectores la fiel transcripción de un documento que tengo la certeza de que querrán conocer. [c29]

La observación de sir William Forbes es muy atinada. La anécdota que se relata demuestra de la manera más convincente la reverencia y el temeroso respeto con que

miraban a Johnson algunos de los hombres más eminentes de su época en toda suerte de actividades, e incluso algunos de los que vivían más en estrecha relación con él, a la par que confirma también lo que he dicho una y otra vez, esto es, que no era de ninguna manera un personaje feroz e irascible, al contrario de lo que se ha dado en suponer entre los más ignorantes.

Esta apresurada composición debe también tenerse como uno de los mil ejemplos que prueban la extraordinaria presteza de Burke, quien así como está a la altura de las grandes empresas, puede adornar las menores, y puede, con idéntica facilidad, dedicarse a las vastas y complicadas especulaciones de la política o a los ingeniosos motivos de la investigación literaria

Del doctor Johnson a la señora Boswell

16 de mayo de 1776

Señora,

no debe tenerme por descortés al no haber contestado a la carta con la que me favoreció usted hace ya algún tiempo. Imaginé que la escribió sin conocimiento del señor Boswell, y que por tanto la respuesta requería, cosa que no tuve modo de idear, una manera de transmitirla en privado.

Las diferencias con lord Auchinleck afortunadamente están ya en trance de superación, y como ha aparecido el joven Alexander confío en que no surjan más dificultades entre ustedes, pues sinceramente les deseo toda la felicidad. No enseñe a los pequeños a tenerme inquina, tal como usted me la tiene; permítame al menos gozar de la amabilidad de Verónica, pues la cuento con afecto entre mis conocidos.

Ahora tendrá al señor Boswell en casa; es buena cosa que lo tenga usted al lado; ha llevado una vida llena de desatinos. Lo he llevado a Lichfield y ha seguido camino con el señor Thrale hasta Bath. Le ruego lo cuide y lo dome como conviene. El único punto en el que tengo el honor de estar de acuerdo con usted es en el afecto que le profeso, y ya que somos de ánimo idéntico en un asunto de tan gran relevancia, el resto de nuestras disputas, espero, no debiera arrojar grande ni amargo encono. Soy, señora mía, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Del señor Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 25 de junio de 1776

Con anterioridad se ha quejado usted de que mis misivas eran demasiado largas. No hay peligro de que esa queja se pueda formular en la actualidad, pues se me hace difícil escribirle siquiera unos renglones. [Sigue aquí un relato de la aflicción por el rebrote de la melancolía y el desánimo].

Han llegado las cajas de libros que me envió, pero todavía no he examinado su contenido.^[36] (...)

Le adjunto el texto de Maclaurin para el negro que reclama su libertad ante el Supremo.^[c30]

El doctor Johnson a Boswell

2 de julio de 1776

Querido señor,

estas fases de humor negro, de las que se queja usted, tal vez le hieren la memoria tanto como la imaginación. ¿Cuándo me he quejado yo de que sus cartas fueran demasiado largas?^[37] La última de las tuyas, luego de un larguísimo retraso, trajo malas noticias. [Aquí, una serie de reflexiones sobre la melancolía, y algo que no pude evitar que me pareciera extrañamente irracional por su parte, habida cuenta de que tanto la había padecido él

mismo: grandes dosis de severidad y reprobación, como si fuera por mi culpa, o como si tal vez fuera mera afectación mía, mero deseo de destacar].

Lea *La enfermedad inglesa* de Cheyne, pero no permita que la lectura le inculque la idea disparatada de que la melancolía es buena prueba de agudeza en quien la sufre. (...)

Saber que no ha abierto usted sus cajas de libros me resulta muy ofensivo. El examen y la ordenación de tantos volúmenes le hubiera procurado un entretenimiento muy oportuno en este momento y muy provechoso para toda la vida. Le confieso que me enoja, y mucho, ver qué mal se administra usted. (...)

No digo nada más, salvo que soy, con toda amabilidad y sinceridad, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El año pasado dictaminó lord Mansfield en el tribunal de la Real Judicatura que un negro no puede ser llevado fuera del reino sin su consentimiento.

El doctor Johnson a Boswell

16 de julio de 1776

Querido señor,

me apresuro a escribirle de nuevo, no sea que mi última carta le haya causado demasiado pesar. Si realmente le oprime la melancolía abrumadora y contraria a su voluntad, es usted más digno de compasión que de reproche. (...)

Mi querido Bozzy, acabemos de una vez por todas con las trifulcas y las censuras. Hágame saber si no le he enviado una bonita biblioteca. Hay quizá entre todos ellos muchos libros que nunca necesite leer de cabo a rabo, pero no hay uno solo que no sea apropiado conocer y en ocasiones consultar. De todos esos libros cuyo uso es sólo ocasional basta a menudo con conocer el índice, de modo que cuando surja una cuestión pueda saber dónde encontrar la información.

Desde que le escribí, he repasado el rogatorio de Maclaurin, y lo encuentro excelente. ¿Cómo se va a llevar el litigio? Si fuera por suscripción, le encargo que aporte en mi nombre lo que le parezca apropiado. Que no sea por falta de fondos en un caso como éste. El doctor Drummond, según veo, ha sido sustituido.^[38] A su padre le habría dolido, pero al menos vivió para tener el placer de ver la elección de su hijo, y murió antes de que ese placer se diluyera.

La señora de Langton ha dado a luz a una niña, y las dos están bien. El otro día almorcé con él. (...)

Me fastidia decirle que durante la velada del 29 de mayo tuve un ataque de gota y que no me encuentro bien. El dolor no ha sido violento, pero la debilidad y la sensibilidad exacerbada fueron muy molestas; aunque al parecer es insólito, no ha servido para aliviar mis demás trastornos. Disfrute de su juventud y de su salud mientras las tenga; rinda mis respetos a la señora Boswell. Soy, mi querido señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

De Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 18 de julio de 1776

Mi querido señor,

su carta del 2 de este mes fue jarabe de palo, aunque debo decir que me deleitó la espontánea ternura con que pocos días después me hizo llegar el bálsamo de su siguiente carta. Durante un tiempo me he encontrado tan indispuesto que a lo sumo atinaba a mantener una apariencia decente, mientras que por dentro todo era flojera y desasosiego. Cual guarnición sitiada en la que aún se conservara cierto espíritu de combate, colgué banderas y reuní a toda la tropa en el baluarte. Ahora me encuentro mucho mejor, y sinceramente le agradezco su amable atención y su consejo amigo. (...)

El conde Manucci^[39] llegó aquí la semana pasada tras viajar por Irlanda. Lo he tratado con cuanta civilidad me ha sido posible, tanto por él mismo como por usted y por el señor y la señora Thrle. Ha sufrido una caída de

su caballo con graves consecuencias. Lamento el desafortunado accidente, pues parece un hombre muy cordial.

Como prueba de lo que he apuntado al comienzo de este año, selecciono de sus notas privadas el siguiente pasaje:

«25 de julio de 1776. Oh, Señor, Tú que has ordenado que aquello que se desee haya de perseguirse por medio del trabajo y el esfuerzo, Tú que con tu bendición das al trabajo honesto el buen efecto deseado, contempla con misericordia mis estudios y desvelos. Concédeme, Señor, que rubrique sólo cuanto sea legal y correcto, y otórgame el sosiego del espíritu y la firmeza en los propósitos, para que pueda cumplir tu voluntad en esta vida tan corta y así obtener la felicidad en la vida venidera, por Nuestro Señor Jesucristo, amén».^[40]

Parece ser, por una nota adicional, que compuso esta plegaria cuando se propuso aplicarse con todo su vigor al estudio en particular del griego y del italiano.

Semejante propósito, expresado a la edad de sesenta y siete años, es admirable y estimulante; sin duda ha de impresionar el pensamiento de todos mis lectores e imprimir en su ánimo gran confianza y consuelo en el hábito de la devoción al ver a un hombre de tan inmensa capacidad intelectual como Johnson, en la genuina seriedad de su secreto, implorando la ayuda del Ser Supremo, «de quien proviene todo bien y todo don de perfección».

A Sir Joshua Reynolds

3 de agosto de 1776

Señor,

un joven llamado Patterson se postula esta tarde a la Academia. Es hijo de un hombre^[41] por el que desde hace tiempo he tenido afecto, y que ahora se encuentra fuera de Londres y en apuros. Me alegrará que se complazca en manifestarle cualquier sanción, por pequeña que sea, o en hacerle cualquier pequeña distinción. Desconozco hasta qué punto estará en su mano el favorecer o agilizar el ingreso de un joven candidato; tampoco sé si este joven merece el favor por su mérito personal, ni qué esperanzas augura su actual destreza en cuanto a su futura excelencia. Se lo recomiendo por ser hijo de mi amigo. Su carácter de usted y su posición le capacitan para dar grandes ánimos a un joven de manera muy fácil. Sabrá usted de un hombre que solicitó a sir Robert Walpole el sencillo favor de estar presente en su recepción para dedicarle una reverencia. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 30 de agosto de 1776

[Tras hacerle una relación de mi examen del baúl lleno de libros que me había enviado, y que contenía lo que en verdad puede considerarse una copiosa y miscelánea biblioteca portátil, ensamblada al azar]:

Lord Hailes se pronunció en contra de lo decretado en el caso de mi cliente, el presbítero, aunque no es que diera justificación al ministro, sino que fue debido a que el feligrés hizo uso de su derecho a réplica. Envié a Su Señoría el muy ducho argumento que usted me facilitó para que examinara el caso a la luz del mismo. Por carta me dijo que «el *Suasorium* del doctor Johnson es muy grato de leer,^[42] y está compuesto con verdadero arte». Sospecho, sin embargo, que ni él mismo se convence, pues entiendo que son ingentes sus conocimientos de historia eclesiástica, tanto que desbordan lo que un obispo o un presbítero tiene derecho a censurar o a disciplinar *ex cathedra*.^[43] (...)

Por el honor del conde Manucci, y también para respetar la exactitud en la verdad que usted me ha inculcado, algo le dije en una carta anterior. No es que se cayera del caballo, lo cual equivaldría a poner en entredicho su destreza como oficial de caballería, sino que su caballo se cayó con él.

Desde la última vez que nos vimos, tiempo he tenido de leer todas y cada una de las páginas de la *Historia biográfica* de Granger. Me ha entretenido en grado sumo, y no le considero tan *whig* como usted suponía. Que Horace Walpole lo haya apadrinado no es, qué duda cabe, buena señal de los principios que profesa en política. Pero a lord Mountstuart le negó que fuera un *whig*, y señaló que ambos partidos le habían acusado de parcialidad a favor del contrario. Parece que fue como Pope: «Mientras los *tories* me llaman *whig*, los *whigs* me llaman *tory*».

Ojalá examinara usted más a fondo su libro. Como lord Mountstuart tiene un gran deseo de hallar a la persona idónea para proseguir el trabajo de acuerdo con el plan de Grange, y me ha pedido que se lo comente, si se le ocurre alguien apropiado le ruego me lo haga saber. Su Señoría le dará un generoso incentivo.

A Robert Levett

Brighthelmstone, 21 de octubre de 1776

Querido señor,

tras haber pasado seis semanas en este lugar, por fin hemos resuelto regresar. Cuento con verles a todos ustedes en Fleet Street el próximo día 30.

No me he bañado en el mar hasta el pasado viernes, aunque ahora pienso ir casi toda la semana, y no estoy seguro de que me siente del todo bien. Paso las noches inquieto, apenas descanso, por lo demás estoy bien.

He dado aviso de mi regreso a la señora Williams. Dé mis recuerdos a Francis y a Betsy.^[44] Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON^[45]

Volví a escribir al doctor Johnson el 21 de octubre, informándole de que mi padre, con generosidad exquisita, había saldado una deuda cuantiosa que tenía contraída yo, y que en esos momentos me embargaba la felicidad de hallarme en términos excelentes con él. A esto me contestó como sigue.

A James Boswell

Bolt Court, 16 de noviembre de 1776

Querido señor,

me ha causado una gran alegría saber que por fin está en buenas relaciones con su señor padre. Cultive su bondad por todos los medios honestos y viriles que tenga en su mano. La vida es breve; poco será siempre el tiempo que encontremos para la indulgencia de las penas verdaderas o para contender sobre asuntos que sean realmente de gran peso. No desperdiciemos uno solo de nuestros días en resentimientos inútiles, no contendamos contra quien más haya de persistir en su terca malignidad. Vale más no enojarse; es mejor no perder un solo instante en reconciliarnos. Ojalá pasen su padre y usted todo el tiempo que le reste en recíproca benevolencia. (...)

¿Tiene alguna noticia del señor Langton? Lo visito en ocasiones, pero conmigo no conversa. No me gusta su plan de vida, aunque como no me está permitido entenderlo, no está en mi mano enderezar nada que se haya torcido. Sus hijos pequeños son un encanto.

Espero y deseo que mi irreconciliable enemiga, la señora Boswell, se encuentre bien. Deséele que no transmita su malquerencia a los pequeños. Que Alex y Verónica y Euphemia sean mis amigos.

La señora Williams, a quien puede usted tener por una de esas personas que de corazón le desean lo mejor, está floja y lánguida, y con pocas esperanzas de que su estado mejore. Hemos pasado parte del otoño en el campo, pero en poco le ha beneficiado; el doctor Lawrence confiesa que sus artes médicas no dan más de sí. La muerte, sin embargo, aún queda lejos, ¿y qué más que eso podríamos decir de nosotros mismos? Lamento mucho los dolores que sufre, y más me duele aún su decrepitud. El señor Levett está estupendamente, entero y verdadero.

Pasé durante el otoño algunas semanas en Brighthelmstone. El sitio me pareció muy tedioso; además, no me encontré del todo bien. La expedición a las Hébridas fue el viaje más placentero que haya hecho nunca. Semejante esfuerzo anual daría al mundo un poco de diversidad.

Sin embargo, no todos los años podemos dedicarnos a errar por la tierra, y hemos por tanto de esforzarnos al máximo por pasar el tiempo que estemos en casa lo mejor que podamos. Creo que lo mejor es dar a la vida un método, de modo que cada hora dé su rendimiento y cada rendimiento tenga su hora. Observa Jenofonte, en su *Tratado de Economía*, que si todo se guarda en un determinado lugar, cuando algo se desgasta o se consume, el vacío que deja en su lugar pondrá de manifiesto su carencia; así pues, si cada parte del tiempo se adjudica a un deber, la hora en sí recordará por sí sola la actividad que le es propia.

No he puesto en práctica yo esta prudente medida, pero es mucho lo que he padecido por no aplicármela. Y querría que usted, con la oportuna rememoración y la resolución firme, huya de esos males que a mí tanto me han pesado. Soy, mi querido Boswell, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El 16 de noviembre le informé de que Strahan me había hecho llegar doce ejemplares del *Viaje a las islas occidentales*, encuadernados de maravilla, en vez de los veinte que estaban estipulados, aunque supuse que los tendría sin encuadernar; le pedí que me hiciera saber cómo deseaba que se distribuyeran, y le anuncié que había tenido otro hijo varón, al que puse por nombre David, que era un niño enfermizo.

A James Boswell

21 de diciembre de 1776

Querido señor,

he pasado un tiempo postrado por un catarro, lo que, tal vez, he tomado por excusa para no escribir, cuando en realidad no sé qué decirle.

Los libros es razonable que los distribuya como mejor le parezca, sea en mi nombre, sea en el suyo propio, según estime; es mi deseo, sin embargo, que nadie se dé por ofendido. Haga cuanto esté en su mano.

Le felicito por la ampliación de su familia, y espero que el pequeño David ya esté mejor, y que su mamáita se haya recuperado por completo. Mucho me alegra la noticia de que se ha restablecido un trato cordial entre su padre y usted. Cultive su ternura paterna tanto como pueda. Vivir en desavenencia es incómodo, y la desavenencia con un padre, si se encona, lo es más aún. Además, en todas las disputas ocupa usted el lado erróneo; cuando menos, fue usted el autor responsable de las primeras provocaciones, y algunas fueron muy ofensivas.^[c31] Que todo termine. Como no tiene usted motivos para pensar que su nueva madre le haya tratado de forma ingrata ni aviesa, trátela usted con respeto y muéstrele un punto de confianza, que eso tranquilizará a su señor padre. Una vez que una familia que ha vivido la discordia en su seno conoce el placer de la paz, no dejará que se pierda quedándose de brazos cruzados. Si al menos la señora Boswell se aviniera a mostrarme su amistad, tal vez podríamos clausurar el templo de Jano.

¿Qué fue del litigio del señor Memis? ¿Se ha zanjado el asunto relativo al negro? ¿Tiene sir Allan esperanzas fundadas en la razón? ¿Qué se hizo del pobre Macquarry?^[c32] No deje de tenerme al corriente de todos esos litigios. Les deseo lo mejor en particular al negro y a sir Allan.

La señora Williams ha estado francamente mal; aunque ya se encuentra algo mejor, es asaz probable, en opinión de su médico, que haya de soportar estos achaques de por vida, aunque tampoco deja de ser probable que fallezca a causa de otros trastornos. La señora Thrale se halla encinta, y fantasea con que sea un niño; si fuera razonable desear mucho a este respecto, desearía ante todo que no se lleve una decepción. El deseo de tener herederos varones no es exclusivo de quien tiene tierras en régimen feudal. Un hijo es a todas luces imprescindible para la prolongación en el tiempo de la fortuna de Thrale pues ¿qué iban a hacer las señoritas con una fábrica de cerveza? Son las tierras más aptas para las hijas que una actividad comercial, por pujante que sea.

Baretti se marchó de casa de los Thrale presa de un encaprichado arranque de disgusto, o de mal temperamento, sin siquiera despedirse. No es mala cosa si encuentra un alojamiento igual de bueno, y tantas comodidades como las que tenía. Se ha embolsado veinticinco guineas por su traducción de los *Discursos* de sir

Joshua al italiano.^[c33] El señor Thrale, le dio otras cien en primavera, de modo que aún no andará apurado.

Colman ha adquirido la patente de Foote, a quien ha de pagar 1600 libras al año de por vida, según me ha dicho Reynolds, y permitirle exprimir a menudo tales términos para embolsarse otras cuatrocientas adicionales.

^[c34] No alcanzo a ver qué sacará en claro Colman de semejante negocio, si no son contratiempos y complicaciones. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El reverendo doctor Hugh Blair, admirado desde antaño como predicador en Edimburgo, pensó en la posibilidad de dar una difusión más amplia a sus sermones, aumentando así su reputación, publicándolos en un florilegio. Remitió el manuscrito a Strahan, el impresor, quien tras retenerlo durante algún tiempo le escribió una carta desaconsejándole su publicación.^[c35] Tales fueron los comienzos, nada auspiciosos, de uno de los libros de Teología que con mayor éxito se han publicado. No obstante, Strahan había enviado uno de los sermones al doctor Johnson para recabar su opinión; luego de que enviase al doctor Blair su carta desfavorable, recibió de Johnson en Nochebuena una nota que contenía el siguiente párrafo:

He leído el primer sermón del doctor Blair y suscita toda mi aprobación sin reservas; decir que es bueno es quedarse corto.

Tengo entendido que muy poco después tuvo Strahan una conversación con el doctor Johnson relativa a estos sermones, tras la cual, con gran sinceridad, volvió a escribir al doctor Blair y le adjuntó la nota de Johnson. Accedió a comprar los derechos del volumen, por el cual Cadell y él desembolsaron cien libras. Las ventas del mismo fueron tan rápidas y cuantiosas, la aprobación del público tan manifiesta y unánime, que preciso es dejar constancia en honor de los editores de que hicieron al doctor Blair primero el obsequio de cincuenta libras, y luego otro de idéntica cuantía, doblando voluntariamente de ese modo el precio en principio estipulado, y cuando preparó el doctor Blair un segundo volumen le hicieron entrega de trescientas libras, con lo que sus ganancias por la publicación de sus sermones fueron de quinientas, mediante pacto del que fui testigo. Ahora, por un tercer volumen en octavo, ha recibido nada menos que seiscientas.

1777: ÆTAT. 68.] En 1777, según cabe deducir de sus *Plegarias y meditaciones*, Johnson sufrió en gran medida de un estado anímico «de desasosiego y perplejidad», y del lúgubre humor constitutivo que, con su extrema humildad y con su constante preocupación en lo atingente a su estado religioso, le hacían verse a través de una perspectiva oscura en demasía y desfavorable en grado extremo. Cabe decir de él que «veía a Dios en las nubes».^[c36] Podemos tener certeza de la injusticia en que incurría consigo mismo en el siguiente y apenado párrafo, tanto que da lástima pensar que proviene del contrito corazón de este gran hombre, a cuyos trabajos y desvelos tanto debe el mundo:

Cuando examino mi vida pasada, no descubro más que una estéril pérdida de tiempo, con algunos desórdenes corporales y perturbaciones del entendimiento muy próximos a la locura, tanto que con toda sinceridad espero que Él, mi hacedor, consienta atenuar mis faltas y disculpe mis muchas deficiencias.^[46]

Sin embargo, en este año son sus devociones eminentemente fervorosas, y nos consuela ver lapsos de tranquila compostura y alegría.

Por Pascua hallamos la siguiente y encendida plegaria:

Dios Todopoderoso y muy misericordioso Padre Nuestro, Tú que ves todas nuestras calamidades y conoces todas nuestras necesidades, baja tu mirada hacia mí y de mí ten piedad. Defiéndeme de la incursión violenta de los malos pensamientos y permíteme adoptar y mantener las resoluciones que puedan ser conducentes al cumplimiento de los deberes que tu Providencia me designe, y ayúdame por medio de tu Espíritu Santo para que mi corazón pueda fijarse y ver dónde se han de hallar las verdaderas alegrías, para que pueda yo servirte con afecto puro y con el ánimo contento. Ten piedad de mí, ¡oh, Dios!, apiádate de mí; los años y los achaques me oprimen, el terror y la ansiedad me aturden. Apiádate de mí, Creador y Juez mío. En todas las perplejidades y vicisitudes, ayúdame y libérame, y auxiliame por medio de tu Espíritu Santo, para que pueda ahora conmemorar la muerte de tu Hijo Jesucristo Nuestro Salvador, de modo que cuando esta corta y penosa vida tenga su fin pueda yo, por amor de Él, ser admitido en la felicidad imperecedera. Amén.^[47]

Hallándose en la iglesia, las impresiones agradables que provoca en su espíritu las recoge de este modo:

He pasado algún tiempo abrumado, pero a la postre he obtenido, espero que del Dios de la paz, mayor quietud de la que había gozado desde hace mucho tiempo. No había tomado yo ninguna resolución, pero a medida que se tornaba más ligero mi ánimo, revivía mi esperanza y mi espíritu se fortalecía, y escribí con mi pluma en mi *Libro de las oraciones comunes*:

*Vita ordinanda.
Biblia legenda.*

*Theologiæ opera danda.
Serviendum et lætandum.*

El señor Steevens, cuya generosidad es sobradamente conocida, se sumó al doctor Johnson en prestar amable ayuda a una familiar de Goldsmith, a la que solicitó que cuando regresara a Irlanda le procurase particulares autenticados sobre la vida de su célebre pariente. Referente a ella es la siguiente carta:

A George Steevens

A 25 de febrero de 1777

Estimado señor,

le alegrará saber que de la señora Goldsmith, a quien tanto lloramos por suponer que pereció ahogada, he recibido una carta en la que expresa su gratitud a todos nosotros, con la promesa de llevar a cabo las indagaciones que le encomendamos.

Hubiera tenido yo el honor de transmitir esta información a la señorita Caulfield, sólo que no tengo su carta a mano, por lo que desconozco su dirección. Transmítale la buena nueva. Soy, cordialmente, su más etc.,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo,
14 de febrero de 1777

Mi querido señor,

el estado de mis cuentas epistolares con usted es en la actualidad extraordinario. El balance, si de número se trata, está a su favor. Le debo dos cartas: una, fechada el pasado 16 de noviembre, día en el cual también yo le escribí, de modo que nuestras cartas se cruzaron; la otra, del 21 de diciembre.

Me ha caldeado el corazón la gratitud despertada por el contenido a fe que bondadoso de ambas; se me antoja pasmoso e insultante haber dejado pasar tanto tiempo sin escribirle. Pero el retraso me es inherente, sea por naturaleza, sea por mis malas costumbres. Aguardé hasta que se me ofreciera la oportunidad de presentarle mis respetos con ocasión del año nuevo. He vuelto a caer en la procrastinación a tal extremo que el año de nuevo ya nada tiene. (...)

La causa del doctor Memis se falló en su contra, con unas costas judiciales de cuarenta libras. El lord presidente del tribunal y otros dos de los jueces disintieron de la mayoría en este punto, señalando que aun cuando no existiera intención de perjudicarle llamándole “doctor en Medicina” en vez de “médico” a secas, como él protestase en contra de tal designación antes de que se imprimiera la carta de estatutos, manifestando que no sólo no era de su agrado, sino que también se le antojaba dañino, hubo mala fe en negarse a rectificarla y en concederle una designación a la que sin asomo de duda tenía derecho pleno. Mi opinión es que nuestro tribunal ha dictado sentencia errónea. La parte de la defensa obró de mala fe al persistir en ponerle un título que a él le desagradaba. Recordará usted al pobre Goldsmith, cuando adquirió notoriedad y deseaba que se le conociera como *Doctor Major*, no soportaba que usted lo llamara *Goldy*. ^[a nota c172, Vol. I] ¿No habría sido craso error y excesiva falta de tacto llamarlo así en su *Prefacio a Shakespeare* o en cualquier otro escrito serio y con vocación de permanencia? Lo difícil es precisar si debe permitirse la comisión de un acto que conculca esos defectos menores. *De minimis non curat lex*.

La causa del negro está aún pendiente de sentencia. Se está preparando un memorial sobre la cuestión de la esclavitud. Le enviaré un ejemplar tan pronto se halle impreso. A Maclaurin le alegra que apruebe usted su rogatoria en defensa del negro.

Macquarry estuvo aquí en invierno, pasamos una tarde juntos. No será posible impedir que se venda su heredad.

El pleito de sir Allan Maclean contra el Duque de Argyle por la recuperación de la antigua heredad de su familia está visto para sentencia y en manos de nuestros jueces. Hablé ayer en su defensa, Maclaurin lo ha hecho

hoy. Crosbie también ha expuesto hoy sus argumentos en su contra. Falta por oír a otros tres abogados; la semana que viene se pronunciará el tribunal. Le envío la *Información* o *Argumentos* de cada una de las partes, que espero tenga la bondad de leer. Cuando nos acogimos los dos al techo y la hospitalidad de sir Allan, me dijo usted que «le defenderé con mi pluma». Le recuerdo que lo dijo con un destello de generosidad, y aunque Su Merced de Argyle le proporcionó después a usted una montura excelente, sobre la cual «parecía un obispo», es preciso que no flaquee en el propósito que declaró en Inchkenneth. Ojalá pueda entender los puntos esenciales del litigio, en medio de la faramalla de nuestros principios legales y frases hechas típicas de Escocia.

[Seguía aquí una larga exposición del caso, en la que me esforcé al máximo por aclarárselo a un caballero inglés que no tenía conocimiento de los formulismos y el lenguaje técnico de las leyes de Escocia].

Le informaré sobre cómo se resuelve la causa. Ahora bien, como es posible que sea revisada por nuestros jueces, y como con toda certeza se ha de apelar a la Cámara de los Lores, toda ayuda que pueda prestarnos un entendimiento como el suyo será de gran trascendencia. Su disquisición sobre la «intrusión viciada» es prueba notable de lo que puede usted hacer incluso en el seno de la ley de Escocia. (...)

Todavía no he distribuido todos sus ejemplares. Lord Hailes y lord Monboddo han recibido uno cada uno, y le dan las gracias. Recientemente he almorzado con Monboddo, y tras tomar el té quedamos un rato a solas; como sabía que había leído el *Viaje* sólo de un modo muy sucinto, ya que no me habló del libro como yo hubiera deseado, lo puse sobre la mesa y le leí en voz alta varios pasajes, y entonces lo comentamos y le comuniqué que iba a recibir un ejemplar del autor. Me rogó que estuviera firmado. (...)

Soy siempre, mi querido señor, su más fiel y afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Sir Alexander Dick al doctor Samuel Johnson

Prestonfield,
17 de febrero de 1777

Señor,

ayer tuve el honor de recibir el volumen que contiene su *Viaje a las islas occidentales de Escocia*, que tuvo usted la bondad de hacerme llegar mediante los buenos oficios del señor Boswell, de Auchinleck; por ello le traslado mi agradecimiento y le comunico que tras leerlo de nuevo con todo cuidado lo depositaré en mi pequeña colección de libros predilectos, junto al *Viaje a Córcega* de nuestro común amigo. Como hay muchas cosas dignas de admiración en ambos libros, a menudo me he dicho que sería muy deseable que no se publicasen más libros de viajes que aquellos que diesen cuenta de los que emprenden personas de probada integridad y de buen criterio, y que describiesen fielmente, con un cuidado lenguaje, la situación, condición y costumbres de los países que recorren. No cabe duda de que nuestra tierra escocesa, a pesar de la unión de ambas coronas, sigue estando en la mayoría de los lugares desprovista de vestimenta, o del cubierto de los setos y las plantaciones, que bien hizo usted en dar a sus lectores una sólida admonición respecto a tal circunstancia. Las verdades que ha contado usted, por la pureza del lenguaje con que las expresa, como su *Viaje* se lee universalmente, tal vez ya hayan surtido muy buen efecto. No en vano un conocido mío, poseedor del mayor vivero de árboles y setos que existe en este país, me cuenta que de un tiempo a esta parte se ha duplicado e incluso a veces triplicado la demanda de estos retoños. Por consiguiente, he incluido al doctor Samuel Johnson en algunos de los informes sobre los principales reforestadores y partidarios de los recintos vegetales cerrados, bajo un nombre que me he tomado la libertad de inventar a partir del griego, *Papadendrion*.^[c37] Lord Auchinleck y algunos más constan en esa lista. Se me ha hecho saber que un caballero del condado de Aberdeen, a saber, sir Archibald Grant, ha hecho plantar más de cincuenta millones de árboles en un terreno montaraz, cercano a Monimusk; he de informarme de si los ha vallado como es debido antes de incluirlo en mi lista, pues ése es el espíritu del recinto vegetal. Yo también comencé a plantar algunos, pero no demasiados, pues nuestras tierras son demasiado valiosas, y de eso hace ya cincuenta años; los árboles, ahora que tengo setenta y cuatro, los contemplo con reverencia y se los muestro a mi primogénito, que tiene quince, pues alcanzan la altura de mi casa de campo, en la que tuve el placer de recibirle a usted, y espero volver a tener la misma satisfacción con nuestro común amigo, el señor Boswell. Seguiré siendo siempre, querido doctor, con la mayor estima, su muy agradecido, obediente y humilde servidor,

ALEXANDER DICK^[48]

A James Boswell

18 de febrero de 1777

Querido señor,

mucho tiempo ha pasado desde la última vez que supe de usted,^[49] tanto que no estoy tranquilo; escríbame algo en el próximo correo. Cuando me envió su última carta, todo parecía en vías de arreglarse. Confío en que desde entonces nada se haya torcido. Quiero suponer que el pequeño Alexander sigue creciendo y que Verónica ya será una hermosa compañía para quien de ella pueda gozar. No doy por hecho, como es natural, que la señora se haya reconciliado conmigo; sin embargo, hágale saber que la quiero bien y la valoro en mucho.

El doctor Blair ha comenzado la impresión de algunos sermones más. Si son como los primeros, que ya he leído, son *sermones aurei, ac auro magis aurei*. Están escritos de un modo excelente por lo que respecta a la doctrina y por lo que a la lengua atañe. El libro del señor Watson^[50] parece gozar de gran estima. (...)

El pobre Beauclerk sigue estando muy enfermo. Langton vive como de costumbre. Sus hijos son un encanto, su esposa va perdiendo su acento escocés. A Paoli no le veo nunca.

He tenido tales aflicciones debido a las dificultades respiratorias que me han extraído un total computado de treinta y seis onzas de sangre en unos cuantos días. Estoy mejor, lo cual no quiere decir que esté bien del todo.

Ojalá esté usted vigilante y me pueda conseguir el *Telémaco* de Graham, un librito que se imprimió en Glasgow, y los *Johnstoni Poemata*, otro librito impreso en Middleburgh.

La señora Williams le envía recuerdos, y promete que cuando venga usted le dará acomodo todo lo bien que pueda en la vieja habitación. Desea saber si envió usted su libro a sir Alexander Gordon.

Mi querido Boswell, no descuide entre sus muchas labores la de escribirme, pues su amabilidad es uno de los grandes placeres de mi vida, que mucho lamentaría perder. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo,
24 de febrero de 1777

Querido señor,

tuve la fortuna de recibir con el último correo su carta fechada el 18. Aunque mi dilatado descuido de un tiempo a esta parte, o más bien retraso, sea el verdadero culpable, no me tienta el lamentarlo, pues a cambio me ha dado tan valiosa prueba de su estima. Durante tan inexcusable silencio, sin duda que a veces distraje todo reproche de mi ánimo al fantasear con que volvería a tener noticias de usted, ya que se interesaría usted no sin una punta de preocupación por mí, pues por cuanto se le alcanzaba a saber bien podía yo estar indispuesto e incluso enfermo.

Le ha complacido mostrarme que mi amabilidad es de cierta trascendencia para usted. Se me alborozó el corazón sólo de pensarlo. Tenga plena confianza, señor, en que el afecto y la reverencia que le profeso son exaltados y son firmes. No creo que haya existido un apego más perfecto en toda la historia de la humanidad. Y es noble apego, pues la atracción no es otra que la del genio, la cultura y la piedad.

Sus dificultades respiratorias me alarman, y me traen a la imaginación un suceso que, aun cuando en el curso natural de las cosas sea de esperar en algún momento, no puedo contemplar con entereza. (...)

A mi esposa le honra mucho lo que dice usted de ella. Le ruega que acepte de ella sus respetos. Le enviará una mermelada de naranja que ha hecho ella misma. (...)

Soy siempre, mi querido señor, su más agradecido y fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

14 de marzo de 1777

Querido señor,

mucho me ha complacido su última carta, y me alegra que mi enemiga de antiguo, la señora Boswell, empiece a tener remordimientos por su inquina. En cuanto al escocés de la señorita Verónica, no creo yo que tenga remedio.

Fácilmente podría llevarse a una criada inglesa, pero no tardaría en imitar ella a la mayoría, del mismo modo que habría de imitar a quienes más respeta. No tendrá un acento dialectal muy marcado. Su madre no tiene un deje demasiado escocés, y usted tiene muy poco. Espero que sepa cómo me llamo y que no me llame Johnstone.^[51]

La causa inmediata de la presente es como sigue: un tal Shaw, que parece un hombre modesto y decente, ha escrito una *Gramática de la lengua erse*, que un nativo muy culto de las Tierras Altas, Macbean,^[c38] ha examinado a instancias mías, y le ha dado su visto bueno.

El libro es muy poca cosa, aunque a Shaw le han convencido sus amigos de venderlo a media guinea, si bien le aconsejé yo que lo dejara sólo en una corona, creyéndolo incluso generoso. Usted, a quien el autor tiene por gran estimulante de los hombres de ingenio, recibirá un paquete con sus propuestas y recibos de suscripción. Me he encargado de avisarle de ello para solicitar de paso su venia. No conviene que las extienda a ningún pobre, pues el precio de venta es realmente demasiado elevado. No obstante, una obra así merece un buen patrocinio.

Se ha propuesto incrementar el número de miembros de nuestro club, y pasar de veinte a treinta, de lo cual me alegro, ya que como tenemos en él a varios con los que no me agrada relacionarme,^[52][a nota 135, Vol. III] ^[c38] tiendo a reducirlo a una mera colección de hombres conspicuos, pero sin ningún carácter preciso. (...)

Soy, querido señor, afectuosamente, su amigo

SAM. JOHNSON

Mis respetos a su señora, a Verónica, a Alexander, a Euphemia, a David.

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 4 de abril de 1777

[Tras informarle de la muerte de mi hijo pequeño, David, y de que por ese motivo no me sería posible visitar Londres en la primavera]:

Se me hace muy difícil pensar que haya de pasar un año sin verle. ¿Puedo tener la presunción de pedirle un encuentro en otoño? Creo que ha visto usted todas las catedrales de Inglaterra, si no estoy engañado, salvo la de Carlisle. Si tiene previsto pasar una corta temporada en Ashbourne, con el doctor Taylor, no sería un viaje demasiado largo. Allí podríamos pasar unos cuantos días a solas, a nuestro antojo por entero, y yo le acompañaría un buen trecho en su viaje de regreso. Le ruego lo sopesé.

Olvida usted que la *Gramática de la lengua erse* fui yo quien la puso en sus manos el año pasado. Lord Eglintoune la depositó en las mías. Me alegra que el señor Macbean haya dado su visto bueno. He recibido las propuestas de Shaw para su publicación, y en ellas percibo que están escritas por la mano de un gran maestro. (...)

Le ruego me facilite todas las ediciones de las *Vidas* de Walton. Tengo la sensación de que la tarea de reeditarlas, con sus notas correspondientes, ha de recaer en mí debido a las vacilaciones del doctor Horne y lord Hailes.^[53]⁵³

Las propuestas de Shaw† para su *Análisis de la lengua celta de Escocia* quedaron de este modo esclarecidas gracias a la pluma de Johnson:

Aunque el dialecto erse de la lengua celta se ha hablado en Gran Bretaña desde tiempo inmemorial, y aunque aún subsiste en las regiones del norte y en sus islas adyacentes, debido a la negligencia de un pueblo más belicoso que amigo de las letras hasta la fecha ha quedado al albur y al criterio de cada hablante, y ha flotado de viva voz, sin gozar de la firmeza de la analogía y el rigor de las reglas. Una gramática del erse, o gaélico de Escocia, supone un añadido de peso a los anales de la literatura; su autor aspira a gozar de la indulgencia que siempre se ha deparado a quienes acometen una empresa que no se haya llevado a cabo con anterioridad. Si se hallasen defectos en su obra, al menos serán íntegramente de su responsabilidad; no ha obrado como otros gramáticos, esto es, como mero compilador o transcriptor; lo que entrega en su volumen lo ha aprendido por medio de una atenta observación entre sus compatriotas, quienes tal vez se sorprendan al ver su propia lengua reducida a sus principios esenciales, que han empleado sólo por imitación.

El uso de este libro, sin embargo, no quedará circunscrito a las tierras de montaña y a las islas: ha de proporcionar una placentera e importante materia para la especulación de aquellos a los que sus estudios guían en el rastreo de las afinidades entre las lenguas y de las migraciones de la humanidad en tiempos pretéritos.

Al doctor Samuel Johnson

Glasgow, 24 de abril de 1777

Mi querido señor,

habiéndose publicado en los periódicos la noticia de la muerte de nuestro buen amigo el señor Thrale, y habiéndose desmentido después, me he visto en una situación de muy inquietante incertidumbre, de la cual tenía la natural esperanza de hallar alivio por medio de usted, aunque mis esperanzas han sido en vano. ¿Cómo puede usted no haberme escrito en semejante ocasión? Habré de aguardar noticias sumido en la ansiedad.

Voy a Auchinleck a pasar quince días con mi padre. Es preferible no prolongar allí las estancias. En cambio, renovar con frecuencia la atención y el respeto le resulta a él placentero.

Le ruego me diga algo de esta edición de *Los poetas ingleses, con prefacio biográfico y crítico a cada autor; a cargo de Samuel Johnson, doctor en Leyes*, que he visto anunciada. Me entusiasma semejante perspectiva. Desde luego, me hace muy feliz la sensación de que aún puede la literatura procurarme tanto deleite. Ahora bien, ¿no se debe el encanto de esta publicación primordialmente y sobre todo al *magnum nomen* que la encabeza?

¿Qué me dice de las *Memorias* y las últimas *Cartas* de lord Chesterfield?

Mi esposa ha preparado para usted su mermelada de naranjas. Ayer la dejé con mis hijas y con Alexander; están todos bien. A Verónica le he enseñado a hablar de usted diciendo el doctor «Johnson», no «Johnstone». Sigo siendo, mi querido señor, su más afectuoso, agradecido y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

3 de mayo de 1777

Querido señor,

lo que se dijo de la muerte del señor Thrale, habida cuenta de que no estuvo enfermo, ni corrió peligro de otra especie, me causó tan pequeña impresión que nunca se me pasó por la cabeza el obviar los efectos de tal rumor, por demás infundado, en nadie más. Supuestamente fue producto de la costumbre inglesa de las inocentadas en abril, esto es, de mandarse unos a otros recados insensatos el primero de ese mes.

Diga a la señora Boswell que probaré su mermelada de naranjas al principio con cautela. *Timeo Danaos et dona ferentes.*^[c39] Cuidémonos, como dice el proverbio italiano, del enemigo que se reconcilia. Pero en cuanto descubra que no me hace daño, la tomaré con agrado y quedaré agradecido, en reconocimiento de su firme y espero inalterable amabilidad. A fin de cuentas, es una dama a la que tengo un gran cariño.

Le ruego dé las gracias al doctor Blair por sus sermones. Los escoceses escriben un inglés maravillosamente bueno. (...)

Sus frecuentes visitas a Auchinleck, así como su breve estancia allí, son muy laudables y juiciosas. Su presente concordia con su padre me produce un gran placer; es cuanto parecía faltarle a usted.

Mi salud está francamente mal, paso las noches muy inquieto. ¿Qué puedo hacer para ponerle remedio? Para este verano no tengo mejor perspectiva que un viaje por los condados de Stafford y Derby, tal vez con escalas en Oxford y Birmingham.

Presente mis respetos a la señorita Verónica. Debo confiar en su filosofía el que le consuele a usted por la pérdida del pequeño David. Y no deje de recordar que el tener a tres de cuatro es más de lo que a usted corresponde. La señora Thrale tiene sólo a cuatro de los once que trajo al mundo.

Tengo contraído el compromiso de escribir breves vidas y breves prefacios a una pequeña edición de los poetas ingleses. Creo haber persuadido a los libreros de que inserten algo de Thomson: si me pudiera facilitar alguna información sobre él, pues lo que de su vida sabemos es muy escaso, me alegraría. Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Para quienes disfruten en rastrear el progreso de las obras literarias será un entretenimiento notable el cotejar la limitada concepción original con la amplia ejecución de esta obra admirable que son las *Vidas de los poetas ingleses*, sin lugar a

dudas la más abundosa, bella y desde luego perfecta producción salida de la pluma de Johnson. La noción que de la empresa tenía en esta época bien se ve por la carta anterior. Hay en su agenda una nota de este año: «29 de mayo, víspera de la Pascua. Hablé con los libreros de un trato, pero no duró mucho la cosa».^[54] El trato era el relativo a esta empresa; ahora bien, su muy sensible conciencia parece haberse alarmado, no fuera que la idea se hubiera entrometido demasiado en sus devotos preparativos de cara a la solemnidad del día siguiente. Ciertamente, bastó muy poco tiempo para que Johnson cerrase el trato con los libreros, pues el beneficio que obtuviera de su trabajo le importaba bastante menos, creo yo, que a cualquier otro hombre que haya hecho de la literatura una profesión.^[c40] Aquí insertaré una carta que me envió mi querido y difunto amigo, Edward Dilly; aunque sea de fecha ligeramente posterior, se trata de un sabio informe sobre este plan de tan feliz concepción, pues fue la ocasión de que se nos procurase una elegante colección de las mejores muestras de biografía y de crítica de las que puede hacer alarde nuestra lengua.

A James Boswell

Southill,
26 de septiembre de 1777

Querido señor,
por ésta sabrá que sigo en el mismo retiro sosegado, lejos del ruido y del bullicio londinenses, desde que le escribí la última. Me congratula saber que tuvo usted tan grato encuentro con nuestro viejo amigo el doctor Johnson; no me cabe la menor duda de que su pertrecho de conocimientos habrá aumentado notablemente con tal entrevista; son pocos los hombres, o podría quizá decir que apenas hay hombres, que hayan acumulado tan bien provista despensa de conocimientos y de entretenimientos como los que destila el doctor Johnson en su conversación. Cuando libremente se abre, todo el mundo presta atención a cuanto dice, y no puede uno dejar de obtener tanta mejoría como deleite.

La edición de los poetas que ahora se está imprimiendo ha de ser gran honor para la imprenta inglesa; la concisa relación de la vida de cada autor será un valioso añadido, y garantía del superior valor de esta edición de los poetas sobre la que imprimieron los Martin de Edimburgo y que puso en circulación Bell, en Londres. Examinando los volúmenes que se imprimieron, resultó que el cuerpo empleado era tan pequeño que muchas personas no lo podían leer; no sólo los adornaba esta inconveniencia, sino que la inexactitud de la impresión era además conspicua. Estas razones, sumadas a la idea de una invasión de lo que tenemos por nuestra propiedad literaria, indujeron a los libreros de Londres a imprimir una edición elegante y exacta de todos los poetas ingleses de contrastada reputación, desde Chaucer hasta la actualidad.

En consecuencia, se reunió con tal motivo un número selecto de los libreros más respetables y, después de las consultas de rigor, se acordó convocar a los derecho habientes de los distintos poetas para oír sus distintas opiniones, tras lo cual se procedería de inmediato a acometer la edición. En consonancia, se celebró una reunión en la que estuvieron presentes 40 de los libreros más reputados de Londres, y en ella se acordó proceder de inmediato a realizar una edición elegante y uniforme de *Los poetas ingleses*, acompañada por una concisa relación de la vida de cada autor escrita por el doctor Samuel Johnson, así como delegar en tres personas la misión de visitar a Johnson y solicitarle que emprendiera la tarea: Thomas Davies, Strahan y Cadell. El doctor cortésmente aceptó el encargo y pareció sumamente complacido con la propuesta. En cuanto a las condiciones, quedó en manos del doctor el estipular las suyas. Habló de 200 guineas,^[55] se aceptó de inmediato, aunque tengo entendido que se le hará un pago adicional. Del mismo modo, se creó un comité para comprometer a los mejores grabadores: Bartolozzi, Sherwin, Hall, etc. Asimismo, se creó aún otro comité que diera indicaciones en lo tocante al papel, la impresión, etc., de modo que toda la empresa se llevara a cabo con temple y de la mejor de las maneras posibles en lo tocante a la autoría, la responsabilidad editorial, los grabados, etc. Mi hermano le facilitará un listado de los

poetas que está previsto incluir, muchos de los cuales son de la época de la ley de la reina Ana,^[c41] que Martin y Bell no pueden imprimir, pues no tienen los derechos. Los propietarios son casi todos los libreros londinenses de importancia. Soy, querido señor, siempre atentamente suyo,

EDWARD DILLY

Más adelante tendré ocasión de considerar la extensión y la variedad de esta obra que acometió Johnson en cuanto fue conducido a un terreno que siempre había recorrido con un deleite especial, por tener de antaño un íntimo conocimiento de todas las circunstancias del mismo que pueden interesar y agradar al lector.

Del doctor Johnson a Charles O'Connor^[56]

19 de mayo de 1777

Señor,

luego de tener el placer de conversar con el doctor Campbell sobre el carácter de usted y sus empresas literarias, estoy resuelto a darme la satisfacción de renovar una correspondencia que comenzó y concluyó hace ya mucho tiempo, y que terminó, me temo, por mi culpa, culpa que, si no ha olvidado usted, al menos debe y de seguro sabrá perdonar.

Si alguna vez le he decepcionado, concédame permiso para decirle que también usted me ha decepcionado. Grandes descubrimientos esperaba yo acerca de la antigüedad de Irlanda, y grandes publicaciones en lengua irlandesa, pero el mundo sigue estando como estaba, ignorante y en la duda. Qué sea la lengua irlandesa en sí misma, y con qué otras lenguas tenga afinidad, son cuestiones de grandísimo interés, que en efecto desea ver resueltas todo el que alimente alguna curiosidad filológica o histórica. El doctor Leland da comienzo a su historia en una época ya tardía; las épocas que merecen una investigación precisa son aquellas (puesto que así fue) en que Irlanda fue la escuela de Occidente, el apacible habitáculo de la santidad y de la literatura. Si pudiera escribir usted una historia, por imperfecta que fuera, de la nación irlandesa, que abarcase desde su conversión al cristianismo hasta la invasión sufrida por parte de los ingleses, ampliaría usted el saber con nuevas visiones y nuevos objetos de indagación. Dedíquese por tanto a ello si de veras puede; haga lo que pueda con sencillez, sin desvelarse por una excesiva exactitud. Siente usted los cimientos, deje la construcción del edificio a la posteridad. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A comienzos de este año se publicaron en dos volúmenes en cuarto las obras póstumas del erudito doctor Zachary Pearce, Obispo de Rochester, que eran un *Comentario anotado de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles*, junto con otras piezas de Teología. Johnson dispuso de una ocasión espléndida para dar las gracias a ese excelente prelado, que, como hemos visto, fue la única persona que le prestó cierta ayuda en la compilación de su *Diccionario*. El obispo había dejado un relato de su vida y una descripción de su carácter escritos de su puño y letra. A ellos hizo Johnson valiosas adiciones y enmiendas,[†] y asimismo proporcionó al editor, el reverendo señor Derby, una dedicatoria,[†] que aquí he de insertar, tanto porque aparece en este momento de manera peculiarmente apropiada como porque es tendente a propagar e incrementar ese «fervor de la lealtad» que en mí, no en vano me jacto de ser y parecer un *tory*, no sólo es principio, sino también pasión.^[c42]

AL REY

Señor,

presumo de poner ante Su Majestad los últimos trabajos de un muy culto obispo, fallecido en la brega y en el cumplimiento del deber exigido por su vocación. Sólo la esperanza de incitar a otros a que lo imiten basta para que sea ahora idóneo recordar a quien gozó en vida de los favores de Su Majestad.

La tumultuosa vida de los príncipes rara vez les permite supervisar la muy ancha extensión de las cuestiones que tienen interés nacional sin perder de vista el mérito particular, exhibir aquellas cualidades susceptibles de imitar por parte de los grandes y los humildes por igual, ser a un tiempo, en suma, amigo y grande.

Tales personajes, si de cuando en cuando irrumpen en la historia, son contemplados con gran admiración. Así sea la ambición de todos vuestros súbditos apresurarse en su tributo de reverencia a vos; así como ha de saber la posteridad gracias a Su Majestad cómo han de vivir los reyes, ojalá sepan también de vuestro pueblo cómo han de ser honrados.

Soy, si place a Su Majestad, con el más profundo respeto, el más entregado y devoto súbdito y siervo de Su Majestad.

En verano escribió un prólogo* que fue recitado como preámbulo de *Una palabra a los sabios*, comedia de Hugh Kelly que se había estrenado en 1770, pero que, como se mostrase su autor partidario del Primer Ministro en uno de los periódicos de la época, fue pasto de la furia popular, y según la jerga teatral fue *pisoteada*. Gracias a la generosidad del señor Harris, propietario del teatro de Covent Garden, se representó durante una sola noche en beneficio de la viuda e hijos del autor. Conciliar los favores del público era la intención primera del prólogo de Johnson, que, como no es largo, aquí inserto, prueba de que su talento poético en modo alguno se había resentido.

Hoy se presenta una obra que el respetable, caprichoso,
abucheó con acierto claro o bien con error doloso:
del celo o la malicia hoy ya nada tememos,
pues la venganza en Inglaterra no guerrea con los muertos.
Enemigo generoso contempla con ojo compasivo
a quien donde hemos de yacer todos ha puesto el destino.
El ingenio redivivo del autor, sus cenizas,
sed generosos en juzgar, o al menos justos en la estima;
que no invada el encono renacido
la sombra inviolable de la tumba en el olvido.
Que un homenaje aplaque la exigencia en vano,
y a quien daño hacer no puede placer le sea dado,
pues mediante escenas horras de toda ofensa agrada,
con alborozo inofensivo, o con tino y utilidad clara.
Donde falta de brillo o belleza despliegue la obra,
aprobada tan sólo, que para alabanzas ya no es hora.
Si parece falta de pericia, o algún descuido hubiera,
absteneos de chillar: no puede oíros el poeta.
Todos, como él, hallan elogio y hallan menoscabo,
y es al fin destello fugaz, o repicar en vano,
pero así bendiga la noche un calmo reflejo,
cuando la piedad preste dignidad al provecho,
cuando el placer prenda en la llama de la virtud su antorcha
y el alborozo abunde con un nombre más humilde ahora.

En este año se produjo una circunstancia que no pudo dejar de resultar muy grata para Johnson. La tragedia de *Sir Thomas Overbury*, que escribiera el primer compañero que tuvo en sus andanzas londinenses, Richard Savage,^[c43] se representó sin alteraciones en el Teatro de Drury Lane. El prólogo de rigor lo escribió Richard Brinsley Sheridan, y en él, tras describir en términos muy patéticos la desdicha del

malhadado Savage, que no tuvo otro progenitor
al nacer que la Musa, y sólo el cielo por protector,

introdujo un elegante cumplido dedicado a Johnson por su *Diccionario*, ese magnífico compendio que nunca será ni muy a menudo ni en demasía ensalzado, y del cual observa el señor Harris en sus *Inquisiciones filológicas*, con justicia y liberalidad, que «es tal su mérito que nuestra lengua no posee una obra más copiosa, culta y valiosa». Los versos con que concluye el prólogo son éstos:

Así reza el relato^[57] que al futuro lega y aquí abre
los infortunios del hijo, los crímenes de sus padres;
así ha de sobrevivir su fama, si hoy pasa peritaje,
fija por la mano que da vida a nuestro lenguaje.

Aquí honró Sheridan al mismo tiempo su gusto y su liberalidad de sentimiento, demostrando que no había dado pábulo a ningún prejuicio a raíz de la desafortunada diferencia que tuvo lugar entre su ilustre padre y el doctor Johnson. Ya he señalado que Johnson tuvo un gran deseo de reconciliarse con Sheridan padre; por lo tanto, en modo alguno puede sorprender que pusiera todo su celo en reconocer la brillantez y el mérito de su hijo. Aunque hubiera hecho gala de una y de otro sólo en el campo del teatro, Johnson propuso su candidatura al Club Literario, observando que «quien ha escrito las dos mejores comedias de su época sin duda es un hombre muy considerable».^[c44] Y tuvo en consecuencia el honor de ser elegido, pues preciso es admitir que sin duda se trata de un honor cuando se considera quiénes formaban esta sociedad, y el hecho de que bastara una sola bola negra para excluir a un candidato.

Boswell al doctor Johnson

9 de julio de 1777

Mi querido señor,

por razones de salud tanto de mi esposa como de mis hijos he tomado la pequeña casa de campo en la que visitó usted a mi tío, el doctor Boswell, quien tras enviudar ha ido a vivir con su hijo. Tomamos posesión de nuestra villa hace una semana; tenemos un jardín de tres cuartos de acre, bien provisto de frutales y de flores, de grosellas y otras bayas, y un huerto con guisantes y alubias y coles y lechugas, etc., etc., y a mis hijos se les ve muy contentos. Ahora le escribo desde un pequeño estudio, por cuya ventana veo una arboleda verdecente, más allá de la cual se yergue altiva la montaña que llaman Asiento de Arturo.

Su última carta, en la que me solicitaba que le enviase alguna información adicional relativa a Thomson, me llegó por fortuna cuando me disponía a viajar al condado de Lanark, para llevar a la escuela a los dos sobrinos de mi esposa, los jóvenes Campbell, dejándolos al cuidado del señor Thomson, director de la misma, cuya esposa es hermana del autor de *Las estaciones*. Es una mujer ya mayor, pero que goza de buena memoria, y con agrado me

facilitará todos los particulares que desee usted saber y que esté en su mano contar. Le ruego por tanto se tome la molestia de hacerme llegar todas las preguntas que puedan conducir al hallazgo de nuevos materiales biográficos. Dice usted que la vida que tenemos de Thomson es más bien escasa. Desde que recibí su carta he leído su *Vida*, la publicada a nombre de Cibber, aunque tal como usted me indicara en realidad la escribió un tal Shiels;^[58] la que escribió el doctor Murdoch; la que prologa una edición de *Las estaciones* publicada en Edimburgo, que se compone de ambas, con el añadido de una anécdota según la cual Quin sacó de prisión a Thomson; la versión abreviada de la descripción que de él da Murdoch en la *Biographia Britannica*, y otra versión abreviada de la misma que figura en el *Diccionario biográfico*, enriquecida con el panegírico crítico que sobre *Las estaciones* escribió Joseph Warton en su *Ensayo sobre el genio y los escritos de Pope*. A juzgar por todo ello, tengo la impresión de que disponemos de nutrido material sobre este poeta, no obstante lo cual sin duda me indicará usted las muchas lagunas que aún queden, y que haré cuanto esté en mi mano por colmar. Como Thomson nunca regresó a Escocia (cosa que a usted sin duda le parecerá muy propia de sabios), lo que pueda decir su hermana lo dirá sólo por su conocimiento expreso de la primera parte de su vida. Tiene guardadas algunas cartas suyas, que probablemente arrojen luz sobre sus progresos en época más avanzada, siempre y cuando nos permita verlas, y supongo que no pondrá inconveniente. Tengo entendido que George Lewis Scott y el doctor Armstrong son, de todos los compañeros que tuvo mientras vivía en Londres, los únicos que siguen con vida; me atrevería a asegurar que cualquiera de los dos podría decir de él mucho más de lo que se sabe hasta la fecha. Mi impresión es que era un hombre mucho más tosco de lo que nadie parece dispuesto a reconocer. Sus *Estaciones* desde luego rebosan sentimientos píos y elegantes, pero es que hasta en un terreno invadido por la maleza, qué digo, en un montón de estiércol también nacen bellas flores.

Su edición^[59] de *Los poetas ingleses* tendrá un grandísimo valor debido a los prefacios y vidas. Sin embargo, he visto un ejemplar de una edición de los *Poetas*, de la imprenta Apollo, sita en Edimburgo, que por la excelencia de su estampación y grabado merece un encendido elogio.

Lamento muy sinceramente la mala salud y la falta de descanso que le afligen de un tiempo a esta parte, y espero y deseo que se encuentre mejor. Me cuesta creer que el prólogo que con tamaña generosidad regaló usted el otro día a la viuda y los huérfanos del señor Kelly sea emanación de un espíritu asediado por la enfermedad y la inquietud; ahora bien, las circunstancias externas nunca son indicación segura del estado en que verdaderamente se encuentra el hombre. Le adjunto con ésta una carta que le escribí hace dos años estando en Wilton, y que no le envié en su día por miedo a que me reprobase el exceso de ternura; también va una que le escribí ante la tumba de Melancthon, y que retuve por no parecer demasiado supersticioso y demasiado entusiasta. Ahora imagino que quizá en estos momentos le complazcan.

No hace usted acuse de recibo de mi propuesta de encontrarnos en Carlisle.^[60] Aunque de manera meritoria me he abstenido de visitar Londres este año, me pregunto y le pregunto si no sería un error dejar pasar dos años sin gozar del beneficio de su conversación, toda vez que, si viajara usted hasta el condado de Derby, podríamos reunirnos a expensas de pocos días de viaje y sin incurrir en un gasto excesivo. Es mi deseo que conozca usted Carlisle, por eso mencioné esta ciudad. Ahora bien, si no tiene usted apetencia de completar su gira por las ciudades catedralicias de Inglaterra, seré yo quien recorra el trecho más largo del camino para llegarme hasta Ashbourne. Dígame por tanto dónde quiere que pasemos unos días juntos. Y no me venga diciendo «rematado botarate» ni «perro perezoso». Sujete en corto su malhumor, dé rienda suelta a su bondad.

Le alegrará saber que la señorita Macleod, de Rasay, se ha casado con el coronel Mure Campbell, un hombre excelente, que posee una bonita heredad, y que tiene en perspectiva el título, la fortuna y los honores de ser Conde de Loudoun. ¿No le parece un gran partido para nuestra bella nativa de las Hébridas? Cuánto me alegra que vaya a residir en el condado de Ayrshire. Recibiremos al Laird de Rasay, y al viejo Malcolm, y a saber a cuántos galantes Macleod, y a los gaiteros, etc., etc., aquí en Auchinleck. Tal vez quiera usted acercarse a recibirlos.

No me cabe ningún género de duda de que habrá leído usted lo que se da en llamar *La vida de David Hume* escrita por él mismo, a la que se agrega una carta del doctor Adam Smith. ¿No vivimos en una época de osadas afrentas? Mi amigo el señor Anderson, profesor de Filosofía natural en Glasgow, en cuya casa cenamos usted y yo, y a cuyo cuidado fue confiado el señor Windham, de Norfolk, en dicha universidad, me hizo recientemente una visita, y luego de que hablásemos con indignación y desprecio de las venenosas producciones que infestan esta época señaló que ésta era una oportunidad inmejorable para que el doctor Johnson saliera a la palestra. Estuve muy de acuerdo en que bien podría usted cascarles a Hume y a Smith la cabeza del uno contra la del otro de un solo mamporro, y ridiculizar en su justo punto, esto es, de un modo extraordinario, el descreimiento vanidoso y la ostentación huera de ambos en materia de fe. ¿No valdría la pena que aplastara usted esas hierbas malas y nocivas que pelean en el huerto de la moral?

Nada me ha comentado usted del doctor Dodd. Desconozco qué opina a este respecto, aunque según los periódicos se ha pronunciado usted a favor de que se le trate con misericordia. Yo en cambio reconozco que es grande mi deseo de que se ejecute la real prerrogativa de la remisión de la pena, para exhibir un ilustre ejemplo

del respeto que el Virrey de Dios siempre ha de mostrar ante la virtud y la piedad. Si por diez hombres justos hubiera perdonado a Sodoma el Todopoderoso, ¿no bastaría un millar de actos de bondad por parte de Dodd para contrarrestar un solo delito? Semejante ejemplo sería más conducente al fomento de la bondad que su ejecución sumaria a la erradicación del vicio. No temo yo que surta ninguna consecuencia negativa para la sociedad, pues ¿quién podría perseverar durante largos años en el distinguido desempeño de sus deberes religiosos con vistas a la comisión de un fraude, falsificación o impostura con total impunidad?

Le ruego presente mis respetos del modo más aceptable al señor y a la señora Thrale, asegurándoles mi gran alegría de corazón al tener conocimiento de que el «dueño», como usted le llama, está vivo. Espero poder paladear a menudo su champagne... estando sobrio.

Hace mucho tiempo que no tengo noticias de Langton. Supongo que estará como siempre «estudioso en dar esquinazo a afanes y ajetreos».^[c45] (...)

Sigo siendo y quedo de usted, mi querido señor, su más afectuoso, fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

El 23 de junio volví a escribir al doctor Johnson, adjuntando el recibo de una agencia de fletes por un tarro de mermelada de naranjas y un voluminoso paquete que contenía los *Anales de Escocia*, de lord Hailes.

A James Boswell

28 de junio de 1777

Querido señor,

me acaba de llegar su paquete a casa del señor Thrale, pero apenas dispongo de luz diurna para mirarlo. Me alegra gozar de credibilidad suficiente ante lord Hailes para que me confíe más galeradas de sus *Anales*. Espero tratarlo con más cuidado que en la última entrega. Dé a la señora Boswell mi afectuoso agradecimiento por su obsequio, que valoro como prenda de nuestra reconciliación.

Al pobre Dodd ayer se le dio muerte en oposición a la recomendación del jurado, a la súplica de clemencia de la ciudadanía de Londres y a una petición posterior con 23 000 firmas. A buen seguro que la voz del público, cuando clama tan fuerte y clama misericordia, debe ser escuchada.

La frase que me atribuyeron los periódicos nunca salió de mis labios, aun cuando es cierto que redacté muchas de las peticiones en su favor e incluso algunas de sus cartas. Recurrió a mí muy a menudo. Mucho me temo que llevaba algún tiempo encandilado con la esperanza de seguir vivo; nada tuve yo que ver en ese pavoroso engaño, pues tan pronto firmó el Rey su sentencia obtuve del señor Chamier un informe sobre la disposición que hacia él tenía el jurado, y en ese informe se declaraba que ni siquiera existía la esperanza de un aplazamiento. Esta carta fue de inmediato mostrada a Dodd, quien prefirió creer en cambio a quienes deseaba que tuviesen razón, como suele suceder, hasta tres días antes del fin. Murió con piedad, compostura y resolución. Acabo de estar con el capellán ordinario que le asistió. Su alocución a sus iguales, los convictos, fue un ultraje para los metodistas, pero tuvo consigo a un moravio^[c46] durante la mayor parte del tiempo. Su carácter moral es pésimo: espero que no sea cierto todo aquello de lo que se le acusa. De su comportamiento en prisión está por publicarse un relato detallado.

Me alegra que esté feliz en su casa de campo, con su jardín y todo; espero y deseo verle alguna vez en medio de tanta felicidad. Mucho me complacieron las dos cartas que tanto tiempo tuvo usted en reserva;^[61] me regocija que haya prosperado tanto la señorita Rasay y deseo todo el éxito a sir Allan.

Confío en verle en algún lugar del norte, pero no me seduce la idea de viajar a Carlisle. ¿No es posible que nos veamos en Manchester? Ya lo acordaremos en otras cartas.

El señor Seward,^[62] uno de los caballeros preferidos de cuantos visitan Streatham, ha visto cómo crecía su curiosidad debido a nuestros viajes, a la par que aumentaban sus deseos de recorrer las Tierras Altas. Le he dado cartas de presentación para usted y para Beattie. Desea que se le encuentre alojamiento en Edimburgo para cuando llegue, y se dispone a partir en breve.

Langton ha estado de maniobras con la milicia. La señora Williams me temo que está en franco declive. El doctor Lawrence dice que no puede hacer más por ella. Se ha ido a pasar el verano al campo, gozando de todas las comodidades que puede ella esperar, pero no me hago grandes ilusiones. Todos hemos de morir, ¡más nos vale

estar preparados!

Supongo que la señorita Boswell ya lee sus libros, y que el pequeño Alexander prosigue su aprendizaje. Deme cumplidas noticias de ellos, pues todo lo que les toque pertenece también en un grado más remoto, si bien espero que no demasiado, a su afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Al mismo

24 de junio de 1777

Querido señor,

este caballero es uno de los preferidos de cuantos visitan Streatham, por lo cual con facilidad entenderá que posee cualidades muy valiosas. Nuestra narración ha encendido en su ánimo el deseo de visitar las Tierras Altas tras haber recorrido buena parte de Europa. Debe usted recibirlo como a un amigo, y cuando le haya mostrado las curiosidades de Edimburgo facilítele instrucciones y recomendaciones para el resto de su viaje. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

La benevolencia de Johnson con los desafortunados, tengo plena confianza, fue siempre tan firme y tan activa como la de quienes con mayor eminencia han destacado por tal virtud. Son sin duda innumerables las pruebas que para siempre hayan de quedar ya ocultas sin remedio a ojos de los mortales. Podemos a pesar de todo formarnos un juicio bastante aproximado a tenor de las muchas y muy variadas instancias que se han descubierto. Una en particular, acaecida en el transcurso de este verano, es muy digna de mención por el nombre y el linaje de la persona que tuvo por objeto. La circunstancia a que aludo queda esclarecida en dos cartas, una al señor Langton y otra al reverendo doctor Vyse, párroco de la rectoría de Lambeth e hijo del respetable clérigo de Lichfield, que fue coetáneo de Johnson, y en la familia de cuyo padre tuvo Johnson la felicidad de ser cálidamente acogido en sus años mozos.

Del doctor Johnson a Bennet Langton

29 de junio de 1777

Querido señor,

últimamente he padecido mil trastornos debido a una dificultad respiratoria, pero ya me encuentro mejor. Espero que todo esté bien en su casa.

Sabe usted que últimamente hemos hablado de St. Cross, en Winchester; tengo allí un conocido de antaño, cuyo muy delicado estado de salud lo hace estar muy deseoso de acogerse a un hospicio, y me temo que no tengo yo la fuerza necesaria para encontrarle un sitio en la Cartuja. Se trata de un pintor que nunca llegó más que a ganarse el sustento, y ahora, a sus ochenta y tres años, se halla impedido por un ligero ataque de perlesía, que no lo ha reducido a un total desamparo en las situaciones ordinarias de la vida, aunque sí tiene tan poca firmeza en las manos que no puede cultivar su arte.

La petición que le extiendo es que trate de obtener del Obispo de Chester la promesa de que le sea adjudicada la primera plaza vacante. No es mucho pedir, y espero que lo obtengamos. El doctor Warton ha prometido favorecerle con su atención; tengo la esperanza de que pueda terminar sus días en paz. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Vyse, en Lambeth

9 de julio de 1777

Señor,

no dudo que me perdonará que me tome la molestia de solicitar su ayuda en recomendar a un viejo amigo mío a Su Excelencia el Arzobispo, en calidad de rector de la Cartuja.

Se llama De Groot; nació en Gloucester; lo conozco desde hace muchos años. Tiene absoluta necesidad y reúne todas las condiciones para acogerse a la caridad, siendo anciano y pobre y estando enfermo de cierta gravedad. Tiene asimismo otra prueba de merecimiento a la que ningún hombre de cultura negará su atención; es sobrino lejano de Hugo Grotius, de quien muy posiblemente todo hombre provisto de saber haya aprendido algo. Que no se diga que en un país culto un descendiente de Grotius pidió caridad y le fue negada. Soy, reverendo señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Del reverendo doctor Vyse al señor Boswell

Lambeth, 9 de junio de 1787

Señor,

en vano he buscado la carta de que le hablé, y que deseaba usted consultar y yo, cumpliendo su deseo, facilitarle. Era del doctor Johnson, y en ella me agradecía mi solicitud al arzobispo Cornwallis en beneficio del pobre De Groot. Se alborozaba del éxito de mi encomienda y no escatimaba elogios hacia uno de sus autores predilectos, Hugo Grotius. Lamento muchísimo no encontrar la carta, pues era digna de su autor. La que le envió adjunta^[63] está por entero a su servicio. Es muy breve, y quizá se considere de mínima trascendencia, a menos que quiera usted verla como prueba de la faceta muy humanitaria que cultivaba el doctor Johnson en beneficio de una persona desamparada y meritoria. Soy, señor, su más obediente y humilde servidor,

W. VYSE

Del doctor Johnson a Edward Dilly

Bolt Court, Fleet Street,
7 de julio de 1777

Señor,

a la colección de los poetas ingleses he recomendado que se añada el volumen del doctor Watts, por cuyo nombre desde hace mucho tiempo tengo veneración, de modo que no vería con buenos ojos el verme reducido a decir de él sólo que nació y murió. Sin embargo, es muy poco lo que sé de su vida, por lo cual me veo obligado a pasar por ella de una manera indigna de su valía, a no ser que algunos de sus amigos me provean de la necesaria información; muchos sin duda le serán conocidos, y tal vez por medio de su influencia pueda obtener alguna instrucción. No es mucho lo que mi plan exige, aunque deseo distinguir a Watts, un hombre que nunca escribió nada que no obedeciera a un buen propósito. Le ruego tenga la bondad de hacer por mí lo que pueda. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo,
15 de julio de 1777

Mi querido señor,

el sino del pobre señor Dodd me ha causado una honda consternación. (...)

Tuve sagacidad suficiente para adivinar que había escrito usted su discurso ante el registrador que actuó como juez antes de que se pronunciara la sentencia. Me alegra que haya escrito tanto por su bien; cuento con que, cuando nos veamos, me haga el favor de facilitarme una lista completa de las distintas piezas sobre esta materia.

Recibí al señor Seward en calidad de amigo del señor y la señora Thrale, caballero recomendado a mi consideración por el doctor Johnson. Le he presentado a lord Kames, lord Monboddo y al señor Nairne. Ha ido a recorrer las Tierras Altas con el doctor Gregory; cuando regrese, haré aún más por él.

Sir Allan Maclean ha sacado adelante la ramificación de su causa en la que teníamos fundadas esperanzas; sólo estuvieron en su contra el presidente del tribunal y uno solo de los jueces. Ojalá la Cámara de los Lores dictaminase igual de bien que el Supremo. Lo cierto es que sir Allan no tiene las tierras de Brolos del todo seguras con esta sentencia, al menos mientras no se zanje una larga cuenta de deudas e intereses por una parte y de rentas por la otra. Sin embargo, no me produce ningún temor el resultado.

Las fincas de la heredad de Macquarry, Staffa y las demás, se vendieron ayer. Las adquirió un tal Campbell. Me temo que le quedará poco o nada del dinero de compra.

Le envío las actas del caso contra el negro por el señor Cullen, hijo del doctor Cullen, en oposición a la defensa de la libertad que hizo Maclaurin y que usted vio con buenos ojos. Le ruego que las lea y me diga qué piensa al respecto en calidad de político, así como en calidad de poeta.

Tenga la amabilidad de hacerme saber cómo tiene previsto distribuir su tiempo el próximo otoño. Me reuniré con usted en Manchester o donde le plazca, pero me gustaría que terminase usted su gira de las ciudades catedralicias y se acercara a Carlisle; lo acompañaré en su regreso un buen trecho. Soy siempre con toda sinceridad suyo,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

22 de julio de 1777

Querido señor,

su noción de que es necesario un encuentro anual mucho complace tanto mi vanidad como mi ternura. Tal vez otro año me llegue hasta Carlisle; este año mis fondos no han dado de sí tanto como solían. Visitaré Ashbourne, y tengo la intención de pedir al doctor Taylor que le invite a usted. Si convive conmigo en su casa, tiempo tendremos de sobra para disfrutarlo a solas, y nuestra estancia no nos ocasionará gastos a nosotros ni a él. Saldré de Londres el 28, y tras una corta estancia primero en Oxford, luego en Lichfield, llegaré a Ashbourne probablemente cuando termine usted el curso de la judicatura. Pero de todo ello recibirá noticia en su momento. Alégrese de que podamos vernos, no importa dónde.

Lo que sucedió entre el pobre doctor Dodd y yo lo conocerá con más detalle cuando nos veamos.

Los pleitos son el cuento de nunca acabar; el pobre sir Allan habrá de someterse a un nuevo juicio, por el cual, de todos modos, su antagonista no tiene culpa, pues cuenta con dos jueces de su parte. Más miedo me dan las deudas que la Cámara de los Lores. Difícilmente se puede imaginar a cuánto han de ascender, acrecentadas a diario por la adición de pequeñas fracciones, sin contar el descuido con que se contraen las deudas estando uno sumido en la desesperación. El pobre Macquarry lejos estaba de pensar que cuando vendió sus islas se iba a quedar con nada. ¿A cambio de qué las vendió? ¿Y cuál era su valor anual? La entrada del dinero en las Tierras Altas muy pronto pondrá fin a los modos feudales de vida que allí se estilan, convirtiendo en terratenientes a quienes no eran jefes de un clan. Desconozco qué han de sufrir los lugareños con el cambio, pero es innegable que en la autoridad patriarcal había algo venerable y deleitoso. Cualquiera ha de ver con dolor cómo un Campbell echa a su antojo a los Macquarrie de su *sedes avitae*, de la isla heredada de sus ancestros.

Sir Alexander Dick es el único escocés tan liberal de espíritu como para no montar en cólera por el hecho de que no encontrase yo árboles donde árboles no había. Mucho me complació su amable carta.

Recuerdo a los Rasay con demasiado afecto para no participar de lleno en la felicidad de cualquier rama de tan hospitalaria familia. Nuestra caminata por las islas sigue muy presente en mi imaginación, tanto que apenas logro abstenerme de pensar que hemos de hacer una nueva visita. Parece que Pennant ha visto muchas cosas que no vi yo: cuando volvamos a viajar juntos, estemos más atentos a cuanto nos rodee.

Ha hecho usted bien al tomar la casa de su señor tío. Hay ciertos cambios en nuestra forma de vida que de vez en cuando marcan nuevas épocas de nuestra existencia. En un lugar nuevo siempre hay algo nuevo por hacer, y se

forma en el intelecto un nuevo sistema de pensamiento. Ojalá pudiera yo salir a recoger grosellas en su huerto. Ahora, pertreche como es debido su pequeño estudio y tenga sus libros a mano; no escatime dinero en que su habitación de trabajo le resulte cómoda y agradable.

De un tiempo a esta parte he almorzado con el pobre y querido ——. ^[c47] No me parece que le vaya nada bien. Su mesa es demasiado desabrida, tiene a sus hijos demasiado encima. ^[64] Pero es muy buen hombre.

La señora Williams está en el campo por probar de mejorar su salud; está muy enferma. Se han dado las cosas de manera que se encuentra en el campo muy bien alojada y atendida, pero la edad, la enfermedad y el orgullo la han vuelto tan quisquillosa que me vi obligado a sobornar a la criada para que se quedase con ella, mediante la secreta estipulación de añadir media corona semanal a su salario.

Nuestro club dio por terminado el curso hace unas seis semanas. ^[c48] El señor Dunning, el gran abogado, es nuevo miembro. Los Thrals se encuentran bien.

Anhelo saber algo del caso del negro y de cómo haya de ser el veredicto. ¿Qué opinan lord Auchinleck, lord Hailes y lord Monboddo? Soy, querido señor, su más afectuoso etc.,

SAM. JOHNSON

Del doctor Johnson a la señora Boswell

22 de julio de 1777

Señora,

aunque mucho me agrada el sabor de los dulces y las golosinas, es muy pequeña la parte del placer que me causó la llegada de su tarro de mermelada que se deba al gusto de probarla. ^[c49] La he recibido en prenda de amistad, en prueba de reconciliación, cosas que me son mucho más dulces que cualquier confitura, y con esta consideración, querida señora, le doy de corazón las gracias. Al gozar de su amabilidad entiendo que tengo doblemente asegurada la continuidad de la que me prodiga el señor Boswell, y no es de esperar que ningún hombre la prolongue demasiado tiempo cuando la influencia de una dama de tan elevado y tan justo valor opera en contra de él. El señor Boswell le dirá que yo siempre he sido fiel a los intereses de usted, y que siempre me he desvivido por exaltarle a usted en la estima de su señor esposo. Debe usted hacer lo mismo por mí. Todos hemos de ayudarnos los unos a los otros. Debe ahora considerarme, querida señora, su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo, 28 de julio de 1777

Mi querido señor,

éste es el día en que tenía usted previsto partir de Londres, y me he entretenido en los ratos muertos de mi tediosa práctica de la abogacía en imaginarlo en la diligencia correo de Oxford. Dudo sin embargo que haya tenido un viaje tan regocijante como el que disfrutamos usted y yo el año pasado en ese mismo vehículo, cuando tanto y tan jocoso humor gastó usted con Gwyn, el arquitecto. Los incidentes de un viaje se rememoran con un placer especial; se preservan nítidamente y con todo su brío del momento, y reaparecen en la memoria teñidos por aquella alegría o, al menos, por aquella vivacidad con que los percibimos. (...)

[Añadí que algo había ocurrido, algo que, me temía, tal vez me impidiera reunirme con él, y es que mi esposa había estado afectada por molestias que amenazaban consunción, pero que ya se encontraba mejor].

A James Boswell

Oxford, 4 de agosto de 1777

Querido señor,

no se contraríe usted por nuestros encuentros: tengo la esperanza de que sean muchos. Tampoco considere adverso o insólito que sus planes de verme se puedan trincar. Los dos hemos arrostrado males mayores, y aún hemos de

contar con vernos en mayores contratiempos.

La enfermedad de la señora Boswell me parece más serio motivo de inquietud. ¿Le brota la sangre de los pulmones o del estómago? Si se debe a una rotura de los pequeños vasos estomacales, no tiene importancia. La sangre que proviene de los pulmones, tengo entendido, es siempre espumosa, como si se hubiera mezclado con el aliento. Sus médicos sabrán muy bien qué conviene hacer. La pérdida de semejante dama sería indudablemente grandísima aflicción. Espero que no corra peligro. Ponga todo su cuidado en mantener su ánimo libre de toda preocupación.

He dejado a Langton en Londres. Ha estado de maniobras con la milicia y de nuevo se halla tranquilamente recogido en su casa, conversando con sus pequeños, como supongo que hará usted a veces. Presente mis respetos a la señorita Verónica. Los demás aún son menudos para tales ceremonias.

Por fuerza debo esperar y desear que haya ocupado usted su casa de campo en un momento muy oportuno, y que ello ayude al pleno restablecimiento de la salud de la señora Boswell, amén de proporcionar amplio espacio para el ejercicio de los pequeños. Que su señora y usted sean entrambos felices y que disfruten largos años de su felicidad es el sincero y muy afectuoso deseo, querido señor, de su más, etc.,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

[Informándole de que mi esposa se encontraba mejor, de modo que mis alarmantes aprensiones habían hallado natural alivio, y que esperaba verme libre del inoportuno compromiso que por añadidura se había presentado, con lo cual pasé a pedirle que me informase con precisión de sus planes de estancia en Ashbourne].

A James Boswell

30 de agosto de 1777

Querido señor,

hoy es el día en que tenía previsto llegar y he llegado a Ashbourne, y sólo tengo que decirle que afirma el doctor Taylor que por él será bienvenido, mientras que bien sabe usted que yo le recibiré con los brazos abiertos. Apresúrese en hacerme saber para cuándo puedo esperarle.

Presente mis respetos a la señora Boswell y dígame que tengo la esperanza de que nunca más volvamos a estar reñidos. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

Ashbourne,
1 de septiembre de 1777

Querido señor,

el sábado le escribí una breve nota nada más llegar aquí, para mostrarle que no es mi deseo menor que el suyo de reunirnos unos días. La vida no admite aplazamientos; cuando se puede gozar del placer, lo apropiado es hacerlo y atrapar la ocasión al vuelo. Cada hora que pasa se lleva parte de las cosas que nos placen, y tal vez también se lleve parte de nuestra disposición de complacernos. Cuando llegué a Lichfield, encontré que mi viejo amigo Harvey Jackson había muerto. Es una pérdida irreparable, pues era uno de los compañeros de mi niñez. Espero que durante mucho tiempo nos sea dado el hacer amigos nuevos; ahora bien, los amigos que el mérito o el provecho puedan procurarnos no son capaces de suplir la ausencia de un viejo amigo, con el cual podríamos recorrer de nuevo los días de nuestra juventud, y revivir aquellas imágenes que nos procuraron nuestros primeros deleites. Si usted y yo aún vivimos mucho más, tendremos un gran placer al rememorar nuestro viaje a las Hébridas.

Entretanto, seguramente no esté de más ingeniar los dos alguna que otra aventurilla, aunque no sé yo en qué podría consistir; dejémoslo, como dice Sydney, «a la virtud, la fortuna, el tiempo y de la mujer la falda»,^[65] pues

entiendo que la señora Boswell debiera tomar parte en la consulta o deliberación.

Una cosa que le va a gustar. El doctor, en la medida en que puedo yo fiarme de mi criterio, probablemente nos dejará tiempo de sobra para pasarlo a solas. Hoy había salido antes de que bajara yo a desayunar, y sospecho que almorzará fuera. Me he venido con los papeles relativos al pobre Dodd para mostrárselos a usted, aunque dudo que tarde mucho en despacharlos.

Antes de marcharme mandé al campo a la pobre señora Williams, muy afectada por una epistaxis o constante efluvio de la pituitaria que poco a poco la consume, y que su médico se ha declarado incapaz de contener. La proveí en la medida de lo deseable de cuantas comodidades necesitara para que su viaje y su estancia fueran llevaderos y provechosos, pero mucho me temo que sólo pueda aguantar un poco más en una mórbida postración de debilidad y dolor.

Los Thrals, adultos y menudos por igual, se encuentran bien y tienen previsto viajar a Brighthelmstone por San Miguel. Me han invitado a que vaya con ellos y es posible que lo haga, aunque mucho dudo que desee quedarme allí todo el tiempo que estén ellos. De todos modos, del futuro es bien poco cuanto sabemos.

La señora Porter se encuentra bien; en cambio, la señora Aston, una de las damas de Stowhill, ha sufrido un ataque de apoplejía del que no es probable que se recupere nunca. ¡Qué pronto podría sobrevenirnos esa misma perlesía!

Escríbame, y háganos saber para cuándo lo esperamos. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo,
9 de septiembre de 1777

[Tras informarle de que emprendía viaje al día siguiente, con objeto de reunirme con él en Ashbourne].

Le llevo un regalo de parte de lord Hailes, el quinto libro de «Lactancio», que ha publicado con notas en latín. También le ha de proporcionar algunas notas para su *Vida de Thomson*, del cual he descubierto que fue preceptor particular del actual Conde de Haddington, primo de lord Hailes, circunstancia que no consignó el doctor Murdoch. Tengo grandes e intensas expectativas de deleitarme con su edición de *Los poetas ingleses*.

Mucho lamento la situación de la pobre señora Williams. Tendrá usted no obstante el consuelo de reflexionar sobre la gran amabilidad con que la ha tratado. El fallecimiento del señor Jackson y la apoplejía de la señora Aston son lúgubres circunstancias. Sin embargo, no cabe duda de que hemos de habituarnos a las incertidumbres de la vida y la salud. Cuando no me ensombrecen el ánimo las negras nubes de la melancolía, considero toda desazón pasajera como mera «tribulación leve»,^[c50] para lo cual amplió mis horizontes y columbro la gloriosa existencia en el más allá, cuando toda desazón habrá de parecerse nada. En cambio, preciso es sentir los placeres y los dolores del presente. Últimamente he vuelto a leer entero *Rasselas* con gran satisfacción.

Como muestra usted su deseo de saber más sobre la venta de la heredad de Macquarry, pasó a informarle con todos los pormenores. El caballero que ha adquirido la Isla de Ulva es el señor Campbell, de Auchnaba: nuestro amigo Macquarry era el propietario de dos terceras partes de la isla, cuyas rentas ascendían a 156 libras, 5 chelines y 1 ½ peniques. El valor de estas tierras quedó fijado en 4069 libras, 5 chelines y 1 penique, si bien se vendió por no menos de 5540 libras. El tercio restante de Ulva, incluida la Isla de Staffa, pertenecía a los Macquarry de Ormaig. Sus rentas, incluidas las de Staffa, ascienden a 83 libras, 12 chelines y 2 ½ peniques, valor que se fijó en 2178 libras, 16 chelines y 4 peniques. Se vendió la partida por no menos de 3540 libras. El Laird de Col tenía el deseo cierto de comprar Ulva, pero el precio se le antojó demasiado alto. Ciertamente, podrían hacerse grandes mejoras en lo tocante a la pesca y la agricultura, pero los intereses del dinero de la compra exceden en tal medida las rentas que mucho dudo que el acuerdo rinda provecho alguno. Hay una isla llamada Little Colonsay, de 10 libras de renta anual, que según estoy informado ha pertenecido a la heredad de los Macquarry de Ulva desde tiempo inmemorial, pero que recientemente fue reclamada por el Sínodo presbiteriano de Argyll, a resultas de una concesión que hizo a los obispos la reina Ana. Se tiene casi la certeza de que esa reclamación ha de ser desestimada, y de que Little Colonsay también se ha de vender en beneficio de los acreedores de Macquarry. ¿Qué le parecería la adquisición de esta isla y la posterior dotación de una escuela o un colegio universitario en ella, cuyo rector fuese un clérigo de la Iglesia anglicana? ¿Qué venerable sería que tal institución llevara el nombre del DR. SAMUEL JOHNSON en las Hébridas! Al igual que usted, tengo un placer enorme cuando rememoro nuestros viajes por aquellas islas. El placer, entiendo yo, es mayor del que razonablemente debiera ser, habida cuenta de que no gozamos ni de mucha belleza ni de mayor elegancia para

disfrute de nuestra imaginación, ni tampoco de rudas novedades que nos asombrasen. De todos modos, entiendo que debemos realizar otra expedición, cueste lo que cueste. Me amilana un poco el plan de viajar por el Báltico, a qué negárselo.^[66] Lástima que ya haya recorrido usted el País de Gales, pues tengo el deseo de visitarlo. ¿Iremos pues a Irlanda, de la cual muy poco he visto? Trataremos de idear un buen plan mientras estemos en Ashbourne. Soy como siempre su más fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

Ashbourne,
11 de septiembre de 1777

Querido señor,

le escribo esta carta para que le aguarde a su llegada a Carlisle, como me indica, aunque dudo que la reciba. La suya del 6 de septiembre no ha llegado hasta hoy, jueves día 11; cuento con que llegue usted antes que ésta a Carlisle.^[67] Sea como fuere, lo que no encuentre a la ida ya lo encontrará a la vuelta, y como quiera que estoy seguro de que no le querré menos que ahora después de nuestro encuentro inminente, será entonces tan verdadero como ahora lo es: tengo en altísima estima su amistad y cuento su bondad para conmigo entre los principales motivos de felicidad que son en mi vida. No imagine que un interludio sin que le escriba equivale a un decaer de mi amistad por usted. No hay un solo hombre que esté siempre en disposición de escribir;^[c51] no hay un solo hombre que tenga algo que decir en todo momento.

Esa desconfianza que tan a menudo se inmiscuye en su ánimo es variante de la melancolía, en la cual, si el cometido del hombre sabio es ser feliz, es estúpido solazarse, mientras que, si tenemos el deber de preservar intactas nuestras facultades para darles el empleo que es debido, es sencillamente criminal. La suspicacia es muy a menudo un dolor que de nada sirve. De ese dolor, y de cualquier otro, deseo verle a usted libre y a salvo, pues soy, querido señor, su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

El domingo 14 de septiembre, a última hora de la tarde, llegué a Ashbourne y fui derecho a casa del doctor Taylor. A la puerta, sin darme tiempo a bajar de la diligencia, se presentaron el doctor Johnson y él y me dieron un cordial recibimiento.

Les dije que había viajado durante toda la noche anterior y que había descansado en Leek, condado de Stafford, y que cuando me levanté ya por la tarde para ir a la iglesia se me informó de que se había producido un terremoto, cuyo temblor resultante, por lo visto, se había dejado sentir en Ashbourne con cierta intensidad. JOHNSON: «Será, señor, fuente de grandes exageraciones en cualquier conversación pública, ya que, en primer lugar, la gente corriente no adapta con ninguna exactitud sus pensamientos al objeto de los mismos, ni, en segundo lugar, adaptan con ninguna exactitud sus palabras a sus pensamientos. No es que tengan intención de mentir, sino que, como no ponen empeño alguno en ser precisos, suelen dar versiones falsas de casi cualquier cosa. Gran parte de su lenguaje es proverbial. Si algo se mece siquiera un poco, se dirá que se mece igual que una cuna, y así van por la vida».

Introducido el tema de la pena por la muerte de parientes y amigos, observé que era extraño reparar en lo pronto que suele desgastarse y desaparecer. El doctor Taylor habló de un caballero de la vecindad, único caso que había conocido de una persona que se esforzaba por conservar la pena intacta. Había dicho al doctor Taylor que tras

la defunción de su señora, que le había afectado en lo más profundo, tomó la resolución de que su pena, que atesoraba con una suerte de cariño sagrado, fuera duradera, a pesar de lo cual descubrió que no era capaz de mantenerla intacta por mucho tiempo. JOHNSON: «Toda pena por aquello que en el curso normal de la naturaleza no puede remediarse tiende a pasar pronto, en unos antes, en otros después, pero nunca se prolonga demasiado, a no ser que haya locura como la que lleva a un hombre a tener su orgullo tan clavado en su ánimo que da en suponerse rey, o a no ser que haya otra pasión irracional, pues toda pena innecesaria es contraria a la sabiduría, y por tanto no la conservará mucho quien tenga sano el ánimo. Si, en efecto, la causa de nuestra pena es ocasionada por nuestra mala conducta, si al pesar y al duelo naturales se suma el remordimiento de conciencia, la pena será duradera». BOSWELL: «En cambio, no vemos con buenos ojos a quien muy pronto olvida la pérdida de su esposa». JOHNSON: «Lo desaprobamos no porque pronto olvide su pena, pues cuanto antes olvide mejor será, sino por suponer que si pronto olvida a su esposa, o a su amigo, es que no les ha tenido un gran afecto».

Me decepcionó no poco saber que la edición de *Los poetas ingleses*, para la que había de escribir los prefacios y las vidas, no era una empresa que dirigiera él, sino que se trataba de que proporcionase prefacio y biografía a todos los poetas cuyas obras los libreros quisieran incluir. Le pregunté si estaba dispuesto a hacerlo para las obras de cualquier zopenco, siempre y cuando se lo pidieran. JOHNSON: «Pues sí, señor; lo haría, y diría que se trata de un zopenco». No pareció que a mi amigo le entusiasmara hablar de esa edición.

El lunes 15 de septiembre el doctor Johnson observó que cada cual encomiaba aquellas partes de su *Viaje a las islas occidentales* que de hecho le importaban. «Por ejemplo —señaló—, el señor Jackson, el sabelotodo, me dijo que había en el libro más tino en lo tocante al comercio del que se oye en la Cámara de los Comunes en todo un año, exceptuando a Burke. Jones elogió la parte que trata del lenguaje; Burke, la que describe a los habitantes de las regiones de montaña».

Tras el desayuno, Johnson me llevó a ver el jardín perteneciente a la escuela de Ashbourne, que está bellamente conformado sobre un ribazo que se eleva gradualmente tras el edificio. Nos acompañó el reverendo señor Langley, rector de la escuela.

Mientras estábamos sentados en un banco, al sol, introduje un tema que suele ser común motivo de queja, los muy exigüos salarios que perciben muchos curas, y defendí que ningún hombre debiera tomar los votos que invisten del carácter sacerdotal a menos que disponga de la garantía de unos ingresos particulares que le permitan mostrarse respetable en todo, y que, por consiguiente, un clérigo no debiera tener permiso para contar con un cura auxiliar si no puede pagarle al menos cien libras al año; si no puede hacerlo, que él mismo cumpla sus obligaciones. JOHNSON: «A buen seguro, mala cosa es que cualquier clérigo carezca de unos ingresos razonables, pero como los ingresos mismos de la Iglesia menguaron lamentablemente

con la Reforma, el clero que dispone de ingresos propios en muchos casos no puede permitirse pagar un buen salario a los curas sin quedarse con las arcas muy mermadas, y si no debiera permitirse tener un cura auxiliar por no poder pagarle cien libras al año, su número sería muy reducido, lo cual supondría una desventaja, ya que entonces no existiría posibilidad de elegir en el vivero de la Iglesia, pues todos los curas habrían de ser candidatos a los altos cargos eclesiásticos, de acuerdo con sus méritos y buena conducta». Explicó la jerarquía de la Iglesia anglicana sumamente bien. «No se considera apropiado —dijo— confiar a un hombre el cuidado de una parroquia mientras no haya dado prueba, como cura, de que es merecedor de dicha confianza». Esta es una teoría excelente, tanto que, si la práctica fuera en consonancia con ella, la Iglesia anglicana sería a buen seguro admirable. Ahora bien, tal como le he oído comentar al doctor Johnson a propósito de las universidades, de la mala práctica no ha de inferirse que los supuestos que la fundamentan sean malos.

Tuvimos para almorzar a varios de los vecinos del doctor Taylor, caballeros corteses, de buena hechura, que parecían entender muy bien al doctor Johnson, y no considerarlo a la luz en que lo veía determinada persona,^[c52] quien con la sorpresa o más bien el pasmo que le causaron su voz y sus modales, cuando después se le preguntó qué opinaba de él, respondió que era «un acompañante tremendo».

Johnson me dijo que Taylor «era un hombre muy sensato y muy agudo, de intelecto poderoso; que tenía una gran actividad en determinados aspectos, a pesar de lo cual poseía tal indolencia que si uno dejara un guijarro en la repisa de la chimenea, podría encontrarlo en el mismo sitio un año después».

Y éste es lugar adecuado para incluir la relación de la humanitaria y celosa intercesión de Johnson por el bien del reverendo doctor William Dodd, que fuera prebendado de Brecon y capellán ordinario de Su Majestad, célebre y muy popular predicador, benefactor de las instituciones de caridad y autor de obras diversas, sobre todo teológicas. Luego de haber contraído por desdicha hábitos de vida sumamente caros, ocasionados en parte por el libertinaje de sus costumbres, en mala hora, acuciado por la falta de dinero y temeroso de que públicamente se denunciaran sus circunstancias, falsificó una obligación del Estado, de la cual trató de prevalerse como aval de su crédito, halagándose con la esperanza de que podría devolver su importe sin que nadie detectase el delito. La persona cuyo nombre usurpó de manera precipitada y criminal en su falsificación no fue otra que el Conde de Chesterfield, del cual había sido preceptor y al que, tal vez al calor de sus sentimientos, creyó capaz de pagar generosamente el dinero que adeudaba en caso de que se diera la alarma, en vez de pensar siquiera por asomo que podría ser víctima de las terribles consecuencias que entraña una violación de la ley expresamente aprobada en contra de las falsificaciones, el delito más grave y peligroso que existe en un país de espíritu comercial; a pesar de todo, el infortunado teólogo vivió la mortificación de comprobar que se había equivocado. Su noble pupilo presentó testimonio en su contra y fue condenado a la pena capital.

Johnson me dijo que el doctor Dodd tenía una mínima relación con él, pues había gozado una sola vez de su compañía, y fue muchos años antes de esta época^[c53] (precisamente el mismo trato que tuve yo con Dodd), pero presa de su angustioso predicamento, se acordó del poder de persuasión que tenía Johnson por escrito, que tal vez felizmente pudiera valerle para obtener la misericordia del Rey. No se lo solicitó directamente, sino, por extraordinario que pueda parecer, por medio de la ya difunta Condesa de Harrington, quien escribió una carta a Johnson pidiéndole que diera empleo a su pluma a favor de Dodd. El señor Allen, el impresor, casero y vecino de Johnson en Bolt Court, por el cual tenía un gran aprecio, era uno de los amigos de Dodd, uno de los que, y dejó constancia en crédito de la actitud humanitaria que muchos tuvieron, entre muchos otros, no le volvieron la espalda siquiera después de que infringiese la ley de tal modo que se vio reducido a la triste condición de condenado a muerte. Allen me dijo que fue él quien llevó en mano a Johnson la carta de la Condesa de Harrington, y que éste la leyó caminando de una punta a otra de la estancia en que se hallaba, con gran agitación aparente, tras lo cual dijo: «Haré lo que pueda». Y ciertamente hizo esfuerzos extraordinarios.

Durante esa misma velada, tal como amablemente me prometiera en una de sus cartas, puso en mis manos la totalidad de sus escritos en torno a esta infausta causa. Ofreceré a mis lectores el extracto que hice para resumir los documentos de la colección, en el cual evité a propósito copiar lo que había aparecido ya impreso, y ahora forma parte de las *Obras* de Johnson que han publicado los libreros de Londres, poniendo en cambio gran cuidado en señalar y recoger las variaciones de postura por parte de Johnson en algunas de las piezas contenidas en dicha edición.

En primer lugar, el doctor Johnson escribió la «Alocución del doctor Dodd ante el juez en funciones de Londres», en el tribunal de Old Bailey, cuando estaba a punto de pronunciarse la sentencia de muerte sobre él.

Escribió también el «Discurso del condenado a sus desdichados hermanos»,^[c54] sermón que leyó el doctor Dodd en la capilla de la cárcel de Newgate. Según el manuscrito de Johnson, comenzaba de este modo tras el encabezamiento siguiente: «¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?».^[c55]

Éstas fueron las palabras que el guardián a cuya custodia fueron entregados Pablo y Silas por quienes les acusaban pronunció ante sus prisioneros cuando los vio libres de sus cadenas por la patente intervención del favor divino, y quedó en consecuencia irremisiblemente convencido de que no eran delincuentes que hubieran vulnerado la ley, sino mártires de la verdad.

El doctor Johnson me hizo el favor de señalarme de su puño y letra, sobre un ejemplar de su sermón que ahora obra en mi poder, los pasajes que añadió el doctor Dodd. No son demasiados: quien se quiera tomar la molestia de examinar el texto que se ha impreso, y prestar atención a lo que comento, se dará por satisfecho.

Hay una breve introducción a cargo del doctor Dodd, quien también insertó esta frase: «Bien veis todos en qué confusión y deshonor me hallo ahora sumido ante vosotros. No me encuentro ya en el púlpito de la instrucción, sino en este humilde

banco, con vosotros». Las notas son íntegramente obra de Dodd, y el escrito de Johnson termina con estas palabras: «el ladrón que fue perdonado en la cruz». Todo lo que sigue es cosecha del propio Dodd.

El resto de los escritos que nombra Johnson en la colección antes reseñada son dos cartas, una al Canciller de Justicia, lord Bathurst (y no lord North, como suele suponerse erróneamente), y otra a lord Mansfield; una súplica del doctor Dodd al Rey; una súplica de la señora Dodd a la Reina; unas «Observaciones de cierta extensión publicadas en los periódicos con ocasión de que el conde Percy presentara a Su Majestad una súplica de clemencia para Dodd, firmada y avalada por veinte mil personas, pero en vano». Me dijo que asimismo había escrito una petición en nombre de la ciudadanía de Londres, «pero —comentó con una sonrisa de complicidad— ellos la amañaron».^[68]

El último de los escritos de Johnson en este asunto es la «Última y solemne declaración del doctor Dodd», que dejó en manos del alguacil en el lugar donde se llevó a efecto la ejecución. También en éste marcó mi amigo las variaciones sobre un ejemplar que ahora obra en mi poder. Dodd hizo este añadido: «Nunca conocí el llamamiento de la frugalidad, o nunca le hice caso, así como tampoco atendí a la tan necesaria minuciosidad de una economía exhaustiva», y en la frase siguiente introdujo las palabras que distingo en cursiva: «Mi vida, durante unos cuantos y *desdichados* años, ha sido *un pavoroso error*». La expresión de Johnson era *hipocresía*, pero su propio comentario al margen indica: «De esto afirmó que no podía acusarse».

Así pues, habiendo esclarecido con autenticidad qué parte de los «papeles ocasionales» referentes a la triste situación del doctor Dodd eran de la pluma de Johnson, procederé a ofrecer a mis lectores mi relación de los escritos inéditos relacionados con esta cuestión interesante y extraordinaria.

Encontré una carta de Dodd al doctor Johnson, del 23 de mayo de 1777, en la que parece hacerse claramente referencia al «Discurso del condenado»:

Tan penetrado me hallo, mi siempre querido señor, por la impresión de su extrema benevolencia para conmigo, que no consigo hallar palabras que se equiparen a los sentimientos que me inundan el corazón. (...)

Demasiado versado es usted en las cosas del mundo para que requiera la más mínima insinuación por mi parte a propósito de la infinita utilidad que me ha prestado la alocución^[69] en ese día terrible. Experimento a cada hora cierto efecto beneficioso que de ella proviene. Estoy seguro de que otros efectos aún más salutíferos e importantes han de seguirse de su amable favor en un futuro. Me esforzaré, con ayuda de Dios, en hacerle justicia desde el púlpito. Tengo la certeza de que si tuviera yo sus sentimientos para impartirlos de continuo desde allí, con toda su fuerza y poderío, ni un alma quedaría sin dejarse convencer, reacia a tan invencible persuasión.

Añadió:

Ruego a Dios Todopoderoso bendecirle y reconfortarle con sus más selectos consuelos por sus actos de filantropía, y ruégole asimismo permitirme en todo momento expresar lo que siento en cuanto al elevado e insólito agradecimiento que debo al primer hombre de nuestra época.

El domingo 22 de junio escribe para rogar al doctor Johnson ayuda en la preparación

de un suplicatorio dirigido a Su Majestad:

«Si Su Majestad pudiera dejarse conmover a ejercer su real clemencia y me diera el perdón, librándome a mí y a mi familia de los horrores de una pública condena a muerte, que el público mismo está solícito a desechar, y concederme la posibilidad de pasar en algún remoto y silencioso rincón del planeta el resto de mis días en penitencia y oración, bendeciría yo su clemencia y me prosternaría humillado ante ella».

Esta carta le fue entregada al doctor Johnson hallándose en la iglesia. Se inclinó a leerla, y nada más volver a casa escribió la siguiente carta al Rey en nombre del doctor Dodd:

Señor,

ojalá no ofenda a Su Majestad que el más miserable de los hombres solicite humildemente su clemencia, por ser su última esperanza y su último refugio, si tiene en cuenta que su misericordia la implora de corazón y con toda humildad un clérigo al que sus leyes y sus jueces han condenado a los horrores y a la ignominia de una pública ejecución.

Confieso el delito cometido y reconozco la enormidad de sus consecuencias y el peligro del ejemplo que constituye. No tengo la confianza de solicitar el perdón con impunidad, pues humildemente espero que la pública seguridad pueda establecerse sin recurrir al espectáculo de un clérigo al que se arrastre por las calles a una muerte infame, en medio de la irrisión de los manirroto, los disolutos y los profanos, y que la justicia se satisfaga con un destierro irrevocable, la deshonra perpetua, la penuria sin esperanza.

Mi vida, señor, no ha sido inútil para la humanidad. He beneficiado a muchos. Pero mis ofensas contra Dios son innumerables, y poco tiempo he tenido para arrepentirme. Líbreme, señor, mediante su prerrogativa de otorgar clemencia, de la necesidad de comparecer sin preparación ante ese tribunal en el que reyes y súbditos hemos de presentarnos juntos al final. Permítame esconder mi culpa en algún remoto rincón de un país extranjero, donde si alguna vez alcanzo la confianza necesaria para esperar que mis plegarias sean atendidas, serán vertidas con todo el fervor de la gratitud por la vida y la felicidad de Su Majestad. Soy, señor, de Su Majestad, etc.

Adjunta a ésta iba escrita la nota siguiente:

Al doctor Dodd

Señor,

con toda seriedad le encarezco que no permita bajo ningún concepto que se llegue a saber que he escrito yo esta carta, y que devuelva el original al señor Allen en un sobre cerrado. Confío que no sea preciso decirle que le deseo de corazón que salga con bien. Pero no contemplo grandes esperanzas. No se lo diga a nadie.

Sucedió que por fortuna al señor Allen le tocó arrimar el hombro en este desdichado asunto, puesto que era gran amigo del señor Akerman, alcaide de Newgate. El doctor Johnson nunca fue a visitar al doctor Dodd. Me dijo que «le habría sido más perjudicial que beneficioso a Dodd, el cual expresó una vez el deseo de verle, pero no muy en serio».

El 20 de junio, el doctor Johnson escribió la siguiente carta:

Al honorable Charles Jenkinson

Señor,

desde el juicio y la condena del doctor Dodd he tenido, mediante intervención de un amigo, cierto intercambio de

pareceres con él, y estoy persuadido de que nada perderé de su estima mostrando ternura y conmiseración. Sea cual fuere el delito, no es fácil tener cierto conocimiento del delincuente sin tener a la vez el deseo de que se le perdone la vida, máxime cuando no ha quitado él la vida a nadie. Por consiguiente, me tomo la libertad de sugerir algunas razones por las cuales deseo que este desdichado se vea libre del rigor máximo de la sentencia que sobre él pesa.

En la medida en que recuerdo, es el primer clérigo de nuestra Iglesia que haya de sufrir pública ejecución por conducta inmoral, y no sé si no sería más conducente a los intereses de la religión enterrar tal ofensa, y a su autor, en la oscuridad del perpetuo destierro, antes que exponerlo en una carreta de camino a la horca, ante todos los que por algún motivo estén enemistados con el clero.

A lo largo de todas las épocas, el poder supremo ha prestado cierta atención a la voz del pueblo, y esa voz no menos merece escucharse que cuando clama misericordia. Es ahora general el deseo de que a Dodd se le perdone la vida. No es más lo que se desea y, tal vez, no sea mucho concedérselo.

Si usted, señor mío, tiene la oportunidad de defender estas razones, tal vez pueda considerarlas dignas de consideración; sea lo que fuere lo que usted determine, con el mayor de los respetos le ruego me perdone esta intrusión, señor, de su más obediente y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Confidencialmente ha circulado, con comentarios teñidos de envidia, que a esta carta no prestó ninguna atención el señor Jenkinson (con posterioridad Conde de Liverpool), y que ni siquiera se dignó mostrar la cortesía habitual de dar acuse de recibo. A la fuerza me extraña tal conducta en el noble lord, cuyo propio carácter y justa elevación en la vida, quise suponer, tuvieron que haber impreso en él, de seguro, el debido respeto por la gran capacidad y los grandes logros de otros. Como mucho se habló de esta historia, y mucho se dijo al parecer con conocimiento de causa y buena autoridad, no podría menos que manifestar mi reprobación en esta obra, caso de haber sido tal como se alegó, pero debido a mi sincero amor por la verdad, y luego de haber hallado razones para pensar que podría existir un error, incurrí en la presunción de escribir a Su Señoría requiriéndole una explicación, de modo que ahora con sentido placer me hallo en condiciones de asegurar al mundo entero que carece por completo de fundamento, dándose el caso de que debido a quién sabe qué negligencia o accidente la carta de Johnson jamás llegó a manos de lord Hawkesbury. Muy extraño me habría parecido, desde luego, si ese noble lord hubiera menospreciado a mi ilustre amigo, pero lejos de ser tal el caso, Su Señoría, en la muy cortés respuesta con que tuvo de inmediato la bondad de honrarme, de este modo se expresa: «Siempre he respetado la memoria del doctor Johnson tanto como admiro sus escritos, y a menudo leo partes de los mismos con gran placer y con mayor provecho».

Como fueran infructuosas todas las súplicas de real clemencia, el doctor Dodd se dispuso a morir, y con cálida gratitud escribió al doctor Johnson como sigue:

25 de junio, a medianoche

Acepte, con su gran y buen corazón, mi más sincero y fervoroso agradecimiento, y mis plegarias por todos sus benévolos y amables esfuerzos en mi favor. ¡Oh, doctor Johnson! ¡Así como busqué yo su saber en lo más temprano de mi vida, quisiera el Cielo que hubiese cultivado yo el afecto y el trato de hombre tan excelso! Ruego a Dios de corazón le bendiga a usted con los más exultantes transportes, la inherente satisfacción de los desempeños humanos de su benevolencia. Y una vez admitido, como confío ha de ser, al reino de la dicha antes

que usted, saludaré su llegada allí con transporte de alborozo en reconocimiento de que fue usted quien me dio consuelo, quien abogó por mi causa, quien me bendijo con su amistad. ¡Sea Dios siempre con usted!

El doctor Johnson a la postre escribió al doctor Dodd esta última, solemne y apaciguadora carta:

Al reverendo doctor Dodd

26 de junio de 1777

Querido señor,

aquello que a todos los hombres está designado ahora se cierne sobre usted. Las circunstancias externas, los ojos y los pensamientos de los hombres, quedan por debajo de la atención de un ser inmortal a punto de presentarse al juicio para la eternidad, ante el Supremo Juez de los cielos y la tierra. Consuélese: su delito, moral o religiosamente considerado, no tiene un tinte muy marcado de vileza. No sirvió para corromper los principios de nadie, ni fue un ataque contra una vida ajena. Entraña solamente una lesión temporal y reparable. De éste, y de todos sus demás pecados, ha de arrepentirse con absoluta sinceridad, y quiera Dios, que bien conoce nuestra fragilidad, y que no desea nuestra muerte, aceptar su arrepentimiento en nombre de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor.

En recompensa de aquellos oficios bienintencionados que tiene la bondad de reconocer de un modo tan enfático, permítame rogarle que en sus devociones haga una petición por mi eterno bienestar. Soy, querido señor, su más afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

Bajo el encabezamiento de esta carta encontré un apunte de puño y letra del propio Johnson: «Al día siguiente, el 27, fue ejecutado».

Por concluir este interesante episodio con una aplicación de utilidad, veamos la reflexión de Johnson al final de los «papeles ocasionales» tocantes al infortunado doctor Dodd:

«Tales fueron los últimos pensamientos de un hombre al que vimos exultante en su popularidad y hundido luego en la vergüenza. De su reputación, que ningún hombre puede darse a sí mismo, quienes se la confirieron habrán de ser tenidos por responsables. En cuanto a su función en el público ministerio de su oficio, son de sobra asequibles los medios idóneos para juzgarla. Preciso es reconocer que predicaba bien, que pronunciaba sermones que impresionaban a sus oyentes por su fuerza de convicción. Acerca de su vida, quienes la creyeron coherente con su doctrina no lo hicieron en principio por una falsa concepción. Fue al principio lo que tanto se esforzó por hacer de los demás, pero el mundo quebró su resolución, y con el tiempo dejó de dar ejemplo de sus propias enseñanzas.

Quienes tengan la tentación de caer en sus faltas, tiemblen ante su castigo; quienes se sintieron impresionados por el sentimiento religioso que inculcaba desde el púlpito, esfuércense por confirmarlo y consideren el pesar y el aborrecimiento de sí con que repasó ya en prisión todos sus desvíos del camino más recto».^[70]

Esa misma noche, con su estilo despreocupado y feliz, sin embargo fruto de su buen criterio, el doctor Johnson nos hizo un retrato del difunto señor Fitzherbert, del condado de Derby. «No tenía chispa —dijo—, no tenía Fitzherbert brillantez, pero nunca he conocido a un hombre que fuera en términos generales tan aceptable. Lograba con toda naturalidad que cualquiera se sintiera a sus anchas con él, a nadie

abrumaba con la superioridad de su talento; a nadie hizo tenerse en menor estima por el hecho de ser su rival; parecía escuchar con atención siempre, no obligaba a que uno le oyera más de la cuenta. Todo el mundo le apreciaba, si bien no tuvo amigos tal como yo al menos entiendo esta palabra: nadie con quien intercambiar pensamientos de naturaleza íntima. Todo el mundo estaba deseoso de tener un buen concepto de cuanto a él se refiriese. Un caballero soltaba una afectada perorata, como hacen tantos, cargada de grandes sentimientos sobre su “queridísimo hijo”, que estudiaba interno cerca de Londres: lo mucho que le preocupaba que pudiera estar enfermo, lo que daría por verle, etc. “¿No puede usted —dijo Fitzherbert— tomar una diligencia para ir a verle?”. Esta intervención a buen seguro acabó con la afectación del hombre, aunque no cabe decir que tuviera mucha envidia.^[71] Ahora bien, la anécdota tuvo amplia circulación durante todo un invierno por ser muestra de ingenio, prueba de que era un hombre sumamente ingenioso. Fitzherbert era más bien prueba viviente de que la observación atenta no engaña, de que un hombre en conjunto agrada más por carecer de cualidades negativas que por tener algunas positivas. En primer lugar, los hombres son más dados a odiar que a amar con firmeza; si he dicho algo que alguna vez lastimara a alguien, nunca me ganaré su favor diciendo muchas cosas que le complazcan»^[a nota 204, Vol. I].

El martes 16 de septiembre, como el doctor Johnson me hablase de la extraordinaria alzada, tamaño y precio de unas cabezas de ganado que criaba el doctor Taylor, monté a caballo con nuestro anfitrión, recorrí su finca y me fue mostrada una vaca que había vendido por 120 guineas, y aun otra por la que le habían ofrecido 130. Taylor me describió de este modo a su viejo amigo y compañero de estudios: «Es un hombre que tiene la cabeza muy despejada, un gran poderío con las palabras y una imaginación muy donosa, pero es imposible polemizar con él. No le escucharé, y como tiene un vozarrón más fuerte que el suyo, se impondrá a golpe de rugidos».

Por la tarde intenté que el doctor Johnson apreciara los poemas del señor Hamilton, de Bangor, que llevaba conmigo. Me habían gustado mucho ya desde muy temprana edad; la impresión que me causaron perduraba en mi ánimo; la había confirmado la opinión de un amigo mío, el honorable Andrew Erskine, que era también un buen poeta y un buen crítico, y consideraba a Hamilton un poeta de verdad, tanto como el que más, y entendía que su desconocimiento era inexplicable. Durante mi estancia en Ashbourne, en repetidas ocasiones habló Johnson con desdén de Hamilton. Dijo que sus versos carecían de un pensamiento vigoroso, que no impresionaban, pues no conferían sino lo que se encuentra en las revistas; el mayor elogio que merecían era que estaban bien, desde luego, para que un caballero los distribuyera en mano entre sus conocidos. Señaló que la imitación que hizo de *Ne sit ancillæ tibi amor; &c*^[c56] era demasiado solemne; leyó una parte del comienzo y dijo que era una mamarrachada. Leyó la bella canción que dice «Ay, el sino lastimoso del pobre pastor», y no pareció conceder atención ninguna a lo que yo había considerado

tiernas y elegantes cadencias, e incluso se mofó de la rima *wishes* [‘desea’] y *blushes* [‘se sonroja’], ya que con acento escocés la primera se pronunciaría *wushes*, y ahí lo dejó estar sin añadir nada más. Reconoció que el epitafio de lord Newhall estaba resuelto con belleza. Leyó la «Inscripción en un invernadero» y un trozo de la imitación de las *Epístolas* de Horacio, pero afirmó que no encontraba nada que le animase a proseguir la lectura. Cuando le apremié a que reconociera que había algunos buenos pasajes poéticos en el libro, me contestó: «¿Dónde va usted a encontrar una colección tan extensa que no contenga algunos?». Pensé que la descripción de una noche de invierno podría merecer su aprobación:

Ved al invierno, que desde el helado norte
conduce su férreo carruaje con adusto porte.
Con cadenas de hielo en mano cerrada
la sangre argentina de la bella atenaza...

«¿Por qué “cadenas de hielo”?», preguntó. Dijo que «cadenas de hielo» era una imagen ya manida. Me sorprendió la incertidumbre propia del gusto, y lamenté que un poeta al que yo había leído desde antaño con cariño no gozara de la aprobación del doctor Johnson. Me consolé pensando que algunas bellezas eran demasiado delicadas para su robusta percepción. Garrick defendía que su gusto no era el más indicado para las más finas producciones del genio; sin embargo, yo tenía constancia de que, cuando se tomaba la molestia de hacer un análisis crítico, por lo general nos convencía de que le asistía toda la razón.

Por la tarde, vino a tomar el té con nosotros el reverendo señor Seward, de Lichfield, que estaba de paso por Ashbourne en su regreso a su casa. Johnson lo describió de este modo: «Su mayor ambición es llegar a ser un buen conversador; por eso va a Buxton, y a sitios así, donde puede hallar compañía que le preste atención. Para colmo, es un hipocondríaco, uno de los que andan siempre remendándose. No conozco tipo humano más desagradable que el del hipocondríaco, que cree que puede hacer lo que sea por su salud, y luego se entrega a las más groseras libertades. Llega a ponerse, señor mío, como un cerdo en una pocilga».

El doctor Taylor tuvo una hemorragia nasal, y dijo que era debido a que olvidó sangrarse cuatro días seguidos al cabo de un trimestre. El doctor Johnson, que era un gran aficionado a la medicina, desaconsejó la sangría periódica. «De ese modo — señaló — se acostumbra uno a una evacuación que la naturaleza no puede efectuar por sí sola, y por tanto no puede servirnos de ayuda si, ya sea por olvido, ya por otra causa, dejamos de efectuarla. Así puede uno sin previo aviso sufrir una congestión. Puede uno acostumbrarse a otras evacuaciones periódicas, porque, si las omitimos, la naturaleza suple por sí sola la omisión, pero no está en manos de la naturaleza el abrirnos una vena para sangrarnos». «No me gusta a mí la ingestión de un emético — dijo Taylor — por miedo a romper algunos vasos capilares». «Tonterías — arguyo Johnson—. Si tiene usted tantas cosillas que se le pueden romper, lo mejor que podría hacer es romperse el cuello de una vez, y así se acaba todo. No se rompería de ese

modo ningún capilar». Y se mofó con gran irrisión.

Dije a Johnson que la persistencia de David Hume en su incredulidad, cuando se estaba muriendo, me había sorprendido mucho. JOHNSON: «¿Y por qué le había de chocar, si Hume reconoció que jamás había leído el Nuevo Testamento con cierta atención? Era, así pues, un hombre que nunca se tomó el trabajo de indagar la verdad que la religión contiene, y que había vuelto de continuo su espíritu hacia otros asuntos. No era de esperar que la inmediatez de la muerte alterase su modo de pensar, a no ser que Dios le enviara un ángel para mostrarle el camino recto». Dije que tenía razones para creer que el pensamiento de la propia aniquilación nunca preocupó a Hume ni siquiera un poco. JOHNSON: «No pudo ser así, señor. Hume tenía la vanidad de que se le creyera despreocupado por tal cosa. Lo más probable es que fingiera una apariencia de despreocupación manifiesta, y no que se diera algo tan improbable como es el hecho de que un hombre no tuviera miedo de ingresar (como, a pesar de su engañosa teoría, a la fuerza tenía que estar seguro de que había de ingresar) en un estado desconocido del ser y no le inquietara el dejar atrás cuanto había conocido. Y ha de considerar usted que, conforme a su propio principio de aniquilación, tampoco tenía ningún motivo para decir la verdad sobre sus sentimientos». El horror a la muerte que había observado en el doctor Johnson se me apareció con mucha fuerza esa noche. Me atreví a decirle que durante ciertos periodos de mi vida no había tenido yo el menor temor a la muerte; por consiguiente, no me era difícil imaginar a otro hombre en ese estado espiritual durante un tiempo incluso considerable. Me respondió que «jamás hubo un momento en que la muerte no hubiera sido algo terrible» para él. Añadió que se había observado a ciencia cierta que casi nadie muere en público si no es con una aparente resolución, debido tan sólo a ese deseo de ser objeto de alabanzas que jamás nos abandona. Le dije que el doctor Dodd había parecido gustoso de morir, colmado de esperanzas de alcanzar la felicidad. «Señor — repuso—, el doctor Dodd habría dado las dos manos y una pierna por haber seguido vivo. Cuanto mejor es un hombre, mayor es el miedo que le inspira la muerte, pues tiene una visión más clara de la pureza infinita». Reconoció que nuestra triste incertidumbre respecto a nuestra salvación era algo misterioso, y dijo: «Ay, tenemos que esperar a hallarnos en otro estado del ser para que muchas cosas las veamos por fin explicadas». Hasta el poderoso intelecto del doctor Johnson parecía desbaratarse ante los futuribles. Sin embargo, pensé que las tinieblas de la incertidumbre en las solemnes especulaciones de la religión, al entreverarse de esperanza, daban mayor consuelo que el vacío de la incredulidad. Puede un hombre vivir en un aire viciado y cargado, pero parece si respira del escape de humo.

Al doctor Johnson mucho le complació un comentario que, según le dije, me había hecho el general Paoli: «Es imposible no tener miedo de la muerte, quienes no tienen miedo en la hora de morir es que no piensan en la muerte, sino en el aplauso o en otras cosas que alejan la muerte de su vista, pues todos los hombres temen por igual a la muerte cuando la ven de frente, sólo que algunos son más capaces que otros

de apartar la vista».

El miércoles 17 de septiembre vino a tomar el té con nosotros el doctor Butter, médico de Derby; se acordó que el doctor Johnson y yo fuésemos a almorzar el viernes con él. «Me alegro», dijo Johnson. Parecía muy hastiado de la vida uniforme que llevaba en casa del doctor Taylor.

Hablando del género de la biografía, dije que cuando se escribe la vida de un hombre se deben reseñar sus peculiaridades, pues son las que definen su carácter. JOHNSON: «En cuanto a las peculiaridades, señor, no cabe ninguna duda; la cuestión más bien consiste en precisar si deben comentarse los vicios de un hombre; por ejemplo, que Addison y Parnell bebían con demasiada libertad, pues debido a tal conocimiento es probable que los lectores se solacen en la bebida con mayor holgura, de modo que mayor daño se hace con el ejemplo que beneficio surte el contar toda la verdad». Ésta es buena muestra de cómo a veces difería de sus propias palabras, pues una mañana en que estuvo tranquilamente conversando con lord Hailes en mi casa de Edimburgo bien recuerdo que el doctor Johnson sostuvo que «si un hombre desea escribir un panegírico, bien hará en ocultar los vicios; ahora bien, si se propone escribir una vida, ha de representarla tal como fue en verdad», y cuando puse alguna objeción al peligro de contar que Parnell bebía en exceso, dijo que «produciría una instructiva cautela y una comprensible abstención de la bebida, al ver que incluso el genio y la erudición de Parnell podían degradarse con la bebida». Y estando en las Hébridas sostuvo, como bien se ve en mi *Diario*,^[72] que un amigo íntimo ha de señalar las faltas y defectos de su amigo incluso al escribir su vida.^[c57]

En esa velada, supongo que en gran medida por ánimo de contradecir a su amigo *whig*, tuvo una violenta discusión con el doctor Taylor en torno a las inclinaciones que en esos momentos tenía el pueblo de Inglaterra respecto a la familia real de los Estuardo. Se puso tan injurioso que aseguró incluso que «si se realizase una votación justa en Inglaterra, el actual monarca tendría que marcharse esta misma noche, y a sus partidarios se les colgaría mañana mismo». Taylor, que era un *whig* tan recalcitrante como *tory* era Johnson, se excitó con esto hasta el extremo de ponerse a dar alaridos. Negó rotundamente lo que había dicho Johnson y sostuvo que era generalizado el aborrecimiento a la familia Estuardo, aunque reconoció que no era grande la adhesión del pueblo al actual monarca.^[73] JOHNSON: «Señor mío, el estado del país es como sigue: sabedor el pueblo de que es acuerdo convenido por todos que este rey no tiene derecho hereditario a la corona, y sin que haya esperanzas de que quien legítimamente lo tiene sea restaurado al trono, se ha vuelto frío e indiferente en lo tocante a la lealtad, y no tiene ya apego caluroso por ningún monarca. No está por tanto dispuesto a correr riesgo alguno por restaurar a la familia exiliada. Nadie daría ni veinte chelines para intentarlo. Ahora bien: si bastara con un voto, ganarían por un margen de veinte a uno, o al menos se dejaría sentir una gran mayoría partidaria de la restauración. Y es que debe usted reparar, señor, en que todos los que piensan que un rey tiene derecho a su corona, tal como tiene derecho un hombre a su hacienda, como

es de justicia, estarán a favor de la restauración de un rey al que asiste pleno derecho a su corona, pues bien se le puede confiar; en lo cual en este momento no habría peligro alguno, ya que las leyes y todo lo demás han avanzado mucho, y todo monarca reinará sometiéndose a las leyes. Y también debe reparar, señor, en que no hay nada al otro lado que a esto se oponga, pues nadie alega que la familia actualmente reinante tenga ningún derecho inherente que le asista, de manera que los *whigs* no podrían ver cómo contienden dos derechos en litigio».

El doctor Taylor reconoció a la sazón que si la cuestión del derecho hereditario a la corona hubiera de zanjarse sometiéndola a consulta mediante votación entre el pueblo de Inglaterra, a buen seguro que la doctrina abstracta se pronunciaría a favor de la casa de Estuardo; sin embargo, añadió, la conducta de dicha familia, que había ocasionado su expulsión, estaba tan fresca en el recuerdo del pueblo que pocos votarían a favor de la restauración. Creo que el doctor Johnson se dio por satisfecho con que reconociera su amigo el derecho hereditario, dejando suspendida por derecho y por afecto la cuestión original de la disputa, a saber, qué haría el pueblo en conjunto a ese respecto, pues añadió que el pueblo siempre es temeroso de los cambios, incluso cuando se consideren acertados. El doctor Taylor dijo algo acerca del tenue fundamento del derecho hereditario a la corona que tenía la casa de Estuardo. «Señor —dijo Johnson—, la casa de Estuardo sucedió de pleno derecho a las casas de York y de Lancaster, cuya común fuente les otorgaba ese derecho indisputable. El derecho al trono es como cualquier otro derecho. Basta con su posesión allí donde no se puede demostrar que otro derecho prevalezca. Tal fue el caso de la familia real de Inglaterra, como ahora lo es el del Rey de Francia, pues en cuanto al origen mismo de ese derecho en los tiempos más remotos estamos *in albis*».

Jueves, 18 de septiembre. La noche anterior, el doctor Johnson había propuesto que el lustre de cristal o lámpara de araña que adornaba el salón del doctor Taylor se encendiera en alguna ocasión. Taylor dijo que se encendería la noche siguiente. «Nada más acertado —dije yo—, puesto que es el cumpleaños del doctor Johnson». Cuando estuvimos en la Isla de Skye, Johnson me manifestó su deseo de que nada se dijera a propósito de su cumpleaños. No pareció agradaarle que lo comentara en esta ocasión, y señaló con un punto de severidad que él «no encendería el lustre del cristal precisamente esa noche».

Algunas damas que estaban presentes la noche anterior, cuando anuncié que era su cumpleaños, acudieron a cenar en la fecha señalada, y le incordiaron lo indecible con sus mejores intenciones y deseos de felicidad. Desconozco por qué le desagradaba que se mencionase su cumpleaños, a no ser que le recordase que se iba acercando al final de su vida, siendo tan constante su miedo a la muerte.

Le hablé de un amigo mío que antiguamente estuvo muy melancólico y abatido, muy agobiado por el miedo a la muerte, pero que ahora gozaba de una placidez uniforme y contemplaba su disolución sin perturbación de ninguna clase. «Señor —apuntó Johnson—, no se trata más que de una imaginación trastornada que ha tomado

un giro distinto».

Hablamos de una colección que se estaba compilando con una muestra de todos los poetas ingleses que hubieran publicado un libro de poemas. Johnson me comentó que «cierto señor Coxeter,^[74] al que conocía, había hecho lo indecible para compilar semejante colección, llegando a juntar, creo, quinientos volúmenes de poetas cuyas obras eran muy poco conocidas, si bien a su muerte los adquirió Tom Osborne y se dispersaron, lo cual a su entender era una pena, pues tenía curiosidad por ver una serie completa, ya que en todos los volúmenes de poesía algo bueno se ha de encontrar».

Observó que un caballero de gran eminencia en la literatura había optado recientemente por un pésimo estilo de poesía. «Tiende a poner —dijo— cosas muy corrientes con una vestimenta extraña, hasta que él mismo las desconoce, por lo que entiende que nadie las reconocerá». BOSWELL: «Es debido a que se trata de un hombre muy versado en la antigua poesía inglesa». JOHNSON: «¿Y qué tiene eso que ver? Si digo yo que un hombre está borracho y usted me dice que es debido a que ha bebido mucho, no arreglamos nada. No. Sir — ha querido cultivar una poesía extraña. Por ejemplo, escribiría así:

Ermitaño hirsuto, en solemne celda,
que gastas del crepúsculo lo gris...

»El gris del crepúsculo es corriente, pero a él “del crepúsculo lo gris” le parece espléndido. Un momento; terminemos la estrofa:

Ermitaño hirsuto, en solemne celda,
que gastas del crepúsculo lo gris,
golpéate el pecho, sabio, y di:
¿Qué es la dicha? ¿Cuál la senda?».

BOSWELL: «¿Y por qué había de golpearse el pecho, señor?». JOHNSON: (sonriendo): «Para demostrar que habla en serio». En época posterior añadió la siguiente estrofa:

Así le hablé, y contuve un suspiro;
a duras penas reprimí la lágrima furtiva.
Sonriente, el sabio me repuso:
Ven, mozo, y tómate una cerveza.^[75]

No puedo evitar el pensar que la primera estrofa es una muestra de poesía solemne muy buena, tal como lo son los tres primeros versos de la segunda. Es el último verso el que resulta una sorpresa excelente, por lo burlesco, para cualquiera que se interrogue en lo sentimental con el ánimo abatido. Y es posible que el consejo sea todo lo bueno que puede ser el que se dé a un ser insatisfecho y desanimado: «No te rompas la cabeza con pensamientos enfermizos; tómate un trago, alégrate».

El viernes 19 de septiembre, después del desayuno, el doctor Johnson y yo partimos hacia Derby en el coche del doctor Taylor. Hacía un día espléndido, por lo

que decidimos desviarnos por Keddleston, donde tiene lord Scarsdale su casa solariega, para que pudiera yo ver la residencia de Su Señoría. Me asombró la magnificencia del edificio, la extensión de los terrenos circundantes, donde abundaban los ciervos, el ganado vacuno y ovino, y me maravilló la vista. Los robles viejos en abundancia, todos ellos de un tamaño inmenso, me colmaron de una especie de respetuosa admiración; por uno de ellos de buena gana habría ofrecido 60 libras. Los senderos alisados, de gravilla; el gran estanque construido por Su Señoría con el caudal de varios arroyuelos, con una hermosa barcaza en la orilla; la venerable iglesia gótica, ahora capilla familiar, justamente al lado de la casa; en una palabra, el abundante grupo de objetos allí presentes excitaron y distendieron mi espíritu de un modo sumamente grato. «Cualquiera diría —comenté— que el propietario de todo esto a la fuerza ha de ser feliz». «Ni mucho menos —dijo Johnson—. Todo esto tan sólo excluye un mal: la pobreza».^[76]

Mandamos recado de quiénes éramos. Un ama de llaves bien ataviada, y de edad proveya, que hablaba sin embargo con toda claridad, nos mostró la casa. No me será preciso describirla, pues aparece reseñada en todos sus pormenores en las *Obras arquitectónicas* de Adams. Johnson la encontró en mejor estado que la anterior vez en que la visitó, pues recientemente la había atacado con virulencia. «Sería excelente para albergar un ayuntamiento —había dicho—. La sala grande, con las columnas, serviría para que los jueces tomaran asiento en las vistas; la sala de arriba, para los encarcelados». Sin embargo, la sala grande estaba a su entender mal iluminada, y no podría servir sino para celebrar un baile; pensaba que las alcobas eran estancias sin el menor interés, y que la inmensa suma que costó había sido gastada de manera insensata. Tuvo la impresión de que a Taylor le complacía la casa. «Pero fue —señaló Johnson— hallándonos en presencia de lord Scarsdale. La cortesía nos obliga a mostrarnos complacidos con la obra de un hombre si está presente. Nadie es tan mal educado como para interrogarle. Puede usted, por consiguiente, decir algún cumplido si lo desea, aun cuando no sea verdad. De su sala grande, yo diría a lord Scarsdale: “Milord, es la sala más costosa que haya visto jamás”. Lo cual por otra parte es cierto».

El doctor Manningham, médico en Londres, que estaba de visita en la residencia de lord Scarsdale, nos acompañó a lo largo de muchas de las estancias, y poco después apareció el propio milord, que era conocido de Johnson, y nos hizo los honores. Hablamos del señor Langton. Johnson, con cálida vehemencia, con afectuosa consideración, exclamó: «No soportaría la tierra a un hombre más digno que Bennet Langton». Vimos muchos y muy espléndidos cuadros, que creo que están descritos en uno de los *Viajes* de Young.^[c58] Existe un catálogo impreso con todos ellos, que el ama de llaves me puso en las manos. Me gustaría verlos con más tiempo. Mucho me asombró la interpretación del sueño de Nabucodonosor por parte de Daniel, obra de Rembrandt. Nos mostraron una biblioteca muy espaciosa. En el gabinete de Su Señoría vimos el *Diccionario* de Johnson en edición abreviada: él me

lo indicó con cierta ufanía, y dijo: «Vea: *quæ regio in terris nostri non plena laboris*». [c59] Vio también la *Naturaleza animada*, de Goldsmith, y dijo: «He aquí a nuestro amigo. El pobre doctor habría sido feliz al tener noticia de esto».

En el camino, Johnson expresó con vehemencia su deseo de viajar deprisa en una silla de posta. «Si no tuviera deberes, ni relación ninguna con lo futurible, pasaría la vida viajando deprisa en una silla de posta con una bella mujer, aunque tendría que ser una mujer que supiera entenderme, y que algo añadiera a la conversación». Observé que ese mismo día íbamos a hacer un alto exactamente donde lo hizo el ejército de las Tierras Altas en 1745. JOHNSON: «Fue aquél un noble empeño». BOSWELL: «Ojalá tuviéramos una auténtica historia de todo aquello». JOHNSON: «Si no fuera usted un perro perezoso bien podría escribirla, recopilando toda la información que pueda recabar de viva voz, e incluyendo la autoridad de sus fuentes». BOSWELL: «Pero no sacaría provecho de ella en toda mi vida». JOHNSON: «Podría gozar de la satisfacción de la fama que obtuviera, bastaría con darla a la imprenta en Holanda; en cuanto a los beneficios, considere cuánto tiempo hubo de pasar antes de que la escritura llegara a considerarse desde un punto de vista pecuniario. Dice Baretti que él es el primer escritor que ha recibido algún dinero por sus derechos de autor en Italia». [c60] Dije que me esforzaría por hacer lo que el doctor Johnson me había sugerido, y pensé que podría escribir hasta el punto de aventurarme a publicar mi *Historia de la guerra civil de Gran Bretaña en 1745 y 1746* sin verme obligado a acudir a una imprenta en el extranjero. [77]

Cuando llegamos a Derby, el doctor Butter nos acompañó a ver la fábrica de porcelana. Admiré un arte tan ingenioso y delicado, mediante el cual modela el hombre la arcilla para hacer una taza, un platillo, una tetera, a la vez que un muchacho hace girar la rueda para dar rotundidad y finura al barro. Me pareció tan excelente en su especie como la fabricación de buenos versos en la suya. No obstante, el alfarero no me mereció un gran respeto. Tampoco lo ha tenido nadie, desde luego, o siendo al menos alguien acostumbrado al pensamiento, por un mero versificador en cuyos metros y rimas, por perfectos que sean, no hay un ápice de poesía, no se nota el hálito del espíritu. La porcelana era muy hermosa, pero el doctor Johnson observó con tino que era demasiado cara, pues se podían comprar vasijas de plata, del mismo tamaño, por el mismo precio que aquellas de porcelana.

Tuve un gran placer caminando por Derby, como siempre que camino por una ciudad a la que no estoy acostumbrado. Se percibe una inmediata sensación de novedad, y uno especula acerca del modo en que allí se pasa la vida, y si bien se percibe en conjunto una gran igualdad, está minuciosamente diversificada. Las minúsculas diferencias que se perciben en cada cosa son una maravilla. Hablando de barberos la otra noche en casa de Taylor, el doctor Johnson dijo así: «Entre mil barberos, no hay dos que afeiten de forma tan parecida que no se les distinga». Me pareció que no era posible hasta que especificó tantísimas variaciones en el afeitado:

sostener la navaja de un modo más o menos perpendicular, trazar pasadas cortas o largas, comenzar por la parte superior de la cara o por el cuello, por la derecha o por la izquierda... Desde luego, cuando uno se para a pensar en la variedad de sonidos que se puede extraer de un caramillo, con el espectro de tan pequeña abertura, podemos darnos por convencidos de los muchos grados de diferencia que pueden darse en la simple aplicación de una navaja.

Almorzamos con el doctor Butter,^[78] cuya esposa es hija de mi primo, sir John Douglas, cuyo nieto es ahora presunto heredero de la noble familia de Queensberry. Johnson y él tuvieron una larga y tendida conversación sobre cuestiones médicas. Johnson dijo que en alguno de sus escritos había dado buena cuenta de un discurso del doctor Nichols titulado *De Anima medica*. Nos dijo que «cualquiera que fuera el trastorno de un paciente, el doctor Nichols no le asistía en condición de médico si no gozaba de sosiego de espíritu, pues estaba persuadido de que ningún medicamento podría surtir efecto. Una vez atendió a un comerciante sobre el cual ninguno de los medicamentos que le recetó tuvo el menor efecto; preguntó en privado a la esposa del comerciante si no le iban mal sus asuntos; ella respondió que no. Siguió atendiendo al hombre durante algún tiempo, pero sin éxito. A la larga, su esposa le confesó que los asuntos comerciales de su marido iban francamente mal. Cuando Goldsmith se estaba muriendo, el doctor Turton le dijo: “Tiene usted el pulso mucho peor de lo que debiera a tenor de la fiebre que padece. ¿Está sosegado su espíritu?”. Goldsmith respondió que no».

Tras el almuerzo, la señora Butter salió conmigo a ver la hilandería de seda que había patentado John Lombe tras importar el artefacto de Italia.^[79] No soy muy ducho en cuestiones de mecánica, pero la sencillez de esa máquina y sus múltiples operaciones me causaron una muy grata sorpresa. Había aprendido del doctor Johnson, a lo largo de este encuentro, a no pensar con indiferencia ni abatimiento en ninguna obra de arte, ni en los placeres de la vida, porque la vida es breve y es incierta, y a considerar tal indiferencia, o abatimiento en su caso, como un fracaso de la razón, una morbidez del espíritu, porque conviene cultivar la felicidad tanto como nos sea posible y todo lo que sea útil a la felicidad debe ser considerado con su debida importancia, con referencia no sólo a nosotros mismos, sino también a las multitudes de las épocas que nos sucederán. Si bien es apropiado valorar la pequeñez, pues «granos de arena hacen montañas, suma de instantes es el año»,^[80] hemos de considerar en conjunto la justa y más conveniente estima de los objetos. Que un momento sea inquietante, o que no lo sea, no parece que tenga mayores consecuencias; ahora bien, eso mismo cabe pensar del siguiente, y del siguiente, y así sucesivamente, hasta que la desdicha aumenta en gran proporción. Del mismo modo hay que considerar la felicidad, la cultura, la amistad. No es posible saber en qué preciso instante se forma la amistad. Al igual que al llenar una vasija gota a gota, hay una última que la hace rebosar; igual sucede en una serie de amabilidades, en que hay una última que propicia el desbordarse del corazón. No debemos dividir los objetos

que merecen nuestra atención en partes diminutas, y pensar por separado en cada una de ellas. Sólo en la contemplación de una gran masa de la existencia humana puede un hombre, mientras atribuya un valor justo a su propia vida, no pensar en su muerte como algo que aniquila todo lo grande y todo lo placentero que hay en el mundo, como si realmente estuviera contenido en su intelecto, de acuerdo con la ensoñación de Berkeley. Si no es su imaginación enfermiza ni débil, «aletea hasta muy lejos», mucho más allá de sí misma, y contempla el mundo en sus incesantes actividades de todo tipo. Preciso es reconocer, sin embargo, que la dolida reflexión de Pope, en el sentido de que todas las cosas serán tan alegres como siempre en el día mismo de su muerte, es natural y es común. Tenemos tendencia a transferir a cuanto nos rodea nuestra propia pesadumbre, sin reparar en que en un momento determinado del tiempo seguramente existe en el mundo la misma juventud y la misma alegría que en cualquier otro. Antes de que naciera yo a esta vida, en la que he gozado de tantas escenas placenteras, ¿no habían tenido lugar miles y decenas de miles de muertes y funerales? ¿No habían llorado familias enteras la pérdida de sus parientes más cercanos? Y, sin embargo, todas esas circunstancias taciturnas e incluso funestas, ¿me han afectado en algo? En tal caso, ¿por qué iban a afectar a otros las escenas taciturnas y fúnebres que experimento yo? Guardémonos de imaginar que tiene la felicidad un final en la tierra, cuando envejecemos o seamos desdichados.

A la hora del té, el doctor Johnson nos dijo que cuando algunos de los compasivos amigos del doctor Dodd trataron de darle consuelo, diciéndole que iba a dejar un «mundo miserable», éste tuvo la honestidad suficiente para no sumarse a tanta hipocresía. «No, no —dijo—, ha sido para mí un mundo muy agradable». «Respeto a Dodd —añadió Johnson— por haber dicho la verdad, pues no cabe duda de que durante varios años disfrutó de una vida de inmensa voluptuosidad».

Nos dijo que los amigos que tuvo Dodd en la ciudad estuvieron siempre a su lado, de modo que hubo incluso un millar de libras dispuesto para dárselo al carcelero en caso de que se aviniera a dejarlo escapar. Añadió que supo de un amigo de Dodd que había rondado por Newgate a alguna hora, en la víspera de su ejecución, con cinco mil libras en el bolsillo, listo a pagar a cualquiera de los carceleros que pudieran sacarlo de allí. Pero ya era tarde, pues se le vigilaba en todo momento con absoluta circunspección. Dijo que los amigos de Dodd habían fabricado una figura suya en cera, que habría de haber quedado en su lugar; tenía entendido que llegó a introducirse en la prisión.

Johnson no veía con buenos ojos que el doctor Dodd hubiera abandonado este mundo con la convicción de que el «Discurso del condenado a sus desdichados hermanos» fuera obra suya. «Pero señor —le dije—, usted mismo contribuyó a ese engaño, pues cuando el señor Seward manifestó ante usted la duda de que no fuera obra de Dodd, no en vano destilaba una presencia de ánimo y una fuerza de pensamiento muy superiores a lo que él hubiera escrito, usted le respondió: “¿Por qué iba a pensar usted tal cosa? Le aseguro, señor, que cuando un hombre sabe que será

ahorcado en menos de quince días, es capaz de concentrar su pensamiento de un modo maravilloso”». JOHNSON: «Señor, como Dodd recibió de mí ese escrito para que lo hiciera pasar por obra suya, al menos mientras ese escrito pudiera redundar en su propio bien, se trataba de una promesa implícita el que yo no reconociera lo contrario. Haberlo reconocido, por consiguiente, habría sido mentir, con la adición de incumplir una promesa, lo cual habría sido peor que mentir sin más y afirmar que era obra de Dodd. Por otra parte, señor, no dije yo directamente una mentira: dejé la cuestión en un punto incierto. Tal vez di en suponer que Seward no dejaría de creer que fuese mía por lo que yo había dicho, pero no podía dejar en sus manos la posibilidad de decir que lo había reconocido».

Elogió los sermones de Blair: «Con todo —dijo, deseoso de hacernos ver que la fama debida a una moda, por merecida que sea, no siempre es la más duradera—, tal vez no se reimpriman pasados siete años. Desde luego, no se leerán después de que muera Blair».

«Goldsmith —dijo— fue una planta de florecimiento tardío. No tenía ninguna apariencia notable cuando era joven, aunque cuando alcanzó la fama uno de sus amigos comenzó a recopilar información sobre su distinción en la universidad. Del mismo modo, a medida que aumentaba su grandeza, Goldsmith dio en recordar más y más los años de mocedad de ese amigo».

Le comenté que lord Monbodo, según él mismo me dijo, se levantaba todas las mañanas a las cuatro, y que por cuidar su salud caminaba desnudo por la habitación con la ventana abierta de par en par, a lo cual llamaba «un baño de aire»; después, volvía a la cama y dormía otro par de horas más. Johnson, presto siempre a desacreditar todo lo que se exhibiera con una importancia desproporcionada, hizo esta observación: «Supongo que la cosa no puede ser más sencilla: se despierta a las cuatro de la madrugada y no puede dormirse hasta que se queda helado, con lo que el calorillo de la cama la resulta una muy agradable sensación».

Hablé con él de lo difícil que resulta levantarse por la mañana. El doctor Johnson me refirió que «la muy culta señora Carter, durante el periodo en que se dedicaba con gran seriedad a sus estudios, no madrugaba tanto como quisiera, de modo que ideó un artilugio por el cual, a una hora determinada, la palmatoria de su dormitorio quemaba un cordel al cual estaba sujeto un peso pesado, que caía entonces con gran estrépito: el ruido repentino la arrancaba del sueño y no tenía dificultad en levantarse». Dije que ésa era precisamente mi dificultad; ojalá se pudiera inventar una medicina que hiciera del levantarse de la cama algo indoloro, pues siempre me levantaba yo con dolor, a menos que lo hiciera tras yacer largo rato despierto en la cama. Tal vez algo hubiera en la enorme despensa de la Naturaleza que sirviera para eso. He pensado en una polea que me ayudara a levantarme de manera gradual, pero me causaría dolor por ser contraria a mi inclinación natural. Habría que inventar algo que disipara o contrarrestara la *vis inertiae* y diera elasticidad a los músculos. Así como imagino que el cuerpo humano, por efecto de algunas sustancias, puede ser inducido a entrar en un

estado que desconoce; así como he experimentado un estado en el cual no era desagradable el levantarse de la cama, e incluso resultaba placentero, supongo que ese estado podría alcanzarse de un modo artificial con que sólo supiéramos qué puede inducirnos a ello. Podemos dar calor al cuerpo, podemos enfriarlo; podemos darle tensión o relajación, luego sin duda ha de ser posible inducirlo a entrar en un estado en el cual levantarse de la cama sea algo indoloro.

Johnson observó que «el hombre ha de disfrutar de una cantidad de sueño suficiente, que el doctor Mead cifra entre siete y nueve horas». Le dije algo que me había comentado el doctor Cullen, y es que el hombre no debe dormir más de lo que duerma de un tirón. JOHNSON: «Esa regla no se sostiene en todos los casos, pues a muchas personas les interrumpe el sueño la enfermedad, y seguro que Cullen no querrá que alguien se levante tras haber dormido sólo una hora. Semejante régimen pronto daría por resultado un sueño muy prolongado».^[81] El doctor Taylor comentó, creo que con mucho acierto, que «el hombre que no sienta la inclinación de dormir a las horas habituales, lejos de ser más fuerte que otras personas, no puede estar bien, pues quien goza de buena salud tiene una natural inclinación a comer, beber y dormir en alto grado».

Johnson me aconsejó esa noche que no cayera en un refinamiento excesivo en la educación de mis hijos. «La vida —apuntó— no soporta bien el refinamiento. Hay que hacer lo que hacen los demás».

En el camino de vuelta a Ashbourne, el doctor Johnson me recomendó, como había hecho a menudo, que sólo bebiera agua: «De ese modo, tendrá la certeza de no embriagarse, mientras que, si bebe vino, nunca estará seguro». Le dije que el vino era un placer al que no estaba deseoso de renunciar. «Es muy cierto —dijo— que abstenerse de beber vino resta mucho a la vida, pero puede darse el caso de que sea necesario». Reconoció sin embargo que, a su juicio, el libre consumo de vino no acorta la vida,^[c61] y añadió que no daría menos por la vida de cierto lord escocés, a quien llamó por su nombre, célebre por beber en grandes cantidades, que por la de un abstemio. «Un momento —dijo con su inteligencia de costumbre, con su exactitud de indagación—. Dígame, ¿le hace falta beber mucho vino para embriagarse?». «Muchísimo —respondí—, ya sea vino, ya sea ponche del más cargado». «Siendo así —dijo—, es mucho peor». Presumo de ilustrar la observación de mi amigo de este modo: «La fortaleza que pronto se rinde sufre menos destrozos en sus murallas que la que planta larga y obstinada resistencia».

Me aventuré a mencionar a una persona tan furibundamente escocesa como inglés era él, y que profesaba literalmente el mismo desprecio por un inglés, en comparación con un escocés, que el que tenía él por un escocés, en comparación con un inglés, y que diría sin dudar del propio doctor Johnson: «¡Maldito bribón, hablar de los escoceses de ese modo!». Pareció que, por un momento, esto le llevó a hacer una pausa y pensar. Tal vez le hizo ver su exacerbado prejuicio contra los escoceses desde un punto de vista que resultara nuevo por efecto del contraste.

Para cuando regresamos a Ashbourne, el doctor Taylor ya se había retirado a descansar. Johnson y yo permanecemos largo rato sentados a solas.

Le divertió mucho un artículo que le mostré, de la *Critical Review* de ese mismo año, en el que se reseñaba una curiosa publicación titulada «*Diario espiritual y soliloquios*», de John Ruty, doctor en Medicina. El doctor Ruty era uno de los llamados cuáqueros y médico de cierta eminencia en Dublín, así como autor de algunos opúsculos. Este diario, que llevó de 1753 a 1755, año en que falleció, y que ahora se publicaba en dos volúmenes en octavo, era manifiesta exhibición de la sencillez de su corazón, minucioso y honesto registro de sus estados de ánimo, que, si bien con frecuencia resultaban risibles, no lo era más que la historia de muchos hombres, siempre y cuando se registrase con idéntica justicia.

Las siguientes muestras eran extraídas por el autor de la reseña:

Décimo mes, 1753.

23. Indulgencia; en cama una hora más de la cuenta.

Duodécimo mes, 17. Obnubilación hipocondríaca debida a las ventosidades y la indigestión.

Noveno mes, 28. Sobredosis de whisky.

29. Día mortecino, malhumorado, colérico.

Quinto mes, 1757; 22. Un poco cerdo y encanallado en el almuerzo y la cena.

31. Emperrado en provocar.

Segundo mes, 5. Muy obstinado e irascible.

14. Irascible por el ayuno.

26. Imperdonablemente irascible con mis subalternos, debido a una indisposición corporal.

Tercer mes, 11. Ante una provocación, sordo resentimiento por espacio de dos días, en vez de regañar.

22. Regañé con excesiva vehemencia.

23. Otra vez emperrado.

Cuarto mes, 29. Mecánica y pecaminosamente emperrado.

Johnson se rió de buena gana ante estas minutas reprobadoras de sí mismo que escribió el buen quietista, sobre todo al verlo mencionar con serio arrepentimiento muestras ocasionales de «encanallamiento en el comer y de emperramiento temperamental». Le parecieron tan ingeniosas y tan bien vertidas las observaciones del autor de la reseña de la *Critical Review* sobre la importancia que se da un hombre a sí mismo, que me parece oportuno introducirlas aquí.

Tras observar que «hay pocos escritores que se hayan forjado una reputación registrando solamente sus propios actos», dice, «se puede reducir a los egotistas a cuatro clases. En la primera tenemos a Julio César: relata sus propias hazañas, pero las relata con particular gracia y dignidad, y su narración se apoya en la grandeza de su carácter y sus logros. En la segunda clase está Marco Antonino: este escritor nos ha dejado una serie de reflexiones sobre su propia vida, si bien son tan nobles sus sentimientos, tan sublime su moralidad, que sus meditaciones suscitan admiración universal. En la tercera clase tenemos a algunos otros de credibilidad tolerable, que han dado importancia a su propia historia privada gracias a una mezcla de anécdotas literarias y a las ocurrencias dadas en su propia época: el célebre Huetius ha publicado un entretenido volumen de esta índole, *De rebus ad eum pertinentibus*.^[c62]

En la cuarta categoría están los gacetilleros tanto temporales como espirituales: Elias Ashmole, William Lilly, George Whitefield, John Wesley y un sinnúmero de mujeres entradas en años y de fanáticos escritores de memorias y meditaciones».

Le comenté que el doctor Hugh Blair, en sus conferencias sobre retórica y bellas letras, que le oí pronunciar en Edimburgo, se había mostrado adverso al estilo johnsoniano por estimarlo demasiado pomposo, y había hecho el intento de parodiarlo, traduciendo una frase de Addison tomada del *Spectator*, n.º 411, a la manera de Johnson. Cuando se aborda la utilidad de los placeres de la imaginación en el hecho de preservarnos alejados del vicio, se observa, acerca de quienes «no saben cómo estar mano sobre mano persistiendo en la inocencia», que «el primer paso que dan fuera de sus ocupaciones los lleva al vicio o a la mentecatez», todo lo cual, según suposición del doctor Blair, se habría expresado en el *Rambler* como sigue: «el primerísimo paso que dan al salir de las regiones del negocio los precipita en la perturbación del vicio o en la vacuidad de la mentecatez».^[82] JOHNSON: «Señor, no son tales las palabras a que hubiera recurrido yo. No, señor: los imitadores de mi estilo no han dado en el clavo. La señorita Aikin es quien más se acerca, pues imita el sentimiento amén de la dicción».^[c63]

Antes de dar por concluida esta obra, me propongo exhibir algunas muestras de la imitación del estilo de mi amigo de muy diversos modos: en unas se le caricaturiza y se le parodia, mientras en otras se le toma por modelo de manera consciente, o con un grado de similitud del que tal vez el autor no tuviera constancia plena.

En la revista de Baretti, que publicó en Italia con el título de *Frusta Letteraria*, se observa que el doctor Robertson, el historiador, había formado su estilo sobre el de «*il celebre Samuele Johnson*».^[c64] Mi amigo era de la misma opinión; una vez me dijo, con humor risueño, «señor, si el estilo de Robertson tiene fallas, a mí me lo debe; es decir, que tiene demasiadas palabras, y las que tiene le vienen bien grandes».

Le leí una carta que me había escrito lord Monboddo, que contenía algunos comentarios críticos sobre el estilo de su *Viaje a las islas occidentales de Escocia*. Su Señoría elogió el espléndido pasaje en que relata nuestro desembarco en Icolmkill,^[83] aunque al ser su estilo excesivamente seco y duro, desaprobó la riqueza del lenguaje de Johnson y su empleo frecuente de expresiones metafóricas. JOHNSON: «Desde luego, esa crítica sería muy atinada si en mi estilo fuera posible señalar palabras superfluas, o palabras demasiado grandes para el pensamiento que se transmite, pero no creo que tal se pueda detectar».^[c65] Por ejemplo, en el pasaje que admira lord Monboddo, “Nos adentrábamos por esa ilustre región”, la palabra *ilustre* nada aporta a la narración en sí, pues lo que se relata podría en efecto relatarse sin ese adjetivo, que no es, sin embargo, superfluo, pues despierta en el lector una especial atención, ya que algo de mayor importancia que lo acostumbrado está a punto de presentársele. “¡*Ilustre!* ¿Por qué?”. Y la frase procede a ampliar las circunstancias de su relación con Iona. Y por lo que atañe a las expresiones metafóricas, ésa es gran excelencia del

estilo cuando se emplea con propiedad, pues aporta dos ideas en una: transmite el sentido de forma más luminosa y, por lo común, con deleitosa percepción».

Me contó que se le había propuesto que emprendiera la nueva edición de la *Biographia Britannica*, pero que había declinado el ofrecimiento, aunque después me dijo que lo lamentaba. A esa pesadumbre serán muchos los que se sumen, pues nos habría procurado más abundancia de la más deleitosa modalidad de escritura de que era capaz Johnson, y si bien mi amigo el doctor Kippis ha cumplido ese cometido hasta la fecha juiciosamente, y con mayor imparcialidad de la que cabría suponer en un separatista, habría sido muy deseable que la supervisión de ese Templo de la Fama de la literatura se hubiera asignado a «un amigo de la constitución en la Iglesia y el Estado». De ese modo, no lo habríamos visto demasiado empañado por anodinos maestros en la disensión, hombres sin lugar a dudas de mérito y valía, aunque no en la medida suficiente para contarse entre «las personas de mayor eminencia que se han dado en Gran Bretaña e Irlanda».^[84]

El sábado 20 de septiembre, tras desayunar, cuando Taylor se hubo marchado a sus quehaceres en su granja, el doctor Johnson y yo mantuvimos una muy seria conversación sobre la melancolía y la demencia, aflicciones que, siempre me pareció, él tendía erróneamente a confundir y tomar por una sola cosa. La melancolía, como «un gran ingenio», puede darse «íntimamente aliada a la locura», si bien existe entre ambas, a mi juicio, una nítida diferencia. Cuando él hablaba de la locura, había que interpretar que se refería a quienes sufren una perturbación del ánimo muy acusada o, como suele decirse de un modo más llano, «tienen trastocado el entendimiento». Algunos filósofos de la Antigüedad sostenían que cualquier desvío de la rectitud de la razón era locura; quien desee conocer las opiniones tanto de antiguos como de modernos a este respecto, recopiladas e ilustradas con gran variedad de hechos curiosos, puede consultar la muy amena obra del doctor Arnold.^[85]

«Un loco —dijo Johnson— ama estar con personas a las que teme, no como teme un perro la correa, sino con personas que le inspiran un temor reverencial». Me asombró lo atinado de esta observación. A una persona cuyo ánimo flaquea y propende al abatimiento estar con quienes inspiran respeto y temor suele reprimir y dar compostura a todo inquietante tumulto del espíritu, y le consuela mediante la contemplación de algo que es sólido y al menos relativamente grande.

«Los locos —añadió— son sensuales en las etapas más bajas de su trastorno. Están ansiosos de gratificaciones que aplaquen su ánimo y desvíen su atención de la penosa situación que padecen; ahora bien, cuando enferman en mayor medida, cualquier placer les resulta muy débil, y es el dolor lo que buscan.^[86] La ocupación en una tarea seria y la disciplina, hasta rayar en la penuria, previenen la melancolía. Entiendo que en todo nuestro ejército, en América, no hubo un solo hombre que se volviera loco».

Abordamos con toda seriedad un asunto de gran importancia para mí, que Johnson tuvo la bondad de considerar con amistosa atención. Hacía ya bastante

tiempo que me había quejado a él de que me sentía a disgusto en Escocia, por ser una esfera demasiado angosta para mí, a la vista de lo cual le anuncié en su día mi deseo de establecer mi domicilio principal en Londres, el gran teatro de la ambición, de la instrucción, de las diversiones: un teatro que era para mí, en términos comparativos, como el cielo mismo en la tierra. JOHNSON: «Nunca, en toda mi vida, he visto a nadie que tenga tanta afición a Londres como la que tiene usted, y no seré yo quien le censure por su afán de vivir en esta ciudad. Ahora bien, si estuviera yo en el lugar de su padre, no le consentiría que se instalara en Londres, pues propugno los viejos conceptos feudales y miedo me daría que Auchinleck quedara desierto, ya que pronto encontraría usted más apetecible el disponer de una residencia de campo en un clima mejor. Reconozco sin embargo que considerar un deber el residir en una heredad familiar es perjudicial, pues hemos de pensar que las personas trabajadoras se emplean por igual y que el producto que dé la tierra se venderá igual, tanto si reside en su finca una gran familia como si reside en la ciudad, y es que si las rentas se llevan a Londres volverán de nuevo a la circulación. Es más: tenemos que reconocer que llevar las cuentas a distancia quizá sea provechoso, porque contribuye a esa circulación monetaria. Hemos de reconocer, no obstante, que una gran familia, una familia además bien ordenada, puede mejorar la vecindad en que se encuentre en civilidad y en elegancia, y puede dar ejemplo de buen orden, de virtud y piedad; por este motivo, la residencia en su heredad puede ser muy ventajosa. Ahora bien, si una gran familia es desordenada y es viciosa, su presencia en la heredad es muy perniciosa para quienes residan en vecindad suya. Ahora ya no existen los mismos incentivos que antes para vivir en el campo; los placeres de la vida social mejor se disfrutaban en la ciudad; ya no existe en el campo aquella influencia, aquel poder que los terratenientes ejercían en otros tiempos, y que hacían del campo un lugar agradable para vivir. El Laird de Auchinleck ya no es un hombre tan grande como lo fuera el Laird de Auchinleck hace un siglo».

Le dije que uno de mis antepasados jamás salía de su casa si no era con treinta hombres a caballo. Johnson hacía gala en toda ocasión de su agudeza y de su espíritu indagador. «Dígame, ¿y cómo mantenía su antepasado a sus treinta hombres y a los treinta caballos cuando partían de sus tierras, en una época en la que apenas había monedas en circulación?». Le expuse idéntica dificultad a un amigo que me habló del viaje que hiciera Douglas a Tierra Santa con un abundante séquito de siervos y seguidores. Douglas, sin duda, podía mantener a bastantes servidores mientras pudieran vivir de sus tierras, cuyo producto les abastecería de alimento, pero no podría llevarse tales productos a Tierra Santa, así que ¿cómo pudo mantenerlos en países del extranjero?

Insinué la duda de que si me fuese a residir permanentemente a Londres, el exquisito deleite con que paladeaba los días de mis estancias ocasionales podría desaparecer, y tal vez llegara a hastiarme de la ciudad. JOHNSON: «Vamos, vamos, señor; no hallará usted a nadie, y menos a un intelectual, que esté deseoso de

abandonar la vida en Londres. De ninguna manera: cuando un hombre se harta de Londres, es que está harto de la vida, pues en Londres se encuentra todo cuanto la vida puede proporcionar».

Para allanar del todo su aprensión de que al establecerme yo en Londres pudiera abandonar la casa solariega de mis ancestros, le aseguré que defendía los viejos principios feudales con el mismo entusiasmo que él, y que sentía en lo más hondo de mí toda la *dulcedo del natale solum*. Le recordé que el Laird de Auchinleck disponía de una elegante mansión, ante la cual podía cabalgar diez millas en línea recta sin salir de sus propios terrenos, en los que tenía más de seiscientas personas vinculadas a él; le recordé que en la heredad de la familia abundaba la belleza romántica natural, los roquedos, bosques y arroyos, y que en «el amanecer de mi vida»^[c66] había aplicado las más bellas descripciones de los clásicos a ciertos paisajes de la región, que de ese modo quedaron grabados en mi espíritu. Teniendo en cuenta todo esto, le dije, sin duda alguna pasaría parte del año en mi heredad, y la disfrutaría tanto más por la variación, y por traer conmigo parte de la riqueza intelectual de la metrópoli. Escuchó con atención y amablemente dijo que «esperaba que fuera como yo suponía».

Dijo que un caballero de provincias debía llevar a su dama a visitar Londres tan pronto le fuera posible, con el fin de tener temas de conversación agradable cuando estuvieran los dos a solas.

Como sopesara yo la conveniencia de probar fortuna en el ejercicio de mi profesión en Westminster Hall, nuestra conversación pasó a tratar de la profesión de la abogacía en Inglaterra. JOHNSON: «No debe usted condescender a entretener esperanzas demasiado halagüeñas en caso de que fuera admitido en los tribunales. Un abogado de gran sensatez me dijo que son altísimas las probabilidades de que un hombre no tenga el éxito apetecido en el ejercicio de la profesión de abogado, pues son numerosísimos los candidatos, y quienes consiguen tener una práctica dilatada son muy pocos. Dijo que en modo alguno es seguro que un hombre de sólidas facultades y de aplicación constante llegue a tener encargos en abundancia, aunque desde luego reconoció que si un hombre que reúna tales condiciones logra comparecer en unas cuantas causas, su mérito tendrá el debido reconocimiento y saldrá adelante; ahora bien, el gran riesgo estriba en que un hombre pueda pasarse la mitad de su vida en los tribunales sin tener nunca una ocasión propicia de demostrar su destreza».^[87]

Hablamos de que la dedicación al trabajo es absolutamente necesaria para impedir que el ánimo se desgaste y se torne quejoso y preocupado, sobre todo en quienes tienen tendencia a la melancolía. Le comenté un dicho que alguien había referido sobre un salvaje americano, el cual, cuando un europeo se explayaba ante él y otros a cuento de las grandes ventajas del dinero, hizo esta pregunta: «Pero... ¿sirve para comprar una ocupación?». JOHNSON: «Le garantizo, señor, que el dicho es demasiado refinado para un salvaje. Y el dinero, señor, sirve sin duda para comprar una

ocupación: sirve para comprar todas las comodidades que se puedan tener en la vida, para comprar variedad de compañía y toda suerte de entretenimientos».

Le hablé del *Viaje a los Mares del Sur*, de Forster, que me había gustado, pero descubrí que a él no. «Es mucha la afectación que contiene —dijo— en su estilo, tan cuidado». BOSWELL: «Pero el autor lo lleva a uno en volandas». JOHNSON: «No, señor. A mí no me lleva en volandas, sino que me deja atrás. Más bien me empuja hacia delante, pues me lleva a pasar varias páginas a la vez».

El domingo 21 de septiembre fuimos a la iglesia de Ashbourne, que es una de las más grandes y luminosas que nunca he visto en una localidad de ese tamaño. Sentí una gran satisfacción al considerar que en mi aprecio de la adoración pública y solemne me respaldaba la concurrencia y munificencia general de la humanidad.

Tan diferentes eran Johnson y Taylor que me llamaba poderosamente la atención que conservaran una amistad íntima. En cierta medida, quizá se explicara porque habían ido juntos a la escuela y a la universidad, aunque sir Joshua Reynolds me ha dado una razón de más peso, ya que Johnson le comentó que Taylor le había anunciado que iba a nombrarlo su heredero. No seré yo quien ponga esto en tela de juicio, ni mucho menos quien lo critique, pero lo cierto es que Johnson prestaba una grande atención a Taylor. Sin embargo, me dijo así: «Le tengo un gran cariño, pero no lo aprecio más con el tiempo; el respeto que le tengo no va en aumento. Como se dice en los Evangelios apócrifos, “sólo habla de paparruchas”.^[88] No creo que le agrade mucho mi compañía. Sus costumbres de ningún modo son suficientemente clericales; él sabe que yo así lo entiendo, y a nadie le agrada vivir sintiéndose bajo la mirada de una perpetua desaprobación».

No tengo ninguna duda de que Johnson compuso para Taylor muchísimos sermones. En esta ocasión hallé sobre la mesa uno que había empezado a escribir; en uno de sus diarios aparece un *Concilio pro Taylora*. Cuando a estas circunstancias añadimos las pruebas internas que bien se ven en su poderoso pensamiento y en su estilo, en la colección que ha publicado el reverendo señor Hayles con el muy significativo título de *Sermones que dejó para publicar* el reverendo John Taylor, doctor en Leyes, nuestra convicción no puede sino ser completa.

Sin embargo, no quisiera yo dar a entender que el doctor Taylor, aun cuando no supiera escribir como Johnson (¿quién podría igualarle?), no compusiera a veces sermones tan buenos como los que por lo común nos dan los teólogos más respetables. Una vez me mostró uno con notas al margen, de puño y letra de Johnson, y en otra ocasión estuve presente mientras le leía uno a Johnson para recabar su opinión, y éste dijo que estaba «muy bien». Podemos estar bien seguros de que éstos no eran de Johnson, pues siempre estuvo muy por encima de cualquier artimaña o truco engañoso.

Johnson de ningún modo era partidario de que cualquier hombre dedicado a una profesión culta debiera considerar de su incumbencia, o necesario para su credibilidad, presentarse en público en calidad de autor. Cuando, llevado por la

ardiente ambición de lograr fama literaria, una vez lamenté que un ilustre juez no la tuviera, y que por tanto no dejase perpetuo monumento de sí mismo para la posteridad, replicó así: «Qué copiosa confusión tendríamos si todo obispo y todo juez, todo abogado, médico y teólogo, fueran a escribir sus libros».

Le hablé a Johnson de una persona respetable, de poderoso entendimiento, que en cambio tenía muy poco de la ternura que es común a la naturaleza humana, como muestra de lo cual, cuando sugerí que invitase a su hijo, que había pasado diez años en diversas ciudades del extranjero,^[c67] A que le hiciera una visita, me contestó así: «No, no; que se ocupe de sus propios asuntos». JOHNSON: «No puedo estar de acuerdo con él en esto. Amasar dinero no es ni mucho menos el asunto a que ha de dedicarse un hombre. Cultivar la amabilidad es una parte valiosa en los asuntos de esta vida».

Por la noche, Johnson estuvo de muy buen humor y nos entretuvo con varios de sus retratos de personajes; lamento que hayan escapado a mi retentiva y a mi diligencia. Sé por experiencia propia que para recoger la conversación de mi amigo de tal modo que exhiba en la medida suficiente su sabor original es necesario ponerla por escrito de inmediato. Guardar registro de sus dichos luego de pasado algún tiempo era como hacer confitura o conserva de frutos cortados con demasiada antelación, y ya pasados, que al hallarse en tal estado poco o nada tenían de su gusto cuando aún estaban frescos.

Obsequiaré a mis lectores con una serie de lo que esa noche recogí en el huerto johnsoniano.

«Mi amigo, el difunto Conde de Corke, tenía un gran deseo de mantener el carácter literario de su familia. Era un hombre gentil, pero que no estuvo a la altura de su rango nobiliario. Tan amable y civil era que nadie le daba las gracias por ello».

«Si no se oyera hablar tanto de Jack Wilkes, tendríamos en mayor estima su conversación. Jack tiene gran variedad de temas de charla, Jack es todo un erudito, Jack tiene los modales de todo un caballero. Pero luego de que se jalee su nombre de uno a otro polo, y se le tilde de fénix de la felicidad cordial, nos decepciona su compañía. Siempre me ha buscado las vueltas, si bien prefiero tener con él un gesto de amabilidad en vez de negárselo. Queda zanjado el pulso».

«La alegría con que Garrick conversa adolece de delicadeza y elegancia. Foote tiene más gracia, mueve más a risa. Tiene el aire de un bufón a quien se paga para entretener a la concurrencia, y bien se merece el jornal». [\[a nota c26, Vol. III\]](#)

«Colley Cibber una vez me vino a consultar sobre una de sus odas de cumpleaños, mucho antes de que le fuera requerida. Puse abundantes objeciones a varios de sus pasajes. A Cibber se le agotó la paciencia y no quiso terminar de leerme su oda. Cuando dimos por concluido este ejercicio de crítica nos encontramos con Richardson, el autor de *Clarissa*; me desconcertó el desagrado de Richardson ante el hecho de que yo no tratase a Cibber “con mayor respeto”. Veamos, señor mío: ¿hablar con respeto de un autor teatral!». Lo dijo sonriendo con desprecio. BOSWELL: «En eso, señor, ha caído usted siempre en herejía: nunca les reconoce usted ningún mérito, ni a

los actores ni a los autores de teatro». JOHNSON: «¿Mérito, señor? ¿Qué merito? ¿Muestra usted respeto por un equilibrista o un malabarista o por un juglar que canta baladas?». BOSWELL: «No, señor, pero sí respetamos a un gran actor, a un hombre capaz de concebir sentimientos encumbrados y enunciarlos con elegancia». JOHNSON: «¿Cómo? ¿Un individuo que se encasqueta una joroba falsa, y un falso bulto en la pierna?, y que exclama: “¡Yo soy Ricardo III!”. Ni mucho menos, señor mío: el juglar que canta baladas tiene más mérito, pues dos cosas hace: repite y canta. Hay en su actuación música y recitación, mientras que el actor se limita a recitar como le venga en gana». BOSWELL: «¡Mi querido señor, es usted capaz de ridiculizar cualquier cosa! Reconozco que un actor de farsas no tiene derecho al respeto, pues hace bien poca cosa, pero quien sabe representar a personajes exaltados y encarna las pasiones más nobles sí tiene poderes que son dignos de respeto. Y la humanidad entera ha estado de acuerdo en admirar a los grandes talentos escénicos. También hemos de considerar que un gran actor hace algo que muy pocos pueden hacer, pues su arte es una facultad muy poco corriente. ¿Quién es capaz de repetir el soliloquio de *Hamlet*, “ser o no ser”, como lo hace Garrick?». JOHNSON: «El mismo Jemmy —un chiquillo de ocho años que estaba en la sala— podría hacerlo igual de bien en tan sólo una semana». BOSWELL: «No, no, señor, y en prueba del mérito que tiene una gran interpretación en escena, en prueba del valor que le atribuye la humanidad, Garrick se ha embolsado cien mil libras». JOHNSON: «¿Embolsarse cien mil libras es prueba de excelencia? Eso mismo ha hecho un comisario sinvergüenza».^[c68]

Fue un argumento rematadamente falaz. Por una sola vez tuve certeza de llevar las de ganar en una discusión. Con arrojo, defendí la diferencia entre un trágico y un mero chistoso teatral, entre quienes despiertan nuestro temor o nuestra compasión y quienes sólo nos hacen reír. «Si entrasen en esta sala —dije— Betterton y Foote, tanto respetaría usted al uno como al otro». JOHNSON: «Si Betterton hubiese de entrar con Foote, éste no tardaría en echarlo. Es Foote, el sempiterno Foote, quien posee un poder que excede a los demás».

El lunes 22 de septiembre, durante el desayuno cometí la imprudencia de decirle al doctor Johnson: «Ojalá le viese a usted con la señora Macaulay». Montó en cólera. Al cabo de un rato, con el semblante nublado, explotó: «Pues no, señor: no ha de vernos discutir, y menos por divertirse a nuestra costa. ¿No sabe que es sumamente incivil poner a la fuerza a una persona en contra de otra?». Conteniéndose de pronto, y deseoso de mostrarse más reposado, añadió: «No quiero decir que debiera usted ser ahorcado o ahogado por esto; sólo insisto en que es muy incivil». El doctor Taylor consideró que en esto se hallaba en un error, y le habló al respecto en privado, aunque yo reconocí con toda sinceridad que había querido expresar en efecto mi deseo de asistir a una polémica entre la señora Macaulay y él, aunque tenía absoluta certeza de cómo terminaría tal enfrentamiento, pues había de verle salir triunfal. JOHNSON: «No puede usted estar seguro de cómo terminará el enfrentamiento, amén de que nadie

tiene derecho a enzarzar a dos personas en una disputa en la que podrían inflamarse sus pasiones, hasta el extremo de despedirse al final con amargo resentimiento de una contra la otra. Preferiría tener por compañía a un hombre del cual he de cuidar mis bolsillos antes que a un hombre que se las apañe para enzarzarme con otro en una discusión a la que tiene apetencia de asistir. Ésa es la gran falta de — y nombró a uno de nuestros amigos —, ^[c69] que se desvive a menudo por introducir en la conversación un asunto sobre el cual sabe que discreparán dos de los presentes». BOSWELL: «Sin embargo, señor, me aseguró que lo hace para instrucción suya y de la concurrencia». JOHNSON: «Sea cual fuere el motivo, señor, quien hace tal cosa muy mal obra. No tiene derecho a instruirse a costa de tal riesgo, tal como tampoco lo tiene si pretende enfrentar a dos personas en duelo sólo por aprender a defenderse».

Le pareció grave defecto de un caballero que era conocido nuestro el que se sirviera mal la mesa en su casa. «Señor —dijo—, cuando a alguien se le invita a almorzar, se siente decepcionado si no se le sirve algo bueno. Aconsejé a la señora Thrale, que nunca organiza partidas de cartas en su casa, que ofrezca dulces y otras golosinas en el transcurso de una velada, cosa que no se suele hacer, ya que de ese modo congregaría a suficiente buena compañía a su alrededor, pues a todo el mundo le gusta disfrutar de lo que al paladar agrada, y más sin la molestia de tener que prepararlo».

De este modo caracterizó al Duque de Devonshire, abuelo del actual representante de tan respetable familia: «No era un hombre de facultades destacables, pero era un hombre estrictamente fiel a su palabra. ^[a nota 172, Vol. III] Por ejemplo, si prometía a alguien un brote de roble, y ese año no crecía ninguno en sus bosques, no se daba por contento con tal excusa: era capaz de mandar que lo trajeran de Dinamarca. Tan incondicional era en cumplir su palabra, tan sumamente puntilloso era en punto a su honor». Generoso testimonio del *tory* Johnson sobre la virtud de un noble que fue un gran *whig*.

Como se habló de la *Carta a los alguaciles de Bristol sobre la cuestión de América*, del señor Burke, Johnson censuró con vehemencia esta composición, y ridiculizó la definición de gobierno libre que contenía, a saber: «para cualquier propósito práctico, es lo que el pueblo piensa que ha de ser». ^[89] «En tales condiciones —afirmó—, dejaría yo que me gobernase el Rey de Francia, pues uno de ese modo es gobernado como le plazca». Y cuando el doctor Taylor habló de una muchacha que fue mandada a un taller de una parroquia y allí preguntara cuánto se le podía obligar a trabajar, «bien sencillo —apostilló el doctor Johnson—: todo lo que sea razonable. ¿Y cuanto es eso? Bien sencillo: tanto como ella estime razonable».

El doctor Johnson tuvo la amabilidad de ofrecerse a llevarme a Ilam, escenario muy romántico que ahora era propiedad de una familia apellidada Port, pero que antiguamente fue casa solariega de los Congreve. Supongo que está bien descrito en alguno de los *Viajes*. Johnson lo describió con precisión, nitidez y viveza, ante lo cual no pude menos que exponerle mi asombro, pues si bien mis ojos, como él señaló,

estaban mejor que los suyos, de ningún modo podía yo igualar su modo de representar los objetos visibles. Apunté que a ese respecto la diferencia entre ambos era como la que media entre un hombre que tiene un mal instrumento, pero lo sabe tañer bien, y el que tiene uno bueno, pero lo toca de manera muy imperfecta.

Recuerdo un anfiteatro espléndido, rodeado de lomas que cubría el arbolado y sendas trazadas con gran precisión por la falda rocosa de una ladera empinada, en la zona más próxima a la mansión, y oquedades bajo saledizos y cornisas de roca a la sombra de los árboles; en uno de esos entrantes, según se nos dijo, escribió Congreve su poema titulado «El soltero viejo». Asistimos en Ilam a una curiosidad de la Naturaleza francamente notable: dos ríos que brotaban el uno muy cerca del otro entre las rocas, no de manantiales contiguos, sino tras haber recorrido un largo trecho por el subsuelo. En su *Historia del condado de Stafford*,^[90] Plott refiere esta curiosidad, a la que Johnson no quiso dar crédito a pesar del testimonio que prestó el jardinero, quien dijo que había echado al agua varios corchos allí donde el río Manyfold^[c70] penetrada tierra y los había atrapado en una red que colocó en una de las aberturas por las que mana el agua con fuerza. Ciertamente, tales corrientes subterráneas se encuentran en diversas regiones del globo terrestre.^[91]

Hablando de lo reacio que era Johnson a creer en cosas extraordinarias, me aventuré a decirle: «Señor, se acerca usted al argumento que propone Hume contra los milagros, a saber, “que es más probable que mientan los testigos, o que estén equivocados, que de hecho sucedan”». JOHNSON: «Si se toma la proposición en toda su sencillez, Hume tiene razón. Ahora bien: la revelación cristiana no se demuestra sólo por medio de los milagros, sino también en relación con las profecías, y mediante las doctrinas en confirmación de las cuales se obraron los milagros».

Repitió la observación de que las diferencias entre los cristianos no tienen en realidad mayor trascendencia: «Por ejemplo —dijo—, si un protestante objeta a un papista por su adoración de las imágenes, el papista puede responder: “No insisto yo en que haga usted lo propio, que podría ser muy buen papista sin hacerlo; si lo hago es solamente porque me ayuda en mis devociones”». Dije que el gran artículo de la fe cristiana es la revelación de la inmortalidad. Johnson admitió que así era.

Por la tarde, un caballero con propiedades en los alrededores, que vino a visitar al doctor Taylor, trató de entablar una disputa con el doctor Johnson, para lo cual se puso de parte de Mungo Campbell, que había disparado contra Alexander, Conde de Eglintoune,^[c71] habiendo caído éste a tierra cuando el primero se retiraba de Su Señoría, del cual creyó que estaba a punto de sacar su pistola, tal como había amenazado con hacer. Afirmó que habría hecho él lo mismo que hizo Campbell. JOHNSON: «Quienquiera que hiciese lo que hizo Campbell, merecería la horca. No es que lo hubiera encontrado yo culpable de asesinato legalmente si hubiera sido miembro del jurado, pero me alegro de que dieran con la forma de condenarlo». El terrateniente dijo que «tanto honor como un rico tiene un pobre, y Campbell tuvo que defender el suyo». «Un pobre no tiene honor», exclamó Johnson. El pequeño

propietario no se dejó amilanar: «Lord Eglintoune cometió una maldita estupidez al abalanzarse contra Campbell, luego de que se le avisara de que éste dispararía si lo hacía». Johnson, que nunca soportó las palabras malsonantes, respondió enojado: «No fue una maldita estupidez: demasiado bien conocía a Campbell. Nunca pensó que pudiera ser tan maldito sinvergüenza para hacer tan maldita cosa». Su manera de cargar las tintas con cada maldito, acompañada por el ceño fruncido y el gesto hosco, bastó para reprobarnos la falta de decoro elemental que había mostrado su adversario en su presencia.

Hablando del peligro que uno corre de sufrir la mortificación que entraña el rechazo, cuando uno trata de entablar relación con los grandes, observé que «yo, en general, sin embargo soy partidario de intentarlo, pues “quien nada arriesga, nada gana”». JOHNSON: «Muy cierto, señor, aunque yo siempre he tenido más miedo de fracasar que esperanza de triunfar». Y es muy verdad, pues pese a haber tenido siempre justo respeto por la jerarquía, no hubo hombre que cortejara menos que él los favores de los grandes.

Durante este encuentro en Ashbourne, Johnson pareció más uniformemente sociable, más jovial y más atento que en ninguna otra ocasión que yo recordara. Estuvo presto tanto en las grandes ocasiones como en las de menos tono. Taylor, que elogiaba todo lo que le fuera propio hasta rozar el exceso, al punto de que, como dice el refrán, «todos sus gansos eran cisnes», se explayó sobre las virtudes de su bulldog, que, a su entender, «estaba perfectamente formado». Después de examinar al animal atentamente, Johnson puso de este modo freno a la vanagloria de nuestro anfitrión: «Pues no, señor; no está bien formado, ya que no hay en él una rápida transición del grosor y la fortaleza de la parte delantera a la tenuidad o delgadez de la parte posterior, como es de rigor en todo bulldog que se precie». Esta «tenuidad» fue la única palabra áspera que le oí a lo largo de nuestro encuentro, y se observará a buen seguro que de inmediato puso otro vocablo en su lugar. Taylor afirmó que tan bueno era el bulldog pequeño como el grande. JOHNSON: «De ninguna manera, señor, pues en proporción a su tamaño tiene la fuerza, y su argumento probaría que un buen bulldog puede tener el tamaño de un ratón». Fue asombroso verle entrar con perspicacia y agudeza a cuanto surgía en la conversación. La mayoría de los hombres que yo conozco no se dignarían discutir sobre un bulldog, tal como tampoco se les ocurriría embestir a un toro.

No puedo permitir que ningún fragmento que flote a la deriva en mi memoria con relación al gran sujeto de esta obra corra el riesgo de perderse. Aunque a algunos pueda parecerles fútil algún pequeño detalle, sin duda vendrán otros a saborearlo con deleite, y toda chispa añade algo al resplandor de la hoguera, de modo que para complacer a los admiradores verdaderos, sencillos y entusiastas del doctor Johnson, así como para aumentar aun en grado mínimo el esplendor de su buena fama, desafío las flechas del ridículo e incluso de la malicia. Lluvias de flechas se han arrojado contra mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, no obstante lo cual aún navega incólume

por las corrientes del tiempo, y, cual fiel servidor de Johnson, «el triunfo persigue, y capea la galerna».^[c72]

Una mañana, tras el desayuno, cuando lucía un sol espléndido, dimos juntos un paseo y estuvimos algún tiempo curioseando con plácida indolencia una cascada artificial que el doctor Taylor había hecho construir, con un contrafuerte de piedra en medio del río, al fondo del jardín de la propiedad. Hallábase algo embozado por el ramaje, la hojarasca y las piedras que arrastraba la corriente, muy cerca del cual quedaba. En parte por el deseo de verla funcionar con más desembarazo, en parte por la natural inclinación a la actividad que anima a veces al mortal más indolente y perezoso, Johnson cogió un palo largo que encontró tendido en la orilla y empujó varios de los objetos que cegaban el dique con penosa insistencia, mientras yo permanecía quieto, disfrutando en contemplar al sabio empeñarse en tan curiosa actividad, y sonriendo con una satisfacción que rebosaba humor cada vez que lograba su propósito. Faenó hasta quedarse sin resuello, y habiendo encontrado un gato muerto, tan pesado que no pudo moverlo luego de varias intentonas, me dijo: «Venga, ahora le toca a usted», y me arrojó el palo. Como no estaba fatigado, pronto hice caer al gato por la cascada. Habrá quien se ría por ser éste un detalle demasiado baladí, pero es un pequeño rasgo muy característico dentro del cuadro de estilo flamenco que procuro pintar de mi amigo, y en el que señalo hasta los detalles más nimios. Y recuérdese que «Esopo en el juego» es uno de los apólogos más instructivos de la Antigüedad.^[c73]

Hablé de un anciano caballero, conocido nuestro, al que empezaba a fallarle la memoria. JOHNSON: «Alguna enfermedad ha de haber en el entendimiento cuando falla la memoria a los setenta años. La cabeza del hombre tiene que sufrir alguna morbidez si tan pronto falla». Mi amigo, que ya tenía sesenta y ocho, podría haber razonado de este modo: imagino, sin embargo, que las tres veintenas y una decena que se atribuye en los Salmos a una vida sana en el ser humano, en su edad más avanzada, debe de entrañar algún defecto aun cuando no haya enfermedad en su constitución.

Hablando de los poemas de Rochester, dijo que se los había dado al señor Steevens para que los castrase^[92] antes de su inclusión en la edición de los poetas a la que iba a poner los correspondientes prefacios. El doctor Taylor (la única vez en que le oí decir algo ingenioso)^[93] observó que «si el propio Rochester hubiera sido castrado, no habría escrito sus excepcionales poemas». Pregunté si no era buena la *Vida de Rochester* que compuso Burnet. JOHNSON: «Ahí tenemos una buena muerte, pero no contiene mucha vida».^[c74] Pregunté si se iban a imprimir en su totalidad los poemas de Prior; Johnson repuso que sí. Mencioné la censura de lord Hailes a Prior en su prefacio a una colección de *Poemas sacros* hecha por varias manos, que dio a la imprenta en Edimburgo hace muchísimos años, en la cual señala que «esos escritos impuros han de ser oprobio eterno para su ingenioso autor». JOHNSON: «Señor, lord

Hailes ha sufrido un olvido. Nada hay en Prior que despierte a la lascivia. Si lord Hailes entiende que lo hay, es que ha de ser más inflamable que otros lectores». Puse por ejemplo el poema titulado «Paulo Purganti y su esposa». JOHNSON: «Ahí, señor, no hay más que una esposa deseosa de que su marido la bese, cuando estaba el pobre Paulo sin blanca. No, de ningún modo: el de Prior es un libro para señoras. No hay dama que se avergüence de tenerlo en su biblioteca».

Como se hablara del trastorno que afecta a los hipocondríacos, el doctor Johnson dijo que no le parecía tan común como se pensaba. «El doctor Taylor —dijo— está igual día a día. Burke y Reynolds, lo mismo. Beauclerk, salvo si tiene dolores, está igual. No es mi caso, pero no lo suelo comentar».

Me quejé de una desdichada e involuntaria propensión a cambiar con frecuencia, de modo que se me hacía imposible conservar siquiera durante algún tiempo los mismos puntos de vista sobre casi cualquier cosa. Para mí, era un gran consuelo experimentar en compañía del doctor Johnson un gran alivio de esa inquietud. Su intelecto firme y vigoroso sostenía inalterables ante mí aquellos objetos que mi débil y trémula imaginación me presentaba con frecuencia en un estado tan oscilante y variable que no lograba mi razón juzgarlos como debiera.

El doctor Johnson me aconsejó ese día tener a mi alcance tantos libros como pudiera, de modo que me fuera posible leer acerca de cualquier tema sobre el que deseara instruirme en el momento en que me apeteciera. «Lo que entonces lea —dijo— lo recordará, pero si no tiene el libro inmediatamente a mano, y el tema se enmohece en el entendimiento, es mero azar que alguna vez vuelva a sentir el deseo de estudiarlo». «Si un hombre —añadió— nunca tiene un ávido deseo de instruirse, debería imponerse una tarea. Pero es preferible que el hombre lea siguiendo su propia inclinación».

Repitió muchos versos de Horacio mientras viajábamos en el coche. Recuerdo en concreto la oda *Eheu fugaces*.^[c75]

Dijo que la disputa sobre la excelencia comparada de Homero y Virgilio era inexacta.^[94] «No se debe considerar si no fue Homero el poeta más grande aun cuando Virgilio tal vez haya escrito el mejor poema. Virgilio estaba en deuda con Homero por toda la invención de la estructura del poema épico y de muchas de sus bellezas».

Me dijo que Bacon era uno de sus autores predilectos, pero que no leyó nunca sus obras hasta que no comenzó a hacer acopio de citas para el *Diccionario*, en el cual me indicó que podía encontrarme a Bacon citado muy a menudo. El señor Seward recuerda haberle oído señalar que podría compilarse un diccionario de la lengua inglesa exclusivamente a partir de las obras de Bacon, y que en su día tuvo la intención de preparar una edición de Bacon, al menos de las obras que escribió en inglés, y de escribir la vida de tan gran hombre. De haber llevado a cabo sus intenciones, no cabe duda de que lo habría hecho de un modo magistral. La *Vida de Bacon*, de Mallet, tiene un mérito considerable por ser una aguda y elegante

disertación sobre el asunto de que trata, aunque el intelecto de Mallet no era tan exhaustivo que abarcara el inmenso espectro en que se movía el genio y la erudición de lord Verulam. El doctor Warburton observó sobre este punto, con justeza, que «Mallet, en su *Vida de Bacon*, había olvidado que era un filósofo, y que si escribiera la vida del Duque de Marlborough, que de hecho había emprendido, posiblemente olvidara que fue un general».

Deseoso de saber en qué medida era verdad una anécdota que un amigo de Johnson y amigo mío también me había relatado en su desdoro, se la expuse de manera franca, a saber, que un caballero que había tenido íntima amistad con él y le había dado grandes muestras de amabilidad e incluso le había librado de verse recluido en una mazmorra para morosos, habiendo caído después víctima de circunstancias adversas, un día en que Johnson almorzaba con él fue prendido por deudas y llevado a prisión, ante lo cual Johnson siguió sentado, impertérrito, comiendo y bebiendo, a lo cual la hermana del caballero, que estaba presente, no pudo contener su indignación: «¿Cómo, señor? —le espetó—. ¿Es usted tan insensible que ni siquiera se ofrece a ir a socorrer a mi hermano, a quien tan agradecido debiera estar?». Y, por lo visto, Johnson respondió así: «Señora, no tengo yo con él ninguna deuda de gratitud. Lo que hizo por mí lo habría hecho igual por un perro». [c76]

Johnson me aseguró que la historia era absolutamente falsa, si bien, como quien es consciente de estar en lo cierto, y deseoso de vindicar por completo su actuación y exonerarse de tales acusaciones, no lo fió con arrogancia a una mera negativa, ni a su carácter en general, sino que procedió a darme su versión de lo acaecido: «Tenía yo muy estrecha amistad con ese caballero, que una vez me libró de que me prendieran, pero jamás estuve yo presente cuando lo prendieron a él, ni supe jamás que lo habían prendido, y creo que no pasaba penurias cuando acudió en mi auxilio e impidió que me prendieran, para lo cual saldó mi deuda. Le tenía yo un gran afecto; sin embargo, hablando de su carácter en general es posible que yo dijera, aunque no recuerdo haberlo hecho, que su generosidad no se debía a ningún principio, que tan sólo era parte de su profusión en el gasto, que era tan manirroto que haría por un perro lo mismo que por un amigo, pero jamás apliqué yo tal comentario a ningún caso en concreto, y desde luego que no a la amabilidad que tuvo para conmigo. Si un hombre que despilfarra, que no otorga ningún valor a su dinero, entrega una suma cuantiosa a una meretriz, y da la mitad e incluso otro tanto a un amigo para aliviar una situación angustiosa, no puedo considerar tal gesto como muestra de virtud. Eso es cuanto pude yo decir del caballero en cuestión; además, si lo dije, tuvo que ser después de que muriese. Le aseguro, señor, que habría ido hasta el fin del mundo para prestarle auxilio. El comentario sobre el perro, si es que lo hice, fue una salida como la que se le puede escapar a cualquiera cuando pinta a un hombre en términos elogiosos».

El martes 23 de septiembre Johnson estuvo notoriamente cordial conmigo. Teniendo que regresar pronto a Escocia, había decidido emprender viaje al día

siguiente, y noté una dolorosa preocupación ante la idea de despedirme de él. Durante todos estos días me había comunicado con franqueza muchos particulares, que se insertan en esta obra allí donde les corresponde; en cierta ocasión, cuando por un casual le comenté que los gastos de mi viaje iban a ser muy superiores a lo que había calculado, me dijo: «Caramba, señor; si los gastos representaran un inconveniente, tendría usted razón de lamentarlo, pero habiendo dispuesto del dinero para gastarlo dudo mucho que le hubiera reportado tanto gusto si lo hubiera hecho de otro modo».

Durante este encuentro en Ashbourne, Johnson y yo a menudo hablamos con placer de meras nimiedades que nos habían acaecido en nuestro viaje a las Hébridas, pues habían dejado en el ánimo de ambos una impresión agradabilísima y duradera.

Me llamó la atención por el error en que incurría yo al utilizar la frase «*hacer dinero*»: «¿No se da cuenta de la impropiedad? —me amonestó—. *Hacer dinero es acuñarlo*; debería usted decir *amasar* o *juntar* dinero». La frase hecha que yo empleaba es, me parece, más que corriente, pero Johnson se mostraba en todo momento muy celoso ante cualquier infracción que se cometiera en contra de la genuina lengua inglesa, y saltaba al punto para reprimir todo barbarismo coloquial, como *pledging myself* [‘me comprometo’], por *undertaking* [‘emprendo’]; *line* [‘línea’], por *department* o *branch* [‘sección’, ‘rama’], como en *civil line*, *banking line*. Le indignaba en especial el empleo casi universal de la palabra *idea* en el sentido de ‘noción’, u ‘opinión’, cuando está claro que *idea* sólo puede hacer referencia a algo de lo cual cabe formarse una imagen en el entendimiento. Se puede tener una *idea* o *imagen* de un monte, de un árbol o de un edificio, pero no es posible formarse una *idea* o *imagen* de un *argumento* o *proposición*. A pesar de ello, oímos a los sabios expertos en leyes «expresar sus *ideas* sobre la cuestión que se ha sometido a su consideración», y los oradores del Parlamento «coinciden por entero con la *idea* que tan acertadamente ha enunciado tal o cual miembro de la cámara», o bien «reprueban una *idea* inconstitucional y preñada de consecuencias sumamente peligrosas para un país grande y libre». A esto llamaba Johnson «jerga moderna» e hipócrita.

Percibí que pronunciaba la palabra *heard* [‘oído’, participio del verbo oír] como si se escribiera con doble *e*, *heerd*, en vez de hacerlo como si se escribiera *herd* [‘rebaño de ganado’], como suele ser habitual. Adujo que su razón era sencilla, pues si se pronunciara como *herd* sería la única excepción en la pronunciación inglesa de la sílaba *ear* [‘oído’, ‘oreja’], y que le parecía preferible no dar carta de naturaleza a la excepción.

Alabó la «Oda a la soledad», de Granger, recogida en la antología de Dodsley, y recitó con gran vehemencia el exordio:

Oh, soledad, romántica doncella,
ya si entre las torres cernidas paseas,
ya merodees del desierto sin senda las tinieblas,
ya si acechas la tumba boquiabierta;
si por los riscos de los Andes trepas,

o habitas del Nilo en las fuentes recoletas,
o, al despertar de tu semestral sueño,
veas desde Hecla de lo hondo el deshielo,
o si en el purpúreo rubor del día
la vastedad marmórea de Tadmor vigilas...

y observó: «Señor, esto es sumamente noble».

Por la tarde, nuestro terrateniente y otros dos se entretuvieron en divertir a los presentes con una gran cantidad de melodías que ejecutaron al violín. Johnson quiso que tocaran «Encienda tu espíritu la ambición» y que la tocaran repetidas veces; parecía prestar una paciente atención a la pieza, por más que me reconoció que era sumamente insensible al poder de la música. Le dije que a mí me impresionaba en cambio a tal extremo que a menudo me excitaba los nervios dolorosamente, produciendo en mi espíritu sensaciones alternas de abatimiento patético, hasta verter lágrimas, y de valerosa resolución, que me impulsaba a irrumpir en el más recio fragor de la batalla. «Señor —dijo él—, jamás oiría yo música alguna si me indujera a ese estado de locura».

Gran parte del efecto que la música tiene, y estoy persuadido de ello, se debe a la asociación de ideas. Ese aire que de manera instantánea e irresistible suscita en los suizos, cuando se hallan en el extranjero, *la maladie du pays*, no tiene, según me dicen, ningún poder sonoro que le sea intrínseco. Por mi propia experiencia, bien sé que las tonadas escocesas de baile, aun cuando sean animadas, me ponen melancólico, porque solía yo oírlas en mis años mozos, en una época en la que Pitt pedía soldados «de las montañas del norte», y gran número de bravos habitantes de las Tierras Altas salían precisamente de sus tierras para nunca más volver. En cambio, las melodías de la *Opera del mendigo*, muchas de las cuales son más bien lánguidas, nunca dejan de alborozarme, porque las asocio con las alegres sensaciones y con la animación de mis días londinenses. Esta tarde, mientras algunas de las melodías de composición ordinaria eran ejecutadas no con demasiada habilidad, mi alma se sintió agitada, y tuve conciencia de un generoso apego por el doctor Johnson, como preceptor y amigo, mezclado con un cierto sentimiento de pesar atribuible a su vejez, y a la probabilidad de que fuese yo a perderlo en no mucho tiempo. Pensé que sería capaz de defenderlo a punta de espada si fuera preciso. Mi reverencia y mi afecto por su persona estaban en toda su plenitud. «Hemos de vernos todos los años —le dije—, si no se enoja usted conmigo». JOHNSON: «De ninguna manera; más probable me parece que se enoje usted conmigo, que yo con usted. Mi estima por usted es tan grande que casi no tengo palabras con las que expresarla, pero no me agrada estar repitiéndolo en todo momento. Anótelo en la primera hoja de su agenda de bolsillo, y no vuelva a ponerlo nunca en duda».

Le hablé de que la tristeza era «la condena del hombre» en esta vida, tal como se muestra en su *Vanidad de los deseos del hombre*.^[c77] Y observé sin embargo que las cosas se hacen desde la presunción de la felicidad; es así como se construyeron los

grandes edificios, se dispusieron los jardines más acogedores, se idearon espléndidos lugares para el esparcimiento público y la diversión, y se llenaron hasta los topes de circunstancias. JOHNSON: «Por desgracia, señor, todas éstas no son sino pugnas en pos de la felicidad. Cuando visité Ranelagh por primera vez, me produjo una expansión y una sensación de alegría como nunca he experimentado en ninguna otra parte. Ahora bien, así como lloró Jerjes a la vista de su inmenso ejército y reparó en que ni uno solo de tan nutrida multitud seguiría con vida al cabo de cien años, así dio mi corazón en considerar que ni uno solo de los integrantes de tan brillante círculo estaría a salvo del temor de volver a su casa y ponerse a pensar, pues los pensamientos de todos y cada uno de sus individuos serían desasosiego cuando estuvieran solos». Esta reflexión era empíricamente justa. La sensación de languidez^[95] que sucede a la animación briosa de la alegría es en sí misma un muy acuciante dolor, y cuando queda entonces vacío el ánimo son miles las decepciones y las vejaciones que entran en tromba y lo desgarran. ¿No son muchos los lectores incluso más dichosos que reconocerán la verdad de lo expuesto?

Le insinué que estar enamorado, y engatusado con la esperanza del éxito, o tener a la vista algún plan de especial predilección para el día siguiente, puede impedir que del ánimo se adueñe la desdicha de la que habíamos hablado. JOHNSON: «En efecto, a veces puede ser como supone usted, pero sospecho que mi conclusión es demasiado cierta en general».

Estando Johnson y yo tranquilamente de charla en el jardín del doctor Taylor, a hora relativamente tardía, en una serena noche de otoño, contemplando el cielo, conduje la conversación hacia el tema de la vida en el más allá. Se encontraba mi amigo en una disposición de ánimo plácida y benévola. «Señor —le dije—, no imagino que todas las cosas se nos aclaren inmediatamente después de la muerte, sino que los designios de la Providencia nos serán desvelados de manera muy gradual». Me aventuré a preguntarle si, aun cuando las palabras recogidas en algunos de los textos de las Escrituras parecían respaldar con fuerza la espantosa doctrina del castigo para toda la eternidad, no podíamos nosotros esperar que ese augurio fuera figurado, y que no se ejecutara de un modo literal. JOHNSON: «Señor, tiene usted que considerar la intención del castigo en el más allá. No tenemos ningún motivo para pensar que no estaremos entonces ya expuestos a cometer ofensas contra Dios. Ni siquiera sabemos si los ángeles gozan de tal situación con absoluta seguridad; al contrario, sabemos que algunos han caído. Puede por consiguiente que sea necesario, con el fin de preservar tanto a los hombres como a los ángeles en un estado de rectitud, que tengan perpetuamente ante sí el castigo de aquellos que se han desviado del camino recto, pero podemos a la vez tener la esperanza de que se pueda impedir por otros medios la caída que les aleje de ese estado de rectitud. Algunos textos de las Escrituras, como usted observa, son fuertes en verdad, pero pueden admitir una interpretación mitigada». Me habló de esta pavorosa y delicada cuestión con un tono suave, como si temiera ser tajante.

Después de la cena lo acompañé a sus aposentos, y a instancias mías me dictó un alegato a favor del negro que defendía entonces su derecho a la libertad ante el Supremo de Escocia. Siempre había sido él muy celoso en sus pronunciamientos contra la esclavitud en todas sus formas, asunto en el cual, con la debida deferencia, di en pensar que había descubierto «un celo no conforme a ciencia».^[c78] En cierta ocasión en que se encontraba en compañía de algunos graves varones de Oxford, el brindis que hizo fue el siguiente: «Por la próxima insurrección de los negros en las Antillas». Su violento prejuicio contra nuestros colonos en las Antillas y en América salía a relucir siempre que se daba la oportunidad. Hacia el final de su *Gravámenes, no tiranos*, dice así: «¿Cómo es que oímos los más clamorosos gañidos por la libertad entre los tratantes de negros?». Y en su conversación con Wilkes^[96] ya se había preguntado: «¿Dónde aprendieron inglés Beckford y Trecothick?». Es bien sabido que Trecothick sabía hablar y escribir en buen inglés. Yo mismo tuve la suerte de mantener correspondencia con él a propósito de los valientes corsos. Y que Beckford hablaba con espíritu de honesta resolución incluso a Su Majestad en calidad de «fiel lord alcalde de Londres» está conmemorado en el noble monumento que se erigió en su memoria en el Salón de los Gremios del Ayuntamiento.

El argumento que me dictó Johnson fue como sigue: «Preciso es convenir que en la mayoría de las épocas han sido numerosos los países que han tenido a parte de sus habitantes en un estado de esclavitud, si bien se puede poner en duda suponer que la esclavitud es condición natural del hombre. Es imposible no concebir que, en su estado original, los hombres eran todos iguales entre sí; es harto difícil imaginar cómo podría uno someterse a otro si no mediaba violenta compulsión. Un individuo, desde luego, puede perder su derecho a la libertad con la comisión de un crimen, pero por ese mismo crimen no puede darse el caso de que pierdan sus hijos su derecho a la libertad. Lo que es cierto en el caso del criminal parece serlo en el caso del cautivo. Un hombre puede aceptar que le perdone la vida el enemigo que lo conquista con la condición de someterse a servidumbre perpetua, pero es muy dudoso que pueda legar forzosamente esa servidumbre a sus descendientes, pues no hay hombre que pueda estipular que otro cumpla su castigo sin haber cometido su delito. La condición que él mismo acepta quizá la rechacen su hijo o su nieto. Si se ha de admitir, aunque tal vez con más razón se negara, que existen entre un hombre y otro ciertas relaciones que pueden hacer de la esclavitud algo justo y necesario, nunca se podrá probar en cambio que quien ahora litiga por su libertad hubiese contraído una de tales relaciones. Ciertamente, no le somete más ley que la violencia a quien dice ser su amo en la actualidad, el cual afirma que le debe obediencia por haberlo comprado a un mercader de esclavos, cuyo derecho a venderlo como tal nunca se ha examinado. Se dice que de acuerdo con la constitución de Jamaica fue legalmente esclavizado; dicha constitución es meramente positiva, y en apariencia es una injuria para los derechos de la humanidad, pues todo el que es expuesto a la venta es condenado a la esclavitud sin posibilidad de apelación por cualquier fraude o violencia por los cuales

originalmente haya terminado en poder del mercader. En esta época en que vivimos se han vendido incluso príncipes por engaño y mala fe de sinvergüenzas y desgraciados a cuyo cuidado fueron confiados con la finalidad de que gozaran de una buena educación en Europa; en cuanto llegaron a un mercado de las plantaciones, de poco les pudieron servir su dignidad o sus fechorías si las hubiere. Las leyes de Jamaica no permiten a un negro el derecho a resarcirse de una ofensa. El color de su piel se tiene por testimonio suficiente en su contra. Es muy de lamentar que el derecho moral haya de ceder ahora ante las conveniencias políticas. Pero así como las tentaciones del propio interés son a veces demasiado fuertes e irresistibles para la virtud del hombre, conservemos al menos la virtud allí donde no media tentación de abandonarla. En el caso que nos ocupa hay un derecho cierto por un lado y no hay conveniencia por el otro. Los habitantes de esta isla no amasarán riqueza ni poder quitando la libertad a ninguna parte de la especie humana. En suma, el argumento es éste: ningún hombre es ni puede ser por su propia naturaleza propiedad de otro. El imputado es, por tanto, libre. Habría que escamotearle de alguna manera los derechos de que goza por naturaleza antes de que con justicia se le pueda privar de ellos. Se exige demostración plena y concluyente de que el imputado haya, por cualquiera de sus actos, perdido los derechos que por naturaleza le asisten; si no se adujera prueba de tal pérdida, no dudamos que el tribunal de justicia lo declarará libre».

Quede constancia del justo argumento del doctor Johnson en este caso concreto, en el que es posible que tuviera razón. Ahora bien, pido permiso al lector para incluir mi protesta más solemne en contra de su doctrina general sobre el comercio de esclavos, y digo con toda resolución que su concepción desfavorable era fruto del prejuicio, y de una información imperfecta o falseada. El desatinado y peligroso empeño que durante algún tiempo se ha llevado a cabo con insistencia para obtener de nuestros estamentos legislativos una ley que promulgue la abolición de tan importantísima y muy necesaria rama de los intereses comerciales ha de ser de una vez por todas sofocado, y así habría sido, de no ser porque la insignificancia de los fanáticos que en vano han asumido tal empeño ha llevado a la inmensa mayoría de dueños de plantaciones, comerciantes y demás, cuyas propiedades vastísimas forman parte de tales actividades económicas, a la irracionalidad de suponer que no mediaba peligro alguno. Los ánimos que se han dado a ese empeño me suscitan pasmo e indignación; aunque ciertos hombres de contrastada capacidad le hayan prestado su apoyo, sea por afán de popularidad puramente provisional en el caso de que prospere, sea porque son de la piel del diablo, cosa probable si desespera, mi opinión sigue siendo inamovible. Abolir un *status* que en todas las épocas ha sancionado Dios y ha continuado el hombre no sólo sería un robo para una muy nutrida clase de nuestros compatriotas, sino también crueldad extrema con los salvajes africanos, a buena parte de los cuales salva de la masacre, o de ataduras y sometimiento intolerables en su propio país, introduciéndoles en una forma de vida mucho más feliz, sobre todo ahora, que su pasaje a las Antillas y el tratamiento que allí se les dispensa están

humanitariamente regulados por ley. Abolir ese comercio sería «cerrar las puertas de la misericordia a la humanidad».^[97]

Dejando a un lado lo que en otros lugares se haya aprobado a este respecto, la Cámara de los Lores demuestra su sabiduría e independencia:

*Intaminatis fulget honoribus;
Nec sumit aut ponit secures
Arbitrio popularis auræ.*^[c79]

He leído, he conversado y he cavilado mucho acerca de esta cuestión; recomendaría a todo el que sea susceptible de formarse sus propias convicciones la lectura de un excelente tratado, obra de mi muy culto e ingenioso amigo, el señor John Ranby, titulado *Dudas sobre la abolición del comercio de esclavos*. A esas «dudas» de Ranby aplicaré lo que dijo el lord canciller Hardwicke en alabanza de un libro sobre las leyes de Escocia, titulado *Dudas de Dirlétón*: «Sus dudas valen más que las certezas de muchos».^[c80]

Cuando le dije a Johnson que temía haberle hecho estar en vela hasta muy tarde, repuso: «De ninguna manera, señor. Con usted, igual me daría pasar toda la noche en vela». Para tener sesenta y nueve años, fue un vigoroso pronunciamiento.

De haber estado yo tan atento a no disgustarle como en efecto tendría que haber estado, no sé cómo hubiéramos llenado esas horas de vigilia, pues por desgracia me metí en la controversia relativa al derecho de Gran Bretaña a imponer gravámenes a las colonias americanas, y quise razonar a favor de nuestros compatriotas del otro lado del Atlántico. Insistí en que América podía ser bien gobernada, y que podía producir suficientes ingresos, por medio de una influencia tal como la que se veía en el caso de Irlanda, al tiempo que se podía complacer al pueblo dándole la impresión de participar en la constitución británica, mediante un cuerpo de representantes, sin cuyo consentimiento no podría imponérseles ningún gravamen ni carta dineraria de otra índole. Johnson no pudo soportar que de este modo me opusiera yo a su opinión declarada, que se había esforzado en defender con un acaloramiento extremo, y la violenta agitación en que le vi sumirse al responderme, o más bien reprenderme, me llegó a alarmar tanto que de todo corazón me arrepentí de haber iniciado la conversación sobre este particular. También yo me acaloré, y el cambio fue notable, pues pasamos de la serenidad de la discusión filosófica en que nos habíamos empleado con placer a un estado de encono.

Hablé de la corrupción del Parlamento británico, en lo cual alegué que cualquier asunto, por poco o nada razonable que fuera, e incluso si fuera injusto, podría salir adelante por una mayoría venal, y hablé con gran admiración del Senado romano, como si estuviera compuesto por hombres sinceramente deseosos de resolver lo que creyeran mejor para su patria. No reconocía Johnson tal carácter al Senado de Roma, y sostenía que en el Parlamento británico no había corrupción, y que no había ocasión para corromper a sus miembros, afirmando incluso que apenas había existido ninguna

cuestión de verdadera importancia, cualquiera que fuese, en la que ante el Parlamento no pudiera uno de sus miembros votar perfectamente por una opción o por otra. Dijo que en su tiempo no hubo una sola, con la excepción de la relativa a América.

Nos fatigó la discusión en que nos empleamos muy a fondo, que se produjo por mi falta de cautela, y no estaba él de humor para pasar a una charla llevadera y jovial. Por tanto, al cabo de una o dos horas estuvimos los dos dispuestos a despedirnos e irnos a descansar.

El miércoles 24 de septiembre fui a la habitación del doctor Johnson antes de que se levantara, y al ver que la tormenta de la noche anterior se había disipado del todo, me senté junto a su cama y se puso a charlar con la desenvoltura y el buen humor de siempre. Me recomendó que plantara una parte considerable de la gran hacienda que había comprado yo en los páramos, e hizo incluso variados cálculos sobre los gastos y los beneficios que pudiera rendir, pues le deleitaba ejercitar el intelecto en la ciencia de los números. Me hizo ver encarecidamente la importancia de plantar en un principio de la mejor manera, y citó el proverbio que dice «*In bello non licet bis errare*», al cual añadió: «Esto es igualmente válido en las plantaciones».^[c81]

Me referí con gratitud a la hospitalidad del doctor Taylor, y en prueba de que no sólo por su buena mesa lo visitaba Johnson con frecuencia, mencioné una pequeña anécdota que había escapado al recuerdo de mi amigo, y que al oír repetida le hizo sonreír. Una tarde en que estaba yo con él, Frank le dijo lo siguiente: «Señor, el doctor Taylor le envía saludos y le suplica que mañana almuerce con él. Tiene una liebre». «Devuélvale mis saludos y dígame que mañana comeré con él, sea liebre o conejo».

Tras el desayuno me despedí y reanudé mi viaje hacia el norte. Tomé la silla de posta en el Hombre Verde, una muy buena posada de Ashbourne, donde la posadera, una oronda y gentil señora, muy educada, me hizo una reverencia y me regaló un grabado en el que figuraba el rótulo de su establecimiento, al cual había añadido de su puño y letra una interpelación con tan singular sencillez de estilo que la he conservado y la he adherido en las guardas del diario que llevaba en esa época, y que aquí insertaré para divertimento de mis lectores:

M. Killingley debidamente atiende al señor Boswell, y se siente inmensamente agradecida con él por este favor; siempre que vuelva por estos pagos, espera que siga otorgándoselo. Si tuviera el señor Boswell la bondad de nombrar su establecimiento entre sus muchos conocidos, sería otro singular favor que confiriese a quien no tiene en su mano devolvérselo de otro modo que con su más sentido agradecimiento, y con sinceros deseos y plegarias por su felicidad en su tiempo, y en una dichosa eternidad.

Martes por la mañana.

De este encuentro en Ashbourne obtuve un considerable incremento de mi archivo johnsoniano. Puse en conocimiento de sir William Forbes mi diario original, no en vano siempre he puesto en él la confianza que con creces merece, y lo que a ese respecto me escribió me favorece tanto como biógrafo de Johnson que disculparán mis lectores que aquí lo inserte:

No he de contentarme —dice sir William— con leerlo una o dos veces, pues hallo en él un alto grado de instrucción, tanto como de entretenimiento, y extraigo más beneficio de las admirables discusiones del doctor Johnson del que podría obtener conversando con él en persona, pues creo que no hay en el mundo otro hombre al que descubra sus sentimientos con tanta franqueza como a usted.

No puedo omitir una curiosa circunstancia que se dio en la posada de Edensor, cerca de Chatsworth; era tal su magnificencia, que deseoso de contemplarla, di un rodeo considerable en mi camino a Escocia. La llevaba entonces un jovial posadero cuyo nombre creo recordar que era Malton. Por pura casualidad señaló que «el célebre doctor Johnson había estado en su posada». Le pregunté quién era el tal doctor Johnson, por ver qué concepto tenía de él. «Señor, el famoso doctor Johnson, el gran escritor. *Rareza* Johnson, que es como le llaman. Es el más grande escritor de Inglaterra; escribe para el gobierno, mantiene correspondencia con el extranjero; les hace saber lo que se cuece por aquí».

Mi amigo, que tenía confianza plena y a carta cabal en la autenticidad de mi relato, libre de todo embellecimiento como con demasiada condescendencia se llama a lo que se conoce como falsedad o ficción, rió de buena gana ante esta representación de su persona.

Boswell al Doctor Johnson

Edimburgo, 29 de septiembre de 1777

Mi querido señor,

por el primer correo le informo de mi llegada sin contratiempo a mi casa, donde he recibido el consuelo de encontrar a mi esposa e hijos todos con buena salud.

Cuando me paro a considerar nuestro reciente encuentro, me parece que ha respondido a las expectativas mejor que cualquier plan orientado a lograr la felicidad que haya puesto yo en práctica nunca. Mi diario está repleto de sabiduría e ingenio, y en mi memoria rebosan los recuerdos de aquellos sentimientos animados, afectuosos, que ahora, creo, me suponen mayor satisfacción que en el momento en que me fueron suscitados. Es algo que he experimentado en otras ocasiones. Me sentiría muy agradecido si me diera alguna explicación, pues parece una maravilla que sea el placer más vivido desde cierta distancia que estando cerca. Deseo que se encuentre usted de humor para prestarme este favor, pero me contento sin albergar grandes esperanzas, pues he observado que salvo en muy serias ocasiones las cartas que usted me escribe no son respuesta a las que le escribo yo.

[Le manifesté luego mi gran inquietud por haber dicho el nombre del caballero que me había contado la historia de la que tan mal parado y tan en desventaja salía él, la veracidad de la cual había refutado de plano, ya que el hecho de que yo lo hiciera podía interpretarse como indiscreción, o vulneración de lo dicho en confianza, y ofensa contra una persona cuyo trato tenía yo en alta estima, por lo cual le pedí muy seriamente que no se lo dijera a nadie, al menos hasta que yo estuviera en Londres y tuviera ocasión de hablarlo con dicho caballero].

A James Boswell

Londres, 25 de noviembre de 1777

Querido señor,

se preguntará, o tal vez se haya preguntado, por qué no ha recibido carta mía. La que usted me escribió a su regreso contenía un deje de cautelosa cobardía que no me agradó nada. Difícilmente podía yo hacer lo que usted me pedía; ninguna necesidad tenía yo de sacarle de quicio con una negativa. He visto al señor —, ^[c82] con el cual he arreglado el entuerto sin que, por lo que se me alcanza, a usted le suponga la menor inconveniencia. La

señora Thrale había olvidado el asunto. Puede usted quedar tranquilo.

Y es paz y tranquilidad lo que ciertamente le deseo, por la bondad que mostró al hacer tan largo viaje para estar conmigo. Fue una lástima el haberlo tenido tanto tiempo en doloroso suspense, pero ahora que reviso lo ocurrido dudo mucho que hubiera estado en mi mano el hacerlo mejor de lo que lo he hecho.

Espero que a su regreso encontrase bien a mi querida enemiga y a todos sus pequeñuelos, y que no tuviera motivo de arrepentirse de su viaje. Yo lo recuerdo con mucha gratitud.

No me encontraba nada bien cuando me dejé en casa del doctor, y desde entonces he empeorado; aún me quedé un tiempo, y en Lichfield estuve muy enfermo. Con el viaje, sin embargo, no fui a peor, y cuando llegué a Londres cumplí con la invitación para acudir a Brighthelmstone, donde estuve con Beauclerk y permanecí tres días.

Nuestro club ha reanudado las sesiones, pero no estuve presente. Langton tiene otra moza.^[98] La señora Thrale se halla en estado de buena esperanza, a ver si le nace un buen cervecerito. El año pasado amasaron con su comercio una suma cuantiosa, con la que sus gastos guardan la debida proporción.

La señora Williams está muy mal de salud. Yo he pasado algún tiempo con laboriosas dificultades respiratorias, pero ya me encuentro mejor gracias a las purgas, abstinencia y otros métodos. Sin embargo, todavía me encuentro muy atrasado en cuanto a salud y reposo.

Los sermones del doctor Blair son ya motivo de elogio universal, pero hágale saber que yo tuve el honor de ser quien primero los leyó y antes que nadie alabó su excelencia. No me quedé a sumar mi voz a la del público.

Mi querido amigo, permítame darle las gracias una vez más por su visita; me hizo usted un gran honor, y espero que no encontrase nada que le desagradara. Mucho tiempo me quedé en Ashbourne, no muy complacido, a pesar de lo cual me sentí molesto al marchar. Fui a Lichfield, donde encontré a mi amiga de Stowhill peligrosamente enferma.^[99] Así es la vida. Procuremos pasarla bien, sea como fuere, pues seguro que hay algo en el más allá.

Bueno: espero que todo vaya bien y que escriba en cuanto pueda, querido señor, a su afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

A Samuel Johnson

Edimburgo, 29 de noviembre de 1777

Mi querido señor,

el correo hoy por fin ha dado alivio a mi mucha intranquilidad al traerme carta suya. Me encontraba, en efecto, doblemente inquieto: por mí mismo y por usted. Muy ansioso estaba de protegerme de toda consecuencia nefasta que pudiera tener el haberle dicho el nombre del caballero que me contó una historia de la que salía usted mal parado; asimismo, como difícilmente lo suponía posible, me angustiaba que tanto tardara usted en tranquilizarme, a no ser que estuviera usted enfermo, de modo que sentí también aprensión por usted. No debe sentirse ofendido si me aventuro a decirle que, a mi juicio, ha sido usted demasiado riguroso en esta ocasión. La “cautelosa cobardía que nada le agradó” me fue sugerida por un amigo de aquí, al cual le comenté la extraña historia, y la detección de su falsedad, como muestras de cómo puede uno llamarse a engaño ante lo que es en apariencia una autoridad fidedigna. Pero como sigo estando persuadido de que, como podría haber averiguado la verdad sin haber dicho el nombre del caballero, fue por mi parte un error hacerlo, no puedo entender que haya obrado usted con justicia al echarme en cara la culpa por mi cautela. Claro que si hubiera sido usted siempre tan justo en su desaprobación, ¿no podría haberme tratado con mayor ternura?

Fui a Auchinleck a mediados de octubre y pasé algún tiempo con mi padre a plena satisfacción. (...)

Estoy comprometido en una acusación criminal contra un maestro de escuela de provincias por conducta indecente ante sus alumnas. No hay nada estatuido contra una conducta tan abominable, que es sin embargo punible según las leyes comunes. Le estaré muy agradecido por su ayuda en tan extraordinario juicio. Soy siempre, mi querido señor, su fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

En esta misma época escribí a Johnson dándole cumplida relación de la sentencia en el caso del negro, juzgado en el Supremo, que habrá de ser recordado con gran

respeto, y a mayor credibilidad de Escocia, entre quienes abominan de la esclavitud incluso en sus formas más blandas y mejor reguladas, de cuyas filas no dudo en proclamar que no formo yo parte, pues discurrió sobre un fundamento legal mucho más extenso que el caso de Somerset, que se juzgó en Inglaterra,^[100] siendo la verdadera cuestión de fondo el determinar si la perpetua obligación de servir a un amo ha de ser sancionada o no en las leyes de un país libre. Un negro que entonces atendía por el nombre de James Knight, nativo de Africa, fue transportado a Jamaica de acuerdo con el curso habitual del comercio de esclavos, y en dicha isla procedió a su compra un caballero escocés; el negro viajó a Escocia al servicio de su amo, y en Escocia le fue insinuado de manera oficiosa que podría tener pleno derecho a la libertad sin restricciones ni cortapisas. En consecuencia, hizo su demanda judicial, en la vista de la cual los abogados de ambas partes se desempeñaron con gran honor. El señor Maclaurin ha merecido los elogios de Johnson por su argumento^[101] a favor del negro, y el señor Macconochie se distinguió en esa misma parte por su ingenio y sus extraordinarias indagaciones. El señor Cullen, por parte del amo, descubrió buena información y esgrimió un sólido razonamiento, en lo cual contó con el apoyo de James Ferguson, notable por su viril entendimiento y por su conocimiento tanto de los libros como del mundo. Ahora bien, no podré elogiar en demasía el discurso que el señor Henry Dundas aportó con generosidad a la causa del extranjero tiznado de hollín. El fuerte acento escocés del señor Dundas, que tan a menudo y tan en vano se le ha echado en cara y que se ha puesto por objeción a su poderosa oratoria en el Parlamento, no fue desventaja estando en su propio país. Y afirmo que su intervención en esta cuestión memorable me impresionó, y creo que impresionó por igual a todo el público, imprimiendo en los presentes sentimientos como los que causaban algunos de los discursos más ilustres en la Antigüedad. Doy liberalmente este testimonio de la excelencia de un viejo amigo, con el cual me ha tocado disentir ampliamente en muchos temas de política, aunque estoy convencido de que fue sin malicia por ambas partes. Fue grande la mayoría de los jueces de la Audiencia que dictaminó a favor del negro. Cuatro de ellos, el lord presidente, lord Eliock, lord Monboddó y lord Covington, mantuvieron con toda resolución la legalidad de un *status* que ha tenido reconocimiento pleno en todas las épocas y en todos los países, incluso cuando floreció la libertad, como es el caso de la antigua Grecia y Roma.

A James Boswell

27 de diciembre de 1777

Querido señor,

ésta es la época del año en que todos expresan sus mejores deseos a sus amigos. Yo envío los míos a usted y a su familia. Así disfruten de larga vida, de felicidad y de bienestar. He estado muy desmejorado, pero tengo la esperanza de no haber empeorado mucho.

El delito del maestro de escuela al que tiene usted el compromiso de acusar es muy grande, y cabe suponer que sea muy corriente. En nuestra ley sería un quebranto de la paz y una fechoría menor, una suerte de delito indefinido, que no es capital, pero sí punible a discreción del tribunal que lo juzgue. No le faltarán argumentos;

todo lo que haya que decir se le ocurrirá con toda facilidad.

El señor Shaw, autor de la *Gramática del gaélico escocés*, me pide que transmita en su nombre una petición a lord Eglintoune, para que sea nombrado capellán de uno de sus regimientos de reciente creación.

Todos nuestros amigos están como estaban; poca cosa les ha sucedido tanto de bueno como de malo. La señora Thrale se clavó una gran horquilla en el ojo, pero gracias a una copiosa evacuación impidió que se le inflamara, y casi lo tiene sanado del todo. La señorita Reynolds ha estado desmejorada, pero ya se ha repuesto. La señora Williams se encuentra francamente mal de salud.

Si siguiera escribiéndole, tal vez sólo surgirían quejas diversas, por lo cual me contentaré con decirle que me gusta pensar en usted y tener noticias tuyas, y que soy, querido señor, su fiel amigo,

SAM. JOHNSON

1778: ÆTAT. 69.]

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo, 8 de enero de 1778.

Querido señor,

sus felicitaciones y buenos deseos para el año entrante vienen mezclados con quejas. Los míos también han de estarlo. Mi esposa ha pasado algún tiempo muy enferma, obligada a no salir de casa en tres meses debido a un grave resfriado, concurrente con síntomas alarmantes.

[Aquí le di relación detallada de la enfermedad que padecía la persona que a todos los efectos me era más querida, y me extendí en relatar el estado de desolación en que me había visto postrado tras tantas aprensiones, añadiendo que nunca había sentido tanta necesidad de su filosofía y su consuelo].

¿Ha visto alguna vez un libro escrito por un escocés llamado Wilson, bajo el nombre latino de «Volusenus», de acuerdo con la costumbre de los literatos de un determinado periodo? Se titula *De animi tranquillitate*. Ansiosamente deseo el sosiego. *Bona res quies*, aunque temo que nunca lo haya de alcanzar, pues si estoy desocupado me entristezco, y la ocupación me agita hasta ponerme febril. (...)

Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

24 de enero de 1778

Querido señor,

a una carta tan interesante como la suya última es propio devolver respuesta, por exigua que sea mi inclinación a escribir.

Su alarma ante la enfermedad de su señora era razonable, y no desproporcionada a la apariencia del trastorno. Espero que ya se haya verificado la conjetura de su amigo el médico, y que se haya disipado todo temor de que fuera consunción: un poco de cuidado y algo de ejercicio deberían servir para que se restablezca. Son buenos los aires de Londres para las damas; si usted la trae aquí, haré por ella lo que hizo ella por mí, retirarme de mis aposentos para dejarle a ella acomodo. Sea amable con ella, manténgala de buen ánimo.

Parece que siempre reclama usted ternura. Sepa pues que en el primer mes del año en curso le tengo en gran estima y le aprecio con toda mi cordialidad. Cuento con decirle esto mismo a comienzos de cada año durante todos los años que vivamos, luego, ¿por qué íbamos a molestarnos en decírnoslo o en oírnoslo decir más a menudo?

Diga a Verónica, Euphemia y Alexander que les deseo, igual que a sus padres, que vivan felices muchos años.

Por lo que a mí respecta, la causa del negro queda concluida y cerrada. Lord Auchinleck y mi apreciado lord Hailes estuvieron en el lado de la libertad. El nombre de lord Hailes me supone un reproche, pero si viera la extrema languidez con que descuido mis propios asuntos seguramente se apiadaría de mí, en vez de tenerme inquina por no atender como debiera los suyos.

Espero arreglar las cosas, *ut et mihi vivan et amicis.*^[c83] Soy, querido señor, afectuosamente,

SAM. JOHNSON

Mis recuerdos a Joseph, mi compañero de viaje.

Johnson mantuvo una dilatada e íntima amistad con el señor Welch, que sucedió al célebre Henry Fielding en uno de los cargos de juez de paz de Westminster, nombrados por Su Majestad; ocupó un cargo regular en la policía de ese gran distrito^[c84] y cumplió esa importante encomienda durante muchos años con toda confianza, fielmente y con capacidad. Johnson, que tuvo una seria e incesante curiosidad por conocer la vida de los seres humanos en toda su diversidad, me dijo que acompañó al señor Welch en su despacho durante todo un invierno, sólo por asistir a los interrogatorios a que eran sometidos los detenidos, pero que en tales sesiones halló un tenor casi uniforme de infortunios, desdichas, libertinaje y derroche. Como al señor Welch le flaqueara la salud, se le aconsejó que probase los efectos benéficos de un clima templado, y Johnson, mediante su buena relación con el señor Chamier, por entonces Subsecretario de Estado, le procuró permiso para que viajara a Italia, con la promesa de que su pensión o salario, que era de doscientas libras al año, no quedara en suspenso. Por consiguiente, marchó el señor Welch al extranjero acompañado por su hija Anne, una joven de talento y conocimientos literarios nada corrientes.

A Saunders Welch, en el Café Inglés de Roma

3 de febrero de 1778

Apreciado señor,

haber sufrido que uno de mis mejores y más queridos amigos pasara casi dos años en distintos países del extranjero sin una sola carta tiene una muy vergonzosa apariencia de desatención. La verdad es que no ha habido ningún momento en que tuviera nada en particular que decir, nuestra amistad, me parece, es demasiado sólida para echar en falta manifestaciones de buena voluntad.

De los asuntos públicos tiene usted cumplida información por los periódicos allí donde vaya, pues los ingleses no guardamos secretos; y de otros asuntos le informa la señora Nollekens. Mi inteligencia en este caso de nada le serviría, amén de que las cartas de la señorita Nancy harían innecesario que yo escribiera para darle información; asimismo, he pasado algún tiempo desanimado, sin humor para decidirme a escribirle, pese a tener conocimiento de que su mayor proximidad al sol no le ha valido para restablecer su salud tan pronto como yo esperaba. De su salud, últimamente las noticias son más gratas, y he tenido la satisfacción de imaginarme los muchos años que usted habrá ganado y cuyo disfrute mucho habrá de crecer teniendo acceso a las imágenes y observaciones que sus viajes y diversos lugares de residencia le habrán permitido acumular. Ha viajado usted gozando de una felicidad, sabiendo que su acompañante no se despedirá de usted cuando el viaje termine; al contrario, seguirán viviendo juntos, ayudándose el uno al otro a recordar, capaz uno de suplir las omisiones del otro. Pocos placeres hay tan grandes en el mundo como el que disfrutan juntos dos amigos cuando rastrean, en un tiempo remoto, aquellas transacciones y sucesos que han vivido juntos. Una de las mayores penurias del anciano es que no le resulta fácil encontrar a un compañero con el cual rememorar el pasado y, sobre todo, compartirlo. Usted y su acompañante en su viaje tienen ese gran consuelo por delante, esto es, que la conversación entre ambos no se agotará con facilidad, pues a uno siempre alegrará decir lo que siempre alegrará oír al otro.

Para que disfrute usted largo y tendido de tan gran placer, es preciso que dedique atención constante a su salud. Supongo que se propone regresar en el transcurso de este año. No tiene por qué apresurarse. No vuelva

usted antes de que estemos en pleno verano, de modo que pueda adaptarse gradualmente a las inconveniencias del clima de su tierra natal. Julio diríase que es el mes más apropiado. Agosto y septiembre lo prepararán de cara al invierno. Tras haber viajado tan lejos para recobrar su salud, debe poner sumo cuidado en no estropearla cuando regrese; espero que poniendo un poco de cuidado pueda en efecto preservarla.

La señorita Nancy ha llevado sin duda un diario constante que ya será copioso. Dígale que no cuente con ser bienvenida a su regreso si no trae una gran masa de información. Dígale que revise su diario con frecuencia, que descubra y consigne lo que pueda haber omitido, que fíe a la memoria el mínimo indispensable, pues pronto se confunde la memoria con la rápida sucesión de las cosas; asimismo, a cada día que pase tendrá menor confianza en la veracidad de sus narraciones si no puede recurrir a los recuerdos que haya puesto por escrito. Si se ha dado por contenta con meros apuntes, en vez de haber escrito representaciones completas, que supla las deficiencias ahora que aún las tiene frescas en la memoria, ahora que la memoria de su señor padre aún puede ayudarla. Si cumple esta indicación, no habrá viajado en vano, pues se traerá a casa un libro con el cual podrá entretenerse hasta el final de sus días. Si no fuera demasiado tarde, yo le aconsejaría que tomara buena nota de las impresiones que le produzca la primera visión de cuanto le resulte nuevo y maravilloso. Que ahora, sin dilación, ponga por escrito sus pensamientos tal como acierte a recordarlos, pues por tenues que sean, cada día que pase han de ser más tenues.

Tal vez no me halago de un modo del todo irracional cuando doy en imaginar que quizá desee usted saber algo de mí. No podría gratificar su benevolencia con una relación de mi salud. La mano del tiempo, o de la enfermedad, me sujeta con fuerza. Paso las noches inquietas, sin descansar apenas, acechado por convulsiones del pecho y flatulencias del estómago, y tanta inquietud en las noches da pesadez a mis días. Pero nada ha de arreglarse con mis quejas, por lo cual en este punto y hora les pongo fin. Cuando nos encontremos, veremos de olvidar nuestras cuitas y dolencias, y contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, al buen ánimo el uno del otro. De haber ido con usted, creo que me habría encontrado mejor de lo que estoy, pero no creo que eso hubiera estado en mi mano. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A la vez que contiene admirables consejos sobre el modo más provechoso de viajar, por lo cual será de muy generalizada utilidad, esta carta es otra prueba concluyente de la calidez en el trato y el afecto de Johnson.^[102]

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo,
26 de febrero de 1778

Mi querido señor,

no sabría yo decir por qué he pospuesto durante casi un mes esta contestación a su última y afectuosa carta, pues en estas tres últimas semanas mi ánimo ha sido mejor que en varios de los pasados años. Creo que me he escaqueado mientras no me ha sido posible enviarle una muestra de la opinión de lord Hailes sobre el caso del negro, que él desea que usted lea y que corrija cualesquiera errores que pueda encontrar en su empleo del lenguaje, pues, como dice él, «vivimos en una época crítica, aunque no culta, y por eso busco resguardo bajo el escudo de Ajax». Hace ya mucho que le comuniqué las disculpas de usted por haber retenido durante tanto tiempo los pliegos de sus *Anales*. Dice así: «Lamento que el doctor Johnson se encuentre postrado en un estado de languidez. Un cristiano sobrio, que no es entusiasta ni es fanático, ¿por qué razón iba a estar muy alegre o muy entristecido?». Envidio la recia constitución de Su Señoría, pero bien sé yo que la languidez y el abatimiento afligen a los mejores, por excelentes que sean sus principios. Obra en mi poder la opinión de lord Hailes escrita de su puño y letra, que de hecho poseo desde hace ya algún tiempo. La disculpa que puedo aducir en descargo de mi tardanza, así pues, debe de ser que deseaba conservar una copia, y tanto he aplazado el hacerla que mejor será que la lleve conmigo en vez de enviársela por correo, pues posiblemente conseguiré que la examine antes si se lo solicito en persona.

Mi esposa, que gracias a Dios se encuentra mucho mejor de salud, le agradece muchísimo su muy amable y cortés ofrecimiento de que ocupe su vivienda, aunque si viene conmigo a Londres será preferible encontrarle alojamiento en la más aireada vecindad de Hyde Park. Sin embargo, dudo mucho de poder convencerla para que

me acompañe a la metrópolis, siendo como es muy distinta de usted y de mí, sin gusto por viajar; está además tan ansiosa por sus hijos que cree que no será feliz cuando esté lejos de ellos. Por consiguiente, más bien desea retirarse a algún lugar de Escocia, al campo, donde pueda tenerlos consigo.

Me propongo estar en Londres en torno al 20 del mes entrante, ya que estimo meritorio comparecer ante la Cámara de los Lores en calidad de uno de los abogados de Douglas, en el grande y último asalto del combate entre Hamilton y él. (...)

Lamento que la pobre señora Williams se encuentre tan enferma: aunque tiene un temperamento desabrido, siempre me ha tratado con cortesía y agradecimiento. Le deseo muchos años de felicidad al buen señor Levett, quien supongo que sigue conservando su sitio junto a usted a la hora del desayuno.^[103]

Soy siempre, mi querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Al mismo

Edimburgo, 28 de febrero de 1778

Mi querido señor,

se encuentra usted en la actualidad ajetreado entre los poetas ingleses, preparando para la pública instrucción y entretenimiento de todos sus prefacios críticos y biográficos. Por tanto, no estará fuera de lugar que apele a su autoridad para zanjar una controversia surgida entre cierta dama y yo, en lo que hace referencia a un pasaje de Parnell. Ese poeta nos dice que el ermitaño abandonó su celda

... para conocer el mundo con sus propios ojos,
para hallar si tenían razón los libros o los mozos,
(si bien sólo por los mozos el mundo conocía,
cuyos pasos sobre la escarcha de la noche oía).

Sostengo yo que hay aquí una incoherencia, pues como el concepto del mundo que tenga el ermitaño se ha formado a partir de lo que los libros cuentan sobre los libros y los mozos festejantes, en puridad no cabe decir que conociera el mundo «sólo por los mozos». Tenga la bondad de juzgar y hacernos saber su razonamiento.^[104]

¿Qué dice ahora de *Gravámenes, no tiranos*, después de la declaración o confesión de lord North, o como quiera que haya de denominarse su discurso conciliatorio? Nunca he discrepado de usted, en materia de política, más que en dos cuestiones: las elecciones en el distrito de Middlesex y el gravamen de impuestos sobre los americanos por parte de las Cámaras de Representantes británicos. Tiene un cierto encanto la palabra *parlamento*, de modo que prefiero evitarla. Como soy un *tory* tan riguroso como acalorado, lamento que el Rey no considere que es para él beneficioso recibir provisiones constitucionales de sus súbditos americanos mediante los portavoces de sus propias asambleas, en las que está representada su Real Persona, en vez de recibirlas por medio de sus súbditos británicos. Estoy persuadido de que el poder de la Corona, que me gustaría ver incrementado, sería mucho mayor si estuviera en estrecho contacto con todos sus dominios que si «los rayos de la augusta magnanimidad».^[105] tuvieran que «resplandecer» sobre América tamizados por esa densa y alterada corporación que es un moderno Parlamento al estilo británico. Pero basta de este asunto, que su enojada voz al comentarlo en Ashbourne todavía resuena con espeluzno «a oídos de mi memoria».

Soy siempre, mi querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Al mismo

Edimburgo, 12 de marzo de 1778

Mi querido señor,

la alarma de su reciente enfermedad me trastornó sólo durante unas horas, pues en la misma noche del día en que me llegó la noticia la vi desmentida en el *London Chronicle*, de cuya autenticidad, en lo que a usted se refiere, me fío por completo,

siendo el señor Strahan su impresor. No llegué a ver el número en que se anunciaba «la inminente extinción de una brillante luminaria». Me habló de ello sir William Forbes, quien dice que me vio tan alterado que ni siquiera me comunicó la noticia cargando tanto las tintas como en el suelto en que la leyó. Posteriormente me hizo llegar una carta que le había escrito Langton y que me procuró un gran alivio. No estoy, pese a todo, tranquilo, ya que no he tenido noticias de usted, y ahora no tendré ese consuelo hasta que lo vea, pues mañana mismo emprendo viaje a Londres antes que llegue el correo. Cuento con verle el miércoles por la mañana. Soy, mi querido señor, su más agradecido, fiel, afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

El miércoles 18 de marzo llegué a Londres y me informó el buen Francis de que su señor se encontraba mejor, hasta el punto de haber ido a visitar al señor Thrale a su casa de Streatham, lugar al cual le escribí rogándole que me dijera cuándo tenía previsto estar de regreso en la ciudad. No se esperaba su vuelta durante algún tiempo, aunque al día siguiente, cuando fui a visitar al doctor Taylor a su casa de Dean's Yard, en Westminster, allí lo encontré, y supe que había venido a la ciudad a pasar tan sólo unas cuantas horas. Me recibió con su amabilidad de costumbre, aunque al instante reanudó la escritura de algo que le tenía ocupado a mi llegada, y en lo que parecía muy absorto. Viéndolo tan ajetreado, abrevié mi visita sin disfrutar de su conversación, con la salvedad de que manifestó su serio pesar ante el hecho de que un amigo nuestro viviera con gastos desmesurados, habida cuenta de la penosa impresión que causaba. «Si un hombre —aseveró— obtiene esplendor de sus gastos, si gasta con orgullo o con placer, tiene valor; ahora bien, si deja que otros gasten por él su dinero, como suele por lo común ser el caso, ninguna ventaja obtiene de sus dispendios».

El viernes 20 de marzo lo encontré en su propia casa, sentado en compañía de la señora Williams, y se me informó de que el cuarto que antiguamente me estaba adjudicado se había destinado a una nueva obra de caridad: la señora Desmoulins, [106] y creo que su hija, y una tal señorita Carmichael, estaban en él alojadas. Era tal su humanidad, su generosidad tan grande, que la propia señora Desmoulins me dijo que le daba media guinea a la semana. Téngase en cuenta que esa cantidad era superior a la duodécima parte de su pensión.

Su liberalidad fue muy notable, en efecto, en todas las épocas de su vida. El señor Howard, de Lichfield, en casa de cuyo padre Johnson fue recibido con afecto en sus años mozos, me dijo que, cuando era un muchacho en la Cartuja, su padre le escribió para que fuera a visitar al señor Samuel Johnson, cosa que hizo en efecto, y lo encontró en una de las habitaciones de la primera planta con muy mal aspecto. Johnson lo recibió con inmensa cortesía y habló con él largo y tendido, como se habla a un niño, sobre el curso que debiera tomar su educación y otros particulares. Cuando

mucho más adelante supo del exigente carácter de este gran hombre, recordó maravillado la atención con que condescendió a tratarlo. Añadió que, cuando ya se iba, Johnson le regaló media guinea, y esto sucedió en una época en que, al decir del señor Howard, Johnson probablemente no tenía otra.

Nos retiramos a otra estancia para dejar descansar a la señora Williams. Poco después se sumó a nosotros Tom Davies.^[a nota c186, Vol. III] Había tenido el infortunio de que fracasaran sus expectativas comerciales, y estaba en deuda con la amabilidad del doctor Johnson, ya que de él obtuvo mucho alivio a sus inquietudes. Después que se fuera, Johnson culpó de su desdicha a su imprudencia al dejar la escena, pues entre su esposa y él ganaban quinientas libras al año actuando en el teatro. Dije que me parecía que fue debido al ataque que contra él lanzó Churchill: «Masculla las frases como muerde un perro el hueso».

JOHNSON: «Yo también lo creo, señor. Pero ¿qué hombre se habría dejado expulsar de las tablas por un simple verso? Otro verso podría haberlo echado fuera de su tienda».

Le dije que tenía el compromiso de actuar como abogado ante el foro de la Cámara de los Lores para oponerme a un decreto sobre las calzadas en el condado de Stirling, y le pregunté qué talante me aconsejaba adoptar al dirigirme a tal audiencia. JOHNSON: «Debe usted proveerse, señor, de una gran cantidad de material superfluo, que deberá sacar a relucir ocasionalmente para ocupar el tiempo, pues debe tener en cuenta que no le han de prestar gran atención. Si comienza por los puntos más fuertes de su defensa, corre el riesgo de perderla antes que le comiencen a escuchar. Cuando logre captar la atención de los presentes, así sea un instante, imprima en sus oyentes los méritos de la causa que defiende». En punto a estos méritos en particular, señaló que «sería erróneo privar a los pequeños terratenientes del privilegio de asesorarse de cara a la construcción y reparación de las calzadas, pues equivaldría a destruir cierta porción de libertad sin razón que lo avalase, lo cual siempre es mala cosa». Al día siguiente, cuando comenté esta observación al señor Wilkes, me contestó complacido: «¿Cómo? ¿Y él habla de libertad? La libertad es en sus labios tan ridícula como la religión en los míos». El consejo que me dio Wilkes sobre el modo adecuado de tomar la palabra ante la Cámara de los Lores no fue más respetuoso con el Senado que el que me diera el doctor Johnson. «Sea tan impúdico y desvergonzado como pueda, tan feliz y despreocupado como pueda, y diga lo que mejor le parezca. Jack Lee es quien más y mejor se hace oír en cualquier consejo, y es el perro más impúdico, el que más a su antojo nos insulta».

En mi entrevista de esa noche con el doctor Johnson me sentí a mis anchas y me limité a ser su acompañante, a tenor de lo cual hallo en mi diario la siguiente reflexión: «Tan presto tiene el intelecto a proponer materias para el desacuerdo que sentí cierto arrepentimiento por mostrarme tan contentadizo. Eché de menos la temerosa reverencia con que acostumbraba yo a contemplar al señor Samuel Johnson en toda la compleja magnitud de su carácter literario, moral y religioso. Profeso un

magnífico y supersticioso amor por el misterio, cuando, tal vez, la verdad es que se debe a la nublada penumbra de mi entendimiento. Me alegraría haber avanzado más en mi propia mejora, de modo que pudiera contemplar al doctor Johnson con ojos más firmes y mirada más clara. Esta noche, mi insatisfacción ha sido estupidez. ¿No sería acaso estúpido lamentar que disminuya el misterio que nos inspira el más allá? ¿Que ahora veamos las cosas “como en un espejo oscuro” y que entonces las lleguemos a ver “cara a cara”?». ^[c85] Esta reflexión, que así comunico con total libertad, será valorada por aquellos de mis lectores que más dados sean a pensar, y que posiblemente hayan experimentado ese mismo estado de ánimo.

Al día siguiente volvió a Streatham, a casa del señor Thrale, donde, tal como Strahan se me quejó una vez, «en gran medida se abstraía del trato en sociedad con sus viejos amigos». Hube de permanecer yo en Londres atado por mis ocupaciones profesionales, y le escribí el 27 para decirle que «verme separado de él durante toda una semana, cuando tan cerca estábamos, se me antojaba lo mismo que pasar un año entero estando a cuatrocientas millas de distancia». Fui a Streatham el lunes 30 de marzo. Antes que hiciera acto de presencia, la señora Thrale me endilgó un comentario muy característico: «No sé yo qué complacerá al doctor Johnson, pero sé con total certeza que le desagradará elogiar cualquier cosa, aun cuando en el fondo le agrade, de un modo extravagante».

Durante el almuerzo se mofó de las quejumbrosas declamaciones que, so pretexto del lujo, se hacían para despotricar de la época en que vivíamos: el crecimiento de Londres, la escasez de provisiones y otros asuntos por el estilo. «Seguirán construyéndose casas —dijo— mientras no bajen los alquileres, y el maíz abunda ahora más que nunca».

Antes de almorzar había repetido yo una ridícula anécdota que me contara un anciano, que había compartido conmigo asiento en la silla de posta. La señora Thrale aprovechó una ocasión para aludir a la anécdota que, hablando conmigo, llamó «la historia que le contó la anciana». «Señora —le dije—, permítame corregirle en un detalle: no fue una anciana, sino un anciano, quien dije yo que me la había contado». Presumí de aprovechar la ocasión, en presencia de Johnson, para mostrar a la muy vivaracha dama cuán notable era su propensión, ya fuera sin quererlo, a desviarse de la autenticidad exacta en cualquier relato.

El Thomas à Kempis, dijo Johnson, a la fuerza tiene que ser un buen libro, no en vano el mundo entero lo ha recibido con los brazos abiertos. Se dice que se ha impreso en una u otra lengua tantas veces como meses han transcurrido desde que se publicó por vez primera. ^[107] Siempre me ha impresionado esta frase que contiene: «No te enojas si no puedes hacer a los demás como quieres que sean, ya que tampoco tú puedes ser como quisieras».

Dijo que «me indigné con Hurd por lo de Cowley, por haber publicado una selección de sus obras, aunque, considerándolo mejor, creo que no es impropio que un hombre publique cuanto quiera de un autor, siempre y cuando no impida publicar

a los demás. Por ejemplo, se podrían imprimir las *Odas* de Horacio por sí solas». Él parecía estar de un humor más indulgente que cuando discutió esta cuestión con el señor Murphy.^[108]

Estábamos tomando té y café cuando llegó lord Trimlestown, en cuya familia había un antiguo noble irlandés, si bien había sufrido por tomar partido por el bando generoso en las complicaciones y tumultos del siglo anterior. Era un hombre de grata conversación al que acompañaba un joven caballero, su hijo.

Comenté que tenía en mi poder la *Vida* de sir Robert Sibbald, célebre anticuario escocés y fundador del Real Colegio de Médicos de Edimburgo, en el manuscrito original, de su puño y letra, y que era a mi entender la descripción más natural y sincera que de sí mismo haya escrito nunca un hombre. Por poner un ejemplo, refiere que el Duque de Perth, a la sazón Canciller de Escocia, le apremió con insistencia para que hiciera profesión de la fe católica; que él resistió a todos los argumentos de Su Excelencia durante un tiempo muy considerable, hasta que un día se sintió, por así decir, instantáneamente convencido, y que con los ojos anegados en lágrimas corrió a los brazos del Duque y profesó la religión antigua; que siguió firme en su nuevo credo por un tiempo, y acompañó a Su Excelencia a Londres un invierno y vivió bajo su propio techo; que allí descubrió que los rigores del ayuno prescrito por la Iglesia católica eran demasiado severos para él; que esto le dispuso a reconsiderar la controversia, y que luego de ver que se había equivocado volvió al seno del protestantismo. Hablé de la posibilidad de publicar más adelante esta curiosa vida. SEÑORA THRALE: «Creo que más le valdría renunciar a tal publicación. Poner al descubierto tales debilidades expone a un hombre cuando ya no se puede defender». JOHNSON: «No, señora: es un retrato honesto de la naturaleza humana. Cuán a menudo son los motivos primarios de nuestras más grandes acciones tan nimios como los de la reconversión de Sibbald». SEÑORA THRALE: «Pero ¿no podrían por eso mismo olvidarse?». JOHNSON: «No, señora; al hombre le agrada repasar su propio espíritu. Para eso sirve un diario, o unas memorias». LORD TRIMLESTOWN: «Muy cierto. Tal como a las damas les gusta mirarse en el espejo, al hombre le gusta verse reflejado en su diario». BOSWELL: «Muy bella comparación». JOHNSON: «Desde luego». BOSWELL: «Y tal como una dama se ajusta el vestido frente al espejo, el hombre ajusta su carácter mirándose en su diario». Al año siguiente encontré ese mismo pensamiento en el «Sermón para el funeral de lady Cutts», de Atterbury, en el que tras hacer mención de su *Diario* dice así: «En ese espejo vestía a diario su espíritu». Es buena prueba de una coincidencia, que no de un plagio, pues antes nunca había leído yo ese sermón.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Johnson me recomendó con gran seriedad algo que él mismo practicaba con el mayor de los escrúpulos: me refiero al estricto atenerse a la verdad, incluso en los particulares más insignificantes. «Acostumbre a sus hijos —me dijo— a que lo hagan constantemente; si algo

sucediera en una ventana, y ellos, al relatarlo, dijeran que sucedió en otra, no se lo deje pasar; reconvéngalos de inmediato; nadie sabe dónde puede terminar el desvío que de la verdad nos aleja». BOSWELL :«Puede llegar a la puerta, y cuando un relato difiere de la verdad en una sola circunstancia, puede poco a poco llegar a diferir tanto que en nada se parezca a lo que en realidad sucedió». Nuestra animada anfitriona, cuya fantasía se impacientaba al notar cualquier rienda que le condujese, cualquier traba o cortapisa que le sujetase, titubeó ante esto, y se aventuró a decir: «Qué va; es demasiado. Si el señor Johnson me prohibiera tomar té, me plegaría a su imposición, ya que sólo acusaría la prohibición dos veces al día; en cambio, las pequeñas variaciones que se producen al contar una historia sin duda se dan miles de veces al día, a menos que una esté en perpetua vigilancia». JOHNSON: «Bien, señora: es que preciso es mantenerse en perpetua vigilancia. Más por puro descuido que por intención de mentir corren tantas falsedades por el mundo».

En su reseña del *Ensayo sobre los escritos y el genio de Pope*, del doctor Warton, Johnson ha vertido la siguiente y muy salutífera advertencia a este respecto: «Nada, salvo la propia experiencia, puede poner en evidencia la asiduidad con que se difunde la falsa información, ni permitir a ningún hombre que conciba que es posible propagar tal cantidad de informes sin fundamento, como los que un hombre ilustre puede llegar a oír de sí mismo. Algunos hombres refieren lo que piensan como si fuera lo que saben; otros, de confusa memoria y habitual inexactitud, atribuyen a un hombre lo que pertenece a otro, y aún hay más que siguen hablando sin pararse a pensar, sin poner ningún cuidado. Unos pocos bastan para abrir la espita de las falsedades, que a renglón seguido se difunden con toda inocencia por medio de sucesivos relatores».^[109] De haber vivido Johnson lo suficiente para leer lo que sir John Hawkins y la señora Piozzi han referido acerca de él mismo, es de ver en qué medida hubiera visto en sus propias carnes perfecta ilustración de esta observación suya. Tanto le impresionaba en efecto que prevaleciese la falsedad, involuntaria o intencionada, que nunca he tratado yo a nadie que al tener conocimiento de una circunstancia extraordinaria descubriese más *incredulus odi* que él.^[c86] Con una mirada tajante y en tono inapelable decía simplemente: «No es así. No lo vuelva a contar».^[110] Inculcó en todas sus amistades la crucial importancia de la perpetua vigilancia ante el más mínimo atisbo de falsedad, efecto de lo cual, como me ha señalado sir Joshua Reynolds, es que cuantos formaron parte de su escuela se distinguan por su amor a la verdad y a la exactitud, que no habrían llegado a poseer en esa misma medida de no haber tenido trato con el magisterio de Johnson.

Hablando de espectros dijo así: «Es pasmoso que hayan transcurrido cinco mil años desde la creación del mundo y aún estemos indecisos sobre si ha habido o no un solo caso en que el espíritu de alguien se haya aparecido después de su muerte. Todos los argumentos están en contra de que así sea, pero todas las creencias están a favor».

Dijo: «La conversación de John Wesley no está mal, aunque nunca se le ve a sus anchas. Siempre tiene obligación de marcharse a una hora determinada. Es algo muy

desagradable en un hombre al que le agrada cruzar las piernas y charlar a gusto, como es mi caso».

El viernes 3 de abril almorcé con él en Londres en compañía de varios ilustres caballeros cuyos nombres no citaré, aunque distinguiré sus intervenciones en la conversación usando distintas letras.^[c87]

F.: «He ido a mirar el famoso perro de mármol, una antigüedad que es propiedad del señor Jennings y está valorado en mil guineas. Se dice que es el perro de Alcibiades». JOHNSON: «Entonces, tiene que tener el rabo cortado. Ésa era la marca distintiva del perro de Alcibiades». E.: «¡Mil guineas! Ninguna representación de ningún animal puede valer semejante fortuna. A este paso, un perro muerto será muchísimo más valioso que un león vivo». JOHNSON: «Señor, no es el objeto lo que alcanza ese valor. Lo que tanto se estima es la habilidad invertida en darle forma. Todo lo que ensancha la esfera de las capacidades del hombre, todo lo que demuestre que el hombre puede hacer lo que pensó que no estaba a su alcance, tiene grandísimo valor. El primer hombre que puso en equilibrio una brizna de paja sobre la nariz, aquel tal Johnson que cabalgaba tres caballos al tiempo... En fin, tienen gran valor todos los hombres que han merecido el aplauso de la humanidad, y no por la utilidad de lo que logran, sino por la destreza de que hicieron gala». BOSWELL: «Sin embargo, no se debe fomentar una aplicación errónea del tiempo y del tesón. Addison, en uno de sus ensayos del *Spectator*, alaba el buen juicio de un rey que, para recompensar de manera apropiada a un hombre que con mucha perseverancia llegó a dominar el arte de lanzar un grano de cebada y colarlo por el ojo de una aguja, le hizo entrega precisamente de una fanega de cebada». JOHNSON: «Debía de ser Rey de Escocia, donde tanto escasea la cebada». F.: «Una de las figuras más notables que se esculpieron en la Antigüedad es el jabalí de Florencia». JOHNSON: «El primer jabalí que se esculpa en mármol debiera preservarse como la maravilla que es. Cuando los hombres alcancen la facilidad de reproducir bien a los jabalíes, la artesanía dejará de tener valor, aunque hay que preservar a los jabalíes esculpidos por ser gran ejemplo y gran seguridad para la restauración de ese arte, en caso de que su conocimiento se perdiera».

E.: «Se oyen en la actualidad prodigiosas quejas de la emigración. Estoy convencido de que la emigración hace que un país sea más populoso». JOHNSON: «Eso más bien suena a paradoja». E.: «La exportación de hombres, como la exportación de cualquier otra mercancía, hace que aumente su producción». J.: «Pero es evidente que habría más gente si no fuese por la emigración, siempre y cuando hubiese alimentos para todos». E.: «No, déjense tan sólo unos cuantos sementales y la población crecerá más que si no hubiese emigración». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor: es evidente que la población crecerá más cuantos más sementales haya, como dice usted. Treinta vacas con buenos pastos tendrán más terneros que sólo diez vacas, siempre y cuando los toros estén a la altura». E.: «Hay toros de sobra en Irlanda». JOHNSON: (sonriendo):

«Eso, señor, diría yo a tenor de su argumento». BOSWELL: «Ha dicho usted que la exportación de hombres, como la exportación de cualquier otra mercancía, hace que aumente su producción. Ahora bien, se ofrece una recompensa que fomente las exportaciones de maíz, y no se da compensación alguna por la exportación de hombres, aunque es evidente que quienes se marchan salen ganando». R.: «Pero la recompensa por exportar maíz se paga en el país de origen». E.: «Eso viene a ser lo mismo». JOHNSON: «No, señor». R.: «Quien se queda en su casa nada gana si el vecino emigra». BOSWELL: «Puedo entender que la emigración pueda ser la causa de que aumente la población de un país, pero ese país no por ello será más populoso, ya que la gente se marcha de continuo. Sólo puede decirse que hay un flujo constante de personas. Así se fomenta que la gente tenga hijos, al saber que podrán ganarse la vida en la emigración». R.: «Sí, siempre y cuando hubiera emigración entre los niños menores de seis años. Pero nadie emigra hasta que no aprende a ganarse la vida de un modo u otro en su propio país». C.: «Es llamativo que sean los países menos saludables, los países en los que abundan las enfermedades más peligrosas, como Egipto o Bengala, precisamente los más populosos». JOHNSON: «Los países más populosos son los que sufren las plagas más devastadoras. Ése es el verdadero estado de la proposición». C.: «Holanda es un país malsano, a pesar de lo cual es sumamente populoso». JOHNSON: «Desconozco yo que Holanda sea un país malsano. Que sea populoso se debe a la afluencia de gente que recibe de todos los demás países. La enfermedad no puede ser la causa de que sea populoso, pues no sólo se lleva a una gran proporción de la población, sino que los restantes también quedan debilitados, no aptos para los propósitos del incremento».

R.: «Señor E., no es mi intención adularle, pero cuando se lea en la posteridad alguno de sus discursos parlamentarios difícil será creer que se tomara usted tantas molestias sabiendo con toda certeza que no habían de surtir el efecto apetecido, es decir, que no había de ganar ni un solo voto con tamaño esfuerzo». E.: «Haré caso omiso del cumplido que me hace, y diré que en general bien vale la pena que un hombre se esfuerce por hablar bien en el Parlamento. El hombre, que tiene su vanidad, habla para hacer gala de su talento; si un hombre habla bien, gradualmente establece una sólida reputación y adquiere cierta importancia en la opinión pública, que tarde o temprano le deparará una recompensa política. Además, si bien no se gana ni un solo voto, un buen discurso sí tiene sus efectos. Aunque una proposición a la que uno se haya opuesto de un modo capaz sea aprobada y se convierta en ley, en ese mismo proceso se modera, se suaviza de tal modo que bien se ve que el Primer Ministro toma buena nota de que los parlamentarios que le son fieles también son sensibles a su injusticia, o a su absurdo, gracias a lo que hayan oído en la cámara, por lo cual es preciso alterarla en cierta medida». JOHNSON: «Y también hay que tener presente la gratificación del orgullo. Aunque no se les pueda ganar en una votación, se les puede ganar con la fuerza del argumento. No podrán ellos obrar mal sin que se

muestre el perjuicio tanto ante ellos como ante el mundo». E.: «La Cámara de los Comunes es una corporación mixta. (Hago excepción de la minoría, que tengo por pura —apostilló con una sonrisa—, pero me refiero a la totalidad de la cámara). Es una masa en modo alguno pura, pero tampoco es totalmente corrupta, aun cuando haya en ella una gran proporción de corruptelas. Son muchos los miembros que en general se ponen de parte del Primer Ministro, el cual no hará precisamente todo lo que sea menester. Hay muchos honestos y bienintencionados caballeros de campo, y de provincias, que en el Parlamento sólo miran por el bienestar de sus familias. En la mayoría de ellos, un buen discurso tiene cierta repercusión». JOHNSON: «Nos gobiernan en mayor o menor medida los intereses. Pero el interés no nos llevará a hacer lo que sea. En un caso que admita dudas, tratamos de pensar en la solución más acorde con nuestros intereses, y por lo común damos en actuar en consonancia. Sin embargo, el asunto en cuestión ha de admitir cierta variedad de matices, y ha de recibir distinta coloración en cada bando. En la Cámara de los Comunes hay miembros suficientes que no darán mediante voto su aprobación a lo que sea injusto o absurdo. No, señor; ha de haber siempre bien suficiente, o apariencia de bien, para poner freno al mal». BOSWELL: «No cabe duda de que en el Parlamento hay siempre una mayoría que posee escaños, o que aspira a poseerlos, y que por tanto será en general partidaria de apoyar al gobierno sin exigir más pretextos». E.: «Cierto, esa mayoría siempre seguirá *Quo clamor vocat et turba faventium*».^[c88]

BOSWELL: «Bien, atendamos a esa expresión acuñada, los *buscaescaños*. Yo creí que los buscaban sin ningún respeto por nada, como si el cazador, o Primer Ministro, azudara a su jauría buscando sólo la presa».^[111] J.: «Pero, por seguir con su metáfora, sabrá usted que en la caza son pocos los que pongan tan desesperado ahínco en perseguir a la presa sin reservas. Algunos prefieren no saltar sobre arroyos y setos arriesgando el cuello, ni echan a galopar por pendientes pronunciadas, ni están dispuestos a ensuciarse en los brezales o en el fango». BOSWELL: «Me alegra que haya algunos cazadores buenos, sosegados, moderados en las cacerías políticas». E.: «Creo que en cualquier corporación de Inglaterra habría estado yo en minoría; siempre he estado en minoría». P.: «La Cámara de los Comunes recuerda una empresa privada. Qué pocas veces se deja un hombre convencer por los argumentos de otro. La pasión y el orgullo se resisten a ello». R.: «¿Qué consecuencias tendría que un primer ministro, seguro de contar con la mayoría en la Cámara de los Comunes, resolviera que no se pronunciase un solo discurso en defensa de sus posturas?». E.: «Pronto tendría que dimitir. Es algo que se ha intentado, pero se ha demostrado que no funciona».

E.: «La lengua irlandesa no es primitiva; es teutónica, una mezcla de las lenguas del norte; contiene mucho inglés». JOHNSON: «Tal vez fuera de raigambre teutona, pero el inglés y el alto holandés no guardan similitudes a la vista, aun cuando su raigambre sea la misma. Una vez, examinando unas muestras de bajo holandés,

encontré en toda una página una sola palabra con semejanza en inglés: *stroem*, como *stream* [‘arroyo’, ‘corriente’], y significaba ‘marea’». E.: «Recuerdo haber leído un soneto en holandés en el que hallé la palabra *roesnopies*. Nadie diría en principio que pueda ser inglés, pero si nos interesamos por ello pronto descubrimos que *roes* son *roses* [‘rosas’], y *nopie* es *knob* [‘pomo’], de modo que se trata de *rosebuds* [‘capullos de rosa’]».

JOHNSON: «He estado leyendo los *Viajes* de Thicknesse, que me han parecido entretenidos». BOSWELL: «¿Cómo, señor? ¿Un buen libro?». JOHNSON: «Pues sí, para leerlo una vez. No quiero decir que sea para estudiarlo a fondo y resumirlo. Y encuentro que es un buen libro en cuanto a su intención. Todos los viajeros por lo común se proponen contar la verdad, aunque Thicknesse observa, sobre el relato que hizo Smollett de cómo alarmó a toda una ciudad de Francia al disparar un arcabuz, y aterrorizó a un noble francés al punto de obligarle a amarrar su baúl de viaje, que aborrecía verse obligado a señalar que Smollett había contado no una, sino dos mentiras en la misma página, si bien había localizado la única ciudad de toda Francia en la que pudieron suceder las dos cosas. Los viajeros a menudo se equivocan. En prácticamente todos, salvo en los aspectos en que pueda aplicarse un sistema de medición, pueden discrepar con toda honestidad. Últimamente se ha producido un extraño giro en los viajeros que cuentan sus viajes, y es que tienden a mostrar su disgusto».

E.: «Por la experiencia que yo tengo, y he tenido mucha, debo decir que he aprendido a tener en mejor concepto a la humanidad». JOHNSON: «Por mi experiencia, he visto que los hombres son peores cuando median tratos comerciales, que son más propensos a la trampa y al engaño de lo que yo suponía, pero también los he visto más dispuestos a hacer el bien los unos a los otros, más de lo que había imaginado». J.: «Menos justos y más benévolos». JOHNSON: «Y es realmente maravilloso, si se considera cuánta atención es necesaria para que cuiden los hombres de sí mismos y se guarden los males inmediatos, es maravilloso cuánto hacen por los demás. Como se suele decir del mayor de los mentirosos, dice más verdades de las que falsea, de modo que del peor de los hombres vale decir que hace más bien que mal». BOSWELL: «Tal vez por experiencia se deduzca que son los hombres más felices de lo que suponemos». JOHNSON: «En modo alguno. Cuanto más se indague, más nos encontraremos a hombres que no son felices, o no tanto como quisieran». P.: «En cuanto al hecho de tener un mejor o peor concepto de la humanidad a partir de la propia experiencia, hay personas muy astutas que no se dan por satisfechas a menos que pongan a prueba a los hombres de acuerdo con lo que piensan. Se cuenta a este respecto una muy buena historia sobre sir Godfrey Kneller, en su condición de juez de paz. Un caballero llevó ante él a su criado, al que acusaba de haberle robado cierta cantidad de dinero; ahora bien, como se supo que el señor había puesto el dinero al alcance de su criado para probar su honestidad, sir Godfrey mandó al señor a la

cárcel».^[112] JOHNSON: «Resistirse una sola vez a la tentación no es prueba suficiente de honestidad. Si un criado o criada tuviera en efecto que resistirse a la prolongada tentación de un dinero que se deja a su alcance en el alféizar de una ventana, como hacían algunas personas a propósito, y tiene la certeza de que no sabe su señor cuánto dinero hay exactamente, daría desde luego sobrada prueba de honestidad. Pero ésa es prueba a la que nadie tiene derecho a someter a un hombre. Hablando en términos puramente humanos, bien sabe usted que existe cierto grado de tentación capaz de sobrepasar a toda virtud. En la medida en que uno pone la tentación cerca de un hombre, le causa un perjuicio, y si ese hombre cede a la tentación, uno ha de llevar parte de su culpa». P.: «Y, una vez haya cedido, más fácil le será volver a caer». BOSWELL: «Sí; en tal caso vale decir que uno lo ha seducido, que lo ha corrompido. Yo he sabido de un hombre resuelto a poner a su amigo a prueba pidiéndole un dinero del que no tenía necesidad, sólo con ese propósito». JOHNSON: «Eso es un craso error, señor. Su amigo puede ser un hombre estrecho de miras y tener sin embargo buenas cualidades: quizá sea la estrechez su única falta. Somete usted a prueba su carácter moral en calidad de amigo singularizando una sola faceta del mismo, en la que resulta casualmente que tiene un defecto, cuando, en verdad, su carácter está compuesto de muchos y diversos particulares».

E.: «Tengo entendido que la barrica de clarete que recibió esta sociedad por amable favor de nuestro amigo el Deán está casi agotada; entiendo que habría que escribirle para que envíe otra igual. Extiéndasele la petición con feliz ambigüedad expresiva, para tener así ocasión de hacérsosla llegar a manera de obsequio». JOHNSON: «Estoy deseoso de ofrecer mis servicios para officiar de secretario en esta ocasión». P.: «Quienes estén por que sea el doctor Johnson quien ejerza de secretario, que levanten la mano. Se aprueba por unanimidad». BOSWELL: «Será nuestro dictador». JOHNSON: «No, no; que la concurrencia me dicte a mí. Yo me limitaré a pedir el vino por escrito, y mi desinterés en la cuestión es absoluto, no en vano bien saben que vino yo no bebo, de modo que no seré yo sospechoso de haber amañado la petición. No soy sino humilde escriba». E.: «En tal caso, prescriba». BOSWELL: «Bien, muy bien: el primer juego de palabras del día». J.: «Se equivoca usted: antes fueron los toros de Irlanda». JOHNSON: «Si fuera yo su dictador, se quedarían ustedes sin vino. Sería mi cometido *cavere ne quid detrimenti Respublica caperet*, y el vino es peligroso. A Roma la arruinó el lujo». E.: «Si en su condición de dictador no nos permite el vino, no me tendrá a mí por su jefe de estable».

El sábado 14 de abril tomé el té con el doctor Johnson en casa del doctor Taylor, donde él había almorzado. Nos entretuvo con el relato de una tragedia que había escrito cierto doctor Kennedy, no el médico de Lisboa así llamado. «Lo catastrófico de la tragedia —dijo— es que un rey, celoso de su reina y del primer ministro, se castró.^[113] La tragedia, todavía manuscrita, fue mostrada a varias personas, entre ellas el señor Fitzherbert, quien me repitió de memoria dos versos del prólogo:

El sino del héroe hemos discretamente tocado;
los justos quizá nos culpen si está mal expresado.

»Cuesta mucho trabajo creer qué imágenes tan absurdas e indecentes son los hombres capaces de introducir en sus escritos sin percatarse del absurdo y la indecencia en que incurren. Recuerdo algo que me refirió lord Orrery, y es que corría por ahí un panfleto contra sir Robert Walpole, todo el cual era una alegoría de la obscenidad fálica. La Duquesa de Buckingham preguntó a lord Orrery quién era dicha persona. [c89] Respondió que no lo sabía. Ella repuso que mandaría llamar al señor Pulteney, quien, según supuso, podría darle la información deseada. Así pues, para impedir que ella misma se pusiera en ridículo, lord Orrery envió a Su Ilustrísima una nota anónima en la que le dio a entender con claridad el significado de la expresión».

Estuvo muy callado toda la tarde. Leyó diversos libros: tan pronto tomaba uno y lo ojeaba como lo dejaba y tomaba otro.

Habló de irse a Streatham a pasar la noche. TAYLOR: «Si se marcha, una de dos: o le asalta un bandolero y le roba, o tendrá que pegarle un tiro. Yo preferiría que me robase, antes que tener que matar a un bandolero». JOHNSON: «Pues yo en cambio preferiría pegarle un tiro en el instante en que trate de robarme, en vez de tener que prestar declaración contra él ante los jueces de Old Bailey, para que le quiten la vida después que me hubiese robado. Estaría más seguro de obrar como es debido en un caso que en el otro. Tal vez me equivoque de hombre cuando declare bajo juramento, pero no puedo equivocarme si le disparo en el acto. Además, sentimos menor reticencia a la hora de quitarle la vida a un hombre estando acalorados por el perjuicio que nos causa que haciéndolo cuando el tiempo nos distancia del momento, y media un juramento y el ánimo se ha enfriado». BOSWELL: «Así pues, prefiere usted, señor, actuar llevado por una pasión privada que por el beneficio público». JOHNSON: «Ni mucho menos. Cuando disparo contra el bandolero, lo hago por ambos motivos». BOSWELL: «Sea, sea. No hay forma de pillarlo a usted en un renuncio». JOHNSON: «Al mismo tiempo, no sabe uno qué decir. Es posible que, al cabo de un año, uno decida colgarse de puro remordimiento, por haber matado de un tiro a un bandolero. [114] Son pocos quienes tienen tal entereza de espíritu para que se les confíe una cosa así». BOSWELL: «En tal caso, señor, usted no le pegaría un tiro». JOHNSON: «Pero después podría estar también muy molesto por esa razón».

Como no vino a recogerle el carruaje de Thrale, tal como esperaba, lo acompañé durante un buen trecho del camino hasta su casa. Le dije que pocos días antes había hablado de él con el señor Dunning; dije que, estando en compañía suya, no era tanto que cambiásemos impresiones y participásemos en una conversación con él, cuanto que más bien le escuchábamos, a lo cual Dunning comentó lo siguiente: «Siempre está uno deseoso de escuchar al doctor Johnson», a lo cual repuse: «Esto es mucho decir por su parte». «Sí, señor —intervino Johnson—. Es mucho decir, desde luego. He ahí un hombre deseoso de escuchar, teniendo en cuenta que el mundo entero le

escucha a él durante el resto del año». BOSWELL: «Yo creo, señor, que es apropiado decirle a un hombre tan bello cumplido, si en efecto lo ha dicho otro a propósito de él. Tiende a incrementar su benevolencia». JOHNSON: «Sin ningún género de dudas».

El martes 7 de abril desayuné con él en su casa. Dijo que «nadie está plenamente contento». Le nombré a una respetable persona de Escocia a la que él conoció,^[c90] y afirmé que sinceramente creía que siempre estuvo contento. JOHNSON: «No, señor; no está contento con el presente; siempre tiene algún proyecto nuevo, alguna nueva plantación, algo que del futuro depende. Usted bien sabe que de viudo no estuvo contento, no en vano se volvió a casar». BOSWELL: «Pero no vive con desasosiego». JOHNSON: «Señor, sólo tiene sosiego por dentro. Un químico, o un boticario, tienen sosiego por dentro, pero su espíritu se afana duramente en su trabajo. Este caballero se las apaña muy bien con las ocupaciones externas. Ya es demasiado tarde para que se embarque en proyectos de distante cumplimiento». BOSWELL: «Parece desde luego entretenerse muy bien, pues logra tener la atención puesta en algo y la tranquilidad asegurada con simples menudencias. Es algo que yo mismo he intentado, pero no me ha salido a cuenta». JOHNSON (riéndose): «Claro que no, señor; uno tiene que nacer con ese saber contentarse en las simples menudencias. Las mujeres tienen la gran ventaja de que se las apañan ocupándose de las pequeñas cosas, sin que eso les suponga una deshonra. Un hombre no puede hacer eso mismo, salvo si es tocando el violín. De haber aprendido yo a tocar el violín, no habría hecho nada más». BOSWELL: «Dígame, ¿tocó alguna vez algún instrumento musical?». JOHNSON: «No. Una vez me compré una flauta dulce, pero no le arranqué ni una sola tonada». BOSWELL: «¿Una flauta dulce? ¿Un instrumento tan pequeño?^[115] Me habría gustado oírle tocar el violonchelo. Ése sí que habría sido su instrumento». JOHNSON: «Yo podría haber tocado el violonchelo igual que cualquier otro instrumento, pero no habría hecho nada más. Quiá, señor: no emprendería un hombre grandes proyectos si pudiera entretenerse con las simples menudencias. Una vez traté de aprender a hacer calceta; la hermana de Dempster se propuso enseñarme, pero no fui capaz de aprender». BOSWELL: «Bien, señor; será relatado con pomposo estilo: “Una vez, por puro entretenimiento, quiso hacer punto para pasar el rato, pues tampoco este Hércules desdeñó la humilde rueca”». JOHNSON: «Tejer medias es buen entretenimiento. De haber sido yo ciudadano libre de Aberdeen, habría sido tejedor de medias». Me pidió que fuera con él a almorzar a casa del señor Thrale, en Streatham, a lo cual accedí. Le había prestado Una descripción de Escocia en 1702, escrita por un hombre de variada curiosidad, un capellán inglés de un regimiento allí acuartelado. JOHNSON: «Es cosa insulsa, señor, muy mal escrita, como en general se escribían los libros entonces. Hay ahora una elegancia de estilo difundida universalmente. Nadie escribe ya tan mal como está escrita la *Descripción de las Hébridas*, de Martin. Nadie podría escribir así de mal, ni siquiera adrede. Ponga a escribir a un amanuense de comercio, que lo hará mejor».

Me habló con seria preocupación de una amiga que incurría desconsideradamente en «laxitud en el relato y total desatención a la verdad». «Me fastidia tanto —señaló — la despreocupación con que atiende a lo que se le cuenta como la que muestra hacia la cosa en sí. Le dije: “Señora, se contenta usted con que a diario se le cuente por qué causa han muerto los hombres más excelsos con tal de no tener que soportar una cosa así”. Los hombres más excelsos han muerto, señor, antes que sufrir que nadie les echara en cara que hubiesen incurrido en una falsedad tan crasa. Dígaselo usted, se lo ruego. Yo ya estoy hartos».

BOSWELL: «¿No fue el doctor John Campbell sumamente inexacto en sus relatos? Una vez me contó que se había trasegado trece botellas de oporto de una sentada».

[116] JOHNSON: «Caramba, señor. No tengo yo constancia de que Campbell mintiera nunca con la pluma y la tinta, pero no podría uno fiarse de cualquier cosa que dijera de viva voz, siempre que hubiera en ello alguna realidad mezclada. Yo de todos modos tuve un gran afecto por Campbell: era un hombre de sólida ortodoxia, muy reverente en materia de religión. Aunque defectuoso en la práctica, era religioso en sus principios, y no incurrió en ninguna grosería, ni cometió ningún error de bulto, al menos que yo sepa».

Le dije que el día anterior había estado presente cuando la señora Montague, la muy literaria dama, posó para que la señorita Reynolds le pintara su retrato, y dijo que «había encuadernado la *Historia* de Gibbon prescindiendo de los dos últimos y ofensivos capítulos, pues consideraba que hasta llegar ahí el libro era muy bueno, ya que plasmaba con elegancia la sustancia tratada por los malos escritores *medii devi*, como le había aconsejado leer el difunto lord Lyttelton». JOHNSON: «No los ha leído, señor. Conmigo no da muestras de tanto ímpetu. No sabe griego, y sospecho que sabe muy poco latín. Está deseosa de que piense usted que sí lo sabe, pero no dice que lo sepa». BOSWELL: «El señor Harris, que también estaba presente, se mostró de acuerdo con ella». JOHNSON: «Harris se mofó de ella, señor. Harris es un erudito de tomo y lomo, con un malhumor a la altura. No le gustan los intrusos. Harris en el fondo es un fatuo mojigato, un mojigato redomado, de lo peorcito que hay.^[117] He echado un vistazo a su libro, y me pareció que ni él mismo entendía su sistema». BOSWELL: «Dice las cosas más sencillas de una manera formal y abstracta, no cabe duda, pero su método es bueno, pues para tener conceptos claros sobre cualquier asunto hemos de recurrir a una disposición analítica de los mismos». JOHNSON: «Señor, eso es lo que hace todo el mundo, querámoslo o no. Pero a veces las cosas pueden empañarse un poco por medio de las definiciones. Veo una vaca. La defino. *Animal quadrupes ruminans cornutum*. Ahora bien, una cabra también rumia, y una vaca puede no tener cuernos. La vaca es más sencilla que su definición». BOSWELL: «La definición que del hombre da Franklin es buena: “Animal que fabrica herramientas”». JOHNSON: «Pero son muchos los hombres que jamás han fabricado una sola cosa. Y si suponemos a un hombre sin brazos, no podría fabricar una sola herramienta».

Hablamos de beber vino, y dijo: «Yo no abandoné el vino porque no pudiera soportarlo. He bebido tres botellas de oporto sin que me sentaran mal. Miembros de University College en Oxford son testigos de ello»^[la nota 185, Vol. I]. BOSWELL: «Entonces, señor, ¿por qué lo abandonó?». JOHNSON: «Pues porque es mucho mejor para el hombre tener la certeza de que nunca va a embriagarse, de que nunca perderá el dominio que sobre sí mismo tiene. No volveré a beber vino hasta que sea viejo y lo desee». BOSWELL: «Me parece recordar, señor, que cierta vez me dijo que no beber vino era una merma considerable en esta vida». JOHNSON: «Es una disminución del placer, no cabe duda, pero no diría yo que sea una disminución de la felicidad. Es mayor la felicidad que se tiene siendo racional». BOSWELL: «Pero... si pudiéramos disfrutar siempre del placer, ¿no seríamos felices?». JOHNSON: «Suponiendo que pudiéramos disfrutar siempre del placer, al hombre de talante intelectual no le saldría a cuenta. A la mayor parte de los hombres sí les compensaría, porque son en su mayoría groseros». BOSWELL: «Reconozco que puede haber placeres mayores que los del vino. Yo he tenido placer mayor con sus conversaciones. Desde luego que sí; se lo aseguro». JOHNSON: «Cuando hablamos de placer, nos referimos al placer sensual. Cuando un hombre dice que ha tenido placer con una mujer, no se refiere a la conversación, sino a algo de naturaleza muy distinta. Los filósofos le dicen que el placer es contrario a la felicidad. Los hombres más groseros prefieren los placeres animales. Otrosí los hombres que han preferido vivir entre los salvajes. ¡Qué desdichado ha de ser quien se contenta con las conversaciones que pueda entablar entre salvajes! Tal vez recuerde a un oficial de Fort Augustus, que había prestado servicio en América, que nos habló de una mujer a la que se vieron obligados a maniatar, nada menos, con el fin de rescatarla de la vida salvaje que había llevado». BOSWELL: «Tenía que ser un animal, una bestia». JOHNSON: «Señor, era una gata parlante».

Le comenté que mucho había sido mi hastío estando con una compañía de la que no oí una sola frase intelectual, salvo ésta: «Un hombre que haya pasado diez años aposentado en Menorca se torna un hombre muy inferior al que era antes en Londres, pues el intelecto del hombre se angosta en un angosto lugar». JOHNSON: «Al hombre se le angosta el intelecto en un lugar angosto si lo había ensanchado sólo por vivir en un ancho lugar, pero lo que se obtiene mediante los libros y el ejercicio del pensamiento se preserva por igual en un angosto lugar que en el más ancho que exista. Un hombre no podrá conocer distintas maneras de vivir tan bien en Menorca como en Londres, pero en Menorca podrá dedicarse igual o mejor que en Londres al estudio de las Matemáticas». BOSWELL: «No lo sé, señor: si hubiera permanecido usted diez años en la Isla de Col, no sería el hombre que es ahora». JOHNSON: «Sí sería el mismo, señor, si hubiera estado allí de los quince a los veinticinco, pero no si hubiera sido de los veinticinco a los treinta y cinco». BOSWELL: «Yo he de reconocer que el ánimo y el temple que tengo en Londres me llevan a hacerlo todo con más

presteza y más vigor. En Londres puedo hablar el doble que en cualquier otra parte».

De Goldsmith dijo que «no era un compañero grato, pues hablaba sólo por conquistar la fama. El hombre que así actúa nunca podrá ser grato de tratar. El hombre que habla en cambio por quitarse un peso de encima es el hombre que suele deleitarnos. Un ilustre amigo nuestro no es tan grato como podría ser, teniendo en cuenta la variedad de sus conocimientos, ya que en parte habla por pura ostentación».

Poco después de llegar a la residencia de los Thrale, oí que una de las criadas llamaba ansiosamente a otra para que acudiera a atender al doctor Johnson. Me pregunté qué podía ser aquello. Luego supe que él iba a darle una Biblia que había traído de Londres para regalársela.

Pasó un tiempo considerable ocupado en leer las *Mémoires de Fontenelle* apoyado en la puerta baja que daba acceso al jardín, sin sombrero.

Ojeé los *Esbozos de la historia de la humanidad*, de lord Kames, y comenté al doctor Johnson la censura que hacía de Carlos V por haber celebrado sus exequias fúnebres todavía en vida, ocasión que, según dije, siempre me había parecido un acto solemne y conmovedor. JOHNSON: «Señor, el hombre puede estar inclinado a pensar así de ese acto de Carlos V, que es en el fondo algo tan susceptible de ridiculizar que si un solo hombre entre diez mil se carcajea de ello, los otros nueve mil novecientos noventa y nueve también se reirán de buena gana». En esto no pude estar de acuerdo con él.

Había expresado sir John Pringle su deseo de que preguntase al doctor Johnson su opinión sobre cuáles eran los mejores sermones en inglés por lo que respecta al estilo. Ese día aproveché la ocasión para preguntarle por varios autores. ¿Atterbury? «Sí, señor —dijo—; es uno de los mejores». ¿Tillotson? «Ahora ya no. Yo no aconsejaría a un predicador de hoy en día que imitase el estilo de Tillotson, aunque no sé, pondría cautela en objetar algo que ha sido motivo de aplauso en tantos sufragios. South es uno de los mejores, salvedad hecha de sus peculiaridades, su virulencia y, a veces, su aspereza de lenguaje. Seed tiene un buen estilo, aunque no es muy teológico. Los sermones de Jortin son muy elegantes. El estilo de Sherlock también tiene gran elegancia, aunque no le dedica demasiada atención. Y podría añadir a Smallridge. Todos los predicadores tienen de un tiempo a esta parte un estilo encomiable. Cierto es que hoy en día nadie habla mucho del estilo, todo el mundo tiene cierta facilidad de composición. Ya no hay periodos tan exentos de armonía como los de hace un siglo. Yo recomendaría también los sermones del doctor Clarke a un predicador ortodoxo. Ahora bien, es de sobra conocido en qué no es ortodoxo, a saber, en la doctrina de la Trinidad, en cuanto a la cual se le condena por hereje, de modo que hay que estar ojo avizor». BOSWELL: «A mí me gustan mucho los sermones de Ogden sobre la oración, tanto por su limpieza de estilo como por la sutileza de su razonamiento». JOHNSON: «Me gustaría conocer todo cuanto Ogden ha escrito». BOSWELL: «Lo que yo quisiera saber es qué sermones contienen las mejores muestras de la elocuencia en lengua inglesa tal como comparece en el púlpito». JOHNSON: «No

disponemos de sermones que aborden las pasiones y que sirvan de gran cosa, si se refiere a esa clase de elocuencia». UN CLÉRIGO (cuyo nombre no recuerdo): «¿No versaban los sermones de Dodd sobre las pasiones?». JOHNSON: «Eran pura pavesa, señor, naderías, versaran sobre lo que versaran».

Durante el almuerzo, la señora Thrale expresó su deseo de viajar a Escocia. JOHNSON: «Conocer Escocia, señora, es sólo conocer una Inglaterra peor. Es ver cómo se marchita la flor hasta quedar en tallo pelado. Ver las Hébridias, desde luego, es ver algo completamente distinto».

Nuestro pobre amigo Thomas Davies iba a disfrutar pronto de una función benéfica organizada en su honor, en el Teatro de Drury Lane, para paliar en parte las desafortunadas circunstancias en que subsistía. A todos nos importaba, y mucho, el buen desenlace de la misma, y habíamos hecho nuestras aportaciones. Sin embargo, nos pareció que a nadie perjudicaría una broma que a él tampoco podría dolerle. Propuse que subiera a escena a recitar un prólogo escrito para la ocasión, y me puse a murmurar retazos de los que podría constar; por ejemplo, que ahora que era viejo se viera obligado a proclamar «El pobre Tom se ha pescado un catarrejo», o que reconociese que lo había echado de la escena un Churchill, lo cual no era desdoro, toda vez que otro Churchill había aplastado a los franceses; que se le había satirizado por «mascullar las frases como muerde un perro el hueso», aunque ahora se daría con un canto en los dientes si tuviera un hueso que roer. «Quiá —dijo Johnson—; yo le haría decir: “El loco de Tom ha vuelto a ver el mundillo”». [c91]

Volvimos juntos a la ciudad antes que anoheciera. Me empeñé en sostener, para animar una discusión, que un caballero terrateniente de ningún modo y por nada está obligado a fijar su residencia en su finca, y que si prefiere vivir en Londres no perjudica a su país. JOHNSON: «Desde luego, señor, no perjudica a su país en general, porque el dinero que de su país y de sus tierras extraiga vuelve a la circulación; ahora bien, a su circunscripción en particular, a su parroquia, sí las perjudica. Todo lo que pueda dar no será dado a quienes antes que nadie tienen derecho a recibirlo. Y aunque he dicho que el dinero vuelve a ponerse en circulación, pasa por lo común mucho tiempo antes que tal suceda. Así las cosas, señor, un hombre de familia y de heredad tendría que considerar que tiene a su cargo la circunscripción en que se hallan sus tierras, sobre la cual debe difundir tanto la civilidad como la felicidad que en su mano esté repartir».

Al día siguiente, por la mañana, lo encontré en su casa. Aprobó las *Observaciones sobre Swift* de Delany, e hizo hincapié en que ese libro y el de lord Orrery bien podían contener verdad, por más que uno fuera favorable a Swift y el otro no tanto; afirmó que, entre ambos, podíamos formarnos una impresión más completa.

Habló de un hombre que resuelve abstenerse de probar el vino por consideraciones morales y religiosas. «Es preciso que no tenga ni la menor duda —dijo—. Cuando uno tiene dudas en cuanto al placer, sabemos cuál ha de ser la conclusión. Ahora, yo no pienso en beber vino más de lo que puede pensarlo un

caballo. El vino que se sirve a la mesa ya no es para mí, como tampoco es para el perro que dormita bajo ella».

El jueves 9 de abril almorcé con él en casa de sir Joshua Reynolds, con el Obispo de St. Asaph, el doctor Shipley, y los señores Allan Ramsay, Gibbon, Cambridge y Langton. Ramsay había vuelto recientemente de Italia, por lo que nos entretuvo con sus observaciones sobre la villa de Horacio, que había examinado muy detenidamente. Mucho me agradó, pues vino a reavivar en mi memoria lo que con gran placer había visto trece años antes. El Obispo, el doctor Johnson y el señor Cambridge se sumaron a Ramsay en la evocación de diversos versos de Horacio relativos al asunto.

Mencionado el viaje de Horacio a Brindisi, observó Johnson que el arroyo que describe puede ahora verse exactamente como era en aquel tiempo, y que a menudo se había preguntado cómo es posible que pequeñas corrientes de agua, como ésta, conserven idéntica situación durante siglos, a pesar de los terremotos, que cambian incluso de sitio las montañas, y la agricultura, que produce cambios tales en la superficie de la tierra. CAMBRIDGE: «Un escritor español ha expresado ese concepto de forma poética. Luego de observar que la mayoría de las edificaciones de Roma ha perecido del todo, mientras el Tiber fluye igual que siempre, añade:

Lo que era firme huyó, y solamente
lo fugitivo permanece y dura».

JOHNSON: «Eso está tomado de Janus Vitalis:

... *inmota labescunt;*
Et quæ perpetuo sunt agitata manent».^[c92]

Dijo el Obispo que de los escritos de Horacio parecía desprenderse que fue un hombre contento y alegre. JOHNSON: «No tenemos ninguna razón para creerlo, milord. ¿Hemos de pensar que Pope fue feliz porque lo diga en sus obras? En sus obras bien vemos con qué estado de ánimo quería aparecer ante los demás. El doctor Young, que suspiraba por una sinecura, a ello se refiere en sus escritos con desprecio, y afecta de hecho despreciar todo cuanto ni mucho menos despreciaba». OBISPO DE ST. ASAPH: «Era como tantos otros capellanes, que anhelan ocupar una vacante, aunque no sea eso peculiar del clero. Recuerdo que cuando estuve en el ejército, después de la batalla de Lafeldt, los oficiales refunfuñaban y mascullaban porque ningún general había muerto en combate». CAMBRIDGE: «Es Horacio más de creer cuando dice “*Romae Tibur amen ventosus, Tibure Roman*” que cuando alardea de sus consecuencias:

Me constare mihi seis, et discedere tristem,
Quandocunque trahunt invisæ negotia Romam».^[c93]

BOSWELL: «Es de ver qué arduo resulta que el hombre jamás pueda gozar de sosiego». RAMSAY: «No está en su naturaleza el sosiego. Cuando se encuentra sosegado, se halla en el peor de los estados en que puede hallarse, pues no tiene nada que lo conmueva y lo agite. Es entonces como el hombre de la canción irlandesa:

Vivía en Ballinacrazy un joven apuesto
necesitado de mujer que le hiciera perder el seso».^[c94]

Como alguien nombrase a Goldsmith, Johnson observó que mucho tiempo hizo falta para que se reconocieran sus méritos, y que una vez se le había quejado con una desesperación rayana en la ridiculez: «Siempre que escribo algo —le había dicho—, el público pone especial cuidado en no darse por enterado». En cambio, su *Viajero*^[118] le había deparado una gran fama. LANGTON: «No hay un solo verso malo en todo el poema, ni contiene uno de aquellos versos descuidados, propios de Dryden». SIR JOSHUA: «Me alegró oír decir a Charles Fox que era uno de los poemas más hermosos de la lengua inglesa». LANGTON: «¿Y por qué se alegró usted? A buen seguro que no le cabía ninguna duda al respecto». JOHNSON: «No, el mérito del Viajero se halla tan sólidamente establecido que el elogio de Fox no puede aumentarlo, así como tampoco su censura podría disminuirlo». SIR JOSHUA: «Pero sus amigos podían alimentar cierto recelo, por ser tal vez demasiado parciales en su favor». JOHNSON: «De ninguna manera. La parcialidad de sus amigos obró siempre en su contra. Yo apenas podía prestarle la debida atención. Goldsmith no tenía ideas precisas acerca de nada; por eso hablaba siempre al buen tuntún. Parecía haberse propuesto hablar sin reparo de cuanto le pasara por la cabeza, más que nada por ver qué salía de todo ello. Además, se ponía furioso cuando se le pillaba en un absurdo manifiesto, pero eso no le impedía volver a tropezar en una piedra idéntica a renglón seguido. Recuerdo que Chamier^[119], tras hablar con él algún tiempo, dijo así: “Bueno, yo creo que este poema en efecto lo ha escrito él solo, y déjeme que le insista en que eso es mucho creer”. Chamier le había preguntado una vez qué quiso decir con ese *lento*, que es la última palabra del primer verso del *Viajero*,

Remoto, sin amigos, triste, lento...

»¿Se había referido tal vez a una tardanza en los movimientos de la locomoción? Goldsmith, capaz de decir cualquier cosa sin pararse a pensar, respondió que sí. Como me encontraba sentado cerca, dije: “No, señor; no se ha referido usted a tardanza de ninguna clase; se ha referido a esa indolencia del espíritu que sobreviene a quien se encuentra en soledad”. Chamier creyó entonces que el verso lo había escrito yo, y lo creyó tal como si me hubiera visto hacerlo. Goldsmith, sin embargo, era un hombre que, al margen de lo que escribiera, escribía mejor que nadie. Bien merecía un lugar destacado en la Abadía de Westminster, y cada año que viviera más lo habría merecido. Ciertamente, no se ahorró molestia alguna en aprovisionarse de

conocimientos de toda clase. Los trasplantaba de un lugar a otro, y no los asentaba en su cabeza, de modo que nunca supo precisar qué era lo que había en sus propios libros».

Se habló de la vida en el campo. «Ningún hombre sensato se va a vivir al campo, a menos que tenga que hacer alguna cosa que pueda mejor hacerse en el campo. Por ejemplo, si tiene que encerrarse durante un año para estudiar una ciencia, más le vale tener enfrente un paisaje campestre que una pared. Asimismo, si un hombre sale a pasear por el campo, nadie le impedirá volver a su casa cuando lo desee; en cambio, si un hombre sale de paseo por Londres, nunca estará seguro no ya de cuándo vaya a volver, sino de que alguna vez vuelva. Una gran ciudad, sin ningún género de dudas, es la escuela idónea para estudiar la vida, y “el estudio propio de la humanidad es el hombre”, como ya dijera Pope». BOSWELL: «Yo me imagino que Londres es el lugar idóneo para la vida en sociedad, aunque he oído decir que la alta sociedad de París es muy superior a cuanto aquí tenemos». JOHNSON: «Señor, dudo mucho que en París pudiera reunirse en menos de seis meses a un grupo de personas como las que están sentadas alrededor de esta mesa. La verdad es que allí los hombres no son superiores a las mujeres, no saben más que ellas, no sienten que la presencia de las mujeres les imponga ningún contratiempo o dificultad en su conversación». RAMSAY: «La literatura está en Francia en pleno desarrollo; vive una primavera; aquí se encuentra un tanto *passée*». JOHNSON: «La literatura existía en Francia mucho antes que nosotros tuviéramos nada parecido. París fue la segunda ciudad donde renacieron las letras; en Italia, el renacimiento fue anterior, desde luego. ¿Qué hemos hecho nosotros por la literatura que se pueda poner a la par de lo que hicieron Stephani y otros en Francia? Nuestra literatura nos llegó a través de Francia. Caxton solamente imprimió dos libros, los de Chaucer y Gower, que no fueran traducciones del francés. Y Chaucer, es bien sabido, mucho tomó de los italianos. No, señor: si la literatura vive ahora en Francia una primavera, será una segunda primavera, que llega después del invierno. Ahora vamos nosotros por delante de los franceses en punto a literatura, aunque durante mucho tiempo hemos estado por detrás. En Inglaterra, todo el que lleve espada y peluca empolvada se avergüenza de ser analfabeto. Creo que en Francia no sucede así. Ahora bien, es probable que en Francia haya una gran cultura y que esté muy difundida, porque han sido numerosos los establecimientos religiosos, los hombres que no han tenido otra cosa que hacer, salvo dedicarse al estudio. Esto es algo que no sé, pero juzgo de acuerdo con las reglas de la probabilidad. Donde hay muchos tiradores, alguno tendrá que acertar».

Hablamos de la vejez. Johnson, a sus setenta años, dijo: «Es culpa de uno, pues se debe a la falta de uso que el intelecto se entorpezca con la edad». Preguntó el Obispo si no pierde un anciano más y más deprisa de lo que pueda ganar. JOHNSON: «Yo no lo creo, milord, siempre y cuando se aplique uno al trabajo». Uno de los presentes observó con imprudencia que a su entender era un motivo de felicidad para los ancianos el quedar del todo insensibles. JOHNSON (con noble elevación, y con desdén):

«No, señor; jamás sería yo más feliz por ser menos racional». OBISPO DE ST. ASAPH: «En tal caso, señor, su deseo es γηράσκειν διδασκόμενος».^[c95] JOHNSON: «En efecto». Su Señoría habló de una institución de caridad en Gales donde a los internos se les mantenía y se les facilitaban todas las comodidades necesarias a cambio de que contribuyeran con el producto semanal de su trabajo, y dijo que los internos eran cada vez más torpes por falta de una propiedad. JOHNSON: «Es natural. No tienen objeto ninguno de esperanza. La situación en que se hallan no puede ser mejor. Es como remar sin avistar puerto».

Uno de los presentes le preguntó por el sentido de la expresión de Juvenal que dice «*unius lacertæ*». JOHNSON: «Creo que está bastante clara: la tierra suficiente para que haya la posibilidad de encontrar en ella a un lagarto».

Los comentaristas han tenido sus divergencias en cuanto al significado exacto de la expresión con que trató el poeta de enunciar el sentimiento que se contiene en el pasaje donde aparecen estas palabras. Es evidente que tratan de indicar incluso una posesión muy reducida, siempre y cuando sea de uno:

*Est aliquid, quocunque loco quocunque recessu,
Unius sese dominum fecisse lacertæ.*^[c96]

Durante esa temporada se puso caprichosamente de moda en los periódicos el recurrir a palabras de Shakespeare para describir a personas vivas que eran muy conocidas, cosa que se hacía bajo el epígrafe de «Modernos personajes de Shakespeare». Muchas de ellas encajaban de un modo admirable. Tanto éxito tuvo la iniciativa que luego se recogieron las descripciones en un folleto. Alguien dijo a Johnson, desde el otro lado de la mesa, que no figuraba él entre dicho elenco de personajes. «Pues sí, sí que estoy —repuso—. Mucho habría lamentado quedarme fuera». Repitió entonces el verso que se le había asignado: «Tendréis que prestarme la boca de Gargantúa».^[c97]

Como no percibió la señorita Reynolds el sentido de la alusión, se vio obligado a explicársela, lo cual tuvo un efecto un tanto embarazoso y risible. «Caramba, señora, contiene una clara referencia a mí, por utilizar palabras grandes, para pronunciar las cuales se necesita la boca de un gigante. Gargantúa es el nombre de un gigante que aparece en Rabelais». BOSWELL: «Pero hay otra frase relativa a usted:

No alabaría él a Neptuno por su tridente
ni a Júpiter por su poder de concitar el trueno».^[c98]

JOHNSON: «Ésa no tiene nada de particular, nada que ver conmigo. La de Gargantúa es mucho mejor». A pesar de su buen humor y su natural apacible, cuando poco después repetí yo su sarcasmo a propósito de Kenrick,^[120] que fue recibido con aplausos, inquirió: «¿Quién dijo eso?», y al contestarle yo al punto «Gargantúa», se puso serio, indicio suficiente de que no le agradaba que se mantuviera el apelativo.

Fuimos al salón, donde era nutrida la concurrencia. Además de los comensales

del almuerzo, se hallaban presentes Garrick, el señor Harris, de Salisbury, los doctores Percy y Burney, la honorable señora de Cholmondeley, la señorita Hannah Moore, etc., etc.

Tras deambular un rato por la amplia estancia, envuelto en una suerte de apacible distracción, me junté en uno de los rincones con Johnson, Garrick y Harris. GARRICK (a Harris): «Dígame, señor: ¿ha leído el *Esquilo* de Potter?». HARRIS: «Sí, y me parece hermoso». GARRICK: (a Johnson): «¿Y a usted, señor, qué opinión le merece?». JOHNSON: «Lo que leí en su día me pareció pura hojarasca, pero por atender la recomendación del señor Harris estoy dispuesto a leer una de las piezas. —A Harris—: Le ruego no me recete un par». Harris le sugirió una en concreto, no recuerdo cuál. JOHNSON: «Hemos de juzgar su efecto cual si de un poema en inglés se tratara; tal es la manera de juzgar el mérito que tenga una traducción. Las traducciones, en general, se hacen para quienes no pueden leer el original». Saqué a relucir el dicho, tan vulgar,^[c99] de que el Homero de Pope no es buena representación del original, o no le hace justicia. JOHNSON: «Señor mío, es la obra más grande que jamás se haya escrito en su género». BOSWELL: «La verdad es que traducir poesía es perfectamente imposible. En una lengua distinta, tal vez sea la misma melodía, pero tiene distinta tonalidad. Homero la ejecuta con un fagot; Pope, con una flauta dulce». HARRIS: «A mi entender, a la poesía heroica le sienta mejor que nada el verso blanco; ahora bien, parece que la rima fuera esencial en la poesía inglesa, debido a nuestras deficiencias en cantidades métricas. En mi opinión, la principal excelencia de nuestra lengua está en la prosa medida y armónica». JOHNSON: «Sir William Temple fue el primer escritor que dio cadencia a la prosa inglesa.^[121] Con anterioridad a su época, los prosistas eran desmañados en la disposición de la frase, y poco o nada les preocupaba que una frase terminase con una palabra importante o con una insignificante; más bien, lo mismo daba con qué parte de la misma concluyese». El señor Langton, que se había sumado a nosotros, ensalzó a Clarendon. JOHNSON: «Se le suelen poner reparos por sus paréntesis, sus cláusulas subordinadas en volutas, su falta de armonía. Pero le respalda la materia de que se ocupa. Desde luego, gracias a esa plétora de materia tiene tantos defectos su estilo: toda sustancia —dijo dedicando una sonrisa al señor Harris— tiene sus accidentes. Para ser precisos, hemos de hablar analíticamente. Si hablamos del lenguaje, hemos de hablar en términos gramaticales; si hablamos del argumento, hemos de hacerlo en términos lógicos». GARRICK: «De todas las traducciones que se hayan intentado, creo que la más extraordinaria es la de Marcial que hace Elphinstone. Me consultó al respecto, siendo yo un tanto epigramático, como ustedes bien saben. Le dije con toda libertad: “Parece carecer usted de esa cualidad”. Le pregunté si estaba resuelto, si lo decía en serio, y al descubrir que así era le desaconsejé vivamente la publicación de la obra. ¡Su traducción es más difícil de entender que el original! Lo consideraba yo un hombre de cierto talento, pero en esto me parece que ha incurrido en un despropósito».

JOHNSON: «Señor, ha hecho usted lo que no tuve yo el valor de hacer. Cierto es que él no solicitó mi consejo, y no quise yo imponerle mi opinión, no fuera a enojarse conmigo». GARRICK: «Pero siendo usted amigo suyo, señor...». JOHNSON: «Caramba, siendo lo amigos que él y yo somos... La verdad es que no». GARRICK: «¿Y si viera a un amigo suyo a punto de caer por un precipicio?». JOHNSON: «Eso es pura extravagancia, señor. Tenga la seguridad de que un amigo le agradecerá que le estorbe y le impida caer por un precipicio; en el caso que nos ocupa, que nada tiene que ver, habría lastimado yo su vanidad sin hacerle ningún bien. No habría hecho caso de mi consejo. Su cuñado, Strahan, le envió suscripciones por valor de cincuenta libras, y dijo que le enviaría otras cincuenta con tal de que no publicase». GARRICK: «¿Cómo? ¡Caramba! ¿Es Strahan buen juez en materia de epigramas? ¿No es más bien un tanto obtuso?». ^[a nota c35, Vol. III] JOHNSON: «Señor mío, tal vez no sea buen juez en materia de epigramas, pero a buen seguro sabe juzgar qué no es un epigrama». BOSWELL: «Para usted es más fácil hablar a un autor, señor Garrick, tal como habló a Elphinstone, no en vano ha sido durante tanto tiempo director de un teatro y ha rechazado tantas obras a los pobres autores. Usted es un juez de sobra curtido, que muchas sentencias de muerte ha dictado. Usted es avezado cirujano, que a menudo ha amputado extremidades que no era posible salvar, y aun cuando lo hiciera por el bien de sus pacientes es imposible que le guarden aprecio. Quienes se han sometido a la espantosa operación no pueden alegrarse de ver de nuevo a quien se la practicó». GARRICK: «Pues sí, bastante sé de eso. Hubo un reverendo caballero —dijo, refiriéndose al señor Hawkins— que escribió una tragedia, *El cerco* de no sé qué, se titulaba, ^[122] que yo le rechacé». HARRIS: «Así pues, se levantó el cerco». JOHNSON: «Sí, vino a mí a quejarse. Y me dijo que, al decir de Garrick, su obra tenía un fallo de confección. ¿Qué es la confección de una obra teatral?». (Aquí, Garrick se sobresaltó y torció el gesto y pareció irritado en lo más vivo, pues según me dijo Johnson la historia era muy cierta). GARRICK: «Yo-yo-yo... yo dije que la confección es lo primero». ^[123] JOHNSON (sonriendo): «No dijo él que fuera lo primero. Y Rich, ^[c100] según dijo, le dio la negativa con medias palabras y en falso inglés: podría demostrarlo, enseñándomela bajo mano». GARRICK: «Me escribió presa de una ira violenta por haber rechazado su obra: “Señor, este asunto empieza a ponerse terriblemente serio. Estoy resuelto a publicar mi obra. Apelaré al mundo entero. ¡Así se ha de ver lo erróneo de su juicio y lo injusto de su proceder!”. Le contesté así: “Señor, no obstante toda la seriedad y todo lo terrible que sea el terror de los terrores, no tengo yo objeción a que publique su obra; como vive a gran distancia, en el condado de Devon según creo, tenga la bondad de enviármela, que yo mismo la llevaré a imprenta”. Nunca más he vuelto a saber de él. ¡Ja, ja, ja!».

El viernes 10 de abril encontré a Johnson en casa por la mañana. Reanudamos la conversación del día anterior. Me participó algo que había escapado a mi memoria, y que me permitió registrar con más precisión. Le complació tener noticia del gran

esmero con que había seguido yo su consejo de 1763, época en que dio comienzo nuestra amistad, de llevar un diario, y pude percatarme de que se hallaba íntimamente satisfecho de ver tantos productos de su intelecto conservados en él, y como estaba por otra parte habituado a pensar y a decir que se esforzaba siempre por decir algo atinado, le deleitó, al echar un vistazo, que su conversación bullese de precisión y de imaginería.

Le dije: «Ayer se encontraba usted de muy buen humor, no hubo nada que le ofendiera, nada que le produjera irritación o violencia. No hubo ningún osado que pecara de ofensor, nadie a quien condenar a la pena capital. Fue una sesión del tribunal para doncellas puras. Anduvo usted en todo momento de guante blanco».

Señaló el defecto de nuestro amigo Langton por haber estado demasiado callado. «Señor —le dije—, sin duda recordará que con mucha propiedad reconvino a sir Joshua por alborozarse de que Charles Fox hubiera elogiado *El viajero* de Goldsmith, y que usted le respaldó». JOHNSON: «Sí, señor. A Fox le di en toda la cabeza sin ningún miramiento. Reynolds actualmente se halla demasiado influido por Fox y por Burke. Se halla bajo la estrella del Zorro y la constelación irlandesa. Siempre pesa sobre él el influjo de un planeta u otro».^[c101] BOSWELL: «No existe la estrella del Zorro». JOHNSON: «Pero existe la del Can». BOSWELL: «Dicen, desde luego, que perro y zorro son el mismo animal».

Le recordé a un caballero del cual había dicho la señora de Cholmondeley que era al principio muy parlanchín por afecto y que luego callaba por la misma causa; que al principio daba en pensar: «Seré célebre por mi lucimiento y animación en cualquier compañía», y de pronto daba en cavilar: «¡Oh! Es mucho más respetable adoptar un aire de gravedad y así parecer más sabio». «Ha invertido la disciplina de los pitagóricos siendo primero hablador y guardando después silencio. Y subvierte también el curso de la Naturaleza: primero es la alegre mariposa, luego el gusano que se arrastra». Johnson rió a grandes carcajadas un buen rato ante esta expansión e ilustración de lo que él mismo me había referido.

Almorzamos con el señor Scott (ahora sir William Scott, abogado general de Su Majestad) en sus aposentos del Temple, sin que hubiera nadie más con nosotros. Al ser tan reducida la concurrencia, Johnson no estuvo del mismo talante que mostró el día anterior, y durante un tiempo harto considerable fue poco lo que dijo. Por fin rompió el dique: «La subordinación es algo que lamentablemente se ha quebrado en esta época en que vivimos. Ahora, ningún hombre tiene la misma autoridad que tuvo su padre, salvo un carcelero. Ningún señor la tiene sobre sus siervos; ha disminuido en nuestras universidades; qué digo, es menor incluso en las escuelas primarias». BOSWELL: «¿Y a qué se debe, señor?». JOHNSON: «Caramba, pues a la llegada de los escoceses». Y rió con sarcasmo. BOSWELL: «Eso es como decir que vivimos en el mundo al revés. Ahora, en serio...». JOHNSON: «Pues se debe a múltiples causas, la principal de las cuales, a mi entender, es el incremento del dinero en circulación.

Ahora, nadie depende del señor del castillo; cualquiera puede recurrir a otro condado, a otro país, y traer de allí provisiones. El limpiabotas apostado a la entrada de la plazoleta en que vivo no depende de mí. No puedo darle más de un penique al día, que él confía en sacarle a algún otro, y ese penique habré de dárselo yo a otro limpiabotas, de modo que el comercio no se resienta. He explicado en mi *Viaje a las Hébridas* cómo destruyen el oro y la plata la subordinación feudal. Por otra parte, se da también un gran relajamiento del respeto. Ningún hijo depende ya de su padre, como en épocas anteriores. La paternidad antes se consideraba por sí misma una gran cosa, que daba derecho a muchas aspiraciones. Ahora, en general se ha reducido a pequeñas obligaciones. Mi esperanza es que, como la anarquía genera la tiranía, este relajamiento extremo producirá *freni strictio*». [c102]

Hablando de la fama, de la que tan gran deseo existe, observé cuánto escasea en realidad, si se compara con los demás objetos de la atención humana. «Que todos los hombres hagan memoria, y se darán cuenta de qué pequeña parte de su tiempo dedican a hablar de Shakespeare o Voltaire, o a pensar siquiera en cualquiera de los hombres más célebres que en la historia han sido, o que ahora supuestamente ocupan la atención y la admiración del mundo entero. Extráctese y comprímase: ¡en qué exiguo espació cabe!». Ladinamente, introduje entonces en la conversación la fama del señor Garrick y su modo de darse aires de grandeza. JOHNSON: «Señor, es una maravilla el poco pisto que se da Garrick. No, señor: Garrick *fortunam reverenter habet*. [c103] Considere, señor, que los hombres célebres como los que usted ha citado han recibido sus aplausos desde cierta distancia; a Garrick en cambio se los han dado en la cara, han resonado en sus oídos, y se ha retirado a su casa cada noche con la rendida y ruidosa admiración de mil espectadores en el cráneo. Así las cosas, señor, Garrick no es que encontrase el camino expedito a las mesas, los salones y casi las alcobas de los notables, sino que se abrió ese camino. Garrick, señor, tuvo por debajo de sí a un muy nutrido número de personas, que por miedo a su poder, por esperanza de conseguir su favor y por admiración de su talento fueron constantemente sumisas con él. Y he aquí un hombre que ha promocionado como ninguno la dignidad de su profesión. Garrick ha hecho del actor un personaje más respetable». SCOTT: «Y también es un escritor con mucho brío». JOHNSON: «En efecto, señor, y todo ello se respalda en una gran riqueza que él mismo ha amasado. Si todo eso me hubiese ocurrido a mí, llevaría por delante a dos individuos provistos de grandes estacas que diesen por tierra con todo el que se interpusiera en mi camino. Piense que si todo eso les hubiera ocurrido a Cibber o a Quin, no cabrían en sí de engreimiento. Y Garrick a pesar de todo sigue conversando con nosotros». Sonrió. BOSWELL: «Y Garrick es muy buen hombre, muy caritativo». JOHNSON: «Señor, es un hombre dadivoso y liberal. Ha donado más dinero que ningún otro hombre en Inglaterra. Es posible que en ello se mezcle algo de vanidad, pero ha demostrado que el dinero no es lo que más le importa». BOSWELL: «Con todo, Foote decía de él que era capaz de salir de su casa

con la intención de realizar una buena acción, pero que nada más doblar la esquina se encontraba con el fantasma de un medio penique y se le metía el miedo en el cuerpo». JOHNSON: «Eso también es muy cierto, pues nunca he conocido a un hombre del que hoy se pueda decir con menos certeza qué es lo que hará mañana. Depende en exceso del humor que tenga en cada momento». SCOTT: «Me alegra tener conocimiento de su liberalidad, pues se le ha pintado como un tacaño». JOHNSON: «Con su tacañería en los ahorros domésticos nada tenemos que ver. Recuerdo haber tomado té con él hace mucho tiempo, cuando lo preparaba Peg Woffington, y haberle visto refunfuñar porque lo hacía demasiado fuerte.^[124] Ya había empezado entonces a palpar el dinero en su faltriquera, y no sabía cuándo llegaría a tener suficiente».

Sobre la cuestión de la riqueza, el uso apropiado de la misma y los efectos de ese arte que llaman economía, observó que «es una maravilla pensar cómo los hombres que poseen grandes haciendas no sólo gastan sus ingresos anuales, sino que a menudo están cortos de dinero. Está claro que no dan a sus gastos el justo valor que tienen. Lord Shelbourne me dijo que un hombre de alcurnia, que se cuide de sus asuntos, puede disponer de cuanto debe disponer, de cuanto le pueda ser de utilidad o le reporte alguna ventaja, por 5000 libras al año. Por consiguiente, una proporción considerable se malgasta, y ése es el caso, qué duda cabe, de la mayoría de las personas, sea cual fuere la fortuna que posean». BOSWELL: «De eso no me cabe la menor duda, pero ¿cómo es posible? ¿Qué es ese malgasto?». JOHNSON: «Pues las botellas que se rompen, y otras mil cosas que no aprovechan. El malgasto no se puede calcular con exactitud, aun cuando sepamos cuán pernicioso resulta. Por un lado el ahorro, en aras del cual unos determinados ingresos sirven para que un hombre se mantenga con decoro, y por otro el malgasto, en aras del cual otro hombre malvive con esos mismos ingresos, no se pueden definir. Es muy curioso: a un hombre se le desgasta la levita mucho antes que a otro, pero no sabemos cómo».

Hablamos de la guerra. JOHNSON: «Todos los hombres se sienten humillados por no haber sido soldados, o por no haber estado en alta mar». BOSWELL: «No es el caso de lord Mansfield». JOHNSON: «Señor, si lord Mansfield se viera en compañía de los generales y almirantes que han estado en servicio, se encogería de pronto, deseoso de esconderse debajo de la mesa». BOSWELL: «No lo creo. Pensaría que puede con todos ellos». JOHNSON: «Si pudiera echarles el guante es posible que sí, pero ellos lo cazarían mucho antes. No, señor; si Sócrates y Carlos XII de Suecia coincidieran en una reunión, y Sócrates dijera “Sígueme, caballeros, para atender una lección de Filosofía”, mientras que Carlos, con la mano en la empuñadura de la espada, dijera “Sígueme, que voy a destronar al Zar”, todos se hubieran sentido avergonzados de irse con Sócrates. Éste es un sentimiento universal, a pesar de lo cual no deja de ser extraño. En cuanto a los marinos, si uno mira desde el castillo de popa de un navío al espacio que se abre debajo, verá la miseria humana en su máxima y más extrema expresión: ¡cuánta aglomeración, cuánta mugre y hediondez!». BOSWELL: «Sin

embargo, los marinos son felices». JOHNSON: «Son felices como las bestias con un trozo de carne cruda, con la más grosera sensualidad. No obstante, señor, la profesión de soldado y de marino tienen la dignidad que comporta el riesgo. La humanidad toda reverencia a los que han vencido el miedo, que es una debilidad universal». SCOTT: «¿Y no es el valor algo mecánico, que se adquiere sin más?». JOHNSON: «Desde luego, señor, así es en un sentido colectivo. Los soldados se consideran mera parte de una gran maquinaria». SCOTT: «Yo considero que los hombres tienen verdadera afición a hacerse marinos». JOHNSON: «Y eso es algo que no me puedo explicar, tal como tampoco puedo explicarme algunas otras perversiones extrañas de la imaginación».

El aborrecimiento que tenía por la profesión de marino fue siempre virulento, aunque en sus conversaciones siempre exaltó la profesión de soldado. Sin embargo, en toda mi abundante y variada colección de escritos suyos figura una carta a un eminente amigo, en la que se manifiesta de este modo: «Recientemente me ha visitado mi ahijado. Está cansado, y más que razonablemente hartado, de la vida militar. Si pudiera usted encontrarle alguna otra colocación, creo que podría aumentar su felicidad y asegurar su virtud. La vida de un soldado se pasa entre calamidades y peligros, o bien en la ociosidad y la corrupción». Tal era su manera de pensar en la calma frialdad de su estudio, pero siempre que se encontraba animado por la presencia de los demás, al igual que el intelecto de algunos filósofos se impregnaba de imaginación poética, él se dejaba contagiar por el entusiasmo que instila el esplendor del renombre.

Habló de Charles Fox, cuya capacidad tenía en alta estima, aunque observó que apenas abría la boca en las reuniones de nuestro club. He oído comentar a Gibbon que «Fox no podía tener miedo del doctor Johnson, pero no cabe duda de que le vencía la timidez y apenas decía nada en su presencia». Scott citó en este punto lo que dijo de Alcibiades un poeta griego, a lo que Johnson dio su asentimiento.^[125]

Nos dijo que había facilitado a la señora Montague un catálogo de todas las obras de imaginación escritas por Daniel Defoe; la mayoría, si no todas, así como sus otras obras, las enumeró entonces y reconoció un mérito muy considerable a un hombre que, educado para ser comerciante, había escrito tan bien y con tanta variedad. Ciertamente, su *Robinson Crusoe* basta por sí solo para cimentar su gran reputación.

Manifestó gran indignación por la impostura del fantasma de Cock Lane, y relató con gran satisfacción cómo había colaborado en la detección de la trampa, una relación de todo lo cual publicó en los periódicos. Sobre este asunto fui tan incauto que lo irrité con mis demasiadas preguntas, ante lo cual mostró su desagrado. Pedí disculpas, aduciendo que «he formulado interrogantes con el fin de instruirme y deleitarme; acudí sediento a la fuente, pero en el instante en que me hizo una sola insinuación, en el instante en que echó el candado al pozo, desistí de beber más». «Pero —dijo él— eso es obligarlo a uno a hacer algo que le desagrada». Y continuó recriminando mi insistencia. «Ni mucho menos —le dije—. Cuando echa usted el candado al pozo, de modo que no puedo yo beber más, no juegue con la fontana de su

ingenio, de modo que además me moje».

A veces no toleraba que se le incordiasen, y menos aún que se le atosigara con demasiadas preguntas. Estuve presente una vez en que un caballero no dejó de hacérselas: «¿Y qué hizo usted, señor?», «¿Y qué dijo usted?», tanto que al final, montado en indignación colérica, le espetó: «No me someteré a más preguntas. ¿No se ha parado a pensar, señor, que no son estos modales propios de un caballero? No me dejaré asediar más con sus qués, cómo y por qué. ¿Qué va a ser esto? ¿Por qué tiene la vaca larga la cola? ¿Por qué tiene hirsuta la cola el zorro?». El caballero, que se quedó un tanto desconcertado, sólo acertó a decir: «Señor, es que es usted tan bueno que por eso me atrevo a importunarle». JOHNSON: «Caramba, señor mío: que yo sea tan bueno no le otorga a usted el derecho a ser tan malo».

Hablando del casco del buque *Justitia*, atracado en Woolwich, donde eran castigados los delincuentes, condenados a trabajos forzados, dijo: «No veo yo que sea éste ningún castigo. Habrían trabajado lo mismo de no ser culpables de robo.^[c104] Ahora sólo trabajan, así que a fin de cuentas han salido ganando; lo que hayan robado, lo tienen ya ganado; el confinamiento no es nada. Todo el que trabaja se halla confinado: el herrero en su taller, el sastre en su guardilla». BOSWELL: «Y lord Mansfield en su tribunal». JOHNSON: «Así es. Ya sabe que el concepto del confinamiento bien se puede ampliar, como en la canción que dice “Cada isla es una cárcel”. En la antología de Dodsley hay unos versos dedicados al autor de esa canción».^[126]

Se comentaron los versos latinos de Smith sobre Pococke, el gran viajero.^[127] Repitió algunos de memoria y dijo que eran sus mejores versos.

Habló con insólita animación de viajar a lejanos países, de cómo se ensancha el intelecto con los viajes, y de que de ello también se obtenía una mayor dignidad de carácter. Manifestó un especial entusiasmo por visitar la muralla de China. Tomé al vuelo su idea, y afirmé estar seguro de que iría a visitar la muralla de China si no tuviera hijos, a los que tenía el deber de cuidar y atender. «Señor —dijo—, si lo hiciera, daría algo de suma importancia para elevar a sus hijos a la ilustre distinción de la eminencia. En ellos se habría de reflejar el lustre de su brío y su curiosidad insaciable. En todo momento se les tendría con sumo respeto por ser hijos de un hombre que fue a visitar la muralla de China. Se lo digo completamente en serio».

Cuando nos despedimos del señor Scott, me dijo: «¿Vendrá a mi casa conmigo?». «Señor —le dije—, se ha hecho tarde, pero le haré compañía durante tres minutos». JOHNSON: «O cuatro». Subimos a la habitación de la señora Williams y allí encontramos al señor Allen, el impresor, que era el dueño de la casa de Bolt Court en que residía, un hombre valioso y agradecido, conocido suyo desde hacía muchos años, que era sumamente ameno; pese a ser de talla diminuta, tenía por costumbre incluso en presencia del doctor Johnson imitar los periodos suntuosos y la ampulosidad y lentitud con que emitía el gran hombre sus pronunciamientos. Esa

noche hice yo alarde de que, si bien no empleaba lo que se llama taquigrafía, tenía un método propio de escribir con medias palabras, dejando incluso algunas sin poner sobre el papel, de tal modo que retenía la sustancia y el lenguaje de cualquier discurso que hubiera escuchado, y tan a la vista me quedaba que podía reproducirlo por completo, de punta a cabo, poco después de haberlo anotado. Me desafié, tal como una vez había desafiado a un verdadero taquígrafo, e hizo el experimento de leer despacio y con toda claridad un pasaje de la *Historia de América*, de Robertson, mientras yo me esforzaba por tomar nota a mi modo. Quedó demostrado que lo había registrado yo de manera muy imperfecta, la conclusión de todo lo cual fue que el mérito se debía sobre todo a una muy estudiada disposición de las palabras, que no admitía desviación o abreviatura sin que su esencia misma se resintiera.

El domingo 12 de abril lo encontré en casa antes del almuerzo. Tenía sobre la mesa el poema de Dodd titulado «Pensamientos en prisión». Como me había parecido en su día extraordinario empeño de un hombre encerrado en Newgate por un delito merecedor de la pena capital, quise conocer la opinión de Johnson al respecto. Con enorme sorpresa por mi parte me dijo que no había leído un solo verso. Tomé el libro y le recité un pasaje. JOHNSON: «Es bastante bueno, siempre que tenga uno la predisposición de que le agrade». Leí otro pasaje que le satisfizo algo más. Tomó el volumen en sus propias manos, y tras mirar la plegaria que lo cierra, dijo: «¿Qué certeza podemos tener de que lo compusiera en víspera de su ejecución? Yo no lo creo». Leyó en voz alta las súplicas al Rey, etcétera, y observó lo siguiente: «¿Usted cree que a un hombre puede importarle la sucesión de la familia real la noche anterior a ser ahorcado? Sin embargo, cabe que compusiera esta plegaria entonces. Un hombre que se ha pasado la vida diciendo hipocresías bien puede decirlas hasta el final. Claro que un hombre al que se ha negado el perdón luego de tanto suplicarlo, difícilmente podría rezar con semejante fervor por el Rey».

Él y yo, con la señora Williams, fuimos a almorzar con el reverendo doctor Percy. Hablando de Goldsmith, Johnson dijo que era muy envidioso. Yo le defendí observando que lo reconocía con franqueza en todas las ocasiones. JOHNSON: «Señor, así refuerza usted la acusación. Era tan envidioso que no podía disimularlo. Estaba tan comido por la envidia que le rebosaba incluso estando callado. Hablaba de ello desde luego a menudo. Lo que un hombre reconoce, señor, es lo que no le avergüenza pensar, aunque sean muchos los que piensan que les avergüenza reconocerlo. Todos somos envidiosos por naturaleza, pero al poner coto a la envidia extraemos el mejor partido. Así también somos todos ladrones por naturaleza; el niño trata de hacerse con lo que desea de la manera más expeditiva. Con la buena educación y con buenos hábitos se pone remedio, hasta que llega el día en que el hombre no siente la inclinación de tomar lo que a otro pertenece, y ya no lucha consigo mismo a ese respecto».

Y aquí dejaré constancia de una escena de muy grande acaloramiento habida entre el doctor Johnson y el doctor Percy, que hubiera suprimido de no ser porque dio pie a

un despliegue de la verdadera ternura y benevolencia de corazón que siempre tuvo Johnson, quien tan pronto comprobó que su amigo estaba dolido por algo que él dijo «llevado de la iracundia», no sólo estuvo presto y deseoso de reconciliarse, sino que se desempeñó a fondo para reparar ampliamente el daño causado.

Se había hablado de los libros de viajes, y Johnson alabó mucho a Pennant, como ya hiciera en Dunvegan, en la Isla de Skye.^[128] El doctor Percy, sabiéndose heredero varón de los antiguos Percy,^[129] y poseedor de un vehemente y muy cumplido apego, como era su deber, hacia la noble casa de Northumberland, no pudo quedarse cruzado de brazos y oír las alabanzas de un hombre que se había referido de un modo irrespetuoso al castillo de Alnwick y a los jardines de placer del Duque, máxime al tener muy mala opinión de sus viajes. Por consiguiente, se opuso a Johnson de forma encarnizada JOHNSON: «Pennant, en lo que ha dicho de Alnwick, ha logrado lo que se propuso: ha conseguido encolerizarle a usted». PERCY: «Ha dicho que el jardín es atildado, lo cual equivale a representarlo cual si fuera el parterre particular de un ciudadano, cuando lo cierto es que se trata de una amplia extensión de césped y sendas de gravilla». JOHNSON: «Según su declaración, señor, Pennant da en el clavo. Es atildado, qué duda cabe. El césped se corta primorosamente, se alisa la grava con un rodillo. ¿No es eso atildado? La extensión nada dice en contra de que lo sea: una milla puede ser tan atildada, o más, que una yarda cuadrada. La extensión a que se refiere usted más bien me hace pensar en un copioso almuerzo en casa del ciudadano de marras: dos buenos rosbifs y dos pudines. No presenta variedad, no se emplea el intelecto en la disposición del terreno, apenas hay árboles». PERCY: «Pretende relatar la historia natural de Northumberland y no toma nota de la inmensidad de árboles que allí recientemente se han plantado». JOHNSON: «Eso, señor mío, nada tiene que ver con la historia natural. Es, si acaso, historia civil. El hombre que relate la historia natural del roble no ha de contar cuántos robles se han plantado en tal o cual lugar. El hombre que relate la historia natural de la vaca no ha de contar cuántas vacas se ordeñan en Islington». PERCY: «Pennant no hace buenas descripciones. Un carretero que recorra la orilla de LochLomond lo haría mejor». JOHNSON: «Yo estimo que son descripciones muy buenas». PERCY: «Yo he viajado tras sus pasos». JOHNSON: «Yo también he viajado tras sus pasos». PERCY: «Pero usted, mi buen amigo, es corto de vista, y no ve tan bien como yo». Me pasmó que el doctor Percy se aventurase a hacer semejante comentario. El doctor Johnson no dijo nada por el momento, aunque comenzaron a acumularse las partículas inflamables hasta formar una nube que explotaría y descargaría a su debido tiempo. Al poco, el doctor Percy volvió a decir algo en detrimento de Pennant. JOHNSON (con intención): «Eso es puro resentimiento en quien padece cortedad y estrechez no de vista, sino de miras, pues no ha encontrado de todo en Northumberland». PERCY (acusando la estocada): «Señor, puede ser usted tan rudo y descortés como le plazca». JOHNSON: «¡Téngase, señor mío! No me hable a mí de rudeza. Recuerde, señor —resopló con vehemencia, la

pasión desatada en busca de salida—, que me acaba de llamar corto de vista. Tengámosla con civilidad y seamos tan rudos como nos venga en gana, pero dentro de un orden». PERCY: «Por mi honor, le juro, señor, que no he querido yo ser incivil al pensar qué incivil ha sido usted». JOHNSON: «No diría yo que lo haya sido, pues yo sí me propuse mostrarme incivil al pensar qué incivil se había mostrado usted».

El doctor Percy se puso en pie, corrió hacia él y, estrechándole la mano, le aseguró afectuosamente que lo que quiso decir había sido objeto de un malentendido, con lo cual la reconciliación fue inmediata. JOHNSON: «Mi querido señor, a Pennant que lo aspen si es preciso». PERCY: (retomando el asunto anterior): «Pennant se queja de que no se cuelgue el yelmo en muestra de hospitalidad en los salones. Debo decir que no sabía yo que fuera costumbre colgar un yelmo». JOHNSON: «Que lo aspen, que lo aspen». BOSWELL: (siguiéndoles la corriente): «Que cuelguen su calavera en lugar del yelmo, y beba usted en ella su ambrosía en el salón de Odín, no en vano es su enemigo: eso sí sería antiguo de verdad. Digno de las *Antigüedades del Norte*».^[130] JOHNSON: «Es un *whig*, señor; un perro triste —se sonrió en este punto de la virulencia de sus expresiones, debida tan sólo a una mera diferencia de opinión en lo político—. Pero es el mejor viajero que he leído. Observa más cosas mejor que ningún otro».

No pude sustraerme de pensar que era elogio excesivo para un escritor que había atravesado tan ancho territorio con tanta premura que sólo pudo ensartar en su relato fragmentos secos y ramplones de su propio caletre, procurándose posterior información suplementaria a partir de párrocos y predicadores, y de otros que no eran los mejor cualificados ni los narradores más imparciales, cuyos cicateros prejuicios en contra de la casa de Estuardo claman al cielo por su representación reñida con la verdad; un escritor, en suma, que en el mejor de los casos se ocupa de asuntos sólo superficiales y no da muestras de indagación filosófica en los personajes ni en las costumbres, como la que ha exhibido Johnson de manera magistral en su *Viaje* por buena parte del mismo territorio, y que parece que por puro afán de congraciarse con los escoceses ha dado en adular a las gentes del norte de Gran Bretaña con tal desmesura y tan poca discriminación que los más juiciosos y sinceros deben de estar disgustados, mientras que saben valorar la mayor llaneza, afectuosa sin embargo, del relato que hace Johnson.

Luego de haber censurado con toda imparcialidad al señor Pennant en su condición de viajero por Escocia, permítaseme concederle, de acuerdo con autoridades mucho más sólidas que la mía, una merecida alabanza por su capacidad de zoólogo, y permítaseme también, a tenor de mi entendimiento y mi sentir, reconocer el mérito de su *Londres*, que, si bien se afirma que en determinados particulares no se ajusta con exactitud a la realidad, es uno de los trabajos topográficos más gratos de leer que jamás se hayan publicado en lengua alguna. El señor Pennant, como sus paisanos en general,^[c105] posee un verdadero espíritu de

caballero. En prueba de ello citaré de su *Londres* el pasaje en que se refiere a mi ilustre amigo.^[c106]

Bajo ningún concepto debo omitir Bolt Court, desde hace mucho tiempo residencia del célebre doctor Johnson, hombre de notabilísima capacidad natural, gran erudición, memoria y retentiva prodigiosas, de hondísima piedad y moralidad sin afectación, entreverada su rectitud con numerosas debilidades y prejuicios que sus amigos han tenido la bondad de suprimir por acatamiento a sus temores.^[131] Me granjeé su cólera, bien que pasajera, al observar que en su viaje por tierras escocesas tuvo una sola vez la experiencia penosa de ver que la avena fuese alimento para los seres humanos, tal como era en Inglaterra forraje para los caballos. Fue una reflexión de espectro nacional indigna de él, que me llevó a perder los estribos. *Con amore*, también dijo de mí: «El muy perro es un *whig*».^[132] Admiré las virtudes de lord Russell y lamenté su caída en desgracia. Pude haber sido yo un *whig* durante la revolución. De aquel entonces a esta parte ha habido periodos en los que debiera haber sido lo que ahora soy, un *tory* moderado, que respalda, en la medida en que alcanza mi escasa influencia, un equilibrio sólido entre la Corona y el pueblo; ahora bien, si se trastocara la balanza y preponderase el peso en contra de la *Salus populi*, en ese momento con justicia podría decirse: «¡El muy perro es un *whig*!».

Vino la calma tras la tormenta, nos quedamos a pasar la tarde y cenamos, estuvimos alegres y contentos. No obstante, el doctor Percy^[a nota 150, Vol. III] me dijo que estaba muy inquieto por lo que había acontecido, pues había un caballero que tenía mucho trato con la familia de Northumberland, al cual contaba con parecerle tanto más respetable mostrándole la relación de estrecha intimidad de que gozaba con el doctor Johnson, y que ahora, por el contrario, podría marcharse con una opinión adversa sobre su persona. Me rogó que le comentara esto al doctor Johnson, como en efecto hice después. Ésta fue su observación al respecto: «Esto es pura estratagema. De haberme puesto al corriente de que era su deseo impresionar al tal caballero, habría sido el más destacado de la concurrencia en todo momento». Me habló del doctor Percy con grandes muestras de afecto. «En tal caso, señor —le conté—, tal vez me permita sugerir una manera de contrarrestar usted con eficacia cualquier relación desfavorable de lo acaecido. Yo le escribiré a usted una carta sobre la desafortunada contienda de aquel día, y usted tendrá la bondad de poner por escrito la respuesta a esa carta, en la que exprese lo que ahora acaba de decir, y como lord Percy ha de almorzar pronto con nosotros en casa del general Paoli, aprovecharé la oportunidad para leer esa correspondencia en presencia de Su Señoría». Este amistoso plan se llevó a cabo en consecuencia sin que lo supiera el doctor Percy. La carta de Johnson puso el incuestionable mérito del doctor Percy bajo la luz más favorable, y yo me las ingenié para que lord Percy tuviera conocimiento de la correspondencia cruzada, presentándola en casa del general Paoli como muestra de la amable disposición de Johnson ante una persona por la que Su Señoría tenía gran interés. De ese modo fue obviada toda impresión desfavorable que hubieran podido guardar aquellas personas de cuya estima y respeto más aspiraba a gozar. Al día siguiente desayuné con él y le informé de cuál era mi plan, así como de su feliz término, por todo lo cual me felicitó en términos sumamente calurosos, y quedó encantado con la carta del doctor Johnson en alabanza de sus méritos, de la cual le proporcioné copia. Dijo así: «Prefiero esto antes que títulos de todas las universidades de Europa. Será para mí y para mis hijos y nietos». El doctor Johnson, que después me preguntó si le había dado una copia, se

ofendió cuando se lo confirmé, y me instó con premura a que la recuperase, como en efecto hice. Como, sin embargo, no deseaba que destruyera yo el original ni la copia, tal como tampoco me prohibió que se diera a conocer, me considero provisto de libertad suficiente para aplicarle su declaración general en lo que a sus cartas se refiere, a saber, «que no quiso que se publicaran en vida suya, pero que no puso objeción alguna a que se dieran a conocer después de su muerte». Inserto por lo tanto esta amable correspondencia, una vez he narrado fielmente las circunstancias en que tuvo lugar.

Al doctor Johnson

Mi querido señor,

le ruego me permita interpellarle en nombre de nuestro buen amigo el doctor Percy, el cual quedó muy dolido por lo que usted le dijo aquel día en que almorzamos en su casa,^[133] cuando, en el transcurso de la disputa sobre los méritos de Pennant, dijo usted a Percy que «tenía un resentimiento propio de quien padece una notable estrechez de miras, en su juicio contrario a Pennant, ya que no encontró en Northumberland todo lo que hay». Percy es consciente de que no quiso usted herirle, a pesar de lo cual le contraría y le fastidia pensar que la conducta de usted para con él, en tal ocasión, pueda interpretarse como prueba de que le merece todo su desprecio, por más que bien sé yo que no es el caso. Le he dicho que la acusación que vertió usted sobre su estrechez de miras se circunscribe estrictamente a un punto particular en la disputa, y que tuvo el mérito de ser un mártir por la causa de su noble familia.

El conde Percy almorzará con el general Paoli el próximo viernes; me alegraría muy sinceramente si estuviera en mi mano satisfacer a Su Señoría respecto a la estima en que tiene usted al doctor Percy, el cual, deduzco, está persuadido de que la buena opinión que tenga usted sobre él podría ser de muy esenciales consecuencias; asimismo, me asegura que tiene por usted el mayor de los respetos y el afecto más cálido.

Sólo me resta añadir que mi sugerencia para que en esta ocasión dé usted buena muestra de su sinceridad y su generosidad es de todo punto desconocida para el doctor Percy, y proviene de mi buena voluntad hacia él, y de mi convicción de que será usted feliz haciéndole un favor para él tan importante. Soy, querido señor, cada vez más su más fiel y afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

23 de abril de 1778

Señor,

el debate habido entre el doctor Percy y yo es una de esas estúpidas controversias que comienzan por una cuestión que a ninguna de las partes importa cómo se resuelva y que no obstante se continúa hasta recrudescerse en acritud debido a la vanidad con que cualquier hombre se resiste a toda refutación. El acaloramiento del doctor Percy procedía de una causa que seguramente le honra más de lo que podría haberle honrado una crítica más justa. Su aborrecimiento de Pennant fue debido a su opinión de que éste había tratado de forma gratuita, licenciosa e indecente a su mecenas. Su ira lo llevó a la conclusión de que, por haberse equivocado una sola vez, nunca podría estar en lo cierto. Pennant pone en sus conceptos muchas cosas que no me agradan, a pesar de lo cual lo tengo por un viajero sumamente inteligente. Si Percy está realmente ofendido, mucho lo lamento, pues se trata de un hombre que nunca ha ofendido a nadie, al menos que yo sepa. Es un hombre muy deseoso de aprender y muy capaz de enseñar; un hombre cuya compañía nunca abandono sin haber aprendido algo nuevo. Es cierto que a veces me contraría, pero me temo que es porque me hace acusar mi propia ignorancia. Tan extenso intelecto, y tan minuciosa exactitud en sus indagaciones, si repasa usted a fondo todo el círculo de sus conocidos, le resultarán tan escasos, si es que llega a encontrarlos, que dará a Percy el justísimo valor que en comparación posee. Lord Hailes es en cierto modo como él, aunque muy posiblemente lord Hailes no va más allá de sí mismo en su indagación, y no creo que se le pueda igualar en cuanto a elegancia. La atención que dedica Percy a la poesía ha otorgado

elegancia y esplendor a sus estudios sobre la Antigüedad. Un mero anticuario es un ser más bien tosco.

En conjunto, bien puede usted ver que lo que yo le dijera por pura petulancia es de todo punto coherente con la plena convicción que tengo de que su mérito es innegable. Soy, querido señor, su más afectuoso, etc.,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Percy, Northumberland House

South Audley Street, 25 de abril

Estimado señor,

escribí al doctor Johnson a propósito de la controversia «pennantiana», y he recibido de él una respuesta que de seguro le deleitará. Ayer se la leí al doctor Robertson en la exposición; durante el almuerzo, la di a conocer a lord Percy, al general Oglethorpe, etc., que estaban con nosotros en casa del general Paoli, quien también fue testigo del encumbrado testimonio que presta a su honor.

El general Paoli desea le haga el favor de contar con su compañía para almorzar el próximo martes, para reunirse con el doctor Johnson. Si me es posible, le visitaré hoy mismo.

Su más obediente servidor,

JAMES BOSWELL^[134]

El lunes 13 de abril almorcé con Johnson en casa de Langton, donde estaban el doctor Porteus, entonces Obispo de Chester y hoy de Londres, y el doctor Stinton. Estuvo al principio muy callado. Antes de sentarnos a la mesa no dijo nada, salvo «qué ricura» a uno de los niños. Langton muy bien me dijo después que podría repetir punto por punto la conversación de Johnson antes del almuerzo, ya que Johnson dijo que podría recitar un capítulo íntegro de la *Historia natural de Islandia*, del danés Horrebow, todo el cual dice exactamente así:

CAP. LXXII. Sobre las serpientes

No hay serpientes con las que pueda uno toparse en toda la isla.^[c107]

Durante el almuerzo hablamos de otra moda en los periódicos, a tenor de la cual se plasmaba el retrato de personajes modernos en frases tomadas de los clásicos; se hizo referencia en concreto al pasaje que dice

*Parcus deorum cultor, et infrequens,
Insanientis dum sapientiæ
Consultus erro, nunc retrorsum
Vela dare, atque iterare cursus
Cogor relictos,*^[c108]

que estaba muy bien aplicado a Soame Jenyns, el cual, tras haberse extraviado por las desoladas regiones del descreimiento, había vuelto al seno de la fe cristiana. Langton preguntó a Johnson por lo apropiado de *sapientiæ consultus*. JOHNSON: «Pese a ser *consultus* sobre todo un adjetivo, como *amicus*, terminó por emplearse como sustantivo. Así tenemos *Juris consultus*, o jurisconsulto».

Hablamos de los estilos de los distintos pintores, y de cómo un buen conocedor con certeza sabrá diferenciarlos. Pregunté si existía en el lenguaje una diferencia de estilos tan nítida como en la pintura, o incluso en la caligrafía, de modo que sin lugar a dudas sea posible distinguir la hechura de cada individuo. JOHNSON: «En efecto. A quienes poseen un estilo de ilustre eminencia, como Dryden y Milton, se les distingue siempre». De esto no me cabía duda; lo que yo deseaba saber era si en verdad existía un estilo peculiar de cada hombre, sea cual fuere, tal como es peculiar su caligrafía o su semblante, no manifiestamente distinto en muchos, aunque siempre lo suficiente para ser distintivo:

... *facies non omnibus una,*
nec diversa tamen...^[c109]

El Obispo pensaba que no, y dijo que muchas de las piezas recogidas en la antología de poemas compilada por Dodsley, aun siendo todas de gran belleza, no tenían nada característico de su estilo, y en ese particular no se distinguían unas de las otras. JOHNSON: «Ni mucho menos, señor. Creo que todo hombre, sea como sea, posee un estilo peculiar, que se puede descubrir mediante un examen minucioso y su comparación con cualquier otro, aunque un hombre ha de escribir mucho, para que su estilo sea manifiestamente discernible. Como dicen los lógicos, esa apropiación del estilo es infinita *in potestate*, pero limitada *in actu*».

Por la tarde llegó el señor Topham Beauclerk; él y el doctor Johnson se quedaron a cenar. Se comentó que el doctor Dodd quiso en su día ser miembro del Club Literario. JOHNSON: «Mucho lamentaría yo que cualquier miembro de nuestro club fuera condenado a la horca. No diré yo que no lo mereciera alguno».^[135] Beauclerk (suponiendo el comentario destinado a personas por las que entonces tenía un aprecio desmedido, que sin embargo no le duró mucho) se indignó y dijo muy serio: «Usted, señor, tiene un amigo — y dijo su nombre —^[c110] que sí es merecedor de que lo ahorquen, pues habla mal de las personas con quienes convive en términos excelentes, y las ataca por la espalda incluso en los periódicos. A ése sí que habría que echarlo de una patada». JOHNSON: «Señor, eso es algo que hacemos todos en mayor o menor medida: *Veniam petimus damusque vicissim*.^[c111] No cabe duda de que mucho más habría que hacer para merecer una patada». BEAUCLERK: «Es maligno». JOHNSON: «No, señor; no es maligno. Es, como mucho, travieso. No le causaría a nadie un perjuicio esencial; es posible, desde luego, que disfrute tomando el pelo a las personas, contrariándolas e hiriéndolas en su vanidad. Yo, no obstante, conocí una vez a un anciano caballero que era absolutamente maligno. Realmente deseaba el mal a los demás, y se regocijaba con ello». BOSWELL: «El caballero, señor Beauclerk, contra el que tan violento se manifiesta usted, es, de buena tinta lo sé, un hombre de principios bondadosos». BEAUCLERK: «Entonces será que no los pone en práctica».

El doctor Johnson, que como ya he señalado antes disfrutaba una enormidad discriminando el carácter de los hombres, amén de poseer un magistral conocimiento de la naturaleza humana, y que era amigo de tomar a las personas tal cual son, en su imperfección, con su mezcla de buenas y malas cualidades, supongo que dio en pensar que había dicho lo suficiente en defensa de su amigo, de cuyos méritos, no obstante sus excepciones evidentes, tenía una justa valoración, y no añadió más al respecto.

El martes 14 de abril, en casa del general Oglethorpe, almorcé con él y con el general Paoli y el señor Langton. El general Oglethorpe despotricó contra el lujo. JOHNSON: «Tenga la total certeza, señor, de que la sociedad es en cualquiera de sus fases todo lo lujosa que pueda ser. Los hombres siempre sacan el mejor partido que pueden». OGLETHORPE: «Pero el mejor partido depende de nosotros mismos. Y si podemos darnos por satisfechos con las cosas más sencillas, es un error acostumbrar nuestro paladar a lo que no está en temporada y resulta más caro. ¿Qué dice Addison en su *Catón*, refiriéndose al nómada?»

Tosco es su alimento, al albur de la caza;
en la corriente del arroyo su sed sacia,
faena todo el día, y cuando la noche ronda
en el primer ribazo amigo se acomoda,
o en una roca hasta el alba reposa la cabeza,
y si al día siguiente por azar apresa
un bocado nuevo, o un brote que no conociera,
por lujo lo toma, y bendice su buena estrella.

»Sean éstos nuestros lujos, señor, si no le importa». JOHNSON: «Cuidado, señor, pues no basta con darse por satisfecho. Es en el refinamiento y en la elegancia donde difiere del salvaje el hombre civilizado. Gran parte de nuestra industria, y todo nuestro ingenio, se invierte en procurarnos placeres; un hombre con hambre, señor, no tiene el mismo placer con un almuerzo sencillo que un hombre con hambre ante un almuerzo lujoso. Ya ve que expongo el caso con justicia. Un hombre con hambre puede tener tanto, qué digo, más placer en comer un almuerzo sencillo, del que experimenta un hombre que se haya tornado fastidioso ante un almuerzo de lujo. Pero supongo que el hombre que elige entre uno y otro almuerzo ha de ser un hombre también con hambre, o al menos con buen diente».

Hablando de las distintas formas de gobierno, dijo así: «Cuando más contraído esté el poder, más fácil de destruir resulta. Un país gobernado por un déspota es un cono invertido. Allí, no puede ser firme el gobierno, como cuando descansa sobre una base amplia que se contrae según asciende, caso del gobierno de Gran Bretaña, que se funda sobre el Parlamento, sobre el cual se halla el Consejo de Ministros, sobre el cual se encuentra el Rey». BOSWELL: «El poder, cuando se contrae en la persona de un déspota, es fácil de destruir, pues bien se puede desgajar al príncipe que lo detenta. Así Calígula, que deseaba que el pueblo de Roma tuviera un solo cuello, para poder

decapitarlo de un solo mandoble». OGLETHORPE: «Eso lo deseaba del Senado. El Senado, mediante usurpación, tenía entonces el control tanto del emperador como del pueblo. ¿Y no le parece que vemos demasiado de eso mismo en nuestro Parlamento también?».

El doctor Johnson se esforzó por rastrear la etimología de los versos macarrónicos, que a su entender eran una invención italiana, debida a Maccaroni; ahora bien, cuando se le informó de que si así fuera cabría inferir que eran los versos más fáciles y más corrientes, por ser los macarrones la comida más sencilla y más común, se quedó sin saber qué decir, pues afirmó que «antes habría supuesto que se importaba su significado antiguo, esto es, una composición hecha de diversos ingredientes, ya que los versos macarrónicos son versos hechos con una mixtura de lenguas distintas, esto es, de palabras en una lengua, pero con desinencias y flexiones de otra».^[136] Supongo que apenas tenemos conocimiento de una sola lengua, del país que sea, en la que exista un saber considerable, que no se preste al hallazgo de esa clase de composiciones espúreas y ridículas. Es particularmente estafalario en el bajo holandés. Es de sobra conocida la *Polemomidinia* de Drumond, de Hawthornden, en la que se da gran mezcolanza de lenguas modeladas cual si fueran latín. Langton nos hizo reír con ganas ante una muestra en imitación del griego, de Joshua Barnes, en la que se encuentran anglo-helenismos tan cómicos como Κλυββοισιν εβαγχθεν, «fueron molidos a palos».

El miércoles 15 de abril almorcé con el doctor Johnson y el señor Dilly; estuve sumamente animado, pues había pasado gran parte de la mañana con el señor Orme, el muy capaz y elocuente historiador del Indostán, quien expresó una gran admiración por Johnson. «No me importa —dijo— de qué hable Johnson, pues más me agrada oírle hablar a él que a ningún otro. O propaga nuevos pensamientos o da nueva coloración a pensamientos ya conocidos. Es una vergüenza para la nación que no se le haya recompensado con mayor liberalidad. De haber sido yo Jorge III, y haber pensado como pensaba él sobre América, habría dado a Johnson 300 al año sólo por su *Gravámenes, no tiranos*». Se lo repetí, y Johnson se sintió muy complacido ante tal elogio de una lumbrera como Orme.

Ese día, en casa del señor Dilly, se encontraban presentes la señora Knowles,^[137] la ingeniosa dama cuáquera, así como la señorita Seward, poetisa de Lichfield, amén del reverendo doctor Mayo y el reverendo señor Beresford, tutor del Duque de Bedford. Antes del almuerzo, Johnson se apoderó de un ejemplar de la *Relación de la reciente revolución acaecida en Suecia*, de Charles Sheridan, y pareció leerlo con apetito voraz, cual si devorase, como era a todas luces su método de estudio. «Sabe leer mejor que nadie —dijo la señora Knowles—; absorbe directamente la sustancia del libro, le arranca el corazón de cuajo». Lo mantuvo guardado bajo el mantel, sobre el regazo, durante el tiempo que tardamos en almorzar, por pura avidez de tener a punto un entretenimiento para cuando diese por terminado el otro, en lo cual recordaba, si se me permite hacer uso de un símil tan tosco, un perro que tiene un

hueso entre las patas, en reserva, mientras come algo que se le acaba de arrojar.

Como se introdujera de un modo hartado natural la cuestión de la cocina en una mesa en la que Johnson, que alardeaba de su finura de paladar, reconoció que «siempre se le antojaba bueno un almuerzo», dijo así: «Podría escribir yo un libro de cocina mejor de lo que nunca se haya escrito, y sería un libro que se fundase en principios filosóficos. La farmacopea es ahora mucho más sencilla de lo que era; la cocina también podría serlo. Una receta que ahora consta de cinco ingredientes, antes llevaba cincuenta. Del mismo modo, si más a fondo se conociera la naturaleza de los ingredientes que intervienen en la cocina, tendría que bastar con muchos menos. Por otra parte, como de una mala carne no se puede hacer un plato bueno, explicaría cuál es la carne del mejor carnicero, la mejor ternera, los mejores despieces, cómo escoger las mejores aves jóvenes, la sazón adecuada a las distintas verduras, cómo asar, cómo hervir y escaldar, y cómo aliñar». DILLY: «La *Cocina* de la señora Glasse, que es la mejor, la escribió el doctor Hill. Eso lo sabe la mitad del gremio».^[138] JOHNSON: «En fin, señor. Es buena muestra de que el asunto de la cocina lo aborda mejor que nadie un filósofo, aunque dudo mucho que el libro lo haya escrito el doctor Hill, ya que en la *Cocina* de la señora Glasse, que he ojeado bastante, se habla a menudo de la sal de roca y la sal prunela como si fueran sustancias distintas, si bien la sal prunela no es más que sal de roca braseada al carbón, cosa que Hill de ninguna manera podía ignorar. Ahora bien, como un libro como éste se halla confeccionado en su mayor parte con transcripciones, es posible que el error sea debido a un simple descuido. ¡Pero ya verán ustedes qué libro de cocina he de hacer! Acordaré con el señor Dilly la cesión para la explotación del derecho de autor». SEÑORITA SEWARD: «Eso sí que sería como Hércules con la rueda». JOHNSON: «No, señora mía. Las mujeres muy bien saben hilar, pero no se les da nada bien hacer un buen libro de cocina».

JOHNSON: «¡Por cierto, señor Dilly! Debe usted saber que un monje benedictino inglés, de París, ha traducido las *Memorias del Duque de Berwick* del original francés, y me ha enviado copia para que le procure su venta. Se las ofrecí a Strahan, quien me las devolvió con esta respuesta: “Que el primer libro que había publicado fue la *Vida del Duque de Berwick*, con el que había perdido dinero, de modo que detestaba el nombre”. Con toda honestidad le digo que Strahan las ha rechazado, pero también le aseguro con toda honestidad que lo ha hecho sin ningún fundamento, ya que ni siquiera se ha dignado hojearlas». DILLY: «¿Y están bien traducidas, señor?». JOHNSON: «Desde luego que sí, señor: muy bien, diría yo, en un estilo muy de ahora, y muy claro. He escrito al benedictino para que me responda a dos cuestiones: una, qué prueba tenemos de que las cartas sean auténticas, ya que si no lo son no valen nada; dos, cuánto falta para que se publique el original francés, pues si la edición francesa tarda un tiempo considerable en aparecer, la traducción tendrá casi el mismo valor que un libro original. Serían dos volúmenes en octavo; estoy dispuesto a corregir cada pliego según salga de la imprenta». El señor Dilly declaró su deseo de verlas, y

dijo que mandaría un propio a recogerlas. Preguntó al doctor Johnson si estaba dispuesto a ponerles un prefacio. JOHNSON: «No, señor. Los benedictinos han sido muy amables conmigo, pero no mezclaré mi nombre con ellos. Los presentaré ante el mundo, y que ellos aprovechen su ocasión tal cual les sale al paso». DOCTOR MAYO: «Por favor, señor, díganos: ¿son auténticas las cartas de Ganganelli?». JOHNSON: «No, señor. Voltaire formuló al editor de las mismas la misma pregunta que le hice yo a Macpherson: ¿dónde están los originales?». [c112]

La señora Knowles se quejó con afectación de que los hombres disfrutaban de mucha mayor libertad que las mujeres. JOHNSON: «Pero, señora, las mujeres gozan de cuanta libertad desearían tener. Nosotros soportamos todo el trabajo y todo el peligro, y las mujeres corren con todas las ventajas. Somos marinos, construimos las casas... En una palabra, hacemos lo que sea para pagar nuestros galanteos con la mujer». SEÑORA KNOWLES: «Razona el doctor con mucho ingenio, pero no me parece muy convincente. Tomemos por ejemplo el caso de la construcción: la mujer del albañil, si la ven con frecuencia darse a la bebida, se desprestigia; el albañil puede en cambio emborracharse tantas veces como quiera sin que le pase nada; es más, puede dejar que su mujer e hijos mueran de hambre, sin que pase nada». JOHNSON: «Señora, debe usted reparar en que si el albañil se emborracha y consiente en que su mujer e hijos pasen hambre, la parroquia le obligará a que garantice el mantenimiento de aquéllos. Tenemos diferentes fórmulas para poner trabas al mal. Grilletes y cepos para los hombres, una silla de chapuzar para las mujeres, corrales para las bestias. Si exigimos mayor perfección en las mujeres que en nosotros mismos, ello es tanto como hacerles un honor. Y las mujeres no tienen las mismas tentaciones que nosotros; pueden vivir siempre con personas virtuosas, mientras que los hombres hemos de mezclarnos con todo el mundo, sin la opción de escoger a nuestros acompañantes. Si una mujer no tiene inclinación al mal, resguardarse de él no entraña coerción ninguna. Tengo plena libertad de arrojarme al Támesis, pero si fuese yo a hacerlo mis amigos me lo impedirían y yo les quedaría agradecido». SEÑORA KNOWLES: «Sin embargo, no puede dejar de parecerme una injusticia que se tenga mayor indulgencia con los hombres que con las mujeres. Esto da a los hombres una superioridad para la que no encuentro razón alguna». JOHNSON: «Es evidente, señora, que uno u otro ha de tener superioridad. Como dice Shakespeare, “si dos hombres montan en un caballo, uno tiene que ir detrás”». DILLY: «Supongo, señor, que la señora Knowles pondría a uno a cada lado, cada cual en un serón». JOHNSON: «En tal caso, el caballo daría con los dos por tierra». SEÑORA KNOWLES: «Bien, pues confío que en el otro mundo los sexos sean iguales». BOSWELL: «Mucha ambición es ésa, señora. Lo mismo podríamos querer nosotros que se nos igualara con los ángeles. Espero y deseo que todos seamos felices en el más allá, pero no debemos contar con ser todos felices en el mismo grado, pues ya sería bastante si fuéramos felices según nuestras respectivas capacidades. Un carretero digno irá al Cielo lo mismo que sir Isaac Newton. No obstante, aunque sean

buenos por igual no gozarán de la felicidad en el mismo grado». JOHNSON: «Probablemente, no».

Acerca de este asunto ya lo había sondeado yo en una ocasión, para lo cual mencioné la imagen que propuso el difunto reverendo Brown, conocida como la imagen de Utrecht, según la cual un vaso grande y un vaso pequeño, aun estando llenos por igual, no contienen la misma cantidad, observación que esgrimió para refutar el dicho de David Hume, en el sentido de que una joven que va a un gran baile con un espléndido vestido nuevo es tan feliz como un gran orador tras pronunciar un discurso elocuente y aplaudido. Luego de pararse a pensar un poco, dijo Johnson:^[139] «Yo estoy con el clérigo». Como muestra de esta clase de coincidencias de pensamiento, el señor Dilly me dijo que el doctor King, ministro disidente que ejerció en Londres, ya difunto, a propósito de la felicidad que en el más allá haya de corresponder a los hombres buenos según sus capacidades, le dijo lo siguiente: «Un barreño no contiene lo mismo que una bañera, pero si ha de estar lleno por igual, no tendrá motivo de queja. Cada santo en el Cielo gozará de toda la felicidad de que sea capaz de gozar». Al señor Dilly se le antojaba una clara, bien que familiar ilustración del dicho: «Una estrella de otra difería por su brillantez».^[c113]

Como el doctor Mayo preguntara a Johnson su opinión acerca de la *Visión de las pruebas internas de la religión cristiana*, de Soame Jenyns, éste contestó: «Me parece un libro muy bonito. No es muy teológico, desde luego, y parece tener una afectación de descuido y de despreocupación un tanto fuera de lugar, como si a su talante no le cuadrara el ponerse muy serio acerca de estas cuestiones». BOSWELL: «Es posible que se lo haya propuesto con el fin de mejor introducir su libro entre los gentiles, quienes pueden ser reacios a leer un tratado grave y sesudo en exceso. Hay en esta época una levedad generalizada. Ahora mismo, incluso hay médicos que gastan peluca con redecilla, luego ¿por qué no íbamos a tener teólogos displicentes y etéreos, al menos un tanto menos solemnes de apariencia que antes?». JOHNSON: «Es posible que la intención de Jenyns sea la que usted apunta». BOSWELL: «A usted, señora Knowles, sin duda le gustaría este libro, no en vano sostiene, al igual que sus amigos, que la valentía no es virtud cristiana». SEÑORA KNOWLES: «Desde luego, en eso me gusta, pero no puedo estar de acuerdo con él cuando dice que la amistad tampoco es virtud cristiana».^[a nota 175, Vol. III] JOHNSON: «En términos estrictos, señora, Jenyns tiene toda la razón. Toda amistad consiste en preferir los intereses de un amigo frente el descuido de otros, e incluso frente a los intereses de otros, de modo que, como dice un viejo proverbio griego, “quien tiene amigos no tiene un amigo”. El cristianismo recomienda una benevolencia universal, considerando a todos los hombres hermanos nuestros, lo cual es contrario a la virtud de la amistad tal como la describen los filósofos antiguos. No cabe duda, señora, de que su secta tiene que ver esto con buenos ojos, no en vano llaman amigos a todos los hombres». SEÑORA KNOWLES: «Se nos ha encomendado hacer el bien a todos los hombres, “aunque en especial a

quienes son de la casa de la fe”». [c114] JOHNSON: «Bien, señora. La casa de la fe es suficientemente amplia». SEÑORA KNOWLES: «Sin embargo, doctor, nuestro Salvador tuvo doce apóstoles, si bien entre ellos hubo uno al que amó. A Juan se le llamaba “el discípulo al que Jesús amó”». [c115] JOHNSON (con un benigno centelleo en la mirada): «Muy bien, señora. Lo ha dicho usted muy bien». BOSWELL: «Excelente ejemplo. Díganos una cosa, señor: ¿se le había ocurrido alguna vez a usted?». JOHNSON: «No, no se me había pasado por la cabeza».

De este agradable tema de conversación, sin saber yo cómo ni por qué, en súbita transición, pasó a otro en el que adoptó una actitud agresiva e incluso violenta, pues dijo de repente: «Deseoso estoy de amar a la humanidad toda, excepto a un americano». Y su inflamable y agitada disposición estalló en un fuego espantoso, en el que «resopló amenazas y peligros», [c116] llamándolos «bribones, piratas, ladrones». Y exclamó que «los quemaría y los destruiría a todos». La señorita Seward, mirándolo con extrañeza, aunque sin perder la serenidad, le dijo: «Éste es un ejemplo, señor, de que siempre somos más violentos con aquellos a quienes hemos injuriado». Todavía aumentó su cólera este reproche delicado y agudo, y tuvo otro estallido tremendo de furor, que uno diría que pudo oírse incluso en la otra orilla del Atlántico. Durante toda esta tempestad me sentí muy molesto y lamenté su acalorada iracundia, hasta que poco a poco desvié su atención hacia otros asuntos.

DOCTOR MAYO (al doctor Johnson): «Dígame, señor: ¿ha leído usted a Edwards, de Nueva Inglaterra, a propósito de la gracia divina?». JOHNSON: «No, señor». BOSWELL: «Me dejó sumamente perplejo en cuanto a la cuestión de la libertad de la voluntad humana, al afirmar, con un ingenio de una agudeza maravillosa, que todos somos movidos por una serie de motivos a los que no podemos ofrecer resistencia ninguna, tanto que el único remedio que se me ocurrió fue olvidarlo». MAYO: «Pero traza una adecuada distinción entre la necesidad física y la necesidad moral». BOSWELL: «Por desgracia, señor, ambas terminan por ser una y la misma cosa. Se hallará usted tan atado por unas cadenas forradas de cuero como cuando el hierro asoma. El argumento a favor de la necesidad moral de los actos humanos siempre se fortalece, según tengo observado, por la suposición de que la presciencia universal es uno de los atributos de la divinidad». JOHNSON: «Más que de la presciencia, está uno seguro de que es libre; más certeza tenemos de que podemos levantar o no un dedo, según nos plazca, que de cualquier conclusión que proceda de un razonamiento deductivo. Examinemos sin embargo con un poco más de sosiego la objeción de la presciencia. Es seguro que esta noche voy a mi casa o no voy; eso no impide que ejerza mi libertad en la elección». BOSWELL: «El hecho de que sea seguro que usted vaya a ir a su casa o no vaya a ir, ciertamente, no impide que ejerza su libertad, porque la libertad de elección entre ambas opciones es compatible con esa certeza. Ahora bien, si uno de esos acontecimientos fuera cierto en este instante, no tendría usted ningún futuro poder de volición. Si es cierto que usted irá a su casa esta noche, tiene que ir a su casa, y no

hay más que hablar». JOHNSON: «Si tengo yo cierta familiaridad con un hombre, puedo juzgar con mayor probabilidad de acierto la forma en que actuará en cada caso, sin que ese juicio mío le suponga a él la menor restricción. Dios puede disponer de esa probabilidad incrementada hasta ser certeza absoluta». BOSWELL: «Cuando aumenta y llega a ser certeza, la libertad deja de existir, porque no puede saberse de antemano, con total certeza, lo que no es todavía cierto en el momento, pero si es cierto en el tiempo es una contradicción en los términos el sostener que puede haber con posterioridad cualquier contingencia que dependa del ejercicio de la voluntad o de cualquier otra cosa». JOHNSON: «Toda la teoría es contraria al libre albedrío; toda la experiencia obra a su favor». No seguí adelante con el asunto. Me alegró encontrarlo tan templado en la discusión de una cuestión de naturaleza sumamente abstracta, en la que se hallaban implicados una serie de dogmas teológicos que por lo general no soportaba en modo alguno que fueran puestos en tela de juicio.^[140]

Como de costumbre, defendió el lujo. «No es posible gastar dinero en lujos sin que redunde en beneficio de los pobres. Al contrario: más se les beneficia gastando en lujos, pues se les anima así a ser industriosos, que dándoles limosna, lo cual los mantiene inactivos. Reconozco, desde luego, que puede ser mayor la virtud de dar dinero de inmediato en obras de caridad que la de gastar en lujos, aunque en eso puede haber también un punto de orgullo». La señorita Seward preguntó si no era ésa la doctrina de Mandeville,^[a nota c22, Vol. III] de «los vicios privados y los públicos beneficios». ^[c117] JOHNSON: «La falacia de ese libro estriba en que Mandeville no define ni los vicios ni los beneficios. Cuenta entre los vicios todo aquello que procura placer. Adopta la visión más estrecha en su sistema de la moralidad, una moralidad monástica, según la cual el placer mismo es vicio, como lo es el ponerle sal al pescado, porque así sabe mejor, y cuenta la riqueza entre los públicos beneficios, lo cual de ningún modo es siempre verdad. El placer en sí mismo no es un vicio. Tener un jardín, lo cual como todos sabemos es perfectamente inocente, es un gran placer. Al mismo tiempo, en este estado del ser son muchos los vicios placenteros que resultan tan inmediatamente agradables que a duras penas podemos abstenernos de ellos. La felicidad del Cielo consistirá en que placer y virtud tengan plena concordancia. Mandeville propone el caso de un hombre que se embriaga en una taberna, y dice que con ello surte un público beneficio, porque así es mucho el dinero que va a parar a manos del público. Sin embargo, ha de considerarse que todo el bien que así se obtiene, mediante la gradación del tabernero, el cervecero y el agricultor, se desequilibra con el mal que con su embriaguez causa el hombre a su familia y a sí mismo. Ésa es la manera de poner a prueba lo que es o no es vicioso, calibrando si en conjunto acarrea más beneficios que perjuicios, siendo en conjunto más perjudicial que beneficioso cualquier vicio; por ejemplo, un ladrón puede quitar dinero a su dueño y darle un empleo mejor. He aquí el beneficio que surte el vicio, aunque no el robo en cuanto tal, sino en cuanto trasvase de una propiedad. Leí a Mandeville hace

cuarenta, cincuenta años quizá. No me desconcertó; me abrió en gran medida a la vida misma. No, es claro que la felicidad de la sociedad depende de la virtud. En Esparta, el robo estaba permitido por consenso general; el robo, por lo tanto, no era delito, pero tampoco había seguridad, y es de ver qué vida tenían que llevar al carecer de la seguridad más elemental. Sin la verdad ha de producirse la disolución de la sociedad. Tal como son las cosas, es tan escasa la verdad que casi nos da miedo fiarnos de lo que oímos, pero ¡es de ver cómo serían las cosas si la falsedad se multiplicara por diez! La sociedad se aglutina en aras de la comunicación y la información; ahora me viene a la memoria el comentario de sir Thomas Browne: «¿Mienten los diablos? No. Si así fuera, no podría subsistir el Infierno»». [c118]

Hablando de la señorita —, [c119] dama de inclinaciones literarias, dijo así: «Me vi en la obligación de hablar con la señorita Reynolds, de hacerle saber mi deseo de que no me adulase tanto». Alguien intervino: «Adula a Garrick». JOHNSON: «Bien hace en adular a Garrick, y hace bien por dos razones: primero, porque el mundo entero está de su parte, no en vano lleva treinta años adulando a Garrick. En segundo lugar, porque el propio Garrick le compensa por su adulación. ¿Por qué iba a adularme a mí? Yo nada puedo hacer por ella. Que lleve sus adulaciones a mejor mercado. [c120] —Y, volviéndose a la señora Knowles—: Usted, señora, lleva toda la noche adulándome. Ojalá diera a Boswell un poco de esa misma medicina. Si conociera sus méritos tan bien como los conozco yo, se desharía en halagos con él. Es el mejor compañero de viaje que hay en el mundo».

Alguien habló de la denuncia que el reverendo señor Mason hizo del señor Murray, el librero, por haber insertado en una colección de *Poemas de Gray* sólo 50 versos, de los cuales Mason aún tenía la propiedad exclusiva de acuerdo con el estatuto aprobado en tiempos de la reina Ana; se dijo que Mason había perseverado en su denuncia, a pesar de que se le solicitó que fijara en sus propios términos la compensación apetecida. [141] Johnson manifestó con vehemencia su desagrado ante la conducta de Mason, aunque para dejar claro que no le sorprendía demasiado añadió: «Mason es un *whig*». SEÑORA KNOWLES (que no había entendido bien): «¿Cómo dice? ¿Un *prig*?». [c121] JOHNSON: «¡Peor aún, señora: un *whig*! Aunque, pensándolo bien, ¡es ambas cosas!».

Expresé el horror que me inspiraba la idea de la muerte. SEÑORA KNOWLES: «No, no tenga usted horror ninguno por lo que no es sino la puerta de la vida». JOHNSON (poniéndose en pie ante la chimenea y moviéndose de un lado a otro, con aire solemne, serio, un tanto lúgubre): «Ningún hombre pertrechado de raciocinio puede afrontar la muerte sin sentir una inquietante aprensión». SEÑORA KNOWLES: «Nos dicen las Escrituras que “los justos tendrán esperanza en la hora de la muerte”». JOHNSON: «Así es, señora; dicho de otro modo, no han de tener desesperanza. Pero repare en que esa esperanza de salvación ha de fundarse sobre los términos en que se nos promete que se nos ha de aplicar la intercesión del Salvador, esto es, la

obediencia, y si fallara la obediencia, de modo supletorio, el arrepentimiento. Ahora bien, dígame: ¿qué hombre puede afirmar que su obediencia ha sido tal como la que aprobaría en otro, o incluso en sí mismo, tras minucioso examen, o que su arrepentimiento no ha sido tal que le exija arrepentirse? Ningún hombre puede estar seguro de que mediante su obediencia y arrepentimiento haya de granjearse la salvación». SEÑORA KNOWLES: «Pero el alma puede tener una intuición de la aceptación divina». JOHNSON: «Señora, puede, aunque no seré yo quien bien piense de un hombre que en su lecho de muerte me diga que está seguro de acceder a la salvación. Un hombre no puede estar seguro de poseer la intuición de la aceptación divina, y menos aún puede asegurar a nadie que la posee». BOSWELL: «En tal caso, señor, hemos de contentarnos con reconocer que la muerte es algo terrible». JOHNSON: «Sí, señor. Yo al menos no me he aproximado a un estado desde el que se pueda considerar que no es terrible». SEÑORA KNOWLES (en apariencia gozosa de una plácida serenidad, en la persuasión de la benigna luz divina): «¿No dice San Pablo que “buena milicia he militado, acabado he la carrera, guardado he la fe, la corona de la justicia me está guardada”?».^[c122] JOHNSON: «Así es, señora, pero ése era un hombre inspirado, un hombre convertido a la fe por interposición de lo sobrenatural». BOSWELL: «Vista en perspectiva, la muerte es espeluznante; lo cierto es que bien vemos que las personas mueren con toda tranquilidad». JOHNSON: «Ciertamente, señor, la mayoría no ha pensado gran cosa en la cuestión, de modo que mucho no pueden decir, y se supone que mueren con toda tranquilidad. Son pocos los que tienen la certeza de que han de morir; quienes la tienen, se aprestan a afrontar la muerte con resolución, como el hombre condenado a la horca: no por eso es menos reacio a que lo ahorquen». SEÑORITA SEWARD: «Hay una modalidad del temor a la muerte que es ciertamente absurda: es el temor de la aniquilación, que no es sino una plácida adormición sin sueños». JOHNSON: «Ni es plácida ni es adormición: es nada. La mera existencia es mucho mejor que nada, a tal punto que cualquiera prefiere existir con dolor antes que no existir». BOSWELL: «Si la aniquilación fuera nada, la existencia en el dolor no es un estado comparable, sino un indudable mal, que yo no creo que nadie quiera elegir. En esto pido permiso para discrepar, pues disminuiría la esperanza que se pueda poner en un estado futuro, en la vida en el más allá, basándose en el argumento de que el Ser Supremo, que es tan bueno como es grande, ha de compensarnos en el más allá de los sufrimientos de esta vida presente. Y es que si la existencia, tal como actualmente la disfrutamos, es en comparación buena, no tenemos motivo de queja aun cuando ya no se nos diera más. Pero si nuestro único estado de existencia fuera el que vivimos en este mundo, no nos faltaría razón para quejarnos de estar insatisfechos con nuestros disfrutes, en comparación con nuestros deseos». JOHNSON: «La dama confunde la aniquilación, que es nada, con la aprensión que nos produce, que es terrible. El horror de la aniquilación consiste en la aprensión que produce».

De John Wesley dijo: «Sabe hablar bien de cualquier asunto». BOSWELL: «Dígame, señor: ¿qué ha sido de su historia del espectro?». JOHNSON: «Pues que sigue convencido de su veracidad, aunque no tenga pruebas suficientes. No dedicó tiempo suficiente a examinar a la muchacha. Fue en Newcastle donde se decía que el espectro se había aparecido varias veces a una muchacha, a la que dijo algo sobre el derecho que tenía a una casa vieja, e indicó que se debía recurrir al fiscal, como en efecto se hizo, aunque dijo al mismo tiempo que el fiscal no movería un dedo, cosa que resultó cierta. “Esto —dice John— es buena prueba de que el espectro conoce nuestros pensamientos”. Yo no creo —añadió riendo— que sea necesario afirmar que el espectro conoce nuestros pensamientos para asegurar que no pocas veces el fiscal no ha de mover un dedo. Charles Wesley, que es un hombre más inmovilista, no da crédito a la historia. Lamento que John no se preocupara de indagar un poco más en la realidad del asunto, en busca de las pruebas pertinentes». SEÑORITA SEWARD (con una sonrisa de incredulidad): «Vamos, señor, ¡preocuparse por un fantasma...!». JOHNSON (con vehemencia y solemnidad): «Así es, señorita: he aquí una cuestión que luego de cinco mil años aún está por dirimir, una cuestión, sea en Teología, sea en Filosofía, que sigue siendo de las más importantes que pueden presentarse ante el entendimiento del ser humano».

Mencionó la señora Knowles a la señorita —, ^[c123] prosélita de la fe cuáquera. Era una muchacha muy conocida del doctor Johnson, por la que tenía un gran afecto, al tiempo que ella había sentido y seguía sintiendo un inmenso respeto por él. La señora Knowles aprovechó la ocasión para decirle que «la amable joven estaba apenada al saber que él se había disgustado porque dejó ella el seno de la Iglesia anglicana y abrazó una fe más sencilla», y del modo más suave y persuasivo solicitó su clemente indulgencia para lo que era una sincera cuestión de conciencia. JOHNSON (frunciendo el ceño con gran enojo): «Señora, es una odiosa mujerzuela. Ella no podía tener ninguna convicción verdadera de que fuera su deber mudar de religión, que es la más importante de todas las cuestiones, y que debe estudiarse con un esmero exquisito, y con todas las ayudas que se puedan allegar. De la Iglesia que ha abandonado no sabía ella más de lo que sabe acerca de la diferencia entre los sistemas copernicano y ptolemaico». SEÑORA KNOWLES: «Tenía el Nuevo Testamento ante sí». JOHNSON: «Señora mía, no estaba al alcance de la muchacha entender el Nuevo Testamento, que es el libro más difícil que hay, para cuya comprensión se requiere toda una vida de estudio». SEÑORA KNOWLES: «Es un libro claro en lo más esencial». JOHNSON: «Pero no en los puntos controvertidos. Los paganos se convirtieron con toda facilidad porque no tenían nada que abandonar, pero nosotros no debemos abandonar lo que tenemos sin un convencimiento realmente fuerte, y menos aún debemos abandonar la religión en la que se nos ha educado. Es la religión que se nos ha dado, la religión en que puede decirse que la Providencia nos ha situado. Quien viva conscientemente en esa religión puede salvarse. Ahora bien: el error es

realmente peligroso cuando uno yerra al elegir una religión por sí mismo». SEÑORA KNOWLES: «¿Hemos de obrar entonces por fe implícita?». JOHNSON: «Señora, la mayor parte de cuanto sabemos lo sabemos por fe implícita. En lo tocante a la religión, ¿hemos oído todo cuanto un discípulo de Confucio o un mahometano pueden decir acerca de la suya?». Volvió a acalorarse con gran pasión, y zahirió a la joven prosélita con los más severos reproches, de modo que ambas damas parecieron muy desconcertadas.^[142]

Seguimos juntos hasta que se hizo bastante tarde. A pesar de las ocasionales explosiones de violencia, todos estábamos en general encantados con Johnson. Yo lo comparé esta vez con un clima cálido de las Antillas, donde luce un sol espléndido, la vegetación es veloz en su crecimiento, el follaje exuberante, los frutos almibarados, pero donde el mismo calor reinante produce tormentas, relámpagos y terremotos en un grado realmente terrible.

El 17 de abril, Viernes Santo, visité a Johnson como de costumbre. Observé durante el desayuno que si bien formaba parte de su disciplina abstemia en este ayuno sumamente solemne no tomar leche con el té, cuando la señora Desmoulins se la sirvió por descuido no la rechazó. Hablé de la extraña indecisión del ánimo y de la imbecilidad presente en las ocurrencias comunes de la vida, que bien se puede observar en los demás. JOHNSON: «Caramba, señor: yo tengo por hábito que los demás me hagan ciertas cosas». BOSWELL: «¿Cómo! ¿Tiene usted esa debilidad?». JOHNSON: «Así es, señor, aunque luego siempre doy en pensar que yo mismo las habría hecho mejor».

Le dije que en casa de un caballero del que se pensaba que se concedía tales extravagancias o que incurría en tan mala administración que vivía muy por encima de sus ingresos, su señora había puesto reparos a que se trocease un mango encurtido, y que aproveché yo la oportunidad para preguntar por el precio del artículo, y descubrí que era de dos chelines, de modo que el ahorro habría sido nimio. JOHNSON: «Señor, ésa es la torpeza en la economía de quien es corto de entendederas. Es como obturar un solo agujero de un cedazo».

Expresé cierta inclinación por mi parte a publicar una relación de mis *Viajes* por el continente europeo, ya que poseía gran variedad de materiales recopilados. JOHNSON: «No diré yo, señor, que no deba publicar sus viajes, pero sí le adelanto mi opinión de que le harán desmerecer. ¿Qué puede usted decir de países tan de sobra conocidos como los que ha visitado usted en el continente?». BOSWELL: «Puedo armar una entretenida narración, con abundantes incidentes, anécdotas, *jeux d'esprit* y comentarios diversos, de modo que resulte una lectura muy placentera». JOHNSON: «Tenga presente, señor, que casi todos los viajeros modernos que han recorrido Europa y han publicado sus viajes han sido objeto de irrisión: no quisiera que se sume usted a tan gran número de incautos.^[143] Ya no se contenta el mundo meramente con entretenerse en el relato de un viajero:^[c124] aspira a aprender algo. Algunos de mis

amigos me han preguntado por qué no escribí una relación de mis viajes por Francia, y la razón es bien sencilla: los lectores inteligentes han visto Francia más y mejor que yo. A usted tal vez le habrían gustado mis viajes por Francia, y a los miembros del club tal vez les habrían entretenido, pero en conjunto habrían dado pie a mayor ridículo que a beneficio para nadie». BOSWELL: «No puedo estar de acuerdo con usted. Al público le gustaría leer lo que diga usted de lo que sea. Suponga que son cincuenta los pintores que antes han pintado un mismo retrato: nos gustaría pese a todo verlo pintado por sir Joshua». JOHNSON: «Cierto, señor, aunque no puede sir Joshua pintar un retrato si no tiene tiempo siquiera de mirar esa cara». BOSWELL: «Señor, cualquier clase de esbozo que él haga es valiosa. Por otra parte, y por hablarle con su propio estilo —alcé en este punto la voz y meneé la cabeza—, debiera usted habernos hecho una relación de sus viajes por Francia. Estoy persuadido de que la razón me asiste. Y punto redondo».

Le dije que ciertamente era verdad, como había observado mi amigo Dempster en la carta que me escribió sobre este particular, que gran parte del contenido de su *Viaje a las islas occidentales de Escocia* ya estaba en su intelecto antes de que partiera de Londres. JOHNSON: «Pues sí, señor, así es; los temas ya estaban ahí; los libros de viajes serán buenos en proporción a lo que tenga su autor previamente asentado en el magín, en proporción a su conocimiento de qué le conviene observar, a su capacidad de contrastar una forma de vida con otra. Como dice el proverbio español, “quien a casa quiere llevarse la riqueza de las Indias, la riqueza de las Indias ha de llevar consigo”. Así sucede al viajar: el hombre ha de llevar consigo el saber si aspira a volver de saber cargado». BOSWELL: «El refrán, señor, supongo que hace referencia a que el hombre que viaja ha de ir muy bien provisto para comerciar». JOHNSON: «Sí, señor».

Hacía un día delicioso: de camino a la iglesia de St. Clement, volví a comentar que Fleet Street formaba el panorama más animado, por bullicioso, del mundo. «Fleet Street —dije— es a mi entender más delicioso que Tempé». JOHNSON: «Ya lo creo, señor; pero compárela con Mull».

Ese día fue muy numerosa la congregación de St. Clemens, cosa que el doctor Johnson dijo haber observado con placer.

Y ahora me dispongo a relatar minuciosamente uno de los más curiosos incidentes de la vida de Johnson, del que él mismo ha hecho el siguiente apunte en su agenda: «A mi regreso de la iglesia me abordó en plena calle Edwards, un antiguo compañero de estudios al que no había visto desde 1729. Me reconoció y me preguntó si recordaba a un tal Edwards; al principio no me dijo nada el nombre, pero poco a poco, según paseábamos, me fue viniendo a la memoria, y le relaté una conversación que tuvo lugar entre ambos estando en una cervecería. Mi propósito es reanudar nuestra amistad».^[144]

Fue en Butcher Row donde tuvo lugar el encuentro. El señor Edwards, un anciano

de buena planta, con ropas grises y una peluca de abundantes rizos, abordó a Johnson con confianza y familiaridad, a sabiendas de quién era, mientras que éste hubo de corresponder a su saludo con cortesía y seriedad, como si fuera un desconocido. Sin embargo, en cuanto Edwards le ayudó a recordar que habían estado juntos en Pembroke College nada menos que cuarenta y nueve años antes, pareció muy complacido, le preguntó dónde vivía y le dijo que le gustaría verlo en Bolt Court. EDWARDS «¡Ay, amigo mío! ¡Ya estamos viejos!». JOHNSON: (a quien nunca le gustó pensar que hubiera envejecido): «No nos desanimemos». EDWARDS: «En fin, doctor: a usted se le ve fuerte y animoso. Me alegro mucho de verle, pues supe por los periódicos que se encontraba muy enfermo». JOHNSON: «Los periódicos siempre dicen mentiras acerca de nosotros los viejos».

Deseoso de estar presente en una conversación tan singular como sin duda había de ser la de dos compañeros de estudios que habían vivido cuarenta años en Londres sin haber topado el uno con el otro, dije a Edwards en un susurro que Johnson se encaminaba a su casa, y que sería buena cosa que lo acompañara sin más dilación. Edwards siguió camino con nosotros, de modo que con todo mi entusiasmo presté apoyo en sostener la conversación. Edwards informó a Johnson de que había trabajado mucho tiempo como procurador en la Cancillería, pero que ahora vivía en el campo, en una pequeña casa, con unos sesenta acres de terreno, cerca de Stevenage, en el condado de Hertford, y que cuando venía a Londres, generalmente dos veces por semana, se alojaba en Barnard's Inn, n.º 6. Como Johnson parecía estar como perdido en una ensoñación, Edwards se dirigía a mí al hablar, y se explayó entonces sobre los placeres de la vida en el campo. BOSWELL: «De eso no tengo yo idea, señor. Todo lo que en el campo tenga uno para entretenerse suele agotarse al cabo de media hora». EDWARDS: «Vamos, caballero. ¿No le gusta ver cómo se hacen realidad sus esperanzas? Yo veo crecer la hierba, veo crecer mi trigo y mis frutales. Ahora, por ejemplo, tengo gran curiosidad por ver si la escarcha no me ha mordido los frutales». JOHNSON (al que no supusimos que atendiera): «Ya ve, señor, que además de esperanzas que se hacen realidad tiene también sus temores». Así de bien sabía apreciar el conjunto, cuando cualquier otro no veía sino la mitad de la cuestión.

Cuando llegamos a casa de Johnson y nos sentamos en su biblioteca, el diálogo prosiguió de manera admirable. EDWARDS: «Recuerdo que no nos permitía usted decir *prodigioso* cuando estudiábamos en la universidad.^[c125] También entonces, señor mío —añadió dirigiéndose a mí—, era delicado en cuanto al uso del lenguaje, y todos le temíamos».^[145] JOHNSON (a Edwards): «Por la profesión a que tanto tiempo se ha dedicado, es de suponer que es usted rico». EDWARDS: «No; gané bastante dinero, desde luego, pero tenía muchos parientes pobres o venidos a menos, a quienes di gran parte de mi fortuna». JOHNSON: «Señor, en tal caso ha sido usted rico en el sentido más valioso del término». EDWARDS: «Pero no he de morir siendo rico». JOHNSON: «Desde luego, mejor es vivir siendo rico que morir siéndolo». EDWARDS: «Yo desearía

haber seguido en el colegio». JOHNSON: «¿Por qué?». EDWARDS: «Porque pienso que habría tenido así una vida más llevadera que la que he tenido. Habría sido párroco, habría tenido una buena forma de ganarme la vida, como Bloxham y unos cuantos más, y habría vivido cómodamente». JOHNSON: «La vida de un párroco, o de un clérigo que ejerza su profesión a conciencia, nada tiene de fácil. Siempre he considerado a un clérigo como el padre de una familia mucho mayor de la que podría mantener. Preferiría tener en mis manos los pleitos de la Cancillería que la cura de las almas. No, señor; no envidio yo la vida de un clérigo, no me parece nada fácil, ni envidio siquiera al clérigo que haga de ella una vida fácil». En este punto se interrumpió bruscamente y exclamó: «¡Ah! ¡Edwards! ¡Ahora sí voy a convencerle de que le recuerdo, y de que le recuerdo muy bien! ¿Se acuerda usted de cuando estábamos bebiendo juntos en una cervecería cercana a Pembroke Gate? En aquel momento me hablaba usted de un muchacho de Eton que, cuando nos pusieron como ejercicio los versículos que tratan sobre la conversión del agua en vino por obra de nuestro Salvador, redactó un solo verso, que fue objeto de grandísima admiración: “*Vidit et erubuit lympha pudica DEUM*”.^[146] Y yo le comenté otro verso muy bello, de *Los restos* de Camden, un elogio de uno de nuestros reyes al que sucedió su hijo, príncipe de igual mérito: “*Mira cano, Sol occubuit, nox nulla secuta est*”».

EDWARDS: «Es usted todo un filósofo, doctor Johnson. También yo en mis buenos tiempos intenté filosofar, pero no sé bien cómo se daba el caso de que la jovialidad siempre lo impregnaba todo». Burke, Reynolds, Courtenay, Malone y, a decir verdad, todos los hombres eminentes a los que he referido esto, lo han tenido por un exquisito rasgo de carácter. Lo cierto es que la Filosofía, al igual que la religión, se supone con demasiada frecuencia, por no decir que se supone en general, ha de ser hosca y severa, o al menos ir dotada de una gravedad que excluya toda alegría.

EDWARDS: «Me he casado dos veces, doctor. Usted, me imagino, nunca habrá sabido qué es tener esposa». JOHNSON: «He sabido qué era tener esposa, y —con tono solemne, tierno, trémulo— he sabido qué era el perderla. Por poco no se me rompió el corazón».

EDWARDS: «¿Y cómo vive usted, señor? Yo personalmente he de tomar las comidas de manera regular, con un vaso de buen vino. He descubierto que lo necesito». JOHNSON: «Yo ahora nunca bebo vino. Al comienzo de mi vida bebí vino; durante muchos años no bebí nada; luego, durante otros cuantos, bebí en exceso». EDWARDS: «Unos cuantos toneles, a buen seguro». JOHNSON: «Tuve entonces una grave enfermedad, de modo que lo dejé y nunca más he vuelto a beber. Nunca he sentido la menor diferencia por comer una cosa en lugar de otra, ni porque haga un tiempo determinado, y no otro. Hay personas, tengo entendido, que acusan esa diferencia, pero no soy yo una de ellas. En cuanto a la regularidad de las comidas, he ayunado de domingo a martes sin sentir la menor inconveniencia. Creo que lo mejor es comer cuando uno tiene hambre y según el hambre que tenga; sin embargo, el

hombre que ha de atender sus negocios, o que tiene familia, precisa comer a horas bien determinadas. Yo soy un vagabundo. Podría abandonar esta ciudad e irme a El Cairo sin que nadie me echara en falta aquí y nadie reparase en mí una vez allá». EDWARDS: «¿No suele cenar usted?». JOHNSON: «No, señor». EDWARDS: «Yo, por mi parte, considero la cena un peaje que he de pagar antes de retirarme a dormir».^[147]

JOHNSON: «Usted es abogado, señor Edwards. Los abogados conocen los aspectos prácticos de la vida. Un hombre libresco debería tener siempre a mano abogados con los cuales conversar. Poseen todo cuanto necesita». EDWARDS: «He envejecido: tengo sesenta y cinco». JOHNSON: «Yo cumpliré sesenta y ocho. Vamos, señor; bebamos agua, y aspiremos a llegar a los cien».

Edwards habló de un caballero que había legado toda su fortuna a Pembroke College. JOHNSON: «Que sea o no correcto legar toda la herencia que uno tenga a un colegio universitario, es algo que de las circunstancias depende. De una fortuna que yo legara a un colegio, dejaría los intereses a mis parientes o amigos de por vida. A un colegio, que es una sociedad permanente, lo mismo le da recibir ese dinero ahora que veinte años después, y yo desearía que mis parientes o amigos se sintieran beneficiados de él».

Esta entrevista vino a confirmar mi opinión de que Johnson era un hombre de corazón sumamente humanitario y benévolo. Su cordial y amable conducta con un antiguo compañero de estudios, un hombre sumamente distinto de él, al cual dijo que iría a verle a su casa de campo, fueron muestra de una condescendencia poco común a edad avanzada. «¡Qué maravilloso —observó— es reparar en que ambos hemos estado en Londres a lo largo de cuarenta años, callejeando los dos, sin habernos tropezado nunca!». Al marcharse, Edwards volvió a aludir a su conciencia de la senilidad, y mirando a Johnson a la cara le dijo: «Hallará en los *Pensamientos nocturnos* del doctor Young aquello de “¡Oh, mis coetáneos, ruinas de vosotros mismos!”».

A Johnson no le supo nada bien la alusión; negó con la cabeza, con evidente impaciencia. Edwards se marchó, aparentemente muy satisfecho por el honor de que el doctor Johnson lo tuviera presente en la memoria. Cuando se hubo ido, dije a Johnson que me parecía un hombre vulgar. JOHNSON: «Sí. He aquí a un hombre que ha pasado por la vida sin adquirir experiencia; sin embargo, lo prefiero antes que a un hombre más razonable, pero que no habla con esa presteza. Éste siempre está dispuesto a decir lo que tenga que decir». No obstante, el doctor Johnson no siempre tuvo esa buena disposición que tanto elogió en otros, y a mi juicio con justicia, pues ¿quién no ha sentido el penoso efecto del vacío mortal cuando se produce un silencio absoluto en una reunión, durante el tiempo que sea, o bien, lo cual es igual de malo, caso de que no sea peor, cuando la conversación se sostiene a trancas y barrancas, con perpetuos esfuerzos para que no decaiga?».

Johnson me dijo una vez: «Tom Tyers es quien mejor me ha descrito: “Señor —

me dijo—, es usted como un espectro, pues nunca dice nada mientras no se le diga algo”».

El caballero a quien de modo tan familiar se había referido era el señor Thomas Tyers, hijo de Jonathan Tyers, fundador de ese excelente lugar para el público esparcimiento que son los Jardines de Vauxhall,^[a nota c25, Vol. IV] que siempre habrán de ser cual una finca para su propietario, puesto que se hallan particular y exquisitamente adaptados al público de la nación inglesa, ya que contienen una bonita mezcla de muestras: alegres exposiciones, música vocal e instrumental, no demasiado refinada para el oído del público en general, por todo lo cual sólo se paga un chelín de entrada,^[148] y por último, aunque no sea lo de menos, buena comida y buena bebida para quienes prefieran concederse tales lujos. El señor Thomas Tyers se educó para ejercer la profesión de abogado, pero al ser dueño de una bonita fortuna, tener un temperamento vivaz y estar dotado de una excentricidad no desdeñable, no quiso circunscribirse a la monótona regularidad de la abogacía. Por lo tanto, se echó a recorrer mundo con placentera despreocupación, entreteniéndolo a todo hijo de vecino con su nada sistemática conversación. Abundaba en anécdotas, aunque no era suficientemente atento a la exactitud de lo narrado. Por consiguiente, no quiero yo aventurarme a recurrir demasiado al esbozo biográfico de Johnson que publicó, pues no pasa de ser uno más entre los de muchas personas de notable ambición que han querido adherir su nombre al de mi ilustre amigo.^[c126] El esbozo en cuestión, sin embargo, es una pequeña y amena colección de fragmentos. Los que publicó sobre Pope y Addison tienen mayor mérito, aunque su fama descansa ante todo en su *Reuniones políticas*, en las que introduce a varias personalidades de peso que expresan sus sentimientos en forma de diálogo, con lo que descubre una considerable porción de conocimientos, variada erudición y discernimiento de los personajes. Todo esto puedo y debo decir de un hombre que fue sumamente atento conmigo, y que tuvo trato amable y fácil con el doctor Johnson, tanto como el que más de sus muy numerosos conocidos.

El señor Edwards me había dicho en un aparte que el doctor Johnson debiera haberse dedicado a ejercer una profesión liberal. Le repetí a Johnson la observación, con el fin de conocer sus propios pensamientos al respecto. JOHNSON: «Mejor habría sido, señor, que me dedicara a una profesión liberal. Yo tendría que haber sido abogado». BOSWELL: «No creo yo que hubiera sido el mejor. En tal caso, nos habríamos quedado sin el *Diccionario*». JOHNSON: «Pero habrían tenido ustedes mis relaciones de pleitos, causas y procesos». BOSWELL: «Desde luego, aunque no habría existido otro escritor capaz de compilar el *Diccionario*. Han sido numerosos los buenos jueces. Suponga que hubiera llegado usted a lord canciller. Habría manifestado opiniones jurídicas con mayor amplitud de miras y conocimientos más profundos, y de manera más ornada, creo yo, que tal vez ningún otro canciller de cuantos han sido, o de cuantos puedan ser. Ahora bien, creo que se han resuelto los

litigios de modo tan juicioso como los hubiera resuelto usted». JOHNSON: «Sí, señor. La propiedad se ha sentenciado todo lo bien que cabe esperar».

Johnson, no obstante, tenía una noble ambición que flotaba en su ánimo, y sin ningún género de dudas había especulado a menudo sobre la posibilidad de que su capacidad contrastada y su eminencia suma fueran acreedoras de recompensa, en este país grande y liberal, mediante los más altos honores que concede el Estado. Sir William Scott me informa de que, a la muerte del difunto lord Lichfield, que fue rector de la Universidad de Oxford, dijo a Johnson: «Qué lástima, señor, es que no se haya dedicado usted a la profesión de las leyes. Bien podría haber sido lord canciller de Gran Bretaña, y así habría alcanzado la dignidad de ostentar un título nobiliario; ahora que el título de Lichfield, su localidad natal, ha quedado vacante, podría usted haberlo ostentado». Al enterarse de esto, Johnson pareció muy agitado, y repuso con gran enojo: «¿Por qué me incordia usted sugiriéndome una cosa así, ahora que ya es demasiado tarde?».

Sin embargo, nunca guardó el menor rencor ante la prosperidad ajena. El difunto doctor Thomas Leland refirió al señor Courtenay que cuando Edmund Burke mostró a Johnson su espléndida mansión y sus tierras cerca de Beaconsfield, Johnson dijo sin alteración del ánimo: «*Non equidem invideo; miror magis*». [149]

Ahora bien, no hubo nadie que tuviera la dignidad de la literatura en tan elevado concepto como la tuvo Johnson, ni hubo nadie tan resuelto a preservar el respeto que en justicia consideraba le era debido. De esto, amén del tenor general de su conducta en sociedad, cabe aducir algunos ejemplos.

Dijo a sir Joshua Reynolds que una vez en que almorzó con una nutrida concurrencia de librereros, siendo muy reducido el comedor en que se hallaban, y estando la cabecera de la mesa que él ocupaba demasiado cercana al fuego de la chimenea, soportó con tesón las considerables incomodidades debidas al calor antes que ceder su sitio y permitir que uno de ellos ocupara el lugar de preeminencia por encima de él.

Goldsmith, con su graciosa candidez, se quejó un día, en una reunión compuesta por personas muy variadas, de lord Camden. «Lo conocí —dijo— en la casa de campo de lord Clare, y no me prestó más atención que si hubiera sido yo un hombre cualquiera». Como la concurrencia rió de buena gana, Johnson acudió en defensa de su amigo. «Señores, el doctor Goldsmith tiene razón. Un noble caballero ha de tener la debida consideración con un hombre como Goldsmith, y creo que dice mucho en contra de lord Camden el que lo haya desdeñado».

Tampoco podía soportar con paciencia que los respetos que él consideraba debidos únicamente a las más altas cualidades intelectuales fueran concedidos a hombres de talento bastante más escaso, aunque acaso más entretenidos. Le dije que una mañana, yendo a almorzar con Garrick, quien estaba muy orgulloso de la amistad que tenía con lord Camden, me había dicho: «Dígame, ¿se encontró usted con un abogadete que doblaba la esquina?». «Pues no —le dije yo—. Y le ruego que me

explique qué significa esa pregunta». «Verá —respondió Garrick con afectada indiferencia, aunque como quien camina de puntillas—: es que lord Camden acaba de despedirse de mí en este momento. Hemos dado juntos un largo paseo». JOHNSON: «Bien, señor, Garrick ha hablado con toda propiedad. Lord Camden era un abogadete si pretendía relacionarse con un cómico y tratarlo con tanta familiaridad».

Sir Joshua Reynolds observó, con gran exactitud, que Johnson consideraba a Garrick como si fuera de su exclusiva propiedad. No consentía que nadie censurase ni elogiase a Garrick en su presencia sin llevarle la contraria.

Habiéndose precipitado en un estado de ánimo de seriedad extrema, en el cual intercambiamos mutuas expresiones de amabilidad, tanta que sería vanidad por mi parte repetir las aquí, hablé de la triste e inevitable certeza de que uno había de sobrevivir al otro. JOHNSON: «Sí, señor. Ésa es una consideración que me afecta. Recuerdo que Swift, en una de sus cartas a Pope, dice que “tengo la intención de acercarme, de modo que podamos vernos una vez más, y que cuando nos despedamos sea como sucede a cualquier ser humano”». BOSWELL: «La esperanza de que podamos volver a ver a nuestros amigos difuntos ha de prestar algún soporte al ánimo». JOHNSON: «Desde luego, señor; así es». BOSWELL: «Es extraña la reticencia que se tiene al despedirse de la vida, independientemente de los serios temores que nos inspire el futuro en el más allá. Un reverendo amigo nuestro —al que nombré— dice que siente una gran inquietud ante la sola idea de abandonar su casa, su estudio, sus libros». JOHNSON: «Eso es una solemne majadería por parte de *****. No tiene el hombre por qué estar inquieto sobre tal fundamento, ya que, mientras conserve su conciencia intacta, bien puede decir, con el filósofo, *Omnia mea mecum porto*». ^[c127] BOSWELL: «Muy cierto, señor: podemos llevar nuestros libros en la cabeza, pero sigue habiendo pese a todo algo doloroso en el pensamiento de abandonar ya para siempre lo que nos ha procurado placer. Recuerdo que hace muchos años, cuando era calurosa mi imaginación, y me hallaba por casualidad melancólico de ánimo, me inquietaba pensar en adentrarme en un estado del ser en el que no existiera la poesía de Shakespeare. Una dama a la que mucho admiraba yo entonces, una mujer de trato muy afable, me siguió la corriente y luego me alivió al decirme lo siguiente: “Lo primero que haya de encontrar en el otro mundo será un elegante volumen que contenga los poemas de Shakespeare, y que le será entregado como obsequio de bienvenida”». El doctor Johnson se sonrió benignamente, y no pareció que reprobase el concepto.

Fuimos de nuevo por la tarde a la iglesia de St. Clement y volvimos a tomar té y café en la estancia de la señora Williams; la señora Desmoulins hizo los honores en la mesa del té. Me fijé en que ni siquiera echó un vistazo a las galeradas de su *Vida de Waller*, siendo Viernes Santo.

El señor Allen, impresor, trajo un tratado de agricultura que acababa de imprimir, y que pronto tenía pensado distribuir. Tratábase de un trabajo sumamente raro, pues

el autor había mezclado en él sus pensamientos sobre temas diversos junto a sus comentarios sobre el arado de la tierra, la siembra y otras operaciones agrarias. Parecía ser un individuo absurdo en su querencia por lo profano, y había introducido en su libro muchas burlas sobre la religión, con idéntica presunción e ignorancia. El doctor Johnson me permitió leer unos cuantos pasajes en voz alta. En uno declaraba su resolución de trabajar los domingos, como en efecto decía hacer, aunque reconocía que le invadía por ello una débil compunción, y añadía esta reflexión tan curiosa: «Nací en las parameras de la cristiandad, y los brezos y espinos aún penden de mi persona». El doctor Johnson no pudo contener la risa ante tan ridícula imagen, si bien le había enojado la impiedad del individuo. «Sea como fuere —dijo—, los autores de las reseñas lo obligarán a ahorcarse». Observó sin embargo que «antiguamente podía obtenerse una dispensa para faenar los domingos durante la siega». En efecto, en la observancia del ritual, si fueran todos los ministros de la religión como debieran, y muchos de hecho son, tal licencia estaría sabiamente salvaguardada por la Iglesia.

El sábado 14 de abril tomé el té con él. Alabó al difunto señor Duncombe, de Canterbury, de quien dijo que era un hombre de trato exquisito. «Venía a verme a menudo. No es que yo buscara su compañía. Nunca he buscado yo el trato con nadie». BOSWELL: «Con lord Orrery, sí». JOHNSON: «No, señor; nunca fui a verle, salvo cuando mandaba un coche a recogerme». BOSWELL: «¿Y Richardson?». JOHNSON: «Sí, desde luego. Pero a quien más busqué y frecuté fue a George Psalmanazar. Me reunía con él a menudo en una taberna de la City».

Me alegra reseñar otro ejemplo, que descubrí yo, de su búsqueda del trato con otro hombre de mérito. Poco después de que el honorable Daines Barrington publicase sus excelentes *Observaciones sobre los estatutos*, Johnson fue a visitar a tan digno y culto caballero, al que una vez le dijo quién era le señaló con gran cortesía: «He leído su libro con gran placer, y tengo el deseo de conocerlo mejor». Así nació entre ellos una amistad que se prolongó en mutua consideración mientras vivió Johnson.

Hablando de un delincuente que recientemente había cometido un acto de sedición, dijo así: «Tendrían que ponerlo en la picota, para que el castigo le sea además deshonor perpetua». Comenté que la picota no siempre es motivo de deshonor, y señalé el ejemplo de un caballero que a mi parecer no había sufrido desdoro ni deshonor por haber sido puesto en la picota. JOHNSON: «Se equivoca usted, señor. Luego de haber pasado por la picota ya no pudo pavonearse e irse de la lengua como solía. Nadie está deseoso de sentar a su mesa a un hombre que haya pasado por la picota».

Vino el caballero con el que habíamos compartido un almuerzo en casa del doctor Percy.^[150] Johnson despotricó contra los americanos con desabrimiento y vehemencia en sus insultos. Dije yo algo a favor de ellos, y añadí que siempre lamentaba que hablase de esa cuestión. Parece ser que mi comentario lo exasperó, aunque en ese momento no dijo nada. La nube se había cargado de vapor sulfúrico, que luego había

de estallar en rayos y truenos. Hablamos de un caballero que estaba dilapidando su fortuna en Londres; dije que debíamos impedirlo. «Es preciso que todos sus amigos riñan con él; eso lo disuadirá de su conducta». JOHNSON: «No, señor: le enviaremos a usted a verlo. Si su compañía no basta para echar a un hombre de su casa, es que será imposible que se vaya». Me produjo un horrible sobresalto, pues no vi que hubiera motivo para tal exabrupto. Después le pregunté por qué había dicho algo tan hiriente. JOHNSON: «Porque usted me enojó antes, al hablar de los americanos». BOSWELL: «¿Y por qué no se tomó la venganza directamente?». JOHNSON (sonriendo): «Porque no tenía nada preparado, señor. No puede un hombre dar un golpe mientras no disponga de sus armas». Fue una plácida y sincera confesión.

Esa noche me hizo pasar a su salón, muy gentilmente amueblado, y dijo: «La señora Thrale se mofó cuando le comenté mi idea de proponerle a usted y a su señora que se alojasen en mi casa. Tuve la bondad de decirle que se hallarían en mi casa en una situación tan respetable como en la suya. Señor, la insolencia de los adinerados sale siempre por la puerta falsa». BOSWELL: «Tiene ella un poco de esa insolencia de los adinerados, y otro bastante de natural presunción». JOHNSON: «La insolencia de los adinerados mala cosa es, pero la presunción natural tiene cierta razón de ser. A buen seguro, nunca debería darse, pero ¿quién carece por completo de ella?». BOSWELL: «Usted, señor». JOHNSON: «¿Por qué? Yo no me ando con trucos, no tiendo trampas». BOSWELL: «No, señor. Mide usted más de un metro ochenta, y no anda encorvado».

Hablamos del número de personas que a veces han compuesto las casas de las grandes familias. Señalé que eran un centenar en la familia del padre del actual Conde de Eglinton. El doctor Johnson pareció dudarle, de modo que comencé la enumeración. «Veamos: milord y milady son dos». JOHNSON: «Si ha de contar de dos en dos, tal vez tarde demasiado». BOSWELL: «Pero ahora sumo dos hijos y siete hijas, más un criado por cabeza, con lo cual ya son veinte: ahí tiene la quinta parte». JOHNSON: «Muy cierto. Enseguida ha reunido a veinte, pero no creo que pueda seguir engordando fácilmente la cuenta. Enseguida alcanzamos el metro y medio de estatura, pero no es nada fácil llegar a medir dos».

El domingo 19 de abril, Domingo de Pascua, tras las solemnidades de la festividad celebrada en St. Paul, le hice una visita, pero no pude quedarme a almorzar. Expresé mi deseo de tener siempre listos todos los argumentos que convienen a favor del cristianismo, para que mi fe religiosa fuera tan resuelta y tan clara como cualquier proposición lógica, de modo que no me viera sujeto a la menor inquietud cuando fuese atacada mi fe. JOHNSON: «Señor, no es posible responder a todas las objeciones. Dispone usted de la demostración de la causa primera: bien sabe usted que ha de ser buena, amén de poderosa, pues nada existe que le obligue a ser de otro modo, y la bondad es en sí misma preferible. Sin embargo, en contra de esto, que es muy cierto, encuentra usted la infelicidad de la vida humana. Esto, sin embargo, nos da motivo razonable para esperar un futuro estado de compensación, en el que

pueda existir un sistema perfecto. Pero de esto no podemos estar seguros mientras no poseamos una revelación incuestionable». Le dije que su *Rasselas* muchas veces me había hecho sentirme infeliz, pues tan bien representaba la desdicha de la vida humana, y de un modo tan convincente para quien tenga la costumbre de pensar, que si en algún momento se disipaba esa impresión y comenzaba a sentirme cómodo, enseguida recelaba de ser víctima de algún engaño.

El lunes 20 de abril lo encontré en su casa por la mañana. Hablamos de un caballero que, según nos parecía, cada vez hacía su situación más complicada a causa de una mala administración. JOHNSON: «Malgastar una fortuna es evaporación por un millar de medios imperceptibles. Si fuera un arroyo, se podría detener su curso. Es preciso que hable usted con él. Es realmente una desgracia. Si fuera un hombre dado al juego, podría decirse que al menos le mueve la esperanza de ganar. Si hubiera entrado en bancarrota por su actividad comercial, al menos podría haberse hecho rico. Pero lo cierto es que no ha tenido ni el ánimo de gastar ni la resolución de ahorrar. No gasta tan deprisa para que ello le procure placer. Su delito es la prodigalidad, y su desdicha está en la racanería. Si un hombre pierde la vida en un duelo, muere como tantos otros han muerto; en cambio, es una lástima que un hombre se tienda y se deje morir, que se desangre hasta morir por no tener la fortaleza de espíritu que se precisa para cauterizar la herida, o para coserla si es preciso». No puedo menos que hacer una pausa y admirar la fecundidad de su fantasía, y el lenguaje escogido, de los que en este caso, como en casi todas las demás ocasiones, hizo gala. Bien observó el doctor Percy, ahora Obispo de Dromore, que «la conversación de Johnson es fuerte y clara, y puede compararse con una estatua antigua, en la que cada músculo y cada vena se aprecian con nitidez y en relieve. Una conversación corriente semeja una escultura mucho más tosca».

El sábado 25 de abril almorcé con él en casa de sir Joshua Reynolds, donde se hallaban presentes el erudito doctor Musgrave;^[151] Leland, consejero de asuntos de Irlanda e hijo del historiador; la señora Cholmondeley y algunas otras damas. Leyó a los presentes el doctor Musgrave un nuevo poema titulado «El proyecto». JOHNSON: «Señor mío, le falta fuerza. De no ser por los nombres de sobra conocidos que contiene, no valdría nada: son los nombres los que llevan al poeta, y no a la inversa». MUSGRAVE: «Un poema de temporada siempre nos entretiene». JOHNSON: «También nos entretiene una relación de los criminales que fueron ayer ajusticiados en la horca».

Siguió perorando. «Taylor el de Demóstenes, que así se le llamaba —por ser el editor de las obras de Demóstenes—, era el hombre más callado que he conocido nunca: era la mera estatua de un hombre. Una vez almorcé con él, y todo cuanto dijo a lo largo de la comida fue “Richard”. Cómo puede decir un hombre solamente “Richard” no es, desde luego, fácil de imaginar. La cosa fue como sigue: el doctor Douglas hablaba acerca del doctor Zachary Grey, y le atribuyó algo que había escrito el doctor Richard Grey. Para corregirle, Taylor se limitó a decir —e imitó el énfasis

sentencioso y el gesto—: “Richard”».

La señora Cholmondeley, con gran efusión y soltura, hizo gala de algunas animadas y atinadas agudezas, y abundó en hiperbólicos cumplidos a Johnson, con el cual tenía trato afectuoso desde antaño. Él se dio buena prisa en contagiarse del ánimo reinante, y le contestó al estilo de un héroe de novela caballerescas: «Señora, me corona usted con laureles imperecederos».

No sé bien cómo, se me ocurrió decir que un panfleto es una pieza en prosa. JOHNSON: «No, señor. Unas cuantas hojas de poesía más o menos cosidas y sin encuadernar forman un panfleto^[152] tanto como unas cuantas hojas de prosa». MUSGRAVE: «Un panfleto se suele tomar, en Westminster Hall, por una pieza poética, esto es, escrita en lenguaje formal, pero en el lenguaje común se entiende que se trata de prosa». JOHNSON (y he aquí una de las muchas muestras de su preciso saber a la hora de decir con claridad y exactitud qué y cómo es una cosa): «En el lenguaje común se entiende que panfleto es prosa solamente por esto: porque se escribe mucho más en prosa que en verso, del mismo modo que cuando decimos “un libro” se sobreentiende que está en prosa por idéntico motivo, aun cuando un libro puede igualmente estar escrito en verso. Entendemos aquello que es más general, y nombramos en cambio lo que es menos frecuente».

Hablamos de los versos sobre Irlanda escritos por cierta dama. SEÑORITA REYNOLDS: «¿Los ha leído usted, señor?». JOHNSON: «No por cierto, señorita. He visto una traducción de Horacio hecha por una de sus hijas, que ella misma me mostró». SEÑORITA REYNOLDS: «¿Y qué tal era?». JOHNSON: «Pues muy buena, para tratarse de los versos de una joven señorita; es decir, si se comparan con la excelencia no valen nada, pero están muy bien si se tiene en cuenta quién los ha escrito. Me fastidia que se me muestren versos de esta forma». SEÑORITA REYNOLDS: «Pero... si son de veras buenos, ¿por qué no elogiarlos de todo corazón?». JOHNSON: «Es sencillo, señorita. Porque por el hecho de haberseme mostrado así los versos no desaparece del todo mi mal humor. Considere, señorita, que de antemano podían ser igual buenos que malos. Nadie tiene derecho a someter a otro a dificultad semejante, de tal manera que o ha de lastimar a quien le pide su juicio diciéndole verdad, o ha de salir mal parado ante sí mismo diciéndole mentira». BOSWELL: «A menudo muestra uno sus escritos a personas ilustres, con objeto de obtener de ellas, ya sea de su buen natural, ya de su incapacidad de decir la verdad con firmeza, una recomendación de la que pueda uno servirse luego». JOHNSON: «Muy cierto. Por consiguiente, el hombre a quien un autor pide su opinión acerca de su obra es sometido a una tortura, y no tiene obligación de decir verdad, de modo que cuanto le diga no puede tenerse por su opinión verdadera, a pesar de lo cual lo ha dicho, y no puede retractarse de ello, mientras que el autor, cuando la humanidad vaya pisándole los talones con la canana en bandolera, siempre podrá aducir: “No habría publicado de no ser porque Johnson, Reynolds, Musgrave o cualquier otro buen juez aconsejó la publicación de la obra”. Con todo y con eso,

considero que se trata de una muy difícil decisión en conciencia, si uno debe desaconsejar la publicación de una obra cuando es el provecho lo que se persigue, ya que el interesado podrá decir entonces: “De no haber sido por usted, podría yo haberme embolsado el dinero”. No puede uno estar seguro, toda vez que sólo dispone de su propia opinión, y el público puede tener otra muy diferente». SIR JOSHUA REYNOLDS: «En tales ocasiones es preciso tener dos juicios, uno sobre el valor real de la obra, otro acerca de lo que mejor pueda complacer al gusto general de la época». JOHNSON: «Pero tampoco podrá tener absoluta certeza sobre ninguno de los dos, en razón de lo cual yo tendría bastantes escrúpulos para votar por la supresión. Las dos comedias de Goldsmith fueron objeto de sendos rechazos: la primera por parte de Garrick, la segunda por parte de Colman, quien a la postre dio su brazo a torcer luego de muchas solicitudes y requiebros, qué digo, casi por causa de fuerza mayor, hasta prestarse a ponerla en escena. De su *Vicario de Wakefield* ni yo mismo creí que pudiera tener un gran éxito. Lo escribió y lo vendió a un librero antes que su *Viajero*, pero se publicó después, tan escasas eran las expectativas que el propio librero depositó en la obra. De haberlo vendido después del *Viajero*, podría haberse embolsado el doble de lo que percibió, aun cuando seis guineas no fueran desdeñable beneficio. El librero sacó buen partido de la fama que adquirió Goldsmith con las ventas del *Viajero*, aunque Goldsmith no tuvo ventaja de ninguna clase en la cesión de sus derechos». SIR JOSHUA REYNOLDS: «La *Ópera del mendigo* es buena prueba del extraño modo en que difiere la opinión de las personas sobre un trabajo literario. Burke opina que no tiene mérito alguno». JOHNSON: «Fue rechazada en uno de los teatros,^[c128] aunque yo siempre hubiera estado seguro de su éxito no porque sean de gran excelencia su estilo y composición, sino por la novedad y por el contagioso espíritu de alegría y ligereza que posee la pieza, que mantiene viva la atención del público y lo deja con buen sabor de boca y mejor humor».

Pasamos al salón, donde aumentó de forma considerable la concurrencia. Varios de los presentes tomamos asiento alrededor del doctor Johnson y nos quejamos de que no nos diera un catálogo exacto y detallado de sus obras, a partir del cual pudiera confeccionarse una edición completa. Sonrió y respondió con evasivas a nuestros ruegos. No me cabe duda de que tenía la intención de hacerlo, porque se lo oí decir, y tengo en mi poder una lista incompleta, pero bien confeccionada de su puño y letra, que titula *Historia Studiorum*. Una vez conseguí de uno de sus amigos una lista, de la que había buenas razones para suponer que era exacta, pues fue escrita en su presencia por el mencionado amigo, que enumeró de viva voz cada uno de los artículos y añadió otros que le mencionó el señor Levett, en compañía del cual la lista fue elaborada, y Johnson, que la oyó desglosar, no la contradijo. Ahora bien, cuando le mostré la copia de dicha lista y señalé las pruebas que avalaban su exactitud, se rió y dijo: «Estaba yo más que dispuesto a dejarlos marchar contentos, de modo que no quise interferir». Ante lo cual se la leí artículo por artículo, pidiéndole que con absoluta certeza los corroborase o los desmintiera uno por uno, y mientras recabada

su conformidad logré que me confirmase directamente otros artículos, que introduje aquí y allá siguiendo sus instrucciones.

Se mencionó a su amigo Edward Cave, y nos dijo lo siguiente: «Cave solía vender 10 000 ejemplares de la *Gentleman's Magazine*, aunque era tal su atención minuciosa y su angustia por no sufrir ni la menor merma de las ventas, que era capaz de nombrar a una persona en particular que, según tenía entendido, se proponía dejar de comprar su revista, y decía: “Pongamos algo bueno de veras en el número del mes que viene”».

Se observó que en ciertos casos la avaricia es un rasgo hereditario. JOHNSON: «No hay hombre que sea un mísero de nacimiento, porque nadie nace teniendo posesiones. Todos somos al nacer *cupidus*, deseosos de obtener, pero no *avarus*, deseosos de conservar». BOSWELL: «He oído al viejo señor Sheridan sostener con mucho ingenio que un mísero de veras recalcitrante es un hombre feliz, si es un mísero que se entrega por completo a su única pasión, el ahorro». JOHNSON: «Señor, eso es mentir a la cara del mundo entero, que por algo llama mísero al avaro: porque es miserable, y la miseria es pena. No, señor: un hombre que sabe gastar y ahorrar al mismo tiempo es el hombre más feliz, pues goza de ambos disfrutes».

Habiéndose centrado la conversación sobre las *bon-mots*, citó de uno de los personajes de *Ana* una muestra exquisita de adulación en una dama de honor, de Francia, quien al ser preguntada por la Reina qué hora era así le respondió: «La que a Su Majestad plazca». Admitió que la chanza clásica de Burke sobre la ocasión en que Wilkes fue llevado en hombros por la chusma,

... numerisque fertur
Lege solutus,^[c129]

era en efecto admirable, y aunque era extrañamente reticente a reconocer a este hombre extraordinario el talento del ingenio,^[153] también rió dando su aprobación en otro de sus lúdicos conceptos, consistente en que «Horacio ha dado en un solo verso una descripción precisa de lo que ha de ser una casa de campo deseable: “*Est modus in rebus, sunt certi denique fines*”, esto es, un *modus* en cuanto a los diezmos, y ciertas multas».^[c130]

Observó lo siguiente: «Un hombre no puede en propiedad hablar de sí mismo salvo si refiere hechos sencillos, como “Estuve en Richmond”, o bien si dice lo que depende de la medición, como “Mido un metro ochenta”. Tiene la certeza de que ha estado en Richmond, de que mide un metro ochenta de estatura, pero no puede tener la certeza de que sea un sabio o de que posea cualquier otra excelencia. Por otra parte, cualquier censura que haga el hombre de sí mismo es un elogio oblicuo. Se trata sólo de mostrar cuánto es capaz de perdonarse. Tiene toda la envidia de la desmedida alabanza que uno haga de sí mismo, y todo su reproche de la falsedad». BOSWELL: «A veces proviene de la intensa conciencia que tiene un hombre de que sus

faltas sean objeto de observación. Sabe que otros lo querrán tirar por tierra, por lo cual entiende que más le vale tenderse con blandura y de *motu proprio*».

El martes 28 de abril tenía Johnson el compromiso de almorzar en casa del general Paoli, donde, como he indicado antes, se me atendía con elegante hospitalidad y se me recibía con toda la libertad y todas las comodidades de una casa. Primero hicimos un alto al fondo de Hedge Lane, donde quiso dejar en persona una carta «con buenas noticias para un pobre hombre apesadumbrado», según me dijo. [c131] No le pregunté sobre el particular. Con frecuencia se parecía Johnson a la vivaz descripción de lady Bolingbroke que hiciera Pope: «*un politique aux choux et aux raves*». [c132] Decía por ejemplo: «Hoy almuerzo en Grosvenor Square», y podía referirse a un duque, [c133] o bien «Hoy almuerzo en la otra punta de la ciudad», o «Ayer me visitó una persona de gran importancia». Le gustaba dejar las cosas flotando en medio de las conjeturas: *Omne ignotum pro magnifico est*. [c134] Creo que yo me aventuraba a disipar la nube, a desvelar el misterio, con más desenfado y mayor frecuencia que cualquiera de sus amigos. Nos paramos de nuevo en Wirgman, la conocida tienda de juguetes de St. James Street, en la esquina con St. James Place, adonde le habían indicado que fuera, aunque no se encaminó a ella con decisión, pues anduvo buscando un rato sin encontrarla al principio, y dijo: «Dirigirlo a uno a la tienda de la esquina es en el fondo jugar con uno». Supongo que quiso hacer un juego de palabras sobre la palabra *juguete*, y fue la primera vez que lo vi rebajarse a ese juego. Luego de haber estado un tiempo en la tienda, me mandó buscar al coche para que le ayudase a escoger unas hebillas de plata, pues las que tenía eran demasiado pequeñas. Es probable que este cambio en su indumentaria se lo hubiera sugerido la señora Thrale, gracias a cuya amistad mejoró mucho su presencia externa. Tenía mejores trajes, y los colores oscuros que gastaba, de los que nunca se apartó, al menos ganaron viveza con los botones y hebillas de metal. También eran mucho mejores sus pelucas; en su viaje por Francia le proporcionaron una peluca hecha en París, de muy buena factura. Esta elección de las hebillas de plata fue una ardua negociación. «Señor —dijo—, no pienso llevar ésas tan grandes y ridículas que ahora están de moda, y no daré más de una guinea por un par». Tal fue el principio sobre el que sentó la negociación; luego de titubeos y exámenes sin cuento quedó complacido. Al alejarnos de nuevo en el coche, lo hallé con ganas de charla, y lo aproveché. BOSWELL: «Estuve esta mañana en la imprenta de Eidley, señor, y me dijeron que se ha vendido mucho la colección llamada *Johnsoniana*». JOHNSON: «En cambio, el *Viaje a las islas occidentales* no ha tenido grandes ventas». [154] BOSWELL: «Qué extraño». JOHNSON: «Así es, pues en ese libro he contado al mundo muchas cosas que el mundo desconocía».

JOHNSON: «Esta mañana tomé chocolate con el señor Eld. Con no poca sorpresa descubrí que se trata de un *whig* del condado de Stafford, un ser que no creí yo que existiera». JOHNSON: «Ya se ve, hay bribones por doquier». BOSWELL: «Eld me dijo

que un *tory* es un ser engendrado por un presbítero levantisco y una abuela enfurruñada». JOHNSON: «Y yo siempre he sostenido que el primer *whig* fue el diablo en persona». BOSWELL: «Desde luego que lo fue, señor. El diablo no tuvo paciencia en someterse a la subordinación; fue el primero que se rebeló contra el poder: “Mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo”».

En casa del general Paoli estaban presentes sir Joshua Reynolds, el señor Langton, el marqués Gherardi, de Lombardia, y el señor John Spottiswoode el joven, de Spottiswoode, abogado.^[155] En aquel entonces circulaban rumores sobre una posible invasión, para obviar los cuales Spottiswoode observó que el señor Fraser, el ingeniero, que poco antes había regresado de Dunquerque, había comentado que los franceses tenían los mismos temores que nosotros. JOHNSON: «Es por tanto la cobardía y el recelo mutuo lo que nos mantiene en paz. Fuera la mitad del género humano un dechado de valentía, y fuera la otra la quintaesencia de la cobardía, siempre vencerían los valientes a los cobardes. Fuéramos valientes todos, llevaríamos una existencia asaz inquietante, y todo serían continuas luchas, pero siendo como somos cobardes todos, nos llevamos francamente bien».

Hablamos de la ingesta de vino. JOHNSON: «Yo requiero vino sólo cuando estoy solo. En esa circunstancia a menudo lo he deseado y a menudo lo he ingerido». SPOTTISWOODE: «¿Cómo? ¿Para que le haga compañía?». JOHNSON: «Muy al contrario. Para librarme de mí mismo, para apartarme de mí. El vino procura un gran placer, y todo placer es en sí mismo bueno. Es bueno, claro está, a no ser que lo contrarreste el mal. Un hombre puede tener razones de muchísimo peso para abstenerse de beber vino, razones mayores que el placer en sí. El vino hace que el hombre esté más contento consigo mismo. No quiero decir que lo haga más grato para los demás. A veces es así. Pero el peligro estriba en que, si bien el hombre se siente más contento consigo mismo, puede tornarse más ingrato para los demás.^[156] El vino nada le da al hombre. No le da saber y no le da ingenio. Sólo lo anima, y le permite manifestar lo que el temor de la compañía ha reprimido en él. Sólo pone en movimiento lo que está encerrado y congelado en su interior. Pero eso puede ser tanto bueno como malo». SPOTTISWOODE: «Así pues, señor, el vino es una llave que abre una caja, sólo que esa caja puede estar llena o puede estar vacía». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor: la llave es la conversación. El vino a lo sumo es una ganzúa que fuerza la caja, y la abre, pero daña la cerradura. El hombre ha de cultivar su intelecto de modo que posea la confianza y la presteza necesarias sin recurrir al vino, aun cuando el vino le otorgue ambas». BOSWELL: «La gran dificultad del resistirse a la ingesta de vino proviene de la benevolencia. Por ejemplo, un hombre bueno y digno le pide a usted que pruebe su vino, que ha tenido durante veinte años en su bodega». JOHNSON: «Toda esa concepción de la benevolencia surge de que el hombre se imagine que es más importante que los demás, más de lo que es en verdad. A los demás les importa un adarme que beba vino o que se abstenga». SIR JOSHUA REYNOLDS: «Lo que les importa

es pasar el rato». JOHNSON: «¡Pasar el rato! Si les importa este minuto, al siguiente se han olvidado. En cuanto al hombre bueno y digno, ¿cómo sabe usted que es bueno y que es digno? No hay hombre bueno y digno que a otro insista en que beba vino. En cuanto al vino que lleva veinte años en la bodega, tres de cada diez dirán que lo pruebe, pero meramente porque algo han de decir; otros tres mienten cuando dicen que el vino lleva veinte años en la bodega; hay aún otros tres que preferirían no invitar a otro a beber ese vino y reservarlo para ellos; a uno tal vez sí le importe, y aun y todo... Reconozco que sirve para complacer a quien tenga uno por compañía, y a la gente siempre le complace quien comparte sus placeres. Ahora bien, luego de que un hombre haya logrado renunciar al gran placer que se obtiene de beber vino, cualquier otra consideración es pura bagatela. Complacer a otros bebiendo vino es algo que sólo vale si nada hay en contra. Yo, sin embargo, mucho lamentaría ofender a los hombres dignos y de veras valiosos:

Maldigo yo el verso, por bien que resista,
que a un hombre valioso conmigo enemista».^[c135]

BOSWELL: «Maldígase el manantial, maldita sea el agua». JOHNSON: «Ahora bien, consideremos qué triste sería, qué penoso, si nos viésemos obligados a ingerir vino, o a hacer cualquier otra cosa que pueda resultar grata a las personas de cuya compañía gocemos». LANGTON: «Por esa misma regla de tres, como si se suma usted a un hatajo de ladronzuelos». JOHNSON: «Así es, pero hemos de hacerle justicia al vino, hemos de reconocer el poder que posee. Lograr que un hombre esté contento consigo mismo, permítame que se lo diga, es una gran cosa. “*Si patriæ volumus, si Nobis vivere cari*”».^[c136]

Era yo en esta época un bebedor de agua, a prueba, por recomendación expresa de Johnson. JOHNSON: «Boswell es un combatiente con más arrojo que sir Joshua: defiende la ingesta de vino sin concurso del vino, mientras sir Joshua la defiende con él». SIR JOSHUA REYNOLDS: «Pero complacer a la compañía de que uno goce es motivo de mucho peso». JOHNSON (quien como sólo bebía agua suponía que todo el que bebiera vino tenía el ánimo elevado): «No pienso seguir discutiendo con usted, señor. Está usted demasiado briago». SIR JOSHUA: «Eso habría supuesto yo, señor, si hubiera hecho un discurso como el que usted acaba de endilgarnos». JOHNSON (recogiéndose, y la verdad es que me pareció verlo sonrojarse): «Bah, señor, no se enoje. No era mi intención ofenderle». SIR JOSHUA: «Al principio, el mero sabor del vino me resultaba desagradable, pero me obligué a beberlo sólo por ser igual a los demás. El placer de ingerir vino está para mí tan estrechamente relacionado con complacer a la compañía, que encuentro en ello una suerte de bondad social». JOHNSON: «Señor, eso viene a decir de nuevo lo que ya se ha dicho». SIR JOSHUA: «No, es novedad». JOHNSON: «Lo dice usted con palabras nuevas, pero es pensamiento viejo. He ahí una de las desventajas del vino, que nos lleva a confundir palabras con pensamientos».

BOSWELL: «Yo creo que se trata de un pensamiento nuevo; al menos, es una nueva actitud». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor; tan sólo viste casaca nueva, o bien es casaca vieja, pero con los cuellos vueltos —y rió a carcajadas—. Se trata del perro viejo con collar nuevo —rió más fuerte aún—. O del vino viejo en odre nuevo. Sin embargo, puede producirse una circunstancia extraordinaria: que el patrón de un hombre nada quiera hacer por éste, a no ser que éste beba. Ésa sí puede ser una buena razón para beber».

Mencioné a un noble del cual creía yo que era grande su inquietud si su compañía no bebía a pie firme con él. JOHNSON: «Eso es debido a que tiene gente alrededor a la que se ha acostumbrado a dar órdenes». BOSWELL: «Suponga que estuviera yo *tête-à-tête* con él, sentados a una mesa». JOHNSON: «Señor mío, tan nula es su razón para embriagarse con él como la suya para estar sobrio con usted». BOSWELL: «Caramba. Eso es muy cierto, pues a él le perjudicaría menos estar sobrio que a mí embriagarme». JOHNSON: «Sí, señor, y por lo que llego a saber de él, nadie estaría dispuesto a sacrificarse por un hombre así. Si es su deseo tener siempre a alguien con quien beber, más le valdría comprarse un esclavo, que así tendría compañero con total seguridad. Quienes se someten a beber tal como a otro complazca, se convierten en esclavos suyos». BOSWELL: «Pero, señor, sin duda concederá el deber de la hospitalidad. Un caballero al que le gusta beber viene a visitarme». JOHNSON: «Un hombre bien sabe a quién visita: visita la casa y la mesa de un hombre sobrio». BOSWELL: «Pero, señor, repare en que usted y yo no habríamos sido tan bien recibidos como lo fuimos en las Tierras Altas y en las Hébridas de no haber bebido yo con nuestros muy dignos amigos. De haber bebido yo solamente agua, como usted, no habrían sido tan cordiales». JOHNSON: «Sir William Temple comenta que en sus viajes por los Países Bajos le acompañaron dos o tres caballeros, y siempre que fue necesario un brindis, a ellos lo encomendó. Tuviera yo que viajar de nuevo por las islas, me llevaría a sir Joshua para que se encargase de los brindis». BOSWELL: «Pero, señor, permítame una suposición. Imaginemos que sir Joshua diese un largo paseo por Escocia; me hace entonces el honor de presentarse de visita en mi casa de campo; a mí me llena de alegría verle; estamos los dos a nuestras anchas; ¿acaso debo pecar de insociable y de grosero dejándolo beber a él solo? No, no, mi querido sir Joshua; descuide, que no se le ha de tratar de ese modo, pues yo me ventilaré la botella a medias con usted».

Se sacó a colación a la célebre señora Rudd. JOHNSON: «Hace quince años, yo habría ido a verla sin ninguna duda». SPOTTISWOODE: «¿Sólo porque era ella quince años más joven?». JOHNSON: «No, señor; es que ahora tienen la dichosa manía de sacarlo todo en los periódicos».

Rogó al general Paoli que recitase una de las estrofas introductorias del libro primero de la *Jerusalén* de Tasso, cosa que hizo a su gusto, y Johnson consideró entonces un error el símil que consiste en endulzar los bordes de una copa para que

beba un niño, por hallarse transferido de Lucrecio a un poema épico. El general dijo que no se imaginaba que la poesía de Homero tuviera tanta antigüedad como se suponía en general, ya que atribuye a una colonia griega determinadas circunstancias y un grado de refinamiento que no se daban siquiera en la propia Grecia en un periodo posterior, cuando escribió Tucídides sus obras. JOHNSON: «Recuerdo solamente un pasaje citado por Tucídides de Homero, y que no se halla en nuestras copias de las obras de Homero. Soy partidario de aceptar la antigüedad de Homero, y creo que una colonia griega que estuviera más cerca de Persia podía de hecho tener más refinamiento que la patria de los propios colonos».

El miércoles 29 de abril almorcé con él en casa del señor Allan Ramsay, en la cual se encontraban lord Binning, el doctor Robertson, el historiador; sir Joshua Reynolds y la honorable señora Boscawen, viuda del almirante y madre del actual Vizconde de Falmouth, de la que diría de buena gana, si no fuera presunción elogiarla, que sus modales son los más agradables y su conversación la mejor de cuantas damas he tenido la fortuna de conocer. Antes de que llegara Johnson hablamos bastante de él. Ramsay dijo que siempre lo había tenido por un hombre muy cortés y que lo trataba con un gran respeto, cosa que hacía de todo corazón. Yo le dije que lo reverenciaba. ROBERTSON: «Pero algunos de ustedes lo tratan con tales mimos que lo echan a perder. No se debe adorar ni reverenciar de esa forma a ningún hombre». BOSWELL: «Yo no puedo evitar el reverenciarle; es absolutamente superior a cualquier otro». ROBERTSON: «En la crítica, en la conversación, en el ingenio, sin ningún género de dudas, es muy grande, pero en tantos otros aspectos no se encuentra por encima de los demás; tan sólo cree en lo que cree, y defiende con ardor exacerbado los detalles más nimios que guarden relación con la Iglesia anglicana». BOSWELL: «Créame, doctor, que está usted en este punto muy equivocado, pues cuando se departe con él tranquilamente, en privado, es un hombre muy liberal en su manera de pensar». ROBERTSON: «Siempre nos hemos tratado con una gran cortesía. La primera vez que lo saludé fue una tarde en casa de Strahan, donde acababa de tener un desafortunado altercado con Adam Smith, con el que había estado tan desabrido e incluso tan grosero que Strahan, luego de marcharse Smith, se lo había recriminado, a la vez que le advirtió que esperaba mi llegada de un momento a otro y que le preocupaba que pudiera portarse conmigo del mismo modo. “No, no, descuide —dijo Johnson—; le aseguro que Robertson y yo nos entenderemos a las mil maravillas”. Y así fue; estuvo muy gentil y muy jovial conmigo durante toda la velada, y siempre ha sido igual, cada vez que nos hemos visto desde entonces. Muchas veces he dicho —añadió riendo— que en gran medida estoy en deuda con Smith por tan buena acogida». BOSWELL: «El poder de raciocinio que tiene Johnson es muy fuerte, y tiene un arte peculiar para trazar el retrato de cualquiera, tan poco frecuente como lo es en pintura un buen retrato». SIR JOSHUA REYNOLDS: «Indudablemente, en eso es admirable, pero con el fin de marcar los retratos que traza

los recarga, y da a las personas más de lo que tienen en realidad, sea bueno o sea malo».

Tan pronto llegó él, de quien con tanta libertad habíamos estado hablando, nos quedamos todos tan callados como los colegiales cuando entra en el aula el rector de la escuela, y enseguida nos sentamos a una mesa llena de tal variedad de delicias que contribuyó no poco a su plácida disposición.

RAMSAY: «Soy tan viejo que he sido coetáneo de Pope. Su poesía fue objeto de grandísima admiración durante su vida, muchísimo más que después de su muerte». JOHNSON: «Señor, no ha menguado esa admiración después de su muerte. Ningún autor gozó de tantísima fama en vida como Pope y Voltaire, y la poesía de Pope sigue siendo admirada igual después de su muerte que durante su vida; es posible que no haya dado tanto que hablar, pero eso es debido a que ahora se halla más distante, y la gente tiene otros escritos recientes de los que hablar. Se habla menos de Virgilio que de Pope, y de Homero se habla menos que de Virgilio, pero no por eso se les admira menos. Hemos de leer lo que lee el mundo en el momento. Se ha defendido que la actual sobreabundancia, este bullicio de la imprenta en los tiempos modernos, es perjudicial para la buena literatura, pues nos obliga a leer mucho que es de calidad inferior, con el solo objeto de estar a la moda, de modo que se desatienden obras mayores por falta de tiempo, y eso cuando no se pasan del todo por alto, porque al hombre le gratifica más la vanidad en la conversación por haber leído libros modernos que por haber leído las mejores obras de la Antigüedad. Ahora bien, preciso es tener muy en cuenta que ahora disponemos de mayor saber difundido en general; todas las damas de ahora leen, lo cual supone una gran ampliación del saber. Los escritores modernos son las lunas de la literatura; brilla en ellos una luz que se refleja, luz prestada por los antiguos. Grecia se me antoja la fuente de todo el conocimiento; Roma es la fuente de la elegancia». RAMSAY: «Se supone que la *Ilíada* de Homero es más bien una colección de piezas escritas con anterioridad a su época. Me gustaría que se hiciera una traducción en prosa poética, como las del libro de Ruth o el libro de Job». ROBERTSON: «Usted, doctor Johnson, que es maestro de la lengua inglesa, debería probar su mano al menos en una parte». JOHNSON: «No podría leerla usted sin el gusto del verso».^[157]

Hablamos de las indagaciones sobre la Antigüedad. JOHNSON: «Todo lo que en verdad se sabe de la Antigüedad en Gran Bretaña ocupa sólo unas cuantas páginas. No es posible que lleguemos a saber más de lo que los escritores de antaño nos han legado en sus relatos; sin embargo, es de ver qué libros tan voluminosos se han escrito sobre la materia, todos los cuales, a excepción de las partes tomadas de los escritores de antaño, son puro sueño, como es el *Manchester* de Whitaker. He oído hablar bien de la *Historia de Gran Bretaña*, de Henry; tengo entendido que se desarrolla según distintas divisiones, como son la historia civil, militar, religiosa, etc.; mucho me gustaría que una sola de sus ramas estuviera bien compuesta, y no es otra

que la historia de las costumbres, de la vida cotidiana». ROBERTSON: «Henry debería haber aplicado sus atenciones solamente a ese campo, que es suficiente para cualquier hombre; podría haber hallado abundantes materiales esparcidos en diversos libros, de haberlos leído solamente con esa finalidad. Henry cometió un error al no vender su primer volumen a un precio moderado, de modo que los libreros hubieran podido promocionarle hasta que se labrase una buena reputación. Yo vendí mi *Historia de Escocia* a un precio moderado, por ser una obra con la que el librero podía lucrarse o no; Cadell me ha dicho que Millar y él han ganado 6000 libras con el libro. Después percibí adelantos mucho mayores por los míos. Un autor tendría que vender su primera obra por lo que le quieran dar los libreros, hasta que sea patente si es o no es un autor de mérito, o bien, lo cual viene a ser lo mismo en cuanto al dinero que se pueda embolsar, un autor apreciado por el público».

El doctor Robertson peroró sobre el carácter de cierto noble;^[c137] dijo que era uno de los hombres de ánimo más fuerte que jamás hayan vivido; que era capaz de estar sentado, inactivo y perezoso, mientras nada reclamase su vigor intelectual, pero que en el instante en que cualquier asunto de peso surgía en la conversación, por ejemplo, cómo debiera defenderse este país de una invasión de los franceses, se desperezaba y hacía gala de su extraordinario talento con capacidad y animación poderosísimas. JOHNSON: «Y, sin embargo, ese hombre se rebanó el pescuezo. El ánimo realmente sólido y fuerte es el que sabe abarcar por igual las cosas grandes y las pequeñas. Tengo entendido que el Rey de Prusia se dirige así a su criado: “Tráigame una botella de tal vino, que se recibió en tal año, y se halla en tal rincón de la bodega”. Prefiero yo a un hombre grande ante las cosas grandes y elegante en las pequeñas menudencias». Después, cuando ya estábamos a solas, me dijo: «Robertson era presa de un poderoso humor romántico, hablando como habló de quien no conocía, pero le hice callar en seco con el Rey de Prusia». «Sí, señor —le dije—. Le estampó un botellazo en toda la cabeza».

Se mencionó a un hombre ingenioso, en lo tocante al cual Robertson y Ramsay coincidieron en su constante firmeza de espíritu, pues luego de un día laborioso, en medio de gran variedad de asuntos y de cuitas, era capaz de sentarse con sus hermanas y mostrarse contento y de buen humor. Tal disposición de ánimo, se dijo, es un feliz don de la Naturaleza. JOHNSON: «Yo no lo creo así. El hombre debe a la naturaleza parte de su espíritu; el empleo que le quiera dar depende de su libre voluntad. Que un hombre siempre tenga la misma firmeza de ánimo no me parece probable, porque cualquier hombre percibe que su ánimo es menos firme y flaquea en determinadas ocasiones; ahora bien, entiendo que depende de la voluntad que uno esté de buen o de mal humor». Yo, por mi parte, no pude dejar de pensar que el humor de un hombre a menudo escapa al control de su voluntad.

Johnson abundó en torno a la ingesta de vino. «El hombre, cualquiera que sea, puede elegir si prefiere la abstinencia y el saber o el clarete y la ignorancia». El doctor Robertson, que es un muy cordial compañero, quiso disentir de la proscripción

del clarete. JOHNSON (con sonrisa de placidez): «No, señor; no discreparé de lo que le digo. Como he dicho antes, tengo por más perfecto al hombre capaz de más cosas, y por eso estoy a favor del saber y del clarete». ROBERTSON (con una generosa copa de clarete en la mano): «Señor, sólo puedo brindar a su salud». JOHNSON: «Mucho lamentaría yo que alguna vez se viera en tal estado que no pudiera hacer otra cosa». ROBERTSON: «Doctor Johnson, permítame decirle que en un determinado aspecto le aventajo: cuando estuvo usted en Escocia, no quiso ir a oír los sermones de ninguno de nuestros predicadores; en cambio, estando yo aquí asisto al culto público sin escrúpulos, y desde luego que con entera satisfacción». JOHNSON: «Señor, eso no es tan extraordinario: el Rey de Siam envió embajadores ante Luis XIV, pero Luis XIV no envió ninguno ante el Rey de Siam».^[158]

En este punto mi amigo descubrió por vez primera una falta de conocimiento o un olvido, pues Luis XIV sí envió una embajada al rey de Siam, y el Abbé Choisi, que formó parte de ella, publicó una relación de la misma en dos volúmenes.

Al día siguiente, jueves 30 de abril, lo encontré solo en su casa. JOHNSON: «Bien, señor, Ramsay nos obsequió con un espléndido almuerzo. Me encanta Ramsay. No se encuentra un hombre en cuya conversación haya más instrucción, más información, más elegancia que en la de Ramsay». BOSWELL: «Lo que más admiro en Ramsay es que siga siendo tan joven». JOHNSON: «Desde luego, señor, es muy de admirar. Yo me precio de esto mismo, de que no asoma el anciano en mi conversación. Tengo ahora sesenta y ocho años, y asoma el anciano tan poco como a los veintiocho». BOSWELL: «Ahora bien, señor, ¿no le gustaría conocer la vejez? Quien nunca es viejo, nunca llega a conocer la vida del hombre en su totalidad, pues la vejez forma parte de la misma». JOHNSON: «No, señor. ¿A cuento de qué viene esta charla?». BOSWELL: «Me refiero a la descripción que de la vida da la Esfinge: mañana, tarde y noche. Yo desde luego quisiera conocer la noche como conozco la mañana y la tarde». JOHNSON: «¿Cómo dice? ¿Quiere usted saber qué se siente con los achaques y los males de la vejez? ¿Quiere usted padecer de gota? ¿Quiere conocer en sus propias carnes la decrepitud?». Viéndolo tan acalorado, no quise discutir más, aunque callé con plena confianza de que me asistía la razón. A su debido tiempo, había yo de ser un Néstor, un anciano venerado por el pueblo, y tendría que existir por fuerza diferencia entre la conversación de los veintiocho y de los sesenta y ocho.^[159] Un grave retrato de la vejez no debe incurrir en el alborozo. Existe una vejez serena, solemne y plácida. JOHNSON: «La madre de la señora Thrale dijo de mí algo que me halagó mucho. Se le había quejado un clérigo de la falta de trato social que padecía en su residencia en el campo, y dijo: “Es que sólo hablan de alfeñiques” —esto es, terneros de corta edad—. “Señor —dijo la señora Salusbury—, el señor Johnson, en cambio, aprendería a hablar de alfeñiques y terneras”, dando a entender que yo era un hombre capaz de sacar el mejor partido de la situación, fuera cual fuese». Y añadió: «Me tengo por un hombre muy cortés».

El sábado 2 de mayo almorcé con él en casa de sir Joshua Reynolds, donde había una gran concurrencia y tuvimos una abundante conversación; ahora bien, debido a ciertas circunstancias que ahora no me vienen a la memoria, no tengo ningún apunte de todo ello, salvo que había mucha gente que no era precisamente de la escuela johnsoniana, por lo cual se le dispensó menor atención que de costumbre, con lo cual se puso de mal humor y, ante una imaginaria ofensa por mi parte, me atacó con tal rudeza que me sentí vejado y furioso, pues dio a todas aquellas personas ocasión perfecta para que exagerasen su presunta ferocidad y el mal trato que daba a sus mejores amigos. Tan dolido me quedé, tan herido en mi orgullo, que me mantuve apartado de él durante una semana entera, y es posible que lo hubiera estado durante mucho más tiempo, y que incluso me hubiera marchado a Escocia sin volverlo a ver, si por fortuna no nos hubiésemos encontrado y reconciliado. A tan desdichados azares están sujetas las miserias de los hombres.

El viernes 8 de mayo almorcé con él en casa de Langton. Estuve reservado y silencioso, y supongo que se percató, pues tal vez recordaba la causa de mi frialdad. Después del almuerzo, cuando Langton se fue del comedor y quedamos el uno cerca del otro, arrimó su silla a la mía y me dijo en tono de cortesía, muy conciliador: «¿Y bien, cómo le ha ido?». BOSWELL: «Señor, mucho me indignó usted con su conducta la última vez que nos vimos en casa de sir Joshua Reynolds. Bien sabe que nadie tiene mayor respeto ni más cariño por usted; sabe de sobra que nadie iría antes que yo al fin del mundo con tal de prestarle un servicio. Haberme tratado de ese modo...». Insistió en que yo le había interrumpido cuando hablaba, aunque le aseguré que no había sido así. «Pero —seguí— ¿por qué me trató así delante de personas que no le tienen ningún aprecio, y que a mí tampoco me tienen mayor estima?». JOHNSON: «En fin, lo siento mucho. Le compensaré de veinte maneras diferentes, como usted quiera». BOSWELL: «Hoy he dicho a sir Joshua, cuando observó que usted me había puesto de vuelta y media^[c138] al meterse conmigo: “No me importa la frecuencia ni el tono con que se meta conmigo y me lance por los aires cuando estamos sólo entre amigos, pues entonces caigo en blando, pero no me gusta caer sobre las piedras, como es el caso cuando hay enemigos delante”. Creo que es una imagen atinada, señor». JOHNSON: «Una de las más felices que he oído jamás».

Lo cierto es que no había veneno en las heridas que pudiera infligir, a menos que las irritase una infusión maligna y sañuda, debida a otras manos. En el acto fuimos tan amigos como siempre, y nos reímos al unísono y con gran cordialidad de alguna de las ridiculas aunque inocentes peculiaridades de uno de nuestros amigos. BOSWELL: «¿Usted cree, señor, que es siempre pernicioso reírse de un hombre delante de sus narices?». JOHNSON: «Caramba, señor, eso depende de quién sea y del motivo por el cual uno se ría. Si es hombre superficial y se trata de algo ligero, se puede, ya que nada valioso se le arrebatara con la risa».

«Ayer —dijo— leí el sermón del doctor Blair sobre la devoción, del texto titulado

Cornelius, un hombre devoto. Su doctrina queda bien delimitada, y la expresa de maravilla: pone una gran pasión sin caer en el fanatismo, pone un embeleso notable dentro de lo racional. Hay una parte sin embargo que me desagrade, y que me gustaría ver corregida; es aquélla en que dice que “quien no sienta júbilo en la religión, lejos se halla del Reino de los Cielos”. Son muchos los hombres en los que predomina el temor de Dios sobre su amor, y sus palabras pueden ser de desánimo. Lo ha dicho con precipitación. Pero es un noble sermón el suyo. Ojalá Blair se viniera a la Iglesia anglicana».

Cuando regresó con nosotros el señor Langton, «el flujo de la charla» siguió su curso. Se habló de un autor eminente. JOHNSON: «No es un hombre grato de tratar. Su conversación no es instructiva ni brillante. No habla como si lo impeliera la plenitud del conocimiento ni la vivacidad de la imaginación. Su conversación es como la de cualquier hombre sensato. No charla con deseo de informar, ni tampoco de escuchar. Si habla es sólo porque entiende que no es de recibo sentarse en compañía de otros sin decir nada».

Repitió el señor Langton la anécdota de que Addison diferenciaba su poder como conversador y como escritor diciendo que «sólo llevo nueve peniques en el bolsillo, pero puedo pedir mil libras a crédito», a lo cual apostilló Johnson: «No improvisó esa respuesta; la llevaba preparada de antemano». LANGTON (volviéndose a mí): «Sabia deducción. Nada como un ladrón para pillar a otro *in fraganti*».

Johnson llamó bárbaros a los orientales. BOSWELL: «Sin duda exceptuará a los chinos, señor». JOHNSON: «De ninguna manera». BOSWELL: «¿Acaso no han cultivado las artes?». JOHNSON: «Han cultivado la cerámica». BOSWELL: «¿Y qué dice de los caracteres escritos de su lengua?». JOHNSON: «Señor mío, no disponen de un alfabeto. No han sido capaces de formar lo que el resto de las naciones ha formado». BOSWELL: «Hay más erudición en su lenguaje que en ningún otro, debido a la inmensa cantidad de caracteres de que consta». JOHNSON: «Sólo resulta más difícil de aprender y de usar por su tosquedad, tal como es más trabajoso podar un seto con una piedra que con un hacha».

«He estado leyendo —dijo— los *Esbozos de la historia de la humanidad*, de lord Kames. Cuando aborda la severidad del castigo, comenta el de madame Laponchin, en Rusia, pero no lo relata con exactitud, pues lo he verificado en Chappé d’Auteroche, de quien lo toma.^[c139] Se detiene cuando dice que los espectadores la tuvieron por inocente, y calla lo que sigue: que era a pesar de todo culpable. Esto, desde luego, es pecar tanto como un delincuente, tanto como se pueda imaginar, pues mal se representa la verdad en un libro, y ¿con qué motivo, digo yo? Es como una de esas mentiras que la gente cuenta sin que nadie entienda el porqué. A la mujer se le perdonó la vida. Ningún castigo habría sido excesivo para la favorita de la emperatriz, que conspiró para destronar a su señora». BOSWELL: «Tan sólo quiso ofrecer el cuadro de una dama en el sufrimiento». JOHNSON: «Ni mucho menos. No se

desvele usted ahora para paliarlo. La culpa es el rasgo principal de ese cuadro. A Kames le desconcierta una cuestión que a mí me desconcertó cuando era joven. ¿Por qué es más bajo el interés del dinero cuando el dinero abunda, si el valor de cinco libras guarda la misma proporción con un centenar cuando abunda que cuando escasea el dinero?». Una dama me lo explicó en su día. «Es debido —me dijo— a que cuando el dinero abunda son muchos más los que lo tienen para prestar, tanto que entre unos y otros rebajan el interés de la oferta. Son muchos los que tienen cien libras y dicen: tome las mías en vez de las de ese otro, que yo se las dejo al cuatro por ciento». BOSWELL: «¿Resuelve lord Kames la cuestión?». JOHNSON: «Entiendo que la deja tal como la encontré». BOSWELL: «Tuvo que ser una dama extraordinaria la que de ese modo le instruyó, señor. ¿Puedo preguntar quién era?». JOHNSON: «Molly Aston,^[160] señor. Hermana de aquellas damas con las que almorzó usted en Lichfield. Mañana mismo estaré allí, en mi casa». BOSWELL: «Siendo así, señor, almorcemos los dos a solas en la Taberna de la Mitra, para no perder la vieja costumbre, “la costumbre de la casa”, la costumbre de la Mitra». JOHNSON: «Así sea».

El sábado 9 de mayo cumplimos nuestra intención de almorzar a solas en la Mitra, según nuestra vieja costumbre. En tales ocasiones se daba la circunstancia de que tenía una amable atención con la señora Williams que no debo pasar por alto. Antes de salir le daba a elegir pollo asado, unas albóndigas o cualquier otra sabrosura, que con todo esmero se le enviaba preparada desde la taberna.

No sé bien cómo, nuestra conversación de ese día, creo que por primera y única vez durante nuestra dilatada amistad, giró en torno a la relación sensual entre ambos sexos, el deleite de la cual se atribuyó principalmente a la imaginación. «Si no fuera por la imaginación —sentenció—, un hombre sería igual de feliz en brazos de una camarera, una doncella o una duquesa. Pero tal es el adventicio encanto de la fantasía, que hallamos a hombres que han violado los mejores preceptos y los principios de la sociedad con tal de poseer a una señora de alto rango». No sería decoroso dejar constancia de los pormenores de semejante conversación, habida con toda franqueza y sin reservas por ninguna de las partes, no estando presente nadie en quien pudiera tener un efecto lesivo. Si se aborda filosóficamente, este asunto puede servir para emplear el intelecto en una curiosa discusión, de cariz tan inocente como la misma anatomía, siempre y cuando quienes lo traten se abstengan de todo incentivo inflamatorio.

«De lo grave a lo alegre, de lo ligero a lo severo»,^[c140] pronto estuvimos enzarzados en una especulación de muy otra índole, considerando con humildad y reverencia el misterio universal de todas las cosas en la medida en que con nuestras imperfectas facultades podemos juzgarlo. «Hay —dijo él— innumerables cuestiones sobre las que un intelecto curioso y amigo de indagar no puede en el actual estado del ser recibir respuesta: ¿por qué existimos usted y yo? ¿Por qué fue creado este mundo? Toda vez que fue creado, ¿por qué no lo fue antes?».

El domingo 10 de mayo cené con él en casa del señor Hoole con sir Joshua Reynolds. He descuidado el levantar memorial de esta velada, de tal modo que sólo retengo dos particulares: uno, que se opuso con denuedo a un argumento de sir Joshua, a tenor del cual era preferible la virtud al vicio teniendo solamente en consideración esta vida, y no el más allá, y que cualquier hombre será virtuoso aunque sólo sea con tal de preservar su reputación; dos, que expresó un gran desconcierto ante la formación del murciélago, un ratón con alas, diciendo que era casi tan extraño, en cuanto a la fisiología, como si se dejara ver el dragón de las fábulas.

El martes 12 de mayo visité al Conde de Marchmont para saber si Su Señoría estaría dispuesto a hacerle al doctor Johnson el favor de facilitarle información sobre Pope, cuya vida se disponía a escribir. Johnson no se había hecho ilusiones sobre la posibilidad de recibir ninguna cortés atención de este noble, no en vano me dijo, cuando dije yo que lord Marchmont podría ser uno de los que mucho le hablaran de Pope, «Señor, no me querrá decir nada». Tenía yo el honor de ser conocido de Su Señoría, y yo mismo solicité su ayuda sin que Johnson me lo encargase. Su Señoría se condujo con exquisita cortesía, con los modales más atentos, y prometió decir todo cuanto recordase acerca de Pope, y tuvo incluso la gentileza de decirme: «Diga usted al doctor Johnson que tengo un gran respeto por él, y que estoy dispuesto a mostrárselo del modo que buenamente pueda. Mañana estaré en la ciudad; pasará a visitarlo por su casa antes de emprender regreso». Sin embargo, Su Señoría quiso saber lo siguiente: «¿Escribirá las vidas de los poetas con toda imparcialidad? A fin de cuentas, fue el primero que introdujo los términos *whig* y *tory* en un diccionario. ¿Y qué opina usted de la definición que da de *excise*?^[c141] ¿Sabe la historia de por qué detesta la palabra *transpire*?». Tomó entonces de un anaquel el gran *Diccionario* en folio y me mostró la censura de su autor sobre la segunda acepción: ‘Escapar de un secreto y llamar la atención; sentido recientemente importado de Francia, innovación innecesaria’.^[c142] La verdad del caso es que lord Bollingbroke, que abandonó las filas de los jacobitas, fue el primero en utilizar el término en esta acepción; por lo tanto, era menester condenarlo. Si tan innecesario era, debiera haber mostrado qué palabra podría suplir al vocablo. Después le hice a Johnson la pregunta correspondiente. «Bien sencillo, señor —dijo—: emigrar al extranjero». BOSWELL: «Señor, eso es usar dos palabras». JOHNSON: «Esto es el cuento de nunca acabar. Igual podría usted insistir en que se usara una sola palabra para decir edad anciana». BOSWELL: «Sencillo, señor: *senectud*». JOHNSON: «No, señor mío. Insistir en que siempre ha de utilizarse una sola palabra para expresar lo que sea, en lengua inglesa, equivale a trastornar el espíritu de la lengua».

Aproveché esta oportunidad para conocer de labios de Su Señoría muchos particulares tanto de Pope como de lord Bollingbroke, que tengo por escrito.

Propuse a lord Marchmont que revisara él la vida de Pope que escribiera Johnson. «En tal caso —dijo Su Señoría—, me pone usted en un brete peligroso. Ya sabrá

usted cómo dio por tierra con Osborne, el librero».^[c143]

Alborozado por el éxito de mi espontáneo esfuerzo por procurar ayuda material y respetable a Johnson, de cara a su muy predilecta obra, *Las vidas de los poetas*, puse presuroso rumbo a la residencia del señor Thrale, en Streatham, donde él se encontraba, con objeto de cerciorarme de que al día siguiente estuviera en su casa. Después del almuerzo, cuando creí que recibiría la noticia con el mejor humor, le anuncié muy satisfecho: «Hoy he trabajado para usted, señor. He estado con lord Marchmont. Me ha pedido que le diga que siente por usted un gran respeto, y que mañana irá a visitarle a la una en punto, para comunicarle cuanto sabe acerca de Pope». Aquí hice una pausa, plenamente esperanzado de que le complacería esta información, de que elogiaría mi meritoria iniciativa y se aprestaría a recibir tal ofrecimiento por parte de un noble. Ahora bien, no sé si mostré una euforia demasiado exultante, que provocó su ira, o si le venció la suspicacia y el recelo de pensar que yo había impuesto un afán estrictamente suyo a lord Marchmont, humillándole así en demasía, o si hubo algo más que un mero e infortunado arranque de mal humor, pero lo cierto es que, para mi sorpresa, el resultado de todo ello fue el que sigue. JOHNSON: «Mañana no estaré en la ciudad. No me importa tanto saber algo más de Pope». SEÑORA THRALE (tan sorprendida como yo, y con un punto de enojo): «Supongo, señor, que el señor Boswell ha pensado que, como tiene usted previsto escribir la vida de Pope, algo más desearía saber de él». JOHNSON: «¡Desear! Ya lo creo. Si lloviera del cielo el saber, ahora mismo extendería la mano. Pero no me tomaré la molestia de ir en pos de él». En ese momento no hubo forma de que entrase en razón. Poco tiempo después dijo lo siguiente: «Lord Marchmont vendrá a visitarme y luego iré yo a visitar a lord Marchmont». La señora Thrale se mostró inquieta ante tan inexplicable veleidad, y me hizo saber que si no me tomaba yo la molestia de propiciar un encuentro entre lord Marchmont y él, ese encuentro jamás tendría lugar, lo cual sería una verdadera lástima. Envié una tarjeta a Su Señoría poniendo como remitente la casa de Johnson, haciéndole saber que Johnson no podría estar en la ciudad al día siguiente, aunque tendría mucho gusto en ir a visitarle en cualquier otra ocasión. Si relato todo esto con la debida justicia es por parecerme una buena muestra de ese desdichado temperamento con que este gran hombre, en su bondad, a veces se veía obligado a combatir en su fuero interno, debido a una morbidez de su constitución. Suponga el más censor de mis lectores que es presa de un violento acceso de dolor de muelas, o que acaba de llevarse un fortísimo golpe en la canilla, y que hallándose en tal estado alguien le formula una pregunta, que si tiene un temple sincero no le han de sorprender las respuestas que a veces mascullaba Johnson en sus momentos de irritación máxima, una irritación que, puedo asegurarle, resulta sumamente dolorosa. No se debe por ello erróneamente suponer que tuviera en el menor grado esa desatención por cualquiera de las obras que hubiera emprendido, ni que fuera en general así de quisquilloso. Bien se ha de ver a su debido tiempo que a lo largo del siguiente año mantuvo una cordial entrevista con lord

Marchmont en casa de Su Señoría; esa misma tarde pronto olvidó su irritabilidad y reanudó la conversación como de costumbre.

Reseñé una reflexión que se había esgrimido contra cuatro pares del reino por haberse alzado presuntamente en contra de la opinión de los doce jueces, en una causa que se vio en la Cámara de los Lores, como si tal fuera una indecencia. JOHNSON: «Señor, carece de fundamento tal censura. Los pares tienen la condición de jueces; suponiendo que realmente fueran de otro parecer, el cumplimiento del deber les exigía mostrarse contrarios a los jueces, que allí estaban presentes sólo para ser consultados».

En esta observación estuve plenamente de acuerdo con él; es a todas luces incuestionable que los pares del reino están investidos del más alto poder judicial, y cuando tienen plena confianza de que han entendido una causa, no es que no tengan obligación, sino que no deben prestar aquiescencia a la opinión de los jueces ordinarios, ni siquiera de aquellos a quienes por sus estudios y experiencia se llama lores jueces. Considero a los pares en general como un jurado con plenos poderes para dictaminar, que deben escuchar con la debida atención a los sabios en materia legal; ahora bien, si después de escucharlos tienen una firme opinión propia, su honestidad les obliga a dictar sentencia en consonancia. Tampoco les resulta tan difícil entender incluso de cuestiones legales, como se suele pensar en general, siempre y cuando otorguen la debida atención a quienes ante ellos se pronuncian. Esta observación la debo a mi honrado pariente, el difunto lord Cathcart, que había pasado la vida en el ejército y en los tribunales, si bien me aseguró que era capaz de formarse una opinión clara acerca de la mayoría de los casos que se presentaran a vista en la Cámara de los Lores, «pues se hallan bien expuestos y nucleados^[c144] en las actas».

La señora Thrale nos dijo que un clérigo curioso al que bien conocíamos había reparado en una estrofa licenciosa que Pope incluyó en su «Oración universal», antes de la estrofa que dice

Lo que conciencia dicta hacer
o nos advierte que no hagamos...

Decía así:

¿Puede merecer el pecado impulsivo
el fuego eterno del castigo?
¿Y al Dios de la Naturaleza ofende
si el ser mismo de Naturaleza trasciende?

A lo cual observó el doctor Johnson que «lo tomó en préstamo de Guarini». En efecto, en *El pastor Fido* hay muchos razonamientos endebles y superficiales, semejantes al de los dos últimos versos de esta estrofa.

BOSWELL: «En esa estrofa de Pope, “fuego eterno” es, qué duda cabe, una mala

metáfora». SEÑORA THRALE: «Y “pecados de impulso” es una expresión defectuosa, pues lo que verdaderamente representa es el “ímpetu”, que no se puede entender». JOHNSON: «Tendría que haber dicho “de impulsos” o “impulsivos”. “De impulso” es “impulsivo”; de “ímpetu”, “impetuoso”. Les garantizo sin embargo que Pope escribió la estrofa, y que alguno de sus amigos la suprimió con una tachadura. Boileau había escrito algo en esa misma vena, y Arnaud se lo tachó diciendo: “*Vous gagnerez deux ou trois impies, et perdrez je ne sais combien des honnettes gens*”. Estos individuos quieren decir una osadía, y no saben cómo resolverlo. Los simples poetas no saben de los principios fundamentales más que...». En este punto le interrumpió algo. La señora Thrale mencionó a Dryden. JOHNSON: «Caviló acerca de la predestinación hasta terminar más perplejo de lo que estaba. Qué estúpido fue por parte de Pope otorgar toda su amistad a los lores, quienes se daban por honrados sólo con estar con él, y escoger además a lores tales como Burlington, Cobham y Bolingbroke. Bathurst fue una influencia negativa, un hombre dedicado sólo al placer; de Marchmont no he oído nada malo, y para colmo les decía a todas horas: “No es que yo le valore por ser un lord”, prueba inconfundible de que sí los valoraba solamente por tal condición. Nunca digo yo que no valore más a Boswell por ser heredero de una extensa hacienda, porque es algo que me da igual». BOSWELL: «¿Ni tampoco por ser escocés?». JOHNSON: «De ninguna manera, señor: le valoro tanto más por ser escocés. Es usted un escocés que carece de todos los defectos de los escoceses. No habría sido usted tan valioso si no fuera escocés».

Hablando de divorcios, pregunté si no era loable la doctrina de Otelo:

Quien es víctima de un robo
y no echa en falta lo robado,
más vale que del robo nada sepa,
que así no se sentirá despojado.^[c145]

El doctor Johnson y la señora Thrale se aliaron en contra de este concepto. JOHNSON: «Pregunte a cualquier hombre si preferiría no saber nada de semejante injuria». BOSWELL: «¿Usted se lo diría a un amigo suyo para hacerle infeliz?». JOHNSON: «Tal vez callara, pero sería por prudencia quizá excesiva por mi parte. Cualquier hombre se lo diría a su padre». BOSWELL: «Sí, porque no querría que algún hijo espurio compartiera con él la herencia familiar». SEÑORA THRALE: «Y cualquiera se lo diría a su hermano». JOHNSON: «Usted mismo le diría a un amigo suyo la infamia de una mujer, para impedir que se case con una ramera: la misma razón le asiste para hablarle de la infidelidad de su esposa, si está casado, para prevenir las consecuencias de tal imposición. No decirle a un amigo una cosa así es faltar a la confianza que se le tiene». BOSWELL: «¿Usted se lo diría al señor —?». Y nombré a un caballero que con toda seguridad no corría el menor peligro de caer en tan desdichada desgracia, por estar casado con una mujer ejemplar. JOHNSON: «No, señor, porque no le haría

ningún bien. Es tan calmoso que nunca presentaría su caso ante el Parlamento para conseguir el divorcio».

Dijo de uno de nuestros amigos: «Se está arruinando sin ningún placer. El hombre que pierde en la mesa de juego, o que dilapida su fortuna ante un tribunal, ve menguar su hacienda con la esperanza de hacerla incrementar —de esta palabra estoy seguro, pues la empleaba él a menudo—, ahora bien, es muy penoso atravesar por el cenagal de la racanería parsimoniosa para caer en el precipicio de la ruina. Si uno pasa en cambio por el camino florido de la extravagancia, pues está muy bien, que le aproveche».

Entre los numerosos grabados empastados que adornaban las paredes del comedor de Streatham se encontraba *Moderna conversación de medianoche*, de Hogarth. Le pregunté qué sabía él del párroco Ford, cuya figura es conspicua en medio del alborotado grupo. JOHNSON: «Señor, lo traté bastante, y era pariente mío, sobrino de mi madre. Había obtenido un puesto parroquial gracias al cual se ganaba la vida en el campo, aunque no con simonía. Nunca le vi, salvo en el campo. He sabido que era un hombre de grandes atributos, aunque manirroto. Nunca he tenido noticia de que fuera impío». BOSWELL: «¿No corría por ahí el bulo de que se le había aparecido su fantasma a no sé quién?». JOHNSON: «Eso se pensaba. Un camarero del Hummum, ^[c146] que es donde falleció Ford, había estado una temporada ausente del trabajo, y regresó sin saber que Ford había muerto allí. Cuando bajó a la bodega, según se cuenta, se lo encontró; bajó de nuevo a la bodega y allí lo vio por segunda vez. Al subir, preguntó a alguno qué podía estar haciendo Ford allí abajo. Le dijeron que Ford había muerto. El camarero contrajo unas fiebres que lo tuvieron un tiempo indispuerto. Cuando se repuso, dijo que tenía un mensaje que comunicar a ciertas mujeres de parte de Ford, aunque no dijo en qué consistía el mensaje, ni de qué mujeres se trataba, por más que se lo pidieron. Salió a cumplir el encargo, lo siguieron, pero se le perdió la pista en las inmediaciones de St. Paul. Al volver, dijo que había comunicado el mensaje y que las mujeres, al recibirlo, exclamaron: “¡En tal caso, estamos perdidas!”. El doctor Pellet, que no era un hombre crédulo, quiso indagar la verdad de esta historia, y afirmó que las pruebas eran irrefutables. Mi esposa fue al Hummum (era un lugar adonde iba la gente a hacerse sangrías). Creo que acudió con la intención de enterarse mejor de esta historia de Ford. Al principio fueron reacios a contarle nada; luego de hablar con ellos, volvió dándose por satisfecha de que era cierta. Ahora bien, si el mensaje que transmitió a las mujeres y la reacción de éstas al conocerlo son tal como se cuentan, hubo algo sobrenatural en todo el caso. De su palabra depende, y es ahí donde sigue».

Cuando la señora Thrale se retiró a descansar, Johnson y yo nos quedamos conversando hasta tarde. Reanudamos la charla sobre el argumento que expuso sir Joshua Reynolds el domingo anterior, esto es, que un hombre será virtuoso aunque su único motivo sea mantener su reputación. JOHNSON: «No es cierto, pues en lo que a este mundo respecta, el vicio no perjudica la reputación de un hombre». BOSWELL:

«Sí, señor: deshonrar a la esposa de un amigo sin duda le ha de perjudicar». JOHNSON: «No, señor. ¿Quién piensa mal de — por una cosa así?». BOSWELL: «Lord — no era su amigo».^[c147] JOHNSON: «Eso es mera circunstancia, una mínima distinción. No podría haber entrado en la casa si no fuera por medio de lord —. Se otorga a un hombre el título nobiliario que corresponda al condado sin importar que haya deshonrado a ninguna dama». BOSWELL: «¿Y si hubiera deshonrado a las damas casadas con los caballeros de dicho condado? ¿No sería general el resentimiento contra él?». JOHNSON: «No, señor. Perderá el favor de esos caballeros en concreto, pero el resto no se tomará ninguna molestia», dijo acaloradamente. BOSWELL: «Pues yo, señor, no puedo ser de esa misma opinión». JOHNSON: «Señor mío, no hay nada de que hablar con un hombre dispuesto a rebatir lo que todo el mundo sabe —dijo con enojo—. ¿No sabe usted a qué me refiero?». BOSWELL: «No, señor; además, quisiera tener mejor opinión de su país, en comparación con la imagen que da usted del mismo. Conocí en Escocia a un caballero al que se obligó a marcharse por haber deshonrado a una dama, y en uno de los condados de Inglaterra el hermano de un conde perdió las elecciones de su circunscripción por haber deshonrado a la esposa de otro conde de dicho distrito, destruyendo de ese modo la paz de una noble familia».

Con todo y eso, no dio su brazo a torcer. Siguió diciendo: «¿No está usted dispuesto a reconocer que el vicio no perjudica la reputación de un hombre hasta el extremo de desbaratar su prosperidad en la vida, cuando bien sabe que^[c148] vivió sobrecargado de riqueza y de honores, tratándose de un hombre que había amasado su fortuna mediante toda suerte de crímenes, tanto que su conciencia lo impelió a la postre a rebanarse el pescuezo?». BOSWELL: «Sin duda recordará usted, señor, lo que dijo el doctor Robertson, a saber, que se rebanó el pescuezo por estar harto de la vida reposada, ya que las pequeñas cosas no eran suficientes para conmover su espíritu grandioso». JOHNSON (sumamente encolerizado): «De ninguna manera, señor. ¿Qué paparruchas son éstas? Después que Robertson dijera lo que dijo, no era usted más partidario de esa opinión que antes. No conozco nada más ofensivo que repetir lo que uno sabe que es mentecatez, a modo de continuar una discusión, por ver lo que haya de responder su adversario, y hacerle así blanco de sus rechiflas» (más encolerizado aún; sulfurándose). BOSWELL: «Mi querido señor, nada más lejos de mi intención que lo que usted parece dar en recelar. No era mi intención la que usted sospecha, se lo aseguro. ¿Acaso no es posible que este noble encontrase todo a su alrededor “enojoso, rancio, inútil e inerte”, como dice Hamlet?». ^[c149] JOHNSON: «Señor, si me va a venir con galimatías, no pienso decir una palabra más. Se lo aseguro, por mi honor. Ni una palabra más». Dejaré que sean mis lectores quienes juzguen esta disputa.

A la mañana siguiente, antes de que él bajara a desayunar, resumí a la señora Thrale la disputa de la noche anterior en torno a la influencia de la reputación en el éxito que uno pueda cosechar en la vida. Me aseguró que él estaba sin duda en un

error, y me refirió que un baronet había perdido unas elecciones en Gales por haber deshonrado a la hermana de un caballero del lugar, a la que hizo que una de sus propias hijas invitara para hacerle compañía en su casa solariega, estando su esposa y sus demás hijos en Londres. No obstante, no quiso ella enfrentarse a Johnson por esta cuestión.

Pasé todo el día con él en Streatham. Habló largo y tendido y estuvo de buen humor.

Contemplando la espléndida edición que de las cartas y otras obras misceláneas de lord Chesterfield habían puesto en circulación los hermanos Dilly, se echó a reír. «Aquí —dijo— hay dos discursos que se le atribuyen y que están escritos por mí. Pero lo mejor del caso es que han descubierto que uno parece de Demóstenes y el otro de Cicerón».^[c150]

Censuró los *Esbozos de la historia de la humanidad*, de lord Kames, por la tergiversación de la descripción que hizo Clarendon sobre la aparición del fantasma de sir George Villiers, como si Clarendon pecara de credulidad, cuando lo cierto es que sólo dice que la historia gozaba de un sólido fundamento y de credibilidad, más de lo habitual en tales relatos; por si fuera poco, habla de la persona de la que se dice que tuvo una visión comentando «pobre hombre, si al menos hubiera estado del todo despierto», cosa que lord Kames ha omitido. Añadió que «en este libro se defiende que la virtud es connatural al hombre, y que bastaría con que consultásemos con nuestro corazón para que fuésemos virtuosos. Esto es decir algo de cuya falsedad está la humanidad toda al cabo de la calle». BOSWELL: «¿No es natural la modestia?». JOHNSON: «No sabría yo decirlo, pues no solemos hallar a nadie en su estado natural, pero creo que cuanto más se le enseña a alguien, más modesto se torna. Los franceses son un pueblo grosero, malcriado, sin pulir, carente de enseñanza; cualquier dama francesa es capaz de escupir en el suelo y frotar el escupitajo con la suela del zapato. Lo que gané yo estando en Francia fue aprender a sentirme más satisfecho con mi propio país. De los diecinueve a los veinticuatro años puede sacarse mayor provecho al tiempo casi de cualquier manera, antes que viajando. Si al viajar se opone la mera negación, el no hacer nada, desde luego que es mejor; sin embargo, cuánto más habrá de progresar un hombre joven si dedica esos años al estudio. Desde luego, si un hombre es salvaje y ha de correr en pos de las mujeres y las malas compañías, es mejor que lo haga en el extranjero, pues a su regreso puede romper con tales relaciones, y empezar en su tierra siendo un hombre nuevo, con una reputación por formar, con nuevas amistades por hacer. Es de ver qué poco aporta el viajar a la conversación de cualquiera que haya viajado. Qué poco le ha aportado a Beauclerk». BOSWELL: «¿Y qué dice usted de lord —?». JOHNSON: «Tan sólo una vez le oí hablar de lo que había visto, y fue de una serpiente grande al pie de las pirámides de Egipto». BOSWELL: «Bien, resulta que yo le oí decir lo mismo, por esa razón lo he mencionado».

Hablé de la vida en el campo. JOHNSON: «Si tuviera que vivir en el campo, no me

dedicaría a conquistar la popularidad. Viviría de un modo mucho mejor, sería más feliz. Tendría mi tiempo a mi entera disposición». BOSWELL: «Pero... ¿no es triste el estar lejos de todos nuestros amigos los literatos?». JOHNSON: «Tiempo tendrá usted de hartarse de estas conversaciones que ahora tanto le encandilan».

Como era un encendido amigo de la subordinación, en todo momento estaba vigilante, atento a suprimir de raíz la vulgar hipocresía con que se zaherían los modales de los grandes. «La gente de alcurnia es la mejor. Tómese un centenar de damas de calidad: encontrará entre ellas mejores esposas, mejores madres, mujeres más dispuestas a sacrificar sus propios placeres por sus hijos, que en otro centenar de mujeres cualesquiera. Las mujeres del comercio, y me refiero a las esposas de los comerciantes, en la ciudad, que poseen de diez a quince mil libras, son los peores seres que hollan la tierra, crasamente ignorantes, convencidas de que la maldad es de buen tono. Los granjeros, entiendo yo, son a menudo individuos indignos. Pocos lores hacen trampas; si las hacen, se avergüenzan; los agricultores y los ganaderos hacen trampas con total desvergüenza. Tienen todos los vicios de la nobleza, a los que hay que añadir que son por naturaleza unos tramposos. Hay entre agricultores y ganaderos tanto fornicio y adulterio como entre los nobles». BOSWELL: «En cambio, el mundo en general entiende que la moral de las mujeres de calidad es más dudosa que la de las mujeres de situación inferior». BOSWELL: «Así es. El carácter licencioso de una mujer de calidad hace más ruido que el de muchas mujeres de situación inferior. Ha de reparar usted en la malignidad con que se ensañan las mujeres de la ciudad contra las mujeres de calidad, tanta que dan en creer a pie juntillas cualquier cosa que se diga de ellas, como que se llevan a la cama a sus cocheros. Pues no: en la medida en que he observado, cuanto más alto sea el rango a que pertenecen, cuanto mayor la riqueza, mejor instruidas están, y son más virtuosas».

En este año, el reverendo señor Horne publicó su *Carta al señor Dunning sobre la partícula en inglés*. Johnson la leyó, y aunque no salía bien parado, ni se le trataba en ella con mucho respeto, tuvo la sinceridad de decir al señor Seward que «si tuviera que preparar una nueva edición de mi *Diccionario*, adoptaría varias de las etimologías de Horne.^[161] Espero que no hayan puesto al muy perro en la picota por su libelo; contiene demasiada literatura para correr una suerte así».

El sábado 16 de mayo almorcé con él en casa de Beauclerk con los señores Langton y Steevens, el doctor Higgins y algunos comensales más. Lamento con gran pesar todas y cada una de las ocasiones en que anduve remiso a tomar buena nota de sus *memorabilia*; me temo que es propio de la condición humana (como me señaló una vez el señor Windham, de Norfolk, luego de pronunciar un discurso admirable en la Cámara de los Comunes que fue merecedor de muchos aplausos, pero que luego entendió que podía haber sido mejor) «que más nos inquiete pensar en nuestras carencias de lo que nos alegre pensar en nuestros logros». Éste es un modo irracional de perturbar nuestra tranquilidad que debería corregirse; permítaseme, así pues, consolarme con el copioso tesoro de las conversaciones de Johnson que he

custodiado y preservo para mi disfrute y el del mundo en general, y permítaseme hacer gala de lo que tengo sobre cada ocasión, sea más o menos, sea un racimo o sea sólo el breve centelleo de un solo diamante.

Dijo así: «El doctor Mead vivió en la región anchurosa y soleada de la vida más que cualquier otro hombre».

Estaba entonces en boca de todos el desastre del ejército del general Burgoyne. [c151] Se preguntó por qué se había insistido tanto en que se hiciera una pila con sus armas, como si fuera cuestión de gran trascendencia, cuando parecía una circunstancia más bien baladí. JOHNSON: «Ya dice un autor francés que “*Il y a beaucoup de puérilités dans la guerre*”. Todas las distinciones son baladíes, pues en contadas ocasiones sucede algo importante, y esas distinciones se zanján según es costumbre. Un salvaje del mismo modo daría cuenta de su carne en la cocina que en esta mesa; a medida que el hombre se civiliza, se inventan diversos modos de distinguir la preferencia honorable».

Ese día hizo algunas observaciones sobre las similitudes que hay entre *Rasselas* y el *Cándido* de Voltaire que he insertado en su lugar oportuno, al considerar su admirable novela filosófica. Dijo que, a su juicio, el *Cándido* tenía mayor contundencia que cualquier otro de los escritos de Voltaire.

«La parte lírica de Horacio —dijo— nunca podrá ser perfectamente traducida. Gran parte de su excelencia radica en las cantidades y en la enunciación. Francis es quien mejor lo ha hecho; en cinco de cada seis casos, prefiero su traducción antes que cualquier otra».

El domingo 17 de mayo le presenté al señor Fullarton, de Fullarton, que desde entonces tanto se ha destacado en la India, y con el cual naturalmente habló de viajes, teniendo en cuenta que el señor Brydone le había acompañado en su viaje a Sicilia y Malta. «La información que poseemos gracias a los viajeros modernos —dijo— es mucho más auténtica que la de los antiguos; los antiguos hacían conjeturas donde los modernos hacen mediciones. Los suizos reconocen que hay un solo error en Stanyan. [c152] Si Brydone fuera más atento a su Biblia, sería un viajero excelente».

«Lord Chatham —dijo— fue un dictador investido del poder de poner al Estado en movimiento; ahora no existe tal poder, todo orden se ha relajado». BOSWELL: «¿No hay esperanza de que cambien las cosas y mejoren?». JOHNSON: «Desde luego; cuando nos hartemos de esta relajación de las costumbres. Entonces, el Ayuntamiento de Londres volverá a nombrar a sus alcaldes por antigüedad». [c153] BOSWELL: «¿Y no es eso dejar al mero azar tener un buen o mal alcalde?». JOHNSON: «Sí, señor, pero los males de la competencia son mayores que los del peor alcalde que se pueda nombrar; por otra parte, no hay por qué suponer que la decisión por mayoría a la que llegue la chusma sea la correcta, tal como tampoco hay que suponer que el azar lo sea».

El martes 19 de mayo tenía yo previsto emprender viaje a Escocia por la tarde. Johnson tenía el compromiso de almorzar conmigo en casa del señor Dilly; fui a

visitarlo para recordárselo y acompañarlo allí; me dio salutíferos consejos y me recomendó vigor en mis resoluciones contra cualquier desviación del deber moral. BOSWELL: «Pero no querrá usted que me ate mediante una solemne obligación». JOHNSON (muy agitado): «¿Cómo? ¡Un voto! Oh, no, de ninguna manera. Contraer un voto es algo espantoso. Es una añagaza para pecar. El hombre que no sepa ir al Cielo sin un voto... bien puede irse...». ^[a nota c22, Vol. II] En este punto, de pie en medio de su biblioteca, grandilocuente, su pausa fue una curiosa mezcla de solemnidad y ridículo; soltó un medio silbido, como tenía por costumbre cuando estaba satisfecho, y calló como si le contuviera el respeto a la religión. Yo habría dicho que iba a añadir «al Infierno», pero no dijo nada. Resolví con humor el dilema. «¿Cómo, señor! —dije—. *In cælum jusseris ibit?*». ^[c154] aludiendo a la imitación que él había hecho de ese verso: «Y mándesele al Infierno, que al Infierno va».

Le había señalado yo un levísimo defecto contenido en su noble *Imitación de la décima sátira de Juvenal*, donde aparece dos veces, demasiado cerca, el vocablo *spread* [‘extender’] cuando describe al joven entusiasta en la universidad:

Por todas sus venas la fiebre del renombre
se extiende con el potente contagio de la toga;
sobre la cúpula de Bodley sus futuros desvelos extiende,
y tiembla sobre su cabeza la mansión de Bacon. ^[c155]

Me pidió que cambiara yo el primer *spreads* [‘se extiende’] por *burns* [‘quema’], pero en aras de una absoluta autenticidad le pedí que fuese él quien lo hiciera de su puño y letra. ^[162] Me pareció que esta alteración no sólo enmendaba el defecto, sino que era más poética, pues podría contener una alusión a la camisa por la cual se prendió fuego Hércules.

Tuvimos un encuentro apacible y confortable en casa de Dilly, solos los tres. Comentó que alguien había expresado su deseo de que se publicara el *Tratado sobre la educación* de Milton, junto con sus poemas, en la edición de los *Poetas ingleses* que ya se había puesto en marcha. JOHNSON: «Eso sería violar el plan previsto, pero no tendría mayores consecuencias. En la medida en que pudiera repercutir, sería un error. En Inglaterra, la educación ha corrido peligro de salir perjudicada por dos de los más grandes, Milton y Locke. El plan que propone Milton es inviable, y dudo que nunca se haya tratado de implantar. El de Locke me imagino que se ha intentado en más de una ocasión, pero es muy imperfecto; es demasiado lo que da a una de las partes, y demasiado poco a la otra. Muy poco da a la literatura... Haré lo que pueda por el doctor Watts, pero dispongo de muy escasos materiales. Sus poemas de ninguna manera son lo mejor de su obra; no es mucho lo que puedo elogiar en ellos, aunque sí alabo el plan de la misma». ^[c156]

Mi ilustre amigo y yo nos despedimos con muestras de afecto y respeto.

Le escribí el 25 de mayo desde Thorpe, condado de York, donde tenía una de sus casas el señor Bosville, y le hice una relación del día que pasé en Lincoln de un modo

inesperado y sin cartas de presentación, a pesar de lo cual me honraron con sus civiles atenciones el reverendo señor Simpson, conocido suyo, y el capitán Broadley, de la milicia del condado de Lincoln, pero muy en especial me atendió el reverendo señor Gordon, capellán catedralicio, quien primero me trató con la debida cortesía con que se recibe a un desconocido, aunque cuando le informé de quién era me agasajó en su propia casa con las más halagüeñas atenciones; también le expresé el placer con el cual descubrí la muy alta estima en que se tenía a nuestro valioso amigo Langton en su propia ciudad.

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo, 18 de junio de 1778

Mi querido señor,

(...) Desde que regresé a Escocia he vuelto a estar en Lanark y he disfrutado de más conversaciones con la hermana de Thomson. Es raro que Murdoch, que fue su amigo íntimo, haya confundido el apellido de soltera de su madre, que según dice era Hume, cuando Hume es el de su abuela materna. Su madre se llamaba Beatrix Trotter,^[163] hija del señor Trotter, natural de Fogo y pequeño terrateniente. Thomson tenía un hermano al cual llevó consigo a Inglaterra en calidad de amanuense, pero enfermó de consunción, y tras regresar a Escocia, para reponerse con el aire de su tierra natal, murió siendo joven. Tuvo tres hermanas, una de las cuales se casó con Bell, párroco de Strathaven; otra con el señor Craig, padre del ingenioso arquitecto que trazó el plano de la Ciudad Nueva de Edimburgo; la tercera con Thomson, maestro en la escuela secundaria de Lanark. Era de natural humanitario y benévola disposición; no sólo envió muchos y valiosos obsequios a sus hermanas, sino también una pensión anual en metálico, y siempre se mostró deseoso de que estuviera en su poder hacer algo más por ellas. La observación que hace lord Lyttelton en el sentido de que «detestaba escribir» es muy cierta. Sus cartas a su hermana, la señora Thomson, no fueron frecuentes, y en una de ellas dice que «todos los amigos que me conocen bien saben cuán remiso soy a escribir cartas; por eso, nunca achaques la negligencia de mi mano a la frialdad de mi corazón». Le adjunto una copia de la última carta suya que ella recibió; nunca tuvo el menor conocimiento de que fuera a tomar las sagradas órdenes. A partir de la entrevista sostenida con su hermana, tengo de él una opinión mucho más favorable, como espero le pase a usted. Sigo ansioso de ver más prefacios suyos a los *Poetas*. Me solazo con las pocas galeradas que tengo.

Le envío otro paquete de los *Anales* de lord Hailes; tenga la bondad de devolvérmelos tan pronto como buenamente pueda. Dice que es su deseo que «penetre un poco más a fondo en su incisión», aunque puede estar orgulloso de darle tan contadas ocasiones de emplear el bisturí de la crítica. Soy, querido señor, su fiel y afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A petición mía, el señor Langton ha tenido la bondad de proporcionarme ciertos detalles sobre la visita que hizo Johnson al campamento de Warley, donde estaba por entonces este caballero acuartelado como capitán de la milicia del condado de Lincoln. Los relataré con sus propias palabras, tal cual me los refirió por carta.

Fue en el verano de 1778 cuando tuvo la amabilidad de aceptar mi invitación para visitarme en el campamento de Warley, y allí estuvo conmigo una semana más o menos. A pesar de su mala salud, bajo cuyo peso parecía esforzarse, el panorama pareció interesarle y entretenerle, por ser acorde con la disposición que creo sabrá usted manifestaba constantemente de inquirir sobre asuntos de índole militar. Tomó asiento, armado de un alto grado de paciencia y atención, a observar el procedimiento

de un consejo de guerra que fue convocado en el regimiento durante su estancia con nosotros; una noche, nada menos que a las once, acompañó al comandante del regimiento a hacer lo que se conoce como ronda, en el transcurso de la cual pudo observar la forma en que se visitaba a los guardias, para cerciorarse de que tanto éstos como los propios centinelas se hallaban en sus puestos y listos para el cumplimiento de su deber. Aprovechó la ocasión para conversar sobre asuntos militares, de uno de los cuales veo mención particular en su *Diario de un viaje a las Hébridas*, que tengo abierto ante mí,^[164] referente al empleo de la pólvora, del cual habló en parte del mismo modo que relata usted.

En una ocasión en que el regimiento realizaba sus maniobras se acercó mucho a los hombres situados en uno de los extremos, y observó sus prácticas con gran atención; a su regreso, hizo este comentario: «Los hombres en efecto cargan los mosquetes y disparan con pasmosa celeridad». Del mismo modo se mostró minucioso en recabar información sobre las balas de mosquete que se utilizaban, y a qué distancia se contaba con que acertasen al disparar.

Al caminar entre las tiendas de campaña y observar las diferencias entre la oficialía y la tropa, señaló que nunca se le había expuesto a la vista de manera tan nítida la superioridad del alojamiento de quienes gozaban de unas mejores condiciones de vida frente a sus inferiores. Las cortesías que se le hicieron en el campamento por parte de los caballeros del regimiento del condado de Lichfield fueron que uno de los oficiales le preparase una tienda en la cual pernoctar, y que el general Hall le invitara atentamente a almorzar con él, agasajo del cual pareció darse por muy satisfecho, así como de las demás atenciones que recibió por parte del general^[165] y de su ayuda de campo, el capitán Smith, que pareció agradecer de corazón, como bien se vio por lo mucho que con él discursaron. Asimismo, los caballeros del regimiento del este de York, al tener noticia de su llegada, solicitaron su compañía en un almuerzo, aunque para entonces ya había fijado la fecha de su regreso, de modo que no pudo aceptar la invitación.

A James Boswell

Londres, 3 de julio de 1778

Señor,

he recibido dos cartas tuyas, en la segunda de las cuales se queja de la desatención mostrada por mí con la primera. No debe usted sujetar a sus amigos a la obligación de mantener correspondencia puntual. Tiene usted todas las garantías de mi afecto y mi estima; no tendría que existir necesidad alguna de hacer profesión reiterada. Cuando pueda darse el caso de que yo le proporcione consuelo o consejo, espero que nunca se me pase por la cabeza la posibilidad de no atenderle como merece, pero no debe tenerme por criminal o por frío si no le digo nada cuando nada tengo que decir.

Ahora es usted razonablemente feliz. La señora Boswell se ha recuperado; le congratulo a usted por la probabilidad de que goce de larga vida. Si la aprobación puede añadir algo a su disfrute, le puedo asegurar que he oído hablar de usted a quien le tacha de ser un hombre por el que todos tienen aprecio. Creo que poco más puede depararle la vida.

— ha ido con su regimiento. Ha prescindido de su carruaje, y habrá de recortar aún más sus gastos;

desconozco cómo lo hará. Es difícil reformar gradualmente una economía doméstica; mejor sería hacerlo con un sistema completamente nuevo. Me temo que siempre tiene algo que ocultar. Cuando le apremiamos que fuese a —, puso por objeción la necesidad de atender su navegación; en cambio, hablaba de ir a Aberdeen, lugar no mucho más próximo a su navegación.^[157] Creo que no soporta el pensamiento de vivir en — con gran merma de sus posibles, de presentarse entre los caballeros de la región como si estuviera a la cuarta pregunta. Es algo natural, pero es una cobardía. Lo que le dije acerca de los gastos que aumentan en una familia que crece parece haberle hecho mella. Cierto es que había albergado planteamientos muy confusos; creo que hemos sabido mostrarle en qué se equivoca. Ahora bien, incurriendo en el habitual defecto de quienes dan consejo, no le hemos sabido enseñar cómo obrar con bien.

Desearía que se corrigiera usted, o que contuviera un poco su imaginación, y que se dé cuenta que la felicidad, tal como la vida la admite, no sólo puede alcanzarse en Londres, sino en otros lugares. Sin ánimo de afirmar la doctrina estoica,^[166] podría decirse que nuestro cometido no es otro que librarnos tanto como podamos del poder que tengan sobre nosotros las cosas externas. No existe más que un solo fundamento sólido de la felicidad, y es la esperanza razonable de un futuro feliz. Esto es algo que se puede gozar en cualquier parte.

No seré yo quien le culpe de preferir Londres a otros lugares, pues no cabe duda de que es preferible, siempre que tenga una libertad de elección, pero son pocos los que pueden elegir dónde vivir, o su manera de vivir, y el mero placer nunca debiera ser el principal motivo de acción.

La señora Thrale, pobrecilla, ha tenido una hija. El señor Thrale, como todos nosotros, no ve con buenos ojos la época en que vivimos. La señora Williams está enferma, la señora Desmoulins está mal. Yo paso muy turbias noches. Nadie está bien, salvo el señor Levett.

Soy, querido señor, su más etc.,

SAM. JOHNSON

En el transcurso de este año hubo alguna diferencia de criterio entre él y su amigo Strahan, en cuyos particulares no será menester entrar. La reconciliación entre ambos me la comunicó por carta Strahan con estas palabras:

Las notas que le mostré sobre lo acaecido entre él y yo tenían fecha del pasado mes de marzo. El asunto quedó en suspenso hasta el 27 de junio, en que me escribió como sigue:

A William Strahan

»Señor,

»sería una rematada estupidez que ambos siguiéramos ignorándonos cual dos desconocidos por más tiempo. Por más que persevere, no podrá deshacer el entuerto. Si mi resentimiento pecó de excesiva acrimonia, fue solamente ante usted. Vio usted que mi enojo terminó en el acto, pues al cabo de un día o dos fui a su casa. Le he concedido mucho tiempo, y espero que lo haya aprovechado para no estar ya en malas relaciones con su amigo, etc.,

»SAM. JOHNSON»

Tras esto fui a visitarle; después, ha venido a almorzar conmigo.

Con posterioridad, entre el doctor Johnson y el señor Strahan floreció la misma amistad de antes. Mi amigo me comentó una circunstancia a este respecto, que si bien quizá nos haga sonreír, ha de reconocerse que tiene su razón de ser en un amable y certero conocimiento de la naturaleza humana. «Cuando escribo a Escocia —me dijo — recurro a Strahan para que franquee mis cartas, lo cual puede darle la apariencia de parlamentario entre sus compatriotas».

Al capitán Langton,^[167] campamento de Warley

31 de octubre de 1778

Querido señor,

cuando recuerdo cómo me recibió hace ya tiempo en el campamento de Warley, con tanta bondad, me avergüenza no haberme interesado antes por mis amistades.

Dígame, así pues, a cuántos ladrones de ovejas ha condenado, cómo les ha castigado. ¿Cuándo será usted acuartelado en mejor alojamiento? El aire se torna fresco, húmedo el terreno. Una estadía más prolongada en el campo no puede darse sin graves riesgos para la salud del común de los hombres, aun cuando los oficiales se puedan librar de ellos.

Habría visto que el doctor Percy ha sido nombrado Deán de Carlisle; tendrá una renta de unas quinientas al año, y el poder de agasajarse con la buena vida. La tiene resuelta.

La temporada de sesiones del club está previsto que comience con la del Parlamento. El señor Banks desea ser miembro; será un ingreso muy honorable.

¿Le ha complacido el Rey?^[c158] Los hombres de Coxheath, me parece, tienen motivos de queja. Reynolds dice que su campamento es mejor que el de ellos.

Espero se sienta con ánimos para hacer frente a este tiempo. Cuídese, no desatienda su salud y, en la medida que pueda, la de sus hombres. Tenga la bondad de dar recuerdos de mi parte a todos los caballeros cuyos cumplidos recibí y cuya amabilidad experimenté en persona.

Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Le escribí el 18 de agosto, el 18 de septiembre y el 6 de noviembre, informándole de que había tenido otro hijo, al cual puse por nombre James; de que había pasado algún tiempo en Auchinleck; de que la Condesa de Loudon, a sus noventa y nueve años, estaba igual que cuando él la conoció; de que su madre por adopción, la Condesa de Eglintoune, me había dicho: «Diga al doctor Johnson que lo quiero muchísimo»; de que había vuelto a sufrir yo, y mucho, de desánimo; de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que supe de él, lo cual me tenía no poco inquieto.

Su constante afecto por su amigo el doctor Burney se desprende de las cartas siguientes:

Al reverendo doctor Wheeler, en Oxford

Londres, 2 de noviembre de 1778

Apreciado señor,

el doctor Burney, portador de la presente, está en proceso de escribir una *Historia de la música*; tras tener noticia por medio del doctor Markham de que algunos manuscritos relacionados con esta materia se conservan en la biblioteca de su colegio universitario, tiene el natural deseo de examinarlos. Es mi amigo; por consiguiente, me tomo la libertad de encarecerle que le preste su favor y su ayuda en esta investigación; le aseguro con total confianza que, si lo conociera, no necesitaría él que mediara ninguna intercesión en la solicitud de la bondad de alguien que ama la cultura y la virtud tanto como usted.

He pasado todo el verano ilusionándome con la esperanza de hacer mi visita anual a mis amigos, pero algo me lo ha impedido, si bien todavía cuento con verle a usted antes que pase mucho tiempo. Me alegraría una breve charla literaria; me alegraría mostrarle por la frecuencia de mis visitas cuánto afecto le tengo cuando es usted con quien converso. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Edwards, en Oxford

Señor,

el portador de la presente, el doctor Burney, ha tenido conocimiento de que existe algún manuscrito en galés en la Biblioteca Bodleiana, del cual espera espigar materiales para su *Historia de la música*, pero como ignora la lengua no sabe dónde buscar ayuda. No tengo ninguna duda, señor, de que usted podrá ayudarle a salvar sus dificultades, y por eso me tomo la libertad de recomendarlo a su bondad, no en vano estoy seguro de que usted sabrá tenerlo por hombre digno de toda la civilidad que se le pueda mostrar y de todo el beneficio que otorgársele pueda.

Pero no debemos permitir que la lengua de Gales nos aparte del griego. ¿Qué es de Jenofonte? Si no le agradan las complicaciones propias de publicar el libro, no permita que se pierdan sus comentarios; ingénieselas para que de algún modo se publiquen. Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Estas cartas procuraron al doctor Burney una acogida amable y amistosos favores por parte de ambos caballeros no sólo en esta ocasión, sino también en futuras visitas a la universidad. Ese mismo año, el doctor Johnson no sólo escribió al doctor Joseph Warton a favor del hijo menor del doctor Burney, que iba a estudiar en el colegio de Winchester, sino que también le acompañó cuando hizo el viaje.

Con seguridad, no podemos menos que admirar la benevolencia de las acciones de este hombre grande y bondadoso cuando reparamos en lo penosamente que le afectaba la mala salud y en lo incómoda que se le había tornado su casa por las perpetuas riñas entre aquellos a quienes caritativamente daba cobijo bajo su techo.^[a nota 191, Vol. III] A veces ha tenido el coraje de hablarme en un tono más bien jocoso de este grupo de hembras, a las que llamaba «su serrallo». Así las menciona, junto al honesto y servicial Levett, en una de sus cartas a la señora Thrale:^[168] «Williams detesta a todas; Levett detesta a Desmoulins y no tiene aprecio por Williams; Desmoulins los detesta a ambos; Poll^[169] no aprecia a ninguna».

A James Boswell

21 de noviembre de 1778

Querido señor,

mucho tiempo ha pasado en efecto desde la última que le escribí, por lo que entiendo que tenga motivos de queja; ahora bien, no debe permitir que le incomoden tales minucias, ahora que cuenta con tan espléndido añadido de su felicidad como es un nuevo vástago, y confío en que la salud de su señora se haya restablecido por traerlo al mundo. Parece muy probable que ahora, con un poco de cuidado, se recupere del todo si persiste algún resto de sus dolencias.

Si he comprendido bien su carta, parece que gana usted terreno en Auchinleck, hecho que me causaría gran deleite. (...)

Cuando cualquier arranque de ansiedad, o de humor lúgubre, o una perversión del ánimo se apodere de usted, tome por norma no darle publicidad por medio de quejas y esmérese en ocultarlo; esforzándose por ocultarlo podrá sobreponerse. No deje de estar ocupado.

El club ha de tener una reunión próxima, a la vez que el Parlamento. Se habla de incorporar a Banks, el viajero; será un miembro respetable.

Langton ha estado acampado con su milicia en los prados de Warley; pasé cinco días con ellos; se ha destacado por ser un oficial diligente, y cuenta con gran respeto en el regimiento. Estando yo allí presidió un consejo de guerra; ahora está acuartelado en el condado de Hertford; su señora e hijos se encuentran en Escocia.

Paoli visitó el campamento y pasó revista a la tropa.

De mí no tengo gran cosa que decir. Mi salud no está del todo repuesta. Paso las noches en vela, en el tedio. La mejor noche de descanso que he tenido en los últimos veinte años fue en Fort Augustus.

Espero enviarle pronto unas cuantas vidas para su lectura.

Soy, querido señor, afectuosamente, su amigo

SAM. JOHNSON

En esta época, el reverendo señor John Hussey, que había sido comerciante durante algún tiempo y era por entonces clérigo de la Iglesia anglicana, se disponía a viajar a Aleppo y a otros lugares de Oriente, como en efecto hizo. El doctor Johnson, que desde antaño había tenido íntima amistad con él, le honró con esta carta:

A John Hussey

29 de diciembre de 1778

Estimado señor,

le he enviado la *Gramática* y le he dejado dos libros más, con los que espero me recuerde: escriba mi nombre en ellos es posible que no nos veamos más; parta usted con mis mejores deseos, no desespero de verle a su regreso. No permita que le corrompan las oportunidades de enviciarse, no se deje seducir por el mal ejemplo; que la ceguera de los mahometanos le confirme en la fe cristiana. Dios le bendiga.

Soy, querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

1779: ÆTAT. 70.] En 1779 Johnson expresó una gran satisfacción por la publicación del primer volumen de los *Discursos ante la Real Academia*, de sir Joshua Reynolds, a quien siempre había considerado uno de los miembros de su escuela literaria. Grandes elogios merecen sin duda estos discursos, que gozan de admiración universal, por los cuales su autor recibió de la Emperatriz de Rusia una caja de oro para guardar el rapé, adornada con su propio perfil en bajorrelieve y rodeado de diamantes, que contenía algo infinitamente más valioso, un billete sobre el cual están escritas de puño y letra de Su Majestad Imperial las siguientes palabras: «*Four le Chevalier Reynolds en témoignage du contentement que j'ai ressentie*^[c159] à la lecture de ses excellens discours sur la peinture».

Ese año Johnson dio al mundo una prueba luminosa de que su vigor intelectual en todas sus facultades, memoria, juicio e imaginación, no había menguado ni un ápice, ya que se publicaron los cuatro primeros volúmenes de sus *Prefacios biográficos y críticos a los más eminentes poetas ingleses*,* impresos por los libreros de Londres. Los volúmenes restantes vieron la luz en 1780. Los poetas fueron seleccionados por los diversos libreros que tenían sus derechos de propiedad intelectual honoraria, derecho que aún se conserva entre ellos por un acuerdo colectivo, a pesar de la decisión de la Cámara de los Lores, que es contraria a la perpetuidad de la propiedad intelectual. Sabemos por autoridad del propio Johnson,^[170] que por recomendación suya se añadieron a la colección poemas de Blackmore, Watts, Pomfret y Yalden. De esta obra he de ocuparme más adelante con los debidos pormenores.

El 22 de enero le escribí a propósito de varias cuestiones, y le comenté que como había tenido la amabilidad de permitirme que me quedara con las galeradas de sus *Vidas de los poetas*, había escrito a su criado, Francis, para pedirle que me las cuidara.

Boswell al doctor Johnson

Edimburgo,
2 de febrero de 1779

Mi querido señor,
la muerte de Garrick es un suceso sobrecogedor; no porque haya de sorprendernos la muerte de ningún hombre

que haya vivido sesenta y dos años, sino porque la vivacidad contagiosa de nuestro célebre y difunto amigo alejaba la idea de la muerte en todo el que pensara en él. Estoy seguro de que le habrá afectado en lo más hondo su fallecimiento; ojalá tenga a bien decirme algo al respecto. Le estuve yo muy agradecido en mis tiempos de efervescencia londinense, cuando era mi tutor el pobre Derrick, y desde entonces he recibido de él numerosas muestras de cortesía. Recordará usted qué placer me procuró recibir una carta suya hallándonos en Inverary, de regreso a la civilización tras nuestro viaje por las Hébridas. Siempre le recordaré con tanto afecto como admiración.

El sábado pasado, 30 de enero, tomé café y oporto añejo y tuve una solemne conversación con el reverendo señor Falconer, obispo disidente, hombre muy erudito y digno. Hizo dos brindis por los cuales bebí con gran cordialidad: por el doctor Samuel Johnson y por Flora MacDonald. Estuve unas cuatro horas con él, y fue realmente como si estuviera viviendo en el siglo pasado. La Iglesia episcopaliana de Escocia, aun siendo fiel a la real casa de Estuardo, nunca ha aceptado de nadie, desde la Revolución, el *congé d'élire*; es la única verdadera Iglesia episcopaliana de Escocia, y como tal tiene su propia sucesión de obispos. En cuanto a la clerecía episcopal que toma los votos del actual gobierno, en efecto siguen los ritos de la Iglesia anglicana, si bien, como observó el obispo Falconer, «no son episcopalianos, pues no se someten a la autoridad de ningún obispo, ya que ningún obispo tiene autoridad allende su diócesis». Este venerable caballero me hizo el honor de almorzar ayer conmigo, e impuso sus manos sobre las cabezas de mis pequeños. Tuvimos un buen rato de curiosa conversación literaria, en particular sobre Thomas Ruddiman, con el cual le unió una gran amistad.

Cualquier ejemplo reciente de la incertidumbre que rige la vida le hace a uno abrazar con más aprecio a un valioso amigo. Mi querido y muy respetado señor, Dios le guarde muchos años en este mundo mientras siga yo en él.

Soy como siempre su seguro, afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

El 23 de febrero volví a escribirle quejándome de su silencio, pues supe que estaba enfermo, y escribí al señor Thrale para pedirle noticias suyas, amén de anunciarle mi intención de viajar pronto a Londres.

A James Boswell

13 de marzo de 1779

Querido señor,

¿por qué se deleita usted en armar todo este jaleo, importunando al señor Thrale para comentarle mis negligencias y a Francis para que se ocupe de algo de todo punto innecesario? A Thrale, puede usted darlo por seguro, no le importó; a Francis le ahorraré la molestia yo mismo, ordenando que se envíe sin dilación a mi querida señora Boswell un juego de las *Vidas y Poetas*,^[171] en prenda de agradecimiento por su tarro de mermelada. Si pensara yo que iba a recibirlos con desdén, se los enviaría a la señorita Boswell, de quien espero y confío que no haya heredado la inquina que me tiene su mamaíta.

Envié el juego de las *Vidas* a otros amigos, en primer lugar a lord Hailes. Tengo su segundo volumen en la mesilla: un libro que sin duda le ha costado gran esfuerzo, y que es un gran placer para toda persona de buen juicio. Indíqueme a quién más he de enviárselo. ¿Le gustaría a lord Auchinleck? La señora Thrale me está esperando en el coche. Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Esta carta se cruzó conmigo camino de Londres, adonde llegué el lunes 15 de marzo; a la mañana siguiente, a hora ya avanzada, encontré al doctor Johnson tomando el té en compañía de la señora Desmoulins, el señor Levett y un clérigo que había ido a someter a su revisión algunas composiciones poéticas. Es asombrosa la cantidad y

variedad de escritores, algunos incluso desconocidos para él, que se han aprovechado de su buen natural para que repasara sus obras y les aconsejase enmiendas y mejoras. Mi llegada interrumpió durante un rato la importante tarea de este fiel representante de Bayes;^[c160] cuando se reanudó, descubrí que el asunto sujeto a su inmediata consideración no era otro que una traducción, todavía manuscrita, de *Carmen Secutare*, de Horacio, a la que este mismo año se le había puesto música y se había representado como entretenimiento público en Londres, en beneficio conjunto de monsieur Philidor y el signor Baretto. Cuando Johnson terminó la lectura, el autor preguntó a bocajarro si era una buena traducción. Johnson, cuyo respeto por la verdad siempre ha sido insólitamente estricto, pareció perplejo durante unos instantes, sin saber qué contestar; como ciertamente no podía elogiar con honestidad el resultado del empeño, con exquisita destreza evadió de este modo la pregunta: «Señor, no diré yo que no pueda realizarse una muy buena traducción». Aquí nada se afirmó que fuera en ningún sentido favorable a su trabajo, a pesar de lo cual al autor no le sorprendió. En el repaso, le tocó el turno a una «Oda al genio guerrero de Gran Bretaña» ya impresa; el bardo era alto y huesudo, de pelo negro y corto, y ya se retorció, presa de la agitación, mientras Johnson la leía, y enseñando los dientes en una tensa mueca de ansiedad exclamó con frases entrecortadas y en un tono demasiado agudo: «¿Es poesía señor? ¿Es Píndaro?». JOHNSON: «Desde luego, señor, aquí hay buena parte de eso que se llama poesía». Volviéndose hacia mí, el poeta exclamó: «No lleva mucho tiempo mi musa en la ciudad, y —señalando la oda— ya tiembla y se estremece en manos del gran crítico». En tono de evidente molestia, Johnson le preguntó: «¿Por qué elogia usted a Anson?».^[c161] No me preocupé de interesarme por la razón de la pregunta. Siguió diciendo: «Hay un error de bulto, señor: pinta usted al genio en femenino». «Es patente, señor —exclamó entusiasta—; lo sé. Pero es que —añadió bajando la voz— quise rendir un cumplido a la Duquesa de Devon, que de hecho complació a Su Excelencia. Camina ella por el campamento de Coxheath vestida con uniforme militar, y así la tomo por el genio guerrero de Gran Bretaña». JOHNSON: «Aduce usted un motivo de que así sea; no por eso va a tener razón. Podría usted tener un motivo por el cual dos y dos fueran cinco, a pesar de lo cual seguirán siendo cuatro».

Aunque estuve con él varias veces en el transcurso de los días siguientes, fueron al parecer tales mis ocupaciones, o tal mi negligencia, que no he guardado memoria de su conversación hasta que el viernes 26 de marzo fui a visitarle. Dijo que contaba con que se le atacase por sus *Vidas de los poetas*. «Sin embargo —señaló—, prefiero que se me ataque antes de que se me ignore. Y es que lo peor que puede hacerse con un autor es guardar silencio sobre su obra. Mala cosa es atacar una ciudad, pero cercarla y rendirla por el hambre es aún peor; el ataque puede no culminar con éxito, se pueden sufrir más bajas de las que se causan; pero por el hambre se tiene certeza de la victoria».

Hablando de un amigo nuestro que se relacionaba con personas de principios y

carácter verdaderamente discordantes, dije que era un hombre universal, un hombre de mundo.^[c162] JOHNSON: «Sí, señor, pero es que uno puede ser muy hombre de mundo sin ser nada en el mundo. Recuerdo un pasaje del *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith, que cometió la torpeza de suprimir. Decía así: “No amo yo a un hombre que no sea celoso de nada”». BOSWELL: «Espléndido pasaje». JOHNSON: «Sí, señor; había otro pasaje espléndido que también suprimió: “Cuando yo era joven, y estaba ansioso por hacerme notar, continuamente hacía nuevas proposiciones. Pero pronto renuncié, pues descubrí que, en términos generales, todo lo novedoso era falso”». Le dije que no me gustaba sentarme a pasar el rato con personas de las que no tenía yo una buena opinión. JOHNSON: «Pero no debe usted condescender demasiado en esa delicadeza; de ser así, se pasará la vida en conversaciones *tête-à-tête*».

Durante mi estancia londinense de esta primavera descubro que incurrí en una negligencia inexplicable e injustificable al guardar memoria de los dichos de Johnson, mucho más que en cualquier otra de las etapas en que gocé de la felicidad que me producía cada ocasión de oír su sabiduría e ingenio. Esto ahora ya no tiene remedio. He de contentarme con presentar aquí las contadas notas que poseo. No obstante, me avergüenza y me fastidia pensar cuánto se ha perdido. No es que fuera mala cosecha la de ese año, sino que no puse yo esmero suficiente en recogerla. Por tanto, en algunos casos sólo podré exhibir algunos fragmentos aislados.

Hablando del magnífico ocultamiento del autor de las célebres cartas que firmaba como «Junius», dijo así: «Yo habría supuesto que era Burke el tal Junius, pues no conozco a nadie más, salvo a él, capaz de escribir tales cartas; sin embargo, Burke lo negó espontáneamente ante mí. El caso habría sido muy distinto en el supuesto de preguntarle yo si era el autor, pues el hombre al que se pregunta expresamente por una publicación anónima puede creerse en el derecho de negar su autoría».

Observó que su viejo amigo Sheridan había recibido el honor de una extraordinaria atención en su país, al hacerse en su favor una excepción a una ley del Parlamento de Irlanda relativa a los deudores insolventes, que le exoneraba del pago de una deuda. «Verse de ese modo señalado —dijo— en un decreto de validez legal, por ser objeto de pública consideración y de trato amable, es prueba de tener un mérito nada corriente».

En Streatham, el lunes 29 de marzo, durante el desayuno, sostuvo que un padre no tiene derecho a controlar las inclinaciones matrimoniales de sus hijas.

El miércoles 31, cuando fui a visitarlo y le confesé un exceso del que rara vez había sido yo culpable, a saber, que había pasado una noche entera jugando a las cartas, y que no podía mirar con satisfacción tal hazaña, en vez de mostrarme aspereza y animadversión dijo: «Ay, señor, qué pocas son las cosas buenas que podamos mirar con satisfacción».

El jueves 1 de abril alabó a uno de los duques de Devon por su «empecinada veracidad».^[172] También comentó de pasada que «para ciertas personas, Londres no vale nada, pero para un hombre cuyos placeres son de orden intelectual, Londres es el

lugar. Y no hay sitio donde la economía pueda practicarse mejor que en Londres: aquí se le saca mayor partido al dinero, incluso en el caso de las damas, que en ninguna otra parte. En una población pequeña no se pueden hacer juegos malabares con una pequeña fortuna, pues es preciso presentar una apariencia uniforme. Aquí, una dama puede tener su vivienda bien amueblada, y vestir con elegancia, sin tener carne en la cocina».

Me entretuve en considerar con qué facilidad y frescura podía escribir a un amigo, o conversar con él, exhortándole a que no supusiera que la felicidad no puede encontrarse también en otros lugares distintos de Londres, cuando él mismo era en todo momento sabedor de que, en comparación, Londres era el Cielo mismo en la Tierra. La verdad es que quienes por sagacidad, por atención y experiencia propia, hayan conocido a fondo las grandes ventajas de Londres, sentirán con filosófica exultación su manifiesta superioridad sobre cualquier otro lugar no sólo por la variedad de sus disfrutes, sino por su comodidad.^[c163] La libertad que nos exonera de los comentarios, de las censuras y las mezquindades con que aquí es posible pasar la vida, es circunstancia que quien conozca la insidiosa constricción de un círculo más reducido por fuerza debe saborear con gusto. El señor Burke, cuyos ordenados y acogedores hábitos domésticos seguramente le valen para que el ojo de la observación ajena le resulte menos fastidioso que a la mayoría, dijo una vez con gran acierto, en mi presencia, que «si bien tengo el honor de representar en el Parlamento a Bristol, no me agradaría vivir allí, pues me vería obligado a hacer gala de mi buena conducta». En Londres es posible vivir en espléndida sociedad en un momento y en frugal retiro al siguiente, sin despertar animadversión. En Londres, y sólo en Londres, es de veras la casa de un hombre su castillo, en el que puede hallarse perfectamente a salvo de toda intrusión cuando así le plazca. Nunca olvidaré el acierto con que me lo manifestó un día el señor Meynell: «La principal ventaja de Londres es que un hombre siempre está muy cerca de su madriguera».

De uno de sus conocidos de antaño dijo así: «Es muy apto para ser tutor itinerante. Tiene un muy buen conocimiento del francés. Es un hombre de muy buenos principios. No habría nunca peligro de que un joven caballero tomara sus modales, pues tan pésimos son que a toda costa se deben evitar. En este sentido, es como el ilota borracho».

Un caballero me ha informado de que de esta misma persona dijo Johnson que «tiene, señor, las entendederas más del revés que nadie a quien yo haya conocido».

El viernes 2 de abril, Viernes Santo, lo visité por la mañana, como de costumbre, y al ver que sin darnos cuenta caíamos en una retahíla de ridiculizaciones a cuento de las flaquezas de uno de nuestros amigos, un hombre muy valioso, para poner freno cité alguna oportuna admonición de *El gobierno de la lengua*,^[c164] ese libro tan piadoso. Sucedió también de manera llamativa, que el tema del sermón que predicó ese día el doctor Burrows, párroco rector de St. Clement Danes, fue la certeza de que en el último día habremos de dar cuenta de «lo que hayamos hecho con el cuerpo»,

[c165] y entre los muchos motivos de culpabilidad señaló el de hablar mal del prójimo. Mientras salíamos despacio de la iglesia, en medio de los feligreses, el doctor Johnson me tomó por el codo. «¿Ha atendido usted al sermón?», me preguntó. «Sí —respondí—, y me ha parecido que bien se nos puede aplicar». Él, sin embargo, se puso a la defensiva. «¿Por qué? El sentido del ridículo es una facultad que se nos ha concedido, y que puede en puridad utilizarse. El autor de *El gobierno de la lengua* quería que tratásemos igual a todos los hombres».

En el intervalo entre el servicio religioso de la mañana y el vespertino, se empeñó en dedicarse en serio a sus ejercicios devocionarios; como ha señalado en sus *Plegarias y meditaciones*,^[173] me dio los *Pensamientos* de Pascal para que no le interrumpiese. Conservo ese ejemplar con reverencia. Su obsequio está reseñado de su puño y letra, y en ese libro he encontrado una unción realmente divina. Por la tarde fuimos de nuevo a la iglesia.

El sábado 3 de abril lo visité de noche y lo encontré sentado en la habitación de la señora Williams, con ella y con alguien que, según me dijo, era hijo natural del segundo lord Southwell.^[174] La mesa presentaba un aspecto singular, cubierta como estaba de una heterogénea mezcla de ostras y cerveza para su invitado y té para él. Comenté que había oído a un médico ilustre, que era cristiano, defender la tolerancia universal y que a nadie perjudica que otro sostenga opiniones distintas a las suyas. JOHNSON: «Señor, a usted mismo en cierto modo le duele y le perjudica que un solo hombre no sea creyente».

El Domingo de Pascua, tras el servicio solemne de St. Paul, almorcé con él. El señor Allen, el impresor, también fue su invitado. Estuvo inusualmente callado, y no he tomado nota de nada, con la salvedad de un solo hecho muy curioso, que por contar con la sanción de su inflexible veracidad, puede bien recibirse por chocante ejemplo de la insensibilidad humana, de la desconsideración. Al pasar por delante de un pescadero que desollaba una anguila viva, le oyó «maldecirla porque no se estaba quieta».

El miércoles 7 de abril almorcé con él en casa de sir Joshua Reynolds. No tomé nota de quiénes estaban presentes. Johnson discursó sobre las cualidades de los distintos licores y se pronunció con desprecio sobre el clarete, por ser tan flojo que «antes uno puede ahogarse que emborracharse bebiéndolo». Se le quiso persuadir de que tomara una copa, con objeto de que juzgase no de memoria, que quizá le fallase, sino por la sensación inmediata que le produjera. Negó con la cabeza: «¡Insípido aguachirle! No, señor. El clarete es licor para muchachos; el oporto, para los hombres. Ahora bien, quien aspire a ser un héroe —sonrió— ha de beber brandy. En primer lugar, el sabor del brandy es el que más agradece el paladar; además, el brandy hace mucho antes por un hombre todo lo que la bebida pueda hacer por él. Son, desde luego, muy pocos los que tienen la capacidad de beber brandy. Ése es un poder que, más que poseerse, se desea. Y sin embargo —siguió su perorata—, como en todo placer tiene parte importante la esperanza, la fruición es demasiado veloz con

el brandy. El vino de Florencia me parece lo peor; es vino sólo a la vista; no es vino mientras se bebe ni después de beberlo; no da placer al gusto ni regocija el ánimo». Le recordé con cuánta cordialidad habíamos bebido juntos tiempo atrás, cuando nos conocimos, y cómo a menudo tenía yo dolor de cabeza tras haber pasado un buen rato sentado con él. No le agradó que rememorase esto; tal vez por pensar que era impropio mi alarde, resolvió lanzarme un puyazo ingenioso: «Quiá, señor: no era el vino lo que le producía dolor, sino las sensatas enseñanzas que yo le metía en la cabeza». BOSWELL: «¿Cómo, señor? ¿Es que la sensatez produce dolor de cabeza?». JOHNSON: «Pues sí, señor —sonrió—. Cuando no se tiene costumbre». A quien de veras complazca el ingenio no podrá darse por ofendido ante semejante lindeza, sobre todo si Johnson, tras una dilatada e íntima amistad, ha dado repetidas muestras de su respeto y su estima. Solía yo decir que, como me había dado un millar de libras en elogios, tenía todo el derecho a quitarme de cuando en cuando una guinea.

El jueves 8 de abril almorcé con él en casa de Allan Ramsay, con lord Graham y otros invitados. Hablamos de las brujas de Shakespeare. JOHNSON: «Son seres que ha creado de su propia Minerva. Son un compendio de malignidad y mezquindad, carentes de facultades. Son muy distintas del mago italiano. El rey Jacobo dice en su *Demonología* que “los magos tienen a sus órdenes a los demonios; las brujas son sus siervas”. Los magos italianos son seres elegantes». RAMSAY: «Son brujas de ópera, no de Drury Lane». Johnson observó que sus escasas facultades pueden emplearse en muy delimitadas esferas, como en conseguir dinero, lo cual a su juicio no estaba al alcance de ningún hombre, que no posea muy vigorosos atributos, por más que se concentre. RAMSAY: «En efecto, como un caballero fuerte en un molino: tanto mejor lo arrastra».

Si bien elogió la belleza natural de Loch Lomond, en cuya orilla tiene su casa solariega, lord Graham se quejó del clima, y llegó a decir que no lo soportaba. JOHNSON: «No hable así, milord. A buen seguro podrá soportarlo. Sus antepasados lo han soportado durante años sin quejarse». Fue éste un bello cumplido a la antigüedad de la casa de los Montrose. Su Señoría después me dijo que su queja del clima había sido mera afectación, pues si hubiera cantado las alabanzas de su región, que tenía en grandísima estima, el doctor Johnson podría haberle atacado. Johnson estuvo muy cortés con lady Margaret MacDonald. «Señora —le dijo—, cuando estuve en la Isla de Skye oí que los lugareños corrían a retirar incluso los guijarros del camino, no fuera que tropezase al pasar el caballo de lady Margaret».

Lord Graham ensalzó al doctor Drummond, de Nápoles, por ser un hombre de talento extraordinario, y añadió que era muy grande su amor por la libertad. JOHNSON: «Es todavía joven, milord —y miró a Su Señoría arqueando las cejas con una sonrisa—. Todos los jóvenes aman la libertad, hasta que la experiencia les convence de que no son tan duchos en el gobierno de sí mismos como habían imaginado. Todos estamos de acuerdo en lo que atañe a nuestra propia libertad: tendríamos tanta

libertad como fuera posible, pero no nos ponemos de acuerdo en lo que se refiere a la libertad de los demás, pues en la medida en que nosotros ejercemos la nuestra, otros han de perder su porción correspondiente. Creo yo que difícilmente deseamos que la chusma goce de la libertad de gobernarnos. Cuando se dio ese caso, aún no hace tanto tiempo, nadie tuvo la libertad de no iluminar las ventanas de su casa». RAMSAY: «A resultas de todo lo cual, es preferible el orden que la confusión». JOHNSON: «A resultas de todo lo cual, sólo el orden que se impone mediante la subordinación es razonable».

El viernes 16 de abril estuve presente en el juicio del infortunado Hackman, quien en un arranque frenético de amor y celos había pegado un tiro a la señorita Ray, la favorita de un noble. Johnson, con el cual almorcé en compañía de otros amigos, se mostró sumamente interesado por mi relato de lo acontecido en la sala y, en particular, por la rogatoria con que suplicó la misericordia del Cielo. En tono solemne y fervoroso dijo: «Espero que halle compasión y misericordia».

Ese día se produjo un violento altercado entre Johnson y Beauclerk, que, como hizo mucho ruido en su día, considero adecuado, con el fin de impedir cualquier interpretación errónea que en el futuro pueda darse, relatar aquí minuciosamente.

Hablando de Hackman, Johnson sostuvo, igual que había hecho el juez Blackstone, que el mero hecho de que se hubiera provisto de una pistola era prueba de que su intención era disparar contra dos personas. Beauclerk opinó así: «No, pues todo hombre sensato que se haya propuesto descerrajarse un tiro también se ha provisto de dos pistolas para tener la certeza de no fallar. El cocinero de lord — se pegó un tiro estando provisto de una sola pistola, y vivió diez días nada menos en una espantosa agonía. El señor —, a quien encandilaban las madalenas de mantequilla, aunque no era aconsejable que las comiera porque le sentaban fatal al estómago, resolvió pegarse un tiro, y entonces se desayunó con tres grandes madalenas de mantequilla antes de pegarse un tiro, sabedor de que no tendría que sufrir la consabida indigestión; dispuso de dos pistolas cargadas, una de las cuales se encontró intacta sobre la mesa, ante él, después de que con la otra se hubiera levantado la tapa de los sesos». «En fin —dijo Johnson con aire triunfal—: bien se ve que con una tuvo suficiente». A lo cual repuso Beauclerk ingeniosamente: «Porque casualmente se mató con ella». Y no sé si a renglón seguido o poco después, picado por el triunfal comentario de Johnson, apostilló: «Eso es lo que usted no sabe, pero yo sí». Cesó entonces la disputa y pasaron unos minutos durante los cuales siguió su curso el almuerzo y la bebida fue de un lado a otro, hasta que brusca y repentinamente exclamó Johnson: «Señor Beauclerk, ¿cómo es que le da por hablarme con tal petulancia y decir que eso es lo que yo no sé, pero usted sí? Una cosa sí que sé, y usted no parece haber reparado en ella: que es usted sumamente maleducado». BEAUCLERK: «Porque usted empezó siendo maleducado (como siempre suele serlo)». Las palabras entre paréntesis creo que no las llegó a oír el doctor Johnson. En este punto cesó de nuevo el fuego. Johnson me dijo que la razón por la cual al principio

aguardó un rato sin decir nada, y sin dar siquiera acuse de recibo a lo que dijo Beauclerk, fue que se paró a pensar si debiera o no manifestar su irritación. Pero cuando consideró que estaban presentes un lord y un ilustre viajero, dos hombres de mundo con los que nunca se había sentado a la mesa, tuvo la aprensión de que pensarán que podían tomarse con él las mismas libertades que se había tomado Beauclerk, y que por eso resolvió no dejarlo pasar sin más, a lo cual añadió que «no fuera que pareciese yo un pusilánime y un cobarde». Poco después, la conversación versó sobre la violencia temperamental de Hackman. Johnson dijo entonces que «era su cometido dominar su temperamento, como mi buen amigo Beauclerk debiera haber dominado el suyo hace un rato». BEAUCLERK: «Debiera aprender de usted, señor». JOHNSON: «Señor, usted me ha dado sobradas ocasiones de aprender hallándome en su compañía. A nadie le agrada que se le trate con desprecio». BEAUCLERK (con una inclinación de cortesía hacia Johnson): «Me conoce usted desde hace veinte años, y al margen de cómo haya tratado yo a los demás, puede estar seguro de que jamás lo trataría con desprecio». JOHNSON: «Ha dicho usted más de lo estrictamente necesario». Así terminó la cosa, y como el coche de Beauclerk no vino a recogerlo hasta que era muy tarde, el doctor Johnson y otro caballero permanecieron sentados con él mucho tiempo después de que se marchara el resto de la concurrencia, y él y yo almorzamos con Beauclerk el sábado siguiente.

Cuando hubo remitido la tempestad, recuerdo los siguientes particulares de su conversación:

«Siempre estaré dispuesto a propiciar que un muchacho avance en su aprendizaje, pues eso sin duda es bueno. Al principio le permitiría leer cualquier libro en inglés que le llamara la atención, pues es mucho lo que se consigue cuando se logra que encuentre entretenimiento en un libro. Ya tendrá luego tiempo de leer libros mejores».

«Mallet, creo yo, nunca llegó a escribir una sola línea de su proyectada vida del Duque de Marlborough. Anduvo en busca de materiales y lo estuvo sopesando tanto que se agotó. Así sucede a veces, que los hombres se enredan en sus propios planes».

«Que a uno se le lleve la contraria con el fin de hacerle hablar es soberanamente ingrato. Uno brilla, desde luego, pero sólo tras verse aplastado».

De un caballero que llegó a tener cierto predicamento entre los literatos de su tiempo (Fitzherbert), dijo así: «La eminencia que tuviera se debía a su felicidad de carácter. No tenía más saberes que los inevitables».

El sábado 24 de abril almorcé con él en casa del señor Beauclerk, con sir Joshua Reynolds, el señor Jones (luego sir William), el señor Langton, el señor Steevens, el señor Paradise y el doctor Higgins. Comenté que el señor Wilkes había vituperado a Garrick en una conversación conmigo; dijo que era un hombre que nunca tuvo amigos. JOHNSON: «Yo entiendo que tiene razón. Οι φίλοι, ον φίλος. Tuvo amigos, pero no *un* amigo.^[175] Garrick era tan difuso en su trato social que nunca tuvo un solo amigo al cual deseara abrirle del todo su corazón. Encontraba que todo el mundo

estaba de inmediato dispuesto a aplaudirle, y siempre por la misma razón, de modo que veía la vida de un modo muy uniforme». Decidí al menos por una vez combatir con las armas de Goliat y dárme las de sofista: «Garrick nunca necesitó un amigo, pues recibía de todo el mundo cuanto pudiera apetecer. ¿Qué es un amigo? Es alguien que nos da respaldo y consuelo, al contrario que otros. La amistad, como usted bien sabe, es la gota cordial de licor con la que “uno traga la náusea de la vida”, pero si el trago no da náuseas, si es siempre dulce, no ha lugar a esa gota de licor». JOHNSON: «A muchos hombres no les contentaría vivir de ese modo. Su deseo sería tener un amigo íntimo, con el cual pudieran comparar su intelecto y atesorar las virtudes privadas». Uno de los presentes hizo mención de lord Chesterfield, un hombre que no tuvo amigos. JOHNSON: «Más materia para la amistad tenía Garrick, de no ser por lo difuso que era su trato». BOSWELL: «Garrick era oro puro, pero batido en lámina finísima. Chesterfield era hojalata relumbrante». JOHNSON: «Garrick era un muy buen hombre, el más animado de su tiempo, y llevó una vida muy decente en una profesión por lo que se ve propensa a toda indulgencia con la vida licenciosa. Fue un hombre que con entera libertad se desprendió de mucho dinero que él mismo había amasado. Arrancó en la vida con un hambre voraz de dinero; hijo de un oficial que ganaba media paga, criado en el seno de una familia acostumbrada a estirar el dinero y sacar de cuatro peniques el rendimiento que otras sacaban de seis, cuando tuvo dinero fue muy generoso». Presumí de ser contrario al elogio que hizo de Garrick en sus *Vidas de los poetas*: «Dice usted, señor, que su muerte eclipsó la alegría de las naciones». JOHNSON: «No podía haber dicho ni más ni menos. Dije “eclipsó”, no “extinguió”, y es cierto que su muerte fue un eclipse, fue como una tormenta». BOSWELL: «Pero... ¿y por qué las naciones? ¿Acaso llegaba su alegría a otras, allende la suya?». JOHNSON: «Caramba, señor: alguna exageración podrá uno permitirse.^[c166] Además, bien puede hablarse de naciones, si permitimos que Escocia sea nación... y goce de alegría, que en cambio no posee. Usted es una excepción. Vamos, caballeros: admitamos que al menos existe un escocés animado». BEAUCLERK: «Es que se trata de un escocés muy poco corriente». Yo, sin embargo, me empeñé en considerar el cumplido que hizo a Garrick hiperbólicamente falso. Había dejado de actuar en escena tiempo antes de su muerte; en cualquier caso, había actuado en Irlanda, aunque muy poco tiempo, en una época temprana de su carrera, y nunca actuó en Escocia. Objeté asimismo lo que parecía el anticlimax del elogio cuando se pone en contraste con el panegírico precedente, donde dice «y redujo la pública provisión de placeres inofensivos». «¿No es placeres inofensivos demasiado moderado?». JOHNSON: «No, señor. Placeres inofensivos es la mayor de las alabanzas. Placer es palabra de dudoso peso; el placer es en general un peligro, y es pernicioso para la virtud; ser capaz por tanto de procurar un placer que sea inofensivo, un placer puro y sin mácula, es uno de los poderes más grandes que el hombre puede desplegar». Fue, tal vez, una de las defensas más ingeniosas que se pudieran hacer; sin embargo, y a pesar de todo, no me

di por satisfecho.

Se habló de un célebre ingenio. «Cabe decir de él, como se dijo de un ingenio francés, *Il n'a de l'esprit que contre Dieu*. Varias veces he gozado de su compañía, pero nunca he percibido en él un ingenio de veras potente. Produce un efecto general de ingenio por medios diversos; tiene el semblante vivaz y la voz alegre. Además, su oficio es el ingenio. Sería en su caso tan enorme desatino presentarse en público sin animación y alegría como, en el caso de un bandolero, echarse a los caminos sin llevar dos pistolas».

Se habló de los efectos de la bebida. «Se debe beber —dijo— con gran prudencia. El hombre que se expone cuando se embriaga no es dueño del arte de emborracharse. Un hombre sobrio, que por casualidad se embriaga ocasionalmente, con gran facilidad traba nuevas compañías, cosa que quien haya bebido jamás debe hacer. Tal hombre es capaz de emprender cualquier cosa, pero en la embriaguez carece de destreza. Antes, yo me escabullía y me retiraba a casa cuando había bebido en exceso. Un hombre acostumbrado al examen de sí mismo será consciente de haberse emborrachado, mientras que el borracho habitual no tendrá esa conciencia. Conocí a un médico que en veinte años no estuvo sobrio un solo día, y que en un panfleto que escribió sobre las fiebres apeló a Garrick y a mí para que lo exonerásemos de la acusación de estar bebido. Un librero —y lo nombró— que amasó una gran fortuna con su profesión estaba tan habitual y constantemente ebrio que ni sus amigos más íntimos reparaban en que a veces se presentaba ligeramente más sobrio que de costumbre».

Hablando de ciertos célebres e irregulares practicantes de la medicina que habían cosechado grandes éxitos, dijo que «Taylor, el célebre oculista, era el hombre más ignorante que jamás haya conocido, aunque era puro brío; Ward, el más torpe. Taylor me desafió una vez a que hablara en latín con él —y soltó una carcajada—. Cité algo de Horacio, que él tomó por parte de mi parlamento. Dijo unas cuantas palabras, no del todo mal». BEAUCLERK: «Recuerdo, señor, haberle oído decir que Taylor era buena muestra de lo lejos que la impudicia puede llevar a la ignorancia». Beauclerk estuvo muy ameno este día, y nos relató cuentos y anécdotas variados con elegancia y viveza, y con ese aire mundano que tiene no sé bien qué efecto cautivador, como si contuviera algo más de lo que se expresa, o más quizá de lo que perfectamente se puede comprender. Cuando Johnson y yo acompañamos a sir Joshua Reynolds a su coche, Johnson comentó que «hay en Beauclerk un predominio sobre el resto de la compañía que no suele agradar, aunque es un hombre que tiene tanto mundo que siempre tiene a punto un cuentecillo para cada ocasión; siempre está presto a conversar, nunca se le agota la vena».

Johnson y yo pasamos la velada en casa de la señorita Reynolds, hermana de sir Joshua. Mencioné que un ilustre amigo nuestro, hablando de esa opinión habitual según la cual el afecto tiene un orden descendente, dijo que «esto es algo sabiamente ideado para la mejor preservación de la humanidad, para la cual no es tan necesario

que haya un afecto de hijos a padres como que lo haya de padres a hijos; según ese punto de vista, ni siquiera sería dañino que a determinada edad los hijos devorasen a sus padres». JOHNSON: «Pero es que si tal fuera el caso, en general, no tendrían los padres ningún afecto por los hijos». BOSWELL: «Muy cierto, pues si los padres son tan atentos con sus hijos es con la esperanza de recibir la natural correspondencia; conozco un bonito ejemplo de una chiquilla por la que tenía su padre un gran cariño, y que siendo éste presa de una intensa melancolía, habiéndose acostado, lo convenció para levantarse de buen humor diciendo así: “Querido papá, levántate, por favor, y déjame ayudarte a vestirte, que así aprenderé cómo hacerlo cuando seas viejo”».

Poco después tuvo lugar un incidente que no he de callar, pues estoy deseoso de que mi obra sea, amén de fiel a la verdad más estricta, un antídoto contra las falsas e injuriosas nociones que de su carácter han propagado otros, por lo cual debo añadir cada gota de dulzura genuina en mi biográfica infusión.

Al doctor Johnson

South Audley Street,
Lunes, 26 de abril

Mi querido señor,

sufro de un gran dolor por tener un pie inflamado, y me veo obligado a guardar cama, de modo que me veo impedido de gozar del placer de cenar hoy en casa del señor Ramsay, lo cual se me hace muy duro. Tengo el ánimo triste y hundido. Tenga la bondad de amigo de venir a pasar conmigo una hora por la noche. Soy como siempre su más fiel y afectuoso y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Al señor Boswell

Harley Street

El señor Johnson lamenta la ausencia del señor Boswell y acudirá a visitarlo.

Vino a verme bien entrada la tarde, y trajo consigo a sir Joshua Reynolds. No será preciso subrayar que la conversación de ambos, sentados junto a mi lecho, fue el más placentero opiáceo que se me pudo administrar para paliar mi dolor.

Estaba Johnson en mejor disposición de acopiar información relativa a Pope que el año anterior,^[176] de modo que envié a lord Marchmont, a modo de obsequio, los volúmenes de sus *Vidas de los poetas* que estaban ya publicados, amén de una solicitud para que nos concediera permiso para visitarlo; Su Señoría, que había ido en dos ocasiones a verlo a su domicilio, concertó la cita encantado de recibirnos el sábado 1 de mayo.

Esa mañana vino Johnson desde Streatham, y luego de tomar chocolate en casa del general Paoli, en South Audley Street, procedimos a visitar a lord Marchmont en

su casa de Curzon Street. Su Señoría nos recibió a la entrada de su biblioteca, y con gran cortesía dijo a Johnson «No pienso hacer un encomio de mí mismo, señor, diciéndole cuán grande es el respeto que le profeso». Johnson estuvo exquisitamente atento en sus deferencias; la entrevista, que duró unas dos horas, en el transcurso de las cuales le comunicó el Conde sus anécdotas de Pope, resultó tan grata como podía yo desear que fuera. Cuando salimos, dije a Johnson que, habida cuenta de la educación con que lo trató Su Señoría, me habría dolido que una vez más decidiera no visitarlo. «Señor —dijo—, de buena gana hubiera dado veinte libras antes que abstenerme de visitarlo». Lo acompañé a Streatham, donde almorzamos, y volví a la ciudad por la tarde.

El lunes 3 de mayo almorcé con él en casa de Dilly; ese día le insistí en que me diera su opinión sobre el pasaje de Parnell a propósito del cual en vano le había inquirido en varias cartas, y a la larga la obtuve de la debida forma legal.

CASO QUE SE SOMETE A LA OPINIÓN DEL DOCTOR JOHNSON

3 de mayo de 1779

Parnell, en «El ermitaño», tiene el siguiente pasaje:

... para conocer el mundo con sus propios ojos,
para hallar si tenían razón los libros o los mozos,
si bien sólo por los mozos, el mundo conocía,
cuyos pasos sobre la escarcha de la noche oía.

¿No hay acaso contradicción entre el hecho de que primero se suponga que el ermitaño conoce tanto los libros como los mozos, si bien después dice que el mundo sólo por los mozos conocía?^[a nota 104, Vol. III]

Me parece que peca de inexactitud. Menciona dos fuentes de instrucción en el primer verso, y dice que sólo hay una en el siguiente.^[177]

Esa noche emprendí viaje a Escocia.

A la señora Lucy Porter, de Lichfield

4 de mayo de 1779

Querida señora,
me informa el señor Green de que se encuentra usted mucho mejor. Espero no tener que decirle cuánto me alegro. No puedo yo jactarme de lo mismo; mi ya vieja afección nocturna sigue acechándome, y se me hace difícil respirar, aunque no tanto como cuando me despedí de usted el pasado verano. El señor y la señora Thrall están bien; la señorita ha estado algo indispuesta, pero se ha recuperado del todo. Han tenido, desde que perdieron a su hijo, dos hijas, pero parecen deseosas de engendrar un heredero.

Espero que recibiese usted algunos libros que le envié. Mucho lamenté la muerte de la pobre señora Adey, y me temo que a veces se sentirá usted muy sola; intente, ya sea sola, ya sea acompañada, mantener el buen ánimo. También mis amigos van muriéndose deprisa, pero tal es el estado del hombre. Soy, queridísima, su más humilde servidor,

Antes de partir yo de Londres, Johnson había reanudado la conversación sobre la aparición de un fantasma en Newcastle-upon-Tyne, a la que John Wesley dio crédito, pero él no. Tenía yo sin embargo el deseo de examinar más a fondo la cuestión, a la par que deseaba conocer a John Wesley, pues aunque no coincidía con él en algunas cuestiones sí reconocía la variedad de su talento y apreciaba su piadoso celo. A mi solicitud, el doctor Johnson me dio una carta de presentación para él.

Al reverendo señor John Wesley

3 de mayo de 1779

Señor,
el señor Boswell, caballero al que conozco desde hace mucho tiempo, tiene grandes deseos de conocerle a usted, y me ha pedido esta carta de recomendación, que le doy de mil amores, porque me parece muy deseable que los más dignos hombres de religión tengan el placer de tratarse mutuamente.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Estaba el señor Wesley en Edimburgo por motivos relacionados con su cargo de predicador, de modo que le hice llegar esta carta y me recibió cortésmente. Le rogué me fuera devuelta la carta, como hizo al punto. Su declaración de pruebas sobre el fantasma no me satisfizo.

No escribí a Johnson al regresar con mi familia, en contra de lo que tenía por costumbre, por ver de qué modo le afectaba mi silencio. El señor Dilly me envió copia de una nota que de él había recibido el 13 de julio de 1779:

Al señor Dilly

Señor,
desde que partió Boswell no he tenido noticias tuyas, le ruego me mande noticia de lo que sepa de él, y si ha enviado mis libros a su señora. Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

No pondrán en duda mis lectores que esta solicitud acerca de mi persona me resultó un considerable halago.

A James Boswell

13 de julio de 1779

Querido señor,

¿qué ha podido suceder, que nos ha convertido en extraños el uno para el otro? Contaba con haber sabido algo de usted en cuanto llegara a casa; contaba con saber algo después. He ido al campo, he vuelto y sigue sin haber carta de mi buen señor Boswell. Confío que nada malo le haya ocurrido; si algo malo sucediera, ¿por qué iba a ocultárseme a mí, que bien le quiero? ¿Es acaso un arranque de humor el que le dispone a probar cuál de los dos es capaz de aguantar más tiempo sin escribir? Si así fuera, usted gana. Pero mucho me temo que algo se malquiste. Líbreme, pues, de mis suspicacias.

Mis pensamientos en la actualidad los empleo en adivinar las razones de su silencio. No espere usted que le cuente nada, aun cuando algo tuviera que contar. Escríbame; le ruego que me escriba. Hágame saber de qué se trata, cuál ha sido la causa de esta dilatada interrupción.

Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo, 17 de julio de 1779

Mi querido señor,

desde que regresé a Edimburgo, el estado de mi existencia se ha sumido en lo que con justicia cabe denominar una supina indolencia de ánimo. En un estado más boyante a menudo he soportado arduamente largos silencios por parte de usted, e incluso en tales ocasiones me ha regañado usted por expresarle mi intranquilidad. Estuve deseoso de aprovecharme de ni anonadamiento, y mientras fuera capaz de sobrellevar el experimento quise probar si el afecto que me tiene, tras un insólito silencio por mi parte, lo animaría a escribirme primero. Esta tarde he recibido una grandísima satisfacción al recibir la amable carta con que por mí se interesa, por la cual le muestro todo mi agradecimiento. Dudo que fuera acertado realizar experimento tal, aunque algo he ganado con él. Empezaba a enternecerme y a reconvenirme a la vez, sobre todo tras haber soñado hace dos noches que estaba con usted. Mi esposa y yo y nuestros cuatro hijos estamos bien. No dejaré pasar un solo correo para responder a su carta; como se hace tarde, no tengo tiempo para más. Pronto tendrá noticias mías acerca de numerosos y diversos particulares; nunca más volveré a ponerlo a prueba. Soy con veneración, querido señor, su muy seguro y fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

El 22 de julio le volví a escribir, y le di cuenta de mi última entrevista con mi valioso amigo, el señor Edward Dilly, en casa de su hermano, en Southill, condado de Bedford, donde falleció poco después de que yo me despidiera de él, dejándome un afectuoso recuerdo de su estima y respeto.

Le informé de que lord Hailes, quien había prometido proporcionarle algunas anécdotas adicionales para sus *Vidas de los poetas*, me había remitido tres muestras de sendos ejemplos de los préstamos que tomó Prior de Gombauld, en *Recueil des Poetes*, tomo 3, epigrama «A John debía gratitud», pág. 25, «Al Duque de Noailles», pág. 32, «Jack el Saltarín y Joan la perezosa», pág. 25.

Mi carta fue bastante larga, y contenía variados particulares, a pesar de lo cual da la sensación de que no le prestó atención o no la recibió, ya que la siguiente de las suyas fue de este tenor:

A James Boswell

Streatham, 9 de septiembre de 1779

Mi querido señor,

¿vuelve usted a las andadas con el mismo truco de la otra vez, a ver cuál de los dos puede guardar silencio por más tiempo? Recuerde que todos los trucos son bellaquería o chiquillada, y que es manifiesta estupidez hacer experimentos tanto con la constancia de un amigo como con la castidad de una esposa.

Cuál pueda ser la causa de este segundo arranque de empecinado silencio por su parte, ni conjeturarlo puedo; le aseguro sin embargo que después de una primera vez no me dejaré engañar por otro truco comparable, ni fatigaré tampoco mis pensamientos llenándolos de conjeturas acerca de los motivos de un hombre que probablemente actúa por puro capricho. Por lo tanto, supongo que se encuentra usted bien y que la señora Boswell también lo está, y que el esplendor del verano ha servido para el restablecimiento de lord Auchinleck. Yo estoy mucho mejor que cuando me dejó usted; mucho mejor, creo, que cuando estuve en Escocia.

Olvido si le informé o no de que el pobre Thrale ha corrido gran peligro. También la señora Thrale ha perdido a la criatura que esperaba, y ha estado muy indispuesta. Todos los demás están bien; Langton en el campamento. Me propongo incluir la descripción que de Dryden hace lord Hailes en otra edición;^[178] como sé de su fidedigna exactitud, ojalá, me digo, considerase las fechas, que no siempre he sabido asentar yo en la memoria.

El señor Thrale viaja a Brighthelmstone^[c167] por San Miguel para entretenerse y cazar a caballo. Volveré a la ciudad, tal vez viaje yo a Oxford. El ejercicio y el regocijo, o más bien la despreocupación, servirán, confío, para disipar todos los restos de esta dolencia; asimismo, espero que con este cambio de lugar halle ocasión de encontrarme mucho mejor. Soy, querido señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

No desagradará a mis lectores tener conocimiento incluso en sus más tenues circunstancias del modo en que se las ingeniaba el doctor Johnson para entretener sus horas de soledad. Unas veces se distraía con la química,^[a nota c10, Vol. IV] otras regaba y podaba una vid; a veces se daba a realizar pequeños experimentos, ante los cuales quienes puedan sonreírse bien harán en recordar que hay momentos en los que sólo se encuentra solaz y apaciguamiento con nimiedades y fruslerías.^[179]

El 20 de septiembre me defendí de las suspicacias que para conmigo tenía, y que no merecía yo, y añadí:

Le ruego nos escribamos con frecuencia. Se me antoja que debiéramos enviarnos una hoja a la semana, cual si fuera la diligencia, tanto si llena como si con pocos renglones; qué digo: deberíamos enviárnosla aun cuando estuviera en blanco. Sólo con ver su caligrafía me sentiría reconfortado, y si de esta manera nos enviásemos regularmente una hoja, muy a menudo algo nos transmitiríamos, aun cuando sólo fueran unas cuantas palabras amables.

Mi amigo el coronel James Stuart, segundo hijo del Conde de Bute, que se había distinguido por ser un buen oficial en la milicia del condado de Bedford, había tomado la briosa resolución, que hizo pública, de servir a su país en sus horas de mayor dificultad, formando un regimiento regular cuyo mando asumió. Siendo heredero de la inmensa propiedad de Wortley, fue el suyo un gesto sumamente honorable. Cuando visitó Escocia para reclutar a sus soldados, tuvo la deferencia de pedirme que lo acompañase a Leeds, donde entonces tenía el cuartel general de su tropa. De allí iríamos a Londres a pasar una corta temporada, y después a otros lugares a los que pudiera ser destinado su regimiento. Tal ofrecimiento, recibido en una época del año en la que disfrutaba yo de pleno asueto, fue muy de agradecer, en

especial por tratarse de acompañar a un hombre de prístina sensatez, cumplida información, buen criterio y cordialidad manifiesta, amén de suponer una segunda cosecha, en un solo año, de Londres y de Johnson. De todo ello di cuenta a mi ilustre amigo, en los cálidos términos de costumbre, en una carta fechada en Leeds a 30 de septiembre.

El lunes 4 de octubre fui a visitarlo a su domicilio antes de que se hubiera levantado. Mandó recado de que acudiera junto a su lecho y me manifestó su satisfacción ante este encuentro que nos deparó el azar, con tanta vivacidad y alegría como en sus años de juventud. «Frank —llamó con vigor a su criado—, ve a buscar café, desayunemos con esplendor».

Durante esta estancia londinense tuve con él varias entrevistas que no será menester distinguir por separado. Le consulté acerca de los tutores que debía asignar a mis hijos en caso de que yo falleciera. «No asigne a muchos tal cometido, señor —me aconsejó—. Cuando son demasiados los tutores, se fían y delegan unos en otros, y así descuidan su tarea. Yo le aconsejaría que eligiera sólo uno, un hombre respetable y de carácter, que por su propia credibilidad haga lo que sea debido; que sea un hombre rico, de modo que no sienta la tentación de aprovecharse; que sea un hombre de negocios, habituado a conducir asuntos delicados con sobrada capacidad de experto, al cual por tanto no resulte una carga la ejecución de su voluntad».

El domingo 10 de octubre almorzamos juntos en casa de Strahan. Versó la conversación sobre la práctica, cada vez más habitual, de ir a las Indias Orientales en busca de riqueza. JOHNSON: «A un hombre más le valdría disponer de diez mil libras al cabo de diez años pasados en Inglaterra que disponer de veinte mil tras diez años en India, pues preciso es tener en cuenta lo que uno da a cambio de ese dinero, y un hombre que ha vivido diez años en India ha renunciado a diez años de cómodo trato en sociedad, y a todas las ventajas que se siguen de vivir en Inglaterra. El ingenioso señor Brown, no en vano distinguido con el sobrenombre de *Habilidad* Brown, ^[c168] me dijo que una vez estuvo en la casa solariega de lord Clive, que había vuelto de India convertido en dueño de una gran fortuna, y que le mostró en la puerta de su alcoba un gran arcón, diciéndole que había estado repleto de oro, a lo que Brown observó que “me alegro de que haya podido arrastrarlo tan cerca de la alcoba”».

Hablamos de la situación en que se encontraban los pobres en Londres. JOHNSON: «Saunders Welch, el juez, que fue en su día comisario de Holborn, y dispuso de oportunidades inigualables para conocer la situación de los pobres, me dijo que subestimaba yo su número cuando di en suponer que veinte por semana, esto es, más de un millar al año, morían de hambre; no absolutamente de hambre inmediata, sino de desgaste corporal y de otras enfermedades que se contraen a raíz del hambre. Esto sólo sucede en una ciudad tan grande como Londres, donde la gente no se conoce. Eso que se cuenta de las grandes sumas de dinero que amasan mendigando no es verdad: el comercio está saturado. Y puedo asegurarles que son muchos, muchísimos, los que no encuentran ocupación aun sabiendo un oficio. Una determinada

manufactura se hunde: quienes se han acostumbrado a trabajar en ella durante un tiempo no podrán trabajar en nada más. Uno se encuentra con un hombre que mendiga y lo acusa de vagancia; el hombre dice: “Yo estoy deseoso de trabajar, ¿me da usted trabajo?”. “No puedo”, contesta uno. “Pues entonces no tiene derecho a acusarme de vago”».

Dejamos a Strahan a las siete, pues Johnson había anunciado su intención de asistir a las oraciones vespertinas. Según caminábamos, se quejó de un poco de gota, que le molestaba en el dedo gordo, y dijo: «No iré esta noche a las oraciones. Iré mañana. Siempre que dejo de ir a la iglesia un domingo, resuelvo ir otro día. Pero no siempre lo cumplo». Fue ésta una justa exhibición de esa vibración a caballo entre las pías resoluciones y la indolencia que muchos de nosotros muy a menudo experimentamos.

Fui con él a su casa, y tuvimos una larga y plácida conversación.

Le leí una carta del doctor Hugh Blair relativa a Pope —en escribir su vida se hallaba él entonces inmerso—, que insertaré aquí a modo de curiosidad literaria.^[180]

A James Boswell

Broughton Park,
21 de septiembre de 1779

Estimado señor,

en el año de 1763, encontrándome en Londres, me llevó el doctor John Blair, Prebendado de Westminster, a almorzar en casa del viejo lord Bathurst, donde nos encontramos con el difunto señor Mallet, sir James Porter, que había sido Embajador en Constantinopla, el difunto señor Macaulay, y dos o tres comensales más. La conversación giro en torno a Pope. Lord Bathurst nos dijo así: «El *Ensayo sobre el hombre* fue originalmente composición de lord Bolingbroke en prosa, y el señor Pope se limitó a ponerla en verso». Dijo que había leído el manuscrito de lord Bolingbroke de su puño y letra, y que lo recordaba bien, y bien recordaba que le desconcertó no saber si admirar más la elegancia de la prosa de lord Bolingbroke o la belleza del verso de Pope. Cuando dijo esto lord Bathurst, el señor Mallet me pidió que tomara buena nota, y recuerdo esta información tan notable, pues me indicó que por el curso de la naturaleza tal vez me tocara a mí sobrevivir a Su Señoría, y prestar testimonio de lo que había dicho. La conversación fue, en efecto, demasiado notable para haberla olvidado. Pocos días después, al encontrarme con usted, que entonces se hallaba asimismo en Londres, sin duda recordará que le comenté lo que se había ventilado en torno a esta cuestión, pues estaba yo sumamente impresionado con la anécdota. Ahora bien, lo que delimita mi recuerdo y lo pone a salvo de toda duda es que, estando yo acostumbrado a llevar un diario de cuanto me sucedía mientras me hallaba en Londres, al que dedicaba un buen rato todas las noches, encuentro los particulares acerca de la información que le acabo de transmitir exactamente en esos términos, bien precisos, y de ahí que pueda establecer la fecha de esta conversación, que tuvo lugar el viernes, 22 de abril de 1763.

Recuerdo asimismo con nitidez (aunque no dispongo en esto de la autoridad que me presta mi diario) que la conversación siguió versando en torno a Pope, y que tomé nota de un detalle que a veces se ha propagado, a saber, que no entendía el griego. Lord Bathurst me dijo que sabía con seguridad que era falsa, pues parte de la *Iliada* la tradujo Pope estando en su casa de campo, y que por la mañana, cuando se reunían a desayunar, Pope con frecuencia repetía, extasiado, los versos griegos que había traducido la noche anterior, y que luego le daba su versión de los mismos, a fin de compararlos todos juntos.

Si estas circunstancias pueden ser de utilidad al doctor Johnson, goza usted de entera libertad para facilitárselas. Le ruego tenga la bondad, al mismo tiempo, de presentarle mis respetos con mis mejores deseos de cara al éxito y a la fama en todas sus empresas literarias. Soy, con gran respeto, mi estimado señor, su más afectuoso y agradecido y humilde servidor,

HUGH BLAIR

JOHNSON: «Le aseguro, señor, que todo esto me parece afirmado con una vehemencia excesiva. Es posible que Pope recibiera de Bolingbroke el trasfondo filosófico, el fuste, por así decir, que precisaba para su *Ensayo*; admitiendo que pueda ser cierto, lord Bolingbroke no tuvo intención de falsearlo. Ahora bien, no se trata de una verdad en toda la magnitud que parece imaginar Blair, pues tenemos la certeza de que la imaginería poética, que conforma gran parte del poema, fue en su totalidad invención de Pope. Es asombroso, señor, qué desvíos se dan de la verdad exacta en el relato que de casi cualquier cosa se haga. Dije una vez a la señora Thrale que “tiene usted tan escasa preocupación por la verdad que nunca grava su memoria con el recuerdo exacto”. ¿Y de qué sirve la memoria a la verdad, si uno descuida del todo la exactitud? Los *Anales de Escocia*, de lord Hailes, son muy exactos, pero es porque contienen menos particulares a palo seco. Han de ser tenidos como entradas de un diccionario. Uno bien sabe que tales cosas ahí se encuentran, y que puede mirarlas y remirarlas a su antojo. Reynolds pinta, pero el infortunio estriba en que uno tiene la certeza de que no conoce a las personas a las que pinta, de modo que no cabe suponer que exista el menor parecido. El carácter nunca debiera tratar de plasmarlo el historiador, a menos que conociera a las personas que describe o copie bien lo dicho por quienes las conocieron».

BOSWELL: «¿Por qué, señor, tiene la gente esa manía que ahora observo al mirar su chimenea, consistente en apoyar la pala sobre el fuego, para que arda mejor?». JOHNSON: «Es una manía, en efecto, pero no ayuda a que arda mejor.^[181] Para eso, hay un truco infalible —colocó el atizador en perpendicular, en ángulo agudo con la rejilla—. En los tiempos de superstición, creían que formando una cruz con los barrotes se librarían de la bruja».

BOSWELL: «Al relacionarme con usted, señor, en todo momento obtengo nuevos accesos al saber. Pero es posible que un hombre, luego de conocer bien su propio carácter, las limitaciones de su fuerza de voluntad, de su entendimiento, no esté muy deseoso de alcanzar una gran sabiduría, considerando, *quid valeant humeri*,^[c169] cuán poco puede amasar». JOHNSON: «Señor mío, sea usted tan sabio como pueda ser, que el hombre sea *aliis lætus, sapiens sibi*:^[a nota c174, Vol. III]

Bien que me plazcan de los delfines las cabriolas,
sigo atento al compás, y a mi rumbo entre las olas.^[182]

»Se puede ser sensato cuando uno estudia por la mañana, y alegre en compañía de otros, en una taberna, cuando cae la noche. Cada cual ha de cuidar de su sabiduría y su virtud, sin importarle lo que digan».

«Dodsley —señaló— fue quien primero me comentó el plan de un diccionario de la lengua inglesa, aunque yo lo había pensado mucho antes». BOSWELL: «No sabía qué empresa iba a acometer». JOHNSON: «Pues sí, señor. Muy bien supe qué iba a

acometer, y muy bien supe cómo emprenderlo, y muy bien lo he rematado». BOSWELL: «¡Excelente culminación! Y bien le ha servido. En su prefacio, dice usted: “¿De qué me ha de servir, en la lúgubre penumbra de la soledad?”. Ha sido una grata equivocación suponer tal cosa».

En su *Vida de Milton* observa que «no puedo por menos que reseñar la amabilidad y el respeto que, tal vez de manera inconsciente, han rendido a este gran hombre sus biógrafos: cada casa en la que residió se menciona históricamente, cual si fuese injuria pasar por alto cualquier lugar que honrase con su presencia». Antes de haber leído esta observación ya estaba yo deseoso de mostrar a Johnson ese mismo respeto, para lo cual hice varias indagaciones. Como esa noche lo encontré de muy buen humor, le persuadí de que me facilitara un listado exacto de los lugares en los que residió desde su llegada a la metrópolis en calidad de escritor, que incluyo en una nota al pie.^[183]

Le comenté una disputa habida entre un amigo mío y su esposa, por lo que se refiere a la infidelidad conyugal, que mi amigo sostenía no era de tanta gravedad en el marido como en la mujer. JOHNSON: «Su amigo estaba en lo cierto, señor. Entre un hombre y su Hacedor, la cosa es muy distinta, pero entre un hombre y su esposa la infidelidad del marido nada importa. Los unen los hijos, la fortuna, la seria consideración de la comunidad en que viven. Las mujeres casadas con sensatez no se molestan con la infidelidad de sus esposos».^[c170] BOSWELL: «A buen seguro es grande la diferencia entre la ofensa de la infidelidad en un hombre y en su esposa». JOHNSON: «La diferencia es ilimitada. El hombre no impone bastardos a su mujer».

En este punto podría ponerse en tela de juicio que Johnson tuviera toda la razón. Supongo que no se puede argumentar nada en sentido contrario, que la diferencia de grado en el delito es bien grande en razón de las consecuencias, a pesar de lo cual bien se puede mantener que, con independencia de la obligación moral, la infidelidad de ningún modo es ofensa leve por parte de un marido, pues ha de dañar la delicadeza de la unión y el apego, en el que se sobreentiende la constancia mutua, con sentimientos tan refinados como los que ha puesto de manifiesto Massinger en su pieza titulada *El retrato*. Es muy probable que en otro momento hubiera aceptado Johnson esta opinión, y recuérdese de manera especial que siempre puso un gran esmero en no fomentar la menor irregularidad en la conducta. Sin advertir la diferencia que había establecido sobre la cuestión, un caballero supuso un caso de singular perversión por parte de una esposa, y dijo que entonces consideraba «que el marido podría hacer lo que le viniera en gana con la conciencia bien tranquila». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor. Eso es puro desatino —sonrió—. Hay que tener en cuenta que el fornicio ya es delito en un soltero, y que no se tiene mayor libertad por estar casado».

Esa tarde se manifestó con vehemencia contra los católicos: «En todo lo que difieren de nosotros —observó— se equivocan». Estuvo en contra incluso de la

invocación de los santos; en breve, tenía el humor proclive a la oposición.

Habiéndome lamentado con él por haber aprendido muy poco griego, como suele suceder en Escocia, pues durante mucho tiempo apenas me apliqué al estudio de esa noble lengua, y deseoso de que me indicara qué método podía seguir, me recomendó como fáciles muestras el *Primer libro de la Ilíada*, de Sylvanus; el *Lexicon del Nuevo Testamento en griego*, de Dawson, y Hesiodo, con *Pasoris Lexicon* como apéndice.

El martes 12 de octubre almorcé con él en casa de Ramsay, con lord Newhaven y otros invitados, a ninguno de los cuales recuerdo, con la excepción de la bella señorita Graham,^[184] pariente de Su Señoría, quien propuso a Johnson que se codease con ella. A él le aduló tan placentera atención, y cortésmente le dijo que jamás probaba el vino, pero que si ella quisiera beber un vaso de agua estaba enteramente a su servicio. Ella aceptó. «¡Ajá, señor! —dijo lord Newhaven—. Ha caído usted en la trampa». JOHNSON: «En modo alguno. No veo yo que esté atrapado, aunque, si lo estuviera, no desearía verme libre nunca más. Si estoy atrapado, espero que se me retenga cautivo». Trajeron los dos vasos de agua y, sonriendo complacido a la joven, le dijo: «Señorita, recíproquémonos».

Lord Newhaven y Johnson llevaron el peso de una discusión que durante un rato versó sobre las elecciones de Middlesex. «El Parlamento —dijo Johnson— puede considerarse atado por ley, como atado está un hombre aunque nadie acuda a anudar la soga. Como está claro que la Cámara de los Comunes puede expulsar a uno de sus miembros, y puede expulsarlo de nuevo cuantas veces lo estime procedente, creo preferible otorgarle el poder de inhabilitar para el cargo de parlamentario a un hombre, en vez de asistir a un pulso perpetuo entre el Parlamento y el pueblo». Lord Newhaven adoptó la postura contraria, si bien dijo respetuosamente: «Le hablo con gran deferencia, doctor Johnson; le hablo para recibir instrucción de usted». Tuvo esta apostilla pleno efecto sobre mi amigo. Incluyó la cabeza casi hasta rozar la mesa, en señal de respeto debido a un noble, y exclamó: «Milord, milord, no deseo toda esta ceremonia; digámonos uno al otro lo que pensamos con toda tranquilidad». Concluido este debate, dijo: «Hoy he recibido sobre esta cuestión un esclarecimiento del que nunca gocé». Fue mucho por su parte, máxime si se piensa que había escrito un panfleto sobre el asunto.

«La Cámara de los Comunes —observó— no fue en origen un privilegio del pueblo, sino una traba impuesta por la Corona a la Cámara de los Loes. Recuerdo que Enrique VIII quiso que éstos hicieran algo; vacilaron durante toda la mañana sin resolverse, pero lo hicieron por la tarde. “Buena cosa es que lo hayan hecho —les dijo—; si no, la mitad de sus cabezas colgarían de picotas en Temple Bar”. Ahora bien, la Cámara de los Comunes ya no se halla bajo el poder de la Corona, por lo cual preciso es que la soborne. No me agrada —añadió— hablar de públicas cuestiones».

[c171]

De su compañero de estudios, el célebre señor George Whitefield, dijo que «nunca llamó tanto la atención como la llama un charlatán; no destacó por hacer nada

mejor que los demás, sino por hacer rarezas. Si predicara Astley un sermón haciendo el pino sobre un caballo y se congregaría una muchedumbre a oírlo, pero nadie en sus cabales diría que tal hazaña fuera mejor que su sermón. Nunca traté yo con desprecio las prácticas de Whitefield; creo que cumplió bien las tareas de su ministerio. Se dedicó a las clases bajas y a los desfavorecidos, entre los cuales fue útil su presencia. Pero cuando la familiaridad y el ruido exigen el elogio debido sólo al saber, al arte y a la elegancia, debemos sofocar tales pretensiones».

De sus conversaciones durante el resto de mi estancia en Londres, tan sólo he preservado lo que sigue: le dije que cuando puse yo reparos a tener trato continuado con un notorio descreído, un célebre amigo nuestro me dijo lo siguiente: «No creo que hombres que como usted y como yo vivimos con tal laxitud en el mundo podamos arrogarnos tal autoridad; otra cosa es que la asuma el doctor Johnson, cuya conducta es de una uniformidad ejemplar. Pero no me parece muy consecuente hacerle hoy el vacío a un descreído y emborracharnos mañana mismo con él». JOHNSON: «No, señor. Triste razonamiento es éste. Que un hombre no pueda acertar en todo, ¿significa acaso que en nada acierta? Por emborracharse un hombre, ¿acaso iba a robar? Tal doctrina demasiado pronto llevaría a cualquiera a la horca».

A fin de cuentas, qué duda cabe de que es muy delicado decidir en qué medida debe un cristiano sincero relacionarse con los enemigos juramentados de la religión, pues en primer lugar bien puede el recto entender que cualquiera está más o menos «corrompido por malignas compañías»;^[c172] en segundo lugar, el mundo puede con gran naturalidad suponer que no son serios practicantes de la religión quienes fácilmente toleran el trato con sus adversarios; por último, si los profanos mismos reciben con los brazos abiertos a los piadosos, desaparece en el acto una de las grandes trabas que pesan sobre una declaración manifiesta de su descreimiento e infidelidad, así como una de las ocasiones más propicias para obligarles a reflexionar, como sería el hacerles el vacío.

No sé bien por qué, en cuantas ocasiones surgieron, mostró una gran aversión a visitar Irlanda, donde le propuse que hiciéramos un viaje. JOHNSON: «Es el último lugar al que estaría dispuesto a viajar». BOSWELL: «¿Es que no le gustaría conocer Dublín?». JOHNSON: «No, señor; Dublín es tan sólo una capital peor». BOSWELL: «¿Y no es digna de verse la Calzada de los Gigantes?». JOHNSON: «¿Digna de verse? Pues sí, aunque no sea digna de ir a verse».

Era sin embargo grande el aprecio que tenía por la nación irlandesa, y de ese modo se lo manifestó a un caballero de tal país, a propósito de esa unión que los políticos más arteros a menudo han tenido en perspectiva: «No concierten ustedes una unión con nosotros, señor. Si nos uniéramos a ustedes, sería sólo para robarles. A los escoceses los habríamos desplumado sin contemplaciones si tuvieran algo que valiera la pena robar».

De un conocido nuestro cuyos modales, como todo en su persona, aunque costosos, eran toscos, dijo que «bien se ve en él cuán vulgar puede llegar a ser la

prosperidad».

Un clérigo extranjero de no mucho talento, que había pasado un tiempo más que considerable en su compañía sin que le prestara ninguna atención, señaló de pasada, y con fortuna, que había leído algunos de sus ensayos del *Rambler* en italiano, y que le habían despertado gran admiración. Mucho le complació saberlo; observó que el título se había traducido por *Il genio errante*, aun cuando he sabido que la traducción que se le dio era mucho más patosa, *Il Vagabondo*;^[c173] al descubrir que el clérigo daba así buena prueba de su gusto, se deshizo en atenciones con él, y a cada comentario suyo, por simple que fuera, dio en apostillar así: «Bien dice el embajador...», «Observa Su Excelencia...», y acto seguido ampliaba y enriquecía un poco lo dicho, de un modo tan grandilocuente que parecía que fuera algo de verdadero peso. Fue algo sumamente entretenido para los presentes, y aun mucho tiempo después resultaba gracioso motivo de diversión: «Bien dice el embajador» pasó a ser término de aplauso en son de chanza, cuando no se había expresado nada de fundamento.

Partí de Londres el 18 de octubre y acompañé al coronel Stuart a Chester, donde iba a estar acuartelado una temporada su regimiento.

Del señor Boswell al doctor Johnson

Chester, 22 de octubre de 1779

Mi querido señor,

hasta el lunes a la una de la tarde no partimos de Londres el coronel Stuart y yo, pues quisimos despedirnos cordialmente de lord Mountstuart, que ese mismo día emprendía viaje en su embajada a Turin. Tuvimos un periplo excelente y esa misma noche llegamos a Lichfield en buena hora. El coronel había oído una descripción tan aconsejable del George que no quiso pensar en alojarse en las Tres Coronas, de modo que no vi a Wilkins, nuestro buen hospedero. En el George hallamos el mejor acomodo que se pueda desear, y yo disfruté de lleno con el grato pensamiento de hallarme de nuevo en Lichfield. A la mañana siguiente llovía con fuerza, y por ser mucho lo que me quedaba por hacer, y muy poco el tiempo de que disponía, encargué un coche de punto y entre las ocho y las nueve emprendí una ronda de visitas. Fui primero a ver al señor Green con la esperanza de que me acompañara a ver a todos mis demás amigos, pero había contraído el compromiso de visitar al Obispo de Sodor y Man, que estaba entonces postrado en Lichfield, muy enfermo de gota. Tras echar un presuroso vistazo a las últimas adquisiciones expuestas por Green en su museo, del cual no me fue fácil arrancarme, fui acto seguido al convento, donde al principio ocasioné cierto revuelo entre las damas, que no estaban preparadas para recibir a nadie a hora tan temprana, si bien mi nombre, que por maravilla felicísima se relaciona estrechamente con el de usted, pronto me franqueó la entrada y la señora Cobb y la señorita Adey volvieron a ocupar sus asientos a la mesa del desayuno, que habían dejado vacante con cierta precipitación. Me recibieron con la amabilidad que se dedica a los amigos de antaño, y luego de sumarnos todos en un cordial coro en alabanzas a usted la señora Cobb me dio una gran satisfacción al decirme que, según había llegado a sus oídos, usted había comentado que «Boswell es un hombre que, me parece, jamás se despidió de una casa sin dejar en ella el deseo de que regresara». Y al cabo añadió que le había pedido a usted que me dijera que, si alguna vez volviera yo por Lichfield, tenía la esperanza de que me recogiera a pasar la noche en el convento. De allí fui a ver a Peter Garrick^[185] donde también me fue deparada una gratísima acogida. Me pareció en pleno disfrute de su buen ánimo de siempre, y con gran bondad me pidió que volviera cuando me fuera posible, y que pasara una semana con él. De casa de Garrick fui al palacio, a visitar al señor Seward. Al principio me recibieron su esposa e hija, pues él guardaba cama debido a un catarro, de acuerdo con su valetudinaria hipocondría. Sin embargo, deseaba que nos viéramos, y lo encontré vestido con su túnica negra y un camión de franela blanca por encima, de modo que parecía un fraile dominico. Estuvo de buen humor, cortés; también bajo su techo fue mi recepción muy placentera. Acto seguido me dirigí a Stowhill, donde

presenté primero mis respetos a la señora Gastrell, cuya conversación me apenó tener que terminar. Pero mi reloj empezaba a andar escaso de arena, ya que no podía abusar en demasía de la bondad del coronel, quien amablemente me esperaba; así pues, me apresuré para llegar a casa de la señora Aston,^[186] a quien hallé mucho mejor de lo que había supuesto; allí me encontré con un cuñado de estas señoras, que habló mucho y muy bien de usted, al menos a mi entender. Así pues, sólo me quedaba por visitar a Lucy Porter, tal como hice, de veras lo creo, con sincera satisfacción por ambas partes. De seguro me alegré volviendo a verla; como la tengo por muy sincera, confío en que se alegró de volver a verme, pues ella misma así lo manifestó, de modo que no puedo poner en duda que no me lo dijera con total honestidad. ¡Qué gran piedra angular de la bondad, mi querido señor, fue usted a lo largo de la mañana! Y es que a todos nos unió el común apego que a usted le tenemos, y el afecto que le profesamos. No podría decir que haya pasado nunca dos horas de tanta complacencia en mi persona como las dos que pasé en Lichfield. No quisiera dar pie a la menor suspicacia de que fuera por ociosa vanidad. ¿No querrá usted confirmarme en mi convicción de que quien halla tales muestras de consideración y respeto tiene justa razón para ser feliz?

Llegamos a Chester el martes a medianoche, y es aquí donde vuelvo a hallarme en estado de gran disfrute. El coronel Stuart y sus oficiales me tratan con exquisita educación, toda la que podría desear; yo desempeño mi papel de un modo admirable. *Lætus aliis, sapiens sibi*, la clásica sentencia que usted, imagino, inventó el otro día, tiene perfecto ejemplo en mi actual situación.^[c174] El Obispo, con el que tuve el honor de tratar hace ya varios años, me muestra una gran atención; su conversación me resulta de lo más edificante. No debo omitir que Su Señoría tiene una gran admiración por sus prefacios a los poetas. A diario se amplía mi círculo por medio de un agradable conocido, de modo que disfruto de animación y variedad, y el estudio del lugar mismo, con ayuda de los libros y del Obispo, es ocupación suficiente. Chester se aviene a mi imaginación mejor que ninguna otra ciudad que haya conocido. Pero no entraré en todo esto en esta carta.

Aún no sabría decir cuánto tiempo he de quedarme aquí. Dije a una gratísima señorita,^[187] sobrina de uno de los prebendados, en cuya casa la vi, que «he venido a Chester, señorita, no sé yo bien cómo, y aún menos sé precisar cómo voy a marcharme». No me considere demasiado juvenil. Le ruego, mi querido señor, me favorezca con una carta suya mientras aún siga aquí, y que de ese modo redondee la felicidad de un feliz amigo que es siempre, con afecto y veneración, su cordial y sincero

JAMES BOSWELL

Si no me escribe a tiempo de hallarme aquí, me sentiré muy decepcionado. Dos renglones suyos mantendrán mi lámpara encendida y brillante.

A James Boswell

Londres, 27 de octubre de 1779

Querido señor,

¿por qué me importuna usted tan ansiosamente para que le escriba? ¿Qué importancia puede tener el saber algo de los amigos lejanos para un hombre que se halla bien recibido donde quiera que vaya, y que hace nuevas amistades más deprisa de lo que podría desear? Si al deleite de tan universal amabilidad de recepción puede sumarse algo por saber con certeza que conserva intacta mi buena voluntad, puede usted darse al pleno disfrute de tan pequeño añadido.

Me alegra tener noticia de su exitosa ronda por Lichfield: cuando más a menudo le vean, mayor aprecio le tendrán. Me resultó un gran placer leer que la señora Adey se encuentra tan bien, y que Lucy Porter se alegró tanto de verlo.

En el lugar que ahora se encuentra es mucho lo que tiene por observar, y no tendrá dificultad en procurarse a quien con destreza dirija sus observaciones. Ahora bien, ¿qué hará usted para mantener a raya el perro negro que le acucia allá en su hogar?^[c175] Si en cumplimiento del consejo que su padre le ha dado indagara usted en las antiguas tenencias de tierras y en los personajes antañones de Escocia, con toda certeza se abriría usted a muchas y pasmosas escenas de costumbres propias de la Edad Media. El sistema feudal aún vigente en un país bárbaro es natural producto de grandes y señaladas anomalías en la vida civil. El conocimiento del pasado, como es natural, mengua en todos aquellos casos de los que no queda constancia, y el pasado de Escocia es tan disímil del presente en que vive que ya se le hace difícil incluso a un escocés imaginar cómo era la economía de su propio abuelo. No remolonee, no peque de negligencia; haga acopio, con ahínco, de todo cuanto aún pueda encontrar.^[188]

Hemos hablado alguna vez, me parece, de otro proyecto, a saber, una historia de la última insurrección que se

dio en Escocia, con todos sus incidentes. Son muchas las falsedades que ya se están colando de rondón en la historia, sin que nadie las refute ni las contradiga. Voltaire, a quien entusiasmaba cualquier historia apasionante, ha contado incluso cosas cuya veracidad no pudo demostrar.

Puede usted dedicarse a recopilar materiales para cualquiera de los dos proyectos, o para ambos, según surjan las oportunidades, y asimilar y compendiar sus materiales cuando disponga de asueto para ello. La gran indicación que ha dejado Burton a los hombres desordenados, como es su caso, es ésta: no sea solitario, no esté ocioso.^[c176] Yo la modificaría así: si está ocioso, no esté solo, y si está solo, no esté ocioso.

Aquí tiene una carta expresamente para usted de su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Carlisle, 7 de noviembre de 1779

Mi querido señor,

nada tiene de extraño que le importune para que me escriba hallándome yo en Chester, si considera cuánta es mi avidez por el deleite y si repara que el *amor* al placer, como el *amor nummi*,^[c177] incrementa en proporción directa a la cantidad que poseamos. Su carta, tan repleta de amabilidad y de cortesía y de consejos magistrales, me llegó cual si fuera un gran tesoro cuando ya centelleaba en derredor el relumbre de la riqueza. Estuve encantado en Chester, tanto que sólo con dificultad me marché al final. Ahora bien, el encantamiento fue inverso al de Circe, pues tanto distaba de que hubiera en él algo de índole sensual que fue todo espiritual. No quiero decir que fuera solamente raciocinio, pues mi imaginación también entró en juego. ¿Por qué no había de ser así? Si le complace, señor, le enviaré copia o compendio abreviado de mi diario de Chester, que es en verdad un dietario de la felicidad.

El Obispo me trató con amabilidad adulatora. Le dije que lamentaba usted haber visto tan poca cosa de Chester. Su Señoría me pidió que le dijera que con mucho gusto le enseñaría más y mejor la ciudad. Me enorgullece ver que la amistad con que usted me honra es conocida en tantos sitios.

Llegué aquí ayer noche, cuando ya se había hecho bastante tarde. Nuestro amigo el Deán se ha ido hace ya algunos meses, aunque en mi posada me han dicho que es muy *populoso* [*sic*]. Sin embargo, encontré al señor Law, archidiacono, que pronto será nombrado obispo, y con él he desayunado y he almorzado de modo muy agradable. Le conocí durante las sesiones del tribunal itinerante, hace ya un año y medio; es hombre que posee gran diversidad de conocimientos, un genio poco común, y creo que una sincera profesión de fe. Por la mañana, recibí el sagrado sacramento en la catedral, siendo éste el primer domingo del mes, y allí estuve en los rezos matinales. Es para mí divino motivo de buen ánimo pensar que hay una catedral tan cerca de Auchinleck; ahora dejo atrás la vieja Inglaterra con tal estado de ánimo que agradezco de corazón a Dios me lo haya concedido.

El perro negro que me acucia y me preocupa en mi hogar es por fuerza de temer; como llevo algún tiempo embebido en la rutina militar, tengo plena confianza en que sabré repelerlo. Tener noticias tuyas me dará tantos ánimos como el clamor de los clarines; albergo por tanto la esperanza de que a poco de llegar al frente del norte me lleguen unas cuantas líneas tuyas.

El coronel Stuart me hizo el honor de escoltarme en su carruaje para enseñarme Liverpool, de donde volvimos a Warrington juntos para despedirnos.^[189] Por hacer la debida justicia a mi muy valiosa esposa, debo informarle de que me escribió y me dijo que siendo yo tan feliz no sería ella tan egoísta de reclamar mi regreso antes que mi presencia fuera estrictamente requerida por asuntos inaplazables. Encargó a mi amanuense que me escribiera en un correo posterior con idéntica intención; hoy me esperaba una amable carta suya en la posta de correos de Carlisle, refiriéndome que los pequeños estaban bien y expresándome sus deseos de que regrese. Soy más feliz que nunca, mi querido señor. Su afectuoso y solícito y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

A James Boswell

Londres, 13 de noviembre de 1779

Querido señor,

su última carta no sólo fue amable, sino también cariñosa. Sin embargo, desearía yo que se librase de todo exceso

intelectual, y que no exaltara sus placeres ni exagerase la gravedad de sus desdichas fuera de su real y natural estado. ¿Por qué no iba a ser usted tan feliz en Edimburgo como en Chester? *In culpa est animus, qui se non effugit unquam.*^[c178] Complázcase con su esposa e hijos, con sus estudios y su práctica de la profesión.

Adjunto una petición de Lucy Porter^[190] que dejo a su entera discreción si es propio o no satisfacer. Devuélvame la carta de ella, que le envío con el fin de que conozca el caso en su totalidad, y no se deje seducir por nada de lo que luego pueda arrepentirse. De la señorita Doxy tal vez sepa usted que es sobrina del señor Garrick.

Si el deán Percy llega a ser popular en Carlisle, puede ser muy feliz. Tiene a su disposición dos maneras de ganarse la vida, ambas de igual valor, o casi, que el deanato, de modo que puede quedarse con una y dejar la otra a su hijo.

¿Tan cerca está la catedral de Auchinleck que tanto se alegra usted? Supongo que dista cuando menos unas ciento cincuenta millas. Sea como fuere, si a usted le place, bien está que así sea.^[c179]

Hágame saber con qué acogida le recibe su padre, cómo se encuentra de salud. Complázcale en todo lo que pueda, no añada dolor a sus últimos años.

De nuestras amistades de aquí, nada me viene a la memoria que pueda relatarle. No he visto a Langton y nada he sabido de él. Beauclerk acaba de regresar de Brighthelmstone, según tengo entendido, mucho mejor. El señor Thrale y su familia siguen estando aquí, y su salud ha mejorado visiblemente. No se ha bañado, pero ha salido a cazar.

En Bolt Court hay mucha malicia, aunque de un tiempo a esta parte pocas hostilidades abiertas.^[191] He tenido un resfriado, del que ya estoy repuesto.

Presente mis respetos a la señora Boswell, etc.

Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El 22 de noviembre y el 21 de diciembre le escribí desde Edimburgo y le di informes muy favorables sobre la familia del pretendiente de la señorita Doxy; le dije que tras muchas indagaciones había dado con la hermana de Francis Stewart, uno de los amanuenses que tuvo a sus órdenes durante la redacción de su *Diccionario*; que, tal como era deseo de él, pagué a esta señora una guinea por una libreta vieja de Stewart que Johnson había conservado en su poder; que la buena mujer, que vivía con moderación y en circunstancias muy humildes, pero plácida y contenta, se maravilló ante su escrupulosa y muy liberal honestidad, y que recibió la guinea como si fuese un regalo de la Providencia. Añadí que le había suplicado reiteradamente que cumpliera su promesa y me enviara su carta a lord Chesterfield, y que desde ese momento esta petición, cual *Delenda est Cartago*, había de figurar en cuantas cartas le pudiera yo escribir hasta que hubiera logrado mi objetivo.

1780: ÆTAT. 71.] En 1780 el mundo aguardó con impaciencia a que Johnson diera por concluidas sus *Vidas de los poetas*, en las que trabajaba tanto como le permitía su natural indolencia.

Le escribí el 1 de enero y el 13 de marzo, remitiéndole mis notas sobre la información de lord Marchmont relativa a Pope, quejándome además por no haber sabido nada de él desde hacía casi cuatro meses, y diciendo que me debía dos cartas; le comuniqué que había vuelto a sufrir de melancolía, confiando en que hubiera gozado él de mucho más grata y provechosa compañía (los poetas), tanto que no había tenido tiempo de pensar en sus amigos lejanos, ya que si tal hubiera sido el caso hallaría yo cierta recompensa a mi inquietud; que debido al estado de mis asuntos no cabía que este año viajara a Londres, y le rogué que me devolviera los dos poemas de Goldsmith con sus versos señalados.

Como su amigo el doctor Lawrence acababa de sufrir la mayor aflicción a que está sujeto el hombre, que el propio Johnson había acusado del modo más duro, le escribió en una admirable vena de simpatía para darle pío consuelo.

Al doctor Lawrence

20 de enero de 1780

Estimado señor,

en un momento en el que todas sus amistades tendrían que darle muestras cordiales de amabilidad, y de tal guisa que todo el que le conozca se mostrase amigo suyo, quizá le extrañe no haber sabido nada de mí.

Me ha estorbado una insidiosa e incesante tos, por culpa de la cual a lo largo de estos diez días me han sangrado una vez, he ayunado cuatro o cinco, he ingerido medicamentos una y opiáceos, me parece, media docena. Hoy parece que empieza a remitir.

La pérdida, mi querido señor, que ha sufrido usted recientemente es la misma que sufrí yo muchos años ha, y sé por tanto muy bien cuánto se le ha arrebatado y qué poca ayuda se recibe del consuelo. Quien sobrevive a una esposa a la que largo tiempo amó se encuentra descoyuntado, desgarrado del único espíritu que tenía sus mismos temores, esperanzas e intereses, de la única compañía con quien había compartido tanto bien y tanto mal, con la cual era capaz de abrir su ánimo con toda libertad, para recorrer de nuevo el pasado o anticiparse al futuro. Se lacera la continuidad del ser, se detiene y cesa el curso asentado de los sentimientos y los actos, y queda la vida misma inmóvil y en suspenso, hasta que son las causas externas las que la empujan por nuevos cauces. Pero ese tiempo en suspensión es terrible.

Nuestro primer recurso en la desazón de nuestra soledad, tal vez sea, a falta del hábito de la piedad, una lúgubre aquiescencia de nuestra carencia y necesidad. De dos mortales que juntos viven, uno ha de perder al otro, pero no cabe duda de que hay mejor y más elevado consuelo en la consideración de esa Providencia que por encima de todos nosotros mira, y en la creencia de que los vivos y los muertos estamos por igual en manos de

Dios, quien ha de reunir a quienes ha separado, o que sabe que es mejor no reunir.

Soy, estimado señor, su más afectuoso y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

8 de abril de 1780

Querido señor,

bien, pues había resuelto enviarle la carta de Chesterfield, pero le vuelvo a escribir sin hacerlo. Nunca imponga tareas a los simples mortales. Requerir dos cosas es la mejor manera de que no se haga bien ninguna.

Por las dificultades que señala en sus asuntos le extiendo mis condolencias, aunque las dificultades son ahora moneda corriente; no son por consiguiente menos penosas, pues menor es la esperanza de encontrar ayuda. No pretendo yo darle consejo, ya que desconozco el estado actual de sus asuntos; cualquier consejo en general sobre la prudencia y la frugalidad de bien poco le serviría. Tiene usted sin embargo el derecho de no incrementar su propia perplejidad haciendo un viaje que lo traiga aquí, y tengo además la esperanza de que quedándose en casa dé satisfacción a su señor padre.

El pobre, querido Beauclerk...^[192] *nec, ut solis, dabis joca.*^[c180] Su ingenio y sus charadas, su agudeza y su malicia, su regocijo y su raciocinio, en fin, han terminado. No se hallará a menudo a otro como él entre la humanidad toda. Instruyó que se le enterrase junto a su madre, muestra de ternura filial que no podía yo esperar. Ha dejado a sus hijos al cuidado de lady Di, y si ella muriese quedarán al cuidado del señor Langton y del señor Leicester, pariente suyo y hombre de un carácter excelente. Su biblioteca se ha ofrecido en venta al Embajador de Rusia.

No obstante el ruido que han hecho los periódicos, el doctor Percy no ha sufrido graves pérdidas en lo literario.^[193] Se quemaron ropas, muebles y enseres por valor de un centenar de libras, pero creo que sus papeles y también sus libros se salvaron de la quema.

El pobre señor Thrale ha corrido un peligro extremo debido a un trastorno de apoplejía, aunque se ha restablecido mejor de lo que nadie esperaba gracias a los buenos oficios de sus médicos. Ahora se encuentra reposando en Bath; lo acompañan la señora Thrale y su hija.

Tras ponerle al corriente de cómo están sus amigos, permítame decirle algo sobre usted. Anda siempre quejándose de melancolía, por lo cual concluyo de tantas quejas que en el fondo le gusta. Nadie habla, y menos por los codos, de aquello que desea ocultar, y cualquiera desea ocultar aquello que le avergüenza. No quiera ahora negarlo: *manifestum habemus furem*; haga ley obligatoria e invariable no hacer jamás mención de sus enfermedades espirituales, si nunca habla de ellas, pensará poco o nada en ellas, y si poco tiempo les dedica rara vez le vendrán a molestar. Cuando habla de ellas es palmario que aspira bien al elogio, bien a la compasión; el elogio no ha lugar, y la compasión ningún bien ha de hacerle. Por consiguiente, a partir de este momento no hable, no piense más en ellas.

Su trámite con la señorita Stewart me produjo una gran satisfacción. Mucho le agradezco sus atenciones. No me la pierda de vista; su presencia puede ser de gran credibilidad y, por tanto, de gran importancia en beneficio de ella. El recuerdo de su hermano sigue fresco en mi ánimo; era un hombre tan ingenioso como digno.

Le ruego presente mis respetos a su señora y a las niñas. Mucho me gustaría verlas.

Soy, querido señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

Hallándose la señora Thrale con su esposo en Bath, Johnson y ella cruzaron una correspondencia frecuente, vivaz y copiosa. Ofrezco a mis lectores una de las cartas originales que ella le envió durante esta temporada, que seguramente les entretendrá más que las epístolas bien escritas, pero a la postre estudiadas, cuando no retocadas, que ha insertado ella en su colección, porque pone al descubierto la fácil prontitud de sus intercambios literarios. Tiene también el valor de ser clave de la respuesta de

Johnson, que ella asimismo ha dado a la imprenta, y de la cual adjuntaré algún extracto.

De la señora Thrale al doctor Johnson

Bath, viernes, 28 de abril

Ayer recibí una muy amable carta de usted, querido señor, que traía una fecha muy de circunstancia. Se tomó usted la molestia de leer mi circular, según me dice el señor Evans, cosa que sinceramente le agradezco; aún se pueden hacer travesuras a distancia, sin estar una presente.

Pasamos la noche de ayer en casa de la señora Montagu. Estuvo el señor Melmoth: no es persona que me agrade, yo tampoco a él; es, sin embargo, tan *tory* que detesta al Obispo de Peterborough por sus convicciones acérrimas de *whig*, pero es tan *whig* que a usted lo detesta por *tory*.

La señora Montagu lo aduló estupendamente, así que disfrutó de la tarde. Esta velada la pasaremos en un concierto. A la pobre Queeney^[194] sólo ahora empieza a pasársele la infección de ambos ojos. Ha tenido que pasar mucho tiempo sin salir, y no ha podido leer ni escribir, de modo que mi señor la trató de la mejor de las maneras, proporcionándole las visitas de una joven de esta localidad, hija de un sastre, que se dedica a enseñar música, y que da hasta seis lecciones diarias a diversas damas, a cinco chelines y tres peniques la lección. La señorita Burney dice que es una extraordinaria intérprete; la muchacha me merece un gran respeto por ganarse la vida de manera tan bella; es muy modesta y de buenos modales, y aún no ha cumplido los diecisiete.

Vive usted en un torbellino, ya lo veo. Si no le escribiera yo a menudo, ya me tendría medio olvidada, lo cual sería un grave error, pues ayer mismo sentí cómo el aprecio y el respeto que profeso por usted se me venían a la cara, cuando arreciaban las críticas.

Esta mañana ha sido asunto de *connoisseur*, fuimos a ver unos cuadros, obra de un artista y caballero de esta localidad, el señor Taylor; mi señor siempre se las ingenia, donde quiera que esté, y ha encontrado un buen acompañante para salir a montar, de los que van despacio. (...) Se le ve bastante bien, pero no pienso yo gran cosa de la salud de un hombre al que no se le puede coser la boca. Burney y Queeney y yo a diario le tomamos el pelo en cada una de sus comidas, y la señora Montagu se ha puesto bastante seria con él, pero ¿qué se puede hacer? Él está decidido a comer, creo, y sé que si come como lo hace no vivirá mucho; me hace muy desdichada, pero he de aguantarlo. Permítame gozar siempre de su amistad. Soy, sincera y afectuosamente, querido señor, su fiel servidora,

H. L. T.

Del doctor Johnson a la señora Thrale

Londres, 1 de mayo de 1780

Queridísima señora,

el señor Thrale nunca podrá vivir en la abstinencia, a no ser que algún día se convenza de vivir según ciertas reglas. (...) ^[195] Estimule, como pueda, a la Jovencita que posee dotes musicales.

Nada es más común que el mutuo rechazo entre dos personas allí donde se esperaba la mutua aprobación. Hay a menudo por ambas partes una vigilancia nada benévola, y como se excita mucho la atención, de modo que nada pase sin percibirlo, cualquier diferencia de gusto o de opinión, y alguna diferencia incontinente que pueda surgir de manera hartamente común, bastan para generar una aversión inmediata.

No permita nunca que las críticas tengan efecto ni en su cara ni en su espíritu; es muy raro que a un escritor le hagan daño quienes lo critican. No puede apagarse a soplidos la antorcha de la reputación, aunque a menudo se mueve por sí sola; son muy pocos los nombres que pueden tenerse por lámparas perpetuas, que alumbran sin consumirse. Por parte del autor de las *Cartas de Fitzosborne*^[c181] no puedo considerarme en peligro. Lo vi en persona una sola vez, hace unos treinta años, y en alguna disputa baladí lo reduje a mero silbido. Como no lo he vuelto a ver, ésa es la última impresión que guardo. El pobre Moore, el autor de fábulas, estaba entre los presentes.

La prolongada estadía de la señora Montagu, en contra de sus apetencias, es un gran inconveniente. Según la propia confesión de usted, desea una acompañante, y ella es *par pluribus*; conversando con ella, hallará variedad en una sola persona.

El 2 de mayo le escribí y le solicité que tuviéramos otro encuentro en el norte de Inglaterra a lo largo del otoño.

De Langton recibí poco después una carta, de la que extraigo un pasaje relativo a Beauclerk y a Johnson:

La triste, melancólica información que ha recibido en lo tocante a la muerte de Beauclerk es cierta. De haber encaminado suficientemente su talento por la senda que debía, siempre he tenido la intensa convicción de que habría tenido a su alcance, como sin duda calculó, el llegar a ser una figura ilustre; esa convicción mía, formada en gran medida por el juicio del doctor Johnson, recibe cada vez mayor confirmación al oír lo que después de su muerte ha manifestado éste al respecto.^[a nota 57, Vol. IV] Hace unos cuantos días pasé la tarde en casa del señor Vesey, donde lord Althorpe, uno de los numerosos contertulios reunidos, interpeló al doctor Johnson sobre la muerte de Beauclerk, diciendo así: «Nuestro club ha sufrido una gran pérdida desde nuestra última reunión». «Una pérdida —repuso él— que tal vez ni siquiera toda la nación pueda reparar». El doctor pasó luego a glosar sus grandes dotes, y en particular alabó la inmensa facilidad con que pronunciaba observaciones siempre excelentes. Dijo que nadie estuvo nunca tan libre cuando iba a decir algo bueno, libre de una mirada honesta que ya expresaba lo que a punto estaba de decir, ni, una vez dicho, libre de esa mirada con que lo subrayaba. En casa del señor Thrale, pocos días antes, estábamos hablando de este mismo asunto y, refiriéndose a esa misma idea de su pasmosa facilidad, dijo: «El talento de Beauclerk era precisamente el que él más dispuesto estuvo a envidiar, más que los de cualquier persona que hubiera conocido».

En el transcurso de la velada a la que me acabo de referir, en el domicilio del señor Vesey, grande hubiera sido su gratificación, pues se puso de manifiesto la gran importancia en que es tenido el carácter del doctor Johnson, creo que incluso por encima de cualquier otro caso del que haya podido ser testigo. La concurrencia constaba sobre todo de damas, entre las que se hallaban la Duquesa de Portland, la Duquesa de Beaufort, a la que a tenor de su rango supongo que he de nombrar antes que a su madre, la señora Boscawen, y su hermana mayor, la señora Lewson, que también se encontraba allí; lady Lucan, lady Clermont y otras damas de nota tanto por su rango como por su entendimiento. Entre los caballeros se encontraban lord Althorpe, a quien ya he nombrado antes; lord Macartney, sir Joshua Reynolds, lord Lucan, el señor Wralax, cuyo libro probablemente conozca usted, el *Viaje a las regiones del norte de Europa*; un caballero muy agradable de trato y muy ingenioso; el doctor Warren, el señor Pepys, magistrado de la Cancillería, al cual creo que conoce usted, y el doctor Bernard, preboste de Eton. Tan pronto llegó el doctor Johnson y ocupó un sillón, la concurrencia fue apiñándose en torno a él hasta formar de cuatro, si no de cinco en fondo, los de más atrás de pie, atentos, por encima de las cabezas de quienes hallaron asiento más cerca de él. La conversación discurrió un buen rato entre el doctor Johnson y el Preboste de Eton, mientras los demás aportaron algún que otro comentario. Sin tratar de detallar los particulares de la misma, que, tal vez, de hacerlo, me habrían llevado a devanar mi relato hasta alcanzar muy tediosa longitud, he creído, mi querido señor, que esta relación en general del respeto con que fue recibido nuestro valioso amigo seguramente le parecería aceptable.

Al reverendo doctor Farmer

25 de mayo de 1780

Señor,

bien conozco su disposición a secundar cualquier proyecto literario, razón por la cual me aventuro a tomarme la libertad de rogarle que se procure en los registros de los colegios o de la propia universidad todas las fechas u otras informaciones relativas a Ambrose Philips, Broome y Gray, todos los cuales cursaron estudios en Cambridge, y de cuyas vidas he de componer el relato más fidedigno que pueda acopiar. Tenga la bondad de disculpar esta molestia, señor, de su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Mientras Johnson se afanaba en preparar un delicioso entretenimiento literario para el mundo en general, la tranquilidad de la metrópolis de Londres fue inesperadamente perturbada por la más horrorosa serie de ultrajes que jamás haya deshonrado a una nación civilizada. La legislación vigente otorgó cierto relajamiento de algunas de las severas provisiones penales existentes contra los súbditos de comunión católica, y ello fue con una oposición tan insignificante que llegó a parecer que la genuina bonanza y mansedumbre de toda la cristiandad unida en una política liberal se había hecho general en toda la isla.^[c182] Sin embargo, pronto se dejó sentir un maligno espíritu de persecución en una indigna petición para que se derogara tan sabia y humanitaria disposición. La petición la respaldó en masa una turba con evidente propósito de intimidar, y fue justamente rechazada. Sin embargo, la intentona se produjo acompañada y seguida de tan osados y virulentos disturbios que no tienen parangón en la historia. De tan extraordinarios tumultos ha dado el doctor Johnson la siguiente descripción, concisa, vivida y justa, en sus *Cartas a la señora Thrale*:^[196]

El viernes 2 de junio se congregaron los buenos protestantes en Saint Georges Fields, convocados por lord George Gordon, y de allí marcharon a Westminster, insultaron a lores y comunes, que aguantaron el chaparrón con gran docilidad; de noche comenzaron las algaradas con la demolición del templo católico junto a Lincoln's Inn.

No podría darle un diario detallado de la semana en que se desafió al gobierno. El lunes, el señor Strahan, que había sido objeto de insultos, habló con lord Mansfield, quien también creo que lo fue, sobre la conducta licenciosa del populacho; Su Señoría se tomó las irregularidades muy a la ligera. El martes por la noche arrasaron la residencia de Fielding^[197] y quemaron sus pertenencias en la calle. El lunes habían saqueado la casa de sir George Savile, aunque se pudo salvar el edificio. El martes por la noche, tras dejar en ruinas la casa de Fielding, fueron a la prisión de Newgate a exigir la inmediata puesta en libertad de sus compañeros, apresados tras demoler la capilla. El guardián no podía ponerlos en libertad salvo con permiso expreso del alcalde, con el cual fue a consultar; a su regreso, vio a todos los prisioneros sueltos y la cárcel de Newgate en llamas. Fueron entonces a Bloomsbury y cercaron la casa de lord Mansfield, que arrasaron; en cuanto a sus bienes, los quemaron por completo. Con posterioridad han ido a Caenwood, donde se les adelantó un destacamento de la guardia. Saquearon las casas de algunos papistas, según creo, y quemaron un templo católico en Moorfields esa misma noche.^[c183]

El miércoles salí a caminar con el doctor Scott para echar un vistazo a Newgate, que encontré en ruinas, con rescoldos todavía prendidos. Al pasar por allí vi que los protestantes saqueaban la cámara de sesiones del Old Bailey. No llegaban, creo yo, al centenar, pero hacían su trabajo a su antojo, con total impunidad, sin centinelas, sin sobresaltos, como si fueran hombres legalmente empleados a plena luz del día. Tal es la cobardía de un lugar entregado al comercio. El miércoles asaltaron Fleet, la sede de la Real Judicatura y Marshalsea, y la prisión de Wood Street y Clerkenwell Bridewell, y pusieron en libertad a todos los prisioneros.^[c184]

De noche prendieron fuego a Fleet y la sede de la Real Judicatura y a no sé cuántos lugares más; se veía el resplandor de la conflagración, que teñía el cielo por distintos puntos cardinales. El espectáculo era terrible. Hubo amenazas: el señor Strahan me aconsejó que anduviera con cuidado. Ha sido usted dichosa al no presenciar estos días de terror.

El Rey dijo ante el consejo que «los magistrados no han cumplido con su deber, pero que él cumpliría con el suyo», y se publicó una proclama indicándonos que no permitiéramos la salida de los criados, pues la paz iba a mantenerse por medio de la fuerza. Fueron los soldados destinados a distintos lugares en otros tantos destacamentos, y hoy [9 de junio] en la ciudad reina la calma.

Los soldados se han apostado de tal modo que puedan presentarse de inmediato en donde se les requiera. No hay grupos de alborotadores; a cada individuo revoltoso se le persigue hasta su madriguera y se le conduce a prisión; lord George fue conducido anoche a la Torre. El señor John Wilkes estuvo hoy por mi vecindario, dispuesto a apresar al director de un periódico sedicioso.

Han destruido varias capillas; varios papistas inofensivos han sido víctima de saqueos, pero la mayor parte de las algaradas populares ha sido la quema de las cárceles. Una buena jugarreta de la chusma. Los morosos y delincuentes fueron puestos en libertad, aunque de estos últimos, como siempre ha sido, muchos dieron de nuevo con sus huesos en los calabozos; dos convictos por piratería se han entregado, y se espera que reciban el perdón.

El gobierno actúa ahora con la debida fuerza, y todos estamos de nuevo bajo protección del monarca y de la ley. Supuse que a usted y a mi señor les resultaría grato disponer de mi testimonio sobre la seguridad pública; supuse que dormiría usted más tranquila cuando le dijera yo que está a salvo.

Desde luego, se ha declarado un pánico universal del que fue el Rey el primero en recuperarse. Sin la concurrencia de sus ministros, o sin la asistencia de los magistrados civiles, puso a los soldados en movimiento y salvó la ciudad de más graves calamidades, que el gobierno de la chusma como es natural habría ocasionado.

La población ha salido indemne de una terrible calamidad. Los revoltosos intentaron asaltar los tribunales el miércoles por la noche, aunque no en gran número y, como tantos otros ladrones, sin demasiada resolución. Jack Wilkes encabezó la partida que les hizo poner pies en polvorosa. Se ha reconocido que si hubiesen asaltado el banco el martes, en pleno apogeo del pánico generalizado, cuando no había preparada resistencia ni se podía preparar, tal vez se habrían llevado cuanto encontrasen sin que nada ni nadie pudiera impedirlo. Jack, siempre celoso del orden y la decencia, declara que si se le confiara el poder no dejaría vivo a un solo revoltoso. Ahora, sin embargo, ya no hay ninguna necesidad de heroísmo ni de más derramamiento de sangre; ya nadie ostenta una cinta azul.^[198]

Tal fue el final de esta miserable sedición, de la que Londres se libró gracias a la magnanimidad del soberano en persona. Al margen de lo que algunos quieren sostener, me satisface que no hubiera un plan, ni doméstico ni extranjero, y que la revuelta se extendiera por el gradual contagio del frenesí, incrementado por las cantidades de licores fermentados de que se apoderó el populacho para su consumo, engañado por sí solo, en el curso de sus depredaciones.

Me tendría por culpable sin excusa si aquí dejara de hacer justicia a mi estimado amigo el señor Akerman, guardián de Newgate, que durante largo tiempo cumplió la muy importante labor que se le había confiado con uniforme e intrépida firmeza, a la vez que con una sensibilidad y una caridad y liberalidad tales que le hacen merecedor de que se le recuerde y se le distinga con honor.

En esta ocasión, debido al talante timorato y a la negligencia de la magistratura por una parte, y a los embates casi increíbles de la chusma por la otra, la primera prisión de esta gran nación quedó franca, y los prisioneros en libertad, a pesar de lo cual no puede haber ninguna duda de que el señor Akerman, cuya casa fue quemada, habría impedido todo esto si se le hubiera enviado a tiempo la ayuda que necesitaba.

Hace muchos años se declaró un incendio en la edificación de ladrillo que se construyó para ampliar la vieja cárcel de Newgate. Los reclusos, presa de la consternación y del miedo, prorrumpieron en un tumulto: «¡Nos vamos a quemar vivos! ¡Nos quemamos vivos! ¡Abajo con el portón!». El señor Akerman se apresuró en su auxilio, se personó en el portón, y, tras lograr que se impusiera el silencio tras un confuso vociferar —«¡oídle, oídle!»—, con gran aplomo les comunicó que nadie iba a echar la puerta abajo, que habían sido confiados a su cuidado, que a nadie se le permitiría escapar, pero que podía garantizarles que nadie tenía por qué temer al fuego, ya que el incendio no se había declarado en el recinto propiamente dicho de la prisión, que estaba construida con sillares de piedra, y que si todos ellos se comprometían a conservar la calma, él mismo acudiría con ellos para conducirles al

otro extremo del edificio, de donde no saldría hasta que ellos se lo autorizasen. Ante su propuesta se mostraron de acuerdo los reclusos, a lo cual el señor Akerman, tras ordenarles que se retirasen del portón, entró en el edificio y con absoluta resolución ordenó que no se abriese el cerrojo exterior, ni siquiera en el supuesto de que los reclusos incumplieran su palabra (aunque él confiaba en que no fuera así) y por la fuerza le obligasen a dar la orden. «Si así fuera —dijo—, no se preocupen por mí». En paz y en orden, los reclusos lo siguieron y él los condujo por pasajes cuyas llaves estaban en su mano, hasta llegar al extremo de la cárcel más alejado del fuego. Tras satisfacerles plenamente con esta juiciosa conducta, y darles garantía de que no corrían ningún riesgo, se dirigió a los presos de este modo: «Caballeros, ahora ya están convencidos de que les dije la verdad. No tengo duda de que las bombas pronto apagarán el fuego; si no, llegará un cuerpo de guardia suficiente para darles alojamiento en las prisiones. Les doy mi palabra de honor de que no tengo ni un camino asegurado. He dejado mi casa para cuidar de ustedes. Mantendré mi promesa y me quedaré con ustedes si insisten, pero si me permiten salir para ir a cuidar de mi familia y velar mis pertenencias, les quedaré muy agradecido». Asombrados por su conducta, le dijeron: «Señor Akerman, ha sido usted valiente; ha sido muy amable: por supuesto que puede ir a atender sus asuntos». Así lo hizo, mientras los reclusos quedaron donde los dejó, y todos ellos se salvaron.

Alguna vez se ha oído a Johnson relatar la sustancia de esta historia con grandes elogios, a los que se sumó de corazón el señor Burke. Mi ilustre amigo, refiriéndose a la amabilidad con que trató el señor Akerman a los reclusos, pronunció esta alabanza de su carácter: «Quien durante largos años ha tenido de continuo ante los ojos a la escoria de la humanidad, y es pese a todo eminente por lo humanitario de su disposición, ha de haberla tenido originalmente y en muy alto grado, amén de seguir cultivándola con esmero».

En el transcurso de este mes, mi hermano David visitó al doctor Johnson provisto de la siguiente carta de presentación, que puse gran cuidado en que le estuviera esperando a su regreso a Londres.

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo,
29 de abril de 1780

Mi querido señor,

ésta le será entregada en mano por mi hermano David a su regreso de España. Se alegrará de conocer al hombre que juró «defender el viejo castillo de Auchinleck con todo el corazón, con la espada y con la bolsa», esa romántica solemnidad de familia que yo ideé, y de la que hablamos usted y yo *in situ* y con gran complacencia. Confío en que estos doce años de ausencia no hayan menguado su apego por el feudo, y que usted lo encuentre digno de presentarlo a sus amistades.

Tengo el honor de ser, con afectuosa veneración, mi querido señor, su más fiel y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Johnson lo recibió con una gran cortesía, y de este modo lo menciona en una de sus cartas a la señora Thrale:^[199]

He tenido conmigo a un hermano de Boswell, comerciante en España,^[200] al que la guerra ha obligado a abandonar su residencia de Valencia. Ha ido a visitar a sus amistades; Escocia le parecerá un lugar penoso tras doce años de residencia en un clima mucho más feliz. Es un hombre agradable de trato, que habla sin el menor deje de acento escocés.

Al doctor Beattie, de Aberdeen

Bolt Court, Fleet Street,
21 de agosto de 1780

Señor,

más años^[201] de los que me complacería calcular han transcurrido desde que nos vimos por última vez, de lo cual, sin embargo, no hay motivo de queja ni de reprensión: *Sie fata ferunt.*^[c185] Pero se me ha ocurrido que bien podríamos cruzar nuestros respetos mutuos. Si dice usted que soy yo quien debiera haberle escrito, ahora le escribo, y lo hago para decirle que tengo un gran aprecio por usted y por la señora Beattie, y que deseo que su salud sea buena y su vida larga. Pruebe a cambiar de aires y véngase unos grados hacia el sur: un clima más suave podría sentarle bien, se acerca el invierno, seguramente Londres será más cálido y alegre, más bullicioso, más fértil en entretenimientos que Aberdeen.

Mi salud ha mejorado, aunque esto de poco ha de servir en conjunto si le digo que la señora Montagu ha estado muy enferma y que ahora no dudo que sigue estando débil. El señor Thrale ha padecido graves trastornos, pero se encuentra mucho mejor, y espero que pronto se restablezca del todo. Se ha retirado a descansar durante todo el verano. Sir Joshua y su hermana están bien; el señor Davies ha tenido un gran éxito como escritor,^[202] generado gracias a la corrupción de un librero.^[c186] Más noticias que darle no tengo, por lo cual habrá de contentarse sabiendo lo que no sé bien si desea saber,^[203] y es que soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

Londres,
21 de agosto de 1780

Querido señor,

veo que le ha dado uno de sus arranques de taciturnidad, y que ha resuelto no escribir mientras no reciba carta, lo cual es muestra de humor cicatero, a pesar de lo cual se saldrá con la suya.

He pasado todo el verano en mi casa de Bolt Court, pensando en escribir las *Vidas* y, durante buena parte del tiempo, pensando a secas. Son varias, sin embargo, las que ya están acabadas, y todavía pienso en acometer las restantes.

El señor Thrale y su familia, desde que cayó enfermo, han estado primero en Bath y luego en Brighthelmstone, pero yo no he ido a ninguno de los dos sitios. Habría ido con gusto a Lichfield si hubiera tenido tiempo, y podría haberlo tenido si hubiera estado más activo, pero lo he perdido miserablemente haciendo bien poca cosa.

En los disturbios recientes, la casa y las pertenencias del señor Thrale corrieron grave peligro. Se apaciguó a la turbamulta en su primer intento de invasión dándole unas cincuenta libras en bebida y en carnes; la segunda intentona la repelieron los soldados. El señor Strahan tuvo una guarnición en su casa, que mantuvo durante dos semanas; pasó tanto miedo que se llevó buena parte de sus bienes. La señora Williams se refugió en el campo.

No sé si estará en mi mano realizar un viaje este otoño; ya es llegada más o menos la época del año en que iniciamos nuestro periplo. Sin embargo, he gozado de mejor salud que entonces, y tengo la esperanza de que

podamos usted y yo vernos en alguna región de Europa, Asia o África.^[204] Entretanto, dejémonos de trucos y jugarretas, mantengamos el afecto mutuo por todos los medios que tengamos a nuestro alcance.

El portador de la presente es el señor Dunbar, de Aberdeen, que ha escrito y publicado un libro muy ingenioso,^[205] y que creo que me tiene aprecio, y que cuando lo conozca creo que tendrá aprecio por usted.

Supongo que sus damiselas ya estarán crecidas, y que su hijo estará hecho un joven culto. Los quiero a todos y quiero a su arisca esposa, a la que jamás persuadiré de que me quiera. Cuando haya terminado las *Vidas* se las enviaré a la atención de ella para que tenga la colección completa, aunque habrá de ser en papel impreso, pues por falta de un patrón no podré encuadernarlas para que encajen con las demás.

Soy, señor, su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Este año escribí a un clérigo joven, de provincias, la siguiente carta, excelente por los valiosos consejos que contiene para los teólogos en general:

Bolt Court,
30 de agosto de 1780

Estimado señor,

no hace muchos días que el doctor Lawrence me mostró una carta en la que usted hace mención de mí; espero, por lo tanto, no le desagrada si me esfuerzo por conservar su buena disposición mediante ciertas observaciones que me inspiró su carta.

Teme usted pecar de impropiedad en el servicio diario al leer ante unos feligreses que no exigen exactitud. Su propio temor, deseo y espero, le protege del peligro. Quienes contraen esos hábitos absurdos ningún temor tienen. Es imposible hacer lo mismo con gran frecuencia dándole cierto aire de peculiaridad, pero ese aire puede ser bueno o malo aun siendo uniforme, y un poco de cuidado bastará para impedir que sea malo; para que sea bueno, por consiguiente, creo que habrá que ponerle algo de felicidad casual, acierto que no es posible enseñar.

El método que en la actualidad sigue en la composición de sus sermones parece muy juicioso. Pocos predicadores podrán hoy presumir de tener sermones tan propios como a buen seguro han de ser los suyos. Ponga cuidado en anotar, no importa dónde, los autores de los cuales haya tomado en préstamo sus discursos; no imagine que siempre habrá de recordar siquiera lo que ahora se le antoja imposible de olvidar.

Mi consejo, sin embargo, es que de vez en cuando pruebe a escribir un sermón original, y que en el trabajo de su composición no lastre su intelecto con demasiadas cosas a la vez; no se exija al tiempo un excesivo esfuerzo de cogitación, propiedad de pensamiento y elegancia de expresión. Invente primero, que ya embellecerá después. Producir algo allí donde nada había es un acto en el que se exige una energía mucho mayor que en la expansión o adorno de lo ya producido. Ponga sobre el papel sus pensamientos con diligencia, a medida que surjan, con las palabras que le vengan primero a la cabeza; cuando disponga de material, fácilmente le podrá dar forma. Posiblemente, tampoco será siempre necesario este método, ya que por fuerza de costumbre sus pensamientos y dicción han de fluir al mismo tiempo.

La composición de los sermones no es muy difícil. Las divisiones no sólo ayudan a la memoria del oyente, sino que guían el criterio de su autor. Proporcionan fuentes de invención y mantienen cada parte en el lugar que le corresponde.

Lo que menos me agrada de su carta es la relación que hace sobre los modales de sus feligreses, de lo cual deduzco que han padecido largo tiempo la negligencia del párroco. El Deán de Carlisle,^[206] que entonces ocupaba una pequeña rectoría en el condado de Northampton, me contó que se puede discernir si hay o no un clérigo residente en una parroquia según sean los modales civilizados o asilvestrados de los feligreses. Una congregación como la de usted está muy necesitada de reformas, y no quisiera que diera usted en pensar que sea imposible reformarlos. Una parroquia muy dejada y asilvestrada se salvó gracias a la intervención de una decrepita y gentil señora que acudió allí a enseñar en una escuela insignificante. Mi muy culto amigo, el doctor Wheeler, de Oxford, cuando era joven tuvo a su cuidado una parroquia vecina por 15 libras al año que nunca le fueron pagadas, aunque tuvo por oportuna conveniencia una tarea que le obligó a confeccionar un sermón a la semana. No pudo hacer que una lugareña comulgara; cuando la reprendía o la exhortaba, respondía ella que no era mujer leída. Se le aconsejó que encontrase a una mujer o a un hombre con más luces de la misma parroquia, con algo más de sensatez, para que hablase con ella en un lenguaje que no le costara entender. Tan honestos e incluso diría yo sagrados artificios ha de ponerlos en práctica cualquier clérigo, pues preciso es intentar por todos los medios la salvación de una sola

alma. Hable con los suyos tanto como pueda, y hallará que cuanto mayor sea la frecuencia con que con ellos converse de asuntos de religión, más deseosos acudirán a sus prédicas y oficios, y más sumisos han de aprender sus enseñanzas. La diligencia, en un clérigo, siempre lo hace venerable a ojos de los suyos. Creo que ahora no me queda más que decir que, en la formidable tarea que ha emprendido, ruego a Dios que lo bendiga.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Las siguientes cartas que le envié fueron del 24 de agosto, el 6 de septiembre y del 1 de octubre, y de ellas extracto los pasajes que siguen:

Mi hermano David y yo hemos visto tan a pedir de boca cumplirse el por tantos años aplazado encuentro de ambos en Auchinleck que en cierto modo viene a confirmarse la plácida y reconfortante esperanza de ese *O! preclarum diem!* en un futuro estado.^[c187]

Le ruego que nunca más vuelva a albergar la suspicacia de que me complazca yo en un humor cicatero, ni de que le gaste trucos ni jugarretas; bien recordará que cuando le confesé que una sola vez había guardado silencio intencionadamente por tratar de poner a prueba su afecto le di mi palabra de honor de que nunca más volvería a suceder.

Me regocija saber de su buena salud; ruego a Dios que sea por mucho tiempo. A menudo me he dicho que con agrado añadiría yo diez años a mi vida para restar diez a la suya; quiero decir que de buena gana sería diez años más viejo con tal de que fuera usted diez años más joven. Pero permítame que le agradezca los años en que he disfrutado de su amistad, y que me complazca con las esperanzas de disfrutarla por muchos años venideros en este estado del ser, siempre con la confianza de que en otro estado nos encontraremos para no separarnos jamás. De esto no podemos formarnos un concepto, pero el pensamiento, bien que indistinto, es delicioso cuando el ánimo concurrente es calmo y claro.

Las revueltas de Londres fueron ciertamente un espanto; no me dice usted nada de su propia situación durante tan bárbara anarquía. Una descripción de todo ello por el doctor Johnson formaría un gran panorama;^[207] bien podría pergeñar otro *Londres, un poema*.

Me entusiasma su expresión condescendiente y afectuosa: «Mantengamos el afecto mutuo por todos los medios que tengamos a nuestro alcance». ¡Mi reverenciado amigo! ¡Cuánto enaltece mi ánimo ser tenido por digno compañero del doctor Johnson! Todo cuanto ha dicho usted en loor del señor Walmsley lo he pensado yo de usted desde hace mucho tiempo, aunque los dos somos *tories*, lo cual tiene una gran influencia en general sobre nuestros sentimientos. Espero que convenga en que nos podamos ver en York a finales de este mes; si viniera usted a Carlisle aún sería mejor en caso de que el Deán se encuentre en la ciudad. Le ruego considere que con el fin de mantener la mutua amabilidad deberíamos disponer una vez al año de esa libre e íntima comunicación del espíritu de la que sólo se goza estando juntos. Deberíamos disfrutar tanto de nuestra conversación solemne como de nuestra conversación placentera.

Le escribo por tercera vez para hacerle saber que acrece notablemente mi deseo de que nos veamos este otoño. Escribí al caballero Geoffrey Bosville, mi superior en el condado de York, diciéndole que tal vez le haga una visita, pues tenía previsto celebrar un encuentro en York con el doctor Johnson. Le doy mi palabra de honor que no sugerí que le invitara a usted; sin embargo, me contestó como sigue: «No será preciso decirle que mucho me alegraría de verle por aquí a finales de mes, como usted propone; del mismo modo, albergo la esperanza de que pueda usted convencer al doctor Johnson para que tengan aquí su encuentro. Será el remate del gran favor que me hace con su presencia, si logra que un conocido suyo de tal categoría le asista con sus observaciones. A menudo me he entretenido con sus escritos, y una vez pertencí a un club del cual era miembro; nunca llegué a pasar allí una velada, pero oí cosas de él que bien vale la pena recordar».

Disponemos así, mi querido señor, de confortable alojamiento en las inmediaciones de York, donde le aseguro que será de todo corazón bienvenido. Le ruego se resuelva a emprender viaje; no permita que el año de 1780 sea un paréntesis en nuestro calendario social y en ese registro de sabiduría e ingenio que llevo en honor de usted, con tanta diligencia, para instrucción y deleite de otros.

El señor Thrale tuvo nuevas elecciones por la representación en el Parlamento del distrito de Southwark, y Johnson amablemente le prestó ayuda escribiendo anuncios

de su candidatura. Insertaré uno para que sirva de muestra:*

A los dignos electores del distrito de Southwark

Southwark, 5 de septiembre de 1780

Caballeros,

se convoca la formación de un nuevo Parlamento y de nuevo solicito el honor de ser elegido en calidad de uno de sus representantes; lo solicito con la mayor confianza, pues no tengo conciencia de haber descuidado mi deber, ni de haber actuado de otro modo que el correspondiente al representante independiente de votantes independientes, por encima del miedo, de la esperanza, de las expectativas, sin ningún propósito privado que promover, estando mi prosperidad unida a la prosperidad del país. Como mi restablecimiento de una grave dolencia aún no es perfecto, he declinado mi asistencia a la sala de juntas del distrito, y espero que esta ausencia por causas de fuerza mayor no sea ásperamente censurada.

Sólo puedo transmitirles mis más respetuosos deseos de que todas sus deliberaciones sean conducentes a la felicidad del reino y a la paz del distrito. Soy, caballeros, su más fiel y obediente servidor,

HENRY THRALE

A la honorable lady Southwell,^[208] en Dublín

Bolt Court, Fleet Street,
9 de septiembre de 1780

Señora,

entre las sin duda numerosas muestras de condolencia que su grave pérdida le habrá ocasionado, tenga la bondad de recibir ésta de alguien cuyo nombre tal vez nunca haya oído, y que conoce a Su Señoría sólo por la reputación de su virtud, y que conocí a su señor sólo por su bondad y munificencia.

Su Señoría vuelve ahora a ser requerida para dar muestras de aquella piedad que ya diera en una situación de dolor y de peligro, sentando ejemplo tan ilustre; la beneficencia de su señor aún puede tener prolongación por parte de quienes con su fortuna heredan sus virtudes.

Confío en que se me disculpe la libertad que me tomo al informar a Su Señoría de que el señor Mauritius Lowe, hijo del padre de su difunto esposo,^[209] dispuso, por recomendación de su señor, de una asignación trimestral de diez libras, la última de las cuales, que debía haber recibido el 26 de julio, no le ha llegado; hallábase en extrema esperanza de recibir a tiempo esta asignación, y se congratulaba al pensar que el 26 de octubre habría recibido la mitad de la cuantía correspondiente al año, cuando le dio de lleno la terrible noticia de que su benefactor había fallecido.

Espero poder albergar la esperanza de que esa necesidad, ese parentesco y ese mérito que suscitaron la caridad de Su Señoría sigan teniendo el mismo efecto sobre aquellos a quienes deja en vida, y que si bien ha perdido a un amigo, no haya de verse en la indigencia. La caridad de usted, señora, no puede aplicarse con facilidad allí donde más se necesita; para un ánimo como el suyo, sin duda que la inquietud es recomendación suficiente.

Espero se me permita el honor de ser, señora, el más humilde servidor de usted,

SAM. JOHNSON

En el día de su aniversario escribió Johnson esta nota: «Comienzo ahora mi septuagésimo año de vida con mayor fortaleza corporal y mayor vigor intelectual de lo que tengo por habitual a esta edad». Sin embargo, sigue quejándose de sus noches sin dormir y de sus días malgastados, y de olvidos varios, y de no cumplir sus resoluciones. Con este patetismo se expresa: «No puedo pasar mi vida entera, es imposible, con mi total reprobación».^[210]

El señor Macbean, a quien he mencionado varias veces, siendo como fue uno de los amigos humildes de Johnson, un hombre meritorio pero desafortunado, se hallaba oprimido por la edad y la pobreza, por lo que Johnson solicitó al lord canciller Thurlow que se la admitiera en la Cartuja.^[211] Me tomo la libertad de insertar la respuesta de Su Señoría, deseoso como estoy de aprovechar cualquier ocasión de aumentar debidamente el respeto en que debe tenerse a mi ilustre amigo:

Al doctor Samuel Johnson

Londres, 24 de octubre de 1780

Señor,

en este instante he recibido su carta del pasado 19, y devuelta desde Bath.

A comienzo del verano obré la colocación de una persona en la Cartuja, sin la sanción de una recomendación tan destacada y de autoridad como es la suya de Macbean, y me temo que de acuerdo con las normas de la casa no se presentará pronto la oportunidad de hacer una nueva obra de caridad. Sin embargo, en cuanto se produzca una vacante, si me hace el favor de llamarme la atención al respecto, procuraré recomendarlo para que la ocupe, aun cuando no sea mi turno de nominación.

Soy, señor, con gran respeto, su más fiel y obediente servidor,

THURLOW

A James Boswell

17 de octubre de 1780

Querido señor,

lamento escribirle una carta que no le agradará, a pesar de lo cual es lo que al fin y a la postre he resuelto hacer. Este año habrá de pasar sin nuestra entrevista; el verano se ha perdido estúpidamente, como tantos otros veranos e inviernos. Apenas vi un solo campo en su verdor; me quedé en la ciudad a trabajar sin haber trabajado gran cosa.

Al señor Thrale, la pérdida de la salud le ha costado la pérdida de las elecciones; ahora marcha a Brighthelmstone y cuenta con que vaya con él; no sabría precisar cuánto tiempo habré de estar allí. El lugar no me agrada mucho, pero mi deber es ir y permanecer allí el tiempo que se desee. Por todo ello, habremos de contentarnos con saber lo que sabemos y saberlo todo lo bien que sabe el hombre cómo es el saber del hombre, que nos queremos el uno al otro y nos deseamos el uno al otro la mayor felicidad, y que el lapso de un año no vendrá a menguar nuestro mutuo afecto.

Me complació tener noticia de que mi acusación contra la señora Boswell era infundada cuando supuse que me tiene ojeriza. Tanto la quiero yo, amigo mío, que mucho me alegraré de querer a cuantos la quieren y a cuantos quiere usted, y dispuesto en favor de la señora Boswell, si ella lo estima digno de aceptarlo. Espero que todas las señoritas y los jóvenes caballeros se encuentren bien.

Le he tomado un gran aprecio a su hermano. Me dice que su padre le recibió con bondad, aunque no con afecto; sin embargo, usted parece haberse hallado a gusto en Auchinleck mientras estuvo allí. Haga a su padre todo lo feliz que pueda.

Últimamente algo me contó de su salud; por mi parte, puedo asegurarle que en el último año, poco más o menos, he disfrutado de una salud mejor que muchos años atrás. Tal vez plazca a Dios darnos algo de tiempo que pasemos juntos antes de despedirnos.

Soy, señor, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Vyse, en Lambeth

30 de diciembre de 1780

Señor,

espero que me perdone por esta libertad que me tomo al solicitar su intercesión ante Su Excelencia el Arzobispo: mi primera petición fue con bien, por eso me aventuro a una segunda.

La matrona de la Cartuja se halla a punto de renunciar a su puesto, y la señora Desmoulins, hija del difunto doctor Swinfen, a quien bien conoció y trató el padre de usted, está deseosa de ser su sucesora. Está acostumbrada a llevar un internado y cuidar de los niños, y creo que es muy capaz de cumplir tales deberes. Pasa por grandes aprietos, por lo que propiamente podría beneficiarse de una institución de caridad. Si desea usted verla, estará dispuesta a darle relación de su vida.

Si le complaciera, señor, mencionarla de un modo favorable ante su excelencia, haría un amabilísimo favor a su más agradecido y más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

VOLUMEN IV
1780-13 de diciembre de 1784

Frustradas mis esperanzas de reunirme con Johnson en el transcurso de este año, me fue imposible oír de su propia boca ninguna de sus admirables sentencias; compensaré esta carencia^[c1] insertando una colección de ellas por la que estoy en deuda con mi amigo el señor Langton, cuyas amables comunicaciones se han ido entretejiendo por separado en muchas partes de esta obra. Son muy pocos los artículos de esta colección que él puso por escrito personalmente, pues carecía del hábito necesario, hecho que ahora lamenta, y que habrán de lamentar por siempre quienes conocen las numerosas ocasiones en que tuvo en su mano la posibilidad de reunir los sabrosos frutos de la sabiduría y el ingenio johnsonianos. Sin embargo, conversando con él descubrí que tenía una muy copiosa provisión johnsoniana atesorada en su buena memoria, situación que di en comparar con Herculano, o con algún otro campo de la Roma antigua, que con sólo escarbar un poco recompensa con creces el esfuerzo que se le dedica. La autenticidad de cada uno de los artículos así cosechados es incuestionable. De la expresión me hago yo ante todo responsable, por haberlos puesto por escrito estando en su presencia.

«Teócrito no es merecedor de un gran respeto en cuanto escritor. En lo que a lo pastoril se refiere, Virgilio es evidentemente muy superior a él. Escribió cuando ya había tenido lugar en el mundo una gran avalancha de saber, mucho mayor que en tiempos de Teócrito. Este no abunda en descripciones, aun cuando vivió en muy bellos parajes: las costumbres que describe son más bien ásperas y toscas. Virgilio contiene muchas más descripciones, más sentimiento, más naturaleza y mayor arte. Algunos de los pasajes más excelsos de Teócrito son, por ejemplo, el de Castor y Pólux, que viajan con los demás argonautas, arriban a las costas de Bebricia y allí se enfrentan con Amicus, Rey de ese país, todo lo cual queda tan bien relatado como si lo hubiera plasmado Eurípides, y la narración de la batalla está bien resuelta. Después raptan a una mujer cuyos dos hermanos tratan de rescatar, y peroran con Castor y Pólux sobre la injusticia que cometen, bien que éstos no prestan atención, hacen oídos sordos a los hermanos y se desencadena una nueva batalla, de la que Castor y su hermano salen triunfantes. Teócrito no parece haber reparado en que los dos hermanos parten con ventaja en la discusión acerca de los argonautas. *Los chalaneos de Sicilia* sí es una pieza de mérito».

«Calimaco es un autor que apenas destaca. De él, lo principal que se ha de

aprender es su descripción de los ritos y la mitología; aunque es deseable conocerlo para entender otros pasajes de otros autores antiguos, es de largo lo menos placentero y lo menos valioso de sus escritos».

«El relato que hace Mattaire de los Estéfanos^[1] forma un grueso libro. Diríase que fue un hombre de notable desconcierto, con un gran acervo de conocimientos, pero con poca lógica y poca geometría en la cabeza, sin método, poseído de muy escaso genio. Escribió versos latinos de vez en cuando y publicó un compendio en su vejez, que tituló *Senilia*; demuestra en ellos tan exiguo conocimiento y tan poco gusto por el estilo que hace de *Carteret* un dácilo.^[c2] En cuestión de genealogía es preciso dar el nombre escueto tal como es, pero en poesía, y en la prosa de cierta elegancia, se requiere cierta inflexión. Su libro sobre los dialectos^[2] es un penoso cúmulo de confusiones. La única manera de escribir sobre dialectos es tabulándolos con notas añadidas a pie de página, y con referencias».

«Tal vez se pueda poner en tela de juicio si no existe cierto error en el método de dar empleo a los pobres, al parecer en el supuesto de que existe cierta porción de trabajo todavía sin hacer por falta de personas que lo acometan; ahora bien, de ser al contrario, y si toda la materia prima que poseemos es de hecho elaborada, o si todas las manufacturas que podemos usar o de las que podemos disponer estuvieran ya ejecutadas, lo que en tal caso se da a los pobres, que han de ponerse a trabajar, hay que quitárselo a quienes lo tienen: igual que una parte del tiempo ha de reservarse al aprendizaje, según la observación de sir William Petty, cierta porción de esos mismos materiales que, como suele suceder, se elaboran, ha de estropearse debido a la falta de pericia que es propia de los novicios. Podríamos aplicar a los que tienen buena intención, aunque en particulares de esta naturaleza obran de un modo erróneo, lo que dijo Giannone^[c3] a un monje que aspiraba, según dijo, a convertirlo: “*Tu set santo, ma tu non sei filosofo*”. Es penoso que alguien pueda dar quinientas libras al año a quienes lo importunan por la calle y no hacen ningún bien a nadie».

«Nada es tan propicio a traicionar a uno y precipitarlo en el absurdo como la condescendencia, cuando se da en suponer que el propio entendimiento es demasiado potente para quienes lo rodean».^[c4]

«Luego de preguntar al señor Langton si su padre y su madre habían posado para que alguien los retratara, lo cual le parecía decoroso y deseable en cada generación, al tener conocimiento de que ellos se oponían, dijo: “Señor, entre las muchas anfractuosidades del espíritu humano, no estoy seguro de que no exista una que sea la supersticiosa reticencia a posar para un retrato”».

«John Gilbert Cooper refirió que poco después de publicarse su *Diccionario*, al preguntar Johnson a Garrick qué decía la gente de él, éste le contó que, entre otras muestras de animadversión, se decía que citaba autoridades que no poseían la dignidad necesaria para figurar en una obra como ésta, y mencionó a Richardson. “Quía —dijo Johnson—. Aún ha sido peor, David. Es a usted a quien he citado”».

«Refiriéndose al dispendio, observó con qué munificencia puede un gran

comerciante gastar su dinero, tanto por tenerlo a mano como por la grandeza de la visión que le produce el imaginar el buen efecto que causará en conjunto. “En cambio —dijo—, difícilmente encontrará alguna vez a un caballero de campo que no se sienta desconcertado ante cualquier imprevisto a tenor del cual deba desembolsar diez libras”».

«Habló de Macpherson y terminó diciendo: “Los cortos de entendederas, me refiero a las inteligencias limitadas y encerradas en su pequeña esfera, no pueden comprender esa universalidad de cualidades que se observa en una sola persona: donde ven lo agradable, excluyen la solidez; donde descubren las gracias del cuerpo, la agilidad, la flexibilidad, la destreza, no admiten que puedan hallarse dones del alma, la profundidad, la meditación, la sabiduría. Cuentan la historia de Sócrates y omiten que bailó”».

«Cuando estaba de buen humor hablaba de sus propios escritos con maravillosa franqueza y con prístina sinceridad, e incluso los criticaba sin escatimar severidades. Un día, al leer uno de sus *Ramblers*, Langton le preguntó en qué opinión tenía ese ensayo. Sacudió la cabeza y dijo que era “demasiado verboso”. En otra ocasión, mientras alguien leía su tragedia *Irene* a la concurrencia reunida en una casa de campo, Johnson abandonó de súbito la estancia. Alguien le preguntó a qué se debía, y respondió: “Me parecía recordar que era algo mejor”. “Todo autor —dijo a propósito de su *Rambler*—, si aspira a escribir con claridad, ha de ponerse en el lugar de sus lectores y examinar su propia obra como si le fuera extraña, como algo que lee por primera vez, como si le resultara ajeno y se lo enviase otro autor para someterlo a su juicio, y debe persuadirse después de que se le comprende no porque él haya entendido lo escrito, sino porque en verdad es inteligible”».

«Hablando de un asunto de delicada escrupulosidad en la conducta moral, dijo a Langton: “Hombres de espíritu más curtido que usted o yo serían capaces de muchas cosas que a usted y a mí nos repugnarían; sin embargo, tal vez ellos hagan en vida mayor bien que nosotros. Intentemos de todos modos ayudarnos mutuamente. Si algo se tuerce, bien podremos enderezarlo en otro momento. No es probable que dos personas se equivoquen del mismo modo”».

«Del prefacio que puso Capel a su *Shakespeare* dijo así: “Si hubiera acudido a mí, me habría esforzado por revestir con palabras su propósito”, pues tal como está no pasa de ser “monstruosidad farfullada”». [c5]

«Relató que una vez tuvo un sueño en el que participaba en una justa de ingenio con otra persona, y mucho le mortificó imaginar que su adversario le había dado una buena tunda. “Cierto es —observó— que aquí se puede señalar el efecto que tiene el sueño en debilitar el poder de reflexión, pues de no haber flaqueado mi criterio habría visto a las claras que el ingenio de mi presunto adversario, debido a cuya superioridad me sentía yo tan abatido, en realidad se lo había proporcionado yo mismo, en idéntica medida que era de mi cosecha lo que yo creí que pronunciaba con los rasgos del personaje que me representaba”».

«Quiso Langton que le hablase de las mayores lumbreras que en la historia han sido. “Pocos son los espíritus por entero cerriles y estúpidos —dijo a Langton—, y todavía son menos los sublimes y trascendentes. El común de los mortales nada entre ambos extremos. El intervalo que los separa abunda en gentes de luces medianas, pero que resultan de gran provecho, convienen al buen gobierno, llevan en sí lo útil y lo grato, como el comercio, las finanzas, las artes, los oficios, la feliz memoria y el espíritu del juego, de la sociedad, de la conversación”».

«Una tarde, en compañía de otros, un culto e ingenioso caballero le leyó una carta elogiosa que le había remitido un profesor de una universidad extranjera. En un arranque de irritación, creyendo que la ostentación era excesiva, Johnson dijo: “Nunca recibo yo homenajes ni aplausos del extranjero. Un ejemplo sí recuerdo: una publicación extranjera en la que se hacía mención de *l’illustre Lockman*”».^[3]

«De sir Joshua Reynolds habló así: “Señor, no conozco a nadie que haya pasado por la vida con mayores dotes y ejercicio de la observación que Reynolds”».

«Repitió a Langton con gran energía, en griego, la expresión llena de gracia que pronuncia Nuestro Salvador en lo referente al perdón otorgado a María Magdalena: “Tu fe te ha salvado, puedes ir en paz”.^[4] Dijo que “este gesto de despedida es sumamente conmovedor”».

«Así definió la diferencia existente entre la verdad física y la verdad moral: “La verdad física consiste en decir algo como realmente es. La verdad moral es cuando alguien dice algo con sinceridad y con precisión, tal como se lo representa. Digo que alguien cruza una calle; si realmente lo ha hecho, he dicho una verdad física. Si así me lo parecía, aunque cupiera la posibilidad de que me equivocase, cuento una verdad moral”».^[5]

«Huggins, traductor de Ariosto, y Thomas Wharton, todavía joven en los inicios de su trayectoria literaria, tuvieron una agria disputa relativa a ese poeta, del cual Wharton, en sus *Observaciones sobre la “Faerie Queene” de Spenser*, dio cierta relación a la que Huggins buscó responder con virulencia, y dijo: “No militaré más contra su necedad”. Huggins dominaba magistralmente el asunto, aunque era torpe en la expresión. El conocimiento que entonces poseía Wharton era todavía imperfecto, pero su estilo era vivaz, elegante. Dijo Johnson: “Me parece que Huggins tiene bala sin pólvora, y Wharton tiene pólvora sin bala”».

«Hablando de la farsa titulada *Vivir a lo grande bajo la escalera*,^[6] dijo “he aquí una farsa de veras divertida cuando se ve representar; en cambio, al leerla se tiene la impresión de no haber leído nada”».

«Hubo un tiempo en que acostumbró visitar de vez en cuando el Green Room del Teatro de Drury Lane, donde disfrutaba del respeto de los actores, a los que trataba con llaneza y burlón favoritismo. Tenía en alta estima la vis cómica de la señora Clive, con la que conversaba más que con las otras. “Con la Clive —dijo— da gusto sentarse a charlar; siempre entiende lo que se le dice”. Y ella dijo: “Me encanta sentarme con el doctor Johnson: siempre me entretiene”. Una noche en que se

representó *El oficial de reclutamiento*, dijo al señor Holland,^[c7] quien había manifestado su temor de que el doctor Johnson desdeñase las palabras de Farquhar: “No, señor. Creo que Farquhar es un hombre cuyos escritos poseen un mérito considerable”».

«Tan afanoso estaba su amigo Garrick en dirigir el teatro que no pudieron tener mucho contacto, si bien Garrick manifestaba grandes deseos de verlo y de conversar con él.^[6] Es posible que algo hubiera, desde luego, en la desdeñosa severidad con que contemplaba el mérito de los actores, que su preceptor de antaño profesaba con denuedo, que mortificase a Garrick luego del estruendoso aplauso que cosechaba de su público. Aun cuando Johnson dijo de él que “un hombre al que admira una nación entera cada noche bien puede suponerse que esté alborozado”, trataba todo lo relativo al teatro con desprecio y con intención burlona. Una noche dijo: “Me encontré a David cuando bajaba del escenario con una cofia de mujer; actuaba en *La maravilla*.^[c8] Lo sorprendí, y dudo mucho que le agradase”».

«Una vez preguntó a Tom Davies, a quien vio ataviado con espléndida vestimenta, “¿Y quién sois, por ventura, esta noche?”, a lo que Tom repuso: “El Señor de Ross”^[c9] (que, según se recordará, es un personaje muy insustancial). “¡Cuánto valor!”, dijo Johnson».

«Del señor Longley, de Rochester, caballero de considerable erudición a quien el doctor Johnson conoció allí mismo, dijo: “Tengo cálidos sentimientos hacia él. Me sorprendió hallar en él tan afinado conocimiento de la métrica en las lenguas cultas, aunque algo me mortificó verificar que no estaba yo tan a la altura como pensaba”».

«Hablando de la minuciosidad con que algunas personas toman buena nota de los dichos de los hombres ilustres, se relató una anécdota, y es que cuando Pope fue a Oxford a visitar a Spence, estaban los dos mirando por la ventana y vieron a un caballero que acababa de volver de montar a caballo y se entretenía en descargar fustazos contra un poste. “Parece que poca cosa tenga que hacer el caballero”, aprovechó Pope para decir, a lo cual apostilló Beauclerk: “Entonces, con toda seguridad, Spence se volvió en redondo y anotó lo dicho”. Tras esto, se dirigió al doctor Johnson: “Pope hubiera dicho eso mismo de usted, señor, si lo hubiera visto en plena destilación...”^[c10] JOHNSON: “Si Pope me hubiera visto destilar, yo le habría hablado de su gruta”».^[c11]

«No consentía que se tomara la holganza por principio, y siempre repudiaba cualquier intento por encontrar excusas. Un amigo sugirió un día que no era sano ponerse a estudiar después de las comidas. JOHNSON: “Ah, señor: no ceda a tales fantasías. Hubo una época de mi vida en que se me metió en la cabeza que no era sano estudiar entre el desayuno y el almuerzo”».

«Beauclerk le repitió un día a Johnson unos versos de Pope:

Dejad al modesto Foster, si quiere, aventajar
a diez metropolitanos en el buen predicar,

y preguntó al doctor: “¿Por qué dijo Pope una cosa así?”. JOHNSON: “Esperaba, señor, indignar a alguien”». ^[c12]

«El doctor Goldsmith, con ocasión de que la señora Lennox presentara una comedia, ^[7] dijo a Johnson en el club que alguien le había aconsejado que fuera a abuchearla, pues la autora había vituperado a Shakespeare en su libro titulado *Shakespeare ilustrado*. JOHNSON: “¿Y no le dijo usted que era un granuja?”. GOLDSMITH: “Pues no, señor. Quizá no lo dijera en serio”. JOHNSON: “Desde luego que sí: si mintió, la cosa cambia”. Dijo entonces Colman con retintín, aunque es probable que Johnson no lo llegara a oír: “En tal caso, la expresión adecuada habría sido: ‘Señor, si no miente, es usted un granuja’”».

«Tenía tan gran afecto por Topham Beauclerk que cuando éste se debatía en desventaja contra la grave enfermedad que a la postre le ocasionó la muerte, Johnson dijo, con la voz tomada por la emoción: “Señor, de mil amores recorrería a pie el diámetro de la Tierra si así pudiera salvar a Beauclerk”».

«Una noche, en el club, puso sobre la mesa una traducción de un epitafio que lord Elibank había escrito en inglés en memoria de su señora, y que pidió a Johnson que le pusiera en latín. Tras leer *Domina de North et Gray*, dijo a Dyer: “Ya ve usted, señor, a qué barbarismos nos vemos obligados a recurrir cuando hay que especificar un título moderno en una inscripción latina”. Cuando la hubo leído en voz alta, y la concurrencia hubo expresado su aprobación, se dirigió a Dyer en concreto y le dijo: “Señor, le ruego me dé su juicio, pues bien sé de su finura”. ^[c13] Dyer manifestó el cortés deseo de que volviera a leerla, hecho lo cual apuntó una incongruencia en una de las frases. Johnson al punto asintió a su observación. “Señor —le dijo—, se debe a la alteración de una parte de la frase respecto a la forma en que la escribí en principio, y bien creo que podría usted haber señalado que un cambio parcial, sin tener en cuenta la estructura general de la frase, es causa muy frecuente de errores en la composición”».

«Johnson tenía trato bastante asiduo con el señor Dossie, autor de un tratado de agricultura, y dijo de él: “De las materias que la Sociedad de las Artes tiene sobre todo en cuenta, los efectos químicos de los cuerpos que operan sobre otros cuerpos, él sabe más que cualquier otro hombre”. Con el fin de otorgar su voto para que Dossie ingresara como miembro de dicha sociedad, Johnson pagó el atraso de dos años de cuotas en que aquél había incurrido. En esta ocasión comentó una circunstancia característica de los escoceses. “Un escocés que había sido candidato —dijo—, en contra de cuyo ingreso voté, vino a presentarme sus saludos. Así es como se comportan. Un inglés se hubiera estomagado, malhumorado, sin prestar nunca más atención a uno; en cambio, un escocés, así vote uno diecinueve veces en su contra, lo abordará con idéntica cordialidad tras cada votación, y a la vigésima, señor, conseguirá su voto”».

«Hablando del asunto de la tolerancia, un día en que algunos amigos se hallaban con él en su estudio, hizo un comentario habitual: que el Estado tiene derecho a

regular la religión que profesa el pueblo, que es a fin de cuentas hijo del Estado. Un clérigo se mostró al punto de acuerdo. Johnson, a quien entusiasmaba la polémica, observó: “Pero es preciso, señor, que visite otros estados distintos del suyo. No sabe usted qué dirá al respecto un brahmán”.^[8] Dicho en dos palabras, yo no iría más allá de esto: todos tenemos derecho de profesar y proclamar lo que entendemos por verdad, y cualquiera tiene derecho de agredir a otro por ello. El martirio es la prueba».

«Es conveniente, observó, que el hombre empiece a escribir pronto, pues si espera a que su criterio madure, su falta de habilidad, debida a la falta de práctica en la expresión de sus conceptos, hará que sea tan grande la desproporción entre lo que ve y lo que sabe plasmar que probablemente se sienta desanimado y no escriba nada. En prueba de la justeza de esta observación, podemos aducir lo que se refiere del gran lord Granville,^[9] que tras escribir su carta relatando la batalla de Dettingen dijo: “He aquí una carta escrita en términos tan penosos que ni siquiera un cerero habría utilizado”».

«Refiriéndose a un consejo de guerra en el que se había de evaluar un acontecimiento público de gran importancia, expresó serias dudas de que se pudiera llegar a una solución esclarecedora, y añadió que tal vez ni un solo miembro del consejo, en el transcurso de su vida, había pasado una sola hora sopesando las probabilidades». ^[c14]

«Goldsmith un día trajo al club una oda impresa, que junto a otros había oído leer a su autor en un salón público, al precio de cinco chelines por cabeza la entrada. Uno de los presentes la leyó en voz alta. Dijo el doctor Johnson: “Palabras más osadas y sentido más timorato, creo yo, nunca se habían juntado así”».

«Hablando de las *Odas* de Gray dijo: “Son plantas cultivadas a la fuerza, en un invernadero, y son plantas sin fuste. Son pepinos, a la postre”. Uno de los presentes, que había vituperado la composición de odas en general, tuvo la mala fortuna de apostillar: “De haber sido pepinos literarios, habrían sido algo mejores que las odas”. “Sí, señor —repuso Johnson—. Para los puercos”».

«Su discriminación de los distintos grados en que se adquiere el saber quedó bien clara en dos ocasiones. De la reina Isabel dijo: “Poseía cultura suficiente para haber conferido dignidad a un obispo”. De Thomas Davies dijo: “Davies, señor, posee cultura suficiente para dar credibilidad a un clérigo”».

«Citaba con gran vehemencia el dicho de Aristóteles que recogió Diógenes Laercio, según el cual existe la misma diferencia entre un culto y un inculto que entre un vivo y un muerto».

«Es muy digno de mención que retuviera en la memoria cosas muy nimias y triviales, tanto como las de importancia. Como muestra de esta facultad, parece ser que un doméstico de rango inferior al servicio del Duque de Leeds quiso celebrar el matrimonio de Su Excelencia con unas rimas tan caseras como supo pergeñar; como alguien cantara al doctor Johnson esta composición, él la aprendió de memoria y la

repetía de manera muy agradable. Dos de las estrofas decían así:

Cuando el Duque de Leeds se haya de casar,
será con una joven de gran calidad.
En compañía del de Leeds qué feliz ha de ser
si la muy gentil mujer además es de buen ver.
Tendrá cuanto es bueno y de desear
y la mejor de las sedas y satenes ha de llevar;
saldrá en un coche a tomar el aire
y tendrá una casa en St. James Square.^[10]

»Oír a un hombre con el porte y la dignidad de Johnson repetir tan humildes empeños por hacer poesía surtía un efecto muy gracioso. Sin embargo, él señalaba con gran seriedad que la última estrofa comprendía prácticamente todas las ventajas que de la riqueza se desprenden».

«Un ilustre extranjero, cuando se le mostraron las dependencias del Museo Británico, estuvo muy fastidioso e impertinente con sus numerosas y absurdas preguntas. “Bien —dijo él—, ahí tiene usted la diferencia entre un inglés y un francés. El francés tiene que hablar en todo momento, tanto si sabe de qué se habla como si no; el inglés se contenta con callar cuando nada tiene que decir”». ^[c15] «Su injusto desdén por los extranjeros era en efecto extremo. Durante una velada en la Taberna del Matadero Viejo, cuando unos cuantos daban grandes voces y hablaban de cosas insignificantes, dijo así: “¿No viene esto a confirmar aquella observación del viejo Meynell, cuando dijo que ‘por cuanto alcanzo a ver, los extranjeros son todos bobos?’”». «Dijo que una vez, cuando tenía un fuerte dolor de muelas, un francés le dijo así: “*Ah, monsieur, vous étudiez trop*”».

«Tras una velada en casa de Langton con el reverendo doctor Parr, se mostró muy complacido con la conversación de tan culto caballero. Cuando éste se hubo marchado, dijo a Langton: “Señor, le quedo muy agradecido por haberme invitado hoy. Parr es un buen hombre.” ^[11] No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve ocasión de gozar de una charla tan libre y distendida. Es llamativo cuánto tiempo puede pasar en la vida de un hombre sin encontrar ninguna muestra de esta clase de discusión tan abierta”». ^[12]

«Podríamos con gran justicia instituir una crítica pareja entre Shakespeare y Corneille, ^[c16] pues los dos gozan, bien que no en idéntica medida, de las luces de una época tardía. En cambio, no sería justo hacer lo mismo entre Shakespeare y los dramaturgos griegos. A tal noción cabría replicar lo que dice uno de los comentaristas de Shakespeare: que si bien la sombra de Darius ^[c17] tenía el don de la presciencia, de ello no por fuerza se sigue que se le hubieran revelado todos los particulares del pasado».

«Las obras teatrales españolas, que son puro desatino y farsa improbable, aquí gustarían a los niños, pues a los niños les divierten los cuentos repletos de prodigios, ya que su propia experiencia no es suficiente para provocarles de inmediato un

sobresalto ante todo aquello que se desvía del curso natural de la vida. La maquinaria de los paganos para nosotros carece de todo interés: cuando una diosa hace acto de presencia en Homero o en Virgilio nos hastía, y aún es más tediosa en los dramaturgos griegos, ya que en tales composiciones se aspira a plasmar un enfoque más inmediato de la naturaleza. Sin embargo, hay sobradas razones para leer novelas de caballería, desde la fertilidad de la invención hasta la belleza del estilo y de la expresión, la curiosidad que inspira el ver con qué clase de empeños se deleitaban en la época y en el país en que fueron escritas, pues es digno de aprehender que, en un tiempo en el que eran bien recibidos aquellos relatos que eran puro desatino e inverosimilitud, vivían las gentes en un estado de barbarie, y estaban por tanto en pie de igualdad con los niños, como queda explicado».

«Es evidente que nadie que escriba hoy en día puede recurrir a las deidades y a la mitología paganas; la única maquinaria aceptable parece ser la intervención de los espíritus de bondad, los fantasmas de los difuntos, espectros, brujas y hadas, aunque estas últimas, al igual que las vulgares supersticiones que les atañen (que, cuando se hallaban en pleno apogeo, contagiaban al menos la imaginación de quienes mayores ventajas tenían en cuanto a la educación recibida, si bien su facultad de raciocinio acudía en su rescate), día tras día se desgastan, y parece poco probable que puedan servir de ayuda en la maquinaria interventora en la poesía. Si mal no recuerdo, Hammond introduce alguna bruja o hechicera en una de sus elegías de tema amoroso, y el efecto que produce es absurdo y desagradable».

«Quien emplea su talento para la ridiculización en crear o exagerar de un modo grosero los ejemplos que propone, imputando a otro algún absurdo que ni siquiera llegó a producirse, o, cuando alguien incurrió mínimamente en el ridículo, opta por describirlo como si hubiera sido inmenso, abusa sobremanera del talento que le fue dado. La gran utilidad que tiene pintar una situación absurda estriba en que conozcamos hasta qué punto puede llegar la necedad de los hombres; por consiguiente, el relato ha de ser fiel necesariamente. Determinado personaje —del cual dio su nombre— queda bien descrito en cuanto a su hechura en general en palabras de Garrick, aunque buena parte de la fraseología que emplea en ello es de su cosecha, sobre todo las comparaciones proverbiales: “obstinado como un cochino”, etcétera. Ahora bien, no sé yo si lo mismo no será cierto de lord —, ^[c18] quien debido a su excesiva ansia de halagos y de popularidad, y a una cortesía llevada a extremos ridículos, era capaz de retirar su afirmación a medida que se le hicieran sucesivas objeciones por partes, que si primero las siluetas, si luego la elegancia de las formas, que si la coloración, y a la postre reconocía que era un manierista de tales dimensiones que la disposición de todos sus cuadros era siempre la misma».

«En cuanto a la hospitalidad, tal como se practicaba antaño, ya no tiene la misma razón de ser. Hasta ahora, los más pobres eran más numerosos; a falta de comercio, sus medios de sustento eran más exigüos y más arduos; por tanto, prestarles apoyo de un modo u otro era un acto de gran benevolencia. Ahora que los pobres encuentran

variados modos de ganarse la vida, ahora que la mano de obra está solicitada, una hospitalidad generalizada y sin discernir tiende a resultar perjudicial, ya que los aparta del trabajo y los lleva a la holganza y a la embriaguez. Por otra parte, las rentas de antaño se pagaban en especie, de modo que había gran abundancia de provisiones en poder de los terratenientes, mientras que el dinero en abundancia de que se dispone gracias al comercio no tiene el mismo destino».

«La hospitalidad para con desconocidos y extranjeros casi ha tocado a su fin, ya que debido al incremento de los que vienen a visitarnos ha habido un número suficiente de personas que han hallado interés en proporcionar posadas y alojamientos apropiados en las hospederías, método en general más aconsejable para el solaz de los viajeros. Allí donde viajeros y extranjeros escasean subsiste en mayor medida la hospitalidad de antaño, pues no se ha considerado que valiera la pena proporcionar alojamiento específico. En Irlanda todavía pervive la hospitalidad con los desconocidos; en Hungría y Polonia es probable que se dé incluso más».

«Hablando de la cultura que tuviera Shakespeare, en una nota a su traducción de Terencio dice Colman: “¿Qué dice Farmer a esto? ¿Qué dice Johnson?”.^[c19] A lo cual comentó: “Señor, que Farmer responda lo que estime oportuno; yo nunca me impliqué en esta controversia. Siempre he dicho que Shakespeare sabía el latín suficiente para gramaticalizar el uso del inglés”». ^[c20]

«Un clérigo al que describió diciendo que era de los que gustan de decir pequeñas extravagancias, un día afectó, sentado a la mesa de un obispo, un aire taimado y una libertad poco o nada acordes con su carácter, y repitió, cual si formase parte de *Los deseos del anciano*, una canción del doctor Walter Pope, un verso rayano en la obscenidad. Johnson lo amonestó de manera sumamente fina, haciéndole ver primero que no conocía el pasaje que trataba de citar y, de ese modo, humillándole en la reconvención. “Señor, la canción no dice así, sino de este otro modo”. Y la recitó de corrido. Y mirándolo con firmeza a la cara añadió: “Señor, hay una parte de esa canción que ya quisiera yo ejemplificar con mi propia vida: ‘¿Podría yo regir mis pasiones con completo dominio?’”». ^[c21]

«Al preguntársele si Barnes sabía mucho griego, respondió: “Lo dudo. Era *unoculus inter cæcos*”». ^[c22]

«Solía comentar que los hombres pueden ser muy ilustres en una profesión sin que se perciba conversando con ellos ningún particular poderío intelectual. “Es extraño —dijo— que un hombre vea tantísimo trecho por la derecha y tan poco por la izquierda. Burke es el único hombre, que yo conozca, cuya conversación corriente se corresponde con la gran fama que tiene en el mundo. Tómese el tema que uno quiera, que lo hallará listo a entablar conversación”».

«De un caballero de ningún modo deficiente en el conocimiento de la literatura, se descubrió que era su familiaridad con un clásico menor que la que Johnson esperaba, y cuando abandonó la sala dijo: “Ya se ve qué poco lee ahora cualquiera”. Langton comentó casualmente que había leído bastante de la *Gramática griega* de

Clenardus, a lo cual apostilló Johnson: “¿Y quién, en toda esta gran ciudad, sabe algo de Clenardus, además de usted y de mí?”. Y Cuando Langton aún añadiera que se había tomado la molestia de aprenderse de corrido la *Epístola de San Basilio*, que se adjunta a la *Gramática* en griego, para practicar, Johnson repuso: “Señor, nunca me he exigido yo tal esfuerzo para aprender griego”».

«De *Pública virtud*, el poema de Dodsley, dijo: “Eran decentes los blancos —con lo que quiso expresar su desprecio de costumbre por el verso blanco—; sin embargo, ese poema no se vendió nada bien, y ya dijo mi pobre amigo Doddy que la virtud pública no podía ser asunto que interesara realmente a nadie en esta época”».

«Cuando era muy joven, Langton le leyó en voz alta *Cleone*, la tragedia de Dodsley, sin tener conocimiento de su extrema impaciencia cuando alguien le leía. A medida que recitaba, él se volvió de cara al respaldo y adoptó diversas posturas y caras con las que mostró su incomodidad. Al terminar un acto, sin embargo, dijo: “Venga, vamos allá, sigamos; volvamos al matadero, Lanky. Aunque mucho me temo que ahí hay más sangre que seso”. No obstante lo cual dijo después: “Cuando se lo oigo leer a usted, tengo más consideración por el poder del lenguaje; cuando soy yo quien lo lee, percibo más bien su patético efecto”. Y entonces le rindió un cumplido que a muchos ha de parecer suma extravagancia. “Señor, si Ottway hubiera escrito esta pieza, ninguna otra de las suyas se hubiese recordado”. Cuando esto se le dijo al propio Dodsley, comentó que era excesivo. Conviene recordar que Johnson siempre pareció no tener suficientemente en cuenta los méritos de Ottway».^[13]

«Leer a retazos no basta para ser un Bentley o un Clarke. Sin embargo, esos retazos que se leen sueltos tienen en cierto modo sus ventajas. Yo pondría a un niño en una biblioteca (en la que no hubiera libros desaconsejables para su corta edad) y le permitiría que leyera a su antojo. A un niño nunca habría que desanimarle, ni disuadirle de leer todo aquello que le gustara por pensar que es algo a lo que aún no alcanza. Si tal fuera el caso, el niño bien pronto lo descubrirá y desistirá; si no, gana desde luego en su instrucción, que es mucho más provechosa si proviene de la inclinación con que él mismo emprende el estudio».

«Aunque acostumbraba censurar con gran vehemencia todo descuido, reconocía que una vez, a fin de ahorrarse la complicación de guardar cinco guineas a buen recaudo, las escondió y olvidó dónde, de modo que no las pudo encontrar».

«Un caballero que presentó a su hermano al doctor Johnson estaba ansioso por recomendárselo vivamente, para lo cual no se le ocurrió nada mejor que decirle: “Cuando llevemos sentados un rato, ya verá usted cómo mi hermano resulta muy divertido”. “Señor —le respondió Johnson—, me reconcome la impaciencia”».

«Cuando corrió con insistencia el rumor de que iba a desencadenarse la guerra, porque los franceses acudirían en ayuda de los americanos, reconvino a un amigo con cierta aspereza por compartir tal suposición. “No, señor —le dijo—, aún no ha caído tan bajo la fe de la nación”».

«En el último tramo de su vida, con objeto de calibrar si habían menguado sus

facultades intelectuales, resolvió que intentaría aprender una nueva lengua, y se decantó por el bajo holandés, y siguió hasta haber leído la mitad del Thomas à Kempis, y al ver que no parecía haber disminuido su poder de adquisición, desistió pues el experimento había dado el resultado apetecido. Burke observó con justicia que no hubo de ser una prueba extenuante, por ser el bajo holandés una lengua cercana a la nuestra; de haber sido una lengua que no guardase ningún parentesco, se habría dado por satisfecho mucho antes».

«Fueron una vez Langton y él a la procesión fúnebre de un francmasón, hallándose los dos en Rochester. Como se ejecutara una música solemne con cornos franceses, dijo: “Ésta es la primera vez en que me afecta un sonido musical”. Y añadió: “La impresión que me causa es de honda melancolía”. Langton comentó que el efecto era espléndido. JOHNSON: “Pues así es: ablanda el ánimo y lo prepara para acoger sentimientos beneficiosos, por lo que puede ser buena, pero en tanto resulta melancólica *per se*, es perniciosa”».

«Goldsmith tuvo durante mucho tiempo un proyecto visionario: si en un momento u otro gozara de unas circunstancias más llevaderas deseaba viajar a Aleppo, con objeto de conocer a fondo, en la medida de lo posible, cualquiera de las artes propias de Oriente, e introducirlas en Gran Bretaña. Cuando se habló de todo esto en presencia del doctor Johnson, éste afirmó que de todos los hombres era precisamente Goldsmith el menos idóneo para emprender semejante indagación, no en vano era un completo ignorante de todas las artes que ya poseemos; en consecuencia, nunca podría saber qué vendría a acrecentar nuestro acervo de conocimientos mecánicos. “Señor, podría volverse con un manubrio de moler o con una carretilla de afilador como las que se ven por cualquier esquina de Londres, convencido de habernos provisto de una maravillosa mejora”».

«El griego —dijo una vez— es como el encaje. Cada cual se provee de cuanto buenamente puede».^[14]

«Cuando a su regreso de América lord Charles Hay estaba preparando su defensa para comparecer ante el consejo de guerra que él mismo había convocado, al oír hablar al señor Langton con encomio y con gran admiración de Johnson como solía hacer, solicitó que éste le fuera presentado; Langton se lo comentó, y éste, amable y prontamente, se prestó a ello. Langton se lo presentó, y Su Señoría, aunque se hallaba arrestado,^[a nota c2, Vol. III] lo vio en varias ocasiones, en una de las cuales le leyó a Johnson la defensa que había pergeñado, y éste le dio su plena aprobación, diciendo: “Es muy buena defensa en lo militar”. Johnson dijo haber aconsejado a Su Señoría que, como es vano litigar con quienes están en posesión del poder, si se avinieran a ofrecerle el rango de teniente general y un puesto de gobierno, era preferible desistir de imponer sus quejas por vía de apremio. Es bien sabido que Su Señoría falleció antes de que se hiciera pública la sentencia».

«Un día, Johnson hizo un enardecido elogio de los versos del doctor Bentley^[15] recogidos en la antología de Doddsley, que recitó con su energía de siempre. El

doctor Adam Smith, que estaba presente, observó con su tono característico, sentencioso y profesoral: “Muy bien, muy bien, desde luego”. Johnson sin embargo añadió: “Pues sí, están muy bien, pero bien puede usted observar de qué modo están bien. Son sin lugar a dudas los versos de un hombre de gran fortaleza de ánimo, aunque no está acostumbrado a escribir versos, pues se le nota cierta tosquedad y desaliño en la expresión”». [16]

«Un día, tomando té en casa de Garrick, con Langton, se le preguntó si no era un punto hereje en lo que a Shakespeare se refiere; Garrick dijo: “Dudo que sea siquiera un poco infiel”. “De ninguna manera —dijo Johnson—, sostengo de firme los versos que sobre Shakespeare he escrito en mi prólogo para la inauguración de tu teatro”. [c23] Langton sugirió que en el verso que dice “y el tiempo, entre resuellos, tras él corría en vano”. Johnson tal vez hubiera tenido a la vista ese pasaje de *La tempestad* en que Próspero dice de Miranda que “... despojará todo halago | y lo hará detenerse en seco a su paso”». [c24]

»Johnson no dijo nada. Garrick se aventuró a observar: “No parece que sea el verso más feliz que se haya escrito en loor de Shakespeare”. Sonriendo, Johnson exclamó: “¡Bribones prosaicos! La próxima vez que lo escriba, pondré a resollar tanto al tiempo como al espacio”». [17]

«Es bien conocido que antaño existía una desabrida costumbre entre quienes navegaban en el Támesis, que consistía en abarloarse unos instantes al cruzarse los barcos y lanzarse los mayores improperios e invectivas con el lenguaje más insultante que se les ocurriese, aunque por lo común, justo es decirlo, con el humor más satírico de que fueran capaces. Addison da muestras de estas procacidades en el n.º 383 del *Spectator*, con ocasión de un viaje que sir Roger de Coverley y él hicieron a los Jardines de Primavera. [c25] Johnson salió una vez triunfante de esta suerte de competición; un individuo lo atacó con una sarta de ásperos insultos, a lo cual repuso así: “Señor, su esposa, con el pretexto de regentar una casa de lenocinio, es receptora de mercancía robada”. [c26] Una noche en que estuvo con los señores Burke y Langton, y alguien hizo mención de la admirable regañina de *Timón de Atenas*, se citó esta salida de Johnson, y se concluyó que estaba a la par en cuanto a excelencia».

«Así como Johnson siempre reconoció el extraordinario talento de Burke, éste fue siempre plenamente consciente de los excepcionales poderes del doctor Johnson. Langton recuerda haber pasado una velada con ambos, durante la cual Burke repetidamente abordó temas que evidentemente podría haber ilustrado con sus extensos conocimientos y riqueza de expresión, si bien Johnson nunca rehusó la conversación, antes bien la aceptó de buen grado, y en ella se empleó de un modo magistral. Cuando Burke y Langton regresaban a su casa, el primero aseguró que Johnson había estado excelente. Langton se sumó a la misma opinión, aunque añadió que le habría gustado oír más a otra persona, dando a entender a las claras que se refería al propio Burke. “Oh, no —repuso Burke—; a mí me basta con haber tocado la campanilla para él”».

«Una vez señaló Beauclerk que uno de sus amigos era muy torpe al contar el dinero. “Vaya —dijo Johnson—, yo también soy bastante torpe en tales menesteres. Claro que la razón es bien sencilla, pues he tenido poco dinero que contar”».

«Aborrecía toda afectación. Refiriéndose al señor Langton padre, dijo que “rara vez conocerá usted a un caballero así, tal es su saber de literatura, tal su saber de Teología, tal su vida ejemplar”, y añadió: “Y nunca se permite una mueca, nunca gesticula, nunca prorrumpe en muestras de admiración en una ocasión vulgar, nunca despliega en los afectos una cordialidad sobreactuada”».

«Hallándose en compañía de un caballero al que le parecía conveniente sostener la ingeniosa filosofía del doctor Berkeley, según la cual nada tiene existencia propia, salvo si lo percibe una mente, cuando el caballero ya se despedía Johnson lo interpeló así: “Señor, le ruego no nos abandone, no sea que olvidemos pensar en usted y deje usted de existir”».

«Un día en que recibió la visita de Johnson en el Temple, Goldsmith le habló de este modo: “Pronto tendré mejor alojamiento que éste en que me ve”. Johnson en ese momento lo detuvo en seco y le hizo un bello halago, dando a entender que un hombre de su talento debiera estar por encima de tales distinciones: “Quiá, señor, eso es lo de menos. *Nil te quæsiveris extra*”». [c27]

«Cuando le fue otorgada su pensión, dijo imbuido de noble ambición literaria: “De haber ocurrido esto veinte años atrás, me habría marchado a Constantinopla a aprender árabe, como hizo Pococke”».

«Como muestra de la finura de su gusto, aunque elogió la traducción de Píndaro que había hecho West, señaló entre otros el siguiente pasaje, y lo tachó de defectuoso, mostrando un detalle que iba en detrimento de la dignidad general del tono que debiera haber prevalecido:

Descuelga ahora de tu *clavo* resplandeciente,
oh, Musa, tu dórica lira».

«Cuando el señor Vesey fue propuesto candidato a ingresar en el Club Literario, Burke comenzó por señalar que era un hombre con muy buenos modales. “Señor —dijo Johnson—, no se diga más. Cuando de alguien se dice que es hombre con buenos modales, se ha dicho más que suficiente”».

«El difunto señor Fitzherbert dijo al señor Langton que Johnson le había dicho: “Señor, nadie tiene derecho a decir nada descortés, tal como tampoco tiene derecho a hacer nada descortés; no se tiene derecho a decir a nadie una rudeza, tal como tampoco se tiene derecho a abofetear a nadie”». «Mi querido amigo el doctor Bathurst —dijo en manifiesta y calurosa aprobación— se alegraba de que su padre, que había sido dueño de algunas plantaciones en las Antillas, hubiera dejado sus asuntos en la ruina más completa, ya que al no tener hacienda no tendría la tentación de contar con el concurso de ningún esclavo».

«Richardson era poco dado a conversar, salvo si se hablaba de sus obras, de las

que sir Joshua Reynolds siempre estaba deseoso de hablar y alegre de que se introdujera ese tema de conversación. Johnson, cuando llevó a Langton a conocerlo, le aseguró que sería capaz de hacerlo entrar en la conversación, y usó esta expresión: “Señor, yo sé cómo hacer que se encabrite”. Pero fracasó, pues en esa conversación Richardson sólo dijo que ahí en la sala había una traducción de su *Clarissa* al alemán». [18]

«En una ocasión, alguien sacó un periódico en el que se había publicado una estúpida e insultante carta contra sir Joshua Reynolds, de la que Johnson se llevaba una buena tajada... “Le ruego —dijo— que la oigamos leer en voz alta de cabo a rabo”. Así se hizo, tras lo cual, con un punto de sorna y sin mirar a nadie en particular, preguntó: “¿Seguimos todos vivos tras tanta sátira?”».

«Tenía un acendrado prejuicio en contra del talante político de Seeker, ejemplo del cual se dio en Oxford, donde expresó su gran contrariedad ante el hecho de que modificara el brindis de costumbre: “Por la Iglesia y el Rey”. “El Arzobispo de Canterbury —dijo él con una mueca que afectaba una sonrisa ladina— brinda ‘Por la constitución en la Iglesia y el Estado’”. Al preguntársele qué diferencia había entre ambas fórmulas, respondió: “Señor, bien puede estar usted seguro de que algo ha querido decir con eso”. No obstante, cuando se publicó la vida de dicho prelado, antepuesta por los doctores Porteus y Stinton, sus capellanes, a un volumen que contenía sus sermones, la leyó con absoluta avidez, y dijo: “Es una vida muy bien escrita, y que bien merecía recogerse por escrito”».

«De cierto noble señor dijo así: “Respetarle era del todo imposible, pues carecía de intelecto y de opiniones propias. Querérle tampoco se podía, pues lo que con él pudiera hacerse podía hacerse con cualquiera”».

«Del doctor Goldsmith dijo: “No hubo nadie tan lerdo cuando no tenía una pluma en la mano, ni tan sabio como cuando escribía”».

«Me refirió con su animación habitual la siguiente anécdota literaria: “Green y Guthrie, un irlandés y un escocés, emprendieron una traducción de la *Historia de China*, de Duhalde. Green dijo que Guthrie no sabía inglés; Guthrie dijo de Green que no sabía francés. Sin embargo los dos emprendieron codo con codo dicha traducción. En ella se puede leer ‘el vigésimo sexto día de la luna nueva’. Como todo el ciclo lunar tiene tan sólo veintiocho días, más que nueva, la luna era casi todo lo vieja que podía ser. La pifia fue debida a que ambos tomaron *neuvième*, novena, por *nouvelle* o *neuve*, nueva”».

«Hablando de las copiosas y precisas comunicaciones del doctor Blagden, dijo Johnson: “Blagden, señor, es un individuo hecho de una pasta excelente”».

«Con ocasión de que el doctor Johnson publicara su panfleto titulado *La falsa alarma*, salió una muy colérica réplica (que muchos dieron por supuesto que era de Wilkes). El doctor Johnson decidió no contestar a tal provocación, aunque en conversación con Langton comentó uno o dos particulares que, en caso de haber contestado, bien podría haber incluido. En el panfleto de réplica se decía con toda

solemnidad: “¿Acaso considera usted que la Cámara de los Comunes es al pueblo lo que es una criatura a su Creador?”. A esto, respondió el doctor Johnson, podría haberse contestado que, en primer lugar, el concepto de un Creador ha de ser tal que tenga el poder de deshacer o aniquilar a su criatura.

»«Además, preciso es tener en cuenta que es inconcebible que una criatura promulgue leyes que rijan para su Creador»».^[19]

«Le aseguro —dijo— que si un hombre habla de sus infortunios, algo hay en ellos que no le resulta enteramente desagradable, pues si no hay más que pura desdicha nunca se recurre a ello».

«Pobre bestia ha de ser quien sólo lea, en cantidad, lo que pueda leer en voz alta».

«Imlac, en *Rasselas*, lo escribí terminado en *c*, porque resulta menos parecido a la lengua inglesa, que siempre ha de llevar la *k* sajona añadida a la *c*».^[20]

«Muchos son los hombres que enloquecen en determinadas circunstancias y que pasan por la vida sin percibirlo. Por ejemplo, de una persona se apodera una locura que la lleva a suponer que está literalmente obligada a rezar sin descanso; de haber sobrevenido la locura en sentido opuesto, con lo cual esa persona habría dado en creer que era delito pararse a rezar, no sería improbable que nadie reparase en ello».

«Colegía que la descripción de los personajes que aparece al final del primer libro de la *Anabasis*, o *La retirada de los diez mil*, era la primera muestra conocida de su especie».

«Suponiendo —dijo— que la esposa de alguien fuera de natural inclinada al estudio o a la discusión de temas cultos, resultaría muy enojoso; por ejemplo, imagine a una mujer que de continuo abundase sobre la herejía de Arriano».

«Nadie habla de otro, ni siquiera para elogiarlo, si cree que no lo ha de oír, tal como hablaría suponiendo que lo oyese».

«“El aplauso de un solo ser humano es de gran trascendencia”. Esto lo dijo con una gran seriedad y estando ya muy cerca de la hora de su defunción, cuando quiso que leyera yo una carta que le había enviado alguien desde el norte de Inglaterra. Cuando hube terminado y me preguntó qué contenía, como supuse que el entrar demasiado en detalle podía resultarle fatigoso, amén de que era demasiado larga, sólo le dije que era muy elogiosa hacia su persona, y entonces se pronunció como queda dicho».

«Comentó con aire de satisfacción lo que le había dicho Barette, que al encontrarse cuando estaba estudiando inglés un excelente artículo en el *Spectator*, uno de los cuatro que publicó el presbítero disidente, el señor Grove, de Taunton, observando el genio y la energía intelectual de que hacía gala, avivó su curiosidad y sus deseos de visitar nuestro país, por pensar que si tales eran los ensayos periódicos más ligeros de nuestros autores, sus producciones de mayor fuste habrían de ser magníficas sin duda».

«Observó una vez, en casa de sir Joshua Reynolds, que un mendigo de la calle es más dado a pedir limosna a un hombre, aunque su apariencia no dé indicio de

riqueza, que a una mujer, por bien vestida que vaya, ^[21] lo cual explicó por el extremo cuidado que en el gasto ponen las mujeres, sobre lo cual insistió al señalar que las oportunidades de mejorar su condición que ellas tienen son mucho más escasas que las de los hombres; miró en derredor a los presentes, que eran solamente hombres, antes de añadir: “No hay uno solo entre nosotros que no piense que podría ser más rico con sólo esforzarse a fondo en serlo”».

«Así caracterizó a un ingenioso escritor al que conocía bien: “Es entusiasta por norma”».

«“Bien puede esgrimir ese escudo contra todos sus enemigos”: era una observación sobre Homero, referente a la descripción del escudo de Aquiles hecha por la señora Fitzherbert, esposa de su amigo Fitzherbert, del condado de Derby, descripción que el doctor Johnson respetaba y tenía por espléndida. Era muy alta la opinión en que tenía los pareceres de esta dama».

«Cabe mencionar una observación de Bathurst que Johnson repetía como reconociendo su sólido fundamento: que no dejaba de ser llamativo cuán contadas veces, con ocasión de conocer a una persona, sentía uno el menor deseo o inclinación de volverla a ver».^[c28]

«El reverendo doctor Franklin, que este año publicó una traducción de Luciano, le dedicó^[a nota 252, Vol. IV] su *Demonax* de este modo: “Al Doctor Samuel Johnson, el *Demonax* de la presente época, se dedica esta pieza compuesta por un sincero admirador de su talento. *El Traductor*”».

Aunque no parece que se justifique una comparación entre *Demonax* y Johnson, por no existir una gran similitud entre ambos, esta dedicatoria es un justo cumplido si se piensa cómo describe Luciano a este sabio de la Antigüedad, diciendo que era «ἄριστον ὧν οἶδα ἐγὼ φιλοσόφων γενόμενον», «el mejor filósofo que yo haya leído o conocido».

1781: ÆTAT. 72.] En 1781 Johnson por fin terminó *Vidas de los poetas*, obra de la cual dice así: «En marzo acabé las *Vidas de los poetas*, que escribí a mi manera habitual, con aplazamientos sucesivos y apresuradamente, siendo reacio a trabajar y trabajando con vigor y con premura».^[22] En una entrada anterior a ésta dice así: «Escritas, espero, de una forma que pueda propender a promocionar la piedad».^[23]

De todos los escritos del doctor Johnson, ésta es la obra que posiblemente haya de ser más leída en general, y con mayor placer. La filología y la biografía fueron sus ocupaciones preferidas, y los que más convivieron con él en cierta intimidad le oyeron, en cuanto había ocasión para ello, explayarse con deleite sobre los diversos méritos de los poetas ingleses, sobre el variado refinamiento de sus caracteres y el acontecer de su paso por el mundo, que contribuyó a iluminar y esclarecer. Tenía el intelecto tan repleto de esta clase de informaciones, y las tenía tan bien organizadas en la memoria, que para llevar a buen puerto lo que había emprendido en este terreno le bastaba con poner sus pensamientos sobre el papel, mostrando primero la vida de cada poeta y añadiéndole luego un examen crítico de su genio y sus obras. Sin embargo, cuando empezó a escribir se amplió de tal manera el asunto que había decidido abordar que, en lugar de prefacios de unas cuantas páginas a la obra de cada poeta, tal como en principio se había propuesto,^[24] escribió un juicio amplio, rico y muy entretenido de todos ellos, en todos los aspectos. En esto se asemejó a Quintiliano, quien nos refiere que en la composición de sus *Instituciones de oratoria* «*Latius se tamen apariente materia, plus quam imponebatur oneris sponte suscepti*».^[c29] Los libreros, con toda justicia sensibles al enorme valor añadido de la propiedad literaria, le pagaron otras cien libras, además de las doscientas inicialmente estipuladas, por las cuales su acuerdo fue aportar los prefacios que le pareciera oportuno.^[c30]

Fue sin embargo una magra recompensa por una colección de biografías y de principios e ilustraciones de crítica literaria tales que, si los hubiera desglosado y dispuesto sistemáticamente un moderno Aristóteles o un Longino actual, podrían constituir un código de la materia tal como ningún otro país podría haber mostrado al mundo. Como tuvo la bondad de regalarme la mayor parte del original, que es desde luego el único manuscrito que se conserva de esta obra admirabilísima, dispongo de

una oportunidad sin par para observar maravillado la excelsa corrección con que velozmente dio en el clavo de tan rutilante composición. Podría compararse con la Dama de Waller, capaz de infundir «Amor a primera vista»:

Otras ninfas con los colores desmayan,
se frena el lápiz con que Cupido los traza,
y al débil de corazón en el acto destruye;
ella posee el sello que marca al galán que huye.

Bien se ve, pese a todo, que tuvo no pocos problemas y que hubo de solventar numerosas complicaciones en la composición de la obra; así consta en la serie de cartas que envió al señor Nichols, impresor de la misma,^[25] cuya variedad de conocimientos literarios y acogedora disposición fueron de mucha ayuda para Johnson. De acuerdo con los papeles que obran en mi poder, parece que el señor Steevens le proporcionó varias anécdotas y citas; observo asimismo la bella caligrafía de la señora Thrale, que obró en calidad de copista de algunos pasajes escogidos. Sin embargo, la principal de las deudas fue la que contrajo con mi fiel amigo, el señor Isaac Reed, de Staple Inn, cuyo amplísimo y muy exacto conocimiento de la historia de la literatura inglesa no expreso con la menor exageración cuando digo que es pasmoso. Sus trabajos lo han demostrado con creces ante el mundo entero, y todos quienes tengan el placer de haberlo tratado en persona darán testimonio de la franqueza de sus comunicaciones en privado.

No es mi intención detenerme de manera pormenorizada en cada una de las *Vidas* de los poetas, ni tampoco intentar un análisis de sus méritos; si fuera capaz de tales empeños, demasiado espacio ocuparían en esta obra. Ahora bien, haré ciertas observaciones al hilo de algunas de ellas, e insertaré algunas interpretaciones de Johnson al respecto.

La «Vida de Cowley» la consideraba él mismo la mejor del conjunto, en razón de la disertación que contiene sobre los poetas metafísicos. Dryden, cuyas facultades críticas estaban a la altura de sus dotes poéticas, los había reseñado en una excelente dedicatoria de su *Juvenal*, pero apenas hizo sino mencionarlos. Johnson da de ellos una larga y profunda exposición, con tan felices ilustraciones tomadas de sus escritos, y de un modo tan luminoso, que sin duda hay que reconocerle plenamente el mérito de lo novedoso, y el habernos descubierto, por así decirlo, todo un planeta nuevo en el firmamento de la poesía.

Johnson comenta, al considerar las obras de un poeta,^[26] que «rara vez se introducen las enmiendas sin pasar factura», aunque no me parece que esto se pueda aplicar a la prosa.^[27] Habremos de ver que si bien sus enmiendas en toda esta obra son para mejorar el texto, no queda ni rastro de *pannus assutus*:^[c31] la textura sigue siendo uniforme, y es de ver que lo que había antes de su corrección rara vez es digno de haberse conservado.

Interpretaciones^[28] diversas en la «Vida de Cowley»: «Todos los [futuros partidarios de] *que en lo sucesivo anhelan* la soledad»; «Concebir y ejecutar [la agitación o percepción de] *los dolores y placeres íntimos* de los demás»; «La amplia refulgencia del [luminoso] *veraniego* mediodía».

En la «Vida de Waller», Johnson ofrece una narración precisa y amena de los asuntos públicos de aquel periodo variopinto, en la que no faltan las fuertes y sin embargo atinadas pinceladas de carácter; como se le presenta una oportunidad justa para hacer despliegue de sus principios políticos, lo hace con una confianza viril sin parangón, y satisface en sus lectores con cuánta nobleza habría podido ejecutar una *Historia tory* de su país.

Tan llano es el estilo de las *Vidas* que no recuerdo más de tres vocablos infrecuentes o cultos; uno, cuando refiere el comienzo de la enfermedad que acabaría con la vida de Waller, y dice que «descubrió que tenía las piernas *tumefactas*»; empleando la palabra *hinchadas* lo habría evitado sin complicaciones, y no habría sido impropio que formulase Waller una interesante pregunta a su médico, a saber, «¿Qué significa esta *hinchazón*?». Otro, cuando señala que Pope había *emitido* unas propuestas, ya *que publicado* o *difundido* se habrían entendido mejor; tercero, cuando dice de Orrery y del doctor Delaney que son escritores sin duda *fidedignos*, ya que *honestos*, *fieles* o *veraces* podrían haberle servido igual o mejor. Sin embargo, justo es reconocer que ninguno de estos vocablos es duro o demasiado grande, que la costumbre los haría parecer tan llanos como cualquier otro; que, en fin, una lengua es más rica y más capaz de tener mayor belleza expresiva cuando cuenta con una gama más amplia de sinónimos.

Su disertación sobre lo inapropiada que resulta la poesía para los asuntos propios de la religión, aun cuando no estoy del todo de acuerdo con él, tiene todo el mérito de la originalidad, y una insólita fuerza de razonamiento.

Interpretaciones diversas en la «Vida de Waller»: «Consintió a [la inserción de los nombres] *su propia nominación*»; «[Pagando] *Tras pagar* una multa de diez mil libras»; «Felicité a Carlos II por [su coronación] *haber recuperado sus derechos*»; «Quien tiene adulación presta para todos aquellos a quienes las vicisitudes del mundo por azar exaltan, ha de ser [reo de rebajar sus poderes] despreciado por tener *un entendimiento prostituido*»; «Las características con que Waller quiso distinguir sus escritos son [la elegancia] *el brío* y la dignidad»; «Flores que se han de valorar sólo si [traen] *anuncian* frutos»; «Imágenes como las superficies de la naturaleza [fácilmente] *con presteza* aporta»; «[Sus] *Algunos* desempeños [son a veces] *pueden tenerse* por demasiado lejanos e insulsos»; «Sus imágenes son [a veces confusas] *no siempre precisas*».

Contra su «Vida de Milton», los podencos del *whiggismo* se han desgañitado a

ladridos. Ahora bien: de la gran excelencia poética de Milton, ¿dónde hallaremos blasón comparable al que viene de la mano de Johnson? Seleccionaré sólo el siguiente pasaje, relativo al *Paraíso perdido*.

A duras penas puede la fantasía abstenerse de conjeturar con qué temple supervisó Milton el callado progreso de su obra, y cómo reparó en que su reputación se abría camino a hurtadillas por una suerte de corriente subterránea, en medio del miedo y del silencio. No puedo sino imaginármelo sosegado y confiado, un tanto decepcionado, pero de ningún modo abatido, confiando en su propio mérito con una conciencia cada vez más firme, y esperando sin asomo de impaciencia las vicisitudes de la opinión y la imparcialidad de las generaciones venideras.^[c32]

En efecto, incluso el doctor Towers, que bien puede considerarse uno de los fanáticos más acérrimos de *La sociedad de la revolución*,^[c33] reconoce que «Johnson ha hablado del modo más elogioso acerca de la capacidad de tan gran poeta, y ha otorgado a sus principales composiciones poéticas el más honroso de los encomios».^[29]

Era sin duda de esperar que un hombre que veneraba a la Iglesia y a la monarquía tan hondamente como Johnson hablase con justo aborrecimiento de él en tanto político, o más bien en calidad de osado adversario de la buena política, y a quienes lo censuren yo recomendaría su comentario sobre la célebre queja que hizo Milton de su situación, cuando en aras de la lenidad de Carlos II, «una lenidad —observa Johnson— de la que el mundo quizá no haya tenido otro ejemplo igual, él, que había escrito para justificar el asesinato de su soberano, quedó a salvo por una Ley de Perdón». «En cuanto está a salvo es cuando se ve en peligro, caído en días aciagos y en las malas lenguas, con tinieblas y peligro cercándolo por doquier.^[c34] Esas tinieblas, si hubieran recibido sus maltrechos ojos una mejor ocupación, habrían sido merecedoras de compasión; añadir la mención del peligro es ingrato y es injusto. Había caído, sin lugar a dudas, en días aciagos; había llegado el momento en que los magnicidas ya no podían seguir haciendo alarde de su perversidad. Pero que Milton se quejara de las malas lenguas exigía una impudicia al menos equiparable al resto de sus facultades: precisamente Milton, cuyos más fervientes defensores habrán de reconocer que nunca omitió la aspereza en el reproche, ni se abstuvo de la brutalidad en su insolencia».

En efecto, yo a menudo me he preguntado cómo es posible que Milton, «un republicano acerbo y recalcitrante», «un hombre que en sus relaciones domésticas fue tan severo y tan arbitrario», y que tenía la cabeza llena de los dogmas encallecidos y desoladores del calvinismo, llegara a ser el poeta que fue, y que no sólo escribiera de un modo sublime, sino bellísimo también, e incluso con regocijo; que pintara con exquisitez las más dulces sensaciones de que es capaz nuestra naturaleza; que imaginara el delicado embeleso del amor conyugal, que incluso parezca animarse con el espíritu del sueño. Es buena prueba de que en el entendimiento humano los departamentos del juicio y la imaginación, la percepción y el temperamento, están a veces divididos por muy sólidos tabiques, y que la luz y las sombras de un mismo carácter pueden ser tan nítidas que nunca se fundan.^[30]

En la «Vida de Milton», Johnson aprovechó la ocasión para sostener su opinión, que es la general, acerca de la excelencia de la rima y su manifiesta superioridad sobre el verso blanco en la poesía inglesa, y cita esta apropiada ilustración, de «un crítico ingenioso», quien dice que *parece verso solamente al ojo*.^[31] El caballero al que así describe, como dijo al señor Seward, no es otro que el señor Lock, de Norbury Park, condado de Surrey, cuyo conocimiento y gusto en materia de bellas artes es universalmente célebre, y con cuya elegancia el autor de la presente obra se ha sentido muy impresionado, y de cuyas virtudes un amigo común,^[c35] que desde hace mucho tiempo lo conoce, sin ser apenas dado a los halagos, presta el mayor testimonio.

Interpretaciones diversas en la «Vida de Milton»: «No puedo hallar ningún sentido salvo éste que [sus más fanáticos partidarios] *la propia amabilidad y la reverencia* pueden expresar»; «[Quizá no] *Apenas ningún* hombre escribió tanto y elogió a tan pocos»; «Cierta [rescate] *preservación* del olvido»; «No se me censure por esta digresión, por ser [contraída] *pedante* o paradójica»; «Sócrates era más bien de la opinión de que lo que hemos de aprender es cómo [obtener y comunicar la felicidad] *hacer el bien y evitar el mal*»; «Su elegancia [¿quién podrá mostrar?] *es punto menos que inalcanzable*».

Podría, con verdadero placer, explayarme sobre su magistral ejecución de la «Vida de Dryden», que según hemos visto fue uno de los proyectos literarios que barajó Johnson en época temprana, y que es notable entre otras cosas porque, tras desistir de completarlo debido a la presunta escasez de materiales de que disponía, lo acometió a edad avanzada con abundante exhibición de los mismos.

Su defensa de ese gran poeta frente a los cicateros ataques de que fue objeto, como si por haberse convertido a la religión católica debiera cumplir sentencia de por vida, es una obra de raciocinio al tiempo aplastante y sincero. En efecto, el propio Dryden, en «La cierva y la pantera», había expuesto semejante retrato de su entendimiento, de modo que quienes conocen la angustia y el desasosiego que produce el estado en que nos hallemos más allá de la tumba, por más que consideren su opinión mal formada y torcida, sin duda podrán ser caritativos con su sentimiento:

Dios misericordioso, ¡cuán bien has de proveer
para el juicio errado una guía infalible!
Tu trono es de tinieblas en el abismo de la luz,
un glorioso resplandor que la visión impide.
¡Ay! Enséñame a creer en ti así escondido,
y a no buscar más allá de lo que has revelado.
Tomo por única directora
a quien tú has prometido nunca abandonar.
Mi juventud insensata tuvo alas en vanos deseos;
mi madurez, muy mal encaminada por fuegos fatuos,
siguió falsos faros, y una vez apagado su destello
mi orgullo prendió nuevas chispas a su antojo.

Así he sido, así por naturaleza aún soy;
sea tuya la gloria, sea mía la culpa.
La vida de bien será ahora mi tarea: mis dudas han huido.
¿Qué podría dar más miedo a mi fe que el ser tres en uno?

Al trazar el carácter de Dryden, Johnson nos ha dado, aunque supongo que de un modo no intencionado, algunas pinceladas del suyo. Así, por ejemplo, «el poder que predominaba en sus operaciones intelectuales era más la fortaleza de la razón que la presteza de la sensibilidad. En todas las ocasiones que se le presentaban, más que sentir, estudiaba, y producía ese sentimiento que la naturaleza no suscita, sino que proporciona la meditación. No parece que tuviera mucho trato con las pasiones simples y elementales tal como brotan en el ánimo. Por tanto, y en toda la variedad de su excelencia, no resulta a menudo patético, y tan escasa era su sensibilidad sobre el poder de las efusiones puramente naturales que no las estimaba en los demás». Cabe en efecto observar que en los muy numerosos escritos de Johnson, ya sean en prosa o en verso, e incluso en su tragedia, cuyo asunto es la angustia de una infortunada princesa, no hay un solo pasaje que haya arrancado lágrimas al lector.^[c36]

Interpretaciones diversas en la «Vida de Dryden»: «La razón de este examen general, según ha intentado Addison [hallar en] *extraer del* deleite que embarga al entendimiento en la indagación de los secretos...»; «Sus mejores actos no son sino [oportuna] *incapacidad de* malicia»; «Una vez se enzarzaba en una disputa, [las ideas] *los pensamientos* fluían de uno y otro lado sin cesar»; «El abismo de una irreal [vacío] *vacuidad*»; «Éstas, como [muchas otras fulanas] *las fulanas de otros hombres*, contaron con su amor, pero no con su aprobación»; «[A veces despliega] *Desciende a exhibir* su saber con ostentación pedantesca»; «Voces francesas que [se empleaban entonces en] *se habían colado entonces en* la conversación».

La «Vida de Pope» la escribió Johnson *con amore*, en primer lugar porque este autor lo cautivó muy temprano en su vida; pero además por el placer que sin duda tuvo que sentir al acallar para siempre todos los intentos que se habían hecho por rebajar su fama poética, demostrando su excelencia y pronunciando el siguiente encomio triunfal: «Después de todo esto —dice en las últimas páginas de su “Vida”—, seguramente será superfluo responder a la pregunta que en su día se formuló sobre si era o no Pope poeta, si no es preguntando: si Pope no es poeta, ¿dónde se encuentra la poesía? Circunscribir la poesía mediante una definición sólo servirá para poner de manifiesto la estrechez de quien pretenda definirla, aunque no será fácil formular una definición que pretenda excluir a Pope. Miremos en derredor en la época presente, repasemos el pasado, preguntémos a quiénes ha otorgado la voz de la humanidad el laurel de la poesía; examínense sus producciones, atiéndanse sus pretensiones, y las aspiraciones de Pope ya no dejarán lugar a duda ni a discusión. Si hubiese dado al mundo solamente su versión [de la *Ilíada*], el título de poeta debería habersele otorgado; si el autor de la *Ilíada* hubiese de clasificar a sus sucesores, asignaría un

lugar entre los primeros a su traductor, sin recurrir a ninguna otra prueba de su genio».

Recuerdo haber oído una vez a Johnson: «Bien puede que pase un milenio entero hasta que aparezca un hombre con una capacidad versificadora comparable a la de Pope». Esa capacidad a buen seguro ha de valorarse en su justo punto si se reconoce la parte que posee en el realce de una composición cautivadora.

Johnson, que con gran generosidad hizo justicia a Warburton en su edición de *Shakespeare*, que se publicó aún en vida de este poderoso escritor, aún con mayor liberalidad aprovechó la ocasión, en su «Vida de Pope», para rendirle debido homenaje cuando ya no ocupaba un «lugar destacado», sino que se contaba entre los muertos.^[32]

Parece desde luego extraño que dos hombres como Johnson y Warburton, que vivieron en la misma época y en el mismo país, no sólo no tuvieran cierta intimidad, sino que apenas llegaran a conocerse en persona. Sin embargo, aunque nos extrañen, estos casos no son tan insólitos. Si mi información es correcta, y mis indagaciones han sido esmeradas, sólo se vieron una vez; este encuentro tuvo lugar en la residencia londinense de la señora French, de sobra conocida por sus elegantes reuniones y por haber sabido propiciar el encuentro de ilustres personalidades. La entrevista fue grata para ambas partes.

Estoy bien informado de que Warburton dijo de Johnson: «Le admiro, pero no puedo soportar su estilo». Johnson, al saberlo, dijo: «Eso es exactamente lo que me sucede a mí con él». Su manera de expresar su admiración por la fertilidad del genio de Warburton, por la variedad de sus materiales, fue ésta: «Siempre tiene la mesa repleta. Se trae cosas del norte y del sur y de cualquier parte. En su *Divina legación* uno siempre se entretiene. Lleva al lector de acá para allá sin ir directamente al grano, pero es que uno no desea que vaya al grano directamente». Al reverendo señor Strahan le dijo: «Warburton es quizá el último hombre que ha escrito con el ánimo pleno de lecturas y reflexión».

Es digno de mención que en la «Vida de Broome» Johnson toma nota de cómo el doctor Warburton emplea un tipo de expresión que él mismo había utilizado, y no pocas veces, por cierto, con gran ofensa de quienes no lo conocían. Cuando tuvo ocasión de mencionar una nota en la cual se especificaba qué partes fueron vertidas por cada uno de los traductores asociados de la *Odisea*, señaló: «el doctor Warburton me dijo con su acalorado lenguaje que consideraba la relación dada en la nota una falsedad». Johnson se había acostumbrado a emplear el vocablo *falsedad* para designar una falla o un error en un relato, esto es, cuando las cosas no eran como se habían contado, aun cuando la intención del relator no fuera el engaño. Cuando creía que había intención de falsedad en el relator, su expresión era ésta: «Miente, y además sabe que miente».

Comentando que Pope no tuvo fama de haber sobresalido en el arte de la conversación, Johnson observa que «la memoria tradicional no retiene agudezas y

chanzas, ni sentencias, ni observaciones atinadas, nada que destaque por su ingenio ni por su solidez, nada sabio ni afortunado, pues los apotegmas sólo son tales si quedan recogidos por escrito». En este sentido, era enorme la diferencia entre Pope y Johnson, cuya conversación tal vez era más admirable incluso que sus escritos, por excelsos que éstos fueran. El señor Wilkes, sin embargo, me ha proporcionado amablemente una intervención de Pope de la que Johnson no estaba informado. Luego de censurarle con justicia por haber «acariciado en su fuero interno un estúpido desprecio por los reyes —nos dice Johnson—, bastó la menor muestra de respeto que le dio el Príncipe de Gales para fundir su contumacia, y apenas tuvo nada que decir cuando Su Alteza Real le preguntó cómo podía apreciar a un príncipe, si tanto le disgustaban los reyes». La respuesta que dio Pope fue la siguiente: «El cachorro de león es inofensivo, e incluso juguetón, pero cuando le crecen del todo las zarpas se torna cruel, y es terrible, y malicioso».

Si bien no contamos con una colección de los dichos de Pope, no por ello se debe concluir que no fuera grato su trato en sociedad, pues a Johnson se le oyó decir que «la más feliz de las conversaciones es aquella de la que nada se recuerda con nitidez, salvo el general efecto de la impresión placentera que causa». El difunto lord Sommerville,^[33] que mucho y muy a fondo conoció tanto la gran vida como una vida rutilante, me dijo que había almorzado en compañía de Pope, y que después del almuerzo el hombrecillo, como él lo llamó, se ventiló una botella de Borgoña y estuvo sumamente alegre y divertido.

No puedo abstenerme de dar a conocer una censura de mi gran amigo por su desatención cuando menos culpable para con un noble señor que, como se ha demostrado, lo trató con insólita cortesía. Dice que «con la excepción de lord Bathurst, ninguno de los nobles amigos de Pope fueron los que un hombre podría desear que la posteridad conociera en su trato íntimo con él».^[c37] No puede esto predicarse de lord Mansfield, quien no había sido aún ennoblecido en vida de Pope, si bien Johnson debiera haber reparado en que lord Marchmont fue uno de sus nobles amigos. Incluye a Su Señoría en la misma acusación que vierte contra lord Bollingbroke, de negligencia con los papeles que dejó Pope en su testamento, cuando lo cierto, como yo mismo le señalé antes de que escribiera la vida del poeta, es que los papeles fueron puestos «al cuidado único y exclusivo de lord Bollingbroke, a menos que éste no me sobreviva», de modo que lord Marchmont no tuvo absolutamente nada que ver con ellos. Publicada la primera edición de las *Vidas*, el señor Malone, cuyo amor y respeto por la justicia es equiparable a su minuciosa exactitud, hizo en mi presencia este mismo comentario a Johnson, si bien omitió la corrección de la afirmación errónea. Si señalo estos particulares es con la certeza de que sólo hubo un olvido comprensible por parte de mi amigo, aunque todo esto lo debo a la buena reputación del conde de Marchmont, quien, si no quedara otro memorial, habrá de ser inmortalizado en uno de los versos que inscribió Pope en su gruta: «y la brillante llamarada atravesó el alma de Marchmont».

Interpretaciones diversas en la «Vida de Pope»: «[Un tanto libre] *De sobra osado* en sus críticas...»; «Todas las alegres [gratas] *variedades* de dicción»; «Capta la imaginación con [mucho mayor] fuerza *más grande*»; «[Probablemente] *De seguro* es la versión más noble de poesía ajena que el mundo ha visto»; «Cada pliego le permitía escribir el siguiente con [menos complicaciones] *más facilidad*»; «Nadie tiene simpatía por las [tristezas del vanidoso] *penas de la vanidad*»; «Había sido [criminal] *menos fácil de excusar*»; «Cuando [amenazaba dejar] *hablaba de dejar* la pluma»; «La sociedad [se llama así, enfáticamente, por oposición] *a lo políticamente regulado, es un estado distinguido “a contrario”* del estado de la naturaleza»; «Una vida ficticia de un [absurdo] *presuntuoso* erudito»; «Una estúpida [falta de respeto] *desestimación* [a] *de los reyes*»; «Sus temores y esperanzas, sus alegrías y sus penas [fueron como las de los demás mortales] *actuaron con fuerza sobre su entendimiento*»; «Ansioso de aumentar el saber y atento a [acumular] *retenerlo*»; «Entendimiento [excursivo] *activo*, ambicioso y aventurero»; «En sus más [nobles] *amplias* búsquedas aún se afanaba en progresar»; «Escribía de tal manera que podía exponerse a pocos [desdenes] *riesgos*»; «[Lo razonable] *La justicia* de mi determinación»; «Un desempeño [predilecto] *deleitoso* para los poetas»; «[Seres] *Fantasmas* más terribles y más poderosos actúan en los procelosos mares»; «El inventor de [estos] *esta* mezquina [seres] *nación*»; «El [espíritu] *corazón* naturalmente ama la verdad».

En la «Vida de Addison» hallamos una molesta relación del préstamo que hizo éste a Steele por valor de cien libras, [\[a nota 54, Vol. IV\]](#) «que reclamó por vía de apremio ejecutivo». En la nueva edición de la *Biographia Britannica* se desmiente la autenticidad de esta anécdota. No obstante, el señor Malone ha tenido a bien proporcionarme la siguiente nota a este respecto:

15 de marzo de 1782

Como son muchas las personas que albergan dudas sobre este punto, recurrí al doctor Johnson con la intención de saber sobre qué autoridad basaba su afirmación. Me dijo que lo había sabido por Savage, que tuvo trato íntimo con Steele, y que le comunicó que Steele le había contado la historia con lágrimas en los ojos. [\[a nota c241, Vol. IV\]](#) Ben Victor, [\[c38\]](#) dijo Johnson, le había informado en idéntico sentido de esta notable transacción, diciéndole que había tenido conocimiento por el señor Wilkes, el comediante, que también era íntimo de Steele. Algunos, en defensa de Addison, han afirmado que «hizo este acto con la mejor voluntad de estimular a Steele y de corregirle en su conducta manirrota, que era lo que le llevaba a verse tan necesitado». «De ser ése el caso —dijo Johnson—, y si sólo hubiese querido alarmar a Steele, después habría devuelto el dinero a su amigo, cosa que no se presume que hiciera». «También esto mismo —añadió— podría haberlo aplicado en su réplica un abogado en defensa de Steele, quien habría alegado que no devolvió intencionalmente el importe de la deuda meramente por ver si Addison llegaba a ser tan mezquino y cicatero de utilizar el proceso legal para recuperarlo. Pero tales especulaciones no tienen fin; no es posible que nos sumerjamos en los corazones de los hombres, si bien sus actos quedan abiertos a la observación de todos».

Le señalé entonces que había quien pensaba que era a tal extremo puro el carácter de Addison que el hecho, aun siendo verdad, debería silenciarse. Él no veía razón de que así fuera. «Si nada debiera mostrarse, salvo la faceta más luminosa de los personajes, deberíamos quedar abatidos, y considerar que es absolutamente imposible imitarlos en nada —observó—. Los escritores sacros relataban por igual los actos virtuosos y viciosos de los hombres, lo cual tenía por efecto moral el impedir que el género humano desesperase, pues de lo contrario habría

caído en la desesperación de modo natural, al no tener el respaldo que presta el recuerdo de que los más grandes cayeron igual que los demás, y mediante la penitencia y la enmienda de sus costumbres vieron restablecido el favor del cielo».

E. M.

El último párrafo de esta nota es de capital importancia; por eso pido a mis lectores que lo consideren con especial atención. En esta obra volveremos a hacer referencia a estas palabras.^[c39]

Interpretaciones diversas en la «Vida de Addison»: «[Pero él fue nuestro primer gran ejemplo] *Fue, sin embargo, uno de nuestros más tempranos ejemplos de corrección*»; «Y [pasan por alto] *desprecian* a sus maestros»; «Sus introducciones eran tales como el [estado] *carácter* de [su tiempo] *sus lectores* hacía [necesario] *aconsejable*»; «Su propósito consistía en [difundir] *infundir* la curiosidad literaria por medio de palabras afables, nada sospechosas [entre] *en* los alegres, los desocupados, los ricos»; «Más bien enmarcadas para quienes [desean aprender] *aprenden* a escribir»; «Domésticas [costumbres] *escenas*».

En su «Vida de Parnell» me extraña que Johnson omitiera la inserción de un epitafio que mucho tiempo atrás había compuesto para ese hombre tan afable, sin haber llegado nunca a ponerlo por escrito, aunque tuvo la bondad, a instancias mías, de dictármelo, de modo que se ha conservado.

HIC REQUIESCIT THOMAS PARNELL, S. T. P.
QUI SACERDOS PARITER ET POETA,
UTRASQUE PARTES ITA IMPLEVIT,
UT NEQUE SACERDOTI SUAVITAS POETÆ,
NEC POETÆ SACERDOTIS SANCTITAS, DEESSET.^[c40]

Interpretaciones diversas en la «Vida de Parnell»: «Unos tres años [después] *más tarde*»; «[No tenía gran necesidad de] *No le era menester* una mejora»; «Pero esta prosperidad *no duró mucho* [quedó nublada por algo que entonces le privó de todo poder de aprovecharse y de disfrutar, la muerte de su esposa, a la cual se dice que lloró con tanto pesar que apresuró su propio fin].^[34] Fuera cual fuese la causa, su fin estaba próximo»; «En *El ermitaño*, la [composición] *narración*, al ser menos ágil, resulta menos placentera».

En la «Vida de Blackmore» vemos que Johnson ha limpiado con generosidad la reputación de este escritor, librándola de la nube de prejuicios que levantó a su alrededor la malicia de los ingenios contemporáneos. En su brioso ejercicio de la justicia lo ha imitado sir Joshua Reynolds a la hora de escribir el elogio de la arquitectura de Vanburgh.^[c41]

Hallamos el carácter del propio Johnson en sus observaciones sobre la

magnanimidad de Blackmore como autor. «Los incesantes ataques de sus enemigos, ya fueran serios, ya jocosos, nunca perturbaron su sosiego, ni tampoco menguaron la confianza que en sí tenía». Johnson, ahora que recuerdo, me dijo una vez, riendo a carcajadas, que tenía entendido que eso mismo se había dicho de él: «Parece que no siente, pero cuando está solo le aseguro que sufre amargamente». Estoy convencido, en la medida en que puede uno estar seguro de cuáles son los verdaderos sentimientos de un hombre, de que disfrutó de la perpetua rociada de flechas hostiles, tomándolas por pruebas de su propia fama.

Interpretaciones diversas en la «Vida de Blackmore»: «[Poner] *Comprometer* la poesía [de parte] *en la causa* de la virtud»; «Asimismo [estableció] *aplicó* la verdad de la Revelación»; «[La bondad] *Benevolencia* vergüenza tenía de favorecer»; «Su práctica, que fue en tiempo [muy amplia] *envidiablemente extensa*»; «Apenas hay un solo destempe de nombre espantoso [del] que no haya [mostrado] *enseñado a su lector* cómo [ha de oponerse] *oponerse con bien*»; «De esta [despreciable] *indecente* arrogancia»; «[Escribió] *Produjo* asimismo una obra de otra especie»; «Al menos [escrita] *compilada* en su totalidad»; «Defectos que muchas lenguas [estuvieron deseosas de] *le habrían apremiado* a publicar»; «Pero si bien [no se había jactado] *no pudo jactarse* de una gran sabiduría crítica»; «[Empleó] *No aguardó* las felicidades de la imaginación»; «O hubo elevado *sus* [entendimiento] *miras* a esa perfección ideal que todo [entendimiento] *genio* nacido a superar está condenado a perseguir siempre sin sobrepasar jamás»; «El [primer gran] principio *fundamental* de la sabiduría y la virtud».

Interpretaciones diversas en la «Vida de Philips»; «Su temible [rival] *antagonista*, Pope»; «[No tienen a menudo mucho] *No están cargados de pensamiento*»; «En sus traducciones de Píndaro, [no se le negará que ha llegado] *encontró el arte de llegar* a toda la oscuridad del bardo de Tebas».

Interpretaciones diversas en la «Vida de Congreve»: «La conversación de Congreve tiene sin duda que haber sido *cuando menos* igual de placentera que sus escritos»; «Al parecer [requiere] *presupone* un conocimiento familiar de muchos personajes»; «Reciprocidad de [sonrisas] *presunciones*»; «El diálogo es veloz y [variado] *chispeante*»; «*Amor por amor*, una comedia [más tomada de] *de más estrecha conjunción con* la vida»; «El carácter general de sus misceláneas es que muestran poco ingenio y [ninguna] *poca* virtud»; «[Tal vez] *Sin duda* carecía del fuego preciso para las más altas especies de la poesía lírica».

Interpretaciones diversas en la «Vida de Tickell»; «[Ansiaba] *Mucho deseó* examinarlo»; «Con [el acceso] *la llegada* del rey Jorge»; «Ficción [antinaturalmente] *torpemente* compuesta de deidades griegas y hadas góticas».

Interpretaciones diversas en la «Vida de Akenside»; «Por [otro] propósito *distinto*»; «[Un furioso] *Un innecesario* y ofensivo celo»; «[Algo que] *Lo que* llamaba y consideraba libertad»; «[Favorecedor de la innovación] *Amante de las contradicciones*»; «[La censura] *Las objeciones* de Warburton»; «Su rabia [por la libertad] *del patriotismo*»; «El señor Dyson con [celo] *ardor* de amistad».

En la «Vida de Lyttelton», Johnson no parece haber estado predispuesto en favor de este noble caballero.^[c42] La señora Thrale insinúa que le ofendió el hecho de que Molly Aston^[c43] manifestara una clara preferencia por Su Señoría antes que por él.^[35] De ninguna manera puedo yo sumarme a la censura que propina Johnson a Su Señoría, al cual llama «el pobre Lyttelton», por haber dado su agradecimiento a los responsables de la *Critical Review*, que habían «recomendado amablemente» sus *Diálogos de los muertos*. Semejante «agradecimiento —dice mi amigo— nunca podrá ser de recibo, ya que ha de pagarse en adulaciones o en justicia». A mi entender, el hombre más recto, cuando ha sido sujeto a una falsa acusación y ha sido declarado inocente, bien puede dedicar una reverencia a su juez. Y cuando quienes son en gran medida los árbitros del mérito literario, pues en grado muy considerable influyen en la opinión pública, reseñan la obra de un autor *placido lumine*,^[c44] cuando mucho me temo que la humanidad en general más se contenta con la severidad, bien puede éste manifestar su agradecimiento por tan servicial cortesía.

Interpretaciones diversas en la «Vida de Lyttelton»: «Halló solaz [y se aplacó] *a su pena* escribiendo un largo poema en recuerdo de ella»; «Producto más bien [de un entendimiento que tiene buenas intenciones y no que piensa con vigor] *parece ser más del ocio que del estudio, más de la efusión que de la composición*»; «Su última [obra] *producción* de carácter literario»; «[Halló el modo de] *Se empeñó en persuadir*».

A modo de introducción a su examen crítico del genio y los escritos de Young, hizo a Herbert Croft, entonces abogado en ejercicio en Lincoln's Inn, hoy clérigo, el honor de adoptar^[c45] una vida de Young escrita por este caballero, que era amigo del hijo del poeta y estaba deseoso de vindicar su personalidad frente a ciertos comentarios erróneos y muy perjudiciales. El escrito del señor Croft fue sujeto a revisión por parte de Johnson, como bien se ve en esta nota escrita a John Nichols.^[36]

Esta vida del doctor Young la escribió un amigo de su hijo. Las tachaduras en negro son supresiones del autor; las que van en rojo son más. Si encuentra algún pasaje más que bien se pueda omitir, no me penará verla más abreviada.

Siempre me ha parecido que tiene un mérito considerable, y que despliega una imitación no desdeñable del estilo de Johnson. Cuando se lo comenté a un hombre de gran eminencia literaria,^[37] se opuso a mi opinión con vehemencia: «No, no, no es

una buena imitación de Johnson; tiene toda su pompa sin un ápice de su fuerza; tiene todas las nudosidades del roble sin tener su fortaleza». Fue una imagen tan feliz que cualquiera habría asegurado que se daría por satisfecho con ella, pero no fue así. Y se estrujó a fondo la sesera antes de añadir, con exquisito tino, «posee todas las contorsiones de la Sibila, pero sin su inspiración».

Croft nos previene muy acertadamente de suponer que Young fuera un hombre de carácter lúgubre, y apunta que «su parroquia estaba en deuda con el buen humor de que hacía gala el autor de los *Pensamientos nocturnos*, al cual debe incluso su salón de asambleas y un verdín para jugar a los bolos». Se cita una carta de un noble extranjero, en la que se dice que era «muy grato en la conversación».

El señor Langton, que lo visitó con frecuencia, me informa que se le notaba en el porte un aire de benevolencia, aunque nunca pudo sonsacarle toda la información que esperaba recibir de alguien que había vivido en estrecho contacto con las mayores luminarias de lo que se ha dado en llamar la Edad Augusta de Inglaterra, y que mostraba un alto grado de curiosidad en lo tocante a los sucesos cotidianos que por entonces se producían, lo cual parecía cuando menos chocante en un hombre de tan gran provisión intelectual, de edad ya avanzada, y que se había retirado de la vida activa con una franca declaración a propósito de la decepción de todas sus expectativas.

Un ejemplo tanto de su talante pensativo como de su temple animado es el que aparece en una anécdota que él mismo relató a Langton cuando ambos paseaban por su jardín. «Aquí —le dijo— puse un bello reloj de sol con la inscripción “*Eheu, fugaces!*”,^[c46] lo cual —añadió con una sonrisa— tristemente tuvo rápida verificación, ya que a la mañana siguiente alguien se había llevado mi reloj».^[38]

Me produce un gran placer observar que, por más que Johnson hablase al desgaire, cuando toma asiento «en calidad de juez ardiente y celoso de la confianza que inspira, listo para pronunciar su veredicto»^[c47] sobre las excelentes obras de Young, les otorga la gran alabanza a la que tienen derecho pleno. «*La Pasión universal* —dice— es sin duda una gran obra: tienen los dísticos el peso del sentimiento sólido, y sus agudezas son tan punzantes como las verdades a las que nada se resiste».

Ahora bien, mucho me angustiaba la opinión de Johnson sobre los *Pensamientos nocturnos*, que estimo uno de los conjuntos de poemas más grandes que nunca haya producido el genio humano, y me deleitó leer esta descripción de dicha obra: «En sus *Pensamientos nocturnos* ha hecho un amplio despliegue de poesía original, entreverado de hondas reflexiones y alusiones pasmosas: una auténtica selva del pensamiento en la que la fertilidad de la imaginación esparce flores multicolores, que desprenden todos los aromas. Es uno de los pocos poemas en los que no podría cambiarse el verso blanco por la rima sino con gran desventaja». Y, después, dice: «No se puede destacar algunos versos en concreto: su poderío está en el conjunto, y en esa totalidad hay una magnificencia tal como la que se atribuye a las plantaciones

de China, la magnificencia de la vastedad en la extensión y la diversidad inagotable».

Ahora bien, este poema contiene no sólo todo lo que Johnson con tanta claridad expone, sino también un poder de patetismo que casi supera cualquier otro ejemplo que yo pueda conocer. Quien no sienta un estremecimiento de los nervios y el corazón traspasado en muchos de los pasajes de esta obra extraordinaria, particularmente el que más nos afecta, en el que se describe el tormento gradual que se sufre en la contemplación de un objeto por el que se tiene un gran apego y afecto disolverse visible e ineludiblemente en la putrefacción, ha de ser de hechura encallecida y obstinada.^[c48]

A todas las excelencias de los *Pensamientos nocturnos* permítaseme añadir una muy grande y particular, y es que contiene no sólo los más nobles sentimientos de virtud y la contemplación de lo inmortal, sino también el sacrificio cristiano, la divina propiciación, con todas sus interesantes circunstancias y consuelo ofrecido a un «espíritu herido», expuesto con poética solemnidad, y con imágenes y lenguaje que no pueden dejar de mover a exaltación, así como sosiega a los piadosos de verdad. No hay libro que pueda recomendarse a los jóvenes con mayores esperanzas de que madure su entendimiento en la *religión vital* que los *Pensamientos nocturnos* de Young.

En la «Vida de Swift» tengo la impresión de que Johnson esgrime ciertos prejuicios adversos a ese hombre extraordinario, del que ya he tenido ocasión de hablar en otra parte. Thomas Sheridan los achacaba a la presunta aprensión, por parte del doctor Johnson, de que Swift no fue suficientemente activo en procurarle un título universitario en Irlanda cuando le fue solicitado,^[39] aunque de esto no hay pruebas suficientes; no quisiera yo acusar a Johnson de un modo injusto sólo porque no tuviera en demasiada estima las obras de este autor, como sí lo he hecho yo desde mi juventud. Sin embargo, salta a la vista que no lo miraba de un modo favorable, así sea solamente por el pasaje que se refiere a la práctica de ahorro que tenía Swift como algo «primero ridículo, y a la postre detestable»; sin embargo, luego de un somero examen de las circunstancias, se ve obligado a reconocer que «tal vez parezca que sólo prefería una manera de gastar antes que otras, y que ahorraba meramente para tener algo que dar».

Hay una observación que hace Johnson a propósito de Swift y que debería inculcarse a menudo:

Puede en justicia suponerse que había en su conversación lo que tantas veces aparece en sus cartas, una afectación de familiaridad con los poderosos, una ambición de igualdad momentánea, buscada y disfrutada con el descuido de esas ceremonias que la costumbre ha establecido en forma de barreras entre quienes pertenecen a un orden de la sociedad y quienes son de otro. Esta transgresión de la convención regular era tenida por él mismo y sus admiradores como grandeza de espíritu, aunque un gran intelecto desdeña el ostentar cualquier cosa por cortesía ajena, y jamás usurpa, por lo tanto, lo que alguien podría legítimamente reclamar. Quien invade la dignidad de otro se pone al alcance de su poder, por lo que se ha de ver o bien repelido con indignación ineludible, o bien tolerado con clemente condescendencia.

Interpretaciones diversas en la «Vida de Swift»: «Cabe persuadir a la caridad para

que entienda que se puede escribir de un hombre de peculiar [opinión] *carácter* sin que medie mala intención»; «No lo [censuró] *desmintió*»; «[A] *por* aquellos a cuya bondad no es improbable que [adeudara] viera mejorar su sinecura»; «[Con] *De cara a* este propósito, recurrió al señor Harley»; «Sharpe, al cual [representa] *describe* como “inofensivo peón del odio ajeno”»; «Harley era lento [por irresuelto] *porque dudaba*»; «Cuando no [eran muchos los lectores] *éramos aún una nación de lectores*»; «[Todos los] *El que pudiera decir* que lo conocía»; «Todo hombre de contrastada influencia recibe muchas [más] solicitudes [de las que] *que* [puede] *no puede* atender, de modo que por fuerza ha de ofender a más de los que [puede gratificar] *gratifica*»; «[Prebendas] *Beneficios* eclesiásticos»; «Swift [se procuró] *apañó* una entrevista»; «[Como escritor] *En sus obras* ha dado muestras diversas...»; «En todas las ocasiones al uso por lo común [asume] *afecta* un estilo de [superioridad] *arrogancia*»; «Mediante la [omisión] *negligencia* de tales ceremonias»; «Que sus méritos colmaban el mundo [y] *o que* no había [lugar para] *esperanza de muchos otros*».

Al hacer estos contados comentarios no me he seguido el orden de las *Vidas de los poetas*. En la publicación original se observa, en efecto, un orden bien distinto, al igual que sucede en la compilación de las *Obras* de Johnson. Y caso de que se objetara que muchas de mis variadas interpretaciones no son dignas de consideración, quienes hagan la objeción tendrán el gusto de reparar en que esos pequeños particulares son para quienes tienen agudeza crítica en la composición, a los cuales parecerá la selección aceptable.

Las *Anécdotas* de Spence, que se citan y refieren a menudo en las *Vidas de los poetas*, constan de una colección manuscrita, recopilada por el reverendo Joseph Spence, que contiene un buen número de particulares sobre hombres ilustres. A cada nombre se adjunta el nombre de la persona bajo cuya autoridad se incluye. Esta valiosa colección es propiedad del Duque de Newcastle, el cual, tras mediar la solicitud de sir Lucas Pepys, tuvo el placer de permitir que se pusiera en manos de Johnson, quien lamento pensar que hizo una penosa devolución del favor. «De gran ayuda —dice— me ha sido la colección de Spence, cuya comunicación considero un favor que bien merece público reconocimiento», aunque no consigna con quién está en deuda, de modo que ese reconocimiento no es el apropiado para Su Excelencia.

Así como el mundo en general manifestó gran admiración por las *Vidas de los poetas* de Johnson, hubo estrechos círculos en los que se avivó el prejuicio y se aventó el resentimiento, y desde los cuales se le atacó de distinta manera.^[40] Algunos *whigs* virulentos le achacaron su injusticia para con Milton; algunos hombres de Cambridge afirmaron que había despreciado a Gray; su manera de expresar con libérrima dignidad lo que en verdad pensaba de George, lord Lyttelton, ofendió a ciertas amistades de este noble, y en concreto propició una declaración de guerra por parte de la señora Montagu, la ingeniosa autora del *Ensayo sobre Shakespeare*, entre

la cual y Su Señoría hubo un copioso comercio de cumplidos tiempo atrás.^[c49] En esta guerra, las pequeñas potencias que se aliaron con él se vieron como es natural obligadas a entrar en liza, al menos a la defensiva, y de este modo me vi yo, por ejemplo, excluido del disfrute del «festín de la razón», como lo describiera el señor Cumberland con pluma afilada y cortante, aunque justa y delicada, en su *Observador*.^[c50] Estos mínimos contratiempos no produjeron en Johnson la menor alteración. Con nobleza, cuando le hablé del débil si bien agudo clamor de protesta, dijo así: «Señor, considero que se me ha confiado una determinada porción de la verdad. He dado mi opinión sinceramente; ahora, que demuestren ellos en qué creen que me equivoco».^[c51]

Mientras mi amigo es contemplado en el esplendor que se desprende de su última obra, tal vez la más admirable de todas, quiero presentarlo en propiedad como corresponsal nada menos que de Warren Hastings, un hombre cuya consideración añade dignidad incluso a Johnson; un hombre cuya capacidad en múltiples terrenos era comparable a su poder, y que quienes tienen la fortuna de haberlo conocido en la vida privada admiran por sus conocimientos y gusto literario y aman por su candor, su moderación y la mansedumbre de su carácter. Si fuera yo capaz de rendirle apropiado tributo de admiración, no lo aplazaría siquiera un momento,^[41] mientras no sea posible que se me tenga por sospechoso de incurrir en adulación interesada. Pero es de ver qué débil sería mi voz si se comparara a la de los millones de ciudadanos a los que ha gobernado. Su condescendiente y altísima docilidad a mis solicitudes reconozco aquí con humildad y gratitud, y si bien al publicar en este punto la carta que me escribiera acompañando su valiosa comunicación rindo eminente honor a mi gran amigo, no tendré de ningún modo en consideración ninguna sugerencia envidiosa acerca de que, como en cierta medida participo del honor, tenga yo al mismo tiempo a la vista la gratificación de mi propia vanidad.

A James Boswell

Park Lane,
2 de diciembre de 1790

Señor,

me he librado por fortuna del suspense de verme abocado a una dilatada búsqueda, a la cual, en cumplimiento de mi promesa, había reservado esta mañana, pues he dado con el objeto de la misma entre los primeros papeles a los que eché mano: la veneración que tengo por su gran y buen amigo el doctor Johnson, y el orgullo, o incluso un sentimiento mejor, que me invade al poseer estos recuerdos de su buena voluntad hacia mí, me han inducido a atarlos en un fardel que contiene otros papeles selectos, y que en su día etiqueté con los títulos que les corresponden. Son sólo tres cartas, que son, creo, cuantas recibí del doctor Johnson. Una de ellas, escrita por cuadruplicado y fechada de acuerdo con sus respectivos despachos, ya se ha hecho pública,^[c52] aunque no porque la haya comunicado yo. Sin embargo, se la adjunto con las demás que tengo ahora el placer de enviarle para el uso al que, según me informó usted, desea destinarlas.

Mi promesa tenía por condición que si las cartas contuviesen cualquier cosa por la cual resultara impropio ponerlas ante los ojos del público, usted no las utilizaría. Tendrá usted la bondad, estoy seguro, de disculparme que recuerde este convenio, pues no quisiera yo parecer negligente ante la obligación que comporta siempre la confidencia epistolar. Reservándome ese derecho las he vuelto a leer con escrupulosa atención, pero no veo en

ellas ningún motivo, sobre esa base, para retenerlas e impedirle su uso. Ahora bien, si no sobre esa base sí sobre otra, reconozco que me siento un poco, sólo un poco reacio a desprenderme de ellas: me refiero a mi propia credibilidad, pues temo que se resienta a tenor de la información que en ellas se transmite, al saber que ya en esa fecha tan temprana obraban en mi poder instrucciones tan valiosas para emplear de forma benéfica la influencia de mi cargo anterior, y porque pueda parecer que apenas me serví de las mismas. Poco importa al mundo saber si podría, en caso de necesidad, defenderme de tal imputación. Sólo tengo en cuenta el efecto que estas reliquias pueden surtir consideradas como prueba de las virtudes de su autor, y convencido de que se verá que son despliegue de una efusión poco corriente en una amistad particular y de un intelecto siempre atento a la mejora y ampliación de conocimientos útiles, amén de solícito a los intereses de la humanidad toda, me someto de buen grado al pequeño sacrificio de mi fama con esta contribución al esclarecimiento de tan grande y venerable personaje. No podría dárseles mejor aplicación que confiándolas a sus manos. Permítame, con esta ofrenda, inferir de ella una prueba de la muy alta estima que tiene el honor de profesarle, señor, su más obediente y más humilde servidor,

WARREN HASTINGS

P. S. En algún momento futuro, cuando ya no tenga necesidad de recurrir a estos papeles, le estaré muy agradecido si tiene a bien devolvérmelos.

La última de las tres cartas que con tanta amabilidad fueron puestas en mis manos, y que, como queda dicho, ya se ha publicado, corresponde a este año, pero antes insertaré las otras dos, de acuerdo con su orden cronológico. Forman un grupo de peso en este mi cuadro biográfico.

Al honorable Warren Hastings

30 de marzo de 1774

Señor,

aunque tengo muy escaso conocimiento personal de usted, es suficiente para que desee aumentarlo, y aunque ahora haga ya mucho tiempo desde que me honró usted con su visita, fue demasiado el placer para haberlo olvidado. Nadie desea que le olvide aquél a quien recuerda con agrado, por lo cual no puedo pasar por alto esta ocasión de revivir en su memoria, por medio de una carta que recibirá usted del señor Chambers,^[42] un hombre cuya pureza en el trato y vigor de intelecto bastan para recibir de grado todo aquello que nos traiga.

Que ésta es la única razón de que le escriba resultará al punto evidente por lo inservible de mi carta de cara a cualquier otra finalidad. No tengo pregunta que formularle, y no por carecer de curiosidad sobre el estado pretérito o presente de las regiones en que se ha visto activo todo el poder y el esplendor del muy extendido imperio, y que, cual si fuera por la concesión de una muy natural superioridad, surten al resto del mundo de todo cuanto pueda el orgullo desear y pueda disfrutarse con el lujo. Pero el conocimiento que tengo yo de ellas es demasiado exiguo para proveerme de adecuados temas de indagación; sólo me cumple, pues, manifestar mi deseo de información, y concebir la esperanza de que un intelecto tan preparado para albergarlo todo, como es el suyo, halle un rato de asueto entre las múltiples ocupaciones de su muy importante cargo para indagar acerca de las muchas cuestiones que el mundo europeo, o no considera, o colige a lo sumo con inteligencia deficiente y con inciertas conjeturas. Albergaré por tanto la esperanza de que, quien una vez trató de incrementar el saber de este país con la introducción de la lengua persa,^[c53] examine con tino las tradiciones e historias de Oriente; que repase las maravillas de sus edificios antiguos, que recorra los vestigios de sus ciudades en ruinas y que, a su regreso, conozcamos todos las artes y opiniones de una raza humana de la que hasta la fecha es bien poco lo que nos ha aprovechado.

Usted, señor, no necesita que yo le diga cuánto podría ganarse con su atención y patrocinio de la ciencia experimental y de la historia natural. Hay artes de manufactura que se cultivan en los territorios que usted preside, y que aquí se conocen de manera imperfecta, tanto por los propios artífices como por los filósofos. De los productos naturales, animados e inanimados, apenas se sabe nada, a tal punto que nuestros libros, mucho me temo, están llenos de conjeturas y patrañas acerca de cosas que cualquier campesino de la India conoce por experiencia propia.

Mi primer deseo sería ver muchas de esas cosas; el segundo, conocerlas por medio de las relaciones que un hombre como usted es plenamente capaz de hacer y de dar.

Como no poseo la destreza precisa para formular las preguntas apropiadas, tampoco tengo acceso a los grandes hombres que podrían permitirme enviarle a usted información política. De las agitaciones de un gobierno trastornado y las cuitas de un Primer Ministro debilitado^[c54] sin duda se habrán tomado las medidas oportunas para ponerle al corriente con mayor exactitud de la que yo podría obtener. Si tiene usted la inclinación de interesarse mucho en tales transacciones públicas, no es un infortunio que se halle tan lejos de donde acontecen.

Que la literatura no nos olvida del todo, y que no se descuida aún su lengua favorita, podrá comprobarlo por el libro que le envió,^[43] y que mucho me habría complacido hacerle llegar encuadernado, cosa que si no hice fue por la premura del tiempo. Le ruego, sin embargo, que lo acepte de un hombre muy deseoso de granjearse su respeto, y que me tiene por capaz de satisfacerle en cualquier asunto de más peso no deje de emplearme en ello.

Me dispongo ahora a despedirme, quién sabe si por muchísimo tiempo, de mi amigo el señor Chambers. El hecho de que se vaya a vivir allí donde usted gobierna tal vez alivie la pena de la despedida; la esperanza de volverles a ver a ambos, que no estoy dispuesto a permitir que se mezcle con la duda, por el momento tendrá que consolar^[c55] como buenamente pueda, señor, a su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

20 de diciembre de 1774

Señor,

al tener conocimiento de que al zarpar un navío existe la oportunidad de escribir a Bengala, me siento reacio a perder mi sitio en su memoria por mi propia negligencia, por lo cual me tomo la libertad de recordarle mi existencia enviándole un libro que aún no se ha publicado.

Últimamente he visitado una región menos recóndita y menos ilustre que la India, que me brindó sin embargo algunas ocasiones para la especulación. Cuanto se me ha ocurrido lo he puesto en este volumen^[44] que le ruego acepte.

Los hombres que ocupan cargos como el suyo rara vez reciben regalos totalmente desinteresados; recibido pues mi libro, permítame extenderle mi petición.

Hay, señor, en algún puesto de su gobierno un joven aventurero llamado Chauncey Lawrence, cuyo padre es uno de mis amigos más antiguos. Tenga la bondad de mostrar a este joven cuál es la actitud adecuada, tanto cuando se requiera restricción como cuando necesite ánimo y estímulo de su favor. Su padre es ahora presidente del Colegio de Médicos, hombre venerable por su saber, y más venerable por su virtud.

Le deseo un próspero gobierno y un feliz regreso, así como un largo disfrute de abundancia y sosiego. Soy, señor, su más obediente y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

9 de enero de 1781^[c56]

Señor

en medio del tráfigo y la trascendencia de los asuntos a que su alto cargo le compromete, me tomo la libertad de reclamar su atención por un instante sobre la literatura, aunque no prolongaré la interrupción con una disculpa que por su carácter considero innecesaria.

El señor Hoole, caballero desde antaño conocido y estimado en la Casa de India, luego de haber traducido a Tasso,^[c57] ha emprendido idéntica labor con Ariosto. Ya ha demostrado con holgura cuán ducho es en la tarea. Está deseoso, señor, de contar con el favor de usted en la promoción de sus propuestas; me halaga al suponer que mi testimonio pueda ser favorable a sus intereses.

Es una novedad que un funcionario de la Casa de India traduzca poesía; es novedad que un gobernador de Bengala patrocine la erudición. Que encuentre él recompensa a su ingenio, y que el saber florezca bajo el manto de su protección, es, señor, deseo de su más humilde servidor,

Le escribí en febrero, quejándome de haberme sentido contrariado por la recurrencia con que se me presentaba la desconcertante cuestión de la libertad y la necesidad, y comentándole que tenía la esperanza de volver a verlo pronto en Londres.

A James Boswell

14 de marzo de 1781

Querido señor,

tenía yo la esperanza de que se hubiera sacudido usted de encima toda esa hipocresía a cuento de sus desdichas. ¿Qué se le ha perdido a usted con la libertad y la necesidad? Mejor dicho, ¿qué se le ha perdido, si no es el morderse la lengua a ese respecto? No dude siquiera un instante de que mucho me alegrará verle por aquí de nuevo, pues todo en usted me inspira un gran cariño, salvo esa afectación de zozobra.

He terminado por fin mis *Vidas*. Y le tengo bien guardados todos los materiales, en el mayor de los desórdenes, para que durante mucho tiempo se entretenga clasificándolos como mejor estime. Venga a verme, querido Bozzy, y seamos tan felices como podamos. Volveremos a la Mitra, hablaremos de los viejos tiempos. Soy, querido amigo, su afectuoso servidor,

SAM. JOHNSON

El lunes 19 de marzo llegué a Londres, y el martes día 20 le encontré paseando por Fleet Street, o más bien discurriendo y dejándose llevar, pues su muy peculiar manera de caminar queda así descrita de forma tan pintoresca como ajustada en una breve *Vida*^[45] publicada al poco de su muerte: «Cuando caminaba por la calle, por su constante cabeceo, y por el concomitante movimiento del cuerpo, parecía que avanzara de ese modo, con independencia de lo que hicieran sus pies». Resulta fácil de dar por cierto que muy a menudo la gente se le quedara mirando cuando avanzaba de esa guisa, pero podía resultar no muy saludable burlarse de una persona de su robustez. Langton lo vio un día, en un momento en que estaba completamente abstraído, tirar al suelo de un topetazo la carga que llevaba un mozo de cuerda a la espalda y seguir con paso vivaz sin percatarse de lo que había hecho. El mozo montó en cólera, pero se quedó quieto donde estaba y vio la inmensa figura alejarse con gran seriedad, hasta quedar convencido de que lo más prudente era no meterse donde no le llamaba nadie y seguir por su camino con su carga a la espalda.

Nuestro encuentro accidental en la calle, tras una larga separación, fue una grata sorpresa para los dos. Se apartó conmigo a Falcon Court y amablemente me preguntó por mi familia. Y como los dos andábamos con prisa por llegar a sitios distintos, le prometí visitarle al día siguiente; me dijo que tenía un compromiso para salir temprano. «¿Temprano, señor?». JOHNSON: «Caramba, señor: las mañanas en Londres no van de acuerdo con el sol».

Le visité por la tarde y me hizo entrega de una gran parte del manuscrito original

de sus *Vidas de los poetas*, que había conservado para mí.

Al visitar a su amigo, el señor Thrale, descubrí que se hallaba muy enfermo, y que se había trasladado, supongo que a instancias de la propia señora Thrale, a una casa de Grosvenor Square. Me apenó verle con tan triste aspecto.

Me dijo que ahora podría tener yo el gusto de ver al doctor Johnson beber vino de nuevo, pues de un tiempo a esta parte había vuelto a consumirlo. Cuando se lo dije a Johnson, repuso: «Lo bebo a veces, así es, pero no en sociedad». La primera velada que pasé con él en casa de los Thrale observé que se sirvió una gran cantidad de vino en un vaso y que lo trasegaba con voracidad. Todo en sus modales y carácter era enérgico e incluso violento; nunca tuvo ninguna moderación; ayunó muchos días; durante muchos años se abstuvo de consumir vino, pero cuando comía, comía con gran avidez; cuando bebía vino, bebía a espuestas. Era muy capaz de practicar la abstinencia, pero no la templanza.

La señora Thrale y yo tuvimos una discusión sobre si era Shakespeare o Milton quien había dibujado el retrato más admirable de un hombre.^[46] Yo me decanté por el primero; la señora Thrale, por Milton; tras justa audiencia de ambos, Johnson se pronunció a favor de mi opinión.

Le hablé de una de las juguetonas salidas de Burke contra el deán Marlay: «No me gusta el título de deán de los Helechales; suena a título baldío». «Al doctor Brezal no le va mal», apostillé. Johnson se rió, y condescendió a entrar en ese mismo humor vano y pretencioso, pues propuso «doctor Musgo».

«La señora Montagu —dijo— me ha retirado el saludo. Es curioso, señor, pues hay personas a las que uno de buena gana retiraría el saludo, si bien no le agrada que sean ellas quienes se lo retiren». Ciertamente se envanecía de la sociedad de las damas, y era muy capaz de resultarles muy grato de tratar siempre y cuando se lo propusiera. Sir Joshua Reynolds en esto estuvo de acuerdo conmigo. El señor Gibbon, con su desdeñosa mueca de costumbre, lo puso en duda tal vez resentido porque Johnson había hablado alguna vez de su propia fealdad,^[c58] cosa que no diría uno que a un filósofo pudiera importarle. El deán Marlay observó con ingenio: «Una dama puede envanecerse cuando sabe convertir a un lobo en un perrillo faldero».

Las elecciones de Ayrshire, mi condado, fueron en la primavera sometidas a investigación ante un comité de la Cámara de los Comunes. Fui uno de los defensores del miembro imputado, y me tomé la libertad de exponer previamente ante Johnson una serie de puntos en litigio, que él nunca dejó de ver con toda claridad, además de proporcionarme algunas útiles sugerencias. Me dictó la siguiente nota acerca del registro de la propiedad:

Todas las leyes se hacen en beneficio de la comunidad; lo que legalmente se haga, legalmente ha de quedar registrado, con el fin de que se conozca cuál es el estado de las cosas, y si pruebas se precisan, de pruebas se disponga. Por este motivo, la obligación de enmarcar y establecer un registro legal se aplica mediante penalidad legal, que estriba en la falta de esa perfección y esa plenitud del derecho que proporciona un registro. De ello se sigue que ésta no es una objeción meramente legal, pues la razón en la que se sustenta la ley es que sea equitativa, de modo que se trata de una objeción no menos equitativa.

Sobre este punto —añadió— debe usted abundar cuando tome la palabra ante el comité. Allí no debe exponer sus argumentos como si se hallara en una universidad, pues un argumento cerrado no recabará la atención de los presentes. Es preciso que diga la misma cosa una y mil veces, aunque con distintas palabras. Si la dice una sola vez, se les pasará por alto en un momento de desatención. Es injusto, señor, censurar a los abogados por multiplicar sus palabras cuando exponen sus argumentos, ya que muy a menudo les resulta necesario ser prolijos.

Su concepto del deber, en el caso de un parlamentario que ha de estar presente en un comité electoral,^[c59] era sumamente exigente; cuando le explicaron que un caballero^[c60] presente en uno de tales comités se pasaba buena parte de las sesiones leyendo los periódicos y el resto durmiendo, mientras el consejo examinaba los méritos y deméritos de una votación, y a modo de excusa, al exigirle el presidente explicación de su conducta, tuvo la torpeza de contestar: «Ya tenía tomada mi resolución sobre el caso», con gran indignación y desprecio Johnson replicó: «Si era tan bribón que tenía una decisión tomada sobre el caso sin atender a los argumentos, no tendría que haber sido tan patán para reconocerlo abiertamente». «Entiendo —dijo el señor Dudley Long, hoy North— que el doctor ha mostrado a las claras que era tan malandrín como patán».

La profunda reverencia que Johnson profesaba por la jerarquía lo llevaba a dar por supuesto en los obispos el más alto grado del decoro que quepa contemplar; le ofendía incluso el hecho de que visitaran las tabernas. «A un obispo —dijo— no se le ha perdido nada en una casa de borrachines. No es que sea inmoral que acuda a una taberna; tampoco sería inmoral en él que se pusiera hecho un basilisco en Grosvenor Square. Pero caso de que lo hiciera, yo por mi parte espero que los mozos se le echen encima y le den una buena tunda. Hay distintos grados en la conducta de las personas; está la moralidad, la decencia, el decoro. Ninguno de éstos debiera ser vulnerado por un obispo. Un obispo no debería estar presente en una casa en la que pueda encontrarse con un jovenzuelo que se lleva de ganchete a una moza». BOSWELL: «Pero es de ver, señor, que no todas las tabernas admiten la presencia de las mujeres». JOHNSON: «Le aseguro, señor, que cualquier taberna admitirá a un hombre bien trajeado y a una mujer bien vestida; es posible que no admitan a una mujer a la que vean todas las noches pasar por delante de la puerta. Pero un hombre bien trajeado puede llevar cuando quiera a una mujer bien vestida a cualquier taberna de Londres. En las tabernas se vende carne y bebida, y se las venderán a todo el que pueda comer y beber. Es como si usted dijera que un mercero no está dispuesto a vender sus sedas a una mujer de la ciudad».

Tampoco veía con buenos ojos que los obispos acudieran a las verbenas, o que permanecieran en ellas más tiempo del necesario, de modo que su presencia dejara de suscitar el debido respeto. Señaló a un obispo en particular. «Bah —dijo la señora Thrale—, el Obispo de ———^[c61] nunca ha dejado de acudir a una jarana». BOSWELL: «Cuando un obispo se pone en una situación en la que no se distingue su carácter, y no se hace respetar, degrada la dignidad de su cargo». JOHNSON: «Señora, el señor Boswell lo ha expresado con toda claridad y corrección».

Johnson no sólo exigía de los dignatarios de la Iglesia un particular decoro y una delicadeza exquisita de conducta; con justicia consideraba que los clérigos, por ser personas apartadas del común y entregadas al sagrado oficio de servir ante el altar, cuyo cometido es imprimir en el entendimiento de los hombres la reverencial preocupación por un futuro estado, debieran ser en todo más serios que la humanidad en general, y mostrar una adecuada compostura en su comportamiento. El debido concepto de la dignidad de su profesión, independientemente de otros motivos más elevados, les impedirá perder la distinción que deben mostrar rebajándose a un trato social indiscriminado; está claro que si no afectan esta diferencia, su consideración disminuye a ojos de quienes ellos creen complacer, cuando en cambio los hacen sentir mortificados.

Johnson y su amigo Beauclerk estuvieron una vez en compañía de varios clérigos y prebendados, quienes dieron en suponer que parecería mayor su ventaja si adoptasen la laxa chocarrería de los hombres de mundo, que, como cabe suponer en casos semejantes, llevaron a extremos muy ruidosos. Johnson, quien supusieron que se entretendría de este modo, permaneció callado y con semblante serio durante un buen rato. Por fin, volviéndose a Beauclerk, le habló así, y por cierto que no fue en un susurro: «Tanto y tan estridente jolgorio entre los párrocos es altamente ofensivo».

Incluso el atuendo de un clérigo ha de estar acorde con su carácter de tal, y nada es más despreciable que la presunción con que intentan algunos disimular la apariencia del orden clerical, intentos que son tan ineficaces como penosos. El doctor Porteus, hoy Obispo de Londres, en el cargo que con excelencia ocupó al frente de la diócesis de Chester, con justeza muestra su animadversión sobre este punto, y observa de un reverendo currutaco que, «a lo sumo, no pasará de ser medio galán».

Addison, en el *Spectator*, nos ha dado un espléndido retrato de un clérigo que presuntamente es miembro de su club; Johnson, por su parte, ha expuesto un modelo en el personaje del señor Mudge,^[a nota 58, Vol. IV] que ha escapado a los recopiladores de sus obras, pero cuya autoría ante mí reconoció, y que en efecto mostró a sir Joshua Reynolds en la época en que lo tuvo escrito. Ostenta los rasgos genuinos del mejor estilo de Johnson, y reza como sigue:

El reverendo señor Zacariah Mudge, Prebendado de Exeter y vicario de St. Andrew, en Plymouth; hombre tan eminente por sus virtudes como por sus capacidades, y a un tiempo amado como compañero y reverenciado como predicador. Tuvo una curiosidad general, a la que ninguna clase de saber es indiferente o superfluo; tuvo esa general benevolencia por la que ninguna clase de hombres es objeto de odio o desprecio.

Sus principios tanto de pensamiento como de acción fueron amplios y exhaustivos. Mediante un solícito examen de las objeciones, mediante una juiciosa comparación de los argumentos en liza, alcanzó lo que la indagación nunca otorga, pero sí está en manos de la industria y la perspicacia, esto es, una firme e inquebrantable convicción. Ahora bien, su firmeza carecía de aspereza, pues, sabedor de lo difícil que es dar a veces con la verdad, no le extrañaba que muchos no la hubieran hallado.

El curso general de su vida lo determinó su profesión; estudió los volúmenes sacros en sus lenguas originales, con diligencia y éxito de los que sus *Notas sobre los salmos* dan cumplida prueba. Quiso en su día añadir el conocimiento del árabe al hebreo, pero al hallar que sus pensamientos se distraían demasiado de otros estudios al cabo de un tiempo desistió de este propósito.

Su cumplimiento de los deberes parroquiales fue ejemplar. Cabe deducir cómo compuso sus *Sermones* a partir del excelente volumen que ha dado al público; en cambio, su manera de transmitirlos sólo la conocerán quienes le

oyeron, pues la forma en que comparecía en el púlpito no se presta con facilidad a palabras que la describan. Su desempeño, aunque pleno de soltura, no pecaba de negligencia; aunque potente, no caía en turbulencias; desdeñaba las angustiosas lindezas del énfasis, el laborioso artificio de la acción, y cautivaba al oyente con su natural dignidad, encandilando a los perezosos, traspasando a los volátiles, concentrando el entendimiento en la materia, sin dirigirlo al orador.

La grandeza y la solemnidad del predicador no estorbaron su conducta en general; en las mesas de sus amigos fue un compañero comunicativo y atento, sin afectación, siempre de buen ánimo, viril en su viveza, deseoso de complacer y fácil de ser complacido. Su trato se solicitaba de manera universal, y su presencia no fue óbice al disfrute de lo que la religión no vedase. Aunque estudioso, fue popular; aunque polemista, fue modesto; aunque inflexible, fue sincero; aunque metafísico, fue ortodoxo.^[47]

El viernes 30 de marzo almorcé con Johnson en casa de sir Joshua Reynolds. Estuvieron presentes el Conde de Charlemont, sir Annesley Stewart, el señor Eliot de Port-Eliot, el señor Burke, el deán Marlay, el señor Langton. Fue un día sumamente agradable, del que lamento no haber preservado todas las circunstancias que se dieron; es de todos modos irracional exigir tal profusión de momentos felices.

El señor Eliot, con quien había viajado el doctor Walter Harte, nos habló de su *Historia de Gustavus Adolphus*, de la que dijo que era un muy buen libro en su traducción alemana. JOHNSON: «Harte era excesivamente vanidoso. Puso sendas copias manuscritas de su libro a disposición de lord Chesterfield y lord Granville para que éstos lo revisaran. Qué absurda suposición, pensar que dos nobles como ellos iban a revisar un manuscrito tan voluminoso.

¡Pobre hombre! Se ausentó de Londres el día mismo en que se publicó su libro para no verse abrumado por los grandes elogios que había de cosechar, y pasó una gran vergüenza a su regreso, al comprobar qué mala acogida había tenido. Fue mala suerte que se pusiera en circulación el mismo día que la *Historia de Escocia*, de Robertson. La agricultura, en cambio, se le da muy bien».^[c62] BOSWELL: «Pues si era más apto para esas tareas que para la historia heroica, hizo bien cuando trocó la espada por la reja del arado».

El señor Eliot hizo mención de un curioso licor que es particular de su tierra, y que beben los pescadores de Cornualles. Lo llaman «caoba», y consta de dos partes de ginebra y una de melaza, bien revueltas y mezcladas. Rogué que se preparase un poco, cosa que hizo Eliot con habilidad. Me pareció un muy buen licor, y dije que era la contrapartida del Athol Porridge de las Tierras Altas de Escocia, que es una mezcla de whisky y miel. Dijo Johnson que «debe de ser mejor licor que el de Cornualles, ya que ambos ingredientes son mejores». También comentó que «“caoba” debe de ser un nombre moderno, pues aún no hace mucho que la madera de caoba era desconocida en este país». Recordé su jerarquía para los licores: clarete para los mozos, oporto para los hombres, brandy para los héroes. «En tal caso —dijo Burke—, a mí que me den clarete; me encanta ser un mozo, tener la alegre despreocupación de la juventud». JOHNSON: «También yo bebería clarete si me produjera ese efecto, pero no es así: ni hace hombres a los mozos, ni mozos a los hombres. Se ahogará usted en clarete antes de que le surta el menor efecto».

Me aventuré a mencionar un ridículo párrafo aparecido en los periódicos, según el cual el doctor Johnson había empezado a tomar lecciones de danza con Vestris.^[c63] Lord Charlemont, deseoso de incitarle a hablar, propuso en voz baja que se le preguntase si era cierto. «¿Se lo pregunto yo mismo?», insistió Su Señoría. Nos mostramos por abrumadora mayoría a favor del experimento, a lo cual Su Señoría, con gravedad y aire cortesano, dijo: «Le ruego, señor, nos diga si es cierto que toma lecciones con Vestris». Fue algo sumamente arriesgado; hizo falta la osadía de un general de voluntarios irlandeses para lanzarse de ese modo al ataque. Johnson se sobresaltó, y contestó con gran acaloramiento: «¿Cómo es posible que me pregunte Su Señoría semejante simpleza?». Reponiéndose del pasmo, y con más aplomo, fuera por reticencia a caer en el engaño, por no querer dar la impresión de que había mordido el anzuelo, o porque estaba realmente de buen humor, siguió el hilo de la broma: «Pues no, señor, pero si alguien diera en replicar a ese párrafo, y en contradecirlo, tendría yo lista mi respuesta, y diría que quien lo desmintiera no es amigo de Vestris ni mío. ¿Por qué no iba el doctor Johnson a adornar sus muchas cualidades con un poco de agilidad corporal? Sócrates aprendió a bailar a edad muy avanzada, Catón aprendió griego ya en su senectud. Podría seguir diciendo que el tal Johnson, no contento con bailar pie a tierra, aprendía a bailar en la cuerda floja, con lo cual podrían presenciar las piruetas de un elefante equilibrista. Hubo un noble^[48] que escribió una obra teatral titulada *Amor en un árbol hueco*. Descubrió que era muy mala, con lo que quiso comprar todos los ejemplares publicados para darlos a la hoguera. La Duquesa de Marlborough conservó uno, y cuando él se le opuso en unas elecciones, ordenó que se tirase una nueva impresión, a la cual antepuso a modo de frontispicio un elefante que bailaba en la cuerda floja, para demostrar que la comedia escrita por Su Señoría era tan zafia como un elefante en la cuerda floja».^[c64]

El domingo 1 de abril almorcé con él en casa del señor Thrale con sir Philip Jennings Clark y el señor Perkins,^[49] superintendente de la fábrica de cerveza del señor Thrale, que percibía un salario de quinientas libras al año. Sir Philip tenía la apariencia de un caballero de alcurnia, ya entrado en la vejez. No gastaba peluca, sino su propia cabellera cana sujeta en una redecilla de tamaño generoso, una casaca de terciopelo negro con chaleco recamado y volantes negros muy adornados, que la señora Thrale dijo que estaban pasados de moda, pero que por esa misma razón me parecieron muy respetables, más propios de un *tory* que ninguna otra cosa. Sin embargo, sir Philip era entonces parlamentario en la oposición.^[c65] «Ah, señor — comentó Johnson—, unos volantes anticuados no casan con unos principios modernos». Sir Philip defendió la oposición a la guerra de América con capacidad, con soltura y temperamento, y me mostré de acuerdo con él. Dijo que la mayoría de la nación estaba en contra del Primer Ministro. JOHNSON: «Yo, señor, estoy en contra del ministro, pero es precisamente por quedarse corto en donde cree la oposición que se excede. Si fuera yo ministro y cualquiera me viniese con el dedo en ristre, lo haría echar fuera de inmediato, pues aquello que tiene el gobierno y que puede dar a placer,

ha de darse a quienes respaldan al gobierno. Si no se opone uno a riesgo de perder su puesto, su oposición no será sincera, pues no sufrirá serios inconvenientes, y la oposición es en la actualidad mero empeño por usurpar lo que otros tienen. Sir Robert Walpole ha actuado como lo hubiera hecho yo. En cuanto a la guerra de América, la sensatez de la nación está con el ministro. La mayoría de quienes algo entienden está con él; la mayoría de los que sólo oyen lo que por ahí se dice está en contra, y como los que sólo saben oír son más numerosos que los que además de oír entienden, y la oposición siempre es más ruidosa, la mayoría de la chusma está con la oposición».

Esta jactanciosa vivacidad nos entretuvo, aunque la verdad, en mi opinión, es que quienes mejor entendían estaban en contra de la guerra de América, como ahora lo está casi cualquiera cuando el asunto se ha considerado fríamente.

La señora Thrale ensalzó largo y tendido al señor Dudley Long (ahora lord North). JOHNSON: «Mi querida señora, no hable de ese modo. El señor Long es muy corto de carácter. No vale nada. Tan sólo ocupa una poltrona. Es un hombre de apariencia gentil, pero nada más.^[50] No conozco a nadie capaz de hacer añicos a otro a golpe de alabanza, como hace usted, pues siempre que se exagera en el elogio los demás se vuelven contra el alabado. Se les provoca a que lo ataquen. Ahí tiene a Pepys:^[51] alabó usted a ese hombre en tal desproporción que me vi incitado a menoscabarlo tal vez más de lo que merece. Se le ha subido a usted la sangre a la cabeza, y no la suya, sino la de él.^[c66] De acuerdo con ese mismo principio, la malicia de usted es derrotada por sí misma, pues su censura es demasiado virulenta. Y, con todo —añadió, mirándola con burlona sonrisa—, es la primera mujer del mundo, de modo que ¿no podría sujetar en corto esa lengua maligna que tiene? Sería la única mujer del mundo si supiera dominar un poco mejor ese molinillo».^[c67]

Sobre el asunto de las alabanzas desmedidas me tomé la libertad de decir que, a mi juicio, es posible rendir grandes alabanzas a una personalidad conocida que bien las merece, de modo que nunca serían exageración. De ese modo, cabría decir de Edmund Burke que es un hombre maravilloso. JOHNSON: «De ninguna manera. No estaría usted a salvo si alguien tuviera la perversa determinación de llevarle la contraria. Podría replicarle: “¿Y dónde está toda esa maravilla? Burke, qué duda puede haber, es un hombre de talento poco corriente, que ha asimilado una gran cantidad de asuntos con su poderoso intelecto, y que posee una gran fluidez de lenguaje. Pero no podemos por eso quedarnos patidifusos y atónitos ante él”. Así que ya lo ve, señor: hasta el propio Burke padecería los defectos no propios, si es que los tiene, sino del desatino en que usted incurre».

La señora Thrale habló de un caballero^[c68] que había amasado una fortuna de cuatro mil libras al año en el comercio, si bien era un completo desdichado, pues no sabía hablar en sociedad; tan desdichado, que se vio impelido a lamentar su situación en plena calle ante *****, que lo detesta y lo desprecia, y él lo sabe. «Soy un hombre infeliz. Me invitan a las conversaciones —dijo—. Asisto a las

conversaciones. Pero ¡ay de mí!: no tengo conversación». JOHNSON: «Es habitual que no tenga el hombre el mismo éxito en diversos empeños. Este caballero ha empleado, en amasar sus cuatro mil libras al año, el tiempo en el cual pudo haber aprendido a conversar, de modo que es natural que no sepa hacerlo». El señor Perkins hizo un sagaz y divertido comentario: «Si hubiera amasado sus cuatro mil al año en calidad de embaucador y charlatán, tal vez habría tenido que aprender a hablar de boquilla al mismo tiempo que se ocupaba de amasar su fortuna».

Entraron algunos otros caballeros. La conversación en torno a la persona cuyo carácter había tratado el doctor Johnson de forma tan desdeñosa, ya que desconocía sus méritos, se reanudó como si nada. La señora Thrale dijo: «Así piensa usted de él, señor, porque es un hombre callado, que no se emplea con fuerza. Lo mismo diría del señor *****, que está ahí sentado también en silencio». No fue de buen tono decir tal cosa, y Johnson no lo dejó pasar sin hacer una corrección. «Veamos, señora, ¿qué derecho le asiste para hablar de ese modo? Tanto el señor ***** como yo tenemos motivos para tomárnoslo a mal. Puede usted hablar así del señor ***** , pero ¿por qué pretende obligarme a mí a decir lo mismo? ¿He dicho yo algo en contra del señor *****? Me lo ha puesto usted a tiro, pero yo no he disparado».

Otro caballero dijo que había visto los tres volúmenes en folio del doctor Johnson recopilados por mí. «Debo sacarlo de su error —dije—, pues soy muy exigente en punto a la autenticidad de las cosas. No puede usted haber visto volúmenes en folio, ya que ninguno tengo en mi haber: podría haber visto usted algunos en cuarto y en octavo. Ésta es la clase de despiste contra el que hay que estar prevenido». JOHNSON: «Señor, es pura falta de preocupación por la veracidad. Ni siquiera sabe si ha visto algún volumen. Si los hubiera visto, recordaría perfectamente su tamaño».

El señor Thrale me pareció ese día muy aletargado. Volví a verlo el lunes por la noche, ocasión en la que no se creía que su vida corriese peligro inmediato, si bien a primera hora de la mañana del miércoles día 4 expiró. Johnson estaba presente en su casa, y relata así el deceso: «Sentí casi el último, tenue latido de su corazón, y miré por última vez el rostro que a lo largo de quince años se había vuelto hacia mí sólo con respeto y benevolencia».^[52]

Ese día estaba convocada reunión del Club Literario, pero Johnson disculpó su falta de asistencia con la siguiente nota:

El señor Johnson sabe que sir Joshua Reynolds y el resto de los caballeros presentes excusarán su ausencia de la reunión cuando sepan que el señor Thrale ha fallecido esta misma mañana. Miércoles.

La muerte del señor Thrale fue una pérdida sustancial para Johnson,^[c69] quien, si bien no podía prever lo que más adelante sucedió, estaba con creces convencido de que las comodidades que la familia Thrale le había proporcionado en gran parte cesarían a partir de entonces, no obstante lo cual prosiguió prestando a la viuda y a las hijas una cordial atención, en la medida en que era aceptable, y asumió con toda la seriedad e interés que el caso merecía el cargo de ser uno de sus albaceas, la

importancia del cual se le antojaba mayor que lo habitual, pues habían sido tales sus circunstancias que a duras penas había tenido parte en las cuestiones prácticas de la vida.^[c70] Sus amigos del club albergaban la esperanza de que el señor Thrale le hubiera asignado una generosa pensión de por vida, toda vez que el señor Thrale no dejaba hijo varón y en cambio era inmensa su fortuna, lo cual hubiera sido un altísimo honor, amén de que, habida cuenta de la edad del doctor Johnson, no podría haber durado mucho, pero lo cierto es que sólo le dejó en herencia doscientas libras, idéntica cantidad a la que donó a cada uno de los albaceas. No pude menos que entretenerme oyendo al doctor Johnson hablar de manera tan pomposa sobre su nuevo cargo, y en especial cuando se refería a los asuntos de la fábrica de cerveza, cuya venta al final se decidió con buen criterio. Lord Lucan refiere una historia muy jugosa, que, pese a no ser del todo exacta, es desde luego característica, a saber: que cuando se estaba procediendo a la venta de la fábrica de cerveza que fue propiedad de Thrale, Johnson parecía sumamente atareado, con un tintero de bolsillo, hecho de asta, y una pluma sujeta al ojal, como si fuese un empleado de la aduana, y que cuando alguien le preguntó cuál era en realidad el valor que a su juicio debía alcanzar la fábrica, respondió de este modo: «No estamos aquí para vender una serie de barreños y calderas, sino para proceder a la venta de la posibilidad de amasar un capital que habrá de superar los sueños de la avaricia misma».^[c71]

El viernes 6 de abril me llevó a comer a un club que por expreso deseo suyo se había formado recientemente en el Queen's Arms, en la plaza de la catedral de St. Paul. Dijo al señor Hoole que deseaba que se formase un club en la City y le pidió que buscara posibles miembros, «pero que no sean patriotas».^[c72] Ese día, la concurrencia la formaban hombres muy sensatos, de buena conducta en sociedad. He conservado sólo dos particulares de su conversación. Dijo Johnson que se alegraba de que lord George Gordon se hubiera librado del juicio recién celebrado, pues de lo contrario se habría establecido precedente para condenar a la horca a un hombre por traición constructiva, cosa que, de pleno acuerdo con su *toryismo* verdadero, viril, constitutivo, consideraba sería un peligroso motor del poder arbitrario. Y salió a colación que un opulento y muy indolente noble escocés había dejado la administración de sus asuntos en manos de un hombre de sabiduría y capacidad contrastadas, y que había afirmado tener mérito en ello porque «lo mejor a la hora de que un hombre administre sus asuntos, cuando es consciente de su incapacidad, consiste en no intentarlo siquiera, y poner plena confianza en quien sepa hacerlo». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor. Eso es poquedad. Hay una postura intermedia. Que un hombre demuestre su aplicación, y según sea el resultado bien pronto se verá por encima de un desamparo despreciable, y capaz de lograr la capacidad de actuar por sus propios medios».

El sábado 7 de abril almorcé con él en casa del señor Hoole, en compañía del gobernador Bouchier y del capitán Orme, que habían estado en las Indias Orientales; ambos me parecieron muy entretenidos, hombres de gran sensatez y muy

observadores. Johnson defendió la reglamentación oriental de las distintas castas de hombres, a la cual se opuso el resto de los comensales por considerarla destructiva de las esperanzas de elevarse en la jerarquía social mediante los méritos personales. Mostró que había en ello un principio suficientemente plausible por analogía. «Vemos en los metales —dijo— que hay diferentes especies, y lo mismo sucede en los animales, aunque una especie tal vez difiera de otra en poca cosa, como los perros: el perro callejero de mil razas, el perro de aguas, el mastín. Pues bien, los brahmines son los mastines del género humano».

El jueves 12 de abril almorcé con él en casa de un obispo,^[c73] donde estaban sir Joshua Reynolds, el señor Berenger y algunos más. El día anterior había comido él en casa de otro obispo.^[c74] Por desgracia, nada anoté de su conversación en casa del Obispo, donde comimos juntos opíparamente, pero he retenido la ingeniosa defensa que hizo en cuanto al hecho de haber almorzado dos veces fuera de casa en Semana Santa, una laxitud en la que tengo total certeza de que no habría incurrido durante aquella época en la que escribió su solemne ensayo en el *Rambler* [n.º 7] sobre esta reverencial estación del año. Supuse que al disfrutar mucho más de la sociedad, de una vida más regalada y cómoda, habría adquirido un gusto mayor por los placeres, por lo cual era menos riguroso en el cumplimiento de los ritos religiosos. No quiso él reconocerlo, y razonó con admirable soltura de sofista de esta guisa: «Verá, señor: que un obispo nos convoque a capítulo para gozar de su compañía durante esta semana no es, como se suele decir vulgarmente, el asunto en sí. Sin embargo, debe usted considerar que toda laxitud es mala cosa; ahora bien, es asimismo mala cosa la escrupulosidad excesiva, y el carácter general de una persona puede sufrir más daño de la escrupulosidad en sí que del hecho de almorzar con un obispo durante la Semana Santa. Puede haber en esto un asidero para la reflexión. Bien podría decirse: “Se niega a almorzar con un obispo durante la Semana Santa, pero ha pasado tres domingos seguidos sin ir a la iglesia”». BOSWELL: «Muy cierto, señor. Pero supóngase un hombre de conducta uniforme e intachable: ¿no sería mejor que se negara a comer con un obispo durante esta semana, no dando pie de ese modo a una mala práctica con su ejemplo?». JOHNSON: «Más bien hemos de considerar si no se causaría más daño él a sí mismo desprestigiando a un obispo al rechazar su invitación que yendo a comer con él».

A Lucy Porter, en Lichfield

Londres, 12 de abril de 1781

Querida señora,

la vida está erizada de contratiempos. Acabo de perder a mi buen amigo, el señor Thrale. Espero que él sea feliz, pero mi pérdida ha sido muy grande. Por lo demás, me encuentro bastante bien. Me cuido todo lo que puedo, y ese cuidado no es del todo ineficaz. Cuando me encuentro indispuerto, suelo pensar que es por mi culpa.

La primavera avanza a pasos agigantados. Como es la estación en que el mundo entero revive y renueva su vigor, confío que tanto usted como yo llevemos parte en sus beneficios. Mi deseo es visitar Lichfield, pero como

he sido nombrado albacea de mi buen amigo dudo mucho que me pueda ausentar; en cualquier caso, lo intentaré, pues hace ya mucho tiempo desde que nos vimos usted y yo por última vez, y es bien poco lo que podemos prometernos si de futuras entrevistas se trata, como bien nos enseñan nuestros diarios ejemplos de moralidad. Vivamos de modo que la moralidad no sea un mal. Escríbame pronto, queridísima mía; sus cartas me procuran un gran placer.

Lamento que el señor Porter no haya recibido su caja, pero enviándola al señor Mathias, quien se comprometió a entregarla a la mayor brevedad, lo hice como mejor supe, y tal vez ahora ya le haya llegado.

Tenga la bondad de presentar mis respetos a mis amistades; tengo en grandísima estima su amabilidad, que espero disfrutar antes de que pase el verano. Escríbame, se lo ruego. Soy, queridísima, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El viernes 13 de abril, Viernes Santo, fui con él a la iglesia de St. Clemens, como era nuestra costumbre. Allí vi otra vez a su antiguo discípulo, Edwards, a quien dije: «A lo que se ve, el doctor Johnson y usted sólo se ven en la iglesia». «Es el mejor lugar en que podemos encontrarnos, salvo en el Cielo, y espero que también allí lo hagamos». El doctor Johnson me informó de que existía muy poco contacto entre ellos después de que inesperadamente reanudasen su amistad. «Ahora bien —añadió con una sonrisa—, una vez se encontró conmigo y me dijo: “Tengo entendido que ha escrito un libro muy bonito, que llaman el *Rambler*”. Como no era mi deseo que se fuera de este mundo en total ignorancia, le envié una colección completa».

Ese día lo visitó el señor Berenger,^[53] y fue un grato encuentro. Hablamos de una velada de conversación de una sociedad de la que todos éramos miembros; tendría lugar en una casa de la ciudad, pero Johnson dijo que «no saldrá bien. Allí nunca se sirve nada; le puedo asegurar, señor, que a nadie le agrada ir a un lugar del que saldrá igual que llegó». En aras de discutir, me esforcé por sostener que los hombres de sabiduría y talento pueden gozar del intercambio intelectual en sociedad prescindiendo de la ayuda de cualquier pequeña gratificación de los sentidos. Berenger se puso de parte de Johnson y dijo que sin éstas cualquier reunión es aburrida e insípida. Si por él fuera, habría que disponer de toda clase de refrigerios; ni siquiera estaría de más una fuente de carne fría y una botella de buen vino en una mesa auxiliar. «Señor —me dijo Johnson con aire triunfal—, el señor Berenger bien sabe cómo es el mundo. A todos nos gusta que nos sirvan toda clase de delicias sin tomarnos la menor molestia. Una vez dije a la señora Thrale que, como prefería no disponer en su salón de mesas para jugar a las cartas, tendría que ofrecer a sus contertulios las mejores golosinas, y de ese modo asegurarse la presencia de las visitas». Estuve de acuerdo en esto con mi ilustre amigo, pues ha complacido a Dios que sea el hombre un animal compuesto, y allí donde nada hay que agasajar al cuerpo puede languidecer el espíritu.

El domingo 15 de abril, Domingo de Resurrección, tras solemne adoración en la iglesia de St. Paul, lo encontré solo; acudió a visitarlo el doctor Scott, de los comunes. Comentó que, según se había dicho, Addison escribió algunos de sus mejores trabajos para el *Spectator* cuando estaba caldeado por el vino. El doctor

Johnson no parecía dispuesto a reconocerlo. El doctor Scott, para confirmarlo, refirió que Blackstone, un hombre abstemio, compuso sus *Comentarios* con una botella de oporto sobre la mesa, y que descubrió que revigorizaba el intelecto y soportaba mejor la fatiga de su obra magna con un consumo atemperado.

Le dije que en una compañía de la que había disfrutado hacía poco se expresó el deseo de conocer su autorizada opinión sobre la pasmosa historia del apremio de ejecución de cobro que Addison envió a casa de Steele.^[54] «Señor —repuso—, es de sobra conocida. La conoce todo el que esté al tanto de la historia literaria del periodo. Se sabe tan bien como se sabe que escribió el *Catón*». Una vez, Thomas Sheridan defendió a Addison ante mí, para lo cual alegó que, si lo hizo, fue con el fin de proteger los bienes de Steele de otros acreedores, que estaban resueltos a proceder al embargo.

Hablamos de la diferencia que hay entre la educación que se imparte en Oxford y la de aquellos colegios universitarios en los que la enseñanza se transmite sobre todo mediante conferencias. JOHNSON: «Las conferencias y las charlas antes eran de utilidad. Ahora en que todos saben leer, y siendo los libros tan numerosos, son innecesarias. Si uno se distrae y se pierde gran parte de la conferencia, adiós: no es posible volver atrás y retomar el hilo como en un libro». El doctor Scott se mostró de acuerdo con él. «Sin embargo —dije—, usted mismo ha impartido conferencias en Oxford». El doctor Scott sonrió. «En tal caso —añadí—, se rió usted de quienes iban a oírle».

El doctor Scott se despidió de nosotros; poco después fuimos a almorzar con la señora Williams, la señora Desmoulins, el señor Levett, el señor Allen, el impresor, y la señora Hall, hermana del reverendo señor John Wesley, muy semejante a él, me pareció, tanto de figura como de modales. Johnson sacó a la mesa, por primera vez, unos salvamanteles de plata; me dijo que los había comprado catorce años antes, de modo que era un día señalado. No me hizo ninguna gracia observar que Allen constantemente se desvivía por hablar a la manera de Johnson, como el sapo de la fábula, que se hinchaba para parecer un buey imponente.

Hablé de una especie de Sociedad Robin Hood^[c75] de sesgo religioso, que se reunía todos los domingos por la tarde en Coachmaker's Hall para sostener debates libres; señalé que el texto de esa noche era el texto que refiere, además de otros milagros que se obraron a la muerte de Nuestro Salvador, un versículo de Mateo: «Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos, que habían dormido, se levantaron de sus tumbas tras la resurrección, y vinieron a la santa ciudad, apareciéndose a muchos». La señora Hall comentó que era un asunto bastante curioso, y que le gustaría oírlo comentar. JOHNSON (un tanto acalorado): «No debería ir uno a sitio semejante para oír nada de eso... No debería uno dejarse ver en un sitio así... Ni dar sanción a una reunión semejante». Yo, sin embargo, estaba resuelto a ir. «Señor —le dijo la señora Hall—, me gustaría oírsele comentar a usted». Parecía reacio a tal cosa. Ella habló de la resurrección de los hombres en general, y sostuvo

que todos hemos de resucitar con el mismo cuerpo. JOHNSON: «De ningún modo, señora. Bien se ve que no ha de ser con el mismo cuerpo, pues las Escrituras recurren a la ilustración del grano que se siembra, y sabemos que el grano que crece no es el mismo que se sembró.^[c76] No puede usted suponer que habremos de alzarnos con un cuerpo enfermo; basta con que haya semejanza suficiente para distinguir la identidad de una persona». Pareció ella deseosa de saber algo más al respecto, pero él dejó el asunto envuelto en un velo de oscuridad.

En cuanto al asunto de las apariciones,^[55] observó lo siguiente: «Una total incredulidad en este asunto es adversa a la opinión de la existencia del alma entre la hora de la muerte y el día del Juicio Final; la cuestión, lisa y llanamente, estriba en saber si los espíritus de los difuntos poseen o no el poder de ser perceptibles para nosotros: quien piense que ha visto una aparición, sólo podrá convencerse a sí mismo: su autoridad no servirá para convencer a otro; su convicción, si es racional, ha de fundarse en el hecho de haber recibido una comunicación que sólo es posible recibir por medios sobrenaturales».

Comentó algo que, según dijo, no es infrecuente, aunque yo nunca lo había escuchado: oír que se nos llama, esto es, oír que la voz de una persona conocida pronuncia nuestro nombre a una gran distancia, mucho más allá del punto en que sería posible que nos alcanzara cualquier sonido emitido por un ser humano. «Un conocido de cuya veracidad puedo dar fe me dijo que al volver una noche caminando a su casa de Kilmarnock oyó que lo llamaban desde el bosque, y la voz que lo llamaba era la de un hermano que había emigrado a América, y el siguiente paquete que recibió por correo le trajo la noticia de que ese hermano había muerto». Macbean afirmó que esa llamada inexplicable era algo de sobra conocido. El doctor Johnson contó que un día, en Oxford, estaba introduciendo la llave de su habitación en la cerradura cuando oyó con claridad que lo llamaba su madre: «Sam». Ella estaba entonces en Lichfield; no sucedió nada después. Este fenómeno, según creo, es tan maravilloso como otros hechos místéricos a los que muchas personas tardan en dar credibilidad, o que incluso rechazan con obstinado desprecio.

Poco después, cuando hizo un comentario que escapó a mi atención, vi que la señora Williams y la señora Hall se esforzaban por darle una respuesta. Él montó en cólera. «De ninguna manera —exclamó con voz tonante—. Cuando hablan las dos a la vez, es intolerable». Pero se contuvo, se ablandó y dijo: «Bien se podría decir tal cosa, aunque ustedes son dos damas». Se iluminó entonces de muy buen humor y las interpeló con un verso de una de las canciones de *La ópera del mendigo*: «pero dos a la vez no hay mortal que las aguante».

«¿Cómo, señor? —le dije—. No me diga que se nos va a convertir en el capitán Macheath». Hubo en toda esta escena algo tan ridículo y divertido como quepa imaginar. El contraste por un lado entre Macheath, Polly y Lucy, y, por otro, el doctor Samuel Johnson, la ciega y malhumorada señora Williams, y la enteca, desgarrada y sermoneadora señora Hall, no pudo ser más exquisito.

Fui sigilosamente a Coachmaker's Hall y oí comentar el difícil texto anunciado con gran delicadeza e incluso con cierta inteligencia por parte de alguno de los oradores que tomaron la palabra. Hubo diferencia de criterio en cuanto a la aparición de fantasmas en los tiempos modernos, aunque fueron mayoritarios y preponderantes los argumentos a favor, apoyándose en la autoridad de Addison.^[c77] El asunto inmediato del debate se empantanó en la cuestión de que, según se decía, se hubieran levantado de las tumbas los cuerpos de los santos, y sobre todo por lo que luego se hubiera hecho de ellos: ¿volvieron a sus tumbas o fueron transportados al Cielo? Sólo un evangelista lo menciona,^[56] y los comentaristas a los que he recurrido no aclaran el pasaje. Sin embargo, no hay más ocasión de que amplíemos nuestro conocimiento; baste saber que fue una de las extraordinarias manifestaciones del poder divino que concurrieron con el más importante de los acontecimientos que nunca hayan tenido lugar.

El viernes 20 de abril pasé con él uno de los días más felices que recuerdo haber pasado en toda mi vida. La señora Garrick, cuyo pesar por la pérdida de su esposo era a mi entender tan sincero como la admiración y el afecto doloridos podían permitirle, recibió ese día, por vez primera tras la defunción de su marido, a un selecto grupo de sus amistades, a las que invitó a almorzar. El grupo lo formábamos la señorita Hannah Moore, que vivía con ella, y a la que ella llamaba su «capellana»; la señora Boscawen,^[57] la señora Elizabeth Carter, sir Joshua Reynolds, el doctor Burney, Johnson y yo. Fuimos muy elegantemente atendidos y agasajados en su casa de los Adelphi, donde había pasado yo tantas y tan gratas horas con aquel que «alegraba la vida». Ella parecía encontrarse bien; habló de su marido con complacencia, y mientras posaba la mirada sobre el retrato que colgaba sobre la chimenea dijo que «la muerte era ahora lo máspreciado para ella». El semblante mismo de David Garrick era sumamente jovial. El señor Beauclerk, con feliz tino, inscribió bajo ese retrato, que por gentileza de lady Diana se halla ahora en propiedad de mi amigo el señor Langton, el siguiente pasaje de su adorado Shakespeare:

... Con un hombre más risueño,
dentro del límite que a la alegría conviene,
nunca he pasado una hora de charla:
sus ojos dan motivos a su ingenio,
pues cada objeto que el uno capta
lo torna el otro juego que derrocha jovialidad,
que su lengua clara, en elegancia de giro,
expresa con palabras tan graciosas y apropiadas
que los viejos se entretienen con sus historias
y los oídos de los jóvenes quedan maravillados:
así de dulce y voluble es su discurso.^[c78]

Todos estábamos de buen humor. Susurré a la señora Boscawen: «Creo que esto es todo cuanto puede extraerse de la vida misma». Además de una comida espléndida, se nos obsequió con cerveza de Lichfield, lo cual tuvo un peculiar valor añadido. Sir

Joshua, el doctor Burney y yo brindamos cordialmente con ella a la salud de Johnson, y aunque no se unió a nuestro brindis lo contestó con gran cordialidad: «Señores, les deseo todo el bien que ustedes me desean a mí».

El efecto general que tuvo este día persiste en mi recuerdo con un trasfondo cálido, aunque no encuentro anotados muchos detalles de la conversación. Consignaré fielmente lo que he preservado.

Uno de los presentes habló de Thomas Hollis, el *whig* acérrimo, que tenía por costumbre enviar a toda Europa, a modo de regalo, libros de contenido democrático, con las cubiertas estampadas con dagas y gorros frigios. Dijo la señora Carter: «Era un hombre malo. Hablaba de las personas sin tener la menor caridad». JOHNSON: «¡Bah, bah, bah! ¡Señora! ¿Quién es así de malo por hablar sin ninguna caridad? Por otra parte, era la criatura más torpe que jamás haya existido, tan vulgar que dudo mucho que haya hecho daño a un hombre del que supiera que sus principios eran contrarios a los suyos. Recuerdo una vez en la Sociedad de las Artes en que fue preciso redactar una proclama y él me propuso por creerme el que mejor lo haría. Como podrá comprender, fue una amabilidad por su parte. Yo escurrí el bulto y me escabullí».

Dijo la señora Carter de esa misma persona que dudaba de que fuera ateo. JOHNSON: «Eso no lo sé. Es posible que se hubiera convertido en ateo si hubiera tenido tiempo de madurar —sonriendo—. Podría haberse podrido y ser entonces ateo».

Sir Joshua Reynolds elogió los *Sermones* de Mudge.^[58] JOHNSON: «Los *Sermones* de Mudge son buenos, pero no son prácticos. Capta más de lo que alcanza a contener; acopia más cantidad de maíz de la que necesita para una comida; abre una amplia perspectiva, pero es tan distante que resulta indistinta. Prefiero de largo los *Sermones* de Blair, aunque el muy perro sea escocés, y además presbiteriano, y toda clase de cosas que no debiera ser, si bien fui yo el primero en elogiarlos. Así de sincero —dijo sonriendo— y cándido he sido». SEÑORA BOSCAWEN: «Tanto mayor su mérito si ha logrado imponerse a sus propios prejuicios». JOHNSON: «Señora, pongamos las cosas en su sitio y atribuyamos el resultado a mi candidez y a su mérito a partes iguales».

Por la noche tuvimos una reunión muy concurrida en el salón: varias damas, el Obispo de Killaloe, el doctor Percy, el chambelán de la Tesorería, etc., etc. Alguien dijo que la vida de un simple hombre de letras podía no ser muy entretenida. JOHNSON: «Pero ciertamente puede serlo. Esta es una observación que se ha hecho y se ha repetido infinidad de veces sin hacer justicia: ¿por qué tendría que ser la vida de un literato menos entretenida que la vida de cualquier otro hombre? ¿No hay variedades de interés en una vida así?^[c79] En calidad de vida dedicada a las letras, la de un literato puede ser sumamente entretenida». BOSWELL: «Pero tiene que ser tanto mejor, sin duda, cuando se le da diversidad por medio de alguna actividad, sea un viaje a Jamaica... o un viaje por las Hébridas». A Johnson no le desagradó la

intervención.

Hablando de un autor sumamente respetable,^[c80] nos contó una curiosa circunstancia de su vida, a saber, que se había casado con una aprendiz de impresor. REYNOLDS: «¡Una aprendiz de impresor, nada menos! Tenía yo entendido que una aprendiz de impresor era una criatura con la cara tiznada y vestida de harapos». JOHNSON: «Sí, señor. Pero es de suponer que le haría lavarse la cara y ponerse un vestido limpio». Luego, mirando en derredor con mucha gravedad, añadió: «Y la chiquilla no le hizo precisamente infeliz. No le deshonró; la muchacha tenía un culito de sensatez». La expresión tuvo un efecto tan risible, por su contraste con la gravedad con que la dijo, que la mayoría de los presentes no pudo evitar el reírse por lo bajo e incluso a carcajadas, aunque recuerdo que el Obispo de Killaloe mantuvo impávido el semblante y guardó la compostura con perfecto dominio de sí mismo, mientras Hannah Moore tuvo la astucia de esconder la cara tras la espalda de una señora con la que compartía el sofá. Johnson no pudo soportar que una expresión suya suscitara el ridículo cuando no había sido ésa su intención, por lo cual resolvió ejercer un poder despótico, fulminó a los presentes con la severidad de su mirada y, uno por uno, con voz tonante, les fue preguntando: «¿A qué viene tanto regocijo?». Recobró al cabo la compostura y recompuso un semblante espantoso en su severidad para darnos a entender que era muy capaz de imponer respeto, y como si rebuscase en su mente una palabra aún más ridícula dijo muy despacio: «Digo que la mujer era fundamentalmente sensata», pero como si dijera: oíd estas palabras, a ver quién es el aventurero que osa reírse. Todos permanecemos cariacontecidos como en un funeral.

Él y yo nos fuimos juntos; nos detuvimos un rato en las balaustradas de los Adelphi, contemplando el Támesis fluir a nuestros pies. Le dije emocionado que en aquellos instantes estaba pensando en dos amigos que habíamos perdido, y que en otro tiempo vivieron en los edificios que se hallaban a nuestras espaldas: Beauclerk y Garrick. «Ay, amigo mío —dijo con ternura—, y dos amigos de los que no pueden reemplazarse».

Después de este día, durante algún tiempo apenas lo vi, y de las conversaciones que sí disfruté lamento hallar que es bien poca cosa lo que he preservado. Estaba yo en esa época ajetreado con diversas cuestiones que me exigían dedicación y tesonero empeño, y que necesariamente ocuparon casi todo mi tiempo.

Un día, habiendo hablado con gran libertad de quienes entonces se hallaban en el poder, me dijo así: «Entre nosotros, señor: no me agrada dar a la oposición el gusto de que se sepa hasta qué punto veo con malos ojos la gestión del Primer Ministro». Y cuando señalé que Burke había alardeado de la paz reinante en la nación reinando Jorge II, estando los *whigs* en el poder, en comparación con el actual monarca, con el gobierno de los *tories*, dijo: «Caramba, señor; considere usted que los *tories*, que tienen mayor respeto por el gobierno, nunca se opondrán con la misma virulencia que los *whigs*, que al no estar constreñidos por ese principio se le oponen con todos los medios a su alcance».

Durante este mes no sólo perdió al señor Thrale, sino también a otro buen amigo, William Strahan, hijo primogénito de su viejo amigo, impresor de Su Majestad.

A la señora Strahan

23 de abril de 1781

Querida señora,

la pena que me embarga por la pérdida de un buen amigo me basta para saber cuánto sufre usted por la pérdida de hijo tan excelente, un hombre tan bondadoso que bien puede decirse que ninguno de sus conocidos deja de llorarle. Me veo como un hombre al que acaban de arrebatar a un amigo, a otro amigo.

Consuelo, mi querida señora, de buena gana le daría si pudiera, pero bien sé que poco nos alivian los consuelos al uso. Permítame sin embargo aconsejarle que no malgaste su aliento en un pesar que a nadie aprovecha. Váyase a Bath, repose, esfuércese por prolongar su propia vida. A la postre, cuando hayamos hecho todo cuanto podamos, un amigo debe al tiempo quedarse sin el otro. Soy, mi querida señora, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El martes 8 de mayo^[c81] tuve el placer de almorzar de nuevo con él y con Wilkes en casa del señor Dilly. En esta ocasión no fue menester entablar ninguna negociación previa para que coincidieran en una misma reunión, ya que Johnson se había dado por satisfecho con la primera entrevista, a tal punto que se alegró de ver nuevamente a Wilkes, quien ese día tomó asiento entre el doctor Beattie y el doctor Johnson, o entre la Verdad y la Razón, como tuvo a bien comentar el general Paoli cuando se lo referí. WILKES: «He estado dando vueltas, doctor Johnson, a un proyecto de ley que debería presentarse ante el Parlamento, con el fin de que las elecciones por los distritos de Escocia que fueran impugnadas se examinaran en dicho país, en la propia abadía de Holyrood House, y no aquí, ya que el resultado de que aquí se examinen es que nos vemos ante una auténtica inundación de escoceses que vienen y ya no se vuelven a marchar. He aquí a Boswell, que ha venido para la elección de su condado, cosa que no ha de durar dos semanas». JOHNSON: «Por si fuera poco, señor, no veo que haya razón de que esa elección se ponga en tela de juicio, ya que, como sin duda sabe usted, cualquier escocés vale tanto como el escocés de al lado». WILKES: «Dígame, Boswell: ¿cuánto puede ganar en un año un abogado en Escocia?». BOSWELL: «Yo diría que en torno a dos mil libras». WILKES: «¿Y cómo es posible gastar semejante suma en Escocia?». JOHNSON: «Verá, señor; el dinero puede gastarse en Inglaterra, pero sigue existiendo un problema más arduo de resolver. Si un hombre se adueña en Escocia de dos mil libras, ¿qué ha de quedar para el resto de la nación?». WILKES: «Sabrá usted que, en la última guerra, Thurot se hizo con un botín inmenso luego de saquear siete islas escocesas.^[c82] Pues bien: sepa usted que volvió a embarcar con seis chelines y tres peniques en la faltriquera». Johnson y Wilkes siguieron de chanza, bromeando con humor extravagante en torno a la presunta pobreza de Escocia, cosa

que el doctor Beattie y yo consideramos que no valía la pena rebatir.

Introducido el tema de las citas, Wilkes las censuró motejándolas de muestras de pedantería. JOHNSON: «Pues nada de eso, señor. Yo las tengo por buena cosa. Hay en el uso de las citas una comunidad del intelecto. Las citas clásicas son la enjundia misma de la jerga con que se expresan los hombres de letras en el mundo entero». WILKES: «En el continente europeo citan todos la Biblia Vulgata. Aquí citamos sobre todo a Shakespeare, aunque también a Pope, Prior, Butler, Waller y, a veces, a Cowley».

Hablamos de la literatura epistolar. JOHNSON: «Se ha puesto tan de moda el publicar cartas que, para evitarlo, pongo en las mías lo mínimo que puedo». BOSWELL: «Haga lo que haga, no podrá evitarlo. Aun cuando las escribiera mal adrede, si pudiera, sus cartas serían publicadas como curiosidades que sin duda son»:

¡Contemplad un milagro! En vez de ingenio,
dos renglones insulsos por Stanhope pergeñados.^[c83]

Nos hizo una entretenida descripción de Bet Flint,^[c84] una mujer de la ciudad que, con algunas dotes de excéntrica y con una audacia a raudales, se empeñó en conocerlo. «Bet —dijo— había escrito su propia vida en verso,^[59] y me la trajo con el fin de que le antepusiera yo un prefacio —rió—. Acostumbraba yo a decir de ella que era por lo común bastante casquivana y borrachina, y no pocas veces puta y ladrona. Tenía, sin embargo, cómodas habitaciones por horas, y una espineta que tocaba, y un niño que caminaba delante de su silla. La pobre Bet fue acusada de robar un cubrecama y juzgada en el Old Bailey. El juez de turno, que se encariñaba con cualquier mujerzuela, hizo un resumen favorable y fue absuelta.^[c85] Tras todo lo cual, Bet al verse absuelta, con aire de gran satisfacción, dijo: “Ahora que está claro que el cubrecama es mío, me haré con él unas enaguas”».

Hablando de oratoria, Wilkes la pintó como algo en lo cual concurrían todos los encantos de la expresión poética. JOHNSON: «Nada de eso. La oratoria es el poder de derribar los argumentos del adversario y de poner otros en su lugar». WILKES: «Pero ¿no excita eso las pasiones?». JOHNSON: «Muy débil ha de ser quien se excite de esa forma». WILKES (nombrando a un orador famoso): «En medio de la deslumbrante brillantez de la imaginación de ———^[c86] y de la exuberancia de su ingenio, se le nota una extraña falta de gusto. De la *Venus* de Apeles^[60] se dijo que sus carnes parecían como si se hubiera nutrido de rosas; la oratoria de quien esto señaló nos haría sospechar que come patatas y bebe whisky».

Wilkes comentó cuán aferrados estamos a las formas en este país, y puso como ejemplo la votación de la Cámara de los Comunes para remitir los dineros para el pago de las soldadas en América en piezas portuguesas,^[c87] cuando en realidad el envío no se efectúa en moneda portuguesa, sino en nuestra divisa. JOHNSON: «¿No hay una ley, señor, que prohíbe exportar la moneda de curso legal fuera del reino?».

WILKES: «Pues sí, señor, pero, en caso de necesidad verdadera y evidente, ¿no podría la Cámara de los Comunes ordenar que sea nuestra moneda de curso legal enviada a nuestras propias colonias?». En este punto, con su proverbial oportunidad y memoria prodigiosa, la misma que le distinguía en grado tan eminente, Johnson dio al «Patriota de Middlesex» una admirable réplica en su propio campo: «Obvio es decir, señor, que usted no cree que una resolución de la Cámara de los Comunes sea igual a la ley de la tierra». WILKES (percatándose de inmediato de la alusión): «Dios no lo quiera, señor». Oír que aquello que fue tratado con tal virulencia en *La falsa alarma* se había tornado ahora una réplica plácida me pareció sumamente grato de presenciar. Johnson siguió diciendo: «Bien observa Locke que una prohibición de exportar moneda es poco política, pues cuando la balanza del comercio es desfavorable a un Estado su moneda de curso legal ha de ser exportada».

Durante esta temporada se procedió a la venta por subasta, en Londres, de la gran biblioteca de Beauclerk.^[c88] Wilkes dijo que le había asombrado hallar en ella una colección de sermones tan extensa, pareciendo de este modo que consideraba extraño que una persona tan significada como Beauclerk en el ambiente mundano hubiera tenido el deseo de acopiar tantas obras de esa clase. JOHNSON: «Caramba, señor; debe usted reparar en que los sermones forman una rama muy considerable de la literatura en lengua inglesa, de modo que toda biblioteca es incompleta si no reúne una copiosa colección de sermones;^[61] en todas las colecciones, señor mío, el deseo de acrecentarlas se fortalece a medida que se van poseyendo más volúmenes, del mismo modo que el movimiento se acelera con la continuación del impulso. Además —añadió mirando a Wilkes con una sonrisa plácida, pero muy significativa—, se puede coleccionar sermones con la intención de mejorar por medio de su lectura. Espero que el señor Beauclerk tuviera la firme intención de que ése fuera su caso, de un modo u otro».

En voz suficientemente alta para que lo oyera el doctor Johnson, Wilkes me dijo así: «El doctor Johnson tendría que regalarme sus *Vidas de los poetas*, pues soy yo un pobre patriota sin dinero para comprarlas». Johnson pareció hacer caso omiso de la alusión, pero al cabo llamó al señor Dilly y le dijo: «Le ruego tenga la bondad de enviar un ejemplar de mis *Vidas* al señor Wilkes, con saludos de mi parte». Así se hizo, y Wilkes le hizo una visita a Johnson, quien lo recibió amablemente y estuvo charlando largo rato con él.

La reunión se fue disolviendo de manera gradual. El mismo señor Dilly tuvo que bajar a atender un asunto de negocios; yo salí un rato de la sala; cuando volví, me sorprendió ver al doctor Samuel Johnson y al caballero John Wilkes sumidos literalmente en un *tête-à-tête*, pues ambos estaban reclinados en las sillas, con las cabezas inclinadas una hacia la otra, poco menos que tocándose, y hablando muy interesados, en una suerte de susurro confidencial, de la pugna personal entre Jorge II y el Rey de Prusia. Una escena de tan perfecta y llana sociabilidad, entre dos adversarios tales en la guerra de la controversia política, como la que tuve ocasión de

contemplar en ese momento, habría sido asunto excelente para un cuadro. A mi entender, recordaba los días venturosos que predicen las Escrituras, cuando el león repose junto al cordero.^[62]

Después de este día pasó otro intervalo bastante largo durante el cual no nos vimos el doctor Johnson y yo. Cuando se lo comenté con pesar, le complació decir: «En tal caso, señor, vivamos el doble».

Más o menos en esta época estuvo muy en boga que las damas convocaran reuniones vespertinas en las que el bello sexo participaba en pie de igualdad en la conversación con literatos y hombres de ingenio, animadas sobre todo por el afán de complacer y complacerse. Estas sociedades se denominaron «clubes de las medias azules», y como el origen del nombre es poco conocido bien valdrá la pena detenerse a relatarlo. Uno de los miembros más ilustres de estas sociedades, cuando comenzaron a reunirse, era el señor Stillingfleet,^[63] cuyo atuendo era notoriamente grave; en particular, se observó que siempre usaba medias azules.^[c89] Tal era la excelencia de su conversación que su ausencia era tenida por grandísima pérdida, hasta el punto de que se daba en comentar: «Nada se puede hacer sin las medias azules». Poco a poco se fue asentando el título. La señorita Hannah Moore ha descrito de manera admirable un club de las medias azules en su poema «Bas Bleu», en el que muchas de las personas más conspicuas de los mismos figuran con su nombre propio.

A Johnson se le convenció en varias ocasiones para que acudiera a estos círculos, y ni siquiera consideró excesiva su gravedad para la muy vivaracha señorita Monckton^[c90] (ahora Condesa de Corke), quien acostumbraba reunir a lo más granado de los azules en casa de su madre, lady Galway. Su vivacidad encandiló al sabio; departían los dos juntos con toda la llaneza que se pueda imaginar. En una de estas veladas se produjo un incidente singular cuando ella insistió en que algunos escritos de Sterne eran de un gran patetismo, muy conmovedores. Johnson lo negó de plano. «Pues yo le aseguro —dijo ella— que a mí me han afectado». «Hay que ver —dijo Johnson muy sonriente, removiéndose de un lado a otro—. Queridísima, debe de ser porque es usted una boba».^[c91] Cuando algún tiempo después le comentara ella su exabrupto, él le dijo con idéntica vivacidad y cortesía: «Señorita, de haberlo pensado de verdad nunca se lo habría dicho».

En otra de estas veladas, la amable indulgencia con que me trataba Johnson hubo de superar una dura prueba. Había almorzado yo en casa del Duque de Montrose con una muy grata concurrencia; Su Señoría, de acuerdo con su costumbre, hizo circular la botella con gran generosidad: Lord Graham y yo acudimos juntos al salón de la señorita Monckton, donde estuve ciertamente animadísimo, por encima de todo temor y de todo respeto. En medio de un gran número de personalidades de primerísima fila, entre las cuales recuerdo no sin cierta confusión a una noble dama de suntuoso decoro, tomé asiento al lado de Johnson, y creyéndome plenamente la horma de su zapato, di en hablarle en voz bien alta y con aires de jactancia, deseoso de que los

presentes se hicieran cargo de que estaba en condiciones de contender con el propio Áyax. Recuerdo en particular haberle insistido sobre el valor que tienen los placeres de la imaginación, y con objeto de ilustrar mi argumento le interpele así: «Suponiendo, señor, que diera yo en imaginar que la — (y nombré a la duquesa más encantadora de todos los dominios de Su Majestad) estuviera enamorada de mí, ¿no tendría todo el derecho a ser feliz?». Con grandísima pericia, mi amigo se evadió de mi interrogatorio y me mantuvo tan callado como pudo, aunque fácil será colegir cómo tuvo que sentirse.^[64] A pesar de todo, cuando pocos días más tarde fui a visitarle y le pedí las debidas disculpas, me trató con amistoso y afable afecto.

Este año,^[c92] mientras permanecí en Londres, Johnson y yo almorzamos juntos en distintos lugares. Recuerdo un día muy plácido en casa del doctor Butler, que se había mudado de Derby a Lower Grosvenor Street, en Londres; ahora bien, de esta conversación, y de otras habidas en otras ocasiones durante este periodo, descuidé tomar nota con la debida diligencia y regularidad, por lo cual insertaré en este punto algunos sueltos que encuentro entre mis notas johnsonianas.

Sus desordenadas costumbres, al «hacer provisión para el día que ya se acerca», bien se notan en la siguiente anécdota que me refirió John Nichols: «En el año 1763, un joven librero que era aprendiz del señor Whiston fue a visitarlo con una hoja de suscripción de su *Shakespeare*, y al observar que el doctor no tomaba nota en ninguna agenda del nombre del suscriptor, se aventuró tímidamente a preguntarle si no tendría la bondad de anotar la dirección del caballero, de modo que fuese debidamente incorporado a la lista de suscriptores cuando se publicase». «No publicaré una lista de suscriptores —dijo Johnson con brusquedad, aunque casi en el acto se corrigió y añadió con gran complacencia—: Señor mío, tengo dos razones contundentes para no publicar ninguna lista de suscriptores: una, que he perdido todos sus nombres; dos, que me he gastado todo el dinero».

Johnson no soportaba dar la apariencia de ser el vencido en una discusión, ni siquiera cuando había tomado partido por la opción errónea a la hora de mostrar la potencia y la destreza de su talento en la argumentación. Por consiguiente, cuando percibía que su adversario le iba comiendo el terreno, a menudo recurría a un súbito estallido de robusta sofistería. Una vez en que iba yo imponiéndome con visible ventaja, me detuvo en seco de este modo: «Mi querido Boswell, dejemos estar el asunto; no sacaré nada en claro. Por mí, como si se pone a silbar una tonadilla escocesa».

Ahora bien: preciso es tener cuidado en distinguir cuando «hablaba Johnson por vencer» a su oponente y cuando le movía sólo el afán de informar e ilustrar. «Uno de los más grandes talentos de Johnson —dice un eminente amigo suyo— es el que demostraba al sostener la postura errónea en una discusión, haciéndolo con una espléndida perversión de la verdad. Quien se las ingeniase para disponer de su justa opinión sobre un asunto cualquiera, sin que influyera el sesgo de un principio personal, sin que tuviera el deseo de salir victorioso de la polémica, recibía la

sabiduría misma, no sólo por lo convincente, sino por lo abrumador».

Sin embargo, durante toda su vida se había habituado a considerar la conversación como una prueba de vigor y destreza intelectual,^[c93] a lo cual creo que puedo aventurarme a atribuir esa riqueza y brillantez sin par que caracterizaban sus intervenciones. Como muestra de su afán de distinción coloquial y del alto concepto en que tenía a aquel eminente amigo, una vez lo interpeló de este modo: «Llevamos varias horas juntos, y ha dicho usted sólo una cosa por la cual le envidio».

Le desagradaban sobremanera todas esas consideraciones especulativas y desalentadoras, tendentes a apartar a los hombres del trabajo y la diligencia. Era en esto como el señor Shaw, el gran viajero, quien, según me ha referido Daines Barrington, acostumbraba decir: «Odio a cualquiera que sea *cui bono*». Cuando un amigo le preguntó lo que debía pensar acerca de un hombre siempre predispuesto a decir *non est tanti*, replicó Johnson: «Pues que es un rematado idiota, señor. ¿Qué harían mientras los hombres *tanti*?».^[c94] Una ocasión en que, presa de una racha de desaliento, le hablaba con indiferencia de las tareas y ocupaciones que por lo general nos llevan a emprender una acción cualquiera, pregunté por la razón de tanta preocupación. Él respondió con tono muy vivo: «Señor, es lo que impulsa el sistema mismo de la vida».

Me dijo que se alegraba de que por medio del general Oglethorpe hubiera conocido yo al doctor Shebbeare. Ciertamente, al margen de las objeciones que se le hayan puesto a este caballero, tenía conocimientos y capacidad muy por encima de los escritores normales, y merece que se le recuerde como un hombre digno de respeto en la literatura, aunque sólo fuera por sus admirables *Cartas sobre la nación inglesa*, que publicó bajo el seudónimo de «Battista Angeloni, un jesuita».^[c95]

A Johnson y a Shebbeare^[65] se les mencionaba juntos con frecuencia, ya que en anteriores reinados no habían dado ninguna muestra de predilección por la casa de Hanover. El autor de la *Epistola heroica a sir William Chambers* los presenta en un mismo verso, dentro de un listado de quienes «probaron las dulzuras del reinado de Su Majestad en la actualidad». Fue tal el cándido disfrute que produjo a Johnson esta sátira meritoria que llegó a permitir al doctor Goldsmith, según me dijo, que se la leyera de punta a cabo, y no escatimó sus elogios a la ejecución de la misma.

Goldsmith podía tomarse a veces aventureras libertades con él y escapar indemne. Beauclerk me refirió una vez que cuando Goldsmith habló de un proyecto para disponer de un tercer teatro en Londres, exclusivamente para la representación de obras nuevas, y librar así a los autores de la presente tiranía de los directores, Johnson lo trató con desdén y lo desairó incluso, a lo que Goldsmith dijo: «es natural, para usted es lo de menos, pues puede protegerse bajo el alero de una pensión real», lo cual toleró Johnson de buen humor.

Johnson ensalzó los poemas del Conde de Carlisle, que Su Señoría había publicado con su nombre, incluso sin desdeñar que fuera candidato a la gloria literaria. Mi amigo era de la opinión de que cuando un hombre de alcurnia se

presentaba de tal guisa, era acreedor a que se reconociera plenamente su mérito.^[66] En esto entiendo que fue más liberal que William Whitehead en su *Elegía a lord Villiers*, en la que, so pretexto de «mayores tareas, que exigían toda su dedicación», descubre sus celos de que los nobles rindan pleitesía a las musas:

... a los pocos elegidos
que osan sobresalir, prestad vuestra ayuda;
exaltad sus artes, mágicos poderes, con el honor
debido, aun siendo vosotras de lo que tratan.

Johnson había visitado en dos ocasiones al Obispo de Killaloe antes de que Su Señoría emprendiese viaje a Irlanda para ponerse al frente de su diócesis, ya que a la primera no lo encontró. «Mucho me habría pesado en el corazón —dijo— si no le hubiera visto. Ningún hombre ha prestado jamás a otro tanta atención como él a mí,^[67] mientras yo le he desatendido no adrede, sino por mis muchas otras ocupaciones. Tenga siempre en alta estima, señor, toda amabilidad espontánea. Quien tenga la natural inclinación de cultivar su amistad de propio acuerdo, le querrá más que cualquiera por cuyo aprecio se haya desvivido usted».

Johnson me manifestó que una vez se sintió muy complacido de que un carpintero que vivía cerca de su casa estuviera dispuesto a mostrarle algunas cosas de su oficio que él estaba deseoso de conocer. «Fue —dijo— rendir honores a la literatura».

Quise saber si no estaba insatisfecho por poseer tan pequeña parte de riqueza y por carecer de las distinciones de Estado que son objeto de la ambición de tantos. Él gozaba exclusivamente de una pensión de trescientas libras al año. ¿Por qué no se hallaba en circunstancias tales que le permitieran el disfrute de un coche propio? ¿Por qué no ostentaba algún cargo de importancia? JOHNSON: «Nunca me he quejado de cómo me trata el mundo, ni creo que tenga razones para la queja. Más bien he de asombrarme de todo lo que tengo. Mi pensión es más sustanciosa que la habitual, al menos en los casos que conozco. Aquí tiene usted, señor, a un hombre que declaradamente no fue amigo del gobierno en aquel entonces, y que recibió sin embargo una pensión que no había solicitado. Nunca he cortejado a los grandes: son ellos quienes me han buscado; creo que ahora me abandonan. Están satisfechos, han disfrutado de mí más que suficiente». Al observar yo que me resultaba difícil de creer, toda vez que ellos sin duda tenían que seguir estando complacidos de su conversación, muy consciente de su propia superioridad, repuso: «De ninguna manera. A los grandes señores y a las grandes damas no les agrada callarse la boca». Me pareció esta observación muy expresiva del efecto que la fuerza de su entendimiento y la brillantez de su imaginación producían de necesidad. Sin duda alguna, estos nobles tenían que sentirse extrañamente disminuidos en su presencia. Cuando declaré calurosamente lo feliz que me sentía yo siempre que le escuchaba con atención, replicó: «Sí, señor, pero si usted fuera lord canciller, no sería de ese modo; entonces tendría usted en cuenta su propia estima de alto dignatario».

Gran verdad y conocimiento de la naturaleza humana hubo en este comentario. Ahora bien, está claro que no importando qué tan elevada posición hubiese alcanzado una persona que fuera consciente del valor de la conversación de Johnson, prudentemente se apartaría para no aparecer disminuido por la comparación, sin embargo, a buen seguro se habría de gratificar frecuentemente en privado con la participación en el abundante entretenimiento y provecho intelectual que Johnson podría aportarle. Es sin embargo extraño reparar en cuán pocos nobles de alcurnia buscaron su trato en sociedad, de modo que si alguien estuviera dispuesto a la sátira por tal motivo, son muy conspicuos los que se prestarían a ello. Su noble amigo, lord Elibank, bien observó que si un hombre se procurase una entrevista con Johnson, y luego ya no deseara verlo más, daría mera muestra de curiosidad ociosa, y una penosa falta de disfrute ante los extraordinarios poderes del intelecto. La señora Thrale justa e ingeniosamente explicó tal comportamiento al decir que la conversación de Johnson era demasiado fuerte para cualquier persona acostumbrada a un trato obsequioso y de mera adulación: era poner mostaza en la boca de un niño.

Un día, cuando le dije que yo era un *tory* celoso de serlo, aunque no lo fuera en demasía «de acuerdo con lo que sé», y añadí que le agradecería que me diera «una razón», se mostró tan sincero y tan justamente se expresó que le rogué me repitiera lo que había dicho y lo tomé al dictado:

DE TORIES Y WHIGS

Tengo para mí que un *tory* sensato y un *whig* sensato estarán de acuerdo. Sus principios son idénticos, aunque difieran sus maneras de pensar. Un *tory* recalcitrante hace del gobierno algo ininteligible, pues se pierde en las nubes; un *whig* virulento lo torna impracticable, pues tan dispuesto está a conceder tantas libertades a todos los ciudadanos que no habrá poder suficiente que gobierne a ninguno. El prejuicio del *tory* lo torna favorable a lo establecido; el prejuicio del *whig* lo predispone a la innovación. Un *tory* no desea otorgar más poder efectivo al gobierno, sino que desea que el gobierno goce de mayor respeto. Por otra parte, divergen en lo que a la Iglesia se refiere; el *tory* no está por otorgar mayores poderes al clero, sino que aspira a que goce de mayor influencia basándose en la opinión de la humanidad. El *whig* en cambio está a favor de limitarlo y vigilarlo con celo atento.

Al señor Perkins

2 de junio de 1781

Señor,

pese a ser grande la frecuencia con que le he visto, he olvidado hasta ahora la nota, pero ahora por fin se la envío con mis mejores deseos para el futuro de usted y de su socio,^[68] del cual, a tenor de nuestra breve conversación, tengo un juicio que no puede ser sino favorable.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El sábado 2 de junio emprendí viaje a Escocia; había prometido hacer un alto en el camino, como he hecho en otros viajes, en Southill, condado de Bedford, en la siempre acogedora mansión del señor Dilly, hermano mayor de mis apreciados

amigos librereros. El doctor Johnson accedió a formar parte este año de la expedición con Charles Dilly y conmigo, e ir a ver asimismo la casa solariega de lord Bute en Luton Hoe. Apenas nos habló en el trayecto, ocupado como iba en leer el segundo volumen de los *Ensayos de química* del doctor Watson,^[69] que a todas luces le satisfacían, y su propio *Rasselas*, en el que parecía hondamente concentrado. Nos había dicho que no había vuelto a hojearlo desde que se publicó. Casualmente, saqué yo mi ejemplar del bolsillo y él me lo arrebató con visible avidez. Me señaló este notable pasaje del capítulo XI:

«¿Por qué medios —dijo el Príncipe— son tan poderosos los europeos? ¿Por qué, toda vez que con tan gran facilidad visitan Asia y África para comerciar o conquistar, no pueden asiáticos ni africanos invadir sus costas, plantar colonias en sus puertos, dotar de leyes a sus príncipes naturales? El mismo viento que a ellos les lleva de regreso nos llevaría a nosotros a sus tierras». «Son más poderosos que nosotros, señor —respondió Imlac—, pues son más sabios. El saber siempre habrá de predominar sobre la ignorancia, tal como gobierna el hombre a los demás animales. Ahora bien, no se me ocurre qué razón cabe aducir del porqué tienen más conocimientos que nosotros, salvo que sea inescrutable voluntad del Ser Supremo». A lo cual añadió: «Esto, señor, no hay quien de otro modo lo explique».

Hicimos un alto en Welwin, donde tenía yo un gran deseo de ver, en compañía de Johnson, la residencia del autor de los *Pensamientos nocturnos*, de la que entonces era dueño su hijo, el señor Young. En esto iba a ser preciso obrar con mucho tiento, ya que no tenía yo trato de ninguna clase con el señor Young, y de haber propuesto al doctor Johnson que le mandásemos recado, tal vez él se habría negado a mi deseo y quizá incluso se habría ofendido. Por todo ello, acordé con el señor Dilly que lo dejaría a él con el doctor Johnson e iría a hurtadillas, a ver qué recepción podía procurarnos el señor Young: si desfavorable, no se diría nada; si acogedora, volvería a notificárselo a los dos como si fuese lo que cabía suponer. Me di prisa en ir a ver al señor Young, comprobé que se encontraba en casa, le mandé aviso de que un caballero deseaba visitarlo, se me hizo pasar a una sala en la que se encontraba sentado con una joven que resultó su hija. Me pareció un caballero sencillo y educado, de campo, y cuando le rogué que me disculpara por tomarme la libertad de importunarle, aduciendo mi deseo de conocer la finca si es que me concedía permiso, se condujo con gran cortesía y respondió: «Por supuesto, señor. Ahora mismo íbamos a tomar el té. ¿Quiere acompañarnos?». Le di las gracias, pero le expliqué que el doctor Johnson me había acompañado en el viaje desde Londres, y que debía regresar a la posada a tomar el té con él; le dije que me llamaba Boswell, y que lo había acompañado en su viaje por las Hébridas. «Señor —intervino sin dejarme terminar—, sería para mí un gran honor recibir en mi casa al doctor Johnson. ¿Me permite que le mande un propio a recogerlo?». Aproveché la iniciativa y le dije que yo mismo iría en su busca, y que lo llevaría a su casa en cuanto hubiera tomado el té, pues no estaba al corriente de mi visita. Cosechado este éxito, volví deprisa a la posada e informé al doctor Johnson que «el señor Young, hijo del doctor Young, autor de los *Pensamientos nocturnos*, al que acababa de dejar en su casa, deseaba tener el honor de recibirle allí donde había residido su padre». Por fortuna, el doctor Johnson no

hizo indagaciones sobre el modo en que surgió la invitación y accedió a ir; tan pronto entramos en su salón, interpeló al señor Young con una cortés reverencia: «Señor, tenía yo curiosidad por conocer este lugar. Tuve el honor de conocer al gran hombre que fue su padre». Salimos al jardín, donde hallamos un camino de grava flanqueado a ambos lados por sendas hileras de árboles, plantados en su día por el doctor Young, que formaban un bello arco ojival, y el doctor Johnson dijo que era una magnífica arboleda. La contemplé con reverencia.

Permanecimos un rato sentados en el invernadero, en la pared exterior del cual figuraba esta inscripción: «*Ambulantes in horto audiebant vocem Dei*»,^[c96] y en referencia al riachuelo junto al cual se encontraba, «*Vivendi recte qui prorogat horam*», etc.^[c97] Dije al señor Young que, según tenía entendido, su padre fue un hombre de ánimo muy luminoso. «Señor —respondió—, era un hombre de demasiada buena crianza para no mostrarse animado en compañía, pero si estaba solo era melancólico. Tras la muerte de mi madre no se le volvió a ver animado; tuvo que arrostrar muchas decepciones». El doctor Johnson me comentó después que «no era ésa una descripción favorable del doctor Young, pues no compete a un hombre tener tan poca aquiescencia para lo que la Providencia tenga a bien dictar, tal como no es propio entristecerse por no haber obtenido tantas prebendas como uno esperaba, ni seguir estándolo siempre tras la muerte de la propia esposa. La pena tiene su momento oportuno». La parte final de esta censura fue puramente teórica. En la práctica, todos sabemos que la pena por la muerte de una esposa puede prolongarse por mucho tiempo, en proporción a la sinceridad con que nos afecte. Nadie lo supo mejor que el doctor Johnson.

Fuimos a la capilla y vimos el monumento que había erigido el señor Young en memoria de su padre. El señor Young recordó una anécdota, a saber, que su padre había percibido varios miles de libras de los suscriptores a su *Pasión universal*, pero que lo había perdido todo en los Mares del Sur.^[70] El doctor Johnson creyó que debía de tratarse de un error, ya que nunca había visto un boletín de suscripciones de tal libro.

Por el camino hablamos de lo incierto que es el provecho con el que autores y libreros se lanzan a la publicación de obras literarias. JOHNSON: «Mi criterio dicta que no hay regla cierta en cuanto a las ventas de un libro». BOSWELL: «Dígame, señor: ¿le han incordiado mucho los autores enviándole obras para someterlas a su revisión?». JOHNSON: «No, señor: se me ha tenido por un tipo avinagrado y desabrido». BOSWELL: «Pues mucha suerte ha tenido, al menos en ese sentido». Debo sin embargo observar que, no obstante lo que dijera, porque sin duda en ese momento supuso que se ajustaba a la verdad, no hubo hombre que cediera con tanta frecuencia como él a las solicitudes de autores muy poco o nada conocidos, cuyos manuscritos leyó e incluso con más generosidad les ayudó con sus consejos y enmiendas.

Se encontró muy a su gusto en casa de Dilly, donde siempre hay una comida excelente y abundante, y una cordial bienvenida.

El domingo 3 de junio fuimos todos a la iglesia de Southill, que se halla muy cerca de la casa de Dilly. Siendo el primer domingo del mes, se administró el sagrado sacramento, que me quedé a compartir. Cuando después acudí al cuarto del doctor Johnson, me dijo así: «Hizo bien usted en quedarse a recibir la comunión; no había reparado yo en ello». Pareció dar a entender que no le gustaba acercarse al altar sin una preparación previa, respecto a lo cual los hombres de bien tienen distintas opiniones, convencidos unos de que es irreverente participar del sacramento sin considerable meditación y recogimiento previo, mientras otros sostienen que quien sinceramente sea cristiano, y esté en disposición de ánimo apropiada para cumplir con cualquier otro deber ritual de nuestra religión, puede sin escrúpulo recibir el sacramento solemne. Entiendo yo que el término medio es el más justo, esto es, que no es indispensable que los comulgantes hagan una larga preparación formal, si bien tampoco han de aventurarse con precipitación y a la ligera ante tan reverencial y misteriosa institución. El cristiano ha de juzgar, cada cual por sí solo, qué grado de retiro y recogimiento, y de examen de sí mismo, es necesario en cada ocasión.

Hallándome en un estado de ánimo que espero por la felicidad de la naturaleza humana muchos experimenten con frecuencia, con un tiempo espléndido, en la casa de campo de un buen amigo, reconfortado y enaltecido por los píos ejercicios dominicales, me dirigí con un fervor desatado y ajeno a toda medida a mi guía, filósofo y amigo:^[c98] «Mi querido señor, de largo querría yo ser un hombre bueno, y a fe que ahora lo soy».^[c99] Me miró con benigna indulgencia, pero aprovechó la ocasión para infundirme sabia y salutífera cautela. «No se acostumbre, señor, a confiarse de las impresiones. Hay un estado anímico intermedio entre la convicción y la hipocresía, del que muchos son inconscientes. Confiando en las impresiones el hombre puede terminar por ceder poco a poco, y a la larga verse sujeto a ellas, de modo que deje de ser agente libre o, lo que viene a ser lo mismo, suponga que no es agente libre de sus actos. El hombre que se encuentre en tal estado no soportará la vida; si asegura que no puede evitar actuar de una manera determinada, si se siente irresistiblemente impelido a lo que sea, no habrá confianza en él, tal como no la hay en un tigre, que obra por impulsos. En cualquier caso, señor, nadie cree en serio que sean irresistibles sus impulsos; sabemos que quien dice que así lo cree en realidad miente. Las impresiones favorables en momentos particulares, en cuanto al estado de nuestras almas, pueden ser peligrosas y engañosas. En general, nadie puede estar seguro de la aceptación que tenga ante Dios; hay algunos, qué duda cabe, que tienen la fortuna de que se les revele. San Pablo, que obró milagros, quizá fuera objeto de un milagro que se obró en él, y es posible que obtuviera garantía sobrenatural del perdón, la misericordia y la beatitud, a pesar de lo cual, aun cuando expresa una esperanza intensa, también expresa miedo, no sea que tras predicar a los demás sea él un náufrago».^[c100]

Salió a colación la opinión de un erudito obispo, que ambos conocíamos, acerca de si tiene mérito la fe religiosa. JOHNSON: «Pues por descontado que lo tiene, señor.

El hombre más libertino del mundo, si se le abriese el Infierno bajo los pies, no tomaría entre sus brazos a la más bella de las furcias. Como dice el apóstol, hemos de vivir por la fe, no por lo que veamos». [c101]

Hablé con él del pecado original, causa de la caída del hombre y de la expiación de Nuestro Salvador. Tras una breve conversación, de la que me expresó su deseo de que la recordara, a petición mía me dictó lo siguiente:

Con respecto al pecado original, la indagación no es necesaria, ya que sea cual fuere la causa de la corrupción humana, los hombres son evidentemente y de un modo confeso tan corruptos que todas las leyes del Cielo y de la Tierra son insuficientes para apartarlos de la comisión de toda clase de delitos y pecados.

Al margen de la dificultad que pueda presentar la concepción de los castigos vicarios, se trata de una opinión que ha estado en poder de la humanidad en todas las épocas de la historia. No hay una sola nación que no haya recurrido a la práctica de sacrificios. Quien quiera que, por lo tanto, niegue las propiedades de los castigos vicarios, defiende una opinión que los sentimientos y la práctica de la humanidad toda vienen a contradecir desde que el mundo es mundo. El gran sacrificio por los pecados de la humanidad es el ofrecido en la muerte del Mesías, a quien se llama en las Escrituras «el cordero de Dios», y se le pide que «quite los pecados del mundo». [c102] Para juzgar si es razonable el plan de la redención divina, preciso es considerar que es necesario en el gobierno del mundo que Dios dé a conocer su perpetuo e irreconciliable aborrecimiento del mal moral. En su mano estaría castigar, y castigar sólo a quienes ofenden, pero como la finalidad del castigo no es la venganza de los crímenes, sino la propagación de la virtud, fue más apropiado a la clemencia divina hallar otro modo de proceder, menos destructivo para el hombre, y cuando menos igual de poderoso en la promoción de la bondad. La finalidad del castigo es reclamar y advertir. Que el castigo sea a la vez reclamación y advertencia muestra de un modo evidente el aborrecimiento del pecado por parte de Dios, con el fin de que alejemos el pecado de nosotros, o bien con el fin de inculcar en nosotros el temor a la venganza cuando lo hayamos cometido. Esto se efectúa por medio del castigo vicario. Nada podría atestiguar mejor la oposición que se da entre la naturaleza de Dios y el mal moral, y nada podría implicar un despliegue tan amplio de su justicia con los hombres y los ángeles, con todos los órdenes y sucesiones del ser, como el hecho de que fuera necesario para la naturaleza más elevada y más pura, la Divinidad misma, aplacar las exigencias de venganza por medio de una muerte dolorosa, efecto natural de la cual emana que, una vez aplacada la justicia, existe un lugar idóneo para el ejercicio de la misericordia, y tal propiciación valdrá para paliar en cierta medida las imperfecciones de nuestra obediencia y la ineficacia de nuestro arrepentimiento, ya que la obediencia y el arrepentimiento, tales como podamos cumplir, siguen siendo necesarios. Nuestro Salvador nos ha dicho que no vino a destruir la ley, sino a cumplirla; a cumplir la ley típica mediante el cumplimiento de lo previsto por ese tipo de ley, y a cumplir la ley moral, mediante preceptos de mayor pureza y de más elevada exaltación.

En este punto dijo: «Dios le bendiga con ello». Me mostré sumamente agradecido, pero le rogué que siguiera con su perorata, ya que era la propiciación el objeto principal de nuestra sagrada fe. Me dictó entonces este otro párrafo:

La peculiar doctrina del cristianismo es la de un sacrificio universal, la de una propiciación perpetua. Otros profetas sólo proclamaron la voluntad y las amenazas de Dios. Cristo satisfizo su justicia.

El reverendo señor Palmer, [71] de Queen's College, en Cambridge, almorzó con nosotros. Expresó su deseo de que existieran mejores provisiones para los párrocos. JOHNSON: «Sí, señor. Un párroco debiera ser capaz de redactar un testamento o de escribir una carta a favor de sus feligreses».

Comenté la idea de lord Monboddó [72] de que los antiguos egipcios, con toda su sabiduría y su desarrollo de las artes, no sólo eran negros, sino también de cabello

lanudo. El señor Palmer preguntó si tal cosa se sabía a ciencia cierta por el examen de las momias. El doctor Johnson dio su visto bueno a esta prueba.^[c103]

Aunque en la inmensa mayoría de las ocasiones nunca oí a un paladín más decidido de las ventajas de la riqueza que el doctor Johnson, este día, no sé yo si por capricho, tomó la defensa de la postura opuesta. «No he observado —dijo— que los hombres que poseen grandísima fortuna disfruten de nada extraordinario que de veras los conduzca al disfrute de la felicidad. ¿Qué posee el Duque de Bedford? ¿Qué posee el Duque de Devonshire? El único gran ejemplo que conozco sobre el disfrute de la riqueza es el de Jamaica Dawkins, quien, al visitar la ciudad de Palmira y tener conocimiento de que el camino estaba infestado de ladrones, contrató a una tropa de turcos a caballo para que lo protegieran».

Se hizo mención del doctor Gibbons, el predicador disidente,^[a nota c187, Vol. IV] y dijo: «Tuve yo mucho aprecio por el doctor Gibbons». Y dirigiéndose a Charles Dilly añadió: «Mucho me alegraría verle. Dígame que si puede venir a visitarme y perder conmigo el tiempo tomando el té, le agradeceré la bondad».

El reverendo señor Smith, vicario de Southill y hombre muy respetable, cabeza de una grata familia, nos mandó una invitación para tomar el té. Comenté la exquisita cortesía del doctor Johnson. Aunque siempre veía con buenos ojos un cambio de ambiente, dijo: «Hemos de pedir permiso al señor Dilly. No podríamos abandonar su casa, señor, sin sus parabienes». Finalmente fuimos todos, y a todos nos satisfizo la visita. Sin embargo, no recuerdo nada en particular, salvo la atinada precisión que hizo el doctor Johnson sobre el poder de la memoria, defendiendo que el olvido es culpa de cada cual. «Recordar y rememorar —dijo— son cosas distintas. No tiene el hombre el poder de recordar lo que no haya atesorado en su entendimiento, aunque cuando una cosa está en su entendimiento sí puede rememorarla». El comentario lo ocasionó el hecho de que yo me recostara en una silla que poco antes había visto que estaba rota, por lo cual alegué el olvido a modo de disculpa. «Señor, que la silla estuviera rota sin duda se hallaba en su entendimiento».

Cuando observé que un ladrón es en general una persona timorata, dijo Johnson: «No es de extrañar, señor. Tiene miedo de que le peguen un tiro dentro de una casa, o bien de que lo ahorquen al salir».

Nos dijo que en un solo día había escrito dieciséis pliegos de una traducción del francés, a lo cual añadió: «Me alegraría verla ahora. Ojalá incluso tuviera ejemplares de todos los panfletos que contra mí se han escrito, como se dice de Pope. De haber sabido yo que iba a causar tanto alboroto en el mundo, me habría desvivido por coleccionarlos. Creo que apenas pasa un solo día en el que no se diga algo de mí en los periódicos».

El lunes 4 de junio fuimos todos a Luton-Hoe, a visitar la magnífica casa solariega de lord Bute, para lo cual había obtenido yo un permiso de visita. Cuando entramos en la finca, di en hablar con grandilocuencia de mi antigua amistad con lord Mountstuart, y añadí: «Es probable que mucho me deje ver yo por esta mansión». El

sabio, consciente de las vicisitudes por las que pasan los hombres, me atajó amablemente: «No esté tan seguro». Hizo dos o tres observaciones peculiares de su idiosincrasia. Por ejemplo, cuando se le mostró el jardín botánico, inquirió: «¿Y no es todo jardín un jardín botánico?». Cuando le dijeron que la maleza y el monte bajo se extendían por espacio de varias millas a la redonda, apostilló: «Eso es dar un uso estúpido al terreno; habría bastado con mucho menos». Se propuso que caminásemos por los jardines de placer, y dijo así: «No nos fatiguemos. ¿Por qué habríamos de caminar por allá?». No obstante, en conjunto se dio por satisfecho. «Este es uno de los lugares —dijo— de los que no me arrepiento haber visitado. Es un paraje muy suntuoso, desde luego; en la casa, el esplendor no se ha sacrificado a la mera comodidad, ni la comodidad al esplendor. La biblioteca es esplendorosa; la dignidad de los salones es muy notable; la cantidad de cuadros expuestos sobrepasa toda expectativa, desborda toda esperanza».

Resultó que sin mediar acuerdo previo visitamos la casa solariega de lord Bute el día del cumpleaños del Rey; almorzamos y brindamos a la salud de Su Majestad en una posada de la localidad de Luton.

Por la tarde le recordé su promesa de obsequiarme una copia de su celebérrima carta al Conde de Chesterfield, y por fin tuvo a bien avenirse a cumplir mi insistente solicitud, para lo cual me la dictó de memoria, pues creía que ni siquiera él conservaba copia. Vi un vigoroso resplandor en su semblante mientras rememoraba con precisión su indignación justificada y altiva.

Rió de buena gana ante una ridícula situación habida en el Tribunal Superior de Justicia estando yo presente en calidad de abogado de la defensa. La sociedad de procuradores con título para practicar en los tribunales inferiores de Edimburgo había obtenido una real licencia en la que pusieron gran esmero para que la antigua designación de *procuradores* se cambiara por la de *solicitantes*, en la suposición de que así resultaba más *gentil*,^[c104] e hicieron gala de este nuevo título con un anuncio público para convocar una asamblea general en su sede.

Se ha dicho que la nación escocesa no se distingue precisamente por su sentido del humor; desde luego, lo acontecido en esta ocasión bien puede en cierto grado justificar el comentario, pues aun cuando esta sociedad ha hecho lo indecible para pasar por destacadísimo objeto de la ridiculización ajena por parte de quienes a tal se rebajen, el único chiste a que ha dado pie es el siguiente párrafo, enviado al periódico llamado *Caledonian Mercury*:

Nos informa un corresponsal de que «La sociedad de adoración de los Caldeos, Caddies o Recaderos a la Carrera» de esta ciudad,^[c105] ha resuelto, en loable y natural imitación del éxito singular logrado por sus conciudadanos, miembros de una sociedad no menos respetable, solicitar una carta en la que se estatuyan sus privilegios, en particular el privilegio exclusivo de «procurar», en el sentido más amplio de la palabra, los servicios que son exclusivos de los cocheros, recaderos, correos, mensajeros y otros rangos inferiores de su gremio, con la lógica excepción de los que prestan sus congéneres los R-A-ES S-L-C-T-N-ES, por otro nombre P-OC-R-D-RES, ante los tribunales inferiores de esta ciudad.

En caso de que dicha sociedad de adoración se saliera con la suya, está resuelta, por si fuera poco, a no darse

aires de grandeza, sino antes bien a conducirse con humildad, ecuanimidad y decencia, más en todo caso de lo que lo han hecho sus R-A-ES, cultos y muy modestos conciudadanos, a tenor de su reciente dignificación y exaltación.

La mayoría de los miembros de la sociedad demandaron al señor Robertson, editor del periódico, por daños y perjuicios; el primer veredicto del tribunal en pleno con gran sabiduría desestimó la demanda: *Solventur risu tabulæ, tu missus abibis.*^[c106] Sin embargo, una nueva vista o revisión del caso se otorgó tras petición previa, de acuerdo con el proceder en Escocia. Esta petición fue la que me correspondió responder, y el doctor Johnson, con gran alacridad, me proveyó durante esta velada de cuanto sigue:

Toda lesión se produce contra la persona, la fortuna o la fama. Es cosa cierta, y es proverbialmente sabida, que una broma no rompe huesos. Nadie, en toda la profesión, ha dejado de ganar ni media corona desde que se publicó ese malévolo párrafo; en cuanto a su reputación, ¿qué es la reputación, salvo un instrumento para ganar dinero? Si, por lo tanto, no han perdido dinero, la cuestión de la reputación se puede responder acudiendo a un antiguo precepto, a saber, *De minimis non curat Prætor.*

Que hubiera o no *animus injuriandi* es algo que no vale la pena inquirir, si ninguna *injuria* es demostrable. Ahora bien, la verdad del caso es que no hubo *animus injuriandi*. Hubo a lo sumo *animus irritandi*,^[73] lo cual, cuando se ejerce sobre un *genus irritabile*, produce un resentimiento de violencia inesperada. Su irritabilidad provino de la opinión en que tienen su propia importancia, y su deleite de su propia exaltación posterior. Lo que podría haber resuelto un *procurator* no podría resolverlo un *solicitor*. Sus Señorías bien saben que *honores mutant mores*. Títulos y dignidades tienen un gran peso en la imaginación de los individuos. Así como un loco tiende a considerarse de pronto un hombre grande, quien de pronto es grande bien puede tender a pedir algo en préstamo del loco. Cooperar con su resentimiento equivaldría a reforzar su frenesí. Y tampoco es posible adivinar a qué podrían llegar caso de que el nuevo título de *solicitor* se añadiera al júbilo del triunfo.

Consideramos a Sus Señorías protectores de nuestros derechos y guardianes de nuestras virtudes; asimismo, creemos que no se incluye en su distinguidísimo cometido adular nuestros vicios ni dar solaz a nuestra vanidad, y como la vanidad dicta sólo esta demanda, es de rigor humildemente desear que Sus Señorías la desestimen.

Si todo intento, por liviano o ridículo, que se llevara a efecto con tal de menoscabar la reputación de otro ha de ser castigado por sentencia judicial, ¿qué castigo será suficientemente severo para quien intente menoscabar la reputación del Tribunal Supremo de Justicia al reclamar que se revise la sentencia de una causa ya dictaminada sin que haya cambiado el estado de la cuestión? ¿No entraña ello la esperanza de que los jueces cambien de parecer? ¿No son la incertidumbre y la inconstancia sumamente perjudiciales a la reputación del Tribunal? ¿No presupone todo ello que la sentencia previa fue temeraria y negligente? ¿No menoscaba la confianza del público? ¿No se dirá acaso que *jus est aut incognitum, aut vagum*? ¿No será consecuencia de todo ello que *misera est servitus*? ¿No resultarán oscurecidas las normas que rigen los dictámenes? Quien a día de hoy sabe que ha obrado mal, ¿no tendrá la esperanza de que los tribunales de justicia le den mañana la razón en su obrar? A buen seguro, Señorías, todos éstos son intentos de tendencia peligrosa y lesiva, que los *solicitor*, hombres versados en las leyes, tendrían que haber previsto y evitado. Era natural que un impresor ignorante apelase a la autoridad ordinaria; ahora bien, no lo es que los propios abogados, descendientes de abogados, que han practicado la ley desde hace trescientos años y que ahora se ven enaltecidos a una denominación de mayor altura, desconozcan la debida reverencia a una determinación judicial; no lo es, desde luego, que una vez descartada su demanda, den ahora en guardar silencio.

Vergüenza me da reseñar que el tribunal, con una pluralidad de voces, y sin disponer de una sola circunstancia adicional, recurrió la sentencia emitida en principio, tomó en serio esta broma tan estúpida como insensata y emplazó al señor Robertson a que pagase a la sociedad cinco libras (esterlinas), así como los costes del litigio. La decisión sin duda parecerá extraña a los abogados de Inglaterra.

El martes 5 de junio Johnson tenía previsto regresar a Londres. Estuvo muy agradable de trato durante el desayuno; comenté que un amigo mío^[c107] había

resuelto no casarse jamás con una mujer hermosa. JOHNSON: «Señor, es una resolución de mentecato la de no casarse con una mujer hermosa. La belleza es en sí misma muy estimable. Yo, señor, de largo preferiría a una mujer hermosa, a no ser que hubiera otras objeciones en su contra. Una mujer hermosa puede ser estúpida; una mujer hermosa puede ser malvada; una mujer hermosa puede no ser como yo. Pero no hay ningún peligro en casarse con una mujer hermosa si se la aprecia como tal. No será perseguida por nadie si no incita a la persecución. Una mujer hermosa, si es propensa a la maldad, hallará vías más prestas que otras, pero eso es todo».

Lo acompañé en el coche del señor Dilly hasta Shefford, donde, hablando de que lord Bute jamás visitaba Escocia, dijo: «Como inglés que soy, desearía que todos los caballeros de Escocia se educaran en Inglaterra; Escocia pasaría a ser una provincia, pues gastarían todas sus rentas en Inglaterra». Este es un asunto de gran importancia, que entraña no pocas consecuencias y requiere una gran delicadeza. Las ventajas de una educación en Inglaterra son incuestionablemente muy grandes para los caballeros escoceses de talento y ambición; visitar Escocia con asiduidad, así como quizá otros medios, puede ser eficaz para impedirles que se desvinculen totalmente de su tierra natal, como le sucede a cualquier caballero de Cumberland o Northumberland que se haya educado en el sur de Inglaterra. Reconozco, desde luego, que no es pequeño infortunio para los caballeros escoceses que carezcan de talento o ambición educarse en Inglaterra, donde tal vez su única distinción sea un sobrenombre, donde tal vez despilfarren su fortuna en dar costosos agasajos a quienes meramente se rien de ellos y van de acá para allá como simples adláteres incluso de los nobles que son, en el fondo, el hazmerreír de sus pares, cuando podrían haber llegado a ser a sus anchas miembros de una sociedad que los mirase con respeto si juiciosamente se hubieran educado en su tierra.

En Shefford hubo otra afectuosa despedida de mi reverenciado amigo, que tomó el coche de Bedford para su regreso a la metrópolis. Fui con Dilly a visitar a unas amistades suyas en Bedford, almorcé con los oficiales de la milicia del condado y al día siguiente reanudé mi viaje.

A Bennett Langton

Bolt Court,
6 de junio de 1781

Querido señor,

no será preciso que le diga cuán gratas me han resultado sus noticias y la invitación a su nueva casa, y menos tratándose de usted, que considera nuestra amistad algo no sólo forjado por libre elección, sino madurado también por el tiempo. Nos frecuentamos ya desde hace tanto que tenemos muchas imágenes en común, y por tanto disponemos de una fuente de conversación que ni la cultura ni el ingenio podrán proporcionarnos.

Se han publicado mis *Vidas*, y si me indica a dónde desea que se las envíe, me ocuparé de que no le falten.

Quizá se alegre de saber que la señora Thrale se ha desembarazado de su fábrica de cerveza, y que el comprador pagó de buena gana 135 000 libras. ¿Y dicen que la nación está arruinada?

Le ruego presente mis respetos a lady Rothes y me recuerde al resto de la familia, en especial a la pequeña señorita Jane. Su afectuoso y humilde servidor,

La caridad de Johnson para con los pobres era constante y amplia por su propia inclinación y por principio. No sólo era generoso con su propia bolsa, sino que también, lo cual es más difícil y más raro, pedía a otros cuando la ocasión lo aconsejaba. El señor Philip Metcalfe me dice que cuando Johnson le pedía para otras personas en desgracia o en apuros y el señor Metcalfe le ofrecía lo que él consideraba un exceso, Johnson insistía en tomar menos, diciendo: «No, señor; no se les debe malcriar con demasiados mimos».

Estoy en deuda con el señor Malone, uno de los albaceas testamentarios de sir Joshua Reynolds, por la siguiente nota, que se encontró tras su muerte entre sus papeles, y que, es de suponer, su auténtica modestia le impidió poner en mis manos, como sí hizo en el caso de las demás cartas. Por mínima que en sí misma sea, como honra por igual al ilustre pintor y al hombre de talante amistoso, me alegro de reproducirla aquí.

A sir Joshua Reynolds

23 de junio de 1781

Querido señor,
hasta anteayer no recibí el producto espléndido de su beneficencia. A mano tan generosa en el reparto, espero que nadie envidie nunca el poder de adquirir. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON^[74]

Al señor Thomas Astle

17 de julio de 1781

Señor,
me avergüenza que se haya visto usted obligado a reclamar tantas veces sus libros, pero no ha sido culpa de ninguna de las partes. Nunca se le han alejado de las manos, y tampoco he estado en mi casa sin recibirle a usted, pues ver a un hombre que es tan diestro conocedor de las antigüedades de mi país es oportunidad de prosperar en el saber que no dejaría escapar de grado.

Sus notas sobre Alfred^[75] me parecen juiciosas y ajustadas, aunque son demasiado escasas. Muchas de las cosas que para usted son familiares, a mí y a muchos otros lectores nos son desconocidas, y no debe usted tener una opinión demasiado favorable de sus lectores: al suponer que saben, les condena usted a la ignorancia. Es importante precisar con cuidado las equivalencias en las medidas de la tierra o el valor del dinero. ¿Tenían los sajones alguna moneda de oro?

Siento una gran curiosidad por las costumbres y transacciones del Medievo, pero me han faltado diligencia u ocasiones, o ambas cosas. Usted, señor, tiene sobradas ocasiones, y le deseo tanta diligencia como éxito. Soy, señor, su amigo etc.,

SAM. JOHNSON

La siguiente y curiosa anécdota la inserto con las propias palabras del doctor Burney.

«El doctor Burney refirió al doctor Johnson el partidismo que sus escritos habían suscitado en un amigo del doctor Burney, el difunto señor Bewley, conocido en Norfolk con el sobrenombre de “Filósofo de Massingham”, quien a tenor de los ensayos del *Rambler* y del *Plan* de su *Diccionario*, y mucho antes de que la fama del autor se asentara con el *Diccionario* mismo, o por medio de cualquier otra obra, había concebido tal admiración por él que suplicó al doctor Burney que le diera el envoltorio de la primera carta que había recibido de él, a modo de recuerdo de un escritor tan estimable. Esto fue en 1755. En 1760, cuando el doctor Burney fue a visitar al doctor Johnson en el Temple, donde tenía su domicilio, llegó por casualidad antes de que se hubiera levantado. Lo hicieron pasar a la estancia en la que se desayunaría; hallándose solo, examinó la estancia con la intención de hurtar algo que pudiera enviar a su amigo Bewley, otro recuerdo del admirable doctor Johnson. Como no encontró nada mejor para su propósito, cortó unas barbas de la escobilla de la chimenea y las envió por carta al entusiasta filósofo campestre, que las recibió con la esperada reverencia. El doctor fue tan sensible a los honores que le rendía un hombre de genio y de ciencia, para el cual era un perfecto desconocido, que dijo al doctor Burney: “Señor, no habrá hombre poseído por una mínima modestia que no se sienta halagado por la admiración de un hombre así. De buena gana le enviaré mis *Vidas* si me hace el honor de aceptarlas”. Cumplió su palabra. El doctor Burney no sólo tuvo el placer de gratificar a su amigo con un regalo más a la altura de su dignidad que los recortes de una escoba, sino que poco después le presentó al doctor Johnson en persona, en Bolt Court, con quien tuvo la satisfacción de conversar un rato considerable menos de quince días antes de su fallecimiento, que se produjo en St. Martin Street cuando visitaba al doctor Burney, en la misma casa en la que había vivido y en la que murió el gran sir Isaac Newton».

En una de sus agendas de bolsillo encuentro el siguiente apunte:

9 de agosto, 3 de la tarde, ætat. 72, en el invernadero de Streatham.

Tras tomar y desatender por pura negligencia innumerables resoluciones, aquí me he retirado a planear una vida de mayor diligencia, con la esperanza de ser todavía de utilidad y estar a diario mejor preparado para comparecer ante mi Creador y Juez, de cuya infinita misericordia con humildad suplico ayuda y respaldo.

Mi propósito es:

Dedicar ocho horas al día a alguna actividad seria.

Tras mis oraciones, me propongo dedicar las seis semanas siguientes al estudio pormenorizado de la lengua italiana.

Cuán venerable y piadoso resulta en esos momentos de soledad y con cuánto brío toma sus resoluciones para progresar en el saber; incluso en literatura elegante, y a edad muy avanzada, cuando le aquejaban muchas dolencias.

En otoño visitó Oxford, Birmingham, Lichfield y Ashbourne, de todo lo cual podría darse razón al estilo conjetural y sin embargo positivo de tantos autores a los que llena de orgullo dar explicación de cada suceso que relatan. Él, en cambio, dice lo siguiente: «Los motivos de mi viaje a duras penas los conozco; lo omití el año

pasado y no estoy dispuesto a volvérmelo a perder».^[76] Surgen sin embargo algunas buenas consideraciones, entre las que figura el amable recuerdo del señor Hector, cirujano de Birmingham. «Hector es asimismo un viejo amigo mío, el único amigo de mi niñez que compartió escuela conmigo. Siempre nos hemos apreciado, quizá a los dos nos haga bien una conversación en serio, de la que sin embargo no tengo demasiada esperanza».

Y dice también: «En Lichfield, mi pueblo natal, espero dar buen ejemplo con mi asistencia asidua a los oficios públicos de culto».

Mi correspondencia con él durante el resto del año, no sé bien por qué, fue muy exigua, sobre todo por mi parte. Le escribí una carta de presentación del señor Sinclair, ahora sir John, miembro del Parlamento por Caithness, para que se conocieran; en otra le informé de que mi esposa volvía a presentar síntomas alarmantes de su enfermedad.

1782: ÆTAT. 73.] En 1782 fueron un tormento sus aflicciones, y la historia de su vida este año poco más que un recital de quejas y lamentos ante las variaciones de su enfermedad, en medio de la cual, como bien se ha de ver por sus cartas, su capacidad intelectual en ningún momento flaqueó en lo más mínimo.

A James Boswell

15 de enero de 1782

Querido señor,

me siento a responder su carta el día mismo en que la he recibido, y me alegra que mi primera carta del año sea para usted. Nadie tendría que estar en paz consigo mismo mientras sepa que está en un error, y no me doy yo por satisfecho con mi prolongado silencio. La carta relacionada con el señor Sinclair, sin embargo, nunca me llegó.

Mi salud se ha resentido y se tambalea este último año, por lo que no puedo dar muy laudable cuenta de mi tiempo. Siempre ando a cuestras con la esperanza de hacer las cosas mejor que hasta la fecha.

Mi viaje a Ashbourne y al condado de Stafford no fue placentero, pues ¿qué gusto puede hallar un enfermo en visitar a los enfermos? ¿Disfrutaremos alguna otra vez de nuevas aventuras, retozando como en nuestro viaje a las Hébridas?

Espero y deseo que mi querida señora Boswell pueda superar sus dolencias; si la perdiera, perdería usted su ancla y, sin estabilidad, le zarandearían hasta volcarle las olas de la vida.^[77] Les deseo tanto a ella como a usted muchos años y muy felices.

Durante estos últimos meses he vivido tan retirado del mundo que no puedo darle noticia de ningún particular. Todos sus amigos, sin embargo, están bien y se alegrarán de verle de regreso en Londres.

Soy, querido señor, su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

En una época en la que ya no le resultaba tan fácil como antaño encajar un duro golpe, se vio bruscamente privado del señor Levett, acontecimiento que de este modo comunicó al doctor Lawrence:

17 de enero de 1782

Señor,

nuestro viejo amigo el señor Levett, que ayer se hallaba de un ánimo boyante, ha muerto esta mañana. El hombre que dormía en la misma habitación oyó un ruido inusual, se levantó e intentó hacerle hablar, pero sin conseguirlo. Llamó entonces al señor Holder, el boticario, quien, si bien lo creyó muerto nada más llegar, le abrió una vena de la que no manó sangre. Así ha concluido la vida de un hombre muy servicial y de conducta irreprochable. Soy, señor, su más humilde servidor,

En una de las agendas que obran en mi poder hallo la siguiente entrada:

20 de enero, domingo. Robert Levett recibió sepultura en el cementerio de la iglesia de Bridewell entre la una y las dos de la tarde. Había fallecido el jueves 17 a eso de las siete de la mañana, de muerte instantánea. Era un viejo y fiel amigo.^[a nota c76, Vol. I] Lo conocía más o menos desde el 46. *Commendavi.* Quiera Dios tener misericordia de él; quiera Dios tenerla de mí.

Era tal el afecto que tenía Johnson por Levett^[78] que quiso honrar su memoria con unos versos impregnados de patetismo:

Condenados a la engañosa mina de la esperanza,
según faenamos con denuedo día a día,
con súbito estallido o mermada tardanza
nuestras comodidades sociales se disipan.

Puesto a prueba tras muy diversos años,
ved a Levett, que a la tumba desciende:
serio, inocente, sincero, nada huraño,
amigo de todo el que amigos no tiene.

Pese a todo, se granjea el afecto
sabio y anodino, áspero en lo amable:
no niegues, arrogante intelecto,^[79]
tu elogio a su mérito inmutable.

Cuando Natura desmayada ayuda solicitaba,
y la Muerte cruel disponía su golpe avieso,
él, vigoroso, sus curas y remedios desplegab
con todo el poder del arte sin embeleco.

En las oscuras cavernas de Miseria conocido,
su ayuda presta estuvo siempre a tiempo
allí donde Angustia exhalaba su gemido
y Carencia se arrinconaba a morir en su momento.^[80]

No hubo solicitud burlada por demora,
ni mezquino pago por orgullo desdeñado;
las modestias necesidades de cada hora
atendió a diario con trabajo esforzado.

Con su virtud hizo su ronda angosta,
sin una sola pausa, sin hacer caso omiso;
a buen seguro la eternidad acota
su talento empleado con honra y ahínco.

Los días afanosos, las noches apacibles
sin sentir, sin contar fueron pasando;
firme era su pulso, sus manos hábiles
aunque sus ochenta años se iban acercando.^[c108]

Súbita, sin desgarró de dolor fiero,
sin fría gradación de decadencia,
la muerte quebró de golpe el eslabón sincero

y liberó vida y alma por sencilla sentencia.

En uno de los apuntes que tomó Johnson este año aparece el siguiente y curioso pasaje: «*20 de marzo*. Se ha disuelto el gobierno. Recé con Francis y di gracias».^[81] Ha sido motivo de discusión si no se comentarán aquí dos particulares distintos. ¿O hemos de entender que da gracias a raíz de la disolución del gobierno? En defensa de esta última conjetura cabe aducir la despectiva opinión que tenía de este gobierno, tal como a menudo se habrá visto en el transcurso de esta obra, lo cual halla sólida confirmación en lo que al respecto dijo al señor Seward: «Me alegro de que el gobierno haya sido removido. Nunca hubo mayor hatajo de imbéciles que deshonrase así a una nación.»^[c109] Si enviaban a un mensajero a la City a prender a un impresor, era el mensajero el que resultaba prendido en vez del impresor, y era después condenado por el regidor de turno.^[c110] Si mandaban un contingente de tropas en alivio de otro, el primero era derrotado y apresado antes de que llegara el segundo. No diré yo que lo que hacían fuera siempre un error, pero sí aseguro que se hacía en el momento más inoportuno».

A la señora Strahan

4 de febrero de 1782

Querida señora,

la señora Williams me mostró su amable carta. Este habitáculo es ahora un lugar donde reina la melancolía, nublado por las tinieblas de la enfermedad y la muerte. De los cuatro residentes fijos, uno nos ha sido de súbito arrancado; a dos los oprime una enfermedad muy grave y peligrosa; yo ayer, con una tercera sangría, quise aliviarme un poco de un trastorno que lleva algún tiempo asediándome, y hoy creo que estoy mucho mejor.

Me alegra, mi querida señora, que se haya repuesto usted lo suficiente para ir a Bath. Permítame encarecerle una vez más que se quede no sólo hasta que recobre la buena salud, sino incluso hasta que se confirme su pleno restablecimiento. Tiene usted la fortuna de que no haya gasto moderado que requiera sus atenciones, y tiene un marido, que, a mi entender, no repara en gastos y hace bien. Quédese por tanto hasta estar bien del todo. Yo por mi parte me encuentro muy abandonado, pero de nada sirven las quejas. Espero que Dios la bendiga. Y ojalá formule usted el mismo deseo por mí. Soy, querida señora, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Edmond Malone

27 de febrero de 1782

Señor,

muchas semanas he pasado tan impedido que sólo he tomado un coche para ir a casa de la señora Thrale, donde puedo disponer de toda la libertad que la enfermedad exige. Por consiguiente, no se tome a mal que no esté con usted y el señor Farmer. Espero en lo sucesivo verle con frecuencia. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

2 de marzo de 1782

Estimado señor,

espero encontrarme algo mejor; pronto podré disfrutar de la bondad de mis amigos. Creo que esta desatinada adhesión a Chatterton^[82] es aún más inexplicable que la obstinada defensa de Osián. En ésta había fermentado un poso de orgullo nacional que puede ser disculpable, pero que no cabe aplaudir. En Chatterton hay tan sólo el empecinamiento de volver a decir lo que ya se dijo una vez. Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Estas breves misivas demuestran el respeto en que tenía el doctor Johnson al señor Malone, a quien cuanto mejor se conoce más se valora y aprecia. Es muy de lamentar que Johnson se viera impedido de compartir la elegante hospitalidad que se brinda a la mesa de ese caballero, en la que todos los sentidos habrían tenido plena gratificación. El señor Malone, quien le ha sucedido con plena competencia en calidad de editor de Shakespeare, ha hecho en su prefacio grande y justo honor a la memoria de Johnson.

A Lucy Porter

2 de marzo de 1782

Querida señora,

me marché de Lichfield estando enfermo, y he pasado una racha molesta con mi respiración; durante algunas semanas me ha agobiado un resfriado cuya violencia no logré aplacar hasta que no me sangraron por tercera vez. Sin embargo, no he estado tan mal que no me haya sido posible escribirle, razón por la cual le pido disculpas por mi negligencia.

En mi casa habita la melancolía: Williams, Desmoulins y yo estamos enfermos; Frank no se encuentra bien del todo; el pobre Levett murió en su cama el otro día, de un síncope repentino. Supongo que ni un minuto pasó entre la salud y la muerte, que así de inciertas son las cosas de los hombres.

Tal es la apariencia que presenta el mundo a mi alrededor; espero que lo que le rodea le procure más consuelo y entretenimiento. Pase lo que haya de pasarnos, aunque de sabios es la seriedad, es inútil y es absurdo y es tal vez pecaminoso regodearse en las penas. Vivamos, por tanto, tan libres de toda cuita como podamos, aun cuando la pérdida de los amigos sea difícil de sobrellevar: el pobre Levett fue mi fiel amigo durante treinta años.

Perdóneme, querida mía, por no haberle escrito antes; espero poner remedio a éste y a mis otros defectos. Téngame presente en sus oraciones.

Dé recuerdos de mi parte a la señora Cobb, a la señorita Addeley y al señor Pearson, y a todos mis amigos. Soy, querida mía, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A la misma

Bolt Court, Fleet Street,
19 de marzo de 1782

Querida señora,

mi última carta fue muy aburrida, y no sé yo si ésta será mucho más alegre; estoy sin embargo deseoso de escribirle, pues está usted ansiosa por saber de mí.

Mi trastorno entra ya en su novena semana, pues aún no lo puedo dar por terminado. El jueves pasado me hicieron una sangría por cuarta vez, y desde entonces me he encontrado muy aliviado, aunque sigo sensible y dolorido a la primera de cambio, de modo que desde que nos despedimos he disfrutado de muy poco solaz, si bien espero con la primavera reponerme del todo, y que llegue el verano y vuelva a ver Lichfield, pues no aplazaré otro

año mi visita hasta finales del otoño.

Mediante anuncios he localizado a los hermanos del pobre señor Levett en el condado de York, que se quedarán con lo poco que ha dejado. Es muy poca cosa, que sin embargo recibirán de muy buena gana, pues entiendo que son de muy baja condición.

Estar enfermo y no ver sino enfermedad y muerte es un estado de lúgubre penuria, aunque espero que vengan tiempos mejores incluso en este mundo, y sea lo que sea lo que este mundo nos quiera dar o quitar, seremos felices en un estado mejor. Rece por mí, querida Lucy.

Dé recuerdos de mi parte a la señora Cobb, a la señorita Addeley y a mi vieja amiga la señora Hetty Bailey, y a todas las damas de Lichfield. Soy, querida mía, con afecto, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El mismo día en que escribió esta carta habla así, con sentimiento, de su respetado amigo y médico, el doctor Lawrence:

El pobre Lawrence prácticamente no oye nada, por lo que pierdo la conversación de un culto, inteligente y comunicativo compañero, amigo que un trato prolongado y familiar me hace muy querido. Lawrence es uno de los mejores hombres que he conocido.^[83]

Tenía el doctor Johnson la costumbre, cuando escribía al doctor Lawrence por algo relacionado con su salud, de recurrir al latín. La señorita Lawrence me ha obsequiado una de estas notas a manera de muestra:

T. LAURENTIO. Medico

Novum frigus, nova tussis, nova spirandi difficultas, novam sanguinis missionem suadent, quam tamen te inconsulto nolim fieri. Ad te venire vix possum, nec est cur ad me venias. Licere vel non licere uno verbo dicendum est; cætera mihi et Holdero^[84] reliqueris. Si per te licet, imperatur^[c111] nuncio Holderum ad me deducere. Maiis Calendis, 1782.

Postquam tu discesseris, quo me vertam?^[85]

Al capitán Langton,^[86] en Rochester

Bolt Court, Fleet Street,
20 de marzo de 1782

Querido señor,

mucho tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos; sea cual fuere la razón, ni usted me ha escrito, ni yo a usted. Dejar que esta amistad muera en la negligencia y en el silencio no es ni mucho menos sensato. Es desperdiciar voluntariamente uno de los grandes consuelos que tenemos en este fatigoso peregrinar, del cual cuando por fin uno de nosotros se ve arrebatado, como por fuerza ha de ser, quien lo recorra solo ha de preguntarse, sin duda, cómo pudo ser tan escasa su estima. Es grato pensar, en el silencio de la soledad, que hay al menos alguien, por lejos que esté, de cuya benevolencia poca o ninguna duda se tiene, y al cual aún se alberga la esperanza de volver a ver.

De mi vida, desde la época en que nos despedimos, la historia es de penalidades y lamentos. En la primavera del pasado año quedé privado de Thrale, un hombre que a lo largo de quince años no me miró ni una sola vez sin respeto y ternura; de otro amigo parejo a éste el natural curso de la vida humana no suele dar esperanza a nadie. Pasé el verano sin hacer nada de provecho, con debilidad de cuerpo y descuido del espíritu; viajé al condado de Stafford ya al filo del invierno. Fue una temporada triste: estuve enfermo, encontré enfermas a las amistades que fui a visitar. Tras una estadía plagada de penas, regresé a una casa habitada a día de hoy por dos mujeres también

enfermas, en la que mi viejo amigo, el señor Levett, al cual como bien decía él le debo haberle conocido a usted, murió hace unas semanas repentinamente mientras dormía; creo que no pasó ni un minuto entre la salud y la muerte. De noche, mientras meditaba en mi aposento en casa de la señora Thrale, pensé con insólita seriedad en que al margen de cómo tuviera que alterar mi forma de vida, sin importarme de quién tuviera que prescindir, me desviviría por retener a Levett a mi lado; pues bien, por la mañana mi criado me trajo aviso de que Levett había pasado a la otra vida, tránsito para el cual quiero creer que estaba bien pertrechado, pues fue muy servicial con los pobres. Por grande que fuera el valor en que lo tuve, ahora desearía haberlo valorado aún más.

Llevo más de ocho semanas con una enfermedad de la que, a expensas de casi cincuenta onzas de sangre evacuadas, confío estar reponiéndome por fin ahora.

Espero que usted, mi querido señor, disfrute de escenas de mayor solaz; verá a George contento con su libro, a las bellas señoritas vivarachas y animadas, y a mi pequeña Jenny tanto como la que más,^[c112] y en todo cuanto pueda contribuir a su quietud o a su placer, tiene presta a concurrir a lady Rothes. Ojalá cuanto de bueno disfruta vaya en aumento, y cuanto de malo pueda sufrir mengüe cuanto antes. Soy, querido señor, su humilde servidor,

SAM JOHNSON

Al señor Hector, en Birmingham^[87]

Londres, 21 de marzo de 1782

Querido señor,

espero no hacerme vanas ilusiones ni caer en grosera adulación si me permito imaginar que tanto a usted como a mi querida señora Carless^[88] les alegrará saber algo de mí. Hice el viaje de regreso a Londres sin incomodidades y llegué sano y salvo a mi habitáculo, donde sólo encontré mala salud y, a resultas de ello, poco ánimo. Hice luego una breve excursión al campo, donde me aquejó un resfriado que me ha durado ocho semanas y del que, a expensas de casi cincuenta onzas de sangre evacuadas, aún no estoy repuesto. Me temo que una vez más habré de fiar mi restablecimiento al buen tiempo, que por ahora no parece avanzar hacia nosotros.

Tal es mi estado de salud, que sin embargo espero que pronto mejore. En otros sentidos no tengo motivo de queja. Sé que no he escrito nada que haya sido tan merecedor de general alabanza como las *Vidas de los poetas*, y he hallado al mundo dispuesto a tratarme bien, como sin duda habría sido el caso si mi salud me hubiera invitado a frecuentar tales compañías. Esta temporada la he pasado casi por entero dedicado a cuidarme.

Cuando llegue el verano espero volver a verle. Y no aplazaré mi visita hasta fin de año. He vivido tanto tiempo en Londres que ya no recordaba la diferencia entre las estaciones.

Cuando le vi, lo encontré muy mejorado de salud. Sea usted prudente y no la ponga en peligro. Espero que, cuando volvamos a vernos, podamos congratularnos mutuamente por la bella perspectiva de gozar de una larga vida, si bien ¿qué son los placeres de la vida más larga si se comparan con una muerte feliz?

Soy, querido señor, afectuosamente, su amigo,

SAM. JOHNSON

Al mismo

[sin fecha, aunque presumiblemente
de esta misma época]^[c113]

Querido señor,

que usted y mi querida señora Carless hayan tenido curiosidad y se hayan interesado por mi salud me produce ese placer que siente todo hombre al saber que no se le ha olvidado. Con la vejez sentimos de nuevo ese amor por nuestro lugar natal y nuestros amigos de juventud, que con el ajetreo, los afanes y el entretenimiento de la edad madura queda arrinconado y en suspenso. Usted y yo deberíamos ahora de manera muy natural buscarnos el uno al otro: hemos sobrevivido a la mayoría de los que pretendían rivalizar con nosotros en el afecto del otro. En nuestro pasar por la vida hemos dejado atrás a nuestros compañeros, y ahora hemos de elegir a los que el azar nos ofrezca, o bien seguir viaje solos.^[c114] Usted, desde luego, tiene a una hermana con la que puede compartir el día; a mí no me queda ningún pariente; la Providencia, sin embargo, ha querido preservarme del descuido. No he querido yo los alivios que de las insidias de la vida nos puede dar la amistad. Mi salud, desde que cumplí veinte

años, ha sido tal que rara vez me ha procurado un solo día de sosiego, pero al menos no ha empeorado, y a veces incluso doy en creer que mejora. Mis trastornos, sin embargo, son sobradamente opresivos.

Pienso visitar de nuevo el condado de Stafford este otoño, y tengo la intención de llegarme a Birmingham, donde cuento con verles bien a usted y a mi querida señora Carless. Soy, señor, su afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

Le escribí en distintas fechas; lamenté que no me fuera posible acudir en primavera, aunque manifesté mi esperanza de que pudiéramos encontrarnos en verano en algún lugar; le hablé de mis esperanzas de ocupar algún puesto remunerado; le informé de que, como *Las bellezas de Johnson* se había publicado en Londres, algún siniestro e ignoto escriba había publicado en Edimburgo lo que dio en titular *Las deformidades de Johnson*.

A James Boswell

Londres, 28 de marzo de 1782

Querido señor,

el placer que solíamos recibir el uno del otro cada Viernes Santo y cada Domingo de Resurrección este año habremos de contentarnos con echarlo a faltar. Recemos sin embargo el uno por el otro, esperemos vernos de vez en cuando con recíproco deleite. Mi trastorno ha sido un resfriado que me impedía el normal funcionamiento de los órganos de la respiración, y que me tuvo varias semanas en estado de gran desasosiego; mi repetida flebotomía tiene ahora alivio, y luego del restablecimiento de la señora Boswell me halaga pensar que se alegrará usted del mío.

Aún es pronto para considerar qué haremos en verano. Desea usted saber ahora lo que hará más adelante; yo creo que este momento de bullicio y confusión^[89] sea propicio para darle ninguna ventaja en tal sentido. Todo hombre ha de compensar y gratificar a quienes han contribuido a sus progresos. Venir hasta aquí con tales esperanzas, a expensas de un dinero prestado, que según entiendo no sabe usted cómo ni a quién pedir, difícilmente puede ser tenido por gesto de prudencia. Lamento mucho descubrir que, según dan a entender sus solicitudes, ya ha agotado usted la totalidad de su crédito. Esto equivale a poner toda la tranquilidad de su vida en grave riesgo. Si se le adelanta el monto de la herencia, nada podrá heredar en su día; todo cuanto reciba habrá de servir para saldar las deudas del pasado. Debe usted encontrar un cargo remunerado, o bien consumirse en la penuria con el nombre vano de una gran hacienda. La pobreza, mi querido amigo, es un mal tan grande, tan preñado de tentaciones y desdichas, que no puedo sino de todo corazón encarecerle que la evite por todos los medios. Viva con lo que tiene; viva, si puede, con menos; no se endeude por vanidad ni por placer; la vanidad terminará en vergüenza, y el placer será pesar. Quédese en casa hasta que haya ahorrado el dinero necesario para viajar hasta aquí.

Las bellezas de Johnson, tengo entendido, han dado algún dinero a su compilador; si tienen *Las deformidades* el mismo éxito, seré un benefactor tanto más generoso.

Presente mis respetos a la señora Boswell, quien espero se haya reconciliado conmigo, y a los jóvenes a los que jamás he ofendido.

Nunca me dijo nada del éxito de su litigio contra los solicitantes.

Soy, querido señor, su más afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

A pesar de los muchos contratiempos y dolencias^[c115] del cuerpo y del espíritu que pasó este año, la siguiente correspondencia es buena prueba no sólo de su benevolencia y su consciente presteza para librar a un hombre del error, sino que, al

revestir también uno de los sentimientos expresados en su *Rambler* con otros ropajes, dándole un lenguaje diferente y no inferior al original, muestra su extraordinario dominio de una expresión clara y poderosa.

Le había escrito un presbítero de Bath para referirle que en el *Morning Chronicle* de dicha ciudad se había señalado un pasaje de *Las bellezas de Johnson*, bajo el epígrafe «Muerte», que según algunos lectores era supuestamente una recomendación de suicidio. Las palabras en cuestión era éstas: «Morir es el sino del hombre, pero morir con un remanente de angustia suele ser su mayor estupidez». Y el presbítero le sugería respetuosamente que tan errónea interpretación de una frase, tomada de los escritos de un confeso partidario de la religión y la virtud, no debía pasar sin la debida réplica.

Así contestó Johnson a la carta del presbítero:

Al reverendo señor —, de Bath

15 de mayo de 1782

Señor,

hallándome ahora en el campo, en proceso de recuperación de una enfermedad aún reciente, luego de un desorden muy opresivo, no puedo hacer caso omiso y desatender su muy cristiana carta. El libro titulado *Las bellezas de Johnson* es producto no sé de quién; nunca lo he llegado a ver, salvo en una inspección casual y muy somera, por lo que me considero por completo desentendido de las consecuencias que pueda reportar. Del pasaje que usted señala recuerdo haber visto alguna nota en algún periódico, aunque, a sabiendas de que tenía que ser una interpretación desencaminada, no le di más vueltas, tal como tampoco pensé en localizar la fuente en ninguno de mis libros, pues ni siquiera sabría por dónde empezar. Tengo la costumbre de no dar demasiada importancia a lo que digan los periódicos, pero una opinión tan seria y de tanto calado como la suya me lleva a tomar la determinación de hacer lo que sin su muy oportuna y madurada admonición habría sin duda omitido: concentraré mi pensamiento de modo que se conozca tal como en verdad es.^[90] Si pudiera localizar el pasaje, no dude que le indicaría dónde se encuentra. Supongo que el tenor viene a ser como sigue: «Las enfermedades agudas son inmediato e inevitable decreto del Cielo, pero el dolor que comportan es breve, y el desenlace es rápido; los trastornos crónicos, por los cuales quedamos suspendidos en tediosa tortura entre la vida y la muerte, son por lo común efecto de nuestra conducta, de nuestros desmanes y falta de templanza. Morir... etc.». Esto que ve, señor, es verdad y es sin tacha. Espero a lo largo de la semana próxima tener un rato para que se rectifique. Mi salud anda últimamente muy quebrantada; si me hiciera el favor de responder a ésta, será para mí un consuelo que me tenga presente en sus oraciones. Soy, atentamente, etc.

SAM. JOHNSON

Esta carta, como es de suponer, surtió pleno efecto, y el presbítero contestó con gratitud en términos píos.^[91]

Las cartas que siguen no requieren por mi parte extractos que las introduzcan.

A James Boswell

Londres, 3 de junio de 1782

Querido señor,

la franqueza, la seriedad y la ternura de su carta son tales que mucho dudo que pueda mostrarle más respeto del

que exige sentarme a contestarle en el día mismo en que la recibo.

Este año me ha impuesto una enfermedad grave y molesta. He tenido grandes impedimentos para respirar y me han sangrado en grandes cantidades. Ahora me agobia una tos catarrosa de la que me propongo hallar alivio mediante un cambio de aires, por lo cual me dispongo a viajar a Oxford.^[c116]

No seré yo quien determine si hice bien en disuadirle de que viniera a Londres esta primavera. No es mucho lo que se ha perdido al no disfrutar de mi compañía. Apenas he estado bien siquiera una sola semana. Podría haberme dado consuelo su amabilidad, pero me habría encontrado afligido y tal vez me hubiera visto malhumorado y quejoso. Fuera cual hubiera sido su gusto o el mío, no sé de qué modo podría haberle aconsejado sinceramente que viniera con dinero prestado. No se acostumbre a considerar las deudas una inconveniencia, un engorro: descubrirá que son una calamidad. La pobreza nos priva de muchos medios de hacer el bien, y produce tal discapacidad de resistirse al mal, tanto natural como moral, que es preciso rehuirla por todos los medios que sean virtuosos. Repare en un hombre que tenga una fortuna muy reducida: al margen de cuál sea su rango por nacimiento, al margen de la reputación que tenga por su excelencia intelectual, ¿qué puede hacer? ¿Qué mal se puede prevenir en sus condiciones? Es evidente que no podrá socorrer a los necesitados; nada tiene que compartir. Pero es posible que sus consejos o admoniciones sean de cierta utilidad. Su pobreza destruirá su influencia: serán más los que sepan que es pobre que los que aprecien que es sabio. Y muy pocos tendrán aprecio, y menos aún reverencia, por una sabiduría tan poco provechosa para quien la atesora. Nada diré de la personal desdicha en la que vive un deudor, que ha pasado sin embargo al proverbio.^[c117] De las riquezas no es preciso escribir alabanzas. Recuerde, a pesar de todo, que quien tiene dinero que compartir, tiene siempre en su poder beneficiar a los demás, y de ese poder un hombre bueno siempre ha de tener deseos.

Me complace su información sobre la Pascua.^[92] Espero que nos veamos en otoño, los dos bien, los dos con buen ánimo, y guardaremos los dos lo mejor de cada cual para acompañar al otro.

Dé mis recuerdos a la señora Boswell y a los pequeños. Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Al señor Perkins

28 de julio de 1782

Querido señor,

mucho me complace que vaya a emprender un largo viaje, que con la conducta apropiada sin duda le servirá para el restablecimiento de su salud y para prolongar su vida.

Observe estas reglas:

1. Expulse de su ánimo todas las cuitas en cuanto monte en el coche que haya de llevarlo.
2. No repare en la frugalidad, que su salud vale más de lo que pueda costarle.
3. No prosiga viaje un solo día si corre riesgo de fatigarse.
4. Tómese de vez en cuando un día de reposo.
5. Pésquese un buen mareo en alta mar, si es que puede.
6. Aparte toda ansiedad de sí, sosiegue su ánimo en lo posible.

Este último consejo es el principal; con el ánimo intranquilo, ni el ejercicio, ni la dieta, ni un médico le servirán de gran cosa.

Le deseo, querido señor, un próspero viaje y un feliz restablecimiento.

Soy, querido señor, su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

24 de agosto de 1782

Querido señor,

al no tener todavía la certeza de hacer este otoño alguna visita al campo, no contesté de inmediato a su amable carta. No tengo previsiones de viajar, pero si su deseo es que nos veamos en Ashbourne, creo que podré desplazarme; si prefiere usted venir a Londres, puedo alojarme en Streatham. Elija usted.

Este año ha sido muy fatigoso. De mediados de enero a mediados de junio estuve baqueteado por trastornos y

molestias sin cuento. Ahora me encuentro muy recuperado, y espero estar aún mejor. Qué felicidad que la señora Boswell se haya librado de sus molestias.

Mis *Vidas* están próximas a reimprimirse, y he olvidado al autor del retrato de Gray.^[93] Escríbame de inmediato, tal vez aún lleguemos a tiempo de insertarlo.

Entre Londres y Ashbourne, le dejo total libertad de elección. Me alegraré mucho de verle. Soy, querido señor, su afectuoso etc.,

SAM. JOHNSON

El 30 de agosto le informé de que mi honorable padre había fallecido aquella misma mañana; una dolencia que desde mucho antes le había hecho penar le produjo una súbita crisis cuando se hallaba de visita en la casa solariega de sir Charles Preston, adonde partí yo el día anterior al desenlace, en cuanto recibí una carta urgente.

A James Boswell

Londres, 7 de septiembre de 1782

Querido señor,

a lo largo de todo el año me he debatido con tantas enfermedades corporales y con una tan fuerte impresión sobre la fragilidad de la vida, que la muerte, cada vez que se presenta, me embarga de melancolía, y no soy capaz de recibir sin emocionarme la noticia de que alguien a quien he conocido ha pasado a mejor vida.

La muerte de su señor padre vino rodeada de todas las circunstancias que mejor podrían capacitarle a usted para sobrellevarla: sobrevino en la edad madura, y era de esperar; como su vida fue en general un dechado de piedad, sus pensamientos con toda seguridad estaban concentrados en la eternidad ya desde hace años. Que no lo hallara bien predispuesto hacia usted sin duda ha de apenarle; la disposición que tuvo para con usted fue la de un padre amable, aunque no afectuoso. La amabilidad es algo que está en nuestra mano, al menos si se trata de mostrarla; no así el cariño, y si ya por negligencia, ya por imprudencia, agotó usted su afecto, nada podría haberlo reavivado. Nada quedaba entre ustedes, así pues, salvo el mutuo perdón por los defectos ajenos y el mutuo deseo de su recíproca felicidad.

Mucho me gustaría conocer la disposición final de su fortuna.^[c118]

Ahora, querido señor, ocupa usted una nueva posición, y tiene por tanto nuevas cuitas, nuevas dedicaciones. La vida, como parece decir Cowley, tendría que parecerse a un poema bien ordenado, de lo cual una regla recibida y en general aceptada es que el exordio sea simple y no prometa demasiado. Dé comienzo a su nueva vida con el menor alarde y el menor gasto que pueda; podrá a su gusto incrementarlos cuando deba, pero no podrá disminuirlos fácilmente. No considere su hacienda propiedad suya mientras alguien pueda reclamarle un dinero que no esté en su mano pagar. Comience por tanto con frugalidad medrosa. Sea su primordial meta no incurrir en deudas con nadie.

Cuando se extienden los pensamientos hacia la otra vida, la vida presente apenas parece merecedora de todos esos principios de conducta y de las máximas de la prudencia que una generación ha transmitido a la siguiente, pero si se observa más a fondo, cuando se percibe cuántos males se producen y cuántos bienes se escatiman con azoramiento e inquietud, y qué poco margen dejan los expedientes de la pobreza al ejercicio de la virtud, es cada vez más manifiesto que la ilimitada importancia de la vida en el más allá forzosamente carga las tintas en los intereses de ésta.

Sea afectuoso con los viejos criados, y asegúrese de contar con la amabilidad de los agentes y factores de la finca; no les contraríe con aspereza, ni con una alegría impropia, ni con suspicacia aparente. De ellos ha de aprender usted cuál es el verdadero estado de sus asuntos, el carácter de sus arrendatarios, el valor de sus tierras.

Presente mis respetos a la señora Boswell; creo que las expectativas que ha puesto en el aire puro y el ejercicio son las mejores que se pueden tener. Espero y deseo que tenga una vida prolongada y feliz.

Olvido si le dije que Rasay^[c119] ha estado aquí; almorzamos juntos amigablemente. Hace poco recibí a un joven caballero de Corriachatadin.^[c120]

Recibí las cartas de usted esta misma mañana. Soy, querido señor, suyo afectuosamente, etc.,

En respuesta a mi siguiente carta recibí una de él, en la que me disuadía de apresurarme a viajar para estar a su lado, tal como me había propuesto firmemente. Lo apropiado para la publicación es el párrafo siguiente, por su justeza y su sensatez:

«Hay un gasto, sin embargo, en el que no quisiera verle escatimar: nada omita de cuanto pueda servir para preservar la salud de la señora Boswell, así sea necesario llevarla una temporada a un lugar de clima más suave. Ella es puntal y piedra angular de su vida. Cuánto sufrirían sus hijos si la perdieran».

Mi esposa estaba ya plenamente convencida de la sincera amistad que me profesaba y del respetuoso afecto que por ella tenía, tanto que sin mediar sugerencia por mi parte le escribió una carta muy cortés y muy agradecida.

Del doctor Johnson a la señora Boswell

Londres, 7 de septiembre de 1782

Querida señora,

no muy a menudo he recibido yo tan gran placer como con la invitación que me extiende para visitar Auchinleck. El viaje de ida y vuelta, qué duda cabe, se hace demasiado largo para esta época en que ya termina el año, pero tenga por seguro que, si mi salud se restablece plenamente, de ninguna manera voy a consentir que el frío y el calor, o la lluvia, o un áspero camino me impidan ir a visitarla. Ciertamente, no he perdido la esperanza de volver a ver Auchinleck, pero para que sea un lugar placentero es preciso que la señora del mismo esté bien, esté briosa, esté animada. Así sea por mí, entre tantísimas otras razones, ponga cuidado, querida señora, en atender su salud; no repare en gastos, no se prive de la ayuda que le pueda procurar alivio, o preservarlo. Ponga un gran cuidado en tener el ánimo sosegado, y no dude en dar razón de su restablecimiento, señora, a su afectísimo,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

Londres, 7 de diciembre de 1782

Querido señor,

luego de haber pasado casi todo este año sumido en una serie de trastornos y dolencias sin respiro, fui en octubre a Brighthelmstone, adonde llegué en tal estado de debilidad que tuve que detenerme a descansar cuatro veces al caminar entre la taberna y la posada. Con la medicina y la abstinencia me he puesto mejor y ahora estoy razonablemente bien, aunque todavía disto mucho de haber recuperado la salud. Mucho me temo, sin embargo, que pasados los setenta, y aún mucho antes, la salud comienza a revestirse de un significado bien distinto del que tenía a los treinta. Pero es irresponsable murmurar y más aún despotricar del orden establecido de la creación tanto como vano es oponérsele. Quien vive ha de envejecer, y quien prefiere envejecer antes que morir ha de dar gracias a Dios por los achaques propios de la edad.

De su largo silencio estoy bastante enojado. Ahora que es cabeza de familia, ¿no le parece que no vale la pena poner a prueba si usted o su amigo pueden aguantar más sin escribir?, ¿o sospecha al cabo de tantos años de amistad que cuando no le escribo le olvido? Quítese de la cabeza todos esos celos que de nada sirven, no intente regular su práctica según sea la práctica ajena, prescinda de todo principio que no obedezca al deseo de hacer el bien.

Su economía, supongo, habrá empezado a asentarse; sus gastos se habrán ajustado a sus ingresos, todos los que de usted dependen estarán en el lugar que les corresponde. Resuelva a toda costa no caer en la pobreza; tenga lo que tenga, reduzca sus gastos. La pobreza es gran enemiga de la felicidad humana; ciertamente destruye la libertad, y hace que ciertas virtudes sean impracticables, y otras sumamente difíciles.

Permítame conocer la historia de su vida desde su acceso a su hacienda. Cuántas casas, cuántas cabezas de ganado, cuántas tierras tiene en sus manos, qué acuerdos ha cerrado con los arrendatarios. (...)

De mi *Vidas de los poetas* han impreso una nueva edición en octavo, tengo entendido que de tres mil ejemplares. ¿Le hice llegar uno a lord Hailes? Si no lo hice, le enviaré uno de éstos. ¿Qué hizo usted con los materiales manuscritos?

La señora Thrale y las tres señoritas pasarán el invierno en Argyll Street. Sir Joshua Reynolds ha estado indispuerto, pero vuelve a encontrarse bien. Soy, querido señor, su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al doctor Samuel Johnson

Edimburgo, 20 de diciembre de 1782

Querido señor,

me hizo muy feliz su amable carta, que nos dio a todos la grata esperanza de volver a verlo por Escocia.

Mucho me halaga el interés que amablemente muestra por mi restablecimiento. Me encuentro mejor, y espero que esté en mi poder convencerle por medio de mis atenciones de la alta estima en que tengo su salud, tanto para el mundo como para mí. Sigo siendo, señor, con agradecido respeto, su humilde y obediente servidora,

MARGARET BOSWELL

La muerte del señor Thrale había dado lugar a una transformación sustancial en la acogida que en su casa se dispensaba a Johnson. La autoridad del esposo ya no estaba vigente a la hora de refrenar la vivaz exuberancia de su señora, y como la vanidad de ésta se hallaba con creces satisfecha luego de haber contado durante tantos años con la amistad rendida del Coloso de la Literatura, gradualmente le fue regateando sus atenciones, hasta entonces asiduas. No sabría yo precisar si su afecto por el doctor Johnson estaba ya entonces dividido con otro objeto, pero resulta evidente que el doctor, con su habitual perspicacia, se percató del desvío o de la forzada atención que le dedicaba la dama, pues el 6 de octubre de este año lo hallamos haciendo «último uso de la biblioteca» de Streatham y pronunciando una plegaria que compuso al despedirse de la familia del señor Thrale.^[94]

Dios Todopoderoso, Padre de toda misericordia, auxíliame con Tu gracia para que me sea dado con humilde y sincera gratitud recordar los consuelos y comodidades que he disfrutado en este lugar, y dejarlos en sagrada sumisión, confiando por igual en tu protección cuando das que cuando quitas. Ten piedad de mí, oh, Señor; ten piedad de mí.

A Tu paternal protección, Señor, encomiendo esta familia. Bendice, guía y defiende a todos ellos, para que les sea dado pasar así por este mundo y gozar a la postre, en Tu presencia, de la felicidad eterna, por amor a Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

No es posible leer esta plegaria sin sentir ciertas emociones no muy favorables por cierto para la dama cuya conducta la suscitó.^[c121]

En una de sus agendas de bolsillo encuentro lo siguiente: «*Domingo*. Fui a la

iglesia en Streatham. *Templo valedixi cum osculo*».

Vio al señor Philip Metcalfe^[c122] a menudo en casa de sir Joshua Reynolds y en otros lugares, y estuvo bastante con él en Brighthelmstone^[c123] durante este otoño, complacido por igual con su mesa excelente y con su briosa conversación. El señor Metcalfe le dio grandes muestras de respeto, y le envió una nota para comunicarle que hiciera uso de su carruaje siempre que le apeteciera. Johnson (3 de octubre de 1782) contestó con cortesía: «El señor Johnson se siente sumamente agradecido por el amable ofrecimiento del carruaje, pero no tiene el deseo de hacer uso del mismo, salvo cuando pueda contar con el placer de que lo acompañe el señor Metcalfe en persona». El señor Metcalfe a la fuerza hubo de sentirse sumamente complacido de que Johnson valorase tanto su compañía, y con frecuencia lo acompañó cuando salía a tomar el aire. También viajaron juntos a Chichester y visitaron Petworth y Cowdry, venerable casa solariega de los lores de Montacute. «Señor —dijo Johnson—, me gustaría pasar aquí veinticuatro horas seguidas. Aquí bien se ve cómo vivían nuestros ancestros».

Bien se ve que su curiosidad seguía intacta a tenor de dos cartas enviadas al señor John Nichols, el 10 y el 20 de octubre de este año. En una dice: «He repasado sus *Anécdotas* y he llegado a la conclusión de que es difícil encontrar a un amante de la historia de la literatura que no esté agradecido por cuanto nos relata. Cualquiera halla en ellas información y provecho. Ojalá añadiera usted sus propios descubrimientos y su información a los del doctor Rawlinson, y emprendiera el necesario suplemento a la obra de Wood. Piénselo». En la otra le dice así: «Ojalá, señor, pudiera usted obtener alguna información adicional sobre Jortin, Markland y Thirlby. Fueron tres contemporáneos de una gran eminencia».

A sir Joshua Reynolds

Brighthelmstone,
20 de diciembre de 1782

Querido señor,
ayer tuve noticia de su reciente enfermedad, y mal pensaría de mí mismo si la hubiera recibido sin la correspondiente alarma. Además, he tenido noticia de su pronta recuperación, que con toda sinceridad deseo sea completa y permanente. Su nación ha corrido el grave peligro de perder a uno de sus más brillantes ornamentos, y yo lo he corrido de perder a uno de mis más viejos y amables amigos, a pesar de todo lo cual espero que siga viviendo por mucho tiempo, por el honor de la nación, así como espero que mayores disfrutes de su elegancia, de su inteligencia y de su benevolencia estén reservados, querido señor, para su más afectuoso y atento amigo,

SAM. JOHNSON

El reverendo señor Wilson le había dedicado su *Diccionario de arqueología*,^[a nota 252, Vol. IV] señal de respeto que reconoció de esta forma:

Al reverendo señor Wilson, Clitheroe, Lancashire

31 de diciembre de 1782

Reverendo señor,

el dilatado retraso en que he incurrido al agradecerle el honor que me confiere con su dedicatoria le ruego muy encarecidamente no lo tenga por falta mayor de lo que es. Una enfermedad muy inoportuna e incómoda me ha tenido bastante tiempo alejado de los placeres e impedido de los deberes de la vida. La estima y la amabilidad de los hombres sabios y bondadosos es uno de los últimos placeres que perdería de grado; la gratitud para con quienes este placer nos procuran es deber que espero nunca se me reproche haber desatendido. Por consiguiente, por la presente le agradezco la atención que me ha prestado, y que considero que da a mi nombre no sólo más volumen, sino también más peso; no sólo extiende su superficie, sino que incrementa su valor. Su libro era evidentemente necesario, y hallará espero su sitio en la universidad, a la cual, sin embargo, no pretendo confinarlo, pues no hay nadie tan versado en los ritos y prácticas de los antiguos para no tener necesidad de él. Como entiendo que debo parte de su amabilidad a mi excelente amigo el doctor Patten, tiene él asimismo justo derecho a mi agradecimiento, que espero usted le transmita. Pronto aparecerá una nueva edición de mi *Biografía poética*; si quisiera aceptar un ejemplar para tenerme presente, hágame saber de qué modo es más conveniente hacérselo llegar. Es un pequeño obsequio, que le hace de buena voluntad, reverendo señor, su más humilde, etc.,

SAM. JOHNSON

1783: ÆTAT. 74.] En 1783 tuvo más graves dolencias que nunca, como se ha de ver en el curso de su correspondencia, si bien conservó el mismo ardor por la literatura, la misma piedad constante, la misma amabilidad para con sus amigos y la misma vivacidad, tanto en la conversación como en sus escritos, que siempre le distinguieron.

Tras dar al doctor Johnson una relación cabal de cuanto estaba haciendo en Auchinleck, mencionando en particular lo que sabía que iba a complacerle —haber llevado por ejemplo a un anciano de ochenta años desde una casa aislada en el campo a una cómoda habitación dentro de mi propia casa, para que gozase de la cercanía de sus vecinos—, recibí en febrero una respuesta de la que extracto lo que sigue:

Me deleita el relato de su actividad en Auchinleck; ojalá el anciano caballero a quien ha tenido usted la bondad de acoger viva mucho y promueva la prosperidad de usted por medio de sus oraciones. Tiene ahora un nuevo carácter y nuevos deberes: medítelos y cúmplalos.

Haga una estimación imparcial de sus ingresos y, sea la que fuere, viva con menos. Resuelva no ser pobre jamás. La frugalidad no sólo está en la base de la tranquilidad, sino también de la beneficencia. Nadie puede ayudar a los demás si necesita ayuda. Ha de tener lo suficiente antes de poder compartir.

Me alegra saber que la señora Boswell mejora; espero que para tenerla bien no ahorre en precauciones ni en atenciones. Ojalá vivan juntos mucho tiempo.

Cuando venga, le ruego traiga consigo el *Anacreonte* de Baxter. No consigo dar con esa edición en todo Londres.

El viernes 21 de marzo, tras llegar a Londres la noche anterior, me alegró encontrarle en Argyll Street, en casa de la señora Thrale, donde la apariencia de amistad entre ambos se mantenía todavía intacta. Se me hizo pasar a su habitación, y tras los primeros saludos me dijo: «Me alegra que haya venido; estoy muy enfermo». Estaba pálido, y le acuciaba la dificultad de respirar, pero tras interesarnos el uno por las cosas del otro retomó su habitual, poderoso estilo de conversador. Viéndome por vez primera en calidad de laird, o propietario de mis tierras, empezó diciendo: «Señor, la superioridad de un caballero del campo sobre las personas que habitan sus tierras es de seguro muy grata: quien diga que no lo es miente, pues grato ha de ser tener una superioridad casual sobre todos aquellos que de natural son iguales a nosotros». BOSWELL: «Y sin embargo, señor, vemos a grandes terratenientes que prefieren vivir en Londres». JOHNSON: «Pues claro, señor. El placer de vivir en Londres, la superioridad intelectual que se disfruta, puede pesar a la postre más que cualquier

otra consideración. Además, señor, tal vez haya quien prefiera en conjunto la vida del caballero de campo, y sin embargo nunca encuentre el momento oportuno para mudarse y abandonar Londres». «Es mejor —dijo luego— tener el cinco por ciento de la tierra que del dinero, porque es más seguro, aunque la prontitud de la transferencia y la inmediatez del interés hagan que muchos prefieran disponer de los fondos. Pero hay otra desventaja en la tierra en comparación con el dinero. Nadie teme tanto a un duro acreedor como a un duro terrateniente». BOSWELL: «Porque siempre hay cierta relación entre el terrateniente y sus arrendatarios». JOHNSON: «No, señor. Entre nosotros, muchos son los terratenientes que nunca ven a sus arrendatarios. Es porque si un terrateniente expulsa a sus arrendatarios, tal vez no encuentre a otros, mientras que la demanda de dinero es tan grande que siempre se podrá prestar».

Habló con pesar e indignación de la oposición facciosa contra el gobierno, que imputó en gran medida a la Revolución. «Señor —dijo en voz baja tras acercarse más a mí, mientras sus prejuicios de antaño parecían fermentar en su ánimo—, esta familia hanoveriana aquí se encuentra *isolée*. No tienen amigos. Los Estuardo tuvieron amigos que no dejaron de estar con ellos siquiera en 1745. Cuando el derecho del rey no se reverencia, no hay reverencia para quienes nombran el rey».

Su observación de que la familia real no tenía amigos se ha constatado en el ingrato comportamiento de muchos que habían contraído severas obligaciones para con Su Majestad; al mismo tiempo, hay honrosas excepciones, y al año siguiente de que tuviera lugar esta conversación, así como en lo sucesivo, el Rey ha contado con tan amplio y generoso respaldo como el que nunca se haya prestado a ningún monarca, y ha tenido la satisfacción de saber que era cada vez más querido por su pueblo.

Me repitió sus versos sobre el señor Levett con una emoción tal que los dotó de toda su fuerza y eficacia, y entonces tuvo a bien decir: «Tiene que estar usted conmigo tanto como pueda. Usted me ha hecho mucho bien. No se puede hacer idea de lo mucho mejor que me encuentro desde que ha llegado usted».

Mandó recado para avisar a la señora Thrale de mi llegada. Yo no la había visto desde que murió su esposo. Apareció pronto y tuvo la bondad de invitarme a que me quedara a comer, lo cual acepté. No estuvimos más que ella y tres de sus hijas, el doctor Johnson y yo. Dijo que también ella se alegraba de mi llegada, pues iba a marcharse a Bath, y habría lamentado dejar solo al doctor. Me pareció una amable atención por su parte; como yo no estaba informado de que hubiera cambiado nada, supuse que todo iba tan bien como antes. A él lo encontré poco inclinado a conversar durante la comida, y se retiró a dormir muy poco después, pero cuando se encontró con nosotros en la sala parecía haber revivido, y volvió a ser el de siempre.

Hablando del arte de la conversación, dijo así: «Ha de haber en primer lugar sabiduría, ha de haber materiales; en segundo lugar, es preciso que haya un dominio de las palabras; en tercer lugar, imaginación, es decir, la capacidad de colocar las

cosas en una perspectiva tal como no suelen verse; en cuarto lugar, es precisa la presencia de ánimo, una firme resolución de no dejarse vencer por los fracasos. Este último es un requisito esencial, por falta del cual son muchas las personas que no sobresalen en las conversaciones. Sin ir más lejos, a mí mismo me falta; echo a perder la partida entera por no ganar una sola baza». Me asombró oírle hablar así de sí mismo. «No sé yo, señor —le dije—, cómo puede ser, pues estoy seguro de que es capaz usted de ganar de tal modo que a cualquier contrincante se le caigan las cartas de las manos». Dudo mucho que llegase a oír el comentario. Mientras proseguía su perorata, me invadió la admiración y dije a la señora Thrale en un aparte: «¡Ay, quién tuviera un método abreviado para anotar todo esto!». «Ya lo anotará usted en su cabeza —respondió—, que una cabeza grande vale tanto como un método de escritura abreviada».

Se ha comentado con pasmo que Charles Fox nunca habló con ninguna libertad en presencia del doctor Johnson, aunque de sobra es sabido, yo mismo soy testigo de ello, que su conversación adolece de variedad, es fluida y sumamente grata. La experiencia que Johnson por su parte tenía de la reserva y circunspección de este caballero fue razón suficiente para que así se explayara: «Fox jamás habla en privado, y no porque esté resuelto a no decir nada, sino porque carece de iniciativa. Un hombre que está habituado a los aplausos de la Cámara de los Comunes no tiene deseo de que se le aplauda en privado. Quien tiene la costumbre de apostar un millar de libras, si tiene que apostar seis peniques ni siquiera se tomará la molestia de sumar lo que arrojen los dados. La conversación de Burke es su intelecto en estado de ebullición; no habla porque desee distinción, sino porque su intelecto rebosa».

De este modo, curiosamente, caracterizó a uno de nuestros conocidos: «***** es un buen hombre, señor mío, pero es mentiroso y vanidoso. Ahora bien, si miente es sólo por vanidad: cuando habla de victorias en una polémica, son victorias que jamás han tenido lugar».^[c124] Con esto hizo alusión a una historia de dicho caballero que había repetido yo para entretener a Johnson con sus desaforadas bravatas: «Ese Johnson —dijo él—, del que tienen todos tanto miedo, se acoquinará si uno le planta cara, le azuza y le grita en plena discusión tanto como vocifera él sin que venga a cuento. Una vez sostuvo la paradoja de que sólo existe la belleza si va acompañada de utilidad. “Señor —le dije—, ¿y qué me dice usted de la cola del pavorreal, que es uno de los objetos más bellos que hay en la Naturaleza, pero que tendría la misma utilidad si todas las plumas fueran del mismo color?”. Tuvo que encajar el golpe que le había propinado, si bien recurrió a su arma habitual, el ridículo, y exclamó: “El pavorreal tiene cola, el zorro tiene cola”, y se echó a reír a carcajadas. “Bien, señor —le dije con voz bien recia, mirándole a la cara—: ha soltado a su zorro, persígalo si se atreve”. No dijo ni palabra». Johnson me explicó que todo esto era de cabo a rabo pura invención.^[95]

Tras meditar unos instantes, dijo: «Me pregunto cómo es posible que tenga yo enemigos, si no hago daño a nadie».^[96] BOSWELL: «En primer lugar, señor, quizá

tenga a bien recordar que empezó por atacar a los escoceses, de modo que tiene por enemiga a toda una nación». JOHNSON: «Caramba, reconozco que con mi definición de *avena* sí me propuse insultarlos». [c125] BOSWELL: «¿Y es usted capaz, señor, de rastrear la causa de su antipatía por los escoceses?». JOHNSON: «No podría, no». BOSWELL: «El viejo señor Sheridan dice que es porque vendieron a Carlos I.». JOHNSON: «En tal caso, el viejo señor Sheridan ha encontrado una muy buena razón».

A buen seguro, la resistencia más obstinada y la aversión más encarnizada contra este hombre grande y bueno han de curarse por sí solas cuando se le ve tomarse en broma uno de sus prejuicios e incluso jugar con él, prejuicio del cual reconoció con sinceridad que desconocía la razón. Sin embargo, es probable que se debiera a que tenía a la vista lo peor de la nación escocesa, a los aventureros menesterosos, muchos de los cuales entendía que habían llegado mucho más allá de sus méritos, por medios que no veía con buenos ojos. De haber visitado Escocia en su juventud, de haber conocido a los caballeros dignos, sensatos e independientes, que viven de un modo racional y son hospitalarios en sus casas, nunca habría tenido tan desfavorables e injustos conceptos de sus conciudadanos. Y en consonancia se ve que cuando visitó Escocia en la última etapa de su vida tuvo plena conciencia de todo cuanto merecía, tal como ya he señalado al referirme a su *Viaje a las islas occidentales*.

Al día siguiente, sábado 22 de marzo, lo encontré aún en casa de la señora Thrale, aunque me dijo que por la tarde tenía previsto irse a su domicilio. Se encontraba mejor, si bien reparé en que era un paciente levantisco, pues sir Lucas Pepys, que lo visitó mientras estaba yo con él, dijo: «Si fuera usted tratable, señor, le recetaría lo que le hiciera falta».

Le referí un comentario que me había hecho un respetable amigo acerca del estado del gobierno, cuando quienes tras largos años estuvieron en la oposición alcanzaron el poder, tal como se esperaba, en contra de la inclinación del soberano. [c126] «No hay por qué estar intranquilos —dijo este caballero— a propósito del Rey. Se ríe de todos ellos, los enfrenta a unos con otros». JOHNSON: «No lo crea, señor. Está el Rey tan oprimido como el que más. Si los enfrenta a unos con los otros, no ganará nada».

Había hecho yo una visita al general Oglethorpe por la mañana, y me dijo que Johnson recibía los sábados por la tarde, por lo que esa noche nos volveríamos a ver a última hora en su casa. Cuando se lo comuniqué, seguro de que le agradaría, pues no en vano tenía en gran estima a Oglethorpe, el desequilibrio y la aprensión que le provocaba su enfermedad se manifestaron de un modo inesperado, pues dijo con vehemencia: «¿No le dijo que no viniera? ¿Es que me van a perseguir y a dar caza de esta forma?». Le tranquilicé un poco al decirle que no podía yo suponer que la visita no sería bien acogida, y que de ningún modo pude yo prohibírsela por mi cuenta y riesgo al general.

Por la tarde encontré al doctor Johnson en el salón de la señora Williams tomando

té y café con ella y con la señora Desmoulins, que también estaban enfermas. Fue una triste escena, y él no se encontraba de muy buen humor. Dijo de un escrito que recientemente había terminado: «Si buscase usted por todos los manicomios de Inglaterra, no hallaría siquiera a diez hombres capaces de escribir así y de considerarlo sensato».

Me alivió que se anunciara la llegada del general Oglethorpe, y dejamos a las señoras. El doctor Johnson lo recibió en la sala, y estuvo tan cortés como siempre. El general dijo que estaba ocupado leyendo a los escritores de la Edad Media. Johnson dijo que eran muy curiosos. OGLETHORPE: «La Cámara de los Comunes ha usurpado el poder del dinero de la nación, y lo ha usado tiránicamente. Ahora se ejerce por medio de influencias y corruptelas, en vez de obedecer al derecho inherente al rey». JOHNSON: «Señor, es la ausencia de un derecho inherente al rey lo que ocasiona todos estos disturbios. Lo que hicimos con la Revolución fue muy necesario, pero también desmanteló nuestra constitución».^[97] OGLETHORPE: «A mi padre ni siquiera le pareció que fuera necesario».

El domingo 23 de marzo desayuné con el doctor Johnson, a quien hallé muy aliviado de sus achaques, pues había tomado opio la noche anterior. Protestó sin embargo por ello, y afirmó que era un remedio que sólo habría que administrar con absoluta reticencia y en caso de extrema necesidad. Le señalé que en Turquía era de uso muy corriente, y que por tanto no podía ser tan pernicioso como él temía con tanta aprensión. Se acaloró. «Los turcos toman opio y los cristianos toman opio, pero Russell, en su descripción de Aleppo, dice que es tan deshonesto en Turquía tomar demasiado opio como lo es entre nosotros emborracharse. Señor —añadió—, es pasmoso cómo se exageran las cosas. Hace poco oí contar a un caballero, ante una concurrencia en la que estaba yo presente, que en Francia es costumbre que un hombre, en cuanto se casa, tome a su servicio a una cantante de ópera. E insistió en que era costumbre general. “Dígame, señor —le dije—, ¿cuántas cantantes de ópera puede haber?”. Respondió que unas ochenta. “Bien —le dije—, pues ya se ve que no son más de ochenta los hombres de buen tono que hagan una cosa así”».

La señora Desmoulins preparó el té, y ella y yo conversamos en su presencia acerca de un asunto que una vez soportó él con paciencia, y seguí hablando de lo mismo cuando nos quedamos los dos a solas. Se trataba de que no se quejaba él del mundo a pesar de no haber sido nombrado para ocupar un cargo de importancia, a pesar de no haberse enriquecido. Nos exigió que no hablásemos más de aquello. «Nadie tiene ningún derecho a hablar de ese modo, a exponer ante un hombre su propio carácter y los sucesos de su vida cuando no quiere él que así se haga. Nunca he requerido yo los favores del mundo, nunca me ha requerido el mundo a mí. Es más bien maravilla que tanto se haya hecho por mi persona. Cuantas quejas se vierten contra el mundo son injustas. Nunca he conocido a un hombre de mérito al que se haya hecho víctima de una negligencia; ha sido en general por culpa suya si no ha cosechado el éxito apetecido. Puede uno esconder si quiere la cabeza en un agujero;

puede irse al campo y publicar un libro de vez en cuando, aunque nadie lo lea, y puede quejarse entonces de que se le trata con negligencia. No hay razón por la cual deba nadie desvivirse por un hombre que haya escrito un buen libro: no lo ha escrito para ningún individuo en particular. Igual daría que hiciera yo un regalo al cartero que me trae una carta. Cuando era limitado el patrocinio, un escritor esperaba encontrar a un mecenas, y se quejaba si no lo encontraba. ¿Por qué iba a quejarse? Ese mecenas ya cuenta con otros que son tan buenos como él, e incluso con otros que le llevan ventaja». BOSWELL: «Pero a buen seguro, señor, reconocerá que hay hombres de mérito en la abogacía que reciben encargos». JOHNSON: «Señor, puede usted estar seguro de que los encargos se reciben a partir de la opinión de que la persona a la que se le hacen merece lo mejor, de modo que si un hombre de mérito se dedica a la abogacía y no recibe encargos, será por error, y no por injusticia. No es víctima de la negligencia. Se puede llevar al mercado un caballo que no se venda, aun siendo un caballo excelente, pero ello será por ignorancia, no por mala intención».

Hubo en este parlamento mucha novedad, ingenio y discriminación, tales como rara vez se ven. Sin embargo, no puedo menos que pensar que los hombres de mérito que no han tenido éxito en la vida tienen disculpa si se lamentan aun cuando no tengan derecho a quejarse. Pueden considerar una dura adversidad que sus méritos no hayan obtenido adecuada distinción. Aunque no haya injusticia intencionada en contra de ellos, por parte del mundo en general, en no percibir su mérito, pueden pese a todo lamentarse de la fortuna, el sino o el nombre que quieran elegir para designar el poder mitológico que supuestamente posee el Destino. Sin embargo, se me ha ocurrido, a modo de pensamiento de consolación, que los hombres de mérito bien podrían reparar en lo siguiente: cuánto más duro sería si las mismas personas tuvieran todo el mérito a la vez que toda la prosperidad. ¿No sería ése un desdichado reparto para los pobres zopencos? ¿Cambiarían los hombres de mérito su superioridad intelectual, y los disfrutes que a ella se deben, por la distinción externa y los placeres de la riqueza? Si no lo hicieran, que no envidien nada a los demás, que a fin de cuentas son pobres mientras ellos nadan en la abundancia, compensación que les favorece. Que miren a su interior y se den por satisfechos, que recuerden con orgullo manifiesto lo que tan bien dice Virgilio del *Corycius Senex*, y que en otra parte^[98] he aplicado con veracidad y sinceridad al señor Burke: «*Regum æquabat opes animis*». [c127]

Sobre la cuestión del uso correcto de la riqueza observó Johnson: «No puede un hombre dar mal uso a su dinero en lo tocante a la sociedad siempre y cuando no lo acumule cual avaro, pues o bien lo gasta o bien lo presta, y tanto de lo uno como de lo otro se beneficia la sociedad. Es en general mejor gastar el dinero que dar limosna, pues la industria se promociona más con el gasto que con la caridad. El hombre que gasta su dinero sabe que está haciendo el bien; en cambio, no puede estar tan seguro cuando da limosna. Un hombre que gasta diez mil libras al año hace mayor bien que el que gasta dos y da ocho en limosnas».

Por la tarde volví a verlo. Estaba un tanto agobiado por sus dolencias. Un caballero le preguntó si había salido a la calle en todo el día. «No me venga con puerilidades —le dijo—. Con la misma podría preguntarme si me he ahorcado en todo el día». Algo dije yo de política. JOHNSON: «Señor, prefiero que me rompa todos los huesos antes que me venga a hablar de asuntos públicos, internos o exteriores. He vivido hasta ver las cosas todo lo mal que podían ponerse».

Se hizo mención de su amigo, el segundo lord Southwell. «Lord Southwell —dijo— era el hombre de alta cuna y buena crianza menos dado a la insolencia con el que nunca haya estado, el más *cualizado*^[c128] que he visto. Lord Orrery no tenía dignidad; lord Chesterfield sí, pero era insolente. Lord *****^[c129] es un hombre de toscos modales y trato áspero, pero muy capaz y bien informado. No digo que sea un hombre a quien yo pondría al frente de la nación, aunque quizá sea tan bueno o mejor que el próximo primer ministro que tengamos, pero sí es un hombre para presidir un club, no diré el nuestro, claro, sólo que tal club no existe». BOSWELL: «Pero, señor, ¿no fue en tiempos un faccioso?». JOHNSON: «Desde luego que sí, ya lo creo, tan faccioso como el que más: estuvo siempre a favor de hundirnos con la chusma». BOSWELL: «En tal caso, señor, ¿cómo es que ha conseguido gozar del favor del Rey?». JOHNSON: «Pues supongo yo que porque habrá prometido al Rey hacer cuanto al Rey complazca».

Dijo que «la pifia de discurso que pronunció Goldsmith ante lord Shelbourne, y que tantas veces se ha traído a colación, y que en efecto pronunció, fue en realidad una pifia debida sólo al énfasis: “Me extraña que le llamen lord Malagrida,^[c130] pues fue Malagrida un hombre bueno”, dijo, cuando en realidad quiso decir que le extrañaba que se utilizase Malagrida a manera de reproche».^[c131]

Poco después de esta ocasión tuve oportunidad de ver, por medio de uno de sus amigos, una prueba de que su talento, así como su disposición a prestar los mejores servicios a los autores, estaban tan prestos como siempre. Había revisado «La aldea», un poema admirable del reverendo señor Crabbe. Los sentimientos de éste sobre la falsa noción de la felicidad rústica y la rústica virtud coincidían con los suyos, y se había tomado la molestia no sólo de proponer ligeras enmiendas y variantes, sino también de aportar algunos versos suyos cuando consideró que podían plasmar el sentido del poema con palabras más atinadas que las del manuscrito original.

El domingo 30 de marzo lo encontré en su casa por la tarde, y tuve el placer de conocer al doctor Brocklesby, cuyas lecturas y conocimiento de la vida y animado humor le proporcionan una reserva inagotable para la conversación. Mencionó a un respetable caballero que había caído en una penuria extrema cerca del final de su vida. Johnson comentó que debía de padecer cierto grado de locura. «En absoluto —dijo el doctor Brocklesby—, tiene intactas sus facultades. Por desgracia, parece ser que aun cuando poseía una fortuna de 27 000 libras se privó de muchas comodidades por suponer que no podía permitírselas». «Entonces está claro —exclamó Johnson—:

si tiene el juicio tan trastornado que ya ni sabe contar, es que está perfectamente».

Insertaré aquí algunos de los dichos de Johnson sin la formalidad de la fecha, ya que no guardan relación con ningún momento o lugar en concreto.

«Cuanto más amplía y varía un hombre a sus conocidos, tanto mejor». Sin embargo, alguna restricción quiso poner al concepto, pues en otra ocasión me dijo: «Puede un hombre ser tanto de todo que al final no sea nada de nada».

«Subir los salarios de los aparceros es un error, pues no por ello han de vivir mejor, sino que se volverán perezosos, y la pereza es muy mala cosa para la naturaleza humana».

«Es una muy buena costumbre que un hombre lleve un diario para su propio uso: puede escribir cada día en una hoja cuanto se necesita escribir después de haber tenido experiencia de la vida. Al principio habrá mucho que escribir, porque hay muchísimas novedades, pero una vez que asienta un hombre sus opiniones rara vez encuentra mucho que anotar».

«No hay nada maravilloso en el diario que llevó Swift cuando estuvo en Londres, pues contiene temas ligeros y está escrito a la ligera, cuando no de prisa y corriendo».

[99]

Elogié la exactitud con que llevaba su libro de cuentas una dama a la que mencioné por su nombre. JOHNSON: «Llevar las cuentas, señor, de nada sirve cuando un hombre gasta su propio dinero y no tiene ante quién rendirlas. No comerá usted hoy menos carne por haber anotado ayer cuánto le costó». Mencioné a otra dama que era en esto de su misma opinión, de modo que su marido no conseguía que le llevase las cuentas de los gastos familiares, pues a ella le parecía suficiente con no excederse nunca de la suma asignada a tales menesteres. JOHNSON: «Señor, es apropiado que lleve las cuentas, pues su esposo lo desea, aunque no le veo yo la utilidad». Sostuve que llevar las cuentas tiene sus ventajas, ya que satisface a un hombre comprobar que no ha perdido su dinero y que no se lo han robado, como a veces tal vez imagine caso de no tener por escrito constancia de sus gastos; por otra parte, un cálculo económico tendente a no exceder los propios ingresos no se puede hacer si no se tienen a la vista los distintos artículos y las cifras que les corresponden, para que pueda uno ver cómo recortar gastos en particulares no tan necesarios como otros. A eso ni siquiera intentó responder.

Hablando de un conocido nuestro cuyas narraciones, que abundaban en temas curiosos e interesantes, fueron por desgracia tachadas de fábulas y disparates, comenté que lord Mansfield me había dicho: «Supongamos que creyésemos sólo la mitad de lo que cuenta». JOHNSON: «Así es, aunque no sabríamos qué mitad creer de las dos que contienen. Con sus patrañas perdemos no sólo nuestro respeto por él, sino también todo el solaz de su conversación». BOSWELL: «¿No podríamos tomarlas por entretenidas ficciones?». JOHNSON: «Señor, el infortunio es que uno creará sin apenas darse cuenta todo lo que esté inclinado a creer».

Es notorio que, a pesar de lo mucho que hubiesen congeniado en materia de

política, nunca llegase a conocer a un eminente y noble juez, ya difunto, del que en calidad de escritor le oí hablar con gran respeto. Johnson, no sé bien con qué grado de conocimiento, no tenía una opinión muy elevada del carácter intelectual de Su Señoría. Hablándome un día de él, me dijo: «Es maravilloso con qué poca verdadera superioridad de intelecto pueden los hombres tener por ilustre a una figura de la vida pública». Se pronunció del mismo modo en relación con otro miembro de la judicatura, quien parece ser que durante una temporada se dio el capricho de tratarse con los ingenios londinenses, aunque con tan escaso éxito que dijo Foote: «¿Qué se propondrá al venir con nosotros? No sólo es aburrido, sino que es causa de aburrimiento en los demás». Midiéndolo por el rasero de sus poderes coloquiales, Johnson lo encontraba muy deficiente. Una vez dijo a sir Joshua Reynolds: «Este hombre lleva diez años en la ciudad, y no ha sacado nada en claro», en el sentido de que no tenía amigos.^[100] Me dijo: «Estando en compañía de otros, nunca le oí decir nada que llamara la atención, y le puedo asegurar que sólo cuando uno tiene trato estrecho con un hombre en la conversación llega a descubrir cuál es su verdadera capacidad, pues pronunciar un discurso en pública asamblea es un tranquillo que se aprende. Yo sí honro a Thurlow, señor: Thurlow es un hombre excelente, que sabe muy bien cómo comunicar su entendimiento de las cosas».

Tras repetirle alguna de sus agudezas, le dije: «Es una lástima, señor, que no siempre recuerde usted sus propios aciertos y sus quiebras, para poder reírse cuando le venga en gana». JOHNSON: «Ni mucho menos, señor: más vale que los olvide y que así me los recuerden y me pueda reír a gusto cuando se traiga a colación lo que dije».

Cuando le recordé algo que había dicho cuando navegábamos por Loch Lomond, y fue que «si llevara prendas de buena confección habrían de ser las mejores», observé que todos sus pensamientos obedecían a una gran escala. JOHNSON: «Le aseguro, señor, que cualquiera lleva las mejores prendas que puede llevar; por ejemplo, un diamante bien grande en el anillo». BOSWELL: «Disculpe, pero un hombre de miras más bien estrechas no pensará en tal cosa y se conformará con una baratija: “*Nec sufferre queat majoris pondera gemmæ*”».^[c132]

Le dije que debería enviarle algunos de los ensayos que había escrito yo,^[101] pues esperaba que tuviera la bondad de leerlos y seleccionar los mejores. JOHNSON: «No, señor; envíeme solamente los buenos, no me obligue a escogerlos».

Una vez le oí decir: «Aunque el proverbio que dice “*Nullum numen abest, si sit prudentia*”^[c133] no siempre es verdad, del inverso bien podemos estar seguros: “*Nullum numen adest, si sit imprudentia*”».

Una vez en que se iba el señor Seward a Bath y le preguntó por sus indicaciones, le dijo: «Dígale al doctor Harington que ojalá publicase otro volumen de las *Nugæ antiquæ*,^[102] que es un libro muy bonito». El señor Seward secundó su deseo y recomendó al doctor Harington que se lo dedicara a Johnson y tomara por lema lo que dice Catulo de Cornelio Nepote:

... *namque tu solebas,*
Meas esse aliquid putare nugas.^[c134]

Como pequeña prueba de su delicadeza de sentimientos cabe mencionar la circunstancia siguiente: una tarde, estando juntos en la calle, le dije que iba a cenar en casa del señor Beauclerk, a lo cual me dijo: «Iré con usted». Tras haber recorrido a pie buena parte del camino, pareció acordarse de algo, de súbito se detuvo y dijo: «No puedo ir... aunque no por eso aprecio menos a Beauclerk».

En el marco de su retrato, Beauclerk había hecho inscribir este lema:

... *Ingenium ingens*
Inculto latet hoc sub corpore.^[c135]

A la muerte de Beauclerk, cuando el retrato de Johnson pasó a ser propiedad de Langton, éste ordenó borrar la inscripción. Complacido, Johnson le dijo: «Ha sido muy amable al suprimirla», y luego de una breve pausa añadió: «Y no fue falta de amabilidad que él la quisiera poner».

«En casa de qué pocos amigos querrá cobijarse uno si está enfermo», exclamó en otra ocasión, y mencionó uno o dos. Sólo recuerdo que una fue la casa de los Thrale.

«Hay en la mayoría de las personas —observó— una perversa inclinación a suponer que en un viejo ha decaído el intelecto. Si un joven o un hombre de edad madura, al despedirse de alguien, no recuerda dónde ha puesto el sombrero, nada importa; si esa misma falta de atención se descubre en un anciano, la gente se encoge de hombros y dice que se le va la memoria».

Una vez, hablando de esos dichos a los que todo el mundo recurre, aunque nadie sepa dónde encontrarlos, como es el caso de «*Quos Deus vult perdere, prius dementat*», me dijo que una vez le ofrecieron diez guineas si era capaz de señalar de dónde estaba tomada la referencia «*Semel insanivimus omnes*». No fue capaz. Muchos años después, por puro azar, la encontró en Johannes Baptista Mantuanus.

Mucho lamento no haber tomado nota de un elocuente argumento en el que sostuvo que la situación de que gozaba el Príncipe de Gales era la más feliz de cuantas personas habitaban en el reino, más incluso que la del soberano. Sólo recuerdo que aludió al disfrute de la esperanza, a la superioridad del rango sin la ansiedad y las cuitas del gobierno, y con un alto grado de poder, tanto por la natural influencia que ampliamente ejerce como por las confiadas y optimistas expectativas de quienes aspiran a gozar en el futuro de sus favores.

Sir Joshua Reynolds me comunicó los siguientes particulares:

Johnson creía que los poemas que se habían publicado como si fueran traducciones de Osián tenían poquísimo valor, tan escaso de hecho que dijo: «Cualquiera podría escribir esas fruslerías con sólo abandonarse a la tarea».

Dijo: «Debería uno pasar parte del tiempo con alguna de esas personas que tienen facilidad para detectar los defectos ajenos, pues así lo ridículo o lo peculiar de cada cual se presentaría claro a sus ojos y podría corregirlo». Observé que tenía que haber

sido una persona muy osada la que se aventurase a decirle al doctor Johnson cuáles eran sus peculiaridades.^[103]

Habiendo reparado en la vana y ostentosa importancia con que muchas personas citan la autoridad de duques y lores para indicar que han gozado de su compañía, señaló que él había llegado al extremo opuesto, pues no reseñaba nunca la autoridad de una persona cuando, de no haberse tratado de un duque o un lord, lo habría hecho sin dudarlo.

El doctor Goldsmith dijo una vez al doctor Johnson que deseaba que se sumasen al Club Literario algunos miembros más, con el fin de que el club tuviera una variedad más grata para todos, «pues no puede haber ya nada nuevo entre nosotros; todos hemos recorrido palmo a palmo las almas de los demás». Johnson pareció enfurecerse, y dijo: «Señor mío, usted no ha recorrido mi alma, se lo aseguro, y menos aún palmo a palmo». No obstante, sir Joshua creía que Goldsmith tenía toda la razón, y observó que «cuando las personas han convivido mucho, saben qué dirá cada una de ellas a propósito de cualquier asunto. Es deseable, por consiguiente, una nueva manera de entender las cosas, porque aun cuando tal vez sólo aporte la misma concepción de una cuestión determinada, idéntica a la que podrían haber aportado aquellos con quienes tenemos costumbre de vivir, esa concepción tendrá una coloración distinta, y la coloración es de grandísimo efecto en todo lo demás, como lo es en pintura».

Johnson acostumbraba decir que tenía por norma inviolable hablar tan bien como pudiera, tanto en cuanto al sentimiento como en cuanto a la expresión, con lo cual daba a entender que lo que en origen había sido un esfuerzo le resultaba fácil y familiar. A resultas de ello, observó sir Joshua, su conversación corriente, en cualquier compañía, le granjeaba siempre la atención de todos, pues de él se esperaba algo por encima del habitual estilo coloquial.

Sin embargo, aunque Johnson tenía esta costumbre cuando estaba acompañado, si era necesario otro modo de conversar, y si se trataba de indagar la verdad, era capaz de descender a un lenguaje inteligible para la capacidad intelectual más exigua. Ejemplo de ello lo presencié sir Joshua Reynolds cuando se encontraban los dos en el interrogatorio a que sometió a un canalla jovenzuelo el señor Saunders Welch, difunto juez mayor de Westminster. Welch dio en imaginar que se enaltecía a ojos del doctor Johnson si empleaba palabras grandilocuentes, y habló de un modo que al joven le resultó absolutamente ininteligible. Como el doctor Johnson lo percibiera, se dirigió al muchacho transformando la pomposa fraseología del juez en un lenguaje llano. A sir Joshua Reynolds le divirtió sobremanera este proceder, que parecía una forma de subvertir lo que cabría esperar de los dos hombres, y así se lo señaló al doctor Johnson cuando ya se marchaban los dos a pie. Johnson dijo que ese caso se daba de continuo, y que se veía siempre obligado a traducir la dicción inflada del juez —sonrió—, de modo que su sentido fuera comprensible para el vulgo, del que a fin de cuentas se trataba de obtener cierta información.

Sir Joshua una vez le señaló que hablaba por encima de la capacidad de ciertas personas con las que habían estado ambos. «Poco o nada importa —repuso Johnson—; se lo toman como si fuera un cumplido si se les habla como si fueran más sabios de lo que son. Tan es así, señor, que Baxter aplicó esta norma en todos los sermones que predicara: decir algo que estuviera por encima de la capacidad de comprensión de los fieles reunidos para oírlo».^[104]

La destreza de Johnson en el turno de réplica, cuando ya parecía que su adversario lo hubiera arrinconado, era notabilísima. De su capacidad a este respecto, nuestro común amigo el señor Windham, de Norfolk, ha tenido la bondad de facilitarme un ejemplo magnífico. Aunque fuera hostil a Escocia, siempre prodigaba generosos elogios a George Buchanan en su condición de escritor. En una conversación referente a los méritos literarios de uno y otro país, en el transcurso de la cual se aludió a Buchanan, un escocés que dio en suponer que en este terreno obtendría sobre él un triunfo incuestionable exclamó: «En fin, doctor Johnson: ¿qué habría dicho usted si Buchanan fuera inglés?». «Verá, señor —dijo Johnson tras una pequeña pausa—: no habría dicho de Buchanan si fuera inglés lo que ahora diré de él siendo, como es, escocés: que ha sido el único hombre de genio que jamás haya nacido en su país».

Y esto me trae a la memoria otro ejemplo de índole muy similar. Le recordé que cuando el doctor Adam Smith se explayaba sobre la belleza de Glasgow, le había cortado en seco diciéndole: «Dígame, señor: ¿ha visitado usted Brentford alguna vez?». Yo me tomé la libertad de añadir: «Mi querido señor, eso sin duda fue una impertinencia». «Entonces —replicó— es que usted sí que nunca ha visitado Brentford».

Aunque su manera habitual de referirse a una conversación era la de «charla», hacía sin embargo una distinción, pues una vez me dijo que el día anterior había almorzado en casa de un amigo con «un grupo de trato muy agradable», a lo cual le pregunté si habían disfrutado de una buena conversación, y contestó: «No, señor; hubo bastante charla, pero nada de conversación, pues no se discutió nada».

Hablando del éxito que cosechaban los escoceses en Londres, lo imputó en gran medida a su consabido y desmedido espíritu nacional. «Sabe usted, señor —dijo—, que ningún escocés publica un libro, ni se monta una obra teatral de un escocés, sin que haya quinientas personas, o más, prestas a aplaudirle».

Hizo grandes alabanzas de su amigo el doctor Burney, de sus elegantes y muy entretenidos viajes,^[c136] y dijo al señor Seward que los tuvo muy presentes cuando escribió su *Viaje a las islas de Escocia*.

Era tal su sensibilidad, y tanto le conmovía la poesía de tono patético, que cuando leyó en mi presencia «El eremita», del doctor Beattie, le asomaron las lágrimas a los ojos.^[105]

Gran reprobación le merecía la mezcla de hechos reales con ficción. Sobre esta base censuró un libro titulado *Amor y locura*.^[c137]

El señor Hoole le dijo que había nacido en Moorfields, y que había recibido parte de su instrucción más temprana en Grub Street. «En tal caso —aseveró Johnson con una sonrisa—, tiene usted una educación más que regular». Al preguntarle quién había sido su instructor, como Hoole le respondiera «mi tío, señor, que era sastre», Johnson hizo memoria y dijo: «Lo conocí, desde luego. Lo llamábamos “el sastre metafísico”. Era miembro de un club que se reunía en Old Street, conmigo y con George Psalmanazar y con unos cuantos más, pero dígame, señor: ¿era un buen sastre?». Como Hoole respondiera que, según tenía entendido, era demasiado matemático, y aficionado a pintar cuadrados y triángulos en el pizarrín de su establecimiento, de modo que nunca sobresalió en el corte de una levita, Johnson dijo: «Quizá no destacara, pero en tal caso lo lamento, pues quisiera yo que fuésemos todos maestros en nuestro oficio».

En grata referencia a Hoole y a sí mismo en calidad de escritores hermanos, solía decirle: «Vayamos juntos usted y yo a comernos una buena chuleta de buey en Grub Street».

Sir William Chambers, gran arquitecto,^[106] en cuyas obras se refleja la sublimidad del genio, y que goza de gran estima entre cuantos le conocen por sus cualidades sociales, hospitalarias y generosas, remitió al doctor Johnson el manuscrito de su *Arquitectura china* para que éste lo examinara. Él se mostró muy complacido, y dijo: «No requiere añadidos ni correcciones, sino unas líneas a modo de introducción». Johnson amablemente se las proporcionó, y sir William las adoptó de buen grado.^[107]

Dijo a sir William Scott: «Esta época enloquece con tanta innovación, y ahora resulta que todo en el mundo ha de hacerse de una forma nueva; a los propios condenados hay que ahorcarlos de una forma novedosa, ni siquiera Tyburn se salva de la furia innovadora».^[c138] Se adujo que se trataba de una mejora considerable. «No, señor —dijo con contundencia—. Nada de mejora. Objetan que el método antiguo congregaba a gran número de espectadores curiosos. Señor mío, las ejecuciones tienen por objeto atraer espectadores. Si no fuera así, no cumplirían su cometido. El método antiguo era el más satisfactorio para todas las partes: el público quedaba contento con la procesión, el condenado encontraba ánimos y respaldo en ella. ¿Por qué ha de suprimirse todo esto?». Estuve completamente de acuerdo con el doctor Johnson sobre este particular, y estoy convencido de que las ejecuciones de ahora, al no celebrarse la solemne procesión de antes, ni de lejos surten el efecto que surtían. Me temo que los magistrados de Londres y de otros lugares han puesto por encima de cualquier otra consideración su propia tranquilidad.

Del doctor Hurd, Obispo de Worcester, dijo Johnson a un amigo: «Hurd es uno de esos hombres que tienen una explicación para todo. De un modo sistemático. Por ejemplo, ha estado de moda llevar pantalones escarlata. Pues estos hombres dirán que de acuerdo con determinadas causas y efectos, en esa época no habría sido posible elegir ningún otro atuendo». Sin embargo, en otra ocasión dijo al mismo caballero:

«Hurd es un hombre de trato muy valioso».

Es bien sabido que este erudito y cultísimo prelado publicó en otra etapa de su vida unos *Diálogos morales y políticos* de sesgo consumada y lamentablemente *whig*. Más adelante, Su Señoría lo pensó mejor, comprendió su error y dio a la imprenta una segunda edición de espíritu más constitucional. Sin embargo, no estaba Johnson muy dispuesto a dar credibilidad a su conversión política. Recuerdo que cuando Su Señoría declinó el honor de ser nombrado Arzobispo de Canterbury, Johnson comentó: «Me alegro de que no haya ido a Lambeth, pues a fin de cuentas temo que siga siendo un *whig* en lo más profundo de su corazón».

La atención que prestaba Johnson a la precisión y a la claridad de expresión era notabilísima. Desaconsejaba e incluso condenaba el empleo del paréntesis, y creo que en su voluminosísima obra no se encontrará ni siquiera media docena. Nunca empleaba las expresiones «el primero» y «el último», pues había observado que ocasionaban cierta oscuridad; por consiguiente, se las ingeniaba para construir sus frases de modo que no tuviera que recurrir a ellas, y prefería incluso repetir las palabras a que se refería antes que emplearlas. Nada es tan corriente como confundir un apellido cuando lo oímos pronunciar sin cuidado por primera vez. Para impedir esa confusión, no sólo tenía por costumbre pronunciarlos despacio y con toda nitidez, sino que se tomaba la molestia de deletrearlos. Es una práctica en la cual le he imitado. Ojalá estuviera más extendida.

Era tal la calentura e irritabilidad de su sangre que no sólo se recortaba las uñas al máximo, sino que también se limaba los nudillos con una navaja hasta dejárselos enrojecidos, casi en carne viva.

La heterogénea composición de la naturaleza estaba sumamente bien ejemplificada en Johnson. Su liberalidad a la hora de dar dinero a las personas que pasaban por estrecheces financieras era extraordinaria. Sin embargo, había oculta en él cierta propensión a la cicatería, al ahorro rayano en mezquindad. Una vez le confesé que me había visto a la sazón en un apuro monetario. «Bueno —repuso—, yo estoy igual. Sólo que no lo digo». De vez en cuando me pedía un chelín; cuando le pedía yo que me lo devolviera, se ponía de mal humor. Una vez se produjo un incidente minúsculo, a la vez que pintoresco. Como si pretendiera reprenderme por mi minuciosa exactitud de acreedor, se dirigió a mí y me interpeló de esta forma: «Boswell, présteme seis peniques, pero para no devolvérselos».

La atención de este gran hombre a las pequeñas cosas era notabilísima. Como prueba de ello citaré que un día me dijo: «Cuando reciba monedas de plata como cambio de una guinea, tenga cuidado; puede encontrarse con algunas monedas muy curiosas».

Aunque inglés hasta la médula, y rebosante de prejuicios contra todos los demás países, siempre tuvo el suficiente discernimiento para ver, así como la sinceridad de censurar, la fría reserva que es común entre los ingleses respecto a los desconocidos y los forasteros. «Dos hombres de cualquier otro país —me dijo— que se encuentran

juntos en una estancia de una casa que ambos visitan por primera vez entablan de inmediato una conversación. Ahora bien, si son ingleses se marchan cada uno a una ventana y guardan silencio con obstinación. Todavía no hemos comprendido de modo suficiente los derechos comunes a toda la humanidad».

Johnson tuvo bastante contacto en cierta época de su vida con el Conde de Shelbourne, ahora Marqués de Lansdowne, del que a buen seguro no podía sino estimar en su justo valor la actividad espiritual y las nada frecuentes adquisiciones de conocimientos que logró, aunque desaprobaba otros aspectos del carácter de Su Señoría, muy divergentes de los suyos.

El señor Maurice Morgann, autor del muy ingenioso *Ensayo sobre el carácter de Falstaff*,^[108] amigo de Su Señoría, tuvo en cierta ocasión oportunidad de entretener a Johnson durante uno o dos días en Wycombe, tiempo durante el cual estuvo ausente el lord. Él mismo me ha proporcionado dos anécdotas.

Una de ellas acredita no poco la sinceridad de Johnson. El señor Morgann y él entablaron una disputa por la noche; aunque llevaba la peor parte, Johnson no quiso ceder. En breve, ninguno de los dos cejó en su posición. A la mañana siguiente, cuando se vieron en el comedor para desayunar, el doctor Johnson abordó a Morgann de este modo: «He estado pensando en nuestra discusión de anoche. Y tenía usted razón».^[c139]

La otra fue como sigue: ya fuera por pasatiempo, ya por espíritu de contradicción, Johnson mantenía con vehemencia la valía de Derrick en calidad de escritor. Morgann razonó en vano. Por último, recurrió a esta argucia: «En fin, señor, ¿y a usted quién le parece mejor poeta: Derrick o Smart?». Johnson saltó como un rayo: «Señor mío, aún no se ha establecido el orden de prelación entre el piojo y la pulga».

Una vez, refrenando mi demasiado frecuente costumbre de alardear por haber estado en tal o cual reunión de nota, me dijo así: «Boswell, alardea usted de eso tan a menudo que se pone usted solo en ridículo. Me recuerda a un hombre que, hallándose en la cocina de una posada, de espaldas al fuego, se dirigió así a la persona que tenía al lado: “¿Sabe usted quién soy yo?”. “No, señor —repuso el otro—; no tengo el gusto”. “Pues ha de saber que soy el gran Twalmley, inventor de la Nueva Esclusa de Hierro”». El Obispo de Killaloe, cuando le repetí la anécdota, defendió a Twalmley observando que tenía todo el derecho al epíteto de «grande», pues Virgilio, en su grupo de dignatarios merecedores del Elíseo, «*Hic manus ob patriam pugnando vulnera passi, etc.*», menciona: «*Inventas aut qui vitam excoluere per artes*».^[c140]

Una mañana, hallándonos en su estudio, me dijo: «Boswell, creo que me encuentro más a gusto con usted que casi con cualquier otro».

No daba ningún crédito a David Hume por sus principios en materia de política, aunque eran semejantes a los suyos. De él dijo alguna vez que «era *tory* por pura casualidad».^[c141]

Su aguda capacidad de observación de la vida humana le llevó a decir: «Nada tan susceptible de exasperar tanto a tantas personas como un hombre que despliegue una

superior habilidad para brillar en la conversación. En el momento, sus oyentes parecen complacidos de tal destreza, pero la envidia les lleva a maldecirlo por dentro».

Es probable que mis lectores se sorprendan al saber que el gran doctor Johnson era capaz de entretenerse con un tipo de composición tan ligera y lúdica como la charada. He recuperado una que compuso a propósito del doctor Barnard, hoy Obispo de Killaloe,^[109] que ha tenido la deferencia de tratarme durante muchos años con tanta intimidad y llaneza en lo social que bien puedo presumir de llamarlo no ya reverendo señor, sino también querido amigo. Por consiguiente, con un placer especial doy al mundo un justo y elegante cumplido que a Su Señoría rindió Johnson:

CHARADA

Mi primero espanta ladrones de tu morada tibia,
mi segundo expresa un perfume de Siria.
Todo entero soy de trato grato y largo,
con la fortaleza de una Bar[ra] y la dulzura de un Nard[o].

Johnson preguntó a Richard Owen Cambridge si había leído la traducción española de Salustio, escrita al parecer por un príncipe de España^[c142] con ayuda de su tutor, que es el autor de un tratado anexo sobre la lengua de los fenicios. El señor Cambridge comentó la obra, ponderando en particular que, según tenía entendido, el traductor había comprendido a su autor mejor de lo que es habitual entre los traductores, si bien se llevó una decepción en cuanto al propósito con que había tomado el libro en préstamo, a saber, verificar si un español podía estar mejor provisto que los anticuarios de otros países de aquellas inscripciones tomadas de monumentos, monedas u otras antigüedades, que a buen seguro podría hallar con facilidad en las costas de su patria, situadas frente a las de Cartago. JOHNSON: «Lamento que no viera cumplidas sus expectativas». CAMBRIDGE: «La lengua habría sido de poca utilidad, toda vez que no existe una historia de dicha lengua que compense la parcial relación que nos han legado los historiadores romanos». JOHNSON: «De ningún modo, señor. No incurren en parcialidad, sino que han relatado su propia historia, sin desdoro ni atención a un tratamiento equitativo del enemigo vencido; no tuvieron empacho ni compunción, no sintieron pena por los cartagineses. Le aseguro que no habrían tolerado la descripción que hace Virgilio del trato que dio Eneas a Dido si no hubiera sido cartaginesa».

Con gratitud consigno esta y otras comunicaciones que me hizo el señor Cambridge, al cual, si una hermosa villa a orillas del Támesis y a escasa distancia de Londres, una bien nutrida y excelente biblioteca, que conoce con exactitud y frecuente con gusto, una exquisita colección de cuadros, que entiende y sabe apreciar, una fortuna fácilmente amasada, una familia afectuosa, un amplio círculo de amistades y conocidos, distinguidos por su alcurnia, moda y genio, una fama literaria de campanillas, variada en sus afanes, elegante y aún creciente talento para la

conversación como rara vez se encuentra, y con todos estos medios conducentes a la felicidad disfruta además, a edad ya avanzada, de una salud y un vigor encomiables, de una serenidad y una vivacidad de espíritu envidiables; si todo esto, en fin, no lo hacen merecedor del apelativo *fortunate senex*, desconozco a quién, en cualquier época y lugar, podría mejor aplicarse con toda propiedad dicha expresión. ¡Larga sea su vida para oír y disfrutar ese título!^[110]

El cariño de Johnson por los niños, demostrado en todas las ocasiones que se le presentaron, dándoles apelativos afectuosos y obsequiándoles golosinas, era prueba indiscutible de su bondad, de la ternura de su carácter.

Su desusada amabilidad con los criados y su sincero interés no sólo por que dispusieran de comodidades en este mundo, sino también por su felicidad en la otra vida, eran pruebas irrefutables de lo que todos los que lo conocieron y lo trataron en la intimidad de sobra sabían que era muy cierto.

No sería justo en este capítulo omitir su cariño por los animales que había tomado bajo su protección. Nunca olvidaré la indulgencia con que trataba a Hodge, su gato, por el cual se tomaba incluso la molestia de salir a comprar ostras, no fuera que los criados, viéndose ante semejante encargo, terminasen por aborrecer al pobre animal. Por desgracia, soy una de esas personas que tienen una invencible antipatía a los gatos, hasta el punto de no sentirme a gusto en una habitación donde haya uno, y reconozco que con frecuencia sufrí mucho por la presencia del tal Hodge. Recuerdo que un día se encaramó al regazo del doctor Johnson, hasta su pecho, aparentemente con gran contento, mientras mi amigo sonreía y silbaba y chistaba a la vez que le acariciaba el lomo y le atusaba la cola; cuando comenté que era un gato excelente, respondió: «Desde luego, señor mío, pero he tenido gatos que me gustaron más que éste», y como si en ese momento notase la contrariedad de Hodge, añadió de inmediato: «Pero es un gato excelente, un gato espléndido, desde luego».

Esto me recuerda el jocosos relato que hizo al señor Langton del despreciable estado en que se hallaba un joven de buena familia: «Señor, la última vez que tuve noticia de él se dedicaba a merodear por la ciudad matando gatos a pistoletazos». Y luego, sumido en una especie de amable ensoñación, pensó en su gato favorito y musitó: «Pero a Hodge no me lo matarán; no, no, a Hodge nadie le pegará un pistoletazo».

Consideraba que Beauclerk le había hecho un comentario muy juicioso y muy taimado a Langton, quien tras haber estado por vez primera con un conocido ingenio de visita en la ciudad se deshacía en alabanzas y prodigaba muestras de admiración: «Pruebe a verlo otra vez», le dijo Beauclerk.

Su respeto por la jerarquía, y en especial por los dignatarios de la Iglesia, ha sido puesto de relieve en varias ocasiones a lo largo de esta obra. El señor Seward lo vio comparecer ante el Arzobispo de York, y describió su «reverenda ante un arzobispo» como una estudiada elaboración de homenaje, con tal extensión de extremidades y tal flexión del tronco como rara vez o más bien nunca se ha igualado.

No puedo menos que consignar con gran pesar mi propia negligencia al haber perdido la oportunidad de que la historia de mi linaje desde su fundador, Thomas Boswell, en 1504, quedara registrada e ilustrada por la pluma de Johnson. Tanta era su bondad conmigo que cuando le pedí este grandísimo favor le complació decirme: «Tráigame cuantos materiales pueda recopilar, y así la pondremos por escrito tanto en inglés como en latín; luego, la imprimiremos y depositaremos ejemplares en distintos lugares, para mayor seguridad y preservación». Ahora sólo me cabe hacer cuanto pueda para paliar esta pérdida teniendo a mi gran maestro siempre a la vista. Las historias de familia, como las *imagines majorum* de los antiguos, estimulan el ejercicio de la virtud; ojalá que quienes tienen sangre de verdad en las venas pongan más esmero en rastrear y verificar su curso y procedencia. Hay quienes afectan reírse de la historia de la casa de Yvery,^[111] cuando bueno sería que otros transmitieran sus linajes a la posteridad con idéntica exactitud y el mismo celo con que el noble señor que compiló dicha obra ha honrado y perpetuado a sus ancestros.

El jueves 10 de abril le presenté en su casa de Bolt Court al honorable y reverendo William Stuart, hijo del Conde de Bute, por entonces vicario de Luton y más adelante Arzobispo de Armagh y Cardenal Primado de Irlanda, caballero verdaderamente digno de que Johnson lo conociera, provisto de todas las ventajas de su alta cuna, su saber, sus viajes y su elegancia, un párroco ejemplar en todos los sentidos.

Tras algunos cumplidos por ambas partes, se mencionó el viaje que Johnson hizo conmigo a las Hébridas. JOHNSON: «Con ese viaje adquiriré más ideas que con cualquier otro que recuerde. Presencí un sistema de vida muy distinto».^[c143] BOSWELL: «¿No le gustaría hacer de nuevo ese mismo viaje?». JOHNSON: «Pues no, señor. El mismo, no. Es cuento ya sabido. Gravina, un crítico italiano, ha comentado que todo hombre tiene deseo de ver aquello sobre lo cual ha leído algo, mientras que nadie desea leer una relación de lo que ha visto, de tanto como dista toda descripción de la realidad que pretende pintar. La descripción sólo excita la curiosidad; la vista la satisface. Que vayan otros a ver las Hébridas». BOSWELL: «A mí sí me gustaría ir a ver algún país completamente distinto del que tengo costumbre de ver; así, Turquía, donde la religión y todo lo demás es bien diferente». JOHNSON: «Desde luego. Dos son los objetos de curiosidad: el mundo cristiano y el mahometano. El resto puede considerarse bárbaro». BOSWELL: «Díganos, señor: ¿es el *Espía de Turquía* un libro genuino?». JOHNSON: «De ninguna manera. La señora Manley dice en su *Vida* que su padre escribió los dos primeros volúmenes; en otro libro, *Vida y errores de Dunton*, se descubre que el resto fue obra de un tal Sault, que lo escribió a dos guineas el pliego bajo la dirección del doctor Midgeley».^[112]

BOSWELL: «Este ha sido un reinado lleno de luchas intestinas y de facciones, debido a la excesiva indulgencia del gobierno». JOHNSON: «Soy del mismo parecer. Lo que al principio era mera lenidad pasó a ser timidez y pacatería. Ahora bien, éste

es un razonamiento *a posteriori*, que quizá no sea del todo justo. Supongamos que se hubiera castigado a unos cuantos: yo creo que las facciones habrían sido aplastadas, pero en tal caso cabría asegurar que el reinado ha sido sangriento. Nadie puede decir *a priori* cuál será la mejor manera de obrar por parte del gobierno. Este reinado ha sufrido muchos infortunios. Hemos librado una guerra sin éxito, lo cual no demuestra que hayamos sido mal gobernados. Ha de prevalecer un bando u otro en la guerra, tal como en el juego ha de ganar uno u otro. Cuando vencimos a Luis de Francia, no gozábamos de mejor gobierno, y tampoco tenían los franceses un gobierno mejor cuando Luis nos derrotó a nosotros».

El sábado 12 de abril le visité en compañía del señor Windham, de Norfolk, al cual estimaba mucho a pesar de ser un *whig*. Una de las cosas más acertadas que dijo nunca se la dijo a este caballero, quien, antes de partir a Irlanda para ocupar el cargo de secretario de lord Northington, cuando era gobernador de la isla, expresó ante el sabio algunas modestas y virtuosas dudas y reparos acerca de si llegaría a poner en práctica aquellas artes que se le suponen a una persona en tal situación, sobrada de ocasiones para emplearlas: «No tenga miedo, señor —le dijo Johnson con una amable sonrisa—, que pronto será usted un magnífico bribón».

Ese día habló largo y tendido de la maravillosa extensión y variedad de Londres, y observó que quien tenga curiosidad y disposición de indagar puede hallar en Londres modos de vida tales como muy pocos podrían imaginar. En particular, nos recomendó que explorásemos Wapping, y resolvimos hacerle caso.^[113]

El señor Lowe, el pintor, que estaba con él, se encontraba muy contrariado al haber sabido que un gran cuadro que pintó fue rechazado en la Exposición de la Real Academia. La señora Thrale conocía el carácter de Johnson de un modo tan superficial que se lo imagina reacio a tener pequeños actos de benevolencia con su prójimo, y reseña en concreto que rara vez se tomó la molestia de escribir una carta a favor de sus amigos. La verdad, en cambio, es que era un hombre digno de nota, en medida extraordinaria, precisamente en lo que ella quiere negar, y muy en especial por la amabilidad con que escribía cartas a favor de aquellos a los que su solícita prestación pudiera servir de ayuda. Dio al señor Lowe la siguiente, que con su permiso tuve la proverbial diligencia de copiar en el café de al lado, mientras el señor Windham tuvo la amabilidad de esperarme.

A sir Joshua Reynolds

12 de abril de 1783

Señor,

se considera el señor Lowe despojado de toda credibilidad y de toda esperanza debido al rechazo de su cuadro en la Exposición. Se trata de una obra en la que ha invertido toda su capacidad, y de la que penden todas sus expectativas. Ciertamente, que se le niegue de plano la oportunidad de que el público opine es por sí solo una muy dura condena. Tanto, que es condena sin mediar juicio.

Si en su mano estuviera el procurar la revocación de este edicto que lo incapacita, libraría a un hombre desdichado de una gran aflicción. El Consejo a veces ha revocado sus propias determinaciones. Espero que con su

intercesión pueda ser admitido este infortunado cuadro.

Soy, señor, etc.

SAM. JOHNSON

Al señor Barry

12 de abril de 1783

Señor,

la exclusión del señor Lowe de la Exposición le causa más complicaciones de lo que usted o cualquier otro de los caballeros del Consejo podrían imaginar o desearle. Considera la deshonra y la ruina como consecuencia inevitable de su determinación.

Dice que algunos cuadros se han recibido alguna vez luego de un rechazo inicial; si existiera algún precedente en este sentido, le ruego encarecidamente que haga uso de su influencia en su favor. De su obra nada puedo decir; no pretendo erigirme en juez en materia de pintura. Este cuadro ni siquiera lo he visto, pero se me antoja extremadamente duro excluir a cualquier hombre de la mera posibilidad del éxito, por lo cual le reitero mi petición de que proponga usted la reconsideración del caso en que se halla el señor Lowe, y si hubiera alguien en el Consejo sobre el cual pudiera mi nombre tener cierto peso, tenga la amabilidad de comunicarle el deseo, señor, de su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Semejante intercesión fue demasiado poderosa para que nada se le resistiera, y el cuadro del señor Lowe fue finalmente admitido en la Exposición de Somerset Place. El asunto del cuadro, si mal no recuerdo, era el Diluvio Universal, pintado en el momento en que las aguas están a punto de cubrir la cumbre de la última montaña. Cerca de ese punto se veía al último espécimen de la raza antediluviana, todos los que no se salvaron en el Arca de Noé. Era uno de esos gigantes que en aquel entonces poblaban la tierra, y que todavía tenía fuerzas para nadar, y sostenía en alto con una sola mano a uno de sus hijos. Lowe me dijo que Johnson le había dicho: «Señor, su cuadro es noble y es probable». «Un cumplido, sin duda —dijo el señor Lowe—, viniendo de un hombre incapaz de mentir, y que no puede equivocarse».

Más o menos en esta época escribió a la señora Lucy Porter comentándole su mala salud y su intención de visitar Lichfield. «Con no demasiadas esperanzas de enmendarme hago todos los años un viaje al campo, pero es que resulta grato visitar a quienes nos han obsequiado a menudo con su bondad».

El 18 de abril, Viernes Santo, lo encontré desayunando como de costumbre en día tan señalado: un té sin leche y un bollo de cruz para no desfallecer. Fuimos a St. Clemens, como en tantas otras ocasiones. A la vuelta de la iglesia, tomó asiento en uno de los poyetes del jardín y yo me acomodé en el otro, al otro lado de la cancela. Al aire libre, con placidez de ánimo, conversó muy desahogadamente. JOHNSON: «Si fuera yo un caballero de campo, no sería muy hospitalario. No querría yo ver un gran gentío en mi casa». BOSWELL: «Sir Alexander Dich me dice que recuerda un año en el que tuvo en total a un millar de personas a comer en su casa, teniendo en cuenta que no comió en su casa a diario». JOHNSON: «Eso significa unas tres personas al día».

BOSWELL: «Dicho de ese modo, la cantidad parece menor». JOHNSON: «Es lo bueno que tiene contar: todo cuaja en una certeza, cuando antes flotaba de un modo indefinido en la mente». BOSWELL: «Ahora bien, *Omne ignotum pro magnifico est*: es de lamentar que disminuya». JOHNSON: «No debería usted, señor, deleitarse en el error». BOSWELL: «Tres al día parecen pocos». JOHNSON: «Ni mucho menos: quien agasaja a tres personas al día es muy liberal. Y si se trata de una familia numerosa, son pobres quienes agasajan a esos tres, pues éstos comen lo que los pobres suelen comer: sobras de carne, lo que se da a los pobres o se tira». BOSWELL: «He observado que en Londres van por ahí los pobres y recogen huesos, que tengo entendido se emplean luego en manufacturas». JOHNSON: «Pues así es: se hierven y se extrae de ellos grasa para engrasar las ruedas y ejes y otros usos. De las mejores piezas se fabrica el falso marfil, que se pone de mango a los cuchillos y a otros objetos. Las piezas más toscas se queman y se muelen y se venden las cenizas». BOSWELL: «¿Y con qué fin?». JOHNSON: «Pues para fabricar hornillos para los drogueros, para fundir el hierro. Una pasta de huesos quemados aguanta el calor más que cualquier otra cosa. Repare usted, señor, en que si se propone fundir el hierro, no puede forrar el receptáculo de latón, que es más blando que el hierro y se fundiría antes, ni tampoco con hierro, pues aun cuando el hierro maleable sea más duro que el hierro forjado, no bastaría la diferencia; en cambio, una pasta hecha de huesos quemados no se le fundirá». BOSWELL: «¿Sabe usted, señor? He descubierto una fábrica en la que se dedican por entero a eso en que usted sólo malgasta su tiempo sin sacar nada en claro: raspan y secan las mondas de las naranjas.^[114] Hay un solar en Newgate Street donde se contiene una cantidad prodigiosa del producto así preparado, que luego venden a las destilerías». JOHNSON: «Señor, yo creo que de ese producto, como usted lo llama, se fabrica algo de orden más elevado que un simple licor; la sustancia que se prepara es lo que se llama manteca de naranja, que es el aceite de naranja debidamente espesado mediante evaporación, que luego tal vez mezclen con unguento común para darle fragancia. El aceite no se pierde con el secado». BOSWELL: «Ojalá tuviera yo un buen huerto tapiado». JOHNSON: «No creo que valiera la pena semejante gasto. Se calcula en Inglaterra que el coste de un muro de jardín ronda las mil libras por milla, de modo que una tapia de huerto ha de costar otro tanto. Sin duda, querrá usted que sus árboles crezcan más de lo que alcanza un ciervo en un salto. Veamos: por cien libras sólo podría disponer de cuarenta y cuatro yardas cuadradas, una extensión despreciable; por doscientas, serían ochenta y cuatro yardas cuadradas, que ya empieza a estar mejor. Ahora bien, con el clima que tienen ustedes, ¿cuándo sacará partido, en fruta, de sus doscientas libras invertidas en tapias? No, señor mío; semejante contencioso con la Naturaleza no le saldría a cuenta. Antes plantaría yo unos frutales para disponer en abundancia de las frutas que maduren en su país. Mi amigo irlandés, el doctor Madden, dice que “en un huerto ha de haber lo suficiente para comer, lo suficiente para que se amontone, lo suficiente para que se

robe y nunca lo suficiente para que se pudra en el suelo”. Las cerezas son fruta temprana; podría usted plantar cerezos; también se darían bien las manzanas y las peras tempraneras». BOSWELL: «No se pueden plantar manzanas nonpareils». JOHNSON: «No se pueden plantar manzanas nonpareils, desde luego, tal como tampoco cabe plantar viñas». BOSWELL: «Tenemos viñas, señor, pero la uva que dan es muy mala». JOHNSON: «No se trata de eso, señor; no intente usted tener una cosa cuando basta con mostrar que no se puede tener. De un terreno que se arriende por cuarenta chelines siempre podrá plantar un huerto amplio, y verá que sólo le cuesta cuarenta chelines. Podría incluso desbrozar el terreno cuando tenga los árboles crecidos, pero no mientras sean jóvenes». BOSWELL: «¿Y no es un buen huerto algo muy corriente en Inglaterra, señor?». JOHNSON: «No muy corriente, o no tanto como usted supone. En el condado de Lincoln apenas verá un solo huerto; en Stafford son escasos los frutales». BOSWELL: «¿No dispone Langton de árboles frutales?». JOHNSON: «Pues no, señor». BOSWELL: «¿Y eso?». JOHNSON: «Pues por la negligencia típica del condado. Uno no los tiene porque nadie los tiene a su alrededor». BOSWELL: «Un invernadero es infalible; tal vez construya uno». JOHNSON: «Un invernadero ciertamente es infalible, pero primero hay que levantar la edificación, luego hay que albergar los fogones, y además hay que disponer de un buen jardinero que los atienda». BOSWELL: «¿Y si resulta que ya tengo un jardinero?». JOHNSON: «En tal caso, por supuesto». BOSWELL: «Lo colocaría cerca de mi casa; no es preciso, creo yo, levantarlo en medio de la arboleda». JOHNSON: «Yo también haría que se instalase cerca de mi casa. Plantaría muchos groselleros; la fruta es excelente, y sirve para hacer dulces muy variados».

Recojo minuciosamente estos detalles, que tal vez a algunos les resulten baladíes, con objeto de mostrar que este gran hombre, cuyo intelecto era capaz de aprehender cuestiones tan extensas y complejas como bien se ve en sus obras literarias, gozaba sin embargo de buena información sobre los asuntos cotidianos de la vida, y le gustaba ilustrarlos.

Llegó el señor Walker, célebre maestro de elocución, y subimos a su estudio. Le pregunté si había impartido sus lecciones a muchos clérigos. JOHNSON: «Espero que no». WALKER: «Solamente a uno, y es el mejor orador al que haya oído disertar en público, aunque no por mis enseñanzas, sino por su propio talento natural». JOHNSON: «Si fuera el mejor orador del mundo, no se le consentiría que diga que ha aprendido el oficio». He aquí uno de sus peculiares prejuicios. ¿Podría acaso ser un desdoro para un clérigo si se supiera que aprendió a disertar con llaneza y elegancia? BOSWELL: «¿No reconoce usted que a un hombre se le puede enseñar a hablar en público realmente bien?». JOHNSON: «En la medida en que diserte mejor de lo que disertaría si no se le hubiese enseñado, por descontado que sí. Antiguamente se suponía que no existía diferencia a la hora de hablar en público, e incluso de recitar, y que uno lo hacía igual de bien que cualquier otro». BOSWELL: «Es una maravilla ver

que el viejo Sheridan sigue siendo tan entusiasta de la oratoria como siempre». WALKER: «Su entusiasmo por lo que se puede lograr con la oratoria tal vez sea exagerado, pero declama y diserta muy bien». JOHNSON: «Lo hace bien, así es, pero en voz baja, y ya se sabe que es más fácil hablar en público en voz baja que declamando de manera que se oiga, pues cuando se diserta o se declama en voz alta y clara uno tiene mayores limitaciones, la nota más alta no puede sino ser una, y así la variedad mengua en proporción al volumen de la voz. Hoy, algunas personas tienen la ocasión de hablar ante audiencias muy numerosas, y han de gritar o poco menos para que se les oiga». WALKER: «El arte consiste en leer con fuerza, pero bajo».

Hablando del origen del lenguaje... JOHNSON: «Tuvo que suceder por inspiración. Un millar, qué digo, un millón de niños no podría inventar un lenguaje. Mientras los órganos son maleables, no hay entendimiento suficiente; cuando hay entendimiento, los órganos se han vuelto rígidos. Sabemos que a partir de cierta edad no podemos aprender a pronunciar una nueva lengua. No hay extranjero que venga a Inglaterra a una edad ya avanzada y que llegue a pronunciar el inglés de manera tolerablemente buena. O, al menos, tales casos son excepcionales. Cuando sostengo que el lenguaje debe haber sobrevenido por inspiración, no me refiero a esa inspiración que es requisito de la retórica y de todas las bellezas del lenguaje, pues una vez que el hombre posee el lenguaje podemos suponer que gradualmente lo module y lo modifique. Me refiero sólo a que la inspiración me parece necesaria para que el hombre adquiera la facultad del lenguaje, para que sepa que es capaz de conocer y utilizar el lenguaje, que dudo mucho que llegase a conocerlo sin inspiración, tal como no podrían imaginar siquiera esa facultad las vacas o los cochinos». WALKER: «¿Cree usted, señor, que existen los sinónimos perfectos en algunas lenguas?». JOHNSON: «Originalmente no existían, pero a fuerza de usar las palabras con negligencia, o en la poesía, una palabra termina por confundirse con otra».

Habló del doctor Dodd. «Un amigo mío vino a verme y me dijo que una dama deseaba llevar el retrato del doctor Dodd en un brazalete, y me pidió un lema. Dije que no se me ocurría ninguno mejor que *Currat Lex*. Quise por todos los medios que fuese perdonado, es decir, que le fuera conmutada la condena, que fuese desterrado, pero después de que lo ahorcaran no me habría gustado que hicieran de él un santo».

La señora Burney, esposa de su amigo el doctor Burney, vino a visitarlo. Él pareció entretenerse con su conversación. Se habló del funeral de Garrick; se dijo que había supuesto un dispendio extravagante. Debido a su desdén por toda exageración, Johnson no quiso reconocer que la ocasión se hubiera distinguido por una pompa extraordinaria. «¿No tiraban seis caballos negros de cada carruaje?», dijo la señora Burney. JOHNSON: «Señora, ni hubo seis caballos ni nadie vio seis aves fénix».^[c144]

A la señora Burney le extrañó que fuesen a construirse algunas nuevas edificaciones, muy bellas, en Moorfields, en un lugar tan asombroso como era el trecho comprendido entre Bedlam y el hospital de St. Luke, y afirmó que ella no

podría residir en tal lugar. JOHNSON: «No es así, señora. Nada vería allí que pudiera herir su sensibilidad. No piensa uno en la locura por tener ventanas que miran a Bedlam, tal como no piensa en la muerte por tener ventanas que miran a un camposanto». SEÑORA BURNEY: «Bien podemos mirar a un camposanto, señor, pues es apropiado que tengamos presente la muerte». JOHNSON: «De ninguna manera. Si vamos a eso, también es bueno que tengamos la locura en mente, no en vano la ocasiona una indulgencia desmedida de la imaginación. Creo que podría darse un uso muy moralizante a esos nuevos edificios. Ya quisiera yo que allí viviesen quienes poseen una imaginación calenturienta, y que tomaran buena nota del aviso». SEÑORA BURNEY: «Pero señor, muchos de los pobres que están locos lo están debido a las enfermedades, o a que han vivido sucesos que los han trastornado. Por tanto, no es culpa suya, sino que es infortunio. Pensar en ellos, por lo tanto, es melancólica consideración».

Pasó el tiempo con la conversación hasta que se hizo tarde para el servicio de las tres. Di un paseo y lo dejé solo un rato. A mi regreso, tomamos café y conversamos a solas.

Le describí el carácter de un noble amigo mío,^[c145] por parecerme un caso curioso y digno de su opinión. «Para mí, es el hombre más inexplicable que jamás haya conocido. ¿Qué explicación le da usted? Es, de verdad lo creo, noble de miras, generoso, principesco. Ahora bien, sus amigos más íntimos pueden pasar años lejos de él sin que haga nunca una sola pregunta referente a ellos. Los recibirá con formalidad, con frialdad, con suntuosa indiferencia; ahora bien, cuando estrechan la relación y conversan íntimamente, lo encuentran todo lo llano, amable y complaciente que se podría desear. Uno da entonces en suponer que lo que tan grato ha resultado pronto tendrá renovación, pero basta con estar lejos de él medio año y él ni le visitará a usted ni mandará recado para interesarse por usted». JOHNSON: «No sabría yo calibrar su carácter con exactitud, ya que no lo conozco, pero no me gustaría tener a un hombre así por amigo. Es posible que ame el estudio, y que no desee que sus amistades lo interrumpen. *Amici fures temporis*. Es posible que sea un hombre frívolo, y que tan absorto se halle en mezquinas ocupaciones que no desee cultivar su amistad. O quizá sea que se haya formado el concepto de que reviste gran dignidad aparentar indiferencia, si bien no sea tal vez tan indiferente a otros en lo más hondo de su corazón».

Fuimos a las oraciones vespertinas de St. Clemens y nos despedimos.

El 20 de abril, Domingo de Pascua, tras asistir al servicio solemne en St. Paul, fui a casa del doctor Johnson, donde encontré a Lowe, el pintor, sentado con él. Lowe comentó el gran número de edificios que se estaban construyendo en todo Londres, si bien añadió que el doctor Johnson había observado que el número de habitantes de la ciudad no había experimentado un incremento. JOHNSON: «Los rubros de mortandad demuestran que no mueren ahora más personas que antaño, de modo que es evidente

que no viven más personas en la ciudad. El registro de nacimientos nada prueba, pues ni siquiera la décima parte de los londinenses han nacido en la ciudad». BOSWELL: «Tengo entendido que muchos de los niños nacidos en Londres mueren cuando tienen muy corta edad». JOHNSON: «Así es». BOSWELL: «Pero los que viven son más fuertes y robustos que nadie. El doctor Price afirma que han de ser fuertes por naturaleza para sobrevivir». JOHNSON: «Eso es sistemático. Un gran viajero observa que, según se dice, no hay nadie débil ni deforme entre los indios, aunque con gran sagacidad atribuye la razón de que así sea a que la adversidad y la penuria que han de sobrellevar como cazadores y pescadores no permiten el crecimiento de niños débiles o enfermizos. De haber sido indio, yo habría muerto pronto; mi mala vista no me habría servido para encontrar alimentos. Ahora por descontado que podría pescar, con un buen aparejo inglés, pero de haber sido indio habría muerto de hambre, o bien de un golpe en la cabeza, cuando vieran los demás que era incapaz de hacer nada». BOSWELL: «Tal vez hubieran cuidado de usted; según se dice, les gusta mucho la oratoria. Les habría convencido usted con su labia». JOHNSON: «Ni mucho menos. No hubiera llegado a vivir lo suficiente para hablar. Habría muerto antes de cumplir diez años. Le aseguro, señor, que un salvaje, si tiene hambre, no cargará con un marmolillo de nueve años que no se valga por sí solo. No conocen el afecto». BOSWELL: «Tengo entendido que el afecto natural, del que tanto se oye hablar, es mínimo». JOHNSON: «El afecto natural no es nada, salvo afecto en aras de un deber bien fundado en sólidos principios, que a veces puede ser maravillosamente poderoso». LOWE: «Una gallina alimenta a sus polluelos antes que comer ella misma». JOHNSON: «Pero no sabemos si la gallina entonces tiene hambre: cuando pase hambre, le garantizo que picoteará el grano para ella sola. Tengo entendido que el gallo sí alimenta a las gallinas antes que alimentarse él, pero seguimos sin saber si el gallo tiene hambre». BOSWELL: «Y eso no es por afecto, señor, sino por galantería. Pero hay algunos indios que tienen afectos, y que los cultivan». JOHNSON: «Es evidente que prestan ayuda a algunos de sus hijos, ya que algunos sobreviven, y no podrían salir adelante si no tuvieran ayuda».

Almorcé con él en compañía de la señora Williams, la señora Desmoulins y el señor Lowe. No parecía encontrarse bien; hablamos poco, se adormeció en la sobremesa y se retiró a descansar; me marché.

Como al día siguiente fui a visitar la casa solariega del señor Burke en el campo, de donde me vi obligado a regresar precipitadamente al recibir un recado urgente por el cual supe que un pariente próximo mío había matado a su adversario en un duelo y que estaba gravemente herido, apenas vi al doctor Johnson hasta el lunes 28 de abril, día que pasé casi enteramente con él, e introduje el asunto que entonces más me preocupaba. JOHNSON: «Yo no veo que batirse en duelo esté tajantemente prohibido en las Escrituras; veo que se prohíbe la venganza, pero no la defensa propia». BOSWELL: «Los cuáqueros dicen: “Y al que te hiriese en la mejilla dale también la otra”».

JOHNSON: «Espere un momento: ese texto sólo quiere tener por efecto la morigeración de las pasiones. No hemos de tomarlo literalmente. Bien se ve por el contexto, en el que se hallan otras recomendaciones que, se lo aseguro, los cuáqueros nunca se tomaron literalmente; por ejemplo, “al que te pidiere, dale, y al que quisiere pedirte en préstamo, no se lo niegues”. Veamos qué sucede si alguien que tiene crédito escaso acude a un cuáquero y le dice: “Bien, señor: présteme cien libras”. Seguro que lo encuentra tan reacio como el que más. No, señor: un hombre puede disparar contra quien atente contra su carácter, tal como puede disparar contra quien trate de asaltar su casa.^[115] En 1745, mi amigo Tom Cumming, el cuáquero, dijo que no estaba dispuesto a combatir, pero sí a conducir la carreta de las municiones, y sabemos que los cuáqueros han hecho llegar chalecos de abrigo a nuestros soldados para que peleen mejor provistos contra las inclemencias». BOSWELL: «Cuando un hombre es el agresor, y mediante malas artes fuerza un duelo a resultas del cual muere, ¿no es más bien mínima la esperanza que se pueda tener de que haya ido a una vida más feliz en el más allá?». JOHNSON: «Señor, no somos nosotros quiénes para juzgar en última instancia el estado en que un hombre abandona esta vida. Quizá en un momento se haya arrepentido de manera eficaz, y es posible que haya recibido el perdón divino. Hay en las *Ruinas* de Camden un epitafio de un hombre muy malvado, que se mató al caer del caballo, en el que presuntamente dice el difunto:

Entre la espuela y el suelo
clemencia pido, y clemencia encuentro».

BOSWELL: «¿No es la expresión que se emplea en la ceremonia del entierro, “con la segura y cierta esperanza de una bendita resurrección”, demasiado fuerte para su uso indiscriminado, máxime en aquellas ocasiones en que se pronuncia sobre el cuerpo de quien ha sido notoriamente profano?». JOHNSON: «Es segura y es cierta la esperanza, querido señor, y no la creencia». No quise insistir, aunque no puedo sino pensar que serían más apropiadas unas palabras menos contundentes.^[116]

Hablando de un hombre que estaba engordando de un modo desmesurado, hasta el punto de que le incomodaba su corpulencia, sentenció: «Come demasiado». BOSWELL: «No lo sé. Uno se encuentra con hombres muy gruesos que comen con moderación, mientras hay otros delgados que comen sin medida». JOHNSON: «De ningún modo. Sea cual fuere la cantidad que coma un hombre, es bien simple: si está demasiado grueso, es que ha comido más de lo que debiera. Uno puede tener una digestión que consuma los alimentos mejor que otro, pero no cabe duda de que la solidez se incrementa cuando algo sólido se le añade». BOSWELL: «¿Y no pueden los sólidos hincharse y distenderse?». JOHNSON: «Sí, señor. Pueden hincharse y distenderse, pero eso no es gordura».

Hablamos de la acusación de que se había hecho objeto a un caballero por haber delinquido presuntamente en la India. JOHNSON: «Desconozco qué fundamento tiene

la acusación, pero no lo atraparán. Cuando se cometen actos reprobables a tan gran distancia, el delincuente puede ocultar las pruebas lo suficiente para que se le pierda el rastro. Se espesa una nube que no se puede traspasar. Por tanto, todo poder a distancia es ineficaz. Tengo la convicción de que el mejor plan para gobernar la India sería un gobernador déspota, ya que, si se trata de un hombre bueno, el suyo será sin duda el mejor gobierno, y suponiendo que sea malo, es mejor que haya un solo saqueador antes que sean muchos. Un gobernador cuyo poder esté limitado permite que otros se dediquen al saqueo y al pillaje, de modo que él mismo pueda hacer otro tanto; en cambio, si es un déspota se entiende que cuanto mayores saqueos permita a los demás, menos quedará para él, y por consiguiente pone coto a los demás, y aunque él mismo se dé al saqueo, el país sale ganando en comparación con lo que perdería si fueran legión los saqueadores».

Comenté el muy generoso pago que había sido recibido por una reseña, y, como prueba, en su momento presentada ante un tribunal, comenté que el doctor Shebbeare había percibido seis guineas por pliego de esa clase de trabajo literario. JOHNSON: «Es posible que percibiera seis guineas por un pliego particular, pero no *communibus pliegus*». [c146] BOSWELL: «Dígame, señor: ¿por pliego de una reseña se entiende que ha de ser en su totalidad composición del autor de la misma? ¿Se deducen los extractos reproducidos del libro que se reseña?». JOHNSON: «Nada de eso. Un pliego es un pliego, da igual qué contenga». BOSWELL: «No me parece que eso sea razonable». JOHNSON: «Pues le aseguro que lo es. Es más fácil escribir un pliego que leer un volumen en octavo para extractarlo». Para una persona con la maravillosa fertilidad intelectual que poseía Johnson, creo que escribir era en efecto más fácil que leer y extractar, pero para un hombre de facultades ordinarias el caso es muy diferente. Es mucho, desde luego, lo que depende del esmero y del criterio con que se hagan los extractos. Bien puedo suponer que la operación sea tediosa y difícil, pero en infinidad de ejemplos nos las vemos con trozos toscamente cortados de un libro, como si se hiciera al azar, y cuando es un extracto muy largo el que se hace de un solo lugar, sin duda que la operación se puede llevar a cabo sin demasiadas complicaciones. Sin embargo, es de suponer que, por la práctica de los reseñistas, uno deduzca que les complace la escritura original, pues a menudo vemos que en vez de dar una relación exacta de lo que ha hecho el autor de la obra que reseñan, como es de seguro el cometido apropiado de una publicación literaria, engarzan una sarta de ingeniosas y loables presunciones de su propia Minerva, a tenor de los asuntos que han comentado.

Al saber que el viejo Sheridan, indignado ante la desatención de sus planes de oratoria, había amenazado con marcharse a América. JOHNSON: «Ojalá se vaya a América con viento fresco». BOSWELL: «No quieren oratoria los americanos». JOHNSON: «Pero nosotros podemos pasar sin Sheridan».

El lunes 28 de abril lo encontré en su casa por la mañana en compañía del señor

Seward. Se había hablado de Horacio. BOSWELL: «Hay una gran cantidad de pensamiento en sus obras. Uno encuentra prácticamente todas las disciplinas, salvo la religión, como es natural». SEWARD: «Habla de su retorno a la religión en su *Oda Parcus Deorum cultor et infrequens*».^[c147] JOHNSON: «Habrás de saber, señor, que no lo dije nunca en serio; es una afirmación meramente poética». BOSWELL: «Me temo que son muchas las personas que no tienen ninguna práctica de la religión». SEWARD: «Además, se trata de personas sensatas». JOHNSON: «Caramba, señor; no serán tan sensatas en ese sentido, ha de darse una considerable estupidez natural o moral si uno vive con total desprecio de una preocupación de tamaña importancia». SEWARD: «A mí me extraña, la verdad, que haya personas ajenas a la religión». JOHNSON: «Señor mío, no tendría de qué extrañarse si considerara qué amplia porción de la vida de casi cualquiera transcurre sin siquiera pensar en el asunto. Yo mismo pasé unos cuantos años completamente ajeno a la religión. Se me había ido por completo de la cabeza. Fue en una época aún temprana de mi vida. La enfermedad me la devolvió, y tengo la esperanza de no haberla perdido desde aquel entonces». BOSWELL: «Mi querido señor, ¡qué hombre debió de ser usted sin la religión! Debió usted dedicarse a beber y a blasfemar y a...». JOHNSON (sonriendo): «Bebí lo suficiente y blasfemé más que de sobra, de eso puede estar seguro». SEWARD: «Cualquiera diría que la enfermedad, y la visión de la cercanía de la muerte, hace a los hombres seres más atentos a la religión». JOHNSON: «Señor, nadie sabe cómo seguir adelante a ese respecto. No tiene la menor idea. Quien nunca haya tenido afición a la religión, no se vuelve más religioso cuando enferma, tal como un hombre que no haya aprendido los números no puede contar cuando tiene necesidad de hacer un cálculo».

Hablé de un valioso amigo nuestro,^[c148] al que teníamos los dos en alta estima, aunque señalé que siempre estaba demasiado inclinado a introducir temas de religión en la charla, sea cual fuere la ocasión. JOHNSON: «Así es. Introduce un discurso religioso sin tener en cuenta si dará por resultado instrucción y mejora o si será cosa de chanzas profanas. Muy capaz es de introducirlo en compañía de Wilkes y de una docena de su misma calaña».

Hice referencia a la excelente distinción que ha hecho el doctor Johnson entre libertad de conciencia y libertad de enseñanza. JOHNSON: «Considere, señor, si tiene usted hijos y su deseo es educarlos en los principios de la Iglesia anglicana, y llega entonces un cuáquero que procura pervertirlos y convencerlos de sus principios. Sin duda, expulsará al cuáquero enseguida. No se fiaría usted del predominio natural de lo correcto, que usted piensa que se halla en sus propias opiniones; sin duda mantendría usted cualquier error lejos de sus cabezas. Sin embargo, el vulgo es hijo del Estado. Si alguien pretende enseñarle doctrinas contrarias a lo que el Estado aprueba, los magistrados bien pueden y deben poner coto a sus pretensiones». SEWARD: «¿Pondría usted restricciones a las conversaciones privadas, señor?». JOHNSON: «Es difícil precisar dónde comienza y dónde acaba la conversación privada.

Si nosotros tres comentásemos el gran interrogante que concierne a la existencia de un Ser Supremo y estuviéramos solos, no convendría imponernos restricciones, ya que eso sería poner fin a toda posibilidad de mejora. En cambio, si fuésemos a comentarlo en presencia de diez chiquillas de un internado, y de otros tantos mozuelos, creo que el magistrado bien haría si nos pusiera en la picota para terminar ahí el debate».

Lord Hailes le obsequió un curioso poema, escrito con motivo de su paso por la Universidad de Aberdeen y firmado por David *Malloch*. Pensó que complacería a Johnson por tratarse de una prueba clara de que Mallet había sido incluso un personaje literario con el nombre de *Malloch*, tratándose de la alteración de un sonido suave que había dado a Johnson la ocasión de introducirlo en su *Diccionario*, en la voz *alias*. Debe de ser esta pieza uno de los primeros desempeños de Mallet. Se conserva en sus obras con algunas variantes. Tras leerla en voz alta, desde el principio, donde hay algunos lugares comunes sobre la superioridad de la Antigüedad sobre los tiempos actuales, Johnson dijo: «Qué falso es todo esto, decir que en la Antigüedad la erudición no era desdoro para un noble, como ahora lo es. En la Antigüedad, un noble era tan ignorante como cualquier otro ser humano. Se habría enojado sólo de pensar que alguien supiera que era capaz de escribir su propio nombre. En la Antigüedad, los hombres osaban jactarse de un grado de ignorancia que hoy avergonzaría a cualquiera. Siempre me enojan esas alabanzas de la Antigüedad a expensas de los tiempos modernos. Hoy hay mucho mayor saber en el mundo de lo que hubo nunca, pues el saber se halla universalmente difundido. Por ejemplo, es posible que nadie sepa tanto griego ni tanto latín como Bentley; es posible que nadie sepa tantas matemáticas como Newton, pero son muchos más los que saben griego y latín, y son muchos los que saben matemáticas».^[c149]

El jueves 1 de mayo le visité por la tarde con el joven Burke. «Es extraño —dijo— que se lea tan poco en el mundo y que se escriba tanto. La gente en general no siente mayor inclinación por la lectura si puede encontrar otra ocupación que le entretenga.^[c150] Tiene que mediar para la lectura un acicate externo: emulación, vanidad, avaricia. El progreso que el entendimiento logra por medio de un libro tiene en sí más molestias que placer. El lenguaje es pobre e inadecuado para expresar las delicadas gradaciones y las complejidades de nuestros sentimientos. Nadie lee un libro de ciencia por pura inclinación. Los libros que leemos con mayor placer son las obras ligeras, las que contienen una rápida sucesión de acontecimientos. No obstante, este año he leído todo Virgilio. Leía cada noche un libro de la *Eneida*, de modo que la leí en doce noches, y me procuró un grandísimo placer. Las *Geórgicas* no me gustaron tanto, con la salvedad del libro cuarto. Las *Églogas* casi me las sé de memoria. No encuentro interesante el argumento de la *Eneida*. Me complace mucho más el argumento de la *Odisea*, y no por las maravillas que contiene, pues hay maravillas bastantes en la *Eneida*: los barcos de los troyanos que se convierten en nereidas, el árbol de la tumba de Polidoro que escupe sangre... El argumento de la

Odisea es interesante porque gran parte es doméstico. Se ha dicho que se experimenta un gran placer en escribir, particularmente en escribir versos. Admito que puede extraerse placer de la escritura luego de haber terminado una pieza, siempre que se haya escrito bien, pero no es algo que uno volvería a hacer de buena gana.^[c151] Sé que cuando he escrito versos, a cada momento miraba atrás para ver los que ya llevaba hechos y los que todavía me faltaban hasta terminar».

Parecía hallarse de muy plácido humor, y aunque no dispongo de nota alguna sobre los particulares de la conversación del joven Burke, es de justicia mencionar que en general fue de tal guisa que el doctor Johnson me dijo después: «Se desenvuelve muy bien el muchacho; tengo la intención de recalcarlo a su señor padre».

A sir Joshua Reynolds

2 de mayo de 1783

Querido señor,

el caballero que porta la presente es el señor Cruikshank, quien desea suceder a su buen amigo el doctor Hunter en el puesto de profesor de Anatomía de la Royal Academy. Sus cualificaciones son de sobra conocidas, y añade dignidad y lustre a la institución que hombres tales sean candidatos a la misma.^[117] Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

No he conservado ninguna nota de entrevistas con Johnson hasta el jueves 15 de mayo, día en el que encuentro lo que sigue. BOSWELL: «Es muy grande, señor, el deseo que tengo de estar en el Parlamento». JOHNSON: «Pues a menos que estuviera usted decidido a apoyar al gobierno, estaría usted mucho peor si perteneciera al Parlamento, puesto que se vería obligado a vivir con muchos más gastos». BOSWELL: «Es posible que fuera menos feliz estando en el Parlamento. Nunca vendería mi voto, y me sentiría molesto si las cosas fueran mal». JOHNSON: «Eso es mera hipocresía. No se sentiría usted más molesto si participara en la cámara que si fuera un mero espectador, pues los asuntos públicos a nadie molestan tanto, y menos aún atormentan a nadie». BOSWELL: «¿No le han atormentado algo a usted? ¿No se ha sentido usted irritado con todas las turbulencias de este reinado, con ese absurdo voto de la Cámara de los Comunes respecto a que “la influencia de la Corona ha aumentado, está aumentando a diario, y es preciso reducirla”?». JOHNSON: «Señor, nunca he perdido siquiera una hora de sueño, nunca he comido una onza menos de carne. De buen grado habría dado en la cabeza a los revoltosos, pero no me he sentido atormentado por tanto desvarío». BOSWELL: «Declaro por mi honor, señor, que yo imaginaba haber estado irritado, y que me enorgullecía de ello, aunque quizá fuera hipocresía, pues he de reconocer que no por ello he comido menos ni he dormido mal». JOHNSON: «Mi

querido amigo, limpie usted su espíritu de hipocresía.^[c152] Hable usted como los demás si es su deseo; diga a un hombre, por ejemplo, “Señor, soy su más humilde servidor”. Usted de ninguna manera es su más humilde servidor. Puede usted decir: “Corren malos tiempos; es triste haber sido asignado a tiempos como éstos”. Usted no se preocupa a tal extremo por los tiempos que corren. Y puede usted decir a un hombre: “Lamento que haya tenido tan mal tiempo en el último día de su viaje, que reinase tan gran humedad”. A usted le importa un comino que haya tenido mal tiempo, que haya sido seco o lluvioso. Se puede hablar de este modo, qué duda cabe; es un modo de hablar en sociedad, pero no caiga en la necedad de pensar así».

Hablé de la vida en el campo. JOHNSON: «No se conforme con eso que llaman hospitalidad. Es una pérdida de tiempo y de dinero. A uno se lo comen vivo, y no le tendrán más respeto por su generosidad. Sea su casa como una posada, y nadie le tendrá lástima. Quien se aloja en casa de otro durante una semana lo convierte en esclavo durante una semana». BOSWELL: «Pero vea usted, señor, que hay personas que saben cómo hacer para que un invitado se sienta en su casa tan a sus anchas como si estuviera en la suya, sintiéndose ellas muy cómodas». JOHNSON: «En tal caso, si han de sentirse los invitados como en su casa, no tienen por qué ir. Que se queden en la suya».

Aquí puso de manifiesto un concepto muy corriente entre personas que no tienen la costumbre de agasajar a sus visitas, a saber, que ha de prestarse a las visitas una suerte de atención recargada, solícita en extremo, pues de lo contrario se consideran objeto de negligencia, y esa atención es sin duda harto fatigosa. Siguió así: «No quisiera, claro está, ser un extraño en mi propia región. Visitaría a mis vecinos y los recibiría de buen grado cuando me visitaran, pero tampoco me daría demasiada prisa por devolverles las visitas. Si viene a verme un caballero, le diría que me hace un gran honor. No iría a verle tal vez por espacio de diez semanas; así estaríamos los dos muy complacidos. En fin, señor: mucha mayor influencia se adquiere dando o prestando dinero cuando se necesita que con la hospitalidad».

El sábado 17 de mayo lo vi durante un rato. Tras comentar que esa misma mañana había estado yo con el viejo Sheridan, recordó la antigua e íntima amistad que los había unido alguna vez y añadió: «Diga al señor Sheridan que me agradará verle y estrecharle la mano». BOSWELL: «Se me antoja extraordinario que el resentimiento pueda guardarse durante tanto tiempo». JOHNSON: «¿Por qué? No sólo por resentimiento no desea visitarme; para ello, en parte tendría que violentar un hábito sin duda muy arraigado; en parte es repugnancia, como la que se tiene de un medicamento que nos haya provocado náuseas. Además, bien sabe que me río yo de su oratoria».

Otro día le hablé de uno de nuestros amigos, del cual tanto él como yo teníamos una elevada opinión. Se extendió en sus elogios, pero añadió: «Es un condenado *whig*, un *whig* sin fondo, como lo son todos a estas alturas».^[c153]

Hablé de las expectativas que tenía yo respecto de una persona eminente,^[c154] por medio de cuya influencia podría acceder tal vez a un cargo de importancia, y añadí: «Pero no tengo más exigencia que la que la amistad ampara, aun cuando hay personas capaces de ir muy lejos por ese simple motivo». JOHNSON: «Señor, por ese motivo no es que vayan lejos: es que van a donde sea». Un caballero habló de jubilarse. «Ni se le ocurra», repuso Johnson. Como el caballero insistiera, y dijo que «a nadie haría ningún mal», Johnson replicó: «Ni bien tampoco. Sería, señor mío, un suicidio civil».

El lunes 26 de mayo lo encontré tomando el té, y estaba con él la célebre señorita Burney, autora de *Evelina* y *Cecilia*. Pregunté si habría oradores en el Parlamento aun cuando no hubiera ningún cargo que obtener. JOHNSON: «Desde luego, señor. ¿Por qué habla usted aquí? O por ánimo de instruir, que es un motivo benévolo y loable, o por distinción, que es un motivo egoísta». Hablé de *Cecilia*. Johnson, con aire de animada satisfacción, apostilló: «Señor, si va a hablar de *Cecilia*, adelante, hable cuanto quiera».^[c155]

Hablamos de la exposición de sus cuadros que había hecho el señor Barry. JOHNSON: «No importa qué haya hecho la mano, pues el intelecto ha tenido su parte. Hay ahí un modo intelectual de aprehender que no se ve en ninguna parte».^[118]

Pregunté qué es mejor, si un hombre de natural virtuoso o uno que haya superado malvadas inclinaciones. JOHNSON: «Para usted, señor mío, aquel que haya superado malvadas inclinaciones no es el mejor. En cambio, para sí mismo tiene mayor mérito. Yo preferiría confiar mi dinero a un hombre sin manos, al que por tanto le será físicamente imposible robar, que a un hombre que profese los principios más honestos. Hay sobre esto una ingeniosa y satírica anécdota de Foote, quien tenía un pequeño busto de Garrick sobre su bargueño. “Le sorprenderá —decía— que permita estar a Garrick tan cerca de mi dinero, pero se fijará usted en que no tiene manos”».

El viernes 30 de mayo, como a la mañana siguiente tenía previsto emprender viaje a Escocia, pasé buena parte del día con él, con más atenciones que de costumbre, ya que su salud era más precaria que en cualquier otra de las ocasiones en que nos habíamos despedido. Sin embargo, estuvo rápido y vivaz y crítico como de costumbre. Hablé de un hombre que era un gran erudito. JOHNSON: «Desde luego, señor, posee grandes conocimientos, pero nunca los expone con corrección. Nunca pone un concepto junto al otro. Los tiene todos enmarañados y, además, ¡qué torpeza, qué desmaña tiene en toda conversación!».

Le confié un pensamiento preocupante, que bien puede agobiar, y mucho, a un cristiano sincero, aun cuando tenga conciencia clara de haber vivido la vida con bien, toda vez que concurre con la flaqueza humana, y es que puede temer caer en el postrer momento, y ser culpable al final de delitos que invaliden todo lo que ha hecho con anterioridad. ¿Puede haber, en esta espinosa cuestión, algo así como un acto que sirva para cuadrar las cuentas? Supongamos que un hombre que ha llevado una vida de bien durante siete años, comete una maldad y muere en el acto. ¿Tendrá el bien de

su vida anterior algún efecto en su favor? JOHNSON: «Si un hombre ha llevado una vida de bien por espacio de siete años y entonces la premura de la pasión lo lleva a hacer el mal, y es de súbito llevado a la otra vida, le aseguro que tendrá recompensa por sus siete años dedicados al bien. Dios no se ha de ensañar con él. Sobre este principio considera Richard Baxter que un suicida se puede salvar. “Si se objeta —dice— que lo que defiendo puede incitar al suicidio, no seré yo quien mienta para impedirlo”». BOSWELL: «Pero... ¿no dicen las Escrituras que “tal como caiga, así ha de quedar el árbol”?».^[c156] JOHNSON: «Sí, señor. Tal como caiga el árbol, aunque... —hizo una breve pausa— esto hace referencia al estado general del árbol, no a lo que sea efecto de una repentina explosión». Dicho en dos palabras, lo interpretaba como algo referente a la condición, no a la posición. El concepto corriente, así pues, parece ser erróneo, y el ingenioso comentario de Shenstone sobre los teólogos que se empeñan en zarandear el árbol ya en su lecho de muerte, para que yazga de un modo más favorable, no tiene mucho fundamento.^[c157]

Le pregunté qué obras de Richard Baxter me convenía leer. «Léalas todas, todas son buenas».

«Haga acopio de toda la fuerza de voluntad que pueda —me aconsejó—. Viva con arreglo a sus ingresos. Ahorre siempre algo, por poco que sea, a fin de año. Que sus ingresos sean mayores que sus gastos, y así nunca se extraviará demasiado».

Le aseguré que entre sus numerosas y variadas amistades nunca había habido alguien que tuviera un respeto más sincero y mayor afecto hacia su persona que los que yo sentía. «Lo creo —dijo—. Si me viera en un aprieto, a nadie acudiría antes que a usted. Me gustaría disponer de una casita en su hacienda, andar a mi antojo por sus posesiones, alimentarme sobre todo de leche, dejar que me atendiera la señora Boswell. Ahora, ella y yo somos buenos amigos, ¿no es así?».

Hablando de la devoción, dijo: «Aunque sea cierto que “Dios no mora en los templos hechos por las manos de los hombres”,^[c158] en este estado del ser nuestras almas se sienten más inclinadas a la devoción en los lugares dispuestos para el culto divino que en cualquier otro. Algunas personas tienen en sus casas una habitación especial en la que rezan sus plegarias, cosa que no desapruuebo, pues puede estimular su devoción».

Me abrazó y me dio su bendición, como era su costumbre cuando íbamos a despedirnos por algún tiempo. Me fui de su casa con temerosa aprensión de lo que pudiera suceder antes de mi regreso.

Al honorable William Windham

Londres, 31 de mayo de 1783

Señor,

el portador de esta carta es el padre de la señorita Philips,^[119] una cantante que va a probar su voz en escena en Dublín.

El señor Philips es uno de mis amigos más antiguos, y como soy de la opinión de que ni él ni su hija harán nada que pueda deshonorar a sus benefactores, me tomo la libertad de encarecerle que los admita en su casa y los proteja en la medida en que resulte apropiado a su situación y reputación;^[120] me consideraré sumamente agradecido hacia usted por cualquier favor que tengan ellos el honor de recibir de sus manos.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

He aquí otra muestra de su activa benevolencia:

A sir Joshua Reynolds

2 de junio de 1783

Querido señor,

le he enviado algunos de los trabajos de mi ahijado,^[121] sobre los cuales no pretendo formarme ninguna opinión. Cuando me tomé la libertad de mencionárselo a usted, no sabía lo que se me ha referido después, esto es, que el señor Moser lo ha admitido entre los estudiantes de la Academia.^[c159] Sinceramente le ruego considere qué más se puede hacer por él, pues tengo un gran deseo de que obtenga alguna ventaja de mi relación con usted. Si siente la inclinación de recibirle, lo llevaré de visita conmigo en cualquier momento que le agrade fijar.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Mis temores al despedirme de él este año resultaron bien fundados, pues no mucho tiempo después sufrió un terrible síncope de perlesía, del que existen descripciones exhaustivas y exactas en cartas que él mismo escribió, y que demuestran con qué serenidad y resignación ante la voluntad divina le permitió comportarse su firme piedad.

Al señor Edmund Allen^[c160]

17 de junio de 1783

Querido señor,

ha querido Dios esta mañana privarme del habla, y como no sé si será su voluntad privarme pronto de mis sentidos, le ruego que en cuanto reciba esta nota venga a verme para que actúe en mi nombre tal como requieran las exigencias de mi situación. Cordialmente, su amigo

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor John Taylor

17 de junio de 1783

Querido señor,

ha querido Dios, por un síncope de perlesía en plena noche, privarme de la facultad del habla.

Tengo un gran deseo de contar con la asistencia del doctor Heberden, pues entiendo que mi situación no es aún irremediable. Hágame el favor de venir a verme tan pronto como pueda. Traiga consigo si puede al doctor Heberden, pero no deje usted de venir. Me alegro de que se encuentre bien, estando yo tan pavorosamente intranquilo.

Creo que con una pronta aplicación de estimulantes es mucho lo que se puede ganar. Me pregunto si un

vómito vigoroso e intempestivo no llamaría a la acción a los órganos del habla. Como es aún temprano para hacerle llegar esta nota, trataré de recordar lo que pueda ser sospechoso de haber provocado este trastorno terrible.

Me he habituado a las sangrías frecuentes debido a mi condición de asmático, aunque he prescindido de sangrarme desde hace algún tiempo, por persuasión del doctor Pepys, quien apreció que se me estaban hinchando las piernas. A veces alivio con opiáceos una dolorosa o, dicho con más propiedad, opresiva constricción pectoral; últimamente he tomado opio a menudo, aunque en pequeñas cantidades la última o dos últimas veces. La dosis mayor que ingiero es de tres granos,^[c161] y anoche sólo tomé dos.^[c162] Comente todo esto (es cuanto logro recordar) con el doctor Heberden.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Dos días después escribió en estos términos a la señora Thrale:^[122]

El martes 16 posé para mi retrato y recorrí a pie un trecho considerable sin demasiada inconveniencia. Por la tarde y por la noche me sentí cómodo y ligero de ánimo, y comencé a hacer planes de vida. Así me fui a acostar, y al poco rato desperté y me incorporé, como últimamente he tenido por costumbre, cuando sentí una confusión y una indefinición del entendimiento que duró, yo diría, medio minuto. Me alarmé y recé a Dios para que al margen de cómo dispusiera afligirme en lo corporal, me dejara intacto el intelecto. Esta plegaria, para poner a prueba la integridad de mis facultades, la hice en versos latinos. No es que fuera una buena composición, pero tampoco esperaba que lo fuese. Hice unos versos fáciles y concluí que seguía hallándome en plenitud de facultades.

Poco después me percaté de que había sufrido un ataque de perlesía, y que me había quedado sin habla. No sentí dolor, y fue tan mínimo el abatimiento que me invadió en este pavoroso estado que me llamó la atención mi propia apatía, y consideré que quizá la muerte misma, cuando hubiera de llegar, suscitaría menos horror del que pueda concurrir en ella.

Con objeto de despertar los órganos de la fonación tomé dos vasitos de vino. Es célebre el vino por provocar la elocuencia. Me induje a realizar violentos movimientos y creo que aún los repetí, pero fue todo en vano. Me volví luego a la cama y por extraño que resulte creo que dormí. Cuando vi que ya era de día, me pareció llegado el momento de decidir qué hacer. Aunque me hubiera quitado Dios la facultad del habla, me había dejado el empleo de la mano; disfruté de una merced que no le fue concedida a mi querido amigo Lawrence, quien tal vez ahora me contempla mientras escribo y se regocija de que tenga yo lo que él no tuvo. La primera nota que redacté fue por fuerza para mi criado, quien entró hablando y al principio no pudo entender por qué debía leer lo que le puse yo en las manos.

Escribí luego una nota al señor Allen para poder tener a mano a un amigo discreto, que actuara según la ocasión lo requiriese. En escribir esta nota encontré cierta dificultad; mi mano, no sé cómo ni por qué, trazaba mal algunas letras. Luego escribí al doctor Taylor para que acudiera a verme con el doctor Heberden de ser posible, y mandé recado al doctor Brocklesby, que es mi vecino. Mis médicos han sido muy cordiales y me infunden grandes esperanzas, pero bien puede usted imaginar mi situación. De momento, he recobrado mi capacidad vocal y puedo recitar el Padrenuestro sin demasiadas imperfecciones de articulación. ¡Mi memoria, confío, sigue como estaba! Pero semejante síncope hace temer por la salvaguardia de todas las demás facultades.

Al señor Thomas Davies

18 de junio de 1783

Querido señor,

he sufrido efectivamente un golpe terrible, aunque espero humildemente que Dios, que de momento me perdona la vida, me permita conservar mi entendimiento y me devuelva el habla. Como en modo alguno me hallo desvalido, no preciso de asistencia en particular, si bien me siento fuertemente afectado por la ternura de la señora Davies, y cuando piense que pueda hacerme algo de bien mucho me alegrará visitarla. Había ordenado que no se permitiera la entrada a mis amigos, pero uno o dos se las han ingeniado para venir a verme, y si quiere usted venir le será franqueada la entrada: no se me ocurre quién pudiera venir a visitarme que me procurase mayor entretenimiento con el uso de su lengua ni trajera mayor bondad en su corazón. Soy, señor, etc.,

Me produce un gran placer haber preservado este recuerdo imperecedero del respeto que tenía Johnson por el señor Davies, con el cual estuve yo en deuda por habérmelo presentado.^[123] Tuvo desde luego por Davies un cordial afecto, del que daré esta pequeña prueba. Un día en que lo había tratado con demasiada aspereza, Tom, que no carecía de amor propio, orgullo y brío, se enojó, pero tan pronto llegó a su casa tuvo que abrir la puerta a Frank, a quien mandó Johnson tras él con esta nota para entregar en mano: «Vamos, vamos, mi querido Davies: siempre lamento que nos enzarcemos; envíeme recado de que somos amigos».

A James Boswell

Londres, 3 de julio de 1783

Querido señor,

su angustia por mi salud es buena prueba de su amistad, y muy acorde con su amabilidad de costumbre. He sufrido, en efecto, un pavoroso revés en mi salud. El 17 del mes pasado, a eso de las tres de la madrugada por lo que alcanzo a colegir, me percaté de que estaba casi totalmente privado de la facultad del habla. No sentí dolor ninguno. Tenía los órganos de la fonación de tal modo obstruidos que atinaba a decir no, pero a duras penas podía decir sí. Escribí las instrucciones pertinentes, pues quiso Dios conservarme el uso de la mano, y mandé recado a los doctores Heberden y Brocklesby. Entre el momento en que reparé en el trastorno que me aquejaba y el momento en que mandé recado al médico, creo que a pesar de mi sorpresa y mi solicitud dormí un rato, y dio la Naturaleza en reanudar sus operaciones. Llegaron los doctores y dieron las indicaciones que la enfermedad precisaba, momento desde el cual he ido mejorando en la articulación de las palabras. Ahora ya puedo hablar, aunque me encuentro con los nervios debilitados y no puedo hacerlo durante mucho tiempo, si bien tengo la esperanza de que recobraré las fuerzas. Los médicos me consideran curado. Estuve el pasado domingo en la iglesia. El martes fui a tomar el aire a Hampstead y almorcé con el club, sesión en la que se propuso el ingreso de lord Palmerston quien, en contra de mi criterio, fue rechazado.^[124] Tengo la intención de ir la semana que viene con el señor Langton a Rochester, donde me propongo pasar diez días para luego cambiar de aires. He recibido muchas y muy amables invitaciones. Su hermano se ha interesado a menudo por mí. La mayoría de mis amigos han sido muy atentos. Agradezca a mi querido lord Halles su obsequio.

Confío en que a su regreso encontrase alegría y prosperidad, y a su señora en particular repuesta por completo. Preséntele mis respetos. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A Lucy Porter, en Lichfield

Londres, 5 de julio de 1783

Querida señora,

la crónica que me hace de su estado de salud es muy entristecedora. Quiera Dios que pueda usted restablecerse. Mi contratiempo me afectó la facultad del habla y todavía no la he recobrado, pues sigo teniendo obstruida en cierto modo la pronunciación; dispongo de voz clara durante un rato, pero los órganos todavía están debilitados, de modo que se me fatigan enseguida. En todos los demás sentidos me hallo bastante mejor, según creo, que últimamente, y puedo hacerle saber de mi salud sin ayuda de nadie.

En opinión de mis amigos, con la cual concuerdo, poco a poco voy a mejor. Los médicos me consideran curado; he recibido permiso, hace cuatro días, para lavarme los restos de las cantáridas de la cabeza. El pasado martes almorcé en el club.

La semana que viene marchó a Kent, y me propongo cambiar de aires con frecuencia durante este verano; aún no sabría decir si llegaré tan lejos que pueda acercarme a Staffordshire. Me alegraría ir. Transmita mi agradecimiento a la señora Cobb y al señor Pearson, y a todos los que me han mostrado sus atenciones.

Querida mía, recemos el uno por el otro, y consideremos nuestros sufrimientos como avisos que misericordiosamente se nos dan para prepararnos de cara a otro estado.

Ahora vivo con gran melancolía. Mi viejo amigo, el señor Levett, ha muerto tras vivir conmigo en esta casa y ser un útil y grato compañero; la señora Desmoulins se ha marchado, y la señora Williams está muy decaída, tanto que poco puede aportar a las gratificaciones ajenas. Pasa el mundo, y nosotros con él, aunque a buen seguro hay otro mundo que ha de pervivir por siempre. Preparémonos todos para entrar en él.

Soy afectuosamente su, etc.,

SAM. JOHNSON

Tal era el vigor de su constitución que se recuperó de este alarmante y grave ataque con maravillosa rapidez, de suerte que en el mes de julio pudo visitar al señor Langton en Rochester, donde pasó una quincena e hizo algunas cortas excursiones con tanta comodidad como en cualquier otro periodo de su vida. En agosto fue incluso hasta las inmediaciones de Salisbury, a Heale, donde tenía su casa solariega William Bowles, un caballero al que le he oído elogiar por el ejemplar orden religioso que se observa en su familia. En su agenda encuentro una breve pero honrosa mención de tal visita: «28 de agosto. Fui hasta Heale sin fatiga. 30. Bastante satisfecho con mi entendimiento».^[125]

Al doctor Brocklesby

Hale, cerca de Salisbury,
29 de agosto de 1783

Estimado señor,

sin ánimo de dar la impresión de que desee abusar de su amable atención, no puedo omitir una breve descripción de un día que se me antojó en cierto modo peligroso. Desperté a las cinco y salí a las seis, y luego de llegar a Salisbury a eso de las nueve aún seguí camino unas cuantas millas más en el carruaje de mi amigo. No me fatigó el viaje, aun cuando era un cochero nervioso, brusco, más de lo que me habría fatigado hace cuarenta años. Veremos ahora qué tal me sienta el aire. La región es completamente llana, y la casa en que me encuentro, en la medida en que puedo juzgar desde mi ventana, pues le escribo sin haber salido de mis aposentos, es suficientemente grata.

Tenga la amabilidad de continuar atendiendo a la señora Williams; es gran consuelo para quienes gozan de salud, y aún más para los enfermos, saber que no se les olvida y no se les desatiende; sé que estará usted deseoso de darle consuelo, aun cuando no albergue grandes esperanzas de servirle de ayuda.

Escrita la primera parte de esta carta, descubro que tal como va el correo no podré enviársela antes del 31. Soy, señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Mientras estuvo allí, recibió carta del doctor Brocklesby, en la cual le puso al corriente de la muerte de la señora Williams, que le afectó muchísimo.^[c163] Aunque no había estado de buen temple desde hacía años, era una señora de valiosas cualidades, y su desaparición dejó un gran vacío en su casa. Con este motivo, de

acuerdo con su piedad habitual, compuso una oración.^[126]

Insertaré en este punto algunos particulares relativos al doctor Johnson que me ha facilitado uno de sus amigos.

«Concibió una vez la idea y trazó el plan para escribir la vida de Oliver Cromwell, convencido de que resultaría sumamente curioso rastrear su extraordinario ascenso al poder supremo a partir de unos orígenes tan anodinos. A la larga dejó de lado este plan cuando descubrió que cuanto podía decirse de él ya estaba impreso, y que era inviable procurarse nuevas y auténticas informaciones que sumar a las que ya poseía el mundo».^[127]

«Había proyectado asimismo, aunque no se sepa bien en qué momento de su vida, una obra en la que demostrase qué exigua cantidad de ficciones de verdad hay en el mundo, pues las mismas imágenes, con muy escasas variaciones, han servido a todos cuantos autores las han escrito».

«Al final de su vida frecuentemente empleaba sus pensamientos en recordar a sus amigos difuntos. A menudo murmuraba: “¡Pobre hombre! Y entonces murió”, u otras frases semejantes».

«Hablando de cierto literato amigo suyo, dijo: “Es un individuo muy pomposo y desconcertante en ocasiones. Una vez me prestó una carta que alguien le había escrito, sin importar de qué trataba, pero a toda costa quiso que se la devolviera, y expresó que para él tenía un valor formidable; confiaba le fuera restituida sin falta, no se desprendería de ella ni por mil libras. Poco después eché mano de la carta y se la devolví. Creo que le dije que me alegraba de haberla encontrado. Ah, dijo él, no sabía que tuviera tanta importancia. Así que ya lo ve: cuando la carta se perdió, valía un millar de libras, pero cuando fue encontrada no valía un comino”».

«El estilo y el carácter de su conversación son en general de sobra conocidos. No cabe duda de que conversaba en conformidad con el precepto de lord Bacon, aunque no está del todo claro, a mi recto entender, que esta conformidad la percibiera ni la deseara el propio Johnson. El precepto al que aludo es como sigue: “En todo tipo de discurso, sea placentero, grave, severo u ordinario, conviene hablar con calma, y más despacio que con premura, pues el discurso que obedece a las prisas confunde a la memoria, y con gran frecuencia, además de la impropiedad, conduce al balbuceo y al tartamudeo, al desconcierto y a la machacona insistencia en lo que debería seguir con naturalidad, mientras que un discurso sosegado reafirma la memoria, añade una presunción de sabiduría al oyente, y hace más propio el mismo discurso y el semblante con que se pronuncia”.^[128] El método conversacional del doctor Johnson estaba sin duda calculado para concitar la atención, para entretener y divertir, como de hecho sucedía, sin fatigar ni confundir a la concurrencia. Era siempre de una claridad meridiana, de una perspicacia perfecta, y su lenguaje era tan preciso, y sus frases estaban construidas con tal nitidez, que sus conversaciones podrían haberse dado a la imprenta sin que interviniese ninguna corrección. Al mismo tiempo, eran llanas y naturales; su exactitud no revestía apariencia de esfuerzo, de rigidez o

constricción; parecía más correcto que otros por pura fuerza de la costumbre, y por su hábito de ejercitar su poderoso intelecto».

«A menudo elogiaba la literatura francesa. “Los franceses son excelentes en esto —solía decir—: poseen un libro sobre cada materia”. Por lo que de ellos conocía, les negaba el mérito de una superior cortesía, y comentaba, con muy manifiesto desagrado, la costumbre que tienen de escupir en el suelo incluso en el interior de sus propias viviendas. “Esta —decía el doctor— es la mayor de las groserías que se pueden cometer, y uno se pregunta cómo es posible que cualquier hombre, o conjunto de hombres, persista en una práctica tan ofensiva siquiera un solo día más; sería de esperar que el primer empeño por avanzar hacia una civilización fuera el suprimirla incluso entre los salvajes”».

«Las *Razones de la religión cristiana*, de Baxter, era el libro que, en su opinión, contenía la mejor colección de pruebas manifiestas de la divinidad en el sistema cristiano».

«La Química fue siempre uno de los campos de interés del doctor Johnson. Hallándose en Wiltshire presencié algunos experimentos que llevó a cabo un médico de Salisbury sobre los nuevos tipos de aire.^[c164] En el transcurso de dichos experimentos se hizo frecuente mención del doctor Priestley, con lo que Johnson frunció el ceño, y con su mayor severidad quiso saber “por qué se habla tanto aquí del tal doctor Priestley”.^[129] Se le dijo con toda propiedad que era “porque a él debemos estos importantes descubrimientos”, a lo cual Johnson pareció satisfecho, y apostilló: “Bien, pues si en deuda estamos con él, tenga cada cual el honor que se merece”».

«Unos dos años antes de que muriese, un amigo quedó muy sorprendido con alguna muestra de sinceridad del doctor Johnson. “Caramba, señor —le dijo—: siempre diré que es usted un hombre de una sinceridad que arrasa”. “Si lo hace —replicó el doctor—, dudo que sea usted muy singular. Pero tenga presente que me considero un hombre al que mucho se ha malinterpretado. No pecho de insincero, ni soy severo tampoco. A veces digo más de lo que quisiera, y es en son de chanza, pero no falta quien tienda a tomarme en serio. De todos modos, era más sincero cuando era joven. A medida que conozco mejor a la humanidad, menos espero del hombre, y estoy dispuesto a decir de un hombre que es un hombre bueno con mucha mayor facilidad que antes”».

A su regreso de Hale escribió al doctor Burney:

Volví a mi casa el 18 de septiembre a mediodía y me encontré una casa desolada. Usted y yo hemos perdido a nuestros amigos, pero usted tiene más amigos en su casa. Mi acompañante doméstica me ha sido arrebatada. Mucho he de echarla en falta, pues eran muchas sus cualidades, y su curiosidad era universal, de modo que participaba de toda conversación. No me encuentro en condiciones de salir mucho, y permanecer sentado, o comer, o ayunar estando solo es muy tedioso. Siempre es mi deseo rendir mis respetos a todas las damas.

Su fortaleza y su paciencia hubieron de soportar severas pruebas a lo largo de este año. El ataque de perlesía queda relatado de un modo circunstancial, pero es que también estuvo aquejado de gota, amén de lo cual le tuvo desmadejado una afección

que no sólo hubo que atender de inmediato, a pesar de las inconveniencias, sino que llegó a suponer la amenaza de una operación quirúrgica ante la cual casi cualquier hombre se encogería de miedo. Se trataba de un mal conocido como *sarcocele*, que Johnson soportó con una firmeza increíble, pues ni siquiera se asustó cuando dio su visto bueno a una amputación. Le atendieron los señores Pott y Cruikshank. Tengo ante mí una carta del 30 de junio de este año, dirigida al señor Cruikshank, en la que dice: «Voy a ponerme en sus manos». Aún hay otra, con la que acompañó el envío de un ejemplar de sus *Vidas de los poetas*, en la que dice: «Le ruego acepte estos volúmenes en gratitud por los grandes favores que ha hecho usted, señor, a su más humilde servidor». Tengo también en mi poder varias cartas más que envió al señor Cruikshank, así como al doctor Mudge, de Plymouth, que sería impropio insertar aquí, pues están repletas de desagradables detalles técnicos. Sin embargo, extracto de sus cartas al doctor Mudge los pasajes que contienen o una expresión feliz o muestra de su impávido estado de ánimo.

«La plena convicción que tengo de su destreza y mi fe en su amistad me deciden a pedirle encarecidamente opinión y consejo». «En el estado en que me hallo, con gran seriedad deseo me diga qué es lo que se ha de hacer. La excisión es sin lugar a dudas imprescindible para la cura, y no conozco yo que exista ningún método paliativo. La operación es de seguro dolorosa, pero ¿entraña peligro? El dolor espero resistirlo con decencia, pero detesto poner mi vida en excesivo peligro». «Al presentar la gota como un antagonista de la perlesía, ha dicho más que suficiente para que sea bienvenida. Éste no es estrictamente el primer ataque que sufro, y espero que éste resulte tan benigno como el primero, pues fue el segundo el que me tiene confinado, y el primero se produjo hace diez años, con una virulencia mucho menor». «Escríbame, querido señor, sea para tenerme al corriente o sea para darme ánimo. La operación no se ha de retrasar por ningún miedo ni objeción que yo pueda poner».

A Bennet Langton

Londres, 29 de septiembre de 1783

Querido señor,

con mucha razón puede usted acusarme de haber sido insensible a su amabilidad, y a la de lady Rothes, toda vez que he dejado pasar tanto tiempo sin dar noticias y sin agradecerse. Ahora por fin le doy las gracias, y paso a referirle, como es mi deber, por qué no lo he hecho antes. Fui a Wiltshire tan pronto como buenamente pude, y allí mucho se hizo para paliar mi enfermedad. Cualquier afección del cuerpo produce un gran egoísmo. Quien padece dolores busca sosiego, y deja que casi todo lo demás se resuelva como quiera el azar. Entretanto, he perdido a una acompañante a la que he recurrido para los pasatiempos domésticos durante más de treinta años, y que poseía una variedad de conocimientos inagotable.^[130] Ahora regreso a un hogar vacío y desolado. Me aqueja una muy molesta y peligrosa complicación, que no admite cura salvo por medio del bisturí. Rece por mí. Soy su, etc.,

SAM. JOHNSON

Felizmente, la complicación remitió sin que fuera necesario someterse a la tortura de

la amputación. Pero a buen seguro hemos de admirar la viril resolución de que hizo gala mientras la amenaza pendía sobre él.

En una carta a este mismo caballero escribe lo siguiente: «En estos cuatro días, me ha atacado la gota con una virulencia que jamás había conocido. Me he sentido tan desvalido como un tierno infante». En otra, tras hacer mención de la señora Williams, dice: «su muerte, después de la de Levett, ha dejado mi hogar sumido en la soledad. Dejó sus contadas pertenencias y enseres a una escuela de caridad. Espero que esté allí donde no reinen las tinieblas ni haya necesidades, ni penurias, ni tristezas».

Le escribí interesándome por su salud, y le dije que «el *Anacreonte* de Baxter, que se halla en la biblioteca de Auchinleck, lo cotejé según he descubierto mi padre en 1727 con el manuscrito perteneciente a la Universidad de Leyden, y tomó unas cuantas notas. ¿Me aconsejaría usted publicar una nueva edición?».

Su respuesta data del 30 de septiembre:

No debería usted de ninguna manera convertir sus cartas en semejante rareza, cuando sin duda sabe, o debería saber, que mi salud no presenta cambios. Ha pasado muchísimo desde la última vez que supe de usted, y el hecho de que yo no haya contestado es razón más que insuficiente para que un amigo guarde silencio. (...) Su *Anacreonte* es un libro insólito: ni en Londres ni en Cambridge se puede hallar un solo ejemplar de esa edición. Que se reimprima o no es asunto suyo, aunque yo pediría consejo a lord Hailes. (...) Además de mi constante y radical enfermedad, llevo diez días asediado en extremo por la gota, aunque ahora parece que remite. Espero que Dios aún me otorgue otro poco más de vida, y así pueda yo poner algún remedio a mi mala preparación para presentarme ante Él.

En ese otoño recibió una visita de la célebre señora Siddons, de la cual hace esta descripción en una de sus cartas a la señora Thrale (27 de octubre):

La señora Siddons, en la visita que me hizo, se comportó con gran modestia y corrección, no dejando a su paso un solo motivo de censura o desprecio. Ni los halagos ni el dinero, las dos poderosas fuerzas que corrompen a la humanidad, parecen haberla envilecido; en modo alguno es la mujer depravada de que hablan las malas lenguas. Me alegré de verla otra vez. Su hermano, Kemble, me visita y me entretiene mucho. La señora Siddons y yo hablamos de comedias; me manifestó su deseo de representar este invierno a los personajes de Constanza, Catalina e Isabel, en Shakespeare.

El señor Kemble ha tenido la bondad de facilitarme esta nota sobre lo acaecido durante la visita:

Cuando la señora Siddons entró en la habitación, sucedió que no había ninguna silla dispuesta para que tomara asiento; al observarlo, Johnson comentó con una sonrisa: «Señora, usted que con tanta frecuencia es causa de que los demás carezcan de asiento, excusará con mayor facilidad la falta de uno para usted».

Habiéndose colocado al lado de ella, con excelente humor se avino a entrar en consideración del teatro inglés, y entre otras cosas quiso saber qué personaje de Shakespeare era el que más le agradaba. Como ella contestara que era la reina Catalina en *Enrique VIII*, por ser a su entender el personaje más natural, le dijo: «Yo también lo creo, señora, y si se diera el caso de que usted lo interpretara, volvería yo a llegarme al teatro una vez más, así fuera cojeando». La señora Siddons le prometió que le haría el honor de interpretar para él su papel preferido, pero fueron muchas las circunstancias que se sumaron para impedir una representación de *Enrique VIII* en vida del doctor.

En el transcurso de la velada nos dio su opinión acerca de los principales actores a los que había visto en escena. «Como la señora Porter, en la vehemencia de la cólera, y la señora Clive, en la vivacidad del humor, nunca he visto a nadie que las iguale. En lo que mejor se le daba, la señora Clive aventajaba incluso a Garrick, aunque no era capaz de hacer bien ni la mitad de las muchas cosas que él hacía; era mejor a la hora de retozar en las

comedias ligeras que nadie a quien haya visto yo al natural. Pritchard, en la vida corriente, era una cretina y una mujerona vulgar; hablaba de su crianza y se le llenaba la boca, pero cuando comparecía en escena era como si le inspirase la gentileza y una gran comprensión. Una vez hablé con Coley Cibber, y me pareció un ignorante de los principios mismos de su arte. Garrick, señora, no sabía declamar; no había uno solo de sus operarios que no hubiera sabido decir “Ser o no ser” tanto mejor que él, a pesar de lo cual era único en cuanto actor, el único al que yo tengo por magistral tanto en la tragedia como en la comedia, si bien en la comedia me gustaba más. Su excelencia y distinción estaban en la cierta concepción del personaje, y en su expresión natural». Tras haberse explayado con su poderío y su elocuencia de costumbre, a tenor de la extraordinaria eminencia de Garrick como actor, concluyó haciendo un cumplido a su talento en sociedad: «A fin de cuentas, señora, me parecía que no era tan motivo de envidia sobre las tablas como en la cabecera de una mesa».

Johnson a buen seguro había pensado sobre el asunto de la interpretación bastante más de lo que en general cabría suponer. Hablando un día de ello con el señor Kemble, le dijo: «¿Es usted por ventura uno de esos entusiastas que se creen transformados en el personaje mismo al que interpretan?». Y como Kemble respondiera que nunca había sentido tan fuerte persuasión en sí mismo, apostilló: «Seguro que no, señor, porque es sencillamente imposible. Si Garrick de veras llegó a creerse que era ese monstruo de Ricardo III, habría merecido que lo ahorcasen cada vez que lo interpretó».^[131]

A Lucy Porter, en Lichfield

Bolt Court, Fleet Street,
10 de noviembre de 1783

Querida señora,
la muerte del infortunado señor Porter, de la cual me pone al corriente la criada de usted, ha debido tomarle muy por sorpresa. La muerte de un ser querido es casi siempre inesperada: no nos agrada pensar que pueda suceder y que vaya a suceder, de modo que nunca estamos preparados para ello. Era, tengo entendido, un hombre muy religioso, por lo que su final ha sido feliz.

La muerte también ha visitado mi enlutado hogar. El mes pasado falleció la señora Williams, que había estado conmigo treinta años como si fuera una hermana; eran grandes sus conocimientos, placentera su conversación. Ahora vivo en una soledad sin chispa de ninguna clase.

Mis dos últimos años los he pasado sujeto a la presión de sucesivos trastornos de salud. Últimamente he tenido gota de cierta severidad, pero he tenido la maravillosa suerte de escapar a la operación de la que le hablé, y me encuentro en conjunto restablecido, con una salud por encima de mis propias expectativas.

A medida que a diario vemos morir a nuestros amigos en derredor, los que aún seguimos en pie hemos de estar más unidos que nunca, y, si no podemos hacer más, al menos debemos rezar los unos por los otros. Recuerde que así como mueren los demás también a nosotros nos ha de llegar la hora, por lo que hemos de prepararnos con diligencia para el gran juicio final. Soy, señora, afectuosamente suyo,

SAM. JOHNSON

Grato ejemplo de la generosa atención de uno de sus amigos es el que se ha descubierto con la publicación de la colección de cartas de la señora Thrale. En una carta a una de las señoritas Thrale^[132] escribe así: «Un amigo mío, cuyo nombre sólo diré cuando la mamá de usted haya intentado adivinarlo, mandó recado a mi médico para saber si esta sucesión de enfermedades que no me dejan en paz no me habría traído algunas complicaciones por falta de dinero, añadiendo una invitación para que

recurriese a él caso de que la ocasión lo precisara. Esta misma noche le escribiré una nota para agradecerle sus atenciones, ya que no tengo necesidad de pedir prestado». Luego, en una carta a la propia señora Thrale, dice así: «Como de seguro que no lo adivina, le diré que el hombre de tamaña generosidad era Gerard Hamilton. Le escribí una carta de agradecimiento presentándole todos mis respetos»^[133].

Recurrí al señor Hamilton por medio de un amigo común, y ha tenido la amabilidad de cederme la carta que le envió Johnson sobre este particular, para que adorne mi colección.

Al honorable William Gerard Hamilton

19 de noviembre de 1783

Apreciado señor,

su atento interés por mi situación, así como su generosa oferta, me han sido comunicados por el propio doctor Brocklesby. Le doy las gracias de todo corazón, no en vano he vivido lo suficiente para saber qué gratitud se debe a una amistad semejante, y le ruego encarecidamente no impute mi renuncia al orgullo mal entendido ni al enfado. No me encuentro en tal necesidad. Mis enfermedades, gracias a la generosidad de mis médicos, apenas me ocasionan gastos. Pero si cualquier exigencia inesperada se presentara con apremio, bien verá, apreciado señor, con qué buen ánimo le agradezco tamaña liberalidad. Soy, señor, su más obediente y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al igual que en años anteriores, encuentro en éste noticia de sus amables atenciones para con la señora Gardiner, la cual, aun hallándose en la muy humilde condición de vendedora de cera y candiles en Snowhill, era una mujer de una sensatez excelente, piadosa y caritativa.^[134] Ella misma le relató que le había sido presentada a Johnson por mediación de la señora Masters, la poetisa, cuyos volúmenes había revisado él antes de que se imprimieran, y según se dice había iluminado aquí y allá con el rayo de su propio genio. La señora Gardiner era muy celosa de sus dádivas y del respaldo que daba a una escuela de caridad para señoritas de la parroquia del Santo Sepulcro. Es exclusiva para mujeres, y según tengo entendido le sirvió de indicio para el cuento de *Betty Broom* que cuenta en el *Idler*. Según veo, este año Johnson obtuvo para beneficio de la misma un sermón del difunto obispo de St. Asaph, el doctor Shipley, al que en una de sus cartas a la señora Thrale describe como «sabedor, flexible e incluso convertible», y al cual todos los que lo conocían, e incluso quienes de él difiriesen en materia de política, sin duda recuerdan con grandísimo respeto.

Como había escrito el Conde de Carlisle una tragedia que tituló *La venganza del padre*, algunos amigos de Su Señoría suplicaron a la señora Chapone^[c165] que convenciese al doctor Johnson de que la leyera y diera su opinión, como en efecto hizo, por carta a dicha dama. Como sir Joshua Reynolds me informó de que dicha carta obraba en poder del Conde de Carlisle, aun cuando no gozaba yo del honor de ser conocido de Su Señoría, fiándome de la general cortesía de la literatura le escribí

para pedirle el favor de que me hiciera llegar una copia de la misma, y que asimismo me permitiera insertarla en la *Vida del doctor Johnson*. Su Señoría tuvo la bondad de avenirse a mi solicitud, y así me ha dado pie a enriquecer mi obra con una pieza espléndida, en la que se hace gala tanto de la destreza crítica como de la exquisita cortesía que caracterizaban a mi ilustre amigo, y aun es posible que la curiosidad que suscite sirva de inducción para que el noble y elegante autor gratifique al mundo entero con la publicación^[135] de una obra de la que ha hablado el doctor Johnson en los términos que siguen:

A la señora Chapone

28 de noviembre de 1783

Señora,

al enviarme la tragedia por segunda vez^[136] entiendo que es muy honorable la distinción que se me hace, por lo cual no he aplazado el examen de la misma, cuyo efecto paso a referirle también sin demora.

La construcción de la pieza no es del todo regular; el escenario queda desierto con demasiada frecuencia, y las diversas escenas no están engarzadas de un modo suficiente. Esto es, sin embargo, algo que a Dryden se le hubiera antojado defecto meramente mecánico, pues bien poco resta a la fuerza del poema, y más que sentirse se deja ver.

Un riguroso examinador de la dicción tal vez habría querido que se cambiasen algunas palabras y que algunos versos tuvieran un remate más vigoroso. Ahora bien, ¿qué escritor está libre de tales imperfecciones de poca monta?

La forma en general y la fuerza del diálogo son de mayor importancia. Parece faltarle esa rapidez de reciprocidad en las réplicas que caracteriza al teatro inglés, y no siempre resulta suficientemente fervorosa o animada.

De los sentimientos, no recuerdo uno solo que prefiriese omitir. En lo que hace a la imagería, no puedo pasar por alto la comparación de la rapidez con que sucede la alegría a la pena con la luz que se abalanza sobre el ojo acostumbrado a las tinieblas. Parece tener todo lo que cabe desear para que resulte placentera. Es novedosa y es motivo de deleite.^[137]

En cuanto a los personajes, tanto en su concepción como en su expresión, no encuentro defecto alguno; antes bien, me siento inclinado a congratular a un escritor que, desafiando los prejuicios y la moda, ha hecho del arzobispo un hombre bueno y ha desdeñado todo aplauso insensato que un eclesiástico malvado le hubiera granjeado.

La catástrofe conmueve. Siendo tanto el padre como la hija culpables, siendo los dos desdichados y penitentes, divide entre ambos nuestra pena y nuestra compasión.

De este modo, señora, cumplo lo que no de buena gana emprendí, y lo que con decencia elemental no estaba en mi mano rehusar. El noble escritor tendrá la bondad y me hará el favor de recordar que una crítica sincera no debiera dar pie al resentimiento, porque el juicio no está sujeto a voluntad, y una crítica que no se hace de modo voluntario, teniendo aún menos donde elegir, aún debiera estar más lejos de toda posible ofensa.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Le consulté sobre dos cuestiones de naturaleza muy distinta: una, si no es preciso ofrecer resistencia a la influencia anticonstitucional que ejercen los Pares de Escocia en la representación en la Cámara de los Comunes por medio de cualificaciones ficticias; otra, qué se debe hacer, con la debida propiedad y humanidad, con los caballos viejos que ya no sirven para la faena. Le puse al día sobre mi vida en Auchinleck y le expresé mi satisfacción por el hecho de que los caballeros de campo

me hubiesen elegido en dos públicas reuniones su *Præses*, o presidente.

A James Boswell

Londres, 24 de diciembre de 1783

Querido señor,

al igual que todos los demás hombres que tienen amigos en puestos de responsabilidad y prominencia, empieza usted a acusar los aguijonazos del mérito no recompensado, y todo el consuelo que puedo yo darle consiste en decirle que aún le quedan aguijonazos por acusar, y falta de reconocimiento por sufrir. Ha empezado usted, bien se ve, a quejarse demasiado pronto; espero ser el único que esté al corriente de su descontento. Sus amigos aún no han tenido tiempo de gratificar las bondades personales de rigor, pues hasta la fecha han estado ocupados en fortalecer sus intereses ministeriales.^[c166] Si se produjera una vacante en Escocia, infórmeles cuanto antes; como puede usted servir al gobierno tan poderosamente como cualquiera de sus competidores, puede usted adelantar su derecho con todas las garantías.

De las exaltaciones y depresiones de su ánimo sigue deleitándose en hablar, y yo aborrezco oír todo eso. Aleje de sí todas esas fantasías.

El día en que recibí su carta creo que llevaba ya escrita la página precedente a ésta, a la que un achaque u otro me ha impedido después añadir nada. Ahora me encuentro algo mejor. Pero la enfermedad y la soledad me oprimen en demasía. Mejor podría sobrellevar la enfermedad si tuviera alivio de la soledad.

La terrible confusión de los asuntos públicos que persiste en la actualidad tendría que bastar para que se circunscribiera usted a sus posesiones por herencia, que aun siendo menos de las que tal vez desee son más de las que puede necesitar, y en una hora de retiro religioso debería dar gracias a Dios, que lo ha eximido a usted de toda tentación de formar parte de facciones y banderías, de entrar en traiciones, de cometer saqueos y deslealtades.

Como bien le distinguen sus vecinos con los honores que le pueden conferir, conténtese con la situación de que goza en sociedad, sin descuidar su profesión. Entre su hacienda y los tribunales tendrá usted ocupación más que de sobra, y si da ocupación a su intelecto estará en paz y en calma.

A las usurpaciones de la nobleza, pues aparentemente usurpan todas las influencias que obtienen mediante fraude y engaños, creo que es legítimo y quizá sea incluso su deber oponerse con firmeza. Lo que no les pertenece es suyo solamente por robo.

Su consulta acerca de los caballos me causa mayor perplejidad. No sé muy bien qué consejo darle. Sólo puedo darle una norma que no creo que le falle: cause el menor dolor que pueda. Supongo que tenemos derecho a que nos presten servicio las caballerías mientras la fuerza les asista; lo que podamos hacer después con ellas no lo sé precisar fácilmente. Veamos. Nadie niega que el hombre tiene derecho a ordeñar a la vaca y esquilarse a la oveja y sacrificarlas después para su mesa. ¿No podría, por idénticas razones, primero beneficiarse del trabajo del caballo y luego matarlo de la manera más indolora, para tener medios de alimentar a otro caballo, o para las vacas y ovejas? En ambos casos influyen en el hombre distintos motivos de egoísmo. Quien rechace uno ha de rechazar el otro.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Feliz y piadosa Navidad; que sean muchas más para usted, su señora y los pequeños.

Poco antes de morir, el ingenioso señor Mickle me escribió una carta referente al doctor Johnson en la que señalaba que «tuve durante más de doce años trato con él, frecuenté su compañía, hablé con él llanamente y le puedo asegurar que nunca recibí de él una palabra más alta que otra».

En esta carta refiere que, mientras se hallaba dedicado a traducir *Los lusíadas*, sostuvo una disputa hartamente prolongada con Johnson, quien, como de costumbre, declamó largo y tendido sobre la miseria y corrupción de la vida en el mar, y empleó esta expresión: «Gran felicidad habría gozado el mundo, señor, si su héroe, Vasco da

Gama, el príncipe Enrique de Portugal y el propio Colón jamás hubieran nacido, o si los planes que urdieron nunca hubiesen llegado más allá de sus propias imaginaciones».

Este sentimiento —prosigue el señor Mickle— que se encuentra asimismo en su *Introducción al mundo desplegado*, lo he rebatido a fondo en mi disertación o prefacio a *Los lusíadas*, y si bien se dice que el autor cual juez implacable es de sus obras,^[c167] no me avergüenzo de reconocer ante un amigo que esa disertación es mi preferida entre cuantas he intentado en prosa. Al año siguiente, cuando se publicó *Los lusíadas*, visité al doctor Johnson, que me recibió con una de sus sonrisas de excelente buen humor: «Bien, veo que ha tenido presente nuestra disputa sobre el príncipe Enrique, y que también me ha citado. Ha cumplido usted muy bien con su papel; ha sacado un gran partido de su argumento, pero yo sigo sin estar convencido».

Antes de publicar *Los lusíadas*, envié al señor Hoole las galeradas de esa parte de la introducción en la que menciono al doctor Johnson, a usted y a otros que han expresado sus mejores deseos para la obra, y le rogué que fueran mostradas al doctor Johnson. Así se hizo, y en lugar de la simple mención de él que yo había hecho, dictó al señor Hoole la frase tal cual se lee ahora.

El doctor Johnson me dijo en 1772 que casi veinte años antes él mismo tuvo el deseo de traducir *Los lusíadas*, de cuyo mérito hizo grandes encomios, aunque se lo impidieron otros compromisos.

El señor Mickle me recuerda en esta misma carta una conversación que mantuvo almorzando un día en casa del señor Hoole con el doctor Johnson, cuando el señor Nicol, librero del Rey, y yo mismo, quisimos rebatir la máxima de que «más vale que escapen diez culpables antes que sufra un solo inocente». Nos respondió el doctor Johnson con gran poder de raciocinio y elocuencia. Mucho lamento no haber tomado nota de aquella conversación, aunque sí recuerdo que mi ilustre amigo demostró cabalmente que a menos que las instituciones civiles garanticen la protección de los inocentes, toda la confianza que pueda depositar en ellas la humanidad se perderá de manera irremisible.

Haré ahora mención de algo que, en estricto orden cronológico, debiera haber figurado en mi relación del año anterior, pero que con mayor propiedad puede aquí insertarse, tratándose de una polémica que no se cerró hasta entonces. El reverendo señor Shaw, nativo de una de las islas de las Hébridas, como tenía serias dudas sobre la autenticidad de los poemas atribuidos a Osián, se despojó valerosamente de todo fanatismo nacional y, tras haber recorrido las Tierras Altas y las islas de Escocia, así como parte de Irlanda, con el fin de acopiar materiales destinados a un *Diccionario de la lengua gaélica*, que más adelante en efecto compiló,^[c168] quedó tan plenamente satisfecho de que el doctor Johnson estuviera en lo cierto acerca de toda esta controvertida cuestión, que proclamó su absoluta convicción, así como las pruebas y razones en que se fundamentaba. Hubo una persona de Edimburgo, un tal Clark, que respondió a su panfleto con gran celo, y vilipendiando a su autor. Johnson tomó a Shaw bajo su protección y le prestó ayuda para escribir la contrarréplica que causó gran admiración entre los mejores jueces, y que muchos consideraron concluyente. Seleccione algunos pasajes que con creces apuntan a la mano de su insigne autor.

Mis afirmaciones son, en su mayor parte, puramente negativas. Niego la existencia de Fingal, porque en una larga peregrinación por las regiones gaélicas, movido por la curiosidad, jamás lo he encontrado, ni he encontrado indicio de que existiera. Lo que yo no he visto, sospecho que será invisible igualmente para otros, y con mayor

razón lo sospecho, pues entre todos los que lo han visto no hay uno solo que lo pueda mostrar.

El señor Clark compara la obstinación de quienes descreen de la autenticidad de Osián con un ciego que disputara la realidad de los colores y desmintiera que las tropas británicas visten de rojo. La duda del ciego sería racional a todas luces si no supiera por su propia experiencia que hay otros que poseen la capacidad que a él le falta; ahora bien, ¿qué perspicacia posee el señor Clark, que la Naturaleza no me haya conferido a mí ni al resto de la humanidad?

El verdadero estado del paralelismo ha de ser más bien éste. Supongamos que a un hombre, que tiene ojos como los de sus vecinos, le dijera un cabo jactancioso que la tropa, desde luego, viste de rojo en su atuendo ordinario, pero que todos los soldados tienen asimismo un uniforme de terciopelo negro que visten sólo cuando el Rey pasa revista. Esto le parece extraño, y expresa su deseo de ver ese espléndido uniforme, pero entre cuarenta mil soldados no halla uno solo que pueda mostrarle ni casaca ni chaleco de ese color. Uno, ciertamente, se los ha dejado en su baúl en el puerto de Mahón; otro tiene entendido que ha de guardar sus prendas de terciopelo en otra parte; un tercero ha oído que alguien dice que los soldados deberían gastar uniforme de terciopelo, pero nada más. ¿Se puede culpar de algo al curioso si a la postre se marcha convencido de que la casaca roja es cuanto posee el soldado?

Sin embargo, la incredulidad más obstinada ha de rendirse a la vergüenza o ha de callar ante la realidad cierta. Para vencer toda resistencia, muestre el soldado sus prendas de terciopelo, muestren los fingalistas el original de Osián.

La diferencia que hay entre nosotros y el ciego es la siguiente: el ciego no se convence porque no ve, y nosotros, aunque vemos, porque no encontramos nada que se pueda mostrar.

No obstante las complicaciones y los trastornos bajo cuya presión vivía Johnson, no se resignó al abatimiento ni cedió al descontento, sino que con sabiduría y buen ánimo, con espíritu tesonero, se esforzó por hallar consuelo y dar entretenimiento a su intelecto con tantos pasatiempos inocentes como se pudo procurar. Sir John Hawkins ha señalado la cordialidad con que insistió en que los miembros de su antiguo Club de Ivy Lane que aún vivían se reuniesen a almorzar, como de hecho hicieron, dos veces en una taberna y una en su propio domicilio; con la finalidad de asegurarse la presencia de algunos acompañantes tres tardes por semana, ^[c169] instituyó un club en la taberna llamada Essex Head, en Essex Street, regentada entonces por Samuel Greaves, que había sido antiguamente criado de la señora Thrale.

A sir Joshua Reynolds

4 de diciembre de 1783

Querido señor,

muy inconveniente me resulta salir de casa; de lo contrario, gustoso le hubiera visitado para relatarle algo del Evening Club que vamos a constituir en Essex Street, junto al Strand, y del cual se desea que sea usted miembro. Tendrán lugar las reuniones en Essex Head, que ahora regenta un antiguo criado de los Thrale. La concurrencia es numerosa y, como verá por la lista, miscelánea. Los términos son laxos y los gastos exiguos. El señor Barry fue incluido por decisión del doctor Brocklesby, que se sumó a la confección del plan. Nos reunimos tres veces por semana, y a quien falta se le multa con dos peniques.

Si desea ser miembro, trace una línea bajo su nombre. Devuelva la lista. Nos reunimos por primera vez el lunes a las ocho.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

No le convino a sir Joshua formar parte de este club, pero si hago solamente mención

del señor Daines Barrington, el doctor Brocklesby, el señor Murphy, el señor John Nichols, el señor Cooke, el señor Joddrel, el señor Paradise, el señor Horsley y el señor Windham,^[138] bastará para obviar la errónea y desatinada representación que del mismo ha querido plasmar sir John Hawkins, como si fuera una degradante asociación de cervecería a la que se hubiera rebajado Johnson. El propio Johnson, como su homónimo el viejo Bn,^[170] compuso las reglas del club.^[139]

A finales de este año le atacó un asma espasmódica de tal virulencia que se vio confinado a su casa presa de grandes dolores, a tal punto que a veces tenía que pasar la noche sentado en un sillón, pues cualquier postura reclinada le resultaba muy dolorosa sólo con respirar, y no podía yacer en la cama; al mismo tiempo que esa enfermedad opresiva y fatal, cayó sobre él una hidropesía aguda. Fue un invierno muy severo, lo cual probablemente agravó sus achaques. La soledad en que le habían sumido las defunciones de Levett y de la señora Williams tornó su vida muy lúgubre. La señora Desmoulins, que aún vivía, se encontraba a su vez tan maltrecha de salud que nada podía aportar para aliviarlo.^[171] Él, sin embargo, no tuvo ni un ápice de esa timidez y reserva antisocial que habitualmente se ve en los afectados por la enfermedad. No ocultó la cabeza del mundo para abstraerse en solitario; no se negó a las visitas de sus amigos y conocidos, sino que en todo momento, cuando no le vencía el sueño, estuvo listo para entablar conversación como en sus mejores tiempos.

A Lucy Porter, en Lichfield

Londres, 29 de noviembre de 1783

Querida señora,

tal vez me tilde de negligente por no haberle vuelto a escribir desde la pérdida de su hermano, pero las condolencias y los consuelos son tan comunes e inútiles que la omisión no es gran delito, y mis propias enfermedades me ocupan el entendimiento y requieren todos mis cuidados. Paso las noches más miserables sin poder descansar, y mis días son por tanto puro abotargamiento. Intento, no obstante, seguir con la cabeza bien alta.^[172]

Lamento saber que está delicada de salud; quizá la primavera y el verano en cierta medida se la devuelvan; si no, hemos de someternos a las inconveniencias del tiempo, al igual que a cuanto nos dispense la Eterna Bondad. Ruegue por mí y escíbame, o que el señor Pearson me escriba de su parte.

Soy afectuosamente su, etc.,

SAM. JOHNSON

1784: ÆTAT. 75.] Y de este modo llego al último año de la vida de Samuel Johnson, un año en el cual, a pesar de sus graves y constantes indisposiciones, dio muestras abundantes de conservar sus extraordinarios poderes intelectuales, que tanto y con tanta justicia lo han encumbrado en el mundo del saber. Su conversación y sus cartas a lo largo de este año en ningún sentido fueron inferiores a las de años precedentes.

La siguiente es prueba notable de que estuvo vivo y despierto hasta en las más mínimas curiosidades de la literatura:

Al señor Dilly, librero de Poultry

6 de enero de 1784

Señor,

corre por el mundo un conjunto de libros que antaño vendían los libreros del puente,^[c173] y que debo rogarle me procure. Llevan por nombre genérico *Los libros de Burton*,^[c174] y uno de ellos se titula *Curiosidades admirables, rarezas y maravillas de Inglaterra*. Creo que son unos cinco o seis en total; parecen idóneos para atraer la atención de los lectores reacios y lentos; tenga la bondad de conseguírmelos y enviármelos junto con la edición mejor impresa que encuentre del *Llamamiento a los no conversos* de Baxter.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Al señor Perkins

21 de enero de 1784

Estimado señor,

lamenté mucho que no nos viéramos cuando tuvo la bondad de venir a visitarme, pero decepcionar a los amigos y, si no son de buen natural, parecer desagradecido con ellos, es una de las mayores penurias a que nos somete la enfermedad. Si lo tuviera a bien, hágame saber qué tarde de esta misma semana puedo contar con el favor de que me haga otra visita en compañía de la señora Perkins, y los jóvenes, y tomaré todas las medidas que pueda para estar francamente bien entonces.

Su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Sus atenciones para con el club de Essex Head bien se ven por esta carta al concejal Clark, un caballero por el cual tenía merecido respeto.

A Richard Clark

27 de enero de 1784

Apreciado señor,
recibirá usted una requisitoria, de acuerdo con las reglas del club, para estar presente en la sesión de esta noche, que le corresponde presidir. El turno es sólo de una vez al mes, y el miembro correspondiente está obligado a asistir, o bien a enviar a otro en su lugar. Ingresó usted en el club mediante mi invitación, y mi deber sería presentarlo, pero como mi enfermedad me lo impide será el señor Hoole quien apropiadamente me sustituya en la presentación, o bien ocupe su lugar en la presidencia. Confío que cuando llegue un clima menos pernicioso pueda asistir con asiduidad.

Quedo atentamente suyo, etc.,

SAM. JOHNSON

Le conviene tener presente que la cuenta de las amonestaciones ha comenzado con el año, y que por cada falta de asistencia se incurre en una sanción de tres peniques, esto es, de nueve por semana.

El 8 de enero le escribí interesándome con angustia por su salud y adjuntándole mi «Carta al pueblo de Escocia sobre el actual estado de la nación».^[c175]

Espero —le decía— que tenga usted liberalidad suficiente para permitirme diferir de usted en dos cuestiones [las elecciones de Middlesex y la guerra de América], cuando mis principios de gobierno son en general acordes con sus inclinaciones más profundas, y cuando en una crisis que es harto dudoso llegue a producirse me he de significar con toda honestidad e incluso celosamente como británico fiel de antigua planta. Las razones que me asisten al introducir esos dos puntos fueron que, como mis opiniones respecto a ambos las declaré en épocas en las que de menos favor gozaban, tal vez goce ahora de la credibilidad propia de un hombre que no es precisamente un adorador del poder ministerial.

A James Boswell

11 de febrero de 1784

Querido señor,
han llegado a mi conocimiento las muchas indagaciones que su amabilidad le ha dispuesto a realizar acerca de mí. Hace ya tiempo que me propongo escribirle una larga carta, y tal vez la propia longitud imaginada para la misma me haya disuadido de comenzar sin más dilación. Me contentaré, por tanto, con una más corta.

Luego de haber promovido la institución de un nuevo club en las inmediaciones de esta casa, en la taberna que regenta un antiguo criado de los Thrale, allí me dirigí a reunirme con los demás miembros y me atacó un espasmo de asma tan violento que con dificultad pude regresar a mi casa, en la que he pasado ocho o nueve semanas confinado, y de la cual ni siquiera ahora sé cuándo podré salir, así sea para ir a la iglesia. El asma, sin embargo, no es lo peor. La hidropesía me va comiendo el terreno; tengo las pantorrillas y los muslos hinchados y llenos de agua, tanto que me contentaría con que siguiera ahí, si bien temo que la hinchazón pronto suba más. Paso las noches sin dormir, envuelto en el tedio. Y sin embargo tengo muchísimo miedo de morir.

Mis médicos tratan de darme esperanzas, dicen que buena parte de mis achaques son efecto del frío, y que algún alivio y restablecimiento es de suponer que lleguen con las brisas de la primavera y el sol del verano. Si mi vida se prolonga hasta el otoño, mucho me alegrará probar a ver un clima más cálido, aunque viajar con un cuerpo tan achacoso, sin compañía que me guíe, y con muy poco dinero, no termino de verlo aconsejable, la verdad. Ramsay ha recobrado el buen uso de sus extremidades en Italia, y a Fielding lo mandaron a Lisboa, donde por cierto murió, aunque tengo entendido que en su caso ya no había esperanzas cuando emprendió viaje. Piense por mí, a ver qué puedo hacer.

Recibí su panfleto, y cuando le vuelva a escribir tal vez le comunique alguna opinión al respecto. Ahora tendrá que perdonar a un hombre que se debate en la enfermedad y que desatiende disputas, política, panfletos.^[c176] Téngame presente en sus oraciones. Mis recuerdos a su señora y a los pequeños. Pregunte a sus médicos por mi situación; pida a sir Alexander Dick que me dé su opinión por escrito.

Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

A Lucy Porter, en Lichfield

23 de febrero de 1784

Queridísima mía,

he estado extremadamente enfermo con asma e hidropesía, pero por misericordia de Dios he recibido un súbito alivio el pasado jueves gracias a la evacuación de veinte pintas de agua. Ahora no es posible saber si seguiré libre de esa molestia o si me hincharé de nuevo. Le ruego rece por mí.

La muerte, querida mía, es pavorosísima. No pensemos ahora en nada que requiera nuestras cuitas y desvelos, sino sólo en cómo prepararnos; apresurémonos a remediar lo que sepamos que está torcido en nosotros, y pongamos nuestra confianza en la misericordia divina y en la intercesión de nuestro Salvador.

Soy, querida señora, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A James Boswell

Londres, 27 de febrero de 1784

Querido señor,

he hecho algunos progresos hacia la recuperación, lo justo para leer un panfleto, y puede suponer razonablemente que el primero que he leído ha sido el suyo. Soy en gran medida de su misma opinión; al igual que usted, siento una gran indignación ante la indecencia con que a diario se trata al Rey. Su escrito contiene un muy considerable conocimiento de la historia y de la constitución desplegado y aplicado con gran propiedad. Sin duda, dará mayor relieve a su pública reputación,^[140] aunque tal vez no le valga para un nombramiento de ministro de Estado. (...)

Deseo que vuelva a ver a la señora Stewart y que le diga que en la caja que contenía las cartas había una que me concierne, a cambio de la cual, si está dispuesta a cedérmela, le daré otra guinea. La carta tiene trascendencia sólo para mí.

Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

A raíz de la petición de Johnson de que preguntase a nuestros médicos por su situación y solicitara a sir Alexander Dick que le enviara su opinión por escrito, le transmití una carta de ese afable barón, ya entonces con ochenta y cinco años auestas y con las facultades tan intactas como siempre, y le comenté lo que me había dicho en la nota con que la acompañé: «Con mis deseos más afectuosos de pronta recuperación para el doctor Johnson, en la que sus amigos, su país y la humanidad toda tienen tanto en juego». Al mismo tiempo, le hice llegar una extensa opinión del doctor Gillespie, quien, al igual que el doctor Cullen, tenía la ventaja de haber pasado por el ejercicio de la cirugía y la farmacia; mediante el estudio y la práctica había alcanzado tal destreza que mi padre le adjudicó un estipendio de doscientas libras al año durante cinco años, y cincuenta al año durante el resto de su vida, en calidad de honorarios que le garantizasen sus cuidados y atenciones. Su opinión me la transmitió en una carta que empezaba diciendo «lamento de corazón el mal estado de salud en

que se halla su muy culto e ilustre amigo, el doctor Johnson, sin duda fatigado y achacoso en la actualidad».

A James Boswell

Londres, 2 de marzo de 1784

Querido señor,

hace unos instantes, tras haber enviado la última de mis cartas, he recibido su amable atadido de opiniones médicas autorizadas. Le agradezco mucho a usted y agradezco a sus médicos la amable atención que prestan a mi enfermedad. El doctor Gillespie me envía un excelente *consilium medicum* basado en su sólido y práctico saber. En la actualidad, a juicio de los médicos (los doctores Heberden y Brocklesby), así como en mi opinión, mi estado es esperanzado. Empecé a tomar vinagre de cebolla albarrana, muy aconsejable como expectorante. La solución me causaba tales dolores de estómago que fue preciso prescindir del remedio.

Transmita a sir Alexander Dick mi sincero agradecimiento por su muy amable carta; traiga consigo, cuando venga, el ruibarbo que tan bondadosamente me ofrece.^[141]

Espero que mi querida señora Boswell se encuentre bien, y que ningún mal, ni real ni imaginario, le perturbe a usted.

SAM. JOHNSON

También había recurrido yo a tres de los más eminentes médicos que ocupaban sendas cátedras en nuestra célebre facultad de Medicina de Edimburgo, los doctores Cullen, Hope y Munro, a cada uno de los cuales envié la siguiente carta:

7 de marzo de 1784

Estimado señor,

el doctor Johnson lleva algún tiempo muy enfermo, y en una carta plagada de angustias y aprensiones me dice: «Pregunte a sus médicos por mi caso».

Bien verá usted que ésta no es una autoridad para una consulta al uso, pero no me cabe duda de su disposición a prestar consejo a un hombre tan ilustre, que en su *Vida de Garth* ha hecho a su profesión un justo y elegante homenaje: «Creo que cualquier hombre ha encontrado en los médicos una gran liberalidad y dignidad de sentimiento, prontas y constantes efusiones de benevolencia y la voluntad de ejercer una profesión lucrativa incluso allí donde no hay esperanza de lucro».

El doctor Johnson tiene setenta y cuatro años. El verano pasado sufrió una apoplejía de la que se recobró casi por completo. Con anterioridad había tenido constantes accesos de tos catarrosa. Este invierno sufrió un asma espasmódica, que le ha tenido confinado en su casa por espacio de tres meses. El doctor Brocklesby me comunica que ante el menor resfriado se le produce en el pecho tal constricción que no puede tenderse en la cama, y se ve obligado a pasar la noche sentado en un sillón, y si descansa y a veces duerme es sólo con ayuda del láudano y el jarabe de amapolas; tiene asimismo tumores edematosos en los muslos y pantorrillas. El doctor Brocklesby tiene gran confianza en que vaya a mejor con la llegada del buen tiempo. El doctor Johnson dice por su parte que la hidropesía le va comiendo el terreno, y parece haber dado en suponer que le sentaría bien un clima más cálido. Tengo entendido que ahora se encuentra mejor y que ingiere vinagre de cebollas albarranas. Soy con gran estima, mi querido señor, su más obediente y humilde servidor,

JAMES BOSWELL

Todos ellos prestaron la más cortés atención a mi carta y al venerable objeto de la misma. Las palabras que le dedicó el doctor Cullen fueron éstas: «Me causaría un gran placer prestar algún servicio a un hombre al que públicamente tanto se estima, y

al que tanto estimo y respeto yo, como es el doctor Johnson». El doctor Hope dijo así: «Pocas personas tienen más derecho a mis atenciones y desvelos que su amigo, pues prácticamente no pasa un solo día sin que consulte yo su opinión sobre tal o cual palabra». El doctor Munro: «Sinceramente me sumo a sus simpatías por tan valioso e ingenioso personaje, del que su país ha obtenido tanta instrucción y tanto entretenimiento».

El doctor Hope se carteo con su amigo, el doctor Brocklesby. Los doctores Cullen y Munro me escribieron sus dictámenes y prescripciones, que después llevé conmigo a Londres y, en la medida en que eran esperanzadores, transmití a Johnson. La liberalidad por una parte y la gratitud por otra tengo gran satisfacción de hacer que consten por escrito.

A James Boswell

Londres, 18 de marzo de 1784

Querido señor,

mucho me complacen las atenciones que usted y su querida señora^[142] muestran para con mi bienestar; tan es así, que recurro a la natural diligencia para poner en su conocimiento los progresos que hago hacia la salud. La hidropesía, bendito sea Dios, ha desaparecido casi por completo mediante evacuación natural; el asma, si no la irrita el frío, me causa ahora pocos contratiempos. Mientras le escribo, no tengo mayor sensación de flojera o de enfermedad. Pero todavía no me aventuro a salir, ya que me he visto confinado desde el pasado 13 de diciembre: casi la cuarta parte del año.

Cuándo pueda yo estar en condiciones de viajar a un lugar tan lejano como es Auchinleck, imposible saberlo; sin embargo, una carta como la de la señora Boswell bastaría para arrastrar a un hombre completamente inmóvil durante larguísimo trecho. Le ruego diga a mi querida señora cuánto me han conmovido y gratificado su civilidad y su bondad.

Nuestros tumultos parlamentarios comienzan a remitir, y la autoridad del Rey se ha restablecido hasta cierto punto. El señor Pitt tendrá un gran poder, pero debe usted tener presente que todo cuanto pueda otorgar, al menos por un tiempo, habrá de ser dado a quienes a su vez otorgaron y preservan su poder. Un nuevo ministro poco puede sacrificar a la estima o a la amistad; mientras no se asiente, sólo puede pensar en ampliar y reforzar sus propios intereses. (...)

Si visita usted Edimburgo, encuentre a la señora Stewart y de mi parte dele otra guinea por la carta que estaba en la vieja caja de las cartas, la cual no me dará por satisfecho de reclamar mientras no me la restituya.

Tráigase, por favor, el *Anacreonte* de Baxter, y si se procura usted un busto de Hector Boece, el historiador, y de Arthur Johnson, el poeta, con mucho gusto los pondré en mi habitación, o bien a otros padres fundadores de la literatura escocesa.

Le deseo un viaje llevadero y feliz, y confío en no tener que decirle que será usted bienvenido, querido señor, para su más afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Le escribí el 28 de marzo desde York y le informé de que había tenido una inmensa gratificación con el triunfo de los principios monárquicos sobre la influencia aristocrática, en ese gran condado, con motivo de un discurso pronunciado ante el Rey; añadí que estaba por consiguiente lejos de ponerme en camino para ir a su encuentro, pues habiéndose recibido la noticia de la disolución del Parlamento mi deber era apresurarme en regresar a mi país, donde había llevado a cabo una

alocución en nombre de Su Majestad, que obtuvo el respaldo de una amplia mayoría, y tenía la intención de presentar mi candidatura a representante del país en el Parlamento.

A James Boswell

Londres, 30 de marzo de 1784

Querido señor,

no podría haber hecho nada tan sensato y apropiado como apresurarse a regresar tan pronto supo de la disolución del Parlamento. Con la influencia que su discurso e interpelación tienen por fuerza que haberle procurado, es razonable esperar que su presencia tenga alguna importancia y su actividad surta el efecto apetecido.

La solicitud que por mí demuestra me produce ese placer que todo hombre siente ante la amabilidad de un buen amigo; con gran deleite la alivio si le digo que la predicción del doctor Brocklesby ha sido certera, y que me encuentro, bendito sea Dios, maravillosamente repuesto de mis dolencias.

Ingresa usted en una actividad que requiere toda la prudencia. Debe esforzarse al máximo por oponerse sin exasperar, por ejercer una hostilidad temporal que no le granjee enemigos de por vida. Esto tal vez sea lo más difícil de lograr, aunque son muchos los que lo han conseguido, y parece más viable si uno se opone sólo sobre principios generales, sin descender a lo particular y sin entrar en censuras u objeciones personales. Hay algo en lo que es mi deber insistirle, pues rara vez se observa a rajatabla durante una campaña electoral: debo rogarle encarecidamente que sea sumamente escrupuloso en el consumo de licores fuertes. Una sola noche de borrachera puede dar al traste con el trabajo de cuarenta días bien cundidos. Sea firme, mas no clamoroso; sea activo, mas no malicioso, y tal vez así logre concitar un interés que no sólo le sirva de exaltación a usted, sino que también dignifique por añadidura a su familia.

Como bien puede suponer, aquí andamos todos afanados en mucho trajín. El señor Fox resueltamente se presenta por Westminster, y al decir de sus amigos ganará la elección. Sea como sea, es seguro que obtendrá un escaño. El señor Hoole me acaba de comunicar que la ciudad se inclina de parte del Rey.

Hágame saber de vez en cuando a qué se dedica y qué progresos hace.

Dé sinceros recuerdos a mi querida señora Boswell y a todos los jóvenes Boswell, señor, de su afectuoso y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Escribió al señor Langton con la cordialidad que correspondía a su dilatada amistad.

27 de marzo

Desde que nos despedimos, he seguido atendiendo a mi propio juicio, y en opinión del doctor Brocklesby, mejorando de continuo con respecto a mis formidables y peligrosos achaques y destemplos, aunque para un cuerpo como el mío, baqueteado y atribulado como últimamente lo he tenido, es de temer que cualquier débil ataque resulte a veces malicioso. Desde luego, simplemente por el descuido de permanecer ante una ventana abierta he contraído una molestísima tos que ha sido menester aplacar por medio del opio, en mayores cantidades de las que quisiera yo ingerir, y tampoco he visto que cediera tan pronto como esperaba; su obstinación, sin embargo, parece por fin dispuesta a plegarse ante el remedio, y no sé si entonces tendré el derecho a quejarme de cualquier mórbida sensación que pudiera invadirme. Mi asma, mucho me temo, es constitutiva e incurable, pero no pasa de ser ocasional, y a menos que la excite el esfuerzo o el frío no me causa mayores molestias ni tampoco representa un cerco estrecho que atosigue la vida, no en vano sir John Floyer, a quien la clase médica considera autor de uno de los mejores libros sobre la materia, jadeó y resolló hasta los noventa, como era de suponer; luego ¿por qué íbamos a darnos por contentos al colegir que fuera un hecho tan interesante privativo de un hombre tan conspicuo? Porque tal vez a los setenta, o a los ochenta, corrompió los registros con objeto de pasar por mucho más joven de lo que era. No tenía muchos menos de ochenta cuando un caballero de alcurnia modestamente le preguntó qué edad tenía, y repuso: «Vaya usted a verlo en el registro con sus propios ojos», aun siendo un caballero de trato por lo común civil y elegante.

Las señoras de su casa veo que se encuentran bien, con la excepción de la señorita Langton, que

probablemente recuperará pronto la salud si cena ligero. Que coma cuanto quiera, pero que no se vaya a la cama con el estómago lleno. Presente mis sinceros respetos a la señorita Langton, en el condado de Lincoln; hágale saber que no me propongo romper yo nuestra liga de amistad, y que tengo un ejemplar de cada volumen de las *Vidas* reservado para ella, que le enviaré cuando tenga medio de hacerlo.

8 de abril

Me sigue incordiando la tos; ahora bien, ¿qué gracias no tendré que dar, cuando la tos es la sensación más dolorosa que tengo? Y no puedo contar con verme libre de ella mientras nos atenace el invierno con tanta pertinacia. Pasa el año ya 18 días del equinoccio, y apenas ni un ápice remite el frío. Cuando llegue el buen tiempo, como sin duda al fin ha de llegar, espero que nos sirva de ayuda tanto a mí como a su joven señora.

El hombre que tan afanoso anda con tanta alocución no es ni más ni menos que nuestro buen Boswell, que ya había llegado hasta York en su viaje a Londres, pero que volvió sobre sus pasos al tener noticia de la disolución, y que ahora va a presentarse no sé bien en qué circunscripción. A la hora de desearle el éxito, hasta sus mejores amigos vacilan.

Le ruego rece por mi completo restablecimiento: estoy ahora mejor de lo que nunca esperé encontrarme. Quiera Dios añadir a sus mercedes la gracia que me permita emplearlas según Su voluntad. Mis respetos para todos.

13 de abril

Esta noche he recibido una nota de lord Portmore^[143] en la que me pide que le relate a usted cómo sigue mi salud. Podría habérselo dicho con mucho gusto y con menos circunvenciones. Estoy, bendito sea Dios, creo que libre de toda mórbida sensación, salvedad hecha de una tos que sólo es algo molesta. Pero sigo estando flojo, y no puedo albergar grandes esperanzas de fortalecerme mientras no se ablande un tanto el clima. El verano, si me trata bien, me pertrechará para resistir al invierno. Dios, que tan maravillosamente me ha restablecido, me puede preservar en cualquier estación.

Permítame interesarme de paso por los suyos, grandes y chicos por igual. Espero que lady Rothes y la señorita Langton se encuentren bien. Ésa es una buena base de contento. ¿Cómo sigue Georges con sus estudios? ¿Qué tal la señorita Mary? ¿Y mi pequeña Jenny? Creo que a Jenny le debo carta, me ocuparé de cumplir. Mientras, dígame que reconozco la deuda.

Tenga la amabilidad de presentar mis respetos a las damas. Si la señorita Langton viene a Londres, que me haga una visita, pues no estoy yo como para salir.

A Ozias Humphry^[144]

5 de abril de 1784

Señor,

me ha expresado el señor Hoole con qué benevolencia atendió usted una petición, que casi me dio miedo hacerle, de que diera permiso a un joven pintor^[145] para que de vez en cuando le asista en su estudio en calidad de aprendiz, y pueda así presenciar sus operaciones y recibir sus indicaciones.

El joven quizá presente buenas maneras, aunque ha carecido de una educación regular. Es mi ahijado, por lo cual me intereso por sus progresos y logros; me sentiré muy agradecido si da su permiso para que lo envíe.

Mi salud, bendito sea Dios, está muy mejorada, aunque mis médicos aún no me conceden permiso para viajar, si bien tampoco creo yo que pudiera tolerar este mal tiempo.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

10 de abril de 1784

Señor,

el portador de la presente es mi ahijado, al que me tomo la libertad de recomendar a su amabilidad, con la esperanza de que se haga merecedor con su respeto de su excelencia y con su gratitud por sus favores.

Soy, señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al mismo

31 de mayo de 1784

Señor,

le quedo muy agradecido por las bondades que ha mostrado con mi ahijado, aunque debo solicitarle que sume a todas ellas el favor de permitirle ver su manera de pensar, con el fin de que aprecie cómo se comienza un cuadro, cómo se adelanta en él y cómo se completa.

Si pudiera él serle de alguna utilidad en algunas de sus operaciones, confío que muestre cómo se le ha conferido tal beneficio de la manera apropiada, tanto con su competencia como con su gratitud. Al menos yo considero que usted ha extendido su amabilidad, señor, a su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al reverendo doctor Taylor, Ashbourne, condado de Derby

Londres, lunes de Pascua,
12 de abril de 1784

Querido señor,

¿qué razón puede haber para que nada sepa de usted? Espero y deseo que nada le impida escribir. Lo que he visto, y lo que he sentido, me da pie para temer cualquier cosa. No deje de darme el consuelo de saber que, tras todas las pérdidas que he sufrido, sigo teniendo un amigo en usted.

Necesito consuelos de toda clase. Mi vida transcurre muy solitaria y muy triste y apagada. Aunque Dios ha tenido a bien librarme milagrosamente de la hidropesía, sigo estando muy flojo, y no he atravesado la puerta desde el 13 de diciembre. Cuento con que me ayude el buen tiempo, que al final tendrá que llegar.

No pude contar ayer con el consentimiento de los médicos para ir a la iglesia. Por tanto, recibí el sagrado sacramento en casa, en la habitación donde comulgaba mi querida señora Williams poco antes de que muriese. Amigo mío, la aproximación de la muerte, ay, es pavorosa. Miedo me da pensar en lo que bien sé que no puede evitarse. Y sin embargo esperamos y esperamos y damos en imaginar que quien hoy ha vivido puede vivir mañana. Aprendamos a extraer nuestra esperanza sólo de Dios.

Mientras tanto, tratémonos uno al otro con bondad. Ahora no me quedan vivos más amigos que usted y el señor Hector, amigo desde mi mocedad. No descuide, querido señor, a su afectuoso amigo,

SAM. JOHNSON

A Lucy Porter, en Lichfield

Londres,
26 de abril de 1784

Querida mía,

le escribo para decirle que me hallo tan recuperado que el pasado 21 fui a la iglesia, a dar gracias, tras un confinamiento de más de cuatro largos meses.

Mi recuperación ha sido tal como ni los médicos ni yo mismo esperábamos en absoluto. Únase a mí, querida, en dar gracias a Dios.

El doctor Vyse ha estado conmigo esta tarde. Me dice que también ha tenido usted grandes trastornos, pero que ahora se encuentra mejor. Espero que en algún momento disfrutemos de un bonito encuentro. Mientras tanto, recemos el uno por el otro.

Soy, señora, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Lo que sigue es una bella muestra de su carácter bondadoso y complaciente con una señorita que era ahijada suya, hija de su amigo Langton, que tenía entonces siete años. Se tomó la molestia de escribirle en letra redondilla de cuerpo bien grande, imitando los tipos de imprenta, para que tuviera la niña la satisfacción de leer su carta por sí sola. El original se encuentra ante mí, aunque será fielmente devuelto a su dueña; me atrevo a decir que lo conservaré como una joya mientras viva.

A la señorita Jane Langton, en Rochester, Kent

10 de mayo de 1784

Mi queridísima señorita Jenny,

lamento que su bonita carta haya pasado tanto tiempo sin tener respuesta, pero cuando no me encuentro bien del todo no sé escribir con la debida claridad para una joven. Me alegra, querida, ver que escribe así de bien, y espero que atienda sus labores con la pluma y con la aguja, así como sus lecturas, pues son todas necesarias. Sus libros le abrirán las puertas del saber, y le harán merecedora de respeto; su aguja hallará empleo de utilidad cuando no le apetezca leer. Cuando sea un poquito mayor, espero que sea diligente en aprender la Aritmética, y que sobre todo a lo largo de su vida se esmere en rezar sus oraciones y en leer la Biblia.

Soy, querida, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

El miércoles 5 de mayo llegué a Londres y a la mañana siguiente tuve el placer de hallar al doctor Johnson sumamente restablecido. Apenas pude verlo, pues lo esperaba un coche para llevarlo a Islington, a casa de su amigo el reverendo Streatham, adonde algunas veces iba a respirar aire puro, pues a pesar de que antaño se hubiera tomado a broma de la opinión general al respecto, ahora reconocía que era benéfico para la salud.

Días más tarde, una mañana en que lo encontré a solas, me comunicó con gran solemnidad una circunstancia muy notable que había tenido lugar en el transcurso de su enfermedad, cuando más le aquejaba la hidropesía. Estaba absorto en sí mismo, y había dedicado un día entero a sus particulares ejercicios devotos: ayunar, orar y prosternarse. [\[a nota 173, Vol. III\]](#) De súbito experimentó un extraordinario alivio, por lo cual alzó los ojos al Cielo con entrega y agradecimiento. No hizo una inferencia directa de este hecho, pero por su manera de contarle pude darme cuenta de que se le antojó algo más que un mero incidente normal en el transcurso diario de los acontecimientos. Por mi parte, no tengo dificultad en reconocer esa manera de pensar que muchos modernos aspirantes al saber dan en llamar «superstición». Pero aquí considero que incluso los hombres de seco raciocinio pueden creer que medió intercesión directa de la Divina Providencia, y que prevaleció «la ferviente oración del justo». [\[146\]](#)

El domingo 9 de mayo encontré con él al coronel Vallancy, célebre anticuario e

ingeniero de Irlanda. El lunes día 10 almorcé con él en la residencia del señor Paradise, donde se había reunido gran número de comensales: los señores Bryant, Joddrel, Hawkins, Browne, etc. El jueves día 13 comí con él en casa del señor Joddrel, con gran concurrencia: el Obispo de Exeter, lord Monboddó,^[147] el señor Murphy, etc.

El sábado 15 de mayo comí con él en casa del doctor Brocklesby, donde se encontraban el coronel Vallancy, el señor Murphy y un compañero siempre alegre, como el señor Devaynes, boticario de Su Majestad. De estos días, y de otros en que con él estuve compartiendo mesa y mantel, no he conservado una detallada relación, y recuerdo que ante todo estuvo capaz, atinado e incluso brioso en la conversación, dando muestras de disfrutar del trato en sociedad tanto o más que un hombre todavía joven. Hallo solamente estos tres particulares: cuando se mencionó a una persona que había dicho que «he vivido cincuenta y un años en este mundo sin haber pasado siquiera diez minutos de intranquilidad», exclamó: «Quien tal cosa diga, miente, y pretende aprovecharse de la credulidad humana». El Obispo de Exeter^[148] en vano observó que los hombres son muy distintos. Su Señoría no era demasiado imponente en su manera de hablar; supe después que Johnson no llegó a tener conocimiento de que la persona que le había hablado era un prelado; de haberlo sabido, no me cabe duda de que lo habría tratado con más respeto, pues una vez, hablando de George Psalmanazar, a quien reverenciaba por su piedad, dijo: «Antes que a él, habría contradicho a un obispo». Uno de los presentes^[c177] lo provocó sobremanera haciendo el patán hasta parecer un oso de feria, para lo cual llegó a citar sus propios escritos, contra los cuales sostuvo lo siguiente: «Siendo así, señor —exclamó el caballero—, a ver qué me dice de esto:

Los días afanosos, las noches apacibles
sin sentir, sin contar fueron pasando».^[149]

Al verse Johnson de este modo retratado como alguien que había dado ejemplo claro de un hombre que vivió sin conocer la intranquilidad de espíritu, se sintió muy ofendido, y tachó semejante cita de injusta, y toda su cólera brotó desatada en una réplica infundada, con la cual dio a entender que la retranca del caballero era producto de la ebriedad: «Señor mío, hay una pasión en cuyo dominio le aconsejaría que se avezase: cuando se haya bebido esa copa, no se sirva otra. Y, si lo hace, no se la beba».^[c178] Nunca como aquí ejemplificó lo que Goldsmith había dicho de él ayudándose de una muy ingeniosa imagen tomada de una de las comedias de Cibber: [\[a nota c52, Vol. II\]](#) «No hay quien discuta con el doctor Johnson, pues si con su pistola yerra el disparo, derriba a su adversario de un culatazo».

He aquí otro: cuando un caballero que gozaba de eminencia en el mundo de las letras fue objeto de violenta censura por incluir unos párrafos anónimos en los periódicos, con los que atacó a determinadas personas, por puro espíritu de

contradicción Johnson asumió su defensa y dijo: «Vamos, señores, que no es un delito tan terrible; sólo se ha propuesto vilipendiarlos un poco. No quiero decir que yo lo haría con gusto, pero es que hay una gran diferencia entre él y yo: lo que es propio de Efesto, no lo es de Alejandro». Otro fue que cuando le dije que una joven y hermosa condesa me había dicho: «Yo diría que recibir las alabanzas del doctor Johnson es convertirse de por vida en un hazmerreír», y que yo le había contestado: «Hoy mismo haré de él un hazmerreír, cuando se lo repita a la cara», a lo que él, a su vez, respondió: «Soy demasiado viejo para pasar por un hazmerreír, pero si dice usted que lo soy no se lo negaré. Mucho me agradan los cumplidos, y más si vienen de una mujer bonita».

El sábado 15 de mayo, por la tarde, se encontraba muy animado en nuestro club de Essex Head. Nos refirió: «Ayer almorcé en casa de la señora Garrick, con la señora Carter,^[c179] la señorita Hannah More y la señorita Fanny Burney. No se encuentran fácilmente tres mujeres así; no sé dónde podría encontrarse a una cuarta, salvo en la señora Lennox, que es superior a las otras tres». BOSWELL: «¡Caramba! ¿Las tuvo a las tres para usted solo?». JOHNSON: «Las tuve a todas en la medida en que pueden tenerse, pero mejor habría sido que hubiera más contertulios». BOSWELL: «¿Y no podría la cuarta haber sido la señora Montagu?». JOHNSON: «La señora Montagu, señor mío, no comercia con su ingenio, pero es una mujer extraordinaria; tiene una conversación que nunca decae, siempre impregnada de envidia. Siempre tiene sentido lo que dice».^[c180] BOSWELL: «El señor Burke tiene una conversación que tampoco decae jamás». JOHNSON: «Así es. Si un hombre fuera por azar a un cobertizo, a resguardarse de un chaparrón repentino a la vez que el señor Burke, diría: “Éste es un hombre extraordinario”. Si Burke fuese a una cuadra a ver cómo almohazaban a su caballo, el palafrenero diría luego: “Hoy hemos tenido aquí a un hombre extraordinario”». BOSWELL: «Foote era otro hombre cuya conversación tampoco decaía nunca. Si hubiera visitado una cuadra...». JOHNSON: «Señor, si Foote hubiera visitado una cuadra, el palafrenero habría dicho: “Hoy nos ha visitado un cómico”, pero no lo habría respetado por tales dotes». BOSWELL: «Y el palafrenero le habría pagado con la misma moneda, como se dice vulgarmente». JOHNSON: «Sí, señor, y Foote le habría contestado. Cuando Burke no desciende a lo jocosos, su conversación es realmente espléndida; no hay proporción entre la fuerza que despliega en la conversación seria y la jocosos. Cuando se presta a esto último, hoza en un cuchitril».^[c181] En otro lugar^[150] me he opuesto, espero que de manera convincente, a la singularísima y errónea opinión que tenía Johnson respecto de las chanzas de Burke. El señor Windham me dijo entonces, en voz baja, que difería de nuestro amigo respecto a esa observación, porque Burke tenía con frecuencia unas ocurrencias muy felices. No hubiera sido apropiado que ambos contradijéramos a Johnson en esta ocasión, delante de personas que no conocían ni menos aún estimaban a Burke tanto como nosotros, pues tal confrontación habría dado pie a una situación más áspera y,

en todo caso, habría cortado en seco la vena de buen humor en que estaba Johnson. Éste se dirigió a nosotros, de pronto, con un aire de gran satisfacción, como si algo se le acabara de ocurrir. «¡Por cierto, caballeros! Tengo que comunicarles una cosa muy grande. La Emperatriz de Rusia ha ordenado que el *Rambler* sea traducido a la lengua rusa,^[151] de modo que se me ha de leer a orillas del Volga. Se jacta Horacio de que su fama alcanzaba hasta las orillas del Ródano, pero el Volga está mucho más lejos de mí de lo que el Ródano lo estaba de Horacio». BOSWELL: «Debe usted estar muy satisfecho, señor». JOHNSON: «Ciertamente lo estoy. A cualquiera le agrada triunfar en aquello que se ha propuesto con ahínco».

Uno de los presentes comentó que había visto a una persona noble y distinguida conduciendo su propio coche, con muy buen aspecto a pesar de su avanzada edad. JOHNSON: «Señor, eso no significa nada. Bacon observa que un anciano robusto y sano es como una torre socavada».

El domingo 16 de mayo lo encontré solo. Habló de la señora Thrale con gran pesar, diciendo: «Todo lo ha hecho mal desde que se quitó del cuello las bridas con que la sujetaba en corto el señor Thrale». Iba a añadir algunos detalles que han dado pie a comentarios cuando nos interrumpió la llegada del doctor Douglas, ahora Obispo de Salisbury.

En esta ocasión, el doctor Douglas refutó una noción errónea y muy extendida en Escocia: que la disciplina eclesiástica de la Iglesia anglicana, aun cuando se aplique como es debido, resulta insuficiente para preservar la rectitud del clero, en la misma medida en que es posible ocultar a los delincuentes apelando al Sínodo, que como nunca tiene la autorización del Rey para el despacho de tales asuntos, no permite que sea oída la apelación. El doctor Douglas observó que esta noción se basa en la ignorancia, ya que los obispos gozan de poder suficiente para mantener la disciplina, y que un pleno del Sínodo era algo completamente inmaterial en este sentido, toda vez que no se trata de una corte de la judicatura, sino de una suerte de parlamento, cuyo cometido es confeccionar cánones y de regulaciones tantas veces como sea preciso.

Hablando del miedo a la muerte dijo Johnson: «Hay personas que no tienen miedo, pues contemplan la salvación como efecto de un decreto inapelable, y creen que hallan en sí mismas las señas de la santidad. Otras, en mi opinión las más racionales, contemplan la salvación como algo condicional, y como nunca podrán estar seguras de que hayan cumplido todas las condiciones, tienen miedo».

En una de sus pequeñas agendas manuscritas de esta época hallo un brevísimo apunte, que señala su disposición amistosa mejor que un centenar de declaraciones estudiadas: «Pasé la tarde con animación y elegancia, en buena compañía, espero que sin haber ofendido ni a Dios ni al hombre, aunque no en cumplimiento del sagrado deber, sino con el general ejercicio y el cultivo de la benevolencia».

El lunes 17 de mayo almorcé con él en casa del señor Dilly, donde estaban el coronel Vallancy, el reverendo doctor Gibbons y el señor Capel Lofft, quien pese a

ser un *whig* recalcitrante posee un intelecto desbordante de sabiduría, y tan versado en terrenos muy diversos, y con tanta prodigalidad, que el fenomenal poder del Goliath literario, aun cuando no atemorizara ni intimidara siquiera a este pequeño David del espíritu popular, sí suscitó su rendida admiración. Estaba también el señor Braithwaite, de la oficina de correos, hombre cordial y amistoso que, con un talante modesto y sin ninguna pretensión, ha tenido relación con muchos de los ingenios de la época. Johnson estuvo muy callado. Tal vez también yo estuviera algo indolente. No hallo entre mis notas nada más que esto, y es que cuando señalé que había visto en la biblioteca del Rey 63 ediciones del Thomas à Kempis, uno de mis libros predilectos —que estaba al menos en ocho lenguas: latín, alemán, francés, italiano, español, inglés, árabe y armenio—, dijo que le parecía innecesario coleccionar tantas ediciones de un libro que era igual en todas, salvedad hecha del papel y la calidad de la impresión; se conformaría con tener el original y todas las traducciones, y aquellas ediciones que presentaran variaciones textuales. Aprobó la famosa recopilación de ediciones de Horacio llevada a cabo por Douglas, que menciona Pope, del que se dice que tenía la vitrina repleta; dijo que «todos los hombres deberían intentar coleccionar un libro de esa manera, y hacer donación de la colección a una biblioteca pública».

El jueves 18 de mayo lo vi muy brevemente por la mañana. Le dije que la muchedumbre había proferido gritos al paso del Rey, diciendo «Fox, no; Fox, no», cosa que no me gustaba. Él dijo: «Hacen bien». Dije que no me lo parecía, pues causaban la impresión de que el señor Fox fuera el competidor del Rey. Al no haber público presente, por lo que no podía haber triunfo en la victoria, estuvo bastante de acuerdo conmigo. Dije que podría haber sido aceptable si hubieran dicho «no queremos a Fox», a modo de súplica para que Su Majestad no nombrase ministro a ese caballero.

El miércoles 19 de mayo pasé con él a solas la mayor parte de la tarde. Comenté que la muerte de nuestros amigos podría tomarse como consuelo del miedo que nos inspira nuestra propia disolución, ya que podríamos tener más amigos en el otro mundo que en éste. Tal vez se lo tomase por reflexión sobre su propia aprensión en torno a la muerte, y dijo de modo muy acalorado: «¿Cómo va a saber un hombre dónde están sus difuntos amigos, o si han de ser amigos suyos en el más allá? ¿Cuántas amistades ha conocido usted en base a los principios de la virtud? La mayoría de las amistades se forjan por capricho o por azar, son meras confederaciones del vicio o ligas de la temeridad».

Hablamos de nuestro valioso amigo el señor Langton. «No sé quién irá al Cielo —dijo— si no va Langton. Casi podría decir: *Sit anima mea cum Langtono*». Mencioné a un amigo muy eminente, un hombre de gran virtud. JOHNSON: «Sí, señor, pero — carece de la virtud evangélica que cultiva Langton. —, mucho me temo, no tendría escrúpulos en irse con cualquier fulana».

No obstante, culpó a Langton de lo que había sido a su entender falta de juicio en una ocasión importante. «Cuando estuve enfermo —dijo—, quiso con toda sinceridad

poner en mi conocimiento en qué entendía él que mi vida era defectuosa. Me trajo una hoja en la que había reproducido varios textos de las Escrituras, todos ellos recomendando caridad cristiana. Y cuando le pregunté qué motivos había dado yo para que mostrase tal animadversión, cuanto pudo decirme se redujo a esto: que yo, a veces, en las conversaciones contradecía a los demás. Ahora bien, ¿qué daño cabe inferirle a una persona cuando se la contradice?». BOSWELL: «Supongo que quiso referirse a la manera de hacerlo, ásperamente y con rudeza». JOHNSON: «¿Qué tiene de malo hacerlo así? ¿Qué daño, insisto, hay en ello?». BOSWELL: «Es dañino para las personas que tienen los nervios delicados». Al referirle estas palabras, Burke me dijo: «No es dañino que un hombre que está próximo a morir tenga sobre su conciencia nada más grave que el haberse mostrado áspero e incluso rudo en la conversación con los demás». En el momento en que le fue presentado el papel, aunque Johnson en principio se sintiera halagado por la atención de su amigo, al que dio las gracias sinceramente, exclamó luego a voz en cuello, y con acritud: «¿Cuál es su propósito, señor?». Sir Joshua Reynolds dijo en broma que fue una escena digna de comedia, tratándose de un penitente enfurecido que monta en cólera y arremete contra su confesor.^[152]

No he conservado nota de sus conversaciones correspondientes a las veces en que nos vimos durante el resto del mes, hasta el domingo 30 de mayo, en que lo vi por la tarde en casa del señor Hoole, donde había una nutrida concurrencia de damas y caballeros. Sir James Johnston dijo casi de pasada que no tenía ningún respeto por los argumentos de la defensa ante el tribunal de la Cámara de los Comunes, ya que a sus portavoces se les pagaba por hablar en presencia de los demás parlamentarios. JOHNSON: «De ningún modo, señor mío. Los argumentos, argumentos son. No puede usted dejar de tener respeto por tales argumentos siempre y cuando sean buenos y tengan validez. Si fueran mero testimonio, podría desestimarlos cuando supiera que están comprados. Hay sobre este asunto una bella imagen en Bacon: el testimonio es como una flecha que se lanza con un arco, cuya fuerza depende de la mano que lo empuñe, y el argumento es como una flecha lanzada con una ballesta, que tiene la misma fuerza aun cuando la haya lanzado un niño».^[153]

Ese día había almorzado con el señor Hoole, y se esperaba para la tarde la visita de Helen Maria Williams. El señor Hoole puso en manos de Johnson la *Oda por la paz*,^[154] bello poema de esta señorita. Johnson lo leyó despacio, y cuando le fue presentada esta elegante y talentosa joven,^[155] la tomó de la mano de un modo sumamente cortés y le repitió de memoria la más espléndida estrofa de su poema; fue el cumplido más delicado y placentero que le pudo rendir. El doctor Kippis, respetable amigo de la joven, del cual supe la anécdota, se encontraba allí delante, y no poco satisfecho.

Me dijo la señorita Williams que en la única otra ocasión en que tuvo la fortuna de disfrutar de la compañía de Johnson, éste le pidió que tomara asiento a su lado,

cosa que ella hizo con gusto, y al preguntarle ella cómo se encontraba, respondió: «Muy enfermo, señora. Estoy muy enfermo incluso teniéndola a mi lado, así que no quiero ni pensar cómo estaría si la tuviera lejos de mí».

Tuvo de improviso un gran deseo de ir a Oxford, primera excursión después de su larga enfermedad y convalecencia. Hablamos de ello durante unos días y me comprometí a acompañarle. Se impacientó y se enojó esta noche porque no acepté yo ir con él enseguida, el jueves, como era su deseo. Cuando consideré lo maltrecha que había estado su salud, pensé que era preciso tener en cuenta la influencia de la enfermedad sobre su estado de ánimo, y resolví complacerle e incluso seguirle en todo la corriente, por más que esto entrañara una inconveniencia para mí, ya que tenía un gran deseo de asistir al concierto en honor de Händel que había de tener lugar en la abadía de Westminster el sábado siguiente.

Asediado por sus achaques y dolencias, siempre se mostró compasivo con la desgracia ajena, y procuraba activamente ayudar a los demás, según se desprende por ejemplo de una nota dirigida a sir Joshua Reynolds en el mes de junio, en la cual se lee lo siguiente: «Me avergüenza pedirle ayuda para un pobre hombre, al que he dado todo lo que me ha sido posible. El hombre me sigue importunando y el sable da vueltas a mi alrededor. El jueves me marché a cambiar de aires».

El jueves 3 de junio tomamos la silla de posta con destino a Oxford en Bolt Court. Los otros dos pasajeros resultaron ser la señora Beresford y su hija, dos damas norteamericanas de trato muy agradable; viajaban al condado de Worcester, donde residían entonces. Frank se había adelantado el día anterior, por orden de su señor, para que nos cogiera sitio; por la hoja de ruta vi que el doctor Johnson había hecho inscribir nuestros nombres a modo de reserva. La señora Beresford, que la había leído, me dijo en un cuchicheo: «¿Éste es el gran doctor Johnson?». Asentí, de modo que se dispuso a escuchar cuanto dijera. Como a los pocos momentos me dijera, aunque en voz tan baja que Johnson no la oyó, que su marido había sido miembro del Congreso americano, le advertí que pusiera mucho cuidado y que no sacara el asunto a colación, pues debía saber que Johnson se mostraba furioso con el pueblo de tal nación. El doctor habló largo y tendido; lamento haber tomado muy pocas notas de la conversación. La señorita Beresford se quedó tan encantada que me dijo en un aparte: «¡Cómo habla! ¡Hay que ver! ¡Cada una de sus frases es un ensayo!». La joven se entretuvo en el trayecto haciendo calceta a pesar del bamboleo del coche; el doctor no concedía ningún valor a semejante ocupación. «Próxima a la mera ociosidad —dijo—, creo que la calceta debería incluirse en la escala de lo insignificante, aunque debo reseñar que una vez intenté aprender a hacerla. La hermana de Dempster —añadió mirándome— quiso enseñarme, pero yo no fui capaz de hacer ningún progreso».

Me sorprendió esta manera de hablar, la franqueza con que expuso en público, bien es verdad que dentro del coche del correo, el estado de sus asuntos. «Tengo en total, según creo —dijo luego—, un millar de libras, capital con el que me propongo dejar a Frank una asignación anual de setenta». Verdaderamente, su franqueza con las

personas incluso a las primeras de cambio era más que notable. Una vez dijo al señor Langton: «Creo que soy como el hidalgo

Richard de *El viaje a Londres*: “Nunca soy desconocido en un lugar desconocido, ni me siento extraño en lugar extraño”». [c182] Era realmente sociable. Censuraba con energía algo que es sumamente corriente en Inglaterra entre las personas de cierta distinción, esto es, mantener un silencio absoluto cuando a la sazón coinciden dos personas que no se conocen en una sala, antes de que hagan acto de presencia los dueños de la casa. «Señor, eso es tan poco civilizado como impropio de quien acierta a comprender los derechos comunes de la humanidad».

En la posada en que hicimos alto se mostró muy descontento con una pierna de cordero asado que le dieron de almorzar. Las damas se extrañaron al ver al gran filósofo, cuya sabiduría e ingenio habían admirado sin cortapisas durante todo el camino, ponerse de mal humor por tal motivo. Reprendió al posadero y le dijo: «Esto está todo lo malo que puede estar: mal alimentado, mal despachado por el matarife, mal conservado y mal adobado para asar». [c183]

Soportó el viaje con mucha entereza, y pareció sentirse elevado a medida que nos acercábamos a Oxford, espléndida y venerable cuna del saber, la ortodoxia y el toryismo. Frank acudió en el coche de carga a tiempo de atenderle, y fuimos recibidos entonces con la más exquisita hospitalidad en casa de su viejo amigo, el doctor Adams, director de Pembroke College, que nos había extendido una amable invitación. Antes de bajarnos del coche había comunicado a Johnson que me hallaba en la obligación de regresar a Londres directamente por la razón que expuse antes, pero que me daría toda la prisa que buenamente pudiera en volver de nuevo a su lado. Quedó complacido de que hubiera hecho el viaje sólo por acompañarle. Estuvo afable y jovial con el doctor Adams, con su señora y su hija y con la señora Kennicot, viuda del insigne hebraísta, que se encontraba de visita. Despachó sobre la marcha las preguntas que se le hicieron sobre su enfermedad y convalecencia, con precisión y sin extenderse; luego, adoptando un aire alegre, repitió el dístico de Swift:

No pensemos en próximos achaques
hablando tanto de píldoras y enjuagues. [c184]

Habiéndose mencionado al doctor Newton, obispo que era de Bristol, Johnson recordó la forma en que lo había censurado este prelado, [156] contra el cual tomó represalia de este modo: «Tom era sabedor de que iba a morir antes de que se llegara a publicar lo que había dicho de mí. Nunca habría osado imprimirlo estando vivo». DOCTOR ADAMS: «Creo que sus *Disertaciones sobre las profecías* son su obra magna». JOHNSON: «Sí, ésa es la gran obra de Tom, aunque es harina de otro costal precisar en qué medida es grande, o en qué medida es del propio Tom. Tengo para mí que parte considerable de la misma la tomó en préstamo». DOCTOR ADAMS: «Fue un hombre que tuvo una suerte extraordinaria». JOHNSON: «Yo no lo creo. No llegó tan alto. Tardó

mucho en alcanzar lo que alcanzó, y no lo consiguió por los mejores medios. Creo que fue un adulator grosero e indecente». [c185]

Cumplí pues mi propósito de regresar a Londres y volví a Oxford el miércoles 9 de junio, donde tuve la alegría de verme de nuevo en el mismo y agradable círculo de Pembroke College, con la muy halagüeña perspectiva de pasar algunos días. Johnson saludó mi retorno con una alegría más que corriente.

Habló largo y tendido del honorable Archibald Campbell, cuyo carácter había expuesto en la mesa del Duque de Argyll cuando estuvimos en Inverary; [157] esta vez me escribió de su puño y letra, por extenso, una crónica más exhaustiva de ese erudito y venerable escritor, que he publicado en su lugar oportuno. Johnson hizo en esta velada un comentario que me sorprendió bastante. «Nunca —dijo— he conocido a un disidente capaz de razonar». [158] Con seguridad no pretendió negar esa facultad a muchos de los escritores que son y han sido de este credo, a Hickes, a Brett, [c186] y a otros eminentes teólogos de dicha fe; no tuvo en consideración que siete obispos, justamente célebres por su magnánima resistencia ante las arbitrariedades del poder, fueron disidentes ante el nuevo gobierno. En efecto, la clerecía disidente de Escocia, que con muy contadas excepciones últimamente y de improviso ha cortado todos sus lazos de lealtad con la dinastía de los Estuardo y ha resuelto orar por el bien de nuestro actual y legítimo soberano, tal vez podría haber sido confirmación de este comentario, así como en puridad podría decirse que el derecho hereditario y divino, de todo punto indefendible, en el que profesaban su creencia, caso de que fuera cierto aún debería serlo. A muchos de mis lectores sorprenderá que haga mención de que Johnson me aseguró que nunca, en toda su vida, había estado presente en una casa de reuniones de la secta disidente. [c187]

A la mañana siguiente, desayunando, le señalé un pasaje contenido en *El errabundo*, de Savage, y dije: «Son espléndidos versos». «Si hubiese yo escrito con hostilidad hacia Warburton en mi *Shakespeare* —replicó—, habría citado este dístico:

Aquí el saber, legado primero y luego engatusado,
parece tenebroso cual ignorancia, cual frenesí desatado.

»Le hubieran venido —añadió sonriendo— como anillo al dedo». DOCTOR ADAMS: «Pero no escribió usted en contra de Warburton». JOHNSON: «No, señor. Lo traté con gran respeto tanto en mi prefacio como en mis notas».

La señora Kennicot habló de su hermano, el reverendo señor Chamberlayne, quien había renunciado a un futuro muy prometedor en el seno de la Iglesia anglicana por su conversión a la fe católica. Johnson, que sentía cálida admiración por todo el que actuase movido por un consciente y profundo respeto a sus principios, fueran erróneos o no, exclamó con fervor: «Dios lo bendiga».

Para confirmar que no era peor el presente que otras épocas anteriores, opinión que expresó el doctor Johnson, la señora Kennicot apuntó que su hermano le había

asegurado que en el Continente estaba el descreimiento mucho menos extendido que antes. Ya no se leía tanto a Voltaire y a Rousseau. Garantiqué de buena tinta que el descreimiento de Hume también gozaba de menos lectores. JOHNSON: «Todos los autores descreídos caen en el olvido tan pronto desaparecen las conexiones personales y lo florido de la novedad, aunque siempre habrá de vez en cuando algún insensato que crea que puede pasar por ingenioso aprovechándose de ellos y trayéndolos a colación. A veces se pone en marcha una broma con universitarios, debido a la gracia de alguien que no repara en que lo que tiene gracia entre universitarios no la tiene en el mundo. A tales defensores de la razón aplicarí a yo una estrofa de un poema que recuerdo haber visto en alguna antigua antología:

En adelante, apláquese y concuerde,
y bese cada cual a su vacuo hermano;
la religión desdeña a los enemigos como usted,
pero teme amigos como el otro.

»Creo que está bien claro, aunque la expresión no sea correcta, ya que es *uno*, y no *usted*, quien ha de oponerse al *otro*, sea luterano o no». ^[159]

De la religión católica dijo lo siguiente: «Si se suma uno a los papistas en lo externo no le interrogarán de manera estricta en cuanto a la fe que tenga en sus dogmas. Ningún papista provisto de raciocinio cree en todos sus artículos de fe. Hay un aspecto por el cual un hombre bueno podría dejarse persuadir para profesarla. Un hombre bueno y de disposición timorata, que albergue grandes dudas sobre que Dios lo acoja en su seno, y que sea asaz crédulo, fácilmente se alegrará de pertenecer a una Iglesia en la que tanto abundan las ayudas para alcanzar el Cielo. Yo, si pudiera, sería papista. Tengo temor suficiente, pero una obstinada racionalidad me lo impide. Nunca seré papista, si no es en las puertas mismas de la muerte, de la que tengo un grandísimo pavor. Me extraña que no todas las mujeres sean papistas». BOSWELL: «No tienen ellas más miedo de la muerte que los hombres». JOHNSON: «No, no; que las aspen; no son más piadosas. Un individuo malvado es más piadoso cuando se pone a ello. En punto a piedad, los vencerá a todos».

Hizo una defensa razonada de algunos de los dogmas de la Iglesia de Roma. Por lo que se refiere a dar sólo el pan a los laicos, dijo: «Tal vez piensen que en aquello que es meramente ritual cabe admitir ciertas variaciones respecto a los modos primitivos sobre la base de la pura conveniencia; entiendo que tienen justificación con creces en estas alteraciones, tal como empleamos una mera rociada de agua bendita en vez del bautismo a la antigua». Por lo que atañe a la invocación a los santos, dijo: «Aunque no creo que esté autorizada en puridad, me parece que la “comunión de los santos”, en el Credo, se refiere a la comunicación con los santos del Cielo en relación con la “santa Iglesia católica”». ^[160] Reconoció la influencia de los espíritus malignos y dijo: «Nadie que crea en el Nuevo Testamento puede ponerla en duda».

Saqué un volumen del doctor Hurd, los *Sermones del Obispo de Worcester*, y leí a la concurrencia algunos pasajes tomados de uno de ellos, en torno a este texto: «Resistid al diablo, y él huirá de vosotros». Epístola Universal de Santiago, 4, 7. Me alegró aducir un texto tan juicioso y elegante^[161] en apoyo de una doctrina que, sin que yo atinase a entender por qué, en este mundo de conocimiento imperfecto, y por tanto también de maravilla y misterio, es objeto de ataques lanzados con una confianza irreflexiva y una insensatez displicente.

Después de comer, alguno de los presentes afirmó que había una gran enemistad entre *whigs* y *tories*. JOHNSON: «No diría yo que sea para tanto, con excepción de las ocasiones en que entran en competencia directa. No hay tal inquina cuando son conocidos entre sí, no la hay cuando son de distinto sexo. Un *tory* se casará con una familia de *whigs*, y un *whig* con una familia de *tories*, sin ninguna renuencia. Claro está que en una cuestión de mucha mayor trascendencia que los meros dogmas políticos, y no es otra que la religión, a los hombres y a las mujeres les preocupan mucho menos las diferencias de opinión; las damas no atribuyen demasiado valor a esa catadura moral de los hombres que les rindan sus respetos; recibirán al mayor de los derrochadores y libertinos tan bien o mejor que al hombre de mayor virtud, y me refiero, claro está, a una muy buena mujer, a una mujer que rece sus oraciones tres veces al día». Nuestras damas se esforzaron en el acto por defender a las de su sexo de esta acusación, pero él las hizo callar al punto: «No, no, no. De ninguna manera. Una señora acogerá a Robin de los Bosques tan presta como a un San Agustín, siempre y cuando llegue con tres peniques de más en la faltriquera. Peor aún: los padres de la dama la entregarán encantados al bellaco. Tienen las mujeres una envidia perpetua de nuestros vicios. Son menos malas que nosotros, pero no porque quieran, sino porque las atamos en corto; son las esclavas del orden y de las modas; su virtud tiene para nosotros mayor trascendencia que la nuestra, al menos por lo que a este mundo se refiere».^[c188]

La señorita Adams habló de un caballero de carácter licencioso. «Supongamos —dijo— que tuviera yo la intención de casarme con ese caballero. ¿Lo iban a consentir mis padres?». JOHNSON: «Ya lo creo que sí. Y usted iría encantada. Iría usted encantada aunque no dieran ellos su consentimiento». SEÑORITA ADAMS: «Quizá que se opusieran me daría más ganas de ir». JOHNSON: «Acabáramos. Aceptaría usted casarse con alguien a quien considerase un mal hombre sólo por darse el gusto de contradecir a sus padres. Me recuerda usted al doctor Barrowby, el médico, al que le gustaba muchísimo la carne de cerdo. Un día, estaba atiborrándose y dijo: “Ojalá fuera yo judío”. “¿Y eso? —le preguntó alguien—. A los judíos no les está permitido comer su carne preferida”. “Pues porque así disfrutaría del gusto de comerla, pero sumado al placer de pecar”». Y Johnson siguió su declamación.

La señorita Adams hizo poco después una observación que no recuerdo, pero que a él le complació sobremanera. De muy buen humor, y sonriendo de oreja a oreja, dijo: «No deja de ser extraño que haya tanta excelencia sumada a tanta depravación».

Ciertamente, las buenas cualidades de esta dama, sus méritos y talento, y la constante atención que prestaba al doctor Johnson, a él no le pasaron inadvertidas. Casualmente, le dijo que una cafetera pequeña, en la que a él le había preparado y servido el café, era el único objeto que de veras podía tener por suyo de su propiedad. Con placentera galantería, él le dijo: «No diga tal, querida mía; confío en que no considere que nada vale mi corazón».

Le preguntó si era cierto lo que había oído decir de él, a saber, que había afirmado que «estoy con el Rey en contra de Fox, pero estoy por Fox en contra de Pitt». JOHNSON: «Pues sí, así ha de ser: el Rey es mi señor, pero no conozco a Pitt, y Fox es amigo mío».

«Fox —añadió— es un hombre extraordinario, único, diría yo; se trata de un hombre —dijo describiéndolo como si se tratara de una potente objeción, en cierto sentido de acuerdo con lo que pensaba realmente, pero de modo que exaltara tanto más sus capacidades— que ha dividido el reino con el propio César, hasta el punto de sembrar la duda sobre si debiera la nación regirse por el cetro de Jorge III o por la lengua de Fox».

El doctor Wall, médico de Oxford, vino a tomar el té con nosotros. Johnson sentía en general un curioso placer por la compañía de los médicos, que ciertamente no disminuyó con la conversación de este erudito, ingenioso y apacible caballero. «Es para maravillarse —dijo Johnson— qué poca cosa se ha logrado con las becas de viaje del buen Radcliffe. No sé yo de nada bueno que con ellas se haya importado, aun cuando muchas y provechosas adiciones a nuestro saber médico podrían hallarse en países del extranjero. La inoculación, por ejemplo, ha salvado más vidas de las que la guerra destruye, y las curas que obra la corteza de la quina son innumerables. Pero es vano enviar a nuestros médicos viajeros por Francia, Italia y Alemania, pues todo cuanto allí se sabe aquí lo sabemos. Yo les haría viajar fuera de la cristiandad, los enviaría a las naciones bárbaras».

El viernes 11 de junio conversamos durante el desayuno sobre las distintas formas de oración. JOHNSON: «No conozco yo mejores plegarias que las recogidas en el *Libro de las oraciones comunes*». DOCTOR ADAMS (con seriedad e intención): «Ojalá compusiera usted, señor, algunas oraciones de uso familiar». JOHNSON: «No compondré yo oraciones para usted, señor, pues bien puede hacerlo por sí solo. He pensado en cambio en reunir cuantos libros de oraciones pueda, seleccionar las que me parezcan mejores, excluir unas, insertar otras, añadir algunas de mi cosecha y poner a modo de prefacio un discurso sobre la oración en general». Nos apiñamos todos a su alrededor, y dos o tres al mismo tiempo le urgimos que ejecutara ese plan. Pareció un tanto molesto por lo inoportuno de la reclamación, y bastante agitado puso orden de este modo: «No hablemos así de algo tan espantoso. No sé qué tiempo aún me concederá Dios en este mundo. Son muchas las cosas que aún me gustaría hacer». Algunos todavía insistieron. Dijo el doctor Adams: «Nunca en mi vida había dicho nada tan en serio». JOHNSON: «Déjenme en paz, déjenme en paz; me abruman

ustedes». Se cubrió el rostro con ambas manos y se reclinó sobre la mesa, permaneciendo así algún tiempo.

Comenté que el empleo que hace Jeremy Taylor, en sus formas de oración, de la fórmula «soy el mayor de los pecadores», así como de otras expresiones autocondenatorias. «Entiendo yo —dije— que esto no puede en verdad decirlo ningún hombre, por lo cual es impropio decirlo en forma impresa y en general. Yo no puedo decir que sea el peor de los hombres, y por lo tanto no lo diré». JOHNSON: «Un hombre bien puede saber que físicamente, es decir, en el estado verdadero de las cosas, no es el peor de los hombres, pero es posible que moralmente lo crea. Observa Law que “todos sabemos algo malo de nosotros, algo peor de lo que sabe con certeza sobre los demás”. Es posible que no haya cometido usted los delitos que otros han cometido, si bien no sabe contra qué grado de luz han pecado los demás. Además, señor, “el mayor de los pecadores” no es sino una manera de decir que “soy un gran pecador”. Por eso dice San Pablo, hablando de que Nuestro Salvador murió para salvar a los pecadores, “de los cuales yo soy el primero”;^[c189] sin embargo, ciertamente no se consideraba malo como Judas Iscariote». BOSWELL: «Sin embargo, señor, Taylor emplea esa fórmula en sentido literal, pues funda en ella su presunción. Cuando reza por la conversión de los pecadores, y de sí mismo en particular, dice: “Señor, no dejarás sin hacer la principal de tus obras”». JOHNSON: «No veo yo con buenos ojos el empleo de expresiones figuradas al dirigirse al Supremo Ser, y yo jamás las empleo. Taylor da un muy buen consejo: “Nunca mientas en tus oraciones, nunca confieses más de lo que en verdad crees, nunca prometas más de lo que pretendes llevar a cabo”». Recordé este precepto de su *Arboleda dorada*, aunque su ejemplo de oración contradice su precepto.

El doctor Johnson y yo fuimos en el coche del doctor Adams a almorzar con el doctor Nowell, director de St. Mary Hall, en su bella residencia de Iffley, a orillas del Isis, a unas dos millas de Oxford. Yendo de camino tuve el atrevimiento de preguntar a Johnson si creía que su rudeza de modales había sido para él una ventaja o un inconveniente a lo largo de la vida, y si no habría hecho mayor bien en caso de haber sido más gentil de trato. Procedí a responderme yo mismo de este modo: «Tal vez haya sido una ventaja, pues ha dado mayor peso a cuanto usted ha dicho; tal vez no hubiera podido usted hablar con tanta autoridad sin esa rudeza». JOHNSON: «De ninguna manera, señor. He hecho mayor bien siendo tal como he sido. La obscenidad y la impiedad siempre se han reprimido en mi círculo». BOSWELL: «Es cierto, señor, y eso es más de lo que cabe decirse de casi todos los obispos. En presencia de un obispo no son pocos los que se han tomado libertades mayores, siendo incluso hombres muy buenos, que por su carácter afable no imponían excesivo respeto. No obstante, señor, muchas personas que podrían haber obtenido grandes beneficios de su conversación se han mantenido a distancia, y en la reserva, por miedo a su carácter. Un valioso amigo nuestro me ha dicho que con frecuencia le ha invadido el

temor al dirigirse a usted la palabra». JOHNSON: «No debería haber tenido ni un ápice de miedo, siempre y cuando tuviera algo razonable que decir. Si no era así, mejor fue que no hablase».

El doctor Nowell es célebre por haber pronunciado un discurso ante la Cámara de los Comunes el 30 de enero de 1772, desbordante de sentimientos *tories*, por el cual recibió los agradecimientos al uso. Fue impreso por petición expresa de los parlamentarios, pero en medio de las turbulencias y luchas intestinas entre las facciones, que fueron deshonra y desgracia durante parte del presente reinado, la nota de agradecimiento resultó posteriormente censurada y suprimida. Esta extraña conducta es denunciada con creces por sí sola; el doctor Nowell siempre habrá de gozar del honor debido a un destacado amigo de nuestra monárquica constitución. El doctor Johnson me dijo: «Señor, mucho habrá que echar en cara a la corte si no es promovido como le corresponde». Se lo comuniqué al doctor Nowell, y afirmé mis más humildes pero no por ello menos celosos esfuerzos en pro de la misma causa, a lo cual di a entender que sin importar lo que recibiéramos a cambio, aún deberíamos tener el consuelo de ser como el firme y generoso monárquico Samuel Butler,

fiel como es al sol el dial
aun cuando no haya de brillar.

Recibimos agasajos y estuvimos muy contentos en casa del doctor Nowell, donde se reunió una grata compañía, y después de comer brindamos por la Iglesia y el Rey con verdadera cordialidad *tory*.

Hablamos de cierto clérigo de extraordinario carácter, quien apurando su talento para escribir sobre asuntos mundanos y haciendo gala de una intrepidez nada corriente, había llegado a amasar una riqueza considerable. Sostuve que no debería indignarnos su gran éxito, pues el mérito, sea de la clase que sea, bien tiene que encontrar la debida recompensa. JOHNSON: «No reconoceré, señor, que tenga este caballero mérito ninguno. Le reconozco un gran valor, e incluso arrojo, y sobre esa base preciso es reconocer su credibilidad. Más respetamos al hombre que demuestra la osadía de robar al asalto en plena calzada real que al que salta de una zanja y nos aporrea por la espalda. El arrojo es cualidad necesaria en la preservación de la virtud, tanto que siempre se respeta, aunque vaya asociada al vicio».

Censuré las toscas y ásperas invectivas que se estaban poniendo de moda en la Cámara de los Comunes,^[c190] y dije que si los parlamentarios han de atacarse personalmente al calor de un debate, habría que hacerlo de un modo más gentil. JOHNSON: «De ninguna manera. Eso sería mucho peor. Los insultos no son tan peligrosos cuando no media vehículo de ingenio o delicadeza, cuando no hay sutileza en la transmisión. La diferencia entre la aspereza y el refinamiento es como la diferencia que hay entre una paliza a estacazos y la herida de una flecha envenenada». He visto después que su misma postura la expresa con elegancia el doctor Young:

Da la suave pluma celeridad y certeza al dardo
y la buena crianza clava su sátira en el blanco.

El sábado 12 de junio vino a tomar el té a casa del doctor Adams el señor John Henderson, estudiante de Pembroke College, célebre por su magnífico desempeño en Alquimia, Astrología judicial y otros abstrusos y curiosísimos saberes, y vino también el reverendo Herbert Croft, quien mucho me temo que estaba un tanto mortificado por el hecho de que al doctor Johnson no le hubieran gustado mucho sus *Discursos familiares*, que eran por lo visto de estilo demasiado familiar como para gozar de la aprobación de un intelecto tan viril. No conservo nota de la conversación de esta tarde, con la excepción de un solo fragmento. Mencioné la visión de lord Thomas Lyttelton,^[c191] en la que predijo la hora de su muerte de tal suerte que se cumplió con toda exactitud. JOHNSON: «Es lo más extraordinario que he visto suceder en toda la época que me ha tocado vivir. Lo oí en persona de su propio tío carnal, lord Westcote. Tanto me alegra tener cualquier prueba del mundo espiritual que estoy, desde luego, dispuesto a creerla». DOCTOR ADAMS: «Tiene usted pruebas suficientes, pruebas sólidas, que no requieren mayor apoyo». JOHNSON: «Y más que me gustaría tener».

Cenó con nosotros el señor Henderson, con el cual había salido yo a pasear por los venerables terrenos de Merton College, pareciéndome un hombre muy erudito y piadoso. El doctor Johnson lo sorprendió, y no poco, al reconocer con una expresión de espanto que le oprimía muchísimo el miedo a la muerte. Amistoso como siempre, el doctor Adams comentó que la bondad de Dios es infinita. JOHNSON: «Sin lugar a dudas creo firmemente que su bondad es infinita, como se desprende de la perfección de su naturaleza; ahora bien, es necesario precisamente para el bien que reciba castigo el individuo que mal obra. Por consiguiente, en lo individual no es infinita su bondad, y como no puedo yo estar totalmente seguro de haber cumplido las condiciones en virtud de las cuales se otorga la salvación, mucho me temo que seré uno de los que hayan de ser condenados». Parecía hondamente desolado. DOCTOR ADAMS: «¿A qué se refiere cuando dice “condenado”?». JOHNSON, exasperado y a voz en cuello: «Condenado al Infierno, señor, y castigado por toda la eternidad». DOCTOR ADAMS: «Yo no creo en esa doctrina». JOHNSON: «Y dígame: ¿cree usted que algunos serán castigados?». DOCTOR ADAMS: «La exclusión del Cielo será un castigo, pero no será grande el sufrimiento real». JOHNSON: «Bien, señor: si admite que hay castigo en mayor o menor medida, ahí mismo termina su argumento en cuanto a la bondad infinita si se considera con tanta simplicidad, pues la bondad infinita no infligiría un castigo de ninguna clase. No hay bondad infinita si se considera físicamente; moralmente, la hay». BOSWELL: «¿Y no puede un hombre alcanzar tal grado de esperanza que deje de producirle inquietud el miedo a la muerte?». JOHNSON: «Un hombre puede alcanzar el grado de esperanza necesario para aquietarse. Bien se ve que no estoy yo aquietado: se nota en la vehemencia con que hablo, pero no por ello

desespero». SEÑORA ADAMS: «Parece olvidar usted los méritos de nuestro Redentor». JOHNSON: «Señora, no olvido yo los méritos de nuestro Redentor. Pero mi Redentor ha dicho que pondrá a unos a su diestra y a otros a su siniestra». Era presa de una lúgubre agitación. Dijo luego: «No se hable más de esto». Si cuanto aquí se ha declarado fuese esgrimido por los enemigos del cristianismo cual si su influencia en el ánimo de los mortales no fuese benigna, recuérdese que el temperamento de Johnson era propenso a la melancolía, efecto corriente de la cual es la funesta aprensión acerca de todo lo futurible. A su debido tiempo hemos de ver que según fue aproximándose a su pavorosa transformación, fue serenándose su ánimo e hizo gala de toda la fortaleza que compete a un hombre de grandísimo intelecto ante tal situación.

De tratar el asunto de la muerte pasamos al discurso de la vida, conversando sobre si es en conjunto más feliz o más desdichada. Johnson estuvo decididamente a favor de la desdicha,^[162] opinión en confirmación de la cual sostuve que nadie optaría, si pudiera elegir, por volver a llevar la vida que ha experimentado. Johnson suscribió dicha opinión con gran vehemencia.^[c192] Es una pregunta que se formula a menudo, y el que sea asunto propicio para la disquisición demuestra que es grande la desdicha que oprime los sentimientos humanos, pues quienes son conscientes de llevar una feliz existencia jamás dudarían en aceptar que se repitiera. He conocido a muy pocas personas que lo desearan. He oído a Edmund Burke hacer uso de un muy ingenioso y plausible argumento sobre esta cuestión: «Cualquiera —dijo— volvería a vivir la vida si le fuera dado, pues todos estamos dispuestos a aceptar cualquier extensión de la vida, si bien a medida que uno envejece no tiene razones para pensar que vaya a ser mejor, y ni siquiera tan buena como la que ha vivido antes». Imagino, sin embargo, que la verdad más bien se encuentra en que hay una esperanza engañosa de que la siguiente parte de la vida esté horra de los dolores, angustias y penas que todos hemos sentido. Sabiamente estamos «condenados a la engañosa mina de la esperanza», como dice Johnson con tino,^[c193] y también puedo aquí aducir los célebres versos de Dryden, no menos filosóficos y poéticos:

Cuando considero la vida, todo es engaño;
engatusados por la esperanza, los hombres favorecen el apaño.
Confiemos, adelante, y pensemos que el mañana saldrá a cuenta;
es el mañana más falso que la previa jornada incruenta;
empeora la cosa, y aunque diga que hemos de ser bendecidos
con nuevas alegrías, nos arrebató lo que hayamos poseído.
¡Extraño linaje! Nadie volvería a vivir los años pasados,
aunque todos esperan placer en los todavía no restados,
y de las heces de la vida piensan recibir
lo que el primer brío no les pudo infundir.^[163]

Se le señaló al doctor Johnson que parecía extraño que él, que tan a menudo ha deleitado a sus contertulios con su animada y deslumbrante conversación, dijera que era un hombre desdichado. JOHNSON: «¡Ay! Todo es pura fachada. Bien puedo hacer

una broma y al mismo tiempo maldecir al sol. ¡Sol, cuánto aborrezco tus rayos!». No supe qué pensar de esta declaración: si tomarla por genuina representación de su estado de ánimo^[164] o como efecto de su afán de persuadirse, en oposición a los hechos, de que la postura que había adoptado con respecto a la infelicidad humana era verdadera. Podemos aplicarle una frase que está en las *Máximas, caracteres y reflexiones* de Greville,^[c194] libro merecedor de muchos más elogios que los cosechados a día de hoy: «Aristarco es encantador: pleno de saber, de sensatez, de sentimiento. Difícil es invitarlo a cenar, y después de haber deleitado a todos los presentes durante varias horas se ve en la obligación de volver raudo a su casa, pues tiene pendiente concluir su tratado, con el que aspira a demostrar que la infelicidad es cuanto puede el hombre esperar que le caiga en suerte».

El domingo 13 de junio estuvo nuestro filósofo apacible durante el desayuno. Fue sumamente placentera aquella vida propia de un *college* de prestigio, sin restricción, y con la suprema elegancia que es acorde al hecho de vivir en la casa del director, gozando de la compañía de las damas. La señora Kennicot relató en su presencia una vivísima máxima del doctor Johnson a la señorita Hannah More, la cual había manifestado su sorpresa ante el hecho de que quien escribió el *Paraíso perdido* escribiera tan penosos sonetos: «Milton, señora, era un genio capaz de tallar un coloso en una roca, pero que no sabía tallar bustos en huesos de cereza».

Hablamos de una cuestión de casuística: si era permisible en algún momento apartarse de la verdad. JOHNSON: «La regla general es que la verdad nunca debe violarse, porque es de la máxima importancia para el consuelo que da la vida que tengamos plena certeza por medio de la fe recíproca, y toda inconveniencia ocasional ha de soportarse de buena gana para que podamos preservarla. Ha de haber, sin embargo, algunas excepciones. Por ejemplo, si un asesino le pregunta por dónde ha escapado un hombre, puede usted decirle lo que no es verdad, porque usted ha contraído la obligación anterior de no traicionar a ese hombre, y menos ante un asesino». BOSWELL: «Supongamos que alguien preguntase a quien escribiera *Junius* si era él su autor. ¿Podría negarlo?». JOHNSON: «No sé qué decirle a esto. Si estuviera usted seguro de que escribió *Junius*, y si lo negara, ¿lo tendría usted en cierta estima después de ese desmentido? Puede sin embargo defenderse que lo que no tiene uno derecho de preguntar, puede otro abstenerse de comunicar, y no existe otro modo eficaz de preservar un secreto, un secreto importante, el descubrimiento del cual puede ser muy perjudicial para usted, que una negativa tajante, pues si usted calla, o titubea, o contesta con evasivas, su respuesta se tendrá por equivalente a una confesión. Pero aguarde, señor, que aquí se presenta otro supuesto. Si el autor me hubiera dicho confidencialmente que había escrito *Junius*, y si a mí me preguntaran si es así, yo tendría plena libertad de negarlo, pues me hallo comprometido por una promesa anterior, implícita o expresa, de callar al respecto. Y bien: lo que debo hacer por el autor, ¿no puedo acaso hacerlo por mí? En cambio, niego que sea lícito mentirle a un enfermo por miedo a alarmarlo. Nada han de importarle las

consecuencias; su deber es decir la verdad. Además, usted desconoce qué efecto pueda surtir al decirle que corre un gran peligro. Podría producir una crisis de su trastorno, y podría curarle. De todas las mentiras, ésta es la que más aborrezco, por descontado, pues creo que a menudo he sido objeto de la misma».

No puedo evitar pensar que es mucho el peso de la opinión que sostienen quienes defienden que la verdad es un principio eterno e inmutable, y que bajo ningún concepto puede ser violado, ni siquiera cuando con tal finalidad se aducen obligaciones presuntamente superiores o previamente contraídas, y es que como todo hombre ha de ser juez existe un gran peligro de que, por parcialidad, se convenza de que existen, y es probable que existan; probablemente, al margen de los ejemplos extraordinarios que a veces se puedan producir, allí donde sea posible impedir algún mal mediante la violación de este noble principio, se verá que la felicidad humana ha de ser en conjunto más perfecta si se preserva universalmente la verdad.

En las notas a la *Zopenquíada* hallamos los siguientes versos, dedicados a Pope:
[165]

Aunque Malicia, Pope, a tu página niegue
su celestial fuego;
aunque críticos y bardos presa de la rabia
admirados no te admiren;

aunque péñolas descarriadas tu valía ataquen,
y envidiosas lenguas clamen,
es la época, que muchos amigos despotrican,
la que despotrica, no yo.

Mas cuando el sonoro elogio del mundo te corresponde,
y la cólera ya a nadie haya de culpar,
cuando con tu Homero hayas de brillar,
con fama inapelable;

cuando nadie despotrique, y los legos
te dediquen una guirnalda,
ese día, que de cierto ha de llegar, ese día
yo he de lamentar.

Seguramente no es poco llamativo que aparezcan sin firma. La señorita Seward, concedora de la casi universal y minuciosísima información literaria de que disponía el doctor Johnson, me comunicó su deseo de que le preguntara quién era el autor de los mismos. Fue inmediata su respuesta: «Pues sé de cierto que son obra de un tal Lewis, que era vicerrector o adjunto de la escuela primaria de Westminster, y que publicó la miscelánea en que apareció por vez primera “Grongar Hill”», Johnson los elogió con entusiasmo y los repitió con noble animación; en el duodécimo verso, en vez de «con fama inapelable», dijo «con llama inalterable», como se leía a su juicio en las primeras ediciones, aunque más bien me parece que fue destello de su propio genio. Es mucho más poético que lo otro.

El lunes 14 y el martes 15, el doctor Johnson y yo almorzamos con el señor Mickle, traductor de *Los lusíadas*, en Wheatley, una muy bonita casa de campo a

corta distancia de Oxford; el otro, no recuerdo cuál, almorzamos con el doctor Wetherell, decano de University College. Luego de estar con él, Johnson fue a visitar al señor Sackville Parker, el librero, y a su regreso nos dio el siguiente relato de su visita: «He ido a ver a mi viejo amigo Sack Parker; veo que se ha casado con su criada, y ha hecho bien. Ha convivido muchos años con él y ha gozado de su entera confianza y son los dos de un mismo y recto entender; no creo que hubiera encontrado ninguna otra esposa que lo hiciera tan feliz. La mujer fue conmigo muy atenta y muy cortés; insistió en que fijara un día para almorzar con ellos y en que le dijera qué me gustaba, que ella me lo prepararía con mucho gusto. ¡Pobre Sack! Está muy enfermo, desde luego. Nos despedimos como si ya nunca más fuésemos a vernos. Todo esto me ha entristecido mucho». Esta patética narración vino aderezada de una manera sin duda extraña por la grave y muy seria defensa de un hombre que se había casado con su criada. No pudo por menos que resultarme en cierta medida fuera de lugar.

El martes 15 de junio, por la mañana, estando en casa del doctor Adams, hablamos de una carta impresa del doctor Herbert Croft a un caballero que había sido su discípulo, en la que le aconsejaba leer hasta el final aquellos libros que hubiera empezado a leer. JOHNSON: «A fe que se trata de un consejo extraño; igualmente podría uno resolver que todo aquel de quien tenga conocimiento haya de ser su amigo de por vida. Un libro puede no valer para nada, o puede contener una sola cosa que sea digna de saberse. ¿Hemos de leerlo de cabo a rabo? Estos viajes —señaló los tres grandes volúmenes de los *Viajes por los Mares del Sur*,^[c195] que se acababan de publicar—, ¿quién los va a leer de cabo a rabo? Más le valdría a un hombre trabajar de firme al pie del mástil antes que ponerse a leerlos íntegramente. Se los comerán los ratones antes que alguien los lea por entero. Poco entretenimiento puede hallarse en libros como éstos, siendo una tribu de salvajes igual que cualquier otra». BOSWELL: «No creo yo que a los pobladores de Otaheité se les deba tener por salvajes». JOHNSON: «No me venga con monsergas a favor de los salvajes». BOSWELL: «Poseen el arte de la navegación». JOHNSON: «También un gato o un perro saben nadar». BOSWELL: «Tallan la madera con ingenio». JOHNSON: «Y un gato araña, y un niño con un clavo sabe arañar la madera». Me di cuenta de que no era esto *mollia tempora fandi*,^[c196] así que desistí.

Comentó que cuando llegó a la universidad había escrito su primer ejercicio dos veces, cosa que nunca más volvió a hacer. SEÑORITA ADAMS: «Supongo, señor, que no los pudo mejorar». JOHNSON: «Pues sí, señorita; sin duda los pude mejorar. Pensar es mejor que no pensar». SEÑORITA ADAMS: «¿Cree usted que podría mejorar sus *Ramblers*?». JOHNSON: «Desde luego que podría». BOSWELL: «Apostaría cualquier cosa a que no puede». JOHNSON: «Le aseguro que podría, si me lo propusiera. El mejor de todos, el que usted quiera escoger, lo puedo mejorar». BOSWELL: «Pero será con añadidos. Eso no lo permitiré». JOHNSON: «No, señor. Hay tres maneras de

mejorarlos: tachar, añadir, corregir».

Durante nuestra visita a Oxford tuvo lugar entre ambos la siguiente conversación en torno a la posibilidad de que probara yo fortuna ejerciendo la abogacía en Inglaterra. Habiéndole preguntado si el hecho de tener tantísimos conocidos en Londres, sin duda muy valioso y ventajoso para el hombre en general, no podría ser perjudicial para un abogado, al impedirle que prestara a sus asuntos atención suficiente, me contestó así: «Señor, atenderá usted sus asuntos todo lo que sus asuntos requieran. Cuando no se encuentre ocupado, podrá ver a sus amistades tanto como ahora las ve. Puede almorzar a diario en el club, y puede cenar con alguno de sus miembros todas las noches de la semana; puede usted frecuentar los lugares públicos tanto como querría frecuentarlos quienes ya los conoce todos. Ahora bien, debe poner un gran esmero en asistir con constancia a las sesiones de Westminster Hall, tanto para atender sus asuntos como para aprender cuanto pueda, ya que ahora todo se aprende allí, toda vez que nadie imparte conferencias, y para demostrar también que desea hacerse cargo de toda clase de causas pendientes. Y es preciso que no se deje ver demasiado en los lugares públicos, no sea que sus competidores den en decir: “Siempre anda en el teatro, o de paseo por Ranelagh, y nunca se le encuentra en su despacho”. Asimismo, señor, ha de adoptar cierto aire de solemnidad, como conviene a un profesional. No tengo nada en particular que decirle a ese respecto. Todo esto se lo habría dicho yo a cualquiera; tendría que habérselo dicho a las claras al mismo lord Thurlow hace una veintena de años».

Es probable que a la profesión parezca demasiado indulgente esta representación de los requisitos propios de un abogado, aunque cierto es que, así como «los ingenios del tiempo de Carlos hallaron caminos más expeditos a la fama»,^[c197] algunos abogados de esta época, entre los que más alto han llegado, de ningún modo han creído que fuera absolutamente necesario someterse a ese largo y arduo curso de estudios que un Plowden, un Coke y un Hale consideraban imprescindible. Mi respetado amigo, el señor Langton, me ha mostrado, manuscrita por su abuelo, una curiosa relación de una conversación que mantuvo con Hale, presidente del Tribunal Supremo, en la cual el gran hombre le dice «que durante dos años, luego de llegar a la sede del tribunal, estudió dieciséis horas diarias; sin embargo —añadió Su Señoría—, gracias a su intensa aplicación poco le faltó para dar con sus huesos en la tumba, aun siendo de muy fuerte constitución, y posteriormente se contentó con estudiar sólo ocho horas al día, a pesar de lo cual no aconsejaría a nadie que estudiara tanto, pues entendía que seis horas al día, con atención y constancia, debieran ser suficientes, y que un hombre ha de emplear su cuerpo tal como emplearía su caballo, o su propio estómago, esto es, no fatigándolo de una sentada, sino incitándolo con el apetito».

El miércoles 19 de junio el doctor Johnson y yo regresamos a Londres. No se encontraba bien del todo, y dijo poca cosa, dedicándose sobre todo a leer a Eurípides. Manifestó cierto desagrado conmigo, más que nada por no observar con atención suficiente los diferentes objetos del camino. «Si tuviera yo sus ojos, señor —me dijo

—, contaría a los pasajeros». Era magnífica la precisión de sus observaciones visuales, a pesar de su muy imperfecta visión, debidas a un gran hábito de atención. Él mismo atestigua, por otra parte, su gran satisfacción con la respetuosa acogida que le deparó el doctor Adams en su casa: «Ayer noche regresé de Oxford tras una quincena en el domicilio del doctor Adams, que me trató todo lo bien que podía yo esperar o desear; él, que defiende que un hombre enfermo es un hombre imposible de complacer, ha hecho su papel a las mil maravillas».^[166]

A su regreso a Londres tras esta excursión lo vi con frecuencia, aunque he guardado pocas notas, por lo cual insertaré aquí diversos particulares, recogidos por mí mismo en diversos momentos.

El reverendo señor Astle, de Ashbourne, condado de Derby, hermano del erudito e ingenioso Thomas Astle, era conocido de Johnson desde su juventud, al punto que éste tuvo la amabilidad de aconsejarle en sus estudios y recomendarle la siguiente lista de libros, que él ha tenido la bondad de facilitarme escritos de puño y letra por el propio Johnson: *Historia Universal (antigua)*. *Historia Antigua* de Rollins, *Introducción a la historia* de Puffendorf, *Historia de los caballeros de la Orden de Malta* de Vertot, *Revoluciones de Portugal* de Vertot, *Revoluciones de Suecia* de Vertot, *Historia de Inglaterra* de Carte, *Estado actual de Inglaterra*, *Gramática geográfica*, *La conexión* de Prideaux, *Fiestas y fastos* de Nelson, *Heberes del hombre*, *La religion de un caballero*, *Historia* de Clarendon, *Progreso del intelecto* de Watts, *Lógica* de Watts, *Despliegue de la naturaleza*, *Gramática de la lengua inglesa* de Lowth, *Los clásicos* según Blackwall, *Los sermones* de Sherlock, *La Vida de Hale* de Burnet, *La historia de la Iglesia* de Dupin, *Las concordancias* de Shuckford, *El serio llamamiento* de Law, *El pescador consumado* de Walton, *Los viajes* de Sandys, *La historia de la Royal Society* de Sprat, *El England's Gazetteer*, *La historia de Roma* de Goldsmith, *Algunos comentarios sobre la Biblia*.^[c198]

Como se le comentara al doctor Johnson que un caballero que tenía un hijo al cual imaginaba poseedor de una timidez extrema había resuelto enviarlo a una escuela pública, con el fin de que adquiriese una mayor confianza en sí mismo, «Señor —dijo Johnson—, es un expediente ridículo en demasía para sanar su enfermedad, pues tal disposición debiera cultivarse en la sombra. Ponerle en una escuela pública viene a ser como poner un búho a pleno día».

Del mismo caballero, y de su manera de vivir, dijo: «Los criados, en vez de hacer lo que se les indica, permanecen de pie en torno a la mesa, sin nada mejor que hacer, apiñados unos con otros, mirando boquiabiertos a los comensales, y parecen tan incapaces de atender a la concurrencia como de guiar un navío de guerra».

Un aburrido magistrado de campo dio a Johnson una larga y tediosa descripción de su ejercicio profesional en la jurisdicción criminal, resultado del cual era que hubiera condenado a cuatro encausados al destierro. Desquiciado de impaciencia, ansioso por verse libre de semejante individuo, Johnson exclamó: «De todo corazón desearía, señor mío, haber sido yo el quinto de los deportados».

Estuvo presente Johnson cuando se dio lectura a una tragedia en la que apareció este verso: «Quien gobierna a hombres libres, ha de ser libre». Como la concurrencia lo admirase, Johnson se pronunció así: «De ninguna manera puedo estar de acuerdo con ustedes. Lo mismo valdría decir: “Quien apacienta bueyes gruesos, grueso ha de ser”».

Le complació la amabilidad del señor Cator, con quien gozó de la confianza del señor Thrale en cuestiones de la mayor importancia, y es así como lo describe:^[167] «Son muchas las cualidades buenas que tiene su carácter, y es de gran provecho su saber». Encontró cordial solaz en la casa de este caballero en Beckenham, Kent, que es en efecto uno de los más espléndidos lugares a los que he sido invitado, y donde encuentro una hospitalaria bienvenida.

Johnson rara vez fomentó la censura en general de ninguna profesión, pues era propenso a conceder una porción de mérito innegable a los diversos oficios que son necesarios en la vida civilizada. Ahora bien, hallándose en un estado de ánimo más bien colérico, sarcástico o jocos, a veces soltaba algún que otro puyazo de tal naturaleza. Se ha comentado un ejemplo,^[168] en el que dio un repentino y satírico tirón de orejas a la profesión de la abogacía.^[la nota 168, Vol. IV] El ingreso en exceso indiscriminado en ese oficio, que requiere tanto capacidad y discernimiento como integridad y honradez, ha dado pie a injuriosas reflexiones, que son de todo punto inaplicables a muchos hombres en verdad respetables, que la ejercen con honor y con excelente reputación.

Johnson había discutido durante algún tiempo con un caballero muy testarudo; éste, que había hablado de forma harto enrevesada, tuvo la ocurrencia de decirle: «Señor, yo a usted es que no lo entiendo», a lo cual Johnson replicó: «Señor, he encontrado un razonamiento idóneo para usted, pero no me considero en la obligación de encontrarle también un sensato entendimiento».

Hablándome de Horry Walpole (como se llamaba con frecuencia a sir Horace, hoy Conde de Orford), Johnson reconoció que reunía en su persona muchas pequeñas curiosidades, a las que se refirió con elegancia. El señor Walpole consideraba a Johnson más amistoso tras leer sus cartas a la señora Thrale, aunque nunca fue uno de los verdaderos admiradores del gran hombre.^[169] Cabe suponer que existiera un prejuicio, sobre todo si alguna vez llegó a sus oídos el relato de Johnson a sir George Staunton, en el sentido de que cuando confeccionaba los discursos parlamentarios para la *Gentleman's Magazine* «siempre puso un gran cuidado en dejar a sir Robert Walpole en mal lugar, y en decir cuanto pudo en contra del electorado de Hanover». La autoría de la célebre *Epístola heroica*, en la que Johnson aparece pintado con tintes satíricos, se ha atribuido por igual al señor Walpole y al señor Mason. Un día, en casa del señor Courtenay, cuando un caballero manifestó su opinión de que había en ese poema más energía de la que era de esperar por parte del señor Walpole, el señor Warton, difunto poeta laureado, observó que «podría haberla escrito Walpole, y haberla *embucaranado* Mason».^[170]

No daba su aprobación a lord Hailes por haber modernizado el lenguaje del memorable John Hales de Eton en una edición que publicó Su Señoría de las obras de ese autor. «El lenguaje de un autor —afirmó— es parte consustancial de su composición, pero también es característica de la época en que escribe. Además, cuando se cambia el lenguaje no se puede tener la certeza de que el sentido que se transmite sea el mismo. No, señor. Lamento mucho que lord Hailes haya hecho tal cosa».^[c199]

Aquí cabe observar que su frecuente empleo de la expresión «no, señor» no siempre tenía por objeto insinuar su afán de contradecir a la persona con quien hablase, pues no pocas veces la empleaba cuando iba a suscribir una proposición afirmativa que no se había negado previamente, como en el ejemplo que acabo de citar. Solía yo tenerla por una suerte de banderola desafiante, como si dijera: «Cualquier argumento que pueda usted proponer en contra de esto no es justo. No, señor, no lo es». Era en cierto modo como el «Se lo niego, alcalde» de Falstaff.

Habiendo referido sir Joshua Reynolds que él medía la altura del gusto de un hombre según las historias que relatase y según su ingenio, y la altura de su entendimiento según los comentarios que repitiese, teniendo la seguridad de que tenía que ser débil de entendimiento quien citaba cosas corrientes cargando las tintas, como si fuesen oráculos, Johnson estuvo de acuerdo con él; como sir Joshua también observara que el verdadero carácter de un hombre se desprende de cómo se entretenga, Johnson añadió: «Así es, señor: nadie es un hipócrita con sus placeres».

He comentado la aversión generalizada de Johnson hacia el juego de palabras. No obstante, una vez toleró uno de los míos. Estábamos hablando de una nutrida concurrencia ante la que se había distinguido él con creces, y le dije: «Señor, fue usted como un bacalao rodeado de sardinas. ¿No le parece suficiente, sobre todo en un momento en que no estaba usted tratando de pescar algún cumplido?». Se rió con aprobación y complacencia. El viejo señor Sheridan observó, cuando le comenté esta apreciación, que «le gustó tanto su cumplido que pareció dispuesto a tomárselo incluso con su *jugo* de palabras». Por mi parte, entiendo que ninguna muestra inocente de ingenio debería suprimirse, y que un buen juego de palabras se puede admitir entre las pequeñas excelencias que son propias de una animada conversación.

De haber frecuentado más ampliamente Johnson el *De Claris Oratoribus* ciceroniano, podría habernos dado una obra admirable. Cuando el Duque de Bedford atacó al Primer Ministro con toda la vehemencia que pudo por haber decidido conceder una ampliación del plazo para importar maíz,^[c200] lord Chatham, en su primer discurso ante la Cámara de los Lores, se presentó con osadía como el responsable de haber aconsejado la toma de tal medida. «Mis colegas —dijo—, hallándome yo confinado por una indisposición, me hicieron el gran honor de acudir junto al lecho de un enfermo para preguntarle su opinión. Pero si no hubieran tenido conmigo esa condescendencia, habría tomado yo mi lecho y habría echado a andar, con objeto de hacerles llegar mi opinión en el consejo». El señor Langton, que se

encontraba presente, se lo transmitió a Johnson, quien observó lo siguiente: «Señor, bien se ve que tomó esas palabras tal cual las había encontrado, sin considerar que, aun cuando la expresión que aparece en las Escrituras, *levántate, toma tu estera y vete a tu casa*, se adecuaba estrictamente al ejemplo del hombre enfermo al que le es devuelta la salud y la fuerza, y que por tanto se entiende que podría portar su lecho, de ninguna manera podía ser apropiada al caso de un hombre que guardaba cama en un estado de debilidad, y que ciertamente no podría haber añadido a la dificultad del caminar la de portar su propio lecho».

Cuando le señalé en el periódico uno de los vistosos y rutilantes discursos del señor Grattan, a favor de la libertad de Irlanda, en el cual aparecía esta expresión (desconozco si reproduce fielmente sus palabras), a saber, «Perseveraremos hasta que no quede ni un eslabón de la cadena inglesa que tintinee sobre los andrajos del más depauperado mendigo de Irlanda», dijo así: «Quiá, señor. ¿No se percata usted de que un solo eslabón no puede tintinear?».

La señora Thrale ha publicado,^[171] como si fuera de Johnson, una suerte de parodia o contrapartida de un espléndido y poético pasaje de uno de los discursos de Burke sobre la fiscalidad y los impuestos en las colonias de América. Tiene una ejecución vigorosa, aunque algo tosca; me siento inclinado a suponer que la exposición no es del todo correcta. Espero de corazón que no emplease las palabras «viles agentes» para referirse a los parlamentarios americanos; si llegó a hacerlo, dejándose llevar por una efusión extemporánea, ojalá, pienso, no lo hubiera puesto la dama por escrito.^[c201]

El señor Burke siempre mostró un grandísimo respeto por Johnson, y cuando el señor Townshend, hoy lord Sydney, en una época en la que era conspicua su actividad en la oposición, arrojó una reflexión en el Parlamento sobre la concesión de una pensión a un hombre de principios políticos como los de Johnson, el señor Burke, aun cuando perteneciera entonces al mismo partido que Townshend, se manifestó en defensa de su amigo, al cual, observó con justicia, la pensión le fue concedida única y exclusivamente por cuenta de sus eminentes méritos como hombre de letras. Se me ha asegurado que el ataque de Townshend contra Johnson dio origen a una broma en forma de pareado: en el original de la *Represalia* de Goldsmith, donde se describe el carácter de Burke, hay un nombre que un bromista sustituyó por el de Townshend:^[c202]

Si bien henchido de saber, se desgañitaba
para persuadir a *Tommy Townshend* de que le votara.

Tal vez valga la pena reseñar, entre las minucias de mi colección, que Johnson fue en su día llamado a servicio en la milicia, en las Bandas Adiestradas de la Ciudad de Londres, y que el señor Rackstrow, del Museo de Fleet Street, fue su coronel. Es de suponer que no llegó a prestar servicio en persona, aunque la sola idea de que lo hiciera, con todas las circunstancias concomitantes, es cuanto menos risible. En

aquella ocasión se proveyó de un mosquete, de una espada y el cinto de la vaina, que he visto colgando en su armario.

Fue muy constante con todos aquellos a quienes dio empleo, siempre y cuando no le dieran razón para estar molesto. Cuando alguien comentó que habían abusado de él al comprar té y azúcar, o artículos por el estilo, dijo: «No me sucede a mí tal cosa, ni a usted le sucedería si fuese a un establecimiento señorial, que es lo que hago yo. En tales tiendas no les sale a cuenta tratar siquiera de aprovecharse del cliente».

Como se hablara de un autor cuya vanidad era tan incansable como motivo de angustia para él mismo, dijo así: «No hay un joven retoño en todo el monte Parnaso más severamente azotado por cada ventolera de la crítica que ese pobre individuo».

La diferencia, observó, entre un hombre de buena crianza y otro de mala educación es la siguiente: «Uno inmediatamente suscita el agrado, y el otro provoca aversión. A uno se le quiere hasta que no se halle razón para odiarle; al otro se le odia hasta que no se halle razón para quererle».

La esposa de uno de sus conocidos se había adueñado fraudulentamente de un dinero perteneciente a la fortuna de su esposo. Presa de la natural y consabida compunción en sus últimos momentos, confesó lo que había guardado en secreto, pero antes de tener tiempo de decir dónde se encontraba el dinero fue víctima de una convulsión y expiró. Su marido dijo que le dolía más la falta de confianza que la pérdida de ese dinero. «Le dije —dijo Johnson— que debería consolarse, pues tal vez el dinero se hallara a su debido tiempo, mientras que podía tener total certeza de que su esposa ya no estaría más con él».

Un médico bastante petimetre recordó una vez a Johnson que había estado con él en una ocasión anterior. «No lo recuerdo, señor». Como el médico insistiera, y añadiera que aquel día llevaba una levita tan espléndida que sin duda tuvo que llamar su atención, le replicó: «Señor, hubiera usted ido bien embadurnado de limo del Pactolo,^[c203] y tampoco me habría llamado usted la atención».

Parecía procurarle gran placer hablar en su propio estilo, pues cuando por un descuido no daba el tono apetecido, repetía el pensamiento traduciéndolo a su estilo inconfundible. Hablando de la comedia titulada *El ensayo*, comentó: «No tiene ingenio suficiente para endulzarla». Fue una fácil apostilla, de modo que calló y pronunció una frase más redonda: «No tiene vitalidad suficiente que la preserve de la putrefacción».

Censuró a un escritor de entretenidos libros de viajes por haber asumido un carácter ficticio, diciendo —en el sentido que daba él al término— que «pone en pie una mentira y se sale con la suya, pero nadie sabe con cuántas ha de regresar cargado». En otra ocasión, hablando de esa misma persona, observó lo siguiente: «Señor, dar su asentimiento a un hombre del que no se tiene constancia que nunca haya falseado nada es un deber; ahora bien, cuando uno sabe que un hombre ha falseado, darle asentimiento es hacerle un favor».

Aunque no tenía un gusto desarrollado para la pintura, admiraba mucho el modo

en que sir Joshua Reynolds trató su arte en sus *Discursos ante la Royal Academy*. Un día observó un pasaje que contienen, y dijo: «Creo que esto mismo bien podría haberlo dicho yo». Una vez en que el señor Langton se hallaba sentado con él, le leyó uno de estos discursos con gran seriedad, y se manifestó de este modo: «Esto está muy bien, maestro Reynolds, pero que muy bien. Aunque no hay quien lo entienda».

Cuando le señalé que la pintura era tan sumamente inferior a la poesía que el relato e incluso el emblema que comunica ha de conocerse de antemano, y comenté a modo de muestra natural y risible de este hecho el que una niña, al ver una representación de la Justicia, con la venda sobre los ojos y la balanza, me dijo con una exclamación «Vea usted, una señora que vende dulces», él sentenció así: «La pintura, señor, sirve para ilustrar, pero no puede informar».

No hubo jamás un hombre más presto que Johnson a pedir disculpas cuando hubiera incurrido en una censura injusta. Cuando le llevaron unas galeradas de una de sus obras, encontró que era defectuoso el modo en que estaba dispuesto sobre la página parte del texto, con lo que se negó en redondo a seguir leyendo y exigió que el compositor^[172] compareciera ante él. El compositor era el señor Manning, un hombre sensato y decente, que había compuesto prácticamente la mitad de su *Diccionario* cuando estaba empleado en la imprenta del señor Strahan, así como gran parte de sus *Vidas de los poetas* estando en la imprenta del señor Nichols, y que (a sus setenta y siete años), estando en la imprenta del señor Baldwin, compuso parte de la primera edición de esta obra sobre el doctor Johnson. Mostrándole el manuscrito, satisfizo de inmediato a Johnson, quien se dio por contento al saber que no tenía él la culpa del error; con ello, Johnson sincera y seriamente le dijo así: «Señor compositor, le ruego me perdone; señor compositor, le pido disculpas una y mil veces».

Sus sentimientos de generosidad para con los desgraciados casi no tenían parangón. El siguiente ejemplo está bien comprobado. De regreso a casa a una hora ya avanzada de la noche se encontró con una pobre mujer tendida en la calle, tan agotada que no era capaz de dar un solo paso; se la echó a la espalda y la llevó hasta su propia casa, donde cayó en la cuenta de que era una de esas pobres mujeres que han caído en lo más bajo e infame del vicio, la pobreza, la enfermedad. En vez de reconvenirla con dureza, cuidó de ella con todo cariño durante algún tiempo, aun a costa de no pocos gastos, hasta que la vio restablecida, y trató entonces de encaminarla por el sendero de una vida de virtud.^[173]

Consideraba a Caleb Whitefoord un hombre singularmente feliz al haber dado con la signatura de *Papyrius Cursor* para sus ingeniosas y divertidísimas lecturas cruzadas de los periódicos, pues se trataba del nombre verdadero de un romano antiguo, claramente indicativo además de lo que hacía en su briosa ocupación.^[c204]

Se sabe que una vez en su vida largó lo que se suele llamar una bravuconada: sir Joshua Reynolds, cuando cabalgaban juntos por el condado de Devon, se quejó de que le había tocado un caballo pésimo, pues incluso cuando iban cuesta abajo avanzaba lento, al paso. «Ya —dijo Johnson—, y cuando sube una cuesta se queda

parado».

Tenía una aversión muy grande a la gesticulación de cualquier clase. Una vez reprendió a un caballero que lo había ofendido en este sentido. «Señor, no me haga visajes». Y cuando otro caballero creyó que iba a dar potencia adicional a su discurso mediante expresivos movimientos de sus manos, Johnson se las sujetó con fuerza y las sostuvo quietas.

Un autor de considerable eminencia había disfrutado de buena parte de la conversación en compañía de Johnson, hasta casi monopolizarla, aun cuando apenas había dicho nada que no fuera banal e insignificante; cuando se hubo marchado, Johnson nos comentó: «Es una maravilla la diferencia que no pocas veces hay en un hombre entre su manera de hablar y su manera de escribir. ***** escribe con verdadero brío, pero da pena oírlo hablar; de haber sujetado mejor la lengua, tal vez diésemos en pensar que se contuviera por modestia, pero con todo lo que hoy ha dicho, bien se ve qué clase de cosas tiene por decir».

Un caballero señaló que un *congé d'élire* no tiene seguramente la fuerza de una orden, y que puede considerarse solamente como una recomendación expresa. A lo cual replicó Johnson, que lo había oído: «Señor, se trata de una recomendación tal como si yo lo arrojara a usted por la ventana desde una segunda planta, y le recomendará que procurase caer en blando».^[174]

El señor Steevens, que pasó muchas horas con él a lo largo de su muy dilatada amistad, comenzada cuando ambos residían en el Temple, ha conservado buen número de anécdotas y particulares a él referidos, la mayor parte de los cuales se encuentran en la sección de «Apotegmas, etc.» de la colección de las *Obras* de Johnson.^[c205] Sin embargo, ha tenido la amabilidad de favorecerme con las siguientes, que son originales:

«Una noche, antes del juicio de Baretti, se celebró una consulta con sus amigos en casa del señor Cox, el abogado, en los edificios de Southampton, Chancery Lane. Entre otros se encontraban Burke y Johnson, que diferían en sus sentimientos sobre el sesgo que iba a darse a una parte de la defensa del preso. Terminada la reunión, Steevens observó que la cuestión dirimida entre su amigo y él se había discutido de un modo excesivamente acalorado. “Bien pudiera ser —repuso el doctor—, pues Burke y yo habríamos sido del mismo parecer caso de no haber tenido audiencia”».

«El doctor Johnson una vez mostró una faceta de su carácter que tal vez ni siquiera el señor Boswell viese nunca. Excitada su curiosidad por los elogios que habían recibido los célebres fuegos artificiales de Torrè, en Marylebone Gardens, quiso que el señor Steevens lo acompañara a verlos *in situ*. La noche era lluviosa, y al poco de estar reunido un público poco numeroso, se dio aviso de que los soportes de las ruedas, soles, estrellas, etc., estaban tan completamente empapados que iba a ser imposible que se prendiese ninguna de las partes del espectáculo previsto. “Esto es una mera excusa —dijo el doctor— para guardarse los petardos y buscapiés para cuando haya una concurrencia más provechosa. Alcemos los dos los bastones,

amenacemos con hacer trizas las lamparillas de colores que rodean la orquesta, y ya verá usted qué pronto satisfacen nuestros deseos. El corazón de los fuegos mismos no se puede deteriorar con la lluvia; si se prende cada una de las piezas en el meollo mismo del envoltorio que las recubre, el pirotécnico cumplirá su oficio tan bien como siempre”. Algunos jóvenes que por allí rondaban le oyeron, y de inmediato dieron comienzo a la violencia que él había aconsejado, de modo que se hizo un intento por prender cuanto antes algunas de las ruedas que parecían estar menos perjudicadas por el agua, aunque de poco sirvió la intentona, pues la mayoría de los fuegos fallaron por completo. Al autor del *Rambler*, sin embargo, se le puede tener en esta ocasión por cabecilla e incitador de una revuelta que salió como era de desear, aunque difícilmente pueda pasar por un diestro pirotécnico».^[c206]

«Se ha dado en suponer, por lo que a la moda se refiere, que el doctor Johnson era descuidado de su apariencia en público. Nada más lejos de la realidad, como bien se puede ver por el siguiente ejemplo. Iba a representarse la última comedia de Goldsmith estando la corte de luto;^[c207] Steevens tenía previsto visitar al doctor Johnson y acompañarlo a la taberna donde cenaría con otros amigos del poeta. El doctor estaba ya vestido para salir, aunque con ropa de colorido vivo; cuando se le hizo saber que encontraría a todos los presentes de negro riguroso, recibió la información con profuso agradecimiento, se apresuró a cambiarse de atuendo y repitió en todo momento su gratitud por la información que le había de salvar de hacer acto de presencia de un modo tan impropio en la primera fila de un palco. “Ni siquiera por diez libras habría querido yo parecer tan retrógrado ante la observación del respetable”».

«A veces fundamentaba sus desagradados sobre circunstancias de muy poco peso. Un día se mencionó al señor Flexman, pastor protestante, y alguno de los presentes rindió homenaje a su exactitud en la memoria de cualquier cuestión cronológica. El doctor repuso: “Ni una palabra más se diga de él, señor. Ése es el individuo que compuso los índices de mis *Ramblers*, y puso de este modo el nombre de Milton: ‘Milton, señor John’”».^[c208]

El señor Steevens aporta este otro testimonio: «Ha sido una gran desventaja para Johnson, sin embargo, que sus peculiaridades y sus flaquezas sean conocidas con más facilidad que sus buenas obras y sus rasgos de amabilidad.

Si las muchas acciones que él estudiadamente ocultaba a la vista del mundo, y los muchos actos humanitarios que llevó a cabo en privado, fueran detallados de manera tan minuciosa, sus defectos quedarían tan difuminados en medio del resplandor de sus virtudes que sólo éstas se tendrían en cuenta».

Aunque debido a la altísima admiración que siento por Johnson me he extrañado no pocas veces de que no fuese cortejado por todos los nobles y todas las personalidades eminentes de su tiempo, preciso es reconocer en justicia que ningún hombre de humilde cuna, que viviera enteramente de la literatura, ningún escritor de profesión, en una palabra, se elevó jamás en este país hasta la altura y la fama que él

conquistó con creces. En el transcurso de esta obra se han mencionado numerosos y diversos nombres, a los que podrían sin esfuerzo añadirse muchos más. No puedo pasar por alto los de lord y lady Lucan, en cuya residencia disfrutó a menudo de todos los elementos con que una mesa elegante y una compañía selecta pueden reforzar la felicidad; halló hospitalidad unida a prendas extraordinarias, embellecida por gentilezas a las que ningún hombre en sus cabales podría ser insensible.

El martes 22 de junio almorcé con él en el Club Literario, y fue la última ocasión en que visitó esta respetable sociedad. El resto de los miembros presentes fueron el Obispo de St. Asaph, lord Eliot, lord Palmerston, el doctor Fordyce y el señor Malone. Parecía estar mal de salud, pero tenía un temple tan viril que no incordió a los congregados con melancólicas lamentaciones. Todos dieron muestras de un afectuoso interés por él, cosa que le agradó sobremanera, y se esforzó por hallarse tan animado como su indisposición le permitía.

La angustia que a sus amigos producía la conservación de una vida tan estimable durante todo el tiempo que estuviera al alcance de los medios de los hombres les llevó a planear para su bien una retirada de los rigores del invierno británico, trocándolos por el clima templado de Italia. Este proyecto por fin alcanzó una seria y eficaz resolución en casa del general Paoli, con quien yo había hablado de la idea con cierta asiduidad. Tenía yo sin embargo entendido que previamente era necesario resolver una cuestión esencial, que no era otra que la obtención de un aumento de sus ingresos, en cantidad suficiente para que le permitiera sufragar los gastos de un modo que estuviera a la altura de la primera figura literaria de una gran nación, que, independientemente de todos sus méritos restantes, era nada menos que el único autor del *Diccionario de la lengua inglesa*. La persona a la que por encima de todas las demás estimé que se debía acudir para tramitar esta negociación no fue otra que el lord Canciller,^[175] pues sabía a ciencia cierta de la muy alta estima en que tenía a Johnson, pareja de la que Johnson tenía por él; de este modo, no significaría ninguna degradación para mi ilustre amigo solicitar para él la intercesión y el favor de tan gran hombre. He dicho lo que Johnson dijo de él cuando estaba en el foro, después de que fuera nombrado para el alto cargo de Guardasellos del Reino: «No tengo en Inglaterra que prepararme de antemano para departir con nadie, salvo si he de hacerlo con lord Thurlow. Cuando tenga que encontrarme con él, me gustaría estar avisado el día anterior». No alcanzo ni siquiera a suponer de qué manera daba en prepararse para el encuentro. ¿Prepararía algunos temas, examinándolos desde todos los puntos de vista, para encontrarse plenamente dispuesto a razonar sobre ellos, en todos y cada uno de sus aspectos? ¿Qué temas serían éstos? Una vez insinué esta curiosidad al gran hombre objeto del cumplido. Se limitó a sonreír, pero no dijo nada.

Consulté primeramente con sir Joshua Reynolds, cuya opinión fue punto por punto coincidente con la mía, a la vista de lo cual, aunque personalmente no me conociera apenas Su Señoría, le escribí^[176] para exponerle el caso y solicitar sus buenos oficios a favor del doctor Johnson. Le indiqué que me veía obligado a

emprender viaje a Escocia a comienzos de la semana siguiente, de modo que si tenía que indicarme algo o darme alguna orden respecto a la pía negociación entablada, le suplicaba que tuviera la bondad de avisármelo con antelación a mi fecha de partida; de otro modo, sir Joshua acogería sus indicaciones con la debida atención.

Esta gestión se llevó a cabo no sólo sin mediar ninguna sugerencia por parte de Johnson, sino que le fue totalmente ajena, no llegando a albergar jamás la menor sospecha de la misma. Todas las insinuaciones, por consiguiente, que después de su muerte se han prodigado, como si se hubiera rebajado él a solicitar algo superfluo, carecen de todo fundamento, pero es que si él mismo lo hubiera pedido, no habría sido superfluo, ya que si bien el dinero que tenía ahorrado resultó una cantidad mayor de lo que imaginaban sus amigos, mayor de lo que él mismo suponía —es de sobra conocida su indiferencia por los asuntos mundanos—, si hubiera viajado por el continente europeo no habría sido del todo innecesario cierto incremento de sus ingresos.

El miércoles 23 de junio le visité por la mañana, después de haber presenciado el estremecedor espectáculo de quince condenados ajusticiados en Newgate. Le dije que estaba convencido de que la vida humana no era una mera maquinaria, esto es, una cadena de fatalidades planeada y dirigida por el Ser Supremo, ya que contenía tanta perversidad y tantas desdichas, tantos ejemplos de lo uno y de lo otro, como el que en esos instantes me nublaba el entendimiento.

En el supuesto de que fuera una mera maquinaria, sería mejor de lo que es en este sentido, aunque no tan noble, por no ser un sistema de gobierno moral. Estuvo de acuerdo conmigo, como siempre lo había estado en la gran cuestión del libre albedrío, que en todas las épocas ha sido objeto de numerosas perplejidades y sofismas. «Ahora bien, señor, en cuanto a la doctrina de la necesidad, no hay un solo hombre que la crea. Si un hombre me diera argumentos favorables de aquello que no veo, aun cuando no pudiera yo rebatírseles, ¿debería creer acaso en lo que no veo?». Conviene en este punto observar que Johnson en todo momento hizo justa distinción entre las doctrinas contrarias a la razón y las doctrinas que están por encima de la razón.

Hablando de la disciplina religiosa que es más apropiada para los convictos desdichados, dijo así: «Señor, uno de los miembros de nuestro clero regular seguramente no sabría causar impresión suficiente en su ánimo; convendría que los auxiliara un predicador metodista^[177] o un sacerdote católico». Permítaseme sin embargo observar, para hacer justicia al reverendo señor Vilette, que había sido párroco ordinario de Newgate durante nada menos que dieciocho años, en el transcurso de los cuales atendió a centenares de criminales desdichados, que sus exhortaciones y su seriedad humanitaria fueron sumamente eficaces. Su extraordinaria diligencia es muy digna de elogio, y merece una recompensa apropiada.^[178]

El jueves, 24 de junio, cené con él en casa del señor Dilly, donde se encontraban el reverendo señor (hoy doctor) Knox, director de la escuela de Tunbridge; el señor

Smith, vicario de Southill; el doctor Beattie; el señor Pinkerton, autor de varios trabajos literarios, y el reverendo doctor Mayo. A instancias mías se hizo extensiva la invitación al viejo señor Sheridan, pues estaba yo deseoso de que Johnson y él volvieran a encontrarse por efecto del azar, con el fin de que se produjera una reconciliación entre ambos. Sheridan acudió temprano a la cita, y al tener conocimiento de que el doctor Johnson iba a estar presente, se marchó, de modo que con sincero pesar descubrí que mis intenciones conciliadoras iban a resultar infructuosas. No recuerdo nada de lo ocurrido este día, con la salvedad de la viveza de Johnson, quien, cuando el doctor Beattie reseñó, como si fuera algo notable, que por puro azar había tenido ocasión de ver el n.º 1 y el n.º 1000 de los coches de punto, esto es, el primero y el último de los autorizados con placa, le dijo: «Señor, las mismas posibilidades existen de que uno vea esos dos números u otros dos cualesquiera». Claramente tenía toda la razón, si bien el hecho de ver ambos extremos de la serie, cada uno de los cuales es por eso mismo más conspicuo que los demás, forzosamente tenía que sorprender de modo mucho más llamativo que el hecho de ver cualquiera de los restantes.

Aunque no he puesto esmero en registrar su conversación, es posible que fuera en este encuentro cuando el doctor Knox se formó la imagen que ha expuesto en sus *Veladas de invierno*?^[c209]

El viernes 25 de junio almorcé con él en casa del general Paoli, donde, según dice en una de sus cartas a la señora Thrale, «me encanta almorzar». Hubo una gran variedad de platos muy de su gusto, de todos los cuales me pareció que comió tanto que tuve miedo de que le sentaran mal, e incluso comuniqué al general mis temores en voz baja, rogándole que no le incitara a comer más. «¡Ay!, —dijo el general—, ya ve usted qué mal aspecto tiene; es seguro que no vivirá mucho tiempo. ¿Rehusaría usted cualquier gratificación ligera de sus gustos a un condenado a muerte? En Italia tenemos una muy humana costumbre, por la cual a todo el que se encuentre sumido en un estado de melancolía se le permite el disfrute de todo lo que le guste comer y beber, incluidas las delicias más caras».

Le mostré algunos versos que a propósito de Lichfield había escrito la señorita Seward, y que ese mismo día había recibido de ella, y tuve el placer de oír su aprobación. Me confirmó la verdad de un muy elevado elogio que, según había sabido yo, hizo él de tal dama, cuando ella le comentara *La colombiada*, poema épico de madame du Boccage:^[c210] «Señora, no hay nada que se pueda comparar con la descripción que hace usted del mar que rodea al polo norte en su “Oda a la muerte del capitán Cook”».

El domingo 27 de junio lo encontré bastante mejor. Le hablé de un joven que estaba próximo a viajar a Jamaica con su esposa e hijos, con la expectativa de que dos de sus hermanos asentados con anterioridad en la isla le mantuvieran. Uno era un clérigo, el otro un médico. JOHNSON: «Es un plan descabellado, señor, a menos que haya mediado una invitación en firme y ex profeso. Había una pobre muchacha que

acostumbraba visitarme hace tiempo, que tenía una prima en Barbados, la cual, en una carta, le manifestó su deseo de que viajara a la isla, explayándose sobre las comodidades de que gozaba y la felicidad de su situación. La pobre muchacha emprendió viaje: su prima se mostró sorprendidísima, y le preguntó nada más llegar cómo se le había ocurrido ir. “Pues porque tú me has invitado”, respondió. “Yo no”, respondió la prima. Ella le mostró la carta. “Pues veo que es cierto que te había invitado —dijo la prima—, pero es que nunca pensé que fueras a venir”. Le dieron alojamiento en un cobertizo, donde pasaba las horas de manera miserable, y en cuanto tuvo oportunidad regresó a Inglaterra. Cuando sepa de alguien que tiene previsto viajar al extranjero con sus parientes, con la idea de que le espera una grata acogida, cuénteles esta historia. En el caso que usted menciona, no sería de extrañar que el clérigo gaste cuanto ingresa, y que el médico no sepa lo que se le viene encima».

Almorzamos ese día en casa de sir Joshua Reynolds, con el general Paoli, lord Eliot (anteriormente el señor Eliot, de Port Eliot), el doctor Beattie y algunos otros comensales. Se habló de lord Chesterfield. JOHNSON: «Su porte era de una elegancia exquisita, y tenía mayor cultura de la que yo esperaba». BOSWELL: «¿Le pareció, señor, que su conversación fuera de estilo superior?». JOHNSON: «Señor, en la conversación que mantuvimos más tuve yo las de ser superior, no en vano trató de cuestiones filológicas y de literatura». Lord Eliot, que había viajado con el señor Stanhope, el hijo natural de lord Chesterfield,^[c211] observó con justicia que era extraño que un hombre que había demostrado tan gran afecto por su hijo como lord Chesterfield, escribiéndole tantas y tan largas cartas teñidas de preocupación, casi todas ellas siendo secretario de Estado,^[c212] lo cual es prueba innegable de su gran bondad y de su afable disposición, se desviviera por hacer de él un granuja. Su Señoría nos dijo que Foote se había propuesto poner en escena a un padre que de ese mismo modo había llevado a cabo la tutela de su hijo, y mostrar que el hijo era un hombre de bien para todos los demás, sólo que con su padre ponía en práctica las máximas que éste le quiso transmitir, con lo cual lo tenía engañado. JOHNSON: «Mucho me agrada el plan de la obra, pero me temo que no es apropiado que el hijo sea representado como una persona honesta. Al contrario; tendría que ser un consumado bribón, y así el contraste entre honestidad y bribonería sería tanto más acusado. Habría que idearlo de tal modo que el padre fuese el único que sufre con la villanía del hijo, y así habría al menos justicia poética».

Recordó a lord Eliot la existencia del doctor Walter Harte. «Sé bien —dijo— que Harte fue tutor de Su Señoría, y que fue asimismo tutor de la familia Peterborough. Dígame, Señoría: ¿recuerda por ventura algún particular que le contase acerca de lord Peterborough? Es uno de mis preferidos, pero no se le conoce lo suficiente; se trata de una personalidad que sólo se ha ventilado en panfletos partidistas». Lord Eliot repuso que si el doctor Johnson tuviera la bondad de formularle cualquier pregunta, le contestaría todo lo que alcanzase a recordar. Así las cosas, se comentaron algunos

detalles, «pero —dijo Su Señoría— la mejor relación de lord Peterborough que me he topado hasta la fecha es la que se recoge en las *Memorias del capitán Carleton*. Era descendiente de un antepasado que se había distinguido en el cerco de Derry. Era oficial de la armada y, cosa rara en la época, tenía ciertos rudimentos de ingeniería». Johnson dijo que nunca había oído hablar de ese libro. Lord Eliot conservaba su ejemplar en Port Eliot, aunque tras no pocas indagaciones se procuró un ejemplar en Londres y se lo hizo llegar a Johnson, quien dijo a sir Joshua Reynolds que estaba presto a retirarse a dormir cuando lo recibió, pero que le plació tanto el hallazgo que permaneció despierto hasta que lo hubo leído de cabo a rabo, hallando en él tal aire de verdad que bajo ningún concepto cabía dudar de su autenticidad,^[c213] y añadió con una sonrisa, en alusión al hecho de que lord Eliot recientemente hubiera ascendido al rango de noble, que «nunca di en pensar que un joven lord pudiera hablarme de un libro sobre la historia de Inglaterra que no fuera de mi conocimiento».

Se vino a sumar alguien a la concurrencia cuando subimos al salón; el doctor Johnson parecía haber redoblado sus ánimos con el incremento de sus oyentes. Dijo: «Ojalá que los cuadros de lord Orford,^[c214] y el Museo de sir Ashton Lever,^[c215] pudieran haberse adquirido con dinero público, para que tanto el dinero invertido como los cuadros y las curiosidades que contienen permanecieran en el país, ya que, si se vendieran a otro país, la nación en efecto se embolsaría un buen dinero, pero perdería los cuadros y las curiosidades, que sería muy deseable que se conservasen entre nosotros para la connatural mejora en el gusto y en el conocimiento de la historia natural. La única cuestión estribaría en que, si la nación estuviera muy necesitada de fondos, tal vez mejor fuera obtener un pago cuantioso por parte de un estado extranjero».

Se internó en una curiosa disquisición sobre la diferencia que existe entre intuición y sagacidad, siendo una de efecto inmediato, mientras que la otra requiere un proceso más largo y tortuoso; observó que una es el ojo del intelecto, mientras que la otra viene a ser el olfato del entendimiento.

Uno de los jóvenes caballeros presentes^[c216] entabló una discusión con él y defendió que nadie piensa jamás en el olfato del entendimiento, sin advertir que aun cuando ese sentido figurado nos resulte extraño, por ser muy inusual, no lo es más que el «ojo de mi intelecto, Horacio», de que habla Hamlet.^[c217] Mucho persistió en su empeño, y a Johnson se le antojó que se postulaba como antagonista suyo con demasiada presunción, con lo cual lo interpeló con voz tonante: «¿Cuál es la razón de que contienda si es que contender pretende?». Y poco después, suponiendo que el caballero le había replicado con alguna agudeza chistosa, dijo: «Señor *****, no le corresponde a usted hablarme de este modo. Por si fuera poco, el ridículo no está entre sus talentos. Ha de saber que en ese campo carece usted tanto de intuición como de sagacidad». El caballero protestó, y adujo que no había querido tomarse ninguna libertad que fuera impropia, y que sentía el mayor de los respetos por el doctor Johnson. Al cabo de una breve pausa, durante la cual reinó una embarazosa

inquietud, dijo JOHNSON: «Deme la mano, señor. Usted ha sido tedioso en extremo, y yo he pecado de poca paciencia». SEÑOR: «Señor, me honra con su atención en el sentido que sea». JOHNSON: «Vamos, señor; pelillos a la mar. Nos hemos ofendido el uno al otro por nuestro contencioso; no ofendamos ahora a los demás con nuestros cumplidos».

Dijo entonces que era grande su deseo de viajar a Italia, y que le llenaba de aprensión la sola idea de pasar el invierno en Inglaterra. Yo no dije nada, aunque disfruté de la secreta satisfacción de pensar que había tomado las medidas más eficaces que cupiera de cara a que tal plan fuese viable.

El lunes 28 de junio tuve el honor de recibir la siguiente carta del lord Canciller:

A James Boswell

Señor,

tendría que haber cursado inmediata respuesta a su amable carta, y lo habría hecho si (por estar en exceso ajetreado cuando la recibí) no la hubiera guardado en el bolsillo y la olvidase abrir hasta esta misma mañana.

Me siento muy agradecido por la sugerencia, y adoptaré las medidas que sean oportunas para que salga adelante en la medida de mis posibilidades. El mejor de los argumentos, no me cabe duda, y espero y confío que no tenga visos de fracasar, es el que se acoge al mérito del doctor Johnson. Sin embargo, será necesario, caso de que tenga la desdicha de no poder recibirle a usted, conversar con sir Joshua acerca de la suma que sea apropiado solicitar; en resumen, acerca del medio idóneo para que emprenda el viaje. Se reflejaría sobre todos nosotros la desgracia de que un hombre semejante pereciera por falta de medios para cuidar de su salud.

Suyo, etc.,

THURLOW

Esta carta me produjo una inmensa satisfacción. Al día siguiente fui a mostrársela a sir Joshua Reynolds, quien se sintió enormemente complacido con ella. A su juicio, era el momento de que yo comunicase la negociación al doctor Johnson, que más adelante tal vez se quejara si la atención con la que se le había de honrar le fuera mantenida en secreto durante demasiado tiempo. Mi intención era emprender viaje a Escocia al día siguiente, pero sir Joshua insistió cordialmente en que me quedase en Londres un día más, de modo que pudiéramos Johnson y yo almorzar con él y hablar los tres de su viaje a Italia y, tal como se expresó sir Joshua, «aclarar todo el asunto». Me di prisa en visitar a Johnson, quien me dijo que se encontraba bastante mejor. BOSWELL: «Me siento muy preocupado por usted, señor; en particular, me preocupa sobremanera que viaje a Italia a pasar el invierno, según tengo entendido que es su deseo». JOHNSON: «Así es, señor». BOSWELL: «No tiene más objeciones, presupongo, que el dinero que pueda serle necesario para ello». JOHNSON: «Desde luego, señor; ninguna más». Oído esto, le detallé todos los pormenores de mis gestiones hasta el momento, y le leí la carta del Canciller. Escuchó con gran atención, y al cabo dijo con emoción sincera: «Esto es tomarse molestias extraordinarias por un hombre». «Señor —respondí con todo mi afecto—, sus amigos harían cuanto fuera menester por su

bienestar». Hizo una pausa. Se tornó más inquieto, fue en aumento su agitación, hasta que le asomaron las lágrimas a los ojos y dijo con emocionado fervor: «Dios les bendiga a todos ustedes». Tanto me afectó su muestra de cariño que también yo derramé alguna lagrimilla. Tras un breve silencio, reiteró y amplió su agradecimiento y sus bendiciones: «Dios les bendiga a todos ustedes, por Cristo Nuestro Señor». Durante un rato, ninguno de los dos fue capaz de decir nada. De pronto se puso en pie y abandonó la estancia muy enternecido. Permaneció fuera muy poco tiempo, lo que tardó en recobrar la firmeza; poco después de que regresara me despedí de él, no sin antes confirmarle que al día siguiente almorzaríamos en casa de sir Joshua Reynolds. Nunca más volví a estar a cubierto bajo ese techo que durante tantos años había yo reverenciado.

El miércoles 30 de junio tuvo lugar un amistoso y confidencial almuerzo con sir Joshua Reynolds, sin que estuviera presente nadie más que nosotros tres. De haber sabido yo que sería la última vez en que me cupiera disfrutar en este mundo de la conversación de un amigo al que tanto respetaba, y del que obtuve tantas y tan provechosas instrucciones como entretenimientos, me habría sentido hondamente afectado. Ahora, al recordar aquella ocasión, me saca de quicio que se haya olvidado una sola palabra.

Tanto sir Joshua como yo éramos tan optimistas en nuestras expectativas que nos explayamos con toda confianza a propósito de la muy generosa provisión que con toda certeza se le iba a conceder, perdiéndonos en conjeturas sobre si tal munificencia se habría de manifestar en una sola donación de gran cuantía o bien en un notable incremento de su pensión. A él se le llegó a contagiar en tal medida nuestro entusiasmo que se permitió el dar en suponer que, en efecto, no era ni mucho menos imposible que nuestras esperanzas se hicieran realidad. Dijo que, en su caso preferiría de largo que se le doblase la pensión, antes que recibir una donación de mil libras, «pues —según dijo—, aunque es probable que no llegue a vivir lo suficiente para percibir siquiera un millar de libras, cualquiera prefiere tener en la conciencia la certeza de que pasará el resto de su vida en cierto esplendor, al margen de cuánto pueda restarle de vida». Si se considera qué moderada es la proporción que guardan unos ingresos anuales de seiscientas libras con las innumerables fortunas que en el país existen, vale la pena reseñar que un hombre tan verdaderamente grande considerase esplendorosa esa cantidad.

En prueba de su extraordinaria generosidad, fruto de la amistad, nos dijo que el doctor Brocklesby le había ofrecido cien libras al año mientras siguiera vivo. Una lágrima de gratitud le asomó por el rabillo del ojo, y nos habló con la voz quebrada.

Sir Joshua y yo nos esforzamos por halagarle la imaginación hablándole de las gratas perspectivas de felicidad que sin duda se le abrirían en Italia. «Quiá —dijo—, que de eso no es mucho lo que debo esperar. Cuando uno viaja a Italia meramente para sentir qué tal respira el aire de otros pagos, poca cosa le cabe disfrutar».

Nuestra conversación pasó a girar sobre la vida en el campo, que Johnson, cuyo

ánimo melancólico exigía la disipación que procura la variedad y la rápida sucesión de novedades, se había habituado a considerar una suerte de aprisionamiento del alma. «Con todo —le dije—, son muchas las personas que se dan por satisfechas de vivir en el campo». JOHNSON: «Señor, sucede lo mismo en el mundo intelectual que en el mundo físico. Ya nos dicen los filósofos de la naturaleza que un cuerpo se halla a sus anchas en el lugar que le resulta más idóneo. Y quienes se contentan con la vida en el campo, es que están hechos para la vida en el campo».

Hablando de los diversos objetos de disfrute, sostuve que el refinamiento del gusto constituía una desventaja, ya que quienes lo han desarrollado al máximo hallan placer menos a menudo que quienes no poseen finura en la discriminación, y por tanto se dan por satisfechos con cuanto les sale al paso. JOHNSON: «De ninguna manera, señor. Eso es poquedad. Esfuércese por ser tan perfecto como le sea posible en todos los aspectos».

Lo acompañé en el coche de sir Joshua Reynolds hasta la entrada a Bolt Court. Me propuso que entrase con él a su casa; decliné la invitación por mera aprensión de que se me encogiera el ánimo. Nos despedimos afectuosamente en el coche. Cuando hubo puesto el pie sobre la acera, me dio una voz: «Adiós, señor». Sin volver la vista atrás, se marchó con una suerte de paso vivaz, aunque patético, si me cabe hacer uso de la expresión, que parecía indicio de cierto esfuerzo por disimular su congoja, y que imprimió en mi ánimo el presentimiento de nuestra larga, larga separación.

Permanecí un día más en la ciudad, para disponer de una oportunidad de hablar de mi negociación con el lord Canciller, pero la multiplicidad de los compromisos irrenunciables de Su Señoría no me lo permitieron, de modo que dejé las gestiones en manos de sir Joshua Reynolds.

Poco después, Johnson sufrió la mortificación de que la señora Thrale le pusiera al corriente de que «lo que ella suponía que él jamás creyó»^[179] era en efecto cierto, esto es, que iba a contraer matrimonio con el signor Piozzi, un maestro de música italiano. Él se había desvivido con tal de impedirlo, pero todo fue en vano. Si ella publicase la totalidad de la correspondencia que cruzó con el doctor Johnson sobre esta cuestión, dispondríamos de una panorámica realmente completa de sus verdaderos sentimientos. Siendo como es, nuestro juicio ha de verse sesgado por esta característica muestra que sir John Hawkins nos ha dejado: «Pobre Thrale, y yo que pensaba que bien por su virtud, bien por sus vicios, se habría abstenido de semejante matrimonio. Ahora se ha convertido en asunto de conversación para mayor exultación de sus enemigos, y para sus amigos, si es que le queda alguno, motivo de olvido, o de compasión».^[180]

Preciso es admitir que Johnson extrajo una porción considerable de felicidad de los consuelos, comodidades y elegancias que disfrutó en el seno de la familia del señor Thrale, pero la señora Thrale nos asegura, en cambio, que por todo ello estaba en deuda exclusivamente con su esposo, quien ciertamente le respetaba con toda sinceridad. En palabras de esta señora, «la veneración por su virtud, la reverencia por

sus muchos talentos, el deleite que me causaba su conversación, más el connatural sometimiento a un yugo que mi esposo primero me puso encima, y cuya pesada carga compartió después conmigo por espacio de dieciséis o diecisiete años, me obligaron a mantener mi trato con el señor Johnson; ahora bien, el perpetuo confinamiento fue terrorífico en los primeros años de nuestra amistad, e irritante en los últimos; tampoco podía yo pretender asumir semejante peso sin ayuda de nadie, cuando mi coadjutor ya no moraba entre nosotros».^[181] ¡Ay! ¡Cuán distinto es todo esto de las declaraciones que yo mismo oí hacer a la señora Thrale en vida de Johnson, sin un solo murmullo en contra de ninguna peculiaridad suya, ni en contra de ninguna de las circunstancias concurrentes en su trato en la intimidad!^[c218]

Por ser sincero amigo del gran hombre cuya vida escribo, entiendo que es necesario prevenir a mis lectores frente a la errónea idea de la personalidad del doctor Johnson que se insinúa en las *Anécdotas* de esta señora, pues por la propia naturaleza y por la forma de su libro «presta a la falacia alas más ligeras con las que volar».^[c219]

«No se olvide —dice un crítico eminente—^[182] que la señora Thrale ha comprimido en un volumen escueto todo cuanto pudo recordar de su trato con el doctor Johnson a lo largo de veinte años, periodo durante el cual, qué duda puede haber, algunas cosas severas tuvo él que decir, y quienes leen el libro y lo despachan en dos horas como es natural dan en suponer que todas sus conversaciones eran de ese jaez. Lo cierto es que yo me he encontrado a menudo en compañía suya, y ni una sola vez le he oído decir nada severo a nadie, cosa que muchos otros pueden igualmente atestiguar. Cuando decía algo severo, por lo general respondía a la exhortación de la ignorancia que pretende hacerse pasar por sabiduría, o bien de la vanidad extrema, o de la afectación.

»Dos muestras de inexactitud —añade el mismo crítico— son particularmente dignas de nota:

»Se dice así:^[183] “Esa natural aspereza de su talante, que tan a menudo se reseña, a pesar de la regular uniformidad de sus conceptos, estallaba en medio de todos ellos con cierta frecuencia, y una vez rogó a una muy célebre señora, que posiblemente le había elogiado con un celo tal vez excesivo, o quizá haciendo demasiado énfasis en los halagos (cosa que siempre le ofendió), que considerase cuánto podían valer sus adulaciones, antes de que con ellas lo atragantase del todo”.

»Contrastemos con esta visión la anécdota genuina. La persona a la que de este modo se indica que recibió un trato áspero e incluso grosero, aun siendo una dama en efecto célebre, era entonces una recién llegada a Londres tras una anodina ocupación en provincias.^[c220] Durante una velada en casa de sir Joshua Reynolds conoció al doctor Johnson. De inmediato comenzó a cortejarlo por todo lo alto, sin pararse a observar las normas elementales de la decencia. “Mi querida señora, ahórrese los cumplidos, se lo ruego”, repuso él. Ella siguió a la carga hasta el punto de que se le fue la mano. “Señora, por lo que más quiera, ya basta”, insistió él. Haciendo caso omiso de estas advertencias, ella prosiguió sus ditirambos. A la larga, provocado por

esta intromisión vana y completamente falta de delicadeza, exclamó: “Queridísima señora, considere usted qué valor otorga a sus halagos antes de desperdiciarlos con tanta liberalidad”.

»Es de ver cuán diferente resulta la anécdota si se refieren todas las circunstancias concurrentes que de hecho le corresponden, pero que la señora Thrale o bien desconocía o bien ha suprimido.

»En otro pasaje^[184] dice así: “Un caballero que almorzó en su compañía en casa de un noble, y también en compañía del señor Thrale, a quien debo la anécdota, se mostró deseoso de entrar en liza en defensa del carácter del rey Guillermo, y luego de haber contradicho a Johnson en dos o tres ocasiones, con sobrada petulancia, el señor de la casa empezó a sentirse incómodo, pues esperaba que la discusión diera lugar a desagradables consecuencias, para evitar las cuales dijo en voz bien alta, de modo que el doctor lo oyese: ‘Este nuestro amigo no tiene mayor pretensión en todo esto, si se exceptúa la de relatar mañana en su club que hoy durante el almuerzo le tomó el pelo al doctor Johnson; si se mete en camisa de once varas, es más que nada para salir con honor’. ‘No, le doy mi palabra —replicó el otro— que no veo yo honor en todo esto, al margen de lo que quiera usted pensar.’ ‘Pues bien, señor —repuso Johnson con toda severidad—, si usted no ve honor, yo le aseguro que palpo la deshonra’”.

»Es pura sofistería. El señor Thrale no se hallaba presente en esta ocasión, por más que quizá hubiera relatado el cambio de impresiones a su esposa. Un amigo, por medio del cual conocí la historia, estaba entre los presentes, y no se produjo el encuentro en la casa de un noble. Sobre la observación de que el dueño de la casa apuntara que un caballero había contradicho a Johnson, que había hablado de ese modo para salir con honor del lance, etc., el caballero musitó en voz baja: “Yo no veo que haya honor en todo esto”, y Johnson no respondió nada, de modo que todo lo demás, aun cuando sea *bien trouvée*, es mero aderezo».

He tenido oportunidad, en varias ocasiones a lo largo de esta obra, de señalar las incorrecciones en que incurre la señora Thrale por lo que atañe a particulares que conozco de primera mano. Lo cierto es que en términos redundantemente frívolos ha expresado su desaprobación de ese deseo de autenticidad que mueve a una persona que ha de dejar constancia de una conversación a anotarla por escrito en el momento mismo en que tiene lugar.^[185] Sin ningún lugar a dudas, si se trata de algo que ha de quedar por escrito, cuando antes se haga, mejor. Esta señora dice por su parte:^[186] «Rememorar, sin embargo, y repetir los dichos del doctor Johnson, es prácticamente cuanto podrán aspirar a hacer quienes escriban su vida, toda vez que ésta, al menos desde que yo trabé conocimiento de él, consistió poco más que en conversaciones de toda clase, siempre y cuando no estuviera dedicado a escribir seriamente una obra». Hace alarde de haber llevado al día un cuaderno de lugares comunes, por lo que reparamos en que en un momento u otro tomó nota, de manera muy vivida, de ciertas muestras de la conversación del doctor Johnson, y de la de quienes con él departieron; ahora bien, si lo hubiera hecho sin dejar pasar el tiempo, probablemente

habría cometido menos errores y deslices, y de ese modo nos habría aliviado de las desagradables dudas acerca de su autenticidad, lastrados con las cuales ahora hemos de examinarlas.

Dice de él:^[187] «Era el más caritativo de los mortales, aunque sin llegar a ser lo que consideramos “un amigo activo”. Admirable a la hora de dar consejo, nadie veía el camino a seguir con tanta claridad como él, si bien él no movería un solo dedo para ayudar de veras a todos aquellos a los que siempre estuvo más que dispuesto a dar consejo». En la misma página, «si uno deseara un mínimo favor, había que solicitarlo a personas de disposición bien distinta, pues Johnson no daría siquiera un paso para conseguirle a un hombre un voto en una sociedad, para devolver un cumplido que pudiera ser útil o placentero, para escribir una carta de solicitud, etc., o para obtener cien libras más al año para un amigo que tal vez ya tuviera doscientas o trescientas. No había fuerza humana que le inspirase diligencia, no había manera de importunarlo para vencer su resolución de seguir quieto, sin hacer nada».

Es asombroso que alguien que gozó de tantísimas oportunidades para conocer bien al doctor Johnson parezca tan poco familiarizada con su verdadero carácter. Lamento que esta dama no sólo no advierta, sino que contradiga además su afirmación de que fuera un hombre obstinadamente defectuoso en las *petites morales*, en las pequeñas caridades de la vida social, en las muestras de afecto, en conferir favores a quien se los pidiera, pues no en vano dice^[188] que «el doctor Johnson fue sumamente liberal en prestar ayuda literaria a otros, creo yo, y son innumerables los prefacios, sermones, charlas y dedicatorias que confeccionó para las personas que se los pidieron». A buen seguro, rara vez se ha encontrado a un «amigo más activo» en ninguna época de la historia. Esta obra, que espero encarecidamente rescate su memoria del oprobio, contiene un millar de ejemplos de sus benévolos desempeños y desvelos en prácticamente todos los modos y maneras que se puedan concebir, y particularmente en la dedicación de su pluma, con generosa presteza, a todos aquellos a los que su auxilio pudo ser de utilidad. En efecto, su desprendida actividad a la hora de prestar pequeños favores y dar muestras de amabilidad, ya fuera mediante cartas, ya mediante solicitudes personales, fue uno de los rasgos más notables de su carácter, y para atestiguar la verdad de esto me basta con apelar a no pocos de sus respetables amigos: sir Joshua Reynolds, el señor Langton, el señor Hamilton, el señor Burke, el señor Windham, el señor Malone, el Obispo de Dromore, sir William Scott, sir Robert Chambers. Y ¿cómo ha podido la señora Thrale olvidar los anuncios y pasquines que escribió para su marido en tiempo de elecciones, los epitafios de su tumba y la de su madre, los versos juguetones, a veces meras bagatelas, que escribió para diversión de la propia señora Thrale y de sus hijas, su correspondencia con éstas, en la que entraba en sus minúsculas preocupaciones, que nos lo muestra bajo una luz sumamente afable?

Relata esta señora^[189] que el señor Ch—lm—ley inesperadamente se acercó a caballo hasta el carruaje del señor Thrale, en el que viajaba éste con su esposa y el

doctor Johnson; que presentó a todos ellos los respetos requeridos por la ocasión, pero que al observar que el doctor Johnson, que estaba ocupado en su lectura, no le vio, «le dio un golpecito suave en el hombro. “Es el señor Ch—lm—ley”, dijo mi esposo. “Bien, señor..., ¿y qué más da que sea el señor Ch—lm—ley?”, repuso el otro con severidad, alzando los ojos un instante de su libro y volviendo al mismo con renovada avidez». Con esto seguramente se transmite la idea de que Johnson había cometido una grosera falta de respeto con el señor Cholmondeley,^[190] un caballero por el que siempre tuvo afecto y estima. Si, por consiguiente, existiera una necesidad absoluta de comentar esta historia, cabría suponer que la ternura que ella sintiera por la personalidad del doctor Johnson la hubiera llevado a afirmar cualquier cosa que sirviera para ablandarla. Así pues, ¿por qué hay un silencio total en lo referente a lo que el señor Cholmondeley le dijo, a saber, que Johnson, quien lo conocía desde su más tierna infancia, una vez pudo percatarse de lo que fue sin duda una extraña manera de saludarlo, aprovechó la primera ocasión en que se vieron para pedirle disculpas de manera muy cortés y afectuosa? El libro de la señora Thrale se publicó en 1785; ya entonces obraba en su poder una carta del doctor Johnson, fechada en 1777^[191] que empieza así: «La historia de Cholmondeley me asombra, en caso de que sea cierta, lo cual dudo mucho, pues soy plenamente consciente del desaire: mucho lo lamento y mucho me avergüenza». Así pues, ¿por qué quiso publicar la anécdota? Y, ya que lo hizo, ¿por qué no añadió el resto de las circunstancias, que conocía de sobra?

En su trato en sociedad, la señora Thrale lo describe de este modo:^[192] «Siempre andaba cavilando hasta que se le llamaba a conversar, y conversaba hasta que la fatiga de sus amigos, o la prontitud de su temperamento a la hora de darse por ofendido, lo sumergía de nuevo en sus calladas cavilaciones». Ahora bien, en el mismo libro nos dice así:^[193] «Sin embargo, rara vez mostró inclinación a callar cuando cualquier cuestión de moral o de literatura salía a relucir, y era en tales ocasiones cuando, como el Sabio de su *Rasselas*,^[c221] hablaba de tal modo que la atención de los presentes pendía de sus labios; razonaba cabalmente, y con plena convicción redondeaba cada una de sus frases». «Su conversación, en efecto, tanto distaba de fatigar a sus amigos que cualquiera de ellos lamentaba el momento en que era preciso interrumpirla, o darla por concluida, y bien podían exclamar, con palabras de Milton: “Conversando con vos olvidé la hora”».^[c222]

Así las cosas, ciertamente no me excedo al afirmar en nombre de mi ilustre amigo que, por inteligentes y entretenidas que puedan ser las *Anécdotas* de la señora Thrale, bajo ningún concepto se puede tener ese librito como prueba en contra de él, ya que en todos los casos en que se refiere un ejemplo de aspereza o de severidad, conviene conceder el beneficio de la duda a su posible autenticidad, pues aun cuando puede existir cierta base para ello, como es su reprobación de la «muy célebre señora», se expone de tal modo en la narración que es muy diferente de como aconteció en realidad.

La finalidad manifiesta de la siguiente anécdota^[194] no es otra que representar a Johnson como una persona extremadamente deficiente e incluso cicatera en sus afectos, en la ternura, en la más elemental cortesía. «Cuando un día lamenté la pérdida de un primo carnal al que habían matado en América, “Se lo ruego, querida —me dijo—, déjese de hipocresías santurronas: ¿iba a estar el mundo mucho peor, si me permite preguntárselo, en el supuesto de que todos sus parientes fuesen puestos al espetón como las alondras, y asados para dar de comer a Presto?”. Presto era el perro faldero que yacía bajo la mesa mientras conversábamos». Sospecho que se trata también de exageración y distorsión. Reconozco que le hizo un discurso enojado, pero dejemos que las circunstancias se presenten como son por boca de Barette, que estuvo presente:

«La señora Thrale, mientras almorzaba con apetito estupendo unas alondras al espetón, dejó los cubiertos sobre el plato y exclamó bruscamente: “Ay, mi querido Johnson, ¿sabe usted qué ha sucedido? Las últimas cartas del extranjero nos han traído la noticia de que a nuestro pobre primo le arrancó la cabeza de cuajo una bala de cañón”. A Johnson le dejó pasmado tanto el hecho en sí como la ligereza y la falta de sentimiento con que ella se lo refirió, de modo que replicó así: “Señora, poca preocupación le causaría si todos sus parientes fueran puestos al espetón como esas alondras, y preparados para dar de comer a Presto”».^[195]

No sin preocupación me veo obligado a manifestar mi rechazo ante las inexactitudes que contienen las *Anécdotas* de la señora Piozzi, y es posible que haya abundado en demasía sobre su escueta colección. Ahora bien, como debido a la prolongada residencia de Johnson bajo su mismo techo, y a su intimidad con ella, la relación que ha dado acerca de él tal vez haya causado una impresión tan desfavorable como injusta, mi deber de biógrafo fiel me obliga a regañadientes esta desagradable tarea.

Habiendo dejado las pías negociaciones, como di en llamarlas, en las mejores manos en que podían hallarse, insertaré en este punto lo relativo a este asunto. Johnson escribió a sir Joshua Reynolds el 6 de julio en estos términos:

Dentro de unos días espero marchar a probar los aires del condado de Derby, pero tengo la esperanza de que antes nos podamos ver. Permítame sin embargo señalarle algo que me ocupa el corazón. Si el Canciller siguiera prestando su atención a la solicitud del señor Boswell, y le confiara a usted los medios de procurar alivio a mi estado de languidez, estoy sumamente deseoso de evitar que se dé la apariencia de pedir dinero bajo falsas pretensiones. Deseo que presente usted ante Su Señoría lo que, tan pronto se le sugiera, percibirá como algo razonable, y es que si diera en empeorar mi salud, tendría miedo de despedirme de mis médicos, de afrontar las inconveniencias del viaje, de suspirar y consumirme en la soledad del extranjero; que, si mejorase notablemente, de lo cual ahora mismo no es que haya demasiadas esperanzas, no desearía despedirme de mis amigos y de mis comodidades domésticas, pues no es el placer ni la curiosidad lo que me animan a viajar; con todo y con eso, si me recuperase, reviviría naturalmente la curiosidad. En el estado en que me encuentro, estoy deseoso de seguir luchando por una vida un poco más larga, y confío en obtener algún beneficio de un clima más templado. Haga por mí lo que pueda.

Me escribió así el 26 de julio:

Ojalá sus asuntos le hubieran permitido ejercer un más prolongado y constante empeño de su celo y su bondad.

Quienes tienen su bondad tal vez carecen de su ardor. Entretanto, me siento muy frágil, muy abatido.

Mediante una carta de sir Joshua Reynolds tuve conocimiento de que el lord Canciller le había hecho una visita, y le había dado a entender que la solicitud finalmente no tuvo éxito, si bien Su Señoría, tras hablar largo y tendido en alabanza de Johnson, un hombre que era un honor para su país, quiso que sir Joshua le hiciera saber que mediante la concesión de una hipoteca sobre su pensión podría obtener de Su Señoría un préstamo de quinientas o seiscientas libras, y Su Señoría le explicó los pormenores de la hipoteca, siendo su deseo expreso que la transacción se llevara a cabo de manera tal que Johnson pareciera hallarse bajo la menor de las obligaciones posibles. Sir Joshua comentó que mediante el mismo correo había comunicado cuanto antecede al propio doctor Johnson.

Cómo afectó a Johnson la noticia se verá por lo que respondió a sir Joshua Reynolds:

Ashbourne, 9 de septiembre.

Espero que no sean precisas muchas palabras entre usted y yo para convencerle de cuál es la gratitud que hincha mi corazón por la liberalidad del Canciller y sus muy amables oficios. (...)

He adjuntado una carta para el Canciller, que, cuando la haya leído, le ruego tenga la bondad de sellar como estime oportuno para hacérsela llegar; de habérsela enviado yo directamente, habría parecido que pasaba por alto el gran favor que usted me hace con su amable intervención.

Al lord Canciller del Reino^[196]

Septiembre de 1784

Señoría,

tras una prolongada y en modo alguno desatenta observación de la humanidad, la generosidad que Su Señoría demuestra con su ofrecimiento despierta en mí no menos asombro que gratitud. Tanta prodigalidad, y tan liberalmente otorgada, recibiría yo de muy buena gana si mi condición la hiciera necesaria, pues, ante tal espíritu, ¿quién no estaría orgulloso de reconocer sus obligaciones? Sin embargo, ha querido Dios devolverme la salud en tan gran medida que, si ahora me apropiase yo de tal fortuna destinada a hacer el bien, no podría rehuir la acusación de estar aprovechándome de una reclamación falsa. Mi viaje al Continente, aun cuando en otro momento se me antojara necesario, nunca lo vieron con muy buenos ojos los médicos, y estaba yo muy deseoso de que Su Señoría lo supiera por medio de sir Joshua Reynolds, en tanto en cuanto siempre se ha tratado de un evento harto improbable, pues caso de que mejorase no estaría muy deseoso de viajar, y caso de que empeorase no sería capaz de emigrar. A Su Señoría se recurrió primero sin mi conocimiento, pero cuando tuve noticia de que a usted le agradaría seguirme la corriente y otorgarme el beneficio de su patrocinio, no esperaba yo recibir una negativa, si bien, como no he tenido demasiado tiempo para alimentar la esperanza, y no me he revuelto en una opulencia imaginaria, esta fría recepción apenas me ha supuesto decepción ninguna; de la bondad de Su Señoría he recibido asimismo un beneficio como sólo hombres de su condición pueden otorgar. Ahora he de vivir *mihi carior*, con una más alta opinión de mis propios méritos.

Soy de Su Señoría el más agradecido, entregado y humilde servidor,

SAM. JOHNSON

En lo que se refiere a este inesperado fracaso me abstendré de verter cualquier comentario, así como de adelantar cualquier conjetura.^[c223]

Como luego de muchos reiterados razonamientos había logrado que el doctor

Johnson viese con buenos ojos mi traslado a Londres, e incluso me había proporcionado argumentos a favor de aquello mismo a lo que en principio se había opuesto en redondo, le escribí para solicitarle que me los pusiera por escrito; tuvo la bondad de acceder a mi petición, de modo que aquí extracto parte de la carta que me remitió el 11 de junio,^[c224] como prueba de lo bien que supo exponer un visión cauta, aunque alentadora:

Recuerdo, y le encarezco que no olvide, que *virtus est vitium fugere*. El primer acercamiento a la riqueza es la seguridad que de la pobreza nos aleja. La condición bajo la cual goza usted de mi consentimiento para acomodarse en Londres es que sus gastos nunca excedan sus ingresos anuales. Dejando bien fijo este fundamento de seguridad, no puede usted salir perjudicado, y es posible que mucho pueda progresar. La pérdida de sus negocios en Escocia, que es cuanto puede perder con el traslado, no ha de tenerse por equivalente de las esperanzas y las posibilidades que aquí se abren ante usted. Si sale adelante, la cuestión de la prudencia queda zanjada: cualquiera pensará que bien está lo que bien termina, y aunque sus expectativas, de las cuales yo no le aconsejaría que hablase demasiado, no se vean plenamente recompensadas, es difícil que fracase a la hora de encontrar amigos que hagan por usted todo cuanto su situación presente le permita esperar; y si al cabo de unos cuantos años regresara usted a Escocia, lo haría con el espíritu provisto de variadas conversaciones, de abundantes ocasiones de indagación, de copiosos conocimientos, de materiales para la reflexión y la instrucción.

Contemplemos ahora a Johnson, treinta años después de la muerte de su esposa, por la cual todavía retiene toda la ternura del afecto.

Al reverendo señor Bagshaw, de Bromley^[197]

12 de julio de 1784

Señor,

tal vez recuerde usted que en el año de 1753 procedió usted a dar cristiana sepultura a mi querida esposa. Ahora le pido su permiso para que se coloque una lápida sobre su tumba, cuya inscripción adjunto, para que si usted da su visto bueno me lo indique como es debido.^[c225]

Me hará un gran favor si precisa el lugar en que descansa, para que la lápida proteja sus restos.

El señor Ryland le visitará para lo tocante a la inscripción,^[198] y se ocupará de que un cantero la talle. Fácilmente entenderá que me abstenga de estar presente en ese luctuoso oficio. Una vez esté hecho, si no me han abandonado las fuerzas, visitaré Bromley para rendirle los respetos a los que tiene todo el derecho, reverendo señor, de su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Ese mismo día escribió a Langton:

No puedo sino pensar que, en mi lánguido y angustiado estado, razones no me faltan para quejarme de que no recibo de usted ni interés ni consuelo. Sabe de sobra en cuánto valoro su amistad, y con cuánta confianza espero sus amabilidades, máxime si necesitara cualquier acto de bondad que pudiera usted prestarme; en cualquier caso, si no lo sabe usted, creo que su ignorancia es culpa suya. Sin embargo, es de ver cuánto tiempo ha transcurrido desde que vivo casi en vecindad con usted sin tener ni la menor noticia. Ahora bien, no considero esta negligencia del trato algo que se me haya manifestado a mí en particular, pues tengo entendido que dos de sus amigos más apreciados tienen idéntica queja. ¿A qué se debe, así pues, que a todos nos pase por alto? No le tiene a usted postrado la enfermedad, no requieren toda su atención los negocios; si está enfermo, estará enfermo de ocio, y permítame decirle que no hay enfermedad más temible, ni más aconsejable de evitar. Dar en preferir no hacer nada antes que hacer el bien constituye el estado más ínfimo de un espíritu degradado. Dice Boileau a su discípulo:

Que les vers ne soient pas votre eternel emploi,
Cultivez vos amis...

Esa debilidad voluntaria que el moderno uso de la lengua se contenta con llamar indolencia, si no se contrarresta mediante la resolución, con el tiempo deja inertes hasta las facultades más fuertes que uno posee, y convierte en humo la llama de la virtud. Ni espero ni deseo verle, pues mucho me contenta saber que su madre pasa con usted largas temporadas, y no consideraría que fuese elegante ni agradecido si no se dedicara usted por entero a gratificar su afecto. Presente mis respetos a ambas damas y a todos los jóvenes. Viajaré al norte durante una corta temporada, por ver si el aire del campo me reporta algún beneficio, pero si usted me escribe, su carta me ha de seguir a donde me encuentre.

Al día siguiente emprendió un corto recorrido por los condados de Stafford y Derby, halagándose con la perspectiva de que tal vez hallara cierto alivio a sus achaques.

Mientras estuvo ausente de Londres mantuvo correspondencia con varios de sus amigos, de la cual selecciono lo que me parece más apropiado para su publicación, sin prestar atención al orden cronológico de las cartas.

Al doctor Brocklesby le escribe desde Ashbourne en estos términos, el 20 de julio:

La amable atención que desde hace tanto tiempo muestra usted por mi salud y mi felicidad hacen que sea tanto deuda de gratitud como gesto de interés darle cumplida cuenta de cuanto me sucede, cuando accidentalmente me recuperé de su cuidado inmediato. El trayecto del primer día lo hice con muy poca sensación de fatiga; al segundo día de viaje llegué a Lichfield sin demasiada lasitud, si bien me temo que no hubiera sido capaz de soportar tan violenta agitación durante demasiados días seguidos. Diga al doctor Heberden que en el coche leí el *Ciceronianus*, que concluí al avistar Lichfield. Mi afecto y mi entendimiento estuvieron acordes con Erasmo, con la excepción de que una o dos veces entrelaza sin demasiada habilidad el aspecto civil o moral de Cicerón con su carácter retórico. Estuve cinco días en Lichfield, aunque al verme incapacitado de caminar no tuve gran placer, y ayer (el 19) vine aquí, donde veré cómo me sientan el aire y las atenciones. No me complazco por el momento con la percepción de ninguna mejora de mi salud. (...) El asma no da muestras de remitir. Los opiáceos detienen el acceso, de modo que puedo permanecer sentado y a veces tumbado con comodidad, pero no me procuran la capacidad de moverme, y me temo que mi fuerza corpórea en general no aumenta. El tiempo, desde luego, no es benigno, si bien ¡qué bajo ha caído aquél cuyas fuerzas dependen del clima! Ahora leo a Floyer, que vivió con su asma hasta casi los noventa años. Por falta de cierto orden, su libro es bastante oscuro; su asma, por lo demás, no creo que sea del mismo tipo que la mía. Algo tal vez pueda sacar en claro. Mi apetito sigue siendo bueno; considero que es síntoma radical de buena salud que me deleite con voracidad en comer la fruta de verano, de la cual hace pocos años no tenía mayor apetencia. Tenga la bondad de comunicar esta información al doctor Heberden, y si algo hubiera que hacer hágame saber su opinión conjunta. Ahora, *abite curae*, permítame interesarme por el club.^[199]

31 de julio

Al no recordar que el doctor Heberden tal vez se encuentre en Windsor, me pareció que su carta tardaba mucho en llegar. Pero, como usted bien sabe, *nocitura petuntur*,^[c226] y la carta que tanto deseaba recibir me dice que he perdido a uno de mis mejores y más queridos amigos.^[200] Mi consuelo es que pareció vivir como un hombre que siempre tuvo ante sus propios ojos la fragilidad de nuestra presente existencia, y por tanto no estaba, espero, mal preparado para presentarse ante su juez. La atención que usted, querido señor, y el doctor Heberden prestan a mi salud es sumamente amable. Aborrezco pensar que empeoro, pero ni siquiera podría demostrar ante mi propia parcialidad que haya mejorado gran cosa.

5 de agosto

Le doy las gracias, querido señor, por su atención infatigable, tanto en lo médico como en lo amistoso, y espero demostrar el efecto de sus cuidados viviendo lo suficiente para reconocérselo.

12 de agosto

Tenga por favor la bondad de tenerme presente en sus pensamientos, y comente mi caso a quienes tenga oportunidad. No me da la impresión de que ahora mismo gane ni pierda fuerzas. He probado últimamente la leche, pero por el momento no le encuentro ventajas, y me atemoriza meramente en calidad de líquido. Sigo teniendo aún buen apetito, cosa que sé que ve con buenos ojos el doctor Heberden según su criterio de la *vis vitae*. Como ahora no podemos vernos, no dejo de escribir, pues no sabe usted con qué expectación aguardo la hora en que llega el correo.

14 de agosto

Hasta la fecha sólo le he hecho llegar cartas melancólicas, de modo que se alegrará al oír mejores noticias. Ayer remitió el asma, remitió de manera perceptible, y me moví con más facilidad de la que he disfrutado desde hace muchas semanas. Quiera Dios continuar otorgándome su misericordia. Esta relación no la pospongo, pues no soy yo amigo de las quejas, ni de los quejosos, si bien desde que nos despedimos sólo le he referido terrores y penas varias. Escríbame, querido señor.

16 de agosto

Tengo esperanzas de mejorar. Respiro con mayor facilidad, con más libertad. Ayer fui a la iglesia, tras un almuerzo muy pródigo, sin mayores inconveniencias; no es, desde luego, una larga caminata, aunque desde que llegué nunca la había hecho sin dificultades. (...) la intención consistía sólo en incrementar, si tal es posible, la *inertia* de los músculos pectorales y pulmonares. Me hallo beneficiado por un grado de facilidad que me deleita sobremanera, y no desespero de echar aún otra carrera por las escaleras de la Academia. Si estuviera sin embargo de humor para ver o para mostrar mi estado corporal en su faceta menos benévola y más oscura, podría decir «*Quid te exempta juvat spinis de pluribus una?*».^[c227]

Sigo pasando las noches sin dormir, y el agua retenida va en aumento, aunque no demasiado deprisa. Regocijémonos, sin embargo, por todo el bien que tenemos. La remisión de una enfermedad permitirá a la naturaleza combatir las demás. No he dejado de tomar las cebollas albarranas; de hecho he tomado más de cien gotas al día, y un día tomé hasta doscientas cincuenta, lo cual, de acuerdo con el equivalente popular de una gota a un grano, viene a ser más de media onza. Le agradezco, señor, su atención en el encargo de los medicamentos; sus atenciones nunca me han fallado. Si la virtud de los medicamentos pudiera aplicarse mediante la benevolencia de quien los prescribe, es de ver qué pronto me restablecería del todo.

19 de agosto

La relajación del asma sigue igual, si bien no confío plenamente en que así sea por sí misma, y por tanto la aplaco de vez en cuando con un opiáceo. No sólo realizo el perpetuo acto de la respiración de manera menos trabajosa, sino que además puedo caminar con menos descansos que antes, y con una mayor libertad de movimiento. Nunca tuve una muy buena opinión de las medicinas mixtas del doctor James; sus ingredientes se me antojan harto ineficaces, pura bagatela, y a veces incluso tan heterogéneos que sin duda se contrarrestan entre sí. Esta receta exhibe una composición de unos trescientos treinta granos, de los cuales hay cuatro de tártaro emético, y seis gotas de tintura tebaica. Quien así escribe, sin duda escribe por puro alarde. La base de su medicina es una planta llamada gomorresina, que mi querido doctor Lawrence tendía a recetar en sus tiempos, pero que yo nunca vi que tuviera mayor efecto. Si le parece, dejaremos este medicamento en paz. Las cebollas cuentan con mi plena aprobación, así que habrán de ser las albarranas lo que tomemos al menos de momento.

21 de agosto

La amabilidad que me muestra al tenerme presente en sus pensamientos prácticamente en todas las ocasiones, espero que siempre colme mi corazón de gratitud. Tenga la bondad de dar de mi parte las gracias a sir George Baker por la consideración que me ha concedido. ¿Se trata del globo que hace tanto tiempo se espera, ese globo al que aporté mi suscripción, aunque sin pago alguno?^[c228] Es una lástima que los filósofos hayan visto defraudadas sus esperanzas, y es una vergüenza que se les haya estafado, si bien no sé yo de qué modo podría haberse evitado una cosa y la otra. Nada he leído acerca del experimento. ¿Dónde se llevó a cabo? ¿Y quién fue el hombre que se largó con tanto dinero? Siga escribiéndome a menudo, señor, pues ninguna de sus prescripciones opera de modo más seguro que sus cartas, que sirven como cordial refuerzo de mi ánimo.

26 de agosto

Tuve que sufrir que escapara usted del último correo sin carta, pero no debe usted esperar semejante indulgencia a

menudo, pues le escribo no tanto porque tenga algo que decirle, sino más bien porque cuento con recibir una respuesta, y porque la vacuidad de la vida que aquí llevo da un grandísimo valor a una carta. Aquí apenas tengo compañía, poco entretenimiento, y así me veo abandonado a la contemplación de mis propias miserias, un tanto entristecido y deprimido; a esto también me resisto como puedo, y he hallado que el opio, es de cierta utilidad, si bien rara vez tomo más de un grano. ¿No es extraño el clima que tenemos? El invierno absorbió la primavera, y ahora ha llegado el otoño antes de que tuviéramos un verano propiamente dicho. No permitamos que nuestra mutua amabilidad imite la inconstancia de las estaciones.

2 de septiembre

El señor Windham ha venido a verme. Se desvió, tengo entendido, unas cuarenta millas de su itinerario, y permaneció un día y medio, aunque tal vez acorto algo su estancia, más de lo que fue en realidad. Conversación como la habida con él no la volveré a tener mientras no regrese a las regiones de la literatura, y allí se halla Windham, *inter stellas Luna minores*.^[201] [Menciona a renglón seguido el efecto de ciertos medicamentos que ha ingerido; añade]: la naturaleza recobra sus poderes originales, y las funciones retoman su estado apropiado. Dios sigue otorgándome su misericordia, y me concede el recto uso de la misma.

9 de septiembre

¿Conoce usted a los Duques de Devonshire? ¿Ha visto alguna vez Chatsworth? Estuve el lunes en Chatsworth. Lo había visto antes, aunque nunca estando sus dueños en la casa. Me recibieron con grandes atenciones, y con sinceridad me apremiaron a quedarme, pero les dije que un enfermo no es el inquilino más digno de una gran mansión. Tengo la esperanza de volver alguna otra vez.

11 de septiembre

Creo que nada empeora, que todo va a mejor, salvo el sueño, que últimamente me ha gastado jugarretas de las suyas. Ayer, antes de caer la noche, sentí una inclinación que hacía tiempo no tenía: salir a pasear para pasar el rato. Di un corto paseo y regresé sin hallarme ni fatigado ni sin aliento. Ha sido éste un verano sombrío, lúgubre incluso, frío, nada cordial, aunque últimamente parece arreglarse un poco. A veces oigo que se habla del calorcillo, pero yo no lo siento;

*Prætereā minimus gelido jam in corpore sanguis
Pebre calet sola...*^[c229]

Espero, a pesar de todo, que con buena ayuda pueda hallar el medio de sobrellevar el invierno en casa, y de oír y relatar en el club qué se hace y qué se debiera hacer en el mundo. Aquí no tengo compañía, y como es natural regresaré hambriento de conversación. Desearle, señor, más ocio del que dispone no sería amable; el ocio sin embargo de que disponga me lo debe conceder a mí.

16 de septiembre

Hace ya algunos días que le he dejado en paz, por tener en efecto poca cosa que contar. A veces me acusa usted injustamente de vivir en el lujo. En Chatsworth, como sin duda recuerda, sólo he almorzado una vez; el médico con quien vivo sigue rigurosamente una dieta a base de leche. No engordo, aunque mi estómago, si no lo trastorna la medicina, nunca me falla. Ahora empiezo a hastiarme de la soledad, y pienso en desplazarme la semana que viene a Lichfield, lugar donde hay más ocasiones sociales, aunque sea por lo demás menos conveniente en mi actual estado. Cuando me haya instalado le escribiré de nuevo. Del calor del que me hablaba, no hemos tenido mucho en el condado de Derby; por mi parte, rara vez me acaloro, y supongo que el frío que paso es efecto de lo destemplado que estoy, suposición que como es natural me lleva a albergar la esperanza de que un clima más caluroso me fuera de provecho. Pero tengo esperanzas de aguantar otro invierno inglés.

Lichfield, 29 de septiembre

En un solo día recibí tres cartas a propósito del globo de aire:^[c230] la suya era de largo la mejor, y me ha permitido impartir a mis amigos de provincias una idea acertada de esa diversión de nuevo cuño. En diversión, y nada más, me temo que haya de terminar el asunto, pues no considero que sea posible dirigir su curso de modo que sirva a ningún propósito de comunicación, así como tampoco puede darnos nueva información sobre el estado del aire a distintas alturas, al menos mientras no asciendan hasta la altura de las más altas montañas, cosa que no parece probable que se llegue a realizar. Llegué aquí el 27. No he determinado cuántos días me quedaré. Mi hidropesía ha desaparecido, mi asma ha remitido en gran medida, pero en estos dos días me he sentido algo en

declive, más que nada hoy, si bien tales vicisitudes son de esperar. Un día será peor que otro, pero este último mes ha sido en general mejor que el anterior; si el que viene ha de ser tan bueno como éste, echaré a correr por la ciudad por mi cuenta y riesgo.

6 de octubre

El sino del globo no lo lamento mucho.^[c231] fabricar globos nuevos es repetir la chanza de punta a cabo. Ahora conocemos un método para ascender por los aires y, creo yo, no es probable que a ese respecto conozcamos mucho más. Esos vehículos de nada sirven hasta que no podamos guiar su curso, y tampoco pueden gratificar la curiosidad hasta que con ellos ascendamos a alturas superiores a las que hemos llegado sin su ayuda, esto es, hasta que nos remontemos más allá de las cumbres de las más altas montañas, cosa que todavía no se ha hecho. Conocemos el estado del aire en todas sus regiones, hasta lo más alto de Tenerife, y, por lo tanto, nada aprenderemos de quienes naveguen en un globo por debajo de las nubes. El primer experimento, ahora bien, fue osado, y bien mereció aplauso y recompensa. Pero desde que se llevó a cabo, y es conocido el suceso, preferiría con mucho que se hallase un medicamento capaz de curar el asma.

25 de octubre

Me escribe con un celo que me anima, y con una ternura que me conmueve. No me da miedo ni un viaje a Londres ni el hecho de residir en la ciudad. Tuve un poco de fatiga, y ahora no me encuentro más débil. En el ambiente con humo me vi libre de la hidropesía, que considero que es la enfermedad originaria y radical. La ciudad es mi elemento.^[202] Allí están mis amigos, allí están mis libros, de los que aún no me he despedido, y allí hay abundantes motivos de entretenimiento. Sir Joshua me dijo hace ya tiempo que mi vocación es la vida pública, y tengo la esperanza de mantenerme en esa condición, hasta que Dios me diga «Ve en paz».

Al señor Hoole

Ashbourne, 7 de agosto

Desde que estoy aquí he recibido dos breves cartas tuyas, y no he tenido la gratitud de escribirle. Ya se sabe que somos sobre todo libres con nuestros amigos, porque nadie supone que los amigos vayan a sospechar de una falta de civismo intencionada. Una de las razones de mi omisión es que, hallándome en un lugar en el que usted es un completo desconocido, carezco de asuntos sobre los cuales corresponderle. Si algo conociera de Ashbourne, podría hablarle de dos lugareños que, condenados la semana pasada en Derby a morir en la horca por un robo, se ahorcaron ellos solos en sus celdas. Su amabilidad, lo sé, hará que se alegre de oír alguna cosa buena acerca de mí, pero es que no tengo ni mucho ni bueno que contarle. Que no empeoro, es cuanto puedo decir. Espero que la señora Hoole reciba mayor beneficio de su migración. Preséntele mis respetos y escriba de nuevo, querido señor, a su afectuoso servidor.

13 de agosto

Le agradezco su afectuosa carta. Espero que los dos estemos mejor en aras de nuestra mutua amistad, y espero que no hayamos de despedirnos pronto para siempre. Diga al señor Nichols que me alegraré de ser su corresponsal cuando sus asuntos le dejen algo de tiempo libre, aunque desearle que tenga menos ocupaciones, de modo que tuviera yo mayores placeres, tal vez fuera demasiado egoísta. Pagar por una entrada de asiento para ver el globo no es muy necesario, ya que en menos de un minuto todo el que mire desde una milla a la redonda verá cuanto haya que ver. En cuanto a las alas, soy de su misma opinión: de ninguna manera ayudarán a que sea más gobernable, ni a que sea más regulable su movimiento. Ahora me encuentro algo más aliviado de cuerpo, aunque mi espíritu a veces se encuentra deprimido. En cuanto al club, no tengo grandes penas. Las multas siguen su curso, y la casa, según tengo entendido, ha hecho mejoras de cara a las siguientes reuniones. Espero que nos reunamos a menudo, y que las reuniones duren lo suyo.

4 de septiembre

Su carta, efectivamente, se hizo de rogar, pero fue muy bien recibida. Nuestro trato de amistad subsiste desde hace tiempo, y nuestros mutuos recuerdos requieren más amplio espacio, al tiempo que abundan las ocurrencias menudas que funden los pensamientos en ternura. Escríbame, por tanto, tan a menudo como pueda. Tengo entendido por el doctor Brocklesby y el señor Ryland que el club no cuenta con una gran concurrencia. Espero que lo reanimemos cuando el invierno vuelva a reunirnos.

Al doctor Burney

2 de agosto

El clima, sabe usted, no ha sido el más balsámico. Me veo reducido a pensar y por fin me doy por satisfecho con hablar del tiempo que hace. El orgullo tiene su recompensa en la caída.^[203] He perdido a mi querido señor Allen; da lo mismo adónde mire, los muertos o los moribundos me salen al encuentro y me obligan a concentrar la atención en la tristeza y la mortalidad. Que la señora Burney haya escapado de tanto peligro, y que se halle bien tras tantas penurias, arroja sin embargo cierta y radiante esperanza sobre la lúgubre perspectiva. Ojalá su restablecimiento sea pleno, y ojalá le dure. Yo lucho a brazo partido por la vida. Tomo medicamentos, tomo el aire, el coche de mi amigo siempre está a punto. Esta mañana hemos recorrido 24 millas, y podríamos haber seguido otras 48, pero ¿quién puede entablar carrera con la muerte?

4 de septiembre

[En referencia a cierta transacción privada, sobre la cual se le solicitó su opinión; luego de pronunciarse al respecto, aporta las siguientes reflexiones, aplicables a otros supuestos]. Nada merece más compasión que la conducta errónea con un buen fin, o la pérdida o el oprobio que sufre uno que, siendo consciente de tener sólo buenas intenciones, se pregunta por qué pierde esa amable relación que tanto habría deseado preservar, sin saber si es culpa suya, si, tal como a veces sucede, nadie le dice cómo es que ha ofendido con sus esfuerzos por complacer. Me deleita hallar que coincide en sus opiniones con las mías. Me hará un gran favor si sigue escribiéndome. El día en que llega el correo aquí se ha convertido en un largo día de recreo.

1 de noviembre

Nuestra correspondencia se ha secado por falta de asuntos que tratar. Le dije lo que le tuve que decir acerca del asunto que sometió a mi consideración, y nada más me quedaba, salvo decirle que estaba despierto o que dormía, o que estaba más o menos enfermo. Concentré mis pensamientos en mí, y supuse que usted dio empleo a los suyos en su libro.^[c232] Que su libro se haya pospuesto me alegra, pues así tendrá ocasión de ser más preciso. De la cautela necesaria para ajustar las narraciones nunca hay buen fin. Unos cuentan lo que no saben para no parecer ignorantes; otros, por mera indiferencia a la verdad. No toda la verdad, desde luego, reviste la misma importancia; ahora bien, si se permiten las pequeñas violaciones de la misma, cualquier violación será a su debido tiempo considerada menor, y cualquier escritor ha de mantenerse vigilante y en guardia para resistir a las primeras tentaciones de caer en la negligencia o de dejarse vencer por la ignorancia supina. Había dejado de escribir, pues por respeto a usted nada más tenía que decir, y por respeto a mí poca cosa podía yo decir. No puedo alardear de grandes progresos, y en caso de convalecencia bien cabe decir, con pocas excepciones, *non progredi est regredi*. Ojalá pueda yo ser la excepción. Mi mayor dificultad es la que tuve con mi dulce Fanny,^[204] quien, mediante su artificio al insertar su carta en la de usted, me obsequió un precepto de frugalidad y ahorro que no gocé yo de libertad para desatender, al tiempo que desconozco quiénes se hallaban en la ciudad bajo cuyo cuidado podría yo enviar mi carta.^[c233] Me regocija saber que ustedes se encuentran bien, y me deleita con simpatía especial el restablecimiento de la señora Burney.

Al señor Langton

25 de agosto

La amabilidad de su última carta, y mi omisión en responderla, comienzan a darle a usted, incluso a mi juicio, el derecho de recriminarme e incluso de acusarme de tener olvidados a los ausentes. Por consiguiente, no aplazaré ni un día más el darle justa relación de mi estado, con el deseo de poder relatarle lo que a mí me agrade o lo que agrade a mi amigo. El 13 de julio partí de Londres en parte con la esperanza de beneficiarme de un cambio de aires, y en parte excitado por la impaciencia que con el presente suele tener el enfermo. Llegué a Lichfield en una silla de posta, con muy poca fatiga, en un viaje de dos días, y tuve el consuelo^[205] de ver que, desde mi última visita, tres de mis más antiguos conocidos han muerto. El 20 de julio me dirigí a Ashbourne, donde he permanecido hasta ahora; la casa en la que residimos es reparadora. Vivo demasiado en soledad, y a menudo me hallo profundamente abatido. Ojalá estuviésemos más cerca y pudiéramos regocijarnos con su llegada a Londres. Un amigo al tiempo serio y animado es una gran ventaja. No nos descuidemos uno al otro durante el poco tiempo que la Providencia nos puede permitir esperar aún. De mi salud no podría decirle lo que mis deseos me habían persuadido de confiar, esto es, que mucho ha mejorado gracias a la estación del año o a los remedios. No concilio

el sueño, se me cansan las piernas cada pocos pasos, el agua se me acumula en gran medida. El asma, por el contrario, ha remitido; sigo teniendo bastante obstruida la respiración, pero gozo de mayor libertad que antes. Las noches en vela dan pie a días de torpor; leo muy poco, aunque estoy solo, pues de día me siento tentado a suplir el descanso que el lecho no me dio por la noche. Así es mi historia: como cualquier otra historia, una narración concatenada de desdichas. Ahora me siento y escribo con muy poca sensibilidad de dolor o de debilidad; ahora bien, cuando me pongo en pie encuentro que las piernas me traicionan y me fallan. Del dinero que mencionó usted no tengo necesidad inmediata; guárdemelo sin embargo, a menos que se lo requiera alguna exigencia inaplazable. Sus papeles he de mostrárselos, descuide, cuando quiera usted verlos, si bien me siento un tanto enojado ante usted por no haber llevado al día la cuenta de sus propios *acceptum et expensum*, y creo que haría bien en ahorrarse un poco de tiempo con Aristófanes para dedicarlo a las *res familiares*. Perdóneme, pues lo digo con la mejor intención. Tengo la esperanza, mi querido señor, de que tanto usted como lady Rothes y los jóvenes, demasiados para enumerarlos, estén bien y sean felices. Dios los bendiga a todos.

Al señor Windham

Agosto

La ternura con que ha tenido usted la bondad de tratarme a lo largo de mi dilatada enfermedad, espero que ni la salud ni un nuevo recrudescimiento me hagan olvidarla; no debe usted bajo ningún concepto suponer que después que nos despidiéramos estuviera usted ausente de mis pensamientos. Ahora bien, ¿qué puede decir un enfermo, salvo que está enfermo? Sus pensamientos forzosamente se concentran en sí mismo; ni recibe ni puede producir deleite; sus indagaciones y cuitas revierten en la manera de aliviar el dolor, y sus esfuerzos sólo buscan un consuelo momentáneo. Aunque ahora me encuentro en los alrededores del Pico, no debe usted esperar descripción de sus maravillas, de sus cerros colindantes, sus cauces de agua, sus cavernas o sus minas; sin embargo, querido señor, le diré algo que espero que escuche con no menor satisfacción, y es que desde hace más de una semana el asma me aflige mucho menos.

Lichfield, 2 de octubre

Entiendo que está usted desde hace tiempo acostumbrado a los diversos *phænomena* de la enfermedad, de modo que no le sorprenderá si un paciente desea estar donde no se encuentra, y donde a todo el mundo salvo a él parece que bien pueda estar, sólo que sin tener la resolución de moverse. Creí que Ashbourne era un lugar solitario en demasía, pero no vine aquí hasta el pasado lunes. Aquí gozo de más compañía, aunque mi salud en esta última semana no ha prosperado, y es de ver en la languidez de la enfermedad qué poco se puede hacer. No sabría precisar ni cuándo ni adónde iré después, pero le ruego encarecidamente, querido señor, que de cuando en cuando me haga saber dónde se le puede encontrar, pues su residencia reviste un poderoso atractivo para su más humilde servidor.

Al señor Perkins

Lichfield,
4 de octubre de 1784

Querido señor,
no puedo sino sentirme halagado al pensar que gracias a su amabilidad conmigo le alegrará saber de mi paradero y del estado en que me hallo.

Me he debatido a brazo partido con mis achaques diversos. Mi respiración ha estado muy obstruida, y el agua acumulada amenazaba con ganarme de nuevo. Pasé la primera parte del verano en Oxford, luego fui a Lichfield, de allí a Ashbourne, en Derby, y hace una semana regresé a Lichfield.

Ahora respiro con mayor facilidad, y el agua en gran medida ha dejado de acumularse, de modo que espero verle antes del invierno.

Presente mis respetos a la señora Perkins y al señor y señora Barclay. Soy, querido señor, su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Al honorable William Gerard Hamilton

Lichfield,
20 de octubre de 1784

Querido señor,

considerando qué razón me dio usted en primavera para concluir que participaba usted del bien o del mal que pudiera sobrevenirme, no debiera yo haber omitido durante tanto tiempo la relación que me dispongo a proporcionarle. Mis afecciones son el asma y la hidropesía, y otra que es menos fácil de curar, a saber, mis setenta y cinco años de edad. De la hidropesía, a comienzos del verano e incluso en primavera, me recuperé en tal grado que maravilló tanto a los médicos como a mí mismo; el asma ahora se encuentra asimismo muy aliviada. Visité Oxford, donde el asma fue muy tiránica y la hidropesía de nuevo comenzó sus amenazas, pero los medicamentos y la estación a tiempo pusieron coto a las hinchazones. Regresé entonces a Londres, y en julio tomé la resolución de visitar los condados de Stafford y Derby, por donde aún peno con mi enfermedad. Aún he sufrido otro ataque de hidropesía, que no fue fácil de evacuar, si bien a la postre cedió. El asma repentinamente remitió estando en cama el 13 de agosto, y aunque ahora es muy opresiva creo que resulta algo más llevadera que antes de que remitiera. Tengo las extremidades penosamente debilitadas, paso las noches sin dormir, sumido en el tedio.

Cuando lea la presente, querido señor, no lamentará que no le haya escrito antes. Tampoco prolongaré mis quejas. Espero con todo verle en una hora más feliz, hablar de lo que tan a menudo hemos hablado, y tal vez hallar nuevos asuntos de entretenimiento, o nuevas incitaciones a la curiosidad.

Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

A John Paradise^[206]

Lichfield, 27 de octubre de 1784

Querido señor,

aunque a lo largo de todo mi periplo veraniego no le he dado noticias mías, espero que me tenga en mejor consideración y que no imagine que me ha sido posible olvidarlo durante todo este tiempo, no en vano ha tenido usted tan grande y tan constante amabilidad conmigo, que como es natural habría causado honda impresión incluso en un pecho más endurecido que el mío.

El silencio no es culpable cuando nada placentero se suprime. En nada habría aliviado sus quejas haber leído nada acerca de mis malhadadas vicisitudes. Me he debatido a brazo partido con formidables y obstinadas afecciones, y si bien no puedo hablar de salud, creo que toda alabanza es debida a mi Creador y Preservador por la prolongación de mi vida. La hidropesía me ha atacado en dos ocasiones, y ha cedido a los medicamentos; el asma me resulta muy opresiva, pero asimismo ha remitido. Me encuentro muy débil y muy insomne; pero ya es hora de concluir el relato de las desdichas.

Espero, querido señor, que usted mejore, pues también tiene usted su carga en los males del ser humano, y que su señora y los encantadores pequeños se encuentren bien.

Soy, querido señor, etc.,

SAM. JOHNSON

Al señor George Nicol^[207]

Ashbourne, 19 de agosto de 1784

Querido señor,

desde que nos despedimos, mucho me ha oprimido el asma, aunque últimamente respirar se me hace menos laborioso. Si permanezco sentado me hallo casi del todo a mis anchas, y puedo caminar, aunque no mucho, con menos dificultad esta semana que con anterioridad. Espero gozar de nuevo de la compañía de mis amigos, y que usted y yo podamos tener un poco de conversación sobre literatura.

Donde ahora me encuentro, dispongo pródigamente de todo, salvo de conversación. Mi amigo se encuentra también enfermo, y las reciprocidades en las quejas y gemidos no nos proporcionan demasiados placeres ni instrucción a ninguno de los dos. Lo que no tenemos en casa es que en esta localidad no existe, de modo que me

alegraré de ver importada alguna información, y espero que me conceda de vez en cuando, señor, un poco de su tiempo para alivio y entretenimiento de su sincero amigo,

SAM. JOHNSON

Al señor Cruikshank

Ashbourne, 4 de septiembre de 1784

Querido señor,

no dé en suponer que lo tengo olvidado; espero no se me acuse nunca de olvidar a mis benefactores.^[c234] Hasta hace poco no tuve nada que escribir, salvo quejas y más quejas, desdichas y más desdichas, pero en esta última quincena he experimentado un gran alivio.

¿No goza de asueto entre una charla y otra? Si encuentra liberación de la necesidad del estudio diario, tal vez encuentre tiempo para escribirme una carta. [Aquí enumera los particulares de su situación]. A cambio de esta descripción de mi salud, permítame gozar de un buen relato sobre la suya y sobre su prosperidad en todas sus empresas.

Soy, querido señor, su amigo, etc.,

SAM. JOHNSON

Al señor Thomas Davies

14 de agosto

La ternura con que siempre me trata usted me hace ser culpable ante mis propios ojos por haber omitido escribirle durante una separación tan prolongada. Desde luego, no tenía nada que decir que usted pudiera desear saber de mí. Todo ha sido hasta la fecha desdicha acumulada sobre desdicha, enfermedad que corrobora enfermedad, hasta que ayer mi asma perceptible e inesperadamente se mitigó mucho. Me consuela sobremana este breve alivio, y estoy deseoso de halagarme pensando que tal vez continúe e incluso mejore. Gozo en este momento de tal facilidad de respiración que no sólo admito los consuelos, sino que también asumo los deberes de la vida. Presente mis respetos a la señora Davies. Pobre Allen, era un buen hombre.

A sir Joshua Reynolds

Ashbourne, 21 de julio

La ternura con que me tratan mis amigos hace razonable suponer que estén deseosos de saber cuál es mi estado de salud, y es preciso satisfacer un deseo tan benévolo.

Vine a Lichfield en dos días, sin dolores ni fatiga de consideración, y el lunes me trasladé aquí, donde me propongo permanecer un tiempo y ver cómo me sienta el aire y la regularidad. Todavía no logro persuadirme de que haya hecho grandes progresos de cara a mi recuperación. Duermo poco, respiro con grandes dificultades, tengo notable debilidad de piernas. El agua acumulada se incrementa un poco, pero de nuevo se ha evacuado. El síntoma más inquietante es la falta de sueño.

19 de agosto

Como desde que nos despedimos he tenido poca cosa que decirle, o más bien nada que a usted le complaciera y que a mí me alegrase contar, no he sido pródigo en cartas inútiles; ahora bien, me halaga pensar que usted compartirá conmigo el placer con que ahora puedo decirle que hará cosa de una semana sentí una súbita y notoria remisión de mi asma y, en consecuencia, una mayor ligereza de acción y de movimiento. De este alivio tan de agradecer desconozco la causa, así como tampoco oso fiarme de que se mantenga, si bien mientras dure me esforzaré por disfrutarlo, por todo lo cual deseoso estoy de comunicar a mis amigos, mientras dure, este placer.

Hasta la fecha, querido señor, había escrito antes de que llegase el correo, que en esta localidad permanece muy poco tiempo, y me trajera su carta. El señor Davies parece haberse hecho una idea demasiado espléndida de mi pequeño avance hacia la recuperación. Sigo inquieto, sigo débil, sigo acuoso, pero el asma es menos opresiva.

Pobre Ramsay.^[208] Por doquiera que miro, la mortalidad me recibe con su ceño formidable. La última vez que estuve en Lichfield dejé a tres amigos a los que ahora he hallado muertos. Tan pronto pierdo de vista al querido Allen, me dicen que ya no he de verlo más. Siempre hemos sabido que todos hemos de morir; ojalá lo hubiese recordado antes. No me tenga por intruso ni por inoportuno, querido señor, si ahora le invoco para que lo recuerde usted.

2 de septiembre

Me alegro de que un pequeño favor de la corte haya interceptado sus furiosos propósitos.^[c235] De ninguna manera podría haber dado mi aprobación a tal violencia pública ni a tal resentimiento, y habría considerado a todo el que la fomentase como alguien más bien deseoso de divertirse de mala manera que dispuesto a honrarle a usted. El resentimiento gratifica a quien se propone causar un daño, y daña de manera injusta a quien no tenga tal intención. Pera todo esto ahora ya es superfluo.

Continúo, por la misericordia divina, mejorando. Mi respiración es más llevadera, mis noches más apacibles, mis piernas están menos hinchadas y algo más fortalecidas. Aún es mucho, sin embargo, lo que me queda por superar antes de acceder siquiera a la salud natural en un anciano. Escríbame, no deje de escribirme de vez en cuando; somos ya viejos conocidos, y quizá sean pocas las personas que hayan vivido tanto y tanto tiempo juntas, con menos motivo de queja por ambas partes. La retrospectiva a este respecto es muy grata, y espero que nunca hayamos de pensar el uno en el otro con menos bondad.

9 de septiembre

No pude responder a su carta antes de hoy, pues el día 6 visité Chatsworth, y a mi regreso ya había marchado el correo.

Espero que no sean necesarias muchas palabras entre usted y yo para convencerle de cuál es la gratitud que hincha mi corazón por la liberalidad del Canciller y sus muy amables oficios. No tenía yo ni mucho menos la suposición de que lo que el Canciller solicitara pudiera ser motivo de rechazo, pero ya que así ha sido mejor será no decir que nada se llegara a solicitar. He adjuntado una carta para el Canciller que, cuando la haya leído, le ruego tenga la bondad de sellar como estime oportuno para hacérsela llegar; de habérsela enviado yo directamente, habría parecido que pasaba por alto el gran favor que usted me hace con su amable intervención. En mi última carta le puse al corriente de mis progresos en la recuperación, que, según creo, en general sigue adelante. Del tumor hidrópico no hay apenas señales; el asma es mucho menos molesta y parece remitir día a día, aunque sea sólo un poco. No desespero de sobrellevar cuando llegue el invierno inglés.

En Chatsworth conocí al joven señor Burke, quien me introdujo muy cómodamente en conversación con los Duques. Disfrutamos de una muy plácida mañana. El almuerzo fue público.^[c236]

18 de septiembre

Me envanecía al suponer que esta semana me llegaría una carta suya, pero no ha sido así. Escríbame de vez en cuando, pero dirija la siguiente a Lichfield. Creo, y espero no equivocarme, que sigo mejorando; a veces paso buenas noches, pero sigo teniendo debilidad en las piernas, si bien tal es el alivio que voy a Lichfield con la esperanza de poder llevar a cabo mi ronda de visitas a pie, pues allí no hay coches de punto. Hoy he recibido tres cartas, todas acerca del globo. Me hubiera bastado con una. No me cuente nada más del globo, al margen de lo que le parezca apropiado decirme.^[c237]

2 de octubre

Siempre me enorgullecerá su aprobación, y por tanto me complació sobremanera que le agradara mi carta. Cuando la copió usted, más que el mío vulneró el derecho del Canciller. La negativa no la esperaba, pero tampoco había pensado demasiado en ello, pues dudaba de que el Canciller tuviera tanta consideración como para hacer la solicitud. Siendo el guardián de la conciencia del monarca, no debiera suponérsele a él capaz de una solicitud impropia.

No es oro todo lo que reluce, como tantas veces se nos ha dicho, y el adagio tiene sobrada verificación en el lugar que usted ocupa y en el favor que yo recibo.^[c238] Ahora bien, si lo que suceda no nos hace más ricos, hemos de recibirlo con los brazos abiertos si al menos nos hace más sabios. En la actualidad no mejoro, pero tampoco empeoro; mis esperanzas sin embargo se hallan un tanto menguadas, y es grandísima pérdida la pérdida de la esperanza, aunque sigo luchando como puedo.

Al señor John Nichols

Lichfield, 20 de octubre

Cuando estuvo usted aquí, le complació, según tengo entendido, pensar que mi ausencia fue un inconveniente. Mucho me hubiera gustado, se lo aseguro, dar a tan diestro amante de las antigüedades cuanta información deseara acerca de mi lugar natal, del cual, sin embargo, no es mucho lo que sé, y razones tengo para pensar que no es mucho lo que se sabe. Aunque no le haya procurado yo ningún entretenimiento, sí he recibido yo entretenimiento de usted. En Ashbourne, donde gocé de muy escasa compañía, tuve la fortuna de pedir prestada su *Vida del señor Bowyer*, un libro tan repleto de historia contemporánea que en él cualquier literato hallará algo acerca de sus viejos amigos. Se me pasó por la cabeza que podría de vez en cuando haberle dado algunas sugerencias dignas de que las tuviera en cuenta, y tal vez podríamos pasarnos la vida charlando. Espero que podamos estar juntos más adelante; debe usted ser para conmigo lo que fue con anterioridad, y lo que fue mi querido señor Allen. Nos fue inesperadamente arrebatado. Entiendo que fue un hombre muy bueno. He hecho contados progresos en mi restablecimiento. Me encuentro muy débil e insomne, pero vivo con esperanzas.

Toda esta variada correspondencia, que de este modo he reunido, posee gran valor tanto por lo que añade a las cartas de Johnson que el público ya conoce como por exponer nobles y genuinas muestras de su vigor y de su vivacidad intelectual, que ni la edad ni la enfermedad deterioraron ni disminuyeron.

Cabe observar que su escritura obedece en todos los sentidos, tanto si son públicas como privadas y para sus amigos, a sucesivos arranques y detenciones; bien se ve que varias de estas cartas las escribió en un mismo día. Una vez superaba la aversión que tenía a ponerse a escribir, su deseo era el de continuar ante todo, con objeto de dar alivio a su espíritu de la intranquila reflexión que sin duda le suscitaba posponer el cumplimiento de sus deberes.

Mientras estuvo en el campo, a despecho de la acumulación de enfermedades que hubo de soportar, su intelecto no pareció perder ni un ápice de su capacidad. Tradujo una oda de Horacio que aparece impresa en sus obras, y compuso varias plegarias, de las cuales insertaré una, tan sabia y tan enérgica, tan filosófica y piadosa, que dudo mucho que no sirva para procurar consuelo a muchos cristianos sinceros cuando se encuentren en un estado de ánimo al cual entiendo que incluso los mejores son susceptibles.^[209]

Y aquí me veo plenamente capacitado para refutar de plano una muy injusta reflexión de sir John Hawkins, tanto sobre el doctor Johnson como sobre su fiel criado, el señor Francis Barber, como si ambos hubieran sido culpables de negligencia hacia una persona de apellido Heely, a quien sir John se empeña en llamar pariente del doctor Johnson. Lo cierto es que el señor Heely no tenía con él ningún parentesco; estuvo casado, en efecto, con una de sus primas, que murió sin haber tenido descendencia, y luego se casó con otra mujer, de modo que incluso la muy leve conexión que tuvieron por alianza marital había quedado disuelta. El doctor Johnson, quien había mostrado una gran liberalidad con este hombre mientras aún vivía su primera esposa, como se ha visto en una parte anterior de esta obra,^[210] fue humanitario y caritativo en medida suficiente para seguir prodigando su generosidad con él de manera ocasional, aunque de ninguna manera existiera deber ninguno de

atenderle a él ni a su descendencia. La siguiente carta, que amablemente me ha facilitado el señor Andrew Strahan, refrendará lo que afirmo:

Al señor Heely, n.º 5 de Pye Street. Westminster

Ashbourne,
12 de agosto de 1784

Señor,

como quiera que la necesidad le obliga tan pronto a recurrir a mí, al menos debiera haberme comunicado qué pequeña cantidad es la que bastaría para paliar su actual carencia, pues no debe ni puede suponer que tengo yo mucho de sobra. Dos guineas debiera ser el máximo que adeude por atraso a su acreedor. Si visita al señor Strahan, en New Street, Fetter Lane, o, en su ausencia, al señor Andrew Strahan, muéstrele la presente, por la cual se les ruega que le adelanten a usted dos guineas y que la conserven como carta de pago.

Soy, señor, su humilde servidor,

SAM. JOHNSON

Ciertamente, es muy necesario tener en cuenta que sir John Hawkins ha considerado de manera inexplicable el carácter y la conducta de Johnson en no pocos particulares armado de infelices prejuicios.^[211]

Ahora hemos de contemplar a Johnson por última vez en su lugar natal, ciudad por la que siempre conservó un cálido afecto y que, con un apostrofe inesperado, introduce bajo el vocablo *lich*^[c239] en su inmortal *Diccionario*: «*Salve magna parens*». ^[212] Estando en ella sintió renacer toda la ternura y el afecto filial, del que aparece buen ejemplo en la orden que da para que la lápida sepulcral y la inscripción de Elizabeth Blaney^[213] sean sustancial y esmeradamente renovadas.

Al señor Henry White, joven clérigo con quien trabó amistad íntima, hasta el punto de hablarle con gran libertad, le dijo que, en general, no podía acusarse de haber sido un hijo desobediente, o que no cumpliera sus deberes filiales. «A decir verdad, una vez —le dijo— sí pequé de falta de obediencia; me negué a acompañar a mi padre al mercado de Uttoxeter. Fue el orgullo la causa de mi negativa, y su recuerdo me llena de pesar. Hace algunos años quise expiar la falta, y fui a Uttoxeter con un tiempo pésimo, permaneciendo sin cubrirme cuando arreciaba la lluvia, en el lugar mismo donde instalaba mi padre su puesto. Lo hice con la debida contrición y espero que la penitencia fuera expiatoria».

«En una de las últimas visitas que le hice —dice la señorita Seward—, le hablé de un cerdo maravillosamente adiestrado que había visto en Nottingham, y que era capaz de hacer cuanto hemos visto hacer a los perros y a los caballos. El asunto le divirtió. “En tal caso —dijo—, los cerdos son una raza a la que injustamente se calumnia. No es que el cerdo haya faltado al hombre, sino que el hombre ha faltado al cerdo. No les damos tiempo para que se adiestren, los matamos antes de que cumplan un año”. El señor Henry White, que estaba presente, observó que si ese suceso hubiera tenido

lugar antes de la época de Pope, éste no habría tenido justificación al poner a los marranos como ejemplo del grado más ínfimo del instinto de prosternarse. Al doctor Johnson pareció agradecerle la observación, mientras que el autor de la misma procedió a señalar que grandes torturas ha debido de ser preciso emplear con el fin de reducir la indocilidad del animal. “Sin duda —dijo el doctor—, aunque —volviéndose a mí —... ¿qué edad tenía el cerdo?”. Le dije que tres años. “En tal caso —añadió—, el cerdo no tenía motivo de queja. Se le hubiera sacrificado al primer año si no fuera un cerdo tan avezado, y esa existencia prolongada es buena recompensa por tan considerable extremo de tortura”».

Como tenía Johnson ya muy débiles esperanzas de restablecerse, y como la señora Thrale no le era ya tan devota en sus afectos, podía haberse deducido que escogería de modo natural quedarse en la confortable casa de la hija de su amada esposa, y terminar su vida allí donde la empezó. Subsistía sin embargo en él un espíritu elevado y vigoroso,^[214] y a pesar de las penosas enfermedades, que podrían deprimir a cualquier mortal ordinario, todos los que le vieron pudieron presenciar y reconocer el *invictum animum Catonis*.^[215] Tal era su ardor intelectual, incluso en esta época, que dijo a un amigo: «Señor, considero que se echa a perder cualquier día en que no aprendo algo nuevo», y a otro, refiriéndose a su enfermedad, dijo: «Seré vencido, pero no capitularé». Tal era su amor a Londres, tan exacerbado el goce que le producía su enorme extensión y la variedad de sus entretenimientos intelectuales, que languidecía cuando estaba ausente de la ciudad durante demasiado tiempo; su espíritu sagaz se había hecho voluptuoso por el prolongado hábito de disfrutar de la metrópoli; por consiguiente, aun cuando en Lichfield se hallara rodeado de amigos que lo querían y reverenciaban, y por los que sentía un muy sincero afecto, se dio cuenta de que una conversación como la que Londres proporciona no puede encontrarse en ningún otro lugar. Estos sentimientos, unidos con toda probabilidad a las esperanzas de verse ayudado por los eminentes médicos y cirujanos de Londres, que amable y generosamente le asistían sin aceptar retribución a cambio, le llevaron a resolver su regreso a la capital.

De Lichfield fue a Birmingham, donde pasó unos días con su antiguo y querido discípulo, el señor Hector, quien me escribe lo siguiente:

Se mostró muy deseoso de recordar algunas de nuestras andanzas de mocedad, y que se las transmitiera luego a él; me di cuenta de que nada le producía mayor placer que rememorar aquellos días de nuestra inocencia. Cumplí sus deseos, pero no recibió mis notas sino pocos días antes de morir. Le he transcrito a usted con toda exactitud las notas que preparé para él.

Este documento se encontró entre sus papeles después de su muerte, y sir John Hawkins lo ha insertado completo en su libro; yo me he servido del mismo aquí y allá, así como he hecho uso de otras comunicaciones del señor Hector a lo largo de esta obra.^[216] Le he visitado y he mantenido correspondencia con él después de la muerte de Johnson, y he obtenido bastante información complementaria sobre muchos particulares. Seguí idéntico proceder que con el reverendo doctor Taylor, en

cuya presencia he ido redactando muchas de las cosas que me dijo; él, a instancias mías, las firmó para darles autenticidad. Es muy poco corriente hallar a una persona que sea capaz de dar una relación precisa de la vida de otra, aunque la haya conocido íntimamente, sin que sea menester formularle no pocas preguntas. Mi amigo el doctor Kippis^[c240] me ha dicho que a tenor de estas situaciones tiene por costumbre redactar un verdadero catecismo biográfico.

Johnson siguió después hasta Oxford, donde de nuevo lo recibió amablemente el doctor Adams, que tuvo la bondad de facilitarme el siguiente relato en una de sus cartas (17 de febrero de 1785):

Su última visita, según creo, fue la que hizo a mi casa, de la que marchó tras una estancia de cuatro o cinco días. Mantuvimos bastantes conversaciones serias, que son para las que siempre me siento mejor dispuesto. Recordará usted algunas de las discusiones que tuvimos durante el verano sobre el asunto de la plegaria y la dificultad inherente a ese género de composiciones. Él me recordó todo esto, así como mi deseo, que le expresé sinceramente, de que él probara su mano y nos diera un ejemplo del estilo y manera que aprobaba. Dijo que se encontraba ahora en un estado espiritual idóneo, y como posiblemente no podía dar mejor empleo a su tiempo, se pondría a ello con ahínco. Ahora bien, después de las indagaciones pertinentes me encuentro con que no dejó ningún papel de esta clase, con la salvedad de unas cuantas jaculatorias apropiadas a la situación en que se hallaba por aquellos días.

El doctor Adams no había recibido entonces una información precisa sobre la cuestión, pues luego han aparecido varias plegarias que había compuesto en épocas diferentes, y que, mezclándose con piadosas resoluciones y algunas breves notas sobre su vida, formaron el volumen por él titulado *Plegarias y meditaciones*, que en cumplimiento de su deseo formal, con la esperanza de hacer el bien, se ha publicado con un prefacio oportuno y juicioso del reverendo señor Strahan, a quien se las entregué en su totalidad. Esta admirable colección, a la que me he referido con frecuencia a lo largo de estas páginas, demuestra de forma mucho más concluyente que todas las obras que dio a la estampa, y más allá de los múltiples elogios de amigos y admiradores, la sincera virtud y la piedad del doctor Johnson. Prueba de manera fidedigna e incuestionable que en medio de todos sus achaques y contratiempos ocasionados por la mala salud mantuvo inquebrantable su aplicación y conformidad con los preceptos del cristianismo, y que de forma incesante se esforzaba por referir todas las incidencias de su vida a la voluntad del Ser Supremo.

Llegó a Londres el 16 de noviembre, y al día siguiente envió al doctor Burney la siguiente nota, que inserto como última señal de su afecto por aquel hombre ingenioso y amable, otra de las muchas pruebas de su ternura y de la benevolencia de su corazón:

El señor Johnson, que anoche regresó a su domicilio, envía sus respetos a su querido doctor Burney y a todos los Burney queridos, grandes y pequeños por igual.

Al señor Hector, en Birmingham

Londres, 17 de noviembre de 1784

Querido señor,

no llegué a Oxford hasta el viernes por la mañana, y entonces indiqué a Francis que fuese a ver el globo aerostático, pues yo no podía ir. Me quedé en Oxford hasta el martes, y fácilmente llegué a Londres en la diligencia corriente. Estoy como estaba, y luego de haber visto al doctor Brocklesby me veo obligado a seguir ingiriendo cebollas albarranas; sea cual fuere su eficacia, este mundo pronto ha de terminármese. Pensemos con seriedad en nuestro deber. Le envío mis respetos más afectuosos a la señora Carless; permítame contar con las oraciones de ambos. Todos hemos vivido mucho, y pronto habremos de despedirnos. Tenga Dios misericordia de nosotros, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Su correspondencia conmigo, tras su carta sobre la cuestión de mi posible afincamiento en Londres, ahora la agrego en una sola serie en la medida en que resulte apropiado reproducirla.

El 26 de julio me escribió desde Ashbourne:

El día 14 del presente llegué a Lichfield, y hallé a todos contentos de verme. El 20 vine aquí, y me encontré una casa a medio construir, de apariencia muy incómoda, aunque mi habitación no ha sufrido alteración alguna. Se me antoja muy extraño que un hombre erosionado por las enfermedades, en su septuagésimo segundo o tercer año, condene parte de la existencia que le queda por delante, una parte no desdeñable, a malvivir entre ruinas y escombros. Sé bien que su bondad le impacienta en torno a mi estado de salud, de la que no puedo yo alardear por haber experimentado grandes mejoras. Hice mi viaje sin demasiada inconveniencia, pero en cuanto intento moverme encuentro bastante debilidad en las piernas, y cierto agotamiento de la respiración. Hoy en particular he estado francamente mal. No gozo de compañía; el doctor Taylor anda afanándose en sus campos, y se acuesta a las nueve, siendo además toda su jornada tan distinta de la mía que parecemos formados por distintos elementos; por consiguiente, he de hallar por mi propia cuenta todo el entretenimiento que aspire a disfrutar.

Habiéndole yo escrito una carta desanimada, rebosante de abatimiento y de incertidumbre, al tiempo que expresaba angustiadas aprensiones en lo que a él se refería, debido a un sueño que me había trastornado, su respuesta adoptó sobre todo los términos del reproche, y una acusación manifiesta de «afectar descontento y de darse a la indulgencia de la vanidad de la queja». Sin embargo, seguía así:

Escríbame a menudo, y escríbame como un hombre. Considero su fidelidad, su ternura y su afecto como gran parte de los consuelos que aún me quedan por disfrutar, y sinceramente deseo que pudiéramos estar el uno más cerca del otro. (...) Mi querido amigo, la vida es muy corta, y está plagada de incertidumbres; pasémosla lo mejor que podamos. Mi valioso vecino, Allen, ha muerto. Muéstreme todo el cariño que pueda. Presente mis respetos a mi querida señora Boswell. Nada me inquietó en el momento a que usted hace referencia; le ruego ponga fin de una vez por todas a sus supersticiones.

Al tener muy pronto la impresión de que el modo en que me había escrito pudiera lastimarme, dos días más tarde, el 28 de julio, volvió a escribirme, y me hizo una descripción de sus achaques y sufrimientos, tras la cual procede así:

Antes de esta carta habrá recibido tal vez otra que espero que no se tome a mal, pues contiene solamente la verdad, y una verdad cuya intención es sólo afectuosa. (...) *Spartam quam nactus es orna*; saque el máximo partido de lo que le ha tocado en suerte, y no se compare con los pocos que están por encima de usted, sino con las

multitudes que tiene por debajo. (...) Prosiga con firmeza sus asuntos de leyes o sus diversiones honestas. «Esté —como dice Temple de los holandeses— bien cuando no esté enfermo, y esté contento cuando no esté enojado.» (...) Tal vez le parezca flaca devolución de la afectuosa ternura que me muestra, pero lo hago con las mejores intenciones, pues le quiero con ardor y con toda sinceridad. Presente mis respetos a mi querida señora Boswell, y enseñe a las pequeñas a quererme.

Por desgracia, estuve tan indispuesto durante buena parte del año que no estuvo en mi mano, o al menos quiero creer que no lo estuvo, la posibilidad de escribir a mi ilustre amigo como antiguamente, o al menos sin manifestar quejas tales como las que le ofendían. Habiéndole rogado que no me hiciera la injusticia de acusarme de afectación, permanecí durante mucho tiempo en silencio, y ahora lo lamento. Me llegó su última carta y me afectó en lo más vivo:

A James Boswell

Lichfield, 5 de noviembre de 1784

Querido señor,

a lo largo del verano unas veces he mejorado y otras he recaído, pero en conjunto he perdido bastante terreno en mi lucha contra la enfermedad. Padezco una debilidad extrema de las piernas y respiro con dificultades crecientes, al tiempo que la hinchazón se incrementa. En este estado de desolación, sus cartas antes me eran de alivio. ¿Cuál es la razón de que ya no me lleguen? ¿Está usted enfermo, o está malhumorado? Sea cual fuere la razón, si no fuera por estricta necesidad, aléjela de sí, y de la breve vida que nos es dado vivir haga el mejor uso que pueda tanto para sí como para sus amistades. (...) A veces temo que su omisión tenga alguna causa verdadera, y me alegraré mucho de saber que no se encuentra enfermo, que nada malo ha ocurrido a la querida señora Boswell, ni a nadie de su familia.

Soy, señor, suyo, etc.,

SAM. JOHNSON

Sin embargo, no me supuso pequeño dolor hallar que en un párrafo de esta carta, que no he reproducido, perseveraba pese a todo en acusarme como antes, lo cual también era raro en él, no en vano tenía tan sobrada experiencia de lo que yo había sufrido. Sin embargo, le escribí dos cartas tan amables como pude, la última de las cuales llegó demasiado tarde para que él la leyera, pues su enfermedad progresó a partir de entonces mucho más deprisa de lo que yo pude suponer; ahora bien, tuve el consuelo de que se me informase de que habló de mí en su lecho de muerte con afecto, y espero con ansia y con humilde esperanza la ocasión de renovar nuestra amistad en un mundo mejor.

Ahorro ahora a los lectores de esta obra toda ulterior noticia personal acerca de su autor, quien, si se diera en considerar que ha dado excesiva prominencia a sus opiniones y ha reclamado en exceso y para sí la atención de sus lectores, les suplica tengan en consideración el peculiar plan a que obedece esta empresa biográfica.

Poco después del retorno de Johnson a la metrópolis, tanto el asma como la

hidropesía se recrudecieron y se hicieron más virulentas e inquietantes. Durante algún tiempo llevó un diario en latín sobre los avances de su enfermedad y los remedios empleados, titulado *Ægri Ephemeris*, que comenzó el 6 de julio y no continúa más allá del 8 de noviembre, al descubrir, deduzco, que era un registro quejumbroso e inservible. Se encuentra en mi poder, y está escrito con gran esmero y exactitud.

No menguó siquiera entonces su amor por la literatura.^[217] Pocos días antes de su muerte, transmitió a su amigo John Nichols un listado de los autores de la *Historia Universal*, señalando sus diversas participaciones en la obra. De acuerdo con sus instrucciones, se ha depositado en el Museo Británico, y apareció impreso en la *Gentleman's Magazine* de diciembre de 1784.

Durante sus noches de insomnio se entretuvo traduciendo del griego en versos latinos muchos de los epigramas de la *Anthologia*. Estas traducciones, junto con algunos poemas suyos en latín, se las entregó a su amigo Langton, quien, tras añadir unas cuantas notas, las vendió a los libreros por una pequeña suma que habría de ser reintegrada a los parientes de Johnson, como en efecto se hizo, y están impresas en la colección de sus obras.

Ha circulado una noción gravemente errónea en cuanto a la deficiencia que tenía Johnson en el conocimiento del griego, debida en parte a la modestia con que, a sabiendas de lo mucho que había por aprender, tenía por costumbre hablar de sus propias adquisiciones. Cuando el señor Cumberland^[218] habló con él de los fragmentos griegos que tan bien se ilustran en *El observador*, y de los dramaturgos griegos en general, con toda sinceridad reconoció su insuficiencia en esa rama en particular de la literatura griega. Sin embargo, bien se puede decir que, si no grande, fue un buen erudito y conocedor del griego. El doctor Charles Burney, el joven, al que universalmente reconocen los mejores jueces en la materia como uno de los contados hombres de su tiempo que han alcanzado gran eminencia en su conocimiento de esa noble lengua, me ha garantizado que Johnson era capaz de dar un vocablo en griego casi por cada uno de los que conocía en inglés, y que si bien no estaba familiarizado con las sutilezas de la lengua, en distintas ocasiones dio muestras de un excelente criterio, incluso en este rubro. El señor Dalzel, profesor de griego en Edimburgo, cuya sabiduría en la materia es incuestionable, me comentó en términos muy liberales la impresión que le había causado Johnson durante una conversación que tuvieron en Londres sobre dicha lengua. Como Johnson era si duda uno de los primerísimos eruditos del latín en los tiempos modernos, no deneguemos a su fama el esplendor adicional que se debe a su conocimiento del griego.

Cumpliré ahora la promesa que di de reproducir algunas muestras de diversas imitaciones del estilo de Johnson.

En los *Anales de la Real Academia de Irlanda*, 1787, hay un «Ensayo sobre el estilo del Dr. Samuel Johnson», del reverendo Robert Burrowes, cuyo respeto por el objeto de su crítica^[219] es patente por el párrafo con que la concluye:

Lo he singularizado a él en todo el cuerpo de los autores ingleses porque las bellezas de su estilo, universalmente reconocidas, son sin duda las más idóneas para inducir a imitación, y he tratado antes bien sus fallas que su perfección, que es mucha, porque un ensayo bien podría comprender todas las observaciones que esté en mi mano hacer sobre sus defectos, mientras que ni siquiera en varios volúmenes alcanzaría a redactar un tratado sobre sus aciertos.

El señor Burrowes ha analizado la composición habitual de Johnson, y señala sus peculiaridades con una gran agudeza; yo recomendaría una atenta lectura de su ensayo a quienes, cautivados por el maridaje de perspicacia y esplendor que contienen los escritos de Johnson, pero sin poseer una porción suficiente de su vigor intelectual, corren el riesgo de convertirse en burdos imitadores de su estilo. Sin embargo, no puedo menos que observar, y si lo observo es en su honor, que este erudito caballero ha adoptado en un grado nada desdeñable la expansividad y la armonía que, independientemente de otras circunstancias, caracterizan las frases de Johnson. Así, en el prefacio al volumen en que se contiene su ensayo, hallamos lo siguiente:

Si se dijera que en las sociedades de este jaez se otorga con frecuencia una atención excesiva a materias estériles y puramente especulativas, cabe responder que ni una sola ciencia se halla tan exigüamente relacionada con el resto que no entrañe muchos principios cuyo empleo puede extenderse de manera considerable más allá del campo de la ciencia a la que primariamente pertenecen, y que ninguna proposición es tan puramente teórica que carezca por completo de aplicación a determinados propósitos prácticos. No existe relación aparente entre la duración y el arco cicloideo, las propiedades del cual, si bien se estudian, nos han proporcionado los métodos más regulares que tenemos para proceder a la medición del tiempo; asimismo, quien se haya convertido en maestro en el conocimiento de la Naturaleza y los afectos de las curvas logarítmicas no es consciente de que ha hecho progresos considerables hacia el cálculo de la densidad proporcional del aire en sus diversas distancias de la superficie terrestre.

Los imitadores del estilo de Johnson que caen en la más imperdonable ridiculez son legión. El método que en general emplean es la acumulación de palabras «duras», sin considerar que, si bien a Johnson le agradaba introducirlas de manera ocasional, no hay una sola frase en toda su obra en la que aparezcan apiñadas muchas, como es el caso del primer verso de esta oda, imaginariamente de su autoría y dedicada a la señora Thrale, ^[220]

Dama viuda del cervecero coctor
opinad vos de este gigante corpachón
postrado ante vuestro altar en su estro:
¿acaso, encadenado de vuestros encantos,
cautivo en vuestros brazos blancos
ha de ser perennemente vuestro?

Ésta, y otro millar de intentonas semejantes, son totalmente contrarias al original que imitan, que los autores de las mismas mal creyeron haber ridiculizado así.

El señor Colman, en su «Prosa sobre ocasiones variadas», presenta una «carta de Lexífanos, que contiene las propuestas para un glosario o vocabulario de la lengua vulgar, cuya intención es servir de suplemento a un diccionario más amplio». Se trata evidentemente de una puya jocosa que pretende ridiculizar a Johnson, cuyo estilo se

imita así, sin recargarlo de un modo grosero:

Es fácil de prever que ociosos y analfabetos se quejarán de que haya incrementado yo sus trabajos al esforzarme por disminuírseles, y de que he explicado lo que más fácil es por medio de lo que es más difícil: *ignotum per ignotius*. Cuento, por otra parte, con el liberal reconocimiento de los entendidos. Quien en el retiro de la erudición se sepulta, alejado de las asambleas de los alegres, retirado de los círculos de los cortesés, al punto captará las definiciones y agradecerá tan sazonadas y oportunas elucidaciones de su lengua materna.

Anexo a esta carta aparece un sucinto muestrario de la obra, ensamblado de manera más bien vaga y desganada, sin siquiera respetar la natural concatenación alfabética.

[221]

Los imitadores serios del estilo de Johnson, sea intencionalmente, o sea por el efecto imperceptible que surte su fuerza y su vivacidad, son, como ya he tenido ocasión de señalar, tantísimos que podría introducir aquí citas de un numeroso cuerpo de escritores en nuestro idioma desde que él hizo irrupción en el mundo de las letras. Me contentaré con los que siguen.

William Robertson, doctor en Teología

En otras regiones del globo, en su más tosco estado, el hombre parece el dueño y señor de la Creación, e imparte sus leyes ante las diversas tribus de animales que ha domesticado y reducido a sumisión. El tártaro sigue a su presa a lomos de un caballo que ha criado, o cuida de sus abundantes rebaños, que le proporcionan tanto alimento como vestimenta; el árabe ha hecho del camello un animal dócil y se vale de su fuerza y su perseverancia. El lapón ha hecho de los renos bestias serviles a su voluntad, y hasta los habitantes de Kamchatka han adiestrado a sus perros para que trabajen. Este dominio sobre las criaturas inferiores es una de las más nobles prerrogativas del hombre, y se cuenta entre los mayores esfuerzos de su sabiduría y su poderío. Sin ello, su dominio es incompleto; es un monarca sin súbditos, un señor sin vasallos, y habrá de realizar cada operación con la fuerza de sus propios brazos. [222]

Edward Gibbon

De todas nuestras pasiones y apetitos, el deseo de poder es el más imperioso y antisocial, ya que el orgullo de un solo hombre exige la sumisión de la multitud. En el tumulto de la discordia civil, las leyes de la sociedad pierden fuerza y pocas veces ocupan su lugar las de la humanidad. El ardor de la disputa, el orgullo de la victoria, la desesperación ante el éxito esquivo, el recuerdo de las ofensas pasadas y el temor ante los peligros futuros contribuyen a inflamar el espíritu y a acallar la voz de la piedad. [223]

Señorita Burney

Mi familia, al confundir la ambición con el honor y tomar el rango por la dignidad, desde hace tiempo tiene planeado un espléndido matrimonio para mí, al cual, aun cuando mi invariable repugnancia hasta la fecha ha impedido todo avance, es su deseo adherirse con firmeza inquebrantable. Demasiada certeza tengo de que no querrán prestar oídos a otra opción. Temo, por consiguiente, hacer la prueba en aquello de cuyo éxito descreo y desespero; no sé cómo arriesgar un ruego con aquellos que por mandato pueden hacerme callar. [224]

Reverendo señor Nares [225]

En una época ilustrada y de progreso, tal vez no sea mucho lo que se pueda aprehender si se transita por los caminos del mero capricho; en una época tal, se percibirá de modo generalizado que la irregularidad innecesaria es la peor de todas las deformidades, y que nada es tan verdaderamente elegante en el lenguaje como la sencillez de la analogía impoluta. Por consiguiente, las reglas habrán de observarse en la medida en que sean conocidas y, sobre todo, reconocidas; ahora bien, al mismo tiempo, una vez excitado, el deseo de mejora y de progreso no permanecerá inactivo, y sus esfuerzos, a menos que cuenten con el auxilio del saber, tal como vienen propiciados por el celo, no pocas veces han de entrañar consecuencias perniciosas, de modo que las propias personas cuya intención primera es perfeccionar el instrumento de la razón, serán las responsables de su depravación y lo desordenarán más allá de lo que cabe imaginar. En tales momentos, por tanto, resulta especialmente necesario que la analogía del lenguaje se examine y se comprenda a carta cabal; que sus reglas se expresen con todo cuidado, que se sepa con toda claridad qué contienen, cuáles de las que ya se tienen por ciertas hay que defender del cambio y de la violación, cuánto queda aún que exija enmiendas, y cuánto, por miedo a mayores inconveniencias, tal vez haya que dejar sin tocar siquiera, aun cuando sea irregular.

Un distinguido autor asiduo de *El Espejo*,^[226] periódico que se publica en Edimburgo, ha imitado con perspicacia al doctor Johnson. Así, en el n.º 16 del mismo: «Los efectos del retorno de la primavera han sido no pocas veces objeto de comentario tanto en relación con el espíritu humano como en lo que atañe al mundo vegetal y animal. El poder vivificador de la estación se ha detectado en los campos y en los rebaños que los pueblan, y desde las clases más inferiores hasta el hombre. La alegría y el alborozo que se describen prevalecen de modo universal en toda la Naturaleza, animando los bajos del ganado, el trino de las aves, la flauta del pastor».

El reverendo señor Knox, director de la escuela de Tunbridge, parece haber contraído el *imitan aveo* del estilo de Johnson a perpetuidad; a su estudio y cultivo diligente, aunque no servil, del mismo, podemos adscribir en medida no desdeñable la popularidad de sus escritos.^[227]

En sus *Ensayos morales y literarios*, n.º 3, hallamos el siguiente pasaje: «El pulimento y el brillo externo de la gracia meramente corporal puede en efecto aplazarse hasta la edad de la virilidad. Cuando se logra la solidez mediante el cultivo con ahínco de las costumbres que prescriben nuestros antepasados, entonces es el momento de emplear la lima. La firmeza de la sustancia soportará el desgaste, y el lustre que así se adquiera será duradero».

Hay uno sin embargo, en el n.º 11, que se halla henchido de manera tan tumefacta que realmente es ridículo. El autor se propone decirnos que los miembros del Parlamento que hayan incurrido en deudas por su extravagancia pondrán en venta sus votos con tal de evitar una detención por impago,^[228] para lo cual se expresa así: «Quienes construyen casas y coleccionan cuadros y mobiliario costoso con el dinero de un artesano o menestral honesto se darán por satisfechos si se emancipan de las manos del alguacil mediante la venta al mejor postor de su sufragio senatorial».

Sin embargo, creo que la imitación más perfecta de Johnson es una que se postula como tal y se titula «Crítica sobre la “Elegía en un cementerio campestre”, de Gray», escrita al parecer por el señor Young, profesor de griego en Glasgow, de la cual le cabe todo el mérito mientras no se haga gala de una atribución mejor. No sólo posee

las propiedades del estilo de Johnson, sino también ese mismo género de discusión literaria y de ilustración por la cual llegó a ser tan eminente. Habiendo citado ya tanto de otros, remito al curioso a este desempeño, asegurándole que mucho ha de entretenerse con gran provecho.

Ahora bien, sea cual fuere el mérito que pueda poseer cualquiera de las imitaciones del estilo de Johnson, cualquier buen juez tiene que reparar en que son obviamente distintas del original, pues todas ellas son o bien deficientes por carecer de potencia, o bien están sobrecargadas de sus peculiaridades, y el poderoso sentimiento que le es apropiado no se encuentra.

El afecto de Johnson por sus parientes ya difuntos parecía ir en aumento al medida que se aproximaba al momento en que pudiera albergar la esperanza de verlos de nuevo. Es probable que le pareciera conveniente reprenderse por su poco o nada amable desatención, si abandonara este mundo sin haber rendido tributo de respeto a su memoria.

Al señor Green, boticario de Lichfield^[229]

2 de diciembre de 1784

Querido señor,

le adjunto el epitafio para mi padre, mi madre y mi hermano, para que sean grabados a buen tamaño y colocada la lápida en la nave central de la iglesia de St. Michael, permiso para lo cual por ésta solicito al clérigo y a los sacristanes.

Primero habrá que poner cuidado en hallar el lugar exacto del enterramiento, para que la lápida sirva de protección a los cuerpos. Segundo, que la piedra sea una laja gruesa, maciza, dura; que por diez libras arriba o abajo no se desbarate nuestro propósito.

Le adjunto diez libras; la señora Porter le pagará otras diez que le di a ella para idéntico propósito. Lo que falte le será enviado; le ruego asimismo que se dé toda la prisa que pueda, pues deseo que esté hecho esto mientras aún siga con vida. Hágame saber, señor, si recibe ésta.

Soy su más humilde servidor,

SAM. JOHNSON

A la señora Lucy Porter, en Lichfield^[230]

2 de diciembre de 1784

Querida señora, ^[a nota c39, Vol. IV]

me encuentro sumamente enfermo, y deseo el consuelo de sus oraciones. He enviado al señor Green un epitafio y un poder para que vaya a visitarla a usted y le haga entrega de diez libras.

Este verano hice colocar una lápida en la tumba de Tetty, en la capilla de Bromley, en Kent. La inscripción se halla en latín, de la que ésta es la traducción inglesa. [Sigue la traducción].

Hecho esto, me pareció oportuno que usted lo supiera. ¿Qué cuidados se tomarán por nosotros? ¿Quién sabe? Quiera Dios perdonarnos y bendecirnos, por Jesucristo Nuestro Señor.

Soy, etc.,

SAM. JOHNSON

Mis lectores por fin van a contemplar ahora a Samuel Johnson preparándose para ese destino ineludible, del que ni siquiera las facultades más exaltadas, más eminentes, pueden eximir al hombre. La muerte había sido siempre para él un objeto que le suscitaba terror, de modo que, aunque de ninguna manera fuese feliz, se aferraba a la vida aún con un ahínco que asombraba a muchas personas. En cualquier ocasión en que estuviera enfermo se sentía muy satisfecho si se le decía que parecía estar mejor. Un ingenioso miembro del Eumelian Club^[231] me informa de que en cierta ocasión en que le dijo que veía volver la salud a sus mejillas, Johnson le tomó de la mano y le dijo: «Señor, es usted uno de los amigos más amables que he tenido jamás».

Su propio punto de vista sobre cualquier futurible resultará ciertamente racional, y tal vez incluso impresione por su seriedad a los menos amigos de cultivar el pensamiento:

Bien sabe usted —dice—^[232] que nunca me ha parecido que la confianza con respecto al futuro sea parte del carácter de ningún hombre valeroso, sabio o bueno. La valentía no tiene lugar allí donde de nada sirve; la sabiduría imprime con fuerza la conciencia de aquellas faltas de la cual ella misma quizá sea agravamiento; la bondad, por su parte, con su perenne aspiración a ser mejor, con la natural imputación de toda deficiencia a la negligencia criminal, y toda falla a la corrupción voluntaria, nunca osará suponer que la condición del perdón se cumpla, ni que aquello que en el delito brilla por su ausencia lo haya de proporcionar la penitencia.

Tal es el estado en que viven los mejores, si bien ¿cuál ha de ser la condición de aquél cuyo corazón no tolera el verse a la altura de los mejores, o ni siquiera de los buenos? Grande ha de ser su temor ante el juicio que se avecina, tanto que no le dejará apenas opción de atender a la opinión de aquellos de quienes se despiden para siempre, y la serenidad que no se siente no puede ser virtud fingirla.

Su grandísimo miedo a la muerte, sumado a la extraña y siniestra manera en que sir John Hawkins imparte a sus lectores la inquietud que manifestó a tenor de las ofensas de las que se acusaba, tal vez constituyan ocasión de injuriosas sospechas, como si hubiera existido algo de criminalidad más que ordinaria que lastrase con su peso su conciencia. Debido a ello, por lo tanto, así como debido al respeto a la verdad que él me inculcó,^[c241] he de reseñar que su conducta, después de su llegada a Londres, cuando se mezcló con Savage y con otros de su calaña, no fue tan estrictamente virtuosa, en determinado respecto, como cuando era más joven. Era de sobra sabido que sus inclinaciones amorosas eran insólitamente fuertes e impetuosas. Reconoció ante muchos de sus amigos que tenía por costumbre llevarse a las mujeres de fácil virtud a las tabernas, donde las oía relatar sus historias; en dos palabras, no se debe ocultar que, al igual que muchos otros hombres buenos y piadosos, entre los cuales tenemos al apóstol Pablo según su propia autoridad, Johnson no estuvo libre de inclinaciones que «rebélanse contra la ley de su espíritu»,^[c242] ni que en sus combates con ellas fue a veces vencido.

Aquí deténganse los profanos y los licenciosos; que no digan de modo irreflexivo que Johnson fue un hipócrita, ni que no fueron firmes sus principios, porque su práctica no estuviera uniformemente conformada a lo que profesaba.

Considérese la cuestión con total independencia de sus connotaciones morales y religiosas, y no habrá un solo hombre que niegue que miles, en multitud de ejemplos, actúan en contra de sus convicciones. ¿Es el hijo pródigo, por ejemplo, un hipócrita, cuando reconoce que se da por satisfecho de que su extravagancia lo lleve a la ruina y a la miseria? No nos cabe la menor duda de que así lo cree, si bien su inmediata inclinación, fortalecida por la indulgencia, prevalece sobre esa creencia a la hora de influir en su conducta. Así pues, ¿por qué rehusar el crédito a la sinceridad de quienes reconocen la persuasión de su deber moral y religioso, si bien en ocasiones fracasan en su esfuerzo por vivir tal como se les requiere? Una vez oí comentar al doctor Johnson que «hay algo verdaderamente noble en publicar la verdad, aun cuando uno mismo así se condene».^[233] Y quien dijo en su presencia que «no conocía a ninguna persona que fuese honesta en sus creencias cuando la práctica de éstas no se le acomodaba», recibió por su parte esta reprimenda: «Señor mío, ¿tan ignorante es usted de la naturaleza humana que no sabe que un hombre bien puede ser sumamente sincero en sus principios, sin cumplir con una buena práctica?».^[234]

Que nadie se sosiegue ni se acalore en «pecado presuntuoso»,^[c243] y menos a partir del conocimiento de que Johnson a veces se apresuraba a concederse indulgencias que le parecían pecaminosas. He expuesto esta circunstancia a modo de mácula de una personalidad tan grande, tanto por mi sagrado amor a la verdad como por mostrar que no era tan débilmente escrupuloso como lo han representado quienes imaginan que tales pecados, de los cuales tenía una honda concepción impresa en su espíritu, eran mera bagatela venial, como servirse un poco de leche en el té un Viernes Santo. Su entendimiento quedará bien defendido por mi declaración, en caso de que la consistencia de su conducta resulte en cualquier medida menoscabada. Ahora bien, ¿qué hombre de veras sabio querría, a cambio de una gratificación momentánea, someterse voluntariamente a una inquietud tal como la que, según sabemos, experimentaba Johnson al repasar su comportamiento en comparación con su noción de la ética del Evangelio? Recuérdense bien los siguientes pasajes: «Oh, Dios mío, dador y preservador de la vida toda, en virtud de cuyo poder fui yo creado, en virtud de cuya providencia gozo de sustento, contéplame desde las alturas con ternura y misericordia; concédeme el no haber sido creado para ser a la postre destruido, y que no haya sido preservado para añadir perversidad a la perversión».^[235] «Oh, Señor Dios, no permitas que me hunda en la total depravación; contéplame desde las alturas y rescátame al fin del cautiverio del pecado».^[236] «Todopoderoso y misericordioso Padre, que has dado continuidad a mi vida de año en año, concédeme que con una vida más prolongada pueda ser yo menos deseoso de los placeres pecaminosos, y más esmerado en cuidar la felicidad eterna».^[237] «Que no se multipliquen mis años para incrementar mi culpa, Señor; a medida que mi edad aumenta, hazme ser más puro en mis pensamientos, más regular en mis deseos y aspiraciones, más obediente a tus leyes».^[238] «Perdóname, oh Señor misericordioso,

lo que haya podido hacer en contra de tus leyes. Otórgame un claro concepto de mi maldad, pues así podré seguir dedicado a la contrición verdadera y a un arrepentimiento eficaz, para que cuando se me llame a otra vida pueda yo ser recibido entre los pecadores a los que la pena y la reforma hayan granjeado el perdón, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén».^[239]

Tales eran la intranquilidad espiritual, la penitencia de Johnson en sus horas de íntimo recogimiento, en sus devotos acercamientos a su Hacedor. Su sinceridad, por consiguiente, ha de resultar incuestionable a todo intelecto honesto.

Es de primordial importancia el mantener a la vista que no hubo en la conducta de este hombre excelente un solo falso principio de conmutación, ninguna indulgencia deliberada en el pecado, en consideración del modo de contrarrestar el equilibrio del deber. Sus ofensas y su arrepentimiento se dieron por separado, perfectamente distinguidos.^[240] Cuando consideramos su atención a la verdad, en la que apenas tiene parangón, su integridad inflexible, su constante piedad, ¿quién se atreverá a «arrojarle una sola piedra»? Por otra parte, nunca se olvide que no se le puede acusar de ninguna ofensa que indique maldad de corazón, de ninguna deshonestidad, de ninguna infamia, vileza o malignidad. Muy por el contrario, fue caritativo en un grado extraordinario, de modo que incluso en uno de sus muy rigurosos juicios de sí mismo (víspera de Pascua, 1781), mientras dice que «no he corregido ninguno de mis hábitos externos», se ve obligado a reconocer que «espero, desde la última vez que comulgué, haber progresado, mediante pías reflexiones, en mi sumisión a Dios y en mi benevolencia al hombre».^[241]

Soy consciente de que ésta es la parte más difícil y peligrosa de mi obra biográfica, y no puedo sino sentirme muy angustiado en lo que a ella se refiere. Confío en que la habré culminado de este modo, manteniendo intacto mi respeto a la verdad, a mi amigo y a los intereses de la virtud y la religión. Tampoco se me ocurre suponer que más perjuicios puedan derivarse del conocimiento de las irregularidades de Johnson, pues las he expresado de manera cautelosa, que de saber que Addison y Parnell eran inmoderados y ajenos a la templanza en el uso del vino, hechos que él mismo, en sus *Vidas* de esos célebres escritores y hombres piadosos, no se ha abstenido de mencionar.

No es mi intención dar una relación muy minuciosa sobre los particulares de los últimos días de Johnson, en los que se hizo a todas luces evidente que se aproximaba con rapidez a esa crisis en que debía «morir como los hombres y caer como uno de los príncipes».^[c244] Sin embargo, será sin duda instructivo, a la par que dará satisfacción a la curiosidad de mis lectores, reseñar unos cuantos pormenores, de cuya autenticidad pueden tener la mayor de las certezas, puesto que me he tomado todas las molestias necesarias para obtener un relato exacto de la enfermedad final por boca de las autoridades más contrastadas.

Los doctores Heberden, Brocklesby, Warren y Butter le asistieron con generosidad, sin aceptar ningún pago, al igual que el señor Cruikshank, cirujano; se

intentó todo lo que se podía hacer a tenor de la pericia profesional y la capacidad de estos médicos con el fin de prolongar una vida tan verdaderamente valiosa. Él mismo, por haber tenido que recurrir permanentemente, debido a su mala salud, a la ciencia médica, aunó sus propios esfuerzos a los de los doctores que le atendían, y creyendo que la cantidad de agua que le oprimía por la hidropesía podría evacuarse mediante una incisión en su cuerpo, con su habitual y resuelto desafío al dolor se practicó un corte profundo, por temer que el cirujano lo hubiera hecho con demasiados miramientos.^[242]

Unos ocho o diez días antes de su muerte, cuando el doctor Brocklesby le hizo una visita matutina, parecía muy desanimado y abatido. Y dijo: «He pasado toda la noche como un moribundo». Acto seguido, con gran énfasis, declamó las palabras de Shakespeare:

¿Es que no puedes a un espíritu enfermo dar alivio,
arrancar los pesares arraigados de la memoria,
y borrarle luego del cerebro grabadas inquietudes,
y, con un dulce antídoto que traiga el olvido,
limpiar el pecho henchido de esa materia, de peligro
tanto que a pesada carga sobre el corazón equivale?

A lo cual el doctor Brocklesby le dio pronta respuesta, tomada del mismo grandísimo poeta:

... en esto, es el paciente
quien ha de ayudarse por sí solo.^[c245]

Se mostró Johnson muy contento con la oportunidad de la respuesta.

Otro día, hablando de la cuestión de las plegarias, el doctor Brocklesby citó el verso de Juvenal: «*Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano*»,^[c246] y así siguió hasta el final de la décima sátira, aunque al pasar de prisa sobre los versos sucedió que en el que dice «*Qui spatium vitæ extremum inter munera ponat*», en vez de decir «*extremum*» dijo «*supremum*», y ante esta falta el oído crítico de Johnson, avezadísimo, se ofendió, con lo que discurrió con vehemencia sobre el mal efecto métrico del lapso en que había incurrido, mostrándose tan imbuido como siempre del espíritu del gramático.

Como no tenía parentela, había sido intención de Johnson durante mucho tiempo tomar las disposiciones testamentarias oportunas a favor de su fiel criado, el señor Francis Barber, al que había tomado de un modo muy especial bajo su protección, tratándolo siempre y sinceramente como un humilde amigo. Habiendo inquirido al doctor Brocklesby cuál sería a su parecer una pensión adecuada para un criado favorito, y habiéndole respondido el médico que eso siempre depende de las circunstancias en que se halle el amo, y que en el caso de un noble cincuenta libras anuales se tienen por una recompensa de sobra adecuada a un criado fiel durante muchos años, dijo Johnson: «En tal caso, yo seré *nobilissimus*, pues pienso dejarle a

Frank una asignación de setenta libras al año, y es mi deseo que usted se lo diga así». Es extraño, sin embargo, que no se viera Johnson libre del todo de esa debilidad de espíritu, tan extendida en general, consistente en sentir una intensa aversión a redactar el testamento, de suerte que es algo que se aplaza y se deja siempre para otra ocasión, tanto que, de no haber sido porque sir John Hawkins le instó en reiteradas ocasiones que lo hiciera, creo probable que esta amable disposición no se hubiera llevado a cabo. Luego de redactar un documento en el que, según nos expone sir John Hawkins, no se extendió más allá de la anualidad prometida, las últimas disposiciones de Johnson para con su propiedad quedaron establecidas en un testamento y codicilo, de los que adjunto copia en nota al pie.^[243]

La consideración de los numerosos papeles que obraban en su poder parece haber causado en el ánimo de Johnson una súbita ansiedad, y como se hallaban en muy gran desorden y confusión, es muy de lamentar que no los hubiera confiado a alguna persona fiel y discreta que velase por su conservación y selección; en vez de ello, de manera precipitada, dio en quemar grandes cantidades, sin ningún respeto, según colijo, a una discriminación previa. Tampoco es que suponga que de este modo nos hayamos visto privados de ninguna composición que él hubiese pretendido dar al público, aunque por lo que se salvó de las llamas entiendo que han perecido muchas y curiosas circunstancias relativas tanto a él como a otras personalidades de la literatura.

Dos artículos muy valiosos tengo la certeza de que así se perdieron: dos volúmenes en cuarto que contenían una descripción plena, justa y pormenorizada, de su propia vida, desde sus recuerdos más tempranos. Le reconocí que, como los había visto yo por accidente, había leído gran parte de ambos, y le pedí disculpas por la libertad que me había tomado, preguntándole si podía remediarlo.^[c247] Me respondió con toda placidez: «Caramba, señor; dudo mucho que pueda usted remediarlo, tal como tampoco lo pudo evitar». Le dije que por una sola vez en mi vida había tenido la tentación de cometer un robo. Se me había ocurrido llevarme esos dos volúmenes, para no volver a verlo nunca más. Cuando inquirí cómo le hubiera afectado tal cosa, repuso: «Señor, mucho me temo que habría enloquecido».^[244]

Durante su última enfermedad, Johnson experimentó el firme y cariñoso interés de sus muy numerosos amigos. El señor Hoole ha compuesto un relato de lo que aconteció en el transcurso de las visitas que le hizo durante ese periodo, desde el 10 de noviembre hasta el 13 de diciembre, día de su muerte, y me ha permitido leerlo, amén de autorizarme a hacer algunos extractos del mismo, como en efecto he hecho. Nadie estuvo más atento a sus cosas que el señor Langton, al que dijo con ternura: «*Te teneam moriens deficiente manu*».^[c248] Y creo que dice mucho en honor del señor Windham que sus importantes ocupaciones como hombre de Estado no le impidieran prestar asidua atención al sabio moribundo al que tanto reverenciaba. Langton me da cuenta de que «un día encontró a Burke y a cuatro o cinco amigos más en compañía de Johnson, a quien Burke dijo: “Me temo que tantas personas aquí

reunidas sean una molestia para usted”. “De ninguna manera —repuso—; tendría que encontrarme en un estado imposiblemente desdichado para que su compañía no fuera una delicia para mí”. Con voz trémula, indicio de su viva emoción, Burke replicó: “Mi querido amigo, usted ha sido siempre demasiado bueno conmigo”. Inmediatamente después se marchó. Ésa fue la última circunstancia en el trato de amistad entre estos dos hombres eminentes».

Los siguientes particulares de su conversación, pocos días antes de su muerte, los incluyo aquí amparándome en la autoridad del señor John Nichols.^[245]

Dijo que los *Debates parlamentarios* eran la única parte de todos sus escritos que le causaba cierta compunción, aunque en la época en que los escribió no tenía la sensación de estar importunando al mundo, si bien los escribió con frecuencia a partir de materiales muy exiguos y, a menudo, a partir de la misma nada, de modo que eran mera acuñación de su imaginación. Nunca escribió ninguna otra de sus obras con velocidad pareja. Tres columnas de la *Gentleman's Magazine* en una sola hora no eran insólita hazaña en aquel entonces, es decir, mucho más deprisa de lo que la mayoría de las personas habría necesitado para transcribir idéntica cantidad.

De su amigo Cave siempre habló con gran afecto. «Con todo —dijo—, Cave (quien nunca miraba por la ventana, si no era con miras a su *Gentleman's Magazine*) era un pagador tacaño; contratava las líneas a tanto el ciento, y contaba con que ese ciento se alargase, pero era un buen hombre, siempre contento de sentar a sus amigos a su mesa».

Cuando hablaba de una edición uniforme de todas sus obras, dijo que disponía del poder [cedido por los libreros] de imprimir tal edición, y que lo haría si su salud se lo permitiera, pero que no tenía en cambio el poder de asignar a nadie ninguna edición, a menos que pudiera añadirle notas, y alterarla así de tal modo que fuera una obra nueva, lo cual en su estado de salud era de todo punto impensable. Es posible que viva, dijo, o más bien que respire, tres días o tres semanas más, pero me encuentro a diario paulatinamente más flojo.

Dijo en otra ocasión, tres o cuatro días antes de morir, hablando del poco miedo que le daba someterse a una operación quirúrgica: «daría una de estas piernas por un año más de vida, me refiero a una vida confortable, no a la que ahora sobrellevo», y lamentó mucho su incapacidad de leer durante las muchas horas en que no descansaba. «Antes leía —añadió— cuando no conciliaba el sueño, leía como un turco».

Mientras estuvo confinado por esta su última enfermedad, tuvo por práctica habitual que el servicio religioso le fuera leído, por lo común gracias a algún teólogo atento y amistoso. El reverendo señor Hoole desempeñó este amable oficio en mi presencia por última vez, cuando por deseo expreso del paciente sólo se leyó la letanía, durante la cual sus responsos se dieron en la grave, honda, sonora voz que el señor Boswell ha notado en algunos pasajes, y con la más profunda devoción que se pueda imaginar. Como su oído distaba de ser perfecto, en más de una ocasión interrumpió al señor Hoole diciéndole «Más alto, querido señor; más alto, se lo ruego, pues de lo contrario reza usted en vano», y al terminar el servicio, con gran seriedad se volvió a una excelente dama que estaba presente y le dijo: «Le agradezco de todo corazón, señora, su amabilidad al sumármeme en este solemne ejercicio. Viva como debe, se lo suplico, y no sentirá la compunción del final que ahora a mí me embarga». Tan verdaderamente humildes eran los pensamientos con que este hombre grande y bueno envolvía su propio acercamiento a la perfección religiosa.

Se le invitó encarecidamente a publicar un volumen de *Ejercidos devotos*, pero, si bien prestó complaciente atención a la propuesta, y si bien se le ofreció una suma importante, declinó el ofrecimiento por motivos de sincera modestia.

Seramente había pensado en traducir a Thuanus.^[c249] A menudo me habló de este asunto, y una vez en particular, cuando mostré yo mi deseo de que favoreciese al mundo y gratificase a su soberano con una «Vida de Spenser», que dijo que podría haber escrito con presteza en caso de haber dispuesto de los materiales oportunos, añadió: «De nuevo he dado vueltas, señor, a la empresa de Thuanus; no sería la titánica tarea que usted supone. No debiera yo tener más problemas que los del dictado, que podría llevarse a cabo con la misma velocidad con que sea capaz de escribir el amanuense».

En recíproco reconocimiento de Johnson y de los teólogos de diversas comuniones justo es decir que si bien era firme feligrés de la Iglesia anglicana, tuvo no obstante abundante y grata conversación con varios de ellos. Permítaseme en particular

nombrar al difunto señor La Trobe y al señor Hutton, de la confesión moravia.^[c250] Su trato de intimidad con los benedictinos ingleses, en París, ya se ha comentado; a modo de prueba adicional de la caridad con que vivía con los buenos hombres de la Iglesia católica me alegra en esta ocasión recordar su amistad con el reverendo Thomas Hussey, doctor en Teología. Capellán de Su Católica Majestad en la embajada de éste ante la corte de Londres, era un hombre respetabilísimo, no sólo por su poderosa elocuencia de predicador, sino también por sus variadas dotes de estadista. Aun cuando Johnson no tuviera ningún afecto por los presbiterianos, no estorbó este rechazo en su larga e ininterrumpida relación en sociedad con el reverendo James Fordyce, quien, tras su muerte, lo ha celebrado con caluroso afecto en una composición devota.

En medio de las nubes de melancolía que pendían sobre Johnson, ya moribundo, su talante inconfundible aún se manifestó en distintas ocasiones.

Cuando el doctor Warren, con la frase de costumbre, le dijo que esperaba que se encontrase mejor, su respuesta fue ésta: «No, señor; no puede usted darse cuenta de la rapidez con que avanzo hacia la muerte».

Un hombre al que jamás había visto fue contratado para pasar una noche en vela con él. Cuando a la mañana siguiente se le preguntó qué le había parecido su acompañante, dijo: «No me ha gustado nada, señor. El individuo es un idiota. Es más torpe que el eje cuando ha de encajar en la rueda, y dormilón como un ratón saciado».

Windham le colocó una almohada de modo conveniente para que descansara. Johnson le dio las gracias por su amabilidad, diciendo: «Me hará mucho bien, descuide; todo el bien que una almohada puede hacer».

Repitió con vehemencia un poema compuesto por varias estrofas, de cuatro versos cada una, con rima alterna, que dijo haber escrito algunos años antes,^[246] con ocasión de la mayoría de edad de un extravagante y adinerado caballero, diciendo que nunca la había repetido desde que la compuso, salvo una vez, y que había dado una copia. Esa copia llegó a manos de la señora Thrale, ahora Piozzi, que la ha publicado en un volumen que titula *Sinonimia británica*,^[c251] que es en realidad una colección de entretenidos comentarios y anécdotas, sin que importe que sean exactos o no. Como se trata de una sátira exquisita, transmitida con vivacidad y agudeza, con humor, y de un sesgo del cual no se encuentran otros ejemplos en los escritos de Johnson, aquí la inserto:

Los esperadísimos veintiuno,
año tardano, por fin son tuyos.
Orgullo y pompa y placer,
gran *** ***, ahora son tu ser.

De los lazos del delantal ya libre,
libre de hipotecar o vender tus mimbres,
libre como el viento, ligero cual pluma,
despídete así de los hijos de la hucha.

Llama a las Betsys, las Kates, las Emmas,

los nombres que ahuyentan las penas;
rocíalas con tus guineas de potentado,
muestra el don de un heredero osado.

Los que de estupideces y vicios medran
alégranse de ver que las reservas merman,
ya sea el tahúr, feliz y contento,
ya sea el prestamista, astuto y atento.

La riqueza, muchacho, es de rondar cual fiera:
pues que vague y yerre por doquiera.
Llama a la alcahueta, al juglar, a la gorróna,
que vengan a llenarse la alforja.

Cuando el guapo mozo va de juerga,
¿qué son casas, qué son tierras?
Lleno el bolsillo, de buen humor,
sólo polvo, mojadura o resquemor.

Si la madre o el buen amigo bravo
te vienen con las quejas del despilfarro,
te mofas del consejo, el incordio hieres:
te puedes ahorcar o ahogar si quieres.^[c252]

Cuando abrió una nota que le llevó su criado, dijo: «Extraño pensamiento se me ocurre: no hemos de recibir cartas en la tumba».

Pidió tres favores a sir Joshua Reynolds: que le perdonase treinta libras que le había pedido prestadas, que leyese la Biblia con aplicación, que jamás empuñase un lápiz en domingo. Sir Joshua dio su inmediata aquiescencia.

Mostró en efecto una grandísima ansiedad por la mejora de sus amigos en materia de religión, a los cuales discursó sobre las infinitas repercusiones que tiene. Suplicó al señor Hoole que pensara bien en lo que había dicho, y que lo pusiera por escrito; cuando poco después éste le aseguró que así se había hecho, le estrechó ambas manos y en tono de máxima sinceridad se lo agradeció. Como el doctor Brocklesby le había atendido con absoluta asiduidad y con amabilidad inmensa en calidad de médico y de amigo, estuvo particularmente deseoso de que este caballero no se entregara a la consideración de alguna laxa noción especulativa, y que se confirmase en las verdades del cristianismo, e insistió en que lo anotara en su presencia, todo lo bien que pudiera recordarlo, por la trascendencia de lo dicho al respecto; el doctor Brocklesby cumplió con su petición, le dio a firmar el documento y le apremió a que fuera él mismo quien lo custodiase mientras siguiera con vida.

Con aquella fortaleza de espíritu que jamás le abandonó, a despecho de todos sus achaques corporales y sufrimientos y menoscabos del intelecto, pidió al doctor Brocklesby que, siendo como era persona autorizada, en la que había depositado su plena confianza, le dijera a las claras si era posible que se restableciera. «Deme una respuesta precisa». El médico le respondió preguntándole primeramente si se hallaba en condiciones de soportar toda la verdad, y al contestarle el paciente que sí, declaró que a su juicio era imposible que mejorase si no mediaba un milagro. «En tal caso — dijo Johnson— no tomaré más medicamentos, ni siquiera mis opiáceos, pues he

rogado y he rezado para estar en condiciones de rendir mi alma a Dios sin que me vele el entendimiento la bruma». En esta resolución perseveró y, al mismo tiempo, hizo uso de los medios de sostén corporal más suaves. Apremiado por el señor Windham para que tomara un alimento más sólido, no fuera que una dieta tan escasa surtiera el mismo efecto que tanto temía y así debilitase su recto entender, respondió: «Tomaré cualquier cosa que no me reste la lucidez ni me embriague».

El reverendo señor Strahan, hijo de su buen amigo, que siempre había sido uno de sus preferidos, durante esta su última enfermedad tuvo la satisfacción de contribuir a aplacar su ánimo y darle consuelo. La casa de este caballero en Islington, parroquia de la que es vicario, permitió a Johnson algún ocasional y fácil cambio de aires que hubo de resultarle agradable; asimismo, le atendió en la ciudad misma, en cumplimiento del sagrado desempeño de su oficio.

El señor Strahan me ha proporcionado la grata garantía de que, tras pasar un rato en gran agitación, Johnson recobró la compostura y mantuvo la calma hasta su muerte.

El doctor Brocklesby, a quien en ningún caso puede acusarse de fanatismo, me facilitó la siguiente relación:

Durante algún tiempo antes de su muerte, todos sus temores se aplacaron y absorbieron en la preeminencia de su fe y de su confianza en los méritos y en la propiciación de Jesucristo.

Me habló a menudo de la necesidad de la fe en el sacrificio de Jesucristo, necesaria más allá de todas las buenas obras, sean cuales fueren, de cara a la salvación de la humanidad.

Me conminó a estudiar al doctor Clarke y a leer sus sermones. Le pregunté por qué defendía de ese modo a Clarke, un arriano.^[247] «Porque —respondió— es quien más se extiende sobre el concepto del sacrificio propiciatorio».

Teniendo así presente el verdadero designio cristiano, a la par razonable y consolador, de unir justicia y misericordia en la Divinidad, con el perfeccionamiento de la naturaleza humana, antes de recibir el Santo Sacramento en su alcoba compuso y recitó con gran fervor esta oración:^[248]

Todopoderoso y muy misericordioso Padre, me encuentro ahora, según parece a ojos de los hombres, a punto de conmemorar por última vez la muerte de tu Hijo Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor. Concede, oh Señor, que toda mi esperanza y confianza puedan quedar en sus méritos y en tu misericordia; impulsa y acepta mi imperfecto arrepentimiento; haz que esta conmemoración sea valedera para la confirmación de mi fe, para el establecimiento de mi esperanza, para el incremento de mi caridad; haz, Señor, que la muerte de tu Hijo Jesucristo sea eficaz para mi redención. Ten misericordia de mí y perdona la multitud de mis ofensas. Bendice a mis amigos, ten piedad de todos nosotros. Confortame en tu Espíritu Santo, en los días de flaqueza y en la hora de la muerte, y acógeme, cuando muera, en la felicidad eterna, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Hecho su testamento el 8 y el 9 de diciembre, como ya queda dicho, y arreglados todos sus asuntos de este mundo, languideció hasta el lunes 13 del mismo mes, en que expiró, alrededor de las siete de la tarde, con tan poco dolor aparente que sus acompañantes apenas se percataron de que se había producido la disolución de cuerpo y alma.

De sus últimos momentos, mi hermano, Thomas David, me ha facilitado los siguientes detalles:

Desde el momento en que estuvo seguro de que su muerte se hallaba cerca, el doctor Johnson pareció hallarse perfectamente resignado; tuvo pocos o ningún momento de displicencia o enojo, y con frecuencia dijo a su fiel criado, que fue quien me comunicó estos detalles: «Atiende, Francis, a la salvación de tu alma, que es objeto de máxima importancia»; asimismo, le explicó algunos pasajes de las Escrituras, y parecía complacerse en hablar de cuestiones de religión.

El lunes 13 de diciembre, día en que murió, una tal señorita Morris, hija de un amigo suyo, acudió y suplicó a Francis que le permitiera ver al doctor, con el fin de pedirle de todo corazón que la bendijera. Francis entró en la habitación seguido por la muchacha y dio el recado que le pedía. El doctor Johnson se volvió en la cama y le dijo: «Dios te bendiga, hija mía». Estas fueron sus últimas palabras.

Su difícil respiración se fue haciendo más ardua y trabajosa hasta las siete de la tarde, en que, habiendo observado el señor Barber y la señorita Desmoulins, que se encontraban en su habitación, que había cesado el ruido de la misma, se acercaron al lecho y vieron que había muerto.^[c253]

Unos dos días después de su muerte, esta grata relación llegó a manos del señor Malone en una carta del honorable John Byng, al que quedo sumamente agradecido por el permiso para incluirla en mi obra.

Querido señor,

desde la última vez que nos vimos he mantenido una larga conversación con Cawston,^[249] quien permaneció con el doctor Johnson desde las nueve de la noche del domingo hasta las diez de la mañana del lunes. Por lo que de su relato he podido colegir, parece que el doctor Johnson guardó perfecta compostura, firme en su esperanza, resignado a morir. En intervalos de una hora se le ayudó a que se incorporase en el lecho y moviera las piernas, que le causaban grandes dolores; en esos momentos se dedicaba a rezar con fervor; aunque a veces le fallaba la voz, nunca perdió la conciencia. El único sustento que recibió fue sidra y agua. Dijo que su espíritu estaba listo, y que la hora de su disolución le parecía prolongada. A las seis de la mañana preguntó qué hora era y, cuando se le informó, dijo que todo iba como debía ir, y que tenía la nítida impresión de que le quedaban pocas horas de vida.

A las diez de la mañana se despidió de Cawston diciendo: «No retengan más tiempo al criado del señor Windham. Gracias. Dé mis recuerdos a su señor». Cawston dice que nadie pudo parecer más recogido y compuesto, más devoto, menos aterrado ante el pensamiento del minuto que ya se avecinaba.

Esta relación, que es mucho más grata y en algún aspecto distinta de la suya, nos ha provocado la satisfacción de pensar que el gran hombre murió como había vivido, pleno de resignación, fortalecido en la fe, gozoso en la esperanza.

Unos días antes de fallecer había preguntado a sir John Hawkins, en calidad de albacea suyo, dónde iba a ser enterrado. Éste le respondió que «sin duda alguna, en la abadía de Westminster». Pareció embargarle una satisfacción muy natural en un poeta, y a mi juicio muy comprensible en cualquier hombre de imaginación que no tenga un sepulcro familiar en el que ser enterrado con sus progenitores. En efecto, el lunes 20 de diciembre sus restos fueron depositados en ese noble edificio de gran renombre, y sobre su tumba fue colocada una gran lápida de pizarra azulada con esta inscripción:

SAMUEL JOHNSON, D. L.
OBIIT XIII DIE DECEMBRIS,
ANNO DOMINI
M. DCC. LXXXIV.
ÆTATIS SUÆ LXXV.

A su entierro acudió un número respetable de amigos suyos, en particular los miembros del Club Literario que se encontraban en la ciudad, y se vio asimismo honrado por la presencia de varios miembros del reverendo cabildo de Westminster. El señor Burke, sir Joseph Banks, el señor Windham, el señor Langton, sir Charles Bunbury y el señor Colman presidieron el duelo. Su condiscípulo, el doctor Taylor, se encargó del doloroso oficio de pronunciar el servicio de difuntos.

Tengo la esperanza de que no se me acuse de afectación si declaro que me hallo incapaz de expresar todo cuanto sentí con la pérdida de tal «Guía, Filósofo y Amigo».^[250] Por consiguiente, no diré una sola palabra mía, sino que adoptaré las de un eminente amigo,^[251] improvisadas con espléndida perfección, muy superior a todas las estudiadas composiciones al uso. «Deja un abismo que no sólo con nada se puede llenar, sino que tampoco nada tendrá tendencia a llenar. Johnson ha muerto. Sigamos como mejor podamos; no hay nadie. De nadie puede decirse en verdad que nos recuerde a Johnson».

Así como Johnson gozó de abundantes homenajes en vida,^[252] ningún escritor de esta nación gozó jamás de semejante acumulación de honores literarios después de su muerte. Sobre tal acontecimiento se predicó un sermón en la iglesia de Santa María, en Oxford, ante el pleno de la universidad, del cual se encargó el señor Agutter, del Magdalen College.^[253] Las vidas, las memorias, los ensayos tanto en prosa como en verso que se han publicado acerca de él abarcarían varios volúmenes. También los numerosos ataques contra su persona los considero parte de su importancia, consecuencia natural del principio que él mismo bien conocía y puntualmente valoró.^[c254] Muchos de los que en su presencia se echaban a temblar se lanzaron al asalto cuando ya no percibieron asomo de peligro. Cuando uno de sus mezquinos enemigos en la práctica comenzó a gruñir y a lanzar espumarajos de envidia ante su fama, nada menos que en la mesa de sir Joshua Reynolds, el reverendo doctor Parr le respondió con su osadía de costumbre: «Sí, ahora que el viejo león ha muerto, cualquier asno se convence de que puede cocearlo impunemente».

Poco después de su muerte se decidió erigirle un monumento en la abadía de Westminster, para lo cual se recaudó una cuantiosa y respetable donación; ahora bien, el Deán y el Cabildo de St. Paul, tras haber alcanzado la resolución de que en la catedral tendrían cabida los monumentos, de acuerdo con un plan tan generoso como admirable, al que la catedral posteriormente se ha ceñido, estipularon que era el lugar idóneo para que se erigiese un cenotafio en su memoria; en la catedral de su ciudad natal, Lichfield, se ha de erigir otro.^[254] La composición de su epitafio por fuerza habría de suscitar una acalorada competición de genios.^[255] Si *laudari a laudato viro* es elogio sumamente estimable, no me perdonaría si pasara por alto los siguientes versos sepulcrales sobre el autor del *Diccionario de la lengua inglesa*, escritos por el honorable Henry Flood:^[256]

No hacen falta latín ni griego para ensalzar

El recuerdo de Johnson, ni para adornar su tumba;
su lengua materna reclama este lugar de duelo
con el fin de pagar por la inmortalidad que le otorgó.

El carácter de Samuel Johnson, espero y confío, ha quedado tan desarrollado en el transcurso de esta obra que quienes la hayan honrado con un examen detenido a buen seguro podrán considerar que lo han conocido como si dijéramos en persona. Como, sin embargo, tal vez se espere que recoja en una sola panorámica los rasgos capitales y distintivos de este hombre extraordinario, me esforzaré por desempeñarme al máximo en esta parte final de mi empresa biográfica,^[257] por difícil que sin duda sea hacer algo que muchos de mis lectores a buen seguro sabrán hacer por sí mismos.

Tenía un cuerpo voluminoso y bien formado, y el semblante moldeado de una estatua antigua; ahora bien, su apariencia resultaba extraña y un punto zafia debido a sus acalambamientos convulsos, a las cicatrices dejadas por aquella afección que en tiempos se daba en suponer que tenía cura por medio del toque de una persona de sangre azul, y debido asimismo a un inevitable desaliño indumentario. Sólo veía con un ojo, si bien tan amplio es el territorio que gobierna su intelecto que suple con creces sus órganos deficitarios, y sus percepciones visuales, en la medida en que alcanzaban, eran de una insólita presteza y de una inusitada exactitud. Tan mórbido era su temperamento que nunca conoció la natural alegría que produce el uso libre y vigoroso de las extremidades: cuando caminaba, lo hacía con el paso desigual de quien lleva puestos unos grilletes; cuando cabalgaba, no tenía el menor dominio sobre la dirección que emprendiera su montura, y era llevado por el caballo como si viajase en globo. Que con semejante constitución y hábitos de vida resistiera hasta los setenta y cinco años es buena prueba de que una *vivida vis* inherente es un potente conservante del cuerpo humano.

El hombre en general se compone de cualidades contradictorias, y éstas siempre se manifestarán en extraña sucesión, en el transcurso de la cual los dilatados hábitos de la disciplina filosófica no han dado con una consistencia que resalte ni siquiera aparentemente, mucho menos en la misma realidad. En proporción directa al vigor original del espíritu, las cualidades contradictorias serán tanto más prominentes y tanto más difíciles de someter a un ajuste; por todo ello, no debería extrañarnos que Johnson exhibiera un muestrario eminente de esta faceta que acabo de comentar acerca de la naturaleza humana. En distintas ocasiones parecía un hombre distinto en no pocos sentidos; no, desde luego, en ningún concepto esencial, ni en una porción importante, y menos en aquello a lo que hubiera dedicado plenamente su intelecto y hubiera asentado determinados principios del deber, sino solamente en sus modales, y en el despliegue de sus argumentos y fantasías, en su manera de hablar. Era propenso a las supersticiones, pero no a la credulidad. Aunque su imaginación pudiera inclinarle a creer en lo maravilloso y en lo misterioso, con su vigorosa capacidad de raciocinio daba en examinar las pruebas de que dispusiera con grandísimo celo. Fue un sincero y diligente cristiano, feligrés de la Iglesia anglicana, monárquico en sus

principios; es posible que en una etapa juvenil hubiera estrechado bastante sus horizontes tanto en política como en religión. El que le impresionara el peligro que corría por una extrema lasitud en ambas, aun siendo de espíritu acendradamente independiente, le ocasionó que pareciera desfavorable al predominio de esa noble libertad de sentimientos que es la mejor de las pertenencias a que puede aspirar el hombre. Y tampoco es posible negar que tuviera abundantes prejuicios, que, sin embargo, no pocas veces le sugirieron muchas de sus agudezas, en las que más bien denota un ánimo lúdico de la imaginación, lejos de toda malignidad asentada. Fue un hombre firme e inflexible en el mantenimiento de las obligaciones de la religión y la moralidad, tanto por su respeto al orden de la sociedad como por su veneración de la Gran Fontana de todo orden; fue correcto en sus gustos, y no severo; fue difícil de complacer, y fácil de ofender; impetuoso e irascible de temperamento, aunque de corazón humanísimo y sumamente benévolo,^[258] que se mostraba no sólo en una caridad extremadamente pródiga, en la medida en que sus circunstancias se lo permitieron, sino también en mil y un casos de muy activa bondad. Le afligía una enfermedad que a menudo le causaba inquietud constante y un fastidio quejoso, así como una melancolía constitutiva, las nubes de la cual ensombrecían la brillantez de su ánimo vivaz, y daban una tonalidad lúgubre a todo su pensamiento. Por consiguiente, no debemos extrañarnos ante sus arranques de impaciencia y de apasionamiento en los momentos más intempestivos, especialmente cuando lo provocaba la ignorancia supina, o la presunción de la petulancia, y justo es admitir que lanzase apresurados y satíricos dardos envenenados incluso contra sus mejores amigos. Desde luego, cuando uno repara en que «en medio de la enfermedad y la penuria» ejerció sus facultades en tantísimas obras, en beneficio de la humanidad, y que muy en particular coronó con un éxito sin precedentes la tarea admirable del *Diccionario* de nuestra lengua, hemos de sentirnos atónitos ante su resolución. La solemnidad del dicho de que «a quien mucho se le da, mucho se le ha de exigir», parece haber estado siempre presente en su espíritu, en el sentido más riguroso, y haberle causado una perpetua insatisfacción con sus labores y sus actos de bondad, por relativamente grandes que fueran, de manera que la ineludible conciencia de su superioridad fue, a ese respecto, causa de inquietud. Sufrió tanto a causa de esto, y del ánimo lúgubre que perennemente lo acosaba, y que daba a la soledad un cariz aterrador, que bien puede de él decirse que «si sólo tuvo esperanza en esta vida, fue de todos los hombres el más miserable».^[c255] Le encantaban las alabanzas cuando le eran presentadas, pero era demasiado orgulloso para andar buscándolas. Era un tanto susceptible a la adulación. Como sus estudios fueron de carácter general, sin circunscribirse a ninguna provincia del saber, no se le puede tener por maestro en ninguna disciplina científica, pero lo cierto es que acumuló una vastísima y variadísima colección de conocimientos, dispuestos de tal modo en su intelecto que siempre supo recurrir a ellos con presteza. Ahora bien, su superioridad sobre otros eruditos consistió principalmente en lo que bien pudiera llamarse el arte de pensar, el

arte de emplear el entendimiento, un cierto y continuado poder de apresar la sustancia más provechosa de cuanto sabía, y de exponerla de manera clara y poderosa, de modo que el saber, que a menudo bien se ve que no es sino lastre que acarrear los hombres de intelecto lerdo y embotado, era en el suyo sabiduría verdadera, evidente, real. Sus preceptos morales eran de índole puramente práctica, pues los extraía de un íntimo conocimiento de la naturaleza humana. Sus máximas transmiten convicción, pues se fundamentan en la base del sentido común, y en una exploración atenta y minuciosa de la verdadera vida de los hombres. Era tanta la imaginería de su ánimo que podría haber sido perpetuamente un poeta, si bien es digno de mención que, por rica y abundosa que sea su prosa en este sentido, sus piezas poéticas en general no gozan de ese esplendor, y más bien se distinguen por la fuerza de los sentimientos y la agudeza de la observación, que transmite en versos armoniosos y enérgicos, en especial en dísticos heroicos de gran redondez. Aunque usualmente grave, e incluso temible en su apostura, poseía un insólito y peculiar ingenio y sentido del humor; frecuentemente condescendía a la indulgencia de lo coloquial, y en su compañía era frecuente disfrutar de goce y cordialidad; con tan ventajosas prendas, libres por completo de toda tintura venenosa del vicio o la impiedad, era salutífera su compañía. Se había acostumbrado a tal extremo de exactitud en su conversación corriente,^[259] que en todo momento expresaba sus pensamientos con gran potencia y con un lenguaje de elegante elección, cuyo efecto se reforzaba gracias a su voz tonante y a una lenta y cuidadosa pronunciación. En él se aunaban la cabeza más lógica y la imaginación más fértil, lo cual le procuraba una ventaja extraordinaria en cualquier discusión, pues era capaz de razonar en detalle o en términos generales, según conviniera al caso. Exultante en su fuerza y destreza intelectual, cuando le apetecía sabía ser el más grande de cuantos sofistas hayan contendido jamás en las justas de la declamación; por su espíritu de contradicción, por el deleite que le causaba la manifestación de su poderío, no pocas veces daba en sostener las posturas erróneas con idéntico calor e ingenio que si fueran las acertadas, de modo que, cuando gozaba de público, sus verdaderas opiniones rara vez se podían espigar de sus charlas, si bien cuando estaba en compañía de un solo amigo abordaba la discusión de cualquier asunto con genuina justicia, al tiempo que era demasiado consciente para dar a un error pernicioso carta de permanencia al escribirlo a propósito; en definitiva, en todas sus muy numerosas obras supo inculcar con seriedad y honestidad lo que se le representaba como verdadero. Su piedad era constante, y el principio rector de toda su conducta.

Tal fue Samuel Johnson, un hombre cuyo talento, adquisiciones y virtudes fueron tan extraordinarios, que cuanto más se considere su carácter, más se le tendrá en estima en la época actual, y mayor será la admiración y reverencia que la posteridad le rinda.

CATÁLOGO CRONOLÓGICO DE LAS OBRAS EN PROSA^[1] DE SAMUEL JOHNSON, DOCTOR EN LEYES

N.B. Todas las obras que él mismo reconoció van marcadas con un asterisco. Las que pueden considerarse plenamente suyas debido a las pruebas internas que presentan, van marcadas con †.

1735. Compendio y traducción del *Viaje a Abisinia*, de Lobo.*

1738. Parte de una traducción de la *Historia del Concilio de Trento*, del Padre Paolo Sarpi.*

N.B. Como esta obra, luego de imprimirse algunos pliegos, quedó suspendida, desconozco si es posible hallarla en todo o en parte.

Para la Gentleman's Magazine:

«Prefacio».†

«Vida del Padre Paolo».*

1739. «Una completa vindicación de los licenciarios de la escena, en defensa de las maliciosas y escandalosas difamaciones vertidas por el señor Brooke, autor de *Gustavus Vasa*».*

Marmor Norfolciense, o ensayo sobre una antigua y profética inscripción en versos monacales, recientemente descubierta cerca de Lynne, condado de Norfolk; por probus Britannicus.*

Para la Gentleman's Magazine:

«Vida de Boerhaave».*

«Alocución al lector».†

«Apelación al público en nombre del director».†

«Consideraciones sobre el caso de los *Sermones* del doctor Trapp; intento verosímil por demostrar que la obra de un autor puede abreviarse sin menoscabo de la propiedad que éste posee sobre ella».*

1740. *Para la Gentleman's Magazine:*

«Prefacio»,†

«Vida del almirante Drake».*

«Vida del almirante Blake».*

«Vida de Philip Barretier».*

Ensayo sobre los epitafios.*

1941. *Para la Gentleman's Magazine:*

«Prefacio».†

Una traducción libre de las chanzas de Hierocles, con introducción.†

«Debate sobre la *Humilde Solicitud y Consejo* del Parlamento para que Cromwell en 1657 asumiera el título de Rey; abreviada y compendiada».†

Traducción de la *Disertación sobre las Amazonas*, del Abbé Guyon.†

Traducción del *Panegírico* de Fontenelle al doctor Morin.†

1942. *Para la Gentleman's Magazine:*

«Prefacio».†

«Ensayo sobre la crónica de la conducta de la duquesa de Marlborough».*

«Relación de la *Vida* de Peter Burman».*

«Vida de Sydenham», después antepuesta a la edición de sus *Obras* que preparó el doctor Swan.*

«Propuestas para la impresión de *Bibliotheca Harleiana*, o Catálogo de la Biblioteca del Conde de Oxford», después antepuestas al primer volumen de dicho catálogo, en el que las descripciones latinas de los libros fueron redactadas por él.*

Compendio titulado «Historia extranjera».†

Ensayo sobre la *Descripción de la China*, del francés Du Halde. †

1943. Dedicatoria, al Dr. Mead, del *Diccionario médico* del Doctor James.†^[2]

Para la Gentleman's Magazine:

«Prefacio».†

Debates parlamentarios, bajo el título de «Debates del Senado de Lilliput», del 19 de noviembre de 1740 al 23 de febrero de 1743, inclusive.*

Consideraciones sobre la polémica entre Crousaz y Warburton sobre el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope.†

Carta en la que anuncia que la *Vida de Savage* había de publicarse rápidamente, por una persona en la que tenía toda confianza.†

Anuncio en favor de Osborne, tocante al Catálogo de la Biblioteca Harleiana.†

1744. «Vida de Richard Savage».*

Prefacio a la *Miscelánea Harleiana*.*

Para la Gentleman's Magazine:

«Prefacio».†

1745. Observaciones misceláneas sobre la tragedia de *Macbeth*, con comentarios a las ediciones de Shakespeare de Sir Thomas Hanmer, y propuestas para la nueva edición de las obras de este poeta.*

1747. *Plan para un Diccionario de la lengua inglesa*, dedicado a Philip Dormer, Conde de Chesterfield.*

1748. Para la *Gentleman's Magazine*:

«Vida de Roscommon».*

Historia extranjera, noviembre.†

Para el *Preceptor* de Dodsley:

Prefacio.*

«Visión de Teodoro el eremita, hallada en su celda».*

1750. *El divagador*, cuya primera entrega se publicó el 20 de marzo de este año, siendo la última del 17 de marzo de 1752, día en que falleció la señora Johnson.*

Carta al *General Advertiser* para llamar la atención del público sobre la interpretación de *Comus*, obra que se presentaba al día siguiente en el Teatro de Drury Lane en beneficio de la nieta de Milton.*

Prefacio y posdata a un panfleto de Lauder titulado «Ensayo sobre el uso y la imitación de los modernos que hace Milton en su *Paraíso perdido*».*

1951. «Vida de Cheynel» en la miscelánea titulada *El estudiante*.*

Carta a Lauder, dirigida al reverendo doctor John Douglas, en reconocimiento de su fraude sobre Milton a propósito de los «Términos de la contrición adecuada».*

Dedicatoria al Conde de Middlesex del *Quijote femenino*, de Charlotte Lennox.†

1753. Dedicatoria a John, Conde de Orrery, del *Shakespeare Ilustrado*, de la señora Charlotte Lennox.*

Durante este año y el siguiente escribió y obsequió a su amado amigo, el doctor Bathurst, los textos publicados en el *Adventurer*, firmados con una T.*

1754. «Vida de Edward Cave» en la *Gentleman's Magazine*.*

1755. Un diccionario, con gramática e historia, de la lengua inglesa.*

Relación de un intento por calcular la longitud en alta mar: con una teoría exacta de la variación de la aguja magnética y una tabla de variaciones longitudinarias en las más destacadas ciudades de Europa, desde el año 1660 hasta el año 1860. Lo escribió para Zachariah Williams, ingenioso y proecto caballero galés, padre de Anna Williams, a la cual durante muchos años alojó en su propia casa. Se publicó junto con una traducción al italiano del signor Baretti. En un ejemplar cedido a la Biblioteca Bodleiana de Oxford aparece empastado un retrato del ya difunto Zachariah Williams, claramente escrito por Johnson.†

1756. Una edición abreviada de su *Diccionario*.*

Varios ensayos publicados en la *Universal Visitor*, sobre los que existen ciertas dificultades a la hora de precisar su autoría. Todos los señalados con dos asteriscos se le han atribuido fehacientemente, aunque tengo la convicción de que por las evidencias internas sea posible exceptuar de todos ellos la «Vida de Chaucer», «Reflexiones sobre la situación de Portugal», y un «Ensayo sobre la arquitectura»: a tenor de esas mismas pruebas internas, tengo la convicción de que son suyos «Nuevos pensamientos sobre la agricultura» y una «Disertación sobre la situación de la literatura y los autores». La autoría de la «Disertación sobre los epitafios que escribió Pope» la reconoció con posterioridad, añadiéndola al *Desocupado*.

«Vida de Sir Thomas Browne», antepuesta a una nueva edición de su *Moral cristiana*.*

En la *Literary Magazine*, o *Universal Review*, que comenzó a publicarse en enero de 1756, sus ensayos originales son:

«Discurso prefatorio».†

«Introducción sobre el estado político de Gran Bretaña».†

«Comentarios sobre la ley de la milicia».†

«Observaciones sobre los tratados de Su Británica Majestad con la Emperatriz de Rusia y el Landgrave de Hesse, Cassel».†

«Observaciones sobre el actual estado de la cuestión».†

«Memorias de Federico III, Rey de Prusia».†

En la misma publicación, reseñas de los siguientes libros:

Historia de la Royal Society, de Birch.

Moral cristiana, de Browne.

Ensayo sobre los escritos e ingenio de Pope, de Warton, vol. I.

Traducción de Polybio, de Hamilton.

Argumentos en prueba de la divinidad, de sir Isaac Newton.

Historia de las islas Sorlingas, de Borlase.

Experimentos sobre el blanqueado de metales, de Home.

Historia de Jamaica, de Browne.

Sobre la destilación del agua de mar, los ventiladores en los barcos y la cura del mal sabor de la leche, de Hale.

Ensayo sobre las aguas, de Lucas.

Catálogo de los obispos de Escocia, de Keith.

Transacciones filosóficas, vol. XLIX.

Misceláneas, de Elizabeth Harrison.

Mapa y relación de las colonias centrales de América, de Evans.

El cadete, un tratado militar.

Comportamiento del ministerio en lo relacionado con la actual guerra,

examinado con imparcialidad.

Traducción de las Memorias de Sully, de la señora Lennox.

Carta sobre el caso del almirante Byng.

Apelación popular sobre el almirante Byng.

Ocho días de viaje, de Hanway, y su *Ensayo sobre el té*.

Nuevos particulares en relación con el caso del Almirante Byng, obra de un caballero oxoniense.*

Como el señor Jonas Hanway escribiera una iracunda réplica a la reseña de su *Ensayo sobre el té*, Johnson ejerció su derecho a dúplica en la misma colección.* Se cree que es el único caso en que condescendió a tomar nota de algo que contra él se hubiera escrito; su principal intención parece haber sido puramente lúdica.

Dedicatoria al Conde de Rochford y prefacio en la *Introducción al juego de las damas*, del señor Payne.*

Introducción a la *London Chronicle*, periódico vespertino que todavía se publica y es merecedor de toda credibilidad.*

1757. Discurso con motivo de una alocución al Trono tras la expedición a Rochefort; pronunciado por uno de sus amigos en una reunión pública: se halla impreso en la *Gentleman's Magazine* de octubre de 1785.†

Los dos primeros párrafos del prefacio a la obra de sir William Chambers titulada *Diseño de los edificios chinos*, etc.*

1957. *El desocupado*, serie de ensayos iniciada el 5 de abril de este año y continuada hasta el 5 de abril de 1760.*

Un ensayo sobre la valentía del soldado inglés de a pie, añadido a la serie cuando se publicó en forma de libro.*

1759. *Rasselas*, príncipe de Abisinia. *Novela*.*

Aviso a los propietarios del *Desocupado* en contra de ciertas personas que habían pirateado esos escritos al publicarlos aislados en un periódico llamado *Universal Chronicle*, o *Weekly Gazette*.†

Para la versión inglesa de Brumoy preparada por la señora Charlotte Lennox, «Una disertación sobre la comedia griega» y la «Conclusión general» del libro.†

Introducción a *Despliegue del mundo*, una colección de viajes por tierra y mar.*

Tres cartas en el *Gazetteer*, relativas a los mejores planes de construcción del puente de Blackfriars.*

1760. Alocución de los pintores a Jorge III, con motivo de su coronación.†

Dedicatoria del *Diccionario italiano e inglés* de Baretti al Marqués de Abreu, enviado especial de España ante la corte de Gran Bretaña.†

Reseña en la *Gentleman's Magazine* de la aguda y muy capaz *Vindicación de María, Reina de Escocia*, del señor Tytler.*

«Introducción a las deliberaciones de la Comisión para procurar vestimenta a los prisioneros franceses».*

1961. Prefacio al *Diccionario del comercio al mayoreo y al menudeo*, de Rolt.*^[3]

Correcciones y mejoras de un panfleto del señor Gwyn, arquitecto, titulado «Pensamientos sobre la coronación de Jorge III».*

1962. Dedicatoria al Rey del *Sistema completo de cronología astronómica en el que se confirman las Escrituras*, del doctor Robert Kennedy. Edición en cuarto.*

Párrafo con que concluye dicha obra.†

Prefacio al Catálogo de la Exposición de Artistas.†

1963. «Retrato de Collins» en el *Calendario poético*, publicado por Fawkes y Woty.*

Dedicatoria al Conde de Shaftesbury de la edición de las *Obras inglesas* de Roger Ascham, publicada por el reverendo señor Bennet.*

«Vida de Ascham», antepuesta a esa edición.*

Reseña de «Telémaco, una mascarada», del reverendo George Graham, de Eton College, en la *Critical Review*.*

Dedicatoria a la Reina de la traducción de Tasso que hizo el señor Hoole.*

Crónica de la detección de la impostura del fantasma de Cock Lane Ghost, publicada en los periódicos y en la *Gentleman's Magazine*.*

1964. Parte de una reseña de «La caña de azúcar», poema de Grainger, en el *London Chronicle*.*

Reseña de «El viajero», poema de Goldsmith, en la *Critical Review*.*

1965. Las obras de William Shakespeare, en ocho volúmenes en octavo. Con notas.*

1966. *Las fontanas*, un cuento de hadas, en la *Antología* de la señora Williams.*

1967. Dedicatoria al Rey del *Tratado de los orbes*, del señor Adams.*

1969. Carácter del reverendo señor Zachariah Mudge, en la *London Chronicle*.*

1970. La falsa alarma.*

1971. *Pensamientos sobre las recientes transacciones relativas a las islas Malvinas*.*

1972. Defensa de un maestro de escuela, que me dictó para la Cámara de los Lores.*

Argumento en respaldo de la Ley sobre la Intromisión Viciada, que leí ante el Tribunal Ordinario de Escocia.*

1973. *Prefacio al Diccionario de geografía antigua*, de Macbean.*

Argumento a favor de los derechos de los patronos laicos, que me dictó para su lectura ante la Asamblea General de la Iglesia de Escocia*

1974. *El patriota*.*

1975. *Viaje a las islas occidentales de Escocia*.*

Propuestas para la publicación de las *Obras* de la señora Charlotte Lennox, en tres volúmenes en cuarto.*

Prefacio a las *Lecciones fáciles de italiano e inglés*, de Baretti.†

Gravámenes, no tiranos; respuesta a las resoluciones del Congreso de América.*

Argumento sobre el caso del doctor Memis, que me dictó para su presentación ante el Tribunal Ordinario de Escocia.*

Argumento para demostrar que la corporación municipal de Stirling había incurrido en corrupción, que me dictó para su presentación ante la Cámara de los Lores.*

1976. Argumento en defensa del derecho de reprensión personal e inmediata desde el púlpito, que me dictó.*

Propuestas para la publicación de un *Análisis de la lengua celta de Escocia*, del reverendo William Shaw.*

1977. Dedicatoria al Rey de las *Obras póstumas* del doctor Pearce, Obispo de Rochester.*

Adiciones a la vida y el carácter de este prelado, antepuestas a sus *Obras*.*

Diversos escritos y cartas en favor del reverendo doctor Dodd.*

1980. Aviso a favor de su amigo el señor Thrale, ante los electores del burgo de Southwark.*

El primer párrafo de la *Vida de Garrick*, de Thomas Davies.*

1981. Prefacios biográficos y críticos a las obras de los más eminentes poetas de Inglaterra, publicados posteriormente con el título de *Vidas de los poetas ingleses*.*[4]

Argumento sobre la importancia en el registro de los títulos de propiedad, que me dictó para su presentación ante una comisión de la Cámara de los Comunes.*

Sobre la diferencia entre *tories* y *whigs*, que me dictó.*

Sobre el castigo vicario, y la gran propiciación sacrificial de los pecados del mundo, obra de Jesucristo, que me dictó.*

Argumento a favor de Joseph Knight, un negro de África que reclamó y obtuvo su

libertad ante el Tribunal Ordinario de Escocia, que me dictó.*

Defensa del señor Robertson, Impresor del *Caledonian Mercury*, en contra de la Sociedad de Procuradores de Edimburgo, por haber insertado en su periódico un párrafo en que se les ridiculizaba; en ella demuestra que no fue una difamación injuriosa; me fue dictada.*

1982. La mayor parte, si no la totalidad, de una respuesta que dio el reverendo señor Shaw a una persona de Edimburgo que atendía por el nombre de Clark, refutando sus argumentos en pro de la autenticidad de los poemas publicados por James Macpherson como si fueran traducciones de Osián.†

1984. Lista de los autores de Historia Universal, depositada en el Museo Británico e impresa en la *Gentleman's Magazine* en diciembre de este año.*

En años diversos:

Cartas a la señora Thrale.*

Plegarias y meditaciones, que dejó en manos del reverendo Señor Strahan, encomendándole que las publicara.*

Sermones que dejó para publicar John Taylor, doctor en Leyes, Prebendado de Westminster, presentados al mundo por el reverendo Samuel Hayes, licenciado en Filosofía.†

Tal es el número y la variedad de obras en prosa de este hombre extraordinario que he sido capaz de descubrir y que gozo de libertad para indicar; ahora bien, hemos de tener presente que sin lugar a dudas son muchas más las que aún siguen ocultas a la vista del público, y podríamos añadir a la relación las numerosísimas cartas que escribió, una parte muy considerable de las cuales sigue inédita, cuando menos hasta la publicación de esta obra. Es de esperar que las personas en cuyo poder estén dichas cartas tengan a bien favorecer al mundo dándolas a conocer.

JAMES BOSWELL

«Tras mi muerte no quiero más heraldo,
no quiero más orador de mis actos en vida,
que libre mi honor de la corrupción,
que un cronista tan honrado como Griffith».^[5]

Shakespeare, *Enrique VIII*. [Acto IV, escena 2ª].

A.D. 1776

ROUND ROBIN, addressed to SAMUEL JOHNSON, L.L.D.
with FAC SIMILES of the Signatures.

Edmond Burke
Michael Fullarton
Jos. Watson
Edm. Burke
Theo. Franklin
Mr. J. Hamersley
Ed. Colman
Wm. M. Hall
Thos. G. Matthews
Thos. G. Matthews

We the Circumscribers,
having read with great pleasure, an
intended Epitaph for the Monument of Dr.
Goldsmith, which considered abstractedly appears to
be, for elegant Composition and Masterly Style, in
every respect worthy of the pen of its learned Author
are yet of opinion, that the Character of the Deceased as
a Writer, particularly as a Poet, is, perhaps, not delineated
with all the exactness which Dr. Johnson is Capable of
giving it. We therefore, with deference to his Superior Judg-
ment, humbly request, that he would at least take the trouble
of revising it, & of making such additions and alterations
as he shall think proper, upon a farther perusal: But
if we might venture to express our Wishes, they would
lead us to request, that he would write the Epitaph
in English; rather than in Latin: As we think that the
Memory of so eminent an English Writer ought to be
perpetuated in the language, to which his Works are
likely to be so lasting an Ornament, which we
also know to have been the opinion of
The late Doctor
himself.

<<



JAMES BOSWELL (Edimburgo, Escocia, 29 de octubre 1740 - Londres, Inglaterra, 19 de mayo de 1795). Escritor escocés. Es conocido sobre todo por su biografía de Samuel Johnson.

Hijo de Lord Auchinleck, juez del tribunal supremo de Escocia, estudió derecho primero en las universidades de Edimburgo (1753-1758) y Glasgow (1758-1762), donde fue alumno de Adam Smith. Posteriormente, completaría su formación en Utrecht. Antes de partir para dicha ciudad, conoció el 16 de mayo de 1763 a Samuel Johnson en Londres, figura a la que profesaba una gran admiración y con la que le uniría, posteriormente, una gran amistad. Tras graduarse en Utrecht, realizó numerosos viajes por Europa, en los que se relacionó además con personajes relevantes de su tiempo, tales como Rousseau, Voltaire, el general Pasquale Paoli, David Hume...

Tras esta etapa, residió un tiempo en Londres antes de volver a Edimburgo, donde se casó en 1769, y donde comenzó a ejercer la abogacía, sin gran éxito. Su vida fue especialmente licenciosa, frívola y disoluta: solía salir de casa, y tras pasar semanas enteras entre prostíbulos y tabernas, volver a ella con alguna infección venérea.

Además, por su amistad con Samuel Johnson se hizo miembro de «The Club», club de caballeros londinense compuesto por la flor y nata de los círculos intelectuales británicos. Durante este tiempo llevaría un diario detallado de todos sus encuentros con Johnson y otras personalidades de la época.

Su *opus magnum* es la biografía de Johnson, «La vida de Samuel Johnson» (1791), en

la que, a partir de las notas que él mismo tomaba de sus conversaciones con Johnson, y de la correspondencia y anécdotas que otros le proporcionaron, realiza un soberbio retrato del doctor Johnson, de su tiempo, obra y opiniones, amén de reclamar el valor de la amistad. Esta obra está considerada como la mejor biografía en lengua inglesa, y ha sido tomada como un referente biográfico moderno; el mundo anglosajón incluso afirma que Boswell creó la biografía moderna.

Dedicó sus últimos años a escribir su «La vida de Samuel Johnson» como vehículo para reivindicar a su amigo. La propia publicación le acarreó numerosos problemas, al publicar en ella detalles, anécdotas y correspondencia entre Johnson y muchas personalidades todavía vivas.

Su fama póstuma fue, curiosamente, la de un idiota y un pervertido. La mayoría de su correspondencia, diarios y notas serían ocultadas por vergüenza hasta que fueron redescubiertas en 1920 en el castillo de Malahide, al norte de Dublín.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

NOTAS AL PIE AL VOLUMEN I

[1] *The Idler*, n.º 84, 24 de noviembre de 1759. En este ensayo dice Johnson: «Esas relaciones son... por lo común de gran valor si el escritor relata su propia historia. Que cuente la vida de otro... empece la familiaridad de su relato, y le dificulta el incremento de su dignidad... esforzándose por ocultar al hombre con el fin de presentar a un héroe». <<

[2] La mayor parte de este libro fue escrita aún en vida de sir John Hawkins; reconozco que uno de los objetos de mis críticas era que sintiera él cierta compunción por el tratamiento intransigente e incluso mezquino que dio al doctor Johnson. Desde que tuvo lugar su defunción, he suprimido algunos de mis comentarios sobre su obra. Sin embargo, si bien no es mi deseo «guerrear con los muertos» en términos ofensivos, entiendo que es necesario ser inflexible en defensa de mi ilustre amigo, y no puedo aspirar a serlo sin mostrar una recrudescida animadversión por un escritor que le ha injuriado y le ha calumniado. Permítaseme añadir que, si bien dudo que hubiera sido yo propenso a gratificar a sir John Hawkins mediante ningún cumplido durante su vida, ahora sí estoy dispuesto a admitir con franqueza que, en mi opinión, su volumen, por inadecuado e impropio que sea en cuanto biografía del doctor Johnson, y por desacreditado que esté debido a sus imperdonables inexactitudes en otros aspectos, contiene una colección de anécdotas y observaciones curiosas, que pocos hombres, salvo su autor, podían haber acumulado. —BOSWELL.

«Guerrear con los muertos» está sin duda tomado de la traducción de la *Ilíada* debida a Pope, VII, 485. —BURNEY. <<

[3] Mus. Brit. 4320, Catálogo de Ayscough, manuscrito de Sloane. —BOSWELL.

Walpole dice de Birch que «es un alma de buen natural, valiosa, industriosa y activa, capaz de ir corriendo de un lado a otro como un joven perdiguero en busca de lo que sea, tanto viejo como nuevo, y carente de facultades, de gusto y de juicio». (*Cartas*, XI, 122). —HILL. <<

[4] *The Rambler*, n.º 60, 16 de octubre de 1750. —BOSWELL. <<

[5] Plutarco, *Vida de Alejandro*. —BOSWELL. <<

[6] *The Rambler*, n.º 60. —BOSWELL. <<

[7] Bacon, *El avance del saber*, libro I. —BOSWELL. <<

[8] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 16 de septiembre. —BOSWELL. <<

[9] Extracto de una carta fechada en Trentham, día de San Pedro, 1716, escrita por el reverendo George Plaxton, capellán que era por entonces de lord Gower, que quizá sirva para mostrar la alta estima en que se tenía al padre de nuestro gran moralista: «Johnson, el librero de Lichfield, se encuentra ahora aquí; propaga la erudición por toda la diócesis, e impulsa el saber a su justa altura; todo el clero de por aquí es discípulo suyo, y absorben cuanto pueden de su saber; Allen no es capaz de expedir una orden judicial sin su precedencia, ni nuestro *quondam* John Evans redactar un reconocimiento *sine directione Michaelis*». De la *Gentleman's Magazine*, octubre de 1791. —BOSWELL. <<

[10] *Anécdotas del doctor Johnson*, obra de Hester Lynch Piozzi, pág. II. *Vida de Johnson*, obra de sir John Hawkins, pág. 6. —BOSWELL. <<

[11] Aunque desmentida por pruebas externas e internas, toda esta anécdota del pato, una vez supuesta su veracidad, ha pasado a ser no obstante el fundamento de las ingeniosas a la par que veleidosas reflexiones de la señorita Seward, que se hallan entre las comunicaciones que atañen al doctor Johnson con que ha tenido el gusto de favorecerme y que reproduzco a continuación: «Estos números infantiles contienen la semilla de aquellas propensiones que a lo largo de su vida marcaron su carácter de modo tan fuerte, con lo cual me refiero al talento poético que más adelante iba a dar frutos tan sabrosos y tan plenos, ya que, con la excepción de sus obras de orientación ortográfica, todo cuanto escribió el doctor Johnson fue poesía, cuya esencia no consiste en los números, ni en la musicalidad de la rima y el ritmo, sino en la fuerza y el resplandor de una imaginación, al servicio de la cual se ponen con presteza todas las reservas de la Naturaleza y el Arte, del mismo modo que se administran, así como en la elocuencia con que transmite sus entreveradas ilustraciones en una lengua “más melódica y maleable que las necesidades de la rima o del verso para lograr mayor armonía”.

»Los versitos citados también son muestra del sesgo supersticioso que “aumentó con su crecimiento y se fortaleció con su fuerza” y que sobre todo en sus últimos años tanto le lastimó y tanto menoscabó su felicidad, al ofrecerle la faceta más tenebrosa de la religión, en vez de esa otra cara brillante y vivaz que sobredora el periodo con que la vida concluye mediante la luz de la esperanza piadosa».

Tan bellas son estas conjeturas que no seré yo quien las omita. No obstante, al igual que tantas otras teorías, están deducidas de una mera suposición que, en puridad, es ficticia. —BOSWELL. <<

[12] *Plegarias y meditaciones*, pág. 27. —BOSWELL. <<

[13] Refiriéndose a la imperfección de uno de sus ojos, dijo al doctor Burney que «este perro cojo nunca sirvió de gran cosa». —BURNEY. <<

[14] De tal opinión era el doctor Swinfen. Muy pronto se descubrió que Johnson tenía complicaciones oculares; para aliviárselas, se le practicó una sangría en el brazo izquierdo. Pasadas diez semanas de su nacimiento, fue llevado a casa por su aya de cría siendo «un pobre niño enfermo, casi ciego». Véase una obra titulada *Relación de la vida del Dr. Samuel Johnson, desde su nacimiento hasta su undécimo cumpleaños, escrita por él mismo* (1805). —MALONE. <<

[15] Tenía sólo treinta meses cumplidos cuando su madre lo llevó a Londres para que el roce de la Reina lo curase de su mal. Fue en esta visita cuando su madre le compró una pequeña taza y una cuchara de plata. «La tacita —añade con afecto— fue una de las últimas piezas de platería que la querida Tetty tuvo que empeñar en nuestros momentos de estrechez. Ahora conservo la cuchara. Al mismo tiempo adquirió dos cucharillas de té. Hasta que me hice hombre, no hubo otras en casa». *Ibid.* —MALONE.

<<

[16] *Anécdotas*, pág. 10. —BOSWELL. <<

[17] No tan mínima. El verso está en *Enrique VI*, parte II, acto IV, última escena: «Espada, yo he de venerarte por esta tu hazaña». —MALONE. <<

[18] Dícese que es el modelo del párroco que aparece en la sátira de Hogarth titulada *Moderna conversación de medianoche*. —BOSWELL. <<

[19] Al igual que el propio Obispo de Dromore, aunque muchos años después.
—BOSWELL. <<

[20] Me informa el señor Héctor de que esto lo compuso casi *impromptu*, en su presencia. —BOSWELL. <<

[21] Poema que insertó, con bastantes alteraciones, en la *Gentleman's Magazine*, 1743.

—MALONE. <<

[22] Algunas jóvenes de Lichfield se habían propuesto interpretar *La madre afligida*, de modo que Johnson les escribió este pasaje y se lo dio a Héctor, que había de transmitírselo en privado. —HILL. <<

[23] *Athen. Oxon.*, edición de 1721, I, 627. —BOSWELL. <<

[24] Oxford, 20 de marzo de 1776. —BOSWELL. <<

[25] Conviene recordar que el doctor Jonhson propendía, en su trabajo literario y en su dimensión moral, a exagerar sus defectos. El doctor Adams me informó de que asistía a las clases de su preceptor y a las clases que se impartían en el salón de actos de su colegio con mucha asiduidad. —BOSWELL. <<

[26] «Reseña poética del carácter literario y moral del doctor Johnson», obra de John Courtenay, miembro del Parlamento. —BOSWELL. <<

[27] La señora Piozzi ha dado una relación extraña, por no decir fantástica, de los orígenes de la fe en nuestra sagrada religión que tuvo siempre el doctor Johnson. «A los diez años de edad su intelecto notó el trastorno de los escrúpulos del descreimiento, que pronto acecharon su espíritu, causándole un gran desasosiego, tanto más porque no se lo reveló a nadie, lo cual fue más grave por ser de natural, como él mismo decía, mohíno y retraído, de disposición reservada. Quiso buscar con diligencia alguna prueba de la verdad de la Revelación, pero su búsqueda no dio frutos; a la larga, recordando un libro que había visto una vez [cuando tenía cinco años, digo yo] en el establecimiento de su padre, titulado *De veritate Religionis*, etc., comenzó a considerarse sumamente culpable por hacer caso omiso de esa fuente de información, y se aplicó con gran severidad a la tarea de paliar ese pecado, a lo cual añadió muchos actos de penitencia voluntaria. A la primera oportunidad que se le presentó, tomó el libro y quiso leerlo con avidez, si bien, al examinarlo, no hallándose suficientemente preparado para asimilar su contenido, empeñó su corazón a fondo, sin pensar en preguntar siquiera si existiría algún libro en inglés sobre la materia, y siguió dándose a sus entretenimientos de costumbre, considerando su conciencia aliviada del delito. Redobló su diligencia en el empeño por aprender la lengua que encerraba aquella información que deseaba poseer por encima de todo, aunque debido al dolor que la culpa [esto es, haber dejado de leer lo que no entendía] le había causado, comenzó a deducir la inmortalidad del alma [no en vano es la sensación de dolor en este mundo prueba irrefutable de la existencia de otro], punto en el cual se había detenido su fe por vez primera, y como a partir de ese instante resolvió ser un buen cristiano, se convirtió en uno de los más celosos y piadosos que han surgido en nuestra nación» (*Anécdotas*, pág. 17). He aquí una de las numerosísimas tergiversaciones en que incurre esta vivaracha señora, y que bien vale la pena enmendar, pues si se diera credibilidad a una aseveración tan pueril, irracional y ridícula en torno a los cimientos de la fe cristiana en el espíritu del doctor Johnson, ésta sería mínima. Parece deseosa la señora Piozzi de que el mundo considere que el doctor Johnson también se hallaba bajo la influencia de esa lógica facilona, *Stet pro ratione voluntas*. —BOSWELL.

El 29 de abril de 1783 Johnson dijo lo siguiente: «La religión desapareció de mi ánimo. Sucedió en una época muy temprana de mi vida. Me la devolvió la enfermedad, y espero no haberla perdido desde entonces ni perderla en adelante». —HILL. <<

[28] Al doctor Burney le dijo que nunca escribió dos veces ni una sola de las obras que dio a la imprenta. Éste, maravillado al ver varias páginas de sus *Vidas de los poetas* en manuscrito, logró arrancarle esta observación al comentar la práctica inexistencia de tachaduras y enmiendas. —MALONE. <<

[29] Esta anécdota me la relató el doctor Adams, y el doctor Jonhson me la confirmó. Bramston, en *El hombre de buen gusto*, expone el mismo pensamiento: «A buen seguro, de todos los mentecatos los peores son los eruditos». —BOSWELL.

Lo que Johnson quiere decir es que un erudito que sea un mentecato ha de ser el peor de los mentecatos, porque no tiene excusa. Bramston, por medio de un petimetre ignorante, sostiene que todos los eruditos son unos mentecatos debido justamente a su erudición. —J. BOSWELL, HIJO <<

[30] Véase la Historia de Worcestershire, de Nash, vol. I, pág. 529. —BOSWELL.

A esta lista habría que añadir los nombres de Francis Beaumont, dramaturgo; sir Thomas Browne, cuya vida escribió Johnson; sir James Dyer, juez supremo de la corte del Rey; el lord canciller Harcourt, John Pym, Francis Rous, orador parlamentario en tiempo de Cromwell, y el obispo Bonner. —WRIGHT

Es llamativo que a Boswell se le pasara por alto el nombre de sir Thomas Browne. Johnson, en su *Vida de Browne*, dice que fue «el primer hombre de verdadera eminencia que se licenció en ese nuevo colegio, al que el celo y la gratitud de quienes mayor amor le profesan poco mejor podrán desearle que seguir por el camino por el que se inició». Johnson, *Obras*, VI, 476. Aún faltaría Richard Graves, autor de *El Quijote espiritual*. —HILL. <<

[31] El señor Warton me informa de que «este amigo de Johnson, uno de los primeros que tuvo, ingresó a los diecisiete años como alumno de Trinity College, en Oxford, en 1698; es autor de muchas traducciones del latín, en verso, para la *Gentleman's Magazine* (vol. xv, pág. 102). Una de ellas es la traducción de “Mi tiempo, oh, musas, ha pasado felizmente”, etc.». Murió el 3 de agosto de 1751, y en su memoria se ha erigido un monumento en la catedral de Lichfield, con una inscripción escrita por el señor Seward, uno de los prebendados de la misma. —BOSWELL. <<

[32] Véase el *Rambler*, n.º 103. —BOSWELL.

En otros pasajes, Johnson insiste en el gran valor de la curiosidad. En ese mismo *Rambler* dice: «La curiosidad es una de las características ciertas y permanentes de un intelecto vigoroso». En la alegoría del *Rambler*, n.º 105, dice que curiosidad fue «su protectora amada desde antaño», a la que «llaman Verdad sus más fieles seguidores». Y en el n.º 150 señala que «la curiosidad, en una mentalidad grande y generosa, es la primera y última de las pasiones... Quien amplía su curiosidad según las obras de la naturaleza, manifiestamente multiplica las rutas hacia la felicidad». <<

[33] ¿No cabría trazar un paralelismo imaginario entre Poliziano y Johnson? Huetius, al hablar de Paulus Pelissonois Fontanerius, dice: «... *in quo Natura, ut olim in Angelo Politiano, deformitatem oris excellentis ingenii praestantia compensavit*» [«... en quien, como anteriormente en Angelo Politiano, la naturaleza compensó la fealdad corporal por medio de una gran eminencia intelectual»]. *Comment. de reb. ad eum pertin.* Edición de Ámsterdam, 1718, pág. 200. —BOSWELL. <<

[34] La señorita Cave, sobrina nieta de Edward Cave, ha tenido la amabilidad de mostrarme los originales de esta y de otras cartas del doctor Johnson a Cave, que fueron publicadas por vez primera en la *Gent. Mag.* [LV, 3], con notas de John Nichols, el estimable e infatigable director de esa valiosa miscelánea periódica, firmadas «N.»; algunas de ellas las transcribiré ocasionalmente en el transcurso de la presente obra. —BOSWELL. <<

[35] Sir John Floyer, «Tratado sobre los baños fríos». *Gent. Mag.*, 1734, pág. 197.
—BOSWELL.

Esta pieza, que es una carta, y no el libro citado por Boswell, pone de relieve que poco corriente era un baño frío. —HILL. <<

[36] Un premio de cincuenta libras al mejor poema sobre «la vida, la muerte, el Juicio Final, el Cielo y el Infierno». Véase *Gentleman's Magazine*, IV, pág. 560. —NICHOLS.

«Cave... a veces convocaba premios literarios sobre un tema fijo... Convencido de que no era escasa la influencia de esas cincuenta libras, daba por supuesto que los primeros autores del reino se presentarían en competencia, pero cuando llegó el momento no vio entre los concurrentes un solo nombre que conociera» (Johnson, *Vida de Cave, Obras*, VI, 432). <<

[37] Aduce la señora Piozzi la siguiente versión sobre el origen de este poemilla cuando, a raíz de la relación que mantenía con el doctor Johnson, le preguntó si era correcto atribuírselo: «Creo que van a cumplirse ya cuarenta años desde que un joven recibió por obsequio una rama de mirto de manos de la muchacha a la cual cortejaba, y me solicitó algunos versos con los que pudiera corresponder a su generoso gesto. Le prometí ocuparme de ello, le dije que perdiera cuidado, pero se me olvidó, y cuando vino él a reclamármelos en la hora que habíamos convenido, “síéntese, querido Mund —dijo él—, que enseguida le traigo los versos”. Así pues, durante cinco minutos me ausenté para pergeñar esta nonada por la que ahora me viene usted armando tanto alboroto».

En la primera edición de este libro me vi inducido a dudar de la autenticidad de esta versión, debido al siguiente aserto, desde luego que circunstancial, incluido en una carta que recibí de la señorita Seward, natural de Lichfield: «Yo sé de buena tinta que esos versos los escribió para Lucy Porter, cuando de ella andaba enamorado en sus años mozos, dos o tres años antes de que conociera a la madre de Lucy, su futura esposa. Los escribió en casa de mi abuelo y se los entregó a Lucy en presencia de mi madre, a la cual se los mostró en el mismo instante. Tenía ella por costumbre repetírmelos de viva voz cuando yo le pedía “los versos que a ella obsequió el doctor Johnson por una ramita de mirto que había hurtado de su seno o le había suplicado”. Todos sabemos que la muy honrada Lucy Porter habría sido de todo punto incapaz de caer en la mezquina vanidad de atribuirse un cumplido que de veras no se le hubiera hecho». Tal fue la aseveración de esta dama, que no tengo duda alguna de que ella supuso correcta; ahora bien, a las claras demuestra cuán peligroso resulta confiar de manera muy implícita en el tradicional testimonio y en la inferencia ingeniosa, pues de un tiempo a esta parte me ha garantizado el señor Héctor que la versión de la señora Piozzi es en este caso la que se ciñe a la verdad, y que fue él la persona para la cual escribió Johnson estos versos, que han sido erróneamente atribuidos al señor Hammond.

En tantos otros casos me veo en la penosa obligación de reseñar las incorrecciones e incluso las tropelías que contiene el relato de la señora Piozzi, que con gran contento aprovecho rauda esta ocasión para dejar constancia de que, si bien muy a menudo se equivoca, no siempre peca de inexactitud.

Habiéndose visto este autor arrastrado a controversia con la señorita Anna Seward, a resultas de la aseveración precedente (que se puede encontrar en la *Gent. Mag.*, vols. LIII y LIV), recibió la siguiente carta de Edmund Héctor sobre este particular:

«Birmingham

»9 de enero de 1734

»Apreciado señor,

»lamento verle enzarzado en disputa con una dama que parece muy remisa a dejarse convencer de sus errores. Sin duda, más inteligente sería otorgar que perseverar.

»Recientemente, revisando unos papeles que me proponía dar al fuego, di con el manuscrito original del “Mirto”, que ostenta la fecha, 1731, y que le adjunto por la presente.

»La verdadera historia (lo podría jurar si fuera preciso) es como sigue: el señor Morgan Graves, hermano mayor de un digno clérigo de cerca de Bath, con el que tenía yo trato, rondaba a una dama de este vecindario, que al despedirse le regaló la rama de mirto. Me la mostró y manifestó un gran deseo de devolverle el cumplido y corresponderle en verso. Recurrí a Johnson, que estaba alojado conmigo, y en media hora me dictó los versos que remití a mi amigo.

»Con toda solemnidad declaro que por entonces Johnson era un completo desconocido de la familia Porter, y que fue casi dos años después cuando lo presenté a Porter, a quien compraba yo por entonces mis prendas de vestir.

»Si se propone convencer a esa obstinada mujer y exhibir en público la veracidad de su narración, goza de entera libertad para hacer el uso que le plazca de esta declaración.

»Confío me sepa perdonar por haberle robado tanto tiempo. Deseándole *multos et felices annos*, su atento y humilde servidor,

»E. HECTOR»

—BOSWELL. <<

[38] Parece deducirse, por la carta de Héctor, que Johnson la había conocido tres años antes de contraer matrimonio con ella. —MALONE. <<

[39] Que a ojos de Johnson era hermosa bien se ve por el epitafio que ordenó inscribir en su lápida no mucho antes de su propia muerte, y que se puede encontrar más adelante, en las páginas que corresponden a 1752. —MALONE <<

[40] La siguiente relación de la señora Johnson y de su familia está copiada de un documento (relacionado sobre todo con la señora Anna Williams) escrito por lady Knight en Roma, y transmitido a ella por el difunto señor John Hoole, traductor de Metastasio entre otros, gracias al cual se insertó en el número de la European Magazine correspondiente a octubre de 1799.

«La relación que hizo la señora Williams de la señora Johnson fue que gozaba de un buen entendimiento y de gran sensibilidad, aunque era propensa a ser satírica. Su primer marido murió en la insolvencia; sus hijos estuvieron muy disgustados con ella por haber contraído segundas nupcias, tal vez porque entonces se esforzaban por salir adelante en la vida, y les mortificaba pensar que ella se había aliado con un hombre que no disponía de medios visibles de ser provechoso para ellos. De todos modos, siempre conservó su afecto por sus hijos. Mientras los señores Johnson residían en Gough Square, una vez su hijo, oficial del ejército, llamó a la puerta y preguntó a la criada si su señora estaba en casa. Ésta respondió que sí, pero que estaba enferma y tenía que guardar cama. “Ah —dijo él—, en tal caso dígame que su hijo, Jervis, vino a saber cómo se encontraba”, tras lo cual hizo ademán de marchar. La criada le rogó que le diera permiso para subir corriendo a decirle a su señora que su hijo estaba abajo, y sin aguardar respuesta lo dejó allí. La señora Johnson, embelesada al saber que su hijo estaba allí, indicó a la criada que era su deseo abrazarlo. Cuando bajó la criada el caballero había desaparecido, y la pobre señora Johnson quedó muy agitada con este incidente. Había sido la única vez en su vida que su hijo había hecho un esfuerzo por verla. El doctor Johnson hizo todo lo posible por consolar a su esposa, pero dijo a la señora Williams que “su hijo es recalcitrante en el incumplimiento de sus deberes, de modo que llegó a la conclusión de que al igual que tantos otros hombres de probada sobriedad tal vez en su vida anterior fuera un borrachín, y en esas condiciones la naturaleza hizo que prevaleciera su orgullo”».

Siguen anécdotas del doctor Johnson anotadas por la misma dama: «Un día vino a mi casa a reunirse con muchas otras personas. Le dijimos que habíamos pensado ir en grupo a la abadía de Westminster. ¿No quería venir con nosotros? “No —replicó—, no mientras pueda seguir estando fuera”.

»Al decirle nosotros que los amigos de una dama habían pasado grandes temores de que ella pudiera contraer matrimonio con determinado caballero, dijo él: “Somos nosotros, amigos del susodicho, quienes hemos pasado grandes temores por él”».

»El doctor Johnson profesaba exaltados principios políticos tanto en lo tocante a la Iglesia como al Estado; deseaba que se mantuviera el poder del Rey y de las cabezas de la Iglesia, tal como han establecido las leyes de Inglaterra, pero sé de buena tinta

que le desagradaba el poder absoluto, y estoy muy segura de que desaprobaba las doctrinas de la Iglesia de Roma, porque unas tres semanas antes de venir al extranjero dijo a mi Cornelio: “Vas a ir allí donde la ostentosa pompa de las ceremonias eclesiásticas atrae la imaginación de muchos, pero si desean persuadirte de que cambies has de recordar que con el incremento de tu fe también podrían persuadirte para que te hicieras otomano”. Si no lo dijo con estas mismas palabras, sí fue éste el sentido de lo dicho». —MALONE. <<

[41] Los dos hablaban con gran complacencia de aquel primer viaje que hicieron a Londres. Garrick, con la evidente intención de embellecer un poco sus peripecias, dijo un día, oyéndolo yo, que «cabalgábamos y amarrábamos». Y el Obispo de Killaloe me informó de que en otra ocasión, cuando Johnson y Garrick cenaban juntos con numerosos comensales, y Johnson humorísticamente trataba de establecer la cronología de algún suceso, se expresó como sigue: «Ése fue el año en que llegué a Londres con dos peniques y medio en el bolsillo». Al oírle Garrick exclamó: «¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Dos peniques y medio en el bolsillo?». JOHNSON: «Pues sí, Davy: yo llegué con dos peniques y medio en el bolsillo y tú, amigo mío, con tres medios peniques en el tuyo». —BOSWELL. <<

[42] El señor Colson era primer maestro de la Escuela Libre de Rochester. En 1739 fue nombrado profesor de la cátedra Lucas de Matemáticas en Cambridge. —MALONE. <<

[43] Él mismo comunicó una curiosa anécdota a John Nichols. El señor Wilcox, librero, al tener conocimiento por él mismo de que se proponía ganarse la vida como escritor, lo miró de hito en hito apreciando la robustez de su corpulencia y, con intención, le dijo: «Más le valdría comprarse una carretilla para ser mozo de cuerda». Sin embargo, añadió que «Wilcox fue uno de mis mejores amigos». —BOSWELL.

Hawkins (Vida, pág. 43) afirma que a Johnson y Garrick se les agotó rápidamente el pequeño capital con que habían llegado a Londres, y que por sugerencia de Garrick pidieron un préstamo a Wilcox, al cual apenas conocían. «Presentándose tal cual eran, dos jóvenes amigos, oriundos del mismo lugar, recién llegados con la intención de asentarse allí, el librero se sintió tan conmovido por la falta de malicia con que le contaron el cuento que, contra la firma conjunta de ambos, les adelantó todo lo que con su modestia se atrevieron a pedir, cinco libras, que poco después le devolvieron puntualmente». <<

[44] El honorable Henry Hervey, tercer hijo del primer Conde de Bristol, dejó el ejército y tomó las órdenes eclesiásticas. Casó con una hija de sir Thomas Aston, gracias a la cual heredó la hacienda Aston, y adoptó el apellido y el escudo de armas de esta familia. —BOSWELL. <<

[45] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 20 de septiembre de 1773. —BOSWELL. <<

[46] Véase pág. 1358. —BOSWELL. <<

[47] A medida que en el transcurso de mi narración enumere sus escritos, mucho me cuidaré de que mis lectores no queden indecisos, ni suspensos en la duda entre certidumbre y conjetura por lo que a su autenticidad se refiere. A tal propósito marcaré con asterisco (*) aquellas obras cuya autenticidad reconoció Johnson a sus amistades y con daga (†) las que se le atribuyen a tenor de las pruebas internas que presentan. Cuando cualquier otra pieza se le atribuya, aportaré mis razones.

—BOSWELL. <<

[48] En la *Gent. Mag.* del siguiente mes de mayo (vol. VIII, pág. 268) se publicó una traducción de un corresponsal desconocido.

«¡Salud, Urban! ¡Hombre infatigable, | de energía intacta a pesar de tanto trabajo de provecho! | Numerosas calumnias te asaltan en vano; | ninguna vil difamación te ha de frustrar. | Aún florece el laurel en tu frente sabia | con belleza, y así ha de crecer por siempre. | Cuando la chusma servil e imitadora, | cuando sus vanas bravatas y su ruido vacuo | nunca busca, tú con noble finalidad persigues, | invencible ante la cháchara de sus voces venales. | Aún aplicas tu ánimo de estudio a la musa, | feliz en tu temple como en tu industria. | Las insensatas mofas de una lengua altiva | son indignas de tu atención | y pasan sin dejar huella; por mucho mal que te deseen | desquicias con tu viril silencio su rabia. | Tu diligencia y tu constancia confunden a tus enemigos, | irresistible ante la malicia del gentío. | Ejerce tu poder, no flaquees en tu empeño, | que tu fama inmaculada habrá de aplastar sus falsedades: | ejerce tu poder, no temas a los rivales, | que has de sonreír ante sus vanos empeños; | tus desvelos ha de coronar el éxito; | bendiga la ayuda de la musa tu revista. | No hay páginas más agradecidas a las nueve armoniosas | que aquéllas en las que de tus trabajos gozamos, | donde temas solemnes resplandecen en todo su esplendor | (deleitosa mezcla) sumados a los alegres, | donde mejoradas encontramos toda suerte de delicias, | alivio bienvenido para el espíritu hastiado. | Así, cuando las ninfas en un prado verdeciente | de varias flores compongan hermosa corona, | los pétalos de azur, la adorable violeta | añadirá lustre a la rosa encarnada. | Espléndidos iris de variadas tintas | brillan en el éter, y el cielo adornan.

»BRITTON»

—BOSWELL. <<

[49] Desconozco cuánta poesía escribió; me informó sin embargo de que era autor de una bella pieza breve, «El águila y el petirrojo», incluida en la colección de poemas titulada *La unión*, aunque en ella se dice que es de Archibald Scott, anterior a 1600. La colección la imprimió Allan Ramsay cuando Guthrie tenía dieciséis años; es probable que la composición sea del propio Ramsay. —CROKER. <<

[50] En su *Vida de Pope*, Johnson dice que «esta modalidad de imitación... se ensayó por vez primera durante el reinado de Carlos II; fueron Oldham y Rochester los primeros, o yo al menos no recuerdo ejemplos más antiguos. Es una suerte de composición intermedia entre la traducción y el esbozo original, que complace cuando los pensamientos resultan aplicables de un modo inesperado y los paralelismos son afortunados. Parece haber sido uno de los entretenimientos preferidos de Pope, que es quien lo ha llevado más lejos que ningún poeta anterior».

—BOSWELL. <<

[51] Reconozco que me agradó en su día hallar entre ellos un rasgo propio de las costumbres del Londres del siglo pasado, escudado de las burlas de los ingleses, y que era también práctica común en mi ciudad natal, Edimburgo:

Si cuanto he dicho de la ciudad no te amedrenta,
repara en otros peligros de la noche,
cuando de los pisos de arriba caen cascotes
y orinales vaciados de las guardillas
caen cual lluvias torrenciales.

—BOSWELL.

En el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 14 de agosto, en su primer paseo por Edimburgo Johnson gruñó al oído de Boswell y dijo: «aquí, a oscuras, huele a usted», a lo que Boswell apunta que «una vez pasé una noche en un pueblo de Córcega, en el camino entre Ajaccio y Bastia, donde me aseguraron que esta práctica edimburguesa era universal. Desde luego, era habitual en el hotel». <<

[52] Probablemente, su oda *Ad Urbanum*. —NICHOLS <<

[53] Un poema publicado en 1737; hay referencia más adelante, en la entrada correspondiente al 30 de abril de 1773. —BOSWELL. <<

[54] La erudita señora Elizabeth Carter. —MALONE. <<

[55] Sir John Hawkins (pág. 86) nos dice que «el acontecimiento está fechado con demasiada anticipación en *Londres*, el poema, aunque en todos los particulares, salvando esa diferencia de un año, lo que allí se dice de la marcha de Tales es lo que hay que suponer de Savage, y ha de tenerse por historia verdadera». Esta conjetura, entiendo yo, es completamente infundada. Se me ha garantizado que Johnson dijo que no tenía siquiera conocimiento de Savage cuando escribió su *Londres*. Si la marcha que se menciona era la de Savage, no es que el acontecimiento esté fechado con demasiada anticipación, sino que está predicho, ya que *Londres* se publicó en mayo de 1738, y Savage no marchó a Gales hasta julio de 1739. Por grande que fuese el ahínco con que Johnson defendía la credibilidad de la *clarividencia* [véase pág. 474], no se las daba de poseer él personalmente esa facultad. —BOSWELL. <<

[56] Sir Joshua Reynolds, a partir de la información del joven Richardson. —BOSWELL.

<<

[57] Es de todos modos digno de nota que emplee el epíteto que sin duda ninguna, desde la unión de Inglaterra y Escocia, debiera servir para denominar a los nativos de ambas partes de nuestra isla: «Pronto aprendió a tener en gran estima los derechos del *británico*». —BOSWELL. <<

[58] En un billete escrito por el señor Pope al año siguiente, se dice que esta escuela se encontraba en Shropshire, pero como bien se ve en una carta del Conde de Gower, los miembros del consejo de administración eran «unos dignos caballeros de la vecindad de Johnson», y por eso en la primera edición di a entender que Pope tenía que haber escrito Shropshire por error, en vez de Staffordshire. Me encuentro en deuda con el señor Spearing, abogado, por haberme suministrado la siguiente información: «William Adams, con anterioridad dueño de una mercería en Londres y habitante de esta ciudad, fundó una escuela en Newport, condado de Salop, mediante escritura legal fechada el 27 de noviembre de 1656, con la cual otorgaba “la suma anual de sesenta libras a un maestro de escuela capaz y adiestrado en la conversación en sociedad y en la vida recta, que se haya educado en una de las universidades de Oxford o de Cambridge, y que posea el título de licenciado en Filosofía y esté versado en las lenguas griega y latina, de modo que sea nombrado maestro por el susodicho William Adams durante su vida, y luego del fallecimiento de William Adams por los administradores (a saber, el director y los consejeros de la Compañía de Merceros de la Ciudad de Londres) y sus sucesores”. La mansión y las tierras de las que habrán de obtenerse los ingresos necesarios para el mantenimiento de la escuela se hallan sitas en Knighton y Adbaston, condado de Stafford». A partir de la escritura de esta fundación, y en particular por las circunstancias de que el salario fuera de sesenta libras y el título de licenciado en Filosofía fuera cualificación requerida en el caso del maestro, parecía probable que ésta fuera la escuela que se tenía en mente, y que lord Gower erróneamente supuso que los caballeros que eran dueños de las tierras, de las cuales se obtenían los ingresos para el mantenimiento de la escuela, eran de hecho miembros del consejo de administración de la obra de caridad.

Es probable que sólo fuera mera conjetura. Pero en la *Gentleman's Magazine* del mes de mayo de 1793 aparece una carta del señor Henn, uno de los maestros de la escuela de Appleby, condado de Leicester, en la que escribe lo siguiente:

«He comparado en detalle el tiempo y las circunstancias, con el fin de precisar si la escuela en cuestión no pudiera ser ésta, la de Appleby. Algunos de los consejeros de la época eran “dignos caballeros de la vecindad de Lichfield”. Y la propia Appleby no está lejos de Lichfield. El salario, el título requerido, junto con el momento de la elección, concuerdan plenamente con los estatutos de Appleby. La elección, como se decía en la carta, “no podía posponerse más allá del 11 del mes entrante”, esto es, el 11 de septiembre, tres meses después de la presentación anual de credenciales en la escuela de Appleby, que

siempre tiene lugar el 11 de junio, y los estatutos indican “*ne ullius praeceptorum electio diutius tribus mensibus moraretur, etc.*”.

»Todo ello me pareció prueba convincente de que mi conjetura no estaba mal fundada, y supuse que en una futura edición de ese libro estas circunstancias pudieran darse por hecho comprobado.

»Pero lo que disipa toda sombra de duda es el libro de actas de la escuela, donde se declara que el puesto de director en aquella época quedó vacante».

No puedo omitir mi agradecimiento a este erudito caballero por la galanura con que en su carta ha tenido la bondad de hablar de esta obra. —BOSWELL. <<

[59] En la *Weekly Miscellany* del 21 de octubre de 1738 apareció el siguiente anuncio: «Propuesta para la impresión de la *Historia del Concilio de Trento*, traducida del original italiano del padre Paolo Sarpi, con una vida del autor y notas teológicas, históricas y críticas tomadas de la edición francesa del doctor Le Courayer, a las cuales se añadirán observaciones sobre la historia y notas e ilustraciones tomadas de diversos autores, tanto impresas como manuscritas. Por S. Johnson. 1. La obra constará de doscientos pliegos y será en dos volúmenes en cuarto, impresos en papel de calidad y con buena letra. 2. El precio será de 18 chelines cada volumen, a pagar en media guinea a la suscripción, media guinea a la entrega del primer volumen y el resto a la entrega del segundo en pliegos. 3. Dos peniques a descontar por cada pliego por debajo de los doscientos previstos. Podrá disponerse de la obra en un papel de mayor tamaño al precio de tres guineas, una a pagar a la suscripción, otra a la entrega del primero y el resto a la entrega de los demás volúmenes. La obra se encuentra en prensa, proceso que será diligentemente terminado. Se admiten suscripciones en el establecimiento del señor Dodsley, en Pall-Mall; del señor Rivington, en St. Paul; de E. Cave, en St. John's Gate y en el domicilio del traductor, en Castle Street n.º 6, junto a Cavendish Square». —BOSWELL. <<

[60] Se publicaron después en la *Gentleman's Magazine*, 1738 [col. VIII, pág. 486] con su título correspondiente, «Versos en loor de lady Firebrace, en la sesión del tribunal superior de Bury St. Edmunds». —BOSWELL. <<

[61] La *Descripción de China*, de Du Halde, la publicaba por entonces Cave en entregas semanales, de las que Johnson debía escoger fragmentos para embellecer las páginas de la *Gentleman's Magazine*. —NICHOLS. <<

[62] Aquí se alude al premio de cuarenta libras propuesto para el mejor poema sobre los atributos de la divinidad. —NICHOLS. <<

[63] Los cajistas de la imprenta del señor Cave, que a juzgar por esta carta parecían estar a la espera de que llegara texto para componer. N[ICHOLS]. —BOSWELL. <<

[64] «He leído su traducción del *Examen de Crousaz* con admiración por la consumada elegancia de su estilo y la adecuación del mismo a tan ardua materia». Col. Birch, Museo Británico, 4323. —BOSWELL. <<

[65] La inscripción y la traducción se encuentran en la *London Magazine* del año 1739, pág. 244. <<

[66] *Diario de un viaje a las Hébridas*, pág. 8 (introducción). —BOSWELL. <<

[67] Tal vez la imparcialidad de épocas posteriores sienta tan escasa inclinación como tenía el doctor Johnson a justificar el excesivo e insólito rigor que se ejerció en el caso del doctor Archibald Cameron. Era éste un hombre afable y honrado de veras, y su delito fue debido a un principio del deber sin duda generoso, aunque errado. Obligado después de 1746 a no ejercer su profesión, que era la medicina, y a marchar al extranjero, fue honrado con el rango de coronel en los ejércitos francés y español. Era hijo de la antigua y respetable familia de Cameron, de Lochiel; su hermano, que era el jefe de ese bravo clan, se distinguió por su moderación y su humanidad cuando el ejército de las Tierras Altas marchó victorioso por Escocia. Es digno de mención, a propósito de este jefe, que si bien se manifestó con toda sinceridad en contra de la intentona, por considerarla inviable, era de espíritu tan heroico que no renunció a arriesgar la vida y la fortuna en la causa, cuando se le preguntó personalmente a quién tenía por príncipe. —BOSWELL.

Sir Walter Scott, en su prefacio a *Redgauntlet*, afirma que el gobierno de Jorge II estaba en posesión de pruebas suficientes de que el doctor Cameron había vuelto a las Tierras Altas no, según se alegó en su juicio, por razones familiares, sino en calidad de agente secreto del Pretendiente, con nuevos planes de rebelión: los jueces prefirieron juzgar a este partisano infatigable sobre la base de su innegable participación en la insurrección de 1745, en vez de ahorrarse la acusación de caer en crueldad excesiva a expensas de que se supiera universalmente que una nueva rebelión se estaba preparando incluso en fecha tan avanzada como era el año de 1752. —LOCKHART.

Fue ejecutado el 7 de junio de 1753. <<

[68] Supongo que en otra compilación del mismo tipo. —BOSWELL. <<

[69] Sin duda, lord Hardwick. —BOSWELL. <<

[70] Col. Birch, Museo Británico, 4302. —BOSWELL. <<

[71] Se me asegura que el editor es el señor George Chalmers, cuyas obras comerciales gozan de suficiente conocimiento y estima. —BOSWELL. <<

[72] Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 100. —BOSWELL. <<

[73] No se trata de la Royal Society, sino de la «Sociedad para el fomento del saber», de la cual era miembro muy activo el doctor Birch. Tenía por objeto prestar ayuda a los autores en la publicación de obras especialmente caras. Existió entre 1735 y 1746, cuando se disolvió tras haber incurrido en deudas considerables. —BOSWELL. <<

[74] No hay aquí rastro de una borradura, sino un mero blanco. Rellenarlo sería un ejercicio para ingeniosas conjeturas. —BOSWELL. <<

[75] El sentimiento disoluto era que «contar un secreto a un amigo no equivale a un incumplimiento de la fidelidad, ya que el número de las personas en quien se confía no se multiplica, siendo un amigo y otro virtualmente el mismo». Rambler, n.º 13.

Diario de un viaje a las Hébridas, 3.^a ed., pág. 167. —BOSWELL. <<

[76] No he descubierto qué pudiera ser esto. —BOSWELL. <<

[⁷⁷] *Angliacas inter pulcherrima Laura puellas, | Mox uteri pondus depositura grave,
| Adsit, Laura, tibi facilis Lucina dolenti, | Neve tibi noceat praenituisse Deae.*

[«Laura, la muchacha más bella de Inglaterra, pronto has de librarte de tu enojosa carga. Sea Lucina amable contigo en tus dolores; ojalá no sufras por haber superado en excelencia a una diosa»].

El señor Héctor estaba presente cuando se compuso este epigrama *impromptu*. El primer verso lo propuso el doctor James, y los circunstantes llamaron a Johnson para que lo terminara, como en efecto hizo en el acto. —BOSWELL. <<

[78] «Al doctor Mead.

»Señor, que el *Diccionario médico* a usted quede dedicado ha de imputarse únicamente a la reputación que tiene por su muy superior habilidad en aquellas ciencias que he hecho lo posible por explicar y facilitar a los legos; debe usted por lo tanto considerar esta alocución, si en efecto le complace, como una de las compensaciones que son propias del mérito; de lo contrario, será tan sólo uno más de los inconvenientes que tan gran eminencia comporta.

»Al margen del modo en que la acoja, mi intención no se verá decepcionada, porque esta pública apelación a su juicio ha de mostrar que no tengo esperanzas de hallar aprobación en la ignorancia de mis lectores, y temo menos la censura de quien posee conocimientos más extensos y exhaustivos. Soy, señor, su más humilde servidor,

»R. JAMES»

—BOSWELL. <<

[79] Theophilus Levett fue escribano en el ayuntamiento de Lichfield desde 1721 hasta su muerte, acaecida en 1746. Con él hipotecaron Johnson y su madre su casa familiar. —BOSWELL. <<

[80] Como muestra de su temperamento, inserto la siguiente carta que envió Savage a un noble señor [lord Tyrconnel], con el cual había contraído grandes obligaciones pecuniarias y de gratitud en general, si bien, debido a su pésimo comportamiento, se vio obligado a terminar toda relación con él. El original estaba en manos del difunto señor Francis Cockayne Cust, uno de los asesores de Su Majestad en materia legal:

«Diestro y Honorable Bruto y Bobo,

»descubro que deseas (como el señor ——— tiene el gusto de insinuar) abjurar de mi vida, esto es, de la vida de tu acreedor, porque éste te reclama una deuda. Pronto tendrá el público cumplido conocimiento de este proceder, y juzgue entonces si no eres más apto de pasar por un hazmerreír en Irlanda que por un par del Reino de Irlanda. Te desafío y te desprecio. Soy tu resuelto adversario,

»I. S.»

—BOSWELL. <<

[81] Sir John Hawkins quiere hacer entender al mundo que Johnson, «siendo como era un admirador de los modales gentiles, se sintió cautivado por las alocuciones y el porte de Savage, quien al menos en apariencia era, en grado sin duda muy elevado, un prodigio de cortesía y pulimiento» (*Vida*, pág. 52). No obstante, la idea que sir John pueda tener de la gentileza ha de resultar cuando menos ridícula, pues estatuye la siguiente circunstancia como presunta demostración de que Savage era además un buen espadachín: «Cabe inferir que tenía buen conocimiento del ejercicio del arma propia de un caballero a partir del empleo que le dio en un escabroso incidente tal como se relata en su *Vida*». La destreza a la que aquí se alude no es otra que ésta: Savage, en una farra nocturna, pendenciero y briago, asesinó a un hombre en una taberna. Juzgado en Old Bailey, fue declarado culpable de asesinato.

Johnson, en efecto, lo describe como un hombre dueño «de un talante grave y varonil, una solemne dignidad en el semblante, que, ante un conocido o un amigo, se ablandaba y adoptaba una cautivadora facilidad de trato». La admiración que le profesaba Johnson por ese conocimiento que él también cultivaba, y la amabilidad con que le trató en todo momento, se ven a las claras en los siguientes versos que se publicaron en la *Gentleman's Magazine* de abril de 1738, que tengo la certeza de que son obra de Johnson:

Ad RICARDUM SAVAGE

«Humani studium generis cui pectore fervet

O colat humanum te foveatque genus».

[«Así lo aprecie la raza de los hombres, en cuyo pecho arde el amor por el ser humano»]. —BOSWELL. <<

[82] La siguiente prueba de la extrema indigencia en que vivía Johnson cuando publicó la *Vida de Savage* fue comunicada al autor por el señor Richard Stow, de Apsley, condado de Bedford, a partir de una información del señor Walter Harte, autor de la *Vida de Gustavus Adolphus*: Poco después de publicarse la *Vida de Savage*, Harte cenó con Edward Cave, y tuvo ocasión de alabarla. Poco después, al encontrárselo, Cave le dijo: «El otro día hizo usted muy feliz a un hombre». «¿Cómo es posible —dice Harte—, si estábamos los dos a solas?». Cave le respondió recordándole que se sirvió una fuente de vituallas al otro lado de un biombo, donde se encontraba la mesa de Johnson, quien se hallaba vestido de manera tan andrajosa que prefirió no presentarse, aunque al oír la conversación tuvo una gran alegría con los encomios vertidos sobre su libro. —MALONE. <<

[83] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 19 de agosto. <<

[84] Sospecho que el doctor Taylor pecó de inexactitud en esta aseveración. El énfasis ha de caer por igual en *no* y en *daréis*, con el fin de cargar las tintas en la admonición negativa, pero no en *falso testimonio*, por ser ése uno de los actos que prohíbe el Decálogo, con lo que basta con que se enuncie con toda claridad, al igual que los demás. —BOSWELL. <<

[85] Esta noticia de la Vida de Savage no la escribió Fielding, como se ha supuesto; muy probablemente el autor sea Ralph, quien, según se deduce de las actas de las reuniones de los socios del *Champion*, en posesión hoy del señor Reed, de Staple Inn, sucedió a Fielding en su participación en el periódico, antes de que se publicara el elogio. —BOSWELL. <<

[86] El difunto Francis Cockayne Cusí, asesor de Su Majestad en materia legal.
—BOSWELL. <<

[87] La versión de la que tanto se fía el señor Cust, en el sentido de que Savage supuestamente no era hijo de lord Rivers y lady Macclesfield, sino de un zapatero, que suplantó al hijo verdadero de la dama a la muerte del mismo, tiene sin duda su fundamento en la circunstancia de que lady Macclesfield en 1696, antes por tanto del nacimiento de Savage, había tenido una hija del Conde de Rivers, que murió en su más tierna infancia, y este hecho salió a relucir en el transcurso del juicio por el decreto de divorcio de lord Macclesfield. Son más las ficciones de esta índole que llevan mezclada una pizca de verdad. —MALONE. <<

[88] El compañero de Johnson parece haber persuadido a este hombre altivo de que se parecía mucho a él en tener un orgullo propio de un noble, pues Johnson, tras pintar en vivos colores la trifulca habida entre lord Tyrconnel y Savage, afirma que «el espíritu del señor Savage, en efecto, jamás le permitió buscar por las buenas una reconciliación: devolvió siempre reproche por reproche, y pagó insulto con insulto» [Johnson, *Savage*, 155]. Sin embargo, el respetable caballero al que he aludido tiene en su poder una carta de Savage, posterior al momento en que lord Tyrconnel lo desheredó, dirigida al reverendo señor Gilbert, capellán de Su Señoría, en la que le solicita, de manera humildísima, que vele por sus intereses ante el Vizconde.
—BOSWELL. <<

[89] Fiándose de la información proporcionada por Savage, Johnson representa a este hombre desdichado como si lord Tyrconnel lo hubiera recibido en calidad de acompañante y como si Su Señoría incluso le hubiera dado una pensión vitalicia supuestamente después de la condena y el perdón de Savage. Se me ha asegurado, en cambio, que Savage recibió de manera voluntaria los parabienes de lord Tyrconnel y que éste lo desheredó mucho antes de que se cometiera el asesinato, a la par que Su Señoría fue sumamente decisivo en procurar el perdón de Savage por medio de su intercesión ante la Reina, lograda mediante lady Hertford. Por consiguiente, si hubiera deseado impedir toda publicación por parte de Savage, lo natural es que lo hubiera abandonado a su suerte. Debo reseñar, en efecto, que si bien Johnson señala que el patrocinio con que lord Tyrconnel obsequió a Savage fue sólo «bajo su fiel promesa de dejar a un lado sus planes de exponer ante el mundo la crueldad de su madre» [Johnson, *Savage*, pág. 99], el gran biógrafo ha olvidado que él mismo dice que el relato de Savage fue referido varios años antes en *The Plain Dealer*, n.º 73, de donde cita estas duras palabras del por lo demás muy generoso sir Richard Steele, en el sentido de que «la inhumanidad de su madre le había otorgado el derecho de considerar a todo hombre bueno su propio padre». Al mismo tiempo, hay que reconocer que lady Macclesfield y su parentela quizá siguieran estando deseosas de que su historia no recibiera aún mayor atención, y menos por medio de la pluma satírica de Savage. —BOSWELL. <<

[90] La señorita Mason, una vez prescindió del título de lady Macclesfield debido a su divorcio, se casó con el coronel Brett, y se dice que llegó a ser muy conocida en los círculos cortesés. Colley Cibber, según tengo entendido, tenía en tan alta estima su gusto y sus juicios que sometió a su supervisión todas las escenas de su obra *El marido descuidado*, para que ella las revisara y corrigiera. Parece ser que el coronel Brett fue sumamente libre en sus galanterías con la criada de su señora. La señora Brett entró un día en una habitación, en su propia casa, y se encontró al coronel y a la criada completamente dormidos en dos sillones. Amarró un pañuelo blanco al cuello de su esposo, prueba suficiente de que había descubierto esta intriga, pero jamás le hizo saber que estaba al corriente. Este incidente, según me han referido, dio lugar a la muy trabajada escena entre los personajes de sir Charles, lady Easy y Edging. —BOSWELL.

Lady Macclesfield falleció en 1753, con más de ochenta años. Su hija primogénita, habida del coronel Brett, fue amante de Jorge I durante los últimos meses de vida del soberano. <<

[91] En el *Universal Visiter*, al que Johnson contribuyó a menudo, la marca que se ponía en algunas piezas incuestionablemente suyas también aparece en otras de las que con certeza no era el autor. La marca, por tanto, no asegura qué poemas fueron escritos por él. Éstos probablemente son obra de Hawkesworth, quien se cree que estaba aquejado de gota. —MALONE.

Es sumamente improbable que Johnson escribiera poesía tan pésima como ésta.
—HILL. <<

[92] Estos versos son tal vez demasiado severos para la extraordinaria persona que es su figura principal, pues fue de una valentía indudable. Las lindezas que se permitió durante su solemne juicio (gracias al cual, según he oído observar a David Hume, disponemos de uno de los muy contados discursos del señor Murray, hoy Conde de Mansfield, debidamente autenticado) fueron muy dignas de nota, igual que su gallardía. Cuando le pregunté si formuló alguna pregunta a sir Everard Fawkener, uno de los testigos de cargo en su contra respondió: «Tan solo le deseé que gozara de su joven esposa». Y luego fuese condenado a muerte, sentencia que debía ejecutarse en los horribles términos que se dan en los casos de traición, cuando ya se retiraba de la sala, dijo así: «Adiós, señores míos; no todos hemos de volver a vernos en un mismo lugar». Su compostura fue un dechado de corrección incluso en la ejecución, antes de la cual exclamó: «*Dulce et decorum est pro patria mori*». —BOSWELL.

«Ayer fue ejecutado Lovat —escribió Horace Walpole el 10 de abril de 1747—, y murió extremadamente bien, sin pasión, sin afectación, sin bufonadas y sin timidez. Su comportamiento fue natural e intrépido» (Cartas, II, 267). <<

[93] El 22 de septiembre de 1777, yendo de Ashbourne, condado de Derby, a ver a Ilam Staffs, en el condado de Stafford. <<

[94] Col. Birch, Museo Británico, 4303. <<

[95] Véase la *Vida de Johnson*, de sir John Hawkins [págs. 171-175]. —BOSWELL. <<

[96] Véase más adelante, el fragmento correspondiente al 10 de abril de 1776.
—BOSWELL. <<

[97] Fue después y durante varios años presidente de los juzgados de Middlesex, y con ocasión de pronunciar un discurso ante el Rey aceptó la oferta habitual de un título nobiliario. Es autor de *Una historia de la música* en cinco volúmenes en cuarto. Al atender a Johnson con asiduidad durante la enfermedad que acabó con su vida, obtuvo el beneficio de ser uno de sus ejecutores testamentarios, a raíz de lo cual los libreros de Londres le encomendaron la edición de las obras del doctor Johnson, así como la tarea de escribir su *Vida*. —BOSWELL. <<

[98] Sir John Hawkins, con solemne desprecio por la exactitud, da a este poema la dimensión de mera consecuencia de la recepción indiferente que se deparó a su tragedia. Lo cierto es que el poema se publicó el 9 de enero, y la tragedia no se estrenó hasta el siguiente 6 de febrero. —BOSWELL. <<

[99] «25 de noviembre de 1748. Recibí del señor Dodsley quince guineas por las cuales le asigno el derecho a publicar una imitación de la décima sátira de Juvenal que he escrito yo; me reservo el derecho de publicar una edición.

»SAM. JOHNSON».

«Londres, 29 de junio de 1786. Copia del original, de puño y letra del doctor Johnson.

»JAS. DODSLEY».<<

[100] En este poema, uno de los ejemplos de hombres eruditos e infortunados que se mencionan es el de Lydiat: «Oíd la vida de *Lydiat* y el final de Galileo». La historia de Lydiat es muy poco conocida, de modo que esta crónica que sigue tal vez resulte aceptable para muchos de mis lectores. Se publicó como nota suelta en el suplemento de la *Gentleman's Magazine* correspondiente a 1748, en el cual se insertaron algunos pasajes tomados del poema de Johnson, que debiera haberse añadido en las ediciones sucesivas. «Teólogo y matemático de gran erudición, profesor de New College, en Oxford, y rector de Okerton, cerca de Banbury, escribió, entre muchas otras obras, un tratado en latín titulado *De Natura cæli, &c* en el que atacó las opiniones de Escalígero y Aristóteles por no soportar que se dijera que “hay cosas verdaderas en la Filosofía que son falsas en la Teología”. Compuso cerca de seiscientos sermones en armónica concordancia con los evangelistas. Como no lograrse ver publicadas sus obras, estuvo en la cárcel de Bocardo, en Oxford, y en la Real Judicatura de Londres, hasta que el obispo Usher, el doctor Laúd, sir William Boswel y el doctor Pink lo rescataron saldando sus deudas. Solicitó al rey Carlos I que le enviase a Etiopía y a otros lugares para procurarse manuscritos. Tras hablar en pro de la monarquía y los obispos, fue desvalijado por la soldadesca del partido parlamentario y en dos ocasiones hecho preso en su rectoría, tras lo cual no tuvo ni una camisa que ponerse en más de tres meses sin pedirla prestada. Murió en la más absoluta pobreza en 1646». —BOSWELL. <<

[101] La expresión que empleó el doctor Adams es «apacó». Yo más bien diría que el público quedó *impresionado* por el brío extraordinario y la dignidad de los siguientes versos:

Sea éste al menos su elogio, su orgullo,
que a suscitar aplauso no se obliga ningún arte moderno:
si abucheos parciales toda su esperanza confunden,
no ordena que fatal trompeta acalle el ruido.
Si el sueño bienvenido alivia el fatigoso ingenio,
no lanza rayos y truenos sobre el adormecimiento;
no extiende añagazas para cautivar a sus jueces,
no soborna vuestros ojos con perjuicio de vuestro seso;
impávido, así se mofen los chuscos ingenios y despotriquen los rivales,
estudioso en complacer, y sin vergüenza de fallar,
se mofa de la mansedumbre del suplicante
sin mérito innecesario, y sin envanecerse;
en Razón, Verdad y Naturaleza osa confiarse;
¡callen los botarates, justos sean los ingenios!

—BOSWELL. <<

[102] Aaron Hill (vol. 11, pág. 355), en una carta al señor Mallet, da la siguiente versión del estreno de *Irene*, en el que estuvo presente: «Estuve en la anómala función en beneficio del señor Johnson, y la obra me pareció muy representativa de él: fortaleza de sentido sin adorno de dulzura o decoro». —BOSWELL. <<

[103] He oído comentar al doctor Warton que él se encontraba presente en el establecimiento de Robert Dodsley con el difunto señor Moore y algunos amigos más, dándole vueltas al nombre que convendría poner a la publicación periódica que Moore había comenzado a distribuir. Garrick propuso *The Sallad*, calificativo que, por una curiosa coincidencia, a él mismo aplicó Goldsmith:

Nuestro Garrick es una ensalada, pues en él bien vemos que aceite, vinagre, azúcar y sal concuerdan de lleno.

Por fin, una vez disuelta la reunión y yendo cada cual por su camino, a Dodsley se le ocurrió llamarlo *The World*. —BOSWELL. <<

[104] *Plegarias y meditaciones*, pág. 9. —BOSWELL. <<

[105] En la edición original en folio, el último ensayo está fechado el sábado 17 de marzo. Pero el sábado fue en realidad 14. Vale la pena reseñar esta circunstancia, pues la señora Johnson falleció el 17. —MALONE. [El error está corregido en la edición de 1752, en duodécimo]. <<

[106] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 16 de agosto de 1773. —BOSWELL. <<

[107] Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 268. —BOSWELL. <<

[108] Esta bellísima imagen del engaño a que nos sujeta la perspectiva juvenil no la ha utilizado Johnson en ninguno de los ensayos. —BOSWELL. <<

[109] Sir John Hawkins ha espigado aún más esta exigua colección de materiales, que él denomina «Rudimentos de dos de las entregas del *Rambler*», pero no ha sido capaz de leer el manuscrito como es debido. Así, escribe (pág. 266), «*Sailor's fate any mansion*». [«Es destino del marino cualquier mansión»], cuando en realidad el original dice «*Sailor's life my aversion*». [«Aborrezco la vida del marino»]. También ha transcrito de manera inadecuada los apuntes del ensayo titulado El pan del escritor, en el que Johnson descifra dos notables pasajes: el primero en latín, «*fatui non famae*», en vez de «*fami non famae*»; Johnson tenía en mente lo que dice Thuanus de Xylandro, erudito alemán experto en antigüedades y lenguas, quien vivía, nos dice, en tal pobreza que en su caso *fami non famae scribere*; y el segundo en francés, «*Degouté de fate [fatu] et affamé d'argent*», en vez de «*Degouté de fame [vocablo antiguo, por renommée] et affamé d'argent*». Como el manuscrito está en una caligrafía sumamente pequeña, es sin duda difícil de desentrañar, pero mejor habría sido dejar espacios en blanco que escribir semejante sarta de monsergas. —BOSWELL.

<<

[110] Los ensayos del *Rambler* al principio apenas llamaron la atención. Smart, el poeta, fue quien primero me señaló su excelencia, antes de que yo tuviera ninguna noticia de su existencia. Cuando fui a Norfolk en el otoño de 1751, encontré a una sola persona, el reverendo señor Squires, hombre de saber considerable, y comprador en general de libros nuevos, que algo sabía de ellos... Antes de marcharme de Norfolk, en el año de 1760, los *Ramblers* gozaban de gran estima entre las personas de saber y de buen gusto. Hubo otros, desprovistos de ambos, que dijeron que las *palabras duras* que se empleaban en los *Ramblers* se debían a que su autor quería que su *Diccionario* fuera de consulta indispensable. —BURNEY. <<

[111] Se imprimió en la imprenta de Sands, Murray y Cochran con insólita elegancia, sobre papel de escribir, en duodécimo, y gran corrección; el señor James Elphinston adornó cada número con traducciones de los lemas que los encabezaban. Una vez completa, consta de ocho hermosos volúmenes. Se trata incuestionablemente de la edición más bella y más precisa de esta obra, de la que como sólo se hizo una corta tirada pronto escaseó, y se vendió a un precio muy elevado. —BOSWELL. <<

[112] El señor Thomas Ruddiman, erudito gramático de Escocia, de sobra conocido por sus variadas y excelentes obras y por sus muy precisas ediciones de diversos autores. También era un hombre sumamente celoso de su intimidad. Ser acérrimo partidario de la real dinastía de los Estuardo no le disminuyó en la estima del doctor Johnson. —BOSWELL. <<

[113] Al doctor Johnson le gratificó sobremanera que se publicara esta selección, y escribió así al señor Kearsley, librero de Fleet Street:

«El señor Johnson envía sus respetos al señor Kearsley y le ruega el favor de que acuda a verle en cuanto tenga ocasión. Al señor Kearsley se le ruega que traiga en su visita la última edición del volumen que ha honrado con el título de *Bellezas*. 20 de mayo de 1782».

La correspondencia posterior demuestra que Johnson pidió el libro no porque le gratificase, sino porque se le acusó, sobre la base de una de estas Bellezas, de recomendar el suicidio a sus lectores. El 15 de mayo de 1782, hallándose en el campo, escribió: «El libro titulado *Las bellezas de Johnson* es producción no sé de quién. Si lo he visto, ha sido mediante casual inspección, y me he considerado completamente ajeno a sus consecuencias... Espero, a lo largo de la semana que viene, que todo se haya rectificado». La carta del 20 de mayo demuestra que a su regreso a la ciudad no perdió tiempo en buscar a Kearsley. <<

[114] Sin embargo, su estilo no salió indemne de los dardos inofensivos que lanza el humor bien entendido, pues el ingenioso Bonnell Thornton publicó un *Rambler* en son de chanza en el *Drury Lane Journal*. —BOSWELL.

Murphy (*Vida*, pág. 157), al criticar la cita de Johnson, dice lo siguiente: «Olvidó la observación de Dryden: “Si son demasiadas las voces extranjeras que se vierten sobre nosotros, parece que tuvieran por fin no ayudar a los nativos, sino conquistarlos”».

<<

[115] *Idler*, n.º 70. —BOSWELL. <<

[116] Horacio, *Epístolas*, libro II, epístola 2, 110 ss.

Mas, quien desee hacer un poema de acuerdo con la ley,
con recado de escribir y ánimo de íntegro censor,
se atreverá a quitar de en medio cuantas palabras tengan
poco lustre, carezcan de solidez y gocen de honor
indignamente, por más que se resistan a desaparecer,
y todavía sigan refugiándose en el templo de Vesta
Hará bien en desenterrar palabras que por mucho tiempo
no hubiera visto el pueblo, sacando a la luz brillantes
términos que usados por los antiguos Catones y Cetegos
ahora amenazan roña infecta y abandonada vejez.
Agregará los nuevos que haya engendrado el uso.
Impetuoso y fluido, casi un arroyo puro, derramará
caudales y enriquecerá el lacio con su lengua abundosa.
(Traducción de Horacio Silvestre).

En la edición de Chapman y Rogers, Oxford, se reproduce en nota que no es de Boswell la traducción en prosa de Wickman; Birbeck Hill y Powell reproducen en cambio la *Imitación de Horacio*, de Pope, ejemplo que, como la *Eneida* de Virgilio tamizada por Dryden, se convierte en una adaptación con valor de original. <<

[117] Horacio, *Arte poética*, I, 48 ss.

... Si fuere necesario
desvelar lo recóndito con nuevos términos, algo
inaudito para los fajudos Cetegos, habrá que moldear
y se dará permiso, si se usa discretamente; es más,
palabras nuevas y recién moldeadas tendrán crédito
si salen de fuente griega, derivadas sin derroche. ¿Por qué
va a dar el romano a Cecilio y a Plauto lo que quita
a Virgilio y a Vario? ¿Por qué yo, adquiriendo un poco
si puedo, soy envidiado, si la lengua de Catón y Ennio
el habla patria enriqueció y de la realidad nuevos
nombres divulgó? Estuvo permitido y siempre lo estará
acuñar moneda impresa con cuño actual.
(Traducción de Horacio Silvestre).

<<

[118] La observación de que pudiera haber imitado a sir Thomas Browne la han expresado muchas personas, y últimamente ha insistido en ello —ilustrándolo con abundantes citas de Browne en sus populares ensayos— el reverendo señor Knox, maestro de escuela en Tunbridge, a quien tengo incluido en la lista de quienes no sin buen tino han imitado a su vez el estilo de Johnson. —BOSWELL. <<

[119] La siguiente observación de Boswell en *su Diario de un viaje a las Hébridas* seguramente baste para explicar por qué a ese caballero hoy «apenas escocés lo estiman en el norte de Gran Bretaña», es decir, muchos de sus compatriotas: «Si el doctor Johnson tenía un especial prejuicio contra los escoceses, era porque abundaban a su alrededor; porque consideraba que el medro de los escoceses en Inglaterra excedía la genuina proporción de sus méritos, y porque no podía evitar ver en ellos la nacionalidad que, creo yo, ningún escocés de mentalidad generosa negará jamás». Boswell, en efecto, se halla tan lejos de todo prejuicio nacional que con la misma propiedad podría habersele descrito diciendo que «apenas escocés lo estiman en el *sur* de Gran Bretaña». —COURTENAY. <<

[120] Es probable que en otra obra me dedique a defender el mérito de la poesía de Addison, que ha sido injustamente despreciada. —BOSWELL. <<

[121] Probablemente se trata de la señora Williams. —BOSWELL. <<

[122] A fin de que en épocas futuras nadie caiga en el impropio, rematado absurdo de sospechar que Johnson tuvo parte en el fraude de Lauder, y de que nadie suponga que tenía el más mínimo conocimiento del mismo cuando le auxilió con su pluma magistral, es indicado citar aquí las palabras del doctor Douglas, hoy Obispo de Salisbury, en la época en que descubrió la impostura: «Es de esperar, qué digo, se puede dar por sentado, que el elegante y nervioso escritor cuyos sentimientos juiciosos y estilo inimitable señalan al autor del prefacio y el epílogo que lleva por adorno el libro de Lauder, no vuelva más a permitir que nadie lo emplume con su cálamo, máxime si tan poco merecimiento reunía para disfrutar de su auxilio, auxilio que estoy persuadido de que jamás habría prestado caso de haber existido la más mínima sospecha de estos hechos en cuya transmisión al mundo por medio de estas hojas mi concurso ha sido instrumental» (*Milton no Plagiary*, 2ª ed., pág. 78). Y Su Señoría ha tenido ahora el placer de autorizarme a decir, con toda la vehemencia que sea preciso, que no existe fundamento ninguno para una reflexión desfavorable al doctor Johnson, que manifestó su más contundente indignación con Lauder. —BOSWELL. <<

[123] En la *Gent. Mag.* de febrero de 1794 se imprimió una carta que presuntamente era la que escribió Johnson a la muerte de su esposa. Lo cierto es que es mera transcripción del n.º 41 del *Idler*. Se añadió una fecha ficticia antes de enviar el documento al editor, sólo por dar más color al engaño. —MALONE. <<

[124] Francis Barber nació en Jamaica. Lo trajo a Inglaterra en 1750 el coronel Bathurst, padre del amigo íntimo del Johnson, el doctor Bathurst. Pasó un tiempo en la escuela que regentaba el reverendo señor Jackson, en Barton, condado de York. En su testamento, el coronel le legó la libertad, y el doctor Bathurst se mostró deseoso de que entrase al servicio de Johnson, al cual estuvo desde 1752 hasta la muerte de éste, con dos intervalos de excepción, en uno de los cuales, debido a ciertas diferencias con su señor, se puso al servicio de un boticario de Cheapside, aunque esporádicamente visitaba a Johnson, mientras que en el otro tuvo y satisfizo el capricho de hacerse a la mar. Por deferencia de su señor pasó parte de su tiempo en una escuela del condado de Northampton [en Bishops Stortford, en realidad condado de Hertford], para aprovecharse de la ventaja de recibir cierta educación. Fue duradera la relación entre el doctor Johnson y su humilde amigo. <<

[125] *Plegarias y meditaciones*, pág. 19. —BOSWELL. <<

[126] Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 316. —BOSWELL. <<

[127] *Plegarias y meditaciones*, pág. 20. —BOSWELL. <<

[128] El señor Langton ha recordado el pasaje de manera defectuosa, o así lo ha repetido el doctor Johnson. La estrofa se halla en «Canción de cuna para borrachines», de lord Lansdowne, y dice así:

¡Breve, oh, breve sea, pues, tu reinado
pues tengo prisa por reír y beber a tu lado!

—BOSWELL. <<

[129] Aquí me parece que el autor incurre en un error. Previamente afirma que Johnson había empezado a escribir en el *Adventurer* el 10 de abril (con el n.º 45), un mes antes de fecharse esta carta a Warton. Los dos ensayos publicados previamente con la signatura «T», y suscritos por Mysargyrus (núms. 34 y 41), son obra, creo, de Bonnell Thornton, quien también aportó todos los textos firmados con «A».

Con respecto al n.º 39, sobre el sueño, aun cuando fuera obra de Johnson no sería del todo incoherente con esta afirmación hecha al doctor Warton, ya que se publicó el 10 de marzo, es decir, casi quince días después de escrita esta carta. Ahora bien, al considerarlo con la debida atención, si bien el estilo ostenta un notable parecido con el de Johnson, yo creo que fue escrito por su amigo, el doctor Bathurst, y retocado quizá aquí y allá por Johnson. Boswell ha observado que «no sólo presenta la textura y coloración generales de su estilo, sino que también los autores en los que estaba especialmente versado son introducidos con presteza por medio de someras alusiones». Los autores citados en ese texto son Fontenelle, Milton, Ramazzini, Mademoiselle de Scuderi, Homero, Barretier, Estacio, Cowley y sir Thomas Browne. Con muchos de ellos, qué duda cabe, tenía Johnson una gran familiaridad, pero mucho dudo que hubiera calificado el estilo de Swift diciendo que era elegante; de la obra de Ramazzini es improbable que tuviera conocimiento. Ramazzini fue un célebre médico que murió en Padua en 1714, y se supone que Bathurst que conocía bien sus obras. Con respecto a Cowley, Johnson sin duda había leído su poema en latín sobre las plantas, pero debido a su profesión es probable que Bathurst lo leyera con mayor atención que su amigo; en cuanto al elogio de Cowley sobre «la amapola», se le ocurriría con mayor presteza a un naturalista y a un médico que a un lector de tipo más general. Creo, a pesar de todo, que el último párrafo, que versa sobre el sueño, y en el que se cita a sir Thomas Browne para dar muestra de lo indicada que es una plegaria antes de conciliar el sueño, es en efecto añadidura de Johnson.

—MALONE. <<

[130] El doctor Johnson rebajó y disimuló un tanto su estilo al escribir los ensayos del *Adventurer*, para que pudieran pasar por obra del doctor Bathurst, al cual cedió las ganancias. Así opinaba Hawkesworth. —BURNEY. <<

[131] El doctor Johnson parece haber obrado con exquisita delicadeza respecto a la circulación de esta carta, pues el doctor Douglas, Obispo de Salisbury, me informa de que habiéndole apremiado hace muchos años para que permitiese le fuera leída al segundo lord Hardwicke, quien estaba sumamente deseoso de conocer su contenido, al tiempo que prometió que no se haría copia, Johnson pareció muy complacido de que hubiera concitado tanta atención en un noble de carácter tan respetable, si bien, tras hacer una demorada pausa para sopesarlo, declinó cumplir tal petición, diciendo, con una sonrisa, «No, señor, que bastante he lastimado ya al perro», u otras palabras del mismo sesgo. —BOSWELL. <<

[132] La siguiente nota me la proporciona el señor Langton. «El doctor Johnson, cuando me dio copia de esta carta, manifestó su deseo de que le fuese aneja la información que él me procuró, en el sentido de que si bien se dice en la carta que “ni un solo acto de asistencia” fue recibido por su parte, en una ocasión sí recibió de lord Chesterfield la suma de diez libras, aunque fue una suma tan insignificante que consideró que la mención de la misma no hallaría lugar adecuado en una carta del estilo de la que había pergeñado». —BOSWELL.

Croker entiende que Langton y Boswell incurren en un error de lectura, y que dicha cantidad le fue abonada a Johnson mucho antes de que dieran comienzo los siete años transcurridos desde el día en que fue repudiado a la puerta de lord Chesterfield. A buen seguro le fueron abonadas en 1747, como muestra de reconocimiento por haber citado a Chesterfield en el *Plan*. Johnson se había dejado engañar al principio por la amabilidad de Chesterfield, pero ya había abierto los ojos. De ahí el pastor de Virgilio. —HILL. <<

[133] En este pasaje es evidente que el doctor Johnson alude a la pérdida de su esposa. Hallamos esa misma tierna y recurrente recordación en innumerables ocasiones; es posible que nadie haya expresado con tanta fuerza ni con tanta elegancia la verdad de ese sentimiento, como mi amigo, el señor Malone, en su prólogo a la tragedia titulada *Julia, o El amante italiano*, del señor Jephson [estrenada el 17 de abril de 1787]:

Vanos son de riqueza, fama y fortuna los regalos
si en un pecho cariñoso no compartimos tanto agasajo.
Cuando cada día pasan los desfiles y el bullicio,
es allí, allí tan sólo, donde halla nuestra dicha regocijo.

—BOSWELL.

Tres años antes, cuando estaba muriéndose su esposa, escribió en uno de los últimos *Ramblers* (n.º 203): «Es necesaria, para la compleción de cualquier bien, que se obtenga a su debido tiempo, pues todo lo que llega al final de la vida llegará ya tarde para dar un gran deleite... Aquello que adquiramos por valentía o por ciencia, por diligencia del entendimiento o del cuerpo, llega al fin cuando ya no podemos comunicarlo, y por tanto no lo disfrutamos». Tampoco pasaba Chesterfield por un buen momento. El mismo mes en que recibió la carta de Johnson escribió (*Obras*, II, 222): «Durante este último semestre es como si todas las molestias que hayan atacado a nadie se hubieran conjurado para atacarme la cabeza. Ruidos continuos, dolores, mareos y una sordera invencible; no podía inclinarme a escribir, e incluso la lectura, último recurso de los sordos, me resultaba dolorosa». Un año antes escribió así a su hijo (*Cartas*, II, 336): «La lectura, que siempre ha sido para mí un placer, incluso en mis épocas de mayor disipación, ahora se ha convertido en mi único refugio, y me temo que le dedico demasiado tiempo, a expensas de mi vista maltrecha. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No soporto la inactividad absoluta: mis oídos me son cada día más inservibles, mis ojos por tanto cada vez más necesarios. No los he de atesorar como un avaro, y prefiero arriesgarme a perder la vista antes que no disfrutar de ella». <<

[134] Al comparar esta copia con la que me dictó el doctor Johnson de memoria, las variaciones son tan minúsculas que preciso es sumarla a las demás pruebas que dio de la maravillosa amplitud y de la exactitud impecable de su memoria. Para gratificar a los curiosos, he depositado ambas copias en el Museo Británico. —BOSWELL. <<

[135] Poco después de que se publicase *Cánones de la crítica*, de Edwards [1748], Johnson estaba cenando en casa de Tonson, el librero, con Hayman, el pintor, y algunos otros comensales. Hayman refirió a sir Joshua Reynolds que como la conversación girase sobre el libro de Edwards, los caballeros lo elogiaron sin cortapisa y Johnson reconoció sus méritos. Pero cuando fueron más allá, y pusieron al autor a la altura de Warburton, «Quiá —dijo Johnson—, a buen seguro le ha dado unos cuantos varapalos, pero no hay comparación posible entre ambos, no se les puede nombrar a la par. Una mosca, señor, podrá picar a un hermoso corcel, pero una sigue siendo un insecto, y el otro es un caballo en toda ley». —BOSWELL. <<

[136] No es posible defender esta colección de cartas de la grave acusación de que en algunos pasajes fomenta uno de los vicios más destructivos del buen orden y de la comodidad de la buena sociedad, que Su Señoría presenta como mera galantería a la moda; en otros, inculca la vil práctica del disimulo, a la par que recomienda, con una desproporcionada ansiedad, una perpetua atención a la elegancia externa en los modales. Sin embargo, al mismo tiempo preciso es reconocer que contienen muchos y muy buenos preceptos de conducta, y mucha información genuina sobre la vida y las costumbres, expresada de una manera sin duda feliz; además, tuvo un mérito considerabilísimo prestar tan gran atención a la mejora constante de una persona que dependía por entero de la protección de Su Señoría, en lo cual probablemente no ha sido superado ni siquiera por el padre más ejemplar, y aunque bajo ningún concepto puedo dar mi aprobación a la confusión en la distinción entre la prole legítima y la ilegítima, lo cual es, en efecto, un insulto al establecimiento civil de nuestro país, no puedo menos que considerar laudatorio el mostrar tan afable atención a aquellos de cuya existencia en cualquier caso hemos sido causa. El personaje del señor Stanhope se ha descrito de manera sumamente injusta como una persona diametralmente opuesta a la que lord Chesterfield deseara que fuese. Se le ha llamado tedioso, grosero, torpe, pero yo debo decir que lo conocí en Dresde cuando él era enviado real a esa corte, y si bien no podía jactarse de ser un dechado de elegancia, era en verdad un hombre de correcto comportamiento, sensato y civil en todo. —BOSWELL. <<

[137] Hoy [1792], uno de los principales secretarios de Estado. Luego fue el vizconde Melville. —BOSWELL. <<

[138] *Observaciones sobre «Fairy Queene» de Spenser*, cuya primera edición acababa de publicarse. —WARTON. <<

[139] Hughes publicó una edición de Spenser. —WARTON. <<

[140] Su *Diccionario*. —WARTON. <<

[141] Vino a Oxford a pasar quince días y se quedó cinco semanas. Se alojó en una casa llamada Kette-hall, cerca de Trinity College. Durante su visita a Oxford, no recopiló nada entre las bibliotecas de cara a su *Diccionario*. —WARTON. [Escribiendo desde Oxford el 5 de junio de 1775, dice Johnson: «*J'ai epuisé ce lieu, où je n'étudie pas*». *Cartas*, n.º 400]. <<

[142] Comunicación de Thomas Warton, que tenía el original. —BOSWELL. <<

[143] «Deduzco que era pariente del señor Zachariah Williams, que falleció el 12 de julio de 1755. Estando el doctor Johnson conmigo en Oxford, en 1755, hizo entrega a la Biblioteca Bodleiana de un fino volumen en cuarto, de veintiuna páginas, una obra en italiano con una traducción al inglés en páginas encaradas. La portadilla en inglés dice así: “Relación de un intento por calcular la longitud en alta mar, mediante una variación exacta de la aguja magnética, &c. Por Zachariah Williams. Londres, impreso para Dodsley, 1755”. A juzgar por los rasgos internos, la traducción inglesa es sin lugar a dudas de Johnson. En una hoja en blanco, Johnson ha anotado la edad y la fecha de la muerte del autor, Z. Williams, como ya he señalado. En otra hoja en blanco se halla empastado un párrafo de un periódico sobre la defunción y el carácter de Williams, claramente obra de Johnson. Estaba muy ansioso por donar este volumen a la Bodleiana, y por miedo a toda omisión o error, él mismo lo anotó en el gran catálogo de su puño y letra». —WARTON.

Hay en todo esto un ligero error. La relación en inglés, escrita por Johnson, era la *original*; el italiano era una traducción debida a Baretti. —MALONE. <<

[144] «En procurarle el título de licenciado en Filosofía mediante un diploma de la Universidad de Oxford». —WARTON. <<

[145] «Posteriormente profesor de número de Trinity College, en este momento bibliotecario de Radcliffe Hall en Oxford. Era un hombre de gran erudición y eminente conocimiento de los antiguos, tanto latinos como anglosajones. Murió en 1767». —WARTON. <<

[146] Collins, el poeta, se encontraba entonces en Oxford, visitando al señor Warton, aunque desviviéndose en penosas condiciones de ánimo, y con una salud deplorable. —BOSWELL.

Johnson escribió al doctor Warton el 8 de marzo de 1754, hablando así de Collins: «Lo conocí hace unos años y estaba rebosante de esperanzas y proyectos; era versado en muchas lenguas, de imaginación desbordante, con una gran retentiva. Su potente y afanoso intelecto se halla ahora bajo el gobierno de fuerzas que no serán capaces de comprender ni el más simple de sus planes» (*Cartas*, n.º 51). En diciembre de 1754: «¡Pobre Collins! Hágame saber si a su juicio le sería placentero que le escriba. A menudo me he visto en un estado cercano al suyo, y lo tengo en gran conmiseración» (n.º 57). Y en abril de 1756: «Ese hombre no representa una pérdida corriente. Los moralistas hablan todos de la incertidumbre de la fortuna y de la transitoriedad de la belleza, pero aún es más pavoroso considerar que el poder del intelecto también está sujeto al cambio, que el entendimiento puede hacer su aparición y abandonarnos, que puede arder con fuerza y agotarse» (n.º 96). —HILL. <<

[147] «Planes de publicar un volumen de observaciones sobre el resto de las obras de Spenser. El estorbo fue debido a que aceptase nuevos alumnos en este College».
—WARTON. <<

[148] «Así se llama en Oxford a los jóvenes estudiantes de rango inferior». —WARTON.

<<

[149] «Su título había recibido aprobación de acuerdo con los procedimientos habituales, por sufragio entre los directores de los distintos colegios, aunque a la sazón aún no lo había concedido la universidad. La aprobación del mismo se produjo sin un solo voto en contra». —WARTON. <<

[150] Sobre Spenser. —WARTON. <<

[151] Rector de Saint Mary Hall, en Oxford. Trajo consigo el diploma. —WARTON.

El doctor King (*Anécdotas*, pág. 196) dice que fue uno de los jacobitas que estaban presentes en una recepción al Pretendiente, cuando éste hizo una visita clandestina a Inglaterra en septiembre de 1750. En 1783, el Pretendiente dijo —según sir Horace Mann— que estuvo en Londres en ese mes y año, y que se reunió con cincuenta amigos suyos, entre ellos el Conde de Westmoreland, futuro Canciller de la Universidad de Oxford (Mahon, *England*, IV, II). <<

[152] Supongo que Johnson quiso decir que mis *amables intenciones* de ser el *primero* en darle la buena nueva de que su título le había sido concedido se vieron *frustradas*, ya que el doctor King se lo comunicó antes que llegara mi carta. —WARBURTON. <<

[153] El doctor Huddesford, rector de Trinity College. —WARTON. <<

[154] Extraída del Registro de Convocatorias, Oxford. —BOSWELL. <<

[155] La parte no formal de este documento es la que sigue:

«Así como nuestros antepasados instruyeron los títulos académicos con la finalidad de que los hombres de genio y cultura sobresalientes pudieran distinguirse mediante titulación; así como el muy culto S. J., de Pm. Coll, se ha dado a conocer de antaño al mundo de las letras con escritos que han conformado los modales de sus compatriotas, y toda vez que ahora trabaja en una obra de la máxima utilidad al adornar y fijar nuestra lengua materna (está próximo a publicar un *Diccionario de la lengua inglesa*, compilado con grandísima diligencia y gran criterio), por todo ello, el Canciller, profesores y adjuntos hemos nombrado por unanimidad a dicho S. J. licenciado en Filosofía, y le deseamos el disfrute de todos los derechos y privilegios que corresponden a tal título». <<

[156] Es comprensible la altísima gratificación que para Johnson tuvo que suponer la recepción de este diploma de manos del gran doctor King, cuyos principios tanto concordaban con los suyos. —BOSWELL. <<

[157] Obra en mi poder el original. [«Usted me consideraría un desagradecido, y yo también si no acertase a expresar por carta (siendo ésta la forma más anodina de reconocimiento) el gran placer que siento al recibir el honor que (imagino por instigación suya) me concede el Senatus Academicus. Del mismo modo debiera estar agradecido aun cuando no reconociera la amabilidad del hombre excelente que ha puesto en mis manos la prueba de su respeto. Mi placer aún aumenta más gracias a esto, al hecho de verme de nuevo entre ustedes, en una época en la que hombres astutos, aunque mentecatos, se empeñan en disminuir su autoridad y por lastimar el buen nombre de Oxford. Siempre me he opuesto a ellos, en la medida en que puede oponerse un oscuro erudito, y nunca dejaré de hacerlo. Quien quiera que en estos tiempos de turbulencia falle en el cumplimiento de su deber con usted y con la universidad, lo considero como si fallase a su deber con la virtud y la cultura, a sí mismo y a la posteridad»]. —BOSWELL. <<

[158] En cursiva, alusión a un poema del señor Warton, titulado «El progreso del descontento», publicado hace poco. —WARTON. <<

[159] Sir John Hawkins (pág. 341) inserta dos notas como si se las hubieran cruzado Andrew Millar y Johnson, para recalcar lo dicho antes. Se me ha asegurado que no fue así. A manera de comentario casual, fue tan sólo un cruce de palabras en son de chanza. Una nota escrita en tales términos habría sido casi injuriosa. —BOSWELL. <<

[160] El señor Warton tenía entre manos una traducción de Apolonio de Rodas [que nunca se llegó a publicar]. —WARTON. <<

[161] Libreros implicados en su *Diccionario*. —WARTON. «Lista de decesos. 12 de junio de 1755, el señor Paul Knapton, librero. 18 de junio, el señor Thomas Longman, librero». *Gent. Mag.*, xxv, pág. 284. <<

[162] «*Tory*. (Término hipócrita, derivado, supongo, de una palabra irlandesa que designa a un salvaje). ‘Quien respalda la antigua constitución del Estado y la jerarquía apostólica de la Iglesia anglicana; opuesto a *whig*’».

«*Whig*. ‘Nombre de una facción’». Lord Marchmont afirma que fue Johnson «el primero en introducir *whig* y *tory* en un diccionario», aunque en esto se equivoca. En la cuarta edición de la obra del doctor Adam Littleton, *Linguae Latinae Liber Dictionarius*, de 1703, se traduce *whig* como ‘*Homo fanaticus, factiosus; Whiggism, Enthusiasmus, perduellio*’; *tory* aparece como ‘*trotapáramos o ladrón irlandés; Praedo Hibernicus; tory, opuesto a whig, Regiarum partium assertor*’. En cuanto a *pensioner*, o *bribed person* [‘sobornado’], se traduce por ‘*mercenarius*’.

«*Pensión*. ‘Sobresueldo que se da a quien no tiene igual. En Inglaterra se da por entendido que significa el pago que se hace a un contratado por el Estado para que traicione a su patria’. *Pensionado* es ‘quien tiene por respaldo una asignación o sobresueldo que se paga a voluntad de otro; alguien que depende de ese otro’».

«*Avena*. ‘Un cereal que en Inglaterra por lo común se da de comer a los caballos, aunque en Escocia es alimento de las personas’». «Muy cierto —dijo lord Elibank al tener conocimiento de esta famosa definición—. ¿Y dónde, si no, va a encontrar uno tales personas, y tales caballos?» (Croker, *Correspondencia*, pág., 11. 35).

«*Excise* [impuesto interno]. ‘Odioso impuesto con que se gravan las mercancías, y que estipulan no los jueces ordinarios, sino los condenados a los que se contrata para que recauden dicho impuesto’».

Los comisarios de este impuesto especial, ofendidos por tan severa reflexión, consultaron con el señor Murray, entonces Fiscal General, si era posible exigir una reparación. Ojalá hubiera sido yo capaz de procurar a mis lectores una copia de la opinión que manifestó, y que ahora en justicia podría considerarse historia; sin embargo, el misterioso secreto que envuelve estas agencias estatales no me lo ha permitido. Tengo sin embargo cumplida información, de una autoridad muy fiable, en el sentido de que se llegó a pensar que la entrada del *Diccionario* podría ser motivo de litigio, aunque sería más prudente que la comisión no pleitease. Johnson nunca hizo la más leve alteración en esta entrada. Conservó intacto su prejuicio contra estos recaudadores de impuestos, pues en el *Idler*, n.º 65, aparece este extraordinario párrafo: «La autenticidad de la historia de Clarendon, aunque publicada con la sanción de las primeras universidades del mundo, caso de que no se descubriese por fortuna un inesperado manuscrito habría puesto en tela de juicio, con ayuda de la credulidad sesgada y partidista, los dos tipos de ser humano más ínfimos y viles que hay: un escritorzuelo a las órdenes de un partido y un recaudador del impuesto

especial interno». Las personas a que hace referencia eran John Oldmixon y el señor George Ducket.

—BOSWELL.

Croker sí obtuvo copia de los documentos legales, que confirman las suposiciones de Boswell, todas ellas de buena tinta. Murray, en efecto, creyó que la entrada constituía una difamación, pero desaconsejó el entablar acciones legales, confiando que Johnson hiciera una modificación... que no introdujo nunca. [\[a nota c30, vol. I\]](#) <<

[163] En la tercera edición, publicada en 1773, dejó fuera el inciso «tal vez nunca», y añadió este párrafo: «A veces da comienzo a sílabas intermedias o finales en palabras compuestas, como, *block-head* [‘zoquete’], o bien derivadas del latín, como *comprehended*». —BOSWELL. [En realidad, Boswell debiera haber dicho la cuarta edición. En la tercera, que es de 1765, después de *nunca* añade «salvo en palabras compuestas»].

<<

[164] Se publicó en la *Gent. Mag.* de abril de 1755 (xxv, pág. 190), bajo un anuncio del *Diccionario*. —BOSWELL. <<

[165] El sábado día 12, a eso de las doce de la noche, falleció el señor Zachariah Williams a sus ochenta años de edad, tras una enfermedad que lo tuvo postrado ocho meses y en plena posesión de sus facultades mentales. Hace ya tiempo que era conocido entre filósofos y marinos por sus avezados conocimientos de magnetismo y por su proposición para calibrar la longitud mediante un peculiar sistema basado en las variaciones de la brújula. Era un hombre industrioso, infatigable, de conversación inofensiva, paciente ante la adversidad y las enfermedades, eminentemente abstemio, templado en todo, piadoso y digno de haber puesto fin a sus días con mejor fortuna. —BOSWELL. [Esta nota fue suprimida en pruebas]. <<

[166] *Plegarias y meditaciones*, pág. 25. —BOSWELL.

Johnson escribió a la señorita Boothby el 30 de diciembre de 1755: «Si vuelvo hacia mí mis pensamientos, ¿qué percibo, salvo un pobre y desamparado ser, reducido por una racha de viento a la debilidad y a la penuria? (...) El señor Fitzherbert mandó hoy recado de que me ofrecía algo de vino; quienes me rodean dicen que debería aceptarlo, por lo que le estaré agradecido si me envía una botella». (*Cartas*, n.º 78).

<<

[167] *Plegarias y meditaciones*, pág. 27. —BOSWELL. <<

[168] Algún tiempo después de muerto el doctor Johnson apareció en los periódicos y las revistas un ataque cicatero y petulante contra su persona, en forma de epitafio, adscrito al nombre de Soame Jenyns y sin duda muy indigno de tal caballero, quien se había sometido si levantar la voz al azote crítico de Johnson cuando éste aún vivía. Adquirió, como es característico de él, toda la vulgaridad del insulto que ha circulado entre los ignorantes. Fue una muestra inapropiada de resentimiento lastimoso, vertido en un momento en el que él mismo ya era de muy avanzada edad y tenía por tanto próxima perspectiva de descender a su tumba. Me dio verdadera pena, pues no en vano era entonces (como me asegura milord el Obispo de Londres, que tuvo una seria conversación con él sobre esta cuestión) un cristiano confeso y sincero. Difícilmente podía contar con que los numerosos amigos de Johnson soportasen con paciencia que la memoria de su maestro fuera estigmatizada por una pluma tan mezquina, pero lo cierto es que al menos uno replicó en consonancia. Así pues, su injusto y sarcástico epitafio se encontró en el mismo terreno público con una respuesta de ninguna manera suave, tal como tan gratuita y licenciosa provocación había de justificar:

EPITAFIO, PREPARADO PARA UN INDIVIDUO TODAVÍA NO DEL TODO DIFUNTO.

Aquí yace un feo y nauseabundo elfo
que fiado sólo de su desdichado ego
feble intentó, petulante y vano,
El origen del mal poner en claro.
Un poderoso genio con el elfo desplazado
con su crítica potente vapuleó al pillo.
Treinta años guardó cobarde su inquina
hasta que en el polvo el genio dormía:
entonces apestó y titubeó al exhalar un vagido
y pestañeó ante Johnson en su último suspiro.

—BOSWELL. <<

[169] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 19 de agosto. —BOSWELL. <<

[170] Las ha reimpresso Malone, en su prefacio a su edición de Shakespeare.
—BOSWELL. <<

[171] El célebre orador, el señor Flood, se ha manifestado de la misma opinión que el doctor Johnson, pues ha donado su hacienda en su testamento, tras la muerte de su esposa, lady Francés, a la Universidad de Dublín, «con el deseo expreso de que inmediatamente recibida dicha hacienda, se designe a dos profesores, uno para el estudio del erse nativo, o lengua irlandesa, y otro para el estudio de las antigüedades y la historia de Irlanda, y para el estudio de cualquier otra lengua europea que ilustre o sea auxiliar en el estudio de las antigüedades o la historia de Irlanda; es también su deseo que se otorguen dos generosos premios de periodicidad anual por dos composiciones, una en verso y otra en prosa, en lengua irlandesa». —BOSWELL. <<

[172] Warton había sido nombrado profesor de poesía en Oxford durante el año anterior. —BOSWELL. <<

[173] «Aunque abatido por la partida de un viejo amigo, estoy de acuerdo con él cuando proyecta fijar su residencia en la desierta Cumas y hacerse paisano de la Sibila». Juvenal, *Sátiras* y III, I. —BOSWELL. Es, obviamente, el arranque de su *Londres*. <<

[174] Dodsley, autor de *Cleone*. —BOSWELL. <<

[175] Esta carta la envió en respuesta a una en la que se adjuntaba un efecto bancario por el pago de algunas suscripciones a su *Shakespeare*. —BOSWELL. <<

[176] *Plegarias y meditaciones*, pág. 30. —BOSWELL. <<

[177] Este papel se encuentra en el suplemento de Stockdale a las piezas misceláneas de Johnson. —BOSWELL. <<

[178] Los recibos de *Shakespeare*. —WARTON. <<

[179] Entonces en Lincoln College. En la actualidad, sir Robert Chalmers, uno de los jueces de la India. —WARTON. <<

[180] Parte de la impresión de *Shakespeare*, que el doctor Johnson llevó adelante por sus propios medios y publicó por suscripción. La obra se puso en circulación en 1765. —WARTON. <<

[181] Se trata del capitán general Alexander Dury, del primer regimiento de Infantería, que cayó en galante cumplimiento de su deber cerca de St. Cas, en la de sobra conocida y malhadada expedición contra Francia de 1758. Su esposa era hermana de la madre del señor Langton. Dejó un solo hijo, el teniente coronel Dury, destinado a una compañía del mismo regimiento. —BOSWELL.

La expedición intentó la toma de St. Malo a principios de septiembre. Al fallar el intento, las tropas de tierra se retiraron a St. Cas, donde, mientras procedían a embarcar, sufrieron el ataque de los franceses. Fueron hechos prisioneros unos 400 soldados, y murieron o fueron heridos unos 600. <<

[182] Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 365. —BOSWELL. <<

[183] Se trata de un error. El año es 1759. En la siguiente carta, cometió el mismo error por inadvertencia, aunque lo corrigió. En la carta del día 13 se agrega en otra caligrafía: «Le ruego dé acuse de recibo a vuelta de correo sin falta». —MALONE. <<

[184] Era tenido en tan alta estima que antes que fueran recopilados en varios volúmenes fueron no pocos los editores de periódicos y revistas que lo aprovecharon con avidez y desvergüenza para enriquecer sus publicaciones. Para poner fin a tan injusto proceder, Johnson escribió la siguiente nota para el *Universal Chronicle*, en la cual tal vez haya mayor pompa y ornato verbal de lo que la ocasión exigía:

«Londres, 5 de enero de 1759. AVISO. Los propietarios de la serie que lleva por título *The Idler*, habiendo visto que bastantes ensayos pertenecientes a la misma aparecen insertados en distintos periódicos y revistas con absoluto desprecio de la justicia y la decencia, toda vez que el *Universal Chronicle* en que fueron por vez primera publicados no siempre se menciona, estiman de absoluta necesidad comunicar a los editores de tales colecciones que por mucha que haya sido la paciencia con que hasta la fecha han soportado tales ultrajes, tanto más injuriosos por el desprecio que comportan, han tomado la determinación de no tolerar más estos abusos. A día de hoy han visto ensayos por los que se paga muy alto precio transferidos con la más descarada y grosera rapacidad a varias compilaciones semanales o mensuales, y sus derechos, al menos en la actualidad, vulnerados y usurpados antes de haber dispuesto de tiempo para disfrutarlos. Sin embargo, no es su deseo exigir una mínima sensibilidad por parte de quienes jamás la han mostrado. El pasado ya no tiene remedio, y ha de quedar libre de todo resentimiento. Ahora bien, quienes de este modo se han afanado con sus hoces en los campos cultivados por sus vecinos a partir de ahora han de tomar buena nota de que ha terminado el tiempo de la impunidad. Aquel que sin contar con nuestro permiso ponga las manos ávidas de rapiña en nuestros ensayos, debe contar con que reclamaremos lo que nos es debido, y para ello recurriremos a los medios que la justicia dicta, tal como garantizan las inmemoriales prescripciones que rigen el comercio honrado. Por nuestra parte, habremos de apropiarnos de sus escritos, los despojaremos de la pompa de los anchos márgenes y la tipografía poco precisa, los compactaremos en un minúsculo espacio y los venderemos por un módico precio, aunque no con la intención de enriquecernos por medio de lo confiscado, ya que no nos merece el dinero que se amasa mediante castigos mayor respeto que el amasado mediante delito. Por consiguiente, una vez recuperadas nuestras pérdidas, todo el beneficio restante será donado a las Magdalenas, pues no se nos ocurre a quién se podría gravar con más justicia en beneficio de las prostitutas arrepentidas que a las prostitutas en las que no se ve ni asomo de arrepentimiento ni indicio de vergüenza». —BOSWELL. <<

[185] El doctor Robert Vansittart, de la antigua y linajuda familia de Berkshire. Fue eminente por sus conocimientos y su valía, y muy estimado por el doctor Johnson. —BOSWELL.

Johnson tal vez propuso escapar por el escarpado muro el día en que en University College le vieron trasegar tres botellas de oporto sin que le afectara. [\[Véase pág 1194\]](#). <<

[186] *Gentleman's Magazine*, abril de 1785 [LV, pág. 288]. —BOSWELL. <<

[187] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 31 de agosto de 1773. —BOSWELL. <<

[188] *Ibid.*, 23 de septiembre. —BOSWELL. <<

[189] En mi primera edición, esta palabra se imprimió como *Chum*, tal como aparece en una de las *Misceláneas* de Wilkes, por lo que pudo parecer animadversión y puesta en solfa de la ignorancia del doctor Smollett, razón por la cual pido permiso para hacer un gesto propicio a los *manes* de este ingenioso y benévolo caballero. *Chum* fue ciertamente fruto de una lectura errónea de *Cham*, título que ostenta el Soberano de Tartaria y que con justicia se aplica a Johnson, el Monarca de la Literatura. Era un epíteto que de sobra conocía Smollett: véase *Roderick Random*, cap. 56. Por esta corrección estoy en deuda con lord Palmerston, cuyo talento y consumados logros literarios casan con su respetable abolengo y ejercicio de la abogacía. —BOSWELL.

Publicada la segunda edición de esta obra, al autor le llegó del señor Abercrombie, caballero de Filadelfia, una copia de la carta escrita por el doctor John Armstrong a Smollett, cuando se hallaba éste en Livorno, Italia, que contiene este pasaje: «En cuanto al patriota de la Real Judicatura, es difícil precisar por qué motivo dio a la imprenta una carta suya en la que le pedía un favor de poca monta, relacionado con alguien por el cual se había interesado el gran *Cham* de la Literatura, el señor Johnson en persona». —MALONE.

En la primera edición, Boswell había dicho así: «De haberse educado el doctor Smollett en una universidad inglesa, habría estado al tanto de que un *chum* es un estudiante que comparte con otro una habitación. Decir *chum* de la literatura es una solemne estupidez». Boswell lo añadió en galeradas. —HILL.

Obvio es reseñar que ambas grafías tienen el mismo sonido, aunque si *Cham* es una variante de *Khan*, como en *Kublai Khan*, *chum* viene a ser ‘compinche’, ‘cuate’, ‘amiguete’: el efecto cómico es notablemente indeseado. <<

[190] *Plegarias y meditaciones*, págs. 39-740. —BOSWELL. <<

[191] Sir John Hawkins [Vida, pág. 373] ha dado pormenorizado detalle de todo ello, de esa guisa que vulgar pero significativamente se llama «jerigonza», en la que en medio de una ostentosa exhibición de las artes y los artistas habla de «las proporciones de una columna, tomadas de la figura humana y ajustadas de acuerdo con la naturaleza masculina y femenina; en el hombre, *sesquioctava* de la cabeza, en la mujer *sesquinona*»; tampoco se ha privado de introducir la jerga de los términos musicales, que no parece corresponderse mucho con el asunto, aunque le sirve para confeccionar un mazacote heterogéneo. Seguir los pasos del caballero en todo esto sería para mí tan inútil como fatigoso, y no poco repulsivo para mis lectores. Por lo tanto, me limitaré a expresar algunos comentarios sobre sus afirmaciones. Parece sentirse exultante por haber detectado que Johnson se procure «de una persona provista de avezado conocimiento de las Matemáticas y los principios de Arquitectura respuestas a una retahíla de preguntas que él mismo había formulado, relativas a la fortaleza comparada de los arcos semicirculares y elípticos». No se me alcanza a mí imaginar de qué otro modo podría Johnson haber actuado con mayor sabiduría. Sir John se queja de que la opinión del excelso matemático, el señor Thomas Simpson, no preponderase a favor del arco semicircular. Debiera haber sido consciente de que por eminente que fuera Simpson en lo más elevado y abstracto de la ciencia matemática, estaba en cambio poco versado en cuestiones prácticas de mecánica mixta. El señor Muller, de la Academia de Woolwich, padre escolástico de todos los grandes ingenieros que en este país se han dedicado a las obras públicas desde hace cuarenta años, zanjó la cuestión pronunciándose a favor del arco elíptico. Se ha dado a entender sin ninguna elegancia que la razón de Johnson para oponerse al plan del señor Mylne quizá estribara en el prejuicio que contra él podría tener en su condición de nativo del norte de Gran Bretaña, cuando la verdad, tal como se ha declarado, es que prestó la ayuda de su muy capaz pluma a un amigo, que era uno de los candidatos. Tan lejos estaba de sentir cualquier antipatía cicatera por el señor Mylne que con posterioridad convivió con este caballero en términos muy cordiales, y llegó a compartir con él mesa y mantel en su propia casa. Sir John Hawkins es quien da en realidad rienda suelta a sus prejuicios insultando el puente de Blackfriars, al que tacha de «edificio en el cual en vano buscará nadie belleza y simetría, y por el cual los ciudadanos de Londres han perpetuado su propia deshonra y han sometido a una nación entera al reproche de los extranjeros». Todo el que haya contemplado, placido *lumine*, como dice Horacio, esta estructura suntuosa, elegante y leve, en especial cuando se llega a la capital por ese flanco, por fuerza ha de asombrarse ante tan injusta y malhumorada censura; apelo por ello a todos los extranjeros de buen gusto a que se pronuncien sobre si este puente es o no es uno de los ornatos más distinguidos de Londres. En cuanto a la estabilidad de la construcción, es cierto que

la municipalidad de Londres tomó todas las precauciones para que se hiciera con la mejor piedra de Portland, pero como quiera que ésta se halla en las canteras que pertenecen al erario público, y que gestionan los lores del Tesoro, se dio el caso de que el interés parlamentario, que tantas veces es lacra del buen emprendimiento, desbarató sus esfuerzos. No obstante este inconveniente, es de sobra sabido que no sólo no se ha hundido jamás el puente de Blackfriars en sus cimientos ni en sus arcos, que fueron objeto de tan acaloradas disputas, sino que todos los desperfectos que pueda haber sufrido por efecto de las heladas ya se han reparado en gran medida con sillares más sólidos, e incluso se sabe que toda obra de renovación que sea necesaria se podrá completar con unos costes muy moderados. —BOSWELL. <<

[192] *Plegarias y meditaciones*, pág. 42. —BOSWELL. <<

[193] Cuando Murphy conoció al doctor Johnson, tenía unos treinta y un años. Murió en Knightsbridge el 18 de junio de 1805, se cree que a los ochenta y dos años de edad.

En una relación de este caballero, publicada poco después de su muerte, se dice que dijo que «tenía sólo veintiuno cuando tuvo la impudicia de escribir una publicación periódica en la misma época en que Johnson publicaba el *Rambler*». En una página posterior, en la que Boswell da cuenta de la ocasión en que trabó conocimiento de Johnson, se hallará una asombrosa muestra de la incorrección memorística en que incurre Murphy; la afirmación arriba reseñada, si es que llegó a hacerla, cosa no del todo improbable, proporciona ulteriores pruebas de su inexactitud, ya que ambos hechos afirmados carecen del fundamento. Era ocho años mayor de lo dicho cuando comenzó a publicar en el *Gray's Inn Journal*; ese periódico, en vez de ser concurrente con la producción de Johnson, no apareció hasta el cierre del *Rambler* el 14 de marzo de 1752. El primer número del *Gray's Inn Journal* apareció siete meses más tarde, dentro de un periódico de la época llamado *The Craftsman*, y en esa forma se entregaron al público los primeros cuarenta y nueve números. En 1753 adquirió un nuevo formato, publicándose en un periódico distinto hasta septiembre de 1754. El total está compuesto por ciento un ensayos en la edición en folio. El extraordinario ensayo que se menciona en el texto es el n.º 38 de la segunda serie, y fue publicado el 15 de junio de 1754. Y se trata de una retraducción del *Rambler* n.º 190 de Johnson. De hecho, fue omitido de la reedición de estos ensayos en dos volúmenes en duodécimo, en la que constan ciento cuatro y en la que no siempre se da la fecha de publicación original, de modo que el lema que se antepone a este relato anglo-gálico y orientalizante, *obscuris vera involvens*, muy apropiadamente se habría colocado en esta obra cuando se reimprimiese. Murphy no esperó a conocer la opinión de Johnson, entiendo yo, después de la publicación de esta refacción de uno de sus *Ramblers*, como parece afirmarse en el texto, ya que en su último ensayo, de 21 de septiembre de 1754, hallamos lo siguiente: «Además, ¿por qué no iba una persona a optar por un aire de osada negligencia, en vez de cumplir con la oscura diligencia que adorna a los pedantes y a los escritores de afectada fraseología? Yo por mi parte siempre he pensado que un estilo llano es más adecuado que una dicción pomposa, elevada mediante metáforas, amplificada mediante epítetos, dignificada por inserciones demasiado abundantes de la lengua latina».

Es probable que se trate de una censura del *Rambler*, y que su autor, al escribirla, no tuviera trato con Johnson, con el cual, nada más conocerlo, quiso reconciliarse a toda costa. Cabe por tanto presumir que su trato no comenzó hasta finales de 1754. Murphy sin embargo había elogiado a Johnson en el año anterior, en el n.º 14 de su

segunda serie. —MALONE. <<

[194] La señora Sheridan escribió *Memorias de la señorita Sydney Biddulph*, una novela de gran mérito, y algunas otras piezas. —BOSWELL. <<

[195] *Plegarias y meditaciones*, pág. 44. —BOSWELL. <<

[196] Este prefacio data de 1756; 1761 es la fecha de la segunda edición. —MALONE.

<<

[197] He encargado en Irlanda las indagaciones pertinentes sobre esta historia, pero no la he podido encontrar recogida en ninguna parte. Si la refiero es amparado por la autoridad del doctor Johnson, a la que cabe sumar la del *Diccionario biográfico* y la *Biographia Dramática*; en ambas figura desde hace muchos años. Según observa Malone, lo más probable es que no se publicase una edición con el nombre de Rolt en portada, sino que, siendo anónimo el poema, Rolt aceptase que se le atribuyera su autoría en más de una conversación. —BOSWELL. <<

[198] Tengo ejemplar de ambos libros. Innes fue el clérigo que introdujo a Psalmanazar en Inglaterra, siendo de hecho cómplice de esa ficción extraordinaria.
—BOSWELL. <<

[199] Los originales de las tres cartas del doctor Johnson a Baretti, que figuran entre las mejores que jamás escribiera, fueron puestos en conocimiento de los dueños de la elegante e instructiva miscelánea de periodicidad mensual, *The European Magazine*, en la que se publicaron por vez primera. —BOSWELL. <<

[200] Ésta es una muy justa relación del alivio que proporciona Londres a un intelecto melancólico. —BOSWELL. <<

[201] En una de estas casas solariegas lo encontró por casualidad el doctor Amyat, médico londinense, según me relató. A fin de distraerlo hasta que estuviera listo el almuerzo, lo llevaron a pasear por los jardines. El señor de la casa estimó oportuno introducir algún asunto científico en la conversación, y lo abordó de este modo: «¿Es usted botánico, doctor Johnson?». «No, señor —replicó Johnson—, no soy botánico, y —aludiendo sin duda a su cortedad de vista— si me diera por hacerme botánico, antes tendría que convertirme en reptil». —BOSWELL. <<

[202] «Señora,

»acercarse a las personas más enaltecidas e ilustres ha sido en cualquier época privilegio natural de los poetas, y si bien no pueden los traductores reclamar en justicia ese mismo honor, siguen de manera natural a sus autores en calidad de ayudantes, por lo cual albergo la esperanza de que a cambio de haber yo permitido que Tasso difunda su fama en los dominios británicos se me otorgue el honor de llevarlo a presencia de Su Majestad.

»Tiene Tasso un particular derecho a gozar del favor de Su Majestad, no en vano es seguidor y autor de los panegíricos de la dinastía de los Este, que cuenta con un común antepasado con la dinastía de los Hanover. Al repasar su vida no es fácil prescindir del deseo de que hubiera vivido en tiempos más felices, en los que entre los descendientes de tan noble e ilustre linaje encontrase un patrocinio más liberal y poderoso.

»No puedo menos que observar, Señora, cuán desigual recompensa se adjudica al mérito si reflexiono en que la felicidad que le fue hurtada a Tasso me está reservada a mí, y en que el poema que en su día apenas procuró a su autor un mínimo vislumbre del semblante de la Princesa de Ferrara haya concitado a su traductor la favorable atención de Su Británica Majestad, la Reina.

»De haber sido éste el sino de Tasso, no habría podido celebrar la condescendencia de Su Majestad en un lenguaje más noble, pero no podría haber dejado de sentirla con más ardiente gratitud, Majestad, que vuestro más fiel y devoto súbdito». —BOSWELL.

<<

[203] Al igual que los grandes hombres de la Antigüedad, como Escipión «el Africano», vieron adherido un epíteto a sus nombres a consecuencia de alguna célebre acción, a mi ilustre amigo a menudo se le llamaba Johnson «el del Diccionario», por ese magno triunfo del genio y del esfuerzo, su Diccionario de la lengua inglesa, cuyo mérito contemplo cada vez con mayor admiración. —BOSWELL.

Del mismo modo tenemos a Harris «el de Hermes», Melmoth «el de Plinio», Taylor «el de Demóstenes», Jones «el Persa», Bruce «el Abisinio», Baker «el del Microscopio», Glover «el de Leónidas», Cooke «el de Hesíodo», y Boswell «el Corso». <<

[204] Ya dijo Johnson que «los hombres odian con más firmeza que aman, y si alguna vez he dicho algo que haya lastimado a alguno, no lo mejoraré diciendo muchas cosas que le plazcan». [\[Véase pág. 1095\]](#). <<

[205] Pág. 447. —BOSWELL.

«Hay otro escritor, en la actualidad de fama gigantesca, sobre todo por ser estos tiempos de hombrecillos, que ha querido asear una *Vida de Swift*, pero que la ha ejecutado de manera tan penosa que sólo le devuelve el reflejo de esa deshonra, que se propuso arrojar sobre el personaje del Deán». Y sigue una larguísima crítica de la *Vida de Swift*, de Johnson. <<

[206] Mi postura queda perfectamente ilustrada por lo expuesto por el señor Belsham, de Bedford, en su *Ensayo sobre poesía dramática*. «La doctrina tan a la moda —dice— entre moralistas y críticos en estos tiempos que corren, a saber, que felicidad y virtud son de continuo concomitantes, da lugar a que se considere una suerte de impiedad dramática sostener que la virtud no tendrá recompensa, y que el vicio no recibirá castigo en la última escena del último acto de toda tragedia. Esta conducta, entre nuestros poetas modernos, es a mi juicio sumamente desatinada, pues propugna una doctrina cuya falsedad cualquiera conoce en la práctica, esto es, que la virtud en la vida real siempre es fuente de felicidad, como el vicio lo es de desdicha. De este modo concluye Congreve la tragedia de *La novia enlutada*, con este dístico un tanto ridículo:

Que las bendiciones siempre esperan a los actos virtuosos,
y aunque sea tarde siempre llega segura la recompensa.

»Cuando un hombre de virtud eminente, un Brutus, un Catón o un Sócrates por fin ceden y se hunden bajo el peso de los infortunios acumulados, no sólo se nos lleva a sostener un odio más indignado del vicio que si surgiera de la adversidad, sino que inevitablemente se nos induce a preferir con afecto la sublime idea de que un día de retribución futura llegará tarde o temprano, un día en que recibiremos los frutos de una justicia no meramente poética, sino real y sustancial» (*Ensayos filosóficos, históricos y literarios*, Londres, 1791, vol. II, en octavo, pág. 317).

Está todo esto tan bien razonado como bien expresado. Ojalá, desde luego, que el ingenioso autor no hubiera considerado necesario incluir ningún ejemplo de «hombres de virtud eminente», ya que en tal caso habría rehuido la mención de un rufián como Brutus bajo semejante marchamo. El señor Belsham descubre en sus *Ensayos* un gran caudal de lecturas y de pensamientos, y una buena mano en la composición, tan es así que lamento que no haya tenido la fortuna de educarse en calidad de miembro de nuestro sobresaliente establecimiento nacional. Si no se hubiese educado en los dogmas del inconformismo religioso, es probable que no estuviera mancillado por esas herejías (como con toda sinceridad, y no sin profundas indagaciones, las considero) tanto de religión como de política, que, si bien leo yo con candor, no puedo leer sin sentirme ofendido. —BOSWELL.

La postura de Boswell la ilustra con mucha mayor fuerza el propio Johnson. «Se han jactado a menudo algunos vanidosos moralistas de que la fortuna de cualquiera depende de su propio poder, de que la prudencia ocupa la sede de todas las demás deidades, y de que la felicidad es consecuencia infalible de la virtud. Pero no cabe duda de que el carcaj de la omnipotencia está surtido de flechas, contra las cuales el

escudo de la virtud humana, por resistente que sea y se proclame, en vano ha de alzarse: no siempre padecemos las consecuencias de nuestros delitos, no siempre nos protege nuestra inocencia» (*The Adventurer*, n.º 120; véase también *Rasselas*, cap. 27). —HILL. <<

[207] En el n.º 8 exactamente. Se trata del lugar preciso en el que tuve la fortuna de ser presentado al ilustre objeto de esta obra, por lo que merece ser debidamente destacado. Nunca paso por delante sin sentir reverencia y pesar. —BOSWELL. <<

[208] En su *Ensayo sobre la vida y el genio del doctor Johnson* [pág. 106], Murphy ha hecho un relato de este encuentro que difiere considerablemente del mío, estoy persuadido de que sin ser consciente de su error. Su memoria, al cabo de casi treinta años, sin duda le ha llamado a engaño, y da en suponer que estuvo presente en una escena que probablemente ha oído describir a otras personas con bastante inexactitud. En mis notas, tomadas el mismo día del encuentro, y en las que tengo la certeza de haber consignado todo lo que allí sucedió, no encuentro que se mencione por ninguna parte a este caballero; como es natural estoy seguro de que no habría omitido yo a una persona tan bien conocida en el mundillo literario. Bien se puede suponer que, tratándose de mi primera entrevista con Johnson, hubo de causar, con todas sus circunstancias, una fuerte impresión en mi ánimo, que por fuerza hube de registrar con especial atención. —BOSWELL. [Nota añadida en la segunda edición]. <<

[209] No puede caber la menor duda de que ésta fue una salida de tono pasajera contra Garrick, pues por expreso deseo de Johnson, años antes, éste había dedicado una representación benéfica a favor de esta persona, por medio de la cual recibió una donación de doscientas libras. En todas las demás ocasiones en que estuve con él, Johnson alabó la muy liberal caridad de Garrick. Una vez le comenté lo siguiente: «Es de notar, señor, que ataca usted a Garrick, mientras que no tolera que nadie más hable mal de él». JOHNSON (sonriente): «No me diga, señor. Es muy cierto, si».

—BOSWELL. <<

[210] Sheridan daba entonces lecciones de oratoria en Bath, donde Derrick ejercía como maestro de ceremonias o, como se suele decir, era el rey. —BOSWELL. <<

[211] Mi buen amigo, el señor Malone, en su valiosísimo comentario a *Shakespeare* ha encontrado los *disjecta membra* de estos versos. —BOSWELL. <<

[212] La crónica es como sigue: «En la noche del 1 de febrero [1762], muchos caballeros eminentes por su rango y carácter se reunieron por invitación del reverendo señor Aldrich, de Clerkenwell, en casa de éste, con objeto de examinar los ruidos que presuntamente hacía el espíritu de un difunto, aprestándose a la detección de un flagrante delito.

»A eso de las diez de la noche los caballeros se reunieron en la alcoba en que había sido alojada la muchacha presuntamente trastornada por un espíritu, con las debidas precauciones, y acostada al cuidado de varias damas. Permanecieron más de una hora sentados. Como no se oyera nada, bajaron la escalera, donde interrogaron al padre de la muchacha, el cual negó con vehemencia que tuviera conocimiento de ningún fraude.

»El presunto espíritu había prometido públicamente, mediante un golpe en sentido afirmativo, que admitiría a uno de los caballeros en la cripta que se encuentra bajo la iglesia de St. John, en Clerkenwell, donde se halla depositado el cuerpo, y dar señal de su presencia mediante un golpe en el ataúd; así las cosas se tomó la decisión de hacer esta prueba de la existencia o la veracidad del presunto espíritu.

»Mientras inquirían y deliberaban, fueron citados a la alcoba de la muchacha por llamamiento de algunas de las damas que la atendían, y que habían oído golpes y arañazos. Entraron los caballeros y la muchacha declaró que había sentido un espíritu cual si fuera un ratón que le corriese por la espalda, por lo que se le pidió que mantuviera las manos fuera de la cama. A partir de ese momento, si bien se le exigió solemnemente que se manifestara y diera prueba de su existencia mediante una aparición o una impresión en la mano o el cuerpo de cualquiera de los presentes, mediante arañazos, golpes o cualquier otro medio, no hubo prueba de ningún poder preternatural.

»Al espíritu se le advirtió entonces con toda seriedad que la persona a la cual se había hecho la promesa de que tocaría el ataúd se encontraba a punto de visitar la cripta, y se le conminó entonces a cumplir dicha promesa. A la una en punto acudió la concurrencia a la iglesia, y el caballero a quien se había hecho la promesa entró con otro en la cripta. Se requirió solemnemente al espíritu que cumpliera su promesa, pero no hubo más que silencio: la persona a la que presuntamente iba a acusar el espíritu bajó con otras más sin que se percibiera mayor efecto. A su regreso examinaron a la muchacha, pero no se obtuvo confesión de ella. Entre las dos y las tres pidió permiso para ir a casa con su padre, que le fue concedido.

»Por lo tanto, es opinión de toda la asamblea que la muchacha tiene alguna artimaña para producir o falsear algunos ruidos, y que no ha mediado la actuación de causas

superiores». —BOSWELL. <<

[213] En la *Critical Review*, donde a veces colaboraba el propio Mallet, se tachó este panfleto de «tosco esfuerzo, producto de la envidia, la petulancia y la presunción». Siendo tres los epítetos, nosotros, los tres autores, nos disputamos humorísticamente cuál era el que nos correspondía. —BOSWELL. <<

[214] «Nada tocó que no adornase». Véase su epitafio en la abadía de Westminster (pág. 1024), escrito por el doctor Johnson. —BOSWELL. <<

[215] En alusión a esto, Horace Walpole, que era admirador de sus escritos, dijo que era «un idiota inspirado»; Garrick lo describió como uno que

... abreviando llaman Noll,
que escribía como un ángel,
y hablaba peor que la pobre Poll.

Sir Joshua Reynolds me señaló que a menudo había oído hablar a Goldsmith con entusiasmo del placer que le producía el gustar, y observar que sería durísimo que la excelencia literaria vedase a un hombre esa satisfacción, que él tenía a menudo; por tanto, sir Joshua quedó convencido de que Goldsmith era intencionadamente absurdo en su declaración, con objeto de rebajarse en el trato social, confiando en que su carácter tuviera respaldo suficiente en sus obras. Si su intención era en efecto parecer absurdo cuando estaba en público, a menudo lo logró con creces. Con la debida deferencia al ingenio de sir Joshua, debo sin embargo decir que su conjetura me parece refinada en exceso. —BOSWELL. <<

[216] Las señoritas Horneck, una de las cuales está ahora casada con el señor Henry Bunbury, y la otra con el coronel Gwyn. —BOSWELL. <<

[217] Esa noche fue a casa a cenar con el señor Burke, y se despellejó la canilla tratando de mostrar a los presentes que sabía saltar por encima de un palo mucho mejor que los títeres. —BOSWELL. <<

[218] Conservo esperanzas de que haya algún error en esta anécdota, aun cuando me la transmitiera un dignatario de la Iglesia. El doctor Isaac Goldsmith, pariente cercano suyo, era Deán de Cloyne en 1747. —BOSWELL. [Esta nota apareció en la segunda edición]. <<

[219] Quizá no sea impropio anejar aquí el relato que hace la señora Piozzi de esta transacción, en sus propias palabras, como espécimen de la extrema inexactitud con que refiere todas sus anécdotas del doctor Johnson o, más bien, las descolora y las distorsiona: «He olvidado el año, pero difícilmente, entiendo yo, pudo ser después de 1765 o 1766, cuando fue bruscamente llamado después del almuerzo, estando en nuestra casa, y regresó al cabo de tres horas, momento en el cual dijo que había estado con un colérico autor cuya casera lo tenía retenido por impago, a la vez que los alguaciles le impedían salir de la casa; que estaba emborrachándose con vino de Madeira para ahogar las penas, y que estaba sumamente agitado con una novela que, cuando la terminase, había de ser toda su fortuna, aunque no era capaz de ponerle fin por pura inquietud, a la vez que no podía salir de la casa para ponerla en venta. En consecuencia, el señor Johnson retiró de en medio la botella y fue a ver al librero, recomendándole que la publicara y manifestándole su deseo de que auxiliara de inmediato a su autor; dijo que cuando le llevó al escritor los dineros, éste llamó a la mujer de la casa para compartir con ella una sopera de ponche y pasar el rato en diversiones». *Anécdotas del doctor Johnson*, pág. 119. —BOSWELL. <<

[220] El doctor Campbell era un cuentacuentos de circunstancia, entretenido, que a veces embellecía lo que contaba. «Campbell —dijo el doctor Johnson una vez— mentirá como un bellaco, pero nunca sobre el papel». —BOSWELL. <<

[221] Me inclino a pensar que no estaba del todo bien informado sobre esta circunstancia. Reconozco haber tenido celos de mi muy valioso amigo, el doctor John Campbell. Y es que si bien Milton podía ausentarse sin remordimiento de los servicios del culto público, yo no puedo. Muy por el contrario, tengo las mismas impresiones de costumbre en mi ánimo, las mismas de un juez verdaderamente venerable, que dijo al señor Langton: «Amigo Langton, si no he estado el domingo en la iglesia, no me siento cómodo». El doctor Campbell era un hombre sinceramente religioso. Lord Macartney, eminente por su variedad de saberes y por su atención a los hombres de talento, y que lo conoció bien, me dijo que, cuando fue a visitarlo una mañana, se lo encontró leyendo un capítulo en griego del Nuevo Testamento, lo cual informó a Su Señoría de que su práctica era constante. La cantidad de las composiciones del doctor Campbell es prácticamente increíble, y sus trabajos le reportaron grandes beneficios. El doctor Joseph Warton me comunicó que Johnson le había dicho de él: «Es el autor más adinerado de cuantos hayan pasado en el prado común de la literatura». —BOSWELL. <<

[222] El bardo oriundo del norte poco mencionado antes. Cuando pedí al doctor Johnson permiso para presentárselo, dijo amablemente que de acuerdo, aunque añadió con un deje astuto: «Pero que no nos endilgue ni uno de sus poemas». Es notable que Johnson y Churchill, por mucho que difiriesen en otras cuestiones, estuvieran de acuerdo en ésta. Véase «El viaje», de Churchill. Sin embargo, es de justicia al doctor Ogilvie observar que su «Día del Juicio Final» no posee un mérito desdeñable. —BOSWELL. <<

[223] Johnson no toleraba que ninguno de sus amigos llenase los silencios de la conversación hablando del clima: «No hablemos del tiempo que hace». —BURNEY.

<<

[224] Cuando le hablé de ese mismo clamor injustificado, años más tarde, dijo sonriendo: «Ojalá mi pensión fuera el doble, para que así hicieran el doble de ruido».
—BOSWELL. <<

[225] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 10 de noviembre. —BOSWELL. <<

[226] Le gustaba relatar con mucho humor, a tenor de mi relación con él, esta pequeña historia de mis años mozos, que era literalmente cierta: «En el año de 1745 Boswell era un espléndido muchacho, llevaba una escarapela blanca y rogaba por el rey Jacobo, hasta que uno de sus tíos carnales, el general Cochran, le dio un chelín a condición de que rogase por el rey Jorge, cosa que hizo sin rechistar. Así que ya se ve, decía Boswell, que *los whigs de todas las épocas están hechos de la misma pasta*». —BOSWELL.

En el *Diccionario*, bajo *whiggismo*, Johnson tan sólo aduce una cita, tomada de Swift: «Podría citar cincuenta panfletos hechos sólo de *whiggismo* y ateísmo». Más adelante, «siempre he dicho que el primer *whig* fue el demonio». A la sentencia de Johnson cabría oponer la vertida por lord Chatham en la Cámara de los Lores: «Hay algunas distinciones inherentes a la naturaleza de las cosas. Por ejemplo, la distinción entre el bien y el mal, entre *whig* y *tory*» *Parl. Hist.*, XVI, 1107). <<

[227] Carta a Rutland sobre el viaje, dieciseisavo, 1569. —BOSWELL.

La carta se contiene en un pequeño volumen titulado *Instrucciones provechosas, en donde se describe qué precauciones especiales han de tomar los viajeros por todas las naciones, estados y países, para que sea su estancia ventajosa y placentera. Por los tres admirados Robert, difunto Conde de Essex, sir Philip Sidney y el secretario Davison*. Londres. Impreso para Benjamin Fisher, bajo el sello de los Talbot, en Aldersgate, 1633. —HILL. <<

[228] Esta señora Macaulay es el mismo personaje que con posterioridad se dio a conocer como «la célebre historiadora». —BOSWELL. <<

[229] Esta opinión la volvió a expresar en un periodo posterior. Véase *Diario de un viaje a las Hébridas*, 16 de agosto. —BOSWELL. <<

[230] Tenía plena intención de haber seguido un consejo de tal peso, pero como me quedé mucho más tiempo del que tenía previsto tanto en Alemania como en Italia, y como también había visitado Córcega, descubrí que había excedido el plazo que mi padre me otorgó para viajar, y me apresuré en atravesar Francia en el camino de regreso. —BOSWELL. <<

[231] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 27 de agosto de 1773. —BOSWELL. <<

[232] *Ibid.*, 22 de septiembre de 1773. —BOSWELL. <<

[233] Publicó una obra que contenía escuetas biografías de escritores ilustres, en tres volúmenes en octavo. —BOSWELL. <<

[234] Todo el que tenga familiaridad con la historia de la religión (seguramente la más importante de cuantas afectan al intelecto humano) sabe que la denominación de *metodista* fue dada por vez primera a una sociedad de estudiantes de la Universidad de Oxford, que en torno al año de 1730 se distinguieron por su afanosa y «metódica» atención a los ejercicios devocionales. Esta disposición de ánimo no es novedosa, ni es peculiar de ninguna secta, sino que se ha dado y aún se encuentra en muchos cristianos de muy diversas denominación. El propio Johnson, de manera muy digna, era metodista. En el *Rambler*, n.º 110, habla con respeto de «toda la disciplina que constituye la piedad debidamente regulada», y en sus *Plegarias y meditaciones* abundan los ejemplos de este insistente examen del estado espiritual de su ser. No es posible negar que su honestidad religiosa, y en particular su observancia del influjo del Espíritu Santo, a veces ha degenerado en capricho, y a veces se ha falseado con viles propósitos. Pero no por ello es justo ponerla en solfa cuando obedece a un afán genuino. El principal argumento de la razón y la sensatez en contra del metodismo es que tiende a rebajar la naturaleza humana, y que impide el ejercicio generoso de la bondad mediante la ultraterrena suposición de que Dios no ha de prestar atención ninguna, aunque en las Sagradas Escrituras se dice con toda claridad que «pagará a cada uno conforme a sus obras» [Mateo, 16, 27]. No obstante, me congratula estar en condiciones de hacer justicia a quienes prefieren la ridiculización sin el menor conocimiento de los dogmas, cosa que puedo hacer citando un pasaje de uno de sus mejores defensores, el señor Milner, que así expresa su doctrina sobre este asunto. «Justificado por la fe, renovado en sus facultades, constreñido por el amor de Cristo, el creyente se mueve en la esfera del amor y la gratitud, y todos sus deberes fluyen en mayor o menor medida de este principio. Y aunque se acumulen y le esperen en el Cielo, en un tesoro de bienaventuranzas proporcional a su fe y a sus actividades, y aunque de ninguna manera sea incoherente con sus principios el sentir la fuerza de esta consideración, el amor mismo endulza todos los deberes en su ánimo, y entiende que nada absurdo hay en sentir el amor de Dios, que es el gran principio rector de su vida». *Ensayos sobre varias cuestiones religiosas, etc., por Joseph Milner, maestro de la escuela primaria de Kingston-upon-Hull, 1789, pág. 11. —BOSWELL.*

La señora Thrale escribió a Johnson en 1780 que «metodista se considera siempre un término de reproche, espero, ya que nunca he oído a nadie que se haga llamar metodista» (Piozzi, Cartas, II, 119). <<

[235] *Epigramas*, libro 11. «In Elizabeth. Angliae Reg.». —MALONE. <<

[236] Se trata de mi buen amigo, sir Michael Le Fleming. Este caballero, junto con toda su experiencia de la vida alegre y elegante, heredó con la hermosa finca de la familia un no desdeñable amor por la literatura, como el que distinguió a su venerable abuelo, el Obispo de Carlisle. Una vez me dijo del doctor Johnson, con frase felicísima, que «en cualquier ocasión posee una roma dignidad». —BOSWELL. <<

[237] Con estas comillas, Boswell creo que hace referencia a sus *Hébridas*, donde Johnson dice: «Creo que en ocasiones nadie habla con tanta laxitud como yo».
—MALONE. <<

[238] Se trata de la segunda edición. —MALONE. <<

[239] *Vida de Johnson*, pág. 425. —BOSWELL. <<

[240] De sir Joshua Reynolds. —BOSWELL.

Habiéndose negado el caballero a pagar su porción en la cuenta de la cena, pues por lo común cenaba en casa, Johnson observó que «sir John, señor, es un hombre muy *inclubable*». —BURNEY. <<

[241] *Vida de Johnson*, pág. 425. —BOSWELL.

Hawkins también peca de inexactitud. En esta época Johnson no visitaba el club con asiduidad. <<

[242] *Plegarias y meditaciones*, pág. 50. —BOSWELL. <<

[243] *Ibid.* y pág. 51. —BOSWELL. <<

[244] *Ibid.*, pág. 58. —BOSWELL. <<

[245] Era habitual suponer en la residencia de los Thrale, cuando Johnson se retiraba a una ventana de la sala, al percibir que movía los labios y oírle murmurar sin articulación discernible, que estaba rezando, aunque no siempre era así, ya que una vez, quizá sin que él no lo notase, me encontraba yo escribiendo en una mesa cercana, tanto que le oí repetir algunos versos de una oda de Horacio, una y otra vez, como si con esa reiteración ejercitara los órganos del habla y a la vez fijase la oda en su memoria:

Audiet cives acuisse ferrum

Quo graves Persae melius perirent,

Audiet pugnas...

«Nuestros hijos han de oír hasta el fin de los tiempos

noticia de los ejércitos romanos destrozados

que fácilmente habrían sometido al enemigo persa...».

[*Odas*, I, 2, 21].

Sucedió durante la guerra de Norteamérica. —BURNEY.

En su *Diario de un viaje a las Hébridas*, Boswell anota que «el doctor Johnson a menudo murmura pías jaculatorias, cuando parece hablar consigo mismo; a veces las dice en voz más alta, y se le oyen trozos del Padrenuestro». En el mismo pasaje describe otras «particularidades» y añade en una nota: «Es notable que el doctor Johnson haya leído esta relación de algunos de sus hábitos más peculiares sin decir nada al respecto». <<

[246] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 12 de octubre. —BOSWELL. «El día en que partimos de Talisker, nos indicó que siguiéramos adelante. Él volvió su montura de nuevo hacia Talisker, donde se detuvo un rato; volvió a girar en dirección hacia nosotros y llegó al trote». <<

[247] Hermana de Sir Joshua, por la cual Johnson tenía un afecto muy especial, y a la cual escribió numerosas cartas que he tenido ocasión de leer y que mucho lamento no estar en condiciones de publicar debido a su exquisita naturaleza. —BOSWELL. <<

[248] *Plegarias y meditaciones*, pág. 61. —BOSWELL. <<

[249] *Ibid*, pág. 66. —BOSWELL. <<

[250] En el prefacio a una colección posterior de prosas de Hamilton se ha comentado que nuestro autor, según las palabras en general de Johnson, «se vio inducido a suponer que le poseía una pasajera ambición, y de ahí que decidiera aplicar sus pensamientos a las leyes y a la política. Pero Boswell sin duda se equivoca a este respecto, ya que esas palabras aluden tan sólo a que Johnson en aquel momento trabó alguna relación ocasional con Hamilton para proporcionarle ciertas ideas y sentimientos sobre los grandes temas de política que debieran someterse a consideración en el Parlamento». A raíz de esa relación, en noviembre de 1766 Johnson escribió un tratado muy valioso titulado «Consideraciones sobre el maíz», impreso como apéndice a las obras de Hamilton, publicadas por T. Payne en 1808. —MALONE. <<

[251] *Plegarias y meditaciones*, pág. 67. —BOSWELL. <<

[252] Me informa la señora Burney de que oyó decir al doctor Johnson que «un comerciante inglés es un caballero de nuevo cuño». Es posible que tuviera en mente este pasaje tan ingenioso de *Los amantes conscientes*, acto IV, escena II, donde el señor Sealand interpela de este modo a sir John Bevil: «Le ruego me otorgue permiso para decirle que nosotros los comerciantes somos una especie de nobleza que ha medrado en el mundo a lo largo de este siglo, y que somos tan honorables y casi tan útiles en todo como ustedes los terratenientes, que siempre se han considerado tan por encima de nosotros, y es que su actividad comercial en verdad no va más allá de una carga de heno, o de un buey bien cebado». A lo cual responde sir John: «¡Son ustedes personas de trato agradable, desde luego! Y como se les ha educado para la pereza, le advierto que la industria es deshonrosa». —BOSWELL.

Los amantes conscientes es de Steele. «Nunca he sabido de ninguna obra teatral apta para que la lean los cristianos —dijo el párroco Adams—, salvo *Catón* y *Los amantes conscientes*, y debo reconocer que en ésta hay cosas casi tan solemnes que valdrían para un sermón» (Henry Fielding, *Joseph Andrews*). <<

[253] Por una carta del doctor Johnson al doctor Warton, al día siguiente de publicado su *Shakespeare* (9 de octubre de 1765), parece que Johnson pasó algún tiempo con este caballero en Winchester durante este año. No mucho después, en una carta del doctor Warton a Thomas Warton (28 de enero de 1766), aparece un pasaje que tal vez arroje cierta luz sobre algunos pasajes de la edición de Pope que preparó el doctor Warton, relativos todos ellos a Johnson: «Sólo cené con Johnson, quien me pareció frío e indiferente, y que apenas me dijo nada; tal vez hubiera oído lo que dije yo de su *Shakespeare*, o estaba más bien ofendido por lo que le escribí». Es una carta que no se conserva. —MALONE. <<

[254] Es probable que se propusiera por modelo a esta persona excelente, que por su piedad fue llamado «Seráfico Doctor». —BOSWEL. <<

NOTAS AL PIE AL VOLUMEN II

[1] Es de señalar que Gray haya empleado en parte la misma imagen para definir a Dryden. En efecto, enjaeza dos caballos a su carruaje, aunque son «de raza etérea»:

Ved por dónde ostenta con presunción menor
su gloria por anchos campos el carruaje de Dryden,
con dos corceles de raza etérea,
envueltas las crines en truenos, el tranco largo y resonante.

Oda sobre el progreso de la poesía. —BOSWELL

En la *Vida de Pope*, pág. 309, dice Johnson: «El estilo de Dryden es caprichoso y variado; el de Pope, cauto y uniforme; Dryden se pliega a los movimientos de su intelecto, Pope los constriñe a sus propias reglas compositivas. Dryden es a veces vehemente y veloz; Pope es siempre uniforme y amable». —HILL <<

[2] El señor Langton no dejó caer este consejo en saco roto, y escribió la siguiente relación, que ha tenido la bondad de poner en mi conocimiento:

«Las circunstancias en que vivió Peregrine Langton fueron las siguientes. Disponía de una asignación de 200 libras *per annum*. Residía en una aldea del condado de Lincoln; el alquiler de su casa, junto con dos o tres pequeños pastos, era de 28 libras; el condado en que vivía era quizá moderadamente costoso, no más; por toda familia tenía una hermana que le pagaba 18 libras al año por su manutención, y una sobrina. Las criadas eran dos, además de dos lacayos de librea. Habitualmente, a su mesa, servíanse de tres o cuatro platos; los accesorios con que se servía su mesa eran bien arreglados y gratos de usar; a menudo gozaba de invitados a la cena, a la que en tales ocasiones se servían tantos platos como era costumbre en las mesas de otros caballeros de la vecindad. Su propia apariencia, en cuanto al vestir, era sencilla y atildada en lo gentil. Siempre contó con una silla de posta y tres caballos.

»Con los recursos que menciono, tal fue su manera de vivir, en la cual nunca tuvo que emplear la totalidad de sus ingresos, pues siempre reservó una suma muy a mano, con la cual cubría cualquier gasto extraordinario que pudiera surgirle. Parte de sus dineros los invirtió en acciones; a su muerte, la suma que tenía invertida ascendía a 150 libras. De su propio peculio adquirió el mobiliario y la ropa de la casa, que en los últimos tiempos aprovisionó en gran cantidad; tal como estoy seguro de que sin duda sabrá todo el que haya tenido un buen medio de saberlo, nada menos que la décima parte de sus ingresos la destinaba a obras de caridad. En la hora de su muerte se halló la suma de 25 libras, con la instrucción de que se le diera ese uso.

»Había trazado un pormenorizado plan para vivir de acuerdo con sus ingresos, y nunca practicó una frugalidad excesiva, ni cayó en la tacañería, pues se esforzó para que en su familia hubiera abundancia sin caer en el despilfarro. Como muestra de que ése era su máximo empeño, tal vez valga la pena reseñar el método de acuerdo con el cual regulaba la disposición de una cantidad adecuada de licor de Malta, para que se consumiera sin que hubiera escasez, pero menos aún en profusión desaforada, y es que ante la queja de que su disposición de un tonel por mes no llegaba para toda la familia ordenó que la cantidad que contiene un tonel fuera repartida en botellas iguales, que cerró al acceso de los criados en un armario, y que distribuía a diario a razón de ocho cuartos, que es la cantidad que habría tocado por cabeza en caso de repartir un tonel al mes, e indicó a la servidumbre que si con eso no fuera suficiente les permitiría consumir más, aunque con este método parece ser que la cantidad asignada fue más que suficiente para su pequeña familia, y así demostró una clara convicción, que no admitió que se pusiera en tela de juicio y que le ahorró con creces toda disputa futura. Fue un hombre en general muy diligente, al que atendían con

puntualidad y obedecían en todo sus criados. Fue muy considerado en cuanto a las órdenes que emitía, amén de que las explicaba por lo menudo. Nada más entraba un criado a su servicio, se ganaba al punto su más estrecha y conforme docilidad, sin que ninguno pecara de remisión, y como los criados hallaran que ése era el caso, pronto se acostumbraron como si nada a cumplir sus cometidos, de modo que en lo sucesivo apenas era preciso prestarles mayor atención. En algunos casos extraordinarios de buena conducta, o de diligencia en el servir, nunca escatimó palabras de ánimo y obsequios por encima del salario asignado, y es digno de notar que permitiera que a todos ellos les visitaran sus parientes con frecuencia, y que se alojasen en su casa durante dos y tres días a veces.

»Lo más pasmoso, para la mayoría de quienes tengan noticia de sus economías, es su manera de que le alcanzara para conseguir tantas cosas con tales ingresos, sobre todo si se considera que tuvo que pagar por todo lo que poseía; no tenía más tierras que los dos o tres pastos que he señalado, y que alquilaba, y en vez de obtener ninguna ganancia con lo que en ellos se cosechaba tengo razones para pensar que con ellos perdía dinero; sin embargo, le ahorraban toda ulterior cuita respecto a sus ahorros domésticos, dándole hierba para los caballos (y no heno, pues el heno sé de cierto que lo compraba) y las dos vacas. Todos los lunes por la mañana cuadraba las cuentas de la familia, y de ese modo mantenía una atención constante en confinar sus gastos dentro de los márgenes de sus ingresos, y para llevar las cuentas con más exactitud las comparaba con los gastos mediante cómputos minuciosos, concluyendo por adelantado de qué parte de sus ingresos podía disponer en cada semana e incluso en cada día del año. Una de sus prácticas de economía, tan pronto se necesitaba hacer alguna reparación en la casa, consistía en llevarla a cabo de inmediato. Cuando tenía dinero disponible, reservaba una parte para la adquisición de ropa de casa o de prendas de vestir, o para cualquier otra necesidad eventual; de ese modo, según decía, podía permitirse la adquisición llegado el caso, mientras que sin prever esas eventualidades tal vez no hubiera podido costeárselas en el momento en que de hecho surgieran; a raíz de todo ello, y con este método escrupuloso, dispuso de un abastecimiento considerable de los artículos de necesidad, además de los que tenía en uso.

»Ahora bien, el principal particular que parece haberle permitido hacer tantas cosas con sus ingresos es que pagaba por cualquier cosa tan pronto la tenía, con la sola excepción de las cuentas corrientes, como las del alquiler de la casa y los salarios de los criados, que pagaba en los plazos fijados con antelación con puntualidad exquisita. Dio aviso a los comerciantes de las localidades convecinas en el sentido de que dejaría de ser cliente suyo caso de que permitieran a cualquiera de sus criados disponer de un solo artículo, el que fuera, sin pagar su valor en el acto. De ese modo impedía que nadie cometiera esas imprudencias a las que tienen propensión quienes pueden aplazar el pago de un objeto recurriendo a la artimaña que sea. Y todo el

dinero que le quedaba sabía de ese modo que no le sería exigido en ninguna otra parte, y que podría emplearlo sin riesgos en aquello que más le placiera.

»Su ejemplo no tuvo repercusión debido a lo recóndito de su vivienda, y pocos pudieron observarlo, aunque su prudencia y su virtud hubieran sido de valor inestimable para todo el que las conociera. Estos escasos particulares, que bien conocía yo de primera mano, o que he obtenido de boca de quienes vivieron con él, tal vez procuren instrucción y sean incentivo en ese arte y sabiduría del vivir, que él practicó con tanto éxito». —BOSWELL <<

[3] En la que le correspondía la presidencia del Club Literario, que en esta época mantenía reuniones semanales. —BOSWELL <<

[4] El pasaje omitido aludía a un asunto privado. —BOSWELL

El ejemplar de Boswell, depositado en Yale, salva esa laguna: ¿por qué se la había dedicado a lord Mountstuart, un hombre por el que no tenía ningún aprecio?

—CHAPMAN <<

[5] Esta censura de mi latín hace referencia a la dedicatoria, que era como sigue:

VIRO NOBILISSIMO, ORNATISSIMO,
JOANNI,
VICECOMITI MOUNTSTUART,
ATAVIS EDITO REGIBUS
EXCELSAE FAMILIAE DE BUTE SPEI ALTERAE;
LABENTE SECULO,
QUUM HOMINES NULLIUS ORIGINIS
GENUS AEQUARE OPIBUS AGGREDIUNTUR,
SANGUINIS ANTIQUI ET ILLUSTRIS
SEMPER MEMORI,
NATALIUM SPLENDOREM VIRTUTIBUS AUGENTI:
AD PUBLICA POPULI COMITIA
JAM LEGATO;
IN OPTIMATIUM VERO MAGNAE BRITANNIAE SENATU,
JURE HAEREDITARIO,
OLIM CONSESSURO:
VIM INSITAM VARIA DOCTRINA PROMOVENTE,
NEC TAMEN SE VENDITANTE,
PRAEDITO:
PRISCA FIDE, ANIMO LIBERRIMO,
ET MORUM ELEGANTIA
INSIGNI:
IN ITALIAE VISITANDAE ITINERE,
SOCIO SUO HONORATISSIMO,
HASCE JURISPRUDENTIAE PRIMITIAS
DEVINCTISSIMAE AMICITIAE ET OBSERVANTIAE
MONUMENTUM,
D. D. C Q.
JACOBUS BOSWELL.

[«James Boswell dedica estos primeros frutos de sus estudios de Leyes, en prueba de devota amistad y respeto, al muy noble John, Vizconde de Mountstuart, de real linaje y segunda esperanza de la familia de Bute: hombre siempre cuidadoso de su antiguo e ilustre abolengo en una época degenerada, en la que hombres sin origen conocido se empeñan en equiparar la alta cuna a la riqueza; hombre que por su virtud realza el esplendor que por derecho propio le otorga su nacimiento, que ya es miembro de la Cámara de los Comunes, aunque por derecho hereditario destinado está a ocupar

escaño en la Cámara de los Lores, sobredorado de una educación tal que sabe sacar el mejor rendimiento de su talento innato, pero sin hacer gala en vano; hombre, en fin, de antigua fe, de comprensión liberal y de elegancia en su talante»]. —BOSWELL <<

[6] Alude aquí a la primera frase del *Premium* de mi tesis, «*Jurisprudentiae studio nullum uberius, nullum generosius: in legibus enim agitandis, populorum mores, variasque fortunae vices ex quibus leges oriuntur, contemplari, simul solemus*».

—BOSWELL <<

[7] El pasaje omitido explicaba los asuntos a que se alude en la carta anterior.
—BOSWELL <<

[8] El reverendo señor John Campbell, presbítero de la parroquia de Kippen, cercana a Stirling, que últimamente ha tenido la bondad de hacerme llegar una larga, inteligente y muy suculenta carta sobre esta obra, hace el siguiente comentario: «El doctor Johnson ha hecho alusión al muy digno caballero que se desempeñó en la traducción del Nuevo Testamento. ¿No podría esto propiciarle ocasión perfecta para rendir el debido tributo de respeto a la memoria del reverendo señor James Stuart, que fuera presbítero de la parroquia de Killin, distinguido por su piedad eminente, por su erudición y su buen gusto? La muy cordial sencillez de su manera de vida, su cálida benevolencia, sus infatigables y exitosos ejercicios en la civilización y la mejora de la parroquia de la que fuera presbítero durante más de cincuenta años, le hacen merecedor de la gratitud de estas tierras y de la veneración de todos los hombres de bondad. Desde luego, sería una lástima que permitiéramos la desaparición en el olvido de tan celebrado hombre». —BOSWELL <<

[9] Este párrafo pone de manifiesto la auténtica estima en que tenía Johnson el carácter y la capacidad del célebre y muy docto historiador escocés, aun cuando en algún momento de veleidad hubiera hablado a la ligera de sus obras. —BOSWELL <<

[10] Ésta es la persona en relación con la cual sir John Hawkins ha vertido muy injustificables reflexiones contra el doctor Johnson y contra el señor Francis Barber.
—BOSWELL <<

[11] Véase un retrato suyo en la *European Magazine* de enero de 1786. —BOSWELL

Allí se nos dice que era por entonces maestro de escuela, actor, poeta, socio de un medicamento que vendía un sacamuelas y tutor de un joven conde. Fue sospechoso de chantaje por medio de publicaciones satíricas, y contrajo una enfermedad que lo convirtió en algo casi ofensivo a la vista. Nació en 1739 y murió en 1771. <<

[12] El doctor Johnson tuvo el honor de hacer sus aportaciones a la formación de esta biblioteca; he leído una larga carta [n.º 206 en las ediciones tanto de Hill como de Chapman] que escribió al señor Barnard, dándole magistrales instrucciones al respecto. Mucho habría querido deleitar a mis lectores con un examen de esta carta, y tengo motivos para pensar que Su Majestad habría dado su gracioso permiso para ello, pero el señor Barnard, a quien se la solicité, me la denegó «por su cuenta y riesgo». —BOSWELL <<

[13] Me he desvivido por recopilar con la máxima y más fidedigna autenticidad los particulares de esta conversación, tomándolos de la pormenorizada relación que me hizo el propio doctor Johnson, del señor Langton, que estuvo presente cuando Johnson se la relató al doctor Joseph Warton y a otros amigos suyos en casa de sir Joshua Reynolds; asimismo, del señor Barnard; de la copia de la carta escrita por el difunto señor Strahan, el impresor, al obispo Warburton; por último, de un acta, el original de la cual se halla entre los papeles del difunto sir James Caldwell, y una copia de la cual me fue amablemente facilitada por su hijo, a través de sir Francis Lumm. A todos estos caballeros pido permiso para dejar constancia de mi sentido agradecimiento, y en particular a sir Francis Lumm, quien tuvo la bondad de afrontar no pocas complicaciones, e incluso puso el acta ante el propio Rey gracias a los buenos oficios de lord Caermarthen, hoy Duque de Leeds, entonces uno de los principales secretarios de Estado de Su Majestad, quien anunció a sir Francis la complacencia del monarca en lo tocante a todo ello por medio de una carta: «He recibido orden de Su Majestad para asegurarle, señor, cuánto aprecia el Rey su atención al poner en su conocimiento el acta de la conversación con anterioridad a que se publique. Como no parece haber objeción en que cumpla usted con los deseos del señor Boswell a este respecto, goza de plena libertad para entregársela a dicho caballero, para que haga uso de ella en su *Vida del doctor Johnson* como estime oportuno». —BOSWELL

En 1790, Boswell publicó en una edición en cuarto, de ocho páginas, Una conversación entre Su Muy Sagrada Majestad Jorge III y Samuel Johnson, doctor en Leyes. Ilustrada con observaciones del señor James Boswell. Londres. Impreso por Henry Baldwin para Charles Dilly, en The Poultry. MDCCXC, al precio de media guinea. Inscrito en el libro del gremio de papeleros. Es la misma impresión que la primera edición de la Vida. <<

[14] El reverendo señor Strahan recuerda con toda claridad que Johnson le dijo que el Rey había observado que Pope convirtió a Warburton en obispo. «Cierto, Majestad —dijo Johnson—, pero es que Warburton aún hizo más por Pope, ya que lo convirtió en un buen cristiano», con lo cual aludió sin duda a sus ingeniosos *Comentarios sobre el Ensayo sobre el hombre*. —BOSWELL <<

[15] Aquí es de justicia señalar que cuando hablo de su correspondencia la considero independiente de las voluminosas colecciones de cartas que en el transcurso de muchos años escribió a la señora Thrale, y que forma parte separada de sus obras. Como prueba de la alta estima que ponía en todo lo que de su pluma emanase, dicha dama vendió sus cartas de Johnson por la bonita suma de 500 libras. —BOSWELL <<

[16] En una carta dirigida al señor Drummond y fechada el 24 de octubre de 1767, menciona que acababa de regresar a Londres luego de una estancia de casi seis meses en el campo. Probablemente había pasado parte de ese tiempo en Oxford. —MALONE

<<

[17] *Plegarias y meditaciones*, págs. 77 y 78. —BOSWELL <<

[18] *Ibid.*, pág. 73.—BOSWELL

El 17 de agosto escribe: «Mediante la abstinencia del vino y de la cena obtuve un súbito y grande alivio, y vi restablecida mi libertad de ánimo, cosa que he deseado durante todo un año, sin hallar la manera de obtenerla». <<

[19] *Plegarias y meditaciones*, pág. 81. —BOSWELL

«Este día —escribió el día de su cumpleaños— lo he pasado en una gran perturbación, desasosegado en la iglesia en grado insólito, sin apenas descanso en mis inquietudes atosigantes... En este día se me ocurrió escribir la historia de mi melancolía. Me propongo meditar sobre ello. No sé si no me resultará demasiado trastorno». *Plegarias y meditaciones*, pág. 76. <<

[20] Me parece lisa y llanamente imposible no maravillarse ante la amplísima variedad de las lecturas que hacía Johnson, por mucha que fuera su desgana en ocasiones. Difícil era imaginar que el feligrés de la Alta Iglesia anglicana citase con tanta presteza a Maupertuis, quien, lamento pensarlo, figura en la lista de los desafortunados y los errados que se hacen llamar *esprits forts*. Tengo sin embargo un gran respeto por ese filósofo al que el gran Federico de Prusia apreció y honró en su medida, y apeló patéticamente en uno de sus poemas:

*Maupertuis cher Maupertuis,
Que notre vie est peu de chose.*

Poseía Maupertuis vigor y sin embargo ternura de sentimiento, unidos a una gran potencia intelectual y a un insólito arrojo en el alma. ¡Ay, si hubiera sido cristiano! No puedo menos que aventurar mi sincera esperanza de que ahora quizá lo sea.

—BOSWELL

Voltaire, en carta a D'Alembert del 25 de agosto de 1759, exclama: «*Que dites-vous de Maupertuis, mort entre deux capucins?*» (*Œuvres*, XL, pág. 157). La estrofa de la que cita Boswell está tomada de *La vie est un songe. Œuvres de Frédéric II* (ed. de 1789, IV, pág. 37). —HILL <<

[21] Al leer este pasaje, mi muy respetable amigo observó que muy probablemente no dijo «hechos contundentes» a secas, sino «hechos contundentes y bien dispuestos en la página». Su Señoría, no obstante, demasiado bien conoce el valor que tienen los documentos escritos, de modo que no ha insistido en que prevaleciera su recuerdo sobre las notas que yo tomé en su día. No pretende poner en tela de juicio la veracidad de la anotación. Lo cierto es que tal vez fuese que esas palabras añadidas se me escaparan a causa del ruido de la nutrida concurrencia, o a que el doctor Johnson, debido a su ímpetu y a su ansia por aprovechar la oportunidad de dar una réplica vigorosa, no permitiera al doctor Douglas concluir su frase. —BOSWELL [Esta nota fue añadida en la segunda edición]. <<

[22] Véase el retrato que de él pinta Churchill en la *Rosciada*. —BOSWELL <<

[23] Puesto en el cual le ha sucedido el señor Bennet Langton. Cuando este caballero de piadosa religión fue elegido para ocupar esta cátedra honorífica, al mismo tiempo en que el señor Edward Gibbon, notorio por haber introducido una suerte de burlón descreimiento en sus escritos de historia, fue elegido profesor titular de Historia Antigua, en el aula del doctor Goldsmith, observé que la coincidencia me trajo a las mientes el dicho de que allá van de la mano «el malvado Will Whiston y el bueno del señor Ditton». Ahora también yo formo parte de esta institución admirable en calidad de secretario de Correspondencia con el Extranjero, en favor de los académicos y previa aprobación del soberano. —BOSWELL

Goldsmith, en carta a su hermano de enero de 1770, dice: «Ha complacido al Rey nombrarme profesor de Historia Antigua en la Real Academia de Pintura que se acaba de crear, aunque el cargo no comporta un salario, y me lo tomé más como cumplido a la institución que a beneficio propio. Los honores que se hagan a quien esté en mi situación son como las chorreras para un hombre que carece de camisa».

«El malvado Will Whiston, etc.», proviene de la *Oda a la música*, de Swift, en *Sobre la longitud* (*Obras*, ed. de 1824, XIII, pág. 336), que comienza diciendo: «La longitud perdió de vista | el malvado Will Whiston, | y no mejor la supo ver | el bueno del señor Ditton». Continúa de un modo tan grosero en lo tocante a uno y a otro que la comparación de Boswell tuvo que ser un grave insulto para Langton y para Gibbon. [La creación de las cátedras honoríficas obedeció a unas sugerencia de Reynolds]. —HILL <<

[24] Ostenta esta inscripción en una hoja en blanco: «*Hunc librum D. D. Samuel Johnson, eo quod hic loci studiis interdum vacaret*». Tenía un gran aprecio por su biblioteca, que está en una sala de estilo gótico. Al comentarle yo que algunas de las modernas bibliotecas de la universidad eran más cómodas y placenteras para dedicarse al estudio, por ser más espaciosas y estar mejor aireadas, respondió: «Señor, quien tenga el intelecto saltarín, ha de estudiar en los colegios de Christ Church y All Souls». —BOSWELL <<

[25] Durante esta visita, rara vez salió a cenar fuera. Parece que estaba muy ocupado en una obra literaria. La señorita Williams viajó con él a Oxford. —BOSWELL

Es más probable que su reserva en el trato social se debiera a su delicado estado de salud. <<

[26] En el prefacio a mi *Crónica de Córcega*, publicada en 1768, me expresé de la siguiente manera:

«Quien publica un libro y afecta no ser su autor, y afirma ser indiferente a la fama literaria, seguramente imponga en muchas personas una idea de su propia importancia tal como desea que se reciba. Por mi parte, me llenaría de orgullo que se me reconociese como autor, y tengo una ambición ardiente por alcanzar la fama literaria, ya que de cuantas posesiones existen imagino que la fama literaria es la más valiosa. Quien haya sido capaz de confeccionar un libro que haya merecido la aprobación del mundo, se establece como persona respetable en una sociedad lejana de la suya, sin peligro de que su carácter sea menoscabado por sus flaquezas. A duras penas es posible preservar una dignidad uniforme entre quienes a diario nos ven; aspirar a ello nos pondría a merced de los grilletes de una perpetua contención. El autor de un libro que merezca aprobación permite a su natural disposición un fácil despliegue, a la vez que puede disfrutar del orgullo que provoca la superioridad del genio cuando considera que jamás dejará de gozar de gran respeto entre quienes sólo le conocen como autor. Un autor de tales características en sus horas de tristeza y descontento puede hallar consuelo en pensar que sus escritos en ese preciso instante están procurando placer a muchas otras personas; un autor semejante puede hallar cobijo en la esperanza de que se le recuerde después de la muerte, lo cual ha sido de siempre objeto de grandes consideraciones para los intelectos más nobles de cualquier época». —BOSWELL <<

[27] La primera edición de la *Historia de Inglaterra*, de Hume, estaba plagada de escocesisimos, defecto que subsanó en ediciones posteriores. —MALONE <<

[28] Como Su Señoría hablase a menudo del doctor Johnson en términos abusivos estando en mi presencia, en una ocasión, aún en vida de mi ilustre amigo, no pude abstenerme de tomar represalias, y le repetí lo que me había dicho. Desde entonces ha publicado no sé cuántas páginas, en uno de sus curiosos libros, tratando con gran enojo, y con efectos lastimosos, de persuadir a la humanidad de que mi ilustre amigo no era el gran hombre ni el hombre bueno que todos estimaban y estimarán tal como es. —BOSWELL <<

[29] «Una esposa», poema de 1614. —BOSWELL <<

[30] Me informó el señor Langton de que una vez le comentó a Johnson (basándose en la autoridad de Spence) que Pope tenía tanta admiración por esos versos que, cuando los repetía, se le quebraba la voz. «Y bien podía quebrarsele, señor —dijo Johnson—, pues son muy nobles versos». —J. BOSWELL, HIJO <<

[31] Entre los cuales me cuento, pues lo considero una obra de crítica secundaria o comparada si se quiere, género de crítica distinto de la crítica profunda que, para el doctor Johnson, era la única «crítica de verdad», digna de tal nombre. Es además un ensayo de expresión clara y elegante, que logra efectivamente el objetivo que se había propuesto, a saber, vindicar la figura y la obra de Shakespeare librándolas de las erróneas representaciones a que la había sujeto Voltaire. Habida cuenta de los muchos jóvenes que se llevaron a engaño guiados por sus observaciones ingeniosas, aunque falsas, el *Ensayo* de la señora Montagu prestó un gran servicio a Shakespeare entre una determinada clase de lectores, y es por tanto merecedor de alabanzas. No me cabe duda de que Johnson reconoció el mérito que he dibujado, diciendo (respecto a Voltaire) que es «concluyente *ad hominem*». —BOSWELL

Que llegara a tener tanta fama este ensayo tan tedioso, que no es digno siquiera de una muchacha de diecisiete años lista y de buena educación, y que sus ecos aún no se hayan apagado del todo, sólo se explica plenamente por medio de la gran riqueza de la señora Montagu y por su destacada posición en sociedad, no en vano congregó todo un círculo de intelectuales y de feministas *avant-la-lettre* en torno a su salón. Por despreciable que sea el ensayo, alguna de sus opiniones sobre Voltaire no deja de ser inteligente. <<

[32] Acto II, escena 3. —MALONE <<

[33] Estando en Edimburgo el señor Foote, le pareció apropiado entretener a una nutrida concurrencia de escoceses con abundantes puyazos y jocundos chistes de mal gusto a expensas del doctor Johnson, por imaginar que tal cosa sería admisible. A mí me pareció de mala educación, pero aguardé con paciencia a que agotase sus chacotas, y sólo entonces observé que sin duda había que reconocer que Johnson era dueño de un auténtico ingenio, y que yo le había oído hablar muy bien del propio Foote. «Ah, mi viejo amigo Sam —exclamó Foote—; no hay quien diga cosas mejores. Démoslo por bueno». En ese momento relaté la historia referida arriba, que suscitó grandes carcajadas de los circunstantes. Pero nunca vi a Foote tan desconcertado. Se puso serio, colérico, y entró a refutar a fondo la justicia del comentario. «Cómo es posible —dijo— hablar así de un hombre que ha recibido una educación liberal, un hombre que ha pasado años en la Universidad de Oxford, un hombre que ha añadido dieciséis nuevos personajes al acervo teatral de su país». —BOSWELL

Foote estuvo en Worcester College, pero no terminó la licenciatura. No paró de meterse en líos. El director era entonces el doctor Gower, un pedante; cada vez que lo citaba para darle una reprimenda, Foote se presentaba ante él con gravedad y sumisión aparentes, aunque con un grueso diccionario bajo el brazo; cada vez que el doctor comenzaba con su pompa de costumbre y le endilgaba una palabra poco habitual, le interrumpía de inmediato y, tras pedirle perdón, con gran formalidad fingía buscar en el diccionario el significado de la palabra, a lo cual le decía el director que se marchase. (Según el doctor W. King, en *Anécdotas*, pág. 174, Gower era una de las tres personas que «hablaban inglés con tal elegancia y propiedad que si todo lo que decía se hubiera puesto de inmediato por escrito, cualquier juez de la lengua inglesa habría dictaminado que era excelente, irreprochable incluso». Las otras dos personas eran el obispo Atterbury y el doctor Johnson). —HILL <<

[34] De un tiempo a esta parte he hallado sobradas razones para pensar que me equivoqué a este respecto, pues me ha informado cierta señora que mantuvo con ella largos años de íntima amistad, por lo que muy probablemente sea una observadora más atenta a tales detalles, de que había llegado a adquirir tal sensibilidad en el tacto que sabía con toda precisión, y con sólo tocar el exterior de la taza, cuánto le faltaba para que se llenase. —BOSWELL <<

[35] El propio Johnson ha justificado a Blackmore en este sentido.

Véase *Vidas de los poetas* (vol. III, pág. 75, ed. en octavo, 1791), donde dice que es «uno de esos hombres mentados mucho más a menudo por sus enemigos que por sus amigos». —J. BOSWELL, HIJO <<

[36] Un perspicaz corresponsal del *European Magazine*, en abril de 1792, ha expuesto a carta cabal un error en el que se ha incurrido en innumerables ocasiones al atribuir estos versos a Blackmore, a pesar de que sir Richard Steele, en su muy popular obra titulada *El espectador*, dice que son obra del autor de *Los príncipes de Gran Bretaña*, el honorable Edward Howard. Este corresponsal demuestra que este error es tan inveterado que no sólo yo sostuve que eran obra de Blackmore, en presencia del doctor Johnson, sin que nadie me contradijera ni dudara de su autenticidad, sino que también el reverendo señor Whitaker ha afirmado por escrito que, según entiende, fueron suprimidos en ediciones posteriores de las obras de Blackmore. «A fin de cuentas —dice el inteligente escritor— es digno de señalar que estos versos, citados tan a menudo, no figuran en Blackmore ni en Howard». En *Los príncipes de Bretaña*, ed. en octavo de 1669, pág. 96, que ahora tengo ante mí, dice como sigue:

Un jubón como el que el admirado Vortiger se ha enfundado,
prenda que a los enemigos de su isla arrebató su antepasado,
de artístico colorido, con tintes tirios,
le obligaban a triunfar en sus designios.

Entiendo que lo más probable es que algún bromista, deseoso de que Howard pareciera aún más ridículo de lo que era de por sí, forjara el pareado que tanto ha circulado. —BOSWELL <<

[37] *Plegarias y meditaciones*, pág. 95. —BOSWELL <<

[38] Hijo de la muy erudita señora Grierson, quien gozó del patrocinio del difunto lord Granville y preparó ediciones de varios clásicos. —BOSWELL

Su edición de Tácito con las nota de Ryckius, en tres volúmenes en octavo (1730), se la dedicó en muy elegante latín a John, lord Carteret (después, Conde de Granville), de cuyo patrocinio gozó durante la residencia de éste en Irlanda en calidad de virrey, entre 1724 y 1730. —MALONE <<

[39] En un discurso que pronunció sir William Jones ante la Sociedad Asiática el 24 de febrero de 1785 figura el siguiente pasaje: «Uno de los hombres más sagaces de esta época, a la que espero continúe dando lustre y adorno, Samuel Johnson, comentó en mi presencia que si Newton hubiera florecido en la Grecia antigua se le habría adorado como a una divinidad». —MALONE <<

[40] Al doctor Maxwell la memoria le juega una mala pasada. Quien recibe el consejo es Glauco; la traducción de Clarke es la siguiente: «*Ut semper fortissime rem gererem, et superior virtute essem aliis*» (*Ilíada*, VI, 208), es decir, «que siempre debo superar a la humanidad toda en punto a dignidad y valor». —J. BOSWELL, HIJO <<

[41] El segundo hijo del autor ha descubierto que estos versos se publicaron en la *London Magazine* de julio de 1732, donde formaban parte de un poema sobre el *Retiro del mundanal ruido*, copiados con leves variaciones de uno de los poemas breves de Walsh, titulado precisamente *El retiro*. Son una prueba más de que Johnson retenía en la memoria toda suerte de fragmentos de poemas anodinos, oscuros o desatendidos por el público en general. Al citar esta clase de versos, no pocas veces les daba una ligera variación para imprimirles un sesgo moral, y los adaptaba con destreza a sus propios sentimientos, por más que el original tuviera una tendencia muy distinta. En 1782, hallándose en Brighthelmstone, repitió al señor Metcalfe algunos versos muy característicos de un célebre historiador fallecido tiempo atrás. Se encuentran entre algunos poemas anónimos en apéndice al segundo volumen de una colección que a menudo imprimió Lintot, con el título de *Misceláneas de Pope*:

Ved cómo fluyen del Danubio los meandros,
dividiendo religiones y reinos,
amigo de todos los enemigos cristianos,
de Pedro, de Jacobo, de Martín.
Ora protestante, ora papista,
ni a unos ni a otros es constante,
que a la larga se hace infiel,
y su viaje acaba sin ser nada.
Así muchos jóvenes que he conocido,
a medias protestantes, papistas a medias,
que de tanto errabundear por medio mundo,
dan en ser descreídos, infieles o ateos.

—MALONE [Nota a la edición de 1811; la nota a la tercera edición abarca tres páginas enteras, en las que aduce numerosos ejemplos de la prodigiosa retentiva de Johnson y, por ende, de su destreza como detective textual]. <<

[42] Si se compara la primera edición con las subsiguientes, bien puede descubrirse esta curiosa circunstancia de autoría ministerial. —BOSWELL

Sólo puede descubrirse, como me señala con tino el señor Bindley, si se coteja un ejemplar de la primera edición impresa antes de que se ordenase el cese de las ventas con cualquiera de los posteriores. —MALONE <<

[43] Sin embargo, el doctor Kippis (*Biogr. Britan.*, artículo sobre J. Gilbert Cooper, IV, pág. 266) dice que «una vez oí al doctor Johnson tomar la palabra en público en un pleno de la Sociedad de Artesanías y Manufacturas, sobre un asunto relacionado con cuestiones mecánicas, con una propiedad, perspicacia y energía que suscitaron la general admiración de los presentes». —MALONE <<

[44] *Plegarias y meditaciones*, pág. 101. —BOSWELL <<

[45] Así traduce un amigo:

De la nodriza de Júpiter apenas segunda,
esta cabra, que dos veces dio la vuelta al mundo,
merecedora de los cuidados y el amor de su dueño,
paz y perpetuos pastos aquí ha encontrado.

—BOSWELL <<

[46] Langton se casó el 25 de mayo de 1770 con Jane, hija del señor Lloyd, y viuda de John, Conde de Rothes, que fuera comandante en jefe de los ejércitos en Irlanda, fallecido en 1767. —MALONE <<

«A James Boswell

»Edimburgo, 3 de mayo de 1792

»Mi estimado señor,

»como supongo que su gran obra pronto será reimpressa, le pido permiso para importunarle con una molestia, un simple comentario sobre un pasaje en particular, en el que aparezco representado de un modo no del todo correcto. No se alarme; el error no es imputable a usted. Como no tengo el libro a mano, no puedo especificar la página, pero supongo que la encontrará con gran facilidad. El doctor Johnson, hablando de la familia de la señora Thrale, dice que “el doctor Beattie no nos dio a entender que estuviera casado”, o algo parecido. No estoy seguro de entender del todo bien esa expresión, que es muy poco corriente, pero me da la impresión de que implica (y otras personas la han entendido en el mismo sentido) que “estudiosamente nos ocultó que estaba casado”. No fue éste el caso bajo ningún concepto, señor. No podría tener yo motivo para ocultar una circunstancia de la que nunca me avergoncé y nunca podría avergonzarme, y de la cual el doctor Johnson pareció pensar, cuando después trabó mayor conocimiento con la señora Beattie, que yo tenía, y es verdad, razones para estar orgulloso. Tan lejos estuve de ocultar su existencia que por aquel entonces mi esposa tenía tantos conocidos en Londres como yo mismo; poco después de esto fue invitada con gran amabilidad y agasajada con elegancia en Streatham por el señor y la señora Thrale.

»Mi petición, por lo tanto, consiste en que rectifique este asunto en su nueva edición. Goza usted de entera libertad para dar el uso que estime oportuno a esta carta.

»Tengo siempre los mejores deseos para usted y su familia. Créame que soy, con el máximo respeto y la mayor estima, querido señor, su agradecido, afectuoso y humilde servidor,

»J. BEATTIE»

Por respeto a mi amigo el doctor Beattie, y en nombre de su extremada sensibilidad, he insertado la carta antecedente, aunque no puedo menos que extrañarme ante la consideración de que se pueda imputar nada a una frase de uso corriente entre los buenos amigos. —BOSWELL

Dice Croker que «había motivo para esa “extremada sensibilidad”. El doctor Beattie era consciente de que algo había que podría dar color a semejante imputación. Poco después de escrita esta carta se supo que la pobre señora Beattie había sufrido un trastorno del entendimiento y había perdido el juicio». Desde 1781, Beattie y su

esposa vivieron separados. En su *Diccionario*, Johnson incluye una acepción poco habitual del verbo en cuestión, *sink* [‘hundir’], que es ‘suprimir, ocultar’, aunque la construcción que se emplea en el texto «*sink upon*» no era corriente. No se han encontrado ejemplos de época anterior. En el *Oxford English Dictionary* es preciso recurrir a la acepción 25b del verbo *sink* para hallar una muestra, que es precisamente esta de Johnson. La siguiente, de 1809, está tomada del *Gil Blas* de Malkin. <<

[48] [\[Véase pág. 515\]](#). —BOSWELL <<

[49] Se sabe que esta ficción fue invención de Daniel Defoe, y fue añadida al libro de Drelincourt para que se vendiera mejor. La primera edición no tuvo éxito. —MALONE

«Ni en más de cincuenta ediciones se ha agotado su popularidad. Los cientos de miles de crédulos que han comprado el ridículo tratado de Drelincourt han rendido homenaje sin saberlo al genio de De Foe» (Forster, *Ensayos*, II, pág. 70). <<

[50] El proyecto ya se ha llevado a cabo. Sir Henry Liddel, que hizo un brioso viaje a Laponia, se trajo dos renos a su finca de Northumberland, donde procrearon. Por desgracia, la raza no ha prosperado. —BOSWELL <<

[51] *El ensayo*, tal como fue originalmente publicado, carece de prefacio. El doctor Johnson parece hacer referencia a la «Apelación al lector», en la cual se añade una «clave» para identificar a los personajes, según se ha publicado en ediciones modernas. No parece estar al corriente de que se hicieron varias adiciones a *El ensayo* después de la primera edición. —MALONE

En su *Vida de Dryden*, Johnson escribe que «Buckingham caracterizó a Dry den en 1671 con el nombre de Bayes en *El ensayo*... Se dice que esta farsa era en origen un ataque a Davenant, quien aparece con el nombre de Bilboa. Es probable que fuera un intento de ridiculizar al poeta reinante del momento, fuera quien fuese. Gran parte de la sátira personal, a la que debió la obra su recepción, hoy se ha perdido del todo». <<

[52] No se debe presuponer que el doctor Johnson pretendiera dar pábulo a la conducta licenciosa, aunque en el personaje de un abogado hizo la justa y sutil distinción entre la transgresión ocasional y la transgresión habitual. —BOSWELL <<

[53] Samuel Paterson, ilustre por sus conocimientos librescos. —BOSWELL <<

[54] En un panfleto, Paterson aportó pruebas suficientes para demostrar que su obra fue escrita con anterioridad a que se publicase el *Viaje sentimental* de Sterne.
—BOSWELL <<

[55] Ciento ochenta y cinco mil. Véase Reyes, 19, 35, e Isaías, 37, 36. —MALONE <<

[56] Esta curiosa cuestión la aborda con la máxima habilidad en el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 3.^a ed., pág. 33. —BOSWELL

En sus *Observaciones sobre Macbeth*, Johnson manifiesta una total incredulidad en la brujería. «Estos espectros —escribe— se han aparecido con tanta mayor frecuencia cuanto mayores eran las tinieblas de la ignorancia, aunque no se pueda demostrar que el más preclaro de los rayos del saber haya sido en ningún momento suficiente para expulsarlos del mundo». <<

[57] El pasaje a que alude Johnson se encuentra, conjeturo, en las *Phaenissae*, v. 1120.

—J. BOSWELL, HIJO <<

[58] Aquí había un espacio en blanco, que podría colmarse así: «o me dijo una aparición», ya que el autor probablemente no estaba seguro de estar dormido o despierto cuando en su entendimiento quedó impreso el solemne presentimiento con que lo ocurrido después se correspondió de manera maravillosa. —BOSWELL <<

[59] Es digno de mención que lord Monboddó, a quien debido a su parecido con el doctor Johnson en algunos aspectos Foote llamó «edición elzeviriana del mismo», haya hecho ese mismo comentario por pura coincidencia. Véase *Origen y progreso del lenguaje*, vol. III, 2.^a ed., pág. 219. —BOSWELL

La familia Elzevir, o Elsevier, es fundadora y propietaria de una famosa y muy admirada imprenta holandesa de los siglos XVII-XVIII. <<

[60] *Plegarias y meditaciones*, pág. 111. —BOSWELL <<

[61] La señora Piozzi, a la que conté esta anécdota, la ha relatado como si el caballero contase «la historia natural del ratón» (*Anécdotas*, pág. 191). —BOSWELL

Es muy probable que el caballero fuese el doctor Vansittart, recién mencionado. En 1773, la señora Thrale escribió a Johnson sobre «el hombre que vio al ratón». Por la respuesta de Johnson (*Cartas*, n.º 337), parece que ella aludía a Vansittart. Croker dice que «esto demuestra que el propio Johnson sanciona la versión que da la señora Piozzi, ratón *versus* pulga». Croker tiene un concepto cuando menos extraño de lo que constituye tanto una prueba como una sanción. —HILL <<

[62] Wilson contra Smith y Armour. —BOSWELL <<

[63] *Lord Kames, en sus Tratados históricos de leyes.* —BOSWELL <<

[64] Sin embargo, escribió en su totalidad o al menos en parte un epitafio sobre la señora Bell, esposa de su amigo John Bell, hermano del reverendo doctor Bell, prebendado de Westminster, contenido en sus *Obras*, I, pág. 151. Está escrito en inglés, en prosa, y tiene tan poco de su estilo que no creí que hubiese tenido nada que ver, hasta que me satisfizo al respecto la autoridad del señor Bell. —BOSWELL <<

[65] Que celebró una dama en Edimburgo. —BOSWELL <<

[66] Este caballero, que ahora reside en América y es un personaje público de dignidad considerable, expresó el deseo de que su apellido no fuera transcrito por entero. —BOSWELL

Según las *Cartas* de Johnson editadas en 1822, no puede ser otro que el señor Bond.
—HILL <<

[67] En la actualidad, doctor White, y Obispo de la Iglesia episcopaliana en Pensilvania. Durante la primera visita que hizo a Inglaterra, en 1771, siendo aún candidato a profesar las sagradas órdenes, estuvo varias veces en compañía del doctor Johnson, el cual le manifestó su deseo de ver la edición de su *Rasselas*, que el doctor White le dijo que se había impreso en América. El doctor White, nada más regresar, le hizo llegar un ejemplar. —BOSWELL <<

[68] Después, Carlos I. —BOSWELL <<

[69] «Al dedicarle a usted este liviano desempeño de mi pluma no aspiro tanto a hacerle un cumplido, sino que es a mí a quien lo hago. Tal vez me honre que se sepa que muchos años he gozado de la íntima amistad de usted. Tal vez también al género humano interese saber que puede darse en alguien el mayor de los ingenios sin merma de la mayor piedad, lejos de toda afectación». —BOSWELL <<

[70] Véase una relación sobre este erudito y respetable caballero, y su curiosa obra sobre el Estado intermedio, en *Diario de un viaje a las Hébridas*, 3.^a ed., pág., 371 [25 de octubre]. —BOSWELL <<

[71] Mucho lamenté que el doctor Johnson jamás se tomara la molestia de estudiar una cuestión que suscitaba interés en varias naciones. Ni siquiera quiso leer un panfleto que yo escribí, titulado *La esencia del caso Douglas*, del que tengo sobrados motivos para pensar que surtió un efecto considerable a favor del señor Douglas, de cuya legítima filiación estuve entonces y hoy sigo estando firmemente persuadido. Permítaseme añadir que no hay otro hecho cuya veracidad pueda estatuirse de manera más respetable y fidedigna que mediante sentencia del más augusto tribunal del mundo entero, sentencia en la que lord Mansfield y lord Camden coincidieron en 1769, y ante la que sólo protestaron cinco jueces de una muy numerosa corporación.

—BOSWELL

Boswell, en el *Diario de un viaje a las Hébridas* (26 de octubre), dice que «Johnson llegó a crisparme de tal manera que me tomé la libertad de decirle que no sabía nada del caso [de Douglas]». Lord Shelburne dice así: «Llegué a tener tales prejuicios sólo de verle la cara y las trazas al actual lord Douglas que no pude votar a su favor. Si alguna vez he visto a un francés, él lo es de los pies a la cabeza» (Fitzmaurice, *Shelburne*, I, pág. 7). Hume se sintió «muy indignado ante la decisión de los jueces. El caso, aunque no es ni mucho menos intrincado, resulta de tal complejidad que nunca será conocido en detalle, además de que el público se da por contento con la sentencia, movido a compasión por las argucias de los abogados y por los tópicos al uso. A quien entienda la causa de fondo, como yo, nada podrá resultar tan escandaloso como las súplicas de los dos litigantes» (J. H. Burton, *Hume*, II, pág. 423). Stuart y Thurlow llegaron a batirse en duelo por culpa de este pleito.

El caso Douglas fue el más famoso de la judicatura escocesa en la época. En 1761 murió sin heredero claro el Duque de Douglas, uno de los terratenientes más ricos de Escocia. Archibald, su sobrino, era el candidato más obvio, aunque otros familiares, y sobre todo los representantes del joven Duque de Hamilton, le disputaron ese derecho, para lo cual se adujo que Archibald no era en verdad hijo de la hermana del Duque, que se había casado en secreto a los cuarenta y ocho años de edad y presuntamente en París alumbró a unos gemelos, uno de ellos muerto a los pocos días. Debido a la enormidad de la herencia y a la aparente lascivia que envolvía las circunstancias del nacimiento de Douglas, el litigio fue una *cause célèbre*. El abogado de Douglas, James Burnett, se catapultó a la fama con su defensa, hasta el punto de pasar a formar parte del tribunal ordinario de Escocia. Boswell fue uno de los primeros y más entusiastas defensores de la causa de Archibald: compuso baladas, publicó sucesivos panfletos e incluso una crónica en clave de ficción, titulada *Dorando*, todo lo cual contribuyó a que fuese nombrado asesor de Douglas. Tras cinco años de litigios, el tribunal se pronunció a favor de Hamilton con un solo voto

de margen; la sentencia fue recurrida ante la Cámara de los Lores dos años después, y en efecto se revirtió la sentencia. Boswell formó parte de la chusma que se echó a las calles de Edimburgo para celebrar la victoria; a los jueces, entre ellos lord Auchinleck, que no quisieron dar su aprobación al veredicto iluminando las ventanas de sus salones, el populacho les destrozó los cristales a pedradas. <<

[72] «Tal vez nuestro nombre se mezcle con el de éstos». Ovidio, *De ars amandi*, III, 13. —BOSWELL <<

[73] Alusión a los presuntos principios políticos que profesaba el doctor Johnson, y tal vez a los suyos propios. —BOSWELL <<

[74] He aquí otra muestra preclara de la altísima admiración que tenía por Milton en su vertiente de poeta, a pesar de que aborreciera los principios políticos defendidos por este republicano recalcitrante. Su sinceridad y su capacidad de discriminación no son menos conspicuas. Terminen ya esas habladurías que aluden a su «injusticia con Milton». —BOSWELL

Justo es decir que tan alto honor recayó sobre el propio Johnson a su debido tiempo.

<<

[75] En un manuscrito de la Biblioteca Bodleiana se enuncian varias circunstancias que me llevan a pensar que el autor de esta obra fue el doctor Accepted Frewen, [\[a nota c164, Vol. III\]](#) Arzobispo de York. —MALONE

En *Academy*, XXII, C. E. Doble ha aducido argumentos de peso para pensar que el autor fue Richard Allestree, profesor regio de Teología en Oxford y director de Eton. Cowper se refería al libro tachándolo de «recetario de las pretensiones de superioridad moral y del fariseísmo», opinión con la que Southey está en total desacuerdo (Southey, *Cowper*, I, pág. 116). <<

[76] Aquí, la memoria del doctor Johnson no es de una exactitud perfecta: *Eugenio* no concluye de ese modo. Hay ocho versos más, después del último que él cita, y el pasaje a que hace referencia es como sigue:

Decid ahora, elfos titubeantes e ínfimos,
repletos de orgullo, de bobadas, de vosotros mismos,
decid, ¿dónde el desdichado de vuestra chusma ingrata
que a éste osa confrontar cara a cara?

Contemplad a Eugenio, contemplad despacio su faz,
y hundios en vosotros mismos, y no seáis más.

Me informa el señor Reed de que el autor de *Eugenio*, un comerciante de vinos que residía en Wrexham, condado de Denbigh, poco después de su publicación, que fue el 17 de mayo de 1737, se rebanó el pescuezo; a tenor de las obras de Swift, parece ser que el poema le fue mostrado, y que se benefició de algunas correcciones suyas. Johnson había leído *Eugenio* nada más llegar a Londres, pues aparece mencionado en una de sus cartas al señor Cave, ya insertada en esta obra. —BOSWELL

El mercader de vinos, llamado Thomas Beach, recibió una carta de Swift que consta en sus *Obras completas*, edición de 1824, vol. XIII, pág. 296. <<

[77] Había pensado con anterioridad que quizá confundí la palabra, y supuse que era *corps* debido a su similitud de sonido con la verdadera. Gracias a un astuto y muy preciso caballero, con el cual estoy en deuda por sus atinados comentarios sobre mi obra, he sabido sobre este pasaje que se trata de lo siguiente: «¿Qué si no sobre la palabra *fort*? Un predicador francés, muy dado a vociferar, dijo de Bourdaloue que “*Il prêche fort bien, et moi bien fort*”». *Menagiana*. Véanse también las *Anecdotes Littéraires*, artículo «Bourdaloue». Sin embargo, mi ingenioso y siempre puntual corresponsal de Filadelfia, el señor Abercrombie, me ha llamado la atención sobre el siguiente pasaje de *Menagiana*, que hace innecesaria la conjetura precedente y confirma mi suposición original: «Madame de Bourdonne, Chanoinesse de Remiremont, venoit d’entendre un discours plein de feu et d’esprit, mais fort peu solide, et très irrégulier: Une de ses amies, qui y prenoit intérêt pour l’orateur, lui dit en sortant, “Eh bien, Madame, que vous semble-t-il de ce que vous venez d’entendre? Qu’il y a d’esprit?”. “Il y [en] a tant —répondit Madame de Bourdonne— que je n’y ai pas vu de corps”» *Menagiana*, tomo II, pág. 64. Amsterdam, 1713. —BOSWELL

Ménagiana, ou Bons mots, rencontres agréables, pensées judicieuses, et observations curieuses, de M. Ménage, se publicó en Amsterdam en 1693. Gilles Ménage nació en 1613 y murió en 1692. <<

[78] El temperamento tranquilo del doctor Mayo, y su firme perseverancia, hacían de él un sujeto admirable para el ejercicio de la poderosa capacidad de argumentación del doctor Johnson. Nunca se encogía, y aguantaba a pie firme; al contrario, tras reiterados embates permanecía en apariencia tan inamovible en sus posturas como al principio. Los destellos del genio de Johnson eran visibles cada vez que encajaba un golpe sin resultar malherido en su orgullo. De ahí que se le motejara con el epíteto de «el Yunque Literario». —BOSWELL <<

[79] *Plegarias y meditaciones*, pág. 40. —BOSWELL <<

[80] El reverendo Thomas Bagshaw, licenciado en Filosofía, fallecido el 20 de noviembre de 1787 a los setenta y cinco años de edad, capellán de Bromley College, condado de Kent, y rector de Southfleet. Renunció a la sinecura de la parroquia de Bromley poco antes de su muerte. Por ésta y por otra carta del doctor Johnson, de 1784, al mismo y muy respetable caballero, estoy en deuda con el doctor John Loveday, de los Comunes, hijo del difunto y muy piadoso señor John Loveday, de Caversham, en Berkshire, quien tuvo la amabilidad de transcribir para mí los originales que obran en su poder. Retirado ya de los negocios, este valioso caballero reside en el condado de Warwick. El mundo está con él en deuda por ser el editor de una obra excelente del difunto reverendo doctor Townson, titulada con modestia *Un discurso sobre la historia evangélica, desde el Sepelio hasta la Ascensión a los Cielos de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo*, a la cual se ha antepuesto una crónica realmente interesante del autor, debida al reverendo señor Ralph Churton. —BOSWELL

<<

[81] *Plegarias y meditaciones*, pág. 129. —BOSWELL <<

[82] *Piozzi, Anécdotas de Johnson*, pág. 131. —BOSWELL <<

[83] No fue ni mucho menos despreciable la ganancia del autor con su extraordinario diario de viaje; el doctor Johnson así escribe a la señora Thrale el 3 de noviembre de 1773: «Boswell ensalzaré mi resolución y perseverancia, y yo por mi parte he de celebrar su buen humor y su perpetuo ánimo. Tiene mejores facultades de lo que imaginé; es justo en su discernimiento, es fecundo en sus imágenes. Es muy cómodo viajar con él, ya que no hay casa en la que no se le reciba con amabilidad y respeto».

—MALONE <<

[84] En esto demuestra una agudísima perspicacia. Mi esposa le prestó atención asidua y sumamente respetuosa mientras fue nuestro invitado, de modo que me extraña que descubriese su deseo de que él se marchara. Lo cierto es que sus horarios irregulares y sus hábitos más bien zafios, como el de volver las velas boca abajo cuando ardían dando luz insuficiente, y dejar que la cera gotease sobre las alfombras, no podían sino resultar desagradables a una señora. Además, ella no tenía por él la rendida admiración que sentía la inmensa mayoría de sus conocidos; como era muy natural en una sensibilidad femenina, entendía que ejercía una influencia excesiva, si no perniciosa, sobre su esposo. Una vez, un tanto acalorada, hizo con más agudeza que justicia este comentario al respecto: «He visto a muchos osos guiados por un hombre, pero nunca había visto un hombre al que guíe un oso». —BOSWELL <<

[85] Sir Alexander Gordon, uno de los profesores de la Universidad de Aberdeen.

—BOSWELL <<

[86] Se trata de una caja que contenía diversas curiosidades que había coleccionado en Escocia, en especial unas cucharas de asta. —BOSWELL <<

[87] El reverendo doctor Alexander Webster, uno de los vicarios de la Iglesia en Edimburgo, hombre distinguido por su capacidad, le había prometido el envío de información concerniente a las Tierras Altas y las Hébridas. —BOSWELL <<

[88] *Plegarias y meditaciones*, pág. 129. —BOSWELL <<

[89] El antiguo burgo de Prestick, en Ayrshire. —BOSWELL <<

[90] Una relación manuscrita, tomada por el doctor Webster de todas las parroquias de Escocia, en la cual se da fe de su extensión y número de habitantes, amén de distinguir entre protestantes y católicos. El libro fue remitido al gobierno; el doctor Johnson vio un ejemplar del mismo en poder del doctor Webster. —BOSWELL <<

[91] El doctor Goldsmith falleció el 4 de abril de este año. —BOSWELL

Boswell escribió a Garrick el 11 de abril de 1774: «La muerte del doctor Goldsmith afectará mucho a todo el club. No me había afectado tanto ningún suceso acontecido en mucho tiempo. Ojalá pudiera usted darme, estando yo tan lejos..., algunos detalles referentes a sus últimas comparencias» (Cartas, n.º 124, I, pág. 201). —HILL <<

[92] Son volúmenes que el doctor Johnson obsequió a la Biblioteca Bodleiana.
—BOSWELL <<

[93] En el sobre en que los introdujo, el doctor Johnson escribió: «Si mi tardanza le ha dado motivos para suponer que no tengo yo muy arraigado el concepto del honor que se me hace al pedirme mi opinión, lo lamento mucho». —BOSWELL <<

[94] Perkins fue durante bastantes años el valioso superintendente de la gran cervecería que era propiedad del señor Thrale, a la muerte del cual pasó a ser uno de los dueños. Hoy reside en la casa de los Thrale en el distrito de Southwark, que fue escenario de tantos encuentros literarios, y en la cual sigue obsequiándose al visitante con la liberal hospitalidad por la que tuvo fama. El doctor Johnson lo tenía en gran estima. Perkins colgó en la pared de la contaduría una espléndida prueba del retrato de Johnson al aguafuerte que le hizo Doughty; cuando la señora Thrale le inquirió con altivez por qué lo tenía colgado en la contaduría, respondió así: «Señora, porque deseo contar aquí con la presencia de un sabio». «Señor —dijo Johnson—, se lo agradezco. Es un hermoso cumplido». «Creo que lo dice con toda sinceridad». —BOSWELL

El retrato al aguafuerte aún tuvo una larga vida: [\[Véase nota 238 al volumen IV\]](#). <<

[95] Según publicaron los periódicos. —BOSWELL <<

[96] Alude a un pasaje en una carta mía, donde hablando de su *Viaje a las Hébridas* le decía yo: «¿No ha sido *El patriota* una interrupción, por el tiempo que le llevó escribirlo y por el tiempo que lujosamente dedicó a escuchar los aplausos suscitados?». —BOSWELL <<

[97] Habíamos proyectado viajar juntos por el Báltico, y hablábamos de visitar las regiones más septentrionales. —BOSWELL <<

[98] Cleónice. —BOSWELL

Nichols (*Anécdotas literarias*, II, pág. 407) dice que *Cleónice* fue un fracaso. Hoole devolvió «una parte considerable del dinero percibido por sus derechos de autor, alegando que como la obra no cosechó ningún éxito en escena, no podría resultar beneficiosa para el librero, aunque nunca debiera suponer una grave pérdida». <<

[99] En el Tribunal de Justicia de Escocia, cualquier contencioso lo juzga en primera instancia uno de los jueces, llamado lord juez de la Justicia Ordinaria; si alguna de las partes queda insatisfecha, puede apelar a la totalidad de la sala, que consta de quince jueces, el lord presidente y otros catorce, que tienen tanto en la corte de justicia como fuera de ella el título de lores, al que sigue el nombre de su hacienda: así, lord Auchinleck, lord Monboddo, etc. —BOSWELL <<

[100] Debo señalar que esta extravagante descripción de su amigo la hizo Johnson después de convertirse él en bebedor de agua. —BOSWELL Johnson también describe a uno de sus amigos [\[véase pág. 917\]](#) diciendo que era «embarullado». El 12 de abril de 1776 [\[véase pág. 977\]](#), en una conversación sobre el vino, cuando Reynolds le dijo que «ha permanecido usted ahí sentado, completamente sobrio, y siente envidia de la felicidad de los que estamos bebiendo», replicó: «Siento quizá desprecio». El 28 de abril de 1778 dijo a Reynolds: «No discutiré más con usted, señor. Está usted demasiado embriagado». Y en otra ocasión le dijo: «Señor, si no he contado yo sus vasos de vino, ¿por qué cuenta usted mis tazas de té?». <<

[101] Véanse en el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 3.^a ed., pág. 337. —BOSWELL <<

[102] Me envió una inscripción en latín para mi cuadro histórico de María, Reina de los escoceses, y al poco me obsequió una traducción al inglés. El señor Alderman Boydell, eminente mecenas de las artes, las ha añadido al grabado hecho a partir de mi cuadro, titulado *Maria Scotorum Regina*:

*Hominum seditiosorum
Contumeliis lassata,
Minis territa, clamoribus victa,
Libello, per quem
Regno cedit,
Lacrimans trepidansque
Nomen apponit.*

[«María, reina de los escoceses,
acosada, aterrorizada, vencida
por insultos, amenazas
y clamores
de sus súbditos rebeldes,
renuncia al trono
con lágrimas y confusión»].

—BOSWELL <<

[103] El erudito y valeroso doctor Lawrence, a quien Johnson respetó y quiso como médico y como amigo. —BOSWELL <<

[104] Mi amigo, en esta carta, se fía de mi testimonio, aludiendo a una confidencia cuyo fundamento escapa del todo a mi memoria. —BOSWELL <<

[105] La he depositado en el British Museum. —BOSWELL

«De todas las cartas que dice Boswell haber depositado en el British Museum —dice el señor Cunningham—, sólo se ha encontrado la carta a lord Chesterfield, y ni siquiera fue él quien la depositó, sino que fue entregada tras su muerte, “de acuerdo con las intenciones del difunto James Boswell”». (Croker, *Boswell*, pág. 430).

La carta original a Macpherson hoy se halla en la Colección Adam, y difiere bastante de la impresa por Boswell:

«20 de enero de 1775

»Señor James Macpherson,

»recibí su estúpida e impúdica nota. Haré cuanto pueda por repeler todo insulto que se me haga, y lo que no pueda yo hacer será la ley quien por mí lo haga. No pienso desistir en mi detección de lo que estimo que es una trampa y un intento de ganar por miedo lo que no se gana con las amenazas de un rufián. Pretende usted que me retracte, ¿y de qué me he de retractar? Su libro me pareció una impostura de cabo a rabo. Me lo sigue pareciendo, por motivos de más peso. De mi opinión he dado en público razones que usted no osa refutar.

»Pero por más que a usted lo desprecie tengo verdadera reverencia por la verdad, y si puede usted demostrar cabalmente que la obra es genuina lo he de reconocer. Es su rabia lo que desafío; su destreza, desde su Homero, no es ni de lejos formidable, y lo que tengo entendido de su moralidad me predispone a prestar respeto no a lo que usted diga, sino sólo a lo que acierte a demostrar.

»Dé ésta a la imprenta si le place.

«SAM. JOHNSON»

—HILL <<

[106] Véase el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 3.^a ed., pág. 431. —BOSWELL <<

[107] Reparé con gran pesar en que, mientras estaba en prensa la primera edición de esta obra (agosto de 1790), este ingenioso caballero había muerto.—BOSWELL <<

[108] De una lista de su puño y letra. —BOSWELL <<

[109] De su *Viaje a las islas occidentales*. —BOSWELL

Se puso a la venta a cinco chelines. No tuvo una segunda edición hasta 1785, cuando tal vez aumentó la demanda debido a la publicación de las *Hébridas*, el libro de Boswell. Hannah More (*Memorias*, I, pág. 39) dice que Cadell le dijo que había vendido 4000 ejemplares en una semana. Creo que se trata de una exageración. Hubo dos impresiones de la edición de 1775 y tres reimpresiones no autorizadas. —HILL <<

[110] *Viaje a las islas occidentales de Escocia, de Johnson*, edición de 1785, pág. 256.

—BOSWELL <<

[111] No se trata de un mero comentario pasajero, ya que en su *Vida de Fenton* observa que «con muchos otros hombres sabios y virtuosos, que en aquella época de discordia y desavenencias consultaban su conciencia bien o mal informados, más que su propio interés, puso en duda la legalidad del gobierno; negándose a obtener la cualificación para ocupar un empleo público, tomando por tanto los juramentos requeridos, abandonó la universidad sin la obtención de un título». A esta conducta llama Johnson «perversión de la integridad». La cuestión atingente a la moralidad de un juramento, de la clase que sea, impuesto por el poder prevaleciente en su día, más que verse excluida de toda consecuencia, e incluso de una considerable utilidad en la sociedad, se ha esgrimido con toda la agudeza de la casuística. Se afirma que quien ideó el juramento de la abjuración se jactaba con total desvergüenza de haber ideado una prueba en aras de la cual «se vería condenada la mitad de la nación, y muerta de hambre la otra mitad». Tomar juramento en contra de la íntima convicción, en el caso de un entendimiento no inclinado a la inflexible rectitud, o de un entendimiento en el cual el celo partidista predomina hasta el exceso, podría quedar paliado alegando necesidad, o bien asumido por ser gesto que resulta más conducente al bien que al mal.

Hace muchos años, en unas elecciones locales en Escocia, donde era acalorada la rivalidad entre los amigos de la línea de Hanover y los que estaban en contra de ella, como se exigiera el juramento de la abjuración, los titulares de una de las partes se dispusieron a renunciar. Entonces, un caballero de talante optimista, que formaba parte de ellos, corrió a la puerta para detenerlos gritándoles: «Quedaros, amigos; quedémonos, a ver cómo juran los muy bribones». —BOSWELL

Refiriéndose a los juramentos exigidos por la Ley de la Milicia de 1756, Johnson dice que «la frecuente imposición de un juramento ha echado a perder la moralidad de esta desdichada nación, y en una nación sin moralidad poco o más bien nada importa quién pueda ser rey». <<

[112] Mi muy noble amigo, lord Pembroke, me dijo una vez estando en Wilton, con un punto felizmente jocoso y no poca verdad, que «los dichos del doctor Johnson no parecerían tan extraordinarios de no ser por sus ladridos». Sus dichos poseen por lo general el mismo mérito del oro de ley, pero no cabe duda de que su talante y sus modales refuerzan su efecto, por lo cual hay que tenerlos en cuenta por lo que puedan valer. Es sin embargo necesario preservar a quienes no tuvieron conocimiento directo de él de toda imitación forzada o recargada, de toda caricatura de su pronunciación y sus modales, como tan a menudo se perpetran, muchas de las cuales son copias de segunda y tercera mano del difunto señor Henderson, el actor, quien aun cuando imitase muy bien a ciertas personas nunca representó a Johnson como en verdad era.
—BOSWELL

En el otoño de 1790, en el castillo de Windsor, Frances Burney se encontró en el papel de una de sus heroínas de ficción. El pretendiente de turno fue James Boswell, que no buscaba en ella favores de tipo sexual, sino literarios. En público, le exigió que hiciera una crucial aportación a su biografía: «Sí, señora; debe usted darme algunas de sus notas acerca del doctor. Bastante tiempo lo hemos visto de alto coturno, y ahora deseo mostrarlo a una nueva luz... Deseo mostrarlo tal como era: el alegre Sam, el agradable Sam, el plentero Sam; es preciso que me ayude usted con alguno de los hermosos billetes que le dedicó» (madame d'Arblay, *Diario y cartas*, IV, pág. 432). Acto seguido, Boswell dio a Fanny Burney una muestra de la obra en que estaba trabajando: una carta de Johnson. «La leyó —reconoce D'Arblay a regañadientes— con una potente imitación de la voz y la entonación del doctor, muy bien, sin caricaturizarlo». Este apunte privado de Burney registra el asombroso don imitativo que tenía Boswell, capaz de preservar y transmitir, reproduciéndola, la voz de su amo. <<

[113] Véase *Prosodia Rationalis* o *Ensayo hacia el establecimiento de la melodía y la medida del discurso, expresadas y perpetuadas mediante símbolos peculiares*. Londres, 1779. —BOSWELL [La primera edición es de 1775]. <<

[114] Empleo el término *partitura* tal como lo ha explicado el doctor Johnson en su *Diccionario*: ‘Una canción en partitura, la letra con las notas musicales de la canción anexas.’ Sin embargo, entiendo que con propiedad científica se refiere a todas las partes de una composición musical, anotadas en caracteres que capta el hábil experto en música. —BOSWELL

Era más bien la declamación lo que Steele pretendía reducir a una notación mediante nuevos caracteres. A esto lo llamaba la melodía del discurso, no la armonía, como da a entender el término partitura. —BURNEY <<

[115] Extracto del Registro de Convocatorias, Oxford. —BOSWELL <<

[116] El original obra en mi poder. Me mostró el diploma y me permitió leerlo, pero no me consintió que hiciera una copia, temeroso tal vez de que lo quemara al difundirlo en vida suya. Su objeción a esta posibilidad aparece en su carta n.º 99 a la señora Thrale, a la cual regaña por la grosería con que ésta lo había adulado: «La otra noticia de Oxford es que me han hecho llegar un título de doctor en Leyes, con tales elogios en el diploma que tal vez deberían llenarme de vergüenza: son muy parecidos a los halagos que usted me hace. Me pregunto si alguna vez llegaré a mostrárselo». Es digno de mención que, al menos por lo que se me alcanza a saber, jamás hiciera uso de su título de doctor, y que se hiciera llamar *señor* Johnson a secas, como bien se ve en muchas de las cartas y tarjetas que me envió, y he visto muchas de las que envió a otras personas, en las cuales de manera uniforme adopta ese título. Una vez vi sobre su mesa una carta a él dirigida con el añadido de «señor», y objeté por ser éste un título de rango inferior al de doctor, si bien me mandó callar y pareció contento con él, pues, según conjeturé en su día, le gustaba que en ocasiones se le tuviera al margen de la clase de los literatos, y pasar por *un gentilhomme com[m]e un autre*.

—BOSWELL <<

[117] Plinio, *Epístolas*, libro II, ep. 3. —BOSWELL <<

[118] En esto el señor Davies se equivoca. Corelli nunca estuvo en Inglaterra.
—BURNEY <<

[119] Johnson desde luego sí, no en vano tenía el intelecto bien surtido de conocimientos y rebosante de imágenes, aunque la observación no parece aplicable a los escritores en general. —BOSWELL <<

[120] Es probable que haya algún error en lo que se refiere a los términos en que está recogido este contrato supuestamente extraordinario, cuya recitación de oídas permitió a Johnson abundantes ocasiones para desplegar su agudeza de polemista. Y si estaba escrito como él supone, es tan extraño que yo diría que tiene que ser una broma. El señor Gardner, estoy convencido, era un hombre digno y liberal.
—BOSWELL <<

[121] Hablando de los *Comentarios sobre Italia*, de Addison, en su *Diario de un viaje a las Hébridas* (14 de octubre), dice Boswell que «es un libro tedioso, y si no gozara de la reputación de Addison, que le precede, nadie lo tendría muy en consideración. Si no hubiera escrito nada más, su nombre no habría pervivido. Addison no parece haberse adentrado a fondo en la literatura italiana; nada muestra sobre ella en sus escritos posteriores. En cambio, conoce al detalle la literatura francesa». —MALONE

<<

[122] Addison, sin embargo, no dice de dónde ha tomado este célebre epitafio, con lo que ha eludido una búsqueda muy afanosa y diligente. —MALONE <<

[123] [\[Ver pág. 362\]](#) . —BOSWELL <<

[124] Permítaseme rendir homenaje y dar testimonio de mi más sincera gratitud a la memoria de esta excelente persona, cuyo trato íntimo fue para mí tanto más valioso por ser mi conocimiento de él inesperado y ni siquiera solicitado. Poco después de publicarse mi *Crónica de Córcega*, me hizo el honor de visitarme y, abordándome con franqueza y cortesía, me dijo: «Señor, me llamo Oglethorpe, y tengo el deseo de conocerle». No fue nimio el halago que me hizo, tratándose de un hombre de tal eminencia, del cual años antes leí en Pope que

... o, empujado por la potente benevolencia del alma,
volará, como Oglethorpe, del uno al otro confín.

Tuve la gran fortuna de que me considerase digno de su estima, de modo que no sólo fui invitado a frecuentar uno de los muchos y muy respetables círculos que atendía en su mesa, sino que también me dio alojamiento con hospitalidad sin par siempre que me vi sin compromiso; en compañía de él, nunca dejé de disfrutar de una muy culta y animada conversación, salpimentada con genuinos sentimientos de virtud y de religión. —BOSWELL

El dístico de Pope es de las *Imitaciones de Horacio, Epístolas*, II, 2, pág. 276. <<

[125] El general parecía remiso a entrar en materia en esta ocasión, aunque en otra posterior me comunicó ciertos particulares que he puesto por escrito; ahora bien, no puse la diligencia suficiente en obtener más de él, sin percatarme de que sus amigos pronto íbamos a perderle, ya que no obstante su avanzada edad estaba sano y vigoroso, y al final falleció víctima de unas fiebres virulentas, que suelen ser fatales en cualquier momento de la vida. —BOSWELL

Según el doctor Campbell, al excusarse Oglethorpe de escribir su propia vida, «Boswell sólo quiso que proporcionara el esqueleto, y que el doctor Johnson aportase los músculos y articulaciones». —HILL <<

[126] De esta justísima observación hay algunas excepciones de renombre. —BOSWELL

<<

[127] La suma recaudada a raíz de la propiedad de las posesiones tomadas antes de la declaración de guerra, entregadas a Su Majestad de acuerdo con la Paz de París, que alcanzaba una cantidad superior a 700 000 libras, y de las tierras de las islas cedidas, estimada en otras 200 000. No cabe duda de que fue grande la munificencia del monarca para con su pueblo. Y conviene recordar que durante la administración del Conde de Bute el Rey tuvo la bondad de poner sus ingresos hereditarios a disposición de la Corona, y de aceptar, a cambio, la suma total de 800 000 libras al año, a tenor de lo cual observa Blackstone que «los ingresos hereditarios, puestos bajo la misma administración que las demás dependencias del patrimonio de la nación, producirán más, y será mejor recogido que antes, por lo que el público ha de ganar hasta 100 000 libras al año gracias a la desinteresada generosidad de Su Majestad». Libro I, cap. VIII, pág. 330. —BOSWELL <<

[128] *Plegarias y meditaciones*, pág. 138. —BOSWELL <<

[129]

Amoret es bondad y dulzura
como el bocado de más sabrosura;
sólo con probarlo otorga
vida y alegría a la andorga.
La belleza de Sacharissa es vino
con que a la locura me inclino;
un licor como seso ninguno
de mortal aguanta de consuno.

Waller, *Epístolas*, XII. —BOSWELL <<

[130] La conjetura del doctor Johnson era errónea. Walton no se retiró de sus quehaceres hasta 1643. En 1664, el doctor King, Obispo de Chichester, en una carta antepuesta a sus *Vidas*, comenta que había tenido trato familiar con él durante cuarenta años; en 1631 también tenía trato íntimo con el doctor Donne, hasta el punto de ser uno de los que le acompañaron en su lecho de muerte. —J. BOSWELL, HIJO <<

[131] La primera vez que vino a almorzar conmigo se le hizo pasar a la biblioteca, y al instante se puso a examinar los lomos de todos los volúmenes que tenía a su alcance. Mi colección de libros es muy variada, y temí que encontrase en ella algunos que no fueran de su gusto. Pero al ver que el número de volúmenes era muy considerable, dijo: «Es usted un hombre honrado, pues ha amasado una gran cantidad de saberes».

—BURNEY

Así describe su hija la visita (*Memorias del doctor Burney*, II, pág. 90, 93): «Todos nos pusimos en pie para hacerle los honores, y él devolvió las atenciones con muy formal cortesía. Mi padre... le susurró que sonaba la música, cosa que mi padre no cree que él hubiera apreciado; colocándole en el mejor de los asientos libres, indicó a sus hijas que prosiguieran el dueto, mientras el doctor Johnson, muy atento en mirarlas con un ojo, pues dicen que con el otro no ve, hizo un grave asentimiento y un gesto de dignidad con una mano, aprobando en silencio el proceder. (...) Le fue presentada la señorita Burney, pero no se dejó distraer ni dos minutos de la biblioteca, hacia la cual se dirigía... Estuvo examinando un anaquel tras otro, rozando casi los libros con las pestañas según los examinaba. Por fin se fijó en uno que pareció llamarle la atención, lo tomó y, apartándose del resto de los presentes, a los que había parecido olvidar del todo, comenzó... con gran compostura a leer para sí, tan concentrado como si estuviera solo en su propio estudio. A todos nos provocó su actitud, pues languidecíamos, dudábamos, suspirábamos por oírle conversar... El doctor Burney tomó al vuelo algo que dijo la señora Thrale, y se aventuró a preguntarle qué pensaba del concierto de Bach. El doctor, que captó la intención, de buen grado dejó el libro y, balanceándose con sonrisa muy humorística, repitió con acento burlón: “¿Bach, señor? ¿El concierto de Bach? Dígame, señor, ¿quién es el tal Bach? ¿Un gaitero?”». <<

[132] Un médico muy eminente, cuya capacidad de discernimiento es tan aguda y penetrante en el juicio del carácter de los hombres como en los asuntos de su profesión, comentó una vez en un club en el que me encontraba yo que un joven de carácter vivaracho, amigo de los placeres y sin dinero en el bolsillo, difícilmente podría resistirse a la solicitud de su amante para echarse al camino, si se la hiciera inmediatamente después de haber presenciado una representación de la *Ópera del mendigo*. Me han referido una ingeniosa observación del señor Gibbon, en el sentido de que la *Ópera del mendigo* quizá algunas veces haya incrementado el número de los bandoleros que se echan a los caminos, aunque también ha sido benéfico su efecto al hacerlos menos fieros, más corteses y, en resumidas cuentas, más caballeros, a todo lo cual el señor Courtenay apostilló que «Gay ha sido el Orfeo de los bandoleros».

—BOSWELL <<

[133] [\[Véase pág. 754\]](#). —BOSWELL <<

[134] Por hacer justicia al doctor Memis, aunque yo estuve en su contra en calidad de abogado, debo hacer mención de que él puso sus objeciones a la variación en la nomenclatura, con toda seriedad, antes de que se imprimiera la traducción de los estatutos. —BOSWELL <<

[135] Mi muy honorable amigo, el general sir George Howard, que estuvo al servicio del Duque de Cumberland, me ha dado garantías de que las crueldades nunca fueron imputables a su Alteza Real. —BOSWELL <<

[136] Un erudito griego. —BOSWELL <<

[137] Esposa del reverendo Kenneth Macaulay, autor de la *Historia de St. Kilda*.
—BOSWELL <<

[138] Un pleito llevado a cabo por sir Allan Maclean, jefe de su clan, con objeto de recuperar ciertas tierras de su hacienda familiar, en propiedad del Duque de Argyle.
—BOSWELL <<

[139] Presbítero muy culto de la Isla de Skye, al que tanto el doctor Johnson como yo hemos mencionado con respeto. —BOSWELL <<

[140] Mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, cuyo manuscrito original leyó esta señora.

—BOSWELL

El 22 de mayo de 1775 escribió Johnson a la señora Thrale: «No lamento que haya leído usted el diario de Boswell. ¿No le parece una pieza entretenida? Es mucho lo que contiene sobre el pobre de mí» (*Cartas*, n.º 395). Y el 11 de junio: «Nunca me llegó a decir, y no he querido insistir yo en este punto, si le entretuvo el diario de Boswell. Diríase que alguien lo contrató para que me espicara en todo momento. Fue muy diligente, y aún encontró ocasión de poner por escrito sus impresiones» (n.º 405). <<

[141] Otro envío de los *Anales de Escocia*, de lord Hailes. —BOSWELL <<

[142] En donde residía sir Joshua Reynolds. —BOSWELL <<

[143] La señorita Thrale. —BOSWELL <<

[144] Alusión a mi principio feudal de preferencia de la sucesión por línea masculina.

—BOSWELL <<

[145] No cabe ninguna duda de que ya desde muchos años antes de 1775 mantuvo correspondencia con esta señora, su hija adoptiva, aunque no se ha conservado ninguna de sus cartas anteriores. —BOSWELL

Muchas de estas cartas fueron rescatadas por Malone y Croker en ediciones posteriores. <<

[146] Hijo de la señora Johnson, habido de su primer matrimonio. —BOSWELL <<

[147] Es probable que aquí al autor le engañe la memoria, y que estuviera pensando en el conocido comentario de Stella, según el cual Swift era capaz de escribir algo espléndido incluso a propósito de una escoba. Véase la *Vida de Swift* del doctor Johnson. —J. BOSWELL, HIJO <<

[148] El resto del párrafo parece ser una minuciosa transcripción de lo que le fue relatado por boca del capitán Irwin. —BOSWELL <<

[149] Melchor Cano, célebre dominico español que murió en Toledo en 1560. Escribió un tratado titulado *De Locis Theologicis* en 12 volúmenes. —BOSWELL <<

[150] Este pasaje, que a algunos parecerá supersticioso, me recuerda el diario del arzobispo Laud. —BOSWELL

El 27 de octubre de 1640, Laud escribe: «En el estudio del piso de arriba estaba colgado un retrato mío tomado del natural; al entrar, lo encontré caído boca abajo, en el suelo, roto el cordel con el cual colgaba de la pared. Casi a diario se me amenaza con la ruina en el Parlamento. Ruego al Cielo no sea éste un mal augurio». Quizá no hubiera nada supersticioso en la entrada de Johnson en su diario. Podría haber enfermado, y tal vez temiera empeorar. —HILL <<

[151] Este epíteto en realidad se debe aplicar al animal que tiene una sola joroba.

—BOSWELL <<

[152] Supongo que quiere dar a entender que leyó todas estas piezas mientras se encontraba en la biblioteca. —BOSWELL <<

[153] En vano he repasado De Bure, Meerman, Mattaire y otros libros de tipografía en busca de las dos ediciones del *Catholicon* que aquí menciona el doctor Johnson, con nombres que no logro descifrar. Uno parece decir «por *Latinius*», otro «por *Boedinus*». He depositado el manuscrito original en el British Museum, donde podrá examinarlo el curioso lector. Hago constar mi agradecimiento al señor Planta, bibliotecario del museo, por las molestias que se tomó para ayudarme en mis indagaciones. —BOSWELL <<

[154] La caligrafía es aquí tan precaria que no ha sido posible descifrar los nombres de varios animales, al menos con los conocimientos de Historia natural que yo poseo. El doctor Blagden, con su cortesía habitual, tuvo la bondad de examinar el manuscrito. A ese caballero, así como al doctor Gray, del British Museum, que también me prestó su ayuda, pido permiso para manifestar mi agradecimiento. —BOSWELL <<

[155] Así es como lo escribe Johnson, a partir de la pronunciación francesa de *fossane*. Conviene observar que la persona que le mostró esta casa de fieras estaba en un error al suponer que la *fossane* y la gineta de Brasil son el mismo animal; la *fossane* es otro distinto, nativo de Madagascar. Ambos los encuentro, sin embargo, en la *Sinopsis de los cuadrúpedos*, de Pennant. —BOSWELL <<

[156] Mi muy valioso e ingenioso amigo, el señor Andrew Lumisden, gracias a su preciso conocimiento de Francia me ha permitido descifrar muchos nombres propios, que el doctor Johnson había escrito de cualquier manera, a veces con faltas de ortografía. —BOSWELL <<

[157] El señor Foote parece haber embellecido un tanto la verdad al decir que Johnson no cambió en París de atuendo; de hecho, en su diario consta una nota sobre unas medias blancas, una peluca y un sombrero. En otro sitio se nos dice que «durante sus viajes por Francia se proveyó de una opulenta peluca de fabricación francesa». Que Johnson no era desatento con su apariencia es evidente si se tiene en cuenta la circunstancia que refiere Steevens, y que inserta Boswell en el vol. II, entre el 15 y el 22 de junio de 1784. —J. BLAKEWAY

La observación precedente tiene confirmación en una nota del diario de Johnson que cita sir John Hawkins en su *Vida de Johnson*, pág. 517, por la que parece que se había gastado treinta libras en ropa de cara a su viaje a Francia. —MALONE <<

[158] Joseph Ritter, natural de Bohemia, que estuvo a mi servicio durante muchos años y nos atendió al doctor Johnson y a mí en nuestro viaje por las Hébridas. Tras haberme abandonado por un tiempo, en esta época volvió conmigo. —BOSWELL <<

[159] Leyes del Parlamento de Escocia, 1685, cap. 22. —BOSWELL

Cockburn (*Vida de Jeffrey*, I, pág. 372) señala «el estatuto (11 y 12, Victoria, cap. 36) que disuelve las férreas ataduras por las cuales, por espacio de unos ciento sesenta años, casi tres cuartas partes de la totalidad de las tierras de Escocia estuvieron a salvo de toda venta, y no fueron susceptibles de incautación por deuda, y cada uno de los acres del reino bien podían estar sujetos a lo largo de los siglos a favor de los herederos, bajo cualquier condición, de modo que la voluntad o capricho de cada uno de los terratenientes no sujetos a ataduras pudieran aplicarse a su antojo». —HILL <<

[160] En principio prima la opinión de algunos distinguidos naturalistas, en el sentido de que nuestra especie se transmite solamente por medio de los varones, siendo las hembras nada más que *nidus*, o criadero, como lo es la Madre Tierra para toda clase de plantas; este concepto parece tener confirmación en el texto de las Escrituras, «porque aún estaba en los lomos de SU PADRE cuando Melquisedec salió a recibir a Abraham» (Hebreos, 7, 10). En consecuencia, el nieto de un hombre por descendencia femenina, siendo hijo de una hija suya, en vez de ser su más seguro descendiente, como suele decirse de un modo más bien vulgar, no guarda en realidad ninguna relación con su sangre. En segundo lugar, y con total independencia de esta teoría (que, de ser cierta, debería excluir por completo a los herederos en general por descendencia femenina), si la preferencia del hombre antes que la mujer, sin tener en consideración la primogenitura (caso de un hijo mucho más joven, e incluso de un nieto habido de un hijo, antes que de una hija), se admitiera una vez, tal como es universalmente el caso, ha de ser de igual modo razonable y adecuado en el grado más remoto de descendencia del propietario original de un feudo, así como en el más cercano, por remoto que sea del representante de la familia en un momento determinado, y ese remoto heredero por vía masculina, cuando no hubiera otros más próximos que él al propietario original, habrá de ser de hecho preferible para ocupar el puesto del representante, siempre con antelación a cualquier descendiente por vía femenina. Con una cierta amplitud de miras entenderemos fácilmente que el hijo de un hijo, continuándose en cualquier extension del tiempo, es preferible antes que el hijo de una hija en la sucesión de una herencia antigua; en este sentido, es el legítimo titular de la representación del propietario original, en vez de cualquier otro de sus descendientes.

Estoy al corriente de la admirable demostración que ha hecho Blackstone de lo razonable que resulta la sucesión legal sobre el principio de que exista la más elevada probabilidad de que el heredero más cercano de la última persona que murió siendo propietaria de una hacienda sea consanguíneo de quien fue su primer propietario o adquirente. Pero en la suposición de que la línea de descendencia debiera autenticarse con todo esmero a través de todas sus ramificaciones, en vez de mera probabilidad tendremos certidumbre de que el heredero varón más próximo, sea en el periodo que sea, es consanguíneo del primer heredero varón, es decir, del hijo primogénito del propietario o adquirente original. —BOSWELL <<

[161] Término que apliqué yo a todos los herederos varones. —BOSWELL <<

[162] Le había recordado yo esta observación suya, mencionada en pág. 726.

—BOSWELL <<

[163] La cláusula restrictiva y vinculante que desglosó mi padre en varios apartados muy juiciosos la ejecutamos de común acuerdo él y yo, zanjando el convenio de heredad de la finca sobre los herederos varones de su abuelo, cosa que a mi entender ya había dispuesto mi abuelo de manera un tanto imperfecta, aunque de tal forma que sólo se pudiera contravenir por la venta de las tierras. Me liberó el doctor Johnson de todo escrúpulo de obligación en conciencia, y pude por lo tanto gratificar las aspiraciones de mi padre. Ahora bien, mi opinión y la preferencia de la sucesión por la vía masculina en toda su integridad permanecieron inamovibles. No se me tenga por persona áspera y contraria a las hijas; tengo la convicción de que hay que tratarlas con un gran afecto y con la mayor ternura, y hacerlas partícipes siempre de la prosperidad de la familia. —BOSWELL <<

[164] Una carta acerca de la interesante cuestión del convenio de heredad de la familia, que tuve ocasión de leer. —BOSWELL <<

[165] Supongo que la queja consistía en que los legatarios de la imprenta de Oxford no permitían a los libreros londinenses un margen de beneficios suficiente con la venta de sus publicaciones. —BOSWELL <<

[166] Mucho me alegra dar al público esta declaración plena y clara, con la intención de exonerar, mediante la autoridad del más grande de los autores de su tiempo, a esa respetable corporación que forman los libreros londinenses, librándolos de todas las vulgares reflexiones por las cuales se pretende que sus beneficios son exorbitados, cuando en verdad el doctor Johnson aquí les confiere más incluso de lo que por lo común demandan. —BOSWELL <<

[167] Estando en Escocia, decía que era «Johnson del mismo lugar». —BOSWELL <<

[168] Véase pág. 386. —BOSWELL <<

[169] El privilegio de perpetuar en una familia una hacienda y un escudo de armas indefectiblemente de generación en generación no lo disfruta ninguno de los súbditos de Su Majestad, con la sola excepción de quienes son naturales de Escocia, donde la ficción legal de la multa y recuperación es de todo punto desconocida. Se trata de un privilegio que engendra tanto orgullo que yo diría que sería propio que se ejerciese con la debida dependencia de la real prerrogativa. Parece absurdo permitir el poder de perpetuar la representación propia a los hombres que, sin tener un mérito eminente, carecen en verdad de apellido. El monarca, padre imparcial de su pueblo, nunca rehusaría otorgar el privilegio a quienes lo merecieran. —BOSWELL <<

[170] Me ha apuntado un amigo, poseedor de un exacto conocimiento de la lengua inglesa, que el doctor Johnson nunca pudo haber utilizado la expresión *casi nada*, por no ser inglesa; por consiguiente, la he cambiado por otra. Con todo y con eso, no estoy convencido de que no sea buen inglés. Los mejores autores emplean la locución *poco o nada*, esto es, casi tan poco que es apenas nada. —BOSWELL <<

[171] Aunque sin lugar a dudas sea una obra de mucha utilidad, y de magnífica indagación y trabajo para que la haya llevado a cabo un solo hombre. —BOSWELL <<

[172] Sir John Hawkins ha conservado muy pocas *memorabilia* de Johnson. En su voluminoso tomo se encuentra sin embargo una [pág. 87] cuando menos excelente sobre esta cuestión. «En contradicción con quienes teniendo esposa e hijos prefieren los disfrutes domésticos a los que procuran las tabernas, le he oído asegurar que una silla en una taberna era el trono de la felicidad humana. “En cuanto entro —dijo— por la puerta de una taberna, experimento un inmediato olvido de toda preocupación, y una libertad total de cuantas solicitudes me agobien: cuando me siento, descubro que el tabernero es obsequioso y los camareros atentos a mis deseos, deseosos a su vez de conocer mis necesidades y de satisfacerlas: el vino allí me exalta el ánimo y me propicia una libre conversación, un intercambio de discursos con quienes más estimo: dogmatizo y me dejo contradecir, y en este conflicto de opiniones y sentimientos encuentro un gran deleite”». —BOSWELL <<

[173] Esa noche por azar nos encontramos en la taberna de Henley en que Shenstone escribió esos versos. —BOSWELL <<

[174] Con demasiada frecuencia recurre a lo *abstracto* en vez de lo *concreto*.
—SHEWSTONE <<

[175] Así fue este incidente menor y risible, que se ha relatado con cierta frecuencia. El doctor Percy, Obispo de Dromore, que fue amigo íntimo del doctor Grainger, y que tiene en particular estima su recuerdo, ha tenido a bien comunicarme la siguiente aclaración: «El pasaje en cuestión no estaba originalmente sujeto a tal perversión; su autor, como tuvo en esa parte de su obra la ocasión perfecta para hacer mención de los destrozos causados por ratas y ratones, introdujo ese asunto en una especie de verso heroico-burlesco, una parodia de la batalla de ranas y ratas de Homero, invocando a la musa del bardo griego de la Antigüedad con forma elegante y ajustada. En esas condiciones lo pude ver yo; después, sin que lo supiera ni yo ni otros amigos, se dejó convencer, en contra de su buen juicio, para alterar el pasaje, y así produjo el desafortunado efecto que se ha mencionado antes».

Lo anterior lo escribió el Obispo cuando no podía recurrir al poema en sí; aunque su versión era ajustada a la verdad en un momento determinado, como Grainger después alteró el pasaje en cuestión no parece que los comentarios del texto puedan aplicarse al poema tal cual fue impreso.

El Obispo dice de Grainger que «no sólo era un hombre de gran genio y no menor erudición, sino que tenía además virtudes excelentes; fue uno de los hombres más generosos, amistosos y benévolos que yo haya conocido». —BOSWELL <<

[176] El doctor Johnson me dijo: «Percy, señor, montó en cólera conmigo por haberme reído de la caña de azúcar: tenía en mente hacer algo grande con las ratas de Grainger». —BOSWELL [Johnson ayudó a Percy a redactar una reseña de este poema].

<<

[177] Mi valioso amigo el señor Langton, con el cual he contraído innumerables obligaciones en el curso de mi historia johnsoniana, me ha facilitado una graciosa ilustración de este asunto. Un honrado carpintero, tras conocer una anécdota relatada en su presencia acerca del maltrato que había recibido de la esposa de un clérigo, que era una notable basilisa, y a la cual había acusado él de llevar a cabo con injusticia un determinado trato con él, añadió: «Mucho me cuidé de hacerle saber qué pensaba de ella». Y como se le preguntara qué le dijo, contestó: «Le dije que era una desvergonzada». —BOSWELL <<

[178] Juan, 3, 30. —BOSWELL <<

[179] Recorrí la casa en que nació mi ilustre amigo, y lo hice con una reverencia tal como la que sin duda tendrá por largo tiempo quien la visite. Una vista de la misma con los edificios adyacentes, en un grabado, se encuentra en la *Gentleman's Magazine* de febrero de 1785. —BOSWELL <<

[180] Véase una muy precisa y amena crónica de la barbarie en que incurrió el señor, obra de Malone, en una nota a la «Crónica parcial de la vida de William Shakespeare», que antecede su admirable edición de las obras del gran poeta (vol. I, pág. 118). —BOSWELL

Se trata de una morera que, según quiere la leyenda, plantó Shakespeare en New Place, en Stratford-upon-Avon, en 1602. La madera de dicho árbol ha dado pie a toda clase de falsificaciones. <<

[181] Sir Fletcher Norton, después presidente de la Cámara de los Comunes; en 1782 fue nombrado Barón de Grantly. —MALONE <<

NOTAS AL PIE AL VOLUMEN III

[1] *Anécdotas de Johnson*, pág. 176. —BOSWELL. «Qué difícil, por no decir difícilísimo —dijo él—, es que un hombre enfermo no pase por bribón sin remedio».

<<

[2] De ningún modo es falacia, sino argumento sólido y racional. Quien goza de buena salud y tiene aprensión por el estado de otra persona que se encuentra lejos sabe con certeza que los temores de esa persona por su salud son imaginarios y engañosos; de ahí que tenga un fundamento racional para suponer que sus propias aprensiones, en lo tocante a la salud de los ausentes, sea su esposa o un buen amigo, son igualmente infundadas. —MALONE <<

[3] Ese giro, «irritantes pensamientos», me parece que es muy expresivo. Me ha resultado familiar desde mi infancia, pues ya se encuentra en los *Salmos en metro* que se empleaban en las iglesias de Escocia, o más bien debería decir *kirks* [*kirk*, y no *church*, es como se designa a la iglesia, tanto edificio como institución, en el inglés de Escocia]. Por ejemplo, el Salmo 43, 5:

¿Por qué estás abatida, alma mía?

¿Y qué es lo que tanto te desazona?

¿Qué *irritantes pensamientos* tienes

para que así me agites y me inquietes?

Sin duda, hay que tener en cuenta lo poco definitivas que son las primeras impresiones. Ahora bien, en un periodo más maduro de la vida, tras examinar varias versiones métricas de los salmos, me he convencido de que la versión empleada en Escocia es en conjunto la mejor de todas, y reconozco que es muestra de vanidad pensar siquiera en tener una mejor. Posee en general la sencillez y el carácter de unción que tiene la poesía sacra; en muchos momentos se ha trasfundido de manera admirable. —BOSWELL <<

[4] El doctor Adam Smith, que durante un tiempo fue profesor de la Universidad de Glasgow, ha expuesto en su *Riqueza de las naciones* ciertas reflexiones sobre este particular que ciertamente carecen de fundamento y que parecen fruto de la envidia.

—BOSWELL <<

[5] El doctor Goldsmith había fallecido antes de que Maclaurin hijo descubriese tan descabellado error. En cambio, Nourse, el librero, propietario de los derechos de explotación de la obra, al ser interpelado en este sentido por sir John Pringle, accedió de muy buena gana a que la hoja que contenía tal dislate fuese suprimida y el libro se reimprimiera sin ella, todo a sus expensas. —BOSWELL

En la segunda edición, publicada cinco años después de muerto Goldsmith, ese relato aún figura en la página correspondiente; sólo en una nota al pie se dice que el profesor no padecía el defecto que se comenta. —HILL <<

[6] Lo que ha dicho aquí el doctor Johnson es sin ningún género de dudas una muestra de total sensatez, a pesar de lo cual me temo que la ley, que lord Coke ha querido definir como «la perfección de la razón misma», no está totalmente de su parte, ya que en los libros se sostiene que cualquier ataque contra la reputación, incluso de un difunto, puede ser castigada por ser difamación, porque tiende a perjudicar la paz reinante. Sin embargo, tengo para mí que no existe ni un solo caso moderno que se haya resuelto en tal sentido. En la Real Judicatura, trimestre de Trinity, 1790, surgió la cuestión con motivo de una acusación, el caso llamado «El Rey contra Topham», quien, en su condición de propietario de un periódico llamado *The World*, fue declarado culpable de difamación contra el Conde de Cowper, ya difunto, debido a ciertas acusaciones injuriosas contra Su Señoría que se publicaron en dicho periódico. Solicitado un aplazamiento del juicio, el caso suscitó después una solemne discusión ante el tribunal. Mi amigo el señor Const, al cual me deleita tener ocasión de elogiar como merece no sólo por su probada capacidad, sino también por sus modales, siendo un caballero cuya ancestral sangre germánica se ha templado en Inglaterra, y del cual puede en puridad decirse que ha sabido como nadie aunar al barón con el letrado, formó parte de la defensa del señor Topham. Hizo un gran despliegue de sus conocimientos y de su ingenio sobre la cuestión en general, que, sin embargo, no llegó a resolverse, pues el tribunal concedió un aplazamiento debido sobre todo a la informalidad en que incurrió la acusación. No hay hombre que tenga mayor respeto y reverencia por las leyes de Inglaterra que yo, si bien, con toda la debida deferencia, no puedo dejar de pensar que el procedimiento de la acusación, si al acusado no se le permite justificarse, ha de ser a menudo opresión insufrible, a menos que los jueces, a quienes cada vez más tengo por portavoces de la ley, así como jueces de los hechos, se opongan con la debida resolución. Últimamente se ha aprobado un decreto del Parlamento en el que se declara el pleno derecho del uno sobre el otro en materia de difamación, y comoquiera que la propuesta fuera hecha por un caballero muy popular, muchos integrantes de su propio partido han cantado en términos sumamente exagerados las alabanzas de la maravillosa adquisición que representa para la libertad de prensa. Yo, por mi parte, siempre he sido de la opinión de que este derecho era inherente a la constitución misma de un jurado, y en cierto modo y por razones obvias era inseparable de la importante función que todo jurado desempeña. Establecerlo, por tanto, mediante un estatuto de ley, es, creo yo, estrechar la base en la que se fundamenta, que es amplia y tiene hondas raíces en la Ley Común. ¿No vendría a debilitar el derecho de primogenitura, o cualquier otro derecho ya antiguo y universalmente reconocido, caso de que la actual legislatura aprobase una ley a favor del mismo? En mi *Carta al pueblo de Escocia*, escrita en contra de la disminución de los lores en los tribunales ordinarios y publicada en 1785, consta el siguiente pasaje,

que es una evaluación concisa y yo diría que justa, espero, de la situación en que se halla la cuestión, por lo cual me tomo la libertad de citarme: «Los jurados de Inglaterra son jueces tanto de ley como de hecho, en toda suerte de juicios civiles y en todos los criminales. Con el fin de que mi principio de resistencia no sea mal interpretado, y como ya hice respecto del principio de sumisión, sostengo que sería yo el último hombre del mundo que animase a los miembros de un jurado a contradecir de manera áspera, veleidosa o perversa la opinión de los jueces. Muy por el contrario, mi afán es más bien que atiendan con el debido respeto el consejo que puedan recibir de la Judicatura, mediante el cual muchas veces podrán formarse su propia opinión, siendo ésta, “y no otra”, la opinión que están obligados a dar por juramento. En cuanto a que tras la debida atención que se preste a todo lo que el juez de turno deba decir sean los miembros del jurado de una opinión radicalmente distinta de la suya, no sólo posee el jurado el poder y el derecho, sino que además se halla obligado en conciencia a dictar un veredicto en consonancia». —BOSWELL

The World lo describe Gifford en su *Baviad and Mæviad* como un periódico fundado por «una pandilla de petimetres... y dirigido a complacer el gusto de la ciudad». Se publicó de 1787 a 1790. El «popular caballero» era Fox, cuya ley sobre la difamación fue aprobada en la Cámara de los Loes en junio de 1792. —HILL <<

[7] Un caballero que, a partir de su extraordinario saber en toda clase de materias, ha sido tachado de *omnisciente*. Johnson, creo que con mucha propiedad, lo dejó en «sabelotodo», siendo el otro término un *verbum solemne*, apropiado para el Ser Supremo. —BOSWELL <<

[8] Este señor Ellis, según creo, fue el último de los profesionales a los que llamaba «escribientes», que fueron uno de los gremios de Londres, sólo que ya no desempeñan el oficio por separado e individualmente, sino que se han asociado con abogados y otros profesionales para realizar sus transacciones. Era un hombre de gran saber literario, y de gran talento. Fue autor de una versión «hudibrástica» del *Canto de Maphaeus*, añadido a la *Eneida*, así como de algunos poemas incluidos en la antología de Dodsley y de varias piezas menores, pero como era un hombre sumamente modesto nunca quiso poner su nombre en ninguno de sus escritos. Me mostró una traducción que había hecho de las *Epístolas* de Ovidio, con notable donosura. Existe un buen retrato suyo, grabado por Pether a partir de un óleo de Fry, colgado en el salón de la Compañía de los Escribanos. Le visité el 4 de octubre de 1790, cuando tenía noventa y tres años, y su juicio me pareció preciso y claro, aunque su memoria aparentaba estar un tanto desvaída, de modo que le fallaba ocasionalmente, si bien me aseguró, y en efecto corroboré, que era capaz de servirse muy bien de ella con un pequeño esfuerzo. Fue agradable observar que estaba libre del descontento y de la vacilación que tan a menudo nos molestan en la vejez. Durante el verano de aquel año fue a pie a Rotherhithe, donde almorzó, y volvió caminando al atardecer. Falleció el 31 de diciembre de 1791. —BOSWELL <<

[9] Lord Macartney, que amén de otras cualidades distinguidas es notable también por su cortesía, me dijo que se había encontrado con Johnson en casa de lady Craven, y que pareció mostrarse celoso de toda interferencia, «por lo cual —dijo Su Señoría sonriendo— me mantuve al margen y me retiré con discreción». —BOSWELL

La señora Montagu, el 17 de mayo de 1778, escribe así: «Lady Craven canta y actúa de manera tan admirable, y es tan bella y tiene una vivacidad tan afrancesada, que todo París estaría como loco por ella si en vez de ser una noble de Inglaterra fuese una cantante de ópera francesa». —HILL <<

[10] Thomas Ballow fue autor de un excelente *Tratado sobre la igualdad*, impreso anónimamente en 1742 y reeditado posteriormente con muy valiosas adiciones por John Fonblanque. Murió repentinamente en Londres el 26 de julio de 1782, a los setenta y cinco años de edad, y aparece en la *Gentleman's Magazine* correspondiente a ese año como «un gran erudito y conocedor del griego, famoso por su saber de Filosofía antigua». —MALONE <<

[11] En vano me he esforzado por averiguar qué partes puedan corresponder a Johnson. Tal vez los médicos de profesión puedan precisarlas. —BOSWELL <<

[12] Patrick lord Elibank, que murió en 1778. —BOSWELL <<

[13] «*Nunquam enim nisi navi plena tollo vectorem*». Lib. II, C, VI [«Nunca llevo pasajeros hasta que está la nave bien abastecida»]. —BOSWELL <<

[14] En la *Monthly Review* del mes de mayo de 1792 aparece una corrección sobre este pasaje que me sentiría muy culpable si no refrendase. «Esta versión de los hechos es harto inexacta. Tenemos la certeza de que la siguiente versión de los hechos obedece plenamente a la verdad en todas las circunstancias del caso. Shiels fue el principal compilador de los materiales de que consta la obra, pero muy escasa fue su aportación en cuanto a la autoría, por tratarse de un escritor de prosa sumamente informe y plagada de giros exclusivamente escoceses. Cibber, que era un hombre de inteligencia vivaracha, y que por entonces solicitaba empleo entre los librereros, fue contratado para que corrigiera de arriba abajo el estilo y la dicción de la obra en su totalidad, de la que entonces sólo estaban previstos cuatro volúmenes, y para ello se le dotó de plenos poderes para alterar, suprimir o añadir cuanto estimara oportuno. Asimismo, debía hacer acopio de las notas ocasionales, en especial las que hicieran referencia a los poetas dramáticos con los cuales mantuvo una relación estrecha. También se comprometió a escribir varias de las *Vidas*, cosa que, según se nos ha dicho, llevó a cabo a pedir de boca. Fue de crucial utilidad en la posterior eliminación de los sentimientos jacobitas y *tories* que Shiels había esparcido industriosamente en cada ocasión en que le fue posible colarlos de rondón, y como quiera que el éxito de la obra a fin de cuentas pareciera harto dudoso, se contentó con recibir veintiuna libras por sus desvelos, además de unos cuantos ejemplares del libro para repartir entre sus amistades. Shiels había recibido casi setenta libras, además de gozar con la ventaja de haber confeccionado muchas de las mejores *Vidas*, que le fueron comunicadas por amigos de los interesados nada más acometer la empresa; por todo ello, Shiels gozó de la misma consideración que por todo lo demás, pagándosele a tanto el pliego por el total del trabajo desempeñado. No obstante, montó de tal modo en cólera con su supervisor, claramente *whig* (el cual, al igual que su padre, era virulento partidario de los principios políticos que prevalecieron durante el reinado de Jorge II), por haber mutilado su obra de manera tan inmisericorde, y por eliminar todo rastro de su postura política, que desafió a Cibber por escrito, si bien el editor del volumen impidió que le hiciera llegar el reto, pues con justicia se le rió a la cara ante tamaño enfurecimiento. Al final, también los propietarios quedaron descontentos debido a la inesperada industria con que trabajó Cibber, ya que sus correcciones y alteraciones en las galeradas fueron tan numerosas, y tan voluminosas, que el impresor hubo de cargar un oneroso añadido a su factura; con todo ello, a la postre todas las partes quedaron insatisfechas. En conjunto, la obra no devengó el menor beneficio a los que la emprendieron, quienes se habían puesto de acuerdo para que, en caso de que tuviera éxito, se recompensara a Cibber con unas veinte guineas más de las ya recibidas, añadido por el cual su factura se halla ahora en manos de los librereros. Se nos ha garantizado, por añadidura, que de hecho percibió una cantidad

adicional. Cuando, poco después, ya en el año de 1758, tuvo la desgracia de embarcarse con rumbo a Dublín contratado por uno de los teatros de la ciudad, el barco en que navegaba naufragó, y perecieron todos los que iban a bordo. Eran en total unos sesenta pasajeros, entre los cuales figuraba el Conde de Drogheda y muchas otras personas de relieve y de fortuna. [*Gent. Mag.*, 1758, vol. XXVIII, pág. 555].

»En cuanto a la presunta intención de hacer pasar la compilación por obra del señor Cibber padre, las acusaciones parecen basarse en una urdimbre cuando menos poco caritativa. Se nos ha garantizado que la idea no la contemplaron los propietarios, que todavía viven; tenemos la esperanza de que tampoco se le ocurriese a quien tuvo la idea original de la obra, que fue asimismo quien la imprimió, y que es hombre de carácter intachable.

»Nos hemos sentido inducidos a entrar de manera circunstancial en todo el detalle que antecede sobre los hechos relacionados con las *Vidas de los poetas*, compilación de los señores Cibber y Shiels, movidos por el sincero respeto que nos inspira el sagrado principio de la verdad, que con tanta firmeza inquebrantable y rigor absoluto profesó el doctor Johnson; creemos que ninguna consideración, de ninguna clase, le habría llevado jamás a vulnerar ese sagrado principio. Con respecto a esta cuestión, que ahora desechamos, él se llevó sin duda a engaño debido a una información tan parcial como errónea: Shiels fue amanuense del doctor; había reñido con Cibber; es natural suponer que le relató la historia en sus propios términos; es seguro, por último, que no era “un moralista muy recio”. [La cita está tomada del *Viaje a las islas occidentales*, ed. de 1924, pág. 108]. Esta explicación se me antoja muy satisfactoria. Sin embargo, preciso es observar que la historia, tal como la contó Johnson, no se basa exclusivamente en mi versión de su conversación, no en vano él mismo la ha publicado en su *Vida de Hammond*, donde dice que «el manuscrito de Shiels hoy obra en mi poder». Es harto probable que se fiase de la palabra de Shiels, y que nunca se tomase la molestia de compararlo con las *Vidas de los poetas*, tal como se publicaron con el nombre de Cibber. Desconozco qué fue del manuscrito. Mucho me hubiera gustado examinarlo. Supongo que debió de ser arrojado al fuego en la impetuosa combustión de papeles que Johnson llevó a efecto, creo que de manera precipitada, estando ya moribundo. —BOSWELL <<

[15] Hogarth vio a Garrick en el papel de Ricardo III, y a la noche siguiente lo vio en el papel de Abel Drugger, personaje de *El alquimista*, obra de Ben Johnson. Quedó tan asombrado que le dijo: «Está usted en su elemento, tanto cuando se embadurna de suciedad como cuando se mete hasta los codos en una charca de sangre». —MALONE

<<

[16] Se trata de un notorio bandolero y salteador de caminos, que juzgado y declarado inocente en varias ocasiones fue al final condenado a la horca. Era famoso por su vestimenta de petimetre, y por llevar en particular un ramillete de dieciséis cordones en la rodilla de los bombachos. —BOSWELL <<

[17] Véase un ingenioso ensayo sobre esta cuestión, obra del difunto doctor Moor, profesor de griego en Glasgow. —BOSWELL

Véase asimismo una nota erudita sobre este pasaje aristotélico, obra de Twining, en su admirable traducción de la *Poética*, en la que considera varias explicaciones de otros críticos y comenta de manera especial el ensayo del doctor Moor. —J. BOSWELL HIJO <<

[18] Aquí tenemos involuntario testimonio de la excelencia de este escritor admirable al cual hemos visto previamente que el doctor Johnson de manera directa concedía pocos méritos. —BOSWELL

Johnson parece haber estado especialmente complacido con el personaje de la heroína que da título a la novela. «La atención que prestaba a la veracidad —dice la señora Piozzi— no tenía parangón; cuando comenté que Clarissa era un personaje perfecto, me dijo: “Al contrario, bien puede observar que siempre hay algo que prefiere antes que la verdad. La Amelia de Fielding es la heroína más grata de todas las novelerías, aunque esa penosa nariz partida, al no sanarle jamás, arruinó seguramente la venta del único libro que, impreso por la mañana, antes del anochecer ya necesitaba de una nueva edición”». *Anécdotas*, pág. 221. —MALONE <<

[19] La del señor Romney, el pintor, que hoy goza de merecida y altísima reputación.
—BOSWELL

Cumberland le dedicó sus *Odas* al poco de regresar de terminar sus estudios en Roma. «Curiosa obra podría escribirse —dice Croker—, sobre el renombre de los pintores... Hayley dedicó su lira (tal cual era) a Romney. ¿Qué vale hoy un cuadro de Romney?». La rueda da una vuelta completa, y la nota de Croker resulta tan curiosa como la obra que sugiere. —HILL <<

[20] Se publicó en 1743. Lamento que no haya memoria del reverendo Robert Blair, autor de este poema. Era el representante de la linajuda familia de Blair, natural de Blair, Ayrshire, en Escocia, aunque la hacienda pasó a manos de una mujer, y de ahí al hijo de su esposo, habido en otro matrimonio. Fue predicador de la parroquia de Athelstaneford, donde le fue a suceder el señor John Home, de modo que puede en verdad considerarse territorio clásico de veras. Su hijo, llamado como él, y hombre eminente por su talento y su erudición, es ahora, mediante aprobación universal, fiscal general de Escocia. —BOSWELL <<

[21] Los señores Tyrwhitt, Warton y Malone. —BOSWELL

Johnson escribió el 16 de mayo que «Stevens parece tener relación con Tyrwhitt de cara a la publicación de los poemas de Chatterton; quiso saber con gran ansiedad el resultado de nuestras indagaciones, y aunque dice que siempre los había considerado falsos, no está ni mucho menos contento al vernos tan plenamente convencido» (*Cartas*, n.º 479). <<

[22] Tal vez sea oportuno señalar que el señor Malone, en su valiosísima edición de Shakespeare, ha reivindicado de pleno la opinión del doctor Johnson, eximiéndole de las infundadas censuras a que ha dado pie la primera de estas notas. Malone ha demostrado que la interpretación del otro pasaje, del que reconoce el propio doctor Johnson que pueda ser dudoso, es de todo punto errónea. —BOSWELL

La primera nota hace referencia a *Hamlet*, acto V, escena 2: «*And many such like as's of great charge*». Dice Johnson (1773): «Se propone un objetable juego de palabras entre *as*, la partícula condicional y comparativa, y *ass*, la bestia de carga [asno]». Sobre esta nota comentó Steevens: «Tiene Shakespeare tal cantidad de objeciones propias que hay quienes en puridad opinan que no se le debe acusar de otras que no se propuso hacer».

La segunda nota se refiere al inicio del monólogo de Hamlet, acto III, escena I: «Ser o no ser, ésa es la cuestión». Lo parafrasea Johnson de este modo: «Antes de poder formarme ningún plan de acción racional bajo la presión a que estoy sujeto, es necesario decidir si, una vez pase nuestro actual estado, hemos de ser o no hemos de ser».

De todas las traducciones consultadas, sólo dos mantienen el juego de palabras de la primera nota: Luis Astrana Marín (1932) opta por una concatenación «dado que... dado que...», y termina con «dados de alta puntuación»; Ángel Luis Pujante (1994) prefiere «puesto que... puesto que», y remata la serie con «puestos bien colmados».

<<

[23] Prueba del extraordinario poder que tenía el doctor Johnson en la composición es que, según se corrobora en el manuscrito original de esta disertación magnífica, de la cual dictó los primeros ocho párrafos el 10 de mayo y el resto el día 13, hay en total sólo siete correcciones, o más bien variantes, que no son de mucha consideración. Tales eran en tiempos las vigorosas a la par que precisas emanaciones de su intelecto.
—BOSWELL <<

[24] No deja de ser curioso que lord Thurlow, tal vez por deferencia al norte de Gran Bretaña, haya empleado aquí un vocablo propio de la ley escocesa, que para un lector inglés quizá requiera explicación: *cualificar* un daño consiste en señalarlo y establecerlo. —BOSWELL <<

[25] Ha corrido esta respuesta como si en efecto la hubiese dado Johnson; la verdad es que se trata de algo que sólo supuse yo. —BOSWELL

Jack Ketch, muerto en 1686, era el verdugo al servicio del rey Carlos II. Era o muy torpe o muy sádico al administrar la pena capital, de ahí que su nombre designe, en el acervo popular, bien la horca, bien la muerte misma. <<

[26] [\[Véase pág. 943 de este volumen\]](#). —BOSWELL <<

[27] Foote me dijo que Johnson había dicho de él que «en provocar la risa escandalosa y sonora, indomeñable, no conozco quién le pueda igualar». —BOSWELL <<

[28] Owen M'Swiney, que falleció en 1754 y legó sus bienes a la señora Woffington, la actriz. Fue director del Teatro de Drury Lane, y luego lo fue del Teatro de la Reina, en Haymarket. Fue también dramaturgo, y publicó una comedia titulada *El embaucador, o el amor es la medicina*, en 1705, así como dos óperas. —MALONE <<

[29] [\[Véase pág. 371\]](#). —BOSWELL <<

[30] Mi propio y muy complaciente y buen amigo, así como otras personas capaces de recordar las historias de antaño, sin lugar a dudas quedarán sorprendidos cuando observen que John Wilkes aquí se manifiesta claramente inscrito en la escuela warburtoniana. Es no obstante muy cierto, como bien se ve en el elegantísimo comentario y notas del doctor Hurd, Obispo de Worcester, a la *Epistola ad Pisones*. Para una justa consideración de esta cuestión, es necesario mantener a la vista y elucidar todo el pasaje en el que aparecen estas palabras:

*Si quid inexpertum scense committis et audes
Personam formare novam, servetur ad imum
Qualis ab incepto processerit, et sibi constet
Difficile est proprie communia dicere: tuque
Rectius Iliacum carmen deducis in actus,
Quam si proferres ignota indictaque primus.
Publica materies privati juris erit, si
Non circa vilem patulumque moraberis orbem,
Nec verbum verbo curabis reddere fidus
Interpres; nec desilies imitator in artum
Unde pedem proferre pudor vetat aut operis lex.
[«Si encomiendas a la escena algo original y te atreves
a crear un personaje nuevo, que se mantenga hasta el fin
igual que cuando hizo su entrada y sea consistente.
Difícil es decir con propiedad lo que es común; así
harás mejor si hilas tu drama a partir del cantar de Troya
que si ofreces en primicia temas ignotos e inauditos.
La pública materia de tu derecho privado será, si
no te quedas dando vueltas a un ciclo vil y trillado,
ni te preocupas por reproducir palabra por palabra,
cual fiel intérprete, ni te lanzas a un callejón de donde
el apocamiento impida salir o la ley de la obra».*

(Traducción de Horacio Silvestre)].

El «comentario» de esta manera lo ilustra: «Y es que la formación de personajes novedosos es una labor de gran dificultad y mucho riesgo, ya que no existe un arquetipo en general aceptado y fijo sobre el cual trabajar, pues cualquiera juzga de acuerdo con el derecho común, en función del extremo y la capacidad de comprensión de su propia idea; en consecuencia, aconseja trabajar y rehacer a los personajes y temas de antaño, sobre todo aquellos que son conocidos y tienen

autoridad gracias a la práctica de Homero y de los autores épicos».

En cuanto a la «nota»: «*Difficile EST PROPIE COMMUNIA DICERE*». El comentario de Lambin reza así: «*Communia hoc loco appellat Horatius argumenta fabularum a nullo adhuc tractata: et ita, quae cuivis exposita sunt et in medio quodammodo posita, quasi vacua et a nemine occupata*». Y ése es el verdadero sentido de *communia*, evidentemente fijado por las palabras *ignota indictaque*, que lo explican; de ese modo, el sentido que se da en el comentario es incuestionablemente el sentido recto. Con todo, y no obstante la claridad del caso, un crítico de época reciente propone este extraño pasaje: «*Difficile quidem esse proprie communia dicere, hoc est, materiam vulgarem, notam et e medio petitam, ita immutare atque exornare, ut nova et scriptori propria videatur, ultro concedimus; et maximi procul dubio ponderis ista est observatio. Sed omnibus utrinque collatis, et tum difficilis, tum venusti, tam iudicii quam ingenii ratione habita, major videtur esse gloria fabulam formare penitus novam, quam veterem, utcunque mutatam, de novo exhibere*». (Poet. Praei, v. II. pág. 164). Ahí, tras haber introducido primero una construcción errónea sobre la palabra *communia*, la emplea para introducir una crítica impertinente. ¿Dónde prefiere el poeta la gloria de rehacer los temas de antaño antes que la de inventar otros nuevos? Es lo contrario lo que se da a entender cuando insiste en la mayor dificultad de lo segundo, de la cual disuade a sus compatriotas, sólo con respecto a la capacidad de los mismos y a su inexperiencia en estas cuestiones, y con objeto de cultivar en ellos, que es la intención primordial de la *Epístola*, el espíritu de la corrección, remitiéndoles a los temas de antaño que trataron los autores griegos.

Por mi parte, y con la debida deferencia al doctor Hurd, quien cree que el caso está claro, considero que el pasaje que dice «*Difficile est proprie communia dicere*» es el meollo de la cuestión para todo crítico que se ocupe de Horacio.

La explicación que milord de Worcester trata con tanto desprecio es la misma que afronta una autoridad que hallo citada en el erudito Baxter, en su edición de Horacio: «*Difficile est proprie communia dicere, h. e. res vulgares disertis verbis enarrare, vel humile thema cum dignitate tractare. Difficile est communes res propriis explicare verbis. Vet. Schol*». Mucho me decepcionó hallar que ese gran crítico que es el doctor Bentley no aporta nota alguna sobre este difícilísimo pasaje, ya que de su vigoroso y esclarecido intelecto habría esperado yo recibir más satisfacción de la habida hasta la fecha.

Sanadon lo trata de este modo: «*Proprie communia dicere; c'est à dire, qui'il n'est pas aisé de former à ces personnages d'imagination, des caractères particuliers et cependant vraisemblables. Comme l'on a été le maître de les former tels qu'on a voulu, les fautes que l'on fait en cela sont moins pardonnables. C'est pourquoi Horace conseille de prendre toujours des sujets connus, tels que sont par exemple ceux que l'on peut tirer des poèmes d'Homere*».

Y Dacier observa al respecto que «*Après avoir marqué les deux qualités qu'il faut donner aux personnages qu'on invente, il conseille aux Poètes tragiques, de n'user pas trop facilement de cette liberté qu'ils ont d'en inventer, car il est très difficile de réussir dans ces nouveaux caractères. Il est mal aisé, dit Horace, de trait er proprement, c'est à dire convenablement, des sujets communs; c'est à dire, des sujets inventés, et qui n'ont aucun fondement ni dans l'Histoire ni dans la Fable; et il les appelle communs, parce qu'ils sont en disposition à tout le monde, et que tout le monde a le droit de les inventer, et qu'ils sont, comme on dit, au premier occupant*». Véanse sus observaciones en general sobre esta expression y la que sigue.

A fin de cuentas, no logro disipar del todo ciertas dudas en torno a que las palabras «*Difficile est proprie communia dicere*» tal vez no las haya introducido Horacio con el objeto de formar un artículo separado en una «elección de las dificultades» con que un poeta ha de encontrarse si elige un tema novedoso, en cuyo caso por fuerza ha de ser incierto cuáles de las diversas explicaciones es la acertada, y si todo lector tiene derecho de decidir tal como se le antoje. Y caso de que estas palabras sean interpretadas como en general lo son, relacionadas tanto con lo que antecede como con lo que sigue después, el sentido exacto no podrá elucidarse por completo; por ejemplo, si con *proprie* se pretende señalar «de manera apropiada», como lo entiende el doctor Johnson, o bien, como a menudo lo emplea Cicerón, «con propiedad, con elegancia». En resumidas cuentas, se trata de una extraordinaria muestra de un defecto en la perspicacia de un escritor admirable, que casi en cualquier especie de excelencia alcanza cotas de calidad inigualable. La longitud de esta nota tal vez requiera disculpa: muchos de mis lectores sin duda reconocerán que una discusión crítica en profundidad de un pasaje clásico que uno tiene entre sus preferidos resulta apasionante. —BOSWELL

El francés de Boswell, en esta farragosa nota, queda tal como él lo dio a la imprenta. —HILL <<

[31] No sería de recibo que abundara yo sobre este punzante comentario, en el que se condensa todo un cúmulo de significados. —BOSWELL <<

[32] Estas palabras debían de estar en la otra copia, pues no figuran en la que eligieron. —BOSWELL <<

[33] Se trata de un error, que no se descubrió tras erigir el monumento. Goldsmith había nacido el 29 de noviembre de 1728, por lo que murió a los cuarenta y seis años.

—MALONE <<

[34] Este prelado, con posterioridad trasladado a la sede de Limerick, falleció en Wimbledon el 7 de junio de 1806. El original del *Memorial en rueda* quedó en su poder; el papel que sir William Forbes facilitó a Boswell era una mera copia.

—MALONE <<

[35] Sin embargo, al ver el nombre del doctor Warton en la sugerencia de que el epitafio debiera escribirse en inglés, Johnson comentó a sir Joshua: «Me pregunto cómo es posible que Joe Warton, todo un erudito, sea tan tarugo». También dijo: «Siempre habría supuesto que Mund Burke tenía un poco más de seso». Langton, uno de los presentes en casa de sir Joshua, se negó resueltamente a firmar el *Memorial en rueda*. El epitafio se encuentra grabado sobre el monumento a Goldsmith sin ninguna alteración. En otra ocasión, cuando alguien se empeñó en defender que debería estar en inglés, Johnson dijo: «La lengua del país del que fue nativo un erudito no es la lengua idónea para este epitafio, que debe estar escrito en una lengua antigua y perenne. Considere, señor, cómo iba usted a sentirse si viese en Rotterdam un epitafio de Erasmo en holandés». Por mi parte, creo que lo mejor sería escribir los epitafios en una lengua culta y en la lengua del país, de modo que fuesen universalmente entendidos, al tiempo que se garantizase la estabilidad clásica que requieren. No puedo, por el contrario, ser sino de la opinión de que no es suficientemente fino. Aplicar a Goldsmith por igual los epítetos «*Poetæ, Historici, Physici*» es cuando menos desacierto, pues en cuanto a su afirmación de que era merecedor del último, al propio Johnson le oí decir que «Goldsmith nos daría un libro espléndido sobre ese asunto, aunque si atina a distinguir entre un caballo y una vaca, creo que a mucho más no llega su conocimiento de la Historia natural». Su libro es sin duda un trabajo excelente, aunque en algunos casos parece haberse fiado de Buffon en demasía, el cual, con todo su ingenio teórico y su extraordinaria elocuencia, sospecho que disponía de escasa información auténtica sobre la ciencia acerca de la cual escribió de manera tan admirable. Por ejemplo, nos dice que la vaca renueva sus cuernos cada dos años, craso error que Goldsmith transfiere fielmente a su libro. Es una maravilla que Buffon, que tanto tiempo vivió en el campo, en su noble mansión solariega, haya incurrido en una pifia semejante. Supongo que confunde la vaca con el ciervo.

—BOSWELL <<

[36] Tras cuadrar nuestra cuenta de gastos sobre el viaje a las Hébridas, el balance me resultó favorable, y el doctor Johnson quiso saldar la deuda pendiente enviándome libros. —BOSWELL <<

[37] Barette me dijo que Johnson se había quejado de que yo le escribiera cartas demasiado largas cuando me encontraba de viaje por el continente europeo, lo cual era cierto fuera de toda duda, pero parece que mi amigo no lo recordaba. —BOSWELL

<<

[38] Hijo de un viejo amigo de Johnson, William Drummond (véanse págs. 492 y ss.). Era un joven tan distinguido que fue nominado para ocupar una de las cátedras de Medicina en la Universidad de Edimburgo sin haberlo solicitado, cuando se encontraba en Nápoles. Como tenía otros planes, no aceptó el honor, y murió poco después. —BOSWELL <<

[39] Noble florentino al que menciona Johnson en sus «Notas de un viaje por Francia». Tuve el placer de tratarle en Londres durante la primavera de este mismo año. —BOSWELL <<

[40] *Plegarias y meditaciones*, pág. 151. —BOSWELL <<

[41] Samuel Patterson, antiguo librero, posteriormente subastador, conocido por su destreza en la confección de catálogos de libros. Murió en Londres el 29 de octubre de 1802. —MALONE <<

[42] No alcanzo a entender por qué Su Señoría emplea el epíteto «grato» cuando habla de una pieza de raciocinio sumamente grave. No obstante, cada cual tiene su propio concepto de lo que es grato. Una noche, casualmente, estuve sentado en la Ópera de Londres junto a un caballero que en el momento en que compareció Medea presa de la mayor de las agonías ante la idea de matar a sus propios hijos, se volvió hacia mí muy sonriente y me dijo: «No me diga que no es gracioso». —BOSWELL <<

[43] El doctor Johnson me dijo más adelante que a su juicio cualquier clérigo tenía ese derecho. —BOSWELL <<

[44] Su criada. —MALONE <<

[45] Por esta y otras cartas del doctor Johnson al señor Levett, estoy en deuda con un antiguo conocido mío, el señor Nathaniel Thomas, cuya valía e ingenio desde hace tiempo son conocidos en un círculo respetable, aunque no muy extendido. Su colección de medallas sería de gran credibilidad para personas de opulencia mucho mayor. —BOSWELL

Nathaniel Thomas, director durante muchos años del *St. James's Chronicle*, falleció el 1 de marzo de 1795. —MALONE <<

[46] *Plegarias y meditaciones*, pág. 155. —BOSWELL <<

[47] *Ibid.*, pág. 158. —BOSWELL <<

[48] Para un retrato de este hombre tan acogedor, véase el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 17 de agosto. —BOSWELL <<

[49] Debido a la velocidad del correo de entonces, mi larga carta del día 14 aún no le había llegado. —BOSWELL <<

[50] *Historia de Felipe II.* —BOSWELL <<

[51] Johnson es la formación patronímica más común en inglés a partir del nombre de John, mientras que en escocés lo es Johnston. Mi ilustre amigo observó que muchos británicos del norte pronunciaban su apellido a la manera de su tierra. —BOSWELL <<

[52] Debido a sus diferencias en materia de religión y de política. —BOSWELL <<

[53] Ninguna de las personas citadas completó la obra que tenían en mente. El valioso libro de Walton ha tenido una acertada reedición en cuarto y en octavo, con notas e ilustraciones del reverendo señor Zouch. —MALONE <<

[54] *Plegarias y meditaciones*, pág. 155. —BOSWELL <<

[55] El comedimiento de Johnson al exigir una cantidad tan reducida es extraordinario. De haber exigido un millar, o incluso mil quinientas guineas, los libreros, que bien conocían el valor de cambio que tenía su nombre, sin duda se lo hubieran concedido de buen grado. Es probable que ganaran cinco mil guineas con la comercialización de esta obra en el transcurso de veinticinco años. —MALONE <<

[56] Joseph Cooper Walker, del Tesoro, en Dublín, quien tuvo la amabilidad de comunicarme esto, además de facilitarme una carta anterior del doctor Johnson al mismo caballero^[véase pág 294], me ha escrito como sigue: «Tal vez le agrade recibir una descripción del señor O'Connor. Es un venerable, anciano, culto y acogedor caballero, de medios independientes, que reside en Belanagar, en el condado de Roscommon; es un escritor que goza de admiración y es miembro de la Academia Irlandesa. La carta adjunta es la que se alude en el prefacio a la segunda edición de su disertación, pág. 3». O'Connor falleció a los ochenta y dos años de edad. Véase un buen retrato suyo en la *Gentleman's Magazine* de agosto de 1791. —BOSWELL <<

[57] Esto es, la *Vida de Richard Savage*, del doctor Johnson. —BOSWELL <<

[58] Véanse págs. 965-966. —BOSWELL <<

[59] El doctor Johnson no fue el editor, o director, de esta colección de los poetas ingleses; meramente proporcionó los prefacios biográficos con los que se enriquece la obra, como bien se afirma en una página posterior.

Sin duda, debido a virtuosos motivos, recomendó la inclusión de las obras de cuatro o cinco poetas (a los que ha llamado por su nombre), pero no es de ninguna manera responsable de ninguno de los que en ella figuran, ni de los que fuesen omitidos de la misma. Los poemas de Goldsmith (cuya vida sé que se propuso escribir, no en vano recopilé algunos materiales de la misma por expreso deseo suyo) fueron omitidos a consecuencia de un mezquino y exclusivo interés en algunos por parte del señor Carnan, un librero. —MALONE <<

[60] El doctor Johnson había hablado por su cuenta de que visitáramos juntos la ciudad de Carlisle. *Encumbrado* era una de sus palabras preferidas para designar a una persona de alto rango. «Señor —me dijo—, creo que podemos encontrarnos en casa de una dama de Cumberland, católica romana ella, que es una dama muy encumbrada». Con posterioridad supe que se refería a la señora Strickland, hermana del señor Charles Townley, cuya muy noble colección de estatuas y cuadros ya no se puede admirar, tal como también nos falta su extraordinaria y muy cortés presteza en mostrarla, las cuales tuve, junto con varios amigos, grata ocasión de apreciar. Quienes están en posesión de valiosos medios de gratificar a las personas de buen gusto y educación deberían ponerlos en práctica impartiendo ese placer a los demás. Hago constar aquí mi agradecimiento al señor Welbore Ellis Agar, por la liberalidad con que le complace mostrar su exquisita colección de pintura. —BOSWELL <<

[61] Como tan gran honor les ha hecho el doctor Samuel Johnson, aquí las inserto:

«Al señor Samuel Johnson

»Domingo, 30 de septiembre de 1764

»Mi siempre estimado y muy respetado señor,

»bien conoce usted el solemne entusiasmo de mi ánimo. Por él me tiene usted afecto y por él me respeto yo, pues en eso me parezco al señor Johnson. Se sorprenderá de un modo agradable cuando conozca la razón por la cual le escribo la presente. Me encuentro en Wittemberg, Sajonia. Exactamente, en la vieja iglesia en la que por vez primera se predicó la Reforma, y donde yacen enterrados algunos de los más preclaros reformistas. No me resisto al grave placer de escribir al señor Johnson desde la tumba de Melancthon. Apoyo en estos momentos este papel sobre la lápida de tan gran y buen hombre, que fue sin duda el más valioso de todos los reformistas. Quiso que se reformasen los abusos que habían proliferado en la Iglesia, pero sin buscar jamás la satisfacción de un resentimiento particular. Tan manso era de carácter que, cuando su anciana madre le consultó angustiada sobre las desconcertantes disputas que se dirimían en su época, le aconsejó que “fuera fiel a la religión de antaño”. Sobre esta tumba, ¡mi siempre estimado y respetado amigo!, le juro afecto eterno. Será mi ocupación constante hacer cuanto esté en mi mano para que su vida discurra en felicidad; si falleciera usted antes que yo, me desviviría por honrar con denuedo su memoria; elevado siempre por su noble recuerdo de usted, persistiré en la nobleza de la piedad. Ruego a Dios, progenitor de todos los seres, que le dé su bendición; así quiera usted mantener intacto su afecto por su más afectuoso amigo y devoto servidor,

»JAMES BOSWELL»

«Al doctor Samuel Johnson

»Wilton House, 22 de abril de 1775

»Mi querido señor,

»cada escena de mi vida confirma la verdad de lo que usted me ha dicho: no existe la certeza de la felicidad en este estado del ser. Aquí me encuentro, en medio de todo cuanto usted conoce, en la residencia de lord Pembroke, y estoy sin embargo hastiado y entristecido. Parto enseguida a casa de un viejo amigo en el condado de Devon, y no regresaré a Londres hasta dentro de una semana. Me dijo usted el pasado Viernes Santo, con una cordialidad que me llenó de calor el corazón, que si me afincase en Londres tendríamos que fijar un día a la semana para encontrarnos y charlar libremente. Pensar que me considera usted digno de tal privilegio no puede menos que exaltar mi ánimo. Durante esta presente separación de usted, no obstante la alegría natural que reconoce usted en mi poder, si bien me ensombrecen el ánimo nubes pasajeras, le ruego no deje de enviarme unas líneas, sólo unas cuantas líneas, con su bondad, un viático hasta que vuelva a verle. En su *Vanidad de los deseos del hombre* y en el *Contento* de Parnell halló el único medio seguro para disfrutar de la felicidad o, cuando menos, de la esperanza de la felicidad. Soy, siempre con reverencia y afecto, su fidelísimo amigo,

»JAMES BOSWELL» <<

[62] El señor William Seward, miembro de la Royal Society, editor de las *Anécdotas* de algunas distinguidas personalidades, etcétera, en cuatro volúmenes en octavo, conocido de numerosas y valiosas personas por sus saberes de literatura, su amor por las bellas artes y sus virtudes en sociedad. Estoy en deuda con él por varias comunicaciones relativas a Johnson. —BOSWELL <<

[63] La carta precedente. —BOSWELL <<

[64] Este justísimo comentario espero sea tenido en consideración de continuo por aquellos padres que tienden en general a regalarse con facilidad en el cariño excesivo por sus hijos a expensas de sus amigos. La habitual costumbre de presentarlos tras el almuerzo es sumamente desaconsejable, por insensata. Bastante agradable es que comparezcan a cualquier otra hora; ahora bien, no se les debe consentir que envenenen los momentos de festejo atrayendo la atención de los presentes, y obligándoles a decir lo que de ninguna manera piensan, sólo por elemental cortesía.

—BOSWELL <<

[65] Por un error inconcebible, en las tres primeras ediciones de la Vida hallamos en este verso una lectura que bajo ningún concepto hubiera suscrito el doctor Johnson, toda vez que dice: «*To virtue, fortune, wine, and woman's breast*», poniendo *wine* [‘vino’] donde debiera decir *time* [‘tiempo’]. El error probablemente tuvo su origen en una transcripción errónea de la carta de puño y letra de Johnson, pues su caligrafía era tremendamente difícil de descifrar. El otro desvío que aparece al comienzo del verso (*virtue* [‘virtud’] en vez de *nature* [‘naturaleza’]) hay que atribuirlo a un engaño del que le hizo víctima su memoria, por lo cual no requiere enmienda.

El verso citado es el último de un soneto de Sydney cuya versión más antigua, creo yo, es la que se encuentra en la traducción de Ariosto que hizo Harrington (1591), en las notas al libro undécimo. «Por consiguiente —dice—, los excelentes versos de sir Philip Sydney en su primera *Arcadia* (que desconozco por qué desliz quedó fuera del volumen impreso en cuarto, en 1590) son a mi juicio dignos de elogio y consejo que vale la pena seguir al pie de la letra para tomar por esposa a una mujer buena y virtuosa»:

Quien desee que casta su esposa sea,
antes será fiel, pues fiel a fiel apela;
luego, será tal que de él sea digna ella;
siempre entero, la honrará si persevera.
Ningún devaneo, ni rigor sin causa;
ni pensamiento inquieto, ni razón negada;
ni secreteos ni espías, ni ciego a las fallas;
nada de mano dura, nada de rienda larga.
Lejos de toda falta, de toda experiencia vana,
ha de aplicarse uno, y el otro subyugarla:
permitir buenas compañías, alejar las malas
y huir de las malas lenguas, que en el vicio se solazan.
Hecho esto, nada más hagas, y deja el resto
a la *naturaleza*, la fortuna, el *vino* y de la mujer la falda.

Aprovecho esta ocasión para añadir que en el *Parnaso de Inglaterra*, colección de poemas publicada en 1600, el segundo dístico aparece corrompido de modo que pone *words* [‘palabras’] donde dice *worth* [‘digna’], variación que me parece importante señalar y que no quiero pasar por alto, porque las lecturas del libro se han hecho no pocas veces en un tono triunfal, cuando por pura casualidad coinciden con las sofisticaciones de la segunda edición en folio de las obras de Shakespeare de 1632, como si añadieran no sé bien qué grado de autoridad y de autenticidad a esta última,

esto es, como si las corrupciones de un libro (y son abundantes, sumadas a las más groseras falsificaciones de los autores de cuyas obras se toman los extractos) pudieran darse alguna suerte de respaldo entre sí, con lo que en cada página aparecen más adulteraciones e infidelidades. Véase el *Shakespeare* de Steevens, vol. xx, pág. 97, 5ª ed., 1803. —MALONE <<

[66] Parece ser que Johnson, a sus sesenta y ocho años, estaba seriamente a favor de llevar a cabo nuestro proyecto de viajar por el Báltico, que había comentado yo por encima cuando estábamos en la Isla de Skye; de hecho, así escribe a la señora Thrale (*Cartas*, vol, I, pág. 366 [n.º 545]):

«Ashbourne, 13 de septiembre de 1777

»Boswell, tengo entendido, está a punto de llegar. Habla de llegar hoy mismo; me alegraré de verle, aunque se escabulle de la idea de realizar una expedición por el Báltico, lo cual, creo yo, constituye el mejor plan que tenemos ambos a nuestro alcance. Desconozco cuál pueda ser la alternativa que se nos ocurra a los dos. Él desea ver el País de Gales, y, con la salvedad de los bosques de Bachycraigh, ¿qué hay que ver en Gales, qué se nos ha perdido allí que pueda colmar el hambre de la ignorancia o saciar la sed de la curiosidad? Tal vez atinemos a forjar algún plan del tipo que sea, aunque, según el dicho de Hockley in the Hole, es una lástima que no tenga un mejor fondillo».

Un ánimo tan ardiente, y semejante vigor de hombre emprendedor, es admirable a cualquier edad, pero lo será tanto más si se piensa en la época de su vida a la que Johnson ya había llegado. Ahora lamento que no insistiera yo en llevar a buen puerto nuestro plan. Además de los demás objetos de curiosidad y observación, haber visto a mi ilustre amigo en una recepción, tal como muy probablemente habría sido el caso, por parte de un príncipe tan distinguido por su talento y sus logros como era el difunto Rey de Suecia, y por parte de la Emperatriz de Rusia, cuya capacidad, información y magnanimidad extraordinarias con justicia asombran al mundo, me habría supuesto un asunto de contemplación y un motivo de crónica tanto más noble. Es posible que esta reflexión resulte visionaria en exceso entre los más sedados de mis lectores, o entre los que tienen más sangre fría, a pesar de lo cual reconozco, pues no veo por qué habría de ocultarlo, que con frecuencia me doy a considerarla con sincera e implacable tristeza. —BOSWELL

En el n.º 436 del *Spectator*, se describe «Hockley in the Hole» como «un lugar de no poco renombre para la galantería de los británicos de las órdenes inferiores». Fielding lo menciona en *Jonathan Wild*, libro I, cap. 2. En la *Ópera del mendigo*, acto I, la señora Peachum dice a Filch: «Tendrías que orearte por Hockley in the Hole y visitar Marylebone, chiquillo, a ver si aprendes qué es el valor. Esas son las escuelas en las que lo han mamado tantos hombres hoy valientes». Hockley in the Hole estaba en Clerkenwell. Que a Johnson no le faltaba valor lo demuestra dos años antes, cuando escribió a la señora Thrale a propósito de una cuantiosa suma, 14 000 libras esterlinas, que los Thrale acababan de percibir, diciéndole: «Si tuviera dinero suficiente, ¿qué haría? Pues quizá, si usted y el señor no me tuvieran tan sujeto, iría a El Cairo, y por el Mar Rojo me llegaría al Golfo de Bengala, y me daría un viajecito por la India. ¿No sería mejor que construir y plantar? Sin duda que sería más variado de ver, y daría por tanto mayor amplitud al intelecto. Con la mitad de catorce mil emprendería yo viaje dispuesto a ver otras formas de existencia, y con eso mismo me bastaría para volver y contarlo». *Cartas*, n.º 417. El calificativo de difunto se añadió al «Rey de Suecia» en la segunda edición, pues Gustavo III fue asesinado en marzo de 1792. —HILL <<

[67] Así fue. La carta me fue reexpedida a mi domicilio de Edimburgo. —BOSWELL <<

[68] Como de forma inesperada, gracias al favor del señor Stone, de London Field, Hackney, he tenido a la vista el original de puño y letra de Johnson de la «Solicitud de la ciudad de Londres a Su Majestad en favor del doctor Dodd», aquí la presento a mis lectores incluyendo los pasajes omitidos, que pongo entre corchetes, y los añadidos o enmiendas en cursiva.

«Que William Dodd, doctor en Leyes, ahora encerrado y condenado a pena de muerte en la cárcel de Newgate, de Su Majestad, por el delito de falsificación, ha sentado durante la mayor parte de su vida un ejemplo provechoso y loable de diligencia en el cumplimiento de su vocación, [y como tenemos razones para pensar que ha ejercido su ministerio con gran fidelidad y eficacia,] que en muchos ejemplos ha producido el efecto más feliz que se pudiera esperar.

»Que ha sido quien primero ha instituido, [o] y quien con toda seriedad ha promovido honestamente varios modos de caridad de beneficio, y [que] por tanto [puede y] debe considerársele benefactor en infinidad de ocasiones del público en general.

»[Que cuando se tiene en consideración su vida pretérita, están deseosos de suponer que su delito no ha tenido la consecuencia que tiene la depravación al uso, sino que fue mera sugestión de una tentación súbita y violenta].

»[Que] los solicitantes por tanto consideran este caso, y algunas de sus circunstancias, como algo carente de precedentes, sumamente peculiar, y animados por la conocida clemencia de Su Majestad con la máxima humildad recomiendan que el mencionado William Dodd sea tenido en la más graciosa consideración de Su Majestad, con la esperanza de que se le tenga a la postre no del todo [inadecuado e] indigno de ser ejemplo de la preclara misericordia real». —BOSWELL <<

[69] Se refiere a su alocución ante el tribunal del Old Bailey, cuando fue declarado culpable. —BOSWELL <<

[70] Véase la última opinión del doctor Johnson en lo tocante al doctor Dodd, en este mismo volumen, el 18 de abril de 1783. —MALONE <<

[71] El doctor Gisborne, médico de Su Majestad, ha tenido la bondad de comunicarme una relación más completa de este asunto que la que llegó en su día al doctor Johnson. El caballero afectado era el difunto John Gilbert Cooper, autor de una *Vida de Sócrates* y de algunos poemas recogidos en la antología de Dodsley. El señor Fitzherbert lo encontró una mañana al parecer en tal estado de violenta agitación, debido a la indisposición de su hijo, que parecía inasequible a todo consuelo. A la postre, sin embargo, exclamó: «Escribiré una elegía». Como el señor Fitzherbert se dio por satisfecho con esto de la sinceridad de sus emociones, añadió con astucia: «¿Y no sería preferible que tomara un coche correo y fuese a visitarlo?». Fue la astucia de la insinuación lo que dio amplia circulación a la historia. —BOSWELL

Escribe Malone que «Gilbert Cooper fue el último de los benevolistas, o sentimentalistas, que estuvieron muy en boga entre 1750 y 1760, y que con gran ternura de palabras se ocuparon de la general admiración que había de suscitar la virtud. Sus espléndidos sentimientos se evaporaban en el momento de expresarlos, pues no tenían ninguna relación con su práctica cotidiana» (*Malone*, de Prior, pág. 427). —HILL <<

[72] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 22 de septiembre. —BOSWELL <<

[73] El doctor Taylor estuvo absolutamente dispuesto a reconocerlo, porque el partido con el que tenía afinidad no se hallaba en el poder. Algo de verdad hubo en ello, debido a la pertinacia del clamor de los facciosos. Si hubiera seguido vivo a día de hoy, le habría resultado imposible negar que Su Majestad cuenta con el más caluroso afecto de su pueblo. —BOSWELL <<

[74] Thomas Coxeter (1689-1747) reunió materiales para la biografía de los poetas; poseía una curiosa colección de dramas antiguos; señaló a Theobald muchos de los libros de referencia con que éste ilustró su edición de Shakespeare. Johnson ayudó financieramente a su hija cuando quedó huérfana. —HILL <<

[75] Como cabe la posibilidad de que a algunos de mis lectores les gratifique la lectura del preciso progreso de esta pequeña composición, lo inserto a partir de mis notas. Cuando el doctor Johnson y yo estábamos sentados *tête-a-tête* en la Taberna de la Mitra, el 9 de mayo de 1778, dijo de pronto: «Habría sido mejor “¿Dónde la dicha?”, se lo aseguro». Añadió entonces una estrofa ridícula, pero no la quiso repetir, no fuera que pudiera yo registrarla por escrito. Era más o menos como sigue; del último verso estoy seguro:

Mientras yo así	como un recluso
	certeza
El hirsuto sabio	repuso
Ven, mozo, y tómate una cerveza.	

En la primavera de 1779, hallándose de mejor humor, remató la segunda estrofa tal como queda en el texto. Solamente hubo una variación, introducida después de que le sugiriese yo cambiar «hirsuto», en el tercer verso, por «sonriente», tanto por evitar la igualdad con el epíteto del primer verso como para describir al eremita de manera más grata. Entonces sí mostró su complacencia de que yo lo conservara. —BOSWELL

<<

[76] Cuando mencioné el comentario del doctor Johnson a una dama de admirable sensatez y gran presteza de entendimiento, hizo esta observación: «Es muy cierto, todo esto no excluye sino un único mal, pero ¿qué parte de bien es la que admite?». A esta observación se han rendido con justicia no pocos elogios. Permítaseme, pues, el honor de nombrar ahora a la dama que la hizo, y que no es otra que la difunta Margaret Montgomerie, mi valiosísima esposa y afectuosísima madre de mis hijos, que, si heredan sus buenas cualidades, no tendrán razón para quejarse de su suerte. *Dos magna parentum virtus.* —BOSWELL

El final de la nota aparece por primera vez en la segunda edición. La cita es de Horacio, *Odas*, III, 24: «Por dote más preciada las virtudes | de antepasados tienen, | del padre la virtud, y de la madre la fama». —HILL <<

[77] Me congratulo ahora al saber que John Home, quien galantemente estuvo en el campo de batalla por la familia hoy en el trono, y participó en esa sin duda interesantísima guerra, ha tenido la generosidad suficiente de hacer justicia al bando contrario, y prepara para la prensa una relación de lo acaecido. —BOSWELL <<

[78] Era por entonces médico practicante en Derby. Después se mudó a Londres, donde falleció en 1805. Es autor de varios tratados de medicina. —MALONE <<

[79] Véase la *Historia de Derby*, de Hutton, un libro que goza de merecido prestigio por la información que contiene, la exactitud de la misma y la bondad de su narración. Ciertamente, la época en que vivimos se distingue con eminencia por su excelencia en la topografía. —BOSWELL

Según Hutton, a comienzos del siglo XVIII los italianos tenían en exclusiva «el arte de las hilanderías de la seda». Lombe viajó a Italia, y mediante sobornos logró entrar en una de las mejores sederías. Cuando dominó el secreto, regresó a Inglaterra con dos de los obreros. En torno a 1717 fundó una gran hilandería en Derby. Murió joven, envenenado, se dice, por una italiana que fue enviada a Derby para acabar con él y con sus malas artes. En esa hilandería, de niño, Hutton había soportado «intolerables severidades». —HILL <<

[80] Young. —BOSWELL. *Universal Passion*, sátira VI, 205. <<

[81] Este régimen, sin embargo, lo practicaba el obispo Ken, del cual Hawkins (no sir John), en su vida de tan venerable prelado, nos dice: «y para que ni el estudio fuera el agresor de sus horas de instrucción, ni lo que entendía por su deber le impidiera la mejora, y para que ni lo uno ni lo otro le estorbaran a la hora de tratar en la intimidad con su Dios, se acostumbró estrictamente a dormir de una sola vez, lo cual le obligaba a levantarse a la una o a las dos de la mañana no pocas veces, e incluso antes; tan habitual se hizo esta práctica que la mantuvo hasta la última enfermedad que sufrió. Y tan vivaz y tan animado era su temperamento que sabía ser entretenido y belicoso con sus amistades en cada velada, aun cuando era de ver que sólo con grandes dificultades lograba permanecer con los ojos abiertos, y se retiraba a descansar sin otro propósito que el de recuperar el vigor y la alegría para entonar sus himnos matinales, que por entonces cantaba a la vez que tañía su laúd antes de ponerse la vestimenta diurna». —BOSWELL <<

[82] Cuando el doctor Blair publicó sus *Charlas*, fue objeto de envidiosos ataques por haber omitido su censura del estilo de Johnson, al cual, por el contrario, ensalzó mucho. Pero ya antes se habían publicado las *Vidas de los poetas*, en las que Johnson hace gala de un estilo considerablemente más fácil del que mostró en el *Rambler*. Por consiguiente, habría sido deshonesto por parte de Blair conservar sus críticas, aun suponiendo que fueran justas. —BOSWELL <<

[83] «Nos adentrábamos por esa ilustre isla, que fue otrora luminaria de las regiones de Caledonia, donde los clanes aselvajados y los bárbaros itinerantes campaban a sus anchas y se beneficiaban del saber allí atesorado, así como de las bendiciones de la religión. Abstraer el ánimo de todas las emociones locales habría sido tarea imposible, caso de que se emprendiera, y habría sido dislate caso de ser posible. Todo lo que nos aleje del poder de nuestros sentidos, todo lo que haga que el pasado, la distancia o el futuro se enseñoreen del presente, nos lleva a avanzar en la dignidad del ser pensante. Lejos de mí, y de mis amigos, quede tan frígida filosofía que aspire a llevarnos, indiferentes, incommovibles, sobre cualquier terreno que haya dignificado la sabiduría, la valentía o la virtud. Poco ha de envidiarse al hombre cuyo patriotismo no adquiriera fuerza renovada en la llanura de Maratón, o cuya piedad no se refuerce entre las ruinas de Iona».

Si nuestra gira sólo hubiera dado por resultado este pasaje sublime, el mundo tendría que reconocer que no se emprendió en vano. Sir Joseph Banks, en la actualidad respetable presidente de la Royal Society, me dijo que se había quedado tan pasmado al leerlo que unió ambas manos y guardó durante un buen rato esa actitud de callada admiración. —BOSWELL <<

[84] A esta censura, que se ha vertido con total falta de cuidado, con total descuido me sumé yo. Pero por hacer justicia al doctor Kippis, quien con ese viril, claro y sincero buen temple que define su carácter supo enderezarme, ahora con placer me retracto de lo dicho. Y deseo que se observe muy en particular, tal como él me señaló, que «las nuevas vidas de los teólogos de la disensión, en los primeros cuatro volúmenes de la segunda edición de la *Biographia Britannica*, son las de John Abernethy; Thomas Amory; George Benson; Hugh Broughton, erudito puritano; Simon Browne; Joseph Boyse de Dublín; Thomas Cartwright, erudito puritano, y Samuel Chandler. La única duda que alguna vez di en sugerir es si convenía que hubiera un artículo del doctor Amory. Pero estaba convencido, y sigo estándolo, de que tenía pleno derecho a una entrada, debido a la realidad de su sabiduría y a la excelencia y sinceridad de sus escritos prácticos.

»Las nuevas *Vidas de los clérigos de la Iglesia anglicana*, en esos mismos cuatro volúmenes, son las que siguen: John Balguy; Edward Bentham; George Berkley, Obispo de Cloyne; William Berriman; Thomas Birch; William Borlase; Thomas Bott; James Bradley; Thomas Broughton; John Brown; John Burton; Joseph Butler, Obispo de Durham; Thomas Carte; Edmund Castell; Edmund Chishull; Charles Churchill; William Clarke; Robert Clayton, Obispo de Clogher; John Conybeare, Obispo de Bristol; George Costard y Samuel Croxall. “Que yo sepa —dice el doctor Kippis—, ninguna parcialidad hubo en la realización de la obra. De buen grado no habría yo incluido a ningún ministro de la disensión que no mereciera con toda justicia la debida mención, tal como tampoco habría omitido a ningún clérigo de la Iglesia establecida que no lo mereciera. Al mismo tiempo, nada me disuadirá de introducir a los ministros de la disensión en la *Biographia*, siempre y cuando esté convencido de que tienen pleno derecho a tal distinción en razón de sus escritos, sabiduría y merecimiento”».

Permítaseme añadir que la expresión «amigo de la constitución en la Iglesia y en el Estado» no la empleé, al igual que ninguna otra reflexión sobre este reverendo caballero, cual si fuera enemigo o detractor de la constitución política de esta nación, como se estableció en la revolución, sino que, debido a mi firme y juramentada predilección por cualquier *tory*, era cita del *Diccionario* de Johnson, donde se define así dicha distinción. —BOSWELL

En su *Diccionario*, la voz *tory* se define así: ‘Quien respalda la antigua constitución del Estado y a la jerarquía apostólica de la Iglesia anglicana’. <<

[85] *Observaciones sobre la locura*, de Thomas Arnold, doctor en Medicina. Londres, 1782. —BOSWELL <<

[86] Leemos en los Evangelios que los pobres desgraciados que estaban poseídos por espíritus malignos (cosa que, a fin de cuentas, creo que es la causa más probable de la locura, como ya me hizo ver mi respetado amigo, sir John Pringle) habían recurrido al dolor, lacerándose e incluso lanzándose a veces a las llamas, a veces al agua. El señor Seward me ha proporcionado una anécdota muy digna de nota, que viene a confirmar la observación de Johnson. Un comerciante que en Londres había amasado una gran fortuna se retiró del negocio y marchó a vivir en Worcester. Como no tuviera su entendimiento la ocupación habitual, ni nada que ocupara su lugar, éste se volvió contra sí mismo, de modo que la mera existencia se le tornó tormento. A la postre tuvo piedras en el riñón; un amigo que lo halló presa de uno de sus más severos ataques, como expresó su preocupación, se encontró con esta respuesta: «No, no se apiade de mí, se lo ruego: lo que ahora siento es llevadero en comparación con esa tortura del ánimo que jamás afloja». —BOSWELL <<

[87] En la actualidad, quince años después de que tuviera lugar esta conversación, las observaciones que he tenido sobrada oportunidad de hacer en Westminster Hall me tienen persuadido de que, por cierta que pudiera ser hace años la opinión del amigo del doctor Johnson, por patente su conocimiento de la legalidad en aquel entonces, la misma certeza del éxito no puede ahora augurarse a un mismo y meritorio desempeño. Las razones del rápido ascenso de unos y de la desilusión de otros, no obstante, son tales que podría parecer envidia reseñarlas, y además exigirían una serie de pormenores cuya extensión no sería la propia de esta obra. —BOSWELL <<

[88] *Eclesiástico o Sirácida*, cap. XXXVIII, v. 25. Se puede leer todo el capítulo como una ilustración admirable de la superioridad de los intelectos cultos sobre los groseros y analfabetos. —BOSWELL <<

[89] Segunda edición, pág. 53. —BOSWELL <<

[90] Página 89. —BOSWELL <<

[91] Véase Plott, *Historia del condado de Stafford*, pág. 88, y las autoridades que cita.

—BOSWELL <<

[92] Lo cual habría sido innecesario, pues ya lo hizo a comienzos de siglo Jacob Tonson. —MALONE <<

[93] Tengo entendido que Horace, Conde de Orford, ha recopilado una colección de *bon-mots*, o dichos de personas que jamás dijeron sino uno. —BOSWELL <<

[94] Me informa el señor Langton de que hace muchísimos años estuvo presente cuando se debatió la cuestión entre Johnson y Burke; ambos, al decir de Johnson, «se emplearon al máximo», Johnson a favor de Homero, Burke de Virgilio. Bien cabe suponer que hubo de ser una de las polémicas más sesudas y brillantes que jamás se hayan cruzado. Cuánto hemos de lamentar, pues, que no se conservase nada.
—BOSWELL

En la *Vida de Dryden* (págs. 303 y 304), tras decir que éste «emprendió quizá el trabajo más arduo en su especie, una traducción de Virgilio», prosigue diciendo: «En la comparación de Homero y Virgilio, la excelencia en la discriminación de Homero es elevación y es comprensión del pensamiento, mientras que la de Virgilio es elegancia y esplendor de la dicción. Las bellezas de Homero es por tanto difícil que se pierdan, mientras que las de Virgilio es difícil que se conserven». —HILL <<

[95] En la *Zopenquíada* (IV, 342), Pope dice «estirado en el potro de un sillón demasiado cómodo». Pero recuerdo en cambio un dístico muy cercano a la cuestión que tocó en «Virtud, una epístola ética», bello e instructivo poema de autor anónimo, que data de 1758; refiriéndose al trato del placer en exceso, dice:

hasta que languidez, en el potro de la dicha,
confiese que el hombre para esto no se hizo. —BOSWELL

Boswell cita el mismo dístico en sus ensayos del *Hypochondriack*, IV. <<

[96] [\[Véase pág 1017\]](#) de este volumen. —BOSWELL <<

[97] Gray, *Elegía*, 68. —BOSWELL <<

[98] Acababa de nacer una hija suya. —BOSWELL <<

[99] La señora Aston. —BOSWELL <<

[100] Véase *Juicios de Estado*, vol. XI, pág. 339, y la argumentación de Hargrave.

—BOSWELL <<

[101] El lema responde a una acertada elección: «*Quamvis ille niger; quamvis tu candidus esses*».

No puedo dejar de señalar una circunstancia no por extraña menos cierta, y es que un colega abogado de considerable práctica, pero del cual ciertamente no cabe decir que «*Ingenuas didicit fideliter artes*», preguntó al señor Maclaurin con expresión de displicencia «¿Son tuyas esas palabras?». —BOSWELL

Muestra Scott dónde radica el humor del lema. «El abogado de la parte contraria — escribe— era el célebre Wight, abogado excelente, pero de presencia muy doméstica y rasgos muy marcados, ciego de un ojo, que le sobresalían mucho de la cuenca, una barriga caediza y cojera». A él aplicó Maclaurin los versos de Virgilio:

Quamvis ille niger, quamvis tu candidus esses,

O formose puer, nimium ne crede colori.

[«Aunque era negro, y eres tú de blancura celestial,
mucho no te fíes de ese rostro encantador»].

Virgilio, *Églogas*, II, 16. —HILL

<<

[102] La amistad existente entre el señor Welch y él permaneció intacta. El señor Welch falleció no muchos meses antes que Johnson, legándole en su testamento cinco guineas, valor de un anillo que éste recibió con ternura, como una suerte de amable memorial. Tuvo atención constante por las hijas de su amigo, el señor Welch, de las cuales Jane casó con el señor Nollekens, el escultor, cuyo mérito es de sobra conocido y no requiere alabanza por mi parte. —BOSWELL <<

[103] El doctor Percy, Obispo de Dromore, observó humorísticamente que Levett se desayunaba con la corteza de un panecillo, que Johnson, tras quedarse con la miga, arrojaba a su humilde amigo. —BOSWELL

Es posible que la palabra *arrojar* sea aquí demasiado fuerte. El doctor Johnson nunca trató a Levett con el menor desprecio; bien se ve en toda clase de circunstancias que tenía una gran amabilidad con él. —MALONE

Hawkins, en la *Vida* (pág. 397 n.) dice que «el doctor Johnson ha observado a menudo que Levett estaba con él en deuda tan sólo por el uso de una habitación, su parte en el panecillo del desayuno, y, de vez en cuando, la cena de un domingo». En una carta a la señora Thrale, Johnson describe a Levett y a la señorita Williams como «acompañantes familiares y domésticos, a los que se puede visitar o llamar a voluntad, o bien dejar y despachar, y que no estorban con ceremonias ni destruyen la indolencia con el menor esfuerzo». —HILL <<

[104] Véase el comentario a esta cuestión en [\[págs. 1342-1343\]](#), el 3 de mayo de 1779.

—BOSWELL <<

[105] Alusión a un verso de su *Vanidad de los deseos del hombre*, en e] que describe al cardenal Wolsey en su estado de elevación: «A través de él resplandecen los rayos de augusta magnanimidad». —BOSWELL <<

[106] Hija del doctor Swinfen, padrino de Johnson, y viuda del señor Desmoulins, maestro de caligrafía. —BOSWELL <<

[107] La primera edición es de 1492. Entre aquel año y 1792, según ese cálculo, se hicieron 3600 ediciones. Esto es altamente improbable. —MALONE

Johnson aquí olvida emplear su cura preferida contra toda exageración: «Los números redondos —dijo— siempre son falsos». En realidad, la *editio princeps* la imprimió Günther Zainer en Augsburgo hacia 1471; la primera edición fechada es la de Venecia, 1483. La colección Copinger de la *Imitatio Christi*, en la Biblioteca del Harvard College por obsequio de James Byrne desde 1921, hoy [1929] consta de 1808 ediciones, traducciones, adaptaciones y perífrasis, muchas de las cuales son posteriores a 1778. —HILL <<

[108] [\[Véase pág. 965\]](#). —BOSWELL <<

[109] *Literary Magazine*, 1756, pág. 37. —BOSWELL <<

[110] El siguiente consejo sobre esta cuestión, verosímil y sin embargo prudente en exceso, lo da un escritor italiano citado en *Rhedi de generatione insectarum*, con el epíteto de «*divini poetæ*».

Sempre a quel ver ch'a faccia di menzogna
De l'uom chiuder le labbra fin ch'el pote
Però che zenza colpa fa vergogna.

—BOSWELL

Es extraño que Boswell no llegara a descubrir que son versos de Dante, *Inferno*, XVI, 124. —CROKER, 1848 <<

[111] Lord Bolingbroke, quien por detestable que fuera en tanto metafísico hay que reconocer que poseía un talento admirable como escritor político, describe así la Cámara de los Comunes en su «Carta a sir William Wyndham» [1753, pág. 33]: «Conoce usted bien la naturaleza de tal asamblea; toman cariño, como los lebreles, al hombre que les levanta la caza, y a quien les azuza con su voz». —BOSWELL <<

[112] Pope refiere la historia de este modo:

Fe en tal caso, si habéis de litigar,
que sea sir Godfrey quien lo haya de fijar,
por algo dejó libre al ladrón de un dinero,
castigando a quien lo puso en su esmero.

Imitaciones de Horacio, libro II, epístola 2.

—BOSWELL <<

[113] Todo lo contrario que la historia de Combabus, acerca de la cual David Hume contó a lord Macartney que un amigo suyo había escrito una tragedia. Sin embargo, es posible que peque yo de inexactitud en mi percepción de lo que relató el doctor Johnson, y que él hablase del asunto grotesco y trágico que el señor Hume había comentado. —BOSWELL

La historia de Combabus, originalmente referida por Luciano, se encuentra en el Diccionario de Bayle. —MALONE <<

[114] El difunto Duque de Montrose, según se rumoreaba, vivió con grandes inquietudes por ese motivo, pero estoy en condiciones de contradecir esa información basándome en la propia autoridad de Su Señoría. Como solía admitirme en su presencia y trabar muy llana y suelta conversación conmigo, una vez me tomé la libertad de comentar esta cuestión. Su Señoría me dijo que cabalgaba una noche por los alrededores de Londres cuando fue asaltado por dos bandoleros a caballo, contra uno de los cuales disparó en el acto, y a esto el otro se largó al galope. Su criado, que era un consumado jinete, propuso emprender la persecución para apresarlos, pero Su Señoría dijo que no: «Bastante sangre ha corrido; espero que el otro viva y se arrepienta». Como dio por sentado que iba yo a formularle la pregunta, Su Señoría me aseguró que en ningún momento se le nublaron las ideas por algo que había hecho en defensa propia. —BOSWELL <<

[115] Cuando se lo relaté a la señorita Seward, sonrió y repitió con admirable presteza unos versos de «Acis y Galatea»:

Traedme de ancho tallo al menos un centenar de cañas
y que de mi boca sea digna flauta tamaña.

—BOSWELL <<

[116] Lord Macartney sobre este pasaje observa que «le he oído relatar muchas cosas, que si bien quedan embellecidas por el modo en que las relata, tenían su fundamento en la verdad, pero no recuerdo que nunca relatara nada que se acercara a esto. Si lo hubiera puesto por escrito, yo habría dado en suponer que algún bromista habría puesto el uno antes del tres». No obstante, estoy absolutamente seguro de que el doctor Campbell fue quien me lo contó, y presté una atención particular a lo que contaba, siendo como soy un amante del vino, y por tanto curioso de saber todo lo que sea digno de saberse en lo que toca a la bebida. No puede haber duda de que algunos hombres pueden beber sin sufrir daño algunas cantidades que a otros parecerán increíbles. Pero justo es añadir que el doctor Campbell me dijo que invertía un tiempo muy considerable en esta desmedida consumición, y he oído al doctor Johnson decir que «si un hombre bebe muy despacio, y si deja que un vaso se evapore antes de beber el siguiente, yo no sé cuánto tiempo podría estar bebiendo». El doctor Campbell mencionó a un coronel de la milicia que estuvo sentado con él en todo momento y que bebió otro tanto. —BOSWELL <<

[117] No alcanzo a entender qué quiso decir mi amigo con estas palabras referidas al afable filósofo de Salisbury. Otro amigo sugiere que Johnson consideraba afectada su manera de escribir, mientras que al mismo tiempo no compensaba el asunto del cual escribía por esta falta. En resumidas cuentas, se propuso hacer un comentario muy distinto de aquel que hizo un célebre caballero en torno a un médico muy eminente: «Es un petimetre, aunque un petimetre satisfactorio». —BOSWELL

Dice Malone (1799) que el célebre caballero era Gerard Hamilton. En el *Diario de un viaje a las Hébridas* (3 de noviembre), Johnson dice que «consideraba a Harris un petimetre»; véanse también págs. 686-687. <<

[118] La primera edición es de 1765. —MALONE <<

[119] El señor Anthony Chamier; miembro del Club Literario y subsecretario de Estado. Murió el 12 de octubre de 1780. —MALONE <<

[120] [\[Véase pág. 461\]](#) <<

[121] En las páginas 202-203 Boswell explica que Johnson una vez le dijo que «había forjado su estilo a partir de sir William Temple, y sobre la *Propuesta* de Chambers, el llamado “padre de las enciclopedias”, para su *Diccionario*. Desde luego, estaba en un error, o si en un principio supuso que remedaba el estilo de Temple lo hizo con franco desacierto, pues no hay nada tan disímil como la simplicidad de Temple y la riqueza y abundancia de Johnson».

A primera vista, esta observación de nuestro autor parece perfectamente justa, pero si se examina más a fondo resulta, a mi entender, que se basa en un error de apreciación. Boswell tomó a Johnson demasiado al pie de la letra. No quiso dar a entender, considero, que se esforzase por imitar el estilo de Temple en todos sus componentes, sino que formó su propio estilo a partir de él y de Chambers (es posible que el ensayo publicado en 1737, relativo a su segunda edición, con el título de *Consideraciones... etc.*), tomando de cada uno lo que era más digno de emulación. El pasaje que tenemos delante, entiendo yo, muestra que aprendió de Temple la modulación de los periodos, y sólo en ese sentido lo tomó por patrón. Según esta apreciación no hay complejidad alguna. Pudo aprender de Chambers lo compacto, la fuerza, la precisión (por oposición a la laxitud de estilo que durante mucho tiempo prevaleció), y de sir Thomas Browne (que fue sin duda uno de sus arquetipos) la *pondera verborum*, el vigor en la expresión, y de Temple la disposición armoniosa, la debida elección de las palabras y otras artes y elegancias de la composición que aquí se enumeran. Con todo, a fin de cuentas, su estilo no sostiene un parecido reseñable con ninguno de estos autores, aun cuando de todos ellos se beneficiase. —MALONE <<

[122] Se titulaba *El cerco de Aleppo*. El señor Hawkins, su autor, fue profesor de poesía en Oxford. Está impresa en sus *Misceláneas* en tres volúmenes en octavo.
—BOSWELL <<

[123] La historia es veraz, como se demuestra en la correspondencia de Garrick (II, 6). Hawkins escribió así a Garrick en 1774: «Rechazó usted mi obra *El cerco de Aleppo* porque “era un error de confección”». Y añadió que su obra «fue honrada por la íntegra aprobación del juez Blackstone y del señor Samuel Johnson».

No le faltaba razón a Garrick al usar la palabra «confección». Dryden la emplea en su prefacio a *Edipo rey*. —MALONE <<

[124] Cuando Johnson relató esta anécdota a sir Joshua Reynolds, comentó una circunstancia omitida en esta ocasión: «Caramba —dijo Garrick—, si está rojo como la grana». —BOSWELL <<

[125] Deseoso de averiguar cuál era la observación de los antiguos a que aquí se hace referencia, recurrí a sir William Scott, pero no guardaba memoria de lo dicho. Mi viejo y muy culto amigo Michael Kearney, antes profesor de Trinity College, en Dublín, y en la actualidad Archidiácono de Raphoe, en Irlanda, ha elucidado felicísimamente el pasaje. Me señala que «aquí, al señor Boswell debe de haberle engañado la memoria; la observación del señor Scott debió de ser: “En el caso mencionado, el señor Fox podría considerarse el reverso de Phæax, del cual, como refiere Plutarco en la *Vida de Alcibiades*, dijo Eupolis, el dramaturgo: ‘Cierto que sabe hablar, a pesar de lo cual no es un orador’”».

Si este hallazgo lo hubiera hecho un escoliasta sobre un autor de la Antigüedad, ¡con qué ardor y exuberancia lo habrían reseñado Bentley o Taylor! Sir William Scott, a quien comuniqué el apunte del doctor Kearney, se da perfectamente por satisfecho con el acierto del mismo. Algunas observaciones adicionales me las ha comunicado el mismo caballero. Cualquier lector del periodo clásico lamentará que no sean más numerosas. —MALONE <<

[126] En vano he examinado la antología de Dodsley en busca de los versos a que se refiere, tampoco he podido precisar el nombre del autor. La canción a que se alude comienza diciendo «Bienvenido, bienvenido, hermano deudor». Consta de varias estrofas, en una de las cuales se dice: «Cada isla es una cárcel». —MALONE

Tampoco Hill ha encontrado la referencia. <<

[127] Los versos de Smith tratan sobre Edward Pococke, el gran lingüista experto en lenguas del Oriente, que viajó, desde luego, aunque es Richard Pococke, después Obispo de Ossory, que publicó sus *Viajes por Oriente*, el que es habitualmente conocido como «el gran viajero». —KEARNEY <<

[128] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 17 de septiembre. —BOSWELL <<

[129] Véase todo esto, descrito con exactitud, así como la descendencia de su familia, de los Condes de Northumberland, deducida con toda claridad en la excelente obra del reverendo doctor Nash, *Historia de Worcestershire*, vol. II, pág. 318. El doctor adjunta una nota en la que dice que «el editor vio y examinó con todo esmero las pruebas de todos los particulares antes expuestos, que ahora obran en poder del reverendo Thomas Percy».

Las mismas pruebas las he examinado yo con el debido detenimiento, y he visto algunas adicionales, que se han aportado después de que se publicara el libro del doctor, y tanto en mi condición de abogado, acostumbrado a la consideración de las pruebas, como por ser un experto en genealogía bien versado en el estudio de los linajes, quedo plenamente satisfecho. No puedo pasar por alto la observación, por ser una circunstancia que tiene su peso, de que en el rastro de la genealogía del Obispo de Dromore fue esencial la ayuda que prestó la difunta Elizabeth, Duquesa de Northumberland, heredera de tan ilustre casa y dama no sólo de alta dignidad de espíritu, como corresponde a la nobleza de su sangre, sino también de excelentes luces y vivo talento. Con el debido orgullo puedo jactarme de haber tenido el honor de gozar de la correspondencia de Su Señoría, muestras de la cual adornan mis archivos. —BOSWELL <<

[130] Título de un libro que tradujo el doctor Percy. —BOSWELL [Se trata de la *Introduction à l'Histoire de Dannemarc*, de M. Mallet, 1770]. <<

[131] Esta es la hipocresía al uso que se esgrime contra la biografía fiel. ¿Quiere decir acaso el digno caballero que yo, que aprendí a discriminar el carácter de las personas gracias al propio Johnson, debiera haber omitido todas sus fragilidades y, dicho en breve, haberlo esclarecido tal como el muy digno caballero ha esclarecido Escocia en su descripción? —BOSWELL

Al decir «por acatamiento a sus temores», Pennant cita la *Elegía* de Gray, o bien se hace eco de la última estrofa:

Acabe aquí el empeño
en desvelar su mérito
o en mostrar sus defectos
por acatar sus miedos.

<<

[132] Véanse el *Viaje a las islas occidentales*, del doctor Johnson, pág. 296; su entrada en el *Diccionario* sobre la voz *avena*; mi *Viaje a las Hébridas*, I.^a ed.; el *Diario* de Boswell, 6 de septiembre. —PENNANT <<

[133] El domingo 12 de abril de 1778. —BOSWELL <<

[134] Aunque el Obispo de Dromore tuvo la amabilidad de contestar a las cartas que le envié, relativas a los primeros años del doctor Johnson, por hacerle la debida justicia creo que es adecuado añadir que la relación de la conversación precedente y de las transacciones posteriores, así como algunas otras conversaciones en las que se le menciona, se dan aquí al público sin previa comunicación con Su Señoría.
—BOSWELL

[Esta nota apareció en la segunda edición, sin duda por petición expresa del Obispo].

<<

[135] [\[Véase pág. 1045 n.\]](#). —BOSWELL <<

[136] Johnson tenía razón al suponer que esta clase de poesía obtiene su nombre de *maccherone*. Teófilo Folengo (que firmaba con el sobrenombre de «Merlín Cocai»), que llevó esta clase de versos a su perfección, escribe en la *Apologética* antepuesta a la segunda edición, en 1521, de su *Macaronicorum Opus*: «*Ars ista poetica, nuncupatur ars macaronica, a macaronibus deriuata; qui macarones sunt quoddam pulmentum, farina, caseo, butyro compaginatam, grossumque, rude et rusticanum. Ideo Macaronica nil nisi grossedinem, duridatem et vobaculazzos debet in se continere*». —MALONE <<

[137] El doctor Johnson, al describir sus bordados en una de sus cartas a la señora Thrale (vol. I, pág. 326), utiliza el cultismo *sutil*, que la señora Thrale toma cual rábano por las hojas, convirtiendo la frase en una injuria al hablar de sus «bordados fútiles». —BOSWELL <<

[138] Así como a los médicos se les llama «la Facultad» y a los asesores legales «la Profesión», a los libreros de Londres se les denomina «el Gremio». Johnson no vio nunca con buenos ojos estas denominaciones. —BOSWELL (Aunque el propio Johnson la emplea una vez al menos, [véase pág. 405](#)). <<

[139] [\[Véase pág. 472\]](#), donde se comenta este mismo asunto. —MALONE <<

[140] Si a alguno de mis lectores le inquieta esta espinosa cuestión, permítame recomendarle la carta 69 de las *Cartas persas*, de Montesquieu, y la respuesta del difunto señor John Palmer, de Islington, a los argumentos mecánicos del doctor Priestley a favor de lo que absurdamente denomina «necesidad filosófica».

—BOSWELL <<

[141] Véase *Carta a W. Mason, de parte de J. Murray, librero en Londres*, 2ª ed., pág. 20. —BOSWELL <<

[142] La señora Knowles, que en modo alguno satisfecha con la fama de sus labores de encaje, las «sutiles imágenes» de las que habla Johnson, tarea en la que en efecto ha hecho despliegue de una gran destreza, ha alcanzado además la fama por sus facultades de raciocinio, muy superiores a lo que es habitual en las mujeres, como creo que he mostrado con justicia, me comunicó un diálogo de longitud considerable, que al cabo de muchos años puso por escrito, entre el doctor Johnson y ella con motivo de esta entrevista. Como no guardaba yo el menor recuerdo del mismo, y como no hallo ni rastro de que sucediera de hecho en mis anotaciones del momento, no podría con la debida coherencia atestiguar con mi firma la autenticidad de lo que refiere, y no puedo por consiguiente insertarlo en mi obra. Se ha publicado sin embargo en la *Gentleman's Magazine* de junio de 1791. Hace referencia sobre todo a los principios de la secta que llaman cuáquera, y a buen seguro se presenta la señora de manera ventajosa frente al doctor Johnson, tanto en sus argumentos como en la expresión de los mismos. Por lo que acabo de estatuir, y por la evidencia interna del documento, todo el que sienta la curiosidad de examinarlo más a fondo juzgará si ha sido un error por mi parte descartarlo, por más gratificante que hubiera sido para la señora Knowles incluirlo. —BOSWELL

Johnson mencionó las «sutiles imágenes» en una carta fechada el 16 de mayo de 1776, en la que describe la cena en casa de los señores Dilly. «Estaba presente — escribió— la señora Knowles, la cuáquera que fabrica las sutiles imágenes...». <<

[143] Creo, sin embargo, que seguiré el dictado de mi propia opinión, pues en muchas ocasiones el mundo se ha mostrado muy halagador en su parcialidad con mis escritos.

—BOSWELL <<

[144] *Plegarias y meditaciones*, pág. 164. —BOSWELL <<

[145] Después me dijo Johnson: «Señor, si me respetaban era por mis conocimientos de literatura, que no eran copiosos, salvo en comparación con los suyos. Es de ver, señor, qué poco se sabe de la literatura en el mundo». —BOSWELL <<

[146] Este verso con frecuencia se ha atribuido a Dryden, en la época en que estudió en King's, en Westminster, pero ni Eton ni Westminster tienen en verdad derecho a considerarlo suyo, ya que se trata de un préstamo, con un mínimo cambio, de un epigrama de Crashaw (*Poemata et Epigr.*, 1670, pág. 29; *Poems*, 1927, pág. 38):

JUAN 2,

Aquae in vinum versae.

Unde rubor vestris et non sua purpura lymphis?

Quae rosa mirantes tam nova mutat aquas?

Numen, convivæ, præsens agnoscite numen,

Nympha pudica DEUM vidit, et erubuit.

—MALONE

«¿Qué dio a tus manantiales una luz que no era suya?

¿Con qué rosa tan rara se arrebolaron las aguas?

La mano del Cielo, mis comensales, aquí bien se ve:

ha visto a Dios la coqueta ninfa de la fuente y se ha sonrojado».

—HILL <<

[147] No estoy absolutamente seguro, pero creo que ésta fue sugerencia mía, si bien concuerda fielmente con el carácter de Edwards. —BOSWELL <<

[148] En el verano de 1792, como se introdujeran decoraciones adicionales y más caras, el precio de la entrada aumentó a dos chelines. No lo puedo ver con buenos ojos. Es posible que la concurrencia sea más selecta, pero me temo que buen número entre el común de los ciudadanos honestos queda excluido, y se le imposibilita de este modo compartir un entretenimiento elegante e inocente. Se ha contrarrestado con eficacia un intento de abolir el pago de un chelín en la galería del teatro. —BOSWELL

<<

[149] No estoy totalmente libre de sospechas de que Johnson tal vez sintiera una envidia momentánea, pues nadie amaba las cosas buenas de la vida tanto como él, y por fuerza había de ser consciente de que merecía en ellas una participación mucho mayor de la que había tenido. En un periódico traté de hacer un comentario sobre el pasaje citado a la manera de Warburton, de quien preciso es reconocer que ha demostrado un insólito ingenio en dar al texto de cualquier autor el sentido que él decidiera que portaba. [Véase pág. 503, n.]. Como esta imitación seguramente entretendrá a mis lectores, aquí la introduzco: «Ninguno de los dichos del doctor Johnson ha estado sujeto a mayores malentendidos que su aplicación al señor Burke, nada más ir a visitarlo a su espléndida residencia de Beaconsfield, de ese *Non equidem invideo; miror magis*. Los dos célebres hombres habían sido amigos desde muchos años antes de que el señor Burke emprendiera su carrera de parlamentario. Eran, los dos, escritores, miembros los dos del Club Literario; cuando, así las cosas, el doctor Johnson vio al señor Burke en una situación mucho más espléndida de la que él mismo había alcanzado, no quiso manifestar que le pareciera la suya una desproporcionada prosperidad, sino que, en calidad de filósofo, hizo valer su exención de la envidia, *non equidem invideo*, al tiempo que con las palabras del poeta se manifestó *miror magis*, dando de ese modo a entender bien que estaba ocupado en admirar lo que tanto le alegraba ver, o bien, quizá, que teniendo muy en mente la suerte en general de los hombres de capacidad superior, le asombraba que Fortuna, a la cual se representa ciega, en este caso hubiera obrado con tanta justicia».

—BOSWELL

En su juventud, Johnson había traducido así las palabras de Virgilio (*Églogas*, I, II): «My admiration only I exprest, | (No spark of envy harbours in my breast)», es decir, «Mi admiración tan sólo expreso, sin asomo de envidia en mi pecho». «Oh no, no envidia; pasmo es más bien lo que al mirarte siento», en traducción de Aurelio Espinosa Pólit. <<

[150] [\[Véase pág. 1224\]](#). —BOSWELL

No está ni mucho menos claro por qué menciona Boswell a este caballero, a la vista de que nada de lo que dice se reproduce en su texto. Tal vez diera ocasión al ataque de Johnson contra los americanos. No deja de ser curioso que tanto aquí como en el relato que se da del almuerzo con el doctor Percy no se mencione su nombre. En presencia de este caballero desconocido, Johnson atacó violentamente primero a Percy y después a Boswell. —HILL <<

[151] Samuel Musgrave, doctor en Medicina. Editor de Eurípides y autor de *Disertación sobre la mitología griega*, entre otras, publicada en 1782, postumamente, a cargo del erudito señor Tyrwhitt. —MALONE <<

[152] En esto, el doctor Johnson tiene toda la razón, y le respalda el uso del vocablo en autores anteriores. Así, en *Musarum deliciae*, una colección de poemas en octavo, de 1656, el autor habla de la obra de Suckling titulada *Aglaura*, e impresa en folio:

Este voluminoso panfleto puede pasar por una pieza
en que es como otras, pero con más pelo que cabeza.

—MALONE

En su *Diccionario*, Johnson define panfleto como ‘un libro de pequeño tamaño; propiamente, un libro que se vende sin encuadernar, solamente cosido’. <<

[153] Véase esta cuestión tratada a fondo en las notas a mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, 15 de agosto. Aquí, en mi condición de abogado que tiene muy presente la máxima *Suum cuique tribuito*, no puedo pasar por alto la mención de que la nota adicional que comienza diciendo «Veo que desde la edición anterior» [en pág. 32 de dicha obra] no es de mi cosecha, sino que me la proporcionó amablemente el señor Malone, que tuvo la bondad de visar la impresión mientras yo me hallaba en Escocia y comenzó a imprimirse la primera parte de la segunda edición. No me ha permitido él atribuirle la autoría debidamente, pero como se trata de una muestra exquisita de agudeza y elegancia aprovecho esta oportunidad, sin su conocimiento, para hacerle justicia. —BOSWELL <<

[154] En esto, o estaba equivocado o tenía tal vez un concepto muy distinto de lo habitual en lo que se refiere a una copiosa venta, pues lo cierto es que cuatro mil ejemplares de esa obra excelente se vendieron bastante pronto. Desde su muerte se ha impreso una nueva edición, además de la que se halla en la recopilación de sus obras.

—BOSWELL <<

[155] Según la fraseología escocesa debiera haber dicho «el señor John Spottiswoode, el joven, del lugar homónimo» (*of that ilk*). Johnson conocía muy bien ese sentido del vocablo, que de hecho ha explicado en su *Diccionario*, donde puede leerse que la voz *ilk*: «“También significa ‘lo mismo’, como en *Mackintosh of that ilk*, que denota un caballero cuyo apellido y título de su hacienda son el mismo”». —BOSWELL <<

[156] Se observa en la *Vida de Waller*, según la *Biographia Britannica*, que sólo bebía agua, y que si se hallaba en compañía de quienes bebían vino «tenía la destreza de acomodar su discurso al volumen de los demás, a medida que aumentaba». Si se hace referencia al exceso en el beber, el comentario es muy justo y atinado. Sin embargo, es cierto que un consumo moderado de vino produce una alegría de ánimo que los bebedores de agua desconocen. —BOSWELL

«Waller pasaba el tiempo en compañía de los más encumbrados, ya fuera por rango, ya por ingenio, de la cual ni siquiera su obstinación en la sobriedad le pudo excluir nunca. Aunque sólo bebía agua, su fertilidad de intelecto le permitía acrecentar el regocijo de las reuniones y bacanales de mayor jolgorio, y el señor Saville llegó a decir que “ni un solo hombre debería hacerle compañía sin beber, salvo si se tratase de Ned Waller”». Johnson, *Vida de Waller*, pág. 72. —HILL <<

[157] Este experimento, que madame Dacier probó en vano, se ha intentado llevar a cabo después en nuestra lengua, como es el caso del editor de Osián, y debemos de tener en muy baja estima su capacidad, o bien reconocer que el doctor Johnson tenía toda la razón. El señor Cowper, hombre de verdadero genio, ha fracasado rotundamente en su traducción en versos blancos. —BOSWELL <<

[158] La señora Piozzi señala con plena seguridad que esto sucedió en Escocia. *Anécdotas*, pág. 62. —BOSWELL

Y añade la señora Piozzi: «Me sobresaltó pensar en cómo tuvo [Johnson] que disgustarle [a Robertson]». Bien podemos pensar que no sintió ella más sobresalto que disgusto sintió Robertson. <<

[159] Johnson claramente quiso dar a entender (como el autor a menudo ha reseñado en otros pasajes) que carecía por completo de esa apatía característica de la vejez, que desplegaba la misma actividad y la misma energía de ánimo y el mismo intelecto que en su madurez, y no es que un hombre de sesenta y ocho años pueda ponerse a bailar en una reunión pública con la misma propiedad con que lo haría a los veintiocho. Siendo su conversación producto de grandes y variados saberes, de una grandísima agudeza, de un ingenio extraordinario, se hallaba igual de ajustada a cualquier periodo de la vida, y así como en su juventud probablemente no hizo gala de una levedad inapropiada, es muy cierto que en sus últimos años estuvo completamente libre de las verborreas querulantes de la senectud. —MALONE <<

[160] Johnson sentía una admiración extraordinaria por esta señora, a pesar de que era una encendida *whig*. En respuesta a sus grandilocuentes discursos en pro de la «libertad», le dedicó el siguiente epigrama, del que ofrezco mi propia traducción:

Liber ut esse velim, suasisti pulchra Maria,

Ut maneam liber, pulchra Maria vale.

[«Adiós, María, ya que libre me prefieres,

pues quien tus encantos contemple

esclavo ha de ser para siempre»].

Un corresponsal de la *Gentleman's Magazine*, que firma con el nombre de «Sciolus», y con el cual estoy en deuda por varios comentarios excelentes, observa que «el sesgo de los versos que dedica el doctor a la señorita Aston, cuyos principios *whig* claramente combatía él, me parece tomado de un ingenioso epigrama de la *Menagiana* (vol. III, pág. 376, edición de 1716) sobre una joven que se presentó en un baile de máscaras, *habillée en Jésuite*, durante el feroz contencioso entre los seguidores de Molinos y de Jansenius sobre el libre albedrío»:

On s'étonne ici que Caliste

Ait pris l'habit de Moliniste.

Puisque cette jeune beauté

Ote à chacun sa liberté

N'est-ce pas une Janseniste?

—BOSWELL <<

[161] En la ampliación de esa *Carta* que hizo Horne Tooke, y que ha publicado con el título de Ἐπεα πτεροεὐτα o *Diversiones de Purley*, hace mención de este elogio, como si el doctor Johnson en vez de «varias» de sus etimologías hubiera dicho «todas». Como con su rememoración lo magnifica, bien se ve cuánto ambicionaba la aprobación de tan gran hombre. —BOSWELL <<

[162] La hoja de papel en la que hizo esa corrección la he depositado yo mismo en la noble biblioteca a la que hace referencia, y a la que he legado otros manuscritos suyos. —BOSWELL

La hoja en cuestión, así como «otros manuscritos suyos», se han perdido. Sea como fuere, no se encuentran depositados en la Biblioteca Bodleiana. —HILL

Sin embargo, el manuscrito de Johnson sí contiene esa alteración. <<

[163] El doctor Johnson de ningún modo prestó atención a la exactitud minuciosa en sus *Vidas de los poetas*, pues a pesar de que yo detectara ese fallo no lo llegó a corregir. —BOSWELL <<

[164] Tercera edición, pág. III (28 de agosto). —BOSWELL <<

[165] Cuando una vez, en el tribunal, expresé al general Hall mi agradecimiento por el gran honor que había rendido a mi amigo, contestó con cortesía: «Señor, el honor fue mío». —BOSWELL <<

[166] Sospecho que se trata de una errata, y que Johnson escribió «sin ánimo de afectar la doctrina estoica», pero como la carta original se quemó con otro montón de papeles en Escocia, no me ha sido posible verificar si mi conjetura tiene o no fundamento. Sin embargo, la expresión podría estar justificada en el texto. —MALONE <<

[167] Aquí, el doctor Johnson se refiere a su valioso amigo, Bennet Langton, por su rango de capitán de la milicia del condado de Lincoln, en la que ha sido con todo merecimiento ascendido con posterioridad al rango de comandante. —BOSWELL <<

[168] Vol. II, pág. 38. —BOSWELL <<

[169] La señorita Carmichael. —BOSWELL <<

[170] En su *Vida de Watts*. —BOSWELL <<

[171] Envió un juego completo, encuadernado y sobredorado, de gran elegancia, que fue recibido como un bello obsequio. —BOSWELL <<

[172] [\[Véase pág. 1132\]](#). —BOSWELL <<

[173] [\[Véase pág. 173\]](#) <<

[174] Mauritius Lowe, pintor, en cuyo beneficio Johnson años después escribió una amable carta a sir Joshua Reynolds. —MALONE <<

[175] [\[Véase pág. 191\]](#) y [\[pág. 1239\]](#). —BOSWELL

[El dicho es de Diógenes Laercio, libro v, cap. I, y se le atribuye a Aristóteles]. <<

[176] Véanse págs. 1296 y ss. <<

[177] «No veo yo —dice el señor Malone— ninguna complicación en este pasaje, y me pregunto qué es lo que al doctor Johnson pudo resultarle inexacto. El ermitaño, conviene resaltar, no tenía experiencia real del mundo, de ninguna clase; todo su conocimiento del mundo lo había obtenido de dos maneras: bien a través de los libros, bien por medio de las relaciones con esos mozos del campo, a los que había visto un poco. El sentido, por tanto, es bien sencillo: “Se trata de despejar sus dudas acerca de la Providencia, y de obtener algún conocimiento del mundo mediante una experiencia real, y de verificar si las relaciones que le proporcionaban los libros, o bien la comunicación oral con los mozos, eran justas representaciones del mismo, ya que su información oral o *viva voce* acerca del mundo la había obtenido sólo mediante esa parte del género humano”. La palabra *sólo*, en el tercer verso, no hace referencia a la totalidad del verso anterior, como se ha dado en suponer, sino, mediante una licencia corriente, a las palabras “de la humanidad entera”, que se sobreentienden, “y a las cuales restringe”». Justo es reconocer que el señor Malone ha dado sobradas muestras de un gran ingenio crítico en su explicación de este pasaje. Su interpretación, sin embargo, me parece algo traída por los pelos. El sentido del pasaje puede sin duda ser cierto, pero la expresión es un tanto confusa, y una de sus partes contradice a la otra. —BOSWELL

[Esta nota se incluye por vez primera en la tercera edición]. <<

[178] Que yo le comuniqué a tenor de lo dicho por Su Señoría, pero que no se ha publicado aún. Guardo copia. —BOSWELL

Las contadas noticias referentes a Dryden que había recopilado lord Hailes, su autor se las dio después al señor Malone. —MALONE.

En 1800, Malone publicó *The Critical and Miscellaneous Prose Works of John Dryden; with an Account of the Life and Writings of the Author.* <<

[179] En uno de sus diarios manuscritos se halla la siguiente entrada, que demuestra una curiosa y minuciosa atención: «26 de julio de 1768. Me rebané la uña por accidente al afilar el cortaplumas, más o menos a un octavo de pulgada de la base y a un cuarto del borde. Lo mido para tener constancia del crecimiento de las uñas; el total es de unos cinco octavos de pulgada». El 7 de agosto de 1779 encontramos otra del mismo tipo: «*Partem brachii dextri carpo proximam et cutem pectoris circa mamillam dextram rasi, ut notum fieret quanto temporis pili renovarentur*». Y el 15 de agosto de 1783, «corto de la parra 41 hojas, que pesan cinco onzas y media, y ocho sarmientos: los dejo sobre los anaqueles, por ver qué peso pierden cuando se hayan secado». —BOSWELL

En *The Idler*, n.º 31, hallamos en el señor Sober un retrato de Johnson dibujado por él mismo. «El arte está en llenar el día de pequeñas ocupaciones, en tener siempre a mano algo que pueda despertar la curiosidad, pero no una gran solicitud, y en mantener el intelecto en estado de actividad, pero no de esfuerzo. Es un arte que desde hace muchos años practica mi viejo amigo, Sober, con magnífico rendimiento... El mayor de sus placeres es la conversación; es inagotable su charla o su atención, y hablar o escuchar le resulta igual de placentero, pues aún se supone que enseña o aprende algo, y por el momento está libre de sus propios reproches. Pero llega la hora, de noche, en que ha de irse a casa, en que sus amigos han de dormir, y otro momento por la mañana en que el mundo entero parece rechazar toda interrupción. Estos son los momentos en los que el pobre Sober tiembla sólo de pensarlo. Pero la desdicha de esos cansinos intervalos la alivia de múltiples maneras... Su entretenimiento diario es la química. Posee un hornillo que emplea en la destilación, que desde hace mucho ha sido un solaz en su vida. Extrae aceites y aguas, esencias y licores que sabe que no tienen ninguna utilidad; se siente y cuenta las gotas a medida que brotan de la retorta, y olvida que, mientras cae la gota, un momento pasa volando». <<

[180] El reverendo doctor Law, Obispo de Carlisle, en el prefacio a su valiosa edición de los *Ensayos sobre el origen del mal*, del arzobispo King [edición de 1781, pág. xvii], menciona que los principios que sostiene son los que adopta Pope en su *Ensayo sobre el hombre*, y añade que «no obstante ese desmentido (el del obispo Warburton), este hecho podría verificarse de manera sumamente estricta por medio de un testimonio inobjetable, a saber, el del difunto lord Bathurst, quien vio el mismo sistema de la το βελτιον (tomado del Arzobispo) de puño y letra de lord Bolingbroke sobre la mesa del señor Pope mientras éste componía su *Ensayo*». Se trata de una prueba respetable, pero la del doctor Blair es aún más directa de la fuente de la que mana, además de ser más completa. Permítaseme añadir a lo dicho lo que dice el doctor Joseph Warton: «El difunto lord Bathurst me aseguró en repetidas ocasiones que había leído todo el plan del *Ensayo sobre el hombre* escrito de puño y letra por Bolingbroke, recogido en una serie de proposiciones que Pope iba a versificar e ilustrar» (*Ensayo sobre el genio y los escritos de Pope*, vol. II, pág. 62). —BOSWELL

En la breve cita de Law hay dos paréntesis. Según Paley, el Obispo se mostró impaciente ante la lentitud de su impresor, en la ciudad de Carlisle. «¿Por qué no aparece mi libro de una vez?», dijo al impresor. «Señoría, lo siento profundamente, pero hemos tenido que encargar en Glasgow una libra de paréntesis» (Best, *Memorials*, pág. 196). —HILL <<

[181] Desde luego que arde mejor el fuego: al repeler el aire, proyecta un chorro de aire caliente en el fuego, y en cierto modo cumple la función de un fuelle. —KEARNEY

<<

[182] «El Spleen», poema. —BOSWELL

El autor es Matthew Green. Antología de Dodsley, I, 145. <<

[183] 1. Exeter Street, frente a Catherine Street, Strand; 2. Greenwich; 3. Woodstock Street, cerca de Hanover Square; 4. Castle Street, Cavendish Square, n.º 6; 5. Strand; 6. Boswel Court; 7. Strand, de nuevo; 8. Bow Street; 9. Holborn; 10. Fetter Lane; 11. Holborn, de nuevo; 12. Gough Square; 13. Staple Inn; 14. Gray's Inn; 15. Inner Temple Lane, n.º 1; 16. Johnson's Court, n.º 7; 17. Bolt Court, n.º 8. —BOSWELL <<

[184] Hoy, señora del barón sir Henry Dashwood. —BOSWELL <<

[185] Este caballero sobrevivió muchos años a su hermano David, falleció en Lichfield el 12 de diciembre de 1795, a los ochenta y seis años de edad. —A. CHALMERS <<

[186] Hermana soltera de la favorita de Johnson, Molly Aston, que se casó con el capitán Brodie, de la Marina. —MALONE <<

[187] La señorita Laetitia Barnston. —BOSWELL <<

[188] Tengo una valiosa colección compilada por mi padre, que con algunas adiciones e ilustraciones de mi propia cosecha me propongo dar a la imprenta. Me asiste el derecho hereditario de tenerme en cierto modo por experto en las cosas de la Antigüedad, y no sólo por mi padre, sino también por descender, por parte de madre, del muy capaz y erudito sir John Skene, cuyo mérito con creces desafía a todos los empeños que se hayan hecho por rebajar su fama. —BOSWELL <<

[189] Su regimiento fue después destinado a Jamaica, adonde lo acompañó, y casi perdió la vida a causa del clima. Esta orden imparcial me parece refutación suficiente del infundado rumor de que «aún había tras el trono algo más grande que el trono mismo». —BOSWELL <<

[190] En la cual me solicitaba que hiciera indagaciones en torno a la familia de un caballero que por entonces rendía sus respetos a la señorita Doxy. —BOSWELL <<

[191] [\[Véase pág. 1320\]](#). —BOSWELL

El 16 de noviembre escribió así: «En casa no reñimos mucho, pero tal vez cuanto menos riñamos más nos odiamos. La malignidad que hay entre nosotros es toda la que puede subsistir sin pensar en recurrir a las dagas o el veneno» (*Cartas*, n.º 647).

<<

[192] El honorable Topham Beauclerk murió el 11 de marzo de 1790. Su biblioteca se vendió por subasta pública en abril y mayo de 1781, por un monto de 5011 libras.

—MALONE <<

[193] Debido a un incendio que se declaró en Northumberland House, donde tenía sus aposentos, en los que pasé muchas y muy gratas horas. —BOSWELL <<

[194] Apodo familiar de la primogénita de la señora Thrale; por llamarse Esther, se le podía comparar con una reina. —BOSWELL <<

[195] Me he tomado la libertad de suprimir algunos renglones. —BOSWELL <<

[196] Vol. II, pág. 143 y ss. He seleccionado pasajes de distintas cartas, sin referir la fecha de las mismas. —BOSWELL <<

[197] Esto no es del todo cierto. Sir John Fielding, creo, ya había fallecido entonces. La casa que se saqueó fue la del juez Hyde, sita en St. Martin s Street, adyacente a Leicester Fields, y fueron sus pertenencias las que se quemaron en la calle.
—BLAKEWAY <<

[198] Durante estos desórdenes, lord George Gordon y sus partidarios lucieron cintas azules en los sombreros. —MALONE <<

[199] Vol. II, pág. 163. La señora Piozzi ha omitido el nombre, ella sabrá por qué.

—BOSWELL <<

[200] Ahora asentado en Londres. —BOSWELL <<

[201] Yo había estado cinco años ausente de Londres. —BEATTIE <<

[202] Se refiere a sus entretenidos *Recuerdos de David Garrick*, de los que Johnson, como me apunta Davies, escribió la primera frase, dando, por así decir, la clave de su ejecución. Es en efecto muy característica de su autor; comienza por una máxima a cuya ilustración procede: «Toda excelencia tiene derecho a quedar consignada en los anales. Por consiguiente, me parece superfluo disculparme de escribir la vida de un hombre que, mediante un insólito ensamblaje de virtudes privadas, adornó la más excelsa eminencia de una pública profesión». —BOSWELL <<

[203] Ojalá hubiera omitido la suspicacia que aquí expresa, si bien creo que su intención sólo era jocosa, ya que, aunque a veces tuvimos nuestras diferencias de parecer, bien sabía cuánto lo quise y cuánto lo reverencié. —BEATTIE <<

[204] Sin duda es de notar cómo evita las tierras rebeldes de América. Esto me recuerda una anécdota cuyo conocimiento debo a mi valioso y sociable amigo, el gobernador Richard Penn: «En una de las reuniones habidas en casa de la señorita E. Hervey, el doctor Johnson la seguía de una punta a otra de la sala, a lo cual lord Abington comentó que “es mucho el cariño que le tiene su gran amigo; a ningún sitio puede ir sin que la siga”. “Así es —repuso ella—; me seguiría a cualquier rincón del mundo”. “En tal caso —dijo el Conde—, pídale que vaya con usted a América”».

—BOSWELL <<

[205] *Ensayos sobre la historia de la humanidad.* —BOSWELL <<

[206] El doctor Percy, Obispo de Dromore. —BOSWELL <<

[207] Aún no conocía yo sus *Cartas a la señora Thrale*. —BOSWELL <<

[208] Margaret, hija segunda y una de las coherederas de Arthur Cecil Hamilton. Se casó en 1741 con Thomas George, tercer Barón y primer Vizconde de Southwell, con el cual vivió en la más perfecta felicidad conyugal hasta septiembre de 1780, cuando falleció lord Southwell, pérdida que su viuda nunca dejó de lamentar, hasta la hora misma de su propia disolución, a sus ochenta y cinco años, el 16 de agosto de 1802. El «ilustre ejemplo de piedad y fortaleza» a que alude el doctor Johnson fue que se sometiera, pasados los cincuenta años de edad, a una operación quirúrgica extremadamente dolorosa, que soportó con extraordinaria compostura, sin permitir que se le atase a la silla, sin emitir un solo quejido. Este sencillo homenaje de afecto a la memoria de dos amistosas y excelentes personas, que no menos se distinguieron por su piedad, beneficencia y caridad ilimitada que por una suavidad de modales por la cual se hicieron apreciar entre cuantos los conocieron, es de esperar que sea perdonado en quien tuvo el honor de gozar de su amabilidad y de su amistad desde su propia niñez. —MALONE <<

[209] Thomas, segundo lord Southwell, nacido el 7 de enero de 1698 y muerto en Londres el 18 de noviembre de 1766. Johnson tuvo trato estrecho con este noble señor y dijo que «era el hombre de más alta cuna que, sin asomo de insolencia, jamás haya compartido conmigo su tiempo». [Véase más adelante, 23 de marzo de 1783]. Su hermano menor, Edmund Southwell, vivió en trato íntimo con Johnson durante muchos años. Murió en Londres, el 22 de noviembre de 1772.

Frente a la desfavorable representación que de este caballero da sir John Hawkins, habida cuenta de que a él debo mi presentación a Johnson, me tomo esta oportunidad para añadir que siempre me pareció un hombre piadoso, propenso a llevar la conversación por asuntos de religión. —MALONE <<

[210] *Plegarias y meditaciones*, pág. 185. —BOSWELL <<

[211] Por mediación de lord Thurlow, Macbean fue admitido en la Cartuja en abril de 1781. Portaba una carta de presentación del doctor Johnson. —MALONE <<

NOTAS AL PIE AL VOLUMEN IV

[1] *Stephanorum Historia, vitas ipsorum ac libros complectens.* Londres, 1709.

—BOSWELL <<

[2] *Graecae Linguae Dialecti. In usum Scholae Westmonast.* 1706. —BOSWELL <<

[3] Secretario de Pesquerías y Conservas de Arenques Británicos, notable por una cantidad extraordinaria de versos de ocasión, ninguno de verdadero mérito.
—BOSWELL

Lockman era famoso en Francia por ser el traductor de la *Henriada* de Voltaire.
—HILL <<

[4] Lucas, 7, 50. —BOSWELL <<

[5] Esta aclaración de la diferencia entre verdad física y verdad moral se halla en el *Ensayo sobre la inteligencia humana*, de Locke, y en muchos otros libros.

—KEARNEY <<

[6] En una carta de Johnson a un amigo, en enero de 1743, dice: «Nunca veo a Garrick». —MALONE <<

[7] Seguramente *La hermana*, comedia que sólo se representó una noche de 1769 en Covent Garden. —MALONE

No deja de ser extraño que a Goldsmith se le pidiera abuchear una comedia de cuyo prólogo era autor. <<

[8] Aquí comenta lord Macartney: «Un brahmán, o cualquier hindú de otra casta, nunca reconocerá que uno pueda profesar su misma religión, ni tampoco se convertirá a la suya, cosa que asombró y dejó perplejos a los portugueses cuando descubrieron las Indias Orientales». —BOSWELL <<

[9] John, lord Carteret y Conde de Granville, que murió en 1763. Es extraño que escribiera tan mal; lord Chesterfield (*Obras misceláneas*, IV, pág. 42) dice que «se había llevado de sus años en Oxford una abundante provisión de conocimientos de griego y latín, y fue conocedor de todas las lenguas modernas. Fue uno de los mejores oradores de la Cámara de los Lores, tanto en lo declamatorio como en lo argumental». —HILL <<

[10] El corresponsal de la *Gentleman's Magazine* [1792, pág. 214], que firma con el nombre de *Sciolus*, aporta el siguiente añadido: «Una dama conocida mía recuerda haber oído cantar a su tío esas hogareñas estrofas hace más de cuarenta y cinco años. Así repitió la segunda:

Criará jóvenes señores y damiselas bellas,
y viajará en coche tapizado de sedas,
y la mejor...

»Y recordó incluso una tercera que parece haber sido la introductoria, y que hoy parece ser la única que resta:

Cuando el Duque de Leeds haya de escoger
una joven con encanto que bella y sabia haya de ser,
será la joven más feliz de la Tierra,
mientras el sol y la luna sigan su esfera».

Con gran placer añadido esta estrofa, que nunca podría haber hallado aplicación más justa que en la actualidad. —BOSWELL

[Esta nota se añadió a la segunda edición]. <<

[11] Cuando la Corporación de Norwich solicitó a Johnson un candidato para el puesto de maestro de la escuela, les recomendó a Parr, que había dejado de ser profesor en la escuela de Sumner, en Harrow. —BURNEY <<

[12] «Bien recuerdo aquella entrevista —dijo el doctor Parr con gran vehemencia cuando se le recordó—. No le di cuartel. El asunto de nuestra disputa fue la libertad de prensa. El doctor Johnson estuvo inflexible. Mientras discutía, observé que daba pisotones en el suelo, por lo cual di yo un pisotón. El doctor Johnson me dijo: “¿Por qué da pisotones, doctor Parr?”. A esto repliqué: “Porque usted ha dado pisotones, y estoy resuelto a no cederle la ventaja siquiera de un pisotón en esta disputa”».

—BOSWELL <<

[13] Es demasiado rotunda esta afirmación acerca de la insensibilidad de Johnson ante la capacidad de patetismo que tenía Otway. Una vez le pregunté si no le parecía que Otway era a menudo un dechado de ternura, y me respondió: «Señor, todo él es ternura». —BURNEY <<

[14] Conviene recordar que esto se dijo hace ya veinticinco o treinta años, cuando el encaje era de uso muy general. —MALONE (1799).

«El griego y el latín —dijo Porson— son meros lujos» (Rogers, *Charlas de sobremesa*, pág. 325). —HILL <<

[15] En su *Vida de Cowley*, el doctor Johnson dice que «éstos son los únicos versos que se sabe de cierto escribió Bentley en inglés». Aquí los inserto, con la esperanza de que mis lectores sepan aplicar sus enseñanzas.

Quien se esfuerce por ascender al Parnaso
y allí poéticos laureles cosechar,
primero ha de adquirir la fuerza y la destreza,
y con alas ora de cisne ora de águila volar.
Quien los tesoros de la Naturaleza aspira a explorar,
sus misterios y arcanos conocer,
tan alto como Newton en su vuelo ha de llegar
y tan por ancho y profundo como Woodward sondear.
Quien estudia antiguas leyes y ritos,
lenguas, artes y armas, y la historia,
ha de penar, como Selden, a lo largo de noches y días,
y en inacabables tareas prepararse a morir.
Quien trafica con vasijas de la religión
(mezclada la verdad con el error, la luz con las tinieblas),
como Whiston, falto de copones y cálices y estrellas,
en el ancho mar naufraga o se extravía.
Vea nuestro héroe su esperanza cumplida,
el largo faenar, la corona genial de la comprensión,
toda la ciencia, todas las artes sean su botín,
pues, ¿qué recompensa, qué renombre le queda?
La envidia, innata en las almas vulgares,
la envidia interviene y frena su ascenso,
la envidia y los enemigos envenenados
su brillo y su valía con terquedad desmienten.
Vivirá sin gloria, o en la necesidad,
sujeto a los viejos libros y al estudio;
en vez de erudito se le llama pedante;
progresan los zopencos, él se rezaga.
Si se da por contento cual estoico de veras
será grande sin patrón, será rico sin los Mares del Sur.

—BOSWELL

Existe una versión distinta y seguramente más exacta de estos briosos versos en la miscelánea titulada *La arboleda*, de 1721. —J. BOSWELL HIJO <<

[16] Las diferencias entre Johnson y Smith son evidentes incluso en este ejemplo de tan escasa trascendencia. Smith era un hombre capaz de una aplicación extraordinaria, que tenía la cabeza repleta de toda clase de cuestiones; ahora bien, la fuerza, la agudeza y la vivacidad de Johnson no se encontrarían jamás en ella. Tenía la confección de libros tan presente en sus pensamientos, y tanto le preocupaba lo que pudiera sacarse en claro de sus intenciones, que una vez dijo a sir Joshua Reynolds que había tomado por norma no hablar jamás, estando en compañía, de lo que se traía entre manos. Beauclerk tuvo por un tiempo en muy alta estima la conversación de Smith. Garrick, tras escucharle un rato como si fuese alguien sobre el cual se han creado expectativas, se volvió taimado a un amigo y le dijo al oído: «¿Qué saca en claro de todo esto? A mí me empieza a parecer flácido». —BOSWELL <<

[17] Lamento haber comprobado en los *Anales de la Royal Society de Edimburgo*, vol. II, la existencia de «Un ensayo sobre el carácter de Hamlet», escrito yo diría que por alguien muy joven, aun cuando se haga llamar «reverendo», que habla con presunción y petulancia del primer personaje literario de su tiempo. En medio de una nublada confusión de palabras (que de un tiempo a esta parte muy a menudo ha pasado en Escocia por metafísica), se aventura a criticar de este modo uno de los versos más nobles que se hayan escrito en nuestra lengua: «El doctor Johnson ha comentado que “el tiempo, entre resuellos, tras él corría en vano”. Yo sin embargo diría que esto es malentender del todo al personaje. El tiempo corre en vano tras cualquier hombre de renombre, al igual que corría en pos de Shakespeare. Los trajines de un intelecto ordinario le permiten ir a la par del tiempo; no le llevan más de prisa, pues tienen su principio, su desarrollo y su fin, y son las naturalezas superiores las que saben reducirlo todo ello a un único punto. No lo suprimen, claro está, aunque sí lo suspenden, o bien todo lo encierran en su pecho». La muy prestigiosa sociedad bajo cuya sanción se vierte al mundo semejante sarta de incongruencias bien hará en ofrecer recompensa a quien descubra qué significan.

—BOSWELL <<

[18] Una dama de gustos literarios me ha obsequiado una anécdota característica de Richardson. Un día, en su casa de campo de Northend, donde se reunió a almorzar gran número de invitados, un caballero recién llegado de París, y deseoso de complacer a Richardson, le comentó una circunstancia muy halagüeña, y es que había visto su Clarissa sobre la mesa del hermano del Rey. Richardson, al ver que parte de la concurrencia estaba ocupada hablando entre sí, afectó entonces no hacer caso. Al cabo se hizo un silencio general, y le pareció buen momento para que todos oyeran el cumplido, de modo que se dirigió al caballero: «Me parece, señor, que decía usted algo acerca de...», hizo una pausa, creando una gran expectación. El caballero provocó su desmedida vanidad, resuelto a no darle el gusto, y con un exquisito aire de indiferencia contestó: «Era una nonada, señor, que no vale la pena repetir». La mortificación de Richardson fue bien visible, y no dijo ni diez palabras más en todo el día. El doctor Johnson estaba presente, y pareció disfrutarla mucho. —BOSWELL <<

[19] Su profunda adoración a la Gran Causa Primera era tal que la ponía por encima de esas «filosofías y vanos engaños» [Colosenses, 2, 8] con que hombres de concepción más estrecha se han visto infectados. Yo le he oído sostener con vehemencia que «lo que es bueno lo es no porque sea adecuado naturalmente a nada, sino porque Dios quiere que sea bueno», y ciertamente así es, porque Él ha predispuesto las relaciones de las cosas, de modo que su voluntad sea adecuada y sea buena. —BOSWELL <<

[20] Confío en que la autoridad del gran Maestro de nuestra lengua ponga coto a esa restrictiva innovación, por la cual vemos escrito *critic*, *public*, etc., en vez de *critick*, *publick*, etc. —BOSWELL <<

[21] Sterne opina exactamente lo contrario. Véase su *Viaje sentimental*, XLIX, «El misterio». —BOSWELL <<

[22] *Plegarias y meditaciones*, pág. 190. —BOSWELL <<

[23] *Ibid.*, pág. 174. —BOSWELL <<

[24] El plan inicial así se publicó en su anuncio: «Decididos los librereros a publicar una amplia antología de la poesía inglesa, se me persuadió para que les prometiera un prefacio a las obras de cada autor; esta empresa, tal como me la imaginé en principio, no habría de resultar ni tediosa ni ardua. Mi propósito consistía en adjudicar a cada poeta un anuncio, como el que hallamos en las misceláneas que se publican en Francia, que contienen unas cuentas fechas y comentarios generales sobre el carácter del poeta; ahora bien, me he dejado llevar mucho más allá de mi primera intención, espero que por el deseo sincero de dar un deleite provechoso a los lectores».

—BOSWELL <<

[25] Así, «En la “Vida de Waller”, el señor Nichols hallará una referencia a la *Historia parlamentaria*, de la cual es preciso extraer una larga cita. Si el señor Nichols no encuentra el libro con facilidad, el señor Johnson se lo enviará desde Streatham».

«Por la presente, le devuelvo a Clarendon».

«Debido a un accidente, guardé su nota sobre el Duque tan a buen recaudo que ahora no la encuentro. Sus informaciones me han sido de gran utilidad. Debo solicitárselas de nuevo junto con otra lista de nuestros autores, porque también se me ha traspapelado. Le he enviado el epitafio de Stepney. Permítame ver las pruebas para revisar en cuanto pueda. Diciembre de 1778».

«He enviado a Philips, con sus epitafios, para su inserción. El fragmento de un prefacio no vale la pena imprimirlo, aunque algo se podría hacer. Podríamos añadirlo a la “Vida de Philips”. La página en latín hay que añadirla a la “Vida de Smith”. Estaré en casa para revisar los dos pliegos de Milton. 1 de marzo de 1779».

«Le ruego me consiga la última edición de las *Cartas* de Hughes; procure conseguir lo de Dennis sobre Blackmore, y sobre el Catón, y cualquier cosa de ese mismo autor contra Pope. Nuestros materiales son defectuosos».

«Como dijera Waller que había imitado a Fairfax, ¿le parece que unas cuantas páginas de éste enriquecerían nuestra edición? Pocos lectores las conocen, y es posible que complazcan, aunque no es necesario».

«*Crónica de las vidas y las obras de algunos de los poetas ingleses más eminentes. Por etcétera. Los poetas ingleses, considerados crítica y biográficamente, por Sam. Johnson.* Que decida el señor Nichols entre estas opciones, si no tiene otra en mente. Mayo de 1781».

«Olvida usted el anuncio de la nueva edición. No iba incluido. De las *Cartas* de Gay no veo yo qué utilidad pueda obtenerse, pues no aportan informaciones sobre nada. Una cosa es que fuera miembro de la Sociedad Filosófica, pero sólo podía ser miembro correspondiente, y no de número. Claro que como aquí no tengo su vida no sé cómo introducirlo, y no es relevante».

Véanse algunas más en la *Gentleman's Magazine* de 1785. El editor de esa miscelánea, para la cual colaboró Johnson durante unos cuantos años, parece pensar con justicia que cualquier fragmento de un hombre tan grande es digno de preservarse como procede. —BOSWELL <<

[26] «Vida de Sheffield». —BOSWELL <<

[27] Sin embargo, en la página 11 de este volumen se hace el mismo comentario, sólo que Johnson habla de la prosa. —MALONE <<

[28] El texto original queda entre corchetes, y el texto enmendado se imprime en cursiva. —BOSWELL <<

[29] Véase *Un ensayo sobre la vida, el carácter y los escritos del doctor Samuel Johnson*, Londres, 1787, que está muy bien escrito siempre y cuando se reconozca el fanatismo democrático de su autor, al cual no puedo menos que admirar debido a su liberalidad al hablar así de mi ilustre amigo: «Fue poseedor de un extraordinario poder del intelecto, cultivado al máximo con el estudio y aún más con la meditación y la reflexión. Su memoria era de una retentiva notabilísima, su imaginación de un vigor insólito, su juicio agudo y penetrante. Tenía un fuerte concepto de la importancia de la religión; su piedad fue sincera y a veces ardiente; su celo en defensa de la virtud a menudo se manifestó tanto en su conversación como en sus escritos. La misma energía de la que hizo gala en sus producciones literarias la exhibió en su conversación, que era variada, instructiva, sorprendente. Tal vez no haya existido hombre que se le pueda poner a la par en el ingenio de sus réplicas.

»Su diccionario, sus ensayos morales y sus producciones en la literatura cortés nos impartirán aún útiles instrucciones, amén de elegante entretenimiento, mientras el lenguaje en que están escritas se siga entendiendo». —BOSWELL <<

[30] Opina Malone que todo esto es más bien prueba de que nada sentía a propósito de las vistosas sensaciones que describe; que sobre esos asuntos es el poeta, y no el hombre, quien escribe. —BOSWELL <<

[31] Uno de los ejemplos más naturales del efecto que tiene el verso blanco se le ocurrió al difunto Conde de Hopeton. Su Señoría observó a uno de sus pastores, que en un prado leía el *Paraíso perdido*, y al preguntarle qué libro era, el pastor respondió: «No le gustaría a vucencia, que es muy raro el autor: hace como que rima, pero no le sale ni a la de tres». —BOSWELL <<

[32] «Del comportamiento de Johnson para con Warburton toma muy honrosa nota el editor de los *Tratados de Warburton, y una warburtoniana, no incluidos en las respectivas compilaciones*. Tras una relación perspicaz y “afectuosa, aunque no falta de distinción”, acerca del carácter de Warburton, señala que “en dos obras inmortales Johnson se ha destacado por ser el más aventajado y prominente de sus admiradores”. Gracias al testimonio de hombre semejante, preciso es acallar toda impertinencia y ablandar la maldad misma. Del mérito literario, como es de todos conocido, Johnson fue juez sagaz, aunque severísimo. Era tal su discernimiento que penetraba en los más recónditos y secretos manantiales de las acciones humanas, y era tal su integridad que siempre sopesó el carácter moral de sus semejantes “en la balanza del santuario”. Era demasiado corajudo para propiciarse un rival, y demasiado orgulloso para doblar la cerviz ante un superior. A Warburton lo conocía como yo lo conocí, y como habría deseado que se le conociera cualquier hombre sensato y virtuoso, esto es, tanto por sus escritos como por los escritos de quienes disentían de sus principios o envidiaban su reputación. En lo que a favores se refiere, nunca recibió ni solicitó ninguno del Obispo de Gloucester; si no me falla la memoria, lo vio una sola vez; se encontraron poco menos que por azar, conversaron sin ningún esfuerzo y se despidieron sin haberse causado ninguna impresión duradera de odio o de afecto. Ahora bien, con todo el ardor de su genio y su simpatía, Johnson ha hecho espontáneamente y con gran soltura lo que muchos escritores habían perpetrado antes de un modo insensato, y que otros, de los que mayores y más resonantes éxitos habrían sido de esperar, en modo alguno han hecho hasta la fecha. Habló bien de Warburton sin rebajarse a insultar a quienes Warburton despreciaba. No eliminó las imperfecciones de este hombre extraordinario, al tiempo que se esforzó por hacer justicia a sus innumerables y trascendentes excelencias. Lo defendió cuando vivía en medio del clamor de sus enemigos y lo elogió cuando estaba muerto, en medio del silencio de sus amigos».

Habiéndome provisto del elogio de este editor a mi difunto amigo, por el cual efusivamente le doy las gracias, no quisiera tolerar que el lustre de su reputación, honestamente adquirida con una erudición profunda y una vigorosa elocuencia, sea mancillado por una acusación de cicatería. Se le ha echado en cara haber obrado con envidia al sacar de nuevo a la luz determinados escritos de una persona respetable por su talento, su cultura, su posición en sociedad y su edad misma, que fueron publicados hace muchísimos años, y que desde entonces han sido objeto de callada renuncia por parte de su autor. Pero cuando se considera que dichos escritos no fueron simples pecados de juventud, sino obras intencionadas de una persona ya madura y asentada en la vida, desbordantes al tiempo de halagos a un gran hombre de gran interés en la Iglesia y de insultos injustos y desmedidos para dos hombres de mérito eminente, y que, si bien habría sido irracional esperar una humillante

retractación, no se ha hecho ninguna apología al fresco de la tarde por el fervor opresivo que se produjo con el calor de la mañana, ni se ha dado la menor indicación de desaire en ninguno de los rincones de las publicaciones recientes, ¿no es injusto acaso interpretar que incurre en perseverancia altiva y desdeñosa, y más cuando permite que las astillas sigan infectando las heridas? Cuando no ha de extender una mano lenitiva, ¿es un error, es pecar de falta de generosidad erigirse en vengador indignado? —BOSWELL <<

[33] Permítaseme aquí expresar mi recuerdo y mi gratitud hacia lord Somerville, por la amabilidad que me mostró en época muy temprana. Fue la primera persona de alto rango que tuvo la bondad de fijarse en mí de ese modo que tan adulator resulta para un joven ambicioso de distinguirse por su talento literario; asimismo, quisiera dejar constancia del honor que me hizo al animarme a tener mejor concepto de mí y aspirar a méritos mayores. Era la suya una feliz manera de comunicar sus variados conocimientos del mundo, mediante breves comentarios y anécdotas, con sosiego y gravedad apacible, sumamente gratos de oír. Nunca olvidaré las horas que disfruté en sus aposentos del Real Palacio de Holy-Rood, y en su mansión cercana a Edimburgo, donde él mismo había formado su gusto elegante. —BOSWELL <<

[34] Yo diría que Johnson, conocedor de la severa aflicción de la que Parnell jamás se recobró, sin duda habría querido preservar este pasaje. —BOSWELL <<

[35] No vayan mis lectores a sonreírse pensando que Johnson fuera candidato a los favores de una mujer. El señor Peter Garrick me ha asegurado que, según le dijo una dama, en su opinión Johnson era «un hombre muy seductor». Las desventajas de su persona y modales bien pueden olvidarse allí donde se comunica el placer intelectual a un entendimiento sensible, y Johnson era capaz de sentir el apego más delicado y desinteresado, como bien se ve en la siguiente carta, que ha publicado la señora Thrale [*Cartas de Piozzi*, II, pág. 391; es la n.º 80 de las cartas de Johnson] junto con otras dirigidas a la misma persona, cuya excelencia no es demasiado aparente:

«A la señorita Boothby

»1 de enero de 1755

»Queridísima señora,

»aunque mucho me temo que su indisposición no le dejará tiempo ni ganas de recibir cortesías, no puedo dejar de presentarle mis respetos y felicitarle el año nuevo; aprovecho para declararle mi deseo de que sus años venideros sean muchos y muy felices. En este deseo, como es natural, me incluyo, pues no tengo a nadie, salvo usted, en quien repose mi corazón; le deseo todo el bien, aun cuando su situación sea tal que no le permita comunicar ningún agradecimiento, querida, queridísima señora, a su fiel, etc.

»SAM. JOHNSON»

—BOSWELL <<

[36] *Gentleman's Magazine*, vol. LV, pág. 10. —BOSWELL <<

[37] El difunto señor Burke. —MALONE <<

[38] El difunto señor James Ralph dijo a lord Macartney que había pasado una velada con el doctor Young en la mansión de lord Melcombe (entonces señor Dodington) en Hammersmith. Como saliera el doctor al jardín, el señor Dodington le señaló, a su regreso, que la noche era espantosa, como en verdad lo era, pues arreciaba una violenta tormenta de lluvia y viento. «No, señor —replicó el doctor—, hace una noche espléndida. El Señor se ha ausentado de sus dominios». —BOSWELL <<

[39] Vol. I, pág. 133. —BOSWELL <<

[40] De esta clase poco o nada recomendable exceptúo una ingeniosa defensa de Hammond, aunque no del todo satisfactoria, que no he podido ver sino hasta hace poco y gracias al favor del autor de la misma, el reverendo señor Bevill, que la publicó anónimamente. Es un ejercicio juvenil, pero escrito con elegancia, con entusiasmo clásico en el sentimiento, aunque con la modestia apropiada y un gran respeto por el doctor Johnson. —BOSWELL

[Esta nota fue añadida en la segunda edición]. <<

[41] Enero de 1791. —BOSWELL

El juicio de Hastings se había dilatado por espacio de más de tres años cuando se publicó la *Vida de Samuel Johnson*. Comenzó en 1788 y no terminó hasta 1795. <<

[42] Más adelante, sir Robert Chambers, uno de los jueces de la India nombrados por Su Majestad. —BOSWELL <<

[43] La *Gramática persa* de Jones, publicada en 1771. —BOSWELL <<

[44] *Viaje a las islas occidentales de Escocia.* —BOSWELL <<

[45] Publicada por Kearsley con este epígrafe bien elegido:

Desde la cuna fue un erudito, maduro y bueno en todo,
y para dar más honor a su época,
más de lo que podría dar el hombre,
murió siendo temeroso de Dios.

SHAKESPEARE

—BOSWELL

Esta cita es una versión deturpada de *Enrique VIII*, acto IV, escena 2. La cita del texto se halla en la pág. 82 de la *Vida de Johnson*, de W. Cooke, o Cook, a la que hace referencia Boswell. —HILL <<

[46] Los dos pasajes en liza son la descripción que hace Hamlet de su padre en la pieza de Shakespeare (*Hamlet*, acto III, escena 4), y el retrato que hace Milton de Adán (*Paraíso perdido*, IV, 300). —BOSWELL <<

[47] *London Chronicle*, 2 de mayo de 1769. Este respetable caballero falleció el 3 de abril de ese año en Coffleet, casa de Thomas Veale, cuando iba de viaje a Londres.

—BOSWELL <<

[48] William, primer Vizconde de Grimston. —BOSWELL <<

[49] Véanse págs. 748-749. —BOSWELL <<

[50] Aquí se rebajó Johnson a hacer un juego de palabras entre *long* [‘largo’], y *short* [‘corto’]. Pero mal podía saber, debido a la reserva que siempre adoptó el señor Long en su presencia, que estaba hablando así de un caballero distinguido entre sus conocidos por su agudeza de ingenio, alguien a quien considero que la expresión francesa «*Il pétille d’esprit*» se adapta especialmente bien. Me ha hecho un gran favor al decirme que oyó una vez comentar al doctor Johnson: «Señor, si perdiese yo a Boswell, sería como si me amputaran una extremidad». —BOSWELL <<

[51] William Weller Pepys, uno de los magistrados del Tribunal Supremo de la Cancillería, y muy conocido en los círculos cortesés. No tengo trato suficiente para hablar de él según mi criterio, pero sé que tanto en Eton como en Oxford fue íntimo amigo del difunto sir James Macdonald, el Marcellus de Escocia, cuyo talento extraordinario, saber y virtudes serán recordados con gran admiración y pesar.
—BOSWELL <<

[52] *Plegarias y meditaciones*, pág. 191. —BOSWELL <<

[53] El señor Richard Berenger, durante muchos años caballero de Jinetería y primer maestro de equitación ante Su Majestad. —MALONE <<

[54] Véase la explicación en [\[pág. 1446\]](#). —BOSWELL <<

[55] Como éste es un asunto recurrente en estos volúmenes, el lector podría suponer erróneamente que al doctor Johnson le gustaba de un modo especial, tanto como para abordarlo con frecuencia. La verdad es que es el autor quien se complacía en hablar de fantasmas y de lo que a menudo denominaba «lo misterico», por lo cual aprovechaba cualquier oportunidad que surgiera para llevar a Johnson a tratar tales cuestiones. —MALONE

El autor de esta obra tenía sin lugar a dudas un muy acendrado gusto por «lo misterico», y es posible que en algunas ocasiones condujera la conversación hacia ello, cuando no se hubiera ofrecido de un modo espontáneo al entendimiento de Johnson; lo cierto es que a éste también le agradaban sobremanera las especulaciones de esta naturaleza, como bien cabe deducir si se espigan sus escritos. —J. BOSWELL HIJO <<

[56] Mateo, 27, 52-53. —BOSWELL <<

[57] [\[Véase pág. 1375\]](#). —BOSWELL <<

[58] [\[Véase pág. 1471\]](#). —BOSWELL <<

[59] Johnson, cuya memoria era prodigiosa, recordaba los cuatro primeros versos de esta curiosa producción, que a mí me ha comunicado una joven conocida suya:

Cuando de aire di mi primera bocanada
a la tierra vine hecha una monada;
salí entonces de un cobijo tenebroso
a este mundo alegre y luminoso.

—BOSWELL <<

[60] Wilkes confunde la objeción que pone Eufranor al Teseo de Parrasio con una descripción de la Venus de Apeles. Véase Plutarco, *Eufranor*; compara su Teseo con el de Parrasio y dice que éste se alimentó de rosas y el suyo de carne. —KEARNEY <<

[61] El señor Wilkes probablemente desconocía que en un sermón en lengua inglesa se contiene la crónica más exhaustiva y brillante de esa entretenida facultad por la cual a él mismo tanto se le admira. Se encuentra en el primer volumen del doctor Barrow, y en el sermón decimocuarto, titulado «En contra del hablar por hablar y de las chanzas». Un viejo conocido mío, el difunto Corbyn Morris, en su atinado *Ensayo sobre el ingenio, el humor y el ridículo*, lo considera «una profusa descripción del ingenio», aunque no veo yo de qué modo podría resumirse sin suprimir alguna que otra circunstancia de peso y discriminación. Como apenas es conocido, y como quizá sirva para predisponer a algunos a leer sermones de los cuales sin duda extraerán verdadero provecho, aun cuando sólo busquen entretenimiento, aquí lo adjunto. «Pero antes —dice el erudito predicador— tal vez se exija saber qué es eso de lo que hablamos, o qué importancia tiene esa gracia (o ingenio, como la llama antes). A estas preguntas podría responder como hizo Demócrito a aquel que le preguntó cuál era la definición de un hombre: “Eso que todos vemos y conocemos”. Mejor se capta en qué consiste por propio conocimiento y familiaridad que por la descripción que pudiera yo dar ahora. Se trata, en efecto, de algo tan versátil y multiforme, que se presenta de formas tan variadas, en tantas posturas, con tantos dejes y gracejos, que parece sumamente difícil trazar una noción clara y cierta de ello, no menos que trazar un retrato de Proteo o definir la figura del aire fugaz. Unas veces se encuentra en fáciles, llanas alusiones a una historia conocida, o en la oportuna aplicación de un dicho popular, o en la forja de un relato pintiparado; a veces destella y juguetea en palabras y en frases diversas, aprovechándose de la ambigüedad de su sentido o de la afinidad de su sonido; a veces aparece envuelto en un ropaje de expresión humorística; a veces ronda bajo una inesperada similitud; a veces se aloja en una pregunta astuta, en una respuesta presta, en una hábil sugerencia, en un taimado rodeo, en una réplica inteligente a una objeción; a veces se agazapa en un osado planteamiento del discurso, en una ironía deslenguada, en una hipérbole exuberante, en una metáfora imprevisible, en una verosímil reconciliación de las contradicciones, en un penetrante sinsentido; a veces emana de una representación colorida de personas o de objetos, de un discurso falseado, de una imitación de la mirada o el gesto; a veces pasa por afectada sencillez, a veces por tosquedad presuntuosa; a veces brota de una artificiosa conformación de lo obvio de cara al propósito que se persigue; a veces chispea cuando por fortuna se da en lo extraño. A menudo consiste en no se sabe bien qué, en algo que brinca sin que se sepa cómo. Sus caminos son inexplicables, pues responde a incontables caprichos y serpenteos del lenguaje. Es, en resumidas cuentas, una manera de decir lo simple de manera simple (tal como enseña y demuestra la razón), en aras de la cual una grosería sorprendente, sea de pretensión o de expresión, de hecho afecta y divierte, despertando cierta sensación de maravilla

y criando ahí un inequívoco deleite. Suscita admiración, por cuanto que comporta una ágil sagacidad en captar las cosas, una especial felicidad de la invención, una viveza del espíritu, que tocan más al ingenioso que al vulgar; parece poner en juego una rara velocidad de las facultades, y es una habilidad notable en quien sabe acomodarlas al propósito que tiene en mente, unida a una animada vivacidad del humor, que no desdora los destellos más juguetones de la imaginación. (De ahí que en Aristóteles se llame “los diestros” a quienes la poseen, hombres de fáciles y versátiles modales, que con toda tranquilidad pueden volverse a lo que sea, o volver lo que sea de su parte). Procura deleite al gratificar la curiosidad con su rareza, con su apariencia de dificultad, tal como provocan placer los monstruos, que impresionan no por su belleza, sino por su rareza, o los juegos de manos, no por su utilidad, sino por lo abstruso. Distrae al entendimiento del camino de los pensamientos serios, y contagia alegría y levedad del espíritu, provocando en disposiciones afines el ánimo de emular o complacer, y sazona cuestiones que por lo demás serían de mal gusto, o insípidas, con un gusto insólito y por eso mismo muy de agradecer». —BOSWELL

El *Ensayo* de Morris se publicó en 1744. De él dijo Hume: «¿No se le antoja que una dedicatoria oportuna podría expiar todo lo que es objetable de mis *Diálogos*? Empiezo a ser del parecer de mi amigo Corbyn Morrice, quien dice que escribe todos sus libros sólo por ponerles una dedicatoria». <<

[62] Cuando se lo comenté al Obispo de Killaloe, Su Señoría dijo que era «con la cabra». Tal fue la cortesía del señor, tal el buen humor en sociedad del Obispo, que cuando cenaron juntos en casa del señor Dilly también reinó la cordialidad y fueron atentos el uno con el otro. —BOSWELL <<

[63] Benjamin Stillingfleet, autor de varios tratados sobre historia natural, etc.
—BOSWELL <<

[64] Al día siguiente, me esmeré al máximo de mi capacidad para dar a lo acontecido el sesgo más ingenioso que pude, y compuse estos versos:

A LA HONORABLE SEÑORITA MONCKTON

No es que con el excelente Montrose
tuviera el contento de almorzar,
ni que de su mesa tarde ya me levantara,
con Graham ingenioso, con el vino generoso.
No fue sólo esto cuanto me condujo
a abusar de modales y decoro
y me llevó a sentir cuanto más temo,
el ceño justo de Johnson y su reproche.
Es que al entrar sin humillarme
y ver sus ojos brillantes, y los rayos que despedían,
al punto la embriaguez me cegó del todo
y mi ser ardió en llamaradas.
Pero no es el fulgor deslumbrante, reconozco,
sino el humo lo que me avergüenza.
Me vi a espantosa ruina reducido
y no esclarecido, pese al fuego.
Víctima a la par del amor y del vino,
espero, María, su perdón me otorgue,
mientras invoco del Cielo los poderes
para ser en adelante más sensato.

Tuvo la gentil dama la generosidad de perdonarme, me devolvió respuesta amable y así obtuve carta de perdón y puse todo el cuidado en enmendarme y no volver a ofender a nadie. —BOSWELL <<

[65] Recuerdo un ridículo párrafo en los periódicos, que venía a decir que el Rey había otorgado sendas pensiones a un Oso y a una Osa. —BOSWELL

[El apellido de Shebbeare es prácticamente *she-bear*, es decir, ‘osa’]. <<

[66] No obstante, los hombres de alcurnia y de fortuna deberían tener confianza plena en que les asiste de veras el derecho a gozar de la aprobación del público, en su condición de escritores, antes de aventurarse a hacer acto de presencia. Dryden, en su prefacio a *Todo por el amor*, así se manifiesta: «Los hombres de grata conversación (o al menos con esa estima) y dotados de una imaginación volátil, ayudándose tal vez de un rebozo del latín se muestran ambiciosos por distinguirse de la grey de los caballeros recurriendo a su poesía: “*Rarus enim ferme sensus communis in illa Fortuna...*” dice Juvenal: “Pues por lo general hay poco sentido común en tanta alcurnia”. Y esta desdichada afectación, ¿no harían mejor en contentarse con lo que fortuna les ha dado, y quedarse en sus haciendas? ¿Han de poner sus ingenios en cuestión, y exponerse de un modo innecesario a la desnudez del público escrutinio? Y esto por no considerar que no deben contar con la misma aprobación de los hombres sobrios que han encontrado en sus aduladores tras la tercera botella: si cierto destello en el discurso nos los hace pasar por hombres de ingenio, ¿dónde estuvo la necesidad de desengañar al mundo? ¿Querría un hombre que tiene dudoso derecho al título de una hacienda, en posesión de la cual se halla, prestarse de propio acuerdo a que se le juzgue en Westminster? Nosotros, los que escribimos, si aspiramos al talento, tenemos al menos la excusa de hacerlo a cambio de una pobre subsistencia; ahora bien, ¿qué puede aducirse en su defensa, si, no teniendo la vocación de la pobreza a la hora de escribir, escriben por mero capricho, y las pasan canutas para quedar en ridículo? Horacio estaba sin duda en lo cierto cuando dijo que “a nadie satisface su propia condición”. Un poeta no se da por contento, porque no es rico, y los ricos se sienten descontentos porque los poetas no nos admiten entre los suyos». —BOSWELL

Diríase que Boswell siguió al pie de la letra el consejo de Swift: «Leed todos los prefacios de Dryden». —HILL <<

[67] Esto me causó un gran placer, pues en cierta ocasión hubo un pequeño altercado entre el doctor Barnard y él, en torno a la cuestión de que un hombre aún pueda aspirar a ser mejor pasados los cuarenta; parece que Johnson, malhumorado, no se expresó de un modo coherente con la cortesía. El doctor Barnard tomó el altercado por pretexto para unos versos de ocasión, en los que se las daba de aprender distintas virtudes de hombres distintos. Concluyen con una delicada ironía:

Johnson me ha de enseñar cómo poner
a la mejor luz cada una de las cualidades;
de él aprenderé a escribir,
imitaré su estilo claro y familiar,
y con la aspereza de su lima seré, como él, cortés.

Desconozco si Johnson llegó a ver el poemilla, pero he tenido ocasión de comprobar que el doctor Barnard y él se tuvieron en mayor estima a la par que fue en aumento su mutuo respeto. —BOSWELL <<

[68] El señor Barclay, descendiente de Robert Barclay, de Ury, célebre apologeta de los llamados cuáqueros, y notable por haber defendido los principios de su venerable antecesor con la elegancia de los modales modernos, en la medida en que ello no se desdijera de la primitiva sencillez que preconizan. —BOSWELL <<

[69] Hoy Obispo de Llandaff, uno de los episcopados más pobres de este reino. Su Señoría ha escrito con gran celo para mostrar lo justo que sería la iguala de los ingresos de los distintos obispos. Nos ha informado de que dio al fuego todos sus trabajos escritos sobre cuestiones de química. Los amigos de nuestra excelente y magnífica constitución, hoy atacados por todos los flancos, por innovadores y niveladores, habrían lamentado menos la destrucción de otros de los escritos de Su Señoría. —BOSWELL <<

[70] Esta afirmación la desmiente una simple comparación de las fechas, ya que las primeras cuatro sátiras de Young se publicaron en 1725, y el plan de los Mares del Sur data de 1720. —MALONE <<

[71] Esta infortunada persona, Thomas Fysche Palmer, fue después a Dundee, en Escocia, donde ofició como ministro de una congregación de la secta que se hace llamar «unitarios» a partir de la idea de que adoran a un solo Dios, porque niegan la misteriosa doctrina de la Trinidad.

No se percatan de que el gran cuerpo de la Iglesia cristiana mantiene la unidad de Dios a la vez que profesa ese misterio, refiriéndose a «Dios Uno y Trino». La Iglesia con humildad adora la divinidad tal como se muestra en las Sagradas Escrituras. En vano afirma la secta de los unitarios que comprende y define a Dios Todopoderoso. Palmer, tras calentarse la cabeza con no pocas especulaciones políticas, tuvo tal grado de insatisfacción con nuestra excelente constitución que llegó a componer, publicar y difundir escritos que resultaron tan sediciosos y peligrosos que, cuando un jurado lo declaró culpable, el tribunal correspondiente de Escocia lo condenó al exilio durante catorce años. Algunos miembros de ambas cámaras protestaron ruidosamente contra la decisión, que finalmente fue aprobada por una amplia mayoría. Fue transportado al asentamiento para convictos que hay en Nueva Gales del Sur. —BOSWELL

[Esta nota aparece en la tercera edición]. <<

[72] Tomada de Herodoto, libro II, cap. 104. —BOSWELL <<

[73] Robertson cambió esta palabra por *jocandi*, al descubrir en Blackstone que *irritar* es verbo activo. —BOSWELL <<

[74] La siguiente carta la escribió Johnson en esta época, al recibir de la señorita Reynolds, hermana de sir Joshua, un ejemplar de su *Ensayo sobre el gusto*, que tuvo una impresión privada de corto tiraje, pero que nunca se llegó a publicar.

«A la señorita Frances Reynolds

»Bolt Court, 28 de junio de 1781

»Queridísima señora,

»encuentro en estas [páginas o comentarios] tal hondura de penetración, tal finura de observación, que Locke o Pascal estarían orgullosos. Es mi deseo que tenga ésta por mi opinión verdadera.

»Sin embargo, no puede publicarse en el estado en que actualmente se encuentra. Muchos de los conceptos que maneja no parece que los tenga usted misma demasiado claros; muchos no se desarrollan de manera suficiente, ni se expanden en beneficio del lector corriente: necesita en muchos pasajes una mayor lisura y mayor llaneza de lenguaje.

»Mediante revisiones y correcciones puede conseguir una obra tan elegante como curiosa.

»Soy, mi queridísima señora, su afectuoso y obediente servidor,

»SAM. JOHNSON»

La dama a quien esta carta estaba dirigida, por la que tenía el doctor Johnson altísima estima, falleció en Westminster a los ochenta años de edad, el 1 de noviembre de 1807. —MALONE <<

[75] El testamento del rey Alfredo al que se alude en esta carta, tomado del original sajón que se halla en la biblioteca del señor Asíle, se ha impreso a expensas de la Universidad de Oxford. —BOSWELL

La edición es de 1788: Owen Manning fue responsable de las traducciones y de casi todas las notas. —HILL <<

[76] *Plegarias y meditaciones*, pág. 201. —BOSWELL <<

[77] La verdad de este aserto la ha demostrado la triste experiencia. —BOSWELL

La señora Boswell falleció el 4 de junio de 1789. —MALONE <<

[78] Véase un retrato suyo en la *Gentleman's Magazine* de febrero de 1785.

—BOSWELL <<

[79] En ambas ediciones de la *Vida del doctor Johnson*, de sir John Hawkins, figura «ignorante intelecto». —BOSWELL <<

[80] Johnson me repitió así este verso: «Y el desvelo una hora robaba para morir en su momento». Pero luego lo modificó para dejarlo como lo reproduzco. —BOSWELL <<

[81] *Plegarias y meditaciones*, pág. 209. —BOSWELL <<

[82] Esta nota fue respuesta a una que acompañó a uno de los primeros panfletos en torno a la falsificación de Chatterton, titulado *Someras observaciones sobre los poemas atribuidos a Thomas Rowley*, etc. La muy competente *Indagación* del señor Thomas Warton se publicó a los tres meses; la admirable *Vindicación del apéndice*, del señor Tyrwhitt, en el verano de ese mismo año, dejó a los partidarios de esta osada impostura sin otro asidero que «la resolución de insistir en lo que ya se había dicho». Por osada que fuera esta ficción, por desatinada que fuese la fe de los partidarios de Chatterton, ambas quedaron en nada al lado de lo ocurrido en 1795 y al año siguiente, debido a una impostura más audaz si cabe, y a la pertinacia de uno de sus defensores, que ha inmortalizado su nombre publicando un grueso volumen cuyo objeto manifiesto no fue otro que demostrar la autenticidad de ciertos papeles atribuidos a Shakespeare, después incluso de que quien urdió semejante patraña hubiera reconocido en público la falsedad de su impostura. —MALONE

El panfleto a que se alude al principio fue obra del propio Malone. —HILL <<

[83] *Plegarias y meditaciones*, pág. 207. —BOSWELL <<

[84] El señor Holder, del Strand, boticario del doctor Johnson. —BOSWELL <<

[85] Poco después de redactar esta carta, el doctor Lawrence marchó de Londres, aunque no antes de que la perlesía hiciera tales progresos que le impidió escribir por sí solo. Siguen algunos extractos de cartas que envió el doctor Johnson a una de sus hijas:

«Fácilmente creerá usted en la alegría que me embarga al tener conocimiento de que ha vuelto a oír la voz que a todos tan a menudo nos ha deleitado escuchar. Ojalá siga oyéndola con frecuencia. Si tuviéramos su intelecto, y su lengua, podríamos ahorrarnos todos los demás lamentos.

»No he recuperado el vigor, aunque me siento mucho mejor que la última vez en que nuestro querido doctor Lawrence me tomó el pulso. Tenga la bondad de hacerme saber, al menos de cuando en cuando, cómo se encuentra. Me complace que se acuerde de mí; tengo la esperanza de no olvidarlo yo mientras viva. *22 de julio de 1782*».

«Me colman de alegría los avances que mi querido doctor Lawrence, así sean pequeños, hace de cara a su pleno restablecimiento. Si al menos pudiéramos gozar de su intelecto, y de su lengua en su intelecto, y de su mano derecha, no debiéramos lamentar demasiado todo lo demás. Yo no desesperaría de paliar esa hinchazón de la mano por medio de la electricidad, siempre y cuando se aplicase con frecuencia y diligencia.

»Téngame al corriente de cuanto suceda. Espero no sea necesario decirle cuánto me interesa cada cambio que pueda sobrevenir. *26 de agosto de 1782*».

«Aun cuando la crónica que tuvo la amabilidad de enviarme con su última carta no pudo procurarme el placer que tanto deseaba, me alegré pese a todo de recibirla, pues mi afecto por mi querido amigo me lleva a estar deseoso de conocer en qué estado se encuentra, sea el que fuere. Por tanto, le ruego que continúe teniéndome al corriente al menos de cuando en cuando, y que me refiera todo cuanto observe.

»Muchos achaques de gravedad considerable me han obligado durante estos últimos tres meses a tener muy presente a mi amable médico. Me encuentro algo mejor. Espero que la gratitud, tanto como la inquietud, puedan ser motivo de recordación. Bolt Court, Fleet Street, *4 de febrero de 1783*». —BOSWELL <<

[86] Hallándose el señor Langton en esta época prestando servicio militar en Rochester, se le trata por su título militar. —BOSWEL <<

[87] Al estar arrancada parte de esta carta, a partir de su sentido evidente he completado algunas palabras y medias palabras al principio y al final de algunos renglones. —BOSWELL <<

[88] [\[Véase pág. 919\]](#). —BOSWELL

Era viuda, hermana de Hector y primer amor de Johnson. Durante el mes de octubre del año anterior, hablando de una visita a Birmingham, dice que «la señora Carless me puso bajo sus cuidados y me decía cuándo había tomado té más que suficiente». *Cartas*, n.º 742 <<

[89] El día anterior se produjo el cambio de gobierno. —MALONE <<

[90] Lo que sigue se publicó en el *Morning Chronicle* del 29 de mayo de 1782: «Como un corresponsal ha mencionado en el *Morning Chronicle* del pasado día 12 de diciembre la última cláusula del párrafo que sigue, tal como si aparentemente fuera favorable al suicidio, se nos reclama que reproduzcamos el pasaje en su integridad, para que salga a la luz su verdadero sentido, que no es recomendar el suicidio, sino el ejercicio: “El ejercicio no puede protegernos de la disolución a la que estamos abocados, pero mientras cuerpo y alma sigan unidos puede servir para que la asociación sea placentera y aliente la esperanza probable de que se desmembrén con una fácil separación. Era precepto entre los antiguos que las enfermedades agudas son del Cielo y las crónicas provienen de nosotros; el dardo de la muerte, qué duda cabe, cae del Cielo, pero lo envenenamos con nuestra conducta: morir es el sino del hombre, pero morir con un remanente de angustia suele ser su mayor estupidez”». [*Rambler*, n.º 85]. —BOSWELL <<

[91] La correspondencia puede leerse por extenso en la *Gentleman's Magazine* de febrero de 1786. —BOSWELL

Johnson, al aconsejar al doctor Taylor «que haga todo el ejercicio que pueda tolerar», dice: «Creo que la verdadera definición del ejercicio es el esforzarse sin llegar al agotamiento» (*Cartas*, n.º 627). —HILL <<

[92] Que celebré en la capilla de la iglesia anglicana de Edimburgo, fundada por lord John Smith, de piadosa y respetable memoria. —BOSWELL <<

[93] El reverendo señor Temple, vicario de la parroquia de St. Gluvias, en Cornualles.

—BOSWELL <<

[94] *Plegarias y meditaciones*, pág. 214. —BOSWELL <<

[95] Si tuviera que insertar aquí todas las anécdotas que han llegado a mis oídos acerca de las polémicas que, con arrojo, unos y otros sostuvieron con él, las ocasiones en que se le redujo al silencio o se vio obligado a reconocer que su adversario en la lid se había llevado la palma frente a él, mis volúmenes se hincharían hasta alcanzar proporciones desmesuradas. Descubro que una ha circulado tanto de boca en boca como en letra impresa, y es que cuando se negó a reconocer que los escritores escoceses tuvieran algún mérito, el difunto doctor Rose, de Chiswick, aseveró que él era capaz de nombrar a un escritor escocés del que el propio Johnson reconocería que había escrito mejor que ningún otro de su época, y que como Johnson preguntase de quién se trataba, Rose respondió: «Lord Bute, cuando firmó la orden en virtud de la cual se le otorgó su pensión vitalicia». A lo cual Johnson, obnubilado ante tal salida de tono, hubo de reconocer que era cierto. Cuando se lo comenté a Johnson, se limitó a decir: «Señor mío, si Rose dijo tal cosa, yo no la oí». —BOSWELL <<

[96] Esta reflexión fue sumamente natural en labios de un hombre de buen corazón, que nunca fue consciente de haber malquerido a nadie, aunque las agudezas a que a veces daba salida con su discriminación y su vivacidad, que tal vez él no recordase, eran, me temo, demasiado a menudo rememoradas con resentimiento. —BOSWELL <<

[97] En mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, he expresado larga y cabalmente mis sentimientos sobre esta cuestión. La Revolución fue sin lugar a dudas necesaria, aunque no fue motivo de vanagloria, pues durante mucho tiempo hizo añicos los generosos sentimientos de lealtad a la Corona. Y ahora, cuando por el efecto benigno del tiempo, la actual familia real se halla sólidamente afianzada en nuestros afectos, qué insensato es revivir con celebraciones el recuerdo de un grave trastorno que a buen seguro habría sido con mucho preferible que nuestra constitución no hubiera exigido. —BOSWELL <<

[98] «Carta al pueblo de Escocia en contra del intento por disminuir el número de lores en el Tribunal Supremo», 1785. —BOSWELL <<

[99] En su «*Vida de Swift*» (pág. 55) habla así de su diario, conocido como *Diario para Stella*: «En medio de su poder y de sus políticas, mantenía un diario de sus visitas, sus paseos, sus entrevistas con ministros y disputas con su sirviente, y se lo transmitió a la señora Johnson [la propia Stella] y a la señora Dingley, de quienes sabía que les interesaba cualquier cosa que le acaeciera, y para quienes no había relatos que pudieran ser demasiado minuciosos. Si estas trivialidades diurnas fueron propiamente expuestas ante ojos que nunca habían encontrado placer alguno ante la presencia del Deán, es algo que puede ponerse en duda razonable. Tienen sin embargo cierto atractivo extraño. Al encontrar mencionados con frecuencia los nombres que el lector considera importantes, éste sigue esperando encontrar nueva información; como no hay nada que fatigue la atención, si se ve decepcionado no podrá quejarse».

Quizá sea de rigor añadir que el lector no sólo aspira a hallar, sino que de hecho halla en este entretenidísimo diario, muchas y muy curiosas informaciones en lo que atañe a personas y cosas, que de hecho en vano buscará en otros libros de esa misma época.

—MALONE <<

[100] Conociendo tan bien como conozco el grado de precisión y elegancia oratoria que Su Señoría tiene a bien desplegar a menudo, no puedo menos que sospechar que su desfavorable acogida en un círculo social que tal animadversión le profesaba tuvo que deberse a la afectación de frialdad e importancia que se daba, así como a su circunspección y rigidez en el trato. De ser así, y sabía ser un hombre agradable cuando se lo proponía, no es de lamentar que no lograra su propósito. —BOSWELL

Probable referencia a lord Wedderburne. <<

[101] De la serie titulada *El hipocondríaco*. —MALONE <<

[102] Ya se ha publicado. —BOSWELL <<

[103] Me alegra sin embargo reseñar un placentero ejemplo del modo en que soportaba, con gran afabilidad, que le señalaran alguna de sus más pasmosas particularidades: la señorita Hunter, sobrina de su amigo Christopher Smart, cuando era muy pequeña, quedó sorprendida por sus extraordinarios y bruscos movimientos, y le dijo: «Doctor Johnson, ¿cómo es que hace usted esos extraños gestos?». «Por mala costumbre —replicó—. Querida, ponga mucho cuidado en guardarse de las malas costumbres». Me lo contó el hermano de la jovencita en Margate. —BOSWELL

<<

[104] La justeza de este comentario la confirma la siguiente anécdota, por la cual estoy en deuda con lord Eliot: como muriese un párroco de campo, notorio por citar fragmentos en latín en sus sermones, a uno de sus feligreses se le preguntó qué opinión tenía de su sucesor: «Es buen predicador —respondió—, pero no es latinero». —BOSWELL <<

[105] El pasaje en particular que le suscitaba tan intensa emoción, según supe de labios de mi padre, era la tercera estrofa, que empieza por «Esta noche...». —J. BOSWELL, HIJO <<

[106] El honorable Horace Walpole, difunto Conde de Orford, da testimonio de los méritos de este caballero como escritor: «*El Tratado sobre arquitectura civil*, del señor Chambers, es el libro más sensato y más libre de prejuicios que se ha escrito sobre esta ciencia». Prefacio a sus *Anécdotas de la pintura en Inglaterra*. —BOSWELL

<<

[107] Las líneas introductorias rezan como sigue: «Es difícil ahorrarse los elogios, sean escasos en demasía o copiosos en exceso. Los inagotables panegíricos que se han prodigado sobre la sabiduría de los chinos, su política y sus artes, muestran cuál es el poderío con que la novedad concita la atención, y la naturalidad con que la estima cede el paso a la admiración. Lejos me hallo de desear que se me cuente entre los que han exagerado las excelencias de China. Las considero grandes, o sabias, sólo en comparación con las naciones que la rodean, y no es mi intención colocarlas en competición ni con los antiguos ni con los modernos de esta parte del mundo; ahora bien, justo es reconocer que tienen derecho a gozar de nuestra atención por ser una raza distinguida y singularísima: son habitantes de una región separada por su situación de todos los países civilizados, que han sabido formar su propia manera de ser y han inventado o cultivado sus artes sin la ayuda de ningún ejemplo».

—BOSWELL <<

[108] Cuando a Johnson se le preguntó su opinión sobre este ensayo, respondió: «Caramba, señor, ya volverá el hombre por aquí, y así como ha demostrado que Falstaff no era un cobarde, tal vez demuestre que Yago era muy buena persona».

—BOSWELL <<

[109] Después trasladado a la diócesis de Limerick. —MALONE <<

[110] El señor Cambridge disfrutó de todas estas bendiciones aquí enumeradas durante muchos años después de que fuera escrito este pasaje. Falleció en su casa solariega cerca de Twickenham el 17 de septiembre de 1802, a los ochenta y seis años.

—MALONE <<

[111] Escrita por John, Conde de Egmont. —MALONE <<

[112] *El espía de Turquía* quiso pasar por estar escrito originalmente en árabe; del árabe, traducido al italiano, y de ahí al inglés. Su verdadero autor, que escribió originalmente en italiano, fue I. P. Maraña, un genovés que murió en París en 1693.

John Dunton dice en su *Vida* que Bradshaw recibió del doctor Midgeley cuarenta chelines el pliego por escribir parte de *El espía de Turquía*, pero no veo que se mencione a Sault. —MALONE <<

[113] Llevamos a la práctica este plan en octubre de 1792, pero ya fuera por esa uniformidad que en gran medida se ha extendido en la época moderna por todas las zonas de la metrópoli, o por nuestra poquedad en el desempeño, lo cierto es que quedamos decepcionados. —BOSWELL (1793) <<

[114] Me sugiere un anónimo anotador de mi obra que la razón por la cual guardaba el doctor Johnson las mondas de las naranjas exprimidas puede hallarse en su carta n.º 558 [358] de la colección de la señora Piozzi, donde parece que recomienda «piel de naranja seca, convertida en polvo fino» como medicina. —BOSWELL <<

[115] Me parece indispensable avisar a mis lectores de que esta conversación con el doctor Johnson, así como cualquier otra, no contiene una opinión intencionada y seria sobre el asunto del duelo. En mi *Diario de un viaje a las Hébridas*, 24 de octubre, se ve que hizo esta franca confesión: «A veces, nadie habla con tanta laxitud como yo», y el 19 de septiembre se recoge que «con justicia reconoció que no era capaz de explicar la racionalidad del duelo». Cabe por consiguiente inferir que no le parecía algo justificable, cosa que no se condice con el espíritu del Evangelio. Al mismo tiempo, preciso es confesar que por las nociones del honor al uso, un caballero que reciba un desafío se ve reducido a una pavorosa alternativa. Notable ejemplo de ello lo proporciona una cláusula del testamento del difunto coronel Thomas, de la Guardia, escrito la noche anterior a un duelo, el 3 de septiembre de 1783: «En primer lugar, pongo mi alma en manos del Altísimo, con la esperanza de tener su misericordia y perdón por el paso contrario a la religión que ahora, en cumplimiento de las injustificables costumbres que mandan en este mundo perverso, me veo en la necesidad de tomar». *Gent. Mag.*, octubre, pág. 892. —BOSWELL <<

[116] Sobre esta objeción, el reverendo señor Ralph Churton, de Brazen Nose College, en Oxford, ha tenido la amabilidad de hacerme llegar una observación muy satisfactoria. «El tránsito del servicio fúnebre no significa la resurrección de la persona enterrada, sino la resurrección en general; se trata de la segura y cierta esperanza de la resurrección, no de “su” resurrección. Cuando de veras se habla del difunto, la expresión es muy distinta: es nuestra esperanza que nuestro hermano descanse en Cristo, lo cual es un modo de discurso coherente, pero que contiene la certeza absoluta de que el difunto no descansa en Cristo, cosa de la que nadie tiene certeza si no es mediante revelación inmediata de los Cielos. En el primero de los lugares, la “vida eterna” tampoco significa forzosamente la eternidad de la bienaventuranza, sino la eternidad de tal estado, sea en la felicidad, sea en la desdicha, que ha de seguir a la resurrección; ése es probablemente el sentido de la “vida perenne” en el Credo de los apóstoles. Véanse Wheatly y Bennet sobre las Oraciones Comunes». —BOSWELL <<

[117] Es de ver y conviene recordar, sobre todo por parte de quienes acusan al doctor Johnson de cicatería, que ambos eran escoceses. —BOSWELL <<

[118] En el análisis o descripción que ha impreso el señor Barry sobre estos cuadros, habla de Johnson muy elogiosamente. —BOSWELL <<

[119] Hoy, la célebre señora Crouch. —BOSWELL <<

[120] El señor Windham era en aquella época el secretario del Conde de Northington en Dublín, entonces lord teniente de Irlanda. —BOSWELL <<

[121] Hijo de Samuel Paterson. —BOSWELL <<

[122] Vol. II, pág. 268, de la colección de la señora Thrale. —BOSWELL

El comienzo de la carta es conmovedor: «Estoy aquí sentado, en una soledad que no me agrada, y me dispongo a escribirle una narración que en otro momento le habría afectado a usted por su ternura y su tristeza, pero que ahora tal vez pasará por alto con una mirada descuidada, de fría indiferencia. Esta disminución en la estima, sin embargo, no sé si debería atribuírsela a usted, pues tal vez tenga razones que se me escapan, y desde luego que no me culpo yo por ella, pues durante gran parte de la vida he hecho por usted todo el bien que me ha sido posible, sin obrar jamás mal». *Cartas*, n.º 850. «La he querido —dice más adelante— con afecto y con virtud; la he honrado con mi más sincera estima. No permitamos que todos los encariñamientos se olviden, y en este momento de intranquilidad permítame gozar de su compasión y sus oraciones. Ya ve que aún recurro a usted con mis quejas, como un amigo fiel y asentado en sus afectos; no me aleje de usted, se lo ruego, pues no he merecido ni la negligencia ni el odio». *Ibid.* —HILL <<

[123] El pobre Derrick, aun cuando no fue quien me presentó en persona el doctor Johnson, tal como prometiera, tuvo el mérito de presentarme a Davies, que fue quien efectuó la presentación. —BOSWELL <<

[124] Su Señoría fue poco después electo, y es en la actualidad miembro del club.

—BOSWELL <<

[125] En carta a la señora Thrale escrita el 13 de agosto hallamos este melancólico párrafo: «Ahora me tiene quebrado la enfermedad, sin el alivio de la amistad familiar o la sociedad de trato doméstico: no tengo estados intermedios entre el clamor y el silencio, entre la conversación en general y la soledad en que me atormento. Levett ha muerto y la pobre señora Williams se apresura a morir cuanto antes; mucho dudo que alguna vez llegue a salir ya de su alcoba».

En una carta posterior (26 de agosto) añade: «La señora Williams se imagina de vez en cuando que se encuentra mejor, pero su vitalidad parece consumirse lentamente. Nadie piensa, sin embargo, que haya de apagarse prontamente, y como tolera que yo le sea de muy poca utilidad, he determinado pasar parte de mi tiempo con el señor Bowles cerca de Salisbury. He reservado plaza en la diligencia para el jueves.

»Algún beneficio tal vez se pueda obtener de un cambio de aires, de un cambio de compañía, de un mero cambio de lugar. No es fácil reponerse y ganar salud en la misma alcoba en la que uno ha estado enfermo, y en la que todo lo que se ve y todo el que habla revive e imprime de nuevo las imágenes del dolor. Aunque sea cierto que ningún hombre puede escapar de sí mismo, puede en cambio huir de muchas de las causas de inútil intranquilidad que le acucian. Que el espíritu ocupa su propio lugar es jactancia de un ángel caído que ha aprendido a mentir. La localización externa tiene grandes efectos, al menos en todos los seres encarnados. Espero que este viajecito me proporcione al menos la posibilidad de dejar por un tiempo en suspenso la melancolía». —MALONE <<

[126] *Plegarias y meditaciones*, pág. 226. —BOSWELL <<

[127] Observa el señor Malone que «se trata sin lugar a dudas de un error, como bien se ve en las *Memorias* que ha publicado el señor Noble. De habersele provisto a Johnson de los materiales que la industria de ese caballero ha logrado acopiar, y de otros que, según se cree, aún se conservan en manuscrito, con certeza habría sabido escribir una valiosísima y curiosa historia de la vida de Cromwell». —BOSWELL <<

[128] *Sugerencias para la conversación civil*. Obras de Bacon, edición en cuarto, vol. I, pág. 571. —MALONE <<

[129] No me extraña el desasosiego de Johnson cuando se mencionaba al doctor Priestley, pues no conozco a otro autor al que se haya tolerado la publicación de doctrinas más perniciosas. Daré sólo tres ejemplos. En primer lugar, el materialismo, mediante el cual se le niega el entendimiento y el espíritu a la naturaleza humana; quien crea en ella, verá que se nos priva de todo principio de elevación. En segundo lugar, la necesidad, doctrina según la cual todos los actos, buenos o malos, se incluyen en un sistema imposible de cambiar e inevitable, siendo esta noción completamente subversiva del gobierno moral del hombre. En tercero, que no tenemos razón para pensar que el mundo futuro (que, como tiene el gusto de informarnos, estará adaptado a nuestro natural meramente mejorado) sea en lo material distinto de éste, y es que si se cree en esto se hundirían los mortales en la desesperación, toda vez que sería imposible tener esperanza del «descanso que resta al pueblo de Dios» [Hebreos, 4, 9] o de esa felicidad que se nos revela como algo situado más allá de nuestras presentes concepciones, por lo cual se sentirían condenados a continuar sumidos en el estado inquietante en el que ahora se quejan. No digo nada de la petulante falta de templanza con que osa insultar a su muy venerable país.

Como muestra de sus escritos, citaré el pasaje que sigue, que se me antoja por igual absurdo e impío, y al cual podría replicársele con las palabras de los hombres que fueron denunciados por quemar su casa. «No puedo —dice él—, siendo partidario de la necesidad, odiar a ningún hombre, ya que lo considero un ser en todos los sentidos, que es lo que Dios *le ha hecho ser*, y también en lo que a mí se refiere, ya que no es sino aquello que fue designado para él y lo que está llamado a hacer, siendo Dios la única causa, y los hombres nada más que los instrumentos en sus manos para llevar a su fin todo lo que a Él le plazca». *Ilustraciones de la necesidad filosófica*, pág. III.

El reverendo doctor Parr, en un tratado posterior, parece haber supuesto que el doctor Johnson no sólo soportó la conversación de Priestley, sino que casi solicitó una entrevista con él. En justicia al doctor Johnson, declaro mi firme convicción de que jamás lo hizo. Mi ilustre amigo era particularmente resuelto en no dar su sanción a los hombres cuyos escritos considerase perniciosos a la sociedad. Yo estuve presente en Oxford cuando el doctor Price, antes incluso de hacerse en general tan detestable con su celo en favor de la Revolución francesa, llegó a una reunión de la que Johnson formaba parte, y vi cómo éste abandonó en el acto la sala. Mucho más habría reprobado al doctor Priestley.

Quien tenga el deseo de ver un perfecto retrato de este literato que sabía de mucho y no sabía nada lo encontrará en un opúsculo ingenioso titulado *Corta longitud total del doctor Priestley*, impreso para Rivingtons, de la plaza de la catedral de St. Paul.

[130] La señora Anna Williams. —BOSWELL <<

[131] Mi valioso amigo, el señor John Nichols, estuvo presente cuando Henderson, el actor, hizo una visita al doctor Johnson, quien lo recibió con gran cortesía. Véase la *Gentleman's Magazine* de junio de 1791.

Entre los papeles del doctor Johnson encontré esta carta, que le envió la célebre señora Bellamy:

«Al doctor Johnson

»Duke Street, 10; St. James's,

»11 de mayo de 1783

»Señor,

»el halagador recuerdo de la parcialidad con que me honró usted hace ya algunos años, así como la gran humanidad que usted, como es sabido, posee, me animan a solicitar su patrocinio para una velada benéfica.

»Debido a un dilatado pleito en la Cancillería, y a una complicada concatenación de sucesos desgraciados, me veo reducida a la mayor angustia en estos momentos, lo cual me obliga, una vez más, a solicitar la indulgencia del público.

»Le ruego me dé su permiso para solicitar que nos honre con su compañía, y le aseguro que, si me concede lo que le pido, la gratificación que tendré al contar con el patrocinio del doctor Johnson será infinitamente superior a cualquiera de las ventajas que pudieran deducirse de la velada benéfica.

»Soy, con el más profundo de los respetos, su más obediente y humilde servidora,

»G. A. BELLAMY»

Me complace dejar constancia de estos particulares, que demuestran que mi ilustre amigo siguió considerando a los actores y actrices mucho mejor de lo que hizo en una etapa anterior de su vida. —BOSWELL <<

[132] Vol. II, pág. 328. <<

[133] Vol. II, pág. 342. <<

[134] En su testamento, el doctor Johnson le dejó un libro «a su elección, para que lo conserve como recordatorio de mi afecto». —MALONE <<

[135] Muy escasos ejemplares de esta tragedia se han impreso, para regalo de los amigos de su autor. —BOSWELL <<

[136] Como el doctor Johnson estuviera gravemente enfermo cuando le fue enviada la tragedia por vez primera, declinó la posibilidad de considerarla. —BOSWELL <<

[137]

Podría haber sobrellevado mis pesares;
 extraño regocijo
que hiera a la vez que sonrío: desdichado,
 enclaustrado
mucho tiempo, emerge de la noche
 a esta celda húmeda,
encogiéndose de los rayos del sol, y lo que a todos
 produce contento, para él es agonía.

—BOSWELL <<

[138] Me hallaba yo en Escocia cuando se fundó este club, y estuve ausente durante todo el invierno. Johnson, pese a todo, afirmó que yo debiera ser miembro, e inventó una palabra para la ocasión: «Boswell —dijo— es un hombre muy *clubable*». Cuando llegué a la ciudad propuso mi candidatura el señor Barrington y fui admitido. Creo que pocas son las sociedades en las que sea mejor la conversación y haya más decoro. Varios de los miembros resolvimos continuar después del deceso de nuestro gran fundador. Se sumaron otros miembros; ahora, más de ocho años después de la pérdida, seguimos reuniéndonos con provecho y placer. —BOSWELL <<

[139] NORMAS. «Hoy, profundos pensamientos en mí se resuelven a ahogarse en risas de las que no brota arrepentimiento alguno» (Milton, *Sonetos*).

»El club constará de veinticuatro miembros.

»Las reuniones serán los lunes, jueves y sábados de todas las semanas, salvo en la anterior a Pascua, en la que no habrá reuniones.

»Cada miembro goza de la libertad de traer a un amigo una vez por semana, pero no más.

»Dos de los miembros tendrán la bondad de acudir en sus turnos, de ocho a diez, o bien de procurar la asistencia de otros dos en la sala.

»Cada miembro del club gastará al menos seis peniques; todo el que no acuda cederá tres peniques al fondo común.

»El dueño de la casa llevará la cuenta de los ausentes, que entregará al presidente de la sesión junto con una lista de los gastos en que se incurra.

»Cuando un miembro regrese tras una ausencia, de inmediato hará frente al pago de sus gastos, cosa que si deja de hacer el presidente deberá requerirle.

»No habrá una cuenta general, pues cada cual hará frente a sus gastos.

»La noche de asistencia inexcusable tendrá lugar una vez al mes. Quien a lo largo de tres meses deje de asistir, o quien mediante sustitución no dé cuenta de su ausencia ni dé disculpa de la misma en el cuarto mes, será tenido por persona que renuncia a su pertenencia al club.

»Cuando sea preciso cubrir una vacante, el nombre del candidato, y del miembro que lo recomiende, se expondrán en la sala al menos durante tres noches de reunión. A la cuarta se le podrá elegir mediante votación; seis miembros al menos han de estar presentes, y dos tercios de los votos han de obrar en su favor, o bien la mayoría, en caso de que el número no sea divisible entre tres.

»El dueño de la casa ha de dar aviso con seis días de antelación a cada uno de los miembros cuyo turno de asistencia sea preciso.

»El aviso puede cursarse en estos términos: “Señor, el — del — de — es su turno para ocupar la presidencia de Essex Head. Su presencia por tanto es de obligado cumplimiento”.

»Cada uno de los miembros presentes en la reunión dejará un penique para el camarero».

La definición que da Johnson de *club* en este sentido, en el *Diccionario*, es la siguiente: ‘Asamblea de buenos amigos que se reúnen en determinadas condiciones’.

—BOSWELL <<

[140] Se lo envié al señor Pitt, junto con una carta en la que así me manifestaba: «Mis principios tal vez a usted le resulten monárquicos en demasía, pero estoy persuadido de que no son incongruentes con los verdaderos principios de la libertad. Sea como fuere, señor, ahora es usted primer ministro, y lo ha convocado el soberano a mantener los derechos de la Corona, así como los del pueblo, frente a una violenta facción enemiga. En cuanto tal, tiene usted derecho al más caluroso apoyo de todo buen súbdito que en este país sea». Respondió así: «Quedo sumamente agradecido a usted por los sentimientos que me hace el honor de expresar, y he observado con gran placer el celoso y muy capaz apoyo que se presta a la causa del público en la obra que tuvo la bondad de hacerme llegar». —BOSWELL

Boswell envió ejemplares de su panfleto a «varias personas de eminencia» el mismo 1 de enero. Una de ellas, sin duda, fue el Primer Ministro. El acuse de recibo de Pitt data del 5 de febrero. *Boswell Papers*, XVI, pág. 266. Cinco años después, y dos antes de publicar la *Vida de Johnson*, Boswell escribió a Temple: «En cuanto a Pitt, es un hombre insolente, pero tan capaz que debo en general darle mi respaldo frente a la coalición. No obstante, obraré en su contra, pues conmigo se ha portado muy mal». *Cartas*, n.º 263, II, pág. 371. —HILL <<

[141] En su jardín de Prestonfield cultivaba sir Alexander Dick el ruibarbo con tanto éxito que le fue otorgada una medalla de oro en la Sociedad Londinense para el Fomento de las Artes, las Manufacturas y el Comercio. —BOSWELL <<

[142] Quien le había escrito una carta muy amable. —BOSWELL <<

[143] A la cual Johnson respondió de este modo:

«Al honorable Conde de Portmore.

»Bolt Court, Fleet Street,

»13 de abril de 1784

»El doctor Johnson agradece con todo respeto el honor que le hace lord Portmore mediante su nota. Se encuentra mejor que antes; tal como Su Señoría indica, escribiré a Langton». —BOSWELL

Es curioso que Johnson adopte aquí el título de doctor, si bien Boswell dice que, por lo que alcanza a saber, jamás lo hacía. Tal vez la nota esté mal copiada, tal vez Johnson pensara que, al escribir a un noble, debía asumir un título a la altura del suyo. —HILL <<

[144] El eminente pintor y vástago representante del antiguo linaje de los Homfrey (hoy escrito Humphry), procedente del oeste de Inglaterra; como bien se ve en su escudo de armas, que han usado siempre sin modificar (yo lo he visto autenticado por las autoridades más fidedignas), es uno de aquellos linajes de los caballeros e hidalgos de honor a los que representa Holinshed tal como partieron de la Torre de Londres a lomos de los corceles enjaezados para las justas, acompañados por las damas de honor, cada una de las cuales conducía a su caballero mediante una cadena de oro, y así pasaban por las calles de Londres hasta llegar a Smithfield los domingos a las tres de la tarde, el primero de los cuales fue el primer domingo después de San Miguel, durante el decimocuarto año del reinado de Ricardo II. Esta familia disfrutó en su día de grandes terrenos, aunque al igual que otras los perdieron con el paso de los siglos. Su sangre, sin embargo, sigue siendo reconocida en su valor; bien pueden contemplar la esperanza de que, con el transcurso de los acontecimientos, recuperen el rango en sociedad para el cual, en los tiempos modernos, parece la fortuna un requisito indispensable. —BOSWELL <<

[145] Hijo de Samuel Paterson, eminente por su conocimiento libresco. —BOSWELL <<

[146] Sobre esta cuestión existe un justo y juicioso comentario en la «Vida del doctor Abernethy», en la primera edición de *Biographia Britannica* [suplemento, pág. 1, nota], que mucho me hubiera gustado ver incluida en su «Vida», tal como se ha redactado para la segunda edición de esa valiosa obra. «Negar el ejercicio de una particular providencia en el gobierno del mundo que ejerce la Deidad es ciertamente impío, si bien nada se presta tanto a la causa del que se mofa como el celo incauto en la determinación de sus ejemplos particulares».

En confirmación de mis sentimientos, también me alegra citar al sensato y elegante señor Melmoth, en la carta VIII de su colección, publicada con el nombre de Fitzosborne. «Podemos con certeza aseverar que la creencia en una Providencia particular se funda sobre razones tan probables que bien justifican nuestra afirmación. Por consiguiente, sería dudosamente sabio renunciar a una opinión que brinda tan firme apoyo al alma, en aquellas estaciones en que se halla más necesitada de ayuda, meramente porque no es posible, en cuestiones de esta índole, resolver todas las dificultades concurrentes». —BOSWELL <<

[147] Mucho lamenté en su día observar que lord Monboddo evitó toda comunicación con el doctor Johnson. Mucho me congratulé de haberlos amistado (véase mi *Diario de un viaje a las Hébridas*), aunque por desdicha quiso Su Señoría retomar y cultivar un virulento prejuicio en detrimento de mi ilustre amigo, al cual debo hacer justicia y decir que nunca hubo por su parte el menor enojo, sino más bien una competitividad de buen tono y mejor humor. Aun cuando bien sabía de lo malquistado que con él estaba lord Monboddo, fue incluso amable y llegó a preguntarme por él abreviando su nombre: «Y bien, ¿qué tal le va a *Monny*?». —BOSWELL <<

[148] Se trata del doctor John Ross. —BOSWELL <<

[149] Versos sobre la muerte de Levett. —BOSWELL <<

[150] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 15 de agosto. —BOSWELL <<

[151] He sabido después que esta información no tenía fundamento, no obstante lo cual la alegría mostrada por Johnson ante la creencia de que fuera cierta demostró una noble y ardiente fe en la fama literaria. —BOSWELL <<

[152] A fin de cuentas, no puedo sino ser de la opinión de que, como el doctor Johnson le solicitó con toda seriedad al señor Langton la mención de lo que a él se le antojaba erróneo en el retrato de su amigo, se encontraba obligado, por ser hombre honrado y cabal, a dar a entender lo que pensaba en realidad, cosa que en efecto hizo con la mayor de las delicadezas, de manera que el propio Johnson, cuando se encontró de ánimo sosegado, hubo de darse por satisfecho. Los textos sugeridos se encuentran ahora antes mis ojos, y bastará con que cite un breve muestrario: «Benditos sean los mansos, porque ellos heredarán la Tierra» (Mateo, 5, 5); «Ruégooos yo, preso en el Señor, que andéis como es digno de la vocación en que sois llamados, a saber, con toda humildad y mansedumbre, con tolerancia, soportando los unos a los otros en caridad» (Efesios, 4,1-2); «Y sobre todas estas cosas poned la caridad, la cual es el vínculo de la perfección» (Colosenses, 3, 14); «La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, no actúa sin razón, no es hinchada, no es injuriosa, no busca sus provechos, no se irrita, no piensa mal» (I Corintios, 13, 4-5). —BOSWELL <<

[153] Al doctor Johnson le engaña la memoria. El pasaje referido no está en Bacon, sino en Boyle, y se puede encontrar con una ligerísima variante en el *Diccionario* del propio Johnson, bajo la entrada *ballesta*. Tan feliz es la selección de la inmensa mayoría de los ejemplos citados en esa obra incomparable que si los más pasmosos se recogieran en una colección de las que hacen nuestros modernos compiladores, con el título de *Bellezas del Diccionario de Johnson*, el volumen sería muy placentero y a buen seguro muy popular. —MALONE

La variante estriba en que la cita original habla de que la flecha de la ballesta sale con la misma fuerza tanto si la dispara un gigante como si la dispara un enano. <<

[154] El tratado de paz firmado por un estadista muy capaz, el Conde de Shelburne, hoy Marqués de Lansdown, que con justicia puede considerarse piedra fundacional de toda la prosperidad de Gran Bretaña desde entonces. —BOSWELL

En el invierno de 1782-1783 se firmaron tratados de paz preliminares con Estados Unidos, Francia y España, y un alto el fuego con Holanda. <<

[155] En la primera edición de mi obra le apliqué el epíteto «amable». Mucho lamenté tener que eliminarlo, pero no pude en justicia soportar que permaneciera en ella después que esta joven no sólo hubiera escrito a favor de la salvaje anarquía que ha visitado Francia, sino que también caminó —según he sabido de autoridad fidedigna— sin espeluznarse por las Tullerías cuando estaban los jardines sembrados de los cuerpos desnudos de los fieles de la Guardia Suiza, que fueron bárbaramente masacrados por haber defendido con bravura, frente a una turbamulta de rufianes, al monarca a quien habían jurado defender. Del doctor Johnson no podrá ahora la joven esperar ternezas, sino franca repulsión. —BOSWELL <<

[156] En la crónica que hace de su propia vida el doctor Newton, luego de manifestar su animadversión contra la Historia del señor Gibbon dice que «las *Vidas de los poetas* del doctor Johnson proporcionaron un mucho mayor disfrute, aunque doliese e incluso ofendiera la malevolencia que predomina en muchas de sus partes. Justo es reconocer que algunos de sus pasajes son un prodigio de juicio ponderado y están bien escritos, lo cual no compensa por tanta cólera y mal humor. Nunca ha sido un biógrafo tan cicatero con sus elogios ni tan generoso en sus censuras. Parece deleitarse más en exponer y denunciar las tachas que en recomendar las bondades; pasa con ligereza sobre las excelencias, se explaya sobre las imperfecciones, y no contento con la severidad de sus reflexiones revive antiguos escándalos y reproduce largas citas tomadas de obras olvidadas de los críticos de antaño. Era tal su reputación en la República de las Letras que no necesitaba erigirla sobre las ruinas de los demás. No obstante, estos ensayos, en vez de suscitar una idea elevada, tal como antes se tenía de su entendimiento, ciertamente han dado al mundo una peor opinión de su temperamento». El Obispo, así pues, se muestra tanto más sorprendido y preocupado por su coterráneo, ya que «lo respetaba no sólo por su genio y sus conocimientos, sino que lo valoraba mucho más por las facetas más amigables de su carácter, su humanidad y su caridad, su moralidad y su religión». Esa última frase habremos de considerarla opinión general y permanente del obispo Newton; los comentarios que la preceden habrán de imputarse, sobre todo entre quienes hayan leído la admirable obra de Johnson, al desagrado y la irritación quisquillosa que es propia de la ancianidad. Ojalá no se hubieran dado a la imprenta, ojalá no hubiera encontrado en ellos el doctor Johnson la provocación que lo llevó a manifestarse, en términos faltos de respeto, acerca de un prelado cuyos desvelos fueron sin duda de considerable provecho para la literatura y la religión. —BOSWELL <<

[157] *Diario de un viaje a las Hébridas*, 25 de octubre. —BOSWELL <<

[158] El reverendo señor Agutter ha tenido a bien hacerme llegar un pasaje de un diálogo entre el señor John Henderson y el doctor Johnson que trata sobre esta cuestión, tal como lo refirió Henderson, y es de manera evidente tan auténtico que aquí lo inserto, «HENDERSON: “¿Qué piensa, señor, de William Law?”. JOHNSON: “William Law, señor, escribió el mejor tratado de Teología parenética, aunque William Law no era un prodigio de la razón”. HENDERSON: “¿Y Jeremy Collier, señor?”. JOHNSON: “Jeremy Collier no tuvo rival, de modo que no puede arrogarse la victoria”. Henderson habló de Kenn y de Kettlewell, pero se pusieron objeciones; al final, le preguntó qué pensaba de Lesley. JOHNSON: “De Charles Lesley me olvidaba. Lesley sí sabía razonar; razonaba como alguien contra el que no conviene razonar”». —BOSWELL <<

[159] He insertado la estrofa tal como Johnson la repitió de memoria, pero luego he encontrado el poema en el *Hospicio de ingenios*, impreso en Londres en 1749. Reza como sigue: «Epigrama, con ocasión de una disputa religiosa en Bath»:

De la razón, la fe y los misterios supremos
hablando dos ingenios alborotan la mesa:
B — cree no saber por qué,
N — jura que todo es fábula.
Paz, petimetres, paz, pónganse de acuerdo,
N —, bese a su vacío hermano,
que ríe la religión de enemigos como usted, y teme amigos como el otro.

—BOSWELL

Parece ser que los polemistas eran Bentley (hijo del médico y amigo de Walpole) y Beau Nash. —CROKER <<

[160] Waller, en su «Poesía a lo divino», primer canto, expresa de maravilla ese mismo pensamiento:

La Iglesia triunfante, y la Iglesia aplastada,
en cantos de alabanza entonan su unión;
us alegrías son plenas, nuestra expectativa dilatada,
y en la vida diferimos, pero en el canto nos unimos.
Los ángeles y nosotros, asistidos por este arte,
juntos podemos cantar, aunque habitemos aparte.

—BOSWELL <<

[161] El sermón comienza de este modo: «Que existen los ángeles y espíritus buenos y malos, que al frente de todos ellos se encuentra Uno más considerable y maligno que todos los demás, el cual, sea en forma o sea bajo el nombre de una *serpiente*, tuvo una honda implicación en la caída del hombre, y cuya cabeza, según se dice en la lengua de los profetas, un día el hijo del hombre había de aplastar; que este espíritu del mal, aun cuando esa profecía en parte esté cumplida, todavía no ha recibido una herida mortal, y aún se le permite, debido a fines que nos son inescrutables, y de modos que no podríamos intentar siquiera explicar, tener poder en cierta medida, en este mundo hostil a su virtud y felicidad, y que a veces la ejerce con demasiado éxito, todo esto queda claro en las Escrituras, y no habrá creyente, a menos que antes se lleve a engaño con filosofías y vanas presunciones [Colosenses, 2, 8], que pueda tener la más mínima duda».

Tras referirse a las posesiones, dice Su Señoría: «Así como carezco de autoridad para afirmar que tales existan ahora, tampoco puedo presumir de decir con plena confianza que no las haya».

«Sin embargo, con respecto a la influencia de los espíritus malignos a día de hoy sobre las almas de los hombres, pido permiso para manifestarme de un modo mucho más perentorio. [Y tras estatuir sucesivas pruebas, añade:] Todo esto, digo yo, es tan manifiesto a todo el que lea las Escrituras, que si respetamos la autoridad de éstas, la cuestión que concierne a la realidad de la influencia demoníaca sobre el espíritu de los hombres queda claramente determinada».

Recuérdese que no son éstas las palabras de un entusiasta anticuado u oscurantista, sino las de un prelado erudito y cortés que hoy vive; téngase presente que no fueron pronunciadas ante una congregación vulgar, sino en presencia de la Honorable Sociedad de Lincoln's Inn. En su sermón, Su Señoría explica las palabras «líbranos de todo mal», del Padrenuestro, dando a entender que significan una petición para que se nos proteja del «Maligno», esto es, del Demonio. Queda esto perfectamente ilustrado en un breve pero excelente comentario de mi difunto amigo, el reverendo doctor Lort, del cual bien puede decirse que *Multis ille bonis flebilis occidit*. Es notable que Waller, en sus *Reflexiones sobre diversas peticiones*, en esa forma sagrada de la devoción lo haya entendido en idéntico sentido: «Guárdanos de todas las tentaciones del Maligno». —BOSWELL <<

[162] El reverendo señor Ralph Churton, de Brazen Nose College, en Oxford, ha tenido la bondad de hacerme llegar los siguientes comentarios sobre mi obra, que según le complace decir, «hasta la fecha he elogiado, y apruebo de todo corazón».

«La parte principal de lo que ahora debo comentar se halla en la siguiente transcripción de una carta escrita a un amigo que, con su concurrencia, copié para hacérsela llegar; sea cual fuere el mérito o la justeza de los comentarios, puede usted estar seguro de que, escritos como están para un amigo intimísimo, sin ninguna intención de que fueran más allá, son los genuinos sentimientos de su autor, sin disfraz ni veladura:

»“6 de enero de 1792

»”Ayer noche estaba leyendo el segundo volumen del Johnson de Boswell, con una estima cada vez mayor por el valioso autor, y una veneración en constante aumento por el hombre maravilloso y excelente del cual se ocupa. El autor introduce de vez en cuando, con mucha propiedad, algunas reflexiones de índole religiosa; pero hay un comentario, a mi entender obvio y justo, que creo que no ha llegado a verter, y es que la ‘mórbida melancolía’ de Johnson, así como sus muchas enfermedades constitutivas, son fruto de la Providencia, como la espina de San Pablo clavada en la carne, para poner freno a la presunción intelectual y a la arrogancia que la conciencia plena de su talento extraordinario, despierta como estaba a la voz de los halagos, de lo contrario le habría instilado en un elevado grado de culpabilidad. Me sorprende otra observación, y es que a consecuencia de esa misma indisposición natural, y de su carácter de común enfermizo (pues dice que apenas pasó un solo día sin sentir dolores después de cumplir los veinte años), considerase y representase la vida humana como un panorama de grandes miserias y pesares, en mayor medida de lo que en general se experimenta. Tal vez haya personas a las que lastra toda clase de afecciones durante todos los días de su vida; hay otras, sin duda, a las que sus propias iniquidades roban todo sosiego, pero creo y espero que ni las calamidades ni los crímenes abundan en tan gran medida, al menos al extremo de justificar la siniestra imagen de la vida que la imaginación de Johnson ha pintado y su recio lápiz ha contorneado. En esto, no me cabe duda de que la coloración es en exceso tenebrosa, al menos por lo que yo he experimentado, si bien, en la medida en que se me alcanza recordar, he tenido más enfermedades (no diré más graves, sólo digo más en cantidad) de lo que suele ser habitual en la mayoría de las personas. Sin embargo, la debilidad diaria y la enfermedad ocasional fueron de largo compensadas por los días transcurridos entre ellas, a veces incluso semanas ajenas al dolor y desbordantes de consuelos. Por eso, en resumen, y volviendo a la cuestión que nos ocupa, que es la vida humana, en la medida en que percibo por propia experiencia o por observación,

la vida no es un estado de desdicha constante, no al menos como insiste Johnson en que es, de modo que incurre en un error de representación (no cabe pensar que sea otra cosa) que su biógrafo no ha corregido, quiero pensar que porque, desafortunadamente, él mismo padece una melancolía semejante, en porción considerable, propia de su misma constitución, y por eso imagina que su retrato es una fiel representación de la vida misma”».

El erudito autor sigue así en la carta que me escribe:

«He conversado con algunos hombres sensatos en torno a este asunto, y todos ellos parecen albergar los mismos sentimientos, en lo tocante a la vida, que los que se expresan o se sobreentienden en el párrafo precedente. Podríamos añadir que así como la representación de que aquí se habla no parece condecirse del todo con la realidad y la experiencia, tampoco parece que la contemplan las Escrituras. Posiblemente no hay un solo pasaje en todo el sagrado volumen que, a primera vista, prometa prestar su sanción a estas ideas tenebrosas y decaídas, o no tanto como en el libro del Eclesiastés, que con gran frecuencia y de manera muy enfática proclama la vanidad de las cosas de este mundo. No obstante, “el dibujo entero de este libro — como se ha señalado con buen criterio— no consiste en alejarnos de toda presunción, sino en curarnos de nuestras vanas expectativas en torno a una felicidad completa y perfecta en este mundo, así como convencernos de que no hay tal cosa que se pueda hallar en los disfrutes externos; y enseñarnos a buscar la felicidad en el ejercicio de la virtud, en el conocimiento y el amor de Dios y en las esperanzas de una vida mejor”. Ésta es la aplicación de todo: “Oigamos, etc., en 12, 13. No sólo nuestro deber, sino también nuestra felicidad”. Véase *Sherlock sobre la Providencia*, pág. 299.

»El Nuevo Testamento nos dice en efecto, con gran verdad, que “suficiente es el día en que se contiene el mal”; por consiguiente, nos prohíbe con sabiduría que incrementemos nuestras cargas con los presagios de las penas; pienso sin embargo que en ningún sitio se dice que incluso nuestras aflicciones más corrientes no sean coherentes con un alto grado de consuelo y satisfacción. En consecuencia, uno cuyos sufrimientos fueron tan notables como sus méritos nos asegura que “de la manera en que abundan en nosotros las aflicciones del Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Corintios, I, 5). Ni que decir tiene que no será necesario citar, e incluso sería innecesario referirse a ello, la multitud de pasajes de ambos testamentos en los que se sostienen, con palabras claras y lenguaje fuerte, las promesas de la bienaventuranza incluso en este mundo a los fieles siervos de Dios. Me basta con recordar a Lucas, 18, 29-30 y 1 Timoteo, 4, 8.

»En general, y dejando a un lado los ejemplos de grandes y muy duraderos dolores corporales, de almas en especial oprimidas por la melancolía, de severas calamidades temporales, casos todos ellos extraordinarios, de los que no debiéramos formarnos una estimación acerca del tenor y la constitución de la vida; dejando todo esto al

margen, digo, estoy persuadido de que la constitución general de las cosas que ha querido la Providencia, así como las declaraciones de las Escrituras y la experiencia real de los individuos, autorizan al cristiano sincero a tener la esperanza de que sus humildes y constantes desvelos en el cumplimiento de su deber, entreverados con todos los contratiempos que la vida nos reserva, sean coronados con un alto grado de paz en el presente, de serenidad y de consolación, más incluso de lo que razonablemente podría esperar, si conforma sus ideas y juzga la vida de los demás a tenor de las opiniones del doctor Johnson, a menudo expresadas con gran energía en sus memorias, sin animadversión ni censura, gracias a su ingenioso biógrafo. Si él mismo, al repasar esta cuestión, da en ver las cosas bajo esta misma luz, en una futura edición en octavo que ya se espera con impaciencia introducirá los comentarios adicionales o las correcciones que estime oportunas, no sea que las impresiones que estos pasajes de desánimo puedan dejar en el entendimiento del lector estorben el espíritu y la energía que, por lo demás, guían toda la obra, y que, espero, habrán de promover con éxito, a saber, la moralidad pura y la religión verdadera».

Aunque en cierta medida he pasado por alto la tenebrosa visión de la vida que tenía mi ilustre amigo, al considerar a lo largo de esta obra tanto su *Rambler* como su *Rasselas*, agradezco al señor Churton que me haya dado permiso para insertar sus comentarios, pues soy consciente del peso de lo que juiciosamente sugiere acerca de la melancolía que prima en mi propia constitución. Su visión de la vida, más plácida, espero sea justa. *Valeant, quantum valere possunt*.

El señor Churton concluye su carta con estas palabras: «Una vez, y sólo una, tuve la satisfacción de ver a su ilustre amigo; como siento un muy particular respeto por todas las personas a las que distinguió con su estima y su amistad, es grande el placer que me produce reflexionar sobre el hecho de que una vez, aunque fuera fugazmente, contemplé muy cerca de la puerta de nuestro colegio a una persona cuyas obras por siempre habrán de deleitar y mejorar al mundo entero, una persona sincera, un celoso hijo de la Iglesia anglicana, un gran honor para este país, un adorno de la naturaleza humana».

Su carta me llegó acompañada de un regalo, sus *Sermones en la cátedra de Bampton*, y otro de su amigo el doctor Townson, venerable rector de Malpas, en Cheshire, sus *Discursos sobre los Evangelios*, junto con el siguiente extracto de una carta de tan excelente persona, que hoy se dispone a recibir la recompensa a sus desvelos: «El señor Boswell no sólo es muy entretenido en sus obras, sino que éstas se hallan repletas de sentimientos morales y religiosos, sin un solo ejemplo, por lo que alcanzo a saber, de una tendencia contraria, por lo cual lo tengo en muy alta estima; si le parece que una bagatela como este ejemplar de los *Discursos*, *ex dono authoris*, le ha de ser aceptable, mucho me alegraría que se lo hiciera llegar en testimonio de mi respeto».

Tales testimonios espontáneos de aprobación, viniendo de tales hombres, a los que no me une un trato personal, me son de veras valiosos y me llenan de ánimo. —BOSWELL

<<

[163] *Aurengzebe*, acto IV, escena I. —BOSWELL <<

[164] Ahora bien, no cabe duda de que puede un hombre parecer muy alegre en compañía de otros y estar triste en lo más profundo de su ser. Su alborozo y regocijo es como estrépito de tambores y clarines en el fragor de la batalla, para ahogar los gemidos de heridos y moribundos. —BOSWELL <<

[165] El comentarista los llama «versos amigables». —BOSWELL

El propio Boswell, en su primera edición, los llamó «versos elegantes, transidos de patetismo». Los comentaristas de la *Zopenquíada* fueron el propio Pope, Arbuthnot, Swift y Warburton. G. A. Aitken, *Arbuthnot*, 1892, pág. 121. —HILL <<

[166] *Cartas a la señora Thrale*, vol. II, pág. 372. —BOSWELL <<

[167] *Cartas a la señora Thrale*, vol. II, pág. 284. —BOSWELL <<

[168] [\[Ver pág. 589\]](#) . —BOSWELL <<

[169] ¡Y en sus obras póstumas ha hablado de Johnson de un modo sumamente desdeñoso! —MALONE <<

[170] Hoy (1804) se sabe que la *Epístola heroica* la escribió Mason. —MALONE <<

[171] *Anécdotas*, pág. 43. —BOSWELL

El pasaje está tomado del *Discurso sobre la conciliación con las colonias*, de marzo de 1775. La imagen del ángel y de lord Bathurst, según la señora Piozzi, fue parodiada por Johnson: «Suponga, señor orador, que a Wharton, o a Marlborough, o a cualquiera de los *whigs* más eminentes de los últimos tiempos, hubiera consentido el demonio aparecérselos». Johnson dijo en su día que «el primer *whig* fue el demonio en persona». <<

[172] En el arte de la imprenta, compositor es quien ajusta los tipos en el orden en que han de estar de cara a la impresión, y dispone lo que se llama la plana, de la cual se obtiene la hoja impresa. —BOSWELL <<

[173] Esta circunstancia, a la que se alude en el *Carácter poético* del señor Courtenay, es estrictamente cierta. Mi informante fue la señora Desmoulins, que vivió recogida muchos años en casa del doctor Johnson. —BOSWELL

La señora Desmoulins es uno de los personajes de *Deseos del hombre*, borrador inacabado de la obra teatral de Samuel Beckett (1937) acerca del curioso *ménage* de personas que residían en casa de Johnson. <<

[174] En otras publicaciones, esta intervención se ha impreso como si terminara de este modo: «caer al suelo». El propio Johnson me indicó la expresión a la que verdaderamente había recurrido, que es la citada, dando a entender que la recomendación dejaba en cualquier caso un mínimo margen de elección. —BOSWELL

Una de esas «otras publicaciones» es la edición que ha hecho Hawkins de las *Obras* de Johnson. <<

[175] Edward Thurlow, investido con el sello de lord canciller del reino por segunda vez en 1793, que falleció el 12 de septiembre de 1806, a los setenta y un años de edad. —MALONE <<

[176] Es sumamente extraño, a mi entender, que sir John Hawkins haya hecho correr la especie de que la solicitud la firmó sir Joshua Reynolds, cuando con gran facilidad podría haberse informado de la verdad preguntando al propio sir Joshua. La negligencia de sir John a la hora de establecer no pocos hechos es cuando menos chocante. —BOSWELL <<

[177] Por casualidad, un amigo mío pasaba por delante de una congregación de campo en los alrededores de Londres cuando un predicador metodista citó este pasaje en tono triunfal. —BOSWELL <<

[178] Confío que la ciudad de Londres, hoy felizmente al unísono con la corte, tenga la justicia y la generosidad de conceder un ascenso a este reverendo caballero, hoy valioso y digno servidor ya anciano de esa magnífica y excelentísima corporación municipal. —BOSWELL <<

[179] *Cartas a la señora Thrale*, vol. II, pág. 375. —BOSWELL <<

[180] Carta de Johnson a sir John Hawkins, *Vida*, pág. 570. —BOSWELL

La última vez que la señorita Burney vio a Johnson, tres semanas antes de su muerte, éste le dijo que el día anterior había visto a la señorita Thrale. «Le dije entonces si alguna vez tenía noticias de su madre». «No —exclamó—, y tampoco le he escrito. La he apartado de mi pensamiento. Si topo con una de sus cartas, la quemo en el acto. He quemado todo lo que he podido encontrar, y mi deseo es no saber nada de ella». Madame d'Arblay, *Diario*, II, pág. 328. —HILL <<

[181] *Anécdotas*, pág. 293. —BOSWELL <<

[182] Que es quien ha tenido a bien proporcionarme estos comentarios. —BOSWELL

Sin duda, se trata de Malone, quien también dice que «en conjunto, el público está con ella en deuda por su crónica de Johnson, amena, aunque muy inexacta y amañada» (Prior, *Malone*, pág. 364). —HILL <<

[183] *Anécdotas*, pág. 183. —BOSWELL <<

[184] *Ibid.*, pág. 242 —BOSWELL <<

[185] *Ibid.*, pág. 242 —BOSWELL <<

[186] *Ibid.*, pág. 44 —BOSWELL <<

[187] *Ibid.*, pág. 23. —BOSWELL <<

[188] *Ibid.*, pág. 193 —BOSWELL <<

[189] *Ibid.*, pág. 258. —BOSWELL <<

[190] George James Cholmondeley, nieto de George, tercer Conde de Cholmondeley y uno de los comisarios de Aduanas; caballero muy respetado por su capacidad y elegancia. —BOSWELL

Cuando hablé con él a propósito de este asunto pocos años antes de su muerte, acaecida en febrero de 1831, lo encontré muy dolido por ser objeto de tal debate, y muy poco deseoso de recordar nada sobre la ofensa o la disculpa. —CROKER, 1848.

<<

[191] *Cartas a la señora Thrale*, vol. II, pág. 12. —BOSWELL <<

[192] *Anécdotas*, pág. 23. —BOSWELL <<

[193] *Ibid.*, pág. 302. —BOSWELL <<

[194] *Ibib.*, pág. 63 —BOSWELL <<

[195] Al comentarle este suceso a mi amigo el señor Wilkes, éste, con su presteza de costumbre, supo hallarle parangón en la siguiente anécdota sentimental. Lo había invitado en París un joven muy a la moda a almorzar con él y con una dama que por un tiempo fue su amante, pero de la cual iba a despedirse. Y dijo al señor Wilkes que mucho en verdad lo sentía por ella, pues la dama se encontraba sumida en una gran desazón, y añadió que había decidido obsequiarla con doscientos lises de oro. Wilkes observó la conducta de mademoiselle, que suspiraba en efecto de manera lastimosa, y asumía un muy patético aire de grandísima tristeza, aunque no por eso dejó de comer tres pichones de Francia, que son grandes como las perdices inglesas, entre otras cosas más. Wilkes susurró al caballero: «En Inglaterra a menudo decimos que una pena excesiva es excesivamente seca, pero nunca oí que una pena excesiva diera un apetito excesivo. Yo creo que con cien bastarán». El caballero captó la indirecta. —BOSWELL <<

[196] Sir Joshua Reynolds, a tenor de la excelencia tanto del sentimiento como de la expresión de esta carta, hizo una copia de ella, que mostró a algunas amistades, una de las cuales, rendida de admiración, obtuvo el permiso para examinarla a sus anchas en su casa. Se hizo una segunda copia que encontró el camino de los periódicos y las revistas. Fue transcrita con alguna inexactitud. Yo la he tomado del borrador original, de puño y letra de Johnson. —BOSWELL

Hawkins (*Vida*, pág. 574) escribe que «al tener noticia de que se había impreso, Johnson exclamó: “Me han traicionado”. Pero al poco olvidó, tal como siempre fue propenso a hacer con las injurias presuntas o reales, el error que había hecho posible esa publicación». <<

[197] [\[Véase pág. 221\]](#). —BOSWELL <<

[198] Impresa en sus *Obras*. —BOSWELL <<

[199] De Essex Head, en Essex Street. —BOSWELL <<

[200] El señor Allen, el impresor, su casero. —BOSWELL <<

[201] Es notorio que un latinista tan excelente como Johnson haya prestado tan poca atención al metro para escribir *stellas* en vez de *ignes*. —BOSWELL

La cita es de Horacio, *Odas*, I, 12, 46. <<

[202] Su amor por Londres reaparece constantemente. En una carta que envió a la señora Smart, esposa de su amigo el poeta, que se ha publicado en una vida de él bien escrita y antepuesta a una edición de sus poemas, de 1791, aparece la siguiente frase: «A quien ha pasado tantos años rodeado de los placeres y la opulencia de Londres, pocos lugares hay que puedan producir más deleite». Una vez, leyendo una línea de un curioso epitafio que aparece citado en el *Spectator*, y que dice «Nacido en Nueva Inglaterra, vino a Londres a morir», soltó una carcajada y dijo: «No es de extrañar. Habría sido raro que, de nacer en Londres, hubiera muerto en Nueva Inglaterra».

—BOSWELL

La señora Smart se hallaba en Dublín cuando Johnson le escribió. Tras el pasaje que cita Boswell sigue diciendo: «Creo, señora, que puede contemplar su expedición como preparatoria al viaje del que tanto hemos hablado. Dublín, aun siendo mucho peor que Londres, no está tan mal como Islandia». <<

[203] Por ninguna clase de información se mostró el doctor Johnson nunca menos agradecido que por la concerniente a la climatología. En alusión a su impaciencia con quienes se veían reducidos a mantener viva la conversación mediante observaciones sobre el tiempo que hace, aquí se aplica él mismo el proverbio. Si alguno de sus íntimos le comentaba que hacía frío o calor, que el tiempo estaba seco o lluvioso, que hacía viento o no, los callaba diciendo: «Alto, alto, que nos viene a decir usted aquello de lo que nadie, salvo quien esté en la mina o preso en el calabozo, puede ser ignorante. Aguantemos con paciencia o disfrutemos con sosiego cambios de los elementos que, para bien o para mal, nunca serán un secreto». —BURNEY <<

[204] La célebre señorita Fanny Burney. —BOSWELL <<

[205] Es probable que se haya omitido alguna palabra antes de *consuelo*, posiblemente *triste*, o *magro*, o *desdichado*, o bien suceda que la palabra *consuelo* se haya impreso así por error, en vez de *mortificación*; ahora bien, como la carta original ahora [1798] no se encuentra en poder de Langton, el error, si tal existiera, ya no tiene corrección posible. —MALONE <<

[206] Hijo del difunto Peter Paradise, hidalgo, cónsul de Su Majestad Británica en Salónica, Macedonia, natural de ese país por matrimonio. Estudió en Oxford, y se le ha honrado en esa universidad con el título de doctor en Leyes. Su distinción no sólo se debe a su erudición y talento, sino también a su disposición amable, caballerosidad y trato en general con las personas más informadas y distinguidas de casi todas las naciones. —MALONE

El señor Paradise murió el 12 de diciembre de 1795. —MALONE <<

[207] [Librero de Su Majestad.](#) —BOSWELL <<

[208] Allan Ramsay, pintor de cámara de Su Majestad, que falleció el 10 de agosto de 1784, a los setenta y un años de edad, para gran pesar de sus amigos. —BOSWELL <<

[209] «*En contra de pensamientos inquisitivos que siembran perplejidad en el ánimo. Señor mío, mi Hacedor y Protector, que has tenido la graciosa bondad de enviarme a este mundo para que trabaje yo por mi salvación, permíteme apartar de mí todos los pensamientos desasosegantes y sembradores de perplejidad que podrían llevarme por mal camino y estorbarme en la práctica de aquellos deberes que Tú de mí requieres. Cuando contemplo las obras hechas por tus manos y considero el curso de su providencia, dame siempre la gracia para recordar que mis pensamientos no son míos, ni mis maneras me pertenecen. Y mientras a ti plazca que siga yo en este mundo, en el que tanto hay por hacer y tan poco por saber, enséñame por medio del Espíritu Santo a apartar mi entendimiento de indagaciones que no son provechosas y que son peligrosas, de dificultades que son vanidad de curiosos, de dudas que son imposibles de resolver. Permíteme regocijarme en la luz que Tú impartes, permíteme servirte a Ti con celo activo y humilde confianza, y aguardar con paciencia el momento en que el alma que Tú recibas quede satisfecha con ese conocimiento. Concédemelo, oh, por Jesucristo tu Hijo, amén».* —BOSWELL [*Plegarias y meditaciones*, pág. 219]. <<

[210] [\[Véase pág. 497\]](#). —BOSWELL <<

[211] Añadiré tan sólo un ejemplo a los que me ha parecido de mi incumbencia reseñar. Hablando de que el señor Garrick manifestó su disposición a que Johnson tomara en préstamo cualquiera de sus libros que pudiera resultarle de ayuda en su edición de Shakespeare, dice sir John (pág. 444) que «Garrick no era consciente del riesgo que corría con su ofrecimiento. Johnson era tan olvidadizo de esta clase de obligaciones que pocos de los que le prestaron libros los volvieron a ver». A buen seguro que así se transmite una muy desfavorable insinuación, y así se ha interpretado. Sir John menciona el caso singular de una curiosa edición de Poliziano que, según dice, «parecía ser propiedad de Pembroke College, y que muy probablemente Johnson había considerado de su propiedad durante más de cincuenta años». ¿No habría sido más justo considerarlo un descuido, sin inferir ninguna conclusión general? La verdad es que Johnson era tan atento que en uno de sus manuscritos, que obra en mi poder, ha señalado en dos columnas los libros que ha tomado en préstamo y los que ha prestado.

En la compilación de sir John Hawkins hay sin embargo algunos pasajes relativos a Johnson que son de un mérito incuestionable. Uno de ellos lo transcribiré por hacer justicia a un escritor al que he tenido demasiadas ocasiones de censurar, y también por dar muestra de mi ecuanimidad como biógrafo de mi ilustre amigo: «Se notaba en su conducta y en su porte una carencia de esa dignidad que emana de un curso regular y ordenado de las propias acciones, y que por un poder irresistible exige la debida estima. No podría decirse que fuera un hombre equilibrado, ni que hubiera ajustado en su entendimiento el natural equilibrio de la razón y la pasión, de modo que diera ocasión a que se dijera lo que puede observarse de algunos hombres, y es que cuanto hacen es lo apropiado y lo correcto». [Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 409]. En cambio, un ponderado amigo bien sugiere que «quizá sería oportuno añadir que tales hombres a menudo no pasan de ser justos y correctos de manera rigurosa, mientras que son fríos de corazón y carentes de sentimiento, y que las virtudes de Johnson eran de un tono mucho más elevado que las del hombre equilibrado y ordenado que aquí se describe». —BOSWELL

[El comentario sobre el ponderado amigo, probablemente Malone, se añadió en la segunda edición]. <<

[212] La siguiente circunstancia, que honra mutuamente a Johnson y a la corporación de su localidad natal, me ha sido comunicada por medio del reverendo doctor Vyse, del Ayuntamiento: «El señor Simpson tiene ahora ante sí un registro del respeto y la veneración que la corporación de Lichfield, en el año de 1767, mostró por los méritos y el saber del doctor Johnson. Construyó su padre la casa que se erige en la esquina de la plaza del mercado, dos fachadas de la cual dan a dicha plaza y a la calle Ancha, que se hallaba en tierra baldía y era propiedad de la corporación y cedida por espacio de cuarenta años, cesión que venció entonces. El 15 de agosto de 1767, en el salón de los alguaciles y ciudadanos, se ordenó (sin solicitud previa) que la cesión quedara adjudicada a Samuel Johnson, doctor en Leyes, por las ampliaciones de su casa, por el plazo de noventa y nueve años, según renta antigua, que era de cinco chelines, según el registrador del Ayuntamiento, el señor Simpson, tuvo el honor y el placer de darle a conocer, y según él aceptó sin pagar ningún estipendio, cesión que fue elevada y concedida hasta que el doctor falleció en poder de dicha propiedad». —BOSWELL <<

[213] [\[Véase pág. 32\]](#) . —BOSWELL <<

[214] El señor Burke me sugirió que era aplicable a Johnson lo que Cicerón, en su *Cato Major*, dice de Appius: «*Intentum enim animum, tanquam arcum, habebat, nec languescens succumbebat senectuti*», y repitió al mismo tiempo las siguientes, nobles palabras, del mismo pasaje: «*Ita enim senectus honesta est, si se ipsa defendit, si jus suum retinet, si nemini emancipata est, si usque ad extremum vitæ spiritum vindicet jussum*». —BOSWELL <<

[215] «*Atroce* *animum Catonis*» son las palabras textuales de Horacio, y cabe dudar de que *atrox* lo haya empleado cualquier otro escritor original en ese mismo sentido. ‘Terco’ es quizá la traducción más correcta de este epíteto. —MALONE <<

[216] Es una circunstancia digna de felicitación, en referencia a la publicación de esta obra, que el señor Hector haya sobrevivido a su ilustre compañero de estudios en tantos años, que conserve la salud y el ánimo intactos y que me haya obsequiado con la siguiente nota de agradecimiento: «Le agradezco con toda sinceridad por el dilatado y muy grande entretenimiento que me ha proporcionado su *Vida del doctor Johnson*, a mí así como a otras de mis amistades». El señor Hector, además de aclararme los versos sobre la rama de mirtilo, ha tenido a bien proporcionarme dos odas en inglés del doctor Johnson, que datan de un periodo muy temprano y que aparecerán en mi edición de sus poemas. —BOSWELL <<

[217] Es de veras magnífico considerar la amplitud y la constancia del ardor literario de Johnson, no obstante la melancolía que nubló y amargó su existencia. Además de las numerosas y muy variadas obras que ejecutó, en distintos momentos de su vida urdió los planes precisos para muchas más, un catálogo de las cuales entregó al señor Langton, que este caballero obsequió a Su Majestad:

«Teología:

»Un opúsculo de preceptos e instrucciones para el culto piadoso: idea tomada de las instrucciones que se contienen en los ejercicios de Morton.

»Filosofía, Historia y Literatura en general:

»Historia de la crítica, relacionada con el enjuiciamiento de los autores, desde Aristóteles hasta la actualidad. Crónica del auge y las mejoras de este arte, de las distintas opiniones de los autores, antiguos y modernos por igual.

»Traducción de la *Historia* de Herodías.

»Nueva edición de las traducciones que hizo Fairfax de Tasso, con notas, glosario, etc.

»Chaucer, una nueva edición, a partir de manuscritos y ediciones antiguas, con diversas lecturas, conjeturas, comentarios sobre su lenguaje, y los cambios sufridos desde los tiempos más antiguos hasta su época y desde su época hasta la actualidad; con notas aclaratorias de costumbres, etc., y referencias a Boccacio y a otros autores de los cuales tomó préstamos, junto con una relación de las libertades que se tomó al narrar sus relatos; su vida y un glosario etimológico exacto.

»La *Retórica* de Aristóteles, una traducción al inglés.

»Una colección de cartas, traducidas de los autores modernos, con alguna nota prologal a diversos autores.

»Los poemas de Oldham, con notas históricas y críticas.

»Los poemas de Roscommon, con notas.

»Las vidas de los filósofos, escritas con un aire cortés, de manera que entretengan a la vez que instruyan.

»Historia de la mitología pagana, con una explicación de las fábulas tanto alegóricas como históricas; con referencias a los poetas.

»Historia del estado de Venecia, a modo de compendio.

»La *Ética* de Aristóteles, traducción inglesa con notas.

- »*Diccionario de geografía*, del francés.
- »Hierocles sobre Pitágoras, traducción inglesa quizá con notas. Esto lo hará Norris.
- »Un libro de cartas sobre toda clase de asuntos.
- »Claudio, nueva edición de sus obras, *cum notis variorum*, a la manera de Burman.
- »Las *Cuestiones tusculanas* de Tulio, una traducción.
- »De *Natura Deorum*, de Tulio, una traducción de esos libros.
- »Benzo, *Nueva historia del nuevo mundo*, por traducir.
- »*Historia de Florencia*, de Maquiavelo, por traducir.
- »Historia del renacer de la sabiduría en Europa, que ha de contener una relación de todo aquello que contribuyó al restablecimiento de la literatura, como son las controversias, la imprenta, la destrucción del imperio griego, el apoyo a los grandes hombres, las vidas de los mecenas más eminentes y de los profesores antiguos de mayor altura, en toda suerte de saberes, de los distintos países.
- »Un *corpus* cronológico, en verso, con notas históricas.
- »Una tabla de todos los números del *Spectator*, el *Tatler* y el *Guardian*, diferenciados por cifras en seis grados de distinto valor, con notas, aduciendo las razones de la preferencia o la degradación.
- »Una colección de cartas de autores ingleses, con un prefacio en el que se dé razón de los autores; con aclaraciones sobre la selección y crítica de los estilos, comentarios sobre cada carta si se precisara.
- »Una colección de proverbios tomados de distintas lenguas. 6 de enero de 1753.
- »Un diccionario del *Libro de las oraciones*, a imitación del *Diccionario de la Biblia de Calmet*. Marzo de 1752.
- »Una colección de relatos y ejemplos como los de Valerius Maximus. 10 de enero de 1753.
- »De Claudius Aelianus, un volumen de cuentos escogidos, tal vez también de otros. 28 de enero de 1753.
- »Colección de viajes, aventuras y descripciones de países.
- »Diccionario de historia y mitología antigua.
- »Tratado sobre el estudio de la literatura cortés, donde se contenga la historia del saber, instrucciones sobre las ediciones, comentarios, etc.
- »Máximas, caracteres y sentimientos, a la manera de La Bruyère, recopilados a partir de autores antiguos, sobre todo griegos, con sus apotegmas.

»Misceláneas clásicas, traducciones selectas de los antiguos autores, griegos y latinos.

»Vidas de las personas ilustres, tanto de las activas como de las eruditas, a imitación de Plutarco.

»Enjuiciamiento de los eruditos sobre los autores ingleses.

»Diccionario poético de la lengua inglesa.

Consideraciones sobre la presente situación de Londres. Colección de epigramas, con notas y observaciones. Observaciones sobre la lengua inglesa, con relación a voces, frases y modos del discurso.

»*Minutiæ Literariæ*, reflexiones misceláneas, críticas, enmiendas, notas.

»Historia de la constitución.

Comparación de la moralidad filosófica y cristiana, mediante sentencias recopiladas de los moralistas y los Padres de la Iglesia.

»Las *Vidas* de Plutarco, en inglés, con notas.

»Poesía y obras de la imaginación:

»*Himno a la ignorancia*.

»*El palacio de la pereza*, una visión.

»*Coluthus*, por traducir.

»*Prejuicio*, un ensayo poético.

»*El palacio de las nonadas*, una visión».

La extraordinaria facilidad compositiva de Johnson, cuando era capaz de sacudirse su indolencia constitutiva y con resolución se sentaba a escribir, la describe de manera admirable el señor Courtenay en su *Reseña poética*, que he citado en varias ocasiones:

Así como el laberinto de la vida traspasaba con mirada clara,
su entendimiento se expandía a la altura de su asunto.
Con variadas provisiones de erudición forjadas,
la imagen viva, el pensamiento profundo
dormían en reposo, pero cuando se le acuciaba,
brillantes ideas al punto se presentaban confesas
y al instante resplandecían de su genio los rayos vigorosos,
y en el mundo letrado difundía su luz
tal como preñada de fuego la nube eléctrica descarga,
y en calma, sobre el horizonte, parece alzarse,

tocada de una punta de acero, y brota el rayo
que toda la extensión con rico fulgor esclarece.

En vano hemos de esforzarnos por saber con exactitud cuáles fueron las producciones salidas de la pluma de Johnson. Me reconoció que había escrito una cuarentena de sermones, pero como entendí que los había regalado o vendido a diversas personas, que iban a predicarlos cual si fueran propios, no se consideró en libertad para reconocer su autoría. Si quienes de este modo recibieron su ayuda aún estuvieran vivos, y si los amigos de los ya difuntos informasen al mundo, satisfacerían de este modo una más que razonable curiosidad, a la cual entiendo que no se podría poner objeción ninguna. Hay dos volúmenes publicados tras su muerte que han quedado de sobra esclarecidos. Tengo ante mí, de su puño y letra, un fragmento de una veintena de hojas en cuarto, de una traducción al inglés de Salustio, *De Bello Catilinario*. No tengo ni la menor idea del momento en que la pergeñó, pero tampoco parece tener mérito especial, ni hay por qué considerarla suya. Además de las publicaciones hasta ahora mencionadas, me satisface reconocer, por pruebas internas, que son genuinas las siguientes, que a pesar de todo mi esmero en la cronología se me escaparon en el transcurso de esta obra:

«Consideraciones sobre el caso de los sermones del doctor Trapp»,† publicadas en 1739 en la *Gentleman's Magazine*. Es una ingeniosísima defensa del derecho de abreviar la obra de un autor sin incurrir en infracción de su propiedad de la misma. Esta es una de las más delicadas cuestiones en la Ley de la Literatura; no puedo menos que pensar en que la indulgencia de abreviar una obra es a menudo injuriosa en extremo para los autores y los librereros, y en muy contadas ocasiones debería permitirse. Sea como sea, para dejar a un lado una discusión tan difícil como incierta, y para dar absolutas garantías a los autores sobre la propiedad de sus desvelos, nunca debería permitirse ninguna clase de abreviación, al menos hasta que no hayan expirado los años que la legislación tenga a bien conceder sobre la propiedad de la obra.

En cambio, si bien con absoluta confianza se le ha atribuido, no puedo dar por bueno que escribiera una dedicatoria a ambas cámaras del Parlamento en un libro titulado *Armonización de la historia evangélica*. Nunca fue de los que claman, nunca vituperó los tiempos que corren. Por eso, nunca habría escrito lo siguiente: «Que hemos caído en una época en que la corrupción no es que sea universal, sino que universalmente se confiesa». Y tampoco habría escrito «acecha la rapiña sobre el público en general sin oposición de ninguna clase, y traiciona el perjurio sin que medie indagación». Y tampoco, para suscitar una rápida reforma, habría conjurado fantasmas de terror tales como éstos: «Unos cuantos años más y tal vez todo desvelo sea en vano. Podrá devorarnos un terremoto, podríamos quedar entregados a nuestros enemigos». Esto no es en modo alguno johnsoniano.

Contiene en efecto esta dedicatoria algunas frases construidas sobre el modelo de Johnson, pero la imitación de la forma, sin el espíritu encendido de su estilo, ha sido tan laxa y general que no resulta por sí sola prueba suficiente. También los autores de los periódicos aspiran a ello. En una crónica del funeral de Edwin, el comediante, en el *Diary* del 9 de noviembre de 1790, así se describe a este hijo de las chanzas: «Un hombre que muy a menudo rió de los sinsabores del desempleo, y que dejó en suspenso los avances de la pena». Y en el *Dublin Evening Post* de 16 de agosto de 1791 aparece el párrafo siguiente: «Es circunstancia singular que una ciudad como ésta, donde residen 200 000 almas, pase tres meses al año en los que no está abierto un solo lugar de diversión pública. Larga vacación es la que aquí se tiene del placer, así como de los negocios; tampoco hay forma de pasar las insípidas veladas del verano que declina, si no es en los jaleos de las tabernas o en la estulticia de los cafés».

No me ha parecido necesario especificar cada muestra de los versos que escribió Johnson, ya que es mi intención publicar una edición autenticada de su poesía, con las notas pertinentes. —BOSWELL <<

[218] El señor Cumberland me asegura que el doctor Johnson siempre lo trató con una cortesía exquisita, por lo que en sus *Cartas a la señora Thrale* (vol. II, pág. 68), así habla de este sabio, ingenioso y educado caballero: «La falta de compañía es un inconveniente, pero el señor Cumberland vale por un millón». —BOSWELL

Northcote, según Hazlitt (*Conversaciones de Northcote*, pág. 275), dice que Johnson y sus amigos «jamás admitieron a C —[Cumberland] como parte del grupo; sir Joshua no le invitaba a almorzar. De haber estado éste en la sala, Goldsmith habría salido huyendo cual si fuera un dragón». —HILL <<

[219] Preciso es sonreírse ante la inexactitud en la metáfora del prefacio a los *Anales*, escrito por el señor Burrowes. El crítico del estilo de Johnson observa con gran celo que toda la nación queda llamada a participar, tras lo cual afirma: «Se pide a todos los ciudadanos que actúen por cada *tinte* que pudiera tener influencia laudable en el corazón de los hombres». —BOSWELL

Entre *tinte* [tye] y *lazo* o *vínculo* [tie], apenas media una minucia ortográfica. <<

[220] Que Johnson albergara el deseo de unirse en matrimonio con esta rica viuda es algo de lo que mucho se habló, aunque yo creo que sin fundamento. Las habladurías, sin embargo, fueron ocasión de un poema que no carece de un mérito característico, y que se tituló «Oda a la señora Thrale, por Samuel Johnson, doctor en Leyes, ante sus esponsales, presuntamente inminentes», impreso para el señor Faulder, en Bond Street. Lo citaré como muestra, así sean las tres primeras estrofas:

Si alguna vez mis dedos rozaron la lira,
en la sátira feroces, plácidos en la alegría,
¿no han de inspirar de mi Thralia la sonrisa?
¿No ha de hallar Sam ese yacer sin prisa?
¡Mi adorada dama! Ved a vuestro esclavo;
considerarlo vuestro mismísimo estrado,
ansioso de escribir cual autor grave,
o de mejor gobernar la cerveza suave.
A la rica felicidad así alzado,
resplandece en mi pecho el fuego enamorado.
El brebaje dejará de ser sincero,
pues soy yo de Thrale entero.

—BOSWELL

La oda es del propio Boswell. —HILL <<

[221] *Higgledy-piggledy*, conglomeración y confusión; *Hodge-podge*, mezcla culinaria de ingredientes heterogéneos; aplícase metafóricamente a todas las combinaciones discordantes; *Tit for Tat*, apropiada represalia; *Shilly Shally*, titubeo, falta de resolución; *Fee! fa! fum!*, entonaciones desmesuradas; *Rigmarole*, discurso incoherente y rapsoda, galimatías; *Crincum-crancum*, líneas de irregularidad involutiva; *Ding-dong*, campanillas tintinambulantes; úsase metafóricamente para indicar algo vehemente y expeditivo. —BOSWELL

En todas las ediciones examinadas, la frase del texto que comienza por «anexo» y termina por «concatenación alfabética» se halla impresa, por desplazamiento erróneo de las comillas, como si fuera de Boswell. Se trata de una cita del volumen de Colman. —HILL <<

[222] *Historia de América*, vol. I, en cuarto, pág. 332. —BOSWELL

En la edición abreviada de Dero-Saunders, trad. esp. de Carmen Francí (2000), pág. 94. <<

[223] *Decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. I, cap. IV. —BOSWELL

En la edición abreviada de Dero-Saunders, trad. esp. de Carmen Francí (2000), pág. 94 <<

[224] *Cecilia*, libro VII, cap. I. —BOSWELL <<

[225] El pasaje que cito está tomado de los *Elementos de ortopía* de este caballero, que «contienen una nítida visión de toda la analogía de la lengua inglesa, en la medida en que guarda relación con la pronunciación, el acento y la cantidad» (Londres, 1784, pág. IV). Pido permiso para ofrecer mi particular agradecimiento al autor de una obra de mérito insólito y grandísima utilidad. No conozco otro libro que abarque, en ese mismo espectro, más erudición, literatura cortés, sentido de la sonoridad, exactitud en la disposición y perspicacia en la expresión. —BOSWELL <<

[226] Esta colección le fue ofrecida al doctor Johnson, tengo entendido, por sus propios autores; le oí hablar muy bien de ella. —BOSWELL

El Espejo se publicó entre 1779 y 1780; en 1792 alcanzó su novena edición. <<

[227] Sería deseable que hubiera imitado a ese gran hombre en todos los aspectos, y que no hubiera seguido el ejemplo del doctor Adam Smith en la absoluta falta de elegancia propia de atacar a su muy venerable *Alma Mater*, la universidad de Oxford. Sin embargo, es de ley observar que su culpa es mucho menor que la de Smith, pues sólo pone objeciones a determinados particulares, mientras Smith pone en tela de juicio la institución en su totalidad, a pesar de estar muy en deuda por su saber a la educación que disfrutó durante muchos años en Balliol College. Ninguno de los dos, empero, causará ningún daño a la más noble universidad que hay en el mundo. Así como manifiesto mi animadversión en lo que se me antojan algunas obras dudosas del doctor Knox, no puedo negar el debido elogio a otras producciones suyas, en particular sus sermones, y al espíritu que defiende en contra de herejes presuntuosos, a saber, las doctrinas de la consolación que son propias de la Revelación cristiana. Esto es algo que ha hecho de una manera tan esforzada como conciliadora. Y tampoco debo omitir una muestra muy notable de su sinceridad: a pesar de la amplísima diferencia de nuestras opiniones sobre la capital cuestión de la educación universitaria, en una carta que me envía a propósito de esta obra se expresa de este modo: «Le agradezco el grandísimo entretenimiento que me ha procurado su *Vida de Johnson*. Es una obra valiosísima. La suya es una biografía de especie completamente nueva. Me alegra que Johnson haya encontrado a tan hábil cronista de su ingenio y su sabiduría». —BOSWELL <<

[228] Al doctor Knox, sumido en su abstracción «moral y literaria», bien se le puede disculpar por no conocer las normativas políticas de su propio país. Ningún senador puede ser puesto en manos de un alguacil. —BOSWELL <<

[229] [\[Véanse págs., 922-923\]](#) <<

[230] Esta dama, cuyo nombre tan a menudo ha aparecido en el transcurso de esta obra, sobrevivió al doctor Johnson sólo en trece meses. Falleció en Lichfield a los setenta y un años de edad, el 13 de enero de 1786, y donó la parte principal de su fortuna al reverendo señor Pearson, de Lichfield. —MALONE <<

[231] Club londinense, fundado por un estudioso e ingenioso médico, el doctor Ash, en honor de cuyo nombre fue llamado *Eumelio*, del griego, aun cuando fue acaloradamente disputado e incluso se votó la apelación latina, mucho más evidente, de *Fraxineo*. —BOSWELL

Fundado en 1788, el club se reunía en la Taberna de Blenheim, en Bond Street. Reynolds, Boswell, Burney y Windham fueron miembros del mismo. El nombre del doctor Ash significa tanto ‘ceniza’ como ‘fresno’. <<

[232] Colección de la señora Thrale, 10 de marzo de 1784, vol. II, pág. 350.

—BOSWELL <<

[233] *Diario de un viaje a las Hébridas*, pág. 211. Sobre esta misma cuestión, en su carta a la señora Thrale del 29 de noviembre de 1783, hace la siguiente y muy justa observación: «La vida, para ser digna de un ser racional, ha de ser siempre un progreso hacia la mejora; hemos de proponernos siempre hacer las cosas mejor o hacer más cosas que en el pasado. El entendimiento se amplía y se eleva con los propósitos, aun cuando terminen como empezaron, con la contemplación de lo etéreo. Comparamos y juzgamos aun cuando no los llevemos a la práctica». —BOSWELL <<

[234] *Ibid.*, pág. 374. —BOSWELL <<

[235] *Plegarias y meditaciones*, pág. 47. —BOSWELL <<

[236] *Ibid.*, pág. 68. —BOSWELL <<

[237] *Ibid.*, pág. 84. —BOSWELL <<

[238] *Ibid.*, pág. 120. —BOSWELL <<

[239] *Ibid.*, pág. 130. —BOSWELL <<

[240] El doctor Johnson contó una vez, con muy sincera aprobación, un relato sobre un caballero que, presa del impulso de la pasión, sedujo y se cobró la virtud de una joven. Cuando ella le dijo que «me temo que hemos hecho mal», él contestó: «Sí, hemos hecho mal..., pues no pervertiría yo su entendimiento». —BOSWELL <<

[241] *Plegarias y meditaciones*, pág. 192. —BOSWELL <<

[242] Este osado experimento lo ha relatado sir John Hawkins de tal modo que insinúa una acusación contra Johnson, por haber apresurado intencionalmente su propia defunción. Es una acusación tan reñida en todos los sentidos con su carácter que resulta injurioso incluso refutarla, cosa que a sir John le ha parecido necesaria. Es evidente que lo que hiciera Johnson con la esperanza de hallar alivio tuvo que indicar una extraordinaria ansiedad por aplazar el momento de su disolución. —BOSWELL

[Véase, sin embargo, nota 503].

Murphy, en su *Vida*, dice que «durante muchos años, cuando Johnson no estaba en disposición de participar en la conversación, quien estuviera sentado junto a él podía oírle musitar unas palabras de Shakespeare [*Medida por medida*, acto III, escena I]: “Ah, pero morir e ir a saber dónde, yacer en la fría obstrucción y pudrirse; que este movimiento cálido y sensible se convierta en un coágulo amasado, y el espíritu deleitoso haya de bañarse en feroces flujos...”». —HILL <<

[243] «En el nombre de Dios. Amén. Yo, Samuel Johnson, en plena posesión de mis facultades, pero temeroso de que esta noche pueda poner fin a mi vida, ordeno mis últimas voluntades y testamento. Lego a Dios un alma contaminada por mis muchos pecados, pero con la esperanza de hallar purificación en Jesucristo.

»Dejo setecientas cincuenta libras en manos del señor Bennet Langton; trescientas en manos de los señores Barclay y Perkins, cerveceros; ciento cincuenta en manos del doctor Percy, Obispo de Dromore; mil libras, a un interés del tres por ciento, en los fondos públicos, y otras cien libras que ahora tengo en dinero contante y sonante; todas las sumas y propiedades hasta ahora mencionadas testó y deposito en fideicomiso de sir Joshua Reynolds, sir John Hawkins y el doctor William Scott, para que se destinen a los siguientes usos:

»Que se pague a los representantes del difunto William Innys, librero de la plaza de la catedral de St. Paul, la suma de doscientas libras; a la señora White, mi criada, cien libras a partir del tres por ciento de la cantidad invertida y antedicha. El resto de las cantidades antes señaladas, así como la propiedad, junto con mis libros, vajilla y cubertería y muebles domésticos, los lego a los mencionados sir Joshua Reynolds, sir John Hawkins y el doctor William Scott, también en fideicomiso, para que se apliquen, tras saldar mis deudas, al uso y disfrute de Francis Barber, mi criado, negro, de la manera en que los tres juzguen más oportuna y conducente a su beneficio. Y nombro a los ya citados sir Joshua Reynolds, sir John Hawkins y el doctor William Scott únicos ejecutores de estas mis últimas voluntades y testamento, revocando por el presente todo testamento anterior. En testimonio de lo cual aquí suscribo mi firma y adjunto mi sello en este octavo día de diciembre de 1784.

»SAM. JOHNSON (Locus Sigilli)

»Firmado, sellado, publicado, declarado y entregado por el testador, como última voluntad y testamento suyo, en presencia de nosotros dos, quedando la palabra “dos” inserta en la página encarada.

»GEORGE STRAHAN

»JOHN DESMOULINS»

«A manera de codicilo de mis últimas voluntades y testamento, yo, Samuel Johnson, doy, conformo y lego mis tierras arrendadas en Lichfield, en el condado de Stafford, junto con todos los aparejos arrendados u ocupados por convenio con la señora Bond, de Lichfield, o con el señor Hinchman, su subarrendatario, a mis ejecutores testamentarios, con objeto de que vendan y dispongan todo ello; el dinero resultante

de tal venta lo cedo y lego como sigue, a Thomas y Benjamin, hijos de Fisher Johnson, que fue de Leicester, y a — Whiting, hija de Thomas Johnson, que fue de Coventry, y a la nieta del mencionado Thomas Johnson, una cuarta parte idéntica a cada uno de ellos, aunque en caso de que hubiera más nietas que la dicha de Thomas Johnson, que vivieran en el momento de mi defunción, cedo y lego la participación de esa una a que se divida igualmente entre las demás. Cedo y lego al reverendo señor Rogers, de Berkley, cerca de Froom, en el condado de Somerset, la suma de 100 libras, con la solicitud de que las aplique como proceda a la manutención de Elizabeth Herne, una mujer demente. También cedo y lego a mis ahijados, hijo e hija de Mauritius Lowe, pintor, 100 libras de mis inversiones al tres por ciento en anualidades consolidadas, para que se apliquen y se dispongan a discreción de mis ejecutores en la educación o asentamiento en el mundo de dichos legatarios. También cedo y lego a sir John Hawkins, uno de mis ejecutores, los *Annales Ecclesiastici* de Baronius, y las *Crónicas* de Holinshed y Stowe, así como un *Libro de oraciones* en octavo. Al señor Bennet Langton, cedo y lego mi *Biblia Políglota*. A sir Joshua Reynolds, mi gran diccionario del francés, obra de Martiniere, y mi ejemplar de la edición en folio de mi *Diccionario de la lengua inglesa* en su última edición revisada. Al doctor William Scott, uno de mis ejecutores, el *Dictionnaire de Commerce* y la edición de Lectius de los poetas griegos. Al señor Windham, *Poetæ Græci Heroici per Henricum Stephanum*. Al reverendo señor Strahan, vicario de Islington, Middlesex, el Testamento en griego de Mili, el *Testamento* en griego de Beza, en edición de Stephens, así como todas mis Biblias latinas y mi Biblia griega en la edición de Wechelius. A los doctores Heberden, Brocklesby, Butter, y al señor Cruikshank, el cirujano que me atendió, así como al señor Holder, mi boticario, al señor Gerard Hamilton, a la señora Gardiner, de Stow Hill, a la señora Frances Reynolds, al señor Hoole y al reverendo señor Hoole, su hijo, un libro a cada uno a su entera elección, con el fin de que lo conserven a modo de recuerdo. También cedo y lego al señor John Desmoulins doscientas libras en anualidades consolidadas al tres por ciento; al señor Sastres, maestro italiano, la suma de cinco libras, pagaderas en libros de piedad y devocionales para su uso y disfrute. Y si el mencionado Bennet Langton está de acuerdo, en consideración de la suma de setecientas cincuenta libras, mencionada en mi testamento para que quede en sus manos y garantice una pensión anual de setenta libras, pagadera durante la vida de Francis Barber, y la vida de quien nos sobreviva, quedando el señor George Stubbs encargado de dicho fideicomiso, mi voluntad en caso de que se produzca mi defunción antes de que dicho acuerdo se lleve a efecto es que dicha suma de setecientas cincuenta libras, junto con el título que la garantiza, queden en manos del mencionado Francis Barber; por el presente se la cedo y lego, en lugar de la donación otorgada a su favor, que se contiene en mi testamento. Por el presente documento autorizo a mis ejecutores testamentarios a que deduzcan y retengan todos los gastos en los que se haya de incurrir en la ejecución de dicho testamento, o de este codicilo, tomándose de la hacienda y efectos que posea en

la hora de mi muerte. Todo lo demás, residuo y restante de mi hacienda y efectos, por el presente los cedo y lego a dichos ejecutores, en fideicomiso en favor del mencionado Francis Barber, sus ejecutores y administradores. Pongo por testigo mi firma y sello en este noveno día de diciembre de 1784.

»SAM. JOHNSON (Locus Sigilli)

»Firmado, sellado, publicado, declarado y entregado por el dicho Samuel Johnson, en condición de codicilo a sus últimas voluntades y testamento, en presencia de nosotros, que, en su presencia, y por petición expresa de él, así como en presencia cada uno de los demás, suscribimos en calidad de testigos

»JOHN COPLEY

»WILLIAM GIBSON

»HENRY COLE»

Sobre estas legaciones testamentarias es oportuno hacer algunas observaciones.

Su declaración expresa en el momento de expirar de su fe de cristiano, tal como a menudo se había practicado en tan solemnes escrituras, es de verdadera trascendencia en este hombre tan grande; la convicción de un intelecto tan agudo y tan potente bien podría servir para inclinar el fiel de la balanza allí donde otros tengan dudas, sobre todo sus contemporáneos. La expresión *contaminada* podría parecer a algunos que transmita una expresión de algo más que la contaminación ordinaria; no se justifica esto según su sentido genuino, tal como aparece en el *Rambler*, n.º 42. La misma palabra figura en el testamento del doctor Sanderson, Obispo de Lincoln, que era la piedad en persona.

Su legado de doscientas libras a los representantes del señor Innys, librero de la plaza de la catedral de St. Paul, es debida a un motivo muy digno. Dijo a sir John Hawkins que cuando su padre se declaró en bancarrota el señor Innys le ayudó con dinero a crédito para que siguiera dedicándose a su negocio. «Esto —dijo— lo considero una obligación a fin de mostrar mi agradecimiento a sus descendientes».

Sus propiedades resultaron tener un valor considerablemente más elevado de lo que él había supuesto. Sir John Hawkins estima que la donación a Francis Barber rondaba prácticamente las mil quinientas libras, incluida una pensión anual de setenta libras que le habría de ser pagadera por medio del señor Langton, en consideración de la suma de setecientas cincuenta libras que Johnson había prestado a este caballero. Sir John parece un tanto contrariado y enojado incluso ante esta donación, y murmura para sus adentros una «advertencia en contra de los favores y donaciones ostentosas a los negros». Es de todos modos innegable que cuando un hombre tiene dinero que ha adquirido por sus propios medios, y en especial cuando no tiene parientes próximos,

bien puede, sin culpa, disponer de él como se le antoje, y con tanta mayor propiedad si lo lega a un fiel criado. El señor Barber, gracias a una recomendación de su señor, se retiró a vivir a Lichfield, donde podrá pasar el resto de sus días sin ahogos de ninguna clase.

Se ha objetado que Johnson omitió de su testamento a muchos de sus amigos, sobre todo al legar algunos libros como recordatorio de su afecto. Los nombres de los doctores Adams, Taylor y Burney, así como los de los señores Hector, Murphy y el autor de esta obra, y de otros que fueron sus amigos íntimos, no se encuentran en su testamento. Esto podría explicarse si se considera que, estando en el momento de redactarlo ya muy cerca de su disolución, es probable que hiciera mención de quienes acudieron a sus mientes; es probable que recordase que a los demás había dado suficientes muestras de su afecto y respeto, de modo que no era necesario dilatar su testamento con la inclusión de sus nombres. Lucy Porter se mostró muy contrariada al ver que nada le quedó a ella, pero además de lo que acabo de decir tendría que haber tenido en cuenta que ella tampoco legó nada a Johnson en su testamento, hecho todavía en vida de él, tal como apareció al menos a su muerte.

Al enumerar a varias personas en grupo, dejándoles a cada una de ellas «un libro a su elección», seguramente dio pie a una curiosa situación tocante al orden de la elección, caso de que por fortuna no se fijara cada cual en un libro distinto. Su biblioteca, aun cuando de ninguna manera fuese de bella apariencia, la vendió el señor Christie por doscientas cuarenta y siete libras y nueve chelines; muchas fueron las personas deseosas de hacerse con un libro que hubiera pertenecido al doctor Johnson. En muchos había hecho sus anotaciones. A veces, tiernos recordatorios de su difunta esposa, como «Este libro era de mi querida Tetty»; otras, comentarios de ocasión. El señor Lysons, de Clifford's Inn, ha tenido a bien facilitarme estos dos:

En *Sagradas normas y ayudas a la devoción*, de Bryan Duppa, Obispo de Winton: «*Preces quidam [quidem] videtur diligenter tractasse; spero non inauditus [inauditas]*».

En *Axiomas infalibles de los rosacruces*, de John Heydon, al cual se anteponen unos versos dedicados al autor, y firmados por «Ambr. Waters, A. M. Coll. Ex. Oxon»: «Estos versos latinos se los escribí a Hobbes Bathurst, a raíz de su *Tratado sobre la naturaleza humana*, y no guardan relación con el libro. Extraño fraude». —BOSWELL

<<

[244] Uno de estos volúmenes, según nos refiere sir John Hawkins, se lo guardó en el bolsillo; la excusa que se aduce es que deseaba impedir que cayera en manos de una persona a la que describe de tal modo que no se llega a saber con una mínima certeza quién pueda ser. «Pues tenía poderosas razones —dice— para pensar que este hombre podría encontrarlo y darle un mal empleo». A sir John no le parece adecuado explicar por qué el caballero así aludido obraría de ese modo. Sin embargo, lo que hizo no fue bien visto por Johnson, el cual, al tener conocimiento de lo ocurrido sin ninguna dilación, por medio de un amigo, manifestó una gran indignación, y con acaloramiento insistió en que el volumen se le restituyera; después, con la suposición de que se había extraviado, y sin saber quién podía haberlo tomado, dijo: «Señor, me voy del mundo desconfiando de media humanidad». Al día siguiente, sir John escribió una carta a Johnson en la que le aclaraba las razones de su comportamiento, ante la cual comentó Johnson al señor Langton que «ni el obispo Sanderson podría haber dictado una carta mejor. Casi podría decir que *Melius est sic penituisse quam non errasse*». La agitación que a Johnson le produjo este incidente probablemente lo llevó a quemar apresuradamente aquellas preciosas anotaciones cuya falta ahora por siempre hemos de lamentar. —BOSWELL <<

[245] Bajo esa misma autoridad indisputable aporto unos cuantos artículos que tendría que haber insertado en su debido orden cronológico, pero que ahora, al tenerlos delante de mí, mucho lamentaría omitir: «En 1736, el doctor Johnson manifestó una particular inclinación por ser contratado como ayudante del reverendo señor Budworth, en aquel entonces director de la escuela primaria de Brewood, condado de Stafford, “una persona excelente, que poseía todos los talentos precisos para ser un perfecto instructor de los más jóvenes, y en un grado tal (por emplear las palabras de uno de los más brillantes ornatos de la literatura, el reverendo doctor Hurd, Obispo de Worcester) como rara vez se ha encontrado en ninguno de los integrantes de dicha profesión desde los tiempos de Quintiliano”. El señor Budworth, “que fue menos conocido aún en vida, a raíz de la situación anodina en que quieren los caprichos de la fortuna condenar a menudo a los hombres de carácter más consumado, de lo que con su altísimo mérito habría merecido”, se había educado con el señor Blackwell en Market Bosworth, donde Johnson fue por un tiempo maestro, lo cual como es natural fue lo que le inclinó a solicitar la plaza. El señor Budworth no era ni mucho menos ajeno al saber o a la capacidad de Johnson; en más de una ocasión lamentó haberse visto forzado a rechazar al aspirante, debido a la aprensión de que la parálisis que afectaba a nuestro gran filólogo, y que lo tuvo debatiéndose durante la vida entera, pudiera hacerle objeto de imitación y ridículo entre sus alumno». Es el capitán Budworth, su nieto, quien me ha confirmado la veracidad de esta anécdota.

«Entre los primeros amigos que tuvo Johnson en St. John’s Gate figuraba Samuel Boyse, de sobra conocido por sus ingeniosas producciones, y no menos notorio por su imprudencia. No era insólito que Boyse fuese cliente de los prestamistas y las casas de empeño. En una de estas ocasiones, el doctor Johnson recogió la suma de dinero necesaria para rescatar del montepío las ropas de su amigo, que a los dos días las volvió a empeñar. “La suma —dijo Johnson— se recogió con monedas de seis peniques, en tiempos en los que a mí seis peniques me suponían una seria consideración”.

»Hablando un día de una persona por la que tuvo verdadera amistad, aunque en ella la vanidad resultaba predominante en demasía, comentó que “Kelly gustaba tanto de hacer ostentación de una fuente que poseía, y que tenía en el aparador, que le añadió las espuelas. Por mi parte —dijo—, jamás fui dueño de un par de espuelas, salvo una sola vez. Y ahora están en el fondo del océano. Por el descuido del criado de Boswell, cayeron por la borda del barco a nuestro retorno de la Isla de Skye”».

El difunto reverendo señor Samuel Badcock, que fue presentado al doctor Johnson por mediación del señor Nichols algunos años antes de morir, así se manifestó en una carta a dicho caballero:

«¡No sabe cuánto le agradezco el favor que me hizo al presentarme al doctor Johnson! *Tantum vidi Virgilium*. Pero el hecho de haberlo visto, y de haber recibido muestras de respeto por su parte, fue más que suficiente. Recuerdo la conversación entera, y nunca olvidaré una de sus expresiones. Hablando del doctor Priestley, cuyos escritos, según vi, tenía en baja estima, dijo: “Ha demostrado usted que es tan deficiente en probidad como lo es en conocimiento”. Yo le había llamado “mero especialista en índices”, pero él no se mostró dispuesto a concederle siquiera ese detalle meritorio. Dijo que “tomaba en préstamo de quienes a su vez se habían prestado, y desconocía que los errores que adoptaba ya fueron respondidos por otros”. A menudo pienso en nuestras breves y sin embargo preciadas visitas a este gran hombre. Habré de considerarlas una suerte de sera que marcó mi vida».

—BOSWELL <<

[246] En 1780. Véase su carta a la señora Thrale del 8 de agosto de 1780: «Habr  sabido por los peri3dicos de la mayoría de edad de ***. Adjunto una breve canci3n de enhorabuena, que es preciso que no muestre usted a nadie. Espero que la lea con la debida candidez; es, me parece, uno de los primeros ensayos de su autor en esta clase de composici3n, y a los principiantes preciso es tratarlos con bondad». —MALONE <<

[247] El cambio de sus sentimientos con respecto al doctor Clarke así me lo comenta por carta el difunto doctor Adams, director de Pembroke College, en Oxford. «Los prejuicios del doctor estaban sumamente enraizados; eran los más fuertes, y en otro sentido los más débiles que jamás haya tenido un hombre sensato. Conoce usted su extremado celo en cuestiones de ortodoxia. ¿Ha oído alguna vez lo que él mismo me dijo? Que había tomado por norma no incluir el nombre del doctor Clarke en su *Diccionario*. Sin embargo, se le pasó con el tiempo. En fecha muy posterior departimos sobre qué libros debería leer en defensa de la religion cristiana. Le recomendé las *Pruebas de la religion natural y revelada*, de Clarke, por ser el mejor en su género; y hallo ahora, en lo que se ha dado en llamar sus *Plegarias y meditaciones*, que en la última parte de su vida con frecuencia se dedicó a leer los *Sermones* de Clarke». —BOSWELL <<

[248] El reverendo señor Strahan puso cuidado en preservarla, y se ha insertado en *Plegarias y meditaciones*, pág. 216. —BOSWELL <<

[249] Criado del honorable William Windham. —BOSWELL <<

[250] Con respecto a Johnson bien podría yo adoptar las palabras de sir John Harrington sobre su venerable tutor diocesano, el doctor John Still, Obispo de Bath y de Wells, «quien me prestó más ayuda, me dio más esperanzas y más ánimo que nadie en mis estudios, al cual nunca visité sin que creciera mi fe en la religión, del cual nunca me despedí sin tener una más sólida instrucción. Por lo tanto, si hablo en abundancia de mi amigo, de mi instructor, no se extrañe el lector; si hablo con franqueza, no será para culparme; aunque de él hable con parcialidad, espero que sea perdonado». *Nugæ Antiquæ*, vol. I, pág. 136. Existe una circunstancia en el retrato que hace sir John del obispo Still que resulta aplicable de un modo peculiar a Johnson: «Llegó a tener tal fama como polemista que los más eruditos temían discutir con él; como fuera sabedor de su fuerza, no se abstenía de avisarles en sus discusiones, para que tomasen buena nota de sus réplicas, como un perfecto maestro de esgrima que dice por adelantado en qué parte dará la estocada, o como un astuto jugador de ajedrez que señala de antemano con qué peón y en qué casilla dará el mate». *Ibid.*, pág. 137. —BOSWELL <<

[251] El difunto y muy honorable William Gerard Hamilton. —MALONE <<

[252] Además de las dedicatorias que le hicieron el doctor Goldsmith [pág. 678], el reverendo doctor Franklin [pág. 1428] y el reverendo señor Wilson [pág. 1557], que he mencionado en las fechas correspondientes, hubo otra de una dama, de una versificación de «Aningait y Ajut», y otra del ingenioso señor Walker, de su *Gramática retórica*. He introducido en esta obra varios de los cumplidos que se le hicieron en los escritos de sus contemporáneos, aunque son tantísimos que en puridad podríamos decir que el homenaje fue general y unánime.

No quisiera olvidar el honor que le hizo el coronel Myddleton, de Gwaynynog, cerca de Denbigh; a la orilla del riachuelo que pasa por su propiedad, donde gustaba Johnson de recitar versos, erigió una urna con esta inscripción:

ESTE RINCÓN TUVO A MENUDO LA DIGNIDAD
DE ACOGER LA PRESENCIA DE SAMUEL JOHNSON, D. L.
CUYOS ESCRITOS MORALES,
PLENAMENTE ACORDES CON LOS PRECEPTOS DEL CRISTIANISMO,
PRESTAN ARDOR A LA VIRTUD Y CONFIANZA A LA VERDAD.

Prueba no menor de su fama es la que corresponde al extraordinario celo con que los artistas se aplicaron a perpetuar su imagen. Puedo y debo enumerar un busto del señor Nollekens y las muchas reproducciones que de él se han hecho; varios retratos hechos por sir Joshua Reynolds, a partir de uno de los cuales, hoy en poder del Duque de Dorset, el señor Humphry ejecutó una bella miniatura esmaltada; un retrato de Frances Reynolds, hermana de sir Joshua; otro de Zoffany; uno del señor Opie; los siguientes grabados: 1. uno de Cooke, a partir de sir Joshua, para la edición en folio de su *Diccionario*; 2. uno de ídem, ídem, para la edición en cuarto; 3. uno a partir de Opie, obra de Heath, para la edición de Harrison de su *Diccionario*; 4. uno a partir del busto de Nollekens, obra de Bartolozzi, para la edición en cuarto del *Diccionario* que preparó Fielding; 5. uno pequeño, a partir de Harding, obra de Trotter, para sus *Bellezas*; 6. uno pequeño, a partir de sir Joshua, obra de Trotter, para sus *Vidas de los poetas*; 7. uno pequeño, a partir de sir Joshua, obra de Hall, para el *Rambler*; 8. uno pequeño, de un dibujo original en posesión de John Simco, obra de Trotter, para otra edición de las *Vidas de los poetas*; 9. uno pequeño, sin nombre del pintor, obra de Taylor, para su *Johnsoniana*; 10. uno en folio, con su bastón de roble, tal como se describe en el *Diario de un viaje*, de Boswell, dibujado y grabado por Trotter; 11. un grabado grande, a media tinta, a partir de sir Joshua, obra de Doughty; 12. uno grande, una cabeza al estilo romano, a partir de sir Joshua, obra de Marchi; 13. uno en octavo, en el que sostiene un libro ante los ojos, a partir de sir Joshua, obra de Hall, para sus obras; 14. uno pequeño, de un dibujo del natural, grabado por Trotter, para su *Vida*, publicada por Kearsley; 15. uno grande, a partir de Opie, obra de

Townley (hermano del señor Townley, de la Cámara de los Comunes), artista ingenioso que residió por un tiempo en Berlín y ha tenido el honor de ser el grabador real de Su Majestad el Rey de Prusia. Es uno de los mejores grabados en media tinta que nunca se hayan hecho; lo que le da un valor extraordinario es que la plancha se destruyó luego de tirar cuatro o cinco impresiones. Una de ellas está en poder de sir William Scott. Al señor Townley recientemente se le ha convencido de que ejecute y publique otro, para que tenga una circulación más amplia entre los admiradores del doctor Johnson; 16. uno grande, a partir del primer retrato que le hizo sir Joshua, obra de Heath, para esta obra, en cuarto; 17. uno en octavo, de Baker, para la edición en octavo; 18. uno para el *Ensayo sobre fisionomía*, de Lavater, en el que se analiza el semblante de Johnson según los principios de este imaginativo escritor. Hay también varios sellos con su efigie, en particular uno espléndido de Edward Burch, que está en poder de Charles Burney, hijo.

Permítaseme añadir, en prueba de la popularidad de su figura, que hay monedas de cobre acuñadas en Birmingham con su efigie, que tienen valor corriente de medio penique tanto aquí como en las regiones vecinas del país. —BOSWELL <<

[253] Aún no se ha publicado. Por carta, el señor Agutter me refiere que «mi sermón ante la universidad versó más sobre la moral del doctor Johnson que sobre su carácter intelectual. Examiné en particular su miedo a la muerte, y di a entender distintas razones que explican la aprensión de los buenos y la indiferencia de los descreídos en sus últimos momentos, lo cual ilustré poniendo en contraste la muerte de Johnson y la de David Hume. Tomé por base el texto de Job, 21, 23-26». —BOSWELL

Se predicó el 23 de julio de 1786, y no a la muerte de Johnson. No se menciona a ninguno de los dos por su nombre. Su principal mérito, por no decir el único, es su brevedad. —HILL <<

[254] Así ha sido. Consta de un medallón y una placa debajo que ostenta esta inscripción:

LOS AMIGOS DE SAMUEL JOHNSON, D. L.,
NACIDO DE LICHFIELD,
ERIGIERON ESTE MONUMENTO
COMO RESPETUOSO HOMENAJE
EN RECUERDO DE UN HOMBRE DE AMPLIA ERUDICIÓN,
DISTINGUIDO ESCRITOR DE TEMAS MORALES
Y CRISTIANO SINCERO.
MURIÓ EL 13 DE DICIEMBRE
DE 1784,
A LOS 75 AÑOS DE EDAD.

—MALONE <<

[255] El reverendo doctor Parr, cuando se le solicitó que se ocupase de ello, se manifestó así en carta a William Seward:

«Dejo esta inconmensurable tarea en manos de un escritor más sólido y capaz. La variedad y el esplendor de los logros de Johnson, las peculiaridades de su carácter, sus virtudes privadas y sus publicaciones literarias me abruman y me colman de confusión y desaliento cuando reflexiono en el confinamiento y la dificultad de la composición en la que sólo cabe expresar todo ello, con propiedad, en su monumento».

Sin embargo, tengo entendido que ese gran estudioso y cálido admirador de Johnson ha cedido a las reiteradas solicitudes que se le han hecho, y ha llevado a cabo esa difícilísima empresa. —BOSWELL

El monumento en honor del doctor Johnson, que consta de una colosal figura apoyada contra una columna, se encuentra en la catedral de St. Paul desde que se inauguró el 23 de febrero de 1796. El epitafio lo escribió el reverendo doctor Parr, y reza como sigue:

ΑΧΩ

SAMVELI • IOHNSON
DRAMMATICO • ET • CRITICO
SCRIPTORVM • ANGLICORVM • LITTERATE • PERITO
POETAE • LVMINIBVS • SENTENTIARVM
ET • PONDERIBVS • VERBORVM • ADMIRABILI
MAGISTRO • VIRTVTIS • GRAVISSIMO
HOMINI • OPTIMO • ET • SINGVLARIS • EXEMPLI
QVI • VIXIT • ANN • LXXV • MENS • II • DIEB • XIII
DECESSIT • IDIB • DECEMBR • ANN • CHRIST • CIC • ICC • LXXXIII
SEPVLT • IN • AED • SANCT • PETR • WESTMONASTERIENS
XIII • KAL • IANVAR • ANN • CHRIST • CIC • ICC • LXXXV
AMICI • ET • SODALES • LITTERARII
PECVNIA • CONLATA
H • M • FACIVND • CVRAVER.

Es obra de John Bacon.

La suscripción para costear las mil cien guineas del mismo la inició el Club Literario, y se completó con ayuda de otros amigos y admiradores del doctor Johnson.
—MALONE <<

[256] Para prevenir que se produzca ningún error de juicio sobre esta cuestión, el señor Malone, quien me ha comunicado estos versos, me solicita que añada el siguiente comentario: «En justicia al difunto señor Flood, que hoy nos falta, y que tiene méritos de sobra, conste un epitafio de toda esta nación, a la cual honró con su trascendente talento, además de prestarle importantísimos servicios; conviene tener en cuenta que estos versos bajo ningún concepto aspiran a ser la inscripción en el monumento del doctor Johnson. De haberse propuesto él escribir el epitafio en loor de ese hombre excelente y extraordinario, quienes conocieron el vigor de entendimiento del señor Flood no tendrán ninguna duda de que habría sabido acuñar uno que estuviera a la altura de su ilustre sujeto. El hecho en sí es el siguiente: en diciembre de 1789, tras llevarse a cabo una amplia colecta para sufragar el monumento en memoria del doctor Johnson, a la cual contribuyó con generosidad el señor Flood, el señor Malone lo visitó en su domicilio de Berners Street, y como la conversación girase en torno al monumento propuesto, el señor Malone sostuvo que el epitafio, al margen de quién lo redactara, debería a toda costa componerse en latín. El señor Flood no era de esa misma opinión. A la mañana siguiente, en la postdata a una nota sobre otro particular, comentó que seguía siendo de la misma opinión que el día anterior, y le proporcionó los versos que aquí se recogen». —BOSWELL <<

[257] Como no considero que exista ninguna razón de peso para hacer de mi ilustre amigo un retrato distinto del que ya di con anterioridad, adopto la mayor parte del esbozo de su persona que plasmé en mi *Diario de un viaje a las Hébridas*.

—BOSWELL <<

[258] En la *Olla Podrida*, una colección de ensayos publicada en Oxford, hay un escrito admirable sobre el carácter de Johnson, obra del reverendo doctor Horne, difunto y excelente Obispo de Norwich. El pasaje que reproduzco acto seguido es particularmente feliz: «Rechazar tajantemente la sabiduría porque la persona que nos la transmite peca de zafiedad y de una visible falta de elegancia en sus modales, ¿qué es en el fondo, sino desperdiciar la piña y dar por motivo la áspera rugosidad de su corteza?». —BOSWELL

La *Olla Podrida* se publicó semanalmente entre 1787 y 1788. La cita de Boswell pertenece al n.º 13. El texto se ha reimpresso en los *Ensayos* de Horne (1808). <<

[259] Aunque en ninguna época ha de hallarse un perfecto parangón de Johnson, algunos rasgos de su carácter se expresan de manera admirable en el retrato que de lord Falkland ha trazado Clarendon; el noble y magistral historiador describe así a Falkland en su casa solariega, cercana a Oxford: «Tal inmensidad de ingenio, tal solidez de juicio, tan infinita imaginación, se daban aglutinados en un raciocinio capaz de una lógica aplastante. Cultivaron su trato los hombres más pulidos, los más corteses y exactos, de modo que su casa era una universidad con menor volumen, tanto si acudían a visitarlo por hallar reposo, como si iban por frecuentar el estudio y examinar y refinar las más groseras proposiciones a que la pereza y el consentimiento daban carta de naturaleza en la conversación corriente».

La relación que hace Bayle de Menage también podría citarse, por resultar sumamente pertinente al gran hombre sobre el que versa esta obra. «Sus ilustres amigos erigieron un glorioso monumento en su honor por medio de la colección titulada *Menagiana*. Quienes entienden de las cosas que son acertadas confesarán que esta colección es indicadísima para manifestar la latitud del genio y de la erudición que fue característica de Menage. Y puedo arriesgarme a decir que las obras excelentes que publicó no lo distinguirán de otros eruditos de manera tan aventajada como ésta. Publicar libros de gran erudición, acuñar versos griegos y latinos sumamente atinados, no es talento corriente, he de reconocerlo, pero también reconozco que no es sumamente infrecuente. Es incomparablemente más difícil encontrar a hombres capaces de tejer un discurso sobre infinidad de cuestiones, y de diversificarlo de cien maneras distintas. Cuántos autores hay que, admirados por sus obras, debido a la vastedad del saber que en ellas se despliega, no son capaces de sostener una conversación. Quienes conozcan a Menage sólo por sus libros pueden dar en pensar que se parece a tantos otros eruditos; en cambio, si se les muestra la *Menagiana*, aparece Menage diferente de los demás, y se le da a conocer por medio de un talento que muy pocos sabios han poseído. Ahí salta a la vista que era un hombre que hablaba sobre la marcha de mil y una cosas, todas buenas. Su memoria alcanzaba por igual lo antiguo y lo moderno, la corte y la aldea, las lenguas muertas y las vivas, lo serio y lo jocosos; en una palabra, un millar de variados asuntos. Aquello que parecía bagatela a algunos lectores de la *Menagiana*, por no pararse a considerar las circunstancias, era causa de rendida admiración en otros, los que están atentos a la diferencia que hay entre lo que un hombre dice sin preparación previa y lo que prepara para dar a la imprenta. Por consiguiente, no podremos elogiar en medida suficiente el esmero que sus ilustres amigos pusieron en la erección de un monumento tan capaz de conferirle gloria inmortal. No se pararon a rectificar lo que le oyeron decir, ya que, de hacerlo así, no habrían sido fieles historiadores de sus conversaciones». —BOSWELL <<

NOTAS COMPLEMENTARIAS

NOTAS COMPLEMENTARIAS A LOS PREÁMBULOS

[1] Este texto de presentación, obra de Frank Brady, es el capítulo 17 de su *James Boswell: The Later Years, 1769-1795* (Nueva York, McGrawHill, 1984, págs. 423-450). Junto con su antecesor, *James Boswell: The Earlier Years, 1740-1769*, que publicó Frederick Pottle en 1966, conforman la biografía canónica del biógrafo de Samuel Johnson. <<

[2] El ejemplo está tomado de George Mallory, *Boswell the Biographer* (1912), págs. 248-269, donde se añaden las cursivas. Algunos ligeros errores en la cita de Mallory quedan debidamente subsanados. <<

[3] Es fácil medir el abismo que media entre el genio de Boswell y el modesto talento de Malone en lo tocante a la biografía si se lee «Crónica parcial de sir Joshua Reynolds», de Malone, antepuesta a su edición de las obras literarias de Reynolds (2ª ed., 1798). Se trata de una pieza de prosa erudita, clara e incolora, apropiada, pero en modo alguno inspirada, y completamente descompensada con la adición de una nota al pie que se extiende a lo largo de ocho páginas, en la cual se desvive por trazar un paralelismo entre Reynolds y Laelius, modelo del romano culto. <<

[4] *The Correspondence and Other Papers of James Boswell Relating to the Making of the «Life of Johnson»*. Edición de Marshall Waingrow. Nueva York, McGraw-Hill, 1969, pág. xxviii. <<

[5] G. B. Shaw, «Epístola dedicatoria», en *Hombre y superhombre* (1903). <<

[6] Mallory, *op. cit* pág. 145. <<

[7] F. A. Pottle, «The Life of Boswell», *Yale Review*, 35 (1945), pág. 456. <<

[8] Hugh Blair, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, ed. de H. F. Harding, 1965, vol. I, pág. 391. <<

[9] «Ahora que se acerca la hora, ¿qué musa ha de callar, qué musa no ha de cantar a la medida de tu grandísima gloria?». <<

[10] Reynolds fue presidente de la Royal Academy de 1768 a 1792. <<

[11] «¡Oh noches y cenas dignas de dioses!». Horacio, *Sátiras*, II, 6, 65. <<

[12] Cuánto le habría gustado a Boswell conocer el siguiente pasaje, del diario de Fanny Burney, en el que recoge una conversación con la Reina: «La Reina: “Señorita Burney, ¿ha oído que Boswell va a publicar una vida de su amigo el doctor Johnson?”. “No, señora; es la primera noticia que tengo. Desconozco si es veraz, y tampoco sé cuándo podrá publicarla. Es un hombre tan extraordinario que tal vez idee algo extraordinario de veras”». Madame d’Arblay, *Diario*, II pág. 400. —HILL <<

[13] «No se hará usted a la idea de qué desvelos, qué perplejidades, qué irritaciones he padecido en la disposición de esta prodigiosa multiplicidad de materiales, en subsanar las omisiones, en buscar papeles enterrados en montones diversos, sin hablar ya del esfuerzo preciso de la composición y el acabado final. Han sido muchas las ocasiones en que pensé en renunciar». Boswell, *Cartas*, n.º 269. —HILL <<

[14] «La revisión de mi *Vida de Johnson* por parte de un crítico tan avezado y sapiente como el señor Malone es de esencial trascendencia, en especial por ser él *Johnsonianissimus*». Boswell, *Cartas*, n.º 269. Semanas antes había escrito: «Ayer por la tarde Malone y yo revisamos y dejamos listas para imprimir las primeras treinta páginas de la *Vida de Johnson*. Está muy satisfecho con ello, aunque he notado en él una triste indiferencia [poco antes había perdido a su esposa], y dice que no estoy en pleno dominio de mis facultades». *Ibid.*, n.º 268. —HILL <<

[15] Horacio, *Odas*, I, 3, 1. «Los dos gemelos, rutilantes astros, | y la diosa de Chipre soberana, | ... | te guíen, oh bajel, a quien fiamos | nuestro Virgilio. De las costas áticas | vuélvenosle, te pido, y guarda incólume | esa mitad de mi alma». <<

[16] «Preguntó M'Leod si no era error por parte de Orrery exponer los defectos de un hombre [Swift] al cual había tratado en la intimidad. JOHNSON: “En modo alguno, señor, siempre y cuando el hombre haya muerto, pues en tal caso es historia”». Boswell, *Diario de un viaje a las Hébridas*, 22 de septiembre. —HILL <<

[17] Véase el prefacio del señor Malone a su edición de *Shakespeare*. —Boswell <<

[18] «6 de abril de 1791. Por fin se aproxima mi *Vida de Johnson* a su final... Tengo la fundada esperanza de publicarla el día 25 del corriente... Me hallo ahora en tan pésimo estado de ánimo que me invaden todos los temores al respecto: que no obtenga beneficio alguno, que de hecho lo pierda del todo; que el público quede decepcionado y piense que he hecho un pésimo trabajo; que me sirva para hacerme muchos enemigos, e incluso me valga no pocos litigios. Con todo, también podría suceder todo lo contrario». Boswell, *Cartas*, n.º 299.

El 16 de mayo de 1791, vigésimo octavo aniversario del día en que Boswell conoció a Johnson, se publicó la *Vida*. Seis años antes, al final de su *Diario de un viaje a las Hébridas*, Boswell había anunciado que la *Vida* estaba lista para imprimirse en un solo volumen en cuarto. La primera edición constó de dos volúmenes en cuarto; la segunda, de tres en octavo; la tercera, la cuarta y la quinta, de cuatro volúmenes en octavo. <<

[19] Burke, por ejemplo, afirmó que la *Vida* de Boswell era «un monumento mayor a la fama de Johnson que todos sus escritos juntos». —HILL <<

[20] Se trata de un panfleto de cuarenta y dos páginas, titulado *Principales enmiendas y adiciones a la primera edición de la «Vida del doctor Johnson», del señor Boswell.*
MDCCXCIII <<

[21] «Nos propone a Ulises como útil ejemplo de cuánto pueden virtud y sabiduría».
Horacio, *Epístolas*, I, 2, 17. <<

[22] En su *Carta al pueblo de Escocia* (1785), pág. 92, escribió lo siguiente: «Permítaseme, amigos y compatriotas míos, que mientras con el debido celo y toda la honestidad me desvelo en defensa de la causa de ustedes pueda complacerme en la indulgencia de abundar un poco más en mi propio egotismo y vanidad. Son plantas nativas de mi intelecto, a tal punto que lo distinguen de otros. Quizá podría podarlas y reducir su follaje, pero no debo extirparlas del todo, pues en tal caso dejaría de ser como soy, y tal vez haya algo no del todo bueno en eso». —HILL <<

[23] Lord Macartney fue el primer Embajador de Inglaterra ante la corte de Pekín. Partió de Inglaterra en 1792 y regresó en 1794. <<

[24] En esta edición en castellano, las notas de Malone aparecen identificadas con su nombre, así como las del resto de los anotadores, mientras que todas las que no llevan firma son responsabilidad del traductor de la obra. Algunos otros criterios secundarios de la edición de Malone, la tercera y definitiva, han quedado obsoletos con el paso del tiempo y el cambio de lengua. <<

[25] Malone se despidió del libro que tanto contribuyó a perfeccionar con el siguiente y muy exacto vaticinio: «Por alta que sea la estima en que hoy se tiene la obra, tengo plena confianza en que aún será más valorada en la posteridad, dentro de un siglo, cuando todos los actores de estas escenas se cuenten entre los difuntos, cuando el hombre extraordinario y el dechado de excelencia cuyo ingenio y sabiduría aquí quedan registrados sea contemplado desde una distancia incluso mayor, y la instrucción y el entretenimiento que proporciona suscite a un tiempo gratitud reverencial, admiración y deleite». Del *Aviso a la cuarta edición*. —HILL <<

NOTAS COMPLEMENTARIAS AL VOLUMEN I

[c1] Publicada por fin el 16 de mayo de 1791, la *Vida* venía anunciándose desde comienzos de 1789. Al aparecer la obra magna de Boswell eran ya seis las vidas de Johnson que circulaban por las librerías de Inglaterra. La intrahistoria de la ciclópea tarea que llevó a cabo Boswell, ese «presuntuoso afán» a que hace referencia en el primer párrafo, está relatada en Adam Sisman, *Boswell's Presumptuous Task: the Making of the Life of Dr. Johnson*, Londres, Hamish Hamilton, 2000. <<

[c2] Dice Boswell: «Estoy absolutamente seguro de que mi manera de escribir la biografía, que comporta no sólo una historia de los progresos visibles de Johnson en el mundo, y de sus publicaciones, sino también una representación precisa de su espíritu por medio de sus cartas y sus conversaciones, es la más perfecta que cabe concebir, y será más verdaderamente una “*vida*” que cualquiera de las obras hasta la fecha publicadas» (*Cartas*, n.º 248, II, pág. 344). <<

[c3] Alexander Pope, prólogo al *Catón* de Addison, 4. <<

[c4] En el *Diario de un viaje a las Hébridas*. La primera edición data de 1785; llegado el momento, comprobará el lector que Boswell tenía este volumen por un anticipo de la *Vida de Samuel Johnson*. <<

[c5] Se trata del sector más cercano a la liturgia y los ritos católicos. <<

[c6] Obvio es señalar que la traducción que de Virgilio hace Johnson se pliega a la métrica y la rima más comunes de la época: son dísticos heroicos. Así como en otros casos he intentado mantenerla, cuando se trata de una traducción parece más aconsejable utilizar alguna de las autorizadas, en este caso la de Aurelio Espinosa Pólit. <<

[c7] Traducción de Bonifacio Cuadra. <<

[c8] Se celebraba la llamada «conspiración de la pólvora», única aportación laica al calendario de festividades religiosas en la Inglaterra protestante. El 4 de noviembre de 1605, Guy Fawkes introdujo en los sótanos del Parlamento un gran cargamento de pólvora con la intención de proceder a la voladura del edificio, del monarca y los parlamentarios de ambas cámaras. La conjura fue inspirada por un grupo de católicos de provincias para poner fin a las cruentas persecuciones de que eran objeto entonces los católicos, aunque las implicaciones de la intentona, incluso en el plano de la política internacional, resultan mucho más ramificadas y complejas. Boswell parece olvidar, por ejemplo, las críticas de Johnson a los ejercicios que hacía Milton en fecha tan señalada. Y John Donne escribió un sermón en 1622 sobre el trato que convendría dar a los católicos. <<

[c9] Según se dice, llegó a decir lo siguiente: «El autor de este poema dejará un interrogante para la posteridad, a saber, si es el suyo o el mío el original». Hawkins, *Vida de Johnson*, pág. 13. —HILL <<

[c10] «Poeta por genio ajeno, mero versificador por el suyo». <<

[c11] Escribe a Hector ya en su vejez y le dice: «Desde que cumplí veinte años, mi salud ha sido tal que rara vez me ha permitido gozar de un solo día de sosiego». Hawkins, por su parte, dice que una vez le dijo que «desconocía qué era estar completamente libre del dolor» (pág. 396). —HILL <<

[c12] Cincuenta kilómetros en total. Southey comenta que en 1732, los Wesley, para «ahorrarse más dinero y dar más limosna a los pobres», comenzaron a hacer los viajes a pie. Añade: «Era tan poco frecuente por entonces que los hombres de su rango recorriesen a pie cualquier distancia, que les pareció todo un descubrimiento que se pudiera cubrir a pie sin mayores complicaciones unos treinta kilómetros en un día» (*Wesley*, I, 42). —HILL <<

[c13] «De las incertidumbres de nuestra condición actual, la más horrible y alarmante es la dudosa continuidad de la razón» (*Rasselas*, cap. 43). Es en el Siglo de las Luces cuando la locura deja de ser pecado o hechizo. Hasta 1769, el manicomio de Londres, Bedlam, fue uno de los lugares de diversión más populares: era posible visitarlo y reírse de los internos, insultarlos y sobrecogerse con ellos. En 1751, el doctor William Battie fundó el primer hospital psiquiátrico; Battie publicó su *Tratado sobre la locura* meses antes que el *Rasselas* de Johnson. <<

[c14] «A estas semillas corresponde un flamígero vigor de origen celestial». *Eneida*, VI, 730. <<

[c15] «Pero algunos han revisado mi liberalidad, más ofendidos por la presteza con que advertía sus necesidades que complacidos con mi disposición para acudir en su socorro» (*Rasselas*, cap. 25). En el *Rambler*, n.º 87 («Razones de que los consejos sean ineficaces»), dice Johnson que «hay espíritus que soportan tan mal la inferioridad que su gratitud es una suerte de venganza, y devuelven favores no porque su retribución les cause placer, sino porque sentirse obligados les produce dolor». En su *Vida de Savage* también rechaza éste algunos obsequios cuando se halla en la miseria. <<

[c16] «*Haud facile emergunt quorum virtutibus obstat | Res augusta domi*»: «no salen a flote con facilidad aquellos cuya valía contiene con el estorbo de un patrimonio familiar escaso». Juvenal, *Sat.*, III, 164. Johnson lo parafrasea en su *Londres*: «Apenas medra la valía si la pobreza la oprime». <<

[c17] Cuando el señor Thrale le preguntó una vez cuál había sido la época más feliz de su vida, respondió que «fue en el año en que pasó toda una velada con M—— y As——n. No es que fuera felicidad, dijo, sino que fue embeleso, aunque pensar en ello endulzó todo un año. Debo añadir que la velada a la que alude no fue un *tête-à-tête*, sino que transcurrió en escogida compañía, y entre los presentes se encontraba lord Killmorey. Molly (dice el doctor Johnson) era una belleza y una mujer culta, ingeniosa y *whig*; hablaba siempre en defensa de la libertad» (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 157). <<

[c18] Lucas, 6, 35. <<

[c19] «Un día contiene la totalidad de mi vida». <<

[c20] «Los poemas latinos de Angelus Politianus, editados por Samuel Johnson, con notas, una historia de la poesía en latín de Petrarca a Poliziano y una vida de Poliziano más extensa de las que hasta la fecha se han escrito». El libro había de constar de más de treinta pliegos, al precio de dos chelines y seis peniques en el momento de abrirse la suscripción, y de dos chelines y seis peniques a la recepción de un libro perfectamente impreso en manos de papel. <<

[c21] «Preceptores complacientes dan galletas a los niños para que quieran aprender las primeras letras». Horacio, *Sat.*, I, I, 25-26. <<

[c22] El reverendo Samuel Ford. <<

[c23] Ofellus, o más bien Ofella, es el «*rusticus, abnormis sapiens, crassaque Minerva*» de la *Sátira* II, 2, 3, de Horacio. Lo que allí se dice lo expresa sucintamente Pope en su *Imitación*, II, 2, 1:

Qué gran virtud, y qué arte,
vivir contento sin apenas parte
(sabia doctrina, aunque no amena):
charlemos, amigos, pero antes la cena.

En 1769 se publicó un poema sin ningún valor, titulado *El arte de vivir en Londres*, en el que se daban instrucciones a «quienes viven en una guardilla y pasan las tardes en una taberna» (*Gent. Mag.*, col. xxxix, pág. 45). A ello hace Boswell referencia.

—HILL <<

[c24] Seguramente Michael Ford (muerto hacia 1759), según sugiere el profesor J. B. Kirby. <<

[c25] La traducción de *Le Courayer* se publicó en Londres en 1736, en dos volúmenes en folio. Se emprendió el trabajo a petición de la reina Carolina, a la que está dedicada. La otra versión francesa a la que Johnson hace referencia es la de Amelot de la Houssaye, 1683. La versión inglesa de sir N. Brent se publicó en 1620. —HILL

<<

[c26] Pope, *Imitación de Horacio*, II, v, 71. <<

[c27] *Hamlet*, acto III, escena 4. <<

[c28] Seis años después escribe Johnson sobre *El enante* de Savage: «De un poema tan diligentemente trabajado y tan bien rematado, cabría esperar razonablemente que percibiera una cantidad ventajosa; por eso no es posible decir sin cierta medida de indignación que vendió el derecho por diez guineas» (*Vida de Savage*, 126). En 1788 la señora Piozzi vendió los derechos de su colección de cartas de Johnson por quinientas libras. —HILL <<

[c29] Por ejemplo, *far* con *air*, que aparece dos veces, o *vain* con *man* y *despair* con *bar*. <<

[c30] Como es sabido, *tories* son los conservadores y *whigs* los liberales. Véase pág. 273, nota correspondiente a la entrada del *Diccionario*. [\[Véase nota a pie 162, vol. I\]](#) <<

[c31] Parece que Boswell trastoca dos citas: «*the busy hum of men*», o «el afanoso zumbido de los hombres», es de Milton, *L'Allegro*, v. 118; «*the chearful haunt of Men*», o «la bulliciosa guarida de los hombres», es de Thomson, *Summer*, v. 1072.

<<

[c32] «*Sic fatus senior, telumque imbelle sine ictu Conjecit*». «*Habló el anciano así y disparó sin brío su lanza inofensiva*». *Eneida*, II, 544. <<

[c33] Según sir Joshua Reynolds, «todo el que le conociera [a Johnson] tuvo que haber observado que en el momento en que se quedaba al margen de una conversación, ya fuera por su sordera, ya fuera por otra causa, a los pocos minutos de estar sin hablar y sin escuchar nada parecía que su intelecto se aprestara. Entraba en una ensoñación, en la que se acompañaba de gesticulaciones extrañas y sin tino, cosa que jamás hacía si estaba con todo su entendimiento pendiente de una conversación. A estos ataques se les llamaba de forma impropia... convulsiones, lo cual implica una contorsión involuntaria, mientras que bastaba con dirigirle una palabra para que recuperase toda la atención. A veces, desde luego, pasaba casi un minuto sin que diera respuesta, como si trajinase con tal de aplicar su intelecto a la cuestión pendiente» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, 456). «Yo pese a todo sigo convencido —escribió Boswell— de que esos gestos eran involuntarios, ya que de no haber sido ésa la causa se habría abstenido de hacerlos en la vía pública» (*Diario de un viaje a las Hébridas*, Introducción, n.º 4). El doctor T. Campbell, en su *Diario de una visita a Inglaterra* (pág. 33), escribe el 16 de marzo de 1775 que «tiene [Johnson] el aspecto de un idiota, carente del más tenue rayo de sensatez en cualquiera de sus facciones, y es de una torpeza proverbial, y gasta una peluca gris sin empolvar, cargada sobre un lateral de la cabeza; anda en todo momento bailoteando una jiga endemoniada, y a veces hace esfuerzos denodados con tal de insuflar a silbidos algún pensamiento en sus paroxismos de ausente». La señorita Burney así lo describe en su primer encuentro, en 1778: «Poco después nos sentamos y entró este gran hombre. Tengo verdadera veneración por él, tanto que sólo de verlo me inspira a la vez deleite y reverencia, no obstante las crueles enfermedades y achaques a que está sujeto, pues tiene movimientos casi perpetuamente convulsos, sea de las manos, sea de los labios, de los pies o de las rodillas, y a veces de todo el cuerpo a la vez». Madame d'Arblay, *Diario*, I, 63. —HILL <<

[c34] Esta pieza con certeza no es de Johnson. Contiene más de un error gramatical. Es imposible creer que escribiera frases como las que contiene. —HILL <<

[c35] El comprador tiene derecho a elegir. <<

[c36] *The Plain Dealer* se publicó en 1724. Contenía una relación de Savage. <<

[c37] La carta sigue así: «espero proceder después con regularidad». Se ve que a Boswell se le pasó volver la hoja, donde hubiera encontrado lo que falta, así como la firma. —HILL <<

[c38] No es fácil pensar que Boswell haya leído este ensayo, pues en lo que escribió Johnson no hay ni ápice de metafísica. Dos terceras partes del ensayo son una traducción de Crousaz. Boswell no parece distinguir entre el original de Crousaz y el texto de Johnson. Y ésta es muestra del modo en que Cave a menudo trataba a sus lectores. Una tercera parte del ensayo aparece en el número de marzo; el resto, en el correspondiente a noviembre. —HILL <<

[c39] «Johnson me ha contado que pasó noches enteras deambulando con Savage... por las plazas de Westminster, la de St. James en particular, cuando todo el dinero que juntaban entre los dos era insuficiente para que pudieran permitirse el refugio y la sórdida comodidad de un sótano donde guarecerse» (Hawkins, *Vida*, pág. 53). ¿Dónde vivía entonces la señora Johnson? Tal vez sea ésta la época en que, como escribió Johnson, empeñaron una taza de plata que le había regalado su madre cuando era niño. A pesar de todo, no es fácil entender que si ella tenía un cobijo él tuviera que pasar la noche al raso. Es posible que se alojase en casa de amistades. Hawkins (pág. 89) nos asegura que hubo «una separación provisional del matrimonio». E insinúa que la separación fue debida a las desavenencias «causadas por la indiferencia de Johnson en el cumplimiento de las domésticas virtudes». Es mucho más probable que se debiera a la pobreza. En aquel entonces, las calles de Londres, en plena noche, hervían de ladronzuelos y asaltantes armados. Era peligroso incluso salir del teatro según a qué hora.

Esta época de la vida de Johnson, la mala vida que llevó en compañía de Savage (cuando éste no estaba en prisión), está relatada con nitidez absoluta en R. Holmes, *Dr. Johnson & Mr. Savage*, Londres, Hodder & Stoughton, 1993. <<

[c40] «Examinar el modelo de la vida y las costumbres sugeriré». Horacio, *Ars Poetica*, I, 317. <<

[c41] Quien falsea un punto, los falsea todos. <<

[c42] «Que una vez te amaran y te honrase mal te avale si, en fin, relacionado con quién o engendrado por quién sabe...».

Pope, *Elegía en memoria de una infortunada dama*, v. 72. <<

[c43] Al decir «Prefacio», Boswell sin duda se refiere a la introducción, que en ediciones posteriores se ha titulado *Ensayo sobre el origen y la importancia de los tratados breves y las piezas fugaces*. Entre los nombres de los libreros de provincias suscritos a la *Miscelánea Harleiana*, se encuentra el de «Sarah Johnson, de Litchfield». —HILL <<

[c44] Seguramente se refiere a Malone. Dice Croker que «Johnson en su *Diccionario* define *indiferentemente* en el sentido de ‘sin preocupación’, y aduce un ejemplo tomado de Shakespeare, “Y miraré a la muerte indiferentemente”». Sin embargo, Johnson aquí define *indiferentemente* como ‘en un estado *neutral*, sin apetencia ni aversión’, lo cual no equivale a ‘sin preocupación’. —HILL <<

[c45] «En esta misma época [marzo de 1747] tuvo lugar otra ejecución que suscitó una condena universal, y que entiendo que es reflejo de gran deshonra para lord Hardwicke. Radcliffe, cuando era poco más que un niño, había tomado parte en la rebelión de 1715, y una vez condenado logró escapar de la prisión de Newgate... Durante la insurrección de Escocia, capturado a bordo de un barco francés que iba con rumbo a ese país, volvió a aplicársele la sentencia original, dormida desde antaño. El único juicio que se le concedió fue el celebrado para confirmar su identidad... No había precedente de una cosa así, salvo en el caso de sir Walter Raleigh, que trajo la vergüenza al reino de Jacobo I». Campbell, *Chancellors* (ed. de 1846), v, 108. —HILL <<

[c46] La obra, «casi una traducción de la *Andrómaca* de Racine», es de Ambrose Philips. <<

[c47] Hill desestima la atribución del poema a Johnson basándose en su pésima calidad. <<

[c48] Por el pasaje a que Boswell hace referencia, parece deducirse que fue deseo de Pope que Johnson emprendiera la compilación del *Diccionario*. Johnson, al mencionar a Pope, dice así: «Del cual tal vez tenga yo justificación si afirmo que, caso de seguir con vida, solícito como siempre fue por el buen desenlace de esta obra, no le habría contrariado que yo la emprendiera» (*Obras*, v, 20). <<

[c49] Durante el tiempo dedicado a trabajar en la obra recibió en distintas ocasiones la cantidad estipulada por contrato; cuando los libreros le mostraron en una cena en una taberna los recibos, resultó que se le habían pagado cien libras por encima de lo convenido. Véanse Murphy, *Johnson*, pág. 78, y Hawkins, *Vida*, pág. 345. —HILL
[\[Véase nota c101, vol. I\]](#). <<

[c50] Aquí, Boswell se extralimita en lo que dice, como demuestran estos pasajes del *Plan*: «A tenor de esta vista general, ¿quién se atreverá a desear que estos átomos fundamentales de nuestro discurso puedan obtener la firmeza e inmutabilidad de lo primigenio, de las partes constituyentes de la materia? (...) Aquellos traductores que, por falta de un buen entendimiento de las diferencias características de las lenguas, han formado un dialecto caótico de frases heterogéneas (...) En una parte, el refinamiento se hará sutil más allá de la exactitud, y la evidencia se dilatará en otra más allá de la perspicacia» (*Obras*, v, 12, 21, 22). <<

[c51] «¿Por qué iba yo a decir que no puedo con lo que él me considera capaz?»
Ausonio, *Epigramas*, I, 12. <<

[c52] «Aunque éstas son minucias». <<

[c53] «Cuando repaso el *Plan* que he expuesto ante Su Señoría, no puedo por menos, milord, que confesar que me llena de temores su amplitud y, como los soldados de César, contemplo Gran Bretaña como un nuevo mundo, que casi sería locura invadir» (*Obras*, v, 21). <<

[c54] El papel lo interpretó de hecho el señor Barry, mientras que Garrick hizo el de Demetrius, aunque es probable que en este momento aún no estuviera asignado el reparto. <<

[c55] Murphy (*Vida*, pág. 53) dice que años más tarde, cuando supo que Johnson pasaba estrecheces, preguntó a Garrick por qué no montaba otra tragedia para su amigo de Lichfield. La respuesta de Garrick fue notable: «Cuando Johnson escribe tragedias, ruge la declamación y la pasión se adormece: cuando Shakespeare escribía, mojaba la pluma en su propio corazón». <<

[c56] *Gemís irritabile vatum*, o «género irritable de los vates». En la traducción de Francis que se manejaba en la época, «enconada tribu de los poetas rivales». Horacio, *Epístolas*, II, 2, 102. <<

[c57] Gracias a la recuperación de los papeles de Boswell hoy sabemos qué es lo que dijo Johnson en verdad cuando por fin renunció a visitar a Garrick y compañía en los camerinos y salas *ad hoc*, como era la llamada Green Room. La versión que aporta Boswell está escrita en el más puro lenguaje «johnsonés», como cabía esperar en la época, y era muy del gusto de Macaulay y otros comentaristas de la era victoriana. Lo que dice Johnson en verdad seguramente hoy nos satisface bastante más: «No, David, ya nunca volveré, pues las blancas tetas y las medias de seda de vuestras actrices me soliviantan los genitales». Johnson hablaba siempre con un exquisito sentido de la ocasión. Véase Paul Fussell, *Samuel Johnson & the Life of Writing*. Londres, Chatto & Windus, 1971, págs. 79-80. <<

[c58] *Rambler* es, desde luego, ‘paseante’, ‘excursionista’, ‘caminante’, ‘vagabundo’, y en España ha sido habitual la misma traducción literal que ridiculiza Boswell en el caso italiano. [\[a nota c173, Vol. III\]](#) En el sentido en que lo emplea Johnson para su periódico más bien valdría traducir por ‘El divagador’. <<

[c59] «La taimada sombra se desplaza sobre el reloj de sol, y ni el ojo más veloz podrá descubrir si acaso que ya no está» (Glanville, *Scepsis Sci.*, XI, 60; lo cita Johnson en el *Diccionario*). <<

[c60] Del *Arte poética* de Horacio toma el lema de este ensayo:

Multa ferunt anni venientes commoda secum,

Multa recedentes adimunt.

«Entran las bendiciones a espuestas con la marea llena de la vida; menguan cuando desciende la marea de la vida». <<

[c61] «Nunca aparecen —dice Swift— más de cinco o seis hombres de verdadero genio en una época, pero si se unieran ni siquiera el mundo podría hacerles frente» (Johnson, *Adventurer*, n.º 45). <<

[c62] En las tres primeras ediciones hay considerable vacilación en esta cita. Más adelante (pág. 1240), Johnson dice que «como dice un viejo proverbio griego “quien tiene amigos no tiene un amigo”»; en pág. 1337 aún insiste en que «[Garrick] tenía amigos, pero no un amigo». <<

[c63] «*Gravesque Principum amicitias*»: «Y fatales amistades de los culpables».
Horacio, *Odas*, II, 1, 4. <<

[c64] La carta está fuera de lugar por error o inadvertencia de Boswell; debe de estar escrita entre noviembre de 1751 y julio de 1752. <<

[c65] N.º 59, 17 de octubre de 1750. <<

[c66] También es probable que la experiencia de la señora Hardcastle en la diligencia, en *Ella se rebaja para la conquista*, de Goldsmith, tenga su origen en el *Rambler*, n.º 34. En éste, un joven caballero describe el terror de una dama durante un viaje nocturno. «Toda nuestra conversación versó acerca de peligros, cuitas, temores y consuelos, con historias de damiselas arrastradas por el fango, obligadas a pasar la noche entera en un páramo, ahogadas en un río, quemadas por un rayo... Pasamos por una escena de terror y todo hombre que ella viera era un ladrón, y a veces nos vimos obligados a azuzar a los caballos, no fuera que un viajero al que vimos al pasar nos alcanzara; otras veces tuvimos que detenernos, no fuera que topásemos de pronto con otro parecido que viniera de frente. Alarmó ella a muchos hombres honestos a los que suplicó le perdonaran la vida a medida que pasábamos en la diligencia». <<

[c67] Eclesiastés, 7, 4. <<

[c68] El personaje de Próspero, sin ningún género de dudas, tiene su origen en la ostentosa exhibición de muebles y de porcelana de Dresde que hacía Garrick en su domicilio. Es sorprendente que, si Garrick era en efecto la diana de la sátira, su severidad no pusiera fin a la amistad y al trato más elemental entre ambos hombres. Próspero trata al autor, que visita su casa, con absoluto desdén y con insolencia supina. «Me marché —dice— sin la menor intención de volver a verle, a no ser que algún infortunio le devolviera la razón». Según la señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 49), Garrick nunca le perdonó la ofensa. <<

[c69] Más adelante dice Johnson que «Temple fue el primer escritor que dio cadencia a la prosa en lengua inglesa». No pocos pasajes de los escritos de Temple muestran una cierta similitud de estilo. Por ejemplo: «Ésta es una enfermedad demasiado refinada para este país, y así hay personas que están bien cuando no están enfermas, y satisfechas cuando no se hallan preocupadas; están contentas, en suma, porque apenas se paran a pensar en ello, y buscan la felicidad en las comodidades corrientes de la vida, o en el incremento de la riqueza, sin entretenerse con los afanes más especulativos de la pasión o con los refinamientos del placer» (*Obras*, pág. 170). <<

[c70] «Un grandísimo personaje» es añadido de la segunda edición. En su *Diario de un viaje a las Hébridas*, 28 de agosto, Boswell se refiere a Jorge III como «un grandísimo personaje». En su segunda *Carta al pueblo de Escocia* (1785) recurre al mismo superlativo para referirse al Rey. —HILL <<

[c71] «Los vocablos que han introducido nuestros autores gracias a su conocimiento de lenguas extranjeras, o por ignorancia de la propia, sea por vanidad o sea por terquedad gratuita, por plegarse a la moda o por ansia de innovación, los he consignado tal como iban dándose, aunque por lo común con objeto de censurarlos, y de advertir a otros en contra de la estupidez que es el naturalizar inútiles términos extranjeros en perjuicio de los nativos... Nuestra lengua, desde hace casi un siglo, debido a la concurrencia de varias causas se ha ido alejando gradualmente de su original carácter teutónico, desviándose cada vez más hacia una estructura y fraseología galas, de las cuales debiera ser nuestro empeño rescatarla, convirtiendo nuestros volúmenes de antaño en los cimientos del estilo... A partir de los autores surgidos en la época isabelina debiera ser posible forjar una lengua adecuada a todos los propósitos del uso y de la elegancia» (Johnson, prefacio al *Diccionario*).

Si Johnson no pocas veces se permitía cierto «brownismo», era también mucho lo que le parecía censurable en el estilo de Browne. «Su estilo, qué duda cabe, está tejido de muchas lenguas; es una mezcla de voces heterogéneas, aglutinadas a partir de procedencias muy remotas, con términos en origen adecuados a un arte, y traídos con violencia para ponerlos al servicio de otro. Preciso es sin embargo reconocer que amplió notablemente nuestra dicción filosófica... Sus innovaciones son a veces placenteras, sus temeridades son felices» (*Obras*, VI, 500). «Es digno de reseñar que la pompa en la dicción que a menudo se objeta en Johnson se viese por vez primera en el *Rambler*. Como estaba compilando su *Diccionario* al mismo tiempo, a medida que fue ganando familiaridad con términos técnicos y escolásticos dio en suponer que el grueso de sus lectores también poseía esa erudición, o supuso al menos que admiraría el esplendor y la dignidad de ese estilo repujado» (Murphy, *Johnson*, pág. 156). —HILL <<

[c72] Αὐτῶν ἐκ μακάρων ἀνταξίως ἔιη ἀμοιβή.

«Poderes celestiales que la piedad contempla,
de vosotros esperan mis desvelos lo que les compensa».

La traducción no se halla en la edición original de *Rambler*. El verso en griego, modificado, se halla grabado en el pergamino de piedra que adorna el monumento a Johnson en la catedral de St. Paul. <<

[c73] «Johnson convirtió su casa —escribe Macaulay— en un lugar donde halló refugio una multitud de personas ya entradas en años, desdichadas, incapaces de encontrar otro cobijo; tampoco pudieron, con sus malos humores y su ingratitud, agotar su benevolencia» (*Ensayos*, 235). En su *Johnson*, el mismo ensayista apunta que las mejores cartas de recomendación de la señorita Williams «eran su ceguera y su pobreza». No cabe duda de que en las cartas de Johnson a la señora Thrale abundan entretenidas crónicas de la discordia y las rencillas de los recogidos en su casa; sin embargo, es más que evidente que en compañía de la señorita Williams halló solaz durante muchos años. Pocos meses después de su muerte escribió así a la señora Thrale: «Más de una vez se ha extrañado usted de mis quejas por la soledad, cuando tenía noticia de que eran abundantes las visitas. *Inopem me copia fecit*. Los visitantes no son compañía adecuada en la cámara de la enfermedad... Las diversiones y los consuelos de la languidez y la depresión nos los confieren los acompañantes familiares y domésticos... Ésa fue la clase de trato en sociedad que tuve yo con Levett y con Williams» (n.º 921). A la señora Montagu escribió así: «Desde hace treinta años, y más, ella ha sido mi acompañante, y su muerte me ha dejado en la desolación» (n.º 884). Boswell dice que «su desaparición ha dejado un gran vacío en la casa» (pág. 1625). «Con la muerte de la señorita Williams quedó sumido en un estado de destitución, que nadie salvo Frank, su criado negro, supo paliar en sus momentos de mayor angustia» (Murphy, *Johnson*, pág. 122). Hawkins (*Vida*, pág. 558) dice que «no sólo cuidó ella de él en su soledad, y le ayudó a pasar con holgura esas horas que, de lo contrario, le habrían sido molestas y fatigosas, sino que también le alivió de las cuitas domésticas y vigiló los gastos de la casa». «De haber tenido buen humor —escribió Johnson—, y presteza de elocución, su curiosidad universal y sus conocimientos hubieran hecho el deleite de todos los que la conocieron» (*Cartas*, n.º 883). Añade Murphy (pág. 72) que «poseía un talento poco común, y a pesar de ser ciega tenía una alacridad que daba grato sabor a su conversación, siendo incluso deseable». Según Hawkins (págs. 322-324) «había adquirido un rebozo de francés e italiano, e hizo grandes progresos en literatura... Era una mujer de entendimiento ilustrado...». Johnson encontró en ella una asesora muy capaz, y rara vez dio mejores muestras de su sabiduría que cuando él buscaba sus consejos. La señorita Mulso (señora Chapone) dice así: «Me encandiló el trato que da el señor Johnson a la señorita Williams, que es como el de un padre cariñoso con su hija... Es muy sensata, muy modesta e incluso humilde, y está dotada de una gran paciencia y vivacidad a pesar de su infortunio» (*Obras póstumas*, 1807). Hannah More la consideraba encantadora; Boswell se queja en más de una ocasión de su mal humor. La señorita Williams disponía de una renta de 35 ó 40 libras al año; Johnson convenció a Garrick y a la señora Montagu de que le adjudicaran una pequeña pensión. La primera

mención que hace Johnson de la señorita Williams se halla en una carta a Richardson de 1754 (n.º 51): «Entiende de Química y de otras cuestiones en las que las señoras apenas tienen conocimiento... Puedo en verdad decir que merece todo el respaldo que se le pueda dar, pues se trata del ser más puro y libre de vicios que jamás he conocido». <<

[c74] En la penúltima entrega escribió así: «Cuando hemos dado comienzo a la faena, el consuelo que nos permite resistirla es la perspectiva de que termine... Quien se fatiga pronto ha de fatigar al público. Mejor será que deje en suspenso la tarea, sea ésta cual fuera, quien ya no es capaz de ejercer la actividad de antes con la atención de antaño; que no se empeñe en lidiar con la censura, que no infeste con obstinación la escena, hasta que un abucheo general le conmine a marcharse». <<

[c75] La señora Johnson falleció el 17 de marzo según el Sistema Antiguo y el 28 del mismo mes según el Nuevo. El cambio de datación se introdujo en septiembre de 1752. Por tanto, pudo fijar el aniversario en cualquiera de las dos fechas. Del mismo modo, aunque nació el 7 de septiembre, con el cambio de sistema mantuvo el 18 como fecha de su cumpleaños. <<

[c76] La noticia que se da de Levett en *Gent. Mag.*, LV, 101, demuestra que era un hombre fuera de lo común. De lo contrario no habría concitado la atención de unos cirujanos franceses. El autor de la noticia dice: «El señor Levett, aun siendo inglés de pura cepa, llegó a ser en su mocedad camarero en un café de París. Los cirujanos que lo frecuentaban, al hallarlo de naturaleza inquisitiva, y atento a sus conversaciones, reunieron en su beneficio una bolsa y le instruyeron en los rudimentos de su profesión. Después le proporcionaron los medios de adquirir otros conocimientos al facilitarle ingreso gratuito a lecciones de Farmacia y Anatomía a cargo de los mejores profesores de la época». Viviendo con Johnson, «pasaba buena parte del día dedicado a atender a sus pacientes, que eran por lo general comerciantes de muy baja estofa. El resto del tiempo lo dedicaba a aprender y aprovechar las ocasiones de mejora que se le presentaban con tal de que fueran gratuitas». «Todos sus conocimientos de medicina, al decir de Johnson, y no eran poca cosa, los obtuvo de oídas. Aunque compraba libros, rara vez los examinaba, así como tampoco ha revelado poseer ningún poder por el cual pudiera supuestamente juzgar el mérito de un autor... El doctor Johnson ha observado a menudo que Levett estaba con él en deuda sólo por su habitación en su casa, por su panecillo a la hora del desayuno, por alguna que otra cena de domingo... Levett dio siempre valiosas y reiteradas pruebas de honradez, ternura y gratitud hacia su benefactor, así como de una infatigable diligencia en el ejercicio de su profesión. Su único defecto era alguna que otra ocasional desviación de la sobriedad habitual. Johnson observó que tal vez se tratara del único individuo que llegó a embriagarse por elemental prudencia. Reflexionaba que si rehusara la ginebra o el coñac que le ofrecían algunos de sus pacientes, nada podría haber ganado con la cura de los mismos, ya que muchos no habrían podido remunerarle sus prestaciones de ninguna otra manera. Esta costumbre de aceptar el pago en especie, fuera la que fuese, nunca la dejó siguiendo consejo de nadie... Se tragaba también lo que no le gustaba, e incluso lo que era consciente de que iba a hacerle daño, con tal de no volverse a casa con la idea de haber ejercido su profesión sin la debida recompensa... Aunque aceptaba cuanto se le ofrecía, nada exigía a los pobres». El autor de la noticia añade que «Johnson nunca quiso que se le tuviera por alguien inferior, ni le trató como si de él dependiera». Dice la señora Piozzi: «Cuando Johnson recaudaba aportaciones dinerarias para algún escritor en apuros, para algún ingenio que pasaba estrecheces, a menudo nos compensaba con entretenidas descripciones de la vida que llevaban en recónditos rincones, donde no los visitaba nadie más que él y el extraño cirujano que tenía en su casa para que atendiese a sus pensionados, y del cual decía con verdad sublime que era “en las más míseras covachuelas conocido”» (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 118). «Levett, señora, es un individuo brutal, pero lo tengo en gran estima, pues su brutalidad es de modales, no

de ánimo» (madame d'Arblay, *Diario*, I, 115). «Todo el que visitara a Johnson a mediodía se lo encontraba desayunando con Levett, Johnson en déshabillé, como si acabara de levantarse de la cama, y Levett sirviendo el té a su patrón o a sí mismo, sin que entre ambos mediara conversación» (Hawkins, *Vida*, pág. 435). La estima en que tenía a su pobre amigo bien la mostró a su muerte. [\[Véase pág. 1533\]](#). <<

[c77] «Dulce dignidad». Horacio, *Odas*, I, 1, 2. <<

[c78] Topham Beauclerk era hijo único de lord Sidney Beauclerk, quinto hijo del primer Duque de St. Albans; por tanto, biznieto de Carlos II y de Nell Gwynne. Nació en diciembre de 1739. En *Dr. Johnson: His Friends and his Critics*, G. Birbeck Hill ha reunido abundantísima información acerca de Langton y Beauclerk. <<

[c79] Pope, *Ensayos morales*, II, 275. <<

[c80] *De Enrique IV*, acto v, escena 4. <<

[c81] En su *Diario de un viaje a las Hébridas* (18 de agosto), Boswell dice que al emprender viaje en Edimburgo Johnson dejó en un cajón, en su propia casa, «un volumen que contenía un diario de su vida cuyas páginas estaban bastante llenas». Parece que ésa es la porción que transcribe. <<

[c82] *New Style*, o calendario gregoriano, que en Inglaterra se implantó por ley en 1751. A partir de 1752, el año comienza el 1 de enero, y no el 25 de marzo, como antes. Durante el siglo XVIII es frecuente que las fechas aún indiquen mediante la abreviatura O. S. o N. S. según cuál sea la notación que emplean. <<

[c83] Parece que Boswell haya leído el pasaje con cierto descuido. Se hace mención de Estacio, pero es Cowley quien ha escrito los versos latinos, traducidos por C. B. <<

[c84] Malone dice que «Johnson le tuvo aprecio, pero con el tiempo reconoció que Hawkesworth, hombre modesto y humilde en principio, fue uno de tantos a los que había estropeado el éxito en la sociedad mundana. Sir Joshua Reynolds me dijo que era un petimetre afectado e insincero, muy petulante en el vestir, sin conocimiento de la literatura». <<

[c85] Posiblemente, la señora Chapone. Johnson, *Cartas*, n.º 46. Malone piensa en cambio que se trata de Henry Fielding y su hermana Sally. Fielding se hallaba en su momento de máxima popularidad; *Amelia*, novela publicada en 1751, agotó toda la tirada en un solo día; Sally era una escritora de probada vivacidad e ingenio. <<

[c86] Tratándose de Johnson, quien calla no por fuerza otorga. —HILL <<

[c87] Si leyó lord Chesterfield el último número del *Rambler* (marzo de 1752), difícilmente pudo frotarse aún las manos con estas halagüeñas expectativas. Johnson, tras decir que no se prestaría a soportar las censuras de la crítica debidas a la influencia de un mecenas, añade lo siguiente: «A un autor ninguna súplica aún le ha aliviado del olvido que le espere, y aunque la grandeza algunas veces haya sido escudo de la culpa, no podrá procurar protección a la ignorancia o al tedio. Habiendo hasta la fecha intentado sólo propagar la verdad, no la violaré a la postre con la confesión de terrores que no me embargan; habiéndome además esforzado por mantener la dignidad de la virtud, no la degradaré con la mezquindad de una dedicatoria». <<

[c88] Con estos dos artículos Johnson más bien se habría ofendido sobremanera. Su anónimo autor confía en que sus lectores no le tengan por «un escritorzuelo a sueldo, interesado en dar jabón a su obra». «Solemnemente protesto —sigue diciendo— y aseguro que ni el señor Johnson, ni ninguna otra persona a la que él haya contratado, ni librero o libreros concernidos en su buen resultado, me han ofrecido los cumplidos al uso, ya sea un par de guantes, ya sea una botella de vino». Es una bonita ironía que un noble acaudalado jure solemnemente no haber sido sobornado por un autor bastante pobre, al que siete años antes repudió en la puerta de su propio despacho. Ahora bien, lord Chesterfield aún llegó a cotas peores. Al recomendar una obra de tanta erudición y que tantos desvelos había costado, refiere una absurda historia acerca de una cita «fallida entre un buen caballero y una buena dama». La carta que se cruzó entre ambos estaba escrita con errores de ortografía, de modo que cada cual acudió a una casa distinta. «Tales ejemplos —escribe— en realidad nos hacen temblar, y estoy convencido de que darán a mis semejantes y a sus partidarios súbditos todos de Su Majestad la convicción de que es preciso conformarse escrupulosamente y adaptarse a las normas ortográficas que dicte el señor Johnson». *The World*, núms. 100 y 101. —HILL <<

[c89] *Paraíso perdido*, II, 112. <<

[c90] Johnson dijo a Garrick: «Larga y dolorosa ha sido mi navegación alrededor del planeta de la lengua inglesa, y ahora que arribo a buen puerto ¿me envía dos barquichuelas para remolcarme?». —HILL <<

[c91] Boileau, *Art poétique*, III, 272. <<

[c92] *Égloga* VIII, 43. <<

[c93] Probablemente George, segundo Conde de Macclesfield. —CROKER <<

[c94] En otra obra (*El doctor Johnson: sus amigos y sus críticos*, pág. 214), G. Birbeck Hill demuestra que el «respetable hotentote» de lord Chesterfield no era Johnson. Desde comienzos de 1748 hasta finales de 1754, Chesterfield no tuvo trato de ninguna clase con Johnson. En ningún momento existió la más mínima intimidad entre el gran noble y el pobre escritor. <<

[c95] Pope, *Eloísa a Abelardo*, v. 38. <<

[c96] «Ved las nubes aromáticas que ascienden del Saron». Pope, I, 27. <<

[c97] De Quincey (*Obras*, XIII, 162), tras decir que Johnson no entendía el latín «con la exactitud que se precisa para realizar una edición crítica de un clásico latino», sigue diciendo que «si bien poseía menos que eso, también poseía algo más: *poseía* la lengua de una manera tal que ningún conocimiento crítico puede conferir a quien lo haya desarrollado. Escribía de una manera genial, no como quien traduce denodadamente del inglés, sino como quien lo utiliza cual si fuera el órgano original de su pensamiento. Y en versos latinos se expresaba con la energía y la libertad de un antiguo romano». —HILL <<

[c98] «¡Ay! ¿Y de qué el lamento? Ha nacido el hombre para penar». Se trata de un verso de *Belerofonte*, una de las tragedias perdidas de Eurípides [*Fragmentos de Eurípides*, 302]. —CHARLES BURNEY <<

[c99] *Orlando Furioso*, C, XLVI, 2. <<

[c100] Lucrecio, I, 23. <<

[c101] Véase antes, [\[véase nota c49, vol I\]](#). <<

[c102] Un día, hablando del patronazgo que los grandes a veces afectan prodigar a la literatura y los literatos, «Andrew Millar —dijo Johnson—, es el mecenas de nuestro tiempo». Walpole, el 18 de mayo de 1749 (*Cartas*, II, 384), dice que «Millar, el librero, ha sido muy generoso con Fielding; al ver que *Tom Jones*, por el cual le había pagado seiscientas libras, se vendía a las mil maravillas, le ha dado otras cien». [Dueño de los derechos de una comedia de la señora Sheridan titulada *El inocentón*, por la que pagó cien libras, al ver que fracasaba en escena le envió otra orden de pago por cien libras, diciendo que «la demanda de su pieza en mi establecimiento ha sido tan insólitamente alta que, sólo por los derechos, me permite presentarle el billete adjunto»]. Croker (en su *Boswell*, pág. 630) dice que Millar es el librero al que se describe más adelante (pág. 1339), como «habitual y sobradamente borracho». Creo que está en un error. —HILL <<

[c103] En el *Plan de un diccionario de la lengua inglesa* (*Obras*, v, 16), escribiendo sobre la voz «perfección», Johnson dice así: «Aunque en su sentido filosófico y exacto puede resultar de poca o ninguna utilidad entre los seres humanos, a menudo se halla tan degradada de su significado original que los académicos han insertado en sus obras el concepto de la *perfección de una lengua*, y, apurando sólo un poco más la licencia, podrían haber añadido que existe la perfección de un diccionario». En el aviso a la cuarta edición escribe: «Quien emprende la compilación de un diccionario emprende aquello que, si abarca toda la plenitud del plan trazado, sabe que sera incapaz de rematar con bien». <<

[c104] Define ambos términos como ‘de cara al viento’. Las definiciones persistieron sin cambios en la cuarta edición, última de las corregidas por Johnson, y en la tercera de la versión abreviada, hecha igualmente por él. «La contrariedad de su carácter — escribió Reynolds— consiste en los prejuicios que sostiene sobre nimios cimientos; da una opinión primero, quizá al azar, pero cuando se le contradice se siente obligado a respaldarla y, si no puede, al menos insiste en no dar su brazo a torcer. Recuerdo un ejemplo a cuento de un defecto u olvido de su *Diccionario*; le pregunté cómo era que no lo había corregido en la segunda edición, y me dijo: “No; han armado tal alboroto que no me adularía yo cambiándolo ahora”» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, 461). <<

[c105] En el prefacio se adelanta a los errores y las burlas. «Las contadas pifias que contenga, y los absurdos risibles, de los que nunca estuvo libre una obra de tan vasta multiplicidad, de vez en cuando darán ocasión a las carcajadas, y endurecerán la ignorancia hasta darle grosor de desprecio». En una carta de 21 de agosto de 1784 (n.º 998), dice así: «Los diccionarios son como los relojes: el peor es mejor que ninguno, y el mejor no puede esperarse que sea fiel del todo». <<

[c106] *Network* [Red]. No llega Johnson a definir el término, como se ha dicho, diciendo que es ‘una colección de agujeros sujetos por una cuerda’; propone, en cambio, ‘cualquier cosa reticulada o tramada a distancias iguales, con intersticios entre cada una de las intersecciones’. *Reticulated*, naturalmente, se define así: ‘hecho de redes, formado de vacuidades intersticiales’. <<

[c107] Definió *favorito* como ‘persona que un superior escoge por compañero; desdichado y mezquino cuyo único cometido no es otro que complacer’; *revolución*, ‘cambio en el estado de un gobierno o un país’. Y en la cuarta edición incluye una segunda definición de *patriota*: ‘A veces se emplea para designar a un revoltoso partidario del gobierno’. <<

[c108] Considera Croker que en este puyazo pudo más el intento de Johnson por hacer un juego de palabras, y que escribió el nombre del noble señor tal como se pronuncia, *Go'er*. Es improbable, pues Johnson era poco propenso al juego de palabras, ya que «tenía gran desprecio por esa manifestación de ingenio». [\[Véase pág. 703\]](#). <<

[c109] Véase Pat Rogers, *Grub Street: Studies in a Subculture*, Londres, Methuen, 1972. <<

[c110] Por grande que fuera su depresión, pudo decir en su prefacio, en honor a la verdad, que «el abatimiento hasta la fecha nunca ha llegado a postrarme tanto que peque yo de negligencia». —HILL <<

[c111] *Macbeth*, II, 3. <<

[c112] Llama poderosamente la atención que en la enunciación de este reparo esté contenida una excepción que lo desmiente: en el original, «*H seldom, perhaps never, begins any but the first syllable*», donde ya tiene cabida una hache intercalada. <<

[c113] Cuarenta fueron los académicos de número de la Academia Francesa que tomaron parte en la compilación de su *Dictionnaire*. <<

[c114] Del prefacio al *Diccionario*. Malone (1811) dice al respecto: «Parece que Johnson pasó este año grandes apuros pecuniarios, e incluso fue detenido por impago de sus deudas, ocasión en la cual Richardson acudió en su auxilio». Aduce una carta que se halla entre la correspondencia de Richardson:

«Al señor Richardson

»Martes, 19 de febrero de 1756

»Apreciado señor,

»le doy las gracias más sinceras por el favor que tuvo a bien hacerme hace un par de noches. Tenga la bondad de aceptar este librito, que es cuanto he publicado en este invierno. Ha vuelto la inflamación a molestarme en el ojo, de modo que puedo escribir poca cosa. Soy, señor, su más agradecido y humilde servidor,

»SAM. JOHNSON»

El librito, al contrario de lo que Croker supone, no es la *Longitud* de Williams, sino la *Moral cristiana*, de sir Thomas Browne, o bien la versión abreviada del *Diccionario*. Dice Murphy (*Vida*, pág. 86) que tiene delante «una carta manuscrita del doctor Johnson en la que manifiesta la inquietud y la tristeza en que vivía el hombre que había escrito el *Rambler* y había terminado la gran obra de su *Diccionario*». A 16 de marzo aún escribió otra carta a Richardson, también pidiéndole que lo avalase para así salir de la cárcel en que se encontraba por adeudamiento; dice haber solicitado ayuda antes a Strahan («que no se encontraba en su domicilio») y tener miedo de «no encontrar tampoco al señor Millar».

En la *European Magazine*, VII, 54, aparece una anécdota en este mismo sentido (la autoridad es de Steevens): «Recuerdo haber escrito a Richardson —dijo Johnson— desde la cárcel, y tan seguro estaba de que iba a acudir en mi auxilio que antes de recibir su respuesta amable y generosa me permití bromear con el bellaco que me tenía a su custodia, cosa que hice con una pinta de mal vino adulterado, que en aquellos momentos carecía de dinero para pagar». A juicio de Hill, es improbable que la carta estuviera escrita desde prisión, donde la situación de los reclusos, así fuera por impago, era de una penuria mucho mayor que la insinuada tan jovialmente. <<

[c115] Los vituperó en más de una ocasión. En *Una apelación al público*, que escribió para la *Gent. Mag.* en 1739 (*Obras*, v, 348), dijo así: «Nada es más delictivo, en opinión de muchos de ellos, que el que un autor disfrute de más ventajas de sus propias obras que las que ellos están dispuestos a concederle. Éste es entre ellos un principio tan asentado, que podríamos señalar a algunos que amenazaron a los impresores con el mayor de los enconos sólo por haber impreso libros para quienes los habían escrito». En la *Vida de Savage*, pág. 128 (escrita en 1744), habla de «la avaricia con que los libreros a menudo se ven acuciados a oprimir al genio que les da sostén». En la *Vida de Dryden*, pág. 187 (escrita en 1779), señala una cierta mejoría. «El comportamiento general de los comerciantes era en aquel entonces mucho menos magnánimo que en nuestros tiempos; sus puntos de vista eran más estrechos, sus modales más groseros. A la callosidad mercantil de esa raza quedaba expuesta la delicadeza del poeta». <<

[c116] En Irlanda no existía una limitación por ley de la legislatura parlamentaria. Durante todo el reinado de Jorge II hubo un solo parlamento, que duró treinta y tres años. El doctor Lucas, médico dublinés, al atacar otros males de Irlanda vituperó esta realidad. En 1749 podría haber sido elegido parlamentario, pero fue encarcelado por orden de la Cámara de los Comunes. Huyó a Inglaterra, que era lo que deseaba el gobierno, y ejerció la medicina en Londres. En 1761 le fue devuelta la carta de ciudadanía de Dublín y fue elegido concejal del municipio. <<

[c117] El señor Hanway habría contado con el respaldo del padre de Johnson, quien, como escribe su hijo, «consideraba el té muy caro, y disuadía a mi madre de que hiciera compañía a las vecinas, de que les hiciera visitas o las recibiera. Llegó ella a decir, muchos años después, que si volviera a vivir no se plegaría a exigencias tan antisociales». Los metodistas, diez años antes que Hanway, habían declarado la guerra al té. Sin embargo, en su réplica al señor Hanway dijo Johnson: «Admito que el té es una superfluidad estéril, ni medicinal ni nutritiva, que no da fuerza, no alivia la fatiga, no anima y no cura las penas». «Recuerdo —escribe Cumberland en sus *Memorias*— cuando sir Joshua Reynolds, en mi casa, señaló al doctor Johnson que se había tomado once tazas, a lo que éste dijo: “Señor, si no he contado yo sus copas de vino, ¿por qué cuenta usted mis tazas de té?”. Riendo, con perfecto buen humor, añadió: “Señor, habría soltado yo a la dama y le habría ahorrado toda ulterior complicación de no haber sido por su comentario, pero me ha recordado usted que quiero yo una docena, por lo cual pediré a la señora Cumberland que me sirva una más”».

En esta reseña, Johnson admite ser «un encallecido y desvergonzado bebedor de té, que a lo largo de veinte años ha diluido sus comidas sólo con la infusión de esta planta fascinante; mi tetera apenas ha tenido tiempo de enfriarse; con el té entretengo las veladas, con el té me solazo a medianoche, con el té saludo a la mañana». En cambio, es dudoso que «nunca haya sentido la menor inconveniencia por la ingesta de té». Casi siempre pasó malas noches. Durante su viaje por Gales, el 4 de agosto de 1774 dejó escrito que «ayer noche dormí con un sueño llamativamente tranquilo... No sé si por la fatiga del caminar o por haberme privado del té». <<

[c118] «Al perder, gana, porque su nombre quedará ennoblecido por la derrota de quien conmigo ose contender». *Metamorfosis*, XIII, 19. <<

[c119] En lo que dice Johnson de la lentitud con que progresaba Pope en su traducción de la *Ilíada* es harto probable que tuviera a la vista su propio caso. «La indolencia, las interrupciones, los asuntos propios y los placeres, todos ellos se turnan en retardar el trabajo, y toda obra de notable longitud se alarga más si cabe por un millar de causas que pueden y otras diez mil que no pueden detallarse. Es muy posible que jamás se haya llevado a cabo una actuación polifacética dentro del plazo originalmente acordado para ello incluso en el ánimo de quien la emprende. Quien corre contra el Tiempo se las ve con un antagonista que no está sujeto a sufrir bajas». *Vida de Pope*, pág. 89. —HILL <<

[c120] Hawkins (*Vida*, pág. 440) dice que «Reynolds y algunos otros amigos, más preocupados de lo que él parecía estar por su propia reputación, se las ingenieron para enzarzarle en una apuesta, o mediante otro arreglo de índole pecuniaria, para que diera por terminada a plena satisfacción la tarea en un lapso convenido». Tal como a Johnson le agobiaba el compromiso contraído para editar su *Shakespeare*, así estaba Cowper con su compromiso para editar su *Milton*. «La conciencia de que es mucho lo que aún queda por hacer es una carga que no soy capaz de sobrellevar. Milton es en especial lo que me pesa, y bien podría estar asediado por su espectro, que me recriminara de continuo por no prestarle la debida atención» (Cowper, *Cartas*, ed. de Wright, IV, 314). —HILL <<

[c121] «Los honores cambian las costumbres». <<

[c122] La señorita Jones vivía en Oxford y a menudo participaba de nuestras reuniones. Era una poetisa muy ingeniosa, que publicó un volumen de poemas; era una mujer en conjunto sensata, agradable de trato, amistosa. Era hermana del reverendo River Jones, cantor de la catedral de Christ Church, y Johnson la llamaba «la Cantora». A menudo le oí interpedarla con este pasaje de «Il penseroso»: «A vos, cantora, en los bosques arrullo», etc. Murió siendo soltera. —WARTON <<

[c123] Mucho distaba de ser llevadera la existencia de Johnson. En febrero fue detenido por una deuda que ascendía a cuarenta libras, situación de la cual lo libró, previo pago, Jacob Tonson III. —HILL <<

[c124] La datación de esta carta es errónea. Fue escrita en enero de 1759, no en 1758. Johnson dice que tiene cuarenta y nueve años. En enero de 1758 tenía cuarenta y ocho. Habla de la representación de *Cleone*, que fue a finales de 1758, y se refiere al próximo estreno del *Huérfano de China*, de Murphy, que se estrenó en la primavera de 1759. —HILL <<

[c125] La señorita Reynolds al principio se entretenía pintando retratos en miniatura, arte en el cual fue muy admirada. En sus intentos por pintar al óleo no cosechó éxito, por lo que Reynolds dijo en broma que sus cuadros hacían reír a los demás y a él le hacían llorar. Como no veía con buenos ojos que ella pintara, lo hacía a escondidas.

—HILL <<

[c126] *Epístola familiar* [de Bolingbroke] *al hombre más impúdico de la tierra*, 1749.

<<

[c127] Durante los dos años en que Johnson escribió para esta publicación, se produjeron muchos cambios. El primer *Idler* apareció en el n.º 2 de la *Universal Chronicle*, o *Weekly Gazette*, que publicaba no Newbery, sino J. Payne. Con el n.º 5, del 6 de mayo, la revista adquirió la cabecera de *Payne's Universal Chronicle*. El 6 de enero de 1759, retomó la antigua cabecera aunque la publicaba R. Stevens. El 5 de enero de 1760, cambió la cabecera por la de *Universal Chronicle and Westminster Journal*, y pasó a ser publicada por W. Faden y R. Stevens. El 15 de marzo de 1760 pasó a publicarla R. Stevens solo. La revista constaba de ocho páginas. El *Idler*, que era de extensión variable, era el primer artículo y se imprimía en cuerpo mayor que el resto. Los cambios de cabecera y propiedad parecen indicar que a pesar de las colaboraciones de Johnson no fue una publicación de éxito consolidado. —HILL <<

[c128] En el índice del *Idler*, el n.º 58 figura como «Frustración del placer esperado». En la edición original del *Idler* no se da título a los ensayos. En éste muestra que «nada es más fácil de torcerse que un plan conducente a la distracción». —HILL <<

[c129] «Pocas cosas hay —escribe— que no sean puramente perversas, y de las que uno pueda decir sin emoción, sin inquietud, que esto ha terminado... El secreto horror de lo último es inseparable de un ser pensante, cuya vida está limitada y cuya muerte es temible». <<

[c130] Addison, *Catón*, acto I, escena 4. <<

[c131] Johnson explica cómo es que los ingleses hablan de un modo tan consuetudinario del clima reinante, y dice: «Tal es la razón de nuestra práctica habitual, ¿y quién habrá de despreciarla? Seguro que no será el cortesano, cuyo cometido no es otro que observar la apariencia de otro ser tan débil y tan hazmerreír como él, y cuya vanidad máxima estriba en contar los nombres de los hombres que podrían disiparse en la pura nada sin dejar siquiera un vacío... El clima es un tema de conversación más noble y de mayor interés». —HILL <<

[c132] Podríamos aplicar a Johnson en su comportamiento con su madre lo que él dijo de Pope sobre su comportamiento con sus padres: «Fuera cual fuera su orgullo, con ellos fue obediente; fuera cual fuera su irritabilidad, con ellos fue amable. Entre sus sosiegos y apacibles consuelos, la vida puede dar pocas cosas mejores que un hijo así» (*Vida de Pope*, 161). Tanto en el *Idler* del 27 de enero de 1759 (n.º 41) como en *Rasselas*, publicado en abril, Johnson da cumplida muestra de su pesar por la pérdida.

<<

[c133] Escribe así al señor Hector, su amigo de Birmingham, el 7 de octubre de 1756: «He pensado durante todos los meses en ir al campo, pero siempre me he encontrado con inconvenientes y estorbos. De aquella melancólica indisposición que me afectaba cuando vivíamos juntos en Birmingham nunca me he visto libre del todo, aunque siempre he puesto en contra de ella mi salud y mi vida con más o menos violencia. Tengo la esperanza de ver a mis amigos, a todos los que me quedan, antes que pase mucho tiempo» (*Cartas*, n.º 103). No cabe duda de que su pobreza constante y la necesidad de hacer provisiones para el día a día tuvieron mucho que ver en el hecho de que no hiciera el viaje a Lichfield. En una de las cartas se ve que en 1772 una diligencia tardaba veintiséis horas en llegar de Londres a Lichfield. —HILL <<

[c134] Las siete cartas que siguen las añade Malone en la cuarta edición (1804), puesta al día con ayuda de James, hijo de Boswell. <<

[c135] *Rasselas* se publicó en dos volúmenes y se puso a la venta por cinco chelines. Fue reseñado en la *Gent. Mag.* de abril, págs. 184-186 [se publicó el 19 de ese mismo mes]. El nombre de *Rasselas* lo tomó Johnson del *Viaje a Abisinia*, de Lobo, en cuya pág. 102 menciona a «*Rassela Christos*, teniente general del *Sultán Segued*». En la pág. 262 explica el significado: «Hay ahora un generalísimo que ostenta el título de *Ras*, o *Jefe*». El título aún se emplea hoy. El general Gordon habla del *Ras Arya* y del *Ras Aloula*. La palabra *Ras*, corriente en las lenguas amhérica, arábiga y hebrea, significa ‘cabeza’, y de ahí que sea príncipe, jefe o capitán. <<

[c136] Hawkesworth percibió seis mil libras por su revisión de los *Viajes del capitán Cook*; [véase pág. 711](#). <<

[c137] Eclesiastés, 1, 14. <<

[c138] Parece ser que el *Cándido* de Voltaire se publicó en la segunda quincena de febrero de 1759. La carta de Johnson a Strahan, el 20 de enero de 1759 (n.º 124), demuestra que escribió *Rasselas* semanas antes de que *Cándido* se publicara. <<

[c139] La señora Piozzi sugiere (1897) que se trata de la propia señora Boswell. <<

[c140] Ésta es la segunda vez que Boswell entrecomilla «mórbida melancolía»; [\[véase pág. 57\]](#). Es posible que haga referencia a un pasaje de Hawkins (*Vida*, pág. 287), en el que éste habla de la melancolía de Johnson tachándola de «mórbida afección, como él mismo la llamaba». <<

[c141] Mademoiselle Emetulla: véanse las *Cartas* de Boswell, n.º 25, I, 51. <<

[c142] Hebreos, 2, 10. <<

[c143] Gray, *On a Distant Prospect of Eton College*. —HILL <<

[c144] Tal vez «Van», es decir, Robert Vansittart. —HILL <<

[c145] Me informa lord Stowell de que [Johnson] se enorgullecía de ser, en sus visitas a Oxford, primorosamente académico; vestía la toga casi con ostentación. —CROKER

<<

[c146] Juvenal, *Sat.*, I, 85. <<

[c147] Johnson, *Obras*, VI, 81. Johnson describe a María Estuardo como «reina tal... como aquella por la que más habría sacrificado la vida cualquier hombre de gallardía y espíritu». «Hay tres acontecimientos en nuestra historia —dice Hume— que pueden tenerse por piedras angulares del partidismo de algunos: un *whig* inglés que insista en la veracidad de la trama de los papistas; un católico irlandés que niegue la matanza de 1641; un jacobita escocés que defienda la inocencia de la reina María Estuardo. Los tres han de considerarse hombres más allá del alcance de la razón. Preciso es dejarlos en manos de sus prejuicios». *Historia de Inglaterra*, ed. 1802, v, 504. <<

[c148] Actuaba entonces en la compañía de Garrick, sobre todo las noches en que éste no se presentaba. Johnson critica más adelante su estilo de actuación, su oratoria y su arte de leer. <<

[c149] Del prólogo de la adaptación que hizo Dryden de *La tempestad*. <<

[c150] Baretto llevó a Edward Southwell de Inglaterra a Venecia pasando por Lisboa, Madrid, Barcelona, los Pirineos y Génova. No lo menciona en su *Journey* en versión inglesa, pero su nombre aparece a menudo en la versión italiana, *Lettere familiari ai Fratelli*. Véase Giuseppe Baretto, *Viaje de Londres a Génova*, publicado en 1770; hay traducción de Soledad Martínez de Pinillos Ruiz en Reino de Redonda, 2005. <<

[c151] Hawkins (*Vida*, pág. 319) dice que Johnson le dijo que «en toda su vida, jamás fue capaz de discernir ni el menor parecido de ninguna clase entre un cuadro y el objeto que presuntamente representaba». Debe de tratarse de una exageración por parte de Hawkins o del propio Johnson, si bien no parece que sintiera una gran admiración por la pintura o la escultura. <<

[c152] Jueces, 5, 20; Salmos, 19, 2 y 104, 19. <<

[c153] «Se casó... con una mujer de la ciudad que le había convencido (a pesar de que el lugar de sus ayuntamientos no era otro que un cobertizo para el carbón que había en Fetter Lane), de que era pariente cercana de un hombre de fortuna, que la tenía injuriosamente al margen de sus posesiones... Ella creyó que era un médico que ya tenía una concurrida consulta... No llevaba ni siquiera unos meses casado cuando le fue presentada una denuncia por deudas en las que había incurrido su esposa. Se refugió en lugar secreto, y sus amigos le procuraron la protección de un embajador extranjero. Poco después ella lo abandonó, y fue juzgada en el tribunal de Old Bailey (providencialmente, en opinión de él) por carterista. Su marido fue difícilmente persuadido para que no acudiera al juicio. Ella defendió su acusación y fue absuelta; se produjo entonces la separación de esta malhadada pareja» (*Gent. Mag.*, 1785, LV, 101). —HILL <<

[c154] En carta a la señora Thrale, el 20 de julio de 1767, dice que «la señorita Lucy [Porter] es más amable y más atenta de lo que esperaba, y se ha granjeado mi estima con muchas excelencias muy nobles y resplandecientes, aunque la descolora un tanto la vetusta virginidad. Todo lo demás me recuerda mis años mozos, en los que me propuse lo que mucho me temo que no he cumplido, alegrándome con placeres que no he hallado» (*Cartas*, n.º 190). <<

[c155] Un pasaje de su *Vida de Savage* seguramente muestre qué gran suma tuvo que ser ésta a ojos de Johnson. Savage, dice, fue recibido en el seno de la familia de lord Tyrconnel, y se le otorgó para sus gastos una pensión de doscientas libras al año. «Su presencia —escribe Johnson— bastaba para que cualquier lugar de entretenimiento público fuese popular; su aprobación y su ejemplo marcaban la moda. ¡Qué poderoso es el genio cuando se viste con el relumbrón de la riqueza!» En su último verano de vida, refiriéndose a las posibilidades de que su pensión se doblase, dijo que con seiscientas al año «un hombre tendría plenas garantías de pasar el resto de su vida en absoluto esplendor, sin importar cuánto llegase a vivir».

Respecto a que la pensión de Johnson diera por resultado que escribiera menos de lo que habría escrito caso de no disponer de ella, es asunto que se puede poner en tela de juicio. Es verdad que en los diecisiete años que siguieron hizo poco más que terminar su edición de *Shakespeare* y escribir su *Viaje a las islas occidentales*, así como dos o tres panfletos políticos. Lo cierto es que desde que escribió la última entrega del *Idler* en la primavera de 1760 había escrito poco. Por decirlo con Murphy (*Vida*, pág. 80), «su intelecto estaba fatigado por el constante desempeño y el trabajo en exceso», y no había recobrado su tono. Es probable que sin la pensión no hubiera vivido lo necesario para escribir la segunda de sus obras magnas, las *Vidas de los poetas*.
—HILL <<

[c156] El material de sus *Islas Malvinas* «se lo proporcionó el Primer Ministro» (pág. 596). «*El patriota* lo pidieron mis amigos políticos» (pág. 750). «No tengo duda de que *Gravámenes, no tiranos*, fue escrito por deseo expreso de quienes se encontraban en el poder», escribe Boswell (pág. 777). «Se quejó a un amigo de que... otorgada una pensión por su reputación literaria, la administración le solicitó que escribiera panfletos de carácter político» (pág. 781). ¿Se contradicen todas estas afirmaciones con lo que dijo lord Loughborough, y con la afirmación de Boswell, en el sentido de que «Johnson ni pidió ni recibió del gobierno ninguna compensación por sus trabajos políticos»? Creo que no. Creo que de no haber tenido Johnson la pensión que tenía, y de haberle pedido el Ministerio que escribiera estos panfletos, los habría escrito. Le habría adulado el cumplido, y en cuanto a la remuneración se habría confiado a las ventas de los mismos. Hablando de los dos primeros, pues el tercero aún no se había publicado, dijo que «salvo lo que recibí del librero, no me dieron un chavo por ellos» (pág. 610). Tampoco le costaron un gran esfuerzo. *La falsa alarma* la escribió entre las ocho de una noche y las doce de la noche siguiente. Tuvo tres ediciones en menos de dos meses. *El patriota* lo escribió en un sábado. En cualquier caso, Johnson había percibido su pensión durante más de siete años antes de realizar ningún trabajo por encargo o sugerencia del Primer Ministro. —HILL <<

[c157] Los preliminares del tratado de paz entre Inglaterra y Francia se habían firmado el 3 de noviembre de aquel año. <<

[c158] El 2 de marzo 1754 (y no en 1753), el público pidió que se repitieran unos versos dirigidos contra el gobierno. «Diggs, el actor, se negó siguiendo la orden de Sheridan, director del teatro, a repetirlos; Sheridan no quiso comparecer en escena para justificar la prohibición. En un visto y no visto, el público demolió el interior del teatro, dejándolo reducido a escombros». Walpole, *Memorias del reinado de Jorge III*, I, pág. 389. <<

[c159] Horace Walpole dice de lord Bute que fue un hombre que pasó la vida en soledad, y que era tan altivo que sólo permitía un trato formal a una docena de estúpidos autores y aduladores, como sir Henry Erskine, poeta militar, o Home, un sacerdote que escribía tragedias. —HILL <<

[c160] Milton, *L'Allegro*, v. 134. <<

[c161] «Vosotros lo transformasteis». *Metamorfosis*, I, 2 <<

[c162] James Macpherson. *Boswell Papers*, XI, pág. 206; XIII, pág. 218. <<

[c163] «Según Charles Fox, la novela de la señora Sheridan, *Sidney Biddulph*, era la mejor de todas las novelas modernas. Por cierto que [R. B.] Sheridan declaraba a menudo que jamás la había leído» (Rogers, *Charlas de sobremesa*, pág. 90). En una nota a este pasaje se dice que «el incidente, en *La escuela del escándalo*, por el cual sir Oliver se presenta a sus parientes disfrazado, está tomado manifiestamente de la novela de la madre de Sheridan». —HILL <<

[c164] De Henry Home, lord Kames, 3 vols. Edimburgo, 1762. [\[Véase pág. 549\]](#). <<

[c165] Wilkes, según el *Diario londinense* de Boswell, 1763. <<

[c166] «Señor —dijo a Reynolds—, cualquiera podría escribir esas nonadas, bastaría con que abandonara su intelecto a la tarea». <<

[c167] Mateo, 6, 16. <<

[c168] El homónimo del doctor era un artista circense. «Una guerra —escribe Walpole en sus *Cartas*, el 12 de junio de 1759— que asolara desde Moscú hasta Alsacia, y desde Madrás hasta California, no habría dado lugar a un artículo ni la mitad de largo que los dedicados al señor Johnson, que monta tres caballos al tiempo. Poseo un curioso grabado a la punta de cobre que muestra al tal Johnson con un pie sobre un caballo, el otro en un segundo, guiando a un tercero al galope. Lleva por fecha noviembre de 1758». <<

[c169] «En 1757 Gray publicó *El progreso de la poesía* y *El bardo*, dos composiciones ante las cuales los lectores de poesía al principio sólo pudieron quedarse boquiabiertos. Algunos dieron en confesar que no podían entenderlas... Garrick escribió unos versos elogiándolos. Algunos tercios adalides quisieron rescatarlas del desprecio, y al poco se dieron por contentos al mostrar las muchas bellezas que contenían, y que no eran fáciles de ver» (Johnson, *Vida de Gray*, 14). Goldsmith atacó a Gray por considerarlo «entre los desencaminados innovadores», de los que dijo en su *Vida de Parnell* que «han adoptado un lenguaje de su propia invención, y exigen admiración de todos. Quienes no los entienden callan; quienes entienden se desviven por hacerles elogios, para así manifestar que entienden» (*Obras*, 1854, IV, 141). —HILL <<

[c170] Así en el original. La caricatura comienza así:

Pomposo, insolente y vocinglero,
ídolo vanidoso de escribanos en grey,
cuyo propio nombre inspira respeto,
cuya palabra misma es contundente ley...

Churchill, *El espectro*, II, versos 653-656, pág. 49. <<

[c171] El 2 de febrero de 1762 escribe Walpole (*Cartas*, v, 169): «Podría enviarle varios volúmenes sobre el fantasma, y creo que aún si me quedara un poco más podría enviarle su vida, dedicada a milord de Dartmouth, de puño del canónigo ordinario de Newgate, sus dos grandes valedores. Un párroco borrachuzo [W. Parsons] puso en marcha la historia por vengarse, los metodistas la han adoptado, toda la ciudad de Londres no piensa en otra cosa... Fui a oírla, ya que no se trata de una aparición, sino de una audición... Fui con el Duque de York, lady Northumberland, lady Mary Coke y lord Hertford, todos en un carruaje... Llovía a cántaros, pero la callejuela estaba llena a rebosar de curiosos, y en la casa era imposible entrar». —HILL <<

[c172] [\[Véase págs. 1044-1045\]](#). Véase págs. 1044-1045. Fue Graham quien insultó a Goldsmith diciéndole: «No es a usted a quien me refiero, doctor *Menor*, sino que hablo de ése, del doctor *Major*». <<

[c173] Dice lord Shelburne que «tras la revolución, los partidos *tory* y jacobita habían terminado por ser casi idénticos debido a su conjunta oposición a la corte por espacio de tantos años, y aún más debido a la persecución que padecieron en común, pues fue política de sir Robert Walpole confundirlos tanto como fuera posible, para que el odio a los jacobitas se extendiera a todo aquel que se opusiera al gobierno» (Fitzmaurice, *Shelburne*, I, 27). Lord Bolingbroke (*Obras*, III, 28) se queja de que los autores partidarios del Primer Ministro «a menudo insisten en que todo el que sea amigo del Pretendiente es enemigo de Walpole». —HILL <<

[c174] Boswell (*Boswelliana*, pág. 210) afirma que el «insolente individuo» es Macpherson. <<

[c175] «Golpea de modo que se sienta morir». Suetonio, *Calígula*, cap. xxx. <<

[c176] Johnson (*Vida de J. Philips*, 31) cita este pasaje de Edmund Smith, escrito hacia 1708: «A la posteridad le ha de resultar cuando menos anómalo que en una nación en la que prima la cortesía, en una época ilustrada, bajo la dirección de los más sabios y mejor informados, de los que con más generosidad fomentan el saber en el mundo, la propiedad de un artesano esté mejor garantizada que la de un estudioso; que las más elementales operaciones manuales se tengan en más valor que los más nobles productos del cerebro; que sea delito robar a un zapatero un par de zapatos y que no se condene la privación, en el mejor autor, de todo su medio de subsistencia; que no haya nada que dé a un hombre el título de propiedad de sus propios escritos, nada, salvo las estupideces que contengan». Véase A. S. Collins, *Authorship in the Days of Johnson*, Londres, Robert Holden, 1927 <<

[c177] El Tribunal de la Real Judicatura, bajo la presidencia de lord Mansfield, sentenció en el caso *Millar v. Taylor*, en 1769, que Thomson tenía derecho probado, por la ley común e independientemente de la ley de 1709. Al reimprimir el poema, Donaldson había vulnerado esa decisión. Becket, que entretanto había obtenido una participación en los derechos del poema, interpuso denuncia contra Donaldson (1772). Donaldson apeló a la Cámara de los Lores, y en 1774, mientras por diez a uno los lores sentenciaban que antes de 1709 un autor tenía, por ley común, el derecho de actuar contra todo el que hubiera publicado su obra sin su consentimiento, también se decidió por seis a cinco que ese derecho había dejado de tener vigencia y que lo sustituía un derecho estatutario. En consecuencia, se revisó el decreto de la Cancillería y se aprobó la apelación de Donaldson; [\[véase pág. 736\]](#). El 27 de febrero de 1774 lord Shelburne describió humorísticamente la escena vivida en la Cámara de los Lores en carta al Conde de Chatham: «Lord Mansfield... quedó como el mayor capitán Bobadil, el mayor fanfarrón que haya existido en la vida real... Tal vez pueda usted imaginarse al Obispo de Carlisle, anciano y metafísico rector de un colegio, leyendo una hoja, no un discurso, tomada de un viejo sermón, con muy mala vista, apoyado en la mesa, y a lord Mansfield sentado ante ella, mirándolo con inocultable melancolía, a sabiendas de que los del Obispo eran los únicos ojos en toda la cámara que no podrían mirarle a él a los suyos; los jueces, a sus espaldas, encolerizados por haberse visto arrastrados a expresar tan absurda opinión, y abandonados en ella por su cabecilla; el despertar de los obispos en el momento anterior al voto, sobresaltados al darse cuenta de que algo estaba pasando, mientras lord Townshend insistía en que el señor Dunning se calzara los anteojos y mirase al presidente de la justicia criminal» (*Chatham Corresp.*, IV, 327).

En carta a Strahan del 7 de marzo de 1774, no recogida en las *Cartas, Johnson* se pronuncia en contra de la cesión a perpetuidad y a favor de que el autor retenga sus derechos sobre su propia obra de por vida (*Johnsonian Miscellanies*, ed. de G. Birbeck Hill, Clarendon, Oxford, 1907, págs. 402 y SS.) <<

[c178] *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes*, 1755.

<<

[c179] Johnson dijo al doctor Burney que según Goldsmith, cuando empezó a escribir, resolvió poner sobre el papel sólo aquello que fuera nuevo, pero que después descubrió que lo nuevo era falso en general, y desde entonces dejó de ser tan solícito con las novedades. —BURNEY

Forster (*Vida de Goldsmith*, I, 421) observa que esta nota es «un nuevo ejemplo de... las muchas y dudosas formas en que las anécdotas sobre Johnson y Goldsmith tienden a presentarse en cuanto perdemos de vista al fidedigno Boswell». <<

[c180] Parece probable que fuera Dempster. En carta a Temple del 23 de julio, Boswell dice que «el miércoles cené con el señor Johnson y con Dempster... Tuve una prodigiosa satisfacción al ver que los sofismas de Dempster (que ha aprendido en Hume y en Rousseau) eran demolidos con el vigoroso razonamiento de Johnson... Dempster se mostró tan contento como pueda estarlo un polemista vencido». Volvemos a encontrar a Boswell, Johnson y Dempster cenando juntos el 9 de mayo de 1772. —HILL <<

[c181] Hume, según la misma carta. <<

[c182] El primer volumen es de 1756; el segundo, de 1782. <<

[c183] Warton, por emplear sus propias palabras, «no creía que Pope fuera el más destacado de su profesión. Dicho de otro modo, en ese género poético en el que tanto sobresalía es superior al resto de la humanidad; tan sólo me limito a decir que ese género no es el más excelso que se ha dado en el arte de la poesía» (*Essays*, I, pág. IV). Dispone a los poetas ingleses en cuatro apartados, en el primero de los cuales sólo figuran Spenser, Shakespeare y Milton. «En el segundo grupo debieran figurar los que poseen verdadero genio poético en un grado más moderado, aunque también poseen un noble talento para la poesía moral, ética y panegírica». En este grupo, en su segundo volumen, dice que «podríamos aventurarnos a colocar a Pope, junto a Milton, por encima de Dryden. Sin embargo, para tomar esta decisión con firmeza hemos de olvidar por un momento la divina *Oda musical* de Dryden, y tal vez muchos se vean obligados a confesar que si bien Dryden posiblemente posea un genio mayor, es Pope mejor artista» (*ibid.*, II, pág. 411). —HILL <<

[c184] Croker cree que es una referencia a Joseph Warton. Su padre, empero, fue profesor en Magdalen College, Oxford, y después fue vicario de Basingstoke y Cobham, y profesor de poesía en su propia universidad, de modo que no puede decirse que sea «de origen harto humilde». La suposición se debe sin duda a la costumbre de Boswell, que introduce en párrafos consecutivos a la misma persona, una vez con su nombre, la segunda de manera anónima; en tal caso, el autor que disgustaba a Boswell, mencionado antes de Warton, tal vez sea el propio Warton.

—HILL <<

[c185] Escribe Boswell así: «Cuando estuve en Ferney en 1764, comenté a Voltaire cuáles eran nuestros planes. Me miró como si le hubiese hablado de ir al Polo Norte, y dijo: “No pretenderá usted que yo les acompañe, ¿eh?”. “No, señor”. “En tal caso, estoy muy deseoso de que vayan ustedes”». <<

[c186] Croker compara el pasaje con otro del *Spectator* de Addison (n.º 50), en el que un jefe indio dice de la catedral de St. Paul: «Probablemente era en principio una roca enorme y amorfa que había en lo alto de la colina, que los nativos de este país, luego de cortar en forma de figura regular, ahuecaron con increíbles e industriosos trabajos». <<

[c187] Burke, según la señora Thrale y una alusión en el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 15 de agosto. <<

[c188] Con toda certeza, el propio Boswell, según el *Diario londinense* de 1763. Existe traducción española de José Manuel de Prada, Ediciones del Bronce, 1997. <<

[c189]

¿No ha reservado a los pobres el cielo piadoso
un erial ilocalizable, una orilla ignota?
¿Siquiera una isla secreta en el océano anchuroso?
¿Un desierto apacible que España aún no reclame?

(Londres, vv. 170-173).

Johnson consideraba el descubrimiento de América un infortunio para la humanidad. En *Gravámenes, no tiranos* (*Obras*, VI, 233), dice en efecto que «ningún lugar del mundo ha tenido aún motivo de regocijarse de que Colón por fin hallase recepción y empleo a cargo de un monarca. Ese mismo año, un año por tanto desastroso para la humanidad, los portugueses descubrieron el pasaje a las Indias y los españoles arribaron a las costas de América». El 4 de marzo de 1773 escribió así: «No deseo grandes bienes a los descubrimientos, pues siempre me da miedo que acaben en conquista y en saqueo» (*Cartas*, n.º 299). <<

[c190] «El saber es sin duda una de las fuentes del placer, como testimonia el deseo natural que todo intelecto experimenta de aumentar sus ideas... sin saber por qué, siempre que aprendemos nos sentimos alegres, y nos aflige olvidar» (*Rasselas*, cap. XI). <<

[c191] «Y en los bosques resuena el nombre de Amarillis». <<

[c192] Milton, *L'Allegro*, v. 118. <<

[c193] Es probable que *Vindication of Natural Society*, que Burke publicó en 1756, cuando tenía veintiséis años. —CROKER <<

[c194] El 17 de agosto de 1773 escribió Johnson: «Esta mañana vi en el desayuno al doctor Blacklock, el poeta ciego, que no recuerda haber visto la luz del día. Un pobre estudioso le lee en latín, en griego y en francés. También él fue un pobre estudioso. Lo miré con reverencia» (*Cartas*, n.º 320). Spence publicó una *Relación de Blacklock*, en la que con mezquindad omite toda mención de la generosidad de Hume con el poeta ciego. Hume preguntó a Blacklock si era capaz de relacionar colores y sonidos. «Respondió que como tan a menudo ha topado con los términos que expresan colores, se había formado algunas asociaciones falsas, que le ayudaban cuando leía, hablaba o escribía sobre los colores, aunque eran asociaciones de índole intelectual. La iluminación del sol, por ejemplo, se le antojaba similar a la presencia de un amigo». —HILL <<

[c195] Este ensayo trata más sobre las prácticas de los parásitos que sobre la gula. Se titula «El arte de vivir a costa de otros». <<

[c196] Hawkins (*Vida*, pág. 355) señala «la gula con que comía, su total desatención al resto de los comensales, su profundo silencio a la hora de la refección».

Cumberland (*Memorias*, pág. 262) dice así: «Comía con muy buen apetito, pero no con voracidad, y era extremadamente cortés en sus elogios de cualquier platillo que complaciera a su paladar». <<

[c197] En el último año de su vida, cuando era consciente de que su apetito estaba mermado por sus achaques, escribió a la señora Thrale: «Ahora tengo una inclinación al lujo que ni siquiera en la mesa de usted se excitaba antes, pues hasta ahora hablaba más de lo que pensaba sobre los platos. Recuerdo que usted me elogiaba por parecer contento con las cenas cuando usted redujo las viandas que se servían a su mesa; puedo decirle en honor a la verdad que nunca me di cuenta de que se había iniciado dicha reducción, y ni siquiera la habría notado caso de no decírmelo usted. Ahora pienso a diario en lo que comeré mañana. También espero que este achaque se me cure» (*Cartas*, n.º 953). <<

[c198] Posiblemente, lord Elibank. —HILL <<

[c199] Posiblemente, la señora Boswell. —HILL <<

[c200] La señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 102) dice que «las ideas de Johnson a propósito del buen comer distaban mucho de ser delicadas. Sus platos predilectos eran una pierna de cerdo cocida hasta que la carne se desprendiera del hueso, un pastel de ternera con ciruelas y azúcar o la contratapa de un lomo de ternera en salazón». Cradock vio a Burke, que cenaba en una taberna, enviar a Johnson una porción muy pequeña de un pastel, hecho de la peor mantequilla. «El doctor Johnson... devolvió el plato pidiendo más. Sin pensarlo dos veces, Burke exclamó: “Me alegro de que sea usted tan capaz de paladear este pastel de ternera”. Johnson, nada satisfecho de que lo que él comiese llamara jamás la atención, replicó al punto: “Hay una época en la vida, señor, en que un hombre precisa del gusto de la buena mesa”». Un pasaje de la *Italia* de Baretti (II, pág. 316) parece indicar que la comida en Inglaterra no era precisamente delicada. «Una vez oí a un francés jurar —escribe— que odiaba a los ingleses, *parce qu'ils versent du beurre fondu sur leur veau rôti*».

<<

[c201] Claude Buffier (1661-1737), autor del *Traité des premières vérités et de la source de nos jugements*. <<

[c202] Mackintosh (*Vida*, I, 71) dijo que «el tratado de Burke sobre lo sublime y lo bello es buena prueba de que no tenía el intelecto formado para la Filosofía pura, y si hemos de dar crédito al vivaz y dramático biógrafo de Johnson, en el sentido de que tenía Burke la intención de polemizar por escrito con Berkeley, podemos estar seguros de que no habría salido con bien del empeño de dar respuesta a este gran especulador; por decirlo con más corrección, no habría descubierto la verdadera naturaleza de las cuestiones en liza, y sólo habría dado respuestas coherentes con los límites de las facultades humanas». <<

[c203] Goldsmith, *Retaliation*. Se refiere a Burke. <<

[c204] «Intención original de Johnson —escribe Hawkins (*Vida*, pág. 423)— era que los miembros de su club no pasaran de nueve; el señor Dyer, miembro del Club de Ivy Lane, que había pasado unos años en el extranjero, hizo aparición entre nosotros y se le recibió cordialmente». Nueve eran los miembros del Club de Ivy Lane. Johnson, es de suponer, consideraba el nueve como el número más *clubable*. Según el doctor Percy, en 1768 no sólo Hawkins había presentado su renuncia formal, pues también Beauclerk había abandonado el club por otro más a la moda. «El club acordó entonces... incrementar el número a doce. Los nuevos miembros serían elegidos por votación secreta, y bastaría una bola negra para la exclusión del candidato. El señor Beauclerk deseó ser restituido a la sociedad, y los nuevos miembros fueron presentados el lunes 15 de febrero de 1768: sir R. Chambers, el doctor Percy y el difunto George Colman».

La intrahistoria y el significado del Club Literario, con abundantes anécdotas, se hallan recogidas en el libro de L. P. Curtis y H. W. Liebert que lleva por título el lema del propio club, *Esto Perpetua*. Nueva York, The Shoe String Press, 1963. <<

[c205] Pope, *Ensayos morales*, III, 242. <<

[c206] Dice Malone que es Boswell quien le dio esta versión de la entrada de Garrick en el club, y que él la supo de labios de Reynolds. Añade que «Johnson apoyó con entusiasmo la candidatura de Garrick, pues era en realidad un hombre muy afectuoso. Tan sólo le ofendía la presunción del actor». Y sigue diciendo: «Es probable que en la primera parte de esta anécdota fundamentase sir John Hawkins su versión de que Garrick nunca perteneció al Club Literario, y por eso afirmase que Johnson dijo que nunca debiera ser miembro. De este modo, el biógrafo mentecato y la más frívola y maliciosa señora Piozzi han dado tintes inexactos a casi todas las anécdotas que han querido contar del doctor Johnson» (Prior, *Malone*, pág. 392). Garrick fue el sexto miembro elegido. Hannah More (*Memoirs*, I, 249) afirma que «a la muerte de Garrick, fueron innumerables las solicitudes que se hicieron para sucederle en el club, pero Johnson fue sordo a todas ellas. “No —dijo—, no podría haber un digno sucesor de ese hombre”. E insistió en que hubiera un año de luto antes de una nueva elección». —HILL <<

[c207] Murphy (*Vida*, pág. 98) dice que el conocimiento que trabajó Johnson con los Thrale «contribuyó más que ninguna otra cosa a eximirle de las cuitas y solicitudes de la vida». Luego rememora la parte que le tocó testimoniar en esa casa con evidente contento, pues conoció la ternura con que se trató a Johnson en Streatham, «lo que sin duda sirvió para prolongar una vida valiosa». La relación de Johnson con los Thrale fue, en efecto, tan estrecha que en ocasiones más pareció alianza en toda regla.

—HILL <<

[c208] *Anécdotas de la señora Piozzi*, pág. 279. <<

[c209] Más adelante, Kenrick escribió sendos y muy groseros libelos contra Goldsmith y Garrick. Cuando se inició el proceso por difamación en su contra, ante la Real Judicatura, reconoció de manera abyecta su sumisión y se retractó en el acto. Existe una carta de Garrick, que no se llegó a enviar, en la que éste le dice: «De buena gana le hubiera honrado y le habría dado la satisfacción de un caballero, como dice Shakespeare, si hubiera tensado usted su valor hasta el punto en que se tuviera firme». —HILL <<

[c210] Parece ser la referencia más antigua a la sordera de Johnson, con lo cual viene a confirmar el relato de la señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 9), en el sentido de que «sus órganos auriculares... nunca cumplieron debidamente su función» ya desde que ella lo conoció. Boswell dice que en abril de 1775 era «duro de oído», afección de la que se aprovechó Gibbon para murmurar sus «sarcásticas lindezas» a expensas de Johnson en voz queda. En septiembre del mismo año el propio Johnson supone que «si oyera mejor, aprendería francés más deprisa», y en octubre se queja de que «ni vio ni oyó» una comedia francesa. La señora Piozzi dice en cambio (*Anécdotas*, pág. 276) que «oía todo lo que se dijera dentro de un carruaje, cuando era mi turno en cambio de quedarme sorda», pasaje que hace pensar en que padecía esa sordera patológicamente denominada *paracusis Willisii*, cuyo síntoma característico es que el paciente oye bien en una situación ruidosa. <<

NOTAS COMPLEMENTARIAS AL VOLUMEN II

[c1] De haber estado «tan ajetreado y afanoso», habría dado por buena la edición en pocos meses. Por Pascua de 1765 él mismo dejó anotado que «he malgastado mi tiempo sin mayor provecho, y parece que haya sido un sueño del que nada queda ahora». *Plegarias y meditaciones*, pág. 54. —HILL <<

[c2] Una carta de Boswell a Malone (29 de enero de 1791; *Cartas*, n.º 292, II, pág. 417) demuestra que hace alusión a Reynolds. «Voy a suprimir un pasaje del primer volumen, pues he descubierto que si bien sir Joshua me aseguró que no tenía inconveniente en que se mencionara que Johnson le escribió una dedicatoria, ahora piensa muy de otro modo». En la dedicatoria al Rey de los *Discursos* de Reynolds, en 1778, la primera frase no puede ser más «johnsoniana»: «El progreso regular de una vida de cultura avanza de la necesidad a la comodidad, de la comodidad al ornamento». Boswell olvidó suprimir la referencia a este suceso en el índice de la primera edición. —HILL <<

[c3] Los trece renglones que siguen los publicó Boswell en su *Córcega* (pág. 360) sin permiso de Johnson. Temple, a quien mostró el libro antes de publicarlo, parece que aconsejó a Boswell que omitiera este extracto. Boswell se mantuvo en sus trece, «pues debo hacer mención de mi gran preceptor, el señor Johnson». Para disculparse ante él, en carta del 26 de abril de 1768, le dice: «con toda seguridad le garantizo que no tiene usted razón ninguna para quejarse de que yo haya publicado ni un solo párrafo de sus cartas. La tentación de hacerlo ha sido demasiado fuerte». —HILL <<

[c4] «Una vez, inadvertidamente —escribió Reynolds—, lo puse en una situación de la cual sólo un hombre de perfecta integridad podría haber salido indemne. Le señalé unos versos de *El viajero* que, le dije, estaba segurísimo de que eran suyos. Vaciló un instante; en lo que duró ese titubeo recuperé la compostura y recordé que como sabía que no me iba a mentir podía yo ponerle en un aprieto, y me habría salido con la mía si me hubiera dado una brusca respuesta, pero se limitó a decir: “Señor, no soy yo quien los ha escrito, pero para que no se imagine que he escrito yo más de lo que en verdad escribí en ese poema, le diré que el máximo de versos escritos en él, según recuerdo, no alcanza más que a dieciocho”. Conviene observar que por toda la ciudad corría el rumor de que el doctor Johnson le había escrito a su amigo el poema entero, pues éste era por entonces un escritor desconocido» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, pág. 458). Por cada verso de *El viajero*, a Goldsmith se le pagaron 11 peniques y un cuarto. El obsequio de Johnson, por consiguiente, si se computa en dineros fue de 8 chelines, 5 peniques y un cuarto. —HILL <<

[c5] *Respublica et Status Regni Hungariae. Ex Officina Elzeviriana*, 1634, pág. 136.
Esta obra pertenece a la serie *Repúblicas* de la que habla Johnson más adelante, [\[en](#)
[pág. 987\]](#). <<

[c6] Baretti. *Boswell Papers*, VII, pág. 68. <<

[c7] Posiblemente Wilkes, descrito más adelante como «el amigo tarambana» de Boswell. <<

[c8] En su *Viaje a las islas occidentales de Escocia* (pág. 100, ed. de 1924; reimpresión facsimilar de 1974), Johnson resume así su postura ante la facultad de la clarividencia: «En contra de ella se postula la analogía de las cosas que se vislumbran de una manera más bien confusa, y que poco o mal se comprenden; a su favor, la indistinta proclama de la persuasión natural, que tal vez, a la postre, se resuelva en mero prejuicio y tradición. Nunca he logrado que mi curiosidad adquiriese el rango de convicción, pero al final me encuentro si acaso deseoso de creer en ella». «Así como una cantidad finita —dijo Hume— sumada a otra cantidad finita nunca se aproxima siquiera el grosor de un cabello al infinito, un hecho increíble en sí mismo no gana siquiera un paso hacia su probabilidad por más testimonios que se acumulen» (J. H. Burton, *Hume*, I, pág. 480). —HILL <<

[c9] Tras huir de Francia en 1762 y ver que se le negaba la entrada en Ginebra, Rousseau aún tuvo que escapar de la chusma encolerizada en Neuchâtel, ya en 1765. De París a Dover, en 1766, lo acompañó David Hume. Llegó a Londres el 11 de enero. <<

[c10] Menos de tres meses después de que tuviera lugar esta conversación, Rousseau escribió al general Conway, uno de los secretarios de Estado, agradeciéndole la pensión que Jorge III propuso conferirle en secreto. La señorita Burney, en su prefacio a *Evelina*, la novela que iba a servirle de presentación a Johnson, de cuyo afecto iba a gozar de por vida, añade en una nota al pie: «Por superior que sea la capacidad en que estos dos grandes escritores merecen ser considerados, habrán de perdonarme que, por la dignidad del asunto que trato, aquí estime a los autores de *Rasselas* y *Eloísa* como novelistas». —HILL <<

[c11] «Los usos y las ciudades de muchos hombres diversos». Horacio, *Arte poética*, v. 142. <<

[c12] A los veintiséis años, Boswell podía alardear de haber tratado a Voltaire, Rousseau y Paoli entre las celebridades extranjeras, y a Adam Smith, Robertson, Hume, Johnson, Goldsmith, Garrick, Horace Walpole, Wilkes, Churchill y seguramente a Reynolds entre las británicas. Al menos en dos ocasiones había recibido una carta del Conde de Chatham. <<

[c13] En pasajes como éste se puede dar por sentado que el caballero cuyo nombre no se cita es el propio Boswell. <<

[c14] Estas dos palabritas pueden en puridad tenerse como buena muestra de la exactitud de Boswell al reproducir las expresiones empleadas por sus personajes. «El gran hombre» es una expresión jocosa de origen irlandés, que nadie, salvo Goldsmith, pudo emplear en esta situación. —CROKER <<

[c15] En carta al doctor Johnson, la señora Thrale dijo: «No se siente a componer versos que jamás han de escribirse» (Piozzi, *Cartas*, II, pág. 183). En su ejemplar, al margen, Barette apuntó: «Johnson casi a cualquier hora estaba componiendo versos en latín o en inglés que luego jamás ponía por escrito». <<

[c16] Burke fue elegido miembro del Parlamento por Wendover en diciembre de 1765.

<<

[c17] Aprobada en marzo de 1765, la ley gravaba fiscalmente cualquier papel impreso que pudieran utilizar los colonos de Norteamérica: los papeles de los barcos, los documentos legales, las licencias, los periódicos y otras publicaciones, e incluso los naipes devengaban impuestos que la Corona decidió recaudar para acuartelar al ejército que protegiera las colonias por los montes Apalaches, obvio es que sin consultar siquiera a los colonos. <<

[c18] «La Cámara de los Comunes —escribió Macaulay— oyó a Pitt por última vez y a Burke por vez primera, sin poder precisar a cuál habría de asignarse la palma de la elocuencia. Fue un espléndido crepúsculo y un amanecer espléndido» (*Historical Essays*; «Earl of Chatham», 1923, pág. 771). —HILL <<

[c19] Boswell ya dijo antes que el *Shakespeare* de Johnson fue atacado por Kenrick; a buen seguro hubo otros ataques y réplicas. <<

[c20] *Dictionarium Saxonico et Gothico-Latinum*, Londres, 1772. Lye murió en 1767; O. Manning concluyó la obra. <<

[c21] [\[Véase pág. 195\]](#) <<

[c22] [\[Véase pág. 1310\]](#) <<

[c23] «Boswell —dice Malone—, profesó estudios de las leyes tanto escocesas como inglesas, pero nunca se tomó grandes molestias en aplicarse a ello. Su padre, lord Auchinleck, le dijo un día que le iba a costar mayor esfuerzo disimular su ignorancia en esa profesión que dar mues tras de sus verdaderos conocimientos. El señor B. reconoció una vez que era muy cierto» (*European Magazine*, 1798, pág. 376). Boswell escribió a Temple el 18 de marzo de 1775: «Es usted muy amable al darme ánimos diciéndome que tal vez llegue a superarle a usted en su saber. Pero créame que padezco una suerte de impotencia en el estudio» (*Cartas*, n.º 136, I, 214). —HILL

<<

[c24] Ésta es una verdad que Johnson defendía a menudo. «Poquísimos —dijo el poeta — viven como han elegido. Todo hombre se encuentra en su condición presente por causas que obraron sin que él lo previera, y con las cuales no siempre cooperó de manera voluntaria» (*Rasselas*, cap. 16). «Para quien vive bien —respondió el ermitaño—, cualquier forma de vida es buena, y no puedo yo dar otra regla que la de alejarse de todo mal aparente» (cap. 21). «Joven —dijo Omar—, de poco sirve hacerse planes de vida» (*The Idler*, n.º 101). —HILL <<

[c25] *Eneida*, III, pág. 461. «Tales las advertencias que esta voz mía podría darte. Así pues, vete». <<

[c26] «Sus hijos gemelos, esperanza de mi rebaño, sobre la piedra desnuda». <<

[c27] «A la par esperanza y rebaño». <<

[c28] «Eres tú ahora nuestra única esperanza... el honor y la soberanía de los latinos en tus manos se hallan». <<

[c29] «A su lado, Ascanio, segunda esperanza de la magna Roma». <<

[c30] «No sé de dónde proviene esta otra muchacha». <<

[c31] «Por casualidad oí a Antiphila decir que de camino a la otra muchacha...». <<

[c32] «Por antonomasia». <<

[c33] «Sin sustancia, la sangre y el valor son más inservibles que las algas». <<

[c34] «Hasta la cuna y el linaje son dones de la Reina Dinero». <<

[c35] «Pues la cuna y el linaje y todo ese renombre, legados, no forjados, difícilmente pueden considerarse nuestros de veras». <<

[c36] «Nacerá un príncipe del justo linaje de Troya». <<

[c37] «Y pese a todo su nombre toma de nuestro linaje». <<

[c38] Los añadidos de Johnson a estos tres poemas no son del todo evidentes. —HILL

<<

[c39] En una nota al poema se informa de que la señorita Williams, cuando antes de su ceguera «ayudaba al señor Grey en sus experimentos, fue la primera en observar y en dar cuenta de las emisiones de una chispa eléctrica procedente del cuerpo humano».

—HILL <<

[c40] Johnson dijo con finura que «las lenguas son el historial, el linaje de las naciones». —HILL <<

[c41] Siete años después, Johnson recibió de la sociedad el Nuevo Testamento y otras obras en erse: [\[véase pág. 743\]](#). No obstante, en su *Viaje a las islas occidentales* (1924, pág. 94), tuvo que dejar dicho sobre las escuelas parroquiales de aquellas islas que «por norma de sus instituciones, se enseña solamente en lengua inglesa, de modo que los nativos leen una lengua que tal vez nunca utilicen y ni siquiera quizá entiendan».

<<

[c42] Se publicó en 1765; apareció una segunda edición ampliada en 1766. <<

[c43] Su *Carta a sir Thomas Hanmer*, de 1742, fue muy leída entonces. Era el segundo hijo de John, primer Conde de Bristol, y uno de los hermanos del que fuera amigo de juventud de Johnson, Henry Hervey. Murió el 20 de enero de 1775. —MALONE <<

[c44] Croker lamenta que Johnson dedicara la pluma, previo pago, a intervenir en «las repugnantes trifulcas» de Hervey, y en una larga nota describe la carta de éste a sir Thomas Hanmer, con cuya esposa había escapado. Lo cierto es que el ataque para el cual se recabaron los servicios de Johnson no lo desató Hanmer, sino sir C. H. Williams. Aunque uno haya hecho mal a otro, no tiene por qué prestarse a los ataques de un tercero. Williams, conviene recordarlo, era un hombre de carácter licencioso.

—HILL <<

[c45] Sita en Buckingham House, adquirida en 1761 por Jorge III y adjudicada a la Reina Charlotte. El palacio de Buckingham ocupa actualmente su lugar. <<

[c46] Hawkins dice de él (*Vida*, pág. 211): «Obtuvo de una de esas universidades que rara vez regatean un título siquiera al caballo de un boticario un diploma de doctor en Medicina». Llegó a ser un gran compilador; en un solo año ganó 1500 libras. Al final se convirtió en matasanos. Fue nombrado caballero por el Rey de Suecia, «a cambio de haber regalado a ese monarca su *Sistema de los vegetales*». Al menos en tres ocasiones atacó a Garrick, el cual replicó con tres epigramas, el último de los cuales es bastante conocido:

En la farsa y en la medicina no tiene comparsa,
pues son sus farsas un unguento, y su medicina una farsa.

—HILL <<

[c47] Dice D'Israeli (*Curiosities of Literature*, ed. 1834, I, pág. 201) que «este doctor Hill, una vez en que cayó enfermo, reconoció ante un amigo que se había fatigado en exceso, pues estaba escribiendo siete obras a la vez, una de ellas de arquitectura y otra de cocina». D'Israeli añade que Hill firmó un contrato para traducir del holandés una obra sobre insectos por 50 guineas. Como ignoraba la lengua de partida, negoció con otro traductor el trabajo por 25. Éste, que no era menos ignorante del holandés, renegoció el trabajo con un tercero, que entendía el original a la perfección y accedió a traducirlo por 12 guineas. —HILL <<

[c48] El señor White, bibliotecario de la Royal Society, a instancias mías ha tenido la bondad de examinar las actas de la Royal Society, pero no ha podido descubrir cuál era esa «circunstancia». Tampoco arrojan luz sobre este aspecto las reseñas que hizo Johnson de las obras de Birch, *History of the Royal Society* y *Philosophical Transactions*, vol. XLIX, según las he examinado. —HILL <<

[c49] «El doctor Warton me hizo una reverencia sumamente obsequiosa... Es lo que el doctor Johnson llama “rapturista”, y vi a las claras que se proponía calentarme los oídos con muchas cortesías... Es muy comunicativo, gayo y un conversador agradable, que animó toda la jornada con su presteza para hablar de cualquier cosa» (madame d’Arblay, *Diario*, II, pág. 236). Es muy probable que sea el «ingenioso escritor» que se menciona más adelante, en pág. 1428, del que dice Johnson que es «un entusiasta por norma». *Rapturista*, o *rapturist*, no figura en el diccionario. Valdría decir *embelesador*. <<

[c50] El libro es tan tedioso como indecente. Las «mojigangas» son como sigue: el doctor Johnson aparece representado cual si dijera cosas como ésta: «Sin dubitación de ninguna clase malinterpreta usted este deslumbrante centelleo de presunción en su totalidad, y más le valdría haber sabido usted aplicar una constante recurrencia a mi diccionario oracular, como era de su incumbencia a tenor de la vehemencia de mis admoniciones». <<

[c51] Garrick estrenó en Drury Lane *Falsa delicadeza*, de Hugh Kelly, seis días antes de que *El hombre de buen natural*, de Goldsmith, se estrenara en Covent Garden. «No se hablaba de otra cosa en la ciudad —dice Forster en su *Goldsmith*, II, pág. 93 — desde semanas antes de ambos estrenos... y así aumentó la rivalidad entre ambas comedias». *Falsa delicadeza* cosechó un gran éxito; se vendieron 10 000 ejemplares antes de terminar la temporada.

Cuando alguien preguntó a Johnson (*Obras*, ed. de 1787, XI, pág. 201) si deseaba que Hugh Kelly le fuera presentado, respondió: «No, señor; nunca he tenido deseo de conversar con quien ha escrito más de lo que ha leído». <<

[c52] *The Provoked Husband, or A Journey to London*, de Vanbrugh y Colley Cibber.
Se estrenó el 10 de enero de 1728. [\[Véase pág. 1678\]](#). <<

[c53] Del doctor Hoadly, estrenada en febrero de 1747. <<

[c54] Relativo a la heredad de Archibald Douglas. J. H. Burton, en su *Vida de Hume* (II, pág. 150), dice que «hombres que a punto estaban de encontrarse juraban no abrir la boca y no decir nada sobre esta cuestión, que tan fructífera fue en debates, jactancias y pependencias». Boswell publicó *Dorando, un cuento español* (Londres, 1767), en el cual narra la causa de Douglas sin apenas disimulo; también publicó en el mismo año *El caso de Douglas*, una balada, y *La esencia del caso de Douglas*, amén de ser uno de los editores de las *Cartas de Lady Jane Douglas* y de «cuidar de mantener alimentados a los periódicos con incesantes novedades sobre el caso». Véase F. A. Pottle, *La carrera literaria de Boswell*, Nueva York, 1929. <<

[c55] No siempre cantó alabanzas de la universidad oxoniense. «Preguntaré por la cosecha cuando llegue a una región en la que se entienda lo que es necesario para la vida», dijo en carta desde Oxford el 4 de agosto de 1777 (*Cartas*, n.º 533). Y en Lichfield llegó a esa región. «Mi barbero, hombre que no es tonto, habla maravillas de la cosecha» (n.º 535). Véase pág. 883, donde habla de «nuestra muy erudita ignorancia de las cosas humanas». <<

[c56] Son las palabras que pronuncia Catón en la obra de Addison del mismo título cuando echa mano de la espada, acto V, escena I. <<

[c57] No figura *conglobulate* [*conglobular*] en el *Diccionario*; sólo aparecen *conglóbe* [y *conglóbate*]. Si empleó el término, no es probable que dijera «se conglobulan juntas». <<

[c58] John Bell, *Viajes de San Petersburgo a distintas partes de Asia*, Glasgow, 1763, 2 vols. en cuarto. <<

[c59] Du Halde publicó su monumental *Description géographique, historique, critique, chronologique, politique, et physique de l'empire de la Chine et de Tartarie chinoise* (cuatro volúmenes en folio) en 1735. Voltaire, uno de los que «consultó» el libro, reseña que su descripción es magnífica, a pesar de que Du Halde jamás viajó ni a diez leguas de París. La obra tuvo dos traducciones al inglés nada más publicarse. De ser una impostura, fue de excepcional calidad. <<

[c60] *El modo de conservar* es el título de una comedia de Murphy, estrenada en 1760.

—HILL <<

[c61] Vale la pena señalar que en la versión original de este pasaje, en los diarios de Boswell, entrada correspondiente al 28 de marzo de 1768, Johnson no dice exactamente lo que Boswell reproduce, además de que no se anda con pelos en la lengua: «Pues no, señor. El gran principio que a toda mujer se enseña consiste en que aprenda a mantener las piernas bien cerradas» (*Boswell in Search of a Wife, 1766-1769*, ed. de Frank Brady y Frederick A. Pottle, Londres, 1957, pág. 167). <<

[c62] En su correspondencia con Temple de los años 1767 y 1768 Boswell —pues no es otro el caballero— pasa revista a las diversas damas a las que propone matrimonio. La señora descrita en este párrafo es «la bella y vivaracha Zelide», una holandesa llamada en realidad Isabelle de Zuylen a la que había conocido durante su estancia en Utrecht. Estaba traduciendo entonces su *Crónica de Córcega* al francés. El 24 de marzo de 1768 escribió: «Es preciso que sea mía». El 26 de abril pidió a su padre permiso para viajar a Holanda para verla. Pero el 14 de mayo reexpidió a Temple una de las cartas de la bella holandesa. «¿Podría —escribe enardecido— cualquier actriz, cualquiera de las teatreras, atacarme con más punzante..., no sé qué palabra emplear, no es furia, es algo más suave? El relámpago que destella con tal intensidad puede abrasar. ¿Y no abrasa el *esprit* de la dama?» (*Cartas*, n.^{os} 82, 87, 92). —HILL <<

[c63] *Crónica de los modales y costumbres de Italia*, de Joseph Barette, Londres, 1768. El libro aún sería más entretenido si no fuera una réplica a las *Cartas desde Italia* de Samuel Sharpe. Véase pág. 989. <<

[c64] De él escribió la señora Piozzi que «fácilmente se le ve el carácter, y no disimula en nada su alma, altanera e insolente, y respira en cada aliento desafío ante la humanidad toda, si bien su poder intelectual excede al de la mayoría, y el poder de su bolsillo es tan exiguo que le deja en dependencia de todos. Baretti se halla siempre como un arroyo represado: si pudiera romper la presa, se llevaría por delante todo lo que tenga a su alcance» (Hayward, *Piozzi*, I, pág. 103). <<

[c65] Juan, 9, 4. <<

[c66] Desde comienzos del siglo XIV, Córcega había sido territorio de la República de Génova. En la gran rebelión encabezada por Paoli, los corsos habrían recobrado la independencia de no ser porque Génova cedió la isla a la Corona de Francia. <<

[c67] En carta a Temple de 14 de mayo, Boswell dice que «Ahora soy de veras el Gran Hombre. Por la mañana y por la tarde, en un mismo día, me han venido a visitar David Hume y el señor Johnson. Sir John Pringle, el doctor Franklin y otros cenaron hoy conmigo; el señor Johnson y el general Oglethorpe un día, el señor Garrick a solas otro, David Hume y más literatos cenan conmigo la semana que viene. Ofrezco cenas admirables, regadas con buen clarete, y en cuanto emprenda viaje, que será dentro de nada, he de preparar mi carruaje. Esto sí es disfrutar al máximo mis desvelos, presentándome como amigo de Paoli» (*Cartas*, n.º 92). <<

[c68] La charla surgió sin duda de las elecciones generales que se acababan de celebrar con gran excitación popular provocada por Wilkes. El doctor Franklin (*Escritos*, v, pág. 122), en una carta del 16 de abril de 1768, describe las algazaras de Londres. Había visto a la «chusma... exigiendo a caballeros y damas de todo rango y condición, según pasaban en sus carruajes, que dieran vítores a favor de Wilkes y de la libertad, a la vez que garabateaban estas mismas palabras con tiza en las portezuelas de los coches... La semana pasada fui a Winchester y observé que en quince millas a la redonda no había apenas una sola puerta o ventana cercana a la carretera que no ostentara las mismas consignas, y así seguía siendo hasta la misma Winchester». —HILL <<

[c69] En su *Vindicación de los licenciarios de la escena* escribe así: «Si en mi mano estuviera la presunción de aconsejarles [a los ministros] en torno a esta crucial cuestión, yo los disuadiría de tomar cualquier acción directa sobre la libertad de prensa, que es quizá lo que más estima el común del pueblo, y que por tanto no puede atacarse sin riesgos inmediatos» (*Obras*, v, pág. 344). En su introducción a la *Miscelánea harleiana* (*ibid.*, v, pág. 191), muestra algunos de los beneficios que en Inglaterra se deben a la «ilimitada libertad con que puede cualquiera escribir sus propios pensamientos». Walpole, en *Memorias del reinado de Jorge III* (II, pág. 15), escribe sobre el verano de 1764 y señala: «Se cumplieron 200 denuncias contra los impresores, número mayor que las examinadas en los treinta años del reinado anterior». <<

[c70] «Ha salido el sol, se ha cosechado el maíz, y al margen de cuanto se haya dicho sobre los peligros de la propiedad privada, quien sembró sus campos es común que los haya cosechado, y quien construyó una casa fue dueño de su puerta; las molestias causadas por las injusticias padecidas, o presuntamente padecidas por cualquier particular, o por cualquier comunidad, han sido locales y pasajeras, no se han extendido ni han durado mucho». Johnson, *La falsa alarma*, *Obras*, VI, pág. 170.

—HILL <<

[c71] Johnson, como supone Boswell, «una única vez, en el transcurso de su vida, se rebajó a refutar lo que se hubiera escrito en su contra»; [\[véase pág. 288\]](#). En su *Vida de Boerhaave* Johnson dice: «Nunca le agriaron las calumnias y las detracciones, ni pensó que fuera necesario refutarlas, “pues son sólo chispas... que, si no se aventan, se apagan solas”». Swift concurre con esta actitud en sus versos *Sobre la censura*. <<

[c72] «Se asegura que entre noviembre [de 1712] y enero se vendieron 11 000 ejemplares [de *La conducta de los aliados*]... Ahora bien, todo el que examine este panfleto que tantas maravillas ha obrado, y lo haga con la debida frialdad, reconocerá que su eficacia fue debida a las pasiones que desató en sus lectores, ya que opera gracias al mero peso de los hechos, con poca o ninguna aportación de la mano que lo ha escrito» (*Vida de Swift*, págs. 47 y 48). <<

[c73] «Cualquier gran hombre, sea cual fuere su grandeza, tiene entre sus amigos algunos que oficiosamente, o bien con insidia, azuzan su repugnancia, hacen hincapié en sus desaires y estimulan su resentimiento» (Johnson, *Vida de Pope*, pág. 105).

—HILL <<

[c74] En 1769 Boswell escribió a la *London Magazine* una carta que firmó con su propio nombre, en la cual describe el jubileo. Lo acompaña un grabado en el que aparece él mismo tal como se describe más abajo y una crónica escrita sin duda por él. Dice así: «Una de las máscaras más notables en la ocasión fue la del señor James Boswell, con el atuendo de un jefe corso armado. Entró en el anfiteatro a eso de las doce... En el frente del gorro llevaba bordado en oro el lema VIVA LA LIBERTÁ, y en uno de los lados llevaba una bella pluma azul y una escarapela, dándole una apariencia elegante a la par que gallarda... No llevaba máscara que le ocultase el rostro, pues afirmó que no habría sido lo propio en un valiente corso. Nada más entrar en la sala concitó la atención de todos los presentes». <<

[c75] En 1763, por ser autor de *The North Briton*, n.º 45, Wilkes fue detenido «por una orden judicial emitida a favor de cuatro emisarios autorizados a detener a cualquier persona sin nombrarla ni describirla con exactitud, y a prenderla junto con sus papeles». Esa clase de orden judicial fue declarada «inconstitucional, ilegal y absolutamente carente de contenido» por decisión del juez mayor Pratt (lord Camden). *Ann. Reg.*, VI, pág. 145. —HILL <<

[c76] En primavera de este año, en una reunión del electorado de Southwark, se dieron «instrucciones» al señor Thrale y al otro representante de la circunscripción, sir Joseph Mawbey, de las cuales una decía: «Que promuevan ustedes un decreto para abreviar la duración de la legislatura». *Gentleman Magazine*, vol. XXIX, pág. 162. <<

[c77] Esta paradoja la había abordado Johnson veintinueve años antes en su *Vida de sir Francis Drake* (*Obras*, VI, pág. 366). En *Rasselas*, cap. 11, considera esta misma cuestión. Imlac se inclina a concluir que «si nada neutraliza las naturales consecuencias del saber, más dichosos somos cuanto más amplio es el alcance de nuestro entendimiento». Enumera entonces las ventajas que la civilización confiere a los europeos. «Sin duda son felices —repuso el Príncipe— quienes gozan de todas esas comodidades». «Los europeos —respondió Imlac— son menos infelices que nosotros, aunque no son felices. La vida humana es en todas partes una condición en la que mucho se debe soportar y poco se disfruta». En carta a la señora Thrale desde la Isla de Skye, Johnson dice así: «El viajero atraviesa los páramos desiertos, gratificado a veces, aunque sean pocas, con la visión de unas cuantas vacas, y muy de vez en cuando halla un amontonamiento de piedras sueltas y de yerbajos en una cavidad entre las rocas, donde un ser nacido con todas las capacidades que la educación expande, y con todas esas sensaciones que la cultura refina, está condenado a guarecerse del viento y la lluvia. Hay filósofos que tratan de inducirse a creer que ésta es una vida de felicidad, aunque lo creen sólo cuando lo dicen, sin haber tenido jamás una seria convicción». (*Cartas*, n.º 329). —HILL <<

[c78] James Burnet, lord juez del Tribunal Superior de Escocia, con el título de Monboddó. «Era creyente devoto de las virtudes de las épocas heroicas, y estaba convencido del deterioro de la humanidad civilizada, amén de ser gran enemigo de los lujos, al punto que jamás hizo uso de un carruaje». —WALTER SCOTT

En su *Origen del lenguaje*, a la que hace referencia Boswell en su nota siguiente, tras elogiar a Henry Stephen por su *Diccionario de griego*, dice así: «En cambio, compilar un diccionario de una lengua bárbara, como lo son todas las lenguas modernas, en comparación con las lenguas eruditas, es tarea a la que un hombre de verdadero genio, antes de aplicarse, preferiría morir de hambre, que es, se dice, la más cruel de las muertes». En el vol. v, pág. 271, dice: «El doctor Johnson era el hombre más envidioso y malévolo que nunca haya conocido». <<

[c79] «Tenía muchas otras rarezas, para cada una de las cuales aducía sólidas razones filosóficas. Como este humor aún fuese a más en él, dio en llevar turbante en vez de peluca, concluyendo con justicia que un vendaje de tela limpia era mucho más sano y aseado que la redecilla de una peluca, que se ensucia con la perspiración frecuente» (*Spectator*, n.º 576). <<

[c80]

Aunque Artemisa charla, a ratos,
de clásicos, de padres, de ingenios y pelagatos,
y a Malebranche, Boyle y Locke lee con placer,
en unas cuantas cosas me parece que falla;
bien estaría si se cortara las uñas con cizalla,
y llevase un vestido más acorde con su ser.

Pope, *Imitaciones de los poetas ingleses Dorset*, (Obras, xxxvi, pág. 6).

<<

[c81] [[a nota c188, Vol. IV](#)] Lord Auchinleck, según las *Cartas* de Boswell, I, pág. 177; II, pág. 307. —CHAPMAN <<

[c82] El señor Langton se casó el 24 de mayo de 1770 con la viuda del noveno Conde de Rothes. <<

[c83] *Florizel y Perdita* es la versión de Garrick sobre el *Cuento de invierno*, cuyos cinco actos redujo a tres. La idea de la cita es más bien la de «contigo, pan y cebolla».

<<

[c84] Horacio, *Sátiras*, I, 4, 34. <<

[c85] «A este desdichado individuo, expulsado de la sociedad de los hombres por su propia conducta, la escena debió en su día varias piezas de entretenimiento puro y placentero; entre ellas, *Amor en una aldea*, *La doncella del molino*» (Forster, *Goldsmith*, II, pág. 136). «Cuando el señor Bickerstaff se dio a la fuga —dice la señora Piozzi en *Anécdotas*, pág. 168— y así confirmó su culpa, y mi esposo dijo en respuesta al asombro de Johnson que era sospechoso desde mucho tiempo atrás, se lo dijo así: “Quienes miran de cerca el suelo sólo ven la suciedad”. A lo cual la altanera respuesta de Johnson fue: “Espero, señor, que vea yo las cosas desde mayor distancia”». En la *Correspondencia* de Garrick figura una carta lastimera, escrita en pésimo francés desde St. Malo, de puño y letra de Bickerstaff. El propio Garrick anotó al margen: «Del pobre y desdichado Bickerstaff. No pude contestarle». <<

[c86] Posiblemente Reynolds. <<

[c87] «*Caracteres de hombres y mujeres* (1734) es un poema producto de una diligente especulación sobre la vida del ser humano; es mucho el trabajo que le dedicó, y Pope rara vez trabajó en vano... Los *Caracteres de hombres*, sin embargo, están escritos con más profundo entendimiento, y encierran muchos pasajes de exquisita belleza... En la parte dedicada a las mujeres se aprecian algunos defectos». Johnson, *Vida de Pope*, pág. 368. <<

[c88] He aquí una buena muestra de esa reserva que Boswell, en su dedicatoria a sir Joshua Reynolds, dice haber puesto en práctica. En un caso particular había «descubierto que el mundo es un gran bufón», y «por lo tanto, en esta obra he sido más cauto y reservado», aun cuando la reserva sea mínima. Cualquiera aventura, con razón, que «uno de los presentes» es el propio Boswell. —HILL <<

[c89] Sin embargo, en su *Vida de Pope* (pág. 146), Johnson parece ser de la misma opinión que Boswell, ya que al escribir sobre la *Zopenquíada* dice que «el asunto en sí mismo no tenía nada de mayor interés en general, ya que ¿a quién concierne saber que tal o cual escritor era un zopenco?». <<

[c90] El Duque de Buckingham en *Absalón y Aquitofel*, de Dryden. <<

[c91] «Jura por tu misma y noble persona, que es el dios de mi idolatría». *Romeo y Julieta*, acto II, escena 2. Pero era el suyo un dios con el que se tomaba grandes libertades. Así, el 10 de enero de 1776 escribe: «Me he aventurado a montar *Hamlet* con algunas alteraciones. Ha sido la mayor imprudencia de mi vida, pero es que me había jurado que no abandonaré la escena hasta haber rescatado esa noble obra de toda la escoria que comporta el quinto acto. La he montado sin el truco del enterrador y sin el combate de esgrima. La alteración fue recibida con aprobación en general, mucho más allá de mis expectativas». Garrick, *Correspondencia*, II, pág. 126. —HILL

<<

[c92] Esta comparación entre Shakespeare y Congreve se cita seguramente más a menudo que cualquier otro pasaje de la obra de Boswell. Casi con la misma frecuencia la verdadera opinión de Johnson es objeto de malentendidos, aunque bastarán unos pasajes de sus escritos para aclarar en qué consideración tenía a ambos autores. En la *Vida de Congreve*, pág. 34, repite lo que dice aquí: «Si se me requiriese escoger de todo el conjunto de la poesía en lengua inglesa el pasaje más poético, no sé qué podría preferir a una de las exclamaciones de *La novia enlutada*»; sin embargo, de esa misma obra dice: «Contiene más ajeteo que sentimiento; la trama es alambicada, los sucesos se apoderan de la atención, pero salvo en muy contados pasajes más bien nos divierte el ruido y nos deja perplejos la estratagema, en vez de sentirnos así ante la plasmación de los caracteres». En su *Prefacio a Shakespeare*, publicado cuatro años antes de que esta conversación tuviera lugar, prácticamente responde a Garrick anticipándose a él. «Decíase de Eurípides que cada uno de sus versos era un precepto; de Shakespeare se podría decir que de sus obras cabe extraer todo un código de prudencia en lo social y lo económico. Y, sin embargo, su verdadera fuerza no se aprecia en el esplendor de pasajes concretos, sino en el desarrollo de su trama y el tenor de sus diálogos. Aquel que pretenda recomendarlo mediante una selección de citas actuará como el pedante en Hierocles, que mientras tuvo su casa en venta llevaba de muestra un ladrillo en el bolsillo» (Ed. Acantilado, págs. 10-11). Ignorante, en efecto, es quien piense que Johnson era insensible al «genio trascendente e ilimitado de Shakespeare» (*Rambler*, n.º 156). «Quien haya leído a Shakespeare con atención tal vez hallará muy pocas novedades en el ancho y poblado mundo» (dedicatoria del *Shakespeare ilustrado* de la señora Lennox). «Quien no esté aún familiarizado con el talento de Shakespeare, y desee sentir el más elevado placer que pueda proporcionar el teatro, que lea cada obra de la primera a la última escena haciendo caso omiso de todos sus comentaristas. Cuando su atención vuela alto, no permita rebajarse a la corrección o la aclaración de turno» (Ed. Acantilado, págs. 99-100). Y al final del *Prefacio* cita a Dryden: «Shakespeare fue entre todos los poetas modernos, y tal vez también entre los antiguos, quien tuvo un alma más amplia y universal» (*ibid.*, pág. 101). La señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 58) dice que un día «le obligué a elegir entre la descripción de la noche que hace Young y otras muy admiradas de Dryden y Shakespeare». Johnson terminó diciendo: «Young lanza espumarajos, y burbujas, con mucho vigor a veces, pero no debemos comparar, señora, el ruido que hace su tetera al hervir con el rugir de la mar oceánica». <<

[c93] Sucesivamente, *Enrique IV*, acto IV y prólogo; *Romeo y Julieta*, acto IV, escena 3; *El rey Lear*, acto IV, escena 6. —HILL <<

[c94] Posiblemente, Malone. <<

[c95] «Cuando Charles Townshend leyó en parte los *Elementos de critica*, de lord Kames, dijo: “Ésta es la obra de un hombre de escasas entendederas que se ha vuelto caprichoso”, caracterización sumamente precisa de cómo era lord Kames como escritor» (*Boswelliana*, pág. 278). De ella dijo Hume que «partes de la obra son ingeniosas y curiosas, pero es demasiado abstrusa y compacta para gustar al público en general» (J. H. Burton, *Hume*, II, pág. 131). Voltaire también ridiculizó el libro. <<

[c96] Abbé Du Bos, 1670-1742. «*Tous les artistes lisent avec fruit ses. Réflexions sur la poésie, la peinture et la musique. C'est le livre le plus utile qu'on ait jamais écrit sur ces matières chez aucune des nations de l'Europe*» (Voltaire, *Siècle de Louis XIV*, *Œuvres*, XIV, pág. 66).

Dominique Bouhours, 1628-1702. De su *Manière de bien penser sur les ouvrages d'esprit* dice Voltaire que enseña a los jóvenes «à éviter l'enflure, l'obscurité, le recherché, et le faux» (*ibid.*, pág. 44). <<

[c97] En *La falsa alarma*, publicado menos de tres meses después de esta conversación, Johnson describe cómo se llevaba a cabo la recogida de firmas. «El procedimiento es de sobra conocido. Un cargo que ha sido privado de su prebenda regresa a su lugar de origen, refiere a sus amistades que es incapaz de prestarles ningún servicio y comunica a los votantes a qué extremos llegan las corruptelas en que incurre el gobierno. Sus amigos rápidamente comprenden que quien nada gana a cambio nada podrá dar. Acuerdan la convocatoria de una reunión; se sirve comida y bebida en abundancia; con facilidad se congrega el gentío, y quienes piensan que conocen la razón de la reunión se proponen convencer a quienes no la conocen; la cerveza y el clamor ayuntan sus poderes... Se lee la proclama y se aprueba por unanimidad. Quienes aún están sobrios y atinan a escribir, estampan sus firmas; el resto lo haría si pudiera» (*Obras*, IV, pág. 172). No obstante, las peticiones en favor del doctor Dodd fueron rechazadas. Johnson dijo: «A buen seguro que la voz del público, cuando clama tan fuerte y clama misericordia, debe ser escuchada» (Pág. 1060). Walpole, refiriéndose a las numerosas peticiones que se presentaron al Rey durante este año (1769), carga contra «un ejemplo tan incongruente con los principios de la libertad, que apela a la Corona en contra de la Cámara de los Comunes». No pocas peticiones firmadas reclamaban la disolución del Parlamento. <<

[c98] Posiblemente el reverendo B. Lovelling. <<

[c99] Percy escribe que «esta espléndida muestra de poesía heroica había pasado por ser antigua... Hay razones de peso para sospechar que la mayoría de sus donosuras son de moderna creación, y que al menos éstas, si no todas, han manado de la pluma de una dama que ha vivido en este siglo» (*Reliquias*, 1765, II, pág. 87). Se trata de Elizabeth Halket, lady Wardlaw, fallecida en 1727. La balada fue impresa por vez primera en 1719. <<

[c100] En 1674 John Ray publicó *Una colección de palabras inglesas que por lo común no se emplean...* en dos catálogos alfabéticos. Uno corresponde a los condados del norte, otro a los del sur. En 1768 se publicaron en un solo volumen. <<

[c101] «La vida no es sino una sombra que camina, un pobre actor que vacila y flaquea cuando le llega la hora en escena». *Macbeth*, acto v, escena 5. <<

[c102] «La comedia doméstica es a menudo más eficaz en la escena que en la página; la tragedia solemne siempre lo es menos». Johnson, *Prefacio a Shakespeare*, ed. Acantilado, pág. 38. Según Murphy (*Vida*, pág. 145), Johnson menospreciaba así a Garrick y el trabajo en escena: «Lo cierto es que Johnson no era capaz de percibir las pasiones que se suscitaban y se perseguían unas a otras en los variados rasgos de ese rostro expresivísimo, y tampoco en su manera de recitar los versos, que era impresionante, maravillosa, de modo que a las claras mostraba que, a su entender, era en demasía artificioso el tono y la medida de la cadencia en la declamación en escena». —HILL <<

[c103] Véase más adelante, donde Johnson habla del «talento preciso para conversar» que tenía Cibber y dice que «sólo necesitaba la mitad, pues la otra mitad de lo que decía eran juramentos». <<

[c104] El 18 de octubre, un día antes de lo dicho, y no dos, cuatro hombres fueron ahorcados en Tyburn [en lo que hoy es prácticamente el mismo sitio en que se levanta Marble Arch] por haber cometido robos en diligencias (*Gent. Mag.*, vol. xxxix, pág. 508). En *El hipocondríaco* (n.º 68, de la *London Mag.* de 1783, pág. 203), Boswell vuelve a publicar una carta escrita el 26 de abril de 1768 al *Public Advertiser*, tras presenciar la ejecución de un abogado llamado Gibbon y de un joven bandolero. «Debo confesar que jamás me ausento de una pública ejecución... Al principio me espeluznaba presenciarlas. Me causaban una intensa revulsión la piedad y el terror, y pasaba luego varios días, y noches sobre todo, sumido en un ánimo penoso. No obstante, insistí en asistir a las ejecuciones, y poco a poco menguó mi sensibilidad, de modo que ahora puedo presenciarlas sin perder la compostura... Puedo explicar esta curiosidad en términos filosóficos si considero que la muerte es el objeto más espantoso que se presenta a la contemplación de cualquier hombre, de todo el que dirija sus pensamientos con seriedad hacia el futuro... Por tanto, siento una apetencia irrefrenable de estar presente en cualquier ejecución, ya que en ellas contemplo los diversos efectos que causa la inminencia de la muerte». Sostiene que «la curiosidad que impulsa a las personas a estar presentes en escenas tan estremecedoras es sin duda prueba de su sensibilidad, no de indiferencia. Es de reseñar que la mayoría de los asistentes son del género femenino». Boswell incluso indujo a sir Joshua Reynolds a presenciar la ejecución de un antiguo criado de la señora Thrale. —HILL

<<

[c105] Durante una grave enfermedad, Johnson escribió así a la señora Thrale: «Cuando se siente uno inclinado a quejarse de la poca atención que se le depara, más le valdría reflexionar sobre lo poco que contribuye a la felicidad ajena, y el poco sufrimiento que le causan los dolores de los demás. Tal vez no sea de lamentar que esas cuitas y solicitudes no sean largas ni frecuentes, pues por fuerza han de ser vanas; tampoco podemos extrañarnos de que, en un estado en el que todos hemos de sufrir nuestros males, pocos tengan tiempo para los ajenos». *Cartas*, n.º 204. <<

[c106] En 1766, Foote perdió una pierna al caerse de un caballo demasiado brioso, en el que montó a resultas de una broma. Más que una nota al pie, ésta es una nota a la pierna entera. <<

[c107] «Le había abordado de manera sumamente grosera una mujer de la calle. Tras alejarla de un golpe, se vio cercado por tres matones. Echó a correr con mucho miedo, pues era un hombre timorato. En la persecución, acuchilló a dos de sus asaltantes con una pequeña navaja que llevaba en el bolsillo. Garrick y Beauclerk dieron testimonio de que en el extranjero todo el mundo llevaba una navaja como ésta, ya que en las posadas sólo se proporcionaba tenedor. “Cuando viaja usted al extranjero, ¿lleva encima una navaja como ésta?”, preguntó el fiscal a Garrick. “Sí —respondió—, pues de lo contrario me quedaría sin vituallas”». *El doctor Johnson: sus amigos y sus críticos*, pág. 288. He extraído de las actas judiciales de 1769, pág. 431, los siguientes testimonios sobre el carácter de Baretti: «SIR JOSHUA REYNOLDS: Conozco al señor Baretti desde hace quince o dieciséis años. Es un hombre de una gran humanidad, y muy activo en sus esfuerzos por ayudar a sus amigos. Es un caballero de buen natural; que yo sepa, nunca ha tenido una trifulca. Es sobrio por disposición... Este incidente se produjo en una noche de reunión de los reales académicos. Esperábamos su asistencia, y preguntamos por él antes de saber lo ocurrido». «DOCTOR JOHNSON: Creo que comencé a tratar al señor Baretti en el año 53 o 54. He tenido íntima amistad con él. Es un hombre de letras, muy estudioso y de gran diligencia. Se gana la vida con sus estudios. No tengo motivos para pensar que jamás le haya trastornado el licor. Es un hombre al que siempre he tenido por persona apacible, y que me parece bastante timorato y nada bravucón». «PREGUNTA: ¿Tenía adicción a tomar mujeres por la calle?». «DR. J.: Que yo sepa, nunca». «PREGUNTA: ¿Qué tal vista tiene?». «DR. J.: Ahora mismo no me ve, ni yo a él. No le creo capaz de haber asaltado a nadie en plena calle sin mediar una grave provocación». «EDMUND BURKE: Lo conozco desde hace tres o cuatro años; es un hombre ingenioso, de notable humanidad, y de muy buen conformar en todo». «DAVID GARRICK: Nunca he conocido a un hombre cuya benevolencia fuera más activa... Es hombre de gran probidad moral». «DOCTOR GOLDSMITH: He tenido el honor de recibir al señor Baretti en mis aposentos del Temple. Es un hombre sumamente humano, benévolo, pacífico». También Fitzherbert y el doctor Hallifax prestaron testimonio. Es curioso que Boswell no haga mención de Reynolds ni de Goldsmith entre los testigos. Los avalistas de Baretti ante lord Mansfield fueron Burke, Garrick, Reynolds y Fitzherbert. La señora Piozzi relata las siguientes anécdotas de Baretti: «Cuando Johnson y Burke fueron a visitarlo a la cárcel de Newgate, poco consuelo pudieron darle, y tampoco alimentaron mucho sus esperanzas. “¿Por qué, qué podría temer —dijo Baretti colocándose entre ambos— quien sostiene dos manos como las que yo sostengo?”. Un italiano fue a ver a Baretti, estando éste en Newgate acusado de asesinato, y le pidió una carta de recomendación. “Mentecato —respondió Baretti

muy encolerizado—, si estuviera yo en mi residencia lo arrojaba ahora mismo a patadas por las escaleras”». El doctor T. Campbell, en su *Diario* (*Johnson Miscellanies*, II, pág. 44, ed. de HILL), escribió el 1 de abril de 1775 que «Boswell y Baretti... según supe... son enemigos mortales, tanto que Murphy y la señora Thrale reconocieron que Boswell había expresado su deseo de que Baretti fuese condenado a la horca por el desafortunado episodio en que mató a un hombre». —HILL <<

[c108] Lord Auchinleck. <<

[c109] Idéntico dicho se recoge más adelante, en pág. 1667, así como en el *Diario de un viaje a las Hébridas*, 5 de octubre. Goldsmith dijo en su día algo semejante: «No es posible discutir con un hombre así, pues, al igual que el caballo del tártaro, si no conquista a la carga, su cox por detrás resulta fatal» (*Monthly Magazine*, 1793, vol. XXIV, pág. 261). «En cualquier discusión —escribió Reynolds—, no se tomaba la molestia de andarse con circunlocuciones, sino que se oponía frontal y directamente a su adversario. Peleaba con armas de toda clase, con comparaciones ridículas, con símiles, y cuando esto fallara recurría a la rudeza y al sesgo autoritario. Le parecía imprescindible no salir vencido en la discusión. Tenía una virtud que me parece una de las más difíciles de ejercer. Tras una acalorada disputa, caso de tener conocimiento de que su adversario se había resentido de su rudeza, era el primero en buscar la reconciliación... Es fácil creer que no buscaba la victoria con tal denuedo ante sus íntimos, en conversaciones cara a cara en las que no hubiera testigos. De haberse conducido con ellos igual que en público, sus amigos nunca habrían tenido el amor y el afecto que todos sienten y profesan por su memoria» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, págs. 457, 462). <<

[c110] El propio Bozzy, según la señora Piozzi. <<

[c111] Cuando estuvo en Escocia nunca entró en una iglesia. «No sancionaré con mi presencia una congregación presbiteriana», dijo. Estando en Francia, acudió a los servicios de una iglesia católica. —HILL <<

[c112] La frase está tomada de Shakespeare, *Dos caballeros de Verona*, acto III, escena I. <<

[c113] La señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 97) refiere que un día en Streatham, «cuando estaba meditabundo ante el fuego de la chimenea... un joven caballero se le acercó de repente y, supongo que sin el debido respeto, le interpeló así: “Señor Johnson, ¿usted me aconsejaría que me case?”. “Yo a nadie aconsejaría que se case, señor mío —respondió en tono muy colérico—, si no va a saber propagar el entendimiento”, y salió de la sala. Nuestro invitado pareció muy confuso, y creo que apenas había recobrado la conciencia de su propia existencia cuando Johnson regresó, y acercando su silla a donde estábamos, con actitud distinta y la voz más ponderada, se sumó a la charla general, que de manera inconsciente derivó hacia el asunto del matrimonio, sobre el cual hizo una disertación tan útil, tan elegante, tan fundamentada en el verdadero saber de la vida humana, y tan adornada de bellos sentimientos, que nadie recordó la ofensa, si no fue para regocijarse de sus consecuencias». —HILL <<

[c114] «*La falsa alarma*, su primer panfleto de carácter político y el que más apreciaba de los suyos, lo escribió en nuestra casa entre las ocho de la noche de un miércoles y las doce de la noche del jueves; se lo leímos al señor Thrale cuando volvió a hora muy avanzada de la Cámara de los Comunes». Piozzi, *Anécdotas*, pág. 41. En cuanto a *El patriota*, Johnson dice que se lo pidieron un viernes y estaba listo el sábado. <<

[c115] Wilkes fue elegido miembro del Parlamento por Middlesex en las elecciones generales de marzo de 1768. No ocupó su escaño, pues fue encarcelado antes de constituirse el Parlamento. En febrero de 1769 fue declarado no apto para formar parte del mismo. Días después volvió a ser elegido sin oposición, pero su elección volvió a quedar anulada. El 13 de abril volvió a ser elegido por 1143 votos frente a los 296 que cosechó su oponente, el coronel Luttrell. Su elección volvió a ser anulada. El 15, Luttrell fue nombrado miembro del Parlamento. *Parl. Hist.*, XVI, pág 437. —HILL <<

[c116] Forster, en *Goldsmith* (II, 388), pone de manifiesto cuán leve fue este cambio. Menciona un «memorial en favor del menos válido de los partisanos a destajo, Shebbeare..., que le permitió la obtención de una pensión de doscientas libras anuales. Lo firman quince miembros de la Cámara de los Comunes, en solicitud de una pensión que “le permita seguir acometiendo esa laudatoria inclinación que tiene a la hora de manifestarse con celo al servicio de Su Majestad y el gobierno”; dicho de otro modo, permite que un bribón reciba un soborno por respaldar a una administración corrupta». Walpole, en 1757 (*Cartas*, IV, pág. 26), dijo de Shebbeare que era una persona «que había tomado la piadosa resolución de hallar a fuerza de escribir un sitio en la picota», pero que «falló en ambos empeños». En una nota añadió que «logró hacerse un sitio en la picota antes de que terminase el reinado, y una pensión al comienzo del siguiente, aunque por el mismo mérito en ambos casos, escribir en contra del rey Guillermo y de la Revolución». —HILL <<

[c117] Stockdale, que nació en 1730 y murió en 1811, escribió unas *Memorias*, un libro largo y tedioso que contiene sin embargo algunas anécdotas interesantes sobre Johnson. Se consideraba maltratado por los editores, sobre todo cuando prescindieron de él y optaron por Johnson para editar las *Vidas de los poetas*. Tuvo vivienda tanto en Johnson's Court como en Bolt Court, pero nunca vio con buenos ojos a su vecino. Johnson, en su *Vida de Waller* (pág. 61), cita la vida que escribió Stockdale del poeta y dice de él que fue «su último biógrafo ingenioso». D'Israeli, en *Calamidades de los autores*, señala que «el librero Flexney se quejaba de que siempre que este poeta acudía a la ciudad a él le costaba veinte libras. Stockdale le llevaba lo que deseaba, y Flexney se encontraba con el artífice, pero nunca con la obra». —HILL <<

[c118] «Creo que la mayoría de los hombres podría repasar la vida que ha transcurrido al alcance de su observación sin recordar un solo ejemplo de resolución eficaz, o sin ser capaz de aducir una sola muestra de una práctica súbitamente transformada a raíz de un cambio de opinión o de una determinación en firme» (*Idler*, n.º 27). <<

[c119] En 1767, Farmer publicó su *Ensayo sobre el saber de Shakespeare*, en el que quiso demostrar que el conocimiento que tenía Shakespeare de los clásicos lo adquirió sobre todo mediante traducciones. <<

[c120] Johnson había sufrido mucho de reumatismo y de otros trastornos durante todo el año. El 14 de abril señala «espasmos estomacales que me han traído a mal traer durante años, y que en los dos últimos me han acosado hasta casi sacarme de quicio». Por Pascua, gracias a los potentes remedios aplicados, estaba mucho mejor. «Muchos dolores tengo, aunque muchos tal vez tengan padecimientos mayores, faltos además de alimentos, de calor, de cobijo, por más que mis cuitas se me antojen enojosas con todas las comodidades que la riqueza y la bondad me permiten disfrutar». (Se hallaba alojado en casa del señor Thrale). *Plegarias y meditaciones*, pág. 85. <<

[c121] «Pontificum libros, annosa volumina vatum, | dictitet Albano Musas in monte locutas». [«Los libros de los pontífices y los añosos rollos de los vates»]. Horacio, Epístolas, II, I, 26. El Monte Albano es equiparable al Parnaso griego. <<

[c122] «Hablar en público, meditar en soledad, leer y oír, inquirir y dar respuesta a las preguntas, son los cometidos del erudito» (*Rasselas*, cap. 8). La señorita Burney comenta una curiosa muestra de consulta por correo. La carta llegó «de las islas Orcadas, y el franqueo costó al doctor Johnson un chelín y seis peniques». El autor de la misma, un clérigo, dice que «faena a despecho de un peculiar infortunio, del cual no atina a dar explicación, y es que si bien muy a menudo escribe cartas a sus amigos y conocidos, rara vez tiene respuesta; encarece por tanto al doctor Johnson que lo tome en consideración y le explique a qué extraña causa cabe atribuir tal cosa» (madame d'Arblay, *Diario*, II, pág. 96). —HILL <<

[c123] «Se ha indagado cómo pasaba [Swift] el resto de su tiempo, cómo empleaba sus horas de estudio, con curiosidad no satisfecha, pues ¿quién podría dar cuenta del estudio ajeno? No es probable que Swift reconociera tales intimidades con sus allegados, ni que diera una pormenorizada relación de sus ocios o sus negocios» (Johnson, *Vida de Swift*, pág. 69). —HILL <<

[c124] En su *Inspección del sur de Irlanda*, ed. de 1777, T. Campbell dice que «por un artículo del código penal, si un papista posee un caballo que valga cincuenta, o quinientas libras, un propietario protestante puede comprárselo pagando cinco».

—HILL <<

[c125] En 1753, Jonas Hanway publicó una *Relación histórica del comercio británico en el mar Caspio, con un diario de sus viajes de Londres a Rusia y Persia*, en cuatro volúmenes. En 1756 publicó un *Diario de ocho días de viaje desde Portsmouth hasta Kingston upon Thames, con pensamientos misceláneos, etc.*, al cual se añade un ensayo sobre el té. <<

[c126] «Fue llevado al paraíso, donde oyó palabras secretas que el hombre no puede decir». 2 Corintios, 12, 4. <<

[c127] Stockdale informó a Johnson de que Pope en su día había dicho a Lyttelton que la razón por la cual no tradujo a Homero en verso blanco era que «más fácilmente lo podía poner en verso rimado». «Señor —replicó Johnson—, cuando Pope dijo eso, sabía que estaba mintiendo» (Stockdale, *Memorias*, II, pág. 44). En la *Vida de Somerville* (pág. 8), Johnson dice que «si el verso blanco no es tumefacto y henchido, es prosa que cojea». <<

[c128] La primera de las falsificaciones de Macpherson fue *Fragmentos de poesía antigua recopilados en las Tierras Altas*, Edimburgo, 1760. En 1762, publicó en Londres, *Fingal, antiguo poema épico en seis libros, junto con algunos otros poemas, compuestos por Osián, hijo de Fingal*. <<

[c129] Hannah More acompañó al doctor Kennicott en la hora de su muerte. «Así terminó una vida —escribió en sus *Memorias*, I, pág. 289— cuyos últimos treinta años dedicó honorablemente a cotejar las Sagradas Escrituras en hebreo». <<

[c130] «Sólo en la juventud viven infelices los mortales; ay, empero, es fugaz la dicha poderosa, | llega la enfermedad incolora, las cuitas y el ansia | y llega la edad, y la inexorable condena de la muerte». *Geórgicas*, III, 66. En la primera edición, aquí terminaba la *Collectanea del doctor Maxwell*. Todo lo que sigue fue incluido en la segunda edición. <<

[c131] *Una estimación de los modales y principios de la época* (1757). «Se publicó entonces la *Estimación* de Brown, un libro que hoy sólo se recuerda en las alusiones de Cowper [*Charlas de sobremesa*] y en las *Cartas sobre una paz regicida*, de Burke. Fue leído y admirado universalmente. El autor convenció a sus lectores de que eran un hatajo de cobardes y bribones, de que nada podría salvarlos, de que estaban a punto de caer esclavos de sus enemigos, de que los ricos se merecían ese destino» (Macaulay, *Ensayos de historia*, «Pitt», 1923, pág. 258). Brown escribió dos tragedias, *Barbarroja* y *Athelstan*, que Garrick estrenó en Drury Lane. <<

[c132] Juvenal, *Sátiras*, I, III, 2. «Sin embargo, pensándolo con más calma, le alabo el gusto» (Johnson, *Londres*, 3). <<

[c133] Efesios, 6, 12. Johnson (*Obras*, VI, pág. 198) tacha a Junius de «uno de los contados escritores de esta despreciable facción, cuyo nombre no deshonra la página escrita por un adversario», aunque termina diciendo así: «Y, como dice Pope, ¿quién ha de ser sacerdote, allí donde el simio es dios? ¿Y quién será la bestia de carga de esa comitiva que encabezan Wilkes y Crosby, Sawbridge y Townsend?» (pág. 206).

<<

[c134] Boswell, sospecho, cita este pasaje de oídas, ya que el original dice: «De haber podido hacerse con el dinero, podría haberlo contado» (pág. 68). En el British Museum hay ejemplares de la primera edición tanto morigerados como en crudo.

—HILL <<

[c135] Boswell se casó con su prima, Margaret Montgomerie, el 25 de noviembre de 1769, en la misma fecha en que su padre contrajo matrimonio en segundas nupcias. Más que una coincidencia, es buena muestra de las relaciones que tenían padre e hijo. En su *Carta al pueblo de Escocia* (1785, pág. 55), Boswell describe a su esposa como «una Montgomerie de pura cepa, a la que aprecio y amo, tras quince años juntos, como el día en que me otorgó su mano». <<

[c136] «*Musis amicus, tristitiam et metus Tradam*». [«Mientras goce de la amistad de la musa, ni el miedo ni la pena han de alterar mi descanso; lleváosla, vientos veloces, y ahogadlos en el mar de Creta»]. (Horacio, *Odas*, I, 26, 1). <<

[c137] Horacio, *Odas*, I, pág. 22, 5. <<

[c138] Juan, 15, 24. <<

[c139] La petición fue desestimada por 217 votos en contra y 71 a favor (*Parl. Hist.*, xvii, pág. 245-297). Gibbon, en una carta del 8 de febrero de 1772, dos días después de la votación (*Obras misceláneas*, II, pág. 74), felicita a Holroyd «por la reciente victoria de nuestra querida mamá, la Iglesia anglicana. El pasado jueves tuvo a 71 hijos rebeldes, que quisieron despreciar su voluntad aduciendo una locura pasajera, pero encontró a 217 valiosos adalides encabezados por lord North, Burke y Charles Fox, si bien reconocieron que las treinta y nueve cláusulas de su testamento eran absurdas e irracionales, a pesar de lo cual respaldaron su validez con humor infinito. Por cierto, Charles Fox se preparó para esa guerra santa pasando veintidós horas dedicado al piadoso ejercicio del azar; su devoción le vino a costar sólo unas 500 libras a la hora; en total, unas 11 000». —HILL <<

[c140] El doctor Nowell (pág. 1689) había predicado en este año el sermón de ayuno ante la Cámara de los Comunes el 30 de enero, aniversario de la ejecución de Carlos I, y había recibido el unánime agradecimiento al uso. El 25 de febrero se ordenó que ese voto de agradecimiento fuese a criterio de cada parlamentario. A la publicación de dicho sermón se vio que Nowell había afirmado que Jorge III estaba dotado de idénticas virtudes que Carlos I, y que los parlamentarios eran descendientes de quienes se opusieron a aquel monarca. El 2 de marzo, Montague presentó una moción para abolir el ayuno conmemorativo, que fue rechazada por 125 a 97 votos. El ayuno sólo se abolió en 1859, pasados trece años del siglo que Johnson había calculado natural. —HILL <<

[c141] El siguiente extracto de la *Gent. Mag.* de febrero de 1772, pág. 92, tal vez aclare el sentido de las palabras de Johnson: «Según quienes se oponen a la ley, esto equivale a poner en poder del Rey el orden sucesorio, ya que bien podría impedir, si así lo quisiera, que las ramas mayores de su familia contrajeran matrimonio, y de ese modo podría dejar la sucesión en manos de las más jóvenes. Sea como sea, ¿no equivale a convertir la sagrada institución del matrimonio en un mero contrato estatal?» Walpole (*Memorias del reinado de Jorge III*, I, pág. 37) reseña que «en un plazo de tres semanas se afirmaron los treinta y nueve artículos y se renunció al Nuevo Testamento». <<

[c142] Lord Cullen, *Boswell Papers*, IX, pág. 253. <<

[c143] Lady Emily Hervey. —SEÑORA PIOZZI <<

[c144] «El príncipe de los pintores dublinese», según Swift (*Obras completas*, ed. de 1824, xviii, pág. 83). Foote lo puso en solfa con el sobrenombre de «Pedro Párrafo» en *The Orators*, la misma pieza en la que quiso poner en solfa a Johnson (véase pág. 553). «Faulkner se consoló, pendiente del juicio por difamación, pirateando el libelo y vendiéndolo a su antojo» (Forster, *Goldsmith*, I, pág. 287). —HILL <<

[c145] Un anónimo en la *Monthly Review*, vol. LXXVI, pág. 374 (sin duda Murphy) dice así: «Buen número de amigos, como Johnson, Burke, Murphy y otros, cenaron en casa de Garrick en Navidad de 1760. Foote estaba entonces en Dublín. En la mesa se dijo que lo había azotado a fustazos un boticario por mofarse de él en la escena». «Me pregunto —dijo Garrick— que pueda alguien tener tanto resentimiento contra Foote... En Londres, nadie pensó jamás que valiera la pena reñir con él». «Yo me alegro —apostilló Johnson— de que le vaya así de bien por el mundo». La anécdota llegó a oídos de Foote, quien aseguró que iba a poner en solfa al Calibán de la literatura. Informado de sus planes, Johnson avisó a Foote de que como el teatro tenía por intención la reforma de los vicios, pasaría del palco al escenario y le corregiría en público. Foote renunció a sus planes. No hubo malestar entre ambos. —HILL <<

[c146] Olof von Daline, 1708-1763, uno de los padres de la moderna literatura sueca. Su historia, *Svea rikes historia*, se publicó en 1747-1760. <<

[c147] Puffendorf sostiene que «tutores y maestros de escuela tienen derecho al uso moderado de una amable disciplina sobre sus discípulos», y añade de manera un tanto superflua «el *caveat* de Grotius, a saber, que no se amplíe hasta el poder de causar la muerte». —CROKER <<

[c148] Lord Campbell (*Vidas de los Cancilleres*, v, pág. 449) señala que esta conversación tuvo lugar poco después de la designación «del incompetente Bathurst» como canciller. Y añade que «no habría tenido lugar siendo cancilleres lord Hardwicke o lord Somers». —HILL <<

[c149] «Eso es villanía, y demuestra penosa ambición en el memo que lo emplea»
(*Hamlet*, acto III, escena 2). <<

[c150] Henry Dundas, más adelante Vizconde de Melville. Boswell escribió a Temple el 22 de mayo de 1775: «Harry Dundas va a ser nombrado abogado del Rey... ¡Lord abogado del Rey a los treinta y tres años! No puedo por menos que montar en cólera y sentir cierto temor. No cabe duda de que tiene grandes facultades, pero es un perro sin adiestrar, analfabeto, hosco» (*Cartas*, n.º 142, I, pág. 225). Walpole dice que es «el más apestoso de los escoceses, aborrecible además por el sanguinario discurso que le valió el sobrenombre de “Hambruna”» (*Memorias del reinado de Jorge III*, II, pág. 479). Y añade: «El término *hambruna* [*starvation*], de feliz acuñación, libró a todo un continente de las harpías del norte que se habían propuesto devorarlo». <<

[c151] En el *Plan del Diccionario* Johnson en efecto señala las distintas pronunciaciones posibles con gran detalle, admitiendo todas ellas por igual. «Las vocales... se pronuncian de un modo caprichoso y con gran diversidad, sea por accidente o por afectación, no sólo en cada provincia, sino también en boca de cada hablante», y aduce por ejemplo que Swift rima *great* de un modo y de otro en un marco de menos de diez versos. <<

[c152] Al doctor Henry More, de Cambridge, no le tenía Johnson en mucha estima. Era platónico y, para Johnson, visionario. A menudo lo citaba antes de echarse a reír: «En la consumación de todas las cosas ha de darse el caso de que la eternidad estreche la mano de la opacidad» (Hawkins, *Johnson*, pág. 543). <<

[c153] Lá crónica del juicio se titula «La gran cuestión de religión considerada a fondo. Si hemos de obedecer a Dios o al hombre, a Cristo o al Papa, a los profetas y apóstoles o a los prelados y sacerdotes. Humildemente presentada al Rey y al Parlamento de Gran Bretaña por E. Elwall. Con una crónica del juicio del autor en los tribunales de Stafford, en presencia del juez Denton. Londres». Sin fecha. Parece ser que Elwall era un cuáquero de la fe unitaria. Fue denunciado por publicar un libro contra la doctrina de la Trinidad, pero declarado inocente, escribe, y tratado por el juez con gran humanidad. Priestley recibió una relación del juicio gracias a un caballero que estuvo presente, y que describió a Elwall diciendo que era «un hombre de gran estatura, cabellos blancos, luenga barba y ropas holgadas, que inspiraba un gran respeto. Habló durante una hora con gravedad, fluidez y gran presencia de ánimo». El juicio tuvo lugar en 1726. «Es imposible —añade Priestley (*Obras*, ed. de 1831, II, pág. 417)— que una persona libre de prejuicios lea el relato que hace Elwall de su juicio sin sentir la mayor de las veneraciones por él». Lo cierto es que Elwall habló con la convicción de los primeros cuáqueros. Nunca fue miembro de la Sociedad de los Amigos; parece haber sido un baptista de la Iglesia del Séptimo Día. Era comerciante de alimentos. —HILL <<

[c154] «La vida del doctor Parnell es tarea a la que de muy buena gana renunciaría, ya que la ha escrito Goldsmith hace poco, y es un hombre de capacidad tan variada, con tan feliz resolución que siempre parecía el mejor en lo que estuviera haciendo... Lo que ya está contado, ¿quién querrá contarlo de nuevo? He hecho un resumen de su larga crónica, y me alegro de que ello me preste ocasión de rendir homenaje a la memoria de Goldsmith» (Johnson, *Vida de Parnell*, págs. 1, 2). —HILL <<

[c155] Fue Luis XIV quien dijo que «Toutes les fois que je donne une place vacante, je fais cent mécontents et un ingrat» (Voltaire, *Siècle de Louis XIV*, cap. 26). «Cuando otorgo un puesto —dijo Luis XIV—, a cien dejo descontentos y a uno ingrato» (Johnson, *Vida de Swift*, pág. 51). Sobre esta idea diserta Johnson en *Rasselas*, cap. 27. <<

[c156] Según escribe Walpole (*Cartas*, VIII, pág. 313) el 9 de julio de 1773, «el Panteón sigue siendo el edificio más bello de toda Inglaterra». Dos meses antes de que Johnson lo visitara, Gibbon señala que «el Panteón, en cuanto al tedio y la magnificencia, es la maravilla del siglo XVIII y del Imperio Británico» (*Miscelánea*, II, pág. 74). Evelina, en la novela de la señorita Burney, compara el Panteón con Ranelagh: «Me asombró mucho la belleza del edificio, muy superior a todo lo que había imaginado. Sin embargo, tiene más la apariencia de una capilla que de un templo de la diversión, y aunque me encantó la magnificencia de la sala, me pareció que allí no me sentiría tan contenta y despreocupada como en Ranelagh, pues hay allí algo que mueve a la reverencia y la solemnidad, más que al alborozo y al placer». Ranelagh estaba en Chelsea, el Panteón en Oxford Street. Se inauguró en enero de este año. <<

[c157] A su marido, el señor Godfrey Bosville, Boswell (pág. 1389) lo llama «mi superior en el condado de York». La hija de ambos fue una de las jóvenes a las que Boswell pasa revista en sus cartas a Temple con intenciones casaderas, «pero me temo que, como mi suerte no está echada en Escocia, esa belleza no se dará por contenta. Además, es de talante grave. Veremos» (*Cartas*, n.º 56). La dama casó con sir A. Macdonald, el poco hospitalario huésped de Johnson en la Isla de Skye (*Diario de un viaje a las Hébridas*, 2 de septiembre). <<

[c158] James Elphinston, según Croker. <<

[c159] En el *Diccionario* define *abyecto* [*heinous*] como ‘atroz, perverso en grado máximo’. <<

[c160] Efesios, 5, 5. <<

[c161] La definición de *putaño* [*whoremonger*] en el *Diccionario* es ‘el que tiene comercio con una fornicatriz’. <<

[c162] Johnson había llamado a Churchill «majadero». «He señalado —dijo la señorita Reynolds— que su desagrado ante quien fuera rara vez le incitaba a decir más que tal o cual individuo era un majadero o, a lo sumo, un mentecato» (Croker, *Boswell*, v, pág. 394). También Goldsmith llamó mentecato a Sterne; no se equivoca Forster (*Vida de Goldsmith*, I, pág. 260) al decir que este pasaje de *El ciudadano del mundo* hace alusión al autor de *Tristram Shandy*: «En Inglaterra, si un mentecato deslenguado se hace sitio en la comunidad, hace reír a carcajadas a todos los presentes; no escapará del oprobio así que busque refugio en la nobleza». —HILL <<

[c163] Dice Hannah More en 1780 (*Memorias*, I, pág. 168) que «nunca vi a Johnson de veras enojado conmigo más que una sola vez. Aludí... a un ingenioso pasaje de *Tom Jones*, a lo cual repuso: “Me pasma oírle a usted citar un libro tan pernicioso. Lamento que lo haya leído: es la suya una confesión que ninguna dama modesta debiera hacer jamás. No conozco yo una obra tan corrupta como ésta.” (...) Llegó al extremo de negarle a Fielding el gran talento que se le atribuye, y estalló en un panegírico de su gran competidor [en el arte de la novela], Richardson, del cual dijo que era muy superior por talento y por virtud, y al cual llamó el mayor de los genios que se había hecho un sitio con luz propia por esa senda de la literatura». Sin embargo, en su prefacio a *Evelina*, la señorita Burney se manifiesta «entusiasmada con el ingenio de Fielding y el humor de Smollett». Resulta extraño que si Johnson condenaba a Fielding, hubiera revisado el epitafio de Smollett «con dedicación ardiente y honradez liberal» (al decir de Boswell, en el *Diario de un viaje a las Hébridas*). Macaulay, en su *Discurso sobre el derecho de propiedad intelectual* (*Discursos*, 1854, pág. 241), dijo de las novelas de Richardson que «ningún otro escritor ha hecho tanto por enaltecer la fama del genio inglés en tierras extranjeras. Nadie escribe con tanto patetismo. Nadie, salvo Shakespeare, manifiesta un conocimiento más profundo del corazón humano». Walpole (*Cartas*, VI, pág. 163) dijo de Richardson que «escribía lamentos [refiriéndose a *Clarissa* y a *Sir Charles Grandison*] que son retratos de la vida de buen tono tal como los concebiría un librero, y romances tal como los espiritualizaría un predicador metodista». Lord Chesterfield tampoco tenía en gran estima a Richardson. No deja de ser curioso que Hill silencie una nota de Burney, en la que éste atribuye la severidad de Johnson hacia Fielding no a su estilo, sino a su vida licenciosa, y al libertinaje de sus personajes masculinos. Sus novelas, así pues, eran entretenimiento apto para hombres, no para mujeres. <<

[c164] Boswell (*Cartas*, n.º 277), el 21 de junio de 1790 describió a Temple los insultos de ese «individuo brutal», lord Lonsdale; sigue diciendo: «Presa de la vacilación empleé palabras que lo irritaron hasta enfurecerlo, de modo que recurrió a tales expresiones que, de acuerdo con las leyes irracionales del honor, sancionadas por el mundo, debiera haberme visto en la necesidad de arriesgar mi vida, caso de no mediar una explicación en ese momento». En noviembre de 1785 Boswell estuvo dispuesto a batirse en duelo con lord Macdonald, debido a unos comentarios despectivos que éste hiciera con respecto a ciertos pasajes del *Diario de un viaje a las Hébridas*. El primogénito de Boswell, sir Alexander Boswell, perdió la vida en un duelo. <<

[c165] «*Idem velle atque idem nolle, ea demum firma amicitia est*». Salustio, *Catilina*, pág. 4. [«Desear y rechazar las mismas cosas, en eso consiste la verdadera amistad»].
<<

[c166] Más de una conjetura se ha aventurado respecto al pasaje al que Johnson se podía referir. Yo creo que pensaba en estos versos:

*Et variis albae iunguntur saepe columbae,
Et niger a viridi turtur amatur ave.*

(*Safo a Faón*, v. 37). [«Palomas y pichones de distintos tonos se unen y el negro reluciente se empareja con el blanco resplandor», según la traducción de Pope].

Goldsmith había dicho que, para vivir en amistad, las personas han de compartir los mismos gustos y rechazos. Johnson así invoca a Safo, quien había demostrado que el amor puede existir allí donde es escasa la semejanza. —HILL <<

[c167] Hebreos, 2, 10. <<

[c168] En la *Vida de Swift*, págs. 112-114, Johnson dice que «a Swift le deleitaba más que nada la sencillez. No es cierto que en su obra no haya metáforas, al contrario de lo que se ha dicho, si bien sus muy contadas metáforas parecen recibidas más por necesidad que por antojo. Estudió a fondo la pureza... Su estilo estaba bien adaptado a sus pensamientos... No rinde pleitesía a las pasiones; no suscita ni sorpresa ni admiración; siempre se entiende tal como siempre lo entiende el lector; quien lea a Swift apenas requiere conocimientos previos, pues le basta con estar familiarizado con palabras y cosas corrientes... [Su estilo] instruye, pero no persuade». Para Hume, el estilo de Swift «merece aprobación, pero no suscita admiración. Carece de armonía, de elocuencia, de ornato, y tampoco anda holgado de excesiva corrección, por mucho que imaginen los ingleses lo contrario» (J. H. Burton, *Hume*, II, pág. 413).

<<

[c169] N.º 150. La cita es de Francis Osborne, *Consejo a un hijo*. Swift, en el *Tatler*, n.º 230, sitúa a Osborne junto con otros autores que «siendo hombres de la corte afectan las frases de moda, y a menudo o no se les entiende o parecen ridículos».

—HILL <<

[c170] Los asteriscos parecen hacer referencia a Beattie y Robertson, como dedujo Croker; en la primera edición, en vez de los asteriscos aparecen «el moralista» y «el historiador». —HILL <<

[c171] El «amigo» de Boswell era probablemente su hermano David, que había vivido largos años en Valencia. <<

[c172] «Quien es templado en los placeres legales nunca caerá en la tentación de los ilegales». <<

[c173] «La ley no admite grados». <<

[c174] En esta época no había en Escocia tribunales que juzgaran en materia de derecho civil. Esta carencia estaba compensada, hasta cierto punto, por un Tribunal Supremo, formado por no menos de quince jueces, que formaban una suerte de jurado, y que como tal eran tratados. La mayoría de los trámites se despachaban por escrito. <<

[c175] «Dar a cada cual lo que le es debido». Justiniano, *Institutiones* I, I, I, <<

[c176] El *Ensayo sobre la verdad* se publicó en mayo de 1770. En 1772 iba por la cuarta edición, y se había traducido al francés, holandés y alemán. El doctor Johnson extrajo una cómica respuesta de Goldsmith cuando pareció quejoso por el éxito del libro de Beattie. «Cuánto follón por un hombre que ha escrito un libro, cuando yo he escrito muchos», dijo (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 179). Y Goldsmith repuso que era por ser mucho más caro que los suyos. <<

[c177] «Mientras tenga de mí recuerdo y el aliento gobierne mi cuerpo». *Eneida*, IV, 336. <<

[c178] «César ha dividido el imperio con Júpiter», de un epigrama en la *Vida de Virgilio*, atribuido a Donatus. <<

[c179] Tras su riña con Baretti, la señora Thrale dejó escrito en 1776: «Tuve ocasión de hablar con él acerca de Tom Davies, quien hablaba horrorizado de su ferocidad de temperamento, “a pesar de lo cual —digo yo—, hay en Baretti una gran sensibilidad; yo a menudo le he visto con lágrimas en los ojos”. “Desde luego —replica Davies—, mucho me habría gustado verlo a mí, si bien... hasta los carniceros lloran”» (Hayward, *Piozzi*, 2.^a ed., I, pág. 108). Davies dijo de Goldsmith que era insólito que aprobase la conversación de Baretti, pues lo consideraba un extranjero insolente y abusivo. —HILL <<

[c180] Quedaban pocos días para el estreno, y no se había dado con un buen título. «Andamos todos desvelados —dijo Johnson, cuyos desvelos y amabilidades habían sido en todo momento incansables— tratando de dar con un título para la obra de Goldy. Lo que hoy sirve como subtítulo, *Los errores de la noche*, fue al principio el único título, aunque se consideró poco apropiado para una comedia. Se propuso *La casa vieja, la posada nueva*, pero pareció torpe. Sir Joshua propuso uno mejor: “Habría que llamarla *La estratagema de la bella*” Aún estaba este título sujeto a deliberaciones... cuando Goldsmith, tal vez al acordarse de un verso de Dryden, dio con *Ella se rebaja para la conquista*» (Forster, *Goldsmith*, II, pág. 337). El pasaje en cuestión era éste:

El amante que ofende, cuando más bajo ha caído,
se somete para conquistar, y se arrodilla para erguirse.

(*Amphitryon*, III).

En las *Cartas* de Chesterfield, II, pág. 107, el amante «se prosterna», y el último verso dice así: «Pero se rebaja para la conquista, y se arrodilla para erguirse». —HILL <<

[c181] *Odas*, III, I, 34. <<

[c182] «Baretti —apunta Malone— hizo una traducción de *Rasselas* al francés... Nunca, empero, se dio por satisfecho con la traducción de la primera frase, sumamente encumbrada. Al comentárselo a Johnson, éste dijo, tras cavilar dos o tres minutos: “Empuñe la pluma, y si logra entender mi pronunciación, veremos qué se puede hacer”. Acto seguido, dictó la frase al traductor y resultó admirable, por lo que fue adoptada de inmediato» (Prior, *Malone*, pág. 161). Baretti, en una nota manuscrita en su ejemplar de las *Cartas de Piozzi* (I, pág. 225), dice que «Johnson nunca escribió un francés decente, salvo cuando me tradujo de viva voz el primer párrafo de *Rasselas*». En las cartas de Johnson en francés bien se nota si era defectuoso su conocimiento de la lengua. —HILL

El arranque de *Rasselas*, en traducción de Pollux Hernández, dice así: «Vosotros que, crédulos, escucháis los susurros de la imaginación y perseguís anhelosos los fantasmas de la esperanza, los que esperáis que los años cumplan las promesas de juventud y que lo que hoy os falta os lo depare el mañana, estad atentos a la historia de *Rasselas*, príncipe de Abisinia». <<

[c183] Una moción para aliviar la situación de los disidentes protestantes aprobada por la Cámara de los Comunes el 25 de marzo fue rechazada por los lores el 2 de abril.

<<

[c184] No fue ni de lejos una disculpa, a menos que tal [*apology*] se entienda en el antiguo sentido de ‘defensa’. <<

[c185] A los nueve días de estrenarse *Ella se rebaja para la conquista*, un vil libelo, escrito según se cree por Kenrick (pág. 461), fue publicado por Evans en el *London Racket*. Goldsmith, convencido de que era Evans el autor, le asestó un bastonazo. El golpe le fue devuelto; Evans era un hombretón fuerte. Denunció «a Goldsmith por la agresión, aunque consintió alcanzar un compromiso con tal de que éste pagara cincuenta libras a una obra de caridad en Gales... Los periódicos vilipendiaron al poeta, sin entrar ninguno en la cuestión que realmente estaba en liza» (Forster, *Goldsmith*, II, págs. 347-351). —HILL <<

[c186] Johnson se refiere a la despedida de lord y lady Russell en las *Memorias* de Dalrymple: «Con hondo y noble silencio, con larga y clara mirada, en la que expresaron afecto y respeto no contaminados por la pasión, lord y lady Russell se despidieron para siempre; grandioso él en este último acto de su vida, aunque más grandiosa fuera ella». <<

[c187] Tyrawley había sido embajador en Lisboa, «y afectaba no saber siquiera dónde estaba la Cámara de los Comunes», dice Walpole, y añade (*Cartas*, I, pág. 308) que «Pope ha mencionado su serrallo y el de otro embajador en sus *Imitaciones* de Horacio». <<

[c188] Los bollos de cruz, bollos suizos con una cruz incisa, típicos de la fecha señalada, eran para Boswell y Levett. Johnson consigna (*Plegarias y meditaciones*, pág. 99) que «en todo el día no tomé nada de nutrición, salvo una taza de té sin leche; el ayuno me fue muy incómodo. Al anochecer me puse nervioso, impaciente, incapaz de concentrarme y de gobernar mis pensamientos». —HILL <<

[c189] Casi con toda seguridad, la señorita Carmichael. (Piozzi, *Anécdotas*, 1816). <<

[c190] «Quien no haya hecho el experimento, o no tenga por costumbre exigirse la más rigurosa exactitud, a duras penas podrá creer cuánto se benefician unas pocas horas de tanta certeza en el conocimiento, de tanta precisión en las imágenes... A esta idea dilatoria hay que imputar los relatos falseados de los viajeros, allí donde no se colige que medie razón para el engaño. Fían a la memoria lo que sólo al ojo cabe fiar con tino, y cuentan al buen tuntún lo que pocas horas antes sabían con total certeza». Johnson, *Viaje a las islas occidentales*, 1924, pág. 133. <<

[c191] [\[Véase pág. 633\]](#), sobre la «media guinea de superioridad» de que habla Johnson.

<<

[c192] «Estuve una sola vez —dice Johnson— en compañía de Sterne, y su único intento por resultar entretenido consistió en exhibir un dibujo tan grosero e indecente que ni siquiera habría sido de recibo en un burdel» (Johnson, *Miscelánea*, vol. II, pág. 320. Ed. de G. Birbeck Hill, Oxford, Clarendon Press, 1907). <<

[c193] El «insigne personaje público» es sin duda Burke; el amigo, probablemente, Reynolds. <<

[c194] *Absalón y Aquitofel*, parte I, v. 872. <<

[c195] «Al Duque de Cumberland se le había prohibido frecuentar la corte a raíz de su matrimonio con... la señora Horton, contraído el año anterior; pero a raíz de que el Duque de Gloucester reconociera su matrimonio con... lady Waldegrave, la indignación del Rey halló salida en la Ley de Reales Matrimonios, a la cual se opusieron acaloradamente los *whigs*, por considerarla un edicto tirano... Goldsmith (tal vez pensando en beneficiar a Burke) contribuyó a que perdiera popularidad. “Nos iremos a Francia —dice Hastings a la señorita Neville— porque allí, incluso entre esclavos, las leyes matrimoniales se respetan”. Dicho esto en la noche del estreno, suscitó vítores del público asistente... dirigidos al Duque de Gloucester, que estaba en un palco» (Forster, *Goldsmith*, II, pág. 358). Véase pág. 616. —HILL <<

[c196] «¡Cómo regresó a la vuelta de Salamina aquel bárbaro que solía ensañarse azotando al Coro y al Euro, castigo que nunca sufrieron en la cárcel de Éolo, aquel que con cepos sujetara al mismísimo Enosigeo!» Juvenal, *Sátiras*, 10, 179-182. <<

[c197] Probablemente. W. W. Pepys. *Boswell Papers*, IX, pág. 260. Magistrado al que Johnson más de una vez vituperó en Streatham. Véase pág. 1476, y *Diario* de madame d'Arblay, II, pág. 46. <<

[c198] William Fitzherbert. «El pobre señor Fitzherbert se ahorcó el miércoles. Fue a ver esa mañana las ejecuciones de los condenados a muerte e inmediatamente después fue a visitar a su hijo, luego de haber indicado al criado que saliera. A las tres, su hijo le dijo que tenía cita para cenar en casa del señor Buller, por lo que era hora de ir a casa a vestirse. Fue a su establo y se ahorcó de la viga con una brida. Dicen que su situación era de un gran desorden». Walpole, *Cartas*, VIII, pág. 125. Véanse págs. 73, y 1092. —HILL <<

[c199] En el *Diario de un viaje a las Hébridas* (18 de agosto), Boswell dice que «Eustace Budgel fue acusado de falsificar un testamento [del doctor Tindal] y se ahogó en el Támesis por voluntad propia, antes de que se procediera a juzgar la autenticidad del documento». En la *Epístola a Arbuthnot* (1734), Pope hace alusión a Budgel diciendo «que escriba lo que quiera, si es de la baja estofa de lo escrito en Grub Street, salvo su propio testamento». Budgel se quitó la vida más de dos años después de publicada la carta, saltando de un barco a las aguas del Támesis. —HILL

<<

[c200] Trataban sobre la causa seguida contra Douglas, y se publicaron en enero de ese año. <<

[c201] *Las fontanas. Obras*, vol. IX, pág. 176. <<

[c202] Garrick estrenó su versión revisada de la pieza de Beaumont y Fletcher en 1754. La adulación está contenida en un parlamento de don Juan, acto v, escena 3: «Sí, pero cuando peor están las cosas suelen arreglarse. El ejemplo lo es todo... Y el bello sexo sin duda irá a mejor, siempre que la más grande sea la mejor mujer del reino». —HILL
<<

[c203] «En la tierra, cual verdadero dios, ha de reinar César». Horacio, *Odas*, III, 5, 2.

<<

[c204] No se alude al *Cuento de una barrica*, sino a la *Historia de John Bull* (segunda parte, caps. 12 y 13). Jack, que es el que se ahorca, es el menor de los tres hermanos que aparecen en el *Cuento de una barrica*. Jack se deja convencer a regañadientes por el argumento de Habbakkuk: para salvar la vida, ha de proceder a ahorcarse. Se le prometió que sir Roger, antes de que la cuerda le atenazara el cuello, aparecería para rescatarlo. <<

[c205] En un epitafio que escribió Burke en honor de Garrick dice que «elevó su profesión al rango de las artes liberales». —HILL <<

[c206] No había comenzado aún la era de los grandes historiadores ingleses. El primer volumen de *Decadencia y caída* data de tres años después. Addison había escrito en 1716 (*Freeholder*, n.º 35) que «nuestro país, que ha dado escritores de primera fila en toda suerte de géneros, es muy yermo en materia de historia». Johnson, en 1751, repite la observación en el *Rambler*, n.º 122. Bolingbroke escribió en 1735 (*Study Hist.*, 1752) que «nuestra nación cuenta con material para la historia tan amplia e importante, tan buena y tan mala como la que más, si bien ha de ceder la palma en el género de la historia a italianos y franceses, y mucho me temo que también a los alemanes». —HILL <<

[c207] «Vertot, nacido en Normandía en 1655. Historiador agradable de leer y elegante. Muerto en 1735». Voltaire, *Siècle de Louis XIV.* <<

[c208] En la *Gent. Mag.* de enero de 1766 se da cuenta de que «se vio a una persona descargar balas de mosquete con una ballesta contra las dos cabezas que aún quedan en Temple Bar». Eran las cabezas de los rebeldes escoceses ejecutados en 1746.
—HILL

Samuel Rogers, que falleció en 1855, decía refiriéndose a sus años mozos que «bien recuerdo yo una de las cabezas de los rebeldes, puestas en una pica en Temple Bar» (Rogers, *Charlas de sobremesa*, pág. 2). <<

[c209] «Un buen día, el doctor sentó sobre sus rodillas a la hija pequeña de Percy, a la cual preguntó qué le parecía el *Progreso del peregrino*. La niña repuso que no lo había leído. “¡No puede ser! —replicó el doctor—. Entonces, no doy por ti ni un penique”. Y la dejó en el suelo y no le hizo más caso» (Croker, *Boswell*, pág. 838). La señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 281) dice que Johnson una vez hizo esta pregunta: «¿Hay alguna obra que el hombre haya escrito, y que cualquier lector deseara que fuese más larga, además de *Don Quijote*, *Robinson Crusoe* y el *Progreso del peregrino*?» <<

[c210] Es sumamente improbable que Johnson tan sólo disfrutara de la conversación sin tomar parte en ella. En la encomienda que hizo a Boswell, es muy probable que resaltase que todo lo que se dijera en el club no debía decirse fuera. Boswell sólo da breves apuntes sobre las conversaciones habidas en el seno del club, y casi nunca abiertamente. —HILL <<

[c211] Obra del reverendo Henry Wharton, de 1692. —HILL <<

[c212] Lady Diana Beauclerk. En 1768, Beauclerk casó con la mayor de las hijas del segundo Duque de Marlborough dos días después de que se divorciara de su primer marido, el Vizconde de Bolingbroke, sobrino del famoso lord Bolingbroke. Aún vivía cuando su historia, tan tenuemente velada, fue publicada por Boswell. El matrimonio no fue dichoso. Dos años después de la muerte de Beauclerk, Burke, viendo la casa de su viuda, dijo en presencia de la señorita Burney: «Me alegro muchísimo de verla por fin tan bien alojada a la pobre; me alegra que vuelva a gozar de sosiego. Nunca me regocijó tanto la visión de la felicidad ajena, nunca, como cuando vi a esa mujer tras la muerte de su esposo». Después, pintó el carácter de Beauclerk con trazo grueso, describiendo las desdichas que causó a su mujer, el maltrato que le dio y el necesario alivio que su muerte tuvo que suponer para ella. Madame d'Arblay, *Diario*, II, pág. 147. <<

[c213] El anciano señor Langton. *Boswell Papers*, págs. 132-133. <<

[c214] N.º 41. «El gorrión que ha criado la pasada primavera construye el primer nido de la siguiente estación con los mismos mimbres y el mismo arte que en cualquier año posterior; la hembra guarece y alimenta la primera nidada con toda la prudencia que llegará a tener». <<

[c215] En una nota manuscrita a la señora Piozzi (*Cartas*, I, pág. 219), Baretti dice que «Johnson habría sido un excelente interrogador de la Inquisición española. Para su vergüenza hay que decir que siempre atacó con uñas y dientes la tolerancia». —HILL

<<

[c216] El joven aspirante al trono, Carlos Eduardo. —HILL <<

[c217] Era Langton, como bien se ve en *Diario de un viaje a las Hébridas*, 22 de agosto. <<

[c218] «En Inglaterra —escribió Burke (*Correspondencia*, IV, pág. 89)—, los católicos son una secta; en Irlanda son nación». —HILL <<

[c219] «La célebre cifra de las diez persecuciones se ha determinado entre los autores eclesiásticos del siglo v, que poseían una visión más clara de la prosperidad o adversidad de que gozó la Iglesia desde los tiempos de Nerón a los de Diocleciano. El ingenioso paralelismo de las diez plagas egipcíacas y las diez trompetas del Apocalipsis fue sin duda lo que les sugirió este cálculo» (Gibbon, *Decadencia y caída*, cap. xvi). <<

[c220] «Addison, hablando de su deficiencia en la conversación, decía que con respecto a la riqueza intelectual “podía solicitar a crédito un millar de libras, aunque no tuviera una guinea en el bolsillo”» (Johnson, *Vida de Addison*, pág. 106). En el *Tatler*, n.º 30, dice que «un hombre dotado de gran perfección, sin una buena crianza, es como el que tiene los bolsillos rebosantes de oro, pero anda siempre necesitado de monedas sueltas en sus gastos de diario».

Posteriormente, otros autores han empleado esa misma imagen, como lord Chesterfield (*Cartas*, I, pág. 517), en 1749, refiriéndose a lord Bolingbroke, y Southey en 1816 (*Vida y correspondencia*, IV, pág. 206). El propio Rousseau confesaba la misma falta de presteza en la respuesta que reconocía Addison (*Confesiones*, libro III). <<

[c221] «Entre las muchas incongruencias que produce la locura, o que causa la enfermedad en el entendimiento humano, a menudo se ha observado una disparidad manifiesta y sorprendente entre la vida de un autor y sus escritos; Milton, en una carta a un culto desconocido, que le había ido a visitar, con gran razón se congratula de saber que se le tiene por idéntico a su carácter, y de haber mantenido en una conversación privada y familiar esa reputación que su obra le había granjeado» (*The Rambler*, n.º 14). <<

[c222] El domingo cayó en 9 de mayo. <<

[c223] En el *Diccionario*, Johnson da lo siguiente por segunda acepción de *metafísico*: «En Shakespeare significa lo ‘sobrenatural’ o lo ‘preternatural’». Como está la «creación» más allá de la naturaleza humana, el derecho que de ella se deriva es preternatural o metafísico. —HILL <<

[c224] Se trata de Langton. *Boswell Papers*, VI, 141. —HILL <<

[c225] *Eneida*, II, 6. <<

[c226] Tal como lo pinta Boswell, Johnson resulta «temible, melancólico y venerable» en demasía. La admirable jocosidad que aquí describe aparece muy rara vez en sus páginas, aunque a buen seguro que con frecuencia se mostró en parecidas «exhibiciones absurdas». Hawkins (*Vida*, pág. 258) dice que «en el talento que para el humor se precisa casi nunca tuvo Johnson parangón, exceptuando quizá a los comediantes de antaño». Murphy (*Vida*, pág. 139) escribe que «a Johnson le sorprendió que se le dijera, aunque no cabe duda de que es cierto, que así como el gran poder de su intelecto, el ingenio y el humor eran sus talentos de más brillo». La señora Piozzi lo confirma, y añade (*Anécdotas*, pág. 298) que era un bufón incomparable: «Reía con gusto ante cualquier rasgo de humor genuino, ante cualquier salida repentina de absurda extrañeza, tan libremente y tan de buena gana como no he visto yo a nadie; aunque la chanza fuera a menudo tal como pocos además de él sabían captar, su risa era irresistible, y producía de inmediato la de los presentes, no sólo por la idea de que fuera adecuado reírse cuando él riera, sino por pura incapacidad de contenerse». Fanny Burney registra que «el doctor Johnson es más divertido, y tiene más humor y comicidad, y disfruta de las tonterías, más que nadie que yo conozca» (*Diario*, I, pág. 204). Boswell aporta su grano de arena en este sentido: véase pág. 1832. <<

[c227] Beattie era profesor de Filosofía moral. Durante unos años, sus amigos de Inglaterra trataron de procurarle una provisión permanente, más allá de los muy modestos emolumentos que percibía por su profesión. Poco antes de que escribiera Johnson, Beattie tuvo conocimiento particular de que iba a recibir una pensión de 200 libras al año. Al saberlo, Johnson dio una palmada y anunció: «Me alegro». —HILL

<<

[c228] Langton. —CROKER <<

[c229] Langton, su localidad natal, en el condado de Lincoln. <<

[c230] Entre los habitantes de las Hébridas de más humilde extracción fue durante mucho tiempo conocido con el título de «el *Sassenach More*», que significa ‘el Gran Inglés’. —WALTER SCOTT <<

[c231] La primera edición se publicó el 1 de octubre de 1785. En agosto de 1786, en su prefacio a la tercera, Boswell habla de las dos primeras, de las que señala que se hicieron «largas tiradas». No extrañará al lector hallarse de pronto ante la mayor elipsis que ha de verse en toda la *Vida del doctor Johnson*: Boswell, con buen criterio, remite a su *Diario* para colmar esta laguna, y el *Diario* es en gran medida un anticipo de la *Vida* misma. De hecho, de los seis volúmenes de que consta la *Vida* en la edición de George Birkbeck Hill (1887), o en esta misma edición, pero revisada por L. F. Powell, que es la canónica (1934-1950), es de reseñar que si el volumen VI comprende solamente los índices, el volumen V recoge el *Diario de un viaje a las Hébridas*, del que no existe edición en castellano. <<

[c232] Se trata de la célebre Flora Macdonald [que ayudó a escapar al príncipe Charles tras la derrota de los sublevados en la batalla de Culloden]. —BOSWELL <<

[c233] Los Macdonald siempre afirmaron que era su derecho estar situados a la diestra de todos los demás clanes, y quienes a esa tribu pertenecen atribuyen al incumplimiento de esa orden, en Culloden, una de las causas capitales de la derrota. Los Macdonald, situados a la siniestra, se negaron a lanzarse a la carga, y abandonaron el campo de batalla sin sufrir pérdida ninguna. Lord George Murray en vano se desvivió por apremiarles a que cargasen, diciéndoles que con su conducta la siniestra sería diestra, y que él mismo adoptaría el nombre de Macdonald. —WALTER SCOTT <<

[c234] Es posible que Johnson recordase de manera imperfecta «*nove rediere in pristina vires*». *Eneida*, XII, 424. [«La fuerza renacida rebrotó con su vigor de antaño»]. <<

[c235] El 22 de febrero se tomó la decisión de abolir la propiedad perpetua. «Debido a la decisión citada... una cantidad de casi 200 000 libras que ayer se compraba honestamente en público, y que se consideraba de propiedad limitada, hoy se ha reducido a nada... Los libreros ingleses no tienen de cara al futuro mayor seguridad en sus adquisiciones literarias, al margen del estatuto del octavo de la reina Ana, que garantiza al librero una propiedad exclusiva de la obra durante catorce años, al cabo de los cuales revierte de nuevo al autor por espacio de otros catorce». *Ann. Reg.*, 1774, xvii, 1, pág. 95. —HILL <<

[c236] Su identidad se revela en una carta fechada el 8 de marzo de 1774, de Garrick a Steevens, impresa por el señor H. Murdock en *Proc. Massachusetts Hist. Soc.*, marzo de 1919, pág. 150: «¿Conoce usted a un caballero que se llama Gibbon, al cual propuso el doctor Goldsmith, y que fue vetado la misma noche en que se dio el visto bueno a su candidatura?». —HILL <<

[c237] «Me vi inducido —dice— a emprender el viaje por hallar en el señor Boswell un compañero de viaje cuya agudeza me serviría de gran ayuda en mis pesquisas, y cuya alegría de trato y conversación, así como civiles modales, son más que suficientes para contrarrestar los inconvenientes de viajar por países menos hospitalarios de los que hemos visitado». El pasaje, cómo no, lo cita Boswell en su *Diario de un viaje a las Hébridas*. <<

[c238] Según escribió Boswell a Temple el 8 de mayo de 1779, «me parece que el doctor Johnson nunca respondió a más de tres de mis cartas, aunque hizo acuse de recibo en numerosas ocasiones para referirme lo que le viniera en gana». <<

[c239] «Poco después de muerto Goldsmith, ciertas personas que almorzaban con sir Joshua comentaron con bastante libertad algunas facetas de sus obras, en las cuales, a su entender, no se manifestaba ni talento ni originalidad. A esto, el doctor Johnson atendió con su actitud de costumbre, farfullando entre dientes, durante un buen rato; cuando al cabo se le agotó la paciencia, se puso en pie con gran dignidad, los miró de hito en hito y exclamó: “Si sólo se tolerase insultar al pobre Goldy, a quienes fueran capaces de escribir igual de bien que él, qué pocos censores tendría”» (Northcote, *Reynolds*, I, pág. 327). A Goldsmith bien se le podría aplicar lo que escribió Johnson sobre Savage (*Vida de Savage*, pág. 343): «La vanidad a buen seguro podrá perdonarse en aquel al que no dio la vida más consuelo que los yermos elogios y la conciencia clara de merecerlos. No son jueces apropiados de esta conducta quienes hayan pasado el tiempo adormilados en el seno de la abundancia; no presumirá ningún sabio de decir que “de haber estado yo en el pellejo de Savage, nunca habría vivido ni habría escrito mejor que él”». —HILL <<

[c240] «Señor, ten piedad de nosotros». <<

[c241] En las *Obras* de Johnson, vol. I, pág. 172, se encuentra su versión latina. D'Israeli (*Curiosities of Literature*, ed. 1859, III, pág. 496) dice que «Oldys [pág. 22] siempre afirmó ser el autor de la conocida cantinela que dice “Ajetreada, etc.”, y como siempre fue un riguroso amante de la verdad no pongo en duda que fuera suya... He hallado esta canción popular en media docena de colecciones que datan más o menos de 1740, primera fecha en que la encuentro». —HILL <<

[c242] Según la versión de Seward (*Anécdotas*, 1798, II, pág. 466): «Doquiera que estés, camina con reverencia allí donde el letrado polvo de Goldsmith se encuentre. Si naturaleza y la página de historia, si la dulce musa tus cuitas reclama, lamenta su muerte, pues su poderoso intelecto variadas energías supo combinar». <<

[c243] Lord Hailes era sir David Dalrymple; véanse págs. 245 y 401. No hay que confundirlo con sir John Dalrymple, de quien se habla en pág. 673. <<

[c244] «Hasta un obispo ve un desierto; | Seeker es decente, Rundel tiene buen concierto». Pope, *Epilogo a las sátiras*, II, 70. <<

[c245] Horacio, *Arte poética*, v. 373. <<

[c246] No ascendió a la cumbre del Snowdon, el monte más alto de la isla. Dice así: «En la falda del Snowdon se hallan los restos de un fuerte de gran tamaño, al que llegamos con gran esfuerzo. Estaba yo sin resuello, atosigado» (*Viaje al norte de Gales*, 26 de agosto; *Vida de Johnson*, ed. de G. Birkbeck Hill, v, pág. 451). <<

[c247] 16 de octubre de 1774. En Southwark, al decir de Walpole, hubo grandes alborotos. De unas elecciones en Southwark dice la señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 214): «En unas elecciones del distrito pude presenciar su gran tolerancia ante los ruidosos y alborotadores... Un tosco individuo, sombrerero de profesión, al ver en mal estado el sombrero del señor Johnson se lo arrebató de un manotazo y, dándole con la otra mano una palmada en la espalda, le espetó: “Ah, Maese Johnson, ésta no es hora de andar pensando en sombreros”, a lo cual nuestro doctor repuso con aplomo: “No, no, señor; de nada sirven ahora los sombreros, si no es para lanzarlos al aire y dar hurras”». <<

[c248] John Hoole, hijo de un relojero londinense, nacido en diciembre de 1727 y muerto el 2 de agosto de 1803. A los diecisiete años encontró colocación de oficinista en East-India House; al igual que Charles Lamb y James y John Stuart Mill, era escritor además de chupatintas. <<

[c249] *Fraseología fácil para empleo de las damiselas que se propongan aprender la lengua italiana en su vertiente coloquial.* <<

[c250] «Dos veces da quien da deprisa». <<

[c251] *Hamlet*, acto III, escena 2. <<

[c252] «*Exegi monumentum aere perennius*». Horacio, *Odas*, III, 30, I. <<

[c253] En su *Viaje a las islas occidentales de Escocia* (pág. 107), Johnson había escrito: «Supongo que mi opinión sobre los poemas de Osián es ya manifiesta. Tengo la firme convicción de que nunca han existido en otra forma que en la que se nos han presentado. El editor, o autor, nunca pudo mostrar a nadie el original; tampoco podrá mostrarlo nadie. Vengarse de una incredulidad razonable negándose a aportar pruebas es en cierto modo una insolencia de la que el mundo aún no tenía conocimiento; la terquedad en la audacia es el último refugio del culpable». <<

[c254] *Gravámenes, no tiranos.* [\[Véase pág. 776\]](#) <<

[c255] Por la Ley del Puerto de Boston, aprobada en 1774, Boston quedó cerrado al desembarque y embarque de mercancías. *Ann. Reg.* xvii, pág. 64. <<

[c256] Becket, el editor que publicó a Osián. <<

[c257] No obstante su resolución, Su Señoría puso por escrito sus sentimientos, y en una de las notas agregadas a su *Colección de antigua poesía escocesa* dice que «sin duda, la autenticidad de esos poemas es un refinamiento del escepticismo». —J.

BLAKEWAY <<

[c258] «Los de corazón puro hacen plegarias legales». Croker escribe que «el verso, en el manuscrito original, aparece corregido de puño y letra de Langton. Como hay motivos para pensar que Langton contribuyó en la edición de los poemas en latín, concluyo que las alteraciones son exclusivamente suyas». <<

[c259] «Es de presumir que lo que no aparece no existe». <<

[c260] En la *Gent. Mag.* de 1773, pág. 192, se anuncia «La *Ilíada* de Homero. Traducción del señor James Macpherson; 2 vols. en cuarto, dos libras y dos chelines. Becket». <<

[c261] *Hamlet*, acto III, escena I. <<

[c262] «El miedo era una sensación que el señor Johnson desconocía del todo, exceptuando las repetidas aprensiones que tenía cuando pensaba que iba a morir» (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 277). <<

[c263] *Ricardo II*, acto I, escena 3. <<

[c264] Un pasaje del *North Briton*, n.º 34, demuestra lo extendido que se encontraba este prejuicio. El anónimo autor pone «justas y muy reales objeciones a la administración, que está en manos de este escocés [lord Bute]. La primera es que se trata de un escocés, y la razón jamás podrá creer que un escocés sea el más adecuado para administrar los asuntos de Inglaterra... Un escocés no tiene en Inglaterra mayor reputación que un *hanoveriano* o un *hotentote*». Walpole comenta que al norte de Doncaster las ventanas de las posadas estaban repletas de rimas hostiles a los escoceses, Hume escribió a Gilbert Elliot, paisano suyo (1764), diciendo que «no creo que haya un solo inglés entre cincuenta que lo lamentara si hoy mismo me rompiera yo el cuello: unos, porque soy un *whig*; otros, porque no soy cristiano; todos, porque soy escocés. ¿Puede usted con alguna seriedad insistir en que soy inglés? ¿Somos acaso ingleses usted o yo?» (Burton, *Hume*, II, págs. 238-240). En sus prejuicios contra Inglaterra, Hume fue mucho más allá que Johnson en sus prejuicios contra Escocia. —HILL <<

[c265] «El afán por plantar árboles —escribió sir Walter Scott—, que ha llegado a ser una pasión generalizada..., en gran medida hay que adscribirlo a los sarcasmos de Johnson» (Croker, *Correspondencia*, II, pág. 34). —HILL <<

[c266] John Knox, *Viaje por las Tierras Altas de Escocia y las Hébridas*, publicado en Londres en 1786. <<

[c267] Macpherson tenía gran influencia en los periódicos. En febrero de 1776 escribe Walpole: «Macpherson, el “osianista”, tenía una pensión real de 600 libras al año para supervisar lo que se publicaba en los periódicos... e insertaba las mentiras que le venían en gana, a la par que impedía que se imprimiese todo lo que le disgustara» (*Memorias del reinado de Jorge III*, II, págs. 17 y 483). —HILL <<

[c268] Publicado en 1779 con el título de *Comentarios sobre el viaje a las Hébridas del doctor Samuel Johnson*, es obra del reverendo Donald M’Nicol, presbítero de Lismore, condado de Argyle. Al hablar de «otro escocés», Boswell se refiere a Macpherson. Que éste participara o no en el libro de M’Nicol es objeto de amplias disquisiciones en la edición del *Viaje* preparada por Chapman. <<

[c269] «Tal es la laxitud de la conversación en las Tierras Altas que quien pregunta se encuentra en perpetuo suspense, y mediante una especie de retrotracción intelectual va sabiendo cada vez menos a medida que escucha» (Johnson, *Viaje a las islas occidentales*, pág. 45). Los habitantes de las Tierras Altas «no están muy acostumbrados a que nadie les interrogue; parece que nunca se han parado a pensar en la posibilidad de interrogarse unos a otros, de modo que si bien no saben si lo que dicen es verdad, tampoco lo perciben claramente como algo falso» (*ibid.*, pág. 106).

<<

[c270] «Muy recio moralista ha de ser el escocés que no ame a Escocia por encima de la verdad: siempre la amaré por encima de toda curiosidad, y si la falsedad adula su vanidad, no será muy diligente en detectarla». Johnson, *Viaje a las islas occidentales*, ed. de 1924, pág. 108. <<

[c271] En el castillo de Slanes, condado de Aberdeen, escribió: «He viajado ya 200 millas por Escocia, y no he visto un solo árbol más joven que yo». *Viaje*, pág. 18. <<

[c272] Como el que trata sobre las islas Malvinas, el panfleto se publicó anónimamente. Tuvo cuatro ediciones en 1775. <<

[c273] Esta «opinión clara y asentada» debió de formársela en sólo tres días, y entre Grantham y Londres, ya que desde esa ciudad del condado de Lincoln escribió a Temple el 18 de marzo en estos términos: «Por lo que atañe a la cuestión de América, la verdad es que no la he estudiado a fondo. Es posible que sea demasiado para mí; tal vez soy demasiado indolente, o frívolo. Por lo poco que he aprendido a través de los periódicos, he pasado por distintos pareceres. Reconozco de buen grado que soy un *tory*, un amante del poder de la monarquía, y no veo con buenos ojos las demasiadas libertades del pueblo. Pero no tengo muy claro que las colonias sean del todo súbditos nuestros» (*Cartas*, n.º 136, I). Cuatro años más tarde escribe así al mismo corresponsal: «Debo decirle con toda sinceridad que, a mi entender, no debe romperse la cabeza con especulaciones políticas, o no más de lo que yo lo hago. Ninguno de los dos somos aptos para esa clase de trabajo intelectual» (n.º 193, II). <<

[c274] Se trata de lord Camden. Al Conde de Chatham ya lo había atacado cuatro años antes. <<

[c275] «Nuestra población —escribió Franklin en 1751— debe al menos duplicarse cada veinte años». Según sus cálculos, entonces rondaba un millón de habitantes. Johnson hace referencia a ello en este otro pasaje: «Se nos dice que el continente de Norteamérica tiene tres millones no sólo de hombres, sino de *whigs*, de *whigs* feroces por lograr la libertad, desdeñosos del dominio de la metrópolis, y que se multiplican con la fecundidad de sus propias serpientes de cascabel, de modo que se duplican cada cinco lustros». <<

[c276] «Yerra quien considera esclavitud la obediencia a un príncipe; nunca reina más feliz libertad que con un pío monarca». El volumen se publicó en 1776. El ejemplar conservado en la biblioteca de Pembroke College, en Oxford, ostenta una inscripción de puño y letra de Johnson: «A sir Joshua Reynolds, del autor». En la portadilla, sir Joshua escribió su nombre. —HILL <<

[c277] El doctor T. Campbell (*Diario*, pág. 36; *Johnson Miscellanies*, II, pág. 42) recoge el 16 de marzo lo siguiente: «Thrale preguntó a Johnson qué dijo sir Joshua Reynolds de *Gravámenes, no tiranos*. Sir Joshua, dijo el doctor, no lo ha leído. Supongo, dijo Thrale, que habrá estado muy ocupado. No, dice el doctor, pero yo nunca veo sus cuadros, de modo que él no lee mis escritos... Thrale le preguntó entonces si conocía la opinión de la señorita Reynolds, pues parecía muy enterada de política. El doctor dijo que era lo de menos, pues luego de leerlo no habría sabido decir de qué parte se puso Burke con su discurso». —HILL <<

[c278] William Gerard Hamilton. <<

[c279] A las dos semanas de publicarse el panfleto, lord North, entonces Canciller de la Universidad de Oxford, propuso que se confiriese a Johnson el título de doctor en Leyes Civiles (pág. 792). Tal vez el Canciller, de este modo tan rastroso, quiso recompensar el servicio prestado al Primer Ministro. —HILL <<

[c280] «Su *Cuento de una cuba* tiene poco o ningún parecido con sus demás piezas. Presenta una vehemencia y una velocidad de intelecto, una abundancia de imágenes y una vivacidad de dicción tales como las que después nunca volvió a demostrar. Es tan distinto, tan peculiar, que ha de considerarse aparte; todo lo que de esta obra se diga no se podrá decir de ninguna otra que haya escrito» (Johnson, *Swift*, pág. III). Al final de la *Vida de Swift* (pág. 141), Johnson sí le concede un gran mérito: «En el prefacio a una de sus ediciones irlandesas se ha dicho que Swift nunca ha tomado un solo pensamiento de ningún escritor, antiguo ni moderno. Esto no es literalmente cierto, aunque tal vez no sea fácil encontrar otro escritor que haya tomado tan pocos préstamos, o que en sus excelencias y defectos tan bien haya mantenido su aspiración de ser considerado original». <<

[c281] Nada significa que Johnson, en el *Diccionario*, no adjunte el nombre de Swift a las citas tomadas de *Los viajes de Gulliver*. Dio el mismo trato a *Clarissa*, *The Faerie Queene*, *Hudibras* y otras obras. <<

[c282] De la *Agis*, de Home, David Hume escribió lo siguiente: «Reconozco que, si bien percibí rasgos elegantes en esa tragedia, nunca logré apreciarla de veras; su autor, me parecía, había corrompido su gusto mediante burda imitación de Shakespeare, a quien le habría bastado admirar» (J. H. Burton, *Hume*, I, pág. 392). Acerca de *Douglas* dijo: «Estoy persuadido de que será tenida por la mejor tragedia escrita en nuestra lengua, y por parte de los críticos franceses será considerada la única» (*ibid.*, II, pág. 17). Es posible que Hume la admirase tanto más por haberla escrita «un homónimo mío». *Home* se pronuncia igual que *Hume*. <<

[c283] Sheridan estrenó *Douglas* en el Teatro de Dublín. Las dos primeras noches cosechó un gran éxito. La tercera era costumbre dedicar los beneficios al autor. Entretanto, se supo que era clérigo. La obra fue considerada una profanación del carácter clerical, y a raíz de esta oposición la tercera noche no rindió dividendos. Fue Whyte quien sugirió que, a modo de consuelo, Sheridan hiciera entrega de una medalla a Home. La inscripción reza que «enriqueció la escena con una tragedia perfecta». —HILL <<

[c284] «Ningún mérito reclama ahora el desleal, la paja seca de Moliere arde en llamas». *El desleal* era una «comedia urdida a partir del Tartufo» (*Zopenquíada*, I, 253). El título original, *The Nonjuror*, hacía referencia a los que no juraron lealtad a la dinastía de los Hanover, o, según el *Diccionario* y a quien ‘por considerar a Jacobo II injustamente depuesto, rechaza su lealtad a quienes le sucedieron. <<

[c285] Parodia de *Macbeth*, acto II, escena 2. <<

[c286] Siete años después el propio Johnson describió esta velada. La señorita Monckton le había dicho que era imperioso que fuese a ver actuar a la señora Siddons. «Bueno, señora —respondió—, si usted lo desea, yo voy. Verla, no la veré; oírla, no creo, pero ir sí que iré. La última vez que fui al teatro fui por orden de la señora Abington, o quien fuera, no recuerdo; me coloqué en el centro de la primera fila del palco para que se me viera presente» (madame d'Arblay, *Diario*, II, pág. 199).

<<

[c287] «Hermanos escoceses que habían adquirido los solares de Durham Yard, donde erigieron un sinfín de edificios, tanto de viviendas como de almacenamiento, a los que dieron el afectado nombre de “los Adelphi”. Ambos hombres, de exquisito gusto en su profesión, tenían especial adhesión a lord Bute y a lord Mansfield, por lo cual eran, tanto públicamente como en su intimidad, políticos celosos de sus intereses» (Walpole, *Memorias del reinado de Jorge III*, IV, pág. 173). <<

[c288] «Mira el hombre encumbrado a lo alto, y con ojos altivos contempla sus propios cielos hereditarios». Ovidio, *Metamorfosis*, I, 85. <<

[c289] «*Temptanda via est, qua me quoque possim | Dolere humo victorque virum volitare per ora*». [«Nuevas vías he de probar para enaltecer mi nombre humillado y dar alas a mi vuelo hacia la fama»]. Virgilio, *Geórgicas*, III, pág. 9. <<

Escribe Walpole que Chesterfield vivió desde el momento de jubilarse, en 1748, «en la taberna de White, jugando y diciendo agudezas sobre los chicos de más mérito... Tan acostumbrado estaba a ver que la gente riese con cualquier cosa que dijera, que le decepcionaba ver que nadie sonreía antes de ver qué iba a decir» (*Memorias del reinado de Jorge III*, I, pág. 44). «Chesterfield fue a la vez el orador más distinguido de la Cámara Alta y el soberano indiscutible del ingenio y la moda» (Macaulay, *Vida*, I, pág. 325). —HILL

[c290] Bruce, «el de Abisinia». <<

[c291] «No estoy ni mucho menos convencido, diga lo que diga el autor [de la *Zopenquíada*], de que su propósito fuese de carácter moral. Su primer motivo no fue otro que el deseo de vengarse del desprecio con que Theobald había recibido su *Shakespeare*, y recobrar así el honor perdido, aplastando a su adversario en la ignominia». Johnson, *Vida de Pope*, pág. 357. <<

[c292] Según Croker, la señora Macaulay. En *Gravámenes, no tiranos*, aparece descrita como «una patriota que llora a voz en cuello las desdichas de sus amigos y conciudadanos». La señora Piozzi está de acuerdo (edición de 1816). <<

[c293] Versos de Dryden sobre Milton. —HILL <<

[c294] El 15 de enero de 1775 (*Cartas*, IX, pág. 134), Walpole escribe que «[los Miller] celebran un Parnaso todos los jueves, en el que entonan poemas y fijan asuntos para que toda la alta sociedad de Bath contienda por un premio. Una vasija romana, adornada con lazos rosas y mirtilo, alberga los poemas concursantes; seis jueces de estos juegos olímpicos seleccionan los más brillantes, y los galardonados se arrodillan en señal de reconocimiento ante la señora Calliope Miller, a quien besan la mano antes de ser coronados con mirtilo y qué sé yo qué más». —HILL <<

[c295] En 1780, la señorita Burney escribió así: «¿Sabe usted que por más que en Londres sea Bath Easton un hazmerreír, aquí no hay nada de mejor tono que visitar a lady Miller? Es una señora rechoncha, más bien gruesa más, de aspecto tosco, unos cuarenta años de edad, que sólo aspira a parecer una dama elegante y a la moda, aunque sus mayores éxitos los cosecha como mujer muy ordinaria, bien que bien vestida». Madame d'Arblay, *Diario*, I, pág. 364. <<

[c296] «¡A fe mía! Se sirven *bouts-rimés* en madalenas de mantequilla, hechas por la Duquesa de Northumberland con sus propias manos» (Walpole, *Cartas*, VI, pág. 171). «Era un jovial montón de contradicciones... Tenía trato familiar con la chusma, pese a ir asfixiada por los diamantes del collar, y atendía con esmero a los privilegios de su rango, si bien era capaz de estrechar la mano de un zapatero» (Walpole, *Memorias del reinado de Jorge III*, I, pág. 419). <<

[c297] En 1742 Johnson dijo que Guillermo III era «arbitrario, insolente, malhumorado, rapaz y brutal; en todo momento estuvo dispuesto a actuar como un tirano; ni en lo grandioso ni en lo nimio tuvo modales de caballero; era capaz de amasar dinero mediante mezquinos ardides, y sólo cumplía sus promesas cuando así favorecía sus intereses» (*Obras*, VI, pág. 6). En cambio, en la *Vida de Prior* (pág. 13) le reconoce grandes méritos. «Toda su vida se dedicó a la acción, y nadie le negó nunca las resplandecientes cualidades de la firmeza, la resolución y la valentía». <<

[c298] La voz no figura en el *Diccionario* de Johnson. <<

[c299] El Club Literario. Croker señala que las actas del club indican que, tras los primeros años, Johnson rara vez acudió a las sesiones, y que Boswell no estuvo presente en más de siete u ocho ocasiones. Conviene observar, apunta, que pocas veces registra Boswell las conversaciones en el club. Salvo en un caso (págs. 1177 y ss.), afirma, Boswell limita sus crónicas a lo que dijeran Johnson o él mismo. No es estrictamente cierto, como se ve en su crónica de la cena recogida arriba, donde hallamos comentarios de Beauclerk y Gibbon. Además de ésta, Boswell menciona siete reuniones. De todas ellas, salvo de la última, queda recogida su crónica, aunque sea breve. Cuando Johnson no estaba presente, Boswell no recoge nada en su libro.

<<

[c300] *Viajes por Alemania, etc.*, 1756-1757. <<

[c301] *Viajes por Holanda, etc.* Traducido del francés, 1743. <<

[c302] *Viaje por Sicilia y Malta*, 1773. <<

[c303] *Descripción de Oriente*, 1743-1745. <<

[c304] «Causó tan gran impresión entre la tropa que no lo podrá imaginar bien quien no lo viera. Todo el ejército, y al final todo el pueblo de la ciudad y del campo, la cantaban a todas horas. Y tal vez nunca tuvo cosa tan liviana tan gran efecto» (Burnet, *Own Time*, ed. de 1833, III, pág. 336). En *Tristram Shandy*, vol. I, cap. 21, mister Shandy propone una de sus hipótesis: «Mi tío Toby jamás se prestaba a responder a esto con un argumento que no fuera el mero silbar de media docena de compases de *Lillibulero*». <<

[c305] Sin duda se trata de Burke. —CROKER <<

[c306] Lord North fue primer ministro de 1770 a 1782. <<

[c307] «Es eterna la esperanza del hombre en su pecho: | el hombre nunca es, sino que siempre está por ser dichoso» (*Ensayo sobre el hombre*, I, pág. 95). <<

[c308] Horacio, *Arte poética*, v. 372. <<

[c309] No es difícil adivinar por qué no llevó al día su diario, como se lee en una carta a Temple del 17 de abril: «A fe que estoy disfrutando de esta metrópolis enteramente a mi gusto, sólo que no puedo gozar de plena indulgencia de usted, bien lo veo, y empaparme de esta asiática proliferación de variedades. No tenga cuidado por mí, salvo cuando me excedo con el clarete. Entonces sí experimento un *furor brevis* tan peligroso como la ira... He vivido demasiada disipación desde que vine a la ciudad. Trato de llevar al día mi diario, y le demostraré que lo he hecho de manera tolerable. Pero es difícil de creer qué terreno transito, qué variedad de hombres y costumbres contemplo en un solo día, y en todo momento *pars magna* soy, pues la exuberancia de mi ánimo no me permite escuchar con atención» (*Cartas*, n.º 138). <<

[c310] Wedderburne y Home. El primero fue nombrado después lord Canciller de Loughborough y Conde de Rosslyn; uno de sus «recados» consistió en llevar en mano a Johnson las cartas de pago correspondientes a su pensión. El segundo fue el autor de *Douglas*. Boswell cuenta que Home mostraba con orgullo unos zapatos que le regaló lord Bute porque a él, que se los había hecho a medida, le quedaban pequeños (*Boswelliana*, pág. 252). <<

[c311] «Así como generosamente confesaba que todas sus decepciones y desazones tenían origen en él mismo, detestaba que los demás se quejaran de injusticias en general» (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 251). <<

[c312] Juan, 19, 30 <<

[c313] Los siguientes pasajes ponen de manifiesto que esta idea no era novedosa en Johnson: «Dice La Bruyère en *Los caracteres* que venimos al mundo demasiado tarde para producir nada nuevo, que la Naturaleza y la vida están de antemano ocupadas, que la descripción y el sentimiento hace mucho se agotaron» (*The Rambler*, n.º 143). Asimismo, «alguna ventaja debían de tener los antiguos sólo por haberse adelantado, lo cual les da la posesión de los sentimientos más naturales, y a nosotros nos deja sólo la servil repetición o la presunción forzada» (n.º 169). «Mis antecesores... tuvieron ante sí el campo entero de la vida, sin hollar y sin examinar. Toda clase de personajes les salían al paso, y los de crecimiento más exuberante o los de colores más conspicuos fueron cosechados por obra de la primera hoz. Los que seguimos nos vemos obligados a rebuscar en rincones desatendidos» (*The Idler*, n.º 3). «... Los primeros escritores se apoderaron de los asuntos más atractivos para sus descripciones y de los acontecimientos más verosímiles para sus ficciones, y no dejaron nada a los que les sucedieron...» (*Rasselas*, cap. 10). Años más tarde escribió: «Todo lo que le pase al hombre ha pasado tantas veces que poco queda que contar o inventar» (*Vida de Dryden*, pág. 231). <<

[c314] El diario de Boswell muestra que los cuatro eran Reynolds, Burke, Beauclerk y Langton. No se recogen objeciones concretas sobre Reynolds y Burke, pero Beauclerk aparece como «ácido» y Langton como «embarullado». *Boswell Papers*, VI, págs. 41 y 46. <<

[c315] En su *Diccionario*, Johnson define *embarullado* [*muddy*] como de ‘mente nublada, apagado’, y cita el *Cuento de invierno*, acto 1, escena, 2. Más adelante, Johnson (pág. 917), tras relatar cuánto bebe un conocido suyo, añade que «no es que se pimple, ya que es hombre piadoso, pero está siempre embarullado». <<

[c316] «Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764 —dice Gibbon en un pasaje famoso— cuando se me empezó a ocurrir la idea de escribir la decadencia y caída de la ciudad». Hasta finales de 1772 no «emprendió la composición del primer volumen» (Gibbon, *Memorias*, ed. de 1900, págs. 167, 189). <<

[c317] Del *Diccionario*: «TO LABEFY. v. a. [*labefacio*, latín]. *To weaken; to impair*»
[‘Merma, desdoro, debilitamiento’]. <<

[c318] «La obra, como tantas otras, fue escrita sólo con ánimo de divertir, sin propósito moral, y es por tanto probable que no sea provechosa, aunque tampoco es de recibo imaginar, sin más especulación de lo que la vida misma requiere o admite, que sea la causante de muchos males. Los bandoleros y los desvalijadores rara vez acuden a los teatros, ni se mezclan en las diversiones de buen tono; tampoco es posible dar en suponer que alguien pueda robar con impunidad por haber visto que a Macheath se le perdona en escena» (*Vida de Gay*, pág. 22). Sir John Fielding y sir John Hawkins, magistrados los dos, informan de que la obra había causado un claro incremento de la delincuencia. <<

[c319] «Nunca pensamos que pudiera tener éxito [dice Pope, refiriéndose también a Swift]. Se la mostramos a Congreve, quien (...) dijo que “o cosecha un gran triunfo, o una condena monumental”. Todos estuvimos en el estreno con gran incertidumbre, hasta que alguien oyó decir al Duque de Argyle: “Triunfará, tiene que triunfar. ¡Lo veo en los ojos de la gente!”. Fue mucho antes de que terminara el primer acto, y pronto nos tranquilizó, pues el Duque (...) tiene la especial facultad, más que nadie que yo sepa, de descubrir cuál es el gusto del público. Como de costumbre, no se equivocó; el buen natural del público asistente se fue manifestando con fuerza en cada nuevo acto, que concluyó con el clamor de los aplausos» (Spence, *Anécdotas*, pág. 159). —HILL <<

[c320] «Quienes habían acusado las indignidades de la discordia y la tiranía de la usurpación leyeron *Hudibras* embelesados, pues cada uno de sus versos les devolvía a la memoria algo ya conocido, y gratificaba su resentimiento mediante la justa y ponderada censura de algo que odiaban. Sin embargo, ese libro que en su día citaban los príncipes y que daba tema de conversación en todas las reuniones de los cultos e ingeniosos, hoy rara vez se menciona, y quienes afectan conocerlo rara vez lo han leído» (*Idler*, n.º 59).

Hudibras es un poema épico burlesco, obra de Samuel Butler, publicado en tres partes (1663, 1664 y 1678), que arremete en clave de sátira contra los partidarios de la democracia parlamentaria, los puritanos y los presbiterianos, así como otras facciones enemigas de la monarquía durante la guerra civil librada en Gran Bretaña quince años antes. Publicado en la restauración de Carlos II al trono, encontró un público afín a sus diatribas y parodias, también crueles con la poesía de la época. <<

[c321] En su *Vida de Addison*, pág. 48, Johnson dice que «la razón que indujo a Cervantes a dar con su héroe en la tumba, “para mí solo nació don Quijote, y yo para él”, llevó a declarar a Addison, con indebida vehemencia en la expresión, que él mataría asimismo a sir Roger, pues era de la opinión de que habían nacido el uno para el otro, y que en manos de un tercero saldría mal parado». —HILL <<

[c322] Croker cita *The World* del 7 de junio de 1753, donde un londinense escribe que «para satisfacer la curiosidad de un amigo que reside en el campo, hace unas cuantas semanas lo acompañé a Bedlam (...) Fue durante la semana de Pascua (...) Con gran sorpresa, descubrí allí al menos a 400 personas que, tras pagar los dos peniques de la entrada, disfrutaban yendo a su antojo por salas y pasillos, armando follón, riéndose de los desdichados internos... Vi a los espectadores reír a carcajadas ante los desvaríos que habían ocasionado». Abundan los testimonios de la época a propósito de las numerosas visitas que se hacían a este manicomio, al extremo de ser una de las atracciones turísticas más concurridas de la capital. <<

[c323] Una carta de Boswell a Temple, de este mismo día, sirve para colmar la laguna: «Me causa un dolor agudo no haberle escrito más desde que nos despedimos. Pero he sido como un esquife en alta mar, zarandeado por multitud de olas. Me encuentro ahora en la villa del señor Thrale en Streatham, un lugar delicioso. También se halla aquí el doctor Johnson. Vine ayer a cenar, y esta mañana el doctor Johnson y yo regresamos a Londres, e iré con el señor Beauclerk a ver su elegante villa y biblioteca, cuyo valor es de 3000 libras, en Muswell Hill... para regresar a la hora de la cena. Espero que se nos sume el doctor Johnson. Me encuentro en un estado de ánimo tan disipado que me resulta imposible escribir. Al menos, eso imagino. Pero si bien resplandezco de alborozo, siento amistad por usted; quizá, siento admiración por algunas de sus cualidades, y tan fuerte como pueda imaginar. Amigo mío, cultivemos ese mutuo respeto que, tal como ha durado hasta ahora, tengo fundada esperanza de que nunca nos falle... El pasado sábado cené con John Wilkes y con su hija y nadie más en Mansion-House. Fue una escena sumamente placentera. Ese día había desayunado con el doctor Johnson. Tomé el té con la nuera de lord Bute, y almorcé con la señorita Bosville. ¡Cuánta variedad! El señor Johnson vino conmigo a la villa de Beauclerk, pues éste se encontraba indispuesto. Es una delicia. Posee una de las bibliotecas privadas más espléndidas y mejor surtidas que he visto jamás. Invernaderos, observatorio, laboratorio de experimentos químicos..., todo es principesco en su mansión. Cenamos con él en su casa de los Adelphi... He prometido al doctor Johnson aplicarme en la lectura cuando llegue a Escocia y llevar la cuenta de lo que lea. Le diré cómo me va. Es preciso que dé buena nutrición a mi intelecto» (*Cartas*, n.º 141). <<

[c324] Swift nunca reía. «Tenía un semblante agriado y severo, que rara vez ablandaba con una expresión de alborozo. Resistía con terquedad toda acometida de la risa» (Johnson, *Vida de Swift*, pág. 122). Tampoco reía Pope. Lord Chesterfield (*Cartas*, I, pág. 269) dice así: «Qué cosa ruin e inapropiada es la risa... Tengo la certeza que, desde que tengo uso de razón, nadie me ha oído reír nunca». La señora Piozzi deja dicho (*Anécdotas*, pág. 298) que «Johnson decía a veces que el tamaño del entendimiento que posea un hombre podría siempre medirse con justeza por su regocijo». Hannah More, en 1776, comenta que «Johnson y Garrick dieron comienzo a la charla contando historias suyas de antaño, incluso de sus tiempos mozos en Lichfield. Todos permanecimos en derredor durante más de una hora, riéndonos y desafiando así todas las normas del decoro y de lord Chesterfield» (*Memorias*, I, pág. 70). <<

[c325] El día anterior escribió así a la señora Thrale: «Peyton y Macbean [pág. 175] se mueren de hambre, y nada puedo hacer por ellos» (Cartas, n.º 393). El 1 de abril de 1776 escribió: «El pobre Peyton ha fallecido esta mañana. Es probable que durante muchos años, pues padeció toda clase de penurias mientras cuidaba en el lecho a una esposa no sólo impedida, sino casi del todo inmóvil, se viera condenado por la pobreza a la caridad ajena, y estuviera por tanto encadenado a la pobreza; es probable, así pues, que durante muchos años pensara en lo liviano que habría de ser su paso por la vida sin semejante carga... Por fin falleció su esposa, y antes de que fuese enterrada contrajo él unas fiebres y es ahora cuando le toca el turno de irse a la tumba. Tales injusticias, si sobrevienen a aquellos de quienes muchas miradas están pendientes, dan pie a historias y tragedias; muchas lágrimas se han derramado por el padecimiento y mucho asombro ha suscitado la fortaleza de espíritu de aquellos que no sufrieron mucho más que Peyton» (n.º 467). En una nota al margen de la primera carta, Baretti escribió que «Peyton era un imbécil y un borrachín. Nunca he visto a un individuo tan nauseabundo». Claro que Baretti era un juez inmisericorde. —HILL <<

[c326] Cuando fueron de viaje a Gales, el 7 de julio de 1774. —HILL <<

[c327] Se trata de la Conciergerie, en la que no mucho después iban a apiñarse las víctimas de la Revolución. <<

[c328] Mesa redonda, el centro de la cual descendía gracias a unas poleas al piso inferior, de modo que se podía servir y retirar una comida sin la presencia de los criados. La ideó Luis XV para favorecer en sus estancias la presencia de madame du Barry. <<

[c329] Antes de la Revolución, el paso de las Tullerías al palacio de Luis XV se realizaba por un *pont tournant*. —CROKER <<

[c330] 63 libras francesas, equivalente a 2 libras esterlinas, 12 chelines y 6 peniques.

<<

[c331] **Hermana del rey Luis XVI. Fue guillotizada durante el régimen del Terror.** <<

[c332] Estuvo al frente de la tropa durante la ejecución de Luis XVI. —HILL <<

[c333] Fue allí donde Rousseau se desembarazó de sus hijos. —HILL <<

[c334] Fray Wilkes visitó a Johnson en mayo de 1776. —HILL <<

[c335] Una carta del doctor Johnson a la señora Thrale, del 1 de mayo de 1780, aclara lo poco que disfrutó de esta conversación: «La exposición o se ve o no se ve; la exposición es sencillamente espléndida. Los cuadros tienen contorno, tienen presencia, elegancia, expresión, y todas las variedades de la excelencia artificial» (*Cartas*, n.º 663). A lo cual responde ella: «¿Cuándo le he molestado yo con el contorno, la elegancia y la expresión de un cuadro? Todo eso me espanta desde aquel desdichado día en Compiègne, cuando tanto se burló usted de mí» (Piozzi, *Cartas*, II, pág. 116). <<

[c336] ‘*Neff*, francés antiguo, de *nave*: el cuerpo de una iglesia’. Del *Diccionario* de Johnson. <<

[c337] Madame du Boccage, según la señora Piozzi en nota al margen de la edición de 1816. —HILL <<

[c338] Madame de Boufflers. —SEÑORA PIOZZI

Fue amante del príncipe de Conti. Entendía el inglés y se carteo con Hume y Walpole. Su nombre y título completo era Marie Charlotte Hippolyte, Condesa de Boufflers-Rouverel (1724-1800, aprox.). —HILL <<

[c339] Durante el verano de 1763. <<

[c340] Boscovich, jesuita y erudito, nació en Ragusa en 1711 y murió en 1787. Visitó Londres en 1760, y fue aceptado como miembro de la Royal Society. <<

[c341] La señorita Aikin, más conocida como señora Barbault. Johnson dice «presbiteriano» donde debiera haber dicho «unitario». —HILL <<

[c342] *Otelo*, acto II, escena I. <<

[c343] El primer volumen de la primera edición terminaba con esta carta. <<

[c344] El 2 de septiembre de 1775 escribe Boswell a Temple: «Qué reflexión tan descorazonadora es que mi padre tenga en su poder la renuncia a lo que me pertenece por derecho desde que nací, y que yo en un momento de locura accedí a concederle, y que él no tiene la generosidad de devolverme ahora que estoy mucho más allá de todas sus esperanzas; podrá por tanto incomodarme y deshonrarme con extraños convenios, mientras que en ningún momento se asegura ni siquiera un chelín para mi esposa e hijos en el supuesto de que yo fallezca». *Cartas*, n.º 149. <<

[c345] Término técnico que en el Derecho romano designa a un edificio en buenas condiciones de uso y conservación. <<

[c346] Cadell publicó *La falsa alarma* y otros panfletos de Johnson de corte político; con Strahan publicó el *Viaje a las islas occidentales*. Gibbon lo llama «honesto y liberal librero». <<

[c347] Escocia sólo había pagado una cuadragésima parte del impuesto sobre las tierras, el impuesto específico con el que se financiaban todos los gastos de la milicia (*Ann. Reg.*, XIX, pág. 141). —HILL <<

[c348] *Johnsoniana, o Colección de bon-mots del doctor Johnson y otros, junto con las frases escogidas de Publius Syrius, traducidas por vez primera al inglés. [Impreso para J. Ridley, 1776, en octavo]*. En una nueva edición de este libro, publicada al año siguiente, el editor afirma que «ya fuera por las prisas, ya por desatención, algunas salidas chuscas e incluso obscenas encontraron alojamiento en la primera edición del mismo». <<

[c349] El número de asteriscos, junto con el apelativo de «valioso amigo», hace pensar que casi seguramente se trata de Langton. No obstante, lo mismo cabría decir de Reynolds, quien escribió de Johnson que «tenía la verdad, en cuestiones de peso y en nimiedades por igual, como algo sagrado. En vulnerar la verdad, decía, en las cosas de peso, el carácter o el interés uno sale perjudicado, y en las nimiedades también el propio placer se resiente» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, pág. 457). La señora Piozzi señala (*Anécdotas*, pág. 116): «Un cuento —decía Johnson— es una muestra de los asuntos de los hombres, y extrae su único valor de la verdad que contenga. Cuando Foote me cuenta alguna cosa, lo descarto cual sombra pasajera; si Reynolds me cuenta algo, considero que de nuevo me apodero de esa idea». <<

[c350] En su *Vida de Browne* (ed. de 1927, pág. 8) dice que «ningún fraude puede ser inocente, pues la confianza en que se fundamenta la felicidad de la sociedad civil resulta en mayor o menor medida deteriorada por todo el que obre de tal manera que no case con su palabra». <<

[c351] Acerca del consumo de licores espirituosos escribió en su segundo aviso al *Diario de Hanway* (*Obras*, VI, pág. 26): «Los perjuicios que surgen por todos los frentes de este compendioso modo de embriagarse son enormes y son insufribles; se hallan por igual entre los más grandes y los de menor enjundia; colman los palacios de inquietud, los colman de zozobra tanto más difícil de sobrellevar, por cuanto que no puede nombrarse; abruman a las multitudes con enfermedades incurables, con una pobreza indigna de misericordia». Stockdale (*Memorias*, II, pág. 189) dice que oyó a la señora Williams «preguntarse qué placer pueden encontrar los hombres en convertirse en meras bestias». «Me extraña, señora —replicó el doctor—, que no tenga usted la perspicacia suficiente para ver cuál es el poderoso acicate de ese exceso, y es que quien se convierte en una bestia al menos así se libra del dolor de ser un hombre». <<

[c352] «No, señor —dijo una vez—, nadie nace con un genio particular para un particular desempeño o estudio, pues eso sería como decir que un hombre atina a ver muy lejos por el este, y que apenas ve nada por el oeste. Es el sentido común aplicado con diligencia a lo que en principio no fue sino mero accidente, y que con gran aplicación termina por ser considerado en general un genio particular». Señorita Reynolds, *Recuerdos*, en *Johnson Miscellanies*, II, pág. 287. El propio Reynolds sostenía idéntica doctrina, sin duda tomada de Johnson. <<

[c353] Barette, en una nota al margen, apunta que se trata del «arquitecto galés que construyó un puente en Oxford». Construyó el Magdalen Bridge. <<

[c354] Aquí, Boswell posiblemente lanza un puyazo contra Gibbon. Según dice más adelante, Johnson habló «con desagrado» de la fealdad del señor Gibbon. En carta a Temple del 8 de mayo de 1779, dice que «[Gibbon] es un individuo feo, afectado, repugnante, que envenena nuestro Club Literario en contra mío». <<

[c355] Cicerón, *De Off.*, I, pág. 5. <<

[c356] «Tan distintos son los colores de la vida, según miremos adelante, al futuro, o atrás, al pasado; tan distintas son las opiniones y los sentimientos que engendra esta aparente contrariedad, que la conversación de los viejos y de los jóvenes termina por lo común con desprecio o compasión hacia la parte contraria... Una generación siempre es mofa y pasmo de la otra, y las nociones de lo viejo y lo nuevo son como licores de distinta gravedad y textura, que nunca llegan a mezclarse del todo bien». *Rambler*, n.º 69. <<

[c357] «De una disputa entre dos matemáticos se decía que “*malim cum Scaligero errare, quam cum Clavio recte sapere*”, esto es, que ‘más fácil era equivocarse con uno que acertar con el otro’. Una tendencia muy similar es la que ha de sentir cualquiera al examinar los prefacios de Dryden y los discursos de Rymer». Johnson, *Vida de Dryden*, pág. 200. <<

[c358] Los biógrafos «tienen en tan baja estima los modales y la conducta de sus héroes que más se puede saber de un hombre y de su carácter verdadero conversando sucintamente con uno de sus criados que mediante una narración formal y ponderada, que comience por su alcurnia y termine con su funeral» (*Rambler*, n.º 60). <<

[c359] Dos días antes, Hume felicitó efusivamente a Gibbon por el primer volumen de su *Decadencia y caída*. <<

[c360] Cinco semanas más tarde, Boswell emplea una metáfora distinta. «Creo que es cierto que con la misma rapidez con que vuelan o reptan las avispas descreídas o los insectos venenosos, nada más criar es preciso aplastarlas». *Cartas*, pág. 232. —HILL

<<

[c361] Es difícil saber a qué alude Johnson, como ya reconociera Macaulay (*Lit. Essays*, 1923, pág. 210): «Quizá, a alguna anécdota o conversación de la que se haya perdido todo rastro. No obstante, cabe esbozar una conjetura no sin retrainimiento. Gibbon nos refiere en sus memorias que en Oxford se encaprichó con el estudio del árabe, y que sólo se abstuvo de proseguirlo por las reconvenciones de su tutor. Poco después, el joven encontró los controvertidos escritos de Bossuet, y enseguida se convirtió a la fe católica. La apostasía de un caballero habría sido sin duda tema de conversación general en la sala común de Magdalen College. Su encaprichamiento con el árabe también se habría mencionado, y naturalmente habría dado pie a algunos chistes sobre la posibilidad de que se hiciera musulmán. Es probable que Johnson tuviera conocimiento de esos chistes por sus periódicas visitas a Oxford». Hill encuentra en las *Memorias* de Gibbon clara alusión al ataque que contra él lanzaron Boswell y Johnson; véase «Memoria F», escrita en 1792-1793; ed. de John Murray, 1897, pág. 88. <<

[c362] Ese mismo «perro descarado» fue el propio Boswell durante su estancia en Córcega. «Antes de haberme acostumbrado a la hospitalidad de los corsos —escribió—, a veces olvidaba la buena educación e, imaginando que me hallaba en una taberna, pedía lo que se me antojaba en el tono que se emplea para llamar a un tabernero. Así lo hice en Pino, donde pedí varias cosas al tiempo. La signora Tomasi, al percatarse de mi error, me miró a los ojos y sonrió, diciéndome con mucha calma y muy buen natural: “*Una cosa dopo un altra, Signore*”». *Crónica de Córcega*, pág. 275. <<

[c363] «Le pregunté por qué tenía tanta debilidad por las sillas de posta, y me dio esta respuesta: que, en primer lugar, la compañía está allí encerrada con él y no tiene escapatoria, como la tiene en una sala; además, oía todo cuanto se dijera dentro de un coche, donde a mí en cambio me tocaba padecer sordera». Piozzi, *Anécdotas*, pág. 276. «Le encantaba en efecto el acto mismo de viajar, y no sabría decir hasta dónde podría habersele llevado en coche antes de que le apeteciera tomarse un tentempié». *Ibid.*, pág. 169. Gibbon (*Misc. Works*, I, pág. 406) coincide con él: «De no ser tan enorme el gasto, viajaría todos los años unos cuantos centenares de millas, sobre todo por Inglaterra». <<

[c364] El «conocido ingenioso» era Grainger; el caballero de las Antillas, el señor Bourryau; la joven con que se casó Grainger, la señorita Burt; la isla en que se asentó, San Cristóbal. <<

[c365] Véase nota 61 en este mismo volumen II. <<

[c366] Boswell varía ligeramente la definición de Johnson, quien dice en el *Diccionario* que la avena es ‘un cereal que en Inglaterra por lo general se da a los caballos, pero que en Escocia sirve de alimento para las personas’. <<

[c367] «Recuerdo —dijo el doctor Johnson— los tiempos en que todas las personas decentes de Lichfield se emborrachaban cada noche». [\[Véase pág. 1017\]](#). <<

[c368] Casi cuatro años después de publicarse *Evelina*, escribió: «Piense Fanny Burney lo que quiera sobre la celeridad de la fama, pero el nombre de Evelina nunca se oyó en Lichfield hasta que yo mismo allí lo llevé. Mucho me temo que mis queridos conciudadanos serán considerados en el futuro los últimos de la nación en volverse civilizados. Pero el tiempo de tinieblas está próximo a su fin; la sociedad lectora ha encargado ejemplares y se los ha de procurar esta misma semana». *Cartas*, n.º 747.

<<

[c369] En el original, *poonsh*, en vez de *punch*. El propio Garrick, como buen lichfieldiano, decía siempre *shupreme*, *shuperior*. —BURNEY [Johnson decía que él lo había curado de decir *Feyther* en vez de *Father*—]. SEÑORA PIOZZI, en nota marginal a la edición de la *Vida* de 1816]. <<

[c370] Es la obra de Cibber titulada *Hob; or The Country Wake*, que a su vez es adaptación de la de Dogget titulada *Country Wake*. <<

[c371] En la comedia de Farquhar titulada *Sir Harry Wildair*, la parte más popular de *La pareja constante*. <<

[c372] Cradock, en sus *Memorias* (I, pág. 74), dice que en el porche de la catedral un caballero «quien tal vez pecara de excesiva ambición y estaba deseoso de parecer conocido del gran Oráculo de la Literatura..., se aventuró a decir: “Doctor Johnson, hemos tenido un discurso excelente a día de hoy”, a lo cual éste repuso al instante: “Puede que sí, señor, pero es imposible que usted lo sepa”». —HILL <<

[c373] *La tempestad*, acto IV, escena I. <<

[c374] Después de publicarse su libro, Boswell mantuvo una agria disputa con la señorita Seward. Según dijo, se vio obligado a examinar estas comunicaciones «con gran cautela». «Estaban teñidas de prejuicios contra Johnson». Su libro, insiste, había de ser «una historia verdadera, no una novela», de modo que hubo de «suprimir todos los particulares erróneos, que no se ajustaban a la verdad, por entretenidos que pudieran ser» (*Cartas*, n.º 252). Sobre su segundo encuentro con ella, véase pág. 1234. <<

[c375] Un tal signor Recupero había reparado en que en el Etna varía el grosor de cada estrato de tierra entre los sucesivos estratos de lava. «Me dice Recupero —escribió Brydone— que está sumamente azorado con este descubrimiento..., pues Moisés pende sobre él como un peso muerto, y desbarata todo su celo por indagar, ya que no era su intención que la montaña resultara tan joven como ese profeta quiere que sea el mundo... El Obispo, que se esfuerza con denuedo en velar por la ortodoxia, ya le ha advertido que esté en guardia, y que no se las dé de ser un mejor conocedor de la historia natural que el propio Moisés». Brydone, *Un viaje por Sicilia y Malta en una serie de cartas al señor William Beckford de Somerly, condado de Suffolk* (Londres, W. Strahan, 1774). La primera edición es de 1773; fue tan popular que se hicieron 20 ediciones y se tradujo al francés y al alemán. <<

[c376] Andrew Stuart, *Cartas a lord Mansfield*; [\[véase pág. 691\]](#). <<

NOTAS COMPLEMENTARIAS AL VOLUMEN III

[c1] Pope, *Ensayo sobre el hombre*, IV, pág. 390. Boswell aplica a Johnson ese mismo verso en dos ocasiones más; véanse págs. 1516 y 1822. <<

[c2] [\[Véase pág. 1418\]](#). Hay era el tercero al mando en la expedición norteamericana de 1757. Al parecer, dijo que «la riqueza de la nación se ha malgastado en falsas escaramuzas y en plantar coles». Fue detenido y devuelto a Inglaterra, donde habría de ser juzgado. Croker, basándose en una carta de la época, aporta «la verdad del caso»: «Lord Charles se había vuelto loco, y en ese estado fue devuelto a casa». Croker, *Boswell*, pág. 497. <<

[c3] Según Adam Smith, esto es cierto sólo en los países protestantes. En los países católicos, así como en Inglaterra, los beneficios eclesiásticos y las sinecuras están bien dotados, de modo que la Iglesia continuamente priva a las universidades de sus integrantes mejor preparados. En Escocia y en los países protestantes, donde una cátedra suele ser un puesto mejor que un beneficio eclesiástico, los hombres de letras más eminentes han sido profesores. —HILL <<

[c4] El doctor Shebbeare fue juzgado por haber escrito un panfleto difamatorio. Dice Walpole que «la mayor acrimonia de la obra se contenía en una sátira del rey Guillermo y del rey Jorge I... La parte más llamativa de este juicio fue que el juez supremo Mansfield quisiera estatuir por ley que toda sátira en contra de un rey ya difunto era punible, en cuyo caso... ¡adiós! Se acabaron la veracidad y la propia Historia si es la Real Judicatura quien ha de apreciar nuestras manifestaciones». *Memorias del reinado de Jorge III*, III, pág. 153. <<

[c5] Hawkins (*Vida*, pág. 84) dice que «nunca fue codicioso con el dinero, pero sin dinero no se le podía estimular a que escribiese. Me ha llegado a decir un clérigo... con el que tengo trato desde antaño, que para predicar en una ocasión determinada recurrió a la ayuda de Johnson. “Le escribiré un sermón —dijo Johnson—, pero es preciso que me pague por ello”».—HILL <<

[c6] En 1735, cuando tenía sesenta y siete años, Swift escribió lo siguiente: «Nunca gané ni un ardite con lo que he escrito, salvo una cosa de hace unos ocho años, y fue gracias a la prudente administración del señor Pope en mi beneficio». Deduzco que se trata de *Los viajes de Gulliver*. —HILL <<

[c7] El libro de Cheyne se titula *The English Malady, or a Treatise of Nervous Diseases of All Kinds* (1733). Aconsejaba una dieta a base de leche, semillas y verduras; por semillas al parecer se refiere a cualquier clase de cereales. Recomendaba abstenerse de la carne. Tomaba té verde. Llegó a pesar más de cien kilos. En su obra se muestra el gran cambio que se dio en el empleo de los licores fermentados. <<

[c8] El día anterior escribió así a la señora Thrale: «El cambio de planes del señor Thrale no es debilidad en su resolución, sino el acierto de un hombre sabio al plegarse al cambio de la situación, y a los nuevos deberes que comporta. Quien cuente con que yo esté enojado se llevará una decepción». *Cartas*, n.º 470. <<

[c9] En 1779 dijo Burke que «no entiendo cómo ha podido ser, pero a los oradores hasta la fecha les ha ido aún peor que a los poetas en manos de los traductores: nunca he podido soportar una traducción de Cicerón» (Teignmouth, *Sir W. Jones*, 1804, pág. 157). —HILL <<

[c10] Publicado en 1737 y reimpresso en la *Antología* de Dodsley. Su autor es Matthew Green. —HILL <<

[c11] «¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro, que con cincel de hierro y con plomo fuesen en piedra esculpidas para siempre!», Job, 19, 23-24. <<

[c12] Se creyó durante mucho tiempo que era Cumberland. Croker se dio por satisfecho y pensó que era Arthur Murphy. Malone da por buena la conjetura de Croker.

Quiere la leyenda que Aníbal se abriera paso por los Alpes calentando las rocas que le impedían el paso y rociándolas con vinagre frío. De ese modo se resquebrajaban y se podían retirar a trozos. <<

[c13] Respectivamente, Thurlow y Wedderburn. —HILL <<

[c14] Burke. —CROKER, 1831 <<

[c15] La señora Macaulay. —CROKER, 1831. La señora Piozzi, en nota al margen en la edición de 1816, confirma la identificación. Preguntado sobre si había leído el segundo volumen de la *Historia de Inglaterra*, de la señora Macaulay, Johnson respondió: «No, señor. Ni el primero tampoco». <<

[c16] La señora Montagu. En 1775 hizo donación a la señorita Williams de una pensión anual que duplicó sus ingresos. La señorita Burney escribió de ella que «descontando su gusto por el pavoneo y la ostentación, que su gran poder por riqueza propia y su alta situación en la literatura en cierto modo disculpan, su conversación es muy agradable». <<

[c17] Se refiere con seguridad a Langton. Es chocante lo mucho que hablaban Johnson y Boswell de su modo de vida. <<

[c18] Baretto llevó a cabo una brutal diatriba contra la señora Piozzi en la *European Magazine* de 1788, vols. XIII y XIV. La llama «la hembra sin frente, la que pasa por ahí con la mezquina apelación de Piozzi; “la Piozzi”, como ahora la llaman mis compatriotas amigos de las fruslerías, la que se ha rebajado a ser la despreciable esposa del maestro de canto que tuvo su hija». Tomó por pretexto los ataques que ella lanzó contra él en la correspondencia que tuvo ella con Johnson, que acababa de publicarse. Baretto sospechaba, tal vez con razón, que había deturpado algunas de las cartas. <<

[c19] Chatterton afirmó haber encontrado en un arcón de la capilla de St. Mary Redcliffe, en Bristol, poemas manuscritos de Thomas Rowley, presbítero y amigo de William Canynge, personaje real del siglo xv. Ya en 1768 había hecho entrega de algunas de sus falsificaciones a George Catcott, socio de Henry Burgum (al cual previamente dotó de una ascendencia falsa), y a William Barrett, cirujano aficionado a las antigüedades que estaba compilando una *Historia de Bristol* (publicada en 1789). <<

[c20] Dice Walpole (*Obras*, IV, pág. 224) que «cenando en la Royal Academy, Goldsmith llamó la atención con una relación del maravilloso tesoro de poemas antiguos que se había hallado en Bristol, y manifestó una creencia entusiasta en su autenticidad, por lo cual se le rió a la cara el doctor Johnson... No todos coincidimos en la medida de nuestra fe; aunque su credulidad me hizo gracia, las risas pronto se apagaron, ya que al preguntar por Chatterton me dijo que había estado en Londres, y que se había quitado la vida». <<

[c21] Johnson se refiere a los *Respublicae Elzevirianae*, presentados en 36 ó 62 volúmenes, según deseo del consumidor (Ebert, *Bibl. Dict*, III, 1571). <<

[c22] Todo el argumento está muy en línea con la doctrina de Mandeville sobre los «vicios privados, beneficios públicos». [\[Véase pág. 1242\]](#). <<

[c23] Es, obviamente, el propio Boswell, como ya sugirió el doctor Hill. Johnson le dijo así: «No hable ni de usted ni de mí... No se convierta usted, ni me convierta a mí, en un proverbio» (*Boswell Papers*, XI, págs. 208, 289). —HILL <<

[c24] Galicismo que, al igual que tantos otros, ya es vernáculo en Escocia. Los franceses llaman al púlpito *la chaire de vérité*. —CROKER <<

[c25] *La caída de Mortimer. Drama histórico. Dedicado al muy honorable Conde de Bute*, 1763. En su irónica dedicatoria, Wilkes escribe así: «A Su Señoría le entusiasma la escena: igual que al señor Murphy. Permítame encarecer a Su Señoría que ayude a su amigo a perfeccionar las escenas débiles de esta tragedia, y que con los toscos desvelos de Ben Johnson y otros nos dé un drama completo. Es ardiente deseo de mi corazón que el Conde de Bute pueda concluir con prontitud la historia completa de Roger Mortimer». <<

[c26] Con todo, en menos de un año Wilkes lanzó un violento ataque contra Johnson en el Parlamento: «Los dos famosos doctores, Shebbeare y Johnson —dijo—, son en este reinado esbirros del Estado a los que llaman pensionados. Sus nombres son una deshonra para la lista del mérito civil. Son de sobra conocidos por ser abogados a sueldo del despotismo» (*Parl. Hist.*, XIX, pág. 118). Es curioso que Boswell no haga mención de este ataque, y que Johnson, a los pocos meses, hablando de Wilkes y de sí mismo dijera: «Queda zanjado el pulso». [\[Véase pág. 1129\]](#). <<

[c27] «El objeto de estudio de la humanidad es el hombre». Como *Man* es «hombre», el nombre de la isla, Isle of Man, podría interpretarse por «Isla del Hombre», con lo que podría quizá traducirse por «el objeto de estudio de los isleños es la isla». <<

[c28] «Oliver Goldsmith, poeta, naturalista, historiador, que se ocupó prácticamente de toda clase de escritos y no tocó ningún género que no adornase. Poderoso pero afable maestro de las emociones, ya quisiera mover al llanto o a la risa, fue de genio encumbrado, vivaz, versátil; su estilo fue grandioso, elegante y encantador. Este monumento en su memoria se ha erigido con el amor de sus compañeros, la fidelidad de sus amigos, la veneración de sus lectores. Nació en Palla, County Longford, el 29 de noviembre de 1731; se educó en Dublín y murió en Londres el 4 de abril de 1774». <<

[c29] «Los firmantes, leído con gran placer el epitafio propuesto para el monumento del doctor Goldsmith, que considerado en abstracto parece en cuanto a la elegancia de su composición y en cuanto a su estilo magistral digno de la pluma de su erudito autor, somos sin embargo de la opinión de que el carácter del difunto en tanto escritor, y en particular en tanto poeta, tal vez no haya quedado delineado con toda la exactitud que el doctor Johnson es capaz de darle. Por consiguiente, con la debida deferencia a su superior criterio, humildemente requerimos que al menos se tome la molestia de revisarlo y de introducir las alteraciones y adiciones que estime oportuno tras ulterior examen. Ahora bien, si nos fuera dado aventurarnos a expresar nuestros deseos, ello nos llevaría a solicitarle que escribiera el epitafio en inglés y no en latín, por entender que la memoria de tan eminente autor inglés debiera mejor perpetuarse en la lengua de la que sus obras con toda probabilidad han de ser ornato duradero, como bien sabemos que opinaba el difunto doctor Goldsmith». <<

[c30] El 22 de junio de 1772, el negro llamado James Somerset, que había llevado su amo a Inglaterra, huyó de éste, fue apresado y condenado a permanecer atado con grilletes a bordo de un barco fondeado en el Támesis que tenía por destino Jamaica; como se presentase un escrito de *habeas corpus* ante la Real Judicatura fue puesto en libertad por orden de lord Mansfield, quien «fue el primero en establecer que el aire de Inglaterra es demasiado puro para que lo respire un esclavo», dando a entender que ha de ser libre todo el que lo respire: «todo el que llegue a Inglaterra tiene derecho a la protección de la ley inglesa, sea cual fuere la opresión sufrida con anterioridad y sea cual fuere el color de su piel». En su sentencia, Mansfield añade que «el poder que tiene un amo sobre su esclavo ha sido sumamente distinto en los distintos países. El estado de la esclavitud es de tal naturaleza que no se puede introducir en el país bajo ningún concepto, sea moral o sea político... Es tan detestable que nada se puede aportar para apoyarlo. Sean cuales fueren las incomodidades que se pueda seguir de esta decisión, no podría decir que el caso quede aprobado por la ley de Inglaterra, de modo que el negro ha de ser puesto en libertad».

Huelga decir que las deliberaciones fueron harto más complejas y dilatadas. <<

[c31] Boswell había expresado su «extrema aversión» por el segundo matrimonio de su padre. El 2 de septiembre de 1775 así se refiere a su madrastra: «Su esposa, que en conciencia no puedo condenar por ninguna cualidad destacable, es tan estrecha de miras, y tan empeñada está en tenerlo por completo sujeto a su administración, y es tan suspicaz, y de tan agrio temperamento, que me hace falta poner en ejercicio al máximo toda mi filosofía práctica para no subirme por las paredes en cuanto la veo».

<<

[c32] Macquarry era el jefe de la Isla de Ulva. «Nos dijo —escribe Boswell— que su familia había sido dueña de Ulva durante nueve siglos, pero me desasosegó saber que pronto iba a tener que venderla en pago por sus deudas». <<

[c33] La señora Thrale da una relación prolija pero apenas creíble de su riña con Baretti. Es muy improbable que él diera en decir a su hija mayor que «si su madre muriese de sobreparto, mientras él viviera bajo su techo, tenía la esperanza de que el señor Thrale se casara con la señorita Whitbred, que sería para ella [la hija] una hermosa compañera, y no tiránica y dominadora, como yo» (Hayward, *Piozzi*, 2.^a ed., I, pág. 104). La señora Thrale da una relación prolija pero apenas creíble de su riña con Baretti. Es muy improbable que él diera en decir a su hija mayor que «si su madre muriese de sobreparto, mientras él viviera bajo su techo, tenía la esperanza de que el señor Thrale se casara con la señorita Whitbred, que sería para ella [la hija] una hermosa compañera, y no tiránica y dominadora, como yo» (Hayward, *Piozzi*, 2.^a ed., I, pág. 104). No cabe duda de que en 1788 él la atacó de un modo furibundo. «Yo no podría haber sospechado de él —escribió la señorita Burney— ni haberle supuesto capaz de unas invectivas tan amargas y crueles, tan feroces» (madame d'Arblay, *Diario*, IV, pág. 185). El ataque respondió a provocación. En enero de 1788 la señora Piozzi publicó una de las cartas de Johnson, en la que éste había escrito: «¡Pobre B —! No riña con él, bastará con desatenderle un poquito más. Sólo aspira a ser franco, viril, independiente y, como dice usted, algo sabio. Para ser franco entiende que ha de ser cínico, y para ser independiente cree que ha de ser descortés. Perdónele, mi querida señora, pues me temo que estas malas artes y su mala conducta las ha aprendido en parte de mí. Espero darle en adelante un mejor ejemplo» (*Cartas*, n.º 420). Malone, en 1789, habla de «la rudeza con que antes se distinguiera». La señora Thrale así describe su marcha: «Mi hija... no dejaba de decirme que Baretti... estaba muy malhumorado, que no corregía sus ejercicios, que insistía en que se iba a marchar pronto, porque la casa era un pandemónium. Al día siguiente preparó su bolso, cosa que no había hecho en tres años, y lo mandó a la ciudad; mientras nos preguntábamos qué iba a decirnos, se había marchado a pie a Londres, sin siquiera despedirse de nadie, salvo de la criada, que reconoce que tenían mucho de que hablar, y en su conversación con ella manifestó una gran aversión hacia mí y hacia ella...» (Hayward, I, pág. 107). Baretti, en la *Eur. Mag.*, vol. XIII, pág. 398, dio su propia versión: «A la señora se le metió en la cabeza darse ínfulas, y empezó a tratarme con frialdad y desdén. No dudé en dejar el desayuno sin terminar, ir a por el sombrero y el bastón, dar la espalda a la casa *insalutato hospite* y marcharme a pie a Londres, sin decir una sílaba». En una nota al margen de las *Cartas de Piozzi*, I, pág. 338, dice que se marchó de Streatham el 4 de junio de 1776. «Había pasado con la familia seis años y medio... Johnson me hizo albergar la esperanza de que Thrale al final me concedería una pensión anual por mis desvelos, pero como nunca recibí un chelín de él, ni de ella, al final me harté, y ante una provocación por parte de ella me fui bruscamente». Parece que más adelante hicieron las paces. —HILL <<

[c34] El Duque de York sancionó con su presencia la broma por la cual perdió Foote la pierna (pág. 553). Llevado a compasión, obtuvo para él una real patente para que realizase actuaciones en Haymarket, todos los años, desde el 14 de mayo hasta el 14 de septiembre. Tan sólo actuó tres veces tras retirarse. El trato que zanjó Colman le salió a cuenta, ya que Foote murió en menos de un año, el 21 de octubre de 1777. <<

[c35] Strahan dio muestras de su gran sagacidad con *Decadencia y caída*, de Gibbon, que había caído en desgracia ante la editorial de Elmsly. «Tan modestas eran nuestras esperanzas —escribe Gibbon en sus *Memorias*, pág. 194—, que la tirada original se redujo en principio a quinientos, hasta que se dio en duplicar la cifra gracias al gusto profético del señor Strahan». Para Garrick, Strahan era «un hombre muy obtuso». [\[Véase pág. 1207\]](#) <<

[c36] «Ved al pobre indio, cuyo entendimiento sin educación encuentra a Dios en las nubes, o lo oye en el viento». Pope, *Ensayo sobre el hombre*, 1, pág. 100. —HILL <<

[c37] Así, supongo, da a entender que Johnson era el padre de las plantaciones. —HILL

<<

[c38] El antiguo amanuense de Johnson, durante la compilación del *Diccionario*. Johnson lo describió como «un hombre de gran cultura». Mme. D'Arblay, *Diario*, I, pág 114. <<

[c39] «Temo a los griegos y a quienes traen obsequios». *Eneida*, II, 49. <<

[c40] Dice Malone: «Johnson jamás entendió el arte de sacar el mayor provecho de su producción escrita». Prior, *Malone*, pág. 161. <<

[c41] El 22 de febrero se promulgó una decisión contraria a la perpetuidad de la propiedad intelectual. «Mediante dicha decisión... casi 200 000 libras, invertidas en adquirir honestamente derechos de propiedad licitados en pública subasta, se han reducido a nada... A los libreros de Inglaterra no les queda más garantía sobre la adquisición que hagan en el futuro de derechos de propiedad que la ley de la reina Ana, que asegura la propiedad de la obra durante catorce años, al cabo de los cuales revierte al autor». *Ann. Reg.* 1774, xvii, i, pág. 95. —HILL <<

[c42] Parece que Boswell aquí se cita a sí mismo. En su *Diario de un viaje a las Hébridas* (13 de septiembre), aunque el énfasis sea algo distinto, escribe «fervor de la lealtad». —HILL <<

[c43] «Escrita en una época en la que Savage no tenía por lo común dónde caerse muerto ni qué llevarse a la boca. La escribió mayormente con pluma y tinta prestada, en papeles que encontró por la calle. El desdichado poeta hubo de someterse por entero al dictamen de los actores, y admitir sus enmiendas siempre que hubo algún rechazo, en especial las de Cibber, lo cual tuvo siempre por gran desgracia de su obra. Cuando se estrenó, él mismo interpretó el papel de Overbury. Tanta vergüenza le causaba que borraba su nombre de la lista cada vez que mostraba un ejemplar de su tragedia a sus amistades». Johnson, *Vida de Savage*, págs. 52, 54, 56. <<

[c44] Sheridan ingresó en el Club Literario en marzo de 1777. *Los rivales* y *La dueña* se estrenaron en 1775; *El viaje a Scarborough* es de 1777, y *La escuela del escándalo* de mayo de ese mismo año. Todo indica que Johnson se refiere a las dos primeras. <<

[c45] De la imitación de *Gualterus Danistonus ad Amicos*, de Prior; el poema lo mencionó Boswell en su *Diario de las Hébridas*, 18 de agosto. —HILL <<

[c46] Entre metodistas y moravios, llamados Hermanos de Bohemia, no había buenas relaciones. En 1749 los moravios hicieron una proclama en el sentido de que «todo el que entienda que quienes en Inglaterra son por lo común llamados moravios y quienes se hacen llamar metodistas son los mismos está en un grave error». Wesley, influido por los moravios, anotó en su *Diario*, sept., III, pág. 435, que «los llamados metodistas dan de corazón las gracias al hermano Luis por su declaración, ya que no tienen por honor que se les relacione ni con él ni con el resto de los hermanos».

—HILL <<

[c47] Langton. Concuerta Hill con la señora Piozzi, que lo anotó al margen en su ejemplar de la edición de 1816. <<

[c48] Así escribió Gibbon a Garrick desde París el 14 de agosto: «En esta época del año, la sociedad de la Cabeza del Turco ya no se puede tener por un cuerpo mancomunado, pues la mayoría de sus miembros se hallan dispersos: Adam Smith en Escocia, Burke en las umbrías de Beaconsfield, Fox sabe Dios dónde, etcétera, etcétera. Tenga la bondad de saludar de mi parte a los amigos con que se pueda encontrar. Asegure en particular a sir Joshua que no he perdido mi gusto por la conversación viril y por la compañía en torno a la mesa». Garrick, *Corresp.* II, pág. 256. En las cartas de Gibbon jamás se hace mención, creo, de Johnson. —HILL <<

[c49] No es fácil sorprender en Johnson nada que se aproxime ni de lejos a la inexactitud. Permítaseme citar, así pues, un pasaje de una de sus cartas, por el cual bien se ve que cuando escribió a la señora Boswell no había probado, tal como da a entender, la mermelada. «4 de agosto de 1777. Creo que fue después de despedirme de usted en su casa cuando recibí un tarro de mermelada de naranja de la señora Boswell. Confío que hayamos hecho por fin las paces. Aún no he abierto el tarro». *Cartas*, n.º 533.—HILL <<

[c50] 2 Corintios, 4, 17. <<

[c51] Exceptuando al propio Boswell, que con sus más de ocho mil páginas manuscritas a lo largo de su vida parece que escribiera incluso a caballo. <<

[c52] George Garrick. —HILL <<

[c53] En su edición de la *Vida* de 1831 (IV, 139 n.) Croker cita la siguiente carta de Dodd, fechada en 1750: «Ayer pasé la tarde con Johnson, el célebre autor del *Rambler*, que es entre todos los demás el individuo más raro y más peculiar que yo haya visto en la vida. Mide un metro ochenta, tiene violentas convulsiones de la cabeza y el cuello, y distorsiona los ojos al mirar. Habla con aspereza, en voz muy alta, y no presta atención a la opinión de nadie, siendo absolutamente pertinaz en las suyas. Mana de su boca el sentido común en todo cuanto dice, y parece poseído de una provisión prodigiosa de conocimientos, que no tiene la menor reserva en comunicar al primero que tenga delante, aunque con tal obstinación que da a sus parlamentos un aire falto de gentileza, algo zopenco, desagradable e insatisfactorio. En dos palabras, no hay palabras para describirlo. A menudo parece desatento a lo que suceda a su alrededor, y de pronto parece una persona provista de un espíritu superior. He reflexionado acerca de él desde que lo vi. Es un hombre de genio universal y sorprendente en todos los sentidos, pero en sí mismo es tan peculiar que no hallo la manera de expresarlo». <<

[c54] Pronunciado el viernes 6 de junio de 1777. Lo publicó Kearsley al precio de un chelín. El nombre de Dodd se añadió en la segunda edición. Johnson escribió a la señora Thrale desde Lichfield el 9 de agosto: «Dice Lucy que “cuando leí el sermón del doctor Dodd a los encarcelados, me dije que el doctor Johnson no pudo haberlo hecho mejor”». *Cartas*, n.º 536. <<

[c55] Hechos, 16, 30. <<

[c56] Horacio, *Odas*, II, 4. «Amar así a tu sierva...». <<

[c57] En la *Vida de Addison* dice así: «La necesidad de plegarse a los tiempos que corren, y de exonerar a las personas, es el gran impedimento que ha de arrostrar la biografía. La Historia puede levantarse a partir de monumentos y registros permanentes, pero las vidas sólo se pueden escribir a partir de un conocimiento personal, que mengua con cada día que pasa, y que en un lapso muy corto se pierde para siempre. Lo que se conoce, rara vez se puede contar de inmediato; cuando puede contarse, ya se desconoce. Los delicados rasgos del intelecto, las finas discriminaciones de la personalidad, las minuciosas particularidades de la conducta, pronto quedan borradas, y no cabe duda de que el capricho, la obstinación, la aventurilla y la estupidez, por deleitosas que sean de describir, es preferible que caigan silenciosamente en el olvido, sobre todo si su revelación, debida a una ligereza sin mucho sentido, o a una detección inoportuna, ha de causar un aguijonazo de dolor a una viuda, a una hija, a un hijo o a un amigo. Como quiera que el proceso de estas narraciones ahora me empieza a situar entre mis propios contemporáneos, comienzo a sentirme como si “caminase sobre cenizas bajo las cuales no se han extinguido todavía los rescoldos”, y próximo a llegar al momento del que será preferible decir que “nada es falso”, antes que decir que “todo es verdadero”». —HILL <<

[c58] No encuentro la descripción en *Seis meses de viaje por el norte de Inglaterra*, de Young, sino en *Visión actual del condado de Derby*, de Pilkington, 1789, II, pág. 120.

—HILL <<

[c59] *Eneida*, I, 460. «¿Qué lugar, dime, Acates, qué región de la Tierra no está llena de nuestros sufrimientos?». Traducción de J. Echave-Sustaeta. <<

[c60] En su *Relación de las costumbres de Italia*, 1768, I, pág. 236, dice Baretto: «Es costumbre generalizada de nuestros autores que hagan un obsequio de sus obras a los libreros, quienes a cambio apenas les dan unos cuantos ejemplares cuando está impreso el libro». Goldoni apenas se embolsó diez libras del director del teatro veneciano por cada una de sus obras, y mucho menos le devengaron los libreros. «A nuestros sabios se les ponen los ojos como platos cuando se enteran de que en Inglaterra son numerosos los escritores que se ganan el pan solamente con lo que escriben». <<

[c61] Boswell abrevió su vida debido a la bebida, caso de que la bebida no le ocasionara la muerte. Menos de un año antes de morir, el 31 de mayo de 1794, escribió así a su amigo Temple: «Le agradezco sinceramente su amistosa admonición sobre mi fragilidad al permitirme la ingesta de vino en tales cantidades. He resuelto de nuevo estar en guardia, no en vano soy consciente de cuán pernicioso, amén de vergonzoso y de mala fama, es tal hábito. De qué manera tan miserable he cedido a él en años diversos». En 1776, Paoli le había tomado la palabra de honor de que no probaría licores fermentados durante un año, con el fin de recobrar la plena sobriedad. Durante una corta temporada, en 1778, Boswell sólo bebió agua. <<

[c62] Huet, Obispo de Avranches, nacido en 1630 y muerto en 1721, publicó en 1718 los *Commentarius de rebus ad eum pertinentibus*. <<

[c63] Johnson hace sin duda referencia al ensayo titulado *De las novelerías, una imitación*, obra de A. L. Aikin (señora de Barbauld); se halla en *Miscellaneous Pieces in Prose*, de J. y A. L. Aikin (1773), pág. 39. Agudo crítico sería quien distinguiera esta imitación de no pocos ensayos publicados en el *Rambler*. —HILL <<

[c64] La revista de Baret, *Frusta Letteraria*, publicada bajo el seudónimo de Aristarco Scannabue, consta de 25 números aparecidos entre el 1 de octubre de 1763 y el 15 de enero de 1765. La cita de Boswell procede del n.º 9, 1 de febrero de 1764: «Robertson... ha imitato con molta felicità lo stile del gran Samuello Johnson, famoso pel suo Dizionario, pel Rambler, per l'Idler e per molte altre sue maravigliose opere». —HILL <<

[c65] «Quien piense con mayor anchura que otro necesitará palabras de sentido más amplio». *Idler*, n.º 70. <<

[c66] «En el amanecer y en el líquido rocío de la juventud». *Hamlet*, I, 3. <<

[c67] El hermano de Boswell, David, estuvo afincado en España desde 1768. *Boswelliana*, pág. 5. [Los diarios de Boswell confirman la conjetura de Hill en el sentido de que, aquí, David es el hijo, y lord Auchinleck el padre]. <<

[c68] Hannah More (*Memorias*, II, pág. 16) dice que una vez preguntó a Garrick «por qué se mostraba Johnson tan a menudo áspero y contrariado tanto con él como de él». «Es muy natural —respondió—; ¿no es de esperar que esté enojado ante el hecho de que yo, que tengo mucho menos mérito, haya tenido mayor éxito que él?». —HILL <<

[c69] Croker sugirió, con razón, que aquí y en el párrafo siguiente se refiere a Langton.

—HILL <<

[c70] O Manifold, es decir, «de múltiples ramales». Fluye por el Lake District. <<

[c71] Campbell, recaudador de impuestos, en julio de 1769 había sorprendido a un criado de lord Eglintoune contrabandeando 80 galones de ron en uno de los carros de su señor. Esto dio lugar al malestar natural. Tenía derecho, por su cargo, a portar armas; tenía licencia de muchos nobles para hacer uso de las armas en sus terrenos. Su Señoría en cambio le había prohibido el paso en los suyos. En octubre, entró en su propiedad en busca de rastros a la orilla del mar. Eglintoune lo abordó en el arenal y le exigió la entrega del arma, haciendo ademán de arrebatársela. Campbell avisó de que abriría fuego si no se detenía. Al retroceder, tropezó y cayó. Eglintoune hizo el gesto de aprovecharse y Campbell disparó, acertándole en el costado. Fue declarado culpable de asesinato. El día del juicio se ahorcó en la prisión. —HILL <<

[c72] Boswell alude al lema de su *Diario*:

Mientras en el fluir del tiempo tu nombre
hinchido huye, y ensancha todo tu renombre,
dime, ¿podrá de mi barca la vela
el triunfo perseguir, y capear la galerna?

Pope, *Ensayo sobre el hombre*, IV, 383.

<<

[c73] Referencia a las *Fábulas* de Fedro, III, XIV («De Lusu et Severitate»). —HILL <<

[c74] En su *Vida de Rochester*, Johnson refiere que vivió sin dar dignidad ni utilidad a sus días, y quemó su juventud y su salud en ociosa voluptuosidad, hasta que, a los treinta y un años, agotó lo que le quedaba de vida y se vio reducido a una debilidad extrema. Señala que Burnet «introdujo un cambio absoluto de costumbres y opiniones», y afirma del libro en que se relata la transformación que es un volumen «que el crítico debiera leer por su elegancia, el filósofo por sus argumentos y el santo por la piedad que contiene». En la respuesta que da Johnson a Boswell hay un juego sobre el título de esta obra: *Algunos pasajes sobre la vida y la muerte de John, Conde de Rochester* (1680). <<

[c75] Horacio, *Odas*, II, 14. «Los años deslízanse veloces...». <<

[c76] Por el cuaderno de Boswell (*Note Book*, 1925, págs. 16-17), parece ser que Beauclerk relató a Boswell esta historia y aún otra en contra de Johnson, también a propósito de Tom Hervey. Johnson dijo a Boswell que «Harvey no tenía hermana que viviera con él, y que su cuñada nunca se hubiera rebajado a decir de él tal mentira».

—HILL <<

[c77] «De la vida no esperes libre de pena o peligro verte, | ni el sino del hombre pienses que en ti haya de trocarse». (versos 154-155). <<

[c78] «Porque yo les doy testimonio de que a la verdad tienen celo de Dios, mas no conforme a ciencia», Romanos, 10, 2. <<

[c79] «Ignora la virtud feas repulsas; | brilla con luz inextinguible y clara, | y no toma o depone los honores | según lo pidan las populares auras». Horacio, *Odas*, III, 2. <<

[c80] Sir Walter Scott, en una nota a *Redgauntlet*, dice así: «Sir John Nisbett, en las *Dudas de Dirleton sobre la ley en especial de Escocia*, y sir James Stewart, en las *Dudas de Dirleton resueltas y contestadas*, son autoridades de jurisprudencia escocesa. Como suele ser habitual, las dudas son más respetables que sus soluciones». —HILL <<

[c81] La fuente del dicho «*In bello non licet bis errare (o peccare)*» es Plutarco, *Regum et Imperatorun Apophthegmata (Moralia 186 F)*. —HILL <<

[c82] Beauclerk. <<

[c83] «Para vivir por mi propio bien y el de mis amistades». <<

[c84] Johnson, en el *Diccionario*, define *policía* como ‘regulación y gobierno de la ciudad o el campo, en lo que a sus habitantes atañe’. <<

[c85] «Ahora vemos como por espejo en oscuridad, mas entonces veremos cara a cara». I Corintios, 13, 12. <<

[c86] «*Quodcunque ostendis mihi sic incredulus odi*». [«No creo en exhibiciones de esa clase, y me repugnan»]. Horacio, *Arte Poética*, V. 188. Johnson habla del «natural deseo que tiene el hombre de propagar maravillas». Según la señora Piozzi (*Anécdotas* pág. 137), Hogarth dijo que «Johnson, aun siendo tan sabio, es más como el rey David que como el rey Salomón, pues presa de la prisa dice que todos los hombres mienten». <<

[c87] Se trata del Club Literario. Entre los papeles de Boswell que adquirió el coronel Ralph Isham hay uno, de mano de Boswell, que contiene la leyenda para identificar las iniciales. Son como siguen: C = *Chemist* o farmacéutico, es decir, Fordyce; E = Edmund (Burke); F = Fitzpatrick (lord Ossory); P = Pintor (sir Joshua Reynolds); R = Richard (Sheridan); por último, J no es una J, sino una I, que representa al «infiel», o descreído, refiriéndose a Gibbon. Antes de la verificación, Croker ya estuvo muy cerca de dar con la clave. <<

[c88] Horacio, *Odas*, III, 24, 46. <<

[c89] «*Pallick obscenity*», destacado en versales en el original, podría pasar en inglés, a oídos de una persona inculta, por un nombre y apellido de nota. <<

[c90] Lo más probable es que fuera el padre de Boswell, pues responde a lo que se dice de él. —HILL <<

[c91] Es parte de una letrilla recogida en Chappell, *Popular Music of the Olden Time*.

—HILL <<

[c92] H. Gordon Ward, en *Notes & Queries*, vol. 156, 1929, pág. III, señala que se trata de Quevedo. El soneto aparece en su *El Parnaso Español*, 1659, Clío, III, pág. 4, cuyos últimos versos dicen así:

Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece, y dura.

Los hispanistas, como apunta Ward, han pasado por alto la afirmación de Johnson, en el sentido de que Quevedo tomó el soneto de Janus Vitalis. Como todo el mundo sabe, Giano Vitale, —por darle su nombre real, italiano—, teólogo y poetastro palermitano, publicó su primera obra en 1512 y murió hacia 1560. Es sabido que no pasa de ser el cantero que proporciona a Quevedo la materia inerte con que esculpe escultura eterna.

Se trata, claro está, del espléndido soneto que comienza: «Buscas en Roma a Roma, ¡oh, Peregrino!, | y a Roma misma en Roma no la hallas». <<

[c93] Respectivamente, *Epístolas* I, VIII, 23, y I, XIV, 16. <<

[c94] Tratándose de un topónimo inventado y ubicado idealmente en Irlanda, que además incluye la raíz *crazy* [‘loco’], no estaría de más trasterrar la traducción hacia lares galaicos: «Vivía un joven guapo en Valdelouco | necesitado de mujer | que lo llevara a perder | la sesera un poco». <<

[c95] «Acrecienta mi saber a la vez que aumentan mis años». Plutarco, *Solón*, cap. 31.

<<

[c96] «No es poco ser señor de un pequeño terreno, en el cual al menos un lagarto pueda darse la vuelta». Dryden, *Juvenal*, III, 230. <<

[c97] *Como gustéis*, acto III, escena 2. En *Modernos personajes* (pág. 47) se da el verso siguiente: «Sería una palabra muy grande para cualquier boca de las de hoy en día». Los versos que cita Boswell a continuación se aplican en cambio al general Conway. *Ibid.*, pág. 66. —HILL <<

[c98] *Coriolano*, acto II, escena I, versos 255-256. <<

[c99] En una cena, encontrándose con Bentley, Pope le dijo lo siguiente: «Doctor Bentley, he encargado a mi librero que le envíe mis libros; espero que haya recibido sus ejemplares». Bentley, que había evitado adrede decir nada sobre el *Homero*, hizo ver que no le entendía, y respondió: «¿Libros? ¿Libros? ¿Qué libros?». «Mi *Homero* —replicó Pope—, que usted me hizo el honor de suscribir». «Ah —dijo Bentley—, sí, ahora caigo..., su traducción. Es un bello poema, señor Pope, pero no debe usted decir que es de Homero». Johnson, *Vida de Pope* (pág. 285 n). <<

[c100] El director del teatro de Covent Garden. <<

[c101] Zorro, en inglés es *fox*. Reynolds seguramente estuvo siempre más bajo el influjo de Johnson que de cualquier otro. Él mismo se confiesa «de la escuela johnsoniana» (págs. 1177 y 1269 Gibbon llama a Johnson «el oráculo de Reynolds» (*Memorias*, ed. de 1900, pág. 143). —HILL <<

[c102] «Cualquier anciano se queja... de la petulancia y la insolencia de la generación en alza. Se remite a la decencia y a la regularidad de los tiempos pasados, y celebra la disciplina y la sobriedad de la época en que transcurrió su juventud, una época feliz que ahora ya no cabe esperar, pues la confusión ha trastornado al mundo y ha demolido todos los límites de la conducta civil y de la debida reverencia». *The Rambler*, n.º 50. <<

[c103] *Fortunam reverenter habet, quicumque repente Dives ab exili progrediere loco.*
Ausonio, *Epigrammata*, II [VIII]. <<

[c104] En la *Gent. Mag.* de 1776, vol. XLVI, pág. 382, parece que se hace referencia a este casco de navío. Los condenados por la nueva ley de prisiones faenaban en el drenaje del lecho fluvial del Támesis. En el mismo volumen hay un ensayo, muy probablemente de Bentham, sobre los trabajos forzados; Johnson posiblemente lo conociera. —HILL <<

[c105] Era galés. <<

[c106] *Of London*, 1790, pág. 200. <<

[c107] El capítulo XLII es aún más breve. La explicación se halla en una carta de un miembro de número de la Sociedad Literaria de Islandia (*Pall Mall Gazette*, 3 de mayo de 1833). El gobierno danés quiso rectificar un opúsculo engañoso acerca de Islandia, comisión que encargó a Niels Horrebow. Se publicó en 1752 en danés y en 1758 en traducción inglesa. Horrebow hizo escrupulosa y categóricamente las correcciones solicitadas, «y de ahí provienen estos capítulos, aunque hay que añadir que deben su famoso laconismo al traductor..., pues el autor se extiende en profusas observaciones, en vez de dar a su predecesor un desmentido tan tajante y escueto».

<<

[c108] «Si olvidado algún tiempo de los dioses | tras una vana ciencia erré confuso, | las velas cambio a mi bajel, y vuelvo | a recobrar abandonados rumbos». Horacio, *Odas*, I, 34. (Traducción de Bonifacio Chamorro). <<

[c109] Ovidio, *Metamorfosis*, II, 13. «... no tienen todas la misma cara, pero tampoco son muy diferentes...», vol. I (lib. I-V) de *Metamorfosis*, texto revisado y traducido por Antonio Ruiz de Elvira, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988. <<

[c110] George Steevens. SEÑORA PIOZZI (nota al margen en la edición de 1816). La misma identificación hicieron Croker y Hill. Dice Garrick (*Correspondencia*, II, pág. 361) que Steevens había escrito en los periódicos calumnias contra él, y que luego aseguró por su palabra de honor que no eran obra suya, aunque posteriormente se jactó de haberlas escrito, diciendo que «fue divertido vejarme de ese modo». <<

[c111] «Lo sé y esta licencia solicito y otorgo por mi parte». Horacio, *Arte Poética*, v. II

<<

[c112] Una traducción de estas cartas falsificadas, escritas por M. de Caraccioli, se publicó en 1776. La *Gent. Mag.* (vol. XLVI, pág. 563) las dio por genuinas. En el *Ann. Reg.* de ese mismo año (vol. XIX, II, pág. 185) se publicó una traducción de la carta en la que Voltaire puso en tela de juicio su autenticidad. El pasaje que cita Johnson es el siguiente: «*On est en droit de luz dire ce qu'on dit autrefois à l'abbé Nodot: "Montrez-nous votre manuscrit de Pétrone, trouvé à Belgrade, ou consentez a n'etre cru de personne"*». Voltaire, *Œuvres*, 1882, I, pág. 2. <<

[c113] «Otra es la gloria del sol y otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estrellas, porque una estrella es diferente de las otras en gloria». I Corintios, 15, 41.

<<

[c114] «... hagamos bien a todos, y mayormente a los domésticos de la fe». Gálatas, 6, 10. <<

[c115] «... aquel discípulo, al cual amaba Jesús». Juan, 21, 20. <<

[c116] «... resoplado amenazas y muerte...». Hechos, 9, 1. <<

[c117] «He demostrado —escribe Mandeville en su *Fábula de las abejas*, edición de 1924, I, 166— que los verdaderos placeres de todos los hombres en la naturaleza son sensuales y mundanos si los juzgamos desde la práctica de los mismos, y digo “todos los hombres en la naturaleza”, porque los cristianos devotos, que aquí han de ser natural excepción, por regenerarse y tener la preternatural ayuda de la Gracia Divina, no puede contemplarse que estén “en la naturaleza”». —HILL <<

[c118] En *The Adventurer*, n.º 50, dice Johnson que «los demonios, al decir de sir Thomas Browne, no se mienten los unos a los otros, ya que la verdad es necesaria en todas las sociedades, y no podría la sociedad del infierno subsistir sin la verdad». <<

[c119] Hannah Moore. <<

[c120] En abril de 1784, cuenta la propia Hannah Moore, fue a visitar a Johnson poco después de haber escrito *Le Bas Bleu*. «Todas las adulaciones que haya recibido yo del mundo entero no igualarían la suma de las tuyas... ¡Y todo esto por parte de Johnson, que tanto escatimaba los elogios!». <<

[c121] *Prig*: ‘remilgado’, ‘mojigato’. <<

[c122] 2 Timoteo, 4, 7 y 8. <<

[c123] Miss Jane o Jenny Harry, hija natural de Thomas Hibbert, juez destinado a Jamaica. <<

[c124] «Quien haya de viajar buscando entretener a los demás, debe tener presente que el gran objeto de todo comentario es la vida de los hombres». *The Idler*, n.º 97. <<

[c125] «No se acostumbre a emplear grandes palabras para las cosas pequeñas», dice Johnson antes. <<

[c126] Tom Tyers publicó por vez primera su esbozo biográfico de Johnson en la *Gent. Mag.* de diciembre de 1784. Costeó una edición exenta en 1785. El ejemplar que obsequió a Boswell se halla hoy en la colección de R. B. Adam (*Adam Library*, 192.9, vol. II), y contiene la siguiente dedicatoria: «Le ruego, señor Boswell, que no preste, pierda ni regale esta pequeña biografía. 1785. Tiresias no es más que un laúd, pero Boswell es laúd y es trompeta». Boswell añadió su explicación: «Le tomaba el pelo por el apellido, y en vez de Tyers lo llamaba Tiresias». —POWELL <<

[c127] El amigo en cuestión es Percy. —CROKER, 1831. Hill no lo desmiente. El filósofo es Bias, en Cicerón, *Paradoxa*, I. <<

[c128] Esta obra, escrita para ridiculizar los dramas italianos con música, fue primero propuesta a Cibber y a sus colegas de Drury Lane, que la rechazaron; se la llevaron después a Rich, y tuvo por efecto, como se decía en son de chanza, enriquecer a Gay y alegrar a Rich. En el original, «*making Gay rich and Rich gay*». —HILL <<

[c129] Horacio, *Odas*, IV, 2, 11. <<

[c130] Horacio, *Sátiras*, I, I, 106. «Hay una medida en las cosas, hay, en fin, ciertos límites» (en traducción de Horacio Silvestre). Sin embargo, el sentido en que se toma en el texto es muy otro: Bindley y Kearney señalaron a Malone que se trata del lema de *An Enquiry into the Customary-Estates and Tenant-Rights, &c., with some considerations for restraining excessive fines*, de Everard Fleetwood [=S. Burroughs], 8vo, 1731. [«Indagación sobre las fincas de costumbre y los derechos de los arrendatarios, con algunas consideraciones para la restricción de las multas excesivas»].

Las multas son pagos debidos al terrateniente cada vez que admite a un nuevo arrendatario. En algunas casas solariegas, estos pagos son fijos según costumbre; en otros dependen en cambio de lo razonable que sea el señor y de la capacidad de pago del arrendatario; son las «multas inciertas». La ventaja de las multas ciertas, como la de un *modus* en los diezmos, es que uno sabe lo que ha de percibir. —HILL <<

[c131] P. Cunningham, entiendo yo, nos ha permitido aclarar este misterio de Boswell gracias a su hallazgo, en la *Correspondencia* de Garrick (II, pág. 305), mayo de 1778, de que el amigo pobre de Johnson, Mauritius Lowe, el pintor, vivía en el n.º 8 de Hedge Lane, en un estado de necesidad extrema. —CROKER, 1848 <<

[c132] En todas sus relaciones con la humanidad, Pope se deleitó sumamente con toda clase de artificios, esforzándose por lograr sus objetivos con métodos indirectos e insospechados. «Difícilmente se tomaba una taza de té sin una estratagema», según se ha dicho. —HILL <<

[c133] Johnson (pág. 1577) habla de la «vana y ostentosa importancia con que muchas personas citan la autoridad de duques y señores». Al ir él hasta el extremo opuesto, como él mismo dice, podríamos hallar la explicación del «misterio» de Boswell. Y es que misterios —«la sabiduría de los zoquetes», al decir de Horace Walpole (*Cartas*, v, pág. 13)— tenía Johnson tan pocos como el que menos. En cuanto a Grosvenor Square, los Thrale residieron allí durante un corto periodo, y Johnson disponía de habitación en la casa (pág. 1466). —HILL <<

[c134] Tácito, *Agrícola*, cap. xxx. «Lo desconocido siempre pasa por ser algo de peculiar grandeza». —HILL <<

[c135] Pope, *Epístola a Arbuthnot*, I, 283. <<

[c136] «Si queremos vivir queridos para la patria, para nosotros». Horacio, *Epístolas*, I, 3, 29. <<

[c137] Lord Clive. —CROKER, 1831 <<

[c138] «Bueno —dijo él—, tuvimos una buena charla». BOSWELL: «Sí, señor; volteó y despanzurró usted a varias personas». [\[Véase pág. 528\]](#). <<

[c139] Chappe D'Auteroche escribe así: «*La douceur de sa physionomie, et sa vivacité, annonçoient plutôt quelque indiscretion, que l'ombre d'un crime. Tous ceux que j'ai consulté par la suite m'ont cependant assuré qu'elle étoit coupable*». *Voyage en Sibérie*, 1768, I, 227. Dice Lord Kames: «Al margen de la indiscreción de la que fuese culpable, la dulzura de su semblante y su compostura no dejaban en los espectadores el más mínimo recelo de su culpa». Fue cruelmente flagelada con un knut, se le cortó la lengua y se le desterró a Siberia. Kames, *Sketches*, 1774, I, 252.

<<

[c140] Pope, *Ensayo sobre el hombre*, IV, 380. <<

[c141] En el *Diccionario* de Johnson se lee: '[*accjis*, hol.; *excisum*; lat.] Aborrecible impuesto con que se gravan las mercancías, cuya cuantía no estipulan los jueces al uso en materia de propiedad, sino desdichados que contratan aquellos a quienes se ha de pagar el *excise*, o arancel interno'. <<

[c142] «Los vocablos que nuestros autores han introducido gracias a su conocimiento de las lenguas extranjeras, o a la ignorancia de la propia..., los registro tal como surgieron, aunque por lo común con el solo objeto de censurarlos, y de avisar para prevenir la insensatez de naturalizar inútiles términos extranjeros en detrimento de los nativos». Johnson, prefacio al *Diccionario*.

«Rara vez he admitido... una palabra que no autoricen los escritores que nos preceden, pues soy de la firme convicción de que todo el que conozca la lengua inglesa en su forma actual será capaz de expresar sus pensamientos sin estorbo y sin ayuda de otras naciones» (*The Rambler*, n.º 208). <<

[c143] [\[Véase pág. 143\]](#) <<

[c144] ‘*To enucleate. To solve; to clear*’. [‘Nuclear: resolver, aclarar’], *Diccionario de Johnson*. <<

[c145] *Otelo*, acto III, escena 3. Es de «divorcios» de lo que dice Boswell que se habla, aunque más bien se trata de adulterios. Parece un caso de eufemismo manifiesto. <<

[c146] O Hammam. Los baños se llaman *Hummums* en Oriente, y de ahí toman el nombre esos hoteles de Covent Garden, donde había baños de agua caliente y de vapor. —CROKER, 1848 <<

[c147] Se trata, respectivamente, de Beauclerk y de lord Bolingbroke. <<

[c148] Lord Clive. <<

[c149] *Hamlet*, acto I, escena 2. <<

[c150] Johnson, o Boswell al dar cuenta de ello, cae aquí en un error. El editor de las *Obras* de Chesterfield dice que «deseoso de dar un ejemplo de la elocuencia de lord Chesterfield, ha elegido los tres discursos que siguen, el primero al estilo fuerte y con nervio de Demóstenes, los dos siguientes a la manera ingeniosa e irónica de Tulio». El primero no es de Johnson, ya que apareció en la *Gent. Mag.* de julio de 1737, nueve meses antes de su primera colaboración. Si Johnson llegó a meter mano en la versión autorizada, que es posterior, se limitó a revisar el texto publicado. Los otros dos sí son suyos, aunque erróneamente atribuidos a lord Carteret. —HILL <<

[c151] El 17 de octubre de 1777, el ejército de Burgoyne se rindió a los americanos en Saratoga. Uno de los artículos de la convención estipulaba que el ejército «debía marchar del campo de batalla con todos los honores de la guerra... a un lugar convenido, donde depositaría las armas. Se dice que el general Gates prestó tan delicada atención al honor militar de los británicos... que mantuvo a sus soldados dentro de las filas, de modo que ningún americano tuvo que ser testigo del degradante espectáculo de la deposición de las armas» (*Ann. Reg.* xx. *173, *174). <<

[c152] Abraham Stanyan, enviado a los cantones de Suiza. En 1714 publicó una *Relación de Suiza*. <<

[c153] Entre 1751 y 1753, el alcalde no fue nombrado por rotación, ya que a sir G. Champion, el concejal de mayor edad, se le acusaba de ser partidario de España. Entre 1754 y 1765, en caso de litigio se eligió al concejal de mayor edad. Entre 1766 y 1775 se prescindió del orden de prelación por edades, que se volvió a observar entre 1776 y 1778. Dos años antes de que hiciera Johnson este comentario, las irregularidades habían terminado. <<

[c154] Juvenal, *Sátiras*, III, 78. Es la que imita Johnson en su *Londres*. <<

[c155] Existe la tradición de que la celda de Bacon, el monje, construida sobre un arco del puente, se desplomará cuando pase por debajo un hombre más grande que el propio Bacon. <<

[c156] «Tenía finura de oído, y su dicción era elegante y copiosa. Sin embargo, su poesía de devoción, al igual que la de tantos otros, es insatisfactoria. La poquedad de los tópicos refuerza una repetición perpetua, y el carácter sacro de la materia poética no casa con los ornatos de la dicción figurativa y los rechaza. A Watts le basta con haber hecho mejor que otros lo que nadie ha hecho bien», Johnson, *Vida de Watts*. <<

[c157] Se trata del Canal de Wey. A partir de *navigation*, término aplicado a un canal para la navegación interna, se forma el término *navvy* [‘peón’]. *Canal* era el término corriente para un estanque ornamental, y por un tiempo pareció que había de ser *navigation*, y no *canal*, el término apropiado para los ríos artificiales. <<

[c158] El rey visitó el campamento de Warley el 20 de octubre. <<

[c159] El error gramatical es sin duda de Boswell. Tan orgulloso estaba de su conocimiento de las lenguas que cuando fue nombrado secretario de Correspondencia Extranjera de la Real Academia, escribió el discurso de honor en tres cartas distintas, que se conservan, en inglés, francés e italiano. Véase *Athenaeum*, 6 de febrero de 1886, pág. 192. —HILL <<

[c160] En *El ensayo*. [\[Véase pág. 632\]](#). <<

[c161] No era Anson, sino Amherst, a quien alababa el bardo. El pasaje del diario de Boswell que contiene el nombre se ha destruido del todo. —HILL <<

[c162] Es probable que se trate de sir Joshua Reynolds. <<

[c163] «Viendo Londres —dijo Johnson—, he visto de la vida todo lo que el mundo me puede mostrar». (“Londres —escribió Hume en 1765— nunca me ha gustado mucho. No se tiene en la debida estima a las letras; a los escoceses se nos odia; la superstición y la ignorancia ganan terreno a diario”. J. H. Burton, —*Hume*, II, pág. 292. —HILL <<

[c164] Anónimo, 1693. Obra del autor de *Todo el deber del hombre*. [\[Véase nota 75, Vol. II\]](#).
Langton regaló un ejemplar de este libro a Boswell. —HILL <<

[c165] «Para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho con el cuerpo». 2
Corintios, 5, 10. <<

[c166] «Preciso es permitir en cierto grado un elogio exagerado —dijo refiriéndose a los epitafios—. En las inscripciones lapidarias no está uno sujeto por juramento».
[\[Véase pág. 863\]](#). <<

[c167] Actualmente, Brighton. <<

[c168] Jardinero mayor de Stowe, y más adelante de Hampton Court y Windsor. El sobrenombre lo recibió por su hábito de señalar que los terrenos que se le pedía que trabajase y diera forma tenían «capacidades». Gozó de trato íntimo con la realeza y fue muy estimado. <<

[c169] «*Versate diu quid ferre recusent, Quid valeant humeri*». [«Sopesa con cuidado lo que se adecua a tu genio, lo que podrán soportar tus fuerzas»]. Horacio, *Ars Poética*, I, 39. <<

[c170] Los comentarios sobre la infidelidad conyugal a partir de este punto, y hasta «con la conciencia bien tranquila», decían originalmente: «Detestan a una amante, pero no les importa nada una furcia. Mi esposa me dijo una vez que podía acostarme con cuantas mujeres quisiera, siempre y cuando la amase sólo a ella». BOSWELL: «Seguro que no se lo dijo en serio». JOHNSON: «Le digo yo que sí. Considere, señor, qué grosero es en una esposa el quejarse de que su marido vaya con otras mujeres meramente en cuanto mujeres. ¿Acaso no tiene ella más que suficiente de lo que vergüenza le daría reconocer?». BOSWELL: «¿Y era entonces la señora Johnson así de liberal, señor? No cabe duda de que existe una gran diferencia entre la ofensa de la infidelidad en un hombre y la misma ofensa en su mujer». JOHNSON: «Esa diferencia no tiene límites». BOSWELL: «Sí, es ilimitada en cuanto al decoro y los honores». JOHNSON: «El hombre no impone de ese modo un bastardo a su esposa». BOSWELL: «Suponga, señor, que una mujer sea de natural muy frío. ¿Le asiste algún derecho para quejarse de la infidelidad de su esposo?». JOHNSON: «Señor, si ella se niega, no tiene derecho a quejarse». BOSWELL: «En tal caso, según su doctrina, en todas esas ocasiones un hombre podría tomar nota en su agenda, y hacer lo que le plazca».

Todo el pasaje fue suprimido en fecha muy tardía, en febrero de 1791 (el libro se publicó el 16 de mayo, aniversario del primer encuentro de Boswell con Johnson), pues el día 10 Boswell escribió a Malone: «Debo suprimir una hoja del volumen segundo, la que corresponde al pasaje de la conversación sobre la infidelidad conyugal... Me pregunto cómo tanto usted como yo hemos dado el visto bueno a este pasaje de cara al público, pues Windham y otros se quedaron perplejos ante semejante falta de delicadeza, cosa que podría perjudicar mucho al libro. No obstante, es un material sumamente bueno» (*Cartas*, núms. 294 y 422). Un ejemplar de la *Vida* que contiene el pasaje tal como se imprimió originalmente fue descubierto en mayo de 1929 (véase *TLS*, 16 de mayo de 1929, pág. 408), y otro ejemplar con la hoja suprimida, encuadernado junto con otras seis, se subastó en Sotheby's el 24 de julio del mismo año. <<

[c171] Horace Walpole describe de este modo la situación en febrero de este año: «La Marina disgustada, insurrecciones en Escocia, motines en Gales, una rebelión a punto de estallar en Irlanda, donde 15 000 protestantes se alzaron en armas, sin autoridad y en defensa propia, muchos de ellos simpatizantes de los americanos, y todo tan arruinado que insistían en recibir ayuda del Parlamento, pues de lo contrario estaban dispuestos a rechazar toda sujeción; Holanda bajo la presión de Francia para que nos negase su ayuda, insistiendo en saber a la vez si les daríamos protección o no; incertidumbre sobre el sino de las islas antillanas; temor ante la posibilidad de que España por fin se pusiera de parte de Francia; lord North al mismo tiempo perplejo a la hora de elevar el dinero prestado, aunque al ocho por ciento, tal como se le exigía... Semejante situación y semejante perspectiva podrían haber hecho estremecerse al monarca más recio y temblar a la administración más capaz, si bien el Rey era insensible a los peligros. Había logrado lo que más le complacía, imponer su propia voluntad en la nación. Sus ministros eran puras herramientas en sus manos; así los llamaba todo el mundo, así se proclamaban ellos» (*Memorias del reinado de Jorge III*, n, 338). En tan catastrófica enumeración nada dice de la guerra en América.

<<

[c172] I Corintios, 15, 33. <<

[c173] «Cuando el príncipe Gonzaga di Castiglione estuvo en Inglaterra, almorzó en compañía del doctor Johnson en casa de un amigo común; pensando que era detalle de cortesía, y que sería alegre brindar a la salud del doctor dando muestras de que había leído sus obras, clamó desde la cabecera de la mesa: “Por su buena salud, señor Vagabundo” (Piozzi, *Sinonimia*, II, 358)». «El general Paoli nos divirtió mucho a todos... al pedir permiso a la señora Thrale para “hacer un brindis”; muy sonriente y pomposo, proclamó al “¡gran Vagabundo!”, queriendo así referirse al doctor Johnson por su *Rambler*. (Madame d’Arblay, *Memorias del doctor Burney*, II, 258)». —HILL <<

Sobre la polisemia del verbo *to ramble* y del sustantivo *rambler*, [\[véase nota 58 del volumen I\]](#).

[c174] [\[Véase pag. 1355\]](#). <<

[c175] Escribe la señora Thrale a Johnson desde Brighton, en 1778: «He pedido yo lo que me hacía feliz en todas las estaciones del año, pero el perro negro no hará presa en mi señor y en mí al mismo tiempo... Mi señor... ahora va a nadar, olvidado del perro negro». La respuesta de Johnson: «De buena gana perdonaré yo a mi señor su larga ausencia si deja allí al perro negro. Estaremos todo lo vigilantes que podamos, para que nunca más ronde el perro por aquí, ya que lo primero que hace es preocupar a mi señor» (*Cartas*, n.º 591).

El perro negro, también en plural, es una alusión recurrente en la obra de Winston Churchill, que ha retomado Ian McEwan en una novela del mismo título. Es la propia señora Thrale la que aclara de qué se trata: «“El perro negro está panza arriba” era un dicho común hace unos años, cuando a un hombre se le veía melancólico; en Streatham hicimos de la expresión una especie de contraseña o de chiste; en las cartas que publiqué, en las cruzadas entre el doctor Johnson y yo, es recurrente. Pocos parecen haber reconocido su procedencia, que se halla en las *Obras filosóficas* del doctor Henry More, donde nos dice que Appollonius Tyaneus dijo a los griegos que el espíritu que fue azote de la ciudad en que habitaba (creo que era Atenas) se le había aparecido en forma de un gran perro negro que saltaba panza arriba, visión que lo inundó de una gran melancolía que aún le duró muchos días más» (*Thraliana: The Diary of Mrs. Hester Lynch Thrale 1776-1809*. Ed. de Katharine C. Balderston, vol. II: 1784-1809. Oxford: Clarendon Press, 1942, pág. 785). <<

[c176] En las últimas líneas de la tercera edición de *Anatomía de la melancolía*, Burton dice así: «Toma sólo esto por corolario y conclusión, en lo que atañe a lo más tierno de tu propio bienestar en esta y en otras clases de melancolía, en lo que hace a tu buena salud de cuerpo y de espíritu, y observa este breve precepto: no cedas a la soledad y a la pereza. *No estés solo, no estés desocupado*». <<

[c177] «*Crescit amor nummi quantum ipsa pecunia crescit*». [«Crece la afición al dinero tanto cuanto el capital crece, y menos lo desea quien menos tiene»]. Juvenal, *Sátiras*, XIV, 139. <<

[c178] «El culpable es el espíritu, que nunca huye de sí mismo». Horacio, *Epístolas*, I, 14, 13. <<

[c179] En realidad, está a poco más de la mitad. <<

[c180] Es el último verso de «Animula, vagula, blandula», el conocido poema que el emperador Adriano, moribundo, dedica a su alma. <<

[c181] Se trata de Melmoth. <<

[c182] Entre las provisiones que se suavizaron estaba una que condenaba a los sacerdotes papistas, o a los papistas que enseñaran su doctrina, a cadena perpetua. Sólo disfrutaban de exención quienes se sometieran a una prueba muy estricta, en la que entre otras cosas debían denegar la jurisdicción temporal y civil del Papa en el reino. La ley fue aprobada en ambas cámaras por unanimidad, aunque sólo con aplicación en Inglaterra. En Escocia cundió la alarma debido a la noticia de que los católicos escoceses iban a gozar del mismo relajamiento. En Edimburgo y en Glasgow los católicos sufrieron crueles ultrajes y actos de violencia, y el gobierno consideró que no era conveniente reprimir esas persecuciones por la fuerza. El éxito de los fanáticos escoceses parece haber dado pie al surgimiento de la Asociación Protestante de Inglaterra. <<

[c183] En una nota al margen a propósito de la locución «casa de misas», Barette dice lo siguiente: «Tan poco liberal era Johnson debido a su recalcitrante fe religiosa que aquí llama a la capilla “casa de misas”... Si bien detestaba en lo más profundo a los presbiterianos. Era una fea mancha de su carácter, por lo demás intachable». Sin embargo, era la denominación corriente entre los protestantes de la época. —HILL <<

[c184] Esta misma noche del 7 de junio Horace Walpole escribió lo siguiente: «Os aseguro, señora, que no cunde el pánico. Lady Aylesbury ha ido a la función del Teatro de Haymarket, y el Duque y mis cuatro sobrinas fueron a Ranelagh también» (*Cartas*, XI, pág. 205). Al lunes siguiente: «¡Haya misericordia para todos nosotros! Parece que nos precipitémos en los horrores que azotaron Francia durante los reinados de Carlos VI y Carlos VII. Como los extremos se tocan, hay en este momento una pasmosa insensibilidad. ¡En estos cuatro días he recibido cinco solicitudes para visitar mi casa!». (*ibid.*, pág. 215). <<

[c185] *Eneida*, II, 34. <<

[c186] Davies se había declarado en bancarrota. [\[Véase pág. 1170\]](#). En su primera *Epístola a Pope*, Young dice así:

 Escriben los arruinados al declararse en bancarrota
 como salen los gusanos de una manzana podrida.

Los *Recuerdos* de Garrick que publicó Davies en esta misma primavera tuvieron una tercera edición al año siguiente. <<

[c187] «*O praeclarum diem quum ad illud divinum animorum concilium cætumque proficiscar*». Cicerón, *De Senectute*, c, 23. <<

NOTAS COMPLEMENTARIAS AL VOLUMEN IV

[c1] Nada podrá compensar esta carencia precisamente en este año. Johnson estuvo mejor de salud que desde muchos años antes, y su ánimo fue posiblemente más feliz que nunca. Saber que en sus *Vidas de los poetas* hizo y aún estaba haciendo un buen trabajo sin duda le resultó muy reconfortante. En ningún otro momento disfrutó tanto como ahora de la vida en sociedad. «¿Qué vida le parece que llevo? —escribió el 25 de abril—. El jueves almorcé con Hamilton y fui luego a visitar a la señora Ord. El viernes estuve con una nutrida compañía en casa de Reynolds. El sábado, en casa del doctor Bell. El domingo, en casa del doctor Burney... De noche vinieron la señora Ord, el señor Harris y el señor Greville entre otros. El lunes estuve con Reynolds, de noche, y con lady Lucan; hoy, con el señor Langton; mañana, con el Obispo de St. Asaph; el martes estaré con el señor Bowles; el viernes, en la Academia; el domingo, con el señor Ramsay» (*Cartas*, n.º 662). El 1 de mayo escribe así: «En casa de la señora Ord, conocí a una tal señora Buller, una dama muy viajada, de espíritu encomiable, no carente de conciencia de sus propios méritos. Tuvimos una competición de galanterías que duró una hora con gran diversión de los presentes, tanto que ayer noche, en casa de Ramsay, en un salón repleto, quisieron volver a enfrentarnos. Estaban presentes Smelt y el Obispo de St. Asaph, que acude a todos los salones; estuvieron lord Monboddo, sir Joshua e incontables damas» (*ibid.*, n.º 663). La crónica que hace Langton de la famosa velada en casa de la señora Vesey, cuando «la concurrencia fue apiñándose en torno a él hasta formar de cuatro, si no de cinco en fondo» (ver antes, III, folio 288), es sin duda vistosa, pero «los particulares de la conversación», que él pasa por alto, Boswell podría habérmolos dado *in extenso*. <<

[c2] *Senilia* se publicó en 1742. El verso al que Johnson hace referencia es «*Mel, nervos, fulgur, Carteret, unus, habes*», pág. 101. —HILL <<

[c3] Giannone, historiador italiano nacido en 1676 y muerto en 1748. Cuando publicó su *Istoria civile del Regno di Napoli*, un amigo lo felicitó por su éxito con estas palabras: «*Mon ami, vous vous êtes mis une couronne sur la tete, mais une couronne d'épines*». Sus ataques contra la Iglesia le valieron la persecución. Al final, se retractó, pero murió en la cárcel. <<

[c4] «No hay impertinencia de índole más justamente censurable que la de quien siempre se desvive por poner sus pensamientos a la par de un intelecto más elevado que el suyo, ni la de quien se disculpa por cada una de las palabras que su propia estrechez de miras le inclina a tomar por insólita, ni la de quien mantiene la exuberancia de sus facultades bajo una constricción visible, o es solícito a la hora de anticiparse a toda inquisición por medio de explicaciones innecesarias, y se empeña en disimular su propia capacidad, no sea que los ojos de los débiles resulten aturdidos por su mucha brillantez». *Rambler*, n.º 173. <<

[c5] «Cuando tú, salvaje, ni siquiera sabías qué querías decir y farfullabas como un monstruo, vestí tus pensamientos con palabras que pudieran entenderse». *La tempestad*, acto I, escena 2. <<

[c6] Obra de James Townley. <<

[c7] Charles Holland el Viejo (1733-1769). Churchill lo introduce en su *Roscíada* (v. 333): «Luego llegó Holland con trágico andar, majestuoso. Merodea, acecha, vuela: no debe un héroe caminar pesaroso». —HILL <<

[c8] *¡La maravilla! Una mujer guarda un secreto*, de la señora Centlivre. Estrenada en Drury Lane en 1714, la reposición de Garrick es de 1756, cuando se interpretó diecinueve veces, y de nuevo en 1769, en la despedida de la señora Clive. —HILL <<

[c9] *En Macbeth.* <<

[c10] [\[Véase pág. 1348\]](#) <<

[c11] De la gruta de Pope escribe Johnson (*Vida de Pope*, pág. 119): «Cabe comentar a menudo acerca de los estudiosos y dados a la especulación que tienen orgullo de no pocas bagatelas, y que sus entretenimientos parecen frívolos y pueriles». —HILL <<

[c12] *Epílogo a las sátiras*, I, 131. Foster, predicador disidente, empezó a ser popular cuando el lord canciller Hardwicke se detuvo en el porche de su capilla para refugiarse de la lluvia; se acercó a escuchar el sermón y quedó tan encantado que aconsejó a todos los prohombres que acudieran a oírle. El doctor T. Campbell (*Diario*, pág. 34) dice en 1775 que «cuando la señora Thrale citaba algo de los *Sermones* de Foster, Johnson se ponía hecho un basilisco, afirmando que Foster fue hombre de escasa valía, y no tuvo ningún pensamiento original». Gibbon (*Obras misceláneas*, V, pág. 300) dice de Foster: «Magnífico que un teólogo prefiera la razón a la fe, y más tema el vicio que la herejía». <<

[c13] El doctor Percy dijo a Malone que «todos los miembros del club tenían una muy alta opinión del saber del señor Dyer y un gran respeto por su juicio, de modo que se le apelaba a menudo, y su dictamen era definitivo». Malone añade que «era tan modesto y reservado que a menudo pasaba una hora entera en silencio, en compañía de todos, y rara vez hablaba, a menos que se le interpelase». Burke lo describe como un «hombre de profunda y amplia erudición; su sagacidad y su juicio eran en todo iguales a la amplitud de sus conocimientos». Prior, *Malone*, págs. 424, 419. —HILL

<<

[c14] Walpole describe la parcialidad de los miembros del tribunal militar que juzgó al almirante Keppel en enero de 1779. Uno llegó a decir que habría que dejar a un lado las leyes y atender a la justicia. *Memorias del reinado de Jorge III*, II, pág. 329. <<

[c15] En una nota manuscrita en su ejemplar de las *Cartas* de la señora Piozzi, dice Barette que «Johnson era un inglés de pura cepa. Aborrecía a los escoceses, los franceses, los holandeses, los hanoverianos; tenía el mayor de los desprecios por todas las demás naciones de Europa: así eran sus prejuicios más arraigados, que nunca procuró domeñar». Según Reynolds, «los prejuicios que tenía frente a las naciones no se extendían a los individuos... Consideraba a cualquier extranjero un botarate mientras no le convencieran de lo contrario» (Leslie y Taylor, *Reynolds*, II, pág. 460.). «Ser un extranjero ha sido siempre en Inglaterra, y supongo que en cualquier otro país, razón de desagrado» (Johnson, *Shakespeare*, II, pág. 479 n.).
—HILL <<

[c16] «Alguien elogió a Corneille por oposición a Shakespeare. “Corneille es a Shakespeare —repuso el señor Johnson— lo que un seto bien cuidado es a un bosque”» (Piozzi, *Anécdotas*, pág. 59). <<

[c17] Johnson claramente comenta el *Ensayo sobre Shakespeare* de la señora Montagu, donde compara al dramaturgo inglés con Corneille y Esquilo. La sombra de Darius aparece en *Los persas*. <<

[c18] Según la señora Piozzi (nota marginal en la edición de 1816), se trata de lord Corke y Orrery. —HILL <<

[c19] Colman dio por hecho que Johnson había defendido la total ignorancia de Shakespeare en materia de lenguas clásicas. Cita acto seguido un verso para demostrar que «el autor de *La fierecilla domada* al menos había leído a Ovidio», y sigue diciendo: «¿Y qué dice Johnson en esta ocasión? Nada. ¿Y Farmer? Nada» (Colman, *Terencio*, 1768, II, pág. 390). —HILL <<

[c20] «Lo más probable es que Shakespeare hubiera aprendido el latín suficiente para comprender su sintaxis, pero nunca para llevar a cabo una lectura cuidadosa y fluida de los autores latinos» (Johnson, *Prefacio a Shakespeare*, ed. Acantilado, pág. 52). «El estilo de Shakespeare era en sí mismo gramaticalmente incorrecto, confuso y oscuro» (*ibid.*, pág. 65). —HILL <<

[c21] «¿Podría yo regir mis pasiones con completo dominio, y ser más sabio y mejor, a medida que decae mi fuerza, y no contraer gota, ni cálculos, y sólo envejecer?». *Los deseos del anciano* se la cantó a sir Roger de Coverley «la Bella», después de una colación en la que ésta «se ventiló dos pollos de corral y despachó una botella entera de vino» (*Spectator*, n.º 410). «¿Qué son nuestros deseos? —escribió el doctor Franklin en 1785—. He cantado miles de veces esa canción de los deseos cuando era joven, y ahora a los ochenta descubro que las tres contrariedades me aquejan, estando achacoso de la gota y de cálculos, y sin ser aún señor de todas mis pasiones» (*Escritos*, IX, pág. 333). —HILL <<

[c22] Emplea la misma imagen en su *Vida de Milton*, pág. 122: «Aún podría ser el gigante en tierra de pigmeos, el monarca tuerto de los ciegos». <<

[c23] [\[Véase pág. 181\]](#) <<

[c24] *La tempestad*, acto IV, escena 1. En el *Rambler*, n.º 127, Johnson escribe acerca de hombres que «han vencido toda oposición y han dejado a la emulación jadeante y muy atrás». <<

[c25] Dice Samuel Pepys en su *Diario* (29 de mayo de 1662): «Tomé el barco y fui a Foxhall, donde hacía tiempo que no iba. Fui al Viejo Jardín de Primavera y allí estuve paseando». El lugar fue después conocido como Faux-hall y Vaux-hall. [\[Véase pág. 1258\]](#). <<

[c26] «... uno que haría de alcahuete con tal de hacerlo bien, y que no es más que la mezcla de tunante, mendigo, cobarde, Celestino, hijo y heredero de una perra». *Rey Lear*, acto II, escena 2. <<

[c27] «*Nec te quaesiveris extra*». Persius, *Sátiras*, I, 7. Podría compararse con el verso de Milton, «en su persona llevaba cuanto era». *Paraíso perdido*, 353. —HILL <<

[c28] En *Boswelliana* (pág. 323) se recogen otras dos anécdotas contadas por Langton. «Beauclerk dijo al doctor Johnson que el doctor James le había dicho que sabía más griego que Walmsley. “Señor —repuso—, el doctor James no sabía el griego suficiente para tener constancia de su ignorancia. Walmsley sí”». «Un joven clérigo acostumbraba visitar al doctor Johnson. Este dijo que le molestaba su compañía, pues su ignorancia era irremediable. “Señor —dijo Langton—, su afán en venir a visitarle muestra su deseo de remediarla”. “Señor —dijo el doctor—, su ignorancia es tan grande que temo mostrarle el fondo de la misma”». —HILL <<

[c29] «Pero a medida que el tema crecía bajo mis manos, voluntariamente emprendí una tarea de mayor envergadura que la que me fue encomendada». <<

[c30] «Su exigencia fue de doscientas guineas, cantidad a la cual los libreros espontáneamente añadieron otro centenar. En esta ocasión, el gran moralista observó ante el escritor: “... Señor, siempre he dicho que los libreros eran hombres generosos. En el actual caso, no tengo moti vos de queja. Lo cierto es no que me hayan pagado demasiado poco, sino que yo he escrito demasiado.” (...) Las *Vidas* pronto tuvieron una nueva edición, por la cual, por muy pocas correcciones, al doctor se le ofrecieron otras cien guineas». Nichols, *Anécdotas literarias*, VIII, pág. 416. En la *Colección de autógrafos*, de Morrison, vol. II, aparece el recibo de Johnson por valor de cien libras, «pagadas por los propietarios de las *Vidas de los poetas*... por la revisión de la última edición de la obra». Es del 19 de febrero de 1783. «Debajo, de puño y letra de Johnson, aparecen estas palabras: “Es sumamente impúdico poner *Los poetas de Johnson* en la contraportada de libros que Johnson ni recomendó ni revisó. Recomendó sólo a Blackmore y a Watts. No son de Johnson los demás. Esto es indecente”». —HILL <<

[c31] «*Purpureus, late qui splendeat, unis et alter assuitur pannus*». [«A menudo, a proyectos solemnes y de pretensiones se les remienda, para que luzcan más, un par de purpúreos retales»]. Horacio, *Arte poética*, 15. <<

[c32] Treinta años antes había dicho de Milton que «es el poeta cuyas obras posiblemente sigan leyéndose cuando todos los demás monumentos de la grandeza británica estén olvidados». —HILL <<

[c33] El conde Stanhope, en su *Vida de Pitt*, II, pág. 65, describe esta sociedad, en 1790, como «un club entonces apenas de relieve, hasta celebrar un festejo anual en conmemoración de los sucesos de 1688... y los principios de 1789 en Francia».
—HILL <<

[c34] Es perífrasis del *Paraíso perdido*, VII, 25-27. <<

[c35] Seguramente Malone. <<

[c36] «La honda, patética moralidad que se desprende de *La vanidad de los deseos del hombre* —dice sir Walter Scott—, a menudo ha arrancado lágrimas de aquellos cuyos ojos pasean secos sobre páginas de alto contenido sentimental». Al propio Johnson le hizo llorar. Según la señora Piozzi (*Anécdotas*, pág. 50), «cuando leyó su propia sátira, en la cual se traza la vida de un erudito, se echó a llorar de un modo incontenible. Estaba presente sólo la familia y el señor Scott, quien de un modo jocosos le dio una palmada en la espalda y le dijo: “¿Qué es esto, mi querido señor? ¿Cómo es que usted, y yo, y Hércules, como sabe, estamos sujetos a tan honda melancolía?”. [Scott] era un hombre de gran envergadura, y dio al triunvirato formado por Johnson, Hércules y él un sesgo cómico. El doctor quedó tan deleitado con este extraño quiebro que lo abrazó, y de inmediato mudaron de conversación».

—HILL <<

[c37] Entiendo que Boswell no interpreta bien lo que dijo Johnson. En «Vida de Pope», págs. 271-272, señala que «la admiración de Pope por los grandes parece haber ido en aumento con el paso de los años». Dedicó su *Ilíada* a Congreve, pero «en sus obras posteriores puso buen cuidado de anejar nombres adornados por títulos nobiliarios, si bien no fue muy feliz en sus elecciones, ya que, con la excepción de lord Bathurst, ninguno de sus nobles amigos estuvo a la altura de lo que un hombre bueno habría deseado a la hora de que su trato íntimo se conociera en la posteridad: poco honor puede extraerse de su trato con Cobham, Burlington o Bolingbroke». Johnson no habla de los nobles con los que Pope tuvo trato, sino de aquellos a los que dedicó sus obras. Entre ellos no se encuentra lord Marchmont, de modo que no hay desdoro en su persona. —HILL <<

[c38] Benjamin Victor publicó en 1722 *Una epístola a sir Richard Steele* y, en 1776, *Cartas originales, piezas dramáticas y poemas* en tres volúmenes. <<

[c39] [\[a nota c241, Vol. IV\]](#) Véase más adelante, el 2 de diciembre de 1784, [\[en pág. 1796\]](#). <<

[c40] Parnell, como ya se dijo, bebía en exceso. <<

[c41] «Este es un homenaje que rinde un pintor en honor de un arquitecto que compuso como si pintara, y que fue defraudado y privado de la debida recompensa a su mérito por los ingenios de su tiempo, que no entendieron los principios de la composición poética, y que poco o nada supieron de lo que él entendía perfectamente, los principios generales que rigen la pintura y la arquitectura». Reynolds, *Decimotercer discurso*. —HILL <<

[c42] Johnson no quiso escribir la «Vida de Lyttelton». Escribió a lord Westcote, hermano de Lyttelton: «Mi deseo es evitar toda ofensa, y abstenerme por completo de riesgos innecesarios. Me tomo la libertad de proponer a Su Señoría que la crónica histórica se escriba bajo su dirección, y que se le encargue a cualquier amigo suyo que esté dispuesto a escribirla. Yo sólo me ocuparé de examinar la poesía». *Cartas*, n.º 688. —HILL <<

[c43] La señora Thrale no hace referencia a Molly Aston, sino a la señorita Hill Boothby. En sus *Anécdotas*, pág. 160, dice que «era tal su pureza de espíritu, según Johnson, y su elegancia de modales, que lord Lyttelton y él se disputaron sus favores con una inquina que ocasionó continuos disgustos, y que terminó en una duradera animosidad». Sin duda hay bastante exageración en estas palabras. —HILL <<

[c44] Horacio, *Odas*, IV, 3, 2. <<

[c45] Adoptó esa biografía ya escrita por pura indolencia. El 1 de agosto de 1780, tras mencionar el fracaso de su solicitud ante lord Westcote, escribe: «Existe un plan ingenioso para ahorrarnos un buen trabajo, o parte al menos de un trabajo ya condenado. ¿De qué sirve la sabiduría si no se aprovecha? El hombre llano y de recursos ha de hacer su propio trabajo, sin duda, aunque me parece que ya dispongo de una biografía del doctor». *Cartas*, n.º 690. —HILL <<

[c46] «*Eheu fugaces!, Postume, Postume, Labuntur anni*». [¡Ay, Póstumo, mi Póstumo: los años deslízanse veloces...!]. Horacio, *Odas*, II, 14, 1. <<

[c47] Pope, *Ensayos de crítica*, pág. 677. <<

[c48] Boswell alude a la muerte de Narcissa por consunción en el tercero de los *Pensamientos nocturnos*. Mientras escribía la *Vida de Johnson*, la señora Boswell padecía tisis. Murió casi dos años antes de que Boswell publicase la obra. <<

[c49] Antes de publicarse la «Vida de Lyttelton», la señora Montagu y Johnson estuvieron bastante mal avenidos. La señorita Burney da cuenta de una conversación de septiembre de 1778. «“Le aseguro —dijo el doctor Johnson— que mañana no contradiré a la señora Montagu. Estoy resuelto a dejar que diga lo que quiera” (...) SEÑORA THRALE: “A buen seguro, señor, la contrarió bastante la última vez que vino”. (...) DOCTOR JOHNSON: “Señora, no quiero decir que no vaya a contrariarla si me provoca como hizo entonces; sólo digo que resistiré una provocación menor”». Madame d’Arblay, *Diario*, I, págs. 118, 126. <<

[c50] Según el propio autor, *El observador* era «un volumen de ensayos originales... entre los clásicos al uso de nuestra lengua nativa». En *El festín de la razón*, satiriza a la señora Montagu y la elogia. Aparece Johnson, quien, molesto ante un individuo impertinente, le pregunta: «¿Acaso he dicho algo bueno, señor, que no haya entendido usted?». El otro contesta que no, y «el filósofo dijo entonces: “¿De veras? En tal caso, de todo corazón pido perdón a la concurrencia por haber malgastado su tiempo de manera tan egregia”». *El observador* (1785), n.º 23. <<

[c51] Fanny Burney recoge una diatriba lanzada por Johnson durante una cena en Streatham, en junio de 1781, contra el señor Pepys, «uno de los más firmes partidarios de la señora Montagu». «Nunca —escribe— vi al doctor Johnson hablar tan apasionadamente. “Señor Pepys —exclamó encolerizado—, entiendo que le ofende a usted mi ‘Vida de Lyttelton’. ¿Qué es lo que tiene en contra? ¡Adelante, caballero! Aquí me tiene, dispuesto a responder a cuantas acusaciones se le ocurran”. (...) La señora Thrale, con gran aplomo y dignidad, dijo que se alegraría de que terminara la disputa. Callaron todos los presentes, y el doctor Johnson aún volvió a la carga: “Señora, no se hable más del asunto, aunque le aseguro que me defenderé en todos los frentes y en cada átomo”». Madame d’Arblay, *Diario*, II, pág. 45. A los dos meses, ambos se habían reconciliado. —HILL <<

[c52] *Gent. Mag.*, vol. v, junio de 1785, pág. 412. <<

[c53] «Supuso que el cultivo de la literatura persa podría formar parte ventajosa de la educación liberal de un caballero inglés, y trazó un plan con esa idea en mente. Parece que la Universidad de Oxford, la cual nunca tuvo el estudio de Oriente, desde el renacer de las letras, un cultivo atento, había de ser la institución en que había pensado». Macaulay, «Warren Hastings», en *Ensayos de historia*, ed. 1923, pág. 533.
—HILL <<

[c54] Lord North. Por debilitado que estuviera, duró otros ocho años. —HILL <<

[c55] Johnson escribió «contentar». <<

[c56] El ológrafo, que se conserva en el Museo Británico, está fechado el 29 de enero.

<<

[c57] Johnson escribió la dedicatoria. <<

[c58] El 8 de mayo de 1779 (*Cartas*, n.º 193) escribe Boswell de Gibbon: «Es un hombre feo, afectado y repugnante, que desde mi perspectiva envenena nuestro Club Literario». <<

[c59] Hasta 1770, el resultado de las elecciones controvertidas estaba en manos de un comité que exponía el contencioso ante el pleno de la cámara. Debido a la Ley Grenville, aprobada ese año, el comité pasó a ser más reducido. En *La falsa alarma* (1770), Johnson describe el método antiguo y dice: «Estas decisiones a menudo han sido aparentemente parciales, y a veces tiránicas y opresoras». —HILL <<

[c60] William Strahan. <<

[c61] En el diario de Boswell se ve que Johnson censuraba el comportamiento de dos obispos en particular. El 28 de marzo escribe Boswell: «Después del café fui a casa de la señora Thrale. Al doctor le ofendió que el Obispo de St. Asaph acudiera a nuestro club. “Un obispo nada tiene que hacer en una casa adonde se va a achisparse”». Y sigue diciendo: «Le parecía mal que el Obispo de Chester se fuese de jarana, o al menos permaneciera mucho rato donde los demás estaban de jarana». *Boswell Papers*, XIV, pág. 175. <<

[c62] *Publicó en 1764 unos Ensayos sobre agricultura.* <<

[c63] «Navidad de 1780. No trataré de ver a Vestris hasta que mejore el tiempo, aunque ya es de conocimiento universal que se trata del único ser perfecto que ha descendido de las nubes... Cuando se reúna el Parlamento, el orador debiera darle gracias». Walpole, *Cartas*, XI, pág. 346. El párrafo, ampliado, apareció en el *Morning Post* del 21 de marzo de 1781. —HILL <<

[c64] En su *Diario*, el doctor T. Campbell recoge que «Boswell preguntó a Johnson si nunca se había puesto en manos de un maestro de danza. “Sí, y de una maestra de danza —dice el doctor—, pero le reconozco que nunca he dado más que una o dos clases, pues con mi ceguera apenas iba a progresar”». —HILL <<

[c65] En febrero de 1779 dice de él Fanny Burney: «Es un hombre de la minoría, muy activo e incluso celoso en la oposición... Hombres de principios tan dispares como el doctor Johnson y sir Philip no pueden tener mucha simpatía ni cordialidad en sus debates políticos; sin embargo, la superior capacidad del primero, y la excelente crianza del segundo, les han servido para mantenerse en buenos términos». Y describe una acalorada discusión entre ambos: «El doctor Johnson lo acució con un vigor y una destreza imparables; a la larga, aun sin convencerlo, desconcertó tanto a sir Philip que éste se vio por sí solo obligado a callar, cosa que confesó con elegancia. Entonces, el doctor Johnson recuperó la compostura y pensando, como reconoció después, que la disputa se había tornado seria en exceso, con una agilidad pasmosa, única, supo convertirla en una parodia burlesca de sí misma». Madame d'Arblay, *Diario*, I, pág. 192. <<

[c66] «Caramba, señora —dijo Johnson una vez a la señora Thrale—, a menudo me provoca usted y me lleva a decir cosas severas con su irracional insistencia. Si no invocara mis halagos no le daría yo mi censura, pero de continuo me inspira indignación ver que se me solicita que hable bien de algo que me parece despreciable». Madame d'Arblay, *Diario*, I, pág. 131. —HILL <<

[c67] «La señora Thrale —escribe Fanny Burney en 1780— es una criatura estimabilísima, aunque nunca se calla a la hora de decir algo, y menos aún sus sentimientos: ríe, llora, regaña, juguetea, razona, hace chistes y todo lo que sienta la inclinación de hacer sin el menor miramiento, sin prudencia, sin pensar en la culpa; puro y natural como es su carácter, a menudo tiene sus roces con los demás, que con un poco de discreción habría evitado». Madame d'Arblay, *Diario*, 1, pág. 385. <<

[c68] Aunque protegidos por una serie de asteriscos en su día, o bien por un guión largo, todos los caballeros mencionados en este párrafo son hoy fáciles de identificar. Este primero es Charles Selwyn. —HILL <<

[c69] El 5 de abril de 1781 escribe Johnson a la viuda: «Qué calamidad. Ninguna muerte, desde la de mi esposa, me había afectado tanto. La parte que me toca es muy opresora. He perdido a un amigo de bondad ilimitada, a una edad en la que es muy improbable que encuentre a otro como él». <<

[c70] En las cartas de Johnson a la señora Thrale se ve que había estado en todo momento muy al tanto de la situación financiera de su esposo. En 1772 le escribe casi como si tuviera participación en los negocios de éste. <<

[c71] La cerveza se comercializó a lo largo del siglo XIX con el nombre de marca de «Barclay & Perkins». Todavía en 1910 figuraba la efigie de Johnson en la etiqueta de las botellas de la cerveza tostada que hoy en día se comercializa con el nombre de «Courage». <<

[c72] En la cuarta edición del *Diccionario*, de 1773, Johnson introdujo una segunda definición de *patriota*: ‘A veces se emplea para designar a un revoltoso partidario del gobierno.’ Cuarenta años antes que Johnson rogase no ver más patriotas, sir Robert Walpole ya dijo: «¡Un patriota, señor! Los patriotas brotan como hongos. Podría dar con una cincuentena de ellos en menos de veinticuatro horas. Basta con negarse a gratificar una demanda insolente o irracional y empiezan a brotar los patriotas». Coxe, *Walpole*, I, pág. 659. <<

[c73] El obispo Porteus, de Chester. *Boswell Papers*, XIV, pág. 196. <<

[c74] El obispo Shipley, de St. Asaph. *Ibid.* <<

[c75] La Robin Hood original era una sociedad de debates que se reunía cerca de Temple Bar. Veinte años antes de este momento Goldsmith perteneció a ella, así como, seguramente, Burke. El presidente era un panadero. «Goldsmith, tras oírle departir con un raciocinio poderoso, lleno de ingenio, exclamó involuntariamente: “Ese hombre, por su propio natural, estaba llamado a ser lord canciller”. A lo cual respondió Derrick: “No, no será para tanto; sólo estaba llamado a ser maestro y señor de los panecillos”». Prior, *Goldsmith*, I, pág. 420. —HILL <<

[c76] I Corintios, 15, 37. <<

[c77] «Creo que una persona a la que aterra imaginar fantasmas y espectros es mucho más razonable que la que, en contra de la opinión de todos los historiadores, sacros y profanos, antiguos y modernos, y de todas las tradiciones de las naciones todas, considera que la aparición de los espíritus es algo fabuloso e infundado». *Spectator*, n.º 110. <<

[c78] *Trabajos de amor perdidos*, acto II, escena I. <<

[c79] «Es corriente suponer que la uniformidad de una vida dedicada al estudio no proporciona material para la narración, cuando la verdad es que gran parte de la vida de un estudioso no se dedica al estudio. Un autor participa de la condición común de todo el género humano; nace y se casa como cualquier otro, tiene sus esperanzas y sus temores, sus expectativas y sus decepciones, sus alegrías y sus penas, sus amigos y sus enemigos, igual que un cortesano o un estadista; tampoco entiendo yo por qué sus asuntos no hubieran de suscitar curiosidad, tanto como las conversaciones susurradas en un salón o los dos bandos en el campo de batalla». *Idler*, n.º 102.

—HILL <<

[c80] El doctor John Campbell. *Boswell Papers*, XIV, pág. 204. <<

[c81] En mayo escribió Fanny Burney: «El doctor Johnson estaba encantador, tanto de humor como de ánimo. Creo que cada día está más alegre, y más dúctil, y más plácido». En junio, «he encontrado al doctor Johnson de un buen humor admirable, y nuestro viaje fue sumamente placentero. Le di las gracias por el último envío de sus poetas, y de ellos hablamos casi todo el rato». Madame d'Arblay, *Diario*, II, págs. 23, 44. <<

[c82] En el invierno de 1759-1760, con una escuadrilla de hombres, Thurot realizó varias incursiones en las Hébridias y en la costa nordeste de Irlanda. En un combate naval fue muerto y sus barcos rendidos. Dice Walpole que debido a que cundió la alarma, los banqueros de Irlanda suspendieron pagos (*Memorias del reinado de Jorge III*, III, pág. 224. <<

[c83] Había un club que se reunía en la Taberna de La Cabeza del Rey, en Pall Mall, que con arrogancia se hacía llamar «El mundo». Lord Stanhope (después lord Chesterfield) era uno de los miembros. Se propuso una vez que los miembros escribieran epigramas en los vasos; cuando se invitó al doctor Young, éste declinó la escritura, pues no tenía un diamante que rayase el cristal. Lord Stanhope de inmediato le prestó el suyo, y así escribió «Contemplad un milagro», etc. <<

[c84] Agosto de 1778. «“Me pregunto —dijo la señora Thrale— cómo aguanta usted mis bobadas”. “No, señora. Usted no dice bobadas. Tiene usted tan buen juicio, y más ingenio, que cualquier mujer que yo conozca”. “Oh —exclamó la señora Thrale sonrojándose—, ahora me toca a mí esconderme bajo la mesa, señorita Burney”. “Con todo —siguió diciendo el doctor con una mirada muy cómica—, yo he conocido a todos los ingenios, desde la señora Montagu hasta Bet Flint”. “¡Bet Flint! —exclamó la señora Thrale—. Dígame, ¿quién es?”. “Ah, pues una buena pieza —respondió—. Por lo común, bastante casquivana y borrachina, y no pocas veces puta y ladrona. La señora Williams —añadió— no apreciaba a Bet Flint, pero eso a Bet Flint le importaba un comino”». Madame d’Arblay, *Diario*, I, págs. 87, 90. <<

[c85] No es del todo exacta la información de que disponía Johnson sobre el caso. Bet fue juzgada en efecto en septiembre de 1758 y fue absuelta, pero no porque el juez dictara una sentencia favorable, sino porque la portadora de la acusación, Mary Walthow, no pudo demostrar que los artículos robados [un cubrecama, una cuchara de plata, dos servilletas, etc.] fueran de su propiedad. Acerca del juez Willes, Walpole señala que «no era propenso a disimular ninguna de sus pasiones. En el juego era notorio; en cuanto a las golfas, su pasión era desbocada» (*Memorias del reinado de Jorge III*, I, pág. 89). <<

[c86] Se trata de Burke. <<

[c87] Portugal, que recibía de Brasil más oro del necesario para su uso interno, enviaba cantidades importantes a Inglaterra. Se dice, aunque tal vez sea exageración, que el transporte por mar que semanalmente salía de Lisboa llevó en total más de 50 000 libras en oro a Gran Bretaña (Smith, *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 6). Las piezas portuguesas eran corrientes; es natural que se eligieran de cara a esta ficción legal. —HILL <<

[c88] La biblioteca, que fue causa de asombro y envidia en su tiempo, constaba de más de 30 000 volúmenes. La venta se dilató por espacio de cincuenta días, dos de los cuales se asignaron a los libros de Teología. <<

[c89] Ya en 1757 dijo la señora Montagu de Stillingfleet que «nuestro filósofo es un hombre tan dado a los placeres de la vida que ha olvidado a sus amigos de antaño y a sus medias azules, y ahora cada noche frecuenta las óperas y otras reuniones de buen tono». <<

[c90] Así la describe Fanny Burney en 1782: «Tiene entre treinta y cuarenta años, es muy baja, muy gruesa, pero guapa; viste espléndida, fantásticamente; se maquilla de manera no inapropiada, aunque es evidente y palpable su deseo de recabar atenciones y admiración. Tiene una grácil levedad de aire, de talante, de voz y de discurso, todo lo cual señala que está a sus anchas... Es una de esas señoras que más destacan en congregar a las personas más extraordinarias y curiosas de Londres en sus conversaciones, que, como las de la señora Vesey, son mezcla de la aristocracia y la literatura, excluyendo todo lo demás... Sus festejos son los más brillantes de la ciudad». La señorita Burney describe uno de estos festejos, en el que estuvieron presentes Johnson, Burke y Reynolds. «La concurrencia en general vestía con más brillantez que en cualquier otra jarana que yo haya conocido, pues la mayoría iba después a la mansión de la Duquesa de Cumberland». La propia señorita Burney estuvo «rodeada de desconocidos, todos vestidos de manera soberbia, todos con aire salaz... El doctor Johnson estaba ante la chimenea, rodeado de oyentes». Madame d'Arblay, *Diario*, II, págs. 179, 186, 190. <<

[c91] «Una dama una vez se aventuró a preguntar al muy serio doctor [Johnson] si le gustaban los *Sermones* de Yorick. “Nada sé de ellos, señora”, respondió. Pero poco después se olvidó de lo dicho y los censuró con severidad. Como la dama dijera que le había parecido entender que no los había leído, el doctor repuso: “No, señora; los he leído, pero fue en una diligencia; nunca me habría tomado la molestia de leerlos si hubiera estado a mis anchas”». Cradock, *Memorias*, I, pág. 208. —HILL <<

[c92] El 22 de mayo escribe Walpole (*Cartas*, XI, pág. 455): «Boswell, la quintaesencia del metomentodo, vino a visitarme la pasada semana; se le permitió entrar, cosa que no habría ocurrido de haber estado yo preparado para impedirlo. Tras tocar muchos temas, a los que di respuesta tan seca como un oráculo al que no se sobornara, fue al grano y dijo si había visto yo las *Vidas de los poetas*, del doctor Johnson. Le dije con desdén que no, y así dismantelé toda su impertinencia». —HILL <<

[c93] Al tener conocimiento de un hombre que estaba agradecido por haberle conocido, «ya que se había convencido, en el transcurso de una larga disputa, de que una opinión que tenía por verdad demostrada era en el fondo un vulgar error», Johnson dijo: «No, ni mucho menos; no se le permita mostrarse agradecido, que estaba él en lo cierto y yo en un error». En el *Adventurer*, n.º 85, Johnson parece describir su modo de entender y practicar el arte de la conversación: «Si bien las diversas ocasiones de conversar nos invitan a probar todos los argumentos posibles, y todas las artes de expresar nuestros sentimientos, a menudo nos dejamos traicionar por el uso de aquellas que no son en sí mismas defendibles: al calor de la charla, un hombre ansioso de vencer se aprovecha de los errores y de la ignorancia de su contrincante, se apodera de concesiones a las que sabe que no tiene derecho, aduce las pruebas que vayan a imponerse a su adversario, aun cuando sepa que carecen de fuerza». —HILL <<

[c94] El amigo es casi con toda seguridad el propio Boswell. Era uno de «esos hombres *tanti*». «Dije a Paoli... que en la pasión de mi juventud sentí el “*non est tanti*”, el “*omnia vanitas*” de quien ha agotado toda la dulzura de su ser, y se ha cansado de las tediosas repeticiones. Le dije que era prácticamente incapaz de tomar parte en una vida activa». Boswell, *Córcega*, pág. 327. —HILL <<

[c95] *Cartas sobre la nación inglesa...* por Batista Angeloni, jesuita que residió muchos años en Londres. Traducidas del original italiano por el autor de «La ley del matrimonio». Novela en dos volúmenes. Londres [sin pie de imprenta], 1755. Shebbeare publicó además seis *Cartas al pueblo de Inglaterra* entre 1755 y 1757, por la última de las cuales fue condenado a la picota. <<

[c96] «Oyeron la voz del Señor Dios al caminar por el jardín». Génesis, 3, 8. <<

[c97]

*Qui recti vivendi rede qui prorogat horam,
Rusticus expedit dum defluat amnis; at ille
Labitur et labetur in omne volubilis aevum.*

[«Quien aplaza vivir rectamente espera, como el paleta, a que se agote la corriente del río, pero éste discurre y discurrirá arremolinado sin parar»]. Horacio, *Epístolas*, I, 2, 41. <<

[c98] Pope, *Ensayo sobre el hombre*, IV, 390. —HILL <<

[c99] En las semanas anteriores había llevado «una vida aselvajada», como dice en su *Diario* entre el 30 de abril y el 16 de mayo (*Boswell Papers*, XIV). —HILL <<

[c100] I Corintios, 9, 27. <<

[c101] «Porque por fe andamos, no por vista». 2 Corintios, 5, 7. El obispo en cuestión es el doctor Barnard. <<

[c102] Juan, I, 29. <<

[c103] «Las momias encontradas —dice Blakesley— siempre han resultado tener el cabello liso, y... en sus cuadros, los egipcios se representan con la piel rojiza, no negra». —HILL <<

[c104] De manera similar, y quizá por idéntica razón, todos los abogados se han convertido en solicitantes. —HILL <<

[c105] «Hay en Edimburgo una sociedad o corporación de recaderos, llamados “*cawdies*”, que recorren las calles de noche con faroles de papel, y que son de gran utilidad para llevar mensajes». *Humphry Clinker*, carta del 8 de agosto. —HILL <<

[c106] «La demanda acabará en risas y tú te irás libre de cargos». Horacio, *Sátiras*, II, I, 86. <<

[c107] Charles Dilly. *Boswell Papers*, XIV, pág. 245. <<

[c108] El 14 de agosto de 1780 escribió Johnson a la señora Thrale: «Si quiere que le cuente novedades, aquí llega el señor Levett, que a sus ochenta años vuelve a pie de Hampstead, como fue: ocho millas en pleno mes de agosto» (*Cartas*, n.º 692). —HILL

<<

[c109] El anterior mes de diciembre, el Ayuntamiento de Londres, escribe Horace Walpole, «imploró al Rey que despidiera a sus consejeros tanto públicos como privados, empleando unas palabras tan asombrosas como memorables: “Sus ejércitos están capturados; la habitual superioridad de su armada ha sido aniquilada, sus dominios están perdidos”. Y es que ningún otro rey nunca perdió tanto sin haberlo perdido todo». *Memorias del reinado de Jorge III*, II, pág. 483. El 4 de agosto Johnson escribió así al doctor Taylor: «Es posible que ninguna nación no conquistada del todo haya tenido tan gran declive en tan poco tiempo. Parece que nos hundamos. Supongamos que los irlandeses ya dispusieran de libre comercio y de un Parlamento independiente. ¿Nos aliaríamos nosotros con la casa de Borbón? ¿Qué podríamos hacer para estorbar sus designios o vencerlos?». *Cartas*, n.º 797. —HILL <<

[c110] En febrero y marzo de 1771, la Cámara de los Comunes ordenó la comparecencia de ocho impresores acusados de haberse aprovechado de sus privilegios al publicar informes de los debates parlamentarios. Uno de los ocho era Miller, del *Evening Post*. Cuando el mensajero de la cámara fue a detenerle, entregó al hombre a custodia acusándolo de asalto. El mensajero compareció ante el alcalde, señor Crosby, y los concejales Wilkes y Oliver. Se emitió una orden de condena. Se ofreció entonces una fianza y aceptó comparecer en la siguiente sesión. El alcalde y Oliver fueron encarcelados en la Torre de Londres por orden de la cámara. Wilkes tenía que comparecer el 8 de abril, pero la acusación aplazó la comparecencia. Se designó a un comité que indagase las obstrucciones a la ejecución de las órdenes de la cámara. Leído dicho informe, fue recibido con grandes carcajadas. Por citar a Burke (*Registro anual*, XIV, pág. 70), «tal fue el miserable resultado del pretendido vigor del Primer Ministro». —HILL <<

[c111] Podríamos traducirlo así: «Un reciente resfriado, una tos reciente y una reciente dificultad respiratoria exigen una nueva sangría. Sin su consejo, sin embargo, no me someteré a la operación. No puedo acercarme a verle, ni es preciso que venga usted. Diga sólo sí o no y deje el resto a Holder. Si dice sí, que vaya el mensajero a recoger a Holder antes de verme. 1 de mayo de 1782. Cuando usted se vaya, ¿adónde volveré los ojos?». <<

[c112] «El doctor Johnson dio una muy simpática descripción de los hijos del señor Langton, “los cuales —dijo— podrían ser muy buenos niños si se les dejara en paz, pero el padre nunca se queda tranquilo si no les impone alguna tarea que no está en su mano hacer: han de repetir una fábula, un discurso, el alfabeto hebreo, lo que sea; lo mismo daría que contasen hasta veinte, por lo que ellos entienden de lo que dicen; el padre es quien dice la mitad, pues les cuchichea casi cada palabra”». Madame d’Arblay, *Diario*, I, pág. 73. <<

[c113] Esta carta no puede ser de este año. En ella, Johnson habla de su salud y dice que «al menos no ha empeorado». Sin embargo, en 1782 tuvo graves achaques. Lo que dice de la amistad prácticamente asegura que la carta está escrita cuando aún tenía la de los Thrale; a él lo perdió en abril de 1781. De estar escrita después de junio de 1779, aunque antes de la muerte de Thrale, la crónica que hace de su salud sería mejor de lo que es. Posiblemente data de 1777 ó 1778. —HILL <<

[c114] «A quien ha sobrevivido a todos sus compañeros de juventud... este mundo que rebosa de gente es un lugar solitario y sombrío». *Rambler.*, n.º 69. <<

[c115] Hannah More, en abril de este año (*Memorias*, 1, pág. 249), escribe así: «El pobre Johnson está muy mal de salud; me temo que esté devastado». No obstante, en una semana cenó fuera cuatro veces. En una de estas ocasiones «le apremié — continúa diciendo— a que bebiera un poco de vino. Respondió: “No puedo beber un poco, hija, de modo que no toco el vino. La abstinencia me resulta tan fácil como difícil me resultaría la templanza”. Estaba de muy buen humor. Alguno de los presentes habló de poesía. “Chitón —dijo él—, es peligroso hablar de poesía ante ella. Es como hablar del arte de la guerra en presencia de Aníbal”». —HILL <<

[c116] El 7 de junio escribió a la señora Thrale: «No tengo intención de emprender viaje, preferiría no hacerlo». Empezó viaje el 10 y regresó el 19, «con la salud casi del todo recobrada». <<

[c117] «Nunca me retiré a descansar sin percibir la justicia del refrán español que dice: “Compra el lecho del adeudado, que para dormir te traerá buen recado”». *Adventurer*, n.º 41. <<

[c118] Su padre le había legado la finca y propiedades, así como una renta libre de cargas de 1600 libras al año. De esa renta, sin embargo, no iba a disponer de más de 900 al año. <<

[c119] Macleod, el Laird de Rasay. <<

[c120] Propiedad rural en la Isla de Skye, donde Johnson escribió su *Oda* en latín a la señora Thrale. <<

[c121] Johnson, sin duda, se fue de Streatham porque la señora Thrale dejó de frecuentar la mansión. «Streatham —escribe Fanny Burney el 12 de agosto de este año—, mi segundo hogar, y la casa en la que desde hace tiempo soy residente con gran placer... ya se ha alquilado a lord Shelbourne por tres años». (*Diario*, II, pág. 151). Johnson aún no se despidió de la familia Thrale, pues estuvo con ellos en Brighton [Brighthelmstone] y vivió con ellos durante la primavera siguiente en Argyll Street. La razón de ello fue el segundo matrimonio de la señora Thrale, por lo que el comentario de Boswell se sostiene. Fanny Burney, en su diario y en sus cartas, mantiene el secreto que la señora Thrale le había confiado sobre su atracción hacia el señor Piozzi; ahora bien, en las *Memorias del doctor Burney*, que escribió ya siendo madame d'Arblay mucho tiempo después, no deja lugar a dudas de que el abandono de Streatham fue un paso de cara a su segundo matrimonio. En 1782, durante una visita, vio que su padre «y todos los demás, sin exceptuar al doctor, habían caído en el mismo abismo de desatención total». Insatisfecha con su situación, la señora Thrale se impacientó y desdeñó el consejo de Johnson, «evitando su compañía». Madame d'Arblay describe un día en el que Johnson la acompañó a Londres. «Estaba severo, a pesar del abatimiento. Como a pesar de la miopía tenía el ojo pronto a responder a las percepciones mentales, vio qué mal aspecto tenía la casa, y toda severidad dejó paso a una expresión de emoción intensa. Con la mano temblorosa y el índice extendido, miró la mansión de la cual se alejaban, y cuando la vieron desde el coche al embocar por Streatham Common, exclamó con voz trémula: “¡Esa casa... ya no será mía... nunca!”». <<

[c122] «El señor Metcalf... pasa mucho tiempo con el doctor Johnson, aunque parece haber tomado una inexplicable inquina contra la señora Thrale... Es un hombre astuto, hábil, sensato y muy inteligente». Madame d'Arblay, *Diario*, II, pág. 174. Junto con Burke y Malone, fue albacea de sir Joshua. Parece que Metcalfe y Boswell no siempre se llevaron bien; Reynolds propuso su ingreso en el club, y Boswell se mostró en contra. <<

[c123] Boswell debería haber dicho, no en vano lo sabía, que Johnson fue huésped de la señora Thrale durante su estancia en Brighton. Fanny Burney formó parte de la expedición; su diario recoge situaciones más bien melancólicas, que reflejan el enfriamiento de las relaciones entre ambos. <<

[c124] El señor Sheridan, «el Viejo». *Boswell Papers*, xv, pág. 175. <<

[c125] ‘Un cereal que en Inglaterra por lo general se da a los caballos, pero que en Escocia sirve de alimento para las personas.’ Stockdale (*Memorias*, II, pág. 191) reseña que oyó a una dama escocesa, tras citar esta definición, decir a Johnson: «Le aseguro que en Escocia damos avena a los caballos, tal como hacen ustedes con los suyos en Inglaterra». Él respondió: «Mucho me alegro, señora, de que traten ustedes a sus caballos tan bien como a sí mismos». <<

[c126] Lord North estuvo al frente del gobierno desde 1770 hasta marzo de 1782. Lo sucedió el gobierno de Rockingham, y a éste el de Shelbourne, que a su vez se hallaba en estos momentos pronto a ceder paso al gobierno de coalición, que pronto dejaría paso al gobierno de Pitt. <<

[c127] *Geórgicas*, IV, 132. <<

[c128] «*Qualitied*», en cursiva en el original. Acuñación enfática de Johnson. <<

[c129] Lord Shelbourne. En este momento se hallaba interinamente a la espera de que se formase el nuevo gobierno. El 5 de abril lo sustituyó el Duque de Portland. Su «aspereza de trato» era debida a una infancia difícil; en su casa del sur de Irlanda era habitual la brutalidad doméstica. <<

[c130] Malagrida fue un jesuita condenado a muerte en Lisboa, acusado en principio de herejía, aunque en realidad se sospechaba que, en calidad de confesor, había sancionado el intento de asesinato del rey José de Portugal. El nombre proverbialmente expresa un comportamiento dúplice; fue aplicado a lord Shelbourne en un panfleto atribuido a Wilkes (1767). <<

[c131] Beauclerk, en una carta a lord Charlemont del 20 de noviembre de 1773, refiere que Goldsmith introdujo un párrafo en los periódicos, en loor del alcalde, lord Townshend. Shelburne había apoyado a Townshend en oposición a Wilkes en las elecciones a la alcaldía. <<

[c132] «Exhibe oro veraniego, anillo en dedos sudorosos, sin poder soportar el peso de una gema más gruesa». Juvenal, *Sátiras*, I, 29. <<

[c133] Juvenal, *Sátiras*, 10, 365. «No tienes ningún poder divino si hay prudencia». <<

[c134] «Pues aunque no son sino bagatelas, algún valor habrás de reconocerles». Theodore Martin, *Catulo*, pág. 1. <<

[c135] «Un ingente ingenio late bajo su desmañado cuerpo». Horacio, *Sátiras*, I, 3, 33.

<<

[c136] *Presente estado de la música en Francia e Italia*, 1771, y *Presente estado de la música en Alemania*, en dos volúmenes, 1773. Johnson más bien debió de hojearlos, pues aunque el doctor Burney describe sus viajes, habla sobre todo de la música. <<

[c137] De Herbert Croft, 1780. La obra consta de la correspondencia ficticia de Hackman y la señorita Ray. En una de las presuntas cartas de Hackman, Croft introdujo cartas auténticas de Chatterton y su hermana. <<

[c138] La última ejecución se llevó a cabo en Tyburn el 7 de noviembre de 1783, cuando se ahorcó a un hombre. La primera ejecución en Newgate tuvo lugar el siguiente 9 de diciembre, cuando se ahorcó a diez. —HILL <<

[c139] Uno de los anónimos autores de la *European Magazine*, vol. xx, pág. 160, dice que Johnson visitó a lord Shelbourne en su mansión de Bowood. Durante la cena, repitió parte de su carta a lord Chesterfield. Un caballero llegó tarde. Shelburne, diciéndole lo que se había perdido, añadió: «Me atrevo a decir que el doctor tendrá la bondad de repetírnoslo». «Desde luego, señor —dijo el doctor—, que bajo ningún concepto. He contado la anécdota por mi propia diversión, pero no me dejaré arrastrar como contador de historias a la mesa de nadie». —HILL <<

[c140]

*Hic manus ob patriam pugnando vulnera passi,
Quique sacerdotes casti, dum vita manebat,
Quique pii vates et Phæbo digna locuti,
Inventas aut qui vitam excoluere per artes.*

[«Allí, el coro de quienes sufrieron heridas por la patria, los que fueron toda su vida castos sacerdotes, los vates fieles a los dioses, cuyo canto fue digno de Apolo, y los que ennoblecieron la vida con las artes que idearon, y los que haciendo el bien lograron recuerdo perdurable entre los hombres»]. *Eneida*, VI, 660. —HILL <<

[c141] En el *Diario de un viaje a las Hébridas* dice Johnson a Boswell: «Señor, Hume es tory por puro azar, por ser escocés, pero no lo es por principios ni por deber, pues carece de principios. Si acaso, es “hobbista”». <<

[c142] *La conjuración de Catilina y la guerra de Yugurta, por Cayo Salustio Crispo*, 1772. Nominalmente, por don Gabriel Antonio, tercer hijo de Carlos III. <<

[c143] Johnson termina su crónica del viaje diciendo que «no puedo por menos que ser consciente de que mis pensamientos sobre las costumbres nacionales son los pensamientos de quien muy poco ha visto». <<

[c144] El 30 de abril de 1782, Johnson escribe: «Los gastos del funeral del pobre Garrick están todavía sin pagar, aunque los de las pompas fúnebres están en bancarrota» (*Cartas*, n.º 779). Garrick fue enterrado el 1 de febrero de 1779, y dejó a su viuda una fortuna considerable. <<

[c145] Lord Mountstuart. —HILL <<

[c146] En el original, *communibus sheetibus*. Stockdale (*Memorias*, II, pág. 57) dice que en 1770 el pago que se hacía a los colaboradores de la *Critical Review* era de dos guineas el pliego, aunque algunos colaboradores de la *Monthly Review* percibían hasta cuatro. Como estas revistas eran en octavo, cada pliego constaba de dieciséis páginas. <<

[c147] Horacio, *Odas*, I, 34. <<

[c148] Langton. <<

[c149] Johnson fue siempre defensor de esta difusión del saber: «La demanda de libros no era en tiempos de Milton la que hoy. Leer no era un entretenimiento general. Ni los comerciantes ni los caballeros consideraban deshonra la ignorancia. Las mujeres aún no aspiraban al terreno de la literatura, ni había en cada casa un armario lleno de libros» («Vida de Milton», pág. 135). No obstante, sostenía que «el saber ha menguado en Inglaterra, porque el saber ya no le vale a un hombre tanto como antes». <<

[c150] Describe Malone una visita a Johnson en el invierno de este año. «Lo encontré en su sillón junto a la chimenea, ante la cual tenía unas cuantas manzanas. Estaba leyendo. Le pregunté qué leía. Dijo que la *Historia de Birmingham*. Las historias locales, comenté, suelen ser tediosas. “Es cierto, señor, pero ésta para mí tiene un mérito especial, ya que allí pasé algunos años en mi juventud, y allí me casé”. Supuse que las manzanas tenían un uso medicinal. “No, señor, creo que están ahí a falta de algo mejor que me ocupe. Tales son algunos de los expedientes de la soledad a la que la enfermedad nos empuja. Llevo toda la semana en casa, y aquí me tiene, asando manzanas y leyendo la *Historia de Birmingham*”». Prior, *Malone*, pág. 92. <<

[c151] «La composición, en su mayor parte, es un esfuerzo de lentitud y diligencia, y de firme perseverancia, al cual tiende el intelecto arrastrado por la necesidad o la resolución, y del cual se arranca la atención a cada instante, requerida por entretenimientos de más deleite». Johnson, *Adventurer*, n.º 138. De Pope dijo Johnson: «Hacer versos fue su primer desvelo, y arreglarlos el último... Fue uno de los muy contados hombres cuyo trabajo le supone un placer». Thomas Carlyle, en 1824, señala que «escribir es un trabajo espantoso, aunque no tanto como la holganza». <<

[c152] En el diario de Boswell se lee: «Limpie de hipocresía el fondo de su espíritu». Puso entre corchetes «el fondo de» y escribió encima: «no estoy seguro». *Boswell Papers*, xv, pág. 221. Johnson define *hipocresía* [*cant*] del siguiente modo: ‘1. Dialecto corrompido que emplean mendigos y vagabundos. 2. Particular manera de hablar, propia de algunas clases de individuos. 3. Chillona pretensión de bondad, en términos formales y afectados. 4. Jerga barbarizante. 5. Subasta’.

Se trata, más bien, de la jerigonza plagada de eufemismos que es propia de quien incurre en hipocresía y no llama a las cosas por su nombre. <<

[c153] Burke, sin duda, es el «condenado *whig*». Al decir «como lo son todos», Johnson hace referencia al gobierno de coalición encabezado por lord North. <<

[c154] Sin duda, Burke, que era pagador de las Fuerzas Reales. <<

[c155] Macaulay defendía que Johnson había tenido mucho que ver en la composición de *Cecilia*. Cita un pasaje y dice: «Decimos con plena confianza que esto o es de Sam Johnson o es del Diablo en persona» (*Ensayos literarios*, 1923, pág. 597). Su error se muestra en el *Diario* de madame d'Arblay (II, pág. 172). «Ah —exclamó Johnson—, hay quien quiere atribuirme el mérito que tenga el librito de la muy picara. Esta mañana me dijo un caballero que era un libro espléndido, al menos si era de ella. “Es todo de ella —le dije—, pues tengo la certeza de no haber visto una sola letra antes de que se imprimiera”». Más adelante, señala que «dice Gibbon que leyó los cinco volúmenes en un día. “Imposible —exclamó Burke—. A mí me costó tres días, y apenas me he separado de él desde el momento de empezarlo”». <<

[c156] Eclesiastés, II, 3. <<

[c157] «Cuando va a caer el árbol talado, he visto a los leñadores dar un tirón como si tal cosa para que caiga en el punto en que desean que termine. Los teólogos, interpretando con demasiada literalidad este texto, dan a entender que una pequeña intercesión en artículo de muerte basta para regular la felicidad perpetua de una persona. Sospecho que la alusión no da la talla de sus presunciones». Shenstone, *Obras*, ed. de 1764, II, pág. 297. Boswell tuvo grandes aprietos a la hora de mantener una versión ajustada a los hechos de esta conversación. En dos ocasiones la escribió en su diario, sin quedar conforme siquiera con la segunda. *Boswell Papers*, XV, pág. 234. —HILL <<

[c158] Hechos, 18, 24. <<

[c159] Primer secretario general de la Real Academia. Dice Reynolds de él que «en verdad cabe decir, en todos los sentidos, que ha sido el padre de la actual generación de artistas» (Northcote, *Reynolds*, II, pág. 137. <<

[c160] Allen, además de impresor, era su casero y vecino en Bolt Court. <<

[c161] Se trata de la unidad mínima de peso en el sistema anglosajón, equivalente al peso de un grano de trigo. El grano equivale a 64 miligramos. <<

[c162] El punto hasta el cual se había medicado se manifiesta en una carta del 8 de mayo. «El jueves —escribe— tomé dos potentes catárticos y una dosis de calomelanos. Las cosas de poca monta de nada me sirven. De noche estaba mucho mejor. Al día siguiente, otro catártico; al tercero, opio para la tos. Viví los tres días desencarnado». *Cartas*, n.º 839. Ese año, se le sangró al menos cuatro veces. <<

[c163] «13 de agosto de 1783: Estoy aquejado por la enfermedad y sin contar con el alivio de la amistad en familia o la sociedad doméstica. No hay estado intermedio entre el clamor y el silencio, entre la conversación y la soledad en que uno se atormenta. Ha muerto Levett y la pobre Williams se apresura a morir» (*Cartas*, n.º 875). «20 de agosto: Ha sido un día de grandes emociones; la ceremonia de la comunión de los enfermos se ha llevado a cabo en la habitación de la pobre señora Williams» (*ibid.*, n.º 876). 22 de septiembre: «La pobre Williams ha visto, espero, el final de sus aflicciones. Actuó con prudencia, aguantó con fortaleza. Me ha dejado.

Has cumplido tu tarea en este mundo;
marchas a casa, el premio ya recoges.

»[*Cimbelino*, acto IV, escena 2.]

»De haber tenido ella buen humor y una elocución mejor dispuesta, su curiosidad universal y su vasto saber le habrían convertido en deleite de todos los que la conocieron» (*ibid.*, n.º 883). <<

[c164] «22 de septiembre de 1783. Los expertos en química han descubierto un cuerpo (cuyo nombre he olvidado, pero ya me enteraré) que, disuelto en un ácido, emite un vapor más liviano que el aire de la atmósfera. El vapor se recoge, entre otros medios, amarrando una vejiga comprimida sobre el cuello de la botella en la que se ha llevado a cabo la disolución; el vapor al subir hincha la vejiga y la llena» (*Cartas*, n.º 883). El «cuerpo» era un montón de limaduras de hierro; el ácido, sulfúrico, y el vapor era hidrógeno. Los «nuevos tipos de aire» eran los gases descubiertos por Priestley.
—HILL <<

[c165] La señora Chapone, cuando era soltera —con el nombre de señorita Mulso—, escribió cuatro billetes en el n.º 10 del *Rambler*. Era una de las damas de gustos literarios que Richardson tuvo a sus pies. Bajo una de las apariencias externas más desagradables que ninguna mujer haya tenido, según testimonio de la época, ocultaba virtudes superiores y un amplísimo saber. Siempre se la llamó «la admirable señora Chapone». —HILL <<

[c166] Como la carta no está escrita de una sentada, en el tiempo transcurrido hubo cambio de gobierno. La coalición, de súbito destituida por el Rey el 19 de diciembre, aún ejercía el poder. Entre los amigos de Boswell se hallaba Burke. <<

[c167] «El propio autor —escribe Gibbon en sus *Memorias*, pág. 191— es el mejor juez de su desempeño. Nadie ha meditado tan a fondo en el asunto, nadie tiene tan sincero interés por el suceso». —HILL <<

[c168] Fue Johnson quien animó a Shaw, según éste reconoce en *Memorias de la vida y los escritos del difunto doctor Johnson* (1785), a emprender la compilación de su diccionario. «Señor —le dijo—, si da usted al mundo un vocabulario de esa lengua, mientras la isla de Gran Bretaña siga entera en el océano Atlántico, su nombre será recordado». <<

[c169] «27 de diciembre de 1783. La tediosa soledad de estas largas veladas me ha llevado a pensar en la conveniencia de que hubiera un club por aquí cerca, aunque me ha impedido asistir a él la dificultad respiratoria». *Cartas*, n.º 921. «31 de diciembre. Es mucha la necesidad que tengo de entretenerme; desanimado, enfermo, insomne y solitario, miro atrás con pesar y miro adelante con espanto». *Ibid*, n.º 922. —HILL <<

[c170] Ben Johnson escribió las *Leges Convivales* que «estaban grabadas en mármol sobre la repisa de la chimenea del Apolo, en la Taberna del Viejo Diablo, Temple Bar, que era la sala de su club». Johnson, *Obras*, ed. 1756, VII, pág. 291. —HILL <<

[c171] Se había ido en verano, aunque tal vez regresó a la casa cuando la señora Williams dejó de habitar bajo su techo, pues sus desavenencias con ella fueron lo que le decidió a marcharse. <<

[c172] Hawkins (*Vida*, pág. 562) dice que en este mes de noviembre Johnson le dijo: «Es de ver qué hombre soy. He salido con bien de tres enfermedades, la perlesía, la gota y el asma, y ahora disfruto de la conversación de mis amigos sin que me interrumpa la debilidad o el dolor». —HILL <<

[c173] Se trata de la calle del puente de Londres. Después de 1746 no se admitieron más alquileres ni compras, dejando que los edificios cayeran por ruina. En torno a 1757 los restantes fueron demolidos. <<

[c174] La serie es mucho más numerosa de lo que suponía Johnson. Malone enumera una treintena, publicados entre 1681 y 1736, aunque añade que «la lista probablemente está incompleta». Era una miscelánea en la que cabía de todo, desde los milagros y las fábulas de Esopo hasta una biografía de Francis Drake o *Adivinanzas ingeniosas*. <<

[c175] El 20 de diciembre de 1783 Boswell no logró que el Colegio de Abogados suscribiera su discurso al Rey, en el cual le felicitaba por el rechazo que la Cámara de los Lores expresó sobre la Ley de la India propuesta por Fox. El 26 decidió escribir su panfleto para «suscitar el apoyo al espíritu de la propiedad y la constitución, por oposición a dicha ley»: lo escribió en tan sólo tres días y lo publicó el 1 de enero de 1784. En su *Diario* deja constancia de su convicción de que dicho panfleto le congraciara con la administración *tory*. <<

[c176] El último día del año anterior escribió: «Para todo el que hoy en día amplíe sus pensamientos a la consideración del estado de la nación corren tiempos lúgubres y penosos. Para un hombre enfermo, ¿qué importa el público?». *Cartas*, n.º 922.

«Al reverendo doctor Taylor en Ashbourne

»Derbyshire,

»24 de enero de 1784

»Querido señor,

»sigo confinado en la casa. Uno de mis entretenimientos consiste en escribir cartas a mis amigos, aun cuando al estar ellos ocupados en los comunes parajes de la vida no tengan conmigo la misma diligencia.

»El doctor Heberden estuvo aquí hace dos o tres días, y me dijo que no era nada lo que me aquejaba, cosa que me alegró saber aun a sabiendas de que no es verdad. Paso las noches intranquilo, respiro con dificultad, mis partes bajas siguen tumefactas.

»La lucha, ya ve usted, sigue en liza entre las dos partes del gobierno: difícil sería llamarlas la que está fuera y la que está dentro, ya que quien se halle fuera o dentro puede cambiar con facilidad hasta cuatro veces al día. El tumulto del gobierno se me antoja excesivo, y los esfuerzos de cada una de las partes son de una violencia que ofende la elemental sensatez, al tiempo que apenas nadie piensa en las cuestiones de interés nacional, en una época en la que tenemos por enemigo al mundo entero, en que el Rey y el Parlamento han perdido incluso el dominio titular de América, y en que el verdadero poder del gobierno está donde sea, salvo en el gobierno mismo. Así se desmoronan los imperios, cuando son tan grandes los beneficios de la administración que la ambición se da por satisfecha sólo si los obtiene, y quien aspira a la grandeza sólo tiene que dárselas de importante en el hablar. Así dispondrá de todo el poder que antes otorgaban el peligro y la conquista; podrá criar a su familia y compensar a sus seguidores.

»El señor Burke me acaba de enviar su discurso sobre los asuntos de la India, un volumen de más de un centenar de páginas densamente impresas. Le echaré un vistazo, aunque mis pensamientos ahora rara vez viajan a tan gran distancia.

»De buena gana querría saber cuándo tiene previsto venir, o si este año no tiene previsto visitarnos. Si continuase mi vida, no sé cómo estaré dispuesto.

»Soy, señor, afectuosamente suyo,

»SAM. JOHNSON»

—HILL <<

[c177] Casi con toda probabilidad, el propio Boswell. —CROKER, 1831 <<

[c178] Si fue Boswell el destinatario de este consejo, no es improbable que lo necesitara. La escasez de las conversaciones de Johnson que registra durante esta temporada bien pudiera deberse, como ya sucedió antes, a sus excesos en la bebida.

—HILL <<

[c179] Cuarenta y seis años antes escribió Johnson sobre esta dama: «He compuesto un epigrama en griego a Eliza, y creo que debiera celebrársele en tantas lenguas como a Luis el Grande». En 1780, la señorita Burney dijo de ella que era «una mujer de aspecto realmente noble; nunca he visto el envejecimiento tan elegante en el género femenino; todo su rostro parece irradiar bondad, piedad y filantropía». Madame d'Arblay, *Diario*, I, pág. 372. <<

[c180] «*Septiembre de 1778*. SEÑORA THRALE: “La señora Montagu es la primera mujer en cuanto a saber de literatura que hay en Inglaterra, y diciendo en Inglaterra espero que pueda decir en el mundo entero”. DOCTOR JOHNSON: “Le creo, señora. Difunde en su conversación más conocimientos que ninguna otra mujer y que cualquier otro hombre”. SEÑORA THRALE: “Le aseguro que no conozco yo a ningún hombre que esté a su altura, si se exceptúa sólo en ese aspecto al señor Burke y a usted”». Madame d’Arblay, *Diario*, I, pág. 118. Es curioso que la señora Thrale y Boswell coincidan en poner a Burke por ejemplo. Fanny Burney se refiere a él en términos más moderados. Las cinco damas llegaron a ser muy longevas. La señora Montagu murió con ochenta años; la señora Lennox, con ochenta y tres; Fanny Burney (madame d’Arblay), con ochenta y siete; las señoritas More y Carter, con ochenta y ocho. Su anfitriona, la señora Garrick, tenía noventa y siete o noventa y ocho años. —HILL <<

[c181] «Cuchitril» parece una palabra excesiva para aplicársela a Burke, aunque en sus momentos más jocundos a veces se rebajaba a contar historias carentes de la elemental delicadeza. Dice Walpole que Burke buscaba el ingenio hasta rayar la puerilidad. Y si en público era luminoso, abundante, pasmoso, en privado era más bien forzado, falto de naturalidad y de gusto. <<

[c182] En *El marido provocado, o el viaje a Londres*, acto II, escena I. Obra de Vanbrugh y Colley Cibber. No es el hidalgo Richard quien lo dice, sino su hermana.
—HILL <<

[c183] Es reprimenda que aplicó Macaulay en su famosa crítica, al final del párrafo inicial, a la edición de Croker en cinco volúmenes en octavo (1831) de la obra de Boswell. <<

[c184]

No nos diga así hoy, pájaro de mal agüero,
que tú has enfermado y yo envejezco;
no pensemos en próximos achaques
hablando tanto de píldoras y enjuagues.

Swift, versos en el *Cumpleaños de Stella*, 1726-1727. *Obras*, ed. de 1824, XI, pág. 537. <<

[c185] Newman nació en Lichfield el 1 de enero de 1704 y fue nombrado obispo en 1761. En su *Crónica de su propia vida* dice que «no fue mucha su ganancia con este nombramiento, pues se vio obligado a renunciar a una prebenda en Westminster» y a otras sinecuras. Murió en 1781; sus *Obras* se publicaron en 1782. Defendiéndose de los ataques de Newman, Gibbon dice (*Memorias*, pág. 211) que «el anciano nunca debiera haberse permitido el cultivo de una acusación falsa y feble contra el historiador». <<

[c186] Hickes y Brett tenía inclinaciones católicas. Hickes parece haber sido uno de los cabecillas del partido jacobita. <<

[c187] [\[Véase pág. 783\]](#), sobre la estimación que daba Johnson a los disidentes, y [\[pág. 398\]](#) sobre su jacobinismo. <<

[c188] [Véase Vol. II, nota 81] <<

[c189] I Timoteo, I, 15. <<

[c190] Tres días antes, en el debate sobre el escrutinio de la circunscripción de Westminster, Fox acusó «a una persona de gran nombradía en esta cámara» —creo que Pitt— «de añadir inquina y enemistad personal a toda suerte de violencias desconsideradas» (*Historia parlamentaria*, xxiv, pág. 924). Pitt, en respuesta a la acusación, tachó a Fox de «apóstata político». Burke también incurrió en sonoros insultos al Primer Ministro, Pitt. Éste, durante la primavera, fue llamado al orden por haber acusado a un parlamentario de emplear «un lenguaje falsísimo, malicioso, preñado de calumnias». —HILL <<

[c191] Se trata del segundo lord Lyttelton, conocido como «el perverso lord Lyttelton». Fox lo describió a Rogers diciendo que era un «hombre malísimo, perverso de verdad». Rogers, *Charlas de sobremesa*, pág. 95. <<

[c192] «*Tout se plaint, tout gémit en cherchant le bien-être: Nul ne voudrait mourir; nul ne voudrait renaître*» (Voltaire, *Le désastre de Lisbonne. Œuvres*, 1877, IX, pág. 478). Johnson dijo que, por su parte, «nunca en la vida había pasado una semana que deseara repetir, siquiera en el supuesto de que un ángel viniera a proponérselo» (pág. 587). El doctor Franklin, cuya vida se superpone a la de Johnson por ambos extremos, aseguró que no pondría objeción en repetir la misma vida de principio a fin, exigiendo sólo la ventaja que poseen los autores de corregir en una segunda edición las erratas de la primera. «No obstante, si se me negara este supuesto, aceptaría el ofrecimiento de recomenzar la misma vida vivida» (*Escritos*, 1887, I, pág. 29). <<

[c193] En sus versos a propósito de la muerte de Levett. <<

[c194] Madame d'Arblay (*Memorias del doctor Burney*, II, pág. 103) refiere que Johnson fue invitado un día a casa de su padre por petición del señor Greville, «el más espléndido caballero de la ciudad», quien deseaba conocerlo. Este «soberbio» caballero estaba temeroso de ser el primero en tomar la palabra. «Asumiendo su aire más desdeñoso, de superioridad distante, se plantó tan inmóvil como una noble estatua junto a la chimenea, como si no conociera a ninguno de los presentes». Johnson, quien «no hablaba si antes no se le dirigía la palabra», cosa que los Burney aún no sabían de él, «se mostró completamente absorto y sumido en una meditación; de forma muy inesperada, repentinamente se mostró despierto ante cuanto le rodeaba, gracias a uno de sus singulares arranques de visión, que a veces le llevaban a ver instintivamente, aun siendo ciego a las cosas corrientes, aquello que a su juicio fuera merecedor de una reprensión: traspasando con la mirada al señor Greville, quién con cierto grado de egoísmo se había plantado ante la chimenea, pues era fría la noche, exclamó: “Si no fuese a privar a las damas del calor del fuego, mucho me gustaría ser yo quien ocupase la chimenea”. Asomaron las sonrisas en los rostros de los presentes ante tan afilada salida. El señor Greville logró también sonreír, aunque débilmente. Quiso también conservar su sitio..., y aunque durante unos minutos desdeñó moverse, el embarazo del silencio en general le llevó a regresar a su silla, aunque de paso tocó la campanilla, para ordenar que se preparase su coche de inmediato».

—HILL <<

[c195] Los dos primeros volúmenes son los del capitán James Cook; el tercero, del capitán James King. Se los acababa de enviar Nichols a Johnson (*Cartas*, n.º 965).

—HILL <<

[c196] «*Quae mollissima fandi Témpora*». [«Tiempo en que se diga la palabra con la mayor blandura»]. Virgilio, *Eneida*, IV, 293. <<

[c197] Johnson, *Prólogo inaugural en el estreno del Teatro de Drury Lane*, 1747. <<

[c198] Que en este listado se recomienden tantos libros de historia mal casa «con el fiero y jactancioso desprecio e ignorancia» con que, al decir de Macaulay, hablaba Johnson de la historia. —HILL <<

[c199] La edición original es de 1659. <<

[c200] Boswell aquí cae en un error. En 1766, en tiempo de la cosecha, hubo revueltas debido a la carestía del pan. Por ley promulgada por Carlos II, el maíz se pudo empezar a exportar siempre que quedara por debajo de un precio determinado. En septiembre, antes de alcanzarse este precio, la Corona proclamó la prohibición de exportar cereales. Cuando el Parlamento se reunió en noviembre, se aprobó una indemnización para todos los afectados por el embargo. <<

[c201] A Boswell le molestó lo escrito por la señora Piozzi al tomar nota de esta parodia. Ella dijo que había pedido a Johnson permiso para escribirla directamente, «triquiñuela —continúa ella— que he visto en ocasiones corrientes, y que consiste en sentarse al otro extremo de la sala para tomar nota de lo que dijeran los presentes, ya lo dijera el doctor Johnson, ya se lo dijeran a él, siendo esto algo que yo jamás he practicado, ni he visto con buenos ojos en nadie. Hay algo de pésima educación, hay algo incluso traicionero en este comportamiento, tanto que si fuera común toda confianza pronto desaparecería del trato en sociedad» (*Anécdotas*, pág. 44). <<

[c202] El 14 de marzo de 1770, en un debate sobre lo licenciosa que era la prensa, Townshend puso en el mismo bando a Johnson y a Shebbeare. Burke, que fue quien lo siguió en el uso de la palabra, nada dijo de Johnson. Fitzherbert, refiriéndose a Johnson y llamándolo «mi amigo», lo defendió y lo puso por «patrón de la moralidad». El 16 de febrero de 1774, cuando Fox llamó la atención sobre «un vil libelo» firmado por «un británico del sur», Townshend dijo que «el doctor Shebbeare y el doctor Johnson han recibido sendas pensiones, pero a ese desdichado británico del sur habría que denunciarlo». Fue Fox, y no Burke, quien en esta ocasión defendió a Johnson. Como Goldsmith estaba escribiendo la *Represalia* en el momento en que se hizo este segundo ataque, es muy probable que constituyera la razón de ese cambio en el segundo verso. <<

[c203] «*Sis pecore et multa dives tellure licebit, Tibique Pactolus fluat*». [«Seas en tierra o rebaños rico, o el Pactolo por ti sus ondas dore...»] Horacio, *Épodos*, xv, 19.

<<

[c204] Whitefoord, con el seudónimo de *Papirius Cursor*, describe sus lecturas cruzadas en un artículo titulado «Nuevo y humorístico método de leer los periódicos», de 1768. Se trata de formaciones «a partir de la lectura de dos columnas del periódico como si fueran una sola, de modo que surgen las más extrañas conexiones», como, por ejemplo, «se llevó la espada del estado ante sir John Fielding, y de ahí se la encerró en Newgate», o «En el día de hoy Su Majestad visitará a 15 notables prostitutas de la calle». En una edición posterior aparece esta otra: «Los españoles han hundido una de nuestras fragatas en el Mediterráneo. En el día de hoy se publicó *La falsa alarma*». Goldsmith llegó a decir, en un momento de acaloramiento, que le habría producido más placer escribir las lecturas cruzadas que todas las obras que había publicado. <<

[c205] Están recogidas en el volumen XI de la edición que hizo Hawkins de las *Obras* de Johnson en 1787. Hill se sirve a menudo de ellas, y reseña que «conviene recordar que Steevens no es digno de confianza». <<

[c206] El signor Torr , vendedor de grabados londinense, hizo sus piruetas de pirotécnico entre 1772 y 1774. Este año hubo una revuelta popular por la mala calidad de los fuegos y el excesivo precio de la entrada. Al decir de Steevens, Johnson dijo que Gray era el mismísimo Torr  de la poesía. «Desplegaba sus chisporroteos de manera tan especiosa que su polvillo de acero muchos lo toman por una rociada de oro». <<

[c207] *Ella se rebaja para la conquista* se estrenó el 15 de marzo de 1773. El Rey de Cerdeña había muerto el 20 de febrero. <<

[c208] En la décima edición del *Rambler* (1784), la entrada se mantiene, pero hay otras no menos lamentables: «Shakespeare, señor William; su eminente suceso en la tragicomedia»; «Spencer, señor Edmund; censura de algunas imitaciones de su dicción». <<

[c209] Knox arremete contra los biógrafos de Johnson por rebajar su carácter mediante la publicación de sus conversaciones privadas. «La biografía —se queja— descende cada más y más se aleja de su dignidad». <<

[c210] *La Colombiade, ou la Foi portée au Nouveau Monde*, publicado en 1756. Walpole, en abril de 1750 (*Cartas*, II, pág. 445), escribe lo siguiente: «Ha venido de Francia una tal madame Bocage, que ha traducido a Milton: milord Chesterfield prefiere la copia al original, lo cual no es insólito en quien es patrono de malos autores y peores actores». Se trata de la misma dama que indicó a su lacayo que soplase por el pitorro de la tetera: [\[véase pág. 860\]](#). <<

[c211] Johnson vio una vez al señor Stanhope en la librería de Dodsley, y quedó tan sorprendido por su falta de garbo que hubo de preguntar a Dodsley quién era (*Obras*, ed. de 1787, XI, pág. 209). —HILL <<

[c212] Chesterfield fue secretario de Estado de noviembre de 1746 a febrero de 1748. Sus cartas a su hijo abarcan un periodo que va de 1738 a 1768. <<

[c213] Lo cierto es que las *Memorias del capitán Carleton* son un libro genuino. Aunque contienen sobre todo hechos reales, en realidad se trata de una obra de ficción a la que Carleton sólo aportó el título y el esquema de la trama. Lo que se cuenta no son recuerdos genuinos de nadie que haya vivido esas experiencias. Hoy no cabe la menor duda de que el libro es obra de Daniel Defoe. <<

[c214] La Colección Houghton la vendió en 1779 el tercer Conde de Orford a la Emperatriz de Rusia, que pagó 40 555 libras. <<

[c215] Este museo, sito en Alkington, cerca de Manchester, se trasladó a Londres en 1774. La colección hoy forma parte de los fondos del British Museum. <<

[c216] Muy probable referencia al joven señor Burke. Tal como se encontraba el texto en la segunda edición, se podría haber pensado que era Edmund Burke, tanto más cuando que Johnson a menudo reseñó su escasez de ingenio. —HILL <<

[c217] Acto I, escena 2. <<

[c218] «El dicho del filósofo antiguo que observa que quien menos necesita es como los dioses, que de nada precisan, era una de las sentencias preferidas del doctor Johnson, quien por su parte requería menos atenciones, estando enfermo o sano, que ningún otro ser humano que yo haya conocido. La conversación era cuanto precisaba para ser feliz». Piozzi, *Anécdotas*, pág. 275. —HILL <<

[c219] Pope, *Ensayos morales*, III, 39. <<

[c220] Hannah More. Tuvo, con sus hermanas, un internado en Bristol. <<

[c221] Cap. XVII. <<

[c222] *Paraíso perdido*, IV, 639. <<

[c223] «Nada más hacerse Pitt con la posesión de un poder ilimitado, un escritor anciano de la máxima eminencia, que apenas había ganado nada por medio de sus escritos, y que se hundía ya en la tumba lastrado por las enfermedades y las penas, quiso disponer de quinientas o seiscientas libras que le permitieran, durante un invierno o dos, los que aún le quedasen por vivir, respirar más a sus anchas en el suave clima de Italia. Ni un penique obtuvo. Antes de la Navidad, el autor del *Diccionario de la lengua inglesa* y de las *Vidas de los poetas* exhaló su último suspiro en medio de las brumas del río, en medio del humo del carbón de Fleet Street». Macaulay, *Pitt, Escritos misceláneos*, 1860, II, pág. 338. Poco antes, con monstruosa exageración, Macaulay dice que Gibbon, «obligado por la pobreza a abandonar su país, completó su obra inmortal a orillas del lago Lemán». La pobreza de Gibbon habría sido «suntuoso esplendor» para Johnson. —HILL <<

[c224] El 11 de junio, Boswell y Johnson estuvieron juntos. La fecha probablemente deba ser 11 de julio. <<

[c225] La esposa de Johnson falleció en 1752. Ese mismo error se repite en su epitafio.

<<

[c226] Juvenal, *Sátiras*, x, 8: «En las guerras, así como en la paz, cosas dolorosas requerimos». <<

[c227] Horacio, *Epístolas*, II, 2, 212. «¿Qué te alivia que te saquen una de tantas espinas?». <<

[c228] Hasta qué punto encandilaban los globos aerostáticos la atención del público este año se muestra en entradas como la siguiente, del *Diario* de Windham: «y de febrero de 1784. No me levanté hasta las nueve. Hasta las once anduve perdido en ensoñaciones a propósito de los globos». Walpole escribió el 30 de septiembre (*Cartas*, XIII, pág. 191): «No puedo llenar la página, como hacen los periódicos, hablando de los globos. Aunque tengan incidencia en la invención de la navegación, me siguen pareciendo tan pueriles como las cometas». —HILL <<

[c229] «La escasa sangre que le queda en el cuerpo arrecido no se le calienta si no es con la fiebre». Juvenal, *Sátiras*, x, 217. <<

[c230] El 15 de septiembre Lunardi logró la primera ascensión en globo en territorio de Inglaterra. *Gent. Mag.*, 1784, vol. LIV, pág. 711. Johnson escribió así al señor Ryland el 18 de septiembre: «Hoy me han llegado en tres cartas distintas tres relatos del hombre volador a bordo del gran globo». Y añade: «Vivo en espantosa soledad». *Cartas*, n.º 1014. <<

[c231] El globo de Montgolfière del señor Keegan quedó completamente destruido en Portland Place el 29 de septiembre. <<

[c232] *Crónica de las representaciones musicales en conmemoración de Händel.*

—HILL <<

[c233] Es decir, desconoce cuáles de sus conocidos, dueños del privilegio de enviar cartas sin franqueo (por ejemplo, los parlamentarios), se hallaban en la ciudad. <<

[c234] Cruikshank, cirujano, lo había atendido el año anterior.—HILL <<

[c235] Northcote (*Vida de Reynolds*, II, pág. 187) dice que Johnson «casi con toda seguridad» se refiere al hecho de que sir Joshua fuese nombrado pintor real de cámara. «Sé —sigue diciendo— que sir Joshua contaba con que esa designación se le ofreciera a la muerte de Ramsay, y expresó su desaprobación en lo tocante a la solicitud que debía mediar; sin embargo, se le informó de que era un punto de etiqueta ineludible, con el cual cumplió debidamente». Sus «furiosos propósitos» parecerían hacer referencia a su intención de renunciar a la presidencia de la Academia, tan pronto supo que ese puesto no se le iba a otorgar, y con el conocimiento de que en la Academia no todos eran partidarios suyos. Reynolds estaba además molesto porque los emolumentos que comportaba el cargo eran tan reducidos que «iba a ser de dignidad comparable al exterminador de ratas de Su Majestad». Reynolds, *Cartas*, pág. 112. —HILL <<

[c236] Quiere decirse que era costumbre entonces que se celebrase un almuerzo en una de las grandes casas de campo al cual los vecinos, nobles y clero podían acudir sin invitación previa. <<

[c237] Seis semanas después, el 1 de noviembre, estaba deseoso de tener noticias de los globos aun cuando sólo fuera con tal de recibir una carta. «Usted —escribió al señor Sastres—, siempre tendrá algo que contar; usted se trata con los distintos órdenes de la humanidad, y sabrá confeccionar una carta con sus hazañas, sean las de un filósofo, sean las de un carterista. Usted ha visto globos que alzan el vuelo con éxito y otros que no, así como un millar de cosas extraordinarias y corrientes». *Cartas*, n.º 1031. —HILL <<

[c238] Se alude al puesto de Reynolds como principal pintor del Rey. [\[a nota 94, Vol. II\]](#) En carta al obispo de St. Asaph del 25 de septiembre de 1784, Reynolds dice así: «La felicitación de Su Señoría por el hecho de que haya sucedido yo al señor Ramsay la agradezco por su amabilidad, aunque es un cargo mísero, pues se ha reducido de doscientas a treinta y ocho libras anuales, y creo que el cargo de cazador de ratas del Rey es preferible. Se me ha de pagar por mis cuadros sólo la cuarta parte de lo que me pagan otros, de manera que es improbable que los retratos de Sus Majestades estén ahora mejor hechos que antes, a menos que me arruine con tal de pintarlos». Reynolds, *Cartas*, ed. de Hilles, pág. 113. —HILL <<

[c239] «*Lich*: ‘caparazón o esqueleto, de donde... Lichfield, el campo de los muertos, ciudad del condado de Stafford, así llamada por los mártires cristianos. *Salve magna parens*’», reza la entrada del *Diccionario*. La cita latina está tomada de las *Geórgicas* de Virgilio, II, 173. —HILL <<

[c240] Es el editor de la *Biographia Britannica*. <<

[c241] Véase lo que dijo a Malone en [\[págs. 1446-1447\]](#) y [\[nota 39 de este volumen IV\]](#). <<

[c242] Romanos, 7, 23. <<

[c243] Salmo 11, 13. <<

[c244] Salmo 82, 7. <<

[c245] *Macbeth*, acto V, escena 3. <<

[c246] *Sátiras*, x, 356. Lo parafrasea Johnson en *La vanidad de los deseos del hombre*, en los versos que dicen: «Expresa tu deseo fervoroso de un recto entendimiento, | las pasiones obedientes, la voluntad resignada». <<

[c247] En su *Diario de un viaje a las Hébridas*, Boswell dice que Johnson, al emprender viaje al norte, dejó en un cajón de su casa «un volumen con las páginas llenas de un curioso diario de su vida, del cual —continúa— he reproducido algunos fragmentos». El otro volumen casi con toda seguridad se lo llevó Johnson, pues Boswell apunta que había visto ambos, parece que una sola vez. Comenta que «estos fragmentos» le fueron transferidos por el legatario residual (Francis Barber). Un fragmento más extenso, publicado tras la muerte de Barber, no pudo haberlo visto, ya que nunca lo cita. <<

[c248] Así apela Tibulo a Cinthia [Delia] en el libro 1 de sus *Elegías*. Johnson dio la traducción de ambos versos en el *Adventurer*, n.º 58: «Ante mis ojos que se cierran, querida Cinthia, preséntate, | débilmente sujeta por mi tenue, temblorosa mano». <<

[c249] Jacques-Auguste de Thou (1553-1617), autor de *Historia sui Temporis*, en 138 libros. <<

[c250] Iglesia protestante que desciende directamente de los Hermanos de Bohemia. Se trata de una forma sencilla de religión, cuyos adeptos se distribuyen por Dinamarca, Holanda, Alemania, Suiza, Gran Bretaña y Estados Unidos. <<

[c251] *British Synonymy*, I, pág. 359. La señora Piozzi, para colmo, afirma que se trata de versos «improvisados», olvidando que Johnson le explicó cómo y por qué los había escrito. El muchacho en cuestión es sir John Lade. Era sobrino y tutelado del señor Thrale, quien parece haber pensado que la señorita Burney podría ser su esposa. Lade es también quien, al preguntar a Johnson si le aconsejaba casarse, encontró esta respuesta: «Yo, señor, no aconsejaría casarse a nadie que no sepa propagar el entendimiento». En efecto, su manera de despilfarrar llegó a ser legendaria. *Sinonimia británica* se publicó en 1794, después de la segunda edición de Boswell. Tanto la introducción al poema como el mismo son adiciones de la tercera. <<

[c252] *Long-expected one-and-twenty, | Ling'ring year; at length is flown; | Bride and pleasure, pomp and plenty, | Great*** ***, are now your own. || Loosen'd from the Minor's tether, | Free to mortgage or to sell, | Wild as wind, and light as feather, | Bid the sons of thrift farewell. || Call the Betseys, Kates, and Jennies, | All the names that banish care; | Lavish of your grandsire's guineas, | Shew the spirit of an heir. || All that prey on vice or folly | Joy to see their quarry fly; | There the gamester, light and jolly, | There the lender, grave and sly. || Wealth, my lad, was made to wander, | Let it wander as it will; | Call the jockey, call the pander, | Bid them come and take their fill. || When the bonny blade carouses, | Pockets full, and spirits high... | What are acres? what are houses? | Only dirt, or wet or dry. || Should the guardian friend or mother | Tell the woes of wilful waste; | Scorn their counsel, scorn their pother... | You can hang or drown at last. <<*

[c253] La siguiente carta, escrita con caligrafía agitada y desde la antesala de la muerte por el afable Bennet Langton, obviamente interrumpida por la vehemencia de su sentimiento, no parece mal final a la historia de tan dilatada amistad. No consta el destinatario, pero la familia del señor Langton cree que se trata del señor Boswell. «Mi querido señor, tras muchas esperanzas y temores en conflicto, por lo que atañe al recio repunte de la enfermedad que ha asediado a nuestro honrado amigo, el doctor Johnson, desde que llegara de Lichfield, desde hace unos cuatro días todo hacía pensar que el fin estaba cerca y era terrible, y esta tarde, a las ocho en punto, cuando llegué a su casa por ver cómo iba saliendo adelante, se me puso al corriente en la misma puerta de que unos tres cuartos de hora antes había exhalado su último aliento. Le escribo ahora desde la sala en la que sus restos venerables constituyen todo un espectáculo, la interesante solemnidad del cual, por difícil que fuera de expresar en términos cualesquiera, y más a usted, mi querido señor, cuyas propias sensaciones se la habrán de pintar con tanta viveza, sería de todos los hombres el más superfluo de tratar de...». —CROKER, 1835-1848

La interrupción de la nota tal vez se debiera a un descubrimiento hecho por Langton. Hawkins dice que «a las once, la noche en que se produjo la muerte de Johnson, el señor Langton acudió a verme y, en un estado agónico, me dio a entender que nuestro amigo se había provocado heridas en diversas partes del cuerpo» (*Vida*, pág. 590). Al moribundo, «en el último día de su existencia a este lado de la tumba, el deseo de vivir —por utilizar las palabras de Murphy (*Vida*, pág. 135)— le volvió con toda la vehemencia de antaño». Con la esperanza de librarse de las acumulaciones de agua producidas por la hidropesía, se produjo esas heridas. Perdió mucha sangre, lo cual sin duda aceleró el fin. Langton debió de sospechar que Johnson acertó su vida intencionalmente. —HILL <<

[c254] Véanse págs. 797, y 1326. <<

[c255] «Si nuestra esperanza en Cristo sólo es para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres». I Corintios, 15, 19. <<

NOTAS DEL CATÁLOGO

[1] Aquí no incluyo sus obras poéticas, pues con la excepción de su traducción latina del *Mesías* de Pope, su *Londres*, y su *Vanidad de los deseos del hombre*, en imitación de Juvenal; su prólogo a la *Inauguración de la temporada en el Teatro de Drury Lane*, de Garrick, y su *Irene*, una tragedia, son en general breves, amén de numerosas; además, he prometido encargarme de una edición completa de sus obras poéticas, en la que con el mayor de los esmeros calibraré su autenticidad, ilustrándolas con notas e interpretaciones diversas. —BOSWELL

Aunque no se exprese con demasiada claridad, la intención de Boswell es evidente. Sin ninguna necesidad, Croker da a entender que «no son muy numerosas». Boswell aún se reafirmó en su intención de editar los poemas de Johnson en otra ocasión. Murió sin hacerlo. Todos los escritos de Johnson están catalogados en la *Bibliografía* de W. P. Courtney y D. Nichol Smith, de 1915, reeditada con facsímiles en 1924. —HILL <<

[2] «Reconocido como propio a H. L. P.». Nota marginal de la señora Piozzi en la edición de 1816. —HILL <<

[3] La primera edición es de 1756. <<

[4] Los primeros cuatro volúmenes de las *Vidas* se publicaron en 1779, los últimos seis en 1781. <<

[5] Véase la carta del doctor Johnson a la señora Thrale, fechada en Ostick, isla de Skie, el 30 de septiembre de 1773: «Boswell escribe con asiduidad un diario en que recoge nuestros viajes, y que me parece que contiene mucho de lo que digo y hago, así como todos los demás sucedidos, siendo un cronista tan honrado como Griffith».

—BOSWELL <<